

*La novela de la
Revolución Mexicana*

«Por novela de la Revolución Mexicana hay que entender el conjunto de obras narrativas, de una extensión mayor que el simple cuento largo, inspiradas en las acciones militares y populares, así como en los cambios políticos y sociales que trajeron consigo los diversos movimientos (pacíficos y violentos) de la Revolución, que principia con la rebelión maderista el 20 de noviembre de 1910, y cuya etapa militar puede considerarse que termina con la caída y muerte de Venustiano Carranza, el 21 de mayo de 1920». Antonio Castro Leal.

Lectulandia

AA. VV.

La novela de la Revolución Mexicana

Tomo I

ePub r1.0

Titivillus 09.11.2017

Título original: *La novela de la Revolución Mexicana*

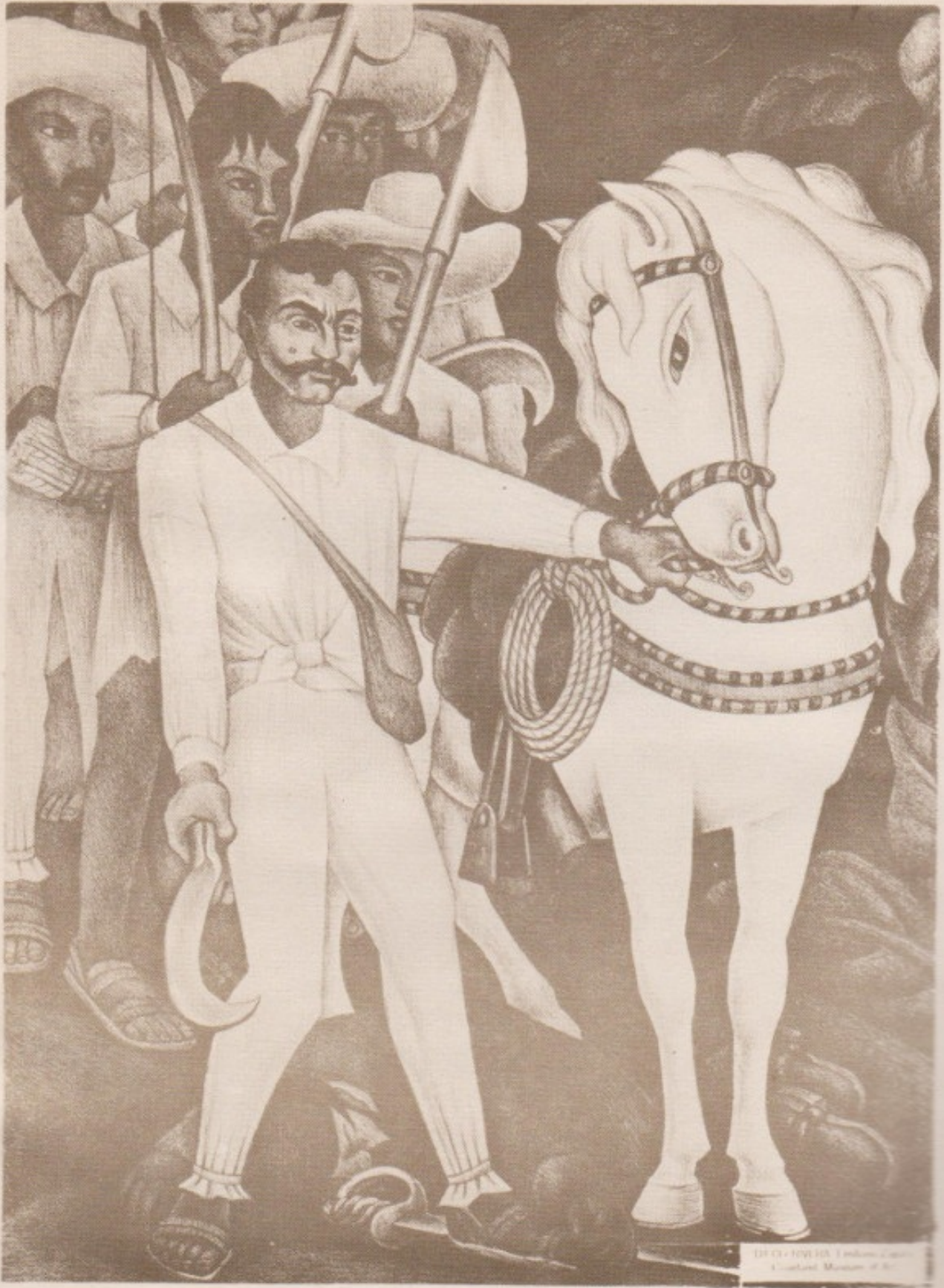
AA. VV., 1960

Selección, introducción general, cronología histórica, prólogos, censo de personajes, índice de lugares, vocabulario y bibliografía por Antonio Castro Leal profesor de la materia en la Universidad Nacional de México

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



se

NOTA DEL EDITOR
sobre la colaboración de la señora
BERTA GAMBOA DE CAMINO

CONFIAMOS originalmente la preparación de esta Antología a la señora Berta Gamboa de Camino, que por muchos años tuvo a su cargo el curso de *La novela de la Revolución Mexicana* en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional de México.

Había ya avanzado bastante en su trabajo de selección y presentación de las diversas obras que comprende esta Antología cuando murió, privando a las letras y a la enseñanza de una entusiasta y autorizada colaboración y a nosotros de una amiga y consejera.

Para terminar la Antología que había planeado y realizado en parte la señora Gamboa de Camino nos dirigimos entonces al Dr. Antonio Castro Leal, profesor de literatura mexicana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y de El Colegio Nacional, quien, a la muerte de la señora Gamboa de Camino, ocupó la cátedra de *La novela de la Revolución Mexicana* en la propia Universidad Nacional de México.

Agradecemos al Dr. Castro Leal haber accedido a colaborar con nosotros en estas difíciles circunstancias.

MI HOMENAJE
A BERTA GAMBOA DE CAMINO

BERTA GAMBOA DE CAMINO, que tanto admiraba la literatura y la Revolución Mexicana, enseñó durante muchos años a los estudiantes extranjeros de la Escuela de Verano de la Universidad Nacional de México el valor que tienen ese importante movimiento social y la serie de narraciones que produjo. Nadie mejor preparada que ella para hacer una antología de la novela de la Revolución Mexicana. Desgraciadamente la muerte la sorprendió antes de poder llevarla a cabo.

Invitado por la *Editorial Aguilar* para terminar el trabajo comenzado por la señora Gamboa de Camino, he tratado de cumplir mi labor con todo respeto para su obra y su memoria.

La selección de las obras que ella había planeado la hemos aumentado con algunas otras novelas que, al mismo tiempo que amplían el cuadro literario, enriquecen los temas presentados. Respecto a las introducciones, notas y comentarios que dejó —cuyo texto no era definitivo— he renunciado a tocarlos por un doble escrúpulo: no creo tener derecho para completar lo que ella escribió, ensayando a reconstruir o adivinar su pensamiento, ni tampoco me considero autorizado para corregir sus originales para hacerlos caber dentro del nuevo plan.

El mejor homenaje que puedo rendir a mi admirada amiga Berta Gamboa de Camino, y el que ella sin duda hubiera apreciado más, es presentar una antología en la que, según mi criterio y mis conocimientos —y con las limitaciones impuestas por los derechos literarios adquiridos ya por otros editores—, la novela de la Revolución Mexicana aparezca aquí con todo el relieve y amplitud posibles, para que sea mejor apreciada en todos los países de lengua española.

ANTONIO CASTRO LEAL.

INTRODUCCIÓN

LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

1. LA NUEVA REALIDAD MEXICANA Y SU NOVELA

POR novela de la Revolución Mexicana hay que entender el conjunto de obras narrativas, de una extensión mayor que el simple cuento largo, inspiradas en las acciones militares y populares, así como en los cambios políticos y sociales que trajeron consigo los diversos movimientos (pacíficos y violentos) de la Revolución, que principia con la rebelión maderista el 20 de noviembre de 1910, y cuya etapa militar puede considerarse que termina con la caída y muerte de Venustiano Carranza, el 21 de mayo de 1920.

Respecto a la primera fecha no hay ninguna duda: ese día se inicia una rebelión que es el principio de la Revolución Mexicana. Por lo que toca a la segunda habría que hacer algunas consideraciones. En 1920 termina la rivalidad de las dos poderosas facciones dominantes y aun la posibilidad de nuevos encuentros y choques militares, pero —al igual que después de una gran tormenta— queda una marejada que prolonga hábitos de indisciplina y violencia que impide el inmediato y fácil desarrollo de la vida política, que dificulta las técnicas de un gobierno democrático y que agudiza problemas de acomodación social y de reorganización económica. Se puede decir que en mayo de 1920 terminan las luchas revolucionarias, pero no el estado de inquietud y desequilibrio, de anarquía y caudillismo creado por la Revolución, cuyos efectos se harían sentir todavía por algunos años.

Los cambios tan radicales que diez años de revolución introducen en la vida mexicana crean una realidad nueva e insospechada que impresiona profundamente a todos y que se impone como tema de composición a los que tenían instintos literarios. Pero para que esa realidad se impusiera fue necesario pasar, de las primeras luchas en que triunfó Madero rápidamente, a un intenso grado de violencia, es decir, a las luchas feroces contra el usurpador Victoriano Huerta. Y entonces se completa el cuadro de la Revolución en toda su complejidad, al mismo tiempo pintoresca, conmovedora y trágica: choques sangrientos de facciones enemigas, regocijos de la vida de campaña, formación de ejércitos improvisados, ataques a las ciudades y atropellos a las poblaciones pacíficas, intervención extranjera y complicaciones internacionales, asaltos y saqueos, héroes que se sacrifican y vividores que medran, angustias de la población civil y holocausto de juventudes militares, cambios psicológicos y cambios sociales, hombres generosos que querían salvar a los pobres y que —al enriquecerse— olvidan sus convicciones: todo un pueblo que se levanta desde la servidumbre hasta el libertinaje, desde la ilegalidad hasta la Constitución de 1917, reivindicaciones que se extreman en venganzas, masas que forjan en la lucha los principios que las guían, movimiento unánime y violento que —dueño ya de la situación— retarda el triunfo y la organización final mientras

se despedazan los caudillos rivales impulsados por ambición de poder.

Y todos esos episodios, hazañas y excesos han sido vividos con la energía y la sinceridad de que es capaz un pueblo —como el mexicano— valiente y decidido, que no tiene miedo a la muerte ni una gran tradición de estabilidad política. La actuación dentro de esa realidad, o la simple visión de ella, muy fácilmente se transformó en literatura, en narraciones apasionadas y verídicas, palpitantes y autobiográficas. El espíritu, el tema y el estilo de los autores varían, como es natural, de acuerdo con su edad y temperamento, con su grado de participación en la lucha y con las circunstancias en que les tocó ser testigos de esos sucesos.

Las obras narrativas que ha inspirado la Revolución Mexicana forman una importante serie que, por la presentación viva de una realidad intensa y, en ocasiones, por la novedad de su técnica, es una de las más valiosas manifestaciones de la literatura moderna de lengua española. Antes de fijar los caracteres predominantes de este género consideramos necesario dar al lector una idea de lo que fue la Revolución Mexicana, a fin de que entienda y aprecie mejor las obras narrativas que contiene esta colección.

2. ESQUEMA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Después de la muerte de Benito Juárez, en 1872, ocupa la presidencia Sebastián Lerdo de Tejada (Presidente de la Suprema Corte), posteriormente electo para el período 1873-1876, al fin del cual es reelecto. Contra esta reelección se pronuncia el general Porfirio Díaz. Triunfa y ocupa la presidencia. Salvo el periodo del general Manuel González (1880-1884), gobierna desde entonces hasta que lo derroca la Revolución, en 1911. Su gobierno suma treinta años y siete reelecciones: 1877-1880, 1884-1888 (en 1887 se reforma la Constitución para permitir la reelección), 1888-1892, 1892-1896, 1896-1900, 1900-1904 (en 1904 se aumenta el período a seis años), 1904-1910. En octubre de 1910 se le declara reelecto para 1910-1916, pero la rebelión de Francisco I. Madero estalla el 20 de noviembre de 1910.

Contra esa continua reelección se levantaron, desde principios del siglo, protestas en clubes políticos y periódicos. Madero publicó en 1908 un libro contra la reelección y en 1910 pronunció en diversos lugares de la República discursos contra Porfirio Díaz. El 4 de octubre éste es declarado presidente para el período 1910-1916. Madero lanza el Plan de San Luis (fechado el 5 de octubre) declarando nulas las elecciones y ley suprema la No Reección, haciendo un llamamiento a las armas y fijando el 20 de noviembre para un levantamiento general. En esta fecha estalla la revolución en Puebla y Chihuahua. Seis meses después, el 21 de mayo de 1911, triunfa y se firma el Convenio de Ciudad Juárez. Díaz renuncia y sale a Europa. Madero entra en México el 7 de junio, es electo presidente en octubre y toma posesión el 6 de noviembre. En menos de un año la rebelión maderista había

derribado al viejo tirano y el pueblo había llevado a su héroe a la primera magistratura.

El problema político de la continuidad en el poder era el más visible, pero había otros, sociales y económicos, igualmente graves. Durante su largo gobierno Porfirio Díaz —después de pacificar la República y de fomentar el desarrollo material— se había dedicado a fortalecer a los grandes terratenientes, al clero y, finalmente, a los industriales. Había sido un gobierno oligárquico, hábil concentración de poder y coalición de pequeños grupos privilegiados, amurallado contra todo anhelo popular y democrático, contra todo cambio en la estructura económico-social que México había heredado del régimen virreinal español y que habían tratado de destruir, desde 1810 hasta 1872, los héroes de mayor visión de la historia mexicana: Hidalgo, Morelos, Gómez Farías y Benito Juárez.

El triunfo rápido de Madero impidió ahondar en los problemas de México. Había cambiado el presidente, pero subsistían y actuaban los poderes legislativo y judicial porfiristas, el ejército porfirista, así como la inmensa red de intereses creados por la oligarquía, que dominaban ferrocarriles, bancos, grandes industrias, empresas comerciales y bufetes de influencia. Madero se enfrentó con la tarea imposible de destruir la viciada tradición gubernamental porfirista con los mismos elementos que la componían y que sacaban provecho de ella. Aunque hubiera llevado a su gabinete ministros más radicales de los que escogió, la situación no se hubiera modificado radicalmente.

Madero no realizó los cambios que se esperaban de una revolución. Los revolucionarios exigían el cumplimiento de las demandas de la Revolución en cuanto a personal administrativo y a reformas sociales. Acabaron por levantarse contra él: Emiliano Zapata, en el Sur, que el 28 de noviembre de 1911 expidió el Plan de Ayala, y Pascual Orozco, en el Norte, que lanzó el 25 de marzo de 1912 el Plan de Chihuahua. El objetivo de Zapata era agrario; representaba el anhelo de los desposeídos de la tierra a lo largo de toda la historia mexicana. Remontado en las montañas surianas nunca pudo ser derrotado. Orozco reunió bastantes fuerzas, con las que amenazó llegar hasta la capital; triunfó contra el general José Gómez Salas (que se suicidó el 25 de marzo de 1911), pero al fin fue vencido por el general Victoriano Huerta en diversos encuentros. Conejos (12 de mayo), Rellano (22 y 23 de mayo) y, finalmente, Bachimba (3 de julio de 1911).

Los reaccionarios se levantaron también contra Madero, declarando que era impotente para restablecer el orden y la paz. El general Bernardo Reyes se lanzó, con pocos elementos y la esperanza de que sería secundado por los partidarios que en otro tiempo tuvo, pero fracasó y se entregó en Linares (Nuevo León) el 25 de diciembre de 1911 y fue llevado a la capital y confinado en la prisión militar de Santiago Tlatelolco. Félix Díaz, sobrino del dictador, se sublevó en Veracruz el 16 de octubre de 1912 y al cabo de una semana cayó en poder del general Beltrán. Pasó unos días en la prisión de San Juan de Ulúa y después fue trasladado a Santiago

Tlatelolco.

A los quince meses de gobierno, los diversos movimientos armados en su contra y la oposición constante en las esferas reaccionarias crearon un clima propicio para un levantamiento contra Madero en la misma ciudad de México: El domingo 9 de febrero de 1913, en la madrugada, las fuerzas de artillería de Tacubaya y los jóvenes militares de la Escuela de Aspirantes de Tlalpan llegaron a la ciudad y abrieron las puertas de la prisión de Santiago Tlatelolco a los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz, quienes acompañados del general Manuel Mondragón, se dirigieron al Palacio Nacional suponiendo que ya estaría en poder de fuerzas rebeldes. Pero el general Lauro Villar, que había logrado mantener el Palacio en su poder, recibe con una descarga a los insurrectos, que avanzaban confiados por la Plaza de la Constitución. Cae muerto el general Bernardo Reyes; sus aliados Félix Díaz y Manuel Mondragón se refugian en la Ciudadela.

Principia entonces la Decena Trágica: diez días de combates en la ciudad de México, entre las fuerzas del gobierno, que tenían como centro de operaciones el Palacio Nacional, y las fuerzas reaccionarias, que se habían hecho fuertes en la Ciudadela. El Presidente Madero atendió valerosamente a sofocar la rebelión. Nada más natural que diera el mando de las tropas del gobierno al general Victoriano Huerta, que había vencido al rebelde Pascual Orozco en la brillante batalla de Bachimba. Pero Huerta, al fin de una semana, traiciona al gobierno y el día 21 de febrero toma prisioneros al Presidente Madero y al Vicepresidente Pino Suárez, quienes, al día siguiente, bajo pretexto de que querían huir al ser conducidos a la Penitenciaría, son asesinados, aplicándoseles la llamada «ley fuga».

Había caído Madero y había triunfado la reacción. El general Huerta se adueña de la presidencia para restablecer la vieja política bajo una dictadura de tipo porfirista. Los asesinatos de Madero y Pino Suárez indignaron y conmovieron al país. El 5 de marzo de 1913 Ignacio L. Pesqueira, gobernador del Estado de Sonora, desconoce a Huerta y nombra al coronel Álvaro Obregón —que ya había peleado contra él rebelde Pascual Orozco— jefe de la Sección de Guerra. Por su parte, Venustiano Carranza, antiguo gobernador del Estado de Coahuila, lanza el 26 de marzo su Plan de Guadalupe desconociendo a Huerta, llamando al país a las armas y asumiendo el cargo de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

Todos aquellos cuyas ansias de lucha había despertado el levantamiento maderista de noviembre de 1910 y que no habían tenido oportunidad de satisfacerlas porque Madero triunfó demasiado pronto, se levantaron en todas partes. Los diversos grupos revolucionarios se improvisaron rápidamente, compuestos por sufridos indios del campo, desamparados obreros de las ciudades, empleados, estudiantes, maestros de escuela, funcionarios, periodistas, escritores, médicos, ingenieros, abogados. El propósito, la consigna, era derrocar a Huerta, el traidor, el asesino, que representaba lo peor del antiguo porfirismo. Empieza entonces una lucha feroz entre los grupos revolucionarios que brotan por todas partes y las unidades del antiguo

ejército federal al servicio de la reacción —que Madero no había querido licenciar a su triunfo—. Al fin Victoriano Huerta renuncia el 15 de julio de 1914 y sale del país.

Mencionemos de paso la actuación de E. V. A. en este episodio. Henry Lane Wilson, embajador de E. U. A. en México, admiraba a Porfirio Díaz, a quien conoció en todo el esplendor de las fiestas del Centenario de la Independencia. No tenía fe en la capacidad de Madero ni en los anhelos del pueblo mexicano, de modo que durante la Decena Trágica hizo todo lo posible para que triunfara la causa de la reacción. Pero una semana después de los asesinatos de Madero y Pino Suárez sube a la presidencia de E. U. A. Woodrow Wilson, profesor de historia de la Universidad de Princeton. Le repugnaban los asesinatos y los gobiernos inconstitucionales. Se declara enemigo de Huerta y desea el triunfo de la Revolución. Sus intenciones, buenísimas, son de las que, según el dicho sajón, sirven para pavimentar el infierno. Ordena la ocupación del puerto de Veracruz por fuerzas de la marina de guerra norteamericana a fin de que Huerta no reciba un cargamento de armas que trae el vapor alemán Ipiranga, y se sorprende de que el pueblo mexicano resista la invasión y de que haya que matar a cadetes de la Escuela Naval, a militares y civiles para adueñarse del puerto. Este atropello —tan bien intencionado— tiene un efecto negativo: las armas fueron desembarcadas en Coatzacoalcos y el régimen de Huerta duró más de lo previsto, porque durante unas semanas representó el noble papel de defensor del territorio nacional contra un invasor extranjero.

Los grupos revolucionarios —pequeños núcleos que van creciendo conforme aumenta el territorio que dominan— han ido reconociendo tres centros principales de atracción: Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, hombre enérgico, que contó desde un principio con colaboradores cultos y capaces para planear y establecer un gobierno; Francisco Villa, guerrillero audaz y temerario, jefe de la famosa División del Norte, a la que se deben las más brillantes victorias revolucionarias y que pone una nota de arrebató y entusiasmo en la campaña contra Huerta, y Emiliano Zapata, el jefe suriano de la revolución agraria, generoso e inmovible, que se concentra en una zona —el Estado de Morelos— y en un anhelo: la devolución de las tierras arrebatadas a los campesinos.

El 15 de julio de 1914, cuando renuncia Huerta, la Revolución había triunfado. No faltaba más que establecer un gobierno y decretar las reformas sociales y económicas en que todos habían tenido tiempo de pensar. Pero ¿cuál de los caudillos revolucionarios iba a ser la cabeza? ¿Zapata? ¿Villa? ¿Carranza? Este último siente la urgencia del problema. Entra en la ciudad de México el 20 de agosto como Primer Jefe y asume el Poder Ejecutivo. Un mes después convoca a una Convención de gobernadores y generales en la ciudad de México. En respuesta Villa desconoce a Carranza y lanza desde Chihuahua un manifiesto; por otra parte, las negociaciones iniciadas para que Zapata se someta a Carranza fracasan, y cuando el 1.º de octubre de 1914 la Convención se instala en la capital, faltan precisamente los dos generales, sin cuya cooperación no puede consolidarse la paz en México: Villa y Zapata. De la

Convención se aprovecha Carranza para obtener una investidura de cierto carácter democrático: al renunciar a su cargo de Jefe del Ejército Constitucionalista encargado del Poder Ejecutivo, la Convención no admite su renuncia y lo confirma en su puesto.

Pero la idea de una Convención no era mala. Reanuda ésta poco después sus sesiones, ya no en la ciudad de México, sino en la de Aguascalientes. En la zona que domina Villa. Carranza, temeroso de una mala jugada, se niega a asistir. La Convención de Aguascalientes resuelve los problemas sin cuidarse de las posibilidades de realización práctica: nombra presidente provisional al general Eulalio Gutiérrez y cesa a Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y a Villa como Jefe de la División del Norte. Esta estratagema heroica ni engaña ni logra acatamiento. Las dos Convenciones —la de México y la de Aguascalientes, que por unos meses seguirá funcionando como una máquina en el vacío— no han hecho más que poner en evidencia que la rivalidad de los tres grandes caudillos revolucionarios tendrá que resolverse por la fuerza de las armas.

A principios de noviembre de 1914 Carranza sale de la ciudad de México y desde Córdoba desconoce los actos de la Convención de Aguascalientes y declara que seguirá al frente del Poder Ejecutivo. Las fuerzas norteamericanas entregan el puerto de Veracruz el 23 de noviembre y Carranza instala ahí su gobierno. Entretanto los zapatistas entran en la ciudad de México y ocupan las ciudades cercanas. Entonces supimos hasta qué punto, en el campesino indígena, era una segunda naturaleza la servidumbre impuesta desde hace siglos por los conquistadores y encomenderos: con el rifle en la mano y cruzadas sobre el pecho las cananas, los zapatistas recogían en sus grandes sombreros las monedas que los capitalinos, tan siervos como ellos, querían regalarles para comprar tortillas.

En diciembre llega a la ciudad de México el gobierno de la Convención que encabeza Eulalio Gutiérrez y las fuerzas, villistas y zapatistas, que lo apoyan. Carranza, desde Veracruz, decreta que subsiste el Plan de Guadalupe hasta «el triunfo completo» de la Revolución. El triunfo completo es la destrucción de los caudillos rivales. Las ciudades más importantes del centro las ocupan las fuerzas de Villa y de Zapata: México, Puebla. Toluca, Tlaxcala. Guadalajara. Carranza, inflexible en la labor de salvador y organizador que se ha impuesto, empieza —a imitación de Benito Juárez durante la Guerra de Reforma— a dictar leyes desde Veracruz: municipio libre, divorcio, tierras y ejidos, explotación petrolera, cuestiones obreras.

En enero de 1915 empiezan las campañas del Ejército Constitucionalista para recuperar el territorio perdido. Es la hora de la decisión para los grupos dispersos e inclasificados. ¿Se irán con Villa o se unirán a Carranza? Muy variadas circunstancias deciden su conducta. Es raro que razonen su decisión o que examinen de qué lado caen los intereses nacionales. A veces los mueve la simpatía o la amistad por los jefes de uno u otro bando; en ocasiones, viejas rencillas y odios gratuitos, o

bien, ante la imposibilidad de resistir al cabecilla más cercano, se unen a él como aliados antes de exponerse a ser vencidos. Y aun se dieron casos en que el azar de un volado o de un albur decidiera si engrosaban las filas de Villa o de Carranza.

Emiliano Zapata no ambicionaba, en realidad, el gobierno de la República, que hubiera sido para él una carga excesiva. Defendía una causa precisa y no la quería abandonar hasta verla resuelta por un gobierno fuerte y responsable. Mientras tanto ahí estaba alerta para exigir por las armas el cumplimiento de las promesas agrarias. No entendía bien las complicaciones de la política y no quería exponerse a que otro presidente, como lo había hecho Madero, pospusiera o se olvidara de las reivindicaciones de los pueblos y campesinos. Villa sí tenía ambiciones de ser jefe de un gobierno: era astuto y su visión era rápida y certera, aunque primitiva; tenía, además, hábiles consejeros que, reconociendo sus virtudes de fuerza desencadenada e irresistible, consideraban factible suplir lo que le faltaba de cultura e información para poder gobernar.

La lucha se planteó, en realidad, entre Carranza y Villa. Éste, genio militar intuitivo, encontró a poco un temible rival en Álvaro Obregón, que también era un intuitivo, aunque con más capacidad de coordinación y juicio que Villa. Después de tres meses de encuentros y escaramuzas llegó forzosamente el duelo final. A principios de abril de 1915, en las dos grandes batallas de Celaya, Obregón obtiene una victoria definitiva sobre Villa. Éste pierde desde entonces toda posibilidad de dominar la situación. A partir de ese momento será un fugitivo; seguirá peleando, pero no para vencer, sino para defenderse, hacer daño y crear dificultades.

En julio de 1915 las fuerzas constitucionalistas ocupan Aguascalientes, San Luis Potosí, Zacatecas y Querétaro; el 2 de agosto se apoderan de la ciudad de México y en septiembre de Saltillo y de Torreón. En octubre traslada Carranza su gobierno de Veracruz a México, y el día 19 Woodrow Wilson —después de haber pulsado la situación de México por medio de agentes personales— reconoce a Carranza como gobierno de hecho, al mismo tiempo que los principales países hispanoamericanos. Para poner fin a la lucha, E. U. A. decreta el embargo de armas a México, con excepción de las destinadas al gobierno de hecho.

El golpe es terrible contra Villa, a quien, según parece, algunos agentes oficiosos de E. U. A. le habían hecho creer en la posibilidad de que fuera reconocido como gobierno de hecho o de que, por lo menos, los E. U. A. no se pronunciarían sino hasta que la lucha terminara en México. La situación de Villa empeora entonces de semana en semana. En octubre pierde el puerto de Guaymas, en noviembre es rechazado en Agua Prieta y en Hermosillo y derrotado en San Jacinto (Sonora). En enero de 1916, desesperado y sin posibilidades de triunfo, Villa es una bestia acorralada y rabiosa. Deja de ser un caudillo de la Revolución para convertirse en un bandido irresponsable y sanguinario. Su conducta en esta fase final crea grandes dificultades a México, de las que pudo salvarse gracias al juicio sereno del presidente Woodrow Wilson y a la situación creada por la Primera Guerra Mundial.

En enero de 1916 Villa detiene un tren en la estación de Santa Isabel (Estado de Chihuahua) y fusila a dieciséis norteamericanos que iban a trabajar en una mina y que llevaban salvoconductos. El 9 de marzo, en la madrugada, entra en el pueblo de Columbus (Nuevo México, E. U. A.). En el asalto mueren catorce norteamericanos (siete militares y siete civiles) y el fuego destruye dos manzanas. La indignación en E. U. A. fue enorme. Grandes sectores clamaron por la invasión inmediata de México. En Europa las cinco principales naciones estaban empeñadas en una guerra a muerte, y E. U. A. era, en realidad, el árbitro único de la situación en el continente americano. El presidente Wilson encontró la forma de satisfacer las demandas del público norteamericano haciendo el menor daño posible a México. Envió una Expedición Punitiva, como las que, durante el siglo XIX, solían cruzar la frontera en ambas direcciones, para perseguir a los comanches, tanto del lado de México como del de E. U. A.

La Expedición Punitiva entró en territorio mexicano el 15 de marzo de 1916, estaba formada originalmente por dos brigadas y venía a las órdenes del general John J. Pershing, que después mandó a los ejércitos norteamericanos en la Primera Guerra Mundial. «El único fin que persigue la expedición —decía la orden del día— es el de cooperar a la captura de Villa y sus bandidos.» Carranza protestó desde luego porque no se había solicitado previamente la autorización de México. Al acercarse a la ciudad de Parral un destacamento de la Expedición, el pueblo lo persiguió, matando a tres soldados e hiriendo a siete. Carranza limitó a una zona geográfica los movimientos de la Expedición y, cuando ésta quiso rebasarla, tuvo un encuentro en Carrizal (Estado de Chihuahua) con fuerzas constitucionalistas en el que los norteamericanos tuvieron cincuenta muertos y veintidós prisioneros. Después de las conferencias de Atlantic City entre México y E. U. A. (octubre-diciembre 1916), Carranza logró el retiro de la Expedición Punitiva de un modo incondicional. Sus últimos contingentes salieron del país el 5 de febrero de 1917, sin haber podido capturar a Villa.

Carranza siguió consolidándose. El 2 de marzo de 1916 sus fuerzas ocupan Cuernavaca, durante mucho tiempo en poder de los zapatistas. Para dar el carácter de principios fundamentales a muchas de las reformas decretadas y a las que habría que decretar, Carranza pensó en una nueva Constitución para la República. El 1.º de diciembre se instala en Querétaro el Congreso Constituyente, que termina sus trabajos el 31 de enero de 1917. El 5 de febrero se promulga la nueva Constitución, elaborada dentro del espíritu de progreso y reformas que tuvo en su tiempo la Constitución de 1857. En ella se incorporan normas que satisfacen a la Revolución como solución de los más importantes problemas sociales, agrarios, políticos, de recursos naturales, prestaciones obreras, limitaciones a la propiedad de extranjeros, educación y cultos.

Después de las elecciones para diputados, senadores y presidente de la República del 11 de marzo, la Cámara de Diputados declara presidente electo a Carranza para

el período 1916-1920. Persisten ciertas rivalidades entre los antiguos caudillos y todavía hay grupos rebeldes armados. En septiembre de 1918 están aún fuera del control del gobierno los Estados de Chihuahua, Chiapas, Oaxaca, Tabasco, Tamaulipas y Morelos. En abril de 1919 Emiliano Zapata es asesinado alevosamente por las fuerzas de Carranza, y en noviembre el general Felipe Ángeles es fusilado en Chihuahua. Todavía se encuentran levantados en armas Villa, Peláez, Félix Díaz y Almazán. Un fermento de odio y descontento contra Carranza sólo espera una oportunidad para manifestarse. La ocasión se presenta al acercarse las elecciones presidenciales para 1920-1924. Carranza apoya a un desconocido, Ignacio Bonillas, embajador de México en Washington, en contra del candidato popular, que es Obregón, vencedor de las batallas decisivas que dieron el triunfo a Carranza sobre Villa.

En junio de 1919 Álvaro Obregón aceptó desde Sonora su candidatura para presidente; en marzo de 1920 Bonillas acepta la suya. Carranza envía fuerzas federales a Sonora, foco del obregonismo. El gobernador del Estado, considerando esta medida como un ataque a su soberanía, desconoce a Carranza, expide el Plan de Agua Prieta y nombra a Plutarco Elías Calles jefe de las fuerzas del Estado. Éstas invaden Sinaloa y ocupan Culiacán. La rebelión se propaga rápidamente: se unen a ella los Estados de Guerrero, Michoacán, Zacatecas y Tabasco. El 7 de mayo Carranza y sus ministros abandonan la ciudad de México, en la que entra Obregón dos días después. En el camino a Veracruz es derrotada la comitiva de Carranza y éste asesinado en Tlaxcalantongo el 21 de mayo. Adolfo de la Huerta es nombrado presidente provisional, y, en las elecciones del 5 de septiembre, es electo Obregón presidente para el período 1920-1924.

Los generales rebeldes van desapareciendo. Pablo González es perdonado. Félix Díaz es expulsado del país. Manuel Peláez se sometió y Villa pactó su retiro (26 de julio de 1920) recibiendo una hacienda en el Estado de Durango. Obregón comienza a implantar las reformas revolucionarias, sobre todo en dotación de ejidos a los campesinos y en la reglamentación del culto. Reorganiza las finanzas y restablece la Secretaría de Educación Pública, que había sido suprimida por Carranza. Se reanudan las relaciones diplomáticas interrumpidas y se crean comisiones mixtas de reclamaciones para que fijen los daños causados por la Revolución a los extranjeros. La etapa militar de la Revolución había terminado, así como la estela de rivalidades de los caudillos revolucionarios. Aunque los principios fundamentales estaban en la Constitución de 1917, faltaban las leyes reglamentarias que los llevaran a la práctica. Esta labor tocará a la administración siguiente.

Pero todavía hay que registrar un importante movimiento armado que estuvo a punto de derrocar a Obregón. Al acercarse las elecciones presidenciales para 1924-1928 hay una cierta agitación porque Obregón apoya abiertamente al general Plutarco Elías Calles. Entonces Adolfo de la Huerta se levanta en armas contra esta imposición, como lo había hecho antes contra la imposición de Bonillas por parte de

Carranza. La rebelión se extiende rápidamente, pero aunque cuenta con fuerzas y núcleos importantes, principalmente en los Estados de Veracruz, Jalisco, Hidalgo y Oaxaca, le falta rapidez y coordinación. Es al fin sofocada, y en las elecciones triunfa Calles como presidente para 1924-1928.

Toca a Calles llevar a realización los nuevos preceptos de la Constitución de 1917, principalmente los relativos a la explotación de los recursos naturales del país, la propiedad agraria, las limitaciones a la propiedad de los extranjeros y la religión (educación, votos religiosos, culto externo, bienes eclesiásticos e intervención del Estado en el culto). Las leyes reglamentando los preceptos de carácter económico crean una situación difícil con los países cuyos nacionales tienen inversiones y propiedades en México, especialmente con E. U. A. Las relativas a la religión provocaron lo que se ha llamado el «conflicto religioso» (1926-1929) que, además de crear cierto desasosiego entre los católicos pacíficos, provocó un movimiento armado, que duró tres años y se conoce con el nombre de la «Guerra cristera».

A pesar de que había costado bastante sangre implantar el principio de la No Reección, anhelo democrático desde la revolución de Tuxtepec (1876), el 22 de enero de 1927 se restablece la reelección del presidente para permitirle al general Álvaro Obregón volver al poder. A esta política —contraria a una larga y justificada tradición— agrega el presidente Calles la violencia con que suprime a los candidatos que se enfrentaron a Obregón: al general Francisco R. Serrano (muerto con trece de sus partidarios en el camino de Cuernavaca a México) y al general Arnulfo R. Gómez, obligado a sublevarse y fusilado en Coatepec (Veracruz). Pero aunque Obregón fue declarado presidente electo el mismo día de las elecciones (por haber sido candidato único), no llegó a la presidencia, porque, dos semanas después, fue asesinado. De este modo violento quedó consagrado definitivamente el principio de la No Reección, que había sido el motivo principal de la rebelión de Francisco I. Madero, con que se inició la Revolución Mexicana.

Para los siguientes desarrollos, durante los gobiernos del Lic. Emilio Portes Gil (1928-1930) hasta el de Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), el lector puede ocurrir a la lista de Principales acontecimientos de la Revolución Mexicana, que encontrará unas páginas más adelante.

3. NOVELA DE REFLEJOS AUTOBIOGRÁFICOS

Como ya vimos antes, el triunfo tan rápido de la rebelión de Francisco I. Madero no dio tiempo para que se modificara la estructura social ni casi para que cambiaran las costumbres políticas del México porfirista. Esto se revela también en la literatura de ese momento. A pesar de que Mariano Azuela publica, cinco años antes que Los de abajo, su novela Andrés Pérez, maderista (1911), y de que ésta se refiere, como su título lo indica, al movimiento armado que inició Madero, a nadie se le ha ocurrido

incluir esta narración en el ciclo de la novela de la Revolución Mexicana. Podría decirse que, en general, cabe más bien dentro de la pintura de costumbres y de los tipos psicológicos de oportunistas que producen los cambios políticos que no modifican sustancialmente la estructura ni el alma de una sociedad.

La visión directa de una realidad nueva e impresionante —sea en los simples testigos o en los que toman parte en estructurarla— es una de las características que presiden el nacimiento de la Revolución Mexicana. Que esta visión directa arroje sobre la narración reflejos autobiográficos es del todo natural. No solo natural, sino inevitable. Se comprenderá fácilmente, por otra parte, que esa visión y estos reflejos varíen según las circunstancias y el temperamento del testigo y según la clase de realidad que le toque en suerte contemplar.

Todas las novelas de la Revolución Mexicana de la primera época ostentan, en variables proporciones, un carácter autobiográfico. Mariano Azuela, médico castrense de las tropas campesinas de Julián Medina en la época más revuelta y caótica de las luchas militares, nos dará, por ejemplo, en *Los de abajo*, una visión objetiva, cuidadosa, fría, a veces pesimista, de la vida de campaña de los grupos rebeldes improvisados, que crecían y se organizaban más por casualidad o accidente que por un sistema premeditado de disciplina y superación. Por otra parte, su visión es la de un médico que ya ha cumplido los cuarenta años y que, tanto por su profesión como por su edad, resulta un observador excelente y un tanto desconfiado a esperar mucho de las mejores reacciones de la naturaleza humana.

En un escritor como José Vasconcelos la realidad tiende a ahogarse en el malestrom de su personalidad imperativa. Apenas llegaba a los treinta años en la época de la revolución maderista y tenía una concepción mesiánica que le hacía sentir que la realidad era siempre dócil a los más altos designios del hombre. Por otra parte, se mueve en un mundo distinto del que conoció Azuela. Vasconcelos figuró en misiones reservadas de intentos internacionales y, después, fue del grupo de los dirigentes cuya opinión era escuchada y a veces seguida. Ministro de Educación del gobierno de la Convención de Eulalio Gutiérrez, hombre de las confianzas de Villa y secretario de Estado del presidente Obregón. Además de que estuvo en contacto con una realidad de un nivel superior de la que pintan *Los de abajo*, su impulso a interpretar el mundo según su convicción hace que sea menos objetivo y frío, aunque igualmente pesimista, que Azuela. En él la novela de la Revolución, sin dejar de ser novela, se ahoga en la autobiografía; pero esta visión a través de su vida explica muchos sucesos en sus efectos humanos, más que en su existencia independiente y desconectada del espectador. Hay ocasiones en que, a pesar de todo lo que contiene de crónica política y de documentos transcritos in extenso, dan ganas de decir que *La tormenta* es una verdadera novela de la Revolución, apasionada y caótica como ella.

Martin Luis Guzmán, cinco años menor que Vasconcelos y de un temperamento más reflexivo y observador, nos da una visión del mismo mundo de dirigentes, jefes y

estados mayores de la Revolución. Estuvo muy cerca de Francisco Villa y fue uno de los revolucionarios que se desprendieron de la órbita de Carranza. En *El águila y la serpiente* apenas aparece la figura del autor dentro del cuadro de la narración, a pesar de que todo el libro es una visión personal del mundo en que ha vivido como testigo alerta. Parece que ha ido recogiendo sus impresiones con cierta técnica y gusto literarios, y que esta actitud le ha permitido ver las cosas con desinterés y lejanía. Su pintura es elocuente, bien compuesta, persuasiva. Más que imponerse a la realidad, se diría que quiere, llevándola inocentemente del brazo, hacer que, sin sentirlo, varíe su rumbo. Las más de las veces deja al lector frente a las cosas, sin insinuarle ninguna interpretación. Hay ocasiones en que quisiéramos oírle confidencias, saber cuál es su íntimo sentir, pero siempre se escabulle, contando una historia, su propia historia, a la que el arte le da un aspecto de sólida e inatacable objetividad.

José Rubén Romero es menor que Martín Luis Guzmán. Su mundo y la parte que en él ocupan los sucesos revolucionarios es mucho más pequeño que el de cualquiera de los tres escritores anteriores. Su contacto con la Revolución es puramente episódico, como el de los provincianos que estuvieron lejos de las zonas de los combates. En *Apuntes de un lugareño* su intervención es casi la de un funcionario que se mueve, a pesar de todos los peligros y temores, en un ambiente ya pacífico. En *Desbandada* la revolución se ve desde lejos; en una realidad que palpita fuera del radio de la vida diaria de los personajes del libro y que llega en los comentarios y las exageraciones de los parroquianos de la tienda del padre del autor. Y cuando las fuerzas revolucionarias irrumpen es pasajera y sin dejar hondas huellas. La experiencia del que se incorpora a la revolución está en *Mi caballo, mi perro y mi rifle*. El defensor teórico de la revolución, que aparece en *Desbandada*, no es ahora capaz de librarse de la impresión de desaliento que le infunde el círculo de sus compañeros de armas, que lo arrojan a generalizaciones pesimistas.

Las experiencias del mundo militar, desde la época del maderismo, han sido recogidas por el general Francisco L. Urquiza en su novela *Tropa vieja*, con profundo conocimiento del medio y algunos perfiles psicológicos. Testigos más jóvenes todavía fueron los escritores chihuahuenses Rafael F. Muñoz (1898) y Nellie Campobello (1909). Ambos vivieron en la zona que dominó por mucho tiempo Francisco Villa, ambiente cargado de heroísmo y de crueldad, que aparece en los libros de ambos novelistas. El joven de dieciséis años y la niña de seis años convivieron con aquel mundo de violencia; pero ambos lo miran con tranquila curiosidad, con un interés sin angustia ni compasión, con esa frialdad tan natural en los jóvenes y los niños. Y esto mismo se refleja en un estilo objetivo y sin temblores, limitado e impresionante, lo mismo en *¡Vámonos con Pancho Villa!*, de Rafael F. Muñoz, que en *Cartucho*, de Nellie Campobello.

Los ejemplos dados bastarán para que el lector tenga una idea de la variedad con que la vida de los escritores que fueron actores o testigos de la Revolución pasa

—modificada, disminuida, limpia o entretejida con rasgos o episodios imaginarios— a las páginas de sus novelas. La novela de la Revolución Mexicana de la primera época es siempre una novela vivida.

4. NOVELA DE CUADROS Y DE VISIONES EPISÓDICAS

Si la novela de la Revolución Mexicana nace de una realidad nueva e impresionante, es fácil comprender que esas impresiones y esa novedad valgan por sí mismas, independientemente de la trama en que puedan acomodarse. Esas impresiones, directas y penetrantes, querrá el autor recogerlas en toda su frescura, cuando todavía vibran en su sensibilidad y su recuerdo, sin esperar a concebir una estructura imaginaria en la que puedan entretejerse.

Se podrá prever que una novela así, nacida de esa realidad nueva e impresionante, será una narración en la que las visiones y experiencias se vayan acomodando sucesivamente, como cuadros aislados de los momentos culminantes de una vida llena de sorpresas como en un viaje o en una expedición, sin más organización y artificio que la que tienen los recuerdos que se van acumulando y superponiendo.

La novela más elaborada del siglo XIX tenía un núcleo, alrededor del cual se disponían todos los iniciantes, irradiando, complicándose y explicándose. En la novela de la Revolución Mexicana —como en todas las novelas inspiradas en realidades semejantes— el desarrollo es más bien lineal, los sucesos se acomodaron unos tras otros y de toda la realidad que se vive en el fluir del tiempo solo se escogen los sucesos más impresionantes. Más que a una cinta cinematográfica, que recoge el continuo proceso de la acción, puede compararse a una serie de cuadros que ilustran las acciones principales.

Es frecuente comparar los diversos episodios de *Los de abajo*, de Azuela, a una serie de fotografías instantáneas (snapshots) tomadas con la clásica Kodak, recuerdos gráficos, imprevistos e informales, de un grupo de campesinos que se lanza a la revolución, que se organiza y aumenta, que lucha, triunfa y perece. Hasta un autor de tanta capacidad de composición como Martín Luis Guzmán no puede evitar que *El águila y la serpiente* sea una serie de cuadros y episodios que, aunque elaborados con más cuidado, no puede decirse que tengan entre sí una perfecta continuidad.

La fuerza de las impresiones nuevas ha ido imponiendo una técnica de vibrantes cuadros sucesivos; pero esta técnica, impuesta en un principio por el choque de la realidad, ha ido adquiriendo el prestigio de un procedimiento literario, de un tratamiento consciente y premeditado. Así lo comprenderá quien compare, por ejemplo, *Los de abajo* con otra novela posterior de Azuela, *Las moscas*. Se diría que, una vez más, la vida en sus propias experiencias ha ido indicando cuál es el camino

de la mayor fuerza dramática. El autor ha ensayado en sí mismo qué es lo que más impresiona y dura, como el viejo juglar ensayaba en sus grandes auditorios qué era lo que más sorprendía y emocionaba.

Todo se reduce a afirmar que esa realidad nueva e impresionante ha impuesto una técnica literaria, la de los vibrantes cuadros sucesivos, la cadena de visiones episódicas. Estos cuadros y estas visiones podrán variar en espíritu, contenido y dimensión, pero siempre serán como una especie de unidad narrativa, que vale tanto por sí misma como por ser una de las facetas de la narración global. En *Los de abajo* esos cuadros varían en extensión e importancia, según lo requiere la vida que describe. *Campamento*, de Gregorio López y Fuentes, es una colección de apuntes rápidos, recogidos en una noche en un alto de las campañas, con gran poder de observación y versatilidad de humor. En *Cartucho*, de Nellie Campobello, esos cuadros son a veces historias comprimidas, llenas de silencios, como los viejos romances, y a veces simples bosquejos, anécdotas pintorescas en que vive un personaje o que iluminan el secreto de un carácter. ¡*Vámonos con Pancho Villa!*, de Rafael F. Muñoz, reúne una serie de vidas en pequeño que se presentan como en una película cinematográfica en la que los miembros de un grupo, aislados por el azar en un desierto o en una isla, van revelando su carácter según reaccionan ante la realidad ardua y angustiosa en que se les ha colocado.

Que la realidad misma ha impuesto esta técnica parece demostrarlo la existencia de novelas semejantes, escritas en otros países cuya vida ha estado sujeta a cambios violentos y a repentinos trastornos sociales. El ejemplo típico sería *Caballería roja*, del escritor ruso Isaac Babel, que recoge, en cuadros de gran intensidad dramática y de punzante humorismo, sus experiencias durante la campaña polaca de 1920. Aunque, como lo observa el profesor Manuel Pedro González, este libro haya influido sobre algunos escritores mexicanos, el procedimiento que ejemplifica ya se había ensayado en México años antes de 1920.

5. NOVELA DE ESENCIA ÉPICA

La vieja epopeya, expresión popular única que respondía a los anhelos de afirmación y libertad de toda una nación, ha desaparecido definitivamente en su forma de canción de gesta. Pero no hay duda que cada vez que a un pueblo lo agita un ansia de renovación y de libertad, cuando se levanta movido por un impulso general y unánime buscando nuevos caminos de salvación, su literatura produce expresiones de esencia épica. Estas expresiones serán forzosamente variadas, repartidas en múltiples obras, de diverso nivel, calidad y aun intención, dirigidas a distintos públicos y auditorios, pero de todas maneras podrá sentirse en el conjunto de todas ellas como un aliento común, como la inspiración de un mismo anhelo.

En este sentido se puede decir que la novela de la Revolución Mexicana es la

esencia épica, porque muestra a un pueblo en su lucha por normas de alcance y resonancia nacional, en su intento de cambiar, mejorándola, la suerte de todos los que forman una patria. En la lucha por estas normas el pueblo mexicano no solo ha puesto su voluntad diaria de acción y mejoramiento, sino algo extraordinario: un empeño más apasionado e intenso, que asciende hasta los niveles de la conducta en que se puede hablar de heroísmo. Acción heroica y popular de renovación de toda una nación; si esto fue la Revolución Mexicana, la novela que narra sus diferentes episodios y vicisitudes no podrá menos que tener una esencia épica.

Es evidente que el coro de voces que cantan estos episodios y vicisitudes no podrá ser uniforme y acordado como en las estudiadas melodías de un orfeón. En lugar de coro es más bien el rumor de un oleaje, los gritos espontáneos de una multitud, voces desgarradoras, quejas ahogadas, alabanzas y cánticos, risas e imprecaciones. Lo que importa en este caso no es la melodía que canta al unísono un coro siguiendo la misma letra, sino la fuerza del desahogo que pone voz y grito en la garganta de todos y cómo todos se sienten solidarios en ese desahogo. Esta solidaridad de desahogo es lo que podemos llamar aliento épico.

En este caso habrá que hacer también distingos. Mientras más cerca se está de los grandes acontecimientos que alimentan la esperanza de renovación, mayor será ese aliento épico. Y conforme el autor se aleje de ellos y pueda acomodarlos en una perspectiva reflexiva, ese aliento se irá debilitando. A la solidaridad de un momento de confraternidad y entusiasmo se sustituirá la reflexión crítica y el estudio, y el suceso histórico en el que no se tomó parte acaso no coincida con las concepciones personales de la forma en que deba de realizarse el progreso y la salvación del país.

Todavía por otra razón puede considerarse de esencia épica la novela de la Revolución Mexicana: porque el protagonista de ella es el pueblo mexicano. A veces son esas multitudes, abigarradas, indistintas, revueltas, que desfilan por las páginas en manifestaciones, encuentros y batallas; pero aun cuando el pueblo no aparezca en masa, está personificado —y acaso con más honda verdad— en tipos individuales representativos que, además de su acción personal que los liga a una clase o a un grupo, obran en función de un imperativo social y son símbolos de una sociedad que se mueve con ansias de mejoramiento y redención. Los personajes de estas novelas tienen nombres y personalidad, historia y caracteres propios, pero nunca dejan de ser exponentes de un pueblo en un momento de acción común y de arrebató unánime.

6. NOVELA DE AFIRMACIÓN NACIONALISTA

Al igual que la Guerra de Independencia de 1810, la Revolución Mexicana de un siglo después hizo volver los ojos de los mexicanos hacia su propia realidad nacional. En 1810 nació la novela de costumbres y la reflexión sobre nuestros problemas, que ejemplifica *El Periquillo* Sarniento, de José Joaquín Fernández de

Lizardi. De la Revolución Mexicana nació todo un impulso de descubrimiento y afirmación nacionalista; se pudieron apreciar mejor las expresiones vernáculas y populares, se despertó la sensibilidad para lo que no éramos capaces de ver a pesar de que nos rodeaba. La pintura aceptó temas y asuntos nacionales, como en los cuadros de Saturnino Herrán, que, mucho antes que los murales de Orozco y Diego Rivera, presentan aspectos y ambientes de la vida indígena. La música recogió melodías y tonadas populares en las canciones y rapsodias de Manuel M. Ponce. Se despertó el gusto y el interés por todos los productos de las artes populares, relegadas antes a ser satisfacción de clases sociales inferiores. Y hasta la arquitectura de la época colonial revivió por el impulso de prolongar hacia el pasado la reivindicación de lo nuestro.

La Revolución Mexicana, momento de honda crisis histórica, nos hizo pensar en nuestra patria, en nuestro pasado, en nuestros problemas; nos obligó a movernos dentro de nuestro territorio, a reflexionar sobre nuestro modo de ser, a estar en contacto con nuestras tradiciones y costumbres. Nos hizo ver y apreciar lo nacional como en una revelación. Dentro de esta revelación —al mismo tiempo afán de descubrimiento y nueva capacidad para apreciar lo descubierto— hay que colocar, en el cuadro de la literatura, a la novela. Esa nueva sensibilidad de apreciar lo nuestro aparece también en la poesía, como lo muestran los poemas de la vida tierna y pintoresca de provincia en Ramón López Velarde; pero no hay duda que es en la novela donde aparece en toda su fuerza esa afirmación nacionalista.

Dentro de los grandes lienzos de las narraciones de la Revolución Mexicana se revela todo lo que somos en un grave momento histórico, cuando hay que dar de sí todo lo que encierra el hombre. En ellas aparece la vida del México de las ciudades, la provincia y el campo; se muestra el pueblo mexicano en todos sus aspectos: devoción y apostolado, energía y heroísmo, crueldad y conmiseración, ira y violencia, anhelos y decepciones, arrebatos y cobardías, miedo y desastre, oprobio y muerte. Pero de todo lo vivido por el pueblo mexicano en aquellos duros años de prueba, violencia y redención, creo que queda un saldo favorable: la vida nueva que fuimos capaces de conquistar en la Revolución.

Y ahora ya puede entrar el lector a esta inmensa galería en que aparece, narrado por sus mejores escritores, todo lo que el pueblo mexicano luchó y sufrió durante los años de la Revolución, lanzado —sin más programa que su anhelo, sin más método que su instinto, sin más límite que su piedad y su cólera— a redimir a un país en que el pueblo había vivido siglos de olvido y servidumbre.

ANTONIO CASTRO LEAL.

PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

1910

- 5 MARZO. Henry Lane Wilson, embajador de E. U. A. en México, presenta sus credenciales.
- 5 JUNIO. Francisco I. Madero, aprehendido en Monterrey; se le traslada a la ciudad de San Luis Potosí.
- 26 JUNIO. Elecciones primarias para la renovación de poderes federales; elecciones secundarias (10-12 julio).
- 1-30 SEPTIEMBRE. Grandes fiestas para celebrar el centenario de la Independencia; asisten numerosas embajadas especiales.
- 27 SEPTIEMBRE. La Cámara de Diputados declara reelecto a Porfirio Díaz (presidente) y electo a Ramón Corral (vicepresidente).
- 4 OCTUBRE. Bando que declara presidente a Porfirio Díaz y vicepresidente a Ramón Corral para el sexenio 1910-1916.
- 5 OCTUBRE. Francisco I. Madero, preso por el gobierno, se fuga de la ciudad de San Luis Potosí. Este día fecha el *Plan de San Luis* declarando las elecciones nulas y ley suprema la «No Reelección», hace un llamamiento a las armas y fija el 20 de noviembre para un levantamiento general.
- 20 NOVIEMBRE. Estalla la Revolución en Puebla y Chihuahua. En Puebla Aquiles Serdán resiste en su casa y es muerto.

1911

- 30 ENERO. Ricardo Flores Magón se levanta en la Baja California; ocupa temporalmente Mexicali.
- 6 MARZO. E. U. A. El presidente Taft moviliza 20,000 soldados a la frontera de México y unidades navales al Golfo de México y al Pacífico.
- 24 MARZO. Renuncia el gabinete de Porfirio Díaz; se nombra otro (28).
- 1.º ABRIL. Porfirio Díaz envía al Congreso iniciativa decretando la No Reelección del presidente y vicepresidente. La aprueba la Cámara de Diputados (25) y la de Senadores (8 mayo).
- 9 MAYO. Fuerzas revolucionarias toman Ciudad Juárez (Chihuahua), donde Madero establece su gobierno.

- MAYO. Fuerzas revolucionarias ocupan las ciudades de Pachuca (día 16), Colima (día 20), Cuernavaca, Acapulco y Chilpancingo (día 21).
- 21 MAYO. Convenio de Ciudad Juárez. Renuncia Porfirio Díaz (día 25) y se embarca en Veracruz (día 31) para Europa.
- 26 MAYO. Francisco L. de la Barra, presidente interino (hasta el 6 de noviembre).
- 7 JUNIO. Entrada triunfal de Madero en la ciudad de México.
- 12 AGOSTO. Emiliano Zapata, jefe suriano del movimiento agrario, declara que mantendrá sus tropas armadas mientras no se restituyan los ejidos a los pueblos.
- 23 AGOSTO. Andrés Molina Enríquez proclama en Texcoco su plan de Revolución Agraria.
- 1.º OCTUBRE. Elecciones primarias: elecciones secundarias (15). La Cámara de Diputados declara (2 noviembre) electos a Madero (presidente) y a José María Pino Suárez (vicepresidente).
- 6 NOVIEMBRE. Toma posesión el presidente Madero para el período 1911-1916, y el vicepresidente, Pino Suárez, el día 23.
- 27 NOVIEMBRE. Decreto que prohíbe reelección presidente y vicepresidente de la República y gobernadores de los Estados.
- 28 NOVIEMBRE. Zapata expide el *Plan de Ayala*, desconociendo a Madero y pidiendo la distribución de la tercera parte de los latifundios.
- 13 DICIEMBRE. Decreto Congreso creando el Departamento del Trabajo.
- 16 DICIEMBRE. El general Bernardo Reyes (ex gobernador de Nuevo León) regresa de E. U. A. para rebelarse contra Madero; se rinde ante las autoridades de Linares (día 25) y es trasladado a la prisión militar de Santiago Tlatelolco (día 26) en la ciudad de México.

1912

- FEBRERO. Insurrectos contra Madero ocupan Ciudad Juárez.
- 3 MARZO. Pascual Orozco se pronuncia contra Madero en el Estado de Chihuahua.
- 25 MARZO. Insurrectos contra Madero triunfan en Chihuahua.
- 14 ABRIL. Álvaro Obregón, presidente municipal de Huatabampo, recluta gente para combatir a Orozco.
- 17 ABRIL. Insurrectos contra Madero ocupan temporalmente Culiacán (Sinaloa) hasta el 6 de mayo.
- 3 JULIO. Fuerzas del gobierno, al mando del general Victoriano Huerta, derrotan a Pascual Orozco en Bachimba.
- 15 JULIO. Se funda en la ciudad de México la Casa del Obrero Mundial.
- 31 JULIO. El teniente coronel Álvaro Obregón derrota a Orozco en Ojitos.

16 OCTUBRE. El general Félix Díaz (sobrino de Porfirio Díaz) se subleva en el puerto de Veracruz y es derrotado el día 23; se le traslada de San Juan de Ulúa a la prisión militar de Santiago Tlatelolco, en la ciudad de México.

1913

9 FEBRERO. Comienza la *Decena Trágica*. Muere el general Bernardo Reyes frente al Palacio Nacional, defendido por tropas leales a Madero. Los generales Mondragón y Félix Díaz se refugian en la Ciudadela.

11 FEBRERO. Madero nombra al general Huerta comandante de la plaza y general en jefe de las fuerzas del gobierno.

18 FEBRERO. Huerta traiciona a Madero y se une al movimiento reaccionario. Madero y Pino Suárez, presos en Palacio. Huerta asume el poder civil y militar.

19 FEBRERO. La Cámara de Diputados acepta las renunciaciones de Madero y Pino Suárez. Presidente interino: Pedro Lascuráin (Secretario de Relaciones Exteriores), quien nombra a Huerta Secretario de Gobernación y renuncia media hora después. Huerta ocupa automáticamente la presidencia.

22 FEBRERO. Madero y Pino Suárez, asesinados al ser trasladados a la Penitenciaría.

4 MARZO. E. U. A. Toma posesión Woodrow Wilson, presidente para 1913-1917.

5 MARZO. Ignacio L. Pesqueira, gobernador de Sonora, desconoce a Huerta y nombra jefe de guerra al coronel Álvaro Obregón.

26 MARZO. Venustiano Carranza (ex gobernador de Coahuila) lanza el *Plan de Guadalupe*, desconociendo a Huerta, llamando al país a las armas y asumiendo el cargo de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

30 MAYO. Huerta convoca a elecciones extraordinarias para presidente y vicepresidente (para el 26 octubre).

4 JUNIO. Fuerzas revolucionarias ocupan las ciudades de Matamoros, Zacatecas (día 7) y Durango (día 18).

12-15 AGOSTO. Estancia en la ciudad de México de John Lind (enviado personal de Woodrow Wilson, presidente de E. U. A.).

SEPTIEMBRE. El general Felipe Ángeles se declara contra Carranza en Sonora.

2 OCTUBRE. Fuerzas revolucionarias ocupan Torreón (Coahuila).

10 OCTUBRE. Huerta disuelve el Congreso Federal y aprehende a ochenta y cuatro diputados.

26 OCTUBRE. Elecciones extraordinarias de diputados y senadores, presidente y vicepresidente de la República (convocadas por el general Victoriano Huerta).

14 NOVIEMBRE. Fuerzas revolucionarias ocupan Culiacán y Ciudad Victoria (día 18).

1.º DICIEMBRE. Fuerzas revolucionarias ocupan la ciudad de Chihuahua.

15 DICIEMBRE. La Cámara de Diputados declara nulas las elecciones del 26 de octubre. Acuerda que Huerta siga al frente del Poder Ejecutivo y fija el primer domingo de julio 1914 para nuevas elecciones.

1914

3 FEBRERO. E. U. A. Woodrow Wilson levanta el embargo de armas a México para favorecer a la Revolución.

2 ABRIL. Fuerzas revolucionarias al mando de Villa toman Torreón.

6 ABRIL. John Lind (enviado personal de Woodrow Wilson) sale de Veracruz para E. U. A.

9 ABRIL. Incidente de Tampico: los marinos del *Dolphin* (barco de guerra de E. U. A.) son detenidos por las autoridades del puerto.

21 ABRIL. Fuerzas de marina de E. U. A., para impedir que el vapor alemán *Ipiranga* descargue armas para Huerta, ocupan por la fuerza el puerto de Veracruz con saldo de muertos y heridos por ambos lados. Ruptura relaciones diplomáticas con E. U. A. Intereses mexicanos en Washington al cuidado de España (día 24).

23 ABRIL. Fuerzas revolucionarias ocupan Monterrey.

24 ABRIL. Argentina, Brasil y Chile, ofrecen sus buenos oficios a México y E. U. A. para resolver el problema de la ocupación militar de Veracruz.

MAYO. Fuerzas revolucionarias ocupan las ciudades de Tampico y Tuxpan (día 12), Tepic (día 15) y Saltillo (día 20).

20 MAYO-1.º JUNIO. E. U. A. Conferencias de Niagara Falls de los países del A. B. C. con representantes de México y E. U. A.

23 JUNIO. Fuerzas revolucionarias al mando de Villa toman la ciudad de Zacatecas.

JULIO. Fuerzas revolucionarias ocupan las ciudades de Guadalajara (día 16), Acapulco (día 11), Guaymas (día 16), San Luis Potosí, Colima y Aguascalientes (día 17), Guanajuato (día 27), Querétaro (día 29) y Morelia (día 30).

15 JULIO. Renuncia Huerta a la presidencia y sale al extranjero (día 20). Presidente interino: Francisco S. Carbajal, Secretario de Relaciones.

AGOSTO. Fuerzas revolucionarias ocupan las ciudades de Pachuca (día 4), Mazatlán (día 5), Toluca (día 8), Tlaxcala (día 11) y Cuernavaca (día 13).

13 AGOSTO. Carbajal (presidente interino) parte a Veracruz para salir del país. Se disuelven los Poderes Legislativo y Judicial.

15 AGOSTO. Las fuerzas constitucionalistas al mando de Obregón entran en la ciudad de México. Entra Venustiano Carranza el día 20 como Jefe del Ejército Constitucionalista y asume el Poder Ejecutivo.

22 SEPTIEMBRE. Villa desconoce a Carranza, se niega a asistir a la Convención

convocada por éste para el 1.º de octubre en la ciudad de México y expide un manifiesto en Chihuahua el día 25.

SEPTIEMBRE. Fracasas las negociaciones para que Zapata se someta a Carranza.

1.º-4 OCTUBRE. Se instala en la ciudad de México la Convención de gobernadores y generales convocada por Carranza. Se niegan a asistir Villa y Zapata. Carranza presenta su renuncia como Jefe del Ejército encargado del Poder Ejecutivo; no se le acepta. La Convención suspende sus sesiones para reanudarlas en la ciudad de Aguascalientes.

10 OCT.-13 NOV. Convención de Aguascalientes. Se niega a asistir Carranza. Acuerda cesar a Carranza como Primer Jefe y a Villa como Jefe de la División del Norte. Nombra al general Eulalio Gutiérrez presidente provisional.

6 NOVIEMBRE. Eulalio Gutiérrez toma posesión como presidente provisional (dura hasta 28 mayo 1915).

8 NOVIEMBRE. Carranza, desde Córdoba, desconoce actos de la Convención de Aguascalientes y manifiesta que seguirá al frente del Poder Ejecutivo.

13-18 NOVIEMBRE. Fuerzas constitucionalistas ocupan la ciudad de Oaxaca y son desalojadas por los zapatistas.

23 NOVIEMBRE. Las fuerzas militares de E. U. A. entregan el puerto de Veracruz; el gobernador, Cándido Aguilar, lo recibe en nombre de Carranza.

24 NOVIEMBRE. Fuerzas constitucionalistas abandonan la ciudad de México y la ocupan los zapatistas. Carranza se instala en el puerto de Veracruz y lo declara capital de la República.

25 NOVIEMBRE. Los zapatistas ocupan Toluca.

3 DICIEMBRE. Entra en la ciudad de México Eulalio Gutiérrez, presidente provisional nombrado por la Convención de Aguascalientes.

6 DICIEMBRE. Entra en la ciudad de México el ejército de la Convención, compuesto de fuerzas de Villa y Zapata.

12 DICIEMBRE. Carranza, desde Veracruz, decreta que subsiste el *Plan de Guadalupe* hasta el triunfo completo de la Revolución.

14 DICIEMBRE. Las fuerzas de la Convención ocupan Guadalajara.

16 DICIEMBRE. Los zapatistas ocupan la ciudad de Puebla, y la de Tlaxcala el día 25.

DICIEMBRE. Leyes de Carranza, desde Veracruz, sobre el municipio libre (día 25) y el divorcio (día 29).

1915

1.º ENERO. La Convención que se reunió en Aguascalientes reanuda sus sesiones en la ciudad de México.

ENERO. Fuerzas constitucionalistas ocupan las ciudades de Puebla (día 4), Guadalajara (día 19), México (día 28) y Tlaxcala (día 29).

ENERO. Leyes de Carranza, desde Veracruz, sobre repartición tierras y devolución ejidos (6), explotación petrolera (7) y cuestión obrera (29).

ENERO. Fuerzas de la Convención ocupan Saltillo el día 6 y Monterrey el 9.

16 ENERO. Eulalio Gutiérrez, presidente provisional nombrado por la Convención, abandona la ciudad de México con algunos de sus ministros. Roque González Garza asume presidencia Convención y Poder Ejecutivo (hasta 10 junio).

26 ENERO. Ante el avance de las fuerzas constitucionalistas la Convención sale de la ciudad de México y se traslada a Cuernavaca.

10 FEBRERO. Fuerzas constitucionalistas ocupan Pachuca.

11 MARZO. Fuerzas constitucionalistas abandonan la ciudad de México, que es ocupada por los zapatistas.

13 MARZO. Entra en la ciudad de México Roque González Garza, presidente de la Convención y encargado del Poder Ejecutivo. La Convención reanuda sus sesiones el día 21.

ABRIL 6-7 y 13-15. Primera y segunda batallas de Celaya; fuerzas constitucionalistas al mando de Obregón derrotan a Villa.

3 JUNIO. Derrota de Villa por fuerzas constitucionalistas al mando de Obregón en Silao y León (días 4-5).

10 JUNIO. Francisco Lagos Cházaro nombrado por la Convención encargado del Poder Ejecutivo (hasta enero 1916).

11 JUNIO. Manifiesto de Carranza; declara que domina la mayoría del país y pide se le sometan bandos contrarios para lograr la paz y consumar la Revolución.

22 JUNIO. Ley de Carranza desde Veracruz sobre tiendas de raya.

27 JUNIO. Agentes federales de E. U. A. detienen cerca de El Paso a Huerta y Pascual Orozco y los confinan en Fort Bliss.

2 JULIO. Muere en París el general Porfirio Díaz.

10 JULIO. Gobierno y fuerzas de la Convención abandonan la ciudad de México, ocupada (el día 11) por fuerzas constitucionalistas. El gobierno de la Convención se establece en Toluca (el día 14).

JULIO. Fuerzas constitucionalistas al mando de Obregón ocupan las ciudades de Aguascalientes, San Luis Potosí, Zacatecas y Querétaro (día 28).

2 AGOSTO. Las fuerzas constitucionalistas se apoderan de la ciudad de México.

5 SEPTIEMBRE. Las fuerzas constitucionalistas ocupan Saltillo y Torreón el día 29.

11 OCTUBRE. Termina el traslado del gobierno de Carranza de Veracruz a México.

14 OCTUBRE. Fuerzas constitucionalistas ocupan Toluca.

19 OCTUBRE. Carranza reconocido como gobierno de hecho por E. U. A., Argentina, Bolivia, Guatemala, Brasil y Uruguay; Chile (día 21); Costa Rica y El Salvador

(día 25).

19 OCTUBRE. E. U. A. Woodrow Wilson decreta el embargo de armas a México, con excepción de las destinadas al gobierno de Carranza.

19 OCTUBRE. Fuerzas constitucionalistas desalojan a Villa del puerto de Guaymas.

11 NOVIEMBRE. Carranza reconocido como gobierno de hecho por Alemania y Cuba.

1.º-4 NOVIEMBRE. Villa rechazado en Agua Prieta (Sonora).

20-24 NOVIEMBRE. Villa rechazado en Hermosillo (Sonora), derrotado en San Jacinto (Sonora).

12 DICIEMBRE. Carranza reconocido como gobierno de hecho por Japón y por Honduras el día 18.

20 DICIEMBRE. Fuerzas constitucionalistas ocupan Ciudad Juárez, y la ciudad de Chihuahua el día 24.

1916

10 ENERO. Villa fusila a quince norteamericanos en el asalto de Santa Isabel (Chihuahua). Por decreto, Carranza declara a Villa fuera de la ley (día 14).

13 ENERO. Muere Huerta en El Paso (Tejas) de enfermedad contraída en la prisión.

19 ENERO. Carranza crea la Comisión Nacional Agraria.

31 ENERO. Se informa que el gobierno de Carranza ha sido reconocido por España, Francia, Inglaterra, Italia, Rusia y Austria.

10 FEBRERO. Se informa que el gobierno de Carranza ha sido reconocido por Colombia y por Noruega el día 8.

7 MARZO. Fuerzas constitucionalistas ocupan la ciudad de Oaxaca.

9 MARZO. Asalto de Villa al pueblo de Columbus (Nuevo México, E. U. A.). Mueren catorce norteamericanos (siete militares y siete civiles) y se incendian dos mánzanas.

10 MARZO. El gobierno de Carranza reconocido por Venezuela.

15 MARZO. Entra a territorio mexicano la Expedición Punitiva de E. U. A., al mando del general John J. Pershing, para perseguir y castigar a Villa.

12 ABRIL. El pueblo de Parral (Chihuahua) persigue a un destacamento de la Expedición Punitiva, matando a tres soldados norteamericanos e hiriendo a siete.

19 ABRIL. El gobierno de Carranza reconocido por China.

2 MAYO. Fuerzas constitucionalistas ocupan Cuernavaca.

2-11 MAYO. Conferencias de Ciudad Juárez entre México y E. U. A. para retiro Expedición Punitiva.

20 JUNIO. En Carrizal (Chihuahua) tropas mexicanas derrotan a fuerzas de la Expedición Punitiva, que tuvieron cincuenta muertos y veintidós prisioneros.

- 19 SEPTIEMBRE. Carranza convoca a elecciones de diputados al Congreso Constituyente, que se reunirá en Querétaro el 20 noviembre.
- 29 SEPTIEMBRE. Decreto de Carranza que prohíbe reelección presidente, fija en cuatro años período presidencial y suprime la vicepresidencia.
- 22 OCTUBRE. Elecciones de diputados al Congreso Constituyente.
- OCT.-DIC. Conferencias de Atlantic City, entre México y E. U. A., para retiro Expedición Punitiva.
- 1.º DICIEMBRE. Apertura del Congreso Constituyente en la Ciudad de Querétaro.

1917

- 5 ENERO. Terminan conferencias de Atlantic City, entre México y E. U. A. Acuerdan retiro inmediato, continuo e incondicional de la Expedición Punitiva.
- 31 ENERO. Congreso Constituyente de Querétaro firma nueva Constitución Política y clausura sus sesiones.
- 5 FEBRERO. Salen para Columbus (Nuevo México, E. U. A.) últimos contingentes de la Expedición Punitiva.
- 5 FEBRERO. Se promulga nueva Constitución Política de la República que regirá en mayo.
- 6 FEBRERO. Carranza convoca a elecciones de diputados, senadores y presidente de la República para el 11 de marzo.
- 13 FEBRERO. Ignacio Bonillas nombrado embajador de México en E. U. A.
- 2 ABRIL. Apertura del 27.º Congreso de la Unión; primer período extraordinario de sesiones se abre el día 15.
- 26 ABRIL. La Cámara de Diputados declara presidente constitucional a Carranza para período 1.º dic. 1916-20 nov. 1920.
- 1.º MAYO. Carranza entra en la ciudad de México y toma posesión como presidente constitucional.

1918

- 28 JULIO. Elecciones de diputados y senadores al 28.º Congreso de la Unión.
- 1.º SEPTIEMBRE. Apertura del Congreso. Se informa que no se restablece todavía el orden constitucional en los Estados de Chihuahua, Chiapas, Tabasco, Tamaulipas y Morelos.
- 8 DICIEMBRE. Fuerzas del gobierno ocupan Cuernavaca, que estaba en poder de los zapatistas.

1919

- 15 ENERO. Manifiesto de Carranza pidiendo que se aplazase la lucha electoral para el período 1920-1924.
- 10 ABRIL. Zapata, jefe suriano de la revolución agraria, es muerto a traición por las tropas del gobierno en Chinameca (Morelos).
- 21 MAYO. El general Plutarco Elías Calles, nombrado Secretario de Industria y Comercio.
- 1.º JUNIO. Manifiesto del general Álvaro Obregón en Nogales (Sonora) aceptando su candidatura para presidente de la República.
- 18 JULIO. Llega a México Ignacio Bonillas, embajador de México en E. U. A.
- 16 AGOSTO. México suspende sus relaciones diplomáticas con Inglaterra.
- 15 NOVIEMBRE. El general Felipe Ángeles aprehendido en Chihuahua, juzgado por un Consejo de Guerra (día 24) y fusilado (día 26).

1920

- 13 ENERO. Manifiesto del general Pablo González aceptando su candidatura a la presidencia de la República.
- 21 ENERO. Carranza concede permisos perforar pozos de petróleo mientras se expide ley orgánica del art. 27 de la Constitución.
- 21 MARZO. Ignacio Bonillas acepta su candidatura para presidente de la República.
- 10 ABRIL. Carranza envía tropas al Estado de Sonora; el gobierno de éste, considerando atacada su soberanía, rompe con el gobierno federal y nombra al general Plutarco Elías Calles jefe de las fuerzas del Estado. Estas invaden el Estado de Sinaloa y se apoderan de Culiacán el día 17.
- 19 ABRIL. El gobierno del Estado de Guerrero desconoce al gobierno federal y hace causa común con los sublevados de Sonora.
- 24 ABRIL. *Plan de Agua Prieta* desconociendo a Carranza como presidente. Entre los generales sublevados figuran Álvaro Obregón y Pablo González.
- 7 MAYO. Ante la revolución que avanza, Carranza, acompañado de sus ministros, sale de la ciudad de México por el ferrocarril de Veracruz.
- 9 MAYO. Entran en la ciudad de México las fuerzas revolucionarias al mando de los generales Álvaro Obregón y Benjamín Hill.
- 11 MAYO. Las fuerzas revolucionarias y la comitiva de Carranza combaten en la estación de San Marcos; derrota de las fuerzas de Carranza en la estación de Rinconada (día 13).

- 21 MAYO. Carranza, que había huido con algunas personas a la sierra de Puebla, es asesinado en Tlaxcalantongo.
- 24 MAYO. El Congreso nombra presidente provisional a Adolfo de la Huerta, jefe de la revolución triunfante. Las elecciones de presidente se fijan para el 5 de septiembre.
- 1.º JUNIO. Toma posesión Adolfo de la Huerta como presidente provisional (hasta el 30 de noviembre).
- 18 JUNIO. El general Lázaro Cárdenas se encarga del gobierno del Estado de Michoacán.
- 5 SEPTIEMBRE. Elecciones de presidente de la República. La Cámara de Diputados declara presidente constitucional al general Álvaro Obregón.
- 1.º DICIEMBRE. Álvaro Obregón toma posesión como presidente para 1920-1924.

1921

- SEPTIEMBRE. Fiestas solemnes con motivo del centenario de la consumación de la Independencia; muchas naciones envían embajadas especiales.
- 12 OCTUBRE. Se crea la Secretaría de Educación Pública (suprimida por Carranza) y la ocupa el Lic. José Vasconcelos.
- 10 DICIEMBRE. El general Francisco R. Serrano se encarga de la Secretaría de Guerra, con el nombramiento de subsecretario.

1922

- 4 MARZO. El general Serrano es promovido a secretario de Guerra.
- 16 JUNIO. Se firma en Nueva York el convenio entre secretario de Hacienda de México y banqueros norteamericanos para pago deuda exterior de México; ratificado el 7 de agosto.
- 2 JULIO. Elecciones de diputados y senadores para el 30.º Congreso de la Unión.
- 31 OCTUBRE. El general Francisco Murguía (rebelde) es aprehendido en Tepehuanes (Durango) y fusilado (1.º noviembre).

1923

- 11 ENERO. En el cerro del Cubilete (Guanajuato) el delegado Apostólico, Pliilippi, pone la primera piedra de un monumento a Cristo Rey; considerando el gobierno

que fue un acto de culto externo (prohibidos por el art. 24 de la Constitución), le da tres días de plazo para salir del país (día 13).

- 14 MAYO-13 AGOSTO. Conferencias de Bucareli entre comisionados de México y E. U. A. para tratar de ciertas cuestiones pendientes.
- 22 JUNIO. Decreto de la legislatura fijando el número de sacerdotes que habrá en el Estado de Durango.
- 20 JULIO. Francisco Villa asesinado en Parral (Chihuahua) por considerarlo posible sostenedor de Adolfo de la Huerta.
- 31 AGOSTO. Se reanudan las relaciones diplomáticas entre México y E. U. A.
- 1.º NOVIEMBRE. El general Abelardo Rodríguez gobernador del Distrito Norte de la Baja California.
- 30 NOVIEMBRE. En el Estado de Guerrero el general Rómulo Figueroa se subleva contra el gobierno federal.
- 7 DICIEMBRE. Los generales J. Guadalupe Sánchez, jefe de las armas en el Estado de Veracruz, y Enrique Estrada, jefe de las armas en Jalisco, se sublevan contra el gobierno federal, reconociendo como jefe del movimiento revolucionario a Adolfo de la Huerta.

1924

- 4 ENERO. Fuerzas federales se sublevan en Mérida en favor de Adolfo de la Huerta y fusilan al gobernador de Yucatán, Felipe Carrillo Puerto.
- 10 ENERO. Los generales Marcial Cavazos y Ángel Flores se sublevan contra el gobierno federal y ocupan la ciudad de Pachuca.
- 6 FEBRERO. Los rebeldes delahuertistas evacuan el puerto de Veracruz; las tropas federales ocupan Ocotlán, Estado de Jalisco (día 9), Morelia (día 19) y Tuxpan (día 27).
- 21 ABRIL. Mueren los generales rebeldes Cavazos (en combate), García Vigil y Diéguez (fusilados). Termina la rebelión encabezada por Adolfo de la Huerta.
- 1.º JULIO. Elecciones generales para presidente y miembros Congreso. Juntas computadoras declaran que obtuvo mayoría el general Plutarco Elías Calles (día 11) y es declarado presidente constitucional (27 septiembre).
- 5-12 OCTUBRE. Por ciertas ceremonias públicas del Congreso Eucarístico (celebrado en la ciudad de México) el gobierno consigna los hechos al Procurador, por violación al art. 24 de la Constitución, que prohíbe actos de culto externo.
- 30 NOVIEMBRE. El general Plutarco Elías Calles toma posesión como presidente para 1924-1928.

1925

- 21 FEBRERO. La Iglesia Cismática Mexicana se apodera de la parroquia de la Soledad de Santa Cruz, en la ciudad de México, que es recuperada con violencia por el pueblo el día 23.
- 14 MARZO. Comisión reclamaciones de México y Francia para estudiar daños revolución a súbditos franceses.
- 27 AGOSTO. Se reanudan las relaciones diplomáticas entre México e Inglaterra.
- 1.º SEPTIEMBRE. Inauguración del Banco de México (Banco único de emisión).
- 25 NOVIEMBRE. Comisión reclamaciones de México y España para estudiar daños revolución a súbditos españoles.
- 26 NOVIEMBRE. La Cámara de Diputados aprueba la Ley del Petróleo (promulgada 31 diciembre).

1926

- 11 FEBRERO. Por aplicación estricta preceptos Constitución se ordena salida del país de algunos sacerdotes españoles; se clausuran en el Distrito Federal y los Estados algunos colegios católicos, por no impartir instrucción laica (días 13-17), y algunos templos católicos (día 23).
- 10 MARZO. Se inaugura el Banco Nacional de Crédito Agrícola.
- 12 MARZO. La Legislatura fija el número de sacerdotes católicos que habrá en el Estado de Tamaulipas.
- 12 MAYO. Decreto retirando del culto varios templos en el Estado de Tabasco.
- 8 JUNIO. En Zacatecas se detiene a veinticinco seminaristas; se retiran del culto un templo en Frontera, otro en Morelia y otro en Jalapa (día 9); se clausuran varios colegios católicos en Torreón, Durango (día 16) y Querétaro (día 26).
- 2 JULIO. Decreto adicionando el Código Penal con penas para delitos y faltas en materia de cultos (en vigor día 31).
- 19 JULIO. El procurador consigna a treinta y siete sacerdotes de la ciudad de México por haberse negado a registrarse como dispone la Constitución. Circular a los agentes del Ministerio Público para que hagan cumplir la ley de cultos.
- 25 JULIO. Carta pastoral colectiva del Episcopado mexicano, en respuesta al decreto del 2 de julio; anuncia la suspensión de cultos en toda la República el día 31, en que entra en vigor dicho decreto.
- 31 JULIO. Los sacerdotes católicos suspenden el culto en todas las iglesias y entregan los templos a juntas de vecinos.
- 1.º AGOSTO. La Confederación Regional Obrera Mexicana organiza una manifestación

de solidaridad al gobierno por su actitud respecto a la cuestión religiosa.

1927

- 23 JUNIO. La Convención antirreeleccionista designa al general Arnulfo R. Gómez candidato a la presidencia.
- 26 JUNIO. Manifiesto del general Álvaro Obregón aceptando su candidatura para la Presidencia.
- 2 OCTUBRE. En Cuernavaca son capturados el general Francisco R. Serrano (candidato a la presidencia) y acompañantes; todos son fusilados en el camino a México (día 3).
- 13 OCTUBRE. El Senado aprueba ampliación período presidencial a seis años y la Cámara de Diputados (21 noviembre). Se reforma en este sentido la Constitución (16 diciembre).
- 4 NOVIEMBRE. Cerca de Teocelo (Veracruz) es capturado y fusilado el general Arnulfo R. Gómez, candidato antirreeleccionista a la presidencia.

1928

- 1.º JULIO. Elecciones para presidente de la República; triunfa el general Obregón, único candidato que se presentó.
- 17 JULIO. En el restaurante «La Bombilla», de San Ángel (Distrito Federal), es muerto el general Obregón (presidente electo), por José de León Toral.
- 16 AGOSTO. El Lic. Emilio Portes Gil nombrado secretario de Gobernación.
- 1.º SEPTIEMBRE. Último informe del presidente Calles al Congreso; declara que nunca y por ningún motivo volverá a ocupar la presidencia de la República.
- 25 SEPTIEMBRE. El Congreso nombra al Lic. Portes Gil presidente provisional del 30 noviembre al 14 febrero 1930. Se fijan elecciones para presidente para noviembre 1929.
- 10 NOVIEMBRE. Llega a México el licenciado José Vasconcelos, candidato a la presidencia de la República.

GOBIERNOS A PARTIR DE 1928

- 1.º DIC. 1928-5 FEBRERO 1930. Lic. Emilio Portes Gil, presidente provisional.
- 21 JUNIO 1929. Soluciona conflicto religioso.

MARZO-MAYO 1929. Sofoca la rebelión del general José Gonzalo Escobar.

5 FEB. 1930-2 SEPT. 1932. Ing. Pascual Ortiz Rubio, presidente constitucional.
Renuncia antes de terminar su período.

3 SEPT. 1932-30 NOV. 1934. General Abelardo L. Rodríguez, presidente sustituto constitucional.

1.º DIC. 1934-30 NOV. 1940. General Lázaro Cárdenas, presidente constitucional.

11 JUNIO 1935. El general Calles hace declaraciones sobre situación política y condena huelgas, que considera comprometen estabilidad del gobierno.

13 JUNIO 1935. El presidente Cárdenas responde al general Calles y se considera con derecho a la confianza de la nación.

14 JUNIO 1935. El presidente Cárdenas pide renuncia a su gabinete y nombra otro el día 18.

10 ABRIL 1936. Por motivos de salud pública el presidente Cárdenas expulsa del país al general Calles, al líder Morones y dos personas más.

18 MARZO 1938. Decreto del presidente Cárdenas sobre expropiación de las empresas petroleras.

1.º DIC. 1940-30 NOV. 1946. General Manuel Avila Camacho, presidente constitucional.

1.º DIC. 1946-30 NOV. 1952. Lic. Miguel Alemán, presidente constitucional.

1.º DIC. 1952-30 NOV. 1958. Adolfo Ruiz Cortines, presidente constitucional.

1.º DIC. 1958-30 NOV. 1964. Lic. Adolfo López Mateos, presidente constitucional.

1.º DIC. 1964-30 NOV. 1970. Lic. Gustavo Díaz Ordaz, presidente constitucional.

1.º DIC. 1970-30 NOV. 1976. Lic. Luis Echeverría Álvarez, presidente constitucional.

LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

MARIANO AZUELA

MARIANO AZUELA

(1873-1952)

CON *Los de abajo*, una de las primeras narraciones de Mariano Azuela, se inicia la novela de la Revolución Mexicana.

Azuela nace en Lagos de Moreno (Estado de Jalisco) el 1.º de enero de 1873, en una familia modesta que tenía un pequeño comercio. Hace sus primeros estudios en los planteles educativos del lugar y después sigue en Guadalajara la carrera de Medicina. Se recibe de médico en 1899 y empieza a ejercer su profesión.

Ya desde 1896, siendo practicante en un hospital de Guadalajara, se revela su vocación literaria ante el deseo de narrar la tragedia de una pobre mujer de dieciséis años que se moría de alcoholismo y tuberculosis. Aquellas páginas —«novela de la juventud estudiantil de mi Guadalajara dulce, romántica y apasionada», según él mismo dice— aparecieron con el título de *Impresiones de un estudiante*, bajo el seudónimo de «Beleño», en una revista de la capital. Esas páginas se convertirían después en su novela *María Luisa* (1907).

En 1911, cuando la revolución contra Porfirio Díaz, se incorpora Azuela a las fuerzas revolucionarias. En su grupo de rebeldes figuraban obreros, agricultores, pequeños comerciantes y jóvenes entusiastas. Madero triunfa y, al renovarse las autoridades locales, Azuela es nombrado Jefe Político de Lagos de Moreno. «Tal nombramiento —nos dice— tuve que aceptarlo, sobre todo cuando el caciquismo, herido en sus más altas prerrogativas, protestó y puso el grito en el cielo. Haberme obstinado en rehusarlo habría sido deslealtad y egoísmo.»

Pero durante el gobierno provisional de Francisco León de la Barra es destituido el gobernador de Jalisco y Azuela considera digno renunciar a su cargo. En octubre de 1914 se incorpora en Irapuato a las fuerzas de Julián Medina, que pertenecían a la facción villista y que habían desconocido el gobierno provisional de Venustiano Carranza. Azuela trabaja como médico militar y recibe el grado de teniente coronel. Convivió entonces con la oficialidad, la tropa y los campesinos, y participó en la vida peligrosa y entretenida, interesante y trágica, de aquellas campañas. De derrota en derrota llegó desterrado a El Paso (Texas) en 1915.

Se dedica al periodismo y en el diario *El Paso del Norte* publica, de octubre a diciembre de 1915, su novela *Los de abajo*, que aparece en libro el año siguiente, editada por el mismo diario. Poco después Azuela, un tanto desilusionado, regresa a su patria. Recoge a su familia en Guadalajara y se instala en la ciudad de México, en el barrio de Santiago Tlatelolco. El boticario de una farmacia cercana empieza a mandarle clientes, y ejerce de nuevo su profesión de médico. Durante un tiempo fue Director de Instrucción Pública.

Sigue escribiendo en los largos momentos de descanso que le deja su profesión. De esta primera época son Los caciques (1917), que ofreció al diario El Universal y que, contra la opinión de los redactores, aceptó Félix F. Palavicini, pagando por esa novela cien pesos. Ese dinero llegó oportunamente, tanto que Azuela le concede una virtud casi mágica. «Con los cien pesos que me pagaron —dice— comencé a ejercer mi profesión, me radiqué en esta capital, eduqué a mis hijos y he llegado a una vejez tranquila, conservando una independencia que no cambiaría por todo el oro del mundo.»

Azuela continuó escribiendo novelas que reproducían la realidad mexicana con rasgos cada vez más intensos y severos. Siguió ejerciendo su profesión de médico, con el espíritu apostólico de siempre. Su vida es silenciosa, noble y activa. El reconocimiento de sus méritos literarios es cada vez más amplio. Los honores empiezan a premiar su genio y su esfuerzo. Fue uno de los miembros fundadores del Seminario de Cultura Mexicana y, después, del Colegio Nacional. En 1942 se le otorga el Premio de Literatura y en 1949 el Premio Nacional de Artes y Ciencias. Murió el 1.º de marzo de 1952.

De las novelas de Azuela relativas a la Revolución Mexicana se publican aquí Los de abajo, Los caciques y Las moscas, que presentan tres aspectos distintos y complementarios de este movimiento.

LOS DE ABAJO.—Universalmente conocida. Es la novela de un momento de confusión, de heroísmo ciego, de pasión desenfrenada. Demetrio Marías y sus hombres simbolizan todas las fuerzas reprimidas y generosas que se levantaron contra el retorno del porfirismo que significó el régimen de Victoriano Huerta.

No es, en realidad, como se ha dicho con frecuencia, «la novela de la Revolución Mexicana», sino la novela de ese primer momento de la Revolución Mexicana en que principia la lucha con una cólera ciega y un afán de venganza reprimido durante muchos años. Fue un momento de caos, incertidumbre y fracaso, que Azuela pinta admirablemente en un diálogo intenso y real, en un estilo cortante e impresionista, y en una serie de cuadros —que se han comparado con fotografías instantáneas— en que la realidad palpita sin retoques ni deformación.

Casi todos sus personajes han sido tomados del natural. Muchas de sus conversaciones han sido captadas en cuarteles, ferrocarriles, fandangos y caminos. Y cuando una partida de carrancistas sorprendió a las fuerzas de Julián Medina, «yo —nos dice Azuela—, al amparo de un covachón abierto en la peña viva, tomaba apuntes para la escena final de la novela». Inaugura en la literatura narrativa moderna una nueva técnica, de cuadros rápidos e impresionantes, que el lector liga en su mente como las imágenes sucesivas de una cinta cinematográfica.

LOS CACIQUES.—Pinta cómo —aún durante el gobierno de Francisco I. Madero— van creciendo y reforzándose esos núcleos de fuerzas conservadoras que, en el ambiente propicio de la provincia, se defienden y disfrazan, bajo el manto de la derecha, el poder y la religión.

Es al mismo tiempo un examen y una denuncia de la forma en que operan esos ricos influyentes —«los caciques»— que se van adueñando de todos los bienes terrenales que están a su alcance, y que, cuando cuentan —como los Del Llano— con un miembro de la familia que ejerce un cargo eclesiástico, resultan intocables.

Azuela nos dice que en esta novela no quiso «dar la historia de una familia zutana o mengana, sino la de una casta imperando en cada centro grande o pequeño, perfectamente organizado e identificable en todas partes con rasgos bien definidos. La verdad es que estábamos cansados de esta gente decente que consagra la mañana a la misa y a sus devociones y por la tarde compra maíz al tiempo, celebra contratos de venta con pacto de retroventa y hace otras muchas operaciones del mismo género. Se me dirá que ahora se hacen cosas mil veces peores y responderé que es verdad, pero estas nuevas gentes no sienten el menor bochorno en que se les llame bandidos, nunca han querido acreditarse como personas decentes, ni mucho menos aspiran a la gloria celestial».

Excelente caracterización de los personajes por sus acciones y sus rasgos más impresionantes; sugestiva pintura del ambiente pacato y confuso de la provincia; el diálogo, rápido, conciso, lleno de revelaciones psicológicas de los interlocutores. El libro se cierra con la entrada de las fuerzas revolucionarias al pueblo. Ha caído Victoriano Huerta y empieza a arder el gran edificio, que representa, más que el trabajo de «los caciques», sus vergonzosas especulaciones. En ese momento, en el campo, principian a reunirse los batallones de Los de abajo para lanzarse a la lucha.

LAS MOSCAS.—La revolución ya ha triunfado, pero ahora luchan entre sí los caudillos revolucionarios para saber quién va a quedarse en el Poder. Época de febril movilidad, de huidas y de encuentros. Las tropas van del sur al centro, del centro al norte. Corriendo sobre la vía, o detenidos en las ciudades o en pleno campo, los trenes son cuarteles, fortalezas, centros de operaciones y refugio de emigrantes.

Los hábiles —como esta familia de doña Marta y sus hijos Rubén, Matilde y Rosita— se introducen al tren de algún general en campaña viajera, se instalan en el carro y se mantienen así durante semanas por estratagemas, servicios, favores y acaso los encantos de las niñas. Burócratas, «moscas», que quieren adivinar dónde va a quedar la torta. Y así llegan hasta México a ver al secretario de Instrucción Pública —que despacha en su propio tren— o a esperar encontrarse, en algún

momento de conjunción ferroviaria, con el mismo Francisco Villa.

Por su movilidad y sus cuadros casi enteramente dialogados, esta novela colinda con el teatro; poco falta para que puedan lucir en la escena estos personajes que se caracterizan tan rápidamente a si mismos en sus conversaciones y sus parlamentos. Por su trazo vivo, su libre desarrollo y su ritmo acelerado es una de las obras de Azuela en que la nueva técnica de cuadros sucesivos e impresionistas aparece más fácil y lograda.

OBRAS NARRATIVAS DE AZUELA.—María Luisa, Lagos de Moreno, 1907.—Los fracasados, 1908.—Mala yerba. Guadalajara, 1909. Traducida al inglés y francés.—Andrés Pérez, maderista, 1911.—Sin amor, 1912.—Los de abajo. El Paso, Tejas, 1916. Traducción al inglés, francés, portugués, ruso, alemán, servio, chino y japonés.—Los caciques, 1917.—Domitilo quiere ser diputado, 1918.—Las moscas, 1918.—Las tribulaciones de una familia decente, 1919.—La malhora, 1923.—El desquite, 1925.—La luciérnaga. Madrid, 1932.—Precursores. Santiago de Chile, 1935.—El camarada Pantoja, 1937.—Regina Landa, 1939.—Avanzada, 1940.—Nueva burguesía. Buenos Aires, 1941.—La marchanta, 1944.—La mujer domada, 1946.—Sendas perdidas, 1949.—La maldición, 1955.—Esa sangre, 1956. Estas dos últimas, publicaciones póstumas.

ANTONIO CASTRO LEAL.

LOS DE ABAJO

PRIMERA PARTE

— **T**E digo que no es un animal... Oye cómo ladra el *Palomo*... Debe ser algún cristiano...

La mujer fijaba sus pupilas en la oscuridad de la sierra.

—¿Y que fueran siendo federales? —repuso un hombre que, en cuclillas, yantaba en un rincón, una cazuela en la diestra y tres tortillas en taco en la otra mano.

La mujer no le contestó; sus sentidos estaban puestos fuera de la casuca.

Se oyó un ruido de pesuñas en el pedregal cercano, y el *Palomo* ladró con más rabia.

Sería bueno que por sí o por no te escondieras, Demetrio.

El hombre, sin alterarse, acabó de comer; se acercó un cántaro y, levantándolo a dos manos, bebió agua a borbotones. Luego se puso en pie.

—Tu rifle está debajo del petate —pronunció ella en voz muy baja.

El cuartito se alumbraba por una mecha de sebo. En un rincón descansaban un yugo, un arado, un otate y otros aperos de labranza. Del techo pendían cuerdas sosteniendo un viejo molde de adobes, que servía de cama, y sobre mantas y desteñidas hilachas dormía un niño. Demetrio ciñó la cartuchera a su cintura y levantó el fusil. Alto, robusto, de faz bermeja, sin pelo de barba, vestía camisa y calzón de manta, ancho sombrero de soyate y guaraches.

Salió paso a paso, desapareciendo en la oscuridad impenetrable de la noche.

El *Palomo*, enfurecido, había saltado la cerca del corral. De pronto se oyó un disparo, el perro lanzó un gemido sordo y no ladró más.

Unos hombres a caballo llegaron vociferando y maldiciendo. Dos se apearon y otro quedó cuidando las bestias.

—¡Mujeres..., algo de cenar!... Blanquillos, leche, frijoles, lo que tengan, que venimos muertos de hambre.

—¡Maldita sierra! ¡Sólo el diablo no se perdería!

—Se perdería, mi sargento, si viniera de borracho como tú...

Uno llevaba galones en los hombros, el otro cintas rojas en las mangas.

—¿En dónde estamos, vieja?... ¡Pero con una!... ¿Esta casa está sola?

—¿Y entonces, esa luz?... ¿Y ese chamaco?... ¡Vieja, queremos cenar, y que sea pronto! ¿Sales o te hacemos salir?

—¡Hombres malvados, me han matado mi perro!... ¿Qué les debía ni qué les comía mi pobrecito *Palomo*?

La mujer entró llevando a rastras el perro, muy blanco y muy gordo, con los ojos claros ya y el cuerpo suelto.

—¡Mira nomás qué chapetes, sargento!... Mi alma, no te enojas, yo te juro volverte tu casa un palomar; pero ¡por Dios!...

No me mires airada...

No más enojos...

Mírame cariñosa,
luz de mis ojos,

acabó cantando el oficial con voz aguardentosa.

—Señora, ¿cómo se llama este ranchito? —preguntó el sargento.

—Limón —contestó hosca la mujer, ya soplando las brasas del fogón y arrimando leña.

—¿Conque aquí es Limón?... ¡La tierra del famoso Demetrio Macías!... ¿Lo oye, mi teniente? Estamos en Limón.

—¿En Limón?... Bueno, para mí... ¡plin!... Ya sabes, sargento, si he de irme al infierno, nunca mejor que ahora..., que voy en buen caballo. ¡Mira nomás qué cachetitos de morena!... ¡Un perón para morderlo!...

—Usted ha de conocer al bandido ese, señora... Yo estuve junto con él en la Penitenciaría de Escobedo.

—Sargento, tráeme una botella de tequila; he decidido pasar la noche en amable compañía con esta morenita... ¿El coronel?... ¿Qué me hablas tú del coronel a estas horas?... ¡Que vaya mucho a...! Y si se enoja, pa mí... ¡plin!... Anda, sargento, dile al cabo que desensille y eche de cenar. Yo aquí me quedo... Oye, chatita, deja a mi sargento que fría los blanquillos y caliente las gordas; tú ven acá conmigo. Mira, esta carterita apretada de billetes es sólo para ti. Es mi gusto. ¡Figúrate! Ando un poco borrachito por eso, y por eso también hablo un poco ronco... ¡Como que en Guadalajara dejé la mitad de la campanilla y por el camino vengo escupiendo la otra mitad!... ¿Y qué le hace...? Es mi gusto. Sargento, mi botella, mi botella de tequila. Chata, estás muy lejos; arrímate a echar un trago. ¿Cómo que no?... ¿Le tienes miedo a tu... marido... o lo que sea?... Si está metido en algún agujero dile que salga..., pa mí ¡plin!... Te aseguro que las ratas no me estorban.

Una silueta blanca llenó de pronto la boca oscura de la puerta.

—¡Demetrio Macías! —exclamó el sargento despavorido, dando unos pasos atrás. El teniente se puso de pie y enmudeció, quedóse frío e inmóvil como una estatua.

—¡Mátalos! —exclamó la mujer con la garganta seca.

—¡Ah, dispense, amigo!... Yo no sabía... Pero yo respeto a los valientes de veras.

Demetrio se quedó mirándolos y una sonrisa insolente y despreciativa plegó sus líneas.

—Y no sólo los respeto, sino que también los quiero... Aquí tiene la mano de un amigo... Está bueno, Demetrio Macías, usted me desaira... Es porque no me conoce, es porque me ve en este perro y maldito oficio... ¡Qué quiere, amigo!... ¡Es uno pobre, tiene familia numerosa que mantener! Sargento, vámonos; yo respeto siempre la casa de un valiente, de un hombre de veras.

Luego que desaparecieron, la mujer abrazó estrechamente a Demetrio.

—¡Madre mía de Jalpa! ¡Qué susto! ¡Creí que a ti te habían tirado el balazo!

—Vete luego a la casa de mi padre —dijo Demetrio.

Ella quiso detenerlo; suplicó, lloró; pero él, apartándola dulcemente, repuso sombrío:

—Me late que van a venir todos juntos.

—¿Por qué no los mataste?

—¡Seguro que no les tocaba todavía!

Salieron juntos; ella con el niño en los brazos.

Ya a la puerta se apartaron en opuesta dirección. La luna poblaba de sombras vagas la montaña.

En cada risco y en cada chaparro, Demetrio seguía mirando la silueta dolorida de una mujer con su niño en los brazos.

Cuando después de muchas horas de ascenso volvió los ojos, en el fondo del cañón, cerca del río, se levantaban grandes llamaradas.

Su casa ardía...

II

Todo era sombra todavía cuando Demetrio Macías comenzó a bajar al fondo del barranco. El angosto talud de una escarpa era vereda, entre el peñascal veteadado de enormes resquebrajaduras y la vertiente de centenares de metros, cortada como de un solo tajo.

Descendiendo con agilidad y rapidez, pensaba:

«Seguramente ahora sí van a dar con nuestro rastro los federales, y se nos vienen encima como perros. La fortuna es que no saben veredas, entradas ni salidas. Sólo que alguno de Moyahua anduviera con ellos de guía, porque los de Limón, Santa Rosa y demás ranchitos de la sierra son gente segura y nunca nos entregarían... En Moyahua está el cacique que me trae corriendo por los cerros, y éste tendría mucho gusto en verme colgado de un poste del telégrafo y con tamaña lengua de fuera...».

Y llegó al fondo del barranco cuando comenzaba a clarear el alba. Se tiró entre las piedras y se quedó dormido.

El río se arrastraba cantando en diminutas cascadas; los pajarillos piaban escondidos en los pitahayos, y las chicharras monorrítmicas llenaban de misterio la soledad de la montaña.

Demetrio despertó sobresaltado, vadeó el río y tomó la vertiente opuesta del cañón. Como hormiga arriera ascendió la crestería, crispadas las manos en las peñas y ramazones, crispadas las plantas sobre las guijas de la vereda.

Cuando escaló la cumbre, el sol bañaba la altiplanicie en un lago de oro. Hacia la barranca se veían rocas enormes rebanadas; prominencias erizadas como fantásticas cabezas africanas; los pitahayos como dedos anquilosados de coloso; árboles tendidos hacia el fondo del abismo. Yen la aridez de las peñas y de las ramas secas, albeaban las frescas rosas de San Juan como una blanca ofrenda al astro que comenzaba a deslizar sus hilos de oro de roca en roca.

Demetrio se detuvo en la cumbre; echó su diestra hacia atrás; tiró del cuerno que pendía a su espalda, lo llevó a sus labios gruesos, y por tres veces, inflando los carrillos, sopló en él. Tres silbidos contestaron la señal, más allá de la crestería frontera.

En la lejanía, de entre un cónico hacinamiento de cañas y paja podrida, salieron, unos tras otros, muchos hombres de pechos y piernas desnudos, oscuros y repulidos como viejos bronce.

Vinieron presurosos al encuentro de Demetrio.

—¡Me quemaron mi casa! —respondió a las miradas interrogadoras.

Hubo imprecaciones, amenazas, insolencias. Demetrio los dejó desahogar; luego sacó de su camisa una botella, bebió un tanto, limpióla con el dorso de su mano y la pasó a su inmediato. La botella, en una vuelta de boca en boca, se quedó vacía. Los hombres se relamieron.

—Si Dios nos da licencia —dijo Demetrio—, mañana o esta misma noche les

hemos de mirar la cara otra vez a los federales. ¿Qué dicen, muchachos, los dejamos conocer estas veredas?

Los hombres semidesnudos saltaron dando grandes alaridos de alegría. Y luego redoblaron las injurias, las maldiciones y las amenazas.

—No sabemos cuántos serán ellos —observó Demetrio, escudriñando los semblantes—. Julián Medina, en Hostotipaquillo, con media docena de pelados y con cuchillos afilados en el metate, les hizo frente a todos los cuicos y federales del pueblo, y se los echó...

—¿Qué tendrán algo los de Medina que a nosotros nos falte? —dijo uno de barba y cejas espesas y muy negras, de mirada dulzona; hombre macizo y robusto.

—Yo sólo les sé decir —agregó— que dejo de llamarme Anastasio Montañés si mañana no soy dueño de un máuser, cartuchera, pantalones y zapatos. ¡De veras!... Mira, Codorniz, ¿voy que no me lo crees? Yo traigo media docena de plomos adentro de mi cuerpo... Ai que diga mi compadre Demetrio si no es cierto... Pero a mí me dan tanto miedo las balas, como una bolita de caramelo. ¿A que no me lo crees?

—¡Que viva Anastasio Montañés! —gritó *el Manteca*.

—No —repuso aquél—; que viva Demetrio Macías, que es nuestro jefe, y que vivan Dios del cielo y María Santísima.

—¡Viva Demetrio Macías! —gritaron todos.

Encendieron lumbre con zacate y leños secos, y sobre los carbones encendidos tendieron trozos de carne fresca. Se rodearon en torno de las llamas, sentados en cuclillas, olfateando con apetito la carne que se retorció y crepitaba en las brasas.

Cerca de ellos estaba, en montón, la piel dorada de una res, sobre la tierra húmeda de sangre. De un cordel, entre dos huizaches, pendía la carne hecha cecina, oreándose al sol y al aire.

—Bueno —dijo Demetrio—; ya ven que aparte de mi treinta-treinta, no contamos más que con veinte armas. Si son pocos, les damos hasta no dejar uno; si son muchos aunque sea un buen susto les hemos de sacar.

Aflojó el ceñidor de su cintura y desató un nudo, ofreciendo del contenido a sus compañeros.

—¡Sal! —exclamaron con alborozo, tomando cada uno con la punta de los dedos algunos granos.

Comieron con avidez, y cuando quedaron satisfechos, se tiraron de barriga al sol y cantaron canciones monótonas y tristes, lanzando gritos estridentes después de cada estrofa.

III

Entre las malezas de la sierra durmieron los veinticinco hombres de Demetrio Macías, hasta que la señal del cuerno los hizo despertar. Pancracio la daba de lo alto de un risco de la montaña.

—¡Hora sí, muchachos, pónganse changos! —dijo Anastasio Montañés, reconociendo los muelles de su rifle.

Pero transcurrió una hora sin que se oyera más que el canto de las cigarras en el herbazal y el croar de las ranas en los baches.

Cuando los albores de la luna se esfumaron en la faja débilmente rosada de la aurora, se destacó la primera silueta de un soldado en el filo más alto de la vereda. Y tras él aparecieron otros, y otros diez, y otros cien; pero todos en breve se perdían en las sombras. Asomaron los fulgores del sol, y hasta entonces pudo verse el despeñadero cubierto de gente: hombres diminutos en caballos de miniatura.

—¡Mírenlos qué bonitos! —exclamó Pancracio—. ¡Anden, muchachos, vamos a jugar con ellos!

Aquellas figuritas movedizas, ora se perdían en la espesura del chaparral, ora negreaban más abajo sobre el ocre de las peñas.

Distintamente se oían las voces de jefes y soldados. Demetrio hizo una señal: crujieron los muelles y los resortes de los fusiles.

—¡Hora! —ordenó con voz apagada.

Veintiún hombres dispararon a un tiempo, y otros tantos federales cayeron de sus caballos. Los demás, sorprendidos, permanecían inmóviles, como bajorrelieves de las peñas.

Una nueva descarga, y otros veintiún hombres rodaron de roca en roca, con el cráneo abierto.

—¡Salgan, bandidos!... ¡Muertos de hambre!

—¡Mueran los ladrones nixtamaleros!...

—¡Mueran los comevacas!...

Los federales gritaban a los enemigos, que, ocultos, quietos y callados, se contentaban con seguir haciendo gala de una puntería que ya los había hecho famosos.

—¡Mira, Pancracio —dijo *el Meco*, un individuo que sólo en los ojos y en los dientes tenía algo de blanco—; ésta es para el que va a pasar detrás de aquel pitayo! ... ¡Hijo de...! ¡Toma!... ¡En la pura calabaza! ¿Viste?... Hora pal que viene en el caballo tordillo... ¡Abajo, pelón!...

—Yo voy a darle una bañada al que va horita por el filo de la vereda... Si no llegas al río, mocho infeliz, no quedas lejos... ¿Qué tal?... ¿Lo viste?...

—¡Hombre, Anastasio, no seas malo!... Empréstame tu carabina... ¡Ándale, un tiro nomás!...

El Manteca, la Codorniz y los demás que no tenían armas las solicitaban, pedían

como una gracia suprema que les dejaran hacer un tiro siquiera.

—¡Asómense si son tan hombres!

—Saquen la cabeza... ¡hilachos piojosos!

De montaña a montaña los gritos se oían tan claros como de una acera a la del frente.

La Codorniz surgió de improviso, en cueros, con los calzones tendidos en actitud de torear a los federales. Entonces comenzó la lluvia de proyectiles sobre la gente de Demetrio.

—¡Huy! ¡Huy! Parece que me echaron un panal de moscos en la cabeza —dijo Anastasio Montañés, ya tendido entre las rocas y sin atreverse a levantar los ojos.

—¡Codorniz, fijo de un...! ¡Hora adonde les dije! —rugió Demetrio.

Y, arrastrándose, tomaron nuevas posiciones.

Los federales comenzaron a gritar su triunfo y hacían cesar el fuego, cuando una nueva granizada de balas los desconcertó.

—¡Ya llegaron más! —clamaban los soldados. Y presa de pánico, muchos volvieron grupas resueltamente, otros abandonaron las caballerías y se encaramaron, buscando refugio, entre las peñas. Fue preciso que los jefes hicieran fuego sobre los fugitivos para restablecer el orden.

—A los de abajo... A los de abajo —exclamó Demetrio, tendiendo su treinta-treinta hacia el hilo cristalino del río.

Un federal cayó en las mismas aguas, e indefectiblemente siguieron cayendo uno a uno a cada nuevo disparo. Pero sólo él tiraba hacia el río, y por cada uno de los que mataba, ascendían intactos diez o veinte a la otra vertiente.

—A los de abajo... A los de abajo —siguió gritando encolerizado.

Los compañeros se prestaban ahora sus armas, y haciendo blancos cruzaban sendas apuestas.

—Mi cinturón de cuero si no le pego en la cabeza al del caballo prieto. Préstame tu rifle, Meco...

—Veinte tiros de máuser y media vara de chorizo por que me dejes tumbar al de la potranca mora... Bueno... ¡Ahora!... ¿Viste qué salto dio?... ¡Como venado!...

—¡No corran, mochos!... Vengan a conocer a su padre Demetrio Macías...

Ahora de éstos partían las injurias. Gritaba Pancracio, alargando su cara lampiña, inmutable como piedra, y gritaba *el Manteca*, contrayendo las cuerdas de su cuello y estirando las líneas de su rostro de ojos torvos de asesino.

Demetrio siguió tirando y advirtiendo del grave peligro a los otros, pero éstos no repararon en su voz desesperada sino hasta que sintieron el chicoteo de las balas por uno de los flancos.

—¡Ya me quemaron! —gritó Demetrio, y rechinó los dientes—. ¡Hijos de...!

Y con prontitud se dejó resbalar hacia un barranco.

IV

Faltaron dos: Serapio el charamusquero y Antonio el que tocaba los platillos en la Banda de Juchipila.

—A ver si se nos juntan más adelante —dijo Demetrio.

Volvían desazonados. Sólo Anastasio Montañés conservaba la expresión dulzona de sus ojos adormilados y su rostro barbado, y Pancracio la inmutabilidad repulsiva de su duro perfil de prognato.

Los federales habían regresado, y Demetrio recuperaba todos sus caballos, escondidos en la sierra.

De pronto, *la Codorniz*, que marchaba adelante, dio un grito: acababa de ver a los compañeros perdidos, pendientes de los brazos de un mezquite.

Eran ellos Serapio y Antonio. Los reconocieron, y Anastasio Montañés rezó entre dientes:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

—Amén —rumorearon los demás, con la cabeza inclinada y el sombrero sobre el pecho.

Y apresurados tomaron el cañón de Juchipila, rumbo al norte, sin descansar hasta ya muy entrada la noche. *La Codorniz* no se apartaba un instante de Anastasio. Las siluetas de los ahorcados, con el cuello flácido, los brazos pendientes, rígidas las piernas, suavemente mecidos por el viento, no se borraban de su memoria. Otro día Demetrio se quejó mucho de la herida. Ya no pudo montar su caballo. Fue preciso conducirlo desde allí en una camilla improvisada con ramas de robles y haces de yerbas.

—Sigue desangrándose mucho, compadre Demetrio —dijo Anastasio Montañés. Y de un tirón arrancóse una manga de la camisa y la anudó fuertemente al muslo, arriba del balazo.

—Bueno —dijo Venancio—; eso le para la sangre y le quita la dolencia.

Venancio era barbero; en su pueblo sacaba muelas y ponía cáusticos y sanguijuelas. Gozaba de cierto ascendiente porque había leído *El judío errante* y *El sol de mayo*. Le llamaban *el doctor*, y él, muy pagado de su sabiduría, era hombre de pocas palabras.

Turnándose de cuatro en cuatro, condujeron la camilla por mesetas calvas y pedregosas y por cuevas empinadísimas.

Al mediodía, cuando la calina sofocaba y se obnubilaba la vista, con el canto incesante de las cigarras se oía el quejido acompasado y monocorde del herido.

En cada jacalito escondido entre las rocas abruptas, se detenían y descansaban.

—¡Gracias a Dios! ¡Un alma compasiva y una gorda topeteada de chile y frijoles nunca faltan! —decía Anastasio Montañés eructando.

Y los serranos, después de estrecharles fuertemente las manos encallecidas, exclamaban:

—¡Dios los bendiga! ¡Dios los ayude y los lleve por buen camino!... Ahora van ustedes; mañana correremos también nosotros, huyendo de la leva, perseguidos por estos condenados del gobierno, que nos han declarado guerra a muerte a todos los pobres; que nos roban nuestros puercos, nuestras gallinas y hasta el maicito que tenemos para comer; que queman nuestras casas y se llevan nuestras mujeres, y que, por fin, donde dan con uno, allí lo acaban como si fuera perro del mal.

Cuando atardeció en llamaradas que tiñeron el cielo en vivísimos colores, pardearon unas casucas en una explanada, entre las montañas azules. Demetrio hizo que lo llevaran allí.

Eran unos cuantos pobrísimos jacales de zacate, diseminados a la orilla del río, entre pequeñas sementeras de maíz y frijol recién nacidos.

Pusieron la camilla en el suelo, y Demetrio, con débil voz, pidió un trago de agua.

En las bocas oscuras de las chozas se aglomeraron chomites incoloros, pechos huesudos, cabezas desgreadas y, detrás, ojos brillantes y carrillos frescos.

Un chico gordinflón, de piel morena y reluciente, se acercó a ver al hombre de la camilla; luego una vieja, y después todos los demás vinieron a hacerle ruedo.

Una moza muy amable trajo una jícara de agua azul. Demetrio cogió la vasija entre sus manos trémulas y bebió con avidez.

—¿No quiere más?

Alzó los ojos: la muchacha era de rostro muy vulgar, pero en su voz había mucha dulzura.

Se limpió con el dorso del puño el sudor que perlaba su frente, y volviéndose de un lado, pronunció con fatiga:

—¡Dios se lo pague!

Y comenzó a tiritar con tal fuerza, que sacudía las yerbas y los pies de la camilla. La fiebre lo aletargó.

—Está haciendo sereno y eso es malo pa la calentura —dijo señá Remigia, una vieja enchomitada, descalza y con una garra de manta al pecho a modo de camisa.

Y los invitó a que metieran a Demetrio en su jacal.

Pancracio, Anastasio Montañés y *la Codorniz* se echaron a los pies de la camilla como perros fieles, pendientes de la voluntad del jefe.

Los demás se dispersaron en busca de comida. Señá Remigia ofreció lo que tuvo: chile y tortillas.

—Afigúrense..., tenía güevos, gallinas y hasta una chiva parida; pero estos malditos federales me limpiaron.

Luego, puestas las manos en bocina, se acercó al oído de Anastasio y le dijo:

—¡Afigúrense..., cargaron hasta con la muchachilla de señá Nieves!...

La Codorniz, sobresaltado, abrió los ojos y se incorporó.

—¿Montañés, oíste?... ¡Un balazo!... Montañés... Despierta...

Le dio fuertes empujones, hasta conseguir que se removiera y dejara de roncar.

—¡Con un...! ¡Ya estás moliendo!... Te digo que los muertos no se aparecen...

—balbució Anastasio despertando a medias.

—¡Un balazo, Montañés!...

—Te duermes, Codorniz, o te meto una trompada...

—No, Anastasio; te digo que no es pesadilla... Ya no me he vuelto a acordar de los ahorcados. Es de veras un balazo; lo oí clarito...

—¿Dices que un balazo?... A ver, daca mi máuser...

Anastasio Montañés se restregó los ojos, estiró los brazos y las piernas con mucha flojera, y se puso en pie.

Salieron del jacal. El cielo estaba cuajado de estrellas y la luna ascendía como una fina hoz. De las casucas salió rumor confuso de mujeres asustadas, y se oyó el ruido de armas de los hombres que dormían afuera y despertaban también.

—¡Estúpido!... ¡Me has destrozado un pie!

La voz se oyó clara y distinta en las inmediaciones.

—¿Quién vive?...

El grito resonó de peña en peña, por crestones y hondonadas, hasta perderse en la lejanía y en el silencio de la noche.

—¿Quién vive? —repitió con voz más fuerte Anastasio, haciendo ya correr el cerrojo de su máuser.

—¡Demetrio Macías! —respondieron cerca.

—¡Es Pancracio! —dijo *la Codorniz* regocijado. Y ya sin zozobras dejó reposar en tierra la culata de su fusil.

Pancracio conducía a un mozalbete cubierto de polvo, desde el fieltro americano hasta los toscos zapatones. Llevaba una mancha de sangre fresca en su pantalón, cerca de un pie.

—¿Quién es este curro? —preguntó Anastasio.

—Yo estoy de centinela, oí ruido entre las yerbas y grité: «¿Quién vive?». «Carranzo», me respondió este vale... «¿Carranzo...? No conozco yo a ese gallo...» Y toma tu Carranzo: le metí un plomazo en una pata...

Sonriendo, Pancracio volvió su cara lampiña en solicitud de aplausos.

Entonces habló el desconocido.

—¿Quién es aquí el jefe?

Anastasio levantó la cabeza con altivez, enfrentándosele.

El tono del mozo bajó un tanto.

—Pues yo también soy revolucionario. Los federales me cogieron de leva y entré a filas; pero en el combate de anteayer conseguí desertarme, y he venido, caminando

a pie, en busca de ustedes.

—¡Ah, es federal!... —interrumpieron muchos, mirándolo con pasmo.

—¡Ah, es mocho! —dijo Anastasio Montañés—. ¿Y por qué no le metiste el plomo mejor en la mera chapa?

—¡Quién sabe qué mitote trai! ¡Quesque quere hablar con Demetrio, que tiene que icirle quién sabe cuánto!... Pero eso no le hace, pa todo hay tiempo como no arrebatan —respondió Pancraccio, preparando su fusil.

—Pero ¿qué clase de brutos son ustedes? —profirió el desconocido.

Y no pudo decir más, porque un revés de Anastasio lo volteó con la cara bañada en sangre.

—¡Fusilen a ese mocho!...

—¡Hórquenlo!...

—¡Quémenlo..., es federal!...

Exaltados, gritaban, aullaban preparando ya sus rifles.

—¡Chist..., chist..., cállense!... Parece que Demetrio habla —dijo Anastasio, sosegándolos.

En efecto, Demetrio quiso informarse de lo que ocurría e hizo que le llevaran al prisionero.

—¡Una infamia, mi jefe, mire usted..., mire usted! —pronunció Luis Cervantes, mostrando las manchas de sangre en su pantalón y su boca y su nariz abotagadas.

—Por eso, pues, ¿quién jijos de un... es usted? —interrogó Demetrio.

—Me llamo Luis Cervantes, soy estudiante de medicina y periodista. Por haber dicho algo en favor de los revolucionarios, me persiguieron, me atraparon y fui a dar a un cuartel...

La relación que de su aventura siguió detallando en tono declamatorio causó gran hilaridad a Pancraccio y al Manteca.

—Yo he procurado hacerme entender, convencerlos de que soy un verdadero correligionario...

—¿Corre... qué? —inquirió Demetrio, tendiendo una oreja.

—Correligionario, mi jefe..., es decir, que persigo los mismos ideales y defendiendo la misma causa que ustedes defienden.

Demetrio sonrió:

—¿Pos cuál causa defendemos nosotros?...

Luis Cervantes, desconcertado, no encontró qué contestar.

—¡Mi qué cara pone!... ¿Pa qué son tantos brincos?... ¿Lo tronamos ya, Demetrio? —preguntó Pancraccio, ansioso.

Demetrio llevó su mano al mechón de pelo que le cubría una oreja, se rascó largo rato, meditabundo; luego, no encontrando la solución, dijo:

—Sálganse... que ya me está doliendo otra vez... Anastasio, apaga la mecha. Encierren a ése en el corral y me lo cuidan Pancraccio y Manteca. Mañana veremos.

Luis Cervantes no aprendía aún a discernir la forma precisa de los objetos a la vaga tonalidad de las noches estrelladas, y buscando el mejor sitio para descansar, dio con sus huesos quebrantados sobre un montón de estiércol húmedo, al pie de la masa difusa de un huizache. Más por agotamiento que por resignación, se tendió cuan largo era y cerró los ojos resueltamente, dispuesto a dormir hasta que sus feroces vigilantes le despertaran o el sol de la mañana le quemara las orejas. Algo como un vago calor a su lado, luego un respirar rudo y fatigoso, le hicieron estremecerse; abrió los brazos en torno, y su mano trémula dio con los pelos rígidos de un cerdo, que, incomodado seguramente por la vecindad, gruñó.

Inútiles fueron ya todos sus esfuerzos para atraer el sueño; no por el dolor del miembro lesionado, ni por el de sus carnes magulladas, sino por la instantánea y precisa representación de su fracaso.

Sí; él no había sabido apreciar a su debido tiempo la distancia que hay de manejar el escalpelo, fulminar latrofaciosos desde las columnas de un diario provinciano, a venir a buscarlos con el fusil en las manos a sus propias guaridas. Sospechó su equivocación, ya dado de alta como subteniente de caballería, al rendir la primera jornada. Brutal jornada de catorce leguas, que lo dejaba con las caderas y las rodillas de una pieza, cual si todos sus huesos se hubieran soldado en uno. Acabólo de comprender ocho días después, al primer encuentro con los rebeldes. Juraría, la mano puesta sobre un Santo Cristo, que cuando los soldados se echaron los máuseres a la cara, alguien con estentórea voz había clamado a sus espaldas: «¡Sálvese el que pueda!». Ello tan claro así, que su mismo brioso y noble corcel, avezado a los combates, había vuelto grupas y de estampida no había querido detenerse sino a distancia donde ni el rumor de las balas se escuchaba. Y era cabalmente a la puesta del sol, cuando la montaña comenzaba a poblarse de sombras vagarosas e inquietantes, cuando las tinieblas ascendían a toda prisa de la hondonada. ¿Qué cosa más lógica podría ocurrírsele si no la de buscar abrigo entre las rocas, darles reposo al cuerpo y al espíritu y procurarse el sueño? Pero la lógica del soldado es la lógica del absurdo. Así, por ejemplo, a la mañana siguiente su coronel lo despierta a broncos puntapiés y le saca de su escondite con la cara gruesa a mojicones. Más todavía: aquello determina la hilaridad de los oficiales, a tal punto que, llorando de risa, imploran a una voz el perdón para el fugitivo. Y el coronel, en vez de fusilarlo, le larga un recio puntapié en las posaderas y le envía a la impedimenta como ayudante de cocina.

La injuria gravísima habría de dar sus frutos venenosos. Luis Cervantes cambia de chaqueta desde luego, aunque sólo *in mente* por el instante. Los dolores y las miserias de los desheredados alcanzan a conmoverlo; su causa es la causa sublime del pueblo subyugado que clama justicia, sólo justicia. Intima con el humilde soldado y, ¡qué más!, una acémila muerta de fatiga en una tormentosa jornada le hace derramar

lágrimas de compasión.

Luis Cervantes, pues, se hizo acreedor a la confianza de la tropa. Hubo soldados que le hicieron confianzas temerarias. Uno, muy serio, y que se distinguía por su temperancia y retraimiento, le dijo: «Yo soy carpintero; tenía mi madre, una viejita clavada en su silla por el reumatismo desde hacía diez años. A medianoche me sacaron de mi casa tres gendarmes; amanecí en el cuartel y anocheceí a doce leguas de mi pueblo... Hace un mes pasé por allí con la tropa... ¡Mi madre estaba ya debajo de la tierra!... No tenía más consuelo en esta vida... Ahora no le hago falta a nadie. Pero, por mi Dios que está en los cielos, estos cartuchos que aquí me cargan no han de ser para los enemigos... Y si se me hace el milagro (mi Madre Santísima de Guadalupe me lo ha de conceder), si me le junto a Villa..., juro por la sagrada alma de mi madre que me la han de pagar estos federales».

Otro, joven, muy inteligente, pero charlatán hasta por los codos, dipsómano y fumador de marihuana, lo llamó aparte y, mirándolo a la cara fijamente con sus ojos vagos y vidriosos, le sopló al oído: «Compadre..., aquéllos..., los de allá del otro lado..., ¿comprendes?... aquéllos cabalgan lo más granado de las caballerizas del Norte y del interior, las guarniciones de sus caballos pesan de pura plata... Nosotros, ¡pst!..., en sardinas buenas para alzar cubos de noria..., ¿comprendes, compadre? Aquéllos reciben relucientes pesos fuertes; nosotros, billetes de celuloide de la fábrica del asesino... Dije...».

Y así todos, hasta un sargento segundo contó ingenuamente: «Yo soy voluntario, pero me he tirado una plancha. Lo que en tiempos de paz no se hace en toda una vida de trabajar como una mula, hoy se puede hacer en unos cuantos meses de correr la sierra con un fusil a la espalda. Pero no con éstos “mano”..., no con éstos...».

Y Luis Cervantes, que compartía ya con la tropa aquel odio solapado, implacable y mortal a las clases, oficiales y a todos los superiores, sintió que de sus ojos caía hasta la última telaraña y vio claro el resultado final de la lucha.

—¡Mas he aquí que hoy, al llegar apenas con sus correligionarios, en vez de recibirle con los brazos abiertos lo encapillan en una zahúrda!

Fue de día: los gallos cantaron en los jacales; las gallinas trepadas en las ramas del huizache del corral se removieron, abrían las alas y esponjaban las plumas y en un solo salto se ponían en el suelo.

Contempló a sus centinelas tirados en el estiércol y roncando. En su imaginación revivieron las fisonomías de los dos hombres de la víspera. Uno, Pancraccio, agüerado, pecoso, su cara lampiña, su barba saltona, la frente roma y oblicua, untadas las orejas al cráneo y todo de un aspecto bestial. Y el otro, *el Manteca*, una piltrafa humana: ojos escondidos, mirada torva, cabellos muy lacios cayéndole a la nuca, sobre la frente y las orejas; sus labios de escrofuloso entreabiertos eternamente.

Y sintió una vez más que su carne se achinaba.

VII

Adormilado aún, Demetrio paseó la mano sobre los crespos mechones que cubrían su frente húmeda, apartados hacia una oreja, y abrió los ojos.

Distinta oyó la voz femenina y melodiosa que en sueños había escuchado ya, y se volvió a la puerta.

Era de día: los rayos del sol dardeaban entre los popotes del jacal. La misma moza que la víspera le había ofrecido un apastito de agua deliciosamente fría (sus sueños de toda la noche), ahora, igual de dulce y cariñosa, entraba con una olla de leche desparramándose de espuma.

—Es de cabra, pero está regüena... Ándele, nomás aprébela...

Agradecido, sonrió Demetrio, se incorporó y, tomando la vasija de barro, comenzó a dar pequeños sorbos, sin quitar los ojos de la muchacha.

Ella, inquieta, bajó los suyos.

—¿Cómo te llamas?

—Camila.

—Me cuadra el nombre, pero más la tonadita...

Camila se cubrió de rubor, y como él intentara asirla por un puño, asustada, tomó la vasija vacía y se escapó más que de prisa.

—No, compadre Demetrio —observó gravemente Anastasio Montañés—; hay que amansarlas primero... ¡Hum, pa las lepras que me han dejado en el cuerpo las mujeres!... Yo tengo mucha experiencia en eso...

—Me siento bien, compadre —dijo Demetrio haciéndose el sordo—; parece que me dieron fríos; sudé mucho y amanecí muy refrescado. Lo que me está fregando todavía es la maldita herida. Llame a Venancio para que me cure.

—¿Y qué hacemos, pues, con el curro que agarré anoche? —preguntó Pancraccio.

—¡Cabal, hombre!... ¡No me había vuelto a acordar!...

Demetrio, como siempre, pensó y vaciló mucho antes de tomar una decisión.

—A ver, Codorniz, ven acá. Mira, pregunta por una capilla que hay como a tres leguas de aquí. Anda y róbase la sotana al cura.

—Pero ¿qué va a hacer, compadre? —preguntó Anastasio pasmado.

—Si este curro viene a asesinarme, es muy fácil sacarle la verdad. Yo le digo que lo voy a fusilar. *La Codorniz* se viste de padre y lo confiesa. Si tiene pecado, lo trueno: si no, lo dejo libre.

—¡Hum, cuánto requisito!... Yo lo quemaba y ya —exclamó Pancraccio despectivo.

Por la noche regresó *la Codorniz* con la sotana del cura. Demetrio hizo que le llevaran el prisionero.

Luis Cervantes, sin dormir ni comer en dos días, entraba con el rostro demacrado

y ojeroso, los labios descoloridos y secos.

Habló con lentitud y torpeza.

—Hagan de mí lo que quieran... Seguramente que me equivoqué con ustedes...

Hubo un prolongado silencio. Después:

—Creí que ustedes aceptarían con gusto al que viene a ofrecerles ayuda, pobre ayuda la mía, pero que sólo a ustedes mismos beneficia... ¿Yo qué me gano con que la revolución triunfe o no?

Poco a poco iba animándose, y la languidez de su mirada desaparecía por instantes.

—La revolución beneficia al pobre, al ignorante, al que toda su vida ha sido esclavo, a los infelices que ni siquiera saben que si lo son es porque el rico convierte en oro las lágrimas, el sudor y la sangre de los pobres...

—¡Bah!..., ¿y eso es como a modo de qué?... ¡Cuando ni a mí me cuadran los sermones! —interrumpió Pancracio.

—Yo he querido pelear por la causa santa de los desventurados... Pero ustedes no me entienden..., ustedes me rechazan... ¡Hagan conmigo, pues, lo que gusten!

—Por lo pronto nomás te pongo esta reata en el gaznate... ¡Mi' qué rechonchito y qué blanco lo tienes!

—Sí, ya sé a lo que viene usted —repuso Demetrio con desabrimiento, rascándose la cabeza—. Lo voy a fusilar, ¿eh?...

Luego, volviéndose a Anastasio:

—Llévenselo..., y si quiere confesarse, tráiganle un padre...

Anastasio, impasible como siempre, tomó con suavidad el brazo de Cervantes.

—Véngase pa acá, curro...

Cuando después de algunos minutos vino *la Codorniz* ensotonado, todos rieron a echar las tripas.

—¡Hum, este curro es repicolargo! —exclamó—. Hasta se me figura que se rió de mí cuando comencé a hacerle preguntas.

—Pero ¿no cantó nada?

—No dijo más que lo de anoche...

—Me late que no viene a eso que usted teme, compadre —notó Anastasio.

—Bueno, pues denle de comer y ténganlo a una vista.

VIII

Luis Cervantes, otro día, apenas pudo levantarse. Arrastrando el miembro lesionado vagó de casa en casa buscando un poco de alcohol, agua hervida y pedazos de ropa usada. Camila, con su amabilidad incansable, se lo proporcionó todo.

Luego que comenzó a lavarse, ella se sentó a su lado, a ver curar la herida, con curiosidad de serrana.

—¡Oiga!, ¿y quién lo insiñó a curar?... ¿Y pa qué jirvió la agua?... ¿Y los trapos, pa qué los coció?... ¡Mire, mire, cuánta curiosidá pa todo!... ¿Yeso que se echó en las manos?... ¡Pior!... ¿Aguardiente de veras?... ¡Ande, pos si yo creiba que el aguardiente nomás pal cólico era güeno!... ¡Ah!... ¿De moo es que usté iba a ser dotor?... ¡Ja, ja, ja!... ¡Cosa de morirse uno de risa!... ¿Y por qué no le regüelve mejor agua fría?... ¡Mi' qué cuentos!... ¡Qesque animales en la agua sin jervir!... ¡Fuchi!... ¡Pos cuando ni yo miro nada!...

Camila siguió interrogándole, y con tanta familiaridad, que de buenas a primeras comenzó a tutearlo.

Retraído a su propio pensamiento, Luis Cervantes no la escuchaba más.

«¿En dónde están esos hombres admirablemente armados y montados, que reciben sus haberes en puros pesos duros de los que Villa está acuñando en Chihuahua? ¡Bah! Una veintena de encuerados y piojosos, habiendo quien cabalgara en una yegua decrepita, matadura de la cruz a la cola. ¿Sería verdad lo que la prensa del gobierno y él mismo habían asegurado, que los llamados revolucionarios no eran sino bandidos agrupados ahora con un magnífico pretexto para saciar su sed de oro y de sangre? ¿Sería, pues, todo mentira lo que de ellos contaban los simpatizadores de la revolución? Pero si los periódicos gritaban todavía en todos los tonos triunfos y más triunfos de la federación, un pagador recién llegado de Guadalajara había dejado escapar la especie de que los parientes y favoritos de Huerta abandonaban la capital rumbo a los puertos, por más que éste seguía aúlla que aúlla: “Haré la paz cueste lo que cueste”. Por tanto, revolucionarios, bandidos o como quisiera llamárseles, ellos iban a derrocar al gobierno; el mañana les pertenecía; había que estar, pues, con ellos, sólo con ellos.»

—No, lo que es ahora no me he equivocado —se dijo para sí, casi en voz alta.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Camila—; pos si yo creiba ya que los ratones te habían comido la lengua.

Luis Cervantes plegó las cejas y miró con aire hostil aquella especie de mono enchomitado, de tez bronceada, dientes de marfil, pies anchos y chatos.

—¿Oye, curro, y tú has de saber contar cuentos? Luis hizo un gesto de aspereza y se alejó sin contestarla.

Ella, embelesada, le siguió con los ojos hasta que su silueta desapareció por la vereda del arroyo.

Tan abstraída así, que se estremeció vivamente a la voz de su vecina, la tuerta

María Antonia, que, fisgoneando desde su jacal, le gritó:

—¡Epa, tú!... dale los polvos de amor... A ver si ansina cal...

—¡Pior!... Ésa será usted...

—¡Si yo quijera!... Pero ¡fuche!, les tengo asco a los curros...

IX

—Señá Remigia, emprésteme unos blanquillos, mi gallina amaneció echada. Allí tengo unos señores que quieren almorzar.

Por el cambio de la viva luz del sol a la penumbra del jacalucho, más turbia todavía por la densa humareda que se alzaba del fogón, los ojos de la vecina se ensancharon. Pero al cabo de breves segundos comenzó a percibir distintamente el contorno de los objetos y la camilla del herido en un rincón, tocando por su cabecera el cobertizo tiznado y brillante.

Se acurrucó en cuclillas al lado de señá Remigia y echando miradas furtivas adonde reposaba Demetrio, preguntó en voz baja:

—¿Cómo va el hombre?... ¿Aliviado?... ¡Qué güeno!... ¡Mire, y tan muchacho! ... Pero en toavía está retedescolorido... ¡Ah!... ¿De moo es que no le cierra el balazo?... Oiga, señá Remigia, ¿no quiere que le hagamos alguna lucha?

Señá Remigia, desnuda arriba de la cintura, tiende sus brazos tendinosos y enjutos sobre la mano del metate y pasa y repasa su nixtamal.

—Pos quién sabe si no les cuadre —responde sin interrumpir la ruda tarea y casi sofocada—; ellos train su dotor y por eso...

—Señá Remigia —entra otra vecina doblando su flaco espinazo para franquear la puerta—, ¿no tiene unas hojitas de laurel que me dé pa hacerle un cocimiento a María Antonia?... Amaneció con el cólico...

Y como, a la verdad, sólo lleva pretexto para curiosear y chismorrear, vuelve los ojos hacia el rincón donde está el enfermo y con un guiño inquiere por su salud.

Señá Remigia baja los ojos para indicar que Demetrio está durmiendo...

—Ande, pos si aquí está usted también, señá Pachita..., no la había visto...

—Güenos días le dé Dios, ña Fortunata... ¿Cómo amanecieron?

—Pos María Antonia con su «superior»... y, como siempre, con el cólico...

En cuclillas, pónese cuadril a cuadril con señá Pachita.

—No tengo hojas de laurel, mi alma —responde señá Remigia suspendiendo un instante la molienda; aparta de su rostro goteante algunos cabellos que caen sobre sus ojos y hunde luego las dos manos en un apaste, sacando un gran puñado de maíz cocido que chorrea una agua amarillenta y turbia—. Yo no tengo; pero vaya con señá Dolores: a ella no le faltan nunca yerbitas.

—Ña Dolores dende anoche se jue pa la cofradía. A sigún razón vinieron por ella pa que jue a sacar de su cuidado a la muchachilla de tía Matías.

—¡Ande, señá Pachita, no me lo diga!...

Las tres viejas forman animado corro y, hablando en voz muy baja, se ponen a chismorrear con vivísima animación.

—¡Cierto como haber Dios en los cielos!...

—¡Ah, pos si yo jui la primera que lo dije: «Marcelina está gorda y está gorda»! Pero naiden me lo quería creer...

—Pos pobre criatura... ¡Y pior si va resultando con que es de su tío Nazario!...

—¡Dios la favorezca!...

—¡No, qué tío Nazario ni qué ojo de hacha!... ¡Mal ajo pa los federales condenados!...

—¡Bah, pos aistá otra enfelizada más!...

El barullo de las comadres acabó por despenar a Demetrio.

Asilenciáronse un momento, y a poco dijo señá Pachita, sacando del seno un palomo tierno que abría el pico casi sofocado ya:

—Pos la mera verdá, yo le traiba al señor estas sustancias..., pero sigún razón está en manos de médico...

—Eso no le hace, señá Pachita...; es cosa que va por juera...

—Señor, dispense la parvedá...; aquí le traigo este presente —dijo la vejarruca acercándose a Demetrio—. Pa las morragias de sangre no hay como estas sustancias...

Demetrio aprobó vivamente. Ya le habían puesto en el estómago unas piezas de pan mojado en aguardiente, y aunque cuando se las despegaron le vaporizó mucho el ombligo, sentía que aún le quedaba mucho calor encerrado.

—Ande, usté que sabe bien, señá Remigia —exclamaron las vecinas.

De un otate desensartó señá Remigia una larga y encorvada cuchilla que servía para apear tunas; tomó el pichón en una sola mano y, volviéndolo por el vientre, con habilidad de cirujano lo partió por la mitad de un solo tajo.

—¡En el nombre de Jesús, María y José! —dijo señá Remigia echando una bendición. Luego, con rapidez, aplicó calientes y chorreando los dos pedazos del palomo sobre el abdomen de Demetrio.

—Ya verá cómo va a sentir mucho consuelo...

Obedeciendo las instrucciones de señá Remigia, Demetrio se inmovilizó encogiéndose sobre un costado.

Entonces señá Fortunata contó su cuita. Ella le tenía muy buena voluntad a los señores de la revolución. Hacía tres meses que los federales le robaron su única hija, y eso la tenía inconsolable y fuera de sí.

Al principio de la relación, *la Codorniz* y Anastasio Montañés, atejonados al pie de la camilla, levantaban la cabeza y, entreabierta la boca, escuchaban el relato; pero en tantas minucias se metió señá Fortunata, que a la mitad *la Codorniz* se aburrió y salió a rascarse al sol, y cuando terminaba solemnemente: «Espero de Dios y María Santísima que ustedes no han de dejar vivo a uno de estos federales del infierno», Demetrio, vuelta la cara a la pared, sintiendo mucho consuelo con las sustancias en el estómago, repasaba un itinerario para internarse en Durango, y Anastasio Montañés roncaba como un trombón.

—¿Por qué no llama al curro pa que lo cure, compadre Demetrio? —dijo Anastasio Montañés al jefe, que a diario sufría grandes calosfríos y calenturas—. Si viera, él se cura solo y anda ya tan aliviado que ni cojea siquiera.

Pero Venancio, que tenía dispuestos los botes de manteca y las planchuelas de hilas mugrientas, protestó:

—Si alguien le pone mano, yo no respondo de las resultas.

—Oye, compa, ¡pero qué dotor ni qué naa eres tú!... ¿Voy que ya hasta se te olvidó por qué viniste a dar aquí? —dijo *la Codorniz*.

—Sí, ya me acuerdo, Codorniz, de que andas con nosotros porque te robaste un reloj y unos anillos de brillantes —repuso muy exaltado Venancio.

La Codorniz lanzó una carcajada.

—¡Siquiera!... Pior que tú corraste de tu pueblo porque envenenaste a tu novia.

—¡Mientes!...

—Sí; le diste cantáridas pa...

Los gritos de protesta de Venancio se ahogaron entre las carcajadas estrepitosas de los demás.

Demetrio, avinagrado el semblante, les hizo callar; luego comenzó a quejarse, y dijo:

—A ver, traigan, pues, al estudiante.

Vino Luis Cervantes, descubrió la pierna, examinó detenidamente la herida y meneó la cabeza. La ligadura de manta se hundía en un surco de piel; la pierna, abotagada, parecía reventar. A cada movimiento, Demetrio ahogaba un gemido. Luis Cervantes cortó la ligadura, lavó abundantemente la herida, cubrió el muslo con grandes lienzos húmedos y lo vendó.

Demetrio pudo dormir toda la tarde y toda la noche. Otro día despertó muy contento.

—Tiene la mano muy liviana el curro —dijo.

Venancio, pronto, observó:

—Está bueno; pero hay que saber que los curros son como la humedad, por dondequiera se filtran. Por los curros se ha perdido el fruto de las revoluciones.

Y como Demetrio creía a ojo cerrado en la ciencia del barbero, otro día, a la hora que Luis Cervantes lo fue a curar, le dijo:

—Oiga, hágalo bien pa que cuando me deje bueno y sano se largue ya a su casa o adonde le dé su gana.

Luis Cervantes, discreto, no respondió una palabra.

Pasó una semana, quince días; los federales no daban señales de vida. Por otra parte, el frijol y el maíz abundaban en los ranchos inmediatos; la gente tal odio tenía a los federales, que de buen grado proporcionaban auxilio a los rebeldes. Los de Demetrio, pues, esperaron sin impaciencia el completo restablecimiento de su jefe.

Durante muchos días, Luis Cervantes continuó mustio y silencioso.

—¡Qué se me hace que usted está enamorado, curro! —le dijo Demetrio, bromista, un día, después de la curación y comenzando a encariñarse con él.

Poco a poco fue tomando interés por sus comodidades. Le preguntó si los soldados le daban su ración de carne y leche. Luis Cervantes tuvo que decir que se alimentaba sólo con lo que las buenas viejas del rancho querían darle y que la gente le seguía mirando como a un desconocido o a un intruso.

—Todos son buenos muchachos, curro —repuso Demetrio—; todo está en saberles el modo. Desde mañana no le faltará nada. Ya verá.

En efecto, esa misma tarde las cosas comenzaron a cambiar. Tirados en el pedregal, mirando las nubes crepusculares como gigantescos cuajarones de sangre, escuchaban algunos de los hombres de Macías la relación que hacía Venancio de amenos episodios de *El judío errante*. Muchos, arrullados por la meliflua voz del barbero comenzaron a roncar; pero Luis Cervantes, muy atento, luego que acabó su plática con extraños comentarios anticlericales, le dijo enfático:

—¡Admirable! ¡Tiene usted un bellissimo talento!

—No lo tengo malo —repuso Venancio convencido—; pero mis padres murieron y yo no pude hacer carrera.

—Es lo de menos. Al triunfo de nuestra causa, usted obtendrá fácilmente un título. Dos o tres semanas de concurrir a los hospitales, una buena recomendación de nuestro jefe Macías..., y usted, doctor... ¡Tiene tal facilidad, que todo sería un juego!

Desde esa noche, Venancio se distinguió de los demás dejando de llamarle curro. Luisito por aquí y Luisito por allí.

—Oye, curro, yo quería icirte una cosa... —dijo Camila una mañana, a la hora que Luis Cervantes iba por agua hervida al jacal para curar su pie.

La muchacha andaba inquieta de días atrás, y sus melindres y reticencias habían acabado por fastidiar al mozo, que, suspendiendo de pronto su tarea, se puso en pie y, mirándola cara a cara, le respondió:

—Bueno... ¿Qué cosa quieres decirme?

Camila sintió entonces la lengua hecha un trapo y nada pudo pronunciar; su rostro se encendió como un madroño, alzó los hombros y encogió la cabeza hasta tocarse el desnudo pecho. Después, sin moverse y fijando, con obstinación de idiota, sus ojos en la herida, pronunció con debilísima voz:

—¡Mira qué bonito viene encarnando ya!... Parece botón de rosa de Castilla.

Luis Cervantes plegó el ceño con enojo manifiesto y se puso de nuevo a curarse sin hacer más caso de ella.

Cuando terminó, Camila había desaparecido.

Durante tres días no resultó la muchacha en parte alguna. Señá Agapita, su madre, era la que acudía al llamado de Luis Cervantes y era la que le hervía el agua y los lienzos. El buen cuidado tuvo de no preguntar más. Pero a los tres días ahí estaba de nuevo Camila con más rodeos y melindres que antes.

Luis Cervantes, distraído, con su indiferencia envalentonó a Camila, que habló al fin:

—Oye, curro... Yo quería icirte una cosa... Oye, curro; yo quiero que me repases *La Adelita*... pa... ¿A que no me adivinas pa qué?... Pos pa cantarla mucho, mucho, cuando ustedes se vayan, cuando ya no estés tú aquí..., cuando andes ya tan lejos, lejos..., que ni más te acuerdes de mí...

Sus palabras hacían en Luis Cervantes el efecto de una punta de acero resbalando por las paredes de una redoma.

Ella no lo advertía, y prosiguió tan ingenua como antes:

—¡Anda, curro, ni te cuento!... Si vieras qué malo es el viejo que los manda a ustedes... Ai tienes nomás lo que me sucedió con él... Ya sabes que no quiere el tal Demetrio que naiden le haga la comida más que mi mamá y que naiden se la lleve más que yo... Güeno; pos Potro día entré con el champurrao, y ¿qué te parece que hizo el viejo e porra? Pos que me pepena de la mano y me la agarra juerte, fuerte; luego comienza a pellizcarme las corvas... ¡Ah, pero qué pliegue tan güeno le he echao!... «¡Epa, pior!... ¡Estése quieto!... ¡Pior, viejo malcriado!... ¡Suélteme..., suélteme, viejo sinvergüenza!» Y que me doy el reculón y me le zafo, y que ai voy pa juera a toa carrera... ¿Qué te parece nomás, curro?

Jamás había visto reír con tanto regocijo Camila a Luis Cervantes.

—Pero ¿de veras es cierto todo lo que me estás contando?

Profundamente desconcertada, Camila no podía responderle. Él volvió a reír

estrepitosamente y a repetir su pregunta. Y ella, sintiendo la inquietud y la zozobra más grandes, le respondió con voz quebrantada:

—Sí, es cierto... Y eso es lo que yo te quería icir... ¿Qué no te ha dao coraje por eso, curro?

Una vez más Camila contempló con embeleso el fresco y radioso rostro de Luis Cervantes, aquellos ojos glaucos de tierna expresión, sus carrillos frescos y rosados como los de un muñeco de porcelana, la tersura de una piel blanca y delicada que asomaba abajo del cuello, y más arriba de las mangas de una tosca camiseta de lana, el rubio tierno de sus cabellos, rizados ligeramente.

—Pero ¿qué diablos estás esperando, pues, boba? Si el jefe te quiere, ¿tú qué más pretendes?...

Camila sintió que de su pecho algo se levantaba, algo que llegaba hasta su garganta y en su garganta se anudaba. Apretó fuertemente sus párpados para exprimir sus ojos rasos; luego limpió con el dorso de su mano la humedad de los carrillos y, como hacía tres días, con la ligereza del cervatillo, escapó.

XII

La herida de Demetrio había cicatrizado ya. Comenzaban a discutir los proyectos para acercarse al Norte, donde se decía que los revolucionarios habían triunfado en toda línea de los federales. Un acontecimiento vino a precipitar las cosas. Una vez Luis Cervantes, sentado en un picacho de la sierra, al fresco de la tarde, la mirada perdida a lo lejos, soñando, mataba el fastidio. Al pie del angosto crestón, alagartados entre los jarales y a orillas del río, Pancraccio y *el Manteca* jugaban baraja. Anastasio Montañés, que veía el juego con indiferencia, volvió de pronto su rostro de negra barba y dulces ojos hacia Luis Cervantes y le dijo:

—¿Por qué está triste, curro? ¿Qué piensa tanto? Venga, arrímese a platicar...

Luis Cervantes no se movió; pero Anastasio fue a sentarse amistosamente a su lado.

—A usted le falta la bulla de su tierra. Bien se echa de ver que es de zapato pintado y moñito en la camisa... Mire, curro: ai donde me ve aquí, todo mugriento y desgarrado, no soy lo que parezco... ¿A que no me lo cree?... Yo no tengo necesidad; soy dueño de diez yuntas de bueyes... ¡De veras!... Ai que lo diga mi compadre Demetrio... Tengo mis diez fanegas de siembra... ¿A que no me lo cree?... Mire, curro; a mí me cuadra mucho hacer repelar a los federales, y por eso me tienen mala voluntad. La última vez, hace ocho meses ya (los mismos que tengo de andar aquí), le metí un navajazo a un capitancito faceto (Dios me guarde), aquí, merito del ombligo... Pero, de veras, yo no tengo necesidad... Ando aquí por eso... y por darle la mano a mi compadre Demetrio.

—¡Moza de mi vida! —gritó *el Manteca* entusiasmado con un albur. Sobre la sota de espadas puso una moneda de veinte centavos de plata.

—¡Cómo cree que a mí nadita que me cuadra el juego, curro!... ¿Quiere usted apostar?... ¡ándele, mire; esta viborita de cuero suena todavía! —dijo Anastasio sacudiendo el cinturón y haciendo oír el choque de los pesos duros.

En éstas corrió Pancraccio la baraja, vino la sota y se armó un altercado. Jácara, gritos, luego injurias. Pancraccio enfrentaba su rostro de piedra ante el del *Manteca*, que lo veía con ojos de culebra, convulso como un epiléptico. De un momento a otro llegaban a las manos. A falta de insolencias suficientemente incisivas, acudían a nombrar padres y madres en el bordado más rico de indecencias.

Pero nada ocurrió; luego que se agotaron los insultos, suspendióse el juego, se echaron tranquilamente un brazo a la espalda y paso a paso se alejaron en busca de un trago de aguardiente.

—Tampoco a mí me gusta pelear con la lengua. Eso es feo, ¿verdad, curro?... De veras, mire, a mí nadien me ha mentao a mi familia... Me gusta darme mi lugar. Por eso me verá que nunca ando chacoteando... Oiga, curro —prosiguió Anastasio, cambiando el acento de su voz, poniéndose una mano sobre la frente y de pie—, ¿qué polvareda se levanta allá, detrás de aquel cerrito? ¡Caramba! ¡A poco son los mochos!

... ¡Y uno tan desprevenido!... Véngase, curro; vamos a darles parte a los muchachos.

Fue motivo de gran regocijo:

—¡Vamos a toparlos! —dijo Pancraccio el primero.

—Sí, vamos a toparlos. ¡Qué pueden traer que no lleven!...

Pero el enemigo se redujo a un hatajo de burros y dos arrieros.

—Párenlos. Son arribeños y han de traer algunas novedades —dijo Demetrio.

Y las tuvieron de sensación. Los federales tenían fortificados los cerros de El Grillo y La Bufa de Zacatecas. Decíase que era el último reducto de Huerta, y todo el mundo auguraba la caída de la plaza. Las familias salían con precipitación rumbo al sur; los trenes iban colmados de gente; faltaban carruajes y carretones, y por los caminos reales, muchos, sobrecogidos de pánico, marchaban a pie y con sus equipajes auestas. Pánfilo Natera reunía su gente en Fresnillo, y a los federales «ya les venían muy anchos los pantalones».

—La caída de Zacatecas es el *Requiescat in pace* de Huerta —aseguró Luis Cervantes con extraordinaria vehemencia—. Necesitamos llegar antes del ataque a juntarnos con el general Natera.

Y reparando en el extrañamiento que sus palabras causaban en los semblantes de Demetrio y sus compañeros, se dio cuenta de que aún era un don nadie allí.

Pero otro día, cuando la gente salió en busca de buenas bestias para emprender de nuevo la marcha, Demetrio llamó a Luis Cervantes y le dijo:

—¿De veras quiere irse con nosotros, curro?... Usté es de otra madera, y la verdad, no entiendo cómo pueda gustarle esta vida. ¿Qué cree que uno anda aquí por su puro gusto?... Cierto, ¿a qué negarlo?, a uno le cuadra el ruido; pero no sólo es eso... Siéntese, curro, siéntese, para contarle. ¿Sabe por qué me levanté?... Mire, antes de la revolución tenía yo hasta mi tierra volteada para sembrar, y si no hubiera sido por el choque con don Mónico, el cacique de Moyahua, a estas horas andaría yo con mucha priesa, preparando la yunta para las siembras... Pancraccio, apéate dos botellas de cerveza, una para mí y otra para el curro... Por la señal de la Santa Cruz... ¿Ya no hace daño, verdad?...

XIII

—Yo soy de Limón, allí, muy cerca de Moyahua, del puro cañón de Juchipila. Tenía mi casa, mis vacas y un pedazo de tierra para sembrar; es decir, que nada me faltaba. Pues, señor, nosotros los rancheros tenemos la costumbre de bajar al lugar cada ocho días. Oye uno su misa, oye el sermón, luego va a la plaza, compra sus cebollas, sus jitomates y todas las encomiendas. Después entra uno con los amigos a la tienda de Primitivo López a hacer las once. Se toma la copita; a veces es uno condescendiente y se deja cargar la mano, y se le sube el trago, y le da mucho gusto, y ríe uno, grita y canta, si le da su mucha gana. Todo está bueno, porque no se ofende a nadie. Pero que comienzan a meterse con usted; que el policía pasa y pasa, arrima la oreja a la puerta; que al comisario o a los auxiliares se les ocurre quitarle a usted su gusto... ¡Claro, hombre, usted no tiene la sangre de horchata, usted lleva el alma en el cuerpo, a usted le da coraje, y se levanta y les dice su justo precio! Si entendieron, santo y bueno; a uno lo dejan en paz, y en eso paró todo. Pero hay veces que quieren hablar ronco y golpeado... y uno es lebroncito de por sí... y no le cuadra que nadie le pele los ojos... Y, sí señor; sale la daga, sale la pistola... ¡Y luego vamos a correr la sierra hasta que se les olvida el difuntito!

«Bueno. ¿Qué pasó con don Mónico? ¡Faceto! Muchísimo menos que con los otros. ¡Ni siquiera vio correr el gallo!... Una escupida en las barbas por entrometido, y pare usted de contar... Pues con eso ha habido para que me eche encima a la federación. Usted ha de saber del chisme ése de México, donde mataron al señor Madero y a otro, a un tal Félix o Felipe Díaz, ¡qué sé yo!... Bueno: pues el dicho don Mónico fue en persona a Zacatecas a traer escolta para que me agarraran. Que diz que yo era maderista y que me iba a levantar. Pero como no faltan amigos, hubo quien me lo avisara a tiempo, y cuando los federales vinieron a Limón, yo ya me había pelado. Después vino mi compadre Anastasio, que hizo una muerte, y luego Pancracio, *la Codorniz* y muchos amigos y conocidos. Después se nos han ido juntando más, y ya ve: hacemos la lucha como podemos.»

—Mi jefe —dijo Luis Cervantes después de algunos minutos de silencio y meditación—, usted sabe ya que aquí cerca, en Juchipila, tenemos gente de Natera; nos conviene ir a juntarnos con ellos antes de que tomen Zacatecas. Nos presentamos con el general...

—No tengo genio para eso... A mí no me cuadra rendirle a nadie.

—Pero usted, sólo con unos cuantos hombres por acá, no dejará de pasar por un cabecilla sin importancia. La revolución gana indefectiblemente; luego que se acabe le dicen, como les dijo Madero a los que le ayudaron: «Amigos, muchas gracias; ahora vuélvanse a sus casas...».

—No quiero yo otra cosa, sino que me dejen en paz para volver a mi casa.

—Allá voy... No he terminado: «Ustedes, que me levantaron hasta la Presidencia de la República, arriesgando su vida, con peligro inminente de dejar viudas y

huérfanos en la miseria, ahora que he conseguido mi objeto, váyanse a coger el azadón y la pala, a medio vivir, siempre con hambre y sin vestir, como estaban antes, mientras que nosotros, los de arriba, hacemos unos cuantos millones de pesos».

Demetrio meneó la cabeza y sonriendo se rascó:

—¡Luisito ha dicho una verdad como un templo! —exclamó con entusiasmo el barbero Venancio.

—Como decía —prosiguió Luis Cervantes—, se acaba la revolución, y se acabó todo. ¡Lástima de tanta vida segada, de tantas viudas y huérfanos, de tanta sangre vertida! Todo, ¿para qué? Para que unos cuantos bribones se enriquezcan y todo quede igual o peor que antes. Usted es desprendido, y dice: «Yo no ambiciono más que volver a mi tierra». Pero ¿es de justicia privar a su mujer y a sus hijos de la fortuna que la Divina Providencia le pone ahora en sus manos? ¿Será justo abandonar a la patria en estos momentos solemnes en que va a necesitar de toda la abnegación de sus hijos los humildes para que la salven, para que no la dejen caer de nuevo en manos de sus eternos detentadores y verdugos, los caciques?... ¡No hay que olvidarse de lo más sagrado que existe en el mundo para el hombre: la familia y la patria!...

Macías sonrió y sus ojos brillaron.

—¿Qué, será bueno ir con Natera, curro?

—No sólo bueno —pronunció insinuante Venancio—, sino indispensable, Demetrio.

—Mi jefe —continuó Cervantes—, usted me ha simpatizado desde que lo conocí, y lo quiero cada vez más, porque sé todo lo que vale. Permítame que sea enteramente franco. Usted no comprende todavía su verdadera, su alta y nobilísima misión. Usted, hombre modesto y sin ambiciones, no quiere ver el importantísimo papel que le toca en esta revolución. Mentira que usted ande por aquí por don Mónico, el cacique; usted se ha levantado contra el caciquismo que asola toda la nación. Somos elementos de un gran movimiento social que tiene que concluir por el engrandecimiento de nuestra patria. Somos instrumentos del destino para la reivindicación de los sagrados derechos del pueblo. No peleamos por derrocar a un asesino miserable, sino contra la tiranía misma. Eso es lo que se llama luchar por principios, tener ideales. Por ellos luchan Villa, Natera, Carranza; por ellos estamos luchando nosotros.

—Sí, sí; cabalmente lo que yo he pensado —dijo Venancio entusiasmadísimo.

—Pancracio, apéate otras dos cervezas...

XIV

—Si vieras qué bien explica las cosas el curro, compadre Anastasio —dijo Demetrio, preocupado por lo que esa mañana había podido sacar en claro de las palabras de Luis Cervantes.

—Ya lo estuve oyendo —respondió Anastasio—. La verdad, es gente que, como sabe leer y escribir, entiende bien las cosas. Pero lo que a mí no se me alcanza, compadre, es eso de que usted vaya a presentarse con el señor Natera con tan poquitos que semos.

—¡Hum, es lo de menos! Desde hoy vamos a hacerlo ya de otro modo. He oído decir que Crispín Robles llega a todos los pueblos sacando cuantas armas y caballos encuentra; echa fuera de la cárcel a los presos, y en dos por tres tiene gente de sobra. Ya verá. La verdad, compadre Anastasio, hemos tonteado mucho. Parece a manera de mentira que este curro haya venido a enseñarnos la cartilla.

—¡Lo que es eso de saber leer y escribir!...

Los dos suspiraron con tristeza.

Luis Cervantes y muchos otros entraron a informarse de la fecha de salida.

—Mañana mismo nos vamos —dijo Demetrio sin vacilación.

Luego *la Codorniz* propuso traer música del pueblito inmediato y despedirse con un baile. Y su idea fue acogida con frenesí.

—Pos nos iremos —exclamó Pancraccio y dio un aullido—; pero lo que es yo ya no me voy solo... Tengo mi amor y me lo llevo.

Demetrio dijo que él de muy buena gana se llevaría también a una mozuela que traía entre ojos, pero que deseaba mucho que ninguno de ellos dejara recuerdos negros, como los federales.

—No hay que esperar mucho; a la vuelta se arregla todo —pronunció en voz baja Luis Cervantes.

—¡Cómo! —dijo Demetrio—. ¿Pues no dicen que usted y Camila...?

—No es cierto, mi jefe; ella lo quiere a usted... pero le tiene miedo...

—¿De veras, curro?

—Sí; pero me parece muy acertado lo que usted dice: no hay que dejar malas impresiones... Cuando regresemos en triunfo, todo será diferente; hasta se lo agradecerán.

—¡Ah, curro!... ¡Es usted muy lanza! —contestó Demetrio, sonriendo y palmeándole la espalda.

Al declinar la tarde, como de costumbre, Camila bajaba por agua al río. Por la misma vereda y a su encuentro venía Luis Cervantes.

Camila sintió que el corazón se le quería salir.

Quizá sin reparar en ella, Luis Cervantes, bruscamente, desapareció en un recodo de peñascos.

A esa hora, como todos los días, la penumbra apagaba en un tono mate las rocas

calcinadas, los ramajes quemados por el sol y los musgos resecos. Soplaba un viento tibio en débil rumor, meciendo las hojas lanceoladas de la tierna milpa. Todo era igual; pero en las piedras, en las ramas secas, en el aire embalsamado y en la hojarasca, Camila encontraba ahora algo muy extraño: como si todas aquellas cosas tuvieran mucha tristeza.

Dobló una peña gigantesca y carcomida, y dio bruscamente con Luis Cervantes, encaramado en una roca, las piernas pendientes y descubierta la cabeza.

—Oye, curro, ven a decirme adiós siquiera.

Luis Cervantes fue bastante dócil. Bajó y vino a ella.

—¡Orgulloso!... ¿Tan mal te serví que hasta el habla me niegas?...

—¿Por qué me dices eso, Camila? Tú has sido muy buena conmigo... mejor que una amiga; me has cuidado como una hermana. Yo me voy muy agradecido de ti y siempre lo recordaré.

—¡Mentiroso! —dijo Camila transfigurada de alegría—. ¿Y si yo no te he hablado?

—Yo iba a darte las gracias esta noche en el baile.

—¿Cuál baile?... Si hay baile, no iré yo...

—¿Por qué no irás?

—Porque no puedo ver al viejo ese... al Demetrio.

—¡Qué tonta!... Mira, él te quiere mucho; no pierdas esta ocasión que no volverás a encontrar en toda tu vida. Tonta, Demetrio va a llegar a general, va a ser muy rico... Muchos caballos, muchas alhajas, vestidos muy lujosos, casas elegantes y mucho dinero para gastar... ¡Imagínate lo que serías al lado de él!

Para que no le viera los ojos, Camila los levantó hacia el azul del cielo. Una hoja seca se desprendió de las alturas del tajo y, balanceándose en el aire lentamente, cayó como mariposita muerta a sus pies. Se inclinó y la tomó en sus dedos. Luego, sin mirarlo a la cara, susurró:

—¡Ay, curro... si vieras qué feo siento que tú me digas eso!... Si yo a ti es al que quero... pero a ti nomás... Vete, curro; vete, que no sé por qué me da tanta vergüenza... ¡Vete, vete!...

Y tiró la hoja desmenuzada entre sus dedos angustiosos y se cubrió la cara con la punta de su delantal.

Cuando abrió de nuevo los ojos, Luis Cervantes había desaparecido.

Ella siguió la vereda del arroyo. El agua parecía espolvoreada de finísimo carmín; en sus ondas se removían un cielo de colores y los picachos mitad luz y mitad sombra. Miríadas de insectos luminosos parpadeaban en un remanso. Yen el fondo de guijas lavadas se reprodujo con su blusa amarilla de cintas verdes, sus enaguas blancas sin almidonar, lamida la cabeza y estiradas las cejas y la frente; tal como se había ataviado para gustar a Luis.

Y rompió a llorar.

Entre los jarales las ranas cantaban la implacable melancolía de la hora.

Meciéndose en una rama seca, una torcaz lloró también.

En el baile hubo mucha alegría y se bebió muy buen mezcal.

—Extraño a Camila —pronunció en voz alta Demetrio.

Y todo el mundo buscó con los ojos a Camila.

—Está mala, tiene jaqueca —respondió con aspereza señá Agapita, amoscada por las miradas de malicia que todos tenían puestas en ella.

Ya al acabarse el fandango, Demetrio, bamboleándose un poco, dio las gracias a los buenos vecinos que tan bien los habían acogido y prometió que al triunfo de la revolución a todos los tendría presentes, que «en la cama y en la cárcel se conoce a los amigos».

—Dios los tenga de su santa mano —dijo una vieja.

—Dios los bendiga y los lleve por buen camino —dijeron otras.

Y María Antonia, muy borracha:

—¡Que güelvan pronto... pero re pronto!...

Otro día María Antonia, que aunque cacariza y con una nube en un ojo tenía muy mala fama, tan mala que se aseguraba que no había varón que no la hubiese conocido entre los jarales del río, le gritó así a Camila:

—¡Epa, tú!... ¿Qué es eso?... ¿Qué haces en el rincón con el rebozo liado a la cabeza?... ¡Huy!... ¿Llorando?... ¡Mira qué ojos! ¡Ya pareces hechicera! ¡Vaya... no te apures!... No hay dolor que al alma llegue, que a los tres días no se acabe.

Señá Agapita juntó las cejas, y quién sabe qué gruñó para sus adentros.

En verdad, las comadres estaban desazonadas por la partida de la gente, y los mismos hombres, no obstante díceres y chismes un tanto ofensivos, lamentaban que no hubiera ya quien surtiera el rancho de carneros y terneras para comer carne a diario. ¡Tan a gusto que se pasa uno la vida comiendo y bebiendo, durmiendo a pierna tirante a la sombra de las peñas, mientras que las nubes se hacen y deshacen en el cielo!

—¡Mírenlos otra vez! Allá van —gritó María Antonia—; parecen juguetes de rinconera.

A lo lejos, allá donde la breña y el chaparral comenzaban a fundirse en un solo plano aterciopelado y azuloso, se perfilaron en la claridad zafirina del cielo y sobre el filo de una cima los hombres de Macías en sus escuetos jamelgos. Una ráfaga de aire cálido llevó hasta los jacales los acentos vagos y entrecortados de *La Adelita*.

Camila, que a la voz de María Antonia había salido a verlos por última vez, no pudo contenerse, y regresó ahogándose en sollozos.

María Antonia lanzó una carcajada y se alejó.

«A mi hija le han hecho mal de ojo», rumoreó señá Agapita, perpleja.

Meditó mucho tiempo, y cuando lo hubo reflexionado bien, tomó una decisión: de una estaca clavada en un poste del jacal, entre el Divino Rostro y la Virgen de Jalpa, descolgó un barzón de cuero crudo que servía a su marido para uncir la yunta y,

doblándolo, propinó a Camila una soberbia golpiza para sacarle todo el daño.

En su caballo zaino, Demetrio se sentía rejuvenecido; sus ojos recuperaban su brillo metálico peculiar, y en sus mejillas cobrizas de indígena de pura raza corría de nuevo la sangre roja y caliente.

Todos ensanchaban sus pulmones como para respirar los horizontes dilatados, la inmensidad del cielo, el azul de las montañas y el aire fresco, embalsamado de los aromas de la sierra. Y hacían galopar sus caballos, como si en aquel correr desenfrenado pretendieran posesionarse de toda la tierra. ¿Quién se acordaba ya del severo comandante de la policía, del gendarme gruñón y del cacique enfatuado? ¿Quién del mísero jacal, donde se vive como esclavo, siempre bajo la vigilancia del amo o del hosco y sañudo mayordomo, con la obligación imprescindible de estar de pie antes de salir el sol, con la pala y la canasta, o la mancera y el otate, para ganarse la olla de atole y el plato de frijoles del día?

Cantaban, reían y ululaban, ebrios de sol, de aire y de vida.

El Meco, haciendo cabriolas, mostraba su blanca dentadura, bromeaba y hacía payasadas.

—Oye, Pancraccio —preguntó muy serio—; en carta que me pone mi mujer me notifica que izque ya tenemos otro hijo. ¿Cómo es eso? ¡Yo no la veo dende tiempos del señor Madero!

—No, no es nada... ¡La dejaste enhuevada!

Todos ríen estrepitosamente. Sólo *el Meco*, con mucha gravedad e indiferencia, canta en horrible falsete:

Yo le daba un centavo
y ella me dijo que no...
Yo le daba medio
y no lo quiso agarrar.
Tanto me estuvo rogando
hasta que me sacó un rial.
¡Ay, qué mujeres ingratas,
no saben considerar!

La algarabía cesó cuando el sol los fue aturdiendo.

Todo el día caminaron por el cañón, subiendo y bajando cerros redondos, rapados y sucios como cabezas tiñosas, cerros que se sucedían interminablemente.

Al atardecer, en la lejanía, en medio de un lomerío azul, se esfumaron unas torrecillas acanteradas; luego la carretera polvorienta en blancos remolinos y los postes grises del telégrafo.

Avanzaron hacia el camino real y, a lo lejos, descubrieron el bulto de un hombre en cuclillas, a la vera. Llegaron hasta allí. Era un viejo haraposos y mal encarado. Con una navaja sin filo remendaba trabajosamente un guarache. Cerca de él pacía un borrico cargado de yerba.

Demetrio interrogó:

—¿Qué haces aquí, abuelito?

—Voy al pueblo a llevar alfalfa para mi vaca.

—¿Cuántos son los federales?

—Sí..., unos cuantos; creo que no llegan a la docena. El viejo soltó la lengua. Dijo que había rumores muy graves: que Obregón estaba ya sitiando a Guadalajara; Carrera Torres, dueño de San Luis Potosí, y Pánfilo Natera, en Fresnillo.

—Bueno —habló Demetrio—, puedes irte a tu pueblo; pero cuidado con ir a decir a nadie una palabra de lo que has visto, porque te truena. Daría contigo aunque te escondieras en el centro de la tierra.

—¿Qué dicen, muchachos? —interrogó Demetrio cuando el viejo se había alejado.

—¡A darles!... ¡A no dejar un mocho vivo! —exclamaron todos a una.

Contaron los cartuchos y las granadas de mano que el Tecolote había fabricado con fragmentos de tubo de hierro y perillas de latón.

—Son pocos —observó Anastasio—; pero los vamos a cambiar por carabinas.

Y, ansiosos, se apresuraban a seguir delante, hincando las espuelas en los ijares enjutados de sus agotadas recuas.

La voz imperiosa de Demetrio los detuvo.

Acamparon a la falda de una loma, protegidos por espeso huizachal. Sin desensillar, cada uno fue buscando una piedra para cabecera.

XVI

A medianoche, Demetrio Macías dio la orden de marcha. El pueblo distaba una o dos leguas, y había que dar un albazo a los federales.

El cielo estaba nublado, brillaban una que otra estrella y, de vez en vez, en el parpadeo rojizo de un relámpago, se iluminaba vivamente la lejanía.

Luis Cervantes preguntó a Demetrio si no sería conveniente, para el mejor éxito del ataque, tomar un guía o cuando menos procurarse los datos topográficos del pueblo y la situación precisa del cuartel.

—No, curro —respondió Demetrio sonriendo y con un gesto desdeñoso—; nosotros caemos cuando ellos menos se lo esperen, y ya. Así lo hemos hecho muchas veces. ¿Ha visto cómo sacan la cabeza las ardillas por la boca del tusero cuando uno se los llena de agua? Pues igual de aturridos van a salir estos mochitos infelices luego que oigan los primeros disparos. No salen más que a servirnos de blanco.

—¿Y si el viejo que ayer nos informó nos hubiera mentado? ¿Si en vez de veinte hombres resultaran cincuenta? ¿Si fuese un espía apostado por los federales?

—¡Este curro ya tuvo miedo! —dijo Anastasio Montañés.

—¡Como que no es igual poner cataplasmas y lavativas a manejar un fusil! —observó Pancraccio.

—¡Hum! —repuso *el Meco*—. ¡Es ya mucha plática...! ¡Pa una docena de ratas aturridas!

—No va a ser hora cuando nuestras madres sepan si parieron hombres o qué —agregó *el Manteca*.

Cuando llegaron a orillas del pueblito, Venancio se adelantó y llamó a la puerta de una choza.

—¿Dónde está el cuartel? —interrogó al hombre que salió, descalzo y con una garra de jorongo abrigando su pecho desnudo.

—El cuartel está abajito de la plaza, amo —contestó.

Mas como nadie sabía dónde era abajito de la plaza, Venancio lo obligó a que caminara a la cabeza de la columna y les enseñara el camino.

Temblando de espanto el pobre diablo, exclamó que era una barbaridad lo que hacían con él.

—Soy un pobre jornalero, señor; tengo mujer y muchos hijos chiquitos.

—¿Y los que yo tengo serán perros? —repuso Demetrio.

Luego ordenó:

—Mucho silencio, y uno a uno por la tierra suelta a media calle.

Dominando el caserío, se alzaba la ancha cúpula cuadrangular de la iglesia.

—Miren, señores, al frente de la iglesia está la plaza, caminan nomás otro tantito pa abajo, y allí mero queda el cuartel.

Luego se arrodilló, pidiendo que ya le dejaran regresar; pero Pancraccio, sin responderle, le dio un culatazo sobre el pecho y lo hizo seguir delante.

—¿Cuántos soldados están aquí? —inquirió Luis Cervantes.

—Amo, no quiero mentirle a su mercé; pero la verdá, la mera verdá, que son un titipuchal...

Luis Cervantes se volvió hacia Demetrio que fingía no haber escuchado.

De pronto desembocaron en una plazoleta. Una estruendosa descarga de fusilería los ensordeció. Estremeciéndose, el caballo zaino de Demetrio vaciló sobre las piernas, dobló las rodillas y cayó pataleando. El Tecolote lanzó un grito agudo y rodó del caballo, que fue a dar a media plaza, desbocado.

Una nueva descarga, y el hombre guía abrió los brazos y cayó de espaldas, sin exhalar una queja. Anastasio Montañés levantó rápidamente a Demetrio y se lo puso en ancas. Los demás habían retrocedido ya y se amparaban en las paredes de las casas.

—Señores, señores —habló un hombre del pueblo, sacando la cabeza de un zaguán grande—, lléguenles por la espalda de la capilla... allí están todos. Devuélvanse por esta misma calle, tuerzan sobre su mano zurda, luego darán con un callejoncito, y sigan otra vez adelante a caer en la mera espalda de la capilla.

En ese momento comenzaron a recibir una nutrida lluvia de tiros de pistola. Venían de las azoteas cercanas.

—¡Hum —dijo el hombre—, ésas no son arañas que pican!... Son los curros... Métense aquí mientras se van... Esos le tienen miedo hasta a su sombra.

—¿Qué tantos son los mochos? —preguntó Demetrio.

—No estaban aquí más que doce; pero anoche traiban mucho miedo y por telégrafo llamaron a los de delantito. ¡Quién sabe los que serán!... Pero no le hace que sean muchos. Los más han de ser de leva, y todo es que uno haga por voltearse y dejan a los jefes solos. A mi hermano le tocó la leva condenada y aquí lo train. Yo me voy con ustedes, le hago una señal y verán cómo todos se vienen de este lado. Y acabamos nomás con los puros oficiales. Si el señor quisiera darme una armita...

—Rifle no queda, hermano; pero esto de algo te ha de servir —dijo Anastasio Montañés tendiéndole al hombre dos granadas de mano.

El jefe de los federales era un joven de pelo rubio y bigotes retorcidos, muy presuntuoso. Mientras no supo a ciencia cierta el número de los asaltantes, se había mantenido callado y prudente en extremo; pero ahora que los acababan de rechazar con tal éxito que no les habían dado tiempo para contestar un tiro siquiera, hacía gala de valor y temeridad inauditos. Cuando todos los soldados apenas se atrevían a asomar sus cabezas detrás de los pretilos del pórtico, él, a la pálida claridad del amanecer, destacaba airosamente su esbelta silueta y su capa dragona, que el aire hinchaba de vez en vez.

—¡Ah, me acuerdo del cuartelazo!...

Como su vida militar se reducía a la aventura en que se vio envuelto como alumno de la Escuela de Aspirantes al verificarse la traición al presidente Madero, siempre que un motivo propicio se presentaba, traía a colación la hazaña de la

Ciudadela.

—Teniente Campos —ordenó enfático—, baje usted con diez hombres a chicotearme a esos bandidos que se esconden... ¡Canallas!... ¡Sólo son bravos para comer vacas y robar gallinas!

En la puertecilla del caracol apareció un paisano. Llevaba el aviso de que los asaltantes estaban en un corral, donde era facilísimo cogerlos inmediatamente.

Eso informaban los vecinos prominentes del pueblo, apostados en las azoteas y listos para no dejar escapar al enemigo.

—Yo mismo voy a acabar con ellos —dijo con impetuosidad el oficial. Pero pronto cambió de opinión. De la puerta misma del caracol retrocedió:

—Es posible que esperen refuerzos, y no será prudente que yo desampare mi puesto. Teniente Campos, va usted y me los coge vivos a todos, para fusilarlos hoy mismo al mediodía, a la hora que la gente esté saliendo de la misa mayor. ¡Ya verán los bandidos qué ejemplares sé poner!... Pero si no es posible, teniente Campos, acabe con todos. No me deje uno solo vivo. ¿Me ha entendido?

Y, satisfecho, comenzó a dar vueltas, meditando la redacción del parte oficial que rendiría: «Señor ministro de la Guerra, general don Aureliano Blanquet. —México—. Hónrome, mi general, en poner en el superior conocimiento de usted que en la madrugada del día... una partida de quinientos hombres al mando del cabecilla H... osó atacar esta plaza. Con la violencia que el caso demandaba, me fortifiqué en las alturas de la población. El ataque comenzó al amanecer, durando más de dos horas un nutrido fuego. No obstante la superioridad numérica del enemigo, logré castigarlo severamente, infligiéndole completa derrota. El número de muertos fue el de veinte y mayor el de heridos, a juzgar por las huellas de sangre que dejaron en su precipitada fuga. En nuestras filas tuvimos la fortuna de no contar una sola baja. —Me honro en felicitar a usted, señor ministro, por el triunfo de las armas del gobierno. ¡Viva el señor general don Victoriano Huerta! ¡Viva México!»

«Y luego —siguió pensando— mi ascenso seguro a “mayor”.» Y se apretó las manos con regocijo, en el mismo momento en que un estallido lo dejó con los oídos zumbando.

XVII

—¿De modo es que si por este corral pudiéramos atravesar saldríamos derecho al callejón? —preguntó Demetrio.

—Sí; sólo que del corral sigue una casa, luego otro corral y una tienda más adelante —respondió el paisano.

Demetrio, pensativo, se rascó la cabeza. Pero su decisión fue pronta.

—¿Puedes conseguir un barretón, una pica, algo así como para agujerear la pared?

—Sí, hay de todo...; pero...

—¿Pero qué?... ¿En dónde están?

—Cabal que al están los avíos; pero todas esas casas son del patrón, y...

Demetrio, sin acabar de escucharlo, se encaminó hacia el cuarto señalado como depósito de la herramienta.

Todo fue obra de breves minutos.

Luego que estuvieron en el callejón, uno tras otro, arrimados a las paredes, corrieron hasta ponerse detrás del templo.

Había que saltar primero una tapia, en seguida el muro posterior de la capilla.

«Obra de Dios», pensó Demetrio. Y fue el primero que la escaló.

Cual monos, siguieron tras él los otros, llegando arriba con las manos estriadas de tierra y de sangre. El resto fue más fácil: escalones ahuecados en la mampostería les permitieron salvar con ligereza el muro de la capilla; luego la cúpula misma los ocultaba de la vista de los soldados.

—Párense tantito —dijo el paisano—; voy a ver dónde anda mi hermano. Yo les hago la señal..., después sobre las clases, ¿eh?

Sólo que no había en aquel momento quien reparara ya en él.

Demetrio contempló un instante el negrear de los capotes a lo largo del pretil, en todo el frente y por los lados, en las torres apretadas de gente, tras la baranda de hierro.

Se sonrió con satisfacción, y volviendo la cara a los suyos, exclamó:

—¡Hora!...

Veinte bombas estallaron a un tiempo en medio de los federales, que, llenos de espanto, se irguieron con los ojos desmesuradamente abiertos. Mas antes de que pudieran darse cuenta cabal del trance, otras veinte bombas reventaban con fragor, dejando un reguero de muertos y heridos.

—¡Tavía no!... ¡Tavía no!... Tavía no veo a mi hermano... —imploraba angustiado el paisano.

En vano un viejo sargento increpa a los soldados y los injuria, con la esperanza de una reorganización salvadora. Aquello no es más que una correría de ratas dentro de la trampa. Unos van a tomar la puertecilla de la escalera y allí caen acribillados a tiros por Demetrio; otros se echan a los pies de aquella veintena de espectros de cabeza y

pechos oscuros como de hierro, de largos calzones blancos desgarrados, que les bajan hasta los guaraches. En el campanario algunos luchan por salir, de entre los muertos que han caído sobre ellos.

—¡Mi jefe! —exclama Luis Cervantes alarmadísimo—. ¡Se acabaron las bombas y los rifles están en el corral! ¡Qué barbaridad!...

Demetrio sonrío, saca un puñal de larga hoja reluciente. Instantáneamente brillan los aceros en las manos de sus veinte soldados; unos largos y puntiagudos, otros anchos como la palma de la mano, y muchos pesados como marrazos.

—¡El espía! —clama en son de triunfo Luis Cervantes—. ¡No se los dije!

—¡No me mates, padrecito! —implora el viejo sargento a los pies de Demetrio, que tiene su mano armada en alto.

El viejo levanta su cara indígena llena de arrugas y sin una cana. Demetrio reconoce al que la víspera los engañó.

En un gesto de pavor, Luis Cervantes vuelve bruscamente el rostro. La lámina de acero tropieza con las costillas, que hacen *crac, crac*, y el viejo cae de espaldas con los brazos abiertos y los ojos espantados.

—¡A mi hermano, no!... ¡No lo maten, es mi hermano! —grita loco de terror el paisano que ve a Pancraccio arrojar sobre un federal.

Es tarde. Pancraccio, de un tajo, le ha rebanado el cuello, y como de una fuente borbotan dos chorros escarlata.

—¡Mueran los juanes!... ¡Mueran los mochos!...

Se distinguen en la carnicería Pancraccio y *el Manteca*, rematando a los heridos. Montañés deja caer su mano, rendido ya; en su semblante persiste su mirada dulzona, en su impassible rostro brillan la ingenuidad del niño y la amoralidad del chacal.

—Acá queda uno vivo —grita *la Codorniz*.

Pancraccio corre hacia él. Es el capitancito rubio de bigote borgoñón, blanco como la cera, que, arrimado a un rincón cerca de la entrada al caracol, se ha detenido por falta de fuerzas para descender.

Pancraccio lo lleva a empellones al pretil. Un rodillazo en las caderas y algo como un saco de piedras que cae de veinte metros de altura sobre el atrio de la iglesia.

—¡Qué bruto eres! —exclama *la Codorniz*—, si la malicio, no te digo nada. ¡Tan buenos zapatos que le iba yo a avanzar!

Los hombres, inclinados ahora, se dedican a desnudar a los que traen mejores ropas. Y con los despojos se visten, y bromean y ríen muy divertidos.

Demetrio, echando a un lado los largos mechones que le han caído sobre la frente, cubriéndole los ojos, empapados en sudor, dice:

—¡Ahora a los curros!

XVIII

Demetrio llegó con cien hombres a Fresnillo el mismo día que Pánfilo Natera iniciaba el avance de sus fuerzas sobre la plaza de Zacatecas.

El jefe zacatecano lo acogió cordialmente.

—¡Ya sé quién es usted y qué gente trae! ¡Ya tengo noticia de la cuereada que han dado a los federales desde Tepic hasta Durango!

Natera estrechó efusivamente la mano de Macías, en tanto que Luis Cervantes peroraba:

—Con hombres como mi general Natera y mi coronel Macías, nuestra patria se verá llena de gloria.

Demetrio entendió la intención de aquellas palabras cuando oyó repetidas veces a Natera llamarle «mi coronel».

Hubo vino y cervezas. Demetrio chocó muchas veces su vaso con el de Natera. Luis Cervantes brindó «por el triunfo de nuestra causa, que es el triunfo sublime de la justicia; porque pronto veamos realizados los ideales de redención de este nuestro pueblo sufrido y noble, y sean ahora los mismos hombres que han regado con su propia sangre la tierra los que cosechen los frutos que legítimamente les pertenecen».

Natera volvió un instante su cara adusta hacia el parlanchín, y dándole luego la espalda, se puso a platicar con Demetrio.

Poco a poco, uno de los oficiales de Natera se había acercado fijándose con insistencia en Luis Cervantes. Era joven, de semblante abierto y cordial.

—¿Luis Cervantes?...

—¿El señor Solís?

—Desde que entraron ustedes creí conocerlo... Y, ¡vamos!, ahora lo veo y aún me parece mentira.

—Y no lo es...

—¿De modo que...? Pero vamos a tomar una copa; venga usted...

—¡Bah! —prosiguió Solís ofreciendo asiento a Luis Cervantes—. ¿Pues desde cuándo se ha vuelto usted revolucionario?

—Dos meses corridos.

—¡Ah, con razón habla todavía con ese entusiasmo y esa fe con que todos venimos aquí al principio!

—¿Usted los ha perdido ya?

—Mire, compañero, no le extrañen confianzas de buenas a primeras. Da tanta gana de hablar con gente de sentido común, por acá, que cuando uno suele encontrarla se le quiere con esa misma ansiedad con que se quiere un jarro de agua fría después de caminar con la boca seca horas y más horas bajo los rayos del sol... Pero, francamente, necesito ante todo que usted me explique... No comprendo cómo el corresponsal de *El País* en tiempo de Madero, el que escribía furibundos artículos en *El Regional*, el que usaba con tanta prodigalidad del epíteto de bandidos para

nosotros, milite en nuestras propias filas ahora.

—¡La verdad de la verdad, me han convencido! —repuso enfático Cervantes.

—¿Convencido?...

Solís dejó escapar un suspiro; llenó los vasos y bebieron.

—¿Se ha cansado, pues, de la revolución? —preguntó Luis Cervantes esquivo.

—¿Cansado?... Tengo veinticinco años y, usted lo ve, me sobra salud... ¿Desilusionado? Puede ser.

—Debe tener sus razones...

—«Yo pensé una florida pradera al remate de un camino... Y me encontré un pantano.» Amigo mío: hay hechos y hay hombres que no son sino pura hiel... Y esa hiel va cayendo gota a gota en el alma, y todo lo amarga, todo lo envenena. Entusiasmo, esperanzas, ideales, alegrías..., ¡nada! Luego no le queda más: o se convierte usted en un bandido igual a ellos, o desaparece de la escena, escondiéndose tras las murallas de un egoísmo impenetrable y feroz.

A Luis Cervantes le torturaba la conversación; era para él un sacrificio oír frases tan fuera de lugar y tiempo. Para eximirse, pues, de tomar parte activa en ella, invitó a Solís a que menudamente refiriera los hechos que le habían conducido a tal estado de desencanto.

—¿Hechos?... Insignificancias, naderías: gestos inadvertidos para los más; la vida instantánea de una línea que se contrae, de unos ojos que brillan, de unos labios que se pliegan; el significado fugaz de una frase que se pierde. Pero hechos, gestos y expresiones que, agrupados en su lógica y natural expresión, constituyen e integran una mueca pavorosa y grotesca a la vez de una raza... ¡De una raza irredenta!... —Apuró un nuevo vaso de vino, hizo una larga pausa y prosiguió—: Me preguntará que por qué sigo entonces en la revolución. La revolución es el huracán, y el hombre que se entrega a ella no es ya el hombre, es la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval...

Interrumpió a Solís la presencia de Demetrio Macías, que se acercó.

—Nos vamos, curro...

Alberto Solís, con fácil palabra y acento de sinceridad profunda, lo felicitó efusivamente por sus hechos de armas, por sus aventuras, que lo habían hecho famoso, siendo conocidas hasta por los mismos hombres de la poderosa División del Norte.

Y Demetrio, encantado, oía el relato de sus hazañas, compuestas y aderezadas de tal suerte, que él mismo no las conociera. Por lo demás, aquello tan bien sonaba a sus oídos, que acabó por contarlas más tarde en el mismo tono y aun por creer que así habíanse realizado.

—¡Qué hombre tan simpático es el general Natera! —observó Luis Cervantes cuando regresaba al mesón—. En cambio, el capitancillo Solís... ¡qué lata!...

Demetrio Macías, sin escucharlo, muy contento, le oprimió un brazo y le dijo en voz baja:

—Ya soy coronel de veras, curro... Y usted, mi secretario...

Los hombres de Macías también hicieron muchas amistades nuevas esa noche, y «por el gusto de habernos conocido», se bebió hartos mezcal y aguardiente. Como no todo el mundo congenia y a veces el alcohol es mal consejero, naturalmente hubo sus diferencias; pero todo se arregló en buena forma y fuera de la cantina, de la fonda o del lupanar, sin molestar a los amigos.

A la mañana siguiente amanecieron algunos muertos: una vieja prostituta con un balazo en el ombligo y dos reclutas del coronel Macías con el cráneo agujereado. Anastasio Montañés le dio cuenta a su jefe, y éste, alzando los hombros, dijo:

—¡Psch!... Pos que los entierren...

XIX

—Allí vienen ya los gorrudos —clamaron con azoro los vecinos de Fresnillo cuando supieron que el asalto de los revolucionarios a la plaza de Zacatecas había sido un fracaso.

Volvió la turba desenfrenada de hombres requemados, mugrientos y casi desnudos, cubierta la cabeza con sombreros de palma de alta copa cónica y de inmensa falda que les ocultaba medio rostro.

Les llamaban los gorrudos. Y los gorrudos regresaban tan alegremente como habían marchado días antes a los combates, saqueando cada pueblo, cada hacienda, cada ranchería y hasta el jacal más miserable que encontraban a su paso.

—¿Quién me merca esta maquinaria? —pregonaba uno, enrojecido y fatigado de llevar la carga de su «avance».

Era una máquina de escribir nueva, que a todos atrajo con los deslumbrantes reflejos del niquelado.

La «Oliver», en una sola mañana, había tenido cinco propietarios, comenzando por valer diez pesos, depreciándose uno o dos a cada cambio de dueño. La verdad era que pesaba demasiado y nadie podía soportarla más de media hora.

—Doy peseta por ella —ofreció *la Codorniz*.

—Es tuya —respondió el dueño dándosela prontamente y con temores ostensibles de que aquél se arrepintiera.

La Codorniz, por veinticinco centavos, tuvo el gusto de tomarla en sus manos y de arrojarla luego contra las piedras, donde se rompió ruidosamente.

Fue como una señal: todos los que llevaban objetos pesados o molestos comenzaron a deshacerse de ellos, estrellándolos contra las rocas. Volaron los aparatos de cristal y porcelana; gruesos espejos, candelabros de latón, finas estatuillas, tibores y todo lo redundante del «avance» de la jornada quedó hecho añicos por el camino.

Demetrio, que no participaba de aquella alegría, ajena del todo al resultado de las operaciones militares, llamó aparte a Montañés y a Pancracio y les dijo:

—A éstos les falta nervio. No es tan trabajoso tomar una plaza. Miren, primero se abre uno así..., luego se va juntando, se va juntando..., hasta que ¡zas!... ¡Y ya!

Y, en un gesto amplio, abría sus brazos nervudos y fuertes; luego los aproximaba poco a poco, acompañando el gesto a la palabra, hasta estrecharlos contra su pecho.

Anastasio y Pancracio encontraban tan sencilla y tan clara la explicación, que contestaron convencidos:

—¡Ésa es la mera verdad!... ¡A éstos les falta ñervo!...

La gente de Demetrio se alojó en un corral.

—¿Se acuerda de Camila, compadre Anastasio? —exclamó suspirando Demetrio, tirado boca arriba en el estiércol, donde todos, acostados ya, bostezaban de sueño.

—¿Quién es esa Camila, compadre?

—La que me hacía de comer allá, en el ranchito... Anastasio hizo un gesto que quería decir: «Esas cosas de mujeres no me interesan a mí».

—No se me olvida —prosiguió Demetrio hablando y con el cigarro en la boca—. Iba yo muy retemalo. Acababa de beberme un jarro de agua azul muy fresquecita. «¿No quiere más?», me preguntó la prietilla... Bueno, pos me quedé rendido del calenturón, y too fue estar viendo una jícara de agua azul y oír la vocecita: «¿No quiere más?»... Pero una voz, compadre, que me sonaba en las orejas como organillo de plata... Pancracio, tú ¿qué dices? ¿Nos vamos al ranchito?

—Mire, compadre Demetrio, ¿a que no me lo cree? Yo tengo mucha experiencia en eso de las viejas... ¡Las mujeres!... Pa un rato... ¡Y mi' qué rato!... ¡Pa las lepras y rasguños con que me han marcao el pellejo! ¡Mal ajo pa ellas! Son el enemigo malo. De veras, compadre, ¿voy que no me lo cree?... Por eso verá que ni... Pero yo tengo mucha experiencia en eso.

—¿Qué día vamos al ranchito, Pancracio? —insistió Demetrio, echando una bocanada de humo gris.

—Usté nomás dice... Ya sabe que allí dejé a mi amor...

—Tuyo... y no —pronunció *la Codorniz* amodorrado.

—Tuya... y mía también. Güeno es que seas compadecido y nos la vayas a trair de veras —rumoreó *el Manteca*.

—Hombre, sí, Pancracio; traite a la tuerta María Antonia, que por acá hace mucho frío —gritó a lo lejos *el Meco*.

Y muchos prorrumpieron en carcajadas, mientras *el Manteca* y Pancracio iniciaban su torneo de insolencias y obscenidades.

—¡Que viene Villa!

La noticia se propagó con la velocidad del relámpago.

—¡Ah, Villa!... La palabra mágica. El gran hombre que se esboza; el guerrero invicto que ejerce a distancia ya su gran fascinación de boa.

—¡Nuestro Napoleón mexicano! —exclama Luis Cervantes.

—Sí, «el Águila azteca, que ha clavado su pico de acero sobre la cabeza de la víbora Victoriano Huerta»... Así dije en un discurso en Ciudad Juárez —habló en tono un tanto irónico Alberto Solís, el ayudante de Natera.

Los dos, sentados en el mostrador de una cantina, apuraban sendos vasos de cerveza.

Y los gorrudos de bufandas al cuello, de gruesos zapatones de vaqueta y encallecidas manos de vaquero, comiendo y bebiendo sin cesar, sólo hablaban de Villa y sus tropas.

Los de Natera hacían abrir tamaña boca de admiración a los de Macías.

¡Oh, Villa!... ¡Los combates de Ciudad Juárez, Tierra Blanca, Chihuahua, Torreón!

Pero los hechos vistos y vividos no valían nada. Había que oír la narración de sus proezas portentosas, donde, a renglón seguido de un acto de sorprendente magnanimidad, venía la hazaña más bestial. Villa es el indomable señor de la sierra, la eterna víctima de todos los gobiernos, que lo persiguen como una fiera; Villa es la reencarnación de la vieja leyenda: el bandido providencia, que pasa por el mundo con la antorcha luminosa de un ideal: ¡robar a los ricos para hacer ricos a los pobres! Y los pobres le forjan una leyenda que el tiempo se encargará de embellecer para que viva de generación en generación.

—Pero sí sé decirle, amigo Montañés —dijo uno de los de Natera—, que si usted le cae bien a mi general Villa, le regala una hacienda; pero si le choca..., ¡nomás lo manda fusilar!...

¡Ah, las tropas de Villa! Puros hombres norteros, muy bien puestos, de sombrero tejano, traje de kaki nuevecito y calzado de los Estados Unidos de a cuatro dólares.

Y cuando esto decían los hombres de Natera, se miraban entre sí desconsolados, dándose cuenta cabal de sus sombrerazos de soyate podridos por el sol y la humedad y de las garras de calzones y camisas que medio cubrían sus cuerpos sucios y empiojados.

—Porque ahí no hay hambre... Traen sus carros apretados de bueyes, carneros, vacas. Furgones de ropa; trenes enteros de parque y armamentos, y comestibles para que reviente el que quiera.

Luego se hablaba de los aeroplanos de Villa.

—¡Ah, los aioplanos! Abajo, así de cerquita, no sabe usted qué son; parecen canoas, parecen chalupas; pero que comienzan a subir, amigo, y es un ruidazo que lo

aturde. Luego algo como un automóvil que va muy recio. Y haga usted de cuenta un pájaro grande, muy grande, que parece de repente que ni se bulle siquiera. Y aquí va lo mero bueno: adentro de ese pájaro, un gringo lleva miles de granadas. ¡Afigúrese lo que será eso! Llega la hora de pelear, y como quien les riega maíz a las gallinas, allí van puños y puños de plomo pa'l enemigo... Y aquello se vuelve un camposanto: muertos por aquí, muertos por allí, y ¡muertos por todas partes!

Y como Anastasio Montañés preguntara a su interlocutor si la gente de Natera había peleado ya junto con la de Villa, se vino a cuenta de que todo lo que con tanto entusiasmo estaban platicando sólo de oídas lo sabían, pues que nadie de ellos le había visto jamás la cara a Villa.

—¡Hum..., pos se me hace que de hombre a hombre todos semos iguales!... Lo que es pa mí naiden es más hombre que otro. Pa peliar, lo que uno necesita es nomás tantita vergüenza. ¡Yo, qué soldado ni qué nada había de ser! Pero, oiga, al donde me mira tan desgarrao... ¿Voy que no me lo cree? Pero, de veras, yo no tengo necesidá...

—¡Tengo mis diez yuntas de bueyes!... ¿A que no me lo cree? —dijo *la Codorniz* a espaldas de Anastasio, remedándolo y dando grandes risotadas.

El atronar de la fusilería aminoró y fue alejándose. Luis Cervantes se animó a sacar la cabeza de su escondrijo, en medio de los escombros de unas fortificaciones, en lo más alto del cerro.

Apenas se daba cuenta de cómo había llegado hasta allí. No supo cuándo desaparecieron Demetrio y sus hombres de su lado. Se encontró solo de pronto, y luego, arrebatado por una avalancha de infantería, lo derribaron de la montura, y cuando, todo pisoteado, se enderezó, uno de a caballo lo puso a grupas. Pero, a poco, caballo y montados dieron en tierra, y él sin saber de su fusil, ni del revólver, ni de nada, se encontró en medio de la blanca humareda y del silbar de los proyectiles. Y aquel hoyanco y aquellos pedazos de adobes amontonados se le habían ofrecido como abrigo segurísimo.

—¡Compañero!...

—¡Compañero!...

—Me tiró el caballo; se me echaron encima; me han creído muerto y me despojaron de mis armas... ¿Qué podía yo hacer? —explicó apenado Luis Cervantes.

—A mí nadie me tiró... Estoy aquí por precaución..., ¿sabe?...

El tono festivo de Alberto Solís ruborizó a Luis Cervantes.

—¡Caramba! —exclamó aquél—. ¡Qué machito es su jefe! ¡Qué temeridad y qué serenidad! No sólo a mí, sino a muchos bien quemados nos dejó con tamaña boca abierta.

Luis Cervantes, confuso, no sabía qué decir.

—¡Ah! ¿No estaba usted allí? ¡Bravo! ¡Buscó lugar seguro a muy buena hora!... Mire, compañero; venga para explicarle. Vamos allí, detrás de aquel picacho. Note que de aquella laderita, al pie del cerro, no hay más vía accesible que lo que tenemos delante; a la derecha la vertiente está cortada a plomo y toda maniobra es imposible por ese lado; punto menos por la izquierda: el ascenso es tan peligroso, que dar un solo paso en falso es rodar y hacerse añicos por las vivas aristas de las rocas. Pues bien; una parte de la brigada Moya nos tendimos en la ladera, pecho a tierra, resueltos a avanzar sobre la primera trinchera de los federales. Los proyectiles pasaban zumbando sobre nuestras cabezas; el combate era ya general; hubo un momento en que dejaron de foguearnos. Nos supusimos que se les atacaba vigorosamente por la espalda. Entonces nosotros nos arrojamos sobre la trinchera. ¡Ah, compañero, fíjese! ... De media ladera abajo es un verdadero tapiz de cadáveres. Las ametralladoras lo hicieron todo; nos barrieron materialmente; unos cuantos pudimos escapar. Los generales estaban lívidos y vacilaban en ordenar una nueva carga con el refuerzo inmediato que nos vino. Entonces fue cuando Demetrio Macías, sin esperar ni pedir órdenes a nadie, gritó:

—¡Arriba, muchachos!...

—¡Qué bárbaro! —clamé asombrado.

«Los jefes, sorprendidos, no chistaron. El caballo de Macías, cual si en vez de pesuñas hubiese tenido garras de águila, trepó sobre estos peñascos. “¡Arriba, arriba!”, gritaron sus hombres, siguiendo tras él, como venados, sobre las rocas, hombres y bestias hechos uno. Sólo un muchacho perdió pisada y rodó al abismo; los demás aparecieron en brevísimos instantes en la cumbre, derribando trincheras y acuchillando soldados. Demetrio lazaba las ametralladoras, tirando de ellas cual si fuesen toros bravos. Aquello no podía durar. La desigualdad numérica los habría aniquilado en menos tiempo del que gastaron en llegar allí. Pero nosotros nos aprovechamos del momentáneo desconcierto, y con rapidez vertiginosa nos echamos sobre las posiciones y los arrojamos de ellas con la mayor facilidad. ¡Ah, qué bonito soldado es su jefe!»

De lo alto del cerro se veía un costado de la Bufo, con su crestón, como testa empenachada de altivo rey azteca. La vertiente, de seiscientos metros, estaba cubierta de muertos, con los cabellos enmarañados, manchadas las ropas de tierra y de sangre, y en aquel hacinamiento de cadáveres calientes, mujeres haraposas iban y venían como famélicos coyotes esculcando y despojando.

En medio de la humareda blanca de la fusilería y los negros borbotones de los edificios incendiados, refulgían al claro sol casas de grandes puertas y múltiples ventanas, todas cerradas; calles en amontonamiento, sobrepuestas y revueltas en vericuetos pintorescos, trepando a los cerros circunvecinos. Y sobre el caserío risueño se alzaba una alquería de esbeltas columnas y las torres y cúpulas de las iglesias.

—¡Qué hermosa es la revolución, aun en su misma barbarie! —pronunció Solís conmovido. Luego, en voz baja y con vaga melancolía:

—Lástima que lo que falta no sea igual. Hay que esperar un poco. A que no haya combatientes, a que no se oigan más disparos que los de las turbas entregadas a las delicias del saqueo; a que resplandezca diáfana, como una gota de agua, la psicología de nuestra raza, condensada en dos palabras: ¡robar, matar!... ¡Qué chasco, amigo mío, si los que venimos a ofrecer todo nuestro entusiasmo, nuestra misma vida por derribar a un miserable asesino, resultásemos los obreros de un enorme pedestal donde pudieran levantarse cien o doscientos mil monstruos de la misma especie!... ¡Pueblo sin ideales, pueblo de tiranos!... ¡Lástima de sangre!

Muchos federales fugitivos subían huyendo de soldados de grandes sombreros de palma y anchos calzones blancos.

Pasó silbando una bala.

Alberto Solís, que, cruzados los brazos, permanecía absorto después de sus últimas palabras, tuvo un sobresalto repentino y dijo:

—Compañero, maldito lo que me simpatizan estos mosquitos zumbadores. ¿Quiere que nos alejemos un poco de aquí?

Fue la sonrisa de Luis Cervantes tan despectiva, que Solís, amoscado, se sentó tranquilamente en una peña.

Su sonrisa volvió a vagar siguiendo las espirales de humo de los rifles y la

polvareda de cada casa derribada y cada techo que se hundía. Y creyó haber descubierto un símbolo de la revolución en aquellas nubes de humo y en aquellas nubes de polvo que fraternalmente ascendían, se abrazaban, se confundían y se borraban en la nada.

—¡Ah —clamó de pronto—, ahora sí!...

Y su mano tendida señaló la estación de los ferrocarriles. Los trenes resoplando furiosos, arrojando espesas columnas de humo, los carros colmados de gente que escapaba a todo vapor.

Sintió un golpecito seco en el vientre, y como si las piernas se le hubiesen vuelto de trapo, resbaló de la piedra. Luego le zumbaron los oídos... Después, oscuridad y silencio eternos...

SEGUNDA PARTE

Al champaña que ebulle en burbujas donde se descompone la luz de los candiles, Demetrio Macías prefiere el límpido tequila de Jalisco.

Hombres manchados de tierra, de humo y de sudor, de barbas crespas y alborotadas cabelleras, cubiertos de andrajos mugrientos, se agrupan en torno de las mesas de un restaurante.

—Yo maté dos coroneles —clama con voz ríspida y gutural un sujeto pequeño y gordo, de sombrero galoneado, cotona de gamuza y mascada solferina al cuello—. ¡No podían correr de tan tripones: se tropezaban con las piedras, y para subir al cerro, se ponían como jitomates y echaban tamaña lengua!... «No corran tanto, mochitos —les grité—; párense, no me gustan las gallinas asustadas... ¡Párense, pelones, que no les voy a hacer nada!... ¡Están dados!», ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!... La comieron los muy... ¡Paf, paf! ¡Uno para cada uno... y de veras descansaron!

—A mí se me jue uno de los meros copetones —habló un soldado de rostro renegrido, sentado en un ángulo del salón, entre el muro y el mostrador, con las piernas alargadas y el fusil entre ellas—. ¡Ah, cómo traiba oro el condenado! Nomás le hacían visos los galones en las charreteras y en la mantilla. ¿Y yo?... ¡El muy burro lo dejé pasar! Sacó el paño y me hizo la contraseña, y yo me quedé nomás abriendo la boca. ¡Pero apenas me dio campo de hacerme de la esquina, cuando aistá a bala y hala!... Lo dejé que acabara un cargador... ¡Hora voy yo!... ¡Madre mía de pipa, que no le fierre a este jijo de... la mala palabra! ¡Nada, nomás dio el estampido! ... ¡Traiba muy buen cuaco! Me pasó por los ojos como un relámpago... Otro probe que venía por la misma calle me la pagó... ¡Qué maroma lo he hecho dar!

Se arrebatan las palabras de la boca, y mientras ellos refieren con mucho calor sus aventuras, mujeres de tez aceitunada, ojos blanquecinos y dientes de marfil, con revólveres a la cintura, cananas apretadas de tiros cruzados sobre el pecho, grandes sombreros de palma a la cabeza, van y vienen como perros callejeros entre los grupos.

Una muchacha de carrillos teñidos de carmín, de cuello y brazos muy trigueños y de burdísimo continente, da un salto y se pone sobre el mostrador de la cantina, cerca de la mesa de Demetrio.

Éste vuelve la cara hacia ella y choca con unos ojos lascivos, bajo una frente pequeña y entre dos bandos de pelo hirsuto.

La puerta se abre de par en par y, boquiabiertos y deslumbrados, uno tras otro, penetran Anastasio Montañés, Pancracio, *la Codorniz* y *el Meco*.

Anastasio da un grito de sorpresa y se adelanta a saludar al charro pequeño y gordo, de sombrero galoneado y mascada solferina.

Son viejos amigos que ahora se reconocen. Y se abrazan tan fuerte que la cara se les pone negra.

—Compadre Demetrio, tengo el gusto de presentarle al güero Margarito... ¡Un

amigo de veras!... ¡Ah, cómo quiero yo a este güero! Ya lo conocerá, compadre... ¡Es reteacabao!... ¿Te acuerdas, güero, de la penitenciaría de Escobedo, allá en Jalisco?... ¡Un año juntos!

Demetrio, que permanecía silencioso y huraño en medio de la alharaca general, sin quitarse el puro de entre los labios rumoreó tendiéndole la mano:

—Servidor...

—¿Usted se llama, pues, Demetrio Macías? —preguntó intempestivamente la muchacha que sobre el mostrador estaba meneando las piernas y tocaba con sus zapatos de vaqueta la espalda de Demetrio.

—A la orden —le contestó éste, volviendo apenas la cara.

Ella, indiferente, siguió moviendo las piernas descubiertas, haciendo ostentación de sus medias azules.

—¡Eh, Pintada!... ¿Tú por acá?... Anda, baja, ven a tomar una copa —le dijo el güero Margarito.

La muchacha aceptó en seguida la invitación y con mucho desparpajo se abrió lugar, sentándose enfrente de Demetrio.

—¿Conque usted es el famoso Demetrio Macías que tanto se lució en Zacatecas? —preguntó *la Pintada*.

Demetrio inclinó la cabeza asintiendo, en tanto que el güero Margarito lanzaba una alegre carcajada y decía:

—¡Diablo de Pintada tan lista!... ¡Ya quieres estrenar general!...

Demetrio, sin comprender, levantó los ojos hacia ella; se miraron cara a cara como dos perros desconocidos que se olfatean con desconfianza. Demetrio no pudo sostener la mirada furiosamente provocativa de la muchacha y bajó los ojos.

Oficiales de Natera, desde sus sitios, comenzaron a bromear a *la Pintada* con dicharachos obscenos. Pero ella, sin inmutarse, dijo:

—Mi general Natera le va a dar a usted su aguilita... ¡Ándele, chóquela!...

Y tendió su mano hacia Demetrio y lo estrechó con fuerza varonil.

Demetrio, envanecido por las felicitaciones que comenzaron a lloverle, mandó que sirvieran champaña.

—No, yo no quiero vino ahora, ando malo —dijo el güero Margarito al mesero—; tráeme sólo agua con hielo.

—Yo quiero de cenar con tal de que no sea chile ni frijol, lo que jaiga —pidió Pancracio.

Siguieron entrando oficiales y poco a poco se llenó el restaurante. Menudearon las estrellas y las barras en sombreros de todas formas y matices; grandes pañuelos de seda al cuello, anillos de gruesos brillantes y pesadas leopoldinas de oro.

—Oye, mozo —gritó el güero Margarito—, te he pedido agua con hielo... Entiende que no te pido limosna... Mira este fajo de billetes: te compro a ti y... a la más vieja de tu casa, ¿entiendes?... No me importa saber si se acabó, ni por qué se acabó... Tú sabrás de dónde me la traes... ¡Mira que soy muy corajudo!... Te digo

que no quiero explicaciones, sino agua con hielo... ¿Me la traes o no me la traes?... ¿Ah, no?... Pues toma...

El mesero cae al golpe de una sonora bofetada.

—Así soy yo, mi general Macías; mire cómo ya no me queda pelo de barba en la cara. ¿Sabe por qué? Pues porque soy muy corajudo, y cuando no tengo en quién descansar, me arranco los pelos hasta que me baja el coraje. ¡Palabra de honor, mi general; si no lo hiciera así, me moriría del puro berrinche!

—Es muy malo eso de comerse uno solo sus corajes —afirma, muy serio, uno de sombrero de petate como cobertizo de jacal—. Yo, en Torreón, maté a una vieja que no quiso venderme un plato de enchiladas. Estaban de pleito. No cumplí mi antojo, pero siquiera descansé.

—Yo maté a un tendajonero en el Parral porque me metió en un cambio dos billetes de Huerta —dijo otro de estrellita, mostrando, en sus dedos negros y callosos, piedras de luces refulgentes.

—Yo, en Chihuahua, maté a un tío porque me lo topaba siempre en la misma mesa y a la misma hora, cuando yo iba a almorzar... ¡Me chocaba mucho!... ¡Qué quieren ustedes!...

—¡Hum!... Yo maté...

El tema es inagotable.

A la madrugada, cuando el restaurante está lleno de alegría y de escupitajos, cuando con las hembras nortañas de caras oscuras y cenicientas se revuelven jovencitas pintarrajeadas de los suburbios de la ciudad, Demetrio saca su repetición de oro incrustado de piedras y pide la hora a Anastasio Montañés.

Anastasio ve la carátula, luego saca la cabeza por una ventanilla y, mirando al cielo estrellado, dice:

—Ya van muy colgadas las cabrillas, compadre; no dilata en amanecer.

Fuera del restaurante no cesan los gritos, las carcajadas y las canciones de los ebrios. Pasan soldados a caballo desbocado, azotando las aceras. Por todos los rumbos de la ciudad se oyen disparos de fusiles y pistolas.

Y por en medio de la calle caminan, rumbo al hotel, Demetrio y *la Pintada*, abrazados y dando tumbos.

II

—¡Qué brutos! —exclamó *la Pintada* riendo a carcajadas—. ¿Pos de dónde son ustedes? Si eso de que los soldados vayan a parar a los mesones es cosa que ya no se usa. ¿De dónde vienen? Llega uno a cualquier parte y no tiene más que escoger la casa que le cuadre y ésa agarra sin pedirle licencia a naiden. Entonces ¿pa quién jue la revolución? ¿Pa los catrines? Si ahora nosotros vamos a ser los meros catrines... A ver, Pancracio, presta acá tu marrazo... ¡Ricos... tales!... Todo lo han de guardar debajo de siete llaves.

Hundió la punta de acero en la hendidura de un cajón y, haciendo palanca con el mango rompió la chapa y levantó astillada la cubierta del escritorio.

Las manos de Anastasio Montañés, de Pancracio y de *la Pintada* se hundieron en el montón de cartas, estampas, fotografías y papeles desparramados por la alfombra.

Pancracio manifestó su enojo de no encontrar algo que le complaciera, lanzando al aire con la punta del guarache un retrato encuadrado, cuyo cristal se estrelló en el candelabro del centro.

Sacaron las manos vacías de entre los papeles, profiriendo insolencias.

Pero *la Pintada*, incansable, siguió descerrajando cajón por cajón, hasta no dejar hueco sin escudriñar.

No advirtieron el rodar silencioso de una pequeña caja forrada de terciopelo gris, que fue a parar a los pies de Luis Cervantes.

Éste, que veía todo con aire de profunda indiferencia, mientras Demetrio, despatarrado sobre la alfombra, parecía dormir, atrajo con la punta del pie la cajita, se inclinó, rascóse un tobillo y con ligereza la levantó.

Se quedó deslumbrado: dos diamantes de aguas purísimas en una montadura de filigrana. Con prontitud la ocultó en el bolsillo.

Cuando Demetrio despertó, Luis Cervantes le dijo:

—Mi general, vea usted qué diabluras han hecho los muchachos. ¿No sería conveniente evitarles esto?

—No, curro... ¡Pobres!... Es el único gusto que les queda después de ponerle la barriga a las balas.

—Sí, mi general, pero siquiera que no lo hagan aquí... Mire usted, eso nos desprestigia, y lo que es peor, desprestigia nuestra causa...

Demetrio clavó sus ojos de aguilucho en Luis Cervantes. Se golpeó los dientes con las uñas de dos dedos y dijo:

—No se ponga colorado... ¡Mire, a mí no me cuente!... Ya sabemos que lo tuyo, tuyo, y lo mío, mío. A usted le tocó la cajita, bueno; a mí el reloj de repetición.

Y ya los dos en muy buena armonía, se mostraron sus «avances».

La Pintada y sus compañeros, entretanto, registraban el resto de la casa.

La Codorniz entró en la sala con una chiquilla de doce años, ya marcada con manchas cobrizas en la frente y en los brazos. Sorprendidos los dos, se mantuvieron

atónitos, contemplando los montones de libros sobre la alfombra, mesas y sillas, los espejos descolgados con sus vidrios rotos, grandes marcos de estampas y retratos destrozados, muebles y bibelots hechos pedazos. Con ojos ávidos, *la Codorniz* buscaba su presa, suspendiendo la respiración.

Afuera, en un ángulo del patio y entre el humo sofocante, *el Manteca* cocía elotes, atizando las brasas con libros y papeles que alzaban vivas llamaradas.

—¡Ah —gritó de pronto *la Codorniz*—, mira lo que me fallé!... ¡Qué sudaderos pa mi yegua!...

Y de un tirón arrancó una cortina de peluche, que se vino al suelo con todo y galería sobre el copete finamente tallado de un sillón.

—¡Mira, tú... cuánta vieja encuerada! —clamó la chiquilla de *la Codorniz*, divertidísima con las láminas de un lujoso ejemplar de la *Divina Comedia*—. Ésta me cuadra y me la llevo.

Y comenzó a arrancar los grabados que más llamaban su atención. Demetrio se incorporó y tomó asiento al lado de Luis Cervantes. Pidió cerveza, alargó una botella a su secretario, y de un solo trago apuró la suya. Luego, amodorrado, entrecerró los ojos y volvió a dormir.

—Oiga —habló un hombre a Pancraccio en el zaguán—, ¿a qué hora se le puede hablar al general?

—No se le puede hablar a ninguna; amaneció crudo —respondió Pancraccio—. ¿Qué quiere?

—Que me venda uno de esos libros que están quemando.

—Yo mesmo se los puedo vender.

—¿A cómo los da?

Pancraccio, perplejo, frunció las cejas:

—Pos los que tengan monitos, a cinco centavos, y los otros... se los doy de pilón si me merca todos.

El interesado volvió por los libros con una canasta pizcadora.

—¡Demetrio, hombre, Demetrio, despierta ya —gritó *la Pintada*—, ya no duermas como puerco gordo! ¡Mira quién está aquí!... ¡El güero Margarito! ¡No sabes tú todo lo que vale este güero!

—Yo lo aprecio a usted mucho, mi general Macías, y vengo a decirle que tengo mucha voluntad y me gustan mucho sus modales. Así es que, si no lo tiene a mal, yo me paso a su brigada.

—¿Qué grado tiene? —inquirió Demetrio.

—Capitán primero, mi general.

—Véngase, pues... Aquí lo hago mayor.

El güero Margarito era un hombrecillo redondo, de bigotes retorcidos, ojos azules muy malignos que se le perdían entre los carrillos y la frente cuando se reía. Ex mesero del Delmónico de Chihuahua, ostentaba ahora tres barras de latón amarillo, insignias de su grado en la División del Norte.

El güero colmó de elogios a Demetrio y a sus hombres, y con esto bastó para que una caja de cervezas se vaciara en un santiamén.

La Pintada apareció de pronto en medio de la sala, luciendo un espléndido traje de seda de riquísimos encajes.

—¡Nomás las medias se te olvidaron! —exclamó el güero Margarito desternillándose de risa.

La muchacha de *la Codorniz* prorrumpió también en carcajadas.

Pero a *la Pintada* nada se le dio; hizo una mueca de indiferencia, se tiró en la alfombra y con los propios pies hizo saltar las zapatillas de raso blanco, moviendo muy a gusto los dedos desnudos, entumecidos por la opresión del calzado, y dijo:

—¡Epa, tú, Pancracio!... Anda a traerme unas medias azules de mis «avances».

La sala se iba llenando de nuevos amigos y viejos compañeros de campaña. Demetrio, animándose, comenzaba a referir menudamente algunos de sus más notables hechos de armas.

—Pero ¿qué ruido es ése? —preguntó sorprendido por el afinar de cuerdas y latones en el patio de la casa.

—Mi general —dijo solemnemente Luis Cervantes—, es un banquete que le ofrecemos sus viejos amigos y compañeros para celebrar el hecho de armas de Zacatecas y el merecido ascenso de usted a general.

III

—Le presento a usted, mi general Macías, a mi futura —pronunció enfático Luis Cervantes, haciendo entrar al comedor a una muchacha de rara belleza.

Todos se volvieron hacia ella, que abría sus grandes ojos azules con azoro.

Tendría apenas catorce años; su piel era fresca y suave como un pétalo de rosa; sus cabellos rubios, y la expresión de sus ojos con algo de maligna curiosidad y mucho de vago temor infantil.

Luis Cervantes reparó en que Demetrio clavaba su mirada de ave de rapiña en ella y se sintió satisfecho.

Se le abrió sitio entre el güero Margarito y Luis Cervantes, enfrente de Demetrio.

Entre los cristales, porcelanas y búcaros de flores, abundaban las botellas de tequila.

El Meco entró sudoroso y renegando, con una caja de cervezas a cuestas.

Ustedes no conocen todavía a este güero —dijo *la Pintada* reparando en que él no quitaba los ojos de la novia de Luis Cervantes—. Tiene mucha sal, y en el mundo no he visto gente más acabada que él.

Le lanzó una mirada lúbrica y añadió:

—¡Por eso no lo puedo ver ni pintado!

Rompió la orquesta una rumbosa marcha taurina. Los soldados bramaron de alegría.

—¡Qué menudo, mi general!... Le juro que en mi vida he comido otro más bien guisado —dijo el güero Margarito, e hizo reminiscencias del Delmónico de Chihuahua.

—¿Le gusta de veras, güero? —repuso Demetrio—. Pos que le sirvan hasta que llene.

—Ése es mi mero gusto —confirmó Anastasio Montañés—, y eso es lo bonito; de que a mí me cuadra un guiso, como, como, hasta que lo eructo.

Siguió un ruido de bocazas y grandes tragantadas. Se bebió copiosamente.

Al final, Luis Cervantes tomó una copa de champaña y se puso de pie:

—Señor general...

—¡Hum! —interrumpió *la Pintada*—. Hora va de discurso, y eso es cosa que a mí me aburre mucho. Voy mejor al corral, al cabo ya no hay qué comer.

Luis Cervantes ofreció el escudo de paño negro con una aguilita de latón amarillo, en un brindis que nadie entendió, pero que todos aplaudieron con estrépito.

Demetrio tomó en sus manos la insignia de su nuevo grado y, muy encendido, la mirada brillante, relucientes los clientes, dijo con mucha ingenuidad:

—¿Y qué voy a hacer ahora yo con este zopilote?

—Compadre —pronunció trémulo y en pie Anastasio Montañés—, yo no tengo que decirle...

Transcurrieron minutos enteros; las malditas palabras no querían acudir al

llamado del compadre Anastasio. Su cara enrojecida perlabo el sudor en su frente, costrosa de mugre. Por fin se resolvió a terminar su brindis:

—Pos yo no tengo que decirle... sino que ya sabe que soy su compadre...

Y como todos habían aplaudido a Luis Cervantes, el propio Anastasio, al acabar, dio la señal, palmoteando con mucha gravedad.

Pero todo estuvo bien y su torpeza sirvió de estímulo. Brindaron *el Manteca y la Codorniz*.

Llegaba su turno al Meco, cuando se presentó *la Pintada* dando fuertes voces de júbilo. Chasqueando la lengua, pretendía meter al comedor una bellísima yegua de un negro azabache.

—¡Mi «avance»! ¡Mi «avance»! —clamaba palmoteando el cuello enarcado del soberbio animal.

La yegua se resistía a franquear la puerta; pero un tirón del cabestro y un latigazo en el anca la hicieron entrar con brío y estrépito.

Los soldados, embebecidos, contemplaban con mal reprimida envidia la rica presa.

—¡Yo no sé qué carga esta diabla de Pintada que siempre nos gana los mejores «avances»! —clamó el güero Margarito—. Así la verán desde que se nos juntó en Tierra Blanca.

—Epa, tú, Pancracio, anda a traerme un tercio de alfalfa pa mi yegua —ordenó secamente *la Pintada*. Luego tendió la soga a un soldado.

Una vez más llenaron los vasos y las copas. Algunos comenzaban a doblar el cuello y a entrecerrar los ojos; la mayoría gritaba jubilosa.

Y entre ellos la muchacha de Luis Cervantes, que había tirado todo el vino en un pañuelo, tornaba de una parte a la otra sus grandes ojos azules, llenos de azoro.

—Muchachos —gritó de pie el güero Margarito, dominando con su voz aguda y gutural el vocerío—, estoy cansado de vivir y me han dado ganas ahora de matarme. *La Pintada* ya me hartó... y este querubincito del cielo no arrienda siquiera a verme...

Luis Cervantes notó que las últimas palabras iban dirigidas a su novia, y con gran sorpresa vino a cuentas de que el pie que sentía entre los de la muchacha no era de Demetrio, sino del güero Margarito.

Y la indignación hirvió en su pecho.

—¡Fíjense, muchachos —prosiguió el güero con el revólver en lo alto—; me voy a pegar un tiro en la merita frente!

Y apuntó al gran espejo del fondo, donde se veía de cuerpo entero.

—¡No te buigas, Pintada!...

El espejo se estrelló en largos y puntiagudos fragmentos. La bala había pasado rozando los cabellos de *la Pintada*, que ni pestañeó siquiera.

IV

Al atardecer despertó Luis Cervantes, se restregó los ojos y se incorporó. Se encontraba en el suelo duro, entre los tiestos del huerto. Cerca de él respiraban ruidosamente, muy dormidos, Anastasio Montañés, Pancracio y *la Codorniz*.

Sintió los labios hinchados y la nariz dura y seca; se miró sangre en las manos y en la camisa, e instantáneamente hizo memoria de lo ocurrido. Pronto se puso de pie y se encaminó hacia una recámara; empujó la puerta repetidas veces, sin conseguir abrirla. Mantúvose indeciso algunos instantes.

Porque todo era cierto; estaba seguro de no haber soñado. De la mesa del comedor se había levantado con su compañera, la condujo a la recámara; pero antes de cerrar la puerta, Demetrio, tambaleándose de borracho, se precipitó tras ellos. Luego *la Pintada* siguió a Demetrio, y comenzaron a forcejear. Demetrio, con los ojos encendidos como una brasa y hebras cristalinas en los burdos labios, buscaba con avidez a la muchacha. *La Pintada*, a fuertes empujones, lo hacía retroceder.

—¡Pero tú qué!... ¿Tú qué?... —ululaba Demetrio irritado.

La Pintada metió la pierna entre las de él, hizo palanca y Demetrio cayó de largo, fuera del cuarto. Se levantó furioso.

—¡Auxilio!... ¡Auxilio!... ¡Que me mata!...

La Pintada cogía vigorosamente la muñeca de Demetrio y desviaba el cañón de su pistola.

La hala se incrustó en los ladrillos. *La Pintada* seguía berreando. Anastasio Montañés llegó detrás de Demetrio y lo desarmó.

Éste, como toro a media plaza, volvió sus ojos extraviados. Le rodeaban Luis Cervantes, Anastasio, *el Manteca* y otros muchos.

—¡Infelices!... ¡Me han desarmado!... ¡Como si pa ustedes se necesitaran armas!

Y abriendo los brazos, en brevísimos instantes volteó de narices sobre el enladrillado al que alcanzó.

¿Y después? Luis Cervantes no recordaba más. Seguramente que allí se habían quedado bien aporreados y dormidos. Seguramente que su novia, por miedo a tanto bruto, había tomado la sabia providencia de encerrarse.

«Tal vez esa recámara comunique con la sala y por ella pueda entrar», pensó.

A sus pasos despertó *la Pintada*, que dormía cerca de Demetrio, sobre la alfombra y al pie de un confidente colmado de alfalfa y maíz donde la yegua negra cenaba.

—¿Qué busca? —preguntó la muchacha—. ¡Ah, sí; ya sé lo que quiere!... ¡Sinvergüenza!... Mire, encerré a su novia porque ya no podía aguantar a este condenado de Demetrio. Coja la llave, allí está sobre la mesa.

En vano Luis Cervantes buscó por todos los escondrijos de la casa.

—A ver, curro, cuénteme cómo estuvo eso de esa muchacha.

Luis Cervantes, muy nervioso, seguía buscando la llave.

—No coma ansia, hombre, allá se la voy a dar. Pero cuénteme... A mí me

divierten mucho estas cosas. Esa currita es igual a usted... No es pata rajada como nosotros.

—No tengo qué contar... Es mi novia y ya.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Su novia y... no! Mire, curro, adonde usted va yo ya vengo. Tengo el colmillo duro. A esa pobre la sacaron de su casa entre *el Manteca* y *el Meco*; eso ya lo sabía...; pero usted les ha de haber dado por ella... algunas mancuernillas chapeadas... alguna estampita milagrosa del Señor de la Villita... ¿Miento, curro?... ¡Que los hay, los hay!... ¡El trabajo es dar con ellos!... ¿Verdad?

La Pintada se levantó a darle la llave; pero tampoco la encontró y se sorprendió mucho.

Estuvo largo rato pensativa.

De repente salió a toda carrera hacia la puerta de la recámara, aplicó un ojo a la cerradura y allí se mantuvo inmóvil hasta que su vista se hizo a la oscuridad del cuarto. De pronto, y sin quitar los ojos, murmuró:

—¡Ah, güero... jijo de un...! ¡Asómese nomás, curro!

Y se alejó, lanzando una sonora carcajada.

—¡Si le digo que en mi vida he visto hombre más acabado que éste!

Otro día por la mañana, *la Pintada* espizó el momento en que el güero salía de la recámara a darle de almorzar a su caballo.

—¡Criatura de Dios! ¡Anda, vete a tu casa! ¡Estos hombres son capaces de matarte!... ¡Anda, corre!...

Y sobre la chiquilla de grandes ojos azules y semblante de virgen, que sólo vestía camisón y medias, echó la frazada piojosa del *Manteca*; la cogió de la mano y la puso en la calle.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó—. Ahora sí... ¡Cómo quiero yo a este güero!

Como los potros que relinchan y retozan a los primeros truenos de mayo, así van por la sierra los hombres de Demetrio.

—¡A Moyahua, muchachos!

—A la tierra de Demetrio Macías.

—¡A la tierra de don Mónico el cacique!

El paisaje se aclara, el sol asoma en una faja escarlata sobre la diafanidad del cielo.

Vanse destacando las cordilleras como monstruos alargados, de angulosa vertebradura; cerros que parecen testas de colosales ídolos aztecas, caras de gigantes, muecas pavorosas y grotescas, que ora hacen sonreír, ora dejan un vago terror, algo como presentimiento de misterio.

A la cabeza de la tropa va Demetrio Macías con su Estado Mayor: el coronel Anastasio Montañés, el teniente coronel Pancracio y los mayores Luis Cervantes y el güero Margarito.

Siguen en segunda fila *la Pintada* y Venancio, que la galantea con muchas finezas, recitándole poéticamente versos desesperados de Antonio Plaza.

Cuando los rayos del sol bordearon los pretiles del caserío, de cuatro en fondo y tocando los clarines, comenzaron a entrar a Moyahua.

Cantaban los gallos a ensordecer, ladraban con alarma los perros; pero la gente no dio señales de vida en parte alguna.

La Pintada azuzó su yegua negra y de un salto se puso codo a codo con Demetrio. Muy ufana, lucía vestido de seda y grandes arracadas de oro; el azul pálido del talle acentuaba el tinte aceitunado de su rostro y las manchas cobrizas de la avería. Perniabierta, su falda se remangaba hasta la rodilla y se veían sus medias deslavadas y con muchos agujeros. Llevaba revólver al pecho y una cartuchera cruzada sobre la cabeza de la silla.

Demetrio también vestía de gala: sombrero galoneado, pantalón de gamuza con botonadura de plata y chamarra bordada de hilo de oro.

Comenzó a oírse el abrir forzado de las puertas. Los soldados, diseminados ya por el pueblo, recogían armas y monturas por todo el vecindario.

—Nosotros vamos a hacer la mañana a casa de don Mónico —pronunció con gravedad Demetrio, apeándose y tendiendo las riendas de su caballo a un soldado—. Vamos a almorzar con don Mónico... un amigo que me quiere mucho...

Su Estado Mayor sonríe con risa siniestra.

Y, arrastrando ruidosamente las espuelas por las banquetas, se encaminaron hacia un caserón pretencioso, que no podía ser sino albergue de cacique.

—Está cerrada a piedra y cal —dijo Anastasio Montañés empujando con toda su fuerza la puerta.

—Pero yo sé abrir —repuso Pancracio abocando prontamente su fusil al pestillo.

—No, no —dijo Demetrio—; toca primero.

Tres golpes con la culata del rifle, otros tres y nadie responde. Pancraccio se insolenta y no se atiende a más órdenes. Dispara, salta la chapa y se abre la puerta.

Vense extremos de faldas, piernas de niños, todos en dispersión hacia el interior de la casa.

—¡Quiero vino!... ¡Aquí, vino!... —pide Demetrio con voz imperiosa, dando fuertes golpes sobre la mesa.

—Siéntense, compañeros.

Una señora asoma, luego otra y otra, y entre las faldas negras aparecen cabezas de niños asustados. Una de las mujeres, temblando, se encamina hacia un aparador, sacando copas y botellas y sirve vino.

—¿Qué armas tienen? —inquire Demetrio con aspereza.

—¿Armas?... —contesta la señora, la lengua hecha trapo—. ¿Pero qué armas quieren ustedes que tengan unas señoras solas y decentes?

—¡Ah, solas!... ¿Y don Mónico?...

—No está aquí, señores... Nosotras sólo rentamos la casa... Al señor don Mónico nomás de nombre lo conocemos.

Demetrio manda que se practique un cateo.

—No, señores, por favor... Nosotras mismas vamos a traerles lo que tenemos; pero, por el amor de Dios, no nos falten al respeto. ¡Somos niñas solas y decentes!

—¿Y los chamacos? —inquire Pancraccio brutalmente—. ¿Nacieron de la tierra?

Las señoras desaparecen con precipitación y vuelven momentos después con una escopeta astillada, cubierta de polvo y de telarañas, y una pistola de muelles enmohecidas y descompuestas.

Demetrio se sonrío:

—Bueno, a ver el dinero...

—¿Dinero?... Pero ¿qué dinero quieren ustedes que tengan unas pobres niñas solas?

Y vuelven sus ojos suplicatorios hacia el más cercano de los soldados; pero luego los aprietan con horror: ¡han visto al sayón que está crucificando a Nuestro Señor Jesucristo en el vía crucis de la parroquia!... ¡Han visto a Pancraccio!...

Demetrio ordena el cateo.

A un tiempo se precipitan otra vez las señoras, y al instante vuelven con una cartera apolillada, con unos cuantos billetes de los de la emisión de Huerta.

Demetrio sonrío, y ya sin más consideración, hace entrar a su gente.

Como perros hambrientos que han olfateado su presa, la turba penetra, atropellando a las señoras, que pretenden defender la entrada con sus propios cuerpos. Unas caen desvanecidas, otras huyen; los chicos dan gritos.

Pancraccio se dispone a romper la cerradura de un gran ropero, cuando las puertas se abren y de dentro salta un hombre con un fusil en las manos.

—¡Don Mónico! —exclaman sorprendidos.

—¡Hombre, Demetrio!... ¡No me haga nada!... ¡No me perjudique!... ¡Soy su amigo, don Demetrio!...

Demetrio Macías se ríe socarronamente y le pregunta si a los amigos se les recibe con el fusil en las manos.

Don Mónico, confuso, aturdido, se echa a sus pies, le abraza las rodillas, le besa los pies:

—¡Mi mujer!... ¡Mis hijos!... ¡Amigo don Demetrio!...

Demetrio, con mano trémula, vuelve el revólver a la cintura.

Una silueta dolorida ha pasado por su memoria. Una mujer con su hijo en los brazos, atravesando por las rocas de la sierra a medianoche y a la luz de la luna... Una casa ardiendo...

—¡Vámonos!... ¡Afuera todos! —clama sombríamente.

Su Estado Mayor obedece; don Mónico y las señoras le besan las manos y lloran de agradecimiento.

En la calle la turba está esperando alegre y dicharachera el permiso del general para saquear la casa del cacique.

—Yo sé muy bien dónde tienen escondido el dinero, pero no lo digo —pronuncia un muchacho con un cesto bajo el brazo.

—¡Hum, yo ya sé! —repone una vieja que lleva un costal de raspa para recoger «lo que Dios le quiera dar»—. Está en un altito; allí hay muchos triques y entre los triques una petaquilla con dibujos de concha... ¡Allí mero está lo güeno!...

—No es cierto —dice un hombre—; no son tan tarugos para dejar así la plata. A mi modo de ver, la tienen enterrada en el pozo en un tanate de cuero.

Y el gentío se remueve, unos con sogas para hacer sus fardos, otros con hateas; las mujeres extienden sus delantales o el extremo de sus rebozos, calculando lo que les puede caber. Todos, dando las gracias a Su Divina Majestad, esperan su buena parte de saqueo.

Cuando Demetrio anuncia que no permitirá nada y ordena que todos se retiren, con gesto desconsolado la gente del pueblo lo obedece y se disemina luego; pero entre la soldadesca hay un sordo rumor de desaprobación y nadie se mueve de su sitio.

Demetrio, irritado, repite que se vayan.

Un mozalbete de los últimos reclutados, con algún aguardiente en la cabeza, se ríe y avanza sin zozobra hacia la puerta.

Pero antes de que pueda franquear el umbral, un disparo instantáneo lo hace caer como los toros heridos por la puntilla.

Demetrio, con la pistola humeante en las manos, inmutable, espera que los soldados se retiren.

—Que se le pegue fuego a la casa —ordenó a Luis Cervantes cuando llegan al cuartel.

Y Luis Cervantes, con rara solicitud, sin transmitir la orden, se encargó de

ejecutarla personalmente.

Cuando dos horas después la plazuela se ennegrecía de humo y de la casa de don Mónico se alzaban enormes lenguas de fuego, nadie comprendió el extraño proceder del general.

Se habían alojado en una casona sombría, propiedad del mismo cacique de Moyahua.

Sus predecesores en aquella finca habían dejado ya su rastro vigoroso en el patio, convertido en estercolero; en los muros, desconchados hasta mostrar grandes manchones de adobe crudo; en los pisos, demolidos por las pesuñas de las bestias; en el huerto, hecho un reguero de hojas marchitas y ramajes secos. Se tropezaba, desde el entrar, con pies de muebles, fondos y respaldos de sillas, todo sucio de tierra y bazofia.

A las diez de la noche, Luis Cervantes bostezó muy aburrido y dijo adiós al güero Margarito y a *la Pintada*, que bebían sin descanso en una banca de la plaza.

Se encaminó al cuartel. El único cuarto amueblado era la sala. Entró, y Demetrio, que estaba tendido en el suelo, los ojos claros y mirando al techo, dejó de contar las vigas y volvió la cara.

—¿Es usted, curro?... ¿Qué trae?... Ande, entre, siéntese.

Luis Cervantes fue primero a despabilar la vela, tiró luego de un sillón sin respaldo y cuyo asiento de mimbres había sido sustituido con un áspero cotense. Chirriaron las patas de la silla y la yegua prieta de *la Pintada* bufó, se removió en la sombra describiendo con su anca redonda y tersa una gallarda curva.

Luis Cervantes se hundió en el asiento y dijo:

—Mi general, vengo a darle cuenta de la comisión... Aquí tiene...

—¡Hombre, curro... si yo no quería eso!... Moyahua casi es mi tierra... ¡Dirán que por eso anda uno aquí!... —respondió Demetrio mirando el saco apretado de monedas que Luis le tendía.

Éste dejó el asiento para venir a ponerse en cuclillas al lado de Demetrio. Tendió un sarape en el suelo y sobre él vació el talego de hidalgos relucientes como ascuas de oro.

—En primer lugar, mi general, esto lo sabemos sólo usted y yo... Y por otra parte, ya sabe que al buen sol hay que abrirle la ventana... Hoy nos está dando de cara; pero ¿mañana?... Hay que ver siempre adelante. Una bala, el reparo de un caballo, hasta un ridículo resfrío... ¡y una viuda y unos huérfanos en la miseria!... ¿El gobierno?, ¡ja, ja, ja!... Vaya usted con Carranza, con Villa o con cualquier otro de los jefes principales y hábleles de su familia... Si le responden con un puntapié... donde usted ya sabe, diga que le fue de perlas... Y hacen bien, mi general; nosotros no nos hemos levantado en armas para que un tal Carranza o un tal Villa lleguen a presidentes de la República; nosotros peleamos en defensa de los sagrados derechos del pueblo, pisoteados por el vil cacique... Y así como ni Villa, ni Carranza, ni ningún otro han de venir a pedir nuestro consentimiento para pagarse los servicios que le están prestando a la patria, tampoco nosotros tenemos necesidad de pedirle licencia a nadie.

Demetrio se medio incorporó, tomó una botella cerca de su cabecera, empinó y

luego, hinchando los carrillos, lanzó una bocanada a lo lejos.

—¡Qué pico largo es usted, curro!

Luis sintió un vértigo. La cerveza regada parecía avivar la fermentación del basurero donde reposaban: un tapiz de cáscaras de naranjas y plátanos, carnosas cortezas de sandía, hebrerosos núcleos de mangos y bagazos de caña, todo revuelto con hojas enchiladas de tamales y todo húmedo de deyecciones.

Los dedos callosos de Demetrio iban y venían sobre las brillantes monedas a cuenta y cuenta.

Repuesto ya, Luis Cervantes sacó un botecito de fosfatina Fallières y volcó dijes, anillos, pendientes y otras muchas alhajas de valor.

—Mire, mi general; si, como parece, esta bola va a seguir, si la revolución no se acaba, nosotros tenemos ya lo suficiente para irnos a brillarla una temporada fuera del país —Demetrio meneó la cabeza negativamente—. ¿No haría usted eso?... Pues ¿a qué nos quedaríamos ya?... ¿Qué causa defenderíamos ahora?

—Eso es cosa que yo no puedo explicar, curro; pero siento que no es cosa de hombres...

—Escoja, mi general —dijo Luis Cervantes mostrando las joyas puestas en fila.

—Déjelo todo para usted... De veras, curro... ¡Si viera que no le tengo amor al dinero!... ¿Quiere que le diga la verdad? Pues yo, con que no me falte el trago y con traer una chamaquita que me cuadre, soy el hombre más feliz del mundo.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Qué mi general!... Bueno, ¿y por qué se aguanta a esa sierpe de *la Pintada*?

—Hombre, curro, me tiene hartos; pero así soy. No me animo a decírselo... No tengo valor para despacharla a... Yo soy así, ése es mi genio. Mire, de que me cuadra una mujer, soy tan boca de palo, que si ella no comienza..., yo no me animo a nada —y suspiró—. Ahí está Camila, la del ranchito... La muchacha es fea; pero si viera cómo me llena el ojo...

—El día que usted quiera, nos la vamos a traer, mi general.

Demetrio guiñó los ojos con malicia.

—Le juro que se la hago buena, mi general...

—¿De veras, curro?... Mire, si me hace esa valedura, pa usted es el reló con todo y leopoldina de oro, ya que le cuadra tanto.

Los ojos de Luis Cervantes resplandecieron. Tomó el bote de fosfatina, ya bien lleno, se puso en pie y, sonriendo, dijo:

—Hasta mañana, mi general... Que pase buena noche.

VII

—¿Yo qué sé? Lo mismo que ustedes saben. Me dijo el general: «Codorniz, ensilla tu caballo y mi yegua mora. Vas con el curro a una comisión». Bueno, así fue: salimos de aquí a mediodía y, ya anocheciendo, llegamos al ranchito. Nos dio posada la tuerta María Antonia... Que cómo estás tanto, Pancraccio... En la madrugada me despertó el curro: «Codorniz, Codorniz, ensilla las bestias. Me dejas mi caballo y te vuelves con la yegua del general otra vez para Moyahua. Dentro de un rato te alcanzo». Y ya estaba el sol alto cuando llegó con Camila en la silla. La apeó y la montamos en la yegua mora.

—Bueno, y ella, ¿qué cara venía poniendo? —preguntó uno.

—¡Hum, pos no le paraba la boca de tan contenta!...

—¿Y el curro?

—Callado como siempre; igual a como es él.

—Yo creo —opinó con mucha gravedad Venancio que si Camila amaneció en la cama de Demetrio, sólo fue por una equivocación. Bebimos mucho... ¡Acuérdense! ... Se nos subieron los espíritus alcohólicos a la cabeza y todos perdimos el sentido.

—¡Qué espíritus alcohólicos ni qué!... Fue cosa convenida entre el curro y el general.

—¡Claro! Pa mí el tal curro no es más que un...

—A mí no me gusta hablar de los amigos en ausencia —dijo el güero Margarito —; pero sí sé decirles que de dos novias que le he conocido, una ha sido para... mí y la otra para el general...

Y prorrumpieron en carcajadas.

Luego que *la Pintada* se dio cuenta cabal de lo sucedido, fue muy cariñosa a consolar a Camila.

—¡Pobrecita de ti, pláticame cómo estuvo eso!

Camila tenía los ojos hinchados de llorar.

—¡Me mintió, me mintió!... Fue al rancho y me dijo: «Camila, vengo nomás por ti. ¿Te sales conmigo?». ¡Hum, dígame si yo no tendría ganas de salirme con él! De quererlo, lo quiero y lo requero... ¡Míreme tan encanijada sólo por estar pensando en él! Amanece y ni ganas del metate... Me llama mi mama al almuerzo, y la gorda se me hace trapo en la boca... ¡Y aquella pinción!... ¡Y aquella pinción!...

Y comenzó a llorar otra vez, y para que no se oyeran sus sollozos se tapaba la boca y la nariz con un extremo del rebozo.

—Mira, yo te voy a sacar de esta apuración. No seas tonta, ya no llores. Ya no pienses en el curro... ¿Sabes lo que es ese curro?... ¡Palabra!... ¡Te digo que nomás para eso lo trae el general!... ¡Qué tonta!... Bueno, ¿quieres volver a tu casa?

—¡La Virgen de Jalpa me ampare!... ¡Me mataría mi mama a palos!

—No te hace nada. Vamos haciendo una cosa. La tropa tiene que salir de un momento a otro; cuando Demetrio te diga que te prevengas para irnos, tú le respondes que tienes muchas dolencias de cuerpo, y que estás como si te hubieran dado de palos, y te estiras y bostezas muy seguido. Luego te tientas la frente y dices: «Estoy ardiendo en calentura». Entonces yo le digo a Demetrio que nos deje a las dos, que yo me quedo a curarte y que luego que estés buena nos vamos a alcanzarlo. Y lo que hacemos es que yo te pongo en tu casa buena y sana.

VIII

Ya el sol se había puesto y el caserío se envolvía en la tristeza gris de sus calles viejas y en el silencio de terror de sus moradores, recogidos a muy buena hora, cuando Luis Cervantes llegó a la tienda de Primitivo López a interrumpir una juerga que prometía grandes sucesos. Demetrio se emborrachaba allí con sus viejos camaradas. El mostrador no podía contener más gente. Demetrio, *la Pintada* y el güero Margarito habían dejado afuera sus caballos; pero los demás oficiales se habían metido brutalmente con todo y cabalgaduras. Los sombreros galoneados de cóncavas y colosales faldas se encontraban en vaivén constante; caracoleaban las ancas de las bestias, que sin cesar removían sus finas cabezas de ojazos negros, narices palpitantes y orejas pequeñas. Y en la infernal alharaca de los borrachos se oía el resoplar de los caballos, su rudo golpe de pesuñas en el pavimento y, de vez en vez, un relincho breve y nervioso.

Cuando Luis Cervantes llegó, se comentaba un suceso banal. Un paisano, con un agujerito negruzco y sanguinolento en la frente, estaba tendido boca arriba en medio de la carretera. Las opiniones, divididas al principio, ahora se unificaban bajo una justísima reflexión del güero Margarito. Aquel pobre diablo que yacía bien muerto era el sacristán de la iglesia. Pero ¡tonto!... la culpa había sido suya... ¿Pues a quién se le ocurre, señor, vestir pantalón, chaqueta y gorrita? ¡Pantracio no puede ver un catrín enfrente de él!

Ocho músicos «de viento», las caras rojas y redondas como soles, desorbitados los ojos, echando los bofes por los latones desde la madrugada, suspenden su faena al mandato de Cervantes.

—Mi general —dijo éste abriéndose paso entre los montados—, acaba de llegar un propio de urgencia. Le ordenan a usted que salga inmediatamente a perseguir a los orozquistas.

Los semblantes, ensombrecidos un momento, brillaron de alegría.

—¡A Jalisco, muchachos! —gritó el güero Margarito dando un golpe seco sobre el mostrador.

—¡Aprevénganse, tapatías de mi alma, que allá voy! —gritó *la Codorniz* arriscándose el sombrero.

Todo fue regocijo y entusiasmo. Los amigos de Demetrio, en la excitación de la borrachera, le ofrecieron incorporarse a sus filas. Demetrio no podía hablar de gusto. «¡Ah, ir a batir a los orozquistas!... ¡Habérselas al fin con hombres de veras!... ¡Dejar de matar federales como se matan liebres o guajolotes!»

—Si yo pudiera coger vivo a Pascual Orozco —dijo el güero Margarito—, le arrancaba la planta de los pies y lo hacía caminar veinticuatro horas por la sierra...

—¿Qué, ése fue el que mató al señor Madero? —preguntó *el Meco*.

—No —repuso el güero con solemnidad—; pero a mí me dio una cachetada cuando fui mesero del Delmónico en Chihuahua.

—Para Camila, la yegua mora —ordenó Demetrio a Pancraccio, que estaba ya ensillando.

—Camila no se puede ir —dijo *la Pintada* con prontitud.

—¿Quién te pide a ti tu parecer? —repuso Demetrio con aspereza.

—¿Verdá, Camila, que amaneciste con mucha dolencia de cuerpo y te sientes acalenturada ahora?

—Pos yo..., pos yo..., lo que diga don Demetrio...

—¡Ah, qué guaje!... Di que no, di que no... —pronunció a su oído *la Pintada* con gran inquietud.

—Pos es que ya le voy cobrando voluntá..., ¿lo cree?... —contestó Camila también muy quedo.

La Pintada se puso negra y se le inflamaron los carrillos; pero no dijo nada y se alejó a montar la yegua que le estaba ensillando el güero Margarito.

IX

El torbellino del polvo, prolongado a buen trecho a lo largo de la carretera, rompíase bruscamente en masas difusas y violentas, y se destacaban pechos hinchados, crines revueltas, narices trémulas, ojos ovoides, impetuosos, patas abiertas y como encogidas al impulso de la carrera. Los hombres, de rostro de bronce y dientes de marfil, ojos flameantes, blandían los rifles o los cruzaban sobre las cabezas de las monturas.

Cerrando la retaguardia, y al paso, venían Demetrio y Camila; ella trémula aún, con los labios blancos y secos; él, malhumorado por lo insulso de la hazaña. Ni tales orozquistas, ni tal combate. Unos cuantos federales dispersos, un pobre diablo de cura con un centenar de ilusos, todos reunidos bajo la vetusta bandera de «Religión y Fueros». El cura se quedaba allí bamboleándose, pendiente de un mezquite, y en el campo, un reguero de muertos que ostentaban en el pecho un escudito de bayeta roja y un letrero: «¡Detente! ¡El Sagrado Corazón de Jesús está conmigo!».

—La verdá es que yo ya me pagué hasta de más mis sueldos atrasados —dijo *la Codorniz* mostrando los relojes y anillos de oro que se había extraído de la casa cural.

—Así siquiera pelea uno con gusto —exclamó *el Manteca* entreverando insolencias entre cada frase—. ¡Ya sabe uno por qué arriesga el cuero!

Y cogía fuertemente con la misma mano que empuñaba las riendas un reluciente resplandor que le había arrancado al Divino Preso de la iglesia.

Cuando *la Codorniz*, muy perito en la materia, examinó codiciosamente el «avance» del *Manteca*, lanzó una carcajada solemne:

—¡Tu resplandor es de hoja de lata!...

—¿Por qué vienes cargando con esa roña? —preguntó Pancraccio al güero Margarito, que llegaba de los últimos con un prisionero.

—¿Saben por qué? Porque nunca he visto bien a bien la cara que pone un prójimo cuando se le aprieta una reata en el pescuezo.

El prisionero, muy gordo, respiraba fatigado; su rostro estaba encendido, sus ojos inyectados y su frente goteaba. Lo traían atado de las muñecas y a pie.

—Anastasio, préstame tu reata; mi cabestro se revienta con este gallo... Pero, ahora que lo pienso mejor, no... Amigo federal, te voy a matar de una vez; vienes penando mucho. Mira, los mezquites están muy lejos todavía y por aquí no hay telégrafo siquiera para colgarte de algún poste.

Y el güero Margarito sacó su pistola, puso el cañón sobre la tetilla izquierda del prisionero y paulatinamente echó el gatillo atrás.

El federal palideció como cadáver, su cara se afiló y sus ojos vidriosos se quebraron. Su pecho palpitaba tumultuosamente y todo su cuerpo se sacudía como por un gran calosfrío.

El güero Margarito mantuvo así su pistola durante segundos eternos. Y sus ojos brillaron de un modo extraño, y su cara regordeta, de inflados carrillos, se encendía

en una sensación de suprema voluptuosidad.

—¡No, amigo federal! —dijo lentamente retirando el arma y volviéndola a su funda—, no te quiero matar todavía... Vas a seguir como mi asistente... ¡Ya verás si soy hombre de mal corazón!

Y guiñó malignamente sus ojos a sus inmediatos.

El prisionero había embrutecido; sólo hacía movimientos de deglución; su boca y su garganta estaban secas.

Camila, que se había quedado atrás, picó el ijar de su yegua y alcanzó a Demetrio:

—¡Ah, qué malo es el hombre ese Margarito!... ¡Si viera lo que viene haciendo con un preso!

Y refirió lo que acababa de presenciar.

Demetrio contrajo las cejas, pero nada contestó. *La Pintada* llamó a Camila a distancia.

—Oye, tú, ¿qué chismes le trais a Demetrio?... El güero Margarito es mi mero amor... ¡Pa que te lo sepas!... Y ya sabes... Lo que haiga con él, hay conmigo. ¡Ya te lo aviso!...

Y Camila, muy asustada, fue a reunirse con Demetrio.

La tropa acampó en una planicie, cerca de tres casitas alineadas que, solitarias, recortaban sus blancos muros sobre la faja púrpura del horizonte. Demetrio y Camila fueron hacia ellas.

Dentro del corral, un hombre en camisa y calzón blanco, de pie, chupaba con avidez un gran cigarro de hoja; cerca de él, sentado sobre una losa, otro desgranaba maíz, frotando mazorcas entre sus dos manos, mientras que una de sus piernas, seca y retorcida, remataba en algo como pezuña de chivo, se sacudía a cada instante para espantar a las gallinas.

—Date prisa, Pifanio —dijo el que estaba parado—; ya se metió el sol y todavía no bajas al agua a las bestias.

Un caballo relinchó fuera y los dos hombres alzaron la cabeza azorados.

Demetrio y Camila asomaban tras la barda del corral.

—Nomás quiero alojamiento para mí y para mi mujer —les dijo Demetrio tranquilizándolos.

Y como les explicara que él era el jefe de un cuerpo de ejército que iba a pernoctar en las cercanías, el hombre que estaba en pie, y que era el amo, con mucha solicitud los hizo entrar. Y corrió por un apaste de agua y una escoba, pronto a barrer y regar el mejor rincón de la troje para alojar decentemente a tan honorables huéspedes.

—Anda, Pifanio; desensilla los caballos de los señores.

El hombre que desgranaba se puso trabajosamente en pie. Vestía unas garras de camisa y chaleco, una piltrafa de pantalón, abierto en dos alas, cuyos extremos, levantados, pendían de la cintura.

Anduvo, y su paso marcó un compás grotesco.

—Pero ¿puedes tú trabajar, amigo? —le preguntó Demetrio sin dejarlo quitar las monturas.

—¡Pobre —gritó el amo desde el interior de la troje—, le falta la fuerza!... ¡Pero viera qué bien desquita el salario!... ¡Trabaja dende que Dios amanece!... ¡Qué ha que se metió el sol..., y mírelo, no para todavía!

Demetrio salió con Camila a dar una vuelta por el campamento. La planicie, de dorados barbechos, rapada hasta de arbustos, se dilataba inmensa en su desolación. Parecían un verdadero milagro los tres grandes fresnos enfrente de las casitas, sus cimas verdinegras, redondas y onduladas, su follaje rico, que descendía hasta besar el suelo.

—¡Yo no sé qué siento por acá que me da tanta tristeza! —dijo Demetrio.

—Sí —contestó Camila—; lo mismo a mí.

A orillas de un arroyuelo, Pifanio estaba tirando rudamente de la soga de un bimbalete. Una olla enorme se volcaba sobre un montón de hierba fresca, y a las postreras luces de la tarde cintilaba el chorro de cristal desparramándose en la pila.

Allí bebían ruidosamente una vaca flaca, un caballo matado y un burro.

Demetrio reconoció al peón cojitranco y le preguntó:

—¿Cuánto ganas diario, amigo?

—Diez y seis centavos, patrón...

Era un hombrecillo rubio, escrofuloso, de pelo lacio y ojos zarcos. Echó pestes del patrón, del rancho y de la perra suerte.

—Desquitas bien el sueldo, hijo —le interrumpió Demetrio con mansedumbre—.

A reniega y reniega, pero a trabaja y trabaja.

Y volviéndose a Camila.

—Siempre hay otros más pencos que nosotros los de la sierra, ¿verdad?

—Sí —contestó Camila.

Y siguieron caminando.

El valle se perdió en la sombra y las estrellas se escondieron.

Demetrio estrechó a Camila amorosamente por la cintura, y quién sabe qué palabras susurró a su oído.

—Sí —contestó ella débilmente.

Porque ya le iba cobrando «voluntá».

Demetrio durmió mal, y muy temprano se echó fuera de la casa.

«A mí me va a suceder algo», pensó.

Era un amanecer silencioso y de discreta alegría. Un tordo piaba tímidamente en el fresno; los animales removían las basuras del rastrojo en el corral; gruñía el cerdo su somnolencia. Asomó el tinte anaranjado del sol, y la última estrellita se apagó.

Demetrio, paso a paso, iba al campamento.

Pensaba en su yunta: dos bueyes prietos, nuevecitos, de dos años de trabajo apenas, en sus dos fanegas de labor bien abonadas. La fisonomía de su joven esposa se reprodujo fielmente en su memoria: aquellas líneas dulces y de infinita mansedumbre para el marido, de indomables energías y altivez para el extraño. Pero cuando pretendió reconstruir la imagen de su hijo, fueron vanos todos sus esfuerzos; lo había olvidado.

Llegó al campamento. Tendidos entre los surcos, dormían los soldados, y revueltos con ellos, los caballos echados, caída la cabeza y cerrados los ojos.

—Están muy estragadas las remudas, compadre Anastasio; es bueno que nos quedemos a descansar un día siquiera.

—¡Ay, compadre Demetrio!... ¡Qué ganas ya de la sierra! Si viera..., ¿a que no me lo cree?... pero naditita que me jallo por acá... ¡Una tristeza y una murria!... ¡Quién sabe qué le hará a uno falta!...

—¿Cuántas horas se hacen de aquí a Limón?

—No es cosa de horas: son tres jornadas muy bien hechas, compadre Demetrio.

—¡Si viera!... ¡Tengo ganas de ver a mi mujer!

No tardó mucho *la Pintada* en ir a buscar a Camila:

—¡Újule, újule!... Sólo por eso que ya Demetrio te va a largar. A mí, a mí mero me lo dijo... Va a traer a su mujer de veras... Yes muy bonita, muy blanca... ¡Unos chapetes!... Pero si tú no te quieres ir, pue que hasta te ocupen: tienen una criatura y tú la puedes cargar...

Cuando Demetrio regresó, Camila, llorando, se lo dijo todo.

—No le hagas caso a esa loca... Son mentiras, son mentiras...

Y como Demetrio no fue a Limón ni se volvió a acordar de su mujer, Camila estuvo muy contenta y *la Pintada* se volvió un alacrán.

XI

Antes de la madrugada salieron rumbo a Tepatitlán. Diseminados por el camino real y por los barbechos, sus siluetas ondulaban vagamente al paso monótono y acompasado de las caballerías, esfumándose en el tono perla de la luna en menguante, que bañaba todo el valle.

Se oía lejanísimo ladrar de perros.

—Hoy a mediodía llegamos a Tepatitlán, mañana a Cuquío, y luego..., a la sierra —dijo Demetrio.

—¿No sería bueno, mi general —observó a su oído Luis Cervantes—, llegar primero a Aguascalientes?

—¿Qué vamos a hacer allá?

—Se nos están agotando los fondos...

—¡Cómo!... ¿Cuarenta mil pesos en ocho días?

—Sólo en esta semana hemos reclutado cerca de quinientos hombres, y en anticipos y gratificaciones se nos ha ido todo —repuso muy bajo Luis Cervantes.

—No; vamos derecho a la sierra... Ya veremos...

—¡Sí, a la sierra! —clamaron muchos.

—¡A la sierra!... ¡A la sierra!... No hay como la sierra.

La planicie seguía oprimiendo sus pechos; hablaron de la sierra con entusiasmo y delirio, y pensaron en ella como en la deseada amante a quien se ha dejado de ver por mucho tiempo.

Clareó el día. Después, una polvareda de tierra roja se levantó hacia el oriente, en una inmensa cortina de púrpura incendiada.

Luis Cervantes templó la brida de su caballo y esperó a *la Codorniz*.

—¿En qué quedamos, pues, Codorniz?

—Ya le dije, curro: doscientos por el puro reló...

—No, yo te compro a bulto: relojes, anillos y todas las alhajitas. ¿Cuánto?

La Codorniz vaciló, se puso descolorido; luego dijo con ímpetu:

—Deque dos mil papeles por todo.

Pero Luis Cervantes se dejó traicionar; sus ojos brillaron con tan manifiesta codicia, que *la Codorniz* volvió sobre sus pasos y exclamó pronto:

—No, mentiras, no vendo nada... El puro reló, y eso porque ya debo los doscientos pesos a Pancracio, que anoche me ganó otra vez.

Luis Cervantes sacó cuatro flamantes billetes de «dos caritas» y los puso en manos de *la Codorniz*.

—De veras —le dijo—, me intereso al lotecito... Nadie te dará más de lo que yo te dé.

Cuando comenzó a sentirse el sol, *el Manteca* gritó de pronto:

—Güero Margarito, ya tu asistente quiere pelar gallo. Dice que ya no puede andar.

El prisionero se había dejado caer, exhausto, en medio del camino.

—¡Calla! —clamó el güero Margarito retrocediendo—. ¿Conque ya te cansaste, simpático? ¡Pobrecito de ti! Voy a comprar un nicho de cristal para guardarte en una rinconera de mi casa, como Niño Dios. Pero es necesario llegar primero al pueblo, y para esto te voy a ayudar.

Y sacó el sable y descargó sobre el infeliz repetidos golpes.

—A ver la reata, Pancracio —dijo luego, brillantes y extraños los ojos.

Pero como *la Codorniz* le hiciera notar que ya el federal no movía ni pie ni mano, dio una gran carcajada y dijo:

—¡Qué bruto soy!... ¡Ahora que lo tenía enseñado a no comer!...

—Ahora sí, ya llegamos a Guadalajara chiquita —dijo Venancio descubriendo el caserío risueño de Tepatlán, suavemente recostado en una colina.

Entraron regocijados; a las ventanas asomaban rostros sonrosados y bellos ojos negros.

Las escuelas quedaron convertidas en cuarteles. Demetrio se alojó en la sacristía de una capilla abandonada.

Después los soldados se desperdigaron, como siempre, en busca de «avances», so pretexto de recoger armas y caballos.

Por la tarde, algunos de los de la escolta de Demetrio estaban tumbados en el atrio de la iglesia rascándose la barriga. Venancio, con mucha gravedad, pecho y espaldas desnudos, espulgaba su camisa.

Un hombre se acercó a la barda, pidiendo la venia de hablar al jefe.

Los soldados levantaron la cabeza, pero ninguno le respondió.

—Soy viudo, señores; tengo nueve criaturas y no vivo más que de mi trabajo... ¡No sean ingratos con los pobres!...

—Por mujer no te apures, tío —dijo *el Meco*, que con un cabo de vela se embadurnaba los pies—; ai traímos a *la Pintada*, y te la pasamos al costo.

El hombre sonrió amargamente.

—Nomás que tiene una maña —observó Pancracio, boca arriba y mirando el azul del cielo—: apenas mira un hombre, y luego luego se prepara.

Rieron a carcajadas; pero Venancio, muy grave, indicó la puerta de la sacristía al paisano.

Éste, tímidamente, entró y expuso a Demetrio su queja. Los soldados acababan de «limpiarlo». Ni un grano de maíz le habían dejado.

—Pos pa qué se dejan —le respondió Demetrio con indolencia.

Luego el hombre insistió con lamentos y lloriqueos, y Luis Cervantes se dispuso a echarlo fuera insolentemente. Pero Camila intervino:

—¡Ande, don Demetrio, no sea usted también mal alma; déle una orden pa que le devuelvan su maíz!...

Luis Cervantes tuvo que obedecer; escribió unos renglones, y Demetrio, al calce, puso un garabato.

—¡Dios se lo pague, niña!... Dios se lo ha de dar de su santísima gloria... Diez fanegas de maíz, apenas pa comer este año —clamó el hombre, llorando de agradecimiento. Y tomó el papel y a todos les besó las manos.

XII

Iban llegando ya a Cuquío, cuando Anastasio Montañés se acercó a Demetrio y le dijo:

—Ande, compadre, ni le he contado... ¡Qué travieso es de veras el güero Margarito! ¿Sabe lo que hizo ayer con ese hombre que vino a darle la queja de que le habíamos sacado su maíz para nuestros caballos? Bueno, pos con la orden que usted dio fue al cuartel. «Sí, amigo, le dijo el güero; entra para acá; es muy justo devolverte lo tuyo. Entra, entra... ¿Cuántas fanegas te robamos?... ¿Diez? ¿Pero estás seguro de que no son más que diez?... Sí, eso es; como quince, poco más o menos... ¿No serían veinte?... Acuérdate bien... Eres muy pobre, tienes muchos hijos que mantener. Sí, es lo que digo, como veinte; ésas deben haber sido... Pasa por acá; no te voy a dar quince, ni veinte. Tú nomás vas contando... Una, dos, tres... Y luego que ya no quieras, me dices: ya.» Y saca el sable y le ha dado una cintareada que lo hizo pedir misericordia.

La Pintada se caía de risa.

Y Camila, sin poderse contener, dijo:

—¡Viejo condenado, tan mala entraña!... ¡Con razón no lo puedo ver!

Instantáneamente se demudó el rostro de *la Pintada*.

—¿Y a ti te da tos por eso?

Camila tuvo miedo y adelantó su yegua.

La Pintada disparó la suya y rapidísima, al pasar atropellando a Camila, la cogió de la cabeza y le deshizo la trenza.

Al empujón, la yegua de Camila se encabritó y la muchacha abandonó las riendas por quitarse los cabellos de la cara; vaciló, perdió el equilibrio y cayó en un pedregal, rompiéndose la frente.

Desmorecida de risa, *la Pintada*, con mucha habilidad, galopó a detener la yegua desbocada.

—¡Ándale, curro, ya te cayó trabajo! —dijo Pancraccio luego que vio a Camila en la misma silla de Demetrio, con la cara mojada de sangre.

Luis Cervantes, presuntuoso, acudió con sus materiales de curación; pero Camila, dejando de sollozar, se limpió los ojos y dijo con voz apagada:

—¿De usted?... ¡Aunque me estuviera muriendo! ¡Ni agua!...

En Cuquío recibió Demetrio un propio.

—Otra vez a Tepatlán, mi general —dijo Luis Cervantes pasando rápidamente sus ojos por el oficio—. Tendrá que dejar allí la gente, y usted a Lagos, a tomar el tren de Aguascalientes.

Hubo protestas calurosas; algunos serranos juraron que ellos no seguirían ya en la columna, entre gruñidos, quejas y rezongos.

Camila lloró toda la noche, y otro día, por la mañana, dijo a Demetrio que ya le diera licencia de volverse a su casa.

—¡Si le falta voluntad!... —contestó Demetrio hosco.

—No es eso, don Demetrio; voluntad se la tengo y mucha..., pero ya lo ha estado viendo... ¡Esa mujer!...

—No se apure, hoy mismo la despacho a... Ya lo tengo bien pensado.

Camila dejó de llorar.

Todos estaban ensillando ya. Demetrio se acercó a *la Pintada* y le dijo en voz muy baja:

—Tú ya no te vas con nosotros.

—¿Qué dices? —inquirió ella sin comprender.

—Que te quedas aquí o te largas adonde te dé la gana, pero no con nosotros.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó ella con asombro—. ¿Es decir, que tú me corres?, ¡ja, ja, ja!... ¡Pues qué... tal serás tú si te andas creyendo de los chismes de ésa...!

Y *la Pintada* insultó a Camila, a Demetrio, a Luis Cervantes y a cuantos le vinieron a las mientes, con tal energía y novedad, que la tropa oyó injurias e insolencias que no había sospechado siquiera.

Demetrio esperó largo rato con paciencia; pero como ella no diera trazas de acabar, con mucha calma dijo a un soldado:

—Echa fuera esa borracha.

—¡Güero Margarito! ¡Güero de mi vida! ¡Ven a defenderme de éstos...! ¡Anda, güerito de mi corazón!... ¡Ven a enseñarles que tú eres hombre de veras y ellos no son más que unos hijos de...!

Y gesticulaba, pateaba y daba de gritos.

El güero Margarito apareció. Acababa de levantarse; sus ojos azules se perdían bajo unos párpados hinchados y su voz estaba ronca. Se informó del sucedido y, acercándose a *la Pintada*, le dijo con mucha gravedad:

—Sí, me parece muy bien que ya te largues mucho a la... ¡A todos nos tienes hartos!

El rostro de *la Pintada* se granitificó. Quiso hablar, pero sus músculos estaban rígidos.

Los soldados reían divertidísimos; Camila, muy asustada, contenía la respiración.

La Pintada paseó sus ojos en torno. Y todo fue en un abrir y cerrar de ojos; se inclinó, sacó una hoja aguda y brillante de entre la media y la pierna y se lanzó sobre Camila.

Un grito estridente y un cuerpo que se desploma arrojando sangre a borbotones.

—Mátenla —gritó Demetrio fuera de sí.

Dos soldados se arrojaron sobre *la Pintada* que, esgrimiendo el puñal, no les permitió tocarla.

—¡Ustedes no, infelices!... Mátame tú, Demetrio —se adelantó, entregó su arma, irguió el pecho y dejó caer los brazos.

Demetrio puso en alto el puñal tinto en sangre; pero sus ojos se nublaron, vaciló,

dio un paso atrás. Luego, con voz apagada y ronca, gritó:

—¡Lárgate!... ¡Pero luego!...

Nadie se atrevió a detenerla.

Se alejó muda y sombría, paso a paso.

Y el silencio y la estupefacción lo rompió la voz aguda y gutural del güero
Margarito:

—¡Ah, qué bueno!... ¡Hasta que se me despegó esta chinche!...

XIII

En la medianía del cuerpo
una daga me metió,
sin saber por qué
ni por qué sé yo...
Él sí lo sabía,
pero yo no...

Y de aquella herida mortal
mucho sangre me salió,
sin saber por qué
ni por qué sé yo...
Él sí lo sabía,
pero yo no...

Caída la cabeza, las manos cruzadas sobre la montura, Demetrio tarareaba con melancólico acento la tonadilla obsesionante.

Luego callaba; largos minutos se mantenía en silencio y pesaroso.

—Ya verá cómo llegando a Lagos le quito esa murria, mi general. Allí hay muchachas bonitas para darnos gusto —dijo el güero Margarito.

—Ahora sólo tengo ganas de ponerme una borrachera —contestó Demetrio.

Y se alejó otra vez de ellos, espoleando su caballo, como si quisiera abandonarse todo a su tristeza.

Después de muchas horas de caminar, hizo venir a Luis Cervantes:

—¿Oiga, curro, ahora que lo estoy pensando, yo qué pitos voy a tocar a Aguascalientes?

—A dar su voto, mi general, para presidente provisional de la República.

—¿Presidente provisional?... Pos entonces, ¿qué... tal es, pues, Carranza?... La verdad, yo no entiendo estas políticas...

Llegaron a Lagos. El güero apostó a que esa noche haría reír a Demetrio a carcajadas.

Arrastrando las espuelas, las chivarras caídas abajo de la cintura, entró Demetrio a «El Cosmopolita», con Luis Cervantes, el güero Margarito y sus asistentes.

—¿Por qué corren, curros?... ¡No sabemos comer gente! —exclamó el güero.

Los paisanos, sorprendidos en el mismo momento de escapar, se detuvieron; unos, con disimulo, regresaron a sus mesas a seguir bebiendo y charlando, y otros, vacilantes, se adelantaron a ofrecer sus respetos a los jefes.

—¡Mi general!... ¡Mucho gusto!... ¡Señor mayor!...

—¡Eso es!... Así me gustan los amigos, finos y decentes —dijo el güero Margarito.

—Vamos, muchachos —agregó sacando su pistola jovialmente—; ahí les va un buscapiés para que lo toreen.

Una bala rebotó en el cemento, pasando entre las patas de las mesas y las piernas

de los señoritos, que saltaron asustados como dama a quien se le ha metido un ratón bajo la falda.

Pálidos, sonríen para festejar debidamente al señor mayor. Demetrio despliega apenas sus labios, mientras que el acompañamiento lanza carcajadas a pierna tendida.

—Güero —observa *la Codorniz*—, a ése que va saliendo le prendió la avispa; mira cómo cojea.

El güero, sin parar mientes ni volver siquiera la cara hacia el herido, afirma con entusiasmo que a treinta pasos de distancia y al descubrir le pega a un cartucho de tequila.

—A ver, amigo, párese —dice al mozo de la cantina. Luego, de la mano lo lleva a la cabecera del patio del hotel y le pone un cartucho lleno de tequila en la cabeza.

El pobre diablo resiste, quiere huir, espantado, pero el güero prepara su pistola y apunta.

—¡A tu lugar... tasajo! O de veras te meto una calientita.

El güero se vuelve a la pared opuesta, levanta su arma y hace puntería.

El cartucho se estrella en pedazos, bañando de tequila la cara del muchacho, descolorido como un muerto.

—¡Ahora va de veras! —clama, corriendo a la cantina por un nuevo cartucho, que vuelve a colocar sobre la cabeza del mancebo.

Torna a su sitio, da una vuelta vertiginosa sobre los pies, y al descubrir, dispara.

Sólo que ahora se ha llevado una oreja en vez del cartucho.

Y apretándose el estómago de tanto reír, dice al muchacho:

—Toma, chico, esos billetes. ¡Es cualquier cosa! Eso se quita con tantita árnica y aguardiente...

Después de beber mucho alcohol y cerveza, habla Demetrio:

—Pague, güero... Ya me voy...

—No traigo ya nada, mi general; pero no hay cuidado por eso... ¿Qué tanto se te debe, amigo?

—Ciento ochenta pesos, mi jefe —responde amablemente el cantinero.

El güero salta prontamente el mostrador, y en dos manotadas derriba todos los frascos, botellas y cristalería.

—Ai le pasas la cuenta a tu padre Villa, ¿sabes?

—Oiga, amigo, ¿dónde queda el barrio de las muchachas? —pregunta tambaleándose de borracho, a un sujeto pequeño, correctamente vestido, que está cerrando la puerta de una sastrería.

El interpelado se baja de la banqueta atentamente para dejar libre el paso. El güero se detiene y lo mira con impertinencia y curiosidad:

—Oiga, amigo, ¡qué chiquito y qué bonito es usted!... ¿Cómo que no?... ¿Entonces yo soy mentiroso?... Bueno, así me gusta... ¿Usted sabe bailar los enanos?... ¿Qué no sabe?... ¡Resabe!... ¡Yo lo conocí a usted en un circo! ¡Le juro que sí sabe y muy rebién!... ¡Ahora lo verá!...

El güero saca su pistola y comienza a disparar hacia los pies del sastre, que, muy gordo y muy pequeño, a cada tiro da un saltito.

—¿Ya ve cómo sí sabe bailar los enanos?

Y echando los brazos a espaldas de sus amigos, se hace conducir hacia el arrabal de gente alegre, marcando su paso a balazos en los focos de las esquinas, en las puertas y en las casas del poblado. Demetrio lo deja y regresa al hotel, tarareando entre los dientes:

En la medianía del cuerpo
una daga me metió,
sin saber por qué
ni por qué sé yo...

XIV

Humo de cigarro, olor penetrante de ropas sudadas, emanaciones alcohólicas y el respirar de una multitud; hacinamiento peor que el de un carro de cerdos. Predominaban los de sombrero tejano, toquilla de galón y vestidos de kaki.

—Caballeros, un señor decente me ha robado mi petaca en la estación de Silao... Los ahorros de toda mi vida de trabajo. No tengo para darle de comer a mi niño.

La voz era aguda, chillona y plañidera; pero se extinguía a corta distancia en el vocerío que llenaba el carro.

—¿Qué dice esa vieja? —preguntó el güero Margarito entrando en busca de un asiento.

—Que una petaca... que un niño decente... —respondió Pancracio, que ya había encontrado las rodillas de unos paisanos para sentarse.

Demetrio y los demás se abrían paso a fuerza de codos. Y como los que soportaban a Pancracio prefirieran abandonar los asientos y seguir de pie, Demetrio y Luis Cervantes los aprovecharon gustosos.

Una señora que venía parada desde Irapuato con un niño en brazos sufrió un desmayo. Un paisano se aprontó a tomar en sus manos a la criatura. El resto no se dio por entendido: las hembras de tropa ocupaban dos o tres asientos cada una con maletas, perros, gatos y cotorras. Al contrario, los de sombrero tejano rieron mucho de la robustez de muslos y laxitud de pechos de la desmayada.

—Caballeros, un señor decente me ha robado mi petaca en la estación de Silao... Los ahorros de toda mi vida de trabajo... No tengo ahora ni para darle de comer a mi niño...

La vieja habla de prisa y automáticamente suspira y solloza. Sus ojos, muy vivos, se vuelven de todos lados. Y aquí recoge un billete, y más allá otro. Le llueven en abundancia. Acaba una colecta y adelanta unos cuantos asientos:

—Caballeros, un señor decente me ha robado mi petaca en la estación de Silao...

El efecto de sus palabras es seguro e inmediato.

—¡Un señor decente! ¡Un señor decente que se roba una petaca! ¡Eso es incalificable! Eso despierta un sentimiento de indignación general. ¡Oh, es lástima que ese señor decente no esté a la mano para que lo fusilen siquiera cada uno de los generales que van allí!

—Porque a mí no hay cosa que me dé tanto coraje como un curro ratero —dice uno, reventando de dignidad.

—¡Robar a una pobre señora!

—¡Robar a una infeliz mujer que no puede defenderse!

Y todos manifiestan el enternecimiento de su corazón de palabras y de obra: una insolencia para el ladrón y un bilimbique de cinco pesos para la víctima.

—Yo, la verdad les digo, no creo que sea malo matar, porque cuando uno mata lo hace siempre con coraje; ¿pero robar?... —clama el güero Margarito.

Todos parecen asentir ante tan graves razones; pero, tras breve silencio y momentos de reflexión, un coronel aventura su parecer:

—La verdá es que todo tiene sus «asigunes». ¿Para qué es más que la verdá? La purita verdá es que yo he robao... y si digo que todos los que venemos aquí hemos hecho lo mesmo, se me afigura que no echo mentiras...

—¡Hum, pa las máquinas de coser que yo me robé en México! —exclamó con ánimo un mayor—. Junté más de quinientos pesos, con ser que vendí hasta a cincuenta centavos máquina.

—Yo me robé en Zacatecas unos caballos tan finos, que dije acá para mí: «Lo que es de este hecho ya te armaste, Pascual Mata; no te vuelves a apurar por nada en los días que de vida te quedan» —dijo un capitán desmolado y ya blanco de canas—. Lo malo fue que mis caballos le cuadraron a mi general Limón y él me los robó a mí.

—¡Bueno! ¡A qué negarlo, pues! Yo también he robado —asintió el güero Margarito—; pero aquí están mis compañeros que digan cuánto he hecho de capital. Eso sí, mi gusto es gastarlo todo con las amistades. Para mí es más contento ponerme una papalina con todos los amigos que mandarles un centavo a las viejas de mi casa...

El tema del «yo robé», aunque parece inagotable, se va extinguendo cuando en cada banca aparecen tendidos de naipes, que atraen a jefes y oficiales como la luz a los mosquitos.

Las peripecias del juego pronto lo absorben todo y caldean el ambiente más y más; se respira el cuartel, la cárcel, el lupanar y hasta la zahúrda.

Y dominando el barullo general, se escucha, allá en el otro carro:

—Caballeros, un señor decente me ha robado mi petaca...

Las calles de Aguascalientes se habían convertido en basureros. La gente de kaki se removía, como las abejas a la boca de una colmena, en las puertas de los restaurantes, fonduchos y mesones, en las mesas de comistrajos y puestos al aire libre, donde al lado de una hatea de chicharrones rancios se alzaba un montón de quesos mugrientos.

El olor de las frituras abrió el apetito de Demetrio y sus acompañantes. Penetraron a fuerza de empellones a una fonda, y una vieja desgreñada y asquerosa les sirvió en platos de barro huesos de cerdos nadando en un caldillo claro de chile y tres tortillas correosas y quemadas. Pagaron dos pesos por cada uno, y al salir Pancracio aseguró que tenía más hambre que antes de haber entrado.

—Ahora sí —dijo Demetrio—: vamos a tomar consejo de mi general Natera.

Y siguieron una calle hacia la casa que ocupaba el jefe norteño.

Un revuelto y agitado grupo de gentes les detuvo el paso en una bocacalle. Un hombre que se perdía entre la multitud clamaba en sonsonete y con acento uncioso algo que parecía un rezo. Se acercaron hasta descubrirlo. El hombre, de camisa y calzón blanco, repetía: «Todos los buenos católicos que recen con devoción esta oración a Cristo Crucificado se verán libres de tempestades, de pestes, de guerras y

de hambres...».

—Éste sí que la acertó —dijo Demetrio sonriendo.

El hombre agitaba en alto un puñado de impresos y decía:

—Cincuenta centavos la oración a Cristo Crucificado, cincuenta centavos...

Luego desaparecía un instante para levantarse de nuevo con un colmillo de víbora, una estrella de mar, un esqueleto de pescado. Y con el mismo acento rezadero, ponderaba las propiedades medicinales y raras virtudes de cada cosa.

La Codorniz, que no le tenía fe a Venancio, pidió al vendedor que le extrajera una muela; el güero Margarito compró un núcleo negro de cierto fruto que tiene la propiedad de librar a su poseedor tan bien del rayo como de cualquier «malhora», y Anastasio Montañés una oración a Cristo Crucificado, que cuidadosamente dobló y con gran piedad guardó en el pecho.

—¡Cierto como hay Dios, compañero; sigue la bola! ¡Ahora Villa contra Carranza!
—dijo Natera.

Y Demetrio, sin responderle, con los ojos muy abiertos, pedía más explicaciones.

—Es decir —insistió Natera—, que la Convención desconoce a Carranza como primer jefe y va a elegir un presidente provisional de la República... ¿Entiende, compañero?

Demetrio inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Qué dice de eso, compañero? —interrogó Natera. Demetrio se alzó de hombros.

Se trata, a lo que parece, de seguir peleando. Bueno, pos a darle; ya sabe, mi general, que por mi lado no hay portillo.

—Bien, ¿y de parte de quién se va a poner? Demetrio, muy perplejo, se llevó las manos a los cabellos y se rascó breves instantes.

—Mire, a mí no me haga preguntas, que no soy escuelante... La aguilita que traigo en el sombrero usted me la dio... Bueno, pos ya sabe que nomás me dice: «Demetrio, haces esto y esto... ¡y se acabó el cuento!».

TERCERA PARTE

«El Paso, Tex., mayo 16 de 1915.

Muy estimado Venancio:

Hasta ahora puedo contestar su grata de enero del corriente año debido a que mis atenciones profesionales absorben todo mi tiempo. Me recibí en diciembre pasado, como usted lo sabe. Lamento la suerte de Pancracio y del *Manteca*; pero no me extraña que después de una partida de naipes se hayan apuñalado. ¡Lástima: eran unos valientes! Siento en el alma no poder comunicarme con el güero Margarito para hacerle presente mi felicitación más calurosa, pues el acto más noble y más hermoso de su vida fue ése... ¡el de suicidarse!

Me parece difícil, amigo Venancio, que pueda usted obtener el título de médico que ambiciona tanto aquí en los Estados Unidos, por más que haya reunido suficiente oro y plata para comprarlo. Yo le tengo estimación, Venancio, y creo que es muy digno de mejor suerte. Ahora bien, me ocurre una idea que podría favorecer nuestros mutuos intereses y las ambiciones justas que usted tiene por cambiar de posición social. Si usted y yo nos asociáramos, podríamos hacer un negocio muy bonito. Cierto que por el momento yo no tengo fondos de reserva, porque todo lo he agotado en mis estudios y en mi recepción; pero cuento con algo que vale mucho más que el dinero: mi conocimiento perfecto de esta plaza, de sus necesidades y de los negocios seguros que pueden emprenderse. Podríamos establecer un restaurante netamente mexicano, apareciendo usted como el propietario y repartiéndonos las utilidades a fin de cada mes. Además, algo relativo a lo que tanto nos interesa: su cambio de esfera social. Yo me acuerdo que usted toca bastante bien la guitarra, y creo fácil, por medio de mis recomendaciones y de los conocimientos musicales de usted, conseguirle el ser admitido como miembro de la Salvation Army, sociedad respetabilísima que le daría a usted mucho carácter.

No vacile, querido Venancio; véngase con los fondos y podemos hacernos ricos en muy poco tiempo. Sírvase dar mis recuerdos afectuosos al general, a Anastasio y demás amigos.

Su amigo que lo aprecia,

Luis Cervantes.»

Venancio acabó de leer la carta por centésima vez, y, suspirando, repitió su comentario:

—¡Este curro de veras que la supo hacer!

—Porque lo que yo no podré hacerme entrar en la cabeza —observó Anastasio Montañés— es eso de que tengamos que seguir peleando... ¿Pos no acabamos ya con la federación?

Ni el general ni Venancio contestaron; pero aquellas palabras siguieron golpeando

en sus rudos cerebros como un martillo sobre el yunque.

Ascendían la cuesta, al tranco largo de sus mulas, pensativos y cabizbajos. Anastasio, inquieto y terco, fue con la misma observación a otros grupos de soldados, que reían de su candidez. Porque si uno trae un fusil en las manos y las cartucheras llenas de tiros, seguramente que es para pelear. ¿Contra quién? ¿En favor de quiénes? ¡Eso nunca le ha importado a nadie!

La polvareda ondulosa e interminable se prolongaba por las opuestas direcciones de la vereda, en un hormiguero de sombreros de palma, viejos kakis mugrientos, frazadas musgas y el negrear movedizo de las caballerías.

La gente ardía de sed. Ni un charco, ni un pozo, ni un arroyo con agua por todo el camino. Un vaho de fuego se alzaba de los blancos eriales de una cañada, palpitaba sobre las crespas cabezas de los huizaches y las glaucas pencas de los nopales. Y como una mofa, las flores de los cactus se abrían frescas, carnosas y encendidas las unas, aceradas y diáfanas las otras.

Tropezaron al mediodía con una choza prendida a los riscos de la sierra; luego, con tres casucas regadas sobre las márgenes de un río de arena calcinada; pero todo estaba silencioso y abandonado. A la proximidad de la tropa, las gentes se escurrían a ocultarse en las barrancas.

Demetrio se indignó:

—A cuantos descubran escondidos o huyendo, cójanlos y me los traen ordenó a sus soldados con voz desafinada.

—¡Cómo!... ¿Qué dice? —exclamó Valderrama sorprendido—. ¿A los serranos? ¿A estos valerosos que no han imitado a las gallinas que ahora anidan en Zacatecas y Aguascalientes? ¿A los hermanos nuestros que desafían las tempestades adheridas a sus rocas como la madrepeña? ¡Protesto!... ¡Protesto!...

Hincó las espuelas en los ijares de su mísero rocín y fue a alcanzar al general.

—Los serranos —le dijo con énfasis y solemnidad— son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos... *Os ex osibus meis et caro de carne mea...* Los serranos están hechos de nuestra madera... De esta madera firme con la que se fabrican los héroes...

Y con una confianza tan intempestiva como valiente, dio un golpe con su puño cerrado sobre el pecho del general, que sonrió con benevolencia.

¿Valderrama, vagabundo, loco y un poco poeta, sabía lo que decía?

Cuando los soldados llegaron a una ranchería y se arremolinaron con desesperación en torno de casas y jacales vacíos, sin encontrar una tortilla dura, ni un chile podrido, ni unos granos de sal para ponerle a la tan aborrecida carne fresca de res, ellos, los hermanos pacíficos, desde sus escondites, impasibles los unos con la impasibilidad pétrea de los ídolos aztecas, más humanos los otros, con una sórdida sonrisa en sus labios untados y ayunos de barba, veían cómo aquellos hombres feroces, que un mes antes hicieran retemblar de espanto sus míseros y apartados solares, ahora salían de sus chozas, donde las hornillas estaban apagadas y las tinajas

secas, abatidos, con la cabeza caída y humillados como perros a quienes se arroja de su propia casa a puntapiés.

Pero el general no dio contraorden y unos soldados le llevaron a cuatro fugitivos bien trincados.

II

—¿Por qué se esconden ustedes? —interrogó Demetrio a los prisioneros.

—No nos escondemos, mi jefe; seguimos nuestra vereda.

—¿Adónde?

—A nuestra tierra... Nombre de Dios, Durango.

—¿Es éste el camino de Durango?

—Por los caminos no puede transitar gente pacífica ahora. Usted lo sabe, mi jefe.

—Ustedes no son pacíficos; ustedes son desertores. ¿De dónde vienen? — prosiguió Demetrio observándolos con ojo penetrante.

Los prisioneros se turbaron, mirándose perplejos sin encontrar pronta respuesta.

—¡Son *carranclanes*! —notó uno de los soldados.

Aquello devolvió instantáneamente la entereza a los prisioneros. No existía más para ellos el terrible enigma que desde el principio se les había formulado con aquella tropa desconocida.

—¿Carrancistas nosotros? —contestó uno de ellos con altivez—. ¡Mejor puercos!

...

—La verdad, sí, somos desertores —dijo otro—; nos le cortamos a mi general Villa de este lado de Celaya, después de la cuereada que nos dieron.

—¿Derrotado el general Villa?... ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!... Los soldados rieron a carcajadas.

Pero a Demetrio se le contrajo la frente como si algo muy negro hubiera pasado por sus ojos.

—¡No nace todavía el hijo de la... que tenga que derrotar a mi general Villa! — clamó con insolencia un veterano de cara cobriza con una cicatriz de la frente a la barba.

Sin inmutarse, uno de los desertores se quedó mirándolo fijamente, y dijo:

—Yo lo conozco a usted. Cuando tomamos Torreón, usted andaba con mi general Urbina. En Zacatecas venía ya con Natera y allí se juntó con los de Jalisco... ¿Miento?

El efecto fue brusco y definitivo. Los prisioneros pudieron entonces dar una detallada relación de la tremenda derrota de Villa en Celaya.

Se les escuchó en un silencio de estupefacción.

Antes de reanudar la marcha se encendieron lumbres donde asar carne de toro. Anastasio Montañés, que buscaba leños entre los huizaches, descubrió a lo lejos y entre las rocas la cabeza tusada del caballico de Valderrama.

—¡Vente ya, loco, que al fin no hubo pozole!... —comenzó a gritar.

Porque Valderrama, poeta romántico, siempre que de fusilar se hablaba, sabía perderse lejos y durante todo el día.

Valderrama oyó la voz de Anastasio y debió haberse convencido de que los prisioneros habían quedado en libertad, porque momentos después estaba cerca de Venancio y de Demetrio.

—¿Ya sabe usted las nuevas? —le dijo Venancio con mucha gravedad.

—No sé nada.

—¡Muy serias! ¡Un desastre! Villa derrotado en Celaya por Obregón. Carranza triunfando por todas partes. ¡Nosotros arruinados!

El gesto de Valderrama fue desdeñoso y solemne como de emperador:

—¿Villa?... ¿Obregón?... ¿Carranza?... ¡X... Y... Z...! ¿Qué se me da a mí?... ¡Amo la revolución como amo al volcán que irrumpe! ¡Al volcán porque es volcán; a la revolución porque es revolución!... Pero las piedras que quedan arriba o abajo, después del cataclismo, ¿qué me importan a mí?...

Y como al brillo del sol de mediodía reluciera sobre su frente el reflejo de una blanca botella de tequila, volvió grupas y con el alma henchida de regocijo se lanzó hacia el portador de tamaña maravilla.

—Le tengo voluntá a ese loco —dijo Demetrio sonriendo—, porque a veces dice unas cosas que lo ponen a uno a pensar.

Se reanudó la marcha, y la desazón se tradujo en un silencio lúgubre. La otra catástrofe venía realizándose callada, pero indefectiblemente. Villa derrotado era un dios caído. Y los dioses caídos ni son dioses ni son nada.

Cuando *la Codorniz* habló, sus palabras fueron fiel trasunto del sentir común:

—¡Pos hora sí, muchachos... cada araña por su hebra!...

III

Aquel pueblecillo, a igual que congregaciones, haciendas y rancherías, se había vaciado en Zacatecas y Aguascalientes.

Por tanto, el hallazgo de un barril de tequila por uno de los oficiales fue acontecimiento de la magnitud del milagro. Se guardó profunda reserva, se hizo mucho misterio para que la tropa saliera otro día, a la madrugada, al mando de Anastasio Montañés y de Venancio; y cuando Demetrio despertó al son de la música, su Estado Mayor, ahora integrado en su mayor parte por jóvenes ex federales, le dio la noticia del descubrimiento, y *la Codorniz*, interpretando los pensamientos de sus colegas, dijo axiomáticamente:

—Los tiempos son malos y hay que aprovechar, porque «si hay días que nada el pato, hay días que ni agua bebe».

La música de cuerda tocó todo el día y se le hicieron honores solemnes al barril; pero Demetrio estuvo muy triste, «sin saber por qué, ni por qué sé yo», repitiendo entre clientes y a cada instante su estribillo.

Por la tarde hubo peleas de gallos. Demetrio y sus principales jefes se sentaron bajo el cobertizo del portalillo municipal, frente a una plazuela inmensa, poblada de yerbas, un quiosco vetusto y podrido y las casas de adobe solitarias.

—¡Valderrama! —llamó Demetrio, apartando con fastidio los ojos de la pista—. Venga a cantarme *El enterrador*.

Pero Valderrama no le oyó, porque en vez de atender a la pelea monologaba extravagante, mirando ponerse el sol tras de los cerros, diciendo con voz enfática y solemne gesto:

—«¡Señor, Señor, bueno es que nos estemos aquí!... Levantaré tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».

—¡Valderrama! —volvió a gritar Demetrio. Cántame *El enterrador*.

—Loco, te habla mi general —lo llamó más cerca uno de los oficiales.

Y Valderrama, con su eterna sonrisa de complacencia en los labios, acudió entonces y pidió a los músicos una guitarra.

—¡Silencio! —gritaron los jugadores.

Valderrama dejó de afinar. *La Codorniz* y *el Meco* soltaban ya en la arena un par de gallos amarrados de largas y afiladísimas navajas. Uno era retinto, con hermosos reflejos de obsidiana; el otro, giro, de plumas como escamas de cobre irisado a fuego.

La huelga fue brevísima y de una ferocidad casi humana. Como movidos por un resorte, los gallos se lanzaron al encuentro. Sus cuellos crespos y encorvados, los ojos como corales, erectas las crestas, crispadas las patas, un instante se mantuvieron sin tocar el suelo siquiera, confundidos sus plumajes, picos y garras en uno solo; el retinto se desprendió y fue lanzado patas arriba más allá de la raya. Sus ojos de cinabrio se apagaron, cerráronse lentamente sus párpados coriáceos, y sus plumas esponjadas se estremecieron convulsas en un charco de sangre.

Valderrama, que no había reprimido un gesto de violenta indignación, comenzó a templar. Con los primeros acentos graves se disipó su cólera. Brillaron sus ojos como esos ojos donde resplandece el brillo de la locura. Vagando su mirada por la plazoleta, por el ruinoso quiosco, por el viejo caserío, con la sierra al fondo y el cielo incendiado como lecho, comenzó a cantar.

Supo darle tanta alma a su voz y tanta expresión a las cuerdas de su vihuela, que, al terminar, Demetrio había vuelto la cara para que no le vieran los ojos.

Pero Valderrama se echó en sus brazos, lo estrechó fuertemente y, con aquella confianza súbita que a todo el mundo sabía tener en un momento dado, le dijo al oído:

—¡Cómaselas!... ¡Esas lágrimas son muy bellas!

Demetrio pidió la botella y se la tendió a Valderrama.

Valderrama apuró con avidez la mitad, casi de un sorbo; luego se volvió a los concurrentes y, tomando una actitud dramática y su entonación declamatoria, exclamó con los ojos rasos:

—¡Y de ahí cómo los grandes placeres de la revolución se resolvían en una lágrima!...

Después siguió hablando loco, pero loco del todo, con las yerbas empolvadas, con el quiosco podrido, con las casas grises, con el cerro altivo y con el cielo inconmensurable.

IV

Asomó Juchipila a lo lejos, blanca y bañada de sol, en medio del frondaje, al pie de un cerro elevado y soberbio, plegado como turbante.

Algunos soldados, mirando las torrecillas de Juchipila, suspiraron con tristeza. Su marcha por los cañones era ahora la marcha de un ciego sin lazarillo; se sentía ya la amargura del éxodo.

—¿Ese pueblo es Juchipila? —preguntó Valderrama.

Valderrama, en el primer periodo de la primera borrachera del día, había venido contando las cruces diseminadas por caminos y veredas, en las escarpaduras de las rocas, en los vericuetos de los arroyos, en las márgenes del río. Cruces de madera negra recién barnizada, cruces forjadas con dos leños, cruces de piedras en montón, cruces pintadas con cal en las paredes derruidas, humildísimas cruces trazadas con carbón sobre el canto de las peñas. El rastro de sangre de los primeros revolucionarios de 1910, asesinados por el gobierno.

Ya a la vista de Juchipila, Valderrama echa pie a tierra, se inclina, dobla la rodilla y gravemente besa el suelo.

Los soldados pasan sin detenerse. Unos ríen del loco y otros le dicen alguna cuchufleta.

Valderrama, sin oír a nadie, reza su oración solemnemente:

—Juchipila, cuna de la revolución de 1910, tierra bendita, tierra regada con sangre de mártires, con sangre de soñadores... de los únicos buenos...

—Porque no tuvieron tiempo de ser malos —completa la frase brutalmente un oficial ex federal le va pasando.

Valderrama se interrumpe, reflexiona, frunce el ceño, lanza una sonora carcajada que resuena por las peñas, monta y corre tras el oficial a pedirle un trago de tequila.

Soldados mancos, cojos, reumáticos y tosigosos dicen mal de Demetrio. Advenedizos de banqueta causan alta con barras de latón en el sombrero, antes de saber siquiera cómo se coge un fusil, mientras que el veterano fogueado en cien combates, inútil ya para el trabajo, el veterano que comenzó de soldado raso, soldado raso es todavía.

Y los pocos jefes que quedan, camaradas viejos de Macías, se indignan también porque se cubren las bajas del Estado Mayor con señoritines de capital, perfumados y peripuestos.

—Pero lo peor de todo —dice Venancio— es que nos estamos llenando de ex federales.

El mismo Anastasio, que de ordinario encuentra muy bien hecho todo lo que su compadre Demetrio hace, ahora, en causa común con los descontentos, exclama:

—Miren, compañeros, yo soy muy claridoso... y yo le digo a mi compadre que si vamos a tener aquí a los federales siempre, malamente andamos... ¡De veras! ¿A que no me lo creen?... Pero yo no tengo pelos en la lengua, y por vida de la madre que

me parió, que se lo digo a mi compadre Demetrio.

Y se lo dijo. Demetrio lo escuchó con mucha benevolencia, y luego que acabó de hablar, le contestó:

—Compadre, es cierto lo que usted dice. Malamente andamos: los soldados hablan mal de las clases, las clases de los oficiales y los oficiales de nosotros... Y nosotros estamos ya pa despachar a Villa y a Carranza a la... a que se diviertan solos... Pero se me figura que nos está sucediendo lo que a aquel peón de Tepatitlán. ¿Se acuerda, compadre? No paraba de rezongar de su patrón, pero no paraba de trabajar tampoco. Y así estamos nosotros: a reniega y reniega y a mátenos y mátenos... Pero eso no hay que decirlo, compadre...

—¿Por qué, compadre Demetrio?...

—Por yo no sé... Porque no... ¿ya me entiende? Lo que ha de hacer es dármele ánimo a la gente. He recibido órdenes de regresar a detener una partida que viene por Cuquío. Dentro de muy poquitos días tenemos que darnos un encontronazo con los *carranclanes*, y es bueno pegarles ahora hasta por debajo de la lengua.

Valderrama, el vagabundo de los caminos reales, que se incorporó a la tropa un día, sin que nadie supiera a punto fijo cuándo ni en dónde, pescó algo de las palabras de Demetrio, y como no hay loco que coma lumbre, ese mismo día desapareció como había llegado.

Entraron a las calles de Juchipila cuando las campanas de la iglesia repicaban alegres, ruidosas, y con aquel su timbre peculiar que hacía palpar de emoción a toda la gente de los cañones.

—Se me figura, compadre, que estamos allá en aquellos tiempos cuando apenas iba comenzando la revolución, cuando llegábamos a un pueblito y nos repicaban mucho, y salía la gente a encontrarnos con músicas, con banderas, y nos echaban muchos vivas y hasta cohetes nos tiraban —dijo Anastasio Montañés.

—Ahora ya no nos quieren —repuso Demetrio.

—¡Sí, como vamos ya de «rota batida»! —observó *la Codorniz*.

—No es por eso... A los otros tampoco los pueden ver ni en estampa.

—Pero ¿cómo nos han de querer, compadre? Y no dijeron más.

Desembocaban en una plaza, frente a la iglesia octogonal, burda y maciza, reminiscencia de tiempos coloniales.

La plaza debía haber sido jardín, a juzgar por sus naranjos escuetos y roñosos, entreverados entre restos de bancas de hierro y madera.

Volvió a escucharse el sonoro y regocijante repique.

Luego, con melancólica solemnidad, se escaparon del interior del templo las voces melifluas de un coro femenino. A los acordes de un guitarrón, las doncellas del pueblo cantaban los «Misterios».

—¿Qué fiesta tienen ahora, señora? —preguntó Venancio a una vejarruca que a todo correr se encaminaba hacia la iglesia.

—¡Sagrado Corazón de Jesús! —repuso la beata medio ahogándose.

Se acordaron de que hacía un año ya de la toma de Zacatecas. Y todos se pusieron más tristes todavía.

Igual a los otros pueblos que venían recorriendo desde Tepic, pasando por Jalisco, Aguascalientes y Zacatecas, Juchipila era una ruina. La huella negra de los incendios se veía en las casas destechadas, en los pretiles ardidados. Casas cerradas; y una que otra tienda que permanecía abierta era como por sarcasmo, para mostrar sus desnudos armazones, que recordaban los blancos esqueletos de los caballos diseminados por todos los caminos. La mueca pavorosa del hambre estaba ya en las caras terrosas de la gente, en llama luminosa de sus ojos que, cuando se detenían sobre un soldado, quemaban con el fuego de la maldición.

Los soldados recorren en vano las calles en busca de comida y se muerden la lengua ardiendo de rabia. Un solo fonducho está abierto y en seguida se aprieta. No hay frijoles, no hay tortillas: puro chile picado y sal corriente. En vano los jefes muestran sus bolsillos reventando de billetes o quieren ponerse amenazadores.

—¡Papeles, sí!... ¡Eso nos han traído ustedes!... ¡Pos eso coman!... —dice la fondera, una viejota insolente, con una enorme cicatriz en la cara, quien cuenta que «ya durmió en el petate del muerto para no morir de un susto».

Y en la tristeza y desolación del pueblo, mientras cantan las mujeres en el templo, los pajarillos no cesan de piar en las arboledas, ni el canto de las currucas deja de oírse en las ramas secas de los naranjos.

VI

La mujer de Demetrio Macías, loca de alegría, salió a encontrarlo por la vereda de la sierra, llevando de la mano al niño.

¡Casi dos años de ausencia!

Se abrazaron y permanecieron mudos; ella embargada por los sollozos y las lágrimas.

Demetrio, pasmado, veía a su mujer envejecida, como si diez o veinte años hubieran transcurrido ya. Luego miró al niño, que clavaba en él sus ojos con azoro. Y su corazón dio un vuelco cuando reparó en la reproducción de las mismas líneas de acero de su rostro y en el brillo flamante de sus ojos. Y quiso atraerlo y abrazarlo; pero el chiquillo, muy asustado, se refugió en el regazo de la madre.

—¡Es tu padre, hijo!... ¡Es tu padre!...

El muchacho metía la cabeza entre los pliegues de la falda y se mantenía huraño.

Demetrio, que había dado su caballo al asistente, caminaba a pie y poco a poco con su mujer y su hijo por la abrupta vereda de la sierra.

—¡Hora sí, bendito sea Dios que ya veniste!... ¡Ya nunca nos dejarás! ¿Verdad? ¿Verdad que ya te vas a quedar con nosotros?...

La faz de Demetrio se ensombreció.

Y los dos estuvieron silenciosos, angustiados.

Una nube negra se levantaba tras la sierra, y se oyó un trueno sordo. Demetrio ahogó un suspiro. Los recuerdos afluían a su memoria como una colmena.

La lluvia comenzó a caer en gruesas gotas y tuvieron que refugiarse en una rocallosa covacha.

El aguacero se desató con estruendo y sacudió las blancas flores de San Juan, manojos de estrellas prendidos en los árboles, en las peñas, entre la maleza, en los pitahayos y en toda la serranía.

Abajo, en el fondo del cañón y a través de la gasa de la lluvia, se miraban las palmas rectas y cimbradoras; lentamente se mecían sus cabezas angulosas y al soplo del viento se desplegaban en abanicos. Y todo era serranía: ondulaciones de cerros que suceden a cerros, más cerros circundados de montañas y éstas encerradas en una muralla de sierra de cumbres tan altas que su azul se perdía en el zafir.

—¡Demetrio, por Dios!... ¡Ya no te vayas!... ¡El corazón me avisa que ahora te va a suceder algo!... Y se deja sacudir de nuevo por el llanto.

El niño, asustado, llora a gritos, y ella tiene que refrenar su tremenda pena para contentarlo.

La lluvia va cesando; una golondrina de plateado vientre y alas angulosas cruza oblicuamente los hilos de cristal, de repente iluminados por el sol vespertino.

—¿Por qué pelean ya, Demetrio?

Demetrio, las cejas muy juntas, toma distraído una piedrecita y la arroja al fondo del cañón. Se mantiene pensativo viendo el desfiladero, y dice:

—Mira esa piedra cómo ya no se para...

VII

Fue una verdadera mañana de nupcias. Había llovido la víspera toda la noche y el cielo amanecía entoldado de blancas nubes. Por la cima de la sierra trotaban potrillos brutos de crines alzadas y colas tensas, gallardos con la gallardía de los picachos que levantan su cabeza hasta besar las nubes.

Los soldados caminan por el abrupto peñascal contagiado de la alegría de la mañana. Nadie piensa en la artera bala que puede estarlo esperando más adelante. La gran alegría de la partida estriba cabalmente en lo imprevisto. Y por eso los soldados cantan, ríen y charlan locamente. En su alma rebulle el alma de las viejas tribus nómadas. Nada importa saber adónde van y de dónde vienen; lo necesario es caminar, caminar siempre, no estacionarse jamás; ser dueños del valle, de las planicies, de la sierra y de todo lo que la vista abarca.

Árboles, cactus y helechos, todo aparece acabado de lavar. Las rocas, que muestran su ocre como el orín las viejas armaduras, vierten gruesas gotas de agua transparente.

Los hombres de Macías hacen silencio un momento. Parece que han escuchado un ruido conocido: el estallar lejano de un cohete; pero pasan algunos minutos y nada se vuelve a oír.

—En esta misma sierra —dice Demetrio—, yo, sólo con veinte hombres, les hice más de quinientas bajas a los federales.

Y cuando Demetrio comienza a referir aquel famoso hecho de armas, la gente se da cuenta del grave peligro que va corriendo. ¿Conque si el enemigo, en vez de estar a dos días de camino todavía, les fuera resultando escondido entre las malezas de aquel formidable barranco, por cuyo fondo se han aventurado? Pero ¿quién sería capaz de revelar su miedo? ¿Cuándo los hombres de Demetrio dijeron: «Por aquí no caminamos»?

Y cuando comienza un tiroteo lejano, donde va la vanguardia, ni siquiera se sorprenden ya. Los reclutas vuelven grupas en desenfrenada fuga buscando la salida del cañón.

Una maldición se escapa de la garganta seca de Demetrio:

—¡Fuego!... ¡Fuego sobre los que corran!...

—¡A quitarles las alturas! —ruge después como una fiera.

Pero el enemigo, escondido a millaradas, desgrana sus ametralladoras, y los hombres de Demetrio caen como espigas cortadas por la hoz.

Demetrio derrama lágrimas de rabia y de dolor cuando Anastasio resbala lentamente de su caballo sin exhalar una queja, y se queda tendido, inmóvil. Venancio cae a su lado, con el pecho horriblemente abierto por la ametralladora y *el Meco* se desbarranca y rueda al fondo del abismo. De repente Demetrio se encuentra solo. Las balas zumban en sus oídos como una granizada. Desmonta, arrástrase por las rocas hasta encontrar un parapeto, coloca una piedra que le defienda la cabeza y, pecho a

tierra, comienza a disparar.

El enemigo se disemina, persiguiendo a los raros fugitivos que quedan ocultos entre los chaparros.

Demetrio apunta y no yerra un solo tiro... ¡Paf!... ¡Paf!... ¡Paf!...

Su puntería famosa lo llena de regocijo; donde pone el ojo pone la bala. Se acaba un cargador y mete otro nuevo. Y apunta...

El humo de la fusilería no acaba de extinguirse. Las cigarras entonan su canto imperturbable y misterioso; las palomas cantan con dulzura en las rinconadas de las rocas; ramonean apaciblemente las vacas.

La sierra está de gala; sobre sus cúspides inaccesibles cae la niebla albísima como un crespón de nieve sobre la cabeza de una novia.

Y al pie de una resquebrajadura enorme y suntuosa, como pórtico de vieja catedral, Demetrio Macías, con los ojos fijos para siempre, sigue apuntando con el cañón de su fusil...

LA ADELITA

Y Adelita se llama la joven
a quien yo quiero y no puedo olvidar;
en el mundo yo tengo una rosa
y con el tiempo la voy a cortar.

Si Adelita quisiera ser mi esposa,
si Adelita fuera mi mujer,
le compraría un vestido de seda
para llevarla a bailar al cuartel.

Adelita, por Dios, te lo ruego,
calma el fuego de esta mi pasión,
porque te amo y te quiero rendido,
y por ti sufro mi fiel corazón.

Si Adelita se fuera con otro,
le seguiría la huella sin cesar;
si por mar en un buque de guerra,
si por tierra en un tren militar.

Toca el clarín de campaña a la guerra,
salga el valiente guerrero a pelear;
correrán los arroyos de sangre;
que gobierne un tirano, jamás.

Y si acaso yo muero en campaña,
y mi cuerpo en la sierra va a quedar,
Adelita, por Dios, te lo ruego,
con tus ojos me vas a llorar.

Ya no llores, querida Adelita;
ya no llores, querida mujer;
no te muestres ingrata conmigo,
ya no me hagas tanto padecer.

Me despido, querida Adelita;
ya me alejo de mi único placer;
nunca esperes de mí una cautela,
ni te cambio por otra mujer.

Soy soldado y mi Patria me llama
a los campos que vaya a pelear.
¡Adelita, Adelita de mi alma,
no me vayas, por Dios, a olvidar!

Por la noche andando en el campo,
oigo el clarín que toca a reunión,
y repito en el fondo de mi alma:
Adelita, es mi único amor.

Si supieras que ha muerto tu amante,
rezarás por mí una oración,
por el hombre que supo adorarte
con el alma, vida y corazón.

Ya me despido, querida Adelita;
de ti un recuerdo quisiera llevar;
tu retrato lo llevo en el pecho
como un escudo que me haga triunfar.

Conque quédate, Adelita querida,
ya me voy a la guerra a pelear;
la esperanza no llevo perdida
de volverte otra vez a abrazar.

FIN DE
«LOS DE ABAJO»

LOS CACIQUES

DEL LLANO HERMANOS, S. EN C.

PRIMERA PARTE

«**D**ON Ignacio», murmuró alguien a las puertas de la iglesia.

«Don Ignacio», repitieron centenares de bocas, y la gente se apretó más todavía para abrirle paso al recién llegado. Volviéronse las cabezas, los ojos lo buscaron con avidez; pero él, adusto, seco, inflexible, avanzó por en medio de la nave, pendiente Solo del túmulo que se alzaba allá en el fondo, todo sedas, flecos, borlas, abalorios y niquelados, y la negra caja en remate, ostentando en grandes y brillantes letras las iniciales de don Juan José del Llano, fundador de la respetable casa «Del Llano e Hijos, S. en C.»

A medida que se acercaba al catafalco, la muchedumbre aglomerada le obstruía más y más el paso y solo a brincos y empellones pudo llegar a las barandillas, a los velones amarillos y a la fila donde los dolientes, postrados en tierra, oraban en silencio.

Sacó su pañuelo, lo tendió cuidadosamente sobre la alfombra polvosa y raída, se hincó resoplando, sudoroso y anhelante: «¡Qué calor!»

Don Bernabé, el hermano mayor, se volvió un momento; una frente cetrina y dos ojos como brasas entreabrieron un chal negro; una dama elegante saludó con gesto desolado; todo el mundo se daba cuenta de la presencia de don Ignacio del Llano, el más *representativo* de la Sucesión. Sólo el padre Jeremías, hermano menor, a la izquierda del oficiante, sacando apenas su esmirriada cabeza de armadillo entre tiesuras ornamentales, permanecía estático, la mirada en lo alto del ábside, fija en el resplandor sobredorado de la Santísima Trinidad.

—Gracias, don Juan —dijo don Ignacio cogiendo la vela de cera que le ofreció un sujeto mugriento, zanquilargo y corcovado.

El don Juan esbozó una sonrisa de estolidez, agradecido porque le decían «gracias», dio un paso atrás y, con una brazada de velas, desapareció repartiéndolas a diestra y siniestra.

—Deja que te lo guarde, Nachito —dijo una dama con tierno acento y mirada devoradora. Y un brazo enjuto y descolorido recogió el sombrero de don Ignacio.

—Gracias —respondió él, enternecido.

—Nacho, me voy..., son las nueve... ¡Muchísimo siento!... Pero tú ya sabes... Dejé a Doloritas sola en el despacho... ¡Te acompaño en tu pesar!... ¡Ya sabes!... Al fin condiscípulos.

—Gracias —responde don Ignacio a un sujeto, grasa de los pies a la cabeza, y se deja impregnar su mano por los dedos rezumantes del condiscípulo tendejonero.

—Don Ignacio..., el segundo cirio del lado derecho... la llama va llegando al moño... ¡Podría incendiarse!...

Don Ignacio levanta la rodilla y arrastra la otra, alcanza a un monaguillo, le tira del sobrepelliz y le advierte el peligro. Imperturbable se vuelve:

—Gracias.

Prosigue la misa y cada cual busca pretexto para hacerse presente a don Ignacio y patentizar sus respetos y adhesiones a la gran casa «Del Llano e Hijos, S. en C.» Y don Ignacio no se cansa de dar las gracias hasta que, por fin, los padres cogidos de las caudas, uno tras otro, dan las tres vueltas de ritual en torno del difunto para ahuyentarlo al diablo.

La ceremonia termina. Seis garrudos peones levantan en hombros la flamante caja. Todo el mundo a la calle.

El día es espléndido, torrentes de sol inundan el caserío y los dorados cerros circunvecinos. La multitud se dispersa desordenadamente. Solo los negros sacos y largos levitones siguen a don Juan José del Llano hasta su última morada.

II

—¿Cómo?... ¿He oído bien? ¿El maíz a cinco cincuenta? Eso es una broma. Si usted mismo, Villeguitas, lo está vendiendo a cinco treinta.

Lara Rojas estiró su cuello bovino cual si la aplanchada pechera le estorbara; miró de hito en hito la cara angelicalmente estúpida de don Juan Viñas; se llevó las manos a la boca para ahogar una carcajada; luego dijo:

—Don Juanita, el maíz que usted compre dentro de ocho días a seis pesos yo lo pago a doce.

Don Juan Viñas se aprestó a fijar puntos de apuesta; pero Villeguitas, un sujeto pequeño, rechoncho y coloradote, le cortó bruscamente la palabra:

—¡Chist!..., ¡chist!... Señores, más respeto.

Y tiró de un brazo de Lara Rojas, adelantándose al cortejo.

—Esas cosas jamás se dicen, Lara Rojas. Así no hará usted nunca nada.

—Pero ¿cómo habría de creer que don Juan Viñas, un hombre que ha hecho su fortuna vendiendo arroz y garbanzos, no supiera de estas cosas? —repuso el mozalbete.

E iba a prorrumpir en una de sus estruendosas carcajadas cuando se percató de la cercanía del ataúd, de las compungidas caras de los acompañantes y, como por ensalmo, su risa tornóse en suspiro profundo, ingenuo y cordial.

Don Bernabé del Llano volvió su cabeza gris, fijó su mirada de pollino cansado en Lara Rojas, y éste sintió la honda satisfacción de haber sabido suspirar en momento tan oportuno. Su cuello de ternera se alargó, sus ojos se aborregaron y poco faltó para que se hubiesen derramado sus lágrimas.

El cortejo se había detenido; los cargadores, rendidos ya, cedían su puesto a los de remuda. El sol ardiente de las once hacía levantar los sombreros al aire; las calvas se cubrían disimuladamente: contraíanse caras malhumoradas, y muchos daban ostensibles muestras de aburrimiento.

Dos borricos flacos que talaban los zacatitos yertos de un barbecho alzaron la cabeza, miraron desdeñosamente el cortejo, y después de torcer el rabo y menear las orejas, volvieron a repelar el surco.

El acompañamiento se puso de nuevo en marcha. Entre los últimos iban don Juan Viñas y Rodríguez, dependiente de «La Continental».

—Digo que es imposible —insistió aquél—; Villegas no puede comprar a cinco cincuenta, puesto que él mismo lo ha hecho bajar en el mercado a cinco treinta.

—Pero si éste es el abecé del negocio, don Juanito. Comprenda usted: Villegas inunda el mercado con maíz a cinco treinta; pues bien, cuanto vendedor se presenta en esta plaza no encuentra quien le pague al precio corriente si no es el mismo Villeguitas, porque él paga a cinco cincuenta.

—Ahí está cabalmente lo que no comprendo.

—Tan claro como el sol que nos derrite. Villegas vende mil hectolitros a cinco

treinta y compra diez mil a cinco cincuenta.

—Bien ¿y...?

Rodríguez sacó su pañuelo y se limpió la frente empapada.

—¿Pues qué? Que cuando ha hecho el acaparamiento de la semilla, espera un poquito no más y, a su tiempo, la lanza al mercado, fijándole el precio que le dé su gana.

Don Juan abrió muy grandes los ojos.

—¡Pero si esto es el catecismo, don Juanito!

—Hombre, amigo Rodríguez, será lo que usted quiera; pero a mí... francamente... no me parece muy limpio el negocio... ¿Cómo se lo explicaría?... Pues, ¡vamos!, que una casa honrada, como la de los señores del Llano...

—¿De esos tíos?...

—Sí, señor; una casa honorable como la «Del Llano e Hijos» no hace estos negocios.

Rodríguez alzó los ojos para admirar una vez más aquel rarísimo ejemplar de abarrotero; vaciló entre reír o suspirar. Un ronco gemido y una insolencia le hicieron volver el rostro. El gerente de «La Carolina» había dado un traspies, lastimándose horriblemente un callo.

Torcían las últimas callejuelas de la población, para entrar en un camino real bordeado de nopales y cercas de piedra. Se veía ya el blanco paredón del cementerio, reverberante de sol; el borde ático del frontispicio, sin un adorno, sin una moldura, sin desperfecto alguno. Todo blanco, como establo acabado de encalar.

El último en arrojar su puñado de tierra sobre la fosa de don Juan José fue Viñas, y, al despedirse compungidamente de los hermanos del Llano, don Ignacio lo retuvo amablemente.

Regresaron juntos del panteón.

—¡Se van los buenos! —suspiró don Juan.

Nadie le respondió. Pero como le constreñía la necesidad de hacer el elogio del finado, comenzó su panegírico.

—Por fin, ¿las escrituras se tiraron ya? —interrumpióle rudamente don Ignacio.

Desconcertado, vaciló un instante; pero luego, tímidamente, dijo:

—Todo está hecho tal como usted me lo aconsejó. No sabe, señor don Ignacio, la infinita gratitud...

—¿Y los ladrilleros? ¿Y la cal?

—Seis toneladas para comenzar... La ladrillera quema hoy la primera hornada; los albañiles acabaron de nivelar el terreno. Ahora, naturalmente, nadie trabajó; todos estuvimos en la misa de cuerpo presente... Yo repartí la cera... Era nuestra obligación... No podré pagar a ustedes nunca...

Como el gesto de don Ignacio era hostil a todo halago, don Juan acabó por hablar lisa y llanamente de negocios.

En cada bocacalle eran interrumpidos por los acompañantes, que desertaban del

grupo principal y se despedían de don Ignacio.

—¿Cree usted, señor don Ignacio —dijo Viñas al retirarse a su vez—, que todavía por la noche tengo corazonadas?

—Sin motivo —replicó fríamente don Ignacio—; le he demostrado con números lo seguro del negocio.

—Mi gratitud será eterna para ustedes los señores del Llano, para su difunto padre...

Y se llevó el pañuelo a los ojos, a sus cándidos ojos, de donde brotaron lagrimones diáfanos.

III

—¿No fue al entierro, don Timoteo?

—A la misa, Mariquita... ¡Como Ignacio fue condiscípulo!... No; ahora como si ni me conocieran... ¡Yo del pueblo, ellos caciques!... Pero ya se les caerá el rey de las orejas...

—¿Y qué dice de la revolución, don Timoteo?

—Ahí viene ella, hija; aquí está ya... Hemos ganado...

—Pero dizque son gentes muy malas que roban y matan.

Don Timoteo se levanta de un sillón de vaqueta cruda, se quita la cachucha de casimir; su mano grasienta pasa suavemente sobre su cráneo de jitomate. Habla pausado, y su mirada se pierde a lo largo de la calle polvosa donde comienzan a cintilar los incandescentes. Una franjita de sol se va de los pretiles; nubes de borra se revuelven en el cielo de topacio.

—¡Asesinos y ladrones llaman los señores de la casa donde estás sirviendo, Mariquita, a los revolucionarios! Así los llaman los caciques. Con razón, Mariquita; si esta revolución es para los caciques cosa de vida o muerte. Has de saber que, así como a los frailes se les llegó su día con don Benito Juárez, a los caciques les ha llegado el suyo con Francisco I. Madero... Y antes que se me olvide, Mariquita, dile a los señores que tengo panelas de Comanja. A Casianito le gustan de vicio... Los caciques son la plaga que nos está chupando la sangre...

—¿Y quiénes son, pues, los caciques, don Timoteo?

—¡Lo oíste, Doloritas; Mariquita no sabe quiénes son los caciques! Lo que yo predico a cada instante y momento; la desgracia nacional está en la ignorancia de nuestras masas... Los caciques, Mariquita, son..., son la gente más mala que hay en el mundo..., son unos hombres muy malos... son... unos malvados; pero no, no sé decírtelo bien; mejor voy a darte unos números de *El País* para que puedas formarte una idea de esos bribones; Doloritas, dame la colección del periódico.

—No se moleste, don Timoteo; mal sé deletrear y me faltaría paciencia para eso. Pero de esa gente ¿no hay por acá en nuestras tierras, verdad?

—¡Preciosa sangre...! ¿Qué es lo que estás diciendo, Mariquita? ¡Pues si tú misma vives entre los caciques, les sirves a los caciques, si tus amos son caciques!

—¡Hum! Pues entonces son puras ponderaciones las de sus papeles, don Timoteo; ¡ni se los crea! Para mí, nadie tan bueno como el niño Casianito. ¡Adivine quién me dio estas botas!

—A ver, Mariquita; déjame ver...

—¡Timoteo! —grita desde la trastienda Doloritas, y viene a despachar las tres libras de arroz a Mariquita.

Cuando la muchacha se ha marchado, don Timoteo acaricia los brazos redondos de su mujer y le da palmaditas en las posaderas.

—Se necesita hacer la siembra para recoger la cosecha, Doloritas. ¡La ignorancia

de las masas es la desgracia nacional! Quien no lucha contra la ignorancia es un criminal. Por la ignorancia de las masas llevamos cinco lustros de soportar la bota del dictador Porfirio Díaz.

—A mí no me salgas con tus discursos, Timoteo. ¿Qué tiene que ver todo eso con las botas de Mariquita, viejo chiflado?

—¡Caracoles!... ¡Pellizcas muy fuerte, Doloritas!... Soy viejo; haces bien en acordármelo, y porque soy viejo no quiero morirme sin haber hecho antes la siembra de mis doctrinas... El hombre muere, Doloritas; la idea vive... ¡La idea es imperecedera, eterna!...

—Eterna solo nuestra alma y es de la que debemos de cuidar. Entre por su chaqueta, viejo raboverde, y vámonos al rosario a Capuchinas.

—¡Pero si hoy es el día de club, Doloritas!

Doloritas misma pone la chaqueta a don Timoteo, le coge por un brazo, cierra «La Bandera Mexicana», y, sin decir una palabra más, lo hace marchar a su lado.

—Hay que pagar los pecados de nuestros padres y los nuestros propios. Haces bien, Doloritas; obedeces a tu educación, a tu instrucción: a la educación e instrucción que nosotros los mexicanos hemos dado a la mujer. Más cuidado hemos tenido del perro y del gato que de ustedes.

La pareja entra en el templo; sus pasos resuenan en la lobreguez fría de las bóvedas. Se adivina el púlpito; un padre masculla aburridamente el rosario y una docena de entapaladas le contesta con rumor monótono y desfalleciente. En el altar, a la incierta luz de una lámpara de aceite, se esfuman las vestiduras moradas de Nuestro Padre Jesús del Calvario. Don Timoteo asocia ideas: «Cristo, Redentor del mundo; Hidalgo, redentor de la raza; Juárez, redentor de las conciencias; Madero, redentor de los pobres, de los humildes...»

Don Timoteo tiritita de emoción. ¡Qué tema para un discurso en el club! «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nos el tu reino...» gangorea el sacerdote.

Presa de frenético fervor, don Timoteo se echa de bruces y precipitadamente reza: «Venga a nos el tu reino, el reino de los hombres justos y honrados, y la caída de los canallas *científicos*... El reino de los hombres de buena voluntad, el reino de los mansos de corazón, de los que tenemos hambre y sed de justicia, como dijo don Justo Sierra...»

Y de súbito se pone en pie, dejando con un palmo de narices a Doloritas y a Nuestro Padre Jesús del Calvario.

En el club, don Timoteo estuvo muy feliz; comparó a Cristo con Juárez y con Madero, repitiendo a cada instante lo de «el respeto al derecho ajeno es la paz» y «dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César». Y, por final, aseguró, bajo su palabra de honor, que jamás había tenido la religión más defensor que don Benito Juárez y que los sacerdotes estaban obligados a levantarle un monumento.

Los miembros más connotados del club se miraron perplejos. El vicepresidente,

que era el segundo trombón de la banda municipal, ahuecando mucho la voz, dijo:

—Lo que es este don Timoteo *las puede*.

Pero el *maistro* Crispín, que vendía periódicos y no tenía educación, rompió el encanto.

—¡Qué memoria tiene, don Timoteo: se aprendió de cuerito a cuerito el editorial de *El Diario del Hogar*!

—¡Hombre, Crispín, de veras! —exclamó don Timoteo, dándose una palmada en la frente y ahuyentando los zancudos—. Efectivamente, lo que dije viene en el número de hoy; pero palabra que no me acordaba ya de eso y creí que la idea me nació de la cabeza, ahora que estuve rezando el rosario en Capuchinas. Pero, de todos modos, lo que es la idea del monumento a Juárez es mía y puritito mía.

Y descargado de un enorme peso, don Timoteo regresó a Capuchinas a terminar sus oraciones, que dijo con mucha devoción, al mismo tiempo que calculó el negocio de cincuenta latas de manteca que había embarcado esa tarde para Torreón.

IV

Por la noche, de regreso de la ladrillera, don Juan Viñas se encaminó al domicilio de los señores del Llano. A su paso por «La Bandera Mexicana» se detuvo.

—Don Timoteo, vamos a darles el pésame a los del Llano.

—Don Juanito..., no me había ocurrido eso...

—Pero, hombre, ¡los señores del Llano!... ¿Quién no les debe favores a los señores del Llano?

Don Timoteo alzó los hombros:

—¡Ps!... Tanto como favores, no... Pero vamos, Ignacio al fin fue discípulo... Solo que como uno es pobre, don Juanito, da vergüenza.

Don Juan lo tomó de un brazo e hizo que lo acompañara.

Ya a las puertas de la casa reparó en sus zapatones manchados de cal y de lodo, en el tosco vestido que a cada movimiento despedía una nube de polvo; pero limpiándose el calzado con los propios tobillos, sacudiendo fuertemente el cuello y las pesadas alas del saco y los delanteros del pantalón, se sintió nuevo.

De pronto, encandilado, no conoció a los enlutados que poblaban el corredor y cuyos rostros se esfumaban en la luz de las lámparas amortiguadas; pero acercándose a uno de ellos, le dijo:

—Dígame... ¿los señores?

—¡Hombre, don Juan!... ¿Los señores?... Sígame por aquí.

—¡Ah, es usted, Lara Rojas!

Lara Rojas tomó de la mano a don Juan y de sopetón lo puso en medio de la sala, ocupada por las señoras. Desconcertado, con las manos en los bolsillos y agarrotada la lengua, se quedó don Juan sin saber qué hacer ni qué decir.

Lara Rojas salió, apretándose las narices para no soltar la carcajada.

A la vez que escurrido y lleno de vergüenza salía don Juan de la sala, don Ignacio, don Bernabé y el padre Jeremías, abrían el escritorio, para despedir al señor cura. Los que, «por ser de confianza» permanecían en el patio, acudieron prontos a saludar a don Ignacio. Este acogió más cordialmente a Viñas, le echó un brazo a la espalda y juntos entraron en el escritorio.

Lara Rojas se mordió los labios. Don Timoteo, que se había convertido en relieve de una columna del corredor, se escurrió a la calle, filosofando sobre la vanidad y la insolencia del caciquismo.

—¿Has notado, Villegas —dijo Lara Rojas ya fuera de la casa—, cuánta intimidad se gasta ya ese zafio de don Juan con el señor don Ignacio?... ¿A qué le huele esto?

Villegas movió sus pequeños ojos inquietos, aspiró fuertemente su puro de perilla y alzó los hombros por toda contestación.

—Pues la cosa es clara y ningún misterio encierra —dijo el contador del Banco Nacional—. Don Juan Viñas, asociado a los señores del Llano, va a construir una

gran vecindad modelo.

—¿Don Juan Viñas? —inquirió despectivamente Lara Rojas.

—Don Juan Viñas, joven, tiene cuarenta mil pesos en pura pasta... Este mismo don Juan Viñas que hace veinte años nos llegó de pantalonera de gamuza, zapatones bayos y recio sombrero de palma, armando un zangarro con unas cuantas docenas de adobes, un montón de paja y algunos tercios de carrizo y que surtió luego un tendejón con algunas botellas desiguales, llenas de agua teñida; este don Juan Viñas que, hoy por hoy, ocupa la mejor casa y es número uno en abarrotes.

Rodríguez, que siempre hacía filosofía, tomó la palabra con febril acento:

—¿Comprenden ustedes, señores, cuántas privaciones, desvelos y miserias significan esos cuarenta mil pesos?

—No le pido al cielo una fortuna así —dijo Lara Rojas con gran desdén.

—Una fortuna de cuarenta mil pesos conquistada en veinte años de ruda labor, joven, debe o puede ser la fortuna de un hombre honrado. Digo, hasta donde al comerciante le es posible ser honrado... Porque, amigos míos, ustedes no me van a convencer de que pueda ser honrado el que, viniendo al mundo sin la tira de manta que le defienda el ombligo siquiera, sea dueño de medio millón de pesos, por ejemplo, en cualquier tiempo de su vida.

—No sé adónde va eso —respondió picado Villeguitas. Tiró el puro con enfado y siguió—: Si se refiere a los señores del Llano, le contesto que me honro con su amistad y que me distinguen con su confianza... Y que cualquiera de ellos puede enseñar honradez al que quiera aprenderla, porque la honorabilidad de una casa, amigo, está asegurada en su caja fuerte y no en la lengua del primer advenedizo.

—¡Bravo, bien por Villeguitas! ¡Qué tal sofocón! —rumoreó Lara Rojas a su vecino.

Pero luego que todos acabaron de reír, Rodríguez habló otra vez:

—Caballeros, el oráculo de ustedes es el yanqui; ustedes no saben ni tienen por qué saber otra definición de la palabra negocio que la que el yanqui les ha enseñado. Bien; puesto que vamos solo pasando el rato, yo, que no solo he sido como ustedes ratón de cajas fuertes o despachos, les voy a enseñar otra definición de la palabra negocio, no la inventada por los desvalijadores, sino la de los desvalijados. Y no se rían, que la cosa puede resultar de un día al otro más seria de lo que parece.

Habían llegado a una esquina, donde deberían separarse.

—Una palabra no más, señores.

La faz enjuta de Rodríguez adquirió un aire de extraña fiereza; sus ojos miopes chispearon tras los gruesos cristales de las gafas; sus labios y las líneas de su rostro se agitaron en leves estremecimientos.

«¡Ése acaba loco!», pensó Lara Rojas.

—¡Cuidado, señores, si no es interesante tal definición! «El negocio es *nuestro trabajo* hecho dinero en el bolsillo de *ellos*.» Eso dicen ya varios millones de seres humanos que por momentos se están dando cuenta de lo que son... Dije. Buenas

noches, caballeros.

Lara Rojas, frente a un escritorio de cortina, escribía direcciones y amontonaba sobres que después iba llenando con las circulares de la nueva razón social «Del Llano Hnos., S. en C.»

Hacía nueve días del fallecimiento de don Juan José, y de él no quedaban ya más recuerdos que los triángulos negros esquinados en los membretes y, en los dinteles, moños de listón que el aire y el polvo habían convertido en pingajos incoloros.

Una entapalada de humilde aspecto entró, mirando a todos lados. A indicación de Lara Rojas, tomó asiento, después de preguntar por don Ignacio del Llano.

Su mirada recorrió cuanto pudo abarcar: las puertas de la casa, abiertas ya de par en par; los pisos encerados de nuevo; aromosos y flamantes los archiveros, mesas y sillones. Lanzó un profundo suspiro y, mirando al cielo, se puso a meditar.

Media hora transcurrió sin que se oyera más que la crepitación de la ágil pluma de Lara Rojas y, de tarde en tarde, el carraspeo de la vejarruca.

Un charro de pantalón de dril, chaqueta y sombrero grises, entró preguntando, también, por don Ignacio. Tomó asiento.

La viejecilla, ansiosa de conversar, dijo:

—¡Qué pesar tan grande para estos señores!

Y suspiró otra vez.

Pero Lara Rojas ni siquiera levantó la cabeza, y el charro, con su sombrero en las rodillas, siguió mirando la Torre Eiffel en uno de los muros.

Villeguitas llegó muy apresurado, con el sombrero a media cabeza y el chaleco abierto.

—Hola, hola, don. Boni; me tomó la delantera. Vengo de buscarlo. Señores, buenos días.

El charro se levantó a saludarlo.

—Aquí viene ya don Ignacio. Por supuesto que se trajo las escrituras, don Boni.

—¡Escrituras!... No hablemos nada de eso...

—Hombre, don Boni; sin las escrituras no hay negocio... No se puede hipotecar.

El charro hizo un gesto de sorpresa y de disgusto.

—¿Cómo hipotecar?...

—Sí, don Boni; es preciso... Pero no se sulfure, todo se arreglará... Don Ignacio tiene su caja abierta para usted; pero *business es business*...

La correcta figura de don Ignacio, rigurosamente enlutado, apareció, a la vez que la viejecilla y Lara Rojas se pusieron atentamente en pie. Saludó y sin detenerse tomó un brazo de Villeguitas y otro del charro y entraron en el despacho los tres.

—¡Qué señores estos del rancho, tan tontos! Todo lo quisieran arreglar bajo su palabra de honor... Hacen muy bien los señores del Llano en ser tan exigentes.

La entapalada no se detuvo ya. Interrogó a Lara Rojas sobre su carácter en la casa del Llano, el sueldo de que disfrutaba, sus gastos mensuales, la salud propia y de sus

parientes. Cuando se hubo cerciorado de que el joven empleado era dueño de la confianza de sus jefes y no menos que el secretario de don Ignacio, no tuvo empacho en hacer confidencias: «Estoy vieja y llena de achaques; un día con otro, Dios Nuestro Señor se acuerda de mí, de que la pelona me agarre desprevenida, arreglaré mi memoria, donando a Nuestra Santa Madre Iglesia los tres tlacos que tengo. Ya hablé con el padre Jeremías del Llano; ya quedamos en que el camino más seguro es escriturar todo a favor de alguna persona acomodada y de buena moralidad; sobre todo que tenga temor de Dios. ¿Quién puede igualar en esto al señor don Ignacio del Llano? Así, pues, los dineritos escaparán de caer, sea en manos del gobierno, sea en las de unos parientes que están en ansia de que yo estaque la zalea; ¿no le parece a usted que hago bien? No soy la primera por cierto —usted lo sabe mejor—; así lo han hecho las muy reverendas madres sor Inés y sor Catalina de Jesús, poco más que millonarias; mi comadrita doña Ruperta Torrecillas; don Nicomedes de la Peña, y tantos y tantos más.»

Cortó la confidencia la entrada de Rodríguez, el de «La Continental».

—¿Está don Ignacio, Lara Rojas?... ¿Sí? Bueno; le esperaré.

Sacó un periódico y, acercándose a la vidriera de la ventana, se puso a leer.

—¿Y usted qué es, maderista o porfirista? —preguntó Lara Rojas.

—Pues, hombre..., maderista... Cuando menos por el momento.

—Toda la plebe es maderista, pero lo mejor es eso de «maderista por el momento». Las ideas fijas..., los principios inquebrantables.

—Mire, Lara Rojas; el maderismo es ahora la revolución, y toda revolución, indefectiblemente, lleva consigo una inspiración de justicia, la aspiración de justicia que todo hombre de corazón lleva en la cabeza. Supongamos que el maderismo triunfa, que el maderismo se suicida convirtiéndose en gobierno, pues el gobierno no es más que la injusticia reglamentada que todo bribón lleva en el alma... ¿Es ilógico ser hoy maderista y mañana antimaderista?

—¡Cuánto disparate!... ¡Hasta anarquismo!...

—No se le queme la boca, Lara Rojas. ¿Quiere un poquito de agua que le refresque los labios?

La puerta del despacho se abrió y de bracera con el charro salió Villeguitas.

—Hasta luego... Ravachol...

Rodríguez miró de reojo a Villeguitas, luego al charro y contestó:

—Adiós... ¡San Camilo!...

Y se adelantó a ganar la puerta, a punto que una voz fresca y femenina le detuvo.

Esperanza Viñas llegaba, inquiriendo por don Juan.

—Nunca viene antes de las doce —le contestó Lara Rojas en tono brusco y sin dejar de escribir.

Esperanza, ruborizada, intentó salir luego; pero Rodríguez se adelantó a tenderle la mano, viendo que la vejarruca se había colado dentro del despacho.

—Viene usted muy guapa, Esperanza.

—Y usted se ha vuelto muy galante, Rodríguez —respondió ella con zalamería.

—Galante, ciertamente, si se me compara, sobre todo, con algunos tíos que tienen menos educación que un chimpancé.

Esperanza vio al sesgo a Lara Rojas, y sus dos ojos pequeños, vivarachos e intensamente expresivos, dieron las gracias a Rodríguez.

—Hasta luego; me voy, me voy... Los caleros están esperando desde hace dos horas a papá y yo no lo puedo encontrar.

—Que los caleros esperen... Vamos a ver, ¿para quién se ha trajeado así?

Esperanza echó un vistazo a su falda gris de invierno, muy ajustada a su cuerpecito bien formado, y luciendo sus dientes blancos y menudos, contestó:

—Pues para usted, hombre, para usted...

—O para Ricardito de Lara, por ejemplo.

Esperanza plegó con monería su hociquito de rorro en un gesto despectivo y Rodríguez, sonriendo, se caló las gafas e hincó sus ojos de aguilucho incitándola a que hablara.

—¡Bah, el pelmazo de Ricardito de Lara! ¡Con su cara de cirio pascual y sus cabellos de jilote!

Luego, muy ruborizada, se mordió los labios:

—Dispense, señor Lara Rojas; no me acordaba de que Ricardito es su sobrino. La culpa es de este diantre de Rodríguez que tiene gusto especial en hacer a una hablar de más. Son puras bromas, señor Lara Rojas; no se enoje usted.

Esperanza encogió los hombros y se apretó la nariz. Rodríguez rió a carcajadas, pero Lara Rojas parecía no percatarse de nada, arrebatado por su fiebre de trabajo.

—Bueno, Rodríguez —dijo Esperanza poniéndose muy seria y llamándole a distancia de Lara Rojas—; ¿qué le va a usted con que yo tenga novio o no le tenga, con que sea éste o el de más allá, que no pierde ocasión de preguntármelo como si le interesara mucho?

—Es muy sencillo de explicar; ahora le hablo de usted y todavía ayer le hablaba de tú. Claro que si yo, después de haberla traído en mis brazos tamañita así, de haberla ayudado a desatar la lengua, a saborear golosinas, fui su mentor con las muñecas, bien puedo aspirar a seguir siéndolo con... sus muñecos.

—Pues sepa mi mentor, entonces, que no tengo novio ni quiero tenerlo, porque el que me gusta para marido tiene un pero..., ¡un pero del tamaño de la parroquia!

—¡Anda, Esperanza, cuenta!

—Sí; figúrese que es viejo, feo y, lo que es peor todavía, ¡pobre!

—¡Caracoles, Esperanza, me asustas!... ¿No son alusiones personales?

Esperanza prorrumpió en una risa fresca y sonora, y escapó. Al agitarse sus ropas, quedó el perfume del agua y del jabón.

—Hola, Rodríguez; ¿aún hace usted sus bellas conquistas? —habló con insidia Lara

Rojas—. La verdad es que su amiguita es bellísima.

—Esperanza es fea, amigo Lara Rojas; pero tiene algo que a otras les falta; cerebro y corazón.

—¡Qué fea, hombre! Un tipo muy distinguido..., ejemplar auténtico de la heroica raza de Cuauhtémoc. ¡Lástima que por eso mismo los afeites le resulten como una pistola a un Santo Cristo!

—Qué bausán es usted, Lara Rojas.

Se abrió la puerta. Don Ignacio salló, departiendo muy amablemente con la viejecilla, y Rodríguez fue a su encuentro, con un cartapacio. De pie, don Ignacio firmó algunos documentos y se los devolvió.

—¿Ha venido don Juan Viñas, Lara Rojas?... Digale usted, cuando llegue, que he ido a esperar a su obra.

Rodríguez sólo se detuvo el tiempo preciso para arreglar de nuevo sus papeles mientras que Lara Rojas seguía escribiendo direcciones sin descanso.

*

—Le han tomado la delantera —dijo Rodríguez a don Juan Viñas, con quien tropezó a media cuadra del despacho de don Ignacio—. ¿Ve aquel coche? Pues es el de él. Va a esperar a esa famosa obra que está usted construyendo.

Don Juan levantó las manos al cielo, afligidísimo.

—¡Pero cómo no me lo anunció!... Yo habría venido a esperar a antes de que abrieran su despacho. ¡Qué pena! ¡Qué mortificación!...

—No es para tanto, don Juanito; se pierden solo unos segundos. Tomamos el tranvía que va a salir. Yo voy a recoger unas firmas por ese rumbo. Lo acompaño y lo dejo en sus propios terrenos.

—¡Válgame Dios, qué pena que llegue el señor Ignacio y no me encuentre!

Resignado, don Juan tuvo que tomar el tren, que se acercaba.

—¿Y qué tal? —interrogó Rodríguez—. ¿Marcha eso?

Don Juan no le contestó, su atención iba puesta en el vehículo; parecía extraordinariamente lento, interminables las paradas en cada esquina. Su desazón e impaciencia contraían aquella su cara bonachona, cercada de negra barba, de ojos dulzones, como estampa de Divino Rostro.

—¿Pero de veras, don Juanito, es empresa de chispa? —insistió Rodríguez.

—Solo dos personas en el mundo, Rodríguez, ponen en duda el éxito de este negocio, y dos personas..., ¡ja... ja..., ja...!, que no tienen cara para decir «esta boca es mía»... Usted y mi mujer. Pero mi mujer está disculpada; al fin y al cabo, las mujeres qué saben de negocios; pero usted, Rodríguez, usted que ha echado canas en el comercio, ¿venirme a mí con esas? ¿Se acuerda de lo que me dijo hace diez años, cuando pretendí cambiarme de «El León de Oro» a «La Sultana»? «Don Juanito, “La Sultana” le viene floja; allí no va a sacar ni para la renta.» Mi mujer fue exactamente

de la misma opinión. La fortuna mía ha sido no hacer caso de mi mujer ni de usted para estos asuntos, y a eso debo el haber hecho el capitalito que tengo. ¿Digo mentira, Rodríguez?

—Es cierto —contestó el dependiente de «La Continental», humillado.

Luego siguió hablando consigo mismo, la mirada vaga y como ausente: «Debo de ser un financiero detestable. Tengo veinticinco años de servir, yo que odio la servidumbre. En veinticinco años, he criticado con saña sangrienta cada proyecto de mis patrones; he reído con hondo placer de la estupidez de mis jefes y sus congéneres. Y he aquí que, mientras ellos siguen enriqueciéndose más y más, solo de canas me he enriquecido yo. Seguramente que esta mi lógica de que tanto me envanezco no es sino el colmo de lo ilógico...»

—¡Ah, qué Rodríguez! —clamó don Juan—; ¡ha perdido el tiempo en leer libros y papeles que a nada conducen, que no dejan nada!

Rodríguez oyó la voz de don Juan, lejana, sorda, como iba escuchando el rodar del tren.

«Todo se reduce, pues, a que mi mundo interior no concuerda con el mundo real o, lo que es lo mismo, a que soy un inadaptado, un fracasado... ¡Y, sin embargo!...»

El tranvía se detuvo y don Juan Viñas, como loco, se echó a correr por la tierra suelta, en dirección del carruaje de don Ignacio, que acababa de descubrir en las inmediaciones de su obra. En su entusiasmo, se olvidó de despedirse de Rodríguez.

Éste lo veía correr en medio de una nube de polvo. Y sonriendo repitió entre dientes: «¡Y, sin embargo!»

VI

Al pasar por «La Sultana» don Juan se detuvo estupefacto. Veía en las rendijas de las puertas los filetillos rojos e indecisos de una luz interior. Llamó con desasosiego.

—¿Eres tú, Juan? —hablaron dentro—. Allá voy, allá voy.

—¡Qué susto me has dado, mujer! ¿Pero qué haces a estas horas aquí?... ¡Las once y media!

—Como tardabas en volver, vine a recoger la venta.

Elena echó los aldabones de la puerta y tornó a envolver pilas de centavos en cuarterones de papel.

Apagadas las bombillas eléctricas, solo una débil lámpara de aceite, cerca del contador, poblaba de penumbras el alongado despacho. Don Juan recorrió minuciosamente las cerraduras, puerta por puerta.

—¡Anda —clamó de pronto—, si Esperanza tampoco se ha acostado!

Un instante se detuvo a contemplar a su hija que, en un extremo, arrellanada en un sillón, torcido el busto, los brazos sobre el mostrador y la frente sobre las manos, dormía apaciblemente.

De puntillas regresó junto a su mujer.

—¡Qué guajolote, Juan!... ¡Un caldo de alabar a Dios! —dijo Elena chupándose los labios.

—¿Y el pulque? —interrogó don Juan, dándose una palmada en la frente.

—¡Ah!, ya sabía que habrías de olvidarlo...; has tenido tanto quehacer... Pero yo lo he encargado a «La Xóchitl» y del más tiernito.

—Bien hecho, Elena; el chamaco no prueba de otro. No se quejará ahora de que solo a papá se le festeja con pulque y guajolote, en su cumpleaños. Le habría traído hasta música, pero estamos de luto... ¡Los señores del Llano!... Tú sabes. Pícaro muchacho; me ha dejado con tamaña boca con su relación de los virreyes. ¡Qué sabía yo de virreyes! En mi tiempo no se enseñaba eso. Silabario, catecismo del padre Ripalda, Fleury y la cuarterola. ¡Eso sí, qué bien nos enseñaba la cuarterola tío *Chonito*! Él no sabría con qué mano se persignaba; pero en eso de la cuarterola no tenía cuate.

—¡Ah, pudiéramos mandar a Juanito al colegio el año que viene! —dijo suspirando Elena.

—Bien sabes que ahora es imposible.

—El año pasado era fácil, tan fácil que lo dábamos por hecho.

—El año pasado no pensaba siquiera en la empresa que ahora; tú lo sabes.

Elena suspiró otra vez, pero no replicó.

—Es cosa de esperar solo dos años —agregó don Juan, afligido por la pena de su mujer—; dentro de dos años comienzan los beneficios... ¡Qué utilidades!... Ya verás, Elena; nuestros rendimientos van a doblarse sin más trabajo que estar extendiendo recibos y recibos. La obra está comenzada; dentro de un año, es decir, en noviembre o

diciembre del entrante se concluye; en cuatro más las fincas estarán secas y habitables, y luego..., rentas y rentas...

—Y réditos y réditos —hizo eco Elena.

Don Juan dio un salto:

—Pero es que tú no me quieres entender o que yo no puedo explicarme.

Paseó sus dedos gruesos, encallecidos, por la revuelta cabellera y frunciendo el entrecejo, muy preocupado, dijo:

—Mira, Elena; por ejemplo...

Extendió sobre el mostrador una hoja de papel de estraza y comenzó a echar líneas y cifras.

—De A a B, las fachadas Oriente; de B a C, las Norte... Estas rayas son las divisiones... Fíjate: cada casita tiene su sala, recámara, patio y he aquí su excusado y baño. Atiende: veinte casitas por cada costado, ochenta por manzana... ¿Cuánto puede ganar cada una, Elena?

Como su mujer no le contestara, entretenida en alinear montoncitos de dinero en la caja fuerte, don Juan optó por responderse:

—Diez pesos; clarísimo. Sin disputa alguna, casa por diez pesos mensuales, en esas condiciones, es regalada. Y bien, ¿qué obrero que gane un peso diario no puede destinar diez pesos mensuales a una buena casa? Ochenta casitas, pues, a diez pesos al mes, ¿qué tantos nos dan?

—Ochocientos pesos, papacito —clamó de súbito Esperanza, alborozada y de pie—. ¡Qué gusto! Entonces sí voy a comprarme mis zapatillas de tacones altos, altos; unas medias caladas como las que trae Teresa del Llano... ¡Pobre y tan fea!... ¿Se las vio en misa, mamá? Primorosas; se ve el tejido muy fino como tela de araña y luego un color de rosa bajito, muy bajito... ¡Ah, y también un traje «hecho», no como éste...! Parezco criada...

Levantó un poco su falda de percal y con gesto compungido se vio las botas descosidas, con los botones descabezados y las suelas torcidas.

Don Juan la atrajo y la besó en la frente.

—Mañana vas a «La Carolina», pides el calzado que más te guste y escoges una falda.

Esperanza, pasmada, abrió los ojos y apretó las manos, llena de regocijo.

—¡Ay, qué Juan! —exclamó Elena desaprobando el despilfarro.

—A ver, papá, enséñame los proyectos —dijo Esperanza apresuradamente, como si temiera que una discusión inoportuna echara por tierra los ofrecimientos de don Juan.

Tornó éste a desplegar sus papelotes y, con mayores ánimos, repitió las explicaciones. Y vuelta a tirar líneas y a echar números, sumas, restas, multiplicaciones. Y que tantas hornadas de ladrillo y tantas toneladas de cal y que la mano de obra...

Puso los papeles sobre la falda de Elena, que había acabado de contar el dinero y

escuchaba distraídamente, descansando su cara delgada y medio marchita ya sobre una mano larguirucha, magullada por el mucho trabajar.

—Cuarenta mil pesos —continuó vivamente excitado don Juan—, cuarenta mil pesos, centavo más centavo menos, es el costo total de la obra. Pues bien, veinte mil los tengo depositados en el banco hace cinco años, veinte mil están en papeles seguros... ¿A qué vienen, pues, tus repulgos?

—Lo que yo digo es que, si ahora no somos ricos, nada nos falta tampoco.

—Mamacita —dijo Esperanza impaciente—, ¿nos harían daño dos o tres pesos más, por ejemplo, en tu diario?

—Todo santo y muy bueno, ya lo dije; pero Juan va a coger un negocio que no conoce.

—Cuando mi papá puso su tendejón, con catorce pesos de capital, no sabía vender ni caramelos. Tú me lo has contado.

Encantado de la respuesta, don Juan volvió a besar a la muchacha.

Elena inclinó la cabeza, pero sin acritud.

—¡Dios Nuestro Señor tenga en su santo descanso el alma del señor don Juan José del Llano! —exclamó fúnebre don Juan—. A él se lo deberé todo. A ti no te he contado, Esperanza, cómo pasó esto. Pues ya verás: un día fui a dejar un depósito al banco; don Juan José, que charlaba adentro con el gerente, disimuladamente se acercó y me dijo, «Espéreme, don Juan; por ahí nos vamos juntos.» Yo me quedé admirado, pues aunque don Juan José y yo nos conocíamos, nunca se había cruzado palabra alguna entre los dos. Buenos días y se acabó. Bien; salimos a la calle y me habló así; «Pero, hombre, don Juan Viñas, usted todo un comerciante, ¿se resuelve a tener veinte mil pesos depositados con la miseria del cuatro por ciento anual? ¡Eso no es ser comerciante! Vaya por allá a su casa: Ignacio, mi hijo, le dará cualquier bonito negocio.» ¡Dios lo tenga en su santo reino!

«Amén» —bostezaron las señoras. Y los tres, silenciosamente, se retiraron a sus aposentos.

VII

La entrada de Rodríguez produjo un tumulto. Poco faltó para que la chiquillería que retozaba en el patio no lo hubiera derribado. Los gritos descomunales de Juanita y sus colegas hicieron salir a don Juan de la trastienda con un cucharón colmado de piloncillo:

—¿Qué es?... ¿Qué pasa?...

Elena y Esperanza, arrebuadas en sus rebozos para no coger un aire frío, salían también de la cocina, empapadas de sudor y llenas de alarma.

—¡Ah, ya sé! —exclamó Esperanza, brillantes los ojos de alegría—. Es Rodríguez con la cuelga de Juanita.

—¡Niños, basta, por Dios, dejen a ese hombre! —seguía gritando don Juan risa y risa.

—¡Viva Rodríguez!

—¡Viva Rodríguez!

Y Rodríguez casi desaparecía entre cabezas, piernas, brazos y cuerpecillos que por asalto le trepaban por delante, por la espalda, por los costados y hasta los hombros mismos, y lo desvalijaban sin piedad.

Rojo, caliente y medio sofocado, pero radiante de alegría, logró escapar luego que la turba se tiró de barriga a juntar piñones, cacahuates, nueces y avellanas; todo el botín ganado.

Cuando, a las dos, todo el mundo estaba ya en la mesa, dijo Rodríguez:

—¿Por qué no viene Elenita a comer con nosotros?

—Está dándole de comer a Perico —respondió Esperanza—. Cuando se le llega la hora, nadie aguanta su cólera.

Elena se había retirado, en efecto, a su recámara. Desbordando ancha silla de tule con sus amplias caderas de múltipara, abría su camisa a un gandul de tres meses que se arrojaba voraz sobre el blanco y redondo pecho hasta dejarlo acerado y flácido. A sus oídos llegaba la garrullería incesante de los chicuelos, las sonoras carcajadas de don Juan, los gritos de taladro de Juanito y la grave voz de Rodríguez.

La fiesta acabó con merienda al atardecer, en el campo. Un carro apretado de muchachos, los amigos de Juanito y los dependientes de «La Sultana».

La gente de más respeto seguía detrás, unos a caballo y otros en burro.

—¡Mucho juicio! —recomendó don Juan—. ¿Qué dirán los señores del Llano si saben que yo, Juan Viñas, y mi familia, andamos de verbena, cuando a ellos les aflige su pesar?

—Descuide, don Juanito —observó el de «La Vencedora»—; los señores del Llano no saben con seguridad ni cómo se llama...

—Ni que madre lo pa... riente —agregó don Matías, el prestamista.

Pero como tan mal hablado era éste como envidioso el otro, don Juanito no se dio por entendido y siguió adelante, muy grave y pensativo.

Juanito, a horcajadas sobre una de las varas del carretón, gritaba a taladrar los oídos, azotando las ancas de las mulas hasta hacerlas galopar.

Esperanza bromeó con los dependientes de «La Sultana» y pronto reinó la más familiar alegría.

—¿Qué es eso, Rodríguez?... ¡Cuando todos hablamos, reímos y gritamos, usted pone cara de Santo Varón...!

—Para una Esperanza —le respondió Rodríguez al oído— un Ricardito.

Esperanza se ruborizó sin saber por qué. ¿Rodríguez estaba en verdad celoso de Ricardito de Lara?

Pero Rodríguez, que venía sentado en la tabla trasera del carro, las piernas al aire, siguió mirando, mudo e indiferente, el cielo luminoso. Aspiraba el aire puro del campo, la frescura de la arboleda a los lados del camino, el aroma de las yedras abiertas y la flor de los huizaches.

El carretón se detuvo a inmediaciones de un bosquecillo; se apearon muchachos y muchachas con la olla de tamales. A la sombra de un hemicycle de frondosos fresnos se tendieron las gentes de mayor respeto: los jóvenes se desperdigaron luego en busca de *maravillas* para formar *gallos*.

—¡Cuidado, don Juanito, que ahí, entre esas matas, ha saltado don Ignacio del Llano! —gritó don Matias, pasando su mano con rapidez por los ojos abismados de don Juan—. ¿Qué piensa tanto?

—Hemos venido a tirar una cana al aire: desarruge ya ese entrecejo y que venga la cerveza —dijo don Tanilo.

—A don Juanito se le ha clavado en la mollera su «Vecindad Modelo» y, mientras no la vea acabada, nadie le sacará esa espina... Salud, señores... ¡Está superior!

—Bien, don Juanito, ¿y es verdad que es un negocio fabuloso?

Don Juan, sonriendo feliz y envanecido, habló entonces con gravedad. Todos le hicieron rueda.

Tartajoso, expuso su pensamiento como Dios le dio a entender. ¿Que cuál es su lema en el trabajo? «¡Ayúdame, que yo te ayudaré!» ¿Cuál su secreto para hacer dinero?... ¡Pst... pst!... Sencilísimo: paciencia y tenacidad. Se ahorra un centavo, porque con un centavo se completa la pila de a veinticinco: se cuida la peseta, porque con cuatro pesetas está hecho un peso, y ese peso sirve para completar el primer billetito de a cien. Este se cuida como la niña de sus ojos para llegar a convertirlo en uno de a mil... Y así sucesivamente. Paciencia, tenacidad y honradez. Ese es todo el secreto de las gentes ricas.

—¿De modo que usted cree, don Juanito, que los millonarios han hecho su caudal trabajando?

—¡Hombre, qué pregunta!... Seguramente... Y si ellos no, sí sus padres, sus ascendientes —repuso con firmeza de roca.

—Tiene razón don Juan —habló Rodríguez, que hasta ese momento se había tenido callado y muy curioso del giro que iba tomando la conversación—; tiene razón

don Juan, y don Matías, con su pregunta insidiosa, también la tiene. Cuestión de palabras. Don Juanita llama trabajo honrado a vender arroz y garbanzo y don Matías llama robo el apoderarse del fruto del sudor de los gañanes, los bienes de menores indefensos, el haber de viudas incautas, ancianos inermes; el quitarle la camisa al prójimo con la ayuda de las autoridades civiles o eclesiásticas. Pero todo se reduce a palabras. Unos trabajan vendiendo garbanzo bien picado, revuelto con el de la última cosecha, y así salen de sus *mulas*; le quitan cien gramos al kilo, rellenan la morcilla de huesos molidos, etc., etc... Los primeros no se andan por las ramas; de un solo golpe desvalijan a la docena de cándidos que Dios pone al alcance de su mano, y los otros, poco a poquito, se van comiendo a los suyos. Quiero decir que su trabajo, tanto de unos como de otros, difiere en cantidad..., no en calidad. ¿No es cierto, don Matías?

Don Juan permaneció un instante intrigado, indeciso y sin comprender. Pero luego que vio reír a don Matías a pierna tendida, barruntó el sentido de las frases de Rodríguez, y se puso en pie, frenético:

—¡Rodríguez, miente usted, miente usted!... Si no lo conociera de bromista como es, no se lo perdonaría nunca. ¡Miente, miente!... Le gusta picarme la cresta; eso es todo. Señores, yo les juro por la sagrada memoria de mis padres (que Dios tenga en los cielos) que jamás he robado un centavo a nadie...

Trascendían sus palabras tal candoridad y tanta buena fe, que nadie se atrevió a replicar.

Entonces don Juan se creyó vencedor por la fuerza de su verbo y habló sin tan ni son. Pero si sus pensamientos eran confusos y embrollados, sus ojos decían la inocencia perfecta de su alma, y su cara fresca, sin una arruga donde esconder un solo secreto, afirmaba su bondad inquebrantable.

—Si la fe hace milagros, don Juanita, la voluntad los hace más grandes. Usted está rico y se hará más rico. Usted lo merece —dijo Rodríguez profundamente conmovido.

—Señores, vamos a desentumir las piernas.

Al regreso reinaron la misma cordialidad y alegría. Rodríguez y Esperanza prefirieron seguir a pie tras el carro, para mejor contemplar el paisaje.

El sol se ponía. Rodríguez, distraído, comenzó a tutear a Esperanza, como cuando era una chiquilla.

—¡Mira qué tarde!... Los hilos del telégrafo parecen festones ondulantes de luz. Las casas de adobe se han vestido de púrpura impalpable. ¡Qué triste es esa sombra que descende de lejos y va inundando presurosa los campos!... Y este cielo cubierto de plumosos cárdenos... ¡Qué triste el frío del atardecer!...

Esperanza ahogó un suspiro. Tras algunos minutos de silencio, Rodríguez volvió a hablar:

—¡Tardes de otoño!... ¡Yo soy una tarde de otoño!...

Y Esperanza se sintió, de improviso, contagiada de la profunda tristeza de

Rodríguez; pero no sabiendo qué decir, suspiró otra vez.

VIII

—Hay que repartir la limosna entre los pobres, Ignacio —dijo Teresa, rompiendo el silencio sepulcral que reinaba hacía largos minutos—. Fue su última voluntad —balbuceó, llevándose el pañuelo a los ojos y evitando que las lágrimas abrieran surcos en su cara confitada.

El padre Jeremías volvió su rostro mortecino hacia Teresa; don Bernabé se llevó el puro a los labios, sin alzar los ojos, y don Ignacio, derecho e impassible, continuó con su mirada de esfinge perdida en la media luz de nácar que un globo de alabastro difundía por los ámbitos del comedor.

Armonizaban con aquellas cuatro graves siluetas un gran cristal remendado, en el fondo del comedor: la talla barroca de los aparadores, en las cabeceras, y todo el decorado rezumando pujos de nobleza y austeridad.

Cuando un criado puso la sopera sobre la mesa, habló don Ignacio:

—¿En qué forma habrá de repartirse esa limosna?

—En dinero —contestó pronto Teresa—: lo he pensado bien: una boleta del señor cura o la recomendación de alguna persona cristiana y la conciencia bastará para socorrer a quien la presente.

—Los pobres de profesión, es decir, los que menos necesitan, serán los beneficiados —observó con desmayada voz el padre Jeremías, acercándose al platillo de sopa vaporizante.

—Pues entonces —replicó Teresa arreglándose la servilleta y metiendo bien las sortijas en sus dedos pequeños y achatados— se podría dar una mensualidad al hospital o a cualquiera otra casa de beneficencia. Se me ha ocurrido también.

—Los donativos a las instituciones piadosas —dijo entonces don Bernabé— pasan por tantas manos antes de llegar a su destino que es más que problemático el beneficio efectivo.

—Y lo que acabo de decir —añadió el padre Jeremías dejando ver una llamita luminosa en el fondo de sus ojos habitualmente inexpresivos—: se beneficiarán en todo caso los pobres de solemnidad, mientras que los otros, los verdaderos pobres, los que por vergüenza de sus miserias sufren todos los horrores de la miseria, esos no alcanzarán nada.

—Ciertísimo —afirmó Teresa con calor—: las viudas de familias decentes venidas a menos: los huérfanos que, en vez de una mano protectora, encuentran abiertas las puertas de los vicios...

Don Bernabé miraba de soslayo el semblante enigmático de don Ignacio, esperando su parecer.

—Dice el proverbio: «Lo que tu mano derecha dé, que tu mano izquierda lo ignore» —dijo don Ignacio—: así es que no interesa tanto la persona cuanto la forma en que debe hacerse el donativo.

—Pues yo optaría por escoger diez viudas pobres, pero decentes, para que ellas

recibieran el socorro en proporción a su necesidad —dijo pronta Teresa.

—Bien, ¿y recibirán el donativo en una sola emisión o en pequeñas partidas periódicas?

—En una sola, naturalmente —contestó Teresa—. ¿Quién habría de estar soportando el constante espectáculo de rostros desconsolados a las puertas de la casa?

E irguió su busto lleno y arrogante, arreglándose con la punta de sus dedos cetrinos los postizos del peinado.

—La razón principal no sería ésa —corrigió enérgicamente don Bernabé—. Principio inquebrantable ha sido en nuestra familia el no contraer, nunca ni por motivo alguno, compromiso grande ni chico, obligaciones propias ni ajenas.

Todos asintieron respetuosamente. Se habían olvidado de uno de sus dogmas.

—Entonces hay que hacerlo en una sola emisión —dijo don Ignacio—: Pues bien, hacer el donativo en una emisión es igual a tirar este dinero al arroyo. Supongamos. Teresa, que vas a disponer de mil pesos desde luego para dar principio a la obra. ¿Qué harías?

—Pues sin vacilación comenzaría por María Alamillo, la viuda de aquel viejo escribiente de nuestra casa, que murió tísico el año pasado. Están en la miseria más espantosa: ayer vino ella a darme el pésame con su hija la mayor, una jovencita de quince años. Son ocho por todos y cuatro de ellos están en cama, enfermos de paludismo. Han hecho milagros con la ropa vieja que les di el año pasado. María está muy delgada y como un pan de cera: comienza ya a toser.

—Bien. Pues si María Alamillo, hoy sin un centavo, recibe lo suficiente para comer una semana, lo primero que hace es correr al mercado a abastecerse de fruta, dulces, golosinas, muñecas para los chicos, y mañana mismo María Alaminos tose y retuerce las manos de ver a sus hijos febricitantes, sin remedios y sin pan. Y si recibe lo suficiente para comer un mes, hace un festín y convida a sus amistades, y si tiene para comer un año, inventa un viaje a Sonora, por ejemplo, donde es posible tenga algún desconocido pariente a quien reconocer —dijo don Ignacio.

—Como si lo estuviéramos viendo —asintió al punto Teresa, conmovida hasta las lágrimas.

—Y a la mañana siguiente —concluye don Ignacio— María Alamillo, en la miseria más cruel, tose como tosió hoy y sigue apretándose las manos como las está torciendo en estos momentos al ver a sus hijos morir de hambre.

El portero anunció al dependiente Villegas. Don Ignacio se llevó la servilleta a los labios y salió hasta la puerta del zaguán. Hizo entrar a Villegas y en el corredor hablaron en voz baja.

—Es Villegas —dijo don Bernabé—; ha de venir a avisar el resultado de la proposición que Ignacio hizo para formar una Junta de Caridad.

—¿Qué objeto se proponen con eso? —preguntó Teresa.

El padre Jeremías explicó que la carestía de víveres, ocasionada por la pérdida de cosechas durante dos años consecutivos, había determinado a última hora un alza

considerable en los artículos de primera necesidad, a tal punto que a los jornaleros que ganaban treinta y siete centavos diarios no les alcanzaba, con el sueldo, ni para comer maíz y frijoles.

—¿Y qué? —exclamó Teresa sorprendida—. De que los pobres no tienen maíz ni frijol comen nopales y... ¡tan contentos!

—Es la verdad —dijo el padre Jeremías—; pero es el pretexto para hacer alharaca. Yo no sé quién ha despertado tantas ambiciones en la plebe, que nadie quiere conformarse ya con la suerte que Dios le ha dado.

—¿Quién ha de ser? —exclamó tonante don Bernabé, relampagueando sus ojos, temblorosos los bigotes grises y encerados—. ¿Quién ha de ser si no el bandido ese de Madero, que promete a los pobres haberlos ricos?... ¡Naturalmente, con el dinero de los ricos! Una propaganda de bandolerismo se levanta por todas partes. Puesto que la tierra Dios no la hizo para éste ni para el otro, sino para todos, pues vamos todos a repartírnosla.

—¡El comunismo! —dijo lúgubre el padre Jeremías.

—Sea lo que fuere, lo cierto es que la carestía es un hecho, que el bandolerismo se está desarrollando de una manera muy alarmante. Es preciso, pues, que mientras el gobierno nos manda fuerzas para sofocar cualquier intentona de pillaje, tengamos pacífica a nuestra gente, haciendo bajar el maíz lo más que sea posible.

Don Ignacio regresó con mayor vivacidad en sus miradas y su gesto más animoso. Pero todo fue cuestión de breves instantes. Su cara de esfinge volvió a ocultar herméticamente su pensamiento. ¿Noticias buenas? ¿Malas noticias? Solo podía asegurarse que las había. Pero ni la descocada Teresa se permitió la más leve inquisición: todos se doblegaban ante la severísima disciplina de la casa, donde la discreción absoluta era uno de sus lemas.

Tras un prolongado silencio habló, al fin, don Ignacio:

—Puede ser que se presente ocasión de cumplir los deseos de nuestro padre de una manera mejor que cuantas se nos han ocurrido hasta ahora... Quizá no sea muy tarde...; tal vez mañana mismo, en la Junta de Caridad.

Dieron las diez. Solemnemente se pusieron en pie. El padre Jeremías dio gracias a Dios por todos los beneficios recibidos durante el día; luego se saludaron todos y se retiraron a sus habitaciones.

IX

El acuerdo de la Junta de Caridad fue breve, pero «de los que deben grabarse con letras de oro en los gloriosos anales de nuestra historia», que dijo Lara Rojas en su discurso.

Y cuando don Ignacio se levantó para hablar, se oía el vuelo de una mosca.

Su palabra fue seca, cortada, aguda y vibrante como de metal:

—Pongo a disposición del Ayuntamiento cinco mil hectolitros de maíz para que se realicen a la mitad del precio corriente en plaza. Me permito indicar las medidas previsoras siguientes: prohíbese la venta de maíz a precio mayor de tres pesos el hectolitro: segunda, conmíñese con multa de cien a quinientos pesos a los infractores.

—¡El gran timo! —susurró Rodríguez al oído de su vecino, don Juan Viñas—. ¡El timo de la caridad!

Un voto aclamatorio aprobó la proposición y un aplauso estruendoso estalló bajo las bóvedas de la sala del Ayuntamiento.

Lara Rojas, entonces, se puso en pie:

—Señores, en nombre del Muy Ilustre Ayuntamiento, a quien tengo el alto honor de representar: en nombre del Pueblo Soberano de esta población, quiero dar las gracias al insigne benefactor..., al gran benefactor...: mejor diré a nuestro gran benefactor...

Lara Rojas tosió, carraspeó, desalojó su nariz, dando tiempo a que vinieran a su memoria las palabras siguientes de su peroración:

—Sombras beneméritas de don Juan Pablo del Llano, de don Lucas del Llano y de don Juan José del Llano... que reposáis bajo las bóvedas de este augusto recinto...

Y tendió su diestra hacia unos bustos bizcos y narigudos, de patillas blancas y cuellos descomunales, que adornaban los muros del salón, entre Miguel Hidalgo y Costilla, Benito Juárez y don Porfirio.

—La proverbial filantropía de los señores del Llano..., jamás el pueblo atribulado acudió a ellos en vano... Señores, doy las gracias al señor don Ignacio y a su muy apreciable familia por tantos favores.

Un tic le hizo plegar frente, nariz y boca, y descendió de la plataforma.

Don Ignacio volvió a hablar:

—Es de la más estricta justicia advertir a ustedes que nada tienen que agradecerme ni a mí ni a mis hermanos. En el testamento de mi padre hay una cláusula... un legado para los pobres, por valor de quince mil pesos. Yo, como albacea debidamente autorizado, hago la distribución en esa forma.

La asamblea no pudo contenerse. De nuevo atronaron los aplausos.

—¿Cuántos meses vamos a comer maíz picado, don Juanito? —preguntó Rodríguez, ya fuera, socarronamente, a don Juan Viñas.

Pero don Juan le había perdido ya la voluntad y, sin responderle, hizo la señal de la cruz con su mano oculta en un bolsillo.

Durante cuatro meses el maíz se vendió a tres pesos. Maíz picado, agusanado, casi hecho tamo. A los cuatro meses, y de un salto, subió a seis pesos.

Don Ignacio rindió cuentas, entonces, a sus hermanos. A horas calladas de la noche, se reunieron en el escritorio. Don Ignacio abrió libros y Teresa hizo apuntes.

—Mi compra a García Rocha, de Tepatitlán: quinientos hectolitros de maíz a dos setenta y cinco... Fletes, acarreo, embarque y comisiones... ¿Total?

—Catorce mil novecientos noventa y cinco pesos —contestó al punto Teresa.

—Mi venta al Ayuntamiento, del mismo maíz, a García Rojas, a tres pesos hectolitro...

—Quince mil pesos... Diferencia, cinco pesos.

—Bien; la ganancia que debíamos haber obtenido en este negocio asciende justamente a quince mil pesos, puesto ¡que se ha vendido a la mitad del precio corriente en plaza! Quince mil pesos, pues, repartidos entre los pobres, cumpliendo la última voluntad del testador. Ven ustedes cómo se ha obedecido al pie de la letra su mandato; se ha hecho un servicio general y equitativo y todo sin sacar un solo centavo de la caja... Pero hay más todavía. Escribe, Teresa: cinco mil hectolitros comprados durante la realización del maíz del Ayuntamiento a tres pesos hectolitro.

—Pero ¿dónde han encontrado maíz a ese precio? —preguntó Teresa, pasmada.

—La ley no permitió que nadie vendiera a mayor precio. Nuestros agentes Villeguitas y Lara Rojas se encargaron de comprar, por cuenta de la casa, todas las entradas que hubo en esos cuatro meses... Bien; adelante. Escribe: cinco mil hectolitros de maíz comprados a tres pesos, quince mil pesos. La misma cantidad que hoy se pone a la venta a seis pesos, precio de plaza... Como ustedes están viendo tendremos una ganancia efectiva de quince mil pesos.

—Pero es que falta liquidar a los pobres esos cinco pesos de diferencia a su favor —exclamó Teresa, que era en extremo escrupulosa.

—Efectivamente —contestó don Ignacio, cerrando los libros y dejando caer la cortina del escritorio—, que esos cinco pesos los diga de misas el padre Jeremías, por el descanso del alma de nuestro padre.

SEGUNDA PARTE

Porfirio López, panadero de profesión y presidente del «Club 20 de noviembre de 1910», por darse mayor importancia, tosió y se retorció media docena de púas que llevaba sobre los labios gruesos y duros, a los que debía su sobrenombre *el Puerco*, y dijo:

—Se abre la sesión; tiene la palabra mi compadre don Timoteo.

El tendejonero, muy emocionado, ascendió las gradas de la plataforma y dio las sensacionales noticias de la prensa del día: «El llorón de Icamole se ha fugado, cobarde como una mujerzuela, en el *Ipiranga*. Nuestro gran libertador, el señor don Francisco I. Madero, viene ya del Norte, rumbo a la capital de la República. Urge la designación de personas gratas al pueblo para constituir nuestras autoridades. Urge el programa para que el pueblo vaya a la estación del ferrocarril a saludar a su Redentor.»

Don Timoteo bajó, sudando gruesas gotas de satisfacción.

Se procedió, desde luego, a nombrar comisiones. *El Rata* se encarga de los globos aerostáticos; Pedrito, un sujeto cara de chimpancé, tizne de los pies a la cabeza, de la pólvora; *el Puerco*, de las farolas y los hachones.

Siguió la colecta de fondos.

Don Timoteo observó que se les estaba olvidando lo principal: el orador.

—El señor Lara Rojas, que dice los discursos en el Ayuntamiento —dijo el que tocaba el trombón.

Pero Crispín, el vendedor de periódicos, se levantó hecho un Sinaí:

—¿Va a ser ésta una fiesta del pueblo o de los caciques?

Don Timoteo contestó que, puesto que la revolución ya había triunfado, no había que ser cruel con los pobrecitos vencidos, y añadió: «Todos somos hijos de Dios», y que el precepto más grande del decálogo era aquel de «amaos los unos a los otros».

Con todo, la opinión de Crispín fue aclamada por unanimidad.

Se suspendió un momento la sesión porque, de puntillas, se había colado entre ellos un señor «decente». De un papirotazo *el Puerco* despabiló la vela que tenía enfrente, sobre rústica mesa de pino.

—Es el señor Rodríguez; es maderista, es de los nuestros —la voz recorrió de oído a oído toda la sala y cesó la zozobra.

—Pues yo propongo —dijo alguno— que el orador sea Felícitos Gallardo.

La idea fue acogida con aplausos. Felícitos Gallardo era socio del club, orador del pueblo desde hacía cinco lustros. Ningún supremo mandatario civil o eclesiástico, ninguna esclarecida personalidad en el mundo de las letras, de las artes o de las ciencias, había pasado por la población sin haber escuchado la cavernosa y solemne palabra de Felícitos.

Justamente lo que hizo observar Rodríguez en voz baja a su vecino de asiento. «¿No es ese señor el que entona himnos al Sagrado Corazón de Jesús en la fiesta

escolar del señor cura, el mismo que hace un mes recibió de rodillas a Su Señoría Ilustrísima, entonando piadosa jaculatoria y mereciendo el honor de ocupar un asiento al lado del alto dignatario de la Iglesia?»

Al punto, Crispín, que lo oyó todo, repitió sus palabras en voz alta.

Se levantó un rumor de protesta. «¿Y eso qué tiene qué ver? Aquí todos *semos* católicos. ¿Es envidia o caridad?»

Don Timoteo, con rara perspicacia, propuso que en votación secreta decidiera la asamblea.

—Felicitos Gallardo, por unanimidad —exclamó después de algunos minutos, retorciéndose las púas.

Crispín propuso entonces que si el señor Rodríguez quería también tomar la palabra, podría hacerlo luego que Felicitos Gallardo hubiera dicho su discurso.

Rodríguez no chistó.

—Entonces vamos a otra cosa —dijo *el Puerco*—. ¿Qué les parece de esto? ¿La alocución ha de ser en prosa o en verso?

El presidente de la mesa optaba, personalmente, por la prosa. ¡Claro!, el verso es cosa que se eleva muy alto, mientras que la prosa de Felicitos es tan clara y tan bonita como un padrenuestro.

Crispín replicó que Felicitos no tendría que dirigirse al pueblo, sino al señor Madero y a su ilustre acompañamiento.

Las opiniones se dividían cuando llegó Felicitos. Prorrumpieron en vivas y aplausos y cesó la discusión.

Rodríguez aprovechó el momento para escapar sin ser advertido.

—El verso, es claro —dijo dogmático Felicitos Gallardo—; el verso es lo adecuado, mejor dicho, lo único. Ustedes deben saber que aquí vamos a celebrar una epopeya.

—¡Una epopeya, en efecto! —clamaron a una Crispín y don Timoteo.

Y como Pedrito, el cohetero, se acercara a preguntarles tímidamente si esa doña Pompella era la esposa del señor Madero, todos rieron a grandes carcajadas y se terminó la sesión, citándose para el día siguiente a elegir candidatos al Ayuntamiento del pueblo.

II

—¿Qué rumor es ése, Lara Rojas? —preguntó desde su despacho don Ignacio del Llano.

El joven dependiente salió a la puerta. Una multitud se agitaba a distancia: sobre la masa movediza de camisas blancas, jorongos y sombreros de soyate, ondeaba una bandera tricolor. En la algarada se adivinaban vivas y mueras.

—¡Ah, ya caigo! —exclamó festivo Lara Rojas—. ¿Sabe usted, señor? Son los electores del Ayuntamiento... La remoción de autoridades que viene haciendo la gente de Madero... ¡Ja..., ja..., ja...!

—Sí, ya entiendo —contestó secamente don Ignacio. E hizo que Lara Rojas, que ya se encaminaba a su despacho, volviera a su pupitre, a trabajar.

—¿No sería bueno cerrar, mientras pasan? —interrogó tímidamente Lara Rojas.

—Si tiene miedo, puede marcharse —respondió don Ignacio.

La plebe llenó la calle. «¡Viva Madero! ¡Mueran los caciques! ¡Mueran los ladrones del pueblo!»

Don Timoteo corría de una parte a otra gritando en vano: «Moderación, moderación, señores. Todo que sean vivas, pero nada de mueras.» Una piedra estrelló los cristales de la oficina de los señores del Llano, y Lara Rojas, azorado, metió la cabeza entre los casilleros de su escritorio.

Más encendido que nunca entró precipitadamente Villeguitas y, sin saludar a Lara Rojas, se dirigió al privado de don Ignacio. Poco después, cuando la turba se había alejado, llegó con las quijadas caídas don Bernabé del Llano.

El vocerío siguió creciendo. Cada vez más cerca, cada vez más estruendoso. Comenzó a oír claramente «¡Mueran los caciques!» «¡Viva la libertad del pueblo!»

—¡Esto es inicuo, espantoso!... Ignacio, es necesario que hagamos uso de nuestras relaciones y de nuestras influencias... La pelusa ha ganado las elecciones y aquí están ya los resultados... ¡Mira nomás qué falta de respeto!...

Con el padre Jeremías, que entraba de bracero con el señor cura, se encontraron ya reunidos los señores del Llano.

—¡Es inaudito! —prosiguió don Bernabé—. ¿Adónde vamos a parar, si esto sigue así?

—Al abismo vamos —se atrevió por fin Villeguitas, que no había despegado sus labios de puro secos de miedo—. ¡La paralización de los negocios, la muerte del comercio, de la industria, de la agricultura!

—¡La ruina del país!

—¡El desquiciamiento social!... Sin respeto ya a la sociedad, ni a las familias, ni a la Religión —exclamó el padre Jeremías, tembloroso todavía.

—Es abominable lo que está pasando, señor cura —agregó don Bernabé estirándose los bigotes duros de goma. Es absurdo esto de que nosotros, la parte sana y honesta, quedemos a merced de los haraganes, de la plebe... ¿Qué juzga usted?

El señor cura miró a los que le rodeaban y habló con mansa sonrisa:

—No repruebo en absoluto esta revolución, porque podría devolvernos muchos de nuestros derechos perdidos; pero la Iglesia y Dios Nuestro Señor serían más honrados si al frente de este movimiento no estuviera ese pobre hombre de Madero que, no solo lleva la lepra del librepensamiento, sino también la de masón, espiritista... ¡Qué sé yo cuántas cosas más!

Todo el mundo, horrorizado, se tapó las orejas.

Entonces hizo irrupción don Juan Viñas.

—¡Señores, ha triunfado la plebe, ha triunfado la plebe!

—¿Y quiénes son los agraciados? —inquirió, irónico, el señor cura.

—Presidente del Ayuntamiento, don Timoteo, el de «La Bandera Mexicana»; munícipes, Casimiro Bocado, Amado Borrego, Toribio de la Vaca...

—¡Ya..., ya...; con lo que basta! —clamó regocijado Lara Rojas—. El pueblo se ha dado ya su atracada; ya sació su hambre y sed de justicia. Casimiro Bocado, tortas y tostadas, quesadillas de sesos de puerco; Amado Borrego, se rasura, riza y corta el pelo; Fulano de Vaca, segundo trombón de la banda municipal...

—¡El triunfo de la hilacha! —comentó, frenético, Villeguitas.

Prorrumpieron en carcajadas y se despidieron.

III

Al salir de «La Continental» Rodríguez iba a visitar a Esperanza. Cuando Elena estaba cansada de zurcir medias, de remendar ropa o de planchar, salían a orillas de la población. Elena se fatigaba pronto y se detenía a reposar al pie del primer árbol que encontraba. Juanito, como potro en mayo, retozaba por el llano, y cuando se rendía de correr, regresaba a escuchar con mucha atención la charla de Esperanza y de Rodríguez, quienes caminaban paso a paso al azar.

—Pero ¿qué, de veras, te divierte Rodríguez, Esperanza? —le preguntó Elena un día, con extrañeza.

—Muchas de sus conversaciones me dejan en ayunas; pocas se las entiendo bien a bien; pero eso es cabalmente lo curioso; que me divierte tanto que no siento correr el tiempo.

Elena estaba intranquila; había observado que Rodríguez se volvía más pulcro; a diario se afeitaba; sus cuellos parecían de porcelana; sus trajes le caían muy derechos y muy limpios.

—¿Qué te platicó ahora tanto Rodríguez, Esperanza? —le preguntó otra vez Elena.

—¡Oh, mamá, cómo te voy a explicar! Mira, comenzó a hacerme notar los cambiantes del crepúsculo, que una nube parecía un cuajaron de sangre —¡y de veras!—, que el horizonte era un lago de topacio. ¿Conoces los topacios, mamá? La piedra que trae en el cuello Teresa del Llano es un topacio. Que la luz era una llovizna de oro... ¡y qué sé yo! Lo chistoso es que acaba con unas distancias... Que quién sabe qué del alma universal, primero; después, que la revolución va a ser un fracaso, porque el pueblo no está apto para la..., ¿qué?... ¿para la qué, mamacita?... Quiere dar a entender que la gente pobre no puede gobernarse sola.

Una tarde vagaban a orillas del pueblo. Mientras Elena se llevaba el pañuelo a la nariz, al atravesar un arroyo pestilente, Rodríguez se extasiaba en la soledad y el silencio del barrio arruinado. De entre las piedras de una cerca salió de pronto, casi arrastrándose, un gato viejo que maullaba lastimero. Demudado, Rodríguez corrió a coger el animal decrepito, erizo y macilento, lo llevó a sus brazos y, sin decirles adiós siquiera, partió con él a su casa.

Elena no sabía qué pensar, pero Esperanza rió mucho.

—¿No sabías que tiene esa manía? Su casa está llena de perros y gatos. Dice Juanito que uno de sus perros está tan gordo que le arrastra la barriga, que tiene el pelo negro y tan suave como terciopelo. Los quiere más que si fueran sus hijos.

—¡Es un loco! —dijo Elena. Y no volvió a preocuparse más por él.

IV

Elena preguntó a don Juan si se sentía enfermo, pues el portaviandas le había sido devuelto de la obra, sin abrir siquiera.

—¡Qué enfermo...! ¡Ja, ja, ja!... Si esta mañana he tenido mi hora de burro. Verás: cuando llegué a la obra no hallaba mi campo; me metí entre los canteros y el polvo me apretó las narices, el ruido de los escoplos y martillos me dio escalofríos. ¡Bah, los dejé! Fui con los albañiles, subí una escalera y en los andamios no pude rectificar unas medidas porque sentí que los puntales se hundían conmigo y que la cabeza me daba vueltas... ¡Un vértigo!... Me bajé, pues. El corazón me hacía pum, pum, pum... ¿Qué más? Pasé cerca de un peón que hacía la perra batiendo mezcla desde hacía una hora, sin menear las manos siquiera, y no supe cómo reprenderlo. ¡Mi hora de burro!... Bueno; pues es el caso que esta mañana, al sacar la raya, vi que apenas se ajustaba. ¡Caramba!, con doble número de gente desde hace dos meses... El dinero sale a chorros. Si los manantiales se agotan a dale y dale, cuanto y más una caja fuerte. Pero, señor..., la obra caminaba, es cierto... ¡Pero uno qué quisiera!... No se aventaja media vara en ocho días... Me animé de una vez y doblé la gente... Bueno; pues cuando vi que ya no había dinero para este sábado, me quedé frío y comencé a sudar... ¡Maldita memoria, malhaya de ella!... Ni quién se acordara de los señores del Llano y que con ellos cabalmente he contado para acabar esta obra. Acuérdome de repente y, ¡claro!, todo se arregló... ¡Mi hora de burro, mi hora de burro!... Mira...

Y Viñas sacó de la cartera diez billetes de banco de mil pesos cada uno.

—Por supuesto que nada debo: tengo letras seguras por más; pero tú sabes, ellos me han ofrecido, me han rogado... Hasta desaire habría sido el no ocuparlos.

—¿Y la fianza? —interrogó con timidez Elena, después de breve silencio.

—¿Pero qué fianza va a necesitar de mi don Ignacio del Llano, mujer?... No sabes la confianza... Si entre don Ignacio y yo...

Y muy colorado comenzó a tartajear y a turbarse notablemente.

—Es decir, fianza precisamente no... Vamos a firmar tú y yo un papelucho... Como dice justamente don Ignacio: todo hombre honrado lleva siempre sus papeles en regla y nunca lo coge la muerte desprevenido... Eso, pero no porque entre él y yo se necesite...

—¡Una hipoteca! —dice Elena, con la garganta hecha un nudo.

—Una hipoteca, sí —afirmó don Juan.

Y como no sabía mentir, descansó; pero su corazón, lo mismo que en la mañana, volvió a hacer pum, pum, pum.

—La idea es grandiosa y fácil de realizar, contando, como contamos, con el patrocinio del Señor San José y de Nuestra Amantísima Madre de Guadalupe... ¿Otra copita, señores?... La Reina Celestial le tiene prometido a su pueblo predilecto, *predilectus domini*, no abandonarlo jamás al poder del Espíritu de las Tinieblas — afirmó el padre Jeremías, con rara verbosidad.

—De acuerdo, padre —replicó el gerente del Banco Nacional, rojo como cresta de gallo—; pero a nosotros nos está severamente prohibido. Por lo demás ustedes saben que el Partido cuenta con el apoyo moral y el voto efectivo del personal de la casa... Salud...

—Salud... Los peones de mis haciendas tienen órdenes estrictas de obedecer cuanta disposición emane de nuestro Gran Partido Católico Nacional.

—Igual ofrecimiento puedo hacer de los operarios de mis fábricas de hilados y tejidos.

—Mi gente está a las órdenes de ustedes.

—La mía también.

Bebiendo copita tras copita, la veintena de asistentes a la junta protestó su fidelidad al partido naciente.

El padre Jeremías habló otra vez:

—Siento en el alma, señores, que no se acepte mi invitación en la forma que he propuesto, y solo por cobardía personal, por falta absoluta de valor civil... A la de usted, señor cura... Salud, caballeros...

—¡Está inconveniente, padre! —le dijo al oído don Bernabé del Llano.

—Salud, señores... Digo y repito; Su Señoría Ilustrísima habría visto con beneplácito el que toda la parte sana de esta sociedad hubiera formado personalmente, personalmente entendiéndanlo ustedes, la Junta Directiva de este Centro Local. Ustedes ofrecen su apoyo casi como se ofrece un puñal para asesinar a alguien. No, señores; defendemos una causa justa, una causa noble; no necesitamos ponernos máscara para esto...

Don Ignacio tosió tan fuerte que el padre Jeremías tuvo necesidad de moderar sus ímpetus. Y el señor cura, que hasta entonces habíase mantenido quieto a los desahogos aldehídicos del padre Jeremías, por consideración a sus hermanos, tomó la palabra:

—Los señores tienen razones que hay que respetar. A nosotros debe satisfacernos el ofrecimiento tan espontáneo que nos acaban de hacer.

—A ustedes mismos, señores eclesiásticos —dijo el gerente del Banco—, por razón de su sagrado ministerio, les está prohibido tomar parte de una manera ostensible en los trabajos del Partido. ¿Y qué? ¿Son por eso menos pingües los frutos que su silenciosa labor va a cosechar?

El señor cura sonrió y apuró con fruición el resto de su copita.

Entretanto, don Bernabé había logrado, sin llamar la atención, atraer al padre Jeremías a un asiento, entre don Ignacio y él mismo. Alargaba su mano otra vez el padre Jeremías hacia una botella sin descorchar, y don Bernabé, tirándole de la sotana, le dijo imperiosamente al oído:

—Ya no tome.

—Pues repito, señores —dijo el padre Jeremías, terco como un mulo—, que lo siento de verdad... Otra copita, señores... No le hagamos el desaire a este martel.

Don Ignacio y don Bernabé, a su pesar, estaban lívidos.

El padre Jeremías dejó su asiento para venir junto a su amigo el de «La Carolina». Se sentó a su lado y le recitó al oído con gran calor: «¡Sustentadme con frascos de vino, corroboradme con manzanas, que estoy enfermo de amor!»

Y el dueño de «La Carolina» le aseguró que tenía unas amiguitas muy «faines» y que bien podrían ir a visitarlas en seguida.

Se siguieron tomando copitas y se habló mucho de anarquía, libertinaje e impiedad; de las chispeantes caricaturas con que la prensa se llenaba, aludiendo a la ridícula figura moral y física del presidente *Pingüica*.

—¡Oh, hay que disculpar al señor Madero de que no atienda debidamente la cosa pública!... ¡Tiene tanto que hacer con los espíritus chocarreros!

—¡Ja..., ja..., ja...! ¡Qué oportuno es usted, señor cura!... ¡Ja..., ja..., ja, ja...!

Todos rieron hasta caérseles las babas.

—El triunfo será presto el de los buenos —clamó el padre Jeremías, ya con la capa española y el sombrero en las manos. Se despidió y, del brazo del dueño de «La Carolina», salió a la calle, encendidos los carrillos y trémula la voz, recitando otra vez: «Sustentadme con frascos de vino...»

VI

Un día Rodríguez paseaba con Esperanza y Juanito por las márgenes del río cubiertas ya de césped. Acababa de llover y sobre su cabeza descubierta caían gotas de las cabelleras del saucedal. De pronto, se detuvo como si alguien lo hubiera interrogado, y dirigiéndose a Esperanza, pero con aire ausente, dijo:

—¡Si, Madero va a caer; el gobierno de Madero se derrumba y con él se extingue el falso prestigio de nuestro México!...

Luego, abriendo mucho más sus ojos de loco y con calor creciente, agregó:

—La revolución de Madero ha sido un fracaso. Los países gobernados por bandidos necesitan revoluciones realizadas por bandidos. ¡Es triste, pero inconcuso! Hay que leer esta prensa de la oposición de hoy para conocer en cueros a los intelectuales y políticos, trasuntos fieles de las clases cultas y acomodadas. ¡Qué asco de gente! Huelen a fango, porque en él nacieron, lo respiran, se nutren de él y en él procrean. Ora en el periódico, ora en la tribuna, antójanseme sapos escapados de sus charcas levantando sus cabezas repugnantes y sus ojos miopes a un sol que los ciega. Cuando se sienten bañados de luz son dichosos; su actitud es la del que pide aplausos. Y no se dan cuenta, siquiera, de que entonces son más monstruosos que cuando permanecen asomando no más sus narices en su lodo de abyectos natos.

—¿Y los caciques? —interrumpió Juanito.

—¿Los caciques?... Pues, hombre, si aquellos son los sapos, éstos, a quienes negaré —imitando a un Papa— el derecho de tener alma, son sencillamente el lodo en que aquéllos se revuelcan.

—¡Mueran los caciques! —gritó Juanito fingiendo gran coraje. Tendió el resorte de su honda y comenzó a descalabrar caciques en cada penca de nopal que se encontraba.

VII

Un día don Timoteo, presidente del M. I. A., tomó dos determinaciones: nombrar secretario de la corporación a Felicitos Gallardo y comprarse un sombrero de bolita. Para lo primero, le bastó poner su nombre y su firma; pero lo segundo dio lugar a tanteos y vacilaciones y hasta a un reparo un poco grosero de Doloritas. «Te cae el sombrero nuevo como una pedrada en el estómago.» Pero cuando don Timoteo se resolvió a relegar a un clavo de la trastienda el venerable sombrero ancho con que dos generaciones lo hubieran conocido, su problema quedó resuelto. Se dispuso a salir a la calle y se volvió a acordar de la opinión de Doloritas. Recapacitó y dijo: «A los míos y a mis amigos les cae mal mi sombrero a la moda; ¿cómo les caerá a los caciques el que yo, Timoteo Oliva, vaya a sentarme en donde solo las nobles asentaderas de sus antepasados han descansado? ¡Claro! Como dijo el otro: “El mundo marcha” y quién sabe qué más, o lo que es lo mismo, estamos en tiempo del progreso y de “la revolución es la revolución”.»

Y se lavó la cara y se afeitó y puso sobre su cabeza de jitomate el pequeño sombrero de bola, un poco ladeado, y se marchó al Ayuntamiento, procurando imitar la gravedad de alguno de los señores del Llano, por ejemplo.

Y cabalmente por la misma acera apareció don Ignacio y con don Ignacio un problema para don Timoteo, presidente del M. I. A. ¿Le cedería la banqueta? Él, don Timoteo, sí se la cedería, y se la cedería sólo por darle una lección; para que aprendiera que el pueblo tiene más educación que los caciques. Pero él, presidente del M. I. A.; él, representante del pueblo libre y soberano, le cedería... ¡Frijoles! Aunque, bien pensado, allí, en la calle, don Timoteo no pasaba de ser don Timoteo y, por lo mismo, podría cederle la banqueta. Otra cosa sería si, por ejemplo, estuvieran en la sala de sesiones... ¡Vamos!... Pero ni en la calle se la cedería: el cacique podría tomarlo como un acto de respeto, de miedo, de humillación... No; no sería ciertamente Timoteo Oliva el que diera al pueblo, su representado, semejante afrenta.

«¿Don Ignacio me ha dado un empujón poniéndome abajo de la banqueta? Parece que sí. Bien: ¿lo ha hecho distraídamente o ha sido el suyo un acto premeditado y doloso?», se preguntó un poco desconcertado de la brusca acometida de don Ignacio, que, sin verlo, había pasado de largo.

La respuesta se la dieron las cínicas carcajadas de Lara Rojas, Villeguitas y algunos dependientes de «La Continental», que en las oficinas del frente se estaban dando cuenta del caso.

Don Timoteo se abstuvo de decir una sola palabra en el Ayuntamiento, por decoro personal y por el del pueblo, que lo había elegido. Pero al siguiente domingo *el Puerco* lo sorprendió muy temprano con un número de *El Pueblo*, semanario local.

«*Hemos sido testigos presenciales de la falta brutal que un estúpido cacique cometió con la persona de nuestra primera autoridad...*»

Un párrafo virulento donde se atacaba a los caciques y abiertamente se incitaba al

pueblo para que hiciese respetar a sus autoridades por todos los medios, *fuesen los que fuesen*.

—Pues es muy justo ir a darle las gracias al señor redactor —dijo don Timoteo, muy mortificado.

—Es lo que yo no quisiera, compadre —replicó *el Puerco*—; el redactor de *El Pueblo* está injuriando a los *señores* y eso no nos conviene, porque pueden pensar que nosotros *semos* los del papel. Ya estamos mal con ellos y con esto nos pondremos *pior*. Los señores son los señores y ellos tienen su lugar aparte.

—Comprendo lo que me quieres dar a entender con eso, compadre; pero al que le duele le duele.

—Pos malamente seguiremos si nos ponemos de puntas con ellos. Yo estaría mejor porque ya les fuéramos buscando la cara.

—Pues búscaselas tú, compadre, porque yo voy a darle las gracias al redactor de *El Pueblo*.

Y don Timoteo cogió su sombrero de bola y se lo puso con mucha monería. Salió pensando: «Mi compadre no entiende la causa sagrada de los pueblos, no sabe el significado de la palabra democracia... Mi compadre no es liberal... Aunque, por otra parte, tiene razón; los señores son los señores y tienen su lugar aparte.»

Resultó que el redactor de *El Pueblo* era Rodríguez, el de «La Continental», lo que no dejó de contrariar a don Timoteo.

Cuando salió de la imprenta, se dijo: «Es raro este señor Rodríguez; le di las gracias y hasta lo convidé para que se encargue del discurso oficial del 16 de septiembre, y ni siquiera me ha dicho “síntese, don Timoteo; vamos platicando un rato”. A pesar de eso le quise decir cuáles son mis doctrinas, y poco ha faltado para que se riera de mí, en mi propia cara, y me dijera; “Don Timoteo, es usted un animal...” No; no es ese el hombre que el pueblo necesita... Orgulloso, infatuado, soberbio... ¡Educado por caciques, al fin!»

VIII

La discusión se agrió, porque Juanito pretendía la presidencia de la mesa y *el Cuate* le argüía que no se podía ser orador y presidente al mismo tiempo. Pero como Juanito estaba en su casa y había repartido cacahuates, manzanillas y pepitorias, obtuvo por aclamación la presidencia.

Juanito, pues, agitó un cascabel y dijo:

—Tiene la palabra el orador.

Luego hizo que uno de los muchachos fuera a ocupar su lugar en la mesa, mientras que él, solemnemente, se encaminaba a la tribuna, una barrica vacía.

Las sillas de tule del comedor formaban un hemiciclo; en el fondo estaba el altar de la patria, adornado con pañuelos colorados y una escopeta vieja de don Juan; en el centro la mesa de amasar, cubierta con un tapete vetusto de la sala.

El público aplaudió mucho; luego se hizo silencio:

«Señores, celebramos el centenario de Miguel Hidalgo y Costilla. Nació en el rancho de San Vicente, perteneciente a la hacienda de Corralejo, jurisdicción de Pénjamo, siendo sus padres don Cristóbal Hidalgo y doña Ana María Gallaga... ¡Que viva!... ¡Y que viva también el ilustre Morelos y vivan los héroes de la patria! ¡Y que muera *el Cuate* y mueran los caciques!»

—¡Mueran los caciques! —repitieron los muchachos.

Luego, entre gritos, aplausos, vivas y muertas, salió Juanito de la barrica y se la dejó a otro orador.

Cuando se acabó la ceremonia, don Juan, que por ser día de fiesta no estaba en la obra, llamó aparte a Juanito:

—¿Quién te ha enseñado a decir todos esos disparates? ¿Quién es tu *señorita* de sexto?

—¡Hum, papá; si todo eso viene, en la Historia de Pérez Verdía!... ¿Nunca ha leído usted la historia de México?... ¿La señorita de sexto?... Sí, también dice lo del libro: pero a ella no le creemos nada. Fíjese: el año pasado decía que Madero era un bandido, un latrofacioso; hoy le llama immaculado patriota y nuestro Gran Presidente... Igualito a lo que decía antes de don Porfirio... ¡La creíamos y... no!...

—¿Y eso de mueran los caciques?

—¡Ah, eso no viene en el libro ni es cosa de la escuela, pero también es cierto! No piense que no más la plebe lo cree. Hasta dígame a Rodríguez que le platique algo de los caciques... Esperanza, ven; cuéntale a mi papá todo lo que dice Rodríguez de los caciques... ¡Ah, muy malos! Todo el dinero que tienen es el puro trabajo que les roban a los pobres. ¿Verdad, Esperanza? Sí, Hidalgo fue enemigo de los caciques y Juárez también y Madero también... Pero mejor pregúnteselo a Rodríguez; él sabe todo eso muy bien.

Don Juan estuvo muy preocupado ese día; pero al siguiente volvió de la calle ya contento y con una resolución:

—No quiero, Elena —dijo recalcando sus palabras—, que ese tal Rodríguez ponga más sus pies en esta casa.

Elena, perpleja, no encontró qué replicar.

—Ya me había sospechado yo la clase de pajarraco cochino que es. Pero no sabía que escribe papeles y dice discursos para la plebe. Ayer habló en el teatro, insultando a los señores... ¡A los señores, Elena; imagínate!... Lo van a despedir de «La Continental». Todo lo he sabido en el mismo despacho de los señores del Llano. Ya verás tú si vendré bien aconsejado. No quiero que se vuelva a parar aquí: ¿me entendiste? Y si a ti te falta valor, dímelo; mañana lo esperaré y, aunque haya sido mi amigo, le diré tres frescas.

—Sí; espéralo tú mejor.

En la habitación contigua, Esperanza escuchó la conversación y, a la mañana siguiente, hizo llegar a Rodríguez un recadito: «Le suplico que no venga, por razones que no le puedo dar por carta. Ya hablaré con usted.»

IX

También entre los miembros del M. I. A. hubo su altercadillo a la salida del teatro, donde Rodríguez había pronunciado un discurso y fulminado a los caciques.

—¡Malamente vamos!... ¡Malajo pa mi compadre don Timoteo y pa l' hora en que le dio envitar a ese tal Rodríguez! —dijo *el Puerco* con su voz apazguatada—. ¿Lo oyó, Felícitos? Ha dicho que la propiedad es un robo, que la religión es un mito.

—¡Socialismo! —exclamó Felícitos Gallardo, escamado por los aplausos cosechados por Rodríguez.

—Nos están agriando la conserva —observó Casimiro Bocadillo.

—Nos echan la odiosidad de los señores —agregó *el Puerco*, desolado.

—¡Dicen que es anarquista!...

—¡Y que no cree en la pureza de María!...

—¡Qué va, hombre!... ¡Ni en Dios siquiera!...

—Pues lo que yo digo —repuso Crispín— es que, pésele a quien le pese, el señor Rodríguez dijo purititas verdades...

—No, Crispín; fíjate en el senificado de las palabras... No es nomás hablar... Mira que, si nos echamos la enemista de los señores, a ti te mandan a la penitenciaría, a mi compadre don Timoteo le dejarán los entriegos y a mí con mi harina y mi manteca...

—Pues para mí... ¡plim!... Porque, como dice el periódico, no soy de los que piensan con el estómago.

—Yo propongo —concluyó gravemente don Timoteo— que se publique en la prensa que el M. I. A. de 1912 no se hace responsable de las doctrinas del señor Rodríguez. Porque aquí no es cuestión de enemistades, ni de estómagos, ni de nada de eso: es cosa de que no son nuestras doctrinas las de él, y se acabó el cuento.

Excepto con Crispín, que quebró ese día con el M. I. A., la idea fue aprobada.

Rodríguez leyó la esquelita de Esperanza, y se nubló su frente. Luego, pensativo y apesadumbrado, se encaminó a «La Continental».

Hubo un susurro entre los dependientes; pero a los rumores de voces entrecortadas sucedió en breve un silencio muy elocuente. Rodríguez entró sin saludar, como acostumbraba hacerlo de que iba de mal humor. Tomó la carta que lo estaba esperando en su bufete y la abrió. Los dependientes pusieron las caras muy largas. Rodríguez leyó, sin que se hubiese contraído una sola línea de su rostro. Con toda calma encendió un puro, lo puso en sus labios; tranquilamente tomó su sombrero y su bastón y se dirigió a la Caja.

El dependiente leyó la carta, inclinó la cabeza, y después de hojear un libro, puso en manos de Rodríguez un fajito de billetes, diciéndole en voz baja:

—Lo siento, compañero.

Rodríguez contó y registró su dinero, y salió como había entrado:

«Quinientos ochenta y siete pesos, ahorro en quince años de trabajo. Es decir, poco más o menos lo suficiente para no morir de hambre en algunos meses de cesantía... ¡Bueno; ahora importa encontrar a Esperanza...! Pero ¿para qué?...»

Un chico pasó repartiendo papeles, Rodríguez tomó uno, distraídamente. Se sentó en una banca a la sombra de un tronco en el jardín.

A los primeros renglones, su cara se plegó en una sonrisa dolorosa.

El M. I. A. de 1912 no se hace solidario de las ideas irrespetuosas que para la Sociedad, para la Religión y para la Patria ha expresado en su discurso del 16 de septiembre el señor Rodríguez.

«¡Pobrecillos! —se dijo—. ¡Además de ser tan ruines, tan intrigantes y tan malévolos como los de arriba, son un poco más imbéciles!»

Y muy triste se entregó a uno de sus interminables soliloquios.

—¡Rodríguez, Rodríguez!...

—¡Ah, Esperanza, es usted!... Cabalmente en usted pensaba y la estaba buscando.

—¿Ahí sentado?... Oiga, ¿recibió mi recadito?

—Sí, ha sido día de mi santo; primero su papá me expulsa de su casa...

—Pero ¿quién se lo ha dicho?

—Usted me lo está diciendo con su semblante en este mismo momento.

—No, Rodríguez; es que... mire...

—Luego me expulsan de «La Continental» y por último la pantomima... El M. I. A. me lanza a su vez un anatema...

Y como Esperanza, afligidísima, intentara dar explicaciones, él, con toda calma, la contuvo:

—¡Tonta!, ¡no se apure usted! Este golpe no me viene de su papá ni el otro de mis

jefes de «La Continental.» Aquí anda una mano maestra, y no es otra que la de los señores del Llano... ¡Ah, los del Llano!... Yo no le guardo rencor alguno al pobre de don Juanito. Dígale, Esperanza, que se cuide de los señores del Llano...; que me crea. En cuanto a mí, ya me lo quitaron todo: mi destino, mi porvenir y... a usted, que es lo que más siento.

Esperanza se puso como una amapola. Rodríguez, hondamente conmovido, le tomó una mano y la oprimió entre las suyas.

—¿Y ahora cómo vamos a hacer, Rodríguez?...

—¿Qué?...

—Para... Pues sí; para vernos.

Rodríguez sonrió de la ingenuidad de Esperanza; luego dijo:

—¿Y para qué?... Conserva un buen recuerdo de este viejo que tanto te ha querido siempre, desde pequeñita... No tenemos para qué vernos. Yo necesitaba hablarte, para saber quién me echaba de tu casa. Ahora lo sé y eso me basta.

—De modo que...

—Que sí nos volveremos a ver, el día que como ahora nos toque la vez de encontrarnos.

—Bueno... Entonces, adiós...

Y Esperanza se alejó pensando desolada: «No me quiere.» Y no vio que cuando él dijo adiós tenía rasos los ojos.

Al atardecer, Rodríguez salía a diario de su casa. Siempre se le encontraba vagando por los barrios más apartados, descubierta la cabeza y levantada como para aspirar a plenos pulmones el aire del campo inmediato, con los ojos vagos, sin reparar en nada ni en nadie.

Un día, Crispín, el vendedor de periódicos, lo encontró y le dijo:

—Señor Rodríguez, la perdimos para siempre. Don Timoteo y los compañeros se voltearon de parte de los caciques. Van a elegir un cacique para diputado esta noche. Pero si usted va y habla... los reventamos. Yo me llevo a los del barrio de las Maravillas...

Rodríguez, a quien la política seguía fascinando con fuerza irresistible, prometió estar puntual en el teatro donde, esa noche, habría de verificarse una junta preparatoria para la elección de un diputado al Congreso del Estado.

Los miembros del «Club 20 de noviembre de 1910» formaban el *quórum*. El candidato recomendado al club por el mismo Gobierno era un tipo de bigotes alacranados, muy derecho e infatuado, con ínfulas de aristócrata. En la tribuna estuvo displicente y, después de escupir por un colmillo, dijo con desabrimiento:

—Ustedes no deben preocuparse por la política alta. La política no está al alcance de ustedes. Voy a ponerles una comparación que puedan comprender: los jocoques se hacen de un día para otro. Pero los políticos no son como los jocoques: no se hacen de un día para otro. ¿Quieren dar candidato de entre ustedes mismos? Solo harían reír a todo el mundo: se pondrían en ridículo. Conténtense con elegir su Ayuntamiento, que es lo que les toca a los pueblos. Los diputados debemos ser hombres de una pieza, hechos ya a la lucha política, por la palabra, por la prensa. Yo soy literato, periodista... Traigo cartas de recomendación de altas personalidades de la prensa y de personajes encumbrados en el gobierno. Que eso les baste. Denme, pues, su voto para llenar la fórmula y con eso habrán cumplido con su deber de ciudadanos honrados.

Y tan hinchado como subiera, bajó de la tribuna.

Don Timoteo volvió los ojos a los asistentes. ¿Habría algún osado que replicara una palabra al señor que venía de México, que era periodista, literato y quién sabe cuántas cosas más?

El Puerco estiró los belfos y se inclinó hasta los ladrillos en señal de asentimiento.

Fue entonces cuando Rodríguez, que ocupaba una luneta, se puso en pie:

—El señor candidato del gobierno nos ha dado una alta lección de civismo y nos ha traído la buena nueva de que nosotros, los provincianos, somos unos perfectos imbéciles. Pero nosotros queremos que el señor candidato del gobierno no se vaya sin saber que, además de eso, somos agradecidos y queremos, por lo mismo, enviarle recuerdos a... ¡la familia...!

Las risas escaparon intempestivas y el candidato, que había vuelto

desdeñosamente uno de sus costados al orador frunciendo olímpicamente las cejas, dio media vuelta y fulminó con sus ojos al osado.

Rodríguez, sin inmutarse, prosiguió:

—Digo, señor candidato, literato, periodista, etc., que queremos que les diga a sus colegas que nosotros, los bárbaros de provincia, nos hemos tomado la licencia de formarnos una opinión de ellos; que la vergüenza más ignominiosa que la revolución de 1910 ha desnudado es una intelectualidad abyecta que arrastra su panza por el cieno, lamiendo eternamente las botas de todo el que ocupa un lugar alto. Sabemos que hay dos clases de siervos en México: los proletarios y los intelectuales; pero mientras los proletarios derraman su sangre a torrentes para dejar de ser siervos, los intelectuales empapan la prensa con su baba asquerosa de rufianes: que los pobres ignorantes arrancan nuestro grito de admiración, mientras que los sabios nos hacen llevar el pañuelo a la nariz...

Rodríguez escupió con asco, en tanto que un aplauso atronador estalló por todas partes.

Loco de ira, el candidato se precipitó de nuevo a la tribuna. Sus bigotazos retorcidos parecían presa de un ataque de epilepsia: sus ojos quemaban:

—Señores...

Una silba colossal apagó su voz.

—Señores...

Ni una palabra más se le oyó. Gritos de salvajes, silbidos de vaqueros, siseos y voces siempre en creciente.

Cuando el diputado, al fin, pudo hacer oír su voz, el salón se había quedado solo.

XII

Por la noche don Juan regresaba del trabajo con los cabellos blancos de tierra.

—¿La obra muy avanzada ya, papacito? ¿Qué día me lleva a ver su Vecindad Modelo? —le dijo Esperanza una noche, a la hora de cenar.

—¡Oh, sí... Como aventajada, sí... Muy aventajada!...

Pero su voz era trémula y su mirada inquieta. Luego, tímido como perro castigado, volvió sus ojos a Elena.

Ella permanecía serena, inmutable.

Rehuía don Juan el encontrarse solo con su mujer. A últimas fechas venía a casa el tiempo estricto para comer y dormir. Elena jamás le interrogaba, ni aludía a sus negocios, pero precisamente en su mutismo don Juan había acabado por encontrar su tormento principal.

—¿En dónde están Juanito y Esperanza? —dijo exaltado don Juan—; la música se desbarata en la serenata y ustedes aquí metidos, niños, como si fueran viejos de sesenta años. ¡Vamos, pronto, a la serenata a pasear un rato! Dejen en casa solos a los viejos.

Don Juan habló a Elena como los criminales que no pueden soportar más tiempo la ocultación de una falta. ¡Oh, la obra estaba paralizada ya!... Es cierto, se había avanzado hasta lo imposible: las fachadas terminadas... ¡Caramba!, qué airoosas y esbeltas las fachaditas de aquel risueño caserío de obreros..., pero... ¡Oh si Elena las hubiese querido ver! Cada casita con su puerta y dos ventanas, luego otra casita con su puerta y sus dos ventanas y luego otra, y otra, y otra, hasta ajustar veinte por un lado, veinte por cada uno de los cuatro costados... Pero... Un primor de casitas; simétricas, todas iguales, parejitas todas; monas como de nacimiento..., pero... Sí; pues si... Los fondos habían escaseado otra vez; más bien dicho, se habían agotado..., es decir... ¡Pero qué primorosas se iban a ver ya pintadas de azul claro con sus grandes tableros apizarrados y sus frisos de ocre!... ¡Lástima...! ¡Qué diablo! ... Poco era lo que faltaba ya...

Don Juan hacía silencios. El mutismo pétreo de Elena lo exaltaba al frenesí. Necesitaba seguir hablando para ahogar con su propia voz aquel maldito silencio.

—¡Qué diablo!... En realidad, no falta ya más que la madera..., puertas, ventanas, algunos techos también... ¡Casi todos!... ¿Pero qué? Un carro de viguetas de hierro, dos de tablonés y vigas de bayarín... En realidad, el verdadero costo quedaba en la mano de obra... Con otros diez mil pesos, Elena..., ¡al otro lado!...

Y acabó desfallecido, empapado de sudor.

—¿Qué dices, mujer? ¡Habla, por Dios!...

Don Juan fijaba en ella su mirada, suplicante y angustiada.

—Ya no pidas prestado —le respondió dulcemente—; con la tienda tenemos para vivir.

—¡Cómo!... ¿Y esos cincuenta mil pesos se van a quedar allí enterrados? —gritó

don Juan, ya de pie, ebrio de desesperación.
Elena enmudeció otra vez.

XIII

Un día don Juan estuvo tan abatido que, al comer, dejó los platillos apenas comenzados. Los del Llano se le habían negado. A ruegos y súplicas hubieron de poner en sus manos un fajo de papeles mugrientos: mil pesos, no más...

Horas enteras permanece solo y abstraído. Intenta explicarse qué es eso que le ocurre. Reflexiona, buscando alguna luz que ilumine su tardo entendimiento. Hasta cierto punto, los señores del Llano tienen razón; la inseguridad comercial es muy grande; el gobierno de Madero se derrumba, todo el mundo lo ve y todo el mundo abriga serios temores por sus intereses personales. Se cree que el cambio mejorará la situación financiera, pero no hay quien arriesgue un centavo. Bueno; todo se explica entonces. Pero ¿por qué lo han recibido tan fríamente los señores? ¿Por qué el padre Jeremías no lo ha saludado siquiera? ¿Por qué don Ignacio lo ha desconocido en el primer momento?

Don Juan hace minucioso examen de conciencia. En su corazón no pesan pecados mortales, ¡bah!, ni veniales siquiera. He aquí, por ejemplo, que hoy se ha desayunado como se desayunaba hace veinte años, cuando andaba en camisa y calzón blanco, un jarro de atole caliente y una cazuela de frijoles fritos con chile verde. ¿La leche? Ni para remedio; su estómago no la quiere. Así, pues, si algunos placeres le ha proporcionado su riqueza, son tan exiguos que vale la pena recordarlos. Por ejemplo, concurrir a luneta en vez de palco segundo, o, lo que es igual, cincuenta centavos de aumento por cabeza, cuatro o cinco veces al año. Se da un comelitón anual. Por riguroso turno les toca a él, a Elena, a Esperanza y a Juanito. Pero el gasto no es tan crecido como pudiera imaginarse. Elena se encarga de conseguir prestada hasta la olla para cocer el guajolote, y él, desde tres meses antes, está espiando una ocasión de comprar el animal, casi en la mitad de lo que valen en el mercado.

Él no tiene opiniones, o mejor dicho, sus opiniones son las de los señores que saben, como don Ignacio del Llano. Como todo el mundo, va a misa los domingos y fiestas de guardar; cada año, por la cuaresma, cumple con la Iglesia; cuando hay ejercicios espirituales para señores decentes, lo primero que hace es buscar en la lista el nombre de los señores del Llano, y si los encuentra no vacila en tomar su número. Cuando alguna comisión le pide que suscriba con su firma cualquier curso, manifestación, etc., de índole política, social o religiosa, no se preocupa por leer el documento; busca las firmas al calce, y si no resulta la de alguno de los del Llano, pide que le traigan el papel cuando hayan recogido las que siempre han de servirle de guía. Es de los primeros en visitar a las nuevas autoridades; no falta jamás a los banquetes de agasajo a distinguidos mandatarios, gobernadores e ilustrísimas, y, aunque siempre le toca ocupar modestos sitios, no se ofende, pues no es vanidad lo que allí le lleva, sino el sano deseo de hacer todo lo que los señores decentes hacen. Su vida doméstica es intachable. Hace trabajar a su mujer más que un borrico, pero la quiere entrañablemente. A Esperanza la quiere también tanto, que le ha comprado un

piano Rosenkranz, de cuarta o quinta mano, y a Juanito le da los domingos sus diez centavos para el cine. Pero, ¡quía!, Esperanza desquita el piano zurciendo y planchando, y Juanito paga el cine cobrando cuentas perdidas.

Don Juan no se acusa, pues, de pecado formal alguno, y sus ojos tristes caen sobre aquel fajito de billetes, sin saber qué va a hacer con ellos.

XIV

«Rodríguez venía a casa porque yo servía de eco a su voz. Encontró en mí quien le permitiera hablar en voz alta y escucharse a sí mismo, sin interrupciones», pensó Esperanza, después de esperar tres meses que Rodríguez procurara siquiera ocasión de encontrarla, de hablarle, de escribirle, de verla. Y llegó a creer que se acostumbraba, al fin, a la ausencia del viejo amigo y que, poco a poco, acabaría por olvidarlo. Pero una noche, al regresar con don Juan de la obra, habiendo tomado un tranvía, sintió un vuelco en el pecho al reconocer a la persona que se había puesto en pie para cederle su asiento. Esperanza le dio las gracias y hasta le tendió la mano. Pretendió entablar conversación con él; pero Rodríguez, muy altivo y sin dignarse volver siquiera su rostro hacia don Juan, se alejó al extremo opuesto del tren.

Descendieron, y ella, al pasar cerca de Rodríguez, le metió un pedazo de papel entre los dedos.

«Mañana, a la misma hora... Vendré solo con Juanito.»

Rodríguez estuvo puntual.

—Estoy sentidísima con usted —fue el saludo de Esperanza.

Instaló a Juanito en un asiento delantero y ella vino a sentarse al lado de Rodríguez.

—¡Es muy ingrato con la gente que lo quiere!

—Pero...

—Nada de pero... Me va a decir que mi papá, que mi mamá y que esto y que lo otro... ¿Qué?... Si a mí no me importa eso, ¿por qué a usted le había de importar?

Rodríguez le advirtió que algunos pasajeros inmediatos se percataban de sus palabras, y entonces ella, valientemente, le propuso una cita en algún sitio donde pudieran hablar con toda libertad, al día siguiente.

Luego callaron. Pero Esperanza no podía mantener sofrenado su espíritu inquieto:

—Creí que usted, como lo pretende, era de esos raros, de esos que nada saben fingir, que no mienten nunca...

—Es cierto...

—Usted me fingió cariño, ¿y qué? Puras mentiras. ¡Aprecia más a cualquiera de sus gatos horribles que a mí!...

—¡Esperanza! —saltó indignado seriamente Rodríguez.

Esperanza tuvo mucho regocijo, pero luego que él habló se quedó desolada.

—¡Quien me hable con desprecio de cualquiera de mis animalitos me ofende, me desprecia a mí mismo!

Y como Rodríguez no hubiera comprendido ni remotamente el efecto de sus palabras en Esperanza, siguió hablando y señaló el sitio y la hora para la entrevista del día siguiente. «Mañana, en la Alameda, a las cinco en punto.»

Y se despidió tan contento que no reparó en la mirada de infinita tristeza de Esperanza.

Otro día, muy peripuesto, daba vueltas, impaciente de la hora. Puesto que Esperanza desmoronaba con su palabra el dique que él mismo se había forjado para no acercarse demasiado a ella, no tenía ya por qué disfrazar el verdadero sentimiento hasta entonces contenido. «Nada significa mis cuarenta años, mi situación de empleadillo cesante, mi fama de demagogo, mi docena de gatos y mi perro prieto... ¡Pues entonces, Esperanza, sábelo: te amo, te idolatro!...»

A las cinco, Esperanza zurcía ropa vieja. Oyó las campanadas, una a una, y se repitió otra vez «¿para qué?» Ese «¿para qué?» clavado en su corazón desde el amanecer de ese día. ¿Para qué? Con esas palabras le había contestado Rodríguez hacía seis meses, cuando ella, angustiada, con la ingenuidad de su alma inocente, le había preguntado dónde podrían verse y hablarse, puesto que ya no sería posible en su propia casa. «¿Para qué?», respondió él entonces. Y ella, ¡qué tonta!, hasta ahora venía a comprender la crueldad de tal respuesta.

Dieron las seis y Esperanza seguía pensando en Rodríguez: «Sí, sí me quiere; él nunca ha mentado, pero no me quiere como yo hubiera querido.»

Y sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo.

Por fin cayó el gobierno de Madero.

Como Lara Rojas y Villeguitas eran *decentes*, tuvieron que emborracharse para poder gritar con toda la boca «¡Viva el general don Victoriano Huerta!» por las calles, acompañados de una docena de boleros a diez centavos cada uno; todos con banderitas de papel de china tricolor. Pero si en público, a pesar del vino, se sintieron algo cohibidos, no fue así en la trastienda de «La Carolina», donde se celebró la fausta nueva del asesinato de Madero con una cena. Reinó gran animación, hubo mucha cordialidad, mucho alcohol y mucho discurso.

—Felicitémonos de haber encontrado la mano de hierro que necesita la nación. Ahora tenemos gobierno de verdad, gobierno de gente decente y honrada —dijo don Ignacio del Llano condensando las ideas que inútilmente habían querido expresar en media hora de peroración Lara Rojas y Villeguitas.

—Lástima que se haya manchado con sangre inocente tan bonita causa —exclamó algún cándido.

Su voz se ahogó en una protesta unánime. ¡Oh, si algo había, por cierto, que levantara enormemente el prestigio del gobierno triunfante, era aquel acto insigne de justicia nacional!

—¡Pero siempre es eso feo...! ¡crimen al fin! —insistió el infeliz, compadecido.

—Está usted en un error juzgando como un crimen la ejecución de Madero —intervino el padre Jeremías—. El mismo regicidio está aprobado por la Iglesia, como puedo demostrarlo. Los sapientísimos padres de la Compañía de Jesús han sostenido brillantemente esa tesis... Pero, ¡qué digo!, todos ustedes, como perfectos católicos cultos, conocen la primorosa obrita del padre Sarda y Salvani. Se puede lastimar, herir, matar, todo lo que uno quiera, si eso redundando en nuestro propio bien, y *Ad Majorem Dei Gloriam*.

—Lo que sí sé decir a ustedes, señores —habló otro tonto desazonado—, es que a la plebe le ha caído la noticia como bomba de dinamita. Yo vi la cara que ponían los pelados a la hora de la manifestación..., y la verdad yo aconsejaría que no estuviésemos tan descansados y contentos.

Fue el toque de alarma. El entusiasmo aminó hasta extinguirse. Los semblantes se nublaron.

Otro aseguró que en el tendejón de don Timoteo se celebraban juntas secretas.

—Mi cocinera ha visto, noche a noche, entrar a muchos embozados después de las nueve a «La Bandera Mexicana».

Se discutió qué podía significar aquello. Era altamente sospechoso en gentes que ya habían dado a conocer sus ambiciones políticas. Incuestionablemente el objeto de sus reuniones era prepararse, reunir armas, parque, provisiones de guerra. ¡Un depósito semejante en manos de los bandidos, y ellos, los señores decentes, sin defensa alguna, en manos de la infame *Porra!* Podrían dar el golpe justamente ahora

que los hombres de orden descansaban confiadamente en las seguridades que les otorgara un verdadero gobierno. ¿Qué cosa más sencilla para *La Porra* que asaltarlos a medianoche, agarrarlos, robarlos, violar doncellas, semidoncellas y aun desdoncelladas, y luego asesinarlos a todos juntos?

Se abrió la puerta. Desquijarados y temblando volvieron sus ojos. No era nada: el mancebo que venía con más botellas.

—Necesitamos, con urgencia, fuerzas para la defensa de la plaza.

—Vamos formando un cuerpo de *Defensa Social*, como en otras partes lo están haciendo.

—Es preferible tropa del Estado.

—Y menos peligrosa para nosotros.

—Y más barato...

—Yo creo —dijo don Ignacio reposadamente— que basta hacer venir un agente de la secreta que descubra ese complot, que los aprehenda, que los encartuche...

—¡Que los truenen..., si se puede!...

—¡Admirable!... ¡Perfectamente bien dicho!

—Mañana mismo lo pedimos.

—Eso nunca es pronto. Esta misma noche podrían apergollarnos, a quererlo. No tenemos más que a la policía municipal de nuestra parte... Pero éstos le tienen miedo a su sombra...

—Yo me comprometo a facilitar la tarea de la policía secreta —dijo Lara Rojas—, yo puedo obtener una lista completa de los comprometidos en el complot. Hay un sujeto, entre ellos mismos, que me dirá cuanto necesito yo saber. Me lo ha ofrecido.

—¡Ah! ¡*El Puerco* me hizo igual ofrecimiento!

—Y a mí lo mismo.

—Pero, señores, estamos echando en olvido al principal —dijo Lara Rojas.

—¡Rodríguez; sí, Rodríguez...!

—¡Ah, pero ése es pollo de cuenta, con el que urge poner un ejemplo hasta para la moralidad del pueblo! ¡Es impío, masón, protestante, ateo y anarquista! —sollozó el padre Jeremías.

Luego, como en el juramento de los puñales de *Hugonotes*, todos alzaron sus manos de comerciantes al cielo.

XVI

Lara Rojas entró radiante, con unos papeles en la mano, al despacho de don Ignacio.

—Aquí traigo las pruebas fehacientes.

El polizonte se caló las gafas, tendió su mano para tomarlos; pero Lara Rojas, excitadísimo, leía él mismo: «Febrero 20, 1913. Los Topos hacen hoy una manifestación pública de regocijo por la caída del gobierno de Madero. Hoy justamente, en los momentos en que llega la noticia del asesinato del Presidente de la República. Hoy, que ha caído inerte y para siempre, los grajos se disputan un buen lugar en el coro de estultos bribones que saben graznar y estercolar sobre un cadáver.»

—Son insultos personales, ¿no le parece? —dijo Villeguitas al policía.

—Y eso no es nada; oigan ustedes lo que sigue: «Febrero 27. Un herrero medio borracho me encontró en la calle y dijo: “Mi jefe, nos han matado al señor Madero... ¡Qué borrón para México!... ¡Qué traidores somos!..., ¡qué traidores somos...!” Parecía deleitarse en repetir la última frase con voz sorda y quebrada y nublados los ojos. Esto me satisface: México se lavará de esta mancha. ¡Ciertamente, se la lavará! ...»

—Deme usted esos papeles. Eso último es bastante —exclamó solemnemente el policía—. ¿Cómo dicen ustedes que se apellida?... Sí, Rodríguez... Bien.

—Pero ¿no sería conveniente aprehender a ese herrero también?... ¡Un cómplice! —observó Lara Rojas.

—¿Cree usted, pues, entonces, que con eso sea bastante?

El policía no dio su opinión, pero todos sintieron claro que sus más íntimos deseos estaban a punto de realizarse.

XVII

Dos golpecitos secos en la puerta del despacho de don Juan Viñas lo hicieron dar un salto.

—¡Qué susto me ha dado, Lara Rojas! Es raro, pero son tres veces que me sucede esto ya. Cualquier ruido me hace levantar y parece que el corazón se me va a salir.

Lara Rojas ocupó una silla de tule y, mirando desdeñosamente el cuarto enjalbegado y cacarizo, el cromo de la Guadalupeana por todo adorno en una cabecera, dijo:

—Vengo a apuntarlo para el banquete que se le dará mañana al agente de Seguridad que vino de México.

Don Juan plegó la frente.

—Se trata de darle un golpe mortal a *La Porra* —explicó Lara Rojas.

Don Juan lo miró otra vez, incomprensivo:

—Bien; pero a mí... qué... Yo no soy de la policía...

—Esto no es política; sencillamente una defensa propia.

—Es que no veo claro, Lara Rojas...

—La razón es evidente. Un banquete que la buena sociedad dará a un individuo que vino nada menos que a defenderla.

—¿Los señores del Llano toman parte en esto, Lara Rojas?

—¡Casi nada!... Son ellos los organizadores.

—¡Ah, hombre —clamó jubiloso don Juan dándole palmaditas en los hombros—, pues si eso me hubiera dicho desde un principio! Si los señores del Llano andan aquí, no hay por qué tomarme parecer.

Y metiendo los dedos en un bolsillo de su chaleco, agregó:

—Ande, diga cuánto me toca de cuota.

—Veinte pesos, don Juanito.

—Bueno, hombre, muy bueno... Aquí los tiene. Conque, vamos a ver, Lara Rojas, platíqueme ahora bien a qué viene ese policía de México.

En la cámara contigua Esperanza, que cosía en la máquina, suspendió su traqueteo y oyó toda la conversación.

XVIII

«Escápese, lo van a aprehender», leyó Rodríguez en un pedazo de papel arrugado que un muchacho le dio al entrar a su casa. No traía firma, pero la letra era muy conocida. Rodríguez besó el papel.

Primero fue el abandono total de sus fuerzas. Después vino una reacción: lucha y fiebre. «O el sacrificio inútil de mi vida o la Revolución.»

Eran ya las diez. Llovía; la calle estaba oscura y desierta. En la esquina brilló el ojo verdoso de una linterna, pero en el acto mismo se extinguió. Rodríguez vaciló entre regresar a su casa o proseguir el camino que se había trazado. Se detuvo inmóvil, ojos y oídos alertas.

En las bocacalles, los hilos de la lluvia cristalizaban en franjas estrechas, a la luz de los focos.

Escuchó el rumor de pasos lejanos. No supo si debía de sacar su revólver u ocultarse en el marco del zaguán, y tampoco se movió.

Un muchacho vestido de manto, encogido de frío, con los brazos apretados sobre el pecho, atravesó la calle: después un perro empapado se escurrió al trote.

Se decidió a seguir adelante. Tomó una calle en dirección a las orillas de la ciudad: avanzó dos cuabras y se detuvo, temeroso de gentes que pudieran haberse ocultado entre las masas oscuras de un jardín. Al frente se alzaba la mole gris de un templo con una sola torre.

A lo lejos se distinguía una lucecilla roja, quizá una casucha perdida en las tinieblas.

Nada. Todo silencio. En el cielo, metido en negros nublazones, se abrió de pronto un claro de luz sideral.

Rodríguez pudo al fin respirar y emprendió la marcha con resolución. Al doblar la esquina, una mano pesada cayó sobre su cuello y un gendarme le puso en la frente el ojo verdoso de su linterna y el cañón brillante de su pistola.

XIX

—¡Aquí es!... ¡Aquí es! —dijo Lara Rojas al polizone y, de puntillas, se acercaron a la casa y pegaron sus oídos a la ventanilla.

—Los tenemos cogidos —exclamó alborozado y oprimiendo sus manos hondamente satisfecho.

Uno a uno, fueron entrando a la casa de don Timoteo, a espaldas de «La Bandera Mexicana», Felicitos Gallardo, Crispín el vendedor de periódicos, Casimiro Bocado y otros cinco o seis.

—¡El complot descubierto! —clamaba Lara Rojas a cada instante, agitado y sudoroso, preguntando al policía si ya era tiempo de echarles encima a los gendarmes.

—Voy a escuchar —pronunció éste, muy entonado, y se acercó de nuevo a la ventanilla.

Era una sala pequeña. No había más luz que la del farol de la calle, que escurría una franjita roja por las hojas altas de la ventana entreabierta. Don Timoteo permanecía arrellanado en su equipal, en la penumbra. Cada cual había preguntado por su salud. Él respondió que estaba aliviado; pero su respiración de asmático se oía por todo el cuarto y la tos lo sofocaba por instantes.

Más de un cuarto de hora estuvieron cabizbajos y callados. Don Timoteo hizo un esfuerzo y balbuceó, sollozando:

—¡Qué dicen nomás!... ¡Nos han matado a nuestro padre!...

Y todos se pusieron a llorar.

Afuera soplaba el aire frío de febrero. Una murga preludiaba las *Mañanitas de Madero*.

TERCERA PARTE

Oscurecía. A lo lejos se perdieron los últimos peones. En la soledad y el silencio, don Juan contempló un instante más el andamiaje entretejido de viguetas y tablones, los muros de ladrillo frescos todavía, el ruedo calizo y mojado, resto único del último pilón de mezcla. Las bocas de las puertas y ventanas se abrían mitad sombra y mitad luz, destechadas las casas todavía. Don Juan vio breves instantes su obra, con el corazón oprimido, sintiendo que allí se quedaba algo de sí mismo. Tuvo un momento, entonces, de impetuosa clarividencia. Con el puño cerrado amenazó a la ciudad que, bañada en vaga claridad, se extendía allí a su diestra. Pero la ciudad, calmada y silenciosa, contestó su maldición con el rumor de voces lejanísimas, risas de niños, el rebuzno de un borrico, los clarines de un cuartel, el canto perdido de un gallo ronco...

Al día siguiente amaneció tras el mostrador de «La Sultana» con Esperanza y Juanito. A los dependientes les había dado las gracias: la casa no podía sostener más ningún empleo.

El primer día, los marchantes apenas repararon en la presencia de don Juan en «La Sultana». La nota sensacional era, en el momento, las aprehensiones de la víspera: don Timoteo, Casimiro, Felícitos, Crispín y otra docena de los miembros del «Club 20 de noviembre de 1910» habían desaparecido de sus casas. Decían que los habían sacado *en cuerda*, que los habían fusilado. Alguien aseguraba haber oído una descarga en la madrugada, otro que había visto la patrulla de soldados a caballo y los presos en medio de las filas.

Al atardecer, un carbonero que bajó de la sierra aseguró haber visto a los presos: los llevaban a pie y atados de las muñecas.

—¿Iba Rodríguez, el que fue dependiente de «La Continental»? —preguntó Esperanza con desenfado.

—No conozco a ese señor, niña...

Don Juan la miró, perplejo.

Más noche, uno de los albañiles que trabajaban en la Vecindad Modelo entró a comprar una vela.

—Amo don Juanito —dijo—, ¿ya otra vez su mercé en la tienda? ¿Cuándo, pues, vamos a terminar esa obra? ¡Bonita obra, lo que sea; lástima que cueste tanta plata!... ¿No sabe el amo que anoche *tronaron* a un pobre cristiano a espaldas del camposanto? Yo por allá vivo: sentí un tropelío al amanecer y me levanté a la curiosidad. Se miraban los puros bultos, no pude conocer a nadie. A uno de ellos lo cortaron y, ¡toma!, lo quemaron... ¡Pobrecita! Hasta la sepultura le tenían ya prevenida. Luego, luego se fueron. Ya clara la mañana fui a ver de cerca... ¡Dios lo haya perdonado!... Todavía está la tierra suelta. Le puse dos leñitos en cruz y recé un padrenuestro.

A Esperanza, que se había puesto tan pálida desde el principio, se le traslucían los oídos; le cogió un temblor de piernas que le fue preciso tenerse del sotabanco para no

caer.

II

Cuando comenzó a olvidarse el acontecimiento, los marchantes de «La Sultana» saludaron a Viñas con igual pregunta: «¿Y su Vecindad Modelo, don Juanito?» No había insidia ni mala intención alguna; pero fue un asedio sin tregua toda la semana. Don Juan no tuvo valor para afrontarlo y se retiró a la trastienda. Al cabo, Esperanza y Juanito conocían bien el despacho. Pero a la trastienda siguieron llegando las preguntas torturadoras: «¿Y don Juanito, niños? ¿Otra vez en su Vecindad Modelo?» Entonces huyó al rincón más sórdido de la casa. Nadie se atrevió a hacerle observación ninguna. Su pesar su imponía solo. Pasaron semanas, un mes, tres meses, hasta el día en que llegó la primera libranza vencida.

Don Juan despertó entonces de su sopor. Pidió ropa limpia, se afeitó y se peinó.

Elena le hizo notar que estaba muy pálido. Esperanza dijo que, no obstante que comía tan mal, sus carrillos y sus párpados estaban gruesos. Pero una gordura que no parecía buena; de color acerado; los carrillos le colgaban de puro flojos y los párpados de hinchados.

—Es por el encierro —opinó Juanito—; le hace mucha falta el aire libre, papá.

—Se está haciendo anémico —agregó Esperanza—. Sería bueno llamar al médico para que le recete hierro. A una amiguita mía le ha probado muy bien.

Solo Elena callaba, como siempre.

Don Juan fue primero a visitar a Lara Rojas, que acababa de abrir un despacho por su propia cuenta.

—Le traigo el gran negocio —dijo don Juan revistiéndose de valor y pretendiendo recuperar su viejo aire jovial y franco.

Lara Rojas apenas levantó los ojos de sus papeles.

—¡Ah, hombre, don Juanito, usted por acá!... Ya sé qué negocio... Dispéñeme que no lo atienda; tengo un quehacer bárbaro. Por lo demás no quiero hacerlo perder su tiempo. Ese negocio es de los señores del Llano... Usted sabe que lo que soy y lo que valgo se lo debo a ellos.

Don Juan asintió. Lara Rojas tenía sobradísima razón. Ante todo, hay que ser agradecido. Un hombre que no sabe ser agradecido no es un hombre honrado. ¡Caramba! Lara Rojas sería hasta grosero, pero era agradecido.

—Lara Rojas..., acá esa mano... ¡Estos son los hombres!...

Y se la estrechó muy conmovido.

Entonces fue a ver a Villeguitas. Pero Villeguitas se encontraba en las mismas condiciones que Lara Rojas. Villeguitas tenía razón en negarse también. Pues ahora vamos con los de «La Carolina».

El jefe de la casa le dijo:

—Llevamos excelentes relaciones con los señores del Llano, amigo don Juanito; no nos conviene ponernos mal con ellos y el negocio de usted les pertenece por derecho... Si en alguna otra cosa podemos servirle...

Lo peor del caso fue que así le siguieron contestando en las demás casas que visitó. Todo el mundo llevaba excelentes relaciones con los señores del Llano y a nadie le convenía ponerse mal con ellos.

—Oye, Elena, explícame esto —dijo, de regreso, a su mujer—; ¿por qué diantre todos aquellos a quienes propongo el traspaso de mi negocio me van saliendo con que ese negocio por derecho les pertenece a los señores del Llano?

Elena quiso hablar claro: decir que aquellos comerciantes tan finos, tan fraternales, tan agradecidos, tan honorables, eran de la misma categoría que cualquier horda de bandidos de camino real. Pero prefirió consolarlo con su resignación habitual:

—Es que a ellos les debes el dinero. Véndeles el negocio a ellos mismos. Ha de ser igual.

—Yo tenía mi resentimiento con los señores por el desastre que me hicieron la última vez..., pero si tú crees...

III

Llegó desfallecido en un coche de sitio, derecho a su cama, con los ojos apagados, el duro testuz humillado, como toro herido de muerte.

Juanito quiso correr por un médico, pero don Juan lo detuvo con un movimiento lento de la cabeza. ¡De nada le servirían los médicos! Pidió que lo dejaran solo con Elena.

—¡Arruinados! —balbuceó ahogándose.

¿Los del Llano? Lo hablan desconocido. Cuando habló de su negocio, don Ignacio se rió: «¿En qué país vive, don Juan? Están cerradas nuestras sucursales en Monterrey, en Chihuahua y en todas partes. Los bandidos amagan Torreón; el cambio amaneció a treinta.»

¡Qué diantre! La casa quería bien a don Juan, pero las circunstancias económicas eran adversas a cualquier operación:

—Lo que podemos hacer por usted es tomarle los bienes por la droga. Todo, se entiende... La casa le hace a usted un favor..., un favor que para un comerciante honrado significa mucho. ¿Entiende usted? Lo salvamos de lo principal, de la vergüenza de... una quiebra...

Don Juan sintió entonces que le entraba un frío penetrante en sus huesos, un frío tan raro que no le dejaba menear pie ni mano. Quiso contestar y no pudo: sus quijadas estaban caídas, inertes.

Don Ignacio lo dejó allí, de pie, para ir a atender a unos clientes que acababan de llegar.

A duras penas, don Juan se había arrastrado hacia la puerta del despacho; esperó el primer coche y se hizo conducir a su casa.

IV

Un mes justo, más tarde, empleados de la casa «Del Llano Hnos., S. en C.», de flamante uniforme, fueron a tomar posesión de «La Sultana». Por la mañana de la mercancía, por la tarde del mobiliario de la casa habitación. Esperanza, viendo salir su piano, apenas podía creer en la magnitud del desastre.

Cuando solo quedaron algunos jergones deshilachados, inservibles, los dejaron en paz. Entonces Elena se irguió más derecha, más fuerte, más segura que nunca:

—No te apures, Juan; tenemos ahora lo que teníamos hace veinte años... Miento, tenemos más, mira...

Y atrajo hacia su pecho las cabezas de Esperanza y de Juanito y las juntó besándolas con su llanto.

—Si entonces fuimos felices ¿por qué no habríamos de serlo ahora? ¡A trabajar! ¡Todos a trabajar!

Don Juan levantó un poco su pantalón para mostrar sus piernas abotagadas; llevó una mano de Elena a su pecho, donde el corazón sacudíase como cansado badajo; una escasa lágrima brilló en sus pestañas, y, muy quedo, pronunció:

—¡Ya es tarde!

—¡Dulce nombre de Dios! ¿Usted, don Juanito, en este estado? —exclamó Crispín contemplándolo a la luz de un farol de la calle.

Don Juan Viñas, apoyado en un brazo de Esperanza, caminaba deteniéndose a cada paso para respirar. A cada instante se levantaban su barba muy negra y muy crecida y sus párpados hinchados.

Tuvo que hablar. Iban a su nuevo domicilio. ¡No había ya ni para la renta de la casa! Hasta la calle de «El Alacrán», a quince cuadras de distancia cuando menos. ¡Ps!... No se podía pagar sino una renta miserable. Esperanza ganaba ocho pesos al mes y Juanito cuatro... ¿Él? ¡Ya lo estaba viendo!

—¡Bandidos, eso es lo que saben hacer! —clamó Crispín enfurecido—. ¿Y por qué se cambian ya tan noche?

—¡Oh!... No es uno de palo; ¡al fin da vergüenza!...

Dos lagrimones rodaron por el rostro nazareno de don Juan.

—No diga, papá... Mire usted, señor: mi papá ha dado en verlo todo negro, negro. Es cierto, estamos pobres; el menaje de casa se reduce a las maletas que aquí llevamos. Pero yo le digo a mi papá que más pobre comenzó él. Y la verdad es que, si no hubiésemos tenido mala suerte en el último negocio, pues... Pero usted lo ve: Juanito y yo apenas vamos a comenzar a trabajar... ¿Verdad que no tiene razón en mortificarse así? ¡Por eso se ha puesto tan enfermo!

—¡La mala suerte!... ¡Malhaya para los bandidos caciques!... Yo bien sé todo lo que le ha pasado a don Juanito.

Crispín lanzó una insolencia y un escupitajo.

Don Juan levantó sus ojos aborregados y los fijó un instante en Crispín, como un duro reproche.

—No me diga a mí más... Esos bandidos lo han arruinado, don Juanito. Bandidos y muy bandidos. Yo lo digo, aunque me vuelvan a llevar amarrado a la penitenciaría.

—No diga usted nada. ¡Es la voluntad de Dios! Nadie se oponga a los designios de la Divina Providencia... ¡Bendita sea su Santa Mano!

Y como Crispín observara que Elena y Juanito se habían detenido y dejaban en el suelo los fardos para descansar, se dirigió a ellos.

—Con permiso, niña... Dígame el número de la casa y denme la llave.

Tomó los bultos, se los echó a la espalda y partió.

—¿Quién es este hombre, papacito?

—Es de los del Ayuntamiento maderista de hace dos años... Uno de los de *La Porra* —respondió don Juan haciendo un gesto de resignación y repugnancia.

—Yo creo que es un buen hombre.

Pero don Juan no pudo replicar; sus piernas se doblaron y Esperanza tuvo que sostenerlo y sentarlo al borde de la banqueta.

Elena, con el chico en un brazo y Juanito a la zaga, acudieron en su auxilio.

Lentamente sonaron las diez en las torres de una iglesia.

Esperaron a que don Juan descansara. En el silencio de la calle no se escuchaba más que su respiración anhelante y trabajosa. Dieron el cuarto; don Juan dijo que no tenía alientos todavía. A la media, parecía haber descansado; mas respiraba tan a gusto que a todos les dio lástima moverlo. A las once, don Juan mismo se puso en pie; pero a los primeros pasos sintió que algo se le subía otra vez al pecho, a la garganta, algo que no lo dejaba respirar, ni hablar siquiera. Pensó que iba a morir, pero sólo gimió:

—Otro ratito... Otro ratito...

Y se volvió a sentar.

Ahí los encontró Crispín, ya de regreso.

—Me lo esperaba... ¡Qué iba a poder caminar por su propio pie!... Y menos llegar a su casa; viven hasta el quinto infierno... Vamos, don Juanito, arriba...

En vano resistió don Juan, Crispín lo tomó en sus brazos vigorosos y se lo puso en la espalda.

—Don Juanito está gordo, pero de puro aire; pesaban más las maletas.

Cuando llegaron por fin a la pocilga, Crispín se limpió el sudor con un paño enorme de grandes flores coloradas y dijo:

—¡Mal ajo pa esos condenados caciques!... Si no hubiera infierno, Dios debía de hacer uno para meterlos a ellos no más... Ayer llegué de la penitenciaría. Me llevaron amarrado, me tuvieron preso cuatro meses... ¡Bandidos desgraciados!... Solo porque les canté su precio, porque les dije que su dinero lo han hecho robando viudas, huérfanos y puros indefensos. ¡Ladrones de levita! Se asustan de Villa y de Zapata. Que vengan Villa y Zapata a tomar lecciones de ellos... Al señor Rodríguez, porque tuvo el valor de decirles quiénes son y lo que valen, lo tronaron detrás del camposanto... ¡Bandidos!... ¡Asesinos!...

Esperanza se resbaló, desvanecida, en un jergón. Nadie se dio cuenta.

«Sea por Dios, sea por el amor de Dios...» «Dios te salve, María, llena eres de gracia...», rezó entre dientes don Juan y se santiguó y repasó las cuentas de su rosario; pero Crispín no cesó de hablar hasta que dejó descansado su corazón.

Cuando alegre y satisfecho se alejó, don Juan dijo a sus hijos:

—No crean lo que este hombre dice; todo es mentira, calumnia... ¡Así son estas gentes de *La Porra*!

Esperanza no volvía aún de su desmayo. Juanito, de pie, inmóvil, sombrío, quién sabe qué tenía en los ojos que, a pesar de su edad, daba miedo. Elena sentía un nudo en la garganta.

Parecía que alguien había gemido. Pero no; fue el aire que pasó empujando levemente la puerta.

VI

—Hoy nos toca salida, Juanito —dijo Esperanza cuando regresaban a «La Carolina» después de comer—; quiero que me lleves al campo; tengo necesidad de aire libre.

Y a las cuatro de la tarde, muy inquieta y muy preocupada, se llevó a Juanito a orillas de la ciudad. Después de algunos rodeos y vacilaciones llegaron al Panteón Municipal. Ya a la puerta, Esperanza, muy encendida, mirando perpleja a todos lados, como si temiera que alguien la observara, dijo:

—¿No te has cansado, Juanito? Siéntate; yo quiero vagar un rato.

Y paso a paso se escurrió por espaldas del panteón, buscó una cruz de leños sobre los surcos, casi borrados. La encontró, desabrochó su corpiño, sacó un manojito de flores y las puso, llorando, sobre los leños retorcidos.

Cuando volvió junto a Juanito, sus ojos ardían y, para que no se los viera, los levantó al cielo. Parecía abstraída en ver correr las nubes en el cielo de colores revueltos, en mirar el caserío lejano esfumado en la humareda azulosa de las chimeneas.

Juanito lo había comprendido todo y respetaba su pena.

Una sombra cubrió de improviso el campo; una inmensa parvada de pájaros prietos pasó zumbando sobre sus cabezas.

—¡Así han de negrear los que vienen, Esperanza!... La revolución nos va llegando...

—Sí, tiene que ganar... ¡Qué gusto! ¡Qué gusto!

—¡Qué gusto! —repitió Juanito. Y dio un taconazo sobre las piedras.

Y volvieron a callar.

VII

Esa cuaresma había sido muy mala para «La Carolina», tienda de abarrotes. Su vecindad con la nueva casa en construcción «Del Llano Hnos., S. en Comandita» la mantenía constantemente en una atmósfera de pesada tierra y los clientes se alejaban en busca de otro almacén.

El día en que Esperanza y Juanito fueron recibidos —casi por caridad había dicho el jefe— no tuvieron más ocupación que sacudir sin cesar el mostrador y los aparadores de la tierra que el aire loco de marzo hacía llegar en bocanadas incesantes de la finca en construcción. Algunos dependientes hablaban normando, otros estornudaban y todos echaban pestes de los albañiles. Pero como hasta el mal humor acaba por aburrir, un día el dependiente mayor, cruzado de brazos por la falta de quehacer, charló con los demás:

—Esta finca de los del Llano va a ser la primera de la ciudad; se han presupuestado doscientos cincuenta mil pesos; pero ya llevan más de trescientos mil; valdrá medio millón... Parece que los señores del Llano están atestados de «pasta» y, por miedo a la revolución, han preferido invertirla en obras. Vean ustedes: la fachada es de cantera de Guanajuato, un verde jaspeado primoroso. Es un verdadero mosaico. Las puertas y ventanas son de trabajo a mano que cuesta un dineral. ¡Se ve que el dinero sobra! En la principal hay una alegoría de El Comercio y sólo el Mercurio de un tallista italiano vale más de mil pesos. En el piso bajo van a quedar las habitaciones de la familia, a espaldas los almacenes. ¡Y qué almacenes!... ¡Nos revientan! Depósitos de hierro, cobre, latón, maderas finas y corrientes; vinos franceses, españoles y del país; maíz, frijol y cereales; en fin, todo a la americana. ¡Nos parten! En la planta alta las oficinas, despachos y habitaciones para los empleados. Pisos de mosaico, y algunas piezas, como el despacho privado de don Ignacio, estucadas. Yo he visto el proyecto... ¡Nos partieron!...

Todos los dependientes escuchaban con la boca abierta. Juanito y Esperanza se alejaron, después, a sacudir la tierra que seguía entrando sin cesar.

A la mañana siguiente, Esperanza y Juanito, aguardando que dieran las siete para entrar a «La Carolina», se detuvieron a contemplar la famosa construcción de los del Llano. Una multitud de hombres se regaban como hormigas por el andamiaje de madera, en los pretilos de canterías labradas, en las columnas truncas de la fachada, sobre la armazón de acero de las bóvedas, como una colosal tela de araña. Hombres empolvados de cal, remangados los calzones hasta la raíz de sus cobrizos muslos, subían y bajaban por las escaleras provisionales; otros, sentaban ladrillos en las paredes y tabiques. Las grúas crujían, en el aire se balanceaban grandes bloques de cantera.

Embebecidos contemplaron la obra hasta que dieron las siete. Ninguno dijo nada.

VIII

Elena fue sorprendida por una visita.

—Soy la presidenta de la Conferencia de San Vicente de Paúl; sé que tiene usted un enfermo grave. Vengo a traerle los auxilios. ¿Qué doctor lo receta?... ¡Ah! ¿Ninguno? Bueno; vendrá el nuestro.

El arrabal entra en movimiento. Las comadres, que saben que va a venir Su Divina Majestad, se *dan la mano*.

Al oscurecer, se ve a lo lejos la silueta gris del médico con su parasol de holanda, plegado a guisa de bastón. Las mujeres que departen en las puertas se levantan con sus chamagosos a cuestas. Unas corren por papel, otras por la tinta, la silla de tule, mientras que las demás, sofocando el cuartillo donde se muere don Juanito, arreglan la mesa para el altar, con un crucifijo de latón amarillo, dos velas de cera y muchas flores.

En la calle, los foquillos se encienden de repente en una luz rojiza y débil, de dos en dos cuadras distantes. Del suelo se levanta el olor cálido de la tierra mojada, de los pétalos de rosa de Castilla y malvabouquets, regados para la Estufa de Nuestro Amo.

El médico se acerca. En el ir y venir de las mujeres, el aire unta las mantas y los chomites a sus piernas escamosas, pechos lasos y vientres obesos y colgantes. Muchachos desnudos, tostados por el sol, se levantan de los montículos de estiércol, con los cabellos llenos de bazofia seca. Viva la mirada, murmuran «es el doctor» y vuelven a perderse en la tierra. Los perros enderezan las orejas y gruñen sordamente al señor médico.

En la casa del enfermo hay una cortinilla vieja y arrugada, señal de que se espera a Nuestro Amo.

*

Don Juan, que desde hacía dos meses no podía dormir sino apoyando su cabeza en el pecho sobre un montón de almohadas, esa noche pudo acostarse muy bien. Aunque apenas podía hablar, aseguró que se sentía muy aliviado, gracias a Dios. Pidió que se apagara la vela y que todos se acostaran. Tenía ya muchas ganas de dormir, una noche siquiera, a gusto.

Elena asintió. Pero cuando oyó las respiraciones pausadas y profundas de Esperanza y Juanito, con extraordinaria zozobra se levantó, encendió la vela y de puntillas, para no despertarlo, se acercó a la cama de don Juan.

Don Juan se había extinguido como una llamita silenciosa.

Todos se levantaron.

La vela de sebo se acabó a las dos de la mañana; pero como hacía muy bonita luna, una ráfaga bañó el cuerpo durante muchos minutos.

IX

—Parece que estamos en septiembre y no en abril —observó uno de los contertulios de «La Carolina», asomándose a la calle y poniendo su mano tendida afuera.

El chorro crepitante de la canal hacía inadvertido el chispeo de la lluvia incesante. De cada puerta de la tienda se deslizaba una franja luminosa sobre el charco bituminoso, en medio de la calle, que agitada por el chorro de la canal se abría con estrías de luz.

—La de malas —exclamó el jefe de la casa—; con la maldita fábrica de los del Llano se perdió un dineral. La fábrica se acabó, pero se nos ha venido el temporal de lluvias con cuatro meses de anticipación, las familias han emigrado y ¡el demonio!...

—Buena suerte la de estos amigos del Llano —dijo otro—. ¿Saben ustedes en lo que vino a resultarles la quiebra de Olivares de San Luis Potosí? Bueno, pues se los llevaban con cien mil pesos; pero como don Ignacio anduvo listo, les tomó la mercancía importada, y resulta que, con el tipo de cambio actual, la está vendiendo en pura plata y a las mismas casas de México con un ciento cincuenta por ciento, es decir, que se gana más de cien mil pesos, si logra realizar toda su mercancía.

El jefe se mordió los labios, sin contestar.

Hacía media hora que no entraba un solo cliente. Los dependientes, callados, de codos en el mostrador, oían el rumor monótono de la lluvia y las apagadas y lentas campanadas de las ocho.

Esperanza se acercó al gato barcino que estaba echado sobre el mostrador y acarició su pelo suave. El animal se desperezó, enarcó su lomo y enderezó sus manos duras, alzó un instante la cabeza, haciendo lucir intensamente las esmeraldas de sus ojos; luego, metiéndola entre los hombros, aplanando su cuerpo muy angosto hacia el cuello y muy ancho hacia las nalgas, volvió a acurrucarse.

Un suspiro profundo se ahogó en la garganta de Esperanza.

—Pero ¿qué me dicen ustedes del negocio que acaba de hacer con la «Vecindad Modelo»? —volvió a hablar uno de los contertulios.

El jefe le picó con el codo, señalándole con el gesto a Juanito y Esperanza.

—Sí, sí; ya sé —prosiguió bajando la voz—. Pues han vendido en cien mil pesos esa obra. ¿Saben ustedes qué tanto les cuesta? Diez mil pesos, diez mil pesos, y me alargo mucho... De la pura mercancía embargada a «La Sultana» salió sobrando para terminar la fábrica... ¡Tiburones!... ¡Don Juanito no sabía siquiera lo que tenía en «La Sultana»!

—Y pensar de que estos muchachos se quedaron en la ruina...

—*Business es business* —disculpó secamente el patrón a su colega.

Como a los moribundos, a Esperanza y a Juanito se les habían aguzado extremadamente los oídos.

Empapado, chorreando agua hasta por los talones, entró precipitadamente Villeguitas:

—Señores, no tienen más novedad sino la de que los bandidos están ya a cinco leguas de distancia. Los señores del Llano arreglan sus equipajes para salir luego en un tren especial. Yo me quedo al frente de la casa. Arriesgo el todo por el todo.

Se miraron entre sí: estaban descoloridos, sin gota de sangre en la cara, y las piernas les temblaban.

El jefe ordenó a los dependientes que se marcharan.

La lluvia apretó más fuerte. Juanito se alzó las solapas de su saco de dril: Esperanza recogió por delante su falda de percal negro, se envolvió la cabeza en su chal, y los dos, con las manos apretadas sobre el pecho, echaron a correr hacia su casa por calles oscuras y desiertas bajo la lluvia penetrante.

—¡Empapados, hijitos de mi alma! —exclamó Elena.

—No te apures, mamá; danos de cenar y a dormir luego —dijo Esperanza tiritando.

Elena dobló su cabeza con angustia; tuvo que decir que no había qué cenar. La mesada se había agotado desde al mediodía; nada habían querido prestar en el montepío sobre las prendas que llevara.

—No llores, mamacita; mañana pido una quincena adelantada —dijo Esperanza—. ¿Por qué no nos lo dijiste antes?

—Yo ni hambre tengo —afirmó Juanito, sombrío.

—Ni yo —repitió Esperanza.

Luego extendieron sus ropas sobre un desvencijado canapé, se envolvieron en colchonetas deshilachadas y durmieron muy bien hasta otro día.

*

Juanito y Esperanza salieron a escape de «La Carolina», que bruscamente cerró sus puertas. Pero apenas pudieron avanzar unos cuantos pasos. Las gentes corrían y se atropellaban. «¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí!» Las puertas se cerraban con estruendo y las calles se quedaban solas. Se oyó, primero, un disparo lejano; luego, otro más cerca, agudo, repercusivo, algo como el estallar de un cohete: después, los disparos se oían diseminados y por todas partes. Torciendo una calle, apareció al galope un grueso grupo de montados, con los fusiles a la cara. Esperanza y Juanito se replegaron al marco de un zaguán.

Las pezuñas sacaban chispas de los empedrados; las balas pasaban silbando.

Luego, no fue un grupo, sino la calle llena de caballería. Hombres de rostros quemados y terrosos, de miradas de fiera, con grandes sombreros de soyate, tapizados de santos.

Pasaban cerca de Esperanza y de Juanito disparando al aire y sin reparar en ellos.

Después, con un grupo de soldados, llegó una avalancha de gente del pueblo. Millares de manos alzadas señalaban las puertas de «La Carolina». Un soldado abocó su máuser al pestillo; estalló la chapa y, entre gritos y alaridos de regocijo, se abrieron

las puertas. La gente se precipitó dentro y comenzó el saqueo. Salieron cajas de vino, pilones de azúcar, tercios de maíz, sacos de frijol, montones de queso y grandes latas.

Juanito lo veía todo. Esperanza apretaba mucho los ojos como si esperara de un instante a otro la bala que se le había de incrustar en el corazón.

De pronto, Juanito dio un salto:

—Esperanza, no te muevas; espérame aquí.

Espantada, ella abrió los ojos sin comprender. Juanito corrió y en medio de la turba entró también a «La Carolina». Unos cuantos segundos después aparecía, arrastrando a duras penas un bote de petróleo.

—Esperanza, ven; ayúdame...

Pero la muchacha, abismada, no movía ni pie ni mano.

—¡Ayúdame!... ¡Mira..., mira!...

Desesperado, Juanito le enseñaba con los ojos el gran edificio frente a Esperanza. Esperanza comprendió y corrió a ayudarlo.

Primero, con el filo de una piedra, intentaron horadar el bote; pero la hoja resistía y solo consiguieron abollarla. Juanito se tiraba los cabellos de impaciencia.

Forcejeó de nuevo, y tampoco. Volvió los ojos de un lado a otro.

—Toma —dijo Esperanza sacando un grueso alfiler del peinado.

Juanito hizo un agujero, luego otro. Rociaron la puerta realzada y recién barnizada. La madera ardió muy bien. Cuando hubo un buen boquete echaron el bote de petróleo adentro y tras el bote un tizón.

Se escuchó un estallido, luego comenzó a salir humo negro por puertas y ventanas; las llamas asomaron, lamiendo los pretiles; después, por el último piso, ascendían espirales de humo hasta las nubes. La casa «Del Llano Hermanos, S. en C.» ardía muy bien.

Esperanza y Juanito no oían el restallar de los máuseres, ni el ronco estampido de los 30-30, ni el galopar de las caballerías. Alelados, veían levantarse las llamas hasta el cielo cárdeno, y estaban cogidos de la mano, cogidos estrechamente, y sus corazones latían aprisa, aprisa...

FIN DE
«LOS CACIQUES»

LAS MOSCAS

TOQUES de clarín y redobles de tambores hacen a la multitud replegarse. Un claro angosto se abre al paso de los soldados. Matilde aprovecha: en tres vigorosos empujones se incorpora al batallón.

—Mamá, mi canario; Rubén, Rosita, por aquí...

La gente ríe, pero Matilde no se altera.

Detrás va Marta, jadeante con un pesado veliz y la jaula del canario. Caminan hasta llegar a una cadena de furgones que les intercepta el paso. Los soldados rompen filas y trepan a los cobertizos de los carros.

Marta, rendida, deja caer la petaca. Anhelante, sin poder articular una palabra, interroga con el gesto: «¿En dónde están Rubén y Rosita?»

—Rosita es muy lista, madre: nos encontrará.

Matilde se vuelve hacia el canario:

—¡Encanto, amor mío!... ¡A ver ese piquito!...

Alarga los labios en espera de la caricia enseñada; pero, muy inquieto, el pajarito da de alas contra el enrejado de su jaula.

—Matilde, ahí veo al señor Ríos... Acaso él pudiera darnos noticias... ¡Señor Ríos, señor Ríos!...

De entre la masa movediza de cabezas surge una cara trágica, un cuello enjuto y estirado. El señor Ríos viene a saludar atentamente a Marta y a Matilde.

—¿Se les han perdido Rubén y Rosita?... ¡Oh, no solo ellos; todos estamos perdidos!...

El señor Ríos levanta las cejas, luego las junta negras e hirsutas como dos gusanos de mezquite que se encuentran. Se acerca a Matilde:

—¡Querétaro, tomado!

A los señores no les interesa Querétaro por el momento y preguntan de nuevo por Rubén y Rosita.

Para mejor fijar su atención el señor Ríos hace un esfuerzo poderoso que se trasluce en la contracción de sus cejas y de cada una de las líneas de su rostro. Y pliega la nariz y resopla dos veces.

—¡Oh, sí; los carrancistas a cuatro leguas de la capital! ¡Nosotros perdidos! ¡Irremisiblemente perdidos!

—¡Dios mío, mis hijos! —clama Marta, tendiendo miradas de angustia por los cuatro vientos.

«Que estamos perdidos, ha dicho el señor Ríos», rumorean las gentes inmediatas. Y la frase vuela, empalideciendo semblantes y aflojando quijadas.

De pronto el señor Ríos levanta la cintura de su pantalón siempre flojo y caído, resopla dos veces por la nariz y escapa diciendo:

—¡Es preciso que yo vea al gobernador inmediatamente!

Marta, desolada, se aprieta las manos:

—¿Qué hacemos?

—¿Preguntan ustedes por Rubén y Rosita? Acabo de verlos con un militar, al extremo de ese tren.

—Sí, sí, con el general Malacara. ¡Ah, Moralitos, qué fino es usted! ¡Cuánto se lo agradecemos!... Anda, mamá, dame el canario, lleva tú el veliz; vamos...

—Me urge hablar con el señor gobernador; si no yo tendría positivo gusto en acompañarlas —dice Moralitos, ahuecando mucho la voz y haciendo rodar sus ojos como bolas de hilo. Luego se acerca, trágico, a Marta:

—¡Estamos perdidos!

Marta y Matilde se marchan. Siguen la vía hasta la aguja de cambio, donde un tren sucede a otro tren. Se detienen; Matilde levanta la jaula a la altura de sus ojos:

—¡Mi encanto, mi cielo; a ver ese piquito!

El canario, rendido y desalado, se arrincona detrás de la tacita de alpiste. Sus ojillos brillan negros y redondos, pendiente de Matilde; pero se niega a picotear los labios teñidos que se le ofrecen.

Tras breves instantes de indecisión cruzan el tramo libre de la vía y entran en el patio inmenso que bardea un enrejado de madera. Refulgen los rieles de acero entreverados en madeja inextricable; hacia las oficinas y bodegas de la estación se aglomeran multitud de trenes repletos de gente. Los silbatos funcionan sin cesar: graves unos, como mugir de toros; agudos y desesperados otros, como alaridos de dementes.

Marta, el chal anudado a su cuello tendinoso y flácido, en torno a su cara enjuta y reseca de sexagenaria, perlando el sudor en su frente, deja caer el fardo y exclama:

—¿Qué hacemos, pues, ahora, Matilde? ¡Me zumban los oídos y siento que la cabeza me da vueltas!

Y, desfallecida, se deja caer sobre la petaca. Sus miradas exhaustas se pierden en el mar alborotado de la gente que les rodea.

Matilde, roja como amapola, comienza ya a vacilar.

—¡Mamá..., Matilde! Acá estamos...

La voz viene de lejos. Marta y Matilde vuelven sus rostros en distintas direcciones, sin encontrar caras conocidas.

—Acá, Matilde, en el carro sanitario...

—¡Ya los vi mamá!... Anda, levanta la petaca. Mira, allá está Rosita asomando la cabeza.

Solo que la entrada en el carro sanitario es difícil. Un hombre vestido de caqui y de sombrero tejano se ha plantado a la puerta y las mira con áspero gesto.

—Señor doctor, son mi madre y mi hermana Matilde.

—Pero éste no es carro de pasajeros, señorita.

—Es que no hay lugar ya en los otros carros ni para un alfiler, doctor... ¡Mire usted, mire usted!...

Rosita insiste, pero el médico enmudece. Por lo que Matilde replica con altivez:

—Bajen en seguida, Rosita. Bájate, Rubén; el general Malacara sabrá en dónde

meternos.

—Pues si él fue cabalmente el que nos trajo aquí.

A la voz de Rubén el doctor responde con un gruñido sordo y luego murmura:

—Suban, pues...

Y se retira al fondo, donde brillan las perillas de latón de un catre y los frascos de cristal del botiquín.

—¡Qué! ¿Viste tú también al general? —inquire Rosita al oído de Matilde.

—¡Qué le había de ver!... Pero ¿quién es, pues, ahora nuestra varita mágica? — responde Matilde en voz baja y sonriendo.

—¡Majadero sacamuelas!

Rubén, ardiendo de cólera, da golpecitos con una fina caña de bambú.

Se hace un largo silencio de timidez. Solo Rosita, inalterable, va a la puerta del carro. Su rostro fresco y su cuidadoso tocado contrastan con el descuido y negligencia ambientes.

La mañana esplende luminosa bajo un cielo diáfano; cálido verdor primaveral se dilata más allá de los patios blancos, en la inmensidad del valle salpicado en las manchas rojas de los tejados.

Rosita, dichosa, tararea *Mari, Mari* con voz dulce y entonada.

—Uno, dos, tres. Si; todos estamos juntos. ¡Bendito sea el Señor!

Marta cuenta a sus hijos y los vuelve a contar. Respira desahogada.

Abajo la muchedumbre rebulle como agitado colmenar, desparramándose de los andenes sobre los patios polvosos, amontonada en el interior de los carros, gusanera palpitante sobre los cobertizos y plataformas, asomando las cabezas enhollinadas en las góndolas de carbón de piedra y encaramada en los tanques de agua y de aceite.

—¡Bendito sea el Señor!... Uno, dos, tres; así, todos juntos.

Marta no se cansa de alabar a Dios. Pero su contento se turba de repente; una corazonada la llena de zozobra; el recuerdo del gesto trágico de Moralitos, la alarma seria del señor Ríos. Y reúne a sus hijos en consejo:

—¡Pst! El señor Ríos es un corazón de pollo —exclama Rubén.

—¿Y lo que dijo Moralitos?

—Moralitos es un pretencioso que se las da de sabelotodo.

—A mí me aseguró el general Malacara —dice Rosita muy seria— que antes de ocho días nos pondría sanos y salvos en nuestras casas.

—Ocho días de vacaciones y ascenso seguro por nuestra lealtad a la causa — afirma Rubén. Y muy ufano se contonea, jugando con su bastón.

Pero Marta se resiste a compartir el optimismo de la familia.

—Mi corazón me avisa que hay peligro, hijos. Rubén, quien debe saber bien cómo anda la bola es el doctor. Pregúntale...

—¿Yo?... ¿A ese ogro?...

—Pues entonces tú, Matilde.

Matilde yergue sencillamente su arrogante pecho.

Rosita mira hacia el fondo del carro, donde el doctor fija etiquetas en unos frascos. Se encamina pausadamente hacia él. Su paso es suave y cadencioso, ondulante su talle esbelto y su fina cintura; sus muslos se adivinan perfectos bajo la falda angosta.

—Doctor, ¿verdad que no vamos corriendo ningún peligro?

El doctor alza la cabeza y mira fijamente a Rosita. Oprimiendo la etiqueta contra el pomo, viene paso a paso al grupo.

—Explíquenme ustedes: ¿qué diablos se les ha metido en la cabeza que todo el mundo se pone ahora en fuga?

El espectáculo de pánico colectivo que ofrece la estación le asombra. No hay un espacio desocupado en ninguno de los trenes: sobra gente que se contentaría con el sitio preciso para colocar un pie en un escalón de hierro o para colgarse de un brazo.

El número de los civiles es tan grande que los muertos colores del caqui mugriento se pierden en el negrear de fluxes de casimir, y apenas se adivina la tropa en uno que otro máuser que asoma su cañón brillante sobre la masa amorfa de cabezas.

Los que han llegado al último se revuelven como hormigas asustadas y, sin valor para regresar a sus hogares, toman caminos y veredas rumbo a las rancherías, poblados o barrancos de la sierra.

Rosita va a contestar al doctor; pero Matilde, enfática, la detiene:

—Bien se conoce que el señor doctor es fuereño. Solo los vecinos de esta capital sabemos por qué nos espantamos de oír decir no más «ahí vienen los *carranclanes*». Solo nosotros sabemos de lo que son capaces estos yaquis del infierno. ¿Sabe usted, señor doctor, cómo correspondieron los carrancistas a la manifestación de simpatía con que los gremios más significativos de nuestra sociedad los recibieron, a raíz de su triunfo sobre los federales? ¡Ay! Yo los aborrezco con toda mi alma para que lo que pudiera decir de ellos fuera un poco desapasionado; ni le digo a usted que visite los panteones, porque los muertos no hablan; pero vea usted no más las casas de nuestra sociedad más distinguida convertidas en cuarteles, nuestros mejores colegios en mesones, el arzobispado en caballeriza y los templos en zahúrdas.

—¡La misma santa iglesia catedral, señor doctor —afirma Marta—, ha servido de sala de maternidad!

Sus ojos brillan hasta el llanto.

—Incontestable progreso de la tropa en materia de higiene —observa un individuo que acaba de trepar en el carro. Ostenta una estrella dorada en un sombrero tejano. Sus ojos son vivos, plateada su barba ya e irónico el pliegue de sus labios.

—¿Y sería también por higiene —responde Marta con fogosidad— la profanación de las tumbas de los obispos y arzobispos sepultados en la misma catedral?

—¡Ah!, es que como alguien lo ha dicho: la revolución es la revolución —observa entre serio y festivo Rubén, espionando el pensamiento de los jefes, presto a entrar con ellos en plena comunión de ideas y sentimientos.

Como a Rosita no le interesa la conversación, tarareando una danza de moda sale a la puerta. Su cuello blanco y su pecho lleno se estremecen mansamente al son de su cantar.

—¿Ustedes son empleados del gobierno? —inquire el mayor acercando una banca y ofreciendo asiento a todos.

—Nacimos en palacio por decirlo así, señor doctor —contesta Marta—; mi esposo fue el conserje desde el señor Maximiliano hasta don Panchito Madero. Dejé el empleo gracias a que se murió...

Y no puede continuar porque intempestiva oleada de lágrimas y sollozos le ahoga la voz.

—Sí; somos pobres, pero de familia muy decente —corrige pronta Matilde.

—Somos de los Reyes Téllez de Culiacán, ¿sabe usted?

Marta está ya serena como un cielo primaveral; Matilde entorna los ojos:

—De quinto año vine a la Biblioteca Pública; Rosita aún no se bajaba la falda y ya era taquígrafa de la Secretaría de Gobierno y Rubén es de la Normal de profesores... ¡Mi encanto!... ¡Mi cielo!... ¿Quién es el primoroso?... ¿Quién es el consentido?...

El pajarito salta a las rejas de su cárcel y, piando, juega su piquito con la boca de Matilde.

Marta hace patéticamente la relación del saqueo de la catedral. Habría que ver aquellos cerros de albas y sobrepellices, casullas, capas pluviales, amitos y demás ornamentos a montones sobre las sillas desquebrajadas, sobre los estantes abiertos y en el pavimento. Telas desgarradas mostrando las uñas feroces y desesperadas en la impotencia de arrancar, hilillo por hilillo, el oro de los brocados.

Matilde repara en que Rosita, sostenida de un barrote de la puerta, es presa de gran agitación. Sin pestañear mira un punto fijo en medio de la muchedumbre. Su rostro está turbado y sus ojos han perdido su habitual expresión dulce y acariciadora. Lentamente se acerca a ella y sigue la dirección de su mirada.

«Sí, parece el general», piensa Matilde. Y aunque él no vuelve el rostro, sus hombros anchos, su cabeza cuadrada, sus movimientos tardos y los cabellos grises que le asoman bajo la falda del sombrero le dan un parecido perfecto con el general.

—¿Es él? —pregunta al oído de Rosita.

—Sí... ¡Mira qué descaró!...

Matilde repara ahora en dos jóvenes mujeres que ríen con el general Malacara con mucho desparpajo. Sus maneras burdas, su lujo estrambótico, traslucen a leguas a la hembra bravía importada por la revolución de las abruptas serranías de Durango o de Chihuahua.

Matilde sonrío irónica y acaricia las mejillas irritadas de Rosita.

—¿A cuánto dijo el señor cura Espinosa, Matilde, que ascendía el valor de los vasos sagrados de la catedral? —inquire Marta.

—Solo una de las ráfagas de la custodia del Sagrario es un capital. Oro con

incrustaciones de piedras.

—¡Ah, el oro, *voila l'ennemi!* —rumorea el mayor como hablando consigo mismo.

Rubén, que cree haber adivinado su pensamiento, comenta:

—La bandera de los *carranclanes* lleva el lema «Exterminio y Muerte a la Reacción»... Y como para ellos oro y reacción son sinónimos...

—Por eso —dice Matilde cortante— no pudiendo fusilar el oro, se resignan con llevárselo. Por lo demás lo castigan bien, pues solo con pasar a sus bolsillos se le acaba lo reaccionario.

—Su hermano decía: «La revolución es la revolución.»

—¡Ah, sí, señor mayor!; pero una es la revolución y otra los bandidos. Ustedes, por ejemplo, son revolucionarios, no son bandidos.

—¿Y en qué nos lo han echado de ver? —inquire brusco y despectivo el doctor.

—¡Muy fácil! Lo decente trasciende de lejos.

Marta y Matilde se deshacen en elogios del doctor y del mayor, dejándolos pasmados con tal desplante.

Éste, como abstraído en sus propios pensamientos, como un sonámbulo, rumora:

—Los pensadores preparan las revoluciones; los bandidos las realizan. Ahora nadie podrá asegurar «éste es revolucionario y éste bandido». Mañana será posible, fácil...

—Tan fácil como un juego de niños —interrumpe el doctor—. Un problema de aritmética. Supongamos que quiero conocer el valor real del héroe don Fulano de Tal, a quien llamaremos X. Digo: X, antes de la revolución, igual a \$000.00; X, después de la revolución, igual a \$ 100,000.00, verbigracia. Pero como X no ha podido llegar ni a la unidad siquiera sin tomársela a quien la tenga, despejando resulta: X igual a bandido.

—Que es lo que se quería demostrar —concluye Rubén, radiante.

Y todos festejan la gracia del doctor a grandes carcajadas.

Obsérvase un movimiento de agitación mayor entre la multitud. Una locomotora ha dado dos breves pitidos, la campana se mece acompasada, chocan los topes con estruendo y el tren retrocede y entra bajo la marquesina.

Cruzan el oleaje de cabezas llenas de ansiedad y de zozobra, luego los vagones se pierden como una carta de baraja entre la infinidad de carros que ocupan totalmente la vía. Carros colmados de gente, coches averiados, muchos en reparación con sus grandes remiendos de madera blanca recién cepillada, máquinas con parches de reluciente metal. Y atraviesan escuchando el ríspido fragor de las válvulas en tensión.

Matilde, erguida y arrogante, va hacia Rosita.

—¿Qué fue, por fin, de su general?

Rosita habla aprisa, aprisa: las recriminaciones salen en raudal. Pero el movimiento y la expresión de sus ojos dicen más que todas sus palabras.

—Lo de siempre —observa Matilde— cree uno levantar a la gentuza y es uno quien desciende.

Y pensativa se muerde los labios, mientras que los tacones agudos de Rosita marcan agitado compás sobre la tarima.

—¿Estás segura de que él te vio?

—¿Y eso a mí qué me importa?

—Si él no te vio, no te ha cometido falta alguna.

Sin comprender, Rosita mira fijamente a Matilde.

—Piensa bien y no te exaltes.

—No entiendo cómo puedas disculparlo.

—Respóndeme, Rosita: ¿te vio o no?

—La verdad..., no lo sé. Ellos venían derechos al carro: sentí tan feo que les volví la espalda; después, cuando volteé, ya habían torcido en otra dirección.

—¡Perfectamente! Eso quiere decir que la conducta del general ha sido la de todo un caballero. Ten talento, niña. ¿No comprendes que, en efecto, te ha visto; pero que por no faltarte al respeto cambió en seguida de dirección? ¿Quieres más?

—¿Y eso le quita su desvergüenza? ¿Aquí, delante de todo el mundo, con esas... mujeres?

—Pero, Rosita, ¡es general!...

Matilde sigue esgrimiendo tan contundente lógica que acaba por desvanecer todo cargo sobre la conducta del general Malacara.

Se escucha lejana la marcha de honor de los clarines, luego un aplauso apagado por el vocerío:

—¡El gobernador! ¡El gobernador!...

La multitud se repliega en dos alas. Negrean a lo lejos en apretado grupo los civiles y uno que otro militar. A medida que se acercan van perfilándose las encorvadas espaldas, los cuellos estirados, las caras adoratrices, todo en torno de una cabeza vigorosa que en sus toscos labios sin barba lleva una sonrisa de suprema

indolencia.

Matilde se siente súbitamente inspirada. El entusiasmo general estalla en aplausos al paso de la comitiva. Matilde espera en la puerta del carro sanitario y cuando el gobernador se acerca, exclama vibrante:

—Señor gobernador, tiene usted las líneas de mi padre Cuauhtémoc y lleva el alma de la noble raza azteca... ¡Viva México! ¡Viva el señor gobernador!...

Los cortesanos vuelven sus rostros pasmados de admiración:

—¡Bravo! ¡Admirable! ¡Qué bien! ¡Qué exactitud!... ¡Bravo!... ¡Soberbio!

Y alargan sus cuellos flexibles en busca de la mirada bienhechora del señor gobernador.

Este acentúa apenas su incolora sonrisa, levanta la cabeza e inquiere:

—¿Quién es esa jovencita?

Uno de los retrasados nota que el carro sanitario va vacío. Y, antes de que el doctor pueda formular cualquier protesta, la turba trepa tumultuosamente y en un instante se aprieta el carro.

El doctor cruza los brazos, echa chispas y sus dientes chocan. El mayor ríe socarronamente.

Los empleados se reconocen, se buscan, se saludan y se abrazan. Moralitos, bajo, gordo, espinilludo y grotesco como mona de volantín, busca sitio para colocar a un viejecillo que dice ser su abuelito. Luego, abriendo los ojos enormemente, mirando a todos lados, busca ansioso a Matilde. Cuando la descubre, a todos los atropella por llegar a su lado.

—Ha estado soberbia, Matilde. Lá felicito de veras... ¡Colosal!, ¡sublime!

Y felicita a los de la familia, y no le basta:

—¡Qué inteligencia tan clara!, ¡qué cerebro! ¿No es verdad, señores, que Matilde ha estado muy feliz?

Moralitos se vuelve pidiendo aplauso. Y el doctor, como cuerda en alta tensión, revienta:

—El elogio de la señorita está muy bien; es cosa de ustedes...

Sorprendido, Moralitos pliega su cara de mascarón en un gesto de extrañeza.

—Lo que no está bien —prosigue el doctor— es la actitud del gobernador con ustedes... ¡Un revolucionario como él! Esa sonrisa de complacencia para ustedes casi es una traición...

Los empleados se tocan las costillas mutuamente con los codos.

—¡Bah! El incienso que estos bichos queman, mayor, tiene veneno.

—Señor doctor —protesta Moralitos—, nosotros somos sinceros, somos leales al gobierno, y si venimos aquí es cabalmente para probar nuestra adhesión a la causa, aun con el sacrificio de nuestra propia vida.

El doctor lo mira, le vuelve la espalda y sigue hablando con el mayor:

—Ellos no tienen la culpa; son lo que pueden ser, ¡claro! Cuando todo se subordina a la más imperiosa de nuestras necesidades fisiológicas, todo está bien. Y

ellos están atormentados por ella... ¿Entiendes, mayor?

Y se pone las manos sobre el estómago, oprimiéndolo con languidez.

—Ideas, sentimientos, opiniones, todo se lo inspira su estómago; por lo mismo nada puede vituperárseles. Lo doloroso, lo deplorable, es haber derramado tanta sangre para echarnos de nuevo en brazos de esta... roa.

—¡Qué tal disciplina! ¿Ha oído usted, señor Ríos, cómo se expresa del señor gobernador?

Moralitos pone los ojos en blanco y muestra su piel carne de gallina. «¡Insultos al primer mandatario del Estado!», se rumora con gran escándalo; pero nadie se atreve a protestar sino con gruñidos y meneos de cabeza.

La locomotora lanza dos prolongados y graves gruñidos; las gentes se remueven en gran confusión: los que se van alargan sus cuellos, buscando a sus familiares, agitándose pañuelos al aire; se alzan manos blancas y morenas, finas y burdas; muchas alcanzan a estrecharse todavía. Hay semblantes llorosos y ojos compungidos que se nublan.

Moralitos se planta en la puerta del carro, cual si quisiera ocuparla él solo. De bombín negro y flux de dril blanco, está radiante. En verdad se siente un poco héroe.

El primer tren militar, el del señor gobernador, se sacude bruscamente y comienza a rodar, cuando llegan desalados y pidiendo sitio en el carro sanitario el general Malacara y sus dos airosas hembras.

Matilde y Rosita se miran perplejas; aquélla se torna un monolito; a ésta se le tiñen los carrillos de escarlata. Pero Rubén acude en auxilio del general y tiende fraternalmente sus manos a las niñas, ayudándolas a subir.

—Gracias, gracias, joven amable; tan fino como siempre —dice el general y le palmea, protector, la espalda.

... Alonso Ramplón, hombre allegado a toda virtud y muy conocido en Segovia por lo que era allegado a la justicia, pues cuantas allí se habían hecho de cuatro años a esta parte han pasado por sus manos. Vérasele hacer, daba gana de dejarse ahorcar...

DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

Las canciones acaban en gritos destemplados y locas carcajadas. Oficiales y estudiantinos ebrios juegan de manos con las mujeres del general Malacara, haciendo gran alharaca. Ellas se contorsionan lanzando agudos chillidos, también en plena ebriedad. Pero luego de medianoche comienzan a rendirse. Las frases son breves primero, después inarticuladas, ululantes, y en hipos doloridos y débiles quejumbres se anuncia la proximidad del estado comatoso.

Cuando yacen despatarradas en medio de un hacinamiento de cuerpos rendidos por el cansancio o por el alcohol, solo se oye el resoplar fatigado del tren que serpentea veloz por campos que funden su acero con el acero del cielo, a través de nopaleras que se adivinan a trechos, a la incierta claridad de las estrellas. Y un reguero de chispas salpica la oscuridad de la noche y cae sobre los rastros,

encendiendo aquí y allá minúsculas quemazones.

El señor Ríos, que no puede pegar las pestañas porque la idea de un asalto intempestivo se le ha metido entre ceja y ceja, tiene sus miradas fijas en la oscuridad del valle. De pronto un estremecimiento le sorprende y agarrota: ha creído ver siluetas sospechosas, tendidas a distancia, a lo largo de la vía. «¡Gran Dios!... ¡Los carrancistas!» Quiere dar voces, pero es inútil su esfuerzo; sus labios ya no son suyos. Por otra parte, ¿a qué llamar la atención de nadie? Los militares vienen perfectamente ebrios. El señor Ríos saca fuerza de su misma angustia para preguntarse si no será víctima de alguna alucinación. ¡Veintiocho horas sin comer! ¡Su temperamento tan nervioso! Y se restriega los ojos y vuelve a explorar el campo atentamente. Y he ahí una vaga sombra que de pronto se alza del suelo, crece, se agiganta en un instante y con igual rapidez se aleja, empequeñece y se pierde. Y luego otra, y otra, y otra...

«Crac..., crac..., crac...» ¿Balazos? Un sudor frío corre de la nuca al apéndice coxígeo del señor Ríos.

Ha oído distintamente el golpe de un proyectil sobre las paredes del carro.

«Crac..., crac..., crac...» «¡Cristo Padre, no es uno; es una lluvia, un chaparrón!»

El temblor de piernas le obliga a buscar sólido apoyo. Y entonces la cárdena llamarada de unos zacates encendidos le devuelve la vida.

Los sospechosos son los postes del telégrafo, que siguen desfilando imperturbables, y el señor Ríos viene a cuenta de que el ruido de los techos es el de la gente que va arriba por centenares.

Es tan acompasado, tan monótono e interminable aquel desfile de escuetas sombras, que su espíritu se apacigua y sus ojos de papel secante comienzan a cerrarse.

El señor Ríos no puede convencerse todavía de que pueda ser verdad indiscutible aquello de que él en persona camine tan lejos de su tibio hogar. Entrecierra los párpados y mira las calles blancas y luminosas de su terruño y precisa y distinta su casita en una colonia, rodeada de jardincillos, con muchos árboles, muchos pájaros y mucha paz. Entra y allí está la fuente de aguas azulosas y límpidas y los pececillos como lechugas de fuego zigzagueando sobre arenas relavadas. Su cuarto de estudio está abierto y por la gran ventana que da al bosque penetra a borbotones el aire embalsamado por los eucaliptos.

Entonces su cuello vacila, se dobla y cae insensiblemente sobre las rodillas de su vecino.

El señor Ríos saborea las delicias de un suave y muelle colchón, la frescura de unas sábanas albísimas de lino, y sueña en que su salida de la capital en un tren de bestias ha sido un sueño, una horrible pesadilla.

El galopar vertiginoso del tren resuena en el silencio de los campos. Lleva vía libre. Como exhalaciones pasan las banderas rojas de los cambios, las señales de las casetas del guardavía, los muros calizos de las estaciones y los rojos cobertizos de lámina. De tarde en tarde se detiene breves instantes en alguna parada principal.

Entonces se remueven en los andenes embozadas y sigilosas sombras que con prontitud saltan dentro de los vagones y trepan sobre los que van dormidos.

De súbito despierta el señor Ríos con los ojos azorados y las manos sobre el pecho, como para contenerse el corazón: «¡El asalto!, ¡el asalto! ¡Dios Poderoso!» Despavorido mira en torno suyo. En sus oídos están vibrando los acentos marciales del clarín.

Una larga sombra se esboza al frente. El señor Ríos se queda extático; una faz pálida y ascética le sonrío con dulzura, con mansedumbre inefable; un rostro macilento, lleno de serenidad; unos ojos destellantes de bondad infinita.

«¿Mi seráfico padre Señor San Francisco?» Quisiera preguntar; pero su timidez natural por un lado y por el otro su férrea disciplina de oficinista le imponen la discreción perfecta.

—¡Es el señor, que ronca! —explica el aparecido con acento untuoso—; yo tampoco he podido dormir.

Y tiende sus largos dedos pálidos y señala al general Malacara, que en medio de sus hembras, boca arriba, inflando su cuello de acordeón, ronca como una zahúrda entera.

El señor Ríos comprende su pesadilla y una melancólica sonrisa expresa su agradecimiento a la sombra amiga.

De pronto el aparatito de petróleo que iluminara vagamente los ámbitos del carro, desde el botiquín, parpadea con precipitación y se extingue. El señor Ríos entra en comunicación espiritual con el desconocido. Una corriente de mutua simpatía se establece en breve, y sin que medie preámbulo alguno el señor Ríos lanza un hondo suspiro y exclama desolado:

—¿Perdidos, verdad?

—Parece... —afirma el aparecido con la miel en los labios.

Entonces el señor Ríos, sin consuelo, comienza a sollozar.

—No hay que preocuparse tanto, señor Ríos —rumora una voz conocida.

—¡Ah!, ¿tampoco usted duerme, Moralitos?

—Incidentes de la guerra, incidentes que carecen de importancia real —pronuncia más lejos otro.

El señor Ríos se conforma un poco pensando que muchos de los que parecen dormir envidiablemente van tan despiertos como él.

Después callan todos y solo se escucha el coro de roncadores que da la medida exacta de la potencia del general Malacara.

De tarde en tarde se escapa un suspiro profundo y dolorido del señor Ríos.

—¿Deja usted familia pequeña?

El señor Ríos tiene la sensación del que va a dictar su testamento. Reúne energías y da sus generales: «Donaciano Ríos, cuarenta años, casado, dos de familia, empleado de gobierno ya al mudar caninos. ¿Hoja de servicios? Inmaculada desde el debutar como oficial de partes de un juzgado menor hasta su puesto actual de

procurador de Justicia del Estado.

»¿Trabajo? Una Underwood: Item más: la máquina requiere limpieza, composturas y reparaciones; a él le basta un poco de aceite alimenticio no más para funcionar siempre e irreprochablemente. ¿Facultades preponderantes? Abdicación de la voluntad, bozal y sobrebozal a la inteligencia, elasticidad moral ilimitada, castración individual absoluta: el servidor ideal del gobierno.»

El aparecido se queda encantado del encuentro y de la prodigiosa coincidencia de anhelos, sentires y pensares.

—Pero ¿no hablo por ventura con el señor ex presidente de la Suprema Corte de Justicia de Erongarícuaro, en los memorables tiempos de nuestro Gran Presidente? Pues yo soy Rodolfo Bocanegra, abogado de la facultad de Chamacuero, ahora director de la Beneficencia Pública del mismo Estado.

—¡Ah! —clama el señor Ríos abriendo los brazos y buscando a su amigo en la oscuridad—; ¡el señor secretario de Gobierno en tiempos de nuestro general Huerta! ... ¡Cuánto gusto!... ¡Qué encuentro tan agradable!...

Las manos se estrechan con efusión y los corazones se abren de par en par.

—¡Apenas puede creerse!, ¿verdad?

—¡Es cierto!

—¡Nos han arruinado!

—¡Casi!...

—¡En plena anarquía!

—Exacto.

—A merced de los bandidos.

Las voces van bajando a medida que sube su significado, y llega el momento en que son tan tenues como un soplo de brisa, que ellos mismos apenas se adivinan.

—¡Haber soportado el tormento de pasar de un gran gobierno a la tragicomedia de Madero y luego de otro gobierno fuerte y honesto a esta cafrería!

—Con todo, algo hemos ganado. ¿No ha pensado el señor Ríos en sus horas amargas de desesperanza que nuestro estoicismo nos ha hecho crecer?, ¿que algo superior a nosotros mismos se nos ha revelado en nuestra serena actitud?

El señor Ríos confiesa ingenuamente su impotencia para encontrar tal superioridad.

—¡Es que somos unos verdaderos *profesores de energía!*, señor Ríos.

—¡Ah!... ¡Tiene usted razón! De veras que no se me habría ocurrido nunca. Sin embargo, primero me muerdo de hambre que servirles a los carrancistas.

Aprieta sus puños y los levanta indignado al cielo.

Don Rodolfo sonrío con benevolencia:

—La verdad es que esos caballeros han sido un poco bruscos, mejor dicho, incorrectos, pues antes de que nosotros pensáramos siquiera en renunciar... ellos...

—Sí —profiere tremebundo el señor Ríos—, ellos nos han arrojado de nuestros puestos al igual que se coge un gato de la cola y se le tira en medio del arroyo.

—Son más torpes que malos. Ignoran el catecismo hacendario hasta en sus encabezados. La revolución es medio cierto de hacer fortuna, el gobierno es el único capaz de conservarla y darle el incremento que amerita; pero así como para lo primero es indispensable el rifle, el oficinista lo es para lo segundo. Ellos quieren hacer gobierno solos y son como las piedras lanzadas a las alturas que no fueron hechas para las piedras. Caerán irremisiblemente, y como nosotros representamos una fuerza incontrastable, la fuerza de la inercia, o caen en nuestras manos o se aniquilan en plena anarquía.

—Compañero, las palabras de usted están llenas de sabiduría.

La noche, el silencio, la excitación mental, los orillan insensiblemente a confidencias atrevidísimas. Sin embargo, hablan tan bajo que se diría que solo sus espíritus se comunican. Las palabras tienen matiz y finura, la idea apenas se esboza: como los potros de sangre no avanzan un palmo sin movimientos combinados de indecisión, retroceso, lateralidad; en ondulaciones múltiples y mil curvas imperceptibles. Pero de toda la maraña se puede sacar en claro: «Ya una de las facciones rebeldes cayó en nuestras manos. Villa y todos los bandidos que comanda nos llaman y nos restituyen nuestros puestos. Los bandidos del otro partido están haciendo lo mismo en su lado.»

—Solo que Villa es hombre peligrosísimo —dice el señor Ríos—; es fama que sus hígados son más negros que los del chacal.

—Pero los ex federales no necesitarán de los servicios del gaucho Mújica, por ejemplo, señor Ríos... ¿Me entiende usted?

—¡Ah... ah!... ¿Esas tenemos? ¡Admirable! ¡Sublime! Sí, don Rodolfo; yo le juro que ahora sí rebosa de alegría mi corazón.

—Es doloroso acudir a medidas tan enérgicas, pero los derechos de la sociedad son sagrados. Dolorosa experiencia nos enseña que solo los procedimientos de nuestros más ilustres mandatarios han podido purgar a la nación de ciertos monstruos...

—¡La salud pública ante todo, don Rodolfo! ¡Si usted supiera! Las cabezas que han caído de estos bandoleros con autorizaciones calzadas con mi firma no se cuentan... Y mi pulso, compañero, se lo juro, estuvo más quieto entonces que en los presentes instantes. Cumplí como todo honrado servidor de mi patria.

Tal vez por el no comer, por la desvelada, por la excitación de sus nervios, el señor Ríos es víctima de un acceso de convulsiones que se resuelve en llantos y balbuceos. «¿Por qué, Dios Poderoso, yo, Donaciano Ríos, honrado hasta en los forros de mi chaleco, recibo como recompensa a mi fidelidad a la patria, al hogar y a la fe de mis mayores, estos crueles sufrimientos?»

—¡Mentira! —exclama en voz alta—. ¡Mentira! ¡La justicia no es verdad!

Aterrorizado entonces, como el creyente que acaba de blasfemar, tiembla de los pies a la cabeza. Pero eso mismo lo acaba de agotar y lo hace caer rendido en sueño dulce y profundo hasta el amanecer.

... El sol tiende los rayos de su lumbre por montes y por valles, despertando las aves y animales y la gente...

GARCILASO.

Amanece; una pincelada adamantina fulgura en el Oriente. El airecillo frío entra en ráfagas por las puertas abiertas. Algunos se remueven medio dormidos y gruñen insolencias. El señor Ríos despierta y resopla reseco, como caballo constipado. Poco a poco comienzan a esbozarse cerros lejanos de color de acero; se destacan masas de negro verdor y vanse perfilando las alegres casucas de las rancherías. El frío se acentúa. Algunos despiertan, se incorporan, restriegan sus ojos pesados y enrojecidos; todos con los cabellos descompuestos e impotentes las piernas. Hay suspiros apagados.

A los primeros rayos del sol el valle se inunda de un tibio lago de oro y se perfilan las casitas blancas y ocres, desparramadas en la colina, como miniaturas de Nochebuena. En un tramo de la vía el tren aminora su velocidad y se ve mejor el caserío y la gente ya en la brega. Sobre un almiar de rastrojos un gallo de cresta roja como cuajaron de sangre, de plumas doradas a fuego, yergue su cabeza marcial, sacude las alas, y como clarín en campaña, levanta su pico en un canto ríspido, sobreagudo, que desgarrar los aires. Vacas de turgentes ubres braman, levantando los hocicos sobre las bardas de un corral.

Eso es bastante para que los semblantes se animen y en las miradas alumbre un rayo de esperanza.

Nadie inquiera, nadie conjetura, nadie comenta; todo el mundo se basta a sí mismo. Hasta el señor Ríos cree en la posibilidad del triunfo de la facción y el pronto regreso al hogar.

Dispersas las últimas sombras del carro, todos se van dando cuenta de la presencia de muchos desconocidos. Don Rodolfo presenta algunos de sus conterráneos al señor Ríos; un señor gordo trasudando grasa del sombrero a los botines y que hasta parado ronca es el director de una escuela oficial, «una auténtica maravilla en materia de interpretación de códigos y jeroglíficos» asegura don Rodolfo. Dos chicas pizpiretas, pintadas de albayalde y azarcón, le hacen compañía. Son las auxiliares. Don Sinforoso, sujeto doblado de carnes, bigotes hirsutos, cara de bulldog, revólver y daga al cinto, presidente municipal de Turicate.

—¿Y ese joven es algún general ex federal? —inquiera el señor Ríos, bien impresionado por el marcial continente de un mozalbeta de brillantes polainas, ajustado traje de paño gris, retorcidos bigotes y máuser a la espalda.

—No lo conozco, señor Ríos.

—No, no es general —habla un desconocido en voz baja—; es mi paisano..., un sastrecillo de Zamora.

—¡Qué bien se ve! —repuso satisfecho el señor Ríos.

—¿Ve usted aquel joven pálido que acaba de levantar la cabeza allá enfrente? Sí;

el de los ojos negros y grandes y castaña ensortijada. Un joven de gran porvenir: estudiante de leyes de la capital, lanzado por la revolución hasta acá. ¡Neftalí..., Neftalí...! No me oye.

Don Rodolfo salta sobre los que van aún dormidos y se acerca a Neftalí:

—Neftalí, deseo presentarlo con mi amigo el señor Ríos.

—¿Gente de provecho? —inquire con desmayada voz el joven.

—De gran representación política.

—En tal caso...

Neftalí entorna sus ojos de doncella y pliega sus labios afeitados. En tres saltos llegan hasta el señor Ríos, que mira distraídamente cómo se desenvuelve el campo.

—Uno de nuestros más excelsos portaliras, señor Ríos. Neftalí..., el señor procurador de Justicia de Erongarícuaro, cerebro privilegiado, amigo dilecto...

Neftalí inclina su rizada cabeza y tiende sus dedos de *demi-mondaine*.

—Actualmente Neftalí desempeña con acierto y aplauso de sus superiores el cargo de director de la escuela preparatoria de mi Estado. Es mucho placer para mí hacer que personas de mi predilección anuden sólida amistad.

Ni el señor Ríos ni Neftalí parecen, sin embargo, haber quedado satisfechos.

Al extremo opuesto del carro, cerca del botiquín, Marta, sus hijos y el doctor, constituidos en familia, se disponen a almorzar. El mayor, Rubén y el doctor han soportado la desvelada a fuerza de mezcal, y están todavía locuaces. Mientras el doctor abre una lata, Matilde quiebra un blanquillo al borde de una cacerola humeante, lamentándose de una fanfarria que tuvo en sus oídos toda la santa noche de Dios. Y voltea, mira al general Malacara tendido boca arriba y roncando a plenos pulmones, ríe y recita con intención:

«Dormir bien... y roncar como un sochantre
qué hermoso es cuando hay sueño,
y comer y engordar...
Y qué desgracia
que eso solo no baste...»

—¡Recita usted admirablemente!

—¿Es usted artista, Matilde?; ¿qué cultiva con mayor cariño? —inquire el mayor.

—Cultivo el arte en todas sus manifestaciones: toco, compongo versos, hago comedias, represento, digo discursos.

—¡Ustedes no han oído a Matilde tocar el violín! —la interrumpe Marta muy conmovida—. Lo hace divinamente. En casa se daban verdaderos conciertos. El señor gobernador nos honraba con su asistencia.

—¡Ah, tan bueno que fue el señor Izaguirre! —suspira Matilde—; no salía de nuestra casa...

Rubén se tiene la lengua para no soltar el exabrupto: «¡Fíjense ustedes en el parecido tan notable de mi hermana Rosita con el señor Izaguirre! ¡Ya verán si nos

dispensaría sus favores con largueza!» Pero Matilde es tan dominante y tan exigente que no le permite despegar los labios sin previa autorización.

Matilde, vibrante al evocar sus recuerdos, voltea nerviosamente la tortilla de huevos, tiende una rebanada de pan tostado con mantequilla y un vaso de café con leche al doctor, y dice:

—¡Una fecha memorable de mi vida! ¡Cómo me aplaudieron! Iba vestida de tul blanco, botas de raso blanco, tacones plateados, los cabellos deshechos sobre el pecho y la espalda en negra cascada; un pliegue de nuestra enseña nacional al capricho sobre uno de mis hombros. Luego en parejitas venían los niños de la escuela oficial a depositar sus ofrendas florales a mis plantas, mientras que la banda ejecutaba el Himno Nacional.

Emocionada hasta el llanto, Matilde interrumpe su narración, y Rubén aprovecha:

—Por cierto que ese día me llevaron a la comisaría. A un chiquillo que dijo: «¡Qué nariguda está la Patria!», le he dado tal bofetón que lo hice rodar al suelo.

A una, las Reyes Téllez fulminan con sus miradas a Rubén.

—Nunca fue más elogiada Matilde —trueno Marta.

Luego, haciendo gala de una prodigiosa memoria a su edad, da la crónica más detallada de aquel venturoso 16 de septiembre, publicada por el semanario de la localidad.

—Señorita —pronuncia gravemente el doctor—, dispéñseme usted mi falta de modestia. A ver, mayor: hazme favor de sacar esos versos míos que están en esa caja de pino blanco. Sí, entendido; ya sabes.

Cuando el mayor viene con latas de mortadela, jamón, jalapeños, chorizos de Toluca, estalla el aplauso.

—¡Qué chispa del doctor! —clama Rubén.

—¡Qué doctor! ¡El chasco que se lleva uno con usted al juzgarlo por la primera impresión!

Todos están encantados.

Rosita, que había estado entretenida en componer los desperfectos que la noche tormentosa dejó en su rostro, se presenta ya como muñeca. El doctor la galantea y Matilde procura despertar al general con su alharaca.

Más que el vocerío de los Reyes Téllez y sus amigos, despiertan un justo resentimiento en el pasaje los olores de las frituras. Don Sinforoso, que ha dicho ya tres veces que es presidente municipal del Turicate y teniente coronel del extinto ejército federal, no puede contenerse más:

—¡Cuál gritan esos malditos!...

En voz baja el señor Ríos le aconseja no dé tan fuertes voces: los aludidos son jefes del servicio sanitario.

—¿Y qué?, ¿y qué?...

—Que cabalmente venimos en su carro y... parece que ellos no son muy educados.

Entonces don Sinforoso saca un cigarro y refiere las más brillantes proezas de su carrera militar. El sastre de Zamora y otros señoritos vestidos de militares le hacen coro. Y los federales por aquí y los federales por allí.

Ya muy ebrio, el doctor oye la palabra federales y salta como si le hubiesen prendido un agujón:

—¡Los federales! La palabra mágica de la que viene pendiente la engorda de Porfirio Díaz, del badulaque De la Barra, del bandido Huerta... ¡Los ex federales... nuestra gloria nacional más pura!

Rubén, que limpia sus dientes con un palillo, escupe, mira tímidamente a Matilde y se atreve:

—¡Nosotros adorábamos al señor Madero!

—Rosita hasta un altar de flores le tenía puesto al pobrecito del señor Madero — agrega Marta.

—¿Pobrecito del señor Madero?

—¿Quién es la imbécil que ha dicho pobrecito del señor Madero? ¡Esa sí que de veras es una pobrecita!...

Entonces el doctor resbala sobre su cama deshecha y se queda bien dormido.

Don Sinforoso, que ha sabido ensordecer a tiempo, toma de nuevo la palabra: «Después de nosotros, los federales, nadie tan valiente como los alemanes.» Y hace el elogio de ellos engolfándose en las últimas noticias de la guerra europea.

Mientras el sastre y los otros militares aplauden al presidente municipal de Turicate, el señor Ríos suplica fatigado a su gran amigo don Rodolfo deje de presentarlo con nadie hasta que se desayunen.

—¿Qué versos desearía entonces que le recitara nuestro Neftalí?

Honradamente, el señor Ríos confiesa que por el momento preferiría un platillo de frijoles a toda la literatura del mundo. Pero don Rodolfo es obcecado:

—Neftalí, recítenos *Una salvaje armonía hincha mi corazón...* ¿Cómo no se habría de acordar? La bellísima composición que comienza: «Estos versos los escribió Neftalí Sancho Peredo de la Garza para su prima Blanca.»

—No recuerdo nada de ellos, señor director.

—¡Imposible! Una de sus más hermosas producciones.

—Retórica vana, señor director, *platitudes...*

—Permítame que difiera de su parecer. Esos versos tienen vida y verdad.

—Vida y verdad nada tienen que ver con el arte —responde sonriendo Neftalí.

—Expanden armonía y cantan al alma de las cosas.

—¡El alma de las cosas! Ha tiempo que el alma de las cosas no habita las cosas.

Y cuando don Rodolfo busca el gesto de admiración de su amigo el señor Ríos, se encuentra con un ceño fruncido. El señor Ríos contempla al joven poeta como si viese a la Gran Esfinge.

—¿Pero ustedes cenaron anoche?

—A las diez y media —responde don Rodolfo, alarmado.

A tiempo que llegan unas voces del fondo del carro: «Señor Ríos, véngase a tomar un *sandwich* con nosotras.»

El señor Ríos deja con la palabra en la boca a sus amigos y se dispara hacia el botiquín.

—Manuela, enderézate, que ya de aquí se ve Irapuato —dice una de las amigas del general Malacara a la otra, que se remueve pesadamente, rumora voces ininteligibles y, por fin, se incorpora.

Un tanto desconcertada, Manuela separa los cabellos que se untan a su rostro maltratado, mira a su alrededor como para orientarse mejor, se pone en pie y va a la puerta del carro. Una mano sobre la frente defiende sus párpados hinchados de la viva luz del día y, poco a poco, comienza a percibir las techumbres plomizas de la estación de Irapuato en la lejanía.

—Oye tú, *Cachucha*, ¿aquello es humareda o tengo los ojos empañados todavía?

—¡*Cachucha!* ¿Oyeron ustedes? ¡Admirable! ¡Je, je, je! —dice el señor Ríos muy contento y satisfecho al oído de don Rodolfo, reparando en el perfil de la muchacha, en su saliente barba que le da parecido notable con su apodo.

—¡Nuestro pueblo es admirable para adecuar sobrenombres, señor Ríos!

—En nuestros bajos fondos hay torrentes de inspiración para nuestra incipiente literatura nacional —responde el señor Ríos y da una lista que comienza con don José Joaquín Fernández de Lizardi y acaba con don Federico Gamboa.

—¿Cuál es la opinión de usted en este particular, Neftalí?

—Del Pensador Mexicano al autor de *Santa*, señor director, alma vernácula brilló siempre por su ausencia.

—¡Cada vez más exigente, cada vez más selecto! Se hace imposible, querido Neftalí.

Neftalí hace un gesto de fatalismo.

Mientras, las dos muchachas, muy intrigadas, siguen mirando muy atentamente rumbo al Sur:

—¿Qué será?

—¿Qué será?

Más allá del tupido mezquital que se dilata cespado, verdinegro e inmenso, cortado por la cinta de balastre reverberante, en la arboleda que circunda a Irapuato se levanta como una nube de plombagina.

De pronto el tren, describe una curva pronunciada y se recorren con toda precisión una multitud de negras columnas de humo que se retuercen en el aire, se dispersan y se diluyen en un fondo bituminoso.

—¡Los trenes de Villa, *Cachucha!*

—¡Los trenes de Villa, Manuela!

El señor Ríos oye las exclamaciones, siente un vuelco en el corazón, luego como si se lo hubiesen metido bajo una prensa y comienza a castañetear. ¡Los trenes de Villa! Todo lo adivina ya. Pero, ¿cómo comunicarle la noticia a don Rodolfo, que ha jurado que «somos unos verdaderos profesores de energía»?

Pero es también el momento mejor para poner a prueba tan altas cualidades. Salvo el resoplar más fuerte y el levantarse más altos los pantalones, el señor Ríos lo

dice todo, sin dejar traslucir su intensa emoción.

—¡Mi canario!... ¡Mi canario!... ¡Qué atrocidad, Justos Cielos! ¿Quién ha visto por allí mi canario? Dios me castiga. He olvidado a mi primoroso toda la noche y toda la mañana. Caballeros, por favor, ¿nadie ve por ahí una jaula de alambre con un canario?

Nadie repara en las exclamaciones de Matilde, porque en las inmediaciones de Irapuato todos se apresuran a recoger sus maletas y petacas. Rosita repasa su tocado y los que nada llevan se sacuden el polvo y se arreglan la cabeza enmarañada.

Irapuato es el final de la jornada. Irapuato quiere decir desayuno, alojamiento, colchón, sábanas, felicidad.

El tren se detiene en campo raso y al punto comienzan a desgranarse los racimos humanos que van y cuelgan en las azoteas de los furgones. Descienden entumecidos, estiran las piernas, los brazos; luego se dispersan, los unos hacia una hacienda que asoma sus almenas ocres sobre el mezquital y otros se enfilan por los bordes polvorientos de la vía, rumbo a la estación.

—¡Eh, muchacho!, ¿por qué se ha detenido el tren?

Un soldado de calzón blanco, botas enlodadas, máuser a la espalda, mira con aire de babiaca al presidente municipal de Turicate, sin responderle, y pasa de largo.

—Te pregunto, pelmazo, ¿por qué está parado el tren? —repite con arrogancia don Sinforoso.

El soldado se detiene unos instantes. Su faz de ídolo azteca se fija estúpidamente en el ex federal.

—¿Que por qué se ha parado el tren, pedazo de alcorcho?

—¿Le importa mucho saberlo? Pues pue que a mí también...

—No sabes con quién estás hablando, zopenco...

—Aseguro que no ha de ser con mi padre, porque a mí no me engendró ningún...

Un escorpión sale de la boca del soldado con gran alarma de las niñas auxiliares, que se tapan los oídos.

—Mira, soy teniente coronel ex federal y puedo...

Don Sinforoso demuestra a satisfacción que su vocabulario es más rico que el del mismo soldado, y enfurecido quiere pasar a vías de hecho, llevándose las manos a la cintura. Moralitos, el señor Ríos, don Rodolfo y Nefalí prudentemente despejan el campo atropellando a los que se interponen para llegar al rincón del carro donde está instalada la abuela de Moralitos.

—No, eso no. Bromear con armas de fuego son juegos de mal gusto —nota el señor Ríos, muy nervioso.

—Como que para una desgracia no se necesita nada —afirma dogmática la viejecilla.

—Mi suegra se mató con una funda de pistola —observa un guasón.

—¡Ya verás!..., ¡tasajo!, si puedo enseñarte cómo debe tratarse a un superior.

Don Sinforoso echa mano a su pistola y el soldado, sin inmutarse, deja resbalar

hacia su pecho la caja de su fusil. Motivo sobrado para que las auxiliares den de gritos y se agrupen abrazando y defendiendo con sus propios cuerpos al bravo militar. El maestro de escuela, cuya obesidad le veda los gestos trágicos, se contenta con tomarle suavemente la mano y contenerla.

—¡Que se compromete usted, mi teniente coronel!...

Y siente tan leve la resistencia de los dedos que casi adivina en ellos una invitación, por lo que con toda cortesía y respeto lo desarma.

Con eso basta para que don Sinforoso espumarajee de rabia y diga cuanta mala palabra sabe.

Entre el sastre y el maestro se lo llevan, lejos del soldado. Ebrio de ira, comiéndose medias palabras, dice don Sinforoso que por respeto al bello sexo no pone allí un horrible ejemplar.

El soldado, sin perder su aire idiota, se aleja paso a paso, dejando recuerdos para el teniente coronel y su familia.

Cuando se pierde de vista, Moralitos da un salto de su escondite y cae a medio carro:

—¡Apenas se puede creer!... ¡Qué disciplina!

Luego, al oído de don Sinforoso:

—¿Es posible, mi teniente coronel, que esta canalla sea la vencedora de nuestro glorioso ejército federal?

—El ejército federal nunca fue vencido, mi amigo. Fuimos traicionados y nomás. Con quince hombres yo hice correr muchas veces a centenares de pelados de estos.

—Sí, mi teniente coronel; pero ahora habría sido un compromiso para usted.

Un grito desgarrador les interrumpe. Matilde acaba de encontrar su jaula bajo una decena de monturas militares y su canario brutalmente despachurrado. En la subconciencia, Matilde siente que su gesto ha excedido de lo bello y ha alcanzado lo sublime. Su grito de dolor le revela una modulación novísima, insospechada por ella misma. Entonces da rienda a su pesar y sus gemidos recorren como en una flauta la gama completa del dolor.

Moralitos se precipita a recibirla en sus brazos, desmayada al fin.

... Los americanos irán a traer al Rey de España... Vendrá y todos se conformarán con la voluntad de Dios...

PROFECÍAS DE LA MADRE MATIANA.

El último en despertar es el general Malacara. Apenas se endereza y sus párpados pesados se despliegan y ya está brillando en su blanca dentadura su sonrisa habitual. Estira los brazos y las piernas con cansancio, bostezo y sus ojos recorren el carro medio vacío ya. Hambrientos, muchos han bajado buscando jacaluchos y comida. Repara en Marta y en sus hijas y, de pronto, como quien acaba de acordarse de algo muy importante, se incorpora y va a saludarlas.

—¡Ah, general, viene usted también en este carro! —dice Marta con gran

afectación.

Rosita le tiende su mano inexpresiva, sin dejar de mirar muy distraídamente la arboleda.

—¿Y Matilde?

Rubén refiere el accidente del canario. La pobrecita de Matilde está ahí en un rincón, arropada su cabeza en un chal negro, sollozando sin consuelo.

—Niña, eso no vale la pena. Dele usted gracias a Dios. Menos monsergas para el camino.

—¿Una taza de café, mi general?

El doctor, amodorrado todavía, se dispone a encender una lámpara de alcohol, pero Matilde se levanta prontamente y viene:

—No, doctor; usted, no... ¡No faltaba más! Habiendo mujeres aquí. Después de tantas finezas y atenciones que le debemos. Somos personas educadas y sabemos cómo se tratan las personas decentes.

Y por más que su gesto es agrio y su palabra venenosa, con sus propias manos calienta el café y fríe los blanquillos para el general.

—Bermúdez..., Bermúdez..., unas botellas de cerveza.

Un palurdo de enorme sombrero de petate se incorpora sobre un montón de petacas y maletas, hurga y viene luego con botellas en las manos. Salvo Rubén, siempre de bello continente, y de Bermúdez, que jamás dice no cuando se trata de beber, el general sufre un desaire completo. Lo que no es un obstáculo para que él siga almorzando fervorosamente, mientras que Rosita a buena distancia de él se pone a charlar con el doctor.

Todavía profundamente dormido, el doctor le pregunta si el general Malacara es su pariente.

—Amigo, amigo de la familia... ¡y quién sabe! Porque usted comprende: hay amigos y amigos. Ayer tarde, supongamos, lo conocimos a usted; nos ha simpatizado por sus finas maneras, por su distinción, porque en todo se ve que es usted una persona decente. Desde ayer, pues, somos amigos y amigos de corazón, porque nuestra amistad es desinteresada, noble y no... de los dientes para fuera. Simpatizamos y ya. Vea usted ahora el reverso de la medalla. Uno, aunque decente, de buena familia, relacionado con la aristocracia, es pobre y necesita de un empleo para vivir; tiene, por tanto, necesidad de hacer conocimiento con gentes del mundo oficial, y cuando menos se lo espera ha adquirido relaciones, ¡vaya usted a adivinar con qué clase de genticilla!..., ni de igual condición, ni de los mismos modales, ni nada... ¿Me entiende usted?

«Todo está bien —piensa el doctor—, pero no hay relación entre el gesto y la palabra.» Porque Rosita ríe mucho, mueve los hombros, contonea su cabecita bien peinada y menea gallardamente las caderas, adelantado su pie breve y descubriendo el nacimiento de una pierna fina y tensa.

—¿Entonces el general la corteja a usted? —le pregunta exabrupto.

—¡Jesús! ¡Qué ocurrencia de hombre! ¿Novio mío el general Malacara?

Su garganta se desgrana en una escala de notas agudas y sonoras.

—¡Qué barbaridad! Debo de estar hecha un adefesio para que me haga tan poco favor. Diga usted que es mi abuelito, doctor.

Se tuerce coquetamente, se mira toda ella con satisfacción y su risa canora sigue dando notas y trinos de pájaro silvestre.

El general Malacara comprende al fin y va resueltamente a hablar con Matilde.

—¿Saben ustedes quiénes son esas muchachitas que me acompañan?

—No tenemos gran interés en saberlo, general.

—Calma, niña, calma. ¡Bah! Son unas pobres muchachitas, amigas mías y paisanas, casi mis primas, que vinieron de paseo al interior, las cogió aquí la bola y no saben cómo regresar a Durango, ¿eh? Naturalmente yo les he ofrecido acompañarlas hasta ponerlas en su casa, ¿verdad?... Muy buenas muchachitas... Las conozco desde tamañitas así...

Luego en voz baja:

—Les gusta la copita... como a mí..., como a ustedes, como a todo el mundo ¿eh? Pero, por lo demás, muy recomendables.

Y muy entusiasmado con su panegírico, ya el general habla de llamarlas y hacer una formal presentación:

—Sí, sí; que vengan para que se conozcan, para que se relacionen y se traten con mucha confianza y se hablen de tú como si todos fuésemos de la misma familia... Les he dicho que son parientes, aunque lejanas.

Rubén no ve el menor inconveniente y ya en sus labios se formula el sacramental «será un positivo placer para nosotros», cuando Matilde, roja como la cresta de un gallo, hirviendo de dignidad, hace comprender al general en términos enfáticos lo absurdo de su proposición.

Un grupo de empleados, grises de tierra, regresa ahora en dirección al carro sanitario. Moralitos, pañuelo blanco al cuello, rostro espinillado y congestionado, ojos como bolas de hilo, da alarmantes noticias. El tren se ha detenido porque está bloqueada la vía. ¡Un desastre! Los trenes de la División del Norte enfilándose en retirada, encendidas las ciento y tantas calderas, prestos a emprender la fuga... ¡Un desastre!...

—¿Qué gritos trae ese mequetrefe? —inquire el general yendo a la puerta—. Se calla, don Petate, o lo mando fusilar. Aquí salen sobrando las gallinas.

Se hace un silencio de terror. Los rostros están pálidos, desencajados.

Entonces quién sabe de dónde surge una voz lenta, ronca, solemne:

—Señores, Francisco Villa no ha perdido..., ni pierde..., ni puede perder. No es cosa que pende de abajo. Escrito está: «México arderá en revoluciones horribles y vendrá el hambre, la peste y la guerra... Reinarán cuatro Franciscos.» Las profecías han de cumplirse: Francisco León de la Barra, Francisco I. Madero, Francisco Carbajal... Falta no más un Francisco: Francisco Villa. Escrito está.

La pitonisa, que resulta ser la propia abuelita de Moralitos, se calla. Siguen momentos de silencio expectante.

Marta, casi tiritando, inquiere:

—¿Y después?...

—¡Ah, después!... «Después vendrán tres correos: el primero dirá “todo se ha perdido”, el segundo llegará por la noche y seguirá su camino; el tercero, que será de fuego y agua, dirá: “Todo se ha salvado.” Y el triunfo de la Religión será tal como jamás se haya visto... Los americanos irán a traer al Rey de España... Y vendrá y reinará y todos se conformarán con la voluntad de Dios.»

La vieja calla. Su voz fue solemne, su gesto hierático. El doctor lanza una carcajada impía; Marta y sus hijos siguen muy pensativos, mientras que el señor Ríos y su acompañamiento, sin comentar, se alejan de nuevo, paso a paso, hacia Irapuato. Neftalí remanga su pantalón, invierte las alas de su fieltro y, bastón en mano, sigue al último de la caravana, grave y ceremonioso.

—Niñas, les propongo que vayamos a conocer Irapuato. Aquí nos vamos a morir de fastidio. Esto es para largo. Bermúdez, que bajen mi automóvil.

Las dotes de energía y carácter de Marta y de Matilde sufren, pues, la prueba más ruda. ¡Ir a Irapuato en el automóvil del general! Pero Rosita las hace salir impecables del trance:

—El doctor nos ha hecho favor de invitarnos antes. No podemos desairarlo.

El doctor no disimula su sorpresa, lo que hace reír al mayor de muy buena gana, lo mismo que al general Malacara.

—Entonces arréglense luego, Manuela, *Cachucha*; las voy a llevar a Irapuato.

Sus dientes aporcelanados brillan en la media luz del carro.

Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan... Mi plumaje es de éstos.

DÍAZ MIRÓN.

—¡Jesús! ¿Nosotras en carretón?

Un gesto de protesta endurece el severo perfil de Matilde cuando el doctor les señala el carromato que ha alquilado para llevarlas a la ciudad. Rosita misma se quema de ver a Bermúdez con sus soldados empujando vigorosamente el gran automóvil gris del general Malacara por un plano inclinado de una plataforma hacia el suelo. El general y sus amigas esperan tranquilamente a la sombra de unos árboles.

—¡Malditas viejas! —ruge Rubén.

—Sí —contesta Matilde con entereza—, pero primero la dignidad.

—La dignidad ante todo —repite en coro solemne toda la familia.

—Ahora que nadie nos ve —exclama Marta y corre la primera al carretón.

Rosita, aprovechando un momento en que el general y sus hembras le dan la espalda, salta y se instala también.

—Nicomedes, trae los canastos y la red —ordena el doctor—. La cosa va mal, señoritas; no sabemos cuántos días la vamos a pasar en despoblado. Hay que llevar

suficientes provisiones.

Las caras se desavinagran con tan sabia providencia.

—Pero si yo no creo en la derrota de Villa —dice Marta.

—¿Lo duda todavía?

Rubén cruza miradas inquietas con Matilde. Marta comienza a tiritar.

—Tienes que ir a visitar a tu condiscípulo Quiñones, Rubén, como lo habíamos ya pensado.

—¿Y en dónde voy a encontrarlo ahora, hermana?

—No se necesita gran astucia para encontrar al maestro de escuela de un pueblo.

Durante un largo silencio los rostros vuelven a contraerse en una profunda preocupación.

Después el doctor sale el primero de aquel ensimismamiento y habla:

—Vaya que el paseíto nos va resultando agradable. La arboleda es muy hermosa y se siente mucho fresco.

Un forzado monosílabo de Rubén es toda la contestación. Rosita misma, desde que viene dando tumbos, parece contagiada del aturdimiento de los pájaros que el ardor de la hora mantiene silenciosos en los ramajes.

A medida que van acercándose a Irapuato comienzan a tropezar con soldaderas andrajosas y exhaustas. A orillas de la carretera se encuentran de tarde en tarde chiribitiles de pajas negruzcas y ahumadas; por las puertas, negras de tizne, asoman caras largas, ojos despavoridos: la inquietud y la zozobra en dondequiera. Llegan al pueblo por una callejuela blanca y polvorienta, casucas de techo de carrizo podrido por las lluvias y quemado por el sol. Más al centro, en una bocacalle, un grupo de enchomitadas y mugrientas habla con vivos ademanes, y cuando el carretón las flanquea tienen silencio de estatuas; solo sus ojos dilatados y sus largos pescuezos siguen con invencible curiosidad al grupo que va en el carro hasta verlo desaparecer.

Rubén interroga al acaso a los transeúntes. La derrota de Villa es el tema obligado. Se está evacuando Irapuato, las tropas tendidas en las inmediaciones de la estación del ferrocarril esperan sus trenes. El enemigo está tan cerca que de un momento al otro podría oírse el tiroteo entre la retaguardia de Villa y las avanzadas de Obregón.

—¡Cuentos! —profiere Rubén, muy valiente.

En realidad, el corazón se le ha encogido para arañarle la garganta.

—Y dicen que vienen haciendo horrores. No respetan mujeres, niños, ni viejos. Traen unas banderas negras con unas canillas cruzadas y una calavera. Matan gente como quien se pone a matar hormigas.

—¡Exageraciones! ¡Absurdos! —protesta Matilde.

Y el carro prosigue su marcha.

Indignados por la credulidad del pueblo siguen otra vez silenciosos y preocupados.

Adelante es peor: por todas partes van carros y coches apretados de baúles,

colchones, mobiliario y gentes. Se están vaciando las oficinas públicas; empleados de gobierno van y vienen, se encuentran, se entreveran, se miran y, aturdidos, no sienten todavía la verdadera emoción del desastre.

En la calle principal Matilde repara de pronto en el caballuco roñoso que tira del carromato, tendidas las ancas, las piernas como resortes de acero a puja y repuja y bañado de sudor. Y muy encendida, no tanto por el calor de la hora cuanto por el ridículo que de súbito siente, grita:

—¿Qué esperamos todavía aquí arriba?

Todos descienden.

—Mientras nosotras vamos de compras, tú vas a visitar a tu condiscípulo Quiñones, Rubén. Nos reuniremos en la plaza más tarde.

Rubén, mirando de todos lados, se marcha sin replicar. Rosita va adelante del doctor. Matilde conforta a Marta, que de la aflicción no puede ni tragar saliva.

—Vamos, mamá, que de veras eres tonta. ¿Entonces de qué nos sirven nuestras relaciones con tantos carrancistas? Si los de Villa caen, caemos nosotras, pero paradas. Ten confianza: Quiñones nos salvará.

El mercado revienta de gente. Soldados y paisanos se arremolinan a sus puertas, pugnando unos por entrar y los otros, con sus canastos repletos, por salir. Hay voces malsonantes, insolencias y hasta uno que otro cachete.

Un soldado enfermizo, macilento, convencido de su impotencia para abrirse paso, se repliega hacia un muro y roe una cabeza reseca y fibrosa de zanahoria con voracidad canina.

Rosita desiste de entrar también y se distrae recorriendo aparadores de telas podridas, cubiertas de polvo y baratijas más inservibles aún.

Salen por fin del mercado. Nicomedes con sus canastos repletos de coles esponjadas, mustias lechugas, grandes trozos de carne de res, quesos y mantequillas envueltas en hojas de elote. Marta trae en una mano la red reventando de verduras y blanquillos y en la otra un manojo de gallinas que, colgando la cabeza, cloquean medio sofocadas.

—Doctor, después nos dirá usted lo que nos toque pagar... Sí; cómo no... Es de la más estricta justicia. En cuanto Rubén venga le pagaremos la parte del recaudo que hemos escogido. Bueno, ¿y Rosita? ¡Caramba con la muchacha! Lo de siempre: ha de echarse uno por mar y cielo para encontrarla.

—Ahí está; mírenla ustedes.

El doctor les señala los aparadores del Jockey Club.

—¡Mamá, mamá; mira qué botas para el camino! Me guardaría mis choclos de charol no más para la calle. Si pudiéramos conseguir siquiera una quincena adelantada me las compraba en seguida.

—No es necesario, Rosita. Rubén trae dinero suficiente; lo malo está en que cuando él vuelva ya ese calzado se habrá vendido. ¡Mira no más cómo está la zapatería de gente!

El doctor galantemente se ofrece. No más que Matilde se ha encontrado otras botas que ni mandadas hacer. ¡Lástima que Rubén dilate tanto en volver!

El doctor, que ha pagado doscientos cincuenta pesos, *sábanas* de Villa, muestra su cartera al derecho y al revés sin un billetito más.

—Pero es que viniendo Rubén le reintegraremos hasta el último centavo.

El doctor se siente herido y se muerde los labios sin replicar.

Salen de la zapatería en el momento en que acierta a pasar el automóvil gris. Se ven apenas los trajes multicromos, una blanca dentadura y la mano que saluda: el general Malacara.

El rostro de Matilde toma el color del plomo, el de Rosita se altera, más descompuesto por el desleimiento de los afeites bajo la influencia del sol, del aire y del polvo que de la emoción. Marta frunce las cejas y alarga los labios a juntarlos con la nariz en pico de alcuza.

—¡Vaya un amigo que nos hemos encontrado! No te imaginas el esfuerzo que vengo haciendo por contenerme, Rosita.

—Piensa no más en que *é*sas nos hubiesen encontrado en nuestro carretón... ¡No sé qué tuvimos, Matilde!

—¡Ni me digas! Siento que lo Reyes Téllez se me sube a la cabeza... y no respondo de mí.

Y sin más Matilde se enfrenta con el doctor y le tiende la mano:

—Doctor sentimos no poder acompañarlo más; nos habíamos olvidado de que tenemos que hacer una visita.

—Perfectamente —responde el doctor y le alarga sus dedos con gran desenfado.

Pero cuando oficiosamente Nicomedes va a recoger la red de vituallas y el atado de gallinas, Marta protesta:

—¿Qué?... Todo se le pagará al doctor..., hasta el último centavo. Todo esto es nuestro, nos pertenece, nosotras lo hemos comprado.

—¡Pues no faltaba más! —prosigue, cuando tanto el doctor como Nicomedes van lejos—. ¿Entonces quién me paga los estrujones, las pisadas a mis callos y tanto trabajo para escoger?

—¡Bah! Un mediquillo que hace personalmente la compra de sus alimentos. ¡Ja, ja, ja...!

—Y no le alcanza para comprarse un automóvil...

—Y que no lleva ni doscientas *sábanas* en los bolsillos.

—Esto ha sido superlativamente ridículo. Ojalá nuestras relaciones no se hayan dado cuenta.

—Materialmente es imposible soportar un tipo así.

Las tres mujeres están perplejas y no encuentran su camino cuando reaparece a lo lejos el automóvil del general.

—¡Y viene solo ahora! —exclama Rosita con alborozo.

—¡Sin ellas! —responde Matilde y el corazón se le va a escapar.

—Vamos andando, Rosita, Marta; no volteen... Adelante y ¡como si tal cosa!
Imperturbables, las tres siguen delante.

—¿Y Rubén, mamá?

—Lo habrá arreglado todo. Son condiscípulos y se quieren bien. Ya Quiñones le había escrito contándole que uno de nuestros maestros era ahora general carrancista y que tenía grandes ilusiones de pescarse un alto puesto si ellos triunfaban.

—Matilde, ¿no sería bueno, entonces, romper de una vez con el general Malacara?

—¿Qué urgencia? Al contrario, es preciso que nos lleve a presentar con el general Villa, como nos lo prometió.

—Dicen que Villa es muy bueno, que no más le hace uno la llorona y le saca cuanto quiere.

—Moralitos me ha contado —habla Marta con gran animación ya— que él habló con él, cuando la Convención de Aguascalientes, y que le sacó quinientos pesos, que entonces valían lo mismo que la plata; un pase a Ciudad Juárez para doce personas, que vendió en doscientos pesos, y un uniforme completo; sombrero tejano, flux de casimir y legítimos zapatos de los Estados Unidos.

—Lo de los pases se lo pediríamos al último, porque es lo más fácil. Primero maíz, azúcar, arroz, harina, unos cobertores, sombrero y algunos pares de zapatos para Rubén. Al último dinero y pases. ¿No te parece, Matilde?

—¿Y de qué nos sirve su papel si ya nadie lo toma? —repite Rosita.

—¡Tonta! Para eso nos adelantamos nosotras hasta León o Aguascalientes a echarlo fuera. Rubén se quedará en la casa de Quiñones y mientras regresamos tienen tiempo de arreglarnos nuestros destinos para llegar ya no más a tomar posesión de ellos.

—¡Ah, general, cuánto gusto!...

—Por ustedes vengo, niñas.

—Así sí, general. Solo, cuanto usted quiera. Somos amigas tuyas y amigas de corazón; pero no nos pida usted imposibles.

—No podemos, ¡qué quiere usted! Ya nos conoce: los Reyes Téllez siempre hemos sido de muy pocas pulgas.

—¡Bueno, bueno! —sonríe el general—. Ahora díganme: ¿qué es de nuestro doctor?

—¡Oh..., un hombre muy bueno!, pero ¡qué lata, Cristo! Insoportable, sencillamente imposible. Naturalmente, como se portó tan bien con nosotros, habría sido una grosería no haber aceptado su invitación; pero en cuanto hemos podido deshacernos de él..., *good bye*...

—Le tiramos, sí.

—¡Tan brusco!

—¡Tan terco!

—¡Tan ruin!

—Imagínese, general, que no pudo prestarnos doscientos pesos que queríamos para comprar unas botas amarillas del Jockey Club que a mí me servirían muchísimo para el camino.

—Iguales a estas que yo compré. Solo que, como Rubén trae el dinero no ajustamos más que para comprar las mías.

—Están bastante toscas —observa el general comparándolas con los choclos de charol que Rosita lleva puestos—; pero si a Matilde le gustan también así, vamos a comprárselas.

Entrando al Jockey Club, llega radiante Rubén.

—Ya vi a Quiñones, las saluda mucho y que nos espera en su casa a las tres. Todo arreglado a satisfacción.

—General —dice Marta—, le recordamos su promesa de llevarnos con el general Villa.

—Todo lo que ustedes quieran —responde el general Malacara, simpático y bonachón, con una sonrisa de asentimiento siempre.

Matilde se prueba las botas; Rubén hace que le muestren unas polainas amarillas, brillantes como cobre.

—Están magníficas.

—Pruébatelas, Rubén —le insta Rosita—; anda, que te verás muy simpático con ellas. Sí, sí; qué bien te quedan... ¡Un oficialito ex federal! Por el amor de Dios, cómpralas, Rubén.

—Con la prisa de salir de casa dejó el dinero en el bolsillo de otro saco. Bien lo sabes.

—¿Cuánto valen las polainas? —pregunta el general con su mansedumbre inalterable.

Las polainas no son caras, en efecto; solo trescientos cincuenta pesos, pero hay riesgo de que dentro de cinco minutos valgan quinientos o mil en proporción a la velocidad con que van bajando las *sábanas*. Rubén puede pagar eso y más con solo unas cuantas quincenas adelantadas. Además, Marta, Matilde y particularmente Rosita salen garantes del adeudo. El general Malacara hace que el dependiente de la zapatería le repita el precio, con el temor natural de que ya no sea el mismo; luego le llama ladrón al mismo tiempo que alarga un paquete de billetes sin contar siquiera, lo que hace el efecto de una patada en el estómago del pobre zapatero.

—¡Qué diferencia! —se dicen en voz baja los Reyes Téllez—. Estos sí que son amigos.

Y cambian miradas muy expresivas.

Todos suben en el auto. El general quiere llevarlo y coloca a su derecha a Rosita. Matilde se hunde en un áspero cojín de cerdo, al fondo, con indolencia de marquesa.

—General, preferiríamos que nos llevara usted a otro carro, al del señor gobernador, por ejemplo. Este doctorcito se nos ha vuelto una cataplasma. ¡Imagínese! Le ha dado por hacerle la corte a Rosita... ¡Ja, ja, ja!

—Sobre todo, general, usted nos conoce... No somos de la misma estopa... ¡Ah, si usted, de veras, nos llevara al carro del gobernador!

El general inclina la cabeza con asentimiento; pero por el instante atiende más al manejo de su auto y al juego inocente que llevan sus pies con los de Rosita.

Rubén, con arrogancias de ministro, se hace el desconocido con los colegas que se encuentra.

Pasan zumbando poderosos automóviles apretados de mujeres y de militares. Arriba se confunden los rostros quemados, mechudos y babosos con las caras untadas de óxido de cinc y carmín púrpura; abajo juegan los toscos borceguíes enlodados con las botas amarillas, altas y de inverosímiles tacones.

Pero todo es motivo de plausibles comparaciones para Matilde. Su pensamiento se trasluce con nitidez en un verso que recita con voz vibrante y viril:

«Hay plumajes que cruzan el pantano
y no se manchan...»

—Nuestro plumaje es de éstos, general Malacara.

El general Malacara, excelente sujeto, pero cerebro a pájaros, apenas llega a la estación y ya busca la manera de tirar su carga.

Todo porque en la avenida Juárez vio en una ventana entreabierto unos ojos negrísimos, una tez de piñón, un busto gallardo y... un guiño.

—Niñas, mientras llega mi general Villa pueden aprovechar la oportunidad de hablar con el señor ministro de Instrucción Pública, que acaba de llegar del Norte. Podría servirles mucho.

—¡Cómo no! —exclama Matilde regocijadísima—. Rubén puede conseguir algunas decenas adelantadas como empleado del ramo. Sí, sí; vamos luego con el señor ministro.

—Aquí está esta tarjeta para él y esta otra para el general Villa. En caso de que yo no esté todavía en la estación cuando llegue el general, con presentarle mi tarjeta las recibirá al instante.

—¿Y en dónde nos veremos después?

—Aquí mismo, a las cinco de la tarde.

—No se olvide de su promesa: iremos todos en el carro del señor gobernador, ¿verdad? —dice Matilde ya en camino rumbo al carro del señor ministro.

Sube a una plataforma. Un mocetón robusto como buey y con aires de babiaca, trasudando alcohol hasta por los ojos, los recibe. Rosita muestra la tarjeta. El borrachín la coge y, de paso, la mano de Rosita también. Sus ojos dicen que se la comería de un solo bocado.

—Pasen por acá.

En el pequeño departamento que hace las veces de recibidor toman asientos, mientras que él desaparece en el contiguo. Rosita se apresura a poner un poco de polvo en su rostro, se arregla los rizos de la frente, desparpaja los de la nuca, entreabre al descuido su peto de encaje de manera que asome algo blanco y muelle, algo así como un pedacito de cielo por la rendija de una ventana.

Se oye el desgranar monótono de las teclas de una máquina de escribir.

Entran más civiles, y Rubén, que reconoce a un colega, se levanta a saludarlo. A Rubén le interesa conocer algunos antecedentes del señor ministro.

—Lo único que he oído decir de él —le informa su amigo— es que fue propagandista de la fórmula Madero-Pino Suárez, en Guadalajara.

Satisfecho con eso, Rubén se levanta y va a llevarle los datos a Matilde:

—Periodista, orador o qué sé yo, en Guadalajara, en tiempo del loco Madero.

—Perfectamente.

Una cortinilla verde se descorre, aparece y desaparece una cara trigueña, arrugada, oblicua y con anteojos.

—¿Qué fue eso tan feo, Rosita?

—Un gato de Angora —responde Matilde con gravedad.

—Un gorila con antiparras —dice Rubén.

Pero cuando el soldado borrachín abre la vidriera y los invita a pasar, se dan cuenta de que lo que vieron no fue un gato de Angora, ni gorila, sino al propio señor ministro, arrellanado ahora en un diván, caídos los calcetines, desabrochado el chaleco y caladas las gafas. Con un libro en las manos y sin dignarse suspender la lectura, les dice:

—¿Qué quieren?

Matilde enrojece hasta la punta de los cabellos. Rubén, linfático, habla con parsimonia:

—Señor ministro, solo queremos tener el honor de presentar a usted nuestro más profundo respeto como empleados que somos del ramo de Instrucción Primaria.

—Y de expresarle al mismo tiempo, señor ministro, nuestras más profundas simpatías; somos viejos admiradores de su labor de revolucionario y de su actuación política tan noble —agrega Matilde, enfática.

—Sobre todo, señor ministro, por sus discursos tan luminosos.

—¿Discursos yo? —prorrumpe el ministro bajando el libro—. Está desvariando, amigo; en mi vida he dicho discursos.

—Perdone usted, señor ministro; mi hermano es muy tímido y dice una cosa por otra... Quiere referirse a los brillantes editoriales que usted escribía en Guadalajara durante el gobierno de nuestro glorioso mártir, el señor Madero.

—Ciertamente..., ciertamente... Descendí hasta el punto de ser periodista.

—Pero cabalmente lo que nos encantaba era que los artículos de usted no parecían de periodista, rompían con la manera antigua, abrían nuevos caminos.

—¿Verdad, jóvenes? Es lo que yo he dicho siempre. Ciertamente, ciertamente...

Simiesco, el señor ministro despliega violentamente su ceño en infantil regocijo:

—¿Entonces ustedes son, pues, de Jalisco?

—Vivíamos en Guadalajara, entonces. Fuimos siempre fanáticos por el señor Madero...

—Como ahora lo somos por el señor Villa...

—Y de sus ilustres colaboradores.

Matilde y Rubén, a porfía, completan pensamientos y frases.

—Por eso, señor ministro, nos hemos unido al partido que representa la parte honrada, la parte sana, la parte noble de la revolución...

—Por eso hemos preferido, señor ministro, las privaciones del hogar, las amarguras del exilio, las penalidades de la vida nómada, a servirles a los ladrones.

—Porque no merecen, señor ministro, otro nombre que el de ladrones esos carrancistas malhadados.

—Ciertamente, ciertamente —responde el señor ministro limpiándose los dientes con un popote y mirando alelado a Rosita—. ¡Bonito Jalisco! Ciertamente. Pierdan cuidado, jóvenes; ya sé a lo que vienen y lo que quieren. Timoteo, Timoteóóó. Pierdan cuidado, jóvenes; los maestros de escuela no sirven de nada ahora, pero en los hospitales nos está haciendo falta gente... Timoteo, lleva a estos jóvenes con mi

compadre el general Tlacuache y dile que ahí se los mando. No tengan cuidado, jóvenes; cuando menos no se mueren de hambre.

—Señor ministro, nosotros deseábamos...

—Felicidades, jóvenes, felicidades...

El señor ministro, de pie, los estrecha efusivamente con una mano y con la otra los empuja fuera de su despacho.

—¡Viejo más estúpido! —susurra Rubén, ya afuera.

—¡Gorila idiota!... —sale trinando Matilde.

—No, señor oficial; no se moleste en acompañarnos. Nosotros hablamos con el general Villa a la hora que se nos antoja y no pedimos ni necesitamos recomendaciones de nadie.

Y van a reunirse con Marta, que se ha quedado cuidando los equipajes, los comestibles y las gallinas.

—¡Pobre del señor Rubalcaba! ¡Tan gordo y con el calor que hace! —exclama Raquel, la auxiliar de quinto, pequeñita, de nariz arremangada, saliente barbilla y ojos lujuriosos.

Viene del brazo de don Sinforoso y, compadecida de nuevo, vuelve el rostro y grita:

—¡Por Dios, señorita Aurora, dele usted el brazo al pobrecito del señor Rubalcaba! Lo ha dejado solo.

Aurorita, la de cuarto, que viene detrás, tan contenta, entre el sastre de Zamora y otro joven militar, alarga su hociquillo, muy contrariada; pero, sin osar responder, se adelanta y ofrece el brazo a su director.

El maestro la recrimina y hasta se pone celoso; pero Aurorita, la de cuarto, lo tranquiliza.

—No, señor Rubalcaba; todos son ex federales, todos son personas decentes.

El director se limpia el rostro con un gran pañuelo a cuadros, dilata la nariz para tomar aliento y casi echa fuera de las órbitas sus ojos.

—No sé de qué me voy muriendo, si de hambre o de cansancio.

Camina una hora interminable en medio de la polvareda y bajo un sol ardiente, sin percibir siquiera las techumbres de la estación de Irapuato. La cadena de trenes no se interrumpe; reverberan las calderas aceradas y los carros color de almagre. Debajo, éntre las mismas ruedas, duermen tendidos de barriga, negros de tizne, maquinistas, conductores y garroteros.

—¡Cuál pesan estos malditos!... Compañero, un trago para refrescar la sangre...

El sastre se detiene, deja caer pesadamente el máuser, saca media botella de tequila del trasero de su pantalón y la tiende a su colega.

—Venga.

—Salud.

—A la suya.

—Caracoles, paisano, si la derrota de Villa es cierta, cierto es que me han partido.

—Pues ¿y a mí?

—Un anillo de brillantes... ¡Imagínese!...

—Mi reloj de oro extraplano, un terno de gamuza de venado con botonadura de plata y alambres de hilo de oro...

—Pero usted tiene en qué caerse muerto. Con su sastrería en Zamora, bailaba yo sobre la rueda de la fortuna.

—A estas horas mi sastrería será chiquero de *carranclanes* y mis telas mantillas de sus caballos. Mientras que usted con su bufete no necesita más capital que la cabeza.

—Maldito el centavo que me haya ganado en seis meses de bufete. Desde que entraron estos desgraciados a Zamora no me deja ni para el pan de mi desayuno. Vamos, venga la botella.

—A la de usted.

—Porque salgamos sin novedad.

—Por otra parte —corrige el tinterillo, después de un rato de meditación—, la verdad es que si a mi general Marañón le obsequié el anillo de brillantes no fue por interés. El hombre me simpatizó y ya. Así soy yo con los amigos.

—¡Ah, seguramente! —responde el sastre—. Yo tampoco lo he hecho por interés; que la lengua se me pudra si no fue por puro cariño por lo que le obsequié, ¡ay!, mi reloj extraplano de purito oro y el terno de gamuza con botonadura de plata y bordado de hilo de oro.

Y como bicho que sale de su toril, así se le escapa al sastre un gran suspiro.

—Venga otro trago.

—Vaya.

—Por el éxito de la amistad.

Luego se callan. No se oye más que el sordo rumor de la población cercana; de tarde en tarde, lejanos disparos. Hasta los pajarillos han enmudecido en los huizachales. El cielo de turquesa luminosa se nubla cerca de la estación y a lo largo de la vía donde se engarza el centenar de trenes y se levanta una cortina borrosa y sucia de humo.

—Es tiempo ya de avanzar —clama el tinterillo.

Levantán sus máuseres, se los echan a la espalda y prosiguen su camino. Van silenciosos y pensativos. El alcohol comienza a borrarles los objetos.

—¡Qué plancha si nos equivocamos de partido!

Suspiran. De tarde en tarde uno dice una frase breve, el otro se la contesta con monosílabos; pero se entienden perfectamente.

—¡Oh, un negocito de gobierno siquiera por un par de meses!

—Mi tío Dionisio hizo casa y hacienda en un mes de interventor de fincas rústicas.

—Mi compadre Serapio Lechuga tiene alhajas por valor de cien mil pesos oro nacional.

—Y ése sí que le atinó, porque es de los de Carranza.

—La gran *armada*, paisano.

—Malhaya para lo que la estrellita que llevo en el sombrero me dio.

—La verdad es que yo no le pedí a mi general la que traigo para echarme al camino real a desvalijar indefensos —dice el tinterillo, ya muy ebrio.

—Habría sido una estupidez, teniendo bufete.

—O taller, que es lo mismo...

—Lo mismo y muy diferente.

—¿Quiere decirme que soy un ladrón?

—¿Y usted qué me quiere dar a entender?

Preparan sus fusiles, pero alzando los dos la cabeza a un tiempo, se miran gravemente, sonrían, se tienden la mano y se estrechan con efusión.

—¡Cosas de la borrachera!
—¡No me hagas caso, paisano!

*

Los compañeros del señor Ríos ya desfallecen de hambre. En vano se detienen en cada jacalucho que encuentran; ya los que pasaron primero lo agotaron todo. Sin esperanza, se desvían del camino hacia un montón enorme de paja que de lejos parece un jacal. Y lo es; sale una vieja estropajosa y todo les niega. Regresan, pues, descorazonados cuando vienen también don Sinforoso, el señor Rubalcaba y las auxiliares.

—¿Han hallado, por fin, qué comer?

—Ni agua —responde Moralitos, anegados los ojos.

La inhumana actitud de la vieja pone fuera de sí a don Sinforoso:

—Ahora van a ver ustedes si esta bruja maldita juega con un ex federal.

Ordena tonante que se le presenten en el momento mismo cuantas provisiones haya, Y sin esperar pretextos comienza a disparar. ¡Paf..., paf..., paf!

La harpía alza los brazos, muestra su boca desdentada y abre los ojos, medio muerta de miedo. Las balas le silban en los chomites endurecidos de masa, hasta que se agota la carga de la pistola. Y mientras el señor Rubalcaba y sus auxiliares apagan a jicarazos de agua la quemazón que se inicia en los zacates del jacal, la vieja levanta unos aparejos y saca una gran olla de atole y un saco apretado de tortillas.

El atole agrio y las tortillas nejas, frías y correosas, son alimento delicioso. Renacen energías, las horas sonrían, se ama la vida. Al descuido el señor Rubalcaba besa la nuca de Aurorita, la de cuarto; don Sinforoso estampa sus labios coronados de cerdas en los duros carrillos de Raquel, la de quinto. Y más todavía.

Reanudan su camino; el señor Ríos sigue detrás y a cada conato de ultrajes a la moral levanta la cabeza para ver cómo se desparpajan las nubes de humo en el cielo sin nubes.

Se acercan por fin a la estación. Hasta ellos llega el oleaje humano que de allá se desborda: soldados astrosos y macilentos, mujeres piltrafas. Por todas partes miradas torvas y desoladas. Llega el momento en que es muy trabajoso abrirse paso entre aquel hervidero de gente. Ya en la estación, por fin, miran las oficinas pletóricas de jefes y oficiales. En el telégrafo, que funciona sin cesar, entran y salen constantemente generales, coroneles y militares de alta graduación.

Afuera las barracas abaten sus alas blancas y se pliegan; los mostradores y casilleros de los tenduchos al aire libre caen desarmados. Lo que antes fuera centro de febril actividad de soldados y paisanos, donde en loca confusión se mezclan los acentos plebeyos de *La Adelita*, lo mismo en los latones estruendosos de una fanfarria que en los acordes graves y sordos de una murga callejera, en el rasgueo de las vihuelas, en la monotonía de los cilindros y en los cantos destemplados de borrachos

y meretrices, ahora va convirtiéndose en triste solar abandonado. ¡Los carrancistas! El pánico amarillea en los rostros de los civiles, la petulancia esplende en los mofletes sonrosados de los ex federales y el mutismo en los indígenas de raza pura de la División del Norte.

Ciento y tantos trenes ennegrecen el cielo con sus humaredas espesas. Las válvulas vibran con estridencia ensordecedora. El humo se mete a la nariz, a la boca, a los oídos, penetra por los poros y enrojece los ojos. Olor resinoso lo impregna todo.

Urgido, de repente, por imperiosa necesidad, don Sinforoso pide permiso de alejarse un poco. Pasa debajo de los topes, entre dos carros y se pierde.

Al sentar sus reales se da cuenta de la presencia, a corta distancia, de un soldado entregado a igual tarea. Pero a media faena el soldado tiene la infeliz ocurrencia de levantar la cabeza y ver cara a cara a su vecino. Don Sinforoso da un pujido. ¡Cristo Padre! ¡El soldado con quien riñó esta mañana! En cuclillas, don Sinforoso inclina la cabeza y marca el más fino y amable de sus saludos. Al recluta casi se le cae la baba.

—Bravo, muchacho —pronuncia don Sinforoso con desmayada voz—; te he reconocido. Eres el mismo que esta mañana no se dejó regañar por mí. De esos son los hombres que yo quisiera. Con cien como tú no dejaba vivo un *carranclán*.

Don Sinforoso tiene la intuición de un triunfo diplomático. Entonces se da tregua un momento, levanta las ancas... y el cólico pasa.

Muy colorado se endereza, compone sus ropas, y añade:

—Te hablé recio no más porque quise tantearte. Ya te vi; eres hombres de veras. Se lo contaré todo a mi general Villa. Vamos, acá esa mano.

Se adelanta y coge vigorosamente los dedos encallecidos del soldado, que deja hacer.

Pero a don Sinforoso se le espera otra sorpresa, y es tan grande que llega a la angustia. A distancia, el señor Ríos y su acompañamiento, el maestro y las auxiliares, todos estrechamente agrupados, contemplan la escena, despavoridos.

—Mi teniente coronel, ¿ha salido usted ileso? —inquire Moralitos, desfalleciente.

—Vimos por entre dos carros la cara de ese hombre y dimos luego la vuelta para cuidar de usted —clama Raquel con ternura.

—Estábamos dispuestos a dar voces al primer intento —afirma Aurora.

—Pero ¡qué descolorido viene usted! ¿Le pasó algo serio? —pregunta con sincera inquietud el señor Ríos.

Las auxiliares lo abrazan con efusión y lloran lágrimas auténticas. Los empleados lo felicitan muy conmovidos.

—¡Bah, hombre; déjenme ustedes hablar! ¡Qué va!... Este pobre diablo apenas me ha reconocido y se pone a temblar como perro enyerbado... ¡Ya lo creo! Como que si a mí me da la gana lo mando en seguida a fusilar. Pero a mí me dan lástima estos infelices analfabetos... ¡Qué culpa tienen ellos! Por otra parte, mi corazón no me permite, con mucha frecuencia, hacer lo que yo debiera. «Nada te pasa, amigo —

le dije—; nada te voy a hacer.» Pero como él no me comprendía de asustado y ya las piernas se negaban a sostenerlo, para que se tranquilizara le di la mano... ¡Y eso ha sido todo!...

—Vamos entrando aquí —dice don Sinforoso, y empuja la puerta del restaurante de la estación—. Veo muchos ex federales. Son personas muy decentes. Podríamos tomar algo e informarnos con precisión de los sucesos.

En torno a las mesas rebullen correctos fluxes malva, flamantes sombreros grises, botas y polainas relucientes.

Raquel y Aurora entran, un tanto cortadas. Un oficialito, cara de rosa, ojos de virgen agreste, se levanta al punto y ofrece su asiento; su vecino, un mayor de bigote azafranado y ojos de jitomate, un pañuelo rojo al cuello, lo imita; otros recorren sus asientos y todos acogen cordialmente a los recién llegados. El joven oficial ofrece agua gaseosa y se disculpa, pues es lo único que puede servir el restaurante.

Don Sinforoso dice al momento la letanía de sus merecimientos. Y es tan interesante, que los oficiales inmediatos se estrechan tanto para oírlo bien, que tocan pierna con pierna las de las auxiliares.

Ellas suspiran con satisfacción, casi con deleite. ¡El ambiente es tan hospitalario y agasajador!

La charla va adonde don Sinforoso quiere llevarla.

—Fue el pánico en un gallinero a quien se le apareció el coyote —clama un viejo mayor, muy guasón.

—No saben pelear —afirma otro con gravedad—; esta famosa División del Norte y sus destacadas proezas no son más que *bluff*. La verdad es ésta: cuando los federales los atacamos, perdíamos solo parque; en vez de soldados llevábamos liebres, gentes levantadas en leva, que lo primero que hacían era correr a pasarse al enemigo. Villa nos mataba nuestros hombres como si estuviera en una cacería.

—Lo que yo digo —repuso otro— es que, si no nos hubiéramos engañado con la contraseña, nunca nos rompen la línea.

—¡Qué línea ni qué línea! —prorrumpe el mayor del pañuelo rojo al cuello y bigotes azafranados, desatendiendo un instante a Raquel—. Aquí no hay ejército, ni hay soldados, ni jefes, ni ¡el demonio! Aquí cada uno hace lo que se le pega la gana. ¡Chusmas, chusmas, chusmas! Por consiguiente, hermanos míos muy amados, como dijo mi compadre: «Comamos y bebamos que mañana... correremos.»

Y acompañando la acción a la palabra, con ostensible beneplácito general, saca una botella y sirve sendas copas.

Raquel hace aspavientos, vacila y busca la mirada de don Sinforoso. Este, muy contento, le sopla al oído:

—Sí; toma, puedes tomar; todos son personas muy decentes.

Aurora, que desde al entrar siente muy pesado al señor director, no le pide la venia y brinda, dichosa, con el joven oficial.

La conversación se anima extraordinariamente. Los iniciados en el amor se consagran a él de una manera formal; los demás se dejan arrebatar en el entusiasmo de los viriles asuntos de la guerra.

—Sí, señor; el triunfo no ha sido más que de la casualidad. Yo me he quedado cortado en Celaya entre los carrancistas... ¡Los muy... ni siquiera sabían de su triunfo!

—La verdad es que los yaquis lo hicieron todo. ¡Malditas alimañas! Los había entre las ramas de los huizaches, detrás de los cercados, metidos hasta el cuello en los vallados. ¡Hervidero de jijos de...! Si se me figura todavía que aquí los traigo en los calcetines.

Cada oficial da, pues, su versión del desastre y hasta se provocan discusiones. El señor Rubalcaba tose repetidas veces a don Sinforoso. El joven oficial casi tiene a Raquel sobre las rodillas, mientras que el bueno de don Sinforoso, alelado, absorbe sus facultades en la explicación técnica de la derrota.

—Desde luego hay que partir de un principio: Villa y Ángeles, reunidos, sencillamente son invencibles. Luego el primer error de Villa fue el no haber esperado a Ángeles. Segundo: una línea de fuego desamparada es una línea rota...

—¡Y dale con la línea! —interrumpe alguno con vehemencia—. Si aquí no se ha hecho más que atacar a lo tonto, a lo absurdo. Se lanza una masa de hombres como si se echara una colmena a las llamas de una hoguera...

Aurora, descocada como siempre, roza sus carrillos encendidos con las hispidas barbas del mayor del pañuelo colorado. El director le pica las costillas a don Sinforoso, inútilmente.

—Voy a explicarles a ustedes la diferencia que hay entre dislocación y ruptura. La dislocación de una línea, podríamos decir, es el principio de la ruptura; una dislocación ordinariamente se verifica en tres fases sucesivas...

El oficial, que se pica de técnico, saca un papel y un lápiz para hacer una gráfica. Pero el señor Rubalcaba se ha puesto ya tan nervioso que toma una determinación atrevida: bajo la mesa alarga una pierna y a puntapiés consigue hacer que don Sinforoso se vuelva.

Sorprendido primero, el teniente coronel comprende en seguida la justicia de tan expresiva manera de llamar. Se pone de pie, pretextando que ha llegado la hora de tomar su tren, da amablemente las gracias a sus colegas y todos se despiden.

—¿Qué tanto se te debe, chale?

Hay un verdadero tumulto; todos se precipitan a vaciar sus bolsillos de papel villista en el mostrador.

Los galantes jefes ofrecen al punto su brazo a las auxiliares y los primeros salen a dar vueltas por el andén.

Uno tras otro, los trenes se están marchando cada vez más de prisa. En lo alto de un carro se alza un soldado terregoso; su trompeta abollada clangorea el toque de reunión. La tropa se agita abajo. De los pocos jacalones que aún quedan en pie salen, presurosos, hombres con los rifles en las manos o terciados a la espalda y la boca llena de tortilla; unos con el brazo en cabestrillo, otros con algún trapo sucio liado a la cabeza o una garra de chomite atada en la pantorrilla; muchos corren ligeros y

sanos, pero adustos todos. Trepan por la escala de hierro de sus carros; se entreveran con las mujeres, que saltan también con ligereza de monos, respondiendo con desenfado a las obscenidades de los que desde abajo las están viendo subir. Una se queja a voz en cuello de que ha perdido su cría. Un soldado va en su auxilio; abajo una comadre envuelta en riquísimo abrigo de pieles, peluca como oso de circo, se remueve y coge al chico por los sobacos en una asa de rebozo. Muy grave, abiertos los ojos, separados los brazos, tieso, el pequeño asciende indiferente, relamiéndose los frijoles que se le quedaron en las comisuras de sus labios.

Pita la máquina, denso penacho de humo ennegrece el cielo, crujen estruendosamente los herrajes y las maderas y el tren echa a caminar.

Los jefes han hecho el milagro de otra botella de aguardiente, y aunque ya las niñas se niegan a beber (don Sinforoso y el señor Rubalcaba están como unos verdaderos cocodrilos), a ruegos y mimos, en dos vueltas se la despachan.

—He concebido una idea —dice valientemente el más joven de los militares—; propongo un paseo al centro de Irapuato.

—¡Brillantísima idea! —aplaude el mayor—; permíteme que te bese la frente.

Las auxiliares palmotean con entusiasmo. Pero don Sinforoso y el señor director Rubalcaba protestan ya sin ambages.

—Es que tenemos dos autos a nuestra disposición y naturalmente todos nos iremos juntos.

Imposible, se nos va nuestro tren.

—En menos de media hora estaremos aquí de vuelta.

Las auxiliares, muy encendidas, brillantes los ojos, el gesto vivísimo, se echan al cuello de don Sinforoso y le ruegan con ternezas que parten el alma.

Mientras, el joven militar corre a llamar a los choferes. Se detiene con uno de ellos; le habla con vivacidad. Él parece comprenderlo todo, sonrío e inclina la cabeza asintiendo.

Prestos, conducen a don Sinforoso y al señor Rubalcaba a uno de los autos y los colman de tantas finezas y atenciones que ellos no pueden menos que aceptar. Luego, los dos jefes regresan por las muchachas, suben los cuatro en el otro coche ligeros como unas mariposas.

Un torbellino de polvo les envuelve, las bocanas abren paso con sus roncós berridos.

¡Poo! El auto que va adelante se detiene bruscamente. El chofer desciende rápido y sobresaltado a registrar el desperfecto. Una llanta rota. Don Sinforoso y el señor Rubalcaba sienten una corazonada de mal augurio, empalidecen y no se atreven a verse de cara.

—¡Caramba!...

Malo. El chofer se rasca una oreja.

—Es imposible, se ha roto un neumático y las reparaciones van en el otro coche. Tenemos que esperar su regreso para hacer la compostura.

El otro auto se perdió ya, dejando una cerrada cortina de polvo que aún no comienza a disiparse. Allá, muy lejos, gruñe la sirena como un insulto cobarde.

Reventando de dignidad, don Sinforoso y el señor Rubalcaba regresan a pie a la estación.

A la sombra de una barraca medio derruida, allá cerca de los tanques bituminosos de aceite, se han apartado a conferenciar el teniente coronel don Sinforoso, el señor Rubalcaba y los dos mayores de Zamora. La voz del primero es ronca y apagada, su acento breve y trágico el gesto. Se habla del gran desastre del Convencionismo. Y con el eco de sus propias palabras, don Sinforoso pretende apagar lo otro; su íntima y secreta ilusión que se le acaba de escapar de las manos. El maestro no pierde el tiempo en devaneos y tontas resistencias; su espíritu está ausente y sus ojos prendidos a la cinta blanca por donde desapareció el automóvil con la señorita Aurora. ¡Ay, la señorita Aurora! ¡Aurorita, la de cuarto! Algo muy suyo, tan suyo como la gorra de terciopelo carmesí con lentejuelas de oro; las pantuflas de raso morado y bordadas de seda plateada; el fresco equipal de vaqueta de puerco a la hora sabrosa de las siestas de mayo...; el arrullo de una voz aguda, monótona, un tanto rápida; la voz de Aurorita, la de cuarto: «Vamos a ver, niños; las manos en su lugar... Uno, dos, tres. Primera posición... Vamos a ver, Roberto; ¿sus manos? decíamos ayer; ¿qué decíamos ayer? Vamos a ver: ¿qué niño podría decirme lo que decíamos ayer?... Vamos a ver...» ¡Ah, no se quita uno un hábito de cinco años así como se quita la camisa al acostarse! ¡Y menos si es un hábito dulce y consolador, y mucho menos si ya se tienen cuarenta y ocho años, la venturosa barriga conventual y uno que otro ataque de gota!

Los labios del maestro, hechos más para la ironía que para el dolor, aprenden ahora una nueva contracción; sus ojos lascivos son mates, porque no pueden reflejar una luz que no reciben.

Al teniente coronel se le escucha con devoto silencio cuando llega Moralitos con voz de tepalcate:

—¡Hola, señores militares! ¡Cómo! ¿Ustedes todavía por aquí?

Sobre sus mejillas empedradas de negruzcos barros corren gruesas gotas de sudor.

Los semblantes se serenán por un momento. Hay apretones de manos, abrazos y frases de cordialidad.

Entretanto la tempestad se revuelve silenciosa dentro del pecho del señor Rubalcaba como marmita en ebullición; los suspiros suben unos tras otros y sacuden su doble papada, pero presto son estrangulados por el rudo resoplido de sus pulmones enfisematosos.

Tras de Moralitos llega el señor Ríos, lleno de tierra, los cabellos untados a la frente, a los carrillos y a las orejas; los bigotes caídos como colas de ratón. Después don Rodolfo, portento de serenidad y beatífica sonrisa. Y, como siempre, al último, Neftalí, blanco de polvo, apabullado el sombrero, lasos los resortes de los botines y con una ensueladura desclavada que se abre a cada movimiento como largo hocico de cocodrilo.

Se cambian las últimas impresiones. Don Rodolfo conviene en la gravedad de los rumores.

—¿Qué dice usted? No son rumores, amigo mío —ruge don Sinforoso y tira de la manga de don Rodolfo hasta tocarse pecho con pecho—; son acontecimientos rigurosamente exactos. Soy ex federal. Vaya si yo lo sé.

Su mirada es torva, terrible su sonrisa:

—Yo lo sé todo. Créamelo usted. Villa está perdido, aniquilado.

—¡Irremisiblemente perdido! —solloza el señor Ríos.

Y no tiene fuerza para emitir más palabras.

—Pero tenemos algo más serio, algo muy importante, verdaderamente salvador. Créanmelo ustedes... tenemos algo mejor...

Don Rodolfo siente el hálito ardoroso de una boca que se le acerca al oído:

—Ya vienen los *pacifistas*. Ciudad Juárez, tomada: el general Huerta y Pascual Orozco, sobre Chihuahua; Félix Díaz, en Oaxaca. ¡Cuestión de tres semanas, amigo; créamelo usted! ¡Y entonces! ¡Y entonces!...

Los ojos de don Sinforoso resplandecen como lechuza a medianoche.

—Lo cierto del caso es, señores militares —habla Moralitos—, que los carrancistas les vienen pisando la cola.

—¿Les vienen pisando la cola? ¿A quiénes les vienen pisando la cola? —inquire don Sinforoso recalcando sílaba por sílaba e intempestivamente furioso.

—Mi teniente coronel, solo he querido decir que el peligro para ustedes los señores militares es sumamente grave en estos momentos. Nosotros, al fin y al cabo, no somos más que unos modestos empleados que nada tenemos que ver con la política ni con las armas.

—¡Justísimo! —clama vivamente interesado el señor Ríos—. Nosotros somos honrados ciudadanos pacíficos e inofensivos que hemos pasado nuestra vida entre las cuatro paredes de la oficina; nuestro delito se reduce a ofrecer nuestro trabajo honesto a quien lo solicite a cambio del pan que a diario llevamos a nuestros hogares.

—Ciertamente, nada tenemos con la política ni con los partidos: defendemos lo que es nuestro, nuestros empleos. Nuestro partido único es la comida.

Los sólidos argumentos del señor Ríos y de Moralitos ponen un sello sobre los labios de don Sinforoso. Los demás se mantienen perplejos. El maestro, sin percatarse de nada, sigue con los ojos fijos y su cuello alargado hacia el camino real en espera de un milagro.

Don Rodolfo, con la sonrisa en los labios como siempre, habla ahora:

—Señores, me regocijo de que los espíritus vislumbren la débil claridad que debe guiarnos para salir de estas tinieblas en que vivimos. Hace media hora que he visto esa lucecilla, pero dudaba de mis propios ojos. Dada la exaltación general, ni siquiera me atrevía a revelar el descubrimiento. Ahora emito esta idea sin temor alguno: ¿Qué objeto —me pregunto desde hace media hora— podemos perseguir en pos de estos hombres que ya dieron un paso sobre el abismo?

El señor Ríos se vuelve, estupefacto; su cara de pan crudo se pliega en contracción de angustia:

—El de salvar nuestra vida de las garras de estos asesinos...

Don Rodolfo le acaricia suavemente la espalda, se dirige luego a Neftalí:

—¿No opina usted que como perfectos desconocidos en esta localidad podríamos esperar quietamente los acontecimientos aquí, pasando inadvertidos tanto para los carrancistas, que nos tomarían como vecinos de Irapuato, como para éstos, que nos creerían carrancistas?

Neftalí, que en estado de agotamiento se ha hecho tres dobleces al pie de la barraca y contempla inconsolable la desolación de sus botines, esboza un gesto que significa: «¡Señor director, bien sabe usted que vivo encerrado en mi torre de marfil, que mi espíritu vuela por las cumbres de las nieves eternas de la serenidad y que es ajeno a todas estas miserias que llaman revolución!»

—Lo cierto es —dice Moralitos— que las versiones que hay sobre la conducta del general Obregón son más aceptables de lo que podríamos esperar. Se asegura que no solo viene impartiendo garantías, sino que a los ciudadanos pacíficos y honrados como nosotros les proporciona auxilios en metálico...

Y cuando los demás se relamen, el señor Ríos se siente solo, inmensamente solo. La mirada perdida en la tristeza de la tierra blanca y del humear de los trenes, que pitan incesantemente como toros heridos de muerte, desiste de toda réplica.

Don Sinfórico, las cejas fuertemente contraídas, medita. Uno de los mayores de Zamora, *el Tinterillo*, discretamente da vuelta a espaldas de la caseta, desprende con cuidado la estrella de latón de su sombrero, se quita las polainas y, juntas con el máuser, las esconde bajo un montón de madera podrida y basuras. Cuando regresa nadie repara en la mutación.

Silenciosos se echan a andar por un caminillo que los lleva hacia un bosquecillo tupido de robustos y frondosos árboles, donde el campo reverdece bajo el manto de agua que derrama una cañería.

Don Rodolfo se aparta un poco con el señor Ríos:

—¡Ser o no ser, compañero! ¿Se queda usted?

—Primero me trague la tierra, don Rodolfo.

—Yo me quedo.

Un momento de silencio. Luego:

—Señor Ríos, el compañerismo, las cadenas de nuestro gremio y el muy particular afecto que usted me inspira, me obligan a ofrecerle para un mañana que está muy cerca cuanto puedo y cuanto valgo. Me quedo y sé a qué me atengo. Cuento con amigos y colegas que ocupan ya altos puestos en el gobierno del señor Carranza. Se lo repito: nos necesitan, les somos indispensables, y si logran hacer gobierno les seremos más necesarios de lo que hoy les son los fusiles. ¡Ah, querido colega, pudiera usted templar un poquito el cordaje de sus nervios!

—¡Nunca! ¡Imposible! ¿Servirles a ellos? Jamás —musita lúgubrememente el señor Ríos.

—Lo siento. Mire usted, nuestros viejos jefes son quizá los únicos que están

perdidos para siempre: pero nosotros los subalternos tenemos abierto un porvenir que jamás soñamos. El día que usted comprenda lo que yo le ofrezco, sin ofuscaciones ni rencores, bendecirá, como yo ahora, esta revolución que tantos bienes nos trae.

—¡Por favor, don Rodolfo! No lo creería si no lo estuviese oyendo con mis propios oídos.

—Compréndame, señor Ríos: tenemos en nuestras manos el triunfo más inesperado e inaudito. Cuando el pastel confeccionado por estos caballeros estuvo a punto, los caudillos han tirado cada uno por su parte, y nosotros (perdóneme lo chocarrero de la comparación) nos hemos arrojado sobre el pedazo que más cerca teníamos con la voracidad de un mosquero en estío. ¿Los caudillos? Honradísimos por la distinción, por la confianza, por el cariño profundo que les hicimos presente en sus momentos de mayor angustia, nos han hecho una gran reverencia. Antes llevábamos el sambenito de «huertistas», «felicistas»; hoy nos llaman pomposamente «los no leales». Tan leales los que estamos aquí como los del otro lado. Y bien, señor Ríos; si hasta hoy hemos conseguido mantenernos firmes y estoicos en nuestros puestos y fuera de ellos, ¿por qué retroceder en el preciso instante de prueba, hoy que vamos a revelarnos a la luz del mundo como unos auténticos profesores de energía?

El señor Ríos contrae su rostro cual si hubiese apurado una fuerte dosis de ipecacuana.

—¡Qué bochorno —prosiguió don Rodolfo— pensar que ya muchos de los que fueron nuestros subalternos han alcanzado a estas horas la meta de sus aspiraciones!

—Mis aspiraciones se concretan a poner un mar de por medio con la canalla —replica irreductible el señor Ríos.

—De todas maneras y sea cual fuese su resolución sepa que incondicionalmente, si alguna vez...

—¡Los carrancistas!... ¡Los carrancistas!...

Moralitos lanza gritos agudos y todos arrancan y se esconden entre los pilares que sostienen los tinacos de chapopote. En su loca carrera, Neftalí Sancho Peredo de la Garza tropieza con su propio zapato y estampa su gallarda figura en el barro.

Sólo don Rodolfo conserva su ecuanimidad envidiable y se encamina hacia el sitio de los acontecimientos.

La gente corre, desorientada; crece el rumor como de un mar embravecido, algunas voces agudas rompen las de la multitud. Se oyen disparos en distintas direcciones.

—¡Por Nuestro Señor Jesucristo, señores militares —implora Moralitos—, no sean ustedes malos; váyanse, que nos comprometen! ¡Por María Santísima de Guadalupe, váyanse pronto, porque si esos malditos nos cogen aquí con ustedes también a nosotros nos matan!... ¡No sean ingratos!

—Yo no soy militar, amigo, tranquilícese —pronuncia con estoica entereza don Sinforoso—; mire, aquí en esta cartera traigo mi baja de comandante de la Policía de mi tierra, desde antes del «cuartelazo». Eso es todo lo que yo he sido. Tan civil, pues,

como ustedes.

El sastre de Zamora, como un pan de cera, se vuelve a su colega el tinterillo y se queda estupefacto de verlo transformado, ya sin armas ni insignia militar alguna. Y con la boca tan seca que las palabras se le pegan a la lengua, exclama:

—Yo tampoco, ¡qué militar ni qué demonios!... Un infeliz sastrecillo de Zamora, y se acabó...

Y da tan tremendo tirón a la estrella que lleva en el sombrero que la arranca con un pedazo de fieltro. Arroja el máuser a un bache, donde se hunde en un ruido fofo y apagado.

Entretanto el silencio de la multitud se ha restablecido. Llega el rumor de que todo ha sido escándalo provocado por los mismos villistas, que perseguían a un ratero infeliz a balazos y lo mataron a espaldas de las bodegas.

Un tren entra jadeante, presto ya a la marcha.

—A tomarlo —grita el señor Ríos, inspirado.

Y sin esperar más opiniones se lanza al andén de la estación.

Moralitos le sigue, arrastrado por la fuerza inexorable del destino. Don Sinforoso y el señor Rubalcaba se miran perplejos; luego vuelven sus ojos hacia la blanca carretera por donde desaparecieron las pérfidas, crúzanse una mirada de interrogación y, levantando su cabeza en un gesto de resignación y sacrificio, se lanzan a todo correr detrás de Moralitos.

Solo don Rodolfo y Neftalí se mantienen inamovibles en su sitio.

—Señor Ríos, señor Ríos... Ha olvidado su equipaje... señor Ríos.

—Calle, Neftalí; no lo escucha ya. No solo han olvidado los equipajes, repare en que Moralitos abandona a su abuelita.

Cuando momentos después el tren se pone en marcha y se pierde de vista hasta el último furgón, don Rodolfo se inclina, levanta la petaca de piel de Rusia y el flamante sobretodo de casimir inglés del señor Ríos e invita a Neftalí a recoger los máuseres, las polainas y lo demás que olvidaron sus colegas. Una vez que han levantado el campo, buscan cargadores que les ayuden con sus pesados fardos y paso a paso se encaminan a tomar un tranvía.

—Nuestros *avances*, Neftalí —dice don Rodolfo sonriendo con franciscana bondad.

Las líneas de acero de la vía se desocupan los breves momentos que median entre el salir de un tren y el entrar de otro. Y es el mismo clangoreo y el mismo rebullir a cada brigada que se marcha. Los trenes parten sin cesar. La gente de tropa va en montones; algunos, agotados, duermen profundamente en el sitio donde lograron caer. En los techos de los carros se restiran cuerdas sobre fusiles cruzados y se tienden mantas, capotes y frazadas, improvisando minúsculos campamentos que los defiendan del sol, del aire, del frío y de la lluvia.

Marta y sus hijos con el señor Quiñones descienden de un tranvía. Marta trae cogidas de las patas media docena de gallinas que alzan sus cabezas congestionadas y sus picos babosos y hacen brillar sus ojos redondos, de un amarillo aporcelanado; Rubén el canasto de comestibles y Matilde y Quiñones los fardos y las petacas.

Buscan al general Malacara.

—¿De veras, Quiñones, nada le pasará a Rubén si se queda con usted? —inquire Marta, hinchados los ojos de llorar.

—Obregón y yo muy conocidos..., casi amigos.

Quiñones enarca las cejas. Marta se vuelve a Rosita:

—¡Amigo íntimo de Obregón!...

Quiñones, aunque condiscípulo picho de Rubén, adquiere desde ese momento proporciones megatéricas. Rubén le da palmaditas en la espalda, Rosita despliega el arte de mostrar sus encantos y Matilde le sonrío fraternalmente. Marta deja de llamarle Quiñones. Señor Quiñones es su nuevo título.

Van a los andenes. Marta hace señas a Matilde, que se acerca.

—Si Rubén se queda, me quedo yo.

—Pero, madre, es un disparate. Se queda usted y en tal caso tendremos que quedarnos todos. ¿A qué, pues, salir de nuestra casa? Tenemos en nuestras manos el pase a Ciudad Juárez, los cinco mil pesos del general Malacara y los diez mil del general Villa.

—¿Y si a Rubén le pasa algo?

—¿Se ha vuelto usted una idiota? ¿No ha oído que Quiñones es amigo íntimo de Obregón? Con Quiñones lo tendremos todo. Rubén se queda aquí, nos arregla nuestros empleos; nosotras nos pasamos a León o a Aguascalientes, véndemos el pase y realizamos los papeles. Si de chiripa se le voltea la suerte a Villa, allá esperamos a Rubén; si sigue perdiendo, nosotras regresamos cuando no haya peligro alguno, que será cuestión de dos semanas, y me alargo.

—Señor Quiñones —inquire Marta aferrada—, ¿no sería posible cambiar aquí mismo unos billetitos que se nos han quedado por dinero en plata?

—¿Bilimbiques de Villa?... ¡Ja, ja, ja!...

—¡Por Dios, madre, no diga usted sandeces!

—Pero si ahora todo lo hemos comprado con papeles de Villa.

—Puede ser que aún quede algún interesado... Yo mismo... tengo la idea de

tapizar mi casa con bilimbiques, que resultan más baratos que cualquier papel...

—¡Chist!... Cállese, señor Quiñones; me parece que lo están oyendo.

Rubén les hace notar que cerca de ellos atisba uno de los *dorados* de la escolta del general Villa.

Les distrae entonces un vocerío y un nuevo movimiento de la multitud. Va a partir otro tren. La muchedumbre va amontonada dentro de los furgones como en las azoteas; entre los trucs y los tambores se han improvisado hamacas con raíces correosas sostenidas en los mismos varillajes de acero, y allí saltan como pescados mujeres panzudas, niños en cueros, soldados de blancas conjuntivas y rostros renegridos. Caras marchitas se aglomeran a las puertas. Lentamente desfilan carro tras carro, al ponerse el tren en movimiento. Pasa un altarcillo adornado con rosas silvestres y estampas de la Virgen; fuera de una ventanilla pende la jaula de un tordo; en otra asoma un fondo de cántaro a guisa de maceta. Hacinamiento de cabezas hirsutas, jorongos pardos, ropas enmugrecidas, brillo de marrazos enhiestos, resplandor de los latones de las bandas. Más de prisa ya pasa una jaula repleta de caballos. Dilatan sus narices y resoplan, asoman por los travesaños sus ojos negros y curiosos de la enorme multitud que se rebulle abajo. Cada vez más rápido se desgrana el rosario interminable de furgones, se aleja y se pierde al fin dejando en la retina la impresión de las techumbres coronadas de cabezas movedizas, los fusiles resplandecientes, las mantas y los jorongos hinchados por el viento.

—Volverán las oscuras golondrinas —tararea Quiñones, burlón. Luego, exaltado, se vuelve a Matilde—; ¿pero qué les dio a ustedes para juntarse con estas hordas?

—La necesidad, señor Quiñones... Usted mismo ¿a quiénes les está sirviendo?

—Les sirvo, pero no los sigo... Y eso es muy distinto.

—¡Ay, señor Quiñones; bien sabe Dios que no veníamos aquí, por nuestra voluntad! Han llegado hasta amenazarnos —se disculpa Marta con angustia.

—Bien sabemos quiénes son —agrega Matilde—. Era cosa de partirse el corazón ayer cuando salimos. Saquearon el comercio y luego que apretaron sus trenes de mercancía cuanto no les cupo lo repartieron a la plebe. ¡Unos bandidos!

—¡Oh, los carrancistas no son así, Matilde! Ya verán ustedes estos de Obregón qué decentes, qué maneras, qué procedimientos.

Y aunque la elocuencia no es el fuerte del señor Quiñones hace el panegírico del Primer Jefe con exclamaciones tan expresivas que Rubén entra en pánico, viendo venir un *dorado* en línea recta.

—¡Quiñones, lo están oyendo!

—A estos perros no hay que temerlos ahora. Mi general Obregón les ha arrancado los colmillos en Celaya... ¿Los *dorados*? Sí; los chacales del bandido Arango.

La última palabra se le congela en la garganta y toda la sangre se le baja a los talones.

—¿Conque usted compra bilimbiques de Villa pa tapizar su casa?... Sígame por acá, que yo se los voy a vender.

—¿Yo, señor? —exclama Rubén, aterrorizado—. ¡Jamás en la vida he dicho semejante barbaridad!

En vano Rubén quiere protestar; las quijadas se le han caído hasta el ombligo cuando el *dorado* le echó garra.

Marta da un grito y suelta las gallinas. Rosita la recibe desmayada en sus brazos.

—Deje a mi hermano, indecente. No sabe ni con quién está hablando. ¡Suéltelo, hombre malvado! Sepa que nosotros somos de los Reyes Téllez, de Culiacán. ¿No me oye, hombre infame y perverso?... Suelte a mi hermanito.

De un brutal empujón el *dorado* arroja de sí a Matilde y sigue con Rubén casi a rastras.

Matilde se convierte en una gata embravecida, se echa sobre él, lo coge de la ropa, le arranca botones y le hace garras una manga, le tira de los cabellos y le araña la cara...

—¡Ah, vieja tan brava!... Sosiéguese, pues, mujer.

Rosita no sabe qué hacer, con su madre en los brazos, para ayudar de alguna manera a Matilde.

El escándalo crece, Matilde aúlla, la multitud acude tumultuosa. Jefes y oficiales se acercan también. El pobre Rubén no sabe más de su persona.

Rosita logra reclinar a Marta en un poste; abre con prontitud petacas y baúles. Hurga aquí y allí; todo lo revuelve y no da con lo que busca. Sus ojos se vuelven, implorantes, de todos lados, y más grande es su angustia cuando Matilde y Rubén desaparecen entre la multitud. Solo escucha las imprecaciones vibrantes de Matilde, que le traspasan el corazón. Un jefe viene a ella:

—¿Le pasó algo a la señora?

—Un ataque de nervios, señor. Se han llevado a mi hermano Rubén. Le juro que es inocente, señor... Mire usted, mire usted...

Rosita, que dio por fin con unos papeles metidos en un zapato viejo, entre cepillos y trapos arrugados, los despliega bajo las narices del oficial.

—¡Ay, señor; si fuera usted tan bueno!... Que lo dejen libre en el acto...

El oficial llama a un soldado y lo encarga de Marta y sus equipajes; luego ofrece un brazo a Rosita. Pero ella, ansiosa, se levanta la angosta falda hasta arriba de las rodillas y corre en dirección de sus hermanos.

—Señor *dorado*, sufre usted una equivocación; nosotros somos villistas. Vea usted, vea usted este pase que nos acaba de regalar el señor Villa. Deje usted a mi hermano, señor *dorado*. Le juro que él no ha dicho nada.

Rosita tiene la paciencia necesaria para meter entre los ariscos remolinos de la frente del *dorado* la idea de que Rubén no es carrancista.

—En efecto —dice el oficial—, estas señoritas son empleadas del gobierno, lo mismo que el señor.

—Sí, pero este curro dijo que compraba billetes de mi general Villa para tapizar su casa... Yo se los voy a dar para que tapice hasta la madre que lo parió.

—No, señor; nosotras pretendíamos vender algunos billetes porque sabemos que solo con plata se puede conseguir alimento en las estaciones de adelante.

—Entonces, ¿dónde, pues, está el otro curro?

—Mírenlo, ya lo vi, allá va —exclama Rubén que ha vuelto en sí—. Mírenlo, ahí va pasando a toda carrera por el puente.

Y señala con estupendo regocijo el puente de los tranvías por donde pasa Quiñones como alma que se lleva el diablo.

—Por vida de la madre..., que yo lo alcanzo como hay Dios. Mire, amigo, lo dejo libre, pero dígame quién es el otro, deme el santo y la seña de ese catrín y yo lo saco hasta del centro de la tierra.

Desbordante de gratitud Rubén va a decirlo todo, cuando Matilde le quita bruscamente la palabra.

—Tú no sabes nada. Mire usted, señor, la cosa pasó así: nosotras preguntamos, viniendo en el tranvía, si no habría alguna persona que nos quisiese cambiar unos billetes de *dos caritas* por billetes del Banco Nacional o por plata, y ese señor que se ha escapado nos dijo que él lo haría si le dábamos buen premio. Puras mentiras: se aprovechó de la ocasión para venir charlando no más con nosotras. Pero la verdad yo creo que no es carrancista, porque cuando pasó por la capital se quitó el sombrero.

—¡Cuanto antes, hijitos, fuera de este condenado pueblo! —son las primeras palabras de Marta. Hace que le acerquen a Rubén: lo mira, lo palpa repetidas veces hasta convencerse de que ninguno de sus sentidos la engaña. Y lo cubre de besos y de lágrimas.

Rosita y Matilde levantan las petacas, notablemente aligeradas.

—Matilde, ¿qué fue de las gallinas?

Matilde quiere ir en el acto a buscar al oficial: les han robado las gallinas y han vaciado sus petacas. Pero Marta se opone con resolución inquebrantable. Quiere que en seguida se tome un tren para salir. Y van en busca del general Malacara para que las lleve al carro del señor gobernador, como se lo prometió.

Nadie puede dar noticias del tren del general Malacara. El jefe de estación enfrente de su mesa revisa montones de papeles blancos, amarillos, azules y de todos colores. Después de media hora de espera le da la gana de compadecerse de Marta y sus hijos y les dice que sólo el despachador puede informarlas. Por veinte papeles de *dos caritas* un gandul las lleva al carro del despachador. Es un encamisado, cara de Gestas, que observa atentamente un papelote azul surcado de culebritas blancas. Nuevo plantón. Al cabo de veinte minutos le da la gana de hablar:

—¿Decían ustedes?

Nuevo silencio de diez minutos, vuelta a mirar el plano azul y a seguir la madeja de líneas blancas. Después:

—¡Ah, el general Malacara!... Señoritas, el tren del general Malacara salió a las ocho de la mañana.

—Dispense usted, señor, no puede ser. Nosotros llegamos precisamente con él a las diez de la mañana de ahora. Pero ya el maldecido encamisado está otra vez sobre sus marañas blancas absorto.

Matilde refrena sus vehementes deseos de tirarle de las barbas.

—¿Por quién preguntan ustedes? —inquire él, cuando la familia va saliendo del carro, fastidiada de esperar.

—Por el general Malacara, señor... ¡Por favor!...

—¡Ah, si!... general Malacara, general Malacara... No; no hay ningún general de ese nombre en la División del Norte.

—Hemos llegado con él esta mañana —responde el paciente Rubén.

Y el despachador, que ya está otra vez estudiando su plano, añade serenamente:

—Pues las han engañado a ustedes, señoritas...

Salen quemándose, a la sazón que pasa un tren. Reconocen el carro sanitario donde, a la puerta, van sentados, las piernas pendientes, el doctor y el mayor amigo suyo.

—¡El doctor! ¡El doctor!...

—¡Doctorcito!...

Marta y sus hijos corren dando grandes voces de alegría. El tren se detiene casualmente y ellos pueden trepar dentro del carro sanitario.

—¡Qué suerte! —clama Marta contentísima.

—¡Qué felicidad! —agrega Rosita, envolviendo al doctor en una mirada de reconocimiento y ternura.

El doctor pliega sus líneas en un gesto coriáceo.

—¡Ay, doctorcito! ¿Se imaginaba usted que no lo habríamos de buscar? Es uno amigo o no lo es. ¿Qué quiere usted? Así somos nosotras de querendonas.

—Es cierto: natural y figura... Así somos los Reyes Téllez.

Hablan ahogándose todavía de la carrera.

—Nos instaron muchos compañeros y amigos a salir con ellos desde en la

mañana, pero nosotras dijimos: «¡Nunca! ¿Dejar la compañía de nuestro finísimo amigo? Con nuestro doctorcito salimos de casa y con él hemos de volver.»

—Solo que ahora tenemos la pena de volver solas, doctorcito. Rubén se ha puesto tan malo del estómago que tendrá que quedarse en Irapuato.

Marta mira con tamaños ojos a Matilde, Rubén pone su cara de larga y amarilla, como melón. Pero Matilde habla precipitadamente, no les da tiempo para protestar y clava sobre ellos una mirada tan imperiosa, que Marta misma no se atreve a interrumpirla.

—Rubén no corre ningún peligro, doctorcito. Se queda con todas las seguridades posibles en casa de un amigo nuestro. ¡Ah, doctorcito; no se imagina los trabajos que hemos pasado para dar con el carro de usted!

—A propósito, doctorcito; ¿en qué carro viene el general Malacara? —inquire Rosita, como un terrón de azúcar.

—El general Malacara nos ha hecho un gran desaire, niñas —responde el doctor con intención.

—¿Se ha ido en otro tren?

—En el del señor gobernador, con una preciosa compañerita, hace dos horas.

Matilde se pone lívida, a Rosita se le apagan los alientos. El doctor las deja fríamente y vuelve a sentarse con el mayor a la puerta del carro.

La máquina pita, el tren comienza a rodar. Marta y sus hijos se instalan en el oscuro interior del furgón, que ahora va vacío. Matilde se lleva a Rubén a la puerta. Él la sigue, haciendo gestos de protesta: ella lo tiene de un brazo y lo sacude con vigor:

—Sí, sí, te bajas; te bajas y te pierdes entre las casas, al oscurecer entras a la población y buscas a Quiñones. Ni el *dorado* ni nadie te conocerá a estas horas.

—¡Matilde, por Dios santo! —implora Marta.

Matilde, indignada, se cruza de brazos y yergue la frente.

—¡Basta! ¿Quiere usted que después del robo que hemos sufrido se pierda también lo demás? ¿Quiere, pues, que Rubén nos acompañe a todo trance?... ¡Pues que nos acompañe!...

Abre su corpiño, saca un grueso paquete de billetes de *dos caritas*, los pases a Ciudad Juárez y solemnemente se dispone a tirarlos.

La mano flaca y huesuda, el brazo seco y apergaminado como garra de aguililla decrépita la detiene.

—No, Matilde; eso no...

—¿Entonces?...

Marta inclina su cuello tendinoso y reseco, sus ojos de cristal apagado se entornan:

—Ve con Dios, hijo mío... En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

—Amén —contesta Rubén, doblando una rodilla, besando la mano de Marta e

inclinada la cabeza humildemente.

Es el instante en que el tren se detiene apenas para que el garrotero haga girar la aguja del cambio. Matilde empuja suavemente a su hermano y éste se desliza a un lado del doctor y desciende.

Resopla el tren de nuevo estrepitosamente y se lanza a gran velocidad.

Poco a poco la estación se ha vaciado de trenes, de soldados, de civiles. Atardece; en los andenes solo ambulan los *dorados*. Pasan y se entrecruzan con los escasos grupos de pueblo que asisten al final de la partida.

En un escape de la vía resopla una locomotora de brillantes aceros. Una gran águila de bronce con las alas abiertas posa a la cabeza de la caldera, delante de la campana; el escudo tricolor brilla bajo el ojo de cristal del foco frontal. Esa máquina remolca solo un carro amarillo recién pintado y un *pullman*.

La puerta posterior del *pullman* se ha abierto y, en mangas de camisa, aparece un hombre recio de carnes, de hombros anchos y cuadrados, de rubicunda faz, párpados hinchados, tras los cuales brillan unos ojos como brasas. El hombre avanza. De pie en la plataforma, su mirada inquieta se desparrama en torno; su gran cabeza de pelo crespo se levanta indómita como la de un león; sus movimientos se dibujan tardos y ondulantes como el lomo de una pantera.

Reina imponente silencio a su alrededor. Las manos ya no se mueven para batir palmas, ni las bocas se estremecen en el aliento de los vivos entusiastas.

De súbito se oye el silbato. Los *dorados* acuden precipitadamente y pronto todos suben a los carros.

Reina un momento de suprema angustia. El hombre de espaldas cuadradas y pavorosa mirada de felino retrocede paso a paso sin volver su rostro. Su mirada se tiende a lo lejos, hacia una nube blanca, hacia la polvareda de las caballerías que cubren la retirada. Y entre el polvo hay celajes de oro, pinceladas de sangre caliente de un sol que se extingue..., que se extingue para siempre.

En el hálito tibio de la noche llega de allá muy lejos un rumor sordo y misterioso, un rumor solemne como la voz del mar: «¡México se ha salvado!»

Y en el horizonte, la luna enharinada y bizca ríe..., ríe...

FIN DE
«LAS MOSCAS»

MARTÍN LUIS GUZMÁN

MARTÍN LUIS GUZMÁN

(1887)

EN *El águila y la serpiente* ofrece Martín Luis Guzmán, una visión amplia, elocuente e insustituible de la Revolución Mexicana.

Nace el 6 de octubre de 1887 en Chihuahua, capital del Estado del mismo nombre. Hizo sus primeros estudios en Tacubaya (Distrito Federal) y en el puerto de Veracruz. Cursó el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria de la ciudad de México e ingresó a la Escuela Nacional de Jurisprudencia; pero la Revolución —que estalló el 20 de noviembre de 1910— le impidió terminar su carrera de abogado.

En diciembre de 1910 su padre, que era coronel del ejército federal, es herido en un encuentro con los rebeldes y poco antes de morir confiesa a su hijo que la justicia asiste a los insurrectos. En mayo de 1911, cuando Porfirio Díaz abandona la ciudad, Guzmán participa en las manifestaciones maderistas que fueron balaceadas en la Plaza de la Constitución. Ingresa entonces al Partido Constitucional Progresista y también al Ateneo de la Juventud, academia literaria fundada en octubre de 1909 por Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes y otros.

En febrero de 1913 Victoriano Huerta asesina al Presidente Madero y usurpa el Poder. Guzmán huye de México y cruza los Estados Unidos para unirse a los revolucionarios en el norte de la República. Estuvo con las fuerzas de Ramón F. Iturbe en Sinaloa, con las de Álvaro Obregón en Sonora y luego con Venustiano Carranza en Chihuahua. Se incorpora después al partido de Francisco Villa, en donde alcanza el grado de coronel. En septiembre de 1914, por orden de Carranza, estuvo preso, con otros villistas, en la Penitenciaría. La Convención de Aguascalientes lo pone en libertad. Al formarse el gobierno convencionista de Eulalio Gutiérrez lo acompaña a la ciudad de México, y cuando éste rompe con Villa, sale Guzmán voluntariamente del país.

En 1917 dirige en Nueva York la revista mexicana *El Gráfico*, y durante algún tiempo enseña español y literatura española en la Universidad de Minnesota. Publica entonces *La querrela de México* (Madrid, 1915), folleto que subraya la gravedad de nuestra situación política. El triunfo de Carranza lo obliga a prolongar su destierro, pero en 1920 regresa al país y se encarga de la sección editorial de *El Herald* de México, fundado por Salvador Alvarado. Guzmán —cuya inclinación al periodismo se reveló desde los años juveniles de Veracruz— funda en 1922 *El Mundo diario de la tarde*. Es diputado al Congreso de la Unión de 1922 a 1924.

Expatriado de nuevo, vive en España desde 1925 hasta 1936. Fue redactor, colaborador, editorialista y director de varios periódicos madrileños, entre ellos *El Sol* y *La Voz*. Por estos años publica en Madrid *El águila y la serpiente* (1928) y *La*

sombra del caudillo (1929) —que había aparecido antes en las páginas del diario mexicano El Universal—, así como Mina, el mozo (1932), y Filadelfia, paraíso de conspiradores (1933). En 1936, cuatro meses antes de que estallara la guerra civil en España, vuelve a México.

De 1936 a 1941 colabora en El Universal y en 1942 funda el conocido semanario Tiempo, del que es actualmente director. Reúne los materiales y trabaja para una historia de la Revolución Mexicana. Ha difundido los textos de los grandes liberales mexicanos y defiende y fomenta la vigencia de sus ideales en nuestro medio. De 1938 a 1941 publicó los cinco volúmenes que forman la serie de Memorias de Pancho Villa (1951). Conoció personalmente a este caudillo, cuya psicología compleja y vida dramática lo han tentado siempre como tema literario. Optó por la convención de las memorias autobiográficas, hazaña que lo obliga a esfuerzos de creación constante, pero que le da oportunidad, también constante, de presentar en todos sus detalles el mundo que veía Villa y de sugerir las razones que orientaban su conducta.

Guzmán es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y tiene en preparación varios volúmenes en que reunirá su obra dispersa en periódicos y revistas.

De las obras de Guzmán relativas a la Revolución Mexicana se publican aquí El águila y la serpiente y La sombra del caudillo, que presentan el movimiento en la etapa de lucha y después en su actuación política como gobierno establecido.

EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE.—Título sugerido por el escudo nacional mexicano, en que el águila está a punto de devorar a la serpiente. Contrasta el anhelo de redención del pueblo mexicano con los elementos negativos de discordia, retroceso y maldad.

Visión amplia, profunda, pintoresca, delineada con cuidado y adivinación; presenta en grandes lienzos episódicos el desarrollo de la Revolución Mexicana en los años que van de la lucha contra Victoriano Huerta a la caída del gobierno de la Convención (1913-1915). En esa época Guzmán estuvo en contacto o formó parte de los grupos que, unas veces cerca de Carranza, Villa, Obregón, la Convención de Aguascalientes o el gobierno de Eulalio Gutiérrez, tuvieron en sus manos la dirección del movimiento o el destino de alguna etapa importante de su desarrollo.

En el caos de los sucesos de esos años, Guzmán ha puesto orden con un dibujo firme y persuasivo, que sigue la ondulación de la realidad y fija los perfiles psicológicos de los personajes. Es al mismo tiempo un documento y una obra de arte. Pero ¿es una novela? La novela ha desbordado sus fronteras tradicionales en muchas obras maestras contemporáneas. Superando el plano retórico de la pureza de los géneros, conformémonos con la definición del propio Guzmán. Lo que quiso dar de la Revolución fue «el retrato de sus hombres y la pintura de sus escenas, urdidos los unos con las otras y tramando todo mediante un procedimiento tal que,

dando unidad al conjunto y liberándolo de ser historia, o biografía, o novela, le comunique la naturaleza de los tres géneros en proporción bastante para no restar fuerza al principio creador, ni verdad sustantiva a lo creado».

LA SOMBRA DEL CAUDILLO.—*La Revolución ha triunfado, es dueña del gobierno, es ya el gobierno. El caudillo se llama ahora Presidente de la República. Esta nueva situación crea —para él y para los demás— problemas, responsabilidades, preocupaciones.*

Resulta difícil y molesto el tránsito de la voluntariosa actuación en todo el ámbito del territorio nacional a la obediencia de las leyes de la administración, presentes a todas horas en la oficina del funcionario. El caudillo siente pequeña la silla presidencial, como en otra época el condotiero hallaba incómodo el trono.

La vida democrática del país no podrá implantarse ni prosperar sino cuando el gobernante abandone totalmente su complejo de caudillo. Esta novela lleva a la realidad —a una realidad clarividente y punzante— este conflicto político, pintando cómo nace del celo de una autoridad que ambiciona más de lo que la ley le permite, cómo se desencadena y cómo acaba por triunfar con vergonzosa violencia y la colaboración de todos aquellos elementos del caudillismo que no entienden todavía lo que es un gobierno.

«Una de las mejores novelas de ambiente político que hasta ahora se han escrito en Hispanoamérica», dice el profesor Manuel Pedro González. Cronológicamente cierra el periodo que da sus temas a la novela de la Revolución Mexicana, que principia cuando los campesinos se levantan para formar los batallones de Los de abajo y termina en el momento en que el gobierno establecido de la Revolución se siente todavía bajo La sombra del caudillo.

OBRAS NARRATIVAS DE GUZMÁN.—*El águila y la serpiente. Madrid, 1928. Traducida al francés, inglés, alemán e italiano.*—*La sombra del caudillo. Madrid, 1929. Traducida al francés, inglés, checo y holandés.*—*El hombre y sus armas, 1938.*—*Campos de batalla, 1939.*—*Panoramas políticos, 1939.*—*La causa del pobre, 1940.*—*Adversidades del bien, 1941.*—*Estas cinco obras fueron publicadas después en un volumen bajo el título de Memorias de Pancho Villa, 1951. Está en preparación la traducción al francés.*

ANTONIO CASTRO LEAL.

EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE

PRIMERA PARTE

ESPERANZAS REVOLUCIONARIAS

LIBRO PRIMERO

HACIA LA REVOLUCIÓN

Al apearme del tren en Veracruz recordé que la casa de Isidro Fabela —o más exactamente: la casa de sus padres— había sido ya momentáneo refugio de revolucionarios que pasaban por el puerto en fuga hacia los campos de batalla del Norte. Aquéllos eran luchadores experimentados; combatientes, hechos en la revolución maderista, cuyo ejemplo podían y aun debían seguir los rebeldes primerizos. Quise, pues, acogerme yo también a la casa que se me brindaba tan bondadosamente y me oculté en ella durante todo el día, rodeado de una hospitalidad solícita y amable.

Cuando cerró bien la noche salí de mi escondite para dirigirme a los muelles. Me embargaba una sola preocupación: ¿me admitirían en el buque tan a deshoras? Caminaba aprisa, no obstante mis dos maletas, las cuales, a la vez que con su peso me abrumaban, parecían aligerarlo todo con su contacto. Porque llevarlas en ese momento era, no sé por qué, como tener asida entre las manos la realización del viaje que esperaba emprender al otro día.

En las calles próximas a la Aduana me envolvió el olor de fardos, de cajas, de mercancías recién desembarcadas: lo aspiré con deleite. Más lejos, el espacio precursor de los malecones me trajo la atmósfera del mar: se vislumbraban en el fondo vagas formas de navíos, perforadas algunas por puntos luminosos; corrían hacia mí brillos de agua; descansaban, abiertas de brazos, las grandes máquinas del trajín porteño.

¡Cómo se aceleró entonces con mis recuerdos el pulso de mi emoción! Por aquellos sitios, fuente de mis supremas fantasías de la infancia, me deslizaba hoy, al amparo de la noche, en busca de un barco y de lo desconocido.

Llevaba en mi cartera cincuenta dólares; en el alma, una indignación profunda contra Victoriano Huerta.

*

El capitán del *Morro Castle* no se sorprendió cuando le dije que necesitaba yo embarcarme en el acto, pese a los reglamentos y la costumbre. La historia de que yo era revolucionario constitucionalista, y de que corría gravísimo peligro de que me aprehendiesen las autoridades veracruzanas, hizo mella en su alma de marino viejo. Por breves segundos clavó en mí su mirada franca, clara, azul. Luego, como para reflexionar más hondamente, contempló la pipa que tenía en una de las manos; y por último, mirándome otra vez, me dijo con voz grave y simpática, con voz que daba suavidad al peculiar acento de los marinos de la Nueva Inglaterra:

—Por supuesto que se queda usted a bordo, pero con una condición: que no saldrá de su camarote mientras no suene la hora en que han de embarcarse mañana

los pasajeros. De lo contrario, podríamos tener dificultades.

Fuimos en seguida a la oficina del sobrecargo para legalizar, de alguna manera, mi presencia en el buque. Allí enseñé mi billete y el permiso del cónsul y llené otros dos o tres requisitos, a cuál más insignificante.

—Voy a acompañarlo a usted hasta su camarote —dijo el capitán, así que me dispuse a seguir al camarero, que había cogido mis maletas y avanzaba ya para mostrarme el camino.

Y en efecto, tomándome de un brazo, me llevó, inquisitivo y locuaz, por pasillos y escaleras. Ya en la puerta del camarote, me tendió la mano con aire de despedirse, pero todavía así prolongó su charla unos instantes. Quiso conocer mi opinión sobre la muerte de Madero; me habló, sin mencionar nombres, de un grupo de revolucionarios que habían ido en su barco, en el viaje anterior, hasta La Habana. Total: que al separarnos nos tratábamos como antiguos amigos. Tras de darme una palmadita en el hombro, se despidió así:

—*Good night, old chap.*

Minutos después, mientras me acomodaba en la litera, hice rápidas consideraciones optimistas. «No es poca fortuna —me decía— que los yanquis, salvo excepciones raras, sean gente a quien se puede hablar con franqueza. ¡Qué gran país el suyo si la nación fuera como los individuos!».

*

Los pasajeros empezaron a subir al barco a eso de la una de la tarde; a las cinco, el *Morro Castle* rebosaba de gente, y a las seis, hora en que salimos del puerto, no podía darse un paso sobre cubierta ni se encontraba sitio libre en parte alguna.

Apenas pasada la bocana y cogido el rumbo, los más sentimentales de los viajeros —¿quién en tales casos no lo es?— nos apiñamos hacia la parte de popa para ver desvanecerse a lo lejos el panorama veracruzano. El paisaje era crepuscular, misterioso. Casi a ras de agua, las hileras de luces del puerto se confundían con las señales de la bahía, blancas y rojas. Volteaba encima el aspa luminosa del faro. Y todo, nubes sanguinolentas del nacer de la noche, fajas sombrías de la costa, iba hundiéndose en el ocaso como si estuviera fijo en un mismo plano del cielo... El que dejábamos era un horizonte sobre el cual pesaba, sin tregua, el caer de los astros.

Los pasajeros del *Morro Castle*, aunque muchos en número, no sumaban en conjunto grandes atractivos.

Pertenecían en lo general a ese tipo gris, medio descastado, medio cosmopolita, que infesta con sus modales seguros y su fácil estupidez los barcos de todos los mares de la Tierra. A primera vista no descubrí más que unas cuantas personas interesantes: un grupo de cuatro hombres —los cuatro mexicanos, ninguno muy bien vestido y todos, a juzgar por ciertas frases que atrapé al vuelo, bastante mal hablados—; una norteamericana hermosísima —rubia, seductora, de aspecto equívoco, de edad

incierta— y un yanqui como de treinta años —fuerte, risueño, sencillo y enérgico— que luego resultó ser mi compañero de camarote. Ciertamente que esta impresión, por lo rápida y superficial, debía considerarse incompleta o engañosa. Desde luego, la muchedumbre de viajeros que llenaba el salón no se prestaba, en aquellas primeras horas, a trabar conocimiento con nadie. En la cubierta, además, se envolvía todo en una penumbra que si era grata para el reposo y la meditación, era también perfectamente aisladora.

*

Al otro día inauguré mis labores de a bordo, poniendo cerco al grupo de los cuatro mexicanos. Pronto descubrí que eran revolucionarios constitucionalistas. Uno, a quien los otros guardaban muchas consideraciones, si bien le hablaban siempre en tono algo regocijado, era doctor y se llamaba Dussart. Su cuerpo pequeño contribuía a hacer agradable el contraste entre sus canas y su porte juvenil: era inquieto, ágil, ruidoso. Parecía el menos viejo de todos ellos, no obstante que en el resto del grupo sólo había un anciano: el rico de la partida, el que, al parecer, financiaba el viaje. Los otros dos eran jóvenes: uno moreno, rizado, fornido y conversador, y el último —pariente del rico, o relacionado con él de alguna manera— el más joven de todos y de carácter discreto y sumiso.

Un incidente cualquiera fue pretexto para que cruzáramos las primeras palabras. Luego, enterados ellos de mis ideas políticas y mis propósitos, la intimidad se estableció como por magia. A coro nos desahogamos contra Victoriano Huerta; a coro dijimos bien de la memoria de don Francisco I. Madero y ponderamos las hazañas de Cabral y Bracamontes, con lo cual lo mejor de la mañana se nos fue en disquisiciones políticas y en construir castillos de naipes en torno de la personalidad de Carranza, de cuyo temple hacíamos la garantía del éxito revolucionario.

No tardó el doctor Dussart en entablar, aquel mismo día, relaciones amistosas con un sinnúmero de pasajeros, en lo que su presteza comunicativa no hallaba obstáculos. La hermosa norteamericana, a quien se acercó muy principalmente, fue una de las personas que primero lo escucharon, y por lo visto mostró tanta complacencia, que a las dos horas del primer contacto el doctor Dussart ya la traía inquieta con su excesiva galantería mexicana y la trataba con familiaridad que a nosotros nos dejaba asombrados. Lo más notable del suceso era que ni la hermosa yanqui sabía jota de español —así al menos lo suponíamos entonces— ni el doctor hablaba en inglés más allá de cuatro palabras.

—¿Cómo se las arregla usted, doctor —le preguntábamos—, para entenderse con esa señora?

—Muy fácilmente. El único idioma internacional —¡qué esperanto ni qué volapuk!— es el del gesto, que nunca falla.

—Así y todo —le argüíamos—, el hecho es raro, pues, según parece, se trata de

una señora decente.

—¡Qué duda cabe de que es decente! De no serlo, me guardaría muy bien de acercármele.

*

Por la tarde de ese primer día de nuestro viaje, el doctor Dussart nos inició en el trato de su nueva amiga. No había cesado de ponderarnos las relaciones valiosas que, sin duda, debía tener ella en los Estados Unidos, así como lo útil que podría sernos para los fines de «la causa». Necesitábamos —decía— hacerle la corte; estábamos obligados a conquistarla. Y como a él lo dominaba el impulso de la acción inmediata —una especie de demonio ejecutivo— concertó las cosas de tal manera con el *deck-steward* que, sin saberse cómo, se juntaron nuestras sillas de cubierta con la de la bella señora. A partir de esa tarde, el corro que formábamos en torno de ella figuró entre lo más folklórico y característico del viaje. Cuando no la rodeábamos todos, uno al menos la acompañaba.

El doctor Dussart, sin embargo, siguió disfrutando de los privilegios de la verdadera intimidad. Él era el compañero asiduo; él, el predilecto; él, el indispensable. La noche del segundo día conversó con ella —en movidísima plática realizada con gestos, risas y exclamaciones— hasta muy cerca de las once. Nosotros, en tanto, jugábamos al ajedrez en el fumador.

*

El tercer día de viaje se nos presentó cargado de novedades. Cuando los pasajeros despertaron, el barco estaba anclado frente a Progreso. Yo, ansioso de conocer siquiera a distancia la tierra yucateca (tierra de mis mayores), anduve sobre cubierta desde antes del alba. ¡Qué acontecimiento tan sencillo, y al propio tiempo tan cuajado de evocaciones y misterio, el lento dibujarse de la baja costa de Yucatán en el horizonte de nácar de un amanecer de mayo! Resbalan sobre el agua extraños fulgores, como de eclipse de sol; el cielo se agrieta y deja ver, entre tiras de nubes, brillantes estrías que anuncian el torrente de luz. Y abajo y a lo lejos, sobresaliendo apenas de la línea del agua, va surgiendo el levísimo perfil de una tierra verde y vaporosa, aparecen los tonos lejanos de una vegetación tropical, aquí rala, semejante a una crestería.

Como íbamos a pasar muchas horas inmóviles ante el puerto, mientras las bodegas del barco se llenaban de henequén, la espera introdujo cambios en la vida de a bordo. Los deportistas se instalaron en la popa y, ya muy avanzada la mañana, organizaron una partida de pesca de tiburones. Los feroces animales pululaban a ambos lados del buque. A veces se les veía a flor de agua, tajando las olas con su

espina siniestra, y a veces los rayos candentes del sol del Golfo, al iluminar el seno del mar, los mostraban en toda su negrura contra el tono verde de las masas líquidas.

Cerca de los que dirigían las maniobras de la pesca nos encontramos reunidos, en cierto momento, muchos pasajeros: entre otros, el doctor Dussart, la hermosa norteamericana, el yanqui de mi camarote y yo. El doctor se empeñaba en contar a la norteamericana, en parte a señas, en parte en español y en parte en muy extraños vocablos ingleses, la vida y costumbres de los tiburones. Le relataba, para ilustrar sus teorías, anécdotas como la del fabuloso veracruzano que dormía en el rompeolas, la cuerda del anzuelo atada a la cintura, en espera de que el tiburón mordiese; una de tantas noches, el negro desapareció, y a los dos días el mar trajo a la playa las dos mitades de su cuerpo. Pero todo esto lo pintaba el doctor con trazos tan pintorescos y expresivos, que fueron apagándose a su alrededor las otras conversaciones y todos se pusieron a escuchar.

Cuando le tocó el turno a la historia del otro negro, el que en busca de los tiburones se echaba al agua con la faca entre los dientes, me aparté del grupo con mi compañero de camarote y le pregunté, señalando con la vista a la bella norteamericana:

—¿Usted conoce a aquella señora?

—No —me respondió—. Sólo una cosa sé de ella, y eso por casualidad. En Veracruz, horas antes de embarcarnos, almorzó en el Hotel de Diligencias en una mesa próxima a la que ocupábamos algunos amigos y yo. Nos interesó su aspecto; se habló de ella, y alguien dijo que era agente de policía...

—¿De la policía de México? —interrumpí.

—No lo sé. No se me ocurrió preguntar si de la policía de México o de alguna otra...

Taña noticia no me hizo a mí ninguna gracia, y aun me sentí tentado de poner inmediatamente sobre aviso a mis amigos revolucionarios. Pero temeroso luego de una indiscreción, resolví al fin que haría mejor en guardar silencio y recomendar sigilo en términos generales.

Horas después, un incidente imprevisto me forzó a variar de conducta. Poco antes de que el *Morro Castle* zarpara de Progreso, el doctor Dussart recibió un mensaje misterioso. Se lo entregó un individuo que había venido en el remolcador de los lanchones del henequén y que, después de estar a bordo unos cuantos minutos, regresó al puerto. Cuando el mensajero se hubo ido, el doctor nos pidió que nos reuniéramos, para enterarnos de lo que sucedía, en el fumador.

—Acabo de recibir aviso cierto —nos dijo— de que viene en el barco, espándonos, un agente de policía. Es indispensable estar en guardia, pues pueden pasar dos cosas: o que traten de entorpecer nuestro desembarco en Nueva York, o que nos impidan después, con enredos, cruzar la frontera de Sonora.

Tras esto se produjo una lluvia encontrada de hipótesis sobre el probable espía, así como sobre las consecuencias próximas y remotas del espionaje. Acerca del

primer punto eran tantas las suposiciones, y algunas de ellas tan descabelladas, que me creí en el deber de revelar lo que me habían contado.

—Lo grave del caso —dije— es que, si resulta cierto algo que oí esta mañana, el espía acaso no sea otro que la hermosísima amiga del doctor y bella conocida nuestra: la norteamericana de quien no nos separamos desde el principio del viaje.

—¡Cómo!

—¡Imposible!

—Como ustedes lo oyen...

—¡Eso es absurdo!

—Lo que ustedes gusten —añadí yo—. Ni lo afirmo ni lo niego por mi cuenta. Digo lo que me contaron.

—¿Por quién lo sabe usted?

Pero en este punto nuestro conciliábulo hubo de suspenderse. Legiones de pasajeros estaban entrando en el fumador y algunos vinieron a sentarse junto a nosotros. Imposible seguir hablando.

Había anochecido. Hacía rato que navegábamos rumbo a La Habana y de la costa yucateca no se percibía ya sino el parpadeo de un faro.

II

UN COMLOT EN EL MAR

Cuando volvimos a quedar solos en el fumador, ninguno de mis cuatro compañeros insistió en la incredulidad con que al principio acogieron todas mis palabras. Más de una hora había estado en suspenso nuestra conversación, y durante ese tiempo, mientras se relataban en nuestro entorno impresiones de la estancia frente a Progreso, o se hacían proyectos para la próxima escala en La Habana, nosotros habíamos meditado. Para mis amigos, la cavilación dio buenos frutos: la noticia, tenida poco antes por perfectamente absurda, parecía ahora posible, y aun probable.

Dijo el doctor, reanudando el tema:

—¡Buena la hemos hecho! Pero ¿cómo diablos iba uno a imaginarse que resultara espía de Victoriano Huerta una yanqui tan guapa y tan señora?

Y a partir de aquí todas las reflexiones fluyeron unánimes y congruentes. A nadie se le ocultaba que, considerando como agente secreto a la hermosísima norteamericana, se comprendían muchos detalles hasta entonces bien extraños. Se explicaba, desde luego, la súbita afición que la extranjera había concebido por nosotros. Se explicaba también —por lo menos en parte— la actitud, complaciente en extremo, con que disfrutaba de la asidua compañía del doctor (compañía a todas luces inocente y bien intencionada, pero, de cualquier modo, expuesta a interpretaciones malévolas). La más terminante confirmación de nuestras sospechas la descubríamos en este hecho inequívoco: sólo hacía tres días que habíamos salido de Veracruz, y, no obstante eso, nuestra amistad con la norteamericana, gracias a que ella ponía cuanto era necesario, había realizado progresos inauditos tratándose de una dama respetable, así lo fuese sólo en apariencia.

—¡Qué se me figura —exclamó uno de los compañeros del doctor— que la tal señora nos engaña aun en lo de no saber castellano! Así se comprende que al doctor le entienda hasta los visajes.

El doctor, por supuesto, pronunció la última palabra. Con la vehemencia juvenil que tan graciosamente contrastaba con sus años, concluyó que lo importante, lo esencial, lo único consistía en fraguar un plan y aplicarlo sin vacilaciones.

—Cada uno de nosotros cinco —dijo— debe urdir algo separadamente. Luego confrontaremos los diversos proyectos y sacaremos de allí lo que más convenga. Por cuanto a mí se refiere, ahora mismo me pongo a pensar. Al reunirnos otra vez esta noche les expondré mis ideas. Espero que me otorguen su confianza.

La cosa, en realidad, no merecía la importancia que le dábamos. Pero el doctor Dussart, espíritu inquieto en exceso y revolucionario harto entusiasta, se movía con dinamismo muy suyo: pertenecía a esa especie de temperamentos para quienes es imperativo andar viendo visiones. En los días de nuestro viaje, además, nada le aterraba tanto como la idea de no poder llegar a Coahuila o Sonora. Consentir que eso fuera posible equivalía a sacarlo de quicio: vociferaba, perdía su habitual palidez, se

sacudía y echaba, en fin, mano de tales medios de expresión, que las trepidaciones del *Morro Castle*, empujado por sus hélices, desaparecían bajo el trémolo de la ira del fogoso médico revolucionario.

En la segunda junta de esa noche nos trazó su plan con derroche de frases imaginativas y pintorescas. En resumen, el plan se concretaba a esto: Primero: el doctor le haría el amor a la bella espía; un amor irresistible, de fuego y efecto rápidos. Segundo: una vez dominada la señora, el doctor le propondría el matrimonio. Tercero: aceptado por ella el matrimonio, el doctor la convencería de que, en lugar de continuar en el barco hasta Nueva York, ambos debían quedarse en La Habana para unirse conforme a las leyes de Cuba. Cuarto y último: en La Habana, él se habilitaría la manera de dejar plantada a nuestra enemiga minutos antes de que saliera el *Morro Castle*, a bordo del cual se reuniría con nosotros. Detalles complementarios: Primero: nosotros contribuiríamos a la realización del plan, ponderando repetidamente ante la hermosa norteamericana las fabulosas riquezas del doctor: sus haciendas, sus palacios, sus carruajes, sus cuentas en los principales bancos de México. Segundo: no nos daríamos con ella por enterados acerca del proyecto de casamiento, a fin de privarla en lo futuro de la posibilidad de invocar testigos.

—¿Y cree usted hacer todo eso en el día y medio que falta para llegar a La Habana?

Tal fue la pregunta que le hicimos todos. Pero él respondió con plena confianza en su capacidad:

—Todo. Para nosotros, esto es un juego de niños.

A mí me pareció el plan tan extraordinariamente desproporcionado respecto de los hechos, y tan fantástico en cuanto a la ejecución, que creí soñar mientras Dussart lo exponía. Pero evidentemente yo no estaba en lo justo, pues visto el aplomo del doctor, su proyecto gozó de la mayoría de los sufragios: casi todos lo consideraron factible, sencillo, heroico, magnífico y digno, en consecuencia, de realización inmediata.

Aquella misma noche, el doctor Dussart inició el asedio amoroso de la norteamericana. Por nuestra parte, toda la mañana siguiente nos la pasamos alabando, en presencia de ella —validos del manifiesto agrado con que nos oía—, las cualidades físicas, intelectuales, morales y financieras del doctor, las últimas particularmente. Quién hablaba de los títulos y honores universitarios que en el doctor concurrían; quién, de sus fincas cafeteras y azucareras de tierra caliente; quién, de los inmensos territorios suyos, donde negreaba el ganado, y de sus depósitos bancarios en efectivo y valores; y quién, por último, de la grandeza de su alma, oculta tras un exterior pequeñito y risueño, alma que le impelía siempre a hacer felices a cuantos se le ponían cerca...

El trabajo de uno y otros parece que no fue en balde. La víspera de nuestra

llegada a La Habana, el doctor nos comunicó, triunfante, que la conquista era cosa hecha: la señora, ya casi decidida por el casamiento, resolvería esa noche, después de la cena, si por fin aceptaba interrumpir su viaje y detenerse en La Habana.

—Pero no hay peligro de que rehuse —terminaba el doctor—. Lo de las haciendas de ganado y las cuentas en los bancos la trae de cabeza. Aceptaré, aceptará. Y aceptó, en efecto.

*

Las treinta y seis horas que pasamos en La Habana fueron de lo más agradable, emocionante y divertido.

La yanqui bajó a tierra, mas no como nosotros —en calidad de visitantes en puerto de escala—, sino con todos sus baúles, maletas y sombrereras. Nos producía a la vez pavor y risa la sencillez con que aquella hermosa mujer había caído en el lazo del doctor Dussat. ¿Era éste, en el fondo, un gran psicólogo? En todo caso, aplicaba la regla inconsciente de los conocedores de hombres: no hay que contar con la inteligencia de los otros —los otros, por regla general, son estúpidos—. Y así se explica que su plan tuviera éxito.

El largo tiempo que necesitó el *Morro Castle* para entrar en la bahía, echar el ancla y recibir la visita de las autoridades, lo empleó el doctor en redondear su trato con la norteamericana. Los dos asistieron a los trámites de migración y sanidad como si pertenecieran a una sola familia, y mientras tanto no había cesado él en insistir sobre hoteles y otros puntos de orden práctico. Quedaba convenido que ella, por de pronto, se alojaría en el Hotel Telégrafo, y él en cualquier otro; después, celebrado el matrimonio, tomarían un departamento en el Hotel Miramar y gozarían allí de la luna de miel hasta el momento de embarcarse para los Estados Unidos o Europa.

Es innegable que en todos estos enredos, el doctor Dussart ponía una travesura graciosamente cínica y convincente. Yo no sé cómo lo hizo, pero es un hecho que fingió tan bien sus preparativos para quedarse en La Habana, que el mismo sobrecargo del buque estaba convencido de que así iba a hacerlo. Ya en tierra, llevó a la perfección el simulacro de presentar en la Aduana un equipaje voluminoso y, por último, cuando la norteamericana se acercó a decirnos «*Good-bye*» con musicalidad entre afectuosa y agradecida, con musicalidad de énfasis satisfecho, sonriente, profundo, él vino también a abrazarnos y a despedirse con gran copia de aspavientos sentimentales. Era una gloria verlo.

—Y ahora —nos dijo a sovoz— mucho sigilo. Deséenme buena suerte. Lo principal ha salido bien; falta el desenlace.

*

No volvimos a verlo hasta el otro día, en la hora terrible de las responsabilidades. Sabíamos, porque nos lo había dicho anticipadamente, de cuál método pensaba valerse para dar cima a la empresa que traía entre manos. Era un procedimiento tan sencillo como todo lo anterior: adormecer a nuestra enemiga, mientras llegaba el momento de reembarcarse, con distracciones continuas y promesas deslumbradoras y dulcísimas. Recorrerían en auto todos los jardines, plazas y calles. Iría con ella a las oficinas del cable y en su presencia pediría a México, en mensaje cifrado, la suma cuantiosa indispensable para la boda: boda regia, digna de la belleza de la desposada, del gran cariño de él y de su posición social. Toda una mañana la pasarían visitando tiendas de joyas para que ella escogiese el aderezo que le regalaría él al casarse... Sólo un punto consideraba el doctor expuesto a sorpresas y contratiempos: ¿lograría separarse de la espía, sin despertar sospechas, en el instante oportuno para volver al barco? Allí estaba el peligro, o el escándalo. Es verdad que contaba para eso con un subterfugio de noble calidad: primero se mostraría contentísimo de verse libre de sus compañeros revolucionarios; luego, simulando un arranque sentimental, vendría corriendo a darnos, en el último momento, el último abrazo, y se quedaría a bordo.

Así fue. Diez minutos antes de la hora fijada para que saliera de La Habana el *Morro Castle*, vimos al doctor Dussart saltar de una gasolinera a la escalerilla del buque. El salto fue tan vigoroso que el doctor botó contra la cuerda y estuvo a pique de irse al agua: por fortuna sólo se mojó los pies. Venía gozoso; su paso era ágil, su aire más juvenil que nunca.

Sus tres amigos y yo lo esperábamos en la meseta de la escala.

—Abrácenme, abránme —nos dijo—, que la muy diabla me espera en la punta del muelle y desde allí nos mira con sus gemelos. A última hora le ha entrado la desconfianza, y con el pretexto de que también ella quería despedirse otra vez de ustedes, aunque de lejos, se ha traído con qué ver. Observen, observen cómo no nos quita la vista.

Era muy cierto. En el extremo del muelle se distinguía la figura de una mujer vestida de claro y en actitud de estar enfocando hacia nosotros unos anteojos.

—Pero ¿qué va usted a hacer, doctor, para salir con bien de este embrollo? —me apresuré a preguntarle, sabedor de cómo las gastaban en los Estados Unidos con tal clase de asuntos.

—Ya verán, ya verán —respondió—. Es una aventura soberana. Sólo que por poco me quedo en la suerte. Porque hay que convenir en que nuestra gentil enemiga es un bocado succulento. Otro habría perdido la cabeza... ¡Apuesto a que la habría perdido!... Todo lo que falta ahora es que este barco se largue de aquí. ¿Qué hora es?

—Ya debiéramos estar en el mar —dijo alguno de nosotros—. Pasan cinco minutos del momento señalado para la salida.

Y así, sin quitarnos de junto a la escala, seguimos hablando. Pero como pasara el tiempo y el *Morro Castle* no diera señales de partir, el doctor empezó a ponerse inquieto, luego nervioso, luego indignado.

—¿Cuánto se juegan ustedes —exclamó de pronto— a que este maldito barco va a echarnos a perder toda la combinación?

Y transcurrieron quince minutos, lo cual ya nos pareció bastante grave. El doctor, todavía más agitado que antes, se dio a vociferar.

—¡Al capitán, sí, al capitán! Vamos a verlo. Se dijo que el barco saldría a las cinco de la tarde y ya son las cinco y veinte y no sale. Por obligación debíamos estar ya a tres millas de la costa. ¡Vamos a ver al capitán!

Nos costó gran esfuerzo sosegarlo. Le hicimos ver que al capitán no podían decirsele semejantes disparates y que, en caso último, más nos convenía callar; le recordamos que pisábamos territorio extranjero. Al fin se apaciguó, y para que la hermosa norteamericana no se impacientara, nos abrazó de nuevo a todos, pues ella seguía mirando desde el muelle. Por desgracia pasó otro cuarto de hora en iguales condiciones y, no obstante una nueva serie de abrazos, el *Morro Castle* no daba señales de zarpar. Y todavía después, con crueldad implacable, la vida nos deparó otros quince minutos exactamente iguales a los anteriores.

—Doctor, ya es tiempo de otros abrazos: ha pasado otro cuarto de hora...

—No, no —contestó con impaciencia—. Va a comprender que nos estamos mofando de ella.

Al oír estas palabras, todos, curiosos, volvimos la mirada hacia el muelle. La norteamericana no nos veía entonces. Estaba hablando con un hombre que accionaba desafortadamente. Ella parecía también acalorarse, excitarse. El hombre señalaba rumbo a la ciudad, luego hacia el embarcadero de los botes de gasolina, luego hacia nuestro buque. Ella parecía decir que no. Él afirmaba que sí... Por fin caminaban juntos: primero despacio, en seguida con precipitación... Llegaban a una de las anchas puertas del cobertizo del muelle... Desaparecían.

En aquel instante, los últimos rayos del sol iluminaron el Mercurio dorado que corona el edificio de la Lonja.

—¿No lo dije? —estalló el doctor Dussart—. ¿No lo dije? Este barco hijo de perra va a cortarnos el viaje. Dentro de media hora está aquí la gringa con baúles y todo.

El desastre, en verdad, estaba escrito. A poco vimos aparecer en el embarcadero a la hermosa espía. La acompañaba el mismo individuo que había estado hablando con ella en el muelle. Venía seguida de varios mozos que traían el equipaje. Se arrimó un bote al embarcadero: la norteamericana saltó a él. Embarcaron los baúles, las maletas, las sombrereras. Sonó el motor de la lancha —ruido, para nosotros, como de ametralladora—, y cinco minutos después subió por la escalerilla del *Morro Castle*, con toda la dignidad de una reina traicionada, la mujer que hasta entonces había tenido a nuestros ojos la importancia de una espía y que ahora se presentaba con un nuevo atributo: era una mujer de quien habíamos querido burlarnos.

El doctor Dussart huyó a encerrarse en su camarote. Nosotros, ajenos en apariencia al conflicto, permanecimos donde estábamos, medio confundidos con

otros pasajeros. Ella, sin embargo, parecía venir perfectamente al tanto de las cosas. Cuando pasó a nuestro lado nos dirigió una mirada fulminante y dijo en voz alta, aunque en tono de hablar consigo misma:

—*My goodness me! Who could believe it! Such a crowd!*

III

LOS RECURSOS DEL DOCTOR

Hacía una hora que navegábamos proa al norte, y todavía estaba fija en mi retina la imagen de formas frondosas en que se resolvió el tránsito de la norteamericana al transponer la puerta del salón, lo que aferraba al doctor mi pensamiento. Lo imaginé en el refugio de su camarote, a solas con el fracaso de su intriga: estaría mirando por la claraboya el mar añil de La Habana y el oriente de perla de la ciudad distante; estaría contemplando, trémulo de rabia, cómo nos alejaba el *Morro Castle*, con el remolino de sus hélices, de aquella ciudad donde no se quedaba al fin, víctima de la estratagema de matrimonio, nuestra bella enemiga. La bella enemiga, ahora hostil como nunca, estaba a bordo; en el crepúsculo de la tarde seguían flotando sobre cubierta las crueles frases con que nos había medido, y cada palabra suya se ensanchaba, se repetía en mil ecos al rebotar en las orejas de los centenares de pasajeros que llenaban el buque. Menos mal que los amigos del doctor no comprendieron el sentido de las frases, aunque lo sospecharan. Pero yo, que sí lo comprendí, me ruborizaba aún, como al pasar ella a nuestro lado.

*

Horas después descubrí que la *crowd*, en el concepto de la espía huertista, no era tan mala como lo proclamaban sus exclamaciones, o, en todo caso, que si el concepto acerca de nosotros era pésimo, la disposición sentimental para perdonarnos parecía óptima —para perdonarnos, si no todo, casi todo.

Fue una conversación imprevista, en la hora siguiente a la de la cena. Los viajeros, fieles al rito, hacían esos recorriendo la cubierta de extremo a extremo. El doctor y sus tres amigos seguían ocultos en las entrañas del barco, calculando las posibles consecuencias de lo hecho en La Habana. Yo di dos o tres paseos y fui a tenderme sobre mi silla en un rincón solitario y umbroso. La penumbra que me rodeaba era tan suave que invitaba a asistir, como en cinematógrafo, al desfile de los pasajeros que insistían en el ejercicio peripatético. Las figuras iban sucediéndose a contrapunto de la cadencia de los golpes de mar en la proa. Pasaba, ágil y rápido como nadie, el yanqui de la litera alta de mi camarote; pasaba lenta, al paso de su hijito de tres años, la guapa española esposa del cónsul de México en Galveston; pasaba la francesísima pareja de perfumistas de Puebla, inagotable en su descaro erótico —ella, vieja, fea y ridícula; él, joven, ridículo y tonto—; pasaban grupos de yucatecos, peculiares en su andar, en su hablar y en su vestir, y hasta en ese aplomo de viajeros experimentados que demuestra que Yucatán no es península, sino isla.

Claros proximidades iluminaron con luz de luna la penumbra que me envolvía. Unas formas blancas pasaron frente a mí y vinieron a posarse en la silla contigua; me mandaron su perfume —el perfume de la espía—. Siguieron crujidos de silla, un

hem-hem persistente y luego, precisas como disparos en la vaguedad de mis pensamientos, estas frases con acento y estructura netamente *knickerbocker*:

—No me sorprendería «si» tuviese usted la amabilidad de ayudarme a meter «mis» pies debajo de la manta.

Su inglés era de campanilleo de plata. Sumiso a él, salté de mi asiento y me incliné sobre la otra silla para hacer, en silencio, lo que la bella espía deseaba.

Ella volvió a hablar. Yo entonces respondí. Y de la conversación en que nos enzarzamos vino a deducirse —lo dedujo ella a su manera— que del grupo de los cinco revolucionarios el único imperdonable era el travieso doctor Dussart.

—¡Con él seré inexorable!

Yo intercedí, mas en vano: sus últimas palabras fulguraban como sentencia:

—No. Ninguna magnanimidad.

*

En los primeros accesos de furor, el doctor Dussart concibió planes tan crueles como absurdos. Los exponía, con su febril apasionamiento, en las reuniones que celebrábamos en su camarote, en las cuales, más para ponerlo en guardia que para darle pábulo, le recordaba yo la jurisprudencia norteamericana en punto a promesas de amor incumplidas.

—Echaremos —decía— el barco a pique: así se ahogará la gringa y la compañía naviera sufrirá la pena del daño que el *Morro Castle* nos ha hecho al retrasar su salida de La Habana.

—¡Pero doctor!

—¡Nada! El cabo Hátteras estará pronto a la vista. En bote, a nado, como se pueda, nos salvaremos nosotros. Y en cuanto a los demás, que perezcan. Miles de deudos cobrarán indemnización. ¡Que nuestro fracaso le cueste millones a la Ward Line!

Pasados dos días se aplacó, dejó de anunciar catástrofes, sonrió. Volvía a ser el mismo conspirador, animoso y rico en inventiva, que concibiera frente a Progreso el ardid de engañar a la espía con el simulacro de matrimonio.

Gesticulante y misterioso, me detuvo una mañana en el recodo de un pasillo —justamente cuando el bailoteo del barco indicaba que navegábamos a la altura del cabo Hátteras— y me dijo:

—Tengo listo ya un plan diabólico. No hundiremos el barco; no mataremos al capitán. Desembarcaremos en Nueva York tan campantes y le daremos un quiebro a la justicia de esta nación imbécil, enemiga de la libertad sexual. ¡La gringa me las pagará todas juntas!... Ya hablaremos...

Y desde esa mañana subió de nuevo a cubierta. Subió con traje de hilo crudo, con zapatos amarillos, con sombrero panameño de cinta clara, todo ello reliquias, a juzgar por el estilo francamente cubano, de lo que fue, en los días habaneros, equipo para la

falsa boda con la norteamericana.

El primer encuentro entre él y ella produjo en nosotros expectación. No habían vuelto a verse desde la escena del muelle. Ahora, frente a frente otra vez, se concentraba en un momento solo —como infinito telescopio que cerrase— la historia íntegra de sus relaciones. Durante un segundo, ella pareció próxima a arrojarse encima o a estallar; él, resuelto a defenderse sin miramientos. Pero el segundo que vino en seguida pasó como esponja sobre los dos rostros y los dejó impasibles. El doctor mantuvo firme el ritmo de sus pasos. La espía, indiferente, lo dejó pasar, lo miró de arriba abajo con fingida curiosidad de gente extraña y luego, puestas sobre la borda las manos cuajadas de diamantes y perlas falsas, hundió su mirada azul en el azul de las olas.

*

Tres larguísimas conferencias no lograron hacer que el doctor Dussart nos comunicara los detalles de su proyecto. El camarote resonó con nuestros argumentos, pero él mantuvo su reserva. Sólo obtuvimos la confirmación de que el plan era diabólico, que no entorpecería nuestro viaje por territorio de los Estados Unidos hasta Sonora o Coahuila, y que la espía iba a convertirse de acusadora en acusada, castigo merecidísimo por estar a sueldo de Victoriano Huerta.

Tamaño misterio en hombre de suyo parlanchín nos alarmó, y aun fue causa de que en los dos últimos días del viaje sintiéramos crecer la movilidad del mar al golpe de nuestras inquietudes. Porque el doctor —no cabía dudarle después de lo de La Habana— era capaz de los proyectos más inauditos si se le abandonaba a su acción fantaseadora.

La prudencia, pues, me indujo a intentar el arreglo por la parte contraria.

La víspera del día en que llegaríamos a Nueva York, la norteamericana y yo nos encontramos mano a mano. De pronto le dije:

—¿Por qué no hacer las paces con el doctor? Él, en el fondo, es hombre excelente y amigo como pocos.

—¿Las paces con él? ¡Nunca!

—Entonces, dejar al menos las cosas en el estado en que están.

—Tampoco. El doctor me ha engañado, me ha puesto en ridículo, me ha producido un «sufrimiento mental» hondísimo, y si es tan rico como ustedes me lo aseguraban, no veo por qué no cobrarle unos cuantos millones a cambio de todo lo que me ha hecho.

—¡Millones!

—Sí, millones. Nada más justo.

¿Habla en serio? La punta y el filo de su indignación codiciosa —creí notarlos— se embotaban en la envoltura de una sonrisa. Esto no obstante, quise valerme de un recurso último:

—Puesto que ésa es su actitud —concluí—, me atreveré a dar a usted un consejo. El doctor Dussart habla de defenderse, en el caso de que se le ataque, de cierta manera que él mismo califica de diabólica... Diabólica, sí, y cuando lo dice le brillan los ojos. No olvide usted que se trata de un mexicano.

*

Mediaba la mañana cuando el *Morro Castle* reveló, por varios sobresaltos entre la gente de a bordo, la cercanía de las costas de Nueva Jersey y Long Island. Se pobló el horizonte de manchas humosas —buques que iban o venían—. Se presintieron el Hudson y el East River.

Poco después se definió la línea de tierra a babor; luego, a proa; luego, a estribor. Un poco más tarde se nos acercó la lancha del práctico, mientras a bordo se apagaba la cadencia con que los barcos van dejando atrás las olas. Una pausa corta; la cadencia se reanudó.

Un enorme trasatlántico se cruzó con el *Morro Castle* y nos mandó la onda de su proa y los blancos reflejos de su nombre: *Rotterdam*. Sonaban a derecha e izquierda, como salidos del agua, toques de campana, toques melódicos, largos, tristes. Navegábamos entre boyas rojas, terminadas hacia arriba en pequeños postes que se balanceaban como péndulos inversos. Aquellas balizas, destellantes de sol de mediodía, formaban un largo callejón marino. Al fondo se alzaba, diminuta, una figura de mujer con un brazo en alto, con ropaje que parecía tocar el agua y extenderse sobre ésta; y más lejos aún, y más pequeña, se alzaba la masa de edificios apiñados entre dos brillos de agua.

Era la hora en que todos los pasajeros de un buque, listos para desembarcar, se amontonan sobre cubierta y se dirigen sonrisas, palabras y saludos de viejos conocidos; esa hora en que hasta aquellos que no cruzaron palabra en toda la travesía se tratan familiarmente.

Los tres amigos del doctor Dussart y yo nos comunicábamos nuestras impresiones. La espía yanqui, aún más hermosa que en La Habana, clavaba la mirada de sus ojos azules en un punto invisible, hacia la parte de tierra, y de rato en rato la volvía hasta nosotros, irónica e inquisitiva. Sentía, sin duda, la impaciencia de medirse, en esa hora suprema, con el doctor Dussart. Pero éste, adrede acaso, no asomaba por ninguna parte. ¿Era aquél el principio de su plan diabólico?

Ya estábamos a la vista de la estación de sanidad. Atracaban al costado del *Morro Castle* vaporcitos de bandera amarilla y subían por la escalera funcionarios de uniforme azul o caqui. El barco del correo se acercaba en busca de las valijas.

La espía vino a situarse a mi lado y me preguntó a sovoz:

—¿Y su amigo?

—¿Qué amigo?

—El doctor. ¿Por quién había de preguntarle?

—¡Ah! No sé. No lo veo desde anoche.
Lo cual era verdad.

*

Cuando estábamos todos en el salón —cada pasajero con un termómetro en la boca, como si fumáramos vidrio— apareció el doctor Dussart. Su entrada provocó risas apenas contenidas. Sonó de boca en boca el quebrarse de los termómetros; hubo quien mascara, como caramelo, las barritas cristalinas; algunos labios vertieron hilos finísimos de microscópicas esferitas de plata líquida. Y todo porque el doctor se presentaba —él sabría por qué— vestido de riguroso traje de ceremonia: levita cruzada, sombrero alto, zapatos de charol, botines de paño negro, guantes también negros y bastón de ébano con puño de oro.

El doctor se detuvo breves segundos en la puerta y, acto seguido, avanzó, sin quitarse el sombrero, hasta donde estábamos sus tres amigos y yo. Se sentó a mi izquierda. Se descubrió. Y puestas ambas manos en el puño del bastón, que clavó verticalmente, pasándolo entre las rodillas, miró tranquilo a todo el concurso, su enemiga inclusive. Tranquilo, sí, pero con vago dejo siniestro.

Su figura pequeña, trajeada de aquel modo tan fuera de propósito, rebosaba gracia de mono de organillo. Bastaba verlo para que continuase la catástrofe de los termómetros. Los funcionarios de sanidad sacaban de las bocas vidrio en polvo; los de la inmigración, también a punto de reír, miraban a Dussart con ojos inescrutables.

Él se inclinó hacia mí para decirme, susurrando:

—Buen efectito, ¿eh?

—Demasiado bueno; pero ¿ha perdido usted el juicio?

—Quien va a perderlo es la gringa. Si mueve un dedo la aplasto. ¡Ahora va a ver quién soy yo!

*

Las formalidades sanitarias y migratorias terminaron con deterioro completo de los requisitos establecidos: la ley abdicó ante la risa. Y cuando volvimos a cubierta, la popularidad del doctor no cabía en el barco. Él, empero, ajeno a tanta gloria, se mantenía silencioso y adusto.

El *Morro Castle* surcaba ahora aguas verdosas y sucias, sobre las cuales se alzaba un zumbido gigantesco, hecho del sonar de millares y millares de silbatos y sirenas. Cruzaban en todos sentidos los *ferries* oscuros. La cortina de los rascacielos, grande como montaña que cortaran a capricho las líneas rectas del hombre, cubría con sus pliegues parte del horizonte. Los puentes saltaban, de borde a borde, entre dos ciudades. La mujer de bronce —con su diadema radiante, con su brazo en alto, con su

antorcha— lo señoreaba todo: agua, tierra, cielo, y nos recogía en la orla de su manto.

La espía vino a turbarme en mi contemplación:

—¿Qué se propone el doctor vistiéndose a estas horas con gusto tan ridículo?
Cualquiera diría que va a un entierro.

¡Entierro! Esta palabra me iluminó. Respondí sin pestañear:

—Justamente en eso está lo grave: en lo del entierro.

—¿En lo del entierro?

—Ni más ni menos. Pero como no ha de escucharme usted, sobra que diga nada.

—¡Oh, no! Diga, diga...

—¿Para oírme?

—Sí, por supuesto.

Mi invención fue útil y caritativa. No me arrepiento de ella.

—Pues ha de saber usted —le dije— que el doctor Dussart, según él mismo cuenta, tuvo un amigo dotado de gran ascendiente sobre él. Aquel hombre, de costumbres exquisitas, pero de terribles pasiones, fue tremendo protagonista de horribles tragedias, y siempre que relataba episodios de su vida acababa aconsejando a sus amigos que nunca olvidaran proceder como él. «Porque deshacerse de una dama —decía—, cuando la dama lo merece, no es acto punible si saben guardarse las formas. Entonces el perdón de Dios es precedido por el de los hombres. El matador de mujeres justiciero y con talento debe llegar hasta su víctima con el mismo severo ademán con que concurriría a sus funerales...».

Ella palideció y me preguntó toda nerviosa:

—¿Está usted hablando en serio?

—Ni en serio ni en broma. Pero óigame usted lo más en serio posible: más vale dejar en paz al doctor.

*

Bajo el amplio cobertizo del muelle, los pasajeros formamos grupos en orden alfabético. Grandes mayúsculas pendientes del techo señalaban los lugares. Yo veía desde el grupo de la G. En el grupo de la D descollaba, menudo e inquieto, el doctor Dussart. Buscando en vano, descubrí que en el grupo de la W no se veía a la hermosa norteamericana.

LIBRO SEGUNDO

CAMINO DE SONORA

Corrió entre los maderistas levantiscos de la ciudad de México el rumor de que yo andaba ya por tierras del Norte metido a secretario de Carranza. Creo que hasta un periódico llegó a publicar la noticia. Pero en el orden de los hechos, mi fortuna revolucionaria no llegaba a tanto. En Nueva York fallaron los planes que habían de llevarme hasta Coahuila; falló mi noción acerca del poder adquisitivo de los dólares en su propio suelo, y seis días después de mi primer deslumbramiento frente a los rascacielos de Manhattan emprendí el regreso a casa en condiciones de que no quiero acordarme.

*

En la capital de la República, Alberto J. Pani y yo actuábamos, *de motu proprio*, como avanzada de la Revolución —avanzada sin armas, se entiende, mas no sin pluma ni, sobre todo, sin dactilógrafa—. Documento subversivo que caía en nuestras manos era documento destinado a circular profusamente. Hacíamos las copias cuándo en el despacho del ingeniero Calderón, cuándo en nuestras casas, y las distribuíamos por procedimientos de propaganda tan primitivos como audaces. Solíamos ir por la calle y detener de pronto, con frase perentoria, al transeúnte de aspecto propicio: «Tome usted: léalo y páselo a sus amigos». Solíamos también, en las oficinas del Correo y el Telégrafo, dejar olvidados sobre las mesas los papeles vengadores. Otro tanto hacíamos en los tranvías, en los bancos, en las tiendas grandes. Pero nuestro recurso favorito —éste ya un poco más sutil— era el aprovechamiento de las propias dependencias gubernativas. El empleado público, en parte por el ritmo lento de sus labores oficiales, y en parte por el afán sensacionalista y comunicativo que le nace en el páramo del tedio burocrático y sus pequeños riesgos, ha sido siempre agente veloz para la difusión de las noticias políticas. Esto lo sabíamos Pani y yo por aprendizaje directo, y lo explotábamos. Así fue como algunos escritos revolucionarios conocieron más lectores que *El Imparcial*, entre otros la famosa carta de Roberto V. Pesqueira a Flores Magón.

Tan bien lo hacíamos, que los agentes de Pancho Chávez —lo descubrimos no recuerdo cómo— empezaron a pisarnos la sombra. Entonces, ante el amago de la policía de Huerta, Pani y yo celebramos consejo. Yo opiné, desde luego, que nuestro sitio estaba en el Norte. Pani asintió. Y los dos, sin muchos trámites ni ruido, nos subimos una noche al tren que pasaba por la Villa de Guadalupe y fuimos a Veracruz a embarcarnos.

Como yo conocía ya el camino, en este segundo viaje hacia las ilusiones revolucionarias me correspondió el honor inherente a los guías. Pani —dócil a la estrecha amistad que entonces nos ligaba— me seguía suavemente, o aparentaba

seguirme.

*

La Habana revolucionaria salió a recibirnos en la persona de Pedro González Blanco, el cual, por otra parte, no se sabía bien si nos daba la bienvenida en nombre propio o en el de Juan Zubarán, representante oficial de nuestra revolución en la República de Cuba. Un espíritu malicioso habría supuesto en el saludo de González Blanco algún sabor a negocio de hotel; nosotros, más bien cándidos, preferimos pensar, en justicia, que Zubarán, aunque amable y entusiasta, era demasiado gran señor para cumplir por sí mismo los deberes protocolarios del constitucionalismo naciente. De cualquier manera, la presencia de González Blanco nos complació mucho y tuvo la virtud de librarnos de los cien agentes hoteleros que nos asediaban.

Porque rompían en nuestras orejas voces de «¡Hotel Inglaterra!», «¡Hotel Oriente!», «¡Hotel Telégrafo!», «¡Hotel Continental!», cuando en el claro de una tregua nos alcanzó también, algo conocida y opaca, la voz de González Blanco:

—¡Hola! ¿Ustedes por aquí?

Tras de lo cual hubo palmaditas en cada hombro y un gesto decisivo que puso en derrota a la jauría hotelera:

—Es inútil. Los señores tienen ya alojamiento.

En seguida, guiados por González Blanco, caminamos hasta un coche. Él iba ligeramente adelante, al paso menudo de su corta estatura. De trecho en trecho, según hablaba, se volvía a mirarnos y nos mostraba la cara a medio perfil: el cutis blanco y marchito, el párpado tirante, el bigote negro, parejo como cepillo de dientes, y la sonrisa gacha. Acompañaba algunas de sus frases con leves ademanes de la mano con que sujetaba el bastón, el cual, en vez de encajar en sus movimientos con naturalidad de prenda, se destacaba con disonancia de símbolo.

*

Serían las once de la mañana cuando nos apeamos frente al hotel donde se nos esperaba. Zubarán, que en ese momento salía de bajo el chorro de la regadera, nos recibió en su cuarto, envuelto en una toalla larga hasta los pies y que le iba mejor que la ropa con mangas y piernas que poco después se pondría. Al presentarnos nosotros, su figura encarnaba, íntegra, la de cualquier romano de la gran época. Y como los gestos dependen en mucho de las vestiduras de quienes los hacen, nos recibió con amplio saludo —propio para hacer lucir el manto y sus pliegues— que no habría carecido de dignidad en el Foro. Su cabeza, luciente y ancha, evocaba a Mecenas; su nariz corva, a Antonio; su brazo robusto, a Octavio.

Luego caí en la cuenta de que mi evocación de Roma en el primer contacto con el

constitucionalismo revolucionario habanero respondía a una presencia más profunda de lo que parecía a primera vista. El pensamiento romano, en efecto, traía muy preocupados en esos días a González Blanco y Zubaran. En las polémicas que uno y otro sostenían con periódicos y escritores favorables a la causa de Victoriano Huerta, los argumentos máximos de ambas partes no se referían por lo común a la historia de México, sino a la de Roma, y a ciertas sentencias y máximas sacadas de los oradores, historiadores y políticos del siglo de Augusto. Se combatía al usurpador en nombre de la lucha entre Mario y Sila; se le defendía en nombre de la rivalidad de Pompeyo y César. Lo decisivo en cada réplica eran las citas de Cicerón, los pasajes de Tito Livio. Todo ello latinidad barata, latinidad de ediciones Sempere, mas no por eso desprovista de brío y linaje.

*

Pani hubiera querido que hiciéramos la travesía de La Habana a Nueva Orleáns en el *Chalmette*, barquito —le habían dicho— donde viajaba siempre lo más selecto de la sociedad habanera, lo más selecto y lo más bello. Y no negaré que tal perspectiva —por lo que viéramos en el Malecón y el Prado— era para seducir al revolucionario más impaciente. Pero como yo tenía mis razones para reducir al mínimo la estancia en La Habana, luché por que tomáramos pasaje en el *Virginie*, que saldría cuatro o cinco días antes que el *Chalmette*, y así se hizo.

Mi prisa por tomar barco se impuso de tal modo —gracias a la benévola actitud de Pani— que a última hora atraje al bando del *Virginie* a Salvador Martínez Alomía, que también estaba entonces en La Habana, listo para unirse a la Revolución y en espera de la salida del *Chalmette*.

Este triunfo excesivo de mi parte anduvo a punto de dejarnos a todos en tierra. Martínez Alomía estaba enfermo de conjuntivitis crónica. El médico del *Virginie* lo examinó y declaró, sin más ni más, que aquello se asemejaba demasiado al tracoma, por lo cual nuestro compañero no sería recibido a bordo sino a condición de pagar de antemano su pasaje de regreso, para el caso de que las autoridades norteamericanas no le permitieran desembarcar. Tamaña exigencia nos indignó —nos indignó, sobre todo, por la sospecha de que, una vez cubierto el pasaje de regreso, la gente del barco se propondría ayudar a que Martínez Alomía no desembarcara—, y amenazamos con la huelga general de pasajeros de primera clase. Esto de la huelga no era simple ficción, sino realidad absoluta y tangible; porque como Pani, Martínez Alomía y yo éramos los únicos pasajeros no inmigrantes, en nuestra mano estaba el realizarla.

Nuestro procedimiento revolucionario y novísimo triunfó al primer choque: Martínez Alomía se quedó en el barco sin requisitos especiales, y así las cosas, Pani y yo no tuvimos ya inconveniente ninguno en honrar al *Virginie* con nuestro dinero y nuestra presencia.

*

El *Virginie* era un barco viejo como una carabela, sucio como un lanchón y lento y pesado como una artesa de granito. Sus grandes dimensiones contribuían a que en él nos sintiéramos como en un buque fantasma. Para nosotros solos eran las largas cubiertas del barco: cubiertas por donde no transitaba ni un marino; para nosotros solos era el salón: salón donde no aparecían más caras que las nuestras; para nosotros solos era la carta indicadora de la ruta: carta que señalaba con veinte banderitas las veinte posiciones en los veinte días de navegación a través del Atlántico. Y esta rara sensación de soledad, este disponer de casi todo el barco para nosotros tres, nos rozaba el corazón con el contacto de lo misterioso, de lo eterno, de lo extrahumano. Si en aquellos días Buster Keaton hubiera hecho ya su película *The Navigator*, habríamos sentido tal vez el escalofrío de que las puertas de todos los camarotes se abrieran y cerraran a una al empuje de manos invisibles. Si Sutton Vane hubiera escrito ya su drama *Outward Bound*, acaso nos asaltara el terror de ver de pronto, en el criado que nos servía la mesa, al mismísimo Caronte.

Algo de terrorífico, en todo caso, hubo durante la primera cena que nos reunió a los tres en torno de una de las mesas del comedor, aunque no tanto por la naturaleza posible de quien nos presentaba los platos, cuanto por los platos mismos. Nada de lo que había allí era para paladares humanos, salvo el vino y, hasta cierto punto, el pan. Del vino, Pani empezó a beber grandes vasos a la vista del segundo plato, y entre trago y trago clavó en mí tales miradas, que otro las hubiese tomado a reproche, pero que yo, que también me acogía ya al vino con desesperación gemela, opté por no tomar en cuenta de ningún modo.

La dualidad pan y vino se enriqueció a los postres con otro elemento: pasó a ser la tríada pan, vino y queso, gracias a un camembert, ya bastante enérgico, pero aún tolerable, que descolló conspicuo entre frutas podridas y dulces rancios. En resolución, que no nos arredramos, y de tal modo barajamos todo ello, que al dejar la mesa, Salvador Martínez Alomía hablaba de recitarnos sus mejores versos, y Pani, mientras nos instalábamos en el salón, resumía así sus impresiones:

—¿Dice usted que el *Virginie* tardará tres días en llegar a Nueva Orleáns? Bien, pues serán tres días en que viviremos de queso y nos embriagaremos.

*

A mi travesía del Golfo a bordo del *Virginie* debo dos de los mayores espectáculos que han contemplado mis ojos: uno, el rayo verde; otro, la desembocadura del Mississippi.

El rayo verde me sorprendió una tarde, sin esperarlo ni quererlo, mientras conversaba con Pani, ambos apoyados de brazos sobre la borda. Hacía una tarde

magnífica —tarde del Golfo—: a la vez que hablábamos, se nos bañaban los ojos en la belleza del cielo y el mar. La comba celeste y la comba marina giraban una sobre la otra, a medida que el *Virginie* avanzaba, con transparente armonía de cristales. El agua era azul y oro; el aire, azul y plata. Yo había venido siguiendo los últimos momentos del sol, y próximo el instante en que la intersección de las dos combas habría de devorarlo, quise ver el postrer destello en la limpidez maravillosa de la tarde. No aparté la vista del pedazo de disco refulgente, del breve segmento que brillaba a flor de mar con incandescencia de mil luceros juntos, del punto luminoso que nadaba en cobre líquido... Y de improviso una emanación verde —verde cual el más puro verde del espectro— brotó como aspa desde el punto hundido y anegó medio horizonte en trazo fugaz, instantáneo.

A la desembocadura del Mississippi llegamos al amanecer. Todavía eran mar las aguas, y ya estaban convertidas en espejo —en espejo fluvial cuyo limo se encendía con todos los tintes de la aurora—. A trechos el espejo se quebraba para dar paso a los bancos, inmensamente verdes. Y entre éstos, tan a ras de agua que parecían lagos limitados por tierras de colores, el *Virginie* se movía a media máquina. Visto a distancia, nuestro feo barco debe haber cobrado, navegando entre tanta quietud, la majestad de un cisne monstruoso. La arruga que levantaba su proa era lo único móvil en toda aquella naturaleza dueña de su paz: naturaleza de río inmensurable, de río capaz de vencer al mar calladamente y en sosiego.

II

EN SAN ANTONIO, TEXAS

José Vasconcelos empapaba ya su espíritu en las concepciones neoplatónica y budista del Universo y tenía jurada guerra sin cuartel —aunque no sin debilidades— a la mala bestia en cuyo cuerpo nuestras pobres almas sufren el castigo de encarnarse para vivir. Era, sin embargo, demasiado generoso para detenerse en una mera aspiración interior, así fuese honda. Y como riqueza y generosidad producen incongruencia, vivía con tanto ardor el torbellino de lo aparentemente sensible, como ponía fe en su íntima doctrina, purificadora y liberadora. Tardó más en llegar al campo revolucionario que en tomar allí posiciones ostensible y ruidosamente precisas, según su hábito.

En San Antonio, Texas, nos recibió, al saltar nosotros a los andenes del Southern Pacific, con voces de júbilo que eran como himno en honor de Francisco Villa:

—¡Ahora sí ganamos! ¡Ya tenemos hombre!

Lo cual, si por una parte hacía justicia a los primeros triunfos brillantes del guerrillero de Chihuahua, por la otra condenaba de plano, en el acto mismo de saludarnos, la rama sonorenses de la Revolución, la misma en que Pani y yo habíamos puesto hasta entonces lo mejor de nuestra esperanza. Dicho en otras palabras: la acogida afectuosa de Vasconcelos nos asestaba, sin saberlo él, el pequeño golpe de su entusiasmo villista, o, al menos, se lo asestaba a Pani. Porque yo llegaba a la Revolución libre de prejuicios en cuanto a personas —a la distancia, los únicos nombres que me sonaban (caprichos de la fonética) eran los de Cabral y Bracamontes —, al paso que Pani admiraba ya a Obregón y se sentía atraído por el temple autoritario del Primer Jefe. Por Obregón, desde luego, era tanta su simpatía, que de él llevaba entonces en la cartera un retrato en tarjeta postal (de aquellas mismas que distribuíamos con fines de propaganda), y a menudo, rebosante de sincero patriotismo, lo sacaba para mirarlo y luego decir, en tono de quien medita:

—¡Con tres hombres así ¿a dónde llegaría México?!

—¡Quién sabe! —solía contestarle yo, indeciso entre dudar o entusiasmarme frente a aquella efigie, que a mí, mirándola bien, no me decía nada. La figura de Obregón, en efecto, habría de carecer de todo interés fotográfico hasta la batalla de Trinidad. En las fotografías de entonces se mostraba vulgar y carirredondo, muy compuesto el bigote, muy derecha la gorra militarista, con águila bordada en oro, y muy propenso el conjunto a los ringorrangos marciales de un joven oficial de academia que explotara el uniforme.

*

Vasconcelos quiso alojarnos en su casa de político mexicano desterrado en los Estados Unidos. El auto que nos llevaba pasó primero por calles céntricas, prósperas

y feas, y siguió luego a lo largo de bellas avenidas pobladas de árboles. Pero ya a la vista de la casa, Pani y yo intentamos resistir a la invitación. La casa era minúscula —casita como la que cualquiera puede poner en pie, a poco esfuerzo que haga, en aquel país maravilloso para lograr en términos modestos las satisfacciones de una vida decente y cómoda—. ¿Cómo habían de caber allí dos personas más, y durante una semana? Mas ni Pani ni yo —después lo advertiríamos— contábamos con el milagro. En aquella casa pequeña había una mano hacendosa, amable, hospitalaria, que supo convertir en grata convivencia lo que en otro hogar diminuto como ese hubiera supuesto conflictos materiales casi irresolubles. Vimos alinearse en serie, en la habitación mayor, tres camas blancas y suaves; vimos hacer del porche de entrada un lugar de reposo; vimos instituirse, paralelamente al régimen normal casero, otro exclusivo para nosotros tres: Vasconcelos, Pani y yo; todo con tal dominio de la sabiduría doméstica, que más tarde me parecería un placer el simple hecho de recordarlo.

*

La mano hacendosa comenzaba su labor desde temprana hora, atenta a que nuestro hospedaje no adoleciese de la omisión más leve. Ni siquiera necesitábamos saltar de la cama para conocer las últimas noticias sobre la lucha contra Victoriano Huerta. Al despertar, nuestra vista tropezaba con los periódicos, cuidadosamente puestos a nuestro alcance.

Vasconcelos tiraba del cordón del transparente que tenía cerca; desdoblaba el *San Antonio Express* y leía en voz alta, traduciendo de corrido, las informaciones de la ciudad de México y las de los corresponsales de los lugares fronterizos. Era una lectura de noticias copiosas, casi siempre favorables, pues el movimiento revolucionario estaba ya en plena marcha. La salpicaban rumores infantiles venidos a través de las ventanas, y a ella se iban mezclando perfumes de cocina mañanera. Mientras Vasconcelos leía, yo, escuchándolo, pensaba en el sentido oculto que pudiera caber en la irrupción de aquellos olores confortantes, joviales. Se me figuraba que nuestras pasiones políticas se teñían de un color nuevo bajo la acción de la casita yanqui donde estábamos, dentro del recinto de aquellas paredes construidas por hombres de otra raza menos presuntuosa que la nuestra en su vivir cotidiano y más dignificadora de lo sencillo y lo humilde. Nos llegaba el perfume de la harina en el horno, el de la vainilla y la canela en los dulces de leche, el perfume del café.

Poco después, sentados a la mesa, los perfumes, antes un tanto vagos, se concretaban en la materialidad de un desayuno a la vez sobrio, succulento y —quiero atreverme a llamarlo así— de fina calidad estética. En él predominaban lo blanco y lo claro, o, en todo caso, lo crema. Se derretía la mantequilla en los *butter-cakes*, calientes y humeantes, de masa tierna y esponjosa como algodón de harina; la negrura del café se perdía en la blancura de la leche; brillaban los vasos de agua clara,

y en la gran dulcera de cristal nadaba en almíbar la cuajada de los chongos morelianos.

*

Aparte el trato de Vasconcelos, nuestros ocho días de San Antonio se redujeron a unas cuantas visitas revolucionarias, casi siempre monótonas y, por lo común, insulsas. Nos íbamos a ellas todas las mañanas, después del desayuno, tras de dedicarnos una hora a partir leña en el corral de la casa, ya que esto, si no me engaña la memoria, era rito indispensable para satisfacer, en uno de sus aspectos, las teorías vasconcelianas sobre el empleo armónico del tiempo.

El personaje revolucionario por excelencia entre todos los sanantonenses lo eran en aquellos tiempos Samuel Belden. Nos esperaba alrededor de las once en su despacho de abogado medio mexicano y medio norteamericano. Cuando llegábamos estaba siempre ocupado con algún cliente, ora mexicano, ora de nacionalidad incierta. Pero apenas entrábamos nosotros se desentendía de lo demás, nos instalaba y se disponía, solícito a oírnos y enterarnos —lo segundo más que lo primero— de las noticias y rumores que parecían lloverle de todas partes más profusamente que a un periódico y como si en verdad fuese él un polo de convergencias constitucionalistas. En su español raro y difícil —ininteligible a veces—, español sin tercera persona ficticia y con sintaxis anglicizante, nos contaba cuanto suponía o indagaba. Por él sabíamos cuándo iba a pasar Lucio Blanco por San Antonio, en viaje de Matamoros a Nogales; lo que pensaba de la Revolución el senador por Texas, y cómo se proponía ayudarla; lo que se había hecho, dicho o tramado la tarde anterior en el Consulado de México, y otras cosas por el estilo, que a nosotros nos interesaban profundamente.

La manera directa y ruda de Belden nos lo hizo simpático a primera vista y nos indujo a tratarlo desde el principio con cierta amable familiaridad. En el acto de la presentación, yo me sentí algo abrumado por su gran estatura, pero luego descubrí que, mientras hablaba, tenía la costumbre de inclinar la cabeza —cabeza tosca, pálida, de tinte desleído— con modo que le quitaba de sobre los hombros todo exceso de altura y volumen. Y es que esa actitud lo aniñaba al balancearle, a ambos lados de la frente, dos grandes bucles de pelo espeso y ondulado. Cuando se enardecía en la charla, el balanceo de los rizos corría, por lo precipitado del ritmo, parejos con el graneado de las palabras. Éstas —me entretenía yo en observarlo— le brotaban del rostro, de mejillas carnosas, cual si fueran disparos de la boca —disparos de repercusiones metálicas que dejaban algo de su temblor cogido al dibujo de los labios, gruesos y fuertes.

A Belden lo adornaba entonces una virtud que para nosotros era de primer orden: su fe absoluta en la Revolución. Aunque ya en contacto más estrecho, se descubría que esa fe no dimanaba del concepto que Belden tuviera de la Revolución misma, sino de sus ideas respecto de Carranza, cuyas cualidades elogiaba sin descanso y de

cuya amistad se gloriaba. Lo que alabara tanto en don Venustiano no era fácil de determinar en especie, si bien, reducido a género, podía entenderse que era la grandeza. Y esa grandeza encendía a tal punto el entusiasmo de Belden, que lo hacía vanagloriarse del lazo que a ella lo unía. Para ponderar su valimiento con el Primer Jefe, lo expresaba en términos del más típico materialismo norteamericano. Decía crematísticamente:

—Si en estos momentos le pidiera yo a don Venustiano diez mil dólares, me los enviaba por telégrafo: apuesto cualquier cosa.

Andando el tiempo, esta frase —fundada con acierto en la psicología del Primer Jefe— habría de darme, por analogía, la clave de muchos sucesos.

Belden, además de informarnos, nos agasajaba como mejor podía. De su despacho polvoriento, y sin más muebles que dos mesas, cuatro sillas y, en estantería corrida y en volúmenes amarillos, la interminable colección de la jurisprudencia de los Estados Unidos, bajábamos a la calle.

No había mucho que ver; pero como si lo hubiere. Dábamos paseos por el hermosísimo parque. Íbamos, por supuesto, al *bar* famoso por sus ramas de ciervo y otros trofeos venatorios y deportistas. Nos instalábamos en la terraza del hotel Saint Anthony, donde Pani, en su carácter de ex subsecretario de Instrucción Pública metido a revolucionario constitucionalista, recibía a los reporteros del *Express* y el *Light*. Y aun creo que no dejamos de visitar varias veces la plaza del Álamo, pese a los ingratos recuerdos de los traidores Zavala y Santa Anna.

Para multiplicar los *sights* de San Antonio —como Belden decía— los entreverábamos, o los entreveraba él, en su afán de hacernos amable su ciudad, con algunos entretenimientos. El caballito de batalla eran los restaurantes mexicanos —restaurantes patrióticos de cocina nacionalista sintética—. Uno a uno los conocimos todos, no obstante que el primero hubiese podido, con creces, suplir a los demás. Todos se caracterizaban por la misma especie de minuta sobre la misma especie de mesas: en todos había el mismo culto de los colores patrios y la misma efigie del cura Hidalgo —porque el solo patriotismo mexicano íntegro y absoluto es el de la Independencia y la bandera—; y en todos, por supuesto, comíamos los mismos manjares sabrosísimos, tan sabrosos que por momentos resultaban de un mexicanismo excesivo o desvirtuado por interpretaciones, demasiado coloristas, de nuestro color local.

III

PRIMER VISLUMBRE DE PANCHO VILLA

Ir de El Paso, Texas, a Ciudad Juárez, Chihuahua, era, al decir del licenciado Neftalí Amador, uno de los mayores sacrificios —¿por qué no también una de las mayores humillaciones?— que la geografía humana había impuesto a los hijos de México que andaban por aquella parte de la raya fronteriza. Mas es lo cierto que esa noche, al llegar de San Antonio, Pani y yo sufrimos la prueba con un fondo de alegría donde retozaban los misteriosos resortes de la nacionalidad: entregándonos a la íntima afirmación —allí palpable, actuante, profunda— de que habíamos nacido dentro del alma de nuestra patria y de que habríamos de morir en ella.

El espectáculo de Ciudad Juárez era triste: triste en sí; más triste aún si se le comparaba con el aliño luminoso de la otra orilla del río, extranjera e inmediata. Pero si frente a él nos ardía la cara de vergüenza, eso no obstante, o por eso tal vez, el corazón iba bailándonos de gozo conforme las raíces de nuestra alma encajaban, como en algo conocido, tratado y amado durante siglos, en toda la incultura, en toda la mugre de cuerpo y espíritu que invadía allí las calles. ¡Por algo éramos mexicanos! ¡Por algo el resplandor siniestro de las escasas lámparas callejeras nos envolvía como pulsación de atmósfera que nutre!

Neftalí Amador, a un tiempo ruidoso y afónico, nos guiaba. Sus pasos eran nerviosos y breves. Hablaba sin parar, enhebrando palabras planas, palabras olorosas a chicle, que hacía salir a fuerza entre sus quijadas rígidas. En las esquinas, mientras se detenía un instante a mirarnos de frente, las luces nocturnas le reverberaban en el rostro, picado de viruelas. Luego cruzábamos el arroyo, y, al hundírsele los pies en el fango, decía, como en soliloquio y con repetición periódica:

—Esto es un potrero. Cuando la Revolución gane lo limpiaremos. Haremos una ciudad nueva; nueva y mejor que la de la otra orilla del río.

Caían de las puertas, hasta el barro público, aspas de luz que mitigaban apenas la sombra. Pasaban tranvías. Pululaban gentes y bultos como de gentes. A veces, sobre el fondo de rumores en castellano —suave acento del Norte— estallaban frases en inglés de *cowboy*. Tocaba la música infernal de los orquestriones; olía a lodo y a *whisky*. Transitaban, rozándonos, prostitutas feas —feas y dolientes si eran mexicanas; feas y desvengonzadas si eran yanquis—, y todo esto entre tabernas y cafés que transpiraban escándalo y ruido de máquinas jugadoras.

Nos detuvimos breve rato frente a las puertas de una sala amplia, donde cien o doscientas personas, sentadas a unas mesas, se inclinaban atentas sobre unos cartones llenos de signos. Voces roncas gritaban números en inglés y español.

—Son los *quinos* —dijo Amador.

Pasos después nos paramos a la entrada de un largo pasillo en cuyo fondo brillaban, entre grupos de mujeres y hombres, superficies verdes y montones de fichas rojas, azules, amarillas. Aquel sitio parecía muy espacioso.

—Es el póker... Es la ruleta... Son los dados... Son los albures y el siete y medio.

Y tras de lanzar estas palabras —así, en pelotón—, Neftalí Amador calló varios segundos y continuó luego, como si respondiese a reflexiones interiores:

—Sí, sin duda: tráfico innoble, pero insustituible a la hora de los pocos recursos. Llegado el momento lo suprimiremos. ¿Qué digo? Lo perseguiremos. Ahora no... Y menos mal que mientras tanto son los yanquis quienes lo sostienen. Aquí llegan con su dinero y nos lo dejan para que compremos treinta-treintas y parque. ¡Algún día habían de servir a la buena causa!... Aunque ahora caigo en que, comprándoles a ellos las armas, vuelven a llevarse al fin el dinero que momentáneamente nos dejan... Claro que nos quedan, por lo menos, las armas... Tampoco, porque las destruimos, y, peor aún, nos destruimos con ellas...

Amador consumió con su discurso la calle más populosa y menos mal alumbrada, pero acto seguido inició nuevo monólogo para la calle inmediata. Saltaba ágilmente de uno a otro de los temas que le brindaba nuestro camino. Pani y yo lo oíamos sin responderle casi; mirábamos a derecha e izquierda, o más exactamente, entreveíamos a derecha e izquierda, o más exactamente, entreveíamos, en busca de los sitios que Amador señalaba.

Íbamos ahora sobre aceras más primitivas que antes, junto a paredes cuyos tonos claros endulzaban la sombra. En la acera de enfrente se veían edificios bajos, chatos, con ventanas y puertas de rudos ángulos rectos. Parecían casas mesopotámicas de hacía cinco mil años; casas de Palestina de hacía tres mil. Sus masas sólidas guardaban respecto de los nubarrones, inciertos en la tiniebla del cielo, igual proporción que la cerca de un parque respecto de las grandes copas de los árboles inmediatos.

A poco andar, nuestros pies no tocaron ya acera ninguna; el alumbrado se redujo a la luz furtiva de una que otra ventana o puerta; el silencio empezó a nacer de los ladridos de los perros y de la lejana tristeza de canciones a la vez apagadas y audibles. A ratos, para mayor seguridad en la marcha, apoyaba yo la mano en la pared que pasaba junto a mí: entonces sentía las asperezas de los adobes descubiertos, carcomidos, y las piedrecitas de sus juntas.

—En 1911 —decía la voz de Amador— se libró por este sitio, durante el ataque maderista, uno de los combates más reñidos. Cuentan que por aquí empezaron los revolucionarios a perforar las paredes para avanzar dentro de las casas... Tamborrell, ni quien lo niegue, era todo un hombre, era un gran militar...

Y luego, tras pausa corta, añadió, dirigiéndose a mí particularmente:

—Él, lo mismo que antes el padre de usted, murió con el heroísmo del deber cumplido, que es el más duro de todos los heroísmos, pues está hecho de melancolía, no de entusiasmo...

Caminamos algo más y llegamos, por fin, a un paraje que daba, en la negrura confusa de la noche, la sensación de encontrarse junto al río, hacia la parte donde la ribera y el extremo de la ciudad se tocaban. Se presentía una esquina. Amador

interrumpió su charla y advirtió:

—Aquí es; aquí a la vuelta.

Y diciendo esto nos tomó la delantera cosa de dos pasos y se irguió ligeramente con aire de quien encabeza un grupo. Su tosecita carraspianta vino a sustituir sus palabras.

A la vuelta de la esquina, en efecto, casi tropezamos con una guardia de rebeldes. Estaban a ambos lados de la puerta de una de las primeras casas: unos en cuclillas, adosados contra la pared; en pie los otros. Entre las hojas de la puerta, a medio abrir, se colaban débiles fulgores, los cuales, difundiéndose en penumbra tenue, comunicaban a los cuerpos de los soldados cierta visibilidad de formas monstruosas. Sobre todos ellos pesaba, achaparrándolos, el ala de sombreros enormes. Cada uno parecía tener sobre el pecho diez, veinte cananas con centenares y centenares de cartuchos. Sus piernas, de pantalón estrecho, se enarcaban con retorcimientos de acordeón escuálido. Sobre sus espaldas, entre sus manos, cerca de sus pies, brillaban los cañones de los rifles y se precisaban, lustrosas, las manchas negras y triangulares de las culatas.

En cuanto sintieron nuestros pasos, se incorporaron con rápido bailoteo de brillos y sombras entre los macilentos rayos de luz que los doraban. Uno, rastreantes los miembros, pesado el cuerpo bajo el rifle y las cananas, se destacó en nuestra dirección. El sombrero, desmesurado, hacía marco a su rostro oscuro y quebraba el perímetro del ala —vuelta hacia arriba por delante, caída por detrás— contra el rollo enorme del sarape, que traía, a manera de bufanda, enrollado de hombro a hombro.

Preguntó con voz ronca:

—¿Pa dónde jalan, pues?

Amador se fue hacia él con andares de confianza, casi de familiaridad, y le contestó en tono que, queriendo ser afable, sólo resultó opaco:

—Somos amigos. Estos señores, revolucionarios también, llegan ahora de México y quieren ver al general. Los traigo yo: el licenciado Neftalí Amador... Uno de ellos fue ministro del señor Madero...

—Ministro, no —interrumpió Pani—: subsecretario...

—Eso es, subsecretario —corrigió Amador, y se enzarzó en mil explicaciones inútiles.

Habíamos venido a quedar frente a la puerta. Los soldados, sin moverse de su sitio, oían el parlote de Amador con la solicitud del que no entiende, aunque comunicando a su manera ese dejo de altanería humilde propio de nuestros revolucionarios victoriosos.

—Conque el licenciado Amador y dos ministros...

—Justamente. El Subsecretario de Instrucción Pública en el gabinete del Presidente Madero y director general...

—¡Onde le digo yo todo eso!

—Bueno, pues sólo lo otro: el licenciado Amador y un ministro del señor

Madero.

—¿Un ministro o dos ministros?

—Es igual: uno o dos...

Se entreabrió más la puerta para que el soldado pasase, y luego se cerró por completo. Al minuto siguiente la tornaron a abrir:

—Pos que pasen, si son los que dicen...

Pasamos. La puerta daba inmediatamente a una pieza baja, cuadrada, de piso de tierra apisonada y húmeda. La medioalumbraba una lámpara de petróleo que esparcía su luz y su humo desde lo alto de un montón de monturas y cajones arrinconados. La pieza, al parecer, era una simple accesorio.

Traspuesto el umbral, Amador había girado sobre su izquierda, escurriéndose por entre una de las hojas y el cuerpo del soldado. Pani le seguía. Yo era el último. Luego, a los cuatro o cinco pasos, nos encontramos los tres en el rincón opuesto al de la lámpara: era el más oscuro de todos. Pancho Villa estaba allí.

Estaba Villa recostado en un catre, cubierto con una frazada cuyos pliegues le subían hasta la cintura. Para recibirnos se había enderezado ligeramente. Uno de los brazos, apoyado por el codo, le servía de puntal entre la cama y el busto. El otro, el derecho, le caía a lo largo del cuerpo: era un brazo larguísimo. Pero Villa no estaba solo. Junto a la cabecera, otros dos revolucionarios se mantenían sentados, de espaldas a la luz, sobre cajones puestos de canto. Guardaban la actitud de quien de súbito interrumpe una conversación importante. Ninguno de los dos se movió al entrar nosotros ni dio señales sino de cierta vaga curiosidad, lo cual se echaba de ver en la manera como ambas cabezas, semiocultas por los sombreros tejanos, habían girado hacia la puerta al sentirse ruido.

Amador pronunció frases de presentación tan sinuosas como largas. Villa lo escuchó sin parpadear, un poco caída la mandíbula e iluminado el rostro por dejos de sonrisa mecánica que parecía nacerle de la punta de los dientes. Luego Amador se calló en seco, y Villa, sin contestar, mandó al soldado que acercara sillas; pero como, por lo visto, sillas apenas había dos, sólo dos trajo el soldado: las ocuparon Pani y Amador. Yo, a invitación del guerrillero, me había sentado ya al borde del catre, a un dedo del cuerpo que lo ocupaba. El calor de aquel lecho penetró mi ropa y me llegó a la carne.

Era evidente que Villa se había metido en la cama con ánimo de reposar sólo un rato: tenía puesto el sombrero, puesta la chaqueta y puestos también, a juzgar por algunos de sus movimientos, la pistola y el cinto con los cartuchos. Los rayos de la lámpara venían a herirle de frente y a sacar de sus facciones brillos de cobre en torno de los fulgores claros del blanco de los ojos y del esmalte de la dentadura. El pelo, rizado, se le encrespaba entre el sombrero y la frente, grande y comba; el bigote, de guías cortas, azafranadas, le movía, al hablar, sombras sobre los labios.

Su postura, sus gestos, su mirada de ojos constantemente en zozobra denotaban un no sé qué de fiera en su cubil; pero de fiera que se defiende, no de fiera que ataca;

de fiera que empezase a cobrar confianza sin estar aún muy segura de que otra fiera no la acometiese de pronto queriéndola devorar. Tal actitud contrastaba, por lo menos en parte, con la de los otros dos revolucionarios —¿Urbina? ¿Medina? ¿Herrera? ¿Hipólito?—, los cuales, al parecer, se encontraban muy tranquilos, cruzada una pierna sobre la otra, el cigarro de hoja en una mano e inclinado el busto hacia adelante con tendencia a poner el codo sobre la rodilla y sobre el puño la barba.

—¿Y cómo no le metió usted un balazo a ese jijo de la tiznada de Victoriano Huerta? —dijo Villa a Pani en medio del relato que éste hacía de la muerte de Madero.

Pani estuvo a punto de reír o sonreír. Pero se recobró en el acto y, penetrado de la verdadera psicología del momento, contestó muy serio:

—No era fácil.

A lo que replicó Villa, después de reflexionar un segundo:

—Tiene razón, amiguito: no era fácil. Pero ¡vaya si lo será!

Y de este modo, por más de media hora nos entregamos a una conversación extraña, a una conversación que puso en contacto dos órdenes de categorías mentales ajenas entre sí. A cada pregunta o respuesta de una u otra parte, se percibía que allí estaban tocándose dos mundos distintos y aun inconciliables en todo, salvo en el accidente casual de sumar sus esfuerzos para la lucha. Nosotros, pobres ilusos — porque sólo ilusos éramos entonces—, habíamos llegado hasta ese sitio cargados con la endeble experiencia de nuestros libros y nuestros primeros arranques. Y ¿a qué llegábamos? A que nos cogiera de lleno y por sorpresa la tragedia del bien y del mal, que no saben de transacciones; que puros, sin mezclarse uno y otro, deben vencer o resignarse a ser vencidos. Veníamos huyendo de Victoriano Huerta, el traidor, el asesino, e íbamos, por la misma dinámica de la vida y por cuanto en ella hay de más generoso, a caer en Pancho Villa, cuya alma, más que de hombre, era de jaguar: jaguar en esos momentos domesticado para nuestra obra, o para lo que creíamos ser nuestra obra; jaguar a quien pasábamos la mano acariciadora sobre el lomo, temblando de que nos tirara un zarpazo.

*

Horas después, al atravesar el río hacia territorio de los Estados Unidos, no lograba yo liberarme de la imagen de Villa, tal cual acababa de verlo; y a vueltas con ella vine a pensar varias veces en las palabras que Vasconcelos nos dijo en San Antonio: «¡Ahora sí ganamos! ¡Ya tenemos hombre!».

¡Hombre!... ¡Hombre!...

LIBRO TERCERO

UMBRALES REVOLUCIONARIOS

Ya había anochecido cuando Alberto J. Pani y yo llegamos a Nogales. En la estación —feo cobertizo, semejante a los que habíamos visto en el largo trayecto arizonense, sólo que aquí con la peculiar pátina mexicana— nos esperaban varios amigos y amigos de amigos. Su recibimiento fue afectuoso, cálido. Nos quitaron las maletas de las manos, nos sonrieron, nos abrazaron, nos acribillaron a preguntas. Todo lo cual dilató los espíritus —los nuestros y los suyos— en el vibrar de una conjunción confortadora. Ellos —primer contacto real con la Revolución— representaban para nosotros la evidencia de que la lucha, por lo menos en la frontera, estaba viva y en marcha. Nosotros —recién llegados desde la propia ciudad de México— tal vez viniésemos a significarles el nuevo eslabón de la interminable cadena de voluntarios que renovaban día a día las filas y la fe.

Lujo insólito en tales circunstancias: el alcalde del pueblo había traído su *Ford* para conducirnos al hotel, que apenas distaba dos pasos. Pero como el auto resultase insuficiente para contenernos a todos, lo abandonamos en el terreno contiguo a la estación y echamos a andar, sin el menor orden, en grupo franco y ruidoso.

Atravesamos una calle y caminamos un tramo de otra: ya estábamos en el hotel. La puerta daba a un pasillo que se convertía, por el fondo, en escalera: callejón, primero, de entrada; luego, callejón ascendente —todo pobre, mugroso y sórdido—. Una figura conocida apareció en lo alto y se mantuvo allí, con los brazos abiertos, durante todo el tiempo que nosotros empleamos en subir; era Isidro Fabela. Una vez arriba, nos saludó efusivamente, abrazándonos y entregándose a grandes transportes cariñosos, dando voces de júbilo que casi produjeron alarma. Entonces fueron abriéndose las puertas de los cuartos y empezaron a salir por allí hombres de la Revolución: salió Adolfo de la Huerta; salió Lucio Blanco; salieron Ramón Puente, Salvador Martínez Alomía, Miguel Alessio Robles y otros muchos cuya identidad ahora se me escapa. Varios de ellos nos eran conocidos; otros, ni de nombre.

Rafael Zubaran, jefe del grupo que había estado a recibirnos a la llegada del tren, hizo las presentaciones necesarias; muy en lo particular nos presentó al general Lucio Blanco y a Adolfo de la Huerta. Blanco, con su porte noble, sus facciones correctas, su bigote fino y su sombrero de forma entre tejana y mexicana —sombrero de pelo café con visos de oro viejo, ala ancha y arriscada, copa caída hacia atrás, con dos pedradas deformes por el uso—, suscitó en mí impresión gratísima: corrieron del uno al otro, en el acto, efluvios subconscientes de simpatía. En De la Huerta apenas reparé, salvo por un fugaz enfocamiento de la atención, que me hizo percibir su marcado aspecto de indio yaqui y el extraordinario timbre de su voz, bella y rica en sonoridades.

Fue un serio problema el proporcionarnos alojamiento. Escobosa, el dueño del hotel, declaró que en su casa ya no cabían, no digo otras dos personas, pero ni dos alfileres. La dificultad, sin embargo, se zanjó al fin: a mí me destinaron un hueco en el cuarto que ocupaban Adolfo de la Huerta y alguien más; a Pani le abrieron el suyo en la habitación de Martínez Alomía y no recuerdo qué otro ocupante. Allí los dos viajeros nos medio sacudimos el polvo, nos medio lavamos, nos medio peinamos y nos medio pusimos en forma presentable.

—Y ahora, al Cuartel General —dijo Fabela, así que estuvimos listos—; el Primer Jefe sabe que están ustedes aquí y desea conocerlos.

*

¡El Primer Jefe! ¡El Cuartel General! ¡Qué profunda emoción experimenté al oír por vez primera aquellas palabras, dichas así, cercana y familiarmente! ¡Al recuerdo de esa hora de mi consagración oficial como rebelde se me agita hoy el alma de igual manera que entonces, mientras caminábamos del mugriento hotel Escobosa a las oficinas de la Primera Jefatura!

Éstas se hallaban instaladas, a dos calles del edificio aduanal, en una casa baja, de esquina ochavada, cuyo zaguán daba acceso, a derecha e izquierda, a dos perpendiculares alas de habitaciones y se abría, en el fondo, sobre un patio triste, alumbrado por resplandores moribundos. Dos centinelas, de guardia en la calle, terciaron los fusiles al entrar nosotros. Ocho o diez soldados más, que estaban sentados en dos bancos en el interior del zaguán, se pusieron en pie y se cuadraron. Por su indumentaria, estos soldados no eran tan pintorescos como los villistas que habíamos entrevisto días antes al asomarnos a Ciudad Juárez, pero ostentaban un aire más marcial —hasta donde lo marcial existe en las improvisaciones militares de México— y más austeramente revolucionario. Así al menos me pareció aquella noche.

Tras de esperar media hora en una piececita que hacía las veces de antesala, irrumpimos en el despacho del Primer Jefe. Irrumpimos en forma que no careció de cierta solemnidad. No menos de quince personas nos acompañaban, entre ellas varios de los más altos personajes del movimiento constitucionalista. Rafael Zubaran, Ministro de Gobernación y amigo personal de Pani, nos presentó. Fabela, buen amigo mío, hizo mi panegírico con esa benévola facundia, tan suya, capaz de encontrar siempre virtudes en los demás y amante de elogiarlas. Carranza nos acogió protectora y patriarcalmente. Se había levantado de su sillón de brazos para venir a nuestro encuentro, y ahora permanecía en pie, en el centro de la pieza, rodeado por nosotros. No recuerdo las frases que dirigió a Pani, aunque sí estoy seguro de que fueron muy halagüeñas. A mí me retuvo la mano varios segundos y, mientras tanto, estuvo mirándome, desde la cima de su gran estatura, al sesgo de dos anteojos que mandaban

sobre mi rostro, junto con la ternura de un ver dulzón, de un ver casi bovino, los reflejos de la lámpara eléctrica.

Yo iba algo predispuesto en contra de don Venustiano por lo que Vasconcelos acababa de contarme durante nuestra estancia en San Antonio. Su figura, además, evocó en mí asociaciones con los hombres típicos del porfirismo. Más aún: después del candor democrático de Madero, creía notar en él algo que me hacía pensar en don Porfirio tal cual lo vi y lo oí la última vez. Pero, con todo, confieso que a primera vista don Venustiano no frustró mis esperanzas de revolucionario en ciernes. En aquella primera entrevista se me apareció sencillo, sereno, inteligente, honrado, apto. El modo como se peinaba las barbas con los dedos de la mano izquierda —la cual metía por debajo de la nivea cascada, vuelta la palma hacia afuera y encorvados los dedos, a tiempo que alzaba ligeramente el rostro— acusaba tranquilos hábitos de reflexión, hábitos de que no podía esperarse —así lo supuse entonces— nada violento, nada cruel. «Quizá —pensé— no sea éste el genio que a México le hace falta, ni el héroe, ni el gran político desinteresado, pero cuando menos no usurpa su título: sabe ser el Primer Jefe».

Era la costumbre de ese tiempo, en Nogales, que los revolucionarios prominentes se sentaran a diario, o casi a diario, a la mesa de Carranza. A Pani y a mí se nos invitó desde luego, sin duda no a título de personajes importantes, que no lo éramos, sino por cortesía ineludible con los recién llegados.

—Dentro de un momento iremos todos a cenar —dijo don Venustiano, dirigiéndose a nosotros—. Si ustedes gustan acompañarnos, no les haré aguardar mucho. Sólo tengo que dar respuesta a dos o tres telegramas urgentes.

Todos pasamos entonces a la pequeña antesala, menos Carranza, que se acercó a su mesa de trabajo, y un joven pálido, alto, flaco en exceso y de modales finos, que fue también hacia la mesa y tomó unos papeles de allí. (Después supe de este joven que se llamaba Gustavo Espinosa Mireles y que era el secretario particular del Primer Jefe).

En la pieza contigua nos pusimos a charlar —primero en conjunto, luego en grupos, después en parejas—. Fabela me llevó a un rincón para hacerme a su gusto preguntas acerca de nuestros amigos, los ateneístas, que quedaban en México: «¿Y Carlos González Peña? ¿Y Antonio Caso? ¿Y Julio Torri? ¿Y Pedro?».

A favor de una de las muchas reacomodaciones interlocutorias, yo logré, en cierto momento, escaparme hacia el patio de la casa. Visto éste de cerca, me pareció ahora más triste que antes, cuando lo columbré desde el cubo del zaguán. Lo circundaba, a ras del suelo, un corredorcillo cubierto por cuatro salientes del techo que venían a apoyarse en postes desnudos, largos, escuetos. A uno de esos postes estaba atada, a la altura de la trabe, una bombilla eléctrica, negruzca, opaca, la cual abría hacia una parte el abanico melancólico de su luz, y hacia la otra dejaba caer, entre los extremos del sector luminoso, un cono de tinieblas. En el espacio iluminado todo era desnudez; en el oscuro se acumulaban las sombras hasta refluir en negro amontonamiento hacia

los rincones. Difícil precisar la verdadera causa, pero de aquel patio se desprendía una tristeza infinita: al contacto de su atmósfera el rumor de las voces de la antesala, que llegaban hasta allí cernidas por la distancia y las paredes y confundidas con el habla de los soldados del zaguán, se escarchaba, se helaba.

Recorrí los tramos del corredor alumbrados por el abanico de luz. Luego alargué mis pasos hasta la parte oculta en la penumbra, y entonces descubrí que no estaba yo solo en el patio. La sombra de un hombre, apoyada en la sombra de un poste, se mantenía inmóvil. La curiosidad me empujó a aproximarme más: la sombra no se movió. Entonces volví a pasar, esta vez más cerca todavía y mirando, aunque aún de soslayo, más insistentemente. La sombra era de un hombre esbelto. Un rayo de luz le daba en la orilla del ala del sombrero y mordía en la silueta un punto gris. Tenía doblado sobre el pecho uno de los brazos, apoyada en el puño la barbilla y el antebrazo derecho puesto en cruz encima del otro. Por la postura de la cabeza comprendí que el hombre estaba absorto en la contemplación del cielo; la luz de las estrellas le caía sobre la cara y se la iluminaba con tenue fulgor.

Aquella figura humana, ausente en su ensimismamiento, no me era extraña del todo. Seguro de ello, en cuanto llegué al extremo del corredor volví sobre mis pasos y vine a detenerme resueltamente frente a la sombra inmóvil. El hombre salió poco a poco de su contemplación; bajó la mano en que apoyaba la cabeza; se irguió, y dijo con voz dulce y humilde, en raro contraste con la energía y rapidez de sus movimientos, cabalmente militares:

—Buenas noches. ¿Quién es?

—Un viejo conocido, general. ¿O me engaño acaso? ¿No hablo con el general Felipe Ángeles?

Ángeles era, en efecto. ¿Qué hacía allí, solo, melancólico, con el alma perdida en las estrellas, él, verdadero hombre de acción y de grandes impulsos? ¿Por qué estaba en esa hora en ese sitio, encarnando la profunda tristeza que dimanaba del patio de la Primera Jefatura, en vez de hallarse entregado en cuerpo y alma al despacho de los asuntos militares de la Revolución, para lo cual su capacidad era mil veces superior a la de los generales improvisados? Tanto me desconcertó sorprender así a Ángeles, que evité hablarle de lo que más me importaba —de la eficacia del ejército constitucionalista— y durante los minutos que estuvimos allí solos dejé que él escogiera los temas de la plática. Naturalmente, hizo desde luego recuerdos de mi padre, de quien él fuera discípulo en Chapultepec. Lo rememoró con agrado, con cariño, con admiración.

—En su padre de usted —me dijo entre otras cosas— había el espíritu, pero había también la voz, la voz en que el espíritu resonaba y se hacía sentir y obedecer. Era una voz de mando como yo no he escuchado otra: su sonoridad lindaba con el misterio. Formado el Colegio Militar en todo un trozo del paseo de la Reforma, sus órdenes, aun dichas a media voz, corrían de un extremo a otro de la fila: no había quien no las oyera. Para que me entienda usted mejor, me serviré de una comparación

tomada de la mecánica. Su voz era como los proyectiles de mucha masa, que, una vez lanzados, así la velocidad sea poca, recorren grandes trayectorias. Cuando él quería, podía hacer, mandando en voz baja, que se le escuchara a distancias adonde otros no hubieran sido escuchados ni a gritos.

¿Se debería acaso a que en las remembranzas de Ángeles había mucho de conmovedor para mí? Lo cierto es que las palabras que brotaban de su boca respondían a la íntima tristeza del patio en que nos hallábamos. De tiempo en tiempo subrayaba la frase con algún modesto ademán de sus manos pequeñas, oscuras como la sombra, o con el anuncio de una sonrisa que no llegaba a formularse.

De nuestra conversación vino a sacarnos el ruido de armas y de pasos presurosos. La guardia formaba para hacer los honores.

—Ya sale don Venustiano —dijo Ángeles—. Vamos a cenar.

Cuando volvimos a la antesala, Carranza estaba allí, cubierta la cabeza con el sombrero de alas anchas y dominando a todos con su gran estatura. La luz de la lámpara le bruñía la barba y le bajaba después, por la única hilera de botones que le ajustaba el chaquetín, en chorro de enormes gotas doradas.

Echó a andar; tras él desfilaron los otros. Ángeles y yo nos incorporamos a la comitiva: yo, con timidez, bisoña; él, con su timidez de siempre. Y a poco salimos a la calle.

El corneta de guardia tocó marcha de honor.

*

La cena, excelente por sus manjares e interesantísima por los individuos que ponía en contacto, no logró hacernos hablar mucho a Pani ni a mí. Más bien nos dedicamos a ver, oír y gustar. Yo, desde luego (esperemos a que Pani escriba algún día sus memorias), no dejé de fijarme en ciertos detalles que para la edificación de un rebelde primerizo suponían alguna importancia. Noté, por ejemplo, que Rafael Zubaran ocupaba de pleno derecho el primer sitio a la diestra de don Venustiano, lo cual me pareció muy bien: Zubaran era el Secretario de Gobernación en el gabinete revolucionario. Noté que Ángeles, recientemente nombrado Secretario de la Guerra, no tomaba para sí el primer sitio de la izquierda, sino que éste se reservaba al coronel Jacinto Treviño, jefe del estado mayor de Carranza. Noté que Adolfo de la Huerta iba a sentarse, adrede y pese a su cargo oficial, relativamente alto, entre los comensales de menos ínfulas. Y noté, en fin, que don Venustiano no perdía un segundo la batuta de la conversación; que hacía a cada paso alusiones históricas —evocadoras en especial de la época de la Reforma— y que era escuchado por todos con acatamiento profundo, hasta al incurrir en notorios disparates, como al escapársele aquella noche dos o tres que hubieran hecho sonreír a cualquier estudiante de primer año de Derecho.

II

LA MESA DEL PRIMER JEFE

Sentarme a la mesa con Carranza y sus colaboradores próximos acabó por ser, mientras permanecimos en Nogales, el más trascendente de mis actos de cada día. Como fuera de tal deber, que ejecutaba de buen grado a tarde y noche, no tenía yo ocupación alguna de carácter fijo, hacia eso se orientaban mi actitud diaria y mis sentidos. Era como vivir sujeto a una función social *sui generis*, casi palaciega, aunque al margen del monte, y que duraba poco.

Muy de mañana despertábamos De la Huerta y yo. Despertábamos sin gran esfuerzo, pues el hotel Escobosa tenía, entre sus parvas virtudes, la no rara de embeberse —a la hora en que el sueño, fatigado de sí mismo, se hace dos veces dulce— en la más clara luz que baja de los cielos. A nuestro despertar se seguía un largo coloquio de cama a cama. Cuándo pegábamos la hebra en el punto en que quedara rota la noche anterior; cuándo abordábamos nuevo tema; cuándo nos divertíamos comentando —De la Huerta descubrió pronto mi peculiaridad de conversar dormido mejor que despierto— algunas de las cosas extraordinarias que solía yo decirle en sueños. Por fin saltábamos de la cama, nos vestíamos de prisa, bajábamos a luchar a brazo partido con el mal desayuno que Escobosa ofrecía a sus huéspedes, y cada quien tomaba su camino. De la Huerta, oficial mayor de la Secretaría de Gobernación, se iba en busca de Rafael Zubaran; yo, libre hasta la hora de comer, ocioso mientras encontraba con quién entablar plática, pasaba y repasaba por una misma acera de una misma calle o me dirigía de lleno hacia los más altos y hermosos cerros circundantes para escalarlos a título de divertimento.

Mi simple condición de comensal de don Venustiano me pareció al principio, más que dura, insoportable: larga mañana de espera para la reunión de la comida; largo esperar de la tarde para la reunión de la cena. Yo no disponía ni del recurso de Luis Cabrera y Lucio Blanco, que organizaban ruidosos partidos de billar en el *bar* inmediato a la línea fronteriza —el juego de Cabrera, sabio, felino, eficaz; el de Blanco, brillante, efectista, genial a veces, a veces torpe—. Tampoco contaba, como Salvador Martínez Alomía —antes de que lo destinaran a hacer el retrato biográfico de Carranza—, con el entretenimiento de los versos. En sus ratos de ocio, Zubaran reencontraba la vida mediante su afición —arte magistral, podría decirse— por la guitarra; Ángeles, en el severo programa disciplinario de su cuerpo y su espíritu (tantas horas a caballo, tantas a pie, tantos saltos, tantas horas de estudio, tantas de meditación); Isidro Fabela y Miguel Alessio, en el secreto libar de frases y urdir de periodos para ver cuál de los dos se llevaba a la postre la palma de los oradores revolucionarios; Pani, en sus hábitos de ingeniero, capaces de sistematizarlo todo, hasta el vacío. Pero yo, yo entonces creyente fervoroso en las virtudes revolucionarias activas, no tenía defensa. Por fortuna, descubrí pronto que en Nogales de Sonora había una tienda de libros, aunque no muy buenos —descollaban entre

ellos las novelas de Dumas—, y me acogí al refugio de llenar lagunas de mis trece años. Después, a fuerza de meterme en todas partes, hallé que en Nogales de Arizona existía, aun cuando no lo pareciera, una biblioteca pública, y que en esa biblioteca podían leerse hasta las obras de Plotino. De allá datan mis inmersiones temporales en la mística alejandrina y en su pureza espiritual ajena al mero conocimiento; de allá mi trato momentáneo con Porfirio y Jámblico.

*

Llegada la hora de la comida o la cena, me aparecía por el Cuartel General. Antes no, para no herir susceptibilidades, pues nada inquietaba tanto entonces a los más inmediatos servidores del Primer Jefe como la presencia de revolucionarios nuevos desprovistos de funciones propias: les sobrecogía el terror de verse arrancados, como por escamoteo, de los puestos que desempeñaban, para ellos importantísimos y prometedores. Lo cual, lo diré también, no quitaba para que todos ellos fueran excelentes personas: desde Jacinto Treviño, cuya paz de alma naufragaba en la cercanía de Ángeles, hasta el joven aviador Alberto Salinas, que habría sido capaz — pese a sus cualidades de buen muchacho— de estorbar el paso al propio Guynemer. Lo de Treviño respecto de Ángeles lo digo con amplia disculpa para el primero: ¿hubo acaso muchos generales de la Revolución que no sintieran celos de Ángeles?, ¿no abundaron por ventura los que se apasionaban en su contra —movidos sólo por la envidia— y aun lo calumniaban por escrito?

Para ir al refectorio salíamos del Cuartel General en apretado grupo, don Venustiano a la cabeza, y caminábamos hasta la Aduana. En tales momentos, como la noche de nuestra llegada, siempre había cornetas y tambores que tocaban la marcha de honor. Era, por lo visto, de gran interés lanzar al viento la noticia de que el jefe supremo de la causa revolucionaria y sus elegidos abandonaban la mesa de trabajo para ir a la del almuerzo o la cena. Así los humildes habitantes de Nogales se enterarían y regocijarían.

A mí aquella música me resonaba indefectiblemente a don Porfirio. (¿Para qué habitante del Distrito Federal, cuya niñez haya transcurrido de los noventas a los novecientos, Porfirio Díaz, marcha de honor e himno nacional no serán tres partes de un solo todo?). Oírla me desconcertaba. Comprendí por ella cuán lejos debía aún considerarme respecto de los usos revolucionarios, pues nada se echaba de ver que revelara en los otros miembros de la comitiva sentimientos análogos a los míos. «¿Lo ocultarían acaso?», pensaba. O bien: «¡Bah! Impresiones de político bisoño; pronto me acostumbraré a lo uno y a lo otro: a que este aparato militarista y caudillesco me parezca bien, o a disimular que me disgusta».

*

Paulino Fontes —entonces lo conocí— era lo que podría llamarse el Intendente de las Residencias del Primer Jefe en Nogales. El departamento de la Aduana donde comíamos no acataba otra autoridad que la suya. Yo debo haber supuesto, desde la primera vez que entré en aquel comedor, que Fontes, futuro presidente ejecutivo de las Líneas Nacionales, era ferrocarrilero de oficio, porque en verdad que bajo su economato las cosas marchaban allí con precisión maravillosa. Nunca la llegada de un manjar se retrasaba más del tiempo justo respecto del manjar precedente, y ello con tal ritmo previsor, que los comensales éramos como otros tantos trenes encarrerados sobre una sola vía al amparo de órdenes perfectas. Un infalible reloj *Waltham*, de esos que ostentan una locomotora incrustada en la tapa y marcan la hora con manecillas enérgicas bajo la luz, entre clara y verde, de un vidrio grueso, parecía coordinarlo allí todo; ningún choque, ningún accidente, ningún contratiempo. Si algún invitado se aparecía tarde o surgía de súbito, Fontes miraba de llevarlo por el carril pletórico y conseguía pronto ponerlo en ruta de modo definitivo, sin trastornos para los demás ni forzamientos de velocidad perjudiciales al equipo. Para semejantes casos, Fontes empleaba —en forma de entremeses, platos sincréticos o eclécticos y otras cosas por el estilo— un amplísimo sistema de escapes, vías laterales, igriegas, maromas y demás recursos adecuados, con cuyo auxilio, y sin que nadie se enterase cómo, todos arribábamos al término de los dos viajes diarios a punto y satisfechos. «¿Llegará un día este hombre aquí tan apto —pensaba yo— a director de las Líneas Nacionales? ¿Su capacidad directiva no desmerecerá entonces de la de ahora?». Porque en Nogales, la habilidad de Fontes era tan fecunda que bien había él sabido crear para sí, a manera de rito simbólico, el acto distintivo de sus funciones: todo el servicio se hacía bajo su mando; pero él en persona pasaba la bandeja con las previas copitas de coñac. Dudo que nadie lo haya respetado tanto como yo entonces: respeto de la perfección que todo lo equipara, de la perfección que no conoce alto ni bajo, grande ni humilde.

*

Una vez estábamos de sobremesa —como de costumbre, quince o veinte personas—: Carranza, Zubaran, Ángeles, Pesqueira, Fabela, Pani, De la Huerta, Treviño, Espinosa Mireles... Con eficacia insuperable, Fontes convertía los más desordenados apetitos en meros ejercicios de eutrapelia. Todos nos sentíamos gozosos; aquella mañana, la banda militar había recorrido dos veces el pueblo y celebrado al toque de diana dos triunfos de nuestras fuerzas, uno en Chihuahua, otro en Tepic. Con este motivo, Carranza se puso a pontificar, según su hábito, y acabó a las pocas palabras estableciendo como hecho inconcuso la superioridad de los ejércitos improvisados y entusiastas sobre los que se organizan científicamente. Afirmación semejante tenía que sonar a herejía en los oídos de cualquier militar entendido, y así pasó entonces.

Ángeles dejó que don Venustiano terminara de hablar, y luego, muy dulcemente en la forma, pero vigorosísimo en el razonamiento, esbozó la defensa del arte militar como algo que se aprende y se enseña y que se practica mejor cuando se ha estudiado bien que cuando se ignora. Carranza, empero, que solía mostrarse tan autócrata en la charla como en todo lo demás, interrumpió a su Ministro de la Guerra sin miramiento ninguno y concluyó de plano, sin apelación, como Primer Jefe, con un juicio absoluto. «En la vida, general —dijo—, sobre todo para el manejo de los hombres y su gobierno, la buena voluntad es lo único indispensable y útil».

Ángeles dio un nuevo sorbo a su taza de café y no añadió una sílaba. Los demás guardamos silencio, dejamos flotar en ámbito infinito las palabras concluyentes del Primer Jefe. «¿Se quedará esto así? —pensé—. Imposible; alguno va a hablar ya y a poner los puntos sobre las íes».

Por desgracia, harto más de un minuto transcurrió sin que ningún labio chistara. Don Venustiano, callado también, disfrutaba a pequeños tragos el placer de mandar hasta en nuestras ideas; acaso se recreara en nuestro servilismo, en nuestra cobardía. Yo... ¿Hice bien yo? ¿Hice mal? Yo sentí vergüenza; me acordé de que estaba en la Revolución —para lo cual había tenido que romper antes con todo un programa de vida— y me sentí arrebatado por un dilema: o no tenía razón de ser mi rebelión contra Victoriano Huerta, o era imperativo sublevarme allí también, así fuera tan sólo de palabra.

El silencio en torno de la mesa seguía firme, más firme acaso que segundos antes. ¿Eso iba a arredrarme? No. Me eché de cabeza en la pequeña hazaña con que de seguro se me clasificaría al punto del lado de los heterodoxos y levantiscos del campo revolucionario, con que se me clasificaría allí para siempre y sin remedio.

—¡Lo que son las cosas! —dije sin ambages y mirando de frente hasta el fondo de los ojos dulzones del Primer Jefe—. Yo pienso exactamente lo contrario que usted. Rechazo íntegra la teoría que hace de la buena voluntad el sucedáneo de los competentes y los virtuosos. El dicho de que las buenas voluntades empiedran el Infierno me parece sabio, porque la pobre gente de buena voluntad anda aceptando siempre tareas superiores a sus fuerzas, y por allí peca. Creo con pasión, quizá por venir ahora de la escuela, en la técnica y en los libros y detesto las improvisaciones, salvo cuando son imprescindibles. Políticamente, desde luego, estimo que para México la técnica es esencial, por lo menos en tres puntos fundamentales: en Hacienda, en Educación Pública y en Guerra.

Mi salida causó, más que sorpresa, espanto. Don Venustiano me sonrió con aire protector, tan protector que al punto comprendí que no me perdonaría nunca mi audacia. Salvo Zubarán, que me dirigió una mirada de inteligente simpatía, Ángeles, que me miró con aprobación, y Pani, que se entendió conmigo mediante sonrisas enigmáticas, nadie levantaba los ojos de sobre el mantel. Y sólo Adolfo de la Huerta, echando la cosa un poco a juego, vino en mi apoyo, o con más exactitud: en mi auxilio. Se empeñó en borrar o suavizar la mala huella que mi soberbia pudiera haber

dejado en el espíritu de Carranza; lo cual hizo, a riesgo de malquistarse él, noble y valientemente, dejándose llevar de su disposición conciliadora.

III

LAS CINCO NOVIAS DE GARMENDIA

Durante el suntuoso baile con que don Venustiano se despidió de la sociedad nogalense, alguien me había dicho:

—¿Ve usted lo lindas, lo atractivas, lo acogedoras que son las muchachas que ahora danzan ante nosotros? Pues, créamelo: casi no existen si se las compara con las del pueblecito de Magdalena. ¡Ah, aquéllas! Para describirlas no alcanzaría el lenguaje. Bástele saber que Gustavo Garmendia tuvo allá, la noche del baile, hasta cinco novias...

El coronel Garmendia acababa de morir en la campaña de Sinaloa; lo cual, dando principio al trazo legendario, acrecía el carácter de los sucesos reales en que la leyenda iba a fundarse. Pero, aparte esto, era notorio que el pueblecito de Magdalena se aparecía siempre en la imaginación de los acompañantes de Carranza, y aun en la imaginación de éste, envuelto en nubes de dorados encantos, por más que bien a bien nadie los sabía definir. «¡Ah, Magdalena!», repetían todos. Pero ¿qué pasaba en Magdalena? Y apenas si una que otra respuesta rebasaba los límites de la vaguedad ponderativa. Para los más intrépidos todo parecía reducirse a una sola circunstancia: en Magdalena pasaban de ciento las doncellas bonitas y casaderas y no había ni un varón en estado de casarse, descontados los chinos.

También es cierto que mientras estuvimos en Nogales existió un motivo constante para que las damas magdalenenses gozaran de gran relieve en la evocación revolucionaria, y era que el Primer Jefe hablaba a menudo de encontrarse en deuda con ellas. Semanas antes, cuando don Venustiano se detuvo allí al ir de Hermosillo a Nogales, ellas —tan hospitalarias, tan entusiastas— lo habían agasajado con un baile que hizo época; por lo cual él se sentía ahora obligado, para cuando regresara de Nogales a Hermosillo, a detenerse otra vez en el pueblo y corresponder a sus admiradoras con una fiesta más fastuosa aún que la otra. Creció entre nosotros el interés, ya en vísperas de partir, cuando vimos moverse con alarde, en torno del coche especial de Carranza, a los encargados de comprar y embarcar, para la fiesta en proyecto, grandes cajas de vinos —oportó, jerez, champaña, coñac— y grandes paquetes y cestas de fiambres, gelatinas, conservas, frutas frescas, frutas cubiertas, frutas secas y todo lo mejor, en fin, de cuanto pudo encontrarse en los almacenes de la inmediata ciudad fronteriza.

*

Llegamos allá en el atardecer de un día magnífico. Nosotros —quiero decir, nuestros jóvenes oficiales (polainas y corrajes lustrosos, finos uniformes ajustados, sombreros grises de alas anchas, botones de azófar, espiguillas doradas)— saltamos de los coches rebosando optimismo. El tren acababa de correr por entre valles

frescos, poblados de castaños, de encinas, de robles, y algo de ese ambiente — perfume limpio de la montaña— parecía venir en pos de nuestras personas hasta allí. Ellas, vueltas una sola sonrisa de amable acogimiento, esperaban, agrupadas en racimos copiosos, sobre el polvo vil de las entrevías. Su saludo salió a encontrarnos al camino.

Las autoridades del pueblo se acercaron a dar la bienvenida al Primer Jefe y sus ministros. La banda del Estado, mandada con anticipación por el gobernador, tocó los aires que eran nuestro himno: la *Adelita*, la *Valentina*, la *Juanita*. Hubo vivas y mueras, ramos de flores, serpentinas, *confeti*. Y entretanto, sin que nadie nos presentara, brotó la amistad.

¿Quién de entre nosotros intentó aclarar desde luego, prometiéndose tal vez mayores horizontes, cuáles éramos los casados y cuáles los solteros? Ello fue. Pero las muchachas no lo consintieron de ningún modo.

—No, no —las oímos decir en el acto, con unanimidad profusa, parlanchina—. Eso no queremos saberlo, ni nos importa. Solteros o casados, para nosotras igual valen. Ya sabemos que de los dos o tres días que van a permanecer aquí no saldrá ningún casamiento. Seamos pues buenos amigos y divirtámonos sin tomarnos demasiado en serio.

¡Sorprendente manera de hablar! Yo la encontré admirable. ¿Qué pueblecito era aquél, cuyas niñas de diecisiete y diecinueve años se expresaban con más honda sabiduría que las mujeres de treinta en los salones del gran mundo? Ellas, en el corro que nos rodeaba, se apoyaban unas en otras con aire de provocación, de desafío, e imprimían al enlace de sus brazos un vago acento de seguridad, de previa afirmación de ser ellas las que pronto mandarían y nos dominarían a su antojo. Las había rubias y morenas; de grandes ojos verdes, donde la claridad se hacía profunda; de grandes y rasgados ojos negros, donde la negrura se perdía en brillos. La tez de sus rostros, clara u oscura, era de una tersidad limpia y pareja; las frentes, despejadas; el porte, franco y resuelto; los trajes, pulcros, graciosos; bellos y bien calzados sus pies.

*

No eran pocos los revolucionarios jóvenes y apuestos de que proveía su séquito don Venustiano. Así y todo, a cada uno de ellos podía corresponderle en Magdalena, repartiendo las posibilidades a prorrata, un número de novias exactamente igual al que había hecho clásico la tradición de Gustavo Garmendia.

Fue la regla de ellas la que se impuso en el reparto: nació por doquiera un profundo impulso a ser buenos amigos y a divertirse sin tomar las cosas demasiado en serio. Burla burlando, raro era quien a los dos días del arribo no se hallaba ya sujeto a más compromisos que los que podía cumplir. Bajo el tupido follaje de la placita (corrían las primeras horas de la noche; tocaba la banda) las voluntades coincidían y se aunaban. Los sitios más frecuentados eran unas calles de árboles,

largas y umbrosas, en cuya perspectiva lejana se quebraban entre las ramas los rayos de un farol. Allí —fácil pureza original de lo desinteresado, de lo atético— se trababa el juego sin principio ni fin, porque aquello no conducía a nada ni se proponía nada diverso de sí mismo. Y como, al menos en cuanto se refiere a ellas, se trataba de seres perfectamente honestos, las artes del juego de amar con que las parejas se entretenían se relacionaban menos con las verdaderas lides amorosas que con el aroma de esas lides. En eso están acordes todos los testimonios. El mundo de las vírgenes de Magdalena era un paraíso con Evas y sin Adanes, al cual los Adanes podían llegar de pronto, pero siempre en días anteriores a aquel en que la malicia descubrió, para moverse y fascinar, el cuerpo de la serpiente.

De súbito se nos nubló el paraíso, aunque sí por nuestra culpa, no en nuestro daño. Una tarde llegaron de Hermosillo Enrique C. Llorente y no recuerdo quiénes más, en compañía de nutridos y hermosos grupos de muchachas pertenecientes a las mejores familias de la capital del estado. Porque Carranza, que aplicaba hasta en los fandangos, a que era tan afecto, el principio de dividir para reinar, sin duda había querido que al baile de Magdalena asistieran representantes de la sociedad de Hermosillo, pues así la alta tensión aumentaría los resplandores. Las señoritas de Magdalena, en efecto, al ver que se les ponía delante una falange de competidoras, se encresparon, con lo que vendrían a beneficiarse el Primer Jefe y su comitiva. Porque ellas no culpaban, por la ofensa que se les infería, a los métodos políticos de la Revolución, sino al modo de ser hermosillense; y, en vista de ello, se lanzaron sin pérdida de tiempo a un duelo terrible que demostrara cómo las suyas eran las mejores armas. ¿Ciertamente lo eran? Los más gallardos de nuestros oficiales probaron las armas de ambos lados y quedaron indecisos. «Deleite —decían— contra deleite».

Carranza nos reunió la noche del baile y nos dijo, momentos antes de que la fiesta empezara:

—Éste es un sarao de carácter oficial, y para nosotros significa más por los deberes que supone que por el esparcimiento. Nuestra verdadera intención se reduce a lograr que las señoritas y señoras de Magdalena, donde se nos recibe con tanto cariño, queden contentas de nosotros, esto es, de las consideraciones y galantería que venimos a brindarles. Una recomendación concreta les hago: que ninguna señora, joven o vieja, bonita o fea, se crea olvidada; todas deben recibir frecuentes invitaciones, ya sea para bailar, ya para ir a la mesa, de tal modo que se sientan solícitamente atendidas. Yo mismo, según ustedes verán, procederé con igual criterio...

Don Venustiano no bailaba —o bailaba poco—; pero se sentía siempre en su elemento si frecuentaba el trato de las damas. Su resistencia en punto a bailecitos y bochinches no conocía término. A las cuatro o cinco de la madrugada apenas si el tono de las venillas de su nariz, ligeramente más violáceo, denunciaba, en contraste

con el tono de la piel, levemente más pálida, toda la fatiga de la noche. Cortejaba a las señoras con tacto finísimo; a las señoritas las protegía paternalmente. Durante los interminables bailes de la Revolución, que empezaban a las nueve de la noche para no concluir hasta las seis de la mañana, hacía continuas visitas al *buffet*, acompañando cada vez a una señora diferente, y rato a rato, del brazo de alguna, paseaba por la sala. Entonces —aunque sin olvidar jamás que él era el Primer Jefe— cambiaba sonrisas de inteligencia con sus subordinados, hasta con los más jóvenes o más modestos, y abarcaba el conjunto en amplias miradas de simpatía satisfecha.

En el baile de Magdalena se portó como patriarca vigoroso y munífico, como cabeza de *gens* que cuida del bien espiritual y físico de su prole. Las propias disidencias de los partidos, que enturbiaban ya nuestra atmósfera política, no lograron estropear la buena disposición de su ánimo. Esa noche supo ser hasta tolerante, cosa increíble. Escuchó con gran paciencia el discurso —demasiado enérgico para entonces, demasiado franco, demasiado previsor— en que Juan Sánchez Azcona abogaba por la cooperación de todos los elementos revolucionarios. No dio señales de percibir el enojo que poco después produciría en muchos el discurso de Fabela —aquel discurso que ha hecho famosa la metáfora de la «barba florida» y el apostrofe de: «Pero ¡qué mucho, señor, que los hombres te sigan y te acaten, si las damas, según lo estamos viendo!...»—, frases que algunos de los presentes, justo es decirlo, no entendieron entonces, ni han entendido nunca, sino al margen de las verdaderas intenciones de Fabela, buenas sin duda en aquellas circunstancias. Porque la plenitud vital de que el Primer Jefe hizo derroche esa vez estaba en consonancia con lo que Fabela decía o insinuaba. Se trataba tan sólo de dejar complacidas a las damas de Magdalena, y Fabela se expresó en términos que ellas aplaudieron con rabia y que a muchas, a las más audaces o imaginativas, deben haber henchido el pecho con hondas emociones mientras veían ante sí al robusto varón cuya barba, blanca y larga, resplandecía, más que como signo de decrepitud, como gala ostentosa de reciedumbre. Yo creí notar que la señora que en aquellos momentos se apoyaba en el brazo de don Venustiano se sintió irresistiblemente atraída hacia él al influjo de las palabras del orador.

Como Fabela en su discurso, en los actos cumplimos todos: señoritas y señoras quedaron satisfecísimas. A la hora del champaña parecía concentrarse en Magdalena la totalidad de las fuerzas creadoras del Universo. Y luego, si sobrevino la dispersión, no fue por nuestra culpa. Don Venustiano, ahuehete añoso cuyas raíces se tendieran a distancia enorme, estaba, a las seis de la mañana, firme en su puesto. A Lucio Blanco no le sorprendió que un rayo de sol entrase por la ventana del *buffet* y viniera a terciar en la conversación que aún sostenía con la bella hija del alcalde, conversación en que ambos seguían con igual desparpajo y frescura que si en ese instante la empezaran: ni uno ni otro se rendían. Enrique C. Llorente no se cansaba de seguir haciendo estragos con sus grandes bigotes inflexibles y con la hermosísima onda de su cabellera —«ala de cuervo»—, que tan bien coronaba su gentil figura.

Martínez Alomía demostraba, andando, que la languidez tropical y costeña se ensambla a maravilla con el brío preciso del Norte. Rafael Zubarán, con su habla fácil e insinuante, con sus modales perfectos, con su ironía sutil, no encontraba barreras. Y así los demás: hasta los que menos se señalaban, por muy jóvenes o muy menudos, todos cumplíamos, bien charlando, bien bailando incansablemente bajo la dirección tácita de Carlos Domínguez, que era el bailarín máximo, aquel cuyo brazo daba origen a rivalidades y celos, el que trajo a los campamentos constitucionalistas, desde París, el tango argentino y el pañuelo a lo príncipe de Gales. El diminuto Alberto Salinas se condujo como los de mayor estatura. A despecho de sus compromisos internacionales (pues él era el comisionado para festejar a la hija, azafranada y pecosa, de no sé qué personaje yanqui, huésped de don Venustiano) supo hacerse notar entre las señoritas vernáculas y agradarlas.

Propiamente, el baile de Magdalena no acabó: se fue apagando hasta el último destello, hasta la crepitación última. Los músicos dejaron de tocar cuando, ya avanzado el día, no hubo un solo pie que siguiera el ritmo de los valeses, cuando la sala resonó largo tiempo vacía de parejas y llena de música.

Pasadas las ocho me dirigí al hotel. Todavía cruzaban por las calles figuras femeninas arrebuajadas en seda, con abanicos de pluma, con zapatillas de raso. De nuestros jóvenes oficiales, los más concienzudos no liquidaban aún la lista de sus citas: estaban prendidos a las rejas.

*

Al otro día salimos hacia Hermosillo. En masa vinieron las muchachas a despedirnos en la estación, y no ocultaron su enojo al ver que con nosotros subían a los coches las señoritas hermosillenses. Ya en marcha el tren, mientras los más nos agolpábamos en plataformas y ventanillas para prolongar la despedida, oímos que nos gritaban:

—¡Adiós, adiós! Y otra vez vengan solos...

Esa noche, acaso para consolarnos, dimos rienda suelta a las confidencias; empezó la elaboración del recuerdo. Y —¡cosa extraña!— de cuanto oí se colegía que las cinco novias de cada uno de mis amigos eran justamente —extraordinaria casualidad que iba repitiéndose con cada uno— las cinco novias de Gustavo Garmendia.

IV

ORÍGENES DE CAUDILLO

Cuando llegamos a Hermosillo nada me intrigó tanto como conocer a Álvaro Obregón. ¿Sería éste el grande hombre que Pani anunciaba ya —¡desde entonces!— como nuestra suprema figura política? ¿Sería más bien, como lo creía Vasconcelos —deslumbrado por los triunfos fulminantes de Villa—, uno de tantos ambiciosos que nublaban el porvenir revolucionario? Yo sabía que ninguno de estos juicios valía para apreciaciones de fondo: el primero, porque Pani, instintivamente acaso, parecía fundarse en una mera ecuación de personas que lo abarcaba a él, no en un sentido de los verdaderos valores humanos; y el segundo, por la razón opuesta, porque Vasconcelos, a caza siempre de noblezas altísimas, caía a menudo en opiniones que luego él era el primero en rectificar. Pero todo esto, unido a los informes de nuevos triunfos militares al sur de Sonora, contribuía a que mi curiosidad aumentase.

*

Adolfo de la Huerta —fiel prosélito y eficaz propagandista— no había desperdiciado oportunidad de encender en mí, mientras estuvimos en Nogales, la llama del obregonismo de entonces: un obregonismo de reserva, sumiso al carrancismo naciente.

—Hay que admirar a Obregón —me decía más o menos— no sólo como soldado, sino como espíritu de ideas originales y como político de convicciones revolucionarias hondas. Es, por otra parte, hombre de gran talento natural. Procure usted leer sus manifiestos.

Pero como resultara que aquellos manifiestos no los tenía nadie en Nogales, De la Huerta salvaba la dificultad recitándome una vez y otra —como para que me lo aprendiese de memoria— el mensaje que él mismo le llevara a Carranza de parte de Obregón al celebrarse la junta de Piedras Negras. Obregón había mandado pedir al Primer Jefe que se expidiera un decreto en cuya virtud quedasen inhabilitados para ocupar puestos públicos todos los jefes del movimiento armado, «porque —decía— todas las desgracias de México se deben a las desenfrenadas ambiciones de los militares».

Confieso que el obregonismo de De la Huerta sí me impresionaba a veces, y aun medio me conquistaba en las ocasiones en que salía a relucir la hábil ilustración del famoso mensaje. De la Huerta vivía entonces profundamente inquieto por las responsabilidades de la obra revolucionaria; y como era austero cual nadie, y de un desinterés a prueba de la sonda más fina, conseguía comunicar a otros, en momentos de elocuencia a medio tono, sus propias emociones. Su bella voz temblaba al hacer, aunque quizá no en idénticos términos, comentarios como éste:

—Obregón sabe que su principal misión será la militar, y, no obstante, quiere que

los militares de hoy no puedan ser los funcionarios de mañana. Obregón sabe que descollará entre nuestros más grandes soldados, y, no obstante, no tiene empacho en decir que las mayores desgracias de México se deben a las ambiciones de los militares.

La de Obregón, en efecto, era una actitud extraordinaria: extraordinaria cuando envió a Carranza su mensaje —días después de la toma de Cananea—, y más extraordinaria todavía cuando De la Huerta ponderaba ante mí lo que había en él de altruismo patriótico: después de Naco, de Santa Rosa, de Santa María. ¿Quién, carente de malicia política y malicia humana —o sordo a ellas— no se hubiera entusiasmado? Yo me figuraba asistir a un suceso insólito: a la elaboración de un caudillo capaz de negar, desde el origen, los derechos de su caudillaje, que era como ver a un león sacándose los dientes y arrancándose las uñas.

*

En Hermosillo, la diligencia de no recuerdo quién —¿Sánchez Azcona? ¿Fabela? ¿Puente? ¿Malvárez?— puso frente a mi vista uno de los manifiestos tan alabados por De la Huerta y lo leí. Era el que Obregón había dirigido al pueblo de Sonora el día que las fuerzas revolucionarias desfilaron por primera vez en la capital sonorensé. Empezaba diciendo: «Ha llegado la hora... Ya se sienten las convulsiones de la patria, que agoniza en las manos del matricida». Y luego, en el tono perfectamente conocido de nuestras proclamas políticas, pintaba con terribles metáforas el crimen de Huerta e invitaba al pueblo a tomar las armas.

Mi primera impresión fue que aquel documento no hacía justicia a la capacidad mental del autor, o que si se la hacía, la capacidad no era, en punto a ideas políticas y literatura, muy digna de tomarse en cuenta. Pues, aparte la indignación cívica —obvia en cuantos entonces nos alzábamos contra el autor de la muerte de Madero— y aparte un principio de idea: la de que la rebelión era indispensable para restablecer el estado de derecho, y un propósito noble: el de no fusilar a los prisioneros, el manifiesto no pasaba de ser una sarta de palabras e imágenes sólo notables por su truculencia ramplona. Se conocía que Obregón había querido hacer, de buenas a primeras, un documento de alcance literario, y que, falto del don, o de la experiencia que lo suple, había caído en lo bufo, en lo grotesco y descompasado que mueve a risa.

En las tres primeras líneas del manifiesto, Huerta era *el matricida que, después de clavarle a la patria un puñal en el corazón, continúa agitándolo como para destruirle todas las entrañas*. En las cuatro líneas siguientes, Huerta y sus secuaces se convertían en la *jauría que con los hocicos ensangrentados aullaba en todos los tonos, amagando cavar los restos de Cuauhtémoc, Hidalgo y Juárez*. Más adelante, la jauría se metamorfoseaba en *pulpos, pulpos a quienes había que disputar los ensangrentados jirones de nuestra Constitución* y a quienes debía *arrancarse de un golpe, pero con la dignidad del patriota, todos los tentáculos*.

Lo peor del manifiesto —o lo mejor para los fines de la risa— no estaba en el juego de los símiles o metáforas. Provenía, sobre todo, de cierto dramatismo a un tiempo ingenuo y pedantesco, que era como la médula de la proclama. Se le sentía presente en las palabras iniciales: «Ha llegado la hora...»; se le escuchaba estrepitoso en el apostrofe final: «¡Malditos séais!», y hallaba expresión perfecta en esta frase de dinamismo teatral agudo: *La Historia retrocede, espantada de ver que tendrá que consignar en sus páginas ese derroche de monstruosidad* —la monstruosidad de Huerta.

Toda mi buena voluntad no pudo con esta literatura ni con el espíritu que en ella se traslucía. Después de la imagen de la Historia «retrocediendo espantada», no era posible guardar compostura para el resto de la proclama, así lo mereciese. Irremediablemente me venía a la memoria aquel delicioso romance antiguo en el que, para dar idea de una noche de tempestad en el mar, el poeta, entre otros versos que no recuerdo, cantaba éstos:

*Los peces daban gemidos
por el mal tiempo que hacía.*

Sólo que en el romance, pese a lo disparatado de la fantasía naturalista, había una gracia encantadora que en el manifiesto de marzo de 1913 faltaba y no podía haber, pues hubiera estado fuera de su sitio.

Eduardo Hay admiraba también a Obregón y gozaba en describir las batallas de Santa María y Santa Rosa. Pero con él, el acuerdo de opiniones se lograba pronto. El coronel Hay sacaba el lápiz, abría su cuaderno de apuntes de ingeniero y tomaba aliento para entrar en materia con aires de catedrático:

—La batalla de Santa María fue de un desarrollo preciso, geométrico, admirable... Mire usted: aquí estaba el agua.

Y uno, oyente de buen grado, vislumbraba a poco que Hay tenía razón, aun cuando su inteligencia de las batallas anduviese más cerca de la geometría descriptiva que de la estrategia: Obregón era un buen general, según lo probaban los hechos. Lo era, por lo menos, dentro de la gama de los generales a quienes combatía: comparado con Medina Barrón, comparado con Pedro Ojeda.

Luego, conforme Hay seguía trazando en su esquema rayas y puntos, la personalidad guerrera del jefe sonoreense se destacaba como en perfil. Se le veía provisto, primeramente, de una actividad inagotable, de un temperamento sereno, de una memoria prodigiosa —memoria que le ensanchaba el campo de la atención, que coordinaba datos y hechos—; en seguida se percibía que estaba dotado de inteligencia multiforme, aunque particularmente activa bajo el aspecto de la astucia, y de cierta adivinación psicológica de la voluntad e intenciones de los demás, análoga a la que aplica el jugador de poker. El arte bélico de Obregón consistía, más que todo, en atraer con maña al enemigo, en hacerlo atacar, en hacerlo perder valentía y vigor, para dominarlo y acabarlo después echándosele encima cuando la superioridad

material y moral excluyera el peligro de la derrota. Acaso Obregón no acometiera nunca ninguna de las brillantes hazañas que ya entonces hacían famoso a Villa: le faltaban la audacia y el genio; carecía de la inspiración irresistible del minuto, que anima por anticipado posibilidades que apenas pueden creerse y las realiza de súbito. Acaso tampoco aprendiera jamás a maniobrar, en el sentido en que esto se entiende en el verdadero arte de la guerra —como lo entendía Felipe Ángeles—. Pero su modo de guerrear propio, fundado en resortes de materialismo muy concreto, lo conocía y manejaba a la perfección. Obregón sabía acumular elementos y esperar; sabía escoger el sitio en que al enemigo le quedarían por fuerza las posiciones desventajosas, y sabía dar el tiro de gracia a los ejércitos que se herían a sí mismos. Tomaba siempre la ofensiva; pero la tomaba con métodos defensivos. Santa Rosa y Santa María fueron batallas en que Obregón puso a los federales —contando con la impericia de los jefes de éstos— en el caso de derrotarse por sí solos. Lo cual, por supuesto, era ya signo evidente de indiscutible capacidad militar.

*

Por fin, una noche, a la luz del foco de una esquina, conocí a Obregón. Había él llegado esa tarde a Hermosillo para informar al Primer Jefe acerca de las operaciones en Sinaloa. Culiacán acababa de caer en manos del constitucionalismo. Las tropas de Iturbide, de Carrasco, de Buena se escalonaban ya en línea continua hasta Tepic.

Íbamos por la calle, en grupo ocioso de amigos, De la Huerta, Martínez Alomía, Pani, Zubaran, yo y algunos otros civiles, cuando, de súbito, a corta distancia, vimos a Obregón. Todos nos apresuramos entonces a su encuentro y nos le reunimos, bajo los rayos del alumbrado público, para felicitarlo por su reciente victoria. Volvía vencedor una vez más; radiaba la satisfacción del éxito.

Aquellos de nosotros que ya lo conocían lo abrazaron; los demás, al serle presentados, le estrechamos la mano con efusión tímida. Y luego, mientras unos hablaban, los otros —yo por lo menos— nos pusimos a observarlo con el interés que correspondía a su creciente renombre. De la Huerta le hacía, adrede, preguntas serias de tono superficial, temeroso sin duda de vulnerar el esoterismo de las grandes cuestiones revolucionarias. Pero él contestaba en son de chanza y como si su solo deseo fuese en esos momentos charlar por charlar. Se refirió a su herida, burlándose de sí mismo porque las balas no parecían tomarlo bastante seriamente:

—Sí, me hirieron; pero mi herida no pudo ser más ridícula: una bala de máuser rebotó en una piedra y me pegó en un muslo.

De sus ojos —de reflejos dorados, evocadores del gato— brotaba una sonrisa continua, que le invadía el rostro. Tenía una manera personalísima de mirar al sesgo, como si la mirada reciente tendiese a converger, en un punto lateral situado en el plano de la cara, con la sonrisa de las comisuras de la boca. No tenía ningún aspecto militar. El uniforme blanco, con botones de cobre, le resaltaba en el cuerpo como

todo lo que está fuera de su sitio. La gorra, también blanca y de águila bordada en oro sobre tejuelo negro, no le iba bien, ni por la colocación ni por las dimensiones: demasiado pequeña, le bajaba, en plano inclinado, de la coronilla a la frente. Por el aspecto general de su persona se echaba de ver que afectaba desaliño, y que lo afectaba como si eso fuese parte de sus méritos de campaña. Desde las jornadas de Culiacán había habido tiempo de sobra para que sus asistentes le lustrasen los zapatos y las polainas y para que un barbero lo afeitara. Pero no era así: el polvo de sus pies y el pelo de su cara eran los mismos que habían asistido al triunfo culiacanense.

La famosa herida —ridícula no sé por qué, salvo porque se la mencionase— dio pábulo a que Obregón hablara de sí mismo en grado suficiente para empezarlo a conocer, pese al matiz jovial de sus palabras. A mí, desde ese primer momento de nuestro trato, me pareció un hombre que se sentía seguro de su inmenso valer, pero que aparentaba no tomarse en serio. Y esta simulación dominante, como que normaba cada uno de los episodios de su conducta: Obregón no vivía sobre la tierra de las sinceridades cotidianas, sino sobre un tablado; no era un hombre en funciones, sino un actor. Sus ideas, sus creencias, sus sentimientos, eran como los del mundo del teatro, para brillar frente a un público: carecían de toda raíz, de toda realidad interior. Era, en el sentido directo de la palabra, un farsante.

LIBRO CUARTO

ANDANZAS DE UN REBELDE

Una mañana se resolvió en Hermosillo, de buenas a primeras, que Miguel Alessio Robles tenía grandes dotes para secretario general del gobierno del estado de Sinaloa, así como que las dotes mías para oficial mayor no resultarían menores junto a las de él. Se nos dieron nuestros pasaportes; se nos proveyó de dinero; se nos entregaron cartas explicativas del objeto del viaje, y se nos ordenó que partiéramos sin tardanza para la capital del estado, que iba a beneficiarse con nuestras reconocidas, si bien hasta entonces nunca probadas, aptitudes para el difícil arte del gobierno.

*

De Hermosillo a Maytorena nuestro viaje se hizo en condiciones casi normales. Era un día claro —con esa claridad, de México sólo, que acerca las montañas y convierte el aire en transparencia pura: se dilataba la vista hasta lejanos confines que parecían, dentro del cristal de la atmósfera, estar a un paso. El tren corría sin incidentes y bañado en luz. De cuando en cuando nos precipitábamos —a eso se acostumbraban pronto los nervios— en el abismo de un *shoe-fly*. Entonces se balanceaba la locomotora, se torcían los furgones, crujían los coches y reíamos excitados los viajeros hasta que a poco tornábamos a respirar. De cuando en cuando, los soldados yaquis, instalados en el techo de los carros, no resistían a su instinto de hacer blanco y mataban o herían, impulsados por la nitidez de las imágenes, los pacíficos animales que se les ponían a tiro: veíamos caer a uno y otro lado de la vía férrea toros, caballos, mulas. De cuando en cuando, Eduardo Hay, a cuyas órdenes iba el tren, por ser él el jefe de graduación más alta, se indignaba ante tamaños actos de salvajismo y dictaba órdenes. Entonces nos deteníamos, subían a los techos varios oficiales, se amonestaba a la tropa y, tranquilos para un rato, seguíamos adelante.

Más de una hora nos detuvimos en Ortiz, a fin de que los soldados reposaran y comiesen. Alessio y Hay, buenos amigos del general Salvador Alvarado, resolvieron que debíamos hacerle una visita. Yo hubiera preferido no moverme de mi asiento, para no agitar en mí, recorriendo aquellos lugares, tristes recuerdos de familia; pero Alessio se empeñó de tal modo que no hubo medio de resistir, y los tres nos fuimos en busca del vencedor de Santa María.

Ortiz era entonces un campamento formidable: cuartel general de las fuerzas que sitiaban a Guaymas, base de operaciones, depósito de armas y aprovisionamiento. Todo lo cual, bajo el excelente espíritu administrativo y organizador de que el general Alvarado dio siempre pruebas en cuanto tuvo a su mando directo, producía cierta impresión verdaderamente militar y en no pequeña escala. Por vez primera sentí allí el vigor armado de la Revolución Constitucionalista, y lo sentí al punto de que nada análogo había de experimentar hasta conocer, andando el tiempo, los grandes

campamentos villistas de Chihuahua.

Alvarado nos recibió a bordo del vagón de carga que le servía de oficina. Su verbo fácil e incongruente y su rápido teorizar sobre todas las cosas me lo presentaron desde luego tal cual era. No dejaba de hacerme gracia —acostumbrado yo a tratar militares de verdad— el choque constante en que vivían en él su aire de boticario de pueblo y sus enérgicas actitudes marciales. Sin embargo, era evidente que por debajo de aquella figura bullía el hombre dinámico, el hombre de talento, el hombre fecundo en grandes destellos y capaz de grandes cosas, aunque invalidado por cierto desequilibrio entre su escasa continuidad de acción y su imaginación torrencial de hacer. También se conocía a primera vista que Alvarado era megalómano; pero megalómano honrado, es decir, de los que no ocultan la megalomanía, ni la disfrazan: tenía sobre su escritorio un completo arsenal de fotografías suyas, en multitud de tamaños, posturas y formas: las había de formato «imperial» y formato «visita», en tarjeta y sin ella, de uniforme y de paisano, de busto y de cuerpo entero, de kepis y sin kepis.

Hablar mucho de sí mismo era para él ocupación predilecta, que animaba y sostenía indefinidamente y con brillo. Se atrincheraba, además —muy peculiarmente—, detrás de sus anteojos, para disparar desde allí sobre el interlocutor andanadas de palabras e ideas que subrayaba con gestos como de estudiante chino semieuropeizado. Su actividad mental me produjo vértigo a los cinco minutos de tratarle. En cada veinte palabras esbozaba un propósito que, puesto en obra, habría cambiado la faz del mundo. Su espíritu resolvía, en apariencia, la insoluble antinomia del genio y su contrario: a un tiempo era vidente e incomprensivo, a la vez sabía llegar de un salto a la intuición de las más profundas verdades y se quedaba en la superficie de los problemas más sencillos. Después, sometido a análisis su proceso de ideación, su genialidad se deshacía en humo, en mera corteza de un pensar audaz, muy afirmativo en unas cosas por sobra de ignorancia en otras. En esto, el corte de Alvarado era obra de las mismas tijeras que el de los otros personajes revolucionarios que se autoinvestían de genios y hablaban de curar las más hondas dolencias patrias con una sola plumada de su mano medio analfabeta.

En el carácter de Alvarado había muchos rasgos merecedores de respeto: su ansia vehemente de aprender, su sinceridad, su actitud grave ante la vida. Aquella tarde, minutos después de conocerme, me agobió a preguntas acerca de los estudios universitarios; quiso saber quién era Antonio Caso. A menudo sonreía al hablar, pero sonreía con las capas inconscientes de su alma, fuera del radio luminoso de las ideas. Un chascarrillo que intercaló Hay, a propósito de la batalla de Santa María, no estimuló su regocijo hasta después de repetírsele el chiste dos veces. Y es que ni la risa ni la sonrisa entraban en el esquema de sus nociones sino como algo desnudo de objeto, o sin otro objeto que restar utilidad al empleo de las horas. Para él, la obra oculta en el empeño revolucionario era de tal magnitud que no consentía el desperdicio de un instante ni de un pensamiento: el detalle más pequeño requería la

atención íntegra, la disposición más grave.

Esa tarde su sinceridad actuó en pleno a cada palabra. Elogió, en lo que tenía de elogiabile, la organización militar que estaba a su cargo, y la censuró en cuanto merecía censura. Se refirió a Obregón en términos que de seguro no habría dicho si no le nacieran desde lo más profundo. Ya a punto de despedirnos resolvió, espontáneamente, regalarnos a los tres su retrato. Para esto nos vio en grupo por breves segundos —nos vio brillantados los ojos por enigmática sonrisa un tanto oriental—, y luego, considerándonos despacio, en pos uno de otro, dijo con llaneza:

—A ver: ¿cuál debo darle a cada quien?

En uno de los de mayor formato estampó enorme firma y se lo tendió a Miguel Alessio Robles. Otro, no tan grande, lo firmó con mesura y se lo dio a Hay; y, por último, me alargó a mí, tras de escribir una pequeña firma cuidadosa, uno de los más pequeños y de menor aparato escénico. A su juicio, nos había calado, acababa de pesarnos, con los ojos, como en balanza de precisión. ¿Molestó a Hay que Alvarado manifestara tenerlo en menos que a Alessio Robles? A mí me fue indiferente que me apreciase por debajo de los dos, pero en cambio me encantó aquel alarde de franqueza, tan grande que pugnaba con las buenas maneras.

*

Esa noche recorrí por primera vez la senda provisional, abierta entre los matorrales, que unía a Maytorena con Cruz de Piedra. Las tropas huertistas refugiadas en Guaymas eran dueñas también de Empalme, punto donde entroncan, casi a la vista del puerto, la vía férrea del norte y la que sale hacia el sur, con lo que las comunicaciones revolucionarias entre Hermosillo y Sinaloa padecían de un hiato. Éste, como árida laguna de catorce kilómetros de anchura, recortada sobre el territorio dominado por nosotros, se extendía de una a otra de las riberas constitucionalistas, surcado de veredas y caminejos efímeros a los que no protegían ni ocultaban, antes daban mayor relieve, los dispersos grupos de arbolillos entecos y la polvosa pelambreira de las matas. Como aquel ancho espacio quedaba expuesto al fuego de los federales, la prudencia aconsejaba atravesarlo de noche y ya avanzada la hora. Los más hacían la travesía a pie; los otros, en carromatos o tartanas que se alquilaban en ambos extremos —Maytorena y Cruz de Piedra—, como quien toma a orillas de un río una barca.

Alessio, Hay y yo contratamos el mejor de cuantos vehículos nos ofrecieron y salimos de Maytorena a las diez de la noche. Yo sabía que aquel paso no encerraba importancia ni peligro ningunos, y, sin embargo, me lo representaba lleno de sugerencias y encantos. Descubría yo un profundo sentido, algo revelador de no sé qué esencia de México, en el trajinar de hombres que se movían allí entre las sombras, seguros de su marcha, indiferentes a su destino y con el rifle al hombro o la cadera hecha al peso del revólver. ¡Ambiente de misterio, hombres de catadura y

alma misteriosas! La noche era clara arriba y oscura abajo; mas el enjambre de las lucecitas de los cigarros, inquieto e infinito a la altura de los ojos, daba unanimidad múltiple a la doble caravana que iba y venía por nuestro camino y por cuya movilidad pasaba el estremecimiento de la Revolución. Veíamos llamear a lo lejos las fogatas de los federales, alineadas en semicírculo a la derecha del sendero. Las abejas de lumbre de los cigarros, al pasar cerca de nosotros, paraban a veces su bailoteo, refulgían y sacaban de la sombra, esculpidos en resplandor, rasgos indecisos de rostros morenos, reflejos de cierres y de cañones de fusiles, visos de la lustrosa madera de las culatas, estrías de cananas convergentes sobre el pecho, pliegues de camisas negruzcas. El golpe rechinante de los carros ondulaba como mar en torno nuestro y se extendía bajo el ámbito inmenso de las estrellas; los perros nos mandaban, desde lo oculto, sus ladridos incesantes, tristes famélicos sin tregua.

En la parte posterior de nuestro carro, el asistente de Hay dormía acurrucado entre maletas y bultos. Nosotros, en el pescante, platicábamos. A nuestros pies canturreaba el cochero.

*

Cruz de Piedra nos salió al encuentro en forma de tres o cuatro masas geométricas y hoscas, entre las que parpadeaban y discurrían unas cuantas linternas.

—Ahora —dijo Hay— lo importante es dormir para continuar mañana temprano.

Y con las maletas a cuestas nos echamos en busca de sitio propio para tender el cuerpo. Nada mejor en aquellas circunstancias que los furgones de los trenes. Los primeros con que topamos resultaron inservibles: no tenían puertas, olían mal. Al fin dimos con uno que se nos antojó aceptable. Subimos. El asistente de Hay encendió su lámpara de campaña y se puso a tender la cama de su jefe: muy buena almohada, muy limpias sábanas, amorosa frazada. Alessio y yo, que no disponíamos de frazada, ni de sábanas, ni de almohadas, ni de asistente, arrimamos nuestras maletas a un rincón y, apoyada allí la cabeza, nos echamos en el suelo a dormir. Por fortuna, el vagón —un *refrigerator* del Southern Pacific— estaba provisto de reguladores para la temperatura. Gracias a ello, mientras Hay y su asistente durmieron calientes y a sus anchas, nosotros, si sentimos frío, no nos helamos.

II

DE GUAYMAS A CULIACÁN

Dos procedimientos se ofrecían al viajero para agenciarse el desayuno en Cruz de Piedra: uno era el método común, otro el extraordinario. Según el primero, todo se reducía a comprar, en los puestos de donde se surtían los soldados del campamento, un jarro de café y algunas tortillas de harina —tortillas grandes, redondas, de esas que se doblan en punta en torno a su centro y se meten en la boca plegadas en muchos dobleces, cual si se tratara de mascar un papel fino, perfumado y sabroso—. El método extraordinario era de mayor complicación: consistía en hacerse invitar por cualquiera de los hombres próceres del campamento, para lograr así acceso a manjares no tan mezquinos como los de los desayunos mercenarios.

Con el conocimiento minucioso de quien concede importancia suma a su vida de campaña, el coronel Hay nos expuso a Miguel Alessio Robles y a mí las ventajas e inconveniencias de cada uno de los dos recursos indicados y, en fin de cuentas, votó por que adoptáramos el segundo.

—Les prometo —dijo— que si vamos a visitar ahora mismo al coronel Sosa, al cual conozco desde la batalla de Santa María, nos sentará de muy buen grado a su mesa y nos tratará regiamente. La visita, además, no ha de sorprenderle de ningún modo, en parte porque estamos obligados a guardarle la cortesía, como jefe que es del campamento, y en parte porque entenderá a las claras cuál es nuestro verdadero propósito.

Alessio y yo, agobiados como nos encontrábamos por la desvelada y el frío, acaso hubiésemos preferido la inmediata taza de brebaje caliente, comprado en el puesto más cercano, a toda aventura aleatoria de opíparos desayunos. Pero Hay, que había dormido en cama —con almohada, con sábanas, con cobertores—, nos sacaba esa ventaja y nos dominó. ¿Qué resistencia habíamos de oponer nosotros a nada ni a nadie, envueltos en las arrugas y el polvo de nuestros abrigos, que delataban a leguas el tormento de una mala noche de suelo duro y de frío intensísimo? En mí, apenas si empezaba a reaccionar cuanto revive al halago de un día hermoso. El recuerdo de nuestro amanecer en el furgón que nos cobijara durante la noche mitigaba aún los estremecimientos frioleros que me corrían por el cuerpo, rebeldes a la caricia del sol, a un tiempo grata y cortante. Dentro del carro, al despertarme el frío por centésima vez, me habían reanimado los anuncios de la claridad de una mañana luminosa. Nos había mandado el sol, por entre las rendijas de un tablero, multitud de hilillos horizontales que venían a decorar con diminutas rodelas de oro el tablero opuesto, y en la penumbra cálida que de ese juego se desprendía, los contornos inmediatos habían ensanchado su presencia, habían entrado con ademán optimista y enérgico en la belleza de la mañana. Mas con todo, como digo, todavía no lograba confortarme.

*

Hay, por supuesto, tenía razón: el coronel Sosa se esmeró en regalarnos. Lo encontramos en una graciosa cocina improvisada con tablas, hojas de lata y ramas. En un rincón ardía la hoguera. Sobre la lumbre se derramaba de un jarro, espumoso y aromático, el café. Despedía llamaradas y olores la sartén, brillante y chirriante de manteca. A otra parte, casi encima del fogón, colgaban, de cordeles amarrados a los palos del techo, trozos de carne de cerdo y de vaca. En el extremo contrario venían a converger decorativas sartas de cecina y de chiles rojos y verdes.

Fueron cortas las presentaciones, pues el coronel Sosa, harto sutil y malicioso, cumplió eficaz y espléndidamente sus deberes hospitalarios. Tras de mostrar gran satisfacción por conocernos a Alessio y a mí, mandó echar más carne a la sartén, más café a la cafetera y más chile y tomate a la salsa; acercó a las tablas que le servían de mesa las tres sillas que tenía; con un cajón improvisó otra, y nos hizo sentar.

Fue aquel un momento grato, en el que encontramos no sólo qué comer, sino calor amable y acogimiento afectuoso. Claro que a Miguel Alessio y a mí el coronel Sosa nos pareció el hombre más simpático de los contornos. A mí, además, me interesó por una circunstancia en que quizá otro no habría reparado: esa mañana, el coronel Sosa llevaba dos chaquetas, una de paisano y otra negra con botones dorados y vivos rojos.

Pasado el desayuno, Hay se dedicó a disponer lo concerniente al tren que habría de llevarnos a Culiacán. Miguel Alessio quiso asomarse desde lejos a Guaymas, para ver los cañoneros de los federales, y se encaminó a uno de los cerros próximos. Yo me dediqué a recorrer el campamento, a hablar con la tropa, a estudiar la sorprendente organización establecida allí por el general Alvarado. El principio del orden se manifestaba en los campamentos de Guaymas hasta en el sistema de venta con que se protegía al soldado contra los abusos de comerciantes y pagadores, y eso valía la pena de observarse de primera mano. Porque mirando así, de cerca, se entendía más cabalmente el porqué de la satisfacción con que el soldado de Sonora —indio yaqui por lo general— se alistaba en la hueste revolucionaria. En 1913, la Revolución, como todo movimiento liberador en su origen, era un impulso innegablemente puro, de vitalidad regeneradora, lo que se mostraba visible y activo hasta en los últimos detalles. De otro modo no hubiese fracasado en Sonora tan completamente el ejército federal, cuyos verdaderos combates se libraban, no con la potencia revolucionaria, sino con el germen destructor que aquel ejército traía consigo.

*

Vio Miguel Alessio los cañoneros huertistas desde la cima del cerro que había escogido como atalaya, y tardó más de dos horas en volver. Hay, aunque no teníamos ninguna prisa, se impacientó, y al regresar Miguel Alessio de su excursión tuvo con

él una seria disputa en que salieron a relucir artículos de la Ordenanza General del Ejército y varios capítulos de la Declaración de los Derechos del Hombre. Las libertades del hombre tuvieron aquí razón contra los ordenamientos que el hombre mismo se impone, y hubo de reconocerse que Hay, en su afán formalista, se hacía del revolucionario típico un ideal caricaturizador de todas las virtudes disciplinantes. Los ánimos se apaciguaron, se corrigieron los conceptos y empezó el tren su carrera larga, cansada, interminable, a la vista de la grandiosa sierra azul, entre cuyas anfractuosidades serpeaban las líneas blancas de los torrentes y los caminos misteriosos.

—Por allí —decían los concedores, señalando aquellas resquebrajaduras blanquecinas—, por allí bajan los indios broncos.

Y la sierra abrupta, la sierra inmensa, cuya calidad estética suprema se debe al juego de la luz con los caprichos más nítidos de la superficie y la línea, vivía de boca en boca el contraste entre su belleza de claridad y la negra leyenda de sus incursiones bárbaras. En las estaciones, a las que el tren llegaba de tarde en tarde, había improvisados miraderos, puestos sobre estacas y cubiertos de ramas, desde donde el atalaya avizoraba al indio, rastrero y artero en el ataque.

Las tales estaciones correspondían a pueblos desolados y embebidos —hasta los más importantes, como Navojoa— en una penetrante atmósfera de barbarie, de descivilización, de holgura en lo incivil e informe, en lo primitivo y feo, que hacía al espíritu encogerse. Los formaban unas cuantas casuchas de adobes amarillentos —bajas, chatas, desnudas— asentadas con deleite en el mar de polvo —polvo ahora, lodo sin duda en tiempo de aguas—. En la calle única, algunos calesines y carros levantaban con sus ruedas nubes blancas, o bien, más polvorientos que el suelo mismo, estaban quietos, atada la bestia a un palo clavado en la tierra. Era un *Far West* mexicano, más naciente que el otro, con menos barruntos de industria y de máquina, con menos energía, con mayor influencia aborígen en el aprovechamiento del barro como material arquitectónico, pero igualmente bárbaro que el otro, más bárbaro quizá en su brutalidad, libre de las tradiciones civiles, y en su ignorancia de las formas suavizadoras inventadas por la cultura de los hombres. En aquellas regiones no había tenido tiempo de fructificar la obra desbarbarizante de los padres jesuitas; flotaban aún ráfagas de auténtica vida salvaje, un ambiente trágico y doloroso en que el débil esfuerzo hacia lo mejor se ahogaba entre los impulsos desordenados de hombres sólo sensibles a la pasión y al apetito zoológico. Y tal impresión, la de estar respirando aires bárbaros, no habría de aliviarse en mí hasta entrar el tren en el dulce territorio sinaloense. Porque junto a la Sonora meridional, Sinaloa es, aun en sus más insignificantes rancherías, el anuncio de la civilización.

*

En San Blas no encontramos dónde guarecernos durante la noche; pero encontramos,

en cambio, a la puerta de un jacal metido a fonda, unas graciosísimas camas que se alquilaban, así, a la intemperie, para que sobre ellas se extendieran los valientes, capaces de desafiar temperaturas de tres y cuatro grados bajo cero. Ni Alessio ni yo éramos valientes de esos —Hay tenía de sobra con su equipo militar—; pero a falta de mejor ilusión nos amparamos a aquella oferta de reposo. Las tales camas eran muebles fantásticos. Tenían un tambor hecho de aros de barril entretejidos con tal vigor, con tal arte para lo fuerte e inflexible, que no hubiesen cedido ni bajo el peso de una locomotora que allí fuera a echarse en busca de descanso. Los tambores, además, estaban recubiertos de cuero crudo y formaban una superficie rugosa y convexa que caía a ambos lados, hacia los largueros. De modo que pronto descubrimos nosotros lo difícil que era dormir allí tendidos longitudinalmente, so pena de rodar a lo mejor por uno u otro lado. Cambiamos entonces de postura, en busca de las seguridades de lo transversal; pero al punto descubrimos que tampoco esto era de nuestro gusto: porque boca arriba quedábamos como Prometeo encadenado a su roca, y boca abajo braceábamos y pataleábamos en el vacío, íbamos como nadando en una esfera dura y fija. Buenamente acabamos por dejarnos resbalar hasta el suelo y nos acurrucamos allí, entre los pliegues de nuestras sábanas, más blancas aún a la luz fría de las estrellas de noviembre.

*

Ni Alessio ni yo las llevábamos todas con nosotros en cuanto a la comisión que nos confiara Carranza. Igual que en Sonora, donde la Revolución se hallaba ya dividida en pesqueiristas y maytorenistas, en Sinaloa había la gente de Riveros y la gente de Iturbe. La analogía se prolongaba a otros puntos: también en Sinaloa, como en Sonora, los guadores de los grupos eran excelentes personas; aquí también la escisión se fundaba más en consideraciones personales y de poder futuro que en discrepancias respecto de los principios. ¿Por qué se atacaban Pesqueira y Maytorena, Riveros e Iturbe? Al recién venido que preguntaba se le exponían con grandes esfuerzos algunas breves razones, enredadas, especiosas y perfectamente absurdas; pero como una vez allí, salvo que se fuera un lince, se imponía escoger entre un grupo o el otro, el que llegaba venía a creer al fin alguna de las dos versiones que le contaban, y a su turno las repetía con el mismo énfasis que los interesados directos. En el fondo todo se reducía a la disputa, eterna entre mexicanos, de grupos plurales dispuestos a adueñarse del poder, que es singular: predominio, en unos y otros, de las ambiciones inmediatas y egoístas sobre las grandes aspiraciones desinteresadas; equivocación del impulso mediocre que lleva a buscar el premio de una obra, con el impulso noble de la obra misma. Pero como la disputa no podía evitarse, se inventó la tesis que la justificara: los más próximos a don Venustiano —que fue, con su maquiavélico concepto pueblerino del arte de gobernar, el principal cultivador de la cizaña— reivindicaron para sí el verdadero espíritu de la Revolución, se declararon

los radicales, y lanzaron sobre todos los otros, sobre todos los que no los reconocían a ellos como privilegiada casta de semidioses, el anatema de conservadores y aun de reaccionarios. Y así nacieron en Sonora los dos partidos —tan ayuno de ideas el un bando como el otro, pero ambos obligados, de allí en adelante, a simular el criterio que se atribuían o se les atribuía—. Esos dos bandos, como plaga de discordia, habrían de extenderse después desde Sonora hasta Sinaloa, luego a Chihuahua, y luego a toda la República con el convencionismo, el villismo y el carrancismo.

La designación de Miguel Alessio Robles para secretario de gobierno de Sinaloa, y la mía como presunto oficial mayor, estuvieron pues —por su origen, contrario al del grupo que dominaba en el gobierno de Sinaloa— a pique de ponernos, al llegar a la capital del estado, en trance bien ridículo. Por fortuna, la gente de Riveros, que era la parte que nosotros, sin saberlo, veníamos a herir con nuestra presencia, quiso mostrarse decidida desde el primer encuentro e ideó un medio sencillo para hacernos sentir al punto su estado de ánimo. A esperarnos en la estación de Culiacancito vinieron el general Iturbe con todo su estado mayor, el general Diéguez con el suyo y el gobernador Riveros con los altos funcionarios del gobierno. Y Riveros, en el momento de las presentaciones, recalcó varias veces, con visible intención, los títulos de «secretario general» y «oficial mayor» al decir los nombres de las personas de su confianza que desempeñaban tales cargos.

Desde ese momento resolví —y así se lo propondría después a Miguel Alessio— no aventurarnos a presentar las cartas de Carranza. No quise que fuéramos nosotros un nuevo motivo de disputa: no lo quise, entre otras cosas, porque —aparte valores individuales (como el de Iturbe, por ejemplo, que tenía ganada ya la aureola de uno de los mejores generales de la Revolución)— los dos grupos de Sinaloa me parecían igualmente revolucionarios e igualmente dignos de estima, aunque lo contrario dijese los unos hablando de los otros.

III

RAMÓN F. ITURBE

El comedor de la casa del general Ramón F. Iturbe no mostraba, al llegar nosotros esa noche, nada del aparato tan común en las grandes ocasiones. Claro vi, con sólo entrar, que el jefe de las tropas revolucionarias de Sinaloa era hombre sencillo y sobrio. La cena de bienvenida se nos ofrecía en una habitación notable por su limpieza, arreglada con esmero, pero en la cual todo se declaraba ajeno a la ostentación y al lujo. Una mesa amplia y blanca ocupaba la mayor parte del espacio de la sala — limitado por cuatro paredes casi desnudas— y recogía, lanzándolos después con mayor nitidez, los rayos de la lámpara pendiente del techo. Sobre el mantel, los brillos humildes de una vajilla pobre y las transparencias desiguales de vasos de diversas formas alternaban con las manchas oscuras, como de palos de boliche en desorden, de las botellas de cerveza.

El único ornato especial que se discernía entre todo aquello lo formaban varios ramos de flores puestos en jarritos bajos y dos hermosas granadas de 75 milímetros —dos de las últimamente quitadas a las fuerzas huertistas—, enhiestas, como pequeñas columnas, en los focos ideales de la elipse en cuyo contorno nos íbamos a sentar. La luz de la lámpara bruñía largos reflejos en los dos enormes casquillos de cobre y abrillantaba la superficie roja de los proyectiles debajo de los faros diminutos que los rayos luminosos encendían sobre los anillos de las espoletas. ¡Lucecitas menores todas ellas, pero simbólicas de la lucha y del triunfo! Su presencia nutría allí el aliento de la victoria —penetrante y contagioso como el desaliento de la derrota— y, sobre todo, nos hermanaba.

De las veinte o veinticinco personas que estábamos a la mesa, Ramón F. Iturbe era —esto se comprendía desde luego— el de mayor importancia intrínseca, el dotado de más fuerte personalidad. Diéguez, Hay, Riveras, Alessio, yo y todos los otros entrábamos en el conjunto como reflejos o sombras, como elementos parciales del fondo de claroscuro. Iturbe figuraba íntegro. Y figuraba no a fuerza de querer hacerse notar, sino al revés, contra todo empeño por inhibirse.

Iturbe hablaba poco y con cautela. Su frase, resuelta a alcanzar el matiz de los pensamientos, seguía un trazo lento y sinuoso, tan sinuoso que al pronto se hubiese creído que buscaba disfrazar u ocultar el fondo de las ideas. La cultura de Iturbe, pobrísima entonces, tenía la ventaja de presentarlo libre de la salsa de repugnantes lugares comunes en que nadaban los revolucionarios semileídos y farsantes. Se expresaba, además, con cierta timidez, con el aire de humildad sincera de quien creyese fácil caer en error y de antemano estuviese de acuerdo en que se le enmendara la plana. Todo lo cual producía en su carácter un raro contraste con otras cualidades: contraste entre su inseguridad juvenil y su aplomo adquirido ya en la vida; entre su adolescencia espiritual y su madurez precoz de alma, acentuada por su fe en sí mismo, por su profunda e íntima convicción de estar, fundamentalmente, en

lo cierto y lo justo.

Porque Iturbe era uno de los poquísimos revolucionarios que habían pensado por su cuenta el problema moral de la Revolución y que habían venido a ésta con la conciencia limpia. Aunque muy joven, su impulso revolucionario arrancaba más de la convicción que del entusiasmo. Y en él, la convicción no se reducía, como en otros —los principales, los guidores—, al ansia de crear un estado de cosas dócil al imperio propio, sino al imperativo de obrar bien, de obrar moralmente, religiosamente. No en balde Iturbe era el único general revolucionario que creía en Dios y que afirmaba sus creencias en voz alta, ya en tono de estarse disculpando. Y eso sólo, creer en Dios, lo levantaba a gran altura sobre todos sus compañeros de armas, casi siempre descreídos e ignorantes, bárbaros, audaces, sin ningún sentido de los valores humanos y desconectados de todas las fuentes originadoras de los impulsos hacia la virtud.

Su extrema juventud y lo muy desmedrado de su cuerpo hacían de él, al principio, un personaje de poco relieve. Él, por otra parte, acusaba con el desaliño de su traje un descuido tan espontáneo, una tan auténtica inatención por lo inmediatamente material y corpóreo, que se requería mirar dos o tres veces la totalidad de su persona para convencerse de que aquello, lejos de ser defecto, era disposición de ánimo superior, indiferencia por lo que en el fondo no representaba valor ninguno definitivo, de igual manera que en los generales sonorenses era temprana manifestación de defectos, y no de virtud, el inquebrantable apego a los arreos militares más militaristas. Pero una vez bajo la mirada escrutadora, Iturbe crecía rápidamente e iba dejando entrever por qué pertenecía al corto número de los que mandaban hasta cuando practicaba la obediencia.

Su temperamento reflexivo y maduro constituía la base de su personalidad, apuntaba en los detalles más nimios. Esa noche, por falta de abridores, hubo que destapar las botellas de cerveza al modo revolucionario: haciendo encajar el borde de la corcholata en el martillo de la pistola y apoyando ésta después contra el cuello de la botella hasta que el tapón saltara de su sitio. Quién más, quién menos, todos los presentes efectuamos la operación con dejos de temeridad ostentosa, cual si los revólveres (el cartucho 38 o 44 frente a la aguja) fueran instrumentos inofensivos. Y es que entre nosotros no había quien no se creyera muy valiente ni se sintiese ya muy hecho a jugarse la vida minuto a minuto. Iturbe no lo hizo así. Desenfundó la pistola con sencillez; la volvió culata arriba cuidadosamente; tomó la botella con la mano izquierda, y, atento a que el cañón del arma apuntara en dirección del piso, o de la pared que le quedaba a la espalda, la hizo describir la curva supletoria de las funciones del abridor. Viéndole tal aspecto, no se habría creído que se tratara del mismo hombre que a la hora del combate, y siempre que el arriesgar la vida tenía un sentido, se olvidaba de ponerle cortapisas al valor, según acababa de demostrarlo durante el ataque y toma de Culiacán.

LIBRO QUINTO

TIERRA SINALOENSE

I

PRIMERAS IMPRESIONES

Eduardo Hay se hizo cargo, desde luego, de su puesto de jefe del estado mayor de Iturbe; pero Miguel Alessio y yo, abandonado el propósito de hacernos nombrar funcionarios sinaloenses, volvimos a ser dueños de nuestras acciones y nuestro tiempo.

Para distraernos, nos dedicamos a hacer el reconocimiento físico y psicológico de Culiacán, que encerraba, para nosotros, el doble interés de ser una ciudad no vista y una ciudad recientemente quitada a las tropas de Huerta. Había, además, en la atmósfera de aquella pequeña ciudad, modesta y grata, una radiosidad que convidaba a gozar de ella desplazándose dentro de su ámbito; una madurez de vida, en pleno diciembre, que —tras los días resacos y terrosos de Hermosillo— tonificaba el ser, lo enaltecía, lo precisaba y aguzaba, y ponía a flor de cuerpo el ansia de entrar en contacto con las cosas.

Durante el día todo se ataviaba con raro prestigio en Culiacán. Las aguas del Tamazula eran de un tinte azul idéntico al del cielo, sólo que en el río quebraban el tinte azul las manchas morenas de los cantos y lo limitaba, en lo hondo de la transparencia, el lecho de arena, coloreado en contraste. Crecía en los alrededores de la ciudad, en roce estrecho con los muros de las últimas casas, una exuberante vegetación: huertos espesos, cañavelares tupidos, alfombras de verdura perpetua bajo el moteo de las flores. Y el cielo, de una claridad a veces deslumbradora, vertía sin cesar sobre ese campo y las calles que en él trazaban los grupos de casas, ondas de luz que lo doraban todo. Así iluminado, nada había feo o inerte: el lodo mismo irradiaba reflejos que parecían ennoblecerlo.

*

Tanto era el lucimiento y fuerza con que sentíamos vivir allí los elementos naturales, que con trabajo echábamos de ver en la ciudad los estragos de la querrela de los hombres. Las tiendas saqueadas —rotas las puertas, vacíos los anaqueles— no cobraban su verdadera significación hasta después de detenernos ante ellas insistentemente. Las casas desiertas, de donde la turba sacara los muebles, sugerían apenas un leve momento de desorden confuso, una arruga pasajera en la trama del vivir social, no la guerra intestina en su máximo desenfreno. Discurrían por las calles escasos grupos de habitantes puestos a la difícil tarea de ganarse la vida en un sitio donde apenas se encontraba qué comer; pero su aspecto, pese a las circunstancias, era de lo más riente, de lo más optimista, de lo más seguro. Para surtirse de otra camiseta o reponer los inservibles pares de calcetines había que esperar la llegada de Schwab —el famoso comerciante judío de aquella época—, que hacía viajes hasta Nogales de Arizona, de donde regresaba cargado de saldos de ropa, fantásticos por el estilo y los

precios, y con los que nos vestía de un modo aún más fantástico: juegos de ropa interior cuyos colores y dibujos eran tan absurdos que su origen resultaba cosa inexplicable, extraterrena; camisas que se cerraban por detrás; trajes verdes, a rayas romboidales, que en el acto nos clasificaban entre las culebras, y otros de elementos disímiles que ataba no sé qué fantasía tan enérgica como misteriosa y que nos prestaban personalidades monstruosas y grotescas: la mitad beisboleros y la mitad *cow-boys*, la mitad alpinistas y la mitad veraneantes de una playa de moda. Pero eso no variaba nada ni contaba nada dentro del ritmo de la naturaleza ambiente; como tampoco parecía importar que no siempre hubiese pan en la ciudad, ni carne, ni café, ni otros alimentos por el estilo. Era aquel un diciembre como una primavera: los principios vitales se agitaban por dentro, se nutrían de sí mismos, se bastaban y multiplicaban con sólo ser.

Semanas después, Laveaga —el que luego sería senador y entonces se ocupaba en las nobles tareas del comercio— habría de aparecerse como un dios mitológico en medio de aquel vivir sensual y brillante. Hacía tiempo que Culiacán, prácticamente, no probaba la cerveza. Laveaga lo supo, y, mercader revolucionario esforzado, pasó un furgón de ella frente a los federales de Guaymas y no paró hasta Culiacán. La ciudad lo recibió en triunfo, le pagó a peso de oro su amargo líquido e hizo por varios días una fiesta que de ser otra la edad imaginativa de los culiacanenses se habría perpetuado, dando nacimiento a una leyenda o a un mito.

Otro dios o semidiós, asimismo mitológico, era Octavio Campero. Éste, desde la entrada de las tropas, se había posesionado del casino de Culiacán —casino de *científicos*— para hacer con él lo mismo que quienes lo poseían antes, sólo que ahora con los hombres nuevos. Y la verdad es que su iniciativa mereció copiosísimos aplausos de todos los amigos y correligionarios. Organizador y activo, Campero cuidó en el acto de los menores detalles: mandó imprimir las tarjetas de entrada para los nuevos socios; contrató servidumbre; puso en marcha la cantina; dio animación a las partidas de juego y a las reuniones y charla de las tertulias.

A las mesitas del casino revolucionario culiacanense fui yo a recalar muchas tardes, extenuado de fatiga tras mis largas caminatas.

II

UNA NOCHE DE CULIACÁN

Mucho tiempo después habrían de contarme, a propósito del general Juan Carrasco, la graciosa salida suya que me lo hizo simpático para siempre. (Viniendo una vez de Guadalajara a México, un oficial de su estado mayor le preguntó, al pasar el tren sobre el puente del río Lerma: «¿Qué río es éste, mi general?». A lo que Carrasco respondió: «Éste, hijo, es el río Grande. Lo llaman así porque se le cuenta entre lo muy, muy enorme del mundo. Según creo yo, sólo el Mesesipe le supera»). Pero la verdad es que ya entonces me interesaba el guerrillero sinaloense como tipo representativo de uno de los aspectos de la Revolución.

Por aquellos días, su nombre sonaba a menudo cerca de nosotros. Aparte sus acciones guerreras, no había quien no hablara en Culiacán de los entusiasmos prolongadísimos con que celebraba él los últimos triunfos revolucionarios, muy en particular el de la toma de la capital del estado por nuestras fuerzas. Cierta mañana lo vi pasear por las principales calles en entera concordancia con lo que de él se decía. Iba en carroza abierta, terciada la carabina a la espalda, cruzado el pecho de cananas y acompañado de varios oficiales masculinos y uno femenino y notorio: la famosa *Güera Carrasco*. Detrás del coche, a la buena usanza sinaloense, una charanga hasta de cuatro o cinco músicos se afanaba por seguir el paso de los caballos, sin dar por ello reposo a sus instrumentos. Y lo más curioso era que los miembros de la murga, visiblemente rendidos por el doble ejercicio, mostraban menos fatiga que el séquito y el general. El contraste me impresionó y me hizo detenerme para mirar más a mis anchas el espectáculo y sus personajes.

De éstos, sin duda, el central era Carrasco. Con su esbeltísimo talle, con su cabeza pequeña y su rostro bronceado, de facciones angulosas, su gran figura dominaba la escena. La *Güera* —se comprendía en seguida— se esforzaba a su vez por ocupar sitio y llamar la atención; pero en este punto, Carrasco la traía hecha añicos. Él, pese al cansancio que parecía doblegarlo —y sin pretenderlo ni saberlo quizá—, acaparaba las miradas del público: todos se volvían a ver su cara partida en dos por la línea negra del mugriento barbiquejo y velada a medias por el ala oblicua del sombrero, puesto con garbo.

—Con éste —dijo a mi lado una voz— son tres los días que lleva así mi general Carrasco.

—¿Tres? —inquirí volviéndome, y deseoso de saber más.

—Tres con sus noches —me contestaron—. En lo cual, sí hay pecado, más ya por el poco tiempo que por el mucho. ¿Ve usted cómo anda ya mi general a estas horas? Pues le quedan aún cinco o seis días de horizonte risueño. Ahora, que no es de día, sino de noche, cuando el verlo da gusto.

—Y ¿por qué de noche?

—¡Ah, porque entonces se le juntan sus soldados!

*

Esa noche misma, sonadas las diez, me propuse asistir a lo que el desconocido había ponderado tanto en la mañana. Dejé a Miguel Alessio Robles preparando el discurso que diría al día siguiente ante la tumba de Garmendia, y me eché a la calle en busca de la parranda de Carrasco y su tropa.

A semejante hora, en el Culiacán de aquellos días, era insólito encontrar gente por las calles. Apenas si en la proximidad del mercado se veía discurrir a unos cuantos trasnochadores en busca del clásico plato de pollo, servido a la luz humosa de velones y lanternas. Era el Culiacán desierto de los días siguientes al sitio; el de las casas abandonadas; el de las tiendas vacías por el saqueo doble —saqueo de los federales al emprender la fuga; saqueo nuestro al entrar, urgidos también nosotros por las necesidades terribles de cada minuto—. Y la desolación, pavorosa en el día, pero semioculta entonces bajo el manto admirable de una naturaleza rica y desbordante en pleno invierno, se alzaba durante la noche, del fondo mismo de las sombras, invisible y real, imponderable e inmediata. Bastaba el recorrido de unas cuantas calles para perder las pociones diurnas, para sentirse vagando en el interior de un cuerpo a quien el alma hubiese sido arrancada, para escuchar, como venido de lo más hondo del enorme ser muerto, el latir de las propias arterias, allí brújula única, contacto único con lo vivo. En medio de la más completa soledad del campo o de la montaña siempre se oye de noche, o se presiente, una palpitación vital; en medio de la ciudad en ruinas, las tinieblas son lo más cercano al desvanecimiento del último soplo en la nada. Aun los súbitos fulgores de vida se desnudan entonces de su apariencia auténtica, se vacían de su contenido: el perro famélico que pasa de pronto, pasa como el espectro del perro; la voz lejana nos hiere como un eco —con la mortal deshumanización de la voz en el eco—; el bulto que boga un instante en el espacio iluminado bajo el remoto farol es el aparecido del bulto, participa de la inconsistencia de lo plano, carece de su tercera dimensión. Y una imagen se agita entonces en la memoria, se apodera del espíritu y le comunica su estremecimiento: se ve a Eneas abrazando en vano la sombra de Anquises bañada en lágrimas que no mojan.

Prendido a aquellas imágenes lúgubres ambulé más de una hora por las calles solitarias y oscuras. Conforme me alejaba del centro, las tinieblas se hacían más profundas, el silencio más mate. Llegó un momento en que me perdí, y anduve un rato a tientas. Luego un fugaz resplandor lejano me sirvió de norte, y poco después empecé a seguir, a grandes rasgos, las someras indicaciones de mi sentido de orientación, ya con ánimo de retirarme a casa. Porque mi largo caminar acabó por antojármese inútil y desprovisto de sano propósito. A lo mejor, el holgorio nocturno de Carrasco y sus tropas era mera invención del desconocido de la mañana.

Eso pensaba yo cuando oí, tamizado por la oscuridad, un levísimo rumor de voces. Se le sentía venir de la parte hacia donde yo caminaba... Seguí andando... A

los pocos pasos escuché varias detonaciones que dominaron aquel rumor, ya más próximo, pero aún confuso, zumbante. Me detuve. No se veía nada: la negrura de la sombra me tocaba el rostro. Los disparos, a juzgar por la opacidad de las detonaciones, se habían producido dentro de una casa. Su sucesión había sido uniforme y rapidísima. «De una misma pistola —me dije— y de una misma mano». Y esperé quieto.

El rumor de las voces no cesaba. A poco otra serie de detonaciones —ésta también regular y rápida— volvió a cubrir los demás ruidos. Eran disparos de otro calibre... Las voces, como ola que sube, arreciaron entonces y se enhebraron en un grito agudo, carcajeante, que tras varias notas guturales —seguidas, menuditas— se ensanchó en un ¡ay! casi sin aliento y vino a terminar en una expresión ronca y obscena... Aquello me hizo comprender: eran Carrasco y su gente. Y entonces me dispuse a oír con toda la concentración que nos embarga en las sombras.

Para mi oído, ya que no para mis ojos, el grito acababa de señalar el punto de donde antes partieran las detonaciones. La casa de los disparos estaba en la acera por donde yo iba, probablemente a doscientos o trescientos pasos. Vacilé un punto sobre lo que me convenía hacer. ¿Me acercaba más a la casa? ¿Retrocedía? Por lo pronto resolví cruzar hacia la acera de enfrente, y, al hacerlo, descubrí que por ese sitio la calle venía a convertirse en lodazal, más que en lodazal, en río de fango que se tragaba mis pies hasta el tobillo. Así y todo, anduve poco a poco, y después de marearme varias veces con el vértigo de la sombra, logré tocar la pared opuesta. Allí, al parecer, no había acera: el mar de lodo llegaba hasta fundir su negro profundo con el tono pardo, discernible apenas, de los muros de las casas. Era absurdo seguir caminando en tales condiciones; pero como no se veía gota, resultaba quimérica la busca de mejor sendero. Por allí continué.

Conforme me acercaba al lugar de las detonaciones y el grito, las voces —no menos confusas que antes, no menos indescifrables— ganaban el volumen. «Deben ser muchos», iba yo diciéndome, cuando tropecé con algo —al parecer con las piernas de un cuerpo recostado contra la pared— y me fui de bruces hacia el lodo. Pero al extender los brazos en el curso de la caída, mis manos, abiertas en anticipación del suelo, dieron milagrosamente en la ropa de otro cuerpo, al que me agarré. Este segundo cuerpo estaba a pie firme, según noté en seguida, y fue a sus piernas a lo que me mantuve asido mientras mis rodillas se posaban en el lodo con fresca blandura. Mi salvador invisible pareció entender lo que me pasaba, pues sentí una mano fuerte que me cogía por una axila, que me ayudaba a enderezarme y que, por último, me soltaba un instante para convertirse en brazo echado sobre mis hombros, brazo cariñoso, brazo que me apretaba el cuello con inesperado afecto, sensación que se desvaneció en mí en el acto para resolverse en la de un olor humano desagradabilísimo y a vueltas con el tufo del mezcal. Entonces hice un vigoroso movimiento para soltarme de aquel cuerpo que se me juntaba; pero como el brazo me sujetó con mayor fuerza, y al mismo tiempo una puerta de la acera de enfrente dejó

escapar un rayo de luz, me torné inmóvil. El que me abrazaba dijo:

—¡Anda, pos y que te me quieres ir!...

La luz de la puerta nos estaba dando de soslayo. Quise ver quién me tenía cogido y levanté la vista. Mi apresador era un soldado andrajoso. El sombrero de palma, le caía hasta media nariz, al grado de que el ala tocaba, ancha y colgante, el cuello de una botella que tenía empuñada con la otra mano y apoyada, por el fondo en el ángulo que las dos cananas le hacían sobre la camisa mugrienta. Muchos sombreros como el suyo iluminaban en aquel instante el estrecho paralelogramo de luz vaciado en la calle por la puerta a medio abrir; y a un lado y otro del espacio luminoso —en la penumbra primero, luego en los confines de las tinieblas— se perfilaban sobre una masa informe más y más sombreros del mismo tipo. Imposible calcular su número: igual podían ser doscientos que cuatrocientos o mil. Mientras veía esto, vi asimismo, por encima de toda aquella muchedumbre, que bajo la horca luminosa de la puerta salían a la calle varias figuras de hombres, entre ellas una de silueta alta e inconfundible: era Carrasco... La puerta se cerró.

La oscuridad me cegaba ahora más que antes. La multitud en cambio, gracias a la acción de un nuevo sentido, se volvió para mí más perceptible. Dentro de su contorno, que yo no veía, pero que sentía, se formó un alma de unidad colectiva: la muchedumbre se incorporó y comenzó a agitarse como un cuerpo solo, a ondular, a mecerse, a bambolearse, todo en el corazón de un ruido espeso y opaco. Porque persistía el rumor, bajo e impreciso, de las voces, como antes. Los movimientos no se resolvían en choques, o ahogaban los choques en el colchón de lodo. Pero el temblor que sometía ahora el total de la masa a una sola voluntad era evidente: uno como fluido corría de cuerpo en cuerpo. Se esbozó primero una onda hacia la parte donde estábamos yo y el bruto que me sujetaba cada vez con más fuerza. Luego la ola refluyó. Luego me di cuenta de que se iniciaba un avance lento: tan leve que, más que avanzar, revelaba la intención previa de avanzar.

Conforme nos movíamos noté que poco a poco iban surgiendo, a la espalda del grupo formado por mí y mi apresador, y a ambos lados, otros grupos que nos apretaban y empujaban. Eran parejas, como la nuestra, o racimos de tres, de cuatro, de seis hombres enlazados entre sí. De nuevo intenté escapar, esta vez casi con furia; mas mi compañero, con presteza de músculos muy superior a la mía, me apretó el cuello. Para mí, la lucha resultaba difícil, imposible, porque él se hallaba en la fase de la embriaguez en que la agilidad precisa de los movimientos se hace insuperable, y, además, porque era grande y fuerte. Mi nuevo forcejeo le provocó una risita baja, orgullosa y contenida, aunque reveladora de todo menos de maldad. Aquello, por lo visto, le divertía. Poco a poco fue acercándome a la cara, sin duda para demostrarme su actitud benévola, la mano con que tenía cogida la botella. Sentí contra mis labios el extremo frío y pegajoso de la boca de vidrio y por dos o tres segundos me escurrió sobre el pecho el mezcal. Luego apartó de mí la botella y bebió él a grandes tragos.

La mole humana que formábamos se movía mientras tanto hacia el extremo de la

calle. Unas siluetas altas, como de hombres a caballo, formaban el centro en torno del cual nos arremolinábamos. La más alta de ellas debía ser la de Carrasco. De tarde en tarde bajaban de allí voces con entonación de autoridad, aunque para mí inarticuladas, indistintas, como todas las otras; pues —cosa rara, fantástica— en medio de aquel gran mar de gente no había logrado oír, hasta entonces, otras palabras inteligibles que las que dijo al principio el hombre que me tenía preso. La expresión de toda esa multitud no rebasaba los susurros, los murmullos: murmullos de canciones, susurros de frases. Sólo a ratos un grito estridente lo dominaba todo: luego el zumbido de colmena recobraba su siniestro imperio. A veces también, las rápidas series de los fogonazos nos envolvían en un resplandor rojizo e intermitente que moría con la última detonación. E igual que los disparos, los gritos eran a manera de remate de vagas aspiraciones, que se manifestaban cuando los murmullos caóticos, acordados en cierto modo, lograban, en su musitación, vaga semejanza con cantos.

¡Extraña embriaguez en masa, triste y silenciosa como las tinieblas que la ocultaban! ¡Embriaguez gregaria y lucífuga, como de termites felices en su hedor y en su contacto! Era, en pleno, la brutalidad del mezcal puesta al servicio de las más rudimentarias necesidades de liberarse, de inhibirse. Chapoteando en el lodo, perdidos en la sombra de la noche y de la conciencia, todos aquellos hombres parecían haber renunciado a su humanidad al juntarse. Formaban algo así como el alma de un reptil monstruoso, con cientos de cabezas, con millares de pies, que se arrastrara, alcohólico y torpe, entre las paredes de una calle lóbrega en una ciudad sin habitantes...

Al llegar a una esquina mi compañero y yo, pude escapar. ¿Cuánto tiempo me sujetó aquel abrazo hediondo? ¿Me sujetó una hora? ¿Dos? ¿Tres? Cuando me arranqué de él sentí quitárseme de encima una opresión mayor —corporal y moral— que si todo el espacio negro de la noche, convertido en dragón inmenso, hubiese estado pesando sobre mis hombros.

III

LA RELIGIOSIDAD DE ITURBE

Nuestros paseos solíamos hacerlos en carretela, invitados por el general Iturbe. Culiacán se nos ofrecía entonces —tal al menos se me figuraba a mí, al observar la mirada gozosa, tranquila, con que Iturbe lo abarcaba todo— como premio de un largo esfuerzo. Sin duda que el triunfo final de la Revolución quedaba aún muy distante —apenas estábamos en los comienzos de la lucha—; pero ¿cómo no oír el secreto sentimiento, o presentimiento, de esa hora, la convicción de que pasear así por la ciudad recientemente conquistada equivalía a sellar y saborear el triunfo de una etapa?

El carruaje, de muy buenos muelles y excelente tiro, rodaba blando sobre la húmeda tierra de las calles principales. Luego, agotado el centro daba tumbos —tumbos en que las sopandas nos mecían como en columpio— entre el lodo y los charcos de los barrios extremos. Y de esa manera visitábamos hasta los sitios más recónditos y advertíamos los más nimios detalles de cuanto desfilaba ante nuestros ojos. Porque como íbamos siempre a un paso que resultaba desproporcionado con las dimensiones de la ciudad, había que pasar y repasar por los mismos lugares para que la distracción durase.

Iturbe, no sé si por hábito propio o por seguir alguna costumbre sinaloense, no daba instrucciones generales al cochero en el momento de partir, sino que iba decidiendo, conforme avanzábamos, el camino que había de seguirse. Minuto a minuto decía: «A la derecha», «A la izquierda», «Para atrás», «Por el puente», «Hacia la capilla». Y si la necesidad de comunicar una de estas órdenes lo sorprendía conversando, en el instante preciso quebraba la frase, se dirigía al cochero y reanudaba en seguida, sin tropiezo alguno, lo que venía diciendo. Era un arte peculiarísimo, que a mí me interesaba como gimnástica propia para enseñar a la atención a desdoblarse de modo continuo, con eficacia paralela, en dos cauces simultáneos aunque divergentes. En un principio sólo me divertió; pero después traté de practicarlo por mi cuenta, participando de lleno en la conversión y, a la vez, analizando la lógica que Iturbe ponía en el itinerario.

*

En la monotonía de tales paseos, lo grato parecía provenir, más que de cualquier otra cosa, de la espirosidad, como de champaña, que impregnaba el aire, la cual nos predisponía a mirarlo todo con ojos inteligentes, simpatizantes. Había, aparte eso, dos digresiones que a mí se me antojaban de grande interés: una, el tránsito por el puente del río Tamazula; otra, el indispensable alto al pie del cerro, en cuya cima lucían blancas, enjalbegadas, humildes, las paredes de la capillita.

El largo puente sobre las aguas azules y poco profundas del río estaba dotado de

la secreta virtud de abrir horizontes a las almas contempladoras. Era tosco, feo, inartístico, pero tenía siempre cierta fresca novedad, y si no él, lo que de él se desprendía: el paisaje, no muy rico en el fondo, que lo rodeaba. Más tardábamos en entrar en él que en sentirnos trasladados a otro plano, como si se tratara de un recinto destinado a la vida del espíritu, de un templo. Lentamente, al paso de los caballos, se movía nuestro coche por entre las dos rojas arcadas de hierro, cuyas sinuosas líneas paralelas se precipitaban, como a brincos, de una a otra banda. Generalmente pasábamos por allí al atardecer, a la hora en que las diferencias concretas, los valores individuales, próximos a borrarse en la sombra, se aguzan. El golpe de las pezuñas sacaba sonoridades del piso de madera, apoyado en los tirantes de los arcos, y el hueco resonar de las tablas hacía brotar a un flanco y otro armónicos metálicos que venían a formar una rara música compuesta de tres fajas: la densa y ancha de la madera, las claras y brillantes del acero. Aquella música me hacía mirar hacia lo alto, hacia el horizonte, y me daba el contacto de lo cercano y lo remoto: veía enrojecerse el sol; veía al puente, como eje de cielo y tierra —de un cielo donde los fulgores de acero comenzaban a teñirse en sangre—, partir el Universo en dos perspectivas en contraste. Abajo, en la tierra, esas dos perspectivas eran tan pequeñas y modestas que su existencia parecía reducirse a mera aspiración, a mero acatamiento de las de arriba. Eran, de una parte, el caserío de la ciudad en torno de las blancas torres de su mayor iglesia —casitas bajas, pobres, tristes—; de la parte contraria, las avanzadas del campo, tupido de vegetación, casi selvático: apretado de maleza, invadido a trechos por cañaverales, sembrado aquí y allá de macizos de árboles corpulentos y enhiestos.

*

Al pie del cerro de la Capilla, el interés de nuestros paseos radicaba en circunstancias de orden bien distinto. Aquí volvía yo necesariamente a pensar en el sentido espiritual de la Revolución, a empeñarme en entrever, mediante el dato directo de la conducta cotidiana de los hombres con quienes andaba, el nuevo término a que llegaría el alma nacional, si llegaba a alguno, a consecuencia de la lucha que estaba envolviéndonos y arrastrándonos; y esto porque lo que presenciaba yo al pie del cerro de la Capilla merecía considerarse, dado el tono dominante entre los espíritus revolucionarios directores, como algo tan de excepción que acaso pareciera inaudito.

Nos apeábamos del coche entre materiales de albañilería: piedras, ladrillos, arena, cal. Iturbe se alejaba un poco de nosotros; hablaba con el maestro de obras; pasaba revista a lo que se había hecho ese día; preguntaba por lo que se haría al día siguiente, y, por último, ya de nuevo a nuestro lado, nos enteraba en detalle de la marcha de aquel proyecto suyo. La primera vez que estuvimos allí nos dijo:

—Un día —de esto hace mucho tiempo, aún andaba a salto de mata por el monte — hice la promesa de construir, tan pronto como Culiacán cayera en mis manos, una escalinata que subiese desde lo más bajo del cerro hasta la puerta de la capilla. Ahora,

según ustedes lo ven, estoy cumpliendo esa manda.

Nos decía esto Iturbe fija la vista no en nuestros ojos, sino en el pequeño santuario del cerro, y pronunciando la parte final de la última frase con firmeza un tanto fingida, como si quisiera, gracias al tono, dejar liquidado el punto —un punto indiscutible y personalísimo—. Pero a despecho de todas estas precauciones, su voz arrastraba las palabras más inseguramente que de costumbre y denotaba el esfuerzo por aparecer con el mismo carácter de siempre: no lograba velar por completo la inquietud. Iturbe —se notaba entre sílaba y sílaba— temía ser mal comprendido o mal juzgado por su religiosidad. Este temor, sin embargo, bastante grande para asomar al rostro, nada podía contra los actos. Iturbe se ruborizaba de que sus compañeros de armas o de ideales políticos lo vieran entregado a construir una escalinata por mero impulso religioso, por un simple acto de fe en la potencia divina; pero, contra todo rubor, la construía.

*

Aquel detalle pintaba al general Iturbe de cuerpo entero. Lo pintaba, salvo para unos cuantos imbéciles, con líneas y colores favorabilísimos. Porque es un hecho que muy pocos habrían tenido entonces el valor de confesar en público sus creencias religiosas, en el supuesto de tenerlas o conocerlas. El ambiente y el momento otorgaban prima a los descreídos. Más todavía: el deber oficial casi mandaba, o suponía, negar a Dios. Don Venustiano, que con la mitad de su persona soñaba en parecerse a don Porfirio, soñaba también, con la mitad restante, en parecerse a Juárez. De ahí su afición a representar el papel de gran patricio en las ciudades fronterizas, lo cual no pasaba de copia inocente de lo que en el Benemérito fue necesidad, y de ahí también otras imitaciones, éstas ya más graves, como el restablecimiento de la Ley de 25 de enero, en cuyo nombre se cometieron, no obstante que Carranza no era sanguinario, asesinatos incalificables. En punto a política religiosa, la inclinación del Primer Jefe a ganarse determinado pedestal en la Historia marcaba el paso: quienes lo seguíamos, o parecíamos seguirlo, nos jactábamos de un jacobinismo, de un reformismo de edición nueva y contenido más lato.

El caso de Iturbe, empero, como el de otros cuantos, era diferente. Él —entonces católico, después espiritista— se movía en las cosas del alma a impulsos de su personalidad propia, no arrastrado por la personalidad de los demás, e iba afirmándose, imponiéndose hasta lograr el respeto: en esto, lo mismo que en lo militar. En lo militar acababa de hacer ver a Obregón que no hurtaba su jerarquía de general en el Ejército Constitucionalista: Iturbe sabía mandar, disponer, obrar y triunfar, según lo demostró multitud de veces durante el ataque a esa misma ciudad donde ahora estábamos. Nadie, en efecto, ignoraba que en la toma de Culiacán había habido un heroísmo tranquilo y de auténtico linaje guerrero: el de Gustavo Garmendia; una bizarra tenacidad: la de Diéguez, y, descollando sobre todo, una

indiscutible capacidad de jefe —de jefe valeroso—: la de Iturbe. Después de la batalla, a Obregón le faltaron elogios para exaltar la conducta del joven general de Sinaloa.

Otro tanto ocurría en el orden civil —al menos en lo referente a la conducta del individuo—. Frente a la masa de los revolucionarios serviles, que ya empezaba a espesarse y a deslindar su campo, Iturbe, sin saberlo, se erigía en ejemplo de independencia por el solo hecho de mantenerse leal a su fe religiosa: no renunciaba a su pensamiento, no escondía sus sentimientos ni su carácter.

*

Cuando, años después, he vuelto a Culiacán no siempre he conseguido revivir, bajo el influjo evocativo de las calles o de los paisajes del contorno, las impresiones ni la emoción que recibí al pasar por allí en días de mis andanzas de rebelde. Pero una cosa no he dejado nunca de volver a encontrar tan viva como en la primera tarde: la disposición de ánimo que me provocaba ver construir los escalones por donde subirían más tarde los fieles de la capilla de Guadalupe. De pie ante el cerro, atenta a los recuerdos la memoria, siempre han retornado a mí las imágenes de entonces y su huella conmovedora; he vuelto a sentir el estremecimiento de honda simpatía, aunque ajena a mis creencias, por el general revolucionario que reconocía en público su voto religioso y era así dueño de toda la entereza de alma que se necesitaba para ello. Vivíamos tiempos mejores: el caudal de la Revolución llevaba en sus aguas mucha de la transparencia de su origen; no lo enturbiaban aún del todo la ambición, la codicia, la deslealtad, la cobardía. A riesgo de romper con los hombres, Iturbe cumplía la oferta hecha a su Dios y usaba al hacerlo los recursos oficiales con que contaba. Un contraste pone de relieve los rasgos de aquel acto suyo: en Chihuahua, meses después, se nombraría entre risas y aplausos, por mero decreto de las armas constitucionalistas, un obispo católico, y a las pocas semanas se harían en Monterrey fusilamientos de imágenes de santos.

IV

DESPUÉS DE UNA BATALLA

Otras veces no era Iturbe, sino Diéguez, quien nos invitaba a recorrer la ciudad, si bien en tales casos, más que a la ciudad misma, nos dedicábamos a los alrededores, de preferencia a los sitios que fueran poco antes escenario de los combates con las tropas de Huerta. Para esos paseos renunciaba yo temporalmente a mis modestos pantalones de revolucionario civil y a mi sombrero suave y acudía a los *breeches* de caqui, a las polainas de cuero de cerdo y al sombrero tejano de alas y copa un tanto vergonzantes.

El general Diéguez teñía nuestro grupo con un intenso color de jovialidad. Vestido todo de blanco —salvo los zapatos y las polainas, que llevaba de cuero negro, como la mayoría de los jefes y oficiales de sus fuerzas—, venía en nuestra busca risueño y hablador. Y apenas echábamos a andar, daba señales de ir poniendo, tenso para el resto del día —llegaba por nosotros en las primeras horas de la mañana—, el hilo de la plática. Su cutis oscuro y quemado por el sol se plegaba en multitud de arrugas prematuras conforme lo envolvía la animación de la charla, charla que en gran parte era sólo suya. Y ésta, gracias al influjo de una profunda simpatía personal, nos absorbía, nos arrancaba al paso sin brío de nuestras cabalgaduras, mientras no nos parábamos a observar, por indicaciones de él, algún detalle del camino.

Sus comentarios lo revelaban ingenuo; sus preguntas, cándido. Había en su temperamento cierto impulso afectuoso que de rato en rato lo hacía inclinar la cara, al tiempo que hablaba, hacia sus interlocutores. Entonces, la mirada del oyente descubría de cerca, en el espectáculo que era el rostro del general, una nueva versión de lo que éste venía diciendo, o una versión complementaria. Hacían polígonos de elocuencia, en torno de dos ojos como de gato, las resquebrajaduras de la piel. Un bigote muy varonil vibraba al soplo de las palabras y dejaba entrever, y cubría de nuevo, los amarillentos brillos de la dentadura. Y aun solía la atención del interlocutor, mirando con mayor fijeza, distraerse del significado de las frases y dejarse arrastrar por las peculiaridades fisonómicas que se le colocaban delante: por el rayo del sol que, al soslayo, entraba por las córneas de los ojos del general y salía de ellas enriquecido con las tonalidades del iris; por la multitud de puntillos negros, como rociada de pólvora, que se esparcían sobre aquel rostro, franco, hecho a la vez en armonía y contraste con la albura del uniforme que bajaba desde el cuello.

¿Había alguna relación entre esos puntitos negros y la costumbre y perfume que eran en Diéguez característicos? Yo, tan pronto como me le acercaba, me complacía en creerlo así, para lo cual —acaso contra toda evidencia— me daba a elaborar las más extrañas teorías dermatológicas. Porque el general Diéguez olía siempre a café: no al café que se está tostando y moliendo, sino a un café antonomástico, esencial, eterno. Y tal perfume se explicaba por la costumbre suya de beber ese líquido a todas horas: en su casa, en su oficina, en campaña. Llevaba constantemente, suspendido de

una correa que le bajaba del hombro derecho a la cadera izquierda, un frasco pequeño, chato, envuelto en forro de piel, en el que no faltaba nunca la cantidad de extracto necesaria para el día. De cuando en cuando —inconscientemente a veces, como quien sin darse cuenta saca un cigarro del bolsillo y lo enciende— cogía el frasco con la mano izquierda, lo destapaba y se lo llevaba a los labios para dar rápido sorbo. Luego, mientras volvía el frasco a su sitio, chascaba dos o tres veces la lengua y se relamía, revelando por indicios haber entrado de nuevo en su ser, haber reconquistado su naturaleza. De este modo, el café —que era su tabaco, su coca, su droga excitante y vital— lo tenía saturado desde la frente hasta las uñas. El tinte propio de su sustancia predilecta lo recubría de una pátina de extraño matiz —con remusgos más oscuros en el borde de los labios y las comisuras de la boca—, la cual, al concentrarse en una infinidad de grumos negros en los poros del cutis, le aplicaba el rostro.

*

Diéguez no hacía nunca gala de valiente, pero sus maneras recordaban al militar. No era fanfarrón, no era farsante. Era modestísimo en la importancia que concedía a sus cualidades guerreras; y quizá por eso mismo gustaba a fondo del ejercicio de las armas, a que lo habían arrastrado sus ideales políticos. La primera vez que salimos en su compañía se empeñó en recorrer los parajes donde poco antes se libraran los combates para la toma de Culiacán, y nos describió estos últimos con tal lujo de detalles que no parecía que a él le hubiese correspondido desempeñar entonces sólo un papel subalterno, aunque distinguidísimo, sino el de general en jefe y, a la vez, el de cada uno de los oficiales y soldados que se batieron. Desde la junta de generales y jefes celebrada en el Palmito para acordar el plan de ataque, hasta la irrupción de las fuerzas de Blanco en la ciudad la madrugada siguiente a la noche en que huyeron los federales, no había circunstancia que él ignorase ni callase. Y hacía el relato de la batalla en estilo rico en colores y observaciones concretas, no en el lenguaje seco de quien se interesara sólo por lo militar. Hablaba con los ojos y el corazón abiertos a lo expresivo tanto como a lo técnico, haciendo brotar del fondo de lo marcial las visiones que le habían parecido patéticas o cómicas. Las patéticas, es cierto, no las lloraba, pero las impregnaba de emoción, de emoción visible en el fulgor de los ojos; las otras las reía cordialmente.

—Porque de todo hubo —decía— en la toma de este pueblo de Culiacán, como de todo hay siempre en cualquier combate para los ojos que saben ver. ¿Gracioso entre lo gracioso? La espantada del mayor Alfredo Breceda durante una de las falsas alarmas a que dieron lugar los movimientos del enemigo antes de que empezáramos a dominarlo.

Y nos contaba el episodio. Breceda (en otra parte he consignado este curioso hecho de armas tal cual me lo refirieron los *capitanes del ensueño*) se había

incorporado en aquellos días a las tropas sinaloenses, ansioso de combatir y de cubrirse de gloria. A la estrella que ya decoraba su sombrero de rebelde —y que, al decir unánime, se debía a méritos no precisamente catalogables entre los de campaña — quería él añadir otra estrella más, acaso dos, éstas sí puras y refulgentes desde el origen. Semejante aspiración, noble en un todo, ¿habría podido no parecer plausible? El mayor Breceda fue objeto de la simpatía general y probó el gozo de verse alentado por sus compañeros y superiores. Se le ayudó, se le distinguió. Obregón mismo, a fin sin duda de darle amplias oportunidades desde el principio, resolvió tomarlo bajo su mano: se hizo acompañar de él, como si fuera uno de los oficiales preferidos, mientras anduvo reconociendo las posiciones de los federales.

En aquella empresa, mucho del éxito iba a depender, naturalmente, de la calidad de las armas. Breceda lo sabía bien, y, atento al logro, llegó provisto de buen número de ellas: todas nuevas, todas finísimas, todas pulidas y a punto. En esto de armarse fue tan prolijo que no se olvidó ni de la cocina de campaña: la que trajo consigo podía equipararse, por la eficacia, a todo lo demás. Era un aparato de última invención, extrasimple, extrarrápido, en el cual lo mismo se pasaba por agua un par de huevos, dándoles la sazón exacta de los dos o los tres minutos, que se asaba un pavo o se ponía el dorado más uniforme a la costra azucarada de un flan.

Las bellas cualidades de sus armas fueron para Breceda, en los días previos al ataque, fuente de no escaso renombre. Sus rifles y pistolas conocieron la fama antes de disparar; su equipo inquietó a los curiosos del campamento. La cocinilla sobre todo —aquella cocinilla a la que tantas satisfacciones debían ir añejas, y que hacía pensar en la máxima de que el soldado bien alimentado y bien curado es el de las victorias— no cesó de atraer el halago y la alabanza hacia su dueño.

Por desgracia, las cosas cambiaron de aspecto cuando de los preparativos del ataque se pasó al ataque en toda su fuerza; cuando la acción bélica relegó al olvido cuanto no fuera guerrear, incluso el supremo y más prometedor de los artes culinarios. El mayor Breceda empezó entonces a perder el sentido preciso de sus armas; no acertó a servirse de ellas con claro juicio, pese a la perfección de los rifles y las pistolas —perfección que, como visual que va del alza a la mira, estaba apuntando al blanco, al objeto—, y cayó en error. Y así fue como una mañana, al intentar los federales una salida por la parte del ferrocarril, Breceda, con su cocinilla en hombros —como si ella fuese el más precioso de los útiles militares—, emprendió la carrera. Magnífica carrera, digna —cuando la contaban quienes de cerca la presenciaron— de todo un cantar épico; carrera con altos, con invocaciones, con ritmo trascendente. El general Diéguez la hacía vivir con su elocuencia risueña, aunque no cruel, y le comunicaba cierto sabor cadencioso, melódico, como de romance de ciego, intercalando de trozo en trozo este estribillo:

—Hasta Navolato no pararon el mayor Breceda y su cocina.

Y a lo último añadía, como para disculparse de su poca caridad:

—Y no es que los demás nos hayamos portado como héroes. No había cómo ni

por qué. La tal salida no valía la pena de moverse. Nuestros soldados se replegaron unos cuantos pasos sin dejar de combatir... Pero el mayor Breceda, armado de su cocina, no paró hasta Navolato.

*

Ya en los cerros la charla de Diéguez cobraba tono muy distinto. Recorriamos de un extremo a otro el lomerío que prolonga el cerro de la Capilla. Descubríamos restos de las trincheras construidas por los federales. Nos movíamos entre árboles de ramas desgajadas por el fuego de los cañones, entre pedazos de proyectiles, entre rastros de sangre. Y a la vista de todo aquello, el general Diéguez se enardecía en el recuerdo como semanas antes en el combate. Nos hablaba de sus batallones 4.º y 5.º como de dos entidades dotadas de alma, como de dos adalides en el momento de asestar los más tremendos golpes. Nos hacía asistir, con lucidez extraordinaria, al asalto de los dos fortines: el que tomó el 4.º y el que tomó el 5.º, y cuya resistencia mantuvo en jaque a sus tropas, con diversas alternativas, por más de treinta y seis horas.

Pero al llegar a este punto de su relato, Diéguez dejaba siempre fuera su actuación personal, brillante como había sido, para que el sitio lo ocuparan otros. Alababa la conducta de sus subordinados, la del mayor Calderón, la del mayor Ríos, y evocaba, trémulo, la bizarría de Gustavo Garmendia. Porque fue allí, junto a una de aquellas rudimentarias defensas de ladrillo, donde Garmendia tropezó con la muerte.

—Venía como los bravos —decía Diéguez—: a la cabeza de sus hombres y seguro del triunfo. Estaba a unos cuantos metros del fortín; los defensores flaqueaban visiblemente. Entonces él, para abreviar la lucha, se lanzó al asalto; pero, atleta hasta el fin, salvó de unos cuantos brincos el espacio que lo separaba de la posición enemiga y llegó a ella solo, o casi solo... Una bala le alcanzó la pierna al saltar sobre el parapeto... Murió en las angarillas que le improvisamos con unas cuantas ramas...

Los oficiales del estado mayor de Obregón, que habían tomado para su uso la residencia de la rica familia Cañedo, nos invitaron a vivir en su compañía, lo que fue un motivo más para que nuestra vida pasara gratamente. Los *capitanes del ensueño* se trataban —y nos trataban—, si bien con modestia y perfecto orden, a cuerpo de rey. Aquella casa, hermosa en sí misma, nos resultaba un verdadero palacio. Tenía una soberbia galería cubierta —de piso de mármol, de vidrieras sobre el jardín, y amplia como para recibir embajadores— que hacía nuestras delicias. Las habitaciones eran tantas que se disputaban entre sí el privilegio de alojarnos. En una, riquísima y que al parecer había pertenecido a dos jóvenes doncellas, nos instalamos Miguel Alessio Robles y yo; en otras varias, los *capitanes del ensueño*, y en otra, algo distante, el telegrafista del estado mayor de Obregón. Total, seis personas cordialmente avenidas, dueñas a toda hora de la libertad más completa y satisfechas de encontrarse juntas. Tres veces por día nos reuníamos a disfrutar de tres comidas magníficas —comidas sinaloenses— en torno a una mesa limpia y bien servida, y entonces sabíamos, con sencillo arte, prolongar largo tiempo nuestra euforia. A charlar y comer nos alentaban la clara luz del jardín y la vista de las plantas y las flores.

¿Por qué les decíamos los *capitanes del ensueño*? ¿Porque eran tres? ¿Porque, eran jóvenes? ¿Porque, como toda la juventud revolucionaria de los primeros momentos, abundaban en ideales puros, en un desinterés limpio y sin tacha? Mucho de absurdo había en semejante título; pero es el caso que así los llamábamos. *Capitanes del ensueño* fueron siempre para mí y, sobre todo, para Miguel Alessio, que muy a menudo tomaba pie de la palabra *ensueño* para recitarnos largos periodos de sus oradores favoritos.

De los tres, Aarón Sáenz era quien llevaba el gobierno de la casa y hacía en ella, por decirlo así, los honores. Mas no por eso la situación de los otros —Lorenzo Muñoz y Carlos Róbinson— sufría menoscabo. Los tres capitanes se entendían con espíritu fraterno; los tres comunicaban a aquella casa, gracias a su conducta individual y colectiva, una rara placidez de oasis revolucionario. Bajo la armonía de su íntima inteligencia, todo se deslizaba allí más suavemente que nuestros pies sobre los cuadros blancos y negros del pulido mármol de la galería. Si algo solía separarlos, no brotaba nunca a la superficie. Sólo con grandes esfuerzos se medio adivinaba, por un dejo vago, apenas perceptible, que Aarón Sáenz era el capitán a quien el jefe distinguía con preferencia. Oficial de confianza absoluta, Obregón resolvió encargarle la custodia del cuartel general de Culiacán al volver a Sonora poco después de la toma de la plaza.

*

Culiacán vivía entonces la paz de una ciudad prácticamente desierta. En pos de los federales habían huido hacia Mazatlán muchos de sus moradores, y entre ellos, salvo excepción, lo más selecto de todas las clases. Caras bonitas, desde luego —eso en que Sinaloa descuella de costumbre, según conviene a su fama— no las veíamos frecuentemente. Así y todo, los *capitanes del ensueño* se afanaron en buscar a tal punto que, a las pocas semanas de la entrada de las tropas, el que no tenía ya una bellísima novia no se encontraba muy lejos de ello. Aarón Sáenz salía a hacer la rueda en un *buggy* de no mal caballo. ¿Lo alquilaba? ¿Pertenece también a la casa de Cañedo? Una vez que lo acompañaba yo dimos no poco que reír. Por ir él mirando hacia el balcón de sus esperanzas, y yo pendiente de su afán, las riendas guiaron al caballo tan sin tino, que un tris más y nos rompemos la crisma contra la casa de enfrente. En cuanto a Muñoz y Róbinson, acaso usaran otros métodos menos peligrosos, pero, de seguro, no menos eficaces.

Una vez aseguradas las novias, o ya bastante en perspectiva, ¿qué cosa más natural en nuestros capitanes que el deseo de obsequiar con un baile de Nochebuena a la sociedad culiacanense, o —seré exacto— a los jirones de sociedad que allí quedaban? Había, con todo, dificultades muy serias: primero, que Aarón, en materia de baile, no daba un paso; segundo, que la sociedad de Culiacán sencillamente no quería oír hablar de nosotros los revolucionarios. Ciertamente, de las dos dificultades, la primera no presentaba obstáculos invencibles. En los tres días que faltaban para la Nochebuena, Aarón podía aprender a bailar. Así al menos se lo garantizaba yo, que ni antes, ni entonces, ni nunca supe lo que es ese baile. Pero lo otro, vencer el asco que sentía por los revolucionarios la gente *decente* de Culiacán, ya era empresa de enorme aliento. Flotaban en la atmósfera muchas historias que nos perjudicaban para el caso: que si de tal parte la Fulanita había desaparecido al retirarse las tropas; que si a Menganita le ocurrió aquello y a la otra lo otro. Total: que con los revolucionarios, la buena política consistía en negarnos hasta el saludo.

Otros hubieran desistido en el acto; nosotros, no. La pureza de nuestras intenciones —las de Alessio y mías, porque no llevábamos en el asunto más interés que el afecto a nuestros amigos; las de éstos, porque en verdad tenían buenos propósitos— nos sacó de quicio ante la resistencia que encontrábamos y nos llenó de un cinismo audaz. Resolvimos renunciar de plano a los intermediarios de que quisimos valernos al principio y optamos por afrontar en persona el desaire, para lo cual nos dábamos buen pretexto. Porque el punto, en el fondo, no carecía de cierto cariz político muy explotable. ¿No se trataba de una fiesta ofrecida por oficiales del estado mayor del general Obregón, a la cual rehusaban concurrir las principales familias de una ciudad recientemente quitada a las fuerzas de Huerta? Pues si tal era el caso, convenía saberlo de fijo, y nosotros, como revolucionarios, estábamos obligados a aclararlo. Al descoco que íbamos a poner en obra lo favorecía, además, nuestra condición evidente de forasteros. Como no conocíamos a nadie de manera oficial, nada nos privaba de presentarnos en cualquier casa justamente con ese

carácter: con el de desconocidos faltos de quien los presentase.

Los cinco: Alessio, los capitanes y yo —el telegrafista se mantenía un tanto aparte—, nos fuimos apareciendo en cada una de las casas de las muchachas cuya presencia en el baile deseábamos. Róbinson, el más alto de todos —un verdadero gigante—, era quien primero hablaba. Lo habíamos resuelto así porque se trataba no sólo de convencer, sino de intimidar un poco, aunque dentro de la mayor discreción y mesura. A Róbinson se sumaba luego Alessio, de estatura asimismo respetable, y por último hacíamos coro los otros tres, ya que no con los cuerpos, con lo que nos viniera al ingenio.

En cada casa, la escaramuza seguía unos mismos pasos. Róbinson, con voz acaso demasiado dulce para las circunstancias, pero bien provista de vibraciones metálicas, soltaba a las mamás y a los papás, a quemarropa, el primer disparo:

—Los oficiales —decía— del estado mayor del general Obregón ofrecerán la Nochebuena un modesto baile en honor de la sociedad culiacanense...

Y se trababa el combate con táctica y estrategia exquisitas por ambas partes. A cual más, de ellos y nosotros, todos hacíamos gala de esa frase ondulante, tan característica en nuestros más diversos climas, que permite a los mexicanos discurrir por los intrincados laberintos del trato humano sin chocar con nada, menos cuando quieren el choque. Ni uno ni otro de los dos contendientes decía una sola vez sí, ni una sola vez no: todo era de un matiz verbal riquísimo, multicoloro, susceptible de cambiarse a cada momento, añadiendo una palabra más, en lo que se quisiera, esto a la vez abierto a infinitas interpretaciones. Pero al fin, tras muchas sonrisas y cortesías, se ponía la situación en claro: se aceptaba nuestra invitación —«¡ah, eso ni quien lo dudara!», pero con condiciones. No debería ir al baile ningún oficial de las fuerzas de Iturbe, ninguno de las de Carrasco, ninguno de las de Diéguez y, en pocas palabras, ninguna persona de cuya corrección absoluta no saliéramos nosotros garantes. Bien a bien, sólo nosotros los allí reunidos éramos aceptables. «Sí, lo mejor sería eso, que sólo nosotros representáramos en el baile a la Revolución...». Resumen de cuentas: que no nos decían en nuestra cara que preferían no volvérsola a ver, porque la sutileza de palabra —aun la mexicana— tiene sus límites.

Al término de cada entrevista de aquéllas, nosotros nos sentíamos deshechos. No importaba. Resueltos ya a lo peor, reorganizábamos nuestras huestes y las lanzábamos a nuevo ataque. Y así hasta dieciséis batallas. Lo más curioso del caso era la unanimidad de pensamiento y palabra de todas aquellas exigentes familias: todas nos daban a entender que preferían renunciar a cualquier trato con nosotros, pero todas también aceptaban la invitación «en principio» y con tal de que fuéramos nosotros solos los varones revolucionarios que disfrutásemos de la compañía solicitada. Este acuerdo tácito acabó por caernos en gracia, y ya en la última parte de nuestra encuesta aprendimos a paladear el raro deleite de quien se dedica a coleccionar desaires.

Hecho el reajuste de lo hablado y lo insinuado, nuestra resolución final cristalizó

sin grandes vacilaciones. ¿Aquella gente necesitaba un amable correctivo? Se lo daríamos. ¿Nosotros queríamos el baile? El baile se haría.

*

Los capitanes se entregaron con furor a los preparativos de la fiesta, y Aarón no sólo a los preparativos, sino también a aprender a bailar. Allí fue donde yo las vi negras, aunque no por culpa de Sáenz, sino porque mis títulos para iniciar a otro en el arte de la danza se reducían a una eficacia irrisoria: a haber visto bailar muchas veces a Carlos Domínguez —bailarín de empuje— en los fandangos que improvisaba don Venustiano en todos los pueblos cuyas muchachas merecían tal honor. Sea como fuere, cumplí entonces, o mejor cumplimos, pues no podría asegurar si en efecto enseñé yo a bailar a Aarón Sáenz, o si aprendió él solo, creyendo que yo le enseñaba. La obra fue de las que denotan el imperio de la voluntad. La música nunca cambiaba. Era la de un rollo —el único— que encontramos detrás de la pianola de la casa. Aquellos compases, por fortuna bailables, tenían una fijeza terrible. Apenas si bajo la mano y el pie firmes de Róbinson —que tocaba durante las lecciones— se adaptaban en cierta manera a los caracteres específicos de la enseñanza. Hasta donde se me alcanza a mí, la cosa no ha de haber salido muy bien, pues el rollo era de tango, y a Aarón le interesaban el vals y el *one-step*.

Nuestros invitados, pese a sus reticencias, cumplieron también. A las nueve de la noche del día 24 se presentaron todos en la casa de Cañedo, casi de un golpe. Dieciocho muchachas de lo más bello que conoce la costa del Pacífico fueron desfilando por nuestra gran sala de piso de mármol, acompañadas de sus papás, sus mamás, sus tías y tíos, pero de ningún varón joven. Traer a éstos entre nosotros hubiera tenido quizá repercusiones políticas; no se hubiese explicado con igual holgura que la presencia de los hombres maduros y viejos, los cuales venían tan sólo con carácter precautorio: por lo que pudiera surgir de tamaño trance.

El trance, en verdad, no se presentaba difícil para aquellas medrosas familias de la clase conservadora culiacanense. Excepto el telegrafista, que en justicia no parecía —aun cuando en realidad lo era— muy de fiar, por el extraño traje de gala que se había puesto —chaqueta negra, pantalón crudo de franela y zapatos de playa blancos con refuerzo de charol—, nuestros invitados no vieron al entrar en la casa ninguna cara desconocida. Y como si eso no fuera bastante, al poco rato disipamos sus últimos temores, si alguno les quedaba. Fieles al compromiso de observar sus condiciones, quisimos cumplirlas al pie de la letra. Cuando hubieron entrado los menos puntuales de ellos, mandamos cerrar las puertas de la casa, tocó la música e hicimos saber a los papás y las mamás, por boca de Róbinson, que sus deseos quedaban satisfechos: nadie asistiría a la reunión —descontados los músicos— aparte de sus familias y nosotros; nadie los vería allí, pues estaban echadas las maderas de las ventanas, ni nadie nos molestaría, porque habíamos tomado hasta la última providencia.

Tamaño ortodoxia de nuestra parte los desconcertó en un principio; pero conforme fueron percatándose de lo sincero de nuestra galantería, desecharon sus dudas y se rindieron. En el comedor, además —visible desde la sala de baile—, se columbraba una mesa tan ricamente aderezada que no consentía, ni a distancia, sentimientos o impulsos que no fueran optimistas. Bajo los candelabros hacía aguas el cristal de las copas, bordaban las flores el mantel finísimo y se veían atareados, dando los últimos toques, los tres asistentes de los *capitanes del ensueño* y las criadas de la casa.

A partir de aquel momento, la fiesta colmó todas nuestras ilusiones. Mucho antes de la cena, Aarón había puesto ya repetidamente en práctica el raro vals de mi coreografía —sospecho que ya había renunciado a él—, y Miguel Alessio, Muñoz, Róbinson y el telegrafista —éste sin perjuicio de su traje veraniego— iban en camino de un éxito rotundo. Cosa de las tres de la madrugada sobrevino un incidente: se quemó un fusible y se apagó la luz, y como para emergencias de esta clase no estábamos preparados, la expectación de los invitados frisó con lo alarmante. A la luz de las cerillas de los papás se veía a las lindas muchachas acogándose a la protección de sus mayores, mientras nosotros luchábamos desesperadamente por volver la electricidad a su cauce. ¡Angustiosos minutos, en que sentimos —lo sintieron más aún los enamorados— que iba allí por medio el honor de la Revolución! Por fortuna, yo traía en el bolsillo dos centavos norteamericanos, con los cuales, a riesgo de poner fuego a la casa, aseguramos el funcionamiento de los tapones eléctricos para todas nuestras lámparas, y mucho más.

Mis altas dotes de electricista me valieron la ovación de la noche.

VI

LA ARAÑA HOMICIDA

El general Iturbe me ofreció, por conducto del coronel Eduardo Hay, un cargo militar en que concurrían, dentro de la organización de su brigada, no pocos atractivos. Sería yo —mandó decirme— teniente coronel, subjefe del estado mayor, y no tendría otro superior jerárquico inmediato que el coronel Hay mismo. Con todo, yo no acepté la proposición, pese a la buena amistad de Hay y a las grandes simpatías que Iturbe comenzaba a inspirarme. Para proceder así mis motivos eran sencillísimos: no me resolvía a trocar por la dura disciplina del soldado mi preciosa independencia de palabra y acción; y no me resolvía a eso, entre otras cosas, porque no veía a mi alrededor nada que justificara semejante sacrificio. Respecto a mis aspiraciones, no alentaba el menor propósito político o guerrero; y en cuanto a lo demás, los principales dirigentes de la Revolución estaban muy lejos de ser, a mis ojos, lo bastante desinteresados e idealistas para que quisiera yo atarme a ellos, indirectamente, con cadenas siempre peligrosas y no siempre rompibles.

—Creo, por otra parte —le dije a Hay—, que la Revolución tiene ya demasiados militares. ¿Por qué no atender los problemas civiles con igual ahínco?... De cualquier manera, entienda usted, y hágaselo ver al general Iturbe, que no es por tratarse de ustedes por lo que declino la oferta, sino por razones de otra índole. Por ustedes, al revés: lamento no aceptar. Después del brillante comportamiento de Iturbe en la toma de Culiacán, me parecería un gran honor servir a sus órdenes.

El general Iturbe asintió de buen grado a mis razonamientos y no insistió en hacerme soldado. Pero como, al parecer, tampoco renunciaba en definitiva a atraerme de alguna manera, me propuso entonces que, sin perjuicio de mi carácter civil, lo ayudara en la enorme tarea a que había de dar cima. Esta nueva proposición me llenó de regocijo: la acepté sin titubear. En el fondo, aun la acepté con entusiasmo.

Hay y yo nos entendimos en pocas palabras y resolvimos poner juntos manos a la obra, así fuera ésta grande en exceso. ¿Por dónde darle principio? ¿Por la Proveeduría? ¿Por el Hospital Militar? ¿Por la Caja de Haberes? Como lo más urgente era la reorganización del hospital, resolvimos empezar por allí, si bien en los primeros días ocurrió un acontecimiento extraordinario que nos distrajo un poco de nuestras labores. Los detalles históricos de aquel extraño suceso se me han borrado un poco de la memoria; pero, eso no obstante, todavía puedo hacer de él, aprovechando la leyenda a que dio origen al otro día de ocurrido, una evocación donde se conservan íntegros los trazos principales.

Una mañana trajeron al Hospital Militar de Culiacán un hombre moribundo, con tres balazos en el cuerpo. Lo habían hallado en la calle, al amanecer, tendido boca abajo sobre la acera, cerca de una esquina, y sin conocimiento. Cuando lo levantaron de allí tenía la cara y las manos cogidas al suelo por el coágulo de su sangre. Las primeras investigaciones nada aclararon sobre el suceso, o aclararon tan poco que

éste quedó prácticamente en las tinieblas. Los moradores de las casas cercanas al sitio donde se encontró al herido dijeron haber escuchado, a eso de la medianoche, tiros de revólver más cercanos que otras veces, y haberse enterado después, ya de día, del hallazgo, en la calle, de un hombre medio muerto a tiros. Nada más.

El coronel Hay y yo nos volvimos todo conjeturas. Y él, que se había propuesto, como jefe del estado mayor de Iturbe, no descansar hasta que el orden más absoluto imperase en Culiacán, tomó las más nimias providencias para descubrir el misterio. Pero el misterio, en lugar de esclarecerse, se enturbió más. Porque a la mañana siguiente, por otro rumbo de la ciudad, y cerca también de una esquina, hubo un hallazgo semejante al de la víspera. Sólo que ahora no se encontró un moribundo, sino un muerto. Resultado de nuevas pesquisas: tiros en las altas horas de la noche, luego silencio y, al amanecer, el cuerpo yacente en el charco de sangre.

El moribundo del primer día —que falleció, sin recobrar el sentido, pocas horas después de su ingreso en el hospital— y el muerto del día siguiente descartaban, por su condición misma, las hipótesis de la riña o del robo a mano armada. Eran gente de aspecto humildísimo a quien nada hubiera podido robarse, salvo la pobre ropa que llevaban puesta; gente sin trazas de haber portado armas nunca y sin probable historia de aventuras o encuentros rijosos. Todo lo cual, por otro lado, confirmaron los parientes de las víctimas, y aun su fama.

Lo extraordinario, grande como ya era, no paró allí; todavía iba a acontecer algo que afirmaba el acento del misterio. En la mañana del tercer día amaneció también, en diferente rumbo de la ciudad y cerca asimismo de una esquina, otro hombre muerto a tiros en circunstancias tan anormales como las de los dos casos anteriores.

Frente a este nuevo crimen nuestra sorpresa se convirtió en estupor. Iturbe, de suyo tan reposado y frío, se puso furioso; Hay se enardeció más en sus indagaciones policiacas, y Culiacán gustó la acre emoción de saberse bajo el imperio de un demonio oculto que se manifestaba sólo en las sombras, matando a sus elegidos, y que escogía un hombre cada noche.

El tercer crimen vino a añadir un pequeñísimo dato a lo muy poco que conocíamos por los dos primeros. Uno de los interrogados aseguró que le parecía haber oído, segundos antes de los disparos, el ruido de un coche que pasaba a gran velocidad, aunque no lo oyó, decía, con precisión bastante —pues su calle carecía de empedrado— para inferir del ruido la clase del carruaje o algún otro pormenor.

—Esto parece obra del diablo —observaba Hay—; va a ser cosa de que mueran del mismo modo quince o veinte gentes para que reconstruyamos, elemento tras elemento, la trama infernal en que se complacen quién sabe qué desalmados.

Por fortuna no fue así. Ni veinte ni quince víctimas más: tan sólo otras dos bastaron. Porque a la noche siguiente, ya sobre aviso de lo que podía ocurrir, Hay dictó medidas que por fuerza darían algún fruto. Se apostaron patrullas en los diversos barrios de la ciudad y a todas se les recomendó, particularmente, que acudieran sin tardanza a los puntos donde se escucharan disparos.

Las patrullas trabajaron buen rato sin resultado alguno. Las detonaciones que de cuando en cuando se oían eran, como la generalidad de las que de continuo turbaban el silencio de la noche en las ciudades revolucionarias, detonaciones aparentemente inexplicables y distantes: detonaciones perdidas, irreales, fantásticas como el lejano ladrar de los perros; detonaciones opacas, seguidas de remotísimos estremecimientos secos y efímeros, como si las balas atravesaran puertas o taladrasen techos. Pero al cabo de muchas carreras inútiles, la más diligente de las patrullas descubrió, cerca de una esquina, un hombre agonizante que acababa de recibir un balazo en el pecho y otro en el vientre. En los estertores de su agonía; aquel hombre pronunció algunas frases inteligibles acerca de las terribles heridas que tenía en el cuerpo. Parecía ser — informó al jefe de la patrulla— que de pronto le habían hecho fuego, sin explicarse él por qué, dos hombres —o acaso uno solo— que iban en una *araña* que pasó a gran velocidad.

Lo de la *araña*, unido a lo que se sabía del crimen de la noche anterior, arrojaba ya un indicio cierto. La noche pasada se había oído el rodar de un carruaje; hoy se hablaba de una *araña*: luego, era evidente que el autor o los autores de los cuatro homicidios consecutivos cometían sus crímenes desde uno de esos cochecitos bajos, de dos ruedas, típicamente sinaloenses, a los cuales se designa con el mote, muy descriptivo y popular, de *arañas*.

Por de pronto, aquella noche no se pudo descubrir ninguna circunstancia más. Al día siguiente, la actividad investigadora de Hay tampoco puso en claro nada nuevo, no obstante el interrogatorio a que se sometió a todos los propietarios de tartanas de alquiler y a no pocos dueños de tartanas particulares. El fracaso de tales esfuerzos no nos desalentó. Intrigados ahora más que nunca, y seguros de que el crimen nocturno seguiría inflexible, cronométrico como un fenómeno estelar, el general Iturbe se puso más enérgico que hasta allí y el coronel Hay preparó con todo sigilo el plan que cogiese al culpable, o a los culpables.

*

El defecto que vieron siempre en Hay hasta sus amigos mejores fue el del detallismo: detallista se le consideraba, detallista al grado de no abarcar los acontecimientos en la totalidad de su contorno. Pero en esta ocasión, el detallismo tuvo la suerte de probar la eficacia de su virtud, por lo menos para ciertas cosas. De detalle en detalle, Hay había llegado a establecer acerca de las actividades de la *araña* homicida una serie de conclusiones tan evidentes, que le permitió predecir, con un grado de aproximación increíble casi, el sector de la ciudad donde se intentaría el próximo asesinato. Ahora, que no bastaba este mero conocimiento, pues el problema consistía no sólo en cómo evitar crímenes iguales a los ya perpetrados, sino en cómo aprehender al criminal o a los criminales, y para esto se requería, antes que nada, no ahuyentar a la presa. Dicho de otro modo: había que disponer la trampa sin alarde, de ser posible con alarde falso,

con alarde que ocultara los preparativos verdaderos.

Hay lo hizo así. Ostensiblemente dio órdenes y distribuyó soldados en dos o tres parajes lejanos del sitio escogido por él en secreto. Y en este último, cobijado por las sombras y sin que nadie se percatara, agazapó lo mejor de su gente en lugares próximos a determinadas esquinas. Para mayor tino en lo que se iba a hacer, Hay tomó a su cargo, en persona, la dirección de las operaciones. Tamaño celo no estaba exento de peligros, o acaso más: los atraía todos. Porque en su papel de director de aquellas maniobras nocturnas, Hay debía pasar repetidamente por los propios lugares señalados por él como teatro del probable nuevo crimen, y eso lo convertiría, otras tantas veces, en blanco del asesino incógnito.

*

Todo se hizo según se previó y se ordenó. Hasta poco después de las diez no fue raro que pasara una que otra *araña* por las calles donde se mantenían ocultos Hay y sus hombres. Éstas eran *arañas* pacíficas y virtuosas, ocupadas en transportar a casa pasajeros rezagados o a los cocheros mismos que iban ya de rendida. Pero de allí en adelante, ninguna *araña* se volvió a ver, o, más exactamente, a entrever, a sentir en la oscuridad de la noche. El silencio callejero se interrumpió apenas dos o tres veces con el pisar sordo de peatones que se escurrían aprisa, pegados a las fachadas de las casas, y que casi corrían, o corrían francamente, al volver las esquinas.

Así las cosas, dieron las once, las doce, y todo duró del mismo modo hasta que, bien corrida esta última hora, el quieto vacío nocturno, subrayado por los disparos remotos, siempre presentes, se quebró de súbito con la aparición fugaz de una *araña* tirada por un caballo al galope. Diez minutos después ocurrió una aparición análoga dos o tres calles más lejos, y de allí a poco se repitió el hecho en una calle transversal no distante. La bestia uncida a la *araña* no llevaba cascabeles ni ninguna otra cosa que produjera sonido especial; pero por el galope del caballo, galope defectuoso, se concluyó pronto que era una misma *araña* la que rondaba por aquel rumbo.

Tras otra nueva carrera, el ruido del coche cesó repentinamente. La *araña* parecía haberse detenido de pronto, aunque no era fácil precisar con exactitud dónde, pues las únicas dos lámparas encendidas en todo el paraje circundante alumbraban escasamente los salientes de las casas en dos encrucijadas lejanas una de otra. Fuera de esos dos puntos, la sombra era tupida, impenetrable.

Pasaron de aquel modo varios minutos. Pero en cierto momento en que una figura humana se vio a lo lejos, atravesando aprisa uno de los espacios iluminados, se oyó otra vez el ruido de la *araña*, como si ésta hubiese arrancado de golpe, y, breves segundos después, se la distinguió cruzando veloz, amarillenta, chaparra, bajo la propia lámpara que acababa de denunciar el paso del peatón. Acto seguido sonaron tres disparos; un grito hirió la noche, y la *araña*, que había acortado el paso, reasumió la carrera, como poseída de locura.

Muy poco trecho, sin embargo, pudo correr en la dirección que llevaba, pues la bocacalle por donde iba a pasar apareció de pronto —al resplandor de cuatro fogonazos de carabina— cerrada por un grupo de soldados. La *araña* volvió entonces bruscamente hacia atrás, para esquivar a los soldados salidos a su encuentro; tornó hacia el crucero alumbrado por el farol y quiso escapar por la calle que de allí partía perpendicularmente. Pero también por esta otra calle no tardaron en brillar los fogonazos de las carabinas ni en dibujarse las formas de los soldados. De nuevo giró la *araña* en redondo y partió a escape en sentido contrario. Ahora llegó a la encrucijada de la lámpara al mismo tiempo que el piquete de soldados que primero le había salido al paso. Hubo, bajo la luz, un efímero zafarrancho, casi a quemarropa. Partieron de la *araña* dos disparos. Un soldado cayó herido; otro rodó al suelo, atropellado por el caballo, y, aunque con menos bríos ya, la *araña* logró aún escapar. Pero esta vez también surgió de las tinieblas un piquete de soldados que venía al encuentro del coche disparando desde el extremo de la otra calle. Entonces, dominando el estrépito, y como expresión de la voluntad que lo coordinaba todo, vibró una voz:

—¡Tírenle al caballo!

Era la voz de Hay.

Sonaron otros disparos. El coche se detuvo al fin y de todas partes se abalanzaron a él los soldados que lo cercaban.

—¡Me rindo! —dijo desde el interior de la *araña* una voz entre afeminada y perentoria.

Y cuando los soldados estuvieron cerca, vieron sentado en la banqueta del coche, todavía con la pistola en una mano y las riendas en la otra, a un hombre que, en efecto, no hizo intención de resistir.

Inmediatamente se trajo al prisionero hasta la región iluminada —donde yacía aún, tendido en el suelo, el cuerpo de su última víctima—, y no faltó allí quien desde luego lo identificara. Era un oficial muy conocido por su mala conducta y sus extravíos, aunque nadie hubiera sospechado que entre éstos se contara el de dedicarse a cazar por las noches —no se sabía por qué impulsos— gente indefensa y pacífica.

VII

EN EL HOSPITAL MILITAR

Por aquellos días, el Hospital Militar de Culiacán se hallaba en condiciones pésimas. Cualquier conocedor a quien se hubiera propuesto transformarlo en una institución aceptable habría desahuciado el intento, o bien, para acometerlo, habría exigido recursos materiales en cantidad desconocida dentro de la órbita revolucionaria del constitucionalismo.

Eduardo Hay y yo —estaba visto que no éramos conocedores— no retrocedimos ante semejante tarea. La emprendimos desde luego con el aplomo característico de quienes ignoran a fondo las dificultades de sus empeños. Provistos de una voluntad enorme —o que tal se nos antojaba—, ni un segundo dudamos del éxito: nos movía la fe en las inagotables posibilidades del espíritu, dábamos rienda libre al entusiasmo.

La nuestra, por lo demás, era una actitud genuinamente mexicana —en lo bueno y en lo malo—. Porque el hijo de México (como el de toda nación que se sabe físicamente débil ante la naturaleza o ante el poder de otras naciones) compensa su debilidad refugiándose en una excesiva fe en la potencia del espíritu frente a frente de la fuerza bruta. Lo cual, si malo de una manera, es bueno de otra: malo, puesto que conduce a los fracasos y mata en la cuna todo impulso a construir sobre cimientos tangibles, seguros —¿hay algo más nuestro que la convicción de que todas las cosas pueden, en un momento preciso, surgir del seno mismo de la nada?—; y bueno, puesto que prepara las almas para las raras ocasiones —raras y decisivas— en que el desequilibrio del poder físico sí puede remediarse en virtud de un mayor aporte espiritual del lado materialmente más débil. Los mexicanos creemos, por ejemplo, que una fila de pechos heroicos es bastante para cerrar el paso a una batería de cañones de 42. ¿Quién negará que nos equivocamos? Pero, esto no obstante, es un hecho que nuestra creencia, al fin y a la postre, es lo único que nos salva.

Prendidos, pues, al lado mejor de esta fe, Hay y yo nos dispusimos a hacer prodigios y nos lanzamos a la obra: él con cierta frialdad, pese a su temperamento extremoso —con frialdad de herido de otras guerras, de hombre inclinado a mostrarse a sus anchas en el ambiente de los hospitales de campaña, de veterano resuelto a parecerlo—, y yo con inusitado ardor, con el ardor nervioso que se alimenta del estímulo de lo nuevo.

*

Porque fue en el Hospital Militar de Culiacán donde tuve mi primer contacto con la imaginación de las balas. Yo había creído hasta entonces —acaso por el arrastre de mis ya lejanas nociones infantiles y por alguna experiencia personal dolorosísima— que los proyectiles de las armas de fuego se mostraban dotados de cierta sensibilidad, de cierta conciencia que los mantenía, gracias a no sé qué poder misterioso, atentos

siempre a su misión exclusivamente mortífera. El hombre disparaba el rifle, la pistola, la ametralladora y la bala, dócil al humano furor de matar, partía hacia el blanco, que a veces acertaba, a veces erraba, pero en cuya busca iba siempre con disposición siniestra y grave. En el Hospital Militar de Culiacán descubrí que no era así. Existían, sin duda, las balas serias, las balas concienzudas —las que matan con golpe certero o hieren con crueldad simple—; pero al lado de éstas existían también las balas imaginativas y fantaseadoras —las que apenas sueltas en el curso de su trayectoria ceden al ansia universal de jugar, y jugando jugando cumplen su cometido.

Miraba yo la doble fila de camas, los catres diseminados en las salas rebosantes de heridos, y era raro que en cada lecho (o en cada jergón, en cada silla) no descubriese la obra maestra de un entretenimiento diabólico. Las llagas más tremendas, las peores desgarraduras de la carne o pulverizaciones de los huesos me impresionaban menos por su horror que por la sugerencia del recreo destructivo que las causara. Y ocurría otro tanto con muchas heridas en apariencia simples. Por sobre aquellos cuerpos, puestos ahora a vivir en torno al solo estremecimiento de sus dolores, no había pasado una ráfaga mortal —aunque las heridas produjeran después la muerte—; había soplado un mero hálito jugueteón y deportista: el deporte de afligir carne y derramar sangre, caro a la raza de las balas, como a la de los hombres.

Separadamente, cada herido era revelador de la existencia de una categoría particular de balas, de una personalidad actuante en cada proyectil en el momento mismo de causar la herida. Juntos todos los heridos, su agrupamiento abarcaba, como en museo, como en panorama, la gama matizada de esas categorías, de esas personalidades. Las balas que vaciaban un ojo —como la que hirió al mayor Esteban B. Calderón— y luego seguían su curso sin tocar ninguna otra parte del cuerpo así herido, eran evidentemente proyectiles risueños, proyectiles que gozaban ejercitando su tremenda capacidad de mal, pero que no la agotaban, a fin de dejar viva a la víctima y obligarla a oír durante años el silbido de su carcajada. Las balas que primero arrancaban de sobre el cráneo mechones de cabello, y luego, para sembrar los pelos otra vez, abrían un surco a lo largo de la espalda, eran balas propensas a recrearse en un virtuosismo excesivo. Las balas que de una parte rozaban la yema de un dedo o afilaban el corte de una uña, y de la otra destrozaban una clavícula o pulverizaban un codo, eran balas que se complacían en afinar hasta la sutileza su capacidad activa y en robustecerla hasta el estrépito. Las balas que mutilaban una oreja rebanándole cuidadosamente el lóbulo; que luego alojaban el lóbulo bajo la carne de la nuca, y que por último iban a incrustar la piel de la nuca en el talón, eran balas traviesas, balas que se entretenían en cambiar de sitio cuanto hallaban al paso y que describían, para lograr mejor su objeto, trayectorias inverosímiles entre los puntos más irrelacionados. Las balas que penetraban por la frente, pero que en vez de perforar el cráneo se deslizaban entre el hueso y la piel y al fin huían por la coronilla, eran balas de dinamismo alegre, inclinadas a poner a

prueba sus más rápidos esguinces.

Con estas balas, de arte a veces rondeño, a veces florido y de coloratura, se mezclaban, además, las que se servían de su virtud imaginativa con ánimo de deformar o hacer sufrir. Éstas se gozaban menos en el carácter seguro o elegante de su manera, que en el alcance de su acometida. Eran las balas que desnarigaban o desquijeraban; las que multiplican ociosamente los escapes purificadores del organismo; las que perforaban el vientre para producir peritonitis; las que dejaban en el cerebro un eterno estrépito de cataratas o un resplandor irresistible, más intenso que si el sol estuviera dentro de los ojos; las que creaban, en fin, para toda la vida, focos de frío, de quebrantamiento, de dolor, o inercias penosas en los órganos de función más necesaria, más constante. ¡Aquel soldado que nunca se podría sentar! ¡Aquel otro, que para comer habría de completarse la cavidad de la boca con la palma de una mano! ¡Aquel que no podía doblar la rodilla izquierda ni poner recta la derecha! ¡Aquel a quien las más leves variaciones de temperatura se le acumulaban, con sensación de brasa o de témpano de hielo, a lo largo de la espina!

Y no faltaban tampoco las balas que herían con el ridículo, las que chasqueaban al héroe. Algunas, que se hubiese dicho apuntadas al corazón, se contentaban con llevarse el botoncito de la tetilla izquierda y con pasar después, dejándola desprendida, pero intacta, por debajo de la tetilla derecha. A este género de balas pertenecía la que dio en el muslo del general Obregón: la bala lo buscó y lo alcanzó; mas, en lugar de hacer la herida opulenta que el general revolucionario anhelaba como timbre indeleble de su heroísmo, le produjo, apenas, en el tejido de la piel un moretón despectivo. El desaire fue tan claro que Obregón mismo lo comprendió, por lo que se puso sin tardanza a desvirtuar la burla —incapaz de callar que una bala le había tocado el cuerpo—, haciendo según su costumbre: situándose muy por encima de los acontecimientos. Durante varios días no dejó de decir a todas horas:

—¡Pero qué ridícula ha estado mi herida!

*

El buen humor de las balas no era obstáculo para que los heridos se nos agravaran y se nos muriesen. A la inversa. Porque ellas, aun poseídas de la más festiva imaginación, realizaban su obra con una eficacia de que nosotros carecíamos en la nuestra. El Hospital Militar de Culiacán era hospital porque reventaba de heridos. Omitida esta circunstancia, iguales títulos había para llamarlo hospital que para llamarlo de cualquier otro modo. ¿De qué servían allí la ciencia de los médicos ni el desvelo de los enfermeros? Todo se hacía añicos contra la impreparación y la miseria. Eran insuficientes las camas; no bastaba la ropa; faltaban medicinas; se economizaba el algodón; la asepsia no se practicaba porque no había lo necesario; los instrumentos quirúrgicos, limitados, incompletos, inservibles, retardaban las operaciones o las malograban.

Aquella situación era tan bochornosa para el Ejército Constitucionalista, que Iturbe, pese a la flema con que sabía afrontar los peores ratos, casi no la sufría. Mañana a mañana, la visita al hospital lo sacaba de quicio. En cada palabra afectuosa que dirigía a los soldados dolientes se transparentaba esta pregunta: «¿Cómo puede ser éste el tratamiento que se merecen los soldados de un ejército vencedor?». Y hecha cien veces la pregunta en esa forma, la respondía horas después, entrando, a su manera, en consideraciones que podían resumirse —aunque él no las formulara en tales términos— en un pensamiento por este estilo: «Entre las nociones militares típicamente mexicanas descuella la que reduce todo ejército a un grupo de hombres desnudos a quienes se arma, si se puede, con fusiles, y si no se puede, con lo que se tenga a la mano. ¿Equipo? ¿Para qué equipo? Sin capote, sin zapatos, el soldado mexicano atravesará sierras y soportará inviernos para ir en busca del enemigo. ¿Avituellamiento? ¿Para qué avituallamiento? Sin pan ni agua las tropas mexicanas cruzarán desiertos interminables (así las de Santa Anna) y librarán en seguida, vacío el vientre, seca la lengua, batallas de La Angostura. ¿Estado Mayor? ¿Para qué Estado Mayor? Cualquier genio inculto se improvisará en director de operaciones y hablará de ir hasta Washington con cincuenta mil hombres. ¿Ambulancia? ¿Para qué ambulancia? Resignados, sufridos, heroicos, los soldados nuestros se desangrarán, se infectarán, se morirán en el campo faltos de auxilio, como se desangró el pudonoroso coronel que cumplió con su deber en Malpaso, o como murió Gustavo Garmendia cerca del cerro de la Capilla».

*

No fue mucho, en verdad, lo que Hay y yo conseguimos hacer en favor del Hospital Militar culiacanense. Cogimos, de donde los hubo, colchones y almohadas. Asaltamos dos o tres casas particulares para aumentar la provisión de sábanas, fundas y demás ropa. Llevamos a cabo, entre los restos de tiendas que aún sobrevivían —por el barrio del mercado— al desastre de la guerra civil, una batida en forma, la cual se tradujo, tras de enormes esfuerzos, en no muchos cobertores y unas cuantas colchonetas. Pero después de todo esto, el renglón más grave quedaba en pie: el de los bisturís, el de las tijeras, el de las estufas de esterilización y las cajas de instrumentos. Y nada de esto había en Sinaloa ni en Sonora. Lo había —como los rifles y los cartuchos con que nos matábamos— en los Estados Unidos, sólo que allá no dejaban tomarlo gratuitamente, sino que lo vendían, y lo vendían a cambio de oro. Ese oro, ¿podíamos tenerlo? Iturbe entró con nosotros en una larga plática y resolvió que sí: lo tendríamos, por lo menos en parte, a pesar de que las tropas no estaban al corriente en sus haberes, y a pesar de que nuestros *bilimbiques* valían todavía menos que los de Carranza.

LIBRO SEXTO

VIAJES REVOLUCIONARIOS

Mis amigos vinieron a buscarme poco antes del mediodía y en grupo me acompañaron a la estación.

Cuando llegamos, ya el tren estaba allí: polvoriento, estrafalario, muy de revolución mexicana —con furgones y coches de los más diversos tipos y con marcadísima traza, por eso pintoresca, de cosa que se viene abajo—. Tenía aquel tren, además, como si íntegro le pesara encima —bastaba una mirada para advertirlo— todo el cansancio de su larga carrera desde los alrededores de Guaymas, de donde acababa de llegar, y revelaba a leguas la resignación dolorosa con que se disponía a echarse otra vez al camino, sólo que ahora en viaje de regreso.

Porque era costumbre entonces, en el servicio ferroviario entre Sinaloa y Sonora, que el tren que llegaba a Culiacán procedente de Cruz de Piedra (de Culiacán a Mazatlán el tráfico se hallaba suspendido) fuera el mismo que salía, inmediatamente, en sentido contrario. Así, por un simple cambio de colocación de la locomotora, el tren del norte se convertía en el acto en tren del sur, y de ese modo se evitaban algunas de las muchas deficiencias debidas a lo escaso del material rodante.

Este sistema tenía para Culiacán la virtud de empalmar en uno solo sus dos únicos acontecimientos ferrocarrileros habituales, lo cual provocaba en la ciudad periódicas conmociones de perfecto matiz pueblerino. Cada dos, cada tres, cada cuatro días (pues los trenes andaban entonces con irregularidad mayor que si se movieran a vela o se atuviesen al estado del tiempo) se alzaba de súbito en las calles cierto rumor: resonaban las aceras con taconeos más vivos; iban y venían sobre el barro más carruajes, más *arañas*; se abrían más puertas y balcones; se oían más voces —adioses más largos, saluciones más efusivas—, y se animaba así, como si le elevaran la temperatura, toda la atmósfera. Era el tren —el tren que llegaba y que volvía a salir.

*

En la estación mi despedida fue larga, porque esta vez, como siempre, el tren se mantuvo fiel a sus peculiaridades y tardó más de una hora en ponerse en movimiento. El general Iturbe me repitió cien veces su apacible sonrisa, subrayándola de tarde en tarde con alguna frase de afecto o de buenos deseos para mi viaje. Alessio Robles me dedicó sin descanso frases y abrazos a cuál más ruidoso y que encajaban a maravilla en el ritmo anárquico que nos rodeaba hecho de gritos, de desorden, de excitación, de tumulto. Aarón Sáenz y los otros *capitanes del ensueño* se alternaron para darme, todavía en esa postrer hora, pruebas de su exquisita amabilidad de huéspedes excelentes. Y el coronel Hay, llevándome un poco aparte y esforzándose por dominar los pregones de los vendedores de leche y de tamales, me recitó con insistencia, aunque siempre «por vez última», la lista de sus encargos oficiales y privados: desde

la conversación con el Primer Jefe en Hermosillo y las pistolas *escuadra*, calibre 38, para los oficiales del estado mayor, hasta el paquetito misterioso que recibiría de mis manos, en El Paso, Texas, cierta persona, para mí desconocida, que se acercaría al *pullman* haciéndome con el pañuelo determinada señal.

Al fin tocó la esquila de la máquina y yo salté al estribo de uno de los coches. El rodar del tren era tan lento, que mis amigos, durante varios minutos, siguieron hablándome mientras caminaban al paso: el grupo de los uniformes, coronado de sombreros claros, se desplazaba tranquilo y compacto, entre la masa pululante, al hilo de la vía. Luego el andar del tren se aceleró: las altas figuras de Alessio y Róbinson, con cuanto las rodeaba, fueron rezagándose; las formas de la estación se achaparraron; el panorama de Culiacán empezó a girar en torno a su centro, se escorzó, se encogió como si desde el fondo del horizonte tiraran de él cordones implacables. En seguida se interpuso una altura. Después una curva inclinó y desvió el vagón e hizo que el paisaje se levantara hacia el cielo, como la superficie del mar cuando se balancea el barco; y, por último, el paisaje se fundió en otro, fue otro.

*

Era tal la acumulación de pasajeros que, ya en el interior del coche, me costó algún trabajo dar con el mozo que viajaba conmigo a guisa de asistente. Lo encontré atrincherado detrás de su lío de ropa y mis maletas y puesto a defender, con denuedo militar, los dos asientos que había tomado por asalto. Cuando me acerqué a él rechazaba, con éxito digno de encomio, el ataque de dos oficiales empeñados, a toda costa, en apoderarse de aquellos valiosos sitios —valiosos porque igual podía durar el viaje dos días que veinte—. Eran un capitán y un mayor de no pocas armas; pero mi asistente, ladino y valeroso, lejos de desconocer las insignias de sus atacantes, sacaba de allí la razón para no moverse: ellos lo abrumaban con empuje de tres barras y una estrella, y él contestaba a este fuego con otro, aunque falso, irresistible: con fuego de tres estrellas y un águila. Porque, para el simple efecto de ocupar buen sitio en el tren, me había conferido una categoría de su gusto: sólo hablaba de las prerrogativas de «su coronel» y, a mayor abundamiento, de las de su general Iturbe. Mi presencia aplacó la acometividad de los oficiales —gracias sin duda a que aceptaron en mí un superior jerárquico—, y ellos y yo empezamos a hacer buenas migas: ellos, tratándome desde luego de «mi» coronel; yo, invitándoles de buena gana a acomodarse como mejor pudieran en el espacio que, por obra de las virtudes guerreras de mi asistente, se consideraba mío.

El tal espacio, pese a la lucha de que fuera origen, estaba bien lejos de la última palabra en punto a comodidades. A la ventanilla le faltaba el vidrio; la cortina, rota por el centro, colgaba de una varilla, ya sin resortes, por uno solo de sus ángulos; y el asiento mismo, con la tela del respaldo rasgada a todo lo ancho y el cojín deshecho en todo lo hondo, persuadía más a adoptar la postura a pie firme que la sedente. La

promesa, empero, de un buen pasar resultaba irresistible en nuestro sitio tan pronto como la mirada recorría el resto del vagón, pues si era cierto que aún quedaban intactos aquí y allá dos o tres cristales, algunas cortinas y, acaso —a juzgar por la actitud satisfecha de quienes los ocupaban—, varios asientos, lo demás infundía pavor. En la mayoría de los sitios no faltaba el vidrio, sino la ventana; en muchos, las desgarraduras de las cortinas eran prolongación de las grietas del techo, y en otros, en fin, de los asientos no sobrevivía ni el rastro.

No menos de diez veces se detuvo el tren, sin razón ostensible, durante las dos horas que siguieron a nuestra partida de Culiacán. Yo aproveché las paradas para asomarme a los demás vagones, y de mis correrías saqué en limpio que todos los de pasajeros, a cuál peor, se hallaban en tan malas condiciones como el mío.

Ese estado de cosas se reflejaba con enérgica elocuencia en los viajeros mismos, como si éstos fuesen imágenes donde, transmutados los valores en cuanto a la apariencia, las esencias se expresaran. A la destrucción —o, al menos, al deterioro profundo— del mecanismo material, del cuerpo del útil, correspondía un abajamiento, un deterioro de la espiritualidad de quienes todavía usaban el útil venido a menos. El tono de la vida a bordo del tren significaba por dondequiera un retorno a lo primitivo. La complejidad clasificadora que es la civilización —clasificar para escoger; escoger por una necesidad, siempre en aumento, de rechazar— no actuaba ya sino a medias. Había desaparecido la distinción entre vagones de pasajeros y vagones de carga: para lo uno y lo otro servían indistintamente furgones y coches. Había desaparecido, como consecuencia de lo anterior, la distinción entre personas y fardos: en algunos lugares iban hacinados, casi como bultos, los hombres, las mujeres, los niños; por dondequiera maletas y baúles ocupaban, como personas, los asientos. Pero más quizá que esto, había desaparecido el cúmulo de distinciones que atan el sentimiento del decoro del cuerpo a las naciones de silla, de mesa, de cama. En ninguna parte parecían sentirse más a sus anchas los viajeros que en los furgones de mercancías usados como coches: allí se echaban por el suelo a su gusto —se sentaban, se recostaban, se tendían—. Y allí también, y en los pasillos y plataformas de los vagones, se descubría un nuevo placer, se recordaba —atavismo inerte tras los milenios civilizadores— una acre fruición olvidada: la de comer a ras del piso, entre la basura, confundidos pies y manos en un mismo contacto con la mugre del suelo y sus escupitajos.

En mi coche, muchos pasajeros habían acampado a lo largo del pasillo con igual libertad que si anduvieran por el monte. Los racimos de cuerpos humanos —cuerpos tumbados boca arriba, boca abajo; cuerpos acurrucados de través; cuerpos en cuclillas; cuerpos puestos unos contra otros, o trabados entre sí— cerraban el paso tan concienzudamente, que para ir de un extremo del coche al otro era preciso resolverse a saltar por sobre espaldas y cabezas, o bien escalar cerros de cajas, de canastos, de frazadas, todo con inverosímiles equilibrios sobre los respaldos o de brazo en brazo de los asientos. Y esto de acampar en pleno tren, con descuido de las consideraciones

individuales recíprocas, no parecía conocer más límite que el de las necesidades inmediatas de cada uno. Había hasta quienes encendían lumbre, improvisando braseros con pedazos de hojalata, sobre los restos del terciopelo de los cojines. Y asimismo había los que no querían esperar si encontraban cerradas las puertas de los excusados. Esos cogían para su uso el sitio más próximo.

Al principio unos cuantos viajeros, libres todavía de la ola descivilizadora, intentaron oponer al desorden algún dique; pero, viendo que sus esfuerzos resultaban impotentes, desistieron. La tendencia hacia lo bajo traía la fuerza del alud, era irresistible: sólo la violencia hubiera logrado contenerla.

*

A media tarde, las paradas sin motivo se volvieron más y más frecuentes y la marcha del tren —cuando de tiempo en tiempo andaba— pasó de lenta a lentísima. Estos altos eran desesperantes. Durante ellos los pasajeros nos apeábamos de los coches y nos esparcíamos por el campo, a ambos lados de la vía. Algunos —los más curiosos o más impacientes— se acercaban a la locomotora, la estudiaban, hablaban con el maquinista y el fogonero y regresaban luego con el relato de sus indagaciones. El tren no andaba porque la máquina no alzaba vapor, y no alzaba vapor la máquina porque el agua escurría al fogón desde la propia caldera. La lucha, pues, entre el vapor y la distancia se había convertido en lucha entre el agua y el fuego. Y mientras tanto, estábamos parados.

Por momentos, el fuego ganaba terreno sobre el agua. Entonces sonaba la campana de la máquina y el tren se movía con arranque, tardo y laxo, de mecanismo desvencijado. El choque de los topes corría de carro en carro como un eco de valle en valle. Pero la marcha era siempre débil, tan débil que muchos de los pasajeros que estaban fuera del tren no se daban ya la molestia de subir a los vagones. Los seguían al paso, o se quedaban sentados al borde del terraplén, seguros de que un poco más lejos el tren volvía a detenerse. Así ocurría, en efecto: cuando avanzábamos sin interrupción dos o tres kilómetros, se nos figuraba que habíamos corrido mucho.

Era evidente que a tal velocidad no llegaríamos a San Blas —única estación donde podría medio repararse la locomotora— sino al cabo de cuatro o cinco días. El plazo, para un recorrido que en tiempos normales exigía pocas horas, pareció a todos excesivo, por lo que los tripulantes del tren y los pasajeros decidimos celebrar consejo. «Si además del carbón de piedra —decía el maquinista— trajéramos leña, la cosa iría mejor, porque, mezclados la leña y el cartón, el fuego se conserva vivo». A lo cual los pasajeros contestamos que si no había leña se improvisaría, la improvisaríamos nosotros. Dicho y hecho: un ejército devastador se desparramó por los terrenos inmediatos y se entregó a la obra. Juntó ramas secas y astillas de durmientes, arrancó estacas de los vallados, quitó los puntales de los postes del telégrafo, y en menos de media hora apiló sobre el tender de la máquina varias

toneladas de combustible, con cuyo auxilio pudo activarse el viaje.

La apañadura de leña la repetimos los pasajeros varias veces esa tarde y esa noche; hicimos otro tanto la mañana y la tarde siguientes, y de ese modo llegamos a San Blas al segundo anochecer, ansiosos de contemplar de cerca una casa redonda.

II

SOMBRAS Y BACANORA

Los habitantes de San Blas no se sorprendieron mucho al ver la traza en que llegábamos. ¿Era porque este pueblo —como todos los de la costa del Pacífico— estaba hecho ya a los trances revolucionarios más insólitos? ¿Era porque, al fin y al cabo, no había nada de raro ni de patético en un tren que caminaba varios días a razón de cinco kilómetros por hora y arribaba por último a una estación de alivio, batido y deshecho como buque sin arboladura a puerto de refugio?

Como quiera que fuese, los pasajeros sufrimos una decepción. Nosotros creíamos haber inaugurado una nueva categoría de naufragos: los naufragos del tren; nos gloriábamos de un heroísmo de tipo moderno: el de hacer andar locomotoras contra las inmutables leyes de la Naturaleza. Pero he aquí que en el paradero de San Blas — y esto confirmaba nuestras sospechas más crueles— no veíamos que salieran a recibirnos ningunos puestos de la Cruz Roja, ningunas camillas muelles y blancas, ninguna cocina ambulante sonora con los hervores del café y alegre con el nutritivo chirriar de la manteca.

Creció la decepción de casi todos cuando oímos las instrucciones que se nos daban.

—Un día por lo menos —pasaba diciendo entre los grupos el conductor— tardarán los talleres en separar la máquina. Un día, sí, porque en la casa redonda de San Blas ya no quedan ni martillos. Y como la estación no está preparada para estos trastornos, los pasajeros que gusten pueden venir a instalarse, mientras el viaje se reanuda, en el sitio que voy a indicar. ¡Todo el mundo listo para seguirme!

Poco antes, al apearnos del tren, la noche había acabado de llevar sus sombras hasta lo más alto del cielo. Ahora las lucecitas de los faroles punteaban la negra atmósfera de la estación. Los toques luminosos se repetían, balbucientes y a ras de tierra, en un gran espacio del ámbito oscuro; iban, en el fondo, a colgarse en la cortina de tinieblas. Y su desmayo era tal, que obraban en los ojos encandilados una inversión de valores: las lucecitas cercanas palidecían, las lucecitas distantes brillaban.

*

Los pasajeros más audaces o rebeldes se lanzaron hacia las calles del pueblo en busca de albergue cómodo. Se les vio correr entre las luces, encogidos de frío, doblados bajo el peso de sus bultos. En su rápido tránsito, los tenues resplandores de las lanternas achicaban sus figuras, las agrandaban, las dislocaban, las sometían a fugaz contraste con los grupos de hombres casi inmóviles en torno de los puestos de pan y fritangas. Los pasajeros más humildes o más juiciosos siguieron al conductor camino del alojamiento prometido. Éste no estaba lejos; pero como surgiese en el acto una

encarnizada competencia por ver quién llegaba primero a la conquista de los mejores sitios —los mejores que hubiera—, la caravana nocturna de los náufragos del tren galopó breves minutos en la sombra, con agitación confusa de masas negras y vivo bailoteo de llamas de faroles.

Los primeros en llegar al lugar de refugio no conquistaron gran cosa, ni los últimos tampoco. A la luz de las cerillas y de una que otra mala linterna se descubrió pronto que el hotel deparado por las autoridades ferrocarrileras no era mucho más hospitalario que la calle. Lo formaban los pasillos, y corredores de un edificio que no se sabía si estaba medio derruido o a medio construir, y cuyas paredes, todavía sin jaharro o ya sin él, subían desde el suelo húmedo hasta perderse, arriba, en la oscuridad de la noche. En algunos rincones, una vaga presencia de tarimas sobre el piso y de vigas en las regiones altas daba a uno la sensación de estar resguardado. En otras partes, el viento frío de enero corría como dentro de una flauta, chocaba consigo mismo en los salientes de los muros y las encrucijadas de las galerías, silbaba al escurrirse entre los cuerpos doblados hacia el suelo. Pero, igual en estos sitios que en los demás, bastaba volver un momento los ojos hacia arriba para convencerse de que el único y verdadero techo lo formaba un cielo surcado de nubes tempestuosas, un cielo casi invisible, en el que de súbito asomaba, para volver a perderse, unas cuantas estrellas.

Hubo un rato breve en que la oscuridad se pobló de voces y llantos de niños. Luego —cosa profundamente mexicana— sobrevino la resignación, la resignación fatal y fácil, la resignación en cuyo manto, como si lo cobijara todo, la multitud fue acomodándose. Los centenares de sombras movibles comenzaron a cambiar de postura y a quietarse. Habían sido de una verticalidad confusa y ambulatoria: ahora, en la penumbra hecha casi como de tinta, se fijaban, se fijaban horizontalmente, e iban formando, sobre el suelo oculto, una infinita serie de trazos paralelos semejante a la de los tendidos de la tropa en una cuadra informe, o mejor: evocadora de las traviesas de una vía férrea de pesadilla.

Al fin la calma fue casi absoluta. El viento seguía silbando y corriendo entre los cuerpos, ahora yacentes. Las tinieblas se apretaban más. Sólo allá, en el fondo del corredor, una sombra pequeña se movía de trecho en trecho colgada del brillo de su linterna. Avanzaba un poco y se detenía; se encorvaba sobre alguno de los cuerpos tendidos; bajaba la linterna; inclinaba unos segundos la cabeza; se enderezaba otra vez; avanzaba otro poco. Y así iba, de bulto en bulto, con la linterna alternativamente en alto y al nivel del suelo. Era el viejecito francés: un septuagenario diabético y ya sin fuerza, aunque dotado de una extraña energía nerviosa, que en todo el viaje no había cesado de hablar de la sacarina ni de prestar a los pasajeros más inválidos toda suerte de pequeños servicios. Su vocación humanitaria corría pareja con su capacidad orgánica para producir azúcar. Era dulce de cuerpo y alma, dulce por un impulso mayor que el peso de sus años, dulce hasta cuando el viento helado y la fatiga quebrantaban a los hombres y los derribaban por tierra. Allí iba, de cabecera en

cabecera, ofreciéndose a remediar todos los males y dando a izquierda y derecha, con la prodigalidad de una mano diminuta y temblorosa, cuanto llevaba en su cesto o en los bolsillos.

*

Yo ya había aprendido mucho en materia de noches al aire libre, y estaba, además, curado de las camas de vaqueta cruda y aros de barril que solían alquilar en las posadas samblaseñas. En vista de eso, mi asistente me extendió el catre al socaire de la primera casa que hubo a mano, pues a nada condujo mi recomendación de que buscara un soportal o cosa parecida.

Puesto el vestido me metí debajo de los sarapes, o más exactamente: me enrollé en ellos. Pero, así y todo, el frío calaba tanto que en balde batallé una hora por dormirme. Sonaba, salida quién sabe de dónde, una música gangosa, plañidera e infatigable —infatigable de puro cansada—, que en el negro silencio del pueblo sembraba mayor desconcierto que una tempestad. Eran un violín, un clarinete, un bajo, cuyas notas tristes concordaban unas veces, disonaban otras y de tarde en tarde desaparecían bajo la estridencia de un grito gutural y salvaje, de un grito prolongado que se terminaba en una carcajada seguida de un ¡ay! frío, cortante y agudo como arma blanca. Los tres instrumentos entonaban un aire popular, sobre el cual volvían infinitas veces, y luego, sin respiro, lo ligaban con otro que hacía nuevo ciclo de repeticiones. El viento se apoderaba del gangueo del clarinete, del rispear del violín, del bordonear del bajo, y jugaba con ellos a los remolinos por entre las callejas, para venir al fin a inundarme en un mar de remotas desafinaciones.

Incapaz de dormir, salté del catre y fui, envuelto en las mantas, en busca de la música. A los pocos pasos di con ella, quiero decir, con los que la producían: tres músicos soñolientos y medio borrachos que tocaban, sentados en el suelo, al abrigo de una esquina. Los tres formaban semicírculo frente a otro individuo, éste más borracho que los de los instrumentos, pero que, no menos atento al ritmo, se balanceaba en pie, apoyado con una mano en la pared y sujeto por la otra a la próxima esperanza de una botella, al parecer bien provista. La luz de un farol le daba en el rostro, joven y sucio, sacaba brillos cristalinos del líquido de la botella y venía a morir con débiles reflejos en los anillos del clarinete y en el lustre mugriento del bajo.

El borracho —esto lo aclaré en seguida en ociosa conversación con los tres músicos— era un ferrocarrilero del pueblo de Guamúchil. Había llegado a San Blas hacía más de una semana y desde entonces se dedicaba a festejar su santo sin considerarse nunca satisfecho. Era, sin dejo de duda, un ortodoxo de la juega de hebra continua, floreciente entonces a orillas de los once ríos de la fecunda Sinaloa. Cuatro sumaban ya, con la que en esos momentos le ponía comentario melódico a su embriaguez, las orquestas que había rendido, y, sin embargo, él mostraba aún alientos como para rendir otras cuatro. Las cadencias de la *Valentina*, de la *Juanita*, de la

Julia, ahondaban su ánimo eufórico y taciturno, lo ponían en contacto íntimo con las fuerzas creadoras del Universo y afloraban en su carne y su alma insospechados filones de vitalidad. Olía a cuerda a diez metros de distancia: rezumaba alcohol hasta por el cabello. Pero entre sorbo y música, música y sorbo, su cuerpo se conservaba firme sobre el suelo para no arrancar a su espíritu de las regiones paradisíacas donde se encontraba. El bacanora y el mezcal no lograban ahogarlo: se le alquitaraban en el organismo, dejando allí tan sólo el principio divino. Lo otro, lo que destruye y vence al arder la sangre en la lumbre del bacanora, se le escapaba a él milagrosamente. Tenía doce días y doce noches de andar por las calles borracho y solo —seguido a distancia por la murga que le tocaba y se embriagaba con él a tanto la hora—; pero, inmune al estrago, aún se veía fresco y recio como si empezara a beber esa misma noche.

Cuando notó que un extraño hablaba con sus músicos mandó a éstos que lo siguieran y echó a andar. Él iba tambaleándose no poco, pero bastante seguro de su paso; ellos arrastraban los pies, tropezaban, no encontraban el ritmo en sus instrumentos ni en el suelo.

*

A la tarde siguiente salimos de San Blas, y dos días después, ya anochecido, llegamos a Cruz de Piedra. Allí se me acercó, poco después de nuestra llegada, un joven militar.

—Soy el general Rafael Buelna —me dijo, y me estrechó la mano con aire franco, aunque tímido.

Aquella presentación súbita me desconcertó: me desconcertó, sobre todo, porque con ella se vino abajo cuanto mi imaginación había construido en torno del nombre de Buelna. Éste no era, como yo había supuesto, un guerrillero del tipo de Juan Carrasco, sino un adolescente que daba la impresión de haber hurtado, por travesura, los arreos militares que ostentaba. Y mi sorpresa habría durado indefinidamente a no ser porque, mirando a Buelna despacio, observé que entre su físico y su vida interior existía una gran discrepancia. A medida que hablaba, crecía el contraste entre su rostro, imberbe aún, y su manera reflexiva.

—Traigo para usted —continuó— un encargo del general Iturbe.

Y luego, vuelto hacia los dos oficiales que lo acompañaban, ordenó a uno de ellos, a la vez que le entregaba unas llaves:

—Mire, hijo: vaya a donde están los cofres y tráigame el bultito, envuelto en papel de periódico, que me dio en Culiacán el general Iturbe.

El oficial se alejó y volvió con lo que se le pedía. Buelna tomó el paquete y me lo puso en las manos.

—Algo importante —dijo— ha de venir aquí, pues el general Iturbe insistió con empeño en que hiciera la entrega lo antes posible. ¿Quiere usted cerciorarse de lo que

viene dentro y decirme si está conforme?

Un impulso de simpatía mutua hizo que Buelna y yo prolongásemos nuestro encuentro circunstancial. Yo le informé de que iba a Hermosillo. Él me propuso que juntos emprendiéramos desde luego el camino de Maytoarena. Y a partir de ese instante, sin preliminares, como viejos amigos y correligionarios, nos comunicamos nuestros pensamientos.

*

Buelna no irradiaba el entusiasmo de la Revolución, sino su tristeza. Parecía moverse como prendido a una gran responsabilidad: a una responsabilidad que, de una parte, le obligaba a ejecutar ciertos actos, y, por otra, le exigía estrecha cuenta de ellos. Era de los poquísimos constitucionalistas que sentían la tragedia revolucionaria: la imposibilidad moral de no estar con la Revolución y la imposibilidad material y psicológica de alcanzar con ella los fines regeneradores que se pretendían. Y como miraba a fondo el conflicto y no podía resolverlo en ideas suficientes, afectaba fiereza, simulaba un hablar rudo que no era el suyo y que abandonaba en el trato íntimo. Cuando hacía esto último surgía en él el muchacho escapado de la escuela, el estudiante a medio iniciar en los libros, y se le sentía enamorado de un mundo imaginario e ideal que de los libros tenía lo desinteresado, lo generoso, y de la realidad la esperanza eterna —el engaño que hace vivir el negro día de hoy con la ilusión de alcanzar el claro día de mañana.

III

LA CARRERA EN LAS SOMBRAS

Al llegar a Maytorena, Buelna me dijo:

—Ahora, si las fuerzas no le faltan, decídase a seguir el viaje conmigo. No hay tren que compita con mi motor de vía, ni en comodidad ni en velocidad.

La proposición no me desagradó o, por ser más exacto, me agradó. Porque sin duda era mejor salir de Maytorena inmediatamente, con relativa seguridad de estar en Hermosillo temprano por la mañana, que pasar en el campamento otra mala noche y exponerse, además, a las dilaciones sin límite de los trenes de pasajeros. Claro que un viaje de doscientos kilómetros en armón de gasolina no prometía nada agradable, menos aún de noche, en enero y en las condiciones pavorosas en que se encontraba entonces la vía férrea. Pero, bien que así fuese, todo me resultaba más seductor que la perspectiva de dormir al raso en Maytorena para esperar la salida de un tren incierto.

Buelna me había ponderado mucho las cualidades de su motor, o, para darle el nombre con que él lo designaba, de su «máquina voladora». ¿Se hacía ilusiones? Cuando fuimos a presenciar cómo la bajaban del carro en que acababa de acometer la travesía desde Cruz de Piedra, vi que la tal máquina no tenía nada de extraordinaria. Era un mecanismo primitivo, de miserable aspecto, sin personalidad de ninguna especie. Lo formaban cuatro ruedas, el motor mismo y una mala plataforma donde se apoyaban tres o cuatro bancos transversales en cuyas tablas cabrían, a duras penas, cinco o seis personas. Daba buena idea de las dimensiones mezquinas de la máquina la holgura con que se la veía en el carro de donde iban a bajarla. Había bastado para traerla una mula enclenque y triste.

—En este aparatito —pensé— igual puede llegarse a Hermosillo que a la Gloria.

Pero Buelna, como si me adivinara el pensamiento, me salió al paso:

—No vaya usted —me dijo— a juzgar mal de mi máquina por verla tan desmedrada. Para apreciarla bien, bien y en su punto, hay que ir encima de ella a ochenta kilómetros por hora, a ochenta por lo menos.

*

Dejó Buelna el motor en manos de su asistente y del mecánico; mandó a cenar a sus dos oficiales, y por nuestro lado nos fuimos él y yo a tratar de hacer lo propio, cosa no muy difícil en verdad, porque como Maytorena era un campamento bien abastado, encontramos sin mucho esfuerzo lo que necesitábamos.

Terminada la cena, Buelna observó:

—No tiene caso llegar a Hermosillo a las tres o cuatro de la madrugada. Saliendo de aquí entre la una y las dos, estaremos allá, sin apresurarnos más de lo justo, a eso de las siete. Son las doce. ¿Quiere usted que estiremos las piernas? Paseando charlaremos un rato.

Y así lo hicimos.

Durante buen espacio de tiempo, a tientas casi, paseamos entre los jacales diseminados a uno y otro lado de la estación. A esa hora, el silencio era, si no profundo, solemne. Sólo a lo lejos se oía continuo el ladrar de los perros, y, más lejos aún, el sordo traquetear de los carros en el camino de Cruz de Piedra. De tarde en tarde, de las chozas de los soldados —al acercarse a ellas se notaba— salía el rumor de un canto suave, susurrante, retrasado. Se adivinaban entornados en la sombra los ojos de los hombres que canturreaban así. Más allá, a campo abierto, el ámbito del silencio se ensanchaba, se ampliaba, se hacía infinito. La noche, aunque de estrellas, era oscura. Los puntos luminosos lucían arriba con intensidad quieta y eterna. Abajo, a ras del suelo, brillaban humildes, efímeras, intranquilas las lumbrecitas de los cigarros de los soldados que no dormían.

A veces, los ladridos de los perros dejaban de ser lejanos. Un animal tras otro iban asomando entre los matorrales, y a poco se formaba en nuestro alrededor una jauría, una verdadera manada de lobos que nos lanzaban desde la sombra gritos feroces. La jauría nos acosaba tanto por momentos que era preciso ahuyentarla. Yo, con mi terror instintivo por los perros, esperaba hasta el último instante; Buelna iba a ellos mecánicamente; daba, sin dejar de hablar, una patada entre las hierbas, y volvía a mi lado. Los perros se amedrentaban un rato y poco después empezaban a cercarnos otra vez.

Así pasamos cerca de dos horas: ya tropezando con las matas, ya parándonos a contemplar la remota serenidad del cielo o a ver, del lado del mar, las distantes fogatas de los federales. Aquellas luminarias, encendidas de trecho en trecho sobre las alturas de un horizonte invisible, irradiaban con su fulgor rojizo una significación para nosotros viva y honda. Eran más que la presencia simbólica de la lucha; eran, bajo el manto de estrellas sin límite, la expresión de un contraste, el resplandor parpadeante y minúsculo de la impotencia nacional, el trazo de la pequeñez con que se consuela la ausencia de lo grande. «¡Federales! ¡Revolucionarios! ¡Ni un átomo del menor rayo de luz de la menor de todas las estrellas!».

Dije de improviso:

—¡Cuánto evocan aquellas fogatas!

Y Buelna contestó, sin quitarles la vista:

—Sí, mucho evocan...

*

Cuando regresamos a la estación, el motor estaba listo para la salida. Buelna y yo nos instalamos en el asiento de atrás. En medio, al alcance de las llaves y las palancas, se colocó el motorista; a su lado, el asistente del general; adelante, los dos oficiales. Ya íbamos a partir cuando noté que no llevábamos ninguna luz.

—Oiga usted —le pregunté a Buelna—, pero ¿vamos a ir sin luz?

—Por supuesto —respondió.

—Muy bien —le repliqué—. Sólo debo advertirle una cosa: de aquí a Hermosillo no queda en pie ningún puente; me refiero a los grandes y a los medianos; a trechos la vía está tendida sobre las escarpaduras de las barrancas y los cauces de los ríos. Algunos de esos *shoe-flies* son terribles.

—Eso no le hace —respondió Buelna—. Igual está la vía de Culiacán a Cruz de Piedra, y así hemos venido. Pero, de todos modos, nunca está de más una precaución.

Y luego agregó, dirigiéndose al asistente:

—A ver, hijo: saca la linterna y amárrala lo mejor que puedas delante del motor.

El asistente se puso a buscar en uno de los cofres y sacó al fin algo que yo esperaba que sería un fanal. Nada de eso. Era una linterna común y corriente. Puesta en la delantera de nuestra máquina, su luz no alumbraba medio metro de la vía. Sin embargo, no quise hacer nuevas objeciones.

—Se me figura —observó Buelna— que no ganaremos así gran cosa.

A lo que contestó el motorista:

—No, mi general. Si le parece a usted, le pondremos a la linterna un papel por detrás. Servirá de reflector y nos aumentará la luz.

Ahora fue uno de los oficiales quien metió mano en los cofres para sacar la hoja de papel blanco que se necesitaba. Pero el nuevo dispositivo tampoco convenció a nadie: prácticamente el reflector no añadía nada; la luz de la linterna no avanzó un milímetro.

—¿Qué tal conoces tú esta línea? —le preguntó Buelna al motorista.

—Nunca he venido por aquí, mi general.

Y entonces fui yo el interrogado:

—¿Se acordará usted —me dijo— del lugar donde están los *shoe-flies* más peligrosos?

—Imposible —le respondí—. Una sola vez he hecho este viaje.

—Bueno —concluyó él entonces—; pues lo que se ande se andará, que al fin y al cabo no hemos de morir de parto. Nomás es cosa de ir con precaución. Tú, hijito, si sientes que la vía se te baja, mete luego luego el freno.

Y, efectivamente, lo que había de andarse se anduvo.

Serían las dos cuando salimos de Maytorena. Así que nos apartamos de la estación nos dimos cuenta de que no se veía gota. La linterna, antes que alumbrarnos, nos encandilaba. Supimos, por el ruido, cuándo dejamos atrás el último de los furgones alineados en las vías laterales. El movimiento nos anunció el paso del último cambio; el ruido, otra vez, la fuga de la última casa. Y entonces, cercados por las tinieblas, nuestro oído se entregó a un aprendizaje rápido.

El motor, frío al principio, se calentó pronto y se dio a acelerar: el rosario de sus explosiones se hizo perfecto. Nuestra máquina empezó a deslizarse prodigiosamente sobre los rieles ocultos. Hendía la sombra y la transformaba en viento que nos golpeaba la cara. Era el suyo un correr terso y veloz, capaz hasta de arrullar. Los dos

oficiales se trenzaron entre sí, se doblaron, se arrebujaaron y se echaron a dormir sobre el asiento, a un centímetro de la vía y de la muerte. El asistente apoyó los brazos sobre el respaldo, la cabeza sobre los brazos, y se durmió también. Buelna y yo seguimos la plática. El motorista, un poco después, comenzó a cabecear.

¡Extraña carrera loca, en manos de una de esas encrucijadas de las circunstancias que da como resultado algo peor que la temeridad: la inconsciencia; algo peor que la inconsciencia: la vanidad y el fatalismo! Ninguno de los seis hombres que allí íbamos tenía necesidad ni ganas de matarse. Pero, insensibles a todo, allí estábamos los seis, jugando a cuál más con la muerte: unos por obedecer, otros por no confesar que el juego, siendo peligroso, merecía no jugarse. En el fondo, a todos nos tranquilizaba un pensamiento, o el instinto de un pensamiento: los hombres, hasta cuando son más prudentes, no burlan su destino. Pensamiento de primitivos y de heroicos.

Llegó un momento en que Buelna y yo no pudimos ya hablar. El motor, dueño íntegro de su ritmo de máquina perfecta, se enardecía con su propio impulso, se entregó a la realización de aquella hora suya. La «máquina voladora» volaba de veras. Y había algo de indiscutiblemente grandioso en aquel huir desenfrenado, sin propósito ni objeto, sobre carriles hechos de tinieblas. Valía la pena entregarse a aquel vértigo de velocidad falta de puntos de relación y bajo la mirada de las estrellas inmóviles: vértigo de velocidad pura, perceptible para el oído y los músculos. Fijas, como si no nos moviéramos, brillaban por delante las dos agujas que sacaba de los rieles la luz de la linterna.

De pronto, el fugaz resplandor de otra aguja venía a sumarse y coincidía con el doble choque de las ruedas al salvar algún cambio. Entonces nuestro ruido se quebraba violentamente —¿algún furgón?, ¿alguna casa?— o se encajonaba por breves segundos. Nuevos resplandores fugaces, nuevos choques, y nuestro ruido se espaciaba otra vez. De cuando en cuando, el motor se inclinaba desplazando hacia un lado nuestro equilibrio. Lo adivinábamos describiendo en la oscuridad curvas majestuosas o torciendo su ruta con esfuerzo. Cada rato, una caída brusca, una sonoridad hueca nos revelaba el paso de algún desagüe, de alguna alcantarilla. El salto inesperado de los *shoe-flies* duraba instantes de una angustia al mismo tiempo terrible y deliciosa. Sentíamos que el motor, en busca de los rieles que de súbito le faltaban, se hundía en el abismo, más veloz que nunca, hasta el fondo de las hondonadas y los cauces de los ríos. Y aquello semejaba un caer de pesadilla —caer que dura poco y parece eterno—, entre informes bultos de vegetación fantástica y siluetas de peñas contra las cuales el vehículo parecía querer estrellarse. Pero siempre, cuando la congoja de la caída iba haciéndose insoportable, se trocaba sin transición en el ahogo de subir, de subir por pendientes increíbles, subir como de barca sobre grandes olas, que aquí se presentían duras, negras, caóticas. Era aquella una *montaña rusa* en la soledad del campo y de la noche; pero tan absurda, tan imprevisible e inexplicable en sus curvas y altibajos, que tenía momentos de viaje infinito, sin origen ni término. ¿Qué hacía yo allí, en aquella desorbitada danza de

fugas de loco, en compañía de cinco desconocidos tan inconscientes como yo?

En fuerza de querer penetrar las sombras, acabé por ver. Vi como si el sol alumbrara: un camino perfecto, arboledas laterales, postes del telégrafo, durmientes cuidadosamente balastados; pueblos en el fondo, montañas en el horizonte, nubes orladas de plata en el cielo... La vía, con todos sus altibajos, con sus curvas, sus desviaciones, sus cambios, sus cruzamientos, no ofrecía el menor peligro. Era una vía limpia y despejada, donde no se concebiría el obstáculo más leve. Se podía confiar, se podía dormir... dormir...

El motor dio un brinco. Cayó otra vez sobre los rieles. Vaciló como si las ruedas se le hubieran acolchado. Pareció dar traspies. Se encabritó. Brincó de nuevo. Volvió a caer. Se arrastró. Paró...

Buelna y yo estábamos en pie, cogidos a los asientos. El mecánico se había enroscado a la caja de las palancas. El asistente, con medio cuerpo fuera, estaba prendido por las piernas al asiento anterior. Los dos oficiales habían desaparecido.

Debajo de la plataforma se sentía algo. Supusimos, sin decírnoslo, que fuesen los oficiales. Bajamos. Callados desatamos la linterna y tratamos de aclarar lo que había sucedido. Entre las cuatro ruedas, cogida por éstas, se apelotonaba una masa enorme y confusa. Era algo velludo, húmedo, caliente. No eran los cuerpos de los oficiales; parecía ser un animal. Entonces nos apartamos del motor y, medio a tientas, guiándonos con nuestra luz, buscamos a ambos lados de la vía. Tampoco allí estaban los oficiales. Luego caminamos sobre los durmientes en sentido opuesto al del viaje. A los diez o quince metros descubrimos un puente pequeño. Lo pasamos; seguimos buscando: los cuerpos de los oficiales no se veían por parte alguna —ni ningún objeto, ni sangre.

—Estarán abajo —le dije a Buelna, hablando por primera vez—: en el arroyo.

—Seguro —contestó.

Y en efecto, tras breve registro en el fondo del arroyo, los encontramos desmayados y desangrándose a mares. Con grandes esfuerzos los sacamos de allí y conseguimos llevarlos cerca del motor. Uno recobró el sentido poco después. El otro parecía moribundo.

Al cabo de mucho forcejear, conseguimos desprender del motor lo que se le amontonaba debajo. Era una mula, que había muerto ya a consecuencia del choque. Sin duda estaría echada, durmiendo sobre la vía a la entrada del puente, cuando el motor chocó con ella y se la llevó entre los ejes.

Con todo, nuestra máquina no había perdido ni una tuerca. La subimos a los rieles; acomodamos a los heridos lo mejor que se pudo, y echamos a andar. De allí a poco entramos en una estación grande. ¿Hermosillo acaso? En la sombra se destacaban anchas masas como de edificios; se vislumbraban bocacalles a lo lejos. Cosa extraña: apenas si se veía una que otra luz.

Por las dudas, paramos. Buelna y su asistente se apearon y caminaron hacia los cobertizos de la estación. El mecánico y yo nos quedamos con los heridos.

Minutos después oí que una voz me gritaba:

—¡Guzmán! ¡Guzmán! No estamos en Hermosillo; esto es Torres.

Regresaron Buelna y su asistente y en el acto reasumimos la marcha, pero ahora con lentitud. Así anduvimos varias horas. Amaneció. Pronto se hizo de día: día tan claro que veíamos correr las liebres a uno y otro lado del camino. Buelna no pudo resistir el impulso de hacer blanco y se entretuvo en cazarlas con el máuser.

A dos kilómetros de Hermosillo descarrilamos nuevamente. El motorista no vio que estaba cerrada la aguja de un cambio, y el armón, al pasar sobre ella, saltó y fue a dar a dos metros de los rieles. Pero no pararon en eso nuestros descalabros de aquel viaje singularísimo, pues aún no nos rehacíamos del segundo accidente cuando, en el propio patio de la estación de Hermosillo, se abalanzó sobre nosotros el tren de pasajeros que salía para Maytorena. Unos segundos más y no nos queda tiempo ni para hacer a un lado el motor, donde nuestros heridos se quejaban horriblemente.

*

Como a las ocho de la mañana entré en el Hotel Arcadia. Iba todo sucio y manchado de sangre. Mientras el empleado hojeaba su libro y escogía la llave de la habitación que acababa yo de pedirle, me senté en una silla próxima al mostrador y me dormí.

IV

LOS REBELDES EN YANQUILANDIA

Asomarse en Nogales, Arizona, viniendo de nuestras ciudades empobrecidas y nuestros campos asolados por la guerra, era como presenciar un grato panorama nunca visto. Mirándolo ahora de nuevo, comprendí mejor que antes por qué los revolucionarios que se acercaban al pueblo fronterizo se sentían allí dominados por una especie de sortilegio: era el magnetismo de lo comercial, de lo vital.

A Nogales, Arizona, íbamos a confortarnos un poco con el calor de la industria de los hombres y a comprar con nuestros *bilimbiques* (válidos en casi todas las tiendas) hasta los cordones de los zapatos. Los aparadores pueblerinos de la única calle activa —aparadores rudimentarios, pero ubérrimos— nos hacían detenernos llenos de sorpresa y prontos a la admiración: admirábamos las baterías de cocina puestas en serie, las sartenes relucientes, las estufas de carbón o leña, las escopetas, la ropa, las pieles, el calzado, las tenazas, los martillos, las bicicletas, los automóviles, y todo lo admirábamos parejamente, todo como si la civilización —así fuese la semibárbara de los *cow-boys*— acabara de inventarse para nuestro alivio.

Porque los comerciantes de Arizona comprendieron pronto que la Revolución mexicana los enriquecería y se aprestaron desde el primer momento a satisfacer muchas de nuestras necesidades. Los de Nogales nos equipaban para la vida y para la muerte: igual nos daban el vino que se consumía en las fiestas oficiales de la Jefatura que los tiros con bala de acero o bala expansiva para nuestras pistolas, lo uno y lo otro a cambio de los papelitos impresos que nosotros les entregábamos a guisa de moneda, y que luego les servían a ellos para llevarse los restos de la riqueza que la Revolución malbarataba por razones imperativas, y porque era «riqueza de los científicos». De este modo, los revolucionarios regresábamos del Nogales yanqui al Nogales mexicano con cuanto habíamos menester para seguir matándonos —y también para solazarnos un poco entre combate y combate—. Pero al propio tiempo, el ganado de las dehesas sonorenses cruzaba la raya divisoria en un rebaño solo, en un rebaño que no acababa nunca, para ir a enriquecer a precio vil —era un chorro de oro incontenible— a los *live-stock brokers* del Far West. La prohibición yanqui de exportar armas y municiones a México —lo que en la jerga de los *pochos* se llamaba *el embargo de armas*— no disminuía esta fuga del patrimonio mexicano, antes la intensificaba, pues los riesgos del contrabando, al elevar el precio de nuestro principal artículo, se reflejaban, por simpatías de mercado, en los precios de lo demás. Todo lo pagábamos caro, y muy particularmente cuanto halagaba la coquetería indumentaria de los jóvenes constitucionalistas: los hermosos sombreros grises de ala ancha, los trajes de casimir de color caqui y corte guerrero, las polainas amarillas de cuero de cerdo, las camisas de lana verde aceituna.

La encrucijada internacional de la calle divisoria (mexicana en una acera, norteamericana en la acera opuesta) y la calle trazada perpendicularmente (ésta

mexicana en una de sus porciones y norteamericana en la otra) solía vernos pasar hacia allá vestidos de un modo y repasar luego hacia acá vestidos de modo diferente. Allí nos encontrábamos los que íbamos a comprar y los que veníamos de la compra; allí era la feria de los paquetes bajo el brazo y de las bromas entre curiosas y amables.

—Ya viene usted de dejar vacías las tiendas del otro lado —le decía Rafael Zubaran a Juan Sánchez Azcona, que la víspera había llegado de Hermosillo y se disponía ahora a pasar la línea en compañía de su hijo, subteniente del ejército constitucionalista.

—¿Vacías? No lo crea usted —contestaba Sánchez Azcona. Y en apoyo de su dicho sacaba la cartera y mostraba en ella, perfectamente doblados, ordenados, nuevos y olorosos a tinta, varios billetes de la emisión de Monclova, cuyo valor no ascendía a doscientos pesos—. Apenas para camisas y calcetines.

A menudo aquellas rápidas conversaciones frente al mojón fronterizo derivaban hacia la paradoja que creíamos ver en la contigüidad absoluta de los dos países. Nos dábamos la mano por sobre la teórica línea divisoria; poníamos un pie en cada una de las dos jurisdicciones. El general Ángeles —que, como todos los hombres íntegramente buenos y sinceros, tenía mucho de niño— jugaba allí a ir a los Estados Unidos y volver de ellos en un solo paso.

—Me voy a los Estados Unidos —decía, adelantando un pie.

Y luego, a la inversa:

—Regreso a México.

Un día fue y vino así hasta veinte veces —«para batir todos los *réconds*»—, lo cual hizo sin abandonar un segundo su sonrisa melancólica, y muy satisfecho de encontrar en mí un espíritu comprensivo del suyo aun en tales menudencias.

*

Después de breve estancia en Nogales, Sonora, seguí mi viaje hacia las grandes ciudades del Este.

En Nueva York me encontré con Alberto J. Pani, Luis Cabrera, Roberto V. Pesqueira, Juan y Francisco Urquidi y varios otros revolucionarios. Todos se hallaban investidos de funciones más o menos diplomáticas o consulares, y cuando no, tenían a su cargo comisiones comerciales o comisiones sencillamente ininteligibles y absurdas.

Pani había aprovechado la llegada de Cabrera a los Estados Unidos para huir de Washington, donde las pasaba negras gracias a los cincuenta centavos que Pesqueira, agente confidencial de «la causa», le suministraba para su sostenimiento cotidiano. Una vez en Nueva York, Pani quiso afirmar con gesto categórico su derecho a vivir, ya que no con el lujo de los representantes oficiales del constitucionalismo, sí al menos con alguna decencia; saltó de la *furnished room* que le costaba en Washington un dólar por semana a una excelente habitación del Hotel MacAlpin —habitación con

cuarto de baño y demás comodidades de la hotelería moderna—; resolvió, en suma, libertarse, en la esquina de Broadway y la calle 34, de todas sus recientes estrecheces.

En el Hotel MacAlpin se alojaba también Cabrera —Pesqueira no; él en el Vanderbilt—, y en el MacAlpin me alojé yo.

*

Roberto Pesqueira no estaba suficientemente preparado —o quizá era demasiado joven— para el puesto que las circunstancias y la avidez del grupo sonoreño le hacían desempeñar. Su bagaje se reducía a la lengua inglesa y alguna práctica en el trato con los norteamericanos de la región de Douglas, Arizona, allí donde los supremos centros de la acción y la cultura eran las Green Copper Companies y otras *Companies* por el estilo. Pero como no le faltaba talento natural ni comprensión rápida, su capacidad instintiva para oír el buen consejo y seguirlo sin regateos de amor propio le permitía ir cumpliendo su cometido, si no con lustre, con alguna eficacia. En Washington, es cierto, Pesqueira acababa de tener cerca a Pani durante más de un mes sin darse cuenta de la utilidad que la colaboración de éste hubiera podido reportarle. ¿Se debía a que Pani cayó entre los revolucionarios de Sonora como una personalidad casi desconocida?, ¿a que Pesqueira, semejante en esto a todo el grupo sonoreño, adivinaba cuáles eran los resquicios por donde el fruto político de la Revolución podía escaparse a otras manos? Meses antes, en Sonora, Felipe Ángeles había tardado más en llegar al campo constitucionalista que Obregón en declararle guerra a muerte. Ángeles, por su capacidad militar y, más aún que por eso, por su virtud, resultaba tan peligroso para los futuros caudillos como la verdad lo es para quienes viven de simulaciones. Análogamente —aunque en diverso orden de valores—, Roberto Pesqueira presentía acaso que Pani estaba llamado a representar en la desteñida actividad diplomática y financiera de México un papel más importante que el suyo. Lo cual no era, en el fondo, más que el primer episodio de la lucha que los civiles de Sonora habrían de trabar con Pani por varios años, y de la cual Pani no saldría victorioso sino con el apoyo de Obregón. Porque para Obregón, Pani, lejos de constituir un peligro —la rivalidad era imposible—, sería un instrumento fecundo. No así para los otros: para De la Huerta, por ejemplo, ni para Calles, durante el tiempo que Calles y De la Huerta serían aliados.

Respecto de Cabrera, la situación de Pesqueira se presentaba de otra suerte. Cabrera llegaba al constitucionalismo a ocupar desde luego, y por derecho propio, sitio entre los más encumbrados. Los coregas de primera magnitud eran, pues, quienes le disputarían los honores y el poder, y mientras tanto, Pesqueira, cuya magnitud se situaba por debajo de las primeras, podía subordinarse a Cabrera sin temor de ninguna especie y seguir sus indicaciones.

Cabrera, en verdad, y no Pesqueira, era quien daba en aquellos días la impresión de ser el jefe de la misión diplomática revolucionaria en los Estados Unidos. El Hotel

MacAlpin estaba lleno de su nombre y de su persona. Tan pronto como asomaba por el *lobby*, se alzaba de sillas y rincones un tropel de gente deseosa de hablarle; siempre había dos o tres personas principales esperándolo en los sofás del *mezzanine floor*; los botones andaban de continuo gritando su nombre para entregarle recados; las máquinas autográficas —esas que transcriben los mensajes de un piso a otro— movían sin descanso su pluma angular para mantenerlo informado; el teléfono de su cuarto no paraba un instante; y noche a noche, en fin, era preciso colgar de la perilla de su puerta el cartelito con la advertencia: *Don't disturb*, y dejar aviso de que no se le despertara antes de determinada hora. Por supuesto que mucha de aquella actividad no respondía a nada tangible: eran las salpicaduras del millón de corredores que en Nueva York agitan mar y tierra para vender el rifle que no tienen o para ofrecer el servicio que no está a su alcance. Mas por debajo del barullo hueco apuntaban trozos de labor seria, y a ésta atendía Cabrera con su manera nerviosa, rápida y precisa.

*

En el Hotel MacAlpin pasé entonces unos cuantos días de vida sibarítica —sibarítica a lo burgués, o mejor aún: a lo miembro del *Elk Club*—, a la cual me arrastraba el sensualismo tranquilo de Alberto J. Pani. Para iniciarla con buen pie, Pani y yo empezábamos por desayunarnos en el *great dining-room* del segundo piso, comedor suntuoso y enorme, detonante de dorados, columnas y espejos, donde los comensales hablaban bajo, los mozos pisaban quedo y el empleado de la puerta —convencido de que tal era el exponente más alto del vivir distinguidísimo— anotaba sobre un plano el nombre y colocación de cada huésped, para ir, silencioso, a buscarlo en caso de llamada urgente.

Aquel grandioso comedor, de lujo tan desproporcionado con mi único trajecito y mi única corbata de revolucionario trashumante, no lograba cohibirme, pero me obligaba a mirarlo, más que en su relación positiva conmigo, en una relación de contraste. Para Pani, la cosa era diferente, o así se me figuraba: él —por lo mismo que su frialdad sólo hacía excepción de las cosas que tocan a los sentidos— gozaba del gran comedor con toda amplitud e integridad. Le interesaba como resolución de problemas arquitectónicos —se trataba del comedor principal de un hotel de dos mil cuartos— y, antes que nada, como teatro de un admirable servicio de mesa hecho para regalo de los que quisieran sentirse, a ratos y a tanto la hora, grandes señores de hotel. Así nosotros. Nosotros éramos revolucionarios sinceros —no cabía dudarlos—; pero ello no obstaba para que paladeásemos con delectación el vasito de jugo de naranja que el criado nos traía en una riquísima bandeja de plata sobre la que se irisaban las facetas del cristal cortado y la masa del hielo fundente. Y el resto del desayuno no desmerecía de ese aderezo: el *battered toast* para los huevos nos llegaba puesto con esmero en delicadísimas rejillas de metal blanco; el pan suave para el café nos lo presentaban envuelto en servilletas tan finas que, aparte de conservar el calor,

parecían añadir perfume nuevo al ya grato de la harina recién cocida en el horno.

Nuestro desayuno de aristócratas de hotel nos normaba el estado de ánimo para todo el día. Nos inclinaba, de manera inconsciente, a buscar en las horas que venían después las equivalencias de nuestro primer acto mañanero. Igual espíritu presidiría a nuestro *lunch*; igual a nuestras entrevistas políticas; igual a nuestra comida de la tarde. Y si decidíamos ir al teatro y abríamos el *New York Times* por la sección de anuncios de espectáculos, no nos conformábamos con menos que el *Hamlet* de Forbes Robertson o *Los maestros cantores* en el Metropolitan.

Solía también el MacAlpin regalarnos con la última satisfacción de la jornada. En esos casos bajábamos a cenar a medianoche en la *grili-room*. Nos acompañaban Cabrera, Pesqueira, Urquidi, etc.; todos a cuál más propenso a dejarse arrebatar por el ritmo del *one-step*, del *hesitation waltz* y de los *blues africanos*. Las paredes de mayólica de la *grili-room*, verdadero *cabaret* subterráneo, provocaban en Pani frases admirativas y observaciones técnicas que nosotros escuchábamos y comentábamos entre bocado y bocado de *welsh rarebit* o de *bluepoints* en salsa de *cock-tail*.

Fue allí donde asistí por vez primera al trabajoso baile de los restaurantes —baile a destajo al margen de los placeres de la mesa, baile de fatigas y estrecheces increíbles—. Allí también confirmé que la alegría, para ser genuina, ha de teñirse de cierto desorden de excesos dionisiacos.

Roberto Pesqueira, con su *smoking* impecable, se levantaba de cuando en cuando a bailar. Nosotros lo veíamos. Cabrera, mexicano hasta la raíz, sacaba del bolsillo del chaleco una bujeta misteriosa y nos la ofrecía para que de ella tomásemos al aparecer sobre la mesa el manjar a propósito: en la bujeta había chile en pasta.

—Siempre que viajo —decía Cabrera— traigo esto conmigo. Sin picante de México no podría vivir... Me lo preparan especialmente: tiene chile pasilla, chile ancho y chile mulato...

Ni tampoco podía vivir Cabrera sin acordarse de que era gramático y filólogo. Si alguno, al terminar la cena, pedía un *plus-café*, corregía él con sonrisa que le goteaba de los anteojos al bigote y del bigote al plato:

—*Pousse-café, pousse-café, no plus-café.*

Hubiera yo querido, a mi regreso de Nueva York, ir otra vez a Sinaloa —¡Sinaloa de dulce recuerdo!—; lo hubiera querido, por lo menos, para enterar a Iturbe, en persona, del resultado de mis gestiones en los Estados Unidos. Pero, contra mis propósitos, hubo circunstancias que me retuvieron en Nogales y me hicieron al fin variar de rumbo.

En Nogales me encontré con que el Primer Jefe —ya de regreso de su viaje al sur y próximo a trasladarse a Chihuahua— había dispuesto adscribirme a alguna de las dependencias de la Primera Jefatura, «para labores cuyo carácter se me comunicaría oportunamente», y me encontré también con que los *capitanes del ensueño* tenían instrucciones de invitarme, de parte del general Obregón, a que aceptara un cargo en el cuartel general del Cuerpo de Ejército del Noroeste.

La perspectiva de sumarme al séquito del Primer Jefe no me agradaba de ningún modo. Cerca de don Venustiano florecían viciosamente la intriga y la adulación más baja; privaban los díscolos, los chismosos, los serviles y los alcahuetes. Y si bien es verdad que ese ambiente nauseabundo se purificaba a ratos con la presencia de hombres estimables —hombres de otro tipo muy diverso, como Zubaran, Escudero, Silva, De la Huerta y algunos más—, la mala atmósfera prevalecía al fin o quedaba siempre en grado bastante para que sintiera uno asco y ganas de alejarse. Los hombres sinceros, los afectos a llamar a las cosas por su nombre, no tenían nada que hacer en el ámbito estrechamente carrancista, salvo que les incumbieran obligaciones de esas que, por muy altas, no deben abandonarse en ningún caso. Era inútil hacerse ilusiones. Ya había yo aprendido mucho y sabía que Carranza —viejo y terco— no cambiaría jamás: seguiría respondiendo mejor a los halagos que a las obras, al servilismo que a la capacidad; sufriría hasta su muerte la influencia de lo ruin, de lo pequeño, porque él mismo —grande en nada— no estaba libre de pequeñeces esenciales. Su frialdad calculadora —a eso llamaban los turiferarios dotes de gran estadista— le servía para calcular lo chico, no lo magno, con lo que echaba a perder hasta sus mejores momentos. ¿Quién vio nunca en él rasgos de verdadero entusiasmo, oficial o privado, ante los hechos grandes de la Revolución? No era magnánimo ni para premiar. Si Villa, por ejemplo, ganaba tres o cuatro batallas seguidas —batallas de trascendencia, batallas de aquellas que ensanchaban en cien leguas, como por arte mágico, el horizonte revolucionario—, Carranza se ponía a contar con los dedos, y en caso de resolverse a premiar con un ascenso aquella serie de hazañas, lo hacía regateando: cuidaba de ascender cinco o seis días antes a cualquiera de los generales suyos —así fuese el de las derrotas—, para roerle a Villa algo por lo menos de su sitio en el escalafón. En cambio, era notorio que al otro día de los ditirambos del adulator o de los servicios del proxeneta, las recompensas se otorgaban estruendosas —estruendosas e indecorosas—.

De muy diferente manera me impresionaba el proyecto de irme con el general Obregón. Éste, en realidad, no me simpatizaba. En nuestro primer contacto lo había visto demasiado insincero, demasiado farsante. Luego (acaso tampoco yo le cayera muy bien a él) no había podido establecerse de uno a otro esa tácita corriente espiritual —esa comprensión informulada— engendradora de las aproximaciones humanas que valen y duran. Con todo, no cerraba yo los ojos a cuanto era en él capacidad y buenas cualidades: a su dinamismo, a su vigor de acción constante e inmediata, a su manera clara, ya que no generosa ni heroica, de entender la política y la guerra, y, en fin, a cierta forma limpia y directa de tratar a sus colaboradores inmediatos, a cierta hombría plena para entenderse con sus subordinados sin exigirles genuflexiones ni vilezas. Cerca de Obregón los aduladores se volvían discretos, y las intrigas, de haberlas, se liquidaban pronto o se perdían en una sola y grande: la que él llevaba cerca del Primer Jefe para asegurar el futuro predominio suyo y de su grupo. De ahí que en su estado mayor, y en las demás dependencias oficiales anejas a su persona, reinara una atmósfera sana, un concierto de voluntades atentas a la obra, no al medro. Serrano, Sáenz, Muñoz, Róbinson —y como ellos, que eran militares, los civiles— se conducían con probidad revolucionaria irreprochable. O, en todo caso, parecían conducirse, porque con Obregón, ganador de batallas, se trabajaba lo bastante para no perder el tiempo en bajezas.

Muy segura consideraban los *capitanes del ensueño* mi incorporación —como civil— al Cuartel General del Cuerpo de Ejército del Noroeste, tan segura que en Nogales compraron para mí todo un equipo semiguerrero: desde la pistola y el caballo hasta el catre de campaña. Y es un hecho que, en cuanto dependió de mí mismo, tenían razón de sobra. Entre Obregón y Carranza yo no vacilaba un punto: estaba resuelto a unirme a ellos. Pero a la postre (¿por desgracia?, ¿por fortuna?: es necio detenerse a valorar las bifurcaciones del destino) no hubo de ser así. Una tarde fui a ver a don Venustiano; le expliqué, tan delicadamente como pude, que mi deseo era no marchar con él, sino con Obregón, y le pedí que me autorizara a proceder de esa suerte. Él me habló de Iturbe y terminó diciéndome: «Lo solicitan a usted de demasiadas partes. Voy a pensarlo. Le resolveré». Y a los tres días me avisó De la Huerta que el Primer jefe ordenaba mi traslado a Ciudad Juárez «donde Zubaran me confiaría una comisión importante», y no mi marcha con las fuerzas de Obregón, según eran mis deseos.

¿No era aquello un acto tiránico, sin objeto ni excusa? Sin duda; pero lo soporté sin chistar. Más aún, no conté a nadie, aparte De la Huerta, el verdadero carácter de mi entrevista con Carranza. Me repugnaba —por pudor de hombre libre— dar a saber que el Primer Jefe me compelió a quedarme justamente en el sitio que yo rechazaba sin rodeos.

*

Todos, pues, nos íbamos a Chihuahua, aunque no todos juntos. Don Venustiano atravesaría la sierra a caballo, yendo por el cañón del Púlpito hasta Casas Grandes. Lo acompañarían unos cuantos íntimos —íntimos y équitos indiscutibles—, y todo un batallón le daría escolta. Mientras tanto, los demás (a éstos los bautizó De la Huerta con el nombre de «palomilla») pasaríamos la frontera por Nogales e iríamos en ferrocarril, por tierra yanqui, hasta restituirnos a nuestro suelo frente a El Paso, Texas.

En fin de cuentas yo no figuré entre los de a caballo ni entre la «palomilla». Pertencí a un tercer género: al grupo que hizo en automóvil el viaje de Naco a Agua Prieta; que fue luego, en auto también, de este último lugar a otro cuyo nombre no recuerdo, y que, por último, siguió en tren por territorio norteamericano hasta reunirse con los otros dos grupos en Ciudad Juárez.

Rafael Zubaran compartió conmigo las incomodidades y pequeñas sorpresas de aquel viaje, en que parecíamos jugar al escondite con las jurisdicciones nacionales. A cada revuelta del camino cambiábamos de país; en cada alto topábamos con el otro concepto de la vida, el cual, si estábamos del lado de allá, solía acogernos con gesto activo, ya de una manera, ya de otra. Sitio hubo donde nos recibieron como si fuéramos *tramps*; en otros nos trataron como a magnates. Las escenas de la Revolución, allí demasiado próximas, impresionaban a unos yanquis como meros actos de barbarie, a otros como un suceso comercialmente prometedor. En Naco no sé qué extraña desconfianza estuvo a punto de cerrarnos la puerta del único hotel del lugar —por único no menos malo—, pese al rigor de la noche de febrero. Largo rato estuvimos a la intemperie, transidos de frío, mirando cómo se escarchaba en la helada la luz de las estrellas.

En Douglas, un gran señor rústico y espléndido —también se llamaba Douglas— quiso agasajarnos con tal magnificencia que nosotros rehusamos azorados. Mr. Douglas tenía un hotel —cuyo nombre, asimismo, era Douglas— y ostentaba modales de minero en época de bonanza. En cuanto oyó que Zubaran y yo nos acercábamos al despacho de su hotel a pedir cuarto, vino hacia nosotros, hizo su presentación con pocas palabras, breves y sencillas, y nos dijo sin más ni más que aquel gran hotel era suyo —suyo como todo el pueblo— y que allí se nos alojaría mejor que a un «presidente de ferrocarril» sin que nos costase nada, pues él lo pagaría todo. Zubaran rechazó la oferta con suave franqueza, pero no pudo impedir que Mr. Douglas soslayara el desaire ordenando a sus empleados que nos regalasen.

—Este señor que se empeña tanto en obsequiarnos —me dijo luego Zubaran— es no sólo minero, como sospecha usted: es superminero, gran personaje de toda la minería de esta región yanqui-mexicana. Por de pronto representa los intereses de las minas más grandes de Sonora. No le ofendamos, por supuesto; pero no aceptemos de él, de balde, ni un vaso de leche.

*

Una especie de beaterío laico masculino fue el lugar que escogió Adolfo de la Huerta para que la «palomilla» se instalara en Ciudad Juárez. ¿Se extremó nunca tanto, como entonces, la noción de que los revolucionarios hacíamos voto de pobreza? Nadie negará jamás que De la Huerta vivió siempre una vida austera; pero aquel sitio, más que austero, era infame. Se reducía a un patio cuadrangular, de ochenta a cien metros por lado, en cuyo perímetro se alzaban cuatro alas de cuartos corridos, independientes entre sí, y sin otra comunicación con el mundo que sendas puertas sobre el patio, ruines y desvencijadas. Los muros, del adobe más vil, habían tenido alguna vez aplanado de argamasa: los años lo habían descascarillado en grandes porciones. Los pisos de los cuartos estaban medio hundidos; a los techos les faltaba poco para desplomarse. En otro tiempo, el suelo del patio debió estar cubierto de pedrezuelas del río Bravo: ahora las pocas guijas que le restaban se hundían en el lodo.

En medio del patio un tubo de agua —tubo flaco, herrumbroso— salía del suelo verticalmente y, después de elevarse metro y medio, se encorbaba otra vez hacia abajo para formar chorro sobre una pila de mampostería, fecunda en grietas. La llave apenas si funcionaba: un hilo líquido escurría de ella a todas horas, el cual, al desbordar la pila, conservaba al patio su peculiar aspecto de pantano diminuto. De noche, al frío de febrero congelaba el hilillo líquido y formaba un hermoso carámbano en el pico de la llave; la pila se convertía en témpano de hielo; el patio espejeaba como si con el lodo hubieran mezclado agujas de vidrio. Y todo esto, que en la oscuridad nocturna se adivinaba apenas, en la mañana era una gloria —la gloria de la naturaleza, que asoma aun en los rincones más miserables—.

¿Qué vida hacíamos entonces? Vida infernal, que casi no recuerdo. Recuerdo nuestro despertar cotidiano. Habíamos pasado la noche sobre la mugre de camas indescriptibles; nos comían las chinches; el frío nos congelaba la sangre, y tras de todo esto, al levantarnos por la mañana teníamos que ir medio desnudos hasta el centro del patio para lavarnos allí. Crujían en el lodo, bajo nuestros pies, las laminillas de hielo; el hermoso carámbano de la llave nos oponía resistencia de trozo de tecali: tecali fantásticamente labrado y maravillosamente pulido. Y algunos de nosotros —los sensoriales— gozábamos en tales momentos, poniendo en juego los sentidos del tacto y de los músculos, de un placer orgánicamente raro y cruel, el único que podíamos esperar de aquella existencia nuestra, existencia de falansterio de mendigos.

Porque ante la belleza caprichosa, anárquica, de las formas de agua esculpidas por la noche, el propio dolor del frío como que dejaba de serlo, explicándolas.

LIBRO SÉPTIMO

INICIACIÓN DE VILLISTA

Mis primeras semanas de Ciudad Juárez fueron a manera de baño de inmersión en el mundo que rodeaba al general Villa. Aparte el trato con él, conocí entonces a su hermano Hipólito, a Carlitos Jáuregui (el más joven de sus partidarios, aquel en quien Villa ponía sus mayores confianzas), a Juan N. Medina (jefe, hasta poco antes, de su estado mayor), a Lázaro de la Garza (su agente financiero) y a otros muchos, en fin, de sus subordinados y servidores más próximos; todos los cuales —cada quien a su modo— fueron acercándose al jefe de la División del Norte y envolviéndome en la atmósfera que su sola presencia creaba.

*

Carlitos Jáuregui me contó, una noche que esperábamos en Juárez la llegada de Villa, el origen de sus relaciones con el guerrillero. Nos habíamos subido, para estar más cómodos, sobre un montón de cajas y fardos próximos a los andenes de las bodegas de la estación. Noche de mayo, hacía una temperatura tibia y deliciosa. Jáuregui se había ido recostando sobre las cajas hasta quedar tendido del todo, cara al cielo y blandamente inmóvil. Mientras hablaba tenía los ojos fijos en las estrellas. Yo, apoyadas las espaldas contra el costado de un bulto, lo oía sin interrumpirlo y me divertía a la vez en seguir con la vista las órbitas de unas lucecitas rojas que vagaban en la sombra bajo el cobertizo de enfrente. Las lucecitas se movían, ya con violencia, ya con lentitud; viajaban de un lado para otro con trayectorias sinuosas; caían de pronto; describían largas parábolas, como proyectiles lanzados horizontalmente; se quedaban fijas en el aire por unos momentos, o quietas en el suelo; se iban apagando, se reanimaban, se extinguían. Eran los cigarrillos de los soldados y oficiales que esperaban el tren militar.

«Cuando Villa estaba preso en Santiago Tlatelolco —me iba relatando Jáuregui— yo trabajaba como escribiente en uno de los juzgados militares. Aquellos días los recordaré siempre como los de mi mayor miseria. Tenía de sueldo alrededor de cuarenta o cincuenta pesos, a causa de lo cual vivía triste, tan triste que, según me parece, la tristeza se me echaba de ver, en raro contraste con mis pocos años. Para ganar un poco más solía ir por las tardes al juzgado, pasadas las horas de oficina, y allí escribía solo hasta acabar las copias que me encargaban abogados y reos. Mi escritorio estaba cerca de la reja detrás de cuyos hierros comparecían los acusados; de manera que desde mi asiento podía yo ver una parte del pasillo de la prisión, solitario casi siempre a esas horas.

»Una tarde, al alzar la vista de sobre el escritorio y mirar distraído hacia el pasillo, vi a Villa, de pie detrás de la reja. Había venido tan calladamente, que no sentí sus pasos. Llevaba, como de costumbre, puesto el sombrero y echado sobre los

hombros el sarape.

»—Buenas tardes, amiguito —me dijo amable y afectuoso.

»Su aspecto no era exactamente igual al que le había conocido las mañanas en que el juez le tomaba declaración o lo llamaba para cualquier diligencia. Me pareció menos lleno de desconfianza, menos reservado, más franco. Lo que sí conservaba idéntico era el toque de ternura que asomaba a sus ojos cuando me veía. Esa mirada, que entonces se grabó en mí de modo inolvidable, la descubrí desde la primera ocasión en que el juez me encomendó asentar en el expediente las declaraciones que Villa iba haciendo.

»—Vengo a ver —añadió— si quiere usted hacerme el servicio de ponerme en limpio una cartita.

»Luego conversamos un buen rato, me dio el papel que le debía copiar y quedó en que volvería él mismo a recogerlo a la tarde siguiente, a la misma hora.

»Al otro día, después que hubo recogido su carta, clavó en mí los ojos por mucho tiempo y, al fin, me preguntó, haciendo más notable el matiz afectuoso de su sonrisa y su mirada:

»—Oiga, amiguito: ¿pues qué le pasa que lo veo tan triste?

»—No me pasa nada, general. —No sé por qué llamé yo a Villa general desde la primera vez que hablamos. Y añadí luego—: Así estoy siempre.

»—Pues si así está siempre, eso quiere decir que siempre le pasa algo. Vaya, vaya, dígamelo. A lo mejor resulta que yo puedo sacarlo de sus penas.

»Aquel tono, un poco cariñoso, un poco rudo, un poco paternal, me conquistó. Y entonces, dejándome arrastrar por la simpatía que Villa me manifestaba, le pinté en todos sus detalles las privaciones y miserias en que vivía. Él me escuchó profundamente interesado, y tan pronto como terminé de hablar metió mano en el bolsillo del pantalón:

»—Usted, amiguito —me dijo—, no debe seguir padeciendo de ese modo. Yo voy a encargarme de que su vida cambie. Por principio de cuentas tome esto para que se ayude.

»Y me tendió, por entre los barrotes de la reja, un billete de banco doblado tantas veces que parecía un cuaderno diminuto.

»Al principio yo rechacé con energía aquel dinero que no había pedido; pero Villa me convenció pronto con estas palabras:

»—Acepte, amiguito; acepte y no sea tonto. Yo le hago hoy un servicio porque puedo hacérselo. ¡Usted qué sabe si mañana ha de resultar al revés! Y tenga por seguro que si usted puede hacer algo por mí cualquier día, no esperaré a que me lo ofrezca: se lo pediré yo mismo.

»Esa noche, ya en la calle, estuve a punto de desmayarme al pie del primer foco de luz que encontré en mi camino. Al desdoblar el billete vi algo que apenas podía creer: ¡el billete era de a cien pesos! ¡Nunca había tocado con mis manos otro billete igual! Tenía dibujada, sobre fondo rojo, una hermosísima águila mexicana con las

alas abiertas y muy largas.

»Aunque nada tenía que escribir, acudí a la oficina la tarde siguiente, después de las horas de trabajo. Me impelía una secreta necesidad de hablar con Villa; de expresarle mi agradecimiento; de mostrarle mi regocijo. Pero él, por razones que más tarde he comprendido al conocerlo mejor, no se apareció por la reja. Aquello me produjo una profunda contrariedad, pues de ese modo me era imposible comunicar a nadie mis impresiones; porque Villa me había recomendado que no dijese una sola palabra, ni en mi casa, del dinero que me había dado, y yo estaba resuelto a guardar silencio.

»Por fin, volvimos a vernos dos días después:

»—¿Qué tal le va ahora, amiguito? —me dijo tan pronto como llegó—. Se me figura que lo veo con mejor cara que antes. Expréme, pues, sus palabras.

»—Estoy muy bien, general, y sobre todo muy agradecido por el servicio que se empeñó usted en hacerme.

»Y así seguimos conversando.

»Nuestra plática fue esta vez más larga y comunicativa. Yo, ciertamente, sentía una gratitud profunda por aquel hombre rudo que se mostraba tan bueno conmigo, y trataba de hacerle comprender mis sentimientos. Al despedirnos alargó el brazo por entre las barras de la reja y me ofreció la mano. Yo se la estreché sin titubear; pero como noté, al juntarse nuestros dedos, que Villa ponía algo entre los míos, traté de retirarlos. Él, apretándomelos con más fuerza, me dijo:

»—Esto que le doy aquí es también para usted. Cuando uno ha estado pobre mucho tiempo, el poco dinero que halla de repente no le alcanza para maldita la cosa. Apuesto, amiguito, a que ya no le queda ni un centavo de lo del otro día.

»—Sí, general, sí me queda. Me queda casi todo.

»—Pues si le queda —replicó— es que usted no ha hecho lo que debe. Usted está necesitando desde hace tiempo un buen rato de alegría, de diversión; y créame: la diversión y la alegría cuestan hasta cuando no se compran. Además, mire lo que son las cosas: yo ya ando en cavilaciones sobre un favor que he de pedirle; un favor más importante, mucho más, que estos pequeños que yo le hago, y estoy seguro de que usted no ha de negármelo.

»—¿Qué favor, general? —le pregunté, resuelto ya a dar hasta la vida por aquel hombre, el primer hombre bueno para mí con quien tropezaba en el mundo.

»—Hoy no, amiguito; hoy no se lo solicitaré. Hoy diviértase y esté contento. Mañana a mí me tocará.

»Yo no me divertí aquella noche; al contrario, sufrí más que en ninguna otra hasta entonces. Haciéndome preguntas y cálculos no logré dormir un solo minuto. ¿Podría yo hacer lo que Villa pensaba pedirme? La eventualidad de que me exigiera algo malo no se me ocurría. Pero sí me inquietaba mucho la sola idea de que pretendiese cosas fuera de mi alcance, superiores a mis fuerzas y a mi inteligencia; temía no ser capaz de corresponder, temía quedar mal.

»Nuestra entrevista siguiente fue muy breve. Villa empezó diciéndome, con tono persuasivo, que si yo era valiente podía prestarle un gran favor, pero que si era cobarde, más convendría no hablar del asunto.

»—Yo no tengo miedo de nada, general —le aseguré desde luego.

»—¿Ni de hacer cosas malas, amiguito?

»—De eso... —y vacilé en terminar la frase.

»—Claro que de eso sí, porque usted es un buen muchacho. Yo nomás se lo preguntaba para ver qué respondía, pues a buen seguro que no he de pedirle nada que esté mal.

»—Yo sé que usted es un buen hombre, general.

»—¡Eso, eso! De eso quería hablarle, amiguito. Usted que ha escrito todos los papeles de mi causa: ¿le parece justo que me tenga preso el gobierno?

»—No, general.

»—¿No es verdad que todo se vuelve una pura intriga?

»—Sí, general.

»—Entonces, ¿no cree usted bueno que yo salga de aquí por mi cuenta, puesto que los jueces no han de dejar que me vaya?

»—Sí, general.

»—¿Y no es bueno también que alguien me ayude en este trance difícil?

»—Sí, general.

»—Bueno, amiguito. Pues usted es quien va a ayudarme... Pero ya le digo: eso, siempre que usted sea valiente; si es miedoso, no.

»—Miedo no tengo, general. Haré todo lo que usted me diga.

»La duda de Villa acerca de mi valor personal me produjo un efecto extraño, tan extraño que ya no pensaba sino en escuchar lo que él esperaba de mí, para acometerlo fuese lo que fuese.

»—Así me gusta que se hable —continuó—. Estamos arreglados. En primer lugar, tome este paquete y guárdelo en su escritorio, bajo llave y donde nadie lo descubra.

»Al decir estas palabras sacó de entre los pliegues de su sarape un bulto pequeño que me pasó por entre los barrotes. Yo me acerqué, lo tomé y lo metí en uno de los cajones de mi escritorio, debajo de varios papeles. Villa siguió diciendo:

»—En ese paquete van unas seguetas, un portasierra y una bola de cera negra. Cuando venga usted mañana por la tarde, arme la sierra —al pronunciar estas palabras bajó la voz y le imprimió un tono más confidencial y más enérgico—, cierre bien las puertas y póngase, amiguito, a la obra de aserrar mis barras. El aceite de la botellita, que está también en el paquete, es para untar la sierra; así no se calienta ni rechina. Corte primero aquí, luego aquí —y señalaba en los travesaños de la reja—. Después de cortar bien, llene con cera las cortaduras, para taparlas; pero llénelas bien, que no se conozca. Pasado mañana corte estos otros dos barrotes, en estos lugares. Fíjese bien, amiguito: aquí y aquí. Cuando acabe, tape las cortaduras, como las otras.

Luego, en dos tardes más, corte en estos cuatro puntos; pero no completamente, sino dejando sin aserrar un poquito, para que los barrotes no se caigan. La última tarde vendré a verlo, y si ya ha acabado de aserrar lo que le dije, le diré qué más hay que hacer. Conque adiós. Me voy, porque ya llevo aquí parado algún tiempo. Y a ver si es verdad que no conoce el miedo... ¡Ah! Cuide de recoger bien la limadura que se le caiga; la que no pueda pepear con los dedos, recójala apretando la cera contra el piso.

»A medida que Villa me fue dando aquellas instrucciones yo sentí que el cuerpo se me ponía más y más frío, y que me quedaba como lelo, aunque no acertaría a decir si de miedo o de emoción. Y todas las palabras suyas, que yo oí tan atentamente que no las he olvidado jamás, me daban vueltas en la cabeza mezcladas de modo extraño con la figura del águila, de alas hermosas y largas, que había visto por primera vez en el billete de a cien pesos bajo los focos eléctricos de la calle.

»De acuerdo con su propósito, Villa no volvió a visitarme hasta pasados cuatro días. Durante éstos llevé a buen término, al pie de la letra, cuanto él me indicara. Mi único contratiempo fue que las seguetas se me rompían mucho al principio. Cuando Villa se acercó a la reja, al oscurecer del cuarto día, me dijo con su manera tranquila de siempre:

»—¿Qué tal, amiguito? ¿Cómo van esos negocios? ¿Cómo se siente del ánimo?

»—Todo perfectamente, general; todo según usted me dijo —le respondí, temblando de emoción y bajando la voz al grado de que casi no se me oía.

»—Bueno, amigo, bueno —dijo, y pasó las manos con disimulo por los lugares donde los barrotes estaban cortados. Luego añadió:

»—Mañana venga a la hora de costumbre. Con mucho cuidado acabe de aserrar los puntos por donde los barrotes han quedado sujetos. Pero no los corte todos: nomás tres. El otro déjelo como está ahora, para que el pedazo de la reja se quede en su sitio. Así que usted acabe, estaré aquí de vuelta.

»La tarde siguiente vino Villa a poco de que terminara yo de aserrar tres de las espigas que aún mantenían fijos los barrotes. Me preguntó si había concluido. Le dije que sí. Entonces, con una de las manos, empujó hacia dentro el cuadro de la reja que estaba cortado, el cual se dobló con gran facilidad y quedó vuelto hacia arriba y prendido apenas por uno de sus ángulos. En seguida, a través del hueco, me dio Villa un bulto de ropa que traía en la otra mano, oculto bajo el sarape. Miró después a ambos lados del pasillo; se metió de súbito por el agujero; forzó otra vez el pedazo de la reja, para colocarlo en su posición original, y en un rincón de la oficina se mudó el vestido rápidamente. Se puso otro sombrero. Se lo caló. En lugar del sarape se echó una capa sobre los hombros. Se embozó en ella. Y cuando hubo terminado, me dijo:

»—Ahora, amiguito, vámonos pronto. Usted camine por delante y yo lo sigo. No se asuste de nada nomás, ni se pare, pase lo que pase.

»Tan grande fue mi miedo, que no sé cómo eché a andar. Por fortuna, los pasillos y escaleras estaban medio a oscuras. Al ir a desembocar en el corredor que conducía

a la puerta, vi, a unos cuantos pasos, al oficial de guardia, que caminaba hacia nosotros en sentido contrario. La sangre se me fue al corazón, y no sabiendo qué hacer, me detuve. Villa, sin embargo, siguió andando; pasó a mi lado al mismo tiempo que el oficial y saludó a éste con admirable aplomo:

»—Buenas tardes, jefe —dijo con voz ronca y firme.

»Al ver yo que el oficial pasaba de largo, me repuse y seguí a Villa a corta distancia. En la calle me le reuní y juntos seguimos adelante.

»—¡Ah, qué amigo éste! —me dijo Villa así que pudimos hablar—. Pues ¿no le aconsejé que no se parara ni tuviera miedo por nada del mundo?

»Rodeando calles fuimos hacia el Zócalo, y mientras caminábamos hacia allá, Villa se puso a convencerme de que debía huir con él.

»—¿Usted quiere que no le pase nada? —me preguntó.

»—Por supuesto, general.

»—Bueno, entonces véngase conmigo. Si no, mañana mismo lo meten preso. Conmigo esté seguro de que no lo agarran. Por su mamá y sus hermanitos no se apure; ya les avisaremos a tiempo y les mandaremos lo necesario.

»En el Zócalo tomamos un automóvil. Villa le dijo al chofer que nos llevara a Tacubaya. Allí nos apeamos un rato y nos acercamos a una casa, como para entrar en ella. Luego regresamos al coche.

»—Oiga, amigo —le dijo Villa al chofer—: la persona que veníamos buscando salió esta mañana para Toluca. Nos urge verla. ¿Quiere llevarnos allá? Le pagaremos bien, siempre que no pida demasiado.

»El chofer convino en hacer el viaje después de muchos regateos por parte de Villa. Y ya en Toluca, conforme lo liquidaba, Villa le dijo:

»—Aquí tiene lo que concertamos. Pero, aparte de eso, le voy a dar estos diez pesos más, para que pasado mañana regrese por nosotros. Lo esperaremos en estos mismos portales. Si no viene, usted se lo pierde, amigo. Si viene, le pagaremos mejor que hoy.

»—¿Pero vamos a volver a México, general? —le pregunté a Villa cuando estuvimos solos.

»—No, amiguito. Nosotros nos vamos ahora a Manzanillo por ferrocarril. Allí nos embarcaremos para Mazatlán. Y de Mazatlán seguiremos por tren hasta los Estados Unidos. Le di el dinero al chofer, diciéndole que volviera, para que de ese modo la policía, si lo coge y le pregunta, no sospeche que éramos nosotros los que veníamos en el auto. Por eso también estuve regateando el precio».

*

Meses después, al iniciarse la revolución constitucionalista, le había dicho Villa a Carlitos Jáuregui: «Cuando tome yo Ciudad Juárez, amiguito, le voy a regalar los *quinos* en premio de lo que hizo por mí». Y, en efecto, Jáuregui usufructuaba ahora

los famosos quinos. Se los había regalado Villa al otro día de la brillante maniobra que permitió a la División del Norte apoderarse de la ciudad fronteriza y conservarla como cosa propia. Los tales quinos eran, por decirlo de algún modo, el lado más inocente del sistema de juegos de azar con que contaba Ciudad Juárez. El lado menos inocente eran el póker, la ruleta, los albuces. Este último lo había confiado Villa a su hermano Hipólito.

II

LA FIESTA DE LAS BALAS

Atento a cuanto se decía de Villa y el villismo, y a cuanto veía a mi alrededor, a menudo me preguntaba yo en Ciudad Juárez qué hazañas serían las que pintaban más a fondo la División del Norte: si las que se suponían estrictamente históricas, o las que se calificaban de legendarias; si las que se contaban como algo visto dentro de la más escueta realidad, o las que traían ya tangibles, con el toque de la exaltación poética, las revelaciones esenciales. Y siempre eran las proezas de este segundo orden las que se me antojaban más verídicas, las que, a mi juicio, eran más dignas de hacer Historia.

Porque, ¿dónde hallar, pongo por caso, mejor pintura de Rodolfo Fierro —y Fierro y el villismo eran espejos contrapuestos, modos de ser que se reflejaban infinitamente entre sí— que en el relato que ponía a aquél ante mis ojos, después de una de las últimas batallas, entregado a consumir, con fantasía tan cruel como creadora de escenas de muerte, las terribles órdenes de Villa? Verlo así era como sentir en el alma el roce de una tremenda realidad cuya huella se conservaba para siempre.

*

Aquella batalla, fecunda en todo, había terminado dejando en manos de Villa no menos de quinientos prisioneros. Villa mandó separarlos en dos grupos: de una parte los voluntarios orozquistas a quienes llamaban *colorados*; de la otra, los federales. Y como se sentía ya bastante fuerte para actos de grandeza, resolvió hacer un escarmiento con los prisioneros del primer grupo, mientras se mostraba benigno con los otros. A los colorados se les pasaría por las armas antes de que oscureciese; a los federales se les daría a elegir entre unirse a las tropas revolucionarias o bien irse a sus casas mediante la promesa de no volver a hacer armas contra la causa constitucionalista.

Fierro, como era de esperar, fue el encargado de la ejecución, a la cual dedicó desde luego la eficaz diligencia que tan buen camino le auguraba ya en el ánimo de Villa, o, según decía él: de «su jefe».

Declinaba la tarde. La gente revolucionaria, tras de levantar el campo, iba reconcentrándose lentamente en torno del humilde pueblecito que había sido objetivo de la acción. Frío y tenaz, el viento de la llanura chihuahuense empezaba a despegar del suelo y apretaba los grupos de jinetes y de infantes: unos y otros se acogían al socaire de las casas. Pero Fierro —a quien nunca detuvo nada ni nadie— no iba a rehuir un airecillo fresco que a lo sumo barruntaba la helada de la noche. Cabalgó en su caballo de anca corta, contra cuyo pelo oscuro, sucio por el polvo de la batalla, rozaba el borde del sarape gris. Iba al paso. El viento le daba de lleno en la cara, mas

él no trataba de evitarlo clavando la barbilla en el pecho ni levantando los pliegues del embozo. Llevaba enhiesta la cabeza, arrogante el busto, bien puestos los pies en los estribos y elegantemente dobladas las piernas entre los arreos de campaña sujetos a los tientos de la montura. Nadie lo veía, salvo la desolación del llano y uno que otro soldado que pasaba a distancia. Pero él, acaso inconscientemente, arrendaba de modo que el animal hiciera piernas como para lucirse en un paseo. Fierro se sentía feliz: lo embargaba el placer de la victoria —de la victoria, en que nunca creía hasta consumarse la completa derrota del enemigo—, y su alegría interior le afloraba en sensaciones físicas que tomaban grato el hostigo del viento y el andar del caballo después de quince horas de no apeare. Sentía como caricia la luz del sol —sol un tanto desvaído, sol prematuramente envuelto en tormentosos y encendidos fulgores.

Llegó al corral donde tenían encerrados, como rebaño de reses, a los trescientos prisioneros colorados condenados a morir, y se detuvo un instante a mirar por sobre las tablas de la cerca. Por su aspecto, aquellos trescientos huertistas hubieran podido pasar por otros tantos revolucionarios. Eran de la fina raza de Chihuahua: altos los cuerpos, sobrias las carnes, robustos los cuellos, bien conformados los hombros sobre espaldas vigorosas y flexibles. Fierro consideró de una ojeada el pequeño ejército preso, lo apreció en su valor militar —y en su valer— y sintió una pulsación rara, un estremecimiento que le bajaba desde el corazón, o desde la frente, hasta el índice de la mano derecha. Sin quererlo, la palma de esa mano fue a posarse en las cachas de la pistola.

—Batalla, ésta —pensó.

Indiferentes a todo, los soldados de caballería que vigilaban a los prisioneros no se fijaban en él. A ellos no les preocupaba más que la molestia de estar montando una guardia fatigosa —guardia incomprensible después de la excitación del combate— que les exigía tener lista la carabina, cuya culata apoyaban en el muslo. De cuando en cuando, si algún prisionero parecía apartarse, los soldados apuntaban con aire resuelto y, de ser preciso, hacían fuego. Una onda rizaba entonces el perímetro informe de la masa de prisioneros, los cuales se replegaban para evitar el tiro. La bala pasaba de largo o derribaba a alguno.

Fierro avanzó hasta la puerta del corral; gritó a un soldado, que vino a descorrer las trancas, y entró. Sin quitarse el sarape de sobre los hombros echó pie a tierra. El salto le deshizo el embozo. Tenía las piernas entumecidas de cansancio y de frío: las estiró. Se acomodó las dos pistolas. Se puso luego a observar despacio la disposición de los corrales y sus diversas divisiones. Dio varios pasos hasta una de las cercas, sin soltar la brida. Pasó ésta, para dejar sujeto el caballo, por entre la juntura de dos tablas. Sacó de las cantinas de la silla algo que se metió en los bolsillos de la chaqueta, y atravesó a poca distancia de los prisioneros.

Los corrales eran tres, comunicados entre sí por puertas interiores y callejones angostos. Del que ocupaban los colorados, Fierro pasó, deslizándose el cuerpo entre las trancas de la puerta, al de en medio; en seguida, al otro. Allí se detuvo. Su figura,

grande y hermosa, irradiaba un aura extraña, algo superior, algo prestigioso y a la vez adecuado al triste abandono del corral. El sarape había venido resbalándole del cuerpo hasta quedar pendiente apenas de los hombros: los cordoncillos de las puntas arrastraban por el suelo. Su sombrero, gris y ancho de ala, se teñía de rosa al recibir de soslayo la luz poniente del sol. Vuelto de espaldas, los prisioneros lo veían desde lejos, a través de las cercas. Sus piernas formaban compás hercúleo y destellaban; el cuero de sus mitasas brillaba en la luz del atardecer.

A unos cien metros, por la parte exterior a los corrales, estaba el jefe de la tropa encargada de los prisioneros. Fierro lo vio y le indicó a señas que se acercara. El oficial cabalgó hasta el sitio de la cerca más próxima a Fierro. Éste caminó hacia él. Hablaron. Por momentos, conforme hablaban, Fierro fue señalando diversos puntos del corral donde se encontraba y del corral contiguo. Después describió, moviendo la mano, una serie de evoluciones que repitió el oficial como con ánimo de entender mejor. Fierro insistió dos o tres veces en una maniobra al parecer muy importante, y el oficial, seguro de las órdenes, partió al galope hacia donde estaban los prisioneros.

Entonces tornó Fierro al centro del corral, atento otra vez al estudio de la disposición de las cercas y demás detalles. Aquel corral era el más amplio de los tres y, según parecía, el primero en orden —el primero con relación al pueblo—. Tenía en dos de sus lados sendas puertas hacia el campo: puertas de trancas más estropeadas —por mayor uso— que las de los corrales posteriores, pero de maderos más fuertes. En otro lado se abría la puerta que daba al corral inmediato, y el lado último no era una simple cerca de tablas, sino tapia de adobes, de no menos de tres metros de altura. La tapia mediría como sesenta metros de largo, de los cuales veinte servían de fondo a un cobertizo o pesebre, cuyo tejado bajaba de la barda y se asentaba, de una parte, en los postes, prolongados, del extremo de una de las cercas que lindaban con el campo, y de la otra, en una pared, también de adobe, que salía perpendicularmente de la tapia y avanzaba cosa de quince metros hacia los medios del corral. De esta suerte, entre el cobertizo y la cerca del corral próximo venía a quedar un espacio cerrado en dos de sus lados por paredes macizas. En aquel rincón, el viento de la tarde amontonaba la basura y hacía sonar con ritmo anárquico, golpeándolo contra el brocal de un pozo, un cubo de hierro. Del brocal del pozo se elevaban dos palos toscos, terminados en horqueta, sobre los cuales se atravesaba otro más, y desde éste pendía una garrucha con cadena, que sonaba también movida por el viento. En lo más alto de una de las horquetas, un pájaro grande, inmóvil, blanquecino, se confundía con las puntas torcidas del palo seco.

Fierro se hallaba a cincuenta pasos del pozo. Detuvo un segundo la vista sobre la quieta figura del pájaro, y, como si la presencia de éste encajara a pelo en sus reflexiones, sin cambiar de expresión, ni de postura, ni de gesto, sacó la pistola lentamente. El cañón del arma, largo y pulido, se transformó en dedo de rosa a la luz poniente del sol. Poco a poco el gran dedo fue enderezándose hasta señalar en dirección del pájaro. Sonó el disparo —seco y diminuto en la inmensidad de la tarde

— y el animal cayó al suelo. Fierro volvió la pistola a la funda.

En aquel momento un soldado, trepando a la cerca, saltó dentro del corral. Era el asistente de Fierro. Había dado el brinco desde tan alto que necesitó varios segundos para erguirse otra vez. Al fin lo hizo y caminó hacia donde estaba su amo. Fierro le preguntó, sin volver la cara:

—¿Qué hubo con ésos? Si no vienen pronto, se hará tarde.

—Parece que ya vienen «ai» —contesto el asistente.

—Entonces, tú ponte allí. A ver, ¿qué pistola traes?

—La que usted me dio, mi jefe. La *mitigüeson*.

—Dácala pues, y toma estas cajas de parque. ¿Cuántos tiros dices que tienes?

—Unas quince docenas, con los que he arrejuntado hoy, mi jefe. Otros hallaron hartos, yo no.

—¿Quince docenas?... Te dije el otro día que si seguías vendiendo el parque para emborracharte iba a meterte una bala en la barriga.

—No, mi jefe.

—No mi jefe, qué.

—Que me embriago, mi jefe, pero no vendo el parque.

—Pues cuidadito, porque me conoces. Y ahora ponte vivo para que me salga bien esta anqueta. Yo disparo y tú cargas las pistolas. Y oye bien esto que te voy a decir: si por tu culpa se me escapa uno siquiera de los colorados, te acuesto con ellos.

—¡Ah, qué mi jefe!

—Como lo oyes.

El asistente extendió su frazada sobre el suelo y vació en ella las cajas de cartuchos que Fierro acababa de darle. Luego se puso a extraer uno a uno los tiros que traía en las cananas de la cintura. Quería hacerlo tan de prisa, que se tardaba más de la cuenta. Estaba nervioso, los dedos se le embrollaban.

—¡Ah, qué mi jefe! —seguía pensando para sí.

Mientras tanto, tras de la cerca que limitaba el segundo corral fueron apareciendo algunos soldados de la escolta. Montados a caballo, medio busto les sobresalía del borde de las tablas. Muchos otros se distribuyeron a lo largo de las dos cercas restantes.

Fierro y su asistente eran los únicos que estaban dentro del corral: Fierro, con una pistola en la mano y el sarape caído a los pies; el asistente, en cuclillas, ordenando sobre su frazada las filas de cartuchos.

*

El jefe de la escolta entró a caballo por la puerta que comunicaba con el corral contiguo y dijo:

—Ya tengo listos los primeros diez. ¿Te los suelto?

Respondió Fierro:

—Sí, pero antes entéralos bien del asunto: en cuanto asomen por la puerta yo empezaré a dispararles; los que lleguen a la barda y la salten quedan libres. Si alguno no quiere entrar, tú métele bala.

Volvióse el oficial por donde había venido, y Fierro, pistola en mano, se mantuvo alerta, fijos los ojos en el estrecho espacio por donde los prisioneros iban a irrumpir. Se había situado bastante próximo a la valla divisoria para que, al hacer fuego, las balas no alcanzaran a los colorados que todavía estuviesen del lado de allá: quería cumplir lealmente lo prometido. Pero su proximidad a las tablas no era tanta que los prisioneros, así que empezase la ejecución, no descubriesen, en el acto mismo de trasponer la puerta, la pistola que les apuntaría a veinte pasos. A espaldas de Fierro, el sol poniente convertía el cielo en luminaria roja. El viento seguía soplando.

En el corral donde estaban los prisioneros creció el rumor de voces —voces que los silbos del viento destrozaban, voces como de vaqueros que arrearan ganado—. Era difícil la maniobra de hacer pasar del corral último al corral de enmedio a los trescientos hombres condenados a morir en masa; el suplicio que los amenazaba hacía encrespase su muchedumbre con sacudidas de organismo histérico. Se oía gritar a la gente de la escolta, y, de minuto en minuto, los disparos de carabina recogían las voces, que sonaban en la oquedad de la tarde como chasquido en la punta de un latigazo.

De los primeros prisioneros que llegaron al corral intermedio, un grupo de soldados segregó diez. Los soldados no bajaban de veinticinco. Echaban los caballos sobre los presos para obligarlos a andar; les apoyaban contra la carne las bocas de las carabinas.

—¡Traidores! ¡Jijo's de la rejija! ¡Ora vamos a ver qué tal corren y brincan! ¡Eche usted p'allá, traidor!

Y así los hicieron avanzar hasta la puerta de cuyo otro lado estaban Fierro y su asistente. Allí la resistencia de los colorados se acentuó; pero el golpe de los caballos y el cañón de las carabinas los persuadieron a optar por el otro peligro, por el peligro de Fierro, que no estaba a un dedo de distancia, sino a veinte pasos.

Tan pronto como aparecieron dentro de su visual, Fierro los saludó con extraña frase —frase a un tiempo cariñosa y cruel, de ironía y de esperanza:

—¡Ándenles, hijos: que nomás yo tiro y soy mal tirador!

Ellos brincaban como cabras. El primero intentó abalanzarse sobre Fierro, pero no había dado tres saltos cuando cayó acribillado a tiros por los soldados dispuestos a lo largo de la cerca. Los otros corrieron a escape hacia la tapia: loca carrera que a ellos les parecería como de sueño. Al ver el brocal del pozo, uno quiso refugiarse allí: la bala de Fierro lo alcanzó el primero. Los demás siguieron alejándose; pero uno a uno fueron cayendo —en menos de diez segundos, Fierro disparó ocho veces—; y el último cayó al tocar con los dedos los adobes que por un extraño capricho separaban en ese momento la región de la vida de la región de la muerte. Algunos cuerpos dieron aún señales de vida; los soldados, desde su sitio, tiraron sobre ellos para

rematarlos.

Y vino otro grupo de diez, y luego otro, y otro, y otro. Las tres pistolas de Fierro —dos suyas, la otra de su asistente— se turnaban en la mano homicida con ritmo perfecto. Cada una disparaba seis veces —seis veces sin apuntar, seis veces al descubrir— y caía después encima de la frazada. El asistente hacía saltar los casquillos quemados y ponía otros nuevos. Luego, sin cambiar de postura, tendía hacia Fierro la pistola, el cual la tomaba casi al soltar la otra. Los dedos del asistente tocaban las balas que segundos después tenderían sin vida a los prisioneros; pero él no levantaba los ojos para ver a los que caían; toda su conciencia parecía concentrarse en la pistola que tenía entre las manos y en los tiros, de reflejos de oro y plata, esparcidos en el suelo. Dos sensaciones le ocupaban lo hondo de su ser: el peso frío de los cartuchos que iba metiendo en los orificios del cilindro y el contacto de la epidermis lisa y cálida del arma. Arriba, por sobre su cabeza, se sucedían los disparos con que su jefe se entregaba al deleite de hacer blanco.

El angustioso huir de los prisioneros en busca de la tapia salvadora —fuga de la muerte en una sinfonía espantosa, donde la pasión de matar y el ansia inagotable de vivir luchaban como temas reales— duró cerca de dos horas, irreal, engañoso, implacable. Ni un instante perdió Fierro el pulso o la serenidad. Tiraba sobre blancos móviles y humanos, sobre blancos que daban brincos y traspies entre charcos de sangre y cadáveres en posturas inverosímiles, pero tiraba sin más emoción que la de errar o acertar. Calculaba hasta la desviación de la trayectoria por efecto del viento, y de un disparo a otro la corregía.

Algunos prisioneros, poseídos de terror, caían de rodillas al trasponer la puerta: la bala los doblaba. Otros bailaban danza grotesca al abrigo del brocal del pozo hasta que la bala los curaba de su frenesí o los hacía caer heridos por la boca del hoyo. Casi todos se precipitaban hacia la pared de adobes y trataban de escalarla trepando por los montones de cuerpos entrelazados, calientes, húmedos, humeantes: la bala los paralizaba también. Algunos lograban clavar las uñas en la barda de tierra, pero sus manos, agitadas por intensa ansiedad de vida, se tornaban de pronto en manos moribundas.

Hubo un momento en que la ejecución en masa se envolvió en un clamor tumultuoso donde descollaban los chasquidos secos de los disparos, opacados por la inmensa voz del viento. De un lado de la cerca gritaban los que huían de morir y morían al cabo; de otro, los que se defendían del empuje de los jinetes y hacían por romper el cerco que los estrechaba hasta la puerta terrible. Y al griterío de unos y otros se sumaban las voces de los soldados distribuidos en el contorno de las cercas. Ellos habían ido enardeciéndose con el alboroto de los disparos, con la destreza de Fierro y con los lamentos y el accionar frenético de los que morían. Saludaban con exclamaciones de regocijo la voltereta de los cuerpos al caer: vociferaban, gesticulaban, reían a carcajadas al hacer fuego sobre los montones de carne humana, donde advertían el menor indicio de vida.

El postrer pelotón de los ajusticiados no fue de diez víctimas, sino de doce. Los doce salieron al corral de la muerte atropellándose entre sí, procurando cada uno cubrirse con el grupo de los demás, a quien trataban de adelantarse en la horrible carrera. Para avanzar hacían corcovos sobre los cadáveres hacinados; pero la bala no erraba por eso: con precisión siniestra iba tocándolos uno tras otro y los dejaba a medio camino de la tapia —abiertos brazos y piernas— abrazados al montón de sus hermanos inmóviles. Uno de ellos, sin embargo, el último que quedaba con vida, logró llegar hasta la barda misma y salvarla... El fuego cesó de repente y el tropel de soldados se agolpó en el ángulo del corral inmediato para ver al fugitivo.

Pardeaba la tarde. La mirada de los soldados tardó en acostumbrarse al parpadeo interferente de las dos luces. De pronto no vieron nada. Luego, allá lejos, en la inmensidad de la llanura medio en la sombra, fue cobrando precisión un punto móvil, un cuerpo que corría. Tanto se doblaba el cuerpo al correr, que por momentos se le hubiera confundido con algo rastreado a flor de suelo.

Un soldado apuntó:

—Se ve mal —dijo, y disparó.

La detonación se perdió en el viento del crepúsculo. El punto siguió su carrera.

*

Fierro no se había movido de su sitio. Rendido el brazo, lo tuvo largo tiempo suelto hacia el suelo. Luego notó que le dolía el índice y levantó la mano hasta los ojos: en la semioscuridad comprobó que el dedo se le había hinchado ligeramente; lo oprimió con blandura entre los dedos y la palma de la otra mano. Y así estuvo, durante buen espacio de tiempo, entregado todo él a la dulzura de un masaje moroso. Por fin, se inclinó para recoger del suelo el sarape, del cual se había desembarazado desde los preliminares de la ejecución. Se lo echó sobre los hombros y caminó para acogerse al socaire del cobertizo. A los pocos pasos se detuvo y dijo al asistente:

—Así que acabes, tráete los caballos.

Y siguió andando.

El asistente juntaba los cartuchos quemados. En el corral contiguo, los soldados de la escolta desmontaban, hablaban, canturreaban. El asistente los escuchaba en silencio y sin levantar la cabeza. Después se irguió con lentitud. Cogió la frazada por las cuatro puntas y se la echó a la espalda: los casquillos vacíos sonaron dentro con sordo cascabeleo.

Había anochecido. Brillaban algunas estrellas. Brillaban las lucecitas de los cigarros al otro lado de las tablas de la cerca. El asistente rompió a andar con paso débil, y así fue, medio a tientas, hasta el último de los corrales, y de allá regresó a poco trayendo de la brida los caballos —el de su amo y el suyo—, y, sobre uno de los hombros, la mochila de campaña.

Se acercó al pesebre. Sentado sobre una piedra, Fierro fumaba en la oscuridad. En

las juntas de las tablas silbaba el viento.

—Desensilla y tiéndeme la cama —ordenó Fierro—; no aguanto el cansancio.

—¿Aquí en este corral, mi jefe?... ¿Aquí?...

—Sí, aquí.

Hizo el asistente como le ordenaban. Desensilló y tendió las mantas sobre la paja, arreglando con el maletín y la montura una especie de cabezal. Minutos después de tenderse allí, Fierro se quedó dormido.

El asistente encendió su linterna, dio grano a los animales y dispuso lo necesario para que pasaran bien la noche. Luego apagó la luz, se envolvió en su frazada y se acostó a los pies de su amo. Pero un momento después se incorporó de nuevo, se hincó de rodillas y se persignó. En seguida volvió a tenderse en la paja.

*

Pasaron seis, siete horas. Había caído el viento. El silencio de la noche se empapaba en luz de luna. De tarde en tarde sonaba próximo el estornudo de algún caballo. Brillaba el claro lunar en la abollada superficie del cubo del pozo y hacía sombras precisas al tropezar con todos los objetos: con todos, menos con los montones de cadáveres. Éstos se hacinaban, enormes en medio de tanta quietud, como cerros fantásticos, cerros de formas confusas, incomprensibles.

El azul plata de la noche se derramaba sobre los muertos como la más pura luz. Pero insensiblemente aquella luz de noche fue convirtiéndose en voz, también irreal y nocturna. La voz se hizo distinta: era una voz apenas perceptible, apagada, doliente, moribunda, pero clara en su tenue contorno como las sombras que la luna dibujaba sobre las cosas. Desde el fondo de uno de los montones de cadáveres la voz parecía susurrar:

—Ay...

Luego calló, y el azul de plata de la noche volvió a ser sólo luz. Mas la voz se oyó de nuevo:

—Ay... Ay...

Fríos e inertes desde hacía horas, los cuerpos apilados en el corral seguían inmóviles. Los rayos lunares se hundían en ellos como en una masa eterna. Pero la voz tornó:

—Ay... Ay... Ay...

Y este último ay llegó hasta el sitio donde Fierro dormía e hizo que la conciencia del asistente pasara del olvido del sueño a la sensación de oír. El asistente recordó entonces la ejecución de los trescientos prisioneros, y el solo recuerdo lo dejó quieto sobre la paja, entreabiertos los ojos y todo él pendiente del lamento de la voz, pendiente con las potencias íntegras de su alma.

—Ay... Por favor...

Fierro se agitó en su cama...

—Por favor... agua...

Fierro despertó y prestó oído...

—Por favor... agua...

Entonces Fierro alargó un pie hasta su asistente.

—¡Eh, tú! ¿No oyes? Uno de los muertos está pidiendo agua.

—¿Mi jefe?

—¡Que te levantes y vayas a darle un tiro a ese jijo de la tiznada que se está quejando! ¡A ver si me deja dormir!

—¿Un tiro a quién, mi jefe?

—A ese que pide agua, ¡imbécil! ¿No entiendes?

—Agua, por favor —repetía la voz.

El asistente tomó la pistola de debajo de la montura y, empuñándola, se levantó y salió del pesebre en busca de los cadáveres. Temblaba de miedo y de frío. Uno como mareo del alma lo embargaba.

A la luz de la luna buscó. Cuantos cuerpos tocaba estaban yertos. Se detuvo sin saber qué hacer. Luego disparó sobre el punto de donde parecía venir la voz: la voz se oyó de nuevo. El asistente tornó a disparar: se apagó la voz.

La luna navegaba en el mar sin límites de su luz azul. Bajo el techo del pesebre, Fierro dormía.

SEGUNDA PARTE
EN LA HORA DEL TRIUNFO

LIBRO PRIMERO

CAMINO DE MÉXICO

Largos meses de estancia en Chihuahua se tradujeron para mí en un gradual alejamiento —gradual y voluntario— de la facción que iba formándose en torno de Carranza y sus incondicionales. La facción opuesta —rebelde dentro de la rebeldía: descontentadiza, libérrima— representaba un sentido de la Revolución con el cual me sentía más espontáneamente en contacto. En este segundo núcleo se agrupaban ya, por mera selección simpática, Maytorena, Cabral, Ángeles, Escudero, Díaz Lombardo, Silva, Vasconcelos, Puente, Malvárez y todos aquellos que aspiraban a conservar a la Revolución su carácter democrático e impersonal —anticaudillesco—, para que a la vuelta de dos o tres años no viniera a convertirse en simple instrumento de otra oligarquía, ésta quizá más ignorante e infecunda que la porfirista. Ciertamente, yo no veía cómo daríamos cima a tamaña empresa; aquello me parecía más bien difícilísimo, improbable: tan improbable para obrar de un pequeño grupo, así estuviere resuelto a luchar hasta lo último contra todos los personalismos ambiciosos y corruptores, cuanto fácil hubiera sido como empeño instintivo de una unanimidad revolucionaria bien ordenada. Pero también era verdad que ya había yo percibido en Sonora, con evidencia perfecta, que la Revolución iba, bajo la jefatura de Carranza, al caudillaje mas sin rienda ni freno. Y esto me bastaba para buscar la salvación por cualquiera otra parte.

El simple hecho de que todo el grupo enemigo de Carranza se acogiese al arrimo militar de Villa podía interpretarse ya, si no como el anuncio de nuestra derrota futura, sí como la expresión del conflicto interno que amenazaba al impulso revolucionario en sus más nobles aspiraciones. Porque Villa era inconcebible como bandera de un movimiento purificador o regenerador, y aun como fuerza bruta se acumulaban en él tales defectos, que su contacto suponía mayores dificultades y riesgos que el del más inflamable de los explosivos. Mas siendo eso cierto, también lo era que sólo los elementos militares dominados por él quedaban disponibles para venir en auxilio de nuestras ideas. El otro gran ganador de batallas, Obregón (Ángeles, sin tropas propiamente suyas, sumaba su destino al de Villa), se desviaba por la senda del nuevo caudillismo. De modo que, para nosotros, el futuro movimiento constitucionalista se compendia en esta interrogación enorme: ¿sería domeñable Villa, Villa que parecía inconsciente hasta para ambicionar?, ¿subordinaría su fuerza arrolladora a la salvación de principios para él acaso inexistentes o incomprensibles?

Porque tal era el dilema: o Villa se somete, aun no comprendiéndola, a la idea de la Revolución, y entonces él y la verdadera revolución vencen, o Villa no sigue sino sus instintos ciegos, y entonces, él y la Revolución fracasan. Y en torno de ese dilema iba a girar el torbellino revolucionario en la hora del triunfo.

II

NOCHE DE COATZACOALCOS

Próxima la caída de Victoriano Huerta, Villa nos comisionó al coronel Carlos Domínguez y a mí para que estuviésemos en la ciudad de México durante la entrada de las tropas constitucionalistas y para que después lo presentáramos cerca del Primer Jefe. La ruptura de relaciones entre éste y Villa daba tintes demasiado azarosos a aquella comisión. Eso no obstante, Domínguez y yo la aceptamos —como antes habíamos aceptado cosas más difíciles o peligrosas— y salimos de El Paso, Texas, hacia la capital de la República, por la ruta de Cayo Hueso y La Habana.

*

Diez días después de nuestra llegada a Cuba nos embarcamos en el *María Cristina* para Veracruz. Tenía aquel viaje varios puntos oscuros, y uno era el peligro de que nos aprehendiesen al hacer escala el buque en Puerto México, lugar ocupado aún por las tropas huertistas. Pero como esperar más tampoco nos pareció prudente, resolvimos proseguir la marcha, temerosos de no llegar a la capital a tiempo para cumplir las instrucciones del general Villa.

¡Con cuánto dolor nos arrancamos de en medio de nuestra existencia habanera, tan inesperada, tan grata, tan muelle después de las agitaciones políticas de los meses anteriores! Menocal, el hermano del Presidente de Cuba, y Arturo Grande, el arquitecto amigo de Domínguez, habían conseguido hacer de nuestro paso por su bello país una ilimitada perspectiva de horas amables. Ya estaba yo en el barco, y todavía sentía sobre mí la caricia de la generosa hospitalidad; ya navegábamos en mar abierto, y aún palpaba en mi entorno la atmósfera de los días perfectos: casas azules, casas aperladas, casas claras del Vedado; zaguanes umbríos, con piso de mosaico y zócalo de azulejos, en cuyo otro extremo se iniciaban, luminosos, patios medio andaluces, de mecedoras blancas y tiestos cargados de flores; mañanas magníficas del Yacht Club, entre hermosas bañistas —las más bonitas mujeres que nacen en América— y bajo un sol de vida y de lumbre; paseos vespertinos en el Malecón, con los ojos fijos en el añil del mar, mar intenso cual ninguno; y así todo lo otro, todo en el mismo grado de calidad suprema y sávida, hasta lo vulgar, como los langostinos de la acera del Hotel Telégrafo y los helados de frutas en el Prado, y hasta lo humilde, como las aguas de coco o de guanábana tomadas a la sombra de puestos callejeros.

*

Contra nuestros temores, en Puerto México no nos ocurrió ningún percance grave. Y esto, a pesar de que la vista de la tierra mexicana nos agitó de tal modo el alma que

no supimos resistir la tentación de bajar al suelo patrio la noche que el buque estuvo allí atracado al muelle.

Para consumir aquella pequeña hazaña de furor patriótico —o de nostalgia súbita y retrospectiva— Domínguez discurrió que nos disfrazáramos convenientemente. ¿Cómo? De marinos españoles. La cosa no fue difícil gracias a la ayuda gentil de dos oficiales con quienes habíamos intimado a bordo y que nos prestaron, con audacia, parte de su ropa. ¿De qué jerarquía naval me investí yo al meterme dentro de un hermoso uniforme de anclas y dorados? No lo recuerdo. Pero el hecho es que en esa ocasión entré en territorio mexicano metamorfoseado de una guisa que a mí me parecía fantástica.

Ya era tarde cuando caminamos con andares marinos toda la longitud del muelle y fuimos adentrándonos por el pueblo. Las calles estaban negras, solas, tristes. La moribunda animación inmediata al puerto se extinguía a los pocos pasos, tras de parpadear, como llama que se apaga, en corros, más y más raros, de gentes que conversaban, sentadas en familia, a la puerta de sus hogares.

Por fin, en una plazoleta vimos unos tinglados que lograban retener, bajo el resplandor de sus luces melancólicas, algunos pequeños grupos de hombres y mujeres. Allá nos acercamos. Se trataba, al parecer, de una feria. Había un puesto de lotería, admirablemente decorado, de una manera espontánea, con filas de jarros, de vasos, de platos, de juguetes de loza y vidrio. Había dos o tres ruletas rudimentarias; tres mesas de naipes y dados; un puesto donde se tiraban argollas sobre unas tablas sembradas de monedas, y un mal figón ambulante.

Domínguez y yo nos detuvimos frente al puesto de las argollas con auténtica curiosidad de forasteros. Diez o quince individuos de aspecto estrafalario despilfarraban allí su dinero, jaleados por el dueño del puesto y su mujer. Ésta, sobre todo, parecía tener un enorme poder persuasivo para convertir en actores a los espectadores simples, pues era la que más monedas de cobre extraía de todos los bolsillos. Descollaba entre los que jugaban un hombre joven, de camisa amarilla, sin chaqueta, sin cuello, sin corbata, de pantalón blanco, polainas negras, pistola en la cadera y cinto repleto de cartuchos. Estaba jugando con verdadero encarnizamiento, con furia, pero tan torpemente, que todas las argollas, apenas salidas de su mano, brincaban sobre la roja tela de las monedas con mayor brío que si fueran de goma.

El juego aquel, aunque difícil en extremo, parecía facilísimo a primera vista. A los tres minutos de mirar, Domínguez y yo ya teníamos argollas en la mano y nos ensayábamos a nuestra costa. Domínguez, resuelto a ganarse algo, tiraba con gran cuidado: trataba de descubrir una técnica, esbozaba métodos, los cambiaba. Yo, que tenía por algo menos que imposible el prodigio de circunscribir cualquiera de las monedas en una argolla, tiraba por tirar. Y así fue como uno de mis tiros se quedó, casualmente, sobre un décimo de plata. Sorprendidos los feriantes por habilidad tamaña, el juego se interrumpió unos segundos. La mujer del puesto se acercó a mí y me entregó, sonriendo, el dinero que había yo ganado, y, entretanto, el hombre de la

camisa amarilla y la pistola estuvo mirándome, miró a Domínguez y se volvió después a decir algo, en voz baja, al compañero que tenía cerca.

Minutos después, jugando con la misma indiferencia, volví a acertar. Pero ahora la casualidad llevó la argolla de la suerte hacia una moneda de veinticinco centavos, ya no de diez. Hubo gran sensación. La mujer se acercó de nuevo a pagarme, aunque ya no sonriendo como antes, sino de visible mala gana. Y el de la pistola, tras de fijar en mí la vista una vez más, ahora con alguna impertinencia, dijo a su amigo en voz bastante alta para que lo oyésemos:

—¡Habían de ser gachupines!

No nos costó trabajo interpretar tales palabras. Era evidente que, en parte por nuestros uniformes de marinos españoles, y en parte por haber ganado mientras los demás perdían, no contábamos ya con la simpatía general del concurso. Optamos, pues, con prudencia, por cambiarnos del puesto de las argollas a una de las próximas mesas de dados y baraja.

Cerca de esta mesa no había nadie, salvo la vieja que la cuidaba, medio dormida a la luz de su farol.

—Para esto tengo yo mucha suerte —me aseguró Domínguez, echando mano al cubilete y los dados.

Al vernos, la vieja se despabiló, y se alegró casi al oír que Domínguez le preguntaba:

—¿De cuánto es la apuesta, señora?

—De lo que guste, señor —contestó—. Nomás sin pasarse de dos reales.

Domínguez se puso entonces a perder con ahínco, y lo hizo tan a conciencia, que la vieja se dio a animarlo a voces, con la evidente intención de aprovecharse de nosotros y atraer mayor clientela a su puesto:

—¡Ora viene la suya, ora viene la suya! ¡Con un siete que echen se lo llevan todo!

A los gritos, en efecto, acudieron tres o cuatro de los feriantes del puesto de las argollas, entre ellos el de la pistola y la camisa amarilla.

Domínguez siguió jugando y perdiendo. El de la pistola estuvo alerta a los dados unas cuantas jugadas; se convenció luego de la mala suerte de Domínguez, y creyendo, sin duda, muy fácil ganar con sólo hacer el juego contrario, metió mano en el bolsillo. Pero es el caso —caprichos de la fortuna— que más tardó él en arriesgar sus décimos y sus pesetas que la suerte de Domínguez en cambiar. Ahora parecía que mi amigo sacaba del cubilete los números que le venían en gana.

Los tres primeros golpes adversos los soportó nuestro contrincante sin pestañear, oculta su psicología detrás de una sonrisita irónica que comunicaba más brillo a su tez oscura y sudorosa. En seguida, picado porque Domínguez no erraba jugada, se fue ensombreciendo. Por último, se entregó a un juego irremediamente absurdo —tan absurdo que la vieja del puesto, a cada tirada de Domínguez, ya no hacía sino dar a éste parte del dinero que apostaba el otro y embolsarse ella lo demás.

Así las cosas, llegó un instante en que el de la pistola no pudo aguantar tamaña

situación, y hablando entonces de un extremo a otro de la mesa dijo a uno de sus compañeros:

—¡Qué bueno que en ganando la Revolución vamos a acabar con todos los gachupines!

Al oír aquellas palabras, Domínguez, muy reposadamente, dejó el cubilete sobre la mesa, recogió su dinero y, mirando por primera vez al rostro del hombre de la pistola, le dijo, tomándolo por un brazo e iniciando un movimiento como para invitarlo a caminar hacia el otro lado de la plaza:

—Perdóneme una palabra.

—¡Donde guste y como guste! —contestó el otro echando a andar.

Todos entonces —el de la pistola y sus amigos, y Domínguez y yo— nos dirigimos hacia el sitio más oscuro entre los inmediatos a la feria. Ya ahí, Domínguez, encarándose con nuestro enemigo, le habló en términos tan propios del caso como éstos:

—Oiga usted —le dijo—: en primer lugar, no somos gachupines, aun cuando así lo parezca por esta ropa con que nos hemos disfrazado; somos mexicanos y pertenecemos, sépase, a las fuerzas de mi general Francisco Villa, de quien llevamos una comisión secreta a la ciudad de México. En segundo lugar, todavía no nace el hijo de la tostada que nos insulte a nosotros sin más ni más. Conque ahora mismo se traga usted sus impertinencias o nos fajamos aquí a bofetadas o a tiros, como mejor le guste.

Cuando el feriante de la pistola oyó el nombre del jefe de la División del Norte se quedó seco de sorpresa. No era, sin embargo, cobarde del todo ni tonto, pues a la arremetida de Domínguez, vigorosa en extremo, respondió con tono firme, si bien conciliador:

—Si no son ustedes gachupines, me quiebro y no he dicho nada; pero si lo son, lo dicho se dijo y venga lo que venga.

—Pues ya ha oído usted que no lo somos —replicó Domínguez, menos airado que antes.

—¿Y eso cómo lo sé yo? —insistió el de la pistola, que buscaba una retirada honrosa—. Porque si es cierto que sirven ustedes con mi general Villa, pelear ahora sería traicionar la causa; pero si no es cierto, yo no puedo quedar deshonorado.

Aquí intervine yo.

—¿Quiere usted ver documentos? —le dije—. Venga conmigo al barco y se los enseñaré. Se convencerá de que...

—¿Papeles? ¿Para qué valernos de papeles? De a leguas conozco ahora que lo que me dicen es la mera verdad. Perdonen la ofensa pasada y ténganme por amigo y correligionario. Yo también ando en la Revolución; yo también porto armas. Soy el general Pérez. Vine de incógnito a este puerto al desempeño de una comisión de mí mismo... Este otro compañero es el coronel Caloca, jefe de mi estado mayor, y este otro es el capitán Moreno, asistente mío y hombre de todas mis confianzas.

Hechas las paces, el general Pérez, encantado de haberse encontrado con dos representantes de Villa, nos invitó a cenar en el figón de la feria. Allí, en torno de una mala mesa, nos sentamos los cinco —el general, el jefe de su estado mayor, su asistente, Domínguez y yo—. Y como si fuéramos amigos viejos, felices de hallarse reunidos otra vez, comimos y bebimos cuanto la figonera quiso darnos. Después de la tercera botella de cerveza, el general Pérez nos contó la historia de sus campañas y algo de su biografía. De cuando en cuando parecían inquietarle otra vez nuestros uniformes de oficiales de la marina mercante española: nuestras gorras azules con una culebrilla dorada y el distintivo de la Compañía Transatlántica, nuestros trajes blancos con botonaduras de brillante azófar y espiguillas, como la de la gorra, en la costura de los puños. Pero, en fin de cuentas —allá por la sexta o séptima botella de cerveza—, el general se tranquilizó de manera definitiva gracias a uno de esos milagros peculiares del lenguaje. Se acostumbró a decirnos, cada vez que se dirigía a uno de nosotros, «Mi jefe», y subordinándose así de palabra, su subconsciente se reconcilió con una situación que a la conciencia le resultaba insoportable en un plano de igual a igual. El instinto sumiso del general Pérez, paladín de las libertades, era más fuerte que su instinto de odio.

III

UNA VISIÓN DE VERACRUZ

El *María Cristina* pasó, a las nueve de la mañana, entre dos acorazados yanquis que dormitaban, estiradas las cadenas de su anclaje, frente a la bahía de Veracruz. Los pasajeros nos dividimos en dos grupos, y unos a babor, otros a estribor, todos nos pusimos a contemplar en silencio los dos castillos de acero flotante: poderosos, extraños, fantásticos. Hacía un sol de agosto. El mar, azul pálido, era de ondas anchas, lisas, tranquilas. Hubo un momento en que los barcos de guerra estuvieron tan cerca de nosotros que el aire nos trajo voces exóticas y pudimos ver —con claridad nítida, hasta percibir la gracia de las gorritas blancas sobre las cabezas rubias— a los marineros que limpiaban alegremente la superficie gris azulosa de los grandes cañones.

Pero el espectáculo pasó pronto, y una hora después el *María Cristina* nos depositaba sobre uno de los muelles del puerto, indecisas aún nuestras almas, por lo que acabábamos de ver, entre la admiración, la rabia y la angustia.

*

Para mí fue aquél un Veracruz extraordinario. El viejo puerto de mi infancia, sólo lleno, hasta hacía poco, de magníficas evocaciones pretéritas, vivía ahora, en presente, una de esas etapas, tan suyas, de donde le viene la personalidad, alta y dramática, que le corresponde en la historia. Era un Veracruz de impotencia, de humillación, de tragedia. Las tropas norteamericanas ponían una vez más el pie en él y daban a su atmósfera un viso imponderable de conflicto. El hábito heroico había flotado de nuevo sobre las negras techumbres de sus casas, reabriendo la cruel interrogación de todos los heroísmos en derrota: ¿por qué una virtud puede ser ineficaz hasta cuando es grande?

Cerca de la Escuela Naval, los chicos dejaban gustosos sus juegos para venir a mostrar al forastero el sitio donde cayó el teniente Azueta. «Aquí», decían tocando la tierra con manecitas acariciadoras. Y el forastero —más si, como yo, había nacido al sentimiento de la patria bajo aquella luz, ante aquel manto azul marino, al soplo de aquel aire— repetía mentalmente la palabra pronunciada por los niños: «Aquí», y luego, al levantar del suelo los ojos, se detenía a contemplar el horizonte. En la lejana perspectiva de la calle yacían quietas, deslumbradoras, con sus barcos tal vez inclinados sobre una banda, las aguas espejeantes de la bahía. Eran las mismas aguas un tiempo predestinadas al arribo de Cortés, a la epopeya triunfadora.

Pero no sólo del conflicto internacional estaba entonces lleno Veracruz: también había en él salpicaduras del conflicto interno. En Villa del Mar vimos esa tarde a don Francisco Bulnes, a Luna Parra y a otros personajes del régimen huertista. Bulnes, excesivamente avejentado, me pareció más pequeño de cuerpo que otras veces —

como si hubiese perdido en estatura y volumen—. Largo tiempo estuve observándolo sin que él se percatara. Hacía —tal me pareció— esfuerzos por reconcentrarse, por meditar al ritmo de las olas, que venían a romper contra la base de la terraza en que estábamos sentados; pero desenfrenadamente movible, ágil, inquieto, su espíritu se distraía, a su pesar, con todos los incidentes externos que lo rodeaban. Le lucían como siempre, sobre la nariz de trazo judaico, dos ojos inteligentísimos, a cuya actividad no escapaba nada. Varias veces los fijó en Domínguez y en mí, y en una de ellas me di cuenta, a despecho de los reflejos de cielo y mar que despedían sus lentes, de que nos analizaba por partes.

—No nos conoce —le dije a Domínguez—; pero ten por cierto que nos ha adivinado.

*

Al día siguiente de nuestro arribo topamos con Alfredo Breceda en el portal de la Parroquia. El encuentro nos colmó de asombro, y con Breceda debe haber acontecido otro tanto. A él, desde luego, le constaba de primera mano que así sobre Domínguez como sobre mí pesaba una especie de destierro de todos los territorios carrancistas. ¿Y con qué intenciones —se preguntaría él— podíamos haber desembarcado en Veracruz, sino para dirigirnos al centro de la República, dominado por Carranza?

Como no había para qué andar con misterios, de plano le contamos nuestra misión política y nuestro programa: llevábamos a México la representación de Villa y nos proponíamos continuar el viaje dos o tres días después. Él, misterioso por sistema y por naturaleza, no nos dijo bien a bien lo que andaba haciendo. Se refirió con vaguedad a «una importantísima comisión» del Primer Jefe; habló de unos dineros —dos o tres millones de pesos en papel moneda— que llevaba consigo para desempeñar su cometido eficazmente, y nos aseguró que desde hacía varios días esperaba en Veracruz el momento oportuno para trasladarse a México. Antes de salir hacia allá —añadió— había creído juicioso aguardar en el puerto a que el Presidente Carbajal entregara el gobierno de la República a las autoridades revolucionarias.

*

Como siempre que iba a Veracruz, mi primera visita la dediqué a don Delfino Valenzuela. (¿A don Delfino Valenzuela? —Sí, lector, a don Delfino Valenzuela: un veracruzano ilustre que no es general ni espera salvar a la patria desde la presidencia, pero que, así y todo, ha hecho por México más que muchos generales y presidentes juntos, porque es un gran pedagogo, un verdadero educador). Mi buen maestro de otra época no dirigía ya la Escuela Cantonal; ahora tenía un instituto privado en el cual se aplicaba a modelar el alma de nuevas generaciones, gracias a sus excelentes

métodos, de discípulo distinguido de Rébsamen y a su espíritu noble y vuelto sin desmayos hacia los valores de la cultura. En la casa de su nueva escuela di con él la misma noche que me lancé a buscarlo.

Hubiera yo querido recordar con él los años de mi niñez; el ambiente, tan grato en la memoria, de la escuela del parque Ciriaco Vázquez; las clases alegres, con sus grandes ventanas siempre abiertas, por donde entraban la brisa marina y el olor tropical del jardín; las tardes inolvidables —tardes de privilegio— en que don Delfino, concluidas las tareas, reunía en su despacho a sus discípulos predilectos para leerles, de un hermoso libro que sacaba de un bello estante, episodios de las luchas de Reforma y de las tres heroicas defensas veracruzanas. De aquellas escenas, de aquellas lecturas, de aquellos días, se agitaba en mi cabeza una multitud de recuerdos vivos. Pero los toques militares extranjeros, que el viento nos traía de cuando en cuando, y la forma de los grandes acorazados exóticos, que ni don Delfino ni yo veíamos en ese momento, pero que adivinábamos al otro lado de la Escuela Naval, iluminados y vigilantes en la boca de la bahía, eran una evidencia inmediata demasiado enérgica para que nos substrajéramos a su influjo.

Cuando nos hubimos sentado en el balcón, ancho y salidizo (balcón veracruzano, de dimensiones desproporcionadas, de barandal tosco, de uso gratisísimo en aquel clima), don Delfino me habló melancólicamente de la ocupación norteamericana. Sus palabras, al brotar, parecían engarzarse en los rayos de la luna y duplicar así la tristeza de su tono susurrante, tristeza que extrañamente se mezclaba en mí con las sensaciones del barandal de madera, de gruesos barrotes, medio verdes, medio en la sombra, ásperos al acto, y con la mancha movable de nuestras siluetas, confusamente dibujadas por la luz lunar en el muro negro, viejo.

Muchas cosas me dijo esa noche don Delfino. Pero, de ellas, dos escucho todavía con claridad perfecta, con la perfecta claridad que es peculiar a ciertos recuerdos.

—¿Las escuelas? Los yanquis primero las convirtieron en cuarteles. Luego se acordaron de la instrucción pública y pretendieron que los maestros nos pusiéramos a sus órdenes. Yo, según decían, era el indicado para dirigir el servicio educativo que pensaban imponernos. Los maestros y las maestras, por supuesto, nos negamos de plano y en masa... No, en masa no: hubo un traidor..., un traidor...

Y el terrible término —¡traidor!— salía de los labios de don Delfino sin el menor rastro de odio, ni de saña, ni de enojo. El dejo único de emoción con que pronunciaba el vocablo se discernía apenas en el temblor de la voz melancólica, que al emitir las dos sílabas parecía apagar su timbre, helar su tono. «¡Traidor!». La firmeza íntima de aquel hombre cabal se dolía del desfallecimiento de los débiles, y al despreciar a éstos, como que los explicaba con una generalización para ellos piadosa. Completo el trazo de su pensamiento, la idea era así: «Tenemos todo el patriotismo necesario para salvarnos algún día, o acaso para desaparecer con honor, pero, mezcladas a eso, ¡cuánta debilidad, cuánta miseria mientras tanto!».

Porque para él, la experiencia de la ocupación norteamericana de Veracruz

proyectaba, hacia lo futuro, sombras profundas e inquietantes.

—Esta ocupación militar —decía— tiene toda la fuerza de un anuncio de lo que pudiera ser en mayor escala. Materialmente, los norteamericanos nos han hecho aquí, de paso, o simulan hacernos, ciertos pequeños bienes, algunas mejoras externas de orden menor. Por ejemplo: han envuelto en tela metálica el Mercado y la Carnicería, para acabar con las moscas. No es mucho... Pero, espiritualmente... Para comprender lo que esto significa espiritualmente —aparte la humillación fundamental—, basta con fijarse en lo que pasa a la puerta de nuestras tiendas y cantinas cuando alguno de los oficiales o soldados invasores desmonta para entrar en ellas: no faltan, entre los desocupados que andan por allí, quienes se disputen —¡y son veracruzanos!— el honor y las ventajas de tener por la rienda al animal. A poco rato, el oficial o soldado sale de la tienda, coge su cabalgadura y arroja una peseta a los lacayos.

*

Tres días después de nuestro encuentro con Breceda supimos a ciencia cierta que Eduardo Iturbide había entablado tratos con Carranza para entregar la ciudad de México. Ante tal noticia, Domínguez y yo acordamos partir desde luego, a fin de estar en la capital antes que don Venustiano, pues quizá así lograríamos impedir que se nos deportase, de lo que corríamos peligro más que posible. Semejante esperanza se fundaba en la suposición de que nuestro amigo Lucio Blanco llegaría a México con la vanguardia de las tropas revolucionarias, formada, principalmente, por los formidables cuerpos de caballería que dependían de él de manera directa. Lucio, en todo evento, sabría ampararnos.

Quisimos ser leales con Breceda hasta en aquello; de suerte que lo invitamos a que, adelantando su viaje, viniera con nosotros. Él opuso al principio algunas dificultades, porque no veía la cosa del todo clara; pero cuando lo enteró Domínguez de que contábamos con amigos que podrían ayudarnos en el viaje en caso de que se nos descubriese, los cuales, agregamos, eran bastante fuertes para librarnos de un contratiempo serio, en el supuesto de entorpecerse los arreglos entre Iturbide y Carranza, Breceda aceptó de buen grado y se unió a nosotros para hacer los preparativos de marcha. Yo opiné que lo mejor sería viajar confundidos con los pasajeros de primera o segunda clase. Breceda creyó que era más seguro recluarnos en el gabinete del *pullman*, y eso fue al fin lo que se hizo.

A las siete de la mañana salió el tren. Íbamos con las cortinas bajadas, mas por entre los resquicios que quedaban entre las orillas de la tela y el marco de los cristales se colaban en el gabinete unos cuantos rayos de luz que venían a inundarnos en dulce penumbra. Por allí también vislumbramos los primeros paisajes del camino y una que otra escena de la estación inmediata.

Más allá de Los Cocos salimos de la jurisdicción militar de las tropas extranjeras y entramos en las avanzadas de los federales.

—Ya estamos en terreno enemigo —dijo Breceda.

—Sí —contestó Domínguez—; enemigo, pero libre de invasores.

El tren se detuvo. Afuera se oían voces y mucho movimiento de gente. Descorrimos algo una de las cortinas y nos pusimos a espiar. Frente a nuestro vagón estaba un piquete de soldados. Veíamos la doble fila de rostros oscuros, humildes, tristes, bajo la forma ridícula de los kepis de paño. Lucían al sol los marrazos. Un sargento, tras de pasearse varias veces ante su pequeña tropa, vino a situarse a medio metro de nuestras ventanillas. ¡Extraña emoción —a un tiempo mezcla de inquietud y regocijo— la de ver otra vez de cerca aquellos uniformes azules con vivos e insignias rojas!

IV

LA VUELTA DE UN REBELDE

Conforme el tren se acercaba a la capital de la República, el recuerdo de la tarde de la traición de Huerta, y de las horas que inmediatamente la siguieron, volvían a mí con más ahínco, me traía la evocación, más y más próxima, de la experiencia espiritual que me produjeran aquellos sucesos. Un grupo de esbirros —lo veía ahora con la misma emoción de entonces— había ido a poner fuego a la casa del Presidente Madero; otro clavaba en un jardín público el hoyo donde se echaría el cadáver, aún caliente, del pobre Gustavo; y mientras tanto, por las calles más céntricas de la ciudad, varios grupos de alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes andaban celebrando en automóvil, con gritos de orgía, el triunfo de los traidores. En la avenida del Puente de Alvarado, los jóvenes cadetes pasaron frente a mí, y yo, indignado por la felonía que se acababa de consumir, no pude contener mi cólera: como un insensato, me solté injuriándolos a voz en cuello. Por fortuna, caminaba a mi lado Pedro Henríquez Ureña —fraternal amigo, maestro en entereza de carácter, consejero discreto—, y él me volvió a la cordura con palabras admonitorias y enérgicas.

¿Qué sentido tenía ahora el evocar las imágenes de aquella escena, que en realidad no había olvidado yo en uno solo de mis días revolucionarios? ¿Se disponían quizá los recuerdos a perder su carácter de resortes vengadores? ¿Consentían en borrarse al fin, purgados por el derrumbamiento de los autores de la muerte de Madero? Lo evidente era que a los dieciocho meses de cometido el crimen, el campo estaba expedito para llamar a eso crimen, para llamárselo en el propio lugar de los sucesos, y en tal circunstancia fundaba yo, sobre un plano casi simbólico, la esperanza de que mi regreso me valdría una profunda satisfacción moral: sentía ir alcanzando el polo opuesto al de mi furor de antes.

Pero hay estados de ánimo imprevisibles: entre ellos, el del político que abandona la ciudad de México para lanzarse a revolucionar en territorios remotos, y que luego —tras varios años o meses de lucha— vuelve a su maravilloso valle en la cresta de una onda guerrera y triunfadora. Porque lo que entonces se experimenta no es, sobre todo, el sentimiento del triunfo o de la victoria: al fin triunfo sobre hermanos, victoria efímera, egoísmo, vanidad. Ni es tampoco el sentimiento del deber cumplido: cosa dura siempre o melancólica; próxima al llanto cuando afecta alegría. Ni menos aún es el bajo halago de sentirse en el sendero del éxito: felicidad engañosa, deformadora del alma y la verdad. Es algo fundamentalmente desinteresado y jocundo: la sorpresa, acaso no traducida en ideas ni en palabras, de haber reconquistado con ansia, con sacrificio, con dolor, el Valle de México, una cumbre de belleza natural cuyo sabor pleno torna así a gozarse, ahora con la frescura de las primeras impresiones y la sabiduría de las de antes.

*

A mí el aire sutil de mi gran ciudad —transparencia donde reside la mitad de su hermosura; atmósfera que aclara, que purifica, que enjuta— me descubrió de nuevo (como si esta vez lo hiciera sólo para mis sentidos) todo un mundo de alegría serena cuyo valor esencial estaba en la realización perenne del equilibrio; equilibrio del trazo y el punto, de la línea y el color, de la superficie y la arista, del cuerpo y el contorno, de lo diáfano y lo sólido. El contraste de las sombras húmedas y las luminosidades de oro me envolvía en la caricia suprema que es el juego de la luz. La sensación orgánica de encontrarme ligero, de reconocer en cada movimiento de mis miembros o cada palpitación de mi carne una fuerza alada y etérea, trascendía a mi espíritu en forma de secreta seguridad de poder volar. Sí: mis pies pisaban la tierra, mas la pisaban por encaprichamiento de la voluntad, por gusto, porque ésa era la tierra en que había estado yo soñando, porque era mi tierra. Un leve impulso del mismo pie donde me apoyaba me habría bastado para subir a bañarme en el abismo de luz de las más altas regiones y para quedarme allá, sujeto al movimiento, libre y majestuoso, de lo que no pesa ni cae.

Ebrio de claridad —pero la claridad sin crudeza, pues un poder impalpable conseguía pulir hasta los reflejos últimos—, en los primeros momentos de mi regreso no tuve sino ojos para ver. ¿Había nada comparable, en el cielo o en la tierra, a la beatitud de contemplar otra vez el ritmo doble y blanco del Popocatepetl y el Ixtaccíhuatl, con cuya belleza magnífica estuve familiarizado desde mi infancia? ¡Montañas de blancura mate en las primeras horas de la mañana; formas gigantescas de azogue refulgente cuando el sol, fijo en lo más alto, deja abajo libres colores y matices; montes irreales, montes de ensueño, montes de cuento de hadas cuando la tarde los cubre con los más tenues y distantes de sus mantos: el rosa, el azul, el lila, el violeta!

Ante esta presencia me parecía evidente la necesidad de que el cinturón montañoso del valle se elevara en otros sitios —para que no se rompiera la armonía— a proporciones también grandiosas. Por eso, la fuente de la belleza natural no se cansaba de producir allí las supremas de sus obras: las de lo grande inmensurable en lo inmensurable armónico. De los dos volcanes nevados mi vista pasaba a posarse sobre el Ajusco: ola de roca, mole arrolladora en quien la quietud —incomprensible sin el auxilio de toda una mitología— es dinámica pura, fuerza en cúmulo. En el Ajusco sentía yo latir todo el vigor del valle.

Aquella enorme divinidad sonreía a veces, y entonces, deteniéndose en los tonos menos profundos de su azul, mostraba complaciente los detalles ciclópeos de su musculatura: anchos espacios de luz llenaban los ámbitos de sus anfractuosidades; la menor de sus comisuras se veía poblada de inmensos bosques; por sus desfiladeros y precipicios bajaban las sombras a torrentes. Pero el monte no siempre sonreía. Adusto por temperamento, bajo la misma mirada que un momento antes lo viera sonreír, recobraba de pronto su gesto propio: el tempestuoso. Entonces lo envolvían las tintas

más suyas: las oscuras, las sombrías, las que le borraban todo accidente superficial y lo hacían crecer, crecer en la unidad abrumadora de su masa. Sobre su cima señera se aborascaban entonces las nubes más negras; bajaban de ella los truenos más ingentes.

La mera visión de las montañas del valle restituyó mi espíritu al eje de su origen: como si hubiera un modo más fácil de ser, insensiblemente perdido en la ausencia, que ahora recuperara yo de súbito; como si la nitidez de un clima interior —espiritual y orgánico— renaciera al contacto de la nitidez del clima externo. Y ese entrar en mí mismo se robustecía en el ambiente de la ciudad, al influjo de la perfecta rectitud de sus calles, en lo espacioso de su gran plaza, bajo la sombra florida de sus jardines, dentro del misterio de su bosque.

Todo tenía el mismo valor que antes y, sin embargo, todo resurgía con nueva trascendencia y brillo: con la efusión que hay en el fondo de todo reconocimiento. Series infinitas de sensaciones redescubiertas se apoderaban de mí, venían a acumularse, de lo humilde a lo grande, de lo suave a lo intenso, en arpegios que afloraban a un tiempo en toda la superficie de mi sensibilidad. Mi cuerpo había vuelto a su perfecta ecuación de lo muscular y lo táctil: sus límites periféricos coincidían con el sentido de su masa y su peso: su volumen ocupaba el espacio preciso. Era la misma la ropa que me cubría, y, sorpresa grata, se me amoldaba más suave y exactamente, cual si un invisible forro, de fluido seco y fresco, corrigiera a cada paso el ajuste. El simple hormigueo de la sangre en el tránsito de las primeras horas de la mañana a aquellas en que el sol calienta, me parecía de una novedad secreta, honda. E, igualmente, el mero paso desde la acera umbrosa a la acera soleada me revelaba toda una gama —gama única y un poco brusca— de temperaturas peculiares. Había infinitas gradaciones en el frescor de los zaguanes, puestos en el conflicto de dos regiones de sol: el sol del patio, el sol de la calle.

En el Paseo de la Reforma, el coche corría en dirección del Bosque. Al final de la avenida, cerrando la doble fila de troncos y follaje, la arbolada cortina del cerro caía a plomo; su terciopelo verde se tendía de nube a nube. Y más arriba, al abrigo de los años, descollaba sin alardes la estructura del castillo: castillo sobrio de línea y de prestancia, castillo extraño en su fijeza sobre el mar movible de los ramajes gigantescos. Seguía el coche corriendo: venía el entrar, como de aire, en las oquedades hechas de verdura. Luego, más allá, el perfume de las frondas añosas —¿no son éstos los árboles más antiguos del valle?— añadía otra dimensión a la quietud. Los enormes troncos rojos, las soberanas copas de filigrana de cobre en mechones gigantescos y desmelenados se nutrían allí de quietud, bebían quietud al ritmo de la savia que elaboraban en el suelo las raíces milenarias. El coche seguía corriendo. Tibia al principio la atmósfera, se enfriaba de pronto, a medio decurso de la Gran Avenida, al acercarse a las sombras perpetuas. Iba el coche por la región donde las ramas, a gran altura del suelo, se juntaron para siempre. La avenida del Rey lo acogía en su intimidad remota...

Pero si el misterio del Bosque me comunicaba uno de los estremecimientos más auténticos del alma de mi ciudad, otro lo hallaba divagando por las calles más tradicionalmente o más modernamente mexicanas: desde Don Juan Manuel, desde San Ildefonso, hasta San Cosme o Versalles. Me lo daba, de preferencia, la contemplación del Zócalo. ¡El Zócalo! Mucho había sufrido en el recuerdo la hermosura de la gran plaza al compararla con las plazas de otros países. Mas he aquí que, mirándola otra vez, reconquistaba de un golpe la supremacía, lograba que a su lado desapareciera la emoción conservada de todas las demás. ¿Qué era lo que volvía a haber en la sencillez —horizontal y austera— del viejo palacio colonial? ¿Qué en el perfil barroco, atormentado (y en las grandes superficies lisas y grandiosas) del conjunto de la Catedral y el Sagrario? Los soportales tornaban a aparecérseme como los evocadores de toda una historia, como los testigos de las hazañas de toda una raza. Y ése era el latido ciudadano que entraba más profundamente en el corazón del rebelde vuelto a su casa, a su ciudad. Aquella plaza nacional, como la mente de quien la concibió al otro día de derribar una civilización entera, concordaba con la grandeza del ámbito del valle, era amplia como el gesto del pueblo que allí debió haber crecido, como sus ambiciones, como su obra. ¿Algún día sería ese pueblo? ¿Sería el mismo que nosotros —por deber o por pasión— ensangrentábamos ahora en interminable lucha de móviles casi ciegos?

LIBRO SEGUNDO

JUSTICIA REVOLUCIONARIA

Dos días después de mi llegada a la ciudad de México me encontré con el general Cosío Robelo en el Café Colón. Venía él de Teoloyucan, donde aún estaba Carranza, y acababa de ser nombrado Inspector General de Policía. Nos felicitamos mutuamente, aunque sin decirnos ni saber exactamente por qué, y creímos deber coronar con grandes arrebatos musculares las expresiones de nuestro regocijo de revolucionarios triunfadores: crujieron mis pobres huesos entre sus brazos ursinos, se aplastó mi pecho contra el suyo, formidable como de gorila.

¡Gran amigo Cosío Robelo, y gran catador! En aquella época, su conversación era todavía abundante. Su temperamento no se asomaba aún a esa otra etapa —tan suya y tan sabia— que luego le fue haciendo abandonar más y más las palabras como apto vehículo del pensamiento, para quedarse al fin con la sola elocuencia de la sonrisa. Ésta, sin duda, le servía ya para exteriorizar en bloque estados de ánimo de beatitud indiferenciada, de beatitud en que lo orgánico y lo mental no intentaban marcar sus linderos respectivos; pero, a diferencia de como sería después, tras de cada una de aquellas sonrisas totalizadoras prorrumplía en frases dóciles a las ideas. Junto al texto, casi indescifrable, de la mera expresión del rostro ponía la exégesis verbal más o menos aclaratoria. Y mientras hablaba, sus ojos, que en el fijo mirar de la sonrisa, mística y orgánica, se habían ido reduciendo, reduciendo, hasta volverse perfectamente chiquitos, recobraban de pronto la proporción y animación normales, como si la voz los retrotrajera desde infinitas distancias.

Esta vez pisó más en firme que de costumbre el terreno de la locuacidad y terminó llevándome aparte para proponerme que lo ayudase a organizar la policía metropolitana.

—Tengo razones especiales —dijo— para pedírselo a usted; algún día las conocerá.

¡Yo gendarme, yo detective, yo comisario! La proposición me pareció tan extraña, que de no estar metido en el torbellino de la Revolución la hubiera considerado sencillamente absurda. Pero Cosío Robelo insistió tanto, que no sólo hube de aceptar por de pronto —con la esperanza de que luego le pasaría al nuevo inspector la chifladura—, sino que consentí también, pues no hubo remedio, en que fuéramos en ese preciso instante a las oficinas de la Inspección General para que se inaugurasen sin pérdida de tiempo mis labores reorganizadoras de la policía de la capital de la República. Y, en efecto, las inauguré. Frente por frente de su mesa mandó Cosío Robelo instalar otra, y, acto seguido, me hizo entrega de ella con palabras y aire de ceremonia oficial. Luego, dándome otro abrazo, agregó:

—Éste será su sitio de trabajo. Así estaremos juntos y procederemos de acuerdo en todo.

La verdad es que aquello rebasaba los límites de lo meramente explicable por la

circunstancia de que Cosío Robelo y yo nos hubiéramos encontrado en el Café Colón. Era público y notorio que yo no sabía ni jota de servicios policiales, ni tenía por qué saberla. Allí, pues, había algo oculto, algo que yo no acertaba a explicarme. Y esa duda, que se apoderó de mí inmediatamente, vivió luego en mi espíritu varios días, y viviría aún si semanas después el mismo Cosío Robelo —amigo leal— no me hubiera aclarado las cosas.

Receloso y todo, di principio a mis funciones reorganizadoras del cuerpo policiaco o, mejor dicho: a lo que se me figuraba que eran las tales funciones. Meses antes, en Sinaloa, el azar revolucionario me había convertido en reformador de hospitales de sangre; ahora la misma fuerza, ciega e invisible, me lanzaba casi hasta el polo opuesto. Antes fue la piedad, ahora la vindicta; antes el consuelo, ahora la represión. No quise, sin embargo, cometer disparates a conciencia, y para evitarlos en el radio de lo posible me eché en busca de los autores clásicos sobre tal asunto. Entonces descubrí que existía una bibliografía copiosísima sobre cuestiones policiacas y leí los dos o tres primeros libros que me vinieron a las manos: *Justice and Police*, de Maitland, y *Mysteries of Police and Crime*, de Griffiths.

*

El estado de ánimo que me deparaban mis nuevas funciones se reflejaba en uno de los muchos sucesos de aquellos días.

Al entrar las tropas constitucionalistas en la ciudad de México, Obregón hizo publicar un bando terrible para todos los trastornadores del orden público: se castigaría con la pena de muerte, y sin otros trámites que la identificación, a cuantos cometieran robos, atropellos y otros actos delictuosos. El bando prevenía también el mismo castigo para las autoridades militares que permitieran aquellos delitos o los dejaran impunes. Cosío Robelo, además, recibió órdenes terminantes de aplicar las disposiciones marciales sin miramiento de ninguna especie. Se trataba, en suma, del rigor de estilo en tales casos, rigor perfectamente explicable, si no por las exigencias prácticas del momento, sí por su psicología. Ya se sabe que en toda hora solemne de la vida de un pueblo hay la tendencia a exagerar los valores humanos por el sencillísimo procedimiento de sacarlos de quicio, de volverlos de revés. En semejantes ocasiones se busca traducir lo extraordinario interno en extraordinario visible, y se recurre, como al más sonoro de los instrumentos solemnes, al régimen de excepción, que es más excepcional mientras más arbitrario, y más arbitrario mientras más excesivo e irreparable en sus efectos. Y como nada hay más definitivamente irreparable ni más subversivo de lo esencial humano que matar, en cuanto los hombres se ponen solemnes, en cuanto hablan de salvar a la patria, de salvar a la sociedad, o simplemente de salvar a otros hombres, lo primero que se les ocurre es dedicarse, concienzudamente, a matar a sus semejantes. Recuérdense los dos versos de nuestro himno que dicen: «¡Guerra, guerra! Los patrios pendones — en las olas de

sangre empapad...». Que es algo de lo más horrible que ha cantado nunca pueblo alguno.

Pues bien: una tarde la policía sorprendió a dos desgraciados en el acto de robar no recuerdo si una accesoria o un tendejón mixto. Como el delito era flagrante, esa misma noche fueron llevados los presos a la Sexta Comisaría y sometidos allí a eso que se llama juicio sumario, o sea, a un sencillo expediente que legaliza y justifica vulgares asesinatos. El procedimiento era de una simplicidad maravillosa; cualquier sargento, cualquier escribiente de comisaría bastaban para aplicarlo sin el menor tropiezo. Todo se reducía a que los gendarmes o gendarme precisaran la naturaleza del delito cometido por el reo y a que éste explicara los hechos a su vez: total, dos o tres declaraciones y un incipiente careo ante el comisario de guardia. Eso terminado, se llevaban las conclusiones al Inspector General, y éste, so pena de atraer sobre sí el castigo previsto para los otros, tenía el deber de ordenar desde luego el fusilamiento.

Aquella noche así se hizo. En menos de dos horas se levantaron las actas respectivas, y en otros diez minutos los papeles pasaron desde Revillagigedo hasta Humboldt. Cosío Robelo los recibió y examinó, pero por de pronto no quiso revelar nada. Recuerdo con exactitud estas palabras suyas, dichas —justamente cuando sonaba el reloj— mientras ponía sobre la mesa el endeble legajo:

—Las diez. Es tarde hasta para mandar fusilar... Pasaré la noche y resolveremos.

Pero a la mañana siguiente no hubo pretexto para posponer el caso. En cuanto llegamos a la oficina, los papeles, visibles en el centro de la mesa, estaban exigiendo ya que se les estudiase y resolviese.

Cosío Robelo los volvió a leer. Luego me dijo:

—No hay duda en cuanto a los hechos...

Yo lo contemplaba mudo. En seguida Cosío Robelo me miró con un principio de fijeza. Noté que su complexión sanguínea se agitaba hasta inyectar de rojo las venillas de sus conjuntivas. Era en él visible la lucha entre su entender y su sentir.

—Tampoco hay duda —agregó— en cuanto a lo dispuesto por la Jefatura de la Plaza...

Yo seguí callado.

Así pasaron varios minutos. Luego Cosío Robelo, que se había puesto a andar, se detuvo en medio de la pieza, suspendió unos instantes el jadeo nasal de su respiración —como si el esfuerzo que le costaba bajar hasta el fondo de su conciencia no le dejara ninguna energía libre— y por fin me preguntó, con aire de quien pide auxilio:

—Usted ¿qué me aconseja?

—¿Yo? Nada.

—¡Hombre!

—Recuerde usted que yo soy civil.

—Para el caso es lo mismo.

—No; no es lo mismo —le contesté—. El deber de usted es proceder bien dentro de la norma militar, que es la que ha aceptado para su conducta; el mío, proceder bien

dentro de mi condición de civil.

—Como civil, ¿qué haría usted?

—No asumir ni compartir la responsabilidad de ningún fusilamiento.

—¿Y como militar?

—Por eso no soy militar...

—Es decir, ¿que sí fusilaría usted?

—Obedecería las órdenes con apego a la Ordenanza, o me insubordinaría... La carrera de las armas divide la escala de los actos humanos en dos porciones que no siempre coinciden, y hay veces en que la elección se impone aun en el supuesto de la estricta legalidad militar: entonces, o se es buen hombre o se es buen soldado. Ahora, elegir entre esto es punto de conciencia, casi diría que punto de religión.

Como era de esperarse, aquellas palabras no tranquilizaron ni fortalecieron a Cosío Robelo; antes bien, lo pusieron más agitado y perplejo. Eran palabras nacidas, más que de la voluntad, de la dialéctica y, por lo tanto, inútiles para la gestación del acto. Pero después de luchar dos horas consigo mismo —batalla entre el deber pequeño, pero urgente, y el deber grande, pero remoto—, hizo él lo que otro cualquiera en su sitio: firmó la orden para que se aplicara la ley militar, la ley que no sabe de garantías ni de sentimentalismos, la que no conoce más deber que el del triunfo.

Pero tampoco su resolución lo aquietó. A poco de tomarla se puso más nervioso, más en zozobra, más disconforme con el sentido de sus responsabilidades. En aquel momento era un hombre bueno que entre la espada y la pared de los deberes había escogido la pared, pero para quien la pared se aguzaba y afilaba como la propia espada.

Minutos después de dar la orden llamó al subinspector. Bruscamente le mandó que fuera en persona a cuidar de que el fusilamiento se hiciera sin menoscabo del menor requisito. Y a poco rato de irse el subinspector, me dijo a mí:

—Se lo estimaré como un gran servicio: vaya usted a ver como va *eso*, y si descubre la menor irregularidad venga a decírmelo en el acto.

Yo salí.

II

EN LA SEXTA COMISARÍA

Por el camino iba yo pensando en las últimas palabras de Cosío Robelo y preguntándome qué debería entender por *irregularidades* en un fusilamiento ordenado sin juicio en forma ni garantías ningunas para los reos. Y la verdad es que mientras más cavilaba, más crecían mis dudas. Porque junto a la suprema irregularidad —la irregularidad monstruosa de mandar, sin más ni más, que varios hombres mataran a otro a quien se ponía, atado de manos, de espaldas contra la pared —, todo el resto se me figuraba conforme con la armonía y el ritmo más cabales. Posiblemente, las reglas del bien fusilar rezaban que la descarga homicida partiera de tiradores expertos: así la muerte parecería menos cruel; tal vez disponían que no se llevara al reo a rastras hasta el cadalso: así los verdugos harían menor alarde de su oficio; quizá fijaban que, de haber resistencia por parte del sentenciado a muerte, no se le acribillara a tiros, ni se le acuchillara con las bayonetas, ni se le machacara el cráneo a culatazos. Pero, en último término, ¿qué importaban todos esos detalles, hipócritas, meramente adjetivos, al lado del hecho sustantivo de fusilar sin apego a procedimientos legales o morales?

Como la distancia era corta, mis ideas no progresaron mucho. De súbito apareció en su urdidumbre la imagen —cuña de piedra— de la esquina de la comisaría; con lo que pasé de pensar a sentir. ¡Casas siempre siniestras las que alojan a los puestos de policía de la ciudad de México!; pero, entre todas, una: la de Sexta Demarcación. Aquí la buena arquitectura dispone el ánimo a penetrar el fondo de las cosas y a sentirlo. Cuando me acerqué a ella, el sol de las once doraba de soslayo sus piedras morenas —pero las doraba en sombra, no en luz—; el tráfago de tranvías, de carros, de automóviles, la envolvía en ruido —pero no en ruido de estrépitos vitales, sino de repercusiones opacas—. En sus puertas, mezclada con los gendarmes de guardia, se agolpaba una muchedumbre de curiosos, y unos y otros, gendarmes y plebe —tan enemigos siempre a la hora del respeto a la ley— se hermanaban entonces en un mismo interés insano: el de ver y oír lo que pasaba dentro del edificio.

Entré. La rutina mugrienta de aquella antesala del presidio se hallaba en suspenso. Había expectación, aunque fría e insensible. Una ráfaga de lo insólito animaba el cotidiano ambiente carcelario y lo resolvía en nuevas tintas, nuevas formas, nuevos agrupamientos, acaso peores que los de costumbre.

Conforme atravesé el patio se volvieron hacia mí las miradas de los empleados y detenidos que se asomaban a las puertas de las diversas secciones. Luego tornaron a fijarse en el pasillo que comunica con el patio adyacente. Allí estaban seis u ocho gendarmes formados en línea desplegada y armados de máuseres. Sus fornituras, de cuero amarillo, hacían vivo contraste con el paño azul de los uniformes. Tenían vueltas las espaldas hacía el primer patio y daban frente hacia el segundo. Los rifles —nuevos al parecer, o de muy poco uso— dejaban visible, cada dos pantorrillas, el

ángulo posterior de las culatas. Cerca de los gendarmes y del oficial que los mandaba hacían grupo el subinspector general, el comisario, los escribientes y practicante de guardia y dos hombres del pueblo. Se comprendía desde luego que estos últimos — pantalón azul, camisa de cambaya, rostro bronceado, sombrero de palma estrecho de ala y tejido a colores— eran los protagonistas del fusilamiento. El más alto de los dos estaba descalzo.

Yo no me uní al grupo. Permanecí observándolo, a seis o siete pasos de distancia, a través del cancel que separaba del pasillo la oficina próxima. Cuando me acerqué estaba hablando el preso alto y descalzo. El otro reforzaba las palabras de su compañero con leves movimientos de cabeza.

Decía el preso:

—Pero ¡cómo me he de conformar, mi jefe! ¿De dónde, pues, lo saca su justicia?

Se dirigía, en particular, al subinspector, cuyo rostro yo no veía, sino adivinaba bajo la forma de su sombrero tejano, de copa chata y ala rígida. El subinspector parecía mostrarse impasible, a juzgar por el énfasis creciente con que el sentenciado pronunciaba cada frase nueva; pero en sus manos, que tenía enlazadas sobre la parte posterior del cuerpo, se advertía su nerviosidad. Se estrujaba los dedos, se los retorció, se los pellizcaba.

Mientras tanto, el reo seguía diciendo:

—Yo no niego que sean buenas las órdenes, mi jefe, ni tampoco lo que me dice de cuando los ejércitos entran en las ciudades grandes. Pero, en verdad de Dios, no es justicia que nos afusilen por tan poquita cosa. Considérelo nomás: ¡afusilarnos!... Aquí el señor, que lo sabe —y señalaba a uno de los escribientes (sucio, intonso, cubierto hasta las cejas con una gorra mantecosa de lúgubres reflejos patibularios)— podrá certificarle a su mercé que ansina no se hacen estas cosas...

El escribiente interrumpió:

—Yo no tengo que decir nada; no hables de lo que no sabes.

—¿De lo que no sé, mi jefe, y van a matarnos? Pos entonces que venga un licenciado y lo dirá, porque en sus libros está escrito.

Aquí el subinspector:

—Ya te dije que éste no es momento de licenciados.

—¿Cuándo entonces, mi jefe?

—Durante el juicio.

—¡Pero si no ha habido juicio, bien lo sabe su justicia!

—Sí, hombre, sí lo ha habido. El juicio fue lo de anoche.

—Yo le aseguro que no, y si lo alegan, hay engaño. Los juicios, con la ayuda de Dios, son de otra manera: con jueces, con testigos, con licenciados, con público, y duran mucho. Los papeles hablan de ellos hasta con retratos, cuantimás si son para sentenciar a muerte. No lo mandan a uno así nomás a la sepultura.

Oyendo a su compañero, el otro sentenciado a muerte había empezado a llorar. Era de apariencia totalmente pasiva y de espíritu y condición inferiores a su

cómplice, no obstante sus zapatos y la mejor clase de algunas de las prendas de su ropa. Algo había en su actitud que denotaba a las claras su asombro ante el tesón con que el otro defendía la vida de ambos, pero al propio tiempo parecía resignado ya a lo irremediable, lo que modulaba el ritmo lento de sus lágrimas. Cada vez que el subinspector o el comisario daban a entender que no quedaba otro camino que someterse, él miraba a su compañero con ojos interrogativos y parecía dispuesto a caminar hasta la pared para esperar allí las balas. Pero luego, confrontado con la firmeza del otro, se inmovilizaba en la tregua, a lo cual contribuía también la blandura del subinspector. Éste, resuelto a no violentar las formas del fusilamiento, apenas si hacía uso de su autoridad: hablaba en tono persuasivo, casi dulce. Su elocuencia, además, era prácticamente nula —igual que la del comisario—, en contraste con la del preso, cuyas razones no obtenían sino ligerísima réplica. Y es que, en el fondo, nadie estaba allí convencido de la necesidad, ni menos aún de la justificación, de fusilar a aquellos dos infelices. Sólo el oficial de barandilla repetía de rato en rato, con sonrisa odiosa:

—¡Tiene que ser!... ¡Tiene que ser!...

Le brotaban de los ojos fulgores mortecinos que encendían, por su misma opacidad, la agudeza expresiva del sonreír hemipléjico de su quijada enorme. Luego, entreabriendo un poco más sus párpados de sapo, bañaba a los reos en miradas de cariñosa crueldad, miradas que eran como anticipación de lo que se prometía a sí mismo al susurrar su doble frase:

—¡Tiene que ser!... ¡Tiene que ser!...

Por momentos, los sentenciados a muerte se volvían hacia él: uno, el del llanto, para contemplarlo en silencio; el otro, para decirle como entre paréntesis:

—No, señor. ¿Por qué ha de ser? Y usted es quien mejor lo sabe: usted escribió las declaraciones.

En seguida el preso reasumía su defensa ante el subinspector y el comisario:

—Si es cierto que el general Obregón ha dado orden de que nos afusilen —y no es que yo dude de su palabra, mi jefe; es que no lo puedo creer—, al menos que me oiga el general. Y yo le prometo que si me oye no han de afusilarnos, aunque le cuente la mera verdad, mi jefe, como ya la he dicho. Porque, ¿a qué negarlo? Es cierto que entramos a la casa para ver qué cogíamos; pero no llevábamos malas intenciones, digo intenciones de herir ni matar a naiden, ni con qué hacerlo. La pura pobreza, que lo echa a uno al maldito robo; pero a eso nomás... Ni cuchillo ni otra arma ninguna... Ya lo declararon los gendarmes, y así consta en los papeles. ¿Cómo cree usted, mi jefe, que si el señor general Obregón sabe esto ha de mandarle que nos mate? Sólo eso le pedimos por su mucho favor (que ultimadamente hartó tiempo hay para que nos quiten la vida): sólo eso, que nos lleve a donde el general está, y que consiga que nos oiga.

Dio señales el subinspector de empezar a conmovirse y también de ir perdiendo la paciencia; lo segundo, por lo mismo que se sentía incapaz de destruir con razones

la obstinación, elocuente y desesperada, con que el reo del juicio sumario exponía su caso. De pronto dijo, poniendo ya ligeros toques de rudeza en sus palabras:

—Bueno, hijo: me parece que ya es demasiado alegar. ¿Obedeces? ¿Sí o no?

—Pero, mi jefe (¡Dios no quiera que alguna vez se mire usted en este trance!): ¿cómo he de obedecer para que me afusilen? Póngase en mi caso, sea cristiano. Y aluego, tengo una hijita, mi jefe, una hijita de cuatro años. ¡Qué va a ser de ella si me matan! Mi culpa no es de ella, o no es para daño tan grande. Yo sólo quería robar — robar, sí, eso lo digo—; pero ¿está en la justicia de usted castigarme como asesino, y de los peores? Si usted viera a mi hijita se convencería de que no lo merezco. Ella es mejor que yo; la estoy enseñando y educando bien. Ya va a la escuela. Para ella eran los trapitos que iba yo a coger. Todavía ayer a estas horas estaba yo con ella, muy quitado de la pena, muy seguro de verla crecer hasta hacerse mujercita, y ahora quieren matarme tan sólo porque tuve una mala idea y un rato de mal consejo con el diablo. No, mi jefe, yo le suplico por su mamacita linda que no me afusile. Santísima Virgen ha de premiárselo, digo, si no es que yo mismo encuentro algún día modo de reconocerle a su mercé un servicio tan grande como es el de salvarnos la vida a los dos...

—¡Basta! —gritó el subinspector—. Yo tengo que cumplir las órdenes. Si no van por la buena a colocarse cerca de la pared, los llevaremos a la fuerza. ¡A ver, oficial!

—¡Mande usted, mi coronel!

El preso:

—No, mi jefe, no se enoje. A la fuerza, no. No hace falta. Yo me defiendo con razones porque lo creo de justicia. Pero ni tengo miedo ni quiero que me lo achaquen. En llegando la hora, yo también sé morirme. Pero un favor le suplico: que me traigan a mi hijita, para despedirnos, y de no parecerle muy molesto a su mercé, que me traigan también un padrecito. Si han de afusilarme, siquiera moriré tranquila la conciencia.

El subinspector miró su reloj. Luego, en voz baja, consultó algo con el comisario. Mientras tanto, los dos sentenciados a muerte hablaron entre sí, o mejor dicho, el alto le dijo algunas palabras al otro, y éste contestó con varios movimientos de cabeza.

—¡A ver! —ordenó en seguida el subinspector al oficial de gendarmes—. Que este hombre le explique a usted dónde vive su hija, y que inmediatamente vayan por ella. Lo del sacerdote no puedo concederle... Y tú —continuó, dirigiéndose al otro preso—, ¿tú qué quieres? ¿A ti qué se te ofrece?

—A mí, nada, mi jefe. Si han de afusilarme porque sí, ¿qué más da morir consolado que sin consolar? Me hago cargo que nos toca ser los del escarmiento. Algún día se lo reclamará su conciencia.

Aprovechando aquel respiro salí en busca de Cosío Robelo. Iba a enterarlo de que el fusilamiento progresaba dentro de las más perfectas normas posibles; pero que, así y todo, me parecía un acto abominable y perverso. El orden reinante en la ciudad no justificaba tamaña sanción contra dos infelices no más delincuentes que la mitad del

Ejército Constitucionalista. Pero al llegar a la Inspección me encontré con que Cosío Robelo había salido, y luego, por más esfuerzos que hice, no pude comunicarme con él sino dos horas después de consumada la sentencia.

*

Aquella misma tarde volví a pasar frente a la comisaría de la Sexta Demarcación. Ante uno de los huecos destinados a las máquinas de los bomberos se detenía la gente. Me acerqué. Allí estaban expuestos al público los dos cadáveres. El rostro del fusilado de más estatura conservaba aún en su expresión huellas del empeño persuasivo con que había querido salvarse. Los pies descalzos —jóvenes, robustos— estaban surcados por hilillos de sangre ya seca. El otro cadáver yacía, más que en la lámina asquerosa de la camilla, en el seno de su resignación inalterable.

III

LA PISTOLA DE PANCHO VILLA

La justicia revolucionaria de tramitación policiaca chocó de tal modo con mi manera de ser, que al punto resolví apartarme del organismo encargado de administrarla. Sólo una cosa temía: que mi actitud lastimara a Cosío Robelo, a quien —puesto que no existían los códigos y las garantías individuales se hallaban en suspenso— no podía hacerse, ni hacía yo, personalmente responsable de los fusilamientos sumarios. Mas pronto vi que mi temor era gratuito. El Inspector General me concedió la razón a las primeras palabras, y aun me dio a entender que con gusto imitaría mi conducta de no impedírsele sus deberes militares.

Fue entonces también cuando Cosío Robelo, aprovechando la oportunidad, me reveló el verdadero motivo de su insistencia para tenerme adscrito a las oficinas de la Inspección. Asombrado lo oía yo mientras me decía:

—¿Sabe usted por qué me empeñé tanto? Pues porque sólo así me evitaría el disgusto de aprehenderlo, cumpliendo órdenes que me dio Carranza en Teoloyucan a la vez que mi nombramiento de inspector. Ahora, por fortuna, la cosa es distinta. Gracias a los esfuerzos de Eduardo Hay, que, según parece, lo estima a usted mucho, el Primer Jefe ha revocado la orden.

*

Otros sucesos, ligados más con las responsabilidades futuras de la Revolución que con sus tropiezos presentes, vinieron de allí a poco a distraerme. Me interesaba, sobre todo, la lenta evolución que iba empujando a varios jefes de las fuerzas de Sonora y Sinaloa a unirse al núcleo anticarrancista.

En ese aspecto las cosas andaban ya tan maduras, que a mí se me había metido entre ceja y ceja que Villa y Lucio Blanco llegaran, aunque sin conocerse, a un acuerdo sentimental. La tendencia de ambos contra el autocratismo de Carranza —manifiesta en Villa; en Blanco todavía tácita, pero resuelta— los aproximaba, sin duda, para la acción que iba a desarrollarse inmediatamente. Mas el solo propósito común por motivos análogos en la superficie, o en el fondo, no me bastaba. Hacía falta además —tal al menos me parecía— el lazo sentimental directo, así durara apenas el tiempo preciso para ser útil.

En realidad, la cosa no era fácil, no obstante la circunstancia favorable de que Villa y Blanco no se hubiesen tratado nunca. ¿Cómo encontrar, en el orden de los sentimientos, un sincero punto de contacto entre Lucio, todo gallardía, generosidad, nobleza, y Villa, formidable impulso ciego capaz de los extremos peores, aunque justiciero, y sólo iluminado por el tenue rayo de luz que se le colaba en el alma a través de un resquicio moral casi imperceptible? Blanco era tan noble que desperdiciaba hasta la gloria —ésa fue su debilidad—; tan humano, que el horror a

matar paralizó en gran parte su acción después del primer arrebato contra Huerta. Villa, al revés, no descubría en el horizonte de las tinieblas que lo guiaban más que un punto de referencia preciso: acumular poder a cualquier precio; suprimir, sin sentimentalismo ninguno, los estorbos a su acción vengadora e igualadora. No había, pues, para realizar mis deseos, otro camino que el de una sorpresa artificiosa, y eso, siempre que el movimiento partiera de Villa; de Blanco no, porque era demasiado altivo, y Villa un ex prófugo lleno de desconfianzas.

De regreso en Chihuahua se me presentó la ocasión. Domínguez y yo habíamos venido para comunicar a Villa, el resultado de nuestro viaje a México durante la toma, de la plaza por las tropas constitucionalistas. Éramos, por otra parte, portadores de una carta en la que Lucio le decía al jefe de la División del Norte que había hablado con nosotros y que nos había transmitido a fondo sus ideas respecto de Carranza y sus incondicionales.

En la puerta de la habitación donde esperábamos ser recibidos, Villa apareció de pronto para preguntar alguna cosa a su secretario (Luis Aguirre Benavides), el cual conversaba con nosotros a fin de hacernos la espera menos larga. Empezaba septiembre y se sentía calor. Villa salió en camisa. Tenía puesto el sombrero, cosa frecuente en él cuando estaba en su oficina o en su casa. Mientras hablaba con Aguirre Benavides, su forma robusta, envuelta en caqui, se destacó con fuerza sobre la pintura blanca de la puerta. Le salían por debajo del sombrero, orlándole la frente, unos cuantos rizos medio azafranados que hacían juego con el mechón de su bigote descuidado, torpe. Pero nada resaltaba tanto en toda su figura como el enorme pistolón que le bajaba desde la cadera hasta el hondo de una funda holgadísima. Brillaban las cachas con el lustre de las cosas muy usadas, no con el resplandor afeminado de lo que sólo es para lucir. La culata le dibujaba en el costado una curva ancha, prolongada, semejante por sus dimensiones a la cola de los cometas fantásticos que suelen verse en los libros de los niños. A uno y otro lado le corría por la cintura la fila maciza de los cartuchos, grandes hasta recordar los torpedos. Simulaban una verdadera columnata de fustes de cobre sin capitel, cortados en dos por la tira oscura que los sujetaba a la canana. Debajo, las balas de acero, enormes y primorosamente pulidas, devolvían en destellos fríos la luz de las ventanas. Ante semejante espectáculo era imperativo que el sentido muscular se pusiera en juego por su cuenta y se entregara a calcular —por sí solo— la densidad, la forma, la inercia mortífera de aquellas balas de cutis fino al tacto como una caricia.

«Este hombre no existiría si no existiese la pistola —pensé—. La pistola no es sólo su útil de acción: es su instrumento fundamental; el centro de su obra y su juego; la expresión constante de su personalidad íntima; su alma hecha forma. Entre la concavidad carnosa de que es capaz su índice y la concavidad rígida del gatillo hay una relación que establece el contacto de ser a ser. Al disparar, no será la pistola quien haga fuego, sino él mismo: de sus propias entrañas ha de venir la bala cuando abandona el cañón siniestro. Él y su pistola son una sola cosa. Quien cuente con lo

uno contará con lo otro, y viceversa. De su pistola han nacido, y nacerán, sus amigos y sus enemigos».

Y fue entonces cuando la idea que andaba yo buscando se me presentó:

—Para acercarse a Villa y Blanco —le dije al coronel Domínguez— necesitamos que Blanco reciba, como un obsequio, la pistola de Villa. Si Villa la da, su movimiento será inequívoco, y Blanco, al aceptarla, entenderá lo que eso significa. De mi cuenta corre.

La gran preocupación de Villa era en aquellos días el nombramiento del Presidente Provisional. A primera vista parecía dispuesto a sostener a cualquiera, siempre que no fuese Carranza. Luego, mirando más de cerca las cosas, delataba interesarse por algún hombre verdaderamente suyo. Su candidato era entonces el general Ángeles, sobre quien, como podía suponerse, versó poco después nuestra plática. ¡Conjunción rara, aquella del guerrillero analfabeto y el supremo de nuestros técnicos de la guerra! Villa, irresponsable, halló en Ángeles, que vivía atormentado por la hiperestesia de su conciencia revolucionaria, un complemento al cual entendió. En esto —como en otras muchas cosas— fue superior a los líderes semileídos de Sonora —salvo Maytorena— y de Coahuila, los cuales odiaron y calumniaron a Ángeles desde el primer momento por el simple hecho de no llegarle ni a la suela del zapato en técnica y cultura. De Sonora habría de venir la escuela de ganar batallas haciendo a fuerza de oro traidores entre el enemigo, y Ángeles se hubiera dejado desollar antes que ir a supuestas victorias mediante cohechos. Ángeles había sido cadete distinguido de Chapultepec y había asimilado allí una tradición pundonorosa que vale más que muchas revoluciones juntas. Su psicología era, por consiguiente, contraria a la del carrancismo corruptor y a la de aquella parte del sonorismo que entonces hinchaba a don Venustiano en espera del momento oportuno para traicionarlo y darle muerte. Pero ese antagonismo perfecto entre la persona de Ángeles y el grupo carrancista no lo veía Villa, o fingía no verlo.

—Ángeles —le dije— vale mucho y merece mucho, pero como candidato de conciliación no es viable.

Él entonces se acaloró. Interrumpió la forma misteriosa, de conciliábulo, en que había venido desarrollándose nuestra conversación —sentado él muy cerca de nosotros, con los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos—, y se puso en pie. Hablando aún, caminó hacia la puerta, mientras nosotros lo seguíamos; de modo que los tres salimos a la antesala sin que terminara de hecho la entrevista. En la antesala estaban varios de sus subordinados y amigos más próximos, los cuales se acercaron a hablarle tan pronto como lo vieron. ¿Se había enojado? Yo tenía la impresión de que nuestros planes acababan de perecer, en el último instante, por un exceso de sinceridad. No quise, con todo eso, darme por vencido y resolví poner la situación a prueba.

—Lo de Lucio Blanco —le dije a Villa a quemarropa, sin ninguna preparación— quedaría arreglado por completo con un mero ademán afectuoso que usted le hiciese.

Por ejemplo, que le mandara usted, como regalo, su pistola.

Villa me miró, miró a Domínguez y contestó con voz un poco vacilante, mientras se desabrochaba el cinturón:

—Oiga, pues eso creo que me parece bueno.

Luego, en medio de un silencio general, me entregó la pistola, con canana y todo. Al sentir en mis manos aquel peso, tibio aún, me estremecí, y se lo pasé inmediatamente a Domínguez. No parecía sino que el contacto de la pistola me quemaba. Villa, entretanto, agregó:

—Nomás dígame al general Blanco que la cuide, porque es pistola muy chiripera.

Pero antes de terminar la frase se le demudó el rostro. Se llevó las dos manos a las caderas con un movimiento brusco. Se revolvió mirándonos a todos, e impulsado como por el instinto se puso de espaldas contra la pared.

—¡A ver! —dijo con precipitación—. Déme alguien una pistola, que estoy desarmado.

Y era tal su zozobra al pronunciar aquellas palabras, que me figuré que iba a arrojarse sobre Domínguez para quitarle la pistola que nos diera un minuto antes. Sin saberlo, acababa yo de lograr algo que nadie intentó jamás con Pancho Villa: desarmarlo. «¡Desarmarlo!».

Él se había dado cuenta de su imprudencia y había reaccionado en el acto con toda la brusquedad de su larguísima historia de fiera perseguida, acosada durante años por los rurales. ¿Cuánto tiempo haría que Villa no se encontraba así, inerme en medio de un grupo de hombres con armas, varios de ellos extraños a su sensibilidad y a sus intereses? Él, que nunca echó mano de la pistola sino para volverla a la funda tras de liquidar el conflicto, había caído, por sorpresa, en la puerilidad de entregar las armas a un hombre casi desconocido, al mismo que dos minutos antes había suscitado su enojo rebatiendo sus ideas.

Al oír la petición de Villa, varios de los presentes sacaron su pistola y se la ofrecieron. Luis Aguirre Benavides le dijo, alargándole la suya:

—Yo le daría ésta, general; pero es muy chica, y escuadra por añadidura, que usted conoce poco.

—¡Bah! Pues ¿y cuál no conozco yo bien? —observó él, tomándola.

Era, en efecto, una pistola escuadra de calibre 32. Villa la empuñó sonriente —parecía que la contrariedad de verse sin armas se le había ya desvanecido— y tiró del cierre haciendo saltar uno a uno todos los cartuchos. Conforme caían al suelo, Aguirre Benavides iba recogéndolos, y luego, juntos todos, se los entregó a Villa. Éste los volvió ágilmente al cargador; metió el cargador en la culata; cortó un cartucho y, apuntándome a la frente, me dirigió esta frase:

—Ahora dígame cualquier cosa.

La boca del cañón estaba a medio metro de mi cara. Veía yo brillar por sobre la mira los resplandores felinos del ojo de Villa. Su iris era como de venturina: con infinitos puntos de fuego microscópicos. Las estrías doradas partían de la pupila, se

transformaban hacia el borde de lo blanco en finísimas rayas sanguinolentas e iban desapareciendo bajo los párpados. La evocación de la muerte salía más de aquel ojo que del circulito oscuro en que terminaba el cañón. Y el uno y el otro no se movían ni un ápice: estaban fijos, eran de una pieza. ¿Apuntaba el cañón para que disparara el ojo? ¿Apuntaba el ojo para que el cañón disparase? Sin apartar de la pistola la vista, me percaté de que Aguirre Benavides sonreía tranquilo y seguro, de que los militares presentes observaban fríos y curiosos y de que Domínguez, a mi lado, respiraba apenas.

No sé qué fue entonces mayor en mí, si el temor o la indignación. Sin embargo, dominé mis dos sentimientos —creo que con buen éxito absoluto— y en el acto le contesté a Villa muy reposadamente:

—¿Y qué quiere usted que le diga? ¿Algo bueno o algo malo?

—Lo que le nazca del corazón.

—Pues que no vaya también a ser ésta una pistola muy chiripera —le dije.

Pero Villa ya no me oía. Miró a Domínguez y fue dejando caer lentamente el brazo, mientras preguntaba:

—Bueno: ¿y cuál es el más valiente de los dos?

Como acababa yo de padecer un miedo horrible, respondí sin titubeos:

—Domínguez.

Y Domínguez, que con justicia tenía muy alta idea de su inmenso valor, dijo:

—Ninguno.

—Pues ¡qué se me hace —replicó el guerrillero— que es más valiente el civil que el militar!

Aquella observación, inexplicable e injusta, nunca se la perdonó Domínguez a Villa, ni creo que jamás me la haya perdonado a mí.

IV

UN PRÉSTAMO FORZOSO

Camino de México conocimos Domínguez y yo al coronel Ornelas, jefe del estado mayor de uno de los generales que operaban en el centro de la República. Era joven, inteligente, franco y conversador. Todo el tiempo que pasamos juntos no dejó de relatarnos episodios de su vida de campaña, y para distraer uno de los prolongadísimos altos causados por las malas condiciones de la locomotora, nos entretuvo haciendo de cuerpo entero el retrato de su general.

Nos habíamos sentado al borde de la vía férrea, él, nosotros y algunos revolucionarios más —coroneles y oficiales de rifle y pistola— que traíamos en nuestro tren. Se apagaba, admirable, la tarde de otoño. Los montes próximos se arropaban poco a poco en vapores color de violeta que parecían subir del fondo del valle, ya medio en sombra.

«Esta vez —contaba Ornelas— se nos vino encima el problema de socorrer a la tropa tan pronto como tomamos el pueblo. El general me mandó llamar y me dijo:

»—¿Tú sabes que no hay ni un centavo en las cajas de caudales de la brigada?

»—Me han dicho eso.

»—Pues no hay que apurarse por tan poco. La posesión de este pueblecito nos sacará de pobres por algunos días. Aquí vamos a poner en obra un plan infalible para los préstamos forzosos de gran envergadura, un plan que rinde las más altas voluntades.

»Y luego, tras nueva rociada de retórica y pedantería —que no mermaban en nada su manera ingeniosa, fría, eficaz, ni su modo de ir derecho al objeto y alcanzarlo a todo trance— me tendió un papel con varios nombres escritos de su puño y letra, y añadió:

»—Éstos son los nombres de los cinco vecinos más ricos del lugar: unos tienen tierras y otros tierras y tienda, pero todos son *científicos*, huertistas, reaccionarios. ¡Que se presenten inmediatamente en este cuartel, so pena de ser fusilados por su comercio con el enemigo!

»Estábamos mi general y yo en una pieza de la casa donde iba a instalarse la comandancia de la columna. Por la ventana, abierta y ancha, veíamos en el fondo del cielo el mar de tonos rojos en que se hundía el sol. A todo lo largo de la calle aparecían los grupos de soldados quitando a las mulas los aparejos. Mientras hablábamos entraban y salían ordenanzas encargados del equipaje y otra impedimenta.

»—Y esta orden —pregunté, tras de leer los cinco nombres de que se componía la lista— ¿debo mandarla ejecutar o ejecutarla yo mismo?

»Mi general reflexionó apenas un segundo y respondió vivamente:

»—Sí, eso es; cúmplela tú mismo.

*

»Cogí diez soldados de los de la escolta y me eché a la calle; si bien pronto, al hallarme en la puerta, vacilé en cuanto al camino que debía seguir. ¿Ganaría para la izquierda? ¿Ganaría para la derecha? El pueblo, para mí desconocido del todo, me resultaba un verdadero enigma como teatro de aprehensiones. ¿Quiénes eran, dónde vivirían aquel don Carlos Valdés y aquel don Ciriaco Díaz González que encabezaban la nómina de los sentenciados al préstamo? Una consideración obvia puso fin a mis dudas empujándome a caminar hacia la placita de los portales, del jardinillo y del quiosco —la misma a donde iría en el atardecer de los siguientes días a entretenerme mirando el revolotear de las urracas entre las frondas de los árboles añosos.

»En la plaza logré pronto informes precisos. Mas como hube de acercarme a diversas puertas y andar por varias calles, seguido siempre de la escolta, la alarma empezó a cundir. El aire siniestro de mis hombres y los rostros inquietos de quienes nos acompañaban, reavivaron el sobresalto producido por la escaramuza de la mañana.

»Por fortuna, para cuatro de los vecinos designados por mi general la busca no resultó larga. Todos los habitantes del pueblo los conocían: a ellos, a sus familiares, sus casas, sus comercios. Pero para el otro —el primero de la lista: don Carlos Valdés — la cosa fue ya bien diferente. Al principio nadie sabía de quién se trataba:

»—¿Carlos Valdés? ¿Cuál Carlos Valdés?

»Por fin se puso en claro que sí había en el pueblo un Carlos Valdés; pero se insistió en que no podía ser ése el Valdés de mi lista, sino otro: don Vicente Valdés, cuyas señas no se ignoraban.

»—¿Y por qué —inquiría yo— no ha de ser don Carlos el Valdés que yo busco?

»—Porque Carlos Valdés —me enteraban— no pertenece, como las otras personas que anda usted cazando, a las familias pudientes del pueblo, mientras que don Vicente sí. Éste, si no de los más acaudalados, tampoco es de los más pobres.

»Mi orden, sin embargo, se refería a don Carlos Valdés y no a don Vicente Valdés, por lo que yo, ateniéndome a la consigna, pedí que se me guiara a la casa del primero y no a la del segundo, y cuando hube dado con aquél, me lo traje entre filas junto con los cuatro ricos auténticos o, por lo menos, indiscutibles.

*

»Mi general recibió a sus candidatos al préstamo forzoso con toda la parafernalia ceremoniosa de semejantes casos. Estaba en pie, detrás de su mesita de campaña: abotonado hasta el cuello el chaquetín; afeitado con esmero; vueltas hacia arriba, a lo Káiser, las agudas guías de sus bigotes, y abombado el pecho, a falta de genuino aire

marcial, bajo la gola de sombra que proyectaban los rayos de la lámpara al interponérseles el curvo perfil de una papada prematura. A uno y otro extremos de la mesilla, sobre sendos taburetes, tenía abiertas y exhaustas las cajas de caudales de sus tropas.

»Dejó transcurrir varios minutos en silencio, a fin de impresionar más hondamente a sus víctimas, y luego dijo:

»—Los saludo a ustedes, señores, por más que no me allane a estrecharles la mano; ustedes son unos traidores, unos cobardes, unos ciudadanos perversos, enemigos del pueblo y de sus instituciones libres, en tanto que yo... yo soy un digno representante del valeroso Ejército Revolucionario...

»—¡Señor general! —intentó aquí proferir uno de los cinco hombres a quienes se apostrofaba tan duramente.

»Pero mi general, desde luego, lo ató corto:

»—No, señor —dijo—; de ninguna manera. De ninguna manera se me interrumpa.

»Y para reforzar su dicho, se volvió a mí, que aún conservaba bajo mi mando los diez soldados de la escolta, y repitió con énfasis:

»—¡Que de ninguna manera se me interrumpa!

»Yo entonces mandé terciar armas y distribuí los soldados en la retaguardia y flancos de los prisioneros.

»Mi general, mientras tanto, había extraído del bolsillo de su chaquetín una copia de la lista que me diera poco antes y la leía para sí. En seguida, sin levantar la vista del papel, pero con ademán de dirigirse a los presos, continuó:

»—Don Carlos Valdés. ¿Quién es don Carlos Valdés?

»—Yo soy, señor —respondió el nombrado.

»—Don Ciriaco Díaz González. ¿Quién es el señor Díaz González?

»—Yo —contestó una voz perentoria y seca.

»—¡Ajá! Conque usted. Mucho gusto...

»Y a renglón seguido:

»—Don Pedro Salas Duarte. ¿Quién es don Pedro Salas Duarte?

»—Un servidor, general.

»—¿Un servidor? Pronto lo veremos. ¿Y don Marciano de la Garza?

»—También para servirle, señor general.

»—Usted, supongo —afirmó mi general dirigiéndose al único preso cuyo nombre no había pronunciado aún—, será don Ignacio Muriedas.

»—El mismo —ratificó el otro con aire y con acento denunciadores de que era español.

»—Pues bien, señores —prosiguió mi general en tono de discurso—: la Revolución consume fondos que nosotros, sus servidores honrados, sus servidores puros y sin mancha, no podemos improvisar. Y como nada hay más justo que ustedes —las clases y los individuos responsables del presente estado de cosas— paguen los

gastos de la guerra de que son causa única, a ustedes toca venir a colmar el vacío de que ahora se resienten las arcas de la pagaduría de mis tropas, y a tal se debe esta entrevista, a la que tan amablemente se han servido concurrir. Las fuerzas de mi mando, que hoy por la mañana supieron librar a este pueblo de la ignominia de seguir bajo el yugo de las tropas reaccionarias, esperan de ustedes, sin demora ni excusa de ningún género, la módica suma de treinta y cinco mil pesos en efectivo. Con todo, no quiero adelantar conclusiones: los treinta y cinco mil pesos los entregarán ustedes no a título de castigo por su apoyo a los enemigos de la libertad y el orden de la República —nadie crea que me erijo en juez—, sino como simple préstamo forzoso, por el que se les otorgará recibo y se les indemnizará cuando la causa triunfe... Dos puntos son aquí esenciales e invariables y explican por sí solos el rigor de las órdenes respectivas. Uno es el monto de las sumas que cada uno de ustedes deberá entregar: no se las reducirá en un solo centavo; otro, el plazo que a cada uno se le otorga: no se le alargará en un solo instante.

»Los cinco sentenciados al préstamo habían venido sintiendo, a medida que mi general avanzaba en sus retóricas, un ritmo de venas más acelerado. Se les veía tragar saliva; tenían hinchada la frente; conservaban piernas y pies en quietud perfecta, y no paraban de agitar las manos dentro de los bolsillos. Sólo uno, don Carlos Valdés, parecía aceptar la embestida con suficiente flema para no airarse. Miraba a mi general, dibujándosele en los labios, casi imperceptible, una sonrisa entre burlona y melancólica.

»Después de una pequeña pausa y volviendo a su lista, mi general continuó:

»—Señor don Carlos Valdés: las fuerzas de mi mando le conceden a usted un plazo de doce horas a partir de este instante (son —dijo mirando su reloj de pulsera— las siete y cuarenta y siete de la noche) para que entregue en la caja de mi brigada cinco mil pesos. De no llenar este requisito, será usted ahorcado, sin nuevo trámite de ninguna especie, mañana a las siete y cuarenta y siete de la mañana.

»La fila de los cinco ricos, al oír tales palabras, perdió el resuello. De rojos que estaban, se pusieron blancos. Valdés quiso hablar y abrió la boca; pero antes de que emitiera el menor sonido, ya mi general estaba diciendo:

»—Señor don Ciriaco Díaz González: se le concede a usted un plazo de quince horas a partir de este instante (son las siete y cuarenta y nueve de la noche), para que entregue en la caja de mis fuerzas la suma de seis mil pesos. De no cumplir con este requisito será usted ahorcado sin trámites ni apelación mañana a las diez y cuarenta y nueve de la mañana... Señor don Pedro Salas Duarte: se le conceden a usted dieciocho horas, a partir de este momento, para que entregue en la caja de mis fuerzas la suma de siete mil pesos. Son las siete y cincuenta y un minutos de la noche; de no cumplir la orden recibida, será usted ahorcado, sin que medie nueva formalidad de ninguna naturaleza, mañana a la una y cincuenta y un minutos de la tarde... Señor don Marciano de la Garza: se le concede a usted un plazo de veintiuna horas (son las siete y cincuenta y tres de la noche) para entregar en la caja de mis fuerzas la cantidad

de ocho mil pesos. Si no cumple usted este mandato será ahorcado, sin otro trámite que el de la verificación del reloj, mañana a las cuatro y cincuenta y tres de la tarde... Señor don Ignacio Muriedas: se le conceden a usted veinticuatro horas, a partir de este instante (son las siete y cincuenta y cinco de la noche), para que entregue en la caja de mi brigada la suma de nueve mil pesos. Si se resiste usted a cumplir esta orden será ahorcado mañana, sin trámites de ninguna especie, exactamente a esta misma hora y en este mismo minuto... Una palabra más: mientras las órdenes que acaban ustedes de escuchar reciben cumplimiento, bien en un sentido —cosa que deseo— o bien en el otro —cosa que lamentaría—, quedan ustedes presos en esta jefatura y a mi disposición. Sólo se les permitirá, para facilitarles sus gestiones, que se comuniquen libremente con sus familiares y amigos.

»Así dijo mi general, se atusó el bigote, acercó hacia sí una silla y me llamó para darme instrucciones sobre el alojamiento de los presos.

»Éstos no volvían aún de su desmayo ni de su asombro. El propio don Carlos Valdés, aquel de quien en el pueblo se decía que no era rico ni cosa que se le pareciese, y que poco antes se mostrara tan animoso, hacía en vano grandes esfuerzos para recobrar la calma. Todos, al fin, intentaron romper a hablar; pero mi general, que no les perdía ojo, los atajó de plano con frases perentorias:

»—¡Inútil, señores! ¡Cuanto me digan será inútil! Están dictadas las disposiciones; los plazos corren. O entregan el dinero o van a la horca. ¿Hay una disyuntiva más clara ni más franca? En todo caso, no admite paliativos.

»Hubo entonces un silencio prolongado y angustioso. Valdés se puso a respirar con fuerza, y súbitamente, enardecido por la inminencia del peligro, se soltó en palabras, saltando por sobre el gesto imponente con que mi general quiso hacer que callase:

»—Callaré muy pronto, señor general, pero no sin decirle antes algo que acaso usted ignore y que mi obligación y mi salud me mandan comunicarle. Como pueden certificar las honorables personas presas aquí conmigo, y cuya suerte me duele igual que la mía, yo soy muy pobre: pobre individualmente, pobre por mis parientes, pobre por mis amigos. No crea usted que miento; le digo la verdad: yo no tengo casas, ni terrenos, ni dinero, ni comercio, ni valores, ni cuentas en los bancos. ¡Doce horas para entregar cinco mil pesos! De oírlo se me hace que estoy soñando. Un año de plazo sería poco, se lo aseguro; tan poco como las doce horas. Así pues, por lo que a mí toca, no aburra con la espera a sus verdugos: mándeme ahorcar ahora mismo en vez de aguardar a mañana a las siete y cuarenta y siete.

»—La Revolución, señor Carlos Valdés, no tiene verdugos ni los necesita.

»Así dijo mi general, añadiendo al punto:

»—Sus palabras le costarán caras.

»Y todos guardamos silencio».

Encendimos una fogata —porque, ya anochecido, la sierra nos mandaba la frialdad de su hálito— y nos agrupamos en corro. Las llamas nos enrojecían el rostro y precipitaban cascadas de oro viejo por los pliegues de los sarapes. Atrás, hacia donde apuntaban fulgurantes con sus reflejos los cañones de los rifles, iba tupiéndose la sombra, el cerco hosco, impenetrable, que nos circundaba por la espalda mientras por delante, en la diminuta rotonda de claridad, formaban perímetro los pares de ojos encandilados y se apretujaban los cuerpos, calientes por un lado hasta tostarse y frígidos por el otro.

A la luz de la hoguera, el relato ensanchó la perspectiva de su interés. El coronel Ornelas se detuvo breves instantes; quiso en vano reavivar el fuego de su cigarrillo de hoja, y prosiguió al fin con el mismo tono de voz que hasta entonces —tono seco, frío en apariencia, pero teñido en realidad de un dejo de emoción temerosa de manifestarse:

«Yo conté a mi general lo que en el pueblo se decía: don Carlos Valdés, a juzgar por la fama y las opiniones más válidas, era incapaz de reunir, no ya cinco mil pesos, pero ni quinientos, ni ciento.

»—Tú —observó mi general— llegas nuevo a estas andanzas y luego caes en engaño. Ten por seguro que de los cinco sujetos que tenemos presos, el de más valor para nosotros es don Carlos Valdés. Ya lo verás.

*

»En el pueblo, mientras tanto, había corrido la noticia como reguero de pólvora. Sólo se hablaba del préstamo forzoso impuesto por nuestras tropas y del peligro en que estaban los cinco ricos designados para entregar el dinero y amagados de morir en la horca. Multitud de parientes y amigos de los presos estuvo a ver a éstos en la Jefatura de Operaciones, trayéndoles consejo, simpatía o ayuda. Varias comisiones de las clases humildes lograron acercarse a mi general e intentaron demostrarle cómo don Carlos Valdés no era entonces, ni había sido nunca, hombre de posibles. Pero mi general se encolerizó, dijo que ni la Revolución ni él se equivocaban y amenazó con castigos ejemplares a los que se empeñaran en velar los hechos o en facilitar apoyo a las ocultaciones “delictuosas”. Tampoco se mostró menos enérgico con los que vinieron a pedirle que alargara los plazos.

»—Considere usted, señor general —le decían—, que el pueblo es chico, que está arruinado por la guerra. Ayer mismo, antes de entrar ustedes, los federales barrieron con cuanto había. Hágase cargo: treinta y cinco mil pesos es una cantidad superior a nuestras fuerzas; no la tenemos, no la reuniremos en unas cuantas horas. Siquiera dénos usted tiempo para acudir a nuestros amigos de la comarca: cuatro días, tres,

dos. Acepte nuestra palabra de honor de que le pagaremos. Somos hombres honrados y hechos a cumplir, así pasemos por huertistas y enemigos del movimiento libertario.

»Pero mi general, preciso y enérgico, atusándose las guías del bigote en dirección de los ojos, y sonriendo apenas —como si su gran coquetería se cifrara en enseñar las comisuras de la boca a la sombra de los pelos tensos—, respondió con estas pocas palabras:

»—Las órdenes están dadas y los plazos corren. Ustedes, que son unos traidores y unos cobardes, van a aprender que con la Revolución no se juega, ni se juega conmigo, que la represento con cuanta dignidad conviene a su idealismo glorioso y a sus impulsos heroicos, justicieros. Si antes de la hora que ya fijé don Carlos Valdés no entrega los cinco mil pesos que le corresponden, mañana a las siete y cuarenta y siete a. m. lo verán ustedes balancearse en la horca. Y así los demás a su turno. ¡Señores, no pierdan el tiempo!

*

»A las diez de la noche se metió en la cama mi general, tras de decir, muy preciso, que no lo despertasen hasta las siete de la mañana. La Jefatura de Operaciones entró en reposo. Únicamente en las piezas ocupadas por los cinco presos siguió, sorda, la agitación. Entraban y salían amigos, se mandaban recados, se escribían cartas. Los presos, nerviosísimos, veían el reloj cada cinco minutos, salvo don Carlos Valdés que parecía ajeno al trajín ansioso. Tranquilo, o resignado, decía con voz dulce al grupo de mujeres que estaban en rueda alrededor de su silla:

»—Yo no tengo cinco mil pesos ni los tendré nunca. Si los pidiera a crédito no me los prestarían, pues salta a la vista que no sabría pagarlos. No dudo de que el pueblo, si pudiese, haría algo para salvarme. Pero ¿cómo esperar que me salve a mí, si no encuentra lo necesario para librar de la horca a mis cuatro compañeros, que son ricos de veras y muy dueños de devolver algún día, con creces, lo que en este trance se haga por ellos? Esperemos que este general, que habla tanto de valor, de justicia y de heroísmo, vuelva en razón y se convenza de que yo soy un pobre diablo. Entonces no cumplirá sus amenazas; y si las cumple, allá él con su crimen.

*

»No cesaron en toda la noche las gestiones que se hacían en el pueblo —y fuera del pueblo, pues salieron varios propios con distintos rumbos— por sacar de su terrible apuro a los cinco ricos escogidos por mi general. Mas, a pesar de todo aquel ir y venir, sonaron las siete de la mañana sin que nadie entregase un solo centavo. Mi general, en cuanto despertó, me hizo llamar para preguntarme:

»—¿Ya está aquí el dinero de don Carlos Valdés?

»—No, mi general. Ni el de don Carlos Valdés ni el de nadie. Y en lo que se refiere a Valdés...

»—Perfectamente —me interrumpió—. Apresurémonos a tomar medidas.

»Luego reflexionó unos segundos y continuó así:

»—Mira. En el patio de la casa hay un fresno canijo. A falta de cosa mejor, eso puede servirnos de horca. Haz que amarren a la rama más alta y menos débil una cuerda fuerte, con gaza en la punta, y toma las demás providencias necesarias. El nudo, sobra decirlo, no ha de ser de los comunes y corrientes. Que sea de los de ahorcar... Habrá que prepararlo todo aprisa, porque son las siete y siete minutos: apenas nos queda algo más de media hora... ¡Ah! Ahora que salgas, de paso, dile a Juan que me traiga el desayuno, hazme el favor.

»En el acto salí a cumplir las órdenes recibidas, aunque a cumplirlas no con la facilidad con que se hubiese esperado. La única rama fuerte del fresno canijo era bajísima. Fue necesario medir la estatura de don Carlos Valdés para convencernos de que, subido él sobre una silla —la cual se retiraría en el momento supremo—, podía quedar, entre su pescuezo y la rama, espacio suficiente para la cuerda y el nudo. De ese modo sí era probable que, quitada la silla súbitamente, el cuerpo del ajusticiado colgara con bastante holgura y movimiento para que su propio peso lo ahorcase.

*

»Mi general acabó de vestirse a las siete y media y vino al patio para ver lo que yo había hecho. Se subió a la silla que estaba debajo del árbol. Se colgó de la cuerda con ambas manos, para probar la resistencia de la rama. Consideró la altura a que todo aquello quedaba del suelo. Por último examinó el nudo de cerca y con mucha atención.

»—Este nudo —declaró al fin, bajándose de la silla— no sirve para nada. Ordené que fuera de los de ahorcar, de los que se han inventado con ese objeto y nunca fallan. ¿Por qué no se me obedece?

»Yo le respondí:

»—Mi general, éste es el mejor nudo de cuantos se me han ocurrido. No conozco los apropiados para la horca, ni los conoce tampoco ninguno de los oficiales o soldados ahora presentes. He mandado llamar a dos individuos que estuvieron en presidio y no han sabido darme noticias del nudo de que se trata.

»—Pues conocen ustedes muy poco —respondió— y no merecen la confianza que les dispense. ¡A ver esa cuerda! Haré yo el nudo para que lo aprendan.

»Uno de los soldados se encaramó en el árbol, desató la reata y me la echó a las manos. Pero mi general, interponiéndose ágilmente, la cogió en el aire. La fusta de montar, que traía en la mano derecha, se la metió debajo del brazo. El cigarro, que traía en los labios, se lo acomodó en uno de los ángulos de la boca, en forma que no le estorbara: el hilillo de humo le subía por el rostro, paralelamente al bigote, e iba a

hacerle entornar, al sesgo, el ojo duro. Y allí, parado en mitad del patio, bajo el mirar curioso de oficiales y soldados, se entregó a elaborar con destreza, con maestría, el nudo de la muerte, complicado y siniestro. Mientras movía los dedos, con habilidad extrema, el cordoncito de humo de su cigarro lo hostigaba y daba a su cara, arrugándola en ángulos violentos, algo de satánico, de mefistofélico, una expresión denunciadora de regocijo anticipado ante la perspectiva de romper los cauces más protegidos en su curso. Moviendo rápidamente las manos, volvió un extremo de la cuerda sobre la cuerda misma y la torció de tal manera que vino a formar, como remate, la gaza estranguladora. Era un macizo cilíndrico y largo, por cuyo interior se deslizaba sin tropiezo la cuerda, y cuya rigidez, semejante a la del hierro mismo, rompería la nuca del ajusticiado al colgar de las vértebras inmediatas a la cabeza todo el peso del cuerpo.

»—Ahí tienes —me dijo, y me tendió la reata.

»Yo la tomé, la vi y se la eché al soldado del árbol. El soldado la amarró de nuevo a la rama.

*

»A las siete y cuarenta mandó preguntar mi general a don Carlos Valdés si estaba listo para entregar la parte que le correspondía en la derrama del préstamo forzoso. Valdés contestó que listo estaba, pero que no tenía el dinero ni esperaba tenerlo. Entonces mi general ordenó que los cinco presos fueran traídos al patio con una escolta de veinte hombres. A mí me dijo:

»—Haz que se presenten aquí inmediatamente todos los oficiales que se encuentren en el edificio.

»Salí.

»Cuando hube regresado, en el patio reinaba un silencio profundo. A quince pasos del fresno, los ricos sentenciados al préstamo, o a la horca, formaban fila paralela a la rama de que pendía la cuerda, engrandecida por el nudo monstruoso. A la derecha, en ala perpendicular, se alineaban los veinte soldados, de dos en fondo. A la izquierda, los oficiales hacían semicírculos jerárquico en torno a mi general. Éste daba en voz baja instrucciones al sargento de la escolta y a un cabo.

»En seguida el sargento fue a incorporarse con su escolta y el cabo se colocó junto a una silla que se había puesto cerca de la que se hallaba exactamente debajo del nudo de ahorcar.

»Eran las siete y cuarenta y cinco. Los presos, muy pálidos, se esforzaban por no ver nada, pero lo veían todo. Valdés era quien se conservaba más sereno. ¿Serenos por completo? No. Había un punto por donde la ansiedad de su inconsciente se desahogaba: su mano izquierda le raía con ahínco las asperezas reseca del labio inferior.

»Mi general sacó del bolsillo la lista de los cinco presos y leyó con voz de

resonancias solemnes:

»—¡Don Carlos Valdés!

»Valdés respondió:

»—¡Presente!

»—¿Está usted dispuesto a cumplir las órdenes que por mi conducto le ha dictado la Revolución?

»—Ya he dicho, señor general, y no concibo que sobre esto le quepa a usted la menor duda, que dispuesto estoy a cumplir, pero que no tengo dinero ni manera alguna de procurármelo.

»—Muy bien, señor Valdés. Lo que pase será obra exclusiva de su resistencia a un mandato cuya justificación no puede discutirse. Le quedan a usted dos minutos para resolver. Pero como la Revolución no infringe sus propios mandatos, iremos adelantando ciertos preparativos... ¡Sargento, cumpla usted las órdenes!

»El sargento, con dos soldados, se acercó a Valdés; le ató las manos a la espalda. Luego, empujándolo por los brazos, lo condujo hasta las sillas, a una de las cuales lo hizo subir. Después dejó a los dos soldados la custodia del sentenciado a muerte y fue a colocarse otra vez en su puesto, junto a la escolta.

»A continuación el cabo subió a la otra silla y, alzando los brazos, metió la cabeza de don Carlos Valdés dentro de la lazada del nudo.

»El sargento mandó:

»—¡Presenten... armas!

»Los compañeros de Valdés, demudado el rostro, flojas las corvas, contraído el vientre, miraron hacia la horca con ojos de extravío. Él, muy pálido, pero muy firme, no apartaba la vista de mi general, que a su vez mantenía los ojos fijos en el minuterero de su reloj de pulsera.

»Unos segundos pasaron. De pronto mi general alzó la cara para ver a Valdés y dijo:

»—Don Carlos Valdés: son las siete y cuarenta y siete de la mañana. El plazo se ha cumplido. ¿Entrega usted los cinco mil pesos, sí o no?

»Valdés siguió mirando a mi general sin responder nada. Mi general se dirigió entonces al cabo:

»—¡Cumple la orden! —le dijo.

»El cabo tiró de la silla en que Valdés estaba en pie y lo dejó colgando de la cuerda.

»Se cerró la gaza instantáneamente. El nudo operó firme. Don Carlos Valdés pataleó en el aire con gesticulaciones grotescas y horrible agitación de sus manos amarradas, que le golpearon la región de los riñones como con escobajo frenético.

»Los otros cuatro presos lanzaron un grito —un grito pavoroso— y abrazados se volvieron de cara a la pared.

»Los oficiales nos estremecimos.

»Mi general no parpadeó.

*

»Don Ciriaco Díaz González entregó sus seis mil pesos a las nueve de la mañana; don Pedro Salas Duarte entregó siete mil antes de las once, y los otros dos notables del pueblo pagaron sus cuotas antes del mediodía.

»Poco después, mirando mi general todo aquel dinero, perfectamente contado y formado en montoncitos sobre su mesa de campaña, me decía:

»—Como ves, el procedimiento es infalible. Todos pagaron.

»—Todos, sí, menos Valdés —repliqué.

»—¿Valdés? Por supuesto. Pero de ése ya sabía yo que no habría de pagar. No tenía ni en qué caerse muerto.

»—¡Pero... entonces!... ¿Por qué lo ahorcamos?

»—¿Por qué? ¡Qué bisoño eres! Ahorcándolo a él, era seguro que pagarían los demás...».

LIBRO TERCERO

PRISIÓN DE POLÍTICOS

De vuelta en México, me dediqué, más aún que antes, a mi labor anticarrancista.

Luis Cabrera venía, casi a diario, a la casa que ocupaba Lucio Blanco en la calle de los Héroe —la hermosísima mansión de don Joaquín D. Casasús—. A menudo comía allí, o cenaba, y cuando no, solía engolfarse con Lucio en largas pláticas que nosotros, los amigos de éste, procurábamos no interrumpir con nuestra presencia próxima.

Una mañana, a poco de presentarse Cabrera, Lucio me llevó aparte y me dijo:

—Creo que ya es tiempo de hablar a Cabrera con absoluta claridad. Conviene, sin embargo, para no aventurarnos en exceso, que no sea yo quien le proponga el punto, sino usted en mi nombre. Confíele la cosa en términos tan precisos como se pueda, aunque sin salir de las generalidades; sobre todo, sin mencionar nombre alguno fuera del mío, e invítelo de mi parte a que defina su actitud.

Yo entonces me acerqué a Cabrera, lo tomé por un brazo y lo hice venir conmigo, desde el salón en que nos hallábamos, hasta una de las habitaciones interiores, donde de seguro nadie nos estorbaría ni escucharía. Había en aquella pieza un pequeño sofá esquinado contra uno de los rincones. En él nos sentamos Cabrera y yo, y empezamos a hablar. La conversación —así nos convenía a ambos— fue rodando rápidamente de tema en tema. Cuando hubo llegado a la coyuntura favorable, yo entré en materia sin ambages:

—Carranza —dije— es un ambicioso vulgar, aunque aptísimo para sacar partido de sus marrullerías de viejo politiquero a la mexicana. Es un hombre sin generosidad constructiva ni ideales de ninguna especie. Cerca de él no pueden estar más que los aduladores y los serviles, o los que fingen serlo para que Carranza les sirva en sus propósitos personales. Es un corruptor por sistema: alienta las malas pasiones, las mezquindades y aun los latrocinios de los que le rodean; lo cual hace a fin de manejar y dominar a éstos mejor. Todos los revolucionarios con personalidad, o los revolucionarios sencillamente puros, que no han querido convertirse en instrumentos dóciles, han debido romper con él o resignarse a un papel de sacrificio, humillante o secundario. Y los que no han roto aún, se sienten ya sobre ascuas y no aciertan a qué postura acogerse. Usted sabe, tan bien como yo, que uno u otro de esos casos es el de muchos de nuestros amigos. Tal ocurre, o ha ocurrido, con Maytorena, con Ángeles, con Villarreal, con Blanco, con Vasconcelos, con Bonilla y hasta con usted mismo. Recuerde usted los desaires y la guerra sorda que Carranza le hacía durante nuestra estancia en Nogales. Y es que Carranza sueña con la posibilidad fantástica de resultar un nuevo Porfirio Díaz, de ser un Porfirio Díaz más grande y mejor que el otro, cuya memoria, en el fondo, admira y reverencia. ¿No son ya evidentes las pruebas de que Carranza trata de subordinarlo y sacrificarlo todo a ese fin exclusivamente personal y muy suyo, sin dársele un comino de lo que en verdad puedan traer de fecundo para

México la Revolución y sus hombres? A usted le consta que, por principio de cuentas, Carranza ha procurado, metódicamente, desde el primer día, mantener dividida, a la Revolución. Llegó a Sonora derrotado, inerme y en la miseria. Consciente de la poca capacidad militar de don Pablo González, había querido retirarse al último extremo de la República para mandar desde allí tranquilo. Maytorena, a la inversa de lo que hubiese hecho cualquier otro, se portó noblemente con él; lo acogió y reconoció como jefe, atento tan sólo al primero de sus deberes: que la unidad revolucionaria se conservase. Pero él, que sabía que Maytorena era el único que podía, en rigor y con derecho, disputarle la jefatura del gobierno revolucionario en la hora del triunfo, se dedicó, no bien se sintió fuerte de nuevo, a ahondar las diferencias que ya existían entre los dos grupos sonorenses, el maytorenista y el pesqueirista, y a serle desleal a quien lo había salvado del fracaso y del ridículo. Luego, al convencerse de que Felipe Ángeles era un hombre bueno, apto y con ideales, hecho para la nobleza y el desinterés, para los actos grandes, no para las ruindades de los farsantes ambiciosos, no para las socaliñas de quienes sólo tratan de encumbrarse o ir a su medro a cambio de bajezas, lo postergó, lo hostigó y acabó sacándolo de quicio. Por último, al percatarse de que Villa iba siendo el verdadero autor del triunfo militar revolucionario, se empeñó en crearle obstáculos. Las grandes victorias de la División del Norte, desde Ciudad Juárez hasta Zacatecas, Carranza y los suyos no se las perdonan a Villa, porque todos saben que ésas son las victorias que nos han dado el triunfo. Con Carranza la Revolución no tendrá nunca ni la voluntad, ni la capacidad, ni la videncia de la obra ulterior que ha de justificarla. Carranza sólo se preocupa y sólo sabe de acabar con quienes no acatan sumisos su dictadura, y cuando realice eso esté usted seguro de que dejará que hagan y deshagan cuantos lo reconozcan como jefe y lo sostengan como tal. Con Carranza, el país y la Revolución van a un despeñadero, van a la lucha personalista tras el disfraz de los postulados revolucionarios, van a la anarquía de los depravados, que sólo piensan en figurar y enriquecerse y que, para lograr sus planes, no sentirán escrúpulo ninguno, cuando sean de ello conscientes, antes sumirán a México en condiciones peores que bajo Victoriano Huerta. Por eso nosotros creemos que hay que derrocar a Carranza o renunciar a que la Revolución sea un bien... El general Blanco, que sabe que usted no pertenece al grupo de los carrancistas serviles, me ha pedido que le exponga a usted estas ideas en su nombre y que le comunique nuestros planes: estamos resueltos a oponer una barrera al carrancismo personalista y corruptor. ¿Quiere usted ser de los nuestros?

Cabrera me había interrumpido varias veces mientras le hacía yo mi discurso, bien para aclarar mis palabras o bien para confirmarlas y aun asentir a ellas. Cuando hube terminado me dijo que en principio estaba de acuerdo en lo que se le proponía; pero que, de todos modos, deseaba reflexionar despacio antes de decir de plano sí o no. Quedamos, por último, en volver, de allí a dos o tres días, sobre la cuestión.

La respuesta de Cabrera no le agradó a Lucio Blanco.

—Me sorprende no poco —me dijo—, pues de lo que yo había hablado con él esperaba que su aceptación fuese inmediata y categórica. Ahora siento que, por no saber esperar, hayamos soltado prenda.

Yo no opiné del mismo modo. Cabrera podría, o no, pensar como nosotros; pero, en cualquier caso, como no se trataba de un juego, nada más explicable que no quisiera irse de bruces. En esto, por lo demás, los hechos posteriores parecen darle a Cabrera la razón en el orden del éxito personal. Si él entonces, al declarar que pensaba como yo, hubiese declarado también que se unía a nosotros, quizá después no hubiera podido cambiar de palabra, como cambió de pensamiento, y su porvenir próximo habría sido el de todos los anticarrancistas de aquellos días: el fracaso del convencionismo y, de allí, la expatriación o la muerte. Del otro modo, Cabrera realizó acaso aspiraciones suyas: recobró ascendiente, tuvo influencia, fue ministro, fue poderoso. Ciertamente podría decirse asimismo que si entonces todos los revolucionarios de la importancia y el valer de Cabrera se hubieran opuesto a Carranza, el carrancismo no habría podido ser y México se habría librado de aquel azote y todas sus consecuencias desmoralizadoras. Pero dicho esto, la interrogación se abre de nuevo: de no haber habido carrancismo, ¿es seguro que hubiese habido algo mejor? Y esto ya es materia de simple hipótesis. Unos diremos que sí, otros pensarán que no, pero ninguno con mejor derecho. Ahora, que a quienes decimos que sí nos queda la satisfacción de no haber intervenido en aquella obra.

En cuanto a la observación de Lucio sobre que hubiéramos, hablándole a Cabrera, soltado prenda, tampoco me parecía fundada. Yo sentía por Cabrera —y aún la conservo— muy alta estimación. Nuestras relaciones, además —de un género bastante diverso de lo meramente político—, me autorizaban a confiar en su lealtad o, por lo menos, en su silencio caballeroso. Todavía creo que no me equivoqué.

*

Los sucesos, sin embargo, resbalaban por la única pendiente que tenían delante. Dos o tres días después de mi conversación con Cabrera, el coronel Domínguez y yo nos encontramos con Alfredo Breceda en la casa de Blanco.

—¡Hombre! —nos dijo—. Me alegro de encontrarlos. Sobre todo, me alegro de encontrarlos juntos. A los dos los buscaba. El Primer Jefe quiere celebrar con Villa una conferencia por telégrafo y les pide a ustedes que estén presentes y lo ayuden a entenderse con el jefe de la División del Norte, supuesto que ustedes representan a Villa aquí. O ¿qué?, ¿no les parece que debemos hacer todos un esfuerzo para acabar de una vez con las rencillas que están separándonos?

Domínguez, espontáneo y atrabancado siempre, consintió sin más ni más en lo que Breceda nos pedía, y de tal modo lo hizo, que cuando yo me lancé a intervenir ya era inútil. Ya Breceda, muy cariñosamente, nos estaba enlazando a cada uno por un brazo y ya nos estaba conduciendo hacia la puerta, pródigo en toda suerte de

zalamerías y halagos.

Subimos al automóvil en que Breceda había llegado y nos dirigimos a Palacio. En el trayecto iba pensando yo en la necedad que acabábamos de cometer. Aquella mañana, Breceda destilaba falsedad por cada uno de sus poros. No había sino verle la cara para comprenderlo: más que nunca tenía el color cetrino; más que nunca la línea de sus labios era lívida, imperceptible, desdibujada; más que nunca se le caían los párpados —entre lisos y surcados por pliegues como de ala de murciélago— para esconder la mirada de sus ojos sin brillo. ¿Quién, además, que conociera un poco a Carranza había de creer los embustes de Breceda sobre la conferencia telegráfica con Villa y las otras paparruchas que nos venía diciendo? Carranza lo permitía y lo perdonaba todo, menos que no se le acatara plenamente, menos que no se le adulara y sirviera como si en él se concentrase la propia inspiración divina. Era, pues, absurdo esperar que a Domínguez y a mí, que no ocultábamos el poco respeto que él nos merecía, nos fuera a aceptar de pronto como delegados de Villa y a mostrar deseos de que le ayudásemos a aplacar el enojo del guerrillero.

Una vez en Palacio, Breceda nos condujo hasta una de las salas de la Secretaría Particular. En la sala aquella no había nadie.

—Háganme favor —nos dijo— de esperar aquí un momento. Voy a avisar al Primer Jefe y regreso a buscarlos.

Y se fue.

—Tú te estás cayendo del nido —le dije a Domínguez así que estuvimos a solas—. Breceda, en efecto, no tardará mucho en volver por nosotros, pero no vendrá solo. Prepárate a ver entrar por aquella puerta el piquete de soldados que nos va a aprehender... Yo no digo que nos hubiésemos negado en redondo a venir, pero podíamos haber venido en otras condiciones.

Nada me contestó Domínguez de pronto. En el camino de la casa de Lucio a Palacio había tenido tiempo de notar mi actitud y de interpretarla. Luego dijo:

—Eres demasiado malicioso.

Y se puso a pasear a lo largo de la pieza.

Yo abrí uno de los balcones que daban hacia la calle y me acodé sobre el barandal. La calle de la Acequia, llena a esa hora de movimiento, era todo un espectáculo. La vida más típicamente mexicana se arremolinaba impetuosa a uno y otro lado de la puerta del Volador y se entretejía después con los hilos invisibles que la hacían una con las otras pulsaciones de la ciudad entera... Y así pasaron diez, quince, veinticinco minutos.

*

«Una de dos —pensaba yo mientras seguía esperando acodado en el barandal—: o Alfredo Breceda no ha podido entrar a tomar órdenes de Carranza, y por eso tarda, o halla obstáculos para arreglar los detalles de la detención de manera que ésta se

consume sin escándalo».

Y me distrajo de nuevo el espectáculo de la calle. Los cuadros de costumbres callejeras no cesaban de renovarse, vivos, imprevistos, deliciosos; irradiaban, inagotables, desde la puerta del Volador.

Poco a poco, sin embargo, aquel mismo escenario, donde se atropellaban los rumores y la luz —la luz deslumbradora del mediodía—, evocó en mí, bella como nunca, como nunca inmediata, la imagen de la libertad. Percibí de súbito, al margen del más humilde de aquellos incidentes de la acera y del arroyo, la horrible negrura con que se tiñe todo cuando la libertad falta. Era como si las reverberaciones del asfalto y los gritos de los vendedores de fruta me fuesen arrancando de sobre el alma la apatía en que media hora antes me había sumergido la estúpida noción de lo inevitable.

«¿Por qué dejarse aprehender?» —pensé entonces.

La idea, confusa al principio —mezclada acaso con la visión de los montones de naranjas rubias que estaba viendo allá abajo, con la visión de las mesas de los pasteleros ambulantes, coronadas de soberbias pilas de hojaldres, lustrosos como azucarados charoles—, se precisó pronto en mi espíritu. Y, una vez precisa, se cambió en voluntad. Rápidamente abandoné el balcón para venir a reunirme con Domínguez en el interior de la pieza.

Él, al verme, suspendió sus paseos de fiera cautiva —ya se sentía preso— y se me paró delante como si me interrogara.

—Vámonos —le dije bajando la voz, que resonaba dentro de la sala solitaria—. Es una tontería seguir aquí. Si Carranza quisiera realmente hablar con nosotros, ningún plantón me parecería largo. Pero la verdad es que para dejar que nos cojan ya hemos esperado más de la cuenta. En todo caso, si tú no quieres irte, yo sí me voy.

Domínguez consintió en lo que yo le decía y se puso a considerar el medio más propio para nuestra fuga. Necesitábamos, en primer término, no ser vistos por los empleados de la Secretaría Particular, ni tener que pasar después por la antesala. A fin de lograr ambas cosas, acordamos, tras somero examen, abrir una de las puertas que daban al corredor suspendido sobre el patio y escurrirnos por allí. Así lo hicimos. Luego caminamos con mucho reposo hacia la escalera. Luego bajamos y seguimos de frente hasta el otro patio. Luego salimos por la puerta central. Y luego, en fin, libres en el Zócalo, nos confundimos con la multitud que lo cruzaba en todas direcciones.

¡Cómo brilla la luz cuando se tiene la certeza de haber estado a punto de perderla!

De regreso en la casa de los Héroe, contamos a Lucio Blanco lo que nos había ocurrido. Blanco opinó desde luego, como yo antes, que Breceda sólo había querido tendernos un lazo.

—Les aconsejo —añadió— que no salgan de mi casa mientras yo no aclare paradas. Voy a ver si semblanteo al jefe. Así, a lo menos, sabremos si el golpe viene de él o si sólo se trata de uno de tantos enredos del pinacate de Breceda. De cualquier modo, conviene ir atando cabos. Esto, después de la conversación de Guzmán con

Cabrera, me da muy mala espina.

II

LAS CASAS INCAUTADAS

Domínguez y yo comimos ese día en la casa de Lucio Blanco. Nos sirvieron, como otras veces, los criados de la familia Casasús, que Lucio no había despedido. Los muebles del comedor, por supuesto, eran los de los Casasús; la vajilla, la de los Casasús; los cubiertos, los de los Casasús. Y aun se me figura que todavía alcanzamos a ver en esa ocasión, sobre el rico mantel ajeno, una que otra botella procedente de la cueva de don Joaquín Casasús, harto bien provisto cuando Blanco vino a alojarse en aquella casa magnífica.

La bodega de los señores Casasús, así como todo lo que contenía su morada, fue para Lucio Blanco no un motivo de satisfacción sibarítica, sino fuente constante de molestias y disgustos. En un principio, para que nadie tocara los vinos, mandó echar llave triple al depósito donde se guardaban. Lo hizo con el mismo ánimo con que buscó picadores hábiles que cuidaran de los hermosos caballos que había en la cuadra: por un sentido, clarísimo en él, del respeto a los bienes de otro, hasta donde el respeto era posible en tales circunstancias. Igual razón lo movió a pagar un sueldo crecido al ama de llaves a cuyo cargo quiso poner, con la obligación de que le fuera personalmente responsable, la casa y todo lo que en ella se contenía. Pero luego, como llegara a sus oídos que, a despecho de todas las órdenes y todas las cerraduras, los preciosos caldos iban desapareciendo de la bodega sin saberse cómo, optó por usar de ellos para el servicio de su mesa.

—Me resignaré —decía— a escoger entre el menor de dos males. Si han de robarse los vinos, mejor es que me los tome y que obsequie con ellos a quienes me visitan. Así quedaré francamente obligado a pagarlos y no se dirá que los sustraje con sigilo para mandárselos a mis parientes. Sometámonos a los hechos. No todo es pureza revolucionaria en la Revolución; también traemos nuestra canalla, y ésta, por desgracia, es la que va haciendo el ambiente moral en que nos movemos. Para la canalla, revolucionar equivale a robar y destruir cuanto se halla al paso.

Respecto de lo demás, la lucha era análoga. ¡Qué esfuerzos no tuvo que hacer Blanco para evitar que la biblioteca del traductor de *Evangelina* fuera saqueada hasta el último volumen! Los coahuilenses semileídos que acompañaban a don Venustiano anduvieron tan diligentes a la entrada de las tropas revolucionarias en México, que dos o tres días después ya traían en su poder una orden en que la Primera Jefatura los autorizaba a trasladar a Saltillo cuantos volúmenes quisieran de la biblioteca de don Joaquín. Si semejante orden, predatoria como pocas, no se cumplió por completo —o no se cumplió mientras Blanco estuvo viviendo en la casa de la calle de los Héroe—, ello ha de atribuirse a la energía del general revolucionario para oponerse al robo en los días en que el robo desenfrenado era la única ley.

*

Porque la esencia del fenómeno carrancista ha de buscarse, más que en cualquier otra cosa, en una voluntaria confusión entre lo propio y lo ajeno: confusión para tomar, no para dar. Sin este rasgo, peculiarmente suyo, el carrancismo resultaría un hecho político casi inexplicable. Sin eso no se entenderían, como sucesos de carácter histórico —diversos de lo meramente individual—, los actos privados de muchos personajes adictos a la persona de don Venustiano Carranza, ni los momentos más culminantes de la política de aquellos días, y los que pronto siguieron: el saqueo oficial de los bancos, el escándalo del papel moneda de Veracruz, la creación del *infalsificable*.

En cuanto a este punto, es muy significativo que el instinto popular, tan propenso —a la inversa de lo que se cree— a equivocarse, tan dispuesto siempre a inventar heroísmos y grandezas en hombres de barro y a suponer infamias y crímenes que no existen, haya acertado de plano desde el origen. De Carranza la voz del pueblo hizo *carrancear*, y a *carrancear* y *robar* los convirtió en sinónimos. En el carrancismo, a no dudarlo, obraba el imperativo profundo del robo, pero del robo universal y trascendente, del robo que era, por una parte, medio rápido e impune de apropiarse las cosas, y por la otra, deporte favorito, travesura risueña, juego, y, además, arma para herir en lo más hondo a los enemigos, o a quienes se suponía enemigos, y a sus parientes y amigos próximos. El carrancismo fue un intento de exterminio de los contrarios impulsado por resortes cleptomaniacos. En eso degeneraba, en parte y por de pronto, dirigido por jefes inmorales, el arranque popular que en un principio solo quiso restablecer el equilibrio político y moral, roto con la traición a Madero y su asesinato.

El robo como fuerza íntima aclara en el carrancismo mucho de lo que ocurría en las grandes casas incautadas en la ciudad de México. Aclara hasta las incongruencias superficiales. Así, por ejemplo, era notorio que los ocupantes titulares de las casas, por lo general, no tomaban nada para sí, o tomaban muy poco, salvo excepciones. Pero a la vez había que ver la irresponsabilidad diabólica, o el franco cinismo, con que muchos de ellos consentían en el saqueo manso de los bienes ajenos, en la substracción lenta de muebles, de objetos de adorno y hasta de ropa. De tal proceder abundaron los casos característicos, como en aquella gran mansión que ocupaba en Tacubaya un joven militar. Las suripantas que lo visitaban casi nunca salían de la visita con las manos vacías. El diálogo precursor del robo era siempre por este estilo:

—¡Ay, Fulano, pero que lámpara tan linda!

—¿Te gusta, *Gallinita*?

—¿Que si me gusta? Ni que no tuviera una ojos. Las tres monas son chulísimas.

—Se trataba de una hermosa lámpara de alabastro cuyo pie figuraba las Tres Gracias —. ¡Qué piernas las de las tres! Y ¡qué brazos! Pero ¿y la pantalla?... No sé de veras qué me gusta más, si la pantalla o la base.

—Sí, es cierto —respondía el joven militar, descubriendo entonces la belleza

encomiada por la amiga—; es una lámpara muy bonita.

—Oye, Fulano —decía aquí ella—: ¿me la regalas? Sí, anda, regálamela.

—*Gallinita*, tú estás loca. ¿Cómo he de regalarte la lámpara si no es mía?

—Bueno, pues deja al menos que me la lleve.

—Eso es otra cosa. Llévate la lámpara si quieres, pero no respondo de que no te la vayan después a recoger.

Y la *Gallinita*, o la *Polla*, o la que fuese, salía al rato para su casa llevándose consigo en el automóvil el objeto que más le había gustado.

*

No pasaban así las cosas en el palacio de la calle de los Héroes. Allí Lucio Blanco quiso constituirse, por honorabilidad y espíritu de justicia, en guardián celoso del opulento ajuar y demás riquezas que el acaso había puesto en sus manos. Mas es lo cierto que Lucio no logró su propósito sino a medias. La rapacidad, disuelta en la atmósfera, se apoderaba hasta de los mismos encargados de combatirla. ¿No forzó los armarios, para fingir un robo de ciertas prendas, la propia señora —honorabilísima y honradísima hasta entonces, según dijeron sus fiadores— que tenía como misión única el evitar que nada se perdiera? Esa vez olvidó Lucio su galantería, y a la dama, que había entrado en la casa unas semanas antes ostentando un halo de probidad, la echó a la calle materialmente a puntapiés.

Así y todo, la pobre casa no se salvaba. Los esfuerzos de Blanco se estrellaban contra la naturaleza de las cosas. Para que el resultado fuese otro habría sido preciso no ocupar el palacio. Una vez allí, con soldadesca a la espalda, las consecuencias tenían que ser las que fueron. Al salir, la tropa dejaría detrás de sí lo que deja en todas partes: mugre y destrucción. Del fin inevitable era ya un anuncio lo que se veía en el gran vestíbulo —no obstante la hospitalaria sentencia latina de la puerta— a los pocos días de ser convertido en cuerpo de guardia: todo estaba sucio y sin lustre, todo estropeado, todo próximo a convertirse en astillas.

Los mismos salones, adonde apenas llegábamos los escogidos, iban acumulando, por depositación, pequeños estragos. El visitante que no dejaba caer la lumbre o la cerilla sobre las costosas alfombras, quemaba las finas maderas del piso, o plantaba los dedos sucios sobre los tapices y las colgaduras, o dejaba la grasa o el barro de los zapatos en el raso de las sillas. Lucio había puesto allí un ordenanza con la consigna de no perder de vista las colillas de los cigarros: tan pronto como cayeran al suelo debía levantarlas; tan pronto como se olvidaran en los muebles, recogerlas. ¡Precauciones ineficaces! La capacidad de echar a perder que hay en los hombres, cuando no los sujeta una inhibición interior, es incoercible. Los que desfilaron entonces por la casa de don Joaquín Casasús, aparte muy pocos, marcaban siempre la huella de su paso. Y los había de todos matices: desde los que se encaramaban sobre las mesas de frágil estructura, hasta los que se entretenían, horas y horas, sentándose

una y otra vez en los mullidos sillones para ver cómo se almohadillaban de nuevo al quedar libres de todo peso. De tanto sufrirlo, llegó un momento en que los cojines se aplanaron para siempre.

Todo lo cual era a manera de símbolo de futuras etapas dolorosas. Por un lado degeneraban los ideales, y por el otro, los objetos, los instrumentos, los útiles, sobados y macerados por la acción ignorante, por la acción plebeya o por la acción conscientemente perversa, se disponían a perder su virtud, cual si empezaran a cansarse de servir a los hombres.

III

UNA CELADA EN PALACIO

De su entrevista con don Venustiano, a cuya mesa comió esa tarde, Lucio nos trajo una vaga impresión tranquilizadora. Carranza había evitado hablar de Villa, de Breceda y de nosotros; pero, en cambio, no dio ninguna señal que confirmara nuestras sospechas respecto de lo que Breceda, según imaginábamos, andaba urdiendo.

—Total —resumió Blanco—: que o Carranza desconfía ya de mí, y da verdadera importancia a los planes de Breceda según nosotros los entendemos, o no existe ningún plan. Lo grave lo veo yo en que esta duda puede prolongarse mayor tiempo del que ustedes se resignen a pasarse sin salir... ¿Por qué no cortan por lo sano yéndose con Villa?

*

Domínguez y yo, en efecto, no nos resignamos a la reclusión. Esa misma tarde nos echamos a la calle con la esperanza de que todo acabaría bien. Una reflexión última nos había tranquilizado: Breceda no retrocedía ante la ejecución de ningún acto, por reprochable que fuese; era capaz de cometerlos todos. Pero fingiéndonos, como nos fingía, amistad, ¿cómo explicarse que se prestara a un papel ruin, cuando podía facilísimamente valerse de un tercero?

Salimos, pues, de la casa de Blanco, seguros de que todo era color de rosa en el horizonte.

En Plateros, a eso de las cinco de la tarde, nos encontramos con los generales Saucedo y Santos Coy. Saucedo nos pidió que lo acompañáramos a *La Esmeralda*.

—Tengo pendiente desde hace días —nos dijo— un pequeño asunto. Primero, comprarle a Lucio un regalo. Se lo debo. Y después, dar a cada uno de ustedes un recuerdo que quiero que conserven. Ésta es buena hora, vengan conmigo. Les daré el recuerdo y me ayudarán a escoger para el general Blanco algo que valga la pena.

En *La Esmeralda* las operaciones no marcharon muy aprisa. Saucedo, que quería que el regalo para Lucio fuera regio verdaderamente, no se mostraba satisfecho con nada de lo que le enseñaban. Aun los «recuerdos» destinados a Domínguez y a mí los examinó con gran cuidado y gusto exquisito. De modo que pasamos muy buen rato escogiendo y desechando.

Así las cosas, surgió de pronto en la joyería la figura de Breceda. ¿Cómo había dado con nosotros? Era para asombrarse.

En el acto se encaró con Domínguez y conmigo y nos dijo en tono entre amistoso y de reproche:

—¡Bonita la han hecho esta mañana! He quedado con don Venustiano a la altura del betún. Se citó al general Villa para que viniera a la conferencia telegráfica:

acudió; el Primer Jefe pasó a la oficina del telégrafo, y cuando yo mandé en busca de ustedes, los dos habían desaparecido... Don Venustiano, aunque furioso conmigo, ha pospuesto la conferencia para esta tarde y los aguarda. Hace tres horas que ando pisándoles los pasos. Háganme, pues, el favor de venir, que sin ustedes no me presento ante el Primer Jefe.

¿Sería aquello verdad? Tamaña perfidia pudo más que toda nuestra desconfianza.

—Esta mañana —respondió Domínguez— esperamos tres cuartos de hora. Después, como tú no volvías, supusimos que no había nada de lo dicho y nos fuimos a nuestras casas.

—Bueno, bueno, lo importante es que vengan ahora inmediatamente. Se los suplico.

—Iremos cuando usted quiera —dije entonces yo. Y luego, dirigiéndome a Saucedo, y para que Breceda lo oyese, añadí al despedirme:

—General, ve usted que nos manda llamar don Venustiano. Perdone que lo dejemos. Y en cuanto al «recuerdo», muchas gracias, y excúseme si desde luego no le correspondo.

Domínguez y Breceda, a su vez, se despidieron de los dos generales, y juntos los tres salimos de la joyería.

Así que hubimos cruzado la puerta, Breceda dijo:

—Si les parece, muchachos, yo voy a adelantarme en el coche. De esa manera, mientras ustedes caminan a pie, habrá tiempo de disponer las cosas para no hacerlos esperar tanto como en la mañana. Estaré en la Secretaría Particular. Vayan allá directamente.

Y subió al coche y se fue.

Domínguez y yo seguimos por la avenida hacia la plaza. En el camino casi no cruzamos palabra. Sólo al atravesar el Zócalo me dijo él:

—Y ahora, ¿qué opinas?

—Ahora no opino nada —le respondí—. Haya lo que haya, vale más coger al toro por los cuernos.

Entramos en Palacio por la puerta de honor. Al pasar frente a la bandera del cuerpo de guardia nos descubrimos respetuosamente. Luego, traspuesto el cubo del zaguán, torcimos a la derecha. Frente a la entrada de la escalera que conduce a la Secretaría Particular estaba un automóvil; pero estaba —cosa rara— tan arrimado a la puerta, que apenas dejaba paso para una o dos personas. Aquello, si lo vi entonces, no lo noté: lo recordé más tarde. El chofer tenía aire militar. Creí ver asimismo que por detrás de la pilastra próxima a la puerta y al auto asomaba el ala de un sombrero muy semejante al de Breceda.

Domínguez y yo avanzamos hasta deslizarnos entre el automóvil y la pared: yo delante, él detrás; y así que hubimos empujado las hojas de la puerta, ocho o diez soldados, que surgieron desde adentro, se nos echaron encima apuntándonos con los fusiles y caladas las bayonetas.

—¡Manos arriba!

Nuestro primer movimiento fue retroceder y requerir el revólver, pero al intentarlo descubrimos que dos sargentos, salidos del otro lado del coche, nos apoyaban en la cintura los cañones de sus pistolas. Domínguez, sonriente, levantó entonces los brazos, y yo, que sentí que uno de los soldados hacía algo más que amenazarme con la bayoneta —clavármela en el ombligo—, cogí el arma por la punta, con las dos manos, aunque sin dar muestras de resistir, y prorrumpí en improperios contra aquel salvaje. Si me descuido un segundo más, o me ataca él con mayor decisión, me perfora el vientre.

—¡Entreguen las armas!

—O «manos arriba» o «entreguen las armas» —corrigió Domínguez—. No podemos hacer a un tiempo las dos cosas.

Los sargentos que teníamos a la espalda resolvieron el conflicto. Uno a Domínguez y otro a mí, nos quitaron del cinto las pistolas. Después se cercioraron de que no portábamos ninguna otra arma y nos hicieron retroceder hasta la portezuela del automóvil.

Los pobres soldados y los dos sargentos revelaban en el rostro una especie de pavor. Se conocía que les habían pintado nuestra aprehensión como algo tan difícil y lleno de peligros que Domínguez y yo éramos para ellos, en aquel momento, un par de fieras salvajes. Así se explicaba el plan, muy cuidadosamente trazado, y todo lo demás, como el vigor del pobre bárbaro que estuvo a punto de atravesarme con su bayoneta.

Los sargentos nos invitaron con las pistolas a subir al auto. Uno de ellos se instaló con nosotros en el interior del coche, sentándose frente a los dos, para cubrirnos bien con la pistola. El otro, también con el arma lista siempre, ocupó sitio junto al chofer. Y echamos a andar bajo las miradas de las pocas personas que habían presenciado la maniobra. En mi último recuerdo del patio, tal cual lo vi aquella tarde desde el interior del automóvil, vuelve a aparecer, tras de una de las pilastras, el ala del sombrero de Breceda.

*

El coche pasó frente a la bandera del cuerpo de guardia, rodó a lo largo de Palacio y dio vuelta por la calle del Correo Mayor, hacia Lecumberri.

—A la Penitenciaría... —le dije entonces a Domínguez.

—Así parece —contestó.

Y luego, como el sargento siguiera amagándonos con la pistola mientras nos veía de hito en hito, Domínguez le habló de este modo:

—Baje, amigo, su pistola y guárdela. No tenemos intención de escaparnos, entre otras cosas porque no nos conviene. Si la tuviéramos, esté seguro de que la pistola no sería un estorbo.

El sargento se sintió como subyugado por la inconfundible voz de mando de Domínguez y obedeció. Tras de bajar lentamente la pistola, la metió en la funda.

IV

EN LA PENITENCIARÍA

Al general Carlos Plank, director de la Penitenciaría, no le faltaba nunca la sonrisa en los labios ni la pipa en la sonrisa. Era una especie de niño grande: perfectamente sonrosado, perfectamente rubio y perfectamente azul —azul por el iris de los ojos y por algunas cualidades de su alma.

Aquella tarde, al ver que el coronel Domínguez y yo entrábamos en la prisión custodiados por dos sargentos y una respetable escolta, no logró reprimir su asombro. Esfumó su sonrisa un instante; un instante pasó la pipa a la mano.

—¿Presos? ¡Cómo presos!

Y mientras se efectuaban los trámites relativos a la entrega de nuestras personas, nos miró y nos volvió a mirar, imprimiendo cada vez mayor acento de modulaciones incrédulas a su fisonomía infantil y riante. Al cabo de un rato, ya a solas los tres, nos dijo:

—La verdad, muchachos, no me entra en la cabeza que estén ustedes aquí en calidad de prisioneros, y como nadie me convencerá de lo contrario, voy a tratarlos no como a presos, sino como a huéspedes.

*

Plank nos instaló en su propia casa, quiero decir, en la casa que ocupaba en la Penitenciaría por ser él el director. Nos dio varias habitaciones espaciosas, bien aireadas, bien soleadas. La principal de ellas, comprendida en el saliente central de la fachada del edificio, tenía balcones que caían, unos, hacia la plaza, y otros, hacia una de las rinconadas. ¡Qué tentación de preso aquellos balcones a seis metros del suelo! Una sábana atada al barandal, y abajo un caballo, lo habrían hecho todo. Pero debo decir que ni a Domínguez ni a mí se nos ocurrió jamás pagar de semejante modo las gentilezas de Plank.

Nuestras primeras horas de encierro fueron las de gente que se muda: ordenamiento de la nueva morada; preocupación aguda por la comodidad. Un mozo, que Plank puso a nuestras órdenes desde luego, nos ayudó a disponer a nuestro antojo las camas, las mesas, las sillas y demás muebles. Resolvimos destinar a sala de recibo la pieza de los balcones; la inmediata, a dormitorio, y la siguiente, a comedor. Pero con tanto ánimo acudimos a todos estos menesteres, que cualquiera que nos hubiera visto habría dicho —¡eterno prestigio de las cosas nuevas!— que nos alegrábamos de estar presos.

Es un hecho que la reclusión a que se nos sometía, lejos de augurarnos ningún desenlace terrible, se nos figuraba un juego o, a lo más, un incidente o accidente minúsculo en la trama de nuestras inquietudes políticas. Venustiano conservaba aún entre sus escasísimas virtudes una enorme: la de no matar. Se podía, pues, estar

dentro de su puño sin sentirse ahogado o triturado. Esto aparte, las pequeñas compensaciones de la vida de cautiverio empezaron pronto a consolarnos. A las dos horas de estar en la Penitenciaría recibimos la primera visita, la de Miguel Alessio Robles, cuya presencia fue para nosotros la iniciación en la doble vida de que disfruta el preso. Nos bastó verlo entrar —afable, espontáneo, ruidoso, con sus tiesos bigotes a lo káiser y su andar sin compás— para hacernos cargo de que ahora nuestros pensamientos y sentimientos corrían por dos cauces: uno vulgar e inmediato: el de lo que se hallaba al alcance de nuestra mano y nuestro querer —por eso pobre de lustre y de atractivo—, y otro remoto y extraordinario: el de lo que nos estaba vedado y parecía inasequible —brillante por eso como promesa o esperanza.

Miguel Alessio, siempre valiente en sus opiniones, venía a protestarnos sus simpatías y a ofrecernos su ayuda.

—Este viejecito testarudo —dijo, aplicando a Carranza un extraño y doble calificativo que apenas le convenía a medias— va a ser la ruina de la Revolución por su endiosamiento y sus malas artes.

Y de don Venustiano pasó a los carrancistas íntimos, contra los que se explayó como sólo él sabía hacerlo, pues ya en esa época era el formidable propagandista que con el tiempo habría de actuar desde plataformas más amplias que la hermosa sala de presos en que hablábamos entonces.

Conversó con nosotros acaloradamente, siempre sobre el tema único de librar de los intrigantes personalistas a la Revolución, y una hora después salió de allí rebosando propósitos vigorosos. Iba resuelto a echar por tierra el carrancismo y cualquier otro *ismo* diverso del puro y simple constitucionalismo, restaurador de la ley y vengador del asesinato de Madero. A Plank, en la última fase de nuestra plática, le dijo en uno de sus arrebatos:

—A ver, Chale. ¿A mi por qué no me aprehenden, eh? ¿Por qué no me aprehenden? Yo también soy anticarrancista..., anticarrancista...

Y eso mismo se fue repitiendo escaleras abajo, para que lo oyesen cuantos quisieran, incluso los celadores, los gendarmes, los yaquis del cuerpo de guardia y todo ser con orejas que topara en su camino. ¡Miguel bueno y generoso! Yo lo vi, desde los balcones, alejarse bajo la luz parda del crepúsculo. Uno como rumor se escuchaba al unísono de sus movimientos descompasados: la estela acaso de las vociferaciones que se le escapaban en defensa de sus amigos presos. Y no satisfecho con clamar así, todavía haría algo más, según supimos de allí a poco. Porque, de su parte, el Café Colón nos mandó esa misma noche una cena magnífica, una opípara cena —completa desde los entremeses hasta los cigarros— y después, durante todo el tiempo de nuestro cautiverio, habría de ocurrir algo análogo a mañana, tarde y noche, sin faltar un solo día.

*

Los esfuerzos de don Venustiano para acabar con los primeros brotes del anticarrancismo no pararon en nosotros. Al día siguiente de nuestra aprehensión fueron detenidos también, y reclusos en la Penitenciaría, otros políticos más o menos ligados —o que por tal se les estimaba— con los grupos disidentes de Sonora, Chihuahua y Sinaloa: se aprehendió a Luis G. Malvárez, a don Manuel Bonilla, a Abel Serratos, a Enrique C. Llorente, a su hermano Leopoldo y, dos o tres días después, al licenciado José Ortiz Rodríguez y al periodista (entonces director de *A B C*) Luis Zamora Plowes. Carranza, por lo visto, se aventuraba ya, sin titubeos, por la ancha puerta del señuelo autocrático, tan irresistible para los salvadores y libertadores de México. Pero todavía entonces el Primer Jefe no lograba más que enardecer el anticarrancismo de la calle con el prestigio que él mismo le daba al de la cárcel. Verdad es también que nosotros, presos y todo, no perdíamos el tiempo. Por un lado, Carranza apresaba políticos anticarrancistas y los ponía a la sombra; por otro lado, Domínguez y yo formábamos, con esos mismos políticos, toda una colonia penitenciaria digna, en punto a laboriosidad, de equipararse con una colmena. Plank nos concedió desde luego que Luis G. Malvárez viniera a vivir con nosotros; y en cuanto a don Manuel Bonilla y sus compañeros, no nos fue difícil conseguir que se les alojara en departamentos próximos al nuestro. Total: que vinimos a quedar reunidos, unos y otros, en el piso primero del cuerpo principal del edificio, en torno a un corredor que daba al patio y nos comunicaba, y que se convirtió pronto en cauce de ardientes tramas anticarrancistas.

En nuestras agencias políticas nos ayudaba por una parte, la buena disposición de Plank —y de Martínez Urristra, subdirector de la Penitenciaría—, y, por la otra, el contacto con el exterior, contacto continuo gracias a las frecuentes visitas de que éramos objeto. Porque todos los revolucionarios de entonces, desde los más independientes hasta los más viciados de personalismo, nos visitaron: nos visitaban Lucio Blanco, Alberto J. Pani, Luis Cabrera, Obregón, Acosta, Saucedo, Villarreal, Vasconcelos, Santos Coy y hasta el propio Alfredo Breceda, que fingía descaradamente no saber el porqué de nuestra situación y se brindaba a abogar por nosotros cerca del Primer Jefe. Si el recuerdo no me engaña, apenas Isidro Fabela, entre los amigos, se olvidó entonces de nosotros y, sobre todo, de Enrique C. Llorente, que lo quería como hermano y casi lloraba al considerar su despego.

Pero las visitas de los altos personajes no eran las únicas que nos interesaban. Otras, en especial las de los agentes de la policía reservada, solían resultar, si menos amables, mucho más jugosas. Domínguez y yo —yo más que él— habíamos tenido alguna injerencia en la organización de los primeros servicios policiacos de la ciudad bajo el gobierno revolucionario, y como desde entonces cuidamos de que a diario se nos comunicara lo que nos importaba saber, en varios agentes acabó por convertirse en hábito el rendirnos sus partes. Presos ya nosotros, no se interrumpió la costumbre: siguieron los agentes viniendo a vernos todas las mañanas para contarnos lo que sabían. Así fue como nos enteramos de muchos proyectos y planes, algunos de ellos

tenebrosos, como la trama que se urdió para que el Gaucho Mújica asesinara a Villa, y así también logramos hacer sentir a veces nuestra mano. Lo del Gaucho fue típico. Mújica debería acercarse a Villa, ganar su confianza y, conseguido esto, asestarle el golpe en el momento oportuno. (Añadiendo cierto aparato militar, no diferiría gran cosa de ese plan el que más tarde había de aplicarse para asesinar a Zapata). Nosotros, sin embargo, tuvimos tiempo de intervenir y desbaratar lo que se preparaba contra Villa, según cuento más adelante.

Fuera de la política, nuestra vida de reclusos no languidecía por falta de distracciones. Lucio Blanco nos mandaba todas las tardes una banda militar. Los músicos hacían rueda al pie de nuestros balcones y tocaban horas enteras las piezas que les pedíamos. Nos gustaba también hacerlos pasar al interior de la prisión, para que tocaran en la confluencia de las crujías, a lo cual Plank, o Martínez Urristra, se prestaban de buen grado, por compasión hacia los prisioneros. La armazón metálica y las rejas retumbaban entonces ebrias de latones y platillos, o se afinaban, al contacto de las notas de las flautas o de los clarinetes, hasta diluirse en el sonido. Era un acontecimiento extraño aquel de las jaulas humanas estallando al golpe de una música y desvaneciéndose hasta desaparecer bajo la acción virtuosa de otra. Y había que ver —entonces creí en el mito de Orfeo— el milagro que obraban en el alma de los peores criminales la *Adelita* y la *Valentina*.

Algunas mañanas nos dedicábamos a recorrer las crujías y los patios interiores, donde a menudo sabíamos descubrir escenas y detalles interesantes o intensos, ya que no amables. Nos entregábamos largo rato a descifrar las inscripciones que dejaban en los muros los diputados *renovadores*; trabajábamos, sobre los valores humanos, diálogos con los presidiarios más terribles y temibles, que en ocasiones acababan revelándonos el secreto de su vida; y también, de cuando en cuando, observábamos de lejos y con extraña curiosidad —como si de veras se tratase de seres diferentes de todos los demás— a los huertistas y reaccionarios allí presos. Entre ellos figuraban personas de gran empaque: Nacho de la Torre, siempre doliente, ojeroso y tendido sobre un catre de riquísimos edredones y mantas; el general Enrique Mondragón, pálido y envejecido, y un sinnúmero de militares y civiles de todos orígenes, aspectos y matices.

En vano lo ocultábamos: nosotros sentíamos en el fondo cierta simpatía por todos aquellos porfiristas y huertistas, presos cual nosotros, y aun alentábamos por dos de ellos gratitud —una gratitud muy particular—, porque eran, sin saberlo, la causa indirecta de los mejores momentos de nuestra vida penitenciaria. A ellos debimos lo que yo llamaba «la hora patética» y «la hora dionisiaca» —ambas tan ricas de sentido, aunque cada una a su modo, que a diario las comentábamos como el suceso capital del día que acababa de pasar, y las esperábamos como el acontecimiento supremo del día próximo.

La hora patética era la cotidiana aparición de doña Amada Díaz de De la Torre, que venía a ver a su esposo. En un principio sus visitas frecuentes tropezaron con

cierta obstrucción. Se invocaban los reglamentos. Pero después, en obsequio a las gestiones oficiosas que hicimos Domínguez y yo —por ella totalmente ignoradas—, los excelentes Plank y Martínez Urristra lo allanaron todo, con no poco beneficio para nosotros, que quedábamos más que bien pagados, por nuestros esfuerzos, con sólo ver a la bella señora.

Llegaba siempre en coche de bandera colorada, irradiando de toda su persona —lo sentíamos desde el momento en que ponía pie en tierra— una atmósfera de melancolía serena y honda que nos cautivaba, nos asía, nos hipnotizaba. Oscura y esbelta la silueta —cuya perfección de línea hermanaba la dignidad y la gracia—, descendía en la acera a que daba nuestro balcón, y luego, ya dentro del edificio, la veíamos atravesar por el patio rodeada de un ambiente que ella misma iba creando. Hay supremas majestades, en la Naturaleza y entre los hombres, que se imponen con sólo aparecer: lleva el cisne, por delante, el heraldo de su onda. Y de igual modo, de doña Amada Díaz se habría dicho que velaba, para quedar ella sola, cuanto encontraba a su paso. Diez años antes la vi llegar, vestida de terciopelo granate, cubierta de rubíes, a un fastuoso baile de la Escuela de Minería; ahora pasaba, sola y vestida de negro, por los patios y pasillos siniestros de una prisión. Pero es seguro que hoy no era menos ni valía menos que antes. Su bello rostro de india, oculto en parte por el sombrero sencillo, elegante, no acusaba huellas de dolor ni de tristeza: sólo una tranquila dignidad, consciente, melancólica, y tan afirmativa, que algo de ella se quedaba en el aire y en todas las cosas. Yo creía leer en aquellos momentos, escrito sobre las baldosas del recinto carcelario, el famoso verso de Díaz Mirón, y lo repetía después a la vista de la sórdida carretela de bandera colorada que esperaba en la calle y parecía elevada, como por magia, a una categoría de privilegio.

La hora dionisiaca era la aparición, diaria y matutina, de la hija de uno de los generales huertistas que estaban presos. Llegaba como la primavera: encendiendo la vida y sus ansias más recónditas. Nosotros espiábamos su aparecer prendidos al balcón en grupo apretado que ponía en conflicto los intereses individuales y los colectivos. La contemplábamos mientras avanzaba desde el otro confín de la plazoleta, y después, cuando desaparecía bajo el zaguán, nos precipitábamos hacia el corredor, con mayor ahínco que si de eso dependiera el término de nuestro encierro. Entonces asistíamos a la conflagración de su breve discurso por el patio. Yo llegué a sospechar que un sentido oculto nos había nacido allí a todos, pues, sin que nadie la anunciara, cuando iba a llegar ya todos estábamos atentos a la realización del suceso: presos y guardias, reos y hombres de bien. Arriba, en el corredor, doblábamos nosotros la cintura sobre el barandal y formábamos con nuestras miradas múltiples un cono invertido cuyo vértice se desplazaba con ella de un extremo a otro del patio.

Caminaba con una cadencia extraordinaria de ritmos suaves, sinuosos, flexibles en torno a puntos de fijeza vital. Cruzaba el paso con tal arte, que sus pies, con riquísimo juego de tobillos, iban colocándose alternativamente a lo largo de una línea única. Aquella audacia del andar repercutía primero en la cintura y luego arrancaba

de allí en finísimas ondulaciones que invadían el talle, el cuello, la cabeza — bellísima cabeza, bellísimo cuello, bellísimo talle—, hasta refluir en el balanceo que subía también de sus brazos. El cuerpo cimbrante derramaba la savia de su hermosa juventud y parecía transfundirla al suelo y hacerla subir después por los muros con el único y evidente fin de galvanizar el organismo de piedra junto con los pequeños organismos que lo habitaban, éstos, de débil carne, sujetos entonces por las ataduras de dobles prisiones.

La Convención Militar, reunida en Aguascalientes, ordenó a Carranza que nos pusiera libres. Él, sin embargo, no hizo lo que le mandaban, sino que resolvió, tergiversando las órdenes, meternos en un tren y consignarnos al general Nafarrate, jefe militar de Matamoros, para que bajo su vigilancia se nos depositara en territorio de los Estados Unidos. Pretendía don Venustiano lograr así dos cosas: una, no desobedecer abiertamente a la Convención; otra, no dejarnos ir sin castigo, o mejor todavía, sin su castigo predilecto. Porque Carranza, que mataba poco, tenía en cambio la perversa afición a desterrar: a desterrar, de preferencia, a sus enemigos personales. ¿Quién, si no él, es el verdadero restaurador del ostracismo (ajeno por completo a la letra y al espíritu de las leyes mexicanas) a que tan afectos se muestran desde los tiempos de la Primera Jefatura nuestros gobiernos revolucionarios?

A nosotros, por supuesto, nos tenía sin cuidado que nos llevaran hasta la parte de allá de la raya fronteriza. Una vez en Brownsville nada nos impediría trasladarnos a El Paso, para entrar de nuevo en México por Ciudad Juárez. Y decir Ciudad Juárez era decir Francisco Villa, y decir Villa, la Convención. Pero lo que ya no nos parecía tan bien era que el general Nafarrate tuviese el encargo de recibirnos en la frontera. Su fama de general descollaba entonces demasiado alta —más como asesino que como general— para no inquietarnos. Además, una pregunta inevitable aumentaba nuestras dudas: ¿Qué razón había para expulsarnos por Matamoros, cuando Laredo estaba más cerca?

Preocupadísimos con aquel enigma, nuestra hermosa sala de la Penitenciaría se animó entonces más que de costumbre y se reconcentró luego en la meditación. Caviló don Manuel Bonilla; caviló Llorente; cavilaron Malvárez y Ortiz Rodríguez; en suma, cavilamos todos, y fallamos unánimes que don Venustiano, ni más ni menos, intentaba deshacerse de nosotros por cualquiera de los recursos de que disfrutaban en nuestro país los Nafarrates grandes y chicos. (Sospechas, por lo demás, no arbitrarias: Nafarrate, justamente, habría de ser, de allí a pocos meses, el encargado de fusilar a Aguirre Benavides, a Bolaños y a los demás convencionistas que se le fueron a entregar creyendo bueno el salvoconducto que les diera Pablo González).

Vistos tales temores, algunos amigos nuestros —en particular Pani y Lucio Blanco— hicieron gestiones encaminadas a que se cambiara la ruta. Pero sus esfuerzos, debía esperarse así, resultaron infructuosos. A más de terco, Carranza era autócrata, lo que cerraba en él toda puerta a la razón tan pronto como resolvía el menor punto. Pocas cosas le deleitaban tanto como verse rodeado de suplicantes, y no atenderlos. Era, en realidad, de todos los revolucionarios hasta entonces producidos por México —después los ha habido peores—, el más sinceramente, el más orgánicamente enemigo de los derechos del hombre. Me refiero, claro está, a los revolucionarios dotados de cierta conciencia de sus responsabilidades y su conducta.

*

Pero en fin, llegó el momento de abandonar aquella cárcel, donde gracias a las bondades del general Plank y de Martínez Urristra lo habíamos pasado sin grandes trabajos. En el fondo —y en parte acaso por las zozobras que nos asaltaban— no dejamos de sufrir en esa hora un ligero ataque sentimental. Nuestra prisión de políticos revolucionarios no había carecido de ciertas satisfacciones, de cierta novedad, de cierto aprendizaje. Habíamos, desde allí, conspirado con éxito; habíamos conocido de primera mano el mundo misterioso, a veces horrible, de las crujías; habíamos aprendido a pesar mejor, a través del trato con los huertistas presos, las relativas responsabilidades del político de segunda fila que no incurre en crímenes del orden común; es decir, habíamos aprendido a ser más tolerantes, más comprensivos, más humanos. Y todo eso nos llenaba de la melancolía de lo que no ha de volver a vivirse, sea lo que fuere.

Media hora antes de la salida vino Plank al departamento que ocupábamos Domínguez, Malvárez y yo, y nos dijo:

—Nafarrate es un bandolero: mucho cuidado con él. Por las dudas, aquí les traigo sus pistolas. Ocúltenlas lo mejor que puedan y guárdenme el secreto. Si lo sabe don Venus, me destituye.

Y rio con su reír azul, de niño rubio y sonrosado.

Portar pistola en aquellas circunstancias no dejaba de ser arma de dos filos. Igual podían servirnos nuestros revólveres para la defensa, que de pretexto para que nos aplicaran la ley fuga u otra ley de tipo análogo. Con todo, el consejo de Plank nos pareció bueno y lo seguimos. Plank, que había sido siempre excelente amigo, entonces era más que eso: nos avisaba como hombre experimentado, como revolucionario conocedor. Fue él también quien nos sugirió no salir de México solos, sino acompañados de nuestras familias.

—Mientras más mujeres y niños, mejor —decía—. Así quedará perfectamente establecida su actitud sumisa: no diga luego Nafarrate que se amotinaron y hubo necesidad de liquidarlos.

*

Salimos de la Penitenciaría, al atardecer, con no poco ruido y sorpresa para el barrio. El gentío plazuelero se agolpaba más mientras menos a su gusto se explicaba todo aquel movimiento de soldados y civiles en intimidad promiscua y rara. Como que la cosa, en cuanto espectáculo, no estaba desprovista de interés, de cierto profundo interés característicamente mexicano. Había dispuesto Carranza que nos llevaran a pie hasta la estación de Colonia, y para mayor lujo y seguridad —lujo no sé si nuestro o suyo— vino a buscarnos una escolta buena como para veinte reos. Asomados por

vez última a nuestro gran balcón central, la habíamos visto acercarse, seguida de la plebe. Cuando bajamos ya estaban formados los soldados a la derecha de la puerta, en la calle. Allí efectuó Plank la entrega material de nuestras personas al capitán comisionado para conducirnos. Éste, por hacer algo, nos miró primero y luego nos contó, como reses, Señalándonos con el dedo mientras decía:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Pero en cuanto se quedó oficialmente con nosotros ya no supo qué hacer. Parecía azorarlo el tener que conducir entre filas a nueve presos que no daban la impresión de tales; parecía no alcanzarle el ánimo para imponerse de buenas a primeras a gente a la que de antemano se sentía sumiso. Todo se le iba en decir, dirigiéndose a nosotros:

—Bueno: ahorita nos formamos y echamos a andar.

Total: que no daba ninguna orden.

Era un hombre ya viejo, de aire humilde, casi servil. Su uniforme —como de la época— ostentaba más mugre y remiendos que atributos marciales. Lo cual le sentaba muy bien, porque, salvo la pistola y las tres barras en el sombrero de alas anchas, nada marcial había en su persona: ni en sus palabras, ni en su ademán.

Por tercera o cuarta vez repitió:

—Bueno, horitita mero nos formamos y ganamos pa' la estación.

Pero lo que hizo fue meter mano en el bolsillo, sacar un cigarro y encenderlo.

Evidentemente, no se atrevía con nosotros: nos le presentábamos como un caso nuevo cuyo ensayo retardaba. En su modesto papel de custodio de presos políticos le pasaba lo que a nuestros Napoleones antes de que las batallas se definan por sí solas: se hacía bolas con su pequeña tropa. Soldados y presos nos le enredábamos entre los dedos como los soldados a los generales de la estrategia rudimentaria: los de «Fulano por la derecha, Mengano por la izquierda, yo por el centro, y malhaya el que se raje».

Al fin nos impacientamos. Domínguez cruzó con nosotros unas cuantas palabras, y, sin más ni más, se dirigió al capitán en estos términos, ricos en fantasía:

—¿Sabe usted que soy coronel?

—Sí, mi coronel.

—¿Está usted al tanto de lo que manda la Ordenanza para casos como éste? Hablo de mis prerrogativas, de mi grado, de mis derechos...

—Sí, mi coronel.

—Entonces, *mi* capitán, no se extrañará usted de que tome, sin perjuicio de mi condición de detenido, el mando de la escolta.

—A sus órdenes, mi coronel.

Y dicho y hecho. Domínguez tomó el mando, y lo tomó para no soltarlo ni un minuto. Decidido a ejercerlo más en firme empezó disponiendo que trajeran ocho o diez automóviles de alquiler. Luego nos acomodó a los presos en unos coches, a los soldados en otros —él y yo con el capitán—, y de ese modo emprendimos la marcha hasta la estación de Colonia.

*

Todavía entonces, México no era la ciudad hondamente triste que conocieron años posteriores. Su paseo nocturno de San Francisco conservaba bastante de la placidez mansa —pero sólida, a pesar de todo— de 1905 y 1906. Al rodar lentamente por la avenida, nuestros autos se inundaron —como en ola de marea que alcanza de pronto— en la orla de una existencia brillante y bulliciosa. Después del largo encierro fue como sentir caldeado el rostro por el aire del mar o de la montaña.

Pasamos frente a los escaparates de *La Esmeralda*, cuajados de pedrería, y ello nos obligó a dedicar a Alfredo Breceda un piadoso recuerdo. La verja de la Profesa —y, detrás, el templo colonial— desfiló a nuestro lado con quietud elocuente. De coches y autos salieron hacia nosotros, de cuando en cuando, miradas y sonrisas conocidas. Pasó *El Globo*, con su interior luminoso de pastelería parisiense, de donde brotaron fugaces reflejos de grandes frascos llenos de almendras, breve visión de parroquianos y empleadas acarameladas. Iturbide... San Francisco... *La Imperial*... Guardiola... Luego el raudo correr del coche a lo largo de la Alameda, fresca en el anochecer de sus sombras, manchada a trechos de verde claridad...

*

Lucio Blanco y otros amigos nos esperaban en la estación y, con ellos, nuestras familias, prestas ya a acompañarnos. En junto, íbamos a formar toda una caravana.

El tren —tren ordinario— estaba ya repleto de viajeros. Domínguez indicó al capitán que subiera a los coches a dar orden de que se nos hiciera sitio. Y el capitán, enérgico ahora que obedecía a otro, mandó desalojar un vagón de primera clase, «para necesidades del servicio». Protestaron los pasajeros, hubo ruido y escándalo, pero en cinco minutos se desocupó el coche y nosotros —escolta, presos y familias— subimos a instalarnos. Nuestros treinta soldados, en el acto, saturaron la atmósfera con su olor de costumbre. Para las señoras aquel ambiente resultó insoportable. Domínguez lo advirtió y se propuso remediar el mal desde luego. Sin mucho trabajo consiguió del capitán tamaña modificación en los planes del viaje, que nos dispusimos a inaugurar una manera insospechada, y peculiarísima, de ser conducidos, en cuerda de presos. «Por necesidades del servicio» la escolta iría distribuida en los vagones de segunda, salvo su jefe, que seguiría al lado nuestro.

Salió el tren. Íbamos asomados a las ventanillas para despedirnos de Lucio Blanco, que enarbolaba, por sobre la multitud del andén, su fusta de puño de oro... Al rebasar mi coche la parte cubierta percibí el son de una música. Escuché atento: al otro lado de la pared tocaban *La Golondrina*... ¿Lucio? Sí, de fijo eran cosas de Lucio: había mandado que se pusiera allí una de sus bandas para decirnos adiós al

estilo revolucionario, al estilo de los buenos revolucionarios.

VI

AL AMPARO DE LA CONVENCION

¿Quién hubiera creído que el vagón en que íbamos era verdadera cárcel ambulante de políticos en desgracia? Seguramente nadie. Lo que equivale a decir que los consejos del general Plank no pasaron por orejas estériles ni fueron a caer en voluntades tardas. Nos acompañaban nuestras madres, nuestras esposas, nuestros hijos, nuestras hermanas, y su presencia nos rodeaba de tal atmósfera familiar, que nosotros mismos, absortos a ratos, no hubiésemos recordado de pronto el origen del viaje ni la finalidad que lo guiaba. Éste, además, por cuanto mira a nuestro estado de ánimo, no se nos presentaba al espíritu como tránsito hacia el destierro, sino primordialmente como contraste entre el vivir recluso de los días anteriores y el libre correr de ahora en ferrocarril: correr continuo y fugaz, correr dueño a un tiempo de la llanura, la montaña y el valle. Rodaba el tren horas y días, y nosotros, recién escapados al estrecho horizonte carcelario, nos entregábamos al deleite de beber todos los paisajes, sorbíamos por los ojos, emborrachándonos, el inmenso espacio de las perspectivas y su nitidez luminosa; a lo cual contribuía no poco la ausencia de otros incentivos más importantes o inmediatos.

Porque fuera de algunas incomodidades extraordinarias, este viaje de ahora, en sí mismo, no difería gran cosa de los de costumbre: o si difería, era más bien por tener, comparado con los otros, menos elementos de cosa nueva. Ni decir tiene que, para los presos, la prolongación de nuestro trato, después de la vida larga y casi en común de los días del cautiverio, no nos brindaba sorpresas. Sólo uno que otro —los dotados de personalidad excesiva en ciertos sentidos— sacaba aún de sí, de cuando en cuando, algo digno de advertirse. Así, por ejemplo, Enrique C. Llorente, cuya tendencia a lo impecable llevó entonces mi admiración hasta el apogeo. Llorente, en verdad, nos demostró esa vez cuán grandes y misteriosos eran sus poderes en los dominios de la perfecta pulcritud de la persona, su inagotable compostura de maneras, su rara capacidad para mantener, sin mácula ni arruga, el exterior siempre flamante de su ropa. Conforme el viaje avanzaba, todos nosotros, cuál más, cuál menos, íbamos tornándonos irremediabilmente sucios y haciéndonos más y más blandos en la interpretación de la etiqueta; pero a él, como por milagro, le ocurría lo opuesto: el traje parecía planchársele, se le blanqueaba el cuello, se le erguía más el busto, se le alisaba el pelo, y las guías del bigote, negras y tiasas, se le elevaban con mayor brío. Y así en lo demás: mientras nosotros, ya en busca de descanso, ya para dormir, nos reclinábamos o tendíamos sobre los asientos, a él no se le vio desviarse nunca, en todo el viaje, ni diez grados hacia atrás, hacia adelante, a la derecha o a la izquierda de la postura sedente más ceremoniosa; y esto hasta cuando el sueño le entrecerraba los párpados y daba a los músculos de su cara la dignidad anatómica de la estatua, sustitutiva en él de la soltura del músculo que duerme.

*

Un punto no había tenido en cuenta don Venustiano al ordenar nuestro destierro: la preponderancia, efímera, pero grande, de la Convención de Aguascalientes. Menos aún había previsto el hecho de que ésta estuviera presidida por un hombre moralmente íntegro: Antonio I. Villarreal. Carranza se creía tan fuerte e indiscutible que esperaba respeto para sus órdenes arbitrarias hasta en los territorios dominados por generales sinceramente convencionistas. Pero que ello fue mera pretensión ridícula se puso de manifiesto en nuestro caso, gracias a la intervención de Villarreal, que no toleró que Carranza se burlara de él ni de las órdenes que la Convención daba. Procedía entonces Villarreal con estricto apego a su primitivo espíritu revolucionario: todavía no le picaba la tarántula de las ambiciones presidenciales; conservaba claro —sin empañarsele como en 1922, sin oscurecersele como en 1923— el sano criterio humano y político y el recto espíritu de justicia que hacen de él uno de los hombres más limpios, ya que no más brillantes, de la revolución constitucionalista.

Mandó, pues, Villarreal que la orden de ponernos libres se cumpliera al pie de la letra, lo que hizo al llegar a Monterrey el tren que nos conducía. Tan lejos estábamos nosotros de esperarlo, que, en un principio, nos sorprendió e inquietó el ver cómo un numeroso destacamento de soldados, de antemano dispuesto en los dos andenes de la estación, rodeaba nuestro coche con modos de ir a tomarlo por asalto. Pero nos tranquilizamos luego, visto el aire sonriente con que el coronel Alfonso Vázquez (Poncho Vázquez le decían todos) saltaba al estribo y abría después la portezuela y entraba.

—No hay que alarmarse, señores —dijo saludándonos—: mis soldados vienen a protegerlos, no a otra cosa, aunque no lo parezca. Necesitábamos maniobrar así para evitar que la escolta que los vigila intentara resistirnos.

Era un revolucionario joven, simpático y lleno de bríos. La alegría le cascabeleaba en la voz al hablar.

—¡A ver! —continuó, ahora con tono más militar que al principio—. ¿Quién manda aquí la escolta?

—Mi coronel Domínguez —respondió el capitán que nos custodiaba.

Vázquez se extrañó un tanto:

—¿Usted? —preguntó, dirigiéndose a Domínguez.

—Sí —contestó éste—. La mando por razones de orden y comodidad, aunque muy accidentalmente. Sin embargo, no haga usted caso: el jefe nato es aquí el capitán, yo de ninguna manera.

Hacia el capitán se volvió entonces el coronel Vázquez para preguntar:

—¿Qué órdenes trae usted?

—Ningunas, mi coronel. Quiero decir, ningunas especiales: escoltar a los señores hasta la frontera, poniéndolos antes, si así se me requiere, a disposición de mi general

Nafarrate en Ciudad Victoria o Matamoros.

—Muy bien, muy bien —interrumpió Vázquez, riendo de buena gana y como si, en efecto, hubiese mucho de gracioso en las órdenes del capitán—: sólo que ahora las cosas cambian. El general Villarreal, presidente de la Convención de Aguascalientes, dispone que se le releve a usted para que en seguida vuelva a México con sus hombres. Él, como usted sabe, es la primera autoridad de la República. Desde este momento los presos que escolta usted quedan a disposición mía.

—Lo que usted disponga, mi coronel —dijo el capitán—: nomás le suplico que me dé un papelito.

—Por supuesto. Vaya usted ahorita a la Jefatura de la Plaza y allí le entregarán un oficio en toda regla.

Nosotros no nos dábamos bien cuenta de la finalidad que pudiera perseguir aquel cambio de guardias; de suerte que menudearon las preguntas. Pero el coronel Vázquez, sin cesar en sus expresiones de regocijo, nos explicó el caso en pocas palabras:

—Nada, que se le echa a perder la treta a don Venus. Me ordena mi general Villarreal que les dé a ustedes una escolta y que con ella los mande a Aguascalientes, mas ya no en calidad de presos, sino libres. Sólo les suplico, porque así lo indica él, que en llegando allá se presenten a la Convención Militar. Si quieren, pueden descansar aquí esta noche y salir mañana; si no, aprovechen el tren que pasa dentro de un rato.

Llevábamos cuarenta y ocho horas de encierro en la incomodidad y la mugre de nuestro vagón, duro, sobre todo, para las mujeres y los niños que nos acompañaban. Con todo eso, resolvimos —tal era nuestra alegría— no hacer ningún descanso en Monterrey, sino salir en el acto rumbo a Aguascalientes, y así se lo manifestamos al coronel Vázquez, el cual dio las órdenes necesarias.

Poco después desengancharon del tren del sur nuestro vagón; lo agregaron al tren del norte, y de allí a poco empezamos a desandar hasta San Luis Potosí, ahora de noche, el camino recorrido durante el día. Pero la diferencia principal no era esa, sino esta otra: la escolta de relevo era de las fuerzas de la Convención; la de antes, de las fuerzas de Carranza.

*

San Luis Potosí nos pareció, durante el día que allí pasamos en espera del cambio de trenes, poco menos que una ciudad de hechizo, pequeña urbe protegida por las hadas. ¿Era porque la Revolución, apenas en sus comienzos, aún no la ponía maltrecha con su obra transitoriamente destructiva, como después a casi todas las ciudades mexicanas, antes bellas y florecientes? ¿Era más bien por el lustre inigualable que adquieren las cosas en el momento en que se recobra la libertad? El caso es que San Luis Potosí me pareció a mí una especie de paraíso urbano: prodigiosamente limpias

y bien pavimentadas sus calles; recogidas, acogedoras sus plazas; armoniosa la disposición de sus manzanas; grata la arquitectura de sus edificios. De noche daba la impresión de una ciudad cubierta por un gran techo transparente a través de cuyos cristales brillaran las estrellas; y este mismo encanto, de algo al abrigo de la intemperie, al abrigo de las inclemencias del tiempo, pero no de sus bellezas; no se disipaba ni a la luz del sol. Había un no sé qué de urbanizado y doméstico en la naturaleza circundante, cierta intensa civilidad que parecía irradiar de la ciudad al campo, de la ciudad al cielo, y que civilizaba lo uno y lo otro de suerte única. Aun las hortalizas de los huertos cercanos parecían lograr allí un nivel de perfección desconocido en otros sitios.

En Aguascalientes nuestras impresiones fueron de otro orden al apearnos del tren —al apearnos, al fin, después de cuatro días de viaje—; mas no por distintas parecían menos amables. En el pardear de la tarde —pausada aparición de estrellas en lo alto; lento encenderse de ventanas y faroles casi a ras de suelo—, la caminata por la calzada que conduce a la ciudad desde la estación, calzada larga y bordeada de árboles, acabó sumergiéndonos el espíritu en un baño de suave melancolía. Y en esa sensación de tibieza melancólica, de euforia crepuscular —ni oscura ni brillante, ni dolorosa ni jocunda: limbo de lejanía— estaba todo México.

*

Provisionalmente dejamos a nuestras familias donde nos fue posible, y luego, en apretado grupo, nos fuimos derecho al teatro que daba asilo a las sesiones de la Convención. En el instante de subir la escalinata, un reloj público sonaba las ocho campanadas.

Breve espacio esperamos en el vestíbulo a que se nos anunciara; a poco se escuchó en el interior de la sala una salva de aplausos, y poco después salió a darnos la bienvenida y a invitarnos a pasar una comisión de tres señores delegados. Al entrar en el salón —por la puerta correspondiente al pasillo de en medio— todos los asistentes a la sesión se pusieron en pie, vueltas las caras hacia nosotros. Rebosaban de luz y de gente el patio, los palcos, las galerías. Cruzada la puerta, nos detuvimos indecisos: nuestra situación era algo embarazosa, pues, bien a bien, no sabíamos de qué se trataba. Pero vimos que en el fondo del escenario los miembros de la mesa directiva se levantaban también de sus asientos y que uno de ellos, adelantándose hacia las candilejas, nos hacía señas de seguir avanzando. Entonces continuamos por el pasillo hasta la altura de las primeras filas de butacas. Habían entrado con nosotros los delegados de la comisión y el oficial de nuestra escolta.

Villarreal, que presidía, tocó la campanilla en demanda de silencio; se dispuso a hablar. Saltaba a la vista que a él, poco más o menos, estaba ocurriéndole lo que a nosotros: tampoco entendía bien cuál era el objeto de toda aquella ceremonia. Momentáneamente no encontró qué decir. Su hermosa cabeza de moro europeizado

se inclinó breves segundos hacia adelante: la negrura absoluta de su cabellera abundosa, de su bigote tupido, de sus ojos de brillos oscuros en el fondo de cuencas sombreadas por fuertes cejas y ojeras de intensidad increíble, parecía polarizar toda la luz de la sala. Luego, con perfecta sencillez de gesto y de palabra, dijo:

—Señores: la Convención ha ordenado que se les ponga en libertad. Eso es todo: están ustedes libres.

La Convención rompió en aplausos de sentido incierto: unos parecían aplaudir su decisión soberana; otros, no sé por qué, parecían aplaudirnos a nosotros, a los primeros soldados del anticarrancismo. Concluidos los aplausos, se guardó de nuevo silencio, y entonces don Manuel Bonilla, *senior* del grupo, habló en nuestro nombre para dar las gracias por la justicia que se nos hacía. Acto seguido, entre más aplausos, subimos al foro a estrechar la mano del general Villarreal y de los delegados a él próximos, y luego fuimos a ocupar uno de los palcos situados a la derecha del proscenio.

LIBRO CUARTO

LA CUNA DEL CONVENCIONISMO

Azorada vivía entonces Aguascalientes por los desmanes —a menudo fabulosos— de las tropas revolucionarias. Allí eran sinónimos *revolución* y *la Revolución*, y por eso quizá ciertos nombres de la epopeya constitucionalista sembraban pánico con el mero sonido de sus sílabas. Se decía *Bañuelos*, se decía *Domínguez*, y la gente corría a refugiarse en los sitios más recónditos, sobre todo cuando en la familia había vírgenes hermosas y otros tesoros vivos de igual precio. ¡Qué no hubieran dado entonces los habitantes ricos, y aun los de holgura económica apenas envidiable, por poder esconder sus haciendas, sus comercios, sus moradas! Pero, ya que no lo principal, ocultaban, para aliviar su terror de verse desposeídos, cuanto podían, o bien lo disimulaban, o lo usaban valientemente para acercarse al nuevo grupo poderoso y ponerse así en camino de salvarlo todo creándose otros amigos.

Gracias a esto último, Aguascalientes, que en épocas normales no habría podido recibir, sin desbordarse, a doscientos o trescientos forasteros, halló esa vez hueco bastante para alojar en sus hoteles, bien diminutos, y en sus casas, no muy sobradas, a los millares de personas que la Convención llevaba consigo. Los cuartos de alquiler se agotaron de un solo golpe; pero no bien sucedió eso, empezaron a surgir de dondequiera ofertas de habitaciones confortables, de casas enteras, de pequeños palacios, y todo a título gratuito y meramente entusiasta de La Revolución, no a tanto el mes, ni el día, ni la semana.

En un principio yo no entendí bien aquel fenómeno, tan contrario a mis nociones sobre Economía Política. Era una depreciación de la propiedad raíz y un despego de la renta demasiado súbitos y espontáneos para que se compaginaran con las enseñanzas de mis maestros Enrique Martínez Sobral y Luciano Wiechers: fallaba la ley de la oferta y la demanda con estrépito clamoroso. Y, como de costumbre, buscando luces que me aclarasen el misterio, fui a caer en las alas de la fantasía. Por lo visto —así me expliqué las cosas en los primeros minutos— nosotros llegábamos ahora a todas partes precedidos por la fama de nuestro anticarrancismo, lo que nos daba gran popularidad e impulsaba a muchos correligionarios a acogernos calurosamente. O en otros términos: sin esperarlo ni merecerlo, empezábamos a pasar por grandes hombres —suceso de suyo muy revolucionario— y a disfrutar de las ventajas de que tal se nos creyera, aun cuando no lo fuésemos ni sintiésemos serlo.

El caso es que no menos de seis vecinos ricos estuvieron a visitarnos a cada uno la mañana siguiente a la noche de nuestra llegada, y que todos, a cuál más, nos brindaron sus casas con hospitalidad urgente, con hospitalidad de esa que no puede ni debe rechazarse. Aquéllos fueron para nosotros minutos de profunda satisfacción política. Nos sentíamos en la espuma de una popularidad llovida como del cielo, aunque perfectamente justa (¿cómo no había de ser justa si era la nuestra?), y por allí veíamos dilatarse al infinito el ámbito de la Revolución tal como nosotros la

entendíamos, y sus esperanzas. Floreció en nuestros corazones la primavera fugaz de los ideales tanto tiempo alimentados y nos pareció evidente que éstos se abrieran paso —ajenos como eran a todo egoísmo— entre personas que ni siquiera nos conocían.

Pero no duró mucho el encanto, pues de allí a poco abrimos otra vez los ojos a la realidad mexicana, y la Economía Política volvió por sus fueros. La verdad se reducía —triste verdad— a que los acaudalados vecinos de Aguascalientes, economistas de lo mejor, se apresuraban a semblantear a los revolucionarios recién venidos, en busca de las caras menos sospechosas o más tranquilizadoras, y que tan pronto como daban con el hombre de su simpatía lo colmaban de bondades, con ánimo de utilizarlo después. Tal, por lo menos, parecía ser la regla —regla sujeta a excepciones, se entiende, y, en todo caso, útil a ambas partes—. Gracias a ella todos nosotros encontramos alojamiento en menos tiempo que el necesario para pedirlo: mis ocho compañeros y sus familias, no recuerdo dónde; yo —amplia sala, pisos alfombrados, jardín y patio anchurosos—, en una de las principales calles y a corta distancia del Teatro Morelos, que era donde los convencionistas se reunían.

*

No siendo generales ni delegados de generales, nosotros no teníamos derecho a sentarnos en los escaños de la Convención. Pero no en balde nuestro papel de víctimas tempranas del carrancismo nos rodeaba en esos días de aureola a propósito para ser tratados con grandes miramientos. Desde la noche en que se nos declaró libres, las autoridades de la asamblea, según digo antes, nos señalaron sitio para que asistiéramos a las sesiones. Era una platea desde la cual dominábamos la sala perfectamente. La tribuna, colocada en el extremo izquierdo del escenario, nos quedaba al alcance de la mano. Un poco más allá, y al centro, teníamos, a unos cuantos metros, a los miembros de la mesa directiva.

A mí me bastó contemplar por primera vez aquel conjunto militar deliberante para convencerme de que el resultado de sus deliberaciones sería nulo. Quizá el nivel moral y cultural de la Convención no fuera tan bajo como el de algunas cámaras de diputados que luego hemos tenido en México —cámaras donde los diputados suelen venderse al mejor postor, donde se traiciona al compañero y al amigo, donde intrigan, y a veces mandan, legisladores que no escriben bien ni su nombre—. Pero con todo, la Convención Militar denotaba a leguas carecer del alto espíritu cívico y del patriotismo consciente indispensables en aquella hora. Se trataba de salvar a la Revolución quitando de en medio dos peligros: un peligro mayor —Carranza— y otro menor —Villa—. El primero representaba el falseamiento de la verdad revolucionaria y la vuelta, sin otra guía que las ambiciones personales, a la disputa del poder. El segundo representaba el desenfreno de la acción, domeñable sólo con la inteligencia. Mas los generales, que en su gran mayoría había hecho la Revolución movidos por un impulso colectivo vago, aunque noble (secundado por ansias

personales ya no tan nobles ni tan vagas), no estaban lo bastante capacitados para convertir en idea desinteresada lo que sólo había actuado en ellos como solicitud confusa. A la piedra de toque del patriotismo, los más respondieron con sus ambicioncitas personales, tan pequeñas, tan mezquinas, que, abarcándolos a todos en una sola mirada, no se comprendía que fueran los autores de la Revolución, ni menos que merecieran haberla hecho.

Eduardo Hay, que era allí de lo mejor —por lo menos en punto a propósitos—, pronunció en una de las primeras sesiones cierta frase reveladora del espíritu dominante en la asamblea. «Aquí —dijo entre grandes aplausos— estamos *a base* de honor». Porque la misma fama que en el acto conquistaron tales palabras demostró hasta dónde el sentimiento expresado era falso —falso no por quien lo manifestaba (hablaba en Hay el hombre estimable, el que no descendía a socaliñas ni complicidades con los que se manchan en el poder), sino por la fisonomía de los militares políticos que lo prohijaban con tales extremos—. Estaba a la vista que lo más extraño a la Convención era justamente la esencia de lo honorable, y eso, ni más ni menos, se pondría de manifiesto cuando, poco tiempo después, casi todos los generales, unos de una manera y otros de otra, habrían de faltar a su compromiso con pretextos fútiles. La «base de honor» se reduciría a que los generales, o sus representantes, estamparan su nombre bajo el águila de la bandera para negar ésta a los pocos días, con firma y todo. En vano serían los esfuerzos sinceros de algunos de los hombres de mayor prestigio como convencionistas —ejemplo, Villarreal— o como militares —ejemplos, Ángeles y Obregón—. A este último hay que reconocerle que en la Convención se mostró desprendido como pocos y dispuesto como nadie a la conciliación de los grupos enemigos —acaso demasiado dispuesto, o dispuesto en un tono que, por exceso de humildad, quitaba eficacia al ascendiente adquirido en las batallas.

*

La pobreza moral y cultural del ambiente convencionista creció de punto con la llegada de los delegados de Zapata y sus lugartenientes. Los zapatistas se presentaron una mañana, acompañados de Ángeles y demás militares que habían ido a buscarlos hasta las «montañas del Sur». Su aparición no sólo provocó entusiasmo, sino delirio. Se les recibía como si, en efecto, trajesen la verdad y el Evangelio, como si unidos Chihuahua y Morelos, el resto se resolviera por sí mismo. Sin embargo, no faltó quienes presintiesen, con sólo verlos entrar, que su concurso a la obra de la concordia serviría más para envenenar los ánimos que para calmarlos.

Encabezaban el grupo Paulino Martínez, Díaz Soto y Serratos: el primero, que en política era una serpiente; el segundo, que afectaba un plebeyismo revolucionario de que no había ejemplo ni entre los hombres más humildes de la Revolución; y el tercero, que era extraña mezcla de hombre bueno y de político sin brújula intelectual

y a vueltas con sus mejores impulsos. Para un auditorio de nivel bajo, los tres eran buenos oradores; en junto, mejores que los de cualquiera otra de las banderías allí presentes: mejores que los de Carranza, que los de Villa, que los de la tendencia personificada en Villarreal, Eulalio Gutiérrez y Lucio Blanco. Pero la oratoria de los tres —eso apareció desde el primer momento en los discursos que pronunciaron para contestar a la aclamación que se les tributaba— era de simple pasión negativa, más aún, de odio a cuanto no significase invertir los valores de modo que lo más bárbaro, lo más primitivo, o si, se quiere, lo más descivilizado, viniera a ser lo supremo en la historia de los hombres.

Díaz Soto vestía entonces pantalón de charro, guayabera de dril y sombrero ancho. Su aspecto —para quienes no lo conocían— era el de un capataz de carros de pulque. Pero exhibiéndose de esa suerte —adrede, sin necesidad—, nos daba, a quienes conocíamos su origen, su carrera y su cultura, la impresión de querer convertirse en símbolo, de querer ser una alegoría del zapatismo animada con el calor de su sangre y el vigor de sus músculos. ¿Era aquél, en efecto, el símbolo fiel del verdadero zapatismo? Zapata sigue siendo un enigma, pero un enigma cuya solución se traducirá, cuando haya quien lo interprete, en una de estas dos respuestas: o el zapatismo es el calzón blanco y el huarache —algo profundamente respetable por la verdad de su dolor—, o es el pantalón de charro y el sombrero ancho —representativos (fuera del teatro y las labores de la hacienda) de la degradación de la cultura; de la miseria espiritual del huarache y el calzón, sin el humilde dolor que redime a éstos; de la insolente pasión materialista de los pantalones y los zapatos, sin las aspiraciones superiores que a estos otros justifican—. Pues bien, en Díaz Soto, el zapatismo que hablaba era el del pantalón de charro, no el del calzón blanco; y otro tanto ocurría con Paulino Martínez, sólo que en él la voz acusaba también al leguleyo de pueblo, y otro tanto con Serratos, bien que en éste la expresión se disfrazase tras la estructura de una franqueza simpática.

II

HORAS DE LA CONVENCION

Pero si como cuerpo político la Convención estaba condenada al fracaso, como espectáculo lograba a cada momento los éxitos más halagadores. Yo llegaba a mi platea exactamente con la misma curiosidad que si se tratase de una representación de Reinhardt o de cualquier otro acontecimiento teatral donde pronto hubiésemos de sentirnos, actores y espectadores, arrebatados por el ritmo envolvente de la acción — allí más aguda, más invasora de las facultades del alma, a causa de las próximas evidencias de que aquello no era verdad fingida, sino verdad realmente verdadera—. Unas veces el espectáculo se resolvía en risa; otras dejaba el ánimo perplejo, desorientado, y otras, en fin, volviéndose tortura moral, limpiaba fugazmente los espíritus al toque de cierta grandeza estética. Porque, trágico en el fondo, cuando no en la forma, aquel espectáculo tenía su *catarsis*, como tenía también su choque fatal de fuerzas inconciliables. Luchaban allí, a muerte, dos maneras profundas de una sola nacionalidad: de una parte, la aspiración difusa, pero desesperadamente activa y noble, a mejores modos de vida social; y frente a esto, la incapacidad inmediata, colectivamente irremediable, de sosegar las turbulencias de la aspiración transformándolas en algo vividero, coordinado y orgánico. El móvil dramático visible era la pasión política, allí suelta, sin cortapisas, autónoma; y la presencia suprema en las encrucijadas de la acción era la pistola —la pistola elevada al rango del destino en la tragedia clásica o al del carácter en el drama moderno: la pistola pronta, imperante, definitiva.

*

Héroe del espectáculo convencionista solía serlo Roque González Garza. Villa lo había hecho su representante personal, y, al parecer, con muy buen acuerdo, pues una vestidura así —excelente por las intenciones, ingenua de maneras— resultaba la más a propósito para ofrecer a la junta de militares un trasunto desbravado de la figura, salvaje en exceso, del jefe de la División del Norte. En Roque, además, lucían otras virtudes: era fiel hasta la muerte, derrochaba valor civil y, para el caso, abundaba en esa clase de recursos parlamentarios cuya eficacia no se embotaba al provocar la risa de las gentes serias y doctas.

Cierta mañana llegó Roque a la Convención persuadido a fondo de que traía en las manos la solución del dilema Carranza-Villa. Brillaba de satisfacción y de misterio, y, más que nunca deseoso de comunicarse con sus amigos de confianza, se mostraba reservado a medias. En el rincón de un pasillo nos reunió a unos cuantos anticarrancistas probados y nos insinuó la importancia de su plan, aunque no la naturaleza precisa de él.

—Será —nos dijo— el golpe definitivo: o se va Carranza o se muere como líder.

—¿Y Villa? —le preguntamos.

—Villa es lo de menos. Lo importante está en que si Carranza insiste en quedarse, se acaba.

¿Y cómo, o por qué, había de acabarse Carranza si no se iba? Eso no nos lo dijo. Con lo cual, al verlo caminar minutos después hacia el salón de sesiones, nosotros nos quedamos sonrientes e incrédulos.

Porque Roque, en fuerza de ser bueno y querer encontrarle camino a todo, sembraba a menudo, aun entre sus mejores amigos, dudas acerca de su capacidad mental. Me las inspiraba a mí igual que a cualquier otro, o más quizá que a otros, puesto que en la estimación que yo hacía de él rendían no pequeño tributo los recuerdos de su gracioso paso por otra convención política: la del Partido Liberal Progresista en 1911. Allí había hecho Roque —por sobra de buena fe, por su cándido optimismo respecto de lo sencillo y de lo sincero— cosas fantásticas y de un sabor anecdótico imborrable. ¿Cómo olvidar la tierna conducta de Roque —opuesta, por tierna, al ambiente nauseabundo de las asambleas políticas— el día que hizo crisis en el Liberal Progresista la pugna entre los partidarios de Vázquez Gómez y los de Pino Suárez? Roque oyó la bella y falsa requisitoria de Urueta contra el primero de los dos candidatos, aquella que el orador empezó con la mordacidad de esta frase exclamativa: «¡El cerebro de la Revolución!...». Escuchó luego la formidable defensa de Luis Cabrera, defensa llena de avisos prudentes y de anticipaciones del futuro. Y agitada el alma por el entusiasmo del momento, poseído de su deber, seguro de su hora, anunció que el argumento último para dirimir el conflicto estaba en ciertos documentos oficiales que él poseía y cuya lectura no podía ni debía dejarse de tomar en cuenta. Sin embargo, como no llevaba consigo aquellos papeles pidió tiempo para ir a buscarlos, y una hora después regresó, vestido de levita —chaleco blanco, sombrero alto—, y subió a la tribuna en medio de la expectación general. Estaba trémulo de emoción cuando rompió a hablar, y a tal punto, que parecía querer apaciguarse apoyando la mano derecha sobre el pecho, del lado del corazón.

—Preparaos, señores delegados —exclamó, llenando con la voz el ámbito de un silencio profundo—; preparaos a vivir este instante solemne. Aquí —y se tocaba de nuevo el pecho—, aquí traigo las memorias de mi hermano Federico... Vais a escucharlas...

Y no se le oyó más, porque la grito que se desencadenó fue tan espantosa que lo hizo desaparecer de súbito, como si una fuerza sobrehumana lo hubiese precipitado en el Tártaro de la rechifla, de donde surgió a poco, arrugados los faldones de su traje de ceremonia, incompletos los puños de la camisa, deshecho el nudo de la corbata.

Escena de tal calibre, por supuesto, no habría de repetirse en Aguascalientes. Tres años de intensa actividad política habían transcurrido desde los albores del maderismo, tres años que para Roque —harto más despierto y sutil de lo que pudiera pensarse al principio— suponían un aprendizaje enorme. Mas, a pesar de eso, la proposición extraordinaria con que quería resolver ahora el conflicto entre Villa y

Carranza —así lo vimos sus amigos en cuanto la hizo pública— guardaba estrecha afinidad con la que quiso usar tres años antes para resolver la pugna de Vázquez Gómez y Pino Suárez. Sólo que esta vez, ayudado de su experiencia, y puestas las cosas en otro plano y entre otros hombres, se acercó a la caricia de la ovación casi tanto como la vez anterior a la estrujadura de la mofa y los silbidos.

Con gran destreza exaltó Roque el profundo desinterés político del general Villa, su disposición al sacrificio máximo en aras de la patria, y acabó por entregar un pliego en el cual el jefe de la División del Norte se comprometía —resuelto a no entorpecer la magna obra revolucionaria— a quitarse la vida con su propia mano, siempre y cuando el Primer Jefe se suicidara juntamente con él.

Aquella fue la jornada máxima del villismo heroico.

*

Pero en materia de grandes momentos del espectáculo convencionista nada igualaba a las grandes borrascas que sabía desencadenar Antonio Díaz Soto y Gama. Se lo permitía su oratoria, de fluir continuo, y casi se lo reclamaban las doctrinas disolventes a cuya difusión se entregaba por entero, o poco menos. Díaz Soto no creía en Dios ni en el diablo, en el bien ni en el mal, en la patria ni en la familia, en lo mío ni en lo tuyo. Creía apenas en el origen misterioso, mágico, del evangelio zapatista y en la persona sobrehumana de Emiliano Zapata, a quien pintaba, entre las cumbres de las montañas del Sur, en el acto trascendente de revelar a unos cuantos adeptos el Plan de Ayala. Su visión del zapatismo se ataviaba con evocaciones bíblicas —el Sinaí, Moisés; el rayo y el trueno—, y si las cuatrocientas cabezas de la asamblea militar no se humillaban al roce de la extraña palabra, a un tiempo santa y laica, Díaz Soto flagelaba el espíritu de sus oyentes echándoles en cara su ignorancia, su inconsistencia y su servil sumisión a los prejuicios más groseros y más indignos del alma revolucionaria. Era, en una palabra, tremendo.

Un día se acordó de que había socialismo, de que Karl Marx había escrito el *Manifiesto comunista* y *Das Kapital*, y de que las patrias y otros embelecos eran mera invención de la clase explotadora para no aflojar las cadenas del proletariado. Y como los pobres generales convencionistas no sabían mucho de aquello, resolvió explicarles el asunto con la vehemencia de gesto y la calidez de palabra en él características.

El candor patriótico de no sé quién (de Ángeles, o de algún otro revolucionario no iniciado en los sacros misterios de la Internacional) había puesto en la tribuna una bandera mexicana sujeta a su asta y dispuesta de modo que su cercanía mantuviese vivo el patriotismo oratorio. Los tres colores de Iguala y el águila precortesiana presidían tutelarmente a cuanto en esa tribuna se pensaba y se expresaba. Por momentos la voz del orador, o la brisa que hacían sus ademanes, agitaba los pliegues de la enseña patria, como para incorporarla a su timbre, como para sumarla a su

gesto. Había también algunos que, absortos en la lucubración interna de su pensamiento, acercaban la mano a la tela, con inconsciente deseo de acariciarla o para dar calma a los nervios librándolos de la ociosidad del tacto. Y había también quienes hacían entrar la bandera en sus discursos con el propósito manifiesto de atraerse al auditorio, de entusiasmarlo, de enardecerlo.

Hasta esa mañana, Díaz Soto no dio nunca señales de percatarse, en el curso de sus peroraciones, de que tal bandera estuviese allí. Pero esta vez, mientras ordenaba sus ideas para empezar a hablar, tomó la tela por una de las puntas, la levantó ligeramente, y al fin la dejó caer, al tiempo que iniciaba la primera frase. El tema central de aquel discurso no lo recuerdo, por más que los periodos principales versasen, como de costumbre, sobre el ideal zapatista y la necesidad de hacerlo bajar desde las montañas meridionales hasta las llanuras del centro y el norte de la República —dicho todo ello con la elocuencia pirotécnica y reiterativa en que Díaz Soto era maestro—. El caso es que hubo un bello trozo, de grandes rasgos históricos, donde se hacía ver cómo era uno el género de los hombres, uno su origen, uno su destino. Hubo otro por donde desfilaron, ante los ojos encandilados de los convencionistas, los grandes guadores de la humanidad, la procesión magnífica de los maestros que no incurrieron en las distinciones de nacionalidad, ni de color, ni de raza: Buda, Jesucristo, San Francisco, Karl Marx y Zapata. Y luego, en el paroxismo de la elocuencia militante y arrebatadora, vinieron otros periodos —éstos los más brillantes— destinados a denunciar la perversa división de los hombres en pueblos y naciones, a vituperar los imperios, a negar y escarnecer la patria y las patrias y a abominar de todos los emblemas pueriles que los hombres inventan para odiarse entre sí y combatirse.

En esta última parte de su discurso, quiso Díaz Soto unir el acto a la teoría, para lo cual, cogiendo la bandera mexicana que tenía al lado, la hizo objeto de múltiples apóstrofes y exclamaciones y preguntas retóricas.

—¿Qué valor —decía, estrujando la bandera y recorriendo con la vista palcos y butacas—, qué valor tiene este trapo teñido de colores y pintarrajeado con la imagen de un ave de rapiña?

Nadie, naturalmente, le contestó. Él tornó a sacudir el lienzo tricolor y a preguntar, o exclamar:

—¡Cómo es posible, señores revolucionarios, que durante cien años los mexicanos hayamos sentido veneración por semejante superchería, por semejante mentira!...

Aquí los militares convencionistas, cual si fueran librándose poco a poco de la magia verbal del orador predilecto de Zapata, empezaron a creer que veían visiones, y, segundos después, vueltos del todo en sí, se miraron unos a otros, se agitaron, iniciaron un rumor y en masa se pusieron en pie cuando Díaz Soto, a punto ya de arrancar la bandera del asta —tamaño era su ahínco—, estaba dando cima a su pensamiento con estas palabras:

—Lo que esta hilacha simboliza vale lo que ella, es una farsa contra la cual todos debemos ir...

Trescientas pistolas salieron entonces de sus fundas: trescientas pistolas brillaron por sobre las cabezas y señalaron, como dedos de luz, el pecho de Díaz Soto, que se erguía más y más por encima del vocerío ensordecedor y confuso. Flotaban principios, finales, jirones de frase; sonaban insultos soeces, interjecciones inmundas...

—Deje esa bandera, tal por cual...

—... Zapata, jijo de la...

—Abajo..., bandera..., don...

En aquellos instantes, Díaz Soto estuvo admirable. Ante la innúmero puntería de los revólveres, bajo la lluvia airada de los peores improperios, se cruzó de brazos y permaneció en la tribuna, pálido e inmóvil, en espera de que la tempestad se aplacase sola. Apenas se le oyó decir:

—Cuando ustedes terminen, continuaré.

III

LA MUERTE DEL GAUCHO MÚJICA

Durante nuestra estancia en la Penitenciaría, Berrueco —o *el Berrueco*, según lo llamaba el coronel Domínguez— nos había traído una tarde la historia completa de la liberación del Gaucho Mújica, a quien habían dejado salir de la cárcel de Belén dos o tres días antes.

Este Berrueco era uno de los varios agentes que yo había colocado en la Inspección General. Insignificante en todos sentidos, al principio apenas lo diferenciaba yo de los otros; pero luego empezó a distinguirse por su fidelidad y actividad, y, por último, vino a merecernos entera confianza, entre otras cosas por ser, de todo el grupo a que pertenecía, el más asiduo en visitarnos a Domínguez y a mí en los días de nuestro encierro. El general Plank estaba perfectamente al tanto del empleo que Berrueco desempeñaba, y aun sabía, por habérselo dicho nosotros, que era él, ni más ni menos, el conducto por donde nos llegaban muchas de nuestras informaciones políticas. Con todo, Plank no le puso nunca obstáculos para que entrara a hablarnos hasta el departamento que nos servía de celda, ni mucho menos informó a Carranza de la frecuencia e índole de aquellas visitas. Entre los deberes políticos y los de la amistad, Plank supo siempre, si entraban en conflicto, optar por los segundos.

—Ya sé que no van ustedes a creerme —nos dijo esa vez el Berrueco—, pero les aseguro que es cosa cierta, absolutamente cierta. Un general de los más inmediatos a Carranza ha conchabado al Gaucho Mújica para que vaya a asesinar a mi general Villa. El Gaucho anda ya suelto (¡como si no hubiera estado preso por homicidio!), y el general que digo le tiene ofrecida una gruesa suma de dinero, y la libertad absoluta, si cumple su palabra. A estas horas debe de ir camino de Chihuahua, resuelto a acercarse a mi general Villa, a ganar su voluntad y a matarlo en la primera ocasión favorable.

Esto no lo decía Berrueco con la calma que yo lo escribo, sino excitadísimo, más torpe de lengua que de costumbre y tan pálido y convulso que bastaba mirarlo para apreciar de un golpe la importancia terrible que atribuía a su descubrimiento policiaco. Su nerviosidad, en todo caso, se justificaba, por lo menos en parte. Porque el plan —dadas las brillantes aptitudes de matador de hombres que florecían en el Gaucho— era un serio peligro para la vida de Villa, y eso, en nuestro agente, tocaba fibras muy sensibles. Berrueco no había visto nunca al jefe de la División del Norte ni tenía por qué guardarle adhesión personal, mas recordaba de sobra —y en ello tenía cifrado su porvenir— que yo lo había puesto en el servicio secreto del carrancismo no para servir a Carranza, sino al revés, para ser útil a los intereses nuestros, los del grupo anticarrancista, cuyo resorte mayúsculo consistía entonces en la fuerza acumulada en la persona de Villa. Y con el hábito de sernos leal en este punto, Berrueco acabó pronto por sentir —casi con igual gravedad que nosotros—

cuanto se refería al formidable guerrillero.

Arrojado y valiente como pocos, Domínguez se echó a reír de lo que Berrueco estaba diciéndonos. Y es que la historia, oída así, de pronto, sonaba tan absurda que no merecía tomarse en serio. Se necesitaba calibrar bien la circunstancia de que el protagonista del asesinato en proyecto fuera el Gaucho Mújica —pensar en su temple extraordinario, en sus audacias criminales— para convencerse de que allí podía haber algo, cuando no posible, sí creíble.

—Usted, amigo Berrueco —dijo Domínguez—, anda mirando moros con tranchete. Se ve que no conoce usted a Villa...

—Tampoco el Gaucho lo conoce —respondió Berrueco, que no era tonto para su oficio.

A lo que Domínguez replicó:

—Como si lo conociera; porque el Gaucho o no es lo que dicen, o debe imaginarse que todavía no nace el valiente capaz de arrimarse a Villa para asesinarlo. Con Villa no se juega.

—Pues usted piense lo que guste, mi coronel; pero yo les juro que es un hecho lo que digo, y si no, allá se verá.

Y al decir estas palabras, Berrueco dejó de tartamudear, como si se lo prohibiera la solemnidad del juramento.

A mí me pareció que lo primero era poner en limpio el origen de la noticia, cualquiera que fuese la verosimilitud de ella. Inicié, pues, todo un interrogatorio.

—Comience usted —le dije a Berrueco— por aclararnos quién es ese general.

Él no lo pensó mucho, sino que contestó al punto:

—Don Pablo.

Entonces fui yo el de las dudas.

—¿Don Pablo? ¡Imposible! Don Pablo no es capaz de semejantes cosas.

—Don Pablo —insistió Berrueco.

—Pero ¿cómo lo sabe usted? —dije, volviendo a las preguntas.

—Por dos conductos diferentes; por los dos conductos mejores.

—¿Cuáles?

—Lo sabemos (pues no sólo lo sé yo: lo saben también otros agentes), primero, por alguna persona que está cerca de don Pablo, y luego por otra persona que está en comunicación con Mújica.

—¿Qué personas?

—Unas personas.

—Pero ¿cuáles? ¿Cómo se llaman?

—De la primera no puedo decir nada. La otra es una mujer.

—¿Qué mujer?

—Una mujer, señor; una mujer que está en relaciones con el Gaucho. No me obligue usted a decirle el nombre: también nosotros tenemos nuestro secreto profesional.

El Berrueco se fue, y nosotros nos quedamos pensativos y llenos de dudas. Domínguez no persistió mucho en su impresión primera: ya no encontraba del todo imposible que hubiese alguien con suficientes tamaños para ir a asestar a Villa un golpe en su propio terreno. Al contrario, ahora lo encontraba lógico. «Sólo de ese modo se concibe —se decía a sí mismo— la muerte de Villa: asesinado villanamente, a mansalva, y por un cobarde, no por un hombre con el corazón en el pecho». Pero yo seguía tan escéptico como antes, aunque más que por el Gaucho Mújica, por la supuesta intervención de don Pablo. Que uno de los primeros generales de la Revolución —primero en rango, ya que no en triunfos— descendiera hasta urdir un golpe de mano, una trama ruin y cobarde, y justamente contra el hombre a quien la Revolución debía sus mayores victorias militares, no me entraba en la cabeza. Aceptarlo era renunciar de plano a las ilusiones revolucionarias más puras e idealistas, renunciar a todo aquello que el carrancismo repudiaría después, y aun aniquilaría en voz alta, al proyectar y proclamar el tenebroso asesinato de Zapata.

Vinimos al fin a parar en que nuestro deber nos mandaba no tener por imposible lo que Berrueco nos decía, y, por sí o por no, acordamos dar a Villa aviso de las supuestas intenciones del Gaucho y sus cómplices. El caso no se prestaba a telegramas ni cartas; de suerte que escogimos de entre nuestros amigos uno, llamado Cabiedes —más amigo de Domínguez que mío: joven, leal, valiente—, para que llevara el mensaje de palabra. Lo que nuestro enviado tenía que hacer se concretaba a repetir a Villa, punto por punto, nuestra conversación con Berrueco.

*

Libre en Aguascalientes, pensé desde luego ir en busca de Villa, entre otras cosas para conocer el desenlace que hubiera cabido al Gaucho y a su empresa. Tres semanas habíamos pasado en la Penitenciaría después de la fecha en que partiera Cabiedes, y ni él regresó nunca a darnos cuenta de su misión, ni Villa nos respondió palabra por ningún conducto.

Salimos, pues, Domínguez y yo hacia Zacatecas, y al anoecer dimos con el jefe de la División del Norte, que tenía instalado su cuartel general más allá de Guadalupe. Nuestra presencia, al parecer, le sorprendió grandemente:

—¡Pero ¿de dónde caen ustedes, amigos?! Yo estaba en que los había mandado fusilar el viejo.

—No, general; todavía no.

—Pues ¿y Nafarrate?

—No lo hemos visto...

—Se salvan de milagro, créanmelo. Porque, la verdad, para mí era seguro que algo había de pasarles, sobre todo a este amigo.

Y al decir lo último señalaba a Domínguez. Éste preguntó:

—¿A mí, general?

—A usted, amiguito, a usted. Porque usted es muy hablador.

Domínguez se puso rojo de rabia y dirigió a Villa una mirada miope y rencorosa. Pero Villa, que no decía aquello con mala intención, sino más bien en tono de reproche amistoso, siguió hablando, por fortuna para nosotros, sin notar el enojo de Domínguez. Estaba contento, casi alegre, lo que se le echaba de ver en la mirada, menos rojiza que de costumbre, menos inquieta, menos en zozobra, y en la suavidad, más humana, de los movimientos de su enorme mandíbula.

Tocando a Domínguez un hombro con la mano izquierda, prosiguió:

—Y gracias por el aviso. ¡Diablo de Gaucho! ¡Pues no me andaba ya cazando!

—Pero ¿llegó a venir? —le pregunté.

—Dos veces, amiguito. La primera me engañó bien. Dijo que me admiraba sin conocerme: sólo por la fama, y que quería juntarse con mis fuerzas. Me estuvo contando sus muertes (seguro para *criarme* confianza), y por último me sacó dinero para un viaje al Norte, de donde me prometió volver de allí a poco. Luego vino el amigo de ustedes... ¿Cómo se llama?

—Cabiedes.

—Eso: Cabiedes. Vino, digo, y me enteró de la cosa. Ya se figurarán cómo me puse. Al tal Cabiedes por poco le meto un tiro, para que aprendiera a llegar más de *priesa*. Pero luego me apacigué pensando que el Gaucho volvería, lo que sucedió pronto.

—Y ¿entonces?

—¿Entonces? Entonces se arregló todo... Ya lo tengo enterrado...

—¡¿Enterrado, general?!... ¿Dónde?

—¿Cómo dónde? ¡Ah, qué amigo éste! Pos bajo el suelo. ¿Dónde había de ser? Y miren que el muy jijo de tal anduvo en escapárseme. Porque aquí los licenciados me dijeron que siendo extranjero no lo podíamos despachar así nomás. Pero yo dije: bueno, y ¿qué por ser extranjero no ha de pagar las que debe este Gaucho traidor? Y le hice juicio que nombran internacional. Lo confesó todo, todito, pues le advertí que ya sabía yo la mera verdad, y que si me mentía le echaba bala, y si no, que allá veríamos. Míster Carothers, el cónsul de los Estados Unidos, oyó la confesión y firmó las actas. Luego las volvimos a leer; mandé que les pusieran más sellos y más firmas, y vi que era de justicia sentenciar al Gaucho a la pena que él quería aplicarme. Míster Carothers dijo que en mi caso haría lo mismo. Cuando el Gaucho supo que lo iba yo a quebrar se alebrestó no poco y se puso a ofrecerme cosas. Me juró y rejuró que iría a matar a Carranza con tal de que yo lo perdonara. Pero yo le dije que de cuándo acá me hacían a mí falta traidores para matar a mis enemigos. «Yo no soy de esos, don tal —le dije—; yo tengo armas y sé usarlas a lo hombre». Pronto adivinó que la tenía perdida y se resignó con su suerte... Ay mismo lo fusilamos.

Nosotros habíamos escuchado a Villa en silencio. Y luego, al concluir él su relato, seguimos sin decir palabra y mirándonos uno a otro.

Después de una pausa larga, añadió Villa:

—Y ese Cabiedes, ¿dónde está? Me remuerde el mal pensamiento que tuve cuando se me figuró que no había venido bastante apriesa a darme razón del mensaje. Mándenmelo para hacerle un regalito. ¡Quién sabe si en este momento esté debiéndole la vida! Es buen muchacho: serio, prudente, servicial...

IV

EL ARTE DE LA PISTOLA

A la mañana siguiente, Villa, gran enamorado de las armas de fuego, llevó a ellas la conversación; por donde yo —como siempre que eso pasaba— me encontré de pronto, a la inversa de Domínguez, sin mucho que decir. Esta vez, sin embargo, no quise callarme por completo y referí al guerrillero, en tono que quitaba al asunto toda importancia, lo que tanto me sorprendiera a mí meses antes en Sinaloa: las raras aptitudes que hacían del general Felipe Riveros el portapistola más notable de los campos revolucionarios.

—El general Riveros —dije— es un gran tirador. A veinte pasos mete la bala dentro de un casquillo del mismo calibre.

Villa, que acababa de levantar las manos para arriscarse el ala del sombrero, se quedó inmóvil, con los brazos en alto, y, manteniéndolos así, repitió con acento de duda:

—¿La bala dentro de un casquillo del mismo calibre?

—Sí, general.

Luego apoyó los codos sobre la mesa, miró a lo lejos, a través de la ventanilla que le quedaba enfrente, y declaró al fin, recobrada su firmeza de costumbre:

—Oiga, eso no puede ser.

A mí, en realidad, la proeza de Riveros no me constaba: la sabía por terceras personas. Pero quienes me la contaron le habían dado tales visos de hecho comprobable, que en el acto la tuve por cierta, sin ocurrírseme nunca pedir a Riveros que la ejecutara ante mis propios ojos. Convencido, pues, insistí en lo dicho:

—Sí, general, sí puede ser.

—Por si puede ser —replicó Villa—, ahorita mismo vamos a verlo, porque entonces yo lo hago. ¡Vaya si lo hago!

Y sin esperar más, se puso en pie.

Bajamos del coche él, Domínguez, yo y, poco después, algunos de los oficiales —entre ellos, acaso, Luis Aguirre Benavides.

Un rato permaneció Villa al borde del terraplén, mientras descubría en torno sitio apropiado adonde dirigirse. La mañana era soberbia. Húmeda y prodigiosamente transparente, la luz lo bañaba todo en claridad: en claridad perfecta, en claridad que parecía embeber las cosas sin tocarlas. Se distinguían con igual precisión los menores accidentes del campo próximo a nosotros que las enormes rugosidades de las montañas, remotas y azules. Salvo en la perspectiva, para los ojos no había cerca ni lejos: íntegros se duplicaban en el secreto espejo de la contemplación los más diminutos trazos del paisaje.

A cien metros de la vía férrea se veían los restos de una tapia de adobes. Villa caminó hacia ella, seguido de nosotros, y allí se detuvo. Luego, sin proferir palabra, se puso a considerar la situación del sol respecto de la superficie de los adobes. De un

lado de la tapia los rayos se quebraban en sombra y luz; del otro la sombra era suave, pareja. En este último palpó Villa, con la punta de los dedos, las juntas abiertas entre adobe y adobe, hasta dar con una que le agradó. De la canana extrajo luego un cartucho; se lo llevó a la boca; lo cogió entre los dientes por la parte de la bala, y, haciendo girar lo que le quedó entre los dedos, separó el casquillo. Los brillos de níquel del proyectil se encendieron en sus labios durante varios segundos y allí estuvieron mientras mantuvo los ojos fijos en el montoncito de pólvora que iba vaciando del casquillo en la palma de la otra mano. Finalmente, a la vez que derramaba la pólvora hacia el suelo, lanzó la bala a lo lejos, cual colilla que se escupe. Al caer, el proyectil fue breve aerolito de luz.

Villa, evidentemente, no quería ser menos que el general Riveros, pues en todo cuanto hizo a continuación puso diligencia y esmero minuciosos. A la altura exacta de su pecho enclavó el casquillo entre dos adobes, cuidando de darle ligerísimo declive hacia atrás, como si en efecto conociera el curso matemático de la trayectoria de sus balas. Fue en seguida a colocarse a veinte pasos del casquillo, desde donde apuntó con la pistola, y volvió a corregir, imperceptiblemente, la posición del blanco. Luego repitió la maniobra una vez más, y luego otra, y otra.

Para mí era aquel un Pancho Villa desconocido: un Villa casi infantil, cuyo entretenimiento, pese a las sanguinarias evocaciones de la pistola, concordaba de extraña manera con la sonrisa de la luz y la profunda paz del campo. Yo lo veía ir y venir —inclinarse, erguirse, alargar y recoger brazos y piernas— fascinado en parte por el brío de atleta con que iniciaba y acababa cada movimiento, en parte poseído de vaga inquietud. Porque en medio de todo me turbaba el temor de lo que pudiese resultar de allí. ¿Sería factible, como decían, la hazaña atribuida al general Riveros? Y de no serlo, ¿cómo reaccionaría Villa? A mi derecha, Domínguez observaba los preparativos del guerrillero con curiosidad de tirador de oficio. A mi izquierda, y un poco atrás, estaban los oficiales.

Por fin se dispuso Villa a disparar. Mas antes de reducir el ojo a la sola visual del casquillo, se dirigió a mí:

—Ya lo oyó, amigo: si puede hacerse, yo lo hago. Ahorita lo veremos.

Levantó la pistola con lentitud; apuntó. Pero cuando creí que iba a hacer fuego, dejó caer de nuevo el brazo. Luego tornó a levantarlo con presteza y, sin tiempo ninguno para apuntar, hizo el disparo. La detonación sonó, pequeña, distinta, seca, clara como los perfiles de aquella mañana de luz.

Todos corrieron entonces hacia los restos de la tapia, menos Villa, que se encaminó a ella paso a paso, y yo, que eché a andar ligeramente detrás de él, fijos los ojos en las bruñidas cachas del arma, ya vuelta a la cintura. La culata se le recortaba sobre la lana de un *sweater* café y hacía allí juegos luminosos.

—¡Le dio usted, mi general! —gritaba uno de los oficiales.

—¿En el mero casquillo? —preguntó Villa.

—Sí, mi general; allí mérito.

Villa se acercó al grupo.

—A ver —dijo.

Yo también adelanté la cabeza. La bala, cierto, había tocado el casquillo, pero sin pasar por la abertura al interior; sólo se había llevado uno de los bordes.

Villa, así que lo hubo visto, dijo:

—Lo que este amigo cuenta del general Riveros no lo hace nadie.

Yo guardé silencio. Domínguez observó:

—¿Por qué no prueba de nuevo, mi general?

—¿De nuevo? ¿Pa qué otra vez? Sería gastar los tiros de *oquis*.

Y volvió a mirar, ahora más de cerca, el efecto de la bala. A los pocos segundos dijo:

—Pero miren lo que son las cosas. Considerándolo bien, empiezo a figurarme que la treta no es ultimadamente muy difícil ni tan imposible. Se me hace que le vuelvo el crédito aquí al licenciado. Sí, amigo —y se puso de espaldas a la tapia para mirarme—. Cuando andaba de huida por la sierra hubiera yo hecho eso que dice usted que hace el general Riveros. Porque allá me vivía ocho y diez meses sin tocar mujer: el cuerpo se me conservaba siempre lozano. Aquí no es igual. Aquí, aunque no lo quiera uno, siempre se mueve el pulso. Créamelo, licenciado, la mujer es el peor enemigo del tirador, como lo es, a lo que dicen, de los toreros.

Aquella explicación salvadora me pareció a mí harto plausible, y la hubiera reforzado con argumentos y teorías a no ser porque Villa varió el curso de su pensamiento preguntándome de pronto:

—Y usted, amigo, ¿qué clase de tirador es?

Yo me sentí entre la espada y la pared; pero, por las dudas, preferí la espada:

—Yo, muy malo, general.

Dijo Villa:

—¡Ande, ande! No será tan malo cuando vive en estas bolas. Tire pues un poco para que lo vea.

Por sola respuesta fui a ponerme en el sitio desde donde Villa había disparado. Saqué la pistola. Apunté muy despacio. Tiré.

La bala erró el casquillo en cinco o seis centímetros.

—Malo de veras, amigo —gritó Villa—. Tire ahora al descubrir.

Yo alcé rápidamente el brazo y disparé. La bala pegó a medio metro del casquillo.

—¡Pos sí que es malo! —exclamó Villa.

Y luego, conforme me le acercaba, me dijo:

—Me asombra, amiguito, que esté todavía con vida. ¿Cómo se las arregla, pues, para defenderse de los carrancistas?

Él, por supuesto, se imaginaba que yo andaba riñendo a tiros a mañana, tarde y noche. Pero como sacarlo de su error me hubiera disminuido a sus ojos, sólo contesté:

—Allá me defiendo como puedo, general.

La respuesta no le satisfizo. Replicó en seguida, moviendo admonitoriamente la

cabeza:

—No, amiguito, no. Lo veo en muy malos pasos. Uno de estos días me lo matan.

Y clavó en mí sus ojos, ajenos siempre al sosiego. Sentí que me miraba de arriba abajo como el indio yaqui mira cuanto cae dentro de su vista: como posibilidad de blanco para disparar. Después, echándome un brazo sobre el hombro, me atrajo hacia sí y me llevó, caminando pasito a paso, hasta la tapia de adobes. Allí, ambos vueltos de espaldas hacia el grupo donde quedaban los oficiales, Aguirre, Benavides y Domínguez, continuó en voz baja, para mí solo:

—Usté me cae bien, amiguito, por lo cual lo juzgo digno de mejor suerte. Voy, pues, a darle un consejo: buen consejo, se lo aseguro. Sígalo y guárdese lo. A ver: déque su pistola. Usted aprieta el gatillo con este dedo, ¿no es verdad?

—Sí, general, con ése.

—Bueno, pues cuando tire al descubrir no use ese dedo, sino éste.

Y me enseñó el dedo de en medio.

—El índice, en vez de usarlo para el gatillo, póngalo así. ¿Comprende?

—Comprendo.

—Pero fíjese bien, amiguito: exactamente así, porque de eso depende todo lo que de otra manera no ha de resultarle... Eso es, así.

Y seguro de haberse dado a entender, añadió mientras me empujaba por un brazo:

—Ándele, pues. Haga la prueba.

Él volvió a reunirse con el grupo de los oficiales y Domínguez, y yo fui a colocarme otra vez a distancia conveniente del blanco. Había cogido la pistola de acuerdo con sus enseñanzas. En cuanto me vio a punto de disparar, me animó a voces:

—Tire sin miedo, que le saldrá bien.

Casi sin apuntar, disparé. La bala se perdió en el espacio.

—Así lo hago peor, general —dije.

—Eso se le afigura. Tire otra vez, que yo soy su maistro.

Volví a tirar. La bala tocó a medio metro del casquillo. Dijo Villa:

—Ya va mejor, amigo. Tire de nuevo, también sin apuntar.

Obedecí. La bala se acercó hasta diez centímetros. Él exclamó con vanidad de profesor:

—¡Qué tal! ¿Se convence ahora? Ensáyese así un poco todos los días y verá.

Domínguez me miraba lleno de curiosidad y de asombro. Pero yo, aunque me mostraba satisfecho para halagar la amable disposición del guerrillero, fingí que aquello me parecía muy natural, no obstante que en el fondo no cabía en mí de sorpresa al sentirme dotado de tanta puntería.

*

Esa tarde, de regreso para Aguascalientes, Domínguez se empeñó en que le

descubriera el secreto. Me resistí al pronto, mas al fin la amistad venció.

—Bien —le dije—, te lo diré; pero a condición de no comunicárselo a nadie mientras Villa esté vivo.

Y, en efecto, hecha de su parte promesa formal, le trasmití el consejo mágico —o que tal se me figuraba.

La Historia no determina aún lo que había en el fondo de la afición de don Venustiano a retratarse: si un sentimiento primario o un recurso político de naturaleza oculta y trascendente. ¿Se complacía Carranza en su propia imagen, conocedor tal vez del poder atractivo que halló en sus rasgos la oratoria de la «barba florida»? ¡Tierno narcisismo de sesenta años! ¿O sería más bien que el Primer Jefe, molesto de topar a cada paso con los retratos de Madero, aspiraba a sustituirlos por otros? Posiblemente el biógrafo del porvenir se detenga en la tesis intermedia y declare que a don Venustiano le repugnaban los retratos del Presidente Mártir tanto cuanto le deleitaban los suyos. De ser así, se invocará como testimonio, de una parte, la frecuencia con que el Primer Jefe iba a colocarse frente al aparato de los fotógrafos, y de la otra, el sufrimiento que le causaban los entusiasmos maderistas a cuyo son era siempre recibido. De esto último sabemos algo cuantos entramos con él, durante los primeros meses de la lucha, en ciudades grandes o aldeas ínfimas. Se veía lucir dondequiera, adornado de guirnaldas y coronas, el retrato de la víctima de Victoriano Huerta; brotaba de todos los sitios el grito maderista de la multitud —multitud cándida, multitud confiada en sus nuevos guadores—, y el Primer Jefe, a pie o a caballo, se envolvía en el manto frío y sonriente de su despecho al confirmar que Carranza no descollaba en los vivas ni en los retratos.

Ello es que la figura de don Venustiano y la fotografía de la Revolución se compenetraron. Carranza llegó a Sonora no sólo huido, sino sucio, andrajoso; y cuando todos esperaban oírle pedir un baño —agua y jabón que le quitaran mugre y piojos—, se escuchó con sorpresa que el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista sólo quería retratarse. Para la fotografía revolucionaria fue aquél un suceso fecundo: de entonces data la conciencia de su destino como actividad llamada a grandes cosas; de entonces el empuje, pronto crecido, luego en auge, de su desarrollo económico. Porque don Venustiano cultivó a partir de allí tan tenaz y arrolladora inclinación a prodigarse en efigie, que su sonrisa bonachona y el brillo de sus espejuelos vinieron a ser en poco tiempo, para el agosto de los fotógrafos, verdadera alondra de luz: de luz áurea y tintineante. Miles de pesos importaban en Hermosillo las cuentas de retratos de la Primera Jefatura; más aún las de los retratos hechos en los talleres norteamericanos de California, adonde se encargaban, por insuficiencia de los establecimientos de Sonora, los trabajos en grande escala: los tirajes de cien mil a doscientos mil ejemplares, las impresiones en papel de lujo o de fantasía. Y esto mismo, importante ya, no habría de ser sino el comienzo de la era fotográfica, pues luego, no contentos con la imagen estática del Primer Jefe, los supremos directores de la Revolución recurrirían a la cinemática.

Mediaban las labores de la Convención cuando se presentó en Aguascalientes uno de los fotógrafos oficiales del constitucionalismo. ¿Fue Abitia en persona? ¿Fue alguno de sus ayudantes o de sus émulos? Quienquiera que fuese, el fotógrafo venía —y esto es lo importante— a mostrar a los señores miembros de la asamblea la película de las gestas revolucionarias, tomada sobre el propio campo. Su misión, pues, más que de artista, era de político, y de político sagaz, de político constructivo. Porque nada en verdad tan oportuno en aquella hora del llamamiento a la concordia, como hacer que los jefes de los grupos contrapuestos se vieran de nuevo así fuese en la pantalla, batallando juntos por la empresa guerrera y política de que ya eran constancia documental las escenas grabadas en la cinta de celuloide. Allí se veía a Carranza rodeado de los mismos que intentaban desconocerlo ahora. Allí aparecía Villa al frente de las formidables tropas con que meses antes, en nombre del plan constitucionalista de Guadalupe, arrebatara Ciudad Juárez, Chihuahua, Torreón, Zacatecas. Allí desfilaban, codo con codo, Obregón y Lucio Blanco después de las victorias de Orendáin y Castillo. Allí se hermanaban don Pablo y Eulalio Gutiérrez, Villarreal y Zapata, Dávila Sánchez y el *Roba-Vacas*, Robles y Benjamín Hill, Iturbe y Raúl Madero. Y todos —atentos a un mismo propósito, unidos en un solo esfuerzo— consumaban el triunfo de las armas revolucionarias, precursor de la obra cívica que ahora debía emprenderse. ¡Qué mejor discurso que aquél para que los generales deliberantes se perdonaran mutuamente sus flaquezas y se pusieran de acuerdo! Al lado de eso no valía nada la oratoria voluntariosa de Eduardo Hay, ni las prédicas a media voz de Villarreal, de Obregón, de Ángeles, ni el generoso empeño del grupo más noble y desinteresado entre todos: el de los oficiales, jóvenes y austeros, del tipo de David Berlanga, para quienes la Revolución, más que fuente de entusiasmo, era objeto de devoción religiosa.

Pero las pasiones andaban ya demasiado sueltas para que nada ni nadie las restituyera al freno. El móvil idealista, presente aún en unos cuantos, se había desvirtuado en casi todos; prácticamente había desaparecido. Ya no se luchaba por la Revolución, sino por su botín. Y hasta los mismos que sinceramente se esforzaban por salvar la obra revolucionaria —la misión histórica del movimiento popular que allí fracasaría o tomaría aliento— lo hacían sin perder de vista los frutos personales de la victoria. Cada quien quería la unión más ventajosa para sus intereses, no la más útil para los intereses de la causa que se invocaba.

Por eso el sentimiento dominante en la Convención era el anticarrancista. Carranza, autocrático y corruptor —sensible a los aduladores y los abyectos y enemigos de los hombres libres (hágase memoria de sus consentidos), era, sin duda, una mera falsificación del espíritu revolucionario. Se veía desde entonces cómo iba derecho, sin prestancia guerrera ni austeridad pública, a un mal porfirismo de segunda mano. Pero no era eso lo que más repugnaba a la mayoría de los convencionistas, incapaces de la menor concepción histórica acerca del destino de

México. Lo que ya no toleraban era que don Venustiano siguiera disponiendo del botín de la Revolución, ni menos aún que lo usara para premiar a su antojo a sus incondicionales, y siempre en merma de los otros. Inversamente, aunque en menor grado, Villa, salvaje ganador de las supremas batallas de la Revolución, y Zapata, apóstol de la barbarie hecha idea, comenzaban a perfilarse como amenaza de vandalismos inmediatos y terribles. Mas tampoco era eso lo que movía contra ellos a los pocos carrancistas de buena fe, sino el temor de que, dejando crecer más a Villa y Zapata, éstos vinieran pronto a quitar situaciones de privilegio a cuantos consideraran enemigos.

*

La noche que se exhibió la película revolucionaria se vio hasta dónde era intenso y susceptible de los peores extremos el anticarrancismo convencionista, de cuyo espíritu se teñían a veces las sesiones de la asamblea.

Lucio Blanco y varios amigos suyos paseábamos por la ciudad cuando supimos, a última hora, que el espectáculo iba a empezar. No encontramos, pues, al presentarnos en el teatro, asientos ni sitio desde donde pudiésemos ver en pie. En masa había acudido la Convención, y con ella la muchedumbre de amigos y conocidos de los delegados. Los pasillos estaban rebosantes, llenos los palcos hasta el remate de las columnas, pletórico el lugar de la orquesta.

Breves esfuerzos por colocarnos nos convencieron de que la cosa era imposible, e íbamos a desistir, cuando a Blanco se le ocurrió un expediente:

—De seguro —dijo— que nadie ha pensado que por detrás de la pantalla, que es de tela, debe verse tan bien como desde aquí. Vamos al escenario, que allí se nos darán hasta sillones de brazos, si de ellos pedimos.

Según lo dijo, así fue; tras la cortina de algodón que iba a hacer las veces de pantalla no estaban más que los tramoyistas. Los encontramos cómodamente instalados sobre un montón de cuerdas y dueños absolutos de una tranquila holgura que contrastaba con los apretujamientos de la sala. En cuanto nos vieron entrar, adivinaron las intenciones que nos llevaban, y eso, al parecer, no les contrarió, antes fue motivo de que nos ofrecieran de muy buena gana la mejor parte del asiento que se habían improvisado. Blanco, demasiado señor, no aceptó el ofrecimiento, sino que hizo que nos trajeran, invocando la conveniencia de todos y metiendo la mano en el bolsillo, las mejores sillas que había en la utilería. Puestas con el respaldo contra la pared del fondo, resultaron idealmente confortables. Nuestra localidad única tenía hasta la virtud de no obligarnos a levantar la cabeza para mirar bien; el cuadro luminoso, por alguna causa que no recuerdo, venía a quedar, ni más ni menos, a la altura de nuestros ojos.

Como buen público revolucionario y de circunstancias especiales, aquél se comportaba harto extraordinariamente. Hubo primero, mientras la luz permaneció

encendida, diálogos entre convencionistas que se hablaban a voz en cuello de un extremo a otro del teatro. Llegaban las palabras hasta nuestro escondite, subrayadas a veces por la risa de unos grupos o por la rechifla de otros. Parecían por el espíritu, ya que no por el timbre de la voz, parloteo de muchachos escapados de pronto al rigor de la escuela.

—Están de broma —decía Blanco—. Y es que la Convención empieza a cansarlos.

Luego, al apagarse las lámparas, el barullo creció: sonaban cuchufletas en voz fingida; respondían frases entre regocijadas y soeces; estallaban las risotadas; herían la oscuridad los gritos agudos, las carcajadas salvajes, los alaridos guturales del valle y la montaña. Las vistas fijas que se sucedieron en la pantalla, a manera de prólogo, no consiguieron interesar a nadie: persistía el escándalo en el solaz de su curva ascendente. Pero de súbito todo cambió. Risas y gritos, pateo y silbidos se convirtieron en ovación estruendosa al dibujarse en letras de luz el título de la epopeya revolucionaria reducida a programa de cine. Y entonces supe yo lo que es, a telón caído, el aplauso entusiasta de todo un teatro: saboreé, en la imaginación, la gloria de los grandes comediantes.

Una voz fuerte y ronca gritó estentórea:

—¡Viva la Revolución!

—¡¡Viva!!

Y se hizo el silencio.

La máquina de proyección, ni muy nueva ni muy buena, envolvió la sala en sus trepidaciones. En la pantalla vibraban algo las figuras humanas hechas de sombra y luz. Pero el ruido del aparato no importaba: ahora la atención, libre del oído, vivía presa del ojo.

Pasó, marchando dentro del marco luminoso, la fila interminable de los soldados yaquis, incommovible, serpeante como las veredas de sus peñas abruptas. Lucían al sol, cual si fueran de bronce, los pómulos bruñidos; los sombreros, adornados de cintas y plumajes, se movían al ritmo felino de los pasos. Cuando asomó, esbelto, largo, enjuto, el yaqui que golpeaba en un tamborcito como de juguete, el vozarrón de antes gritó:

—¡Vivan los vencedores de Occidente!

—¡¡Vivan!!

Y estalló la ovación.

Luego, junto a mucho material de artillería quitado al enemigo, surgió Obregón con sus oficiales. Otra vez tronaron los aplausos, y el grito fue:

—¡Viva el Cuerpo de Ejército del Noroeste!

—¡¡Viva!!

Apareció Carranza, corpulento, solemne, hiérático, en el acto de entrar en triunfo en Saltillo. Otra voz dijo:

—¡Viva el Primer Jefe!

Pero en vez del grito entusiasta y multitudinario, respondió el desorden. Se escucharon vivas y mueras; aplausos, golpes, protestas, siseos.

Y a renglón seguido, como si el operador lo hiciera adrede, caracoleó bañada en luz, sobre su caballo magnífico, la magnífica figura de Pancho Villa, legendaria, dominadora. El clamor unánime ahogó las voces y sólo como coletilla de la salva de aplausos logró imponerse este grito:

—¡Viva la División del Norte!

—¡¡Viva!!

Y de nuevo rompió el aplauso.

Así todos los otros. Durante cerca de una hora, o acaso más, se prolongó el desfile de los adalides revolucionarios y sus huestes, nimbados por la luminosidad del cinematógrafo y por la gloria de sus hazañas.

Nosotros, sin embargo, no vimos el final de la película, porque, intempestivamente, sucedió algo que nos hizo salir a escape del lugar que ocupábamos detrás del telón. Don Venustiano, por supuesto, era el personaje que más a menudo volvía a la pantalla. Sus apariciones, más y más frecuentes, habían venido haciéndose, como debía esperarse, más y más ingratas para el público convencionista. De los siseos mezclados con aplausos en las primeras veces en que se le vio, se fue pasando a los siseos francos; luego, a los siseos parientes de los silbidos; luego, a la rechifla abierta; luego, al escándalo. Y de ese modo, de etapa en etapa, se alcanzó al fin, al proyectarse la escena en que se veía a Carranza entrando a caballo en la ciudad de México, una especie de batahola de infierno que culminó en dos disparos.

Ambos proyectiles atravesaron el telón, exactamente en el lugar donde se dibujaba el pecho del Primer Jefe, y vinieron a incrustarse en la pared, uno a medio metro por encima de Lucio Blanco; el otro, más cerca aún, entre la cabeza de Dominguez y la mía.

Si como entró el Primer Jefe a caballo en la ciudad de México, hubiera entrado a pie, las balas habrían sido para nosotros. ¡Ah, pero si hubiese entrado a pie no habría sido Carranza, y no habiendo habido Carranza, tampoco hubiera habido disparos, pues no hubiese existido la Convención!

VI

PANCHO VILLA EN LA CRUZ

No se dispersaba aún la Convención, cuando ya la guerra había vuelto a encenderse. Es decir, que los intereses conciliadores fracasaban en el orden práctico antes que en el teórico. Y fracasaban, en fin de cuentas, porque eso era lo que en su mayor parte querían unos y otros. Si había ejércitos y se tenían a la mano, ¿cómo resistir la urgencia tentadora de ponerlos a pelear?

Maclovio Herrera, en Chihuahua, fue de los primeros en lanzarse de nuevo al campo, desconociendo la autoridad de Villa.

—Orejón hijo de tal —decía de él el jefe de la División del Norte—. Pero ¡si yo lo he hecho! ¡Si es mi hijo en las armas! ¿Cómo se atreve a abandonarme así este sordo traidor e ingrato?

Y fue tanta su ira, que a los pocos días de rebelarse Herrera ya estaban acosándolo las tropas que Villa mandaba a que lo atacasen. Los encuentros eran encarnizados, terribles: de villistas contra villistas, de huracán contra huracán. Quien no mataba, moría.

*

Una de aquellas mañanas fuimos Llorente y yo a visitar al guerrillero y lo encontramos tan sombrío que de sólo mirarlo sentimos pánico. A mí el fulgor de sus ojos me reveló de pronto que los hombres no pertenecemos a una especie única, sino a muchas, y que de especie a especie hay, en el género humano, distancias infranqueables, mundos, irreductibles a común término, capaces de predecir, si desde uno de ellos se penetra dentro del que se le opone, el vértigo de *lo otro*. Fugaz como estremecimiento reflejo de Villa, el mareo del terror y del horror.

A nuestro «buenos días, general», respondió él con tono lúgubre:

—Buenos no, amiguitos, porque están sobrando muchos sombreros.

Yo no entendí bien el sentido de la frase, ni creo que Llorente tampoco. Pero mientras éste guardaba el silencio de la verdadera sabiduría, yo, con inoportunidad estúpida, casi incitadora del crimen, dije:

—¿Están sobrando qué, general?

Él dio un paso hacia mí y me respondió con la lentitud contenida de quien domina apenas su rabia:

—Sobrando muchos sombreros, señor licenciado. ¿De cuándo acá no entiende usted el lenguaje de los hombres? ¿O es que no sabe que por culpa del Orejón (¡hijo de tal, donde yo lo agarre!...) mis muchachitos están matándose unos a otros? ¿Comprende ahora por qué sobran muchos sombreros? ¿Hablo claro?

Yo me callé en seco.

Villa se paseaba en el saloncito del vagón al ritmo interior de su ira. Cada tres

pasos murmuraba entre dientes:

—Sordo jijo de tal... Sordo jijo de tal...

Varias veces nos miramos Llorente y yo, y luego, sin saber qué hacer ni qué decir, nos sentamos —nos sentamos el uno cerca del otro.

Afuera brillaba la mañana, sólo interrumpida en su perfecta unidad por los lejanos ruidos y voces del campamento; en el coche, aparte el tremar del alma de Villa, no se oía sino el tic-tiqui del telégrafo.

Inclinado sobre su mesa, frente por frente de nosotros, el telegrafista trabajaba preciso en sus movimientos, inexpresivo de rostro como la forma de sus aparatos.

Así pasaron varios minutos. Al fin de éstos el telegrafista, ocupado antes en transmitir, dijo, volviéndose a su jefe:

—Parece que ya está aquí, mi general.

Y tomó el lápiz que tenía detrás de la oreja y se puso a escribir pausadamente.

Entonces Villa se acercó a la mesita de los aparatos, con aire a un tiempo agitado y glacial, impaciente y tranquilo, vengativo y desdeñoso.

Interpuesto entre el telegrafista y nosotros, yo lo veía de perfil, medio inclinado el busto hacia adelante. Le sobresalían de un lado, en la mancha oscura que hacía su silueta contra la luz de las ventanillas, las curvas enérgicas de la quijada y del brazo doblado sobre el pecho, y del lado de acá, al pie del ángulo poderoso que le bajaba desde el hombro, el trazo, corvo y dinámico, de la culata de la pistola. Esa mañana no traía sombrero de ala ancha, sino salacot gris, de verdes reverberaciones en los bordes. Prenda semejante, inexplicable siempre en su cabeza, me pareció entonces más absurda que nunca. Cosa extraña: en lugar de quitarle volumen, parecía dárselo. Visto de cerca y contra la claridad del día, su estatura aumentaba enormemente; su cuerpo cerraba el paso a toda luz.

El telegrafista desprendió del bloque color de rosa la hoja en que había estado escribiendo y entregó a Villa el mensaje. Él lo tomó, pero devolviéndolo al punto, dijo:

—Léamelo usted, amigo; pero léamelo bien, porque ora sí creo que la cosa va de veras.

Temblaban en su voz dejos de sombría emoción, dejos tan honda y terminantemente amenazadores que pasaron luego a reflejarse en la voz del telegrafista. Éste, separando con cuidado las palabras, escandiendo las sílabas, leyó al principio con voz queda:

«Hónrome en comunicar a usted...».

Y después fue elevando el tono conforme progresaba la lectura.

El mensaje, lacónico y sangriento, era el parte de la derrota que acababan de infligir a Maclovio Herrera las tropas que se le habían enfrentado.

Al oírlo Villa, su rostro pareció, por un instante, pasar de la sombra a la luz. Pero acto seguido, al escuchar las frases finales, le llamearon otra vez los ojos y se le encendió la frente en el fuego de su cólera máxima, de su ira arrolladora,

descompuesta. Y era que el jefe de la columna, tras de enumerar sus bajas en muertos y heridos, terminaba pidiendo instrucciones sobre lo que debía hacer con ciento sesenta soldados de Herrera que se le habían entregado «rindiendo las armas».

—¡Que ¿qué hace con ellos?! —vociferaba Villa—. ¡Pues ¿qué ha de hacer sino fusilarlos?! ¡Vaya una pregunta! ¡Qué se me afigura que todos se me están maleando, hasta los mejores, hasta los más leales y seguros! Y si no, ¿pa' qué quiero yo estos generales que hacen boruca hasta con los traidores que caen en sus manos?

Todo lo cual decía sin dejar de ver al pobre telegrafista, a través de cuyas pupilas, y luego por los alambres del telégrafo, Villa sentía quizá que su enojo llegaba al propio campo de batalla donde los suyos yacían yertos.

Volviéndose hacia nosotros, continuó:

—¿Qué les parece a ustedes, señores licenciados? ¡Preguntarme a mí que qué hace con los prisioneros!

Pero Llorente y yo, mirándolo apenas, desviamos de él los ojos y los pusimos, sin chistar, en la vaguedad del infinito.

Aquello era lo de menos para Villa. Tomando al telegrafista le ordenó por último:

—Ándele, amigo. Dígale pronto a ese tal por cual que no me ande gastando de *oquis* los telégrafos; que fusile a los ciento sesenta prisioneros inmediatamente, y que si dentro de una hora no me avisa que la orden está cumplida, voy allá yo mismo y lo fusilo, para que aprenda a manejarse. ¿Me ha entendido bien?

—Sí, mi general.

Y el telegrafista se puso a escribir el mensaje para transmitirlo.

Villa lo interrumpió a la primera palabra:

—¿Qué hace, pues, que no me obedece?

—Estoy redactando el mensaje, mi general.

—¡Qué redactando ni qué redactando! Usté nomás comunique lo que yo le digo y sanseacabó. El tiempo no se hizo para perderlo en papeles.

Entonces el telegrafista colocó la mano derecha sobre el aparato trasmisor; empujó con el dedo meñique la palanca anexa, y se puso a llamar:

«Tic-tic, tiqui; tic-tic, tiqui...».

Entre un rintero de papeles y el brazo de Villa veía yo los nudillos superiores de la mano del telegrafista, pálidos y vibrantes bajo la contracción de los tendones al producir los suenecitos homicidas. Villa no apartaba los ojos del movimiento que estaba transmitiendo sus órdenes doscientas leguas al norte, ni nosotros tampoco. Yo, no sé por qué necesidad —estúpida como las de los sueños—, trataba de adivinar el momento preciso en que las vibraciones de los dedos deletrearán las palabras «fusile usted inmediatamente». Fue aquélla, durante cinco minutos, una terrible obsesión que barrió de mi conciencia toda otra realidad inmediata, toda otra noción de ser.

*

Cuando el telegrafista hubo acabado la trasmisión del mensaje, Villa, ya más tranquilo, se fue a sentar en el sillón próximo al escritorio.

Allí se mantuvo quieto por breve rato. Luego se echó el salacot hacia atrás. Luego hundió los dedos de la mano derecha entre los bermejos rizos de la frente y se rascó el cráneo, como con ansia de querer matar una comezón interna, cerebral —comezón del alma—, y después volvió a quedarse quieto. Inmóviles nosotros, callados, lo veíamos.

Pasaron acaso diez minutos.

Súbitamente se volvió Villa hacia mí y me dijo:

—¿Y a usted qué le parece todo esto, amigo?

Dominado por el temor, dije vacilante:

—¿A mí, general?

—Sí, amiguito, a usted.

Entonces, acorralado, pero resuelto a usar el lenguaje de los hombres, respondí ambiguo:

—Pues que van a sobrar muchos sombreros, general.

—¡Bah! ¡A quién se lo dice! Pero no es eso lo que le pregunto, sino las consecuencias. ¿Cree usted que esté bien, o mal, esto de la fusilada?

Llorente, más intrépido, se me adelantó:

—A mí, general —dijo—, si he de serle franco, no me parece bien la orden.

Yo cerré los ojos. Estaba seguro de que Villa, levantándose del asiento, o sin levantarse siquiera, iba a sacar la pistola para castigar tamaña reprobación de su conducta en algo que le llegaba tanto al alma. Pero pasaron varios segundos, y al cabo de ellos sólo oí que Villa, desde su sitio, preguntaba con voz cuya calma se oponía extrañamente a la tempestad de poco antes:

—A ver, a ver: dígame por qué no le parece bien mi orden.

Llorente estaba pálido hasta confundírsele la piel con la albura del cuello. Eso no obstante, respondió con firmeza:

—Porque el parte dice, general, que los ciento sesenta hombres se rindieron.

—Sí. ¿Y qué?

—Que cogidos así, no se les debe matar.

—Y ¿por qué?

—Por eso mismo, general: porque se han rendido.

—¡Ah, qué amigo éste! ¡Pos sí que me cae en gracia! ¿Dónde le enseñaron esas cosas?

La vergüenza de mi silencio me abrumaba. No pude más. Intervine:

—Yo —dije— creo lo mismo, general. Me parece que Llorente tiene razón.

Villa nos abarcó a los dos en una sola mirada.

—Y ¿por qué le parece eso, amigo?

—Ya lo explicó Llorente: porque los hombres se rindieron.

—Y vuelvo a decirle: eso ¿qué?

El *qué* lo pronunciaba con acento de interrogación absoluta. Esta última vez, al decirlo, reveló ya cierta inquietud que le hizo abrir más los ojos para envolvernos mejor en su mirada desprovista de fijeza. De fuera a dentro sentía yo el peso de la mirada fría y cruel, y de dentro a fuera, el impulso inexplicable donde se clavaban, como acicates, las visiones de remotos fusilamientos en masa. Era urgente dar con una fórmula certera e inteligible. Intentándolo, expliqué:

—El que se rinde, general, perdona por ese hecho la vida de otro, o de otros, puesto que renuncia a morir matando. Y siendo así, el que acepta la rendición queda obligado a no condenar a muerte.

Villa se detuvo entonces a contemplarme de hito en hito: el iris de sus ojos dejó de recorrer la órbita de los párpados. Luego, de un brinco, se puso en pie para acercarse al telegrafista y ordenarle, gritándole casi:

—Oiga, amigo; llame otra vez, llame otra vez...

El telegrafista obedeció:

«Tic-tic, tiqui; tic-tic, tiqui...».

Pasaron unos cuantos segundos. Villa, sin esperar, interrogó impaciente:

—¿Le contestan?

—Estoy llamando, mi general.

Llorente y yo tampoco logramos ya contenernos y nos acercamos también a la mesa de los aparatos. Volvió Villa a preguntar:

—¿Le contestan?

—Todavía no, mi general.

—Llame más fuerte.

No podía el telegrafista llamar más fuerte ni más suave; pero se notó, en la contracción de los dedos, que procuraba hacer más fina, más clara, más exacta la fisonomía de las letras. Hubo un breve silencio, y a poco brotó de sobre la mesa, seco y lejanísimo, el tiqui-tiqui del aparato receptor.

—Ya están respondiendo —dijo el telegrafista.

—Bueno, amigo, bueno. Trasmítame, pues, sin perder tiempo, lo que voy a decirle. Fíjese bien: «Suspenda fusilamiento prisioneros hasta nueva orden. El general Francisco Villa».

«Tic, tiqui; tic, tiqui...».

—¿Ya?

«Tic-tiqui, tiqui-tic...».

—... Ya, mi general.

—Ahora diga al telegrafista de allá que estoy aquí junto al aparato esperando la respuesta, y que lo hago responsable de la menor tardanza.

«Tiqui, tiqui, tic-tic, tiqui-tic, tic...».

—¿Ya?

—... Ya, mi general.

El aparato receptor sonó:

«Tic, tiqui-tiqui, tic, tiqui...».

—... ¿Qué dice?

—... Que va él mismo a entregar el telegrama y a traer la respuesta.

Los tres nos quedamos en pie junto a la mesa del telégrafo: Villa extrañamente inquieto; Llorente y yo dominados, enervados por la ansiedad.

Pasaron diez minutos.

«Tic-tiqui, tic, tiqui-tic...».

—¿Ya le responde?

—No es él, mi general. Llama otra oficina...

Villa sacó el reloj y preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que telegrafiamos la primera orden?

—Unos veinticinco minutos, mi general.

Volviéndose entonces hacia mí, me dijo Villa, no sé por qué a mí precisamente:

—¿Llegará a tiempo la contraorden? ¿Usted qué cree?

—Espero que sí, general.

«Tic-tiqui-tic, tic...».

—¿Le responden, amigo?

—No, mi general, es otro.

Iba acentuándose por momentos, en la voz de Villa, una vibración que hasta entonces nunca le había oído: armónicos, velados por la emoción, más hondos cada vez que él preguntaba si los tiquis-tiquis eran respuesta a la contraorden. Tenía fijos los ojos en la barrita del aparato receptor, y, en cuanto éste iniciaba el menor movimiento, decía, como si obrara sobre él la electricidad de los alambres:

—¿Es él?

—No, mi general: habla otro.

Veinte minutos habían pasado desde el envío de la contraorden cuando el telegrafista anunció al fin:

—Ahora está llamando. —Y cogió el lápiz.

«Tiqui-tic-tiqui, tiqui-tiqui...».

Villa se inclinó más sobre la mesa. Llorente, al contrario, pareció erguirse... Yo fui a situarme junto al telegrafista para ir leyendo para mí lo que éste escribía.

«Tiqui-tic-tiqui, tiqui-tiqui...».

A la tercera línea, Villa no pudo dominar su impaciencia y me preguntó:

—¿Llegó a tiempo la contraorden?

Yo, sin apartar los ojos de lo que el telegrafista escribía, hice con la cabeza señales de que sí, lo cual confirmé en seguida de palabra.

Villa sacó su pañuelo y se lo pasó por la frente para enjugarse el sudor.

*

Esa tarde comimos con él; pero durante todo el tiempo que pasamos juntos no volvió

a hablarse del suceso de la mañana. Sólo al despedirnos, ya bien entrada la noche, Villa nos dijo, sin entrar en explicaciones:

—Y muchas gracias, amigos; muchas gracias por lo del telegrama, por lo de los prisioneros.

VII

EL SUEÑO DEL COMPADRE URBINA

Las dotes naturales que hacían de Villa un conversador ameno e intenso se me revelaron una de aquellas noches en el pueblecito de Guadalupe, del Estado de Zacatecas.

A Guadalupe habíamos llegado esa tarde Enrique C. Llorente, José Vasconcelos y yo. Los tres veníamos a hablar con Villa sobre diversos asuntos y los tres deberíamos partir de nuevo después de unas cuantas horas: Llorente hacia Washington. Vasconcelos hacia Aguascalientes y yo en un viaje corto a Chihuahua. Villa, una vez terminados los negocios oficiales, quiso hacernos compañía mientras llegaba el momento de que nos ausentáramos, y como los trenes de Juárez y de México no pasaban por allí hasta la una de la mañana, para realizar su propósito hubo de romper su arraigadísimo hábito de recogerse temprano. Tamaña delicadeza de su parte me chocó extraordinariamente, porque lo conocía demasiado bien para explicármela. Me constaba que él, en parte por su pobre educación, y en parte por su carácter, no guardaba cortesías con nadie. ¿Qué ocultaría aquella desusada amabilidad? La duda y la desconfianza —yo no me libré nunca de recelos respecto de Francisco Villa— me pusieron un poco en acecho y fueron motivo de que entonces observara al general revolucionario con detenimiento mayor que el de costumbre analicé sus menores movimientos, seguí sus ademanes, estudié sus gestos, sus palabras.

La conversación ocurría en el saloncito del vagón especial que Villa usaba cuando salía de viaje o a campaña. Ya los criados habían levantado la mesa en que poco antes cenáramos. La cortina del escritorio de Villa estaba echada. De cuando en cuando sonaban en el aparato del telégrafo los tiquis-tiquis, al parecer ociosos, de mensajes que iban de paso. Por las ventanillas del coche se veía azulear y espejear a lo lejos, bajo el claro de luna, la hermosa hondonada, a trechos cubierta de agua, que hay allí entre el bordo de la vía férrea y la cadena de colinas y cerros próximos. Del lado opuesto, la plata lunar y el ocre de tierras escarpadas e incultas daban toques de encanto a un paisaje desnudo de toda belleza a la luz del sol.

El prodigio de aquella noche de otoño acabó por apoderarse de nosotros, y durante breves instantes salimos a la plataforma para contemplar mejor las vagas lejanías de ensueño que se extendían sin límite bajo el ámbito nocturno del cielo de cristal. Hacía frío. En uno de los estribos un centinela velaba arrebujado en su sarape oscuro y canturreaba un aire, inacabable y melancólico, en voz tan tenue como la lumbre de su cigarro. Otro, semitendido en la plataforma, dormía con la cabeza puesta sobre el ala del sombrero, la cual había doblado hacia abajo a guisa de almohada. Su respiración era tan regular y cadenciosa que parecía estar contando el tiempo de aquella noche llena de luz. Bajo la claridad lunar se veía bien cómo se le hinchaba el pecho al aspirar el aire y cómo se le deprimía después, al espirarlo. Villa se fijó en él desde que salimos a la plataforma y no dejó de verlo todo el tiempo que

Vasconcelos, Llorente y yo estuvimos admirando el paisaje.

—¡Qué cosa es el sueño! —nos dijo Villa así que hubimos entrado de nuevo en el salón—. ¡Qué cosa es el sueño!

Y sus ojos, siempre inquietos, movibles, siempre como si los sobrecogiera el terror, se clavaron de pronto, pusieron la mirada en un punto lejano, indefinido.

—El sueño es lo más extraño y lo más profundo.

Vasconcelos se había sentado apoyando el respaldo del sillón contra el escritorio. De la otra parte, a la izquierda, Llorente erguía el busto detrás de la mesa del telégrafo. Yo, frente por frente de Villa, había inclinado mi asiento, para más comodidad, dejándolo caer hacia atrás contra el reborde de una de las ventanillas. Al hablar, Villa parecía mirarme: pasaba a través de mis ojos el rayo invisible por donde los suyos iban a contemplar las imágenes que evocaba.

*

«Huyendo una vez con mi compadre Urbina —nos contó Villa—, descubrí que el sueño es lo más extraño y profundo de cuanto existe.

»Hacía una semana que los rurales no nos daban reposo en una de aquellas encarnizadas persecuciones tuyas en que tan a menudo estuvimos a punto de morir. Huíamos mi compadre y yo por la sierra de Durango, y a diario parecía que nos iban a coger en el tránsito de uno a otro de los sitios donde teníamos ocultas las provisiones. Largo trecho atrás habíamos dejado ya el último de los aduares que nos eran conocidos, la postrer cabaña de los leñadores, el más alto refugio de los guardabosques. Sin embargo, más tardábamos nosotros en desmontar que los rurales en aparecer de nuevo a lo lejos y obligarnos a reasumir la jornada angustiosa. Todo aquel tiempo apenas si habíamos probado el sueño o el descanso, y eso intermitentemente, por minutos. Los caballos se nos caían de fatiga. Mi compadre Urbina, más y más rendido, cabeceaba a ratos hasta zafarse de la montura. Varias veces tuve que despertarlo, que alentarlo, que recriminarlo para que no se dejara vencer. En cuanto a mí, mi quebranto era tan grande, que no salía de mi asombro, conociendo mi enorme resistencia, al ver que los rurales seguían siempre firmes y pisándonos el rastro. ¿Cómo lo hacían? ¿Habrían preparado el golpe mandando gente por delante? ¿No dormían ellos tampoco? ¿Tampoco ellos descansaban?

»Finalmente, una mañana nos creímos seguros. Ningún indicio delataba la presencia de nuestros perseguidores en todo el amplio confín que se dominaba hacia abajo desde la escarpadura adonde habíamos podido llegar al abrigo de breñales espesos y bosques tupidos.

»Estábamos en un paraje alto como atalaya, oculto como guarida. Dos horas antes de que nadie pudiera descubrirnos, nosotros columbraríamos sin confusión posible la proximidad, no ya de una tropa, sino de un simple jinete, y tendríamos tiempo de seguir trepando por la sierra.

»Desensillamos. Echamos grano a los caballos. Nos dispusimos a dormir.

»—Mire, compadre —le dije a Urbina—. Creo que ya no corremos riesgo; pero así y todo, no me fío. Que uno de los dos duerma y el otro vele, y luego al revés. Como usted está más cansado, duerma ahora y yo velaré. Dentro de dos horas lo despierto y yo me echo a dormir.

»Mi compadre Urbina sólo respondió:

»—Bueno, compadre.

»Ya no podía ni con su alma. Se tendió, puso la cabeza sobre la silla y se quedó dormido.

»¡Qué cosa es el sueño! Mi compadre dormía profundamente, tranquilamente. Dormía en tal forma, que todo en él era sosiego y paz. Me parecía mentira, mientras lo miraba dormir, que durante los ocho días anteriores varias veces hubiéramos estado próximos a que nos mataran o nos cogieran presos. Lo veía y se me figuraba que estaba yo soñando entonces, o que había soñado lo de antes. Su resuello era parejo; su cara, la de un hombre que nunca hubiera pasado sobresaltos. Llevaba puesta una camisa color de rosa, a la cual le faltaba el botón del cuello —aún estoy mirándola— y cuyos pliegues se abrían y cerraban, casi imperceptiblemente, al compás de la respiración. El leve moverse de la tela rosada sobre el pecho peludo y negro de mi compadre se avenía tan bien con la soledad del monte, con el rumor quedo de los árboles, con el crujido profundo del masticar de nuestros caballos adormecidos, que sentí miedo. Me aterró la paz del dormir, contraria en un todo a la lucha a muerte en que andábamos metidos desde hacía años, sabía Dios por qué. Y, a pesar de ello, el movimiento acompasado de la camisa de mi compadre retenía mi vista, me sujetaba cual si me estuviera fascinando... ¿También yo empezaba a dormirme?

»Volví en mí. Quise arrancarme a aquella obsesión y levanté los ojos. Miré a lo lejos, montaña abajo, hacia el sitio por donde podían aparecer los rurales que nos perseguían. Noté en el límite del horizonte un puntito blanco que se movía. Pero como estaba aún trastornado por el sueño que quería ganarme, tuve que hacer un nuevo esfuerzo de recapitación para entender bien lo que miraba en el fondo del valle. “Sí. Eso debe de ser”, me dije, y me incorporé de un salto. ¡Eran ellos, los rurales! ¡Estaban otra vez sobre la pista! ¡Nos alcanzaban de nuevo!

»Moví a mi compadre:

»—¡Compadre, compadre! ¡Despiértese, que ya vienen! ¡Despiértese, compadre, que ya están allí los rurales!...

»Pero ¡qué cosa es el sueño! Mi compadre no me sentía. Su camisa color de rosa se alzaba tan levemente como antes. Su rostro seguía envuelto en el mismo aire de paz que bajaba sobre él desde la pacífica soledad del monte, desde el susurro de los árboles, cada vez más continuo y blando.

»Para ganar tiempo fui en busca de los caballos; los traje y me puse a ensillar el mío. Entretanto, seguí dando voces a mi compadre y lo sacudí una y otra vez con el

pie. Cuando acabé de cinchar y enfrenar, mi compadre todavía no despertaba. Le agarré la cabeza y se la moví fuertemente: su sueño siguió igual, su respiración la misma; el gesto de su cara continuó tranquilo, apacible, como si en vez de estar yo tirándole de los cabellos y frotándole las orejas, lo acomodara con cuidado para que durmiese mejor. Viendo que no despertaba, le saqué la montura de debajo del cuerpo, dejándolo caer al suelo, y empecé a ensillar el otro caballo. Al mismo tiempo seguí llamando a voces a mi compadre. Acabé; recogí las armas y los sarapes; lié las alforjas; con los tientos lo sujeté todo a las sillas. Mi compadre no despertaba. Me puse entonces a gritarle con todas mis fuerzas, y grité tan alto, que mi voz me sonó como algo nuevo, como un ruido desconocido. Yo nunca me había oído aquella voz, ni me la he vuelto a oír. Pero no despertó mi compadre. Cogí su pistola, le levanté la cabeza con la mano que me quedaba libre y disparé dos veces junto a su oído... Mi compadre siguió durmiendo. Su respiración conservaba el ritmo que había tomado una hora antes. Su camisa color de rosa se movía apenas...

»Recordando después el rato de terrible angustia que pasé aquella mañana, muchas ocasiones he pensado que debí entonces encender mi mecha y ponerla en la mano de mi compadre, hasta que despertara. No se me ocurrió. La mancha, más y más precisa, del grupo de rurales que veía yo subir allá abajo me ofuscaba la razón. Inconscientemente confrontaba la inmovilidad de mi compadre con el peligro veloz que se nos venía encima, y sentía que aquello era un abandono de las fuerzas del cuerpo, una derrota como las que se sufren en sueños, cuando los pies no adelantan aunque quieran y las rodillas, sin doblarse, se doblan.

»¡Qué cosa es el sueño! Levanté del suelo a mi compadre; lo eché boca abajo sobre su caballo; lo amarré bien; monté, y me interné en la sierra.

»Aquella fue la jornada más dura de mi vida. Necesitaba ir buscando el sendero más escabroso, para despistar a los rurales, y al mismo tiempo cuidar de que en los pasos difíciles mi compadre no se hiriera contra las peñas o los troncos. Varias veces tuve que desandar parte de lo andado. Otras hube de caminar largos trechos a pie, abriendo paso, con mi cuerpo, a la cabeza colgante de mi compadre, o llevándola en vilo para librarla de los golpes. Y así huí por más de tres horas, por más de seis, por más de ocho. Al cabo, muy avanzada la tarde, llegué a un sitio que ofrecía algún abrigo. Allí me sentí seguro nuevamente y acampé.

»Cuando bajé del caballo a mi compadre su cara estaba negra de polvo y congestionada. Sin embargo, seguía durmiendo con reposo... Desensillé. Me tumbé en el suelo... Me dormí...».

Un largo silencio prolongó en nuestros oídos las últimas palabras de Villa. Llorente, en quien nada igualaba el sentimiento de admiración hacia el guerrillero, había dejado que se dibujara en sus labios una sonrisa entre conmovida y triunfante: «He aquí mi hombre», parecía decirnos. Vasconcelos, propenso siempre a la simpatía, y respetuoso de los fulgores, persistentes o fugaces, de auténtica humanidad, había palidecido. Yo observaba.

A poco se oyeron lejanos silbidos de locomotora: nos alistamos y salimos. Villa bajó con nosotros, y una vez juntos a los trenes, se despidió.

Minutos después, desde una de las ventanillas de mi vagón, creí verlo pasar a distancia, acompañando a una mujer que había llegado —así me pareció— en el tren de Juárez. A juzgar por el porte y la silueta, la mujer era joven, acaso hermosa. ¿No nos había él dicho que esperaría, por acompañarnos, la hora del arribo de los trenes? Ahora, sonriendo acaso en la oscuridad, nos revelaba sin recato su móvil verdadero. Había enlazado a la mujer por el talle y la conducía hacia su tren.

LIBRO QUINTO

EULALIO GUTIÉRREZ

Yo andaba por tierras de Chihuahua cuando me comunicaron que la Convención había hecho Presidente provisional de la República a Eulalio Gutiérrez, y no, según lo esperábamos todos, a Antonio I. Villarreal. Eulalio, por lo visto, había surgido a última hora (a la manera de los *dark horses* de la política yanqui) como candidato de transacción, como hombre capaz de satisfacer a unos y otros gracias a la virtud negativa de no representar demasiado a ninguno. Y eso bastaba a hacerme percibir desde lejos, el encono de la lucha y el fracaso de los optimistas; de los optimistas prudentes, como José Isabel Robles, y de los optimistas sin juicio, como Serratos. Este último, de seguro, habría propuesto otra vez, en obvio de discordias, su gran procedimiento electivo, verdadera manifestación, tan sencilla como práctica, de la democracia de las plazuelas. Porque el general Serratos abogaba, con todo el calor de su alma en trance de zapatismo, por reducir la votación para presidente a un simple águila o sol; y aun creo que cierto día, queriendo ilustrar la máxima con el ejemplo, metió mano en uno de los bolsillos rectos de su pantalón de charro, sacó un tostón y lo lanzó al aire con habilidad digna de los grandes *dilettanti*, mientras decía desde el escenario: «¿Villarreal o Ángeles, compañeros?... ¿Águila o sol?».

En aquella hora preñada de absurdo —tan absurda que pretendía salvar las cosas nombrando jefes de Estado para veinte días—, Villarreal acaso hubiera sido para muchos un presidente más comprensible que Eulalio y, sobre todo, menos pintoresco. Villarreal, además, gozaba de enormes simpatías: se le consideraba, se le estimaba, se le respetaba. Era, hasta cierto punto, el verdadero tipo del héroe cívico de la Revolución: el ciudadano, militar por accidente, que sin apego a las glorias guerreras tomaba las armas, y eso en teoría, después de haber llevado a la práctica, durante años sin cuento, la lucha de las ideas. Solía decir: «Ya no son pocos los combates en que me he visto; pero confieso sin alarde que nunca he disparado pistola ni rifle». Palabras que cuadraban plenamente con la esencia de su persona, pues irradiaba de él, por todos los poros, el magnetismo del hombre bueno y honrado. El despejo de su mirar y la claridad de su sonreír eran de la clase que distingue a los verdaderos generosos de los verdaderos farsantes.

Pero si todo esto era cierto, también lo es que más valiente que Eulalio, y más sereno, y más zorro, ninguno. Eulalio realizaba en aquellos días, pese a su risita irónica y a su voz dulce —de timbre agudo, de modulaciones silbadoras—, ideal del revolucionario mexicano que piensa en todo, menos en salvarse. Solía producirme tan de lleno la sensación del arrojo en potencia, o en acto, que su figura cobraba de pronto en mi imaginación el prestigio de algún personaje novelesco, de cualquier héroe de los relatos de la *Spanish Maine*. Lo sentía yo capaz de llegar con la mecha encendida hasta el fondo mismo de la santabárbara y volar con la fortaleza o el barco.

¿Cómo, pues, si era tan valiente —se preguntará—, nombró a Villa generalísimo

de los ejércitos de la Convención en el instante en que tal paso no revelaba sino cobardía? Así al menos lo aseguraban entonces los interesados en zafarse del compromiso de Aguascalientes: los convencionistas que optaron por no hacer honor a su firma, estampada días antes, con gran solemnidad, entre la serpiente, el nopal y el águila de la bandera. Pero Gutiérrez podría responder que si nombró a Villa fue por la defección de aquellos mismos que luego lo censurarían sin empacho de alentar a Carranza en las malas artes que atajaran el único remedio posible.

La Convención, en efecto, había votado, de una parte, que desapareciera la Primera Jefatura, para lo cual nombró un presidente provisional, y de la otra, que Villa entregara el mando de la División del Norte. Pero mientras los generales independientes y los enemigos de Carranza acataron la orden, que era bien clara, poniéndose sin condiciones al lado de Eulalio Gutiérrez, los generales carrancistas acordaron seguir apoyando al Primer Jefe —lo cual era un acto de rebeldía— hasta que los nuevos requisitos que imponía éste para retirarse se cumplieran. Ahora bien: frente a la soberanía de la Convención, Carranza no tenía derecho a fijar condiciones de ningún género, ni las habría puesto, de no recibir el apoyo de sus generales adictos. Se le había privado de su investidura, y allí acababa todo. Villa, a su vez, tampoco podía interpretar ni tergiversar a su antojo el mandato de desprenderse de sus tropas. ¿Cuál, en consecuencia, era el deber de los generales sinceramente ajenos a las fracciones personalistas? ¿No era el de rodear a Gutiérrez, para capacitarlo a cumplir lo dispuesto? Pero en lugar de proceder así, los sostenedores de Carranza huyeron de Aguascalientes para remitir desde México, o desde Orizaba, mensajes en los que notificaban a Eulalio que no estarían con él, sino con el Primer Jefe, mientras no se ejecutara la orden de separar a Villa. Y esto era no sólo una deslealtad —un desconocimiento inmotivado del pacto donde se estampó la firma—, sino un ardid de mala ley. Porque, se pretendía así que Gutiérrez hiciera, con el concurso de unos cuantos, lo que todos se habían comprometido a hacer juntos, lo que sólo con el auxilio de todos era factible. Imitando a los enemigos de Villa, los enemigos de Carranza hubieran podido negarse a seguir a Eulalio mientras éste no arrojara de México al Primer Jefe. Y entonces el Presidente Provisional se hubiera visto en el graciosísimo aprieto de luchar él solo contra los dos bandos en pugna.

Las medidas necesarias para nulificar a Carranza y acabar con Villa venían a resolverse, de cualquier modo que se las viera, en un problema militar, pues era seguro que ambos destituidos resistirían con la fuerza. Pero ese problema, echado por la Convención sobre los hombros de Eulalio Gutiérrez, resultaba insoluble sin la inmediata ayuda de la mayoría de los generales de la Convención, que, reunidos, formaban el núcleo más fuerte, pero que, disgregados —cada grupo en espera de que se impusiese la sanción al otro—, restablecían las divisiones personalistas. Rota la unidad de la Convención por los partidarios de Carranza (que exigían a Gutiérrez un imposible: destituir a Villa sin más apoyo que el de los villistas), Gutiérrez hizo lo que cualquiera otro en análogas circunstancias: contemporizar con Villa, más aún,

quitarle todo motivo de recelo, en espera del momento oportuno para encararse con él y combatirlo, cosa que no podía intentar siquiera, en ninguna forma, si los generales de Carranza no volvían a la razón.

*

Eran días en que cada uno de nosotros andaba en su tren especial con tanta frescura como si sólo se tratase de coches de punto. Por eso la mayoría de nuestras conversaciones políticas, importantes u ociosas, se coloreaban a menudo de paisaje de vía férrea y olían a humo de carbón y a chumacera caliente. Trenes de generales, trenes de civiles iban y venían por las principales líneas, cruzándose entre sí en escapes y estaciones. Había desaparecido, o poco menos, el servicio de carga; existía apenas el de pasajeros. Todo eran convoyes de guerra o máquinas fugaces seguidas de un coche salón y un cabús, donde viajaban, con la rapidez del rayo, los ejércitos y las ideas animadoras del huracán revolucionario. En los parajes de encuentro se saludaban las locomotoras, charlaban las tripulaciones y, si los trenes llevaban políticos de altura, los viajeros descendían del tren y hablaban gravemente.

Así fue como Vasconcelos y yo nos encontramos una de aquellas mañanas, entre Torreón y Fresnillo, o entre Fresnillo y Zacatecas, y cómo supe por él que el general José Isabel Robles me esperaba con impaciencia en Aguascalientes para ofrecerme un cargo en el nuevo gobierno.

—¡Pero si Robles apenas me conoce! —objeté.

—Eso no importa —replicó Vasconcelos—. Eulalio y yo tampoco nos conocíamos, y, sin embargo, va a nombrarme Ministro de Instrucción Pública. Sea lo que fuere, debes aceptar. Es la hora de que jalemos todos parejo.

Y en torno de esas dos ideas —cada quien la suya— discutimos acaloradamente los breves minutos que tomamos para descanso. Acto seguido, el tren de Vasconcelos reanudó la carrera rumbo al norte y el mío se apresuró de nuevo hacia el sur. Ambos trenes volaban, en sentidos contrarios, como si los poseyera el delirio de la velocidad: en unos cuantos segundos perdió la forma el de él, se achiquitó en el horizonte hasta parecer un punto diminuto prendido al extremo de una nube... ¿Por qué íbamos tan absurdamente aprisa?... En los viajes de los revolucionarios de entonces había siempre un toque de lo irreal, algo inexplicable, fantástico. ¡Viajes, en el fondo, como los del *Pérsiles y Segismunda*!

*

En Aguascalientes, en efecto, Robles me informó de su probable exaltación al Ministerio de la Guerra y me invitó a ocupar a su lado la Subsecretaría. Yo, naturalmente, me reí, si bien luego, en tono de lo más grave, le di mis razones:

—Hace un año —le dije—, el general Iturbe me ofreció, al otro día de la toma de Culiacán, grado de teniente coronel en el estado mayor de su brigada. De haber aceptado, a estas horas sería general y podría, sin sonrojo, tomar en cuenta la proposición que usted me hace. Lo más probable es que estuviese encantado oyéndola. Pero como entonces no acepté, sigo siendo civil y carezco, por lo mismo, del menor título para ser segundo de usted en la Secretaría de Guerra.

—Pues ay está la cosa —respondió Robles—: porque es por lo de civil por lo que yo lo necesito.

—Pues si es por eso, se arrepentiría usted a las veinticuatro horas... Un consejo de amigo, general: haga usted subsecretario a otro general, de ser posible con mando de fuerzas propias, y mejor aún si es amigo adicto y hombre de toda su confianza.

Por fortuna para mí, Robles escuchó mi consejo, o hizo como si lo escuchara, pues a poco escogió para subsecretario al general Eugenio Aguirre Benavides, íntimo amigo suyo. De todos modos, no quiso renunciar por completo a mis presuntos servicios, sino que insistió hasta convencerme de que lo acompañara, en calidad de consejero, en su aventura ministerial. Inventó para eso unas funciones oficiales *sui generis*, creadas expresamente para mí, y que no eran las de secretario particular (éstas se las encomendaría al infortunado Bolaños), ni las de oficial mayor (que desempeñaría, con gran prosopopeya y muy buen juicio, el general Serratos).

Si estuvo o no enterado Eulalio Gutiérrez de la proposición que acababan de hacerme, no lo sé. Pero es el caso que, puestos de acuerdo Robles y yo, fuimos inmediatamente a donde él estaba, lo cual dio ocasión a que yo me viera de pronto formando parte del pequeño cónclave donde se discutían las más graves cuestiones del gobierno en ciernes. En aquel momento rodeaba a Gutiérrez la flor del anticarrancismo militar y civil, quiero decir, del villismo y el zapatismo, disueltos ya, o uniformados, gracias al agua milagrosa de la idea convencionista. Pero como eran horas en que nadie deponía el rencor de la querrela personalista, asistíamos todos al nacimiento de un gobierno raquíco, prematuro, sietemesino, mayéutica de cuyos misterios no se conocían allí ni los comienzos. Quien más parecía saber y decir era Antonio Díaz Soto y Gama, aunque, oyéndolo de cerca, se notaba que no sabía más ni decía más que los otros.

¿De qué se habló? ¿Qué se discutió? ¿Qué se resolvió en aquella junta política? Los detalles concretos se me han olvidado. Sólo recuerdo con claridad que Eulalio, aprovechando cierta coyuntura, vino hacia mí, me llevó aparte y me pidió en voz baja un candidato para el Ministerio de Fomento, a lo cual le respondí sin vacilar:

—Don Valentín Gama.

—Y... ¿quién es ese señor?

—Un gran técnico y un maestro ilustre. Un gran ciudadano, además: organizó la Unión Cívica Independiente en la época de Madero.

Yo tenía entonces ideas demasiado optimistas —y, en consecuencia, absurdas— sobre la posibilidad de ennoblecer la política de México. Creía aún que a los

ministerios podían y debían ir hombres de grandes dotes intelectuales y morales, y hasta consideraba deber de los buenos revolucionarios el eximirnos de los altos puestos para ponerlos en manos de lo más apto posible y lo más ilustre.

—¿Gama, dice usted? —interrogó de nuevo Eulalio, bisbisante y pensativo.

—Sí, Gama; Valentín Gama. Es pariente de Díaz Soto.

Aquí torció el gesto el Presidente Provisional.

—¡Bah! —argüí yo—. Eso no importa. Aquél es un hombre de primera magnitud: piensa y obra por su cuenta. No hay que asustarse.

Y así fue. Eulalio no se asustó.

II

UN MINISTRO DE LA GUERRA

Carranza y sus generales huyeron hacia Veracruz, y Eulalio Gutiérrez, con la Convención a cuestas, dispuso el traslado de su gobierno a la capital de la República.

Fue entonces cosa de ver, por nuestra parte, la precipitación con que se lanzaron por todas las vías férreas los interminables cordones de nuestros trenes militares y civiles, movidos de pronto no por urgencias guerreras o políticas, sino por nuestra ansia alborozada de ir a tomar posesión del magnífico despojo que los carrancistas nos abandonaban en su huida: la ciudad de México. Nosotros presentíamos (y aun sabíamos de fijo, por cálculos no muy aleatorios) que el gobierno de Eulalio fracasaría; pero sabíamos también que en el deporte mexicano de la guerra civil, la ciudad de México —acaso por estar en el fondo de un valle maravilloso— hace el papel de las copas en los torneos atléticos: quien la tiene saborea el triunfo, se siente dueño del campeonato político, mantiene su *récord* por encima de los demás, así esté expuesto a perderlo a cada minuto en manos de los audaces que quieran y sepan arrebatársela.

*

Los comienzos de mi estrecha amistad con José Isabel Robles datan de aquel viaje a la conquista de la capital de la República. Robles, más firme que nunca en su propósito de llevarme consigo, me había destinado a bordo de su coche especial el gabinete contiguo al suyo; de donde resultó que durante varios días no nos separásemos sino para dormir. Aquel contacto, para mí al menos, fue revelador —revelador y propio para cimentar una estimación grande e inteligente.

Porque, visto de lejos, el general José Isabel Robles era el centauro: la encarnación, un tanto mitológica, de las virtudes guerreras primitivas y ecuestres. Pero visto de cerca, descubría en el acto, bajo la epidermis de su incultura, cierta austera sobriedad, cierta sensibilidad fina, que en cualquier otro hubieran parecido cualidades adquiridas, y que en él, aunque evidentemente espontáneas, producían el efecto de levantarlo sobre sí mismo. El héroe, semifabuloso, de las cargas de caballería —aquel que no concebía yo sino lanzado al frente de su brigada de jinetes: fiero el gesto, caído el sombrero a la espalda, amenazadores el brazo y la pistola— se transformaba entonces, sin quererlo, en un personaje suave, tranquilo, juicioso; en un hombre perfectamente dispuesto a considerarlo todo con serenidad y a resolver choques y conflictos sin más ímpetu que el de los impulsos justicieros.

Este doble aspecto suyo se me mostró en plena fuerza la tarde en que lo sorprendí leyendo nada menos que las *Vidas paralelas*. Y digo que lo sorprendí, porque estaba él tan absorto en su lectura, que no advirtió mi presencia hasta mucho tiempo después de acercármele, lo cual lo dejó bastante confuso.

—¡Buen libro ése, general! —le dije maquinalmente, atendiendo, más que a mis palabras, al hecho insólito de que un subordinado de Villa leyera a Plutarco, el moralista, y lo leyera con todas las potencias de su alma.

—¿Verdá que sí es un buen librito? —me respondió.

Pero yo, lleno aún de asombro, no entré en explicaciones. Él siguió diciendo:

—Me lo encontré en Torreón, al otro día de dejar la plaza los federales. Aguirre Benavides y yo entramos en una casa donde había muchos estantes con muchos libros. Por curiosidad me puse a hojear algunos: estaban unos en español, otros en idiomas extranjeros. Y el caso es que, al cabo de abrir no sé cuántos, que no comprendí o no me gustaron, topé con éste y me lo guardé. Desde entonces, en cuanto tengo un campito, lo saco y lo leo... Lo que siento ahora es no haber cogido los otros tomitos, porque eran varios... ¡Quién hubiera vivido en aquellos tiempos de Grecia y Roma!

—Para un hombre, general, todos los tiempos son iguales.

—No, licenciado, no lo crea. Mire, sin ir más lejos: ahora que estábamos en el alboroto de la Convención yo pensaba a cada rato: «De todos estos discurseadores no se saca un Demóstenes, y por eso andamos como andamos...».

Bastaba penetrar este aspecto oculto —grave, nada pintoresco— de la personalidad de Robles para explicarse su ascendiente sobre Villa. Se comprendía entonces por qué el jefe de la División del Norte, salvaje de obra y palabra en el trato con todos sus subordinados —menos con Ángeles, por quien sentía admiración supersticiosa—, guardaba hacia Robles consideraciones de padre a hijo. Era que Robles, valiente sin freno en la hora heroica de exponer el pecho, y austero después hasta la virtud, resultaba a los ojos de Villa dos veces perfecto. Y eso lo hacía intocable, eso acreedor a privilegios. A Robles, su jefe le permitía hablar, aconsejar, reprender y aun protestar en situaciones en que a todos los otros imponía silencio. La pistola *chiripera* del general Villa, lista siempre a castigar en todos hasta la sospecha más leve, hasta la menor torpeza, hubiera perdonado en Robles verdaderas deslealtades. Era una pistola que había aprendido a inclinarse ante él, según se puso de manifiesto cuando Obregón había estado a punto de morir fusilado por Villa. Porque Obregón salió entonces vivo de los dominios del guerrillero por algo más que el simple accidente de que dos o tres generales villistas se propusieron salvarlo: se salvó porque vino en su auxilio la fuerza moral de Robles, el mérito intacto, el indiscutible ascendiente de formas de nobleza para las cuales se volvía sensible la balanza rudísima donde Villa pesaba sus responsabilidades.

De lo anterior, sin embargo, no ha de colegirse que Robles, fuera de los combates, perdiese en un todo su virilidad de corte primitivo. Llegado el caso sabía imponerse y dominar, en la paz como en la guerra; sabía ser, pese a su mediana estatura y a sus escasos músculos, capataz de cuadrilla, contraamaestre de bergantín. Sólo que en él la violencia dominadora se teñía entonces —antes que de exceso de brutalidad— de ponderación justiciera: de algo que, sin restarle dureza ni eficacia al castigo,

anticipadamente lo purgaba de las posibilidades del odio.

*

Así ocurrió en San Luis Potosí la tarde de nuestra salida para México. Uno de los oficiales del estado mayor andaba, desde hacía horas, medio borracho y en ánimo de armar pendencia con varios de sus compañeros. Robles, que lo supo, mandó arrestarlo. Pero el oficial, en vez de someterse, se parapetó pistola en mano detrás de uno de los pilares de la estación y, más rijoso que antes, amenazó con defenderse, a tiros, de todo el que se le acercase. En otras circunstancias, su actitud resuelta quizá no hubiera detenido el cumplimiento de la orden; pero allí, llenos los andenes con la gente que esperaba la salida del tren de pasajeros, los oficiales encargados de la aprehensión creyeron más prudente rehuir la batalla que provocar una catástrofe.

Esto pasaba a eso de las cuatro de la tarde, cuando nuestros trenes, dispuestos ya, sólo esperaban la presencia del general Robles para emprender la marcha. Desde esa hora hasta las seis, momento en que por fin llegaron Robles y el grupo de personas que nos acompañarían hasta Querétaro, el oficial ebrio se constituyó en amo y señor de la estación y sus alrededores: abrazaba y besaba mujeres, injuriaba hombres, y tan pronto como percibía el menor intento de que se le fuera a sujetar, o creía percibirlo, se colocaba, con malicia de alcohólico, en condiciones de dejar tendido al primero que diera un paso. Mientras tenía el cañón de la pistola en posición horizontal no había quien se moviera en cien metros a la redonda.

Robles llegó bien enterado de lo que pasaba; pero al contemplar por sus propios ojos el espectáculo que estaba dando su gente, su cólera no tuvo límites. Yo lo vi pasar junto a mí, pálido el rostro y trémulo el puño con que tiró del barbiquejo para asegurarse el sombrero. Su negro bigotillo contrastaba con la blancura de la piel y le brillaba sobre ella casi tanto como los ojos, que echaban chispas.

Se fue de frente hacia el grupo de oficiales que le quedaba a mano. A uno de ellos, que traía sable, le arrebató la hoja, mientras decía con voz de trueno:

—¡Nadie se mueva!

Y luego, llevando apercebida el arma en posición de quien va a cintarear, no a herir, avanzó con paso rápido hacia el oficial rebelde. Éste, al ver que por fin se atrevía alguien a aceptarle el reto, alzó el brazo armado con la pistola y apuntó. Los otros oficiales, sin moverse de su sitio, gritaron:

—¡No, Martínez, que es el general!

Martínez abrió entonces tamaños ojos, vaciló un segundo y adelantó dos pasos con ademán de querer entregar la pistola. Robles, sin embargo, no se detuvo por eso, sino que, totalmente llevado del impulso de su justicia castigadora, llegó hasta el oficial y le descargó el golpe en las espaldas.

El oficial hundió la cabeza entre los hombros y se encogió de dolor. Robles le asestó en seguida nuevo cintarazo:

—¡De rodillas inmediatamente! —le decía al tiempo de pegarle.

El oficial, sintiendo el segundo golpe, se engarabató, mas no obedeció la orden.

Robles volvió a pegar y a mandar:

—¡De rodillas, miserable!

Y el oficial, aún en pie, se llevó a los ojos, doblado el codo sobre la frente, el brazo en cuya mano brillaba la pistola. Estaba palpitante de dolor; sollozaba. Dijo a media voz:

—¡Ya, mi general!

Y también de la fila de oficiales salieron voces compasivas:

—Sí, mi general: perdónelo usted.

Pero Robles, lejos de escuchar las súplicas, iba animando el furor vengativo de sus cintarazos. A cada golpe repetía:

—¡De rodillas!... ¡De rodillas!...

Y así continuó hasta que Martínez, vencido por el dolor que le destrozaba los riñones, y la espalda, y el cuello, cayó de hinojos y se tendió luego, desmayado, en el piso de piedra de la estación.

Cuando Robles subió al tren, ya había recobrado su talante risueño, tranquilo. Pero había dejos de amargura en la voz con que me dijo al sentarse junto a mí:

—Ya ve usted las cosas que estamos obligados a hacer. Esto no se parece a nuestra lectura de anoche.

Y en verdad que no se parecía, pues la anterior noche habíamos estado leyendo en Plutarco la vida de Cicerón.

III

UN JUICIO SUMARÍSIMO

Buen número de convoyes militares se reunió en las cercanías de Tacuba la víspera de que el gobierno de la Convención hiciera su entrada oficial en la ciudad de México. En las vías férreas inmediatas al pueblo fueron alineándose, uno tras otro, en series paralelas, los trenes de Villa, los de Eulalio Gutiérrez, los de José Isabel Robles, los de Eugenio Aguirre Benavides. Y el conjunto de los coches de pasajeros —convertidos en cuarteles generales y oficinas— y el de los vagones de carga —aprovechados pintorescamente por la tropa, con cunas entre los tirantes y las ruedas y primitivos albergues en los techos— formaban uno de esos campamentos tan de revolución mexicana, llenos día y noche de las escenas y los rumores más heterogéneos y curiosos.

Poco después de anochecido salí del pequeño gabinete que ocupaba en el coche de Robles y me fui en busca de Villa, sin otro propósito que el de platicar con él. La conversación del revolucionario duranguense seguía atrayéndome por el interés que despertaban en mí sus observaciones, a menudo inesperadas, nuevas, sorprendentes. Mientras caminaba de un tren a otro, me detuve varias veces a contemplar, arriba, las estrellas: brillaban con ese esplendor que sólo conocen los habitantes del Valle de México. Abajo, en las dos vertientes de los terraplenes, las tropas acampaban esparcidas en pequeños grupos, con sus luces y sus hogueras, con sus mujeres, con sus guisos, con sus cantos.

Encontré a Villa entretenidísimo haciendo rosas con una cuerda de lazar. En medio del salón de su coche, que había despejado arrinconando sillas y mesas, se mantenía en pie, en mangas de camisa y con el sombrero sobre la nuca, mientras sujetaba con ambas manos, a la altura de los muslos, un dibujo, a manera de rosa, trazado en el aire por la línea blanca de una cuerda flamante. Era una complicadísima figura, de curvas geométricamente regulares, fija gracias a la rigidez de la cuerda. El secretario de Villa y cuatro o cinco personas más asistían al entretenimiento del guerrillero puestos de espaldas contra una de las paredes del coche, a fin de dejar libre el mayor espacio. Cuando hube entrado, Villa me dijo:

—¿Qué le parece esta rosa?

—¿Cuál rosa? —pregunté, no entendiendo bien a qué se refería.

—Ésta que tengo en las manos.

—¡Ah! ¿Eso es una rosa? Pues me parece muy bonita.

—¿Verdá que sí?

Y durante varios segundos la miró con complacencia. Luego, hablando de nuevo conmigo, explicó:

—Al pasar por San Juan del Río compré estas reatas —y señaló con la vista hacia el escritorio, sobre cuya cubierta estaban, admirablemente enrolladas en forma de roscas planas, algunas reatas más, tan blancas como la que tenía él en las manos—.

Las compré —añadió— para ver si se me había olvidado manejarlas; pero ya vamos viendo que no se me ha olvidado... Y ahora que me acuerdo: usted ¿qué tal es para esto?

Yo sonreí, e iba a responderle que en mi vida había echado lazo alguno, cuando él continuó sin detenerse:

—Le apuesto lo que quiera a que no hace las rosas que yo haga... Le apuesto cinco mil pesos a que no hace la más sencilla de todas mis rosas.

—No puede ser, general —le dije—; entre otras cosas, porque yo nunca apuesto.

—Bueno, pues entonces no apostaremos. Es decir, apuesto yo solo: yo pierdo cinco mil pesos si hace usted esto mismo con una de mis reatas.

Y como mientras hablaba había deshecho la figura que tenía entre las manos, al decir la última frase dio a la cuerda dos o tres vueltas ágiles y la obligó a tomar la forma de otra rosa, menos elaborada que la primera, pero no menos bella.

—Resueltamente, es cosa muy difícil, general —le contesté—; imposible que yo lo haga. Además, no sería justo que usted perdiera los cinco mil pesos sin correr yo ningún riesgo.

—¡Bah! Usted arriesga su reputación.

—¿Mi reputación?

—Sí. Su reputación de lazador.

—Muy bien —concluí entonces—. Acepto, pero con el requisito de que haga usted la rosa de nuevo y de modo que yo lo vea.

—Pues fíjese nomás.

Desenlazó la cuerda; la tomó por dos sitios distintos con cada mano; hizo unas gazas amplias sin nudo; las invirtió; las entrecruzó; tiró de los dos alamares que se formaron en el centro, y, por último, metiendo entre ellos las manos, hizo abrirse la rosa, grande, ligera, hermosísima. Todos sus movimientos habían durado apenas dos o tres segundos. Yo los seguí atento, sin dejar que se me escapara uno solo, y resuelto a ganar aquella apuesta en que iban de por medio cinco mil pesos contra mi reputación de lazador.

—Ahora usted —me dijo Villa, entregándome el lazo.

¿Cómo lo hice? Mi proeza de aquella noche jamás la he vuelto a realizar. Entonces me ceñí, como mono, a imitar a Villa. Adopté su misma postura; cogí el lazo como lo había cogido él, y seguí punto por punto, copiándolos hasta en el ritmo, los movimientos que él había hecho. Así saqué de entre mis manos, sin saber casi lo que hacía, una rosa exactamente igual a la suya, si bien no tan perfecta.

—¡Oiga! —observó al verla—. ¿Pues no presumía no saber nada de lazo?

Y luego, volviéndose a Luis Aguirre Benavides, le dijo con indiferencia absoluta:

—A ver, Luisito; entréguele cinco mil pesos aquí al señor.

Aguirre Benavides fue a uno de los departamentos interiores del coche y volvió en el acto con un fajo de billetes, que puso en mis manos. Estaban recién impresos; olían a tinta. Sus caras sonrosadas y azules tenían los destellos de las hojas que van

saliendo de una prensa. Todavía estaba yo mirándolos, cuando se abrió la puerta de la plataforma y entró un oficial. Era alto, de color terroso, y respiraba no sé qué extraño aire de humildad siniestra. La tela gris del uniforme parecía ser su misma piel, y así las polainas, y los zapatos, y el pañuelo mugriento que llevaba anudado a la garganta. Al quitarse el sombrero dejó erguirse una cabellera negra, apelmazada, que le huía de la frente hacia atrás, como si el cráneo le acabara en punta. Saludó a todos en junto y dijo, dirigiéndose a Villa y entregándole un pliego:

—Es la remisión de los presos que traigo, mi general.

—¿Qué presos trae usted, amigo? —preguntó Villa, sin mirar ni abrir el sobre.

—Los cinco falsificadores de los billetes, mi general.

—¡Ah, los falsificadores! A ver, Luisito: que lleven a esos presos al carro del Consejo de Guerra, y, de orden mía, que los juzguen luego luego y los fusilen mañana mismo.

Aguirre Benavides salió a la plataforma a dar las órdenes necesarias.

Poco después, pegando la cara a los cristales de las ventanillas, entreví en las sombras de la noche el grupo informe de la escolta y los presos, que se alejaban hacia el tren donde venían las oficinas de la justicia militar. No pude, a pesar de mis esfuerzos, distinguir el rostro de ninguno de los acusados. ¿Quiénes serían? A esa hora ya debían saber, de boca del oficial humilde y siniestro, la suerte que les esperaba. La voluntad suprema los acababa de sentenciar a muerte, sin enterarse siquiera de sus nombres, por un delito que el juez mismo cometía: fabricarse una moneda para sus usos personales. Y sentenciados de antemano, se les iba a juzgar, a medianoche y según es ley de nuestros cuartelazos y revoluciones. ¡Juicios sumarísimos para disfrazar asesinatos!

*

Aquella noche fue una de las más horribles que yo había vivido.

Cuando regresé al tren de Robles me encontré allí, llorando desoladas y dando voces de angustia, a varias señoras de la ciudad de México que me esperaban junto a uno de los estribos. Eran las madres, las esposas, las hermanas de los cinco falsificadores —algunos de ellos pertenecientes a la «buena sociedad». Sabían cuál era el fin que correrían sus parientes y andaban implorando, para salvarlos, la ayuda de quienes pudieran y quisieran prestarles algún apoyo. Alguien las había puesto al tanto de mis relaciones con Villa y de mi intimidad con Robles y Gutiérrez, en cuyas manos, sobre todo en las de los dos últimos —pensaban ellas— estaban las decisiones finales, supuesto que eran, uno, el Ministro de la Guerra, y otro, el Presidente del Gobierno de la Convención. Todas me abordaron y me hablaron a un tiempo, así que me hube acercado.

—Usted, señor, usted puede salvarlos...

—¿No es usted el que estaba con el general Villa ahora que trajeron presos a

nuestros esposos?

—Le pedimos, por favor, que consiga del general Robles o del Presidente...

Sorprendido en medio de las reflexiones que yo venía haciéndome no supe al pronto qué contestar. Se apoderó de mí, durante unos instantes, la noción estúpida de que yo era un encubridor, un cómplice, un coautor del crimen que iba a perpetrarse, y, como criminal a quien se descubre *in fraganti*, sentí crecer en mi mano, hasta molestarme de modo horrible, los cinco paquetitos de a mil pesos que acababa de entregarme Aguirre Benavides. Parecía que por un momento se personificaba en mí la conciencia de la Revolución, con todas sus incoherencias y tus excesos. Sin duda que la Revolución no había falsificado el dinero con que pagaba las tropas para derrocar a Huerta. Pero ¿qué decir del que dilapidaban los generales en sus caprichos, en sus apuestas, en sus orgías? Repuesto en parte, intenté responder:

—Señoras, yo lamento mucho...

—¡No, no se niegue usted, se lo pedimos por Dios!...

—¡Usted ha de ser un buen hijo!...

—Sabemos que con dos palabras tuyas el general Villa...

—Señoras, se los ruego, ¡un poco de calma!

—Sí, sí; diga usted...

—¿Qué quieren ustedes?... —Realmente no sabía qué decir—. Yo estoy dispuesto... a servirles en cuanto se halle a mi alcance...

Y entonces, con algún reposo, hablé una sola de ellas. Al claror de la luz que bajaba de las ventanillas del tren pude verle la cara, hinchada por el llanto. Traía la cabeza cubierta con una mantilla negra, cuyas puntas contrastaban, sobre el pecho, con la seda amarilla del traje. Se echaba de ver que aquella pobre señora había salido precipitadamente de su casa, poniéndose encima lo primero que halló a la mano.

—Por su madre de usted le pedimos —dijo— que interceda con el general Villa para que no fusilen a Daniel ni a ninguno de sus compañeros...

—Señora, me pide usted algo imposible, o por lo menos, inútil. Usted no conoce al general Villa. Si yo voy ahora a pedirle que modifique órdenes que ha dado en mi presencia, me expongo tan sólo a que me mande fusilar a mí también.

—¿«También», dice usted? ¿Luego es cosa resuelta? ¿Luego usted sabe que van a fusilarlos?

Les contesté que yo no sabía nada ni las quería engañar; que entendieran mis palabras según el único sentido que podía dárselas.

Entonces redoblaron las exclamaciones, las súplicas, el llanto. Y todo aquel dolor me pareció tan innecesariamente cruel y absurdo, que habría yo echado a correr si el grupo de las mujeres no hubiera estado cercándome. En torno a nosotros, además, se había congregado ya una multitud de soldados, mujeres y chiquillos del campamento, atraídos por el lloro y las lamentaciones. Me percaté entonces de que dos o tres hombres venían en compañía de las parientas de los presos, si bien permanecían callados. Probablemente habían comprendido, con muy buen acuerdo, que era ocioso

de su parte tratar de conseguir lo que no alcanzara la aflicción de las mujeres. Con voz entrecortada por los sollozos volvió por fin a hablar la de la mantilla:

—Haga usted, por lo menos, que nos reciba el Ministro de la Guerra o el Presidente Provisional.

—Eso, con mucho gusto —les dije, y acercándome al estribo del coche, las invité a que subiesen, con el propósito de que Robles las escuchara desde luego. Pero apenas iba a ayudar a subir a la primera, cuando el oficial de guardia, que estaba en la plataforma, se inclinó y me dijo al oído:

—El general Robles dio orden de que no subiera al coche ninguna persona extraña. Si han de pasar las señoras, mejor será que antes lo consulte usted.

Todos mis esfuerzos para convencer a Robles fueron infructuosos. Y no porque se mostrara insensible a mis razonamientos, o de acuerdo con la resolución de Villa, sino porque sabía que al jefe de la División del Norte no se le podían discutir puntos de aquella naturaleza, y que, por lo tanto, mejor era no intentar nada. Total, que se encontraba exactamente en el mismo caso que yo, no obstante su carácter de Ministro de la Guerra y su prestigio como el mejor de los generales villistas. Sólo convino en ayudarme a obtener que Eulalio Gutiérrez interviniese.

Mientras tanto, la tribulación de las familias de los presos había permeado el campamento, había logrado romper hasta la inconsciencia e indiferencia congénita de los oficiales subalternos y la tropa. Dondequiera se sabía lo del fusilamiento del siguiente día y se le comentaba.

Eulalio Gutiérrez se manifestó indignado desde antes que empezáramos a hablarle.

—Todo lo que usted me diga —aclaró desde el primer momento— lo he pensado ya: Villa va a cometer un asesinato, un asesinato en el cual figuraremos como cómplices, sin serlo, Robles, usted, yo y todos los que andamos en esta bola. Dice usted que yo soy el Presidente. ¡Presidente! Presidente de nombre. ¿Quién tiene la fuerza? ¿No la tiene Villa? ¿No son suyas todas las tropas que nos rodean? ¿No manda él en todos los ferrocarriles? Convéznase usted: nosotros significamos aquí menos que bajo el autócrata de Carranza, porque con Carranza siquiera se puede hablar.

—Pues seremos unos imbéciles y unos cobardes si continuamos así —repliqué yo mirando a Robles, el cual aprobó con un movimiento de cabeza.

—No lo seremos —contestó Eulalio—, porque es claro que así no vamos a seguir: de mi cuenta corre. Pero en este momento no hay más remedio que aguantarse. ¿Qué quiere usted? ¿Que me ponga en ridículo diciendo a esas señoras que no apruebo el fusilamiento de sus hijos, o de sus hermanos, o lo que sean, para que así y todo los fusile Villa en nuestras narices? El mundo está lleno de buenos y malos ratos. A estos desgraciados les ha tocado uno malo, y no habrá Dios que los salve.

Al oír hablar así a Eulalio comprendí que todo esfuerzo resultaría inútil, pues de

él sabía, y en parte me constaba, que no era tonto, ni cruel, ni cobarde, sino al revés: un hombre dotado de inteligencia natural agudísima, de excelente corazón y de entereza de carácter a toda prueba, según lo demostró días después al sobrevenir la ruptura con el jefe de la División del Norte.

Quise, sin embargo, ponerme de acuerdo con mis sentimientos y me dirigí al coche de Villa. ¿Sería, en efecto, una ley de Dios, o de la Naturaleza, o de la Historia, que la revolución nuestra estuviese movida por espíritus asesinos o cómplices de asesinos? En el estribo del coche me cerró el paso uno de los *dorados*. Se asomó después a la plataforma un oficial, que me dijo, bajando la voz:

—Mi general está ya acostado. Ordenó que no lo despertáramos por ningún motivo. Venga usted mañana a las nueve, si desea hablarle.

—Mañana a las nueve no quedará ni rastro de los falsificadores —le repliqué.

—Puede ser, pero no creo que mi general despierte antes.

*

El resto de la noche lo pasé en la ciudad de México, y con toda deliberación no volví al campamento de Tacuba hasta bien entrada la mañana del otro día. Serían cerca de las once cuando llegué. La luz gloriosa del sol de noviembre ocultaba la fealdad reseca de la tierra y de las cercanas milpas en rastrojo. ¿Se habría consumado el fusilamiento? ¿A qué hora habrían arrancado de allí al doliente grupo de las mujeres?

Robles no estaba en su coche. Me senté en el salón y me puse a mirar, distraído, por las ventanas. A poco vi acercarse por el lindero de una de las milpas una muchedumbre de soldados y curiosos: brillaban los fusiles de una escolta. Como los montículos de los surcos hacían difícil la marcha, los soldados iban en desorden y a gran distancia unos de otros. En medio, tratando de no separarse entre sí, iban cinco hombres con los brazos atados a la espalda por medio de cuerdas que les pasaban de codo a codo. Unos tropezaban en los surcos a cada paso; los otros caminaban con admirable precisión de autómatas. El rostro de todos revelaba extravío, una rara conciencia, desmesuradamente fuerte, o desmesuradamente débil, de cuanto veían en torno: los unos parecían analizar con interés profundo hasta los detalles más nimios de las piedras con que chocaban sus zapatos; los otros parecían no darse cuenta ni del sol deslumbrador que los bañaba en luz. Uno de ellos —rubio, de tez encendida— miró con ojos azorados hacia donde estaba yo: la fuerza de su mirada producía dolor, como si hiriese. Luego siguieron por el camino del cementerio. Se me figuró, al verlos alejarse hacia allá, que aquellos cinco hombres llevaban auestas sus propios cadáveres, auestas hasta el borde de la tumba en que los iban a enterrar después de meterles en el cuerpo cinco o seis balas.

IV

LOS ZAPATISTAS EN PALACIO

Quiso Eulalio Gutiérrez que antes de instalarse su gobierno hiciéramos una visita al Palacio Nacional. Allá llegamos, aquella misma tarde, él, José Isabel Robles y yo. Eufemio Zapata, en cuyo poder se hallaba el edificio, salió a la puerta central a recibirnos y empezó a hacer desde luego los honores de la casa.

De este momentáneo papel suyo —acoger al nuevo Presidente en su propia mansión gubernativa e iniciarlo en los esplendores de sus futuros salones y oficinas— Eufemio parecía penetradísimo, a juzgar por su comportamiento. Según fuimos apeándonos del automóvil nos estrechó la mano y nos dijo palabras de huésped rudo, pero amable.

Mientras duraban los saludos miré a mi alrededor. El coche se había detenido, rebasando apenas la puerta, bajo una de las arcadas del gran patio. Lejos, en el fondo, iban a encontrarse en ángulo las dos líneas senoidales formadas por los blancos macizos de la arquería y la penumbra de los vanos. Un grupo de zapatistas nos observaba a corta distancia, desde el cuerpo de guardia; otros nos veían por entre los pilares. La actitud de aquellos grupos ¿era humilde?, ¿era desconfiada? Su aspecto, más bien despertó en mí un mero sentimiento de curiosidad, debido en mucho al escenario de que formaban parte. Porque aquel palacio, que tan idéntico a sí mismo se me había mostrado siempre, me hacía ahora, vacío casi y puesto en manos de una banda de rebeldes semidesnudos, el efecto de algo incomprensible.

No subimos por la escalera monumental, sino por la de Honor. Cual portero que enseña una casa que se alquila, Eufemio iba por delante. Con su pantalón ajustado —de ancha ceja en las dos costuras exteriores—, con su blusa de dril —anudada sobre el vientre— y con su enorme sombrero ancho, parecía simbolizar, conforme ascendía de escalón en escalón, los históricos días que estábamos viviendo: los simbolizaba por el contraste de su figura, no humilde, sino zafia, con el refinamiento y la cultura de que la escalera era como un anuncio. Un lacayo del palacio, un cochero, un empleado, un embajador, habrían subido por aquellos escalones sin desentonar: con la dignidad, grande o pequeña, inherente a su oficio y armónica dentro de la jerarquía de las demás dignidades. Eufemio subía como un caballero que se cree de súbito presidente. Había en el modo como su zapato pisaba la alfombra una incompatibilidad entre alfombra y zapato; en la manera como su mano se apoyaba en la barandilla, una incompatibilidad entre barandilla y mano. Cada vez que movía el pie, el pie se sorprendía de no tropezar con las breñas; cada vez que alargaba la mano, la mano buscaba en balde la corteza del árbol o la arista de la piedra en bruto. Con sólo mirarlo a él, se comprendía que faltaba allí todo lo que merecía estar a su alrededor, y que, para él, sobraba cuanto ahora se veía en su entorno.

Pero entonces una terrible duda me asaltó. ¿Y nosotros? ¿Qué impresión produciría, en quien lo viera en ese mismo momento, el pequeño grupo que detrás de

Eufemio formábamos nosotros: Eulalio, Robles y yo —Eulalio y Robles con sus sombreros tejanos, sus caras intonsas y su inconfundible aspecto de hombres incultos; yo con el eterno aire de los civiles que a la hora de la violencia se meten en México a políticos: instrumentos adscritos, con ínfulas de asesores intelectuales, a caudillos afortunados, en el mejor de los casos, o a criminales disfrazados de gobernantes, en el peor?

Ya en lo alto, Eufemio se complació en enseñarnos, uno a uno y sin fatiga, los salones y aposentos de la Presidencia. Alternativamente resonaban nuestros pasos sobre la brillante cera del piso, en cuyo espejo se insinuaban nuestras figuras, quebradas por los diversos tonos de la marquetería, o se apagaba el ruido de nuestros pies en el vellón de los tapetes. A nuestras espaldas, el tla-tla de los huaraches de dos zapatistas que nos seguían de lejos recomenzaba y se extinguía en el silencio de las salas desiertas. Era un rumor dulce y humilde. El tla-tla cesaba a veces largo rato, porque los dos zapatistas se paraban a mirar alguna pintura o algún mueble. Yo entonces volvía la cara y los contemplaba: a distancia parecían como incrustados en la amplia perspectiva de las salas. Formaban una doble figura extrañamente lejana y quieta. Todo lo veían muy juntos, sin hablar, descubiertas las cabezas, de cabellera gruesa y apelmazada, humildemente cogido con ambas manos el sombrero de palma. Su tierna concentración, azorada y casi religiosa, sí representaba allí una verdad. Pero nosotros, ¿qué representábamos? ¿Representábamos algo fundamental, algo sincero, algo profundo, Eufemio, Eulalio, Robles y yo? Nosotros lo comentábamos todo sonriente el labio y con los sombreros puestos.

Frente a cada cosa, Eufemio daba sin reserva su opinión, a menudo elemental y primitiva. Sus observaciones revelaban un concepto optimista e ingenuo de las altas funciones oficiales. «Aquí —nos decía— es donde los del gobierno platican», «Aquí es donde los del gobierno bailan», «Aquí es donde los del gobierno cenan». Se comprendía a leguas que nosotros, para él, nunca habíamos sabido lo que era estar bajo un techo ni teníamos la menor noción del uso a que se destinan un sofá, una consola, un estrado; en consecuencia, nos ilustraba. Y todo iba diciéndolo en tono de tal sencillez, que a mí me producía verdadera ternura. Ante la silla presidencial declaró con acento de triunfo, con acento cercano al éxtasis: «¡Ésta es la silla!». Y luego, en un raptó de candor envidiable, añadió: «Desde que estoy aquí, vengo a ver esta silla todos los días, para irme acostumbrando. Porque, afigúrense nomás: antes siempre había creído que la silla presidencial era una silla de montar». Dicho esto, se dio Eufemio a reír de su propia simpleza, y con él reímos nosotros. Pero Eulalio, que desde hacía rato se quemaba por soltarle una cuchufleta al general zapatista, se volvió a él, y poniéndole suavemente una mano sobre el hombro, le lanzó este dardo con su voz meliflua y acariciadora:

—No en balde, compañero, se es buen jinete. Usted, y otros como usted, deben estar seguros de llegar a presidentes el día que sean así las sillas que se les echen a los caballos.

Eufemio, como por encanto, dejó de reír. Se puso reservado, sombrío. La agudeza de Eulalio, demasiado cruel y, acaso, demasiado oportuna, le había tocado en el alma.

—Bueno —dijo instantes después, como si no quedara ya nada digno de verse—; vamos ahora allá abajo, a las cocheras y las caballerizas. Las miraremos un poco y luego los llevaré a las piezas donde estoy viviendo con otros compañeros.

Vimos con espacio las cocheras y las caballerizas, aunque más para satisfacción de Eufemio que nuestra. Entre colleras, riendas, bocados, tirantes —todo oloroso a cuero engrasado y crujiente— mostró él una increíble suma de conocimientos precisos. De caballos, igual de criarlos que de arrendarlos y lucirlos, parecía saber no menos. De todo esto nos habló con entusiasmo que le hizo olvidar el incidente de la silla, y luego nos guió hacia la parte que ocupaban en el palacio él y su gente.

Eufemio —plausible muestra de su sinceridad— había encontrado habitaciones a su gusto en el más mezquino y escondido de los traspatios. Sin duda se daba bien cuenta de la excesiva ruindad de su refugio, pues trataba de adelantarse a las críticas declarando de antemano cuál era el carácter de su morada.

—Allí estoy —nos dijo— porque como siempre he sido pobre, en cuartos mejores no podría vivir.

Aquel sitio era, en verdad, algo abominable. Cuando entramos en él sentí que me ahogaba. La pieza, de medianas dimensiones, estaba provista de una sola puerta y no tenía ninguna ventana. Cincuenta, ochenta, cien jefes y oficiales zapatistas se encontraban en ella al entrar nosotros. Estaban amontonados, apiñados. La mayoría se conservaba en pie, cuerpo contra cuerpo o en grupos que se abrazaban. Otros estaban sentados sobre las mesas. Otros yacían por el suelo, hacia las paredes y los rincones. Muchos tenían en la mano una botella o un vaso. Todos respiraban una atmósfera lechosa y pestilente, donde se mezclaban infinitos humores y el humo de mil cigarrillos. Quien más, quien menos, estaban borrachos todos. Un soldado cuidaba de que la puerta se mantuviese constantemente cerrada, para que no entrasen por ella las miradas ni la luz. Dos lámparas eléctricas brillaban apenas, pequeñísimas, en aquel ambiente de niebla confinada, húmeda, asfixiante.

Nuestra presencia no fue notada al principio. Después, a medida que Eufemio pasaba entre los grupos y decía algo en voz baja, se nos observó sin recelo y aun hubo muestras de un recibimiento cordial. Pero eran signos raros, casi imperceptibles. Sin lugar a duda, acabábamos de caer en un mundo distinto del nuestro, tan distinto que con sólo llegar lo desconcertábamos, y luego hacíamos que el desconcierto durase, pese al deseo en contrario de todos, el de los otros y el nuestro. Ellos, salvo unos cuantos, evitaban mirarnos cara a cara; nos dirigían miradas de soslayo, bajaban la vista. En vez de darnos conversación, cuchicheaban entre sí. Y de rato en rato nos volvían la espalda para empujar mejor la botella o vaciar la copa.

Eufemio y los más próximos a él nos invitaron a tomar.

—¡A ver, unas copas! —gritó Eufemio.

Y hubo un medroso alargarse de manos que depositaron en una esquina de la

mesa hasta cinco o seis vasos sucios. Eufemio los alineó y sirvió tequila sobre las heces.

Bebimos en silencio. Eufemio vertió más tequila. Volvimos a beber. Eufemio volvió a servir.

Conforme bebía, Eufemio se iba excitando. Primero se puso alegre; luego afable; después, entre pensativo y sombrío. A la quinta o sexta copa se acordó en voz alta de la silla presidencial y del chiste de Eulalio. «Aquí el compañero cree —dijo dirigiéndose a los suyos— que Emiliano y yo, y otros como nosotros, seremos presidentes el día que se ensillen los caballos con sillas presidenciales como la que está allá arriba». Hubo entonces un silencio profundo, roto por la risita burlona de Eulalio. Luego tornó el rumor de las voces, pero con un matiz nuevo, vago, inquietante e inquieto. Así y todo, Eufemio, como si nada hubiese dicho ni nada pasara, sirvió más tequila. Una vez más, los vasos se confundieron, y una vez más nos dispusimos a beber los unos sobre la baba pegajosa de los otros... Pero al llegar este momento, Robles empezó a mirarme con fijeza, y luego, muy al disimulo, me hizo diversas señas con los ojos. Yo entendí, apuré la copa y me despedí de Eufemio.

*

Una hora después, cuando regresaba a Palacio seguido de toda la escolta de Robles, vi, al acercarme a la acera, que Eulalio y su ministro salían tranquilamente por la misma puerta por donde habíamos entrado en las primeras horas de la tarde.

—Gracias —dijo Eulalio al verme—. Por fortuna, la escolta ya no se necesita: tenían tal ansia de embriagarse, que no les ha quedado tiempo ni de pelear con nosotros. De todas maneras, la precaución no era inútil... Lo que me asombra es que Robles y usted hayan podido entenderse sin hablar.

Cuando resolvió el general Gutiérrez que yo mismo fuera a ofrecer a don Valentín Gama la cartera de Fomento, mi idea no me entusiasmó ya tanto como al principio. Porque aquel propósito era muy plausible desde nuestro punto de vista. Convenía al interés por nosotros representado —uno momentáneamente con el de la patria, en el fondo o en la forma— que el matemático ilustre viniera a formar parte del gabinete de Eulalio Gutiérrez. Mas ¿qué decir desde el punto de vista de don Valentín, desde el plano de sus intereses y responsabilidades como sabio y como hombre?

La duda me atosigaba más conforme iba yo subiendo la cuesta que conduce desde la placita de San Diego, en Tacubaya, hasta el Observatorio Astronómico. Me bailaban aún en la cabeza las horribles escenas de los fusilamientos de la víspera. Todavía sentía empapada el alma en el hábito de orgía brutal con que la facción zapatista acababa de mostrármeme en la guarida de Eufemio, caliginosa y aterradora... «¿Y era para eso, para que viniera a ser instrumento de eso, encubridor de eso, cómplice de eso, para lo que iba yo a arrancar de sus libros y sus meditaciones a mi profesor universitario?...».

Seguía yo, no obstante, acercándome al Observatorio, aunque con inconsciencia como de sueños: divorciado el acto de la voluntad; hecha dos la integridad de la persona como en cualquier personaje de Dostoievski... «¿De dónde había yo sacado la necesidad de que un gobierno como el de Eulalio Gutiérrez tuviera ministros como don Valentín?».

Con su arena crujiente bajo mis pies, las alamedas del Observatorio avivaron todavía más mi sensación de lo absurdo. Allí el sosiego era perfecto: tibio sol de la mañana sobre los arriates de verdura, simétricos, en orden; voz suave del viento entre los follajes, lozanos, lustrosos; perfume de la tierra acabada de regar; edificios blancos y rojizos, rematados por el ojo esférico de la media naranja, que de una mirada sola contempla todo el firmamento. Ninguna gente a la vista, ningún ruido humano...

Resueltamente: iba yo a cometer, en las regiones del espíritu, algo equivalente a una estafa.

*

Sitiado de montones de libros e instrumentos astronómicos, don Valentín Gama me recibió:

—Buenos días. Pero ¿de dónde sale usted?!

Su mano afable era la de siempre; la misma su sonrisa cariñosa, el mismo su ademán modesto, de sabor un poco infantil. Pero el cuerpo donde todo aquello se sustentaba me pareció ahora más chico, más enjuto, más descarnado. Algo descubría

en él la fuga de lo material hacia lo espiritual, el empobrecimiento de lo físico, quemado más y más en la llama continua de lo psíquico. La forma, un tanto rara, de su cabeza —que en los días escolares asociaba yo con la de las curvas cónicas— había ido acentuando la dinámica con que sus superficies elípticas, hiperbólicas, parabólicas se soldaban unas con otras. Más que antes, las Matemáticas vivían ahora en el exterior de su cabeza casi tanto como en el interior.

—¿Que de dónde salgo, maestro? De buena gana diría que del Infierno, porque vengo de la política, y esto, al parecer, es un paraíso astronómico.

Hablamos primero —homenaje a lo que fue— de escenas y acontecimientos donde al lado de personajes humanos figuraban otros, tales como las tablas de Callet, el gran ecuatorial, las *Variaciones* de Lagrange, las *Diferenciales e Integrales* de Leibniz, las *Fluxiones* de Newton. Luego, atento yo a la primera oportunidad favorable a mi embajada, nos metimos por la maleza de la situación política y sus hombres. Lo segundo fue breve escaramuza entre el patriotismo, benévolo y siempre activo, de don Valentín, y la urgencia política —esto por mi parte— de otro patriotismo ya algo endurecido por el choque con realidades tremendas, con realidades desconcertantes a fuerza de violencia, de desorden, de sangre.

A poco hablar, ya estábamos resbalando por la pendiente del mutuo consentimiento.

—¿Y cree usted que el señor general Gutiérrez se avendrá con mis ideas?

—Sin vacilar, maestro: las que usted le lleve le parecerán las mejores. Él, más que por ideas, se mueve por intenciones, por impulsos, y éstos, lo garantizo, son de primera calidad.

—¿Y podré escoger libremente a mis colaboradores?

—De los porteros al subsecretario.

En un punto coincidíamos don Valentín Gama y yo: en el concepto, amplio y heroico, de la ciudadanía. Las blandas palabras con que él iba expresándolo repetían, sin querer, pensamientos míos, pensamientos que, salidos ahora de su boca, me curaban de mis temores y repugnancias de una hora antes. Yo, que había venido dispuesto a cargar con toda la responsabilidad de cuanto allí aconteciese, me encontraba de súbito con que el impulso ciudadano de don Valentín —fuerte y sin cortapisas— me libraba, sin yo pedirlo, de la menor responsabilidad.

Me decía él sin ningún énfasis, levantando un poco, como para recibir mejor la luz, que devolvían sus espejuelos pequeños, el rostro gesticulante:

—Viene usted a proponerme un sacrificio: lo sé. Por algo Astrología y Astronomía han podido confundirse a veces. Pero, por lo mismo que lo sé, lo acepto. Los que claman en busca de una patria y rehuyen los peligros y las incomodidades de hacerla, o de intentar hacerla, son los únicos que no la merecen. Es como tener noción del bien y no practicarlo. Yo no seré de esos, no, de ningún modo: si se me cree capaz de ayudar en algo, aquí estoy. Sólo los egoístas —malos patriotas— se quedan en su casa si lo que se les propone no son puestos de los muy gratos y

satisfactorios, como las embajadas y otros del mismo estilo... ¿Que se fracasa? ¿Qué importa el fracaso cuando se ha tenido el propósito de acertar? Lo malo es no intentar nada para guardar intacta la ilusión de que «se hubiera hecho», de que, haciendo, «se acertaría». Los aptos que dejan en manos ineptas a su país son, por su falta de fe o por su pusilanimidad, más ineptos que los otros, más ineptos socialmente.

¡Pensamientos extraños en aquella hora!, ¡viejos y nuevos, nada comunes y evidentes! Su vigor político rebotaba contra los estantes cargados de libros, contra los globos geográficos y cosmográficos, contra los finísimos instrumentos dotados de movimiento de relojería, y desde todo eso, que era ciencia pura, tornaban hacia mí envueltos en ecos de nuestros campos de batalla, idealizados así por la aspiración ciudadana y convertidos en anuncio cierto de lo que esa aspiración pudiera conseguir.

*

A bordo de su coche especial —entre Atzacapotzalco y Tacuba— conoció Eulalio a don Valentín Gama. El presidente convencionista habló entonces, por primera vez con quien iba a ser su ministro de Fomento. Yo hice, con frase bicéfala, la presentación: definiendo primero a don Valentín en términos de Eulalio Gutiérrez, y luego a Eulalio en términos de don Valentín Gama. Con su mentalidad ágil y su ojo siempre infalible, Eulalio cogió al vuelo la duplicidad de mi lenguaje y dijo con sencillez que todavía admiro:

—Aquí Luisito (me llamaba *Luisito* con una *s*, una *i* y una *t* donde el silbido dulce de su voz empezaba a ser música), aquí Luisito me ha contado de usted verdaderas maravillas, señor ingeniero. Y como me merece gran confianza y sé que por mí mismo no podría apreciar las razones en que se funda para estimarlo a usted de tal manera, me he atendido a su juicio para invitarlo a usted a que venga a sufrir un poco con nosotros. Porque, la mera verdad, tampoco nosotros estamos en ningún lecho de rosas.

Don Valentín abrió los ojos, tal vez sorprendido frente a tanta humildad en un Presidente en México, y respondió de plano, pero con su sencillez de costumbre:

—Para sufrir por nuestro país, señor general, siempre estaré a sus órdenes.

El resto de la conversación ya no me interesó: lo fundamental estaba hecho. Ellos siguieron hablando y, mientras tanto, yo me entregué al inmenso placer de destellar pasajero orgullo político. Pero no destellaba tanto por considerarme autor de aquella conjunción de la Universidad y las inquietudes populares, cuanto porque Eulalio, al encarnar el noble impulso de la Revolución, rudo e informe, sabía presentarlo con decoro: ni farsa, ni ramplonería; ni blandura hipócrita, ni brutalidad. Y era que, contra las suposiciones de algunos necios de entonces —y no pocos de otra hora—, en Eulalio no eran anatema su humilde origen ni sus proezas de guerrillero; cumplía tan bien su cometido de presidente de circunstancias excepcionales, como antes el de volar locomotoras y tener en jaque a las tropas huertistas. Además de inteligente, era

—cosa rara entre los militares y políticos que nacen de la espuma— sincero y humilde. No andaba queriendo trastocar el mundo con sus ideas, ni creyéndose genio, ni enmendándole la plana a Dios. Por lo cual se explica que tuviera, desde el fondo de su incultura, visión bastante para descubrir a hombres como José Vasconcelos (el único ministro grande que produjo la Revolución) y para aceptar colaboradores como don Valentín Gama (que hubiera hecho en Fomento lo que de seguro no han logrado aún para México sus sucesores) y como José Rodríguez Cabo, en quien el ansia renovadora, siendo grande, dejaba siempre intactos los fueros de la Humanidad.

Esta vez, cuando don Valentín le habló de posibles subsecretarios, él dijo:

—Nombraré al que usted designe, señor ingeniero.

Pero no lo dijo con tono de condescendencia política, sino de sincera disposición a aceptar consejos antes que a darlos.

*

Al pie del coche de Eulalio, don Valentín Gama y yo nos despedimos. Le pregunté por último:

—¿Y a quién va usted a hacer subsecretario, maestro?

—¿A quién?... Probablemente a otro de sus profesores: a don Agustín Aragón.

Y echó a andar, ágil y rebosante de movilidad nerviosa, aunque prematuramente encorvado.

Un momento me quedé pensativo: lo veía alejarse. Luego caminé sobre la vía hacia el coche de Robles. El paisaje del campo —¡yermas tierras de Tacuba, polvorientas y tristes!— me hizo sentir otra vez lo absurdo de la situación política en que nos movíamos. Un poco más allá estaba el tren de Villa con su guardia de *dorados*: de éstos brillaban al sol la actitud pistolera, los presagios de su crueldad, la dureza de su fatalismo ignorante y sanguinario. Más lejos se extendían las pobres milpas en rastrojo por donde había visto pasar, veinticuatro horas antes, a los cinco falsificadores condenados a muerte sin juicio ni ley. Y todo ello servía de marco a un cuadro que me obsesionaba imaginativamente y en el cual veía yo a mi maestro Agustín Aragón explicando a sus alumnos, frente a encerados cubiertos de alfas, de betas, de gammas, las leyes de la mecánica y las del movimiento de los astros. Allí se veían también, bailando entrecruzadas a la manera del cubismo, portadas de la *Revista Positiva*, glorificadora de Augusto Comte, devota de la religión de la Humanidad, e inscripciones preparatorianas en mayúsculas de oro: «Orden y Progreso», «Saber para prever, prever para obrar».

LIBRO SEXTO

VILLA EN EL PODER

No habían errado en cuanto a su interés los generales que abandonaron a Eulalio Gutiérrez en manos de Zapata y Villa y se fueron, contra todas las esperanzas revolucionarias, a seguir prestando su apoyo al ex Primer Jefe. El grupo convencionista representaba el sentido de las responsabilidades morales de la Revolución, y era, por eso mismo, el verdadero peligro para los carrancistas corruptos y ambiciosos. ¿Podían, pues, seguir éstos ninguna política más hábil que la de dejar a sus enemigos verdaderos en condiciones de anularse pretendiendo imposibles? Porque era un imposible que los convencionistas conservaran su prestigio mientras, para poder someter a Carranza, transigían con Villa y Zapata; y era otro imposible — éste mayor— que los convencionistas luchasen a un tiempo contra carrancistas, villistas y zapatistas y los vencieran a todos sin otras armas que la bondad de sus intenciones. Y entre imposible e imposible, la disgregación vendría tras de unas cuantas sacudidas infructuosas, y, con ella, lo que los carrancistas anhelaban: campo libre a la lucha por el poder, posibilidad de convertir en nuevo caudillaje, disfrazado de reivindicaciones socializadoras, la revolución nacida contra el caudillaje de antes, aquél, a su vez, disfrazado de liberalismo económico y científico.

Eulalio, que no se mamaba el dedo, se dio exacta cuenta de la situación en que nos encontrábamos; le bastaron tres o cuatro semanas de estancia en el poder (o lo que fuera) para confirmarse en su primitiva idea de que nada podía hacerse, por de pronto, salvo ganar tiempo, y buscar el medio de escapar de Villa sin caer en Carranza. Pero esperar quería decir defenderse —defenderse del amago más próximo, que era el de Villa y Zapata—, por donde nos fue preciso desarrollar una de las políticas más incongruentes de cuantas pueden concebirse: contribuir a que nuestros enemigos declarados —los carrancistas— vencieran a nuestros sostenedores oficiales —los villistas y zapatistas— a fin de que eso nos librara un tanto de la presión tremenda con que nos sujetaba el poder más próximo.

Robles, Aguirre Benavides y yo aplicábamos el procedimiento, desde la Secretaría de Guerra, con una eficacia fría cuyos buenos resultados corrían parejos con los disgustos y peligros que nuestro esfuerzo nos deparaba. Me los deparaba, sobre todo, a mí, que sin ser militar, ni tener escolta, ni rodearme de oficiales que me cuidaran, hube de habérmelas con la malquerencia de innumerables jefes y jefecillos zapatistas, para quienes aparecía yo como el torpe autor de sus derrotas. Y esto en los días de la más completa inseguridad personal: cuando la ciudad de México preguntaba todas las mañanas —como tantas otras veces en nuestra larga historia de crímenes políticos— qué asesinatos se habían cometido la noche anterior, y cuando todas las noches estimaba hacederos los asesinatos más crueles y alevosos.

Robles me había dicho:

—Contra Villa, como usted comprende, nada lograremos por ahora. ¿Para qué

nos necesita, como no sea para bandera? Pero con los zapatistas las cosas cambian. Si le piden a usted dinero, d selo, d selo cuidando nom s que no se lleven más de la cuenta; pero si le piden armas, o parque, o trenes, ni tan siquiera agua les d .

Y había que ver cómo se me encrespaban algunos subordinados de Zapata —por lo común generales de calzón y blusa, de carabina en bandolera, de cananas cruzadas sobre el pecho— y cómo otros explotaban económicamente la situación: Éstos, generales de pantalón de charro, de guayabera de dril y de pistola en funda con bordados de plata.

Durante los días en que los zapatistas pugnaban por arrojar de Puebla a las fuerzas de Alvarado, yo agotó todos los recursos imaginables para no proveerlos de armas, cartuchos ni locomotoras. Como ni Robles ni Aguirre Benavides se aparecían mucho por su oficina, a falta de ellos me asediaban a mí los señores jefes de operaciones del Ejército Libertador del Sur. Entraban a verme seguidos de sus numerosos estados mayores: se rompía la penumbra de mi despacho con las manchas, holgadas y claras, de los calzones sin pretina; hacían rumor suave los huaraches; desfilaban, como grandes ruedas sobre carril invisible, los enormes sombreros anchos, que producían al moverse brisa de aire confinado, impuro. Yo los hacía sentarse sin distinción de categorías y me enzarzaba con ellos en intrincad simas disquisiciones sobre el arte moderno de batallar con cartuchos y sin cartuchos, con fusiles y sin fusiles, con trenes y sin trenes. Todo iba muy bien mientras los convencía de que la fábrica de armas, y la de explosivos, y la de municiones no producían ni la centésima parte de lo que necesitábamos, o cuando les hacía comprender por qué el general Villa era, dentro de nuestra alianza, el único capacitado para proveerlos de cuanto podían; pero si se percataban de mi deseo de no ayudarlos, o lo sospechaban siquiera, me ponían en terribles aprietos y armaban formidables escándalos. Un grupo de ellos, desencantado de no obtener lo que quería, se vengó de mí bailando en la sala de espera, con pavor de las cincuenta personas allí presentes, algo que podría llamarse la «danza del rifle y la pistola». Y éstos fueron de los más mansos; que otros, sin andarse por las ramas, sencillamente me amenazaban de muerte, como el general que me pedía trenes para ir en socorro del pueblo de Amozoc, atacado por los carrancistas. Yo le aseguraba que no disponíamos de locomotoras; él afirmaba que s , que las había visto en tales y tales estaciones, y cuando, por fin, a manera de arreglo, le ofrecí una muy vieja y casi inservible —tan vieja que todavía quemaba le a—, eso lo exasperó tanto, que me dijo con mucha calma:

—Bueno, patrón: me llevo  sa. Pero, ¡ay jijo de la guayaba si me redotan!... Porque entonces vengo y lo tizno...

Al oír la injuria, ech  mano a un pisapapeles de cristal que estaba sobre mi mesa e hice ademán de arrojarlo a la cabeza del jefe zapatista, mientras preguntaba lleno de ira:

— Hijo de qué?

—De nada, patroncito, de nada; no se acalore; nomás fue un decir. Pero de lo demás no me rajo: si me redotan, vuelvo, vuelvo y lo raspo.

Y es verdad que regresó, si bien no a «rasparme», ni en seguida de la toma de Amozoc por Cesáreo Castro, sino después de que Puebla había vuelto a caer en manos de las tropas carrancistas: es decir, cuando otros quince o veinte generales se creían también con derecho a imaginarnos autores de la pérdida de esta otra plaza, y no sin razón. Porque hay que convenir en que, desde su punto de vista, tenía que parecer inexplicable, o atribuible sólo a nuestra torpeza, el hecho de que cediéramos terreno en vez de ganarlo. ¿Entreveían ya, aunque sin dar forma al pensamiento, que estábamos obrando más como aliados de Obregón que como aliados suyos?

*

Contra los villistas, según decía Robles, nada podíamos intentar. Pero ellos sí se atrevían a hacerlo todo, incluso a reírse del mismo gobierno que aparentaban sostener con sus armas. Lo que no estaba muy claro era qué suma de conciencia o inconsciencia ponían en semejante conducta. ¿Tenían la noción de su sometimiento teórico a la autoridad convencionista, o su noción era que esta autoridad existía sólo como el acojinado de la celda de un loco: para suavizar los golpes de su frenesí? De cualquier manera, el caso es que Villa, Urbina, Fierro y demás grandes figuras de la División del Norte se comportaban ahora, en la ciudad de México, exactamente igual que antes, y que sus desmanes, por una ilusión de perspectiva, resultaban infinitamente más violentos y escandalosos. En el pequeño panorama urbano y civil descollaban, con estruendo, sucesos hechos a la medida de las montañas y el campo.

Así, verbigracia, las extralimitaciones de Villa en el terreno amoroso perdían en la ciudad de México su robusta armonía montaraz, hasta convertirse a veces en delicadísimas cuestiones internacionales. Su doctrina, según la predicaba a sus propios hombres, era muy simple.

—No hagan nunca —decía— violencia a las mujeres. Llévenlas a todas al altar, que al fin y al cabo los matrimonios por la Iglesia no obligan a nadie, y de ese modo no se privan ustedes de su gusto ni las desgracian a ellas. Ya me ven a mí: tengo mi esposa legítima ante el juez del Registro Civil, pero tengo otras, también legítimas, ante Dios, o, lo que es lo mismo, ante la ley que a ellas más les importa. Ninguna, pues, tiene de qué esconderse ni de qué avergonzarse, porque la falta o el pecado, si los hay, son míos. Y ¿qué mejor camino que este de la conciencia tranquila y el buen entendimiento con todas las hembras que se le antojan a uno? Los obstáculos y reparos de los curas no les desazonen, que amenazando con echar bala todo se arregla.

Mas no siempre procedía Villa con estricto apego a sus propias normas, o no siempre las usaba con el exquisito tacto que requería el aplicarlas. De ahí el tremendo escándalo que provocó uno de aquellos días al pretender casarse, a su modo, con la

cajera del Hotel Palacio —aunque, en absoluta verdad, el escándalo tuvo mas de apariencia que de hecho, como se pondrá en limpio el día que pueda discurrirse sobre estos asuntos sin herir honorabilidades ajenas. Aquél fue magno escándalo para unos cuantos timoratos y para gente sencilla que sabe poco del corazón femenino en general y menos todavía del femenino y francés en particular. Dentro del conjunto de sucesos de que eso formaba parte, la importancia de lo ocurrido resultaba minúscula. Cosas mucho peores hacía Villa a todas horas, y Fierro, y Urbina.

Las del compadre Urbina eran extraordinarias por la habilidad metódica y los bellos rasgos, en ellas evidentes, de bandidaje organizado en gran escala. Tenían, además, la virtud de echar por tierra el falso supuesto —inventado por los carrancistas para justificar de su parte atropellos análogos— de que villismo y zapatismo fueran movimientos de reacción sostenidos por los extranjeros ricos y el clero. Porque era sólo contra los ricos, extranjeros y nacionales, contra quienes se enderezaban las actividades del compadre Urbina. Esa suerte de exacción que se nombra con los eufemismos de «préstamo forzoso» o «subsidio de urgencia», pero que no es sino robo impune cuando razones imperiosas no lo justifican, lo practicaba él con perfección muy superior a la de todos los generales que en aquellos días lo emularon. Su visión para escoger víctimas era certera; sus maniobras, silenciosas cuanto infalibles. No fallaba golpe; no tenía que recurrir a grandes alardes de fuerza externa para sacar el dinero: todos le pagaban al contado, peso sobre peso, «corriendito», como decía él. Obraba de acuerdo con planes de conjunto: barrio por barrio, manzana por manzana, calle por calle, casa por casa, preparándolo todo de modo que, una vez tendidos los cordones de sus guardias invisibles, ningún pájaro se le escapaba de la red. Y eso lo hacía el compadre Urbina —gozándose quizá en su virtuosismo— a la luz del sol, en los propios despachos de los interesados, a medio metro del bullicio de las calles, entregadas a su trajín de todos los días; pero lo hacía con tan poco ruido y tan sin desplantes, que la gente no se enteraba.

Nos enterábamos nosotros, quiero decir, los que veíamos desde lo alto del gobierno; si bien nosotros, por nuestra misma impotencia, estábamos obligados a callar, como callaban casi todas las víctimas, éstas temerosas de atropellos mayores.

¡Terribles días aquéllos, en que los asesinatos y los robos eran las campanadas del reloj que marcaba el paso del tiempo! La Revolución, noble esperanza de cuatro años antes, amenazaba disolverse en mentira y crimen. ¿De qué servía que un pequeñísimo grupo conservara intactos los ideales? Por menos violento, ese grupo era ya, y no dejaría de ser, el más incapaz para la lucha; lo cual, por sí solo, convertía a la Revolución en un contrasentido: el de encomendar a los más egoístas y criminales un movimiento generoso y purificador por esencia.

II

LA MUERTE DE DAVID BERLANGA

Una mañana Rodolfo Fierro llegó a la Secretaría de Guerra menos compuesto y sonriente que de costumbre. En realidad, su hermosa figura se conservaba íntegra. Llevaba, como siempre, aquel admirable par de mitasas que adquirían en sus piernas un vigor de línea único y cabal. Su sombrero tejano, de lo más fino y blanco, no había perdido, en la manera como le cubría la cabeza, un solo ápice de su aire vagamente provocativo y seguramente amenazador. Seguía su frase envolviéndose en las modulaciones de un timbre suave y rehuyendo las palabras malsonantes o soeces. Sus ojos, ligeramente turnios, miraban aún con la misma pupila afirmativa, inquiridora. Y, sin embargo, todo él parecía como circundado aquella mañana por un velo opaco: sin estarlo de hecho, se veía marchito, envejecido.

Venía a verme, igual que tantas otras veces, en busca de dinero, pues a fuer de buen general y buen revolucionario gastaba mucho. Los cientos, los miles de pesos se le escurrían por entre los dedos con más facilidad que si en cada mano tuviera una fábrica de *bilimbiques*. Y como desde que entramos en México la Secretaría de Guerra —esto lo sabía él muy bien— estaba obligada a ser su banco, cada dos, cada tres días se llegaba hasta mi escritorio y me decía con su voz más suave y segura:

—Quiero ponerle a usted un recibito.

—¡Imposible! —le contestaba yo siempre—. No tenemos un centavo.

Pero él, que conocía el juego, insistía con los mayores recursos de sus dulzuras verbales y acababa sacándome la autorización, por lo menos, para parte de lo que esperaba. Claro que en esto yo no hacía sino ceñirme a las instrucciones de José Isabel Robles. «A Fierro —me había dicho— necesitamos tenerlo grato cueste lo que cueste». Y, en verdad, el precio que por Fierro pagábamos no era excesivo en comparación con lo que otros costaban: tan sólo dos o tres mil pesos tres o cuatro veces por semana.

—Bueno —le pregunté esta vez, al ver que tras de saludarme no me decía nada —: ¿por cuánto el recibito?

—Por lo que guste —respondió—. Lo principal no es ahora eso... Quisiera hablarle... hablarle en lo particular...

Y, sonriendo, subrayó las últimas palabras con una mirada hacia los dos taquígrafos que se encontraban junto a mi escritorio y hacia varios militares que esperaban, sentados en el estrado de enfrente, su turno de audiencia.

Mandé a los taquígrafos que se retiraran e invité a Fierro a sentarse en una butaca inmediata a mí.

—No —observó él—. Dificulto que así pueda hablarle sin estorbos. Despache usted a aquellos oficiales o vamos a otra parte donde estemos solos de veras.

Adiviné entonces que se trataba de algo positivamente serio; de modo que, sin más explicaciones, indiqué al general villista que me siguiese fuera de la oficina.

Atravesamos la antesala y el despacho del ministro, donde a esa hora no estaban más que los ayudantes; abrí la puerta, disimulada en la pared, que daba acceso a la alcoba privada, y allí nos encerramos. Me senté en una silla y ofrecí a Fierro otra. Él no la aceptó, sino que prefirió sentarse en la cama, sobre cuya colcha de raso verde arrojó el sombrero con un gesto de fatiga apenas perceptible. Miró a continuación, uno por uno, los muebles de la alcoba, la alfombra, los tapices; abrió los cajones del velador que tenía cerca, y, por fin, se puso a chupar el puro que traía en la boca, pero a chuparlo con atención tan reconcentrada, que se hubiera dicho que no pensaba más que en eso.

Yo, mientras tanto, lo estudiaba, esperando satisfacer una doble curiosidad: la que me inspiraba nuestra entrevista, impregnada ya de misterio, y la que jamás dejaba de producir en mí la presencia de aquella «bestia hermosa», según llamó a Fierro un periodista yanqui. Lo último me embargaba particularmente. Porque Fierro, que era por su gallardía física un tipo inconfundible, gozaba, además, de una leyenda terrible y fascinadora: se le pintaba como autor de proezas y crueldades tan pronto espeluznantes como heroicas. Allí, cruzadas las piernas, bellas y hercúleas, puesto el codo sobre la rodilla, inclinado el busto hasta la mano —mientras los dedos maceraban el rollo de tabaco y la boca despedía humo—, cobraba su carácter preciso, su luz propia, su irradiación exacta. Su naturaleza semisalvaje, disfrazada hasta pocos segundos antes tras la cobertura de palabras, maneras y gestos civilizados, chocaba estrepitosamente contra el ambiente de los delicadísimos muebles de caoba, y con los encajes, y con las colgaduras de brocado, como una piedra sin pulir que estuviese estropeándolo y desgarrándolo todo con sus aristas en bruto.

De pronto me miró a los ojos y me dijo:

—Acabo de matar a David Berlanga... y créame que lo siento.

—¡A David Berlanga!

La imagen de aquel noble muchacho, toda abnegación y sinceridad, desinteresado, valiente, generoso, surgió ante mí. Me pareció verlo alzando el rostro pálido, la cabeza de cabellos largos y lacios, en el espacio que mediaba entre mí y la figura, ahora resueltamente brutal y sanguinaria, de Rodolfo Fierro. Lo recordé entregado, pocas semanas antes, a denunciar con denuedo ante la Convención Militar de Aguascalientes todas las mezquindades y corrupciones que corrían, como arroyos de cieno, por debajo de muchos hombres de la Revolución. Rehice de un solo trazo la órbita completa de su carrera de revolucionario joven, siempre postergado, siempre perseguido en secreto por los habilísimos inmorales que lograban escalar y conservar altos puestos a punta de intrigas, falsedades y traiciones. Y bajo la mirada del matador de hombres que tenía yo delante, experimenté de súbito un impulso horrible, una vaga inclinación a volverme yo también asesino, como tantas otras gentes cuyo aire había estado respirando los últimos meses, y a manchar con sangre humana la rica alfombra de aquella estancia. Ignoro si fue el instinto del bien, o la cobardía, o el extraño dejo de súplica que nimbaba la fijeza con que los ojos de Fierro estaban

clavados en los míos; pero el caso es que la volición profunda que iba a hacerme echar mano a la pistola varió de curso y se transformó en estas tres palabras, que eran ya, íntima y tácita, la aceptación de lo irremediable:

—Y ¿por qué?

—Por orden del Jefe.

Y entonces Fierro me lo contó todo.

*

«Berlanga —prosiguió— estuvo a cenar anteanoche en *Sylvain*. En otro de los gabinetes reservados cenaban asimismo, con varias mujeres, algunos de los ayudantes del Jefe. Ya sabe usted lo que ocurre en esos casos: se come mucho, se bebe demasiado, y luego, a la hora de pagar, el dinero falta. No me refiero a Berlanga, sino a los oficiales del Jefe. Pues bien: cuando les presentaron a los oficiales la cuenta, ellos se limitaron a firmar un vale por el importe y la propina. El mesero no se conformo con aquello y quiso rehusar el vale, pero no sabiendo cómo hacerlo fue a pedir consejo a Berlanga, a quien por lo visto conocen bien en *Sylvain*. Al enterarse del caso, Berlanga se indignó: se soltó a vociferar contra los militares que desprestigiaban la bandera de la Revolución; dijo que la División del Norte estaba llena de salteadores, que los villistas no sabíamos, triunfar sino para el robo, y cuando se cansó de gritar y echar pestes contra las fuerzas de mi general Villa, hizo efectivo el vale de los oficiales, para que el mesero no sufriera la pérdida, y para guardar el documento —declaró— como prueba de la conducta de las tropas del Jefe.

»Los oficiales, por supuesto, oyeron cuanto Berlanga había dicho y fueron con el chisme ayer en la mañana. Como era de esperarse, mi general Villa se puso furioso.

»—A esos perritos —dijo— que andan ladrándome y queriendo morderme el calcañar voy a aplastarlos así.

»Y alzó el pie y lo dejó caer con una furia que yo mismo no le conocía. Acto seguido me llamó aparte y me ordenó en voz baja:

»—Esta noche me saca usted a Berlanga de donde esté y me lo fusila.

»Y yo, ¿qué podía hacer salvo cumplir las órdenes? Órdenes de éstas, además, nunca me habían sorprendido ni molestado: va para años que estamos haciendo lo mismo, como usted sabrá. Ahora, muerto Berlanga, es cuando la cosa empieza a pesarme; porque, ¡palabra de honor!, Berlanga era hombre como pocos: lo ha demostrado en el fusilamiento. Jamás seré yo capaz de matar a otro como él, así me pase a mí el Jefe por las armas.

»De acuerdo con lo mandado me puse a buscar a Berlanga a eso de la medianoche o la una de la mañana. Metí en dos automóviles un grupo de *dorados* y anduve, seguido de ellos, por diversos sitios. Luego me dirigí a *Sylvain*. Acabé por suponer que Berlanga estaría allí, porque recordaba haber oído decir a los oficiales, cuando hablaban con mi general Villa, que en *Sylvain* cenaba él las más de las noches.

»En efecto, cuando llegué al restaurante allí estaba. Al acercarme a su sitio vi que hacía rato había acabado la cena: se conocía en el puro que fumaba, quemado ya en más de la mitad y al parecer, buenísimo, pues la ceniza, como enorme capullo, se mantenía todita pegada a la lumbre. Le dije que de orden de mi general Villa tenía encargo de hacerlo que me acompañara, y que sería inútil toda resistencia porque venía yo con fuerzas bastantes para hacerme obedecer.

»—¿Resistencia? —me contestó—. ¿Qué se adelanta en estos casos con la resistencia?

»Llamó al mesero; pagó el gasto; se puso el sombrero —cuidando, mientras hacía todo esto, que sus movimientos no desprendieran la ceniza del puro—, y salimos.

»No volvió a dirigirme la palabra hasta que estábamos entrando por la puerta del cuartel de San Cosme.

»—¿Aquí es donde me van a encerrar? —me preguntó.

»—No —le respondí—. Aquí es donde lo vamos a fusilar.

»—¿A fusilar?... ¿Cuándo?

»—Ahora mismo.

»Y no pidió más explicaciones.

»Bajamos de los autos y entramos en el cuerpo de guardia. A la luz de la mala lámpara que allí ardía me fijé con cierta curiosidad en el aspecto de aquel hombre a quien íbamos a pasar por las armas sin más formalidades ni historias. Lo hice casi mecánicamente, y ahora lo deploro, porque Berlanga empezó entonces a interesarme. Seguía tan tranquilo como cuando lo levanté de su mesa: no le había cambiado ni el color de la cara. Con la mayor calma que he visto en mi vida se desabotonó el chaquetín. Sacó de uno de los bolsillos interiores un librito de apuntes y un lápiz. En el librito escribió varias líneas, que deben haber sido muchas, puesto que tardó algo y yo no vi que levantara el lápiz del papel, ni que se detuviera, sino que escribió de corrido, como si supiera de antemano cuanto tenía que poner. En una hoja que arrancó del libro anotó otra cosa. Se quitó del dedo una sortija; sacó de los demás bolsillos algunos objetos; y, dándomelo todo, hasta el lápiz, me dijo:

»—Si es posible, le agradeceré que le entregue estas cosas a mi madre. En este papel he puesto el nombre y la dirección... Y estoy a sus órdenes.

»Su rostro se conservaba impassible. Su voz no acusaba el más leve rastro de emoción. Se abrochó el chaquetín, pero no de manera inconsciente, sino con pleno dominio de lo que estaba haciendo y atento todavía, como durante todas las operaciones anteriores, a que no se desprendieran las cenizas del puro. Éstas, en el tiempo transcurrido, habían crecido muchísimo: el capullo blanco era ya bastante mayor que la base de tabaco que lo sustentaba.

»Salimos de la habitación.

»El ruido de nuestros pasos al cruzar los patios del cuartel me sonó a hueco, a raro, a irreal; aún lo traigo metido en las orejas como un clavo. Las caras apenas nos las veíamos, porque era poca la luz.

»Pasada una puerta, después de otras muchas, nos detuvimos; hice formar el pelotón de los *dorados* frente a una pared y me volví hacia Berlanga, como para indicarle que todo estaba listo. Él entonces pareció fijar en mí la vista unos instantes; luego inclinó la cabeza hasta cerca de la mano en que tenía el puro, y por fin dijo, contestando a mi actitud:

»—Sí, en seguida. No lo haré esperar...

»Y durante algunos minutos, que para mí no duraron casi nada, siguió fumando. A despecho de las tinieblas vi bien cómo apretaba cuidadosamente el puro entre las yemas de los dedos. Se adivinaba que, ajeno casi a su muerte inminente, Berlanga se deleitaba deteniéndose, a intervalos, para contemplar el enorme capullo de ceniza, cuyo extremo, por el lado de la lumbre, lucía con un vago resplandor color de salmón. Cuando el puro se hubo consumido casi por completo, Berlanga sacudió bruscamente la mano e hizo caer la ceniza al suelo, cual brasa a la vez brillante y silenciosa. Luego tiró lejos la colilla, y con paso tranquilo, ni precipitado ni lento, fue a adosarse contra el muro... No se dejó vendar...».

*

—Ha sido un crimen horrible —le dije a Fierro tras una larga pausa.

—Sí, horrible —contestó, y se entregó de nuevo a la maceración de su tabaco, si bien ahora más ahincadamente que antes, obsesionado, atento al proceso formativo de la ceniza.

—En realidad —agregó a poco—, yo no soy tan malo como cuentan. También yo tengo corazón, también yo sé sentir y apreciar... ¡Qué hombre más valiente Berlanga! Y ¡qué fuerte! Mire usted —y me mostró el cigarro—: desde esta madrugada ando empeñado en fumarme un puro sin que se le caiga la ceniza, pero no lo logro. Los dedos, que no gobiernan, se me mueven de pronto y la ceniza se cae. Y eso que no es malo el tabaco, yo se lo prometo. En cambio él, Berlanga, supo tener firme el pulso hasta que quiso, hasta el mismo instante en que lo íbamos a matar...

III

POS MALGRÉ TOUT, LICENCIADO

En medio del desastre de las mejores esperanzas de la Revolución, Eulalio Gutiérrez no olvidaba sus compromisos de Aguascalientes. Seguía trabajando para que Obregón abandonara a Carranza al mismo tiempo que nosotros a Zapata y Villa. Empezaba, en secreto, los preparativos de nuestra marcha hacia San Luis, inclinado ya, en último trance, a pelear a la vez con villistas y carrancistas. Y debe reconocerse que tal actitud enaltecía sobremanera al Presidente Provisional, puesto que para esperar convencer a Obregón de los peligros de Carranza se necesitaba entonces casi tanta fe en el destino revolucionario como hacía falta arrojo para preparar la ruptura con Villa estando entre la férula de éste. Acerca de lo segundo huelgan las ponderaciones: Villa, de seguro, se enteraría pronto de cuanto tramábamos —se enteraría a pesar de todo nuestro sigilo— y, una vez enterado, nada impediría que se nos echara encima con su audacia y violencia de costumbre.

*

Aquella situación hizo crisis un domingo por la mañana. (O si no era domingo, era, al menos, día en que por una razón u otra las oficinas públicas permanecían cerradas).

Había yo ido a la Secretaría de Guerra a despachar varios asuntos urgentes. Llevaba tres horas manejando papeles y dictando oficios y telegramas. Ugalde —mi taquígrafo— estaba sentado frente a mí, al otro lado de la mesa, e iba convirtiendo en pequeños trazos dinámicos de su lápiz amarillo, ágil y bailante sobre la superficie del papel, las palabras que brotaban de mi boca. Los dos nos sentíamos contentos. Ambos trabajábamos, en la quieta soledad de la oficina, con el mismo estado de espíritu que si la realidad militar, flexible entre mis palabras y sus dedos, no tuviera otro sentido ni otro valor que la realidad, desinteresada y remota, que los sabios someten a sus observaciones.

Cerca de la una de la tarde el teléfono sonó. Ugalde descolgó el audífono y se dispuso a contestar sin quitar la mano de sobre el cuaderno ni aflojar la presión de los dedos sobre el lápiz. Su voz se empapaba en el ambiente de la tarea tranquila según iba diciendo:

—Bueno... Sí... Sí...

Vi en seguida cómo tapaba el orificio del transmisor, apoyando éste boca abajo contra la superficie de la mesa, y oí, desde el fondo del párrafo cuya elaboración había quedado en suspenso, que me decía:

—Preguntan si está usted aquí y piden, si está, que se ponga inmediatamente al aparato.

Entonces tomé el teléfono y respondí, yo también con acento de la más absoluta serenidad:

—Bueno... Sí... Yo mismo...

Pero en el opuesto extremo del alambre, el panorama de la vida debía ser otro. La voz que desde allá hablaba parecía temblorosa, agitada, catastrófica; era una voz cuyas palabras, pese a mi disposición y esfuerzos por conservarme sereno, me sacudieron en el acto desde la cabeza hasta los pies. El cambio que esas palabras me producían lo iba yo advirtiendo, conforme las escuchaba, más que en mí mismo, en la cara de Ugalde, que reflejaba paso a paso, por simpatía inmediata, la expresión de mi rostro.

Cuando deposité de nuevo el teléfono sobre la mesa, la magia de la labor en paz ya se había roto. Mi silencio profundo sólo denotaba perplejidad. Ugalde, sin perderme de vista, guardaba su lápiz en el bolsillo, cerraba su cuaderno. Al fin me preguntó con voz que contrastaba, por lo trémulo, con la de minutos antes:

—¿Pasa algo grave, señor Guzmán?

—Me informan —le contesté con voz semejante a la suya— que Villa acaba de poner preso al Presidente y de ordenar también la aprehensión de los ministros y demás miembros importantes del gobierno.

Bajé al patio, subí al automóvil, salí. Afuera, el claro sol de invierno, tibio al mediodía, brillaba con placidez; irradiaba armonía y negación de lucha. Las calles rebosaban de ruido alegre, de tráfago jocundo, de disposición discreta al goce de todos los sentidos. En el Zócalo, lago de luz, automóviles y tranvías formaban un ritmo único donde parecían disolverse sus afanes. Entre todos, mi automóvil conservó libre el afán suyo. Y luego, a lo largo del bullicio de Plateros, se prolongó en mí esa misma sensación, a un tiempo natural y extraña: la de un vivir ajeno al pulso que movía cadenciosamente los grupos de hombres, mujeres y niños sobre las aceras y los vehículos.

Al pasar frente a la dulcería de *El Globo*, la marcha del coche era tan lenta que sólo existía como oposición a la rapidez de mis ideas: movimiento retardado puesto al servicio de una aceleración de vértigo. Pero entonces columbré al coronel Domínguez. Estaba junto al mostrador de la dulcería, en el acto de tomar de las manos de una dependienta el paquete que ésta le entregaba con un ramito de flores y una sonrisa.

Salté del auto, atravesé la calle eludiendo parachoques y guardafangos, y entré en la tienda. Ahora estaba Domínguez frente a la cajera —el bastón, el cigarro, el paquete y el ramito en una mano y el dinero en la otra.

—Deja tus pasteles —le dije en voz no tan baja como yo la quería— y ven conmigo inmediatamente.

Varios parroquianos se volvieron hacia nosotros, entre curiosos y sorprendidos. Pero Domínguez, con gran naturalidad, puso el paquete sobre el mostrador y, sin responder una sílaba, se dispuso a seguirme.

Salimos. Yo iba delante y aprisa, sorteando los obstáculos de la multitud, para alcanzar de nuevo el automóvil, que había seguido avanzando dentro de la triple fila

de coches. Una vez en él, me preguntó Domínguez:

—Pero ¿qué pasa?

—Pues pasa esto. —Y le conté.

De allí a la estatua de Carlos IV hicimos nuestro plan. Dejaríamos el automóvil a la puerta del garage que estaba en el paseo de la Reforma frente por frente de la casa de Eulalio. Yo me acercaría a esta última, resuelto a comunicarme con Gutiérrez como se pudiera. Domínguez, entretanto, procuraría hablar por teléfono con Lucio, para advertirle el peligro que lo aguardaba y pedirle consejo. Y si pasada media hora no regresaba yo, Domínguez iría en mi busca.

*

Mi primer tropiezo fue con la guardia. En vez de la escolta del Presidente me encontré con los *dorados* de Villa.

—No se puede pasar, mi jefe.

—¿Que no puedo pasar yo?

—Ni usted ni naiden, mi jefe. Es orden de mi general.

—¿De qué general?

—Pos de mi general Villa. ¿De quién había de ser? Del mero petatero, del que manda aquí.

Inútil seguir discutiendo. En vista de lo cual pedí que viniera el comandante de la guardia. Éste me repitió lo dicho por el soldado; pero yo entonces aseguré que era a Villa a quien necesitaba hablar para asuntos del servicio, por lo que vino a franqueármese la puerta hasta el amplio recibimiento desde el cual arrancaba la escalera.

—Más allá de ningún modo —dijo el oficial—. Las órdenes son terminantes.

En el piso bajo de la casa no se veía ninguno de los hombres de confianza de Eulalio: los *dorados* ocupaban todos los puestos. Algunos de ellos, agrupados cerca de las ventanas, asistían desde allí al desfilar de una columna de caballería bajo los árboles del paseo: eran las fuerzas del compadre Urbina, que, por lo visto, aparecían en aquel momento como una presencia amenazadora. Yo también las contemplé varios segundos. Los jinetes avanzaban con paso deliberadamente tardo, a fin de que su alarde fuese mayor.

—¿Hace mucho que el general está aquí? —le pregunté poco después al oficial.

—Cosa de una hora.

Entonces me dediqué a pasear por el cuarto, afectando el aire paciente de quien espera. Luego, absorto al parecer en mis reflexiones, prolongué mi ir y venir hasta la habitación contigua. Y poco después, aprovechando un momento en que nadie me miraba, me escurrí hasta el primer patio.

Claridad radiosa; verdes copas de árboles barnizadas en sol. Había allí, en un rincón, una escalera de servicio. Durante un minuto estudié la forma en que estaba

dispuesta. La subí. Daba a una especie de piso intermedio, que era a modo de departamento de criados. No había nadie en él: caminé por su interior. De allí conseguí pasar, no, sin trabajo, a una de las habitaciones principales. Las puertas que comunicaban esta pieza con el resto de la casa estaban cerradas; pero una de ellas, que daba a un pasillo con balcón, me permitió continuar, tras el laborioso esfuerzo de saltar de ese balcón al inmediato.

La habitación donde me vi entonces estaba también solitaria, y como ésa, las dos siguientes. De más adentro parecía venir rumor de voces. Caminé hasta donde los rumores se resolvieron en palabras. Ahora hablaban en la habitación próxima.

Puse mi sombrero sobre un mueble, y, con mucha naturalidad, cual si perteneciera a los de la casa, pasé cerca de la puerta para ver lo que había más allá. Las voces partían de un grupo de oficiales de los *dorados*, que conversaban tranquilamente en el centro de la antesala. Unos —los más— se habían sentado, colgantes pies y piernas, sobre la mesa; otros se mantenían en pie. Su charla no era obstáculo para comprender que estaban apercebidos y en espera de sucesos graves. Su grupo, compacto, hacía frente a la puerta del salón, cerrada en aquel momento. Eulalio, de seguro, estaba preso allí.

Con igual naturalidad que antes atravesé ahora la antesala con dirección a la pieza de enfrente, que era la inmediata al salón. Los oficiales de Villa se volvieron a mirarme. Yo, metidas las manos en los bolsillos, los saludé familiarmente:

—Qué húbole...

Respondió uno:

—Pos ya ve usted: aquí con el Jefe.

Pasé. La habitación contigua al salón era una alcoba. Como lo demás de la casa, estaba sola. Allí el rumor de voces de la antesala cedía ante otro rumor, éste venido por una de las puertas laterales, si bien ambos rumores se ensordecían aquí al rozar cortinas y alfombra. Las nuevas voces sonaban agrias, como de disputa; pero parecían de una disputa cuyo momento peor ya hubiera pasado: voces de riña en ocaso. Para oírlas distintamente me acerqué a la puerta por donde venían. Las hojas estaban entreabiertas; las cortinas del lado de allá, echadas por completo. Pasando entre las hojas, vine a quedar entre la madera de ellas y el terciopelo de las cortinas. Ahora oía yo, clara y enérgica, la voz de Villa:

—... ¿Que al licenciado Vasconcelos lo quieren matar? Pues ¿por qué no me lo dice, señor? Yo le pondré una escolta.

Entonces se oyó, con la misma claridad, la voz de Eulalio, aguda, irónica, bisbisante:

—Porque las cosas no se hacen así. Si yo soy el Presidente, de mí tienen que depender todas las fuerzas y, en consecuencia, todas las escoltas.

La voz de Villa otra vez:

—Pero ¿quién le dice, señor, que mis fuerzas no son también tuyas? ¿No somos de un mismo gobierno?

Aquí, confusas y entrelazadas, sonaron varias voces a la vez. Sólo me llegaban palabras sueltas.

Moví levemente el borde de la cortina por el lado de la pared. Vislumbré, por la rendija, una tira del rostro y del uniforme de Roque González Garza, y, más acá, de espaldas hacia mí, parte del busto y la cabeza de Vito Alessio Robles. Agrandé un poco la abertura para ver mejor: apareció una mano, una mano que me era conocida, pero que me sorprendió como algo enteramente nuevo al verla así, sin la presencia del cuerpo de que formaba parte. Era la mano de Eulalio. Cerca de ella se veía, rodeada de tres o cuatro copitas, una botella de coñac. Más arriba y más lejos, entre dos cuerpos, se movía el mechón de la cabellera de Villa, rizada y rojiza bajo la línea curva del ala del sombrero. Los movimientos del mechón se acompañaban, por momentos, con el fulgurante paso de los ojos por el espacio abierto entre los cuerpos. Tenía Villa el rostro encendido. Su gesto, de sonrisa estática, era el de sus grandes raptos de ira. Por el apiñamiento de miembros próximos a él se comprendía que lo rodeaba mucha gente.

La mano de Eulalio cogió la botella y vertió coñac en una de las copitas. Tres de sus dedos cogieron luego la copita llena y la levantaron. La copita desapareció de mi campo visual... Seguían las voces entrecruzándose, ininteligibles... Copita y mano volvieron a aparecer... Eulalio pronunció entonces palabras de timbre más agudo... Breve silencio.

Se escuchó la voz de Villa:

—Fue por orden mía, señor; por orden mía. Si le entrego al gobierno de usted todos los ferrocarriles, ¿cómo muevo mis tropas? Fíjese nomás en la gran extensión de mi territorio...

—¿...?

—Pero ultimadamente es lo mismo. Usted me ha nombrado general jefe de las tropas de su gobierno, ¿no es así? Bueno, pues yo lo protejo, y para protegerlo conservo en mi mando todo lo que esta situación justifica. Cuantimás que son trenes y tropas mías...

En ese momento creí distinguir la voz de Fierro y, más cerca, la de Vito Alessio Robles. Eulalio replicó algo. La voz de Villa tornó a dominar:

—Pos ahora ya lo sabe, señor: frente a su casa están desfilando tres mil hombres de mi caballería, para que sienta nomás mi fuerza. La guardia que le he puesto es mía también. Lo que es de aquí no sale sin mi permiso.

La voz de Eulalio:

—Eso lo veremos...

Rumores. Después la voz de Villa:

—Y si saliera, de poco habría de valerle, porque ahora sí, sépaselo, lo voy a dejar sin ningún tren. ¿Cuándo ni cómo va usted, pues, a escapárseme?

Entonces la voz de Eulalio, perfectamente audible, serena, tranquila, mordaz:

—¿Cómo? No me faltará cómo; que por no quedarme cerca de usted soy capaz de

irme hasta en burro.

—Pos ya lo sabe: si intenta írseme lo tizno.

Sobrevino entonces un movimiento general, apagado en parte por la alfombra. Primero temí que fuera a reencenderse la disputa; luego comprendí que aquello la daba por concluida. Precipitadamente me aparté de la cortina y volví a la alcoba. Se escuchó entonces rumor de voces, andar de gente en tropel. Hizo ruido una puerta al abrirse. Sonaron, por el lado de la antesala, muchos pasos. Transcurrió un momento... Fueron apagándose pasos y voces... Silencio en la antesala... Silencio en el salón... Entonces volví a acercarme a la cortina y poco a poco la entreabrí: nadie. Entré en el salón.

Eulalio, sentado en un sillón de brazos, acababa de servirse otra copa de coñac y se la llevaba en aquel momento a la boca. Viéndome salir de mi escondite, se sorprendió y sonrió, aunque sin decir nada. Luego se me quedó mirando inquisitivamente. Yo también no pude menos que sonreír al verlo entre tranquilo y burlón. Con todo, le pregunté:

—Y ahora, ¿qué hacemos, general?

—¿Ahora? Ahora eso que dicen ustedes, los que leen los libros y han estado en la escuela.

Y clavó en mí los ojos, vivos, inteligentes, mientras daba a su rostro la expresión comunicativa en él anunciadora de la risa.

—¿Lo que decimos nosotros?

—Lo que dicen ustedes, los intelectuales.

—No lo recuerdo. ¿Qué decimos nosotros?

—Pos *malgré tout*, licenciado, *malgré tout*. ¿O no es así como dicen ustedes los intelectuales?

IV

«¿LO CREE USTED, SEÑOR PRESIDENTE?»

A pesar de todo, en efecto, Eulalio persistió en su empeño de romper con Villa, para lo cual se entregó otra vez —tan pronto como la libertad le fue devuelta— a los planes que se había trazado. Ahora, sin duda, aumentarían las dificultades materiales que nos circundaban, puesto que el jefe de la División del Norte no desconocía ya nuestras intenciones. Pero aun eso no quitaba ánimo al Presidente convencionista, así como tampoco se lo aumentaba la pequeña ventaja moral de que Villa lo supiese ahora todo.

Los carrancistas, mientras tanto, censurando en Gutiérrez, como alianza con el villismo (o con «la reacción», según empezó a llamarse entonces al grupo revolucionario disidente), lo que no afirmaban en su actitud personalista y antirrevolucionaria. Los triunfos de Puebla parecían alentarlos —triumfos que nosotros mismos habíamos hecho posibles restando elementos a las chusmas de Zapata— y eso nos los hacía más duros de atraer. Obregón rehusaba ya hasta tratar con los enviados de Eulalio: los remitía a Veracruz (como a Rodríguez Cabo) para que expusieran al propio Carranza la pretensión nuestra de destituir al Primer Jefe.

Total: que la resolución de Eulalio Gutiérrez era la misma que antes del altercado con Villa, y que su situación no variaba mucho de la que tuvo al principio, cuando los sostenedores de Carranza exigían que se quitara a Villa la División del Norte, mientras ellos se ponían a salvo.

Los preparativos de marcha los veía yo con muy buenos ojos. Más aún: esperaba ansioso la fecha en que habríamos de trocar el influjo de la ciudad de México —disolvente cuando todo depende de la acumulación de energía— por la atmósfera, pura y purificadora, del campo, de la montaña, de los pueblos. Un espejismo inevitable me inducía a error. ¿No habíamos logrado acabar con Victoriano Huerta viniendo sobre él, desde los más remotos rincones de la República, con la sola bondad de nuestra causa? Pues otro tanto —suponía yo— conseguiríamos ahora contra Carranza y Villa. Lo cual quiere decir que no caía en la cuenta de que una nación desprovista de grandes núcleos conscientes (conscientes de la necesidad de un patriotismo desinteresado, generoso) está por fuerza atendida, para producir movimientos populares sanos e irresistibles, a la contingencia de sucesos conmovedores, que no se repiten a corto plazo. Yo creía que lo que el pueblo mexicano acababa de hacer podría lograrlo otra vez, sin percatarme de que aquello, obra del efímero entusiasmo fundado en la emoción, no tendría por qué continuarse ahora que lo necesario era el entusiasmo, duradero y hondo, fundado en la idea. Justamente lo que iba a seguir sería la ruina del primitivo entusiasmo salvador: su disolución en forma de unas cuantas ambiciones personalistas; su supervivencia ficticia, gracias al disfraz de tres o cuatro ideítas huecas, inventadas, para uso de los caudillos, por los consejeros intelectuales menos sinceros y más serviles, o bien por

los más sumisos al oropel de la fuerza exterior, no a la virtud austera de los ideales interiores. Pero como yo no veía eso entonces —ni creo que nadie lo viera—, conservaba vivos los restos de mis ilusiones políticas y revolucionarias.

Si abrigaba inquietudes, más bien se referían al pasado que al futuro; más a algunos de los hombres que íbamos a dejar que a aquellos con quienes pronto nos encontraríamos. La imagen de don Valentín Gama, desde luego, me obsesionaba. ¿De qué nos había servido arrastrarlo al gobierno de la Convención? ¿Para que quedara ahora —ya que no se aventuraba a seguirnos más lejos— expuesto a represalias y vejaciones? Cierto que si su presencia entre nosotros no se había traducido en nada útil, no era por su culpa, sino por las circunstancias, demasiado fugitivas, precarias y anormales para consentir otra cosa. ¿Qué aplicación podían hallar, en medio de los crímenes bárbaros y las intrigas anárquicas que nos cercaban, el talento y los buenos deseos de un hombre preparado exclusivamente para las labores técnicas? Y ahora, en vísperas de que la experiencia convencionista se convirtiera en simple aventura de guerrilleros a salto de mata, el contrasentido se percibía mejor.

*

En aquellos días, la persona de don Valentín Gama, abandonada al enemigo como algo inútil para nuestra facción y como algo, además, intransportable, cobraba a mis ojos, por momentos, el perfil de un ejemplo simbólico: mirándolo a él creía ver también cómo las verdaderas virtudes cívicas no encontraban en nuestro país campo de acción, ni recompensa, ni gloria, mientras los simuladores del deber y la eficacia usaban del país entero para sus fines propios, y todavía así acaparaban los honores. El ilustre maestro había hecho un sacrificio patriótico abandonando sus instrumentos y sus libros de astronomía para ponerse al servicio de una causa que consideró buena. Pero semejante acción —mucho más valiosa, en el plano de las dolencias fundamentales de México, que muchas de las batallas que estaban librando nuestros generales— nunca revelaría a nadie nada de su esencia ética. Al contrario: sobrarían quienes la estimaran un error, algo muy digno de ocultarse y olvidarse, supuesto que el movimiento convencionista iba a menos y, tal vez, al fracaso.

Porque esto del éxito y el fracaso goza entre nosotros de una amplitud que excede de los inmediatos efectos de las contiendas políticas, donde quizá se justifique con cierto estrecho criterio. Alcanza a la moral con que se aprecian en sí mismos los actos públicos de cada uno, mirados en su significación histórica, en su trascendencia última respecto de los intereses permanentes de la nación mexicana. En México carecemos de una masa de opinión capaz de advertir que un fracaso político puede constituir un éxito brillante para los destinos finales de la patria, y, de modo contrario, que éxitos políticos aparentemente grandes pueden no ser sino obstáculos en la gran senda histórica. Faltos de una conciencia nacional sensible a los valores primordiales de la nacionalidad y a sus intereses más duraderos, en México nos dejamos arrastrar,

casi para siempre, por las conciencias fragmentarias de los diversos grupos políticos, que identifican sus éxitos momentáneos con los éxitos patrios. Así se explica que durante cien años hayamos lanzado estúpidos mueras a los gachupines y que un siglo de experiencia en el descalabro político no sea aún bastante para que aprendamos la formidable lección de historia de don Lucas Alamán. Pero, en cambio, glorificamos como adivinaciones o aciertos trascendentales las intriguitas, los complotitos y las escaramucitas que se realizan en torno de propósitos más o menos politiqueros.

El caso es que si había, en el corto espacio de mis actividades de rebelde, actos merecedores de franco arrepentimiento, ninguno me hostigaba entonces con más títulos que mi empeño de dos meses antes porque Eulalio hiciera ministro a don Valentín Gama. Los breves días de su ministerio habían sido para el sabio maestro poco menos que una tortura espiritual, y ahora iban a ser, probablemente, motivo de trastornos personales. Y todo sin fruto ninguno para el país, ni para él, ni para nosotros. No hacía falta mucha imaginación para figurarse el estrago que tenían que producir en el espíritu del gran matemático, hecho al rigor de la más pura de las ciencias, el absurdo desconcierto del mecanismo revolucionario, cuyas convulsiones, como de histeria o epilepsia, no podían preverse ni de una hora para otra. ¿Habría mayor incoherencia, por ejemplo, que la del gobierno de la Convención al arreglárselas de modo que las tropas de Carranza (nuestro principal enemigo) derrotaran a las de Zapata (uno de nuestros aliados)? Y así lo demás.

En el seno mismo de sus funciones de ministro, el sabio universitario rozaba diariamente asperezas bastantes a desconcertar y decepcionar al más entusiasta de los hombres de escuela resueltos de pronto a echarse en medio de la plaza pública. Contra esto no era dique ni el hecho de que junto a él hubiera en el gabinete de Eulalio hombres de la cultura de Rodríguez Cabo, de Vasconcelos, de Alessio.

De aquel ambiente, duro y vuelto de espaldas a la cultura (a la cultura, que es luz y suavidad), nada quizá tan característico como lo que acababa de acontecer en uno de los consejos de ministros. Estaba reunido el gabinete en el Palacio Nacional, bajo la presidencia de Gutiérrez. Se trataba de la intolerable conducta de los zapatistas, a quienes se suponía instigados por Antonio Díaz Soto y Gama, su mentor. Díaz Soto, más inquieto en esos días que en ningunos otros de su carrera (que no es poco decir), traía a Eulalio fuera de quicio con las habilísimas artes de su politiquería de enredo. Eulalio le atribuía en gran parte los graves daños que, según él, Zapata estaba infiriendo a la causa de la Convención, y esa mañana, olvidándose al pronto de que Díaz Soto era pariente muy próximo de don Valentín, juzgó útil explayarse con energía revolucionaria ante su consejo de ministros —al cual, por supuesto, asistía don Valentín Gama— sobre los agravios del guiador intelectual de Zapata. Pero como eso mismo no bastase a satisfacer su enojo, Eulalio se dejó llevar, por último, del impulso a resumir su exposición, ya de suyo vigorosa y expresiva, en una frase tremenda que englobaba lo que, en su concepto, debía pensarse y afirmarse de Díaz Soto y Gama. De esta manera vino a concluir su discurso —frente al gabinete reunido

en pleno y con toda solemnidad— en unas cuantas palabras extraordinarias allí, aunque vulgarísimas en la calle; con palabras que rebotaban sobre el tapiz de la mesa de acuerdos y sobre las carpetas, de paramentos de bronce, puestas frente a cada ministro de la República; con palabras que sacudieron los cortinajes de terciopelo y se precipitaron sobre la mullida alfombra con más estrépito que si a una se hubieran hecho añicos todos los cristales de Palacio.

—Ultimadamente, señores ministros —dijo el Presidente de la República con su voz suave, a despecho de la ira—, que Díaz Soto es un hijo de la tiznada, sí, un hijo de la tiznada.

Y dos veces soltó la expresión obligada y callejera.

Los señores ministros se quedaron estupefactos y sin saber qué hacer ni a dónde mirar, por más que las palabras de Eulalio no tuvieran, en el fondo, ninguna importancia. Para quienes lo conocían bien, aquellas pintorescas salidas suyas sólo existían como el término de contraste que revelaba sus grandes cualidades. Pero dadas las relaciones de parentesco entre don Valentín Gama y Antonio Díaz Soto, esta vez el alcance de las palabras presidenciales resultaba enorme. Por fortuna, don Valentín, noble hasta en eso, entró de lleno en la realidad política —acaso percibiera también todo el sabor humorístico que en ella se encerraba—. Se limitó a inclinar ceremoniosamente el busto, allá, en el otro extremo de la mesa, y a preguntar con estricto apego a las formas protocolarias más finas, de mejor linaje:

—¿Lo cree usted así, señor Presidente?

A lo que Eulalio replicó, sin cejar un ápice en su firmeza:

—Sí, señor ministro: Díaz Soto es un hijo de la tiznada, no le quepa a usted la menor duda.

LIBRO SÉPTIMO

En la boca del lobo

Temeroso de las asechanzas zapatistas, a menudo cambiaba yo de casa para dormir. Porque de día, bien que mal, los funcionarios civiles del gobierno de la Convención podíamos defendernos de los enemigos que nos cercaban; en tanto que de noche quedábamos expuestos a la brutalidad de los atentados peores. Finalmente, mis cambios de residencia fueron multiplicándose al punto de venir a ser costumbre cotidiana desde los días —siniestros días— en que Vasconcelos, ministro de Instrucción Pública, hubo de refugiarse en Pachuca para no morir de emboscada.

Nadie, por supuesto, sabía nunca dónde dormiría yo. A última hora acordaba dejar el auto en cualquier parte; hacía extraer, de entre los cojines, las pistolas, las carabinas, las cananas, y entonces, de súbito, me iba a pasar la noche, acompañado del oficial y el chofer, en el hotel o casa de huéspedes que escogía en ese preciso instante. Todavía coronaba con un remate estas precauciones poco comunes: mis dos compañeros y yo nos atrincherábamos —las armas listas y al alcance de la mano— en una misma habitación, departamento o lo que fuese.

Así las cosas, una mañana, en cuanto puse pie en la calle, advertí que sobre la ciudad flotaba un ambiente extrañísimo: me envolvieron, al salir a la acera inundada en luz, barruntos o dejos de lo insólito. ¿Sería tal vez porque, muy próxima ya la fecha en que nos proponíamos abandonar a México, mi receptividad para lo político vivía como en realce? De pronto no di importancia a lo que sentía: lo atribuí a mera ilusión. Pero así que el auto empezó a rodar, los imponderables, tupiéndose, dominándome, me hicieron ordenar al chofer que acelerara la marcha. Luego, según avanzábamos hacia la Secretaría de Guerra, vino a producirse en mí un punto de zozobra.

Mi inquietud, ya en franco desarrollo, era insoportable cuando el auto salió por la bocacalle de Rosales a la plaza de la Reforma... El Caballito de Troya bañaba su trote magnífico en rayos de sol. Mas esto último, si lo vi, no lo miré, porque la visual de mis ojos pasó de largo hasta detenerse, al otro lado de la plaza, en la figura de un gendarme, inmóvil en la esquina de Bucareli... Mandé parar.

—¿Ve usted —dije al ayudante, que, como siempre a esa hora, iba conmigo— el gendarme que está allí?

—Sí, señor.

—Bien. Vaya usted a preguntarle qué es lo que pasa.

El ayudante no me entendió. Las apariencias, en efecto, no revelaban que pasara nada. Iban y venían, como de costumbre, vehículos y gente. Tranquilo, perezoso, el gendarme se reclinaba contra el lienzo de la esquina frontero al sol. Dijo el ayudante:

—¿Me repite usted la orden?

—Que le pregunte usted a aquel gendarme qué está pasando.

—Pasando, ¿dónde, señor?

—Aquí, en México, en la ciudad.

El ayudante saltó entonces del coche con presteza de milite; atravesó la calle, y tras de hablar con el guardia breves segundos, regresó precipitadamente.

—Dice —me informó— que esta madrugada evacuaron la ciudad el gobierno convencionista y las tropas.

—¡Cómo!

—Sí, señor.

—¡No puede ser!

—Señor, eso dice que dicen.

*

Las puertas de la Secretaría de Guerra nos las encontramos sin centinelas y sólidamente cerradas. Llamamos a golpes: nadie respondió. Pero a la vista del coche, o acaso al ruido, se me aparecieron, venidos de la acera de enfrente, dos oficiales del estado mayor de José Isabel Robles.

—Y ustedes —les pregunté— ¿qué hacen aquí?

—Como hacer, nada, mi jefe: nos hemos quedado cortados. Anoche anduvimos de parranda, y hoy, al venir p'acá, nos desayunamos con que las fuerzas levantaron el campo. Usté ordenará lo que se hace.

Un momento estuve pensativo. Luego pregunté:

—¿Tienen todos sus armas?

—Las pistolas, sí.

—Y las carabinas, ¿dónde están?

—¿Las carabinas? ¡Adivínelo Dios! Todavía anoche, a eso de las diez, estaban en la casa de mi general; digo, que allí las dejamos. Pero a estas horas, quién sabe.

Me bastó eso para comprender que Eulalio Gutiérrez, por alguna causa imperiosa y de última hora, se había visto obligado a adelantar precipitadamente la salida hacia San Luis. En mi casa, de seguro, me habrían dejado aviso de lo que debía hacer para reunirmeles.

—Suban todos al coche —ordené a los oficiales, si bien la orden creaba problemas. El automóvil, demasiado pequeño, con trabajo toleraba más de tres personas. Uno de los oficiales se sentó sobre las piernas del ayudante; el otro, para no llamar la atención de los curiosos, en el suelo.

En mi casa se confirmaron mis suposiciones. Varias veces en el curso de la noche me habían llamado por teléfono. Habían venido a buscarme de parte del general Gutiérrez a las doce y a las dos. Después, cosa de las cuatro, el general Robles había venido en persona, acompañado del coronel Domínguez, y había hecho que le abrieran la puerta para entrar a cerciorarse de que, como se lo aseguraban, estaba yo ausente. Por último había dejado para mí un papel. El papel decía: «Siento no encontrarlo y que se quede aquí, pero lo hemos estado buscando por todas partes

desde medianoche. Por razones gravísimas tenemos que evacuar la plaza inmediatamente. Ya le explicaré. Salimos por el camino de Pachuca, donde espero que se incorpore usted lo más pronto posible. Ojalá que esta carta la reciba a tiempo, pues tengo de seguro que, en cuanto amanezca, la ciudad caerá por completo en manos de los zapatistas. Me llevo su caballo para que no se pierda en el desorden que dentro de unas horas va a sobrevenir. Usted, salvo lo que su habilidad o las circunstancias le dicten, lo mejor será que salga en automóvil. Cuídese de Madinabeitia tanto como de Zapata. Hasta luego, pues. Lo espero pronto.—*Robles*».

Las ocho y media sonaron, al terminar la lectura de la carta, en el reloj del comedor.

*

Mis tropiezos para huir dieron comienzo con el automóvil. El mío, un cupé ridículo —que en tiempos de Huerta había estado al servicio de Chucho Rábago, secretario particular de Urrutia mientras éste fue ministro de Gobernación—, no caminaba dos kilómetros fuera del asfalto. Era, además, muy pequeño, defecto que vino a agravarse cuando, minutos después, recogí en el jardín de San Fernando otros dos oficiales de Robles, rezagados también como nosotros. El primer paso, pues, y el más urgente consistía en hacerse de un automóvil de turismo, con siete asientos. Me eché en su busca.

Quise al principio conseguirlo alquilado, pero dos o tres tentativas me convencieron de que así no lo obtendría en ninguna parte. En cuanto los choferes se percataban de nuestra pinta revolucionaria y nos oían decirles que se trataba de salir de México, rehusaban terminantemente. Los autos de alquiler, por lo demás, estaban en pésimas condiciones: de sus cuatro llantas no hubiera salido buena una sola.

Mientras tanto pasaba el tiempo. Se iban notando en las calles indicios del cambio militar a que daba ocasión la retirada de las tropas convencionistas... Dieron las nueve...

Indeciso entre los diversos expedientes a que podía recurrir, me detuve en la esquina de la avenida Juárez y Balderas. Pasaban en un sentido y otro automóviles de todas marcas, de todos tamaños, de todas clases: europeos y americanos, nuevos y viejos. Y de todos ellos, aunque sin duda tenían dueño a quien servir, ninguno prestaba entonces a nadie un servicio comparable al que a mí me urgía. Saqué el reloj: eran las nueve y diez. Cada minuto que corría ponía ante mí veinte, treinta, cincuenta automóviles, y del otro lado alejaba, quién sabe hasta dónde, las probabilidades que tenía yo de salvarme. Entonces me resolví. A la vista de los mil automóviles cuya propiedad no era garantizada por ninguna ley —puesto que ninguna ley garantizaba tampoco mi vida (el derecho, como todo en el Universo, es mutuo, recíproco, correlativo)—, opté por el camino más franco, ya que más violento en los hechos y atentatorio en la teoría. Subí a mi cochecito con el ayudante y dos de los

oficiales, y le dije al chofer:

—Echa a andar despacio y procura detener, atravesándote en la calle, el primer Hudson Super-Six que pase.

No habíamos avanzado cien metros cuando vimos venir a nuestras espaldas —nuevo, reluciente de barniz y de sol— un auto de la marca y tipo designados. Rápidamente, mi chofer, sacando una mano, viró en redondo: tan en redondo y metiéndose tan adentro en los terrenos del *Hudson*, que lo hizo parar y derrapar. Oí que el otro chofer iniciaba protestas airadas, pero un segundo después vi cómo se calló al notar que dos de mis oficiales tomaban por asalto ambos estribos y que otro se encaraba con el ocupante del coche. Lo que el tercer oficial dijo fue tan breve como enérgico:

—Este coche se necesita para el servicio. Favor de desocuparlo inmediatamente.

El dueño del automóvil, por supuesto, debe haber creído que soñaba. Primero se asombró, luego se indignó muy justamente, y acabó intentando conatos de resistencia inútil. En aquel punto se le acercaron mis otros dos oficiales —éstos armados de sendas carabinas— y yo mismo fui hacia él con ánimo de convencerlo.

Los arreglos, en verdad, no resultaron muy fáciles en el terreno de la persuasión —terreno del que yo no quería salir—. Porque mientras el dueño aseguraba ser víctima de un asalto en plena avenida Juárez, y partía de allí para negarse, con justo derecho, a entregar su coche, yo aseguraba que el asalto era innegable, evidente, pero en eso, ni más ni menos, me basaba para demostrarle cuán forzoso era que todos nos sometiésemos a las duras exigencias de la guerra. Exclamaba él, en el colmo de la indignación:

—¡Pero este razonamiento de usted parece de salteadores de camino!

A lo que yo, imperturbable, respondía:

—Parece y lo es.

Al fin se allanó a nuestra requisita, gracias a la amenaza de llevarlo a él también si se negaba y mediante la promesa mía de devolverle su auto esa misma tarde. Me dio, furioso, su tarjeta (le sobraba razón). Yo, sonriente, le tendí la mía, en la cual escribí, a manera de recibo, dos líneas precisas y tan comprometedoras en lo oficial como en lo personal y privado.

Él y su chofer bajaron del *Hudson*. Mis oficiales y yo lo ocupamos. Se puso al volante mi chofer.

—Y esto ¿para qué sirve? —preguntó con desprecio el dueño del coche después de leer mi tarjeta.

—Probablemente para nada —le contesté—. Sin embargo, guárdelo por las dudas.

Ya para partir, añadí:

—Ahora un último favor: suba usted a mi cochecito y úselo hasta que le devuelva el suyo esta tarde.

—¿Y si no quiero?

—Si no quiere, déjelo. Yo lo hacía por usted: mejor es un coche malo que ninguno. Hasta la vista.
Y echamos a andar.

II

GONZÁLEZ GARZA, PRESIDENTE

¿Reparó alguien en la índole de la maniobra que nos había permitido apoderarnos del *Hudson*? Si algunos la notaron —cosa inevitable a tal hora y en tal sitio—, no deben haber sido muchos, pues los doscientos metros que aún recorrimos a lo largo de la avenida apenas nos valieron más miradas que las de costumbre. Pasadas dos bocacalles torcimos hacia Humboldt. Allí nos detuvimos.

—Examina el automóvil —dije al chofer, el cual, ayudado de los cinco oficiales, procedió a un somero registro.

Todo, al parecer, estaba bien: todo, menos el repuesto de gasolina, de la cual escasamente habría para veinte kilómetros. Y entonces volvieron a empezar nuestras luchas, porque en aquellos días no se encontraba en México gasolina ni a peso de oro. Fue preciso que inquiriésemos en varias partes, que rogásemos en muchas, que amenazáramos en otras para conseguir por último, pistola en mano, que en un garage de la calle de Atenas nos vendieran las únicas cuatro latas que allí decían guardar para sus usos más urgentes. Dos de ellas las vaciamos en el depósito; las otras, dentro de la caja, las sujetamos, del mejor modo posible, a uno de los estribos.

¡Por fin podíamos partir!... Pero en aquel momento recordé que tenía en mi casa dos rifles más, con sus respectivas dotaciones de cartuchos. Allá fuimos otra vez. Recogí las armas; puse en el *Hudson* algunas provisiones de boca, y, dispuesto ya todo, ordené:

—¡A Pachuca!

Eran las nueve y media corridas.

*

Al pasar por la avenida de los Hombres Ilustres notamos mucho movimiento de gente revolucionaria ante la puerta del Hotel Lascuráin. Parecía un mitin —un mitin donde, de seguro, estaría tratándose de la salida de Eulalio y sus fuerzas—. ¿Convenía que me detuviera yo a enterarme?... La prudencia me aconsejaba no perder más tiempo; mi instinto, indagar... Paramos. Salté del coche; me acerqué a la multitud; entré en el hotel.

En las salas bajas, el gentío era enorme: había villistas, zapatistas, convencionistas; militares y civiles. En la sala principal, el estrado atraía la atención de todos al entrar yo. Allí, subido sobre algo que le permitía dominar el concurso y ser visto y oído por éste, peroraba, excitadísimo y elocuentísimo, Roque González Garza. «Porque es —decía— en estos momentos de ansiedad e incertidumbre cuando los verdaderos patriotas...». Pero al llegar aquí me columbró a lo lejos (surgía yo entonces bajo el dintel) e interrumpiendo intempestivamente su discurso se puso a gritarme por sobre centenares de cabezas:

—¿Ya sabe usted lo que pasa?

Le contesté:

—No; a preguntárselo venía. ¿Qué pasa?

—Pues casi nada: que nos han traicionado. Gutiérrez, Robles, Blanco y todos sus secuaces huyeron esta mañana con las tropas. Abandonan a la Convención; rompen con Villa y Zapata. En fin, que nos dejan para sumarse al carrancismo...

Conforme él hablaba, yo me le había ido acercando en medio de un silencio general; pero como al propio tiempo fue bajando la voz, cuando estuvimos a un paso ya habían nacido por todas partes conversaciones y diálogos particulares. Entonces le dije:

—Bueno, ¿y ahora que piensa usted que se deba hacer?

—Primero, no amilanarnos; luego, lo que convenga. Por de pronto tomo a mi cargo la situación. He asumido el Poder Ejecutivo. No dudo de que el general Villa apruebe mi conducta; y la Convención, si es posible esta misma tarde, ratificará las funciones que me atribuyo con carácter de necesidad... Y a propósito: usted que está ahora al tanto de los asuntos de la Secretaría de Guerra, ¿quiere tomarla a su cargo desde luego?

—¿Qué quiere usted decir? ¿Que me hace su ministro de Guerra y Marina?

—Ministro o lo que fuere. Sólo importa que no nos desintegremos, que sigamos funcionando como gobierno legítimo...

Todo lo cual me decía Roque, en contraste con sus ademanes y su silabeo infantil, sin ninguna pedantería de fondo, sino más bien atento, aunque sin manifestarlo demasiado, a las responsabilidades que estaba echándose sobre los hombros. Roque, en efecto, ya que no en la forma, había cambiado mucho, a la vuelta de unos cuantos meses, como político. Sus malquerientes se burlarían de él en el porvenir —se burlarían por incapacidad para distinguir entre lo bueno y lo inepto, entre lo cándido y lo obtuso—; pero lo cierto es que la decisión con que iniciaba su efímera presidencia se hubiera podido considerar como anuncio de los innumerables rasgos viriles, y dignos y fuertes, de que habría de dar pruebas en las tormentosas semanas que entonces le esperaban.

Yo no quise engañarlo ni delatarme, sino que respondí a su oferta, ambiguo el tono y las palabras:

—Muy bien, muy bien...

Y hablé unos minutos más, con él y con otros de los presentes, y luego salí.

Salí pensando que mi presencia en México, a juzgar por la invitación de Roque, no se atribuía aún a su verdadera causa, sino al hecho de suponerseme más adicto a Villa que a las ideas representadas por Eulalio Gutiérrez. Urgía aprovechar la equivocación.

*

Huimos a todo el correr del auto por Santa María la Redonda. Dejamos atrás la plazuela de Santiago. Seguimos por Peralvillo. El *Hudson* se portaba que era un gusto. En la calzada de Guadalupe fuimos encontrando oficiales y soldados dispersos. Unos iban, venían otros. Algunos, cansados, temerosos o perplejos, se habían sentado al borde de la cuneta o yacían bajo la sombra de los árboles.

La Villa —sucia e inquieta, agitada por el comercio al menudeo y la expectación— delataba en el acto el reciente paso de un ejército numeroso. La atravesamos sin detenernos. Un grupo de oficiales nos hizo señas. No los conocíamos: fingimos no ver. Pasamos frente a la capilla del Pocito; íbamos entrando por la calle ancha que enlaza con el camino. Quinientos metros más y estaríamos en plena carretera. Pero justamente cuando me hacía yo esta reflexión nos salió al encuentro una tropa de hombres montados. Eran zapatistas.

Tuvimos que parar. El jefe de la tropa se acercó y preguntó, irónico y malicioso:

—¿Pa dónde mero, vales?...

—Ya lo ve usted —respondí—; para allá.

—Pos p'allá no hay paso. Es orden.

—¿No hay paso para nadie?

—Pa naiden.

—Bueno, pues si no hay paso, no pasaremos. Gracias. Regresamos.

Y añadí, dirigiéndome al chofer:

—Echa para atrás.

Pero el zapatista objetó:

—No, mi jefe; tampoco eso se puede. La orden es de arrestar a todo el que gane p'aquellos rumbos.

Y no hubo tiempo de entrar en distingos. Los zapatistas nos rodearon mientras el jefe mandaba al chofer que dirigiese el auto hacia una puerta ancha que estaba cerca de allí; puerta, no se sabía, si de mesón o de corral. Por ella hicieron que entrásemos, y luego nos llevaron presos, con auto y todo, a un gran patio donde las apariencias de corral se acentuaban. Ya había allí multitud de prisioneros de las más diversas clases y categorías.

Aún no nos bajábamos del coche cuando me vino una idea, tan clara, tan evidente en sus efectos salvadores, que a pesar del aprieto en que nos hallábamos me hizo sonreír.

—¿Sabe usted —pregunté al oficial, simulando gran aplomo— quiénes son las personas que acaba de meter aquí?

Él, con sorna humilde, respondió:

—Al rato lo sabremos...

—No —repliqué—; ahora mismo. ¿Sabe usted quién soy yo?

—¡Vaya, mi jefe! ¿Pos y pa qué tanta *prieta*?

Yo insistí:

—¿Usted quién es?

—¿Yo? El mayor Margarito Cifuentes, pa servir a su mercé.

—Muy bien, señor mayor. Pues yo soy el Ministro de la Guerra del nuevo gobierno de la Convención. El Presidente es el general Roque González Garza...

El mayor Cifuentes abrió tamaños ojos y, doblando hacia atrás con una mano el ala de su sombrero de petate, exclamó, entre incrédulo y asombrado:

—¡No me lo diga, mi general!

—Como lo oye, mi mayor. Y estos señores que vienen conmigo son mis ayudantes. Ahora usted sabe lo que hace.

Durante varios segundos el jefe zapatista no cambió de postura, ni de gesto, ni de mirada. Luego desmontó, vino hacia mí y, repitiendo el tratamiento de poco antes, dijo:

—Usted dispensará, mi general, si voy corriendo a consultar el caso. ¿Cuál es la gracia de su mercé?

Le dije mi nombre. Él lo repitió entero dos veces y caminó después hacia el grupo de casas que limitaban por un lado el corral. Allí desapareció, desvanecido en una de las manchas de penumbra que se recortaban sobre las paredes descascarilladas y negruzcas. Minutos después tomó a salir, ahora en compañía de otro zapatista, éste de pantalones más angostos, de sombrero más ancho y de talante más fiero.

El nuevo coloquio con ellos no desdijo del anterior. Comenzó el zapatista recién venido:

—Yo soy el coronel del regimiento que cierra por este flanco la salida de los traidores. ¿Es verdá que usted es el Ministro de la Guerra del nuevo gobierno?

—Es verdad.

—¿Usted no se molestará, mi general, si le encarezco que se identifique?

—¿Y cómo he de identificarme?

—Con algunos papeles, mi jefe.

—Para eso no traigo papeles. No hace una hora que me nombraron.

—Entonces, si a usted le parece (y no es que dude; es que el deber así me lo manda) va usted a hacerme el favor de que vayamos juntos a donde esté el nuevo Presidente de la República pa qu'él mismo me lo dé a conocer. Digo, si su mercé no manda otra cosa que cuadre con mis obligaciones...

—Muy bien me parece eso —respondí—. Suba usted al coche.

Los oficiales que venían a mi lado se levantaron para ceder el sitio. El coronel zapatista continuó, sin moverse de donde estaba:

—Nomás que, no tomándolo a malquerencia, yo quisiera que dejásemos aquí a los ayudantes. De esa forma no tendremos que llevar escolta; tan solamente iremos usted y yo y uno de los capitanes míos.

Es posible que a esas alturas un grito bien dado hubiera sido bastante para que yo me impusiera sin necesidad de viajes ni identificaciones. Pero como de parte de la violencia estaban todas las de perder, me acogí a las ventajas de la mansedumbre. Hice encomio de la conducta muy militar del coronel y me sometí de plano a sus

requisitos.

*

Media hora después estaba yo de nuevo en el Hotel Lascuráin. Había más gente que antes. Roque, lleno del espíritu de su investidura, seguía perorando y dando órdenes. Las flamantes funciones le comunicaban algo de lo que en ellas había de importancia intrínseca o excepcional: parecía más alto, más enérgico, más inteligente; su voz, de consonantes torpes, sonaba menos infantil; su movilidad era de canario en jaula.

Me le acerqué, seguido del coronel zapatista, quien ya andaba, entre tanta gente y tantos espejos, a pique de naufragar, pese al concepto riguroso de sus deberes. Dije a Roque en voz alta, para que el coronel lo oyese:

—Vengo a que me dé usted por escrito mi nombramiento de Ministro de la Guerra, para poder acreditar mi personalidad. De lo contrario sufriré más tropiezos de los que espero. Acabo de tener uno en Guadalupe Hidalgo.

—Por supuesto, hombre; en el acto. Usted mismo puede escribirlo. Mire, aquí.

Y señalaba Roque la mesa que tenía cerca.

Yo tomé entonces una hoja de papel, la metí en la máquina de escribir y me puse a redactar, tan modestamente como me fue posible, mi despacho de Ministro de Guerra y Marina del nuevo gobierno de la Convención. Roque, después de leerlo, firmarlo y entregármelo doblado en cuatro, me dijo con cierta curiosidad súbita — sospecha de subconsciente:

—¿Y qué andaba usted haciendo por la Villa de Guadalupe?

Acercándome hasta casi tocarle el rostro, le contesté en voz baja:

—Buscando a José Isabel Robles; dicen que está por allí.

—¿Es posible?

—Posible o no, lo busco, por las dudas. Hasta luego.

Y salí a la calle, acompañado siempre del coronel zapatista. Una vez fuera, dije a éste:

—¿Se convence usted?

—Mi general, a sus órdenes.

Resueltamente, para aquel coronel de Zapata ya era yo general.

Subimos otra vez al automóvil, para regresar a la Villa en busca de mis oficiales. Pero cuando los hube rescatado y nos vimos todos libres, ya no persistí en el propósito de continuar desde luego a Pachuca, sino que volví a México. De mi conversación con el coronel, que me enteró en detalle sobre cuáles fuerzas estaban apostadas en parte de la carretera, había sacado en limpio que era una locura empeñarse en huir así. Dos horas antes habría podido hacerlo; entonces, no.

Al llegar al Zócalo me separé de los cinco oficiales.

—Imposible —les dije— salir de aquí juntos. Cada quien debe irse como pueda. Para ustedes no es difícil: dejen sus armas, o si no, disimúlenlas; vístanse de paisanos

y vayan por tren hasta donde lo haya. Yo veré lo que hago.

Y me dirigí inmediatamente a las señas que me había dado el desconocido de la mañana. Iba a devolverle esa misma tarde, de acuerdo con mi promesa, su Hudson Super-Six.

III

EL TELEGRAMA DE IRAPUATO

A González Garza no le pareció bien que yo renunciara sin más ni más el puesto que acababa de confiarme en su naciente gobierno. Nuestra entrevista al otro día de los sucesos de la Villa de Guadalupe fue difícil, larga, violenta. Él la concluyó de esta manera:

—Conque lo dicho: o cambia usted sus ideas antes de doce horas, o lo encierro en la Penitenciaría.

Cambiar de ideas —o disimularlas— no era fácil. Consentir en que me encerraran, tampoco. Vencido el plazo, decidí refugiarme en la casa de Vito Alessio Robles, que seguía al frente del Gobierno del Distrito.

Vito, entonces como siempre, ponía por sobre todo su sentimiento del valor civil y su honor de militar y de hombre. A cada paso manifestaba su rebeldía fundamental, la rebeldía de los Alessio. Odiaba a los cobardes y a los aduladores, despreciaba a los tontos y sentía como algo irresistible el atractivo de los inconformes. Había nacido para la oposición, para la censura, para fiscal en el juicio de residencia de los políticos falsos, farsantes o prevaricadores. Su mordacidad inteligente dejaba, con encono, grandes dentelladas en los revolucionarios desprovistos de principios, de ideal. Pero, en cambio, para los hombres de su simpatía, para sus amigos en la región de las ideas y los propósitos, su devoción y su benevolencia no encontraban límite, lo mismo en la derrota que en la victoria. Y si en la derrota, daba a los pusilánimes que se escondían en el momento del desastre y abandonaban a su jefe o a su compañero, la lección de salir él en busca del amigo vencido o muerto.

Por dondequiera que se le tocara se encontraba al hombre.

—Pero ¿le tiene usted miedo a Roque González Garza? —me preguntó esa vez.

—A él, no: a la Penitenciaría, convertida ahora en baluarte de zapatistas. Roque, en el fondo, es buena gente.

—¿Y cuál es su proyecto, su plan?...

—Disponer de tres o cuatro días para ir a reunirme con Eulalio por donde se pueda...

—Si le digo eso a Roque, lo fusila...

—Usted le dirá otra cosa. Le aconsejará que me deje en paz, puesto que si no me he ido con Gutiérrez, eso es prueba de que no lucho contra Villa. También dígame que hablo de salir para Aguascalientes en el primer tren que haya, lo que es verdad. Él entenderá, no que voy a Aguascalientes de paso hacia San Luis, según me propongo, sino que salgo en busca de una explicación con el general Villa.

Vito me miró un tanto asombrado.

—Pero ¿se atreve usted a ir a Aguascalientes?

—¿Por qué no?

—Es mucho el riesgo. Con Villa no se juega...

—No veo otro camino.

—Quedarse aquí.

—¿Aquí? Sería peor. Porque en Aguascalientes el peligro, aunque grande, es uno solo, mientras que aquí hay por lo menos tres. Allá es Villa; aquí Villa, Zapata y Carranza. De allá, además, acaso escape hacia donde está Gutiérrez; de México nunca... Ya sé que Villa es un riesgo muy grande; pero lo conozco bien, trataré de evitarlo.

—No lo evitará usted: con Villa no se juega... Pero, en fin, por de pronto, hablaré con Roque.

*

A éste le encantó la noticia de mi ida hacia donde Villa estaba. Desde luego prometió a Vito que, en tal caso, no me molestaría. Y cuando volvimos a vernos no tardó en decirme con cierto retintín, muy raro en él (tan ingenuo siempre, tan candoroso):

—Vaya usted allá, sí, vaya pronto. Le aseguro que será muy bien recibido, tan bien como se lo merece.

No por eso me inquieté más. Confiaba en que Roque, por lo mismo que había querido hacerme, en el primer momento: ministro de su gobierno, se guardaría de pintar a Villa mi conducta con tintes demasiado negros. Aparte esto, en mi plan no entraba el convencer a Villa de mi inocencia, sino rehuir el encuentro. Un solo peligro serio había: que mientras yo esperaba la salida del tren, llegaran al cuartel general de Aguascalientes voces predisuestas en mi contra.

*

A última hora tuve la sorpresa de saber que no haría el viaje solo, sino en compañía de Luis G. Malvárez, embotellado en México, como yo, desde la salida de Eulalio Gutiérrez. Luego resultó que se nos unirían también Luis Zamora Plowes y Fernando Galván, a quienes había yo hecho director y gerente de *El Monitor*, el efímero diario de la administración convencionista. El doctor Atl estuvo asimismo a punto de venir en nuestra compañía, pero a la postre se quedó, a causa de no sé qué automóvil cuyas grandes cualidades lo traían sin seso. Original en este punto (como en todos los otros), Atl hizo de su automóvil una cuestión trascendental y graciosísima. Se trataba de un auto que se había allegado muy revolucionariamente, y el cual, a poco de poseído, se convirtió en poseedor. Ya no era Atl el dueño del coche, sino el coche el dueño de Atl: su dueño al modo de la esclava que el vencedor arrebató en la guerra, y que, al cabo, se convierte, haciéndose amar, en vencedora única. ¡Qué no intentó entonces el pintor revolucionario por alejar de su tesoro las garras de los enemigos! Al huir Gutiérrez, Atl ocultó el automóvil. Después, inquieto aún, cubrió con paredes

de cal y canto las puertas por donde podía llegarse al escondite; y todavía así no se sintió tranquilo, sino que, por último, hubo de renunciar al viaje con nosotros, para quedarse velando cerca del objeto de sus pensamientos. Cuando me dijo que no iba, pensé: «He aquí un hombre de verdadero talento que hará carrera política en torno de la propiedad de un automóvil. ¡Gran fortuna ser así: proceder con el don divino que refleja lo infinito en lo finito, la aspiración ideal en la realización más limitadamente concreta; don, al fin y al cabo, de artista, de artista capaz de acometer por el bello trazo de una línea —en la tela, en el mármol, en la máquina— lo que otros no intentan ni por un mundo!».

*

El viaje fue molesto y largo. El tren, extrañísimo, a veces parecía militar, a veces de carga —tren fantástico y abúlico, donde viajaban, sin billete, los que querían—. Galván había traído consigo, como otras tantas maletas, los restos de varios rollos de papel de *El Monitor* y los había hecho bienes mostrencos. Los pasajeros —todos de tercera clase— aprendieron pronto a coger de allí grandes trozos para cuantos usos les venían en gana. De noche se improvisaban cortinas de papel, camas de papel, mantas de papel, embozos, capotes, tilmas de papel. La albura, en manchas dispersas, daba entre las sombras la impresión de un campamento de almas en pena, o de comunidades enteras en oración o éxtasis. Sobre las superficies blancas resbalaba el frío de enero. Los bultos, de aristas y pliegues atormentados, crujían a cada sacudida del tren, a cada alto, a cada arranque: fru-frú onduloso, fru-frú en contraste con los secos golpes de la rueda contra el riel y con el rechinar metálico de tirantes y muelles. De tiempo en tiempo, las colillas de los cigarros, tiradas con descuido, jugaban al incendio.

En la estación de Irapuato esperamos más de doce horas. Volvían de Guadalajara las tropas de Rodolfo Fierro y Calixto Contreras, derrotadas por Diéguez y Murguía: cada media hora un tren. El cordón interminable de los convoyes de hombres, de caballos, de cañones, nos cerraba el paso, y la interrupción del telégrafo hacia el norte retardaba más la marcha.

A medianoche, próximos ya a partir, Malvéez regresó del centro de la ciudad agitado y preocupadísimo.

—Malas noticias —me dijo desde luego—. Los telegramas urgentes de México para el norte están haciendo escala aquí, mientras las comunicaciones se restablecen, y acabo de saber en la oficina de telégrafos que entre los mensajes hay uno, de Roque a Villa, donde se habla de usted...

—¿Y qué dice Roque?

—Cosa grave. Avisa a Villa que pasaremos por Aguascalientes, y recomienda que a usted lo fusile...

—¿Roque es capaz de eso?

—Acaban de decírmelo...

—¡Apenas lo creo!

—¡Pues yo no lo dudo!

No disimularé que la noticia me inquietó, y que me inquietó a fondo. Me acordé entonces de Vito Alessio Robles y sus prudentes consejos.

Opinaba Malvárez que deberíamos cambiar de ruta, o bien ocultarnos, desaparecer durante algunos días.

—Ocultarnos es absurdo —le respondí—, porque entonces, para que no nos descubrieran, tendríamos que condenarnos a encierro indefinido. Cambiar de ruta tampoco lo veo posible: en quinientos kilómetros a la redonda cualquier camino nos resulta igual. Donde no está Villa, está Zapata, y si no, Carranza: a lo fugitivo es como menos podríamos salvarnos de caer en las manos de uno u otro. Ahora lo más seguro es que nos metamos en la boca del lobo, aprovechando la misma vaguedad de nuestra situación.

Otro que no fuera Malvárez no me habría escuchado, ni menos seguido. Porque evidentemente estaba yo cometiendo una locura. Pero Malvárez, siempre valeroso, aceptó la situación de plano: se jugó la vida conmigo. Lo cual en él sí era mérito, pues él no estaba, como yo, familiarizado con la psicología de Villa, ni tenía por qué abrigar la remota esperanza que en mí despertaba, en último análisis, el terrible mensaje de Roque: la esperanza de que Villa, viéndome ir en su busca, atribuyera la actitud de aquél a cuestiones personales.

*

Dos días y medio tardamos en recorrer la distancia de Irapuato a Aguascalientes, siempre a la zaga de los trenes militares. De éstos, el último era el de Rodolfo Fierro. En algunos sitios, el nuestro lo alcanzaba, y se daba entonces el caso de que el general villista viniera a hacerme compañía durante las largas esperas al borde del terraplén. Aquéllas eran para mí horas difíciles, horas de prueba bajo el golpe de sentimientos encontrados. Porque, a las primeras palabras, la voz suave de Fierro me traía a la memoria el asesinato de David Berlanga, que me indignaba, me ensombrecía, y Fierro, sospechando lo que pasaba en mí, o presintiéndolo, se esmeraba más en el aire de pecador arrepentido con que dio en hablarme desde el día de su confesión en la Secretaría de Guerra, y esto me conmovía hasta compadecerlo.

En la parada previa a la de Aguascalientes, la locomotora de Fierro se descompuso y su tren nos cedió la vía. El nuestro llegó, dos horas después, a kilómetro y medio de la cuna del convencionismo. Allí nos apeamos. Locomotoras y vagones, éstos ocupados aún por las tropas de Jalisco y su impedimenta, se agolpaban en las vías y empezaban a convertir el campo circundante en el pequeño mundo, rumoroso, informe, primitivo, que es todo campamento de tropas mexicanas.

Perdidos entre grupos de soldados y soldaderas caminamos hacia la ciudad.

Zamora Plowes iba encantado de verse, al fin, en sitio donde pudiera tratar de cerca a Villa y ofrecerle sus servicios como periodista (¡qué ilusiones no se hacía!); Galván iba resuelto a subirse al primer tren que saliera para Chihuahua y los Estados Unidos, y Malvárez y yo, tensas entre las dos las palabras del telegrama de Roque, íbamos con el alma en un hilo. A mí lo que más me preocupaba era la necesidad de tener con Villa una explicación, cosa a que ahora me sentía obligado como única defensa contra los supuestos manejos de Roque. Porque eso sí era jugarse el todo por el todo: exponer no sólo la vida, sino también, dado caso de salvarla, mi futura conducta en el terreno de la Revolución. Y tan peligroso era lo uno materialmente, como moralmente lo otro.

IV

A MERCED DE PANCHO VILLA

Al entrar en Aguascalientes, Galván y Zamora Plowes se dirigieron a la plaza en busca de hotel; Malváez y yo seguimos caminando a lo largo de los rieles. En el patio de la estación, el apiñamiento de vagones y tropas era mayor todavía; con todo, no tardamos en columbrar, hacia el otro extremo, la inconfundible figura de los dorados. Conforme avanzábamos, la multitud soldadesca iba disminuyendo; luego se enrareció hasta no dejar visibles en el fondo del paisaje ferroviario más rastros suyos que unos cuantos perros y la guardia de Villa.

El corazón me latió rápido a la vista de los dorados: rápido y estrepitoso, a contratiempo del movimiento de mis pies, los cuales, por virtud de fuerzas mecánicas o biológicas superiores a mí, se sintieron de pronto dotados de un compás perfecto. Nunca había yo caminado con tanta soltura ni con tal precisión: el suelo se deslizaba bajo mis plantas —plantas entonces rítmicas— como movido por un esfuerzo en el que yo no intervenía. En esos instantes, yo era sólo la delicia de asistir, convertido a un tiempo en espectador puro y voluntad pura, a un ejercicio muscular entendido y sentido desde lo más hondo de su esencia. Me pasaron entonces por el recuerdo, como cuadros lejanos, remotos, las escenas de los fusilamientos de Tacuba dos meses antes: los cinco condenados a muerte caminando hacia el cementerio. Y contra el fondo evocativo de esas imágenes, se hizo más claro el ritmo de mis pasos, creció el placer íntimo de escucharlos.

Al pie del vagón de Villa dije maquinalmente al dorado que hacía guardia en el estribo:

—Dígale al general que aquí estoy y que deseo hablarle...

Mis palabras me sonaron como algo cuyo acaecimiento hubiera previsto la fatalidad desde el origen de los siglos. El dorado me miró sonriente. No se movió. Su sonrisa se prolongaba; su inmovilidad también. Eso, obstáculo imprevisto en el suave deslizarse del destino, hizo que experimentara yo un súbito malestar.

—¿Me ha oído usted? —insistí.

El dorado sonreía, me miraba. Con lentitud —a distancia infinita de la aceleración con que yo estaba viviendo— me respondió:

—*¡Pos si mi general no está!... Anda a caballo por el campo...*

Su voz vino como de un mundo que no era el mío. Yo era, por dentro, toda la realidad.

Me dispuse a esperar, apoyado de espaldas contra los tableros del coche. Malváez, silencioso, se colocó junto a mí.

Fue pasando el tiempo. El gris de la tarde había venido aclarándose, azulándose, plateándose. Ahora brillaba en el cielo el polvo luminoso de los postreros rayos del sol; lo cortaban, de rato en rato, los trazos oscuros de los pájaros. Mi alma se disolvía en aquel azul con placidez de convaleciente, y así, poco a poco, mi ritmo interno fue

acordándose con el externo.

¿Pasó media hora? Malváez dijo:

—Lo más juicioso sería irnos.

—No.

—Por usted lo digo, no por mí.

—Lo sé, Malváez. Pero irnos, nunca.

—Todavía es tiempo... Convéncese usted...

—Tiempo de perder, si nos fuéramos. Porque aquí se trata de una carrera que nosotros no corremos, sino nuestras dos posibles actitudes. Comprendo que todo lo tenemos en contra; pero todavía así, nos queda esto: el triunfo será de la actitud nuestra que primero llegue a Villa. Si cree que huimos, nos perseguirá y fusilará; si siente que venimos a él, querrá hasta premiarnos.

Pasó otro cuarto de hora. Empezaba a oscurecer. Dije de allí a poco, anudando la hebra:

—Lo que sí me parece innecesario es que esté usted aquí conmigo. Debe usted irse, para utilidad de los dos. Su compañía, si añade algo, añade riesgos.

Malváez resistió tenazmente, pero lo convencí al fin. Se fue: su figura se perdió entre las masas rectangulares de dos furgones. Me quedé solo. Palidecía el cielo; charlaban, indiferentes y distantes, los dorados. Uno de ellos, con la vista fija en el espacio sin límites, canturreaba:

Ya te he dicho que al agua no bajas...

El son melancólico —¡alma mexicana!— subía al cielo y parecía quedarse prendido allí:

Y si bajas, no bajas tan tarde...

Y en la melancolía de la canción, repetida una vez y otra, resbalaba el tiempo:

*No sea, mi alma, que abajo te aguarden
y te olvides pa siempre de mí...*

Crepúsculo y canto vinieron a ser una sola cosa: los dos lejanos, los dos envolventes... Yo escuchaba y sentía, olvidado de cuanto me rodeaba... Un grupo de jinetes avanzaba desde el fondo de la calle formada por vagones en fila. Sin desasosiego lo vi acercarse. Me embargaban la tarde y el canto. El soldado musitaba:

No sea, mi alma, que abajo te aguarden...

... Pero, de súbito, en el grupo de hombres a caballo, reencontré una silueta familiar, una figura conocida... ¡Al paso de su soberbio alazán, Villa se acercaba!...

Traía el *sweater* café, dócil a la línea de los músculos del pecho y del brazo. Traía el sombrero tejano, semilevantado por el brío de los rizos de la frente. Y no lo analicé más; no pude. Su busto fue creciendo, creciendo, y llegó a crecer tanto, según el

caballo amblaba hacia mí, que su expansión abrumadora inundó mis ojos. Otra vez sentí que los latidos del corazón me llenaban el pecho; que me subían hasta la garganta, luego hasta las sienes...

Vi a Villa detenerse a dos pasos de donde yo estaba. Lo vi fijarse en mí, soltar la rienda, desmontar de un salto.

«Va a matarme aquí mismo», pensé, y oprimí, sin quererlo, con la mano que tenía a la espalda, la culata de mi pistola.

Y lo vi acercárseme de dos brincos. Luego me sentí en sus brazos, levantado en vilo a dos cuartas del suelo, metido en una atmósfera donde su aliento y el mío se mezclaban.

—Roque González Garza... —dije con precisión verbal que me sorprendió a mí mismo (las tres palabras flotaron en mi mareo interior como tres gotas de aceite en el agua...).

—No me hable ahora de Roque —respondió Villa—. Hábleme de usted. Bien, amigo, bien; ya sabía que usted no era capaz de abandonarme. Pues ¡cómo había de serlo! ¿No es verdad?

Y me depositó en el suelo. Yo iba reponiéndome.

—Pero de hoy en más —continuó, cogiéndome por ambas solapas, fija en los míos la mirada de sus ojos movibles— va a quedarse aquí conmigo. Ya no quiero que ande con jijos de la rejija... ¿Cuándo llegó?

—Hará una hora, general.

No me soltaba.

—Venga, venga y cuénteme. Usted es el primero que viene de México desde la traición de ese tal por cual de Ulalio. ¡Ah, jijos de la tristeza, como yo los coja! ¡Me las van a pagar juntas, todas juntas!

Ahora me tenía echado el brazo sobre los hombros y me empujaba hacia el estribo de su vagón.

—Suba, licenciado, suba, que ya sabe que aquí no entran más que los hombres... Quiero que me informe de todo, con sus detalles menudos... ¿Qué le parece de Eugenio Aguirre Benavides? ¡Quién lo hubiera creído!... ¡Bizco traidor! ¡¿Y de Isabel Robles?!... Pero no: a ése me lo mal aconsejaron. Robles es bueno. Si volviera, lo perdonaría.

Abrió la puerta del saloncito; me hizo entrar por ella y pasó detrás. Allí me sorprendí de encontrarme con Rodolfo Fierro, a quien suponía aún en el camino. Villa exclamó al verlo:

—¿Conque ya está usted aquí?

Fierro se levantó del asiento y dijo, con arrogancia que se tamizaba a través de su respeto medroso:

—Ahorita mismo llego, mi general.

—¡Bonitas cuentas trae, amigo! Mientras más lo pienso menos comprendo cómo los han podido derrotar...

Fierro se dispuso a entrar en explicaciones:

—Pues verá usted lo que pasó. Al otro día de...

Lo interrumpió Villa:

—No, amigo; no me hable de sus derrotas.

Y dejándolo con la palabra en los labios, me encaminó, sujeto yo todavía por su brazo, hacia el pasillo que llevaba a su gabinete.

Nos sentamos el uno frente al otro, interpuesta entre los dos la mesita fija en la ventanilla.

—Usted —empecé, todavía obsesionado por las posibles consecuencias del telegrama de González Garza— conoce bien a Roque...

Pero Villa me detuvo al punto:

—No me hable de Roque, ya se lo dije. Esos enredos de ustedes a mí no me importan. Cuénteme lo otro: por qué Ulalio se echó al fin en brazos de la traición, por qué lo siguieron Robles y Aguirre Benavides... ¿Me entiende?

—Perfectamente, general.

Y entonces le relaté cuanto había pasado, aunque no según me constaba y lo sabía, sino como hubiera podido verse desde fuera, como si hubiese yo sido mero espectador de los sucesos. Así hablamos más de una hora: yo siempre sobre ascuas; él pendiente hasta de mis frases menos significativas, hasta de mis gestos menores. Por momentos me interrumpía con exclamaciones ingenuas:

—¡No me lo diga!... ¿Pero es posible...? ¡Qué lástima que no le tuvieran más confianza a usted: la que les hubiéramos hecho!...

Y en todo iba manifestando la rabia de que lo hubiesen engañado y dejado, no la contrariedad de sentirse por eso menos fuerte:

—Ya verán, jijos de tal, ya verán a dónde llevo. Ni uno tan siquiera ha de escapáseme...

A media plática pidió la cena y me invitó. Con grandes trabajos logré excusarme. Esa noche la cena era más frugal que otras: dos vasos de leche y un trozo de camote asado. Mientras él comía, yo seguí hablando. Los nombres de mis amigos le arrancaban, entre sorbo y sorbo —la mirada puesta siempre sobre mí—, juicios y observaciones llenos de ira:

«De ese Vasconcelos ya sabía yo que no era más que un intelectual traidor».

«¿General Blanco? ¡Nada de general! Mero relumbrón y titiritero».

«Eugenio, ya se lo dije, es el peor de todos, el más falso. A él se debe lo de los otros... ¿Y sabe usted que también Luisito me la ha hecho? Lo veo y no lo creo. Pues ¡¿quién, señor, quién en toda su triste vida lo trató mejor que yo?!».

«A Ulalio lo culpo menos. No era mi amigo. Me la cantó y me la hizo. Estaba en su derecho de hombre. ¿Pero los otros? ¿Los del engaño?».

Cuando concluyó de cenar se puso en pie. Así escuchó lo poco que me quedaba por contarle. Luego dio dos o tres pasos en la estrechez del gabinete y se quitó el sombrero para cambiarlo por otro que pendía de la percha. Los pliegues del *sweater*

se le reacomodaron al estirar el brazo: asomó la canana, corrieron reflejos de luz artificial desde el rosario de las balas de acero hasta las cachas de la pistola; la cadera viril mostró su juego en plena fuerza.

Acercándome a él, le dije:

—Bueno, general...

—Sí, licenciado —contestó—; vaya a tomarse su descanso. Y ya lo sabe: desde esta noche se queda aquí conmigo. Ahorita mero mando que le preparen el gabinete que ocupaba Luisito, porque usted, en lo sucesivo, va a ser mi secretario. ¿O tiene algún *ostáculo*? Hábleme como los hombres.

Otra vez mi vida estaba pendiente de un cabello; pero era inevitable correr el albur hasta lo último:

—Sólo le pido a usted una cosa, general.

—Dígamela luego luego.

—Mi familia salió de México en el último tren de pasajeros. Si está en Chihuahua no lo sé. Acaso se encuentre en El Paso... Yo quisiera... de ser posible... que me permitiera usted... ir en su busca...

Villa inclinó el rostro sobre mí. Me miraba con fijeza; de nuevo me tenía cogido por las solapas. Guardó silencio por breves segundos y luego me dijo:

—¿También usted me va a abandonar?

Creí ver pasar la muerte por sus dos ojos.

—Yo, general...

—No me abandone, licenciado; no lo haga, porque yo, créamelo, sí soy su amigo. ¿Verdá que no se va para abandonarme?

—General...

—Y vaya en busca de su familia: se lo consiento. ¿Necesita recursos? ¿Quiere un tren pa usted solo?

Entonces respiré.

A las diez de esa misma noche salió el tren hacia El Paso. Villa había venido a acompañarme hasta el *pullman*. Había subido a la plataforma y le había dicho al conductor:

—Oiga, amigo: este señor que va aquí es de los míos. ¿Me entiende? De los míos... Me lo trata bien, que si no, ya me conoce. Nomás acuérdesese de que fusilo...

—¡Ah, qué mi general! —había respondido el conductor con risa nerviosa.

Y Villa me había abrazado de nuevo antes de saltar a tierra.

Ahora el tren corría, veloz entre las sombras de la noche. ¡Qué grande es México! Para llegar a la frontera faltaban mil cuatrocientos kilómetros...

FIN DE
«EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE»

LA SOMBRA DEL CAUDILLO

LIBRO PRIMERO

PODER Y JUVENTUD

El *Cadillac* del general Ignacio Aguirre cruzó los rieles de la calzada de Chapultepec y haciendo un esguince vino a parar junto a la acera, a corta distancia del apeadero de Insurgentes.

Saltó de su sitio, para abrir la portezuela, el ayudante del chofer. Se movieron con el cristal, en reflejos pavonados, trozos del luminoso paisaje urbano de aquellas primeras horas de la tarde —perfiles de casas, árboles de la avenida, azul de cielo cubierto a trechos por cúmulos blancos y grandes...

Y así transcurrieron varios minutos.

En el interior del coche seguían conversando, con la animación característica de los jóvenes políticos de México, el general Ignacio Aguirre, ministro de la Guerra, y su amigo inseparable, insustituible, íntimo: el diputado Axkaná. Aguirre hablaba envolviendo sus frases en el levísimo tono de despego que distingue al punto, en México, a los hombres públicos de significación propia. A ese matiz reducía, cuando no mandaba, su autoridad inconfundible. Axkaná, al revés: dejaba que las palabras fluyeran, esbozaba teorías, entraba en generalizaciones y todo lo subrayaba con actitudes que a un tiempo lo subordinaban y sobreponían a su interlocutor, que le quitaban importancia de protagonista y se la daban de consejero. Aguirre era el político militar; Axkaná, el político civil; uno, quien actuaba en las horas decisivas de las contiendas públicas; otro, quien creía encauzar los sucesos de esas horas o, al menos, explicarlos.

Por momentos, el estrépito de los tranvías —fugaces en su carrera a lo largo de la calzada— resonaba en el interior del coche. Entonces los dos amigos, forzando la voz, dejaban traslucir nuevos matices de sus personalidades distintas. En Aguirre se manifestaban asomos de fatiga, de impaciencia. En Axkaná apuntaba una rara maestría de palabra y de gesto, sin menoscabo de su aire reflexivo, lleno de reposo.

Ambos redujeron a conclusiones breves el tema de su charla.

Dijo Aguirre:

—Quedamos entonces en que tú convencerás a Olivier de que no puedo aceptar mi candidatura a la Presidencia de la República...

—Por supuesto.

—Y que él y todos deben sostener a Jiménez, que es el candidato del Caudillo...

—También.

Axkaná tendió la mano. Aguirre insistió:

—¿Con los mismos argumentos que acabas de exponerme?

—Con los mismos.

Las manos se juntaron.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Hasta la noche entonces.

—Hasta la noche.

Axkaná brincó fuera del auto con ágil movimiento.

En el esplendor envolvente de la tarde, su figura, rubia y esbelta, surgió espléndida. De un lado lo bañaba el sol; por el otro su cuerpo se reflejaba a capricho en el flamante barniz del automóvil. La blancura de su rostro lucía con calidez sobre el azul oscuro del traje; sus ojos, verdes, parecían prolongar la luz que bajaba desde las ramas de los árboles. Había en la leve inclinación de su sombrero sobre la ceja derecha remotas evocaciones marciales, algo militar heredado; pero, en contraste, resaltaba, en el modo como la pistola le hacía bulto en la cadera, algo indiscutiblemente civil.

Vuelto de cara al coche, dio un paso atrás para que el ayudante del chofer cerrase la portezuela. Luego se acercó otra vez, abrió de nuevo y, asomando la cabeza al interior, dijo:

—Vuelvo a recordarte mis recomendaciones de esta mañana.

—¿De esta mañana?

—¡Vamos! No finjas.

—¡Ah, ya! Lo de Rosario.

—Sí, lo de Rosario... Me da lástima.

—Pero lástima ¿por qué? ¡Pareces niño!

—Porque no tiene defensa alguna, porque vas a echarla al lodo.

—¡Hombre, yo no soy lodo!

—Tú no, se entiende, pero el lodo vendrá después.

Aguirre reflexionó un segundo. Dijo en seguida:

—Mira, te prometo una cosa: yo no pondré nada de mi parte para conseguir lo que sospechas. Ahora, si el «asunto» viene solo, me lavo las manos.

—El «asunto» no vendrá solo.

—Muy bien. Basta entonces con mi promesa.

—No lo creo.

—Sí, hombre, sí. En este caso te lo prometo de veras.

—De veras, ¿cómo?

—De veras..., bajo mi palabra de honor.

«Honor.» Los dos amigos callaron un instante y dejaron fija —atento cada uno a los ojos del otro— la mirada. Por las oscuras pupilas de Ignacio Aguirre pasó entonces el mismo velo de fatiga que poco antes se había notado en su voz. En los ojos de Axkaná la claridad tersa se hizo penetrante de pronto, inquiridora.

Fue él quien rompió a hablar primero:

—Perfectamente —y sonreía—, me conformaré. Aunque, hablando en plata, el honor, entre políticos, maldito lo que garantiza.

Aguirre quiso replicarle, pero no hubo tiempo. Ya Axkaná, pasando de la sonrisa a la risa, había cerrado de golpe la portezuela y se alejaba hacia los *Fords* de alquiler

puestos en fila al otro lado de la calle.

El *Cadillac* empezó entonces a rodar; avanzó hasta la esquina de la avenida Veracruz, y, virando allí rumbo al Hipódromo, se lanzó a toda carrera.

Aguirre iba evocando más y más, conforme la velocidad crecía, la mirada que acababa de fijar en él Axkaná. Evocó sus últimas palabras, su sonrisa; y, casi sin sentirlo, de esa evocación se deslizó a la de Rosario. Mejor dicho: ambas evocaciones fueron una sola, una donde se entretajeron inseparables los dos motivos. Los sentía Aguirre moverse uno dentro del otro; y, dejándose agitar por ellos simultáneamente, se iba hundiendo en un estado de imaginación extraña y de voliciones confusas.

A esa misma hora esperaba Rosario, bajo las enhiestas copas de la calzada de los Insurgentes, el momento de su cita con Aguirre. Era costumbre que duraba ya desde hacía más de un mes, por lo cual el esplendor de la siesta disponía de Rosario como de cosa propia. Paseaba ella de un lado para otro, y la luz, persiguiéndola, la hacía integrarse en el paisaje, la sumaba al claro juego de los brillos húmedos y de las luminosidades transparentes. Iba, por ejemplo, al atravesar las regiones bañadas en sol, envuelta en el resplandor de fuego de su sombrilla roja. Y luego, al pasar por los sitios umbrosos, se cuajaba en dorados relumbres, se cubría de diminutas rodela de oro llovidas desde las ramas de los árboles. Los tejuelos de luz —orfebrería líquida— caían primero en el rojo vivo de la sombrilla; de allí resbalaban al verde pálido del traje, y venían a quedar, por último —encendidos, vibrátiles—, en el suelo que acababa de pisar su pie. De cuando en cuando alguna de aquellas gotas luminosas le tocaba el hombro hasta escurrir, hacia atrás, por el brazo desnudo y dócil a la cadencia del paso. Otras, en el fugaz instante en que el pie iba a apartarse del suelo, se le fijaban en el tobillo, cuyas flexibilidades iluminaban. Y otras también, si Rosario volvía el rostro, se le enredaban, con intensos temblores, en los negros rizos de la cabellera.

Al tornarse para mirar el *Cadillac* de Aguirre, que ya se acercaba, un lucero se le detuvo en la frente. La sombrilla, salpicada toda de luceros análogos, hizo entonces fondo a su bellísima cabeza y la convirtió un momento en virgen de hornacina. Sonrosándola, dorándola, la irradiación luminosa volvía más perfecto el óvalo de su cara, enriquecía la sombra de sus pestañas, el trazo de sus cejas, el dibujo de su labio, la frescura de su color.

Ignacio Aguirre la contempló a lo lejos: trascendía de ella luz y hermosura. Y sintió, conforme se acercaba, un transporte vital, algo impulsivo, arrebatado, que de su cuerpo se comunicó al *Cadillac* y que el coche expresó pronto, con bruscas sacudidas, en la acción nerviosa de los frenos. Porque el chofer, que conocía a su amo, llegó a toda velocidad hasta el lugar preciso, para que el auto se detuviera allí emulando la dinámica —viril, aparatosa— del caballo que el jinete raya en la culminación de la carrera. Trepidó la carrocería, se cimbraron los ejes, rechinaron las

ruedas y se ahondaron en el suelo, negruzcos y olorosos, los surcos de los neumáticos.

Joven, entusiasmado, sonriente, abrió Aguirre la portezuela. Su ademán no fue de quien va a bajar, sino de quien invita a subir.

—¿Sube usted —dijo— o bajo yo?

Rosario, para responder, levantó la cabeza y la apoyó de lado contra el bastón de la sombrilla: su actitud era así ostensiblemente irónica. La estrella de la frente vino a posársele sobre el pecho.

—Claro que baja usted. ¿Cuándo dejará de preguntarme eso mismo?

—El día que consienta usted en subir.

Y alargó Aguirre una pierna hasta el estribo.

—¿Sí, eh? Pues no será nunca.

Saltó él a tierra y tendió la mano. Ella la aceptó con graciosa contorsión —con la contorsión, muy femenina, muy insinuante, con que Rosario gustaba saludar: ligeramente desviados, en opuesto sentido, la cabeza y el busto; torcida la muñeca, levantado el hombro de manera que el codo mostrase los hoyuelos mientras la mano se entregaba.

Aguirre, a la vez que le oprimía los dedos con fuerza un tanto brutal, preguntó silabeando:

—¿Nunca, dice usted?

La ruda presión de la mano se anulaba en la suavidad acariciadora de la voz. Aguirre conocía, por experiencia, el alcance amoroso de tales contrastes.

—¡Nunca! —repitió ella silabeando también y resistiendo, sin parpadear, la mirada de Aguirre, que le daba en pleno rostro.

Pero el reto mudo cesó luego, porque Aguirre, como siempre que se asomaba a los ojos de Rosario, huyó pronto de ellos para no marearse. Sabía, en eso buen militar, que las batallas amorosas sólo se dan para ganarlas, y que no siendo así, el triunfo está en la retirada. Con Rosario, por otra parte, todas las retiradas eran camino de la gloria. Rosario acababa de cumplir veinte años: tenía el busto armonioso, la pierna bien hecha y la cabeza dotada de graciosos movimientos que aumentaban, con insólita irradiación activa, la belleza de sus rasgos. Sus ojos eran grandes, brillantes y oscuros; su pelo, negro; su boca, de dibujo preciso, sensual; sus manos y pies, breves y ágiles. Contemplándola, se agitaban de golpe, como mar en tormenta —Aguirre al menos lo sentía así—, todas las ansias del vigor adulto, todos los deseos de la juventud. Cuando hablaba, sus palabras —un poco vulgares, un poco tímidas— descubrían una inteligencia despierta y risueña, aunque ineducada, un espíritu sin artificio, que hacían mayor el acicalamiento del cuerpo y el buen gusto del traje. Cuando sonreía, la finura de la sonrisa anunciaba en pleno lo que hubiera podido ser, con mejor cultivo, la finura de su espíritu.

—Muy bien —asintió Aguirre—; entonces, nunca. Nos conformaremos, como hasta aquí, con pasear bajo los árboles de las calzadas.

Rosario, que había cerrado la sombrilla, echó a andar hacia la Colonia del Valle, cual si eso fuera ya cosa establecida por el uso.

—¡Nos conformaremos con las calzadas!... ¿Y le parece a usted poco?

Pero Aguirre no respondió desde luego. Bajo el brazo desnudo de Rosario la tela roja de la sombrilla acababa de entrar en contacto tan íntimo con la piel —allí más blanca, más tierna, más tersa—, que la necesidad de participar de aquel roce empezó a hostigar, de un modo obsesionante, al joven ministro. De ahí que se acercara él más a Rosario, como preliminar preciso para contestar mejor a lo que preguntaba ella, y habló. Pero habló al margen de lo que pensaba, como pensó al margen de lo que sentía.

Y así caminaron y conversaron largo rato.

Junto a Rosario, Ignacio Aguirre no desmerecía de ninguna manera: ni por la postura ni por los ademanes. Él no era hermoso, pero tenía, y ello le bastaba, un talle donde se hermanaban extraordinariamente el vigor y la esbeltez; tenía un porte afirmativamente varonil; tenía cierta soltura de modales donde se remediaban, con sencillez y facilidad, las deficiencias de su educación incompleta. Su bella musculatura, de ritmo atlético, dejaba adivinar bajo la tela del traje de paisano algo de la línea que le lucía en triunfo cuando a ella se amoldaba el corte, demasiado justo, del uniforme. Y hasta en su cara, de suyo defectuosa, había algo por cuya virtud el conjunto de las facciones se volvía no sólo agradable, sino atractivo. ¿Era la suavidad del trazo que bajaba desde las sienes hasta la barbilla? ¿Era la confluencia correcta de los planos de la frente y de la nariz con la doble pincelada de las cejas? ¿Era la pulpa carnosa de los labios, que enriquecía el desvanecimiento de la sinuosidad de la boca hacia las comisuras? Lo mate del cutis y la sombra pareja de la barba y del bigote, limpiamente afeitados, parecían remediar su mal color; de igual modo que el gesto con que se ayudaba para ver a distancia restaba apariencias de defecto a su miopía incipiente.

Conforme caminaban y hablaban, Rosario, más baja que él, no le veía tanto el rostro cuanto el hombro, el brazo, el pecho, la cintura. Es decir, que se sentía atraída, acaso sin saberlo, por lo que en Aguirre era principal origen de gentileza física. Y a veces también, hablándole o escuchándolo, Rosario se entregaba a imaginar el varonil juego de la pierna de su amigo bajo los pliegues, caprichosamente movibles, del pantalón. Era, la de Aguirre, una pierna vigorosa y llena de brío.

II

LA MAGIA DEL AJUSCO

Habían caminado, inatentos a su marcha, desde las últimas casas de la Colonia del Valle hasta los terrenos llanos que bordean el río de la Piedad. El *Cadillac* dio entre tanto un sinnúmero de rodeos y vino a situarse, en espera, al extremo de la última calle transitable.

Ahora Aguirre llevaba a Rosario cogida por el brazo. Ahora las nubes cubrían el sol con frecuencia y mudaban, a intervalos, la luz en sombra y la sombra en luz. La tarde, aún moza, envejecía a destiempo, renunciaba a su brillo, se refugiaba tras el atavío de los medios tonos y los matices.

Con el contacto de su desnudez, el brazo de Rosario estimulaba en Aguirre el cinismo mujeriego. El ministro preguntó de improviso, imprimiendo a sus palabras naturalidad fingida:

—¿Por qué no se decide usted a ser mi novia de una manera franca y valerosa?

—¡Qué desfachatez! ¿Y tiene usted el descaro de preguntármelo?

—Descaro ¿por qué? No hay que exagerar: nuevas leyes, nuevas costumbres. ¡Supondrá usted que para algo trajimos el divorcio los hombres de la Revolución!

—¡Ah, claro! No lo dudo. Pero no para que ustedes, los revolucionarios, tengan a un tiempo novias y mujeres.

Estas palabras, dichas por ella en tono casi colérico, estuvieron a punto de dejarle huellas en la mirada y en el gesto. Pero la contrariedad duró poco. Segundos después la actitud de Rosario, subrayándose por contraste, demostraba que la verdad era una sola: que ella abandonaba el brazo desnudo a la mano de él, y que él, más que sujetárselo, se lo acariciaba.

—Tiene usted razón —concluyó Aguirre, seguro de que se entendería el doble sentido de su frase—: mientras seamos amigos de este modo delicioso, el ser novios ¿qué añadiría?

Rosario fingió no oír y habló de otra cosa.

Las palabras de ambos, siempre en torno de un tema único, se desviaban a cada paso para volver a poco, con el refuerzo del nuevo sesgo, al solo punto que les interesaba. En esto era maestro él, y más que él, ella. También gustaba Rosario de ausentarse espiritualmente, o de fingir ausencias, para dejar así cerca de Aguirre, más libre e imperiosa, la realidad de su cuerpo.

Para simular esa tarde lejanías de espíritu, su gran recurso fue el espectáculo de las montañas. La enorme mole del Ajusco se alzaba frente a ella, en el fondo del valle, a grande altura por sobre los arbolados y caseríos distantes. Mientras hablaba Aguirre, miraba Rosario a lo lejos... Estaba el Ajusco coronado de nubarrones tempestuosos y envuelto en sombras violáceas, en sombras hoscas que desde allá teñían de noche, con tono irreal, la región clara donde Rosario y Aguirre se encontraban. Y durante los ratos, más y más largos, en que se cubría el sol, la

divinidad tormentosa de la montaña señoreaba íntegro el paisaje: se deslustraba el cielo, se entenebrecían el fondo del valle y su cerco, y las nubes, poco antes de blancura de nieve, iban apagándose en opacidades sombrías.

Hubo un largo espacio en que Rosario, silenciosa, no apartó los ojos de la montaña distante. Aguirre quiso imitarla, calló también; pero, nada contemplativo, casi en seguida volvió a hablar.

—¿Qué tendrá —dijo— el Ajusco, que no se cansa usted nunca de mirarlo?

Rosario no dejó de ver hacia la montaña, y respondió:

—Lo miro porque me gusta.

—¡Bonito modo de contestar! Que le gusta a usted lo supongo. Pero ¿por qué le gusta tanto?

—Porque sí.

—Razón de mujer.

—¿Y no soy yo mujer? Pues por eso, ni más ni menos, es por lo que me gusta el Ajusco: porque soy mujer.

—¿Más que los dos volcanes?

—Más.

—No lo creo.

—Porque usted es hombre.

—Nada tiene que ver eso. ¿Cómo ha de preferir usted ese monte negro y tosco a la hermosura luminosa de los dos volcanes? Y si no, mírelos y compare.

Rosario sonrió con aire conmisericordioso. Dijo poco a poco:

—A usted, señor general, le gustan los volcanes porque tienen alma y vestidura de mujer. A mí no. A mí me gusta el Ajusco, y me gusta por la razón contraria: porque es, de todas las cosas que conozco, la más varonil.

—¿De todas?

—De todas.

—¿Sin excepción ninguna?

—Ninguna.

—Es decir, que para usted el Ajusco es más varonil que yo.

La petulancia de Aguirre fue sonriente; la desaprobación de Rosario, ruidosa:

—¡Huy, qué presuntuoso!... ¡Compararse con el Ajusco!

Y luego, desafiante, añadió:

—Si usted fuera el Ajusco...

Pero dejó la frase inconclusa. Adivinándola, Aguirre devolvió las palabras a modo de instancia para que terminara ella el pensamiento:

—Si yo fuera el Ajusco...

Rosario se recobró a tiempo:

—No —murmuró—, nada. No sé qué iba a decir.

Aguirre le habló entonces al oído. Rosario escuchó palabras que a la vez se oían y se sentían, que eran sonoras y cálidas: que le rozaban el pabellón de la oreja con

doble realidad. Sintió estremecerse el corazón de modo extraño; sintió que el rostro se le encendía, y queriendo oponerse a que la otra mano de Aguirre viniera también —comentario de la palabra— a acariciarle el brazo, no se explicó por qué era mayor en ella la voluntad de consentirlo. La visión del Ajusco, grave y varonil, se fundió en su conciencia, por un momento, con la áspera sensación que le produjo en la frente la tela que cubría el hombro de su amigo.

¿Pasaron dos minutos? ¿Pasó una hora? En pie los dos en medio de la llanura habían vivido ajenos al ritmo del tiempo externo. Un relámpago, y luego un trueno, volvieron de súbito a Rosario a la realidad de la tarde y del aire libre. Dos gotas, duras como piedras, le golpearon la cara. Arriba el espíritu invisible del Ajusco, lanzando por sobre ella y por sobre todo el valle los torbellinos de su enorme penacho negro, lo teñía todo con tintas tempestuosas. Los cúmulos blancos del comienzo de la tarde eran ya una sola nube morada, plomiza, cuyas volutas se desenrollaban hacia la tierra en cortinas espesas, casi negras. A las dos gotas habían seguido inmediatamente otras dos, otras tres, y después de éstas, otras innumerables. El agua acaparaba de pronto la esencia de todas las cosas; desaparecía el valle bajo la catarata.

Maquinalmente, Aguirre y Rosario echaron a correr hacia el automóvil. Pero como éste se encontraba lejos, era seguro que llegarían allá empapados; la lluvia parecía estirar la distancia a medida que corrían. Para defenderse un poco, Rosario abrió su sombrilla: de roja que era, la tela se tornó guinda; el agua la pasaba tamizada en nube.

Aguirre no parecía ocuparse mucho de si se mojaba o no. Corría riendo al lado de su amiga y, mientras, su actividad interior se precipitaba por tres cauces: el de la novedad de una sensación —el agua colándosele entre su mano y el brazo desnudo de Rosario—, el de un deseo vehemente —que el aguacero arreciara a medida que el coche se veía más cerca— y el de un empeño físico agradable e inmediato —ayudarla a ella a saltar sobre los charcos, para lo cual tenía que cogerla a veces por la cintura y levantarla en peso.

Llegaron al *Cadillac*, radiador entonces de polvo líquido: la lluvia torrencial, al romperse contra el techo y los flancos, se pulverizaba. El ayudante del chofer había venido a abrir la portezuela y se mantenía allí, pese al chubasco, con la gorra en la mano. Rosario vio fugazmente cómo le escurrían arroyos diminutos a ambos lados de la nariz.

—Yo cerraré la sombrilla —dijo Aguirre—; suba usted.

Y unió al acento perentorio —mientras cogía la sombrilla con la otra mano— el empuje de su brazo.

Rosario quiso resistir, aunque débilmente. Al choque de la lluvia sus potencias interiores se habían desconcertado como desconcierta un golpe, como desconcierta el mareo.

—No —dijo apenas—, no subo.

Aguirre se inclinó hacia ella:

—Sí, suba usted —le susurró al oído—; le doy mi palabra de honor de que nada sucederá.

Y alzándola casi, la hizo pasar por la portezuela.

Dentro del pequeño recinto del auto Rosario tuvo la sensación de que Aguirre era, físicamente, un hombre mucho más grande que cuanto hasta allí le pareciera. Ella en cambio, se sintió chiquita, mínima. Enfrente, del otro lado del cristal, se veían, inmóviles, el chofer y su ayudante: rígidas se erguían las dos espaldas, las dos cabezas.

Aguirre observó la mirada de Rosario, y creyendo leer en ella, se inclinó hacia el cristal frontero para tirar de la cortinilla. Lo hizo como por mero movimiento reflejo, pues pensaba en otra cosa. Tenía aún en las orejas el vocablo «honor», que acababa de pronunciar sin saber cómo; y el recuerdo de la palabra dicha así empezaba a producirle un malestar profundo. Por un instante estuvo a punto de creer que no la había dicho o que, si la había dicho, Rosario no la había oído.

Dejó transcurrir varios minutos en silencio: embarazoso silencio. Luego, aunque sin mirar a su amiga, observó:

—No durará mucho el chubasco; entonces podrá usted bajar.

Ella se alisaba el cabello y veía con insistencia hacia afuera. El aguacero caía más tupido cada vez; bajo la sombra de las cortinas de agua parecía estar anocheciendo.

Pasado un rato, Rosario también habló:

—No; no quiero que esperemos en este lugar.

Aguirre dio orden para que el auto anduviese, y como si una cosa y otra fueran inseparables, procedió a correr las demás cortinillas.

Los envolvió la penumbra.

—Si le parece a usted —dijo Aguirre— que estamos demasiado a oscuras, encenderé la luz.

—No, no. Así estamos bien.

El brazo de ella y la mano de él se rozaron.

—¡Qué horror! —exclamó él—. Está usted helándose.

Tras lo cual tomó su gabán, que estaba en el asiento, y se lo puso a Rosario sobre los hombros.

—Gracias —dijo ella.

—¿Se siente usted mejor así?

—Sí; bastante mejor.

El auto rodaba suavemente. Y aquel manso rodar al abrigo de los chorros de agua que golpeaban contra la baca y los cristales del coche venían a ser una especie de elemento sedante en el trastorno interior que Rosario sentía. Pasaron varios minutos. El principio tranquilizador aumentaba al roce del gabán de Aguirre —un roce cálido, que crujía, que emanaba perfume de hombre.

Aguirre conservaba el brazo derecho relativamente seco: era el que había recibido la protección de la sombrilla. Lo pasó, con naturalidad, por detrás de la nuca de Rosario para subir, de la otra parte, el cuello del gabán. Mas hecho esto, permaneció con el brazo así. Luego le pareció que el gabán no cerraba bien por delante: para ajustarlo llevó allí la otra mano; y entonces, como si le acometiese de pronto un impulso que no naciera de él mismo, aunque le era del todo familiar, cogió la cabeza de Rosario por debajo de la barba, la atrajo hacia sí y la besó en la boca. En el beso hubo humedad de lluvia y de juventud.

El reproche de Rosario sonó débil, bajísimo.

—¡Y me dio usted su palabra de honor!

A lo que replicó Aguirre aún más bajo:

—Y se la doy a usted todavía. Si me lo manda, me bajo del coche inmediatamente.

Rosario se había quedado con la cabeza reclinada sobre el pecho atlético de su amigo... «¿Mandar ella...?» Prefirió seguir con la cabeza reclinada así, como la tenía.

III

TRES AMIGOS

Al otro día de su aventura con Rosario, Aguirre salió de su despacho de la Secretaría de Guerra resuelto como nunca divertirse. Varias causas contribuían a que se sintiera así, pero entre todas, una: la conclusión a que creyó llegar departiendo con Axkaná González sobre los fundamentos de la conducta. «Si es lícito —había dicho en resumen— aceptar y producir dolores presentes en vista de satisfacciones o alegrías futuras, también ha de serlo el procurarse los placeres de hoy a cambio de los sufrimientos de mañana. Unos escogerán lo uno; otros, lo otro, y acaso todos, al hacer balance, resultemos parejos.»

Semejante filosofía, útil como ninguna a los impulsos del joven ministro de la Guerra, produjo en él, con sólo formularla, un contento profundo y casi nuevo: le hizo recordar regocijos que tenía olvidados desde los días anteriores a la Revolución. Y eso mismo, horas después, fue causa de que se mostrara accesible y generoso con cuantos pretendientes osaron abordarlo cuando caminaba, siempre acompañado de Axkaná, desde la puerta del ascensor hasta el estribo del automóvil.

Ya en la calle, la cálida caricia del mediodía, más muelle a través de los cojines del auto, lo empapaba en sensaciones particularmente gratas.

El *Cadillac*, tras de bordear el Zócalo, entró en la avenida Madero y avanzó por ella lentamente, tan lentamente que su esencia de máquina corredora iba disolviéndose en blanda quietud.

Acababan de dar las dos. La avenida, solitaria, lucía en suspenso; estaban cerradas las tiendas, vacías las aceras, libre y reverberante al sol la pulida lámina del asfalto. Sólo unas cuantas de las mujeres pecadoras que se exhibían allí a la hora del paseo seguían rondando en sus *Fords* de alquiler, tediosas, rezagadas, incansables. El tránsito colorido de sus vestidos, quebrando la unidad de la luz, ponía la transparencia del aire como en resalte. Era la luz deslumbradora del mediodía, enriquecida ya, templada un tanto, por las remotas insinuaciones de la tarde.

En estos leves matices no reparaba Aguirre, sino Axkaná. Aguirre, ajeno a lo meramente estético, se complacía en el espectáculo de las mujeres, las cuales sonreían al verlo, le hacían señas y, de ser preciso, asomaban medio cuerpo fuera del coche para seguir, a distancia, comunicándose con él. Una, cuyo auto se acercó al de ellos hasta rozarlo casi, arrojó a las manos del ministro uno de los pasteles que venía comiendo y rió con estrépito su travesura. La carcajada sonó como el más fino cristal, serpeó varios segundos a lo largo de la calle y fue a perderse en los brillos metálicos de los escaparates.

Preguntó Axkaná:

—¿Quién es?

—Adela.

—¿Adela?

—Sí, Adela.

Y agitaba Aguirre la mano contra el cristal posterior del coche, para prolongar así su correspondencia con la muchacha, cuyo *Ford* se alejaba. En seguida precisó:

—Sí, es Adela Infante, la de Medellín.

—Por lo visto, no la conocía —replicó Axkaná, con ánimo de liquidar el punto, que, en el fondo, no le interesaba.

Pero Aguirre, muy afecto a ciertos temas, no permitió que éste se le escapase:

—¡Sí, hombre, sí la conocías! Y ella, claro, te conoce a ti. Es aquella muchacha, antes empleada en Hacienda, que siempre que se lavaba la cabeza iba a la oficina con el pelo suelto. Sus cabellos son hermosísimos (es lo más bonito que tiene, aparte la risa); de modo que pronto se le enredaron allí el jefe de la Sección y el jefe del Departamento; luego el oficial mayor y el subsecretario; luego, el secretario particular, y luego el ministro. Por último, si no me engaño, allí hemos acabado por enredarnos todos los del Gobierno.

El paso de otro *Ford*, con otra mujer, hizo que Aguirre se interrumpiera. Tardó poco en añadir:

—Es el caso que a esta Adela la conocimos nosotros en la Fábrica de Pólvora la tarde de la fiesta que dio el general Frutos para celebrar el cumpleaños del Caudillo. Tú, ya lo veo, no volviste a ocuparte de ella. Yo sí... Una noche...

Otra vez se interrumpió la charla del ministro. Se había detenido el *Cadillac*; se había abierto la portezuela, y había saltado al interior, ruidoso y ágil, el otro amigo predilecto del general Ignacio Aguirre; Remigio Tarabana. En pie dentro del coche, doblándose por la cintura para no golpearse la cabeza contra el techo, agitaba el bastón y exclamaba:

—¡Hace una hora que me tienen aquí de plantón! ¡Una hora! Y la verdad, me parece demasiado.

Sus palabras, pese a la construcción plural, se dirigían sólo al ministro de la Guerra, así como el alarde de los movimientos que las subrayaba. Para mayor elocuencia se incrustó sin ceremonias en el hueco libre entre los dos amigos, se quitó el sombrero, que era de paja, y así que se hubo abanicado con él hasta sentir exhausto el brazo, lo puso sobre el puño de su caña de Indias. Entre tanto, continuaba:

—Pero ¿no me citaste a la una y media? ¡Sí, claro, me citaste, pero, como de costumbre, para hacerme esperar! ¡Y cuando pienso que no somos pocos los imbéciles que todavía te creemos!

Había sacado un pañuelo blanquísimo, que sacudió para hacer más amplia la frescura de los pliegues, y se lo pasó luego por el cuello y el rostro, enjugándose los. Y hubo entonces lugar de que lucieran, en el contraste de los dedos morenos sobre la albura del lienzo, las aguas de un hermoso cabujón azul engarzado en tenues reflejos de platino. Aquel acorde de colores y brillos discretos, varoniles, tenía en Tarabana la fuerza de las características que definen; lo mismo cuadraba con el trazo bien nacido de sus rasgos faciales y con sus maneras, precisas y pulcras, que con el corte y el

estilo de su traje gris, el cual tan bien le iba, que, no siendo él esbelto, hacía que lo pareciese.

Sin mengua del entretenimiento con las mujeres de los *Fords*, Aguirre halló modo de responder a los reproches que Tarabana le hacía. Preguntó, gesticulando hacia afuera del coche, mientras hablaba hacia adentro:

—Y a mí ¿qué me importa que hayas esperado?

Tarabana afectó, para contestar, el falso aire reprobivo que a ratos adoptan con los poderosos benévolos los protegidos audaces. La palinodia de lo que decía se transparentaba ya en el tono de sus palabras:

—No seas grosero, Ignacio. Aprende a producirte con urbanidad... Y, sobretodo: ¿cuándo vas a guardar el decoro de tu cargo? Es una vergüenza que en pleno Plateros ande todo un señor ministro chacoteando así, a la luz del sol, con garrapatas nauseabundas.

La réplica de Aguirre fue entre amenazadora y sonriente:

—Mira, Jijo, te tengo dicho...

«Jijo» era la forma familiar que los amigos de Tarabana creían sugestiva de las asociaciones implícitas en Remigio.

—Me tienes dicho, qué.

—Que todavía no nace quien sea capaz de regañarme...

Tarabana rio a carcajadas, rio irónicamente. Pero en seguida, para escudarse, hizo la hábil maniobra que con Aguirre no le fallaba nunca: trajo a primer plano la evidencia de su utilidad.

—¡Muy bien, muy bien! —exclamó tomando el sombrero de sobre el bastón y volviéndoselo a la cabeza—. Pórtate como te dé la gana; eres muy libre. Que al fin y al cabo no es eso lo que me importa, sino esto otro.

Hizo una breve pausa. Luego continuó:

—Ya está arreglado el negocio de «El Águila». Esta noche, y si no, mañana, me entregan la mitad del dinero. ¡Ah, pero eso sí! Las órdenes tienen que ser muy amplias, muy efectivas; como te lo indiqué desde un principio... De lo contrario, ni agua.

Axkaná, que no había hecho el menor caso de la disputa entre sus dos amigos, pues sabía bien cómo terminaban siempre tales encuentros, terció en el diálogo tan pronto como éste derivó hacia los negocios.

—Tú —dijo encarándose con Tarabana— vas a ser causa de que Ignacio se comprometa cualquier día... Está bien (o está mal, pero, en fin, parece inevitable) que se intenten con cautela operaciones discretas. Pero ¡hombre!, la verdad es que tú no paras, ni te cuidas, ni mucho menos cuidas a los de las responsabilidades: todos los días son órdenes, y órdenes, y más órdenes.

Su voz, aunque admonitoria y enérgica, sonaba afectuosa, tranquila; no obstante eso, Tarabana saltó con no poco olvido de sus buenas formas:

—¿Que yo comprometo a Ignacio? ¿Que yo no cuido al de las responsabilidades?

No sé de dónde sacarán que eres inteligente. Sábetete que a mí, hasta hoy, nunca se me han ido los pies, y sábetete también, haciendo honor a los hechos, que yo no soy quien busca a Ignacio para estos asuntos, sino a la inversa: él quien me busca a mí. ¿Lo oyes? Él a mí. Ahora, que al hacerlo, la razón le sobra: ésa es otra cuestión. Muy grande imbécil sería si, desperdiciando sus oportunidades, se expusiera a quedarse en mitad de la calle el día que haya otra trifulca o que el Caudillo se deshaga de él por angas o por mangas. Pero, vuelvo a decírtelo: ¿para qué te sirve toda tu filosofía, la tuya y la de los libros que dicen que lees? ¿Te imaginas que se hace solo el dinero que éste gasta? Pues ¿de dónde crees que sale todo lo que Ignacio despilfarra con sus amigos, incluyéndonos a ti y a mí? ¿Supones que se lo regalan?

—¡Basta! —cortó Aguirre, poniendo sin esfuerzo, en aquellas dos únicas sílabas, toda la eficacia de su autoridad—; Axkaná sabe que yo no soy ningún niño ni necesito que nadie me cuide.

Axkaná, imperturbable, guardaba silencio. Acentuó la sonrisa, un poco enigmática, un poco incrédula, con que había recibido el desahogo de Tarabana. Antes, al hablar, sus ojos, verdes, se habían encendido en riquísima lumbre expresiva, más expresiva que sus propias palabras. Ahora le bastaba la actitud para dar a entender que la importancia de cuanto había dicho estaba en el consejo contenido en sus frases, no en el incidente que ellas habían provocado.

Aguirre seguía diciendo, ya en el tono de la amistad más serena:

—La culpa es tuya, Jijo. Otra vez te advertí que no volvieras, para librarnos de sermones, a tratar de negocios delante de Axkaná.

El *Cadillac* había rebasado el jardinillo de Guardiola y, a la ancha incitación de la avenida Juárez, sacudía su andar soñoliento, se echaba a correr. Vio Axkaná volverse transparentes con el lustre del sol los verdes ramajes de la Alameda, y, más allá, sintió como si de un mundo —el del reposo quedo bajo la luz— el auto surgiese en otro —el del estallar del sonido y el movimiento—. Porque un vocerío desgarrado —era la salida de los periódicos de la tarde—, voces infantiles, voces adultas, se multiplicaba y zigzagueaba en torno de la estatua de Carlos IV mientras las calles próximas a Bucareli arrojaban sobre la avenida, frenéticas de clamor, muchedumbre de hombres y chiquillos. Los más corrían a escape hacia los barrios del centro; otros por la Reforma; otros por Balderas o Humboldt. Algunos, con insuperable arrojo, saltaban a los coches y los autobuses, subían a los tranvías, bajaban, iban a perderse en los zaguanes, volvían a aparecer.

Uno —tendría ocho o diez años—, mugriento el rostro, vivos los ojos, torcida la boca en el paroxismo del grito, asomó de improviso por sobre los cristales del *Cadillac*: «¡Ya salió *El Gráfico*, mi jefe! ¡Ya salió *El Mundo*!». Llegaba ligero y alado como un Mercurio. Axkaná, sin saber por qué, le compró seis periódicos: tres y tres. Y el papelerero, a todo el correr del coche, saltó a tierra en postura que anunciaba ya su propósito de abordar otro automóvil, que venía en sentido opuesto. Había dejado sobre el cristal las huellas de sus dedos sucios, pero al dar el brinco, los

periódicos, sujetos bajo su bracito, fueron a manera de alas.

Aguirre y Tarabana continuaban, ahora en voz baja, su coloquio financiero. Axkaná leyó distraído las grandes titulares de las noticias; luego, mientras los papeles se le caían de las manos, se puso a mirar hacia afuera. El coche se deslizaba raudo entre las filas de árboles de la Reforma y parecía atraer sobre sí al dorado ángel de la Independencia. Éste, orlado de sol, brillante y enorme contra el manto de una nube remota, volaba arriba gracias a la fuga del automóvil abajo.

El alma de Axkaná era evocativa, soñadora; por un momento voló también, y su vuelo, a influjo de la perspectiva que lo inspiraba, fue un poco azul y quimérico, un poco triste como la mancha gris del Castillo sobre la regia pirámide de verdura.

IV

BANQUETE EN EL BOSQUE

El grupo de políticos que ese día había invitado a Ignacio Aguirre a comer en el Restaurante de Chapultepec recibió a su huésped con salutación poco menos que estruendosa.

Porque Aguirre, que sabía darse a desear para que su prestigio creciera, hizo que sus admiradores y partidarios lo aguardasen esa vez más de una hora. Y entonces ellos —medio único de conservar íntegro el alto concepto que a sí mismos se merecían: eran diputados o ediles, senadores o generales, gobernadores, altos funcionarios públicos— extremaron las manifestaciones del entusiasmo al ver que al fin se presentaba el joven ministro de la Guerra.

Hubo mucho agitarse de sillas de hierro entre las mesitas del jardín, mucho erguirse de siluetas varoniles dentro de los macizos de sombra del gran quiosco construido entre los árboles, y el crujir de la arena, hollada por pies innumerables, acompañó largo rato las exclamaciones, los aplausos y las risas.

Restablecida la calma, las copas de los aperitivos invitaron al reacomodamiento. Se instaló al ministro en el sitio que allí podía considerarse como de honor: entre Encarnación Reyes y Emilio Olivier Fernández. Reyes era general de división y Jefe de las Operaciones Militares en el Estado de Puebla; Olivier, el más extraordinario de los agitadores políticos de aquel momento: líder del Bloque Radical Progresista de la Cámara de Diputados, fundador y jefe de su partido, ex alcalde de la ciudad de México, ex gobernador.

No lejos de ellos, a una y otra parte, tomaron asiento Tarabana y Axkaná, sobre cuyas sillas, hasta tocar el respaldo con el rostro, se doblaron solícitas las figuras de los camareros en espera de órdenes.

Aguirre no tuvo que mencionar lo que debían servirle. Se puso a gastar bromas a Encarnación y a responder a Olivier Fernández con frases de especial cautela política. Y mientras él hacía eso, José, el camarero predilecto de los políticos de importancia, fue, de propia iniciativa, en busca de una botella de Hennessy-Extra, que trajo pronto, que descorchó allí y que se apresuró a colocar delante del ministro de la Guerra, así que le hubo llenado hasta el borde la primera copa.

Tal costumbre de Aguirre —beber siempre de botella intacta— la conocían en México todos los camareros y cantineros de algunas ínfulas. De ella se derivaba algo del acento muy masculino que el joven general ponía en su afición a beber. Por ella se comprendía también que Aguirre mirase con falso despego, como todos los buenos bebedores de su estilo, la minúscula copa que tenía delante. Para Ignacio Aguirre, sólo en la botella íntegra, en la botella que iría él vaciando poco a poco, existía realidad bastante a contentarlo. Imposible que sin tanta abundancia se le ensancharan los horizontes placenteros.

Esta vez insistió buen rato en las chanzas con Encarnación y en la charla con

Olivier —cual si, en efecto, el coñac no existiera en el mundo—, y si al cabo consintió en extender el brazo hasta la copa para llevársela a los labios, lo hizo como por mera condescendencia con sus amigos, no porque la deseara. De estar solo, hubiese hecho otro tanto, si bien entonces por amables impulsos de simpatía hacia las cosas, ya que no hacia los hombres.

Tras de beber, el ministro preguntó al jefe de las operaciones de Puebla:

—Y ahora que me acuerdo, Encarnación: ¿de cuándo acá vienes tú a México sin mi permiso, y te atreves, además, a no empezar aquí presentándote en la Secretaría de Guerra?

Su voz, jovial y franca, sonó más audible que hasta entonces, lo que hizo que se interrumpieran las otras conversaciones y todos se volvieron para oír.

Encarnación sabía que aquella pregunta no era reproche de funcionario, sino escarceo palabrero de compañero de armas, frase juguetona de superior —de superior amigo—, donde se le brindaba el reconocimiento oficial de su derecho a cometer travesuras. Quiso, en consecuencia, hacer él también gala de espiritualidad, y empezó por sonreírse; sonrió de modo que su rostro, de tez oscura, de ojos medio oblicuos, de bigote ralo, de barba lampiña, vino a iluminarse con fulgores inciertos. Para Axkaná, que lo veía de medio perfil, aquella sonrisa fluctuó por un segundo —como todas las de Encarnación— entre lo imbécil y lo torpe, y en el segundo siguiente, entre lo astuto y lo zafio. Algo análogo creyó ver el diputado Juan Manuel Mijares —amigo íntimo de Axkaná—, que miraba de frente, desde la mesa inmediata, la cara del jefe de las operaciones militares de Puebla. Pero la gran mayoría de los jóvenes políticos allí presentes fue de diversa opinión, a juzgar por el matiz del silencio, anticipadamente admirativo, con que todos se dispusieron a escuchar la ingeniosa respuesta del general poblano. Éste, según Aguirre le servía coñac tras de servirse a sí mismo, seguía sonriendo, sonriendo. Por fin, consciente del favor que anticipaban todos a sus palabras, y gozando de ello, dijo de súbito:

—¿Pero pa qué, pues, buscarte en el Ministerio, si sé, Aguirre, que donde te jallo es en las tabernas?

Y echó el busto hacia atrás, y su mano, moviéndose con amplio ademán en torno de la estrecha ala del fieltro, buscó inútilmente el gran círculo del sombrero de charro.

Aguirre rio el chiste —lo rio de buena gana—, y a carcajadas lo rio con él la turba satisfecha de los jóvenes políticos. Lo rieron también Tarabana y Mijares; lo rio, aunque algo de lejos, como en ausencia, el mismo Axkaná. ¿Podía dudarse de que el general de división Encarnación Reyes era hombre de ingenio, ni de que su ingenio anunciara su talento o lo confirmara?

Porque Encarnación, según lo aseguraban todos, nunca había estado en la escuela, no sabía leer ni escribir, ni contaba con otro bagaje espiritual que sus intuiciones militares, a que debía su carrera de soldado, y sus adivinaciones civiles, a que debía su carrera de político. Su risa era grosera y chorreante; toda su persona, inculta,

primitiva, montaraz. Pero como ante él los jóvenes políticos allí presentes sentían el estremecimiento de tener cerca a uno de sus grandes hombres, a uno de los formidables adalides necesarios a su causa, la visión del buen éxito futuro aumentaba en ellos las potencias admirativas. De ahí que se multiplicaran, en alabanza del chiste de Encarnación, las risas y los aperitivos, las risas y el tequila, las risas y el coñac; y para mejor celebrarlo fueron corriendo, de mesa en mesa, chanzas fuertes, soeces, acres, que eran a modo de expresivas primicias de la euforia.

Al aviso de que la comida estaba dispuesta, todos dieron los últimos sorbos a sus copas y se levantaron ruidosos para dirigirse al gran comedor. Una especie de comitiva espontánea se formó entonces: Aguirre, Encarnación y Olivier al frente; luego Eduardo Correa —presidente municipal de la ciudad— con Agustín J. Domínguez —gobernador de Jalisco— y varios diputados jaliscienses; después, en torno de Axkaná, en torno de Mijares, los principales miembros del Bloque Radical Progresista de la Cámara, y, por último, un poco en desorden, los demás.

Emilio Olivier Fernández, gran político a su manera, esperaba de aquella comida excelentes resultados para el plan que traía en proyecto.

Por eso sentó a Encarnación Reyes a la derecha de Aguirre —éste en el sitio de honor, a igual distancia de una y otra cabeceras— y por lo mismo tomó para sí la primera silla de la izquierda. Al gobernador de Jalisco —su colaborador fiel en toda suerte de empresas políticas— lo colocó a la derecha de Encarnación, y a Eduardo Correa, a Juan Manuel Mijares y a los otros líderes de absoluta confianza los distribuyó convenientemente para que mantuviesen los ánimos dentro de las tonalidades del caso.

Quería, por de pronto, convencer a Ignacio Aguirre del entusiasmo profundo con que los «radicales progresistas y otros elementos afines» lo proclamaban candidato a la Presidencia de la República, en oposición a la otra candidatura, la del general Hilario Jiménez; y quería más: hacer sentir al candidato que aquella popularidad era ya la expresión de una alianza indisoluble —«fundada en la naturaleza de las cosas»— entre Aguirre y sus partidarios políticos. Olivier había empleado muy bien sus seis años de revolucionario, de gobernante y de agitador; poco pasaba de los treinta, pero ya conocía a maravilla los resortes misteriosos y multitudinarios de la política mexicana.

Frente por frente de Aguirre, entre Tarabana y Axkaná, estaba el general Jacinto López de la Garza, consejero intelectual de Encarnación y jefe de su estado mayor.

López de la Garza pertenecía al tipo de los militares revolucionarios y políticos que años antes habían dejado sus libros de Derecho para irse a los campos, prometedores y magníficos, de la Revolución. Había hecho carrera, más que batiéndose, administrando cabezas de generales analfabetos y de reformadores sociales ayunos de todas letras. Ahora regentaba, a beneficio del grupo radical

progresista, a que pertenecía, el cerebro del Jefe de las Operaciones en el Estado de Puebla. Y lo regentaba tan bien que, bajo su influjo, Encarnación Reyes había venido a convertirse en el brazo armado de Olivier Fernández, en el general dispuesto a sostener con las balas cuanto edificaran los radicales progresistas con la palabra. Hacer patente esto último era otro de los propósitos del convite. Olivier Fernández quería desplegar la evidencia de que Encarnación Reyes, venido el caso, se lanzaría con todas sus tropas a luchar por los radicales progresistas y por el general Ignacio Aguirre.

Las alusiones, hábilmente encubiertas, se sucedieron sin tregua a medida que manjares y vinos fueron desfilando. De la Garza, maestro en el arte de insinuar —había frases suyas que apenas eran sonrisas; interrogaciones y exclamaciones que polarizaban, sin rozarlos, los más ocultos pensamientos—, aprovechó a cada paso sus diálogos a media voz con Tarabana o Axkaná, para decir luego, ya en voz alta, algo por donde se entendiera que hablaba de «eso» —de la próxima lucha por el Poder—. De cuando en cuando dirigía palabras un tanto enigmáticas a Encarnación, el cual, dócil a su mentor, le contestaba en el único sentido posible.

Preguntaba así, por sorpresa, López de la Garza:

—¿O no es verdad que nos estamos preparando, mi general?

A lo que Encarnación respondía:

—¡Pos cómo no ha de serlo!

O bien, levantando la copa, López de la Garza exclamaba:

—¡Por la próxima, mi general, que también será la nuestra!

Y Encarnación, sonriente, malicioso, puesto también a beber, contestaba al sesgo:

—¡Licenciados éstos! Todo han de propalarlo.

En momentos así, siempre de secreta efusión, chocaban los vasos, se encendían más las miradas, se fortificaba la fe. Olivier los utilizaba como suplemento de su labor propia: se inclinaba hacia Aguirre para susurrarle, casi en el oído, sus observaciones; se dirigía misterioso a Encarnación, hablaba a gritos con los que comían en los lugares más remotos. Y entonces parecían alzarse de entre los brillos del cristal, y del fondo de las tonalidades de los vinos, y por entre los colores de los pétalos dispersos sobre los manteles, anticipaciones de futuras batallas con el grupo enemigo —lucha fatal, sanguinaria, cruel, lucha a muerte, como la del torero con el toro, como la del cazador con la fiera—. Si bien eso, lejos de ensombrecer la alegría presente, la avaloraba, le daba realce, la hacía más intensa y dominadora en aquellos instantes.

De cabo a cabo de la doble fila de comensales corría entonces, con ansias de vida, el sentimiento de hostilidad al contrario; se manifestaba a una, aunque en infinitas formas, cual si lo removieran en lo más hondo ocultas voces de mando, el instinto de batallar y de vencer. Aguirre, hermético en la palabra, y acaso opuesto a los otros en el pensamiento, se percataba a ratos de que, en el sentir, él también seguía el mismo cauce que sus amigos; no lo arrastraba el calor de verse rodeado y agasajado por una

multitud de partidarios, pero sí el arranque indescifrable, el virus desconocido donde el entusiasmo de aquel partidarismo tomaba origen y fuerza. Olivier Fernández sentía el contacto de los resortes que estaban preparando la obra y se entregaba a la fascinación de creer que la obra era cosa suya. Encarnación vivía en un momento solo varias vidas; mezclaba al sabor y al perfume del vino evocaciones de sus días montaraces y terribles; sentía la nostalgia de exponer el pecho, de pelear, de huir, de matar.

E igual los otros: todos participaban de la misma vibración, hasta Axkaná. Éste, actor y espectador, trataba de penetrar la esencia de aquellas emociones, que también a él lo alcanzaban. Viendo el ardimiento de los otros, que era el suyo, hubiese querido poder coordinar las expresiones apasionadas de cuantos le rodeaban, para leer en ellas, como en las letras de un lenguaje escrito, la verdad nacional que pudiera esconderse debajo de todo aquello.

Terminado el banquete, Axkaná volvió a explicar a Emilio Olivier Fernández el porqué de la negativa de Aguirre a entrar en la lucha electoral próxima.

Fue una conversación viva, de frases precisas, en medio del zumbido de los automóviles que partían y con visible indiferencia por los paisajes del bosque. Éste, bello siempre, lucía entonces como nunca a la blanda luz del atardecer. Axkaná y Olivier se habían metido por las callecitas de árboles que hay del otro lado de la plazuela, enfrente del restaurante, y, caminando, departían. El líder de los radicales estaba ya algo impaciente; decía con voz a la vez experimentada y juvenil:

—Pero hablemos claro, Axkaná; ¿es que Aguirre tiene contraído el compromiso de no lanzarse él?

—No tiene compromiso ninguno.

—¡Ah! Entonces vuelvo a decirlo: quiere darse importancia; lo cual me parecería muy bien si sólo lo hiciese para los demás, pero no para mí.

—Tampoco eso.

—Pues entonces lo otro: nos está engañando a todos.

Y al decir «todos», el joven radical progresista acentuó la palabra con el golpe que dio su bastón en el tronco del árbol inmediato. Era un modo de desahogar la cólera, que ya le ganaba y que le ganaba muy justificadamente. Porque en toda su carrera de político —breve, pero intensísima— Olivier tropezaba entonces por primera vez con un posible candidato presidencial empeñado durante meses en no reconocer la evidencia de su candidatura, actitud absurda, inexplicable.

Con su sereno acento de costumbre, Axkaná trataba de transmitir al líder su propio convencimiento.

—Yo le aseguro a usted —le decía— que Aguirre, en este caso por lo menos, es sincero. Se da cuenta de que puede ser candidato; no duda de que, empeñándose, su triunfo estaría seguro, porque él mismo dice que Hilario Jiménez, sin popularidad, no sirve ni para candidato de los impositivos. Pero sabe también que, de aceptar, iría derecho al rompimiento con el Caudillo, al choque con él, a la guerra abierta contra el mismo que hasta aquí ha sido su sostén y su jefe, y eso ya es otra cosa. A su amistad y agradecimiento repugna el mero anuncio de tal perspectiva. Respetemos sus escrúpulos.

—¡Agradecimiento! En política nada se agradece, puesto que nada se da. El favor o el servicio que se hacen son siempre los que a uno le convienen. El político, conscientemente, no obra nunca contra su interés. ¿Qué puede entonces agradecerse?

Sus aforismos sonaban terminantes. Axkaná lo contuvo:

—Como usted quiera; pero el caso es que Aguirre no lo entiende así, y ahora hablamos de Aguirre.

Olivier no lo oía:

—Sobre todo —resumió—, ¿por qué Aguirre no me lo dice a mí? ¿Por qué no es franco conmigo? Dos veces he ido a proponerle el punto sin ambages, ofreciéndole el apoyo de todos los grupos que controlamos, y en ambas ocasiones, óigalo usted, en ambas, no ha hecho sino darle largas al asunto. La gente, claro, se cansa y se indisciplina. Algunos se nos están pasando a los hilaristas por temor de que luego sea tarde, y yo no puedo detenerlos porque carezco del único argumento que los convencería.

Calló breves segundos. Axkaná, silencioso, miraba a lo lejos. El líder continuó:

—Convenga usted en que todavía sería tiempo de que Aguirre dijera terminantemente que sí.

—Terminantemente ha dicho ya que no.

—No es verdad.

—¿Cómo que no es verdad?!

—Como que lo estoy viendo. En política no hay más guía que el instinto, y yo, por instinto, sé que Aguirre no es sincero cuando rechaza su candidatura. Sé más todavía: sé que pronto ha de aceptarla, aunque no tan pronto que sus negativas de ahora, falsas como son, no nos debiliten. Y eso es lo que más me indigna.

Axkaná no creía en el instinto, sino en la razón; pero así y todo no dejaba de comprender que Olivier Fernández iba a lo cierto en sus vaticinios: Aguirre, al fin y al cabo, aceptaría. Él, sin embargo, por menos instintivo, por más generoso, llegaba al fondo mismo de las cosas. Comprendía que Aguirre, aunque aceptara después, procedía ahora sinceramente cuando rehusaba.

—De cualquier manera —concluyó—, no crea usted que hay engaño; yo se lo garantizo.

Habían partido ya casi todos los automóviles, repletos de generales y políticos. En la plazoleta quedaban tan sólo dos: el de Olivier y el de Aguirre. El joven ministro seguía en risueña charla con Encarnación Reyes, conforme los dos iban y venían, apoyado cada uno en el brazo del otro, desde el seto del jardín hasta el pie de la escalinata. Cerca de los coches platicaban también, ellos con grandes, con súbitas carcajadas, Remigio Tarabana, el general Agustín J. Domínguez, el general López de la Garza y Eduardo Correa.

Cuando Axkaná y Olivier vinieron a reunírseles, Aguirre hizo que subiera a su *Cadillac* Encarnación e invitó a los demás a formar dos grupos. Uno con él, con Olivier el otro, todos partieron.

Esa noche, Aguirre y sus siete compañeros fueron a recalar en la casa de unas amigas que Olivier Fernández tenía por la calle de la Magnolia.

La vitalidad del joven jefe de los radicales progresistas era de tal superabundancia que necesitaba de toda suerte de desgastes nocturnos para que su espíritu se conservara, durante el día, tolerablemente en su punto. Sin ese desfogue, su

temperamento agresivo y su arrebató por la acción, siempre en llama, amenazaban desquiciar cuanto les salía al paso. A Olivier Fernández le hacía tanta falta el desorden en las costumbres como a otros el reposo. Pero esta vez algunos motivos más lo impulsaban. Conocía bien a Aguirre, sabía que sólo el vino y la efusión de la crápula eran capaces de conmoverlo, de desnudarle el alma, y quería así obligarlo esa noche, políticamente, a una confesión.

Las amigas los recibieron hechas un aspaviento de alegría; al frente de ellas, *la Mora*, la que se paseaba a diario por San Francisco envuelta la cabeza en un pañuelo a colores, contra cuyas tintas rojas, verdes, amarillas y azules resaltaban el moreno cálido de su tez y las dos manchas negras de sus ojos. *La Mora* era pequeña y flexible y tenía al andar un juego de hombros, un juego de cintura, un juego de tobillos, que de pura forma armoniosa que era la transformaban en mera armonía de movimiento. Allí, entre sus amigas, reinaba de pleno derecho, no obstante que cualquiera de las otras, de no existir ella, hubiese merecido ceñir la corona que ella tan bien llevaba.

Los hicieron pasar al comedor, en torno de cuya mesa, redonda, se sentaron todos, ellos y ellas, y se dispusieron a disfrutar, por horas, de la disipación mansa a que Olivier Fernández era tan afecto. Sobre la cubierta de hule fueron alineándose las botellas de cerveza. Frente a Ignacio Aguirre colocaron otra, ésta de coñac. Trajeron copas, vasos, ceniceros —todo ello, vulgar en cualquier parte, impregnado allí de significación nueva, gracias a *la Mora*—. Porque ésta, con su movible presencia, parecía comunicar en el acto a hombres y cosas algo de su armonía y de su raro prestigio. ¿Era una ilusión? A medida que ella distribuía botellas y copas, la luz, concentrada en el centro de la mesa por una pantalla que de la lámpara bajaba casi hasta el hule, como que desbordaba aquel cauce para perseguirle el brazo y la mano, y mientras tanto los oscuros ojos de *la Mora* —dos manchas negras en la penumbra — relumbraban y rebrillaban y su cuerpo iba de un sitio a otro dejando perfumes que eran ritmo, ritmos que eran perfume. Cuando al fin vino a sentarse entre Aguirre y Encarnación, se le figuró a Axkaná que la persona de ella y el ambiente que los rodeaba formaban una sola cosa.

A poco de empezar a beber, Olivier Fernández se puso a disertar sobre política. Los demás le siguieron. Con lo cual ellas se entregaron a oír con profundo interés, aunque quizá no entendieran bien el asunto que se debatía. Las cautivaba asomarse, entre un torbellino de frases a veces incomprensibles, al abismo de las ideas y las pasiones que mantenían encendida el alma de aquellos amigos suyos y que eran capaces de lanzarlos unos contra otros hasta hacerlos añicos. Sentían por ellos igual admiración que si fueran aviadores o toreros, y si los creían espléndidos y ricos, manirroto como bandidos de leyenda, no era eso lo que en el fondo las atraía más, sino la traza futura de sus planes, porque entonces les parecía estar aspirando, en la fuente misma, la esencia de la valentía auténtica. Aquéllos eran seres temerarios, espíritus de aventura, susceptibles, como ellas, de darse todos en un momento: por un capricho, por un ideal.

Encarnación Reyes, encandilado por el coñac, por el perfume de *la Mora* y por cuanto oía, vino pronto a sentirse como si lo envolvieran la atmósfera caldeada y la excitación de una asamblea política o una sesión del Congreso. Ellos hacían de diputados; ellas, de público. Lo que se explicaba también porque Olivier Fernández no conseguía nunca decir cuatro palabras seguidas sino en actitud y tono de orador; su vida entera estaba en la política; su alma, en la Cámara de Diputados. Era su empeño de ese momento hacer memoria, con Aguirre y López de la Garza, de lo que les había acontecido en Tampico, cuatro años antes, cuando andaban en gira electoral con el Caudillo. Pero lejos de evocar los sucesos con recogimiento íntimo, según lo hubiera hecho cualquiera otro, Olivier sintió el impulso irresistible de ponerse en pie y ascender hasta una tribuna imaginaria. El chorro de palabras brotó de su boca como en la Cámara, sólo que aquí frente al estrecho círculo de la mesa sembrada de botellas y vasos, ante la fila de pares de ojos semiocultos en la sombra. La luz no le pasaba de la cintura, pero arriba, en la región donde los rayos se tamizaban en penumbra tenue, sus brazos accionaban, gesticulaba su rostro. Y no hacía falta verlo para someterse a su elocuencia, porque allí y en todas partes Olivier Fernández era un gran orador. *La Mora* y sus amigas lo escuchaban en éxtasis, se entregaban dóciles a la magia divina del verbo, que llega al alma por sobre la inteligencia y así convence y arrebató.

Las botellas vacías iban acumulándose sobre el hule pegajoso; del Hennessy-Extra no les restaba a Encarnación y Aguirre ni la mitad. Hubo un momento en que el ministro de la Guerra recordó que también él, cuando quería, era buen orador, y creyó que debía levantarse a su vez y contestar a Olivier Fernández con otro discurso. Su oratoria, en efecto, aunque inferior a la del líder radical progresista, no era mala. Reflejaba el vigor atlético que había en los músculos del joven general, se imponía, convincente, como la amplitud de su pecho, como la curva vigorosa de sus hombros, como la gallardía dominante de su estatura. Pero oyéndolo a él, *la Mora* y sus compañeras, a la inversa de cuando oían a Olivier, no sentían que la palabra fuera cosa de magia, sino simple accesorio puesto a la substantividad del ademán del cuerpo.

Habló a su vez López de la Garza, y luego Domínguez —el gobernador—, y luego Tarabana, y luego Correa —el alcalde de la capital—. El propio Encarnación intentó dos o tres veces hilar frases al modo de sus camaradas en lides guerreras y políticas. Y de esta manera, todavía al nacer el alba, el furor continuaba en pie, inquebrantable en Olivier Fernández, menguante en los otros.

La mesa negreaba de botellas vacías. Encarnación, semivencido, ya no hacía sino oír mientras una de sus manos de bronce acariciaba los negros rizos de *la Mora*: la tibia sensación de aquel pelo iba polarizando todos sus sentidos, todas sus potencias. Pero así y todo, Aguirre, siempre alerta, no había dicho aún, pese a la plenitud optimista que el alcohol le producía, las palabras reveladoras que Olivier esperaba desde el fondo de su propia embriaguez. Por lo cual Olivier, enemigo de rendirse, seguía produciendo período tras período de bellas frases, ahora casi para sí solo.

Axkaná seguía en su juicio como en el primer momento, sobrio, templado, fuerte. Ni un instante había dejado de observar, ni se había movido de su sitio, y sólo un sentimiento parecía ir dominándolo: ahora, cuando todo decaía a su alrededor, admiraba más a *la Mora*. Ella, sentada del otro lado de la mesa, le sonreía desde allá mientras de sus ojos brotaban hilos de simpatía luminosa que venían a prenderse, cálidos y acariciadores, en los verdes ojos de él. Entonces entendió Axkaná, mejor que nunca, el alma de sus amigos; comprendió por qué ellos no consideraban completa su vida —siendo ministros o generales o gobernadores, dueños de los destinos políticos de todo un pueblo— sino con el roce cotidiano del libertinaje más bajo. Vivían, o podían vivir, como príncipes; tenían de amantes, o podían tenerlas, a las más hermosas mujeres que el dinero compraba. Pero nada de eso les brindaba bastante sabor. Les hacía falta lo otro: la inmersión, acre y brusca, en el placer de lo inmundo.

Sin quererlo, Axkaná se entregó gustoso a corresponder la sonrisa de *la Mora*. Ahora salían de los verdes ojos de él los hilos de misteriosa atracción que iban a prender su luz en las negras pupilas de ella.

LIBRO SEGUNDO

AGUIRRE Y JIMÉNEZ

Pasaron semanas y meses y siguieron días de intenso vaivén para generales, gobernadores y demás hombres próceres interesados en contribuir —o en aparentar que contribuían— a la exaltación del futuro presidente. Se multiplicaban los viajes, se celebraban entrevistas, se despachaban emisarios portadores de entusiasmo y de compromisos secretos.

Y no era que todos aquellos personajes, o siquiera su mayor número, tuvieran ideas muy claras ni muy firmes sobre la conveniencia de avanzar por determinado derrotero. En el fondo —quitadas las ventajas personales—, sólo unos cuantos sentían la necesidad de que fuera éste y no aquél el sucesor del Caudillo. Pero como las dos candidaturas ya estaban hechas —como las dos, aunque nadie supiera por qué, sonaban a toda hora y en todos los sitios como los términos antagónicos de un encuentro inevitable—, los militantes de los grupos cedían a la urgencia de tomar posición. «O Ignacio Aguirre o Hilario Jiménez», tal había dicho desde hacía dos años la voz de la calle (no la voz de la nación: la voz de la calle, la voz de la malicia populachera, que suscitaba ambiciones y pasiones a fuerza de adelantarse a vaticinarlas). Y echado así, por mano incógnita, el dado de la jugada democrática, en torno del general Jiménez y del general Aguirre se arremolinaba ahora la muchedumbre de los amigos sinceros y la de los partidarios falsos.

No todos ellos procedían por igual. Los políticos civiles, salvo excepciones, traían al candidato propio, con su adhesión ostensible, la abierta pugna con el candidato opuesto. Eran —o aspiraban a ser— gobernadores, diputados, concejales, y por eso mismo tocaba a ellos proclamar las virtudes de su grupo a expensas del grupo que se les oponía: pregonaban su actitud, se exponían desde luego a las represalias y al odio enemigos. Los políticos militares no. Éstos, por lo mismo que sus tropas habrían de erigirse después en el único argumento victorioso, guardaban —excepto casos rarísimos— la reserva indispensable para el buen éxito de las armas en la hora suprema. Es decir, que la naturaleza de su función constreñía a los políticos militares a comportarse con doblez y les consentía jugar, hasta el último instante, con una y otra posibilidades. Los más de ellos engañaban, de hecho o en apariencia, a los dos bandos: permanecían semiocultos en la sombra, se mostraban turbios, vacilantes, sospechosos.

Su procedimiento era sencillísimo. Iban a visitar a Ignacio Aguirre —la entrevista se celebraba por lo común en el despacho del joven ministro de la Guerra—, y una vez a solas con él le hablaban a la oreja, o poco menos. El lenguaje de todos —jefes de brigada, comandantes militares, jefes de operaciones— era siempre, cuando no en las palabras, sí en el énfasis, uno mismo. Todos hacían méritos con cadencia uniforme, militar verdaderamente.

—Ya sabe usted, compañero —le declaraban a Aguirre, o «ya sabe usted, mi

general»—; usted cuenta conmigo para todito lo que se le ofrezca, de veras, sin recámaras. Soy de los que lo apoyamos con el corazón en la mano, no de los falsos y traidores. Y si alguien le viene con el chisme de que yo ando o yo hablo con el general Jiménez, no cavile por eso; tómelo a broma; que, de hacerlo, es tan sólo para no dar a los otros pie por donde puedan sospechar. Ya usted sabe cómo hay que irse bandeando en estos negocios.

Y luego iban —si es que ya no habían ido— a ver a Hilario Jiménez, ante el cual repetían, en el recato de la Secretaría de Gobernación, palabras equivalentes.

De este modo, Jiménez por su lado y Aguirre por el suyo —pese a la experiencia de los dos en tales asuntos—, se sentían a una dueños de casi todo el Ejército. Decía el general Jiménez a sus partidarios más próximos: «El Ejército nos pertenece como un solo hombre». Y pensaba el general Aguirre para sí: «Si quisiera yo ser presidente, estaría en mi mano el conseguirlo».

Una de aquellas mañanas Aguirre aprovechó la coyuntura del acuerdo para tener con el Caudillo la explicación que, a su juicio, ya se necesitaba. Él y el Presidente habían salido a la terraza del Castillo de Chapultepec tras de pasar revista a una larga serie de papeles.

Tenía el joven ministro de la Guerra puesto el sombrero, el bastón en la mano, la cartera bajo el brazo. El Caudillo, con sombrero también —él por su hábito de no descubrirse sino bajo techo—, lo envolvía en su mirada a un tiempo seria y risueña, impenetrable e irónica. Los dos acababan de dar tres o cuatro paseos de un extremo a otro de la terraza; flotaba aún en su entorno ritmo de pasos cuyo ruido había ido a perderse, juntamente con la luz, en la penumbra de las habitaciones ricamente amuebladas. Y ahora los dos, apoyados en el parapeto, conversaban.

Muy por debajo de sus pies, a manera de mar visto desde un promontorio, se movían en enormes olas verdes las frondas del bosque. Contempladas así, por arriba, las copas de los árboles gigantescos cobraban realidad nueva e imponente. Más abajo y más lejos se extendía el panorama del campo, de las calles, de las casas; se lanzaba hacia la ciudad, coronada de torres y de cúpulas, el trazo, a un tiempo empequeñecido y magnífico, del paseo. La luz de la mañana elevaba, suspendía; hacía más profundo y más ancho el ámbito espacioso dominado desde la altura.

Aguirre había sentido en el acto —lo mismo le ocurría cada vez que se asomaba a aquel grandioso miradero— el toque de la grandeza natural y el de la grandeza histórica. La esencia del bosque, de la montaña, de la nube, resonó en su espíritu con arpegios de evocaciones indefinibles. ¿Porfirio Díaz? ¿1847? Mas fue un toque, como siempre también, fugitivo, fulgurante, porque la plasticidad espiritual de Aguirre no sobrevivía al estruendo y la violencia de su aprendizaje revolucionario.

Atento sólo a los problemas políticos, dijo al Caudillo:

—Quería hablarle dos palabras a propósito del enredo electoral.

El Caudillo tenía unos soberbios ojos de tigre, ojos cuyos reflejos dorados hacían juego con el desorden, algo tempestuoso, de su bigote gris. Pero si fijaban su mirada en Aguirre, nunca faltaba en ellos (no había faltado nunca, ni durante las horas críticas de los combates) la expresión suave del afecto. Aguirre estaba ya acostumbrado a que el Caudillo lo mirara así, y ponía en eso tal emoción que acaso de allí nacieran, más que de cualquier otra cosa, los sentimientos de devoción inquebrantable que lo ligaban a su jefe. Con todo, esta vez notó que sus palabras, mencionado apenas el tema de las elecciones, dejaban suspensa en el Caudillo la mirada de costumbre. Al contestar éste, sólo quedaron en sus ojos los espurios resplandores de lo irónico; se hizo la opacidad de lo impenetrable.

—Lo escucho —dijo.

Pero aun estas mismas palabras, de apariencia neutra, no salieron de los labios del Presidente sino acompañadas del movimiento nervioso —huella de viejas heridas— que revelaba en él algo más que la mera disposición a oír: el apresto a la defensa y al ataque.

—No son —continuó el joven ministro— más que dos o tres aclaraciones: las suficientes para que tanto usted como yo estemos en guardia contra la insidia de los chismosos.

—Muy bien, muy bien. A ver.

Sintió Aguirre, por primera vez desde hacia diez años, que una cortina invisible iba interponiéndose, conforme hablaba, entre su voz y el Caudillo, el cual, a cada segundo que corría, se le antojaba más severo, más hermético, más lejano.

Sin lograr librarse de esa evidencia, Aguirre continuó:

—En estos días han estado a visitarme, uno tras otro, casi todos los jefes con mando de fuerzas.

—Me lo habían dicho...

—... y los más de ellos, por no decir que absolutamente todos, me han ofrecido su apoyo para el caso de que aceptase yo mi candidatura...

—Ajá.

—Yo...

—Sí, eso es: ¿usted qué piensa?

—... yo les he respondido lo que usted ha de imaginarse: que no me creo con tantos merecimientos ni tengo tampoco esa ambición...

—Muy bien... ¿Y piensa usted eso mismo? Lo importante está allí.

La pregunta salió envuelta en las entonaciones profundamente irónicas que Aguirre había advertido tantas veces en frases que el Caudillo dirigía a otros, pero nunca en las que le dirigía a él. De modo que ahora el tono de la voz, como poco antes la mirada y el gesto de su jefe, vino también a desconcertarlo, a herirlo. Algo se rompió en sus sentimientos según replicaba:

—Si no lo pensara, mi general, no lo diría.

—¿Cómo?... Se me figura...

Pero no redondeó su idea el Presidente. Volvió el rostro, lo inclinó un poco hacia abajo, hacia el mar de copas verdes, donde la brisa ondulaba, y hundió allí la mirada durante breves segundos. Luego, como si quisiera tomar atrás, prosiguió:

—¡Vamos! Veo que no me entiende usted...

¿Iban a brotar de nuevo el semblante y el tono afectuosos? Aguirre lo esperaba, lo creía. Aun llegó a parecerle por un instante que todo lo anunciaba. Pero en el instante inmediato, aquel débil anuncio se ahogó en el manantial suspicaz e irónico, en creciente ahora.

—Lo que le pregunto, Aguirre —el Caudillo continuaba—, no es si en efecto piensa usted lo que está diciéndome. Le pregunto si piensa en efecto lo que respondió a sus partidarios. Dos cosas bien distintas. ¿O no me explico?

En «partidarios» se hizo más lenta la emisión de la voz. En «¿me explico?», el tono cobró la seguridad fácil y dominadora con que el Caudillo sabía recordar a sus oyentes que él era el vencedor de mil batallas, tono duro y cortante, tono que hizo que Aguirre experimentara, por primera vez en su vida, que ser subordinado de su jefe lo humillaba. ¡Qué no hubiera ofrecido en aquel momento a cambio de reconquistar lo que, sin saber él mismo cómo, acababa de desvanecerse, de perderse! Para dominar mejor el torbellino interno que amenazaba asaltarlo, Aguirre unió a la elocuencia espontánea de su sinceridad la elocuencia artificiosa del énfasis retórico:

—Sí, mi general —dijo—; ahora comprendo. Pero yo le protesto a usted con la mayor franqueza, con la franqueza que usted me conoce y me ha conocido siempre, que las dos cosas que usted distingue se reducen aquí a una sola. Hablando con mis partidarios pensaba exactamente lo que digo hoy: que no me creo con títulos para sucederlo a usted en su puesto ni me dejo llevar de tales aspiraciones. Así lo he hecho ver a todos los generales, a quienes, debe usted creérmelo, aconsejo que lleven su apoyo, el que a mí me ofrecen, al general Jiménez.

Ministro y Presidente se miraban con ojos escrutadores. El velo de fatiga que jamás se alzaba de sobre las pupilas del uno, hacía extraño contraste con el intenso fulgor que lanzaban las del otro.

Tras una pausa, observó el Caudillo:

—Lo de su falta de merecimientos lo entendería yo mejor si en esto no interviniera para nada el general Jiménez. Porque yo bien sé que usted, acaso con motivos muy dignos de pesarse, cree superar en muchos conceptos a su contrincante. ¿Cómo explicarme entonces que la candidatura del otro le parezca a usted más aceptable que la suya propia?

—Primero, mi general, porque es público y notorio que él sí aspira a ser presidente...

—¿Y segundo?

—Segundo, porque... porque es posible y aun probable que la benevolencia de usted lo ayude en sus deseos.

El Caudillo replicó pronto:

—No sería yo, sino el pueblo... Pero volvamos a usted. ¿No le engañará su convicción cuando habla de no tener ningunas aspiraciones?

Y al preguntar esto último, la sonrisa del Caudillo, y su gesto, y su ademán fueron tan glaciales que Aguirre respondió como si hablara, no desde donde estaba, sino desde muy lejos, desde el fondo del bosque cuyas frondas hacían aguas al sol, desde el remoto cinturón de los montes azulosos:

—No, mi general: no creo engañarme.

Y comprendió que su esfuerzo había sido inútil.

Minutos después el auto de Aguirre corría rampa abajo en tránsito de desenfreno, se hundía en la masa de verdura, era, por un momento, submarino del bosque. Y de modo análogo, Aguirre bajaba, atónito todavía por las inesperadas consecuencias de la entrevista, hasta lo más hondo de sus reflexiones. Trataba de explicarse cómo era posible que el Caudillo, su amigo y su jefe por más de diez años, no hubiera querido creerle.

II

UN CANDIDATO A PRESIDENTE

El auto corría hacia la ciudad con todo el vigor zumbante de sus cuarenta caballos.

Aguirre iba absorto. Su retina, ociosa, percibía apenas las rayas, como de exhalación, que los ornamentos del paseo parecían trazar en los cristales. Pasaron, sin que él los viera, los leones de la entrada del bosque; pasaron luego los hitos de la columna; pasó el jardincillo de las palmas. Y de ese modo su vago mirar fundió en unos cuantos segundos el paisaje de la fuente sevillana, próxima a las masas de los árboles, y el de la glorieta de Cuauhtémoc.

Allí el chofer, acortando la marcha, se volvió a su amo en demanda de órdenes. Con un gesto Aguirre señaló el rumbo de la izquierda. Su ademán fue leve —nacido desde el más hondo ensimismamiento—; pero fue, a la vez, inmediato y preciso. Interpretado por el chofer, tenía esta significación: «A Rosas Moreno», o en otras palabras: «A casa de Rosario». El auto rodó hacia allá.

Si en lugar de la izquierda Aguirre hubiera señalado la derecha, su orden muda habría querido decir: «A la calle de Durango», o mejor aún: «A la calle de Niza». Porque Aguirre vivía entonces en tres casas: en la de Durango, con su esposa; en la de Rosas Moreno, con Rosario, y en la de Niza, con la Arévalo: Paquita Arévalo, una actriz madrileña, joven y hermosa, que en México, como otras muchas, había cambiado el arte de las tablas por el más lucrativo y no menos clamoroso de los amores con ministros.

En aquel momento nada más natural que Ignacio Aguirre hubiera escogido, de entre sus tres casas, la de Rosario. Así se lo reclamaban sus hábitos cotidianos y su agitación interior, y lo uno y lo otro tan orgánicamente que, dirigiéndose allá, practicaba menos un acto volitivo que la obediencia mecánica a carriles indiscutibles.

Porque era público y notorio que en la casa de su mujer legítima Aguirre casi no ponía pie, aunque no por mero desamor o por crueldad, sino por complejos espirituales más ocultos; por cierta secreta desaprobación de sí mismo; por cierto respeto a formas de vida superiores a su voluntad, aunque no a su sentimiento. En cuanto a la casa de la Arévalo, Aguirre acostumbraba llegar allá de madrugada. Era la hora en que los estragos del cuerpo —renuente a rendirse— y los rubores del espíritu —alerta a despecho de todo— le exigían, en conflicto, grandes y bellos incentivos incorporados en carne torpe: alcaloides con figura de mujer en quien toda alma de mujer, o lo mejor de ella, faltase.

Y como tal prodigio lo realizaba con creces la artista española, que era hermosa como un sol y bruta como una piedra, a su lado iba Aguirre a aplacarse y aletargarse. De este modo la casa de Rosario le quedaba para las horas de placidez o de laceramiento. Él la sentía como algo a medio camino entre su hogar, de donde la vergüenza de sí propio lo alejaba, y la vida de crápula, hacia donde su ser íntegro lo impelía; como refugio acogedor, sedante, amoroso, y, al mismo tiempo, como

diminuto paraíso que no le negaba el encanto, para él imprescindible, de lo que, mereciendo censura, produce deleite.

Horas después, desde la grata suavidad de aquel refugio, mandó Aguirre en busca de Axkaná. Quería enterarlo de su conversación con el Caudillo y pedirle consejo.

Axkaná lo encontró recostado en la cama y muy propenso a la locuacidad que solía acometerle en los momentos previos a sus determinaciones graves. Tenía el aire de haber estado hablando largo rato, y era visible, a juzgar por la deformación reciente que se notaba en el borde del lecho, que su interlocutor, o con mayor exactitud, que su interlocutora, había estado sentada allí y acababa de ausentarse. Porque esa huella, y el ruido indiscreto de una puerta interior, al abrirse la que dio paso a Axkaná, delataban la fuga de alguien: la de Rosario. Axkaná creyó advertir hasta el dejo último de una risa que escapaba, y quiso lanzarse a alcanzarlo con su sensibilidad imaginativa. Pero no pudo: las frases de Aguirre, continuas, fluyentes, se lo impidieron.

—Mañana —estaba diciéndole el ministro— necesitaré de todo mi aplomo, de toda mi inteligencia. Por eso, como ves, me dispongo a dormir desde temprano. Tengo el propósito de descansar quince horas seguidas...

Axkaná acercaba una silla. Aguirre lo detuvo, interrumpiéndose:

—Siéntate aquí, en la cama, para que te dé la luz.

Y señaló, acaso sin darse cuenta, el lugar que poco antes parecía haber ocupado el cuerpo que acababa de ausentarse. Allí se sentó Axkaná.

Siguió Aguirre:

—Me levantaré a las once, con la cabeza despierta, con el cuerpo entero, y apto para entender y sentir bien todas las cosas. Quiero decir que entonces sabré, sin equívocos, a qué atenerme...

Acto continuo, sin dar siquiera tiempo a que Axkaná lo interrogara, Aguirre entró de lleno en los detalles de su conversación de esa mañana en la terraza de Chapultepec, con lo que la fluidez de su lenguaje se tomó más y más agitada. Como si el simple recuerdo de las palabras del Caudillo lo enardeciera, repetía una vez y otra cuanto aquél le había dicho: lo analizaba, lo comentaba. Y tal era su ardor, que a Axkaná le impresionó como algo nuevo. Aquél no le parecía el Aguirre sólo vicioso e inmoral, sólo inteligente y cínico, de la víspera. El de hoy se mostraba hasta ingenuo, hasta sensible al choque de lo noble con lo innoble. Aun el velo de cansancio que siempre apagaba sus ojos no existía ya: ahora las miradas brotaban con brillo equivalente a la energía de los ademanes; no opacaban la frase, la realzaban.

La agitación extraordinaria de su voz, además, crecía con el contraste de la muelle atmósfera que tenía en torno; atmósfera no de hombre de acción, sino de hombre de placer. Caían sobre él, de la lámpara de pie, próxima al lecho, rayos a media luz que rebrillaban en su pijama de seda y comunicaban nuevo lustre a su bello busto de

atleta, mientras de la otra lámpara —la del techo—, que no estaba encendida, bajaba un suave tintineo de tubitos de cristal, hecho como de penumbra y muy a tono con el raso azul de los muebles, que surgía en manchas claras fuera del radio directo de la luz. Todo lo cual, empapado en tenue perfume, se aunaba con los rumores leves que parecían venir de la habitación contigua —de aquella por cuya puerta acababa de escapar la figura de Rosario—. Eran rumores de mujer; perfume de mujer; semioscuridad tibia donde la presencia de una mujer flotaba palpable, envolvente.

Para Axkaná, que conocía a fondo el mundo político de México, las noticias de Aguirre no tenían importancia. Que el Presidente no hubiese creído las protestas con que su ministro rechazaba la presidencia futura era un hecho casi lógico. Justamente así tenía que ser. Pero lo que sí le sorprendió fue que su amigo, lastimado por tales dudas, se entregara al arrebato. Un desengaño escéptico lo habría esperado Axkaná; no un desahogo casi sentimental, no aquello que, en cierto modo, se avenía tan bien con las aguas luminosas —reflejos de seda— que bañaban allí a Aguirre.

Éste, para concluir, decía ahora:

—Diez años he estado cerca de él; diez años de absoluta disciplina, de obediencia, de sumisión; diez años en que su voluntad política ha sido la mía; diez años de pelear por unas mismas ideas (siempre las suyas), de defender unos mismos intereses (los suyos en primer término) y de ejecutar actos que ligan infinitamente y para la eternidad: de fusilar a enemigos comunes; de quitar de en medio, acusándolos, negándolos, traicionándolos, estorbos y rivales sólo míos porque lo eran suyos... Y después de todo eso, qué. Todo eso, para qué. Para que un rumor, una intriga, una posibilidad le ofrezcan más crédito que mi palabra leal y franca, que mi determinación, honrada y sincera, dicha por mí mismo con palabras sencillas.

Axkaná escuchaba haciendo un transporte de la elocuencia de Aguirre: éste creía expresar la tragedia de que su jefe lo juzgara, pero lo que Axkaná entendía no era eso. Sentía en su amigo la tragedia del político cogido por el ambiente de inmoralidad y mentira que él mismo ha creado; la tragedia del político, sincero una vez, que, asegurando de buena fe renunciar a las aspiraciones que otros le atribuyen, aún no abre los ojos a las circunstancias que han de obligarlo a defender, pronto y a muerte, eso mismo que rechaza. Axkaná, en otros términos, pensaba lo que el Caudillo. Sólo que mientras éste, gran maestro en el juego político y juez de las ambiciones ajenas a la luz de las propias, sospechaba fingimiento en Aguirre, Axkaná sabía que la sinceridad de su amigo era absoluta. Para él todo el equívoco estribaba en la confusión de Aguirre al identificar con sus deseos los misteriosos resortes de la política: en que el ministro de la Guerra, en fuerza de querer oponerse a la magnitud de la ola que venía levantándolo, no fuera capaz de apreciarla.

De cualquier modo, no quiso Axkaná aclarar la situación: primero, porque Aguirre, en su actitud de ese momento, hubiera tenido por absurda la verdadera explicación de lo que le pasaba; y luego, porque seguro Axkaná de que Aguirre aceptaría a la postre su candidatura, en tal decisión prefería, por múltiples razones, no

influir. Sólo dijo:

—Políticamente el Caudillo tiene razón. Juzga tu caso refiriéndolo a uno cualquiera de sus generales, como si se tratara de él mismo. ¿En las actuales condiciones tuyas no andaría él bregando ya por llegar a presidente? Pues por eso, ni más ni menos, supone que eso es lo que tú haces y harás.

—¡Políticamente! No es punto político entre él y yo; es punto de amistad, de compañerismo.

Axkaná replicó:

—Eso es un error también. En el campo de las relaciones políticas la amistad no figura, no subsiste. Puede haber, de abajo arriba, conveniencia, adhesión, fidelidad; y de arriba abajo, protección afectuosa o estimación utilitaria. Pero amistad simple, sentimiento afectivo que una de igual a igual, imposible. Esto sólo entre los humildes, entre la tropa política sin nombre. Jefes y guidores, si ningún interés común los acerca, son siempre émulos envidiosos, rivales, enemigos en potencia o en acto. Por eso ocurre que al otro día de abrazarse y acariciarse, los políticos más cercanos se destrozan y se matan. De los amigos más íntimos nacen a menudo, en política, los enemigos acérrimos, los más crueles.

Lanzado por este camino, Axkaná amenazaba siempre no acabar; Aguirre lo sabía. Nervioso, se apresuró a contenerlo:

—Bien, bien. Eso no viene al caso; son tus filosofías.

—Al revés; viene al caso perfectamente. Te explica por qué el Caudillo, tu jefe y tu amigo hasta aquí, está a punto de dejar de serlo. A sus ojos, su interés y el tuyo ya no coinciden; piensa, en su deseo de hacer presidente a Hilario Jiménez, que tú le estorbas. Y claro, se dispone a aniquilarte.

—Pero entonces vuelvo a lo que decía: ¿por qué ha de creer eso el Caudillo, si no es verdad? Tú sabes que yo, sin la menor reserva, acepto a Jiménez como sucesor de él.

—Yo sí, por supuesto; pero lo sé porque lo creo. Él, como no lo cree, no lo sabe.

—No lo cree porque no lo quiere creer.

Axkaná hubiera querido replicarle: «También en eso te equivocas; contra todos tus propósitos de hoy, tú serás, dentro de poco, el contrincante de Hilario Jiménez». Pero eso era lo que no se resolvía a decir. Hubo, pues, de soslayar el punto:

—No lo cree el Caudillo —dijo— porque se imagina que tú haces lo que él haría en tu caso: fingir hasta lo último para no perder las ventajas que te da tu carácter de ministro.

De pronto la agitación de Aguirre se trocó en perfecta serenidad.

—Muy bien —concluyó con gran calma—. Si así es, mañana dimito.

—Renunciar ahora no remediaría nada. El Caudillo sólo creería que ya te sientes bastante fuerte.

—Es decir, que lo único posible es que la verdad no se vea. ¿No es así?

Y diciendo esto, Aguirre se incorporó en la cama estiró el brazo y oprimió el

botón de la campanilla.

—No digo tanto —replicó Axkaná.

Por la puerta de la habitación contigua asomó, tímida, la cabeza de la criada. El ministro mandó:

—Trae dos copas y acerca el coñac.

Y los dos amigos callaron.

Instantes después la criada reapareció. Puso un plato y copas sobre el velador. Trajo, desde otro mueble, el frasco del coñac.

—Enciende la luz —ordenó Aguirre entonces.

Brillaron las bombillas de la lámpara pendiente del techo. Salió la criada sin hacer ruido.

Mientras Aguirre, en silencio, llenaba lentamente las dos copas, se escuchó en la otra pieza rumor de voces. Una era la de la criada; otra la de Rosario, que reconoció Axkaná. Aguirre cogió una copa y ofreció la otra a su amigo. Vació la suya, la volvió a llenar, tomó a beber, y fue tanto el trasiego que varias gotas cayeron en la sobrecama, de raso y encaje, e hicieron en ella manchas oscuras.

—En resumen de cuentas —preguntó Aguirre al fin—, ¿tú qué consejo me das?

Axkaná, que aún tenía su copa llena, miraba el líquido al trasluz. Reflexionó durante un momento. Dijo luego:

—Yo no veo más que un camino: que hables con Hilario Jiménez y que le demuestres que eres partidario suyo. Si logras que te crea, él convencerá al Caudillo.

—¿Y si no me cree?

—¿Si no te cree?...

Axkaná mojó los labios en el coñac y volvió a alzar la copa. La miraba otra vez contra los rayos de la lámpara recién encendida y cuya luz, un tanto azulosa, daba al aire de la habitación tonalidades de cristal veneciano donde el topacio del coñac se convertía en oro.

—¿Si no te cree? —repitió Axkaná, y otra vez se llevó la copa a los labios.

Por último encontró el medio de responder sin contestar, de formular pareceres que no sonaran a consejos.

III

LOS RIVALES

Hilario Jiménez e Ignacio Aguirre celebraron al otro día su última entrevista. Viéndose solos y frente a frente, ambos políticos experimentaron la sensación de que aquélla era la hora que tarde o temprano había de venir. Los dos eran generales, los dos ministros —uno de Gobernación, el otro de Guerra—, y a los dos se les señalaba, por obra de un indescifrable poder oculto, para topar en la senda de nuevas ambiciones.

El ministro de Gobernación recibió a su colega de Gabinete con gesto frío —con la frialdad que desde hacía meses le mostraba, y que esta vez disimuló menos aún que otras—. Porque Jiménez, pareciendo tortuoso, era directo, y pareciendo falso, era leal. En el acto mismo de estrecharle Aguirre los dedos, que él tendió apenas, se hizo más torva su catadura: se le acentuó el ensombrecimiento de las miradas bajo la curva defectuosa de los párpados, bulbo sobre el ojo.

—Vengo —empezó Aguirre sin preámbulo alguno—, a que aclaremos paradas. Dos compañeros de lucha tienen el deber de entenderse, o, si no, de saber al menos por qué se apartan y se combaten. ¿Estás de acuerdo?

Aguirre se sentó en el sofá frontero a los balcones. Jiménez, dichas las primeras palabras, fue a echar la llave a la puerta de la secretaría particular, luego a la otra, y vino en seguida a sentarse de perfil contra la luz de la calle, que hacía de la tela de las cortinas un plano difuso. Durante todos estos movimientos, su cuerpo, alto y musculoso —aunque ya muy en la pendiente de los cuarenta y tantos años puestos demasiado a prueba—, confirmó algo que Aguirre siempre había creído: que Jiménez, visto de espaldas, daba de sí idea más fiel que visto de frente. Porque entonces (oculta la falaz expresión de la cara) sobresalía en él la musculatura de apariencia vigorosa, se le fortalecían los cuatro miembros, firmes y ágiles, y todo él cobraba cierto aire seguro, cierta aptitud para consumir, con precisión, con energía, hasta los menores intentos. Y eso sí era muy suyo —más suyo desde luego que el deforme espíritu que acusaban sus facciones siniestras—, pues cuadraba bien con lo esencial de su persona íntima: con su voluntad, definida siempre; con su inteligencia, práctica y de muy pocas ideas; con su sensibilidad, remota, lenta, refractaria a los aguijones y los escrúpulos que desvían o detienen.

Luego, que Jiménez vino a sentarse, continuó Aguirre:

—Sé de sobra que contigo se puede hablar claro. Así pues, empiezo por manifestarte que conozco perfectamente mi situación: me doy cuenta de que tengo muchísimos partidarios y no ignoro que podría lanzarme con ellos a la lucha por la Presidencia de la República. Pero una vez dicho esto, te declaro también que las probabilidades de ser presidente no me seducen; por lo cual, no te sorprendas, me dispongo no a luchar por mi candidatura, como haría cualquier otro en mi sitio, sino a dejarte dueño del campo y aun a hacer, si de mí depende, que se organicen en tu

apoyo los elementos que ahora me postulan.

Un momento se detuvo Aguirre. Acaso quería dar tiempo a que Jiménez replicara; acaso estudiaba el efecto de sus frases conciliatorias. Pero el ministro de Gobernación se limitaba a oír. Había cruzado las piernas —que así, encogida una sobre la otra, parecían debilitarse de súbito— y tenía fija en las rodillas la mirada que le nacía desde lo hondo de los ojos, más ocultos de perfil que de frente. Aguirre siguió:

—Si tienes alguna razón seria para suponer que no es verdad esto que te digo, quisiera oírla.

Jiménez volvió entonces el rostro y declaró sin rodeos, mientras miraba a su rival muy de frente y con dureza reconcentrada, lacónica:

—Razones, tengo muchas.

—Dímelas.

—Sería muy largo.

—Dime las principales.

A uno y otro el tono de los dos les sonaba a nuevo. No se hablaban como amigos ni como enemigos, como conocidos ni como extraños. La medida contenida de su acento —suavidad neutra y falsa, irritada e indiferente a la vez— los colocaba en el borde de la separación, en el límite de una amistad que muere porque ha consumado su ciclo. Siendo aún compañeros de años, socios en fatigas, en desórdenes, en triunfos, se hablaban ya como dos hombres cuyo afecto de antes, confrontado al fin con pasiones políticas incontenibles, descubría en sí mismo el principio eficaz para trasmutarse en odio.

Jiménez había reflexionado unos segundos para decir al fin:

—Mi primera razón para no creerte es que no veo la causa que te obligue a rechazar una candidatura que, según tú mismo afirmas, te ofrecen de todos lados.

Aguirre respondió al punto:

—Las causas son varias; pero nomás necesitas conocer ésta: no aspiro ahora a llegar a presidente porque me consta que el Caudillo te apoya a ti, no a mí; y aun cuando comprendo que tal apoyo en tu favor no constituye obstáculo insuperable, prefiero detenerme por consideraciones afectivas. Oponerme a ti sería oponerme al Caudillo, desconocerlo, negarlo, y has de saber que eso, justamente, es lo que no haré nunca por ambiciones chicas ni grandes.

Vibraba en la voz de Aguirre sinceridad de sobra para desarmar las dudas de cualquiera. Pero Hilario Jiménez, candidato presidencial, era todo menos cualquiera. Bajo el dominio de la desconfianza, su alma, al contrario de lo que debía esperarse, iba poniéndose más y más turbia conforme Aguirre aparecía más y más transparente. Por un minuto, tomándose hipócrita, aun insinuó, con palabras de oropel político, ideas que no logró formular sino de esta manera:

—¿Y tus deberes para con el país?

Pero la magnitud de la mentira fue tanta que no cupo en la apretada franqueza del diálogo. Aguirre la apartó con un gesto que no pudo reprimir y que vino a romper,

mientras respondía, su actitud un tanto solemne.

—Estamos hablando con el corazón en la mano, Hilario, no con frases buenas para engañar a la gente. Ni a ti ni a mí nos reclama el país. Nos reclaman (dejando a un lado tres o cuatro tontos y tres o cuatro ilusos) los grupos de convenencieros que andan a caza de un gancho de donde colgarse; es decir, tres o cuatro bandas de politiqueros... ¡Deberes para con el país!...

Pero Jiménez estaba ya de vuelta en el terreno de la sinceridad. Con ella replicó:

—Franqueza por franqueza. Yo no creo lo mismo, o no lo creo por completo. Mis andanzas en estas bolas van enseñándome que, después de todo, siempre hay algo de la nación, algo de los intereses del país, por debajo de los egoísmos personales a que parece reducirse la agitación política que nosotros hacemos y que nos hacen. Y te diré más: si hay politiqueros (y me avengo a que los hay), donde ahora los veo menos es en mi bando. Politiqueros son, por ejemplo, Emilio Olivier Fernández y todos sus radicales progresistas; es politiquero Axkaná, con su Liga Revolucionaria de Estudiantes... Pero conmigo no están ellos; conmigo están las masas, los obreros, los campesinos.

Jiménez dijo lo anterior con cierto entusiasmo frío y ofensivo. Aguirre, por un momento, sintió que la cólera lo arrebatava; le había llegado hasta lo más hondo la acusación contra Axkaná. Sin embargo, pudo dominarse y contestar muy reposadamente.

—Respecto de Axkaná González te equivocas: conmigo no es político, es amigo. Él, de todos, es el único que no me ha aconsejado aceptar mi candidatura... Pero, en fin, por de pronto eso no tiene importancia alguna, como tampoco la tiene que te imagines traer detrás de ti a «las masas» por el simple hecho de que así te lo aseguren las dos docenas de bribones que explotan a las agrupaciones obreras y el nombre de los campesinos... No, no me interrumpas. Si vine a decirte la verdad, justo es que también oigas las verdades... Tú y yo, digo, no tenemos por qué engañarnos, supuesto que conocemos el juego por dentro. Repito que politiqueros son los partidarios míos, salvo unos cuantos, y politiqueros son los partidarios tuyos, salvo unos cuantos también... Ahora, que si crees que politiqueros son sólo los míos, tanto mejor para lo que me interesa demostrarte; pues creyéndolo así, comprenderás sin trabajo por qué mis deberes para con el país no me obligan a aceptar mi candidatura: porque a mí no me postulan «las masas», sino los politiqueros... ¿Tienes alguna otra razón para no creerme?

—Si no aceptas tu candidatura, ¿por qué no lo declaras oficialmente?

—Porque hasta hoy ningún partido me la ha ofrecido oficialmente tampoco. En cuanto alguno lo intente, ten por seguro que lo haré.

Jiménez, menos dialéctico, hablaba poco. Guardó silencio; tomó a mirarse las rodillas. Con todo, era evidente que sus ideas sobre las intenciones de Aguirre no habían cambiado. Éste, tras breve pausa, insistió en preguntar:

—¿Cuáles son las otras dudas?

Jiménez reflexionó. Dijo luego, con lentitud:

—Estoy al tanto de la labor que haces entre el Ejército.

—Quien lo asegure, ¡miente!

—No se afirma que la labor la hagas tú, pero sí que la hacen otros en tu nombre.

—Pues esos otros la hacen sin mi autorización, sin mi conocimiento siquiera.

—El hecho es que la hacen.

—Y aun cuando así fuese, ¿a qué puede conducir esa labor si yo no la autorizo ni espero aprovecharla?

—Conduce a esto: a que yo vea el contrincante donde está... Y se me figura que entonces sobra dolerse.

—Es decir, ¿que te merecen más fe las hablillas de los chismosos que la aclaración honrada y espontánea que vengo a traerte?

La impresión de Jiménez era que el último punto lo había ganado él, por lo cual se lanzó a decir con toda naturalidad.

—Hablando con franqueza, Aguirre: este paso tuyo de venir a verme, tú que eres tan levantado y tan soberbio, también me hace cavilar. Si te propusieras engañarme, ¿qué mejor medio de hacerlo? No columbro, por más que lo pienso, el resultado que persigues.

—¿No? Pues es muy claro, o al menos muy explicable. Te lo diré en dos palabras. Hablé ayer con el Caudillo, a fin de que cesara esta mala inteligencia en que estamos; y como no quiso creerme, resolví en seguida, como único remedio, venir a convencerte a ti de la verdad, para que tú luego se la hicieras ver a él. ¿Estás satisfecho?

Hizo Aguirre una pausa. Jiménez, sin decir nada, expresaba algo; hubo en su silencio un matiz. Aguirre adivinó que su entrevista del día anterior en Chapultepec era ya conocida por su adversario. Concluyó de este modo:

—Pero, por lo que voy descubriendo, todos mis esfuerzos son inútiles. Parece existir el empeño de empujarme por el camino que no quiero andar. Digo la verdad y no me la creen.

Ahora la pausa fue larga. Ambos rivales se mantenían inmóviles. Jiménez veía hacia la puerta de la secretaría particular, y Aguirre, con mirada que cortaba en cruz la de su contrario, proyectaba la silueta de Jiménez sobre la superficie iluminada de uno de los balcones. Flotaba, clarísima, la evidencia de que todo estaba dicho. Aguirre iba a levantarse. Entonces Jiménez añadió:

—Yo no te empujo a nada absolutamente. Tampoco me niego a que lleguemos a un acuerdo. Pero una prueba que está a la vista sólo se destruye con otra prueba que la supere. ¿Me comprendes? Si esa prueba me la das, estoy listo a considerarla como buena.

El ministro de Gobernación había dicho las últimas palabras con extraordinaria lentitud, con aire poco menos que solemne. En igual tono Aguirre aceptó:

—Pide todas las pruebas que gustes, siempre que no me humillen.

—Muy bien. Por principio de cuentas quitarás a Encarnación Reyes el mando de las tropas de Puebla y pondrás allí al general que yo te indique.

—Si el Presidente me ordena ambas cosas, desde luego. Ya lo habría hecho yo sin necesidad de compromisos. Él es quien dispone de las tropas; yo sólo obedezco.

—Sí, lo entiendo; pero aquí se trata de otra cosa muy distinta. Ya sé que el Presidente puede ordenar que Encarnación entregue el mando; pero también es posible que Encarnación, en vez de someterse a la orden, se levante en armas, y con él, probablemente, Ortiz en Oaxaca, y Figueroa en Jalisco. Por eso lo que te pido es otra cosa: que Encarnación sepa que tú mismo acuerdas su remoción como único medio de probar que eres mi partidario y no mi contrincante.

La marejada de la ira que sintió Aguirre fue enorme. Pese a ello, aún se contuvo. Sólo dijo:

—¿Y no hay nada más?

Continuó Jiménez imperturbable:

—Sí. Que el Partido Radical Progresista me proclame su candidato, y que si no lo hace pronto (pondremos un plazo prudente) me dejarás que proceda a mi modo con Olivier Fernández, con Axkaná y con los otros líderes.

Aguirre se puso en pie. La cólera le hinchaba el pecho, le zumbaba en los oídos. A pesar de todo, algo hubo que lo mantuvo inexplicablemente sereno en su aspecto exterior.

No fue el enojo, sino la melancolía, lo que le hizo decir:

—Me pides, en resumen, que te entregue a mis amigos, que te los venda a cambio de un poco de cordialidad.

—No sé —contestó el otro—. Yo sólo veo que bajo tu nombre se organiza un movimiento en mi contra, y te pido, si es verdad que estás conmigo, que lo destruyas.

—Pides mucho más de lo que soy capaz de hacer... Dejaremos que los sucesos corran.

Jiménez, sentado aún, añadió:

—Tal vez habría otro medio...

—¿Cuál?

—Que te ausentaras.

—Sí, que huya.

—Que huyas, no; que hagas público que me entregas el campo.

—Y que te abandone a mis partidarios, que los traicione.

—Si no los encabezas, dejarlos no es traicionar.

Aguirre caminaba ya hacia la puerta. Otra vez se detuvo; ofreció una última garantía.

—Si te basta, renunciaré inmediatamente a la Secretaría de Guerra.

—Eso no es nada. Si renunciaras, tus partidarios se sentirían más fuertes... No, no me basta.

—Conformes. Entonces hasta aquí hemos sido amigos.

Y mientras abría la puerta, oyó Aguirre que Hilario Jiménez rectificaba desde su asiento:

—Hasta aquí, no. Va ya para meses que dejamos de serlo.

LIBRO TERCERO

CATARINO IBÁÑEZ

En la Cámara de Diputados el destino de Ignacio Aguirre siguió tejiéndose inquebrantablemente. Todos sabían allí que el ministro de la Guerra rechazaba su candidatura; pero para todos, amigos y enemigos, aquello no era sino una simulación, un ardid de que se valía el presunto candidato de los radicales progresistas para conseguir desde el principio ventajas mayores. Así, sus partidarios más entusiastas no se desanimaban ni se impacientaban: se regocijaban, suponían a Aguirre tendiendo los últimos hilos de la trama militar que luego, mexicanamente, los llevaría al triunfo. Y si entre los otros partidarios, los de poco fervor, la falta de certeza plena creaba indecisos, eso, a la postre, venía a sumarse a la levadura del entusiasmo. Porque cerca de los elementos vacilantes redoblaba su esfuerzo catequizador del grupo adicto a la candidatura de Hilario Jiménez, lo que hacía esencial que los amigos de Aguirre, para mantener íntegras sus filas, robustecieran más aún las razones aparentes o el fundamento verdadero de su confianza en el triunfo.

Con todo, Emilio Olivier Fernández y los demás guiadores del bloque radical progresista no miraban muy fácil la tarea ni cierto el camino. Tenían que oponer a la realidad del hilarismo, realidad actuante y tangible, la mera posibilidad del aguirrismo, posibilidad inasible y vaga; tenían que combatir la obra positiva y personal del candidato contrario sin otras armas que las reiteradas inhibiciones del candidato propio; en otros términos: tenían que enfrentar a un ser de bulto, una sombra. Y esto, si por fuera no los debilitaba aún, por dentro empezaba a gastarles la fe, iba haciendo que se sintieran expuestos al juego de fuerzas cuyo origen no radicaba en ellos, sino en los otros.

A Emilio Olivier Fernández lo amagó una tarde la evidencia de que la situación estaba escapándosele de entre los dedos. En el curso de la mañana había confirmado la defección de cuatro diputados —cuatro, si no de los más eficaces, sí de los más seguros—, y analizando después el hecho, concluyó que en éste, aunque poco importante en sí mismo frente a la abrumadora fuerza del bloque radical, había, por las circunstancias, motivos de sobra para alarmarse. Porque las cuatro defecciones eran típicas. A uno de los diputados, que era coronel, el Gobierno le había dado un regimiento a condición de que su suplente se uniera en la Cámara al grupo de los hilaristas; otro, por compromiso semejante, había recibido promesa de una misión diplomática; y los otros dos, sin muchas fórmulas, se habían vendido por dinero: uno por cinco mil pesos que le entregó la Secretaría de Gobernación; el otro, por siete mil, que le dio la Secretaría de Relaciones Exteriores.

¿Se necesitaba más para comprender hasta dónde llegaría el Caudillo en su ayuda al general Hilario Jiménez, y, en consecuencia, lo difícil que la lucha electoral

resultaría así en el Congreso? Olivier, mejor que nadie se hallaba en condiciones de apreciarlo; él conocía a fondo a diputados y senadores; sabía cuán frágil, cuán falsa y corrompible era la personalidad de casi todos ellos. Total: que a poco de darle vueltas al asunto, vino, con su cinismo característico, a repetirse lo que el propio Caudillo le había dicho, en ocasión bien diversa, dos años antes: «En México, Olivier, no hay mayoría de diputados o senadores que resista a las caricias del Tesorero General».

Siempre rápido en sus decisiones, Olivier Fernández resolvió intentar desde luego el cambio de frente que las circunstancias requerían: un cambio tan brusco, que su facción, por obra de la sorpresa, conservara, intacta, la preponderancia. Todo estribaba en aprovechar bien y sin demoras la situación que él mismo había creado. Necesitaba servirse de la facultad, suprema en la política como en la guerra, que más estimaba él entre las suyas: saber transformar en factores útiles de un plan nuevo las consecuencias adversas del plan de antes. Ahora lo indicado era acometer, en el campo político, una enorme operación de bolsa. Como quien ha venido jugando al alza de un valor para luego hundirlo y realizar mayores beneficios, todo lo que Olivier tenía que hacer era abandonar a Ignacio Aguirre, o, mejor dicho, pasarse a Hilario Jiménez. Que al fin y al cabo, para explicar después su conducta disponía de un argumento irrefutable: la renuencia de Aguirre a aceptar su candidatura; y en cuanto a justificar a los ojos de Jiménez sus pretensiones ambiciosas le sobraba con esta razón: la enorme magnitud de la maniobra que iba a proponerle.

Esa noche Olivier telegrafió a Agustín J. Domínguez, gobernador de Jalisco, que viniera a México inmediatamente, y treinta y seis horas después celebraba con él y con Eduardo Correa, presidente municipal de la ciudad, una junta secreta. Allí expuso Olivier sus temores, sus ideas, su plan, y entró, acerca de este último, en toda clase de detalles sobre los medios más directos para realizarlo.

—Se trata, en fin —concluyó—, como ustedes ven, de un paso por extremo audaz, tan audaz, que no he querido darlo *motu proprio*, sino sólo en el supuesto de que me respalde la opinión de los principales directores del partido. ¿Piensan ustedes de la misma manera?

Entre todos los jefes radicales progresistas, Correa y Domínguez eran los verdaderos hombres de confianza de Olivier: lo secundaban a ciegas; le servían de meros instrumentos. Los dos otorgaron la aprobación que se les pedía en su carácter de «directores principales del partido» y contribuyeron en seguida a redondear el plan en proyecto.

Lo que más retuvo la atención de los tres jóvenes políticos fueron dos cosas: una, el estudio de las proposiciones que se harían al general Hilario Jiménez; otra, la elección del intermediario, insinuante y sutil, que pondría al habla a las dos partes.

Según las escuchó Jiménez un día después, las proposiciones de Olivier parecían, a primera vista, sencillísimas. Rezaban de esta suerte:

«El Partido Nacional Radical Progresista y los partidos y clubes afines se comprometen a sostener la candidatura del general Hilario Jiménez a la Presidencia, siempre que el candidato garantice a dichos partidos los cuatro puntos siguientes: 1.º, los dos tercios del número total de curules en el futuro Congreso Federal; 2.º, el control de los poderes locales y municipales dondequiera que en estos momentos dominan los radicales progresistas o sus afines; 3.º, el Ayuntamiento de la ciudad de México, y 4.º, la mitad de las carteras del futuro Gabinete.»

Hilario Jiménez se desconcertó de pronto. Confrontada su cabeza, no muy firme, con exigencias tales, conjeturó de algún modo que una proposición así debía de basarse, por fuerza, en algo sólido. Pero como entreviera también los peligros de discutir las condiciones que se le imponían, para ganar tiempo respondió:

—Acepto el pacto en principio; si bien señalo, como requisito previo, la condición de que Olivier y los suyos den alguna prueba práctica de la sinceridad de sus móviles.

La respuesta no agradó mucho a Olivier: primero, porque lo obligaba a soltar prenda; luego, porque Jiménez quedaba en libertad de retractarse. Pero vista otra vez a fondo la situación, Olivier y sus consejeros estimaron que el convenio, caso de llevarse a cabo, valía la pena de avanzar un poco en el terreno de las concesiones. Se acordó entonces que «la prueba práctica de sinceridad» pedida por Jiménez consistiera en esto: en hacer que lo proclamara candidato a la Presidencia de la República la convención del Partido Radical Progresista del Estado de México, convención próxima a reunirse en Toluca. Y como tal ofrecimiento fue bien acogido, Olivier y sus dos ayudantes tomaron en el acto las providencias necesarias. En otros términos: dieron al general Catarino Ibáñez, gobernador del Estado de México, instrucciones sobre el curso que debía seguir la convención que se preparaba.

Al general Catarino Ibáñez le encantaron aquellas órdenes de Olivier. Le encantaron, más que en su calidad de radical progresista, dócil a sus jefes, por el peso que de ese modo le quitaban de encima. Porque él, a despecho de su táctica de protestar adhesión secreta a Aguirre por un lado y a Jiménez por otro, andaba ya algo comprometido en materia electoral, y sus compromisos, justamente, se inclinaban del lado de Jiménez.

Así las cosas, sus órdenes para el cumplimiento de la consigna dieron fruto inmediato. La costra política del estado se agitó; circularon las convocatorias, llovieron los boletines, los manifiestos, los programas, y tres días después de inaugurado todo esto cimentaron la obra los cinco o seis políticos de cada pueblo; por dondequiera empezó, en medio de grande alborozo hilarista, la designación de delegados a la asamblea democrática de Toluca.

La labor del general Ibáñez era tanto más eficaz cuanto que él desarrollaba métodos propios. En su antiguo oficio de repartidor de leche a domicilio había

aprendido a hacer negocios con dinero ajeno: aseguraba a su amo que no toda la clientela le pagaba al día. Y como tal sistema le dio entonces magníficos resultados en el orden privado y comercial, otro, muy parecido a éste, aplicaba ahora en las altas esferas de la vida pública. Su virtud cívica suprema consistía en saber traducirlo todo en su provecho. Así en el caso presente, iba y venía entre Toluca y México fingiendo acatar la voluntad de Olivier, pero en realidad procedía como si cumpliera sus propias promesas: pedía órdenes directas a Jiménez, le daba consejos.

En este estado el asunto, dos días antes de reunirse la convención Olivier recibió recado urgente de parte de Jiménez para que fuera a verlo esa noche. Olivier llegó a la cita con profundo regocijo de triunfador. Suponía que el candidato, convencido ya por lo que en Toluca estaba haciéndose, se apresuraba a concluir el arreglo con ánimo de sacar mayores ventajas. Pero una vez frente a Jiménez, Olivier descubrió que no era así. Jiménez, a la inversa de lo que el otro esperaba, había cambiado de parecer, y su actitud y su tono eran tales que al líder de los radicales progresistas le bastó verlo para pasar del colmo de la alegría al colmo del disgusto. Las primeras palabras de Jiménez parecían ser las últimas:

—Usted sabe —declaró el candidato— que yo siempre cumplo lo que prometo, y que por eso mismo jamás ofrezco imposibles. He estudiado a conciencia sus proposiciones, que al principio tuve por aceptables; hoy veo que no lo son, y las rechazo.

Como Olivier había formulado el máximo de sus pretensiones, hubiera podido prestarse a un acuerdo más viable. Por un segundo sintió el impulso de procurarlo. Mas en ese mismo instante, mirando a la cara de Jiménez, advirtió que sería inútil. Detrás de las palabras del candidato había algo más que su decisión personal, algo más que su espíritu: estaba, sin duda, la voluntad del Caudillo. Optó entonces Olivier por mostrarse seguro de su fuerza y hasta un poco indiferente. Sólo dijo:

—¿Y la convención de pasado mañana, general?

—La convención —contestó Jiménez— no está hecha. Todavía puede usted, con la misma mano con que la inclinaba hacia mí, hacerla que vote en favor de otra persona.

—Sí. También eso es verdad.

Ahora el problema era orientar de modo distinto la convención de Toluca. Allá fueron a la mañana siguiente Olivier y Eduardo Correa.

Se encontraron la ciudad tapizada de carteles hilaristas y al gobernador y a todos sus secuaces penetrados del hilarismo más agudo. Se daba como cosa hecha en los centros políticos del lugar la proclamación de la candidatura de Jiménez por la asamblea del día siguiente.

Catarino Ibáñez, desde luego, reputó imposible la hazaña de torcer el sesgo democrático de su convención.

—Yo, por lo menos —decía—, no me comprometo a conseguirlo. ¿No me pidieron una convención hilarista? Pos así la tienen. Sé muy bien mi oficio: las delegaciones son hilaristas hasta el mero hueso.

Olivier argumentaba que la asamblea, en caso último, se podía suspender. Pero objetaba Catarino:

—¿Suspenderla?... ¡Ni onde! Toluca revienta a estas horas con los delegados de todos los pueblos. Están contratadas las bandas; a primera hora de la mañana llegarán los indios de las haciendas para la manifestación; ya casi todos están pagados...

—Bueno, pues todo eso se pierde.

—Pero fíjate, Olivier: ¿también mi reputación política se pierde? A estas alturas yo estoy ya muy comprometido. ¿Con qué pretexto o razón salgo diciendo ahora que ya no hay nada de lo dicho?

Finalmente, después de mucho discutir, prevaleció la manera de ver de Catarino. Él, por último, había sugerido, con aplomo de general y gobernador:

—Para normar los acontecimientos de otro modo no se me ocurre más que un remedio. A ver qué te parece, Olivier: tú y algunos compañeros de México se vienen mañana a echar discursos. Yo, ya me conoces, ayudaré en lo que se pueda, nomás no siendo de hablar. Y allá veremos lo que se logra. Eso sí, vuelvo a repetirlo: la convención es hilarista hasta la mera penca...

II

CONVENCIÓN

A la mañana siguiente llegaron a Toluca, dos horas antes de reunirse la convención, Emilio Olivier Fernández y un numeroso grupo de líderes. Entre éstos venían Eduardo Correa, Francisco Cifuentes N., Juan Manuel Mijares, López de la Garza y Axkaná. El gobernador los recibió, al saltar ellos de los autos, con derroche de exclamaciones y sonrisas amables.

Catarino, por lo visto, se disponía bien a las solemnes ceremonias de aquel día. Ahora llevaba un espléndido traje de gabardina color caqui —con oscuros botones de cuero hechos de tirillas entretejidas—, que hacía resaltar su aire a la vez jovial, rudo y próspero. El tono de la tela armonizaba con el de los zapatos; el de los botones, con el matiz cobrizo de la cara y las manos.

Así que terminaron los saludos, Catarino apoyó afectuosamente el brazo sobre los hombros de Olivier, mientras decía:

—Se me hace que te tengo buenas noticias. Anoche estuve hablando con los principales correligionarios de algunos pueblos; hoy a primera hora me han visto otros, y de todas las pláticas saco la conclusión de que no será imposible normar el resultado de la asamblea en forma diversa de la que ordenaste al principio. Digo, sin que sufra desdoro mi crédito personal... Ora el secreto está en ti y en tus compañeros; todo depende de la clase de discursos que nos echen.

Axkaná, que por primera vez veía de cerca a Catarino Ibáñez, se dedicó a observarlo. Pe pronto el aspecto exterior del general nada le dijo. Era el de tantos otros soldados de la Revolución, convertidos, como por magia, en gobernadores o ministros: analfabetos, con patente de incultura, en los cargos públicos de responsabilidades más altas. Pero ya fijándose en él a fondo, su modo empezó a despertarle, primero, curiosidad, y luego, desconfianza. Advirtió Axkaná algo inequívocamente falso en las mieles con que Ibáñez trataba de endulzar cada una de sus palabras, y esa impresión de doblez fue acentuándose en él a medida que el diálogo entre el gobernador y el jefe de los progresistas avanzaba.

Decía ahora Catarino:

—No tiene caso que nos presentemos desde luego en el teatro, Olivier. La convención está convocada para las once y apenas van a ser las nueve. Mejor, si te parece, aprovecharemos parte de este tiempo en ir a visitar mi establo y mis vacas.

Pero Olivier contestaba que el establo debía dejarse para después:

—Lo importante ahora es que hablemos separadamente con los jefes de las delegaciones, que les digamos que ya no es por Jiménez por quien se tiene que votar, sino por Aguirre... Y luego, con mucho gusto, iremos a ver tus vacas y todo lo que quieras.

—¡Aluego! Aluego no habría tiempo, Olivier; tan sólo en buscar a las delegaciones nos darían las diez y media. Además, ¿no te digo que ya yo les hablé a

los jefes de absoluta confianza? ¿Pa qué más, entonces? Dentro de una hora, cuando la gente se halle junta en el teatro, tú puedes entenderte con los otros. Orita sería gastar el tiempo de oquis... Si lo que pasa es que te importa poco conocer mi negocio, entonces ya no digo ni una palabra más: haremos lo que tú quieras.

Fue evidente para Axkaná que Ibáñez recurría a la cuerda sentimentalista. Olivier contestó:

—Me extraña que pienses eso, Catarino. Sabes muy bien que todo lo tuyo me interesa como lo mío propio.

—Bueno; pues si eso es verdad, no me niegues este gusto que quiero darme desde hace meses. ¡Verás qué ordeña! Al hacerle cualquier mejora siempre he pensado para mis adentros: «Cuando mire esto Olivier, va a tener envidia de mis riquezas...».

Y rio Catarino Ibáñez a influjo de sus propias palabras e hizo más expresiva la caricia de su brazo sobre los hombros de su amigo. Éste, así estrechado, hubo de rendirse.

—Bueno —dijo—; puesto que tanto te importa, lo haremos. Vamos a conocer tus vacas.

Y también Olivier creyó deber subrayar sus palabras con algún ademán afectuoso. Alzó la mano, la acercó a la chaqueta de Catarino, por la parte del pecho, e hizo que las yemas del índice y el pulgar resbalaran por el borde de una de las solapas.

El establo del gobernador era, ciertamente, una maravilla: maravilla desde el punto de vista de las ambiciones comerciales de un antiguo repartidor de leche a domicilio. Ibáñez había vaciado allí los sueños de su juventud miserable, y luego, con la experiencia engendradora de nuevas aspiraciones, había acabado por superarse. Un inglés de Jersey, descubierto por él no se sabía cómo, le regentaba el establecimiento con gran pericia, esto es, en completa armonía con los mayores adelantos de la industria de la leche. Toda la instalación era perfecta o poco menos. Los cobertizos, la lechería, los corrales rebosaban prosperidad eficaz y sabia. Reinaba el aseo por dondequiera; los animales y los aparatos estaban como en un salón.

—Esto, más que ordeña, parece exposición de automóviles —dijo alguno de los jóvenes políticos a poco de entrar.

Y la frase, por justa, hizo fortuna durante hora y cuarto; marcó el principio de las exclamaciones laudatorias con que Olivier y sus amigos saludaban los prodigios que Ibáñez iba mostrándoles. Ellos lo admiraban todo, y de paso, como Catarino lo había supuesto, envidiaron por un momento la honda satisfacción de ser el dueño de todo aquello.

En los cobertizos, entre la doble fila de vacas rubias o color canela, de vacas pintas en negro y blanco, de vacas sonrosadas, el gobernador se detenía una vez y otra para mostrar sus joyas predilectas. Frente a una vaca que ocupaba lugar más amplio y luminoso que el de las otras, hizo alto especial.

—Ésta —dijo— es de lo mejor que hay en el mundo. Nomás con mirarla se conoce. Me costó... ¿A que te asustas en cuanto oigas lo que me costó?

Se dirigía particularmente a Olivier. Y añadió luego, volviéndose al inglés de Jersey, que los seguía a distancia respetuosa:

—A ver, Mr. Gorey: dígales usted aquí a los señores lo que costó esta vaca.

Mr. Gorey adelantó dos pasos:

—Dos mil libras *sterling*. Unos veintidós mil pesos mexicanos.

Dejó Ibáñez que sus amigos saborearan la cifra y prosiguió:

—Es «charjar» —*shorthorn*, quería decir— y bisnieta de «Grany», la famosa vaca que obtuvo el premio en la Exposición de Londres de 1900. Como su abuela, rinde, al mes de parir, treinta y un litros de leche por día y más de un kilo de mantequilla pura...

—Tres y medio por ciento de grasa —precisó el inglés técnicamente.

No resistió Correa la tentación de hacer una pregunta:

—¿Y cuántas vacas como ésta tiene usted, general?

—Como ésta, ninguna; pero que se le acerquen, de quince a veinte. Y de otras, también muy finas, «charjar», «yerse» y «jolstán», no menos de cuarenta.

En el cobertizo inmediato el objeto de la admiración fue un magnífico toro *guernsey*. Era quizá menos elegante de línea que el toro *jersey* que estaba al lado, pero de tamaño mayor y de vigor más opulento. Se sentían latir, bajo su finísima piel de reflejos casi anaranjados, fuerzas creadoras sin término, ubérrima juventud inagotable.

—Aquí sí —exclamó Catarino—, aquí sí llegamos a lo mejor de lo mejor. Este animal vale tanto y me cuesta tanto, que no me resuelvo a decirlo, la verdad.

Y Catarino bañaba al toro con mirada casi extática. La bestia rumiaba somnolente y barría el suelo con los claros rizos de su rabo, terminados en borla.

—Te veo muy rico, Catarino —observo Olivier.

—¿Rico? ¡Ni de adonde! Esto es todo lo que tengo; aquí están metidas todas mis economías.

Finalmente, los jóvenes políticos admiraron las dependencias menos espectaculares del establo, aunque no por eso las menos bien dotadas ni menos lujosas: la lechería, la fábrica de mantequilla y quesos; y ya muy cerca de las once regresaron a la ciudad.

En el automóvil, Olivier, por unos segundos, contribuyó a la felicidad de Ibáñez con estas palabras:

—Ahora confiésanos, Catarino, cuánto dinero vale todo tu negocio.

—¿La verdad, la verdad?

El gobernador vacilaba entre sonriente y misterioso. En seguida añadió:

—Te aseguro, Olivier, que no pasa de cuatrocientos mil pesos. Ya les dije: es todo lo que tengo.

En el local de la convención la presencia del gobernador y sus amigos fue saludada con murmullos que bordeaban el aplauso. Allí estaban los representantes del «radicalismo progresista» del Estado de México, dispuestos siempre a oír y obedecer la voz de mando de sus jefes. Ellos no sabían que los jefes más altos andaban ya en desacuerdo a propósito de la cuestión fundamental: los suponían identificados y unánimes; se los imaginaban atentos sólo a proclamar con brillo la consigna que en secreto habían mandado a los de abajo.

Una voz inauguró intrépida la serie de los vivas:

—¡Viva don Catarino Ibáñez!

—¡¡Viva!!

Otra, menos ronca, prorrumpió inmediatamente:

—¡Viva Olivier!

—¡¡Viva!!

Y acto continuo dos o tres voces se atropellaron en el entusiasmo de un grito:

—¡Viva Hilario Jiménez!

Con lo cual confluyeron, en nueva salva, larga y atronadora, los aplausos que habían prolongado los dos vivas anteriores.

Era compacta la multitud. Ibáñez y los políticos venidos de la ciudad de México atravesaron por en medio de ella para acercarse a la plataforma. Al andar, Axkaná percibía el calor de los grupos, que se apretaban a ambos lados para abrir paso, y dominaba, gracias a su elevada estatura, el mar de cabezas. Se veía pletórica la sala hasta el último rincón; en la galería alta los delegados se apiñaban sobre la barandilla. Súbitamente, Axkaná se enterneció, aunque sin saber por qué. Mientras todos aplaudían y gritaban, él sintió que había mucho de conmovedor en aquella asamblea política de un millar de hombres cuyas carnes se cubrían apenas con ropas de manta; lo había también en la manera como las grandes ruedas de los sombreros de palma se agitaban en el extremo de algunos brazos, y lo había en el aplaudir de las manos oscuras —inciertas sobre el fondo azul de las blusas de cambaya, o precisas contra la blancura amarillenta de camisas y calzones—. Los rostros bronceados expresaban de algún modo, dentro del marco de las cabelleras negras y apelmazadas, la alegría adivinatoria de una posible aspiración. «Sí —pensaba Axkaná—, ésta es la aspiración que los políticos explotan y traicionan.»

Ibáñez, sus amigos venidos de México y la directiva local del partido ocuparon los asientos alineados detrás de la mesa. Ya se había terminado con el registro de las credenciales y con otros requisitos previos. Un secretario se acercó a decir algo al gobernador. Éste, poniéndose en pie, declaró que la convención quedaba solemnemente instalada y anunció que cedía el sitio de la presidencia a Emilio Olivier Fernández, presidente del Partido Radical Progresista de la República. Lo interrumpieron los aplausos. Luego, hecho el cambio de asientos, informó Ibáñez que antes de procederse a la discusión y estudio de las candidaturas se daría lectura al programa del partido local, para su ratificación, y se tratarían algunas cuestiones de

mero trámite.

Las tareas avanzaron rápidamente. Momentos después de empezadas, Ibáñez y Olivier llamaron a uno de los vicepresidentes, a quien entregaron la campanilla y se fueron hacia uno de los rincones del escenario. Allí volvieron sobre su tema. Olivier pedía a Catarino hablar desde luego con los miembros más influyentes de las delegaciones. Catarino argumentaba que mejor era dejarlo para después: para cuando se pasara, discutidas y aprobadas ya las candidaturas de diputados y senadores, a la candidatura presidencial.

—Porque de lo contrario —decía—, corremos el riesgo de que los delegados se enreden y nos lo embromen todo.

Pero a Olivier comenzaba ya a sacarlo de quicio tanta resistencia. Dijo en el tono anunciador de sus explosiones:

—Mira, Catarino, yo soy tu amigo y lo sabes; pero si te figuras que vas a manejar a tu gusto, te equivocas. Bien está que cuides tu crédito, como tú dices, pero no a costa de los intereses generales del partido. Vuelvo a decirte que necesitamos sacar aquí candidato a Ignacio Aguirre, no a Hilario Jiménez, y eso, te lo aseguro, vamos a hacerlo ahora cueste lo que cueste. No te me indisciplines, porque, gobernador y todo, te meto en orden.

Y haciendo con la mano una seña hacia donde estaban Correa, Mijares, Cifuentes y demás líderes, indicó que se acercaran. Catarino, conocedor y temeroso de Olivier, cedió terreno.

—¡Pero si yo no me opongo a tus órdenes como presidente, Olivier! Doy mi opinión sobre la mejor forma de que los sucesos se encarrilen. ¿Quieres hablar a fuerza con los jefes de las delegaciones? Pues orita mismo.

La asamblea, distraída con la lectura de papeles y con las votaciones, no sospechaba lo que estaba ocurriendo del otro lado de la plataforma. Tampoco se dio cuenta, minutos después, de que se aglomeraban allí varios de los delegados, con los cuales, misteriosos los semblantes, departían o discutían el gobernador y los líderes.

—¿Qué orden —preguntó Ibáñez a los delegados que se acercaron primero— fue la que les di a ustedes anoche? Vamos, dilo tú, Maximino.

—Pos que ora había que trabajar por mi general Aguirre, y ya no por mi general Jiménez.

—¿Y están trabajando de ese modo? ¿Sí o no?

—Sí, señor gobernador.

Catarino se volvió a Olivier.

—¿Te convences?

—No lo dudaba —contestó el líder—, ni eso importa mucho. Lo que quiero es saber si las delegaciones están ya bien instruidas para que el cambio se haga sin trastornos, sin sorpresas. ¿Acaso somos nuevos en estas cosas? A ver, Maximino: ¿cómo está la gente de usted?

—¿La mía?... Pos la mía, y creo que también las otras, empiezan a convencerse;

pero convencidas, convencidas, entodavía no están. Como la labor hilarista que primero se hizo fue muy grande, ora hay que irse con mucho tiento. Nomás calcule usted que cuando repartimos el dinero para los gastos, dijimos que lo mandaba mi general Jiménez. Yo, la verdad, espero mucho de los discursos, asegún nos decía esta mañana el señor gobernador.

Olivier lo interrumpió:

—Los discursos influyen muy poco en estos asuntos. Lo capital es que los delegados tengan instrucciones precisas y que las obedezcan... Ahora mismo van ustedes a transmitir a sus respectivas delegaciones esta resolución que a última hora ha tomado la directiva central del partido: cuando se propongan las candidaturas para presidente hay que rechazar la de Jiménez y escoger, por aclamación, la del general Ignacio Aguirre. ¿Me entienden?

Mientras Olivier hablaba así a los mangoneadores políticos de los pueblos, Catarino, sonriente, no quitaba de ellos la vista. Los delegados, escuchando, miraban al suelo.

Otro tanto sucedió con los demás grupos que vinieron en seguida. Olivier, cada vez más enérgico, indicaba, ayudado por Correa y Mijares, los pasos que se habían de dar; los tres se expresaban sin ambages. Los delegados oían en silencio. Catarino no parpadeaba.

Pero poco después, al separarse del grupo, los jefes de las delegaciones, en vez de ir desde luego a unirse con los suyos, se detenían a comunicarse sus impresiones; hablaban con los candidatos a diputados y senadores, y una vez de regreso en su sitio, su presencia suscitaba entre sus compañeros alborotos y cuchicheos.

A la hora de los discursos acerca de las candidaturas presidenciales, Olivier y sus líderes recordaron lo que Catarino les había dicho un día antes: «La asamblea era hilarista hasta la mera penca». La palabra calurosa de Correa, de Cifuentes, de Mijares y otros penetró menos en el auditorio que si éste fuera de granito. Cada vez que sonaba el nombre de Ignacio Aguirre el silencio se hacía de una pieza. En cambio, tardaba más en surgir el nombre de Hilario Jiménez, así fuese en son de censura o de mofa, que las ovaciones en estallar, tupidas, largas, atronadoras. Olivier sufrió allí la más cruel de sus derrotas. Pese a sus enormes dotes de orador, le faltó el aliento frente a los dos o tres oradorcillos que pidieron la palabra para soltarse denostando a Ignacio Aguirre.

Fueron dos horas de un debate absurdo, unilateral y, al mismo tiempo, tempestuoso. Por fin, cuando ya el punto iba a someterse a votación, Olivier llamó aparte a Catarino. Comprendía que la cosa estaba perdida, se daba cuenta de la defección del gobernador. Fingiendo no percatarse bien de los hechos le dijo:

—Como ves, Catarino, yo no he intentado nada que redunde en perjuicio de tu crédito político. Apreciándolo, lo menos que tú puedes hacer en este caso es ayudar a que mi crédito también se salve, porque de lo contrario, como comprendes, todo este enredo va a acabar mal; yo no puedo admitir de ningún modo que una fracción de mi

propio partido me derrote en un asunto de tanta trascendencia. ¿Te haces cargo?

—Me hago cargo, Olivier.

—Perfectamente. Entonces nos queda este recurso: hay que arreglar que la convención deje pendiente la designación de candidato a la Presidencia con el pretexto de que las candidaturas propuestas no han sido suficientemente discutidas. ¿Estás de acuerdo?

Ibáñez quería cumplir sus compromisos con Jiménez, evitando, en lo posible, un choque con Olivier. La proposición de éste le pareció inmejorable, porque de ese modo, a la vez que prestaba a Olivier un señalado servicio, quedaba en aptitud de ponderar a Jiménez el triunfo sobre Aguirre.

—Nada más justo —asintió inmediatamente—. Tú antes me salvaste a mí; yo te salvo a ti ahora.

Dicho y hecho: tornó a llamar al rincón a los jefes de las delegaciones y les explicó a todos, ahora por sí mismo, «la nueva norma de los acontecimientos». Iba —les dijo— a presentarse una moción suspensiva, una moción donde se pediría dejar para otra vez el nombramiento de candidato a la Presidencia; y era indispensable, lo mandaba él, que dicha moción se aprobara unánimemente.

—¿Me han entendido?

A poco de ratificar la asamblea aquel acuerdo, dieron las dos. Ya los delegados no pensaban sino en la barbacoa que se les había prometido como remate de la manifestación por las calles y que iba a servírseles en el jardín de una hermosa casa incautada. Todos se disponían, humildes y dóciles, a salir. Salían con torpe blandura de rebaño, con algarabía musitada apenas, con parloteo donde las consonantes se suavizaban y el temblor de las risas nacía como para caer al suelo. Axkaná avanzaba entre ellos. Tampoco ahora sabía por qué, pero el sentimiento de ternura que había sentido poco antes iba convirtiéndose en sentimiento de piedad. Era una piedad análoga a la que en él despertaban las proles huérfanas.

III

MANIFESTACIÓN

Con los vítores de los manifestantes y los males acordes de las murgas las calles de Toluca enriquecieron su provincionismo. Su luz, maravillosamente clara, se quebró en reflejos de estandarte y trombón. Su aire, limpio, transparente, se agitó con estremecimientos ajenos a su pureza. Y hubo ventanas y balcones que se abrían, que se cerraban; curiosos que se asomaban a los zaguanes o que se detenían al borde de las aceras para asistir al desfile.

Pese a su hambre, la tropa democrática cumplía bien su misión. Ignorante, como al principio, de la verdadera esencia de los hechos a que acababa de contribuir durante la asamblea, se aferraba, con entusiasmo mecánico, a los vivas y los muera prescritos de antemano por sus jefes. Prorrumpía sincrónicamente.

—¡Viva Hilario Jiménez!... ¡¡Viva!!

—¡Muera Ignacio Aguirre!... ¡¡Muera!!

Y sus gritos, que repercutían de esquina en esquina, creaban el alma multitudinaria y la alimentaban; creaban algo imponderable, algo envolvente que hacía ondear, como en atmósfera propia, los carteles cubiertos de leyendas.

A veces, los coregas, no bastante familiarizados con los nombres de sus héroes, se equivocaban en parte:

—¡Viva Ignacio Jiménez! —gritaban.

O bien:

—¡Muera Hilario Aguirre!

Catarino Ibáñez y Emilio Olivier marchaban a la cabeza de la columna. Dos pasos detrás seguían los personajes más notables de los respectivos séquitos. Iba Catarino resplandeciente, irradiando a través de su traje de gabardina fulgores de gobernador, efluvios de político a quien ya nada detiene. De tarde en tarde, cuando le dirigían saludos desde las aceras o las puertas, ensayaba la estética de sus reverencias más exquisitas. Se inclinaba rígido hacia adelante, al tiempo de llevarse la mano al sombrero, y mientras el ala de éste se encorvaba levemente bajo la presión de sus dedos —ala de un sombrero que no era de militar ni de civil, sino, de naturaleza mixta—, su postura subrayaba, por detrás, el relieve que le hacía la pistola a la altura del cinto.

Olivier, a su derecha, caminaba con garbo sencillo, con aire que trataba de comunicar a su presencia en la manifestación matices de naturalidad suavizadores del contratiempo sufrido poco antes en el teatro. Pero eso, que tan bien se veía, no era más que hábil disimulo exterior. Por dentro, a cada nuevo paso sentía el líder crecer su rabia por la picardía que Catarino acababa de hacerle. «Tú me has sido desleal —pensaba—, pero ¡qué caro va a costarte!» Su resentimiento se agravaba más en los momentos en que Catarino, entre golpe y golpe de platillos y tambores, le refería sus impresiones de aquella hora política. Porque entonces, para contestar al gobernador

con palabras afables, tenía Olivier que violentar la fruición de su ira, tenía que arrancarse, con esfuerzos, a la pasión que lo embargaba en sentimiento único. Acontecía también en esas coyunturas que la turba democrática, cual si adivinase lo que estaba acaeciendo en el corazón del supremo de sus jefes, vociferaba con inconsecuencia tan cruel como inoportuna:

—¡Viva Catarino Ibáñez!... ¡¡Viva!!

—¡Viva Olivier!... ¡¡Viva!!

Axkaná venía también de los primeros y era de los que más descollaban. Para su sentimiento el pulso de la manifestación no brotaba de dentro a fuera, sino al revés. Le interesaba, más que el acto mismo, el efecto del acto en quienes lo miraban, o mejor: el contraste de ciertos efectos. Porque había notado desde luego que la gente humilde de las puertas y el arroyo, viendo el desfile, parecía hallarse frente a un acontecimiento, aunque ya familiar, superior siempre a su inteligencia: como si contemplara un fenómeno de origen desconocido y remoto, semejante al rayo, semejante a la lluvia. Pero, en cambio, la gente de los balcones —y la de los coches, y la de los autos, y la de los caballos con arreos domingueros— sólo veía a los manifestantes con asomos de incredulidad o con notorias muestras de desprecio. Para éstos —así estaban proclamándolo sus actitudes desdeñosas—, nada común existía entre ellos y el rudimentario acto cívico que se desarrollaba a su vista; por lo cual, si se dignaban verlo, era apenas desde la altura de otra espiritualidad. Lo que esa gente presenciaba no era cosa en que ella se sintiera obligada a interesarse —menos aún a intervenir— ni para la salvaguarda de su fortuna, o de sus libertades, o de su vida. Era, a lo sumo, una especie de desfile de circo: una procesión funambulesca de payasos pintarrajeados y fieras escapadas de sus jaulas.

—Fíjate bien —decía a Mijares Axkaná—; fíjate en la sonrisa de «las gentes decentes». Les falta a tal punto el sentido de la ciudadanía, que ni siquiera descubren que es culpa suya, no nuestra, lo que hace que la política mexicana sea lo que es. Dudo qué será mayor, si su tontería o su pusilanimidad.

A todo esto, la procesión cívica, según avanzaba, crecía. Ya no eran lo más numeroso las falanges de los indios traídos ex profeso desde las haciendas cercanas. Mezclado con ellas —flanqueándolas, envolviéndolas, siguiéndolas— iba ahora el populacho toluqueño. El azul de la cambaya ocultaba ya a trechos la blancura de la manta, amarillenta al sol; el rumor tenue de los pies descalzos se ahogaba en las últimas filas, se perdía entre el crujir de la tierra bajo los huaraches y el tropezar de suelas y tacones contra los guijarros. Y era que Catarino Ibáñez había dado suelta a la voz de que aquella manifestación acabaría en convite y que al convite tendrían acceso todos los manifestantes. De este modo, cada viva, cada muera eran otros tantos reclamos para que la muchedumbre engrosara.

Recorridas las principales calles, la vanguardia marcó alto frente a las oficinas del Partido Radical Progresista del Estado de México. Los miembros de la directiva y demás hombres importantes entraron en el edificio; luego reaparecieron en los

balcones. Dos bandas mezclaron sus acordes; callaron. La multitud, zarandeando carteles y estandartes, se acercó corriendo: deshizo las filas, se aglomeró en un instante. Llenaba la calle y hacía con los sombreros de palma oleaje que reflúa de un extremo al otro.

Segundos después —así que Catarino, Olivier y otros guiadores deliberaron someramente—, Axkaná empezó a perorar desde un balcón. Como éste no alzaba del suelo arriba de medio metro, el orador hablaba subido a una silla para que todos pudieran verlo y oírlo. Su voz, clara y armoniosa, hizo que las olas de sombreros se fijaran de pronto. Entre la superficie hecha de alas y copas de petate los discos de los rostros dibujaron surcos como de bronce; se inclinaban levemente hacia atrás; se orientaban, como a polo común, hacia el punto de donde la voz partía.

Axkaná no mencionaba en su discurso al general Jiménez ni al general Aguirre: hablaba de otras cosas. Pero éstas, al parecer —aunque sin relación aparente con los discursos de los oradores de la mañana—, eran muy interesantes, pues lograron en el acto una atención profunda y merecieron de allí a poco ovaciones clamorosas. El auditorio se empinaba sobre la punta de los pies —pies descalzos en su mayoría— para oír mejor. Era evidente, sin embargo, que las palabras de Axkaná, con ser sencillas, no llegaban hasta la inteligencia de la miserable muchedumbre que lo escuchaba. Entre la ideación de sus oyentes y la de él había abismos: abismos de tiempo, de clase, de cultura. Mas no importaba eso. Como si las ideas constituyeran tan sólo el elemento inerte en la comunicación de los seres humanos, por sobre las ideas, o por debajo de ellas, la llama de lo que Axkaná quería y sentía en aquel instante prendió de súbito en lo que a su influjo quisieron y sintieron entonces los hombres humildes que lo estaban oyendo. La estructura ideológica de sus párrafos era la escoria que caía al suelo; el principio intuitivo, irracional —engendrador del entusiasmo, fecundador de la esperanza—, iba a los corazones derechamente. En su discurso no vivían los conceptos: vivían las palabras como entidades individuales, estéticas, reveladoras de lo esencial por la sola virtud de su acción inmediata sobre el alma; y vivía con ellas cuanto les formaba marco en la persona del orador. La luz que iba haciéndose en la masa de indios allí reunida era obra de la calidez misteriosa de los vocablos de Axkaná y del ritmo de sus frases; pero nacía también del timbre de la voz del orador, de la elocuencia de su sinceridad, de la simpatía comunicativa de sus ademanes y hasta del fulgor, intensamente franco y expresivo, de sus ojos, que brillaban más verdes bajo los rizos de su cabellera en desorden.

Poco antes que el discurso se concluyera, una banda rezagada desembocó de la otra calle, tocando con gran estrépito. La acallaron los siseos. Mas como los siseos, a su vez, se prolongaron más de lo necesario, contra ellos se levantó una larga tempestad de protestas, que fue propagándose de grupo en grupo. Finalmente, restablecida la calma, Axkaná volvió a hablar, y minutos después, al estallar otra salva de aplausos, su figura desapareció de sobre la silla.

Ahora la ovación lo saludaba estruendosa, interminable. Y aplaudían no sólo las

turbas democráticas de la manifestación, sino las mismas familias curiosas asomadas a las ventanas inmediatas. En el balcón de la directiva, Catarino Ibáñez tenía abrazado a Axkaná; lo abrazaba hasta casi levantarlo en vilo y como si intentara mostrarlo en alto a la muchedumbre de los manifestantes. Él tampoco había comprendido muy bien el alcance de aquel discurso; pero un sentimiento extraño, dueño de él, lo arrastraba. Tenía la sospecha de que su conducta no había sido hasta allí la de «los héroes humildes» a que Axkaná acababa de referirse, sino la otra, la de «los poderosos sin alma, muertos, desde la cuna, para los impulsos creadores del bien». Pero sentía, al propio tiempo, que junto a esa sospecha le brotaba una capacidad enorme de perdonarse y perdonar, una suerte de delirio afectivo y altruístico, nacido al toque de la noble verdad que durante unos minutos había estado rozándole, piel sobre piel, carne contra carne, en lo más hondo de sus calidades de hombre. En aquel momento Catarino quería conquistar, a fuerza de sincero arrebató en pos de verdades apenas entrevistas, la convicción de que su sitio no quedaba, al fin y al cabo, tan lejos de la categoría de los hombres de bien, y así se sentía dispuesto a proclamarlo. Por eso alzaba a Axkaná en brazos: para que sus sentimientos se fundieran de algún modo con los de la multitud.

Ésta, frente al balcón, y más allá hasta los confines de la calle, seguía aplaudiendo y aclamando a Axkaná. No recordaba entonces ni su miseria, ni su hambre, ni sus pies desnudos —negros como el lodo—, ni sus harapos hediondos...

Sobrevino un silencio. Una voz, tímida como si nunca hasta aquel día probara el entusiasmo, gritó:

—¡Viva el patroncito!

Palabras que, por muy débiles, más que oírse se adivinaron, que permanecieron flotando un punto sobre las cabezas cubiertas con sombreros de palma y resonaron luego en el estallido del eco que les respondía. Sonó un viva de la multitud, pero un viva unánime, más sincero y pleno que todos los anteriores; un viva donde la voz multitudinaria, sin perder su ímpetu, se tornó extrañamente melancólica, lastimera.

No un rumor, sino un temblor, pareció prolongar aquel grito.

Quince minutos después, en el jardín de la gran casa incautada, los manifestantes desfilaban frente a las mesas de los manjares prometidos. A cada hombre le daban algo del montón de comida que había sobre las tres mesas: en la primera, un taco de barbacoa; en la segunda, un taco de guacamole, y en la última, un taco de frijoles. Luego se señalaba a los manifestantes el sitio donde podían recibir, si las pedían, más tortillas; y más allá, en torno de unos barriles, les daban de beber. Todo ello, ni muy suculento ni muy abundante; pero junto a la miseria diaria, un banquete.

De los indios de las haciendas, muchos habían caminado quince o veinte kilómetros y llevaban doce horas sin probar bocado; mas no por eso denotaban impaciencia o precipitación: aguardaban su turno con mansa dignidad. Luego, con la comida en las manos, iban a sentarse a la sombra de los árboles, para entregarse allí a morder, poco a poco, sus rollos de tortillas. Comían con tristeza fiel —con la tristeza

fiel con que comen los perros de la calle—; pero lo hacían, al propio tiempo, con dignidad suprema, casi estática. Al mover las quijadas, las líneas del rostro se les conservaban inalterables.

IV

BRINDIS

Para ese día Catarino Ibáñez había hecho preparar en el mejor restaurante de Toluca una comida digna de él, digna de sus amigos, y merecedora al propio tiempo de que se la recordara, por su trascendencia, entre los demás sucesos de aquella fecha memorable para el civismo. No quiso, empero —porque a Catarino le gustaba que las cosas se «normaran» bien—, decir nada del banquete mientras no llegaba el momento estrictamente oportuno. Esperó para anunciarlo la hora en que los mil indios de la manifestación roían sus huesos y sus tortillas en el jardín de la casa incautada. Entonces, vuelto hacia Olivier, hacia Mijares, hacia Axkaná, exclamó con sencillez revolucionaria de trazo espléndido:

—¿Comida para unos? ¡Pos comida para todos! ¿O no se malician ustedes que también nosotros tenemos derecho a vivir?... ¡Ándenles, muchachos: vamos a tomar mole!

Y echando el brazo al cuello de Olivier rompió a andar a la cabeza de cuantos se creyeron incluidos en el convencionalismo de «tener derecho».

Por el camino lo emocionó otra vez el recuerdo del discurso de Axkaná, y eso lo trajo a explayarse sobre la satisfacción que entonces experimentaba: la de considerarse, por muchas razones, autor del festín para los mil indios semidesnudos. Coronaba con frases de regocijo enfático cada uno de sus desahogos:

—¡Qué gusto tan grande, Olivier; qué gusto tan grande verse metido en estas buenas obras! ¿De ónde, pues, sacarán quienes nos calumnian la matraca de que nosotros no somos revolucionarios puros? Porque lo que yo digo: ¿si no lo fuésemos, haríamos las cosas que hacemos?

Olivier iba de humor negro; sólo contestaba con monosílabos. Visto lo cual, Catarino pasó, insensiblemente, del discurso expreso al discurso tácito. «Sí — reflexionaba, puesto el corazón en la fortuna de quinientos mil pesos que había logrado reunir en seis años de prédicas igualitarias—; hay que seguir haciendo ciudadanos libres, debemos aplicar enteritos los postulados de la Revolución: *la igualdad económica de todas las clases*, de todas; *el reparto de la riqueza destinada a producir*, de toda la riqueza; *la distribución equitativa de los rendimientos del trabajo*, de todos los rendimientos; y hay que aplicar esos postulados sin miedo alguno a lo que venga, sin voltear la cara atrás hasta que se logren *los resultados integrales*... ¿Cuál es la riqueza mínima que garantiza la libertad de un ciudadano en México? Por lo menos la que yo tengo ahora: de quinientos mil pesos a seiscientos mil, que es lo que todo mexicano disfrutaría de no impedírselo el pequeño grupo de reaccionarios que lo explotan. Pues bueno, esa riqueza debemos hacer que pronto la posean todos los mexicanos, *desde el Bravo hasta el Suchiate*...» Por un momento se imaginó perorando ante los mil indios de la manifestación política: «Sí, hijos míos — les decía—; cuando *la Revolución sea la ley en las ciudades y los campos*, ya no

habrá más ricos codiciosos, más ricos explotadores de la miseria del pobre, sino que todos seremos ricos buenos, ricos revolucionarios y útiles, según algunos lo somos ya: los que vamos, con la ayuda de Dios y sin quitarle nada a nadie, juntando nuestras economías...». En esta etapa de sus ideas, Catarino no pudo menos de acordarse de su magnífico establo: pensó en *Mimosa*, la vaca *shorthorn* que le había costado veintidós mil pesos; pensó en *Quiupi*, el toro *jersey* por el que había pagado treinta mil, y ambas visiones, refrescándole el alma, lo hicieron sonreír a la sola idea de ser él ya —él por lo menos— uno de esos ciudadanos libres en que había que convertir a los quince millones de habitantes de la República. «Todos como yo —se repetía—: quinientos mil, seiscientos mil pesos... No —rectificó—, seiscientos cincuenta mil» —porque de súbito le vino a la memoria el negocio que traía entre manos, ya muy próximo a realizarse.

A la derecha de Catarino, en la mesa del banquete, se sentó Olivier; a la izquierda, Axkaná, y a continuación, bajando por ambos lados hasta cerrar la línea, otros veinticinco o treinta comensales.

Todos notaron en el acto que el banquete era de mucho rumbo. Había florecillas dispersas sobre la albura de los manteles; había servilletas primorosamente dobladas, que dejaban en los dedos la ilusión de castillos que se desbaratasen. Cuatro copas, alineadas de mayor a menor, anunciaban frente a cada cubierto la pluralidad de los vinos. Una era verde; otra, la más pequeña, color topacio. Y al pie de las copas, cuidadosamente colocados sobre la base de una de ellas, se veían los tarjetones del menú, impresos a varias tintas. Arriba y al centro, dominando la lista de los manjares, las tarjetas decían con letras de oro: «Banquete para celebrar la designación del C. General Hilario Jiménez como candidato del P. R. P. del E. de M. a la Presidencia de la República». Y abajo y al margen, con letras también de oro, se leía esta nota: «La mantequilla es de los Grandes Establos del C. Gobernador».

Quiso Olivier objetar en seguida el supuesto motivo del banquete:

—Esto —dijo— es una mentira escandalosa. Yo no paso por ella de ningún modo. Ni Hilario Jiménez ni nadie es todavía candidato oficial del partido.

Pero Catarino Ibáñez, con sabia humildad, quitó base a los reproches aceptándolos de plano:

—Tienes razón, Olivier. ¡Ya lo creo que la tienes! A mí tampoco me cae esto muy en gracia. Si quieres, haremos que recojan los menús... Son los que mandamos imprimir cuando diste orden de que saliera candidato el general Jiménez, porque la verdad es que aluego, al cambiar tú de idea, ninguno se acordó de corregirlos. Pero eso, ¡qué caray!, no vale la pena de que te enojés. O ¡qué! ¿Vas a despreciar mi invitación por tan poquita cosa?

Trinaba Olivier al responder:

—No, no es que me enoje, ni menos que desprecie tu invitación. Pero exijo que

estas tarjetas se recojan y se destruyan.

—Muy bien. Se destruirán como lo mandas. Nomás que, si lo permites, las usaremos mientras dura la comida. Así al menos sabrán ustedes (digo: los que sepan leer) lo que les doy.

Y comenzaron a comer.

Catarino presidía el banquete con rudo desparpajo. El jefe de los mozos venía a menudo a consultarle dudas que él resolvía sin tropiezos y dentro de la mayor soltura.

—¿Servimos ahora el mole, mi general?

—No, amigo, el mole después.

—¿También el vino de las cajas grandes, señor gobernador?

—Claro que sí, amigo: de todos los vinos.

Algunas de tales consultas, como esta de los vinos, las comentaba Catarino en voz bastante alta para que lo oyeran hasta el otro extremo de la mesa:

—Este amigo —decía— cree que yo he comprado los vinos para que se guarden. ¡No, señor; para que se beban! Lo que no quiere decir que yo obligue a nadie a que se tome todito lo que le echen. Beba cada quien lo que guste y de lo que guste, como yo. Yo, ni vinos tintos ni vinos blancos: mientras más caros, menos me gustan. Yo pura cerveza de Toluca, y para aluego, eso sí, mis coñagues... ¿Qué tal están esos chicharrones, señor licenciado?...

Axkaná, Correa y Mijares, que por el mal ceño de Olivier fueron sintiéndose más y más intranquilos conforme la comida avanzaba, hacían enormes esfuerzos por mantener la conversación fuera de la política. Mas su intento resultaba inútil. Detrás de la palabra más anodina o de la observación más remota, el tema político acechaba y resurgía de improviso con ímpetus siempre mayores.

Poco antes que se sirviera el plato nacional, se le ocurrió a alguien un elogio que nadie hubiera podido prever que resultara funesto:

—¡Vaya un guacamole bueno! —dijo una voz.

A lo cual contestó Ibáñez, sin saber exactamente quién había hablado.

—¿Le gusta, amigo? Pues ya lo ve usted: este guacamole es el mismo que están comiendo allá, en sus tacos de barbacoa, los compañeros que dejamos hace rato en el jardín.

Y subrayaba Catarino las palabras con sonrisas de profundo convencimiento democrático. Agregó al punto:

—¿Quién se atreverá ahora a decir que nosotros no sentimos a fondo la Revolución? ¿Estaríamos comiendo aquí, tan contentos, sin haber asistido enantes al convite del pueblo?

La pregunta era de carácter retórico; así lo entendieron todos. Pero Olivier, buscando contestarla a su manera, soltó a quemarropa palabras que si podían interpretarse como consejo, sonaron más bien a reto o insulto.

—Catarino —dijo—, no seas farsante.

Y al pronunciar estas palabras Olivier, su rostro, un tanto pálido, se crispó con

sonrisa subrayadora del desahogo.

Catarino no supo de pronto cómo tomar aquello. Respondió perplejo y sorprendido:

—¿Farsante yo, Olivier?

Pero Olivier insistía:

—Sí, tú: farsante. Porque lo que estás diciendo es mentira y tú sabes que es mentira.

Hubo un súbito murmullo que creó silencio a lo largo de toda la mesa. Los camareros, durante dos o tres segundos, dejaron de servir; luego aparentaron concentrar otra vez la atención en botellas y fuentes, mientras Catarino replicaba con extraordinaria calma:

—Yo no he dicho ninguna mentira, Olivier. Te aseguro que el guacamole que se puso en los tacos que están comiendo nuestros compañeros del jardín es igual a este que aquí comemos nosotros.

—El guacamole será igual —afirmó Olivier, implacable—; no lo discuto. Pero la mentira consiste en que llamas «compañeros» a los pobres indios de la manifestación y en que dices que nosotros no disfrutaríamos de este banquete si antes no los hubiéramos visto comer a ellos. Si son nuestros compañeros, ¿por qué a ellos les das huesos y tortillas martajadas, dejando, además, que eso lo coman sentados en el suelo, mientras a nosotros nos tratas regiamente? Aquí no pasamos de treinta; allá son más de mil. Sin embargo, estoy seguro de que la comida nuestra va a costarte lo doble o lo triple de lo que pagarás por la mísera barbacoa de los que vinieron a gritar tus vivas y tus mueras.

—A ellos —observó Catarino, con tanta calma como antes— les damos lo que son capaces de apreciar; nosotros comemos de acuerdo con nuestras costumbres.

—¡Tus costumbres!

Eduardo Correa terció aquí. Fingiendo ponerse de parte de Catarino, se apresuró a impedir que la disputa creciera:

—Por supuesto, Olivier, por supuesto. Catarino tiene razón.

Y como Mijares advirtió al punto el propósito de Correa, intervino también, y con él otros varios, hasta conseguir todos que la armonía se restableciese, por lo menos en cuanto a la forma.

A partir de ese altercado, Catarino no volvió a hacer gala de su jovialidad. Fue, al revés, dejando de hablar, encogiéndose, tornándose sombrío, hosco. Y resultó empeño vano que Correa y Mijares tomaran la batuta de la conversación, que se esforzaran por hacer reír o provocar comentarios ruidosos. No lograron que la alegría renaciera, ni, menos aún, que Catarino y Olivier volvieran a hablarse. Catarino, de allí a poco, cesó de beber cerveza: pidió coñac y se dedicó a tomarlo con ahínco.

Anocheecía ya (se habían sentado a la mesa después de las cinco de la tarde) cuando trabajosamente llegaron a los postres. Catarino Ibáñez estaba medio borracho; se tambaleaba en la silla. Los más de sus amigos estaban borrachos del todo; mientras

que Axkaná, Correa, Olivier y el resto de los políticos venidos de la ciudad de México se conservaban, unos, en su juicio cabal, y los demás, casi en su juicio.

Ya servían los mozos el champaña y todavía dos o tres voces tartajosas clamaban a gritos, desde el extremo opuesto al ocupado por Catarino y Olivier, en demanda de más cerveza:

—¡No queremos limonada! ¿Lo oye?

—¡Arrímate p'acá la barrica de Toluca!

—Eso es. Yo nomás digo: ¡viva Toluca y viva mi general!

Otro, así que vio llena de champaña su copa, se puso laboriosamente en pie, con aire como de ir a brindar, y, en efecto, dijo algo:

—Apenas... apenas...

De lo cual no pasaba. Puesto en pie, su embriaguez crecía: al mareo de la cerveza y el vino se mezclaban en su cuerpo el vértigo de la nueva postura y el que le daba la doble fila de comensales huidiza y cambiante para sus ojos de ebrio como plantío de magueyes visto desde un tren. Se hizo visera con la mano y columbró con esfuerzo los extremos de la mesa mientras seguía diciendo:

—Apenas... apenas... apenas...

Hasta que, impaciente, lo interpeló su compañero de al lado:

—Dígalo, pues, compadre: apenas ¿qué?

—Que apenas si los deviso, jijos de una cabra...

Y se hundió en la silla, volcándose encima el contenido de la copa.

Mijares y todos los demás rieron y aplaudieron de buena gana; lo que dio origen a que el entusiasta de «¡viva Toluca y viva mi general!» amoldara los transportes de su espíritu a vítores más exclusivos que el de antes:

—¡Viva mi general Catarino Ibáñez! —gritaba. Mijares encabezó el coro:

—¡¡Viva!!

Catarino se pasaba entonces la mano por los labios para limpiarse la bocera de la vigésima copa de coñac, y al oír que lo vitoreaban, respondió desde el fondo de su gesto torvo y taciturno:

—Gracias, hijos; gracias por la justicia.

Acto seguido se irguió en el asiento, alzó la copa de champaña y a señas ordenó silencio para que ninguno perdiera la menor de sus palabras. Todos los presentes levantaron también la copa; dieron muestras de disponerse a escuchar. Pero una vez más prorrumpió en su vítor el de «mi general y la cerveza».

—¡Viva mi general Catarino Ibáñez!

Lo aplaudieron, lo acallaron. Catarino habló:

—Señores... ciudadanos...

Como el brazo se le balanceaba demasiado, lo que hacía que por la mano le escurriera el vino, apoyó la copa, sin soltarla, en el mantel. Continuó en seguida:

—Aquí mi amigo Emilio Olivier, que es buen revolucionario, como todos ustedes...

Olivier, copa en alto, no lo perdía de vista.

—... buen revolucionario, digo, mas que antes haya sido catrín, me dijo la semana pasada que habíamos de sacar candidato a mi general Hilario Jiménez... Muy bien... Luego, hace dos días, me dijo que ya no, que ahora el candidato había de ser el ciudadano general Ignacio Aguirre... Muy bien... Y yo, compañeros, les pregunto a ustedes, como revolucionarios conscientes y honrados: al chaquetear de ese modo mi amigo Olivier, ¿no da pruebas de que si yo soy farsante, como él me decía hace un rato —y en este punto Catarino golpeó la mesa con la mano que le quedaba libre—, él, quiero decirlo, es más farsante que yo?

No hubo tiempo de que se oyera la respuesta. Olivier, rápido e impulsivo, arrojó el champaña de su copa a la cara del gobernador y le dio en seguida, con la copa misma, un golpe en la frente.

Esto desencadenó, tan rápida como intensa, la batalla que venía gestándose.

Se había interpuesto Axkaná... Catarino hacía movimientos torpes para desenfundar el revólver... Olivier, ya empuñado el suyo, forcejeaba con Correa, con Mijares.

—¡Viva mi general Catarino Ibáñez! —gritaban en el otro cabo de la mesa.

Volaban platos y botellas... Sonó un disparo... Sonó otro...

Ahora parte del mantel y cuanto había tenido encima andaba por el suelo...

—¡Viva Catarino Ibáñez!

—¡¡Viva!!

Arremolinándose, la confusión creó en un instante dos centros: un grupo contenía a Catarino y lo empujaba, bañado el rostro en sangre, hacia un rincón; en la parte opuesta, Axkaná, Mijares, Correa arrastraban a Olivier hacia la puerta de la calle...

Y así se prolongó la lucha varios segundos, mezclados el olor del vino y del tabaco con el de la pólvora, y la atmósfera de los gritos con la de los fogonazos y las detonaciones.

Entre los amigos de Catarino, algunos, los más borrachos, seguían sentados a la mesa, desde donde enarbolaban la pistola, sin saber de fijo sobre cuál de los grupos debían disparar. Otros, caídos al suelo, en vano trataban de incorporarse...

Los políticos de la ciudad de México habían logrado al fin llevar a Olivier hasta la calle. Frente al restaurante estaban sus automóviles, en torno de los cuales crecía ahora el alboroto. Camareros y cocineros corrían a guarecerse tras las esquinas. El restaurante irradiaba denuestos e imprecaciones a través de las ventanas, a medio abrir. Dominaba la voz potente del gobernador:

—Ya volverán, catrines hijos de la tiznada. ¡Ya volverán!

Con lo que el tumulto, sin menguar en intensidad, crecía en volumen, se ensanchaba, pues no faltaban curiosos que se acercaran, mientras lo más de la gente huía.

Desarmado al fin por Mijares, Olivier forcejeaba ahora con Axkaná cerca de los autos. Correa consiguió al fin sujetarlo por la espalda y hacerlo subir al coche que

tuvo más a mano, mientras gritaba al chofer:

—¡Echa a andar y no pares, así oigas que nos tiran!

Entre tanto, los demás líderes habían salido del restaurante y saltaban precipitadamente a los otros autos para huir detrás del que conducía a Olivier. Corría en pos de ellos, desde los balcones del lugar del banquete, la onda del escándalo, de las injurias; les venían de allá algunos balazos; pero ya los automóviles iban a escape por las calles más céntricas, y poco después entraban, bajo la máxima presión del acelerador, en la carretera de la ciudad de México.

LIBRO CUARTO

EL ATENTADO

Olivier Fernández respondió a los sucesos de Toluca organizando, antes de veinticuatro horas, el «bloqueo de diputados y senadores pro Ignacio Aguirre» — bloque tan poderoso que incluía al nacer las dos tercias partes de la Cámara de Diputados y una porción casi equivalente de la de Senadores.

Aquello fue a modo de señal para que los ánimos se enconaran y las pasiones se desbordasen. Hubo inmediatamente rumores de que el Caudillo estimaba el nuevo paso de los radicales progresistas como un reto a su poder, como provocación intolerable para su aureola de guiador revolucionario supremo. Y se supo asimismo que Hilario Jiménez, furioso ante la lista de los 180 diputados y 38 senadores adictos a la candidatura de su contrincante, amenazaba con ir a exterminar, en masa, las dos cámaras legisladoras.

Los informes acerca de Jiménez eran particularmente amplios e inquietantes — inquietantes, aunque a ratos se volvieran pintorescos—. Se le describía paseándose en su despacho de la Secretaría de Gobernación y profiriendo, sin duelo, frases tan tremendas como airadas. «¡Vil canalla —vociferaba descompuesto—, caterva infame de convenencieros!... ¿Cuándo han sido sensibles al dolor proletario de las ciudades y los campos? ¡Mereceríamos que nos ahorcaran si los dejásemos vivir!...» Y se contaba también que, durante tales accesos sólo dos cosas lograban aplacarlo: una, hablar de los medios más eficaces para suprimir de un golpe a todos sus enemigos; otra, enterarse en detalle de las cartas de su administrador. Porque ocurría la coincidencia de que el candidato del Caudillo —sin que nadie supiera cómo, y pese a sus terribles prédicas contra los terratenientes— acababa de adquirir, justamente en esos días, la hacienda más grande del Norte de la República, lo que por momentos le dulcificaba el alma con la luna de miel de los propietarios noveles.

Una de aquellas noches, Axkaná, que tenía urgencia de hablar con Eduardo Correa, fue en busca de éste al frontón de la calle de Iturbide. Alguien le había dicho que el alcalde faltaba raras veces a los partidos de pelota y que, de nueve de la noche a una de la mañana, el Frontón Nacional era el sitio más a propósito para encontrarlo.

Cuando Axkaná entró en el edificio ya había comenzado la función. El vestíbulo, desierto del todo, se llenaba con el eco de ruidos lejanos: reflúan hasta allí los gritos de los corredores y los pelotaris, los rumores del público, el golpear de la pelota, alterno contra la pared y contra el mimbres de las chisteras.

Axkaná se acercó a la taquilla, compró su billete y caminó hacia el interior; mas no bien dio los primeros pasos cuando le vino a la memoria haber dejado en espera el automóvil de donde acababa de apearse. Tornó, pues, a la calle para despedirlo.

En la puerta tropezó ahora con cinco o seis individuos que no había visto al llegar,

y los cuales, agrupados en corro y hablándose en voz baja, parecían concertarse en algo. Al advertir uno de ellos que Axkaná se acercaba, todo el grupo guardó silencio y se estrechó contra una de las jambas para que el paso quedara libre.

Axkaná tuvo por un momento la vaga sensación de que aquellos hombres se ocupaban de él, de que a él se refería cuanto estaban diciéndose. De modo que trató de observarlos mientras liquidaba el coche; y luego, según pasó nuevamente junto al grupo, lanzó sobre los cinco o seis hombres una mirada de soslayo. Fue una mirada rapidísima, pero suficiente para abarcar la escena. Vio que descollaba entre los cinco individuos —porque notó ahora que eran cinco tan sólo— uno alto y robusto, de sombrero castaño, y en él detuvo la vista, seguro de que era el mismo sujeto que ya se le había puesto delante ese mismo día en algún otro sitio: acaso a la salida de la Cámara, en la acera de Sanborn's tal vez. Su frente, chata y cejijunta, era inconfundible, así como su rostro de cutis lívido y escabroso, y como su corbata, a rayas azules sobre fondo de oro... De cualquier manera, como el mero incidente carecía de importancia por sí solo, o no parecía tener mucha, ninguna quiso atribuirle Axkaná.

A despecho de que aquel día era jueves, Eduardo Correa no se encontraba entre los espectadores del frontón; pero sí estaban allí algunos amigos o conocidos suyos: don Carlos B. Zetina, Ramón Riveroll, Guillermo Farías y otros más. Varios de ellos dijeron a Axkaná que el alcalde, de un tiempo a esa parte, solía no aparecerse por su butaca sino al segundo partido, y como esos informes fueron, en fin de cuentas, los mejores que le dieron, Axkaná se dispuso a aguardar el tiempo necesario para que el alcalde llegase.

La espera, a la postre, resultó larga e inútil, si bien no estuvo desprovista de atractivos que hicieron algo más que aligerarla. Porque esa noche, Axkaná, que hasta entonces no había asistido nunca al frontón, descubrió un nuevo espectáculo, un espectáculo que se le antojó magnífico por su riqueza plástica, y del que gustó plenamente. Con los ojos llenos de visiones extraordinarias, se creyó, por momentos, en presencia de un acontecimiento de belleza irreal —asistió a la irrealidad de que se saturaran, en la atmósfera de las lámparas eléctricas, las proezas de los pelotaris.

Dos horas después, al concluirse el segundo partido, Axkaná salió del frontón y saltó dentro del primer *Ford* que le ofrecieron.

—A la calle de la Magnolia —dijo al chofer—. Si entras por Soto, tuerce a la izquierda. Allí te diré dónde has de detenerte.

Había pensado a última hora que el alcalde podía encontrarse de visita en casa de las amigas de Olivier Fernández.

Mientras maniobraba el *Ford* para salir de la fila, Axkaná volvió a advertir la presencia del grupo de sujetos en que había reparado antes, y que ahora se hallaban de guardia en la acera de enfrente, ya no en la puerta del frontón. Hasta hubo un

segundo en que sus ojos y los del hombre lívido se encontraron; pero Axkaná no hizo aprecio. Se entregaba todavía, retrospectivamente, a las escenas culminantes de los partidos de pelota. Con todos sus sentidos admiraba aún, como hechos sobrehumanos, como fenómenos ajenos a las leyes físicas y al vivir de todos los días, los incidentes del juego que acababa de ver. Seguía asistiendo a la increíble agilidad de Egozcue —que trepaba por el muro de la cancha cual si fuera a colgarse de la pelota con la cesta—; a la infinita eficacia de Elola —que devolvía a tres metros saques mortíferos, saques casi invisibles—; a la acometividad rabiosa de Irigoyen —que se lanzaba de cabeza contra la pared cada vez que perdía un tanto porque la pelota le taladraba la cesta—, y a la maestría heroica de Goenaga —que se dejaba ir de espaldas al suelo mientras recogía, a dos centímetros, rebotes inverosímiles.

En la calle de la Magnolia bajó del coche; llamó a la puerta; entró. Una criada de pies descalzos y trenzas brillantes vino a abrirle y lo detuvo en el cubo del zaguán con la noticia de que las «niñas» no estaban.

—¿Cómo que no están?!

—No, señor; no están.

—¿Ninguna?

—Ninguna, señor. La niña *Mora* habló por teléfono desde no sé dónde, para decir no sé qué, y todas se fueron muy de prisa ya va para un rato largo.

—Dejarían dicho a dónde iban.

—No, señor.

En aquel momento se oyó el ruido de un automóvil que se acercaba a la casa y se detenía frente a la puerta. Axkaná y la criada callaron, atentos a que alguien llamara. Afuera sonaban voces; los choferes, al parecer, discutían. Pasó un rato breve; el automóvil recién venido volvió a partir... Axkaná continuó:

—Y doña Petra, ¿está?

—Tampoco, señor. Ella también se jué con las niñas. Dijeron que...

La criada se detuvo.

—¿Qué cosa dijeron?

—No, señor, nada... Doña Petra me dijo que creo que ella tenía que ir también a la Comisaría no sé por qué.

—Bueno, Cástula —concluyó Axkaná—. Te desconozco esta noche. Quédate con tus misterios.

Y de nuevo en la calle, y resuelto ya a dejar para el otro día su conversación con Eduardo Correa, dio al chofer las señas de su casa.

De la Magnolia, el auto desembocó, rápidamente, en la calle de Soto; luego, de allí, en Hombres Ilustres, y luego, por un lado de la Alameda, en la avenida Juárez.

El chofer y su ayudante, con las bufandas hasta los ojos, inclinaban la cabeza para esquivar el frío golpe del viento. Axkaná seguía discurriendo acerca de la singular belleza plástica del arte del frontón. Acabó, sin embargo, por sentir que también a él le calaba el frío, y queriendo medio acurrucarse en el asiento, de igual modo que lo

había hecho al tomar el coche en Iturbide, buscó, y no encontró, el reborde donde antes había apoyado los pies. Tanta extrañeza le produjo aquello, que al pasar el auto bajo las farolas de la plaza de Colón quiso explicarse lo que sucedía, con lo que, puesto a mirar despacio, sacó pronto en limpio que ahora iba en un *Chevrolet*, no en el *Ford* a que había subido para ir a la calle de la Magnolia. Su sorpresa fue enorme. «¿Me habré engañado entonces?», dudó un instante. Pero rectificó en seguida. «No, estoy seguro. El otro auto era un *Ford*, no un *Chevrolet*».

Metros más allá ordenó al chofer que se detuviera. El automóvil paró entre las masas de sombra del paseo.

—Este coche no es el que yo tomé para ir a la calle de la Magnolia —dijo Axkaná.

El chofer lo interrumpió:

—No, mi jefe; éste no es. Usted tomó frente al frontón el *Ford* que maneja mi hermano. Pero como él tenía un viaje a San Ángel a las dos y media y creía que usted iba a tardarse mucho en aquella casa, al pasar yo por allí me pidió que siguiera con la carga. Si a usted no le parece, puede liquidarme.

La explicación era perfectamente verosímil.

—Da lo mismo —respondió Axkaná—. Sigue adelante.

El *Chevrolet* reasumió entonces la carrera, pero una vez en la glorieta de Cuauhtémoc, el chofer no torció por Insurgentes, según requerían las señas dadas (Londres 135), sino que continuó en la dirección que traía. «Va a entrar por Niza», pensó Axkaná, que solía ir también por ese otro derrotero. Mas nuevamente, a la altura de la calle de Niza, Axkaná se sorprendió al ver que el auto seguía por la Reforma en lugar de tomar por las calles transversales. Aquello produjo en Axkaná un principio de inquietud.

—Te dije Londres 135 —gritó al chofer. A lo cual éste, volviéndose a medias, replicó:

—Si, mi jefe; Londres 135. Voy a entrar por Florencia, porque por allí el piso, que está mejor, no me rompe las muelles.

Así fue. Al llegar a la plaza de la columna, el *Chevrolet*, bordeando la explanada circular, vino a salir a la calle de Florencia, que surgió de improviso, a la luz de los fanales, en toda su desnudez de paraje desierto: ni un árbol, ni una casa. Sólo que ahora el *Chevrolet*, en contraste con su rapidez de antes, rodaba con inexplicable lentitud. Cosa aún más extraña: el chofer, no obstante que nada parecía obstruir la calle, hacía dar el *claxon* repetidos cacareos.

Más inquieto, preguntó Axkaná:

—¿Por qué tocas?

—¿Mi jefe?

—Que ¿por qué tocas?

—Por ese coche, mi jefe, que está atravesándose delante.

Axkaná no veía coche alguno e iba a decirlo. Pero notó, tres metros más lejos,

que la lentitud se hacía mayor, y que entonces, a la altura de la esquina próxima, brillaban de pronto, y se venían sobre el *Chevrolet*, los fanales de otro automóvil, que pareció partir de la calle de Hamburgo.

Aquella luz, poderosísima, cegó a Axkaná, borrándole de un golpe toda noción de la topografía de la calle. El chofer, sin duda encandilado también, paró. Pero eso duró apenas unos segundos; el otro automóvil se había acercado hasta rozar el flanco del que Axkaná ocupaba, y en seguida, rebasándolo un poco, dejó que los fanales de éste alumbraran de nuevo hasta perderse la corriente de luz en el trazo paralelo de las aceras.

Axkaná tuvo entonces la certeza de que el auto misterioso acababa de parar a espaldas del *Chevrolet*, y notando, al propio tiempo, que su chofer no daba señales de seguir adelante, comprendió, por fin, la emboscada en que había caído. Se incorporó rápidamente y trató de llevar la mano al revólver, pero el tiempo de que dispuso fue tan corto que no le alcanzó ni para desabrocharse el gabán. Unos por la izquierda, otros por la derecha, dentro del *Chevrolet* se alargaron cuatro brazos armados de pistolas. Dos le apuntaban a él y dos al chofer y al ayudante.

—¡Manos arriba!

Axkaná, sin moverse, preguntó:

—¿De qué se trata?

—Se trata de que levanta usted las manos o le aflojo un tiro.

Aquella voz parecía hablar muy en serio. Acto seguido añadió:

—¡Manos arriba y bájese de ay!

Tampoco esta vez levantó Axkaná las manos: se limitó a mostrarlas, vacías, a la altura del pecho. Con ellas así, se apeó del automóvil, mientras enfrente de él el chofer y el ayudante, dóciles horquetas hechas de sombra, se recortaban contra el río luminoso de los fanales.

Una vez al pie del coche, Axkaná se vio rodeado de cuatro hombres. Ninguno de los cuatro llevaba sombrero, pero dos se ocultaban el rostro y parte del cuerpo con algo blanco —un trapo al parecer, o un periódico—. Y Axkaná no consiguió ver mucho más. Cerca de los coches las tinieblas eran profundas a causa de la región luminosa que las circundaba. Porque de un lado alumbraban los fanales del *Chevrolet* hasta los edificios distantes, mientras del lado opuesto, los fanales del otro coche mandaban su luz hasta la columna de la Independencia. Y así, entre coche y coche, el islote de negrura se hacía impenetrable.

Uno de los desconocidos había procedido desde luego a vendar los ojos de Axkaná, en tanto que otro, tras de quitarle el revólver, seguía registrándole los bolsillos. Los dos lo agarraron en seguida por los codos, lo hicieron caminar y lo obligaron, a empujones, a subir al automóvil que traían.

—¡Échese allí! —le ordenó la misma voz.

Y una mano que se le cargaba sobre el hombro lo hizo caer sobre el suelo del coche. Lo rozaron pies. Sintió que le aplicaban en la cara, cerca de la boca, el cañón

de una pistola.

La voz le dijo:

—Si se mueve o grita, lo tizno, ¡la verdad de Dios!

II

CAMINO DEL DESIERTO

Vendado de los ojos e impedido de moverse como estaba, Axkaná se entregó por de pronto a reflexionar.

Le crecía en la conciencia, hasta adquirir proporciones enormes, la sensación fría de la pistola que le apoyaban contra la cara. Percibía también —esto con poderes casi microscópicos—, a través de la venda, del cabello, de los vestidos, el áspero contacto del tapete del automóvil. Pero más inmediata que tales evidencias físicas, más imperativa que ellas, era la duda que lo impelía a conjeturar el origen de su secuestro, para luego inferir de allí la posible conducta de sus secuestradores.

«¿En manos de quién estoy —se preguntaba, todavía con el mareo de la sorpresa—: en manos de una partida de forajidos o de un grupo de agentes del Gobierno?» Y su vehemente deseo era que los secuestradores resultaran bandidos, bandidos de lo peor, pero en ningún caso sicarios gobiernistas. «Porque en México —se dijo en el acto, y el concepto le vino preciso como nunca— no hay peor casta de criminales natos que aquella de donde los gobiernos sacan sus esbirros.»

Entonces, más por asociación de emociones que de ideas, relacionó con el asalto que acababa de sufrir en plena noche la escena de los individuos que habían estado espíandolo a la puerta del Frontón Nacional y la charla, tan extraña, tan reticente, de la criada de *la Mora*.

Sus reflexiones no duraron arriba de varios segundos, pues el auto vino a quitarlo de ella al ponerse en movimiento.

Vagos resplandores, perceptibles a pesar de la venda que le apretaba los párpados, le hicieron presumir que el coche pasaba de la calle de Florencia al Paseo de la Reforma; y como, a la vez, su cuerpo se desplazó de modo que indicaba un viraje a la derecha, a partir de ese momento se dispuso a seguir con la imaginación —con la imaginación ayudada del oído y del sentido de los músculos— la ruta por donde lo llevaban.

Un cambio en la trayectoria del coche, aunque sumamente leve, le indicó el tránsito de otra glorieta del paseo. Se percató en seguida de que tornaban atrás; luego, de que viraban sobre el mismo lado que al principio. Iban, de seguro, por la Colonia Cuauhtémoc... Otra vuelta a la derecha, una a la izquierda, a la derecha otra vez... Corrían a lo largo de varias calles.

Adivinó más allá el paso a nivel sobre las vías de la estación de Colonia... «Ahora debemos de ir por Sadi-Carnot»... «Ahora por las Artes»... «Ahora por la Industria»... Nueva curva a la izquierda, más amplia que las últimas, vino a confirmarlo en la hipótesis de que pasarían de la calle de la Industria a la de la Tlaxpana... Llegaban —lo reconoció en el suavísimo ascender de una pendiente— al cruce de la Tlaxpana con la calzada de la Verónica... Rápido viraje del coche hacia el sur... Corrían por la calzada rumbo a Chapultepec: el auto, al salvar los baches,

brincaba repetidamente.

Uno de aquellos saltos fue tan brusco que el cañón de la pistola, contra su rostro siempre, lo golpeó con violencia en el pómulo y le produjo una herida. Sintió Axkaná el brotar de la sangre y el escurrir de la humedad tibia hasta la nariz.

—¡Imbécil! —dijo sin moverse—. ¿No comprende usted que así puede írsele un tiro?

Entre su carrillo y el tapete la sangre se extendía. En seguida agregó:

—No veo el objeto de que...

Pero la misma voz que había sonado cuando lo asaltaron no lo dejó concluir:

—¡Cállese, hijo de tal!

Y el cañón de la pistola volvió a golpearlo, sólo que ya no de punta, sino longitudinalmente, mientras en el pecho le asestaban un puntapié.

El automóvil se detuvo entonces unos instantes para hacer diversas evoluciones que Axkaná no pudo seguir más que a medias; aturdido por el dolor, perdió el sentido de dos o tres de aquellos movimientos. Era indudable, sin embargo, que volvían a correr por la calzada. Pero ahora ¿con qué rumbo? ¿Hacia San Cosme? Minutos después, tras nueva vuelta del coche, el piso volvió a ser parejo; parecía de asfalto... Tornaron a hacerse perceptibles por entre la venda vagos resplandores; eran, sin duda, las lámparas de las calles. «Hemos vuelto a la ciudad», pensó... Carrera larga... Muchas vueltas y revueltas... Prolongado correr otra vez...

Hubo un sitio donde el automóvil, sin que la velocidad disminuyera, giró una y otra y otra vez en torno de un círculo perfecto y escapó al fin por la tangente. Se hizo entonces completa la desorientación de Axkaná... La nueva carrera, sobre amplias superficie, planas, persistió largo rato... Al cabo de éste volvieron los baches; luego trepidó el auto, como si cruzara dos pares de rieles; luego se acusaron baches todavía más profundos...

Subir de cuestas, subir... De un lado se dilataba el sonido del motor como en campo abierto, sin el menor obstáculo; del otro, el rosario de las explosiones parecía elevarse e ir acompañando al coche, cual si muros interminables lo contuvieran, lo encajonaron... Cesaron los baches... Se iniciaban, ahora en serie, cuestas, curvas, ondulaciones. Las series se repetían. Recomenzaban otras más... Sobrevino un bajar lento y largo; luego, cual si el automóvil se desviara en el fondo de una barranca, un virar rápido sobre la derecha, seguido de un subir breve, pero pronunciadísimo, y, ya en la cima, una vuelta a la izquierda. De nuevo a correr...

Aquel último enlace de accidentes era para Axkaná cosa muy conocida; la identificó en el acto. Un poco más lejos la relacionó inequívocamente con otras peculiaridades topográficas a cuya aparición se adelantó prediciéndolas. «Sí —pensaba—; vamos por el camino del Desierto», y dentro de las tinieblas de la venda se le iluminó el paisaje: de nuevo sabía por dónde lo llevaban.

De allí a poco se detuvo el coche y en seguida avanzó lentamente, inclinándose sobre una de las ruedas delanteras. Cayó después sobre la otra rueda de adelante

mientras la primera ascendía. Luego ocurrió lo mismo con las ruedas de atrás: las dos cayeron y se alzaron en operación alterna.

Habían salvado una de las cunetas... Estaban fuera del camino... El coche, ahora con lentitud, seguía avanzando. Axkaná oía a través del piso el crujir de los neumáticos sobre los terrones; oía el azotar de la hierba doblada por los ejes.

Al cabo de dos o tres minutos de rodar así, el automóvil paró.

Vino entonces un momento de silencio y de quietud infinita. Llegaba al espíritu la majestad de las lomas impregnadas del misterio de la noche, la majestad de la sombra, la majestad de las montañas y del campo... Pero toda esa grandeza se quebró de pronto en el sonido minúsculo de una voz:

—Diles a esos que apaguen.

Sonaron las cerraduras de las portezuelas. Varios hombres, a juzgar por el ruido y los movimientos, se apearon.

—¡Levántese de ay!

La voz era enérgica y ronca.

Mientras Axkaná se incorporaba, dos manos lo cogieron por un brazo y otras lo arrojaron contra el asiento. Ahora sentía apoyársele sobre el pecho el cañón de la pistola.

—Daca el tequila —dijo la misma voz.

Sintió Axkaná que alguien palpaba cerca de su cuerpo. Oyó que movían algo, que rasgaban papeles.

El cuello de una botella vino a tocarle la boca.

—Beba un trago —mandó la voz.

Pero Axkaná, desviando el rostro, respondió firme y tranquilo:

—No bebo.

—¿No bebe?

—No. No bebo.

—Conque no, ¿eh?

Las ondas de la voz siguieron dirección distinta:

—A ver, tú; que te den el embudo del aceite... ¿Conque no bebe?

Se oía el ruido que hacían delante al remover los trebejos del automóvil.

—Conque no bebe... Conque no bebe —repetía la voz.

«Va a ser inútil resistir —pensó Axkaná—. Acaso fuera más juicioso no oponerse.»

Tuvo, sin embargo, miedo de que lo envenenaran:

—Y ¿quién me asegura —preguntó— que es sólo tequila lo que quieren darme?

—Nadie. Y sobran las preguntas. Si quisiéramos envenenarlo o matarlo de otro modo cualquiera, ¿quién lo había de impedir? Pero ya oyó que pedí el tequila. Sienta la botella: está nuevecita, la acabamos de destapar. Beba, pues, por las buenas o por las malas. Traiga la mano... ¿No es ésta una botella?

A despecho de todo, aquel lenguaje hizo cierta gracia a Axkaná. Tocando la

botella, dijo:

—Sí, es una botella.

—Beba un trago, pues... Mire: bebo yo primero.

Breve silencio... Chascaba una lengua:

—Buen tequila, ¡la verdad de Dios!... Ahora usted.

Axkaná bebió.

—¿Es tequila o no es tequila?

—Así parece.

La botella seguía apoyada, en parte, en la mano de Axkaná.

—Beba otra vez.

—No, ya no.

—Beba otra vez, le digo... Y nomás no se me mueva tanto, que la pistola puede dispararse.

Y diciendo así, el desconocido volvió a hacer que la botella y los labios de Axkaná se juntaran. Axkaná tornó a beber.

—¿No es buen tequila?

—Sí, sí es bueno... Pero ¿para qué me han traído a este sitio?

—Ande, ande; no sea curioso. Ya se lo diremos en cuantito que esté briago. Empújese otro trago nomás. Y atienda a mis consejos: si sigue moviéndose no respondo de la pistola.

Con el cuello de la botella golpeaba el desconocido los labios de Axkaná. Lo hacía, evidentemente, con intención de causarle daño y mantenerlo dócil. Para que cesara en aquello, Axkaná bebió.

Esta vez el desconocido no se contentó con que Axkaná bebiera como las otras, sino que le metió entre los dientes varios centímetros de la botella y lo obligó a tragar enorme cantidad del líquido. Sintió Axkaná el efecto cálido del alcohol, que casi lo ahogaba, y un comienzo de mareo. De la cara seguía manándole el hilo de sangre; la humedad le bajaba ya hasta la pechera de la camisa.

—Tome otra vez.

Y la voz, orientada a otra parte, añadió:

—Agárrenlo de los brazos, no sea que con la borrachera se nos alebreste.

De nuevo la voz se volvió hacia él:

—Ándele, don tal; tome otro trago. Está aquí para obedecerme.

Axkaná se resistía.

—Bebe por las buenas, ¿sí o no?

Por cuarta vez consintió Axkaná. Y también ahora sus secuestradores hicieron de modo que el trago ingerido fuera enorme.

Sentía Axkaná como si tuviera lumbre en la boca, en la garganta, en el pecho; pero en medio de todo empezaba a inundarlo inmenso bienestar. Dos tragos más, que le dieron inmediatamente, no provocaron casi resistencia alguna; entraron en él como droga que libera, que alivia. Pero aquello no duró mucho; momentos después sus

sensaciones variaron de golpe. Experimentaba ahora veloces amagos de una borrachera terrible, de una embriaguez extraña que lo inundaba, más que en mareo, en ahogo. Iba sintiéndose otro, otro de segundo en segundo, profundamente otro cada vez que sus arterias, bajo la presión de la sangre, se hinchaban.

Nuevos tragos hicieron que su cabeza se le antojara tan grande como el automóvil, y mayor que la cabeza sentía la herida del pómulo... La venda, ceñida a muerte contra las cejas, le golpeaba las sienes con latidos que eran tremendos martillazos.

—¡Quítenme la venda, quítenmela, por favor!

—Beba otra vez.

Y de nuevo le metieron la botella hasta la garganta. Y no acababa de pasar todavía lo que le echaron en la boca, cuando ya estaban obligándolo a tomar otro trago.

Desde ese momento la operación de hacerlo beber degeneró en continuo forcejeo. Breve rato resistía Axkaná, y luego, exhausto, cedía unos segundos hasta volver a resistir. Así cinco, diez, quince veces. Lo tenían asido por las piernas, por la nariz, por los cabellos. Cuando daba señales de ahogarse lo dejaban descansar y en seguida volvían. Le golpeaban la cara para que abriera la boca; le metían entre los dientes algo parecido a un destornillador.

Finalmente, entre ebrio y desvanecido, fue entregándose. Estaba ahora de espaldas sobre el asiento, y, para mayor facilidad, ya no le daban de beber con la botella, sino con el embudo. Se le mezclaban en la boca, remotos, los sabores del tequila, de la sangre, del aceite... Durante cierto espacio bebió mansamente cuanto le dieron: fue un tiempo largo, larguísimo... Ya no sentía la herida, ni la cabeza, ni el cuerpo. Toda su conciencia era una sola sensación: la de un tubo de metal que se amoldaba a su lengua; la de su lengua escaldada que se amoldaba al tubo de metal.

Y aquella sensación, que por un instante pareció llenar el universo, que fue infinita, empezó a apagarse y desvanecerse, y conforme se desvaneció, todo fue desvaneciéndose con ella.

III

EL CHEQUE DE LA «MAY-BE»

A la una de la tarde del día siguiente Ignacio Aguirre se hallaba solo en su despacho de la Secretaría de Guerra. Ignoraba aún las atrocidades cometidas con Axkaná y esperaba que éste viniese en su busca de un momento a otro, según costumbre de los dos amigos a tales horas. Entre tanto, aguardando, meditaba. Tenía el codo apoyado sobre la mesa —libre entonces de papeles—, el puro en la boca, y los dedos de la mano atentos a acariciar, con deleite, la fina epidermis del tabaco.

Poco antes, por la puerta de la antesala, había entrado un oficial del Estado Mayor con la lista de las personas que solicitaban audiencia. Sin leer los nombres ni cambiar de postura, Aguirre había dicho:

—¿Mucha gente?

—Ochenta y nueve, mi general.

—Muy bien; no recibo a nadie.

Minutos después, por otra puerta, el mismo oficial había vuelto a presentarse. Preguntaba ahora si el ministro celebraría acuerdo esa tarde con los jefes de los departamentos pendientes de turno desde hacía dos semanas. Aguirre, impaciente y con destemplanza, había respondido:

—Cuando haya acuerdo lo comunicaré yo. Dígalo así a los jefes que preguntan... Y usted también, ¿a qué hora va a parar de estarme molestando?

Tras de lo cual, en fuga los entes del mundo oficinesco, el ministro de la Guerra había podido seguir, por trecho considerable, el hilo de sus reflexiones.

Éstas no se referían, como pudiera creerse, a los intereses de la República ni a las labores del ministerio. Aguirre sólo pensaba en su situación personal. Esa mañana había creído descubrir la fórmula aplicable a su lucha con Hilario Jiménez, a su conflicto con el Caudillo, y desde entonces no hacía sino entregarse de lleno, con la morbosidad de la idea fija, a los planes que esperaba llevar muy pronto a la práctica.

Quince minutos habrían pasado así cuando apareció por la puerta del pasillo —puesto el sombrero, el bastón en ristre— la figura de Remigio Tarabana.

—¿Hay paso?

Aguirre no se movió de su asiento, no volvió el rostro siquiera. Se contentó con ver de soslayo al visitante, conforme murmuraba entre dientes y puro:

—Hay paso.

Tarabana caminó entonces hasta el centro de la habitación y allí se detuvo. Traía ese aire, medio irónico, medio cínico, que en él quería decir: «Negocio hecho». Luego, en vista de que Aguirre no se dignaba fijar los ojos en él, se acercó hasta la mesa, acentuando al andar la sonrisa y el talante de su buena fortuna.

—¡Vaya una manera —exclamó— de recibir al mejor de los amigos, o, por lo menos, al amigo más útil!

Y trasladando a los actos el énfasis de las palabras, tiró de una butaca, se sentó,

puso en la mesa el bastón y el sombrero y se dio a tamborilear sobre cuanto quedaba a su alcance. Aguirre no se movía.

—Pero ¿es que no hablas hoy? —dijo Tarabana; y agregó luego, soliloquiando—: Veremos si habla o no habla.

Sacó su cartera; de ella extrajo un papelito amarillo, que dobló con esmero, en forma que hiciera puente, y en seguida, poniéndolo sobre la mesa y dándole un papirotazo, hizo que viniera a quedar junto a la mano de Aguirre.

—¡Ahí va eso! —había dicho al tiempo de lanzar su proyectil.

Aguirre volvió entonces de su abstracción. Tomó el papel, lo desdobló y, de una ojeada, leyó en él las líneas de caracteres más visibles. El papelito amarillo era un cheque que decía:

—*Bank of Montreal.—Páguese al portador la cantidad de veinticinco mil pesos.*
—*May-be Petroleum Co.—By M. D. Woodhouse.*

—No está mal el negocio. El terreno me había costado novecientos pesos.

Y otra vez dejó Aguirre el cheque sobre la mesa.

Tarabana, mientras tanto, empapaba su sonrisa en cinismo e ironía.

—¡Conque al fin hablaste! ¡Conque no estás mudo! ¡Veinticinco mil pesos para que el joven ministro se quitara el puro de la boca y despegara los labios!... Sí, señor; eso es lo que dan por el terreno..., por el terreno y por el servicio, o, si ha de decirse la verdad, sólo por el servicio, pues el terreno, a lo que me figuro, no vale ni cuartilla. Pero en fin, lo importante es que lo dan, y que lo dan sin que haya de firmarse ninguna escritura... ¿Quieres hacerme el favor de guardarte ese cheque en la cartera, en vez de abandonarlo de ese modo, como si nada te importase?

Aguirre dejó el cheque donde estaba.

—Y el servicio —preguntó—. ¿En qué consiste? Dímelo con entera exactitud.

—¡Otra vez! Lo he dicho de doscientas maneras: en dar las órdenes para que los terrenos ocupados por la Cooperativa Militar vuelvan desde luego a la «May-be Petroleum Co.»; y esto en vista de que la compañía (fíjate bien, porque así han de expresarlo las comunicaciones), en vista de que la compañía tiene perfectamente demostrados, a satisfacción de la Secretaría de Guerra, los derechos que le asisten...

—Muy bien, muy bien. Llama a Cisneros y díctale el oficio tú mismo.

—¡No, señor! ¡Nada de Cisneros! Éstos no son asuntos de la secretaría particular. Las comunicaciones debe girarlas el departamento con todos los requisitos que sean del caso. Tal fue el convenio.

—Pero ¿cuándo dijiste tú que había de girarlas necesariamente el departamento?

—Dije que las órdenes debían ir en regla, que da lo mismo... En fin, no discutamos. Si no te parece, desharemos lo hecho: devuelvo sus veinticinco mil pesos a la «May-be» y santas pascuas. Por otra cosa no paso... ¡Qué demonios! Esas gentes hacen demasiado pagando porque se las trate con justicia. ¿Y todavía así vamos a engañarlos? Ni como agente de ellos, ni como amigo tuyo me avengo... Es, además, una vergüenza que la Secretaría de Guerra apoye en sus latrocinios a un grupo de

militares bribones que andan organizando empresas petroleras con terrenos ajenos.

—El Caudillo les sugirió la idea.

—Tanto peor... Y así y todo, apuesto lo que gustes a que el Caudillo, y eso a pesar de ser él capaz de apropiarse todo México, no te ha dicho una sola vez que autorices el despojo de la «May-be».

—Francamente no me lo ha ordenado nunca; pero con embozo, no una vez, muchísimas.

—Pues desautoriza entonces lo que se pretende, porque es un robo. Lo aseguro yo.

Aguirre estuvo un momento pensativo. Luego, tomando el cheque de sobre la mesa, observó:

—¿Y esto, Tarabana? ¿No hay también algo parecido al robo en el simple hecho de que acepte yo este dinero que tú me traes?

—Depende, hombre, depende... Axkaná, por ejemplo, diría que sí; pero Axkaná es hombre de libros. Yo, que vivo sobre la tierra, aseguro que no. La calificación de los actos humanos no es sólo punto de moral, sino también de geografía física y de geografía política. Y siendo así, hay que considerar que México disfruta por ahora de una ética distinta de las que rigen en otras latitudes. ¿Se premia entre nosotros, o se respeta siquiera al funcionario honrado y recto, quiero decir al funcionario a quien se tendría por honrado y recto en otros países? No; se le ataca, se le desprecia, se le fusila. ¿Y qué pasa aquí, en cambio, con el funcionario falso, prevaricador y ladrón, me refiero a aquel a quien se calificaría de tal en las naciones donde imperan los valores éticos comunes y corrientes? Que recibe entre nosotros honra y poder, y, si a mano viene, aun puede proclamársele, al otro día de muerto, benemérito de la patria. Creen muchos que en México los jueces no hacen justicia por falta de honradez. Tonterías. Lo que ocurre es que la protección a la vida y a los bienes la imparten aquí los más violentos, los más inmorales, y eso convierte en una especie de instinto de conservación la inclinación de casi todos a aliarse con la inmoralidad y la violencia. Observa a la policía mexicana: en los grandes momentos siempre está de parte del malhechor o es ella misma el malhechor. Fíjate en nuestros procuradores de justicia: es mayor la consideración pública de que gozan mientras más son los asesinatos que dejan impunes. Fíjate en los abogados que defienden a nuestros reos: si alguna vez se atreven a cumplir con su deber, los poderes republicanos desenfundan la pistola y los acallan con amenazas de muerte, sin que haya entonces virtud capaz de protegerlos. Total: que hacer justicia, eso que en otras partes no supone sino virtudes modestas y consuetudinarias, exige en México vocación de héroe o de mártir.

Aguirre había escuchado el discurso de Tarabana con demostraciones de complaciente incredulidad. Esbozaba sonrisas. Nada respondía. Tarabana prosiguió:

—Conque ya lo sabes. ¿Te sientes héroe? Devuélvele su cheque a la «May-be» y hazle justicia gratuitamente, de oficio. Porque devolverle el cheque y dejarla en el aprieto no sería honrado tampoco: equivaldría a ponerse de parte de los que roban.

¿Que no te sientes héroe ni cómplice del salteador? Muy bien; entonces debes aceptar lo que se estima que vale tu servicio y prestarlo. Exigir más de ti se pasaría de lo justo. La nación te paga porque seas ministro de la Guerra (cargo que ocupas por motivos del todo ajenos al sueldo), pero no te paga para que concites en contra tuya los odios y los riesgos de proceder rectamente. Así las cosas, lo verdaderamente honrado consiste en obrar bien a cambio de honorarios equitativos. ¿Cuánto valen los terrenos que pelea la «May-be»? Dos o tres millones de pesos. ¿A ti cuánto puede costarte el simple hecho de declarar que los títulos de la compañía son legalmente intachables? No lo sabes tú mismo: el rompimiento final con el Presidente, el odio de muchos generales, tu carrera política, tu vida... ¿Por qué, pues, ha de haber robo en el hecho de que aceptes una pequeñísima suma a cambio de actos que, si no los ejecutas, te colocan de parte de los verdaderos pícaros, y si los ejecutas te exponen, de seguro, a dar tarde o temprano más de lo que ahora recibes? Créeme que, procediendo así, tú o cualquier ministro de los gobiernos de México se portan con mayor honradez que los cirujanos que cobran cinco mil pesos por una operación o los abogados que ponen minutas de cien mil. Quiero decir que los ministros, en tales casos, explotan menos su capacidad, ganan más a conciencia su dinero.

Aguirre, con el cheque entre los dedos, seguía sonriendo. Al fin exclamó:

—¿Quieres que te diga la verdad, Tarabana? Eres un sinvergüenza de mucho talento y yo, aunque sin tu talento, soy otro sinvergüenza.

—¡Hombre!

—... Sí. Ahora, que a mí me queda una virtud que tú ya has perdido: la de no justificarme, la de saber que soy un sinvergüenza y reconocerlo de plano. ¿A que no lo declaras tú con la misma sencillez?

—Diría una mentira.

—Dirías la verdad; sería entonces cuando dirías la verdad...

—Yo te aseguro...

—¡Ah! ¿No? Muy bien, muy bien; dejemos entonces el punto y vamos a lo que importa. Mira: me embolso los veinticinco mil pesos. Voy también a darte las comunicaciones según las quieres. Pero ya que hablas de moral, no confundas los móviles. ¿Sabes por qué tomo el dinero? No porque me figure que el tomarlo está bien hecho; no soy tan necio. Lo tomo porque lo necesito, razón, ésta sí, definitiva, concluyente: «Porque lo necesito». En cuanto a tus silogismos, no podrían convencerme; son buenos para los acomodaticios y los pusilánimes, y yo, aunque sinvergüenza, no me rebajo a tal extremo. Soy un sinvergüenza, pero un sinvergüenza dotado de valor y de voluntad.

Al pronunciar las últimas palabras, Aguirre había tocado uno de los timbres que se alineaban sobre la mesa. Segundos después su secretario particular apareció.

—Señor Cisneros —ordenó el ministro—, vaya usted en persona, se lo ruego, a la oficina del general Olagaray y dígame que se presente inmediatamente trayendo el legajo de la «May-be».

IV

ÚLTIMOS DÍAS DE UN MINISTRO

El general Olagaray entró en el despacho del ministro de la Guerra esparciendo miradas recelosas y apretando contra su pecho el nutrido expediente de la «May-be». En el acto se echaba de ver, por el vigor con que sujetaba los papeles, la enorme importancia que para él, personalmente, tenía la materia en ellos consignada. Era alto, robusto, encendido de color. Cabellera y bigote, ya entrecanos, hacían contraste con su piel, de apariencia joven y sanguínea, de igual modo que toda su figura cobraba visos inexplicables frente a la persona de Ignacio Aguirre: todo en Olagaray trascendía a soldado viejo, a soldado de carrera; todo en Aguirre, a improvisación juvenil.

—Estoy a sus órdenes, mi general —dijo saludando al ministro con la rigidez académica de los antiguos jefes federales. Y luego, tras de volverse con leve inclinación de cabeza hacia Remigio Tarabana, que fingía mirar la calle desde el hueco de un balcón, se mantuvo firme a dos metros de la mesa, seguro de que el ministro, como de costumbre, lo invitaría a sentarse. Su tono había sido hipócrita; sus ademanes, serviles.

Aguirre no sólo lo dejó esta vez en pie, sino que esperó adrede a que pasaran varios segundos antes de dirigirle la palabra. Cuando por fin empezó a hablarle, lo hizo con gravedad ambigua, tan pronto solemne, tan pronto irónica.

—Lamento mucho, compañero —dijo el ministro— tener que comunicarle a usted una mala noticia... Lo he llamado para que terminemos de plano el embrollo de esa compañía petrolera: la «May-be». Sé que usted es el más interesado en que se resuelvan de modo adverso las peticiones de la compañía, lo que vale tanto como decir que no habría yo tardado más de un minuto, si de mi sola voluntad dependiera, en dar las órdenes que lo dejaran a usted satisfecho. Desgraciadamente, no puede ser. He pensado bien la cuestión, la he estudiado con toda calma, y mi resolución es contraria a los intereses de usted y de sus amigos. La Cooperativa Militar debe desprenderse en el acto de los terrenos que ocupa; más aún, no debe volver a hablar de que esos terrenos le pertenecen bajo ninguna forma, ni pretender tampoco, esto mucho menos, apoderarse otra vez de ellos por la fuerza... Atienda usted, pues, a que se escriban inmediatamente las comunicaciones y telegramas necesarios y tráigalos en seguida para que los firme... Los oficios, no lo olvide, deben venir registrados ya y puestos en los sobres correspondientes. De ese modo la secretaría particular se encargará de remitirlos a su destino. Quiero que así se haga.

El general Olagaray, bermejo como era, se había puesto blanco: sentía írsele de entre los dedos el gran negocio de su vida. En un principio balbuceó expresiones servilmente aprobatorias; pero después, repuesto en parte, sobreponiéndose a los efectos de la sorpresa, aventuró frases de naturaleza más firme:

—Sólo una observación quisiera hacerle, mi general, si usted me lo permite.

—Hágala, compañero, hágala.

—Los terrenos tomados a la «May-be» son, como usted lo sabe sin duda, la única esperanza sólida de la Cooperativa Militar. Una vez devueltos, la Cooperativa deberá considerarse en quiebra.

—Sí, es muy posible. ¿Y qué?

—Que el señor Presidente de la República, cosa que de seguro usted no ignora tampoco, nos hizo la promesa de darnos todo su apoyo. Él mismo señaló los terrenos de la «May-be» como los más a propósito para que la Cooperativa Militar naciera en condiciones bonancibles.

Por un momento el general Olagaray se calló. Aguirre había sacado de uno de los cajones de su mesa una hoja de papel y trazaba en ella, rápidamente, varios renglones: el rasguear de la pluma ponía a descubierto en el silencio de Olagaray abismos serviles, falsedad respetuosa y sumisa. Hecho por Aguirre el garabato de la rúbrica, Olagaray se dispuso a proseguir:

—Indicaba yo, mi general, que de seguro conoce usted las promesas que nos hizo el señor Presidente...

—El Presidente, compañero —repitió el ministro—, no puede haberles prometido a ustedes que sancionaría un verdadero despojo. Hablemos claro: ¿a quién pertenecen legítimamente los terrenos en disputa: a la Cooperativa o a la «May-be»?

Olagaray contestó con firmeza súbita, con firmeza extraña después de sus vacilaciones anteriores.

—Como director de la Cooperativa, declaro que los terrenos son nuestros, mi general; los ocupamos en virtud de decretos que anulan, o que al menos ponen en tela de juicio, las malas concesiones hechas bajo Don Porfirio...

—Sí, sí, conozco la historia. Pero no confundamos los papeles; yo no hablo ahora con el director de la Cooperativa Militar, entidad ajena a esta Secretaría, me dirijo al jefe de uno de los departamentos del ministerio, al funcionario público. Juzgando con los documentos que tiene usted en la mano, ¿a quién asiste mejor derecho: a la Cooperativa o a la «May-be»?

—Si sólo se atiende al antecedente legal, es decir, si se descarta lo que es aquí más importante: las consideraciones de orden revolucionario...

—La Revolución no puede servirle de argumento. Acuérdesse de 1913, cuando mandaba usted las tropas huertistas en Sonora; nosotros representábamos «las consideraciones de orden revolucionario»; usted luchaba por quienes las querían aplastar. Aténgase, pues, a las consideraciones legales y respóndame con franqueza.

—Legalmente... el derecho... parece favorecer a la «May-be»...

—Muy bien, compañero. Eso es todo lo que nos interesa. Si a juicio de la Secretaría los terrenos pertenecen a la «May-be», yo, en mi carácter de ministro, no autorizo ni solapo que un grupo de militares se prevalga de sus armas para declararse dueño de esos terrenos. ¿Me comprende usted ahora?

—Sí, mi general.

Aguirre tendió entonces al general Olagaray el papel donde había escrito poco antes.

—Ahí tiene usted el acuerdo. Espero los oficios dentro de media hora. En todos ha de transcribirse, textualmente, lo que el acuerdo dice: que los terrenos se devuelven a la «May-be», porque ésta ha probado, a satisfacción de la Secretaría de Guerra, que sus derechos no pueden ponerse en duda... Hasta la vista, compañero.

No bien cerró la puerta Olagaray, Remigio Tarabana se soltó comentando la escena. Decía, conforme caminaba desde el hueco del balcón hasta el centro de la pieza:

—¡Eso es! ¡Así se hace! Lleva la estocada hasta la bola. Si antes te odiaba, en este instante te mataría. Pero la verdad es que no merece conmiseración ninguna; es un tipo despreciable. ¡Un general federal que se dejó derrotar diez veces, siempre por pura cobardía, y que ahora tiene a mérito haber contribuido con sus propias derrotas, como él dice, a la gloria militar de la Revolución! Si el Caudillo fuera menos farsante, en vez de protegerlo lo mandaba fusilar.

En aquel momento se abrió la puerta de la antesala y entró el ayudante de guardia. Tarabana se detuvo. El oficial se acercó a la mesa del ministro, le entregó una tarjeta y, casi en el oído, le murmuró algunas palabras.

Después de leer la tarjeta, observó Aguirre en alta voz:

—No es cierto; no la conozco ni de nombre... ¿Qué aspecto tiene?

—A mí me parece muy bien, mi general.

Sonrió Aguirre. Luego preguntó:

—¿Y dijo eso? ¿Que en cuanto supiera yo que se trataba de ella la recibiría?

—Así dice, mi general.

Aguirre tornó a mirar la tarjeta, mientras repetía con ánimo y gestos evocadores:

—Beatriz Delorme... Beatriz Delorme... ¿Quién podrá ser?

Ahora era el oficial quien sonreía. Tarabana, de pronto, estalló en carcajadas:

—¿Beatriz Delorme? Que ¿quién es Beatriz Delorme? ¡*La Mora*, hombre! ¿Quién había de ser?

Aguirre rió también mientras ordenaba:

—Hágala usted pasar en seguida.

La Mora era, en efecto. Venía agitadísima, nerviosa, lo que contribuía a que su semblante no fuera aquel que sus amigos estaban acostumbrados a admirar en las horas de la disipación nocturna. Algo marchita, algo cansada, se empañaba su belleza, como si en aquella hora diurna la deslustrara la luz del sol.

Entró hablando apresuradamente:

—Perdóname, Nacho, perdóname si por culpa mía se quebrantan tus órdenes, tus consignas, como tus oficiales dicen; pero estoy...

Aguirre y Tarabana habían avanzado hasta ella. Entrambos la tomaban por los brazos y la llevaban hacia el sofá. Aguirre, entre tanto, le decía:

—¡Consignas! Para ti, *Mora*, no hay consignas. Tú mandas aquí, aquí como en

todas partes. Vamos, siéntate; dinos lo que te pasa. ¿En qué te puedo servir?

—Vengo... No, no sé decirte cómo vengo: vengo verdaderamente desolada...

Y estuvo a punto de romper a llorar.

—Pero ¿qué te sucede? Dilo.

—No, si no es a mí; se trata de Axkaná.

La jovialidad de Aguirre se nubló de un golpe.

—¿Le ocurre algo a Axkaná?

—Sí; algo muy grave, algo gravísimo... Verás: yo salgo ahorita de la Inspección General de Policía, o, mejor dicho, de estar con el inspector. Anoche, a eso de las once, me llevaron detenida por cosas que no valen la pena de contarse. El inspector, para dejarme salir, quiso imponerme ciertas condiciones; y como yo, por lo que tú quieras, me encapriché en no darle gusto, el tiempo se nos fue pasando en dimes y diretes. Mientras más pesado se ponía él, yo más lo toreaba. Así dieron las doce, la una, las dos. Como a las tres de la madrugada vino a hablar con el inspector el jefe de las comisiones de Seguridad, ese a quien llaman *el Alcayata*...

—¿Zaldívar?

—Ese mismo: el coronel Zaldívar. Yo estaba en una pieza; ellos se pusieron a hablar de sus cosas en la pieza contigua. Al principio no me importó lo que pudieran decirse; sólo me llegaba el runrún de sus voces; pero de repente me acometió el miedo de que quisieran hacerme algo y me acerqué hasta la puerta para ver y oír. Entonces mi curiosidad fue enorme, porque oí, clarito, que pronunciaban dos veces seguidas el nombre de Axkaná. Por desgracia, ellos estaban en el otro extremo de la habitación y todo lo decían tan bajito que era como si se secretaran. Algo me llegaba, sin embargo; cogí dos o tres frases y muchas palabras sueltas. Zaldívar, a lo que parece, contaba al inspector que habían plagiado a Axkaná cuando salió del Frontón Nacional; que lo llevaron por el camino del Desierto y que lo echaron no sé donde, después de hacerle algo que no entendí bien: hablaban mucho de tequila, del automóvil, del embudo, del aceite. El inspector dijo varias veces, y tan claro que todavía estoy oyéndolo: «Oye, ¿y si se muere?». Y Zaldívar contestó una vez: «Si se muere, que se muera. Cosas más raras se han visto».

Aguirre no esperó a que *la Mora* se extendiera más en su relato. Fue precipitadamente a su escritorio, y tras de tocar allí uno de los timbres, se acercó a la puerta. Segundos después entró Cisneros, el secretario particular.

—Llame usted inmediatamente por teléfono —dijo Aguirre— a la casa del diputado Axkaná González; si está, que se ponga en el acto al aparato... Pero aprisita, Cisneros; la cosa urge.

Cisneros no tardó mucho en volver. Venía ahora demudado; no se decidía a transmitir su mensaje.

—¿Qué hay? ¡Dígalo pronto!

—Sí se halla en su casa don Axkaná, mi general; pero no puede venir al teléfono... Dicen que casi está agonizando.

—¡Agonizando! —gritó *la Mora*—. ¡Agonizando! ¿Ya lo ven?

Y se deshizo en llanto.

Con serenidad perfecta —serenidad que resaltaba sobre el fondo de su precipitación nerviosa de los minutos anteriores— Aguirre fue a tomar el sombrero y el bastón y tornó a acercarse al sofá. Pasó la mano sobre el hombro de *la Mora*, toda estremecida de sollozos, y, acariciándoselo, le dijo:

—Gracias por el servicio, Beatriz. Eres una excelente amiga. Ahora tranquilízate, vete a tu casa. No enteres a nadie de lo que oíste anoche en la Inspección; tampoco digas que has venido a contármelo. Tarabana y yo vamos desde luego a ver a Axkaná, y dentro de un rato te mandaremos aviso de si efectivamente se encuentra como dicen.

En la maniobra de ir a coger a su vez sombrero y bastón, Tarabana dejó que Aguirre se le adelantara varios pasos, y antes de salir tras él, hizo una seña a Cisneros para que se acercara. En la puerta, tomándolo por el brazo, le dijo:

—El general Olagaray no tardará en venir con unos papeles; dígame usted que se los entregue, que es orden del ministro... Se trata de la «May-be»... Negocio muy importante... ¿Me comprende usted? Algo le va en ello. ¡Palabra!

Y salió.

En casa del diputado Axkaná González todo andaba conmovido y revuelto desde las primeras horas de aquella mañana. Entraban y salían amigos y conocidos; daban órdenes tres médicos; la campanilla del teléfono sonaba continuamente. Y mientras tanto, como fondo a propósito para el resalte del extraordinario trajín, la madre y las hermanas de Axkaná no cesaban en sus lamentaciones.

Ignacio Aguirre llegó alrededor de las tres, acompañado de Tarabana y pidiendo en seguida lo pasaran a la habitación del enfermo. Así se hizo. La pieza, con los dos balcones totalmente abiertos, estaba inundada en luz —luz de tonos todavía meridianos, nacida, al parecer, de los dos rombos deslumbrantes que el sol cortaba en una orilla del piso—. Se oía a lo lejos, por la Reforma, el *claxon* de los automóviles que pasaban, y más lejos aún, hacia la calzada de Chapultepec, el sordo estrépito de los tranvías. Ruido y luz, disueltos de pronto en una sensación única, fueron un momento, para Aguirre, presencia imponderable del espíritu de su amigo; por vez primera se asomó él también a ese sentido que Axkaná buscaba siempre en la fisonomía de cada hora.

Aguirre se mantuvo varios minutos cerca del lecho, tan inclinado el cuerpo sobre el del enfermo, que casi lo tocaba con la cara. Quería confirmar con la vista, con el oído, con el tacto las sospechas que había despertado en él la relación de *la Mora*. Mas no por mucho acercarse oyó otra cosa que roncós estertores, ni vio nada aparte del montón de vendas que envolvían la cabeza de Axkaná, y un brazo desnudo, con fuertes magullamientos en la muñeca, cuyas manchas lívidas contrastaban con la palidez perfecta de la mano.

Media hora después, hablando a solas con el médico de la casa, Aguirre quiso conocer la explicación científica del suceso o, por lo menos, las impresiones que del suceso se tuvieran. El médico, de muy poco temple, por lo que se veía, empezó queriendo escabullirse. Lo azaraba la presencia del joven ministro de la Guerra, cuya sola proximidad era para él, como buen profesionista mexicano, anuncio de vitandas complicaciones políticas y tremendas molestias personales.

—Yo mismo, señor general, no me lo explico —decía—, o, si lo prefiere usted, me lo explico demasiado; es un simple caso de intoxicación, de intoxicación por alcohol.

Tales sujetos, huidizos o pusilánimes, eran para Aguirre presa fácil. De la mirada débil, con opacidades de fatiga, los ojos del ministro saltaron de súbito a la otra mirada, a la que descubría misteriosas y tenebrosas profundidades evocadoras de las peores escenas de la Revolución.

—¿Caso simple le parece a usted? —Y las palabras sonaron a lo que lucían los ojos.

El médico tartamudeó algo. Luego dijo:

—Me parece simple en cuanto a la causa, en cuanto al alcohol... Ya en los efectos, la apariencia se complica. Comprendo, sí, que siendo los síntomas tan agudos, apenas se crean... Por otra parte, es casi imposible que un hombre sobrio habitualmente, como Axkaná, alcance a ingerir la cantidad de alcohol que él parece haber tomado. En la mañana, al recogerlo de la calle, rezumaba tequila, literalmente, hasta por las uñas. Lo hallaron no sé dónde, cerca de aquí, según dicen... Desde entonces está como usted lo ve; no lo arrancan del coma las reacciones más enérgicas que permite la prudencia... A juzgar por las heridas y contusiones de la cabeza, debe de haber sostenido una riña feroz. Tiene rotos tres dientes; flojos, no sé cuántos...

Aguirre, ya impaciente, lo atajó:

—Hablemos claro, doctor. Harto sabe usted que esos golpes no los ha recibido Axkaná en riña alguna.

—¿Yo?... ¿Cómo había yo de saberlo, señor general?

—Facilísimamente. ¿Le ha examinado usted las manos?

—Sin duda, como todo el cuerpo.

—Pues bien: yo, que apenas se las he visto, estoy seguro de que con ellas no dio Axkaná un solo golpe. ¿De qué riña está usted hablando entonces?

Las evasivas del médico cobraron nuevo giro.

—Yo no soy un político, señor general; yo no me meto en esas cosas.

—Por supuesto, doctor, ni lo pretendo tampoco. Pero es usted médico de esta casa y está obligado a no encubrir lo que debe saberse. ¿O prefiere usted el bochorno de que llamemos a persona que nos inspire más confianza?

—¡No, eso de ninguna manera! Estoy enteramente a sus órdenes. Y para que no haya equívocos le confesaré desde luego que también a mí me asaltan ciertas sospechas. Es posible que el tequila no lo haya bebido Axkaná, sino que se lo hayan hecho tragar de modo violento.

—Eso es lo primero que debió usted decirme.

El médico se arrepintió:

—Claro que se trata de una mera hipótesis.

—¿Cómo de una hipótesis! ¿Y los dientes? ¿Y la lengua? ¿Y los brazos?... Pero vamos ahora a lo que importa: ¿está usted seguro de que sólo es alcohol?

—¡Hombre! Seguro no. En esto no se está nunca seguro. Pero si no es alcohol, no veo qué pueda ser. Lo único terrible, salvo que me engañe, es la cantidad. ¿Nota usted cómo llega hasta aquí el olor del tequila?... Todavía se le filtra por todos los poros...

Adrede prolongó Aguirre su visita a la casa de Axkaná hasta las últimas horas de la tarde; de modo que no estuvo de regreso en su despacho de la Secretaría de Guerra sino bien pasadas las seis. En el ascensor había dicho a Tarabana, que aún lo acompañaba:

—Ahora sí, te lo aseguro, me han colmado el plato. Pero no lo tolero una hora más. ¡Ni un minuto más! Esta misma noche estarán en mi poder las pruebas de la trama, y mañana... Mañana ocurre una de dos cosas: o renuncia Hilario Jiménez, o

renuncio yo después de romper con el Caudillo. ¿Quieren a fuerza que luchemos? Pues iremos a la lucha; que al fin y al cabo, en política, en México, todos pierden. Veremos ahora a quién le toca.

El secretario particular acudió al despacho del ministro trayendo un rimero de papeles que puso sobre la mesa. Aguirre, breve, preguntó:

—¿Qué es?

—La firma, mi general.

—Hoy no firmo. Que me comuniquen con la Inspección General de Policía; que se ponga al teléfono el inspector general.

Ya Cisneros recogía los papeles, cuando advirtió el guiño que le hacía Tarabana. Entonces separó con rapidez varios pliegos y volvió a depositarlos frente al ministro.

—Estos oficios —dijo— me los entregó el general Olagaray. Aseguró que eran muy urgentes. ¿Los dejo aquí o también me los llevo?

—Sí, déjelos. Mientras los firmo, llame usted mismo a la Inspección.

Salió Cisneros y Aguirre se puso a firmar. Tarabana lo ayudaba: aplicaba el secante, volvía las hojas. Luego cogió los dos primeros oficios y se puso a leerlos cuidadosamente. Así que terminó la lectura, le preguntó Aguirre:

—¿Te satisfacen?

—Más de lo que esperaba; con esto, aunque renuncies, la «May-be» queda a salvo por ahora. Si te parece, llevaré las comunicaciones yo mismo. Es más seguro.

Minutos después el ministro de la Guerra hablaba por teléfono con el inspector general. Corta y amistosa, la conversación no tuvo nada de extraordinaria. Aguirre se limitó a requerir, para una investigación urgente de la Secretaría, los servicios del coronel Zaldívar, jefe de las Comisiones de Seguridad, y los de otros dos agentes eficaces. Es decir, que su petición no se apartaba mucho de las que hacía frecuentemente.

Colgado el audífono, Aguirre llamó al oficial de guardia, a quien dio diversas órdenes, y preguntó luego:

—¿Está allí Cahuama?

—Sí, mi general.

—¿Y Rosas?

—También, mi general.

—Bien. Diga usted a Cahuama que dentro de unos minutos iré a su casa con otras personas. Él y Rosas vendrán también. Que se alisten, que bajen al patio de la Secretaría y que cuando me vean salir del ascensor se acerquen a mí y suban conmigo al automóvil. Conviene que el chofer sepa desde ahora a dónde vamos; así no tendrá que pedir órdenes... ¿Entendido?

—Entendido, mi general.

—¡Ah! Otra cosa. El coronel Zaldívar y dos agentes de la policía se presentarán aquí de un momento a otro. Haga usted pasar al coronel en cuanto llegue; a los agentes, no. Que ellos se queden en la oficina del Estado Mayor y de allí no salgan,

por ningún motivo, hasta nueva orden. ¿Me entiende usted? Por ningún motivo, hasta nueva orden.

Serían las siete y media de la noche cuando el automóvil de Aguirre salió de la Secretaría de Guerra rumbo hacia la Lagunilla, barrio de la casa del capitán Cahuama. Iban en él, además del ministro, Tarabana, el coronel Zaldívar y los dos oficiales.

La casa de Cahuama no era de él en realidad, sino de Aguirre; pero Cahuama — antiguo asistente del ministro, ascendido ahora a ayudante del Estado Mayor— era quien vivía en la casa y le daba su nombre. Aguirre la visitaba sólo de tarde en tarde, para ciertas citas o entrevistas, lo cual la había hecho famosa en el barrio, tanto por los magníficos coches que entonces esperaban a la puerta, como por las ponderaciones de tenderos y cantineros vecinos, satisfechos de lo mucho que allí se consumía. Aparte Cahuama y una criada, dos o tres soldados de la escolta de Aguirre habitaban siempre en la casa.

Todo estaba cerrado y a oscuras cuando el automóvil se detuvo frente al zaguán. Un soldado vino a abrir. La criada acudió, franqueando puertas y encendiendo luces.

Entraron. En la sala, o lo que hacía sus veces, la criada se apresuraba ya a descorrer los pasadores de los balcones cuando Aguirre la contuvo:

—No; deja echadas las maderas y vete. Si algo necesito, te llamaré.

Cahuama y Rosas se habían quedado en el corredor. Dentro de la pieza estaban Aguirre, Tarabana y el coronel Zaldívar. Éste era alto, robusto, de cabellera rojiza, que en ese momento reproducía, en parte, la forma del sombrero tejano, quitado poco antes. Su aire, muy tranquilo, aunque alerta, era el normal en los hombres hechos a toda suerte de acontecimientos imprevistos. Fumaba con placidez el puro que Aguirre le dio al salir del despacho y se acariciaba con la otra mano —hábito de observadores— la cadenilla del reloj.

—Siéntese, coronel —dijo Aguirre—. Siéntate —añadió, dirigiéndose a Tarabana.

Y los tres se sentaron: Zaldívar, en el sofá; Tarabana y Aguirre, en los sillones. Luego, tras breve pausa, empezó Aguirre a exponer el asunto que los reunía, lo cual hizo con tono tan tranquilo, que casi parecía indiferente al sentido de sus palabras.

—Como verá usted, coronel, la cuestión es bien sencilla. Se trata del atentado de anoche contra una persona que estimo muchísimo: contra el diputado Axkaná González. ¿Qué se sabe de eso en la Inspección?

Zaldívar contestó con voz no menos sosegada que la del ministro:

—Cualquier cosa, mi general; simples rumores.

—Muy bien; pues con esos rumores que usted conoce y con lo que yo ya sé de fijo vamos a descubrir, si no tiene usted inconveniente, a los autores del crimen... ¿Trae usted pistola?

—Sí, mi general.

—Permítame verla.

Zaldívar sacó su arma y se la entregó a Aguirre, sin que por ello se produjera en

la tersura de su naturalidad la arruga más leve. Su semblante era el de un amigo que muestra a otro algo para que lo vea.

—¡Cahuama! —gritó Aguirre tomando la pistola.

Se presentó Cahuama.

—Que el coronel —ordenó el ministro— te entregue sus otras armas, si alguna más trae.

—Nunca llevo más que una pistola, mi general —dijo Zaldívar.

—Por las dudas nos cercioraremos.

Cahuama se puso a cachear al coronel:

—No carga nada, mi general.

—Muy bien... ¡Rosas!

Acudió Rosas. El ministro le tendió la pistola de Zaldívar:

—Tome usted esto y permanezca aquí presente... Tú, Cahuama, trae papel de escribir, una botella de coñac, otra de tequila y tres copas.

Cahuama salió.

—Si mi general me lo permite —observó Zaldívar, todavía con su serenidad íntegra—, haré una aclaración: no hacía falta desarmarme, soy hombre de confianza.

Aguirre, en vez de contestarle, se puso en pie y comenzó a recorrer la sala de un extremo al otro. Mudo en su asiento, Tarabana veía.

De allí a poco Cahuama entró con una de las botellas y el papel. Un soldado traía la otra botella y la bandeja con las copas. Lo pusieron todo en la mesita de centro. El soldado salió.

Aguirre cogió la botella de coñac y sirvió dos copas; luego vertió una de tequila.

—Para usted —dijo a Zaldívar, alargándole la copa de tequila. A Tarabana, en silencio, le dio una de coñac. Para sí cogió él la otra.

—¡Salud!

Los tres bebieron.

—Ahora, coronel, va usted a sentarse a esta mesa y a consignar aquí, en estos papeles, de su puño y letra, lo que usted y otros agentes de la policía hicieron anoche al diputado Axkaná González en el camino del Desierto. Y bueno es que desde el principio advierta usted que no tiene objeto mentir: conozco la historia como si la hubiera vivido.

Zaldívar contestó impasible:

—Yo le protesto a usted, mi general, que no sé una sola palabra de lo que me está usted hablando.

—Pues yo digo lo contrario, coronel: que usted miente.

—No, mi general, no miento...

—Muy bien. Entonces, si no sabe usted lo que le pregunto, va a permitirme que lo entere... ¡Rosas!

—Mi general.

—Salga usted a la calle y dígame al chofer que me mande el embudo del aceite.

Zaldívar entonces, de un golpe, perdió su serenidad. Volvió la vista, acaso sin quererlo, hacia las botellas que estaban sobre la mesa. Y todavía manifestó más su inquietud cuando el capitán Rosas regresó con el embudo en la mano.

—¿Insiste usted en no saber? —preguntó Aguirre, cuya voz se conservaba inalterable.

—Dije ya que no sé nada, mi general.

—Perfectamente. Va usted entonces a sufrir ahora mismo el suplicio que la policía le infligió a Axkaná. Yo, coronel Zaldívar, no pido a nadie que me perdone, por lo cual tampoco perdono. A cambio de confesar por escrito habría usted evitado el tratamiento que merece; pero, supuesto que no confiesa usted, no tengo por qué guardarle consideraciones. Tragaré usted a fuerza, con embudo, todo el tequila que le quepa en el cuerpo.

El rostro de Zaldívar había palidecido.

—Usted no hará eso, mi general.

—¿No? Vamos a verlo... ¡Cahuama!

—Mi general.

—¿Hay más tequila en la casa?

—Otras dos botellas, mi general.

—Que las traigan.

El pelo rojizo del coronel Zaldívar contrastaba ya con su piel como la llama con el cirio. Un ligero temblor le sacudía la mano, ocupada en acariciar la cadenilla del chaleco; en la otra el puro se le apagaba. Era palpable, evidente, el cambio que iba operándose en él. De pronto exclamó en tono de voz ajena a su voluntad:

—¡La confesión por escrito sería mi ruina, mi general!

—Eso no lo sé yo, ni me importa. Escribe usted, ¿sí o no?

—Un pacto, mi general: escribo si promete usted protegerme. Póngase en mi caso: fue orden directa de mi general Hilario Jiménez... ¿A mí que me iba ni me venía con hacerlo?... Nunca había cruzado palabra con don Axkaná.

Aguirre vaciló un punto, punto apenas perceptible, y acabó por decir:

—Convenido: lo protegeré a usted en lo que de mí dependa. Pero la relación ha de ser amplia y completa.

Pasó un minuto. Zaldívar se sentó a la mesa y, muy lentamente, fue sacando del bolsillo la pluma, aunque no para escribir en seguida. Antes se sirvió una copa de coñac y se la bebió: la bebió con ansia; la saboreó cual si no quisiera que le quedase en la boca ni el último residuo del tequila que acababa de tomar.

VI

FRUTOS DE UNA RENUNCIA

Provisto de la confesión autógrafa del coronel Zaldívar, Ignacio Aguirre se dirigió al castillo de Chapultepec la mañana siguiente a la noche en que la confesión le fue hecha.

El Caudillo tomó los tres pliegos que su ministro le daba, los leyó muy despacio, se los guardó y dijo luego, con el aplomo de sus mejores momentos, un aplomo irónico donde se hacían baluarte las irisaciones de la sonrisa:

—Muy interesante relato, sin duda. Pero niego la autenticidad de los hechos. Hilario, como funcionario y como hombre, está por encima de tales pequeñeces.

—¿Y si yo le asegurara a usted que es verdad cuanto ahí se describe?

Aguirre quiso en esta forma cerrar de un golpe todas las salidas.

—Pues entonces creería yo —replicó el Presidente— que la pasión lo ciega a usted, y le recomendaría el camino de los tribunales.

Aguirre, encendido, olvidó sus hábitos de respeto.

—¡Pero a eso yo podría responder, mi general, que los tribunales, para un hombre de la posición política de Jiménez, son también pequeñeces!

—No, Aguirre; no contestaría usted así. Porque esas cosas, cuando yo gobierno, no se dicen en mi presencia.

Y el Caudillo se había quitado los anteojos y había dejado acentuarse, por sobre la nota gris del bigote en desorden, su expresión a la vez riente y dominadora. Le fluían de los ojos, como de tigre, fulgores dorados, fulgores magníficos.

Horas después de aquella entrevista, Aguirre dimitió su puesto de secretario de la Guerra, y, pasados cuatro días, el Caudillo, aceptando la renuncia, la contestó en términos cordiales y elogiosos. En su respuesta mencionaba el Presidente los servicios guerreros del joven general, su entereza en las horas de crisis, su laboriosidad administrativa y hasta su fe en la causa del pueblo.

Muy poca trascendencia, sin embargo, tuvo aquella dulzura epistolar ante otro hecho simultáneo: el nuevo brío de la agitación política al solo anuncio de la renuncia de Aguirre. La nación entera, curiosa ante el forcejeo de los grupos por arrebatar el poder, sintió entonces que el espectáculo entraba en la fase decisiva. La voz de la calle había dicho que Aguirre y Jiménez se enfrentarían: el choque estaba próximo. Olivier Fernández y sus radicales progresistas habían pugnado en vano por apoderarse de su candidato: ya lo tenían entre sus garras. El general Jiménez con sus partidarios —Ricalde y sus «obreristas», López Nieto y sus «campesinos»— habían hablado de la doblez de Aguirre: ya podían gritar que sus predicciones no fueron ilusorias. Y unos y otros, ya en público, ya en secreto, hacían recuentos y listas de gobernadores y generales: los que cumplirían con su deber apoyándolos a ellos; los

que traicionarían a la patria sosteniendo al grupo contrario.

Dentro de tal ambiente, dos o tres semanas bastaron para que la pasión, por sí sola y sin más guía que sus impulsos frenéticos, tomara posiciones. Para nuevo ministro de la Guerra el Caudillo designó al general Martín Aispuro —aquél entre todos los generales revolucionarios, que más odiaba a Ignacio Aguirre—; para Jefe de las Operaciones en el Valle y comandante de la plaza escogió al general Protasio Leyva, comprometido ya, con escándalo, en favor de la candidatura de Hilario Jiménez. Y de esta suerte empezó a realizarse bien lo que tan bien se preparaba.

A los quince días de llegar a su puesto el general Aispuro, rindió un informe al Caudillo sobre el estado en que se hallaba la Secretaría de Guerra. Según el informe, Aguirre no había hecho durante su gestión otra cosa que engañar al Presidente, malversar los fondos públicos y sembrar la corrupción y el desbarajuste en todas las dependencias de la Secretaría y las diversas instituciones militares. ¿Era cierto? ¿Era falso? No importaba saberlo: importaba que Aguirre, entretanto, había aceptado la candidatura que le ofrecían sus amigos. Visto lo cual, el Presidente, muy amante de los golpes teatrales, dio a la prensa el informe de Aispuro y algo más: unas glosas suyas de mucho aparato, entreveradas aquí y allá —porque el Caudillo era también gran acuñador de frases vulgares— con juicios muy lacónicos y muy sarcásticos sobre la incapacidad y la inmoralidad de su antiguo ministro predilecto.

El ex ministro se defendió con palabra breve; tachó el informe de falso y malévolo; dijo que las irregularidades, si algunas había, no eran sino aquellas que se hicieron por orden expresa del Caudillo. Pero, como debía esperarse, las revelaciones al público no pararon allí. Replicó el Caudillo, habló Aispuro, de donde se siguió también que refulgiera en grandes letras, sobre la primera página de los diarios, la confesión del coronel Zaldívar acerca del asesinato frustrado de Axkaná. La policía dio entonces a los periódicos unas declaraciones donde Zaldívar afirmaba que la tal confesión era una superchería. Aguirre, como prueba en contrario, publicó las fotografías del autógrafo. Zaldívar aclaró entonces: la escritura era suya, pero la confesión no; lo habían obligado, con amenazas de muerte, a copiar y firmar un escrito urdido de antemano por el propio Aguirre. Éste, acusado así, produjo testimonios. Zaldívar los impugnó de parciales; los declaró carentes de todo valor. Alguien entonces, en carta anónima, dio a conocer lo que *la Mora* había visto y oído en la Inspección General la noche de los sucesos. Ella, en entrevista con los periódicos amplió y ratificó valientemente cuanto le constaba; pero la policía, desmintiéndola, le salió al paso; la tildó de cocainómana empedernida; la acusó de estar fichada de tiempo atrás en la Inspección, por sus escándalos y sus vicios, y certificó que la noche del supuesto crimen *la Mora* había estado recluida en un calabozo de la Inspección, donde la acometieron sin tregua terribles alucinaciones.

Naturalmente, todas aquellas denuncias caían dentro de las prescripciones del Código Penal; pero algo, en cuya virtud los magistrados de justicia se mantenían ajenos al debate, privaba a éste de su verdadera naturaleza: ni los ofendidos acudían a

los jueces, ni la justicia procedía de oficio. Una especie de acuerdo tácito —político y nacional—, como que situaba más allá de la ley, o en la región donde las represalias de los grupos eran la única ley, los delitos de aquel orden.

El encono de las pasiones reflujo, desbordándose de preferencia hacia la Cámara, de Diputados. Muchas sesiones interminables —cinco, seis, siete— a cual más tormentosa y tumultuaria, se sucedieron a partir del día en que vio la luz el informe del general Aispuro. Todas ellas se iniciaban con la refriega multitudinaria en la escalinata o en el vestíbulo; la «porra aguerrista» de Olivier agredía a la «porra hilarista» de Ricalde, o viceversa, y de allí a poco, al compás de las embestidas de las «porras» en galerías y tribunas, el desfogue de los discursos —arrebato de la palabra, desenfreno de la idea, vehemencia en bruto— ponía en realce la violencia y la pistola.

Dueños de la mayoría y el *quorum*, los radicales progresistas llamaron al general Aispuro a informar; querían castigarlo, flagelarlo por el contenido de su informe. Olivier, en uno de sus formidables discursos, lo cogió por su cuenta, lo hizo polvo. Ricalde, el «obrerista», y López Nieto, el «campesino», lo defendieron con elocuente habilidad —habilidad teñida, a ratos, en los más crueles escarnios para Aguirre—. Era como si la insolencia de un bando rebotara en el otro, mientras las galerías, arriba, estallaban de desmán y de insulto.

Pero aun esto mismo se tuvo por debate en escarceo, por preliminar blando. Porque en las sesiones subsiguientes la oratoria vigorosa, masculina —denuesto infamatorio abajo, interjección plebeya arriba— no se vertió ya sólo sobre la honorabilidad privada y política de los candidatos: se propagó hasta sus sostenedores y sus amigos. Olivier denunció a Ricalde como un impostor, como un explotador de obreros que se enriquecía en nombre de los ideales revolucionarios. Ricalde, por su parte, narró la historia del manejo de fondos en el Estado que había gobernado Olivier. Éste ahondó más entonces; hizo inventario de las propiedades de Ricalde antes y después de su encumbramiento como líder; citó sus cuentas en los bancos; pintó su vida —sibarítica, orgiástica— y demostró por último que Ricalde vendía al Gobierno, en doscientos o trescientos, lo que apenas costaba setenta u ochenta en las fábricas por él regentadas.

Y todavía así, la tarde del contraataque hilarista el encono alcanzó extremos peores. Esta vez López Nieto, el «campesino», cayó con furia sobre la reputación de Aguirre; habló de la vida de crápula del candidato, de su venalidad, de sus cinco hogares, de Paquita Arévalo, de sus enjuagues con Remigio Tarabana, y terminó su discurso con tremendas anticipaciones de los males que acarrearía al país la obra corruptora de Aguirre cerca del Ejército. Oyendo a López Nieto, la porra hilarista, más numerosa que de costumbre, atronaba con sus saluciones e improperios el aire del augusto recinto; y como esto comunicaba cierto aliento a las falanges del hilarismo, se consideró precisa, en el otro bando, una acción gemela a la de los

enemigos. Juan Manuel Mijares se abalanzó a la tribuna; iba a hacer trizas la figura presidencial de Hilario Jiménez, si algo quedaba de ella. Relató violencias, peculados, hazañas siniestras y toda una historia de insinceridad pública en que el falso agrarismo se traducía en misteriosas adquisiciones de haciendas y latifundios, y el amor a las masas, en enriquecimiento propio.

La vehemencia de semejante ataque, eficaz como pocos —lleno de datos, de cifras, de fechas, de nombres—, arrastró la controversia pasional a sus consecuencias últimas; sonó el nombre del Caudillo, invocado por los hilaristas como escudo. Pero entonces se alzó la voz de Emilio Olivier, el cual, lejos de aminorar lo dicho por Mijares, arrasó con todo. En medio de las exclamaciones frenéticas de los unos y del murmullo sordo de los otros, osó Olivier lo que nadie hasta entonces: desnudar implacablemente de todo su relumbre, de toda su pompa, de toda su aureola de líder máximo, indiscutible, la figura del hombre con quien nadie se atrevía: el Caudillo.

El discurso de Olivier, que reproducirían al día siguiente todos los diarios de la República, dio al debate breve tregua; pero se la dio con presentimientos trágicos. La sesión concluía deshecha en violencia: en los pasillos un diputado mataba a otro; en el vestíbulo y la calle los choques de las porras dejaban heridos y muertos.

LIBRO QUINTO

PROTASIO LEYVA

Poco después de aquellas sesiones memorables, el general Protasio Leyva, Jefe de las Operaciones en el Valle y comandante militar de la plaza, reunió en sus oficinas a los diputados Ricalde y López Nieto, que eran los líderes del movimiento hilarista en el Congreso. Leyva quería conocer la opinión de ellos respecto de la lucha allí.

—Por ahora —declaró Ricalde, con su modo siempre oratorio— estamos perdidos. —Y explicó por qué.

Sus explicaciones eran claras y precisas. Según las entendió el general, se reducían a lo siguiente: «Siendo ahora los aguirristas dueños de la mayoría y el *quorum*, tendrán después la Comisión Permanente y la Comisión Instaladora; y si luego cuentan con esto, serán los amos de la lucha electoral, es decir, del futuro Congreso, es decir, de la futura Presidencia».

—De modo —observó el general Leyva— que todo depende de que acabemos pronto con el *quorum* y la mayoría aguirrista. ¿No es eso?

Así era. Pero Ricalde y López Nieto explicaron entonces por qué esa labor, fácil en apariencia, era, en el fondo, muy lenta y difícil.

—Muy bien —concluyó el general—. Eso quiere decir tan sólo que necesitamos valernos de los grandes procedimientos. Lo pensaré, señores, lo pensaré.

Y citó a los dos partidarios del general Jiménez para la noche del siguiente día.

El general Leyva no necesitó muchas horas de reflexión para concebir los procedimientos vigorosos con que esperaba poner término a la superioridad de los aguirristas en la Cámara de Diputados. En Leyva, una cualidad —tan grande que él mismo se la admiraba— oscurecía todas las otras: la cualidad de atacar siempre pronto, en línea recta, cuantos problemas, situaciones o enemigos pudieran estorbarle. Tal en el caso presente. Los diputados Ricalde y López Nieto le habían dicho:

«Si consiguiéramos dominar ahora en la Cámara de Diputados, mandaríamos también, al reunirse la próxima legislatura, no sólo en la Cámara, sino en todo el Congreso; y, dueños entonces del Congreso, no habría quienes nos disputaran la Presidencia de la República. A destruir, pues, la mayoría aguirrista deben tender nuestros esfuerzos actuales. Todo lo otro, programas, propaganda, sufragios, elecciones, es puro jarabe de pico, escenario para que la cosa tome aire democrático en los periódicos, o es, a lo sumo, la estructura o el pretexto que justifican el escalamiento del Poder. ¿Comprende usted, mi general?»

Leyva, claro, comprendía, y suprimiendo palabras y eslabones inútiles, se había repetido así la lección:

«De modo que nada impedirá a Hilario ser el próximo presidente de la República si sólo quitamos de en medio a nueve o diez diputaditos discurseadores... ¡Vaya un problema!»

En la nueva entrevista con Ricalde y López Nieto, Leyva expuso los pormenores de su plan. Éste —a juzgar por la objetividad tranquila con que el general fue explicándose— era, o parecía, sencillísimo:

—La vida de unos cuantos diputados revoltosos —dijo Leyva en tono semejante al del financiero que explicara el mecanismo de los cambios, o al del arquitecto que aconsejase la reparación de una casa— es un obstáculo demasiado pequeño para nosotros. ¿Consentiremos en que vayan a estrellarse allí el bien de la República y las aspiraciones de nuestras masas obreras y campesinas? No, señores; no compliquemos el punto y procedamos con la sencillez que requiere el actual momento histórico. La acción directa está al alcance de nuestra mano: usémosla, usémosla con valor, es decir, sirvámonos de ella sordos a esos escrúpulos que hacen siempre despreciable la conducta de los reaccionarios... ¿No es verdad que la salvación de la República y de la obra revolucionaria estriba en que el poder personificado en el Caudillo pase íntegro al general Hilario Jiménez? Sí es verdad. ¿No es verdad que la reacción aguirrista, encarnada en dos docenas de traidores, es la única barrera que se nos opone? También es verdad. Entonces, señores, aplastemos la reacción una vez más; suprimamos de un golpe esas dos docenas de traidores, ya que actos así son propios e inevitables en cuantos traemos a costas el enorme fardo de la pureza revolucionaria. ¡Qué le vamos a hacer! Cada dos años, cada tres, cada cuatro, se impone el sacrificio de descabezar a dos o tres docenas de traidores para que la continuidad revolucionaria no se interrumpa. Puestos a ello estamos otra vez, y nuestro deber nos manda, como antes de ahora, obrar rápidamente y con rigor extremo. Mañana a más tardar, los pondré a ustedes en comunicación con el Mayor Manuel Segura, sobrino mío y hombre de mi absoluta confianza. Ustedes le darán la lista de los diez o doce diputados enemigos que más nos estorban y concertarán con él la manera de identificarlos fácilmente en un momento dado. Él entonces, bien aleccionado por mí, irá a la Cámara, distribuirá su gente y aprovechará la primera trifulca entre las porras, u otro incidente análogo, para manejarse de modo que no quede en pie uno siquiera de los líderes aguirristas.

De aquella entrevista con el general Leyva los diputados Ricalde y López Nieto salieron efusivamente convencidos del triunfo de su candidato. Ricalde abrió el grifo a su temperamento farsante y oratorio para comentar:

—¡Vivimos horas solemnes, horas de historia trascendente!

Y López Nieto, que lo veía todo por el cristal de su gloriosa actuación en las filas zapatistas, respondía:

—Éste sí que es un revolucionario de primera, un revolucionario verdad: sincero, fuerte. ¡Qué no hubiera hecho Emiliano Zapata si llega a contar con cuatro hombres así!

La lista que el mayor Manuel Segura recibió de manos de los líderes del hilarismo

estaba encabezada por Emilio Olivier Fernández, presidente del Partido Radical Progresista, y comprendía hasta nueve nombres más, todos ellos de diputados aguirristas cuya supresión se consideraba indispensable. Después del nombre de Olivier venía el de Axkaná, luego el de López de la Garza, luego el de Mijares. Tres cruces rojas junto al nombre de Olivier indicaban que la desaparición de éste se tenía por punto esencial para el buen éxito de la candidatura de Hilario Jiménez; otros nombres, como el de López de la Garza —que además de diputado y sostenedor de Ignacio Aguirre era jefe del estado mayor del general Encarnación Reyes— iban señalados por doble cruz; y otros en fin, como el de Axkaná y el de Mijares, llevaban una cruz solamente.

El mayor Manuel Segura, dócil a las indicaciones que se le hacían, echó sus cálculos con esa exactitud implacable que tanto levanta sobre el resto de los mortales a cuantos son maestros en algún oficio. Estimó que la caza de Olivier requería —para quedar al abrigo de sorpresas— no menos de cinco hombres; a otros pensó destinar cuatro o tres; a otros, dos; a otros, uno. Total, que, en conjunto, consideró necesarios los servicios de veinticinco colaboradores hechos al desempeño de «comisiones importantes».

Ahora bien: hombres de éstos no faltaban en el numeroso séquito del general Protasio Leyva; siempre se habían necesitado allí y siempre los había habido. Pero como el proyecto presente rebasaba todos los empeños anteriores, por más que Segura estiró las cuentas no pudo escoger, de entre sus compañeros de armas, arriba de cinco o seis auxiliares probadamente aptos, y eso incluyendo al mayor Canuto Arenas, demasiado conocido por su siniestra historia, y por ser jefe de la escolta de Leyva. Éste, según su costumbre, zanjó la dificultad sin muchos titubeos; resolvió completar el número de los veinticinco ayudantes de su sobrino con oficiales de los regimientos y batallones de la guarnición, para lo cual dictó las medidas precisas. Tal día, a tal hora, los oficiales designados deberían presentarse en la Jefatura de Operaciones listos para el desempeño de una comisión cuya naturaleza se les revelaría más tarde; deberían acudir vestidos de paisano, sin papel alguno en los bolsillos y armados de la pistola de reglamento.

A las once de la mañana del día fijado para el desarrollo del plan se hallaban reunidos en las oficinas del Partido Nacional Obrero el mayor Manuel Segura y toda su gente.

Insinuante y misterioso, Segura había recibido a cada uno de sus secuaces con el aire propio de las grandes horas, y luego, para empapar más el acontecimiento en atmósfera solemne y justificativa, había ido presentándolos a los diputados Ricalde, López Nieto y Cayo Horacio Quintana, que les estrechaban la mano con derroche de manifestaciones correligionarias. Porque ni Ricalde ni López Nieto trataban de esfumarse en aquellos momentos de graves responsabilidades: allí estaban los dos en pie —el botón de diputado en el pecho—, prontos a todos los riesgos y atentos sólo a que el complot no fracasara. Sacudía sus carnes la excitación nerviosa de quienes se

aprestan a un sacrificio heroico.

Por de pronto no había nada que hacer. Segura y los suyos se diseminaron por las salas, formando varios grupos pequeños, y estuvieron así hasta la una de la tarde, hora en que todos fueron, sin mucho ruido, a comer en los restaurantes próximos. Cosa de las dos se hallaban ya de vuelta en las oficinas del partido, y minutos después Segura empezó las explicaciones del caso, así que Ricalde hubo pronunciado, para entonar los espíritus, breve discurso.

Ricalde era un hombre inteligente, antipático y monstruoso. Sus ojos, asimétricos, carecían de luz. Su cabeza parecía sufrir sin tregua la tortura de un doble retorcimiento: la deformación ladeada del cráneo agravaba, desde lo alto, lo que abajo era, junto a la barba, deformación, ladeada también, de descomunal arruga carnosa; y entre deformación y deformación, la pesadez del párpado, de flojedad casi parálitica, daba acento nuevo a aquella dinámica de la fealdad, prolongada y ensanchada hasta los pies en toda la extensión de un cuerpo de enorme volumen.

—No ignoran ustedes —dijo a los oficiales, estremecida de emoción retórica la papada enorme, encapotado el ojo, la obesidad palpitante— hasta qué punto el general Protasio Leyva obra siempre movido por el más hondo patriotismo. Podría decirse, sin exageración, que donde el general Leyva está, están también los más altos ideales de la Revolución y de la patria. Pues bien, amigos: una vez más las fuerzas ocultas, esos poderes tenebrosos a que los hombres de la Revolución no logramos dar término, porque son, como la Hidra, capaces de reproducirse eternamente, tornan a concertar su acción y amenazan de nuevo destruir con golpe artero y solapado las conquistas reivindicadoras más caras a nuestros corazones. Porque habéis de saber, os hablaré con franqueza, que brillaba hasta hace poco en los más encumbrados puestos de la Revolución un hombre a quien todos atribuíamos incorruptibles virtudes cívicas y recia fe en el papel histórico que la patria señala a sus mejores hijos. Pero ha ocurrido que ese hombre (todos lo conocéis, me refiero al general Ignacio Aguirre, hasta hace poco ministro de la Guerra y ahora candidato presidencial del llamado Partido Radical Progresista), ha ocurrido que este hombre, digo, más fácil al señuelo de sus ambiciones que a la voz de los deberes patrióticos, anda ya en tratos estrechos con la reacción, cuyos intereses execrables se apresta a servir sin el menor escrúpulo. De modo que convertido así, por sorpresa, de compañero en rival, de amigo en enemigo, de patriota en traidor, su defección amaga seriamente la continuidad y el poder revolucionarios, puesto que con él traicionan cuantos elementos le son adictos, algunos de ellos dotados de gran vigor, algunos de capacidad no desdeñable. Por fortuna, el general Protasio Leyva, alerta siempre, no ha dejado de advertir a tiempo el peligro y ha resuelto con rapidez, con la rapidez de pensamiento y acción que tanto lo enaltecen, destruir de un golpe los retoños de la funesta planta atacándola en la raíz...

Hizo Ricalde una breve pausa, a fin de que sus oyentes penetraran a fondo en el sentido de las palabras que había dicho, y luego concluyó así:

—Para llevar a cabo tamaña empresa, empresa grande y noble como pocas, empresa salvadora de nuestros supremos ideales, los ideales de la Revolución, los ideales de las masas, es decir, los ideales de la patria, el general Leyva ha pensado en sus más valiosos colaboradores, ha pensado en nosotros, ha pensado en vosotros, y de vosotros espera que no defraudaréis sus esperanzas, que son, en estos momentos de nueva crisis nacional y de peligro común, las esperanzas de México.

Varios oficiales que habían tomado en la comida cerveza abundante aplaudieron; los más dejaron pasar el discurso entre fríos y recelosos. Y fue entonces cuando el mayor Segura abordó las explicaciones concretas.

—Para esta tarde —dijo poco más o menos— los aguirristas tienen dispuesto en la Cámara de Diputados un complot contra los partidarios de mi general Hilario Jiménez; pretenden matar a los principales jefes del grupo hilarista, provocando un choque entre las porras. Pero mi general Leyva, perfectamente al tanto de la trama, ha dado orden de que nosotros vayamos a proteger a los diputados hilaristas, para lo cual dispone que, en último extremo, hagamos a los líderes del aguirrismo lo que ellos esperan hacer con los otros, o sea, que no les guardemos consideraciones de ninguna especie. Ésa es la misión que yo traigo y la que ustedes reciben ahora oficialmente por mi conducto.

Hubo brotes de extrañeza en el corro que los oficiales formaban en torno del mayor Segura. Mas éste, sin pararse a considerar el primer efecto de sus palabras, continuó:

—La cosa es muy sencilla. De aquí vamos a salir ahora distribuidos en grupos. Unos llegaremos a la Cámara por una calle, otros por otra; unos nos quedaremos un rato frente a la puerta principal, la de la escalinata; otros esperarán frente a la del Factor. Así veremos bien quiénes entran, quiénes salen. Luego, poco a poco, iremos pasando todos al interior del edificio; subiremos a las tribunas, nos instalaremos todos en la que está a mano derecha (fíjense bien: todos en la tribuna de la derecha), y allí quedaremos en guardia para cuando las bolas empiecen.

—¿Trae usted la orden por escrito, mi mayor? —dijo un oficial.

Segura contestó:

—¿Tiene usted miedo, capitán?

—No, mi mayor.

—Pues lo parece.

El oficial se retrajo avergonzado, mientras el mayor Segura proseguía:

—Aquí el mayor Canuto Arenas, el mayor Liconá, el capitán Fentanes y los agentes especiales Márquez, Lomas y Abat saben ya cuáles son los líderes aguirrista más peligrosos. Ellos tienen el encargo de irlos mostrando a cada grupo a medida que cada líder entre en la Cámara o según vaya ocupando su curul. Fuera de esos líderes a nadie debemos atacar, salvo que en el momento preciso los señores diputados Ricalde, López Nieto o Quintana decidan otra cosa. ¿Comprenden? Todos, como digo, nos instalaremos en la tribuna de la derecha. Cuando comiencen los gritos y

haya vivas a Ignacio Aguirre, nosotros gritaremos: «¡Muera!», y daremos vivas a mi general Hilario Jiménez. A los aguirristas que estén con nosotros en la tribuna los amedrentaremos y desalojaremos amenazándolos con las pistolas y golpeándolos... Si más instrucciones hacen falta, las daré sobre el terreno.

Ningún oficial había insistido en observación alguna desde que Segura reprochó miedo al que preguntaba por la orden escrita. Ahora todos, tras de oír en silencio, parecían dispuestos a obedecer. Uno de ellos pasó cerca de Ricalde cuando estaban organizándose los grupos. Era bajo, de tez oscura, pómulos salientes, ojos oblicuos y labios gruesos. Ricalde lo detuvo por un brazo y le dijo:

—Para usted, el mayor Segura tiene una comisión especial.

—Bueno, señor diputado.

—Pero yo voy a decirle cuál es esa comisión para que se dé usted cuenta de lo mucho que me importa.

—Bueno, señor diputado.

Ricalde vacilaba un tanto.

—Vamos a ver —dijo— si son fundados los elogios que de usted hace el general Leyva... Se trata de esto: si el diputado Olivier Fernández, logra escapar de la Cámara, usted se encarga de matarlo en la calle. ¿Me entiende?

Aquel oficial se llamaba Adelaido Cruz y tenía todo el aspecto de un hombre pacífico y bueno. Miró a Ricalde melancólicamente mientras decía:

—¿Mi general Leyva dio esa orden por escrito? Porque yo, señor...

Lo interrumpió Ricalde:

—¡Ah, también usted tiene miedo!

—No, señor, no tengo miedo.

—Pues si no lo tiene, no lo demuestre.

El capitán Cruz se unió a su grupo. Todos salieron a la calle.

II

LA CAZA DEL DIPUTADO OLIVIER

Ya en la calle, el sobrino del general Leyva preguntó al capitán Adelaido Cruz:

—¿Conoce usted al diputado Emilio Olivier Fernández?

—No, mi mayor.

—¿Y al diputado López de la Garza?

—Tampoco, mi mayor.

—Entonces ¿qué diputados conoce usted?

—Me parece que ninguno, mi mayor. Ésta es la primera vez que voy a acercarme a la Cámara.

Hizo Segura como si reflexionase unos segundos. Añadió luego:

—Perfectamente. Siga usted incorporado con los oficiales que manda el mayor Canuto Arenas para que él le muestre a tiempo quién es el diputado Olivier Fernández. Y cuando llegue la hora de cumplir órdenes, acuérdesese nomás de esto que le digo: las instrucciones que traemos todos vienen de mi general Protasio Leyva. Las que traemos todos, ¿me entiende?

—Sí, mi mayor.

Los oficiales se habían distribuido en tres grupos. Uno lo encabezaban el mayor Licona y el capitán Fentanes; otro, Canuto Arenas; otro los agentes especiales Márquez, Lomas y Abat. El grupo de Arenas era el más numeroso; el de los agentes, el más sombrío. Los tres se dispersaron suficientemente para no ir despertando curiosidad por las calles, y así se dirigieron, cada uno por ruta distinta, hacia la Cámara. Lo hicieron de modo que los hombres de Canuto Arenas vinieron a salir frente al palacio de la asamblea legislatadora como núcleos que se formaran solos en la esquina de Donceles y Allende; la tropa de Licona y Fentanes apareció por Manrique, y la de Márquez y demás agentes por el rumbo de Belisario Domínguez. También por aquí debería llegar, si bien más tarde y sin acompañante alguno, el mayor Manuel Segura.

Ante la Cámara la multitud se agitaba copiosa. Aparte los curiosos auténticos, que no eran pocos, estaban allí los contingentes de las dos porras enemigas, la aguirrista y la hilarista, dueñas de ambas calles y en espera de que la entrada del edificio se franquease al público. Iban también llegando los diputados: unos subían la escalinata, protegida por doble fila de gendarmes desde dos horas antes; otros entraban por la puerta del Factor. Sus choferes —los de aquellos que tenían coche propio— alineaban los autos al sesgo de la acera, bien por una, bien por la otra de las dos fachadas, y se sumaban en seguida a los corros inmediatos. Eran choferes con cierto matiz político; choferes entusiastas de la bandería de su amo y armados, casi siempre, de pistola. Debajo de los asientos algunos llevaban carabinas cargadas, cananas repletas de cartuchos.

Canuto Arenas se instaló con su gente en la propia contraesquina de la Cámara

para instruir desde allí, sobre cuanto les incumbía saber, a sus auxiliares más firmes. Empezaba diciéndoles, en voz baja, el nombre de los principales líderes aguirristas que pasaban, y luego, tras leves segundos de sonrisas preparatorias, entraba, en voz más baja todavía, en detalles; comunicaba a cada uno, a veces en términos concretos, a veces con insinuaciones encubiertas, las órdenes a que todos, por mandato del general Leyva, debían dar cumplimiento.

Licon y Fentanes, entre tanto, hacían labor análoga frente a la puerta de la calle del Factor y Márquez, Lomas y Abat se aplicaban a lo mismo sobre la acera de Donceles.

—¡Ése, ése es Axkaná!

—¡Aquél es Juan Manuel Mijares!

—¡Aquél es el general López de la Garza!

Y de este modo los servidores de Protasio Leyva veían por primera vez a los políticos cuya vida quedaba desde aquel momento en sus manos.

Cuando se vislumbró a lo lejos el *Lincoln* verde aceituna de Olivier, Canuto Arenas sujetó por un brazo al capitán Cruz y le susurró a la oreja:

—Ahí viene el suyo, amigo.

A los pocos segundos, Cruz, atento al paso del coche, vio que frente a él pasaban, sentados detrás de un cristal, tres hombres jóvenes y risueños.

—El de la izquierda —le dijo entonces Arenas— es «el Olivier».

—¿El de sombrero gris?

—Ese mero... Y nomás no se me raje.

Paró el *Lincoln* junto a la escalinata. Hubo un instante fugaz en que Olivier, mientras decía algo a sus compañeros, miró distraído hacia el sitio donde estaban Arenas, Cruz y los otros oficiales. El capitán Cruz sintió crecer entonces en su brazo la mano de Canuto Arenas —como si sus ojos y los del líder político, al cruzarse las miradas, chocaran precisamente allí, donde la mano de Arenas, mandando, oprimía.

—¿Ya no lo confundirá, amigo?

—No, mi mayor.

Otros diputados llegaron. En la escalinata se producían anuncios de contiendas entre los miembros más rijosos de las porras. Los porteros se aprestaban a dejar libre el paso.

Cruz, que había visto cómo desaparecía en la penumbra del vestíbulo el sombrero gris de Olivier, dijo a su jefe:

—Con su permiso, mi mayor; voy a echarme un trago de tequila.

Repuso Canuto:

—¿Tequila a estas horas?

—Me hace falta, mi mayor.

—Bueno; pues si le hace falta, vaya, pero nomás no se me tarde.

El capitán Cruz dio varios pasos, entró en la cantina próxima y pidió la copa que deseaba; pero no se la servían aún, cuando mudó de parecer.

—No, no me dé tequila —dijo apresuradamente—; mejor un vaso de cerveza.

En el otro extremo del mostrador tres individuos cuchicheaban y bebían. El cantinero trajo el vaso de cerveza, junto al cual dejó el cartoncillo de la máquina contadora. Cruz cogió aquel cartoncillo maquinalmente, como si quisiera enterarse del precio, y volvió pronto a dejarlo, también maquinalmente, donde antes estaba... Bebió hasta la mitad del vaso... Se quedó absorto... Mientras su mano izquierda se humedecía sujeta al cristal, una imagen persistía en su memoria, una imagen que era casi una sensación; veía el ala de un sombrero gris, y debajo de ella dos ojos inteligentes que lo miraban, y, más abajo aún, unos labios que se movían repitiendo siempre un mismo movimiento... Volvió a beber.

Maquinalmente otra vez, su mano derecha fue a posarse ahora en uno de los bolsillos superiores del chaleco. Allí había un lápiz; la mano lo cogió, y cual si sólo la guiaran impulsos reflejos, la mano bajó de nuevo hasta el cartoncillo y se puso a escribir en él lentamente. Era una mano torpe, hecha apenas al manejo del lápiz.

Así pasaron uno o dos minutos. Bebió Cruz por tercera vez; y al dejar sobre el mostrador el vaso, ya vacío, se sorprendió de encontrarse el lápiz entre los dedos. Se lo puso en el bolsillo; llamó al cantinero; pagó. Y fue entonces, mientras el cantinero tomaba la moneda y se volvía de espaldas para abrir la caja y contar la vuelta, cuando los ojos del capitán Cruz leyeron conscientemente lo que antes había escrito su lápiz: eran siete palabras que decían así:

«Cuídese esta tarde, porque lo andan cazando».

Cruz recogió presuroso el cartoncillo y no pudo reprimir el ansia de estrujarlo febrilmente. De sobre el mostrador tomó la vuelta. Salió.

En la calle la multitud política había disminuido. Ahora las puertas de la Cámara estaban abiertas de par en par y no oponían obstáculo a la gente que iba ascendiendo por la escalinata entre la doble fila de gendarmes.

Cruz se acercó a la esquina. Canuto Arenas, ya no con el grupo de oficiales, sino solo, seguía firme allí. Todo lo miraba con aire indiferente y procurando que nadie se fijara en él, lo cual, acaso, para ojos observadores, lo hubiera hecho más notable. Su figura atlética, de caballista en reposo, revelaba un vigor extraordinario. Chato, renegrado, el rostro se le oscurecía en la sombra, abrigado apenas por los reflejos del sol, reverberante en la lámina del asfalto.

—Temiendo estaba no volverlo a ver —dijo a Cruz, así que el capitán se le acercó—. Mucho tiempo se me hace para un trago de tequila. ¿Tiene miedo? Dígalo.

—Miedo no tengo, mi mayor.

—¿Se siente ya con fuerzas?

—Sí, mi mayor.

—Bueno; pues no perdamos el tiempo. Entre usted desde luego, que dentro están ya todos. Allá me le juntaré yo, en la tribuna de la derecha.

La primera sensación del capitán Cruz al encontrarse en el vestíbulo de la Cámara fue semejante a un mareo. Diputados, ujieres, oficiales de policía, individuos de las porras ocupaban todo el recinto. Se caminaba con dificultad.

Para orientarse un poco, el capitán preguntó a un ujier por dónde se pasaba a la tribuna de la derecha.

—Por allí —le dijeron.

Cruz empezó a moverse en dirección del sitio que le habían señalado; mas no bien dio unos cuantos pasos cuando alcanzó a descubrir a corta distancia, por sobre múltiple superficie de cabezas, los ojos y la boca de Emilio Olivier. Estaba el joven líder sin sombrero, con un mazo de papeles en la mano izquierda y rodeado de varias personas, a quienes hablaba con animación elocuente.

Por un momento aquella escena produjo en el capitán Cruz efectos fascinadores, atracción como de imán. Mirándola, se detuvo. Y casi en el mismo acto, sin saber por qué ni para qué, caminó hacia ella. En su mente, entre tanto, se desarrollaba un extraño proceso sentimental y volitivo, un proceso indefinible, de que eran centro, confundidas en una presencia sola, la forma de la tarjetita que poco antes le habían dado en la cantina —y que no cesaba aún de estrujar con los dedos dentro del bolsillo del pantalón—, la movilidad del rostro de Olivier y las palabras «miedo no tengo, mi mayor», dichas, no hacía aún cinco minutos, a Canuto Arenas.

Al acercarse, notó Cruz que la voz de Olivier le traía ya cierta familiaridad, para él naciente, con la persona de donde la voz salía.

—Eso no debe importarnos —estaba diciendo el líder aguirrista—, con tal que ninguno se indisciplinara. Todos juntos iremos mañana. A las nueve los espero...

Cruz pasó de largo y llegó por fin al pie de la escalera, pero todavía allí lo acometió de nuevo el impulso de acercarse al corro donde hablaba Olivier. Distintamente pensó entonces en las palabras que llevaba escritas en el pedacito de cartulina; una idea iba precisándosele... Vaciló, osciló... Miró en torno... Alzó la vista... Entonces descubrió que desde arriba, inclinada sobre antepechos y barandales, mucha gente miraba hacia la parte baja del vestíbulo... Empezó a subir.

En lo alto de la escalera el capitán Fentanes y el agente Abat observaban y esperaban.

—Por aquella puerta —dijo Fentanes a Cruz cuando éste pasó a su lado.

Cruz entró por donde le indicaron: la puerta daba a la tribuna de la derecha. Ya estaban instalados allí —Cruz lo advirtió desde luego— todos los individuos que Segura había citado en las oficinas del Partido Nacional Obrero. También había hombres de otro aspecto; no había ninguna mujer. Cruz bajó las gradas en busca de sitio donde sentarse, pero como no descubriera ninguna butaca vacía, fue a reclinarse en una columna y se entregó abstraído a ver el recinto parlamentario.

Las curules dibujaban abajo semicírculos concéntricos. Había muchos diputados;

grupos de ellos hablaban a media voz; otros leían o escribían; otros dormitaban. Enfrente, la rica estructura —de caoba y paramentos dorados— de que estaba hecho el conjunto de mesas, barandillas, tribuna, se recortaba en brusco perfil contra el color blanco de las paredes del fondo. En éstas brillaban, en grandes mayúsculas, unos debajo de otros, muchos nombres de héroes y patriotas.

Tras de leer algunos de estos nombres, el capitán Cruz volvió la vista al centro de la sala. Ahora se fijó detenidamente en los diputados de las curules; reconoció algunos cuyos nombres le habían dicho una hora antes; reconoció a Axkaná, a Mijares, a López de la Garza. Casi bajo sus pies vio juntos a Ricalde y López Nieto. Ricalde hablaba en aquellos momentos con gesto igual al empleado cuando dijo a Cruz, en las oficinas del partido:

—Si el diputado Olivier escapa de la Cámara con vida, usted se encarga de matarlo en la calle.

Y después, cuando dijo estas otras:

—Pues si no tiene miedo, no lo demuestre.

En vano buscaba Cruz a Olivier: no lo veía por parte alguna.

III

LA MUERTE DE CAÑIZO

Medio inconsciente y abúlico, aunque dotado de extrañas clarividencias, el capitán Cruz siguió contemplando así largo tiempo las escenas que ponía bajo su vista el salón de sesiones de la Cámara de Diputados. A dos faces solas se reducían entonces las actividades de su alma. Era, de una parte, espejo dueño de poderes reflectivos enormes; de la otra, haz de sentimientos concentrados en una inmensa labor: la de familiarizarse pronto con aquel recinto, la de captar aquella atmósfera que hasta esa hora no lo había envuelto nunca, pero que, así y todo, se le representaba ya como teatro capaz de convertirlo en protagonista supremo.

Mientras tanto, Canuto Arenas y, un poco más lejos, los otros lugartenientes del mayor Segura, se disponían a poner en obra el programa de ataque prescrito por su jefe. Segura, cierto, había ordenado que nada se intentara hasta presentarse él, y él aún no llegaba. Mas viendo Arenas que una sección de la porra aguirrista se hacía fuerte en el centro de la tribuna, donde esbozaba ya manifestaciones dominadoras, creyó del caso salirse las órdenes; se acogió al derecho de iniciativa, derecho que jamás le negaban en tales asuntos, y determinó desalojar de sus posiciones al creciente núcleo enemigo.

Las acometidas de éste, en realidad, excedían apenas de los límites de lo blando. No eran sino risas, cuchicheos, voces aisladas. Porque los partidarios de Aguirre se limitaban a oír con fingida atención los nombres que iba diciendo al pie de la mesa el secretario encargado de pasar lista, y a la vez uno de los aguirristas —el jefe, al parecer— hacía entre nombre y nombre observaciones que provocaban en el resto del grupo murmullos débilmente significativos. Sucedía, sí, que como el secretario recitaba la lista con deliberada lentitud —a fin de dar tiempo a la reunión del *quorum*—, a menudo se dilataban, entre la letanía de los nombres, silencios propicios a las expresiones del aguirrismo, las cuales, por un instante, flotaban en triunfo sobre el público de la tribuna.

Dos o tres veces se volvió Canuto Arenas hacia el punto de donde parecían partir aquellas voces. Pero su aspecto, fiero y todo, y la intención de su mirada, entre agresiva y altanera, no produjeron el menor efecto en la táctica de los aguirristas. El jefe de éstos —un hombre flaco, de pelo rizado, de traje café— se contentó con responder a las provocaciones de Canuto con sonrisas irónicas.

Fue naciendo de ese modo, y luego nutriéndose con abundante cultivo, el ambiente de la contienda. Y así aconteció que, al pronunciar el secretario el nombre de Axkaná González, uno de los miembros de la porra no resistiera al impulso de exclamar con voz ahogada:

—¡Viva Ignacio Aguirre!

Los demás, en murmullo denso, compacto, respondieron:

—¡¡Viva!!

Ante lo cual, Canuto, más ostensiblemente que las otras veces, asumió la más feroz de sus actitudes mientras gritaba con intención de reto:

—¡Muera!

Negra y chata, partida en dos por la raya blanca de los dientes, su fealdad brilló entonces horrible; vivía ya en su gesto la amenaza de echar mano a la pistola. Pero el jefe de los aguirristas, lejos de achicarse, replicó dirigiéndose a uno de los suyos, a aquel que se encontraba más cerca de Canuto Arenas:

—¡Cuidado, Cañizo, que ése, nomás de feo, asusta!

Y subrayó las palabras con muecas tan sugestivas de la fisonomía de Arenas, que varios de los compañeros de éste se unieron en la risa a sus rivales —risa un poco histérica, de nervios en tensión, risa de quienes se dan ánimo para entrar en batalla.

Canuto se dolió a la burla; su tez, hasta entonces brillante, con relumbres como de barniz, se apagó de súbito en el negro más mortecino y ceniciento. Pero no se encaró él con el jefe aguirrista, sino con Cañizo, quien, sin dejar de reír y apretando con fuerza el bastoncillo que llevaba, repelió el ataque acercando la mano libre, con disimulo, a la región de la cadera.

El conflicto, por de pronto, no pasó de allí. Sólo uno como oleaje hizo moverse de extremo a extremo de la tribuna el hombro derecho de todos los presentes: si no las manos, los pensamientos acomodaban el arma en las cinturas.

Poco después el nombre del diputado hilarista López Nieto acentuó, si bien ahora por reacciones contrarias a las de antes, los preliminares del choque. La gente de Arenas quiso recibir aquel nombre con manifestaciones de aprobación; pero uno de los aguirristas, con gran presteza, se le opuso a su modo. Mientras abajo el diputado respondía con ademán plebeyo: «¡Aquí!», el aguirrista, desde la tribuna, decía con voz perfectamente audible:

—¡Mueran Hilario Jiménez y sus paniaguados!

Se agitó la Cámara en su somnolencia; de la tribuna de enfrente y de las galerías partieron exclamaciones y risas; el secretario, adepto al aguirrismo, se detuvo sonriendo.

Uno de los subordinados de Canuto gritó con resonancias estentóreas:

—¡Viva mi general Hilario Jiménez!

Y este otro vítor tampoco murió en el vacío. Junto con las protestas de toda la porra aguirrista, diseminada en las diversas localidades del público, sonaron los vivas del hilarismo, lanzados por la porra correspondiente, y las voces y aplausos de algunos diputados. Descollaba entre éstos, dominando el escándalo, la figura obesa, torcida, deforme, de Ricalde, y junto a él la de López Nieto.

Atraídos por las exclamaciones, muchos diputados que aún andaban por los pasillos —eran los más— entraron en la sala. Hubo maniobras de una y otra porras en la tribuna de enfrente y en las galerías altas. Por la puerta del fondo aparecieron, saliendo del Salón Amarillo, miembros de la mesa directiva.

Al propio tiempo crecía en la tribuna de la derecha la pugna entre la hueste de

Canuto y la del aguirrismo. Los agentes especiales comandados por Márquez y Lomas habían conseguido imponerse a los partidarios de Aguirre inmediatos a Cañizo, a quienes mantenían casi inmóviles en sus asientos, y ahora trataban de amedrentar a Cañizo mismo, que, contra todos, se conservaba firme. Unos y otro proferían en voz baja amenazas e injurias, y si Cañizo, enardecido por sus propias palabras, se apercibía con el bastón, aunque de modo que no lo advirtieran sino sus enemigos de al lado, Márquez y Lomas tenían presto el brazo para requerir la pistola.

Hubiera sido facilísimo poner término a tales barruntos de violencia armada; pero como la sesión no comenzaba todavía, la mesa carecía de suficiente autoridad. Había también otra circunstancia favorable a los preliminares del encuentro, la determinante acaso: que ninguno de los dos principales grupos de diputados hubiese admitido privarse de los colaboradores con que contaba en galerías y tribunas.

Un nuevo viva de Canuto, con apoyo unánime de todos los hilaristas —los de la porra, los de las curules— y sin réplica del bando enemigo, trajo un restablecimiento transitorio de la paz. Volvió a oírse en la sala la voz del secretario; tornaron a sucederse en la tribuna, contenidos, juguetones, los murmullos aguirristas. Pero justamente entonces sucedió algo que vino a encender al fin la batalla que todos estaban previendo y esperando.

Hacía rato que los manejos de Canuto Arenas y su tropa eran objeto de estudio desde la tribuna de la izquierda. Los observaba un hombre bajo, de aspecto indefinible y que entonces tenía cogido con ambas manos un sombrero —entre mexicano y tejano por las líneas— de color café, pelo largo, cinta negra y galón amarillo en el borde. Ese mismo sujeto, con otros tres o cuatro que lo acompañaban, apareció poco después, sin que su llegada se advirtiese, en lo alto de la tribuna de la derecha. Allí, por breves momentos, se mantuvo en silenciosa consideración de la gente de Canuto —con cuyos ojos los suyos tuvieron cruce fugitivo—, y luego, llegándose hasta el jefe aguirrista, le habló al oído. Los rumores de la Cámara permitieron que el jefe, tras de escuchar al hombre del sombrero café, preguntase a media voz:

—¿A todos, don Casimiro?

—Sí, vale, a todos —contestó don Casimiro, que de nuevo subía las gradas y tornaba a salir, ahora sin acompañantes.

Canuto, Lomas y varios de los de su grupo no habían dejado de advertir la frase última de don Casimiro ni los cuchicheos anteriores. Tampoco se le escapó, tan pronto como don Casimiro hubo salido, que el jefe de la porra hablaba con su compañero próximo, luego éste con el de más allá, y así sucesivamente hasta quedar todos avisados de algo que en cierto modo venía a expresarse en las miradas furtivas que los aguirristas empezaron a lanzar a derecha e izquierda. Todos ellos, se echaba de ver, estaban ahora al tanto de la identidad de Canuto Arenas y sus hombres.

En tal coyuntura otro incidente surgió: se elevó en la Cámara, hasta la gran lámpara del centro, un nombre que produjo en galerías y tribunas vaivén

extraordinario y ligeros movimientos en las curules:

—Olivier Fernández, Emilio —decía, el secretario.

El capitán Cruz, hasta allí inmóvil contra la columna, salió estremecido de su ensimismamiento: Olivier —lo distinguió entonces— estaba sentado en una silla de la plataforma, oculto casi por la mesa y un grupo de diputados con quienes hablaba.

—¡Aquí! —el líder dio a entender que respondía con el gesto, sin interrumpir su frase.

Tras lo cual, el jefe de la porra aguirrista, lejos de hacer, como en las otras veces, observaciones veladas, proclamó a voz en cuello:

—¡Viva Olivier Fernández!

Y esto desencadenó la pelea. Los diputados hilaristas abajo, y Arenas y su banda en la tribuna, lanzaron casi al propio tiempo, con aire de querer llegar a las manos, vítores al general Jiménez.

—¡Viva Hilario Jiménez!

—¡¡Viva!!

López Nieto, entre los diputados, era quien gritaba más, y gritaba puesto en pie, con los brazos en cruz, con el cinto de cartuchos visible bajo el chaleco y vuelta la cara hacia la parte que ocupaban los hombres de Arenas. Cerca de él, los diputados Ricalde y Cayo Horacio Quintana lo secundaban con no menos ímpetu.

—¡Viva Hilario Jiménez, tales por cuales!

—¡¡Viva!!

Vítores y mueras sacudían los ámbitos del palacio legislativo con igual ardor y desorden que si se tratara de los tablados de un mitin, y más que en cualquiera otra parte en la tribuna de la derecha, que fue donde las olas se encresparon verdaderamente. Allí Cañizo, blandiendo en alto el bastón, se desahogaba con estruendo:

—¡Viva Ignacio Aguirre!... ¡Viva Ignacio Aguirre!

—¡¡Viva!!... ¡¡Muera!!... ¡¡Viva!!

Ante lo cual Canuto buscó el modo de dar, por sobre la marejada de los vivas y los mueras, la respuesta que ya le quemaba los labios. Ilustrando sus palabras con la sonrisa brutal en que adquirían valor sinfónico la blancura de sus dientes y la oscuridad de sus facciones deformes, dijo a Cañizo, mientras se inclinaba hacia él:

—Ya veremos, don tal, quién vive de veras y quiénes mueren.

Cañizo se fue del seguro.

—No es difícil adivinarlo —contestó—. Basta con mirar la cara de los asesinos.

En medio de la gritería general, se acentuó la impaciencia por requerir las armas. El hilarista más cercano a Cañizo se le echó casi encima para injurarlo en voz que la ira concentraba y hacía opaca:

—Aquí no hay más asesinos que usted, hijo de la tiznada...

Y le sujetaba el bastón mientras seguía:

—Y no se raje. Vamos allá fuera los dos solos.

—No me rajo; vamos.

A todo esto se arremolinaba el estruendo por galerías y tribunas. Abajo, los diputados, sin oírse unos a otros, se increpaban, se apostrofaban. Tenían ya algunos la pistola fuera de la funda.

Cañizo y su enemigo buscaron la puerta. Cañizo iba delante; el otro, dos o tres metros detrás. Cañizo, en el acto mismo de salir de la tribuna al pasillo, se volvió de frente hacia el hilarista, que ya llevaba la mano derecha en la cadera; y de ese modo, caminando de espaldas, dio algunos pasos, atento a que no le madrugara el otro. Él también tenía ya la palma de la mano puesta contra la culata del revólver.

Y todo se realizó en menos de un segundo. El hilarista, al rebasar la puerta, inició el movimiento para tirar de su arma, ya con la resolución de disparar. Cañizo le llevaba levísima ventaja —la suficiente para que su bala hiriese primero—; tenía la pistola fuera de la funda y en camino de enderezarse hacia el blanco y encontrarlo; su índice se había identificado con el gatillo, hacía perder a éste las muelles ociosidades, precursoras del disparo, sólo perceptibles para el tirador que centuplica la duración de su vida en el supremo instante del lance; el cañón de la pistola iba a apuntar, la bala a salir... Pero en aquella fracción de fracción de segundo sintió Cañizo que le cogían el codo, que otra mano le torcía la muñeca y que su revólver, tras de soltar el tiro hacia abajo, caía al suelo. Frente a él, la pistola automática del hilarista lo miraba con su ojo único.

De una sacudida, Cañizo se libertó de quienes lo sujetaban —eran el capitán Fentanes y el agente Abat, que lo habían cogido por la espalda—, y fallido su intento de recoger del suelo su arma, se precipitó por la escalera. Dio un brinco, dos, tres, y estaba en el curso del cuarto, cuando el hilarista, desde arriba, le hizo fuego. El cuerpo herido se engarabitó en el aire y fue a caer sobre el pavimento del vestíbulo. Cayó como si la pistola que le daba muerte hubiese disparado, no la bala que salía para matar, sino el cadáver mismo.

IV

BATALLA PARLAMENTARIA

Emilio Olivier mandó cerrar las puertas de la Cámara y dio orden de que nadie entrase ni saliese mientras no se lograba la captura del asesino. De este modo se trabó en el recinto parlamentario una lucha sorda, una lucha terrible entre dos multitudes violentas y compactas: la multitud aguirrista, que trataba de identificar al matador de Cañizo y prenderlo, y la multitud hilarista, que en parte quería salvar al homicida y en parte procuraba valerse de la confusión para poner en obra sus otros planes.

En el vestíbulo, alrededor del lugar donde el cadáver de Cañizo yacía de bruces, ambas multitudes zumbaban y se arremolinaban. Allí había acudido, al producirse las detonaciones, gran número de diputados, de periodistas, de individuos dispersos de las dos porras. Allí también querían llegar, en río que se despeñaba desde lo alto por todas las escaleras, los ocupantes de las galerías y de las tribunas.

Refiriéndose al homicida, una voz anónima había dicho desde el primer momento:

—¡Es un hombre alto, de traje azul!

Y aquellas palabras, que ahora se repetían de boca en boca, aumentaban en todos los adeptos del aguirrismo el ansia de descubrir, oculto tras la muchedumbre, al personaje concordante con tales señas.

El alboroto crecía por segundos. Cada vez eran mayores, abajo, la afluencia de la gente venida desde los salones y pasillos, y arriba, la presión de quienes abandonaban las localidades altas.

Cerca de Emilio Olivier un oficial de la policía y varios gendarmes escuchaban perplejos las órdenes que el joven líder iba dándoles:

—Mientras la mitad de su fuerza guarda las salidas de la Cámara —profería colérico el jefe de la mayoría aguirrista—, usted, en persona, al frente de la otra mitad, sube por aquella escalera y detiene al asesino, que está allí, agazapado, cerca de aquel sujeto alto, de cara negra y deforme.

Y Olivier señalaba con el dedo la parte de la escalera donde pugnaban entonces por abrirse paso Canuto y su gente.

El oficial se resistía:

—Pero ya le digo que mi fuerza, señor diputado, se compone sólo de veinte hombres. Permita usted que pida a la Inspección la ayuda de toda la imaginaria.

Olivier se encolerizaba más.

—¡Sí, la imaginaria; para que el asesino, mientras la imaginaria llega, se nos escurra de entre las manos!... ¿Tiene usted miedo?

—No, señor diputado, no lo tengo; pero con todo el valor del mundo los imposibles son imposibles. Para vigilar las puertas de la Cámara necesito no menos de quince hombres; para subir hasta donde usted quiere, me harían falta otros veinte y espacio para maniobrar, y para protegerlo a usted en medio de este desorden se

requieren los cinco gendarmes que aquí tengo... ¿Cuál de las tres comisiones dispone usted que se desempeñe?

Sin cejar un punto, respondió Olivier:

—Ni he pedido que se me cuide ni lo necesito. Mando que usted, sin desamparar las puertas, vaya a donde está el asesino y lo capture.

El oficial y los cinco gendarmes se movieron entonces hacia la escalera.

Su avance, al principio, no fue difícil; la parte baja del vestíbulo estaba llena de aguirristas, que no sólo daban paso a los gendarmes, sino que se disponían a seguirlos, a ir en su apoyo. Mas una vez al pie de la escalera, la cosa varió. Allí, confundidos aguirristas e hilaristas, y éstos superiores en número a los otros, la masa humana se hacía impenetrable. Los gendarmes —de la policía montada todos— metían las carabinas entre cuerpo y cuerpo y luego trataban de ascender. Subían así dos, tres, cuatro escalones. Pero ya a esta altura el logro de su esfuerzo desaparecía completamente, porque bastaba a hacerlos perder pie, y a precipitarlos de nuevo hasta el primer peldaño, la menor ondulación de la multitud, que sobre ellas pesaba en cuesta.

En lo más alto, Canuto Arenas, Fentanes, Abat y todos sus compañeros se fingían ajenos al origen del desorden; mostraban aire análogo al de los pocos curiosos que esa tarde fueron a meterse en la Cámara y que de pronto se veían envueltos en sucesos no esperados. Ya no lanzaban vivas ni mueras; ya no manifestaban en forma alguna su agresividad de poco antes. Procedían sin aclamaciones, a semejanza de los otros grupos aguirristas o hilaristas, apiñados en todo lo largo de los corredores, o encajonados, hasta perderse en el techo, en las curvas de las escaleras.

Un cambio de táctica se había producido en los dos bandos al sobrevenir el asesinato de Cañizo. Al primitivo empeño de amedrentar, para tener así el dominio del ambiente parlamentario, se sustituía ahora el ánimo de no recurrir a la violencia hasta el momento oportuno para sacar de ella el mayor fruto posible; pero, aun así, sólo a causa de un impedimento material no echaban todos mano a la pistola ni se agredían a muerte: porque la misma estrechez del sitio los paralizaba. Ansiando matarse, tan cerca se hallaban unos de otros que mutuamente se protegían.

En uno de los vaivenes de la multitud, sacudida abajo por el forcejeo de los gendarmes, el capitán Cruz y don Casimiro fueron a juntarse codo con codo en la cima de la escalera. Cruz, atento a las escenas del piso del vestíbulo, lanzaba miradas alternas hacia dos puntos: en uno, gesticulando y dando órdenes, estaba Olivier; en el otro —elipse de quietud, rodeada de intensas agitaciones— se extendía boca abajo, con la cabeza en halo de manchas sangrientas, el cuerpo de Cañizo. En el tránsito de una a otra de aquellas escenas, la mirada de Cruz sorprendió a Olivier comunicándose a señas con don Casimiro, y advirtió luego que éste hacía esfuerzos, junto con los hombres que lo rodeaban, por mezclarse con la gente de Canuto Arenas. Para esto don Casimiro y los suyos se servían hábilmente de la presión de otros grupos, los más altos, que o bien pretendían bajar, o bien se esforzaban por hacer que los de adelante

bajasen.

Porque un nuevo elemento de lucha vino a sumarse en aquel instante al tumulto de corredores y escaleras. Sabido ya que las puertas de la Cámara no volverían a abrirse hasta ser preso el asesino, los hilaristas, de una parte, no se mostraban acordes sobre lo que les convenía más, si seguir allí, si bajar al vestíbulo; y, de otra parte, los aguirristas crecían en su resolución de precipitar a sus enemigos escalera abajo para después medirse allá con ellos.

A todo esto nadie descubría, por sitio alguno, al «hombre alto, de traje azul», señalado por muchos como autor del crimen. Y mientras, el verdadero matador —que era un hombre bajo, con traje de gabardina verde gris— se agazapaba cerca de Canuto, protegido por los tres agentes especiales, Márquez, Lomas y Abat, dentro de cuyo cerco hacía lo posible para que no se le notase. No faltaban, sin embargo, y más entre los aguirristas que estuvieron momentos antes en la tribuna de la derecha, quienes empezaran a señalarlo a él como autor único del asesinato. Otros, equivocándolo, decían que era Fentanes; otros, que Abat.

Cinco minutos llevaría la débil fila de gendarmes batallando por abrirse paso al pie de la escalera, cuando Canuto acabó por temer que alguna fuerza más numerosa viniese a secundar aquel ataque, y eso le aconsejó precipitar la crisis, a fin de dominarla. Quería, primero, poner en salvo al matador de Cañizo, y, después, quedar en condiciones aptas para el desarrollo del plan contra los líderes aguirristas.

«Aunque es verdá —pensó— que aquí podríamos, orita mesmo, darle su agua al Olivier.»

Esta idea, como complemento de la otra, le pareció excelente. Con un gesto discreto llamó al capitán Cruz, el cual, no sin trabajos, se aproximó poco a poco, favorecido por sus compañeros, que le abrían camino y se apretaban después para que don Casimiro y los suyos no avanzaran.

Cuando Cruz estuvo suficientemente cerca, Canuto, a media voz, le dijo:

—Oiga, amigo, como está usted viendo, las cosas caminan bien; nomás hay que ponerse águila pa no jerrarla... Vamos a consentir que suban un trecho los gendarmes; luego, así que estén en buen punto, todos nosotros nos les dejamos ir encima, los desbarrancamos hasta mero abajo; luego, allí los regamos, sacamos las armas, arreciamos el alboroto, y entonces, mientras yo me adueño de la puerta para echar fuera al compañero que ya anda comprometido, usted, con otros dos que lo secunden, se acerca al Olivier, me lo liquida por abajo, ¿me entiende?, por abajo, y luego se viene a la puerta para que yo le cubra la retirada... ¿No le tiembla la mano?

—No, mi mayor.

—Bueno; pues estése aquí, detrás de mí, alerta siempre a cumplimentar las órdenes.

La primera parte de este plan de Canuto se realizó matemáticamente. La falange hilarista de la escalera se concertó con rapidez; dejó que los gendarmes y el oficial subieran ocho o nueve escalones, y, conseguido esto, hizo que sobre ellos se

desplomara la masa humana que los gendarmes tenían delante, mientras a sus espaldas desaparecía todo apoyo. Y fue cual si de pronto se produjera un alud: desgajada en núcleos que se estrechocaban y se impelían, la multitud de la escalera resbaló irresistible, arrolladora, arrastrando consigo aun a los grupos aguirristas superiores que no pudieron detener a tiempo su propio empuje.

El oficial y uno de los gendarmes, faltos de equilibrio, desaparecieron bajo el torrente humano. Los gendarmes restantes —dos de ellos ya sin armas, ya sin kepis— fueron arrollados y quedaron dispersos. Después se les vio moverse a merced de las corrientes que vino a suscitar en la otra multitud, la de la parte baja del vestíbulo, el oleaje tempestuoso de la nueva masa, refluyente allí como en un seno. Sólo el grupo de Canuto bajó compacto e intacto: nada lo desorganizó ni dominó, ni la misma presión formidable que vino ejerciendo sobre él la banda de don Casimiro, arrastrada, como otras, en el caer general, aunque ella hábil al punto de no perder el contacto con el enemigo ni el dominio de sí propia una vez en tierra firme.

Esto último fue causa de que el proyecto de Arenas relativo a la salida fracasara desde el primer intento. Los gendarmes y porteros que guardaban la puerta, insignificantes ante el asalto abrumador de los hilaristas, contaron, cuando menos lo esperaban, con un refuerzo considerable: el de don Casimiro con su gente y el de la porra aguirrista que había estado en la tribuna de la derecha; y reforzados así, lograron resistir. Canuto no sólo no pudo apoderarse de la puerta, sino que se encontró, en su grupo, aislado de los otros sectores hilaristas. Ya tenía enemigo al frente y a la retaguardia.

Por primera vez estimó entonces Canuto que su situación era grave: los aguirristas iban a tener tiempo de organizarse para acometerlo en forma, hasta quitarle de las manos al matador de Cañizo. Ahora la única esperanza era que el capitán Cruz cumpliera lo mandado respecto de Olivier, pues eso, si llegaba a consumarse, sembraría el pánico y daría origen a nuevas oportunidades.

Canuto buscó con la vista a Cruz. Éste, seguido del agente Lomas y del capitán Thivol, bordeaba entonces el sitio donde estaba el cadáver e iba acercándose a Olivier; se movía como si lo arrastrara una de las corrientes en que todos aquellos hombres se agitaban. También vio Canuto en ese momento, a la puerta del salón de sesiones, a los diputados López Nieto y Ricalde; ambos gesticulaban y vociferaban junto con otros diputados hilaristas. Se le fortaleció el ánimo.

—Aguanten todos como los hombres —dijo a los suyos a media voz—. Si naiden se me raja orita, dentro de un minuto la tarde queda por nosotros.

Cruz, Lomas y Thivol estaban ya a dos pasos de Olivier, el cual, con los ojos fijos entonces en la cuadrilla de Canuto, decía algo a varios individuos que tenía al lado... Cruz se acercaba más todavía... Ahora no mediaba ya más que una cabeza entre la suya y la de Olivier...

«¡La verdad de Dios que Cruz es muy hombre!» —pensó Canuto, pronto al sentimiento admirativo del profesional que contempla en otros realizaciones

maestras. Y por varios segundos contuvo la respiración, se empujó levemente sobre la punta de los pies...

Así pasó un minuto, un minuto empleado por don Casimiro en aumentar sus efectivos y en mejorar sus posiciones para el ataque. Canuto no lo sintió; toda el alma se le iba detrás de los menores movimientos que hacía la cabeza del capitán Cruz y de los gestos de Olivier, que seguía hablando y mandando.

Otro medio minuto... Canuto Arenas no respiraba... Sonó un disparo... otro luego... y otro... El rostro de Olivier, girando sobre la izquierda, había clavado la vista en la puerta del salón de sesiones, de donde se esfumaron de un salto López Nieto y Ricalde. Y todavía en esa postura Olivier, siguió mirando hacia allá, pero no con la expresión de quien acabase de recibir la muerte, sino revelando apenas cierta curiosidad, cierta inquietud. Durante un instante, que fue un siglo, Canuto esperó ver cubrirse aquella cara con sombras mortales y verla desaparecer en seguida hacia abajo. Pero ni tal suceso vino ni el capitán Cruz se movió de donde estaba... Todo lo que Canuto percibió entonces fue: primero, el torbellino de muchas cabezas hacia el lugar donde Olivier tenía puestos los ojos (allí habían hecho los disparos, no donde Canuto creía), e inmediatamente después, un golpe de gente que, viniéndosele encima, lo rechazaba varios metros, tras de desconcertar toda su tropa y arrebatarle al asesino.

Su excesiva confianza en que Cruz mataría a Olivier le había nublado dos minutos el sentido de la realidad... Quiso reconquistar lo perdido: se llevó la mano a la pistola. Pero antes que ésta saliese de la funda, Canuto se detuvo; don Casimiro le ponía un puñal en el vientre y lo amenazaba susurrante:

—Si tan siquiera mueve la lengua, lo clavo, valedor.

Canuto miró hacia abajo: él era alto, don Casimiro, chaparro. Miró y calló; contestó apenas con el brillo de los dientes.

Esa noche se supo que el matador de Cañizo era un chofer de la Secretaria de Gobernación. Y al día siguiente, a primera hora, Emilio Olivier Fernández recibió la visita del capitán Adelaido Cruz. El capitán venía a contar al líder político cómo había espiado la víspera la ocasión de matarlo, y cómo, por último, en vez de cometer el crimen, había resuelto esperar a relatarle, punto por punto, lo que el Jefe de las Operaciones en el Valle y comandante de la guarnición de la plaza tramaba contra la vida de los principales diputados aguirristas.

LIBRO SEXTO

JULIÁN ELIZONDO

Falló en su esencia el complot para asesinar a los líderes aguirristas de la Cámara de Diputados, mas no por eso dejaron de producirse algunos efectos también considerables. Hubo, desde luego, una delimitación más rigurosa en las fuerzas políticas. Muchos partidarios de Aguirre —los que hasta entonces sólo le habían sido fieles porque lo suponían capaz de las mayores violencias— se pasaron, convencidos de su error, al bando de Hilario Jiménez. Y en cambio los otros —los aguirristas leales y resueltos, los que pretendían ganar con su propia bandera, no con la del enemigo—, fortificándose en su empeño, se aprestaron a todos los excesos de la lucha tal cual se les proponía.

La llamada opinión pública acentuó entonces su influencia en la obra. Era, secretamente, partidaria de Aguirre —en quien veía al valeroso adalid de la oposición al Caudillo—, y era, secretamente también, enemiga de Jiménez, en quien personificaba la imposición continuista. Pero voz, al fin y al cabo, de clases cobardes, de clases envilecidas en el orden cívico, no se atrevía a resolver la pugna de los grupos abordándola de plano, manifestándose con valor, sino que se limitaba a intervenir en la lucha como el público en los *matches* de boxeo: azuzando a los contendientes. Noveleros, misteriosos, corrían los rumores de labio en labio: «Se levantará Encarnación Reyes en Puebla», «Se levantará Figueroa en Jalisco», «Se levantará Ortiz en Oaxaca», «Se levantará Elizondo en Toluca». Todo lo cual, espejo de los hechos anterior a los hechos mismos, iba creando las realidades que el espejo anunciaba, y creándolas sólo por eso: porque las anunciaba.

Cuantos tenían ocasión de dirigir a Aguirre dos frases seguidas le decían con más o menos franqueza: «No le queda a usted otro camino que el de los rifles», consejo elevado por los sociólogos a categoría de ley. «En México —le aseguraban estos últimos— todos los presidentes se hacen a balazos.» Y del otro lado, igual. A Jiménez, al Caudillo les tenía puesto cerco del runrún de la inminente sublevación de los aguirristas.

Aguirre, ante tales insinuaciones, daba a entender, si bien con sonrisa incrédula, que sabía de sobra a qué atenerse, mientras el Caudillo, refractario y todo a la idea de que nadie osara rebelársele, extremaba sus complacencias con los generales más sospechosos: abría para ellos, de par en par, las grandes cajas de la Tesorería.

En otros términos: ocurría todo como si en el drama profundo que estaba desarrollándose los personajes no obraran de propia iniciativa —obedientes a sus impulsos, su interés, su carácter—, sino que sólo siguieran, simples actores, los papeles trazados para ellos por la fuerza anónima y multitudinaria. Los obligaba ésta, desde la sombra, a aprender su parte, a ensayarla, a realizarla.

Emilio Olivier y los principales representantes de generales y gobernadores adictos a la candidatura de Aguirre se reunieron una noche con ánimo de tomar determinaciones definitivas.

La junta se celebraba en casa del general Alfonso Sandoval —ex jefe de operaciones, ex gobernador, ex lugarteniente del Caudillo, compañero suyo en las primeras etapas revolucionarias y ahora enemigo de su camarada y jefe de antes por incompatibilidad de ambiciones gemelas—. Tal circunstancia, fortuita hasta cierto punto, respondía en el fondo al verdadero carácter de la reunión. Porque Sandoval no era aguirrista, sino que apenas fingía serlo para abrir paso a sus propias aspiraciones: años llevaba él bregando también por llegar a presidente. Y como él, otros muchos. Ortiz, Figueroa, Carrasco, todos andaban a caza de la Presidencia, pero no para Ignacio Aguirre, sino para sí; y si por de pronto juntaban su pasión de ver por tierra al presidente en funciones, era sólo con el oculto ánimo de reñir después por lo mismo que los conciliaba entonces. Aguirristas sinceros no parecía haber a esa hora, entre los generales, más que dos: Julián Elizondo, jefe de las operaciones militares en el Estado de México, y Encarnación Reyes, jefe de las de Puebla.

Fue Elizondo, de los generales con mando de tropas, el único que acudió en persona a la junta; los otros enviaron representantes. De ahí que sus opiniones —era general de división—, prevalecieron desde el primer momento, lo cual hizo que el acuerdo final difiriese en mucho del que hubieran deseado los más impacientes o los más maliciosos de los reunidos.

El conciliábulo, de hecho, se redujo al confrontamiento de dos maneras de ver: una —la de López de la Garza, representante de Encarnación Reyes; Olivier Fernández y los generales sin cargo activo ni tropas, como Sandoval y Carrasco— que preconizaba el empleo inmediato de las armas; y otra —defendida sobre todo por Elizondo—, que prefería no precipitar las cosas, sino seguir haciendo adeptos entre los generales y coroneles no comprometidos.

De ambas partes las razones parecían ser buenas.

—O nosotros le madrugamos bien al Caudillo —decía Olivier— o el Caudillo nos madruga a nosotros; en estos casos triunfan siempre los de la iniciativa. ¿Qué pasa cuando dos buenos tiradores andan acechándose pistola en mano? El que primero dispara, primero mata. Pues bien, la política de México, política de pistola, sólo conjuga un verbo: madrugar.

Otro tanto aseguraba López de la Garza, aunque no en tono sentencioso, como el líder de los radicales progresistas, sino con argumentos concretos.

—Mi general Reyes —decía— no se aviene fácilmente a esperar más: teme que de un instante a otro le quiten las corporaciones más leales; sabe de cierto que los agentes del Gobierno andan sonsacándole algunos batallones. Y luego, recuerda bien, como todos nosotros, las malas artes del Caudillo: a lo mejor, si se descuida, le dan

un albaz.

Pero el general Elizondo tenía para unos y otros respuestas apropiadas. Era uno de esos tipos del Norte, de rostro sin curvas, de bigote sin puntas, de tez clara y sin manchas, de labios blanquecinos y secos —tipos que parecen muy francos, muy leales hasta cuando no lo son—. En él la rudeza nortea cobraba tonos perentorios, tonos que se hacían más enérgicos, más indiscutibles por el importante papel suyo en varias de las mejores batallas ganadas por el Caudillo.

A Olivier le decía:

—Madrugar, sí, licenciado; pero sin que corra uno el riesgo de que pronto lo acuesten. Hay que madrugar tomando en cuenta el reloj. Si no, ¿para qué sirve?

A López de la Garza le replicaba:

—¿Golpes? Los buenos generales no presentan flanco por donde nadie se los dé, y buen general es de veras Encarnación Reyes. ¿Que quieren privarlo de sus mejores cuerpos? Pues que no los entregue. Y si le andan volteando a la gente, que la consienta, que la cuide, y la conservará fiel a su persona. La cosa es no echarse a la revuelta a lo que salga, sino sobre seguro, y seguro todavía no lo podemos hacer. ¿Con qué elementos contamos? Con los del Estado de México, con los de Puebla, con los de Jalisco, con los de Tamaulipas, con los de Oaxaca. Bueno, pues todo eso no es bastante.

—Contamos con toda la nación —argüía Olivier.

—Sí, licenciado; pero hay que distinguir. En estos casos la nación no se bate; se bate el Ejército, y del Ejército, no puede ponerse en duda, lo más no está aún con nosotros. Conviene, pues, seguirlo trabajando.

En momentos así intervenían Sandoval y Carrasco, que, por su misma condición de generales en desgracia, eran los más activos organizadores del levantamiento.

—Todos los jefes a quienes puede hablarse están hablados ya —decían—. Nomás que pasa lo de siempre: que la mayoría no se declara de veras, ni se lanza, hasta que los otros dan el primer paso. Pero ya sabemos que entonces sí: empezando la cosa, el miedo de perder lo hace todo. Así sucedió hace cuatro años. A poco de levantarse las fuerzas de Sonora, ya estábamos todos con el Caudillo. Al gobierno se le desgranó el Ejército en la mano como mazorca podrida.

Una última observación de Elizondo vino a decidir que la junta, en rigor, no estaba capacitada para pronunciarse en un sentido ni en otro. Decía el jefe de las operaciones en el Estado de México:

—Sobre todo, aquí falta lo más principal: conocer a fondo lo que piensa el general Aguirre. Nosotros sabemos que está dispuesto a levantarse, pero ¿a levantarse cuándo? Por lo que me ha dicho a mí, no creo que se aviniera a hacerlo desde luego. Y la verdad es que si la bandera nos la da él, nos saldríamos de lo justo desconociendo que a él le toca, más que a nosotros, escoger el momento de los balazos.

Contra este razonamiento se revolvieron furiosos Olivier Fernández y Sandoval.

Negaron, primero, aunque sin desconocer los derechos de Aguirre, que la decisión de tomar las armas no incumbiese a todos por parejo: porque aquél era un caso de vida o muerte que a todos alcanzaba con iguales riesgos. Y afirmaron, en segundo lugar, que Ignacio Aguirre, poco entusiasta de suyo, no sólo necesitaba que en la presente situación se le empujara, se le obligara, sino que, entregado a su arbitrio, exponía a todos a un desastre. Bastante daño había hecho ya no aceptando pronto su candidatura.

Pero ni los esfuerzos de Sandoval y Olivier, ni los de algunos otros, consiguieron sobreponerse a la opinión de Elizondo. Se convino al fin que este último, acompañado de López de la Garza, de Olivier Fernández, de Sandoval, consultara el punto con el candidato, y que, por de pronto al menos, se consintiera en todo lo que el candidato resolviese.

Ignacio Aguirre resolvió en la forma que se temía Olivier. A la indicación franca — hecha por Olivier mismo— de que ya había que pensar seriamente en rebelarse, contestó con franqueza todavía mayor:

—Resuelto a levantarme en armas estoy. Ésa es cosa que no me disimulo ni descuido, pues sé que al fin hemos de venir a parar en ello. Creo, sin embargo, que no debemos recurrir a las armas mientras no tengamos la justificación legal que ha de darnos fuerza. ¿En nombre de qué nos alzaríamos ahora contra el Gobierno? ¿Por una imposición que todavía no se consuma? ¿Por la violación de un sufragio que aún no se emite? Convengo en que tal vez ganáramos, y todo dependería de que el Ejército, viendo en nosotros «la cargada», nos siguiera a tiempo, como en mayo de 1920. Pero lo cierto es que tales movimientos siempre nacen débiles, débiles en el orden popular, y que eso lo pone a uno a merced de la contingencia de que se subleven más o menos tropas. Ahora bien, en el albur de ganarlo todo o perderlo todo, que es el nuestro, ir así no me satisface ni en cuanto a mí mismo ni en cuanto a mis partidarios y amigos. Porque no estaría bien que nos expusiéramos a perder como ambiciosos ineptos, acreedores al desprecio público... Y todavía a esto puedo añadir más, puedo darle el valor de ciertas consideraciones personales. Yo, según lo saben ustedes perfectamente, no quería ser candidato. Una serie de sucesos apenas creíbles vino a meterme en una contienda que no era mía. Hoy la suerte está echada; no lo lamento; acepto gustoso ir hasta lo último. Pero siendo esto verdad, lo es también que no quiero, a toda costa, adueñarme de la Presidencia, y no porque blasone de moral, de puro, de incorruptible —quiénes más, quiénes menos, todos hemos cometido errores en la Revolución y la política, yo acaso más que otros muchos—, sino porque a mí me parece que, sean cuales fueren la mentira y el lodo que nos ahogan, hay papeles que exigen dignidad, momentos del decoro que no deben olvidarse. Nos consta a nosotros que en México el sufragio no existe: existe la disputa violenta de los grupos que ambicionan el poder, apoyados a veces por la simpatía pública. Ésa es la

verdadera Constitución Mexicana; lo demás, pura farsa. Pero como nuestras mismas disputas tienen sus reglas y son, en medio de todo, susceptibles de cierta decencia, yo me propongo no disparar el primer tiro mientras el Caudillo y Jiménez no extremen las cosas al punto de que la nación entera nos aplauda si nosotros hacemos lo mismo. Quiero ganar, sí; pero ganar bien; y si eso no es posible, prefiero perder bien, o sea: dejando a los otros el recurso criminal o innoble. A estas alturas no es el triunfo lo más importante; lo es el fallo del plebiscito íntimo que la nación está haciendo siempre. Y si el fallo nos favorece, igual da entonces conquistar la Presidencia que morir asesinados. ¿Cuántas veces no hemos expuesto nosotros la vida hasta por los caprichos más estúpidos o más bajos?

El general Elizondo se sintió no poco complacido con los razonamientos de Aguirre, bien porque creyese en ellos, bien porque viera así confirmada su tesis de que la rebelión era extemporánea. Se acallaron asimismo las impaciencias de López de la Garza y de Sandoval. Pero donde no hincó su filo la elocuencia del candidato fue en las arraigadísimas ideas políticas del líder radical progresista. Éste, sin embargo, no quiso contradecir entonces a Aguirre —comprendía que era inútil—; aunque no dejó de observar:

—Todo eso que usted nos dice me suena a mí perfectamente; no lo niego ni lo discuto. Pero un punto me parece merecedor de más amplios desarrollos, el de las reglas posibles en nuestras contiendas públicas. La regla, la daré desde luego, es una sola: en México, si no le madruga usted a su contrario, su contrario le madruga a usted.

II

CANDIDATOS Y GENERALES

La campaña electoral guardó aún, durante varios días, formas de acontecimiento democrático: se hablaba de partidos, de manifiestos, de giras, de asambleas. Mas lo cierto es que, por debajo de tales simulaciones, la atención real de ambos grupos contendientes, y lo principal de su esfuerzo, propendía sólo, cuando no a ejercitar posibles violencias, a repelerlas. El Caudillo y Jiménez no ahorran medio para deshacer en el germen la sublevación que por fuerza había de venir. Los aguirristas espiaban y urdían; multiplicaban cerca del Ejército su propaganda sediciosa o defensiva, temerosos de que el Gobierno les asestara el golpe antes de estar ellos en aptitud de resistirlo.

Así las cosas, empezaron a sentirse barruntos del choque final la tarde de la sesión de honor con que el «Grupo de Diputados pro Ignacio Aguirre» recibía en sus oficinas la primera visita del candidato.

El local del Grupo se hallaba situado en la esquina de la avenida Madero y la calle de Bolívar. Nunca faltaba gente en él. Esa tarde se llenó de aguirristas una hora antes que de costumbre, y a las seis y media, al presentarse el huésped, la multitud no cabía en el edificio: desbordando de los corredores, del patio, del zaguán, la gente se amontonaba en la calle. Olivier, por supuesto, había convocado allí su porra parlamentaria; Eduardo Correa sus huestes municipales, y de ese modo —añadido el calor de la simpatía pública por Aguirre— el suceso se adornaba con intensos relumbres de democracia auténtica.

Bien avanzada la ceremonia, llegó para el candidato, por teléfono, recado de que en su casa se le necesitaba urgentemente. Avisos así, en momentos tan solemnes — pronto haría Olivier la apología del futuro Presidente de la República; pronto contestaría el aludido elogiando el programa del Partido Radical Progresista— eran irregularidades insólitas; aquella de entonces debía de originarse en causas muy graves. Aguirre, con todo, se limitó a decir que iría a su casa lo más pronto posible, y continuó atento al discurso que a la sazón estaba pronunciando Juan Manuel Mijares.

Media hora después —Olivier ocupaba ya la tribunal— el requerimiento tornó a producirse, más exigente esta vez que la primera. Aguirre llamó entonces a Remigio Tarabana y le rogó que fuese, en un vuelo, a enterarse de lo que ocurría.

Pasaron veinte o treinta minutos. Olivier terminó. Aguirre se puso en pie y dio comienzo al amplio discurso que traía preparado. Cuando de allí a poco Tarabana estuvo de regreso, Aguirre lo vio hablar con López de la Garza —que a los pocos instantes se ausentó a su vez—; pero no descubrió en el semblante del uno ni del otro signos de grandes inquietudes. Se entregó, pues, a proseguir hasta lo último su disertación. La agotó; habló cerca de una hora. Y lo hizo con tan firme elocuencia, que períodos y ovaciones acabaron alternándose.

Concluido el discurso, los vítores del salón prendieron en los corredores; de allí

pasaron a las escaleras, al patio, al zaguán; de allí, a la calle. En ésta, porra y pueblo, aglomerados en la esquina, aclamaban al candidato y le pedían a gritos, seguidos por la turba de los curiosos, que se mostrase. Hizo abrir Olivier los balcones y aparecieron allí Aguirre y los líderes más conspicuos, mientras abajo, nocturno, brillante, el tráfico de la avenida quedaba en suspenso. Y fue entonces, al margen de la cortísima arenga que Olivier dirigió a la muchedumbre callejera, cuando Aguirre y Tarabana entablaron diálogo en voz baja:

—¿Algo urgente?

—Demasiado, sospecho. Es Jáuregui, el jefe del 16.º Batallón; aguarda en tu casa desesperado por hablar contigo. Parece que hay mar de fondo...

—¡Déjate de cursilerías! ¿Qué dice el coronel?

—Poco y mucho; que el asunto es de vida o muerte; que tienes que hablar con él hoy mismo.

—Pero, en concreto, ¿de qué se trata?

—¡Ah, eso no lo sé! Insiste en que sólo a ti puede comunicarlo. También me pidió que López de la Garza, si se hallaba en este sitio, fuera a verlo en seguida. Ya ha ido.

La multitud acogía con aplausos frenéticos las últimas palabras de Olivier. Tornaba a gritar. Quería ahora que el candidato en persona la arengase. Algunos *claxons*, a coro, protestaban desde el fondo de la calle porque se obstruía el paso. Aguirre, que presentía la gravedad de lo que pudiera comunicarle el jefe del 16.º Batallón, se valió de aquello para decir apenas tres palabras, y de ese modo consiguió que el mitin, en pocos minutos más, concluyese.

Cosa de las nueve y media entró Aguirre en su casa acompañado de Axkaná González, de Olivier, de Correa y de algunos otros partidarios y amigos próximos, entre ellos el gobernador de Jalisco —Agustín J. Domínguez— que desde Guadalajara había venido a la sesión de honor. Los acompañantes permanecieron en la sala de recibo; Aguirre se dirigió a la pieza donde el coronel Jáuregui seguía aguardándolo.

Tras rápido saludo, el coronel le dijo:

—Puede usted no creerme si gusta, mi general; pero lo que vengo a contarle es tan cierto como que aquí estamos viéndonos las caras. Una vez le fueron a usted con no sé qué chismes sobre mi persona; usted, creído de ello, me postergó; yo me resentí, y desde entonces, al parecer, no somos amigos. Así lo dicen; hasta se me figura que usted mismo así lo piensa. La verdad, por fortuna para mi buen nombre (pues no soy de los que olvidan al primer tropiezo todos los favores pasados) no es ésa por ahora. Amigos somos: yo, quiero decir, lo soy de usted, y prueba de que no le miento la tiene en mi conducta. Mientras otros que usted antes protegía lo traicionan, yo vengo aquí a enterarlo del golpe que sus enemigos están preparándole. La cosa es ésta: mi general Leyva nos ha pedido a tres coroneles (al del 44.º, al del 21.º y a mí)

que denunciemos como hechas a nosotros las proposiciones con que, según se afirma, los generales adictos a la candidatura de usted andan sonsacando a quienes tenemos mando de fuerzas. Los jefes del 44.º y del 21.º, por lo mismo que le han vuelto a usted la espalda desde que renunció al ministerio, se conchabaron gustosos con Leyva a cambio de ciertas ventajas. Yo, cogido a dos fuegos, ¿qué había de hacer? Consentí para disimular. Pero lo peor de todo no es eso. Después de la entrevista con Leyva, que fue a primera hora de la tarde, he sabido que esta misma noche lo aprehenderán a usted cuando menos se lo espere. Piensan justificarse con nuestra denuncia y con un alboroto que el coronel Siqueiros, jefe del 19.º, va a armarle en Puebla a mi general Encarnación Reyes. También aprehenderán a mis generales Sandoval y Carrasco, y también a los principales líderes civiles que trabajan la candidatura; y a todos, lo sé de muy buena fuente, van a formarles juicio sumario que los sentencie a la última pena. Yo, mi general, cumpla avisándoselo a tiempo, y se lo aviso sin más que pedirle en recompensa dos cosas: que no me perjudique dejando traslucir que yo fui quien le vino con el soplo, y que lo del falso testimonio me lo perdone. De negarme a hacer la delación, ¿qué hubiera conseguido sino sacrificarme sin beneficio para usted ni para nadie?... El general López de la Garza, que estuvo aquí hace rato, sabe ya lo que se refiere a mi general Reyes, y a estas horas, a lo que calculo, ha de ir camino de Puebla.

De regreso en la sala, Aguirre concertó someramente con sus amigos la conducta que convenía seguir. Urgía, con toda evidencia, ausentarse de México cuanto antes. Pero ¿hacia dónde? El gobernador de Jalisco hubiera deseado que fueran a Guadalajara; allá las tropas, con el general Figueroa a la cabeza, eran aguirristas. El viaje, empero, resultaba imposible, dada la distancia. Se pensó luego en Puebla, que ofrecía el mejor refugio: Encarnación. Mas de ser cierto el anuncio sobre el alboroto del coronel Siqueiros, la prudencia aconsejaba no seguir tampoco aquella senda. Vino a resolverse que lo más rápido y seguro, acaso lo único factible, era trasladarse a Toluca, donde se contaría con la protección del general Elizondo, también aguirrista.

Dispuestos todos a partir, dictó Aguirre unas cuantas providencias. Ordenó que dos de los autos que habían quedado a la puerta fueran a escape en busca de Carrasco y Sandoval, con instrucciones, si no los hallaban en casa, de volver inmediatamente. Previno para el viaje a Cisneros, su secretario, y a Cahuama y Rosas, los dos ayudantes que conservaba consigo. Escogió un propio que fuera a Puebla al día siguiente a informar a Reyes y a López de la Garza sobre lo que había resuelto hacer. Y, por último, pensó en el dinero.

Como de costumbre, él no llevaba en el bolsillo arriba de trescientos pesos; en su casa habría apenas mil. Llamó aparte a Tarabana para preguntarle qué suma, a esas horas, podría conseguirse.

—Tengo en mi casa —respondió Tarabana— seis mil pesos míos y catorce mil de la Pavimentadora.

—¿Te atreverías a prestármelos?

Tarabana sólo contestó:

—Corro por ellos.

Diez minutos después se presentaron los generales Carrasco y Sandoval, y casi al propio tiempo regresó Tarabana.

Éste fue con Aguirre hasta el despacho, detrás de cuya puerta dijo a su amigo:

—¿Llevas tú el dinero, o lo llevo yo?

—Lo llevo yo.

Tarabana sacó entonces su cartera y de ella tomó, con el ademán hábil e inexpresivo de quien maneja a menudo gruesas sumas, un fajo de billetes. Todos eran nuevos; todos iguales. Sujetándolos con los dedos entre los cuales conservaba aún la cartera, oprimió el canto del paquete con el pulgar de la otra mano, cual si contara los billetes al cálculo del ojo, y dijo a Aguirre, conforme se los tendía:

—Veinte mil pesos justos. Cuarenta billetes de a quinientos pesos cada uno.

Aguirre, sin mirar casi, puso los billetes en el bolsillo que su chaleco tenía por la parte interior del lado izquierdo, y luego los dos amigos tornaron a la sala.

Minutos después salieron todos a la calle.

En la puerta, inesperadamente, un reportero de *El Gran Diario* abordó al candidato con juvenil desenvoltura:

—General, buenas noches. ¡Qué suerte: frente a usted de buenas a primeras! Vengo a entrevistarle y a que me haga, a ver si me aumentan el sueldo, la más sensacional declaración de nuestra época.

Era casi un adolescente; por la ingenuidad del rostro, un niño. Aguirre, que lo conocía bien, le respondió con dulzura:

—No, mi joven amigo. Hoy no estoy para declaraciones.

Notó el reportero que Rosas y Cahuama ponían en uno de los autos dos carabinas y varios bultos de mantas. Eso le hizo exclamar:

—¡Gran noticia! ¡Se va usted de viaje!

—No, joven —replicó Aguirre—; voy sólo de paseo, y usted, que es un buen amigo, va a prestarme el servicio de no decir de ello ni una palabra.

—Sólo con una condición, mi general.

—La conoceremos...

—Que me lleve con usted.

Un momento lucharon en el ánimo de Aguirre la piedad, el optimismo y el interés. Luego dijo:

—¿Y si le ruego que no me acompañe?

—Corro al periódico y doy con más ganas la noticia.

—Bien; en ese caso, acompáñenos usted.

Aparte los choferes, fueron trece las personas que se acomodaron en los automóviles. Al *Cadillac* de Aguirre subieron —además del candidato— Axkaná, Domínguez,

Tarabana y Correa; con Olivier iban Mijares, Carrasco y Sandoval; en otro coche, Cisneros, Cahuama, Rosas y el reportero de *El Gran Diario*.

En el momento de partir pidió Aguirre que los coches se desviaran hasta la calle de Rosas Moreno. Allí se detuvo el *Cadillac* frente a la casa de Rosario. El ex ministro se apeó; entró, y a los pocos minutos volvió a salir. La sombra de una mano recorrió un visillo; una cabeza se pegó al cristal de un balcón...

Daban las once y media cuando los tres autos, dejando a un lado la calzada de Tacubaya, enfilaron hacia la carretera.

III

EL PLAN DE TOLUCA

A medianoche las calles de Toluca eran desiertos entre casas; quieta luminosidad, flotante en sombra, de los faroles del alumbrado público; bultos pardos, inmóviles, de los serenos fijos contra el muro al rayo diagonal de su linterna; de tarde en tarde, un ladrido, un grito.

Aguirre y sus doce acompañantes descendieron de los automóviles frente a la puerta del hotel. Las habitaciones que pidieron eran muchas; tomaría tiempo el prepararlas. Como habría también que esperar al general Elizondo, en cuya busca mandó Aguirre a Cahuama y Rosas, y como hacía frío, pidió Olivier que se les abriese el bar.

Una vez allí, todos se instalaron según su costumbre en tales sitios y a tales horas. Había tres mesitas; en torno de ellas se distribuyeron para comer y beber. Aguirre pidió su bebida cotidiana. Porque a los brotes de la excitación que les había producido el tener que ausentarse de México por sorpresa, sucedía ahora un optimismo firme y ruidoso. Estaban ya bajo el amparo militar de Elizondo; se sentían fuertes.

Sandoval y Carrasco no hacían sino hablar de la conveniencia de alzarse en armas inmediatamente; las tropas de Elizondo desde el Estado de México, y las de Encarnación Reyes desde Puebla, podían lanzarse sobre la capital, mientras Figueroa, maniobrando desde Jalisco, aislaba al Caudillo y Jiménez de los estados del Norte y los privaba así de toda posible ayuda por parte del gobierno norteamericano. Luego, conocida esta magnífica posición estratégica, vendría la «huelga de generales», como en 1920, con lo que la rebelión triunfaría en un mes.

—¿O no es bueno el proyecto? —preguntaba Sandoval al candidato.

Aguirre, entre sorbo y sorbo de coñac, respondía:

—Militarmente no es malo; pero falta estudiarlo en lo político. Lo primero es conocer el curso que va a tomar la opinión pública cuando se sepa lo que está tramándose contra nosotros.

Olivier, que compartía con Aguirre y Tarabana la botella de Hennessy, había sacado su cuaderno de apuntes e iba escribiendo —con igual entusiasmo que en la Cámara las mociones suspensivas o las iniciativas ocasionales— los puntos que a su juicio debían incluirse en el plan del movimiento. Locuaz en su arrebató optimista, recitaba en voz alta lo que escribía:

—Considerando, primero...; considerando, segundo...

Entre nota y nota, varias veces comentó:

—Veremos qué futuro reserva la historia al Plan de Toluca.

Mijares, Axkaná y Correa hablaban con Domínguez acerca de los recursos militares del general Figueroa en Jalisco; hacían consideraciones sobre el estado del ánimo popular en Occidente; y todos así, hasta el joven redactor de *El Gran Diario*,

que, en singular plática con Cisneros, esbozaba planes de acometividad política y guerrera, pues olas de plenitud interior, activadas por la misteriosa virtud del vino, fluían por sus venas paralelamente a una emoción nueva: la de sentirse transportado, como por magia, desde sus humildes labores de informador de grandes sucesos, hasta el rango de autor o, por lo menos, coautor de la fuente generadora de la grandeza informativa.

Aguirre estaba ya resuelto a todo; pero sentía la necesidad de recoger la brida a tanto entusiasmo. Sobre la mesa inmediata a la suya había un tablero con piezas de ajedrez. Hizo que se lo pasaran; y para romper en parte la obsesión política, dijo a Olivier Fernández:

—Probaremos quién gana: si los hilaristas o los radicales.

Fue como si un resorte levantara de sus asientos a los demás. Sin ser supersticiosos, la voz atávica del horóscopo, del augurio, del presagio, recobró en ellos, gracias también a los crecientes efectos del vino, momentáneo imperio. A ver la partida se acercaron todos.

El juego, sin embargo, favorable a Aguirre desde el comienzo, avanzó apenas, pues minutos después entró en el bar, acompañado de Cahuama y Rosas, el general Julián Elizondo.

Al verlo aparecer, la efusión de algunos fue enorme. ¿Y cómo no había de serlo, si desde hacía dos horas el jefe de las operaciones en el Estado de México, y sus cuatro mil hombres, cobraban en el espíritu de aquel corto número de aguirristas ya perseguidos preeminencia absoluta? No todos, además, como era de esperarse, sabían disimular sus sentimientos.

Fundándose quizá en sus altas prerrogativas de generales, Sandoval y Carrasco pretendieron ser, juntamente con Aguirre, quienes enteraran a Elizondo de los hechos y quienes luego acordasen con él lo conveniente. Pero Aguirre, muy firme —era la firmeza que él sabía adoptar tan pronto como le daba la gana—, dijo sin posibilidad de réplica:

—No, señores. Primero hablaremos a solas el general Elizondo y yo; después suplicaré a Olivier y al general Domínguez que estudien el punto con Elizondo y conmigo, y, terminado esto, diré lo que haya de hacerse.

En un rincón de la sala frontera al bar departieron el candidato y el jefe de las tropas. La conversación fue larga, pero en esencia se redujo a muy poco. Aguirre la inició con declaraciones categóricas.

—No creas —dijo— que vengo a comprometerte valiéndome de tus reiteradas ofertas para cuando el momento grave llegara. El Caudillo y Jiménez lo tenían todo preparado para apoderarse de mí y de mis amigos esta noche, con el propósito de someternos, so pretexto de que encabezó una rebelión, a un consejo de guerra sumarísimo. Por eso estamos aquí. Vengo, pues, no a invitarte a que te levantes en armas, sino a pedirte protección. Tienes cuatro mil hombres y somos amigos viejos, hermanos en las armas; puedes, por tanto, sin desdoro de la más estricta obediencia

militar, impedir que el Caudillo cometa con nosotros un atentado infame. Porque como a ti no ha de mandarte que me aprehendas mientras sospeche que puedes no obedecerlo, mis amigos y yo no corremos ningún riesgo esperando en Toluca a que las cosas se aclaren. El gobernador de aquí, ya lo sé, es nuestro enemigo; pero eso no importa, no importa al menos mientras se piense que tus fuerzas nos protegen. ¿Esto que te pido te compromete más allá de lo que querrías hacer? Si es así me lo dices ahora mismo, me das (o me dejas que yo los busque) caballos y unos cuantos hombres, y dentro de dos horas nos vamos a otra parte... Ahora, que como te digo una cosa te digo la otra: si tú, de propia voluntad, quieres unir tu suerte a la mía, y me aconsejas que nos levantemos en armas, porque te parezca que eso es lo único que se puede hacer, entonces estoy dispuesto a entenderme contigo en otros términos, por más que yo, hablando sin la menor doblez, no busco el levantamiento.

Con breve precisión norteña, que en él parecía traslucir hondas e inquebrantables disposiciones a la lealtad, Elizondo repitió varias veces, realzadas las palabras por énfasis tranquilo:

—La justicia te asiste y eres mi amigo, amigo a quien debo multitud de favores. Dispón lo que quieras; mis tropas son tuyas.

Se acordó entonces, ya en presencia de Olivier y Domínguez, que toda resolución se aplazara hasta recibir noticias de lo que esa noche pudiese ocurrir en Puebla a Encarnación Reyes, así como de la conducta que él adoptase. Y para quitar argumentos a los odios hilaristas de Catarino Ibáñez (el gobernador) se acordó dar a la estancia de los aguirristas en Toluca visos de gira electoral. Ese tiempo, también, serviría a Domínguez para avisar de algún modo al general Figueroa que se guardase de gente sospechosa y estuviese presto en Jalisco.

Cuando los demás militares y políticos conocieron la favorable actitud de Elizondo, las luces del bar alumbraron con brillos más puros. Hubo muchas copas. El jefe de las operaciones charló franco y animado, aunque sólo breves instantes, con Aguirre, con Tarabana, con Axkaná, con Carrasco. Bebió con unos y otros. Por último, despidiéndose, recomendó algo importante: que al otro día los aguirristas procuraran acercársele lo menos posible. Era precaución esencial.

Camino de la puerta se detuvo un momento para decir a Aguirre:

—Catarino Ibáñez es más peligroso de lo que tú crees. Voy, pues, con el pretexto de darles garantías, a mandarte una escolta.

Ido Elizondo, nadie pensó ya en meterse en la cama, pese a la hora. ¿Cómo hacerlo si las noches que se pasan así —para los más de ellos, las mejores siempre— adquirirían a ojos de los veteranos en lides revolucionarias y políticas atractivo irresistible? Por el momento a todos invadía y señoreaba el singular regocijo dinámico —alborozo inquieto de sí mismo— que va unido a las esperanzas lisonjeras donde el azar es ley. Eso multiplicaba, centuplicaba, en el orden de las satisfacciones asequibles, el valor de cada minuto presente.

Llamaron al encargado del bar y le pidieron más botellas. Habían vuelto a ocupar

sus asientos de poco antes.

—¡Pierden los hilaristas! —exclamó Olivier echando en la caja las piezas del ajedrez.

Y en aquel estado, propenso a todos los excesos de la expansión, siguieron durante largo tiempo, dejaron correr libres las horas de la madrugada.

A eso de las cuatro y media, cuando la fatiga y el vino empezaban a rendir a los más resistentes, apareció en la puerta un capitán seguido de otros dos oficiales, de varios sargentos y de alguna tropa. El redactor de *El Gran Diario* exponía entonces por centésima vez, con palabras apenas inteligibles, su tema del momento: a él le tocaba ser el cronista oficial de la rebelión.

Varias voces prorrumpieron a modo de bienvenida a los soldados.

—¡Ya tenemos escolta!

—¡Bien por Elizondo!

—¡Fraternicemos!

Los tres oficiales y tres sargentos se habían acercado hasta la mesa de Aguirre; el resto de la tropa quedó distribuido, como de intento, entre la puerta de salida y el mostrador, entre el mostrador y las mesas, entre unas mesas y otras.

—¡Un trago de coñac, capitán! —gritó Olivier, sin esperar siquiera a que el jefe de la escolta saludase al ex ministro de la Guerra.

Cogió el capitán la copa y la vació. En seguida, inclinándose hacia Aguirre, dijo:

—Excuse usted, mi general, que venga a interrumpirlo a semejantes horas...

—¡Usted no interrumpe nunca! —exclamó Olivier, bamboleante en su silla.

Y Aguirre, a la vez, dijo tan tieso como pudo, aunque arrastrando notablemente las palabras:

—No hay cuidado, compañero... Unas cuantas horas de alegría con los amigos... Siéntese usted.

El capitán continuó diciendo, sin sentarse:

—Me ordena mi general Elizondo pedirle a usted y sus amigos que pasen a hablar con él inmediatamente. ¿Tiene usted la bondad de acompañarme?

Un relámpago de lucidez, completa aunque efímera, hizo que Aguirre intentara ponerse en pie; pero ya el capitán y sus auxiliares lo tenían sujeto, lo mismo que a cuantos rodeaban la mesa, y entre tanto, más allá, los soldados procedían a prender y desarmar a todos los otros. El asalto había sido tan súbito, tan inverosímil, que diez segundos bastaron para que se consumara. Cuando Aguirre se había apartado la copa de los labios, sus amigos estaban libres; al ir a ponerla en el plato, los veía presos. Verdad que de todo el grupo, nadie, o casi nadie, se hallaba en condiciones de resistir. Axkaná, Cahuama y Rosas, los únicos medianamente en su juicio, se incorporaron en balde: antes que su mano llegara al revólver sentían ya, apoyadas sobre el vientre, las bayonetas de los máuseres.

Mandó el capitán que escolta y presos salieran del bar inmediatamente. Aguirre, en medio de su borrachera, recuperó la dignidad; no parecía que lo llevaran preso los

dos tenientes que le ayudaban a salir, cada uno por un brazo: simplemente lo acompañaban. A Olivier, en cambio, y a Mijares, y a Correa, y al periodista los sacaban casi en peso. Carrasco, Domínguez y Sandoval forcejeaban débilmente; Tarabana dormía. Axkaná, Cahuama y Rosas caminaban sujetos por muchas manos y con el cañón de las pistolas amagándoles el rostro. Pero la aprehensión de todos había sido sorda: sin un disparo, sin una, exclamación.

En la calle había más soldados. Todavía estaban allí, al hilo de la acera, los tres autos venidos desde México. Los choferes, a medio despertar, se incorporaron azorados detrás del volante sin darse exacta cuenta de lo que sucedía.

Dispuso el capitán que todos los presos y sus respectivos custodios subieran a los coches; él mismo montó al que conduciría a Aguirre y Olivier. Y en seguida ordenó que automóviles y escolta se pusieran en marcha. En el primer auto, junto al chofer, uno de los sargentos iba indicando el camino.

Ignacio Aguirre se sacudió poco a poco el torpor. La imagen de Elizondo, las escenas del bar, las formas vagas de los soldados marcando el paso a ambos lados del auto, iban coordinándosele en la conciencia. Acabó por tener una idea casi clara de lo ocurrido.

Con voz ya menos insegura preguntó al capitán:

—¿A dónde dice usted que vamos?

—Al cuartel del regimiento, mi general, que es donde lo espera a usted mi general Elizondo.

Aguirre guardó silencio y miró por la ventanilla entreabierta: clareaba el alba; pinceladas de luz lechosa subían al cielo más allá del remoto término de una calle. Una palabra se le formuló sola en el pensamiento, y sola se silabeó allí. Sus labios la tomaron entonces y la repitieron en susurro: «Madrugar»; tras lo cual su pensamiento, cogiendo la palabra de nuevo, vino a hilvanarla en una idea: «La política mexicana no conjuga más que un verbo: madrugar». Aguirre recitaba, para sí, el supremo aforismo político de Olivier Fernández.

IV

EL GRAN DIARIO

En una habitación del cuartel adonde lo habían llevado preso, Aguirre despertó, horas después, no a influjo de sobresaltos extraordinarios, sino como otras muchas veces: renaciendo paulatinamente a la conciencia de ruidos lejanísimos y de sensaciones orgánicas elementales. Un vuelco del recuerdo, en el propio acto de la reintegración de la memoria, le hizo comprender de un golpe lo comprometido de su situación; pero aun eso —la sonrisa le afloró a los labios al considerarlo— no le produjo desasosiego hondo fuera de los linderos racionales. Comprendía que su caso era desesperado, mas no se sentía en él. De allí que, por de pronto, le estorbara en el espíritu, más que cualquiera otra cosa, una incoherencia punto menos que desdeñable: la que surgía entre el dato subconsciente, pero eficaz, de haber dormido apenas unas horas, y la ilusión fisiológica de que entre aquel momento y su arresto en el bar mediaba una noche entera.

Tendido de espaldas en el catre pasó buen rato zurciendo recuerdos. Veía las formas difusas de sus doce amigos en el instante en que atravesaban el patio del cuartel a la luz de la aurora: él, entre tanto, caminaba en sentido diagonal al de ellos. Recordó, precediéndole, un farol pálido e inútil en la mano de un soldado; luego una puerta que se abría; luego, en el cuarto casi a oscuras, este diálogo con el capitán:

—¿Por qué me aseguró usted que aquí me esperaba el general Elizondo?

—Así me lo ordenaron, mi general.

—Bien —había agregado él tras breve pausa—; entonces escúcheme.

Y sacando del bolsillo los cinco aztecas que allí llevaba, y dándoselos al capitán, había dicho:

—Algo puede hacerme falta; para ese caso, tome usted.

«A lo mejor —se repetía ahora— esos cien pesos resultan ser los más bien gastados en toda mi vida.»

El cuarto donde se hallaba no tenía, aparte la puerta, hueco alguno. La oscuridad era casi absoluta. Sólo en la región donde las hojas de madera se acercaban al piso la luz del día alumbraba como finísima regla de horizontalidad brillante.

Aguirre se puso en pie —tenía puesta la ropa— y, casi a tientas, caminó hacia la raya de luz. Acercó su reloj hasta la arista misma del ángulo luminoso para ver qué hora era: el reloj se había parado a las diez... Del otro lado de la puerta se oían pasos y voces: a mayor distancia, rumores castrenses... Dio Aguirre cuerda al reloj, que puso en las doce, calculando que fuera el mediodía, y vino de nuevo al catre. Un toque de clarines sonó de allí a poco: su cálculo del tiempo no había errado sino en varios minutos.

Y así transcurrieron una, dos, tres horas: tres horas, no de incertidumbre, ni de inquietud, sino de serena conciencia de cuanto significaba aquello. Porque la traición de Elizondo, absurda en apariencia al presentarse en el hotel el capitán y la escolta,

ahora le parecía a Aguirre, consumada ya, de lógica irreprochable. Apoyarlo a él habría equivalido, para Elizondo, a exponerlo todo; traicionarlo significaba asegurar el triunfo de los otros sin el menor riesgo, triunfo que sería de Elizondo también.

«Elizondo será —musitó Aguirre— ministro de la Guerra en el gobierno de Hilario Jiménez.»

De estas reflexiones, en las que caía de nuevo a poco de abandonarlas, pasaba constantemente a otras y a otras. Unos segundos evocó la mano de Rosario en el acto de descorder, a modo de despedida, el visillo del balcón; vio la silueta de su amiga recortándose en los cristales. Pensaba a ratos en su mujer, y en Axkaná. Recordó varias veces las palabras de este último la tarde de la conversación siguiente a la postrera entrevista con el Caudillo. De Axkaná saltaba a *la Mora*, luego a Olivier, luego a la imagen del coronel Zaldívar librándose del sabor del tequila mediante tragos de coñac. Como su pensamiento no sentía la urgencia de aclarar nada, divagaba ocioso. Profundo, incommovible, su fatalismo le hacía sentir que el dado de su destino no estaba ya en el cubilete.

Aquella uniformidad de ritmo interior y exterior con que fue corriendo el tiempo vino a romperse cuando, por primera vez, cesaron voces y pasos detrás de la puerta. Bailaron entonces en la regla de luz puntos y segmentos de sombras. Crujió algo entre las maderas y el piso, algo que primero golpeó la puerta por fuera y que luego entró en el cuarto arrastrándose. Aguirre se levantó lentamente y fue a ver.

Le habían echado un periódico.

«Primer fruto de mis cien pesos —murmuró el candidato.»

Y a la luz de la rendija —era como si algo mágico se realizara al salir del misterio cada sílaba— leyó signo a signo, el nombre del diario y las primeras titulares. Pero aquella magia, de súbito, se le mudó en asombro. *El Gran Diario* decía que Aguirre y los suyos se habían levantado en armas. «¡En armas!» Doblado en tres, con el rostro casi a ras del suelo, el candidato sintió amagos de que iba a disolverse su identidad y acabó riéndose de sí mismo durante breves instantes.

No alcanzaban los débiles resplandores de la puerta para leer lo impreso en letra menuda: sumarios y texto. Aguirre tornó a la cama; se sentó en ella y desplegó el periódico a la luz de las cerillas que aún llevaba en el bolsillo.

Propiamente, *El Gran Diario* no afirmaba nada por su cuenta: tres líneas tan sólo, y luego una declaración oficial y dos larguísimos boletines con cada párrafo entre comillas. Era, pues, manifiesto que el diario no contaba lo que sabía, sino aquello que le obligaban a contar. Las líneas preliminares lucían con laconismo elocuente. La noticia era como sigue:

«Pasada la medianoche de ayer llegaron a este periódico rumores sobre sublevaciones militares en Puebla y Toluca. Ocurrimos desde luego, en demanda de datos oficiales, al Estado Mayor Presidencial. Allí el señor general Carlos Torres, jefe

de los ayudantes del señor Presidente de la República, nos dijo: “Varias de las corporaciones que guarnecen la plaza de México estuvieron a punto de abandonar esta noche sus cuarteles, arrastradas, con engaño, a la rebelión que venían preparando ciertos elementos levantiscos. Por fortuna, los comandantes de los batallones 16.º, 21.º y 44.º, en cumplimiento de su deber, comunicaron a la superioridad oportunos informes sobre los proyectos de los rebeldes, y eso permitió que los tales planes fueran destruidos casi por completo gracias a la eficacísima intervención del general Protasio Leyva, Jefe de las Operaciones Militares en el Valle. Sobre lo acontecido en Puebla y Toluca esta oficina entregará a la prensa, dentro de dos horas, amplios boletines.” “¿Qué relación pueden tener estos hechos con los candidatos a la Presidencia?” —preguntamos al general Torres. “También acerca de eso —nos contestó— daré pronto a ustedes un informe de carácter oficial”».

Los boletines, sin comentario alguno por parte del periódico, venían en seguida. El primero lo firmaba el Caudillo; decía así:

«Desde que se inició la lucha electoral tuve conocimiento de la labor sediciosa que hacían el general Ignacio Aguirre y algunos de sus partidarios. Supe de jefes militares que habían recibido invitación para rebelarse contra las instituciones. Varios agentes aguirristas viajaban por la República con propósito de sobornar a los jefes de los cuerpos. Por otra parte, es del dominio público que tanto Aguirre como sus sostenedores, ya en declaraciones a la prensa, ya en sus discursos, anunciaban constantemente, en forma más o menos encubierta, su firme resolución de recurrir a las armas. A pesar de todo, este Gobierno guardó siempre actitud serena; nunca molestó a quien se hacía llamar candidato radical progresista; dio amplias garantías; hizo ver cuál era el camino del patriotismo, y ofreció que el voto público sería respetado. Tan clara fue en esto la conducta del Gobierno que el general Aguirre jamás pudo hacerle justificados cargos de parcialidad. Todo ello, por desgracia, ha sido inútil. El general Aguirre logró corromper a la mayor parte de las fuerzas comandadas por el general Encarnación Reyes, que anoche asumieron en Puebla actitud de franca rebeldía, y estuvo a punto de conseguir otro tanto con varios batallones de esta capital. Había, en efecto, concertado las cosas en tal forma que el movimiento estallara a la vez aquí, en Puebla y en Toluca. Gracias a la enérgica intervención del general Leyva, y a los leales servicios de los coroneles Jáuregui, Acosta y Hernández, la asonada, en la capital, ha sido un completo fracaso. En Puebla, el traidor general Encarnación Reyes se ha hecho dueño del Estado después de desarmar y sacrificar villanamente al pundonoroso coronel Siqueiros y a casi toda la oficialidad del 19.º regimiento, que se negó a secundar los pérfidos planes. En Toluca, por último, hacia donde Aguirre y los principales jefes del movimiento se dirigieron poco antes de la hora en que, según creían, había de estallar aquí el cuartelazo, la intentona tuvo éxito casi nulo. El recto general Julián Elizondo logró pronto persuadir de su error a los oficiales y tropa que ya se disponían a olvidar sus deberes; ante lo cual, Aguirre no tuvo más recurso que escapar al frente de

reducidísimo número de militares y civiles. El Gobierno que presido ha dictado sin tardanza enérgicas disposiciones para batir y deshacer a estos traidores; a la una de la tarde de hoy el general Aispuro, con cinco mil hombres, saldrá a iniciar, en combinación con las fuerzas de Tlaxcala y Veracruz, el avance sobre Puebla; y antes de cuarenta y ocho horas, lo garantizo al país, Aguirre y cuantos lo acompañan habrán caído en poder de las tropas leales, pues ya se le persigue activamente y de cerca. Hago, por último, una solemne promesa a la nación: si este Gobierno fue complaciente en un principio, al punto de pasar por alto muchas de las faltas que se estaban cometiendo, en esta hora de crimen sabrá imponer riguroso castigo, sin distinciones ni consideraciones, a todos los militares y civiles que han trastornado el orden público, atentado contra nuestras instituciones fundamentales, y hecho que se derrame sangre inocente.»

Esto decía el boletín del Caudillo. En seguida, en la misma columna, venía inserta la declaración, también oficial, que Hilario Jiménez, en su carácter de candidato a la Presidencia, lanzaba al pueblo de la República:

«Soy —aseguraba— el primero en lamentar los dolorosos sucesos que están ocurriendo, pues durante toda mi campaña proclamé con ahínco el deber, igual para todos, de ir tras el triunfo de las urnas, no de la violencia. Pero, de cualquier modo, mi impresión propia es que la asonada urdida por Aguirre y sus aláteres va al fracaso más completo, pese a la circunstancia de que el traidor general Encarnación Reyes domine por ahora el Estado de Puebla. El señor Presidente, desde luego, cuenta con una enorme fuerza moral: la que le da el haber tolerado en silencio, para que no se le tachara de parcial en las elecciones, la propaganda sediciosa que Aguirre y los suyos hacían cerca de los militares. Cuenta, asimismo, con el Ejército, casi intacto, que sabrá secundarlo, como un solo hombre, en el castigo de los traidores. Y cuenta, por último, con los grandes anhelos de paz de la nación, ansiosa de que sus gobernantes lleguen al Poder por virtud de las leyes y no gracias al golpe a mano armada. El resultado inmediato no me parece así difícil de vaticinar: dentro de muy pocos días el orden más completo reinará en el país, con lo que se hará patente la falta de valores intelectuales y morales en quienes ambicionaban, sin ningún título, convertirse en gobernantes. Pero dado caso de que esta apreciación mía resultare engañosa, ofrezco suspender mis trabajos políticos —pues al interés patriótico todo ha de subordinarse— y pedir al Supremo Gobierno que acepte mis servicios como militar y sin otros límites que mis modestas capacidades. Entonces, también, invitaré a las masas campesinas y obreras —las mismas que apoyan mi candidatura— a que cooperen con las diversas Jefaturas de Operaciones en la destrucción total de los elementos traidores a la patria.»

Aguirre releyó, hasta el último parpadeo de la última cerilla, los falsos informes oficiales de su levantamiento. Su indignación era inmensa, tanta, que parecía haberlo dejado insensible, sólo esclavo de un imperativo: tener fija ante los ojos la prueba de que en verdad *El Gran Diario* decía lo que él estaba leyendo. Muchas

monstruosidades había visto, hecho y ayudado a hacer en la Revolución, pero todas ellas —los robos, los saqueos, los raptos, los estupro, los asesinatos, los fusilamientos en masa, las más negras traiciones— no valían juntas, lo que esta sola.

Largo tiempo —duración indefinida— permaneció así: atónito, embrutecido por una rabia inexpresiva y muda que le daba la inmovilidad de lo inerte. Una imagen lo agitó un momento: la de Pancho Villa. «Con ser —pensó— monstruoso su asesinato, éste de ahora, el mío, va a ser aún más monstruoso, más cobarde e innoble.»

Rechinaron de pronto cerrojos y cerradura en la puerta; una de las hojas se abrió; entraron el mismo capitán de la madrugada y varios soldados.

—Hay orden de que me acompañe usted, mi general.

Veía Aguirre desde la sombra, ocultando su rabia detrás de la más remota indiferencia:

—¿Aquí van a fusilarme?

—No, mi general. Parece que lo llevan a usted a México.

Cesó la indiferencia unos segundos:

—¡Lo llevan a usted! ¿Y mis compañeros?

—Creo que van todos, mi general.

Aguirre se dispuso a partir; salió en medio de sus guardianes. Ya en el patio, vio su *Cadillac* y, más allá, dos camiones militares, todo rodeado por guardia numerosa. Un coronel y varios oficiales del regimiento —al coronel lo conocía bien— esperaban junto a la portezuela del coche. El coronel, al ver venir al ex ministro de la Guerra, se adelantó a saludarlo y le dijo:

—Tengo orden de conducirlo a usted a la ciudad de México, mi general. Irá usted en su automóvil.

Mudo, Aguirre asintió; se acercó al coche, a cuyo volante se sentaba ahora un chofer que no era el suyo. Montó. Y entonces, por entre los cristales delanteros —los otros tenían echadas las cortinillas— vio que los dos camiones estaban ocupados por sus compañeros y por tropa en gran número.

Con Aguirre se habían sentado en el *Cadillac* el coronel y tres oficiales; al lado del chofer, dos sargentos.

Los dos camiones y el coche empezaron a rodar. Serían las cinco de la tarde. Afuera, el azul del cielo, de pureza absoluta —cielo de diciembre—, iba tiñéndose en levísimos tonos violeta.

Un hermoso *Packard*, detenido por un piquete de caballería, les obstruyó varios minutos la entrada de la carretera. Luego los automóviles de los presos empezaron a correr.

Aguirre notó al punto que el deslizarse de los tres vehículos era raudo y uniforme—sin ningún uso del *claxon*; apenas rumoroso—, lo que acaso se explicara por el hecho de que en aquellos momentos, hasta el máximo alcance de los ojos, nada ni nadie transitaba por el camino. Tanta soledad le pareció algo sospechosa, y no pudo menos que relacionarla con las huellas de disputa que había creído advertir en la escena del *Packard* y los jinetes.

Enfrente, y a uno y otro lado, sus guardas se veían en silencio. Él se entretuvo en observar, inmóvil la pupila, el desplazamiento paralelo de las dos blancas columnillas de polvo que los camiones iban haciendo adelante. Soplaba una brisa suave; los dos trazos, oblicuos respecto de la carretera, se elevaban en forma singular: mientras arriba la mitad de ellos se esparcía sobre el profundo azul del cielo, las mitades de abajo, finas, esbeltas, hacían dos cortes enérgicos en la verde masa de las montañas. Nunca hasta esa hora había descubierto Aguirre que tal interés pudiera encerrarse en la armonía de las formas y los colores. Lamentó por un momento, sin pretenderlo, la ligera miopía de uno de sus ojos.

El paso por Lerma y los villorrios asentados a orillas de la carretera fue a modo de exhalación. No tardaron mucho en llegar a la región de las curvas y las cuestas, que los tres automóviles torcían y escalaban sin toques de aviso ni precauciones de ningún otro género. Porque allí—y más adelante: ya en los valles— la soledad del camino, impregnada de atardecer, parecía mayor aún que en los rectos tramos de la llanura: ni una carreta, ni una caballería, ni uno de esos indios encorvados bajo pesos enormes, que se apartan a la orilla de la carretera con resignación triste. Habían dado, por lo visto, orden de que se suspendiera el tráfico.

Bien adentro de la montaña, el primero de los camiones paró de súbito entre dos revueltas que se enlazaban; en seguida, detrás de él, el otro. El coronel ordenó al chofer del *Cadillac* que redujera la velocidad, y a los oficiales y sargentos que prepararan sus armas. Mas pronto se vio que no había—para los conductores de los presos al menos— por qué inquietarse. Un grupo de soldados de a pie, visible ahora, había detenido los dos camiones y se acercaba a ellos muy tranquilamente. Tres camiones más—éstos como si vinieran en sentido contrario— aparecieron luego; después, dos automóviles.

—Parece—dijo uno de los oficiales al coronel— que allí nos espera alguna fuerza.

Cuando el *Cadillac* llegó allá, varios militares habían descendido de los otros coches y se acercaban caminando. El coronel se apeó también para salirles al

encuentro. Aguirre los reconoció en el acto: uno era el general Leyva; otro, el sobrino de éste —el mayor Manuel Segura—, y los demás, ayudantes de la Jefatura de Operaciones en el Valle de México. Un poco atrás venía también el jefe de la escolta de Leyva —Canuto Arenas— con otros dos oficiales.

A cincuenta metros de donde el *Cadillac* estaba, Leyva y el coronel se encontraron y se pusieron a hablar. Algo muy gracioso debió decir Leyva al principio, pues sus ayudantes dieron muestras de gran risa y el coronel, según era el movimiento de su espalda, también parecía reírse. Luego los ayudantes se apartaron varios pasos, en tanto que el coronel y el general, ya en conversación grave, iban a situarse a un lado del camino. Leyva parecía explicar algo que el coronel, a juzgar por los ademanes y gestos de éste, no entendía o no admitía. Pero Leyva parecía insistir con mayor elocuencia: se acercaba más al coronel, le ponía una mano en el hombro. Y el coronel se desabrochaba entonces la guerrera, sacaba un pliego del bolsillo y se lo daba extendido a Leyva para que lo leyese. Aguirre tuvo la seguridad de que entre ellos se estaba tratando acerca de la entrega de los presos: Leyva, sin duda alguna, los reclamaba inmediatamente; el coronel, resistiéndose a entregarlos, mostraba sus órdenes.

En aquel instante se escuchó a lo lejos, por la parte de Toluca, el sonido de un *claxon*. Leyva, acaso sorprendido, llamó a Segura, a quien dijo algo muy perentorio y muy rápido, tras lo cual Segura subió precipitadamente a uno de los coches y partió a escape montaña abajo. No lo vio Aguirre cuando pasó a su lado —las cortinillas laterales, corridas del todo, se lo impedían—; pero percibió a medio metro la exhalación zumbante del motor.

Puestos otra vez los ojos en el sitio donde Leyva y el coronel hablaban, Aguirre pensó:

«Si aquí me entregan, aquí me matan.»

Y su reflexión fue acicate de los hechos, pues pronto pareció punto concluido que la entrega se efectuara en aquel lugar: Leyva estaba ya guardándose el pliego mostrado antes por el coronel; dirigía a éste muchas sonrisas, le estrechaba la mano, se acercaba a su coche; y el coronel, así que terminaba la despedida, se unía al grupo de Canuto Arenas y los ayudantes, y con ellos caminaba hasta los camiones de los prisioneros.

Uno de los oficiales de Leyva vino a alinear a los soldados dispersos al borde de la carretera; ese mismo y otros dos formaron luego estrecha valla con la tropa, de modo que los camiones de los presos quedaran entre fila y fila. El coronel dio órdenes en voz alta; las obedecieron sus oficiales. Y entonces fueron bajando a tierra, uno a uno, Axkaná, Sandoval, Tarabana, Olivier, el redactor de *El Gran Diario*, Correa, Cahuama, Cisneros, Rosas, Domínguez, Carrasco y Mijares.

Viéndolos así, en sucesión individual y distante, Aguirre creía estar descubriendo por vez primera los más característicos rasgos de las personalidades físicas de sus amigos. Su boca insinuó el nombre de cada uno; sus ojos hicieron el recuento de los

doce. Todos —pálidos, hambrientos, sucios— revelaban intensa nerviosidad; pero decaimiento, uno solo: Carrasco. Aguirre sintió entonces profunda emoción: la que le inspiraban aquellos doce hombres a quienes de seguro, juntamente con él, sacrificaría Leyva. Y si consiguió no traslucir en el rostro el más leve indicio de lo que estaba sintiendo, no por eso lo sentía menos. Tranquilo el cuerpo sobre los cojines del coche, su alma se entregó de lleno al más angustioso de los arranques compasivos. Lo atormentaron luego el aire apacible de Axkaná y la infantil inquietud, curiosa en medio del peligro, del joven periodista.

«Son —pensó— quienes menos lo merecen.»

En esto, el jefe de los soldados que había venido en los camiones con los presos se acercó al *Cadillac* a transmitir órdenes del coronel: los guardas de Aguirre debían conducir a éste a que se reuniera con sus compañeros.

Se apeó Aguirre. Se apeó sin recoger siquiera su gabán, que había encontrado sobre el asiento al subir al coche en Toluca. Luego caminó hasta colocarse dentro de la valla, donde lo acogieron interrogaciones mudas: lo miró extrañamente Olivier; le sonrió el periodista, en cuyo labio lucharon sinuosidades y rigideces a modo de salutación afectuosa.

Canuto Arenas había ido a concertarse con varios ayudantes; él y ellos hablaban al pie de los otros camiones. Un soldado vino a mostrarles algo, cuerdas, al parecer, que Canuto miró y pasó a los otros. Los ayudantes, tras somero examen, devolvieron las cuerdas a Canuto, y todos entonces —Canuto con las cuerdas en la mano— vinieron hacia el sitio donde se custodiaba a los presos. Al ver acercarse al jefe de la escolta de Leyva —feroz el rostro, atlético el cuerpo—, Emilio Olivier se volvió hacia Aguirre para decir:

—¿Se convence usted ahora de que yo tenía razón?

Aguirre, sin contestarle, se inclinó del lado del periodista, que le hablaba a la vez:

—No crea usted —le decía— que me arrepiento de no haber seguido el consejo que usted me daba anoche en su casa. Ocurra lo que ocurra, no soy un cobarde. ¡Palabra de honor!

Los demás callaban.

Ya estaban entre los prisioneros Canuto y los ayudantes, cuando el ruido de dos automóviles que venían subiendo las cuestas se resolvió de pronto, a la salida de la curva, en el aparecer de los coches mismos. Los presos —todos menos Aguirre— dirigieron hacia allá miradas ansiosas, devoradoras. Canuto y los suyos —ellos un tanto inquietos— miraron también y suspendieron los preparativos que iniciaban. El primero de los automóviles era aquel en que, minutos antes, había partido el mayor Segura; se detuvo a cosa de cincuenta metros carretera abajo. El otro paró detrás, pues el primero se había situado en forma que no se pudiese seguir adelante.

Poco después Segura y un hombre alto, rubio, extranjero a todas luces, pasaron junto a los presos y no se detuvieron hasta llegar al coche de Leyva. Algo hablaron allí —con Leyva seguramente—, tras lo cual, de regreso ahora, volvieron a pasar a lo

largo de la valla. Iban discutiendo acaloradamente. El extranjero —yanqui por el acento— decía:

—De cualquier modo: es contrario a las más elementales cortesías diplomáticas. ¡Hacer esto con un embajador!

Y Segura comentaba.

—A mí no tiene usted que decírmelo. El general es el primero en lamentarlo. Pero ya le digo: en Toluca podrá usted...

Aguirre reconoció entonces en el extranjero a uno de los ocupantes del *Packard* que había visto a la salida de Toluca. Se volvió a mirar los coches: el hermoso *Packard* estaba allí. E igual que él, otros de los presos identificaron al hombre rubio y alto, lo que dio origen a cuchicheos. Olivier hizo un movimiento como para salirse de la valla, con evidente ánimo de abordar al yanqui; pero dos soldados lo detuvieron, y Canuto le asestó en la cabeza tan fuerte puñetazo que lo derribó por tierra. Se agitaron los prisioneros; soldados y ayudantes, a culatazos y golpes de pistola, restablecieron el orden. Aguirre quedó entonces entre Tarabana, Cahuama y Rosas. Tarabana le susurró, señalando con la vista al extranjero:

—Es Winter... Lo conozco... Primer secretario...

Pero Arenas, advirtiendo que Tarabana hablaba, le cortó la frase con miradas amenazadoras.

El extranjero subió al *Packard*, que en seguida viró en redondo y partió; e inmediatamente después salieron, también rumbo a Toluca, los dos camiones que de allá habían venido. En ellos iban el coronel, los oficiales y los soldados hasta allí encargados de dar la escolta. De ese modo sólo los presos y la gente de Leyva quedaron en aquel rincón de la montaña.

Cuando Segura, tras de dejar al extranjero en su coche, vino a reunirse con Canuto y los ayudantes, ya éstos reanudaban la labor suspendida. Dijo Canuto, poniéndose a espaldas del que todavía en aquellos momentos era candidato a la Presidencia de la República:

—Deque atrás las manos, don tal, que voy a amarrárselas.

Aguirre no le contestó, ni siquiera se volvió a verlo. Dirigiéndose a los soldados, habló en estos términos:

—Yo no me opondré, muchachos, a que ejecuten ustedes en mí las órdenes que traigan; pueden, si es preciso, matarme ahora mismo. Pero ¿qué objeto tiene que se me humille con precauciones envilecedoras? Deshonra a ustedes, tanto como a mí, el querer atarme las manos en esta hora. Soy general de división, he sido ministro de la Guerra, me considero aún candidato a la Presidencia de la República. Y siendo esto verdad, como lo es, y estando yo dispuesto a recibir la muerte, ¿consentirán ustedes que se me trate como si fuese un bandolero?

Su elocuencia fue tan sencilla —por el modo más aún que por las palabras— que una ráfaga de conciencia hizo a los soldados mirarse interrogativamente. Segura advirtió aquel efecto inesperado y se apresuró a destruirlo. Enfrentándose a Aguirre,

le dijo con altanería soez que se acentuaba en lo grosero de la frase y lo vulgar del gesto:

—Usted habrá sido general y ministro, pero aquí no es más que puro jijo de la tiznada.

Al lado de Aguirre, Cahuama, todavía húmedos sus ojos por la lágrima que a ellos había hecho subir la palabra de su jefe, se olvidó de todo. La ofensa de Segura le alzó espontáneamente el brazo, le movió la mano y le hizo dar, casi sin saber cómo ni cuándo, un golpe que el sobrino del general Leyva acababa de sentir, sangrante el rostro, cuando recobraba el equilibrio entre dos soldados.

Dos de los ayudantes se lanzaron sobre el agresor; pero Segura, erecto ya y con la pistola fuera de la funda, y él fuera de sí, gritaba:

—¡Déjenlo..., déjenlo solo...!

Y se acercó a Cahuama, y le puso el cañón del revólver en el vientre mientras lo obligaba a retroceder al ritmo de una misma frase:

—Hijo de tal... Hijo de tal... Hijo de tal...

Y así lo llevó hasta ponerlo de espaldas contra el talud del cerro que por ese lado limitaba el camino, y allí, repitiendo la injuria otras dos veces, le disparó dos tiros.

Cahuama se dobló por la cintura y cayó en la cuneta.

VI

TRÁNSITO CREPUSCULAR

Todos habían asistido a la escena en medio del más absoluto silencio. Ahora dos oficiales cogían por los hombros a Ignacio Aguirre mientras Canuto le ataba las manos a la espalda, y, entre tanto, otros oficiales y soldados hacían lo mismo con los demás prisioneros. Pero al llegar la vez de Axkaná y la del redactor de *El Gran Diario* la cuerda se acabó.

—Dile al encargado de los camiones —ordenó Segura a un sargento— que te dé otra cosa con qué amarrar.

A los dos minutos regresaba el sargento diciendo que para amarrar no había sino aquello: lo que traía en las manos —un trozo de alambre de cobre y un pedazo de cordón para luz eléctrica, éste como de un metro de largo.

—Lo mismo sirven —exclamó Arenas.

Y, en efecto, con los alambres ataron las manos de los dos últimos prisioneros: las del periodista, con el alambre de cobre casi rígido; las de Axkaná con el alambre forrado y flexible. Al joven redactor le apretaron tanto las ligaduras, que a los pocos segundos una de las muñecas le sangraba.

Concluido lo anterior, hicieron que el pelotón de los presos caminara por la carretera hasta unos ochenta metros más arriba. Desde su coche, Leyva los vio pasar. Los más de ellos se volvieron hacia él. Carrasco aun quiso detenerse y le habló a voces, resistiendo un instante los empujones y culatazos de los soldados:

—¡Por favor, Leyva, escucha una palabra!

Pero otros, como Aguirre y Axkaná, que ahora caminaban juntos, hicieron cual si no supieran que el instrumento de Hilario Jiménez y del Caudillo estaba allí, a diez pasos de ellos. Convencidos de que se les iba a matar, la vida les importaba menos que el propósito de no dar espectáculo de flaqueza. Algunos escogían ya la frase que pronunciaría su boca al herirlos las balas: «¡Viva México!». Así habían dicho en las horas más crueles de la Revolución, lo sabían ellos, Bauche Alcalde, Berlanga, Bolaños, y eso invitaba a decir —con su luz próxima a desvanecerse— el maravilloso crepúsculo que los envolvía.

Terminado el recodo del camino, se espaciaba por el lado izquierdo una hondonada que iba, de una parte, a desvanecerse en el valle inmediato, y de la otra, a desbaratarse contra las escarpaduras de la montaña. Hacia ella los llevaron y por allí los hicieron caminar trescientos a cuatrocientos metros, hasta que la masa del cerro dejaba oculta la senda.

Segura mandó hacer alto. Distribuyó los soldados en tres grupos: uno para que se destacara a mano derecha, oblicuamente enfilado hacia lo escabroso de la montaña; otro que procedería igual, sólo que a la izquierda, y otro que permanecería en el centro, a espaldas de los presos, destinado a limitar la hondonada por la parte del valle. De este modo, con la montaña como fondo remoto y el cerro como fondo

próximo, los presos quedarían encerrados en un cuadrilátero sin salida. En el cerro había un corte natural de verticalidad casi perfecta: allí iban a efectuarse los fusilamientos.

Un suceso imprevisto, que acaeció antes que los soldados tomaran las posiciones indicadas, vino a torcer el proceso de aquella ejecución. Oyendo las órdenes que Segura daba, Aguirre, que ya no podía contenerse, le dijo:

—Asesinos son Leyva y usted, pero asesinos que no saben ni su oficio.

Aunque corta la frase, la dijo Aguirre con desdén tan profundo, con altivez señorial a tal punto ofensiva y despectiva, que en aquellos momentos, y ante un hombre como el mayor Manuel Segura, cuyo rostro aún sangraba, debía resultar por fuerza la más eficaz de las provocaciones.

El sobrino del general Leyva no despegó los labios. Sacó el revólver con frialdad análoga a la que Aguirre había puesto en las palabras, y sin transparentar emoción alguna, ni detenerse en más preliminares que un gesto a los soldados de enfrente para que se apartasen, disparó un balazo al pecho de Aguirre.

—¡Asesino también, hombre! —dijo en un tono terriblemente tranquilo y extraño, cual si diera a entender, con la ejecución de aquel acto, que siendo muy difícil el arte de matar, en él se tornaba fácil.

Aguirre no había esbozado el movimiento más leve; había esperado la bala en absoluta quietud. Y tuvo de ello conciencia tan clara, que en aquella fracción de instante se admiró a sí mismo y se sintió —solo ante el panorama, visto en fugaz pensamiento, de toda su vida revolucionaria y política— lavado de sus flaquezas. Cayó, porque así lo quiso, con la dignidad con que otros se levantan.

Él en tierra, los otros presos, con impulso irresistible, desbordaron la tropa y echaron a correr por la parte más libre de soldados: hacia la montaña. Echaron a correr sin que por de pronto intentara nadie detenerlos. Porque fue tan brusco el contraste entre los dos motivos, entre las dos escenas —la de Segura matando en frío a Aguirre, que caía majestuosamente; la de los presos arrebatados por súbito pavor—, que los soldados se quedaron perplejos, con la atención abúlica, distante. Advirtiéndolo Segura, gritó mientras agitaba amenazadora la pistola:

—¡Síganlos, tales por cuales! ¡Síganlos todos, hasta que no quede ni uno!

Sólo Axkaná no había huido. Estaba allí, inmóvil, con la vista fija en el cuerpo de Aguirre, del cual lo separaban un espacio de dos metros y la criminalidad de Segura, erguido entre el cadáver de uno de los amigos y el dolor del otro.

Segura contempló unos segundos cómo iniciaban Arenas, los ayudantes y los soldados la caza de los fugitivos; luego, volviéndose hacia Axkaná, levantó la pistola y le hizo fuego. Axkaná sintió el entrar de la bala en su cuerpo: del lado izquierdo, entre la tetilla y el hombro, y se abatió a su vez. Pero no cayó al golpe de dolores insoportables, ni por un verdadero desfallecimiento físico, sino por la irresistible necesidad de sucumbir con su amigo: porque era sentir consuelo recibir la muerte de la misma mano.

Aguirre, al caer, había inclinado la cabeza de modo que el sombrero se le desprendió y rodó hasta sus pies. Axkaná, con la cabeza sobre una mata, conservó el sombrero puesto. El ansia de morir chocó un instante, en su espíritu, con aquella diversidad inmediata; él había creído que su muerte repetiría, detalle a detalle, gesto a gesto, la de su amigo.

Tenía los ojos abiertos e inmóviles; pero sentía —sentía sin pensarlo— que hubiera podido moverlos a voluntad. Frente a ellos estaban, limitada arriba la imagen por el ala del sombrero, las piernas de Segura, que se habían acercado al cadáver de Aguirre. Por entre las piernas vio Axkaná un brazo que bajaba, y una mano que palpaba en busca de la herida el pecho del muerto. La mano tropezaba allí con algo; desabrochaba el chaleco; le volvía un lado de revés, y extraía de allí en seguida, manchados los dedos en sangre, un fajo de billetes. Los dedos se limpiaban la sangre en la camisa del muerto, y brazo y mano volvían a subir. Entonces se veía bajar otro brazo, éste armado de la pistola; el cañón se detenía arriba de la oreja —Axkaná cerró los ojos—; se escuchaba la detonación...

Cuando Axkaná volvió a levantar los párpados, las piernas de Segura habían desaparecido. Del otro lado del cadáver de Aguirre, a gran distancia, se veían soldados que corrían, que disparaban. Axkaná ya no sólo veía: oía —oía lejanos gritos, detonaciones—. Sentía ahora también la humedad tibia de la sangre, que le empapaba el pecho. Paseó la mirada por toda la montaña frontera. Distinguió sin esfuerzo, pese a la luz crepuscular, ya casi parda, las escenas en que sus compañeros de vida política estaban pereciendo cuatrocientos metros más allá. Creyó ver al periodista rodando desde lo alto de una roca, a Olivier, que trepaba con increíble esfuerzo y caía también.

Un horror inmenso y, acaso, algo de terror, de pavor, de miedo incoercible, ahogaron su disposición a la muerte. Probó entonces a mover brazos y piernas. Vio que podía hacerlo.

Se incorporó.

Se puso en pie.

Corrió.

Corrió a lo largo de los cerros que separaban la hondonada y el camino y que bajaban hacia el valle. El dolor del pecho lo fatigó pronto; se lo aumentaba la postura de los brazos, atados a la espalda y convertidos así en obstáculo de la carrera. Tropezaba; perdía cada diez pasos el equilibrio; estaba a punto de caer. Cien metros habría avanzado apenas cuando el silbo de las balas le anunció que lo perseguían. Se tornó un instante para ver: seis o siete soldados corrían como para alcanzarlo, aunque todavía muy lejos. Reanudó la fuga; seguían disparándole.

Así avanzó unos cuantos segundos más. Lo acosaban las balas. Llegó a un sitio donde se abría, entre cerro y cerro, una senda; para protegerse de los proyectiles se metió por allí. La senda lo condujo, a poco, hasta el borde de un pequeño precipicio, tan inesperado, que las copas de los árboles de abajo, salientes y vistas a distancia, le

habían parecido al pronto hierbajos y matas que brotaban del suelo. Se echó a tierra para no precipitarse por el derrumbadero. Se levantó de nuevo, y jadeante, casi exhausto, volvió a correr, ahora bordeando el precipicio y subiendo en seguida por el recuesto que llevaba, pasos más lejos, a la otra vertiente de la altura. Por de pronto, los soldados, que no lo veían, no le podían disparar.

Ya en la otra vertiente avanzó cincuenta o sesenta metros, en declive casi paralelo al de poco antes, declive que terminó pronto en un sitio donde la ladera del cerro, en violenta arruga se despeñaba como cauce de arroyo seco. Axkaná se detuvo. Sólo se le ofrecían dos caminos: o bajar por allí, o esconderse entre las peñas. Si lo primero, los soldados lo alcanzarían antes de unos minutos; si lo segundo, lo encontrarían en cinco o seis. Volvió la vista en torno. A su izquierda, a cincuenta pasos, sobresalían apenas, rozando casi el borde, del talud, los árboles del precipicio. Aquello lo iluminó: sacudió la cabeza entre las rodillas para hacer que cayese su sombrero al suelo y, acto seguido, sin vacilar, corrió en dirección del precipicio y brincó con tal furia que no parecía querer salvarse, sino suicidarse, acabar de una vez.

Las hojas y ramas de un árbol se abrieron; por entre ellas cayó Axkaná durante tiempo indefinido, durante tiempo infinito. Iba de cabeza, cerrados los ojos, entre puntas que lo arañaban, durezas contra las que golpeaba y rebotaba, asperezas donde parecía quedarse toda la piel de su cara, y entregado por completo —atados brazos y manos— a la totalidad del azar. Algo que primero se le clavó en la espalda y le desgarró luego la ropa hasta llevarse la piel misma, vino a metérsele entre las muñecas, que le crujieron y se le torcieron. Y así quedó: piernas arriba, puesta la nuca contra una horqueta y enganchado, colgado por el cordón de alambre que hasta un segundo antes había hecho inútiles sus manos. Abrió los ojos; por entre las ramas se apagaban arriba los últimos resplandores de la tarde... Permaneció inmóvil. Oyó a poco las carreras y las voces de los soldados. Adivinó el momento en que sus perseguidores se detenían al ver el sombrero. Volvió a oírlos correr y gritar. Disparaban. Otros disparos escuchó también, éstos mucho más lejos.

Parte de la espalda la tenía Axkaná apoyada en una rama; parte daba sobre el vacío. Pero consciente de que una de sus piernas había encontrado apoyo seguro, allí llevó la otra, para aliviar los dolores del hombro, que iban haciéndosele insoportables. Y como luego notara que por obra del peso de su cuerpo el alambre iba alargándose, y aflojándose las ligaduras, alternó alivio y dolor hasta que sus manos consiguieron sujetar aquello donde el cordón enganchado se había detenido. Hizo entonces un supremo esfuerzo: empujándose con los pies —el hombro casi se le desgarraba— y procurando no perder el apoyo de la rama que tenía bajo la espalda, pasó el cuerpo por entre los dos brazos hasta que vino a quedar a horcajadas sobre la horqueta donde su cabeza se había sustentado antes. Entonces descansó, casi desvanecido por el dolor de la herida y los magullamientos, y enajenado por el vértigo.

Anohecía. Un trazo blanco, ya apenas perceptible, cortaba a doscientos metros el terreno inclinado que descendía suavemente desde la base del precipicio: era la

carretera. Axkaná la contempló remotamente. Un mareo profundo y el agolparse de sucesos que habrían cabido en años de vida lo trastornaban. Poco después oyó de nuevo voces y carreras; contuvo la respiración: parecía que los soldados pasaban de retirada.

Vino un rato de silencio, de soledad. En el cielo, por la parte más oscura, apuntaban las estrellas precoces. Sólo se oían los susurros del viento. Axkaná se izó de las manos, cargando todo el peso en el brazo derecho y ayudándose con los pies, y logró al fin desasirse y quedar en pie. Los últimos dejos de luz le sirvieron para asegurarse en la postura que halló menos incómoda.

No tenía la menor idea de lo que iba a hacer. Se palpó la herida. La bala le había entrado por debajo de la articulación del hombro, hiriéndole también el brazo; todavía le manaba sangre abundante. El hombro, por primera vez en reposo, se le inmovilizaba en un dolor agudo e invasor: ancho hacia el pecho, prolongado hasta el codo. Por lo que había visto al principio, y por lo que vio entonces, consideró que bajar del árbol no le sería imposible. El tronco, no muy alto, tenía nudos salientes. Esperó.

Rato después la soledad de la montaña, poblada ya de rumores nocturnos, se sacudió a lo lejos con el áspero ludir de motores de auto: eran, sin duda, los camiones y coches de la gente de Leyva, que partía. Varios minutos resonaron los valles con aquellos ruidos. Los camiones desembragaban y embragaban de nuevo a lo largo de las cuestas. Aquello se fue alejando; se desvaneció.

Axkaná tuvo entonces mortales segundos de vacilación: ¿descendía del árbol? Descendía ¿para qué? Pero su voluntad consciente no era ya lo que le guiaba; guiábanle el instinto y, sobre todo, el dolor. Inmóvil un brazo, puesto el otro a buscar a tientas el apoyo de las ramas, fue descendiendo. Llegó al tronco; se deslizó por él, sin soltarse de arriba hasta hacer pie en algo. En equilibrio inverosímil logró ir escurriendo la mano por la corteza hasta dar con un apoyo más bajo; alargó el otro pie. Y así, poco a poco, llegó al suelo. Allí su desvanecimiento fue tan grande que hubo de arrimarse al árbol varios minutos para no caer. Luego se orientó hacia la carretera y empezó a caminar poco a poco, entre piedras, entre matas. Hacía cerca de veinticuatro horas que no comía, y desde entonces había vivido siglos.

Cien metros habría avanzado ya cuando le asaltó el temor de que no caminaba en derechura del camino, sino paralelamente a él. Le volvía el vértigo; se tambaleaba. Por un momento se sentó. Después, seguro de no errar la dirección precisa, volvió a levantarse y reanudó la marcha con grandes trabajos.

Cuando por fin llegó al borde de la carretera lo dominaba un anhelo solo: echarse, tenderse. Se dejó caer. Pero el tiempo que permaneció así no fue largo. A poco rompieron arriba la unidad de las tinieblas de la montaña haces de luz; luego se oyeron lejanos sonidos de *claxon*, que fueron acercándose aceleradamente, y, por último, redondos y enormes al volver de la carretera, aparecieron fanales de un coche.

Casi a rastras se movió entonces Axkaná hasta en medio del camino. Allí se

arrodilló, se puso en pie y volvió a caer de rodillas, iluminado por los rayos de los faros, que le desencajaban más el rostro y le prolongaban trágicamente, hacia arriba, la mano que él levantaba. Su actitud, más que desfallecimiento y súplica, acusaba desesperación: que aquel auto lo socorriese o que lo aplastara, igual le habría dado.

A cinco o seis metros los faros pararon. Una portezuela se abrió y se volvió a cerrar; se recortó en la región de luz la silueta del chofer; luego, detrás de ella, la de otro bulto. Axkaná, tendido en tierra, vio iluminarse e inclinarse sobre su cara dos rostros que lo observaban. Oyó que desde el coche otra persona preguntaba algo en inglés. Respondió, en inglés también, uno de los hombres que tenía cerca, en el cual reconoció él, vagamente, a Winter, el extranjero del *Packard* que los soldados de Leyva habían detenido en el camino.

Algo dijo aún quien hablaba desde más allá de las dos luces, y entonces Winter y el chofer procedieron a tomar en brazos a Axkaná y a llevarlo hasta el automóvil.

VII

UNOS ARETES

Al otro día de la muerte de Ignacio Aguirre los periódicos de la ciudad de México no hablaban con mucha amplitud acerca del levantamiento de Toluca. Una fuerza superior a ellos los obligaba de nuevo a no decir lo que sabían. *El Gran Diario* traía apenas un boletín oficial bajo este título de vaguedad reveladora: «Consejo de guerra en el Estado de México». El boletín decía así:

«En el Estado Mayor de la Presidencia nos fue proporcionado en la madrugada de hoy el boletín siguiente: “El general Ignacio Aguirre, autor principal de la sublevación iniciada anteanoche, fue capturado, juntamente con un grupo de sus acompañantes, por las fuerzas leales que guarnecen el Estado de México y que son a las órdenes del pundonoroso general de división Julián Elizondo. Se formó a los prisioneros consejo de guerra sumarísimo y fueron pasados por las armas. Los cadáveres se encuentran a disposición de los deudos en el Hospital Militar de esta capital y corresponden a las personas siguientes: general de división Ignacio Aguirre; general de brigada Agustín J. Domínguez, gobernador de Jalisco; señor Eduardo Correa, presidente municipal de la ciudad de México; señores licenciados Emilio Olivier Fernández y Juan Manuel Mijares, diputados al Congreso de la Unión; ex generales Alfonso Sandoval y Manuel D. Carrasco; capitanes Felipe Cahuama y Sebastián Rosas, y señores Remigio Tarabana, Alberto Cisneros y Guillermo Ruiz de Velasco”».

En la *Sección Segunda*, en página interior, *El Gran Diario* publicaba también, alineadas en sus diversos tamaños, las doce esquelas mortuorias. La de Aguirre ocupaba un octavo de página y decía brevemente:

«El día 5 del presente mes falleció el señor general de división Ignacio Aguirre. Su afligida esposa y demás parientes lo participan a usted con profundo dolor.— México, 6 de diciembre».

Y así las otras.

Pero este laconismo de los periódicos no hacía, en realidad, sino acoger, callándolas, la sorpresa y la consternación públicas. La ciudad vivía como siempre, pero sólo en apariencia. Llevaba por dentro la vergüenza y el dolor.

Cerca del mediodía el *Cadillac* que había pertenecido al general Aguirre se detuvo, en la avenida Madero, a la puerta de «La Esmeralda». El chofer, sucio, mal vestido, mal sentado, no se movió de su asiento. Un hombre abrió la portezuela y descendió: era el mayor Manuel Segura. El auto echó entonces a andar, y Segura, acomodándose el revólver en el cinto, entró en la joyería.

El empleado que vino al mostrador miró a Segura un poco de arriba abajo; se hizo repetir dos veces lo que le pedía el cliente; fue hacia el interior de la tienda y volvió a

poco trayendo entre terciopelos negros varios pares de aretes con brillantes.

Segura tomó el par de piedras mayores y, tras de mirarlas, preguntó cuánto valían.

—Seis mil quinientos pesos.

Segura las tornó a ver. Dijo casi en el acto:

—No me gustan. Las quiero más grandes.

La misma escena se produjo otra vez con un par de aretes que costaban once mil quinientos pesos, y luego otra más, con aretes de diez y siete mil. Por fin, el empleado mostró lo que Segura quería:

—Veinte mil pesos. En su tamaño no hay brillantes mejores.

Segura recibió el estuche y pagó. Pagó con un fajo de cuarenta billetes de a 500 pesos: los cuarenta con una misma rotura —era como una perforación—, los cuarenta con una misma mancha negruzca, que se extendía casi un centímetro desde la rotura hacia el centro.

Al contar los billetes, el empleado advirtió aquello y vaciló un momento. Alzó la vista, que los ojos de Segura le obligaron a bajar otra vez. Entonces el dependiente simuló hacer un nuevo recuento y aceptó los billetes sin objetar nada.

Segura salió a la calle. Junto a la Profesa lo esperaba el *Cadillac* de Ignacio Aguirre.

JOSÉ VASCONCELOS

JOSÉ VASCONCELOS

(1882-1959)

EN los dos primeros volúmenes de su autobiografía —Ulises criollo y La tormenta— presenta Vasconcelos una visión elocuente y apasionada de su vida dentro del cuadro de la Revolución, en que ésta se revela y explica.

Nació el 27 de febrero de 1882 en Oaxaca, capital del Estado del mismo nombre. Estudió las primeras letras en su ciudad natal y después en Piedras Negras (Coahuila) y en Eagle Pass (Tejas, E. U. A.), en donde aprendió desde niño el inglés. Los viajes de su padre, que era funcionario aduanal, lo llevaron al puerto de Campeche, en donde prosiguió sus estudios. Finalmente se instala en la ciudad de México, termina el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria, pasa a la Escuela Nacional de Jurisprudencia y se recibe de abogado en 1906.

En octubre de 1909, con Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Jesús T. Acevedo, Ricardo Gómez Robelo, Julio Torri y otros, funda el Ateneo de la Juventud, y en la serie de conferencias que organizó éste para celebrar el Centenario de la Independencia (1910) leyó un interesante trabajo sobre «Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas». Empezó entonces a distinguirse por su pensamiento original y su adhesión a las corrientes antiintelectualistas en filosofía.

Formó parte del primer Partido Antirreeleccionista, instalado en la ciudad de México el 25 de abril de 1909, y concurrió a la gran Convención de dicho partido en el Tívoli del Elíseo (15 de abril de 1910). En 1911 fue secretario de la Agencia Confidencial de la Revolución en Washington, D. C. (E. U. A.), que presidía Francisco Vázquez Gómez, y poco después quedó al frente de ella.

Durante el gobierno de Madero ocupa el cargo de Director de la Escuela Nacional Preparatoria. Después de la Decena Trágica y del asesinato de Madero y Pino Suárez, huye de la ciudad de México para incorporarse a las fuerzas revolucionarias. Desde La Habana (Cuba) y Nueva York toma contacto con los dirigentes de la Revolución y es nombrado agente confidencial en Inglaterra. En Europa, además de cumplir con su misión, visita París y algunas ciudades de España.

A su regreso a México asiste a la Convención de Aguascalientes (1914). Nombrado Presidente provisional el general Eulalio Gutiérrez forma parte de su gabinete como Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes (del 7 de diciembre de 1914 al 15 de enero de 1915). Al triunfo de Carranza sobre los otros caudillos revolucionarios, Vasconcelos se destierra voluntariamente del país. Vive y trabaja en Nueva York. Termina entonces su ensayo Pitágoras, una teoría del ritmo (1916), primer bosquejo de su filosofía. Va después a Lima (Perú) como agente de las

Escuelas Internacionales de Idiomas Berlitz, para regresar a México cuando se acerca el fin del periodo de Venustiano Carranza. Escribe entonces diversos artículos y ensayos, que recoge en sus libros: Monismo estético (1918). Divagaciones literarias (1919). Prometeo vencedor (1920) y Estudios indostánicos (1920).

A la caída de Carranza y durante el gobierno provisional de Adolfo de la Huerta es nombrado rector de la Universidad de México (1920), puesto que sigue desempeñando durante la presidencia de Álvaro Obregón. La Constitución de 1917 había suprimido la Secretaría de Educación Pública; toca a Vasconcelos obtener el acuerdo de los Estados de la Federación para restablecerla; logrado esto queda al frente de ella (del 10 de octubre de 1921 al 2 de julio de 1924). Dio entonces solución a urgentes problemas educativos e inició importantes corrientes culturales. A él se debe el mural en México (frescos de la Secretaría de Educación Pública y la Escuela Nacional Preparatoria, pintados por Diego Rivera y José Clemente Orozco); organiza e inaugura la gran campaña de alfabetización, así como un amplio programa de construcción de escuelas, numerosas ediciones de los grandes escritores clásicos y una generosa política de acercamiento con los pueblos hispanoamericanos, simbolizada en el escudo que dio a la Universidad Nacional de México, en el que, alrededor del mapa de la América española, figura el lema: «Por mi raza hablará el espíritu».

Va entonces a la América del Sur como embajador en misiones especiales al Perú, Chile, Argentina y el Brasil. De esa época son sus libros en los que predica, expone y defiende sus ideas sobre la unidad cultural, el genio estético y la futura grandeza de los pueblos hispánicos del Continente americano: La raza cósmica (1925) e Indoioología (1927).

En 1929 fue candidato a la Presidencia de la República, escogido por importantes núcleos populares y estudiantiles. Derrotado por el candidato oficial, sale de nuevo del país. Durante su estancia en Francia y España revivió y dirigió la revista La Antorcha (1931-1932), democrática y antiimperialista. Por entonces termina y publica su Ética (1932) y reúne algunos cuentos y artículos en sus libros Pesimismo alegre (1931) y Sonata mágica (1933).

Regresa a México, se aleja de la política y principia un periodo de gran actividad literaria. Además de los cuatro volúmenes de sus memorias, publica libros de filosofía e historia filosófica (entre ellos Estética, 1935, e Historia del pensamiento filosófico 1937); de historia política, como la Breve historia de México (1936) y Hernán Cortés, creador de la nacionalidad (1941), así como sobre temas internacionales y sociológicos (Bolivarismo y monroísmo 1935): Qué es el comunismo, 1936, y Qué es la revolución, 1937.

Era miembro del Colegio Nacional y de la Academia Mexicana de la Lengua, y doctor «Honoris Causa» de algunas universidades hispanoamericanas.

Las narraciones de Vasconcelos relativas a la Revolución Mexicana son dos: Ulises criollo y La Tormenta, que presentan la novela de su vida dentro del cuadro

histórico que se abre con la caída de Porfirio Díaz y se cierra con la muerte de Venustiano Carranza. Publicamos aquí la primera.

ULISES CRIOLLO.—Durante su estancia en España, por el 1933. Vasconcelos pensó en escribir una novela. «Una novela —nos dice en las últimas páginas de *El proconsulado* (1939)— y ¿cuál mejor que la de las propias andanzas y pasiones?... Comencé entonces a borrar el *Ulises criollo*.»

Es la novela de su propia vida, contada en primera persona, como tantas novelas. Su título le viene de que la existencia de todo mexicano que participó en la Revolución fue una Odisea y de que Vasconcelos quiso subrayar, con el adjetivo criollo, el elemento hispánico que hay en nuestra nacionalidad, en oposición a lo puramente indio y a las influencias sajonas.

Empieza el libro con lejanos recuerdos infantiles, en la época del porfirismo. Al trazar lo que era la vida familiar, la tradición y religiosidad de la provincia, las costumbres y el ambiente de la capital y los medios escolares e intelectuales, Vasconcelos nos va pintando el escenario en que se desarrollará, pocos años después, el gran drama de la Revolución.

En 1909 Vasconcelos ingresa simultáneamente al cenáculo literario de los intelectuales jóvenes de mayor preparación y en el partido político de los hombres de mayor empuje y espíritu democrático. Al año siguiente estalla la Revolución y principia para Vasconcelos una vida en que se combinan —y a veces se oponen y se contradicen— una acción impostergable y un pensamiento generoso y noble. Pero esos mismos conflictos hacen más humano y real el personaje y más interesante y dramático el cuadro de la historia de su tiempo.

Libro sincero en que el autor se entrega sin el propósito de dejar a la posteridad un retrato retocado y vanidoso de sí mismo; narración amena y conmovedora, y a ratos indiscreta. En este libro el lector llega al fondo del pensamiento de uno de los protagonistas intelectuales de la Revolución.

OBRAS NARRATIVAS DE VASCONCELOS.— *Sonata mágica*. Madrid, 1933.— *Ulises criollo*, 1935.— *La tormenta*, 1936.— *El desastre*. 1938.— *El proconsulado*, 1939. Estos últimos cuatro volúmenes forman su autobiografía, que alcanza nada más hasta 1934.— *La cita*, 1945.

ANTONIO CASTRO LEAL.

ULISES CRIOLLO

ADVERTENCIA

LA presente obra no ha menester de prólogo; requiere, a lo sumo, la advertencia de que no está escrita —no lo está ningún libro de su género— para caer en manos inocentes. Contiene la experiencia de un hombre y no aspira a la ejemplaridad, sino al conocimiento. El misterio de cada vida no se explica nunca, y apenas si nosotros mismos podemos rescatar del olvido unas cuantas escenas del panorama intenso en que se desarrolló nuestro momento. Las del presente volumen componen la primera etapa de un curriculum vitae prolongado. Se cierra esta primera parte con la muerte del Presidente Madero.

El segundo volumen de la obra, si llega a escribirse, será el de la pasión desorbitada y la revolución; caos por dentro y por fuera, en un alma atormentada por todas las angustias. Contendrá juicios acerca de la sucia rebelión carrancista y terminará con la muerte de Carranza.

El tercer volumen, si alguna vez se compone, será el de la vida conquistada para la edificación en lo subjetivo y en lo externo.

El nombre que se ha dado a la obra entera se explica por su contenido. Un destino cometa, que de pronto refulge, luego se apaga en largos trechos de sombra, y el ambiente turbio del México actual, justifican la analogía con la clásica Odisea. Por su parte, el calificativo criollo lo elegí como símbolo del ideal vencido en nuestra patria desde los días de Poinsett, cuando traicionamos a Alamán. Mi caso es el de un segundo Alamán hecho a un lado para complacer a un Morrow. El criollismo, o sea la cultura de tipo hispánico, en el fervor de su pelea desigual contra un indigenismo falsificado y un sajonismo que se disfraza con el colorete de la civilización más deficiente que conoce la historia; tales son los elementos que han librado combate en el alma de este Ulises criollo, lo mismo que en la de cada uno de sus compatriotas.

Mis primeros recuerdos emergen de una sensación acariciante y melodiosa. Era yo un retozo en el regazo materno. Sentíame prolongación física, porción apenas seccionada de una presencia tibia y protectora, casi divina. La voz entrañable de mi madre orientaba mis pensamientos, determinaba mis impulsos. Se diría que un cordón umbilical invisible y de carácter volitivo me ataba a ella y perduraba muchos años después de la ruptura del lazo fisiológico. Sin voluntad segura, invariablemente volvía al refugio de la zona amparada por sus brazos. Rememoro con efusiva complacencia aquel mundo provisional del complejo madre-hijo. Una misma sensibilidad con cinco sentidos expertos y cinco sentidos nuevos y ávidos, penetrando juntos en el misterio renovado cada día.

En seguida, imágenes precursoras de las ideas inician un desfile confuso. Visión de llanuras elementales, casas blancas, humildes; las estampas de un libro; y así se van integrando las piezas de la estructura en que lentamente plasmamos. Brota el relato de los labios maternos, y apenas nos interesa y más bien nos atemoriza descubrir algo más que la dichosa convivencia hogareña. Por circunstancias especiales, el relato solía tomar aspectos temerosos. La vida no era estarse tranquilos al lado de la madre benéfica. Podía ocurrir que los niños se perdiesen pasando a manos de gentes crueles. Una de las estampas de la Historia Sagrada representaba al pequeño Moisés abandonado en su cesta de mimbre entre las cañas de la vega del Nilo. Asomaba una esclava atraída por el lloro para entregarlo a la hija del Faraón. Insistía mi madre en la aventura del niño extraviado, porque vivíamos en el Sásabe, menos que una aldea, un puerto en el desierto de Sonora, en los límites con Arizona. Estábamos en el año 85, quizás 86, del pasado siglo. El Gobierno mexicano mandaba sus empleados, sus agencias, al encuentro de las avanzadas, los *outposts* del *yankee*. Pero, en torno, la región vastísima de arenas y serranías seguía dominada por los apaches, enemigo común de las dos castas blancas dominadoras: la hispánica y la anglosajona. Al consumir sus asaltos, los salvajes mataban a los hombres, vejaban a las mujeres; a los niños pequeños los estrellaban contra el suelo y a los mayorcitos los reservaban para la guerra; los adiestraban y utilizaban como combatientes. «Si llegan a venir —aleccionaba mi madre—, no te preocupes: a nosotros nos matarán, pero a ti te vestirán de gamuza y plumas, te darán tu caballo, te enseñarán a pelear, y un día podrás liberarte.»

En vano trato de representarme cómo era el pueblo del Sásabe primitivo. La memoria objetiva nunca me ha sido fiel. En cambio, la memoria emocional me revive fácilmente. La emoción del desierto me envolvía. Por donde mirásemos se extendía polvorienta la llanura sembrada de chaparros y de cactus. Mirándola en perspectiva, se combaba casi como rival del cielo. Anegados de inmensidad nos acogíamos al punto firme de unas cuantas casas blanqueadas. En los interiores desmantelados habitaban familias de pequeños funcionarios. La aduana, más grande que las otras casas, tenía un torreón. Una senda sobre el arenal hacía veces de calle y de camino.

Algunos mezquites indicaban el rumbo de la única noria de la comarca. Perdido todo, inmerso en la luz de los días y en la sombra rutilante de los cielos nocturnos. De noche, de día, el silencio y la soledad en equilibrio sobrecogedor y grandioso.

Una noche se me quedó grabada para siempre. En torno al umbral de la puerta familiar disfrutábamos la dulce compañía de los que se aman. Discurría la luna en un cielo tranquilo; se apagaban en el vasto silencio las voces. A poca distancia, los vecinos, sentados también frente a sus puertas, conversaban, callaban. Por el extremo de la derecha los mezquites se confundían con sus sombras. Acariciada por la luz, se plateaba la lejanía, y de pronto clamó una voz: «Vi la lumbre de un cigarro y unas sombras por la noria...» Se alzaron todos de sus asientos, cundió la alarma y de boca en boca el grito aterido: «Los indios...; allí vienen los indios...»

Rápidamente nos encerramos dentro de la casa. Unos «celadores», después de ayudar al refuerzo de la puerta con trancas, subieron con mi padre a la azotea, llevando cada uno rifle y canana. Cundió el estrépito de otras puertas que se cerraban en el villorrio entero y empezaron a tronar los disparos; primero, intermitentes; después enconados, como de quien ha hallado el blanco. Mientras arriba silbaban las balas, en nuestra alcoba se encendieron velas frente a una imagen de la Virgen. Aparte ardía un cirio de la «Perpetua», reliquia de mi abuela. De hinojos, niños y mujeres rezábamos. Después del padrenuestro, las avemarías. En seguida, y dada la gravedad del instante, la plegaria del peligro: «La Magnífica», como decían en casa. *El Magnificat* latino que, castellanizado, clamaba: «Glorifica mi alma al Señor, y se regocija mi espíritu en Dios mi Salvador...» «Cuyo nombre es santo... y su misericordia, por los siglos de los siglos, protege a quien lo teme...»

No fue largo el tiroteo; pronto bajó mi padre con sus hombres. «Son contrabandistas —afirmaron—, y van ya de huida; ensillaremos para ir a perseguirlos.» Se dirigieron a la Aduana para pertrecharse, y a poco pasó frente a la casa el tropel, a la cabeza mi padre en su oficio de Comandante del Resguardo. Regresó de madrugada, triunfante. En su fuga, los contrabandistas habían soltado varios bultos de mercancías.

Igual que una película, interrumpida porque se han velado largos trechos, mi panorama del Sásabe se corta a menudo; bórranse días sin relieve y aparece una tarde de domingo. Almuerzo en el campo, varias personas aparte de la familia. Sobre el suelo reseco, papeles arrugados, latas vacías, botellas, restos de comida. Los comensales, dispersos o en grupos, contemplan el tiro al blanco. Mi padre alza la barba negra, robusta; lanza al aire una botella vacía; dispara el Winchester y vuelan los trozos de vidrio, una, dos, tres veces. Otros aciertan también; algunos fallan. Por la extensión amarillenta y desierta se pierden las detonaciones y las risas.

Gira el rollo deteriorado de las células de mi memoria; pasan zonas ya invisibles y, de pronto, una visión imborrable. Mi madre retiene sobre las rodillas el tomo de Historia Sagrada. Comenta la lectura y cómo el Señor hizo al mundo de la nada, creando primero la luz, en seguida la Tierra con los peces, las aves y el hombre. Un

solo Dios único y la primera pareja en el Paraíso. Después, la caída, el largo destierro y la salvación por obra de Jesucristo; reconocer al Cristo, alabarlo; he ahí el propósito del hombre sobre la Tierra. Dar a conocer su doctrina entre los gentiles, los salvajes; tal es la suprema misión.

«Si vienen los apaches y te llevan consigo, tú nada temas, vive con ellos y sírvelos, aprende su lengua y háblales de Nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros y por ellos, por todos los hombres. Lo importante es que no olvides: hay un Dios Todopoderoso y Jesucristo, su único hijo. Lo demás se irá arreglando solo. Cuando crezcas un poco más y aprendas a reconocer los caminos, toma hacia el Sur, llega hasta México, pregunta allí por tu abuelo, se llama Esteban... Sí; Esteban Calderón, de Oaxaca; en México le conocen; te presentan, le dará gusto verte; le cuentas cómo escapaste cuando nos mataron a nosotros... Ahora bien: si no puedes escapar o pasan los años y prefieres quedarte con los indios, puedes hacerlo; únicamente no olvides que hay un solo Dios Padre y Jesucristo, su único hijo; eso mismo dirás entre los indios...» Las lágrimas cortaron el discurso y afirmó: «Con el favor de Dios, nada de eso ha de ocurrir...; ya van siendo pocos los insumisos...»

Me llevan estos recuerdos al de una misa al aire libre, en altar improvisado, entre los mezquites, el día que pasó por allí un cura consumando bautizos.

No sé cuánto tiempo estuvimos en aquel paraje; únicamente recuerdo el motivo de nuestra salida de allí.

Fue un extraño amanecer. Desde nuestras camas, a través de la ventana abierta, vimos sobre una ondulación del terreno próximo un grupo extranjero de uniforme azul claro. Sobre la tienda que levantaron flotaba la bandera de las barras y las estrellas. De sus pliegues fluía un propósito hostil. Vagamente supe que los recién llegados pertenecían a la comisión norteamericana de límites. Habían decidido que nuestro campamento, con su noria, caían bajo la jurisdicción *yankee*, y nos echaban: «Tenemos que irnos» —exclamaban los nuestros—. «Y lo peor —añadían— es que no hay en las cercanías una sola noria; será menester internarse hasta encontrar agua.»

Perdíamos las casas, los cercados. Era forzoso buscar dónde establecernos, fundar un pueblo nuevo...

Los hombres de uniforme azul no se acercaron a hablarnos; reservados y distantes esperaban nuestra partida para apoderarse de lo que les conviniese. El telégrafo funcionó; pero de México ordenaron nuestra retirada; éramos los débiles y resultaba inútil resistir. Los invasores no se apresuraban; en su pequeño campamento fumaban, esperaban con la serenidad del poderoso.

Ignoro lo que hicimos en el nuevo Sásabe, que es el de hoy, ni sé cómo lo dejamos. La más próxima visión que me descubro es una tarde, en Ciudad Juárez, o sea El Paso del Norte; frondas temblorosas de álamos, paseo a la orilla de canales, llenos de agua corriente, fangosa; casas de blanco y azul, aroma de tierra mojada. Mi madre camina, adelantándose con paso nervioso; en su voz hay temor y congoja. No

llegan noticias de mi padre, que fue con negocio a México; en vano acudimos al correo. Nos quedamos mirando los canales; hallaron en ellos a un chino ahogado por esos días y yo pensaba con insistencia molesta: agua de chino ahogado.

Nada más descubro de ese periodo infantil. El hilo tenue de la personalidad se va rompiendo sin que logre reanudarlo la memoria; sin embargo, algo aflora del río subterráneo de repente y nos descubre otro remoto paisaje. De nuestra estancia en El Paso quedó en el hogar un documento valioso: la fotografía de etiqueta norteamericana que nos retrató el día de fiesta. Mi padre, de levita negra, pechera blanca y puños flamantes. En el vientre, una leontina de oro; en el pecho, barbas rizadas. Mi madre luce sombrero de plumas, aire melancólico, faja de seda esponjada, mitones de punto y encajes negros al cuello. La abuela, sentada, sonrío entre sus arrugas y sus velos de estilo mantilla andaluza. Siguen tres niñas gorditas, risueñas, vestidas de corto y lazos de listón en el cabello, y por fin, mi persona, frente bombeada pero aspecto insignificante, metido en el cuello almidonado, redondo y ridículo, a pesar de la corbata de poeta. Los hermanos éramos entonces cinco. El primogénito murió en Oaxaca, antes de que la familia emigrara. Yo, como segundo, heredé el «mayorazgo», y seguían Concha, Lola, Carmen e Ignacio. Nos cayó este último no sé exactamente en cuál estación de la ruta, y nos dejó a poco en otra, muriéndose pequeño. Cuando preguntaban a mi madre por su preferido, respondía:

«—Son como los dedos de la mano: se les quiere a todos por igual.»

Se me pierde mi yo y vuelvo a hallarlo en las gradas de una escalera espaciosa. Baja un señor de perilla blanca; se ve pálido y alto, viste de negro, me toma de los brazos, me alza y me besa; oigo decir:

«—El abuelo; tu abuelo...»

A poco nos despedimos, nos metemos en nuestra casa. Nuestra vivienda disfrutaba la mitad de un patio con corredores y maceta. Y un día llegaron en cantidad ramos y coronas de flores. Se nos prohibió la entrada a una de las habitaciones. Advertimos rumor de llantos. Aprovechando un descuido materno, me asomé al cuarto del misterio. Sobre una mesa enflorada vi un cuerpecito envuelto en encajes blancos. Un dedito asomaba y lo palpé muy tieso. Nunca supe más de este hermano. Mi padre salió llorando con la cajita blanca al brazo. Lo acompañaban algunos amigos y se alejaron todos en coches. En la familia se solía recordar a Nachito... «Cuando murió Nachito.»

Parece que durante los meses de aquella estancia nuestra en la capital estuve en el departamento de párvulos en la Escuela Normal, por la Encarnación. Recuerdo un patio que es, probablemente, el mismo en que después fundé la editorial de la Universidad.

Habitábamos una casa de pueblo. Sala, con mecedoras, mesa al centro, sillas adosadas a la pared; a la vuelta, una serie de alcobas en fila. En la primera dormían mis padres; en seguida, mis hermanas; luego, en otra, la abuela, y al final estaba la mía, pequeña pero con salida al patio principal. Las puertas interiores quedaban abiertas en largo paso que mi madre podía recorrer con la vista desde su habitación.

Una lámpara de petróleo ardía en el dintel de mi puerta iluminando toda la noche el pasillo interior. Me tocaba dormir solo porque era ya, según decían, un hombre; padecía, sin embargo, los más extraños terrores de mi vida. Nuestros vecinos eran pacíficos, nada había que temer de ellos; pero el pavor me lo causaban ciertos poderes invisibles sensibles sólo al tacto. Me andaban por las pantorrillas, me helaban la espina, me atemorizaban con sus murmullos y saltos. Apenas me cubría con las ropas de la cama, y no obstante las oraciones previamente recitadas de hinojos, los pequeños monstruos comenzaban a agitarse, desarrollando holgorios y peleas.

Al cobijarme con su beso de despedida, mi madre me encomendaba al «ángel de la guarda»; pero su protección valiosa en las regiones altas no impedía que por el suelo y por debajo de la cama se mantuviese autónomo el reino de sombras y engendros. Mientras más me encubría y acurrucaba, mayor era el estrépito, más insolentes las burlas de los seres subhumanos, enanitos ridículos, pero de brazos tan fuertes que podían cogerle a uno por el tobillo y sujetarlo, deshacerlo casi, dentro de la cámara a media luz. Algunas noches mi espanto era tan vivo, que no podía reprimir algún grito; pedía más luz y afirmaba que algo andaba por debajo de la cama.

Mi padre se mostraba irritado con mis aprensiones, las calificaba de patrañas y miedo. Mi madre, más paciente, me tomaba la mano, la ponía en la señal de cruz, me persignaba.

«—Así los espanto —decía—; contra esto no pueden los malos espíritus. Basta enseñarles los dedos en cruz; piensa en la cruz.»

Aliviado interiormente y apretado a mi signo mágico, acababa durmiendo tranquilo y en paz. Pero noches después volvía el sobresalto. Soportaba sin queja los terrores que daban sudor frío. Me fallaban todas las tentativas de imponer serenidad, hasta que acudí a un remedio violento. Desde por la tarde, en secreto, elegí un palo grueso y lo escondí en un rincón. Al primer rumor nocturno emprendería una batida por toda la casa. Disimulé hasta que todos se hubieran dormido, y ya casi lamentaba que fueran a fallarme los aparecidos; pero no tardaron en comenzar sus pláticas confusas. Al instante brinqué fuera de la cama, tomé el palo y echándome boca abajo barrí a garrotazos por debajo del lecho, picando por el ángulo oscuro. Contra lo que esperaba, no se oyó chillido ni queja: únicamente en dirección de la puerta del patio una como carrera precipitada... Tras de ella salí con mi garrote en una mano y nuestra lámpara en la otra. Nada hallé en el primer patio y me metí por el corral. La linterna trazaba un largo reflejo móvil; la oscuridad era densa. Súbitamente me estremeció una sombra confusa; concentrando toda mi energía levanté el palo y

pegué con fuerza. Algo se vino al suelo; en seguida saltó cacareando. Las otras gallinas se removieron en el árbol que les servía de abrigo. La risa me venció; después, el bochorno; pero dormí esa noche a pierna suelta y ya no volví a pensar en los duendes. En cambio, días y meses me persiguieron mis hermanas con burlas por la aventura de las gallinas.

Mi padre se había asomado a la escuela del lugar; vio los bancos desvencijados, el piso de tierra y un maestro de palmeta y pañuelo amarrado a la cabeza, y desistió. Más tarde empezó a darme clases particulares un maestro Calderón. No era nuestro pariente, sino sólo un homónimo. De buena presencia, barba negra y rostro pálido, nos dio las primeras nociones sobre el artículo y el sustantivo, el verbo y el participio. También nos puso a hacer sumas y divisiones; pero nos aburría y no adelantábamos. Mucho más nos divertían ciertas lecturas que escogía mi madre. Como ejercicio de memoria nos puso una fábula de José María Samaniego:

*A un panal de rica miel
Dos mil moscas acudieron,
Que, por golosas, murieron
Presas de patas en él...*

No garantizo la fidelidad de la poética. Desde entonces me preocupaba el contenido y no la forma. Leíamos también un compendio de Historia de México, deteniéndonos en la tarea de los españoles que vinieron a cristianizar a los indios y a extirparles su idolatría. Que hubiera habido adoradores de ídolos, me parecía estúpido; el concepto del espíritu me era más familiar, más evidente que cualquier plástica humana.

Por otra parte, mi politécnica estaba en esa época en el corral de nuestra casa. Para nada me ocupaba de gallinas y gallos; ni teníamos perro ni experimenté jamás la afición a las bestias domesticadas. Pero el «solar» abandonado tenía uno que otro mezquite y una extensión salvaje, resquebrajada por las lluvias. En el verano se descubrían hormigueros que en vano exploré con pica y chorros de agua hirviendo. Nunca concluían las galerías subterráneas; mas en casa amenguaba la plaga después de mis batidas. Socavando estos hoyos del campo, di una vez con un nido de arañas grandes, tal vez tarántulas. La madre me lanzó un líquido lechoso, pero logré destriparla. Me desconsolaba no hallar en mis acometidas heroicas ni una de las tan temidas serpientes de cascabel, que abundaban en la comarca.

Así que el terreno y sus grietas quedaron libres de misterio y de alimañas, decidí emprender algo grande. En el rincón más resguardado aplané varios metros en cuadro. Luego marqué con estacas y cordeles el trazo de unos cimientos. Cavé las zanjas, las rellené de pedacería con arena y cal. Acumulé en seguida pequeños bloques de barro batido y secado al sol y comencé a construir. En silencio, casi en secreto, me dedicaba horas y horas a la tarea fascinante. Lo que salía de mis manos no era copia de casa vista, ni en el pueblo había nada que pudiera orientarme. Poseíamos un estereoscopio con grandes vistas de Oaxaca, y ése fue, sin duda, mi texto. Aunque yo imaginaba que todo lo que pudiera haber en Oaxaca quedaba superado en mi creación. Leyendo no sé dónde, saqué la idea de unas armazones de madera de caja de puros para sostener el material todavía fresco de las numerosas arcadas que ornamentaban el primer cuerpo. En el segundo abrí grandes ventanas con balcón volado. Encima y al centro puse un tercer piso ligero. Por ambos lados, las azoteas del segundo piso servían de terraza. Antes de terminar la obra hube de reparar no pocas cuarteaduras. Pero el conjunto resultó firme; lo dejé blanqueado con cal y enfrente le tracé un remedo de andenes embaldosados, recuerdo seguramente o imitación inconsciente de lo que vi de pequeño en los atrios de las iglesias de la capital.

Varios meses de trabajo costó la obra que aseguraba mi fama en el pueblo. Venían a verla los chicos y los mayores. Mi padre quiso dedicarle una inauguración formal. Compró paquetes de triquitraques chinos, dulces y refrescos. Yo estuve nada más atento a que nadie tocase o pusiese en peligro el prodigio.

En nuestro pueblo todos éramos más o menos forasteros. Se vivía del comercio internacional y de los empleos del Gobierno, la aduana, el correo, el cuartel. También la empresa del ferrocarril mantenía allí un gran taller, pero quedaban algunos pequeños propietarios, herederos de los primitivos colonizadores del desierto.

Una de esas familias, vecina nuestra, tenía una hija, Laura, de ocho a diez años; lindos ojos maliciosos y piernas ágiles. La encontraba a menudo, sin hablarle, hasta que una vez di con ella estando yo en compañía de Tocho. Este Tocho era un niño rico, atrevido y buen mocito. Al ver a Laura gritó:

—Dame un beso.

La chiquilla lo miró con descaro, le hizo un dengue y echó a correr, riéndose y agitando la mano en amenaza vaga. Otra vez, ya solo, tropecé casi con Laura. Llevaba yo en la mano unos caramelos. Sin darme tiempo a ocultarlos, me miró y dijo:

—Pepe: dame un caramelo...

—Toma —repuse ofreciéndole—; pero tú, dame un beso.

Cogió ella el dulce y escapó. No recuerdo que el incidente me dejara mayor impresión, y quizá la hubiera olvidado de no haber tenido consecuencias. Días después, ya metido en cama, escuché que nos visitaba, según su costumbre, el viejo caballero padre de Laura. Conversó de cosas indiferentes; pero de pronto exclamó, dirigiéndose a mi padre:

—¿Qué cree usted que hizo el otro día su Pepillo?... Pues le pidió un beso a Laurita... en plena calle...

—¿Será posible? —comentó mi padre.

—Habría que castigar a ese muchacho —afirmó, severa, mi madre.

Luego cambiaron de asunto y me quedé esperando el regaño que seguiría a la despedida de nuestro vecino. Al marcharse éste, fingí un sueño profundo, y con sorpresa vi que no me despertaban.

—Miren la mosquita muerta, pidiendo un beso; y vaya que es bonita la chica —dijo únicamente mi padre.

La mayor parte de las noches, la tertulia era íntima. Mi madre se ponía a leer; mi padre fumaba y «Gan» nos platicaba. Eso de «Gan» era en el mundo una oscura, humilde viejecita: doña Perfecta Varela. Y como ya empezaba a estar anciana, le asediaban los recuerdos. En su infancia había hecho un viaje a España. Aunque nacida ella en México, el decreto de expulsión de los españoles, por el año treinta y tres, había afectado a sus padres. Cinco semanas o más viajaron en un velero. Varias ocasiones, decía, estuvieron a punto de naufragar. Se rezaba la «Magnífica», se prendía la vela de la «Perpetua», y el barco seguía adelante. Nada recordaba de lo visto en España. Siendo ella todavía una niña, volvió con los suyos a Oaxaca.

El tema de los viajes era, por lo demás, un *leit motiv* familiar. No tenía yo dos años cuando salimos de Oaxaca en caballos hasta el tren de Tehuacán. Fueron duras las jornadas del Cañón de Tomellín, entre las cuestas y el río. Cuando Clara, la criada mestiza que todavía nos acompañaba en Piedras Negras, se vio arrellanada en el vagón del primer ferrocarril que nos transportaba, cuentan que dijo: «Este caballito sí me gusta...» En la capital, mi padre obtuvo un puesto en la Aduana de Soconusco. Lo que nos obligó a un viaje increíble, creo hasta Puerto Ángel, donde tomamos un barco. Un temporal nos llevó de arribada forzosa a Champerico, de Guatemala. Allí encontraron mulas para atravesar la frontera por Tapachula. En plena estación de aguas, apenas avanzaban las bestias, resbalando en las pendientes. «Tú ibas — recordaba mi abuela, mirándome— dentro de un cesto atado al costado de la mula. La lluvia te escurría por las sienes, atravesando el sombrerito de palma. Estabas tan flaquito y amarillo, que llegamos a darte por perdido.»

Por huir del paludismo, mi padre aceptó el cargo aquel del Sásabe, en el otro extremo del sistema aduanal mexicano. Los relatos de mi hogar empezaban, pues, con una advertencia geográfica. «Cuando estábamos en Chiapas», «cuando pasamos por México», «una vez en Oaxaca...» Y el castigo, cuando éramos todavía muy niños, consistía en obligarnos a extender la mano para recibir los polvos de quinina que servía el doble objeto de enderezar la conducta y curar de paso el cuerpo prematuramente debilitado por las fiebres.

En Piedras Negras, el clima extremo resulta saludable. Se vive la mayor parte del año puertas afuera y no había entonces otra diversión que los convites entre los amigos. Aparte de solemnidades como la Navidad y Semana Santa, festejábamos los días de San Ignacio y el Carmen. La cocina fronteriza era muy primitiva, y aunque después nos quedó el gusto de las tortillas de harina, en casa no se escuchaban sino quejas de la crudeza de los guisos locales. En cambio, el comercio próspero de un puerto internacional suministraba los productos de toda la Tierra. Al «otro lado», es decir, en Eagle Pass, se conseguía lo norteamericano, y el servicio de transportes por *express* nos surtía los productos de toda la República hasta el Sur. Cuando llegaba la encomienda de Oaxaca, entraba en funciones la abuela, especialista en pipianes y moles, garbanzos y arroces. En la deshollejada del garbanzo nos empleaban en grupo y llenábamos bandejas de grano pelado que servía a mis gentes no sólo para el cocido y los guisos usuales, sino también para un dulce de piloncillo y yerbas de olor, estilo oaxaqueño.

El plato de lujo de mi abuela era un estofado de pollos que tragaba pasas, almendras y alcaparras; todo el Oriente, en especias. La fruta escaseaba, pero llegaban del Sur piñas y aguacates. De Oaxaca nos enviaban turriones, tortas de coco y naranjas, limones cristalizados. Y el laterío abundaba. Algunas veces, acompañando a mi madre en sus despachos de Vista, veíamos salir de las cajas ciruelas de Francia o pasas de Málaga. El comercio local retenía su fracción de los tesoros que después absorbía el país entero.

Los regalos de Navidad que recibía mi padre no eran costosos, pero sí variados. Destripando los grandes cestos decorados de cintas, extraíamos latas de espárragos y atunes, con la etiqueta dorada de Burdeos, y frascos de frutas en almíbar, a la española. Otro amigo mandaba la caja de champaña o el encargo de vinos gruesos de Borgoña. Mi padre, que no gustaba de bebidas fuertes, experimentaba arrobos frente a las botellas con marca de *Chateaux* y de *Cotes*.

Nos complacía especialmente a los chicos el regalo anual de un importador chino de Torreón. Su paquete contenía bulbos de azucena asiática y ollas de loza con asa de mimbres, repletas de frutas en miel; además, cajas con nueces de *lichee* y frutas cristalizadas.

Sospecho que la suerte nos fue benigna en los primeros años de estancia en la frontera. El niño aprecia estas circunstancias, aunque no las comprende. Mi madre se vestía de claro, andaba alegre y parecía más joven. Se puso un día de luto, pero no indagué la causa. Pasó el tiempo, y una tarde, a la hora de la lectura, me hizo repetir un pasaje del libro de José Rosas titulado: *Un hombre honrado*. Se celebra en él la ejemplaridad del que sirve a su patria en los días adversos; se retira a la vida privada en la época normal y en ella conquista la estimación de los buenos y muere venerado y tranquilo.

Los sollozos de mi madre interrumpieron mi lectura. En seguida, rehaciéndose, preguntó:

—¿A quién se puede aplicar este elogio...?

Vacilé y respondí:

—A Juárez.

—Sí; y también a tu abuelo —afirmó ella.

No volvió a mencionar su pena. No era dada a estar rumiando una congoja. La sufría violenta, la padecía, para en seguida entregarse a la obligación de una actividad provechosa y alegre.

Mi padre llegó un día a la casa con varias talegas de a mil pesos, en plata. Venían de Oaxaca, por el *express*, y procedían de la venta de un rancho de las cercanías de Tlaxiaco.

No eran de allí mis antepasados, pero se refugiaron en dicho pueblo durante la revolución de la Reforma, mientras mi abuelo, perseguido por Santa Anna, tuvo que abandonar no sólo Oaxaca, sino el país. Mi abuelo empezó de médico pobre, casado con una señorita Conde, de familia acomodada, pero ya en decadencia económica. Tan ricos habían sido los Conde, que sacaban «la plata a asolear». Negociaban, según creo, la cochinilla, y quebraron por el invento alemán de las anilinas. En su destierro, mi abuelo estuvo con Juárez en Nueva Orleans; después, durante la guerra contra los franceses, se estableció en Tlaxiaco, donde tuvo oculto a Porfirio Díaz y le curó una herida. Al triunfo del oaxaqueñismo se retiró de la política para seguir al lerdismo vencido; pero años después don Porfirio volvió a hacerlo senador. Al morir, no dejó patrimonio. Si no me equivoco, el rancho de Tlaxiaco lo administraba para los hijos de su primera esposa. Al enviudar, contrajo en Tlaxiaco segundas nupcias con una Adelita que le dio una docena de hijos, mis medios tíos, los Calderón.

Los dineros del rancho no los quiso tocar mi padre. Los llevó a casa y los puso en el ropero de mi madre. Lo indicado hubiera sido emplearlos en la compra de algún solar que a los pocos años le hubiera duplicado la inversión; pero ninguno de los dos tenía cabeza para los negocios. Mi padre, por orgullo, ni adelantó opinión, y la dueña, incorregiblemente despilfarrada, empezó a recorrer las tiendas y almacenes de los pueblos rivales. De cada excursión volvía con el coche cargado de cajas y envoltorios. A mis hermanas, vestidos; a mi padre, un anillo; a mí, ropas y libros; a la viejita, un corte de vestido negro, de seda.

Y a medida que el dinero se iba alada y gloriosamente, los recuerdos de Tlaxiaco animaban las veladas. Exhumaba mi madre de lo profundo del baúl un vestido negro de *gro* —seda gruesa— adornado con lentejuelas; su primer lujo mundano, lucido en los bailes de la pequeña y orgullosa ciudad criolla. Sus días más alegres los pasó allí. Con todo, al final se le amargó la estancia por el segundo matrimonio y la madrastra. Más tarde regresaron todos a Oaxaca, y después de algunos años de acudir a la misa y estar a la ventana, mi madre se enamoró frenéticamente de mi padre, un pobre empleado de botica...

Protestó el abuelo y negó su consentimiento al enlace; pero se efectuó éste en un amanecer y en presencia de algunos parientes. Eugénicamente, la pareja estaba bien concertada. Rubia y pálida, delicada, mi madre; y su marido, sanguíneo, robusto. Criollos puros los dos. Con los años, el cutis blanco de mi madre tomó el color de la cera de los cirios. A mi padre lo pusieron rojo tostado los soles, los años y la cerveza. Sólo en derredor del cuello se le veía el círculo lechoso.

—Mamá: y cuando se casaron, ¿adónde se fueron a vivir tú y mi papá?

Respondiendo a las preguntas de la indiscreción infantil se nos daban detalles que

por cierto no retengo con mucha exactitud.

—¿Y por qué se enojaba mi abuelo? ¿Porque era pobre mi papá...?

Lo cierto es que mi madre prescindió de los suyos para siempre y se atuvo a la suerte humilde de su esposo. Vivieron uno o dos años del sueldo escaso de la botica; pero era la época en que Oaxaca se despoblaba. A nadie le faltaba un pariente ministro o general capaz de conseguir un empleo, así fuese en el quinto infierno. El deseo de sacudir el complejo social de quien viene a menos y el gusto de la aventura y el cambio deben de haber decidido a mis padres. Y el tío protector se presentó en la persona, distinguida, por cierto, del general Mariscal. Pariente, según creo, bastante próximo de la familia de mi madre, bajo la administración lerdista o con Juárez ocupó el puesto de gobernador de Yucatán; después había contribuido a una de las derrotas de Porfirio Díaz, persiguiéndolo como desleal por el Istmo; retirado a la vida privada cuando Tuxtepec, conservaba, sin embargo, influencia.

Entiendo que él fue mi padrino de bautizo y también quien dio a mi padre cartas de recomendación para un puesto en Aduanas.

Ahora, en Piedras Negras, nuestra fortuna corría pareja con la del pueblo, que acrecentaba sus recursos y, según se repetía sin cesar con orgullo, progresaba.

Los ingresos de mi padre fijos y suficientes en cuanto al sueldo; variables y a veces espléndidos, con el aditamento de los porcentajes sobre las multas por contrabandos. Con frecuencia pasaban de mil pesos sus ingresos mensuales en una época en que el peso valía ligeramente más que el dólar. Pero en lo administrativo mis padres se apegaban a la Escritura en lo que concierne al creced y multiplicaos, y al Evangelio por lo que hace al vestido y al sustento, conforme a las aves y los lirios, «más bellos que Salomón en toda su pompa»...; ¿acaso el «Padre Nuestro» que rezábamos diario no se conformaba con pedir el pan de cada día? Del ahorro, decía mi padre que era propio de avaros; una hipoteca era usura y pecado, y un negocio casi una deshonestidad. Comentarios parecidos circulaban de sobremesa a propósito de operaciones ventajosas realizadas por algunos colegas de mi padre, con el producto de sus ahorros, sin deshonestidad.

En aquella región se desconocía la miseria. Los cocheros, los aguadores, entraban en la misma cantina que el funcionario y el propietario. Gracias a la zona libre internacional, las mercancías extranjeras, exentas de derechos, se obtenían a precio reducido. Las dos poblaciones rivales, la mexicana y la norteamericana, separadas únicamente por el río, ofrecían las ventajas de dos modos de vida. Y cada cual ponía su orgullo en divertirse y gastar dinero.

Toda la población gastaba lujos desproporcionados a su categoría. Los ingresos aduanales, administrados con probidad, dejaban para construir uno que otro palacio al lado de la casa fronteriza, comúnmente miserable y más bien por barbarie que por miseria. La inauguración del edificio de la Aduana se festejó con un baile suntuoso. Estilo francés, fin de siglo; piedra rosada en los llenos y blanca en las esquinas, las cornisas y los dinteles. Encima, una de esas mansardas grises que afearon toda una época. Toda la planta baja se acondicionó para la recepción. Al fondo de una gran sala ornada de cortinas rojas y espejos, se puso una tela blanca corrediza. En torno se instaló doble sillería, quedando libre el centro para los bailadores. Desde las afueras, una banda militar anunciaba la solemnidad, alternando la *Marcha de Zacatecas* con el vals *Sobre las olas*. Pronto se llenaron los pasillos y salones con damas engalanadas y caballeros de negro. Las plumas de los abanicos acariciaban rostros hermosos. Algunos asistentes despreocupados se presentaban cargando hasta con los niños. Tendría yo a lo sumo nueve años, y había logrado colarme.

En el estrado, frente a la cortina blanca, se instalaron: el Administrador, el Jefe de las Armas, el Jefe Político, sustituto de alcaldes que ya se había desistido de intentar elegir.

Corrió por las salas el estremecimiento de lo solemne. Todas las miradas se volvieron hacia el dosel. El jefe de la Aduana descorrió la cortina y apareció ante la pública veneración el retrato de cuerpo entero del Caudillo. Encendido el rostro mestizo, hinchado el busto de galones, cordones, medallas y cintajos; severa la mirada, y bajo el brazo el sombrero de Divisionario del Ejército; plumas y tiras como toca de odalisca. La concurrencia entera, de pie, aplaudió largamente a su jefe máximo, el Padre de la Patria, soldado desleal de Tuxtepec y burlador de la Constitución que cada seis años juraba cumplir. «¡Viva Porfirio Díaz!», gritó tres veces el maestro de ceremonias. Y el pobre rebaño bien bañado —acababa de inaugurarse el servicio de agua entubada— respondía: «¡Viva...!» Concluido el descubrimiento de «Nuestro Amo», del altar cívico, la religión de la patria —decían los laicos—, el manso rebaño de ropas acabadas de estrenar se repartió por las salas; y unos bailaron y otros comieron del «ambigú» con champaña. Si el cuerpo come y baila, ¡qué importa el afán de las almas!

La ceremonia del retrato me dejó preocupación. Un día, en la mesa, pregunté:

—Papá, ¿y por qué le dicen Caudillo...?

Mi padre rió. Después, reflexionando, expresó:

—Pues será por aquello de «mátalos en caliente».

El episodio de Veracruz era tema de secreteo en toda la República. Para deshacerse de políticos enemigos, el Caudillo realizó una modesta hecatombe; diez o doce cayeron bajo las balas del Ejército heroico. El general Mier y Terán, ejecutor de las órdenes, paseaba pocos días después por las calles del puerto, y una madre, levantando en brazos a su hijo pequeño gritó:

—Conoce al asesino de tu padre.

El general Mier y Terán, no del todo encallecido, acabó en un manicomio; su amo se reeligió Presidente. Las matanzas del porfirismo nos parecen hoy juego de niños malos. Si los de hoy se volvieran locos por los que «despachan», ya habría más manicomios que ministerios...

—Pero entonces, mamá, ¿por qué tú hacías vendas para curar al «caudillo» en Tlaxiaco, y por qué tu papá le sanaba las heridas...?

—Hijo, entonces peleaba contra un invasor extranjero... Además, hijo mío, Lerdo tuvo la culpa; era honrado, inteligente; pero le metió el diablo la manía de perseguir monjas; expulsó a las hermanas de la caridad, que Juárez mismo había perdonado, y el país sintió alivio al verlo partir...

En Piedras Negras prosperaban los negocios. Se construían edificios públicos, se desarrollaba la mecánica en los talleres extranjeros de reparación de locomotoras; abundaban los comercios de lujo, almacenes y joyerías; pero no había una escuela aceptable. Del otro lado, los *yankees* no tenían un caudillo napoleónico ni Leyes de Reforma a lo Juárez; sin embargo, acompañaban su progreso material acelerado, de una esmerada atención a la escuela. Libres de la amenaza del militar, los vecinos de Eagle Pass construían casas modernas y cómodas, mientras nosotros, en Piedras Negras, seguíamos viviendo a lo bárbaro. Los mismos mexicanos que lograban reunir algún capital preferían invertirlo del lado norteamericano para ponerlo a salvo de gobiernistas del momento y revolucionarios del futuro. También los temperamentos rebeldes —la levadura mejor del progreso— escapaban cuando podían al lado *yanqui*, bendito de paz alimentada en libertades públicas.

Nosotros, en busca de escuela, nos trasladamos una temporada a la vecina Eagle Pass o, como decían en casa, con total ignorancia y desdén del idioma extranjero, «El Paso del Águila».

El río se cruzaba en balsas. Avanzaban éstas por medio de poleas deslizadas sobre un cable tendido de una a otra ribera. A la chalana se entraba con todo y el coche de caballos. Para el tráfico ligero había esquifes de remo. Estando nosotros en Eagle Pass presenciamos la inauguración del puente internacional para peatones y carruajes. Larga estructura metálica de seis o más armaduras, apoyadas en dobles pilastras de hormigón armado. Al centro pasan los carruajes, y por ambos lados andadores de entarimados y barandal de hierro. Los habitantes de las dos ciudades se congregaron cada cual en su propio extremo del nuevo viaducto. Las comitivas oficiales partieron de su territorio para encontrarse a medio río, estrecharse las manos y cortar las cintas simbólicas que rompían barreras y dejaban libre el paso entre las dos naciones. No eran tiempos de espionaje oficial y pasaportes. El tránsito costaba una moneda para la empresa del puente, y los guardas de ambas aduanas se limitaban a revisar los bultos sin inquirir la identidad de los transeúntes. Un sinnúmero de carruajes, algunos enflorados, cruzó en irrupción de visitas recíprocas. El pueblo se mantuvo reservado. Ni los de Piedras Negras pasaron en grupos al «Paso del Águila» ni los de Eagle Pass se aventuraron a cruzar hacia la tierra de los *greasers*. En aquella época, cuando bajaba el agua del río, en ocasión de las sequías, que estrechaban el cauce, librábanse verdaderos combates a honda entre el populacho de las villas ribereñas. El odio de raza, los recuerdos del cuarenta y siete, mantenían el rencor. Sin motivo y sólo por el grito de *greasers* o de *gringo*, solían producirse choques sangrientos.

Mi primera experiencia en la escuela de Eagle Pass fue amarga. Vi niños norteamericanos y mexicanos sentados frente a una maestra cuyo idioma no comprendía. Súbitamente mi vecino más próximo, tejanito bilingüe, dándome un codazo interpela:

—Oye ¿y tú a cuántos de éstos les pegas? —Me quedé sin comprender, pero el

otro insiste—: ¿Le puedes a Jack? —y señala a un muchacho rubicundo.

Después de examinarlo, respondí modestamente que no.

—¿Y a Johnny, y a Bill?

Por fin, irritado de tanta insistencia, contesté al azar que sí. El señalado era un chico pecoso más o menos de mi estatura. Imaginé que ya no había más que hacer.

Pero luego que salimos al recreo, se formó el ruedo. Se acercaban unos a verme de cerca; otros requirieron mis libros; alguno me dio la mano y varios me empujaron. Entonces mi vecino de banco gritó:

—Éste dice que le pega a Tom...

En seguida nos enfrentaron: marcaron en el suelo una raya entre los dos; el que primero la pisara era el más hombre. Nos lanzamos, no ya a la raya, sino uno sobre otro, y nos pegamos; volvimos a contemplarnos y otra vez a reñir; por fin nos apartaron.

—Bueno —exclamó mi vecino—, puedes quedar; en seguida de éste... —Luego, volviéndose a mí—: A éste le toca el número siete.

Muy extrañado y ofendido, no tuve, sin embargo, más remedio que someterme. Pocas semanas después otro nuevo, un pequeño barrigoncito, que no quiso reñir, fue entre todos zarandeado y cacheteado hasta que lo hicieron llorar. Me indignó el episodio y acentué mi retraimiento. Era yo tímido y triste, pero sujeto a accesos de cólera, que por lo menos, me salvaban de transigir con lo que ya se me aparecía como una ignominia ambiente.

Por lo demás, me sentía la conciencia entre sombras: me asaltaban miedos angustiosos; me ponía profundamente triste, sin motivo; me quedaba solo largas horas, hurgando en el interior de mi propia tiniebla. Me sobrecogían temores casi paralizantes, y de pronto se me soltaban impulsos arrojados, frenéticos. Padecía la esclavitud de mis propias decisiones triviales. Cierta vez que mis padres proyectaron un paseo dominical y a última hora lo suspendieron, hice un disgusto casi lúgubre. No acepté ninguna distracción en remplazo, y me estuve todo el día repitiendo:

—Mamá, dijiste que íbamos... Papá, dijiste que íbamos...

Mi madre, aburrida, dijo por fin:

—Te voy a poner a ti «dijiste», «dijiste»; no seas testarudo, vete a jugar.

Y no es que me importara tanto el paseo; me dolía y me desconcertaba el cambio del plan ya convenido. De mi madre heredaba la resistencia a contrariar una resolución ya concertada. Era ella capaz de los mayores sacrificios por llevar adelante cualquier convenio, no tanto por el honor de la palabra empeñada, sino porque la voluntad es temple que se quebranta si no le respetamos sus decisiones. Falta de flexibilidad, comentará alguien; y, en efecto, la vida nos obliga a los cambios; por eso mismo hay que ser muy respetuoso de las resoluciones que libremente adoptamos.

«Cuídate de tomar una decisión, porque en seguida serás su esclavo.» Si alguien me hubiera susurrado al oído este consejo, en mucho se habría aligerado mi carga. Oscuridad, desamparo, terrible pavor y comprensión vanidosa, tal es el resumen

emocional de mi infancia.

Tan pronto como encontramos habitación aceptable, regresamos a Piedras Negras. Para entonces, la familia se había enriquecido con Carlos, Samuel y Chole. Ocupamos unos bajos, esquina de la plaza, sobre la calle donde comienza el puente. Para llegar a mi escuela bastaba atravesar éste y caminar después dos o tres cuadras en los suburbios de Eagle Pass. En esta casa se inicia mi vida consciente. Tendría diez años de edad. Me veo comiendo higos negros, pasados, especialidad de la frontera; los pies recogidos sobre el asiento a causa de los pisos recién lavados. Mi madre, de pañuelo blanco en la cabeza, contempla satisfecha sus nuevas habitaciones, flamantes de limpias. Desde nuestra pequeña sala veíamos las bancas, los arbolillos del jardín público. En el lado opuesto quedaba la iglesia, y por la derecha mirábamos el cuartel y la casa municipal: doble construcción larga de un solo piso blanquedo y techado con tejas. A la vuelta, a media cuadra, teníamos la entrada del puente sobre el barranco y el río.

Nos alegraba dar por terminada la permanencia en Eagle Pass. Mi madre había estado allí muy enferma de unas neuralgias. Atormentada, además, por una de esas preocupaciones que degeneraron en celos y recriminaciones.

Mi padre no faltaba nunca a dormir, pero empezó a llegar tarde en las noches.

Se hallaba de visita con nosotros un tío Esteban, el hermano mayor de mi madre, que conseguía calmarla. Acababa de recibirse de ingeniero y manejaba muchos libros. Mirando su frente leída, creía yo descubrir la ilimitada sabiduría. Con mi madre discutía de religión, y ambos se apasionaban. Otra vez lo oí desde una habitación contigua referirse a mí...

—Pobrecito; no sabe lo que le espera.

Hablaba en general de la vida y sus problemas: pero el «pobrecito» me molestó. Del porvenir yo poseía ya algunas certidumbres... La vida mía no iba a ser cosa corriente. Una serie de alternativas magníficas se agitaban en mis presentimientos, en nada acreedoras de aquel «pobrecito». Con todo, en aquella época me iba por algún rincón del traspatio a llorar de angustia sin causa y cavilaba, pensaba hasta sentir fuego en las sienes.

El tío volvió pronto a la capital. Llevaba planes lisonjeros y acabó metiéndose en Aduanas, con puestos de categoría; pero, al fin y al cabo, impropios de un profesionalista. A los pocos días de su partida, mi madre me mandó hacer una fogata en el corral. Junté la leña, prendí un gran fuego y luego ayudé a echar sobre él un gran número de libros empastados y sin cubierta. Toda una pira de letra impresa se consumió entre las llamas...

—Son libros —explicó mi madre—; libros herejes...

¿QUIÉN SOY?

Cierto día, comprando confites en Eagle Pass, me vi el rostro reflejado en una de esas vidrieras convexas que defienden los dulces del polvo. Antes me había visto en espejos distraídamente; pero en aquella ocasión el verme sin buscarlo me ocasionó sorpresa, perplejidad. La imagen semiapagada de mi propia figura planteaba preguntas inquietantes: ¿Soy eso? ¿Qué es eso? ¿Qué es un ser humano? ¿Qué soy? Y ¿qué es mi madre? ¿Por qué mi cara ya no es la de mi madre? ¿Por qué es preciso que ella tenga un rostro y yo otro? ¿La división así acrecentada en dos y en millares de personas obedece a un propósito? ¿Qué objeto puede tener semejante multiplicación? ¿No hubiera bastado con quedarme metido dentro del ser de mi madre viendo por sus ojos? ¿Añoraba la unidad perdida o me dolía de mi futuro andar suelto entre las cosas, los seres? Si una mariposa reflexionase, ¿anhelaría regresar al capullo? En suma: no quería ser yo. Y al retornar cerca de mi madre, abrazábame a ella y la oprimía con desesperanza. ¿Es que hay un útero moral del que se sale forzosamente, así como del otro?

Los inviernos eran crudos. A pesar de las estufas de carbón, encendidas al rojo, calaba el viento helado. El frasco de la leche de almendras de droguería pasaba de mano en mano, aliviando partiduras de rostro y manos. Vientos del Norte, ululantes, soplaban veinticuatro horas sin parar, levantaban remolinos de polvo y de basura, sacudían las puertas. Tras del huracán venía la helada. Congelábase el agua en las vasijas a la intemperie, reventaban las cañerías. Si el tiempo era lluvioso, formábanse en los ramajes sin hojas cangilones y estalactitas de nieve que llamábamos «candelilla». Raras veces nevaba, y cuando ocurría, se congregaban los muchachos para perseguirse con bolas blancas inofensivas.

Las mañanas me resultaban particularmente duras, por tener que atravesar el puente. Era casi un kilómetro de marcha sobre el largo columpio de aceros temblantes, azotados por el vendaval. Por momentos parecía que todo iba a quebrarse. La racha conmovía el acero y amenazaba lanzarme al vacío. Encogido, me cobijaba un instante contra las varas de hierro; luego adelantaba corriendo. Una mañana, para probar mi resistencia, dejé la mano derecha fuera del paleta; cortaba el viento helado, pero la mantuve expuesta hasta que se puso insensible. Al entrar en clase advertí que no podía moverla. Violo la maestra y mandó que me dieran frotaciones con nieve, sin las que pude perder el miembro. En aquel ambiente de *wild west* y de *cowboys* anteriores a la fase del cine, hacerse duros era la consigna, y provocaba emulación. Una vez gané la apuesta del que bebiera más agua. Otros apostaban a recibir puñetazos en las mandíbulas.

Los recreos degeneraban a menudo en batallas campales. Nos dispersábamos por los barrancos arcillosos de la margen del río. Se comenzaba a marchar entre los matorrales, subiendo y bajando, según las anfractuosidades del terreno. Uno hacía de jefe y era menester seguirlo; *follow the leader* llamaban al juego que encabezaba el muchacho más diestro y más audaz... Al principio no se trataba sino de proezas

deportivas: trepar un talud ayudándonos de las raíces de los mezquites, o saltar sobre zanjas; pero el encuentro de grupos rivales provocaba peleas a pedradas. Se convenía en tirar sólo a los pies, pero nunca faltaba algún descalabrado. La lucha enconábase si por azar predominaba en alguno de los bandos el elemento de una sola raza, ya mexicanos o bien *yankees*.

El más inocente de los juegos, y también el más cultivado era el *base ball*. Nunca me sedujo. Me apartaba de los jugadores o me concretaba a mirarlos. Sólo por excepción, si no había otro, me comprometía como *fielder* para recoger las pelotas lanzadas fuera del campo. Por lo común, mientras se jugaba me echaba en la arena, la colaba entre los dedos, en tanto reflexionaba largamente. Escarbando así bajo el sol, me encontré un pellejo de una víbora de cascabel. Otras veces perseguíamos éstas con vara hasta dejarlas inertes después de aplastarles la cabeza. Me apasionaba también el juego de canicas a pares o nones sobre un hoyo en la tierra. Las jugaba por interés disputando las más hermosas de vidrio o de ágata.

La escuela me había ido ganando lentamente. Ahora no la hubiera cambiado por la mejor diversión. Ni faltaba nunca a clase. Uno de los maestros nos puso expeditos en sumas, restas, multiplicaciones, consumadas en grupo en voz alta, gritando el resultado el primero que lo obtenía. En la misma forma nos ejercitaba en el deletreo o *spelling*, que constituye disciplina aparte en la lengua inglesa. Periódicamente se celebraban concursos.

Gané uno de nombres geográficos, pero con cierto dolo. Mis colegas norteamericanos fallaban a la hora de deletrear Tenochtitlán y Popocatépetl. Y como protestaran, expuse:

—¿Creen que Washington no me cuesta a mí trabajo?

En todo, la escuela era muy libre y los maestros justicieros. El año que nos tocó una señorita recibí mi primer castigo. No recuerdo por qué falta, se me obligó a extender la mano; en ella cayó un varazo dado con ganas. Sin embargo, sin ira. Una vez azotado se me dijo:

—Ahora, a sentarse.

A poco rato, la misma maestra me hizo alguna pregunta como a los demás; el asunto se había liquidado. Hay algo de noble en un castigo así, severo y honrado. Se paga la falta y se sigue viviendo ya sin carga alguna de remordimiento. Nunca he sido partidario de la blandura de cierta pedagogía posterior que suele convertir al maestro en juguete del niño y al estudiante en censor del catedrático. Un manazo justo en la infancia, una explicación oportuna en el colegio, en la Universidad, producen un efecto de saneamiento, de higiene indispensable de toda labor colectiva. La condición de eficacia está no más en ejercer la autoridad sin odio.

La ecuanimidad de la profesora se hacía patente en las disputas que originaba la historia de Texas... Los mexicanos del curso no éramos muchos, pero sí resueltos. La independencia de Texas y la guerra del cuarenta y siete dividían la clase en campos rivales. Al hablar de mexicanos incluyó a muchos que aun viviendo en Texas y teniendo sus padres la ciudadanía, hacían causa común conmigo por razones de sangre. Y si no hubiesen querido era lo mismo, porque los *yankees* los mantienen clasificados. Mexicanos completos no íbamos allí sino por excepción. Durante varios años fui el único permanente. Los temas de clase se discutían democráticamente, limitándose la maestra a dirigir los debates. Constantemente se recordaba El Álamo, la matanza azteca consumada por Santa Anna, en prisioneros de guerra. Nunca me creí obligado a presentar excusas; la patria mexicana debe condenar también la traición miliciana de nuestros generales, asesinos que se emboscan en batalla y después se ensañan con los vencidos. Pero cuando se afirmaba en clase que cien *yankees* podían hacer correr a mil mexicanos, yo me levantaba a decir:

—Eso no es cierto.

Y peor me irritaba si al hablar de las costumbres de los mexicanos junto con las de los esquimales, algún alumno decía:

—*Mexicans are a semi-civilized people.*

En mi hogar se afirmaba, al contrario, que los *yankees* eran recién venidos a la cultura. Me levantaba, pues, a repetir:

—Tuvimos imprenta antes que vosotros.

Intervenía la maestra aplacándonos y diciendo:

—*But look at Joe, he is a mexican, isn't he civilized?, isn't he a gentleman?*

Por el momento, la observación justiciera restablecía cordialidad. Pero era sólo hasta nueva orden, hasta la próxima lección en que volviéramos a leer en el propio texto frases y juicios que me hacían pedir la palabra para rebatir. Se encendían de nuevo las pasiones. Nos hacíamos señas de reto para la hora de recreo. Al principio me bastaba con estar atento en clase para la defensa verbal. Los otros mexicanos me estimulaban, me apoyaban; durante el asueto se enfrentaban a mis contradictores, se cambiaban puñetazos. Pero la pugna fue creciendo y llegó a personalizarse. Un rubio sanguíneo, agresivo, gringo acabado, la tomó directamente conmigo. La consabida discusión sobre el valor de los mexicanos concluyó con un:

—Eso lo veremos a la salida.

Apenas terminó la lección nos dirigimos al extremo del llano inmediato a la escuela. Un numeroso grupo nos seguía. Se hizo el corro. Empezamos a pegarnos con saña. Desde el principio llevé la peor parte. Para quitarme de la cara sus puños no hallaba mejor recurso que enlazarme con él, para pretender derribarlo. Lograba él sacudirme; volvíamos al frente a frente y otra vez hasta sacarme sangre de las narices. Perdí la serenidad y empecé a lanzar arañazos, patadas. El otro me castigaba con método. Era costumbre que el vencido exclamase «basta»; en ese instante se suspendía el combate y los adversarios se estrechaban las manos, como en el ring. Los amigos me gritaban:

—Ríndete, basta.

Pero la ira me hacía olvidar las heridas; no sentía el dolor, aunque me desangraba; por fin vino el maestro a separarnos. Y como no hubo *shake hands*, quedó pendiente el encuentro. Pero mi estado era lamentable. Escoriaciones, hinchazón, rasguños; de todo había en mi rostro. Al cruzar el puente rumbo a mi casa iba ideando la fábula que urdiría para explicar mi condición. Una caída desde la altura de un barranco. Mi madre me curó, escuchó la historia y la creyó o hizo como que la creía. Pero al llegar mi padre se armó el escándalo... «Seguramente se trataba de uno más grande que yo...; era una salvajada, cómo me habían puesto; reclamaría, acudiría al Consulado... no volvería a la escuela.»

En la mañana siguiente, sin embargo, nadie me dijo «no vayas». Tomé solo el rumbo de siempre. La comida del mediodía solíamos llevarla en la mochila de los libros, y a pleno campo, solos o en grupos, devorábamos los sandwiches, los huevos duros, la fruta. A esa hora no había riñas; todas se aplazaban para el atardecer. Y mientras comía rumiando con el pan la amargura de mi derrota de la víspera, se me acercó un condiscípulo mexicano, de los nacidos y criados a orillas del río.

—Toma —me dijo, enseñándome una potente navaja—; te la presto. Estos gringos le tienen miedo al «fierro». Guárdala para la tarde.

Volvimos al aula. La maestra eludió gentilmente toda referencia al tema de la discusión enojosa. La clase volvió a sentirse alegre, distraída en sus asuntos. Yo acariciaba dentro de la bolsa del pantalón aquel instrumento que en ocasiones me había servido para cortar madera, para afirmar las «horquetas» con que se cazan a liga los pájaros.

Al salir de clase, Jim, mi vencedor, se plantó ante su grupo. Yo me acerqué con los míos. Le hice una seña, invitándole a pelear, a la vez que exhibía en la mano derecha y abierta la hoja, la navaja del compatriota.

—No; así no —dijo Jim.

—Busca tú otra —le dije.

—No; así no, Joe... Si quieres, como ayer.

—No, como ayer no; como ahora.

—Ya ves, ya ves —me dijo mi aliado acercándose a recoger su instrumento—; cómprate una... que sepan que siempre la traes contigo, y no te volverán a molestar estos gringos...

Fue una fortuna que así lograra hacerme respetar, porque las clases me fascinaban. Aparte los libros que se nos daban a leer, con frecuencia se hacían lecturas comentadas. Uno de los libros que me removió el interés fue el titulado *The Fair God*. «El Dios Blanco, el Dios Hermoso», una especie de novela a propósito de la llegada de los españoles para la conquista de México... Y era singular que aquellos norteamericanos, tan celosos del privilegio de su casta blanca, tratándose de México siempre simpatizaban con los indios, nunca con los españoles. La tesis del español bárbaro y el indio noble no sólo se daba en las escuelas de México; también en las *yankees*. No sospechaba, por supuesto, entonces, que nuestros propios textos no eran otra cosa que una paráfrasis de los textos *yankees* y un instrumento de penetración de la nueva influencia.

La he recordado siempre. Una de las más fuertes sacudidas espirituales de mi infancia: *La Ilíada*, con notas y explicaciones al verso inglés. Me la prestaron. Esforzándome para traducirla, captaba, no obstante la maraña bilingüe, la acción maravillosa, el río de elocuencia del inmortal poeta.

El alumno que presentaba una *composition* acerca del libro leído tenía derecho a otro préstamo. Cortas se me hacían las horas empleadas en borrar unas notas para pedir otro libro, raro artificio de recreación de sucesos maravillosos pretéritos.

La primavera comienza temprano en las tierras bajas de Coahuila y Texas. Casi un desierto Coahuila; sin embargo, en las vegas de sus ríos, las nogaleras gigantescas, los cañaverales altos, los sembrados de trigo, de alfalfa, de maíz y sandías, adquieren fragancias acentuadas por el contraste de los arenales del contorno. Cerca de Piedras Negras se vierte en la corriente abundante y cenagosa del Bravo el torrente cristalino del río de la Villita. La comarca de la confluencia es un vergel, y la misma margen del Río Grande, adelante de la casa que habitábamos, se convertía por primavera en un extenso prado de amapolas, violetas silvestres y margaritas.

Nos levantábamos al amanecer y partíamos, en ayunas, al campo. Desde antes de salir del pueblo, sobre los tapiales de los suburbios, contemplamos los quiebraplatos —especie de azucenas blancas y azules— que forman enredaderas. Sobre las corolas delicadas, el rocío brillaba un instante, luego se difundía en el aire luminoso y cálido. El llano baja florecido hacia la vega. El río sinuoso refulge sereno y ancho. A distancia, por ambas riberas, la tierra se parte en grietas, asciende levemente ondulada, arcillosa, salpicada con el gris de los arbustos.

A campo traviesa, por llanos ilimitados que parecen no tener dueño, los aromas de la tierra estimulan el paso, nos vuelven ágiles las piernas. En el ambiente, humedad ligera; yerba y flores silvestres en el prado, y en el cielo, remoto el Sol, ensayando su poderío sobre las gasas de la niebla del alba que parecen refrescarle el rostro y le tamizan audazmente los rayos de su esplendor implacable. Mientras recogemos, repartidos por la llanura, brazadas de azucenas, se va iluminando la punta de los postes del telégrafo, única eminencia de la tierra devastada. Iniciamos el retorno, envueltos en la fragancia del botín.

En un ángulo de la sala, tiras de tela azul celeste y blanco, y unas gradas sobre la mesa revestida de paños claros forman altar a la imagen de la Virgen. Con las flores del campo llenamos los vasos, apoyamos algunos ramos al pie del marco sagrado. Y una vez adornado el altar, corremos al comedor donde esperan el chocolate y el pan dulce, las tortillas de harina con natas. En seguida, mi madre y mis hermanas se iban a la misa de enfrente y yo corría a mi escuela del otro lado; escuela laica, en realidad protestante y cristiana, pero sin apariencia prosélita.

Por la tarde, al regresar de clase, encontraba a mi madre con la mantilla puesta y en la mano el devocionario de los días de fiesta, pastas de concha nácar y rosario engarzado en hilo de plata. Entre velos blancos vaporosos, mis hermanas lucían sus encantos de niñas pulcras. Concha, sus mejillas de rosa; Lola, sus cabellos de oro, y Carmen, sus ojos claros bajo las cejas negras.

Las flores puestas en el altar por la mañana eran rociadas de agua fresca, y transportándolas en cestos con pétalos de rosas, atravesábamos la plaza iluminada con los resplandores del atardecer.

La iglesia era una pequeña nave a medio techar.

En la portada barroca, humildísima, se quedaron vacíos unos nichos que yo en

mis delirios de futuras grandezas me proponía llenar comprándoles imágenes de talla increíble. A la izquierda, un arquito sostenía la única campana. En tan sencillo escenario pasaron horas de embeleso inefable. Un pequeño órgano acompañaba la misa de los domingos. Un confesonario despintado recibió mis primeras dudas, y no recuerdo cuántas veces me acerqué al modesto altar donde nos daban la comunión.

—¿Cómo es que la hostia puede contener a Dios? —pregunté una vez al confesor, no tanto porque dudara, sino por oírle argumentos decisivos; pero repuso:

—Dile a tu madre que te explique todo eso.

Las tardes de mayo no iba allí para descifrar problemas, sino para gozar la dicha del ofertorio de nuestras vidas, todavía no marcadas por el dolor. Fingía gorjeo de pájaros el murmullo de niñas de blanco y niños de negro sentados en bancas próximas a la alfombra del altar. Gemía dulcemente el órgano, y unas voces ingenuas alababan cantando el misterio santo, mientras subían las niñas de blanco, de dos en dos, arrodillándose a intervalos, regando flores sueltas por las gradas, depositando los ramos en el altar de una Virgen azul.

Volvían luego a sus asientos ligeras y contentas. Cesaba el canto y se reanudaba el rezo, y así varias veces. Al final el sacerdote, de casulla de oro, incensando, se postraba y descubría la hostia y la hacía radiar entre los lirios. Las niñas, arrodilladas, ofrendaban su blancura intacta; doblábamos todos la cabeza reverente y subía al cielo la plegaria sincera y melodiosa. Al salir al viento de la noche, una ventura dulce embriagaba los corazones.

Trapos azul y blanco, humilde imagen, vasos con agua de color, flores campestres, incienso ritual, ofrenda de corazones sencillos, ¿qué magia, ni la más complicada, podría igualar el milagro que consumabais en mi conciencia? Contento sacábamos de allí para todo el día siguiente y aun para el año entero hasta que otra vez los prados florecieran en honor de la Inmaculada. «Dios te salve María, llena eres de gracia...»

La devoción popular no se conformaba con un solo mes de plegarias. Golosa de poesías, entraba en junio, el mes de Jesús, dedicado a los hombres, como el de mayo a las mujeres. Y más rosarios con letanía cantada y *ora pro nobis* en coro de fieles cada uno de los días del mes.

El verano fronterizo es polvoriento y sofocante. No alivian los baños diarios, ya no en bañera como en invierno, sino al aire libre, en el patio, con la ducha de una manguera destinada al riego del jardín. Luego, al caer la tarde por las calles recién regadas y olientes a tierra humedecida, rodaban carruajes de tiro, alquilables por hora. En alguno de ellos íbamos al otro lado, a las neverías o en excursiones más largas hasta el río de la Villita. En familia, después del remojo en las aguas cristalinas y fluentes, nos sentábamos en la grama, semienvueltos en toallas o ya vestidos para devorar una de esas enormes sandías, orgullo de la frontera. Tomábamos cada quien su rebanada, grande, encendida y jugosa. Después, el corazón colorado, casi quebradizo y dulce, era repartido en trozos entre gritos pedigüños y risas de contento.

También eran agradables las cenas improvisadas en las mesas populares de la Plaza del Comercio, vulgarmente la Plaza del Cabrito, por el guiso predilecto que allí se servía. Aparte del cordero, daban tamales delgados, rellenos de pollo y de pasas y almendras, todo con café de olla, sobre manteles de hule y luz de quinqué. La clientela heterogénea, numerosa, comprendía obreros de la maestranza en overol y señoritas bien polveadas, niños con los papás, y gringos del otro lado.

Después de la cena, el fronterizo goza del fresco a la puerta de su casa. Juega la brisa con las cortinas de encaje blanco y trabajan las mecedoras, en tanto languidece la charla. Enfrente, la plaza iluminada bulle de paseantes. Una o dos veces por semana, la banda militar toca en el quiosco marchas y sones cargados con imágenes de la ciudad, sus luchas y victorias. Al cruzarse, sonrían los vecinos. Es un hermoso milagro vivir. Por delante, la senda ofrece muchos años, repletos de dones apenas concebibles. En un espacio inmaterial se palpa el futuro semejante al desarrollo de la música con alzas y bajas, dulzuras y abismos. Una borrachera de pensamientos marea la cabeza. Cada pieza de la banda es como la copa de un ajenjo vagamente adivinatorio, que sugiere vislumbres del porvenir. Y en vez de ir a mezclarse al correteo de los menores, quedábame sentado al borde de la acera: próximo a la conversación de los mayores, pero sin oírla. Me conturbaba lo mío: se me deshacía el corazón como con llanto, me pesaba sobre los hombros la tarea que sólo el transcurso de los años va haciendo factible y ligera.

Algunas noches, cuando el calor arreciaba y no había serenata, así que las cornetas del cuartel vecino tocaban la retreta, sacábamos al patio los catres de lona. Encima una sábana y otra más para envolvernos, sobre la bata, y a estarse en cama contemplando las estrellas antes de dormir. De todos los goces del verano fronterizo ninguno es más profundo. El clima caliente y seco invita a pernoctar bajo la bóveda celeste. En aquella topografía de llanuras devastadas, el cielo es más ancho que en otros sitios de la Tierra, y las constelaciones efulgen dentro de una inmensidad engalanada de bólidos. Algo semejante observó Reclus en las noches de Persia, cuya magnética incitación al sueño produjo los cuentos de *Las mil y una noches*. Palabras cargadas de esplendor y de virtud mágica que construyen con la fantasía todo lo que

el esfuerzo humano jamás podrá cumplir en la Tierra.

En aquellos cielos nuestros, desprovistos de literatura, la mente sondea, libre de sugerencias, como si recién descubriese el cosmos. El alma se va por los espacios, y divagando capta un maná de gracia más eficaz que el de Moisés. La memoria distraída repite sin atención los nombres de la media docena de constelaciones que la abuela conocía: la Osa y el Abanico; las Siete Cabrillas y el Lucero. En la dulzura de la noche, perdida toda la noción finita, el tiempo ya no corre porque se hizo eternidad. Reclinado el rostro sobre la almohada y al cerrar los ojos para dormir, una lágrima dichosa escurre por la mejilla. Después, no se llora así. El llanto se vuelve ácido a medida que se agría el vino interior.

En verano, con motivo de las vacaciones, se relajaba un tanto la disciplina de nuestra casa; pero no lo bastante para prescindir de una Dictadura: la del reloj, ni del código vigente, el Catecismo de Ripalda. Con los metodistas norteamericanos tenía mi madre ese punto de contacto, sin saberlo; la división del día en horas para quehaceres en serie. Hora para levantarse, hora para el aseo, hora para el paseo, hora para la lectura, y así para las comidas y faenas ordinarias.

Todavía después de la cena, y tras el rato de libre conversación, escuchábamos la voz autoritaria y querida: «Niños, a estudiar...» Nunca dejarnos sin algo que hacer era su empeño, pues ya lo decía el Ripalda: «La ociosidad es madre de todos los vicios.»

Esta última palabra ya la había buscado en el gran Diccionario de la Lengua, junto con otras acerca de las cuales la malicia infantil se cuida bien de interrogar. Jugando una tarde en el jardín de enfrente con mis hermanas y sus amiguitas, una de éstas, al saltar de un banco, dejó ver algo más de lo normal, que no llevaba calzones. La fuerte impresión recibida me hizo pensar en los vicios de que habla Ripalda. No es que a los diez u once años tuviera inquietud erótica; pero la imaginación se adelanta a la fisiología. Tampoco me preocupaba ninguna jovencita. Mi ilusión, ya que no mi ambición, apuntaba más alto.

Contigua a nuestra casa se estableció la administración del Timbre. La familia del director ocupaba unos altos y el patio nos era común. La agencia del Timbre, espléndidamente retribuida, rivalizaba con el cargo más alto de la Aduana.

La esposa y las hermanas del director vestían con elegancia, andaban en carruaje propio y visitaban frecuentemente a sus parientes de la capital. La hermana más joven, María, era una rubia esbelta y delicada. La recuerdo de túnica rosa y sombrero de paja veraniego. Los jóvenes de la localidad la festejaban con serenatas, la proclamaban reina de los carnavales, por lo que muchas veces la vi llegar en triunfo. Cierta ocasión la contemplé subiendo la escalera del patio: caderas largas, busto delicado y un color como de porcelana clara. No puedo decir que me incitaba, pero sí me fascinaba. Involuntariamente asociaba su figura a todo lo que hay de amable y glorioso en el mundo. El diario choque sentimental de la escuela del otro lado me producía fiebres patrióticas y marciales. Me pasaba horas frente al mapa recorriendo con la mente los caminos por donde un ejército mexicano, por mí dirigido, llegaría alguna vez hasta Washington para vengar la afrenta del cuarenta y siete y reconquistar lo perdido. Y en sueños me veía atravesando nuestra aldea de regreso de la conquista al frente de una cabalgata victoriosa. Hervían las calles de multitud con banderas y gritos, y en su balcón, sobre la plaza, asomaba sonriente María del Timbre, obligándome a refrenar el caballo para saludarla.

Después de tales visiones, la encontraba y me decía indiferente y afable como buena vecina:

—¡Hola! ¿Qué tal, Pepe?

Sudando frío la escapaba.

El asunto erótico no me hería en la carne, pero ya saturaba nuestro ambiente; incluso con sus aberraciones y brutalidades. Cuando caía en la escuela uno de esos niños apegados a la falda materna: *mama's boy*, en seguida alguno de los grandes lo molestaba amenazándolo con inmundas vejaciones si no daba señas de rebelarse. Un hábito de brutalidad alejaba de nuestra escuela a los niños llegados del interior. Se presentaron en una ocasión tres jovencitos elegantes que por ser hijos del contador de la Aduana me fueron encomendados. El verlos llegar en coche, acompañados de una institutriz, trajeados con esmero que obliga a cuidar la ropa, bastó para que se concitaran animadversiones. Cuando aconsejé al mayor que se armara de su navaja, me contestó que él era niño decente. Por fin, un día lo golpearon y ninguno volvió a presentarse. Me envaneció entonces sentirme duro, curtido de soles y nieves, puñetazos, descalabraduras, sustos y victorias. Así serían, pensaba yo, como aquellos de los puños de camisa flamantes, todos los decentitos de la capital. Pues yo era un bárbaro contento.

Sólo uno nos mandó la metrópoli que puso a raya a los gringos. Era hijo del administrador de la Aduana, Manuel Bauche. A los doce o catorce años tiraba esgrima y boxeo. Desde el primer día se plantó en el recreo desafiante y varios sintieron su puño en el rostro. Las *girls* le sonreían y los más se le acercaban con respeto.

—¿A quién quieres que le pegue, Pepe? —decía dirigiéndose a mí—; ¿a cuál le pego?

Las niñas que se coeducaban a nuestro lado en clase usaban para el recreo un patio anexo aislado por unas tablas. Desde mi asiento observaba un par de morenas, hijas de un judío del Banco. Una de ellas, sensual y flexible, anticipaba el tipo femenino de mis predestinaciones disparatadas.

Ciertas miradas alentadoras me llevaron a escribirle unas palabras; le hice seña que tenía para ella un recado. A la hora del recreo se lo entregué por las junturas del cercado. Pasó por mí un deleite nuevo al sentir que sus dedos tiraban del papel doblado, y me envaneció tener novia, como los otros. Pero las consabidas secreciones glandulares específicas no teñían aún mi pensamiento. Ninguna agua sucia enturbiaba mis claros conceptos de dicha, entusiasmo y amor.

Mi pasión de entonces era la lectura, y me poseía con avidez. Devoraba lo que en la escuela nos daban y cada año nos ampliaban el círculo de clásicos ingleses y norteamericanos. Leía por mi cuenta en la casa todos los libros hallados a mano. Acogido al umbral de mi puerta, frente a la calle arenosa, todavía sin pavimento, pero ya de bombilla eléctrica en lo alto de un poste, recapacitaba una noche sobre mi saber, y al consumir el recuento de libros leídos pensaba: «Ningún niño en los dos pueblos ha leído tanto como yo.» Tal vez entre los niños de la capital habría alguno que hubiese leído igual; pero de todas maneras, era evidente que estaba yo llamado a manejar ideas. Sería uno a quien se consulta y a quien se sigue.

Antes que la lujuria conocí la soberbia. A los diez años ya me sentía solo y único y llamado a guiar.

Mi salud no correspondía a mis ambiciones; me hallaba condenado a las cucharadas de hígado de bacalao. Ciertas recaídas febriles nos recordaban que el paludismo infantil no se había extinguido. Con frecuencia padecía jaquecas. Era ésta una afección familiar; la padecía mi madre, la padecían mis hermanas. Las atribuíamos a debilidad; para curarlas nos daban ración doble y el dolor nos volvía locos. Nunca hacía cama ni faltaba a la escuela; pero rara vez me sentía con vigor pleno. Sin embargo, la enfermedad no nos preocupaba.

—Domínala, olvídala —aconsejaba mi madre.

Mi pasión de viajero por el mundo del conocimiento no conocía preferencias. Imaginaba misterios mágicos en la tabla de Pitágoras. Las lecciones orales de geografía con mapas de ríos, de montañas y relatos etnográficos equivalían a la más amena literatura. Libertad de imaginación y disciplina para estimar sus resultados, precisión y aseo en la faena; todo esto exigía la humilde escuela texana de los remotos años del 94.

El afán de protegerme contra la absorción por parte de la cultura extraña acentuó en mis padres el propósito de familiarizarme con las cosas de mi nación; obras extensas como el *México a través de los siglos* y la *Geografía y los Atlas de García Cubas* estuvieron en mis manos desde pequeño. Ninguno de los aspectos de lo mexicano falta en esta segunda obra admirable. Ninguna editorial española produjo nada comparable al *García Cubas*, hoy agotado. El *Atlas histórico* es, además, una joya de litografía a colores. La carta etnográfica detalla las razas anteriores a la Conquista, con los sitios de su ubicación, sus trabajos y sus fiestas. El mapa arquitectónico reproduce las principales catedrales y monumentos de la Colonia, desde el Santo Domingo de Oaxaca hasta las catedrales de Durango y Chihuahua.

Enseña también el *García Cubas*, gráficamente, el desastre de nuestra historia independiente. Describe las expediciones de Cortés hasta La Paz, en la Baja California; las de Albuquerque por Nuevo México y la cadena de Misiones que llegaron hasta encontrarse con las avanzadas rusas, más allá de San Francisco. Señala en seguida las pérdidas sucesivas. Un patriotismo desviado proclamaba como victoria

inaudita nuestra emancipación de España; pero era evidente que se consumó por desintegración, no por creación. Las cartas geográficas abrían los ojos, revelaban no sólo nuestra debilidad, sino también la de España, expulsada de la Florida. Media nación sacrificada y millones de mexicanos suplantados por el extranjero en su propio territorio, tal era el resultado del gobierno militarista de los Guerrero y los Santa Anna y los Porfirio Díaz. Con todo, llegaba el quince de septiembre y a gritar, junto con los *yankees*, mueras al pasado y vivas a la América de Benito Juárez, agente al fin y al cabo de la penetración sajona. La evidencia más irritante la da el mapa de la cesión del Gila, consumada por diez millones de pesos, que Santa Anna se jugó a los gallos o gastó en uniformes para los verdugos que desfilan en las ceremonias patrias. En vez de una frontera natural, una línea en el desierto que por sí sola nos obliga a concesiones futuras, pues compromete la cuenca del Colorado. Por encima de los mentirosos compendios de historia patria, los mapas de García Cubas demostraban los estragos del caudillaje militarista.

El episodio de Su Alteza Serenísima Santa Anna rindiéndose a un sargento *yankee* nos era restregado en la clase de Historia texana, y un dolor mezclado de vergüenza enturbiaba el placer de hojear nuestro Atlas querido. Mientras nosotros, ufanos de la «Independencia y de la Reforma», olvidábamos el pasado glorioso, los *yanquis*, viendo claras las cosas, decían en nuestra escuela de Eagle Pass: *When Mexico was the largest nation of the continent...* frente al mapa antiguo, y después sin comentarios: *Present Mexico*.

Mi padre no aceptaba ni siquiera que ahora fuésemos inferiores al *yankee*.

—Es que los fronterizos no conocen el interior ni la capital... Se van a gastar su dinero a San Antonio... Ven allí casas muy altas... Yo las prefiero bajas para no subir tanta escalera... No niego que nos han traído ferrocarriles, pero eso no quita que sean unos bárbaros... Nos han ganado porque son muchos.

Yo, interiormente, pensaba: «Es que a mí me han pegado y fue uno solo...» No; cobardes no eran... Bárbaros, quizá; en esto mi madre también estaba de acuerdo. Sus ideas sobre la cultura del Norte casi no habían cambiado desde que tomó unos apuntes en su escuela particular de Tlaxiaco. Escritos en papel amarillento, los revisé poco después de su muerte. «Al Sur de México, decían, está Guatemala, nación que en cierto modo estuvo unida a la nuestra, y al Norte habitaban unos hombres rudos y pelirrojos que suben los pies a la mesa cuando se sientan a conversar y profesan todos la herejía protestante.»

El prejuicio patriótico cegaba a mi padre. Mi madre tenía motivos más hondos para desconfiar del progreso del Norte: eran protestantes, y el verme obligado a tratarlos extremaba su afán de arraigar en mí la fe católica. Su pequeña biblioteca ambulante contenía los dramas de Calderón en cantos dorados, un Balmes, un San Agustín y un volumen de Tertuliano. De este último me leía trozos polémicos. Alguna vez me hizo leerle *La vida es sueño*; pero el libro preferido de nuestras veladas de Piedras Negras era la *Historia de Jesucristo*, de Louis Veillont, con

láminas a colores. El pasaje que entonces ponía reflexiva a mi madre era el corro de los doctores. Ya no le preocupaba la posibilidad de mi pérdida física, como en los tiempos angustiosos del Sásabe; pero ahora estaba atenta al peligro del alma, lanzada ocho horas al día entre herejes de escuela extranjera. Interpretando el pasaje de la disputa con los doctores, mi madre afirmaba que un niño cualquiera, si poseía el tesoro de la doctrina verdadera, podía poner en confusión a los sabios.

Nuestra escuela de Eagle Pass era sinceramente democrática y trataba la religión con simpatía respetuosa. Discípulos y maestros acudían el domingo cada cual a su iglesia. Pero mi madre temía esa especie de saturación de ambiente que crea cada doctrina, y me acorazaba contra el peligro de lo protestante.

Reforzaba no sólo la teoría, también la práctica. Aparte de la misa en domingo y fiestas de guardar, además de la confesión y comunión por cuaresma y otras solemnidades y añadido a las oraciones de la mañana y de la noche, cada tarde al oscurecer nos reunía, sin excepción de los criados, para el rezo del Rosario. Primero el Padre Nuestro en coro...

—Dilo bien, pronuncia claro: Padre Nuestro... —Luego las Ave Marías prolongadas en los cinco misterios—. Por tu hijo suplicámoste, Señora, que nos des un corazón limpio y puro. Dios te Salve, María... que se alumbren las tinieblas de nuestras almas... —Según el rezo avanzaba, crecía el fervor; las Ave Marías alcanzaban acentos de triunfo:

—Abrid, Señor, mis labios, y mi lengua cantará vuestras alabanzas...

Y como si el soplo celeste plasmase, por fin, en su forma adecuada, llegando a la letanía se entonaban alabanzas latinas. *Mater dolorosa, mater misericordis, refugium peccatorum, turris eburnea, stella matutina*. Cada vez respondíamos: *Ora pro nobis*. Por el aburrimiento y el olvido, por las rodillas que dolían de estar hincadas... *Ora pro nobis*. También sabíamos que el ardiente amor que nos envolvía en su llama solía lanzar el castigo de un cuartazo o de un pellizco, si por fatiga inoportuna alguien se permitía un retozo o cabezada de sueño. Cierta dureza acompaña siempre a la pasión, y mi madre se desesperaba si advertía frialdad, indiferencia en los suyos, para asuntos que estimaba supremos. En mis reflexiones más íntimas yo compartía sus preferencias. El patriotismo y la historia, bien vistos, eran vicisitudes secundarias de los pueblos. Las playas que cuentan, pensaba, no son las del Golfo de México ni las del Mar de Cortés, sino aquellas del Norte de África, en que el angelito se apareció a San Agustín para disuadirlo del empeño de explicar los misterios de la fe. Cogía en su cántaro agua del mar y la echaba en un pequeño agujero.

—¿Qué haces? —preguntó el santo.

—Lo mismo que tú —replicó el ángel—; estoy echando el mar en este agujero.

—Mamá: ¿Qué es un filósofo? —indagaba yo; y ella, lacónica como el catecismo, respondía:

—Filósofo es el que se atiene a las luces de la razón para indagar la verdad. Sofista es el que defiende lo falso, por interés o por simple soberbia y ufanía.

La palabra filósofo me sonaba cargada de complacencia y misterio. Yo quería ser un filósofo. ¿Cuándo llegaría a ser un filósofo?

Durante mucho tiempo, el tono social lo dio Piedras Negras. Nuestra superioridad era notoria en el refinamiento de las maneras y el brillo de las fiestas patrióticas, carnavales y batallas de flores en primavera. Pero, gradualmente, Eagle Pass adelantaba. Casi de la noche a la mañana se erguían edificios de cuatro y cinco pisos, se asfaltaban avenidas. Entre tanto, Piedras Negras entregábase a las conmemoraciones y holgorios sobre el basurero de las calles y las ruinas de una construcción urbana elemental. Inseguros del mañana, olvidados del ayer, los nuestros derrochaban con desprecio de la previsión, indiferentes aun al aseo. En cambio, Eagle Pass se pulía y hermoseaba tal y como las bellas rubias que recorrían nuestras calles abandonadas, manejando ellas mismas las riendas del caballo de sus *buggies* de luciente barniz. Y empezó a estar de moda vestirse en las tiendas del otro lado. Resultaba también más económico que encargar las ropas a México. Y a medida que las mesas de comidas de la Plaza del Cabrito se iban quedando solas, en Eagle Pass se abrían restaurantes de manteles albos y vajillas plateadas.

Antiguamente, las tabernas del pueblo servían a la clientela sendos vasos de vino tinto, extraídos de barricas procedentes de España y de Francia por Galveston. En los hogares se bebían los vinos blancos de Burdeos. Pronto venció, sin embargo, la cerveza. Cantinas o bares, mostradores de caoba, espejos biselados, fina cristalería, hielo picado y brebajes de mezclas bárbaras, *whiskeys* y *bocks*. Al principio, el gusto educado les hacía un gesto; preferían los nuestros el buen Madera, el Oporto o Jerez. Pero la baratura y la abundancia, la facilidad para obtener el cocktail, los obsequios de vasos a propósito para la cerveza, la complicidad del calor, todo concurría a la derrota del vino. Pronto, aun en los hogares, iniciaba la comida, aparecía la criada que, de vuelta de la esquina, traía la jarra de cristal rebosante de espumas, exudadas por el frío de un líquido que parece oro y que sabe a cocimiento sin endulzar.

En la escuela se observaba el desarrollo urbano de las ciudades vecinas. En la distribución de las tareas de clase de Geografía me tocó levantar el plano de Piedras Negras. Observé, con este motivo, mi pueblo en la amplitud y en el detalle. Visto desde Eagle Pass, luce ventajosamente, asentado sobre el más alto barranco de la margen meridional del río. Sobre las arboledas de mezquites asoman tejavanas y azoteas, molinos de viento de las norias. A la izquierda, las chimeneas siempre humeantes de la Maestranza prolongan el panorama del otro lado del puente del ferrocarril. Este puente y el de los peatones limitan casi la extensión urbana. Por la derecha, unos cuantos solares con cercas de madera o tapial invaden la vega. El talud arcilloso se desgaja a trechos y descubre cuevas o en otro sentido «bajadas», que todavía utilizan aguadores con sus burros y que antes de los puentes eran como calles hacia la ribera. Tal recuerdo el conjunto; pero mi tarea me obligó a trazar las avenidas y los cuadros de casas.

Entrando por el puente de a pie, salvadas las garitas aduanales, hallábase a la derecha la casa de los Riddle. Un solo cuerpo blanqueado, anchas ventanas, y

mirando al río, un tejadillo con barandal de madera. Constituía aquel mirador sitio privilegiado para contemplar las avenidas; Los Riddle, familia bilingüe, padre tejano, madre mexicana, eran gente afable, que invitaba a los vecinos al espectáculo de la estación otoñal si el máximo de la creciente coincidía con el atardecer. Marqué, pues, sobre mi plano, después de trazar la línea del río, el talud y los dos puentes y como primera indicación urbana: *Riddle's home*. Media cuadra adelante señalé mi esquina, con la administración del Timbre al lado. Luego, el rectángulo del jardín municipal, con el Cuartel y el Municipio, y enfrente la iglesia; en la misma acera de ésta y sobre la avenida principal, un caserón en ruinas, de techo apizarrado, de dos aguas, muros desportillados y ventanas sin vidrieras. Lo llamaban «la casa de los murciélagos», porque los vomitaba revoloteando cada atardecer.

El costado izquierdo de la plaza no lo advertía; lo encubrían los chopos del jardín, y quedaba separado del tráfico. Sin embargo, había allí entre otros comercios una joyería. En mi plano asenté únicamente esa palabra. En realidad, aquella casa me evocaba una emoción confusa. Cediendo a la costumbre norteamericana de hacer trabajar a los jóvenes en comercio o en oficio durante el periodo de vacaciones, mi padre me había puesto un mes como ayudante gratuito de aquel su amigo joyero. Me ocupaba en clasificar, por tamaños, las argollas de oro para los matrimonios o en sacar brillo al chapeado de los relojes con la gamuza amarilla. Con frecuencia, tras de un simulacro de faena, se me mandaba a jugar con los hijos del patrón, por las habitaciones y el patio. Cierta día, al recoger un trompo que entre todos hacíamos bailar, mis ojos se quedaron atónitos. Sentada en la alfombrilla del suelo, componía la señora su máquina de costura. Levantaba la pierna sobre el pedal y mostraba, no obstante las finas ropas, la parte más delicada y secreta de su belleza rubia, judía y juvenil. A pesar de una ignorancia cabal aún, semejante visión me produjo desconcierto y sobresalto ardiente.

Al trabajar sobre mi plano la imagen se encendía, y de haber dejado libre la voz de la sinceridad, en lugar del letrero «Joyería», que acababa de anotar, hubiera escrito: «Bella señora.»

En aquel comercio adquirió mi padre un reloj de mesa. Peana larga de metal barnizado de negro, y encima la carátula de un semicilindro bronceado. Al otro extremo una mujer de metal dorado: cabeza griega, hombros desnudos, pechos firmes. Pegado al talle, un manto le ciñe la cintura y baja cubriendo los muslos en posición sedente; una pierna recogida apoya unas tablas; la otra luce el torneo de una pantorrilla suntuosa. Sostiene la mano izquierda el borde superior del libro abierto, y la otra mano, caída, tiene un lápiz en espera de las órdenes de la mente que lo hará escribir. Era la ciencia, decían en casa, y su frente despejada contagiaba la serenidad; pero los muslos, aun siendo de bronce, recordaban los de la judía.

Decididamente, era cosa pobre el plano en que trabajaba. Un árido conjunto de líneas y letras, inepto para sugerir lo mejor de cada sitio: como jaula sin pájaros se veía cada manzana de trazo.

Calle del Comercio, creo que se llamaba toda la avenida larga que parte de la iglesia y remata en la estación del ferrocarril. A cierta altura la Plaza del Comercio se engalanaba con la tienda de ropa de los Miranda, veracruzanos, bien trajeados y afables, y con almacenes de maquinaria agrícola, bares de mexicanos y *yanquis*. Cerraba el costado opuesto la tienda de ultramarinos Trueba Hermanos, rica en sardinas en lata, pasas y almendras, aceitunas y vinos generosos. Después de la Plaza del Comercio seguían calles con tiendas y tendajos y hospederías. Ya en su extremo, la avenida se ensanchaba. De un lado a la derecha, el edificio de la Aduana, circundado de su jardincillo; enfrente un doble piso de madera pintada de rojo con portalillos, el hotel Internacional. Al fondo, el tejamanil de la modestísima estación de ferrocarril. Detrás los talleres, los almacenes de la Aduana, la pequeña urbe de la Maestranza.

Muchas horas me tomó el plano, pero al fin lo vi limpio y ampliado con noticias suburbanas como el Cementerio y el camino de la Villita al sudoeste. Lo contemplaba ya listo para ser desprendido del restirador y no me complacía. Por instinto repudiaba mi obra como un caso de falsificación de la realidad: la falsificaba por causa de la abstracción y las matemáticas. Acaso la más deshonesto y petulante de todas las falsificaciones que perpetra el ingenio. En vez de pintar la vida del pueblo y proyectar su alegría, yo fijaba las perogrulladas de un trazo que da cuenta del número y la extensión del alineamiento urbano.

Quedaba fuera, ya no digo lo esencial; también el talle amable. La realidad pintoresca, el calor y el olor, todo era sacrificado, convertido en perfil y traicionado. Una pueril abstracción de la realidad, eso era la geometría.

Los sucesos notables giraban en Piedras Negras en torno al puente. Arteria internacional, salto audaz sobre el abismo de dos naciones, ruta suspendida en el aire. Por abajo corren aguas abundantes de aluvión, jugando en remolinos que son trampas mortales para el nadador. Nunca se agota el caudal líquido aunque disminuya en verano. Varios afluentes, como el Pecos caudaloso y riachuelos y arroyos, mantienen el correr milenario. En el otoño se producen frecuentes y peligrosas avenidas. Dos veces han sido arrastrados tramos enteros del puente con todo y pilastras de hormigón armado. La primera catástrofe ocurrió uno o dos años después de la inauguración.

Para contemplar de cerca la corriente, numerosos vecinos de los dos pueblos pagaron el acceso a fin de instalarse en los barandales interiores sobre el avance de las aguas. Desde la aparente seguridad de los entarimados, era emocionante observar el torrente. Imponía el oleaje formado en torno de las dobles y gruesas pilastras; conmovía los hierros de la estructura. Nadie advirtió que las ramazones acarreadas por la corriente se acumulaban en ciertos sitios, aumentando enormemente la presión. Inesperadamente crujieron las juntas, se desgarró la madera y cayó un tramo a la corriente, luego otro, arrastrando ambos centenares de personas que se hundieron en el agua para siempre o reaparecieron a corta distancia luchando en el turbión. Desde las secciones intactas, algunos buenos vecinos tiraban cables que salvaron a contados naufragos. La mayor parte de los que cayeron al agua pereció al instante. Nos hallábamos nosotros en el extremo tejano del viaducto, a donde casi no llegó el pánico, pero sí el horror del espectáculo. Los daños materiales se repararon rápidamente, pero el público quedó desconfiado y el tráfico se interrumpía durante las horas de las máximas avenidas.

Desde que nos instalamos en Piedras Negras atravesaba yo el puente a diario, por la mañana temprano y al atardecer, por eso, la época de las crecientes solía dejarme impresiones dramáticas. Una mañana vi que se alzaba la corriente tan impetuosa y atronadora, que a medio puente pensé regresarme sin cruzarlo. Vacilé diciéndome que posiblemente se trataba de una avenida ordinaria y que sería ridículo quedarme en casa para mirar a los que la pasarían después; hice un esfuerzo y seguí adelante. Apretado el gabán contra la cintura, eché a correr. Tras de mis pisadas subía el crujido de los maderos del andén. La corriente engendraba abajo un oleaje que, al partirse en los pilares, sacudía todos los hierros de la estructura. El miedo me puso alas en los pies. Corría como si ya el andador hubiese sido separado del puente y yo saltara eludiendo el abismo. Jadeante, sudoroso contaba los tramos: uno, dos, tres; el peligro había pasado, la corriente cedía al derramarse el agua por la llanura del lado americano. Casi me desilusioné mirando que atrás de mí el puente seguía inmóvil. Y empecé a sonrojarme de mi pánico. Pero en fin, estaba vencido el obstáculo. En la escuela no se diría que faltaba por miedo a la corriente.

Si la avenida era de las extraordinarias, comúnmente engrosaba a mediodía para volverse imponente en el atardecer. Estruendos de catástrofe distante conmueven el

espacio antes que las avalanchas del líquido. Huyen los ganados de las márgenes. Corren los boteros asegurando los esquifes, se suspende el tráfico en el puente y sólo algunos curiosos asoman hasta el primero, hasta el segundo tramo; la porción central queda desierta. Una tras otra y como cataratas a nivel se van ensanchando las ondas. El poste marcador va indicando por minutos, un pie, dos pies de altura después de cada golpe de la creciente. El clamor de las aguas resuena ahora próximo, avasallante. Retiembla el suelo bajo los pies y con alarma se recuerda que los terrenos de aluvión en que se asienta el poblado no están a salvo de deslizamientos desastrosos. Sobre las aguas mugientes flotan troncos de árboles, ramajes que giran a medio hundir como cadáveres del bosque; vacas hinchadas al ahogarse, perros muertos, cerdos, carneros; todo se confunde en el barro fluido; igual que si una región de la tierra se hubiese de pronto licuado. Adelantando para ver la corriente un poco de lleno, compruébase el valor de la frase común «la fuerza de los elementos». El hombre se reconoce despavorido, débil aún, frente a los cambios primarios. El día que se inventase la manera de no ahogarse, la manera de no morir, habría comenzado el progreso como fin humano. Mientras tanto seguiremos padeciendo terrores, desconcierto y pasmo. Salvo que entre en juego otro instinto, desdeñoso y resuelto a convivir con la catástrofe, más aún, empeñado en sacarle partido. Nunca he olvidado el beneplácito con que todos vimos, desdeñando los peligros y sorpresas del instante, los esfuerzos del nadador que, en un remanso, un poco más allá de la casa de los Riddle, desvió del torrente una hermosa sandía y la fue llevando hacia la orilla, donde logró recogerla y ponerse a salvo.

¿ALUCINACIÓN?

Regresábamos de un paseo «al otro lado». La mañana estaba luminosa y tibia. Leves gasas de niebla borran el confín, se esparcían por la llanura. Serían las once de la mañana y comenzaba a quemar el sol. Desde el puente contemplábamos la margen arenosa, manchada de grama y mezquites, cortada de arroyos secos. En suave ondulación baja el terreno hacia la cuenca del río que corre manso. De pronto, nacidos del seno humoso del ambiente, empezaron a brillar unos puntos de luz que avanzando, ensanchándose, tornábanse discos de vivísima coloración bermeja o dorada. Con mi madre y mis hermanas éramos cinco para atestiguar el prodigio. Al principio creíamos que se trataba de manchas producidas por el deslumbramiento de ver el sol. Nos restregábamos los ojos, nos consultábamos y volvíamos a mirar. No cabía duda; los discos giraban, se hacían esferas de luz; se levantaban de la llanura y subían, se acercaban casi hasta el barandal en que nos apoyábamos. Como trompo que zumbara en el aire, las esferas luminosas rasgaban el tenue vapor ambiente. Hubiérase dicho que la niebla misma cristalizaba, se acrisolaba para engendrar forma, movimiento y color. Asistíamos al nacimiento de seres de luz. Conmovidos comentábamos, emitíamos gritos de asombro, gozábamos como quien asiste a una revelación.

En tantos años de lecturas diversas no he topado con un explicación del caso, ni siquiera con un relato semejante, y todavía no sé si vimos algo que nace del concierto de las fuerzas físicas o padecimos una alucinación colectiva de las que estudian los psicólogos.

Ciertos triunfos escolares y el aislamiento a que obligaba el trabajo, habían hecho de mí no sólo el chico más leído del pueblo; también el más famoso como «aplicado». Y en uno de los aniversarios nacionales, la Junta Patriótica resolvió incluirme en el torneo de los oradores.

De pantalón corto y con unos pliegos en la mano, marché con el cortejo oficial, junto con mi padre, sintiéndome importante. Me parecía obvio que al llegar a la edad de los que me rodeaban, los sobrepasaría a todos desmesuradamente. Por lo pronto, y aun como niño, era yo cosa aparte. Asomaban y se perdían visiones de gloria futura en el polvo de nuestros pasos. La resonancia marcial de la banda que nos precedía comunicaba resoluciones y ardor de heroísmo. Cuando asomé a la plataforma de las ceremonias, el aspecto de nuestra desmantelada Plaza del Comercio era tan distinto del ordinario, que no pude evitar un deslumbramiento. Una multitud compacta llenaba la extensión empavesada de banderolas y estandartes. Risas y voces fingían oleajes. En el templete, las autoridades, bajo un dosel de águila con bandera tricolor, dirigían el programa; piezas de banda militar y discursos. Se acercaba la hora decisiva de mi debut; me sentía las manos frías y una sensación molesta en la garganta. Se adelantó al barandal un orador de levita negra y bigotes, ademán de arena, y llovieron nombres de héroes invictos con mucha libertad e independencia, gloria y loor... Lo cierto es que los héroes, aun siéndolo, no tenían nada de invictos, dado que murieron fusilados por el enemigo; la verdad era que de libertades no habíamos sabido nunca y que nuestra independencia dependía de las indicaciones de Washington desde que Juárez abrazó el monroísmo para matar a Maximiliano. Pero, igual que los enfermos, los pueblos en decadencia se complacen en la mentira que les sirve para ir tirando.

A esa misma hora, con idéntico aparato cívico, la misma oratoria y el mismo «entusiasmo» popular, se celebraban festejos iguales en cada aldea y en cada ciudad del país. Nada extraño es que yo también me sintiera conmovido, arrebatado casi por los acentos de la elocuencia patriótica. Tan intensamente me había distraído la ceremonia, que cuando me tocó leer ya tenía olvidado mi texto con sus frases sentenciosas. Comencé con desgano la lectura. Mi voz escasa y opaca estaba contra mí. Una exagerada timidez para lo externo volvía encogidos mis movimientos y contrastaba penosamente con mi convicción interna acerca del valor de mi pieza escrita. El público atribuyó mi atrojamiento al temor que causa enfrentársele. En realidad, no me preocupaba el público, sino que gradualmente, al leer mi composición, perdía interés en ella, le encontraba defectos y mentalmente corregía. Me daban ganas de decir: Esto no está bien y hay que hacerlo de nuevo. Pero seguía leyendo de cualquier modo y con prisa de concluir, y como nadie oía, comenzaron los siseos. Mi padre empezó a hacer señas de que acertara, pero no hallaba el modo. En cada oreja sentía arder una llama. Por fin, terminé. No era demasiado largo lo escrito, sino que no había sabido declamarlo; quizá tampoco estaba en estilo declamable. Lo

cierto es que pasé mi rato de agonía. Los demás se olvidaron pronto de mí pero yo seguía rumiando mi fracaso. La claridad de la tarde de fiesta se me llenó de humosidad gris. Mi padre estaba irritado. Sólo mi madre, horas después, me dio la solución consoladora: «—No eres tú para la oratoria: serás escritor, y vale más.»

A mi padre le habían asegurado que Durango se parecía a Oaxaca. Esto bastó a decidirlo. Además, yéndose a Durango contrariaba la corriente de los que empleaban las vacaciones en San Antonio, Texas. Tomando la ruta del Sur, le volvía la espalda ostentosamente al progreso, a lo *yanqui*. A fuer de entendido, él se iba adonde la verdadera civilización. La piedra labrada siempre valdría más que el cemento, por más que se lo dieran superpuesto en pisos. Con mi padre iba yo por derecho de mayoría. El viaje le hubiera correspondido en seguida a Concha, pero no quiso separarse de mi madre y cedió el lugar a Lola, que ahora completaba el terceto. Quedó mi madre al cuidado de su prole, aumentada ya con el nacimiento de la pequeña Chole.

Mi hermana Lola tenía tal vez siete años y yo no más de once. Lola era voluntariosa y decidora; el abuso de los dulces, charamuscas rellenas de nueces, pastas de leche y calabazates, la tenía pálida; pero era nerviosa y despierta. En los ocios forzados del vagón mi padre explicaba por anticipado lo que veríamos; nos describía las ceremonias de la Semana Santa; el porqué de los altares enlutados; la seña y los maitines; el *Stabat Mater* y la Misa de gloria. No era iglesiero ni rezador, sino más bien un creyente tibio. Sin embargo, adoraba el rito que era para él la mejor forma de arte. Lo que llamaba «funciones» de la iglesia le remplazaban las satisfacciones del teatro y del concierto de que disponen los modernos.

En la vida fronteriza echaba de menos el encanto de nuestras ciudades con arquitectura y naves espaciosas, el fausto de las procesiones y las voces de los coros. Dentro de tal arte alentó su juventud oaxaqueña y no era posible que así permeado de una cultura secular se rindiese de súbito a la novedad nórdica del ferrocarril y el agua entubada.

Con avidez retornaba a la zona en que comienza nuestra cultura criolla.

Pasamos el primer día tragando el polvo de las llanuras ilimitadas, visión de palmeras enanas, arena y sol hasta cansar los ojos. Sólo más allá de Torreón experimenta un cambio el paisaje. Poderosas y serenas aparecen de pronto las cordilleras precedidas de valles rientes de verdor y ganados, torres y caseríos. Pegado el rostro a la ventanilla del vagón, contemplamos el huir de paisajes que invitan a quedarse en ellos. La frescura de los campos colma una sed estética subconsciente, largo tiempo reprimida en nuestra árida estepa coahuilense. A las paradas en las estaciones acude gente de tipo exótico; más bronceado el rostro que en el Norte, menos garbo en el porte; muchos hombres van de calzón blanco en lugar del pantalón azul del obrero, y una increíble abundancia de sombreros redondos estilo charro nos recuerda las estampas típicas del texto de geografía de la escuela texana. Pasmados de novedad, dichosos de verdor campestre, apenas advertíamos la carrera del tren que tragaba kilómetros. Con cierto desencanto porque terminaba el panorama, bajamos en la estación y nos metimos en el coche que nos llevó al hotel. Una impresión de bienestar con amplitud caracterizaba aquella célebre hospedería provinciana. Ornaban

el patio jazmines en medias barricas, y comunicaba el doble cuerpo mediante escalera de ladrillos de tono rojo. Dentro de las habitaciones resbalaba el paso en esteras tejidas allí dentro al tamaño del piso. En el lavabo relucían las palanganas, y las toallas invitaban a enjabonar el pelo y rostro transidos de polvo. Concluido apenas el aseo, nos llamaron para la cena. Ocupaba el comedor un extenso salón frente al patio. Sobre las mesas de blanco se apilaba la vajilla modesta y bien limpia. En grandes soperas los mozos repartían el caldo de arroz; sirvieron después huevos y guisos, pollo frito y ensalada, más fruta y dulce.

Tan molidos estábamos de dos días de tren, que desistimos de asomarnos a la ciudad nueva. Mi padre insistió en que durmiéramos para aprovechar bien el día siguiente. La sábanas albeantes, olorosas de aseo, crujían levemente al separarse para recibir al cuerpo fatigado. La bombilla eléctrica antes de apagarse bruñía con sus reflejos de estera del piso, el barniz nogal de los muebles. Los techos altos aseguraban una respiración tranquila; nos sentíamos en los brazos de la mismísima comodidad.

Nos despertó un clamor alborozado, casi marcial. Descorriendo los visillos del balcón descubrimos el vagoncito amarillo que pasa ruidoso tras el estruendo rimado de los cascos de las mulas y las cadenas de las guarniciones; el tranvía de mulitas. En cada esquina el conductor toca la trompetilla que invita a salir a gozar el día. Por el balcón abierto entró una onda de fragancia y de luz. Enfrente, la avenida ostenta casas de dos pisos, de piedra pulida o enjalbegado, todas con pocos vanos; rejas y balcones de hierro forjado, en el saliente, macetas con flores o pájaros suspendidos de sus jaulas de bronce dorado. Arriba, cornisas y perfiles de azoteas. Más alto, un cielo azul profundo. Abajo, el empedrado antiguo deja brotar escasa yerba entre la doble fila de aceras embaldosadas y pulcros umbrales de las viejas casas lujosas de espacio. Una atmósfera benigna despejada, balsámica, parecía posarse sobre la mano tendida a palparla. ¡Durango! ¡Estábamos, por fin, en Durango!

Asomó también al balcón mi padre, y ejercitando su ojo crítico en tanto continuaba la faena laboriosa de ajustar las mancuernillas al puño almidonado, calmó nuestro delirio expresando:

—En efecto, se parece a Oaxaca; está bien, ya veremos...

La Semana Santa se celebraba con pompa en el Durango del ochocientos noventa y tantos. Las Leyes de Reforma vedaban «manifestaciones externas» del culto, pero no lograban disminuir el fervor, la curiosidad, el contento de la multitud. Las calles principales invadidas de forasteros simulaban el tráfico de una metrópoli. Paisanos de todas las clases sociales y ropas comunes mezclábanse a los indios descendidos de las serranías próximas, con su colorida indumentaria. Las fondas y los cafés rebosaban de clientes. A veces la masa de la gente anónima se apartaba para contemplar el paso de mujeres delicadas, tacón alto, mantilla y peineta a la española. Pasaban otras como divinidades metidas en sus carrozas tiradas por caballos de lujo. Por su parte, la muchedumbre se apretaba a la entrada de las iglesias, se sofocaba debajo de las naves

alumbradas con cirios y rayos de sol.

Eje de todo el bullicio era la Catedral. Portada insignificante a pesar de sus tres puertas, su conjunto es hermoso a causa de las torres de tres cuerpos esbeltos. Desde sus arquitos de piedra tallada, amarillenta, campanas de bronce verdoso emiten claras sonoridades. En el interior, la triple nave ligada por bóveda de cañón engendra una cúpula que derrama su paz sobre un recinto desnudo. Mis ojos no recordaban maravilla mayor y se recrearon.

Las ceremonias sobre un fondo de paños negros y candelabros encendidos impresionaban por el canto solemne. Hasta afuera del templo, en el atrio de anchas baldosas y aun sobre la ciudad misma, gravitaba el poder de la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica Romana. Ningún visitante inquiría el nombre del gobernador, lacayo más o menos tolerable de la dictadura imperante; pero todos observaban curiosos el birrete morado del obispo y se apretujaban para escuchar la elocuencia de los sermones en los oficios.

Largos plantones en los templos nos dejaban extenuados. Descansábamos en la plaza de arbolillos frondosos y plantas recién lavadas, ocupando los bancos de hierro pintados de verdad, frente a los andadores de ladrillo colorado. Entre las casas laterales había algunas de cantería dorada y grandes ventanas de reja. Desde algún zaguán espacioso se advertían las arcadas de los patios embaldosados y las macetas de flores. De cuando en cuando, al descorrerse una persiana, aparecía una silueta pálida de ojos grandes y cabellera negra, tesoro semiescondido al extraño. Venciendo la fatiga recorríamos después los jardines y aun los suburbios pintorescos. Terminaban algunas avenidas en tapiales cubiertos de enredaderas sombreados de árboles.

A trechos, alguna quinta añosa, olvidada entre los jardines rústicos, invita al retiro acomodado. Al pie del embanquetado corre el caño de agua cristalina que le deja lama en los bordes.

Después de estas excursiones, al caer la tarde, a la hora de la merienda, nos dedicábamos a disputar el sitio en la nevería cerca de nuestro hotel, célebre por sus helados de frutas. En nuestro pueblo era un lujo pasar al otro lado para empinarse en la *soda-fountain*, especie de abrevadero de rebaños «distinguidos». En él bebíamos refrescos de jarabes industriales, con *Seltz* o con crema helada y desabrida. En cambio, el arte delicado del nevero duranguense, italiano de origen, nos causaba efectos de revelación. En sus copas de varios colores se distinguía el aroma del durazno tierno, del chabacano o el plátano. Las nieves de limón y de naranja guardaban su sabor auténtico. Recorriendo la gama de las frutas para terminar en el *biscuit tortoni*, nos parecía asistir a la aparición de sensaciones insospechadas y placenteras.

Entre sus satisfacciones y añoranzas, mi padre solía exclamar:

—¡Quiero oír campanas!

No las habían tocado a causa de la Semana Santa. Por fin, el sábado escuchamos

la gloria dentro de la Catedral; pero no era eso —decía mi padre—, no era eso.

—Esperen a que nos despierten al amanecer.

Y llegó el domingo de Pascua. Nos despertó primero un tañido cantante, repentino, que se propagaba según iban saludando el alba los distintos campanarios de la ciudad. Aumentó luego el estruendo metálico, melodioso y potente, hasta llegar al repique. Próximas a nuestro hotel, las campanas de la Catedral eran el alma del glorioso estrépito. Por el balcón entreabierto penetraba el cielo diáfano y estremecido de sonoridades victoriosas. Semicerrados aún los párpados, la imaginación adivinaba en la altura claros por donde bajan los querubines, y en el ambiente trinos de pájaros y risas de juventud. Almas desnudas en el baño de la aurora.

Todavía no nos íbamos y ya se producía confusión en los recuerdos. Piedras pulimentadas, patios en arquerías, torres valientes, parques dichosos, arboledas de rumores, cielos de cristal: mediodías calurosos que luego a la brisa de la tarde apacigua, fausto de la iglesia, tierno sabor de la nieve del italiano, ímpetu de la serranía que asalta el firmamento; sonoras trompetillas de los tranvías, caricaturas de fanfarrias heroicas; solemne, melodioso repique de campanas en la portada del Paraíso. Nunca olvidaríamos la primera ciudad que regaló nuestra apetencia de hermosura. Otras muchas he visto después, en la meseta mexicana y en otras mesetas, más arquitecturales, más populosas y ufanas de historia y de arte, pero ninguna igualó aquella primera lección de belleza obtenida en Durango.

Dejamos al México secular, aletargado en su encanto podrido de males que ya nadie advertía, y volvimos al otro México, el de nuestra frontera acometiva, intoxicada de un progreso que también llevaba dentro la ponzoña de la rápida decadencia que hoy palpamos. Y así, entre un pasado decrepito y un futuro ni eficaz ni nuestro, la cabeza se emborrachaba de idealismos falsos y el apetito se abría al goce indiferente, a la amenaza y, acaso, la certeza de nuestra perdición.

Se llamaban los Delahaunty y habían llegado a Piedras Negras al amparo de un cargo de la Aduana o del Timbre. El mayor, Luis, a los catorce años se constituyó nuestro jefe y director de escena; el pueblo se alborozó con la noticia de que representaríamos el *Tenorio*. Se reservó Luis el papel de Don Juan; no sé si Manuel Bauche hizo de Don Luis, y a mí me toco enharinarme para el platón de Comendador en el cementerio. Mi hermana Lola era tan pequeña todavía que hizo reír al público pronunciando: «Lechina la celalula.»

Nos seducía el poema zorrillense, atrevido y fácil, lo mismo en los raptos que en el recitado de noches serenas y lunas claras. Despertaba secreta envidia el lamento de las infames aventuras en las noches puras. En general, el verso me atraía sólo momentáneamente. Más bien padecía angustia si alguien soltaba un recitado de memoria. Y vaya que leía poemas en dos idiomas. La *Evangelina*, de Longfellow, era obligatoria del otro lado, y, en desquite, me hacían leer en casa a Peza y a Núñez de Arce. Pero me pasaba con la poesía lo que me pasó más tarde con la música: me servía de excitante para pensar mis temas, sin seguirla en su propio desarrollo. Si me esforzaba en hacerlo, ya no experimentaba placer ni estímulo espiritual. El verso, aun aceptándolo como magia —quizá por eso mismo—, no me decía nada en sí; pero me provocaba ideaciones intensas. Podía seducirme el amor virginal de Evangelina y las peripecias de la vida en la Arcadia nórdica, símbolo del destino en el Continente nuevo; pero lo mismo me hubiera dado que la obra estuviese escrita en prosa, o haberla leído en alguna traducción castellana. Sin duda, una predisposición temperamental, y también el hábito de traducir desde la infancia, me ha dejado esta indiferencia e incapacidad para la forma.

Los versos del teatro español fatigan por el énfasis y la lógica. Una poesía de porqués aburre como una dialéctica; sin embargo, interesa el tono espiritual de ciertas obras. Con todo prefería leer los versos ya ingleses, ya españoles, pues me exasperaba el sonsonete del recitado. Cierta convencionalismo de la declamación de cada lengua revela su ridiculez cuando lo escucha un extranjero que no está viciado por el hábito.

En el poema leído se revela una emoción independiente del efecto prosódico. Además, lo que en materia de español nos llegaba por el pueblo creaba un contraste doloroso con el Shakespeare y los clásicos siempre vivos en la literatura de nuestros vecinos.

Una de las compañías de tránsito representó la *Flor de un día*, de Camprodón. La tirada pegajosa de los «árboles gigantes» del paisaje americano evocada en nosotros, habitantes de la planicie árida, la visión de un trópico fértil, desconocido aunque formaba parte de nuestra patria.

La empresa del ferrocarril había organizado un domingo una excursión a Sabinas. Allí pudimos ver unos nogales en la vega del río, que justificaban la alusión del poeta. Y también entre las vistas de nuestra colección oaxaqueña figuraba el árbol del

tule, que pasa entre nosotros por el tronco más grueso de la Tierra. Por la literatura penetraba en el mundo, pero tomando los libros a saco, buscando en ellos el material de mis tareas futuras. Me hubiera encerrado en una biblioteca —lo he hecho después en muchas ocasiones—, pero sólo para salir de allí equipado y dispuesto a la aventura del destino espiritual egregio. Para darle principio era menester andar, caminar por el ancho territorio. Apenas entreví una oportunidad, quise aprovecharla. El ambiente de mi aldea era limitado como su panorama y, como éste, vacío. A la esquina de nuestra plaza llegó una vez un *yankee* explotando el primer fonógrafo conocido en los contornos. Era del tipo primitivo, con auriculares de goma que alquilaba a cinco centavos la pieza. El *yankee* ganaba dinero y decidió internarse en México; pero no sabía una palabra de castellano. De cliente suyo pasé a confidente y, por fin, me propuso que lo siguiera como intérprete; compartiríamos las ganancias, recorreríamos a pie o en tren el interior del país. Al oír su propuesta, el corazón me dio un vuelco y el mirar se me ensanchó en panoramas dichosos.

Y sólo la violenta, decisiva prohibición paternal, me quitó la fiebre del viaje. Pero en las tenebrosidades de mi solitaria meditación acusaba a mis padres de haberme cortado el destino.

Salir de allí, salir sin motivo, parecía ser la consigna tácita en el seno de la familia. El pretexto puede haberlo dado un disgusto con el nuevo administrador; pero el motivo determinante era el deseo de encontrar colegios adecuados para mis hermanas y prepararme a una carrera profesional. Aprovechando los dos meses de vacaciones con sueldo, otorgados por el reglamento, después de no sé cuántos de trabajo, se decidió la partida aun antes de saber exactamente dónde nos estableceríamos. Ambicionábamos una aduana en población que tuviese colegios de segunda enseñanza. De esa manera, la familia seguiría reunida sin perjuicio de nuestro adelanto educativo. Y revisando la geografía de García Cubas, descubrimos sólo dos puertos que llenaban el requisito: Veracruz y Campeche. En Veracruz no había que pensar, porque allí iban los favoritos del régimen. Mi padre no lo era ni poseía aptitudes para serlo. No quedaba otra solución que Campeche. Y con rara convicción, como si ya contara con la aquiescencia del ministro, mi padre comenzó a afirmar:

—Nos vamos a Campeche...

A falta de influencias recurrió al sacrificio de sus propios medios. Empezó a gestionar lo que en lenguaje burocrático se llama una permuta. La propuso con primas a los empleados aduanales de Campeche, de categoría equivalente. Nos favorecía la circunstancia de Campeche, de menor importancia fiscal que Piedras Negras y el terror que los nativos de la meseta sienten por la tierra caliente.

Existía, asimismo, posibilidad de permutar empleo, mediante sacrificio de los ingresos, con alguno de los que en la capital trabajaban en los ministerios. Pobre rebaño que acude a horas fijas a fumar, escribir minutas y cobrar nóminas. El carácter de mi padre, sin embargo, no se amoldaba a semejante rutina. Prefería arrastrar la nieve y el viento de los despachos aduanales en los almacenes y plataformas de ferrocarril o derretirse bajo un sol ardiente cualquiera, en el páramo fronterizo, o en la manigua de la costa. En cada una de estas ocasiones la hacía de amo y siempre ofrecía alguna sorpresa la apertura de las cajas y de los embalajes. Si a veces trabajaba duro y a deshoras, también podía aplazar el despacho cuando le viniera en gana. No intentó, pues, la incorporación al burocratismo de la metrópoli.

Comenzó el remate de nuestro mobiliario, apartándose únicamente algo de lo mejor para remitirlo a la capital. De mi parte la metrópoli era una ambición. Imaginaba que en sus escuelas me anegaría de saber; soñaba en las bellezas de su arquitectura. Pero me entró la melancolía de arrancarme de Piedras Negras. Las bajadas del río, antiguo paso de aguadores, parecían retener jirones de mi personalidad. El puente, la plaza, cada sitio estaba ligado a horas intensas de mi vivir. Yéndome del pueblo disminuía. Llegaría a la capital desgarrado y como incompleto por lo que de mí dejaba en el pueblo, igual que crustáceo sin carapacho. Y un vago temor angustiaba el júbilo de la próxima partida. En mi tierra era yo el primero por el prestigio del saber. Entre la multitud de aquellos niños metropolitanos, bien trajeados y ágiles, seguramente que no todos eran del tipo inútil que había visto desfilar por la

escuela de Eagle Pass. Era muy posible que hubiese otros con más letras que las mías y seguramente me dejarían deslucido.

Y aunque quería vivamente irme por ensanchar mi destino, por las noches solía despertar llorando; me soñaba de retorno a Piedras Negras después de muchos años de ausencia. Veía las calles transformadas; gentes desconocidas que miraban con indiferencia. En las tertulias del umbral de las puertas ni una cara amiga. Más prolongadas y altas las edificaciones; apenas reconocía los sitios amados. Lujosos los edificios, terso el pavimento, un nuevo Piedras Negras suntuoso, pero ya no mío, remplazaba la ciudad infantil, parte ya irrecobable de mi alma...

Nostalgia anticipada me desgarraba y mantenía en trance de llanto. No sospechaba la alegría que con los años se aprende, alegría de desechar, desdeñar etapas enteras de nuestra modalidad, no sólo la imagen exterior de las cosas queridas que luego se vuelven indiferentes. Tan atada tenía el alma a mi ambiente, que me dolía poco dejar a las gentes y mucho más separarme de la visión exterior cotidiana. El viaje me permitía presentarme ufano ante los conocidos como uno que se va a la capital en busca de su destino glorioso. Pero ¿quién me devolvería jamás la realidad de la pequeña urbe y la huella de mi sensibilidad sobre sus cosas? Con los del pueblo no sería ingrato; mis ojos iban a ver por todos ellos el esplendor de las tierras patrias. La conciencia misma del pueblo iba conmigo para ensancharse y retornar alguna ocasión a devolver, en experiencia y servicio, la deuda de amor que nos ligaba. Nunca había querido a mi ciudad como en el instante de dejarla.

Una extraña *saudade* me invadía al echar las últimas miradas de adiós a mi escuela de Eagle Pass. La gratitud y el afecto me ablandaban el ánimo. Imposible consumir el recuento de lo que debía al plantel; y una cierta acidez se mezclaba a mi añoranza, por las huellas de los conflictos raciales patrióticos que allí había padecido. Los campos devastados de nuestros juegos y peleas me harían menos falta que los salones de clase donde la curiosidad robó tesoros. Sin embargo, advertía que me iba después de haber sacado todo el fruto posible de aquellos años ingenuos. Por delante se hallaba una serie de épocas fecundas; la vida entera se me aparecía como tarea explotable con miras de eternidad.

Al concluir las clases, una tarde, me llamó el director de la escuela, gringo alto, correcto, grave y bondadoso. Caminando a pie lo seguí varias cuadras rumbo a su casa.

—Es sensible que te vayas —decía—, dejando interrumpida tu carrera entre nosotros. Si tu padre quisiera dejarte al cuidado de alguna familia... Tienes ahora trece años... al cumplir los catorce, concluido el curso primario, podría obtenerse para ti una beca en la Universidad del Estado, en Austin. Háblale a tu padre; si está conforme, dile que me vea. Será fácil arreglarlo.

Mi padre se ofendió primero; después comprendió que la desinteresada oferta merecía una negativa cortés, agradecida, y se fue a darla. Mi madre no necesitó intervenir, pero tampoco hubiera consentido entregarme con personas excelentes, mas de otra religión. En la frontera se nos había acentuado el prejuicio y el sentido de la raza; por combatida y amenazada, por débil y vencida, yo me debía a ella. En suma: dejé pasar la oportunidad de convertirme en filósofo *yankee*. ¿Un Santayana de México y Texas?

Los Estados Unidos eran entonces país abierto al esfuerzo de todas las gentes. *The land of the free*. ¿Los años maduros me hubieran visto de profesor de Universidad enseñando filosofías?

No estaba entonces por los destinos modestos. El futuro me sonreía ilimitado de

dichas y éxitos. Tan intenso lo soñaba, que a menudo la cabeza me ardía de esperanza y anticipadas certidumbres. Horas de exaltación desmedida, que alternaba con estados de anulación y pesimismo, claudicaciones del albedrío.

Entre los de *Las Mil y Una Noches*, el episodio que me obsesionaba era el de los compañeros que se reparten por los cuatro rumbos del horizonte, tomando camino según el viento que sopla. Lo urgente era caminar, tomar rumbo, trasponer horizontes. ¿No era yo un alma caída al mundo? Pues urgía lanzarse a explorar toda la extensión de la temporal morada.

Por fin; una mañana, desde la ventanilla del tren, dijimos adiós a la pradera de la Villita, y con el pecho sobresaltado nos internamos luego en el arenal sobre los rieles y entre las nubes de tierra.

Periódicamente, en el llano, los remolinos del aire cavan el suelo, levantan el polvo y lo bailan en espirales, dispersándolo en la altura.

Las estaciones, muy distantes unas de otras, constan apenas de un tejadillo que abriga la sala de boletos y el telégrafo. Al lado, la choza de adobe de algún pastor, unas cuantas gallinas desmedradas, ni una brizna de hierba y en torno leguas y leguas de páramo. Sólo al día siguiente, por la Laguna, vimos los primeros pastos reverdecidos, bajo el sol caliente. Luego, al atardecer, la tierra empezó a ponerse roja, y muy altas montañas dibujaron estupendos perfiles. Los valles empezaron a poblarse de rebaños. Un sol encendido iluminó un ocaso bermejo, como metal de fundición. En los riscos, sobre la montaña, se adivina también el cobre, el oro en bruto, el óxido de plata.

Un airecillo frío y una sordera parcial advierten la entrada en el altiplano. Y los valles se ensanchan circundados de serranías. La vía férrea corre a la falda de los montes y serpea en las gargantas. Es famosa la cuesta que conduce a Zacatecas. Trepaja jadeante la locomotora por una serie de curvas que periódicamente ocasionan descarrilamientos. El viajero desde un vagón se asoma a la noche y de pronto descubre un enjambre de luces que aparecen y desaparecen al fondo de un abismo. Aproximándose, adviértese el trazo irregular de la ciudad cuyo nombre evoca historias de mineros enriquecidos o fracasados. Al detenernos en la parada subieron al convoy damas y caballeros de porte distinguido. Empezaba el México de los refinamientos castizos. Al deseo de habernos quedado un día para conocer a Zacatecas se mezclaba la impaciencia de ver pronto las maravillas del interior de la patria. Sobre camas improvisadas con mantas nos fue cogiendo el sueño al ritmo del acero en fuga estrepitosa.

Amanecemos más allá de Aguascalientes. El paisaje había cambiado; pero sólo después de León, por Irapuato y Celaya, comienza el deslumbramiento de los campos verdes de alfalfa y los trigales que la brisa agita en la distancia. Bajo un cielo azul diáfano y en el marco de montañas violeta, aparece el milagro de ciudades en ocre, blanco y rosa. Cúpulas de vidriado, amarillo, que fingen el esplendor del oro, y campanarios de cantería en tonos claros, se levantan como aleluya perenne. Los

caminos, arbolados, conducen a quintas de recreo y a santuarios con leyendas piadosas. Todo engendraba dichoso contraste con los páramos de nuestra frontera.

En cada parada consumábamos pequeñas compras. Abundaba la tentación en forma de golosinas y frutas. Varas de limas y cestos de fresas o de higos y aguacates de pulpa aceitosa; cajetas de leche en Celaya; camotes en Querétaro y turrone de espuma blanca y azucarada; deshilados en linos y mantas o sarapes de colorido detonante; manufacturas de cerda que recuerdan la paciencia china; por ejemplo: cestitos de colores, trenzados, que embonan en orden descendente o sombreritos minúsculos; pequeñas cajas de secreto, incrustadas; sobre papel negro docenas de ópalos de llama o de celaje claro. No alcanzaba el tiempo ni el dinero para elegir. Los vendedores de comestibles ofrecen también a gritos tacos de aguacate, pollo con arroz, enchiladas de mole, frijoles, cerveza y café. Y del seno de la algarabía, tímidamente y, sin embargo, perméandola toda, la voz del ciego ambulante, que improvisa corridos, tañe la guitarra y recoge limosnas.

Docenas de chiquillos descalzos, trigueños, piden: «Un centavito, niño; un centavito, jefe».

Con el cuerpo fuera de la ventanilla, todo lo vemos, deseándolo; adquirimos baratijas y dulces, repartimos cobres. Mucho he viajado después, pero nunca he visto en las paradas de ningún ferrocarril semejante animación abigarrada y fascinante. En México mismo, las gentes visten cada día con más uniformidad; las artes menores decaen, el estilo de comer se americaniza, el traje se vuelve uniforme y el viajero ya no asoma la cabeza a la ventana; la hunde en la partida de poker o, por excepción, en la revista recién entintada. El prejuicio sanitario veda el gusto de los platos populares y el comercio ambulante decae.

Corría el tren por las comarcas feraces del Bajío; la frescura del campo nos penetraba en todas las fibras, nos colmaba la sed orgánica de los años pasados en sitios resacos. Propiamente, veíamos campo por primera vez. Unas cuantas vacas enterradas en el pasto bastaban a darnos sensación de plenitud agrícola. Las nubes adoptan allá no sé qué distinción barroca, muy blancas y bien recortadas en el azul. Ya al oscurecer pasamos a la orilla de un río, quizá el Lerma. Sus aguas cristalinas corrían entre arboledas, se perdían en el cauce pedregoso. Lápiz en mano, intenté fijar en mi cuaderno siquiera algunas de las impresiones tumultuosas del día. No me guiaba la vanidad, sino el deseo de guardar de algún modo la emoción venturosa del viaje. Pero me estorbaban los adjetivos. En vez de apuntar las cosas, me empeñaba en calificarlas. Cada montaña tenía que ser alta; las ciudades me merecían el mismo epíteto de bonitas y cada paisaje resultaba encantador. Con plena conciencia de que traicionaba mi sentir, escribía y acusaba al lenguaje de llevarnos por sus caminos trillados, pese a la virginidad de la percepción. El caso es que mi ensayo me dejaba triste. No correspondía al intenso vivir. ¿Qué iba a ser de mí en la capital sabia? Recordaba las narraciones amenas de un libro de viajes alrededor del mundo, que en Piedras Negras leyera, y me sentía apocado. Era yo el grano de arena que se pierde en

la sabana, brizna de muchedumbre. Así de humilde penetré al carricoche que nos condujo al hotel. La iluminación suntuosa de las avenidas producía estupor. Los cascos de docenas de caballos de tiro repercutían en la atmósfera urbana, ornada de piedra, esplendor y paz.

Vagos son los recuerdos de esta mi primera estancia consciente en la metrópoli mexicana. Buscando en las aguas profundas y oscurecidas de mi pasado, extraigo: un doble corredor de columnas esbeltas en torno a un patio con palmeras pequeñas, sillones de mimbre y un comedor extenso con mesas blancas y cristalería. ¿Fue el hotel «Bazar»? Luego, como si el tapete maravilloso nos hubiese transportado allí, veo una vivienda en la calle del Indio Triste. Farol de vidrio sobre una escalera angosta de piedra con barandal de hierro. Llega de afuera el olor de alquitrán sobre el asfalto nuevo. Mil circunstancias se pierden igual que si meses enteros y aun años de nuestro vivir muriesen antes que nosotros, sin que logremos resucitarlas. Y me pregunto: ¿Qué hay de común entre el jovenzuelo que se quedaba absorto ante las fachadas de los palacios citadinos y éste que soy ahora incapaz de reconstruirme en lo que fui? Los mismos afectos que parecen determinar modalidades perennes, se descargan de su vehemencia y fluyen con lo que pasó.

Me es más fácil rememorar lo que era mi madre entonces, que lo que fui yo mismo. ¿Acaso porque era persona ella y yo todavía un conato? Sin embargo, en vano imagino lo que haya sido como persona social y sólo la concibo como una especie de divinidad que cumplía conmigo una tarea misteriosa. ¿Qué queda, pues, de cada uno?; ¿qué queda del todo? La única respuesta que da mi experiencia es que la pregunta conmueve, preocupa nada más en la juventud. Más tarde se alcanza la indiferencia dulce que nos acerca casi con agrado a la muerte común. Cama bien tendida del hospedaje que nos abriga tras la jornada penosa. Buena cama la muerte si en ella despertamos a mejor ventura que estas otras pequeñeces que se nos deshacen en la atención, aunque nos duela perderlas.

Vivía, y por el hecho de vivir me estaba muriendo a diario; pero no me acongojaba, ni siquiera lo advertía. Muy distante aún, la muerte física no me preocupaba. Ímpetus tensos aguzaban mis sentidos y los saciaban de belleza urbana. Con sólo asomarse al balcón, en la acera de enfrente nos embobaba un palacio de piedra blanca, persianas verdes, zaguán con arco, entresuelo proporcionado y principal con balcones regios. De la noble mansión salía todas las tardes un carruaje flamante tirado por caballos magníficos. Asombrados lo mirábamos torcer por la calle de la Moneda. En ésta, el Museo Arqueológico al costado de Palacio, la Escuela de Bellas Artes y la cúpula de Santa Inés al fondo y la saliente de la Catedral en el otro extremo componen la más hermosa y singular perspectiva del México castizo. A menudo atravesábamos la Moneda con rumbo a Jesús María, de estilo neoclásico y columnas de acantos revestidas de oro. Todas las tardes rezábamos allí el rosario y cada mañana la misa en el altar del Perdón de la Catedral; «la mejor Catedral de América», recalcaba mi padre, mirándola. Y con doble placer de artista y de patriota nos paseaba delante de la cortina oriental del Sagrario churrigueresco. Tallas y encajes de piedra caliza entre dos tableros de rojo tezontle volcánico. Encima, una cornisa de curvas que recuerdan la gracia de un manto. Al lado, la Catedral

majestuosa con su par de torres robustas que encuadran la fachada neoclásica de Tolsá, sobria y proporcionada. Nunca hubo construcción más severa y grandiosa.

Entrando por el Sagrario, las naves se reparten espaciosas en torno a una cúpula circular. El ábside vertical levanta el empuje de las bóvedas. A la izquierda, una magnífica nave liga las curvas arredondadas de este primer recinto con las perspectivas majestuosas de las naves y columnas de la Catedral. En los costados de ésta hay capillas con enrejado de maderas olorosas; lujosa talla de bronce circunda en barandal el coro adornado de estatuas, candelabros y tubos de órgano. Al centro, el altar mayor bajo un cimborrio atrevido. Detrás, en el ábside, uno de los mejores retablos del barroco del mundo: el altar de los Reyes, todo de oro, imágenes damasquinas, columnas salomónicas, marcos suntuosos y óleos oscurecidos por el incienso. El corazón saltaba primero, se sobrecogía después y se sumaba al coro de las celestes alabanzas.

El atrio enverjado del costado poniente dejaba ver un jardín lateral con el mercado de flores, anexo sobre la calle de las Escalerillas. Ramos de claveles, manojos de rosas recién abiertas, refrescadas con finas gotas de agua que semejan el rocío; gardenias de carne blanca y aroma intenso, violetas fragantes, amapolas como llamas, lirios de rojo y gualda o de azul violáceo, begonias en macetas, tulipanes vistosos, pensamientos aterciopelados, dalias cárdenas, crisantemos y azucenas; flora de todos los climas gracias a la meseta sin estaciones y a la inexhausta fecundidad de la costa inmediata.

Apartándose de los puestos de los vendedores, se prolonga el jardín. Andadores irregulares de cemento en cuadros afirman el borde metálico de camellones de césped y plantas. Al centro de una fuente circular y asentada en planta de piedra, una mujer de mármol vierte una jarra de agua cristalina que en su caer incesante le ha desgastado un pie de blancura lustrosa. Serena la cabeza griega, finos los hombros, firmes las maternales pomas bajo la tela simulada de mármol y el talle opulento, la divinidad anónima se inclina alargando los muslos castos bajo los pliegues de la piedra y sonrío a los niños que juegan en torno. Encima, el ramaje siempre verde difunde fragancias, serena la alegría del cambio en la inmutable perennidad.

El difunto abuelo dejó viuda y seis hijos. Vivían en Tacubaya. Por el García Cubas conocía de memoria la portada suntuosa del jardín frontero de la Ermita. Portada neoclásica rematada por una cornisa inútil, y por ambos lados la verja desbordada por la arboleda. Allí dejábamos el «tranvía de mulitas», y tomando a la derecha subíamos por el arrabal bendito. No recuerdo la calle exactamente, pero sí que los visitamos en tribu.

Padecían estrechez que me pasó inadvertida por no tener el hábito de dividir la humanidad en ricos y pobres. Una curiosidad intacta, una inclinación a lo afectuoso, me predisponía para querer a los parientes sin examen de su condición ni reservas en cuanto a su idiosincrasia. Además, no era fácil precisar comparaciones, puesto que no frecuentábamos casas de ricos. El trato llano, familiar, estableció corrientes de simpatía sincera y también oposiciones que el curso de los años va volviendo enconadas. Casi todos mis medios tíos eran de más edad que la mía, pero también los había menores. Luis, ya casi abogado, y María, en vísperas de graduarse normalista, me impusieron, desde luego, su autoridad en asuntos de saber. Luis, impecable en su vida privada, era de índole agria y burlona sin dejar de mostrarse servicial con los suyos y, sobre todo, esclavo de toda clase de convencionalismos y prejuicios familiares, sociales, patrióticos. Era el hermano mayor sacrificado al interés común, pero celoso de autoridad y acostumbrado a imponerse. Yendo con él una tarde y al pasar por Guardiola, frente a la casa de los Leones (Atlas de García Cubas), me removí el sombrero de bola recién comprado que me oprimía en la frente.

—No te descubras —me dijo socarrón—, no es iglesia.

No perdía de esta suerte ocasión para hacerme notar su superioridad de ciudadano, sus ventajas de hombre ya hecho en contraste con fatalidades adversas de todo género que en mí descubriría...

—Bueno, ¿y de qué te sirve saber inglés si ahora, lejos del Norte, lo vas a olvidar...? No, no te creas aunque te hayan dicho que tienes talento: «No te la echas».

Pronto logró irritarme.

La tía María me provocaba a discusiones que me dejaban pensativo. Atravesaba ella su periodo librepensadorista. La doctrina comtiana se había infiltrado en las normales, combinándose curiosamente con las lecciones de cosas estilo Rébsamen, el modernizador de nuestra enseñanza primaria y de las escuelas de maestros. Yo aceptaba sin discusiones la divinidad de Jesucristo. Mi tía escuchaba y parecía compadecerme. Discretamente puso en mis manos el libro que era la Biblia de su gremio: *La Educación*, de Spencer. Me excitó a leer también el *Emilio*, de Rousseau. El libro de Spencer me interesó profundamente, quizá por su carácter sistemático. La forma novelada del *Emilio* me predispuso en su contra. A propósito del tema religioso entablamos María y yo vivas polémicas... Mi madre escuchaba y me apoyaba siempre, reforzando mis ingenuos argumentos. La tía, firme en su erudición de colegiala, nos agobiaba de citas y datos. Mi madre se quedaba preocupada;

probablemente consultó algún confesor; lo cierto es que ella entonces también empezó a proveerse de libros y creo que entonces revisó un Balmes que anduvo en sus manos y luego fue herencia mía que no llegué a disfrutar porque me aburría. Más tarde he comprendido que las discusiones con la tía le sirvieron para enterarse de la clase de doctrinas que yo tendría que afrontar en la escuela y se ilustró en ellas para mejor aconsejarme.

El trato con la tía me descubrió temas desconocidos por Piedras Negras y me redujo la vanidad. No sólo me convenció de que ignoraba muchas cosas; también mis talentos quedaban maltrechos en el roce con la sabiduría metropolitana. La indiscreción de alguna de mis hermanas hizo caer mi libro de apuntes de viaje en manos de la normalista. Lo leyeron no sé cuántos, comentándolo regocijadamente.

Mis frases más desventuradas eran repetidas con sorna: me tomaron a su cargo por causa de un adjetivo: ¡encantador! y comentaban:

—Mira ese árbol, esa casa; como diría Pepe: ¡encantador!...

Tales burlas me quemaban el rostro y me producían después amargura, porque íntimamente las reconocía merecidas. En mi familia, quizá por los frecuentes viajes, el espíritu de clan se había debilitado por obra de esa simpatía y sociabilidad que se extiende a los compañeros de ruta. Además, operan en el parentesco ciertas repulsiones de lo semejante; defensa contra el incesto, diría un freudiano. Lo cierto es que siendo en mis afectos excesivo, nunca experimenté viva atracción por ninguno de mis parientes. Luis, comprendiéndolo, me llamaba despegado. Mis recuerdos de aquella época son más bien una mezcla de impresiones arquitectónicas, panoramas, liturgia y cierta angustia determinada por nuestro aislamiento en la gran ciudad indiferente. Por ejemplo: recuerdo la cuaresma que allí pasamos, cumpliendo todo su rito cabal. La edad no nos había permitido ejercitar el ayuno. Por primera vez mi madre, que lo acostumbraba, lo hizo extensivo a mi hermana Concha y a mí. Confundido con el montón de beatas de escapulario azul, me acerqué a recibir la ceniza de miércoles inicial: *pulvis eris*, etc..., que tanto impresionaba. El día entero se empleaba en las devociones rituales, ejercitadas con efusión. Cada templo era un orgullo nuestro y una fiesta. Entrábamos al oficio presurosos y salíamos de él fortalecidos y alegres. Ni la misma luz del sol me parecía tan bella como los oros de los retablos tras la llama de los cirios.

Sorda a los reproches paternos, mi madre prolongaba sus ayunos; las rodillas se le habían encallecido de hincarse, siempre en lo duro, sobre las baldosas, rechazando reclinatorios y cojines. A nosotros nos postraba a su lado, y si alguno, urgido de descanso, se echaba sobre los talones, ella, advirtiéndolo, ordenaba:

—Niño, no seas flojo —y otra vez el «Contempla alma en esta estación...»

Y en familia, solos o unidos a los grupos de los peregrinos, desfilábamos rezando frente a cada uno de los retablos de viacrucis.

Fueron como vacaciones consagradas por entero a la Iglesia. Los rosarios resultaban solemnes en Jesús María; sonoros en el buen órgano de Santa Inés.

Progresan con la letanía los coros angélicos; estremece los ámbitos el órgano; refulgen las imágenes dentro de sus camarines, esparce el incienso nebulosidad misteriosa. La misma fatiga del cuerpo, entrecerrados los ojos de sueño, doloridos los riñones por la postura en oración, todo se vuelve ofrenda de la materia a los poderes celestes. La privación de dulces, los largos exámenes de conciencia, las penitencias una hora hincado meditando, todo purificaba. El dulce tormento crecía al acercarse la Semana Mayor. En ella se acentuaba la austeridad, menos horas de sueño, frugalidad extrema en la comida, lecturas sagradas con exclusión de distracciones profanas, misa por la mañana, viacrucis, sermón y rosario hasta el atardecer; luego, meditación.

Cada viernes de aquella Cuaresma comulgamos en Jesús María, previa la confesión: «Acúsome de haber desobedecido, acúsome de soberbia, acúsome de hacer *berrinches*...» Después, en la misa de alba, un trozo de hostia que enciende el alma por dentro y sosiega el ánimo, asegura la dicha de todo el día.

La tarde del Jueves Santo en La Profesa se me ha quedado como uno de esos momentos de ventura cabal que ocurren una o dos veces en toda la vida. Las columnas altas y acanaladas alejan el peso de las bóvedas Sobre un banco gastado por el uso, mi madre, envuelto su rostro claro en la mantilla negra, pensaba y sonreía. Un piano empezó a tocar en el coro; caían dulcemente las notas, volaban entre los follajes de una decoración destinada a la visita nocturna del monumento. Unos cuantos fieles entraban o salían bajo las naves desiertas momentáneamente durante la hora de la siesta.

El piano, sustituyendo por excepción al órgano, creaba cierta viva intimidad y certidumbre de la dicha aun sobre la tierra, por la obra de la fe. Transcurría el tiempo sin acontecer, puro y tranquilo como antesala de lo eterno. Durante el minuto de arrobamiento, los dones del alma ejercitaron su poderío, se esparcieron en la dulzura de un espacio inundado de claridades. Exhalaban fragancia las plantas y todo un episodio del cosmos pareció consumarse en paz y ventura.

Y nos quedó la sensación de haber tocado un remanso en la corriente que nos arrastraba. Bien podía el destino al día siguiente negarnos el plan, lanzarnos a buscarlo por cualquiera de los rumbos del viento; en el ánimo llevábamos un instante de revelación, una gota de la Gracia que fortalece y salva...

Otras veces durante mi vida sobresaltada, he tenido la convicción de ser feliz; sin embargo, en el recuento de mis venturas, no hallo una hora más despejada y serena, de mayor certidumbre humedecida de lágrimas dichosas.

Se explica que aquella noche de Jueves Santo nos sintiésemos dueños de la ciudad iluminada. Dirigidos por mi padre, y en compañía de algunos de los parientes, cumplimos la visita de los monumentos desde San Francisco hasta la Catedral, y luego por Jesús María, la Soledad y la Santísima. Magullados por la multitud nos acercábamos a la pirámide de luces y flores; nos quedábamos un instante arrobados; en seguida, en voz baja, comparábamos, comentábamos las bellezas de la ornamentación.

La calle de Plateros suspendía el tráfico de carruajes para el Jueves Santo. Pero no daba lugar a los gritos y al aguardiente de los entusiasmos cívicos.

A las once, y terminado el recorrido de los templos más notables, nos llevaron a cenar. El restaurante de moda —La Concordia— llamaba la atención de los forasteros por el juego de espejos adosados al muro que parecían prolongar sus ya amplios salones. Nos instalamos en una larga mesa de manteles blancos, y unos comieron y otros probamos helados de vainilla y de fresa. Desde el asiento, vidriera de por medio, observábamos el desfile abigarrado de una población momentáneamente alegre, confundidos elegantes con harapientos.

El sábado nos llevaron a la quema de los Judas, por la calle de Tacuba. Enormes monigotes de pasta y papel, representando ya monstruos, ya personajes legendarios, eran reventados con pólvora y triquitraques a tiempo que en la Catedral repicaba la Gloria.

El traslado de Piedras Negras encontraba tropiezos; la licencia de dos meses con sueldo había sido prorrogada sin sueldo y ya no le quedó a mi padre otro recurso que volver a su empleo para esperar el lento desarrollo de las gestiones emprendidas. Pero, como no desistía de ellas, resolvió emprender solo el regreso. Y tampoco le pareció prudente dejarnos pasar la espera en una ciudad grande como México, sin amistades de valor y con recursos escasos. Próxima a la capital, reflexionó, está Toluca; su Instituto era famoso. Además, el Gobernador porfirista, Villada, acababa de renovar la enseñanza en su ínsula. Por excepción se daba el caso de un gobernante preocupado por el mejoramiento escolar. Añádase la ventaja de la baratura de habitaciones y comestibles. El hecho es que nos dejó allí instalados y se embarcó para el Norte. Un hielo como el clima de la ciudad se nos metió en el alma, desde el primer día, no obstante las hermosas casas con patio, en cuadro, y balcones decorados con macetas. Una pequeña fue nuestra en la calle principal, cerca de la Alameda. Desde su balcón mirábamos la calle solitaria con yerba nacida en las juntas del empedrado. Las baldosas de la acera casi no necesitaban los servicios municipales, porque el llover a menudo las dejaba lavadas casi cada tarde. Las mañanas, en cambio, eran siempre diáfanas. Una luz ofuscante llenaba la soledad de las calles y la perspectiva desierta de las montañas próximas revestidas de pinares. Un gran número de indios vestidos de azul y blanco, trigueña la piel y un andar de trote bajo la carga sobre los hombros, pasaba temprano rumbo al mercado. Los criollos salían también para la misa, pero luego se encerraban tras de sus vidrieras. Únicamente los domingos a mediodía asomaban por los portales, muy bien vestidos, para dar vueltas al son de la banda militar. Sobresalían unos cuantos terratenientes que frecuentan la capital y llegan hasta Europa, pero ni conocen ni saludan al vecino. Familias de empleados se mezclan con ellos en el paseo, sin que se establezca la más elemental relación. La misma distancia, otro abismo, separa a la clase media, «pobre, pero decente» del indio que circula por el arroyo y se arrima a la música, pero lejos de los que usan el traje europeo. Extraños al mundo aquel de castas bien definidas, nosotros nos manteníamos aparte, nos divertíamos por las iglesias y los paseos y tomábamos por asalto las alacenas de dulces de los portales. No acababan nuestros hartazgos de naranjas cristalizadas o rellenas, limones azucarados, duraznos, tunas y biznagas en dulce y conservas de membrillo y de manzana, melados de caña, jamoncillos de leche y confites; grageas de azúcar de color, almendras garapiñadas, todo en profusión y baratura que provocaba entusiasmo. Mi pobre mamá, tan frugal en todo, caía en la tentación tratándose de golosinas, de suerte que en el portal dejábamos los pequeños ahorros, y creo que a veces aun parte del diario reservado a los alimentos.

La ausencia de mi padre, el desgarramiento de la despedida, me hacían pensar en él de una manera que antes no sospechara. Ahora la reflexión proyectaba su imagen querida, pero como extraña de mi naturaleza. También él se había llevado los ojos velados de llanto. Y a menudo lo soñaba, ya triste como partió, ya alborozado por un

retorno repentino. Su rostro se me aparecía aureolado y poderoso, diferente de todas las demás caras humanas. Su mirada de amor y protección aquietaba toda angustia. Al despertar de soñarlo me hallaba con la almohada húmeda de llanto. Al concluir las tareas del día y en las fiestas se acentuaba nuestro desamparo. Para aliviarlo nos íbamos por los parques y las iglesias caminando con lentitud en la tarde que no concluía. Demoraba el retorno ansiado y padecíamos soledad y melancolía como de huérfanos.

Se me había inscrito en el Instituto. Mis hermanos varones entraron también a la sección infantil anexa. Las escuelas que dependían directamente de Villada disfrutaban de buenos locales y personal apto. El Instituto, en cambio, daba una enseñanza tan deficiente que me descorazonó en seguida. Coursaba, según creo, el último año de la primaria superior. Éramos cuarenta o cincuenta en una clase de piso de ladrillo, en su mayor parte ya levantado sobre la tierra floja. Los bancos sin pintar denunciaban el roce de muchas generaciones anteriores. El maestro, un semi-indio, desaliñado y malhumorado, se ocupaba de hacernos sentir su superioridad. Desde las primeras lecciones me convencí de que la pedagogía vigente corría pareja con el mobiliario; algunos textos eran de preguntas y respuestas y no pocos temas se nos tomaban de memoria. Pretendí rebelarme sin conseguir más que la ojeriza del dómine. Humillaba mi patriotismo haber de reconocer la superioridad de la escuelita pueblerina de Eagle Pass. ¿Sería posible que una escuela de aldea norteamericana fuera mejor que la anexa a un Instituto ufano de haber prohijado a Ignacio Ramírez, a Ignacio Altamirano?

Aproveché, sin embargo, la ocasión de afirmarme en el castellano escrito. Tanto ejercicio en un idioma extranjero me causaba entorpecimientos en el propio. Me complacía meterme en México, y sentir cómo caía la cascarilla de barniz extranjero. Otras materias: geografía, historia, religión, creía yo saberlas mejor que el maestrillo mechudo; lo acataba en lengua nacional y lo respetaba por temor de que me declarase suspenso.

La semana transcurría rápida, pero el domingo era nuestro día pesado. La mañana se dedicaba a la misa; pero la tarde se volvía un martirio. Salíamos en grupo: la abuela, mi madre, los chicos; nos sentábamos por las bancas de la Alameda húmeda, o caminábamos por la calzada casi lúgubre, que a imitación de la Reforma en México se empezaba a ornamentar. Llegábamos hasta las ruinas de un templo que se quedó sin concluir; comprábamos los dulces de calabaza o de biznaga del dulcero ambulante y padecíamos la lentitud del atardecer vacío. Población inhospitalaria, ni aldea ni metrópoli, pero con los defectos de ambas. ¡Cómo echábamos de menos la despreocupada alegría de nuestro pueblo fronterizo donde rico y pobre se trataban de iguales! Por el paseo toluqueño desfilaban indios embrutecidos bajo el peso de sus cargamentos, que no saludan por timidez, y propietarios en coches, que no saludan por arrogancia.

Entre ambos, una clase media desconfiada, reservada, silenciosa, empobrecida.

Resultaban mucho más animados los paseos que comencé a dar por los campos anexos al Instituto. En Eagle Pass cada tarde de clase era una fiesta. En nuestro Instituto la rutina nos ponía somnolientos y escapábamos en grupos, nos dispersábamos por los llanos; nos escondíamos entre el maíz ya crecido cuando el Prefecto desde la torre del observatorio meteorológico nos echaba encima el catalejo para anotar en seguida nuestras tarjetas. La pradera toluqueña está surcada de «acequias», zanjones de agua clara y fría que se cubre de una lentejuela verde o dorada que engaña al neófito. Si el paso resbala o el salto resulta corto, es fácil hundirse hasta el pecho en una agua que pica como alfileres. Pero siguiendo los pasos, es grato mirar alfalfares donde pasta el ganado lechero, milpas que ondulan musicales o feos magueyes que, en filas paralelas, trepan sobre las laderas. Comíamos la caña del maíz tierno o nos íbamos rumbo del cementerio a los puestos de fruta, en busca de jícamas y quesos de tuna, condumios de cacahuete y tamales de capulín, naranjas y plátanos.

Durante estos paseos trabé amistad con un condiscípulo: Palacios. Imaginábamos alianzas eternas. Ocurre la separación, pasan los años, vuelve a producirse un encuentro y se advierte tal discrepancia que no se sabría decir la parte que ha cambiado el amigo y lo que uno mismo ha dejado de ser lo que fue.

Desde cualquier sitio despejado se goza en Toluca el panorama del extinto Nevado. Verdes pinos tipo oyamel, visten la serranía circundante y suben por el cono quebrado hasta el límite de las arenas. En seguida, sobre los riscos se posan nieves perpetuas. Por un costado aparece la desgarradura del cráter extinto. En todo el valle, un soplo frío justifica el ademán del indio, embozado en su frazada... Rostros inexpresivos bajo el sombrero de alas anchas; silencio y cautela; población que no ríe. Sólo en la sátira a media voz subraya el más leve desliz del prójimo, con sorna despiadada.

Atmósfera enrarecida que amortigua el impulso y refrena el pensar, se diría que también en lo espiritual y biológico determina, desde el valle, una mengua de la vida antes de suprimirla del todo a la altura de las arenas volcánicas.

Y, sin embargo, la vida devota de Toluca era intensa. Iglesias en barroco del dieciocho y fines del diecinueve, multiplican el lujo interior de oros auténticos sobre los capiteles y los frisos. Naves espaciosas y sólidas cobijan altares y capillas neoclásicas, ricas de mármoles, imágenes mediocres y candelabros de plata y bronce. Una multitud de lamparillas eléctricas realza los dorados a la hora del rosario, que ya no rezábamos en casa, sino en la parroquia o donde más nos agradaba la arquitectura.

A menudo nos deleitaba el órgano, y una voz que cantaba las letanías guiaba las nuestras, sumadas al *ora pro nobis*.

En las vísperas de los días de guardar, después del rosario, se cantaba el *Tantum Ergo*, melodioso y sublime. Doblada la cabeza ante la custodia radiante, fluía del corazón ventura sobrehumana.

Entre el rumor de los largos rezos revivo la imagen de mi tía Concha, hija menor del primer matrimonio de mi abuelo. Estaría en sus treinta entonces y se adornaba con unos lazos anchos de listón. Su corta herencia la había puesto a rédito y pasaba con nosotros una temporada. Era bajita, de cara muy ancha y de un blanco mate lleno de arrugas prematuras. Unos ojos claros inexpresivos ayudaban a darle aspecto de máscara, pero de movimiento, porque la acometía un leve temblor de cuello cada vez que se quedaba inmóvil. La queríamos por buena, pero era tan lela que la hubiéramos cansado a burlas si no fuese porque había en la casa un jefe amado y temido: mi madre, que no entendía de bromas y aplicaba un azote cada vez que era menester. Al concluir la misa de los domingos la tía se iba a la Alameda con los pequeños y mi madre y yo nos quedábamos a cumplir alguna manda, que nunca faltaba. Por ejemplo: para que mi padre regresase antes de Navidad, y siempre con la advertencia de «Dios disponga lo que más nos convenga». «Señor, apiádate de nuestro dolor y concédenos tu misericordia...»

—No pidas lo que quieres —aleccionaba mi madre—; pide lo que convenga a tu alma. El Señor sabe mejor que tú lo que te conviene.

La iglesia estaba decorada en blanco y azul, y si no recuerdo mal se llamaba del Carmen. El público endomingado en misa de doce abandonaba el local apenas concluido el oficio. Nos arrodillábamos entonces frente a un altar del costado derecho dedicado a una imagen de la Inmaculada. Iniciaba mi madre los rezos: «Dios te salve, María...» En voz baja yo también oraba fervorosamente. Un vigor nuevo me enderezaba la espalda, ya fatigada de toda la misa. Un bienestar inefable fluía de lo profundo de mi ánimo. Fijos los ojos en la imagen santa empecé a descubrir efluvios de gracia infinita. Las palabras bondad, misericordia, vagamente formuladas por el pensamiento, se convertían en realidad sosegada y venturosa. Y era como si todo el poder de los cielos se licuase en ternura. *Mater misericordis*, Madre del Eterno. De pronto, sentí que los ojos de la imagen se movían; su rostro también descendía levemente. Una sonrisa de infinita dulzura estremeció el ambiente. La Virgen sonreía. No me atreví a moverme. No comuniqué ni siquiera a mi madre aquella evidencia,

tan superior a mis merecimientos. Yo era obstinado, rencoroso y colérico; pero aquella sonrisa deshacía todos los nudos de los reptiles internos. *Mater misericordis*: esta invocación era mi eterno sésamo. Esforzándome oculté el llanto que nublaba mis ojos. Mi madre, absorta en su oración, no advirtió lo que había ocurrido. Salí de allí con mi secreto, para siempre... Más bien dicho, hasta que pocos años más tarde, unos pedantillos miopes lograron convencerme, en nombre de la ciencia, de que no había hecho sino experimentar una alucinación... El caso es que no he vuelto a tenerlas, como no las tienen ellos. Nos falta la pureza del ánimo.

Un estremecimiento fervoroso recorría la ciudad. Las parroquias y los barrios, el Obispado y el comercio, el pueblo todo se aprestaba para la fiesta de la Virgen de Guadalupe en el cuarto centenario de su aparición. Iba a ser coronada de diamantes y rubíes. La magnífica joya labrada en Francia, toda de oro y gemas valiosas, estaba ya dispuesta. Cada uno de los creyentes había contribuido con unos cuantos centavos, depositados en el cepo de cada iglesia del país. Prohibida por la ley toda manifestación externa, había, sin embargo, bastante tolerancia para no impedir que las familias, a su antojo, decoraran las fachadas, iluminasen balcones y azoteas. Con anticipación a la gran solemnidad nos dedicamos en casa a pegar papel de China en banderolas y farolillos. Con ramas de pino tejíamos guirnaldas que, enfloradas, se colgaban de los dinteles. En el barandal del balcón pusimos una tela tricolor con la estampa de la Guadalupana en marco dorado. Sobre el balaustre, vasos de agua teñida que en la noche, con una capa de aceite y una mecha, se volvían lámparas. En las calles del centro de la ciudad el adorno resultó fastuoso. Lunas de espejo y tapices cubrían los tableros de las fachadas y sobre el balcón tápalos de seda y mantones de Manila. En las cornisas una hilera de vasos de color para la iluminación nocturna. Flores en abundancia, en coronas o guías y en tiestos, pájaros en jaulas doradas.

Las avenidas, habitualmente silenciosas y casi desiertas, comenzaron a llenarse de peregrinos venidos de los distritos; también de un gran número de indígenas de serranías próximas. Repletas las posadas, los más humildes pasaban la noche en el parque o en el atrio de los templos. Y amaneció el día glorioso con repiques de campanas y cohetes. El sol de otoño iluminó un cielo sin nubes. Pulimentó las montañas y los edificios. La brisa del volcán refrescaba los rostros alborozados. A las once ya no cabía gente en la Catedral. Entre nubes de incienso y polvo y vaho de la multitud, fosforecían las bombillas eléctricas, desvanecidas por el sol que entraba a raudales. A las doce, las campanas a vuelo y el clamor de los fieles glorificaban el instante en que el arzobispo en la Basílica de Guadalupe descorría el velo sobre la imagen coronada: Reina de los Mexicanos. En los lienzos de las paredes y en los frisos, escrito con luces o con flores, resplandeció la leyenda célebre: *Non fecit talliter omni nationi*.

Afuera, como en día de fiesta patriótica, una multitud abigarrada rebasa las aceras, circula por el pavimento. Los puestos de frutas y las «fritangas» atraen forasteros; atruenan los gritos de los vendedores; indias bien lavadas, detrás de sus

ollas de barro, invitan a probar las aguas frescas de jamaica y de chía, la horchata de melón y el agua de cebada, la limonada.

Luz, calor y colores, confusión de castas, dialectos indígenas, trajes bizarros; todo el México misterioso y complejo que el sentimiento religioso, hábilmente ligado a la idea de patria, unificaba un instante. El *Non fecit talliter*, a través de nuestra historia angustiosa, podría parecer irónico a un juez imparcial; pero a nosotros nos confirmaba la promesa de un augusto destino colectivo.

La tarde se empleó en recorrer las iglesias ornamentadas para la ocasión. Tenían todas fragancias como de camelias o de jazmines, azaleas y azucenas. En torno a las columnas se habían puesto palmas, y en los frisos guías de laurel o de pino enflorado. El púlpito y los frontales de los altares lucían paños bordados. Pendientes de las arañas de la iluminación se veían bolas de vidrio de color y naranjas ensartadas de banderitas de papel de oro temblante. En las gradas de algunos altares se habían puesto tiestos de trigo crecido a la sombra, de un verde pálido misterioso. Una orquesta humilde pero melodiosa y voces dulces se esparcían desde el coro; en la transición del crepúsculo se apagó afuera el día; pero los cirios y las lámparas eléctricas prolongaron por dentro la solemnidad que se hubiera deseado inacabable.

No habían pasado tres días de la fiesta cuando una mañana fuimos sacados de clase a gritos y empujones. Reunidos desordenadamente en el patio del Instituto se nos agrupó a la cola de los estudiantes formales, a la vez que corría la orden gregariamente acatada: marcharíamos en manifestación contra el clero. Se nos repartieron banderas. Inició el desfile el portaestandarte del colegio; lo seguimos en número de cien o doscientos. En la calle tomó nuestra retaguardia un grupo de enlevitados, suerte de frailes del laicismo. A la entrada de la ciudad se nos unió una porción del populacho y comenzaron los discursos. En cada bocacalle hacíamos alto. Sobre el techo de un coche algún orador gesticulaba; en coro respondíamos: «¡Muera, muera!» Se me quedó el nombre de uno de los que arengaban: Lalanne... Raúl Lalanne, bien parecido, abogado joven y no sé si diputado al Congreso por... don Porfirio... Su fama se asentaba en simpatía personal y en la gloria de su padre, general de Juárez en la lucha contra el Imperio. Con ademán resuelto increpaba a los frailes y amenazaba los «conventículos». Detrás de algunas ventanas que la persiana velaba imaginábamos monjitas asustadas de las amenazas de nuestros conductores. Éramos el rebaño que lanzaban las logias como advertencia a la población católica que se atrevió a estar contenta el día de la coronación. Y de los gritos no pasamos, a causa de que los conventículos estaban bien protegidos por la policía porfirista, y nuestros liberales, valientes contra las reclusas, se mantenían respetuosísimos frente al último gendarme del régimen.

Llegamos hasta la Alameda gritando: «¡Vivan las leyes de Reforma...; mueran los curas...!» Los caballos de la policía, apostados en las bocacalles, hacían patente la farsa de aquel entusiasmo libertino que de ser sincero hubiera dado contra el Dictador. Obligados a gritar «¡Viva Porfirio Díaz!» junto con Juárez, desahogaban su despecho de serviles increpando a un clero ya sin poder, confiscado en sus bienes, tolerado apenas por el poder público. Y ante la estatua de Juárez se formulaban juramentos en nombre de *esta heroica juventud liberal del Instituto que incubó el genio de Ramírez*.

Tan poca importancia se daba a semejantes escándalos, que mi madre no se alarmó de mi intervención en ellos ni nadie habló del asunto al día siguiente. Se sabía que don Porfirio dejaba ladrar, de cuando en cuando, sus perros; pero no les permitía morder. Tan poco influyó sobre mí el plantel toluqueño, que lo dejé sin sospechar el conflicto de la doctrina aprendida en mi casa y la que en México impone el Estado.

Las fiestas guadalupanas terminaron el doce de diciembre —¿año 1895?—. La Navidad la pasamos triste y, si no me equivoco, días antes de Reyes llegó el telegrama largamente esperado en que mi padre nos anunció su nombramiento de contador o segundo jefe de la Aduana de Campeche. A las noches de ensueños con lágrimas sucedían ahora insomnios de ilusión ardiente. Pronto volvería a ver aquel rostro que irradiaba protección casi divina. Contando los días y las horas del trayecto en ferrocarril adornábamos la casa. Desde la víspera quedó decorado el comedor y dispuesta la mesa del desayuno. Y, por fin, nos despertó temprano el rodar de un coche a la puerta. Subió mi padre seguido de cargadores con bultos. Batió el corazón grandemente sobresaltado en tanto que los abrazos confirmaban el júbilo. Después, a destapar envoltorios con los obsequios, a enriquecer la mesa con las golosinas compradas al paso del tren por el Bajío.

Tan regocijados nos traía la marcha a Campeche, que no recuerdo detalles de mi despedida del Instituto. El paso rápido por la capital me renovó la impresión del alquitrán sobre el asfalto, olor de chapopote que extendía su alfombra de lujo nuevo al pie de los antiguos palacios de la Colonia.

Muchas veces he contemplado el panorama famoso del descenso de la meseta por el Ferrocarril Mexicano a Veracruz, o viceversa. He recorrido el camino en tiempo lluvioso y en la época de las sequías. Lo he observado de noche bajo la luna y más frecuentemente a pleno sol; pero nunca experimenté deslumbramiento parecido al de aquel primer tránsito por nuestra tierra cálida. Desde la víspera, imaginábamos el esplendor de los parajes más célebres: las Cumbres de Maltrata y el Puente de Atoyac. ¡Las veces que el Atlas ilustrado de García Cubas nos había anticipado tales goces! Me sobresaltaba, también, saber que, por fin veríamos el mar. Sólo quien ha pasado sus primeros años en la meseta, lejos de la costa, comprende la angustia de tener que estarlo imaginando sin esperanzas de verlo.

Desde la madrugada, horas antes de la partida del tren, estuvimos en pie, aseados y empacando lo que debía ir a mano. En la estación de Buenavista ocupamos un vagón de segunda apenas estuvo dispuesto, porque cada cual quería ganar asiento de la derecha, donde se obtienen las vistas mejores; perder una sola equivalía a privarse de un plato del banquete con que regalaríamos el alma sedienta del vino de las visiones hermosas.

Los llanos de Apan son feos con sus arenales pedregosos y la cuadrícula interminable de los magueyes; sin embargo, toman aspecto de castillo las construcciones robustas de las haciendas, y las aldeas seducen por el encanto singular de sus iglesias de portada barroca y campanarios ligeros. Un sol implacable calienta el páramo, y en el confín azul se engendran mirajes caprichosos. Nombres de epopeya como Otumba míranse decaídos sirviendo de rótulo al despacho de boletos del ferrocarril.

En cada estación se llenan los andenes de vendedores de esos extraños

comestibles deliciosos únicamente para los iniciados: gusanos de maguey y pulque, tortillas de maíz y aguacate.

La emoción del viaje comienza en Esperanza. Cambia el clima al iniciarse el descenso y se modifica la topografía. En vez de llanuras devastadas, montes reverdecidos y húmedos de lluvia reciente. A diferencia del aire seco y transparente de la meseta, una atmósfera cargada de aromas vegetales, acariciada de nublados que dejan lustroso el añil del cielo. Y en las laderas, sobre los prados, vacas gordas y apacibles; una impresión de comodidad favorable a la vida; distensión sedante tras de la vaga angustia latente del altiplano.

Como por los pasos de una complicada arquitectura el convoy penetra por la hendidura de las montañas, a la vera de los cantiles. Frescas orquídeas decoran un risco. Al fondo de un abismo corren aguas en perpetua efervescencia. Largo cañón rocoso y luego, en las abras, la amplitud del cielo sobre el océano de la serranía. En luz viva refulgen peñas y plantas que exhalan fragancias. En el vagón ha cesado el bullicio; los viajeros aplican el rostro a las ventanillas. Tiembla en el aire el ritmo de *allegro* que acelera el paso lento de la meseta. No sólo los ojos, los sentidos todos despiertan a la llamada de la armonía.

Cuando en los precipicios se asoma la cabeza al filo del terraplén, el vago terror se calma advirtiendo la solidez de los durmientes de acero y el seguro declinar del rodaje, la blandura de los muelles. Ferrovía construida por el sesenta, por ingenieros ingleses y mexicanos, es todavía la mejor de la nación y hace contraste con las más recientes entregadas por el porfirismo a concesionarios norteamericanos, que a la mala técnica sumaron el abuso de excluir al nacional de toda colaboración. Un tono de orgullo patriótico acrecentaba el efecto exorbitante de los panoramas.

Y hace falta proveerse de buen acopio de don admirativo, porque una tras de otra emergen perspectivas sublimes.

Sólo a caballo o a pie se las podría apreciar cumplidamente. Rápidos y deslumbrantes van quedando atrás vislumbres de picos nevados y valles feraces. Al lado de la vía, las grietas del granito rezuman humedad cristalina y se revisten de musgo. En las cañadas la vegetación teje malezas lujuriantes. A la orilla de un precipicio, los basaltos verticales dan testimonio del trabajo milenario de un torrente que a escalofriante profundidad se derrumba todavía más abajo y serena su caer con el rayo de luz que irisa las espumas.

Los túneles nos producían sobresalto divertido: no hay uno solo en nuestras rutas de los desiertos fronterizos; ahora, casi en cada vuelta, la locomotora taladra la montaña; la respiración se corta en la negra oscuridad humosa, y el ruido de la marcha ensordece; hay un minuto de zozobra y luego se inicia al frente una claridad que va en aumento; en seguida luce de nuevo la tarde espléndida. Los ojos se esfuerzan por captar las visiones maravillosas que se nos pierden para siempre. Pero otras más vienen a calmar la avidez. Privada de belleza el alma mientras ignora el trópico, ahora, por fin, se sacia y goza.

Avanzamos sobre un corte elevadísimo; las nubes al alcance de la mano se posan sobre abismos. De pronto, un claro en las gasas de la bruma nos descubre el llano de la sima amarillo de mieses, cuadriculado de riegos, salpicado de caserío de muros blancos y techos rojos. Impacientes, los espectadores gritan: «¡Maltrata!» Bajamos por la famosa pendiente que los guías del turismo titulan las Cumbres de Maltrata.

Al nivel del llano y por las cercanías de Orizaba, el territorio se ensancha, la serranía se aleja y la brisa adquiere tersura de velos, caricia de aromas. Sobre la tierra feraz tejen enramada los cafetos, más altos que un hombre. Lustrosos y ubérrimos ondulan los platanos. Surcan el valle corrientes cristalinas y rápidas, sugiriendo la fuerza que moverá turbinas. Apenas distantes, las montañas apretadas de vegetación parecen abrigar los frutos y los animales del paraíso.

Hurga el tren por la entraña de una manigua domesticada, embellecida con la humana tarea. Torres y chimeneas marcan la ubicación de las fábricas de Río Blanco y Nogales. Más allá, y emergiendo de la espesura verde, campanarios blancos, cúpulas rosadas, pórticos luminosos de Orizaba, la Pluviosilla, que nos pareció la bien lavada porque constantemente las brumas le pulen el firmamento azul y los aguaceros le lustran el empedrado de las calles, y las vidrieras de sus ventanas, sus fachadas y azoteas. Nutridos de aire fresco y balsámico, entramos bajo el cobertizo de la estación.

Público abigarrado de tierra intermedia, visten unos paños y otros lino. Una infinidad de vendedores se acerca ofreciendo racimos de plátanos; los hay grandes para freír, medianos para alimento y pequeños «dedos de dama» que ya son golosinas. Llamen la atención piñas de rabo lustroso sin garfios y leve rugosidad encendida, grandes como antebrazo y dulces, tiernas, sin una fibra. En cestos se ven naranjas ardidas de piel fina, jugosas. Casi se las desdeña ante el prodigio de los mangos, tipo Manila, gruesos y amarillos, moteados de negro por la maduración, jugosos y dulces hasta el hueso, de lámina transparente, color de ámbar. Abundan igualmente mameyes y chicozapotes, anonas y ciruelas. Fiesta de las frutas; si nada más eso nos diera el trópico bastaría para hacerlo región privilegiada del globo.

Lo que se ve a poco de traspuesta la estación de Orizaba es una de esas maravillas que justifican la afición de los viajes. Tan rápido resulta el encanto, que se quisiera deshacer el camino andado. Saliendo de un túnel, resbala el convoy sobre un puente ancho y prolongado pasmosamente sobre el abismo. Elegancia en el alarde técnico, sorpresa de no haber caído en la sima que nos circunda, serena marcha de los carros ligeramente frenados. Vasto panorama de la cañada y las selvas, todo compone una suerte de sublime armonía. Un barandal de hierro protege el estrecho andén; por encima miramos las pilastras, mitad mampostería, mitad entramado de acero. Esbeltas y macizas, describen leve curva y apoyándose sobre el lecho pedregoso del río sostienen el viaducto entre los flancos de la anchísima barranca. Salto entre dos sierras ornadas de vegetación lujuriosa y tupida. Ni una huella de camino, ni siquiera de veredas. Pronto en el otro extremo del puente nos traga la boca de un túnel.

Durante un instante nos vimos suspendidos en el espacio intermedio, maravillados e inquietos por atinar con la única salida del abismo, la oquedad minúscula y oscura por donde hemos taladrado la peña para ganar terreno sólido después de la proeza del salto. El túnel se abre a poca distancia sobre el flanco de otra cordillera, desde la cual vemos en perspectiva el conjunto del puente y la barranca famosa de Metlac.

Paramos en el Hotel Oriente, desde cuyas ventanas, nos dijeron, veríamos de mañana el mar. Comenzaba la noche y soplabla viento «norte», caía llovizna. La oscuridad lóbrega que a esa hora envolvía las ventanas por la dirección de la costa nos produjo desilusión. Y como no admitía plazos nuestra impaciencia, después de rápido aseo, nos echamos a la calle por los almacenes de la Aduana y el muelle fiscal. La verja de hierro estaba todavía abierta y nos fue fácil avanzar unos pasos hacia afuera del cobertizo. Una ráfaga huracanada y acuosa nos azotó el rostro; la luz del farol eléctrico se perdía en una masa de sombras. De pronto, un retumbo del piso levantó espumas que brillaron un instante en el reflejo del foco eléctrico. Azotó en seguida la ola casi delante de nosotros y barrió la anchura del espolón. Habíamos visto el mar terrible, o mejor todavía, lo acabábamos de sentir, hosco, inexorable.

Dentro del puerto la lluvia cesaba a ratos y el aire se ponía oloroso, con ese olor peculiar de la putrefacción y la vida combinadas; mezcla de algas, yodo y detritus, vaho tonificante que seduce al recién llegado aunque los habitantes de la costa ya no lo adviertan... Tras de callejas ahumadas y sombrías desembocamos frente a la torre del faro Benito Juárez. En la farola giraban los espejos; destellos cambiantes, firmes, triunfaban de la sombra del viento. Y era como un ojo auxiliar de la conciencia del hombre, metido dentro del caos y la furia de los elementos.

El caudal de los recuerdos no es precisamente la cinta del cinema que se desenvuelve rápida o lenta, sino más bien una muchedumbre de brotes arbitrarios, parecidos a las explosiones de la coherencia nocturna que unas veces revienta en ramillete de luces y otras falla dejando sólo humo. Así las imágenes en el juego del recordar acuden o se pierden según motivos que nos escapan y sin que la importancia de la ocasión suela ser decisiva para fijarlas. No es extraño que entre tantas otras me venga a la mente, clara como la vez primera, la visión de aquel mar verde y rizado que a poco de amanecer contemplamos desde la ventana de nuestro humilde cuarto de la vieja hospedería veracruzana.

Los buques no atracaban al muelle en la época anterior al drenaje de la bahía. Los pasajeros se transportaban en bote de remos hasta el barco fondeado a una milla de la costa. Y en tardes de «norte» como aquella en que por primera vez bogamos en el mar, solía ser más peligroso el embarque que todo el resto de la travesía... Sobresaltados, nos apretábamos dentro del barquillo que ya se clavaba en las líquidas simas, ya trepaba a la cresta del oleaje amenazando volcarse. El viento arrebatava nuestros gritos, mezcla de terror y de juego. Los bogas, con puños firmes, impulsaban, y el timonel atento a los golpes de mar los esquivaba sin evitar que, a ratos, azotaran la banda y nos bañaran el rostro o la espalda. Fueron unos diez minutos de angustia, seguidos del consuelo de pisar la escala, levantados casi en peso por la marinería, hasta los encerados de un vapor flamante de aseo. Apenas instalados nos hicieron ver, en la torre de las señales, la bandera negra que indicaba el cierre del puerto para las embarcaciones menores, precaución indispensable cuando arreciaba el

temporal. Orgullosos del riesgo que habíamos corrido, prolongábamos los comentarios: que si Fulano mostró menos temor que Mengano; que si tal ola fue la más imponente y pegó más fuerte que todas las demás.

Pero el entusiasmo marinero se cortó en seguida; el barco se hizo a la mar en pleno vendaval, y un mareo desesperado nos echó al camarote, a contemplar la claraboya ya opaca, ya clara, según el azote de las olas.

Cedió el viento al amanecer y el sol en pleno golfo nos deparó un día espléndido. No se veía la costa, pero nos sabíamos en la ruta de Grijalba. En el mapa de mi geografía escolar aquel rincón de Tabasco estaba señalado como el sitio de la tierra en que es más gruesa la capa vegetal. Cincuenta metros de humus para las raíces de una selva que imaginábamos hermosa y terrible. Al llegar la noche la luna iluminó el mar. Avanzaba el barco dentro de un halo y removiendo el silencio infinito, con el eco regulado de los pistones del motor. Una estela de viva luz marca el paso de la nave y la extensión líquida tiembla y cabrilea, irreal como las figuras de un sueño. Permea el ambiente dulce y misteriosa paz. Hablan las almas en diálogo lento mientras el cuerpo se entrega al reposo:

—¿Y es cierto, mamá, que algunos han visto cara a cara a Dios...?

—¿Por qué no? Es tan grande su poder que, sin empequeñecerse, sin dejar de ser infinito, puede revelarse a los limpios y justos de corazón...

Por el ojo del camarote entra todavía un rayo de luz; contagiada del cuerpo, la mente se adormece y el ritmo vibratorio del barco envuelve a sus habitantes y los transporta por la apacible, luminosa inmensidad.

Nuestra casa de Campeche tenía un balcón grande y dos laterales, sobre la playa y sobre el mar. Desde los barandales mirábamos a la derecha el muelle fiscal, sólido espolón de mampostería y cobertizo de teja colorada. Al frente, un mar de aceite poblado de velas y mástiles; barcas airosas de Noruega de cinco palos, veleros de tres y goletas; además, lanchones diversos, y el vaporcito de la Aduana; botes de remo amarrados a sus anchas. En la lejanía, un confín azul sin término y una que otra vela de pescadores remotos.

Por la línea de tierra un caserío reducido de dos cuerpos con tejados y azoteas, se cierra en los extremos con el macizo mamposteadado de dos fortines batidos de olas. Uno de ellos guarda todavía el cañón quitado al Lord pirata inglés que fracasó en sus intentos de rapiña. El saliente opuesto se usa como torre de señales.

Los bajos de nuestra casa servían de almacén de maderas y el patio albergaba un aljibe. Periódicamente la marinería extranjera se surtía en él de agua potable para sus barriles de a bordo. Ocasionalmente los tablones de pino del Norte salían de las calas noruegas para ser almacenados en el bodegón de nuestro primer piso inferior. Lanchones repletos del valioso palo de tinte —palo de Campeche— vaciaban sus cargas al vientre de los navíos.

Fuerte olor de humedad marina exhalaba desde el zaguán todo el departamento bajo de nuestra morada. Una escalera espaciosa de gradas bajas y anchas siempre oreadas, facilitaba el acceso a un amplio corredor, pavimentado de mármol a cuadros negros y blancos. Igual pavimento lucía en el salón ancho y con vista al mar, situado entre dos alcobas también con balcón y techos altos, paredes encaladas. Por todo mobiliario un ajuar austriaco de bejuco, sofá, mecedoras y silla, una mesita; y en las puertas cortinajes largos de punto blanco eficaces para mitigar la luz sin mengua de la brisa. En escuadra seguían otras habitaciones hasta el comedor opuesto a la sala.

Por camas teníamos catres de lona con mosquitero, según el uso en toda la costa; pero pronto los chicos aprendimos a disfrutar de la hamaca, suspendida dentro de la alcoba. Tan bien me acomodé en ella, que muchos años después he podido recobrar sin esfuerzo la habilidad necesaria para sentarse, recostarse y dormir sin desasosiego. El uso de la hamaca sugiere un aspecto general de rusticidad y aglomeración de bohíos; sin embargo, Campeche posee abundancia de casas señoriales, sólidas y enjalbegadas de ocre o de rosa, o de azul, con balcones y rejas. Los interiores suelen estar espléndidamente pavimentados con mármol hasta el patio, decorados con plantas. El empleo frecuente del pavimento de mármol en pequeñas baldosas cuadradas blancas y negras, se explica por los veleros italianos que lo llevaban casi de lastre, cuando acudían a cargar el palo de tinte. Por la misma razón abundan también en el puerto el ladrillo rojo y la teja de Marsella. El jardín público, las casas mejores, la Catedral, tienen el piso de mármol. Ciudad bien calzada, pues, y anchamente construida para una población doble o triple de la que había entonces. Me complacía confirmar esta última observación que anteriormente leyera en un

diccionario de geografía escrito en inglés y que formaba parte de nuestra pequeña biblioteca familiar ambulante.

La Aduana y el edificio del lado opuesto de la plaza desplegaban galerías de soportales a la italiana. En el jardín del centro había bancos de azulejos y camellones de follajes con jazmines de fuerte aroma. Fachadas en ocre vivo, luz intensa y azul profundo, calor y soledad.

El panorama desde nuestro balcón era para colmar horas contemplativas. Las velas pequeñas, perdidas con el horizonte, habituaban el ojo al mirar largo, distante y total. Soplos de brisa traen el gusto de la vida exúbera del mar, especie de prana acuático que entona y complace. En la playa una cinta de arena blanquecina refulge casi hiriendo la vista; el azul, en cambio, la reposa, claro en el firmamento, verdoso en la extensión del agua.

Diáfanas lejanías ensanchan el pensar y lo serenán. Cuando el sol llega al cenit y no queda una sola sombra ni en la tierra ni en el mar, todo lo que tiene vida busca el refugio de un techo o de un toldo.

Los bogas de piel tostada y recia musculatura trasudan la camiseta de punto, suspenden sus faenas y, tras del almuerzo, duermen. El comer abundante derrama el sudor sobre la piel bien bañada; pero luego la hamaca, al mecernos, finge una brisa. La imaginación, en tanto, trabaja con fiebre. Se producen dinamismos parecidos al que determina la acción de los explosivos. Irrumpen los ensueños desorbitados y, a veces, la naturaleza también saca de su calma comprimida el drama que la desfoga.

De la nada de un cielo claro surgen de pronto gases y en seguida nubarrones densos; el viento, minutos antes quieto, se torna huracanado; cuaja la lluvia en chorros. Rápidamente el cielo de azul se pone oscuro y las olas barridas por el vendaval se miran turbias, se rizan primero, después levantan crestas, se agitan los barcos, sacuden sus mástiles, corre la marinería arriando velas, afianzando las anclas, apuntando las proas sobre la marea. Los relámpagos ya muy próximos comienzan a coincidir con el trueno; deslumbra el zigzag de una descarga próxima. El firmamento se vacía en cascadas, los canales vomitan alegres chorros, inundan las baldosas de las aceras. Pronto y sin metáfora las calles son arroyos. En seguida, súbita, como vino, se va la tempestad y el cielo se abre lavado y azul, pulido y luminoso. Las casas mojadas, el empedrado lustroso, hacen marco a una prolongación riente, aliviada un instante del bochorno; anegada de luz después del baño de agua y de viento.

Ocupa el local de un antiguo convento, anexo a una iglesia, de torre barroca y portada en blanco y azul. Un moho de humedad mancha el encalado del doble piso con balcones. El patio lo cierran arcadas de cantería y sus baldosas están verdes de lama. Contiene la planta baja el gimnasio, la biblioteca y algunas aulas.

Arriba, contra los muros del corredor, había unas bancas destinadas al ocio. En lo alto de la pared, unos pergaminos en sus marcos recuerdan la hazaña de los alumnos del primer premio. Una puerta conduce al salón de actos decorado de cortinas en terciopelo carmesí, sobre los balcones de la calle y en el dosel que ocupa el fondo. En otro extremo la Rectoría, el gabinete de física y, en torno, las aulas. Modesto y reducido el plantel, no daba la impresión de abandono del Instituto toluqueño. Se veía animado de alumnos y bien cuidado en sus distintos servicios.

Al principio, la Institución me rechazó. Mis papeles no iban en regla, faltaban cinco meses para los exámenes; debía yo ir a la primaria superior, establecida en la acera de enfrente, para refrendar en ella mis estudios y poder ingresar al colegio en el próximo curso. Aunque es usual olvidar los dolores y guardar memoria únicamente de las alegrías, hay contrariedades que se recuerdan toda la vida. Me condenaban a un año de atraso. Mis padres insinuaron que había que someterse y esto acabó de obstinarme. Casi ni comía ni dormía y les amargaba el reposo. Hablé inclusive de que me mandaran a la capital para iniciar allí mis estudios definitivos. Se trataba de mi porvenir; no había ido a provincia para ser rebajado de categoría... ¿qué se creían los del Instituto!, etc. Y así fastidié horas y días. En el pecho se me clavaba un dolor y en la garganta una congoja y en la vista me cegaba una sombra. Tanto angustiaron mis quejas que mi padre movió desconocidos y amigos hasta lograr que me admitiesen de oyente, de supernumerario, pero no con derecho al examen de doble tiempo que se imponía a los extraños.

En Campeche comencé a asistir a cátedras especializadas. Los profesores eran, en general, superiores a todo lo que antes había conocido. Reclutados entre los profesionistas distinguidos de la localidad, cada uno trabajaba por afición, ya que el sueldo era mísero. No pocos prestaban sus servicios gratuitamente, según tradición honrosa de amor a la cultura y servicio de la localidad. Sin tan patriótica decisión de los particulares, el Estado, siempre en bancarrota, no habría podido remplazar a las comunidades en el servicio de la enseñanza secundaria que les arrebatara en la Reforma.

En el colegio campechano, además, y por lo mismo que no había de por medio gajes oficiales ni partidismo político, no existía la pasión jacobinizante y anticatólica del Instituto de la Toluca helada. Los de Campeche, fáciles de trato, «campechanos», no eran para estarse cultivando rencores ni de religión ni de política. Incluidos a la buena vida, despreocupados, bromistas, poetas más bien que teorizantes, ponían más orgullo en un buen decir que en el dogma creyente o partidista. Por ejemplo: nuestro profesor de Gramática, apellidado Aznar, abogado,

poeta y lechuguino, redactaba con énfasis largos párrafos del texto de otro Aznar yucateco, pariente suyo: «No acierto a comprender», etc., etc. El «no acierto» me dejaba impresión de suprema elegancia retórica.

Don Joaquín Maury se llamaba, si mal no recuerdo, el catedrático de Historia Antigua y de Grecia. Al texto francés de Duruy agregaba unas notas de geografía antigua con mapas a pluma y léxico erudito; el Ponto Euxino y el Hellesponto, el Chersonese y la Thracia. De una gramática latino-francesa y del Nebrija, copiábamos los ejercicios del *rosa, rosae, rosam*. Según mis recuerdos, nunca pasamos, ni en el segundo año, de la primera conjugación; *amabo, amabis, amabit*. El estudio se nos hacía pesado porque casi no traducíamos, y sólo se nos exigía de memoria el recitado de los casos y las conjugaciones.

En general, se abusaba de nuestra memoria y lo atribuía yo al atraso del plantel, infatuado como estaba por mi experiencia modernizante de la escuela de Eagle Pass. En esta última, la memoria quedaba circunscrita a la aritmética y el deletreo. Y aun en estas disciplinas se procuraba desarrollar la destreza más bien que la retentiva. A pesar, pues, de mi mala memoria y de mi resistencia, logré grabarme en la mente ciertos conocimientos útiles como las conjugaciones francesas, *J'ai, tu as, il a*, y la sintaxis de la *y*, con párrafos del Telémaco: *Calipso ne pouvait se consoler du départ d'Ulyses*, etc., etc. No éramos capaces de dialogar un minuto en francés, pero repetíamos versos y tiradas de prosa pronunciando a la manera de *Carcassone, où toutes les lettres sonnent*, y, peor aún, conforme a nuestra nativa prosodia castellana, modificada apenas con una que otra regla no muy fija como la de que *ai* suena *e* y por lo mismo se dice *pen* para pedir *pan*, aunque luego resulta que en París pronuncian *pan*.

En la clase de geografía estalló mi protesta. Bien estaba que en latín o en gramática se nos recargase la memoria; por lo menos, yo no conocía otro sistema; pero en geografía, magistralmente enseñada en Eagle Pass, no me sentía sumiso. Me agobiaba tener que repetir la lista de los nombres de los departamentos de Francia: Sena; Sena y Oise; Sena y Marne, ochenta y tantos títulos castellanizados por nosotros, es verdad, pero no por eso menos inútiles. Lo dije así en clase negándome a dar la lección. Quise aducir razones para mi negativa, pero el profesor se irritó echándome un regaño de esos que hacen época en un curso. Se llamaba el profesor don Evaristo Díez, y aunque mucho más tarde había de encontrar en él un afectuoso y desinteresado amigo, por aquel entonces se me convirtió en obsesión. Por muy injusto que haya sido su reproche, reconozco el bien que me hizo llamándome pedante, porque lo era. Humillado, pero advertido del peligro, decía: —Perderé más tiempo aún, ya no sólo en la clase de don Evaristo, sino también en la de historia, en la que nos exigían la lista de los reyes de Francia y de los emperadores aztecas, con la dinastía tlaxcalteca de Netzahualcóyotl. Por fortuna, olvidamos todo eso en el instante de concluir el examen. Lo que procuré retener con precisión, por desgracia corrió igual suerte de olvido: los personajes y los episodios de la mitología griega.

Más interesantes, sin duda, que la genealogía de los Capetos y los Luises, hacen falta para leer a Homero. Y menos mal que comprendía nuestro curso de historia griega un texto francés de Mitología. Aparte de que el *Telémaco*, texto obligado de la clase de francés, nos exigía repasar la epopeya helénica; sin embargo, nunca me sentí harto de meditar los sentidos y pormenores del mito.

El santuario del Instituto era la Biblioteca. Entraba a ella con emoción parecida a la que me producían las iglesias. El relente de los viejos infolios sugería el incienso, y la manera de ensanchar el alma con los libros se parecía al despliegue de la oración. No era muy grande la sala, pero sí acogedora. Una estantería de madera de zapote, morena y olorosa, cubría casi las paredes y encerraba pergaminos que fueron de conventos y volúmenes de pasta francesa adquiridos por la dirección. En algunos tableros sin estante y en el friso había figuras en honor de la Ciencia. Según recuerdo, una Astronomía, grave matrona con su astrolabio. Una turgente Geometría, armada de compás y en los festones, letreros alusivos al sistema de Copérnico, al principio de Lavoisier. Equivalía aquello a las imágenes que dan vida a los templos. Desde entonces me quedó la idea de hacer, alguna vez, una biblioteca más grande según el mismo plan.

El derecho de usar de aquella biblioteca fue para mí don mayor que el de asistencia a las clases. Nunca había tenido a mi alcance tal número de libros. Lo leía todo con la avidez del que va adquiriendo un vicio que subyuga. Un asunto que me llevaba a otro. El conocimiento del francés escrito era como haber obtenido el sésamo de nuevos mundos del espíritu. Me cayó en las manos una historia de la astronomía, desde los caldeos y Tolomeo hasta Leverrier y el descubrimiento de Neptuno. De allí pasé a hojear volúmenes de astrología y de magia. No me interesaba la técnica de cada ciencia, sino las conclusiones en cada caso alcanzadas. Por ejemplo: a la astronomía le hubiera pedido exclusivamente que me explicase los prodigios de la estrella de los Reyes y a la física el mandato que partió en dos el Mar Rojo. Desde entonces buscaba en la ciencia, no la tesis abstracta ni la receta del práctico, sino el testimonio y camino de la verdad total concreta y viviente.

Con la terminación de los exámenes y tranquilizado por un éxito fácil, pude aumentar las horas destinadas a la lectura. Por lo común pasaba las mañanas encerrado en la biblioteca. La tarde calurosa se dedicaba a la siesta y el baño. Por la noche, mientras mi madre atendía a preparar la cena en la cocina misma, donde auxiliaba a la criada, le hacía yo el relato de lo leído en el día o le leía en voz alta algún volumen. No sé si por accidente y curiosidad o por indicaciones suyas revisé obras tan abstractas como los dos volúmenes de Augusto Nicolás, sobre la Inmaculada Concepción; pero con ella leía mis clásicos escolares. Traduciéndole de una edición inglesa, la informé de Hamlet y de Lady Macbeth. Aparte de uno que otro de Calderón y de Lope, o Moratín, no había leído ella otros dramas; pero Shakespeare le desagradaba.

—Es muy feo eso de que todos acaban matándose —comentaba.

Regía mis lecturas el azar de los hallazgos en la Biblioteca, pero también me orientaban los diálogos que sobre toda clase de materias sostenía con mi madre. Cuando me quedé solo poco tiempo después, mi afición de lector decayó tanto que no escapé ni a las aventuras de un Hagar Reed ni al propio Ponson du Terrail. En cambio, al lado suyo mantuve un nivel de lector elevado y asiduo. Y fue ella quien puso en mis manos el acontecimiento libresco de todo aquel periodo de mi vida: *El genio del cristianismo*, de Chateaubriand. Para tomar reposo en la ardiente polémica, leíamos *Los mártires*, *Atala*, *René* y *El último Abencerraje*. Adquirimos así aun *Los Natches*, que no llegué a leer. Pero al *Genio del cristianismo* volvíamos como a un *leit motiv*. Después he comprendido que, viéndome leerlo, mi madre se tranquilizaba. No podía evitar que me ganara el ambiente incrédulo y afirmaba mi creencia volviéndola combativa en previsión de los riesgos que no tardarían en presentarse.

Por lo pronto, el intelectualismo de Campeche era indiferente más bien que irreligioso. Los profesores del Instituto toluqueño se hubieran sentido deshonrados si alguien los hubiese visto en misa. Muchos profesores del Instituto campechano iban el domingo a la Catedral, pero se quedaban casi siempre a la puerta, para ver salir a las señoras. Y habrían sido incapaces de interesarse por una disputa teológica. Sus preocupaciones mentales no iban más allá de la frase galana y la ironía. Sus ambiciones no sobrepasaban el deseo de bienestar y la sensualidad.

El verano de Campeche obliga a bañarse dos veces al día: una en la madrugada y otra al atardecer. Y aunque en casa había ducha, con frecuencia usábamos, calle de por medio, la gran piscina del mar. Uno de los bogas al servicio de la Aduana recibió de mi padre el encargo de darme las primeras lecciones de natación. Los primeros ensayos los hicimos de noche. Al entrar en el agua tras del marinero, el misterio de la fosforescencia, que los pasos levantan del fango marino, me dejaba suspenso.

El agua tibia del *Gulf Stream* en pleno trópico temblaba acariciante y exhalaba el olor tónico que complace en la sensibilidad. Desde la línea del horizonte, perceptible, no obstante la sombra, hasta el extremo firmamento, las estrellas cintilaban suspendidas sobre el estanque inmenso del mar en calma.

Obediente a los consejos del boga, tendía los brazos, los apartaba y, sin remedio, me hundía; si algo flotaba eran los pies. Paciente, el marinero me sujetaba del calzón o me tenía la barba; apenas me soltaba iba al fondo de cabeza. Avergonzado de sentirme tan torpe, pronto prescindí del maestro y decidí ensayar yo solo; con el agua a la rodilla, avanzaba estilo perro. No adelanté mucho más allá, pero sí lo bastante para presumir de poder dar lecciones a mis hermanas. A poca distancia de nuestra vivienda había unas casetas, metidas mar adentro sobre pilotes, ligadas a tierra con andador de madera. Nos desvestíamos por turnos; me adelantaba de experto con el agua al cuello, luego seguían mi madre y los chicos remojados dentro de sus batas de dormir. Empapándonos de frescura, abríamos los ojos, bajo el agua cristalina con fondo de algas verde pálido. Media hora después devorábamos un desayuno de chocolate con pan dulce. El pan de Campeche era entonces una especialidad inimitable. Por toda la República se vendían unas hojaldras azucaradas con el nombre de campechanas, pero sin igualar jamás a las legítimas. Tampoco había en parte alguna mejor pan de huevo ni pechugas y tostadas.

Concluido el desayuno me iba a la Biblioteca del Instituto. Ocasionalmente, acompañado de condiscípulos, recorría las huertas de extramuros, ricas en frutos raros. Pero necio consejo de médico nos había prohibido comer fruta tropical, que aseguraban produce paludismo y cólicos. Lo cierto es que lavándole la corteza, donde suelen criarse larvas, la fruta de tierra caliente constituye alimento preventivo y goce, el mayor de los que da el sentido del gusto. A escondidas me aficioné a los zapotes amarillos y chicozapotes, marañones, mameyes y ciruelas. La novedad me llevaba a la fruta dulce y madura; pero mis compañeros, hastiados quizá de mieles y aromas, preferían las ciruelas verdes y el tamarindo en rama. Este último, en punto de maduración, es de sabor penetrante, ácido y dulce, incomparable.

Poco a poco fue propagándose el contagio, y no sólo mis hermanas, también mi madre violó la consigna contra la fruta. La plaza del mercado nos quedaba a dos cuadras, del otro lado del muelle. Visitándola temprano se podía obtener por unas monedas de cobre una fuente de las ciruelas más dulces, rojas y doradas de toda la Tierra. Un montón de chicozapotes deliciosos valía «cuartilla». Los mangos

abundaban tanto, que al final de la estación los echaban en carros para arrojarlos al mar y librarse de las plagas de la putrefacción. El hueso del mango contiene una almendra aceitosa que los muchachos emplean para trazar dibujos obscenos, casi indelebles, sobre el enjalbegado de las casas más respetables. A fuerza de ver los signos de la generación así repetidos, la atención pública acaba por no advertirlos, igual que las desnudeces que se suelen ostentar en las playas.

Mi padre se encerraba en la Aduana; pero a medio día estaba de vuelta, siempre jovial y afectuoso. Sus únicas exigencias eran las de la mesa... La cocina campechana goza fama justa de ser la mejor del país. A los arroces azafranados, las aves y los lechones, añade peces sin rival en el mundo, como el cazón y el robalo. Además, una variedad de ostras, cangrejos, langostas, que se traen de la playa rocallosa, situada al Norte, y aparte los productos nativos, un tráfico asiduo por mar deja al mercado local buena provisión de latas, conservas y vinos a precios reducidos. «El palo de Campeche nos lo devuelven hecho vino», exclamaba mi padre a propósito de un tinto corriente que se gastaba de diario, inclusive en las mesas de los marineros. Los burdeos blancos y rojos ya embotellados los reservábamos para los días de gran guiso de pescado. La preparación de éste, según las recetas locales, resultaba estupenda gracias a cierto empleo del comino. Los escabeches campechanos, a base de ajos, son también inconmensurables. Y en materia de dulces nada iguala el marañón con las pastas de coco y de guanábana, auténticas maravillas del trópico.

En materia de calor, Campeche tiene de qué ufanarse. Después de los veranos de Piedras Negras, nosotros nos creíamos curtidos; pero aquella estufa del Golfo, con vapor en vez de aire, nos resultaba a ratos agobiadora. Las tardes de agosto son largas, preñadas de un «bochorno» que desespera. Ni el libro, ni la tarea distraen, ni el sueño alivia; sólo el sudor corre sin término. Se mece la hamaca en las largas siestas. Por el balcón se derrama el sol hecho fuego. La vista se entrecierra, herida por la reverberación de la playa de arena blanquizca. Por nuestra entraña las sollicitaciones lujuriosas de la pubertad, estimuladas con algún folleto obscuro leído a escondidas, prendían su propio fuego. Al caer la tarde unas indias metían sus muslos bronceados en las ondas, recogiendo la falda por la entrepierna. De pronto, interrumpiendo la pesadilla, sonaba la orden dada a la criada para que fuera por los refrescos de guanábana y de piña que vendían a media cuadra en una nevería titulada «El Polo Norte».

A menudo divagaba sobre el porvenir. Comiendo plátano endulzado al sol, frente a la taza de café y ayudado de alguna lectura de viajes, me quedaba mirando al mar quieto, extenso como el mundo. Imaginaba recorrerlo para asomarme a todos los puertos: en alguno podría sorprender lindas bañistas, sin temor de los mil ojos que desde las casas campechanas observaban la playa. Una tarde leía el *Tartarín de Tarascón*, de Daudet; sus aventuras tropicales resultaban un juego al lado de la verdadera selva que rodea a Campeche. Fascinaba la posibilidad de penetrar en aquella naturaleza espléndida, correr las aventuras de un cazador de pumas y jaguares. Los libros de Loti me gustaban por el bochorno luminoso de algunas páginas suyas que parecen escritas en nuestro Golfo. Conocí también las novelas de Bonafoux, concepto derrotista de la vida en la zona cálida, fiebre de mulatas y de paludismo, decadencia antillana, que el Campeche de entonces, criollo casi puro, no compartía.

Un régimen familiar moruno que pone a las mujeres bajo la guardia afectuosa de los jefes de familia y la predicación católica insistente, mantiene un estado social de estricta moralidad. Y apenas si a mi enemigo don Evaristo se le acusaba de buscar las apreturas de las iglesias para pellizcar, al disimulo, criadas y aldeanas. Alguna vez, al regreso de una excursión campestre, pasamos varios condiscípulos frente al barrio que imaginábamos codiciable y temible sin atrevernos a visitarlo. La imaginación, en cambio, durante la vigilia y en el sueño, agrandaban el misterio de la carne que despierta y exige los espasmos de su índole animal.

De poco me servía la confesión que seguí practicando cada dos o tres meses... «Anda, reza un padrenuestro» era cuanto obtenía del confesor. Mucho me hubiera ayudado si me dice: «Debilitas tu cuerpo, minas tu salud, te robas a ti mismo satisfacciones futuras...» En fin, libraba desamparado la única lucha en que no podía auxiliarme mi madre. Y, sin embargo, aun en esto, me dio el remedio relativamente eficaz. La penitencia, que no era para ella una palabra, sino una práctica. Se la

imponía en el rezo de largas horas de rodillas, no obstante su delicada constitución, y echando sobre sus hombros las faenas duras de la casa. Nos habituó desde niños al castigo del cuerpo como mortificación útil al alma. Si un zapato ya comprado lastimaba:

—Tómalo de penitencia —decía; y menudeaban las historias de azotes y cilicios aplicados a la carne para su purificación.

Molestias y dolores recomendaba ofrecer en desagravio de los pecados. No era necesario, pues, consultarla en el caso particular; cuando en las noches me despertaba un deseo violento, me pinchaba las carnes con el alfiler que previamente ocultaba en la hamaca y combatía desesperadamente las imágenes de la tentación. Otras veces, por supuesto, me vencía la naturaleza y me daba a ella con cinismo desconsolado.

No por preocupaciones de higiene, sino por el deseo de ser fuerte en la defensa personal y en la actividad cotidiana, me dediqué al ejercicio físico, como quien se administra medicina. En el Instituto nos daban clase de gimnasia con aparatos. El primer año se pasaba en sentadillas y flexiones de brazos, tendido el cuerpo boca abajo. De esto se pasaba a ejercicios de paralelas. Además, tenía enfrente la gran escuela atlética de los marineros que suben a puño por los cables o trepan escalas hasta la punta del mástil. Aprovechando las amistades de mi padre, solía meterme a las barcas ancladas para hacer ensayos más o menos torpes en las jarcias y aparejos. Pronto llegué a ser, en clase, de los que subían en escuadra el cable vertical del gimnasio. La existencia de vigas en cantidad en los bajos de la casa me dio la idea de un gimnasio privado. Invitando a dos condiscípulos comenzamos a desyerbar un segundo patio abandonado que correspondía a nuestra finca. En el trópico el desyerbe se hace a machete y cuesta sudor y aun encierra peligros por las víboras, los alacranes y escorpiones que es frecuente encontrar entre las piedras y las cercas. Limpiamos, pues, con precaución y escrupulosamente el suelo y la base de las bardas. En seguida, acarreamos algas, proveíamos de colchón nuestro gimnasio a la intemperie. Dos vigas verticales y una atravesada dieron sostén a un trapecio y a un par de argollas.

Con frecuencia me ocurrió subir al trapecio a pulso, pero sólo para quedarme sentado leyendo un libro. A pesar de cuanto se dice en contra de la gimnasia de aparatos, debo a Campeche y a su gimnasio antebrazos, bíceps y hombros que me han durado toda la vida, no obstante largos periodos de completo abandono deportivo. Gracias a la anticuada pedagogía campechana pude más tarde compadecer a mis condiscípulos de la capital, condenados a una simulación de calistenia sueca, bostezando a compás de maestros que un día nos ponían esgrima, según la última noticia del Liceo Francés, y al día siguiente nos ejercitaban con clavas. El afán de estar a la última moda desorganizaba, anulaba todo esfuerzo sincero en cada una de las ramas de la enseñanza positivista.

Campeche se mantenía apartado de las reformas confusas de la capital. No padecía el lastre de la masa proletaria que se vuelve instrumento de los demagogos, ni la plaga del niño rico. Los propietarios territoriales mandaban a sus hijos a Europa, y el alumnado de criollos modestos alternaba con los hijos de los empleados de la Federación, de los pequeños armadores y capitanes de barcos o comerciantes en pequeño. Los artesanos dueños de taller y no asalariados convivían en términos de cordialidad con las otras clases. Problemas de raza tampoco los había, porque aparte los marineros y los labradores de raza indígena, los habitantes blancos jamás hallaron contacto con el negro. Raro era el campechano de clase media que no hubiera viajado a Mérida y México y a La Habana o Nueva Orleans. En la única librería del puerto se vendía *L'Illustration*, de París, junto con las novelas de Daudet, Hugo, Lamartine. Y los hombres no se clasificaban, como en la meseta envenenada, en dos bandos irreconciliables, liberales y reaccionarios, católicos y ateos, sino que convivían culta

y despreocupadamente los escépticos y el obispo, los crapulosos y los austeros. Cuando yo hablaba de «nosotros los mexicanos», mis condiscípulos oponían reparos. Ellos eran campechanos y yo era «guacho», es decir, mexicano arribeño, hombre de la meseta, poco amigo del agua y vagamente turbio en su trato. La fiesta nacional era para ellos el aniversario de su separación de Yucatán. La fiesta del quince de septiembre era la fiesta de los mexicanos. El Estado de Campeche tenía su bandera que se desplegaba en las solemnidades, al lado de la tricolor nacional. Irritado mi patriotismo agresivo, pasaba a imperialista: Si era necesario, por la fuerza retendríamos a Campeche. ¿Qué iban a hacer ellos solos? ¿Pedir su anexión a los Estados Unidos como lo hizo alguna vez Yucatán? ¿Resultarían, ellos también, traidores?

El peligro *yanqui*, preocupación de mi niñez, no les afectaba. Ninguna idea tenían ellos de la vida fronteriza y el tenso conflicto que provoca el vecino fuerte. Ni lograban fraternizar con el mexicano de la frontera, tenaz y varonil, pero de una incultura que linda con la barbarie; no sólo en la costa, también en el centro del país, juzgábase al fronterizo como habitante de un desierto a donde no alcanzó la cultura española. Especialmente los establecidos más allá de Chihuahua, Saltillo y Culiacán, frontera cultural señalada por las catedrales de la Colonia, parecían vivir en un limbo de donde no acaban de hacerse *yanquis* ni llegaron a ser católicos. La ambición de mis condiscípulos y conocidos en Piedras Negras era llegar a ser conductores del ferrocarril o mecánicos; en todo caso, comerciantes bilingües y hombres de dinero y de empresa. La ambición de cada alumno del Instituto campechano era llegar a ser un gran poeta. Con todo, la posición de combate obligado en que se encontraban los del Norte les aseguraba una visión patriótica que no poseían los campechanos, desdeñosos.

La lección del nacionalismo llega al corazón de los pueblos sólo cuando palpan los efectos de la rivalidad económica. A su vez el localismo prospera sólo mientras dura la bienandanza. El mal gobierno del centro, al destruir Campeche con sus exacciones y con leyes disparadas como la que dio el cabotaje a las empresas *yanquis* de navegación, determinó el éxodo de más de media población. Centenares de familias se fueron de esta suerte, a engrosar el proletariado burocrático que es apoyo y azote de las tiranías; pero yo ahora procuro anotar el sentir de la época que viví en Campeche. Por ejemplo: al estallar la guerra entre España y Estados Unidos, y formarse los bandos escolares, la mayoría optó por el partido que llamaban de «los cubanos». Yo organicé el grupo de «los españoles», pues argumentaba:

—Sucederá lo que con Texas, que a pretexto de independencia se hizo norteamericana. —Y nos batíamos a palos y pedradas por la playa y por detrás del cuartel, hasta que un oficial, indignado por la rotura de alguna vidriera, nos echó un caballo y unos soldados que nos dispersaron a latigazos. Con el cuartel, sin embargo, manteníamos relaciones cordiales. Estaba de jefe de las armas un coronel enérgico y patriota que se ofreció a darnos instrucción militar gratuita a todos los alumnos del

Instituto. Durante varios meses, al caer la tarde, nos reunía en los llanos de extramuros, enseñándonos a formar y a romper filas, saludos y marchas y el manejo del máuser con las posturas elementales del ataque a la bayoneta. La idea de que nos preparáramos contra posible invasión de los Estados Unidos nos volvía indiferentes a la lluvia y al sol, nos entonaba los músculos en la fatiga; y aun disculpábamos el brillo de los galones sobre los hombros de nuestro coronel. Tanto empeño puse en la disciplina de las marchas y evoluciones, que pronto llegué a cabo de mi compañía.

El curso se vio interrumpido por el traslado de aquel buen jefe y su remplazo con otro que no quiso imponerse obligaciones, pero en general, me quedó, por entonces, buena impresión de las cosas de la milicia.

La costa de Campeche, cenagosa y de poco fondo, impide que los buques se acerquen al muelle. Para encontrarlos a cuatro o cinco millas del puerto, el vaporcito de la Aduana se movía semanariamente, seguido de un cortejo de lanchas y pontones para la carga y descarga. Y reinan, en cambio, junto a la playa, los pescadores. Mi padre, natural de tierra adentro, no tenía gran afición a los deportes del mar. Con todo, la facilidad para disponer de la hermosa falúa «del resguardo» y, en caso necesario, también del vaporcito, indujo a que varios domingos saliéramos de pesca. Reclinados sobre la borda del bote contemplábamos la hinchazón de las ondas, poderosa aun en el interior de un mar en calma; gozábamos del empuje lento y triunfal de las velas o nos extasiábamos ante la fugacidad de las nubes en el firmamento azul. Al llegar a los sitios elegidos se arriaban las velas, recibíamos cada uno su anzuelo, se ensartaba la carnada, y a probar suerte jalando al sentir el tirón del pez. Tensa la atención nos sobresaltaba sacar alguna presa pequeña; después me aburría tener el pensamiento en la presa y lo dejaba volar ondulando como las gaviotas por el espacio sin fin. Ya que entre todos se había llenado un perol de robalos, los marineros prendían lumbre sobre cubierta, y asaban o freían el pescado. O bien, si la excursión había sido formal, nos trasladábamos al vaporcito para comer en regla en el estrecho comedor, bien surtido, sin embargo, de vinos, conservas y pastas. ¡Ay!, sin el mareo, todo hubiera resultado estupendo. Por desgracia, una o dos horas después de la gran comida, la cabeza clavada en espera otra vez del tirón al anzuelo, empezaba a sentir náuseas, dolor en las sienes y una decisión desesperada de vender el alma a cambio de un metro de tierra firme.

Aunque me recreaba mirar las floraciones de las algas bajo el agua transparente y dócil a la quilla que la surca, en general prefería el mar desde mi balcón. Allá, sin trastorno interior del cuerpo, la imaginación se soltaba, grande como la inmensidad, libre como el soplo que impulsa las velas o las arrolla al mástil. Me sentía crecer la conciencia. Confrontaba mi alma con las cosas. Puesto por el azar en aquella pequeña ciudad de la costa, ¿qué era y de dónde venía?; ¿qué andaba haciendo entre los sucesos? El origen se me cerraba confuso igual que la maleza inexplorada que está detrás de Campeche. Si se supiera el *de dónde* se sabría el *para qué*. El para qué, sin embargo, tomaba las proporciones del mar sin fronteras. Estaba allí vivo para recrearme en el espectáculo de las aguas y el cielo bajo la luz. Una vida larga apenas bastaba para correr los caminos que los barcos abren en el mar. Recorrer, conocer, gozar el planeta, he allí, por lo pronto, un destino para muchos años por venir.

La serie de los abrazos al mundo. Además, había el otro espacio que fascina: el de la imaginación y el sentimiento y la vida; el trato de las gentes de todas las razas; aprender las historias y las fábulas, la ciencia y la literatura, la filosofía. Por larga que la vida fuese, apenas había tiempo para asomarse a la inmensidad de lo que es. Urgía, pues, usar intensamente cada uno de los instantes preciosos de nuestra perduración dentro del milagro ambiente.

Llenas de asombro pasaban las horas; aún quedaba otro mundo de medianoche que se penetra durmiendo. La conciencia se desnudaba en el sueño, como el cuerpo para el baño matinal, y esperaba: comúnmente el sueño profundo cerraba todas las vías de la sensación y el alma quedaba insensible. Pero, a ratos, dentro del sueño mismo, la conciencia enderezándose se echaba a vagar en los sueños.

Con frecuencia, el sueño iniciado una noche volvía a anudarse la noche siguiente, enlazando así una doble vida, por encima de la ordinaria; vida libre en la que era natural volar y obtener sin esfuerzo más de lo que ambiciona el día. La historia de los sueños que cada noche vamos pasando debiera escribirse, ya que se esfuma incapaz de dejar huella en las cosas. Un diario de la noche, memorándum biográfico de la odisea misteriosa del alma en la sombra. Itinerario del conato de existencia que se produce al soñar. ¿Por qué no escribí mi noctario, cuando aún soñaba?

Eran tristes los atardeceres de aquel Campeche que en el noventa y seis resbalaba la pendiente de una decadencia irremediable. Delante de nuestros balcones las faenas del puerto mantenían un simulacro de actividad; pero las calles interiores, aun las principales, se veían solas y abandonadas. Y cuando las cruzaba un transeúnte se hacía más patente el vacío porque dentro de las casas eran pocos los ojos a espiar. Un éxodo continuado iba dejando vacías las moradas. Los vestigios de la antigua prosperidad hacían más punzante la devastación inevitable. Filas de ventanas con rejas y zaguanes suntuosos permanecían cerrados y sin anuncios de alquiler, como si los dueños se hubiesen cansado de esperar inquilinos. En las barriadas más pobres, a veces, toda una cuadra de casas se caía por abandono, rotos ya todos los vidrios, sueltos los quicios de las vidrieras. En las mansiones principales solían quedar únicamente los viejos. La gente joven emigraba en busca de quehacer lucrativo. Un puerto que tuvo astilleros famosos por el buen corte, la riqueza de la madera de sus barcos, dejaba podrir los pilotes de las antiguas defensas. Naves extranjeras remplazaban el pabellón nacional y los marinos que no se marchaban descendían de categoría convirtiéndose en pescadores. Sordo al clamor de los pueblos, el gobierno de los pretorianos encarnado en un zafio mandón, rodeado de negociantes se hacía aclamar como progresista porque otorgaba al extranjero ventajas ruinosas para cada comarca. Cogida en el silencioso, deliberado desastre, la clase media se refugiaba en el favor del Ministro campechano que administraba la limosna de los empleos en la capital. En el hermoso jardín principal todavía la banda convocaba a las familias para retretas, pero cada día eran menos las bellas de porte lánguido, pálida tez y ojos negros. La casta criolla de lindo tipo sensual cedía a los rudos indígenas del interior que en callados grupos escuchaban el concierto a distancia y como si aguardasen el momento de ocupar las casas que abandonaban los blancos. Una que otra bella de fino linaje, rezagada de la emigración colectiva, veía con ademán ausente y como si sólo se preocupase del novio estudiante que la sacaría de sus lares en ruina.

Pesaba el silencio del atardecer. Repuesto apenas el ambiente de la quema a que lo sujeta el sol, ningún murmullo se agita, y los cuerpos, contagiados del letargo de la iguana durante las horas caniculares, se desperezan apenas se inicia la penumbra. Del desierto de una barriada remota emerge una voz de timbre en descenso perezoso: «¡Pan de cazón!, ¡pan de cazón!» Al hombro una olla de calabaza, moreno y esbelto, el vendedor indígena llama a las puertas. Un grato olor se expande cuando extrae sus tortillas de maíz con fritura de cazón con tomate, ligeramente picante, pescado delicioso, casi un pecado del gusto. Otros, en vez de cazón, venden pozol yucateco, un refresco de masa de maíz o de chocolate batido, según fórmula azteca.

Los días de novena tañía en la Catedral la campana llamando al rezo. Tomando por detrás de nuestra casa, entrábamos a la plaza por el portal para comprar, de paso, los jamoncillos de coco más ricos de toda la costa. Por las calles estrechas se mira el interior de un taller iluminado con quinqué. El zapatero martilla y canta: «¡Ay,

cocol...!, ya no te acuerdas cuando eras chimizclán...» La copla en boga que contenía referencia intencionada de ciertos panes romboidales que combinaron de nombre cuando empezaron a rociarles de ajonjolí. La Catedral, iluminada en su sola nave espaciosa y desnuda, se animaba un instante con el incienso y las voces cantantes.

Los domingos por la tarde acostumbrábamos excursionar por el campo. Por la puerta de San Román, dejábamos el circuito amurallado; atravesábamos la pradera rojiza, terrosa y salpicada de yerbal, con una que otra ceiba desmedrada. Envuelto en los oros del crepúsculo refulge el caserío blanco y ocre de la aldea de San Román. Llegábamos hasta la plaza enverjada de hierro. En un ángulo, la torre con su nave y encima un cielo anegado de rosicleres.

Dentro del enverjado los framboyanes en rojo y gualda estallan sin reventar. Los tamarindos fingen sombrilla de verde opaco; las vainas maduras doradas cuelgan incitantes, *haciendo agua la boca*. Se metía el sol por el lado de tierra, perdido en la ondulación vegetal de la manigua impenetrable, legándonos una hoguera de resplandores suntuosos: un tinte de mayólica bronceada se esparcía sobre el blanco sucio de las casas humildes. En seguida, por unos minutos, se ponía bermejo el cielo, y un mar cobrizo respiraba con prolongadas profundas pausas.

Después venía bruscamente el cambio. Un derrumbe oscuro caía del lado del mar y avanzaban las sombras envolviendo la tierra. A la luz de los faroles municipales el cazonero vendía su doble tortilla grasosa y entomatada, con relleno de picadura de pescado.

Regresábamos ya de noche, cierta ocasión, y a medio camino entre los ramajes de una marisma empezó a brotar un parpadeo; en seguida, un vuelo de luces. Eran como llamitas azules de entonación lunar; se posaban en el follaje; fosforecían y se levantaban en enjambres de minúsculas estrellas para volver a caer, más adelante. Deslumbrados, contemplábamos la aparición; luego, atreviéndonos, capturamos a capricho docenas de cocuyos. En ciertas regiones de la costa, los campesinos los embotellan, para improvisar pequeñas lámparas de mesa.

Otra vez contemplamos cómo nació del aire el turbión de la langosta. Avanzó por el lado de tierra una suerte de nube densa. Se puso la luz del sol como cuando hay eclipse, y un viento cálido, seco, empezó a regar los voraces ortópteros. Un rumor inquietante agitaba la sombra en marcha. Despavoridos corrían los animales y las gentes miraron entristecidas una como aureola amarillenta en torno de las cosas. En el fortín atronó el cañón que usaban para los saludos del puerto. Arreció el caer de la plaga; recogimos ejemplares resacos y ásperos.

El tétrico golpear, como de gotas sólidas en plena sequía, duró varios minutos: se cubrió el suelo de hormigueros monstruosos, y por fin pasó la plaga. Comentóse después la destrucción de los sembrados de los alrededores. El municipio mandó barrer las calles y desfilaron carretas de langosta muerta en dirección del vertedero de la playa.

Después de periodos de sequía abrasadora se producen ventarrones preñados de descargas eléctricas, que a menudo hieren en seco, antes de la lluvia o sin la lluvia. Luego, revientan los aguaceros; tras de ellos fermenta la humedad y brota el mosquito. Zumbando pican, inoculan. El estremecimiento de peligro proyecta visiones del vómito negro, y de *perniciosa*, que en veinticuatro horas manda al panteón a los robustos y sanos. Alternando con la imagen terrible, aparece la visión de una finca con un bosque de cocoteros a la orilla del mar. Allí pasamos algunas tardes dichosas. Desde el columpio de una hamaca miro al indio que trepa al cogollo de la palmera apoyándose en los dedos de los pies, arranca y deja caer los cocos, luego les taja con el machete un boquete, salta el jugo opalino y después, partida la nuez en dos, se escarba la pulpa tierna haciendo de espátula una astilla de la corteza.

Mi madre adelgazaba consumida por el calor excesivo. Le comenzaron ataques febriles de los que procuraba desentenderse, porque «no hay que ocuparse demasiado del cuerpo». Mi hermana Lola empezó a padecer unos cólicos en apariencia hepáticos, que exigían la aplicación inmediata de calmantes. Y en calidad de médico acudió a nuestra casa don Patricio Trueba, clínico famoso y a la vez director del Instituto. Más bien alto y grueso, con barba corta semicana y ejemplo sobresaliente de sabiduría y de rectitud. Enciclopedista de viejo estilo, gozaba fama de poder remplazar en sus faltas lo mismo al catedrático de matemáticas que al de historia. Durante mucho tiempo la cultura de nuestras provincias no tuvo otro refugio que la devoción abnegada de unos cuantos varones ilustres que al margen de la política y del partidismo aleccionaron a los jóvenes con el ejemplo, a la vez que en la cátedra procuraban defender los más elementales valores contra la mentira de los hipócritas y el atropello del pretorianismo.

Como médico, don Patricio hablaba poco, pero sabía dejar la impresión de que el enfermo tenía que sanar. Con una mano tomaba el pulso y sostenía en la otra el reloj de oro de precisión. Interrogaba sobriamente, luego pedía papel y recetaba. Ya para despedirse, tras de breve conversación, lo llevábamos al lavabo, ofreciendo uno la toalla, otro el jabón de olor, mientras la tía Conchita derramaba en el agua de la palangana un chorro de Colonia o de Agua Florida. Ajustándose lentamente los puños postizos de su alba camisa, don Patricio bromeaba y se retiraba caminando con gravedad. A mi madre le recomendó reposo y cambio de clima. Por lo pronto la mandó a pasar una temporada a la villa de Lerma, famosa por sus mariscos y por su brisa y sus palmeras, al borde casi de la playa. Unas amistades ofrecieron hospedaje, si mal no recuerdo gratuito, y mi madre se pasó unas semanas leyendo a la vista de las olas. Una o dos veces fuimos a visitarla, y como pronto se sintió aliviada, volvió con nosotros a reanudar la vida acostumbrada.

Desembarcó una mañana en nuestro muelle. Lo anunciaron escasos cohetes y lo seguía una comisión de funcionarios. Por debajo de nuestros balcones marchó indiferente, quizás afable. Vestía con elegancia, avanzaba con soltura, aunque tenía ya el pelo entrecano. Los provincianos sin duda lo envidiaban al verlo pasar. Los estudiantes del Instituto, que por cierto no fuimos convocados para aclamarle, conocíamos su fama de buen orador y aficionado a las aventuras galantes. Se alababan sus discursos escritos en buen estilo y sus ocurrencias escépticas. Se llamaba don Joaquín Baranda. En otro ambiente hubiera hecho un gran papel; metido en una administración de fuerza bruta y papeleo hipócrita, su esfuerzo abortaba. Él lo sabía y se consolaba gozando las oportunidades del buen vivir.

Observando al hombre célebre pensé desde mi anónimo balcón: «También yo podría caminar despreocupado a la cabeza de una multitud» Pero no me seducía hacerlo. Más envidia me dieron los oficiales del cañonero *Donato Guerra*, que una vez ancló tres días en la bahía. Visitamos su barco recién construido en Italia.

Le admiramos las máquinas, las piezas de artillería. Por la noche lanzaron su poderoso fanal sobre el fuerte en ruinas y sobre los cobertizos de la Aduana. Desde una azotehuela interior de nuestra casa vimos también cómo localizaban, iluminándola, la corte de la Catedral.

Envidiaba también la gira que ese año o poco antes consumaba alrededor del mundo la corbeta escuela *Zaragoza*. Las crónicas del viaje magnífico las leímos en una revista de la capital, recreándonos en nombres como Shangai y Hong Kong, envueltos de misterio encantado. Se podía sufrir la vida a bordo, el monótono flotar sobre las aguas, con tal de gozar los desembarcos entre poblaciones exóticas, y el constante devorar de horizontes hasta el confín de la Tierra.

Estaba seguro de que viajaría, aunque no me hallaba dentro de ningún uniforme; viajaría en barcas y también en los grandes paquebotes... ¡Mi porvenir se ocultaba, pero asomó una que otra vez la punta! Un día, mirando a don Patricio de paso por el corredor del Instituto para entrar a la Rectoría, me vi, yo también, de Rector, atravesando las galerías con arcadas de un colegio más grande que el campechano...

—Te llama don Patricio a su despacho —me dijeron.

Acudí sobresaltado, y el buen viejo me dijo que su hija estudiaba desde hacía tiempo el inglés, pero le faltaba la práctica.

—¿Quisieras tú ir por casa, de cuando en cuando, para leer con ella y conversar?

De haber podido resolver conforme a mi gusto, le contesto que no. La idea de adoptar estiramientos para visitar a la familia del Rector me era penosa; sin embargo, dije que iría. Mis padres acogieron con gusto la invitación. Me presenté pues, la primera tarde, todo encogido, mojado todavía el pelo por el baño y preocupado porque sobresalían demasiado los puños de mi camisa. El mismo don Patricio consumó las presentaciones, conversó un instante y me dejó en medio de dos damas, una joven de no más de dieciocho años, mi futura discípula, y su madre, entrecana, afable y culta con apellido de origen irlandés. Un extremo del corredor ensanchado con techo y cancel de cristales hacía de sala biblioteca. Todo el patio se abría a la brisa y a la luz, adornado con palmas decorativas y macetas de helechos. Contra la pared, una estantería de nogal guardaba libros de lujo. Al centro, una mesa con revistas francesas, inglesas y libros de estampas, incitaba la curiosidad.

La casa toda esparcía agrado; los sillones cómodos y amplios confirmaban las maneras sencillas, cordiales, de la acogida.

Examinó la señora mis gustos de lector; su hija poco, pero yo caí fácilmente en todo género de confidencias espirituales. Con vehemencia me puse a elogiar, criticar, disparatar; sólo de repente, al advertir mi pantalón corto, mi traza humilde y la belleza singular de la joven, me sentía confuso, enrojecí sin causa y hubiera querido despedirme para no volver. La buena dama, advirtiendo quizá mi timidez, me tocó la cuerda de Chateaubriand, por ejemplo, y volví a soltar la lengua en entusiastas y complicadas disertaciones.

Gradualmente la conversación a tres y con motivo del plan de las lecciones inglesas, se fue convirtiendo en práctica de dos. Pronto, también de las aburridas traducciones pasamos a la lectura en común, de obras más de acuerdo con la juvenil sensibilidad. No sé si a propósito de Atala, que yo le di a leer, puso ella en mis manos el *Pablo y Virginia*, de Bernardino de Saint-Pierre, clásico de nuestra gente del trópico. Lo que no leíamos juntos nos lo prestábamos. De su mesa me llevé la *Ilustración Francesa* para enterarme de las novelas en folletín que traducía a mi madre o leía solo. Una recuerdo apenas, creo que era de Theuriet y se trataba de un seminarista atormentado por el conflicto de la misión divina y el amor de una mujer. El asunto, de una infinita poesía, me preocupó hondamente.

Lamartine era también autor vivo de aquella época. Con mi madre leía capítulos de *Los girondinos*. Con la hija del Rector leía o comentaba la *Graciela*. ¿Qué admirable, seguro instinto, establece estas divisiones consumadas sin malicia?

Lo cierto es que fue la *María*, de Jorge Isaacs, el motivo, si no el pretexto, de mi primera inquietud amorosa en relación con la joven. Leyendo en voz alta alguna de

las páginas que preceden al desenlace trágico, se interrumpió ella porque las lágrimas velaban su voz. Continué yo entonces la lectura con inflexión también entrecortada y sin pensar ya en el texto y sí turbado por la presencia de aquella María viva, de voz bien timbrada y brazos torneados color canela.

Sin darme cuenta me aficionaba al óvalo pálido y los ojos amantes, los labios delgados y la frente pulida; la cabellera negra y abundante con lazo en la nuca, fragancia perfumada de la tierna doncella. Casi no la miraba cuando estaba con ella; en cambio, a solas, me recreaba su imagen, idealizándola. Sus pensamientos y sus gestos me arrastraban como el son de una música irresistible.

Habitado desde niño al placer de adorar, lo ejercitaba en mi madre y lo exaltaba en la oración; pero ahora, con el nuevo amor cuyo nombre no me atrevía a pronunciar, una necesidad de acercamiento físico se añadía al estado habitual del éxtasis admirativo. Me recorrían estremecimientos sólo de pensar en el roce de aquellos brazos redondos, y si alguna vez su mano chocaba con mis dedos en la lectura, una sensación de dulzura me colmaba. Sin saberlo, pero fiel al simbolismo de su nombre, Sofía cumplió conmigo la misión iniciadora en el saber humano. De ella recibí el morbo romántico que no se cura nunca; de ella aprendí el misterio que hace atractivos los cuerpos, ya sea que anuden o separen las almas. Su recuerdo coincide con mi despertar sentimental. Pendiente de su gusto me metí por las regiones nuevas de la literatura amorosa y soñé destinos enlazados a la dulce visión de sus ojos adelantados en mi senda.

Apartándome de las secas lecturas filosóficas y polémicas, supo comunicarme el gusto de lo conmovido y humano. Soltándome la pasión difusa ensanchó mi perspectiva del mundo. Y un poco también y con toda inocencia, hizo de clásica Eva que nos señala el bien y el mal, bajo el aspecto fascinante de la tentación.

Alrededor del cuatro de octubre soplaban los primeros vendavales anunciando el cambio de estación. Coincidían con el comienzo del curso en el Instituto. Mi posición se había hecho brillante en el plantel: primer lugar en algunas clases, en otras segundo. Y buen número de amigos para volar papalotes con colas de vidrio de botellas, para pelear como los gallos, hasta que alguno, cortado del sostén de la cuerda, salta describiendo piruetas. A veces para tomar mayor altura dejábamos la playa y lanzábamos el papalote desde el terraplén de la muralla, ancho como de cuatro hombres y protegido con parapetos de piedra.

En los bancos del colegio se perpetuaban discusiones. Relata un alumno acomodado los ocios de la vacación en su hacienda de las cercanías; el palo de tinte ya casi no se corta, pero, en cambio, aumentan los cultivos. La mano de obra llega en barcos reclutada entre los «guachos» miserables de la meseta, mal alimentados, ignorantes; los vence el clima, los agobia la tarea. Con el café y el plátano reciben cada mañana el puño de quinina que les reprime la fiebre.

—A veces hay que darles de palos para que trabajen —asegura el joven propietario.

—Cuando escapan —añade otro—, los cazan por la selva, los capturan y los ponen al cepo. No pueden dejar la finca, porque nunca acaban de cubrir sus adeudos con el patrón.

Protestando con violencia, los desheredados gritábamos:

—Son los propietarios los que debían ir a los cepos.

Sin tomarnos en cuenta respondían los ricos:

—Es que ustedes no tienen fincas.

Nos desquitábamos de ellos en clase, ganándoles primeros lugares. Un Lino Gómez, de humilde familia tabasqueña, era mi rival para el primer puesto; todas las primeras filas eran de la clase media, como que a los ricos, ¿qué les importaba el saber? ¡Tenían las tierras, las indias jóvenes, los esclavos viejos!

Mis hermanas asistían a la Academia de las Señoritas Steger. Francoalsacianas, emigradas por el setenta, muy jóvenes llegaron a Campeche con el padre, que les creó un pequeño haber. Al quedar huérfanas abrieron un colegio de enseñanza general, idiomas y música. La mayor, Clarita, fungía de directora de la Academia, a la vez que regenteaba un establo propio que vendía la mejor leche del puerto. Las Steger enseñaban a sus alumnas modales a la francesa, uso de guantes y polvos y recitaciones de versos en francés. Profesores auxiliares enseñaban castellano y matemáticas. Clarita daba las clases de música y como el Estado, después de cerrar los colegios, no sostenían uno solo para la educación femenina, las francesitas ejercían monopolio.

Cuando los del Instituto pasábamos frente a la Academia de las Steger, el corazón nos palpitaba de prisa. A través de las ventanas abiertas de par en par, según el uso indiscreto inevitable de la tierra caliente, veíamos rostros de rosa inclinados en los pupitres o faldas claras fugaces en los juegos del patio interior. Ninguna me atraía de un modo especial, y rara vez prolongué la contemplación; porque ya me seducían las mujeres hechas más bien que las chiquillas.

Por mis hermanas supimos la vida y milagros de las Steger. Mi madre solía visitarlas y yo las veía cada domingo en la misa. Clarita, la mayor, me parecía muy guapa, con sus trajes ceñidos color de rosa y sombreros de ala ancha, de playa; redondas y largas caderas, delicado el porte; casi una de esas heroínas de la literatura en que Sofía me iniciaba. La más joven se llamaba Antonieta, hermosa de proporciones, pero con un defecto en el labio. Había otra o no sé si otras dos, y todas gozaban de reputación intachable y estimación sin reservas. «Que te enseñen a pronunciar la u francesa», decía yo a mis hermanas. En el Instituto nadie acertaba y codiciábamos la dicción exacta de una lengua que empezábamos a dominar por escrito. Salimos todos de Campeche sin sospechar que, pocos años después, un parentesco inesperado nos ligaría con las Steger.

Mi madre nunca puso el menor reparo a la influencia que me llegaba de la casa del Rector. Al contrario, compartía con frecuencia las lecturas aconsejadas por Sofía. Y cuando estaba ocupada, me decía: «Léelo tú y luego me cuentas.» Leía yo la novela o el libro y le hacía relatos más o menos compendiados. Ella seguía los con interés que me parecía perfecto, manteniéndose al tanto de cada una de mis preocupaciones.

A pesar del mar y los raros paseos campestres, mi vida era libresca y reconcentrada. Con mi madre hablaba de lecturas o de problemas. Advertía ella duplicado en mí, su natural reflexivo y grave. Rara vez me dedicó alguna caricia, pero estaba tan en mí que yo me sentía su proyección. Mi padre, que era efusivo y dado a expresarlo, le reprochaba una tarde su gravedad que sólo por momentos en la discusión solía convertirse en acaloramiento. Estrechándola en sus brazos, mi padre le dijo: «Ya sé que serías capaz de dar la vida por mí, pero nunca me abrazas; pareces distante; no seas tan seria.» Aun con nosotros se portaba fría en apariencia; en realidad, su afecto, como una llama siempre encendida, no necesitaba tocar para manifestarse. Y parecía que nos tuviese en cuerpo dentro de su reflexión, aunque el alma suya fuese una lejanía serena y dulce. ¡Tan cerca de mí, interiormente, nadie ha llegado a estarlo!

Con frecuencia hablábamos de mi futuro. No le preocupaba determinarme la vocación. Me dejaba vivir libre a condición de tenerme siempre activo. «Lee de todo, conócelo todo; después serás lo que tú quieras; querer es poder y el hombre hace su destino, a diferencia de la mujer cuyo destino se resuelve en el matrimonio.»

Conocerlo todo, ensayar de todo; pero los hilos de esta trama aparentemente compleja enlazaban en torno de un eje inmutable: la fe católica, apostólica, romana. Todo sería legítimo, excusable, perdonable o laudable, con tal de que no me apartase un ápice del dogma riguroso de la Iglesia.

Salvar el alma, y el destino echarlo a los dados. «Podrá irte bien, podrá irte mal; nunca escaparás al hecho de que esto es un valle de lágrimas. Para salir de él no hay otra puerta que la estrecha de la fe.» ¿La doctrina de las obras? Excelente; pero aun para amar y servir al prójimo era menester hacerlo, no por el prójimo, sino por el amor superior de Dios. Nada valen las mayores obras en beneficio del prójimo si no se cumplen en estado de amor a Dios.

Así de precisa era su doctrina; y cuando me oía hablar de filosofía se interesaba tan sólo en la medida en que pudieran confirmarme la evidencia de la suprema realidad. Sencilla y terrible la realidad del vivir. El drama de la pasión había que vivirlo cada uno en su destino. Fe, esperanza y caridad, pero primero fe.

Ni confusa ni trágica, la tarea del vivir era simplemente un empeño victorioso sobre el mal en su trilogía: el mundo, el demonio, la carne. Para librar la batalla era menester lanzarse a la prueba con alegría. Era una dicha sentir por delante tantas horas, tantos días de aprendizaje, contemplación y goce.

La muerte se me presentaba distante y parecida a un vuelo; mi madre no la temía;

yo ni siquiera la meditaba. Si por acaso pensaba en ella, me venía a la memoria el poema de Gutiérrez Nájera, en boga entonces; lo escuchaba mi madre sonriendo:

*Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo;
donde parezca un sueño la agonía,
y el alma un ave que remonta el vuelo.*

La obra de la muerte se perdía en una lontananza, gemela del confín en que se pierden las velas diminutas de los pescadores, desde el observatorio de nuestro balcón.

Por ahora interesaba la vida con sus episodios emocionantes. Se acercaban los exámenes y con ellos concluía mi último año de Instituto campechano. El clima nos obligaba a partir. En la pared de los corredores del colegio releía los pergaminos con los nombres de los primeros premios de cada curso. Aunque mi ambición era ser astro en la constelación mayor de la Preparatoria de la capital, no quería irme sin dejar huella. Me preocupaba asegurar el primer premio de aquel año. Mis últimos meses los embargó el estudio. De tanto meterse en lecturas, el sueño mismo parece prolongar la inmersión en las profundidades de lo irreal. En el sueño se nos resuelven problemas que no atina a organizar el día. Junto con las inquietudes del aprendizaje, me sobresaltaba la proximidad de un nuevo cambio en nuestra vida familiar. Vendrían ausencias, dolores; sin embargo, el porvenir en definitiva tendría que resolverse como uno de esos sueños en que el esfuerzo concentrado en el vientre nos levanta del suelo y nos pone a volar con los pies de propulsores y los brazos de remos, siempre por encima de los abismos y del riesgo. En el vagar de los sueños recaía en Piedras Negras; pero de paso, igual que un visitante que se siente extraño, pues todo había cambiado, y yo tornaba a ausentarme. Mi pueblo ya no era mío, y el alma volvía a alzarse en el viento, llevando a rastras el peso del cuerpo, ya nadando poderosamente en las aguas, ya suspendiéndolo en el aire para avanzar.

En el curso ya se sabía que el primer premio estaba entre Lino Gómez y yo. Más aún: se admitía generalmente, y lo reconocía el propio Lino, que yo le aventajaba en probabilidades. Y si perdí no fue por exceso de confianza, sino por obra del reglamento. En las clases principales, cómodamente aseguraba la primacía, pero era requisito añadir a las pruebas teóricas algún conocimiento práctico. El ejemplo de Norteamérica nos obliga a transformar nuestra cultura de ideas en una civilización de manos y manufacturas. Mi madre me había estimulado a aprender la encuadernación, y tenía en casa un pequeño taller de donde sacamos algunas pastas en percalina. Para dorar los lomos, la plancha de planchar. Además, podía presentarme como intérprete y traductor. Gané en cierta ocasión mis primeros cinco pesos traduciendo unas guías de mercancías procedentes de Estados Unidos. Guardaba mi madre estos cinco pesos para comprarse con ellos sus primeros anteojos, tan pronto como pasase por la capital. Gozaba yo con la idea de que el primer oro conquistado por mi esfuerzo se volvería un aro con cristal que aumentaba el poder de sus ojos clarividentes. Pero

ninguna de estas pruebas era para ser tenida en cuenta en la escuela. Lo que allí deseaban por el momento era crear la banda de música del Instituto. Y se otorgaban no sé qué tantos puntos suplementarios a los alumnos ejecutantes.

Desde el primer año del Instituto nos habían dado lecciones de solfeo, cantado y escrito. Mi voz deplorable nunca lograba igualarse a los tonos; en cambio, la teoría musical me interesó extraordinariamente. Pronto dominé la técnica de las llaves de Sol y de la Fa. Escribí bastantes ejercicios sobre la pauta y creí penetrarme del papel que desempeñan los sostenidos y los bemoles. Inclusive tratados de composición me puse a hojear en la biblioteca. Entre tanto, Gómez, mi colega rival, se aplicaba en la escoleta a los ejercicios de pistón. Y obtuvo en música la clasificación máxima, quedándome yo con un decoroso «Bien», a pesar de tan prolijos estudios. A la hora del cómputo de puntos, el descenso sufrido en música me quitó el derecho a primer premio, que con toda justicia fue a dar a manos de Lino, otorgándoseme a mí «Mención de Primera Clase».

Y no quedó mi nombre grabado en los pergaminos de la inmortalidad campechana. Únicamente saqué un diploma con dorados y un paquete de libros. Consumó la entrega el gobernador, desde el estrado del Salón de Actos del Colegio, rebosante ese día de familias y de alumnos que aplauden.

Agobiado del sol que esplendía afuera y de la gloria que acababa de recoger a la vista de mis familiares, regresé a casa urgido por destripar el bulto de libros, que contenía las *Vidas paralelas*, de Plutarco; la *Historia Universal*, de Duruy, en cinco pequeños tomos, y no sé qué más.

Durante varias noches se prolongó entonces el placer vivo de acompañar a Alejandro por rutas de Persia, combinando el orgullo del descubridor con las satisfacciones del capitán.

Lo que más me conmovió de Julio César fue la inquietud que le hacía llorar porque corrían los años, se hacía viejo y no había consumado una sola acción ilustre. ¿Acaso no estaba yo también perdiendo mi tiempo en aquel oscuro rincón de provincia? ¿Iba a ser eso mi vida, pasar cursos, sacar premios y llegar de viejo a ser otro don Patricio, pongo por caso, y en el mejor de los casos? No; por fortuna allá estaba enfrente el mar que me libertaría. El mar es abismo, pero también es ruta y es destino. Y mientras sonaba la hora del cambio, lloraba el conflicto fascinante y trágico de Juliano el Apóstata.

Muchos términos de marino se habían incorporado a nuestro idioma de arribeños, o sea, de mexicanos del altiplano. Con familiaridad llegamos a usar el «vírate» en vez de vuélvete, y «banda» por lado, «popa» por trasero; también localismos como «no seas caballo» en lugar de «no seas tonto». Usando el nuevo léxico comentábamos la necesidad de abandonar aquel «fondeadero». En realidad, habíamos pasado año y medio dichoso en Campeche, y quizá presentíamos que al salir de allí quedaría liquidada para siempre la unidad de la familia. En adelante no volveríamos a disfrutar de sosiego. Sin embargo, no nos apenaba la partida. La capital nos fascinaba como a buenos provincianos. La posibilidad de inscribirme en un colegio metropolitano me causaba sobresalto vanidoso.

La primera que recibió el anuncio de nuestro viaje fue Sofía. Dijo que nos envidiaba. Ella también deseaba viajar y soñaba con trasladarse a la capital. En previsión de la partida formulamos un plan de lecturas urgentes, y mis visitas se hicieron casi diarias. Una tristeza dolorosa me llevaba a prolongar las entrevistas.

Alguna porción de mi conciencia anhelaba quedarse. Pero estaba desprovista de voluntad para resistir el empuje de todo el resto del ánimo, que ambicionaba partir. Me descubría un cariño entrañable para toda aquella familia bondadosa, y aunque nadie me lo pidió, formulaba promesas de volver a visitarla. Y efusión de ternura llorosa me desmayaba el paso cada vez que salía por el zaguán de la casa que había llegado a serme querida.

Un vapor pequeño de la Línea Ward nos arrancó al sueño ardiente del vivir campechano. A los dos días amanecemos bajo un alba gloriosa y sobre el mar que bate los murallones semiderruidos del antiguo Veracruz. A la popa nos seguían los tiburones. Ávidos y enormes, asomaban el lomo gris, resbalaban ligeros o tragaban los desperdicios esparcidos por el agua. Tras de larga espera, atracó a nuestra borda la lancha del práctico. Avanzamos y se acercó la sanidad; después un remolcador y lancheros para la descarga. Una marinería moderna, camiseta blanca y pantalón azul, tomó por asalto las bodegas, las cubiertas, los pasos todos del barco.

Me llamó la atención el espantoso vocabulario que usaban sin enojo, casi con la sonrisa en los labios. En vez del inocente «no seas caballo» campechano, injurias soeces y blasfemias que pierden sentido en fuerza de usarse, pero repugnan a quienes las escuchan y envilecen a quienes las pronuncian. En cambio, nos rodeaba el panorama veracruzano de rompientes, azoteas y palmeras. Separando la costa del agua, subsistían los restos de un murallón lustrado por las mareas, reverdecido de lama en las bases, prolongado por el contorno de antigua ciudad. Y hacia adentro un abigarramiento de cobertizos y cúpulas; lienzo de paredes blancas ennegrecidas por la humedad, pilastras techadas sólo de tejaván; construcciones de tres pisos con balcones de barrotes gruesos de madera, cornisas voladas y miradores. Frente a las casas pobres de las orillas, un tejadillo, y al lado una palmera, recordaban el clima implacable. Sobresalía entre los tejados un campanario barroco de azul y blanco,

adosado a una cúpula revestida de azulejos claros; un poco más distante la torre del faro cubierta de moho. Luego, a la derecha, el rompeolas que remata en el islote de Ulúa, con su castillo convertido en cárcel; inepto para defender a la patria contra el inglés, pero ufano porque castiga y amenaza las libertades del hombre.

No recuerdo la calle, pero era una casa pequeña en un alto con escalera propia, pisos de ladrillo colorado y dos balcones. Con escasos muebles nos instalamos a medias; por baño, los próximos del Amor de Dios, y a corta distancia, la Preparatoria. Aunque reducido a la categoría de «perro» reservada a los alumnos de primero y segundo año del patio chico, no cabía de orgullo al sentirme copropietario de las nobles arcadas, los patios aireados, las aulas y laboratorios. Repartióse mi tiempo entre las clases de varios años; por ejemplo: ya no repetí geografía, pero me atrasaron en matemáticas. No tuve que cursar inglés, pero me faltaban pruebas de dibujo. El currículum preparatorio se ajustaba a la síntesis positivista aderezada por Barreda. Con la ufanía propia de la edad aceptábamos sin discusión el supuesto de que nuestro método era el mejor del mundo. Ni siquiera sospechábamos que lo mejor del colegio, sus edificios suntuosos, era obra de una edad negada por nuestra enseñanza, pero más fecunda que nuestro tiempo. Entraba sin prejuicios a un establecimiento que mi madre creía laico, pero no sectario. Estaba satisfecho de mi cambio, y si algo echaba de menos eran unos ojos dulces y empañados de llanto después de ciertas lecturas tiernas. A menudo, desatendiendo las explicaciones de la cátedra, me descubría escribiendo sobre las páginas de las portadas de algún texto un nombre, reverenciado en silencio: Sofía. Nombre simbólico.

Investigando en sus raíces le descubrí el secreto: Sofía, Sabiduría; no en vano tantas cosas se me habían manifestado por su intermedio. La dulce imagen reaparecía entre las líneas del texto remplazando su contenido, engendrando pensares y fantasías que ningún escritor iguala. Subiendo las escaleras de la Preparatoria, contemplaba en ocasiones el vitral del descanso. La figura sedente, juvenil y serena que simboliza la ciencia comtista regida por Amor, Orden y Progreso, se convertía de pronto en una imagen morena, de ardientes ojos y sonrisa cándida. Sin compases ni globos y más bien como una especie de musa digna de ser invocada en el primer canto de un gran poema: Sofía, la de Campeche. ¿Fue sugestión de la *Jerusalén* de Tasso, que comencé a leer por aquellos días, lo que así exaltaba el recuerdo de mi ilusión perdida?

Todavía años después, al encontrar su nombre caligrafiado en alguno de los libros ya desechados, la sensación punzante y dulce tornaba a encarnar una imagen lentamente desvanecida.

El hogar se nos había vuelto triste. La ausencia de mi padre duraba ya varios meses y toda la familia hacía preparativos para reunirse con él en Piedras Negras, donde consiguió restitución de empleo. Mi madre disimulaba como podía el dolor de dejarme en la metrópoli. Por no separarme de ella pensé hasta en renunciar a los estudios. En la frontera me hubiera sido fácil encontrar trabajo en el ferrocarril o en el comercio; no lo consintió, ni yo lo propuse muy decidido.

Procurábamos no hablar de un dolor y una inquietud que se transformaban en ráfagas de rezo y fervor del futuro. La iglesia de Jesús María o el Sagrario nos

tuvieron muchas veces arrodillados frente al altar, pidiendo consuelo al Altísimo para una pena desgarradora irrevocable. Con frecuencia, habiendo confesado la víspera, comulgábamos en las misas tempranas del altar del Perdón. Me atormentaba lo fácil que era dar por terminada aquella agonía con sólo cambiar de decisión, pero sentía dentro de mí la resolución firme, y ella, sacrificada a mi futuro, cuidaba como nunca de infundirme la confianza magnífica con que entregaba a la Providencia sus angustias y perplejidades. Atenta a las almas, seguía descuidando los cuerpos. El temblor frío de la calentura me entraba a mí por las tardes, y le duraba a ella toda la noche la fiebre. Según suele ocurrir con el cambio de clima, se me había declarado el paludismo, latente ya en la costa. Lo de ella era más grave, pero tampoco le preocupaba: nos administrábamos la quinina y... «Ya no te ocupes de eso». Y no en el consultorio de los médicos, sino en el altar de la Virgen, es donde ella reclamaba la salud. También la fuerza necesaria para vencer los peligros del abandono que hacía de mí, en manos de los enemigos del Cielo...

La preocupaba la situación peligrosa que me crearía una enseñanza no sólo laica, sino hostil a la creencia en que me había educado, y a imitación de la Santa Mónica, extremaba el fervor de sus oraciones para sostenerme en la prueba. Exaltándose, a ratos me veía como un nuevo Agustín que ha de conocer el mal para mejor vencerlo. «Conociéndoles su ciencia falsa podrás combatirla con la verdad que ya conoces, y lo que sea útil, aprovéchalo» —recomendaba—. ¡Quién sabe! Acaso todas aquellas amarguras de nuestra separación eran el comienzo de un destino importante para el espíritu. ¡Aquel medio nuestro, empobrecido de ideal, rebajado en su dignidad ciudadana, está reclamando adalides!

«Eso no es para ti», había dicho refiriéndose a la mejor situación que podría ofrecerme Piedras Negras.

Yo pensaba lo mismo, y el orgullo de tal certidumbre hacía soportable la crueldad de la separación. Y con voluptuosa amargura contemplaba los patios de la Preparatoria, pensando: «Se llenarán de mí.» Atravesaba las calles antiguas y reposadas del rumbo universitario, adolorido en lo íntimo, mal comido y peor trajeado, indiferente a la pompa ajena, pero musitando: «Oiréis hablar de mí...»

Antes de romperse el nudo, nos ahogaba y procurábamos romper la tensión insufrible convenciéndose ella de que me estaba reservado un destino heroico; aferrándome yo a la ambición de un éxito brillante y rápido.

No por eso era menos amarga la prueba.

En las últimas semanas, para conversar con más comodidad hasta las altas horas de la noche, instalé mi cama en la misma alcoba de mi madre. Como quien se penetra de una música sacra, escuché recomendaciones, consejos y pláticas que no sospechaba serían las últimas. Hablábamos con pausas para la reflexión y resistiendo la fatiga que nos entregaba al sueño.

Cierta mañana me despertó la punzadura de unos sollozos muy próximos. Una especie de instinto contuvo mis párpados ya libres de sueño, dejándolos cerrados a

tiempo que una leve caricia pasaba sobre mi frente. Arreció en seguida el llanto, pero resignado, lacerante. Con fuerza dominé el ahogo que me subía a la garganta; mis ojos cerrados contuvieron la explosión del llanto que hube de tragar por dentro. Luego, como si todavía durmiera, fingí estirarme, pegando a la almohada el rostro martirizado. Cesaron los sollozos de mi madre, y unos minutos después hice como que despertaba. Ya ella, incorporada, secos los ojos enrojecidos, clamó con voz valiente: «A ver ese muchacho dormilón, que se levante para misa.» Evitábamos comentar nuestro dolor y llegamos hasta el fin, eludiendo esos desahogos desesperados que ponen en peligro las resoluciones más firmes.

Sin embargo, frente al altar, costaba trabajo retener el chorro de lágrimas.

Todo cuanto vengo refiriendo pasa delante de mi atención objetivado y ya casi indiferente; únicamente los recuerdos de esta separación suya son herida que jamás cicatriza, revive un dolor que me anuda de nuevo la garganta.

Los últimos días fueron de fiebre y de insomnio, con horas empapadas de lágrimas, fiebre de mis «intermitentes» palúdicas y desesperación del alma que se desgarraba; tuberculosis en ella y agonía de saber que no me vería más, según la apariencia del mundo. Sólo su gran fe de llama sin escorias lograba devolverle la sonrisa tras el llanto. En el sonambulismo de las emociones postreras, no me quedaba otra certeza que la punzada en el costado. Y perdido el apetito, desmayado el andar por la fatiga, perturbado el sueño por los zumbidos de la quinina, no hallaba reposo ni para el cuerpo ni para el alma.

Llegó el último día; salimos para la misa con las mejillas ardidadas por el sueño atormentado. Concluido en la Catedral el rezo, nos dirigimos a las oficinas del ferrocarril para las últimas diligencias del viaje. La comida de mediodía se pasó fúnebre; callaba todo el mundo, salvo la abuelita que dejaba correr el llanto. Al levantarnos de la mesa, tomé la decisión de partir. Cogí el sombrero sin despedirme de nadie, sin ver hacia la puerta interior donde mi madre se había retirado un instante a descansar. Sólo Gan se dio cuenta y salió a mi encuentro. Me hizo arrodillar en la escalera por donde huía y, sollozando, me bendijo. Un torrente de pena bajó sobre mí deshaciéndome. Sin reprimir ya los sollozos eché a correr por la calle solitaria inundada de sol de la tarde. No tenía adónde ir; sollozando a trechos, caminando siempre, agobiado de mi condena, anduve calles, atravesé plazas, intenté calmarme penetrando en iglesias semivacías; de todas partes me echaba un borbotar de ahogo. Llegué hasta la Reforma y, extenuado, descansé en uno de los bancos de piedra. El tráfico de gentes desconocidas, indiferentes, quizá dichosas, aumentaba la amargura de mi abandono. Si cualquier vago se me hubiera acercado, le cuento en seguida mi pena, rompiendo a llorar. Pero nadie me dedicaba ni siquiera una mirada. La soledad más completa caía sobre mí a la par de la tarde que lentamente se apagaba. Al encenderse las luces volví por el centro de la ciudad. Un remordimiento empezó a hostigarme: la hora del tren se acercaba y mi madre no tendría quien la ayudara a vigilar a los chicos, las maletas; por primera vez no me tendría a su lado en funciones

de hijo mayor. Sin duda había hecho mal escapando antes de tiempo; debía acompañarla hasta el vagón: quizá todavía era hora de alcanzarlos a todos en el umbral de la casa. Caminando de prisa, me acercaba a nuestro barrio, sólo para detenerme a la vista del Zócalo, cambiando en seguida de rumbo... En realidad no me necesitaban, reflexionaba; presentarme no era sino dar ocasión a escenas que además de insufribles eran contrarias al tono de austeridad que mi madre imponía a sus penas. Y me apostrofaba en silencio: «Sé digno de ella, reprime los gestos, ahoga las lágrimas. ¿De qué te afliges? Dentro de seis meses, en una tarde como ésta, los verás a todos juntos y alegres de recibirte en la estación de Piedras Negras.» Consolado un instante, miraba en torno la ciudad como un dominio que ahora me pertenecía por entero. Al rato, y con pretexto de imágenes triviales, una golosina vista al pasar en la vidriera de algún estanco y que en otra ocasión comimos juntos, el sitio por donde pasamos unidos, la frase que en tal momento se dijo, se abría otra vez la herida y corría de nuevo el llanto. Por los barrios apartados de la ciudad, cualquier interior iluminado me recordaba de pronto la vida familiar dichosa y apacible; todos los que se aman, en torno a la mesa dispuesta para la cena; dulce imagen de lo que en ese mismo instante se me perdía.

Y por encima de todo, era ella quien comenzaba a faltarme. Unos minutos más, y el tren echaría a caminar sin remedio. Ya ningún poder humano ni celeste podía evitarlo: partía ella. Dentro de una hora, dentro de media hora, ya no pisaría tierra de la ciudad. Un frío de calentura que va en aumento me sacudió la espina; luego, en las mejillas se encendieron llamas. Maquinalmente me iba encaminando a la estación de Buenavista. Eran ya casi las siete y cuarenta, la hora de salida del tren de Torreón. La vista del doble piso de ladrillo colorado con cobertizos y tumulto de viandantes y vehículos me quitó el aliento. Jamás he podido volver a pasar por esos andenes sin disgusto, y aunque muchas veces he pasado por allí rara vez lo hago sin dedicar un recuerdo a la mísera sala de espera. En ella estaba ya mi madre, siempre puntual. La vi desde una vidriera exterior. Aguardaba sentada en uno de los bancos ordinarios, rodeada de mis hermanos; contemplé su rostro enjuto, labios plegados y mirar penetrante. A pesar del surco doloroso de la frente, una aureola de pensamiento y de claridad le ennoblecía la expresión. Su tez demacrada tenía algo de cirio por el extremo que le penetra la llama. El sombrero negro con velillo le cubría los rizos claros todavía sin canas... Como quien colma una sed urgente, me embebía de su imagen; luego eché a correr, me perdí otra vez por la ciudad sombría, prisionero de una condena que no llegaría a levantarse jamás.

La tía Conchita había decidido quedarse en la capital en compañía de unas parientes conocidas entre los oaxaqueños con el nombre de las niñas Conde. En la misma casa me arregló mi madre pensión. Las niñas Conde eran dos solteronas viejas que liquidaron en Oaxaca un pequeño haber para instalarse en la capital con un «estanquillo», pequeño comercio de tabacos, dulces oaxaqueños, sellos de la renta del timbre y miscelánea. Parientes lejanas de mi madre, por excepción me hospedaban en un cuarto interior de su establecimiento de la calle de La Joya, hoy Cinco de Febrero. A eso de las diez, todo extenuado por tantas horas de vagancia dolorosa, llegué a mi nueva vivienda. Las amables señoras y mi tía tenían dispuesta una mesa en mi honor; pero en ese momento la jaqueca me oprimía las sienas. Cruzando apenas las palabras indispensables a la cortesía, me metí a la alcoba de piso recién pintado al rojo. El tremendo dolor de cabeza me tuvo largas horas entre dormido y despierto.

Ya un poco tarde, al día siguiente, asomó la tía Concha anunciándome el chocolate. Era famoso el de las Conde; lo molían en casa al estilo de Oaxaca, para venderlo en su estanquillo. No sé por qué empezaron a molestarme los cuidados afectuosos que me dedicaban. Examinaba el rostro de la tía Conchita como si lo viera por primera vez, y me daba la impresión de una especie de caricatura de mi madre. Cierta movilidad de la cabeza sobre el cuello que en mi madre denotaba reflexión profunda, en la tía, exagerándose, tornábase temblor angustioso y lelo. Y en vez del noble mirar despejado, unos ojos de pasmo gris claro, levemente desviados entre la frente inexpresiva y la boca ancha; máscara blanquecina con una que otra mancha de paño. Añádase a esto las constantes referencias a los ausentes, la sensación de estar en familia sin estarlo, la comparación a que obliga todo parentesco, y se comprenderá por qué decidí escapar de aquella casa... «Mira que se va a enojar Carmita», advertían las buenas señoras intentando retenerme. Pero, imperturbable, mudé el baúl y los libros al cuarto alquilado en una oscura pensión del barrio estudiantil.

Las clases me ocupaban todo el día; pero era difícil llenar las horas crueles del eremita, entre las cinco y las seis en que concluye el trabajo y la hora de la cena. Concluida ésta, la preparación de las lecciones me ocupaba hasta medianoche. El problema de las horas solitarias del crepúsculo me lo resolvió, por fin, la biblioteca de la Preparatoria. Con sensación de confianza y de orgullo esparcía el ánimo bajo la nave reposante, recorriendo con la vista la estantería. Más de veinte mil volúmenes a mi disposición, sin contar con los seiscientos mil de la Biblioteca Nacional, que también podía consultar a mi antojo. ¡Para eso me hallaba en la metrópoli! Por fin me sentía incorporado al grupo que disfrutaba el privilegio de los vastos recursos del saber. Los libros que en provincia conocíamos de oídas estaban al alcance de mi mano. Mis penas y mi soledad era el tributo de aquella participación en la soberanía de la Cultura.

¿Qué diría ahora de mí Sofía, la de Campeche, encerrada en su pequeña biblioteca privada? Pronto iba a sobrepasarla a tal punto que podría deslumbrarla si la

encontraba de nuevo.

Los días de fiesta religiosa, las tardes sin clase, me instalaba en las sillas de la ex iglesia de San Agustín, mal adaptada a Biblioteca Nacional. Empezaba a contagiarme el entusiasmo científico del preparatoriano, y leía el Humboldt de los viajes a Sudamérica y del *Ensayo de la Nueva España*. Leía también a Reclus en *El Hombre y la Tierra*. Sus juicios sobre la convivencia de las razas en América fueron el germen de lo que más tarde he escrito sobre el mismo tema. Me di también en aquella época a Buffon y a Cuvier, con su filosofía derivada del fósil. Más que la narración de los hábitos y las características de reino animal, me interesaba su relación con la existencia humana. Aun en este periodo de enamoramiento científico, me mantenía anticientífico sin saberlo, en el sentido de no importarme el detalle de la investigación, lo que más tarde han llamado «el comportamiento del reino animal», sino lo que no puede explicar la ciencia, el significado de la realidad zoológica en relación con el destino humano. Fácilmente avanzaba en el terreno de la historia natural; en cambio, mis tropiezos y mis disgustos eran cada día mayores con respecto a la disciplina matemática. Estábamos lejos de la matemática metafísica de estos últimos tiempos de novela cósmica, basada en el relativismo y los Eddington y los Jeans. La matemática de nuestra Preparatoria era el seco perogrullismo de las ecuaciones algebraicas y las raíces. Ni siquiera los teoremas me excitaban la imaginación. Nunca he comprendido el entusiasmo de los racionalistas ante el hecho obvio de que el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos. En rigor, entendí el teorema cuando conocí las demostraciones gráficas del discutido método Terrazas. Era éste una especie de iluminado, propietario de la más hermosa cabeza de aquellos tiempos.

Terrazas era un excomulgado de la Ecclesia Preparatoria Comtiana; sin embargo, sus textos nos servían de consulta al lado de la árida geometría de Contreras. Serie de problemas y fórmulas, como para alimento de un cerebro que fuese sólo máquina de cálculo. Ciertas curvas me interesaban tanto como el círculo me era antipático. En la parábola encontraba un símbolo de alto interés filosófico; el movimiento que se va al infinito, expresado por el signo ∞ . Las lucubraciones griegas y posteriores alrededor de la fórmula πr^2 , máxima aproximación de la rectificación de la circunferencia, me parecían faltas de interés trascendental, porque lo mismo en cuadrado que en círculo, el movimiento que vuelve sobre sí mismo es como la vida cotidiana que aburre y entristece. En cambio, la aventura de un móvil que no está obligado a recorrer elipses, inútil distensión del círculo, sino que siguiendo audaz trayectoria se lanza a lo ignoto, me parecía un caso en que el alma interviene en lo físico. Toda una simbología trascendental parecía derivarse de esa relación misteriosa de la curva con sus ejes, hasta que el movimiento suelta los amarres del eje y se lanza como nuestro anhelo, satisfecho sólo en la infinitud. En la teoría de la curva no veía, de esta suerte, una manera de delimitar la realidad para precisarla según cierto tipo de jerarquías, sino una manera complicada de organizar la materia para llevarla al estado del ser que no

conoce los límites. La forma instrumento del espíritu, pero no el espíritu.

Por eso mi temperamento amatemático creyó encontrar su afinidad en la mecánica. La esfera de la existencia en que las formas y las masas pierden su rigidez para reintegrarse a la corriente creadora, libertándose de la cristalización en lo finito. Ya no una aritmética ni una analítica, sino una dinámica. Rota la inercia por la masa del impulso, en seguida la masa se identifica con la fuerza.

El solo nombre, fuerza, me producía un arrobo de esencia mística. Ya no se trataba del obvio razonar que combina elementos en series equivalentes, como en la ecuación algebraica. En la mecánica intervenía el milagro y quedaba abierto el campo para la invención. Arquímedes tocó uno de los nervios del cosmos cuando puso la palanca al servicio de la inteligencia que busca propósitos. El mundo no es una cosa que se explica, sino fundamentalmente una zona de la que hay que salir. No había, pues, comparación entre una doctrina meramente matemática que nos explica cómo se distribuyen las cantidades dentro del orden espacio y tiempo, y la doctrina dinámica, que nos indica cómo se puede saltar de las cantidades al movimiento. Insertando éste en el ingenio, se produce la transformación de las cantidades en valores, y las cosas adquieren el temblor de los actos del espíritu.

Interpretando mi texto francés de mecánica, deducía que el mundo no es cosa de líneas y sólidos moviéndose en cartesiano espacio de pura extensión, sino juego de fuerzas. Una dinámica en vez de una estática y una especie de evolución de lo objetivo, que es acción. El mundo entero de los objetos dejaba de ser inmutable y geométrico y adquiriría condiciones de provisionalidad. Habría objetos mientras durase el periodo en que el alma los necesita para orientarse en el cosmos. Desaparecerían los objetos tan pronto como el alma recobrase, por el camino de la verdad, su fin excelso y postrero, una especie de salto de lo objetivo a lo esencial y desde lo humano a lo divino. Tal era la médula de la enseñanza de la mecánica. Y su símbolo, ya no la esfera de los pitagóricos, sino la espiral que arranca del hombre o pasa por el hombre, pero luego se ensancha y progresa hacia lo absoluto.

Mi gloriosa libertad duró apenas un mes. Mi madre, alarmada por mi desertión de la casa de las Conde, se puso en comunicación con unas amigas suyas, ordenándome que les tomara hospedaje. Me trasladé, así, a la pensión modesta pero casi distinguida que mantenían en la capital otras solteras oaxaqueñas: las señoritas Orozco. Calle de San Lorenzo, a una cuadra del jardín de Santo Domingo. A pesar de su situación económica estrecha, las Orozco se trataban con el mundo, poderoso entonces, de la colonia oaxaqueña. La mayor de ellas, Lupita, frisaba en los cincuenta, pero se mantenía entusiasta y conversadora. Era su gloria haber asistido al baile dado a Porfirio Díaz como Gobernador de Oaxaca. De él guardaba un listón que le manchó con champaña el propio Dictador al tropezarle con el codo una pareja. «Tiene la huella del héroe», decía. «Del asesino», me atreví a puntualizar una ocasión; pero ella, sin enfadarse, insistió: «Tú qué sabes, hijo; es un héroe.»

¿Por qué mi violenta reacción contra el caudillo de los mexicanos? Ni yo me lo hubiera explicado. Quizá el odio lo absorbía del ambiente. Jamás se le atacaba en público, pero se respiraba en el aire la antipatía violenta. Sin embargo, la cosa política no entraba todavía en mi sensación ni siquiera en mi léxico. Mi mundo era el del espíritu y no tenía tiempo para abrir los ojos en derredor. La tertulia de las señoritas Orozco me aburría. Era mejor la soledad de mi cuarto desnudo; sobre la cabecera de la cama de hierro tenía una pequeña imagen de la Virgen del Carmen, símbolo conjunto de la madre terrena y divina. Un montón de libros llenaba la pequeña mesa. Una humilde palangana de aseo prestaba también servicios para experimentos sobre la refracción de la luz. En los rincones, bajo las sillas, se acumulaban las tijeras, la hoja de estaño y las sales que había utilizado para construir una pila eléctrica. Con ella ensayaba los descubrimientos de Galvani, fascinación capital del recién comenzado curso de Física.

La pasión de la ciencia no menguaba mi fe ardorosa. Sin esfuerzo, y no sólo por complacerla, cada mes enviaba a mi madre la cédula de confesión. La obtenía arrodillándome al azar en cualquiera de los confesonarios abiertos al público en la Catedral. Los días transcurrían ligeros. Rodeado como estaba de compañeros igualmente pobres, no me preocupaba la estrechez material.

Las cartas de mi madre empezaron a hacerse raras. Mi padre se refirió una vez a su enfermedad; con todo, no me pasó por la imaginación la idea de que estuviese en peligro. Atravesaba un periodo de optimismo igual que si tuviese comprado un destino benévolo: impermeable a toda posibilidad de desventuras. El entusiasmo científico me tomaba todo el día, y por las noches la oración me llevaba al mundo de mi infancia donde mi madre era maestra y ejemplo. Los domingos, en la misa de la iglesia de la Concepción, los cantos, las plegarias, el olor de la cera, me restituían a una seguridad de que la vida es algo santo a lo que hay que entregarse sin inquietud... «Madre mía Santísima, te pido la salud de mi madre enferma...» una vez pronunciada en lo íntimo esta diaria oración final después de los padrenuestros y

salves, me parecía conjurado todo peligro por grande que fuese. En torno a mi acción había un fluido protector, y mi madre era el asiento y el medio, la cumbre de mi exaltado destino.

En la pensión había un huésped que empezaba a distraer mis ocios. Pariente lejana de Adelita, la madrastra de mi madre, la joven mixteca Serafina acompañaba en México a sus hermanos estudiantes, uno de Leyes, otro de Agricultura. Nacida y criada en un pequeño pueblo de los alrededores de Tlaxiaco, había pasado algunos años en la capital de Oaxaca, y ahora, en México, dedicaba sus largos ocios a recorrer con alguna de las viejitas Orozco las casas de los conocidos y los paseos honestos. Su única lectura, las revistas de moda, fue pretexto para que comenzara nuestro trato. Me traía sus cuadernos en francés a fin de que se los descifrara antes de cortar las telas. Y como todas las mujeres en el periodo de la cacería amorosa, aparentaba curiosidad por mis libros, lo mismo que en caso diverso hubiese simulado interés por el comercio o por la guerra.

Aparte de cierto barniz social y de una disciplina ética rigurosa, era un alma primitiva que no ataba ni desataba, ni poseía una letra de ciencia o de literatura. Una de esas pruebas en que hay que empezar a lo Robinson, transmitiendo los elementos de la aritmética junto con las nociones sobre la redondez de la Tierra. La experiencia resultaba tentadora para un pedante de mi género con pretensiones de enciclopedista. Y si a esta inocencia científica se agrega una morbidez sensual llena de recato y una intimidad de todas las sobremesas, se comprenderá lo peligroso y absurdo del lazo que allí se ataba.

Comparando mi nueva amiga con la Sofía de mis recuerdos conmovidos, descubría una como mayor comodidad en las relaciones mutuas. Con Sofía era menester mantenerse alerta por temor de incurrir en omisión o dislate. Sabía ella tanto como yo y en algunos asuntos más. En cambio, ahora podía disertar sobre las estrellas o sobre el funcionamiento de las vísceras internas en la seguridad de que la misma credulidad, fácil por indiferente, acogería mis discursos sin crítica.

Contribuíamos, yo con mi ciencia y ella con su opulencia física. Y complaciase mi vanidad, a la vez que ciertos rozamientos accidentales, las palabras y los gestos de coquetería femenina excitaban mis deseos reprimidos. Así fuimos cayendo en una relación ambigua que pasaba de amistad y no llegaba al amor confesado y franco. Por su parte, la imaginación enfermiza trabajaba dentro de mí, convirtiendo a mi honesta compañera de pensión en tema de un idilio incomparable. Y si no es verdad que el hombre pone y Dios dispone, porque no es justo achacar a la Providencia disparates, sí es verdad que, a menudo, las circunstancias nos van arrastrando a situaciones en que la voluntad y el buen sentido cuentan menos que el humo de un cigarro en el viento.

Con la mano derecha manejaba yo la ciencia que lentamente se me ofrecía sumisa, a través de textos y cátedras; con la izquierda abrigaba el recuerdo dulce de una madre en flor de santidad, y ante los ojos tenía en carne y hueso a la mujer, deliciosa promesa del futuro. Unos cuantos años de tesón en las aulas y, tras de una serie de éxitos fáciles, la prosperidad y la gloria. La certeza de mi destino me levantaba en vilo; flameaba dicha mi corazón. Transparente el aire, luminoso el día, gigantesco el perfil de la cordillera distante, así mi anhelo ensanchábase ilimitado. Y en una como acción de gracias inarticulable, paralela del gorjeo de los pájaros en las mañanas del parque, recorría los senderos floridos, descuidado el libro en las manos y lanzaba el alma por el firmamento, atenta a la dulzura de estar vivo y dichoso.

Transcurrieron así las semanas, despreocupadas y laboriosas, hasta que súbitamente, sin anunciarse, descargó el infortunio. Entraba silbando a mi cuarto un anochecer de tantos, cuando la criada me llamó al salón «de parte de las señoritas Orozco». Las encontré reservadas y graves; me hicieron sentar y extendieron ante mis ojos un telegrama: «Avisen Carmita grave, no hay esperanzas.» Y como propuse telegrafiar en seguida, pedir más noticias, añadieron: «Ha venido ya otro mensaje... Resígnate... Qué le vamos a hacer... Te acompañamos en tu pena...» Sin responder casi, me dirigí a mi habitación. Lo primero que logré concebir fue un reproche desesperado, un insulto a mi ceguera; hasta entonces juntaba cabos sueltos, expresiones de mi madre en sus últimas cartas, avisos velados de mi padre y aun ciertas alusiones de las mismas señoritas Orozco. Todo el mundo preveía mi desgracia y sólo yo me había adormecido en la más estúpida confianza... ¿Y todo por qué?... Y en aquel instante mi vista se levantó en queja temerosa, desgarradora, hacia la Virgen a cuya guarda la había confiado. Una sensación de hielo me recorrió la espina y me eché en la cama tapándome el rostro. Me latían con tal fuerza las sienes, que las apretaba en las dos manos. Aniquilado, vencido, sollocé, por fin, sin consuelo.

Pasó una hora y me llamaron a cenar. Me excusé de presentarme a la mesa, y la criada trajo algún alimento que dejé intocado. Por toda la casa pesó un silencio de cortesía que me causaba espanto. Sobre el pupitre, la vela sin despabilar chirriaba con ecos fúnebres. Vacilaba la flama como las almas en el tránsito sombrío... Estaba, por fin, delante de la muerte. Y la veía herir allí donde más daño pudo hacerme. En el vértigo del terrible misterio, perdía lo mejor de mí mismo, pues era ella la parte superior de mi ser. El futuro se me apareció, de pronto, devastado e inútil, como si un golpe en la nuca me hubiese apagado hasta el último destello de luz.

Una porción de mí mismo se había deshecho para siempre... Jamás volvería a ser el de antes... Me hallaba fulminado y hubiera apetecido la fiebre de algún padecimiento mortal.

Una sensación de oquedad y de páramo interno me cortó la vena del llanto. No alcanzaba sosiego y sentía odio del pensamiento... ¿Para qué me serviría la inteligencia sino para recordarla en vano? Ni dentro de mí ni fuera, por toda la

extensión de la Tierra, había nada capaz de suplirla... ¿Para qué, entonces, abrir los ojos, distender la atención? La irrevocable realidad de que no volvería jamás a verla, tal era la única verdad indudable y también mi condena sin apelación. ¿A quién, a quién acudir en demanda del ayer en que estuvo viva?

Sólo una voluptuosidad me consolaba: la de sentirme deshecho del cuerpo y extenuado casi como lo estaba ella en su lecho mortuario. Cualquier otro consuelo era cobarde. Apenas si una voz, la suya, clamaba desde la profundidad, y aunque me resistía a prestarle oído: «No ames lo que se ha de morir» —había dicho ella tantas veces—, y «sólo al Dios eterno has de amar.»

Dios, la palabra temida, me sonaba ahora terrible; ni osaba pronunciarla, temeroso de agravar mi secreto. Pues en mi soberbia le había pedido el milagro y con él había contado. Seguro de que mis oraciones la protegerían, ni me había ocupado de las noticias adversas que sobre su mal escuchaba. ¡Dios mismo me volvía ahora el rostro...! Mi desamparo comenzaba inexorable y total... Ensayé rezar; pero, al fin y al cabo, la oración es un ruego y no tenía en aquel momento nada que pedir, puesto que lo más apetecido se me acababa de negar sin remisión. Y no quería alivio de mi dolor, sino sufrirlo, desmesurado y eterno como la pérdida que lo motivaba. Pedir alivio o aceptarlo era complicarse en una traición. Al contrario, me comprometía a padecer inconsolable desengaño y odio a la vida: reconocimiento de su ponzoña. Y según crecía el tono de mi confusa indignación exterior, una subcorriente emotiva me apuntaba muy quedo la terrible advertencia... «Pecado de orgullo cometiste creyéndote virtuoso, a tal punto de merecer el milagro de una curación imposible.» Y ahora, «después del pecado de soberbia, pecas también contra la esperanza. Borrás del porvenir toda oportunidad de rehabilitamiento y redención».

Las amas de la casa, los hermanos de mi futura novia y ella misma se habían asomado a mi pieza para tratar de hacerme compañía; pronto se habían convencido de que era mejor dejarme entera la copa de la amargura. Aprovechando un rato de soledad, tomé el sombrero y me eché a la calle.

Un instinto de condenado me llevó a los sitios por donde más anduve con ella. La verja de la Catedral cerrada a tales horas me detuvo un instante. Cogido de sus hierros lloré largamente. La quietud de una medianoche apacible me serenó un instante. Los follajes del jardín, en torno, penetrados del reflejo de las farolas eléctricas, movidos por la brisa, proyectaban sombras fantásticas. Sitio para venturas de amor, en él me tocaba renegar del hoy y del mañana, pues no sería digno aceptarle a la vida compensaciones ni dichas. Aliviada la frente con el frío del enverjado, medité. ¿A estas horas su alma bondadosa anda metida en sombras y vaga por florestas desconocidas? En ese momento, sin embargo, por primera vez vaciló mi fe y no sabía si creer o no creer en el más allá de las almas. Y no sé qué oscuros sarcasmos asomaron a flor de labio sin llegar a formularse. Y martillaba mi mente la evidencia brutal de que jamás volvería a contemplar el rostro amado. Nunca volvería ella a penetrar por aquella puerta de la derecha para la misa temprana en el altar del

Perdón. Reflexiones elementales de este género me desgarraban o me producían rebeliones próximas a la blasfemia. Por gracia especial divina no llegó ésta a plasmar en mi ánimo. Más bien la dureza del golpe acabó por dejarme humilde. ¿Quién era yo para esperar o merecer milagros? Mi madre había cumplido su tarea y se iba al cielo. Allí andaba ya metida en luz como de luna. En torno a su rostro había un halo de paz. En el instante de la exasperación máxima, en el borde mismo de la blasfemia que acarrea maldición, su dedo invisible sellaba mis labios. Luego me empujó, me echó de nuevo a caminar. Tomé por el reloj, seguí rumbo a Peralvillo, di no sé cuántas vueltas, y ya que no podían sostenerme las piernas, regresé a mi pensión. La llaga abierta en el costado me molestaba menos que la cabeza transida de angustiosos pensamientos.

Pensando en la cama que ofrecía reposo al cuerpo extenuado, penetraba en mi habitación cuando vi, al fondo del corredor, la figura clara de mi amiga. Se acercó prudentemente y me sentó a su lado en el único banco del interior del pasillo. Todos los vecinos habían cerrado sus puertas y no había sino luz de luna en torno. Su mano oprimió la mía tratando de infundirme consuelo. Deshecho yo de gratitud y ternura, me hice el estúpido juramento de amarla por toda la eternidad.

Culpo a la necia literatura romántica, sin excusar a mi ingenua iniciadora, la Sofía de Campeche, de aquel yerro que nos había de pesar a los dos toda la vida. El hecho es que al sentirme desamparado de los poderes celestes, me acogí a la carne que embriaga y hace olvidar, aunque de hecho nos ate a la cadena de la pasión absurda que perpetúa las generaciones.

Era septiembre y faltaban dos meses para los exámenes. Abandonarme y perder el curso hubiera sido traicionar el propósito que motivó su sacrificio; en cambio, resultaba casi cuestión de honor hacerlo válido. Al principio no lograba concentrar la atención en el estudio. Las imágenes de la ventura perdida se proyectaban sobre la página del texto y removían la pena íntima. Era menester echarse a andar y castigar de alguna manera la inquietud del cuerpo, o bien distraerlo y hartarlo. Urgía un cambio total de ocupación y preocupación. Mis escasos haberes no permitían emprender viajes o ensayar excitantes experiencias. Recortando aquí y allá junté lo suficiente para el espectáculo de la canción y la pornografía. El «género chico» español, con decires de ingenio y lindas mujeres, estaba en auge. No pocos discípulos se pasaban la tarde o la noche en la galería del Principal, dándose ración de ojos sobre caderas y pantorrillas. Sumándome al público estudiantil aprendía a combatir mi melancolía con la excitación violenta del desnudo o semidesnudo femenino. No buscaba, como algunos colegas, las piecillas de aires más agradables, sino las más atrevidas en la incitación de la sensualidad. Por hábito de lucha contra el deseo había evitado, hasta entonces, las ocasiones de tentación. Ahora, al contrario, las buscaba, gozándolas con cínico abandono.

Y lo que antes había hecho por excepción y con desagrado, rendirme al amor callejero, ahora me parecía un goce y lo practicaba hasta el límite de mis recursos monetarios. Así es que regresaba a mi alcoba deshecho de cuerpo y estragado de alma. Estudiaba unas horas para no perder el puesto en la clase y me acogía al sueño como a una muerte provisional y casi deseando no despertar más. Indeseada, penetra por las rendijas de nuestra puerta la mañana. No puede ya traernos ninguna promesa. Y, en cambio, nos confirma en la desgracia. En el sueño, acaso imaginamos que todo ha sido una pesadilla que se disipará con el alba. Pero el despertar realista y amargo aniquila la esperanza. Descuidado en el arreglo físico, desganado en la mesa del desayuno, desmayado en la marcha por las calles luminosas, pero vacías de contenido de espíritu, únicamente al trasponer el zaguán del patio grande de la Preparatoria me acogía un soplo del ímpetu antiguo. Empujaba la ambición. No era posible presentarme en Piedras Negras con un desastre como final de año. Además, paseando la mirada por las aulas, los laboratorios, las salas de lectura, recibí la impresión del que abarca un botín. Cada una de las ciencias allí cultivadas sentirían la garra de mi ingenio; era menester sobresalir en todas...

Cuando recogí mis notas, tragando lágrimas porque ya no tenía a quién mostrarlas, comprobé ciertas calificaciones máximas con la naturalidad de quien recibe lo que se le adeuda. No obstante, una vaga, pueril vanidad susurró para sí misma; «Está visto que no sólo en Campeche». Más que la sensualidad, la ambición se iba imponiendo al quebranto y cambiaba las imágenes fúnebres por otras de acierto y de brío. En los sueños su imagen se me aparecía rodeada de esplendor lunar y sonriéndome. «Estoy de paso —parecía decirme—, y para quedar más cerca de

vosotros sólo más tarde escalaré los cielos.» Así que ya no la necesitáramos, ella se iría más allá de la Luna, cielo adentro, a la final beatitud. Desde una penumbra angustiosa mi alma le tendía su anhelo, se apoyaba en su seno. En el instante en que iba a tocar su túnica negra sobre la rodilla, sedante, y justamente cuando ella extendía también la mano para poner su caricia en mi frente, una sacudida brusca me despertaba. Palpándome el rostro no hallaba otra huella que la del llanto. ¿Lo ocasionaba la dicha del sueño o el despecho del despertar?

El fin del curso determinó cambios de importancia en la vida de nuestra casa provisional. Durante los meses de vacaciones las señoritas Orozco se marchaban a Oaxaca; mis futuros cuñados, con mi novia, salieron para su pueblo de la Mixteca. Los últimos días quedé solo en casa con la criada. Era ésta una vieja cocinera oaxaqueña que a menudo se asomaba a mi cuarto para darme en su charla un relato confuso de cosas y personas de la provincia. Citaba nombres que ya conocía por haberlos oído en mi infancia, y casi ni prestaba atención a sus cuentos, salvo una vez que me dijo: «Tú debías llamarte Castellanos... tu padre es hijo del cura Castellanos...» Tan inesperado aserto me produjo perplejidad. Me di cuenta de que nunca se habló en mi casa del abuelo paterno. Cierta o falsa la versión, ni me ha preocupado ni he vuelto a escucharla, me preocupó, y sólo muchos años después supe la verdad: mi padre había sido un bastardo pero no de cura, sino de comerciante español acomodado y aun noble de estirpe.

Con sabor amargo en los labios me acercaba a Piedras Negras, ya no el pueblo en que se ha soñado, sino el sitio de la más tremenda pena del ánimo. Temía el encuentro con mis familias... Anticipaba el golpe de verlos de luto. Nos daríamos un abrazo, pero sin apretarlo demasiado, por peligro de hacernos daño en la herida interna. No se produjo ninguna escena dramática: la recepción se desarrolló rápidamente merced a los carricoches que de la estación nos transportaron a la vieja casa de la esquina del parque. En la perspectiva conocida nada había cambiado. Mis hermanas, un poco más crecidas, redondeadas por la pubertad, se veían más blancas bajo las telas del luto. La distribución de las habitaciones, el abandono del patio, coincidía con el recuerdo de la época infantil. Y aun podría imaginarse que no habíamos estado en Campeche ni habían corrido los años y cambiado los panoramas, si no fuese porque, en el mismo instante de apuntar la idea optimista, una punzada violenta recordaba la falta de lo único que realmente nos hubiera complacido hallar intacto y vivo. Como por tácito acuerdo evitábamos hablar de ella, así nos refiriésemos detalles de la vida común. Sólo la abuelita, incapaz de contener sus ojos cansados, lloraba a menudo sin comentar su llanto. Otra novedad fue que, a eso de las doce, Concha y Lola empezaron a asomarse a la puerta, entre inquietas y alborozadas. La abuelita no vaciló en prevenirme: «Estas niñas, tan jovencitas, andan ya entusiasmándose porque unos tipos les pasean la calle.»

Y, según el uso de la época, apenas advertí que mis hermanas miraban en dirección del jardín de enfrente, me eché yo a la acera con aire provocativo. Pasaban, en efecto, dos jóvenes del lugar. Desde mi puesto a orillas de la acera, los desafié con la mirada; ya podían venir, si osaban. Ahora mis hermanas tenían quien las defendiese. Aunque atractivas por su juventud, Concha resultaba fea con su rostro pecoso de frente grande bajo el cabello castaño claro. Sus ojos inteligentes, pequeños y grises, sus pestañas escasas, la predestinaban con claridad para la ciencia, no para el amor. Así me lo advertía el instinto antes que lo confirmase la experiencia. Se hacía, pues, más necesario protegerla de un galanteo que serviría únicamente a la fatuidad de un necio. A puñetazos decidí terminar semejantes relaciones. Por lo pronto, ya tuve ocupación periódica: mantener la guardia en la puerta en las horas consabidas. Con enojo, las chicas protestaban, pero puertas adentro. Afuera logré ahuyentar a los importunos. En efecto, en la frontera se reconocía el derecho del hermano a intervenir, violentamente si era necesario, en defensa de las de su clan. Tanto, que lejos de tomármelo a mal, cierto día que pasé junto a un grupo masculino que conversaba en una banca de la plaza, alguien me hizo seña invitándome a acercarme; entre otros, reconocí a los que paseaban la calle a mis hermanas. Temeroso de aparecer intimidado, me acerqué. «Ven a sentarte con nosotros —dijo una voz—; soy Fulano de Tal y éste es Zutano», etc. Me acogieron así, cordialmente, como vecino y paisano.

Lola era una rubia pálida del mismo tipo que mi madre, según lo comprobaba el

retrato juvenil de ésta. Su cuello largo y fino contrastaba con el muy corto que Concha y yo tenemos. Afilada la nariz, los ojos claros y rubio el cabello. Lola se parecía poco a Concha, de ojos grises y pelo desteñado. También por el humor ligero discrepaba de Concha, reflexiva y apasionada. Lola, en apariencia vehemente, ponía la cabeza delante del corazón; había nacido para la tierra. La otra, reprimida y ardiente, acabaría en el renunciamento.

Apenas en sus doce años, Mela era ya la bonita entre las tres. En Mela, reducción familiar de Carmela, designaba ya una pequeña belleza de pelo negro y ojos claros. Muy blanca y de temperamento nervioso. Ya se permitía ensueños mundanos, según el que nos refirió una vez: Bajaba las escaleras de mármol de un palacio en fiesta, cogida de la mano de un lindo paje.

Seguían en escala cronológica dos varones, Carlos y Samuel, de once y diez años, y una mujercita de nueve: Soledad. Todos muy unidos y bulliciosos, no obstante la nube de la materna orfandad.

La plaza había mejorado con un nuevo edificio municipal. Doble construcción de ladrillo colorado y mansarda negra, estilo texano francés, resultaba horroroso, a pesar de que había costado un exceso. Mirándolo en la esquina opuesta de la iglesia, recordaba mi palacio infantil del corral de nuestra primera casa fronteriza. Cuánto mejor lo que hice entonces, que el adefesio levantado sin consultarme. Era doloroso lo que hacían con mi ciudad aquellas autoridades cretinas. En cambio, al otro lado, dentro de su estilo moderno, mejoraba notoriamente, no sólo en cantidad, también en gusto. El contraste humillaba. De un lado la fuerza, el acierto, la libertad. Del lado nuestro la ruindad, la envidia, el despotismo. Los de Eagle Pass no habrían vacilado en abrir un concurso entre los escolares, en busca de alguna idea aprovechable. Sólo entre nosotros la suficiencia torpe se aliaba al autoritarismo sombrío.

Bajo una apariencia distraída y mientras iba y venía con mis hermanas o con mi padre, un deseo me roía el pecho; en nuestras conversaciones se eludía el comentario de la reciente desgracia. Se diría que aplazábamos la escena de echarnos a llorar juntos, con pretexto de cualquier explicación. En consecuencia, no me atreví a proponer que alguien me acompañase a la visita del cementerio.

Dada mi condición de autor de un plano de Piedras Negras, no tuve que interrogar a nadie para llegar a nuestro único Camposanto, rectángulo a cielo raso, protegido por una verja de madera. Las señas contenidas en una de las cartas de mi padre decían: «Junto a la tumba de los Múzquiz»... La puerta cerrada a candado sólo se abría previo aviso especial; pero rodeando por una esquina descubrí un trecho donde el terreno bajaba dejando libre un buen espacio entre los barrotes y el suelo. Por allí penetré; y justamente a poca distancia, dos sepulcros de ladrillo blanqueado ostentaban el nombre de nuestros antiguos vecinos. Reposaba en uno de ellos precisamente aquel viejo que me acusara de pedir un beso a su hija pequeña. Inmediato a estas sepulturas había un túmulo reciente, todavía sin lápida y con sólo una cruz provisional de madera. Frente a él me detuve. Una fría, terrible sequedad me

embargaba. Incapaz de hilar juicio estuve no sé cuánto tiempo primero de pie, después sentado sobre la tierra todavía sin macidez. Durante meses me había acosado el deseo de acercarme a la tumba amada y ahora me faltaba la ternura. Una suerte de anonadamiento y un pensar como de aguja dentro del cráneo me decía: «Lo que está aquí abajo se ha vuelto ya horrible; no podrías besarlo.» Luego, lentamente, un presagio libertador y jubiloso clamaba: «Lo que está aquí abajo no tiene nada que ver con ella; búscala por el alto cielo.» En torno la llanura caliza se daba al abrazo infecundo de un sol que en vano la calcina: páramo inmenso abajo, y arriba un azul vacío. A distancia un maizal cultivado penosamente y uno que otro mezquite entre chaparros grises. Naturaleza sin alma; seguramente, ella estaba ya muy lejos de aquella tierra que le recibió el caparazón sin atender al alma valiosa que lo había animado. Con todo, en honor de la huella de su paso, por los arenales ingratos, recé unas Salves, recordando, a la vez, que nada podía complacerla más.

Con el rezo empezó a deshacerse mi hielo interno y advertí la emoción que nos devuelven las cosas por donde ha pasado lo que amamos. Y ya no por lo que allí estuviese de ella, sino por lo que ella misma desechara, por sus ropas para mí queridas, sus huesos entrañables, por toda la humilde compañía de su alma, lloré copiosamente, acariciando la tierra que la cubría benigna. Oscureció mientras padecía y llegué a casa cuando ya me esperaban con cierta alarma. Mi padre imaginó la causa de mi demora, y al procurar contestarle, la voz se me anudó, y vencido, me eché a una cama y sollocé sin freno... Mi llanto rompía el compromiso tácito de no comentar nuestra desgracia; mis hermanas me rodearon afligidas y mi padre, enjugándose las lágrimas, refirió pormenores que me había estado reservando... Momentos antes del final, y cuando le pusieron los óleos santos, redactó su testamento... «Que mis hijos se mantengan fieles cristianos... A Pepe díganle que nunca olvide a Dios Nuestro Señor...» A cada uno había renovado el ruego: la abuela, mi padre, mis hermanos, cada uno me trasmitía idéntico mensaje póstumo: «A Pepe que nunca olvide a Dios Nuestro Señor», tales habían sido sus últimas palabras.

—Yo quería llamarte —explicó mi padre—, pero ella se opuso, no permitió que perdieras el año, no se preocupó del agravamiento de su estado: «Ya le tengo hechas todas mis recomendaciones», afirmaba.

A su entierro había concurrido una infinidad de personas...

—Ahora quiero a estas gentes de Piedras Negras —insistía mi padre—. ¡Cuántos amigos hemos descubierto entre ellos...!

Deseoso de distraerme, inventaba mi padre paseos, concertaba visitas.

—¿Te acuerdas de Jimmy? —interrogó una vez—, ¿el gringuito que te pegó? Trabaja en la Maestranza; me ha preguntado por ti; le he prometido llevarte a verlo. —Y lo visitamos una mañana en su propio taller. Vestido de caqui azul, vigilaba una máquina perforada de láminas de acero; se había vuelto un gigante rubio encendido. Apenas me vio gritó: «Hello, Joe!...» Respondí: «Hello, Jim!» Me apretó la mano, me abrazó después levantándose en peso... «Con razón —pensé—, nunca pude con

él...» Me sorprendió hablándome en español corrientemente y nos despedimos afectuosamente reconciliados.

En la vida fronteriza no es raro que las más enconadas rivalidades terminen en amistad que se impone a las diferencias de la raza y el conflicto de las naciones. El amor vence cuando el trato humano se prolonga en condiciones leales y el nacionalismo se purificaría de rencor si no se fundase, tan a menudo, en injusticias.

Mi visita al cementerio se había hecho cotidiana; me gustaba sentarme a pensar entre las cruces. Buscando por el rumbo de la vega, juntaba unas cuantas flores silvestres, mirtos morados y margaritas fúnebres; colocaba mi ofrenda a los pies del túmulo y en seguida divagaba. No había, no podía haber problema más importante que el de la muerte. El breve plazo de la vida con sus alegrías y sus dolores, la ciencia, la experiencia y el mismo bien, sólo adquirirían sentido mediante una tesis cualquiera del más allá. Investigar la realidad trascendental era la única ocupación digna de un ser ambicioso. Revisaría primero todo lo escrito en tal materia, las religiones, las ciencias... Ensayaría las pruebas que personalmente pudiese aducir.

El sol poniente caía en el llano, se hundía todo rojo incendiando un instante el confín. Dejé pasar el crepúsculo, perdiéndome en una ensoñación distante, sin advertir que la noche comenzaba. De pronto, me volvió a la realidad una lumbrada que ardía en el campo inmediato al cementerio. Sorprendido, porque sabía que estaba deshabitada la comarca, atravesé entre las tumbas, hacia el extremo opuesto de la verja. Imaginé que algunos pastores habrían hecho fuego a la intemperie. Súbitamente, al rodear por algún sepulcro, desapareció la luminaria. En vano me empiné oteando la llanura que difícilmente podía ocultar cosa alguna y no vi fuego ni humo. Pensando que quizá se había apagado la llama, salté la cerca para buscar las brasas o la ceniza caliente. Al no encontrar la más leve huella me entró de pronto un escalofrío de espanto y corrí en la sombra en dirección de las casas del suburbio iluminado ya con electricidad. Cuando ganaba una de las callejas oscuras, bordeadas de cercas de espinas, salió del arroyo un estruendo y luego un bulto pasó rozándome; iba a soltar un grito, cuando advertí que se trataba de un cerdo extraviado.

El nuevo chasco me serenó bastante, pero no logró quitarme la preocupación de la lumbre que apareció y desapareció sin causa.

La tarde siguiente, dominando mis nervios, me quedé en el camposanto hasta bien entrada la noche. No se produjo nada anormal y me sentí casi defraudado. Era como si los signos, después de iniciarse, tornasen a su reposo mudo. Sin embargo, confundida con otras cien, una idea explicaba: Semejante a la hoguera que ardía y luego se tornó invisible, el espíritu se aleja de los lugares estériles. No lo busques entre gusanos y arenas... vete por el mundo a pelear por tu causa entre los vivos y arde hasta que tu hoguera también ilumine y se ausente...

Después de la comida de mediodía y antes de salir para su oficina, me habló una tarde mi padre. Estaba apesadumbrado; él tenía la culpa por no haberme llevado, como era su deber pero le dolían tanto semejantes ocasiones que prefería evitarlas;

ahora veía que había hecho mal... un conocido le informó que había visto en el cementerio mis flores y deseaba advertirme: no era ésa la tumba, sino precisamente la de al lado... si yo quería, el informante me acompañaría para mostrármela, pero no era necesario; yo encontraría las flores ya cambiadas por la mano amiga...

Es imposible expresar el disgusto que me produjo mi engaño... De manera que flores, oraciones y lágrimas, todo desperdiciado en la sepultura de un extraño...; no sólo el destino me la había plagiado en sus últimos días; también ahora el azar escamoteaba sus restos. Lo más curioso es que ya no sentía por la tumba auténtica la misma ternura lúcida que ante la falsa. Imposible revivir momentos que fueron únicos. No era rito de piedad filial lo que me había llevado a aquel pedazo de tierra, sino pasión desesperada que arde y no vuelve, como no volvió la hoguera que a poca distancia se encendió... Lo que hice después tuvo ya mucho de rito. Una vez más limpiar de yerba, renovar las flores; en fin, ¿a qué continuar un relato de lo que tantos han padecido también?

Volvía ella a tener razón: Para no caer engaño, «prescinde de poner odio ni amor en lo que cambia y perece...» No más idolatría de las tumbas...

Cuando estas resoluciones se recuerdan a distancia de años parecen lógicas y fáciles; sin embargo, cuesta dolor tomarlas en el momento vivo.

Mis vacaciones estaban a punto de terminar cuando a mi padre le llegó un ascenso. Lo trasladaban con el mismo cargo de Vista a la Aduana de Ciudad Juárez, de categoría un grado mayor que Piedras Negras. Debe de haberle agradado el poder salir con los suyos de un medio que ya no podría traerle sino recuerdos dolorosos. El viaje de toda la familia se preparó con precipitación, y juntos salimos otra vez, pero ahora cabizbajos y diezmados, dejando para siempre en Piedras Negras la parte más preciosa de nuestras almas. Enlutados salimos del pueblo que tantas veces nos vio alegres y amantes. En Torreón, cruce ferroviario, tomé yo rumbo a la capital y siguieron mis gentes hacia el antiguo Paso del Norte.

No era la primera vez que entraba en la capital y, sin embargo, el corazón me latía con fuerza a medida que el conductor anunciaba las estaciones inmediatas: Cuautitlán, Lechería, Tacuba. Periódicamente el convoy frenaba, reducía la velocidad. Los pasajeros se sacudían las ropas; reunían sus maletas; en las últimas paradas trepaban los agentes de equipaje; por las ventanillas lanzaban sus tarjetas de anuncio los hoteleros. ¡Por fin, la capital! Y el frío y la zozobra encogían mis nervios. A la vista estaban las barriadas pobres; los tranvías amarillos se deslizaban luminosos. Las farolas bombeadas y blancas con luz de arco, tipo alemán, difunden claridad discreta, más poderosa y más serena que el chillón destello de las bombillas incandescentes *yankees*. Era yo uno más que se sumaba al medio millón de habitantes. ¿Me tragaría la ciudad como a tantos que disuelve en su vientre insaciable, minados por la enfermedad, el infortunio y la miseria? ¿O sería, según lo sospechaba, de los llamados a sacudirla y conmoverla? La angustia de la duda, el agotamiento de mi soledad entre la multitud, la extensión de aquel organismo multánime, todo contribuía a turbar, por lo pronto, el ánimo. Tímidamente, y a falta de señas precisas, me dejé llevar al más próximo hospedaje: el Hotel Buenavista, frontero a la estación, y próximo a otro, también malo; el Hotel Dos Repúblicas.

Algo familiar perduraba en aquel barrio cosmopolita frecuentado por los gringos del ferrocarril con su inevitable acompañamiento de peluquerías de negros y restaurantes chinos. Parecía un trozo de la frontera, metido al extremo de la vía férrea que liga las dos naciones. Después de dos días y dos noches en vagón, resulta un placer caminar a pie durante horas, sobre todo si se atraviesa una ciudad como nuestra metrópoli, que cada vez me parecía más espléndida.

La mañana siguiente, después de un desayuno a la *yanqui*: fruta, huevos con jamón y café, pedí el diario para buscar en los avisos de ocasión un domicilio. Entre largas listas elegí uno que decía: «Leandro Valle 5, estudiantes, Matilde...» El número 5 en la calle de Leandro Valle era una conocida colmena estudiantil. No sé cuántas viviendas ocupadas casi todas con pensiones y a un salto de la Escuela de Medicina; raro era el estudiante que no la había visitado, por lo menos, en busca de algún discípulo. Instalarse en ella era adquirir patente de corso, privilegio pleno en la soberanía del pueblo escolar de la República.

Por dieciocho pesos, de los treinta de mi pensión, aseguré alimentos y una alcoba grande con balcón a la calle, compartida con dos camaradas, desconocidos. Con los doce pesos restantes había para baños y barbería, toros y aventuras.

El único tropiezo de mi nueva vida emancipada se produjo en la Secretaría de la Escuela. Para el reingreso, aparte de los certificados del curso anterior, exigían una solicitud firmada por el padre o tutor de los menores de edad...

—No tengo tutor —declaré al empleado que, sin levantar hacia mí la vista clavada en algún expediente, gritó:

—Pues búsquese uno...

Irritado de no depender de mí mismo del todo, pedí su firma al tío Luis, que ya andaba de pasante o de empleado en uno de los juzgados de la capital. Sin vacilar me prestó el servicio; pero apenas puesta en el papel la firma se la cobró echándome encima recomendaciones y advertencias pesimistas...

—¿Pero vas a vivir tú solo?... pero ¿cómo permite don Nacho que andes así de bala perdida...? Te vas a hundir... vas a estar sin freno... dirás que no me importa, pero, al fin, Carmita era mi hermana... y tú nunca vas por casa... eres muy despegado de los parientes... ¿a dónde vas a parar?

Un minuto después no me quedaba ni el eco de sus advertencias, pero la alegría de haber asegurado el ingreso me tornaba ligero; por el momento, mi escuela era mi amor.

El comienzo de los cursos era animado. Cada profesor nos endilgaba en un discurso inaugural el panorama entero de la materia a su cargo. Las clases de matemáticas y de física estaban servidas por antiguos y venerados maestros; en el laboratorio disponíamos de mesa propia, grifo de agua, probetas y tubos. Cada tema del texto se comprobaba en los aparatos. Las horas de clase transcurrían amenas. En cambio, el régimen escolar extracátedra era un remedo del cuartel. De director teníamos a un coronel porfirista auxiliado de una docena de prefectos que hacían veces de sargentos. Jamás se nos permitió congregarnos ni en los patios ni en los alrededores del colegio, y cuando se abría el salón de actos se aumentaba la vigilancia de los empleados. El miedo de las tiranías a las asambleas se manifestaba vivo, así nos reuniésemos para leer versos o para preparar un festejo. Si en torno a una columna del corredor se juntaban más de cinco, en seguida venía el prefecto a disolvernos. Tan oprimidos se hallaban los ánimos, que apenas, por cualquier motivo, nos íbamos en grupo al gimnasio o a clase y estallaba lo que llamábamos «gritería»... colectivo alarido irresponsable que en seguida provocaba la venganza. Nos cercaban los prefectos y nos ponían en fila; luego contaban: uno, dos, tres, cuatro, cinco, al calabozo... uno... cinco, al calabozo. Los elegidos en estas quintas eran encerrados en separos oscuros por cinco o seis horas. A la segunda o tercera captura venía la expulsión irrevocable...

Cuando entrevistábamos al director para pedir cambios de horarios, ventajas para el aprovechamiento, parecía gozarse en oponer dificultades; empero, si pedíamos asueto lo concedía en seguida, sobre todo si se trataba del onomástico del ministro o de alguna fecha grata a los funcionarios.

En cambio, nadie impedía que el alumnado patrocinara cantinas y tabernas y casas de prostitución y billares establecidos a inmediaciones de las instituciones de enseñanza. El título de don Vidal para el respeto y el temor de los alumnos era la confianza que le dispensaba el caudillo. Sin grado universitario, sin autoridad científica o moral, su poder se asentaba en la obediencia a su amo y en la dureza con que imponía el orden porfiriano. Versión poco digna de nuestro lema escolar: Amor, Orden y Progreso, pero perfectamente acatada por todas las luminarias del comtismo

nacional.

Nuestro amor juvenil se dio sin reservas a la Física y la Química, la Astronomía y la Mecánica; complementando los cursos ordinarios asistíamos a las academias o conferencias bisemanales de exposición general y de historia científica. El conferencista de la Academia de Física disertaba entre los aparatos de laboratorio. Ejecutaban experiencias los ayudantes, mientras él hacía de animador vestido con pulcritud, flor en el ojal del jaquet, bien afeitado y limpia la mirada; su palabra fluía, conmoviéndonos a menudo... Relataba cierta ocasión los trabajos que precedieron al descubrimiento de la botella de Leyden, se extendía en consideraciones sobre la devoción, el espíritu de sacrificio que demanda esa moderna diosa que es la Ciencia. Ella era la novia que él ofrecía a nuestra juventud por encima y aun en oposición a las novias que, decía, nos llevan a comprar docenas de zapatitos para los nenes... La Ciencia no era un medio de acrecentar la dicha humana, sino el fin en sí, la verdad neutra y hermosa que reclama entero nuestro afán. Quien no se entregaba a la Ciencia con pasión exclusiva, jamás llegaría a la cumbre en la que irradian Laplace y Newton, Lavoisier y Berthelot... La familia, los amigos, el amor, todo era secundario ante la epopeya magnífica de nuestro tiempo, la conquista del progreso que levanta al hombre por encima de la bestia y a la altura de los dioses de la antigua era teológica.

Tal entusiasmo cientifizante me sedujo. Daba a mi desencanto de abandonado de la gracia divina, privado del amor materno, ignorante del amor erótico, una orientación nueva y un objetivo concreto.

El conferenciante de Química era un melenudo, todavía joven, especie de genio fracasado. Alabando los méritos del descubridor científico, exclamaba. «¿Quién sabe si aquí, entre nosotros, esté el genio que ha de dar gloria a la ciencia mexicana...?» Un estremecimiento recorría los bancos llenos de alumnos; era forzoso empeñarse, el porvenir se cargaba de promesas y agradecidos pensábamos: «Acaso él mismo está a punto de revelarnos algún hallazgo genial.» No pasó el pobre de ayudante de laboratorio, pero le debimos instantes de la más pura y noble ilusión.

En la cátedra, en cambio, se nos estrangulaba sistemáticamente la fantasía. «No otorgarás fe sino al testimonio de tus sentidos.» «La observación y la experiencia constituyen las únicas fuentes del saber.» Estos y otros conceptos cotidianos recordados ante cada ocasión iban conformando un criterio metódico, rigurosamente científico, según la otra definición positivista: «Sólo adquiere categoría científica un hecho, un fenómeno cuyas condiciones de producción conocemos y que se repite, cada vez que esas condiciones vuelven a reunirse.» Dos moléculas de hidrógeno y una de oxígeno producen agua invariablemente. La distancia más corta entre dos puntos es siempre la línea recta, y a la inversa.

Cuanto no puede comprobarse de modo experimental carece de valor científico y pertenece al reino caduco de lo teológico o de lo metafísico. No hay más verdad que la de la experiencia sensible, ni otro dogma que el ser todo relativo y condicionado a sus antecedentes. «Lo único absoluto es que todo es relativo.»

El aspecto doctrinario de la ciencia era, sin embargo, el único que me interesaba. Ni por un momento pensé dedicarme a descubrir una onda o aislar un metal. La conclusión última de cada disciplina y su alcance con la totalidad del saber, tal era el resultado único que, en cada ciencia, buscaba. Nuestros textos franceses servían este propósito con bastante eficacia. De haber estado en uso manuales como los que se acostumbran en los colegios de Norteamérica, todo un grueso volumen dedicado a enseñar las aplicaciones del hidrógeno y ni una palabra de teoría atómica, seguramente cambio el estudio de la ciencia por el del comercio o el del ajedrez. El laboratorio era el taller del obrero científico. Las leyes allí descubiertas interesaban al filósofo sólo por su relación con el concepto del universo que a él corresponde formular. Tal iba a ser mi papel; acumular las conclusiones parciales de todas las ciencias a efecto de construir con ellas una visión coherente del cosmos.

Me decepcionaba, por lo mismo, hurgar en la entraña científica para recoger tan sólo afirmaciones modestas; «La experiencia no revela otra cosa que ciertas regularidades en el proceso». Sin embargo, no me dejaba ir, como más tarde, por el lado de la astrología; me mantuve fiel a Copérnico, sumiso a Comte, que prohíbe las aventuras de la mente y las excluye del periodo científico que profesamos.

El desastre de mi amor materno para el cual no aceptaba consuelos, la negación despiadada del milagro que pudo restituirle la salud, me mantenían en rebelión antisentimental y antimística. Movido de dolorosa voluptuosidad me entregaba al dogma agnóstico y comtista: «No hay otra realidad que la que palpan los sentidos.» Después, con dolorida ironía, repetía el célebre pasaje: «La ciencia acompaña al buen Dios hasta sus fronteras y allí lo despide dándole las gracias por sus servicios.» Ni quería recordar las anticipaciones del San Agustín de mi infancia cuando decía, refiriéndose a Dios: «Y no te acercas sino a los contritos de corazón; ni serás hallado de los soberbios, aunque con curiosa pericia cuenten las estrellas del cielo y las arenas del mar o investiguen el curso de los astros...»

La vanidad de creernos en una era nueva y el esnobismo de una ciencia entendida a medias me impedían reconocer que el cálculo maravilloso de la paralaje y el descubrimiento sorprendente de Neptuno eran tan sólo otros casos de cuento y recuento de las estrellas, vaivén de las olas... conocimiento humano limitado siempre por el confín del misterio.

Nuestra vivienda dentro del tumultuoso número 5 de Leandro Valle era de las más pacíficas. Mis compañeros de cuarto estudiaban tanto o más que yo. Morones pertenecía a mi curso y era de mi edad. El otro, de veinticuatro, se llamaba Pacheco y estudiaba el último año de Medicina. Entre Morones y Pacheco había una alianza casi religiosa, siendo Morones el devoto y Pacheco el ídolo. Sin resistencia me fueron admitiendo a un terceto bastante discreto. Con Morones solía juntarme para estudiar. Con Pacheco conversábamos, discutíamos. Y no muy a menudo porque las horas libres las pasaba con la novia y llegaba ya sólo a ponerse la visera verde para la lectura de sus gruesos volúmenes de patología, a la luz de su quinqué. La calavera sobre su mesa y el olor a yodoformo de sus instrumentos acababan de identificarlo con su profesión. Morones era un mestizo de Xochimilco, de poco talento, gran tenacidad y sólida honradez. Pacheco era de familia criolla orizabeña. Esmerado en el vestir, ordenado en sus hábitos, fino en su trato. Los tres nos levantábamos temprano, a pesar de que las luces del estudio ardían, a veces, más allá de las doce. Tras el rápido aseo Pacheco se encaminaba al hospital donde era practicante. Morones y yo bajábamos al jardincillo de Santo Domingo para repasar las lecciones del día. El rojo tezontle de la fachada del templo, su torre garbosa y delicada, la fragancia de la pequeña plaza, en la hora matinal, nos ponían alegre el ánimo. A menudo, marco tan poético nos apartaba del estudio y nos entregaba a la divagación. Por tal de consolarme de la aridez de las ecuaciones del segundo grado, leía cada mañana el folletín del diario popular de la época: las interminables aventuras de Rocambole. En seguida, con el gesto de fumador que arroja la colilla de un mal tabaco, dejaba el periódico, abría el texto y paseaba. El grato ambiente, la silueta esbelta y sólida del colorido barroco dominicano, la eterna primavera de los follajes en aquel clima benigno, todo contribuía a la deliciosa embriaguez del pensamiento. Tan dichoso parecía el instante, que resultaba pueril toda preocupación del futuro.

¿Para qué el estudio y para qué la acción, si la bella vida podría ser gustada a sorbos, palpada en el cristal del ambiente? La armonía de las cosas no se logra para pedirnos expresiones o empeños, sino para recibirnos en su seno y permearnos de su dicha. No era el momento de buscarle nombres a las cosas, sino de inmergirse en ellas. Apetito de convivir, participando de cada latido del cosmos. Negación de la ciencia ociosa que dilucida oposiciones vanas, inventa problemas e ignora, en cambio, la alegría del estar y el ser. El ser y el estar —me decía filosofando—: los dos verbos que encierran el enigma de la creación: el famoso monólogo de Hamlet me irritaba como una simpleza o, según dice la palabra insustituible del francés: una «platitude». Ser o no ser, no es el problema: el problema es el ser, que en siéndolo de veras no puede dejar de ser. El segundo problema es el estar, que así goce no se conforma con estar nada más, reclama todo el ser. Decididamente era fácil mejorar a Shakespeare como filósofo. Satisfecho de este revolcón metafísico al inglés Shakespeare, me entregaba a consideraciones sobre mi porvenir.

Un anhelo que lo mismo hiende los aires o se reparte sobre la tierra sin precisarse, me levantaba el talón en cada paso, me emborrachaba de posibilidades y certezas, de ambiciones y de alegrías.

Entre el libro abierto y el despejado cielo, en una nebulosidad de potencias, mi futuro indeciso interrogaba: ¿Dicha o poder? ¿Paz o gloria...? Antes que nada el poderío, no sobre los hombres: sobre la existencia; oportunidad de sondear los abismos y de contemplar las alboradas. Nutrirse de todas las imágenes, devorar emociones, y luego, a semejanza de la naturaleza, engendrar en muchedumbres los pensamientos, las teorías y las síntesis.

Lo intentaría todo y arrebataría cada ocasión: sería rico y sería pobre, conocería la derrota y el triunfo, la miseria y la abundancia. No era verdad lo que afirmaba uno de nuestros maestros, que quien ha conocido la estrechez y la vence después ya no aventura su buen pasar; yo jugaría con el éxito, y siempre habría manera de volver a ganarlo. Conquistar riquezas para tirarlas, en un instante de hartura y desdén, tal era la norma de una ambición decente. Poseer para despilfarrar y desdeñar lo que se posee. Y para probar que no está nuestra medida en la posesión, sino en la capacidad. Quería el placer pero a costa de haber desafiado el infortunio. Más que la mente, era mi corazón quien ansiaba la experiencia; más que problemas quería aventuras. ¿No era yo un minúsculo simulacro de la potencia divina, echado al mundo por el acontecer? Pues a removerme dentro de mi ambiente, tratando de estar en todo, mientras era posible volver al ser lo que ya no está porque es.

Calentada la cabeza con el monólogo, apenas quedaba tiempo para preparar la lección.

En la mesa nos hacía compañía nuestra patrona, Matildita. Era una viuda menuda y gruesa, blanca y afable, originaria de Guanajuato. Cada domingo, para ir a misa, vestía su traje negro con abalorios. Era su predilección Pacheco, a cuya novia visitaba y, con todos sus hábitos de señora, en la casa trabajaba y mantenía el orden rigurosamente. Por las viviendas contiguas solía haber reuniones con entrar y salir de invitadas sospechosas y botellas de aguardiente. Ella no admitía sino muchachos «serios y de buenas costumbres». La comida abundante, en relación a la cortedad de nuestra paga, confirmaba su fama de mujer de conciencia. Después de la cena y antes de clavarnos en los libros, Morones y yo pasábamos un rato en el balcón de nuestro cuarto. Era el último del segundo piso, rumbo a la espalda de Santo Domingo. Enfrente, las bóvedas, la cúpula y parte del costado de la hermosa iglesia nos daban motivo noble de contemplación. Cuando había luna, la arquitectura se agrandaba misteriosa, llenando de paz el barrio.

Así que habíamos estudiado una o dos horas, por vía de descanso y entre cigarros y bromas, nos echábamos boca abajo sobre el umbral del abierto balcón, para escuchar el diálogo de unos enamorados, que a medianoche se entendían, él desde la calle, ella en un balcón del tercer piso contiguo. Algún cuchicheo, alguna risa mal reprimida, denunciaba nuestro espionaje provocando comentarios despectivos de la

novia y amenazas del que abajo se fatigaba el pescuezo para escuchar... «Pero ¡di que me quieres, dilo!... ¿eh?... no se oye..., oye dilo otra vez...» Y de nuevo nuestras risas irónicas, insolentes...

Pacheco trabajaba en el Hospital de Sanidad de la ex Iglesia de la Santa Veracruz, por Hombres Ilustres, frente a la Alameda. Así que se cerraban las clases y en los días en preparación de los exámenes, los estudiantes invadían los jardines públicos, especialmente el de la Alameda, pero no todos conocían el secreto de las ventanas con reja del antiguo ex convento. Y aunque Pacheco aplazaba la promesa de llevarnos a visitarlo, nosotros contábamos ya como propio el goce de ver aquellas bellezas en la cama sanitaria que las rehabilita para el ejercicio de la profesión amorosa.

La tala de los árboles de la hermosa Alameda se consumaba con descaro y a pesar de nuestra sorda indignación. Ciertos rincones del parque nos brindaban sombra y poesía. Estudiábamos, repasábamos de memoria los temas del curso, forjábamos ambiciones risueñas.

Después del almuerzo rápido volvíamos a la Alameda. Dormitábamos sobre los bancos en torno de la Venus que sale de su concha, en el centro de las aguas de una fuente circular. Las turgencias de aquel bronce fueron durante muchos años el arquetipo de mis ensueños voluptuosos. No imaginaba modelo más seductor de mujer. Y precisamente por delante de la Venus simbólica pasaban cada miércoles las pupilas de las casas de placer de las calles de Dolores, para la visita de sanidad del otro lado de la Alameda, en el Hospital de Pacheco. Respondiendo a algún gesto o simplemente al deseo que ardía en nuestras miradas, solían levantar la falda para mostrar la pantorrilla, o la ceñían a la cadera desquiciando nuestra voluntad. Pasaban españolas despampanantes, cubanas sensuales y tapatías delicadas y voluptuosas. Caminaban desenvueltas, nos miraban provocativas, nos dejaban inquietos y ofendidos. Para seguirlas sólo hacía falta un poco de audacia y más dinero que el que tenían nuestras bolsas. Pero fue dulce esperanza la de poder alguna vez abrazarse a la más insolente y mórbida, la más descarada y linda, con beso de ternura y ganas de fiera.

Una calle larga bordeada de casas de un solo piso; arroyo de tierra recién regada; aceras de loza o de madera, sobre las cuales rebasan las mercancías de una serie de comercios, junto a los puestos de zapatos nuevos y de ropa a la medida, judíos internacionales que asaltan ofreciendo «ocasiones». Nadie vendía tanto como la tienda de «Las tres B.» Bueno, Bonito y Barato. De ella salían los labradores vestidos de nuevo. Los pequeños propietarios de los «partidos» y los burócratas consumábamos nuestras compras del otro lado, en los almacenes de El Paso. Abríamos la boca delante de las casas de cinco pisos, aparte del sótano, sobre cuyas rejas incrustadas en la acera, se podía pasar. La metrópoli del desierto, llamaban a El Paso las guías turísticas. Sobre las arenas, más que un oasis era un triunfo del ferrocarril, la industria, el comercio y la máquina. Calles asfaltadas, tranvías eléctricos, hoteles de viajeros, espaciosos y flamantes; almacenes de ropa con grandes vitrinas y mercaderías de lujo, coincidía la ciudad con el ideal de una época: el progreso. Rápidos ascensores depositaban la clientela en miradores y terrazas, sobre un desierto cortado en dos por el caudal escaso del Río Grande y salpicado de chimeneas y fábricas de ladrillo colorado. En los bajos de los grandes edificios las «droguerías» congregaban hermosas damas devotas del *soda fountain*. Malos helados, peores refrescos, pero mucho brillo de cristales, metal pulido y mármol para emboñar a los necios, que, según se sabe, hacemos siempre multitud. Todo lo nórdico seducía a nuestras gentes, pero todavía no alcanzaba el efecto actual de fascinación. El refinamiento de las costumbres, el esmero de los cultivos, la uva y el vino eran privilegio mexicano. El vino dulce de El Paso era justamente afamado. Las serenatas con banda militar se llenaban de visitantes anglosajones, deseosos de aprender a vivir con abandono gozoso y sencillo. Los *cowboys* semibárbaros, que empezaban a urbanizar en Texas, todavía no construían bibliotecas y clubes; la cultura era entonces cosa de latinos.

La iglesia de Ciudad Juárez atraía devotos y reunía turistas. Levantada como eje de una antigua misión franciscana, se mantenía como puesto avanzado de lo europeo, en tierra de milenario vacío espiritual. El envigado del techo y el retablo del altar mayor, de cedro tallado, simbolizan la civilización que avanzó de Sur a Norte, latina y católica. Para contrariarla, o bien para poder triunfar, allí mismo, Juárez, que hoy da su nombre al sitio, inició la norteamericanización, dejó libre el paso al protestantismo. Desde entonces una nueva corriente arrasaba de Norte a Sur, torbellino de novedades manuales, sin mensaje de espíritu. Nos aventajaban, sin embargo, en lo social y político, pues practicaban la fraternidad si no la igualdad y eran libres, en tanto que nosotros, supeditados a militarismos brutales, bajábamos a grandes pasos hacia el abismo contemporáneo.

Abigarrado gentío de los dos Pasos del Norte, el antiguo y el *yankee*, acudió a la misa de medianoche con que la vieja misión franciscana despedía el siglo XIX y saludaba el XX. La luz eléctrica, símbolo de la centuria difunta, iluminó la pátina de

los cirios sobre las tallas del xvii. Concluido el rezo nos detuvimos en la terraza del atrio para contemplar el cielo estrellado. La noche transparente de un aire sin brumas no reveló ningún signo. Los bólidos caían como caen siempre que se mira el cielo. Un siglo no es más que un minuto para las estrellas; pero nuestros pobres corazones recordaban y hacían balances. Cumplía aproximadamente dieciocho años. Los sucesos importantes de mi vida iban a estar contenidos en el ciclo nuevo. Pero me alcanzaba el orgullo de la muerta centuria: «El siglo de las luces»; nunca avanzó más la ciencia, declaraba unánime la opinión. Mucho tendría que afanar el siglo xx si quería mantenerse a tono con la impulsión y dada al progreso.

Otra imagen de aquellas vacaciones me descubre la bicicleta, que me servía para recorrer las calzadas de álamos, a la orilla de los canales de riego. Un rumor de follajes organiza pautas en la brisa. Por las aceras recién lavadas marchan enlazadas las amigas para el paseo del atardecer. A veces encontraba a mi hermana Lola repasando al piano los ejercicios del Eslava. En la escuela local superior, Concha consumaba estudios de primer año de normalista.

En los comienzos del siglo me encuentro, poco después, instalado en la pequeña vivienda de una casa baja del callejón de Tepechichilco. Me acompañaba Renato Miranda, estudiante de Medicina, hermano menor de los Miranda de la tienda de Piedras Negras. Unos dos años mayor que yo, compañero excelente y amigo leal, nos ligaba una jovial camaradería. A la puerta siguiente, y con su numerosa familia, habitaba el profesor Daniel Delgadillo, que trabajaba entonces sus textos de Geografía, que más tarde lo hicieron célebre. Visitante asiduo y vecino próximo era también Wenceslao Olvera, indígena puro de Zimapán y alumno de Medicina. Entre Renato, que tocaba el violín; Delgadillo, buen flautista, y Olvera, mediano acompañante de guitarra, se organizaban escoletas y conciertos que yo escuchaba desde mi cuarto, metido entre libros. Los alimentos los tomábamos por abono en alguna de las fondas del barrio estudiantil; el aseo matinal de la casa lo tomó a su cargo la portera. Por fin, éramos libres de ir y venir temprano o tarde sin tiranía de horas fijadas para las comidas y pudiendo cambiar de fonda a discreción.

Cada noche, después de la cena, se reunía la tertulia en el corredor del patio descubierta. Disparatábamos apasionadamente sobre toda clase de temas. Delgadillo era un producto de la Escuela Normal: ni Dios, ni templo; sólo el saber y la patria. No alcanzaba a organizar su descreimiento en un sistema como el comtiano, pero justificaba su vida con la pedagogía objetiva y el naturalismo sentimental. No llegaba como mi tía María, a la Educación de Spencer; le bastaba Rébsamen. Mi camarada Renato no se ocupaba de metafísicas, porque apenas le dejaban tiempo libre las novias. Y aun el violín lo cultivaba como un auxiliar de sus faenas amorosas. Ahora nada menos, de recién llegado, ya le tocaba trozos a una muchacha de la vivienda de enfrente, que no nos daba la cara ni para el saludo.

El joven poeta jalisciense Campos nos visitaba a diario. Cursaba Jurisprudencia, hacía versos y se embriagaba. El ídolo de su cenáculo de Guadalajara, un joven

apuesto, rico, casi genial, se había suicidado «por desdén de la vida», y Campos lo imitaba a pedazos. Nosotros envidiábamos a Campos, como él envidiaba al suicida. Le veíamos desperdiciar el talento divagando en amoríos y borracheras, a la par que algunas revistas le brindaban la gloria de publicar sus versos. Al grupo se agregaba con frecuencia otro aspirante a poeta, bajito y trigueño, apodado *el Chango*, que, además, cantaba canciones en la guitarra.

Fue idea de Campos ponernos a contribución hermanable a efecto de publicar una revista. Sacamos cinco o seis números en formato pequeño, con unos forros rosados de papel humildísimo. Lo central de la publicación eran los versos de Campos. Los celebrábamos con entusiasmo. Él se dejaba admirar como en broma, risueño y estoico... «Qué quieres, hermano... El genio es así, un azar sin importancia», parecía decirnos, al agradecer nuestros elogios, Hermanito... manito... Simplificaba popularmente el diminutivo cada vez que el alcohol le ablandaba el sentimentalismo y le enrojecía el blanco de los ojos.

En su calidad de director indiscutido, Campos me asignó una sección de la Revista: Filosofía, había ya propuesto, pero Campos rectificó: «Filosofía del Arte, eso vas a hacer tú...» La aserción de Campos me dejó complacido; creí que me iluminaba el camino. En aquel momento necesitaba de estímulos, porque ya eran varias las noches perdidas tratando de hacer versos, como veía a todos hacerlos. Y por más que revisaba la preceptiva y por mucho que confiaba en cierta definición, creo que del Campillo, líneas iguales rimadas al fin... pero dentro «hay que poner talento», y yo creía poner talento, las líneas no me salían iguales y la rima se me negaba, pese al *Diccionario de la rima*, suplemento de un gran *Diccionario Castellano* legado de mi padre. Tan pobres vi mis poemas que desistí para siempre de hacerlos, consolado con mi fama de metafísico y filósofo. Sin réplica quedaban, en este particular, mis interpretaciones de la teoría de la unidad de todos los cuerpos en el elemento simple que constituye el hidrógeno. También disertaba prolijamente sobre el conflicto de la geología y el Génesis, y de Copérnico y la antigua cosmogonía metafísica. Lentamente la ciencia iba disipando los prejuicios. En vez del infierno, el interior de la Tierra contenía una masa ígnea primitiva, hecha de metales fundidos.

Con pretensiones de investigador científico abordé el estudio de los fenómenos espiritistas comenzando con Mesmer y rematando con Allan Kardek, cuyos libros consulté en la Biblioteca Nacional. Una secreta esperanza me insinuaba que acaso, por la misma vía experimental, podría volver a encontrar lo perdido, el principio sobrenatural que resuelve los problemas del más allá.

Tomando como guía el volumen de la Biblioteca Alcan, del doctor Charcot, *Hipnotismo y sugestión*, empecé a visitar logias espiritistas, aparte de iniciar experiencias en la casa misma que habitábamos. En general, mis colegas eran escépticos, y cuando lográbamos ser admitidos a alguna prueba no era raro que la *medium* en trance, incomodada, advirtiese: «Hay influencias hostiles.» Nos echaban

entonces del recinto mesmerizado y procedíamos a mover mesas por nuestra cuenta, siempre con resultados pueriles. Lo cierto es que la disciplina de la prueba científica nos era impuesta de tal modo en la Preparatoria, que no era posible que prestásemos atención a casos de simple experimentación incontrolada.

Lo que me preocupaba y aun me atormentaba era mucho más serio y profundo que hablar con muertos que se aparecen a los vivos. Como el nadador que a medida que penetra en el mar siente que las ondas lo toman y acaba por perder el pie, así nosotros, avanzando en el estudio del fenómeno psíquico, en los textos de la psicología empírica perdíamos hasta el último apoyo de la noción querida de lo sobrenatural. El bien y el mal son productos como el aceite y el vitriolo, acababa de explicar Taine, y nuestro catedrático, don Ezequiel Chávez, exponía su materia con celoso apego a la teoría del paralelismo psicofísico de Fechner.

Para curarnos de veleidades espiritistas nos recomendó el libro de Flournoy sobre la *medium* que, sin conocer más idioma que el propio, cuando estaba en trance hablaba el lenguaje del planeta Marte. Estudiando sus «mensajes» se descubrió en ellos una mezcla de ciertos signos del árabe y palabras de inglés y de francés. Investigó entonces Flournoy todas las lecturas que pudieran haber influido en el cerebro de la *medium* aun de modo subconsciente y, en efecto, en la biblioteca de su padre, antiguo funcionario de Colonias, halló un libro con dedicatoria en árabe. Las supuestas comunicaciones marcianas no tenían de árabe sino los signos contenidos en las líneas de la dedicatoria; con ellos construía un galimatías suficiente para maravillar a los ingenuos. Cada una de estas tremendas comprobaciones afirmaba nuestra fe científica, pero nos dejaba sumidos en terror y melancolía.

Ya lo había dicho el cirujano francés Bernard, cuya *Introducción a la Medicina* leíamos a título de modelo de método científico en una edición mexicana. No sé si calumnio a Claudio Bernard, pero, según mis recuerdos, era suya la frase: «No encuentro el alma bajo el bisturí...» ¿Qué importaba entonces la ciencia? Si precisamente yo iba a ella para interrogarla como nueva esfinge: ¿Cuál es el secreto del alma? Si por anticipado se negaba a contestar, ¿qué tenía yo que hacer entre probetas y fórmulas de primer acto de *Fausto*? Particularmente irritante resultaba discutir con los alumnos de Medicina. En general, profesaban la filosofía chabacana del poema de Acuña, *Ante un cadáver*: «Disuelto el cuerpo se transforma en flor y el alma un soplo de viento...» Cortando el enredo de acaloradas disputas irrumpía de pronto una dulce voz femenina, grito de carne en celo:

*Si me pide un beso
le diré que no;
pero no resisto
si me pide dos...*

La joven que al principio no nos saludaba se había rendido al violín y a las corbatas de Renato. Eran ya medio novios y de paso nos regalaba a todos con canciones a toda hora. La recuerdo en las mañanas claras, vestida de azul y gorjeando, mientras

limpiaba las flores de sus macetas...

*Ahí viene la primavera,
sembrando flores
sembrando amores...*

Le tirábamos besos y se indignaba; dejaba de saludarnos. Luego, alguna noche de luna, vencida de coquetería y de afán, tornaba a su copla favorita:

Si me pide un beso...

Antes de que concluyese atronaban nuestros aplausos, se escondía ella y otra vez nosotros a caminar de un extremo a otro de nuestra sección opuesta del corredor, disertando: La humanidad se establece hoy en el periodo científico y hay que ajustar los viejos modos al canon nuevo de la verdad finalmente lograda... si se descomponen con la muerte los elementos que nos constituyen, qué puede quedar de nosotros... queda la memoria, pero no en nosotros, sino en las generaciones venideras y en nuestros deudos... Y así hasta las dos de la mañana o las tres, igual que poseídos, una noche y otra a la vista del cielo estrellado y mudo: simple mecánica del alma.

Renato dedicaba poco tiempo a semejantes inquietudes. No era precisamente buen mozo, pero sí de agradable presencia y buen trato. Aparte de la novia de casa, tenía otra que lo retenía hasta bien tarde. Los hermanos, comerciantes en ropa de hombre, le surtían generosamente el armario, y si él hacía gala de su numerosa selección de corbatas era con el fin de recordarnos que podíamos disponer de ellas para ocasiones excepcionales.

Poco intenté yo en materia de noviazgos, porque me resultaron aburridos. Nos acercábamos a jóvenes, quizá por su extrema pobreza, muy ignorantes, así es que sólo podían atraernos por algún encanto físico. Si por honestas no nos dejaban gustarlo, no había por qué volver. En el baile preferíamos a las que se dejaban apretar el talle. Obtuve una vez una cita de cierta jovencita atractiva, mi compañera de una noche de baile. Cuando salió a recibirme a su puerta, la tarde del día siguiente, caminé con ella en derredor de la manzana y no se me ocurría tema de conversación. La llevé del brazo un cuarto de hora, luego la devolví a su casa. Noviazgos yo no quería; en cambio, ciertas jamonas de edad mayor me provocaban ahogos de deseo. El velo blanco y los azahares sólo llegué a desearlos desesperadamente muchos años después, cuando adoré a una amante que al conocerla ya no hubiera podido llevarlos.

Inesperadamente llegó mi padre a México; se detuvo dos días a fin de verme, pero iba camino de Campeche y se casaba con la menor de las Steger: Antonieta, de las bellas caderas y feo labio, que solía yo ver en misa con perfecta indiferencia. Aunque natural y legítima aquella decisión, me parecía monstruosa. Mi estúpida educación sentimental me la representaba como una deslealtad casi criminal, contra el pacto de alma que suponía ligaba a mis padres. Acaso era la de ultratumba la fidelidad más tierna y necesaria. Precisamente cuando leía con mi madre *Los mártires*, de Chateaubriand, en los días de Campeche, reconocí la idea que distinguía el amor cristiano del amor pagano. Pesaba sobre mí toda una literatura apoyada en el supuesto, bien contrario a la letra del Evangelio, del amor, compromiso eterno. La noción de inmortalidad transportada al lío de las parejas me llevaba a confusiones trascendentales, penosas. El morbo cursi del romanticismo suplantaba en nuestro ánimo las sabias, prudentes y cristianas advertencias de San Pablo sobre el matrimonio. Un simple ardid para no quemarse. Una manera de alimentar el apetito sin exponerlo a las contingencias mercenarias y garantía para la prole. Pero yo veía consumarse la más negra traición al afecto y la memoria de nuestra muerte, y me constituí secretamente en juez y acusador. Mi padre destruía el hogar introduciendo en él a una intrusa y yo era un mártir de la devoción maternal. Llegaron los desposados unas semanas después. Los recibí de mal talante por la mañana, y volví al atardecer para acompañarlos a la estación, donde se embarcaban para Ciudad Juárez. A la hora de la despedida me cargaron con pequeños regalos y paquetes. Entre todo iba un hermoso pan de Apizaco, bien oliente. Pan de huevos espolvoreado de azúcar. Lo compraron porque sabían que me gustaba, explicaron al entregármelo. Con un nudo en la garganta sufría sus amabilidades, y con falsa sonrisa de mueca. Desde la ventanilla me dijeron adiós, pero apenas anduvo el vagón, mi carga de obsequios me produjo ironía amarga, subió a los labios una protesta y bajo las ruedas que giraban azoté el pan y las cajas. En seguida una onda de orgullo me infló el pecho y en la mente se configuró mi imagen rebelde. El símil que me ayudó a salir de mi pena y confusión era que, así como el pan despedazado, quedaba deshecho y divorciado de los viajeros mi valiente corazón.

Es fácil a distancia juzgar con ironía tales realidades. Lo que excusa la mezquindad de nuestros actos es que cuando los vivimos, padecemos, y es el caudal del dolor sufrido, lo que al cabo determina la misericordia que liquida la expiación. Sufrir lealmente vale, por lo menos, tanto como pensar después en frío y condenar con suficiencia lo que es y seguirá siendo confusión, angustia y misterio.

Cada una de estas emergencias me dejaba convencido de que ya pronto iba a estallarme el corazón. No sabía que el pobre diablo, humano corazón, resiste mil despedazamientos y oprobios y halla siempre excusa para tornar a la esperanza. Considerándome perdido para el afecto paterno, abandonado moralmente, ya que no en lo material, pues mi pensión modesta llegaba exacta como un reloj, y juzgando,

por otra parte, que mis dotes excepcionales bien podían dispensarme de tan excesiva dedicación como hasta entonces había consagrado al estudio, empecé a frecuentar bailes y otras ocasiones de expansión erótica, mezclada de alcohol y canciones. Entre la grey estudiantil abundaban los vagos que dormían de día y con guitarras y mandolinas alborotaban de noche por las ventanas de amigos y novias. Cerca de casa teníamos ahora un compañero originario de Cuatro Ciénegas: José Zertuche. De su Escuela de Comercio acababa de ascender a auxiliar de contador de La Bella Jardinera, gran sucursal del almacén parisiense. Su sueldo era cuatro o cinco veces mayor que la pensión de un estudiante. Su vestuario opacaba aun al del mismo Renato, y en la misma categoría superior fue exhibiéndonos una serie de amistades femeninas que nos daban impresión de princesas. Era él buen camarada y aun demostraba cierta respetuosa consideración a nuestra calidad de preparatorianos y aspirantes de médico, ingeniero o abogado. De suerte que, no obstante pagar a veces los gastos del baile, todavía tenía Zertuche que soportar nuestra presunción. Las muchachas serias solían preferirlo, sospechando que podría casarse, y las otras sonreían a sus fluxes nuevos y sus corbatas francesas.

Usando sus derechos en la tienda, nos ofrecía Zertuche la oportunidad de adquirir ropa hecha a precios ventajosos; lo malo era que no podíamos pagarla a ningún precio. Yo me conformaba con el traje que cada año me compraban en El Paso, durante las vacaciones, sin invertir en él un centavo por razón de planchados o composturas. Sin más lujo que el baño diario de ducha, mal alimentado y no siempre bien dormido, y nada gallardo de tipo, no puedo decir que entusiasmara a las hembras. Sin embargo, no bailaba si no podía hacerlo con la más bonita, a mi juicio, y siempre quedaba el consuelo de las copas y la discusión sobre el amor, el vino y la muerte. Ya lo había dicho Baudelaire, nuestro guía de aquellos años: «Embriégate de amor, de vino o poesía.»

Después de pagar las últimas materias de Preparatoria, había logrado el ingreso en Jurisprudencia. Me urgía presentar el curso de un año en los seis meses restantes. Por la mañana nos daban dos o tres horas de clase y se pasaba el tiempo restante en la tertulia de los bancos de la escuela. En seguida transcurre la tarde en visitas aburridas a las casas de los compañeros que ya no cuentan con diez centavos para el café. Cierta fatiga originada por el mucho estudio de los meses anteriores, la alimentación desordenada e insuficiente y los desvelos, los pequeños excesos sexuales mercenarios y los grandes excesos imaginativos, me mantenían incapacitado para estudiar algo en serio. Inconscientemente buscaba en el trato humano un alivio al *surmenage*. Pero nuestra pobreza sólo nos permitía el contacto con la clase venida a menos, casi miserable, que pulula en las zonas pobres de las grandes urbes; de no pocas visitas salíamos desagradados. Alguna vez nos tomaba el furor del ejercicio físico. De tres a cuatro realizábamos excursiones por alrededores de la Villa o el Peñón y Tacuba.

Al salir de la Preparatoria nos habíamos llevado a casa los floretes y las caretas de esgrima. Tirábamos una hora o dos sudando y enconándonos a menudo en los

encuentros. Llevaba varios días de desafío con el *güero* Garza Aldape, fronterizo noblote y testarudo. En la pared anotábamos las tocaditas recíprocas. Me aventajaba notoriamente en destreza y en fuerza, pero yo me obstinaba en demostrar la tesis dudosa de que la esgrima obedecía a la prontitud de la mente más que al músculo. Habíamos roto varias hojas y aquel último encuentro lo librábamos con floretes desbotonados, protegido únicamente el rostro con la careta; se aceptó que sería legítimo toda clase de golpes. Intenté varias veces uno italiano por el bajo vientre; mi rival pegaba con coraje, o anulaba mi ataque con brazo de roble. En la seña no advertí un rasgón a lo largo del antebrazo derecho. Cuando el *güero* vio que me corría sangre, arrojó su florete y vino a abrazarme. En un instante la cólera se le volvía ternura amistosa. «Perdona, hermano; lo siento.»

Por muchos años me quedó la marca de su acero, pero más ha durado nuestra amistad. Nunca he conocido un temperamento más sañudo y a la vez noble. Por gusto buscaba peleas, que aprovechaba para demostrarme no sólo su valor, también su lealtad. A veces lo acompañábamos dos o tres como Estado Mayor. Nos llevaba por la Alameda: «Desafiaremos a los primeros tres que pasen y el que se “raje” no es hombre.» Si el reto era aceptado, nos ponía a espiar al gendarme, mientras él peleaba; otras ocasiones concertaba el lance colectivo: «Tú contra éste; tú contra aquél; a mí déjame éste», reservándose siempre el más peligroso. La ocurrencia se resolvía en el cambio de unos cuantos puñetazos sin consecuencias. Hasta que una vez escarmentamos todos en cabeza suya. «Mira, hermano; ese que viene allí me gusta.» Lo detuvo, el otro aceptó con calma... «Son mis testigos» —dijo el *güero*, señalándonos. «A darle», manifestó el desconocido, de mediana estatura y apariencia nada temible. Por una de las callejas menos transitadas de la Alameda, a la hora del oscurecer, fue fácil escapar a curiosos. Nuestro deber de testigos era doble: echar un ojo a la policía y estar listos para impedir que se pegasen a cuerpo caído. Desde el comienzo del choque empezó el *güero* a desconcertarse. Las manos del desconocido poseían un raro tino de dar con su rostro. Sin embargo, volvió a embestir... Dos o tres veces se lanzó al ataque, sólo para ser rechazado de nuevo con sangre en la cara, por la boca, por las narices. Lentamente el castigo aplacaba los arrestos del *güero* y, finalmente, le produjo lucidez. Echando entonces mano de su don de simpatía, exclamó: «Oiga, usted me la ha jugado. ¿Usted es boxeador?» «Para servirlo», repuso el otro, mientras recogía del pasto su saco y se arreglaba la corbata. «Está bien —asintió el *güero*—, lo merezco; me ha pegado usted a la buena. Si quiere, ahí va mi mano.» El otro se la tomó cordialmente.

Entre todos llevamos al vencedor a una cantina que había enfrente, «La América», famosa por los grandes vasos de cerveza rubia espumosa y los tacos de pollo con aguacate. El pugilista acabó dándonos consejos:

—Miren, muchachos: el brazo izquierdo cubre el estómago; el hombro protege la cara, y el derecho pega sin alargarse, poniendo todo el cuerpo en el *swing* o acercándose para el *upper cut* en la quijada.

No nos faltaba dinero para unas cuantas copas; pero precisamente allí, en «La América», entraban y salían vuelos de faldas. Imaginábamos en los reservados caderas y torsos que sobresaltan el pecho viril. Era fácil poner gusto de vino en los labios, pero la sed de mujer, y mujer hermosa, se aplazaba constantemente. Y nuestro amor, entre tanto, se envilecía en los rápidos, nauseabundos encuentros callejeros que entristecen y debilitan. Tras de aquellos cancelos de «La América», vedada a nuestra condición, estaba la dicha plena, el placer con suavidades de seda, perfumes caros y labios frescos.

Fuera del círculo estudiantil, casi no tenía otros conocidos que los parientes de Tacubaya. Los visitaba de cuando en tarde y, cosa que al principio me sorprendió, me atraía Adelita, madrastra de mi madre, más que sus hijos. Su fortaleza de alma, su cordialidad y buen juicio reconfortaban. Con los tíos acababa siempre embrollado en discusiones agrias. Ella encontraba siempre la palabra de paz. De los desacuerdos era yo, sin duda, el culpable: les hablaba para exhibir mi ciencia reciente, ufana, y no lograba el efecto deseado. En mi despecho, llegaba a extremos ridículos; por ejemplo: la predisposición que se me desarrolló contra un lejano pariente letrado que todavía no conocía. Pero lo invocaban para contradecirme o para señalármelo como modelo: «Anda, pregúntale a Manuelito; ése si sabe, él es filósofo.» Manuelito era el librepensador oaxaqueño don Manuel Brioso y Candiani, autor de una *Lógica*, catedrático de la Normal de Oaxaca y metido por aquella época en un cargo abogadesco en la Suprema Corte de Justicia. Su fama de filósofo se afirmaba con la caspa que nunca se sacudía del cuello, el mirar distraído y la melena. Varias veces lo había encontrado en casa de los Calderón y, por fin, acepté su indicación de visitarle. Hallélo rodeado de libros, soltero y cincuentón. Me examinó de lógica desilusionándose de mí porque no pude repetirle de memoria reglas y casos del silogismo. Sin embargo, me dedicó su propio texto que nunca leí. Lo tuve por atrasado, en vista de que no aceptaba sin reservas a Stuart Mill, ni era positivista. Los viejos liberales de su género veían con desconfianza el avance positivista. El intento comtista de religión nueva les parecía sospechoso. Estábamos en la era de «las luces» y no había razón para volver a ocuparse de la religión. Él se decía espiritualista, pero no disimulaba su odio al católico. Se especializaba en pedagogía según direcciones derivadas de Herbert. Yo profesaba un soberano desprecio por la pedagogía, ciencia que ni siquiera figura, reflexionaba yo, en el cuadro comtista. Sin embargo, me interesaba el caso de aquel hombre. Lo sabía un poco pariente de mi madre por su segundo apellido, Candiani, y él se refería a ella con simpatía: «Tenía talento Carmita —afirmaba—; era metafísica y mística, pero tenía talento; ya veremos si tú logras algo.» Examinábalo con la curiosidad que suscita un brote de estirpe que era casi la mía. Y no me halagaba demasiado mirarlo. No sé qué pequeñez se escondía en aquella erudición de autores de segunda. Su misma ambición me parecía mezquina. ¡No sentir la amargura de verse a los cincuenta el autor de una lógica escolar! Por otra parte, su criterio desentendido de los grandes, vuelto de espaldas a Kant y a

Comte para construir su vida en torno de Herberts, Krauses, Pestalozzis, me desilusionaba sobre la capacidad de mi clan para la filosofía.

Precisamente la mejor lección que debíamos a Justo Sierra, años antes de que Bernard Shaw la diera, expresaba: «Leed a Homero y Esquilo, a Platón, Virgilio, Dante, Shakespeare, Goethe y, después, volved a leer a Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare...» No dedicar mucho tiempo a segundones más o menos ilustres, enderezar el rumbo con la vista en las cumbres. Y he allí quien se pasaba la vida entre libros y no atinaba a distinguir los jalones, las luminarias de la ciencia. ¡Los anteojos de aquel lejano primo de mi madre servían unos ojos miopes del espíritu! Para él, la Lógica era la máxima ciencia. Y a mí me interesaba, apenas, por los frutos que pudiera darme un audaz raciocinio.

También la orientación de nuestros maestros preparatorianos era contraria al juego de las abstracciones. Para librarnos de su vanidad, había inventado Bacon el *Novum Organum*, la experiencia que contiene sorpresas y puede conducirnos, quizá, a descifrar el misterio. La preparatoria de mi tiempo vacilaba ya entre la rígida jerarquización comtista y el evolucionismo spenceriano. Le Bon, Worms, Gumplowitz, empezaban a privar en sociología. De positivistas pasábamos a ser agnósticos, con no poca alarma de la vieja guardia comtista.

Otro poder se alzaba enfrente de nosotros, aunque casi no lo advirtiéramos: el colegio jesuita llamado de Mascarones, por la casa colonial que ocupaba. Nuestro contacto con los alumnos del plantel católico era ocasional y motivado por los exámenes en común cada fin de curso. La política porfirista de la conciliación con la Iglesia había llegado a términos tan civilizados que se reconocían los estudios particulares mediante un examen de tiempo doble, ante los jurados de la escuela oficial. Ninguna animosidad nos distanciaba de los estudiantes del colegio católico, y más bien les admirábamos su buena preparación en humanidades, aunque en su ciencia resultaban deficientes. Nos separaba de ellos principalmente la jerarquía social, pues ningún pobre podía con los honorarios de Mascarones.

Me había matriculado en la Facultad de Leyes, por eliminación. Sin aptitud alguna para el cálculo, la carrera de ingeniero me estaba vedada por mi naturaleza. Una larga convivencia con estudiantes de Medicina me había revelado la exigencia a que se les sometía a aprender de memoria todos los nombres de los huesos con sus facetas y articulaciones. Perdidos, así, en el detalle, y encaminados desde el comienzo hacia la especialización, lo que menos se preguntaban era lo único que me hubiera interesado: el secreto de los procesos del pensamiento; la teoría de la voluntad o la psicología del amor. Todo ello estaba más bien en los filósofos, y para estudiarlo no necesitaba volverme impermeable al yodoformo. Hubiera querido ser oficialmente, formalmente, un filósofo; pero dentro del nuevo régimen comtiano la filosofía estaba excluida: en su lugar figuraba, en el currículum, la sociología. Ni siquiera una cátedra de Historia de la Filosofía se había querido conservar. Se libraba guerra a muerte contra la Metafísica. Se toleraba apenas la Lógica y eso conforme a Locke, casi como un capítulo de la Fisiología. Por propia iniciativa, y al margen de la cátedra, habíamos constituido un grupo decidido a estudiar a los filósofos. Antonio Caso, dueño de una gran biblioteca propia, leía por su cuenta y preparaba sus armas para su obra posterior de demolición del positivismo. Yo formaba cuadros de las distintas épocas del pensamiento, de Tales a Spencer, apoyándome en las historias de Fouillé, de Weber y de Windelbandt.

La disciplina legal me era antipática, pero ofrecía la ventaja de asegurar una profesión lucrativa y fácil. En rigor, era mi pobreza la que me echaba a la abogacía. Si hubiese nacido rico, me quedo de ayudante del laboratorio de Física y repito el curso entero de ciencias. Al entrar a las cátedras de Jurisprudencia advertí como un descenso en la categoría de la enseñanza. No era aquella ciencia, sino a lo sumo lógica aplicada y casuística. La reforma científica no había llegado al derecho; faltábale un genio filosófico que incorporara el fenómeno jurídico al complejo de los fenómenos naturales. Spencer, en su volumen de la *Justicia*, obra de consulta en nuestro curso, ya iniciaba tarea semejante; pero entre tanto, el aprendizaje se desarrollaba dentro de las disciplinas caducas. Y mientras el célebre maestro Pallares disertaba en su clase de civil, yo me ponía a leer el periódico en un rincón de la última banca.

Con no hacerme caso me fue ganando el viejo. Enjuto de tez, ojillos penetrantes, frente muy blanca, sienes delicadas y cabellos negros, levemente rizos, sus fieles lo comparaban con Sócrates por la fealdad y por unos sarcasmos que yo hallaba crueles. Hablaba apoyando el mentón en el puño de oro de su bastón y con gala de impertinencia, exclamaba: «Esto no se los explico porque ustedes no me entenderían... este país de catorce millones de imbéciles...»

Me irritaba oír todo aquello en labios de un simple abogado. «Sabrá su derecho mercantil —reflexionaba—, pero ¿qué sabe de filosofía?» Ignoraba yo las virtudes del hombre; nada sabía de su vida austera, ni de su constante, firme protesta, contra el

despotismo porfiriano. Generalmente reconocido como el primer abogado de la República, vivía, sin embargo, postergado, y se había hecho inmodesto a fuerza de ser injustamente tratado. A diferencia de tantos otros, debía su cátedra a una oposición y no a nombramiento de la dictadura. Titulado en Michoacán y ferviente católico, jamás había transigido ni con su creencia ni con la farsa y abuso de los hombres de la administración. A fuerza de tenacidad inteligente, sostenía un bufete de buenos ingresos pero en los grandes negocios figuraba, si acaso, como consultor, y los honorarios gordos iban a las manos de medianías complacientes con el régimen, protegidos del déspota. Por experiencia sabía que sus mejores alegatos podía echarlos por tierra una sugerencia, una consigna del Caudillo. Todo esto lo fui averiguando paulatinamente. Su talento y su ciencia, su íntima bondad bajo la agria apariencia, se manifestaban tardíamente y como a pesar suyo. Al principio era yo del bando que lo contrariaba.

Pues, en efecto, había dos bandos. Contra Pallares estábamos los preparatorianos de la metrópoli, antijuaristas y cientifizantes que nos sentíamos rebajados de estudiar el Derecho Romano, después de haber cursado el plan de Comte en la Preparatoria. En el bando de Pallares se afiliaban los que, habiendo hecho su secundaria en los Estados, conservaban el criterio indeciso entre la ciencia y la ideología jacobina. Y aunque Pallares no era jacobino, procedía de la provincia y no era afiliado a Comte. Además, era el rival de Justo Sierra, y los metropolitanos éramos sierristas. Justo Sierra era el poeta, el literato vulgarizador de la teoría positivista en el arte y en la vida. Su obra de Ministro de Educación todavía no comenzaba, pero ya era conocido como el maestro más culto, más elocuente de la época.

Tan elocuente que en su clase de Historia, cada año, arrancaba aplausos disertando con entusiasmo sobre las libertades de Atenas. En cambio, jamás abrió los labios para comentar el derrumbe de las libertades mexicanas. Después de sus discursos helenizantes, el pobre se iba a la Corte a firmar sentencias como magistrado del porfirismo.

Uno de los motivos del desprecio de Pallares por sus alumnos era nuestra ignorancia del latín. Yo había estudiado y olvidado dos años de latín campechano, pero mis compañeros, en su mayoría, sólo habían pasado por el curso de «raíces griegas» que nos daba el maestro Ribas, un judío sefardí muy capaz, pero que, desilusionado de lo poco que podía hacerse en un solo curso, se limitaba a bromear con sus alumnos. Pallares, con razón, se preguntaba: «¿Qué puedo hacer con estudiantes incapaces de entender una cita?» Y no sólo lo decía en clase; lo había dicho en los consejos de las facultades y lo había sostenido en el Congreso.

De allí procedía su choque formal con Justo Sierra. Al discutirse en el Congreso la reforma de la enseñanza, el asunto del latín se había convertido en cuestión de partido. Los liberales estaban contra el pasado porque era pasado y contra el latín porque es el idioma que se usa en las misas. Los positivistas se apoyaban en la autoridad de Spencer que elimina las lenguas muertas en favor de las vivas, sin duda

para que poco a poco vaya quedando sólo el inglés. Así como los liberales eran *yankeezantes*, los positivistas se creían muy británicos siguiendo a Spencer. Ni unos ni otros se tomaban el trabajo de informarse de que al latín dedican y dedicaban hasta cuatro años todos los colegios de segunda enseñanza de Inglaterra y los Estados Unidos. Se daba, pues, el caso de que un país latino suprimía de sus programas de enseñanza el latín, en tanto que el vecino país sajón multiplicaba universidades y colegios en que el latín es obligatorio. Contra este absurdo propósito que recuerda esas estampas de zulúes descalzos y con sombrero de seda europeo, se levantó Pallares y habló convincente y firme. Pero los diputados... los diputados de entonces, menos ignorantes que los de ahora, mantenían, sin embargo, igual tradición de servilismo. Pallares era un independiente; por lo mismo, un sospechoso. Atender sus razones equivalía casi a traicionar al régimen. Don Justo representaba la opinión oficial; era subsecretario; el Gobierno siempre tiene razón para destruir a su contrincante. Al contestarle don Francisco Bulnes, lo designó cambiándole de intento, el nombre: «El señor Pajares». Irritado éste por las discusiones, no advirtió el peal, y quiso rectificar: «Pallares, señor...» «Pajares», insistió Bulnes volviéndose a su público. Las risas estallan, la votación se apresura y triunfó la consigna abolicionista de las lenguas muertas. La intelectualidad del régimen proclamó la nueva victoria obtenida contra «las tinieblas». De su derrota injusta guardaba Pallares un rencor mudo que hacía extensivo a todos los que llegábamos de la Preparatoria.

—Según veis —concluía desde su cátedra el sardónico maestro, tras de explicar algún precepto jurídico desconocido por una práctica de abusos—, esto no está al alcance de los catorce millones de imbéciles que componen la República...

—Safo, maestro —se me ocurrió a mí gritar un día desde mi banco.

—¿Qué dices, muchacho?

—Que le ruego haga en mi favor una excepción entre los catorce millones...

—Pues sin duda eres tú el más presuntuoso de todos —repuso—. A ver, ¿cómo te llamas...?

Días después, desde su pupitre, para interrogarme improvisó entre burlón y afectuoso:

*En la pálida silueta de los cielos
se destaca tu figura, Vasconcelos.*

El hombre áspero ganó fácilmente mi afecto. Pero pasaron muchos años antes de que pudiese apreciar todo el alcance de su lucha ingrata contra el medio que nos incubaba.

Hastados de mal comer en fondas y pensiones baratas, y también para lograr más libertad, decidimos rentar una vivienda completa haciendo cocina en casa. Entre cuatro nos instalamos, suprimiendo el salón, en alcobas individuales y comedor. Un estudiante de ingeniería, Nacho Guzmán, hizo de jefe y tesorero. Mensualmente le entregábamos nuestra cuota y él se entendía con el servicio. Consistía éste de una vieja criada que hacía de ama de llaves y cocinera, auxiliada de una hija fortachona y cacariza, a salvo, según supusimos, del deseo varonil más desesperado. Ocupábamos un interior del segundo piso de un edificio con ocho viviendas. Las del piso bajo eran humildísimas, ocupadas por artesanos y lavanderas. Las del frente de la calle eran habitadas por familias que no veíamos casi ni en la escalera. Por arriba éramos dueños de una azotea, cómoda para estudiar por las tardes y contemplar desde ella las puestas del sol y los tejados vecinos. Varias salidas aseguraban a cada quien independencia completa. Al principio todo fue bien: comíamos con abundancia, eligiendo los manjares a nuestro antojo. En vez de Renato, que temporalmente suspendió los estudios, teníamos ahora de compañero a José Santos, también de Piedras Negras o de Sabinas, que ya cursaba el último año de Medicina. Lo visitaba y convivía a veces con él una Lola, su amante, y afanadora de un hospital. Ocupaba otra habitación *el Chango*, estudiante de leyes, guitarrista y poeta. Nos visitaban compañeros de diversas facultades, invitados a comer o simplemente a la charla y la divagación de las canciones y los devaneos amorosos.

Con frecuencia faltaba a clase, aburrido de traducir y comentar las Pandectas, y acompañaba a Santos o a Olvera a sus prácticas médicas. Llegué a saberme de memoria todas las salas del espantoso Hospital Juárez, a la vez hospital de sangre para las víctimas de los crímenes, los atropellos de la ciudad y asilo general de alcohólicos, cancerosos, reumáticos, venéreos y hasta leprosos. La cantidad de horror que allí se podía ver en sólo una mañana, supera a cuanto hayan imaginado las más sombrías literaturas. A tal punto que después de contemplar los tumores y las llagas, casi no impresionaba el anfiteatro, con su media docena de cadáveres despedazados sobre planchas impregnadas de la pestilencia inconfundible: la cadaverina... Bastaría recordarla para quitarnos toda posibilidad de sensación voluptuosa fundada en la atracción de la carne.

Cuando penetré por primera vez al anfiteatro, un practicante aserraba con calma el cráneo recién rapado de un muerto. La cabeza de otro cadáver al lado, tenía ya cortada la tapa y se veían en los sesos las circunvoluciones. Aquella ocasión, de regreso del hospital, no pude comer. Al día siguiente comí doble. Contra la tenacidad del cuerpo que insiste en vivir y gozar, hay el disolutivo eficaz de la cadaverina. Pero en auxilio de la vida llega el olvido y actúan las apetencias. Con todo, años después, en la voluptuosidad de un amor que declinaba, sentí de pronto algo como el tufo de la cadaverina. Como si el interior de la entraña se adelantase y se diese a la muerte antes que la piel y el rostro, antes de que la muerte se imponga.

La cadaverina: Pero ¿de qué sirven las profundas lecciones a una juventud en frenesí, sedienta de goce? Con todo y la dosis matinal de cadaverina, por las noches corríamos tras de las más humildes faldas.

Cierta mañana curamos a un herido; detrás del practicante iba la afanadora con la gasa, las bandejas esterilizadas. Recostado sobre sus pobres almohadas el enfermo descubrió el pecho. Sobre la piel morena, a la altura de las tetillas, se abrió una especie de boca con labios violáceos; el practicante pasa un algodón, luego tapa con gasa. Al concluir el recorrido, pregunto por lo bajo:

—El de la puñalada ¿no está muy mal?

—Pst... —contesta—; si esta noche le entra la fiebre, mañana está muerto.

En el extremo de los patios, y fuera del pabellón, en unas barrancas, moraban los leprosos; uno asomó sin narices...

—¿Los curan? —indago.

—¡Bah! Son incurables; los recoge la policía de las calles cuando ya están imposibles, y aquí se van deshaciendo despacio.

La sala de operaciones es el sagrario del hospital. Las batas blancas recuerdan el sobrepelliz del sacerdote. Los instrumentos bruñidos, hervidos, reciben honores de reliquia. El operador dirige con la mirada, los ayudantes trajinan, los alumnos forman grupo reverente. El enfermo, arrastrado en su camilla, es lo que menos importa; representa un caso en un largo registro de casos. A una señal, aplican las enfermeras la mascarilla del cloroformo; el olor nauseabundo se difunde como incienso de aquel ceremonial cuyo objeto es aliviar la carne, aun a despecho del alma. Empieza el enfermo a divagar; en seguida, en *crescendo* patético se lamenta como mártir en el tormento. El sabio operador malhumorado dice a los alumnos:

—Estos alcohólicos consuetudinarios despliegan una sensibilidad morbosa para el cloroformo.

Por fin, y después de que ha chorreado una o dos veces la cánula de anestésico, se inicia el estertor, se apagan las quejas de enfermo y empieza a rasgar el bisturí. Las manos del médico se van llenando de sangre; corre sangre por la piel cetrina de la víctima; blanquea el tejido sebáceo y aparece el rojo lastimero de la entraña; su palpar desamparado, desnudo, produce vértigo. Una corriente nerviosa quebranta cada coyuntura y muere en los talones; durante un brevísimo instante tuve necesidad de buscar el apoyo del brazo de mi compañero de pensión. Todos atentos a la faena operatoria, nadie advierte mi momentáneo desfallecimiento; me quedó en la boca un sabor de podredumbre. La cosa no termina; extráese materia sanguinolenta, se habla de tumores. Las operaciones siempre terminan bien; ahora que, es claro, el enfermo comúnmente fallece... de alguna complicación. ¡La cirugía es infalible; el porvenir de la Medicina, la cirugía! El coro de los convencidos, nuevos creyentes de la religión terapéutica, se dispersa por las salas, regresa al centro de la ciudad.

Ya en el tranvía, el pequeño grupo de estudiantes veteranos se cuentan historias: Operaba don Tobías... encontró un enfisema; al revisar la tarjeta del enfermo,

rápidamente había observado su profesión: músico. Con la prueba escondida, don Tobías diserta sobre las infecciones del diafragma, ocasionadas por los instrumentos de viento. Concluye la operación, despierta el operado, y don Tobías, triunfal, pregunta:

—¿Qué instrumento tocas, hijo?

—Doctor, la tambora...

No sé cuánto tiempo me duró la obsesión. Quería verlo todo y ensayarlo, bajar a todas las cavernas de la miseria biológica. También revisar el aparato humano en su normalidad. En un año de la escuela de Medicina, Olvera se pasaba largas horas de la noche practicando disecciones. A menudo me llevó para encomendarme tirar de un tendón, mientras él ligaba, descubría los haces, las fibras. Ponía en su tarea un orgullo de artista. La preocupación de la estética se prolonga al terreno de lo macabro.

—Mira qué linda pelvis —exclamaba alguno delante de las vitrinas del museo escolar—, buen forro ésta... fea la otra.

Y así entre las osamentas, restablecíanse las categorías del apetito erótico.

Y conocí algo peor. La obsesión del practicante de Sanidad, amigo de nuestro grupo. Viendo pasar las favoritas del mundo galante, mezcladas al paseo dominical de Plateros, apreciaba, según detalles inimprescindibles de las partes secretas, mientras los ingenuos admirábamos las pestañas o el talle de las bellas.

Cierto cinismo sentimental, fruto de su hábito de ver únicamente la carne, volvía molesta, en ciertas ocasiones, la compañía de nuestros futuros médicos. Había en sus charlas eróticas algo de la crudeza y desazón del higienista que explica cómo se han de masticar los alimentos a fin de asegurarles la eficacia nutritiva. Nos quita las ganas de comer.

Sin embargo, me fue preciso recorrer todo el viacrucis médico. La casa de las locas se hallaba cerca de nuestro domicilio de la calle de San Lorenzo, en la Canoa, donde hoy está la Beneficencia. Acompañado del practicante, traspuse el zaguán, atravesé el patio; una gritería confusa, estridente, sacudió mis nervios. «Son las ninfómanas —explicó el practicante tranquilizador—. Apenas ven pantalones y gritan obscenidades, invitaciones de pesadilla.» Por San Fernando, en otro ex convento, se hallaban instalados los locos. Sala primera, cama sin patas, los epilépticos. Apariencia normal; de repente, el vértigo, las contracciones, los gritos acompañados de una angustia que sale a la boca en espumas.

Departamento de cretinos, dientes enormes, miradas gelatinosas, babeo. En seguida los melancólicos, pacíficos, pero expuestos a accesos de furor, perdidos en horizontes irreales. Luego, los enajenados, consumando paseos interminables o entregados a crisis furiosas... El que se cree el Emperador Moctezuma, el que quiere cogerse el índice sujetándolo con la izquierda y arrebatándolo con su misma mano derecha. En otra sección, los subnormales; pero fuera de allí, en el éxito y la fama, estaban otros, según Lombroso, según Nordau, idénticos, por más que la humanidad los venera como genios. También el genio era un desarreglo, un caso de patología. El

médico, sacerdote de la religión de la ciencia, entraba, con su escala de temperaturas y su registro de síntomas, en las cámaras más ocultas del laboratorio de la ciencia. Entre el criminal nato y el profeta, apenas había una barrera accidental. El misticismo de Santa Teresa era un caso de excitación erótica reprimida. La charlatanería literario-terapéutica de las glándulas y las secreciones endocrinas, estaba a punto de iniciarse con Voronoff. Pero todo aquel triunfo de la Ciencia, triunfo de la carne, con sus ritos de asepsia, sueros y bacilos de Metchnikoff, se unificaba en estelas de yodoformo.

Era preferible volver donde los locos con las ideas abstractas, sitio de reunión en los bancos de la Escuela de Jurisprudencia. Tardes lluviosas y melancólicas, recargadas de la fragancia del jardín, divagaciones y bostezos. Tristemente fumábamos soñando en las tardes que vendrían, lluviosas también, pero al abrigo de una alcoba con cortinajes, donde una amada perversa y hermosa vertería licores después de las fatigas del amor.

La gran necesidad de afecto del joven que vive aislado, complicándose con los deseos eróticos de la adolescencia, conduce inevitablemente a enamoramientos disparatados; súbitos ataques de epilepsia espiritual. Hay quien los evita intoxicando la fantasía con juegos de pasatiempo como las damas y el dominó. Por ejemplo: el médico nato, Olvera, se pasaba las tardes del domingo entregado a las complicaciones del ajedrez. Yo he detestado siempre los juegos. Veo en ellos la más tonta manera de usar el más precioso tesoro de cada existencia, su tiempo, limitado, contado y que, por lo mismo, es necesario exprimir, aprovechar, gozar, en último caso sufrir, pero nunca, jamás, desperdiciar. Alarmado, pues, del tiempo que corría inútil como si una vena de la propia sangre corriese perdiéndose, arrastrándonos al vacío del no ser, me angustiaba de las horas sin empleo valioso. Ensayaba escribir; pero apenas traducía mi pensamiento en signos, las ideas perdían toda su profundidad; lo escrito me desencantaba, me irritaba como una traición a mi esencia singularmente valiosa. La charla con los amigos se hacía aburrida. Cada uno en la discusión buscaba exhibirse. A mí la discusión me exaltaba, me llevaba a proferir enormidades que luego el amor propio impedía rectificar. A veces sentía que un torrente de luz me inundaba el alma. Era como la evidencia de mi destino, manifestada en júbilo soberano. De un extremo a otro de la habitación caminaba como con alas en los pies. Mis potencias y mi ser, y aun mis células orgánicas, se bañaban del esplendor inesperado y se aprestaban a la cita. Todo lo que me componía y constituía se alzaba fulgurando, listo para la elección escondida en la entraña del tiempo, desde antes de mi nacimiento y de mi formación.

Cuando ya la soledad me tenía así, transido de sus visiones, saltaba a la habitación donde los compañeros jugaban cartas, fumaban. «Vamos a algún lado, muchacho», proponía alguien... Se levantaban dos o tres, a veces todos juntos nos íbamos por el barrio, por frente a la novia de alguno o por los sitios de diversión que puede frecuentar el estudiante.

Nos habían hablado de un café recién abierto, por Santa Brígida. Lo regenteaba un español que le puso no sé si «La Alhambra», y consistía su novedad en el servicio a cargo de bonitas meseras. Una muchedumbre dominical, ruidosa, plebeya, ocupaba ya casi todas las mesas. Tras de alguna espera, logramos acomodarnos en torno de una los cuatro amigos. Se acercó a servirnos de uniforme y delantal una joven agraciada. Después de alguna frase de galantería pedimos nuestras copas. En derredor observamos la algazara; irrumpió una orquesta. Entre el humo de la clientela, regresó nuestra camarera, seguida de otra que le ayudaba a servir, y seguramente, le quitaba los admiradores pues, era una morena esbelta de cara oval, ojazos y trenzas negras... Empezaron mis compañeros a celebrarle la hermosura; sonreía ella complacida. Deslumbrado, la contemplé, a la vez que un deseo violento, pasión en *coup de foudre*, me levantó del asiento... Por entre las sillas logré alcanzarla y le planté un beso tronado en la mejilla. La imprudencia molestó a los parroquianos de al lado, con

quienes acaso tropecé; nos hicimos de palabras, hubo sillas levantadas en alto, intervino el propietario, nos amenazaron y sisearon; por fin pagamos y nos marchamos despacio para no aparecer corridos...

Despreocupadamente caminamos varias calles; atravesamos casi la ciudad para retornar por nuestro rumbo, pero empecé a sentir una inquietud irrefrenable. La visión de la cara besada a medias me obsesionaba. Apenas cenamos, ya solo, regresé al café. Un público diferente, menos numeroso, sirvió lo suficiente para que pasase inadvertida la vuelta que di buscándola, y la señal con que le pedí que viniera a servirme. Llegó frente a mí toda risueña; la invité a beber, se sentó a mi lado y dio comienzo una amistad larga y accidentada.

Se llamaba María Sarabia; decía ser de por Guanajuato o por Jalisco. Aseguraba vivir con su madre en el último extremo de la ciudad por las calles del Ferrocarril. A las dos de la mañana, libre ya de su trabajo, acostumbraba marchar sola a su casa. Sin embargo, yo podía verla cuando quisiese en el café, y quizá más tarde saldríamos a pasear juntos. Eran suyas las mañanas y las tardes hasta las seis.

Ni los patios de Jurisprudencia, ni las clases de los amigos volvieron a verme en varias semanas. Dentro del café le hablaba lo menos posible; pero cuando entraba a su trabajo, yo la acompañaba a la puerta, y si salía para cenar, la llevaba por las fondas baratas del barrio. Platicándole, mirándola, se iba veloz el tiempo. A veces, a las once o doce de la noche, interrumpía la lectura o el estudio para correr desde mi cuarto hasta el innoble café a fin de verla otra vez.

Pronto dio en visitarme. Su presencia en la casa no llamaba particularmente la atención, porque todos los compañeros tenían, quién una novia, quién una amante que solía vernos. A menudo María se presentaba con una compañera. Organizábamos entonces el cuarteto con uno de los colegas, y nos marchábamos de paseo, rematando siempre en alguno de los bares estudiantiles. Su oficio de camarera la había hecho bebedora. Los estudiantes bebíamos por presumir de calaveras y de románticos.

Bebíamos por pobreza y por tristeza. Quizá eso mismo ocurría a nuestras compañeras. A veces, cuando en la casa había quien tocase la mandolina y la guitarra, improvisábamos bailes que nos dejaban enardecidos de mujer y quemados de alcohol. Sin embargo, aquello era vivir; el genio baja a las profundidades del abismo, decía cualquier Zaratustra criollo. Echarse a la perdición era un heroísmo... Y no se era hombre si no se apuraba la copa de la vida «hasta las heces». Así nos curábamos del mal vivir. Todo con versos de Musset y literatura de Dumas hijo.

La linda perdida de largos cabellos oscuros, labios enloquecedores, talle flexible y largas ancas envueltas en falda roja, era la imagen viva de la angustia que puede tornarse en goce. Bien se podía prescindir de todas las promesas de una existencia heroica, vencedora, con tal de pasar un año o unas semanas enredado en su carne, pendiente de sus labios. Sin embargo, no se entregaba. Sonreía, y una como oleada de tristeza le tornaba pálido el rostro, la mirada distante. «Sé bueno —insistía—, quiéreme bien...» Con decirlo, quedaba domeñada la urgencia y una ternura honda

enlazaba las manos, súbitamente tranquilizadas. Nunca ni una palabra de respuesta a mis preguntas sobre su origen, sus padres, sus amores.

—¿Tienes novio?

—Sí, tú eres mi novio.

—¿Tienes amante?

—No sé, no me preguntes...

Y aunque en distintas ocasiones la acompañé hasta la calle misma en que vivía, nunca quiso informarme ni del número exacto de su vivienda...

—¿Para qué quieres saber? Yo he de verte... mañana a tal hora, en tal parte... — Y aparecía otra vez jovial, deslumbrante.

A veces, impaciente, dejaba de concurrir a sus citas. Excitado por mis compañeros me proponía mandarla a paseo. Me vencía, absteniéndome de buscarla por el café. De repente, la tarde menos pensada, se presentaba en nuestra casa, más bella que nunca, siempre con su falda de color vivo, ajustada a las más lindas piernas del mundo.

Sentada en mi misma cama se soltaba la trenza, se dejaba acariciar. Luego se peinaba, me resistía. Adorándola, le mandaba traer refrescos, nieve, jerez, aguardiente, según su capricho. Entonces charlaba, bromeaba con los compañeros. Nuestra criada le ofrecía de comer, la agasajaba. Se recostaba para descansar; luego, incorporándose, preguntaba:

—¿Me acompañas?

Y a menudo, por andar recorriendo salas de baile y cantinas, faltaba al café; pero después, a medianoche, se despedía y se me volvía a perder en el misterio.

Entre tanto, yo deliraba. Tras de mucho pensarlo, resolví que mi deber era salvarla, recogerla del fango, casarme con ella. Un día se lo propuse y se rió, pero dulcemente me apretó la mano...

—Estás loco...

Pero yo lo pensaba en serio. Revestía de abnegación y piedad mi deseo voluptuoso y me convencía de que era mi deber ligar su destino al mío «tendiéndole la mano». Hice mis cálculos. Buscaría trabajo, mandaría al diablo los estudios... Sólo que, pensándolo bien, había un pequeño inconveniente: Recontando fechas, resultaba que tenía yo diecinueve años; el Código exige en estos casos el consentimiento paterno... Ni me atrevía a pedirlo, seguro de una terminante y alarmada negativa. Era mejor esperar; por ella misma era mejor esperar... pero, mientras tanto, ella debería comprometerse conmigo en una alianza espiritual.

No obstante que nuestros paseos eran bien modestos, el dinero me empezó a escasear. Muchos libros y algunos muebles que al instalarme me había dejado mi padre, cogieron el camino de la casa de empeño. Con la mejor intención de sacarla del fango, yo me iba hundiendo. Y empezaba a cansar a los amigos con solicitudes de préstamo... ¡Era tan bello estar todo el día y también de noche embebido en su hermosura!

El primer contratiempo me lo proporcionó mi impaciencia. Sin advertirla, me dirigí una tarde al café. Me encontraba yo en la acera de enfrente, cuando la vi salir del brazo de un tipo robusto y apuesto. Iba él ufano; ella no me vio. Un pensamiento humillante formuló dentro de mí esta pregunta: «¿Por qué ahora no la asaltas, como cuando el beso en público?» La sorpresa me dejó clavado en la acera y un miedo vil contuvo mis ímpetus. Me sentí despreciable. No me enojaba contra ella; me dolí de mi impotencia; ni dinero para pagar ni fuerza para disputarla. Llegué a la casa sintiéndome como si me hubieran golpeado, y a grito abierto conté mi lamentable decepción... «¿Pues qué te habías creído?» prorrumpieron los camaradas... «¿Para qué te metes de enamorado de p...?» —dijo otro—. «¿Ni qué derecho tienes para intervenir en sus asuntos...?» —aclaró Guzmán. «Además, es una fortuna que no te hayas atrevido a hablarle —observó el Chango—, porque el sujeto ése te habría dado una golpiza con todo derecho, puesto que iba con ella.»

Me pegaban así, con saña, llevados de la sana intención de curarme y, también, con secreta complacencia de mi derrota.

La gran herida me quedó abierta hasta el punto y momento en que ella se presentó una tarde, cuando ya desesperaba de verla. Iba fresca y jovial... «¡Anda, acompáñame!... mi novio querido...» En vez de rechazarla, según había ideado, la seguí con mansedumbre. La idea de que nada podía ofrecerle me volvía juicioso, complaciente. Más tarde tendría poder y fama; entonces la protegería, la recogería de donde cayese. Si de pronto estábamos desamparados, seguramente el futuro sería nuestro. Meditando así, a su vera, la acompañaba sin comunicarle mis fantasías.

Ella no andaba soñando futuros; quería pasar la noche distraída. Tenía cita con unos amigos: una pareja; conmigo, seríamos cuatro, para bailar y recorrer tabernas.

Con todo y mi obsesión por ella, María no me gustaba cuando había bebido. Su voz adquiría acentos vulgares y desplegabam no sé qué gesto que me apartaba de su corazón. Viéndome momentáneamente hastiado, liaba ella un cigarrillo con su manera inimitable, lo chupaba prendiéndolo y, en seguida, me lo ponía en la boca.

En los cafés del barrio la acogían saludándola por su nombre; al principio me presentaba: «Mi estudiante...» «Hola, el estudiante de María», me llamaban a mí cuando me presentaba a buscarla, alguna noche que no había logrado dar con ella.

El compañero de la amiga era una especie de monosabio o de banderillero, trigueño, espigado; me trataba con singular deferencia... «El señor es un letrado», decía presentándome. Pero se nos juntaban a menudo ciertos tipos que, así estuviésemos embotados por el alcohol, resultaban odiosos. Había que estar alerta a la ocasión siempre latente de una riña; ponía la mirada en un objeto que en un instante dado podría servir de proyectil. Estando ella conmigo, nadie iba a permitirse «faltarle». Cada uno que la llamaba simplemente María, se convertía en mi enemigo.

Tirados casi los libros y agobiado de deudas, mis amigos me amonestaban con insistencia: «Sobre todo, exígele cama, y adiós... Ya basta de hacer el primo...» Yo no veía las cosas de ese modo y, en realidad, había cesado de pedirle recompensa

inmediata. La quería por completo y para siempre. No volvería a hablarle de amor, hasta que pudiese ofrecerle cuarto propio y librarla del trabajo en el café.

Sus gustos de interminable vagabundeo me fatigaban; la bebida fuerte y copiosa me arruinaba el estómago; las desveladas me consumían. Los ratos que no pasaba con ella los dedicaba a revisar febrilmente los textos del examen que se aproximaba. Perder el curso hubiera sido una catástrofe. Por ella misma y para sacarla del cien, yo debía esforzarme. En secreto continuaba mis gestiones para conseguir trabajo, un empleo. A fin de preparar el terreno, escribí a mi padre diciéndole que cortaba la carrera y quería trabajar.

Por mi parte inicié gestiones disparatadas. Uno de mis maestros era concejal, y le escribí solicitando una plaza de inspector de jardines. Cierta amigo estudiante desempeñaba este cargo de módica remuneración y pocas horas de paseo por los parques de la ciudad. Esperando una respuesta que nunca llegó, forjé castillos con el sueldo que iba a ganar; recorrí la Alameda, estudiando ya las medidas que adoptaría. No más tala de árboles y una renovación de prados conocidos. Nuestra Alameda, trazada según vieja costumbre andaluza, había sido después afrancesada con estatuas y fuentes de bronce versallescós. Después de revisar en la biblioteca manuales de jardines, decidí defender nuestro parque del peligro geométrico a lo Le Notre. El desorden aparente de las estampas de Aranjuez me parecía más de acuerdo con la belleza espontánea de las plantas. El estilo inglés de anchos prados desnudos en torno de un grupo de plantas o de un monumento estaba bien para la naturaleza pobre de las zonas frías. Entre nosotros, tal sistema equivalía a la estrangulación de los brotes más lozanos de la tierra. En final de cuentas, me decidía por un estilo un poco italiano, con abundancias de follajes y estatuas y monumentos, con geometría interior no ostensible. Sobre la mesa de la biblioteca preparatoria revisaba las reproducciones de los jardines ilustres del mundo, y la respuesta de mi carta no llegaba. Seguramente entre los cuarenta o cincuenta inspectores de a cuatro pesos diarios no había uno que contase, como yo con ideas y con documentación y, sin embargo, supe que se llenaba una vacante y mi gestión quedó desairada.

Vagando desilusionado por el jardín de las Cadenas, costado oriente de la Catedral, me detenía a menudo en las alacenas de libros de lance. Era aquel sitio casi una academia popular donde se encontraba el erudito y el vago, el estudiante y el aficionado a lecturas. Por ambas alas de un largo cobertizo de hierro, seccionadas en particiones, había una serie de puestos donde el público hojeaba, sopesaba los volúmenes, antes del regateo de la compra. En torno, los jardines laterales de la Catedral brindaban sus andadores sombreados, donde era grato pasearse. Por el extremo que daba a la calle, el cobertizo terminaba en una pequeña terraza donde servían los mejores refrescos de limón y tamarindo, las mejores horchatas de la capital. En alguna ocasión, cuando la etapa de Tepechichilco, el *güero* Garza Aldape y yo habíamos emprendido un torneo de ayuno forzoso después de gastarnos la mesada en los toros. Nos levantábamos tarde para ahorrar el desayuno y al no cenar o no almorzar le llamábamos saltar comidas. Cierta víspera de la llegada del giro, tomamos por único alimento una horchata en el puesto de las Cadenas, con un par de plátanos del vendedor que se situaba por allí mismo y, como postre, un pastel de a centavo, relleno de una pasta desabrida como engrudo. Mi situación no había mejorado gran cosa, pero me quedaba aquel día un peso en la bolsa raída del pantalón y vacilaba. Vacilaba porque en una fila de abajo, entre los libros escogidos, cantos de oro y percalina roja, estaba de venta una *Divina Comedia*. Sobre la pasta delantera, en un medallón dorado lucía el perfil conmovedor del vidente insigne. Con los dedos dentro de la bolsa alisaba mi último peso antes de darlo; por fin, en un arranque de audacia, lo alargué al librero a la par que ponía el precioso volumen debajo del brazo.

No sé por qué había retardado tanto tan notoria lectura. Conocedor bastante prolijo de Shakespeare y de la *Odisea*, de Goethe y aun de Milton, el conocimiento directo de Dante se me había ido quedando aplazado. Es claro que no está al alcance de párvulos, pero mi ambición desmedida me había llevado anteriormente a lecturas más complicadas. Discípulo infantil de *La ciudad de Dios* y *Las confesiones*, no me explico por qué mi madre no usó también a Dante de libro de cabecera. De todas maneras, era lo que más podía haberle gustado y, leyendo, imaginaba que lo hacía también por ella.

Avanzaba en la lectura, «y así como las florecillas inclinadas y cerradas por la escarcha se abren erguidas en cuanto el sol las ilumina, así creció mi abatido ánimo, e inundó tal aliento mi corazón». Y el mío clamaba: Dichoso y bendito. Dichoso de haber nacido a una vida que ha producido también un Dante. Bendito de su amor y su llama. Cuán pequeños se veían los contemporáneos al lado de esta alma espléndida. Y qué asombrosa y justiciera la certeza con que se coloca a sí mismo entre sus seis más grandes: Homero, Virgilio, Horacio, Ovidio, Lucano. En rigor, debió citar tres: Homero, Esquilo, Dante; dejarse en el limbo a los romanos.

Porque el ser, guía y maestro de Dante, me llevó a hojear la *Eneida*, en traducción francesa, es cierto, también es cierto que después de *La Divina Comedia*, escrita en

presencia de Dios mismo, no se puede tolerar al poeta servil que alaba a Augusto y el tema lo recibe prestado y lo aprisiona en una lengua antilírica. Dante no sólo no tenía par en toda la literatura, ¡su creación era más que literatura! En Milton se advierte el artificio; en Shakespeare cansa la vena patética de ambición herida y siempre humana. Únicamente Dante en cada verso plasma una porción de realidad eterna. Y a pesar de su trascendentalismo, suele humanizarse en gritos dignos del *Prometeo* de Esquilo:

Pueblo malo e ingrato que en un tiempo descendió de Fiésole... será tu enemigo por lo mismo que le prodigas en bien...

Y en seguida:

La fortuna te reserva tanto honor que los dos partidos anhelarán poseerte, pero la hierba estará lejos del piso...

Y luego la humilde orgullosa respuesta:

Dispuesto estoy a correr todos los azares de la fortuna con tal que mi conciencia no me haga reproche. No es la primera vez que escuché semejante predicción y, así, mueva fortuna su rueda como le plazca y el campesino su azada.

Exaltado, interrumpía la lectura, poseído de un delirio ideológico. Con desdén apartaba la jerga filosófica de los contemporáneos, petulante y mezquina, incapaz de engendrar una concepción decorosa del mundo. ¡De suerte que aquél era el medievo desdeñado por los positivistas! El mensaje dantesco no es tesis que se discute y se prueba ni es resumen de hechos concordantes que sirven para formular una ley... La doctrina dantista es una música que penetra y fortalece, dejándonos ricos para siempre. Nunca me abandonarían aquellos consejos del Canto Vigésimo Cuarto:

Ahora es preciso que sacudas tu pereza; que no se alcanza la fama reclinado en blanda pluma..., y el que sin gloria consume su vida deja en pos de sí la misma huella que el humo en el aire o la espuma en el agua... Ea, pues, levántate... domina la fatiga con el alma que vence todos los obstáculos, mientras no se envilece... Tenemos que subir una escala todavía más larga...

«No basta —añadía yo por mi cuenta— estar atravesando por entre los espíritus infernales...» «Si me entiendes, deben reanimarme mis palabras...» «Ea, levántate», y del suelo me levantaba un batir de alas. Y como enfrentándome a la oscuridad de mi destino, mentalmente le decía: «Seas como fueres, vamos, que me siento fuerte y atrevido.»

Y por muchos días cesó el quebranto de mis dudas y también la sed de los apetitos insatisfechos.

Jirones, torbellinos de pensamiento, descendían, estremecían las fibras de mi conciencia, le restituían sus poderes nativos. Y con sarcasmo dichoso clamaba: «¡De manera que esa alma que estoy a punto de licenciar en nombre de la ciencia es una

realidad que tales prodigios engendra, cuando la encarna un Dante! ¡Pues vale entonces más que todos sus negadores!»

«Ea, levántate. ¿Qué importa la aflicción si tenemos que subir todavía más alto...?», y «No es descansando en blandos cojines como se llega a alcanzar la gloria...»

Newton, y Comte, y Spencer, catalogadores de hechos... ninguno merecía el nombre de filósofo. Penetrar la maraña de los hechos para descubrir el hilo conductor, remover y animar la entraña misma de la creación, eso es ser un filósofo.

Y hubiera querido tener poder para convocar a la ciudad con dianas y repiques, y una vez reunidas las gentes en las plazas y azoteas, pregonarles la buena nueva, el *leit motiv* dantesco: «Un mismo amor mueve las almas y las estrellas.» Y un júbilo resonante gritaría en todas las bocas: «Así sea» y danzarían los cuerpos danzas de dicha.

Por lo pronto, la sin par lectura me contuvo en el descenso que me arrastraba. Me desató el poder del vuelo; me hizo ver desdeñables todos los tropiezos.

Al volver a los libros de curso para salvar aquel año de estudios que se perdía, el contraste hacía sufrir. El Derecho Romano y la Ley Civil eran círculos infernales que debía atravesar sin Virgilibios y sin Beatrices, pero eran peldaños de mi escala y se hacía menester treparlos «con ánimo sereno».

La fecha de los exámenes estaba ya casi encima, y aparte mi poco estudio, por no haber asistido al sesenta por ciento de las clases, estaba obligado a tiempo doble en la prueba. Sacrificando las vacaciones, todavía me era posible aprovechar el segundo periodo de examen por diciembre. A la carta en que le comunicaba mi deseo de suspender los estudios, mi padre había contestado que tuviera paciencia y presentara el examen, añadiendo que, de todos modos, a fin de año hablaríamos en El Paso.

No faltaban entre los camaradas casos desesperados como el mío, que se resolvían en uno o dos meses de veladas en torno a una mesa con la marmita del café. Comúnmente nos reuníamos varios en la misma alcoba, aunque alguno estudiase Patología y el otro Química.

Los de sueño más pesado, inmunes al café, dejaban periódicamente el asiento para mojar la cabeza en la palangana de agua fría. En seguida, con la toalla al cuello, volvían a clavarse en la lectura.

Mentalmente ordenaba los elementos de mi futuro oficio. Tendría que ocuparme de las relaciones que se establecen entre el hombre y la cosa con miras a su posesión y disfrute: distinguía primero las distintas categorías de la cosa; la *res privat*, objeto especial del derecho; la *res nullius*, que escapa a sus normas o se cobra al margen de ellas; la *res publicae* y la *res sacrae*, de normas peculiares que dan origen a otras tantas ramas de la codificación. Luego, el alcance del derecho sobre la cosa, el *jus utendi* y el *abutendi*. El origen de la propiedad simbolizado en la lanza del guerrero victorioso. El homicidio como base del sistema jerárquico de los señores y los esclavos... La *usucapio* y después la *accessio*, el aluvión, la herencia, los medios

naturales del dominio.

En otro acápite, el sujeto del derecho, los distintos grados de autonomía o de *capitis diminutio*. Y como norma los principios abstractos de la trama económico-política. *Justitia est constans et perpetua voluntas jus suum quique tribuendi*. Dos tomos del Ortolán y no sé cuántas Pandectas reducíanse poco más o menos, sin duda insuficiente, a parecido esquema, suficiente quizá para el examen; añadido un poco de historia sobre las *Codificaciones* de Justiniano, el *Fuero Juzgo* y las *Partidas*.

Cualquiera que fuese la pregunta concreta que el sinodal formulase o que la ficha de examen requiriese, buscaría la manera de saltar hasta las generalidades de la supuesta ciencia y consumiría el tiempo de la prueba simulando un conocimiento cabal del conjunto. Con eso y la definición precisa de ciertas modalidades como las servidumbres y la prescripción, hubo bastante, después de un trabajo de dos meses, para aventurarse al riesgo de las tres erres del reprobado. Con obtener dos notas de mediano, aunque la tercera fuese negativa, se estaba libre de tener que repetir el curso.

Obtenido un sumario del Romano, resultaba ya muy fácil consumir una síntesis del primer año del Civil, suficiente para el salto al segundo curso. El índice del Código está indicando por sí solo el plan del asunto que abarca. Personas, cosas, contratos. En personas basta considerar la familia ordinaria tal como está constituida en nuestros días: el padre y su autoridad; la madre y sus derechos; los hijos, la minoría de edad, la mayoría, la tutela. Luego la desaparición de la persona y su consecuencia ante los bienes: Testamento o intestado; codicilos, testamentos y ley hereditaria.

Al abordar en seguida las cosas bastaba, en rigor, recordar las divisiones del ingenio romano, entreverado de lectura de los artículos especiales que determinan las variantes propias de la época o la nación. Las obligaciones constituyen asunto más complicado, pero su desarrollo estaba relegado al curso siguiente. Lo demás del programa, la Sociología, por ejemplo, podía calificarse de literatura; de eso ya traía buen caudal desde la época en que me mataba estudiando en la Preparatoria. De paso y a propósito de cualquier observación pertinente, procuraría insistir en un tema que me parecía decoroso puntualizar. Ya era *high time*, como dicen los gringos, de salirte al paso a esa conseja de tradición servil que atribuye a Napoleón la paternidad del Código. El caso era tan monstruoso como el de los aduladores vernáculos que atribuían a Porfirio Díaz el desarrollo de los ferrocarriles mexicanos, como si fuese el inventor de la caldera de vapor o siquiera alguno de los ingenieros que los construían. Lo que hacía Porfirio Díaz era encarecer el ferrocarril por su régimen de favoritismo y de tiranía, y lo que había hecho Napoleón era volver nugatorios los preceptos del Código, con su política cesárea de fusilamientos y confiscaciones. Era, pues, urgente, que una Escuela de Jurisprudencia celosa de su justicia reconociese, si gloria había en ello, la gloria de Merlín, el recopilador y redactor del Código llamado de Napoleón por textos y generaciones de esclavos. No sé cuántas veces le di vueltas a semejante

discurso, que adquiriría proporciones capitales en mi imaginación sobreexcitada por la vigilia, el hambre, la angustia, la lujuria insatisfecha, la ambición desenfrenada.

Y la fortuna estuvo de mi parte: la tentadora, la irresistible María, se despidió de nosotros un mes antes del examen; marchaba, según dijo, a visitar a su familia por el Bajío, y regresaría a principios de año, más o menos para la fecha en que yo estaría de vuelta de mi viaje de vacaciones a la frontera.

Como era de esperarse, me encontré a la familia transformada: Concha, muy formal, se había hecho practicante de normalista en la escuela de la localidad, a cargo de unas buenas señoritas Urrea. Lola seguía dedicada al piano y sonreía a más de un pretendiente. Mela se había puesto muy linda; blanca, de pelo negro y ojos claros, la sangre azul le salía a la piel. Me refiero a esas venillas que azulean bajo el cutis mate. Una tarde la acompañé con Lola, al otro lado, para una compra de sombreros. Nunca he dejado de recordar el instante en que bajando ella del tranvía por delante de mí se volvió para recoger algo del suelo a tiempo que yo brincaba. El esfuerzo que hice para no caer sobre ella, lastimándola en su lozanía, me dejó impresión de que se había evitado una tragedia. Acompañando a mis hermanas por las droguerías y los almacenes, por sitios flamantes de aseo y pulcritud, recordaba con pena los lugares sórdidos que en la capital frecuentaba. Me aliviaba observar a mis hermanas, limpias, ingenuas, dichosas con la compra del sombrero de cinco *dollars*; a fin y al cabo, ya era mucho tener quien se los comprara. Entre nuestras conocidas de la capital había tantas que trabajaban todo el día en la costura o el taller y no juntaban lo suficiente para mantenerse, menos para comprarse adornos. Por lo mismo, aceptaba con gusto cualquier responsabilidad que el futuro me reservase. Cuando llegare a faltar mi padre cumpliría el deber de hermano mayor y aquellas criaturas deliciosas seguirían ignorando las humillaciones de la miseria; la protección empezaban ya a necesitarla, aunque fuese de un orden moral únicamente, pues vivían a disgusto, dividido el hogar en dos campos enemigos: el de ellas y el de mi madrastra. Todo, por supuesto, por la intransigencia de nosotros, por el necio prejuicio de que seríamos infieles a mi madre si llegábamos a fraternizar con la madrastra. En la penosa situación, ella obraba con la mayor prudencia. A pesar de su temperamento imperioso y sensitivo, por amor a mi padre y también por su bondad nativa, se mostraba paciente y tolerante. Vivía encerrada, gastaba poco, todo el dinero sobrante procuraba desviarlo a favor del bien parecer de mis hermanas jóvenes. A distancia desempeñaba su difícil papel de madre no recompensada. Pero nosotros, ciegos, nada le concedíamos. Únicamente Concha, metida ya al trabajo y entregada en las horas libres al rezo y al estudio, procuraba iniciar una era de paz. Por su parte, mi padre se había adelantado a mis deseos de conseguir trabajo; no tendría que interrumpir los estudios. Su buen amigo don Benigno Frías Camacho, juez de Distrito de Juárez, me recomendaría a sus amistades de México. La esposa de éste, Amadita, había tomado cariño a mis hermanas, las llevaba consigo a las reuniones y bailes del lugar, las presentaba a los jóvenes o les prohibía amistades. Tenía Amadita cierto parentesco con un juez de la capital, para quien me dieron cartas. No había de preocuparme; obtendría una colocación ya en un despacho jurídico, ya en un juzgado de la metrópoli. El porvenir se presentaba, pues, fácil y risueño y no había por qué no emplear bien los últimos días de vacaciones.

—Iremos seguido al otro lado —había dicho mi padre.

Empezaba a tratarme como a persona mayor. El otro lado, típica ciudad *yankee*,

era un vértigo de construcciones, comercio, tráfico. Cada año se estrenaban nuevos hoteles, nuevos almacenes, y la zona pavimentada ganaba kilómetros de asfalto. Nuevos barrios de residencias invadían cerros y valles que antes fueran un páramo. También por arriba, en sentido vertical, la ciudad multiplicaba las ventanas, los pisos y miradores.

El lujo de las cervecerías contrastaba con la ruindad de nuestras pobres antiguas tabernas del territorio mexicano. A tal punto, que los ricachos de Juárez y aun los empleados cruzaban todos los días la línea divisoria para tomar el aperitivo, que ya no era el jerez familiar, sino el *cocktail* jugando a los dados en el cubilete que circulaba de mano en mano sobre el tapete verde de las mesas. Mi padre no era aficionado a las bebidas fuertes, pero se había acostumbrado a la cerveza. Fluía ésta de los grifos flamantes, rubia y espumosa. Camareros uniformados de blanco impecable depositaban en las mesillas los vasos empañados por la bebida helada. Grandes sillones acolchonados de cuero rojo aseguraban la comodidad, y el obsequio de papas tostadas y aceitunas incitaba a beber más. En el espejo que cubría el lienzo del mostrador advertíase la animación de los gabinetes que un resto de puritanismo ocultaba con el rubro *Family entrance*. Súbito flamear de peinados rubios y faldas sedosas sorprendía las miradas, despertaba la ambición de penetrar los más ocultos recintos de aquel templo del goce. Adivinando mi padre la inquietud que me producían aquellas «familias», cuyas risas un poco estruendosas se mezclaban al choque de la cristalería y las conversaciones, dijo con el ademán desdeñoso: «Mercenarias.» No parecía darse cuenta de que con eso me las hacía más deseables, las recomendaba. «¿Pues para qué —preguntábamos nosotros, en los medios de rompe y rasga estudiantil—, para qué queremos a las honradas?»

La mayor parte del día, y la mejor también, la pasaba en casa, en compañía de los hermanos. La menor de la familia, Chole, tendría doce años y era objeto de nuestras preferencias. Jugaba con ella, la acariciaba como a chiquilla, agasajándola con ternura casi paternal. Los dos hermanos hombres, Carlos y Samuel, se pasaban las horas en el patio de la casa dedicados a sus animales; tenían un burro pequeño y jugueteón, al que consagraban cariño casi humano. Era dulce estar otra vez en el hogar, y qué bien se olvidaban allí todas las angustias, los sobresaltos del tráfico metropolitano. Con pena en el pecho y humedad en los ojos me arranqué al reposo despreocupado. Era el comienzo del año; los cursos estaban abiertos; un nuevo soplo de la ambición o del destino me aventaba otra vez hacia la capital.

La misma casa de San Lorenzo, los mismos compañeros y nuevos libros de curso recién comenzado. Empleo del obsequio paterno en metálico en desempeño de algunos muebles y en la adquisición de ciertas obras de texto. Segundo de Civil, segundo de Romano, primero de Mercantil, Economía Política, Internacional, ni un solo asunto de interés; por lo mismo, y en previsión de escasez futura, visita a los libros viejos para comprar la edición completa de Schopenhauer que hacía tiempo codiciaba. Aparte de algún dinero, apretaba ahora sobre mi cartera un pliego salvador, una especie de sésamo de todas mis dificultades. La carta de don Benigno para el juez Uriarte. La presenté en seguida. No era difícil ver al juez; al contrario, puerta abierta a todo el mundo, y acogida un poco brusca pero cordial.

—Vamos, sí, ya lo esperaba, jovencito; ya me había escrito mi compadre... y ¿cómo está Amada? Mis saludos cuando les escriba...

Sacó una libreta memorándum...

—A ver, déjeme sus señas; por ahora nada puedo ofrecerle, pero ya veremos, más tarde...

A los tres días estaba otra vez desilusionado y desesperado.

—Ni se volverá a acordar más de ti —comentaban mis compañeros.

Y es peor dolerse de una ilusión perdida que no haber conocido la esperanza.

Por complacer a mi padre presenté también una carta que según entiendo, procedía de alguna relación de mi madrastra. Me obligó esta misiva a visitar de cuando en cuando, pero siempre los miércoles por la tarde, el salón de unas señoritas francesas que vivían con la mamá y un hermano por la calle que hoy es del Uruguay. En lo de estar siempre de luto las señoritas parecían mexicanas, pero eran el tipo acabado de la francesa rubia, gentil, delicada, ni fea ni bonita, pero perfecta y acogedora en el trato. En su pequeño salón había piano y una consola con espejo, sillas de respaldo dorado y cojines, más una mesa con ejemplares de *L'Illustration*. Mientras conversaba con la señora o con alguna señorita de la casa, la pasaba complacido; pero así que empezaban a llegar los *habitués*, me sentía violentamente incómodo. Muy apretadas en sus corsés las mujeres, muy acicalados los hombres. Aunque todos hablaban perfectamente el español, la conversación solía generalizarse en francés; me ponía entonces a escuchar como quien aprovecha una lección práctica, pero a los pocos instantes me aburría. Por encima de todo me exasperaba el estilo impertinente de conversar saltando de un asunto a otro y el exceso de falso interés que se ponía en inquirir pormenores de la salud y del ánimo de familiares y amigos comunes, para mí perfectamente desconocidos. Aunque yo procuraba aislarme a fin de escuchar sin ser advertido, las señoritas de la casa cuidaban de no dejarme enteramente apartado. A la hora del té servían unas pastas riquísimas, y a mí se me había aleccionado lo bastante para enviar con ocasión de onomásticos o fiestas, algún modesto ramo de flores. Llegué a sentir afecto y gratitud por aquella familia, pero no lograba vencerme la pereza de visitas casi protocolarias y las fui espaciando y acabé

por suprimirlas. No les hallaba sentido. Con ese egoísmo crudo, propio de la juventud, me convencí de que no teniendo para mí objetivo galante aquellas reuniones, era más sabroso el ejercicio de la inteligencia, discutir larga y apasionadamente en el cenáculo estudiantil donde cada tema es desnudado, sondeado, exprimido hasta agotarlo, y no hay límite ni freno en la elección de los más escabrosos asuntos.

Pronto me liberé, pues, de la tarea de lustrar escrupulosamente el calzado, de anudar con esmero la corbata y, sin resentimiento, me entregué a la bohemia propia de nuestra condición abandonada. Ya Puccini había lanzado a los aires las melodías de su ópera vulgar, pero simbólica, sentimental, y sin caer en la ingenuidad de algunos que se vestían a lo pintor y se enamoraban de tísicas, no dejaba de enternecernos el vals que pronto pasó a los organillos callejeros.

El comienzo del año, lleno de propósitos de enmienda, nos ponía a todos laboriosos, aplazados los apetitos, estimulada la voluntad.

La mañana transcurre alegre de sol, animada de risas y comentarios de cátedras; los profesores desfilan cada uno a su hora bautizados por la lengua mordaz de Pallares... «El profesor más elegante de la escuela», una medianía dorada, con influencias en el régimen; el tonto X daba Internacional y disertaba una hora entera escuchándose a sí mismo, sin que nadie le entendiese una palabra; o nos apartábamos para dar paso al viejo médico profesor de Medicina Legal, que llenaba su clase de anécdotas, y a propósito del suicidio, y refiriéndose al caso de Acuña, el poeta de A Rosario,

*¡Pues bien!, yo necesito
decirte que te adoro,
decirte que te quiero
con todo el corazón;
que es mucho lo que sufro...*

Comentaba, cínico: «¡Habrás visto obsesión! ¡Matarse por una cuando hay tantas, y bien dispuestas...!»

Era cómodo el transcurso de la mañana rematado con la copa o el vaso de cerveza en la cantina con *free lunch*. Pero después del almuerzo y la breve siesta, ¡qué melancólico y a la vez qué dulce tornábase el vivir! Semidormidos en el cuarto solitario nos despertaba el rasgueo de la guitarra en alguna habitación contigua. Cada quien, desde su rincón, se enderezaba y acudía. «¿Cuánto tienes?» «Un peso, peso y medio...» «¡Dácalo!» Si se reunían tres o cuatro pesos, había bastante para organizar un baile. Se invitaba a las de la vuelta, a las de enfrente; se compraba «catalán con prisco», una mezcla de aguardiente y jarabe de precio irrisorio y efecto fulminante. Se alquilaba una música. Por única indicación al que partía en busca de las amigas: «No vayas a traer honradas...» Además, nunca las mismas, por aquello de la *Afrodita* de Pierre Louys: «Dos veces es ya casi matrimonio»; palabra aborrecida. No faltaban en nuestras relaciones, y por nuestro vecindario, la joven que se aburre de estar en la

casa lóbrega con el padre ebrio, la costurera que ya a las cinco bosteza y anhela esparcimientos y regocijo. Juntábamos, pues, fácilmente unas cuantas parejas para bailar en la casa o recorrer cafetines, hasta la una, las dos de la mañana.

Mientras andaba confundido con el vagar de todos, una tristeza profunda me roía, un despecho... ella no aparecía por ninguna parte. Ya en el café, las compañeras se cansaban de decir que nada sabían. Ninguna otra me gustaba; todas me parecían feas o vulgares. Sólo su imagen me encendía en deseo, me enloquecía de tentación. Si ahora volvía a encontrarla no la dejaría jamás.

Se presentó de improviso, una tarde. Venía turgente y elástica, festiva y desenvuelta. Seguramente le había sentado la provincia. Ni le pedí pormenores de su ausencia ni ella los dio. No había tiempo que perder; nos esperaban los sitios habituales. Exhibirme con ella ¿no era ya un orgullo? Y volvió la existencia terrible de la época anterior, ahora agravada porque mi amiga se había vuelto insaciable al vino; bebía sin descanso, ya bailando, ya disputando con las conocidas. Luego, a otro sitio, a lo mismo. En todas partes hallaba amigos que nos invitaban, obligándome a corresponder el obsequio. En pocos días mi bolsillo quedó otra vez exhausto y la falta de sueño, el desgaste nervioso, la pasión insatisfecha, me traían malhumorado, impaciente, irritable.

Una noche, después de pasarla en vilo por comederos y bailes públicos de mala ralea, se nos ocurrió lanzarnos a la Villa de Guadalupe, para ver salir el sol desde el cerrito. En el tranvía dormitaba, reclinada en mi hombro la hermosa cabeza. Minutos después corrimos por el campo, despreocupados y alegres, olvidados de la noche canalla. Esto nos despertó el apetito. Éramos cuatro con su amiga y el banderillero sin contrata. Alguien propuso comer por allí unas enchiladas, pero María insistió: «Al Águila de Oro...», y hubo que tomar coche para regresar de prisa y tomar un verdadero almuerzo en el café de sus días de lujo. Al pagar el carruaje advertí que se iban mis últimas monedas, pero confié en que llevaría fondos el ex torero; sin embargo, aun éste vaciló a la puerta. Sólo María avanzó resuelta arrastrándonos a todos. Y pidió con garbo huevos fritos, bistec con papas, cerveza, café. Apenas cesó el hambre, comenzó la inquietud. La sobremesa se prolongaba, nos observábamos sin hablarnos los hombres y, por fin, María, por bajo la mesa, disimulada, me pasó su bolsa de mano... ¿Qué objeto tenía aparentar que rehusaba? Con las orejas súbitamente encendidas, abrí el bolso; entre varias monedas encontré un billete de a cinco, lo extraje y lo tendí al camarero...

Nos despedimos momentos después; ella, para dormir y estar lista a las seis en su trabajo; yo, para sentarme en el banco de la clase a reflexionar. El disgusto, la humillación, me agobiaban; decididamente, era menester conseguir dinero, en cualquier forma, o concluir aquella relación. Sin reservas expuse el caso a Guzmán, el compañero mayor de edad y excelente amigo...

—No sé qué le has visto a esa mujer... Si por lo menos se limitara a no quitarte el tiempo... Resuélvete, no la veas tú más...

Pronto no necesité el esfuerzo de huirla. Desapareció otra vez del café, y varias semanas estuvo sin presentarse por casa. Me puse desolado. Los celos me desgarraban, la soledad se me hacía intolerable y de nuevo, ahora por desconsuelo, y solo, pasaba la noche recorriendo bailecitos y tabernas con la secreta ambición de encontrarla.

Cuando ya deshecho llegaba a echarme en cama, el insomnio me tenía largas horas atento a los ruidos de la vecindad. Un chiquillo se soltaba llorando en la madrugada. Con nuestra ausencia, durante las vacaciones, las vecinas se habían aplacado, pero, impacientado una noche con el llanto de la criatura, empecé a lanzar «Pstchs» y por último grité: «¡Ahógallo!» Al instante voces femeninas estallaron amenazantes. Luego, durante el día, nos gritaban nuestros apodos: Mena era el *Chango*; Guzmán, *el Peligro Amarillo*; Zertuche, *el Cabezón*. Yo había escapado indemne, pero el episodio del chico provocó a una de ellas que al verme pasar exclamó:

—Ahí va el loco... *el Loco Dios*...

Acababa de estrenarse en esos días el drama de Echegaray: mi tipo extenuado, pálido y melenudo sugirió el mote que en seguida recogieron mis compañeros de casa: «Oye, *Loco Dios*... mira...» Una vez propuse:

—Para saber quién es el cuerdo, los desafío a un concurso; ante un jurado de amigos discutiremos cualquier tema de Lógica, los que me llaman loco y yo.

Me molestaba particularmente el apodo porque iba contra mi convicción de poseer una cabeza firme y clara. ¡Un futuro ordenador de ideas...! ¡Qué equivocados andaban todos aquellos modestos muchachos, buenos camaradas, pero evidentemente medianías condenadas a no salir jamás del montón...! Eran los años de la vanidad.

Caminando un día con los compañeros por la calle, vi a distancia una falda colorada; el corazón me dio un salto y eché a correr; dobló la esquina el revuelo rojo y por allí torcí afanado; me aproximé palpitante. No, no era ella... Los que me vieron exaltado y ridículo exclamaron:

—¿Lo ves?, ¿y dices que no eres loco?

No era ella. ¡Quién sabe! Quizá no la vería más. Y una garra me apretaba por dentro el costado.

Y se repitieron los crepúsculos de agobiadora tristeza, frente al patio miserable lleno de chiquillos astrosos y mujeres que lavan ropa conversando a grandes voces... De repente, en el rincón del *Chango*, la guitarra lloriquea y una voz se queja:

*Mustia la faz, herido el corazón,
atravesando la existencia mísera,
sin la esperanza de alcanzar...
... su amor.*

Y en verdad, en aquellos tiempos el corazón me dolía con dolor físico, agudo. Me imaginaba enfermo perdido y a punto de concluir una vida que, al fin y al cabo, no vale la pena de ser vivida. Aunque mi cabeza estuviese clara, la sensibilidad la tenía

en delirio. Leyendo las páginas en que Schopenhauer destila amargura, me sentía contagiado de negación sublime. Sufrir era una elección. Pues, acaso, ¿no era yo también un genio? Y examinado mi caso, creí descomponer mi cerebro, pieza a pieza, como quien limpia un juego de lente y espejos, les corrige la graduación y en seguida prende otra vez la llama. Y concluía:

—Es el fanal lo que importa, y no el juego de los espejos.

A veces la llama ardía tan viva que al andar sentía alas en los talones; la vida era hermoso, rico, incomparable don. Pero no siempre la luz interior fulguraba; comúnmente era más la ceniza que la flama. Entonces me arrastraba, me dejaba llevar de la sensualidad vulgar, me hundía en la pena. No sé de dónde había obtenido una pistola, y en las horas amargas, en la desesperación de las noches insomnes, sacaba el arma del cajón del escritorio, la ponía sobre la mesa, acariciándola, y sonreía. ¿De qué apurarse, si cuando llegue el momento, aquí está la solución?

Al final de las más desastradas aventuras eróticas, me entraba el afán de pureza, la urgencia de inventarme novia ideal, y cogía la pluma para escribir cartas apasionadas a la compañera de mi primera pensión, la parienta de Adelita, que desde su pueblo de la Mixteca me había enviado un retrato. Pero Schopenhauer fue mi apoyo mejor. De su cinismo fui extrayendo máximas que luego exhibía en letreros sobre los muros desnudos de mi habitación mal encalada: «Animales de cabellos largos e ideas cortas.» En rigor, nada me habían hecho las mujeres; pero el desearlas tanto para caer en experiencias finalmente repulsivas provocaba despecho sentimental aparentemente sincero.

Dentro del círculo de nuestras relaciones ocasionales, no todo era desecho de mujerío maltrecho. Hurgando por aquellos vecindarios destartalados, solían encontrarse almas nobles y niñas bonitas, capaces de amar con inocencia. *El Chango* Mena, inclinado a las efusiones familiares, era especialista en esta clase de hallazgos. Mientras yo me martirizaba imaginando amores con las celebridades de la vida galante o del teatro, *el Chango* se buscaba noviecitas dulces. Por seguirlo estrechamos amistad con las hijas de un gendarme. La mayor, Lola, era novia de un estudiante de Medicina. La menor, Josefina, estaba libre. Las dos, bastante bonitas, no lo lucían a causa de una extrema pobreza. Nos entretenían honestamente con canciones y charlas. Pasamos con ellas horas piadosas de simpatía fraternal. Ganaba poco el padre, pero, además, solía beber: llegaba y se metía a dormir. La madre afanaba en la casa; las chicas cosían un poco. Las visitábamos después de la cena y, presumiendo situaciones a veces angustiosas, en vez de llevarles dulces o flores, nos llenábamos las bolsas de nueces o de cacahuates. Nunca averiguamos si los devoraban por juvenil avidez o porque no habían cenado. Resultaban tan afables, confiadas y dignas, que las respetábamos unánimemente.

Una noche, Martínez, el novio de Lola, llamó a mi cuarto cerca de las dos de la mañana. Despertándome se sentó en mi cama y entre festivo y desolado contó su caso.

—Figúrate, hermano, que Lola...

—A ver, a ver, ¿qué pasó...?

—Pues varias veces, por juego, y para probarla, yo le había dicho: ¿A que no te vas conmigo...? Hoy la encontré excitada, y vestida con su chal.

—Si tú quieres, estoy lista —me dijo...

—Bueno, ¿y qué? ¿Dónde está? ¿La traes allí?

—Espérate, hermano, aquí va lo bueno... Al decirme ella tal cosa, yo reflexioné que en el bolsillo llevaba setenta y cinco centavos... hermano, ni para una noche de hotel...

—¿Y qué hiciste?

—Pues nada; le dije: Ten calma... qué va a decir tu mamá... En suma, me puse paternal. Le aseguré que más tarde me la llevaría. En fin, creo que he metido la pata; pero ¿qué hacía yo con setenta y cinco centavos?...

En efecto, uno o dos meses después, la pobre Lola huyó con un oficial del Ejército que salía para Yucatán.

En general, mis conocidos estudiantes se portaban con bastante prudencia en asuntos femeninos. La tarea de iniciar jovenzuelas la dejábamos a los profesionales del tenorismo. Por otra parte, con poco dinero, cualquiera hacía conquistas en aquellas barriadas miserables. De oídas sabíamos de las actividades de la sociedad de los compadres, célebre institución de cierto grupo de los de Medicina que se bautizaban los hijos naturales. Me repugnaban usar engaños y astucias en el trato erótico. Mi moral no andaba ya muy firme, pero con la solera cristiana y un poco de Schopenhauer, me la había construido bastante cómoda y decía: «Todo es legítimo si sólo va contra ti. Nadie podrá reprocharte si toda tu vida la cambias por una sola hora de placer cabal. Pero es pecado causar dolor. Mientras no hagas sufrir injustamente, todo te está permitido.»

Consumir la vida entera en un instante de placer o en unos cuantos meses intensos, tal había sido el plan del poeta que se moría en una «colonia» de fronterizos, casa de estudiantes como la nuestra, establecida en la calle de Tacuba. Tarde y noche veíamos a nuestro querido Carlos Fernández, bien parecido, melena de vate, ojos grandes, bigote pequeño, voz varonil y cordial. Lo hallábamos siempre generoso, y si la musa lo poseía, nos regalaba con versos de estilo sentimental y a lo Gutiérrez Nájera. Acababa de declarársele, según lo afirmaba, una tuberculosis galopante. Además, el peso de su genio, el dolor de la vida universal, le causaba tal quebranto que se bebía los ajenjos uno tras otro.

Recibía cercado de escupideras y a distancia. No permitía que alguien se sacrificara por amistad; tosía convenientemente y hacía encargos para la preservación de sus últimos versos. Le faltaban unos cuantos sonetos para concluir el libro que nos lo recordaría perdurablemente. Y estando así el objeto de su vida cumplido, no le asustaba su novia la muerte; la esperaba entre tragos y charlas. Con una señal desde su balcón, hacía subir al chico de la cantina de enfrente; con una bandeja de vasos

con hielo y la taza de plata perforada, la botella de ajenjo, nos preparaba el brebaje y todos bebíamos, ya no a su salud, sino en una especie de reto silencioso al destino que arrebatava al poeta.

Después de dos o tres copas, la maligna yerba nos trastornaba el juicio. Acalorados de discutir nos despedíamos. Al salir, nunca faltaba un maldiciente que opinase:

—¡Cómo se me figura que este Carlos no tiene nada en el pulmón y nos toma a todos el pelo, haciéndola de «Caballero de las Camelias»!...

Algo de esto hubo, sin duda, porque el mismo Carlos, a quien acompañamos a la estación igual que se despide a un moribundo, nos resultó, años después, bien casado y con prole robusta en su rancho de las cercanías de Monclova. Con todo, no dejó de impresionarnos el alto ejemplo de Carlos que pretendió liquidar serenamente una vida que nunca sabría responder a nuestro ideal.

Las vecinas de los bajos nos seguían tratando con hostilidad. Provocadas por nuestro propio olvido del derecho ajeno, durante fiestecillas y charlas, se ponían ellas a conversar a gritos pasada la medianoche quitándonos el sueño. Para castigarlas ideamos unas visitas de espantos. Por la escalera interior subimos a la azotea un monigote improvisado con una sábana y un palo en cruz. Suspendiéndolo de un cordel tendido de un pretil a otro de la azotea lo deslizamos avanzada ya la noche. Al principio lo hicimos con tal prudencia que nadie sospechó de nosotros. El fantasma cruzó apenas y la suspensión momentánea de las conversaciones de abajo nos hizo comprender que había sido visto. Sin insistir más, lo recogimos y bajamos a nuestras habitaciones, absteniéndonos de prender la luz, metiéndonos en la cama hasta el día siguiente.

Dos o tres días después nos llegó el rumor de que unas mujeres habían visto un alma en pena que se paseaba por enfrente de la vivienda de los estudiantes. Ante las criadas de casa y a efecto de que supiese lo que decíamos, afirmamos que no había tales espantos y que todo eso eran vulgaridades propias de ignorantes. Y esa misma noche, con suma cautela, repetimos calladamente la treta, con más éxito que la vez primera, provocando ahora gritos y exclamaciones que nos pusieron en peligro de estallar de risa.

Al día siguiente todo el vecindario hablaba de que en la casa se aparecía un fantasma; sólo nosotros no parecíamos dar importancia al asunto, aunque alguno afirmaba, casualmente, que después de todo, no tendría nada de particular... La ciencia misma reconoce que se han dado casos. En fin, hasta ahora nosotros no habíamos visto nada; sería conveniente que nos advirtieran si el «fenómeno» se repetía. Siguió la diversión unos días más, hasta que nos perdió la confianza. Cada vez bajábamos más el monigote y una mujer percibió nuestras risas ahogadas. Entonces se armó el griterío. De todas las puertas salieron a increparnos. Arrastrándonos por la azotea resbalábamos por nuestra escalera. Pretendimos dormir, pero un estruendo de sartenes golpeadas y de insolencias del mujerío nos tuvo largo tiempo en vela... Al día siguiente, apenas asomábamos por el corredor o la escalera, llovían sobre nosotros improperios y cuchufletas.

En realidad, no nos querían mal, y aun disputando ocasionalmente, seguían con nosotros las costumbres de los pequeños servicios, usuales en esas aglomeraciones de la pobreza. Si en alguna vivienda ocurre un duelo, en seguida corre la voz y en toda la casa se mantiene un silencio respetuoso; los enojos se olvidan y automáticamente se restablece la convivencia. El mal estaba en nuestros visitantes. Y peor que en los hombres, en las mujeres. Las mismas vecinas, que tratándose de nosotros eran complacientes y olvidaban los agravios, en cuanto veían que alguna tarde empezaban a reunirse huéspedes femeninos se llenaban de indignación, nos espiaban y al menor pretexto caían sobre nuestras amigas injuriándolas con saña. Quizá les irritaba verlas descocadas y ociosas mientras ellas afanaban.

Una tarde en que, sin proponérselo, habíamos reunido por lo menos media docena de parejas, después de libaciones y cantos, se nos ocurrió subir a la azotea para bailar a la vista del sol poniente. El panorama cuadriculado de las manzanas de construcción perforadas de patios con plantas, animado de torres y cúpulas, cerrábase en la lejanía con el muro violáceo de las montañas. Un sol ostentoso, en su caída, poblaba el horizonte de fulgores. Era muy grato mecerse a compás del danzón, ceñido un talle ardoroso y recibiendo en la frente la brisa refrescante de las montañas. Durante las pausas, mientras fumaban los de la orquesta improvisada, sentábanse las parejas en el pretil de la azotea, encima de la cornisa que circundaba el patio. De pronto, entre las mujeres que abajo observaban con encono, y las de arriba que se divierten despreocupadas, se cruza un gesto, resuena una injuria terrible por su misma verdad punzante: «¡P...!» Todas las del alto, irritadas, recogen la alusión y asomándose al pretil vomitan insolencias. Las vecinas salen de sus guaridas y una de nuestras amigas, empinándose, levanta sus enaguas exhibiéndose en reto cínico. Fue aquello la señal de un escándalo magno. Con los gritos de protesta empezaron a llover sobre nosotros ollas viejas, sartenes, improperios y cabos de escoba. Otras corrieron en busca del gendarme; oímos el pito de éste convocando las parejas policiacas. Nuestras amigas empezaron a flaquear en su ofensiva de injurias y descoco, pero ya era tarde. Ni las más rendidas excusas hubieran aplacado al vecindario en furia. Cuando asomaron los gendarmes les exigían que nos bajarán por la fuerza. Sitiados, pensamos escapar por las azoteas, pero no era fácil hacerlo, aparte de que seguramente nos cercarían la manzana. No quedaba más remedio que ceder y encerrarnos en nuestra vivienda. Entrando en fusiones de abogado, aconsejé:

—Bajemos con calma; haremos valer nuestros derechos; nada pueden contra nosotros dentro de nuestro domicilio.

Ya para cuando bajamos, nuestra puerta había sido forzada por los gendarmes, que en seguida echaron mano de las mujeres.

—Ustedes están muy en su casa —dijo el oficial después de que nos habían repartido unos cuantos porrazos—; pero estas mujeres van a la Comisaría, por faltas a la moral...

—Pues iremos con ellas.

—En eso —dijo el jefecillo, sin vacilar—, no hay inconveniente; jalen todos p' alante.

Y salimos en formación de oprobio, bajo el escarnio de nuestras enemigas. En la calle había ya grupos de curiosos que nos lanzaban sarcasmos. Por adelante, las mujeres despeinadas; detrás, nosotros confusos, iracundos, miserables; fue un alivio llegar a la esquina y doblarla rumbo a la Comisaría de la Lagunilla.

Frente a la barra, y siendo yo el único de Jurisprudencia, me tocó hablar por el grupo. Empecé formulando protestas: éramos víctimas de un atropello, se maltrataba a unas señoritas... Un empleado entrecano, de anteojos, se alzó de su asiento y acercándose dijo con suavidad y firmeza:

—Agradezcan que son estudiantes, y váyanse...; de lo contrario, a ustedes también los meto al bote...

En seguida, con una seña, mandó llevar a las mujeres a la detención. La ignominia del caso y la amenaza fueron decisivas. Nuestras amigas salieron un poco más tarde, esa misma noche, gracias a las gestiones de los de Medicina ante el practicante de guardia. Y se las llevaron los mismos que las habían socorrido. El resabio del alcohol, el asco de nuestra posición, todo contribuyó a dejarnos agobiados.

El buen Nacho Guzmán amenazaba con separarse de nosotros. Santos, alegre, pero tranquilo, metódico, decía:

—Acuérdate de Carlos Fernández; lo dábamos ya por muerto de tisis; fíjate en fulano, en mengano —citaba los nombres de todas las bajas recientes del gremio, los destripados que por pereza y abandono se convierten en fracasados y parias que rondan la escuela o se refugian en las tabernas de la provincia...

—Lo que es tú no llegas ni al fin del año si sigues así.

Y, en efecto, mi salud estaba quebrantada. El abuso y los insomnios me producían un constante zumbido de los oídos. La desazón interior me ponía febril. Las mismas lecturas que nos inspiraban contribuían a nuestro desequilibrio. El que, por entonces, leía más entre nosotros, Ricardo Gómez Robelo, llevaba el sobrenombre de Rodion, por el personaje de *Crimen y Castigo*. De esta novela decía el maestro Pallares que contenía mejor doctrina penal que todos los tratadistas. El ambiente de las vecindades infelices, el desconcierto de nuestros círculos estudiantiles, el tufo del despotismo, la complacencia de las autoridades con todos los vicios susceptibles de ser explotados; el desamparo de las mujeres caídas, el frenesí sentimental de nuestras almas, todo era tan cabalmente dostoievskiano, que con razón los libros del ruso nos conmovían la entraña. Y nadie volvía a acordarse, después de leerlos, ni de Zolá, ni de Daudet, ni de France.

Gómez Robelo, nuestro Rodión, al final de los ágapes estudiantiles levantaba su copa y nos hablaba estremecido con el dolor del mundo. Su inteligencia penetrante, su erudición (era ya un gran traductor de Shakespeare y de Poe), su don pasional sincero, todo hacía de él un tipo de genio prematuramente condenado. Era bien feo y se enamoraba de las más insignificantes prostitutas. Y si con frecuencia convertía su pasión en literatura y en oratoria, se lo perdonábamos porque era elocuente. Disertando entre copas de sobremesa nos daba idea de un Nietzsche maldiciente pero generoso. Corría por sus mejillas el llanto durante el discurso, se rehacía en seguida y se tornaba optimista, ingenioso. Fue muchas veces la voz de nuestra amargura, voz llena de presagios de épocas nuevas y de catástrofes, ahogos de angustia, dolor, crueldad, ansia de ternura y de dicha.

Y porque vivíamos así, oprimidos, bastaba un incidente trivial cualquiera para excitarnos y lanzarnos a la exageración.

Con motivo de una campaña contra un gobernador (crítica abierta del caudillo no solía hacerse), comenzaron a publicarse noticias vagas del maltrato a los trabajadores del campo, en la tierra caliente... Accidentalmente cayó en mis manos el diario y en seguida me encendió el recuerdo de los relatos de los alumnos ricos del Instituto Campechano. Al momento escribí una larga y apasionada reseña de casos que me habían referido «testigos presenciales». Firmada la mandé al periódico. A primera hora del día siguiente hallé en primera plana el rubro: «Un estudiante de Jurisprudencia hace revelaciones.» Al final de dos columnas de tinta fresca, mi

nombre. Grande y virginal sacudida de la fama. Revisando mis frases las hallaba mejoradas por la letra de molde... Luego era verdad que bastaba con un esfuerzo... ¡Tan fácil así era el éxito!

Naturalmente, la campaña del diario se perdió en la indiferencia general, los veteranos del jacobinismo usaban a los estudiantes para descargar sus viejos rencores contra la Iglesia vencida; en cambio, sellaban cuidadosamente la boca si se aludía siquiera a los sistemas del «caudillo». Más bien nos utilizaban para sus agasajos y adulaciones. Todavía recuerdo uno que me humilló profundamente. Estábamos en Preparatoria la tarde en que los diarios pregonaban el regreso feliz del dictador, de un viaje a Tampico... Súbitamente, y obedeciendo órdenes de arriba, las clases se suspendieron y se nos reunió en el patio. Un grupo de alumnos distinguidos formó por delante con la bandera de la escuela. Y salimos en rebaño, hasta la calle de Cadena. Las tropas nos abrieron paso; unas damas vestidas de verde y sombrerillos franceses del más acabado estilo —se veían esbeltas y elegantes— conversaban en un largo balcón y corrió la voz: «Aquella es Carmelita, la otra su hermana.» Carmelita, no obstante la manera familiar con que se le designaba, recibía acatamientos de emperatriz. Presidía una nobleza de Corte y pasaba por santa, pese a su abolengo de hija de un bribón que había traicionado al Presidente Lerdo. Por abajo, en las aceras, unos cuantos curiosos contemplaban, mantenidos a raya por los salvajes mercenarios de nuestro Ejército. Preferidos, atravesamos nosotros porque éramos el argumento del fariseo, representábamos la popularidad del régimen. Al día siguiente los diarios informarían que «los estudiantes» aclamaban al pacificador de la República. No sólo nos dejaron atravesar las filas de los esbirros; nos metieron al patio de la augusta casa y el propio caudillo, al pie de la escalera, nos mostró su figura de ídolo azteca. De nuestras filas azoradas se desprendió un compañero que hizo ademán de hablar, pero no pudo hacerse oír. Confundido balbuceó algunas palabras y, por último, exclamó:

—Perdonad, señor; la emoción no me deja hablar.

Inmediatamente los comparsas iniciaron un aplauso y sonaron gritos:

—¡Viva Porfirio Díaz!

El Caudillo levantó la mano imponiendo silencio, y con voz trabajosa creyó expresarse:

—«Agradecía a la juventud», «él también había sido joven...», «ahora el país estaba en paz», «nosotros deberíamos retirarnos en paz...»

Una infinita tristeza inexpresable pesaba sobre nuestros hombros así que regresamos a la escuela para devolver la bandera y cobrar nuestro premio: un asueto rematado en el billar, en el prostíbulo o en la oscura alcoba del vecindario.

Otra vez nos convocó el escándalo. En la parroquia de Santa Catarina, próxima al barrio estudiantil, un cura de nombre Amado abusó de una hija de confesión. Intervino el juez y el cura fue excomulgado; pero había que aprovechar el incidente para desahogar los ánimos reprimidos por la tiranía. Pegando al clero indefenso, los viejos liberales se creían rejuvenecidos y simulaban la libertad de reunión. De paso,

el astuto dictador recordaba a la Iglesia que su seguridad dependía de su arbitrio. Se juntó, pues, bastante público «culto». Fogosos oradores de dos o tres generaciones, hasta la nuestra inclusive, se lanzaron contra el Papa, increparon al Obispo inerme y ensalzaron las implacables Leyes de Reforma, sin acordarse de la Constitución que nadie respetaba. Buen cuidado tenían los agitadores de no equivocarse resbalando hacia la crítica del régimen, y por si ocurría olvido, allí estaba, oído atento, el jefe de la Policía; allí estaban los escuadrones de gendarmes y detrás el Ejército. Se podía increpar a Dios y al Diablo, a la Iglesia y al extranjero; todo, menos la más leve alusión al amo de los mexicanos...

«¡Viva Juárez! —coreábamos—. ¡Abajo el padre Amado... muera el Papa... muera!»

En el instante en que la turba, empujada por los jacobinos, se disponía a franquear el umbral del templo, a una señal del Inspector desbocó sobre nosotros la caballería. Con el solo ademán cortaron los sables de la masa humana que se abrió en brechas desordenadas. Hubo heridos de la espalda y del cráneo; escondiéronse en los zaguanes nuestros instigadores y detrás de nuestros pasos en carrera, se apagó el eco de las herraduras sobre el pavimento.

Y en verdad, nos arrastraban a tales desmanes, pues las generaciones preparatorianas ya no compartíamos la saña anticlerical de las gentes de la Reforma. Desde que Lerdo y demás directores mentales de Juárez, reconociéndose incompetentes, confiaron a Gabino Barreda, el comtista, la dirección de la enseñanza secundaria, una escisión profunda quedó planteada en la conciencia nueva. Los viejos liberales la advirtieron demasiado tarde y cuando ya los asuntos políticos estaban fuera de sus manos. Los políticos positivistas, escépticos en la cuestión religiosa, desentendidos de la cuestión anticlerical, acogían lo mismo a católicos que ateos con tal de que reforzaran el partido llamado «Científico», cuyo credo definiera Justo Sierra y cuyas ventajas usufructuaba una docena de cortesanos hábiles. A los viejos jacobinos les quedaba tal o cual puesto en la judicatura; ninguno casi, en la enseñanza. Se sentían, pues, despojados y traicionados en la doctrina, y más que al cura, ya reducido a impotencia, odiaban a los agnósticos y evolucionistas posesionados de la situación. El Dios abstracto de los jacobinos: Supremo Arquitecto Masónico, estaba suplantado por el Becerro de Oro de los negociantes, partidarios de la sumisión a *la realidad*. Además, las dos influencias reconocidas de nuestra época, Justo Sierra, tolerante y culto y al final de sus días converso, y Pallares, irónico y escéptico, pero de confesión católica, no eran para mantener vivo el «fuego sagrado» del juarismo. Si acaso algún compañero, procedente de retrasado Instituto de provincia, nos llegaba con arrestos jacobinizantes, en seguida el ambiente culto de la capital lo aplastaba. Los capítulos más radicales de la ley religiosa no sólo no se observaban, sino que maestros positivistas como don Miguel Macedo, propugnaban la modificación de las Leyes de Reforma en el capítulo de personas morales, a efecto de dotar a éstas de la capacidad de adquirir bienes para enseñanza y beneficencia. La

decadencia de universidades y fundaciones por causa de un sistema legal equivocado y sectario era prueba patente de la esterilidad de la Reforma.

En general, mi generación era escéptica, indiferente a la cuestión religiosa. Por mi parte adopté el comtismo y el evolucionismo y después el voluntarismo de Schopenhauer, como otras tantas etapas del largo experimento filosófico que sería toda mi vida. Aceptaba la cosmografía mecánica, pero sin prescindir del primer motor misterioso, y en vano pretendía Spencer convencernos de que la aparición de Cristo era un episodio *sin mayor importancia* en el desarrollo humano. Lo que él no perdonaba a Cristo es no haber sido inglés. Asimismo, le molestaba Platón, cerebro superior al suyo, no obstante sus dos mil y tantos años de atraso en la cadena evolutiva... Pero no por eso sentía el impulso de volver a la fe de mi infancia. Echaba de menos la eucaristía; pero antes de acercarme a ella me hubiera sido necesario aclarar una serie de dudas referentes al dogma. De la Iglesia me apartaba la intransigencia en el dogma. En este sentido, Tolstoi me proporcionó un alivio. Según su manera, podía volver a sentirme lealmente cristiano. Y no desesperaba de resolver el caso del espíritu, dentro de la conciencia misma, a efecto de no crear dualismos como los que se atribuían a ciertos sabios católicos: la experimentación para la realidad; la revelación para el dogma. Yo aspiraba a un monismo, a una coherencia de experiencia y videncia. En la ciencia misma hallaría el camino de la presencia divina que sostiene el mundo.

Llegar a Dios por la experiencia. Y no tanto por la experiencia mística, según enseñaba William James en sus *Varietades de la experiencia religiosa*, sino por el camino fisicoquímico o en el descubrimiento de la entraña de la cosa. Por eso antes que los códigos, leía textos como la *Irritabilidad*, de Richet, investigando el eslabón que separa lo físico de lo biológico. Ideaba una serie de procesos y avances hasta el momento en que el reflejo deja de serlo para convertirse en acto libre de propósito concreto, pura actividad de espíritu. En la materia misma era forzoso hallar el espíritu. Y a ello se dedicaría toda mi actividad de estudioso... Pero todo se quedaba en esquemas y planes. Ni era llegado el tiempo de formular conclusiones ni mi estado de ánimo se prestaba a ahondar cuestiones profundas. Me consolaba anotando las obras que tendría que ir leyendo, imploraba a mi destino oscuro, pidiendo un suceso que provocase un cambio. Pues bien advertía el desastre de cada una de mis horas. Provisionalmente formulaba borradores, trazaba cuadros. En realidad, me agobiaba la impotencia, aunque soliese buscar excusas de carácter accesorio; que mi estilo resultaba confuso y pobre, y que no era necesario escribir, sino vivir y pensar. Y contemplando el éxito de los camaradas, que ya empezaban a publicar prosas selectas y bruñidas, yo ambicionaba un estilo suelto y conciso, capaz de resistir la traducción a todas las lenguas, valioso por su contenido original y definitivo.

Regocijado, lo referí en la casa y los compañeros no querían creerlo. Me había llegado un aviso del Juez Uriarte, lo había entrevistado y me mandaba con su amigo notario, que me ofreció cuarenta pesos mensuales. Esa misma tarde comenzaría a trabajar como amanuense. Comí de prisa, cepillé la ropa y me lustraba las botas, próxima ya la hora de entrada a la Notaría, cuando apareció, por la puerta abierta del cuarto en que estábamos reunidos, María Sarabia. ¡Con cuánto afán la había buscado! Pero faltaban veinte minutos para mi cita. La sorpresa me dejó confuso. Ella explicó: «Regresaba del campo; tenía la tarde libre; me la dedicaba.» Perplejo me quedé mirando, sin responder. Rápidamente se cruzaron en mi interior deseos contradictorios. Algo me dijo que aquélla era una ocasión única; pero llegar tarde el primer día, o no llegar era, también, catastrófico. Con la impresión de que descargaba sobre mí un rayo, tomé una decisión tajante... «No puedo faltar a un quehacer —le dije—; te dejo con los compañeros; a la noche, si quieres.» Al decirlo sentía que asesinaba mi dicha en el momento de tenerla, por fin, en la mano. Al mismo tiempo reflexioné: «Si faltó a la primera tarea faltará después a las otras, y mi suerte se habría derrumbado en el momento que podía levantarla.» Había dado mi palabra de estar puntual; me lo debía a mí mismo; no era digno vacilar. Y me fui desgarrado y pensativo.

Desde aquel instante yo quedé marcado: pertenecía a la casta de los hombres de deber, a diferencia de los hombres de placer. Seguiría en adelante inflexible. El sacrificio me hacía daño, pero me entonaba. Con paso ligero marché por la ruta del éxito, dejando atrás, abandonada, la dicha.

El aire tranquilo de mi primer patrón, su tono afable y el dictado sobrio que me hizo escribir, absorbieron las horas de la tarde. Antes de despedirme conversó conmigo el licenciado: «Le complacía servir a don Jesús, dándome trabajo; tendría yo toda su confianza.» Regresé a nuestro vecindario despacio y pensativo; casi temía llegar. Por momentos, una loca esperanza me llevaba a imaginarla todavía en mi cuarto esperándome. En seguida me convencí de haberla perdido para siempre. No tuve que preguntar. Al llegar a casa irrumpió el propio y prudente Nacho:

—Qué bruto eres...; esa mujer venía a entregarse... y no la volverás a ver. Se ha marchado ofendida.

Por la noche mi almohada recogió las primeras lágrimas tributadas a la necesidad de ganar el pan. Y desde el día siguiente la carpeta de leguleyo cobijó bajo mi brazo las amarguras del decepcionado. Era parte de mi tarea visitar, después de clase, los juzgados para tomar nota de los acuerdos recaídos en unos cuantos asuntos que con la Notaría llevaba mi licenciado. Las horas de la tarde se empleaban en la copia a mano de escrituras... Los asuntos se despachaban con lentitud. Mi jefe se apellidaba Aguilar y Marocho, descendiente del ministro de Maximiliano, señalado como traidor en los textos oficiales de la historia escrita por el liberalismo. Si en vez de triunfar los liberales se impone el Imperio, los traidores hubieran sido los gobiernos de la

Reforma, con la prueba irrefutable de las concesiones de tierras a compañías extranjeras y la oferta a Washington del Istmo de Tehuantepec. Sin embargo, a causa de que mis familiares eran burócratas del régimen reformista, y también por virtud de mi educación en escuelas públicas, compartía el odio al Imperio y el cariño a Juárez. Y no sólo cariño, aun culto, pues cada 18 de julio asistía al Panteón de San Fernando a la tenida blanca que le dedicaban los masones, con pebeteros de luz verde en torno del sarcófago y discursos que lo comparaban con Cristo. Bien es verdad que ya desde entonces los estudiantes comentábamos la vaciedad, la pobreza ideológica de los liberales y sus maestros europeos. Voltaire, Rousseau, Diderot; de todos los enciclopedistas no se sacaba un verdadero filósofo. Inspiraba curiosidad el caso de mi jefe, vástago de un conservadorista quintaesenciado y vencido. Parecía que una derrota sin esperanzas truncaba en él toda ilusión, dejándolo, a pesar de todo, bondadoso y honesto. Su actitud escéptica, reservada ante los hombres, contrastaba con su serena fe de creyente. Trabajaba despacio, con tesón y esmero. Cobraba poco, vivía como asceta, en la bolsa escondía un devocionario y sólo cuando se veía estrechado a emitir juicios, fallaba sincero: «Ése es hombre bueno.» Así opinaba el juez Uriarte. De los rematadamente pícaros decía: «Mucho cuidado, mucho cuidado; sea usted prudente.» O bien, por excepción y si el caso le parecía peligroso, se acercaba y casi en voz baja advertía: «Ése es malo...» Algo de la experiencia y el fracaso del padre recaía en el hijo. Sin duda andaba por la República, diseminada, toda una generación del tipo de mi jefe, laboriosa, patriota y honesta, que a diario oía cómo a sus progenitores los acusaban de traición los mismos que, en contubernio desenmascarado con el extranjero, vendían los recursos nacionales, comprometían el futuro moral de la patria.

No obstante la simpatía que me inspiraba mi jefe, la rutina del trabajo no podía ser más penosa. Tener en la cabeza la ambición de escribir un ensayo sobre la manera como la voluntad de Schopenhauer se transforma en goce estético, y en las manos una pluma que copia las cláusulas de una compraventa de inmuebles, constituye un suplicio tan refinado como agotador. Pero mi buen sentido práctico ya desde entonces me anticipaba la frase que después conocí en Nueva York: *The only bad job is no job...* «El único mal empleo es el sin empleo...» Ni un instante pensé en renunciar y, al contrario, me cuidaba bien de complacer aumentando siempre un poco más sobre la faena rigurosa de cada día. Necesitaba vencer la indigencia; ganarse la vida ¿no era la primera obligación del filósofo? Ya después habría tiempo para escribir mazos, torrentes de ideas. Delante de mí se alzaba, emuladora, la imagen de Espinosa, vidriero óptico, rebelde, solitario y proscrito, formulando a la postre, y a pesar de todos los yugos, el mejor libro de su tiempo.

En realidad, estaba muy lejos de la fuerza de carácter y el amor de la sabiduría que nos aparta de la pereza y de las fáciles satisfacciones de la sensualidad. Metido en mi cuarto de estudiante pasaba las primeras horas del anochecer frente a los libros; pero bastaba que una guitarra gimiese a distancia para que toda la melancolía del

mundo pesara sobre mis hombros. Y me dejaba ir por el océano de las divagaciones estériles, terribles enemigos del alma, desgaste y masturbación de la fantasía. Borracho de devaneos absurdos, me levantaba de pronto el resorte del apetito en brama. En la habitación vecina ya estaba congregado el círculo de los atormentados genésicos, entregado a desvaríos conceptuales. Tras de la última confidencia galante, surgía la exigencia del goce inmediato. Dentro de la misma vecindad adonde nos habíamos mudado, ciertas vecinas jóvenes que no nos saludaban nos regalaban canciones a dos voces. Las entonaban con brío rematándolas con una exclamación de sabor campesino: «¡Zancas de gallo copetón!» Una ardorosa incitación al goce hinchaba el timbre de las voces femeninas. Con frecuencia salíamos de allí en busca de la ocasión, tomándola si se ofrecía, robándola si era preciso, pagándola si para ello daba el bolsillo.

Ocupábamos ahora dos viviendas de un enorme vecindario cuadrangular, situadas en los extremos altos del segundo piso. El comedor colectivo estaba instalado en la vivienda mayor, que se reservaron Guzmán, Santos y algún otro. Y al rincón opuesto, la vivienda menor la tomamos *el Chango* y yo. Dentro del patio había otro cuadrado de viviendas de un solo piso, cuarto y cocina, separado por calle interior en torno. Allí hormigueaban niños, mujeres, ancianos. Frecuentemente toda una familia se acomodaba en un solo aposento. Sobre el número exacto de individuos sólo un censo habría podido informar. Pues aun los ocupantes de las viviendas mejores practicaban subarriendos y hospedajes. De extensión tenía la casa media manzana con frente a la calle. ¿Espalda de San Lorenzo? ¿Espalda de Santo Domingo? La memoria me falla en el nombre; no me fallaría para llegar al sitio... La espalda del vecindario daba a otra calle, por el barrio de las hueverías.

A casa nueva, amistades nuevas, fue nuestra divisa. Al efecto, para adquirirlas y de paso fraternizar con los vecinos, iniciamos nuestras veladas con un baile rumboso. A escote reunimos lo bastante para tres músicos, unas tortas compuestas de pollo o de sardinas y medio barril de cerveza, con limonadas para las damas y catalán con prisco para los alcohólicos. Los compañeros de la meseta gustaban del pulque, y aun nosotros solíamos probarlo si era curado de almendra o de plátano; pero, en general, nunca nos aficionamos al típico brebaje. Para invitar bailadoras se utilizaba al *Chango*; feo, pero agradable y *labioso*, inspiraba confianza a las mamás. Se llenaron las tres habitaciones de la vivienda grande la noche de nuestra primera recepción y todavía repartimos catalán entre los varones que, asomados a las puertas, observaban en silencio. Casi todas las muchachas de la vecindad habían concurrido. Entre ellas descubrí una morena de grandes ojos, llamada Marina. La monopolicé en el baile. La llevé a otro extremo del patio, a mi vivienda, para mostrarle libros y estampas. Estuve tentado de instalarla allí para vivir juntos, ofreciéndole todo lo que tenía. Después de aquel baile, cada noche salía ella a su puerta, callejón abajo, y hablábamos cogidos de las manos, en la penumbra. Pronto se formalizó un noviazgo ardoroso. Su vivienda tenía entrada por el callejón del vecindario y ventana con verja de hierro a la calle de

la espalda. Una noche logré desviar por allí un gallo estudiantil. Le dimos serenata; pero cuando ya quedamos dos o tres rezagados nos asaltó a palos un grupo desconocido que nos acechaba. Desairadamente tuvimos que echar a correr para escapar a peor fracaso. Pocas noches después acudí al corredor, encima de la vivienda de la bella, con *el Chango*, que le cantó en la guitarra. Estábamos en lo más sentimental de los trémolos cuando apareció en el callejón la figura de un hombre alto, de sombrero ancho y embozado en su manta. Mirando apenas hacia arriba empezó a insultarnos...

—Vaya, rotos tales...

La entonación de *Chango* vaciló notoriamente. Yo no me sentía nada cómodo; pero siendo el responsable, procuré alentarlos:

—Acaba siquiera la canción y nos vamos.

Con visible esfuerzo concluyó el canto y yo, tratando de disimular exclamé:

—Bueno, ya es tarde; estará durmiendo; vámonos.

Al avanzar nosotros por la baranda alta, el desconocido seguía retándonos:

—No se vayan tales... No se rajen...

Pasábamos por delante de la vivienda de los compañeros, y uno de ellos dijo:

—No está Nacho; salió; todos están fuera; es mejor que se vayan a acostar, porque el sujeto ese no ha de estar solo.

Con temor de que nos cortaran a medio camino en el hueco de la escalera sin luz, nos apresuramos a ganar nuestra vivienda. Allí, por fin, cerramos prudentemente la puerta. Apenas habíamos prendido la luz, resonó un toquido imperioso; el *Chango* se dejó caer en una cama; pero comprendí que siendo fácil forzar nuestra puerta, era mejor aparentar serenidad. Sin sacar la pistola del escritorio, abrí bruscamente. Al instante se precipitó sobre nosotros el del sombrero, pero ya sin embozo, seguido de los compañeros que reían y gritaban. No concebían que no hubiésemos reconocido a Nacho en la voz. Los cogimos entonces a almohadazos y a golpes en broma; luego nos tomaron el pulso a fin de dar fe del susto que nos habían dado.

Un domingo en la tarde me fui con Marina en tranvía por las cascadas de Tizapán. Me inspiraba un deseo violento, pero también consideración y ternura por su trato delicado y su desinterés. Toda la semana trabajaba de tapicera en un gran almacén. El aire del campo la puso dichosa. Cuando nos perdíamos por los parajes solitarios del arroyo se prestaba a todo género de halagos y caricias pero defendiéndose. Lo que más me impresionaba más tarde era la ocurrencia que tuvo interrumpiendo una larga íntima conversación amorosa para decir: «¿Y si nos matáramos?», y añadió el impulso de arrojar, a tiempo que enlazados caminábamos a filo de un talud sobre la vía férrea.

—¿Estás loca? —le dije, reteniéndola por la cintura.

Pasó aquello y volvió a estar alegre. Al descender del tren en el zócalo se renovaron los abrazos y los besos en las sombras propicias del jardín al costado oriente de la Catedral. Conocía yo una casa adecuada por allí cerca, y viéndome a la

cara al resplandor de los faroles, inquirió:

—Bueno; ¿pero tú te casarás después conmigo...?

Bien sabía que otorgando una vaga promesa vencería el pudor de la ocasión; pero de tal modo me miró que no pude mentirle...

—No podría —contesté—; mis estudios...

Nos habíamos soltado las manos; caminó ella en dirección de su casa y la seguí en silencio, sin atreverme ni a tomarla del brazo... Cuando llegamos, dijo:

—¡Qué tarde es...!

Luego me despidió en su puerta.

Contando mi aventura a uno de los expertos de mi círculo, le oí decir: «¡A quién se le ocurren estas franquezas!»

Intenté verla, como de costumbre, la noche siguiente, y un hermanito me afirmó que no estaba en casa. Más tarde, por los vecinos supimos que regresaba ya de noche y que la visitaba un señor elegante del *Jockey Club*. Desapareció poco después y se dijo que le habían «puesto casa». Más o menos un año más tarde, Santos informó:

—Ni te imaginas: hablé con Marina; está de afanadora en el hospital.

Pasó todavía más tiempo, y una mañana, al abrir el diario en la página sangrienta, el retrato de Marina, momentos después de su muerte por envenenamiento. Me vino a la memoria su obsesión de suicidio. Pasa el tiempo, y con él las penas de estos misteriosos encuentros; pero al correr de los años no queda punto sensible sin cicatriz. De ahí, sin duda, la facilidad con que un viejo se enternece.

El *Jockey Club* se me volvió un nombre odioso por el recuerdo de Marina y por otro asunto de envidias galantes... A la puerta del *Jockey Club* había unos sillones sobre la acera de la avenida de San Francisco, zaguán de los Azulejos. En las sillas o de pie sobre el umbral de su palacio vi a un *dandy* saludando con familiaridad a Pepa *la Malagueña*. Era ésta una deliciosa criatura de tez nacarada y ojos negros, turgente y esbelta, a lo maja de Goya, pero mucho más linda de rostro. Todos los días, a las doce, pero especialmente los domingos, la Pepa se incorporaba al desfile mundano de la calle principal. Su carroza, tirada por caballos andaluces, la mostraba entre ropas de azul o de lila. Una sombrilla de seda protegía del sol la cabeza adorable y nerviosa. Verla pasar sonriendo era un deslumbramiento. Cierta grupo de estudiantes aglomerados en la acera para contemplarla aclamóla una vez, por el garbo del ademán, por el esplendor de su belleza delicada y voluptuosa. Luciendo sus dientes preciosos agradecía los homenajes y repartía ilusión. Pero precisamente en la puerta del *Jockey Club* levantaba ella la mano en saludo cordial, y dos o tres voces de macho envanecido gritaban: «¡Hola, Pepa!» El hada de un sueño se convertía, de esta suerte, en la presa fácil de los ricachos, y una doble rebelión proletaria y masculina me volvía rencoroso. Nunca he visto mujer más codiciable que aquella Pepa maravillosa, ni sonrisa más alegre, ni marcha más armoniosa que la de una tarde que atravesó Plateros a pie, ligera y sensual, delicada y seductora como una música que pasa.

Corta fue mi permanencia en la Notaría. El juez Uriarte me consiguió, por fin, un puesto en su Juzgado; el último de la planta, pero bien pagado gracias a los emolumentos extraordinarios. Consistían éstos en gratificaciones por la copia de documentos y en honorarios de perito traductor. De los Estados Unidos llegaban en aquella época infinidad de actas, compraventas, poderes jurídicos escritos totalmente, o en parte, en inglés. Los presentaba el abogado con su traducción, la cual verificaba un perito nombrado por el juez. Habitualmente el juez designaba el perito indicado por el mismo cliente, pero cada vez que lo dejaban libre me nombraba a mí. El nuevo trabajo me ocupaba toda la mañana; tenía que faltar a ciertas clases; para ir a otras me permitían escapar. La práctica del tribunal me ahorraba la asistencia a cursos como Procedimiento Civil, cuyo examen di sin haber asistido a clase una sola vez. Sólo para los cursos sustanciales, el Penal, la Economía Política, el Mercantil, cuidé la asistencia. De todas maneras, seguía la carrera de prisa y con desdén ostentoso. En una ocasión, precisamente en Procedimiento Civil, me dieron calificación inesperadamente alta. Mi pase usual era por tres medianos, el mínimo para no repetir curso. En este caso, y por no tener a mi favor asistencias, había expectación. Salí del salón de examen y me rodearon los compañeros inquiriendo, como de costumbre, los puntos de la nota; alargando ésta, prorrumpe: «Me sobró calificación.»

Había logrado creo que dos B y un mediano.

En realidad, vivía inmensamente atareado. Las horas del juzgado eran cortas, pero abrumadoras. Y llevaba un curso doble para terminar la carrera de cinco años en tres y medio, como logré hacerlo. Y no era un desprestigiado como estudiante, porque veían todos mi paso de exhalación por los cursos, y para simple casualidad y audacia era ya mucho que no me reprobasen en una sola materia. Debía, pues, existir algún otro factor además de la suerte. Reconociéndolo así se daba el caso de que al llegar la época de preparación de los exámenes buscaban mi compañía por los corredores de Jurisprudencia los más respetados alumnos, los primeros premios del curso. Ya desde entonces Quiroz era una «potencia» en Mercantil. Sin embargo, me invitaba para estudiar. Y me decía con su tono poblano de cortesía muy discreta:

—Es que usted, compañero, tiene una facultad rara para leer de una ojeada todo un capítulo y después resumirlo en unas cuantas palabras, y eso... ¡en estos apuros de las vísperas de examen...!

En aquellas horas finales yo devoraba páginas, exprimiendo, condensando lo indispensable para el éxito en la prueba.

Mi atención total y amorosa, no iba yo a desperdiciarla ni en Dalloz y Laurent ni en Leroy Beaulieu, ni siquiera en el simpático penalismo de Garofalo. Para leer todo aquello empleaba un sistema óptico que avizora el sujeto, el predicado de la oración, la esencia del párrafo, sin detenerse en adjetivos ni en sorites. De este *vol plané* salían como en panorama cuadros y esquemas, índices y conclusiones. Sólo en un texto hallé resistencia de materia esponjosa, viscosa: un Ahrens que nos imponían a título

de Filosofía del Derecho. Lo ponía de lado con arrogancia. ¿Qué tenía que ver el Derecho con la Filosofía?

Estudió conmigo otro compañero, ya desde entonces famoso: Luciano Wicchers, hijo de veracruzana y de banquero judío. Por astucia de poderoso no le había mandado el padre a Mascarones con los ricos, sino a Jurisprudencia con los pobres. ¿Para que aprendiese a defenderse de ellos? Paseando el corredor, revisábamos no sé qué texto. Wicchers llevaba zapatos nuevos y fue a tropezar con un ladrillo flojo del piso. Inmediatamente interrumpió la marcha, y subiendo el pie a una banca se puso a pulir con saliva un leve rasguño de la puntera del calzado. Increpaba al mismo tiempo su torpeza y, en seguida, explicó:

—¿Y usted estará pensando qué puede importarme a mí, hijo de millonario, un raspón en la punta de un zapato? Es claro: no es el dinero; no pienso dejar de usarlo porque se ha raspado; lo que me duele es el daño causado en algo que es *mi propiedad*.

—Vaya —le contesté bromeando—, no presuma usted de Shylock.

—¡Qué Shylock ni qué literatura —repuso—, si lo judío lo llevo en la sangre! —y rectificó—: Judío de la banca, se entiende.

A propósito de la teoría de los contratos, comentaba que su padre era tan honrado que antes se pegaría un tiro que faltar a compromisos por él firmados...

—Eso sí —agregaba—; mi padre no firma jamás un contrato en que no estén de su parte todas las ventajas...

Lentamente había ido escapando de la abyección de nuestras fiestas estudiantiles. El Teatro Arbeu contribuyó a libertarnos. En grupos ocupábamos la galería para aplaudir a las mujeres geniales de la escena italiana, cuya aparición dejaba hondas huellas de arte. Pero quedaba la hora terrible de la melancolía y la tentación: el atardecer. Para distraer algunas, empecé a visitar la casa de don Francisco Pascual García, abogado oaxaqueño de la generación posterior a la Reforma; es decir, indio casi puro, en contraste de la gente que antes figuraba en Oaxaca, toda criolla; por ejemplo: doña Luz, su esposa, gorda y fea pero blanca, de ojos azules. En Oaxaca llamaban «biches» a esta clase de ojos, y a sus poseedores «biches». La «biche» Fulana, o sea, la rubia de ojos glaucos gatunos. Don Francisco Pascual García había sido magistrado en San Luis y era conocido como escritor de nota y una de las columnas del partido católico. De trato fácil y chispeante, su gordura rivalizaba con su simpatía y su ingenio. Salvo el color cetrino, su tipo recordaba el de Renan o el de un canónigo un poco libre. Sorprende que los hombres mejor dotados de aquella época no dejaran obra social ni obra escrita. Sin duda los agobiaba el medio. El himno diario de toda la prensa, de casi toda la intelectualidad, en alabanza de la medianía homicida encaramada en la presidencia desde los días de Bustamente y con diversos nombres, va deformando el criterio y lo lleva a perder la noción y el amor del héroe.

Don Pascual no era antiporfirista, al contrario, lo acataba como el mal menor del liberalismo. Las ironías de su ingenio polémico las reservaba para los positivistas como Justo Sierra. Amaba en él al poeta, pero después de celebrarle la *Playera* («Baje a la playa la dulce niña...») denunciaba la inconsistencia y la penuria del pensador. Se metía don Pascual con toda la familia librepensadora. De Renan afirmaba que era un genio al revés, porque habiéndose propuesto demostrar la humanidad de Cristo quedaba convencido y convencía a sus lectores de su divinidad. A Comte no le concedía ni el rango y se limitaba a ridiculizarle los amores con *madame* de Vaud. A Rousseau lo trataba de loco, y a Jorge Sand, de libertina. De su biblioteca leí la *Indiana* y *Lelia* y las novelas de Hugo con *Las contemplaciones*. Una mesa llena de papeles en desorden un estrado de sillones de cuero y anaqueles de libros por los cuatro costados de la habitación, tal era el sitio de las tertulias en que don Pascual disertaba de literatura o de filosofía con un diputado conservador, Aldasoro, y algún visitante.

Intervenía discretamente en las conversaciones su esposa Luz, poetisa en su juventud y muy al tanto de cosas literarias. Esta dama me mostraba singular solicitud y cariño porque en Oaxaca había sido compañera de escuela de mi madre. De memoria solía recitar poemas enteros de Núñez de Arce, y de Bécquer y de Lope de Vega. Recordando de pronto mi impiedad de preparatoriano, puesta delante de mí, declamaba el conocido:

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?

.....

¡Cuántas veces el ángel me decía;
Alma, asómate ahora a la ventana.

.....

Y cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

A don Pascual le divertía mi afición a los positivistas. Me interrogaba sobre la misa dominical, a que varias veces asistí, con escándalo de la piadosa doña Luz.

—A ver: cuente, cuente —insistía don Pascual.

—Pues... un salón pequeño y aseado... al fondo una plataforma con asiento de distinción y una tribuna. El público ocupa el sillerío y los personajes el estrado. La ceremonia comienza con una disertación del ingeniero Aragón sobre el sabio del día, según el mes y la fecha comtiana: Aristóteles, Tolomeo. Se valora el servicio prestado al desarrollo de la Humanidad por el santo positivista de la fecha y se concluye con el elogio de Comte. Y en vez de la Virgen, y para que no falte la representación de la deidad femenina, se recuerda a la Clotilde de Vaux, inspiradora de la vejez del Maestro. A menudo se insertaba en el oficio alguna conferencia de tema como éste: «No es Jesús, sino Pablo de Tarso, quien construye el mito cristiano...» En alguna ocasión, ya para finalizar, el ingeniero Aragón recordó que Comte, no por ser filósofo, desconocía la importancia del arte, que conserva sitio, así sea modesto, en su cuadro. «En acatamiento de esta recomendación del maestro, los queridos consocios Zutano y Mengano ejecutarán al piano una romanza...»

En este punto la hilaridad de los oyentes estallaba irreprimible. Y, en verdad, aun aquellos que acogíamos con benevolencia la nueva liturgia, no dejábamos de sentirnos molestos cuando en su nombre se hablaba de arte. Sin embargo, defendía mi apego a los positivistas por necesidad de un sistema cualquiera, aunque sea provisional. Pues lo que siempre me ha parecido impropio de una conciencia cabal es vivir sin coherencia. Comprendo al que pasa de un sistema a otro; pero no concibo la conformidad con el pluralismo y la retacería, la dispersión del saber en zonas desprovistas de unidad.

Por su parte, don Pascual reservaba sus más enconadas flechas para el verdadero jefe de los positivistas mexicanos de entonces; el médico y filósofo Porfirio Parra. Una vez lo oí disertar. Era muy trigueño y alto, y tenía la más hermosa cabeza de su época. Delicada y firme; cabeza de filósofo clásico. «La extensión de lo que conocemos es un islote en el océano de lo desconocido», afirmó en aquella velada que me causó deslumbramiento. Don Pascual no estimaba alabanzas al talento de Parra, pero le censuraba su doctrina. A menudo se burlaba de sus temas; pero también a ratos, rindiéndole parcial pleitesía, recitaba la *Oda a las Matemáticas*. Un poema de noble belleza y originalidad, acaso la mejor obra de Parra.

Ante la juventud de las facultades, Parra tenía prestigios de genio un poco atormentado y misterioso. Durante una larga época, y a consecuencia de no sé qué desastre amoroso, el pensador se había entregado sin recato a la embriaguez. Perdió

con tal motivo cargos y cátedras. Luego volvió, corregido y sabio, a la vida pública. De su época parda se contaban anécdotas profundas. Por ejemplo: cierta noche, después de una orgía y aún bajo la influencia del vino, se quedó mirando al cielo estrellado y expuso:

—Quisiera disponer de la palanca de Arquímedes y del anillo de Saturno para hacer un violín (signo de desdén) al Infinito.

Ante tal ocurrencia experimentábamos nosotros no sé qué perplejidad como de irrisión que desquicia el mundo.

Quizá también nos horrorizaba vagamente el estado de ánimo de la generación encarnada en Parra. Del ateísmo inconsciente y, por lo mismo, casi gozoso, de los liberales de la Reforma, pasaban ahora nuestros ingenios a la amargura del sarcasmo trascendental. Ignacio Ramírez había dicho:

*Madre Naturaleza, ya no hay flores
por do mi paso vacilante avanza;
nacé sin esperanza ni temores,
y vuelvo a ti sin temores ni esperanza.*

En Parra la arrogancia se volvía disgusto. Más inteligente, menos mediatizado por los afanes de la tierra, Parra se duele de no encontrar una senda en las estrellas y produce su mueca dolorosa. Sin duda su posición es ya menos conformista y estrecha que la del naturalismo antecedente. También más firme. Parra sabía matemáticas y era buen médico. Ramírez fue únicamente un demagogo.

Por otra parte, la vil situación política no dejaba a la ambición otro camino que el del éxito por el dinero. El endiosamiento del poderoso tiende siempre a remplazar la imagen de Dios con la del César. Y el culto del hombre, conduce al del Becerro. Porque si no hay más que el hombre, lo único que hace falta es el oro que da poder. Bajo el porfirismo, lo mismo que hoy, la medida de todos los valores la daba el oro, a excepción del valor del homicidio, que acarrea también poder sobre el oro ajeno. Dueño cada cual de oro bien o mal habido, ya podía cualquiera ensayar todos los excesos salvo el de desobediencia. *Try to make money honestly, but if you can't, make money.* («Haz dinero honradamente si puedes; si no, hazlo.») Tal nos decía en el Norte la supercivilización de los aptos y selectos, la aristocracia biológica proclamada por los darwinistas, última palabra del saber científico. Y veíamos a nuestros ricachos importando de Europa cortesanas y amantes o metiéndose a las casas de prostitución para romper espejos y estarse emborrachando un día entero o dos, mientras la música tocaba, tocaba. No pocos jóvenes tomaron como modelo de ambición al político rastrero que compra en la Esmeralda un collar de diamantes para su manceba después de un discurso servil en la Cámara, o el latifundista que en una noche de bacanal canalla, derrocha un caudal que luego mermará del jornal de sus peones. El dinero y el goce, privilegio del apto; el dolor y el trajín, patrimonio de los inferiores y los ineptos que, más bien, deberían desaparecer; tal la sociología de la época. Exprimir de la vida todas las capacidades de goce que contiene; tal su moral.

Y como arte la *Salomé*, de Wilde, que se cubre el sexo con una gran esmeralda. Exaltación de la fastuosidad y el poder. La *Piel de zapa*, de Balzac, era un prudente aviso; pero era menester acercarse a *Naná*, la mosca de oro que, así contamine, regala el goce.

De nuestra capital se decía que era un pequeño París, pero sólo porque de París copiábamos los vicios. ¡Ni quién recordase al París de la disciplina científica y el genio literario, mucho menos al París de las libertades públicas!

Y en verdad, la capital de entonces no era el cementerio en que han convertido al México moderno los constantes asesinatos; pero ya contenía los gérmenes del actual canibalismo. Ningún buen ejemplo daba la capital, y sí el espectáculo de placeres sórdidos sin la aureola de la ironía y la libertad. Cada uno de los generalillos que a la sombra de la revolución han medrado, escuchaba el relato de las orgías vulgares de una metrópoli cortesana y aplazaba su hambre de goces brutales. Su primitivismo no les permitía estimular lo valioso de la metrópoli, las costumbres corteses y humanas y la cultura, la pasión de la música que sostenía ya una orquesta sinfónica y un cuarteto; la buena ópera cada año; el teatro italiano de drama y comedia.

No ha vuelto México a disfrutar el rango que le daban las temporadas en que desfilaron Virginia Reiter, la Vitaliani, la Mariani. Nunca habíamos oído llorar como Reiter, ni ha pasado después por nuestra escena una trágica como la Vitaliani.

La acción oficial por medio de Justo Sierra fomentaba la afición del pueblo mexicano por el arte apasionado y grande. Nuestro Conservatorio se conmovía con la presencia de los grandes artistas latinos: el Ministro de Educación les dedicaba discursos elegantes y el público apoteosis generosa. La «María Antonieta» de la Vitaliani resultaba superior, sin duda, a la pobre atolondrada que fue reina de Francia.

¿Y a Mariani? Pasión personal y platónica de no pocos jóvenes de mi época; nadie la igualó en el arte de amar, de acariciar, de burlarse, de sonreír. La gracia, la lujuria, la ternura, la seducción de la mujer alcanzaba en ella potencias avasallantes. Ensayaba a Ibsen o a Sudermann lo mismo que una comedia francesa o un terrible drama italiano. La noche de su beneficio nos cotizamos algunos estudiantes para enviarle un ramo de flores. A la salida nos dio a todos la mano acompañada de un *buona sera* luminoso. Después de aquel contacto con sus dedos nerviosos, expresivos, guardé la mano en el pecho para conservar más tiempo la huella. Si un mago en aquel instante me hubiese puesto a escoger el mayor don de la Tierra, le pido a ella.

Cuando años después escuché la voz de oro famosa de la Sara Bernhardt, me reí. Aquel idioma nasal, aquella tradición académica, resultaban imposibles ante el recuerdo de la melodía viva y la caricia dulce de la actriz italiana. ¡Pobres parisienses que la ignoraban! ¿Y la «Zazá» de la Mariani, toda alegría, dolor, tristeza, lujuria, fatalidad? Le vi esta pieza en Nueva York muchos años más tarde a la más célebre actriz norteamericana. Daban ganas de matar a la actriz, y la pieza sonaba vulgar, ridícula. Nos visitó también la Tina de Lorenzo, bonita y sabia en el arte de adaptar

las joyas al traje. ¡Y la Boreli, en el esplendor de su cuerpo ágil y sensual que lucía semidesnuda en una *Salomé* danzada!

En música, por la misma época, la capital de México —hoy reducida a menos que la de Texas— se daba el tono de lanzar celebridades como la Tetrzzini, que cantó hasta en las plazas de toros de provincia, aclamada como una reina un año antes de su éxito mundial del Metropolitan neoyorquino. Dentro de la relatividad de plaza del Nuevo Mundo, México era quizá la única adonde iban los artistas no sólo por los tostones, sino también por el aplauso de un público atento, fino de oído, apasionado de la belleza.

En el Juzgado duré poco porque mi jefe Uriarte, «ascendido» de pronto a senador, abrió bufete y me llevó consigo. El porfirismo sometía a sus fieles a la disciplina de la humildad. El licenciado Uriarte, cincuentón provinciano, acomodado, sobrino y heredero de un obispo, sirvió largos años en el humilde Juzgado de lo Civil, de la capital, hasta que la mano todopoderosa del Caudillo premió su fidelidad con un puesto en el Senado. Tras la prueba de la obediencia, ahora entraba en la del servilismo. En la Alta Cámara se halló de colega a otro provinciano, sólo que iletrado y adusto: el señor Carranza, que, nada soñador, ni sospechaba que un día ya próximo, iba a resultar revolucionario. No se toleraba a los senadores otra actividad que poner la firma sobre los decretos que periódicamente mandaba don Porfirio. Por eso, los que tenían profesión la ejercían: Carranza, indocto, dedicaba sus ocios a la lectura del *México a través de los siglos*, especializándose en los métodos gubernamentales de Santa Anna: nada de contabilidad científica a lo porfiriano; las aduanas, a los compadres, y en materia de cuentas, ni pedir las ni rendirlas.

Por su parte, don Jesús Uriarte se creó una clientela jurídica reducida, pero adinerada, y emprendió negocios un tanto usurarios, pero legítimos y seguros. Por ejemplo: compraba una casa en remate judicial, mínima postura; la repintaba y la vendía en el doble. Los senadores del tipo Carranza nunca renunciaban sus cargos; porque no teniendo capacidad para el trabajo, jamás se hubieran dado posición propia ventajosa. Don Jesús Uriarte pudo renunciar y seguir obteniendo ganancias en su profesión. Pero el funcionarismo porfirista, aparte de burocracia, había llegado a constituir una especie de nobleza codiciada, aun por los capitalistas. Confería privilegios negados al común de los mortales y garantizaba la seguridad personal. Daba patente de impunidad y gloria cortesana. Muchos funcionarios porfiristas fueron honorables. A muchos de ellos despidió Carranza en su época porque no se avenían al estilo nuevo de rapiña y desorden. Pero cuidaba siempre don Porfirio de mezclar, a los ocho jueces de la capital, a los veinte magistrados de la Suprema Corte, dos o tres reconocidos bribones de que se valía para forzar sentencias en los casos que le convinieren. Los «honrados» se doblegaban consolándose con no ser los autores, sino apenas encubridores de la corrupción de la justicia. De los concusionarios y serviles decía el Caudillo, en su léxico de estadista romo y vulgar, que eran el «retrete» necesario en toda casa. Por lo demás, a diario, las víctimas del civismo eran arrancadas de sus hogares para el fusilamiento sin que jamás protestase ningún magistrado. El mismo silencio que ha vuelto a amparar al callismo sellaba ya los labios de los jueces de la Suprema Corte. Y el mismo don Jesús, incapaz de vender la justicia, hubiera sido también incapaz de renunciar, así lo hubiese nombrado «policía honorario» el Caudillo.

Don Jesús no era hombre de libros; conocía su profesión de abogado práctico, y le dedicaba las mejores horas del día. Los domingos, después de misa, paseaba en coche por Plateros y en la tarde visitaba con su familia la casa de algún personaje amigo.

Comía moderadamente y dormía sus ocho o nueve horas diarias. Un especialista de París, en el viaje a Europa que remataría su triunfo senatorial, le expidió un certificado garantizándole veinte años de vida a condición de observar ciertas dietas que, al excluir la champaña y los vinos caros, de paso le protegían el bolsillo. Alto y blanco y un poco enjuto, barba azulosa y bigote recortado, cabellos todavía negros, peinados con esmero sobre la frente escasa, don Jesús era un feo varonil, elegante. Me gustaba su manera directa y lacónica de redactar sus demandas; ni adornos curialescos ni recargo de citas: «Hechos claros y ley aplicable al caso», decía. Y lo lograba. Llegado el momento de informar en las salas, solía decirme: «A ver, usted que lee tanto, búsqieme por ahí algún relleno para este alegato.» Registrando el Baudry Lacantinerie, el Laurent o el Manresa, le proporcionaba entrecomillados. «Después de todo —pensaba yo—, esta meretriz, la Jurisprudencia, no merece mejor trato que el que le otorga don Jesús razonando a empellones y destrozando el estilo.» Comúnmente ganaba los pleitos.

Aunque de trato áspero, don Jesús era bondadoso y como dicen los chilenos, «querendón». Creo que me apreciaba porque, no obstante regatear mi salario con avidez, me prodigaba confianzas de familiar y a veces me invitaba a su mesa. Su esposa, Refugito, bella todavía en sus cuarenta, era de una encantadora afabilidad, provinciana, pero distinguida. Su hermana Adelaida, solterona no bonita, pero cortés y sencilla, compartía con ellos el hogar. Empezó una ocasión la comida con unos ostiones de Veracruz, raros en aquella época y caros, pero no con exceso.

—A usted, V..., no le gustan las ostras, ¿verdad?

—Sí, señor; sí me gustan.

—¡Ah, qué tú, Jesús! ¿Por qué no le han de gustar? —intervino Refugio, sirviéndome.

A poco trajeron para el *pater familias* media botella de cerveza... Advertido de las anécdotas que corrían sobre su tacañería, me propuse hacerla de cínico.

—¿A usted le gusta la cerveza...?

—Sí, señor; me gusta mucho...

Y nos quedamos todos mirando la media Toluca helada incitante. Mandará traer otra —pensé—. Pero el viejo sin inmutarse aguardó a que el mozo descorchara; luego, de su misma media botella me llenó un vaso; se sirvió él otro, apenas lleno... En cambio, el hombre era capaz de desvelarse por servir a cualquiera. Quizá sólo era enemigo del desperdicio, y yo me encontraba en ese periodo de anarquía juvenil en el cual derrochamos lo que nos cae a mano por ignorancia del esfuerzo que ha costado crear no importa qué porción de riqueza. Con frecuencia las señoras sacaban a don Jesús del despacho para ir a visitas a la hora del té. Me quedaba entonces dueño de su biblioteca, paupérrima, insignificante en cuanto a libros, pero silenciosa, propicia para el estudio y el fantaseo. Divagar horas y horas a solas, pero estérilmente, tal ha sido mi vicio más dispendioso.

Don Jesús pagaba mal. Se había convenido que, en calidad de pasante y además

del mísero sueldo, me quedarían los honorarios de algunos negocios menores. Escatimábame estos honorarios de una manera indigna. En cambio, era generoso en sus alabanzas de mi talento, mi discreción. «Hable usted, hable todo lo que quiera — indicó una vez a una señora su cliente que le había hecho seña de que me mandara al saloncito anexo—. Este muchacho es de confianza; pero, además, esté usted segura de que se le olvidará lo que oiga, porque él sólo piensa en lo suyo.»

Durante su viaje a Europa, don Jesús dejó el despacho a cargo de mi antiguo jefe, el notario Aguilar, quien para cuidar mejor la casa consintió habitarla. El departamento interior, dedicado al bufete, quedó casi a mi cargo. Una hora cada mañana me dedicaba el abogado y notario, durante la cual le informaba de mis gestiones, le entregaba lo cobrado, le consultaba de trámites jurídicos. Siempre benévolo, pero cada vez más misántropo, me confió Aguilar que obligaba a las criadas a dormir fuera de casa porque... «Sabe usted... ¡el diablo está siempre alerta! ¡No me gusta ninguna de estas pobres muchachas; pero qué sé si alguna noche, desesperado, una mala idea..., hago yo aquí un disparate... Es mejor alejar la tentación!...» Y el día se lo pasaba leyendo... casi siempre el devocionario.

Si no le aumentamos, sí le conservamos a don Jesús los ingresos durante los cinco o seis meses de su ausencia. Cuando regresó, al licenciado Aguilar, que le servía gratuitamente, le dio las gracias. A mí me obsequió un par de corbatas de a cinco francos. Y como observaba que no me las ponía, me espetó una conferencia sobre la humildad... «Yo le hablo por su bien, ya soy viejo, usted tiene dones, pero es muy orgulloso; no es bueno serlo tanto...» Además, me seguía dominando otro enemigo que don Jesús quizá no advirtió: la lujuria. Con qué fruición apañaba los billetes de cinco pesos, sésamo de los paraísos mahometanos del barrio del Salto del Agua y Regina. Patio de ladrillos flamantes y plantas, luces eléctricas, trinos de voces alegres. En el salón alfombrado, multiplicándose en los espejos del muro, danzan al son de un piano veinte o treinta mujeres desenvueltas, morenas o rubias, gordas, delgadas, todas limpias, bien olientes, acogedoras, fogosas. Bastaba franquear el umbral, y sin siquiera quitarse el sombrero, con sólo extender los brazos, caía en ellos un tesoro palpitante y elástico. Rápidamente, la intimidad del baile enciende las mejillas, enardece las formas turgentes. Una borrachera de sensualidad finge la cabal ilusión de la dicha.

Y luego, nada de compromisos, nada de promesas, nada de celos. Únicamente amistad y regocijo. ¿Por qué, entonces, si no es por predestinación al martirio, volví a caer en las redes que yo mismo tendía en torno a la novia de la pensión Orozco? Cuestión, quizá, de prejuicio romántico que opone al vicio la pureza intacta. Muy cara se suele pagar esta hipocresía masculina que gusta del relajamiento y luego ambiciona el refugio de la exclusividad para conquistar el aburrimiento, cuando no la perpetua discordia. Amor casto: mezcla indigna del apetito que es instinto y de esas pocas cosas nobles, sagradas, que la Humanidad arranca penosamente a la zona del apetito, la amistad, la lealtad, aun el amor, pero sin exigencias ni resabios de cópula.

Y no era más que una de tantas formas de la sensualidad lo que me ataba a mi novia. Viéndola con un poco de atención, después de varios años de ausencia, no hallaba en ella esa simpatía espiritual que prolonga el afecto. Los asuntos que me preocupaban, literarios o éticos o filosóficos, no podía ni siquiera iniciarlos con ella. Durante nuestras pláticas, si estaba presente la tía María, mi novia callaba mientras discutíamos la tía y yo. Y el silencio que interpretaba como asentimiento de mis opiniones, no era sino indiferencia e incomprensión. En cambio, tenía mi novia un modo gallardo de caminar que, pese a las advertencias contenidas en la tesis schopenhaueriana que sabía de memoria, determinaba mi esclavitud. Siempre me han seducido en la mujer las piernas rectas y el talle flexible. Padezco tiesura de articulaciones y rigidez muscular; añádase mi pierna derecha un poco arqueada, y se comprenderá hasta qué punto quedo indefenso delante de cualquier mujer con piernas de bailarina y soltura de ademán...

Se hospedaba mi novia con los Calderón, y a menudo nos reuníamos para pasear o tomar un helado, ella, María y yo. Con la tía María sostenía ahora discusiones a la inversa; ella se había reconvertido a la Iglesia tan fervorosamente que estaba para entrar de monja. Yo me afirmaba spenceriano, frente a la misma que, por primera vez, puso en mis manos un libro de Spencer. Discutíamos sin encono. Asistimos juntos a las conferencias-sermones del jesuita mexicano Díaz Rayón, en la iglesia de San Francisco. Usaba Díaz Rayón una dialéctica vigorosa de asceta enjuto y fuerte, pero duro. Por lo menos, así me lo pareció en la única conversación que a instancias de María celebramos. Quizá yo iba dispuesto a reconocer la grandeza de la revelación y aun entregarme a ella; pero quería hacerlo sin coacción. Me molestaba, le dije, el abuso que la Iglesia hace de la amenaza y el anatema: quería que las obras justificaran con primacía sobre la fe. Si un hombre era bueno se salvaba aunque no creyese; si era malo, se condenaba aunque confesase todo de credo. «No puedo aceptar —le dije— un Dios menos bondadoso que yo, y no sería yo capaz de condenar para siempre a un pobre diablo, bastante tonto para no ver lo que a un iluminado parece evidente.» Hallaba una injusticia fundamental en la teoría de la gracia. El padre famoso no tuvo tiempo o no tuvo simpatía para mis dudas; me dijo que estaba imbuido de orgullo y vanidad y que era inútil toda discusión; me desahució con gran pena de mi pobre tía. En realidad me alejó de la Iglesia muchos años, no sé si por culpa de él o por culpa mía; sólo anoto el hecho.

Y lo hago sin negar que era grande mi vanidad y me llevaba a juzgar mis opiniones como novedades únicas y magníficas. Un tanto me corrigió el descubrir por esa misma época, en los heterodoxos, de Menéndez Pelayo, que no eran nuevas mis herejías. Con sólo decirme esto el jesuita me habría desarmado; pero no le merecí bastante atención.

La tía María profesó en el Sagrado Corazón; su título de normalista le sirvió de dote; la mandaron a Francia, luego a España, antes de reintegrarla a la América. En días de su despedida del mundo llegaron a México mis hermanas. Venían, por fin, a

vivir conmigo, separándose de la madrastra. Las trajo mi padre, que pasó una temporada con nosotros en la capital. Mi hermana Concha, impresionada quizá con el ejemplo de María, empezó a dar muestras de devoción exagerada. Se negó a pasear y a divertirse; pasaba el día rezando y escapaba cuando podía a las iglesias.

Nuestra agrupación la inició Caso con las conferencias y discusiones de temas filosóficos, en el salón del Generalito, de la Preparatoria y tomó cuerpo de Ateneo con la llegada de Henríquez Ureña, espíritu formalista y académico. Lo de Ateneo pasaba; pero llamarle de la Juventud cuando ya andábamos en los veintitrés, no complacía a quien, como yo, se sintió siempre más allá de sus años. Era como ampararse en la minoría al comienzo de una batalla iniciada antes del arribo de Pedro Henríquez. La batalla filosófica contra el positivismo. El abanderado fue siempre Caso, y nuestro apoyo Boutroux. El libro de éste sobre la contingencia de las leyes naturales, hábilmente comentado, aprovechado por Caso, destruyó en un ciclo de conferencias toda la labor positivista de los anteriores treinta años. No puedo decir que a mí también me impresionara el libro de Boutroux. Negativo en sus conclusiones, no me importaba gran cosa el problema de si las leyes de la ciencia eran simplemente sumas de experiencias o coincidían con la necesidad lógica; lo que yo anhelaba era una experiencia capaz de justificar la validez de lo espiritual dentro del campo mismo de lo empírico. Y es esto lo que creí deducir de Maine de Biran y su teoría del «sentimiento del esfuerzo»... De aquí la doble dirección del movimiento ideológico del Ateneo. Racionalista, idealista con Caso, antiintelectualista, voluntarista y espiritualizante en mi ánimo.

Por su parte, los literatos Pedro Henríquez, Alfonso Reyes, Alfonso Cravioto, imprimieron al movimiento una dirección cultista, mal comprendida al principio, pero útil en un medio acostumbrado a otorgar palmas de genio al azar de la improvisación y fama perdurable, sin más prueba que alguna poesía bonita, un buen artículo, una ingeniosa ocurrencia.

Por otra parte, mi acción en aquel Ateneo, igual que en círculos semejantes, fue siempre mediocre. Lo que yo creía tener dentro no era para ser leído en cenáculos; casi ni para ser escrito. Cada intento de escribir me producía decepción y enojo. Se me embrollaba todo por falta de estilo, decía yo; en realidad, por falta de claridad en mi propia concepción. Además, no tenía prisa de escribir; antes de hacerlo me faltaba mucho que leer, mucho que pensar, mucho que vivir. Algunos de mis colegas lo comprendían y afirmaban su esperanza en lo que al cabo haría. No faltó, sin embargo, el «literato» precoz y más tarde fallido que me dijese como negándome el derecho de ateneísta:

—Bueno, y tú ¿qué escribes, qué haces?

Le respondí, deliberadamente enigmático y pedante:

—Yo, pienso.

Con todo, se acercaba la fecha del examen profesional y era menester presentar una tesis. Ningún tema jurídico me interesaba. La Economía Política la había estudiado como el que más, rebatiendo al catedrático el supuesto carácter de ley que daba a la oferta y la demanda, oponiendo al Leroy Baulieu del texto los argumentos socialistas a lo Lasalle y Henry George. Pero aquélla era la despensa del edificio

científico, tema para las amas de llaves de la inteligencia. Eliminando aquí y allá, llegué, por fin, a la única pregunta que me había interesado en relación con la disciplina jurídica: ¿Qué puesto ocupa ésta en el concierto de las causas? ¿Cuál es la índole íntima del fenómeno jurídico? ¿Qué relación hay entre el acto jurídico y la ley más general de la ciencia, la ley de conservación de la energía? En otros términos: deseaba ensamblar en la doctrina de la Preparatoria la práctica de Papiniano. Para ello urgía otorgar al derecho un valor conexo del principio general del saber de la época. Así como para el romano, la lógica aplicada a las relaciones sociales dio la norma jurídica, ahora había que buscar un entronque causal y dinámico para explicar las funciones sociales, y más especialmente, los conflictos de apetencia que determinan la necesidad del derecho. Una solución dinámica; con sólo enunciarlo ya tenía marcado el camino; pero el momento era tímido. Todos mis compañeros escribían a base de citas y entre comillas. Los libros del propio Caso dan fe de esa tendencia erudita. Los literatos de mi grupo no se decidían a escribir, por ejemplo, una novela; se gastaban en comentarios y juicios de la obra ajena a lo Henríquez Ureña, que le hacía de maestro. Atenido, pues, a mi propia audacia, busqué analogías del acto jurídico con el acto voluntario de los psicólogos, con el acto biológico, con el proceso químico y, finalmente, con el mecánico. Tal y como se solucionaban los conflictos de fuerza, así deberían solucionarse en una sociedad perfecta los conflictos jurídicos. En teoría, quien más haya menester de una cosa, quien más ponga en ella apetencia y voluntad, ése debe ser su dueño. En torno de estas apetencias sinceras, la sociedad debe obrar como en la composición de fuerzas, colaborando con los deseos nobles, vigorosos, pero libres de mezquindad. Me hacía falta entonces discutir, hablar las ideas antes de escribirlas. Con Caso me puse a hablarlas, me ayudó con su instinto de sabio y su visión lúcida. Él no estaba conforme con mi ocurrencia; el derecho era un fenómeno social; no aparecía donde no había coacción; no era legítimo concebir el derecho como un impulso natural; menos como una fuerza. En torno al *Tratado ético político*, de Espinoza, discutimos largamente. Fundándose en el libro de Fouillé, sobre las ideas fuerzas, objetaba yo que aun la ideación, fenómeno más imponderable que la voluntad manifestada en el derecho, era asimilable y debía serlo al concepto de fuerza, noción física de toda la filosofía, noción moderna.

Escribí sobre el derecho como fuerza y dinamismo interno de las relaciones sociales. Partiendo del concepto primordial de impulso, procuré determinar de qué manera, dentro del juego múltiple de la dinámica, emerge la oposición jurídica tan fatalmente como choca y se combina la fuerza de los remos y la fuerza de la corriente en el bote que sube el río... Cuando llegué a definir: «Concepto dinámico del derecho», sentí pasar por la frente un relámpago. Antes que a nadie, leí mis cuartillas a Caso...

—Es curioso —observó—; ha escrito usted bastantes páginas sin hacer cita y sin perder de vista su tema... Es raro que nosotros no podamos escribir así... En fin; es original su trabajo y lo felicito.

Y su enhorabuena fue sincera porque, consciente Caso de su propio valer, no conocía la envidia y era por naturaleza generoso.

Vivíamos ahora en Tacubaya, a la vuelta de la Ermita. La casa, muy modesta, de un solo piso, tenía esa absurda planta en alcayata que tanto se multiplicó durante el porfirismo; mezquina arquitectura tan expresiva de la época ruin. Al frente dos habitaciones, salón y alcoba, cada una con balcón entresolado a la calle. Por el interior, una serie de alcobas a lo largo de un corredor estrecho, en torno a un medio patio con macetas y plantas. Al fondo, el baño y la cocina. En la alcoba, con balcón a la calle, se instalaron mis hermanas. Contiguo a su dormitorio, el mío con puerta al interior; en seguida la abuela y más allá Carlos y Samuel. Mi padre estuvo con nosotros hasta la fiesta de mi recepción de abogado, que costó muy ufano, y luego se fue a su nuevo puesto por la frontera de Sonora. Vivimos en esta casa una corta temporada dichosa. Desde la muerte de mi madre no habíamos estado juntos. Cada peso libre y cada hora de asueto servía para darnos algún paso por teatros o refresquerías. Los domingos por la tarde escuchábamos la orquesta del Café Chapultepec, tomando cerveza o helados. Frecuentemente nos acompañaba mi novia, establecida también temporalmente en Tacubaya. Si quería sorprender a las mujeres, presumir de calavera, bastaba con beberse un ajeno mientras ellas tomaban sus helados. La vida de familia después de tanta presión ingrata me resultaba agradable. Mis hermanas eran bonitas y alegres, un poco descuidadas en los asuntos de la casa; pero yo estaba tan habituado al desorden que ahora sentía la comodidad de tener quien juntara la ropa de lavar, hiciera las cuentas, dispusiera la comida. De no ser por cierta exigencia que me obligaba a escapar algunas noches, como los gatos cuando se echan por los tejados, maullando, nada hubiera tenido que buscar fuera de la casa. La mujer como hermana era una novedad que me resultaba dulce, entrañable... Pero ¿qué cosa no echa a perder la impertinencia de la juventud, su arrogancia? Los enojos empezaron por causa de Concha. No quería acompañarnos al paseo, no iba al teatro, no se adornaba, se mostraba siempre cordial, pero apartada, encerrada, iglesiera. La tía María, en vísperas de irse al convento, había paseado con nosotros y bromeado. Concha, en su propia casa, se anticipaba a la clausura. Aquello me dolía y me irritaba. Y no pudiendo desahogar mi enojo con ella, lo lanzaba contra los «curas», acusándolos de influir en su preocupación. Tildaba la religión de fanatismo y la vocación monjil de manía. En el mundo podía hacer el bien y eso era mejor que estarse rezando. Que se convirtiera, si quería, en asceta, pero laica y metida a trabajar en buenas obras. Había en el mundo bastantes males que remediar; en fin, y de manera inconsciente, recitaba la tesis protestante de que se nutre nuestro seudoliberalismo. En vano intenté obligarla a la lectura de obras en boga sobre el misticismo, como histeria y casi locura. Casi no quería creer que se iría. Me tranquilizaba saber que, no teniendo quien le diera la dote, no la recibirían. Pronto descubrí que las mismas influencias que ayudaron a María se movieron en favor de Concha. No sé si una señora rica dio algo de dote o si la recibieron porque su conocimiento de idiomas y sus dos años de normalismo podían habilitarla de

profesora; el caso es que fue, también con las Damas del Sagrado Corazón, primero a Francia, después a España. Marchó contenta y nos dejó tristes, confusos. Y a mí, irritado.

Por algún tiempo Lola y Mela tuvieron que soportar mis abusos. Con la intención de inmunizarlas contra la manía religiosa, pero con crueldad y torpeza que hoy me abochornan, no sólo les discutía y les contradecía en cuestiones de creencias, sino que, de obra, los días de vigilia hacía servir por la criada un plato de carnes frías, mientras ellas tomaban su bacalao.

A la disputa religiosa vino a añadirse otra causa de discusión. Supe por la abuelita que Mela aceptaba las atenciones de un pretendiente que le rondaba la calle. Se trataba de un sujeto alto, un poco gordo, medio conocido mío de la Escuela Preparatoria, ricacho del clan tacubayense. Una suerte de tenorio pueblerino. Sin prudencia, pero con claridad y cariño advertí a Mela del peligro de aquellas relaciones. Tanto ella como Lola defendieron vivamente al sujeto como un caballero y como si ellas pudiesen conocerlo mejor que yo. Pasaron semanas. Algunas veces yo llegaba tarde; otras me dormía temprano. Viendo que no me enteraba de nada, la abuela, por fin, me advirtió: Mela platicaba con el galán a medianoche por el balcón. En seguida les puse la celada: Llegué temprano, pretexté una jaqueca, me retiré a dormir y esperé en cama a medio vestir, con la luz apagada. Cerca de las diez oí entreabrir las vidrieras. Lola no se movió de su cama; pero Mela, instalada en su barandilla, empezó a cuchichear... Entonces me levanté sin ruido; no sólo mi puerta, también la del zaguán la había dejado entreabierta. Irrumpí, pues, por sorpresa, en la calle, a tres pasos del balcón de los enamorados, tanto que el novio me sintió cuando tuvo encima el empujón que con todo el cuerpo le metí, echándolo a media calle. Seguí empujándolo a golpes, para no perder la ventaja de la sorpresa. Seguramente más fuerte que yo, el atacado no me opuso resistencia. Intentó darme explicaciones, invocó la amistad.

—No es éste el sitio; si algo tiene que decirme, véame en mi despacho; de lo contrario, y si lo vuelvo a encontrar aquí, le aviento un tiro, ya no bofetadas.

Mela había cerrado su puerta, y al regresar a mi cama sólo la abuela me acogió desde el zaguán. La mandé acostar y todo quedó en calma. Al día siguiente, ya por la tarde, al iniciarse una conversación, estalló el enojo de mis dos hermanas. «Yo las comprometía con esos escándalos; yo no tenía derecho», etcétera. Alegué mis derechos de mayor, la minoría de edad de Mela, y todo volvió a quedar en paz. ¡El enamorado no volvió a presentarse!

No disponía, por otra parte, de mucho tiempo para los asuntos familiares. El trabajo abrumador y mal pagado crecía; las mañanas, en los juzgados; las tardes, en las diligencias judiciales o en el bufete de don Jesús. Uno de los clientes de éste me encomendó la tramitación de un intestado: el primer negocio que me dejara honorarios de más de quinientos pesos pagados en junto. Me ufanó la ganancia, pero sin destruir el roedor de la frase de Bernard Shaw, recogida no sé si en el prólogo de

Man and Superman: What is true misery... «La desventura positiva —enseña— consiste en estar entregado a un trabajo para el cual no se tiene vocación ni amor.» Y no había remedio. La posibilidad de hacer dinero de prisa garantizaba la independencia para dedicarse después a otros afanes; pero avanzaba muy despacio. Me complacía haber concluido pronto con la vida de estudiante: Verdadera pesadilla la de aquellos años de placeres bajos y ambiciones locas; vida parasitaria y mezquina, disimulada con palabras altisonantes: ideales y juventud. Como si la juventud, en general, entendiéndose de otra cosa que del toque a rebato de los apetitos... Por lo menos, ya no era estudiante. Ahora de abogado era menester sacarle a la carrera frutos pecuniarios o relegarla. Pues no se soporta el estudio de las leyes *per l'honore*, sino por la ventaja. Para la fama hay medios directos y cómodos; por ejemplo: la poesía o el periodismo. Al titulillo aquel que recogí para meterlo en tubo de lata, era menester exprimirle los pesos. Urgía extraerle su máximo rendimiento al esfuerzo. El primer paso era librarme de don Jesús, que siempre se llevaría todo el dinero, dejándome todo el trabajo.

Mi pobre padre intentó sacrificarse para juntarme unos mil pesos e instalarme en despacho independiente. Mi buen sentido práctico rehusó la oferta. Los bufetes, ya me lo había enseñado mi corta experiencia, no se inician con muebles, sino con clientes. Sin la base de una iguala o de un grupo de clientes no iba a agravar nuestra situación echándole encima gastos de renta, empleados, teléfono. Nada de bufete; eso vendría a su tiempo. Por lo pronto, la solución estaba en salir de don Jesús; pero, también, sin perder lo poco que allí tenía seguro. Mejor seguir con él de esclavo que verme en el caso de pedir prestado o pesar sobre otro. Fue también una fortuna que no tuviera sobre quién pesar. Por eso cuidaba lo que tenía, por poco y amargo que fuese. La mayor parte de las locuras de la iniciación las cometen los que tienen en quien recaer en caso de fracaso. La mejor manera de no fracasar es saber de antemano que no hay quien preste socorro en la quiebra. Desde temprano, mi instinto de luchador me decía: Tus aventuras vívelas, en primer lugar, con la imaginación; en segundo lugar, con tu vida misma si es inevitable; pero nunca con el dinero. Con el dinero, cautela; por lo mismo que es un medio, hay que usarlo de modo que nunca nos convierta en sus servidores. Llevado del mismo sentido de la realidad, nunca perdía el tiempo con los aparentemente ingenuos que ofrecen al abogado joven negocios perdidos o problemáticos, que requieren preocupación y anticipo de trabajo, sin remuneración. Si me hablaban de ganar diez mil pesos, contestaba: «Eso es mucho para mí; confíenme un negocio en que gane diez pesos si el honorario es seguro...» En tal forma defendía, por lo menos, mi tiempo. Y, en efecto, nunca dije que no, ni a los negocios mínimos ni a las diligencias penosas, exceptuando desahucios, que por principio nunca acepté si se trataba de inquilinos humildes. Al día siguiente de mi licenciatura, don Jesús me había hecho una proposición: aumentarme el sueldo a sesenta y cinco; es decir: veinticinco pesos más, pero a condición de dedicarle atención exclusiva a sus asuntos poniendo los míos en común

y abonándome a fin de año un cinco por ciento. La proposición me irritó, pero me limité a no aceptarla. «Prefiero —le dije— seguir como antes; menos sueldo, y libertad para los pocos asuntos míos.» Perfectamente advertía que don Jesús abusaba de mi condición oscura, falto de relaciones y apoyos. Él, en cambio, iba en ascenso. Su lotería era el compadrazgo con Ramón Corral, un palurdo de antecedentes turbios, extraído de una aldea de Sonora para ser improvisado personaje digno de suceder a don Porfirio Díaz. Los cortesanos se preguntaban cuál sería la suerte del país al desaparecer por muerte natural el invicto caudillo del cuartelazo de Tuxtepec. Y preparaban la respuesta en la persona de un testaferro.

De don Jesús me apartaba su amigo, el ministro Corral. En unas «posadas» en la casa de mi jefe me había tocado ver de cerca al amo presunto del país; tenía la risa mala, el tipo endomingado y belfo de bajos instintos. La rudeza mental, la ignorancia crasa, estallaban bajo la capa mundana. Le habían falsificado fama de enérgico, aureola de estadista, y no pasaba de un precursor de Plutarco Elías Calles, sin los antecedentes sanguinarios que hicieron del candidato obregonista un caso más repugnante. Me dolía el destino que la dictadura preparaba a la patria.

Y me ofendía que don Jesús, al fin hombre intachable en su vida privada, se rebajase con sus obsequiosidades para con aquel rufián encaretado a ministro. Hasta de mujeres se iba el pobre de don Jesús, beato y además fiel a su esposa joven y bella, con tal de acompañar a la crapulosa excelencia que usaba el poder como más tarde sus congéneres del callismo, para vengarse de su vida oscura de provinciano.

Sabía, por experiencia de mi orgullo propenso a la náusea, que no iba a soportar indefinidamente el ambiente de semejante bufete. Pero no hallaba salida compatible con la seguridad del pan. Ya por allí, entre mis relaciones de covachuelista, contaba con un abogado tabasqueño de nombre épico y campechana disposición: Aquiles Zentella. Le costaba trabajo entenderse con unos abogados *yankees* que lo tomaron de socio. Me conoció con motivo de unas traducciones, cuyo peritaje desempeñara, y me había dicho: «¡Ay, compañerito; dichoso usted que sabe inglés! Yo no le entiendo una palabra a esos gringos, ni quiero; pero si usted está disponible, en la primera oportunidad lo empleo en este bufete como ayudante; ¿le convendría?» Aquella era precisamente la ocasión de mis sueños, pero tardaba en llegar. Entre tanto, y contra lo que don Jesús creyera, yo empezaba a salir de la oscuridad. Mi paso meteórico por la Escuela de Jurisprudencia, sin honores, pero sin tropiezos, me había dado fama de audacia. Luego mi tesis refutada por todos los sinodales, pero elogiada unánimemente como interesante y original, acabó de crearme cierta reputación. Así, cuando ocasionalmente, y obedeciendo todavía a la querencia, me asomaba por los corredores de la escuela, los compañeros me acogían benévolo. En una de estas ocasiones de charla se me acercó Guillermo Novoa. Su padre mandaba en Justicia. Era el ministro un señor viejo dedicado a amantes jóvenes, y todo el manejo administrativo recaía en el subsecretario Novoa, seco, trigueño, dispéptico, pero recto y decidido. A pesar de mi relativa amistad con el hijo del alto funcionario, no había

pensado iniciar gestiones por aquel rumbo, porque mi padre me contagiaba de su odio a la vida burocrática: «No se hacía carrera para eso —afirmaba— sino para volverse independiente.»

Sin embargo, mis resoluciones claudicaron ante una oferta del buen colega, que doblaba en seguida mis entradas. A la pregunta discreta de mi compañero, repuse:

—A mí no me digan dónde me mandan, sino cuánto me pagan...

Su padre, explicó, quería mandar a los Estados jóvenes activos... Días después recibí el nombramiento de fiscal federal. Y valía la pena haberlo obtenido, sólo por gozar la sorpresa, la casi incredulidad de don Jesús cuando le dije:

—Me voy ganando el doble, casi el triple de lo que gano aquí...

—Buena suerte, buena suerte tiene usted, no cabe duda... en fin... me alegro... lo felicito...

Ya no restaba sino liquidar mis asuntos antes de partir. Fácilmente hallé sustituto para una tutela que me había conferido don Jesús, en sus tiempos de juez. Administraba yo las rentas de un viejecito demente; cobraba los intereses de sus hipotecas, pagaba su alquiler, vigilaba al criado; me quedaba, de todo, el diez por ciento, unos quince pesos mensuales. Nunca falta un pasante laborioso y necesitado que recoja con gusto estos huesos... Cobrando algunos saldos reuní poco más de quinientos pesos. En seguida, después de comprar algunos regalos para mis hermanas, decidí despedirme de la capital cumpliendo un par de antojos largamente aplazados. Consistían en una rubia fastuosa llamada Estrella y una mazatleca elástica y morena llamada Laura, ambas famosas en ciertos centros... Cuando expuse mi plan de campaña de los últimos días metropolitanos a un íntimo, estudiante «fósil», lector de los griegos y de la *Tauromaquia* del Guerra, me dijo:

—Cuidado, no te pase lo que a Demóstenes, que se enamoró de una cortesana célebre cuyos favores, según tarifa pública, costaban cinco minas. Tenazmente el filósofo se puso a ahorrar, primero una mina, después dos. Y así que miró las cinco minas reunidas, decidió guardarlas.

No fui yo tan sabio.

Sin reflexión había aceptado aquel cargo de funcionario en provincia. La primera decepción fue que me enviaban a Durango, ciudad cómoda, buen clima y poco trabajo, pero sueldo escaso. Hubiera preferido a Tampico, infestado de paludismo, pero con sueldo de primera categoría. A mi padre le desagradó mi decisión. A mí mismo no me halagaba ir a cobrar menos, quizá, de lo que solía reunir en México. La comodidad de no tener de qué afanarme para cobrar me ofrecía, sin embargo, un útil descanso y quizá oportunidad para actividades de cultura. Y tomándolo así, como arreglo provisional, no había de qué alarmarse. Antes de salir de México quedé apalabrado con Zentella. Bastaría un telegrama suyo asegurándome sueldo, así fuese modesto, para que, renunciando al nuevo cargo, me presentase en la capital. Entre tanto, gozaba volviéndole la espalda al mundo de la «cuistrería» en que penosamente se desarrollaron mis comienzos. Aprovecharía los largos ocios del provinciano en lecturas tanto tiempo aplazadas. Compré a Platón y a Kant; además, me propuse volver a cursar latín en el Seminario de Durango y como antecedente de una buena inmersión en la *Summa*, de Santo Tomás. La pequeña ciudad sería mi sala de estudio. De ella volvería sano de cuerpo y repleto de doctrina.

Entre los compañeros no faltaba quien me compadeciera. Para todos implicaba una *capitis diminutio* profesional eso de refugiarse en los estados. Y peor si ya se estaba casi establecido en la metrópoli. Ni yo mismo lograba sustraerme a esa impresión de descenso y de prematura confesión de derrota. Pero mi suerte estaba echada; la había jugado, como quien dice, a una carta o, más bien dicho, a un par de cartas mediocres. Me complacía y casi me exaltaba dejar de golpe el engranaje antipático que forman en torno nuestro los hábitos, los deberes de una situación poco satisfactoria. Era como amanecer en otro planeta, libre de la visita a los juzgados, del hojeo de los expedientes y la disputa con el tinterillo. Tres años de faena azarosa, triste y dura, quedaban relegados de un puntapié, y ya me seducía la mañana despejada de mi primer despertar en aquel Durango que visitara de niño: ruidos musicales y mujeres pálidas, pájaros en los balcones, campanarios al viento. Cual ave que cambia el plumaje, según la nueva estación, así me fui desembarazando de las adherencias metropolitanas. Quedaban en Tacubaya mis familiares y mi novia; pero en todo pensaba menos en boda. Un hábito de años me había convertido a la novia como algo con que se sueña mientras se suceden amoríos fugaces. Además, el trato de los últimos meses había establecido entre nosotros una especie de amistad singular; si, por excepción, nos quedábamos solos, no hablábamos sino de futilidades aburridas. Su mundo, sus gustos, eran diferentes; pero la veía como porción de la familia; estaba convenido el matrimonio y no dudaba de mi promesa. Nos despedimos con naturalidad, como tantas otras veces nos habíamos despedido. Ella se quedaba con el hermano; mis hermanas se quedaban con la abuelita y los hermanos menores. Más pena me dio la soledad en que dejaba a mis hermanas.

Mi confianza en el destino evitó, sin embargo, tristezas, y me despedí de todos

con aire de quien se va de vacaciones.

Recostado en los cojines del carro *pullman*, repasaba las bromas acabadas de escuchar en la despedida que me tributaron los compañeros: «Regresará usted dentro de algunos años con su *paya* (campesina) al brazo y el chorro de hijos», había dicho Eduardo Colín, en el corro... «Cuide, al menos —observó Wichers—, de que esa *paya* tenga su tierra con algunas vaquitas...» Delante de mí, una familia duranguense comentaba las impresiones de la capital, el regreso al hogar. Matrimonio maduro y una hija de quince años, maravillosa de hermosura y gracia. Si mal no recuerdo se apellidaban Rodríguez. Disponían los camaristas las camas, cuando, de pronto, una sacudida violenta, un chirriar de aceros, un vuelco, gritos y pánico... ¡Descarrilamos! Llevándome las manos al rostro las retiré con sangre proveniente de la nariz. El choque me había arrojado sobre el respaldo de enfrente. Mis vecinos de Durango, pasada la alarma, comprobaron su integridad y se pusieron conversadores. Asomando por la ventanilla, vimos nuestro carro fuera de la vía, clavado en la cuneta del terraplén. Antes de dos horas, un tren de auxilio levantó los vagones y volvió a lanzarnos sobre las paralelas de acero. Cuando, ya metido bajo las colchas, la trepidación del rodaje levantaba su clamor casi melódico, en un semisueño, vi la carita sonriente y aporcelanada de mi joven vecina. Y asociándola involuntariamente a las advertencias de Colín y de Wichers, decidí que no podía haber nada mejor que las payitas de aquel Durango adonde me arrastraba, si no un destino propicio, sí un vagón de buen muellaje y marcha cómoda y rápida. Mi existencia se convertía en un proyectil lanzado al futuro sin tiempo ni ocasión de revisar su pasado; tendido en su totalidad hacia el instante próximo, siempre más allá, en mirajes que no por fingidos dejaban de aliviar el trasiego. Leguas y leguas se interponían entre mi sujeto y la ciudad de México; también entre mi presente ambulante y mi pasado acabado de liquidar. Los años de aprendizaje y el abandono pertenecían ahora a mi biografía; es decir, a uno ya un poco extraño y que yo mismo enterraba. Mi verdadera vida comenzaba y no había de parecerse a la concluida. Tampoco sería igual a nada anterior, desde que se constituyó el universo.

Podría la memoria objetiva reconstruir la visión de las peripecias del sujeto que despachaba en una oficina pequeña, al lado del Juzgado; que miró la ciudad como devastada y ya sin el color, la alegría que le prestaron los ojos de la infancia; pero lo que resulta difícil no sólo describir, sino siquiera recordar, es la experiencia de la personalidad interior, cuyas moradas no retrata ninguna proyección. Para retener la huella del fluir que somos, se escriben los diarios; pero yo nunca acostumbré llevarlos. Siempre me pareció vano ocuparme de la minucia del día. Y cuando el suceso era o me parecía extraordinario, lo era tanto que no necesitaba de ser apuntado; se incorporaba de por sí y para siempre en la estructura misma de mi conciencia. Lo cierto es que cuando pasan los años y meditamos, las cosas se nos presentan amparadas en imágenes más o menos vivas; pero lo que es más nuestro, la esencia de lo que fuimos; ¿qué era yo que ni yo mismo recuerdo? ¿A dónde se fue

quien vivió aquellos días de mi destierro duranguense? Revivo el goce de la luz de las mañanas y la miel de unos higos negros y gruesos que vendían en las huertas; pero el hálito de mi ser de entonces, ¿cómo podría rehacerlo, si el contenido de mi alma de hoy es tan distinto? Ni quiero volver a ser lo que fui, ni amaré mañana este yo de hoy que tanto necesita mejorar a fin de que yo mismo lo encuentre amable.

A falta de diario, escribía yo entonces borradores para futuros libros, apuntes de tesis filosófico-artísticas con que imaginaba remover las bases del pensamiento contemporáneo.

Aparte del interés de la fama, me movía en estos intentos la necesidad de hallar una clave o fórmula de explicación total de la vida, un sistema cabal del mundo. Hallazgo semejante me hacía falta, no sólo para iniciar un tratado de filosofía; también para enderezar y organizar mi propia vida interior, ansiosa de arquitectura. Empeñándome en trazar el cuadro de la totalidad que nos acoge, acababa perdido en ideaciones prolongadas y confusas, pero llenas de hechizo. Padecía entonces la embriaguez, el hipnotismo del Todo. Y eso que partía del induccionismo positivista. De aquel temblor de la nave cuyo ritmo estudia Spencer en los *Primeros Principios*. Sólo que no me importaba el sentido físico de la dirección del barco, ni que los planetas girasen. Lo que me preocupaba y lo que preguntaba al conocimiento era el valor de mi alma y su camino entre todos los senderos del cosmos.

Establecía, para empezar, una división de los humanos ingenios en dos ramas: cabezas empíricas, cabezas anglosajonas que se conforman con el trabajo de hormiga de la inducción que amontona casos, y cabezas latinas que usan los casos, los datos para formular esquemas, generalidades, conjuntos. No merecía atención un pensamiento que comienza inquiriendo su propia validez y no se concebía ésta sin relación de incidencia con el poder que determina el alfa y la omega del mundo.

¿Cuál era ese comienzo, según la disciplina empírica que ha menester de palpar más que de razonar? La pregunta formulada en tales condiciones exigía una respuesta concreta, obligaba al descubrimiento de un valor, una realidad susceptible de ser aprehendida con los dientes de la tenaza filosófica de mi época: la observación y la experiencia.

El hallazgo tenía que realizarse en sustancia externa o interna, física o psicológica pero aprehensible y determinable. Mejor aún, pensaba yo, si acertamos a descubrir una sustancia transferible de lo físico a lo psicológico y viceversa, denominador común de la simple existencia. Buscando unidad en la muchedumbre de los conocimientos, remontaba a los peripatéticos para razonar: El acto es finalidad a que tiende la potencia. Sin embargo, cada acto al cumplirse, adquiere condición estática equivalente a la muerte. Mientras más bien se cumpla y, peor aún, si se ha hecho perfecto, el acto parcial será siempre un remedo del ser absoluto. Suponerlo entonces eterno, es lo mismo que pronunciar en su contra una condena irremediable, una perpetuación de su particularismo incompleto. Pues sólo lo absoluto merece el acompañamiento de la eternidad. Reneguemos, pues, de todo acto ya consumado y

démonos a la potencia henchida de sorpresas. Sólo una tenaz aspiración de lo irrealizable, consolará nuestro disgusto de cuanto se ve realizado y cumplido. En cada proceso, nos seduce, no su término genérico sino la aspiración de rebasar, incluso el propio arquetipo. Pues nada es cabal sino lo absoluto. La hermosura reside en el tránsito de la forma propia, al arquetipo genérico, pero éste ha de resolverse en la realidad que trasciende las formas y no ha menester de ellas. Hace falta para que haya belleza, una especie de soplo redentorista que convierte el movimiento a tarea ajena de sus determinaciones comunes y se emparenta con el propósito divino. Mientras no se consuma semejante transformación y enlace, podrá lograrse perfección, acomodación, a un propósito menor, pero no se alcanzará la belleza. Cuando el acto o el proceso se cumplen en el extremo de su serie, el prototipo de su género, realizan un desarrollo evolutivo o perfectibilista que estanca la energía en lo fraccionario y parcial. El ímpetu creador se quiebra de esta suerte retenido en lo formal, y aborta por suspensión del desarrollo en actos o ideas que no van más allá del propósito concreto o de la más acabada representación de su especie; no pasan de abortos, porque la naturaleza no tiene su finalidad última en las ideas, ni en las formas, sino en la esencia divina, que está más allá de apariencias y formas. Si el devenir no tuviese más objeto que el cambio, sería legítimo el afán de fijarlo en el instante en que alcanza características gloriosas. Pero si el devenir tiene por objeto reintegrarnos a la gracia de la comunión con el Todo, entonces, el acto sublime y la forma perfecta sólo tienen sentido como escalones de un proceso que supone desformalización en beneficio de la divinización. O reversión de la forma en la esencia.

El estado de ánimo esencial que los psicólogos buscan en el seno de nuestra introspección, no nos aparece como impulso que tiende a un acto concreto, sino como poder que engendra el acto o lo niega, según el juego de su albedrío. El poder de este albedrío es un trasunto de la dicha y la fuerza de Dios.

De suerte que el acto, en vez de término y culminación de la potencia es una fatalidad de su trascurso. Consecuencia de su divorcio de lo absoluto. Cada acción es triste remedo del poderío divino. Si la serie de los actos, que, en suma, constituyen los diversos aspectos del acontecer, ha de lograr, alguna vez, significado superior al de la inútil repetición en el tiempo, será porque la corriente toda de la voluntad particularista, se contagie del sentido y el rumbo de lo Absoluto. La vida como función de lo Absoluto a diferencia de la vida como operación biológica, he aquí una definición de la estética.

La sustancia cumplida en el todo, después de ensayarse en los actos parciales, se manifiesta a la conciencia, en el *Consumatum est*, evangélico. La potencia se sacia, mira cumplidos los actos y usa su poder en la tarea de coexistir con el Padre. Es decir, obtiene naturaleza divina.

Quien logra un vislumbre del estado de comunión con lo divino, adquiere también concepto congruente de las teorías que separan: el sujeto, el saber y su objeto. Sólo durante el fugaz instante de nuestra participación con lo absoluto, podemos afirmar

que existimos. Cuando nos quedamos abandonados al propio azar, ya no somos un sujeto, un alma, ni siquiera una conciencia. Perdidos con el océano de los sucesos, desbarramos peor que el hecho físico que, por lo menos, tiene la ley de su género. Al divorciarnos de la esencia divina caemos en dispersión más radical que el explotar de los elementos del átomo. Se nos convierte la vida en girón de ímpetus desviados, ineptos, perdidos, caricatura odiosa del divino poder que impulsa el mundo.

Potencia que ya no aspira porque pudo todo y lo rehusó por lograr lo absoluto. Al llegar a esta condición la voluntad, en el penúltimo de los anhelos, entra en acción el filósofo. Su territorio está más allá de la potencia y el acto.

Hojeando otro cuadernillo de mi adolescencia que el azar conservó a través de tantas vicisitudes, hallo anotaciones que son germen de mis reflexiones filosóficas posteriores:

La función estética ya no se empeña en cumplir actos sino en limpiarlos, bruñirlos, otorgándoles, al mismo tiempo, un nuevo sentido. La estética es como la melodía, un problema de equilibrio y de rumbo. El esteta no se pregunta ¿qué quiero? sino ¿hacia dónde voy?, ¿de vuelta al caos, o en dirección del concierto en el Todo? La condición tipo es la de la identificación en lo absoluto. Aparecen entonces los objetos como porciones menores de una potencia que se disemina, pero puede siempre rectificarse.

Cuando contemplamos con la inteligencia, prevalece el sentido de la disociación, así sea ordenada de objetos o imágenes, y la multiplicidad engloba y arrastra nuestra propia conciencia. Sin embargo, en nosotros, sub inteligencia o super inteligencia o de ambos modos, opera la emoción, que incesantemente, ata lo disperso, coordina lo contradictorio y por adivinación nos acerca a la profunda unidad dichosa. Hay un criterio de dicha que es el del místico. La mística usa el análisis como ejercicio de síntesis. Condena el espectador que discurre y se agría, el crítico que es un mutilado del alma.

La inteligencia para abstraer prescinde de lo esencial y mata porciones vivas de la existencia. La inteligencia es un aparato de muerte. La emoción no prescinde ni del más humilde matiz de lo creado; sin embargo, consigue la síntesis. Su adivinación es como el relámpago que abarca los cielos y también a cada pequeña cosa, la torna visible.

Mi yo no se resigna a estar ausente de ningún sitio del mundo. Anhela estar en cada instante del tiempo y realizarse junto con cada brizna de la potencia que ensaya combinaciones sin término. Pero atento siempre al todo, mi juicio operará en la dispersión como la singladura de la red que tira hacia el centro, así que se ha cargado de pesca.

Mi ser no ambiciona ejecutar la serie de actos que le irían dejando el anhelo petrificado en porciones ineptas; tampoco se empeña en seguir a la potencia, por todos los ensayos de sus milenios infecundos; lo que ha menester es el poderío que en un instante supera la acción y salta el círculo del acontecer como intercambio y

repetición.

El dualismo: objeto idea, potencia y acto, desarrolla una pugna inacabable. Hay en nosotros una potencia que anhela recorrer todos los senderos, cumplir y llevar a término cada una de las determinaciones latentes del mundo. Expansión que toma por asalto el universo, y se prolonga insaciable. Pero le bastaría cada uno de los instantes de su éxito y se reconoce superior a sus conquistas. Y como no le basta tampoco el papel de fakir que todo lo podría realizar y permanece quieto, busca entonces un equilibrio asentado ya no en la gana propia, sino en el ser Absoluto. El desequilibrio y la desarmonía de cada instante responden al anhelo del progreso absoluto. Por ello nos preguntamos: ¿Qué será del mundo, emoción-imagen que va dejando nuestra conciencia, como estela que sólo descubre la mente? O en otros términos: ¿Cuál es el destino de la representación? ¿Ser toda ella una escala que, una vez subida, se olvida, o hay algo en nuestra experiencia del objeto que la hace digna de incorporarse al existir que se consuma en lo eterno?

Penetro con la vista amorosa en el seno del objeto, y al concebirlo en función de belleza, le cambio el equilibrio atómico y transformo el arreglo mecánico en ritmo de júbilo. Toda belleza se distingue con el signo de un ritmo en marcha. La forma ha de soltarse al límite como escapa la oruga al capullo para ser mariposa. Sin milagro de avatares no hay belleza. Implica ésta un tránsito ya no de un fin a otro fin, de una causa a su consecuencia, a la manera física, sino una transmutación del valor dinámico, por encima de los fines y las causas y rumbo al fin de los fines: el fin Absoluto.

Lo propio de la intuición artística es, de tal suerte, una invención o descubrimiento de los ritmos que apartándose de la mecánica corriente, y aun de los propósitos de la voluntad ordinaria, se lanzan a la conquista de lo Absoluto.

La ciencia descubre las leyes de los movimientos de lo concreto y relativo. La estética busca el ritmo de la finalidad definitiva que lleva cosas y seres a reencarnar en lo divino.

Podrán parecer pobres estas reflexiones y aun serlo; pero tal juicio no alivia la carga del esfuerzo que me costó alcanzarlas. Lecturas extensas y variadas de filósofos, reflexiones en la soledad con sacrificios de pasatiempos y complacencias; rápidos atisbos conquistados sobre la cotidiana vulgaridad. Doble vida del esclavo social que ha de disputar su pan y el alma que exige ocio contemplativo indispensable a su esencia. Y aun, también, triple vida, porque no sólo nos roba atención el trato humano; también el cuerpo nos reclama su porción de dicha y comodidad y todo ha de salir de una chispa pequeña de espiritualidad que casi se apaga a ratos y trechos y, a veces, por siempre.

Pobre, mediocre, fue mi porción de humano goce en el Durango inmovilizado de los últimos tiempos del porfirismo. Al principio anduve sus calles, recorrí sus parques como eremita en una ciudad desierta. Se caminaba a veces dos o tres cuadras sin encontrar un transeúnte. Las casas, las aceras y el pavimento de piedra amarillosa daban sensación de cosa definitivamente estancada. Buscando vida en el panorama, que no entre las gentes, visité al párroco de la capilla de Guadalupe, para quien llevaba una carta. Del otro lado de la estación, sobre una colina, una nave con campanario airoso decora la campiña verde y el cielo azul inmóvil. Más de una hora conversé con el culto y tolerante sacerdote, uno de esos que nos acercan a la Iglesia. Al caer la tarde bajé hacia la población. El caserío de tonos azules, blancos, ocres o rojos se bañaba de los rosicleres del crepúsculo. Las montañas distantes, teñidas de violeta y de cobalto, recortaban perfiles en el cielo intenso. La conciencia también se me llenó de luz. En una de las cantinas, por la estación, en vez de la usual cerveza tomé un vaso de agua fresca y clara.

Más tarde, inevitablemente, fui cayendo en la rutina de la provincia. De siete a ocho de la noche, la plaza, a veces con música, ofrenda el desfile de bellezas lánguidas. En bancos dispersos florecen la murmuración y la charla. Las estrellas parecen próximas, aroman las plantas y triunfa el hechizo de las mujeres misteriosas y presumidas. Aristocracia de herederas territoriales, que se viste en Francia, pero rasguña apenas la cultura, luce los finos tobillos por los andadores centrales del jardín. El pueblo de obreros y labradores se acercaba a la música, por la orilla de los andenes laterales.

La clase media de empleados públicos y profesionales se introducía a los mejores sitios afectando desahogo, pero sin lograr el aplomo de los ricos, que, en secreto, envidiábamos.

En una esquina de la plaza y a la vista de los paseantes despliega sus mesillas y manteles el Hotel Principal, punto de cita de lechuguinos y de extranjeros. Se exhiben *cocktails* en bandejas de plata con el cartoncillo que marca el precio; osténtanse displicente el gesto del consumidor que alarga propinas crecidas. El *prospector yankee*, el minero en bonanza, el amo de la hacienda, solían derrochar en una noche lo que podía ser el patrimonio de un empleado o de un labriego.

En la ciudad, treinta o cuarenta familias vivían con boato; el resto les contaba los trajes, les admiraba los caballos de tiro de los carruajes, les rozaba apenas el mantón de seda las noches de serenata. Entre las bellas había unas cuantas de finas caderas, quebrada cintura, reminiscencia de la estirpe andaluza que dejó la Colonia. Nadie hubiera podido prever, mirándolas tan señoras de su rincón de mundo, tan seguras de su posición, que pocos años más tarde unas serían vejadas por los siervos de sus fincas, improvisados generales, y otras tendrían que emigrar para escaparles. Los salones de la capital de la República y el cinema de Hollywood recogerían algunos despojos del cataclismo social latente bajo el estrépito de la banda militar, oculto por

el centelleo de ojos morunos y el hálito de jazmines. Nadie sospechaba la inminencia de un alzamiento de la gleba. La férrea dictadura y la política de conciliación engendraban calma aparente. Un gobernador honorable y afable hacía llevadero el régimen. Lo conocí en su palacio, donde le hice visita de cortesía como empleado federal, y me lo encontré más tarde en la comida anual con que el Seminario celebraba el fin de los cursos. A tan culta convivencia se había llegado, que, no obstante las bárbaras Leyes de Reforma, todos los funcionarios del Estado, incluso el jefe de las armas, nos sentamos a la mesa de los «curas» en despreocupada convivialidad.

Quedaba por allí, en la burocracia local, tardío retoño del jacobinismo reformista, un abogadillo medio poeta, medio masón, cabalmente alcohólico. Lo nombraban orador oficial de fiestas patrióticas y escandalizaba raptando de cuando en cuando alguna muchacha desamparada y dejándose puesto el sombrero al pasar frente a los templos... Ni éste era mala persona en el fondo, y nunca habría rebasado la fama pueblerina si la resaca carranclana no lo lanza diputado.

En el Durango del novecientos, las mujeres se dividían en dos castas incomunicadas: las galantes y las honestas. No había posibilidad de trabar con las segundas otro género de relaciones que la preparatoria al matrimonio. Los noviazgos y cortejos que de tal situación se desprenden nunca ganaron mi afición. Criado en ciudad grande, donde las mujeres libres suelen ser las más bellas, las más deseables eróticamente, juzgaba lamentable la fatalidad provinciana del matrimonio. Al menos en la metrópoli el matrimonio es remedio de enamorados que caen con mujer honrada o compromiso moral; en todo caso, una especie de mal necesario. Por novedad, sin embargo, comencé a cortejar a algunas jóvenes decentes, ya en la plaza, ya en los bailes del Casino, ya en residencias particulares. Contigua a nuestra pensión estaba la casa de uno de los Bracho, familia señorial, cuyos salones conocí en la noche de fiesta. Asistí también a un gran baile en el Palacio del Gobierno. La distinción, la inocente alegría de estas reuniones, se debía a las damas, educadas y bellas. Entre los hombres hacía estragos el alcohol. Según avanzaba la noche, unos porque habían logrado promesas de la novia, otros porque riñeron con ella, casi no había quien no ingiriese, de un solo trago suicida, copillas de aguardientes más o menos malos, y tan ásperos que en el habla vernácula cada libación era llamada un fogonazo. «Vamos a echarnos un fogonazo». «Le invito un fogonazo.» Y no se diga la manera de beber cuando se estaba con las otras, las deshonestas, a puerta cerrada, sala llena de parejas enardecidas y piano destemplado que cesa de tocar al amanecer. Deslumbrantes en México y también, según se decía, muy bellas en Torreón, las chicas alegres que nos llegaban a Durango eran, por lo común, el desecho de plazas más ricas. A menudo verdaderos monstruos, ásperos y contaminados de los más peligrosos males. Las que no lograban fortuna en Torreón caían en su derrota por nuestra provincia. Los ricachos de Durango acostumbraban pasar el fin de mes en Torreón. Allí, el auge algodonoero fomentaba un derroche imbécil y fácil de explotar por el profesionalismo

galante. En toda la República se hablaba de las bacanales «laguneras». Corría el oro en los meses de la cosecha, y la meseta, secularmente pobre, vaciaba en el emporio temporal sus jornaleros y sus aventuras. Negocios de cuantía se arreglaban al atardecer en la cantina, entre botellas de champaña y desfile de meretrices, y cada noche se repetía el despilfarro estúpido de coñacs caros y champañas finos en fondas costosas y en prostíbulos. Durante años corrieron así los millones sin que la ciudad se beneficiase en construcciones públicas o mejoras durables. Lotería mercantil y ruleta internacional. Los extranjeros cautos enviaban la mejor parte de sus ganancias a España o los Estados Unidos. Los chinos también remitían a su patria tesoros. Sólo el mexicano tradicionalmente imprevisor, mal habituado a efímeras bonanzas, dejaba pasar la ocasión gastando cuanto ganaba. A Durango nos llegaba a nosotros la fábula de los dispendios y las ocasiones de enriquecimiento de la feria lagunera. Una que otra belleza suelta, en gira de vacaciones o de salud, asomaba por Durango, huyendo del calor y del tráfigo. Por el cerro del Mercado topamos cierta tarde pareja de este género, mi amigo el doctor Barrera y yo. Veníamos de no cazar liebres, cargados de escopetas inútiles, y la pareja vagaba a pocos pasos de su coche disfrutando el panorama. La tarde y el amor encendieron nuestro corazón y gustamos mieles del eterno encuentro de Eva y Adán en el seno de la Naturaleza. Y así como en el cielo se difundía la paz del ocaso, de nuestras almas fluyó gratitud cuando las despedimos a la puerta de la deshonra que las recobraba. Una extraña sensación ligó el recuerdo de la cortesana provocativa con la tierra ferruginosa y el tono vivo de aquel atardecer sobre ancho valle.

A propósito del cerro del Mercado, el patriotismo lugareño levantaba fantasías. Un millón de habitantes y no sé cuántas manufacturas garantizaba a nuestro pobre Durango, de cuarenta mil almas, un profesor, escritor y conferenciante muy estimable. Compartían los más la esperanza de una metrópoli como Chicago. No advertíamos que si es más pequeña la montaña de hierro de Iowa, que surte las factorías de Chicago, en cambio se dispone allá de ilimitado combustible.

Durango, como toda la meseta mexicana, es región privada de fuentes industriales de energía. Se comprende que la desproporción no tiene remedio cuando se compara el caudal del pobre río San Juan, de las inmediaciones de Durango, con las cataratas del Niágara, otro de los apoyos del industrialismo de la región de los lagos. Pero ¿qué es lo que comprende el localismo?

Para el doctor Barrera, que mencioné anteriormente, había llevado cartas de unas hermanas suyas, amigas de mis hermanas. Caballeroso y de costumbres morigeradas, antigobiernista y un poco teósofo, practicaba la dentistería y mostraba ese aspecto flaco y pálido de los que por excesiva preocupación higiénica se someten a regímenes extravagantes. Sin buscarlo, habíamos resultado compañeros de pensión y todos allí lo estimábamos, salvo cuando nos disertaba sobre la manera más higiénica de masticar ensalivando, macerando el «bolo alimenticio». Lo veía yo y no acertaba a explicarme los misterios de la herencia que hacía del enteco doctor un hermano de

aquella Elena Barrera de Mixcoac, cabellera veneciana y turgencias propiamente tizianescas. El doctor era casto por disciplina sanitaria y aficionado a la cacería por la salud que da el ejercicio al aire libre. Por fórmula disparaba unos cuantos cartuchos, con su escopeta de lujo, sin resultado alguno; pero caminaba en serio sus dos o tres leguas a pie. Lo acompañé algunas veces, no por la caza ni por la higiene, sino para disfrutar las bellezas asombrosas de la serranía inacabable. Soberbias perspectivas de lomas y cumbres que cierran en todas direcciones el horizonte. Tornadiza gama de unos azules sombríos en las moles pétreas, suaves en la lejanía circundada de cordilleras que fingen una ambición lograda para siempre. Arriba, el cielo, como en escape fuera de los límites, más allá de la configuración y el volumen.

Cuando no salía para una excursión distante, trepaba solo al cerro de los Remedios, a la orilla de humilde barriada. Sobre la pequeña colina hay una capilla y una estrecha terraza. Por el ocaso traspone el sol la cordillera. El caserío de la ciudad desarrolla en el bajo una sucesión armoniosa de tonalidades ocre y rosáceas. La niebla nocturna gana el valle presagiando sueño apacible; dulce paz flota sobre los campos. Se estremece el silencio con los repiques del *Angelus*, que reúne en las iglesias una que otra beata de tápalo raído. Forjando planes confusos, desperdiciaba las horas semicampestres de aquellas tardes dulcísimas. Hubiera querido escribir las puestas de sol. Me faltaba lenguaje para expresar los matices del cielo y las modalidades que en el alma desarrolla cada atardecer. En la literatura de la época de D'Annunzio o de Eça de Queiroz encontraba enorme caudal erótico, prolija complacencia en el ejercicio de los sentidos; pero yo buscaba en vano palabras para una emoción que no se complace en lo concreto ni lo advierte. Lejos de darme a las cosas pretendía usarlas como aleación de un pensamiento, parecido a fluir libre del alma. La fiesta del ocaso me aumentaba la fortaleza del ánimo, aunque a menudo me fatigase el cerebro, más bien dicho, el cerebelo, con carga de ideaciones sin expresar. Los signos escritos no acudían al papel. La soledad me agotaba y me exaltaba sucesivamente.

Buscando reposo acudía a disfrutar la charla deshilvanada y aguda de mi nuevo amigo, Luis Zubiría y Campa, joven abogado, sobrino del arzobispo, emparentado con los aristócratas, pero demócrata, descreído, aunque oficialmente católico. En cambio, aunque oficialmente anticatólico, yo seguía de creyente. Pues ¿cómo dudar de lo divino si por doquiera nos envuelve, nos sorprende, nos deslumbra el milagro en la naturaleza y en el corazón de la vida?

La obra maestra de Zubiría era un retrato de su tío el arzobispo, que hizo al óleo y mostraba a todos los viajeros distinguidos. Para asegurarse el parecido había aprovechado una ampliación fotográfica, pero era él mismo quien así lo explicaba. Escéptico y burlón, menudo y gordo, con ojillos inteligentes y barba azulosa, Zubiría era generalmente estimado. Desde que le expuse mi plan de renovar mis viejos y malos estudios de latín, se entusiasmó. También él se proponía mejorar su educación humanista. Nos fue fácil conseguir en el Seminario, clase privada tres veces a la

semana. Nuestro maestro, un clérigo trigüeño y joven, tras de revisarnos un ejercicio de traducción, me llevaba a discusiones sobre religión y ciencia, tema escabroso y en boga. Zubiría, sin querer tomar partido, sonreía; luego a solas conmigo, comentaba:

—Fuera del *magister dixit*, no conocen éstos otro argumento.

Con el juez a quien quedé adscrito hice cordial amistad. De tez cobriza, ojos saltones, inteligentes y maneras muy corteses, siempre lo hallé fiel a su tarea, honesto y servicial. Se llamaba Chávez. Nuestras relaciones extraoficiales comenzaron con una invitación para salir de cacería. Nos acompañaba otro abogado cuyo nombre no puedo recordar. Llamémosle Sánchez. Generalmente alquilábamos un coche de caballos. Otras veces, Sánchez, emparentado con la burguesía local, conseguía el vehículo. Tomábamos a veces al casco de la finca; nos recibía el administrador, agasajándonos con la copa de oporto o de jerez. Cuando los colegas tomaban en serio la persecución de una liebre, yo vagaba recreándome en los campos beatificados por el atardecer. Entre los arbustos o bajo alguna rara arboleda soltaba la canción interior que fluye ante la Naturaleza, con la ventaja, sobre los pájaros, de que el alma no necesita estar en celo para cantar. Al contrario, nos libramos de sugerencias eróticas al darnos a la melodía silenciosa de la tierra que se liberta del sol espléndidamente. A la hora de la siesta puede tener el campo arrullos que sugieren el nido; pero en el atardecer, pura y despejada, descifra el alma las promesas de la creación más allá de los mundanismos fugaces. ¡Nuestras cacerías de Durango! De repente se oía un tiro. Con ayuda de los mozos de las fincas solíamos matar patos; pero lo que yo recuerdo es el canasto de duraznos que nos obsequiaron en la puerta de una hacienda: el ácido dulzor de la carne vegetal es más rico que el mejor manjar. Higos y duraznos son el recuerdo de aquellos tiempos apagados de mi paso por la tierra duranguense. Tiempos espiritualmente borrosos, quizá porque aún no vencía la modorra de alma, propia de la juventud, presa de anarquía sentimental o de delirio amoroso. Suspenso mientras las pasiones sensuales cobran imperio, nuestro destino, extraviado en lo físico, se desvía, se aparta de su esencia.

Recuerdo vivo es el de un domingo que salimos de madrugada para entrar a mediodía en las tierras de una hacienda famosa por sus toros de lidia. Lejos de todo refugio caminamos por el campo de grama escasa y arbustos grises. Alto y sin nubes avanza el cielo paralelamente a la llanura. Caminando dos o tres días sin parar y siempre hacia el Sur, se llega a Guadalajara, explican los guías. Una sabrosa, magnífica soledad consuela de la quema del sol que agrieta el barro de los últimos aguaceros. Con más espinas que hojas, el matorral, en las cercanías de los aguajes, sobrepasa la talla de un hombre. En fila de indio avanzábamos en zigzag cuando, de pronto, sobre la derecha, y a no más de diez metros, me encaré con un toro prieto magnífico, azorado y atento. En el mismo instante me di cuenta de las señas que me hacían los de adelante, en el sentido de que me alejara despacio y sin aspavientos. Pudo más el instinto que el espanto; miré al toro con fingida inocencia, a la vez que me alejaba conteniendo el impulso que me lanzaba a correr. Pasé tras de un arbusto,

luego por otro, hasta que, reunido al grupo, apresuramos todos la fuga.

La ciudad pequeña, con sus chismes ingenuos, sus pasatiempos mediocres, me aburría. Una corta temporada nos ganó la afición del boliche. Lo jugábamos hasta la una, las dos de la mañana, con apuestas de refrescos. Pero logré defenderme del brillar, que desde estudiante hallé intolerable, porque ni siquiera obliga a un buen ejercicio, vigoroso antecedente del baño. Pasatiempo de vagos sin imaginación, debe de haberlo inventado algún señor noble y bruto que odiaba el aire libre y se aburría de pensar. Mi buena suerte me deparó, al fin, empleo provechoso para las horas largas de la tarde. El escribiente del juzgado poseía una tierrita en las afueras y un par de caballos. Vestido de charro me adiestró superficialmente en la toma del estribo, el ajuste de las rodillas y el manejo de la rienda. Excursionando por los alrededores de la ciudad, pasamos ratos deleitables. Una tarde, corriendo al galope, su caballo tropezó, dobló las patas delanteras y azotó casi de lomo. Debajo de la catástrofe vi salir milagrosamente ileso a mi amigo, que después afirmaba: «Mientras no le tire a usted el caballo, tres o cuatro veces, no será jinete.» Nunca me tiró, gracias a mi cautela; lo corría, lo hacía trabajar, pero sin meterme a piruetas. La prudencia de mi poder quedó evidenciada un domingo por la tarde. Contábamos esa vez con tres caballos. Para aprovecharlos invité a uno de los compañeros de mesa de la pensión: el español José Rodríguez, muy popular en nuestro grupo. Cuando llegó el momento de montar, yo elegí el más manso, con derecho de principiante. El dueño de los caballos se acercó deferente a Rodríguez, y preguntó:

—¿Usted quiere uno manso?

—A mí, cualquiera —repuso—; en la fuerza de Cuba fui de caballería...

Cediéronle entonces un potrillo negro muy nervioso. Montamos, y apenas nos despedimos del borde de la acera delante de las señoras de la casa y los pensionistas, cuando Rodríguez salió por las ancas, ileso y de pie. Le había metido espuelas al brioso animal, que después de sacudir al jinete se lanzó sin brida por los arrabales. Vinieron tras el susto las bromas que nuestro amigo, impertérrito, desarmaba, alegando:

—Bueno; pero fijarse que no me ha hecho nada...; eso se llama saber caer.

Con este Rodríguez trabé amistad perdurable. Discutidor y trotamundos, inteligencia rápida aunque sin cultivo, nos adoctrinaba en socialismos derivados de Blasco Ibáñez y de la literatura anarquista de Barcelona. Su trato áspero escondía un corazón sensible. Una pequeñita de la pensión, una Carmencita de dos años, lo bautizó con el sobrenombre afectuoso de «Capuchín», alteración del gachupín que familiarmente le aplicábamos. Una de las famosas hazañas de este gachupín Rodríguez, nativo de Avilés, en Asturias, fue la de cómo perdió un buen puesto de administrador de fábrica porque tomó el partido de los obreros mexicanos en una huelga contra los patrones franceses.

La cuestión social se iniciaba en México; pero en Durango, región agrícola, una huelga era caso raro y escandaloso. Las dos o tres fábricas de hilados y tejidos

acostumbraban tratar a sus operarios como a siervos que agradecen el ser explotados. La ideología oficial, adversa al indio, nos llevaba a algunos a exageraciones contrarias. Imaginábamos en el indio virtudes que sólo esperaban ocasión de manifestarse. Dentro de Durango, y en las principales cabeceras de los distritos, la población es criolla, casi blanca; pero apenas se sale de los límites urbanos, el indio puro aparece en condiciones semejantes de las que guardaba en tiempos de los aztecas. Por falta de ánimo y de sistema perdura el indio en su atraso, no obstante las periódicas revoluciones que por un instante le elevan al poder por la vía del ejército y el generalato. Se sobreponen de esta suerte unos cuantos que en seguida se convierten en verdugos de su propia estirpe, y el régimen de casta sigue intocado porque no basta remover y vengar como lo hacen las revoluciones; precisa organizar y educar según criterio de estadista. Aunque no sospechábamos la tremenda subversión de categorías —no de valores— que pronto iba a producirse, ya latía en nosotros la ira. En mi propio juzgado tomaba el pulso de la tiranía. Frecuentemente, al dictaminar en los juicios de amparo, a pesar de mi puesto de fiscal del Gobierno, pedía contra la autoridad responsable, prevenido como estaba contra las pequeñas autoridades de pueblo, acostumbradas a la arbitrariedad. Nunca se me hizo reprensión alguna, sin duda porque los fallos que interesaban al Gobierno podían rectificarse en la Suprema Corte. También debo hacer constar que durante los cinco meses que estuve en funciones no ocurrió ningún abuso de los que causan escándalo. Cierta orgía de la ciudad, en una orgía a puerta cerrada, abusó de una joven humilde y todo su dinero no le bastó para detener la orden de aprehensión que, de común acuerdo, todas las autoridades sostuvimos. La ventaja del régimen porfirista sobre los carrancistas posteriores es que bajo Porfirio Díaz había un tirano, y ahora cada teniente con mando de tropas ocupa tierras, comete estupros, mata vecinos, sin otro freno que la codicia mayor del jefe inmediato, que puede fusilarlo si se propone despojarlo. A diferencia de los actuales, un funcionario porfirista podía conservar cierto decoro en el ejercicio de sus funciones. Era reconocida una mayoría de jueces honorables y de administradores probos; la desmoralización total de los servicios públicos, que se consume a partir de Carranza, nos hubiera parecido una regresión al santanismo. Con todo, la carga oficial me pesaba; la vida provinciana me aburría. Alguna noche pasé divertido, gracias a la novedad del espectáculo. Conservo el recuerdo de algunos bailes; salas iluminadas, treinta o cuarenta parejas espléndidas, alegría contagiosa y dulce. No podía dejar de caer en el provincianismo de la novia; sin formalizar relaciones cultivé las preferencias de una Marina que me acompañaba en el baile. Morena de ojos negros, bien formada, casi alta, me gustaba por la voz tierna y sensual. Cierta parentesco con mi colega el juez había facilitado el acuerdo. Me sentí profundamente enamorado y aun escribí de ello a mi novia de Tacubaya. De haber estado libre, sin duda me comprometo con Marina y acabo casándome, porque se nace predestinado. Sin embargo, no era eso lo que yo anhelaba, sino amarlas un instante y luego botarlas; quererlas, pero sin compromiso de eternidad. En esto

pensaba mientras seguía el espectáculo memorable de las «cuadrillas». Puestos en ruedo los bailarines, cada uno salía marcando con los pies el compás, al encuentro de la compañera. Un pañuelo de seda servía a los más diestros para adornar el cuadro con donaires y piruetas de gran lucimiento. Cierta hermosa viuda joven ponía un tono ardiente en el casto regocijo de las solteras. Por un instante la voluptuosidad encendía las pupilas de una juventud sedienta de goce. Con el último compás de la orquesta se disipaba el encanto, la bella volvía a su asiento, resignada a seguir de dama. Excitados hasta la fiebre por el rozamiento de los cuerpos castos, en la danza correcta, decepcionados de la vana ilusión de bacanal, escapaban los varones a la cantina. Y ya en dicha antesala del prostíbulo, enlazados en camaradería súbitamente enternecida apuraban, uno tras otro, los tragos... un fogonazo... otro fogonazo... Y así es como la provincia incubaba alcoholicos.

Me golpeaba fuertemente el corazón desde antes de abrir el mensaje. Y cuando vi la firma: Aquiles Zentella, apenas, borrosamente, leí las condiciones: «Ciento cincuenta pesos, profesión libre; resuelva en seguida.» Una segunda lectura y una mano que se alarga requiriendo papel de oficio para escribir el pliego de mi renuncia: «Razones de familia, súplica de inmediata autorización para dirigirme a la capital...», y a paseo el gobierno; de nuevo la libertad.

Sánchez, nuestro compañero de cacerías, el servicial amigo que me presentara en su casa y me aconsejase con acierto, al conocimiento de mis planes, me había rogado: «Si renuncia, avíseme a mí antes que a nadie.» Desde hacía no sé cuántos años, Sánchez codiciaba mi cargo, poco apetecible para quien, como yo, vivía sólo de sus ingresos, pero conveniente para él, que estaba vecindado y poseía propiedades en la comarca. Corrí, pues, donde Sánchez, y juntos llevamos al correo mi renuncia y su instancia. Cumplidos ya los cuarenta, el semiacaudalado Sánchez realizaba la ilusión de su vida profesional recogiendo el empleo que yo tiraba antes de cumplir los veinticinco años que requiere la ley para el desempeño del cargo. La reflexión del contraste no dejó de pasar por mi mente. Sin meditación abandonaba una segura carrera administrativa; pero no era el caso de volverse atrás, ya que el destino me daba el impulso. Quedaba bien, en manos de un viejo, aquel cargo propio de viejos.

Y no dejó de ser conmovedora la despedida. La dispuso mi colega el juez en una hermosa quinta de los suburbios. En la cena estuvieron sus familiares con la joven Marina, mi amiga de los bailes, casi mi novia. Mi presunto sustituto Sánchez asistió también con sus familiares. Platos suculentos y abundante descorche de *Sauternes* y tintos caros, con remate de champaña. Concluida la cena llegó una pequeña orquesta, y nuevos convidados compartieron el ponche, los pasteles, las frutas. Baile familiar, casi íntimo; nunca la había amado tanto y hasta aquel punto de ternura con lágrimas. Vestía de negro, húmedos los ojos, blando el ademán. Dos destinos estuvieron a punto de convergir, y se apartaron sin intervención casi, de sus propias voluntades. El semisueño de la madrugada me halló recordando casi con llanto los acentos de *Las golondrinas*, con que me despidieron cantándola en coro. Me salía de Durango dejando allí un poco de corazón y más triste que como había llegado.

Edificio de la Mutua, el mismo que hoy ocupa el Banco de México. Todavía están intactos en el quinto piso los departamentos del bufete Werner, Johnson y Galston, abogados de Nueva York. El de la esquina es una salita lujosa y bien aireada. Allí despachaba *mister* Warner. En uno de la derecha trabajaba Zentella, y el del fondo, el más pequeño, me fue asignado en calidad de abogado auxiliar de la firma. Desde mi ventana observaba el trabajo de la cimentación del Teatro Nacional. Imaginaba el día del estreno, con alguna gran ópera, especie de *Aída* azteca que ya para entonces escucharía de frac en un palco de gala. Por lo pronto, y pese a mi elegante moblaje de caoba, no pasaba aún de la categoría de gestor judicial. Sin réplica aceptaba todo el trabajo que querían echar sobre mis hombros. El instinto del hombre sin apoyos, sin ventajas iniciales, me hacía comprender que en tanto más tarea me dieran, más firme se haría mi posición y mayor oportunidad tendría de mejorar. El trabajo era afanoso, pero sencillo: Legalización de contratos de compraventa de tierras, o minas, consumados en los Estados Unidos; organización de sociedades anónimas; redacción de contratos, cobranzas y pocos juicios. A menudo la oficina me tomaba más tiempo que las gestiones de la calle. Cada día mi jefe inmediato, Zentella, procuraba trabajar menos en tanto que yo me alegraba de trabajar más, fiado en la justicia inmanente que, tarde o temprano, asigna a mayor trabajo mejor paga. Zentella disponía de algún dinero propio, le gustaba divertirse y no ponía empeño en gobernar la marcha del despacho. Atractivo, campechano, decidor, su atención giraba en torno del único tema: la sensualidad femenina y las ocasiones de gozarla. Sus aventuras eran numerosas; pero fracasaba en su intento de rendir a la bella del bufete, una señorita Ochoa, taquígrafa menuda y aporcelanada en blanco y rosa, cabellos negros, labios finos y una risa argentina que alegraba el trabajo; pero no iba más allá de la coquetería. También el rubio, casi albino, *mister* Johnson, llegó a codiciar a tal punto a la *miss* Ochoa, que le propuso matrimonio.

No obstante el compromiso implícito en su terrible nombre, Aquiles Zentella era hombre blando.

Su caso bautismal me sorprendía. Un coterráneo suyo que se llamaba Homero, y presumía de tenorio, nos llevó una noche donde su amasia. Éramos cinco o seis, algo excitados; encontramos a la joven metida ya en cama. Homero dijo: «A mí qué me importa... si ella quiere»... Y mientras el más apuesto, sentado en el lecho de la bella, disertó sobre el tema de sí mismo, yo metí las manos bajo las ropas. Cuando nos despedimos, una seña me autorizó a volver; acompañé a todos hasta la puerta, y quedándome al último, cerré el cerrojo. Homero creyó que me arrojarían de allí con escándalo, pero al ver que pasaba el tiempo, comenzó a golpear las maderas con estrépito vano.

Aquiles, con mucho mundo, empezó a caer, sin embargo, en el ridículo de las rivalidades que provocaba la encantadora taquígrafa. La rutina del despacho le aburría. Ostensiblemente, y también generosamente, me dejaba la carga a sabiendas

de que un día u otro lo remplazaría. Entre tanto, y como ya no dictaba a la *miss* Ochoa, distraía las horas charlando con la taquígrafa en jefa, una viuda Morales, criolla francesa de Nueva Orleáns, lista en tres idiomas, experimentada y terrible.

El jefe de la oficina, *mister* Warner, cuarentón, pulcro, bien afeitado, sonrisa optimista, hombros atléticos, mirada vivaz y ese gesto de puño apretado propio de los *yanquis* de la época de McKinley y el primer Roosevelt. Por afición de *pioneer* y ánimo imperialista, comprometía su posición en Nueva York con la aventura de una sucursal en México. Soñando ganancias fabulosas en un futuro ya inmediato, derrochaba, por lo pronto, en un costoso tren de empleados y de oficinas. Oyéndolo hablar media hora, se salía convencido de que los dólares tendrían que llover. Lo de México era para él una estación importante, pero de ninguna manera el fin de sus empresas. Sus negocios abarcarían el Continente. Contagiado de su optimismo, me anticipé a pedirles la dirección de su futura oficina en Buenos Aires. Por lo pronto, al retirarse Zentella, me ofreció un aumento en el sueldo. Lo acepté reservando mi derecho, un poco teórico, de tener clientela propia. Igual que en sus proyectos era generoso de dinero. Más que tipo a lo Marden o puritano a lo Samuel Smiles, era un Peer Gynt, poeta del dinero. Por regla general fracasan estos empresarios; pero dejan abierta la senda por donde otros se enriquecen.

Quedó convenido también que a pesar de mi ascenso y en vista de mi inexperiencia para los asuntos de mayor importancia se tomaría consulta de abogados notables o se contrataría un consultor de planta, según conviniese. Al principio, poco veía a Warner, siempre metido en conferencias con personajes de la Banca o las empresas o ausente en idas y venidas a Nueva York.

Trataba los asuntos con el segundo abogado asociado, *mister* Johnson. Era éste de tipo inglés, reservado y afable. Varias veces almorcé en su casa de solterón y nunca le oí dar una orden a la camarera. Entraba ésta casi de puntillas, cuidando de que la puerta no rechinara, la vajilla no hiciese estruendo. Una comida frugal, bien condimentada, y un cuarto de cerveza inglesa *imported ale* y agua helada en abundancia. Algunos domingos tuve que acompañarlo al golf. Fingiendo que aquello me divertía, pegaba bastonazos a la pelotilla, lamentando tener que seguirle la pista cuando el panorama invitaba a la contemplación libre, como los ojos de un pájaro. *Mister* Johnson, *yanqui*, pero de pura raza inglesa, no llegó a acomodarse a la vida un poco áspera de la colonia americana de México. Le suspiraba a su Nueva York y acabó por marcharse sin esperar el río de oro que, según *mister* Warner, pronto nos iba a inundar hasta los rincones del despacho.

En lugar de Johnson vino Wilson, *yanqui* moreno, de razas sajonas mezcladas, tan ambicioso de dinero como Warner, pero sin la generosidad y la fantasía de nuestro jefe. Listo y decidido a triunfar, lo primero que hizo fue ponerse a aprender español. La señora Morales empezó a vampirizarle y acabó liándose con él en la intriga por la posesión del bufete o, por lo menos, de su clientela. Rápidamente ganó Wilson puesto en el University Club y me hizo socio. Yo jugaba al boliche y Wilson al poker. Un

mes con otro ganaba tanto como su sueldo del bufete. Se hizo famosa su habilidad de jugador frío que toma el juego como otro negocio en que hay que vencer.

Mi posición en el despacho seguía siendo ventajosa, libre de rivales y abrumado de quehacer, y me consolaba pensando: «Vengan cinco años de tarea intensa, bien remunerada, y en seguida me retiro de los negocios para estudiar, para vivir.»

Pocos meses después de la salida de Zentella y de vuelta de uno de sus viajes de Nueva York, *mister* Warner me llamó a su oficina. Como siempre, volvía lleno de proyectos; además, traía la representación de un nuevo grupo de banqueros. Y añadió como de paso:

—En Nueva York encontré al hombre que necesitamos; será un buen auxiliar de usted en los negocios de influencia. Se trata de un joven abogado muy rico, *very brilliant*. Es yucateco y está emparentado con el nuevo ministro don Olegario Molina, el árbitro de los negocios de la Península.

Pronto se presentó de *jaquet* recién estrenado, corbata francesa, camisa impecable, bien masajeadó, blanco, bajito y pedante, el licenciado que llamaremos Pomposo. Desde los primeros encuentros halló conveniente recordarme que venía de París...

—Aquí Warner está muy ufano de su Nueva York; pero aquello no vale nada comparado con París... figúrese, compañero: usted pide un bistec en Nueva York; le dan todo el trozo de carne sanguinolenta; en París, el *medailon*, la parte central; el resto no se come, se deja para los pobres... —O bien, preguntaba—: Y usted, compañero, ¿cuánto gana aquí...? No es que yo quiera pedir sueldo... yo he dicho a Warner que no aceptaría un salario. Imagínese usted, ¿de qué iban a servirme a mí quinientos pesos al mes? Apenas para mis criados.

Por las mañanas nos veíamos libres del pretencioso sujeto que se iba con Warner a los ministerios, probablemente a hacer antesalas como cualquier otro mortal; pero en las tardes solía permitirse dictar. No le gustó la obediencia digna de la señorita Ochoa; exigió que el despacho le pagara su antigua taquígrafa, una pobre esclava que no saludaba. Aleccionado, sin duda, por Warner, no se atrevía a mandarme llamar a su despacho. Asomado al mío preguntaba sobre algún asunto, a veces con fingida camaradería; luego se iba sin saludar a la taquígrafa. Y fueron ellas las primeras en declararle la guerra. La señora Morales, apoyada por Wilson, empezó a hacerle desaires murmurando en voz alta. Entrando, de pronto, en mi oficina, separada de la del otro por un cancel, gritaba: «¿Cómo amaneció tu tío?», por aludir al tío ministro del nuevo colega. «Les tolera usted demasiada confianza a estas empleadas», me dijo éste una vez.

Periódicamente, Warner nos citaba a junta para discutir ciertos asuntos. A propósito de no sé cuál, empezó a opinar Pomposo con tal suficiencia y desconocimiento del caso, que no pude menos de contradecirlo, acaso con sarcasmo, pero exhibiendo la prueba de mi dicho. Irritado, se mordió los labios y calló. La exactitud con que yo conocía los asuntos me daba la ventaja. Mis pretensiones de

talento se volvían desdén frente al riquillo perito en placeres sensuales, pero escaso de ciencia. En suma: me sabía útil y a mi rival lo veía apoyado en la ficción de una influencia cuyos resultados no aparecían. Al salir de la junta, *madame* Morales, que anotaba los acuerdos, me dijo: «Bien, Pepe; hasta que encontró este tipo la horma de su zapato.» Sin embargo, pasada la excitación del momento, me sentí intranquilo; después de todo, Warner podía plantarme en la calle para complacer a su flamante consejero.

Por su parte, Pomposo empezó a aburrirse; quizá se dio cuenta de que no existían las perspectivas fabulosas, sino sólo mucho trabajo modesto. Pero no se fue antes de romper violentamente conmigo. Se plantó una tarde frente a mi mesa-escritorio; inquirió en tono de jefe impacientado si ya se había hecho tal o cual gestión en un asunto de juzgado que corría a mi cargo. La señorita Ochoa, que en este momento me recibía dictado, aparentó revisar sus notas. Yo, impaciente, ofrecí explicaciones; creciéndose él, queriendo lucirse, osó refunfuñar:

—Eso no está bien; debió consultarme.

Lo miré con calma y sonreí; luego, incorporándome, tintero en mano, le dije:

—Yo no consulto con majaderos ni con explotadores de la peonada yucateca...

Toda la indignación acumulada en días y semanas, todo el odio de clase, me subía a las sienes, me afirmaba el puño. Sorprendido él, se puso lívido y salió diciendo:

—Nos veremos...

Nos volvimos a ver a menudo, pero ya sin saludarnos. Los *yankees* supieron del pleito. *Madame* Morales hizo fiestas del mismo. Pero Warner empezaba a cansarse de su inútil asociado. Antes de mucho surgió cuestión a propósito de dineros que Pomposo exigía en cantidad. Llegaron hasta los tribunales y, según recuerdo, nuestro jefe ganó el pleito. Después de este episodio no volvió Warner a pensar en remplazos. Su confianza en mi pericia se había ido afirmando en la prueba. Por ejemplo: para la constitución de una sociedad de seguros me encomendó el borrador de la escritura y los estatutos. Sin ocultármelo, pasó los documentos por mí preparados en consulta a cierto abogado famoso, que los devolvió aprobados. «Don Fulano (el gran abogado) no hizo ningún cambio a nuestro proyecto», comentó. Con amargura comparé. Mi antiguo jefe Uriarte se hubiera considerado disminuido en su ciencia, rebajado de categoría, con sólo autorizar la mitad de los elogios que Warner prodigaba. El compatriota regateaba el mérito con la misma codicia que los centavos; el *yanqui* se entregaba y me contagiaba de su entusiasmo triunfante. En vez del «Haremos cosas grandes» del *yanqui*, mi antiguo jefe hubiera dicho escatimando:

—No se crea que porque una vez atinó, ya puede lanzarse solo.

Pasaba el tiempo ocupado de esta suerte en labores jurídicas y sueños de enriquecimiento rápido. Mis entradas aumentaban, pero al mismo tiempo que mis gastos. La tristeza de una faena penosa, contraria a mis gustos, se acentuaba al atardecer. En la hora melancólica lamentaba los días que corren sin que una sola acción illustre los llene... Mis hermanas arreglaban más o menos su vida en Tacubaya

y yo me quedaba a vagar por las calles, a conversar con los amigos en la tertulia de las esquinas de la calle de Plateros. Allí los propósitos fantásticos remataban en desahogos de sensualidad cuya ráfaga embota el juicio.

De un encuentro callejero derivé a la pasión morbosa que me despertó una hembra estupenda apodada La Palos. Cuando se presentaba en su barrera de la Plaza de Toros, los tendidos aullaban y del público de sol surgían cumplidos casi soeces. Por ella conocí la profundidad del desenfreno voluptuoso. De su casa salí alguna vez para el baño y luego al bufete tras de la noche sin sueño. Acercándose maliciosa, la Madame Morales requería: «A ver, Pepe, ¿qué cuentas?» Complaciéndola, me abría ligeramente la camisa para mostrar al desnudo las huellas del combate amoroso. Fingiendo asombro exclamaba: «¡Caramba! Te dejan hecho un guiñapo»... Obsequiándome una novela francesa escribió la dedicatoria en su idioma nativo: «A Joseph, pas le chaste.»

Pese a la angustia solitaria de los atardeceres, me complacía estar libre de yugo: bastante lo era ya la rutina del trabajo; y era grato penetrar en cada ocaso, como en la antesala de una noche cargada de promesas, magnífica para el goce y el amor en la aventura. Pagado con la faena del día nuestro tributo a la economía pública, era justo que la noche colmase el ansia de los bellos cuerpos, las miradas ardientes y la voluptuosidad dichosa. Nada de techos para esconderse, sino la calle en que pasean las hermosas, el jardín romántico de las citas, por la Alameda y por Santa María; el bullicio de los cafés y restaurantes, el teatro o el simple vagar por las avenidas, bajo el cielo apacible de la noche, tal era la compensación necesaria del día consagrado a las faenas molestas del lucro. En una esquina o sentados en un parque recordando lecturas o formulando teorías absurdas sobre el arte, la vida, el más allá, o comentando ocurrencias, pasaba con los amigos las horas. En vísperas de grandes transformaciones mundiales, casi no se nos ocurría hablar de política. Creíamos que el progreso había superado definitivamente la guerra. Una sucesión ininterrumpida de inventos iría mejorando cada vez, evolucionando spencerianamente el existir de los hombres.

A todo esto, mi antigua novia se hallaba por Oaxaca; pero su hermano Arnulfo venía seguido a la capital. Un día me habló en serio: estaba disgustado; yo debía formalizar mis relaciones con su hermana o romper; la hacía perder el tiempo, etc., etc. Sin réplica le manifesté mi decisión de cumplir mi palabra de casarme. No lo había hecho antes y aun pensarlo me daba pereza, primero por el riesgo de los hijos; yo no quería cadenas, acaso presentía los azares que me aguardaban; en segundo lugar, porque era partidario de hacer primero economías. Pagar la casa antes que el banquete de bodas. Detestaba la imprevisión de echar hijos al mundo sin garantizarles el pan. Lo que no añadí es que eróticamente me gustaba el cambio, la revelación de la belleza nueva. Pero mi largo compromiso me decidió: «Será una aventura agradable, un amor limpio entre tantos turbios.» Uno o dos años juntos, después un divorcio a la americana, cada uno por su lado. Allí estaba precisamente Warner, listo a casarse de

nuevo, después de un divorcio que no le dejó otra carga que el pago de una pensión de alimentos a la primera *Mrs. Warner*. Para todo esto hacía falta dinero. Mis íntimos propósitos se contrariaban con la boda pero no había más remedio; era urgente liquidar aquel pendiente. Siempre he juzgado que un compromiso se liquida cumpliéndolo.

En menos de un mes se arregló la ceremonia. Residía entonces Arnulfo en Tlaxcala como juez de Distrito. Hasta allí fui con mis hermanas y mi padre, que se encontraba de paso en la capital. De ropa de lujo yo no tenía sino el smoking para los partidos de poker del University Club. Un amigo me prestó la levita. En el programa confeccionado por Arnulfo figuraba una comida a la que asistiría el gobernador Cahuantzin, célebre indígena de la política porfiriana. Me opuse alegando que no quería sentarme a la mesa de un incondicional de don Porfirio. La pasión política comprimida me hacía caer en ridículas pequeñas rebeldías. La hinchazón de mi vanidad necesitaba los golpes de la experiencia, que la reducen. En verdad, ¿hay algo más insoportable que un joven oscuro e inédito que se cree con derecho a la fama? Mis extravagancias, aunque torpes eran también, en cierto modo, reacción contra el agobio de un modo de vida corriente y vulgar. Malhumorado y apenado porque me separaba de mis hermanas, al poner casa aparte, me lancé a la aventura matrimonial que rara vez nos suelta por más que al iniciarla confiemos en azares que habrán de romperla.

Por lo pronto, el instinto hizo su obra; encontré bella a la novia. En la misma Tacubaya improvisamos casa con media docena de muebles, varias cajas de vinos finos y estuche de perfumes. Unos días después, viaje de bodas a Chapala. Paseos en bote y vida de hotel. Cierta noche estrellada, en el banco de un jardín rústico, mirando a la inmensidad celeste, confusamente di suelta a mi afán; interrogaba al destino; hallé dulce paz. Pensé arrancar a mi amada un voto de unión eterna por los mundos del firmamento; cuando ya iba a hablarle en este tono excesivo, me despertó ella a una realidad que hallé miserable: «¡En casa faltan algunos trastos! ¡Los domingos por la mañana iríamos a la Alameda...; los jueves por la tarde, al Fábregas...!» Precisamente contra la simpática Compañía Nacional tenía yo un rencor injusto pedante. No perdonaba a nuestra artista nacional que se atreviera con *La Dama de las Camelias*, pongo por caso, después de la Reiter, y las otras italianas. «Pero si no entiendo el italiano —decía mi esposa—, y creo que ni tú.» «Pues ahora lo aprendes», respondí ya irritado.

Para consumir el matrimonio religioso había tenido que confesarme. Lo hice bien recomendado al párroco por las relaciones eclesiásticas de mis hermanas. Me acusé de toda clase de pecados menudos; ninguna hazaña, ni de santidad ni de crimen. Enrojecí de humillación; por no poner en riesgo la concesión de la cédula, no me atreví, por ejemplo, a decir: «No creo en la resurrección de la carne, ni la deseo. No quiero estar obligado a bañarme por toda la eternidad y no puedo dejar de bañarme porque tengo narices. No soy Unamuno ni Swedenberg; quiero un más allá sin sudor,

así tenga que sacrificarle mi sombrero viejo.» No me atreví, y porque no había sido totalmente sincero, me abstuve de comulgar. Esta privación me fue dolorosa; lo ha sido siempre. Pero aparte de cuestiones de credo, me ha detenido la consideración de no ser digno, puesto que he de caer en el apetito, la arrogancia, la sensualidad.

Como un proscrito escuché la misa matrimonial, doliéndome de no haber participado de la hostia que se eleva en la misa. Quizá era toda mi vocación la que traicionaba, contrayendo compromisos incompatibles con mi verdadera naturaleza de eremita y combatiente. Sin duda, de aquella contradicción deriva la mitad del fracaso de toda mi carrera posterior.

Las dudas se adormecían con las discusiones seudofilosóficas de nuestro cenáculo literario. Caso seguía siendo el eje de nuestro grupo; pero su carácter apático y a ratos insociable no hubiera mantenido alianzas sin la colaboración de Henríquez Ureña. Educado en colegios de tipo antiguo, desconocía por completo la teoría científica y el proceso del pensamiento filosófico. En preparación literaria, en cambio, nos aventajaba. Por su iniciativa entró a nuestro círculo, demasiado abstracto, la moda de Walter Pater. Su libro dedicado al platonismo durante mucho tiempo nos condujo a través de los *Diálogos*. Leíamos éstos en edición inglesa de Jewett. En la biblioteca de Caso o en la casa de Alfonso Reyes, circundados de libros y estampas célebres, dispartábamos sobre todos los temas del mundo. Preocupados, sin embargo, de poner en orden a nuestro divagar y buscando bases distintas de las comtianas, emprendimos la lectura comentada de Kant. No logramos pasar de la *Crítica de la razón pura*; pero leíamos ésta párrafo a párrafo deteniéndonos a veces en un renglón. Luego, como descanso y recreo de la tarea formal, leíamos colectivamente el *Banquete* o el *Fedro*. Llevé yo por primera vez a estas sesiones un doble volumen de diálogos de Yajnavalki y sermones de Buda en la edición inglesa de Max Müller, por entonces reciente. El poderoso misticismo oriental nos abría senderos más altos que la ruin especulación científica. El espíritu se ensanchaba en aquella tradición ajena a la nuestra y más vasta que todo el contenido griego. El *Discurso del método* cartesiano, las obras de Zeller sobre filosofía griega, y Windelband, Weber, Fouillé en la moderna, con mucho Schopenhauer y Nietzsche por mi parte y bastante Hegel por la de Caso, tales eran los asuntos de nuestro bisemanal departir. De Hegel leí la *Estética*, saboreando la contradicción que me inspiraba cada página. Por ejemplo: desde antes de conocer el gótico ya tenía formulado el propósito de escribir una estética fundada en la cúpula irónica. Prefería el arte profuso totalizante de la India al arte esquemático que el europeo adopta de modelo a causa de cierto simplismo estético o bien por exceso de abstracción idealista. Hurgando en el pensamiento exótico caí, por fin, en mi predilección más permanente: la Escuela de Alejandría. La conocí a través del libro admirable de Vacherot. Había de él un solo ejemplar en la Biblioteca Nacional. Durante muchos años traté de adquirir esta obra que tantos anhelos despertaba en mi conciencia. En mis destierros por los Estados Unidos volví a encontrarla en las bibliotecas de Washington y de Nueva York, pero siempre como ejemplar raro. Y una vez en París me la señalaron en un catálogo de ediciones agotadas; pedían quinientos francos por el volumen. Ya había sido hasta ministro, pero no pude afrontar el gasto. Al principio, los discursos de Juliano, que Vacherot da en resumen, me causaban emoción profunda, me hacían llorar. Imaginaba al gran equivocado perdonado por Jesús, reconciliado en lo Divino. Otra edición que en vano procuré poseer es el Bouillet con las *Eneadas*, de Plotino, que leí en la Biblioteca Nacional.

Mis compañeros eran goethianos y se complacían descubriendo reflejos olímpicos

en el busto que guardaba Caso en su estudio. La discusión acerca de los caracteres del hombre grande nos consumía largos ratos. Yo no le perdonaba a Goethe su servilismo con los poderosos y proclamaba a Dante y a Platón como prototipos de la grandeza humana. En cuanto a Spencer, sólo lamentábamos que su evolución no le hubiese logrado en dos mil años de ensayo un talento comparable al de Gorgias.

Mis colegas se dejaban llevar de la afición erudita. Y menos malo que la erudición de entonces estuvo dominada por la figura grande de Menéndez y Pelayo. Todos releíamos su *Historia de las ideas estéticas*, y los *Heterodoxos*. Aún no llegaba por América el contagio de los estudios detallistas y formales, gongorismos y prosa de filólogos que tropiezan con la sintaxis. Manejábamos ideas preocupándonos de la esencia del pensamiento, más que de la moda de su atavío. Nos preocupaba el ser, no la «Cultura». No nacía aún o no nos llegaba esta nueva religión del saber por el saber, más necia que la misma religión de la ciencia que en aquel instante superábamos. Por mi parte, nunca estimé el saber por el saber. Al contrario: saber como medio para mayor poderío y, en definitiva, para salvarse; conocer como medio de alcance de la suprema esencia; moralidad como escala para la gloria, sin vacío estoicismo, tales mis normas, encaminadas francamente a la conquista de la dicha. Ningún género de culto a lo que sólo es medio o intermedio, y sí toda vehemencia dispuesta para la conquista de lo esencial y absoluto.

Mis colegas leían, citaban, cotejaban por el solo amor del saber; yo egoístamente atisbaba en cada conocimiento, en cada información, el material útil para organizar un concepto del ser en su totalidad. Usando de una expresión botánica muy en boga en nuestro medio, tomaba de la cultura únicamente lo que podía contribuir a la *eclosión* de mi personalidad. Yo mismo era brote inmerso en los elementos y ansioso de florecer. Usaría las raíces, el tallo, las hojas, cuanto pudiese contribuir a la *eclosión* personal. Comprobando temas como el de Richet, el psicólogo, y Maine de Biran, el vitalista, seguía desde sus comienzos, en la irritabilidad, hasta sus deliberaciones en el análisis de Stuart Mill, los procesos de la voluntad, buscando en su desarrollo el momento en que la ley moral se hace independiente si no es que se opone a la ley fisicobiológica. Desechando como vanos los esfuerzos de Spencer en *La Justicia*, cuando concluye que el acto ético es simple extensión y sobrante del egoísmo biológico, yo enfrentaba el acto ético al mecánico y a partir de tal antítesis desarrollaba toda una teoría sobre la actividad, desinteresada, en el sentido de ajena al rigor de causa y efecto. Para indicar la nueva actividad usaba de una palabra que inventamos en nuestras deliberaciones: *ateles*, sin causa, energía espontánea y espiritual, así, la base de dinamismo contemporáneo y de sugerencias de Tales de Mileto, tomadas de Zeller, empecé a construir una tesis que, por sus derivaciones estéticas, ligué al nombre de Pitágoras. Por relámpagos mentales, que me causaban una dicha infinita, captaba conceptos que en seguida traducía en apuntes. De tal manera se fue organizando el material de mi primer ensayo sobre Pitágoras. Un dinamismo que se inicia en las cosas pero transformándose por intermedio del

hombre, se dirige a lo divino. Mi vida tenía ya un objeto, pues había dado con el tema necesario para componer una infinidad de variaciones, si no es que la completa sinfonía de un sistema.

Mis apuntes de entonces, incompletos, desordenados, inútiles para la publicación inmediata, contenían, sin embargo, la esencia de lo que más tarde he desarrollado. Suscitada por *El origen de la Tragedia*, de Nietzsche, apunté mi teoría de una tercera etapa: la mística superadora de lo dionisiaco. A fin de desarrollarla estudié el baile clásico, según las estampas y las teorías de Isadora Duncan. Representaba lo dionisiaco el género flamenco andaluz, según la versión voluptuosa de una Pastora Imperio, y, por último, imaginaba lo místico según la danza religiosa de las bayaderas, que convierten la voluptuosidad en ofrenda paralela del incienso que aroma el altar.

Por contagio del ambiente literatesco me metí a la tarea ingrata de escribir descripciones de cada una de estas danzas. Leía estos trozos en el Ateneo y resultaban pobres, defectuosos de estilo. No revelaban lo que había querido poner dentro de la trama verbal. Ni me hubiera bastado ninguna literatura para una composición en la que yo vertía las resonancias del cosmos. Hubo uno, no sé si Chucho Acevedo, que dijo: «Tu asunto requeriría el estilo de Mallarmé.» Imposible convencerlos de que un Pater, un Mallarmé, intérpretes de decadencias, no pueden con el peso de una visión nueva, vigorosa y cabal del mundo. No era estilo lo que me faltaba, sino precisión, claridad del concepto. Pues mi concepto resultaba de tal magnitud que al desenvolverse crearía un estilo, construiría su propia arquitectura. En desquite, pensaba: «Estos colegas míos literatos van a salirme un día con que los fragmentos de Pitágoras necesitan el retoque de algún Flaubert.»

Muchos de ellos fueron avanzada de los que hoy desdeñan a Balzac por sus descuidos de forma y, en cambio, soportan necedades de Gide o de Proust, como que eternamente los profesionales del estilo ignoran el ritmo de relámpago de los mensajes que contienen espíritu.

En fin: tan sólo para recordar mis fantasías copio a continuación uno de los pocos apuntes que el tiempo no destruyó:

«El sentimiento estético se caracteriza por la reversión del ritmo dinámico; en vez de tender a constituir cuerpos, a integrar fenómenos, la corriente de la energía se orienta hacia el placer de la belleza y se inicia así en el mundo de lo divino. La estética contiene un esfuerzo inverso del ordinario. Primero se cumple la labor de la creación y en ella nuestro propio espíritu conquista sentido y tarea; después, y garantizada ya la personalidad, iniciamos con la emoción estética un desbordamiento y un fluir constructivo, dotado de rumbo. No sigue expansión indefinida, sino que revierte a su fuente; no busca la representación, sino al absoluto que engendró y reabsorbe su creación. En todo no hay sino sentidos diversos de una misma energía y sustancia.»

En la *Poética* afirma Aristóteles que el principio capital del arte es la imitación y

que ella se realiza por medio de «los colores, las figuras, el ritmo»... Creo que es un error catalogar el ritmo entre los simples medios imitativos como el color o la figura, pues lo importante del ritmo es el sentido que imprime al movimiento. En la corriente rítmica navegan colores, sonidos, formas, incapaces de tomar rumbo, sumisos a la intención de la energía que los arrastra. Y es lo propio de esta energía, rebasar todos los límites, los universales abstractos y el paradigma platónico. Inconforme ante la perfección misma, el sentido estético se aburre del clasicismo griego y lo sobrepuja, desgarrando los moldes de la cosa y se lanza en la mística del éxtasis en que vislumbra lo absoluto.

Después del periodo de la expresión por imágenes, tiene que venir una época de expresionismo auditivo. Ni siquiera Plotino escapa a la obsesión de la imagen visual. Aun para ver a Dios tiene que fabricarse ojos internos. Sin embargo, no puede ser cosa de ojos únicamente, la percepción de lo absoluto. Los sentidos todos han de dar su testimonio. Y, por lo pronto, está haciendo falta una filosofía o una estética fundada en la música, más bien que en el contorno, que fija, pero mata. Estética de músicos después de la exhausta estética de los visionarios.

El arte idealiza los objetos, pero adorar en seguida esa idealización es rendirse a un fetiche que contiene menos que lo representado, igual que todos los fetiches. Todo cuanto existe posee un ritmo confuso que parece aguardar el toque libertador de la humana contemplación. En el instante en que miramos la cosa, sin ánimo utilitario y sólo por el gusto de verla, en seguida sentiremos que nace también de la cosa un eco del anhelo que nos lleva a nosotros mismos, por el camino gozoso de la participación en la divina alegría.

La facultad estética se apodera de las cosas, les cambia su ritmo propio y les otorga orientación divina. De esta suerte, acaso somos colaboradores de lo divino en la tarea de conquistar lo finito para la gloria infinita.

Barrenando sin cesar con la mente, me acerco al principio esencial: adopto como premisa el siguiente pasaje de la Crítica kantiana: «El principio más alto de la conciencia es la unidad de la conciencia en los juicios. Yo existo como inteligencia consciente nada más de su facultad de reunir y sintetizar los diversos datos de la experiencia. Mi inteligencia se da cuenta de esta síntesis, únicamente por relaciones de tiempo que están fuera de la esfera propia de los conceptos del entendimiento»... «La forma permanente de mi intuición interna es tiempo» agrega Kant en la deducción de categorías... Explica, también, de qué manera el fenómeno, como objeto de percepción, no es puro, es decir, no constituye una sola intuición formal, como la de espacio y tiempo, sino que contiene, además, la transición desde la conciencia, percepción empírica, hasta la conciencia ideal, espacio, tiempo. Lo real en este último caso de conocimiento, evanece por completo y queda sólo un conocimiento formal.

Y mis apuntes comentaban: «Aprovechar esta observación para mi tesis estética. En ella la sensación se idealiza consumándose primero en belleza formal, apolínea,

pero sin desprenderse de contenido concreto. Por obra de la emoción, la misma sensación salta, de la forma apolínea perfecta a la apetencia y pasión posesiva que caracteriza lo dionisiaco y de allí, en otro salto más atrevido y fecundo, a lo místico, que, en suma, es realización en lo absoluto, más allá de la belleza y el goce.»

Anoto en seguida un pasaje de James en el *Pluralistic World* que en mi cuaderno está en inglés y traslado como sigue:

«La filosofía debiera lograr la unificación de la plural experiencia a base de principios menos vacíos —refiérese al alma como medio de explicar las leyes de asociación de la ciencia— y prosigue: Igual que la palabra causa, la palabra alma ha llegado a su término y requiere ser remplazada por alguna explicación futura. Pero, añade, si la creencia en el alma renace alguna vez, a pesar de las muchas oraciones fúnebres que sobre ella han pronunciado críticos kantianos y discípulos de Hume, estoy seguro de que tal cosa ocurrirá únicamente cuando alguien haya encontrado en el vocablo una significación pragmática que hasta la fecha eludió la observación.»

Lejos de producirme escepticismo, este párrafo me hacía el efecto de una anunciación de mi destino. Precisamente mi estética incipiente asignaba al alma una función, espiritual, sin duda, pero de índole técnica, tan precisa como el trabajo del conmutador eléctrico que transforma las corrientes o el pararrayos que las encauza. La operación del espíritu en mi mecánica cósmica consistía precisamente en una mutación de valores, sublimación de la energía. Conversión de lo mecánico a lo espiritual por medio de un proceso psíquico, susceptible de ser observado, según método experimental y científico.

Si bien el pensamiento central de todas mis obras estaba allí, desde entonces, los mismos apuntes que vengo extractando revelan lo que también mis recuerdos confirman; a saber: que mis ideas adolecían de oscuridad y no por pobreza de léxico, sino por falta de madurez. Mi cuerpo, gastado por el abuso de satisfacciones vulgares, malograba el esfuerzo de la mente. Por algo el filósofo empieza a producir después de los cuarenta, así que se ha dominado la lujuria, y no antes.

La convicción de mi fracaso determinaba largos periodos de esterilidad y pesimismo. Acaso lo mejor era embrutecerse de trabajo y hartarse de pequeños goces... Pero luego el hastío y el gusano interno, cuyo roer no cesa, volvían a despertarme la esperanza. Urgía trabajar, atesorar para lanzarse después a la gran renuncia. Por ahora el deber social, familiar, y más tarde la liberación para el cultivo del alma, igual que los filósofos de todos los tiempos. Y a los momentos de solitaria, casi iluminada exaltación, sucedían periodos de desconsuelo y de brega sin luz.

A la interior rebeldía contra la esencia de las condiciones del existir se añadían a diario motivos de desagrado y oposición contra las circunstancias ambientes.

Las peripecias del profesionista oscuro me ocasionaban heridas de amor propio, aparte de fatiga y disgusto o por la índole misma de labor. Cierta despecho me exacerbaba el desdén. De allí la veneración por Schopenhauer, a quien apostrofo como sigue en pliego que ostenta el membrete de la firma Warren, Johnson y

Gaslton:

«¡Oh!, gran viejo que siempre lo fuiste. Defines el genio como una sonriente melancolía; pero constituyes en tu regla la excepción, pues no he hallado tu sonrisa. Sin embargo, cuánto debo a tu fuerte pensamiento, más profundo que el lloroso pesimismo de Leopardi y casi alegre en su grandeza desesperada. Y de haberte conocido, te dijera: “Tacha de tu obra cada uno de los renglones en que insistes: *mi ensayo premiado... mi obra laureada...*” Pues mucho padece el gran desdeñoso que eres, cuando se exhibe recreándose en el fallo de un jurado de catedráticos. No te dejes llevar de la parte menor de ti mismo, que es la que ha podido sentirse rival de Hegel. Déjale al flamante profesor el aplauso entero de sus iguales. Tú no eres ídolo de escuela ni te entalla la librea del académico. También hay la clase media filosófica; déjala *hegelianizar...* En tu frente se marchitaría el laurel; déjalo en la cabeza necia de los Césares. La tuya como el Mont Blanc que amabas, se mantiene serena, aunque en torno nubes presagien tempestad.»

Desdeña la muchedumbre a quienes mira humillados y declara ineptos. Nunca comprenderá que aparte de los que no pudieron lograr fama, hay los que la despreciaron. Los que teniendo en el puño el éxito, sonrían y lo dejan caer. Nada tiene que ver con la envidia el soberano desdén. Ni puede padecer envidias quien está henchido, embriagado de poder interno dichoso. Pudiera ser pastor de ovejas, dominador de jaurías; sin embargo, para lo primero me sobra sinceridad; para lo segundo me estorba el asco.

Disfrutar de fuerza ignorada y segura y disimularla con sincera, imperturbable bondad. Combinar así la grandeza y ternura. Tal es mi propia concepción del genio.

El genio ha de tallarse como el granito. Duro para sí propio en primer término, y para los demás, exigente en la medida necesaria a la tarea. Las circunstancias, los intereses, todo ha de ser medio en la conquista de lo que debe ser, sobre lo que es. Para una naturaleza finita, el hecho de ser amerita ya estancamiento y simulacro de muerte. Para lo finito no hay más que un recurso: dejar de ser «sí mismo» y devenir hacia lo Infinito.

La iniciación es vivir con plenitud, con arrojo, ensayando vicios y placeres, por los altos y los bajos de la escalera sensual; padeciendo amarguras y miserias por los desiertos y los abismos, por la cumbre y en el hampa. Y después la renuncia, la meditación, la epopeya de la voluntaria, luminosa, misericordiosa liberación.

Cada uno de nosotros, al reconocer la propia limitación debiera emplearse en desaparecer salvando apenas lo esencial. Una vez que el hombre se desposa al espíritu, el cuerpo sale sobrando; deberíamos dejarlo podrir. Acaso también el alma, tal como ahora la concebimos, es otra vestidura todavía un poco ridícula de que será menester despojarse en el umbral de lo Absoluto.

Tan limitada, tan torpe nuestra alma, que dispone apenas de una atención y abarca sólo una idea, un objeto en cada uno de los instantes del tiempo. En cambio, cada instante contiene un universo. ¡Tan sólo una idea para cada instante del juicio; sólo

una imagen para cada momento de la retina! ¿Habr  quien se consuele de no tener tantos ojos como hay imágenes, tantos instantes de atención como hay eternidad?

Ahora tenía dos casas: la de mi esposa y la de mis hermanas. Sostenía la primera totalmente y ayudaba a mi padre en la atención de la segunda. Poco nos consumían a ambos las tres hermanas restantes, los dos muchachos y la abuelita. Los excesos de Lola consistían en llamar a un dulcero y comerle media tabla. Mela seguía rezadora; Samuel estudiaba, y a Carlos pude conseguirle trabajo bien remunerado en una compañía papelera de la que yo era abogado. A diario los veía a todos, por lo menos, un instante. En mi otra casa no todo era paz y concordia. Pequeñas rivalidades, oposiciones y diferencias de criterio y de gusto iban amargando la vida en común. Sin ningún motivo grave de desavenencia, el solo transcurso del tiempo trabajaba para desunir más bien que para atenuar disidencia. Padecía la pérdida de mi intimidad. Alguien inquiría ahora en mis asuntos, se creía con derecho a registrar mis papeles. Y no podía estar solo un instante. Una conciencia extraña interrumpía las horas del paseo solitario por la alcoba en que se meditan los planes del día siguiente, los problemas internos, o simplemente divagaba en ociosa y libre, imperturbable ensoñación. Constantemente oía hablar de derechos sobre mi libre persona. Sin cesar se me recordaba lo que debía hacer, lo que debía no hacer.

Pronto a las cotidianas fricciones se añadió un terror. Me había dicho: «¿Quieres hijos? Tendremos hijos.» Yo había respondido: «¿Para qué más feos en el mundo? Ya conmigo basta...» Pero la temía; consultaba doctores. Dos años transcurrieron sin amenaza de prole, pero no se conformaba; en secreto meditaba, procuraba mi pérdida. A mi lado y aun sin quererlo, era el peligro, la amenaza, el enemigo, sin que nada de eso cuajase en palabras. Por fuera subsistían las fórmulas del afecto. Implacable, el apetito sensual cumplía sus tareas muy lejos del alma; pero un instinto subyacente, una voz amiga me revelaba mi desventura, me compadecía en mi caída.

El exceso de trabajo, las ilusiones de una doble ambición, la del dinero y la de la fama, me dejaban poco tiempo para rumiar quejas. En casa estaba de paso; mis horas contadas bastaban apenas para conducir la tarea. El porvenir seguía oscuro, pero grávido de anticipaciones desiguales intensas y ya patéticas, ya dichosas, pero en todo caso exaltadas. ¿Qué importaban aquellos días y aquellos años si pronto ocurriría el prodigio que al cambiar mi rumbo transformaría todas las circunstancias pequeñas y molestas de los comienzos?

Entre tanto, en la casa de mis hermanas ocurrió un nuevo desmembramiento. Después de unos meses de hija de María, escapulario al cuello y muchos rosarios y misas, Mela, nuestra dulce y delicada Mela, el orgullo y la alegría de nuestro hogar deshecho, escapó para el convento. Casi no lo queríamos creer. Nos habíamos opuesto. Avisado mi padre del peligro, habíame mandado rotunda negativa.

Esperó ella entonces a cumplir veintiún años, y el día justo de su mayoría se despidió de mis hermanas, mandó una carta a mi padre, me mandó a mí un abrazo y desapareció de nuestro mundo para siempre. Todavía pasé algunos meses confiando en que se arrepentiría. Seguramente las primeras pruebas, el largo aislamiento,

acabarían por quebrantarla, y yo sólo cuidaba de enviarle recados frecuentes: «Ya está bien que eso termine; como experiencia ya es bastante... recuerda que tienes tu casa donde te esperamos... si hacen sobre ti la menor presión avísame y denuncio el convento.» Con los parientes, con las amistades que visitaban a mi hermana repetía parecidos encargos. Inútiles, porque pronto supimos que se había fijado fecha para la ceremonia de la toma del hábito.

En la capilla del convento, a inmediaciones de nuestro domicilio de Tacubaya, se celebró la misa de entierro para el mundo. Asistieron a ella mis hermanas y mi esposa. Me quedé solo esa mañana en casa imaginando los pormenores de aquel nuevo desastre familiar. Renuncia, frente al altar, de toda esperanza inmediata; sacrificio de una dicha falsa, si se quiere, pero tangible. Años de tormento a cambio de un enigma insondable. En aquel instante la hostia volvía santo el cuerpo impuro. La trenza, hermoso lujo femenino, caía para convertirse en reliquia, como recuerdo de muerta. Lo que más me apesadumbraba era la previsión de las horas de desaliento, quizá de arrepentimiento. Cuando esas horas llegasen yo también resultaría culpable. Sin duda, como hermano mayor, no había hecho todo lo posible para hacerle más amable la vida corriente. Obsedido por las pequeñas apetencias de mi egoísmo, no había sabido dedicarle el tiempo y la atención que reclamaba su juventud. Quizá un sentimentalismo desesperado la lanzaba a una aventura de que, después, se arrepentiría. En fin; ahora no quedaba sino reiterarle que en toda ocasión contaría con el hermano que no supo retenerla en el mundo.

El remoto, falaz consuelo de esta oferta no impedía que me sintiera culpable y que el paso dado por ella, tomase a mis ojos la apariencia de un suicidio. Con ella, uno más de la familia se perdía para la dicha, desertaba hacia el dolor.

La partida de Mela nos decidió a acercar más a las dos familias. Tomábamos en el mismo Tacubaya una casa con dos departamentos. La abuela seguía siendo el lazo común. Pasaban sobre ella los años añadiéndole penas y arrugas. En otros tiempos, cuando éramos pequeños y ella andaba por los sesenta enfermaba a menudo. Cada invierno, neumonía y tremendos ataques de asma. Envejeció más y se volvió sana. Conservaba lúcido el juicio; pero divagaba en cuestión de recuerdos y fechas. Encorvada y con ojos lacrimosos y dulces, vigilaba nuestros pasos, rezaba sus devociones, cuidaba las macetas. En un lote que había yo comprado para edificar más tarde una casa plantó un árbol que habría de sobrevivirla. Mi último recuerdo de ella es un rostro enjuto, cetrino, sonriendo a la flor que a diario regaba en un tiesto.

Acariciando su viejo escapulario pasaba otras veces las horas junto a un pequeño baúl. Extraía de él unos aretes enmohecidos, obra de filigrana antigua. También ciertos collares de perlitas y corales, quizá de Acapulco, engarzados en oro. ¡Cuántas veces, por causa de viajes o temporales cesantías, aquellas perlas habían visitado el Montepío! Iban siempre al final, ya que se habían empeñado o vendido los anillos de brillantes, el reloj de repetición. Lo de más valor no siempre volvía a ser rescatado. Pero las perlitas tornaban invariablemente con el buen tiempo. ¿Se dio cuenta la

abuela de que sus viejos tesoros resultaban un poco inútiles ante los avances del nieto, ya propietario? De todos modos, a ella la vida ya no podía darle mucho más que sus migas de pan remojadas con café con leche.

De vuelta de uno de mis viajes de negocios por el interior, me la encontré muerta, ya tendida, chupado el rostro, con algo de ave. Según sus instrucciones, la enterramos en el Panteón Español. Fue un dolor sereno. Repetí sus generales para el registro del cementerio, y a propósito de sus ochenta y cinco años comentó el anciano intendente: «Descansó, la pobre.» Fue una oración fúnebre que produjo alivio. Los senderos bordeados de árboles de aquel prado de los muertos ofrecían a pesar de todo, no sé qué promesa consoladora. Exiguo era el cortejo que formamos, con la compañía de un amigo y algún pariente. A nuestro aislamiento y soledad contribuía aquella nuestra vida de gitanos. Ya no éramos de ningún sitio. Dejábamos allí a la abuela despreocupados de que mañana cada uno caería en su hora por cualquiera de los rumbos del viento. Hacía esfuerzos para endurecerme el ánimo. Resistía el impulso de sollozar sin tregua pensando que la abuela moría a su tiempo y «para descansar», según observaba el empleado. A la vez, temía no poder contener el llanto por la que murió a destiempo y para que nosotros ya no tuviéramos nunca descanso.

A mi lado, durante la breve ceremonia de la capilla, rezaron Lola y mi esposa. Los menores, Carlos, Samuel, Chole, lloraron a su Gan, para ellos la única madre que conocieron. Carlos sollozó como ninguno. ¿Su destino condenado a temprana muerte recibía, quizá, avisos confusos...?

Desde su puesto en la frontera, mi padre me envió una carta enternecida. Me agradecía el cariño con que habíamos enterrado a su madre. Entre él y ella había sabe Dios cuántas dichas y amarguras comunes. Desde su infancia, más que la mayoría de las madres, aquella doña Perfecta había sido para él refugio y compañía, consuelo y sostén. Muchos días se habló de la abuela, se recordaron sus excentricidades de ancianita que iba perdiendo el seso, devuelta casi a la infancia. Luego entró a la segunda muerte, que es el olvido... ¿Qué es en la memoria humana un recuerdo? ¿Qué se hizo de su alma en la inmensidad? ¡Se necesitaba el máximo fervor de la fe cristiana para no doblegarse, desquiciarse ante estas preguntas! De la otra hablábamos menos; casi no hablábamos; era una herida nunca cerrada. Únicamente Concha, metida ya en hábitos monjiles, escribía de España en los aniversarios: «Hoy hace tantos años, a tales horas, dejó esta vida nuestra santa mamá. Supongo la habrán recordado y que tú cumplirás su deseo manteniéndote fiel católico para que todos podamos reunirnos otra vez en el cielo.» Sólo en el cielo podría volver a juntarse la pobre familia que de Piedras Negras salió ya incompleta y se seguía disgregando. Pero ¿quién penetra el misterio de las uniones, desuniones de las criaturas?

En la nueva casa, separando al fondo las dos hileras de habitaciones, había un doble piso; abajo comedor y arriba antesala y alcoba. Por más independiente, habíamos cedido el alto a Carlos, que dormía allí solo. Una noche, a la hora de acostarnos, oyóse un estruendo. Salimos al patio creyendo que arriba se había caído

algún mueble. Carlos asomó un poco perplejo. Al escuchar, él también, el ruido, salió de su alcoba encontrándose tirada en el suelo la palangana que había en el vestíbulo. «Ya bajaba —añadió—, para preguntarles si alguien había subido.» Registramos toda la casa. Propusieron las mujeres que Carlos cambiara de dormitorio; pero él se opuso, diciendo: «Si se trata de espantos, no pierdo la oportunidad de observarlos...» No volvió a ocurrir cosa extraordinaria.

Carlos trabajaba, se paseaba, y por presión mía realizaba economías. Era jovial, desinteresado y enérgico. Estaba inscrito en un gimnasio donde hacía atletismo. Frecuentaba los encuentros de box, concurría al Teatro Principal, con amigos alegres, para aplaudir a las bailarinas. Siempre optimista y resuelto, no me causaba ninguna preocupación. Al revés de Samuel, que acostumbraba quejarse y hallarlo todo mal. Pero una tarde lo hallé en el bosque de Chapultepec, adonde acudíamos todos a menudo, por su proximidad a Tacubaya; lo vi apoyado en la bicicleta de que acababa de apearse. Tenía el gesto contrariado. Sin hablar me alargó el papel en que le notificaban su cese en la compañía, por diferencias con un empleado superior, etcétera.

Muchas veces habíamos hablado del proyecto de que pasara unos años en los Estados Unidos, la Meca del éxito, la ilusión de los jóvenes ambiciosos de aquella época. Por lo menos, perfeccionaría su inglés. No iba a quedarse de empleado de comercio toda su vida. Trabajando en los Estados Unidos podría, como se estilaba antes, seguir al mismo tiempo una carrera corta; se haría mecánico técnico; después volvería a México a poner un taller o a trabajar en el ferrocarril. Los ferrocarriles en aquellos años ocupaban mucho personal extranjero, alegando que no había mexicanos preparados; él se adiestraría. El plan no podía ser mejor; pero no podíamos pagar un colegio formal. Son caros los institutos técnicos, las universidades. En cambio, en las escuelas auxiliares de mecánicos enseñan sin exigir preparación escolar de importancia. Contando con sus ahorros y ayudas ocasionales que prometí suministrarle, decidió su viaje. Se marchó primero a Ciudad Juárez, donde cultivaba la amistad de Jesusito Frías, hijo de don Benigno, mi antiguo protector.

Lo vimos partir con tristeza, pero esperanzado. Cumplía veintiún años, «le convenía probar fortuna». «En todo caso, si te ves apurado —le advertí—, pon un telegrama y en veinticuatro horas te giro tu regreso.» Mi padre, ausente, no intervino en estas decisiones, cuya responsabilidad asumí plena. El mismo Carlos no se hubiera decidido sin mi asentimiento, dada la confianza que ponía en mis juicios. No se me escapó que lo empujaba a una empresa dura y de las que ponen a prueba un carácter. Pero yo también me sostenía a fuerza de tenacidad y me halagaba sentir en el hermano predilecto, madera que resiste el temporal.

Desde mi ingreso al bufete Warner, y especialmente en los tiempos de Zentella, había tenido que hacer viajes de negocios por distintos rumbos del país. Una de mis primeras comisiones la desempeñé en Zacatecas. Me tocó levantar el acta, legalizar el papeleo del consejo social de una empresa propietaria de minas. La ciudad que tantas veces había visto en panorama desde los vagones del ferrocarril, me abría ahora sus calles, que ya empezaban a verse desiertas. Casas amarillas de uno y de dos pisos, dinteles de cantería, pavimento de piedra irregular, plazoletas reducidas, circundadas de casas color ocre. Ambiente mineral. Apenas un estrecho jardín al lado de la Catedral de torre barroca primorosamente tallada. Por bajo el balcón del hotel circulaban mulas y burros con sacos de mineral. Sube olor de talabartería. El eco de las pezuñas herradas sobre el empedrado repercute en la fachada de piedra. En torno, ahogando casi la zona urbanizada, levantan su mole rojiza los montes. Sobresale el cerro de la Bufa, atalaya del viejo campamento de los gambusinos. Lo que abajo queda en palacios y templos es testimonios de bonanzas que ya son únicamente leyenda. Los conocedores nos advierten:

—Ya esto se acabó; están agotadas las vetas; nunca volverá a ser lo que fue.

Fugaz destino de la urbe minera. Improvista arquitectura lujosa, pone estera de barras de plata para el matrimonio de los hijos del amo de la veta incalculable; luego, a los nietos, tras del derroche, les hereda ruina, humillación y exilio.

Con avidez de viajero novel recorrí todos los sitios célebres, incluso la Villa de Guadalupe; nobles sillares en un desierto... Un colega local me mostró las colgaduras de terciopelo carmesí de la sala de fiestas del teatro Calderón: Alarde postrero de una decadencia sin gloria. Muebles de peluche donde no hay espectáculos y ya casi ni público. Volví a pasar por allí en la noche. Una compañía de la legua anunciaba no sé qué piececilla o sainete. Obstruían el pórtico mujeres con rebozo y hombres descalzos. Un niño de clase media mal vestido, triste el semblante, detuvo mis reflexiones. No podía entrar a la función; no podía comerse los dulces de los vendedores ambulantes; no tenía esperanza de un traje nuevo. Toda la angustia de la ciudad, con su teatro de lujo y su población desarrapada, expresábase en el gesto de aquel niño que no pedía nada ni hubiera aceptado merced, pero comprendía y apetecía sin ilusión de alcanzar.

—Esta comarca está en la miseria —había yo dicho a mi amigo, desde por la mañana, y me respondió:

—La ciudad sí, por la casi extinción de los trabajadores de las minas; pero el territorio circundante es rico. Esas tierras coloradas y secas no carecen de pastos; se sostienen en ellas millones de ovejas.

Ningún otro estado compite con Zacatecas en la exportación de lana.

Faltaban apenas ocho años para que llegaran por allí las huestes carrancistas robando ovejas, embarcando los ganados para los Estados Unidos en beneficio de los generales, los ministros de la revolución. Con tal barbarie volvió a triunfar el

desierto.

Sin embargo, en aquellos tiempos yo me sentía revolucionario, creía que podían consumarse reformas civilizadas y siglo veinte con girondinos y aun con Robespierres. Me indignaba de la miseria pública; disertaba contra los hacendados que compran palacios en París y dejan descalzos a sus labradores. Censuraba al gobierno desentendido de las muchedumbres de pordioseros que acuden a las paradas del ferrocarril. La tiranía era cómplice de cada abuso, obstáculo de cualquiera enmienda; era menester derrocarla y el porvenir se arreglaría solo después; lo primero era conquistar la libertad...

Revolucionariamente reflexivo, me fui internando por callejas pintorescas y tortuosas, misteriosas, pese al alumbrado eléctrico. Suben algunas en gradas como escalera; bajan otras de suerte que edificios de un piso resultan por la espalda de tres. «Las muchachas de aquí —me había dicho mi amigable cicerone— tienen buenas pantorrillas de tanto caminar por estas calles en desnivel.» Algunas que vi de paso me dieron la impresión de llevar en la carne el mismo tono de la tierra colorada, argamasa con reflejos de oro que se acumula en las bocaminas. La noche fría del altiplano estimulaba la marcha. Atravesó una silueta ágil, hombros delicados bajo el tápalo negro, caderas opulentas, andar voluptuoso. Apresurando el paso, miré un rostro moreno y ovalado de ojos espléndidos. Saludé sin obtener respuesta, pero no rechazó la mano que la tomaba del brazo. Frente a su puerta intentó despedirme, pero sonriendo. Al fin entré a su vivienda: colcha bordada en la cama de respaldo de madera; en la consola, un santo con su capelo, flores de trapo en un búcaro, cortinas de punto blanco. Pero ella era soberbio adorno. ¿Qué misterio enciende el sincero arrebató, el delirio de carne y alma de dos seres que no se han preguntado los nombres y que nunca volverán a encontrarse? Dos horas después me hallaba de nuevo en la calle, molido de cuerpo, pero dichoso, estremecido con el son que entona los himnos de la alegría interior.

En otra ocasión me tocó caminar en compañía de Wilson y el banquero, que llamaremos Beckins. Capitaneaba la expedición el banquero, y el vellocino de oro lo constituía cierto testamento que lo nombraba albacea de cuantiosos intereses por Colima. El ferrocarril no pasaba entonces de Tuxpan. En este punto, dentro de sus mismas tiendas de lona, nos alojaron los ingenieros que construían la vía. En una especie de bodegón remendado con tablones, los cocineros chinos del campamento nos sirvieron cena copiosa al estilo norteamericano: leche en lata, huevos fritos con jamón, galletas, mantequilla, carnes enlatadas, cereales. Procuramos en seguida dormir en los catres de campaña, bajo el doble cobertor olivo, tipo ejército *yankee*. Durante la cena se había concertado un acuerdo, lo que nos permitió emprender el regreso en el tren inmediato de las cinco de la mañana. A las tres nos levantaron para darnos un almuerzo. La misma lista de manjares conservados, y la inevitable botella de *catsup*, tomate farmacéutico. Naturalmente el exceso de mala comida me produjo insomnio y después jaqueca. Se malogró la fiesta del paisaje magnífico. Enormes

montañas, bosques de palmeras y manchones gloriosos de los árboles con flor amarilla o rosada que denominan *primavera* o *maravilla*. Apenas lo veía agobiado por el dolor de las sienes, la náusea. Mal hereditario se juzgaba la jaqueca en mi familia. Hasta que Upton Sinclair me libertó con su folleto. Doble retrato: Upton Sinclair *before fasting*; Upton Sinclair *after fasting*. Primero un rostro cetrino, melancólico, vista apagada, tez granulosa; así estaba cuando comía y comía y se curaba los trastornos de la salud con medicinas antes de aplicarse el régimen del ayuno. En el segundo retrato aparece Sinclair sonrosado, luminosa la pupila, limpio el cutis, optimista la expresión. Bastaba con dejar de comer totalmente, una o dos veces, al menor indicio de trastorno fisiológico, al primer síntoma de constipación. Toda mi vida estudiantil entre alumnos de Medicina y médicos, y ni un consejo para combatir el estreñimiento, que ya Voltaire señalaba como causa de todo mal, a no ser el uso de laxantes, que lo empeoran. Toda una práctica médico-nacional de administrar carbonatos para hacer comer cuando no hay hambre, renegada, vencida en un instante por la terapéutica, simple y eficaz y por otra parte antiquísima, bíblica: el ayuno por higiene. La beatería creó el absurdo del ayuno como penitencia; los *yanquis* nos devolvían a la sana tradición.

Por lo pronto, mis compañeros de viaje discutían y soñaban, disertaban sobre el mismo tema: los negocios y la riqueza. El banquero Beckins comenzaba la carrera que en pocos años lo hizo millonario. De frente napoleónica, tipo menudo, tez morena, pensamiento rápido y pocos escrúpulos, era un predestinado del éxito. Su dios era el poder, y su gran sacerdote, el dinero. Se le atribuían combinaciones turbias y aun se le consideraba autor del *tropical ranch scheme*. Escritura de compraventa de diez mil pesos, lanzamiento de bonos hipotecarios en Estados Unidos por cien mil; gastando la mitad en propaganda, comisiones y algunas mejoras, se reservaba el banquero la otra mitad para la acción hipotecaria, a la hora de la quiebra inevitable. Luego, la reorganización, nueva emisión en el mercado *yanqui*, que entonces rebosaba dinero, y así sucesivamente hasta que el Banco Beckins lució sus mármoles sobre la principal avenida de la capital.

Emersonianamente constituía Beckins el representativo de la fiebre de especulación de un continente. Los más audaces ya no se hacían guerreros ni exploradores, o *pioneers*, sino empresarios de ferrocarriles, presas de riego, desecación de pantanos, aprovechamiento de energía eléctrica: *promoters*. La oportunidad de convertirse en millonario parecía al alcance de cualquier osado. Beckins me fascinaba y él parecía interesarse en el contraste que le ofrecía mi carácter.

—Lástima que usted se aferre a su temperamento de *dreamer*. Si usted quisiera entregarse de verdad a los negocios prosperaríamos más allá de lo que usted imagina.

—Con cincuenta mil pesos me compro casa y huerta y un campo para encerrarme a trabajar en lo mío, y basta —le objetaba yo.

Reía Beckins estrepitosamente.

—¡Por Dios, V., cincuenta mil pesos! ¿Para qué sirven cincuenta mil pesos? Eso se gana en un negocio en una semana. *Try Five millions*, ensaye a reunir cinco millones, y cuando los tenga, ¿por qué no aumentarlos a diez?

Su imperialismo sobrepasaba la idea nacional, las fronteras, las razas. «Lo que hacía falta eran hombres como Porfirio Díaz, capaces de tener en un puño a la plebe, hecha de ineptos y descontentos.» De esa suerte prevalecían los hombres creadores y grandes. Lástima que los Estados Unidos no tuvieran un Porfirio Díaz.

—Sería hermoso un continente gobernado napoleónicamente desde Washington. Y ¿por qué no? ¿Qué escrúpulos puede nadie oponer? Usted es buen mexicano, yo soy buen americano; ¿por qué no habían de unirse las dos naciones como se nos unió Texas, y entonces, quién sabe? ¡Un mexicano podía llegar a ser jefe de todo el Continente! Elecciones o plebiscitos periódicos y toda la autoridad posible al elegido, a reserva de exigirle responsabilidades al fin de su término constitucional.

¿No era ése el secreto del éxito de los Estados Unidos, el primer pueblo de la historia...?

Poco después de este viaje se operó un cambio en el bufete de Warner; se separó Wilson, llevándose la clientela del banquero Beckins. Me invitó Beckins a que los siguiese. No quise hacerlo por escondida repulsión a Wilson y por lealtad a Warner. Nunca me arrepentí de haber evitado el camino torcido. Beckins no llegó a ser un Morgan, pero sí juntó los cinco o seis millones que disfruta en su palacio de México y sus residencias veraniegas de Estados Unidos.

Para alcanzar la grandeza no le ha estorbado la murmuración de los envidiosos o de los agraviados. A título de anécdota que define a un tipo refiero lo que se me contó. Despachaba Beckins, como de costumbre, en su Banco, rodeado de auxiliares, taquígrafas, clientes. Presenta el mozo una tarjeta. Sin parpadear, Beckins ordena: «Que pase.» Penetra a la sala un caballero *yankee* alto, barba blanca venerable, porte severo. Llamémosle *mister* Jones. Los empleados, las taquígrafas conocen la correspondencia violenta en que el recién entrado reclama contra una pérdida de que se acusa a Beckins, y hacen ademán de retirarse.

Con una señal, los retiene; cortésmente indica a Jones un asiento. Éste, en voz pausada y alta, declara:

—*Mister* Beckins: ¡he venido a su propia casa para decirle delante de sus empleados que es usted un bribón y debiera estar no en su Banco, sino en presidio!

Hay una breve pausa, tras de la cual, con su voz atiplada y tranquila, Beckins pregunta:

—¿Y eso es todo, *mister* Jones...?

—Sí; eso es todo —contesta el viejo preparándose a salir.

—Un instante nada más, *mister* Jones, se lo ruego —interpone Beckins, y echándose atrás en el asiento giratorio examina a Jones de arriba abajo, y sonriendo exclama—: Ahora comprendo, *mister* Jones, por qué usted a sus años está pobre y arruinado, hecho un fracaso, en tanto que yo soy millonario. Haber hecho un viaje

para darse la molestia de decirme lo que todo el mundo sabe y mejor que nadie, mis asociados: «Que soy un bribón que debiera estar en presidio»; vaya, *mister Jones*; ¡a sus años preocuparse de ese modo de lo ajeno, en vez de atender a sus propios asuntos! Con razón. Su sombrero, *mister Jones*; aquí está su sombrero...

Se asegura que los presentes se pusieron a reír y *mister Jones* se retiró confuso, casi avergonzado. La liberalidad de Beckins con sus amigos y servidores le aseguraba no pocas adhesiones leales...

El tipo del negociante, Warner, era más humano y más fino. Propiamente, no era Warner negociante, sino soñador metido a negocios, caso desesperado. Warner forjaba proyectos y fantasías y dejaba escapar las ocasiones modestas. Deseaba un millón; pero había de venirle asociado a la estimación de sus iguales, sin mengua de su nombre de buen linaje. «Una guerra para apoderarse de Cuba no estaría bien; era como pegar a un niño.» Sin embargo, él decía: «*Take Cuba, gently*, para sanearle sus puertos y liberar la población oprimida.» Mirando aquí y allá los restos de la acción española en México, comercios urbanos, explotaciones agrícolas, comentaba: «¡Son admirables! Fíjese cómo tienen el secreto de hacer trabajar recogiendo ellos el fruto.» En el fondo se sentía, como tantos otros *yanquis*, el heredero de los conquistadores españoles. Ostensiblemente y para la galería hispanoamericana, censuran las atrocidades de la Conquista, el rigor del coloniaje y, en realidad, estudian el sistema y desearían repetirlo. No era Warner el tipo del capataz. Emulaba más bien el caso del aventurero moderno, negociante y promotor, suerte de Peer Gynt ambicioso, no sólo de oro, sino de poder y de fama. El profeta de sus empresas era Ibsen, por encima del mismo Emerson y con desdén confesado de Ruskin. Saltando sobre los frenos de la tradición democrática igualitaria, los *yanquis* se volvían a sentir vikingos rapaces apenas trasponían nuestras fronteras. Toda nuestra literatura revolucionaria se ensañó más tarde contra el tipo de negociante intervencionista que aprovechaba la crisis moral de un pueblo para medrar y oprimir sin compasión. Por desgracia, hasta ahora no hemos logrado otra cosa que proveer a estos traficantes con el socio que necesitaban: el político, general de la revolución, que les asegura la impunidad.

Mientras Warner perdía dinero y tiempo en organizar negocios de rendimiento problemático, Beckins no metía jamás un peso suyo a ningún negocio. Los negocios los hacía con el dinero de los otros, sin perjuicio de adjudicarse la parte del león en las ganancias. En esto del sentido práctico para el negocio tenía yo más de Beckins que de Warner. Muchas veces evité que Warner arriesgara sumas en provisiones dudosas, y el poco dinero que yo ahorraba lo guardaba contante y sonante en el Banco. Hice una casa porque tenía familia y era necesario meterla en algún sitio; pero nunca invertí en negocios aleatorios. Para soñar basta con la poesía; y no hay nada más triste que rebajar el sueño al nivel de una realidad que sólo agradece a quien la trata con claro, preciso, definitivo desdén.

Entre la multitud de los aventureros que se diseminan por nuestro territorio en busca de minas, tierras, bosques que trabajar o explotar, hubo, por supuesto, hombres

admirables, ingenieros que en la mina o por los terraplenes de nueva vía férrea vivieron largos años con la frugalidad de un monje, sólo para dejar al morir una fortuna modesta que paraba en manos de abogados y banqueros. El gusto casi heroico de la tarea purifica y eleva estas almas singulares. Con uno de estos hombres conviví en cierto viaje. Era él un cincuentón enriquecido en el trabajo, y yo un pobre principiante. Sin embargo, yo derrochaba imbécilmente propinas, vasos de cerveza, coches y extras en la mesa. El otro caminaba a pie para economizar el taxi, bebía en la mesa agua, en vez del vino caro y malo, y se acostaba temprano mientras yo me iba al teatro. «El trabajo humano —me decía, a propósito del dinero— no lo derroche; es de tontos hacerlo.» En cambio, en nuestra enrevesada ética criolla quien no despilfarraba así tuviese que vivir después de prestado... no sabía lo que es vivir; no era hombre.

Llegábamos al abra en que se divisa Oaxaca. Cuando Hernán Cortés llegó a este sitio (recordó el *yankee*), se quitó el sombrero y clamó: «Gracias, Dios mío, porque me has concedido contemplar este panorama.» Súbitamente el confín se ensancha y aparece un valle dulce, poblado de casas y arboledas, partido por la cinta plateada de un río que corre entre playas de oro. Hacia el fondo, cúpulas bizantinas y campanarios barrocos. Ocre subido de la piedra tallada; encalados paredones casi sin vanos, balaustradas de hierro forjado y aleros de teja. Todo tiembla en el cristal de una armonía exótica.

El convoy, al bajar, nos ha metido en capas de aire denso embalsamado de tropicales florestas, refrescante y como nutritivo. Altos ramajes de mameyes y de mangos, tierra colorada, siembras y chozas entre palmares, ovejas y gallinas, guajolotes, indios de blanco. A mi mente acuden nombres aprendidos en la infancia. Los barrios del Carmen Alto y la Soledad, las Mirus, las Fandiño, familias que oía recordar y de las que ya nada sabré jamás. Estaban allí los panoramas que recrearan a mi madre en su juventud. Irreprimiblemente la garganta se me estrechaba de verme solo, deshecho el manto del familiar afecto. El cochero que nos recibiera en la estación había pronunciado calle, con la *elle* fuerte de mi abuela; elles oaxaqueñas, que en América sólo usan también los argentinos. La musical estridencia acordaba con el ambiente despejado y sólido, transparente y casi quebradizo. Desde el asiento de la calesa revisaba las casas, las puertas, las esquinas, buscando la traza de los relatos paternos, cotejando las fotografías que fueron tesoro de la familia. Era un poco mío cuanto miraba. Cierta casa baja encalada y con balcón corrido de hierro y un ventanillo, me sobresaltó con la sugestión: Esto mismo vieron sus ojos tantas veces. La angustia de mi goce se avivaba como si estuviera dentro de mí el alma infinitamente amada. Lo que ella en sus últimos instantes rememoró quizá, creyendo no verlo más, ahora lo contemplaba con mi mente. Más que yo mismo, era ella quien veía de nuevo sus parajes nativos. Aquellas imágenes eran también algo como un complemento. Así que las incorporase a mi conciencia, como nutrición del ambiente nativo, mi personalidad sería más rica y coherente. Lentamente me volvía más yo

mismo... Asomó la portada de la Soledad con su gradería, y encima el atrio donde se comen los buñuelos y se quiebra la cazuela el día de la fiesta. Largamente, deliciosamente, examiné la noble portada barroca, piedra dorada y cornisa ondulosa, sin torres. Allí sí, seguramente, los míos gozaron la verbena y en seguida, recobrada la compostura, meditaron frente al altar semichino, recargado de molduras de oro, patinados los óleos, ardida la tierna cera de los cirios... Oscurecía y estaban cerradas casi todas las ventanas, desiertos los balcones. Una vaga protesta, absurda, se alzaba dentro de mí; extrañábame de que las puertas no se abrieran a mi paso, de que nadie acudiese a la bienvenida. Desde luego ya no tenía por allí parientes; nadie sabía, ni le hubiera importado saber mi llegada; pero esto mismo hacía más aguda la desazón de entrar a la propia casa como desconocido. Mi gringo minero, al lado, aunque bondadoso y prudente, hacía más doloroso el caso. Llevado allí por extraños, gracias a ellos volvía, ya no el hijo pródigo, sino su descendiente, y a presenciar la ruina de su propia estirpe. Las casas, las minas, los ranchos, empezaban a ser propiedad de extranjeros, como el que me acompañaba...

Concluida la cena, me despedí de mi cliente y me eché a vagar por la ciudad. Eran más o menos las diez. Desembocaba el zaguán del hotel en el portal frente a la plaza. Los arquitos recordaban las casas de los «nacimientos» con que se festejaba la Navidad. Uno que otro transeúnte miraba con indiferencia las alacenas de dulces y pastas. A la derecha, los soportales de cantería del Palacio del Gobierno sugieren el tipo arquitectónico de la Colonia, de Antequera a Guatemala. Al centro de la plaza, un jardín que embalsama la noche. Andadores espaciosos, pulcramente embaldosados, brindan asientos a la sombra de toronjales cargados de fruto. Frescura y pureza del hálito vegetal. Reposadamente observé el Palacio: anchas puertas, protegidas de balcones, a lo largo de la cornisa de la arquería. Lo hicieron criollos españoles; es decir: mexicanos de la era fecunda. Y nosotros no tenemos ni memoria para recordar los nombres de los constructores. En cambio, cualquiera por allí pregona que en el Palacio despachó Benito Juárez, y aún se conserva en el descanso de la escalera el retrato de Porfirio Díaz. Pasmóme hallar en la piedra el mismo sepia de mis antiguas vistas estereoscópicas. Di otra vuelta a la plaza. Todavía algunos grupos, dialogando con desgano en las bancas, gozaban la flacidez de la noche infinita. Caminando unos pasos, sin preguntar, reconocí las torres dobles, bajitas, y la fachada robusta de cantera verde, la Catedral de los ditirambos arquitectónicos de mi padre. Atrio despejado y calle de por medio, un jardín con arboleda frondosa. El suelo pavimentado de cantería se ve limpio, impecable. Por la esquina del fondo se alzan casas modestas, pero robustas; dos pisos y balconería de hierro. Todo está puesto como para perdurar en los siglos. Examinó de cerca el templo y descubro, por fin, el tono incomparable de aquella cantera verde tan alabada. En los nichos de un tablero hay imágenes en piedra, discretamente talladas. El tiempo les da distinción. Era verdad y no exageración paterna: de la obra dimana fuerza y nobleza. Para construirla habían penado y habían vencido ánimos clarividentes dominadores de la

selva, la soledad, la cordillera. Un trozo de cordillera se había hecho música. ¿Quiénes fueron los fundadores? Ni sus nombres nos ha reservado la furia destructora de la época posterior, la apatía, la ruindad de nuestra herencia sin casta.

Cabizbajo seguí penetrando por avenidas semidesiertas, anchas y limpias, bien alumbradas. Las calles laterales se ven partidas por el caño que recoge el agua limpia de los aguaceros. El empedrado lustroso de granito amarillento; las fachadas, de poca altura y macizo ensamble; todo sugiere la influencia romanoibérica. Los zaguanes denuncian el grueso singular de los muros. Acuden a la mente historias de alarmas y terremotos. Al comienzo del arrabal cesan las cornisas y se expanden los aleros de teja envejecida y poética.

Por la subida del Carmen hay una perspectiva de calle que asciende y finge en la sombra nocturna el contrafuerte de una muralla fantástica. Al fondo de las avenidas se levanta ciclópea la masa oscura de las montañas. Estamos en el corazón pétreo del mundo. En él la ciudad es un ensayo de expresión de la cordillera. Reluce de aseo la doble fila de aceras embaldosadas. Cada hora golpea en la esquina el sereno y declama la cuenta del tiempo. Una quietud perfecta, sin otra presencia que el alumbrado, invita a seguir caminando. Arriba, la noche es un terciopelo recamado de astros. Parece que se han aproximado las constelaciones.

Cada dos o tres manzanas, el término de la vía pública se ensancha en plazas reducidas, sombreadas con algún jardín. Cierran el cuadro casas como palacios y templos antiguos. En ellos toma un alma el granito. Las sombras de los follajes agrandan, ennoblecen las proporciones. En el vano de un pórtico, una vieja enlutada tiende la mano pidiendo limosna. «Dios se lo pague...», murmura dulcemente. Una idea me remueve; la ancianita podría ser alguna remota pariente.

Avanzando, siempre sin preguntar, desemboqué, por fin, de improviso, a la fachada de Santo Domingo; lo mejor en su género en todo el Continente y en ciertos aspectos único en el mundo. Sorprende la masa robusta de la nave. Los contrafuertes se multiplican hacia los muros del convento anexo. Vista de cerca, la portada se impone con majestad. La torre lateral, no muy alta, cuadrada en el doble cuerpo, redonda en el tope, resiste no sólo el tiempo, sino la amenaza de los temblores. Todo el edificio es de piedra dorada semejante al mármol pentélico, pero sin lujo de columnas y frisos. La armonía definitiva de Bizancio ha dejado más bien su huella en este monumento del Nuevo Mundo. Los sillares sin ornato dicen el poema de la simple duración. La idea busca en la cúpula, imagen del firmamento, la totalidad de los destinos celestes.

Por un costado, unos árboles frondosos se ven jóvenes a pesar de su altura. Tenue brisa juega en el ramaje y pasa como las miradas de las generaciones sobre el macizo de cantería; una que otra ventana recuerda los interiores vastos como plazas defendidas.

Desentendida momentáneamente de lo presente, mi atención extraía del pasado las sensaciones que mis padres, mis abuelos, mis consanguíneos todos,

experimentaron a la vista de su iglesia. Sin duda muchos de ellos apegados a la provincia, la tuvieron como paradigma de sus anhelos de hermosura. Cada uno en mi clan, en tiempos remotos o en ocasiones todavía próximas, había contemplado los muros célebres, había recorrido el trayecto que yo ahora desandaba en dirección de mi hospedaje. Los mismos salientes y tableros que ahora me fascinaban, los árboles centenarios de la Alameda de León, cuanto me rodeaba habló antes a tantos otros, doblegados por el misterio que me sobrecogía. Al cruzarme con algún raro grupo de transeúntes me entraba de pronto el impulso de detenerlo para abrazar a cada uno diciendo: «¡Aquí estoy!» Y luego la súplica: «Háblenme de ella, que no pudo volver. Señálenme la casa que habitó. A qué balcones asomaba los días de los cortejos triunfales. ¿En qué losa cayó la flor que arrojó al héroe su mano blanca y leve? ¿Cuál de estas naves que envuelve el reposo guardó el afán de sus rezos...? ¡Ah!, y dígame: ¿Por dónde está la casita del barrio pobre en que escondió sus amarguras mi abuelita difunta, la buena viejecita sacrificada al hijo sin amparo?» Un vivo dolor me relajó de pronto los músculos, me deshizo la voluntad, me gritó en lo profundo: «Tú también eres aquí como expósito que nadie conoce en su tierra.» «Ni hace falta», replicaba el orgullo. Y luego, contagiado de las influencias estilo *yankee*, musitaba: «Bien podrías ya comprar la casa cuyo alquiler agobiaba a tu padre. Comprarla y obsequiarla para biblioteca de futuras generaciones.» Y bien vistas aquellas casas, en su mayoría resultaban chatas, sin encanto; casi no respondían a la ternura y tentación del desagravio. Y como algunas lágrimas empezaron a correr sin motivo, antes de llegar a las esquinas vivamente alumbradas me restregaba con la mano las mejillas. El desgaste nervioso me fue encaminando al hotel. Todavía uno de los puestos de dulces del portal estaba abierto y ofrendaba las mismas golosinas que nos llegaban a Piedras Negras. Ávidamente comí dos, tres tortitas famosas: pasta de harina y huevo, coco en almíbar y encima turrón de clara y miel virgen espolvoreado de azúcar colorada y anís. Había también turrónes blandos en obleas roja y blanca. ¡Y es tan humilde un dolor humano que la gula de los dulces me hizo pasadera la sal de las lágrimas!

Se disipa la pena, pero retorna, y ahora mismo, que escribo estas páginas viendo jugar a mi nietecita de año y medio, lloro por la abuela mía que es su tatarabuela, o sea, para la niña, una extraña. Pero en mí se juntan todavía, como mañana se juntarán con ella, generaciones pretéritas cuya memoria mueve a llanto y proles del futuro cuyo destino incierto nos sobrecoge. Tiemblo por la aventura todavía intacta de la pequeña y me preocupan las desdichas de sus hijos y los nietos que ella amará entrañablemente. Y atado así el lazo irrompible de las generaciones, me prolongo en el dolor sin término hacia atrás y hacia adelante, mirando con los ojos viejos de los antepasados y con los ojos todavía sin abrir de los postreros, el horror y el esplendor inacabables. Sólo es dichoso el que rompe la cadena de la maldición.

Al otro día mi cliente se fue a visitar unas minas de las cercanías y yo me quedé a gestionar algunos trámites en unión de un abogado local. Era éste un indio casi puro, bronceado y talentoso, con fama de buen jurista. Sin embargo, cierta vez, en el

descuido de la charla, me dijo:

—Usted es originario de aquí, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y conoce usted a estos gringos?

—Seguramente.

—Y dígame usted, en confianza y como paisanos: ¿es verdad que en Nueva York existen edificios de cuarenta pisos, o es que esto lo dicen para presumir?... —No sé el efecto que le causaría la risa que no pude contener; pero insistió—: ¿Usted los ha visto?

—No, hombre; yo no he estado todavía en Nueva York; pero no le quepa a usted duda que los hay... Acuérdesse usted —le dije después— de su clase de lógica, de su estudio jurídico, y de la teoría de las pruebas: sobre la prueba del testimonio humano se funda más de la mitad de lo que sabemos y tenemos por incontrovertible.

No sé si logré convencerlo. Y aunque de pronto me burlaba del incidente, después meditaba: por muy leído que sea, la vida en estos encierros de la serranía tiene que conducir a estos estados de desconfianza y de candor... La civilización era cosa de ruedas; había que moverse; ¡bendito el día en que el hombre y el orgullo echaron a mis padres a vagar por nuestro territorio, conmigo a cuestas!

Por la tarde, libre ya de quehaceres, visité a una señorita de edad, una Luz Brioso, prima del libre pensador y no sé si también algo pariente de mi madre o, por lo menos, amiga. Con ella y dos jóvenes, cuyos nombres no recuerdo, hicimos un paseo al río Atoyac, por debajo del puente, en un cochecillo de alquiler. En la feracidad de la tierra hay algo magnético: las flores huelen más que en la meseta mexicana; la luz es viva con un tono que baña de oro las cosas. El firmamento es azul con temblor de presencias creadoras. El reposo es allí de una densidad que justifica la frase local: *un aire que se corta*, y yo añadía: que nutre; un ambiente embalsamado de esencias vegetales, transparente y plácido.

Caminando por un atajo, entre cercas de bejucos, pretendí arrancar una vara para ocupar la marcha. En el instante de alargar la mano me picó en la enramada una espina que me produjo dolor vivísimo; en seguida una inflamación rojiza avanzó de la mano al brazo. «Es la *mala mujer* —comentaron mis amigas—, una liana dañina que usan precisamente en los cercados.» Durante una o dos horas tuve dolor y parálisis del brazo, hasta el hombro; aquello fue el aviso de las perfidias del trópico.

Por la noche, después de la cena, mi buena amiga Lucha me paró frente a una casa de zaguán ancho y dos ventanas bajas —las recuerdo apenas y no las reconocería hoy—, y me dijo:

—Aquí naciste.

Probablemente el paseo de la noche anterior me había agotado la sensibilidad doméstica, pues no experimenté la menor emoción. Ni me ha gustado nunca relacionar las gentes que amo con sus horas de acción cotidiana, menos en la agonía de un parto. La vida aparece en condiciones desagradables y supongo que aun los

más ignorantes padecen ante ellas repulsión; pero después que se ha escuchado una cátedra médica con el detalle de la placenta, los desgarramientos y los líquidos, queda para toda la vida un océano de asco de toda función fisiológica. Y así yo cuento mi nacimiento desde el día en que por primera vez, siendo niño, me pregunté:

—¿Quién soy? ¿Qué soy?

Regresó mi gringo de la mina y todavía nos quedaba pendiente una gestión en el juzgado de Tlacolula, para donde partí con uno de sus ingenieros. Desde el comienzo del viaje a caballo convinimos en quedarnos a pasar la noche en Mitla, para disfrutar de un buen hospedaje y de paso visitar las célebres ruinas. Era la primera vez que montaba en albardón y saltaba feo en el caballo, educado al trote inglés. Advirtiéndolo el ingeniero, un británico, me procuró útiles consejos de equitación; pero lo malo fue que al comentar el sistema de montar único que yo conocía, el mexicano en silla vaquera, opinó el inglés:

—Debiera usted aprender el estilo que en Europa usan los *gentlemen*.

Una sensibilidad que hoy parece excesiva me hizo responderle:

—No dudo que así monten los *gentlemen*. Pero antes de que en Inglaterra hubiese *gentlemen* ya había en Castilla caballeros que montaban como montamos nosotros, al estilo charro.

No era yo, y menos entonces, un tradicionalista; pero ninguna arma es mejor que una noble tradición cuando hace falta castigar la impertinencia de los extranjeros.

Las ruinas de Mitla figuraban en la colección de vistas oaxaqueñas de mi infancia; así es que reconocí cada porción. Restos de muros con grecas talladas en el granito; pilastras en bruto de un solo bloque de piedra; dos o tres salas semihundidas; cuánto mejor la obra de la tarde, afuera, en el sol que se ponía con arreboles suntuosos. Y cuánta más arquitectura en la nave de un humilde templo católico que en esos mismos días reparaba el párroco a veinte pasos de las ruinas bárbaras.

Cualquiera de las iglesias de Oaxaca o su mismo Palacio renacentista me habían producido mayor impresión que todo aquel rectangular, confuso residuo de una civilización sin alma.

El patio del hotel tlacolulense era una delicia. Encuadrado en corredor ancho, enladrillado; sobre el pretil, las macetas desbordaban rosas, claveles, azaleas. Por arriba, el cielo desleía su resplandor postrero. Recogí el llavón de una alcoba olorosa a la resina de los cedros del techo. Para la cena nos sirvieron sopa caldosa y de arroz, pollo guisado y ensalada de lechuga con betabel, vinagre, aceite de oliva y azúcar en vez de sal. Este aderezo dulce se había ido perdiendo en la mesa de mi familia; pero recordaba la época en que así la servían. De tales detalles se va formando la sensación de la tierra natal.

Cierta notoriedad derivada de notas de prensa sobre las reuniones del Ateneo en la capital y la camaradería de los colegas de profesión determinó que se me diera un almuerzo de agasajo en una hermosa huerta de los alrededores, la víspera de mi partida. Entre copiosas libaciones y *moles* regionales se multiplicaron los discursos.

Y el encargo de decir en la metrópoli que también la provincia tiene talento y que no está muerta la vieja Antequera y, en fin, el entusiasmo de rigor en estas reuniones en que la juventud manifiesta sus anhelos. Uno de los comensales recogió un grupo y nos llevó a su casa. Allí hubo por la noche más comida con tinto de Burdeos que acababa de embotellar; otro —¿se llamaba Dols?— me dedicó libros suyos. En fin; salí de allí rebautizado oaxaqueño y complacido de aquella gente sincera, y que tan poco logra en favor de su región, quizá por su prurito de emigrar.

Los azares de la clientela me llevaban también por sitios menos afinados por la cultura y, en ocasiones, por sitios completamente hoscos. Cahitas era una estación de tres casas, una especie de hospedería. Los viajeros se apeaban del tren en Cahitas para seguir en diligencia hasta Nieves. Por imprevisión fui a dar allí en domingo y no corría diligencia hasta el martes. Una de las tardes más tristes de mi vida fue la de aquel domingo. Nada sabía entonces del arte difícil de la paciencia. Y en vano ensayaba disciplinas yoguis para encontrar interés a las plumas de gallina que el viento levantaba en torno a la mísera posada. Apenas una cerca de alambres nos separaba del arenal. Muy distante se erguía el perfil azuloso de unos montes y el alma se contagiaba con la sequedad de la llanura. Al cabo de súplicas y regateos, un cochero aceptó conducirme en un carruaje de dos ruedas y un caballo: una «chispita». Salimos el lunes, economizándome un día de espera. Partimos de madrugada en dirección de las Tetillas, de cerros paralelos que justifican su nombre. En ellos se parte el camino, a la derecha en dirección de Sombrerete, donde el mineral aflora en la montaña, y a la izquierda, rumbo a Nieves, el final de mi ruta, otro mineral pacífico y próspero. Corría la chispita por la senda que deshace el matorral y escapaban las liebres, sin mayor susto, un poco extrañadas de que alguien se aventurase por sus reinos solitarios. Al acercarnos a la serranía, el terreno se puso menos árido y empezamos a ver ganados. Un toro estacionado cerca de las rodadas que seguía nuestro cochecillo se nos quedó mirando amenazante; pero el cochero arreó sin miramientos y la fiera se quedó perpleja, inocente y hermosa.

A mediodía estuvimos en Río Grande. Allí alquilé caballos y un guía para las pocas leguas que me separaban del término del viaje. En este Río Grande, mientras almorzaba en la fonda escuché las conversaciones, examiné los tipos. Me sentía extraño entre aquella gente de pantalón pegado a la pierna, lanzadores y vaqueros que no hablaban sino de peleas de gallos, apuestas y coleaderos. Y con asombro, y sin simpatía por aquel género de vida, me preguntaba: ¿Será esto de verdad México y no la corteza de europeísmo que mantenemos en las ciudades? Por lo menos la larga paz porfiriana había relegado a su sitio a aquellos tipos vulgares. Sin embargo, allí estaba la cizaña que Carranza sembraría por el país, con disfraces de generales y de caudillos. No eran los pobres ni los explotados, sino los pequeños caciques, los mayordomos desleales que matarían al patrón para hacerse propietarios. El labrador indígena la haría de recluta para ser otra vez traicionado. Proletarios de reloj y cadena de oro, los llamaba cierto ministro carrancista que detestaba a Villa, pero se hacía sordo al escándalo de los rufianes que exaltaba Carranza. No me pasó por un momento la idea de que aquella plebe gallera y alcohólica sería en pocos años dueña de la República. Nos forjábamos demasiadas ilusiones acerca de un progreso que apenas rebasaba el radio de las grandes ciudades. La patriótica revolución de los maderistas afectó apenas a aquella gente. La corrupción carranclana primero, y la corrupción definitiva del callismo, han tomado en ella el material con que se fabrican

los ministros ladrones, los diputados analfabetos, los militares asesinos.

Nadie pensaba entonces en rebeliones; los caminos eran seguros, y apenas si en el patio de la posada o la puerta de las tabernas algún malencarado osaba mirar torvamente al catrín de la ciudad que pasaba mal sentado en la montura y renegando de la lentitud, la incomodidad de las jornadas campestres.

A cuatro o cinco leguas de Río Grande está Nieves, la antigua cabecera de un renombrado mineral. Bajando a caballo una cuesta vése en primer término la torre con su reloj. Circúndala un despliegue de azoteas con una que otra chimenea de los laboreos adyacentes. Precisamente la mina que iba a embargar se hallaba situada en las inmediaciones. Su acreedor me había dado carta para un comerciante de la localidad que, a falta de hotel, hospedaba en su casa a los viajeros distinguidos. Llegué al atardecer hecho pedazos por el caballo y sin ánimo más que para echarme en cama. Sin embargo, me reanimó una cena espléndida acompañada de vinos franceses en abundancia. Como que a la mesa estaba el agente de vinos, mexicano-francés, que, con el seudónimo de Cráter, se hizo célebre durante el maderismo, por sus libros en defensa del indio. El ambiente cosmopolita de los minerales se hacía sentir en aquella casa, bien atendida y cordial, donde no se aceptaba estipendio; recibía huéspedes por servir a los amigos recomendantes, y si alguien hubiese insistido en pagar le habrían respondido, molestos: «Esto no es posada.» De sobremesa me fue presentado el personal de juzgado para la diligencia del día siguiente, y hubiera dormido en la casa limpia y muelle a no ser porque el cansancio y la cena excesiva me tuvieron afiebrado, casi delirante, toda la noche.

Concluidas mis gestiones, el regreso lo hice en una diligencia de doble tiro de mulas lanzadas a toda carrera por despeñaderos escalofriantes. La escarcha blanca cubre las montañas y el frío entumece pero a medida que sube y calienta el sol se despezan los viajeros, se fuma, se conversa. En la remuda almorzamos, y al atardecer de un día de tumbos se vuelve a ver Cañitas. Media hora después pasa el tren de la capital. Los cojines afelpados del pullman, con la blanca almohada dispuesta y el botón eléctrico para pedir cerveza helada o comida, parecen el regazo mismo de la civilización. Atrás quedaban las incomodidades y la barbarie.

De Durango al suroeste las tierras son espaciosas. A trechos verdean en ellas trigales que no se sabe a quién van a alimentar, perdidos en la soledad. En ciertas extensiones se forman lagunas que se denuncian a distancia por el vuelo de los patos silvestres. Al borde mismo de la meseta existe un paradero denominado las Bocas, porque allí se abren sendas en la mole inextricable de la Sierra Madre Occidental. Se deja allí el coche para montar caballo o mulo de esos que arañan con las pezuñas los granitos a las orillas de los precipicios. Mientras el guía toma un bocado y se ensillan las bestias, procuro dormir un momento para reponerme de la feroz madrugada. El catre hecho de tiras de cuero de vaca lastima las carnes, y el ruido de la conversación no cesa en la tienda contigua. Entran y salen indígenas preparando su carga para el camino. Otros se proveen de tabaco y velas y jarciería. No pasan de tres las casuchas pero las voces, los ruidos, resuenan amplificadas contra el granito de montañas que, cerradas en ollas, nos circundan, nos agobian con su soberbia inclemente.

Suena de pronto el violín del indio ciego que está a la puerta. Es un instrumento de madera sin barnizar y tres cuerdas gruesas, resecaadas al sol. El arco de cerda es también imperfecto y arranca una melodía lastimera, desentonada, que se repite y repercute en la quebrada distante. Una extraña emoción despierta en la soledad. El ambiente primordial se estremece como si el ciego con su insistente melodía excitase uno de los nervios ocultos del cosmos. El ciego no mira la áspera rugosidad de los basaltos gigantescos; pero la caja de su tosco instrumento capta el ritmo de la cosa en su inmensidad, lo transforma en son y lo hace entrañable. La montaña como en un encantamiento, prescinde de su hosquedad e invita a penetrarla; seguramente había poesía atesorada en sus abismos, altivez en sus riscos, ninfas en la hondonada y chorros cristalinos en el resquicio de las peñas. Hálito sordo de la piedra hecho melodía, se inserta al corazón y se transforma en sensibilidad. Una multitud de sugerencias confusas nace del terco son. Lanzando al encuentro de la peña su melodía, el ciego penetra en el secreto de lo inerte como no logran hacerlo los ojos, contruidos para reflejar superficies. El sonido, en cambio, es la mirada en profundidad; el sondeo que perfora, rompe velos, murallas. Oyendo tal música entraba anhelo de abandonar papeleo y negocios para seguir por lo intrincado del monte, hasta los huecos en que se escucha el rumor de los átomos.

Al lado del ciego se irían desenvolviendo, junto con la melodía de su violín, las tesis estéticas que me bullían en la mente sin acertar organizarse en palabras.

El «listo, jefe» del guía me despertó del ensueño. Resbalando casi hasta el pescuezo del caballo en los descensos, agarrados a la crin en las cuestas para no salir por las ancas, atravesando laberintos, desembocamos por fin, en el cañón del Mezquital, célebre corte de la sierra que abre paso a un proyecto de río que es más bien un camino de obstáculos. Durante horas, las bestias hunden las pezuñas en la arena cálida o trepan por los pedruscos y bloques de granito que en largos trechos obstruyen el lecho seco del arroyo. En algunos sitios el arenal se despeja y simula una

calzada entre muros de granito. En otros pasos el viaducto agobia como si fuese a derribarse y a cerrar para siempre el camino. Más o menos a la mitad del trayecto, hay una gotera en la peña. Los caminantes han construido una especie de tazón de roca que recoge hasta la última filtración y es tan escasa el agua en toda la comarca, que se acostumbra echar en el tazón el agua que traen los frascos antes de volverlos a llenar de refresco. Dan ganas de detenerse frente a ciertos acantilados desnudos, a fin de proyectar las inscripciones y altorrelieves que pudieran marcar lo esencial de la civilización, que los va conquistando. Nada de esto hay en el continente, que, según la geología, es el más antiguo de la Tierra. Le han faltado ríos en la meseta, pero también le ha faltado casta. Pues sin ríos el Tíbet se ha llenado de monumentos. Y donde hay ríos y fertilidad, la obra artística aborígen resulta pobre comparada con la indiano-egipcia. Así lo comprueba el mismo arte maya. Por aquella serranía del Norte, especialmente, nunca han pasado, desde que rueda el planeta, gentes capaces de imprimir su huella en la roca. Y eso contribuye a la emoción desolada del que recorre sus parajes siempre desiertos de significación, aunque están y hayan estado habitados. Para humanizarlos habría que tallar en los basaltos escenas de la redención cristiana que trajo su esperanza al mundo de la muerte.

Ya cuando el sol declina, las cabalgaduras ascienden al terreno plano de un valle prolongado entre cordilleras. Se ven unas cuantas milpas y vacas que pacen sin dueño en la extensión sin chozas. De pronto un alambre corta el sendero y una brecha señala el desvío de media legua por lo menos. La casa de una hacienda muestra su enjalbegado a poca distancia; pero el dueño, según explica el guía, para robar un terreno ha corrido el lindero llevándose de paso el camino. Con una cena al jefe político, una propina al coronel, los propietarios arreglan estos asuntos sin necesidad de tribunales. Y el viajero reniega en vano delante del guía, que calla. Maldiciendo la propiedad y los propietarios acabamos por someternos, pues no hay más casa que aquella de la hacienda en muchas leguas a la redonda, y es allí donde deberemos pedir permiso para pernoctar. Nos lo da obsequioso un administrador español de barba negra cerrada; reposamos en un banco, mirando la puesta del sol tras de las montañas; temprano todavía, nos llaman a la mesa común: papas, bistec, frijoles, tortillas y una leche gruesa espumosa que, nos explicaron, era el producto de los pastos secos de la sierra. Para dormir me colocaron en un cobertizo de teja entre sacos de maíz y monturas. El catre, sin embargo, tenía sábanas limpias, por lo que muy confiado apagué la lámpara de petróleo y procuré dormir. A los pocos instantes me pasó por la oreja un rozamiento y rumor incomprensibles. Volví del otro lado la cabeza decidido a vencer la fatiga, adolorido de cada coyuntura; pero pasó otra vez el soplo macabro. Incorporándome espiaba en la oscuridad, con la pistola al alcance de la mano, cuidando de no hacer ruido. Busqué cerillos sin encontrarlos, hasta que, al fin, el vago destello de una claraboya en lo alto del muro me permitió advertir el paso de una sombra negra por el aire. Súbitamente comprendí: un murciélago. Y no había medio de ahuyentarlo; tuve que pasar la noche en acecho somnoliento. Hacia la

madrugada el bicho, se escondió y dormité un poco. Pero bien temprano reanudamos la marcha, previo almuerzo de huevos con frijoles fritos, tortillas calientes y leche sabrosa. Si dormir fuera tan fácil como comer, no habría de qué lamentarse en los viajes. En las consideraciones que me mostraban todos aquellos hombres recios adivinaba cierta piedad por mi condición de «curro» de la ciudad entrometido en la aspereza de la vida del campo; por eso ni mencioné el incidente del murciélago. Al volver a montar sentí que se me quebraba en pedazos todo el cuerpo... Esa misma mañana llegamos a San Miguel, obtuve del registro de la propiedad los datos requeridos, presenté al juzgado alguna instancia y al Jefe Político una carta. Pese a la mala fama de los funcionarios de aquella época, la primera autoridad de Mezquital resultó un hombre amable, que me invitó a comer en su casa y me prestó un mosquitero para la siesta; no fue largo, con todo, mi reposo, pues reflexionaba: Si he de dormir mal en este pueblo, vale más pasar la noche caminando para regresar a Durango y descansar de veras. Y caminamos, caminamos tanto, que ya no sentía la fatiga y parecíamos connaturalizados con el caballo. En los tramos despejados galopábamos. En uno de estos galopes se me saltó de la funda la pistola y perdimos una hora buscándola en el arenal, sin encontrarla. A eso de las diez empezó a salir la luna. Con ella emergieron el llano y los montes y uno como canto del silencio. Serían las doce cuando decidimos apearnos para dormir unas horas en una casita y tienda a la orilla del camino, cerca de la entrada del cañón. El guía que conocía a la dueña, golpeó la puerta; nos abrió una vieja que arregló una cama en un cuarto oscuro de piso de tierra y nos hirvió café. Revisando en su mísero escaparate todavía encontramos una lata de sardinas y unas botellas de agua mineral. Cenamos vorazmente; luego me desvestí para acostarme, tapado con una sábana porque cobija no la permitía el calor. En aquellos tiempos yo andaba igualitario y empeñado en ejercicios pueriles de vida cristiana, de suerte que en vez de dejar al guía tirado a la puerta, según el uso, le mandé poner catre dentro de la alcoba. Era éste un mocetón bronceado, fornido y de buen humor, pero apenas se descalzó difundía olores capaces de intoxicar un becerro. Insomne, contemplé a través de la puerta abierta un seto de plantas que la luna convertía en miraje de jardín casi sobrenatural. De pronto, a la sombra de un follaje cruzó una mujer en camisa. Dominando los ronquidos del guía, que ya reposaba en su rincón, lancé un «pist» a la desconocida que entró despacio y se subió en mi cama. Sólo después, y por el olor a tabaco, descubrí que se trataba de la misma vieja que nos había servido la cena. Asqueado, salí a baldearme con agua del pozo, y sin aguardar el amanecer levanté a empellones la recia contextura de mi acompañante. Muy voluntarioso, ensilló y me condujo lejos de aquel sitio de pesadilla.

Conversando otra vez durante la marcha dijo el mozo estirándose: «¡Ah! Me siento como cuando pasa uno la noche con su prieta a puro beso y beso.» Si así estaba él, yo no pesaba ya sobre el caballo de tan frágil y estropeado que me hallaba. Sin embargo, usé ruegos y promesas de propinas para convencerlo de que echáramos de

un tirón la jornada para dormir esa noche en Durango. Tanto forzamos el trote que atravesando primero el cañón, luego las llanadas, estuvimos a la vista de las torres de la Catedral antes del ocaso. Tuve tiempo de bañarme, afeitarme y buscar a los amigos. Unos ya no estaban; en otros ya no encontré el mismo beneplácito de dos años antes. «Nunca vuelvas al mismo sitio por gusto», me decía decepcionado. El resto de la noche lo pasé aburrido... en un partido de boliche, jugando como si no tuviera encima las tremendas jornadas de una ida y vuelta que parecía increíble a los que me oían contarla. Y no corrí a la cama porque la sobreexcitación me alejaba todavía el sueño.

Con prisa regresaba cada vez a la metrópoli. Concluido el embrujamiento de los panoramas campestres, la vida en las poblaciones pequeñas se hace molesta por el hábito del billar y las libaciones alcohólicas. Se produce, además, la inquietud del retorno. La apariencia exterior de la ciudad es hermosa y espléndida. La vieja arquitectura es noble y serena. Las fachadas principales se han librado del gris moderno y conservan enjalbegados en rosa o en amarillo. Un sol que nunca falta aviva los tonos. La atmósfera se mantiene transparente y el clima siempre benigno invita a estar en la calle y a vivir puertas afuera. En cuanto a calidad auditiva, las campanas de las iglesias, los pregones melódicos, el bullicio del tráfico y las voces de timbre claro engendran una sinfonía sin estridencias. Bien merecía la metrópoli de aquellos años el músico que le forjara su «suite» para colocarla caracterizada entre las poblaciones de armonía y en oposición de las capitales de la disonancia. Todavía recorríamos su extensión a pie casi de un extremo a otro. Las colonias modernas, vistosas y bien saneadas, empezaban apenas a crearse y los ciudadanos vivíamos entre las viejas casonas sin más recreo vegetal que el Zócalo y la Alameda.

Los fresnos todavía jóvenes del Paseo de la Reforma, daban entonces impresión de calzada. En los barrios más populosos viví mi purgatorio estudiantil. Ahora comenzaba a descubrir la ciudad, como la coqueta que sonríe al dinero y prodiga ocasiones y promesas. Me asociaba también con aquellos que empezaron a tirarle sus trenzas de cortesana, agitándola con algaradas políticas y removiéndola con discursos y conferencias de filosofía.

El cénaculo literario y el teatro ocupaban nuestros ocios. En el primero no era yo de los bien hallados. A excepción de Antonio Caso, a quien siempre admiré, los demás del Ateneo me parecían incompletos, con su preocupación de la forma y su falta de garra para pensar y aun para vivir. Fuera del círculo ateneísta tuve un íntimo: el poeta Eduardo Colín. A diario nos juntábamos para dar un paseo por la Avenida hasta la Reforma y regreso. Me leía sus versos de corte noble y tendencia fría a lo Leconte de Lisle... Recuerdo un poema en que se pintaba a sí mismo meditando por el jardín, «con un libro de Nietzsche entre las manos». Hablábamos del género entonces en boga: la novela; sus preferencias, Stendhal y Flaubert, me resultaban poco menos que intolerables. La necesidad en que se coloca el novelista de encarnar en personajes su tesis, con la correspondiente obligación de inventar escenarios y describir minucias como el estilo de los muebles de una habitación, me era repulsiva como una degradación del espíritu. Exagerando la protesta contra el realismo de Zola, lanzaba incluso contra Shakespeare obligado a reencarnar leyendas y temas del acervo popular. Me era antipático, además, que el gran pensamiento tuviese que estar atento a reglas de prosodia. Lo que para mí era el pensamiento no me llegaba por imagen ni por fórmulas, sino por ondas y melodías. Inmersa en el cosmos, la mente no me dejaba ideaciones salidas de la cabeza de un personaje de barba o sin barba, sino chispazos y resplandores como los del tubo de Roentgen que había visto

funcionar en la clase de Física. Y una literatura equivalente es lo que hacía falta. Un lenguaje para traducir los tesoros de captación y percusión de las ondas latentes en el reino del espíritu. En cierto sentido pensaba como músico; pero tampoco me seducía convertir en sólo sonido una irradiación sobrenatural que contiene mucho más que uno cualquiera de los medios de la expresión. Cuando empecé a saber de Wagner, creí que en su combinación de las artes para el teatro estaba el camino de la revelación moderna; pero pronto me convencí de que no pasaba aquello de una especie de torneo de elementos artísticos sin cohesión. Y si a veces se asomaba al milagro no lograba producirlo del todo. *El perfecto wagneriano*, de Shaw, acabó de divorciarme del germano.

Durante mucho tiempo me preocupó la tesis cabalística hebrea que resume en un vocablo sagrado toda la sabiduría. Eso era necesario volver a encontrar: el signo mágico, único y total que hiciera inútil todo el ensayo pluralista de las aproximaciones.

Por lo menos hacía falta un estilo que prescindiese de la paja y el ornato, para manifestar la belleza en su esencia divina y mística. Un arte de sustancias en lugar de artificios y maneras. Una literatura de sustantivos en vez del adjetivismo d'annunziano, entonces en boga. Una suerte de música del verbo que resulta del tejido acertado de la composición y no como la obra usual del poeta que a la inversa deforma el verbo con ritmo y cadencia que complacen el oído exterior, pero no tienen significado en relación con lo absoluto.

Sí; es claro que el evangelio es el modelo supremo; pero está tan lejos y tan arriba de la literatura, que no es posible derivar de él una escuela de escritores; más bien, sin duda, la Biblia. De sus imitaciones ha nacido la inmensa literatura inglesa. Pero la literatura constantemente degrada sus modelos. Era necesario hacer filosofía en estilo sobrio y grandioso. Por allí andaba Nietzsche, también degradando lo grande con sus extravagancias de enfermo; con Zarathustra a cuestas, pobre viejo bailarín y ridículo.

Divagaba de esta suerte, y Colín se aburría de oírme y yo mismo acababa enredado sin distinguir bien lo que quería. Seguro, a pesar de todo, de que alguna vez saldría de mí un mensaje, tal y como el jilguero le nace a su tiempo, espontáneamente, la canción.

A menudo, y para cambiar de estímulos, nos metíamos al teatro de variedades. Hallábase dividido el público en dos bandos, partidarios unos de una cupletista de escuela catalana afrancesada y lasciva; los otros de Amalia Molina, la cantadora andaluza. De esta última fui apasionado, y aparte de verla bailar noche a noche, la alababa en el periódico del Partido. Su dicción clara y melodiosa y sus mantones de lujo, su «ángel» auténtico y cierta pureza sentimental aun en medio de la sensualidad, originaban un espectáculo intenso y bello. Ella era menuda, linda de ojos y garbosa: toda musical desde el paso hasta las castañuelas. Una de mis entusiastas loas de su arte la escribí al lado de la alcoba en que mi esposa acababa de dar a luz a mi primer hijo. No sé qué extraña emoción ligaba dentro de mí la aparición de una nueva vida

con las saetas de Molina en honor a la Macarena. Lo cierto es que al escribir aquel ditirambo me aliviaba del drama que acaba de ocurrir. Lo había padecido en secreto. Llegado el momento crítico el médico había dicho: «Quién sabe; esperemos; la madre ya no es joven; es peligroso.» Y mientras escuchaba los lamentos de la pavorosa crisis fisiológica, un demonio me habló en lo íntimo: «Pudiera depender de tu voluntad —me decía—; basta con que lo pienses; piénsalo y decide; están pendientes del hilo de la fortuna dos vidas; si piensas aniquilarlas serás libre y evitarás que uno de tu sangre vuelva a padecer la prueba; ahora bien: si no te atreves, deja de pensar o pide que vivan y todo resultará normal...» Alucinado, permanecí perplejo igual que si rechazase una tentación. En aquel momento, en que la perspectiva de una liberación material se me apareciese cómoda, no me atreví a pedirla; me negué a desear, y más bien, para defenderme de la extraña tentación, afirmé decidido: «Sea la nueva vida y que mi carga se aumente aquí abajo, antes de complicarme el destino remoto... Si Dios quiere que viva...», repetía. Media hora después, tras el lloro transido, contemplé los ojillos de inquietud, apiadándome de una carne temblorosa y desamparada.

Mi instinto estaba quieto y protector al lado del hijo; pero la imaginación se me iba detrás de la bailarina. En mi obsesión no sólo influía el atractivo de la mujer; también la índole de su arte. En aquel tiempo el baile español era el filtro de una reconciliación dionisiaca con nuestro pasado hispánico. En medio de aquel oleaje de los usos *yanquis* invasores y después de casi un siglo de apartamiento enconado, bebíamos con afán en la linfa del común linaje. Lo que no lograba la diplomacia, lo que no intentaban los pensadores, lo consumaba en un instante el género flamenco.

Donde fracasaba la inteligencia, el instinto artístico reanudaba lazos que, en rigor, nunca se partieron del todo. De un salto, la calumniada España de castañuelas unificaba naciones de afín progeie como no lograron hacerlo políticos ni letrados. Puestos en posición que obliga a estar defendiendo palmo a palmo un modo de vida que es base de una cultura, exaltábamos todo esfuerzo de rehabilitación de la patria materna. El anhelo de solidaridad con la nación de nuestro origen era para nosotros imperativo biológico social, aunque para otros haya sido recurso oratorio o pretexto de rápidos provechos. Hubiéramos querido ajustar al de España nuestro camino. De ahí la desilusión con que nos enterábamos en las páginas finales de las historias alemanas de la filosofía, de que la España grande del Primer Imperio mundial estaba metida en la mediocre maraña burguesa del krausismo.

De vuelta nosotros en materias de positivismo y de ciencia, nos parecía inexcusable el literatismo filosófico de los krausistas peninsulares. Y no es que exigiésemos tanto como nos daban otros pueblos: música alemana, literatura inglesa, filosofía de Francia; pero nos parecía trasnochado el ginerismo, tan conciliador y cauto cuando nosotros habíamos rasgado el velo del templo y empezábamos a enjuiciar al nuevo ídolo que con el nombre de ciencia ocupó temporalmente nuestros altares. De la mano de Francia íbamos al día con el pragmatismo de James y la crítica

de Boutroux y de Poincaré, el creacionismo de Bergson. Todo mientras aquellos que debieran orientarnos se encerraban en la oscura capilla de Krause. Y luego con qué clase de conclusiones: armonismo que nada resuelve porque todo lo deja pendiente; intelectualismo para una raza que ha sido creadora, intuitiva y mística. Y en la moral, esa teoría cómoda de ponerse al margen de la política, al margen de la acción, cuando nuestro momento nos exigía precisamente enderezar la voluntad para enfrentarnos a los más graves problemas. Para afrontarlos, nos ofrecía la versión española del krausismo: estudio, copia, imitación del extranjero, precisamente cuando estábamos hartos de estudio y de copia y de viajes al extranjero. Y lo que nos urgía era una Universidad con criterio autóctono y sólidamente fundamentada en los intereses culturales propios, no en el remedo de la institución sajona. Nuestra época exigía decidirse; no era para nuestro medio combatido eso de estar al acecho de los acontecimientos. Lo que se imponía era producirlos.

La tesis krausista peninsular nos resultaba no sólo mediocre, también inmoral, en el sentido clásico de falta de fuerza y decisión ante la responsabilidad. Nuestro tiempo reclamaba heroísmo, y en oposición al narcisismo goethiano, una valerosa decisión de afirmar el destino. Sacrificio y lucha perenne del revolucionario frente al burguesismo y la astucia de los incoloros sacerdotes de la cultura por la cultura.

Por lo menos, Menéndez y Pelayo tenía sentido de casta y rehabilitaba las bases africanas de la cultura patria en vez de buscarle fingidas alianzas entre los vikingos de Noruega o los bardos del Rin. Nosotros estábamos también de vuelta en aquello de adorar el fetiche extranjero. Un siglo de afrancesamiento de lo exótico y ahora leíamos con estremecimientos de patriotismo el *Trafalgar*, de Pérez Galdós. A la hora en que España empezaba a ser negada por esa generación del 98, jamás repuesta del traumatismo de la derrota, nosotros, los vástagos separados hacía un siglo, comenzábamos a levantar lo español como bandera. Y no necesitó educarse en lenguas extranjeras el Galdós de *Marianela* y *El abuelo*. El mismo Blasco Ibáñez, que ya hacía ruido, se veía traducir a todas las lenguas que orgullosamente ignoraba, en obediencia de nuestro amado Eça de Queiroz. Tales eran los tipos iberos que podían influir en el momento nuestro, necesitado de lealtad ciento por ciento, para la causa de la lengua y de la sangre, para la causa de nuestra autonomía como nación.

Por lo demás, y en lo personal, debo a Menéndez Pelayo el servicio de haberme ayudado a lograr mi propia definición. Al dejar el catolicismo no lo había remplazado. Toda la inmersión en el positivismo no logró hacerme ateo. Cuando fui spenceriano, agnosticismo para mí quería decir teísmo impersonal y una especie de Dios fuerza, pero consciente infinitamente. Y sólo al meditar las páginas de los *heterodoxos* reconocí mi filiación. Yo no era un incrédulo, sino un hereje. Todas las religiones me parecen un aspecto de la verdad, aun siendo, fundamentalmente, cristiano y creyente. De la Iglesia me apartaban cuestiones en cierto modo accesorias. De suerte que la Inquisición me habría quemado, no por impío, sino por disidente. Por lo mismo mis antecedentes espirituales debía buscarlos entre los de Miguel de

Molinos y no en William James, como equivocadamente veía hacerlo a no pocos de mis contemporáneos. Don Marcelino, pues, me reincorporó a mi especie mental, librándome de toda esa corriente de savias híbridas que ha producido en nuestras universidades hispanoamericanas simios pragmatistas, behavioristas o fenomenólogos a lo germano. Mis propios yerros, por lo menos, son castizos.

Amábamos a nuestra ciudad por su música. En ningún otro lugar podíamos escuchar a la Tetrassini en la *Lucía* o en *Lakmé*, más ágil que la flauta. Una temporada de bailables con la *Copelia* y algún otro tema indostánico nos acababa de dejar recuerdo imborrable. Vino poco después el *Sansón y Dalila*, de Saint-Saëns, cantado por la Anitúa y una empresa que puso, con *misce en scène* fastuoso, *La condenación de Fausto* de Berlioz. La *Marcha Ratzkowsky* y las ondas de melodía en la supuesta escena griega, nos habían parecido la última palabra del arte sonoro. Pero además, yo tenía un secreto: En el mismo despacho de Warner trabajaron durante algún tiempo, como taquígrafas, dos señoritas Guzmán, de origen chileno y formación neoyorquina. Consumada pianista una de ellas, en su casa reunía un grupo de aficionados extranjeros, escandinavos, suizos y alemanes, que llegaron a formalizar un cuarteto. Cada viernes asistíamos unos cuantos invitados a escuchar dos o tres horas de música de cámara. Propiamente fue allí donde comenzó a revelármese el misterio dichoso de la armonía. Tocaban mucho Grieg, pero también Haydn, Beethoven y Mozart. Inclinado por lo que oía, me puse a estudiar a críticos de música como Grove para las sinfonías y sonatas de Beethoven, Hunneker, el de Nueva York, y Riemann el alemán. También historias de la música. Las audiciones de los viernes, los conciertos que más tarde dio en una sala pública el Cuarteto Bruselas, con obras de Smetana, Borodin, etc., representan mi iniciación a una manera del espíritu que sin renegar de las matemáticas se aparta totalmente de sus conclusiones; un escape fuera de la rigidez de la norma científica; un orden peculiar en la secuencia de los fenómenos. Algo de esto buscaba expresar más tarde en mi ensayo de *La sinfonía como forma literaria*. Música excelsa en cantidad he oído después; pero nunca olvido las veladas en el pequeño departamento de las Guzmán, por Santa María; dulces, modestas amigas chileno-yanquis, taquígrafas y artistas; nobilísimas almas, fueron mis musas de la armonía, descorriéndome el velo de los misterios gozosos que contiene el sonido.

Acabo de referirme a ciertos elogios que de una bailarina hacía en mi *periódico*, y tiempo es ya de contar cómo llegué a convertirme en director de un semanario político, sin menoscabo de mis tareas de profesionista. El malestar social latente había cuajado, por fin, en la conciencia de un mexicano. Se llamaba Francisco I. Madero; tenía juventud y recursos y acababa de publicar un libro: *La sucesión presidencial*. En él analizaba con valentía el presente y el futuro inmediato del país. Me tocó ser presentado a Madero en mi propio despacho, en los altos del International Bank, en la calle de Isabel la Católica. Allí lo llevó un amigo común: el ingeniero Manuel Urquidi. Estaba Madero de paso en la capital y prefirió acudir a verme, no obstante que yo había adelantado mi deseo de visitarlo en su hotel. Nuestra primera conversación fue breve. Buscaba hombres independientes, decididos; me invitaba a la reunión a celebrarse en la casa del ingeniero Robles Domínguez, edificio de la calle de Tacuba... Con motivo de la separación de Wilson nos habíamos trasladado al nuevo domicilio del Banco Internacional, del que éramos apoderados. En el piso alto, que Warner adaptó lujosamente, se instalaron nuestras oficinas y una notaría que era nuestra subarrendataria. Como auxiliar de dicha notaría figuraba el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama; provinciano, todavía joven y muy inteligente, pero de cultura rudimentaria: liberalismo a lo Ramírez, con mezcla de socialismo a lo Henry George. Con frecuencia discutíamos, conversábamos y aun nos cambiábamos libros. Yo lo admiraba porque había tomado parte en el conato de rebelión magonista de cuatro años antes, en protestas de la penúltima reelección de Porfirio Díaz. Los Magón, derrotados, habían tenido que refugiarse en los Estados Unidos, y Díaz Soto, amnistiado, vivía en retiro honesto y laborioso. Lo primero que hice, pues, fue comunicarle la invitación de Madero y hacérsela extensiva. Con sorpresa vi que no sólo la rechazaba, sino que amistosamente me aconsejó que no me presentase a la junta y que cortase toda relación con los alborotadores de la oposición. No valía la pena, me dijo, sacrificarse por un pueblo que nunca responde al llamamiento de sus mejores. A él le habían quebrantado su porvenir y estaba decidido a no volver a mezclarse en la política de un *país de indios embrutecidos por el alcohol*...

—Usted puede soñar en democracia, compañero, porque ha pasado su vida en la capital; no conoce a nuestro pueblo. El campo no está preparado sino para la abyección. La única política eficaz en México es la de Pineda —el gerente del porfirismo—; una política de pan y palo, o sea, un despotismo ilustrado.

No podían ser más juiciosas las reflexiones de Díaz Soto, ni más leales a la amistad. Por otra parte, yo no tenía motivo propio de queja contra el régimen... Sin pertenecer ni remotamente a cualquiera de las facciones gubernamentales, veía acrecer mis entradas, poseía casa propia y porvenir seguro. Pero, ¿qué sabe nadie de los motivos profundos que van determinando el destino? La convicción de que el porfirismo era una cosa podrida y abominable había ido arraigando en mi sensibilidad. La evidencia de los atropellos diarios cometidos a ciencia y paciencia

del régimen, y un sentimiento de dignidad humana ofendida, convertían en pasión lo que primero había sido desagrado y sorpresa. En cierto viaje por el sur de Veracruz, realizado en interés de nuestro Banco, que tenía acreedores en aquella zona, me tocó presenciar un caso irritante. Al entrar a despedirme de un jefe político, que nos había dado facilidades, me lo encontré indignado y me tomó de testigo. Acababa de rescatar de las manos de un gran propietario de la comarca a un hombre desfallecido, deshecho a latigazos; se proponía mandar la víctima al juez y promover la aprehensión del hacendado. Lo felicité por su decisión y me puse a sus órdenes. Al llegar a México, pocos días después, vi en la prensa que el jefe político había sido destituido por ponerse del lado de la justicia. Por el estilo, las quejas llovían, y una intensa campaña dirigida desde los Estados Unidos nos abría los ojos sobre atrocidades menores que las que comete el callismo, pero suficientes para mover la conciencia de las clases educadas en los colegios, deseosas de ver que México superase su barbarie. Una reacción de la cultura y el sentimiento de humanidad contra el matonismo militaroides y la incultura en el poder, eso fue el movimiento de protesta que culminó con la rebelión maderista.

«No sabíamos a dónde íbamos.» Así nos dijo el veterano periodista de la oposición y agitador obrero don Paulino Martínez.

—¿No se dan cuenta estos muchachitos de que vamos a una revolución? —decía incitándonos y a la vez reprimiendo excesivos entusiasmos de primerizos.

En las primeras reuniones quedó constituido el comité original con don Paulino ya citado; con don Filomeno Mata, viejo periodista independiente; don Emilio Vázquez Gómez, abogado de prestigio, y el ingeniero Robles Domínguez, un patriota que exponía su caudal. El elemento joven lo representamos: Federico González Garza, compañero de colegio y hombre puro; Manuel Urquidi, educado en el extranjero y buen demócrata; Roque Estrada, abogado de Jalisco y yo. A las reuniones posteriores asistió Luis Cabrera, que coqueteaba con el reyismo, el partido que parecía más viable dentro de la oposición.

Nuestro plan de campaña, calcado del libro de Madero, consistiría en organizar la ciudadanía de la República para que, abandonando su indiferencia de los últimos treinta años, acudiese a las urnas a designar presidente conforme a sus deseos. El lema que tantos años fue oficial: Sufragio Efectivo y No Reelección, lo redacté yo, en oposición al antiguo Sufragio Libre y para indicar que debía consumarse la función ciudadana del voto. Alegaba Madero, y con justicia, que no podía hacerse responsable al dictador de la retención del mando si antes la ciudadanía no manifestaba su voluntad de retirárselo.

No se dio a Madero ningún puesto en nuestra junta porque su misión era recorrer la República organizando clubes; pero antes de partir nos dejó dos encargos: el hallazgo de un personaje que aceptase ser postulado para la Presidencia en oposición a Porfirio Díaz y la edición de un periódico que había de ser órgano del movimiento.

Fui de los encargados de visitar a los personajes semi-independientes de la época.

En todos los casos encontramos un recibimiento frío y una disposición escéptica. México no tenía remedio; la chusma ignorante era un lastre. Cuando desapareciera don Porfirio por su avanzada edad, la nación volvería a caer en otra dictadura.

En cambio, en los mítines que comenzamos a organizar por las barriadas pobres y populosas, especialmente con el elemento obrero, nuestro éxito empezó a producirnos asombro, a la vez que alarmaba al gobierno. Se distinguía en estas sesiones, por su elocuencia juvenil, Roque Estrada. Yo fracasaba por mal orador y porque puesto en contacto con la masa humilde me entraban unos ímpetus peligrosos de sinceridad. Por ejemplo: un día hablé de que antes de intentar democracia y actividad política, el pueblo necesitaba emprender la campaña del agua y del jabón. A pesar de mi intención pura, el consejo pareció a unos ofensivo, a otros impolítico, y me dejó desilusionado de mi capacidad demagógica. Continuamos las sesiones prescindiendo yo de hablar y dedicado a la organización, redacción de las actas y el registro de las adhesiones.

Por la noche, en casa del licenciado Vázquez Gómez, los dos secretarios del Partido le ayudábamos a contestar la correspondencia que llegaba de todo el país. Madero acudía también por allí a menudo. Conversando me había aconsejado el uso de no sé qué manual de oratoria que a él le había dado buenos resultados; pero: «Ahora —me dijo—, ya que no quiere hablar, lo haremos escribir.» Y me encargó la dirección del semanario del Partido, próximo a salir. Lo bautizamos *El Antirreeleccionista*, y lo estuve publicando sin tropiezos dos o tres meses. Pronto la pequeña hoja tuvo suscriptores en cada rincón de la República. En ella vaciamos nuestro encono contra el régimen y el talento inédito de no pocos compañeros. Sin embargo, no apuntó en él ninguna promesa de gran escritor, acaso porque duró poco la publicación. En cambio, en la oratoria el partido creaba sólidos prestigios como el de Roque Estrada y el de Bordes Mangel. También entre la nueva generación se distinguía, sin brillo, pero con talento, tenacidad y honestidad, Federico González Garza. En el grupo primitivo nadie obtenía medro. Al contrario, la mayoría contribuíamos con una suma mensual para los gastos de la oficina, a la vez que ofrendábamos nuestro trabajo.

Entró el negocio cuando se hizo necesario convertir *El Antirreeleccionista* de semanario en diario. No pudiendo yo dedicarle el tiempo necesario en su nueva forma, entregué la dirección a una persona que yo mismo recomendé a Madero: un pseudoingeniero a quien llamaremos simplemente Fulgencio. Era un provinciano arruinado, reñido con el porfirismo después de haberle servido y a causa de no sé qué líos en que el Gobierno lo acusaba de plagio. La prensa gobiernista empezó a llamarlo «Plagianinni», tan pronto como apareció en las filas de la oposición. A nosotros se nos presentaba como mártir de la arrogancia de don Justo Sierra. Lo cierto es que el mismo Justo Sierra lo había tenido pensionado en Europa un año o dos, y lo destituyó por haber publicado un libro informe que contenía citas no muy definidas en cuanto a la paternidad. El dicho Fulgencio había trabajado unos meses

como voluntario en el periódico, y aunque a nadie inspiraba confianza, tampoco alarmó su nombramiento porque yo me reservé la jefatura de la redacción. La política del periodismo quedaba así a salvo, y en el puesto de paga colocábamos a un «correligionario» necesitado.

No pasó mucho tiempo sin que sintiéramos el zarpazo de la tiranía. Mi primer rozamiento con la policía ocurrió durante una visita al taller de imprenta de don Paulino. Desde que se había constituido el partido le ayudábamos con algunos artículos destinados a su hoja *La Voz de Juárez*, de amplia circulación entre los obreros de Orizaba. Me presenté una tarde a corregir mis pruebas. La imprenta ocupaba un pequeño salón con puerta a la calle y un despachito interior. Penetré despreocupado, sin advertir que los cajistas habían interrumpido su labor y diciendo: «¡Hola!; ¡a ver si ya está eso!» Dicho lo cual, me puso la mano en el hombro un agente de la secreta. El cajista jefe me hizo un guiño de inteligencia y dirigiéndose al policía le dijo: «Déjelo usted; es un cliente de la imprenta que se ha mandado hacer unas tarjetas de visita.» Vi entonces de reojo a los esbirros, escapé como pude y me dirigí a la casa de don Paulino. Allí me informaron que ya estaba a salvo; era, en efecto, un perito en el arte de eludir a la policía.

Pronto Fulgencio nos dio el primer disgusto. Durante el periodo de mi dirección había yo impreso al periódico un criterio de total negación del régimen porfiriano. Exigíamos cambios absolutos de hombres y métodos. Ya sea porque temiese represalias o por no sé qué fines de interés personal, aprovechando una ausencia mía, Fulgencio se soltó un editorial con retrato encomiando a Limantour, el Ministro de Hacienda del porfirismo.

Nuestros correligionarios protestaron con escándalo y yo hubiese lanzado a la calle al director si no hubiese intervenido la piedad. Entre todos nosotros, Fulgencio era el único que no sólo no gastaba en el Partido, sino que vivía de él, eso sí, modestamente y a cambio de su trabajo. Me constaba que el sueldo le era indispensable. Fulgencio me prometió enmienda y lo retuve.

Colaborando con la intensa, eficacísima labor que Madero realizaba en persona, yo aprovechaba ahora los viajes profesionales para dejar instalados clubes. La ruta del Istmo me dio ocasiones provechosas; por allí empezaban a establecerse capitales americanos en el cultivo de la fruta tropical y del azúcar. Daba gusto contemplar los piñares haciendo llanura, los bosques de mangos finos. También la caña alcanza en tales zonas tamaños y calidades que ya quisieran en Cuba. Se exportaba entonces por Veracruz un considerable tonelaje de azúcar. La propiedad de los ingenios estaba repartida entre españoles, que seguían métodos primitivos pero seguros, y *yanquis* que instalaban enormes maquinarias servidas con personal de oficina, peritos, gerentes y automóviles. Los nuevos colonos *yanquis* veían con desprecio al español, vecino imperturbable, que seguía moliendo su azúcar morena, su piloncillo. Un gran impulso conmovía la selva; cientos de braceros abrían brechas, consumaban desmontes; en ciertas comarcas los campos sembrados hacían horizonte. Inversionistas de los Estados Unidos pasaban unos días en las casas nuevas de madera pintada; tela de alambre para el mosquito, duchas y refrigeración eléctrica para los alimentos. Vestidos de blanco cabalgaban con sus mujeres en potros de lujo; desembarcaban tractores del ferrocarril inmediato. A los cuatro años, por lo común, venía la quiebra. Los gastos excesivos de la administración cansaban a los accionistas de Norteamérica, faltaba la inyección de capital nuevo, se suspendían los trabajos y sobrevenía el remate. Entonces el español, que por regla general tenía dinero en el Banco, se presentaba a comprar. A la larga triunfaba el más bien adaptado, el más sereno y resistente para la lucha con el clima y la naturaleza. De varios casos fui testigo y me complacía presenciar el triunfo del «gachupín» y la contradicción de la tesis corriente en la época sobre la superioridad casi sobrenatural del empresario *yankee*. De no mediar el carrancismo, que destruyó al nacional y al español; de no presentarse en obra la política adoptada por Calles, según los tratados de Warren y Pani, que garantizan la propiedad del *yankee* y dejan desamparados a los propietarios mexicanos y españoles, a la fecha, nuestro país habría absorbido y devuelto el capital norteamericano. Pues la biología social nos es favorable y no es la competencia lo que nos derrota, sino traición repetida del político.

Por San Andrés Tuxtla me metí una vez, con motivo de no sé qué gestión judicial, pero explorando de paso el sentir público y la posibilidad de un levantamiento general, esa unánime protesta contra el despotismo que había faltado a rebeldes anteriores como García de la Cadena, el general Martínez y los Magón, a todos los que se habían enfrentado al dictador. Quizá la rebelión que ahora preparábamos nosotros sería la definitiva.

Forzando el parecer del guía salí de San Andrés a las dos de la tarde, en pleno sol. Me habían prevenido del peligro de la insolación; pero tenía el propósito de llegar a la estación Juanita para alcanzar el tren de Orizaba esa misma madrugada. Avanzábamos por un camino que comienza bardeado de maleza tupida y alto bosque,

pero sin la sombra que proteja, ni en parte, la calzada. En el cielo azul, ni una nube. De pronto sentí una especie de golpe a medio cráneo; tiré la rienda del animal y levanté el sombrero para aumentar la ventilación. Unos metros adelante iba el guía, pero no quise confesarle lo que me pasaba; únicamente le pedí de beber. Me tendió una de las botellas de cerveza que habíamos preparado. Estaba caliente, pero fue mejor así; bebí unos tragos y en seguida, buscando la sombra de un árbol, descansamos un cuarto de hora. Caía fuego del cielo; pero la selva toda verde, en torno, aliviaba imaginariamente. Continuamos la marcha, y al acercarnos a un río la humedad produjo alivio. Según atardeció hubo un soplo de brisa. Atravesamos pueblos de treinta o cuarenta casas en doble fila pintadas de rosa o de azul, contra el follaje tupido. A la puerta de su único cuarto, algún negro ve pasar al viajero sin moverse de su sitio. Uno vimos que jugaba con su sexo sin inmutarse, dando la impresión de un orangután de museo. Sobre la única calle, la yerba crece y en todas direcciones no se ve sino el bosque sin término. En el horizonte, hacia occidente, dibújase la silueta violácea de la Sierra Madre Oriental, que corre a juntarse con la de Occidente, aminoradas ambas en el nudo del Istmo. La selva, por su parte, alcanza alturas de cumbre y compone oleajes de verdor. Se antoja meterse a su entraña, obstruida de bejucos, yerbas y ramazones, poblada de guacamayos y pericos, gatos monteses y pumas. La sensación de vitalidad inexhausta contagia y expande el ánimo. Se siente que la vida tiene arraigo en el planeta. La belleza no es allí una elemental combinación de líneas y de tonos, sino muchedumbre de paraíso que encuentra su ritmo en la fragancia de los hálitos y en el clamor de múltiple vida.

Varios ríos cruzamos y creo que fue en el Coatzacoalcos donde nos cogió la puesta del sol. Las bestias sienten antes que los hombres la emoción peculiar, uno de los motivos elementales de júbilo que consiste en acercarse, viniendo de la estepa o de la montaña, a las márgenes de un río caudaloso. Cuando, después de bajar resbaladeros y vericuetos, se desemboca sobre arena humedecida y lucen las ondas, el olfato se complace con la humedad y todo el organismo disfruta esparcimiento. Puesto el pie en tierra se mira el río ancho y alto casi a nivel del horizonte; detrás, el sol ha llenado de fuego los cielos. Se diría que está ardiendo el mundo; por eso es tan grata la frescura del agua sobre los guijarros. En una lancha de remo han embarcado nuestro equipaje; en seguida nos sentamos entre los remeros, que a popa y a proa se turnan buscando el impulso de la corriente. Detrás, los caballos sin las monturas nadan ayudados de una cuerda atada al timón. Un mundo líquido resbala poderoso cargado de limos bermejos. Ciertos deslaves sugieren las caderas de una ondina de la raza autóctona, color de avellana. En la margen del desembarcadero hacen horizonte los manglares. Unísonos coros de ranas levantan clamor infatigable. Montando otra vez nos alejamos del agua, a través de un bosque de cedros gigantescos. Una grata fragancia se desprende de sus ramajes floridos. Espesa grama cubre el suelo y apaga el golpe de los cascos; avanzamos como dentro de un jardín encantado. En un claro, y ya en la penumbra del crepúsculo, vimos un grupo de mujeres aldeanas. Vestidas de

colores vivos, tejían coronas con las flores desprendidas de los árboles. Los ecos de sus voces despreocupadas ponían un acento de confianza en la vastedad desconocida. Minutos más tarde nos detuvimos en el portalillo de la tienda de una aldea. Mientras nos servían un tamarindo escuché el diálogo de los indios que reposaban en el entarimado: hablaban de jornales. Los indios eran nuestra esperanza para la rebelión. A Madero lo acababan de recibir en triunfo los de la tribu del Yaqui; igual entusiasmo le demostraron los mayas de Yucatán. Y se contaban historias fabulosas de los vencidos en la última rebelión. El hacendado que recibiera en su finca de Veracruz un repartimiento de prisioneros de la distante Sonora llama un día a un indio joven que trabaja bien y le propone casarlo con la mujer que elija entre los suyos. El sirviente ex prisionero contesta:

—No quiero tener hijos esclavos.

Sin duda los indios nos ponían el ejemplo, pensábamos, y el mito autóctono crecía. ¡Desesperado tiene que estar un pueblo que así fía su destino al elemento salvaje de su población!

Más allá de aquella aldea, en zona cercana al ferrocarril, los desmontes han descubierto una llanura ondulada interminable. Según avanzamos, el horizonte se ilumina con las llamas de los pastos secos que se queman a fin de la estación para destruir los insectos del trópico. Algunas luminarias distantes fingen en la oscuridad perfiles de castillos y palacios. El cuerpo fatigado sueña con hospedajes blandos, camas con sábanas blancas y mujeres maravillosas que acogen al caminante. La realidad es un catre de tijera bajo un tejaván; un mosquitero desgarrado por donde se cuelan enjambres de mosquitos, y la cercanía de un chiquero con cerdos en disputa que a cada rato interrumpen los comienzos del sueño. Y a pesar de todo se experimenta satisfacción de haber penetrado estas regiones que al paso del tren tientan la mirada, fascinan con su misterio intacto.

Por Juchitán llegué otra vez, aprovechando la ocasión para instalar un club que cumplió entre los buenos. Aquello era meter discordia en los feudos mismos del Caudillo. Una mujer adinerada, comadre de Porfirio Díaz, era la cacique reconocida en aquella especie de matriarcado indígena. Anteriormente nadie se le enfrentaba. Me conquisté, sin embargo, a un tinterillo resuelto que asumió la representación maderista, y más tarde fue diputado. Y, por supuesto, según acontece en la juventud, el propósito práctico, el negocio profesional y la acción política son otros tantos pretextos para gozar las oportunidades y las sorpresas del ambiente. Pocos se aventuraban por aquellas regiones mal afamadas por el vómito negro y el paludismo, incómoda hasta lo increíble, así se fuese bien provisto de dinero. Con todo, una vez acomodado a las circunstancias, descubría el viajero raros encantos, aparte de sensualidades violentas y exóticas.

En el entronque de Santa Lucrecia había un único hotelillo de chinos, al que se llegaba de noche. Lo común era encontrarlo lleno.

—No hay cuarto solo —decía el camarero.

—Está bien —respondía la fatiga del solicitante—; deme una cama.

—No hay más que media cama.

Indignado, salí pensando que sería fácil recostarme a la intemperie. No contaba con el «pinolillo», el jején y las serpientes, las garrapatas, los mosquitos. Pronto regresé, temeroso de que ya ni la media cama estuviese disponible. El chino, indiferente, me dio lo que acababa de rehusar. Un sujeto grueso, barbudo, envuelto en una sábana limpia, roncaba en un lado de una cama no muy ancha. Sin quitarme la ropa interior, me envolví también en otra sábana y me acosté con precaución. El desconocido se volvió de espaldas; le di también la espalda y me empeñé en dormir. Al día siguiente la cuenta era alta. En los carros del ferrocarril los viajeros quejosos denunciaban que la demora en instalar un buen hotel era debida al precio excesivo que por simple arriendo exigían los administradores de las tierras del contorno, tituladas a favor de la esposa del Presidente Díaz. Los concesionarios ingleses ponían vagones de primera para el tráfico internacional del Istmo, que en aquel tiempo circulaba un convoy cada dos horas. Periódicamente veíamos los cambios ocupados con hileras de vagones de mercaderías del Asia, que por allí tomaban el rumbo de Europa antes de la apertura del Canal de Panamá. De una aldea de pescadores, Salina Cruz había saltado a la categoría de gran puerto mundial. Todo se había improvisado en cuanto a urbanización, pero las obras de ingeniería del puerto eran espléndidas. Un rompeolas en muralla y grúas como catedrales, calles nuevas de casas de madera recién pintadas, albergaban una multitud de todas las latitudes del planeta.

En los restaurantes y cantinas, en mesillas al borde de la acera, se bebía a toda hora cerveza de Monterrey o de Alemania. Brisas marinas del atardecer disipaban el calor del día. Entre los bebedores había quien se ufanaba de completar la docena de *bocks*; nunca faltaba quien invitase la ronda. El derroche del dinero provocaba locas

apetencias sensuales. Había de todo para comer; desde las uvas de Málaga y las manzanas de California hasta los más exquisitos frutos del trópico: mangos y chicozapotes, piñas y mameyes. A los guisos criollos de lechón en salsa y pavo en mole se añadían las latas de Burdeos, atunes y espárragos, los pimientos de España. La ruleta, el contrabando, el comercio, improvisaban fortunas que en seguida corrían deshechas en champaña; todo el que algo tenía lo gastaba sin preocupación, seguro de que el día siguiente sería mejor. Pues ¿no estaba en sus comienzos la prosperidad de aquella ruta donde convergía el tráfico del mundo? Las conversaciones de aquellos piratas en fiesta versaban sobre el monto y manera de las ganancias. Los nuevos ricos se dedicaban a la especulación; los pequeños propietarios de la víspera habían visto centuplicado el valor de sus tierras vendiéndolas o arrendándolas al extranjero, y todo el mundo se divertía sudando...

Ninguna apetencia de la carne quedaba insatisfecha. Concesionarios chinos explotaban la pareja siamesa del vicio: el amor y el azar. Ruletas y juegos dudosos chupaban el oro de los incautos, y en salones de baile anexos podía escoger la lujuria, desde la rubia canadiense hasta la negra antillana con todas las gradaciones de la piel, la edad y el gusto. Y entre la clientela, ingleses y mexicanos, *yanquis* y españoles, italianos y japoneses, alemanes, chilenos, canacos, de todo vaciaban los trasatlánticos y veleros y todo lo acarrea el ferrocarril para llenar otras calas desde el Pacífico hasta el Golfo de México.

Por aquel año de 1909, al lado de tal anticipación de Panamá, Tehuantepec conservaba su carácter autóctono, más bien criollo. A un lado, sobre la vía del ferrocarril de Chiapas, Juchitán se conservaba colonial, con exótico atractivo que no tiene par en todo el planeta.

Uno de los agentes de nuestro Banco para los negocios de tierras de la región era juchiteco nativo, pero de origen europeo. El nombre de su familia, muy influyente en la localidad, denunciaba la procedencia francesa. Tanto él como sus primas tenían la piel tostada y los ojos azules. A las mujeres, el cruzamiento indígena les dejaba el porte de estatuas en acción un poco lánguida. No hay entre los mestizos de América tipos esculturalmente más hermosos y sensuales. El juchiteco descendiente de franceses, hablaba español, inglés y zapoteca. Su amistad me abrió puertas comúnmente cerradas al forastero, así sea mexicano, que para el caso era igual casi a un *yankee*, pues las mujeres solían hablar únicamente el idioma de la región. Se celebraban unas fiestas llamadas «velas», especie de carnaval de aguardiente y danzas en vísperas de alguna fiesta religiosa. Ataviadas con telas rojas y amarillas, con tocas blancas, estrechas de hombros y de cintura, amplias de cadera, duros y punteados senos y negros ojos, aquellas mujeres tienen algo de la India sensual, pero sin la religiosidad. Su baile, la zandunga, es hoy popular; pero habría que oírla en aquellas orquestas acompañadas de clarines marciales, bajo el tejado de palma, en la noche estrellada y ardiente.

Espectáculo deslumbrante es también el del mercado, en las horas tempranas, por

ejemplo, en el pueblo de Tepelpan, inmediato a Juchitán. Oro encendido es el arenal en que se asientan casas en rosa o verde claro; pilastras con tejaván abrigan los puestos de frutas y legumbres. Mujeres morenas, desnudos los brazos redondos, adornadas de collares de monedas de oro y blusas azules o anaranjadas, bromean y trafican con voces de cristal y miradas de llama. Sopla brisa sobre el campo desierto y amarillo. De una casa con techo de paja salen dos mujeres, ondulando las caderas, desnudo el ombligo, tenso el corpiño por la erección de los pezones y erguida la cabeza que sostiene el gran cesto redondo de mercaderías. Van a la plaza. Caminan sobre la arena dorada con los pies limpios, ligeros y desnudos. En sus desnudas pantorrillas hay la consistencia de la palma real. Y en sus labios, la frescura opalina del agua de coco tierno.

Por dondequiera que caminase advertía el viajero, en aquellos días finales del porfirismo, un bienestar creciente. Sin duda en el campo, especialmente en las comarcas remotas, existían abusos tremendos, pero no peores que los impuestos por los nuevos propietarios, los generales del carrancismo y del callismo. Porfirio Díaz y muchos de sus colaboradores se mantuvieron ajenos a la explotación directa del trabajador. Hay que llegar a los tiempos de Calles para ver a las tropas batiendo a los trabajadores en El Mante o en Cajeme, las fincas de Obregón y del propio Calles y sus hijos. De todos modos, no fue la miseria la causa del levantamiento maderista. Ni se movió el país por desesperación y sí por anhelo de un mejoramiento espiritual. México tenía pan y quizá más seguro que en cualquier otro periodo de su historia; pero anhelaba lo que no puede dar un tirano: libertades. Por ansia de libertades y por encono contra gente que aprovechaba la influencia oficial en sus negocios particulares, México respondió al llamamiento maderista. Más tarde, al carrancismo acudieron, con los buenos, los salteadores que se han impuesto a la Nación. Al maderismo concurren los patriotas, quedando reducidos a insignificancia matones y logreros.

La conciencia nacional rechazaba a Ramón Corral por ciertas historias turbias de su pasado en la administración de Sonora. Después de Obregón, la República ha tragado la vergüenza de soportar facinerosos a sabiendas de que lo son. La revolución maderista no era regresión, sino exigencia de progreso. A Porfirio Díaz podíamos agradecerle ciertos aspectos de nuestro progreso; pero no le perdonábamos el régimen de cuartel, la ley fuga y la explotación del público. Soñábamos con llegar a constituir un Gobierno en el que pudieran colaborar sin bochorno los hombres honrados. Empezábamos la campaña sin odio. No éramos fracasados que miran en la revuelta una tabla de salvación. Madero, educado en Europa, hijo de rico, liquidaba sus negocios agrícolas con una ganancia de doscientos cincuenta mil pesos, que destinó en su totalidad a la regeneración de la patria. La mayor parte de nosotros ponía en peligro una situación conquistada con duro esfuerzo. Antes de lanzarse a la lucha intransigente, Madero visitó a Porfirio Díaz y le propuso soluciones cordiales. El Dictador, ciego como tal, no tomó en cuenta a Madero y quiso burlarse de las

oposiciones.

Con motivo de cierto negocio, tuve ocasión de ver por primera vez, de cerca, al viejo Caudillo. Me llevó Warner a una conferencia en calidad de intérprete. Se trataba de solicitar garantías para unos mineros *yanquis* del estado de Oaxaca. Nuestro cliente exhibía presentaciones del presidente americano Taft, que le abrían todas las puertas del mundo oficial. Nos recibió el *Viejo* en el Salón Verde de Palacio. Se sentó con sencillez, para escuchar nuestro caso con atención que ya hubieran querido los clientes mexicanos. Antes de abordar el asunto, me interrogó:

—¿De dónde es usted...?

—De Oaxaca...

—¿Se llama? ¿Hijo de quién...? ¡Ah!, nieto de Calderón. Y dígame, ¿cómo está Carmita?

—Murió... —etcétera.

Se había acordado de la niña que cuarenta años antes preparaba las vendas con que se curaba la herida el patriota. Algo familiar advertí en su voz, su ademán; sin embargo, no caí en sentimentalismo. Estaba yo frente al amo de los mexicanos y no lo encontré simpático ni extraordinario.

Se llamaba Henry Lane Wilson y lo recibimos con entusiasmo por causa de un discurso en que, contrariando el precedente diplomático de encarnar a México en la persona del Dictador, declaró que era efímero todo progreso que no se apoyaba en «la sólida roca de la Constitución de un pueblo». La frase desagradó al Gobierno pero hizo fortuna en la oposición. Además y aun cuando no nos dábamos cuenta de ello, la ideología revolucionaria que permeaba al país era un reflejo del movimiento sindicalista norteamericano. Los agitadores cruzaban la frontera llegando a provocar levantamientos como el de Cananea, reprimido a su vez por soldados de Norteamérica, con anuencia del gobernador porfirista. Las doctrinas que en la nación del Norte fracasaban por falta de ambiente propicio, encontraban repercusión material en el México oprimido y desesperado. Lo que en nosotros no podía expresarse en el mitin o en el diario, se refugiaba en el complot. La mayor parte de los jefes secundarios de la rebelión, desde 1910 a la fecha, han sido hombres de cultura rudimentaria, con indigestión del ideario de los *Industrial Workers of the World*, primero, y de la *American Federation of Labor*, después, al iniciar Calles el obrerismo amarillo o de simulación revolucionaria. Las revistas norteamericanas de tendencia avanzada, los diarios, de información libre, circulaban en México y propalaban historias de atropellos gubernamentales de los que no se podía hablar en nuestro propio territorio. Desde Estados Unidos también, los refugiados de anteriores intentos de rebelión, encabezados por los Flores Magón y apoyados en las organizaciones obreras *yanquis*, mantenían una campaña violenta contra el despotismo de Díaz.

Crecía el oleaje, y el dictador, habituado al fácil abuso, empezó a violar su propia palabra que había garantizado la libertad de prensa durante el periodo electoral. Una tarde cayó la policía sobre nuestro periódico. No hallando a mano ni a Fulgencio ni a mí, encarcelaron a los cajistas, al administrador, al prensista y también a un sujeto que estaba de visita, pero que confundieron conmigo. Protestaba éste, declarando su verdadero nombre, y el *astuto* Pancho Chávez, jefe de la policía, exclamaba triunfante:

—No crea que a mí me engaña; usted es V.

A las veinticuatro horas lo libertaron; para entonces, ya no estaba yo en la capital.

Me refugié, junto con Federico González Garza, en la Hacienda de las Palmas, en San Luis Potosí, propiedad de un compañero de colegio y correligionario antirreeleccionista, José Rodríguez Cabo. La vista de la cañada por donde cruza el ferrocarril, basaltos colosales entre la selva del trópico, el famoso Espinazo del Diablo, nos devolvió la serenidad. ¡Cómo resultan mezquinas todas las luchas del hombre y cómo sería hermoso vivir de eremita ambulante para contemplar la Naturaleza en su plenitud gloriosa! Y ¡cómo era idiota pasarse la vida encerrado dentro de los muros de la rivalidad y el apetito!

La finca de nuestro amigo, una de las más extensas de la región y potencialmente

de las más ricas del mundo, no estaba explotada ni en el décimo de su capacidad. Las habitaciones del propietario eran rústicas; pero a la mesa llegábanle vinos legítimos de España. Española es también esta manera de vida atenta a la gula, pero descuidada de la comodidad. El padre de Rodríguez Cabo, nacido en España, sumó su trabajo a la vasta herencia de su esposa mexicana. Al enviudar la madre, nuestro amigo administraba la finca como hijo preferido y apoderado. Además de haberse hecho ingeniero en México y en Estados Unidos, José había hecho un viaje a Tierra Santa en compañía de la madre. Con haberlo deseado nuestro amigo, hubiera podido colocarse entre los hombres influyentes del país; pero su temperamento generoso, su educación en países libres, lo inclinaban a jugarse el porvenir junto con nosotros. Durante las dos semanas que fuimos sus huéspedes nos hizo disfrutar los encantos de la vida campestre. Tenía en sus potreros caballos finos tan briosos que no hubiéramos podido montarlos. De España había importado, para sementales, potros magníficos y un burro famoso en la comarca. Además de las vacas finas del establo, poseía ganado corriente en abundancia y vaqueros dedicados al lazo del mostrenco. Situada su hacienda a seiscientos metros, más o menos, sobre el mar y a dos horas de Tampico por ferrocarril, la temperatura excesiva en verano se volvía muy grata en invierno. A nosotros nos tocaba una primavera calurosa, pero agradable, que incitaba al baño a descubierto en el río. Enfrente de la casa, los desmontes ostentaban pasto del Pará, denso follaje en que el ganado se entierra hasta la panza. Las palmeras y las ceibas, los robles y los zapotes, asomaban ramajes y cúpulas sobre la masa perennemente verde de la vegetación del trópico. Al amanecer nos servían leche cortada con miel de abeja silvestre, café de olla, frijoles refritos y un cigarro puro, aromático. Entre bromas y charla de una despreocupada camaradería se prolongaba la sobremesa hasta que llegaban a la puerta los caballos ensillados. Visitábamos en ellos los sitios más pintorescos y recorríamos potreros y siembras. Luego, al trote largo, nos dirigíamos al baño. Estaba dispuesto en uno de los lugares más estupendamente bellos del planeta. Ningún viajero del tren de Tampico olvidaba la primera vez que, a indicaciones del conductor, se asomó al boquete, casi bajo la vía, donde a mil metros de profundidad se percibe un claro de luz sobre agua de oro al fondo de una caverna; allí penetrábamos después de trepar a una abertura en la roca entre los boscajes y helechos y descender por el interior de la caverna. Deslumbrado el ojo por la refulgencia exterior, sólo lentamente descubre la escala natural que baja y la nave irregular rota a un extremo por la abertura que se divisa desde el ferrocarril. Peste penetrante de guano motiva el relato de las fuertes sumas que este desecho deja al patrón al venderlo para abonos. Al fondo de un abismo se abre, por fin, el espejo de un manantial abovedado, pero anegado en luz. Por el claro desemboca la corriente. Los ecos de las voces engreídas de asombro producen sonoridades solemnes. Vienen a la memoria las estampas de las cuevas rupestres de Europa o de las estatuas que los indostanos tallaron en lugares parecidos. La virginidad de estas cavernas americanas transforma la impresión de pasado en otra de primicia y descubrimiento. Como si

fuésemos la primera conciencia humana que sobrecoge al capricho de las fuerzas creadoras.

Pronto el agua cristalina moja los cuerpos ávidos de frescura, se animan las ondas muertas con el juego de los torsos, los brazos de los nadadores. La humana sustancia flota desnuda en las aguas y chapotea o salta por las peñas inconsciente de su ritmo estatuario bruñido de claridad solar. Levantando la vista ya de pie dentro del agua, se ve en la altura un punto de luz, estrella de la caverna: el boquete por donde acostumbran mirar los viajeros. Una vez pasó un tren por lo alto mientras nos bañábamos en la profundidad; la caverna se llenó de estruendo, pero pronto volvió a su paz. En ocasiones, de regreso, al ascender de nuevo para ganar el camino, alguien gritaba provocando los ecos salvajes, removiendo capas de aire que hace siglos reposan.

Echados a la vida de naturaleza pasábamos las horas a caballo en galopes por las rutas de la selva. Luego, para lavar el sudor, repetíamos de noche el baño, en el río próximo a la finca. Mis dos compañeros eran excelentes nadadores pero yo floto apenas. Sobre una vieja barca nos desnudábamos a la luz de un farol portátil. Inmediatamente los mosquitos se cebaban en nuestras carnes y era menester zambullirse; lo hacían de salto mis amigos, alejándose de la ribera. Iba yo detrás más despacio, pero confiado; ya regresaban ellos nadando contra la corriente. Me volví para hacer lo mismo, y sentí en medio del pecho un golpe de agua tan fuerte que me enderezaba, me ponía de pie impidiéndome el nado. En la oscuridad, la lucecita que señalaba el sitio del bote se miraba a una distancia fantástica. Me esfuerzo por soltar las piernas a la corriente pero trago agua y siento que el ímpetu tiende a voltearme cabeza abajo. Se me escapa un grito angustioso. Los compañeros han llegado ya al bote y desde allí me gritan:

—¡Date a la corriente!

Me viro entonces, recordando en este instante el término marino que no usaba desde Campeche, y me siento levantado de una manera natural, tranquilizadora. Ya no quedaba sino iniciar un esfuerzo de soslayo. Lo hice hacia unos ramajes; por fin toqué fango con los pies y salté a la orilla. Pasado el susto común, me dedicaban burlas. Desde entonces me ha quedado el miedo al agua.

En cambio, mis progresos como jinete eran cumplidamente celebrados. Antes había montado a la buena de Dios, procurando llegar de prisa y sin preocupaciones cinegéticas. Ahora, por primera vez, disponía de tiempo y ocasión de corregir ciertos defectos y de añadir cierta destreza a mi ya reconocida resistencia. La inminencia de la rebelión armada hacía de actualidad un aprendizaje útil para el caso. Con el pretexto de ayudar en su faena a los vaqueros, entrábamos por las tardes a los potreros y correteábamos reses ensayándonos en el lazo. Mi caballo, bien adiestrado, tiraba solo, apenas sentía torcerse la reata en la cabeza de la silla... Lacé por los cuernos algunas veces, dejando al toro en manos de otro. Aun así estuve a punto de caer arrojado al suelo en las súbitas rayadas salvándome algún manojito de pelo de la

crin. Y sólo una vez gocé la fuerte impresión del espaldarazo del toro derribado por el peal. Fue mi fácil víctima un animal ya lazado de los cuernos. Con más frecuencia corríamos saltando zanjones o a llano limpio, ensordecidos con el viento de los galopes.

Ya que el amable anfitrión nos creyó entrenados, organizó cacerías y excursiones. Su propiedad era tan vasta que se empleaban jornadas de caballo para atravesarla de un extremo a otro. En busca del lindero que da al río Pánuco, atravesamos un desierto de palmeras, árido y monótono. Tan extenso, que en él han perecido de sed viajeros que lo atraviesan sin guía y que al perder la orientación se ponen a caminar en círculo. Para el almuerzo y la siesta hicimos alto en un rancho; par de cobertizos de paja y una habitación de carrizos atados, encalados, piso de tierra, una mesa, un banco, dos o tres hamacas, un catre con almohadas y colchas de hilo. Sirvió el campesino café aromático, hervido con piloncillo, tortillas de maíz pequeñas y tiernas, jocoque con miel de colmena silvestre, huevos con chorizo, frijoles y carne asada.

Cerca de las cinco divisamos una margen arcillosa de unos veinte metros de altura. Encañonado fluía un caudal turbio y potente, arrastrando leños, ramajes, un torbellino líquido. En él nos metimos en esquife dejándonos llevar sobrecogidos de pronto por el peligro. Pero la paciencia del remo se impone lentamente a las ondas. Al acercarnos a la margen opuesta, mengua la fuerza del agua. Sobre el banco de arcillas cuelga la selva; encima vese una masa vegetal impenetrable. Vuelos de garzas y guacamayas provocan un tiro; luego, otro. Un ave herida se perdió fuera de nuestro alcance por la espesura inabordable.

Al regreso, lejos de sentirnos familiarizados con el líquido en marcha, parece que ha engrosado y se ha hecho más temible su corriente. A medio río, en la anchura mayor, se contempla en el fondo, hacia occidente, casi próxima y a una altura increíble, la Sierra Madre Oriental, de macizos ciclópeos. En un catálogo de las bellezas naturales del mundo, panorama tal ocuparía el primer lugar reservado a las obras maestras. Para calificar la impresión que produce de pasmo, que arrebató el aliento, no encuentro mejor adjetivo que el *soaring* de los ingleses. No en vano son ellos peritos en materia de paisajes.

Una de las más altas bellezas que es dado contemplar al ojo humano, y una de tantas del México maravilloso, nación en que la gente acumula ignominia y horror a la par que la naturaleza despliega inefables panoramas.

Los venados abundaban, y el puercoespín. Uno de éstos nos pasó rozando casi las piernas, una mañana, por un remanso del río. No pudimos perseguirlo porque nos bañábamos desnudos en compañía de unos huéspedes austriacos que pasaron dos días en la finca. Era uno de ellos un conde gordito y jovial, un poco cínico. Nos había divertido durante la cena con cuentos verdes en inglés, y ahora cantaba: *Every morning I bring you violets*. Había en su desnudez algo de cerdo limpio y rubio. La fiebre de oro negro llevaba a la comarca toda clase de sujetos. De la noche a la

mañana los pequeños propietarios del rumbo resultaban millonarios por el hallazgo de petróleo en sus fundos. Paseando por el campo solían verse las manchas de chapopote. Por el aire, los mosquitos formaban nubes. Llevábamos hinchadas las manos de los piquetes. Por las noches teníamos que darnos fricciones de alcohol alcanforado para aliviar la molestia del pinolillo y las garrapatas que se recogen al pasar a caballo entre los chaparros. El paludismo es por allá un riesgo descontado; inocula y se hace más o menos crónico. Cada vez que bajaba a la costa me repetían los fríos; pero al subir de nuevo a la meseta desaparecían. Y a pesar de todos los inconvenientes me hubiera quedado en la región para siempre, como fascinado por las mañanas espléndidas, recreado con los atardeceres en el campo henchido de potencias confusas. Cada crepúsculo obligaba a quitarse el sombrero para una instintiva acción de gracias.

Con el pretexto de una batida a los venados madrugamos una mañana. Me tocó la compañía de José mientras otro grupo se apartaba, luego de concertar el sitio en que, horas después, volveríamos a juntarnos. La niebla matinal velaba prados lustrosos de rocío. Un sin fin de troncos delgados cerraba la vista. Los caballos a trote ligero nos contagiaban de su alborozo. Caminábamos sin hablar. Buscaban unos la presa entre el bosque y yo me perdía en divagación confusa y dulce. Una voluptuosidad sin erotismo emanaba de la Naturaleza oreada y fragante. Ocasionalmente la influencia del sexo plasma ciertas formas en la figura de sátiros y ninfas, proyección del apetito genésico en hambre. Pero también nace de la vista del campo primaveral no sé qué anhelo de superar el deseo concreto y un amor que se difunde organizando la Naturaleza en jerarquías. Mientras la vista se recreaba en el cielo y los prados, una asociación recóndita me trajo a la memoria pasajes de las *Floreccillas* de San Francisco. Del paisaje fluía una conversión de la existencia material en la divina. Y divagué acerca de una filosofía que incorporara la intuición franciscana a los sistemas que explican el mundo por una serie de *fiats* y transfiguraciones. La videncia artística de San Francisco revelaba el secreto del retorno de la pluralidad a una unidad, no matemática, sino artística y divina. De propósito evitaba decir: de lo particular a lo universal, porque precisamente lo característico y lo valioso de la intuición franciscana lo hallaba en que conserva el valor singular, pero purificado e incorporado a una manera de existencia mejorada. Suelto ya el ingenio, ideaba un libro titulado *Asismo*, para demostrar las tesis del tránsito de lo humano en lo divino. Sonaron en este instante a mi espalda unos disparos. Al volverme contemplé la rápida fuga de tres o cuatro venados. A pocos pasos de donde estábamos, otro había caído. Echándose abajo del caballo avanzó José para rematarlo de un tiro en la frente. La escena se desarrolló rápida y desagradable. Los ojos de súplica del noble animalito miraron en vano; inspiraba ternura pero una alegría irreprimible, espiritualmente criminal, arrancaba gritos y carcajadas a los cazadores. Sin duda por ser la primera vez que miraba aquello, sentía amarga la boca y un dolor casi lloroso me empañó el panorama que un momento antes era inocente y claro. Nunca he padecido el

sentimentalismo de los animales, y creo que estorban y nos distraen de reflexiones en que ellos no cuentan; pero no se puede evitar el golpe de náusea que inspira nuestra naturaleza obligada a tomar de alimento especies repugnantes como el cerdo, amables como el cordero.

—Ya podían matar fieras —apostrofé a mis colegas—, y no pobres animalitos inofensivos.

Y como para confundirme, quiso la suerte que Federico González Garza, que se había marchado con el otro grupo, regresara tirando de un burro que cargaba la cría muerta de un tigre. Nos hicieron creer que ellos lo habían matado pero luego aclararon que se lo habían recogido al tigrero que andaba desde la mañana persiguiendo a la madre. Cada una de las haciendas de la Huasteca paga uno de esos tigreros que cazan a la fiera a garrotazos protegiéndose con una rodela de cuero, evitando disparar para que la piel no padezca perforaciones.

Tan bien hallados nos encontrábamos en nuestra nueva manera de vida, que nos informamos casi con indiferencia de las buenas noticias que enviaba nuestro defensor gratuito y eficaz, Jesús Flores Magón, hermano de los revolucionarios, dedicado a la abogacía. De sus gestiones resultaba levantada la orden de aprehensión contra todos, a excepción de Fulgencio, a quien el porfirismo insistía en castigar como tráfuga. La imprenta, sin embargo, quedaba confiscada y prohibida la reaparición de nuestro periódico.

Fue muy fácil tomar el tren de regreso para México y grato también recibir en la estación el abrazo de correligionarios que nos veían llegar aureolados con la primera escaramuza. En cambio, me amargaba el recuerdo de mi despacho abandonado, mis compromisos con Warner violados. Me recibió éste sin reproches, con gesto señorial, a lo «decíamos ayer», y la vida recomenzó, en apariencia, normal. Un gran despecho, sin embargo, me roía el ánimo. Me irritaba la indiferencia del público delante de atropellos escandalosos. En los tribunales, en las esquinas, promovía discusiones con todos los que sabía de filiación porfirista. La ira me encendía el rostro. Los apáticos y los cómplices de la infamia nacional empezaron a crearme fama de exaltado.

Con Madero tuve también un incidente, por carta, originado en una actitud mía de debilidad. Le expuse que si no se preparaba una rebelión me separaba del Partido, porque no quería ser víctima de un movimiento democrático dirigido contra rufianes que sólo a la coacción y al castigo se rinden. Madero me contestó sin negar la rebelión ni comprometerse a ella. Me advirtió también que una indecisión mía, por mucho que él la sintiera, me haría más daño a mí que al Partido. Me respondió, en fin, como jefe prudente que ya era. Tomé entonces el partido de encerrarme a trabajar y a economizar liquidando, entre tanto, mis asuntos, para quedar expedito en la lucha que seguiría a las elecciones. Si no había protesta armada me expatriaría. No era posible soportar aquel ambiente. La patria la hemos de transformar para que sea digna de nosotros o se la deja como la dejaron tantos europeos, para crear en América situaciones mejores. A los Estados Unidos me iría, que era entonces tierra de libertad

y punto de cita de todas las razas del mundo. Acaso podría abrirme paso en una universidad como filósofo; tal vez, por lo pronto, en un despacho internacional de abogacía podría ganarme la vida. Quedaban también hacia el Sur países nuevos donde ir a fundar un destino. Cualquiera cosa, menos el México porfirista corrompido, militarista, asesino. Al llegar a mi casa contemplaba a mi hijo de pocos meses, sonriendo y nervioso; y envolviéndolo en miradas de adoración, pensaba: «Ojalá se muriera si esto no cambia.»

—Déjenme un poco de receso pero cuenten conmigo para la rebelión —había dicho a mis amigos.

Entre tanto, González Garza y el licenciado Vázquez Gómez continuaban la propaganda intensa, se echaban encima toda responsabilidad. Verificada la Convención del Partido y a falta de un personaje heroico, fue designado Madero, el héroe. Crecía el Partido estimulado con la persecución. La prensa y el gobierno se ensañaba en Madero y calumniaban a su familia a propósito de no sé qué negocio que en nada los deshonraba. Un licenciado, colega de Venustiano Carranza y después su consejero y jefe de Educación, sirvió al porfirismo de abogado en la acusación contra Madero y su familia. También Fulgencio, que con don Venustiano resultó ministro, se pasó desarmado y sin bagajes, pero con un buche de veneno, al enemigo. Por haberle servido de abogado defensor, me enteré bien de su caso. No había podido Madero satisfacer sus exigencias de dinero. Entonces, en un periódico gobiernista, publicó Fulgencio unas declaraciones en que tildaba a Madero de loco y lo dejaba, «antes de ver la República conducida al abismo». Hizo al mismo tiempo gestiones de amnistía. Lo llamaron a la antesala presidencial para recibir su recompensa. Lo hicieron volver a diario durante una o dos semanas y entonces le ordenaron que se presentase al ministro Justo Sierra, a quien Fulgencio había atacado con injusticia y con saña. Don Justo le repitió la maniobra, lo tuvo en sus antecámaras varias semanas exhibiéndolo en público; luego lo despidió sin ayuda. El futuro pilar del carrancismo entró en la sombra. También Carranza seguía en el Senado y se postulaba gobernador de Coahuila con la venia de Porfirio Díaz. El porfirismo nos presentaba un frente compacto. Los gobiernistas no renuncian. Los más honrados encuentran excusas para colaborar con el crimen, si hay de por medio algún gaje.

Por su parte, Madero tenía fe. Lo empujaba el poder avasallante de la verdad. En sus discursos no hacía otra cosa que hablar en público tal como se hablaba en las conversaciones privadas. Con un párrafo de su peroración de Orizaba liquidó ante la conciencia nacional el reyismo. Era éste un partido de la gente menuda del régimen porfiriano. Celoso de los científicos, sus rivales, en el favor administrativo, los reyistas no censuraban a Porfirio Díaz ni a sus métodos delictuosos de gobierno; se ensañaban en Limantour y su política económica. Denunciaban el enriquecimiento a la sombra del poder, pero buscaban el remedio en un cambio de servidores y se ofrecían para la colaboración con el Caudillo. Una gran parte del elemento burocrático modesto se inclinaba al reyismo. A falta de bandera mejor, la opinión

había vacilado un instante y empezaba a cargarse con los reyistas. Madero proclamó que el mal no estaba en los «científicos» ni el remedio en los reyistas, cuyo jefe también había tiranizado al pueblo; el mal estaba en Porfirio Díaz y sus métodos. Si México quería conquistar puesto de nación civilizada, era menester que se aprestase a condenar el despotismo crónico. Urgía una renovación total de sistemas y de hombres.

Con los reyistas se afiliaron casi todos los intelectuales de nota y jóvenes que se iniciaban en política, pero más o menos contaminados por los favores del régimen. Jesús Urueta, Luis Cabrera, Zubarán, futuros ministros de Carranza, fueron reyistas y contemplaban la actividad de Madero como la aventura de un loco. Los que seguíamos a Madero éramos desconocidos como las multitudes que iba levantando a su paso. La inteligencia culta, lenta para decidirse, seguía con el viejo régimen, ya con el disfraz reyista, ya con el científico o limantourista. Nuestra generación escolar se había dividido. Los más brillantes, José María Lozano, Nemesio García Naranjo, se subordinaron a Pineda y los científicos. El grupo del Ateneo se mantenía ajeno a la política pero su mayor parte simpatizaba con el maderismo. Caso, en privado, nos hacía la defensa de Porfirio Díaz, lo juzgaba el mal menor de un pueblo inculto sin esperanza. Pero, ideológicamente, Caso seguía siendo jefe de una rebelión más importante que la iniciada por el maderismo. En las manos de Caso seguía la piqueta demoledora del positivismo. La doctrina de la selección natural aplicada a la sociedad, comenzó a ser discutida y dejó de ser dogma. La cultura y el talento de Caso aplicados a la enseñanza evitaban, asimismo, el retorno al vacío liberalismo de los jacobinos. Sin fundar clubes, la obra de Caso era más trascendental que la de no importa cuál político militante.

El Gobierno se había desentendido de la campaña maderista. No lo alarmaban las multitudes que acudían a los mítines ni el florecimiento de nuestras asociaciones, por todos los rumbos del país. Pero apenas puso Madero el dedo en la llaga, apenas osamos dirigir los tiros a la persona misma del dictador, las persecuciones se desataron también sin embozo. En vísperas de las elecciones, Madero, ya candidato a la Presidencia, fue acusado de injurias al Presidente y encarcelado en San Luis Potosí.

A los jefes de nuestros clubes en los estados se les amenazaba y perseguía. Sin órgano oficial del Partido, algunas de nuestras proclamas hallaron cabida en el diario *México Nuevo*, de un ex diputado porfirista, Sánchez Azcona. No recuerdo si fue allí donde se publicó un artículo mío que tuvo fortuna y me costó mi primer destierro.

Con frecuencia Warner formulaba el ditirambo de su metrópoli. No había en el mundo nada comparable a Nueva York.

—¿París? Usted irá alguna vez. Se convencerá de lo que le digo: *some ruins* y escaso confort, un aire gris, una desilusión. ¡En cambio en Nueva York! Los edificios más colosales de la historia se ven siempre flamantes porque hay máquinas lavadoras de piedra que limpian periódicamente sus fachadas. En Nueva York los restaurantes pagan cocineros franceses, *if you prefer...*; pero el servicio de plata no lo iguala ningún establecimiento europeo.

En fin; lo que me obligaba a partir, de improviso, no era el deseo de servirme el azúcar con cucharillas plateadas, sino la esperanza de hallar trabajo para continuar la lucha sin mayor sacrificio de mis pequeños ahorros. Mientras preparaba apresuradamente el viaje, una frase que motivaba la acusación en mi contra me hacía sonreír: «El porfirismo es un cadáver y sólo hace falta enterrarlo.» Y también esta otra, que era el final del artículo denunciado: «Podrán burlar nuestros derechos y hacernos imposible la vida; pero no lograrán quitarnos un tesoro que es patrimonio de toda juventud rebelde; ese tesoro es el porvenir.» Por lo pronto, el muerto daba todavía zarpazos y uno de éstos en la forma de una orden de aprehensión que me convertía en prófugo metido en un vagón del ferrocarril de Laredo.

Me había costado separarme de mi hijo; al fin, gracias a mi previsión, le dejaba con qué vivir casi un año y me llevaba en la bolsa lo indispensable nada más para el viaje. Llegando a Nueva York trabajaría en espera de la rebelión que no tardaría en estallar. No obstante la dictadura, podíamos viajar libremente sin pasaportes ni trámites. Ni se concebía en aquellos felices tiempos de preguerra que nadie coartase el derecho de entrar libremente a cualquier país del mundo con la categoría inmejorable y común de ciudadano del planeta. La única desazón en el cruce de la línea divisoria era el contraste del bienestar, la libertad, la sonrisa que eran la regla en el lado anglosajón, y la miseria, el recelo, el gesto policiaco que siguen siendo regla del lado mexicano.

Al cambiar de vagón en Texas llamaba la atención un público bien vestido, despreocupado; una humanidad diferente de la nuestra, desconfiada y astrosa. Tanto, que al penetrar en Texas cada mexicano, por serlo, ingresaba en la casta de los *greasers*, los grasientas, apodo con que corresponde al *gringo* que nosotros les dedicamos. Aun así, de *greasers*, disfrutábamos de mayores garantías humanas que en la patria de Santa Anna. Ya no éramos la presa de la autoridad. El gendarme *yanqui* sonreía, bromeaba con el pasante, y los pocos militares a la vista no se creían obligados a ponerse en la cara el gesto de torturador chino. Entrábamos de verdad, en aquellos tiempos, y por puerta franca, a *the land of the free*, prototipo de nuestros sueños de demócratas.

Pasé una noche infernal, estirado sobre el asiento para economizar el precio de la cama. Luego, por la tarde, o antes, a la altura de Cincinnati, subió al vagón un

mexicano bajito, gordo, cuarentón: se llamaba Madariaga, hablaba cinco idiomas, la hacía de corista en la ópera, había recorrido Europa y ahora consumaba ensayos de autor teatral. Casualmente, a través del despacho de don Jesús Uriarte, me había enterado de los asuntos de su madre, internada por loca en un asilo y puestos sus bienes en manos de tutor. Esto contribuyó a que me tomara confianza. En el mismo vagón me leyó sus piezas cómicas. Acababa de estrenar una en un vaudeville de Chicago; haría representar otra en Nueva York. El truco de su composición era la caricatura del acento inglés del judío, del negro, el inglés y el *yanqui*, en una serie de diálogos jocosos. Madariaga trabajó también de intérprete en los grandes hoteles. Y de haberse afiliado al carrancismo lo hacen Ministro de Relaciones. Por lo pronto, lo que yo le envidiaba era su pase libre del Metropolitan. No quería oír hablar de México. Su porvenir estaba en el teatro de Nueva York, de Berlín o el Covent Garden. Por momentos se soñaba émulo de Beruhart, el empresario. No había chisme del tablado neoyorquino que no repitiese. Con él me informé de los sitios que había de visitar, la revista que sería agradable ver, los ardides que permiten escuchar la ópera en el Metropolitan con un costo mínimo en el *standing*. En fin, que no pude realizar mejor encuentro al llegar a una ciudad peligrosa por su carestía.

Diez minutos estuvo detenido el convoy en la estación de Filadelfia, y el corazón me dolía de angustia sintiéndome tan cerca de mi hermano Carlos, a quien no avisé, parte por ignorancia de las horas del itinerario y porque confiaba invitarlo el domingo siguiente para que me visitara en Nueva York. Entonces tendríamos tiempo de hablar. Por ahora era mejor no distraerlo de sus clases nocturnas. La fábrica de Baldwin le tomaba el día, y por la noche concurría a una academia de mecánica ferroviaria.

Llegaba entonces el tren sólo a New Jersey. Cruzamos el río en el *ferry*. Serían las once, y una iluminación feérica dibujaba el contorno de las más altas casas de Manhattan a la orilla del Hudson. La línea de los muelles se prolongaba interminable de mástiles y chimeneas de barcos pegados a los espigones. Cuanto se mira toma apariencia colosal. Entrábamos en ocasión ordinaria y, sin embargo, el derroche de luces creaba una impresión de fiesta. No nos hubiera sorprendido que de pronto se apagasen las luces como cuando concluyen los fuegos artificiales. Pero arden así todas las noches. Llegábamos a la ciudad que ha vencido a la sombra y donde hay gentes que se mueven a todas las horas del tiempo. En la gran metrópoli había una cantina cuyo propietario arrancó las puertas porque no concluía a ninguna hora el despacho. Nos desembarcó el *ferry* en la calle Veintitrés. Un pavoroso estruendo metálico sacude el espacio sobre nuestras cabezas; pasa luciente una especie de dragón sobre enrielado el *Elevated*. Pronto di con el hotel que me recomendara Madariaga: el Mills. Nunca lo he olvidado. Cobraban 35 centavos. Era aseado, tenía treinta pisos y lo frecuentaban tipos intermedios entre el *tramp* o vagabundo y el *gentleman* venido a menos. Una cama estrecha, pero limpia, en el cuarto reducidísimo de muros pintados de blanco, me daba, ya acostado en ella, la impresión de que era un sueño lo del viaje y que en realidad me hallaba en una celda de la

Penitenciaria mexicana. Además, pegado al cuerpo sentía el desagrado del primer encuentro en Broadway. Ya casi a la una, mientras bobeaba tomando el alto de las casas, pasó provocativa una beldad de medianoche. Estaba delante de Knickerbocker, famoso por sus cenas con mujeres maravillosas; pero tomamos por una calle lateral antipática; entramos a innoble sitio y todo porque mi seductora llevaba al cuello una tira de pieles. Tras de decirme que era húngara, sólo habló para cobrar.

De haber tenido voz o cualquiera de las gracias sociales de Madariaga, no vuelvo a verme sentado a la mesa de una oficina; me habría dedicado a vagar libre y dichoso por el mundo. Pero más bien que nuestras aptitudes, son las fallas y limitaciones de nuestra naturaleza, las que determinan el porvenir. A los tres días de mi debut neoyorquino estaba ya sentado frente a una máquina de escribir, rebajado a la categoría de pocos años antes en el despacho del ex juez Uriarte. Ahora mi jefe inmediato era un caballero anciano y afable, de anteojos y barba afeitada. Encima de los dos estaba el gerente, todavía joven y bien vestido. Pasaba como relámpago saludando apenas, dedicado todo el día a recibir y a trabajar como desesperado. Mi propia tarea consistía en contestar y traducir cartas comerciales del inglés al español, y viceversa. Sin descanso mecanografiaba. Empezábamos a las nueve, nos daban tres cuartos de hora para almorzar y vuelta al cepo que fatiga los riñones y enferma el alma.

Por la tarde, sintiéndome exhausto, escapaba un instante a los bajos del edificio, me metía en la cantina y compraba un vaso de cerveza. Luego otra vez a trabajar, hasta las cinco. A esa hora se vaciaban las oficinas. Me había buscado un cuarto en Brooklyn, en las cercanías del puente colgante. Como no tenía prisa de llegar me ahorra los cinco centavos del tranvía atravesando el puente a pie. Pero antes había que vadear la corriente humana de las calles del *Down town*, al atardecer. Nadie va despacio; a todos mina la prisa y cada uno se deja tragar por el *subway* o trepa al tranvía, o se pierde por el elevado. Hay cansancio en todos los rostros. Las mismas mujeres que a la una, en las «loncherías», perturban hasta la angustia, provocativas y desdeñosas del pobre, ahora se ven marchitas, casi malhumoradas. Sobre el puente el panorama se ensancha y se impone al ánimo la grandeza del esfuerzo realizado en torno. También yo cargaba mi rascacielos. Aprovechando que no tenía amigos ni dinero para diversiones, me dedicaba con voracidad a la lectura. Me ocupó varias noches el volumen de *Las siete lámparas*, de Ruskin. Lo leído me sugirió toda una teoría estética; en el porvenir la arquitectura levantaría construcciones monumentales en espiral, semejantes a la torre babilónica que imaginan los pintores. Esta predilección por la espiral marcaría una tercera época de suprema belleza y superación de las construcciones horizontales que predominan en el arte egipcio y griego, y después, también, del círculo que ha creado la cúpula y todos los estilos románicos. Confusamente advertía que estábamos en una época que rompe el hábito de las fuerzas en círculo, que liquida los procesos en ciclo e inicia la dinámica de la espiral, que es también la del espíritu. Porque toda plástica para ser artística ha de

transportar la energía del equilibrio pesado del sólido, a modo de la espiral que agita el alma humana. El modelo nos lo dan los caparazones de la vida animal que llega a la perfección en el caracol, instrumento de captación de los ritmos superiores del universo, además de estructura que sostiene una vida. La arquitectura neoyorquina era, pues, fea, no sólo por el abuso de vanos que señala Ruskin, sino porque una torre no ha de ser perpendicular, a lo gótico —esto le roba toda significación—, sino animada de terrazas o balcones ensanchados en leve ritmo de espiral que abarca el mundo como los campanarios de México y los torreones mozárabes.

Cada anochecer, tras el baño de mi pensión de seis dólares semanarios el cuarto, cenaba en el restaurante popular que hallaba al paso. Siempre uno distinto para elegir algún manjar nuevo, aunque ya prevalecía el tipo de comida estándar. Por huirlo me regalaba, incluso en los puestos al aire libre, el par de *soft shell crabs* —jaibas tiernas riquísimas—, o los ostiones fritos, todo sin regla y a la hora que entra el antojo; a veces antes, a veces después de la lectura. Consumaba ésta en la biblioteca de mi barrio. Allí empecé las lecturas indostánicas de Max Müller y Oldenberg, sin omitir el caos teosófico de la Blavatzky y la Bessant. La confusión de estas últimas me dio la idea de tomar notas que más tarde se convirtieron en mi libro *Estudios indostánicos*, destinado a combatir falsificaciones. Cerraban a las once la biblioteca y volvía a mi cuarto para echarme en cama fatigado, pero sin sueño. Me había salido erupción como eczema que me tenía rascando toda la noche. Atribuyéndola a la mala digestión, me laxaba y ayunaba; pero el mal seguía. Antes de lo necesario, estaba ya en pie, y tras el baño y el desayuno, otra vez a recrearme en el puente. Me estaba a veces hasta una hora en los descansos mirando el panorama, mientras sonaban las nueve, abstraído en divagaciones confusas como quien se emborracha de ideaciones. El piso que me sostenía temblaba sin cesar al paso de los convoyes eléctricos, los autobuses, los carros; todo lo llenaba el estruendo de la fiesta diaria del tráfico. Quemaba ya el sol, pero más allá del ambiente físico, el alma se perdía en proyectos necios. Me repugnaba volver a la rutina de mi trabajo profesional de México. Me molestaba la estrechez en que ahora vivía; pero gozaba largamente aquella completa soledad de desconocido entre los millones de indiferentes. Era una manera de existencia monástica dedicada a la libre contemplación. Los domingos los pasaba enteros en el Museo Metropolitano. Estudiaba con método: la escultura griega, con el auxilio de los libros de una miss Johnson, del Museo Británico, más Taine. Lo egipcio lo seguía en resúmenes ingleses de Momsen; para la pintura, Ruskin y el Vasari. Era un deleite nuevo poder consultar en la biblioteca el libro que se me antojaba. Años hubiera seguido así, leyendo y pensando. En seguida, como descanso, mirar una obra maestra del arte universal. Desde entonces poco me entusiasmaban los realismos de Van Dyck y de Velázquez y Rembrandt; prefería las tablas italianas y los Ruisdaels del museo neoyorquino. Las salas incomparables del arte oriental con sus colecciones de lámparas persas, estampas indostánicas, estatuas policromadas chinas y Budas pensativos, no existían aún. La sala egipcia era ya valiosa. Y las maquetas

del Partenón y de Notre Dame, los vaciados de Donatello y de Fidias, las cabezas romanas, daban bastante que ver al principiante.

Todo hubiera sido perfecto sin aquel dolor de cerebro y zumbido de oídos que me perseguía como una consecuencia de dormir escaso, la alimentación insuficiente, la fatiga acumulada.

Cierto *week end*, Johnson, mi antiguo jefe del bufete de México, me invitó a su club. Una especie de hotel privado a orillas del Atlántico. Cena en el restaurante iluminado, con *blue points*, pequeñas ostras muy estimadas, langosta a la Newberry que me quitó el sueño y una botellita de *ale* inglés; luego, en el salón, el puro para la charla. Finalmente, una alcoba impecable de aseo; ancha, sabrosa cama, y desde la ventana abierta, el golpe de la marea ascendente. A Johnson le debí el puesto de traductor que desempeñaba: me había invitado a trabajar con él en el bufete, pero sin sueldo, y preferí olvidar el título para ganar un salario. Perdí aquel domingo por la mañana en un estúpido juego de golf, persiguiendo una pelotita en vez de mirar el panorama de las colinas a orillas del mar. Una o dos veces me escribió Warner; me aconsejaba que regresara; se ofrecía a obtener de Limantour, con quien llevaba alguna amistad, un salvo conducto. Le contesté agradeciéndole la disposición amistosa y explicándole que nuestra lucha contra Díaz era a muerte. Los correligionarios también me escribían. Madero, desde su prisión, recomendaba que la lucha siguiera sin desmayos.

Un día el correo me trajo una terrible alarma. Mi esposa me anunciaba que se disponía a partir con mi hijo para reunirse conmigo en Nueva York... Ella estaba sola, y yo, mientras tanto, en Nueva York... *paseándome...*; no era justo, etc. ¿Para qué explicar lo que debía suponer? Mi situación de miseria, llevadera apenas para uno, era insostenible para dos. ¿Qué haríamos si al viajar ella agotaba el dinero reservado para sus propios alimentos? La amenacé si hacía el viaje; pero me daba seguridad mi previsión de no haberle dejado dinero en globo, sino en cheques mensuales, incobrables antes de su fecha. Confiaba, además, en que no encontraría quien le prestase el dinero en mi nombre, dado que era yo un desterrado. A Warner le pedí que nada le anticipase, como nunca me había anticipado a mí.

Carlos había pasado dos días conmigo. Nos fuimos juntos a conocer ese triste mercado de alegría que es Coney Island... Nos parecía increíble que tantos miles de almas pudieran encontrar goce en ser sacudidos innoblemente por medio de arreglos mecánicos elementales. Además no estábamos demasiado optimistas. Yo procuré pintarle mi situación como un accidente pasajero del cual me repondría. Él probablemente se dominaba para no dejarme ver todo lo duro de su propia prueba. Pero era evidente que perdía el tiempo, por lo menos. Pues el trabajo de la fábrica, demasiado rudo, lo dejaba sin ánimo para estudiar. Con todo, asistía a unas academias nocturnas de matemáticas y dibujo mecánico y había logrado que no lo tuviesen en un solo departamento, sino que periódicamente lo cambiaban para enterarlo de todos los detalles de la construcción de una locomotora... Su sueldo le alcanzaba para vivir,

y con lo que yo solía mandar se paseaba. Quería seguir un año donde estaba. Después, ya veríamos. De su odisea anterior a su trabajo actual, contaba prodigios. Había hecho viajes de *tramp* o *mosca*, por los ferrocarriles de Middle West. En Nueva York estuvo unos días lavando botellas en una fábrica de cerveza. Ya no era el muchacho manirroto de México, que cada sábado gastaba lo ganado en la semana y algo más. Se había hecho económico y aun protestaba de que lo invitara más allá del modesto *lunch room*. Me disgustó mucho ver que no tenía buen apetito y que fumaba como chimenea. Sin embargo, aunque un poco pálido, se veía fuerte, bien musculado. Al oírle sus relatos de aventuras y tenacidad, me sentía ufano de él y pensaba: «Éste es de los míos; la vida le pertenece porque es enérgico y osado.» Ni se me ocurrió pensar que era de los marcados para sufrir esa suerte de orfandad que hay en la muerte del joven; orfandad de porvenir.

No recuerdo la fecha, pero sí que no pasó de tres meses mi primera estancia en Nueva York. La agitación en México no había decrecido. Se verificaron las elecciones y la gente fue a votar, fiel a la consigna maderista. El Gobierno tuvo necesidad de cometer atropellos. Ya no era el caso de antes, cuando nadie acudía a las urnas. Ahora fue patente que de no destruir el Gobierno las cédulas, una gruesa votación habría barrido del poder al porfirismo. Ésta era la base necesaria al movimiento armado. Por su parte, los del Gobierno decretaron una amnistía general, creyendo pacificar los ánimos. Esto y el llamado de los correligionarios me decidió a volver. No era lo mismo amnistiarse condicionalmente o mediante favor particular, que meterse al país sin explicaciones ni compromisos.

Cuando mi jefe neoyorquino supo que había yo dado aviso de partida, se dirigió a mi mesilla de mecanógrafo y se sentó a mi lado. En realidad, yo me sentía agradecido a él y a sus auxiliares. Desde los primeros días me manifestaron con la franqueza, la generosidad del americano de aquella época, su satisfacción por la forma en que les hacía el trabajo. Más aún, me confesaron su asombro de que no hiciera lo que hacía mi antecesor en el trabajo, una pobre señora norteamericana que no cesaba de consultar el diccionario. Era yo un gran traductor, afirmaban. Y el jefe que antes apenas me advertía al entrar, ahora solícito, sonriente, afirmaba:

—No; no se nos va usted; usted no sabe que ya le hemos decretado un cuarenta por ciento de aumento de sueldo.

Yo sonreí a mi vez, le agradecí el aumento y le dije:

—Sintiendo dejarlos, tengo que irme.

Pero volvió a insistir:

—¿Es que quiere usted más sueldo? Yo le pago lo que vaya a ganar en México. ¿Cuánto gana en México? Yo le puedo dar hasta treinta dólares a la semana.

En efecto, aquello era duplicarme el jornal; pero repuse:

—Es que en México yo gano mil pesos, o sea, quinientos dólares al mes.

Se me quedó mirando entonces y luego, como si de pronto entendiese y dándose un golpe en la frente, exclamó:

—Ah, ya caigo; usted es un *refugee, political refugee...*

Me dio un apretón de manos y me deseó *good luck*. En fin, que al salir, días después, de Nueva York, sentado a la popa de un barco de la Línea Ward, miraba el panorama de las casitas verticales a la orilla del agua, y no obstante lo que allí había sufrido, experimenté cierta dulce gratitud por las bibliotecas gratuitas, por los museos bien atendidos y aun por las gentes que, si se afanan por el dinero, lo reparten con menos tacañería que los patrones de otros países.

En el corto espacio reservado a los viajeros de segunda clase formábamos corro media docena de tipos de diferente nacionalidad. Un inglés rubio, de oficio carpintero y que había recorrido medio universo; un joven irlandés, panadero en Filadelfia, que gastaba sus ahorros en una vacación en La Habana; un cubano, pequeño burócrata, y otro mexicano como yo, pero sin oficio especial. Y cayó de pronto un chubasco a la vez que empezó a dar tumbos la popa. Mirando los experimentados las caras de los viajeros nuevos, empezaron las bromas y no tardó en cruzarse la apuesta. El que se marease primero pagaría la cena en La Habana. Yo acepté, atendido a mis antecedentes dudosos de marinero en Campeche. El *globe trotter* inglés no se mareaba nunca; el cubano aseguró lo mismo, y cada cual siguió haciéndose el fuerte. Hablaba el inglés de su permanencia en Chile. *God dam!* no había podido convencerlos de que él era inglés y no de Norteamérica. Apenas se metía por una calle desviada en Valparaíso o de Santiago, le salían al paso los «rotos» gritándole: «¡Gringo, gringo!» «En cambio, en México —decía, dirigiéndose a mí— nadie me molestó y viví contento.» El panaderito no sabía hablar sino de las mezclas que intervienen en la producción del *brown bread* y el *white bread*. Le habían dicho que las *girls* de La Habana tenían mucho temperamento y quería comprobarlo en persona. Se sucedían bandazos que nos obligaban a interrumpir la conversación. Empezaba yo a sentir agua en la boca, pero examinando en torno me tranquilicé en cuanto a la apuesta, porque el panaderito gordo y sonrosado al embarcarse, habíase puesto pálido y no tardó en mostrar la arruga vertical sobre la frente que, según el cubano, denotaba el mareo fulminante. En efecto, minutos después del síntoma corrió a la barandilla. Esperamos a que se repusiera y retuvimos el comentario hasta que él mismo dijo:

—*All right*; pago la cena.

Entonces estalló la ovación y a poco se deshizo el grupo.

El siguiente fue uno de esos días largos y pesados comunes a toda navegación. Heroicamente intentamos distraernos con los juegos de a bordo que en tierra aburren al más complaciente. Sin embargo, ya que se ha fatigado la vista de leer, ya que las conversaciones llegaron a un punto obsceno, viene bien tirar el aro de sogas contra el palito o jugar una partida de *deck golf*. De todo había en nuestra reducida sección. Y tampoco nos faltaron ocasiones de reír a costa del prójimo, representado por una solterona cubana, ya gorda, que enseñando la llave de su camarote advertía: «En un viaje nunca faltan atrevidos.» Otra prójima era una *miss* que se asoleaba en el puente más alto: rubia, alta y gruesa, la cara se le había puesto rubicunda. Sabíamos que era

institutriz. Mirándole el carpintero, su paisano, comentaba: «Quién las ve tan serias... una así, tal como ésta, conocí en Escocia... *God dam...* quién las ve así que ni vuelven el rostro... *dam it...* Después de cada encuentro, *do it again, do it again...*»

Era la primera vez que trataba de cerca a uno de estos cínicos varoniles tipos de novela de Gorki o de cuento de Kipling. La crudeza de su lenguaje y sus maneras ásperas son efecto de mala educación. A fuerza de no reprimirse, también se van dejando llevar corriente abajo y del lenguaje obsceno pasan fácilmente al acto, a lo bruto. Deliberadamente, o por simple ignorancia, despojan a la vida de todo lo que la hace noble, limpia, decorosa, y a pretexto de naturalidad, la rebajan y concluyen envileciéndose. No lo advertía yo así entonces, y el sujeto más bien me seducía con los atractivos del anarquista rebelde y también por cierta innata nobleza y desprendimiento que no es raro encontrar en personas semejantes.

Pero quien me resultó de veras útil fue el compatriota sin oficio. Pues sucedió que de la primera bajaron unos jovenzuelos bien vestidos que invitaban a jugar poker. Veía el juego sin apostar, hasta que el mexicano preguntó:

—¿Cuánto tiene?

Le confesé la verdad: me quedaban dos dólares después de pagar las propinas de abordo.

—Deme esos dos pesos y yo pongo otros dos, y les jugamos a estos gringos.

Así lo hicimos; y a la hora de liquidar nos hallábamos poseedores de veinticinco dólares por cabeza. Volvieron al día siguiente los de primera, y mi compatriota, llevándose las manos a la cabeza, exclamó: «*Sea sick*» estamos mareados. Y se salvó nuestra ganancia.

A la mañana del tercer día, mirando por la claraboya del camarote, descubrí un panorama jubiloso. Era como un Campeche multiplicado; la belleza tropical en su realización urbana. Mar azul e incendio de luz, casas con balcones y fachadas de blanco, de rojo claro o de azul. Entre azoteas y techados en ocre asoman palmeras. En el extremo de la bahía, el Morro levanta su ilustre vejez amarillenta, que resistió al británico, pero ha claudicado ante el *yankee*. Un aire denso de humedad olorosa a marisma envuelve las cosas. Triunfa irrefrenada la alegría del sol. ¿Qué hacía la gente toda del mundo que no acudía a embriagarse de belleza incitante y placentera? Allí estaba a la vista la dicha. Y como animales que se sueltan de un largo encierro, saltamos por callejas y malecones. Observamos las antiguas murallas, entramos a los cafés para beber jugo de piña helado y guanábana. Haciéndole pagar una ronda de refrescos, liquidamos la deuda del panaderito que perdió la apuesta y formamos grupo el carpintero inglés, el mexicano mi compañero de juego y yo. Era ya una voluptuosidad sentir dinero en la bolsa teniendo delante una tarde y su noche en la Habana de entonces.

Nos condujo el carpintero a una fonda que aseguraba conocer. Se imaginará lo bien que comimos si se reflexiona el tiempo que llevábamos condenados a la mesa desabrida de los Estados Unidos, sin contar con el «pienso» del barco. El menú al

gusto marineró constaba de pescado, arroz con plátano frito, pescados en guiso, aguacates en ensalada, mangos y vino español. Después de tantos meses de comer por necesidad, una hora o dos de hartazgo por placer. Medio mareados, pero ahora de satisfacción, salimos puro en la boca a examinar despacio los rincones de pátina antigua y fresca sombra. Frente a la placita de la Catedral vieja reposamos un buen rato. No estaba todavía construido el malecón sobre el mar, ni era cosa de tomar vehículo para correr como perseguidos. Estábamos todavía en la época en que agradaba recorrer a pie las ciudades tomándole el gusto a cada pórtico enlaminado, asomándonos a cada patio con arquería de piedra. Raza medular y heroica que allí dejó su huella. El mexicano y yo nos sentíamos ya casi en la patria. Un orgullo especial, el de la casta habituada a la mansión de piedra labrada, nos colocaba por encima de las gentes del Norte, pese a la comodidad de sus frágiles construcciones. El mismo acero de los rascacielos conserva el ritmo elemental del riel.

Un instinto nos acercaba a los barrios galantes. Por las puertas entreabiertas empezaron a verse rostros atractivos. De un zaguán partió una dulce invitación y entramos. Fue como si un deslumbramiento anulase la reflexión, borrarse recuerdos y únicamente dejase vida para entregarse al frenesí de un abrazo serpeante; sólidos senos, cintura flexible, labios deliciosos y una voz de acento antillano que mete por los oídos su música fresca.

Pasamos allí el resto de la tarde y parte de la noche. Luego, tras de cena ligera, visitamos la calle célebre por el cosmopolitismo de su clientela. Estaba en uno de los barrios apartados. Regularmente los serenos pegaban con su bastón en las baldosas de la acera propagando el eco de la hora. En la terraza interior de un café hay un grupo de mujeres con mantón de Manila y peineta. Las observamos acercándonos a las mesillas. Periódicamente bailan en un tablado. Clavel rojo sobre el pelo negro, tez clara azulosa y sonrisa de cristal, negras pestañas, curvas opulentas y firmes. Carne codiciada de Andalucía. En otros sitios, mulatas incitantes bailaban rumbas. Un poco más adentro, en la zona mal alumbrada, escondidas casi, negras de ojos flamantes ofrecen acres deleites. Atraviesa la calle, cigarrillo en la boca, nerviosa cadera, fino el tobillo, una bailarina más o menos flamenca que tarareaba el «cante jondo» más o menos puro; de todas maneras, era ejemplar de raza, un valor alto en el pedigree de la voluptuosidad. Había en el ademán de estas gitanas españolas, devueltas a un calor africano, no sé qué distinción que las separaba de las simples esclavas del mercado erótico; un resabio de los cultos que en Oriente confunden lo religioso con lo voluptuoso. Invitan a gozar de la noche y su frenesí. Reflexionar en el mañana, reservarse en cualquier forma, parecía torpeza o cobardía. Ni llegamos a abordarlas. Calculamos nuestros exiguos recursos, ya mermados; no alcanzaban para una aventura formal. Por lo pronto, yo sentía un amor y el deseo punzante de repetir las dulzuras de por la tarde. Di con ella otra vez y terminó la noche en delirio. No sabría uno arrancarse al engreimiento de una feliz ocasión, si no fuese porque obliga la necesidad. La pobreza duele en la juventud porque nos fuerza a renunciar, nos quita

de los labios algo tan valioso como el agua: el goce, la voracidad del amor desenfrenado. Y a menudo, y por no agotarlo hasta el fin, se nos queda la apetencia y con ella el error de creer que hemos perdido la dicha perdiéndola. En cambio, el que se harta llega pronto al descubrimiento de la vanidad de dolor y placer. Enojo, fiebre, ilusiones, gratitud, visión de senos juveniles y de torsos crispados, perfume femenino, desgarramiento de una aventura cortada bruscamente, de todo esto llevaba dentro cuando el barco desató sus amarras y la isla empezó a convertirse en una raya sobre el azul del mar. Era un mar de aceite bajo el sol tórrido: una sola onda inacabable, pesada y fatigosa. Un atleta panameño se había embarcado con nosotros, extendía su hamaca de yute blanco, relataba sus aventuras de amor, monótonas y triviales como todas las que no hemos pasado en persona, aburridas como el mar en la siesta de estío.

Con turbación y desánimo contemplé las costas de nuestro pobre país. Sobre las arenas inhóspitas, entre azoteas y cocoteros, domina la torre de Ulúa. Ella es el símbolo de la Nación. Fortaleza inexpugnable durante la Colonia y ahora prisión de Estado, hosca y terrible para el hijo del país; desmantelada y risible frente a la artillería marina de Norteamérica. Sin padecer una sola baja podía tomarla un barco de guerra cualquiera. No intimidaba a ningún extranjero; en cambio, atormentaba al nacional. Lo mismo que nuestro ejército; lo mismo que todos esos aparatos de guerra de los pueblos de derrota. Numerosas víctimas del porfirismo agonizaban en los sótanos anegados de filtraciones, impregnados de microbios de tisis. Tal era el hospedaje que la patria reservaba a quienes pretendían mejorarla.

Llevaba en la bolsa justamente los dos dólares con que me había embarcado y que aparté de las ganancias antes del desembarco en La Habana. Un amigo me prestó el importe del pasaje hasta la capital. ¿Cómo encontraría mis asuntos? ¿En qué condiciones iba a volver a empezar? Y ¿cuándo estaría en condiciones de consumir el rescate de Carlos, que se quedaba de esclavo en Filadelfia, cuyo nombre, sin duda, le resultaba un sarcasmo?

En Veracruz había pasado un par de semanas, un año antes. ¿Qué haría en aquellos momentos la lindísima María González de Castilla, cuyo paso por la serenata nos alegraba desde la mesa de Diligencias? Era leve y torneada, con blancura pálida de nardo y ojos deslumbrantes. Su risa era un trino que enriquecía el tesoro de la vida. En imposibles pero gratos devaneos, la había seguido, imaginando que un azar me volvía poderoso para ofrecerle un reino. A un amigo mío y pariente de ella le pregunté si era verdad que tenía familiares y realidad humana, si alguien la había visto nacer como una de tantas, pues no se la concebía sino como fruto de algún milagro. Lo sobrenatural hallaba en ella evidencia.

—Si quiere usted, lo presento —me había respondido—; es muy afable y goza de general estimación.

Rehusé, bromeando:

—Si fuera soltero —expliqué—, me casaría en seguida. No siéndolo, me gustaría

raptarla, y para eso no hace falta presentación.

Golpeaban las ruedas bajo la cama del *pullman* y el alma en semisueño gozaba sin preocupaciones toda la ventura negada por la mezquina realidad.

Pocas novedades hallé en la Metrópoli; ninguna en mi familia. Los correligionarios seguían firmes. Madero recomendaba que se siguiese hasta el fin la secuela jurídica. Federico González Garza me leyó el memorial que enviaría en septiembre a las Cámaras, pidiendo la nulidad de las elecciones; mientras tanto, Madero preparaba su fuga. Se vivía en ambiente de complot.

En la oficina me devolvieron mi puesto. Lealmente confesó Warner que no había encontrado sustituto que le conviniese. Los negocios andaban mal, pero se conservaban todos los poderes, y con la nueva reelección, decía Warner, quedaba garantizada la paz y vendría un periodo de prosperidad. «Con tal que usted se decidiese a despreciar la política, fácilmente nos haríamos ricos», repetía.

En verdad, Warner iba para abajo a causa de sus despilfarros increíbles. Me pasmaba que un hombre de realidades desbarrase por absurdas intervenciones de su fantasía en la realidad. Donde se instalaba Warner, en seguida encontraban trabajo los carpinteros, albañiles y decoradores. La manía de las restauraciones lo arruinaba. En el despacho había invertido una fortuna en canceles, alfombras y caja de acero incrustada al muro. Todo para guardar documentos en su mayoría inútiles, porque lo valioso lo guardábamos en la caja blindada del Banco, en los bajos. Un lío parecido fue el de la casa que alquiló en Tacubaya. Se trataba de una vieja mansión que le ofrecieron en venta a precio ventajoso. Prefirió alquilarla con opción a la compra por sesenta mil pesos y renta mensual de cuatrocientos. En seguida se puso a renovarla; zócalos de madera en todas las habitaciones; un baño al lado de cada alcoba; billar y campo de tenis; total; unos veinticinco mil pesos de gasto en casa ajena. A los dos años había pagado más de la mitad del precio y la dejó perdiendo íntegras sus mejoras. Contra este contrato le había dado consejo escrito. Y al ver que se cumplían los riesgos por mí advertidos, ya no volví a tomar en serio sus bromas de que yo era idealista y él un práctico.

Lo que ocurre a los impugnadores del idealismo es que ponen en práctica las ilusiones que no dan a su ensueño. Con todo y mi idealismo, no era mala mi condición económica. Ni debía ni había tenido que pedir prestado. Mi casa habitación era propia sin hipotecas; no estaba concluida; pero ya se concluiría alguna vez. También al nacer mi hijo había contratado una póliza de vida. Si me mataban en la revolución, la compañía se fastidiaba. Lo urgente ahora sería reunir dinero en efectivo para el destierro próximo, que quizá sería largo. Empecé a trabajar y ahorrar enamorado de cada peso y aleccionado con los apuros neoyorquinos recientes. En lo más confiado de mis previsiones y sacrificios me hallaba, cuando mi esposa anunció que estaba otra vez encinta. No podría describir la pena aguda, la sensación de fracaso, el remordimiento de responsabilidad, la repugnancia física que la noticia me produjo. Ella no ignoraba el desagrado que me causaba y parecía complacerse en

estos embarazos. Por lo mismo que adoraba a mi hijo, no quería cargarlo con hermanos menores, a falta de herencia. Y luego, ¿a quién se le ocurría crearse problemas de hijos cuando se estaba a las puertas de una lucha arriesgada? Era como si un espíritu maligno se obstinase en burlar o hacer más pesado mi destino. Ella me desafiaba contradiciéndome de hecho para vencer en su deseo de dedicarme a la familia. La frase vulgar: «¿Qué sacas con eso de la política?», tomaba ahora cuerpo en una especie de venganza trágica. ¡A ver qué hacía yo ahora! Lo único que hacía era padecer a la vez que se acentuaba mi repulsa de la vida matrimonial. Y exaltándome bendecía a la prostituta que da placer y no anda cargando a nadie con hijos, para retener lo que se va.

Cuento en líneas anteriores lo que sentía como lo sentí; no alego nada en mi descargo; si obraba mal y hacía sufrir, yo también sufría. Dejé de hablar en casa no sé cuánto tiempo. No hice reproches; nada más pegué los labios. Nadie parecía comprender mi situación. Intervino mi padre a instancias de mi esposa. Pero ¿qué podía yo explicarle a él, prototipo de la imprevisión, que tuvo diez hijos como pudo tener veinte, si no le sale estéril la segunda esposa? ¿Iba yo a decirle: «No quiero los apuros que vi en tu casa, no me invites al mal que tú hiciste, mira a tus hijos dispersos»? Prefería callar. Pensé en una separación; pero reflexioné: ¿Para qué adelantar lo que pronto los acontecimientos van a imponer?

Mi corazón anegado de amargura, me sugería empresas disparatadas. Encerrado en mi habitación meditaba. De pronto me ponía a escribir ineptias que tomaba por himnos a la esterilidad y cantos al placer sin resabio. Culto de la virgen y culto de la cortesana. De estas divagaciones fue saliendo el tema que más tarde usé para mi tragedia *Prometeo Vencedor*, burla final del instinto genésico.

Otras veces me ocupaba en redactar las proclamas, correspondencias de algún complot, sobresaltándome si alguien llamaba fuerte al portón porque andaba tras de nosotros la policía. Añadía a todo esto la herida de mi hijo pequeño que desamparaba, sobre quien traía el riesgo de la pobreza. Recordando estas angustias turbias, ruego al Dios bueno que ha de juzgarnos que tome en cuenta no tanto al acierto o desacierto de nuestros actos, sino la cantidad de dolor que padecemos por lo que nos parece la justicia.

La instancia de nuestro Partido fue desechada en el Congreso con burlas. ¿Qué proponían los ilusos antirreeleccionistas? ¿Derribar un régimen de fuerza con los argumentos del cuistre? La Nación entera parecía respaldar a sus diputados. En todos predominaba el pensamiento de divertirse. Las fiestas conmemorativas de septiembre alcanzaban esplendor de apoteosis. No por los héroes que murieron para darnos libertad, sino por el héroe de la paz, que nos la había robado.

Desde el balcón del Palacio Nacional la noche de la fiesta cívica, el tirano había gritado: «¡Viva la Libertad!» Y una multitud imbécil, desde la plaza, levantó clamor que refrendaba la farsa. Para ellos libertad es su noche de gritería y alcohólico holgorio. Nada hay más antipático que el entusiasmo patriótico de un pueblo envilecido. La tolerancia del crimen en el Gobierno deshonra el patriotismo que exige decoro antes que histerismo y loas. Y se torna soez toda alegría pública que convive con la impunidad, la impudicia del gobernante. Por eso es asquerosa nuestra noche del 15. Había, sin embargo, bajo la capa de lujo de aquellos festejos del Centenario, una sorda, resuelta oposición que aguardaba su instante. Una convicción de que se estaba en vísperas del castigo final hacía tolerable el bullicio. Alentaba una gran esperanza. Peores han sido los aniversarios patrios bajo el carrancismo y el callismo, asesinos de la patria y de su esperanza. Noches del 15 contemporáneas, juergas de constabularios, ebrios y caníbales.

No sé por qué artes se había hecho costumbre celebrar el santo del déspota al día siguiente del aniversario de la patria. Para la noche del 16 se preparó, aquella ocasión, un baile de Corte. Lo presidiría con diadema de diamantes, si no de blasones, la esposa del Dictador. Le rindieron homenaje las embajadas de las potencias. La Madre España envió de embajador especial a Polavieja, el verdugo de Cuba. La maledicencia, miasma de las tiranías, inventó un diálogo a lo Juan Tenorio y Mejía, entre los dos matadores de hombres. Exhibía cada cual su lista de fusilados y triunfaba el Dictador criollo.

Grupos de visitantes entraban por la puerta presidencial del Palacio, generalmente reservada y ahora abierta para que el público contemplase el adorno de los salones preparados para la fiesta. Acompañaba yo a unas señoras, algo parientes; una de ellas me dijo:

—¿Por qué no viene con su esposa?

—Gracias —le contesté, distraído—; el año entrante la invito y aquí bailaremos.

—¡Ay, ja, ja, ja, ja! Déjese de locuras... ¿Por qué no quiere al Viejo?

Ya no teníamos prensa, ya no celebraríamos mítines ni reuniones de grupo; ostensiblemente estábamos deshechos; sin embargo, el fermento pugnaba. Desde sus soledades de prisionero, Madero escribía el Plan de San Luis. El texto del documento sólo se conoció cuando ya estuvo él a salvo en los Estados Unidos, pero se sabían sus lineamientos: desconocimiento del régimen porfiriano; convocatoria del pueblo a las armas; restablecimiento de las libertades públicas de acuerdo con la Constitución;

libertad a las masas obreras para organizarse; libertad electoral; libertad de prensa; redención popular por el trabajo y la cultura.

No era Madero un político de oficio ni un demagogo. Su ideología iba más allá de sus planes. Lo sostenía la convicción de que es el ideal una fuerza que acelera el progreso si encarna en hombres despejados, resueltos y honestos. No era anticlerical ni jacobino, y sí liberal tolerante con programa agrario. Creía en el poder del espíritu sobre el complejo de las cosas y los sucesos. Era, en suma, una de esas figuras llamadas a forjar la historia, en vez de seguir sus vericuetos oscuros.

Lentamente se había planteado una lucha doctrinaria dramática. Los porfiristas, cultos y escépticos, se afirmaban en la tesis de Bulnes: un pueblo de mestizos (ya lo había dicho Spencer), un agregado de *half breeds*, no podía aspirar a nada mejor que el tirano benévolo. Del otro lado estaban los hechos patentes en la región fronteriza. Los mexicanos de Texas, no obstante su atraso técnico en relación con el *yanqui*, gracias a las libertades *yanquis* se regían por sí solos y prosperaban. En artículos y polémicas echábamos mano también de argumentos arrancados a la experiencia histórica. Ningún pueblo escapaba al cargo de incultura, ineptitud y atraso. La misma Grecia de la época clásica tuvo mayoría de analfabetos y de esclavos. Y fue un asco la Inglaterra de Enrique VIII. Sin embargo, una minoría idealista puede en cualquier instante levantar el nivel de un pueblo: la dictadura, jamás. Era menester osar. No hay peor cobarde que el cobarde del ideal. Si los políticos griegos se hubiesen dicho: El pueblo corrompido sólo merece látigo, no se habrían construido Atenas ni Esparta, y Grecia sería otra Persia. El pueblo francés, pobre, inculto, analfabeto, hizo la revolución, consolidó los derechos del hombre, preparó con la libertad las bases de una inmensa cultura.

A la tesis de que el indio es una carga, oponíamos el hecho de que el indio clavó los rieles del ferrocarril y poco a poco, por su tenacidad y su ingenio, sin ayuda oficial, aprendió la técnica y logró manejar las vías férreas.

No estábamos ante un problema de intelectualidad, sino de honradez. Una nación entera se había desarrollado en la paz prosperando por su trabajo, ilustrándose con los ejemplos del mundo civilizado. Dentro del mismo gobierno, los pequeños funcionarios eran modelo de asiduidad en la tarea, honestidad en la vida, patriotismo en la intención. Era natural, pues, que su conciencia chocase con el robo y el negocio de los favoritos, con el atropello y la brutalidad de los caciques locales amparados por el Dictador. Polizontes, coroneles y matarifes oprimían anacrónicamente a una sociedad que los aventajaba. En rigor, la protesta maderista no era nueva. Cada una de las cinco o seis reelecciones había dejado cauda de mártires.

Ahora ya no sería ocasional la protesta. Un sordo movimiento de opinión empezaba a manifestarse. Por todas partes, los colegios vencían al cuartel y la población urbana se imponía a la barbarie de los campos, almácigo de militarismo y bandidajes.

Con todo, en vísperas de la acción decisiva, se multiplicaban las deserciones. Los

antiguos reyistas se habían rendido y andaban buscando acomodo. Algunos independientes, Luis Cabrera, por ejemplo, preferían volver a la vida privada y se negaban a seguirnos en la aventura rebelde. Pesaba demasiado el precedente. Cada reelección servía para deshacer a los obstinados. Se creía en la eficacia irresistible del ejército. El más confuso escepticismo minaba la conciencia de nuestra generación. En el patio de Jurisprudencia se producían conversaciones. Hablaba, si no recuerdo mal, Zubarán. Como reyista se había opuesto a la reelección; pero desistía de la lucha. «En esta escuela —afirmaba— se nos engaña. ¿Para qué hablarnos de justicia y moral si lo que debía enseñarse es la astucia que asegura el triunfo? A diario se enseña lo contrario de lo que el joven necesita saber: que el bien, la generosidad y el ideal son palabras para encubrir la injusticia, el disimulo, la crueldad. Un máximo de egoísmo debiera ser nuestra moral. Cada uno para sí; de esta suerte, a juego limpio, con cartas descubiertas, por lo menos nadie podría llamarse a engaño.»

Al discutir la consideración del argumento contrario, me robaba toda la energía; no asentía, pero tampoco rebatía; luego, en la calma de la reflexión, comentaba: «Está bien; la realidad nos presenta una Humanidad perversa, mezquina, confusa. Pero no sólo hay la realidad, existe también la voluntad que no se conforma y exige el bien. Los valores de la conciencia son una realidad superior que puede y debe dominar al simple caos de los hechos. Que mande el espíritu en vez de mandar la fisiología, y el país verá que su destino pega un salto.» Ése era el salto que imprimiríamos al destino de México. Para eso íbamos a la revolución: para imponer por la fuerza del pueblo el espíritu sobre la realidad; los hombres puros, creyentes en el bien, se sobreponían a los perversos, incrédulos o simplemente idiotas. Era un caso claro de la eterna pugna de Arimán contra Ormuz, y ningún hombre de honor tenía derecho a eximirse. El maderismo era una de las múltiples modalidades del heroísmo y casi una santidad; el porfirismo era la contumacia en el mal. Por encima de la política, la ética preparaba sus ejércitos y se disponía a la batalla trascendental.

Periódicamente pasaban por la Metrópoli los mensajeros. Desde San Antonio, Texas, Madero nos comunicaba sus instrucciones. Las hojas sueltas del Plan de San Luis eran repartidas ocultamente en todo el territorio. Mujeres entusiastas y humildes, maestras de escuela ignoradas, consumaban propaganda intensa. Los más resueltos se dedicaban al contrabando de armas. Uno de estos contrabandistas heroicos fue Aquiles Serdán. Lo vi pasar camino de Laredo. Era de buena familia veracruzana venida a menos; un idealista ardoroso, pálido y delgado, todavía joven. Se proponía revolucionar el estado de Puebla, feudo de un Martínez, que saqueaba el territorio a cambio de obsequios anuales a la esposa del Caudillo: Un pachá decrepito que se hacía llevar doncellas al mismo Palacio de Gobierno.

Regresó Serdán con buen acopio de armas de fuego, que almacenó en su propia casa, en el centro mismo de la ciudad de Puebla. Para el veinte de noviembre se había fijado la fecha de la sublevación general. Pero alguien efectuó denuncia y la casa de Serdán se vio cercada por la policía. Rendirse era caer bajo las balas de la ley fuga.

Resultaba preferible morir resistiendo. Con un hermano, un amigo y dos hermanas luchó todo el día con la policía y las tropas de la guarnición. Los del Gobierno ametrallaron la casa, mataron uno a uno a los defensores, pero no sin sufrir bajas y padecer inquietud. Una ciudad entera contempló impasible la lucha desigual en que se jugaba la esperanza de su libertad. Ni uno solo de los obreros de las fábricas próximas comprometidos en la sublevación acudió en auxilio del jefe sitiado. Heroico en su abandono, luchó éste hasta quemar el último cartucho. Entonces, exhausto y rodeado de muertos, buscó un escondite. En él lo hallaron los bravos oficiales que habían dirigido todo un ejército contra un solo hombre y a quemarropa lo asesinaron.

Un estremecimiento de espanto, mezclado de rubor, sacudió al país, que otra vez contemplaba un sacrificio estéril.

Fracasó también el veinte de noviembre el complot general. Los conspiradores de la metrópoli fueron encarcelados antes de la fecha. Los disturbios de Torreón fueron rápidamente sofocados. Se vio que era inútil intentar revoluciones urbanas en un pueblo sin disciplina ni cohesión. Quedaba la esperanza del campo. El campo se movió con lentitud, pero con éxito. Es mucho más fácil revolucionar en el monte con la ventaja del terreno, la facilidad de la emboscada, que consumir, por ejemplo, el asalto de un cuartel. Así tomó la revolución el giro campesino que le haría abortar años después convertida en simple venganza de una gleba desorientada. Pero, por lo pronto, nos entusiasmaban las noticias de levantamientos y combates por Chihuahua y por Guerrero. En el primer estado un hombre culto, el ingeniero Salido, empuñó la bandera que más tarde caería en manos de Orozco y de Villa, palurdos. A Salido lo mataron en los primeros encuentros. Orozco y Villa, aleccionados, eludían la batalla, se solazaban en la emboscada, pegaban a mansalva. Sin este género de guerrilleros instintivos, no se hubiese oído hablar más de Madero. En Sonora otro hombre, Maytorena, sacrificó su bienestar y su fortuna para lanzarse a la lucha arrastrando consigo a los indios *yaquis*. En Coahuila, los Gutiérrez, Eulalio y Luis, pequeños comerciantes, se lanzaron también a la arriesgada aventura. En Guerrero se alzaron los Figueroa, pequeños propietarios de provincia; en Zacatecas, Moya, un viejo liberal. En todo aquel primer brote de la conciencia rebelde no asomaba todavía el bandido. Y los mismos que después fueron bandidos, dominados por el ejemplo de sus jefes, se portaban como patriotas.

Las instrucciones que me mandaron fueron de esperar. Tan pronto como aumentasen los núcleos rebeldes, Madero entraría al país. Al mismo tiempo, una embajada de la revolución debía constituirse en Washington. Conocedor Madero de mi experiencia en el trato de los *yanquis*, me había designado para secretario del doctor Vázquez Gómez, que previamente se había expatriado, y se hallaba en la capital norteamericana. Las gestiones diplomáticas eran cada vez más urgentes, porque ya empezaban a hostilizarnos en la frontera estorbando el tráfico de armas y haciendo pasar a los nuestros como bandoleros sin programa.

Por fin, una tarde llegó el mensajero a mi despacho de los altos del Banco. Debía

alistarme; antes de dos semanas cruzaba Madero la frontera y yo debería presentarme en San Antonio para escribir órdenes. Antes de que el enviado acabara de exponer su embajada, yo sentí que mi destino cambiaba de rumbo. Comprendí que obedecería aquellas órdenes cualesquiera que fuesen. Esa misma noche, en el círculo de lectura de la casa de Antonio Caso, conté lo que ocurría. Procuraban todos disuadirme haciendo ver lo improbable del triunfo, lo terrible de las consecuencias de un destierro sin esperanzas.

Sólo Caso comprendió, y dijo;

—Es inútil cuanto le digamos, porque ni él mismo puede oponerse. Si ya sintió ese soplo que dice, no tendrá más que seguirlo.

Así fue. Pero antes, el entusiasmo juvenil, la rabia acumulada, la confianza de la propia suerte, me puso a cometer imprudencias, disparates. La idea de ganarnos algunos grupos del ejército nos había seducido desde el comienzo. Se evitaría derramamiento de sangre, se consolidaría un régimen menos bárbaro que el de la chusma triunfante. Para todos estos planes me había asociado con Camilo Arriaga, un viejo luchador de la primera intentona magonista. Alguien me había presentado con dos oficiales de caballería del cuartel de Tacubaya. De uniforme asistían a juntas que celebrábamos en distintos sitios. Una de ellas en mi casa, a medianoche, a inmediaciones del mismo cuartel. Mientras yo tramaba fantasías con los militares, Camilo reclutaba obreros. Con éstos y una compañía de soldados daríamos el golpe sobre la Recaudación de Rentas de Tacubaya y luego ganaríamos la serranía para unirnos a los rebeldes de Guerrero. Por una aventura así, bien valía desobedecer las órdenes de trasladarme a San Antonio. Y ocurrió lo de siempre en estos casos. Apenas se hizo un poco numeroso el grupo de los conjurados, se colaron en él los traidores. A los oficiales comprometidos los apresaron; pero tuvieron tiempo de mandarnos aviso. La cita era a medianoche, frente al cuartel de caballería de Tacubaya, que tendría la puerta entreabierta. El plan era despertar a los soldados, arengarlos y salir con ellos y los oficiales nuestros cómplices. Rápidamente comunicamos contraorden. Se empleó en ello todo el día; pero no hubo tiempo de avisar a todos o alguien falló en los avisos. El caso es que se reunieron unos cuantos, se acercaron, hallaron la puerta del cuartel entreabierta. Pero algo les pareció sospechoso y los detuvo; detrás de la puerta alguien creyó reconocer al jefe de la policía en persona. Echaron todos a correr y salieron tras ellos los policías. Se cambiaron algunos disparos, no hubo heridos, cayeron presos algunos obreros, libertados a poco; pero otro obrero, en la huida, cayó en una zanja de agua fría, cogió pulmonía y murió. Se llamaba, si mal no recuerdo, Solís y lleva hoy su nombre una calle de Tacubaya.

Lo terrible de estos golpes malogrados es la suerte de los presos. Ya nos imaginábamos a los dos oficiales, nuestros amigos, en capilla para ser fusilados. En realidad escaparon después de un corto arresto y gracias a falta de prueba fehaciente. Más tarde resultaron generales de la revolución. Pero, en todo caso, los que caen se

ven obligados a dar los nombres de los conjurados. Era menester ponerse a salvo. Nada valía la prisión, sino los métodos de tortura que emplea la policía con el pretexto de esclarecer la averiguación. Cada aldabonazo en la puerta me producía encogimiento penoso porque ya el porfirismo aplicaba la tortícolis, que ha hecho famoso al General Gómez, de Venezuela.

Otra vez había que optar entre el destierro y la cárcel. Por lo menos ahora tenía misión que cumplir en el extranjero. Fácilmente y antes de veinticuatro horas dispuse el viaje que ya estaba previsto. Redacté un informe de los negocios pendientes y los entregué a Koch, el abogado auxiliar de Warner, mi confidente y amigo. En el despacho sólo él se enteró de lo que ocurría. Era este Koch alto, narigón, pelo castaño y ojos azules; uno de esos feos elegantes, correcto siempre y reservado en exceso. Ciertos rasgos suyos me habían seducido. Un día le vi corbata negra con su traje claro y le pregunté:

—¿Qué pasa con sus corbatas bonitas?

—Es que hace dos días falleció mi padre.

No se había retrasado media hora en la llegada a la oficina ni había traslucido la menor emoción. Tan magnífica serenidad iba acompañada de gustos literarios estrictos. Exageraba, quizá, en su devoción de Oscar Wilde, transigía con Shaw y no padecía el apetito de dinero, tan común entre sus paisanos. A Koch, pues, le dejé mi carta de despedida de Warner.

Un amigo me prestó el servicio de embarcarse por la estación con mis maletas, mientras yo abordaba el vagón una estación adelante. Desde la mañana me había despedido de mis familiares. El tren partía a las siete y media.

En el despacho se me fue el tiempo en una porción de atenciones de última hora. Serían las seis cuando di la mano a Koch en muda despedida que comentó con un cordial *Good luck*. Sin un bulto en la mano, tranquilo, como todos los días me dirigí a la escalera y empecé a bajarla a tiempo que un hombre alto, grueso, trigueño, subía. Lo reconocí en seguida y toda la sangre se me fue a los talones. Era Pancho Chávez, el jefe de la Secreta. Me detuvo poniéndoseme delante, y cuando yo creí que me echaba mano interrogó:

—¿Dónde es el despacho del licenciado V.?

Como una iluminación vi lo que pasaba: no me conocía, en tanto que yo lo había visto varias veces a distancia. Rápidamente imaginé aprovechar mi ventaja y contesté:

—Allá, arriba, a la izquierda.

Me escurrí, mientras tanto, hacia un lado para darme cuenta de que, abajo, la puerta del Banco estaba custodiada por dos agentes. Pero como éstos vieron mi conversación con Chávez, lo que menos se les ocurrió fue detenerme. Aparentando indiferencia crucé entre ambos. Desemboqué a la calle y procuré mezclarme a los transeúntes; apreté en seguida el paso y en la esquina me subí a un tranvía. A las dos cuadras cambié por un taxímetro que me adelantó un buen trecho. Otro taxímetro me

dejó en Tacuba minutos antes que el tren. Al pasar éste, mi amigo descendió sin hablarme. Trepé, encontrando mis maletas en el vagón. A las treinta y seis horas crucé la frontera.

Los diarios *yanquis* habían divulgado el escándalo de lo que se llamó complot de Tacubaya. Mi nombre figuraba entre los inodados y esto contribuyó al interés con que la prensa local me tomó declaraciones, me pidió opinión. «¿Cuántos hombres había levantados?» «¿Con qué personalidades de relieve cuenta el Partido para el caso de triunfo?» Naturalmente, cité nada más los nombres de los que ya habían traspuesto la frontera. Mencioné a los Vázquez Gómez, a los Madero y, por último, añadí, ufano:

—*Contamos hasta con un ex senador de don Porfirio*, que está ya en San Antonio: don Venustiano Carranza.

Se había disgustado don Venustiano porque su antiguo jefe no lo apoyó en sus pretensiones al Gobierno de Coahuila, y al expatriarse dábamos por supuesto que se afiliaba a la revolución.

Al día siguiente me presenté en la casa de Gustavo Madero, que encabezaba la Junta Revolucionaria de San Antonio. Por la tarde releía yo con gusto mis recientes declaraciones a la prensa, cuando me llegó un recado urgente. Quería verme don Emilio Vázquez Gómez. Acudí a su casa con el mismo que me llevaba el recado. Me recibió don Emilio con su bondad habitual; pero en preámbulo cortés advertí su intención de decirme algo que le era desagradable. Lo animé diciéndole que me tratara como subordinado; que me diera órdenes. Entonces declaró, ya casi risueño:

—Pues no, si en realidad no es nada grave; sin embargo, conviene que antes de hacer declaraciones me las consulte, porque acaba de estar a verme don Venustiano, alarmadísimo de que usted lo cita entre los rebeldes. Él está, en realidad, con nosotros; pero ¿sabe usted?, por razones de alta política todavía no conviene que se sepa.

No hablamos más del asunto; pero quedó entre los dos formulado el mismo pensamiento: «Es inútil contar con estos porfiristas; lo que venga ha de producirlo el impulso franco de la gente nueva.»

Con Gustavo Madero simpatiqué en seguida. Me entregó, por lo pronto, para que la contestara, toda la correspondencia en inglés de la Junta. Entre las comunicaciones hallé una de una maestra *yankee* que contribuía con un dólar para la causa de la libertad de México. El público norteamericano estaba preparado para entender nuestra actitud y simpatizaba con ella. Veía con simpatía sincera a los que deseábamos librar a México de militares verdugos de su país, aunque siempre derrotados en la guerra extranjera. Rodeados de consideraciones vivían en el destierro los jefes de aquella rebelión de la inteligencia contra la brutalidad. Los dos Vázquez Gómez dejaban las ventajas de su clientela profesional en México, sacrificaban su tranquilidad y su fortuna en bien de la patria. Gustavo Madero, hermano de don Francisco, los padres de éste, la familia toda, se reducía a vivir con privaciones, abandonaba una fortuna, para meterse a la aventura de ennoblecer a su nación. En

una forma o en otra, cada uno de nosotros sacrificaba algo en favor de la causa. Estaba reservado al carrancismo convertir la revolución en oficio bien pagado. Nos hallábamos muy lejos todavía de la etapa en que el pueblo designó a los revolucionarios con el justo mote de «latrofaciosos». A nosotros nos demostraba simpatías espontáneas la prensa que no pagábamos, la ciudadanía *yankee* que nos daba apoyo moral. Los de más tarde tuvieron amigos entre la judería de las tiendas de El Paso y San Antonio, que a precio doble, entregaban carros de mercancía a los negocios del villismo y el carrancismo. Estaba ya entre nosotros el «mala sombra» del futuro. Desde la pensión en que convivimos una docena de desterrados nos hallábamos al tanto de los más íntimos pensamientos del futuro Primer Jefe, el ex senador porfirista don Venustiano Carranza. Llevados de nuestro entusiasmo y de nuestra juvenil benevolencia, ni siquiera nos dábamos cuenta de que el ladino se hallaba marcando tiempo, espionando la dirección del éxito, mientras los revolucionarios peleaban en Chihuahua o arriesgaban la vida en las conspiraciones de toda la República. En estos días de vacilaciones y despecho, fue acumulando en su corazón el odio que después demostró a los maderistas. Por nuestra parte, no nos ocupábamos de él, no hubiésemos sabido nada de él, a no ser porque dos de los compañeros de la pensión lo visitaban a diario. Uno le administraba el cerebro: Juan Sánchez Azcona; el otro, Eugenio Aguirre Benavides, le prestaba el valor. Su compromiso consistía en entrar a Coahuila como rebelde al frente de un grupo armado; y sucedió que Sánchez Azcona llegó un día tarde a la mesa común y exclamando: «Ya le dije a don Venustiano que de él va a decir la historia que iba a entrar a la revolución... Todos los días me obliga a presentarle nuevos borradores, nuevas enmiendas al manifiesto que piensa dirigir a sus coterráneos de Coahuila... ¡Nunca he visto hombre más indeciso...!» El otro consejero, Jefe del Estado Mayor futuro, no hablaba de Carranza, pero lo veíamos actuar. Hombre leal, resuelto, prototipo de pundonor y valentía, Eugenio Aguirre pasó bochornos por causa de su jefe. Con todo el misterio necesario se despidió de nosotros una vez; lo abrazamos, nos enternecimos; iba a desafiar la muerte. Regresó antes de cuarenta y ocho horas, todo confuso: don Venustiano no se había decidido —«todavía no convenía»—, y así se perdió entre nosotros hasta el recuerdo del ex senador opacado por el brillo de las acciones de armas, por el civismo esclarecido de los conductores del movimiento maderista.

En Casas Grandes se habían batido los nuestros con el jefe de Estado Mayor de Porfirio Díaz y le habían dejado sin brazo. En esta acción de intelectuales contra militares juntaron sus esfuerzos los maderistas con el propio don Francisco a la cabeza, y antiguos «colorados» magonistas, cuyo lema, «Tierra y Libertad», entusiasmaba al campesino. Allí luchó Lázaro Gutiérrez de Lara, iniciador del socialismo mexicano, orador, escritor, con relaciones internacionales. Cierta libro suyo sobre México rueda todavía por las bibliotecas universitarias de Estados Unidos. Muy lejos estaba entonces de imaginar que no eran los porfiristas quienes le cortarían

la cabeza, sino la revolución en la etapa de las traiciones y cuando un Plutarco Elías Calles fuera gobernador carrancista.

Dentro de los Estados Unidos se movían los dos bandos desarrollando actividades peligrosas y en ocasiones decisivas. Porfirio Díaz gastaba sumas enormes pagando esbirros que denunciaban los contrabandos de armas y procuraban por todos los medios el encarcelamiento de los que trabajábamos en los Estados. Un hermano de Plutarco Elías Calles, el conocido polizonte Arturo Elías, inventaba correspondencias para forjar acusaciones de violación de las leyes de neutralidad, sobornaba empleados del correo y del telégrafo. Nos defendía a nosotros en San Antonio, a crédito, un abogado México-americano, Samuel Belden, magnífico amigo que compartía nuestros ideales. En Washington, el doctor Vázquez Gómez contrarrestaba en lo posible las intrigas del embajador de Porfirio Díaz, que pretendía hacernos pasar como anarquistas, pidiendo sanciones de expulsión, con entrega a las autoridades de México. Después de dos semanas en San Antonio salí para el puesto que me había confiado Madero, de secretario de la Misión en Washington.

Me detuve en Nueva Orleans, a medio camino, para visitar a Pino Suárez, que acababa de huir de Yucatán. Lo encontré firme, inteligente, modesto. No pude resistir el encanto de la ciudad, y me quedé en ella dos días. Era interesante de noche, cuando refrescaba la brisa y las hermosas criollas, mezcla de colono francés y de *yanqui*, paseaban su lujo de tocados claros, por las avenidas iluminadas. Se las veía también, osadas y bien puestas, en los restaurantes y los vestíbulos de los teatros. Sensuales mujeres de tipo moreno, con piel muy blanca y formas turgentes. Se nos va quedando castrada la ambición de tanto ver sin posibilidad de que se colme la apetencia.

El tormento de estas aglomeraciones urbanas que ponen la tentación delante, pero con el letrero tácito: «Se prohíbe tocar», es la causa del arrebató con que se lanza la juventud a la sección que antes se llamaba de los *red lights*, y que ocupaba en Nueva Orleans todo un extenso arrabal. El espectáculo era magnífico. Abundaban los bares de puertas abiertas y público sediento. Bellezas desenvueltas transitaban por el arroyo bajo el cielo plácido. Algunos encuentros ponían a palpar el corazón. A lo largo de una serie de callejas sombrías, puertas iluminadas o ventanas, denunciaban interiores de blanda espera amorosa. Ruegos formulados en todos los idiomas invitaban a pasar, y no era fácil decidirse entre francesas, alemanas, italianas, cubanas, mexicanas. En el mundo cosmopolita de entonces, Nueva Orleans contaba entre las metrópolis de la sensualidad y el libertinaje. Al extremo de la sección alegre encontrábase el mercado de las beldades negras con clientela numerosa de blancos. Un prejuicio todavía invencible, una suerte de conmiseración, pero no caridad, sino más bien pueril repulsa, me apartaba aún de la raza de color; me impedía simpatizar con los bailes y los gritos del vaudeville negro. Tímidamente comenzaba éste a lanzar sus anzuelos en busca del aplauso y el oro de los amos de la Louisiana del 1900. La evidencia, la irremediable existencia de aquellos millones de seres colocados fuera del radio de nuestra sensibilidad, distantes de nuestra simpatía, me provocaba encendida protesta

contra la obra de la Naturaleza. Reparto desigual y mezquino de los dones. A unos cuantos el poder, la belleza, la gloria, y a otros, la maldición física del rostro subhumano y en el alma la ambición, la inteligencia del poderoso y el afortunado. Sólo muchos años más tarde, en un viaje por las Antillas, habría de compenetrar mi sensibilidad con la del africano. Por ahora, en la época del relato, salí de Nueva Orleans en la actitud moral necia de quien compadece a sus hermanos negros.

El primer consejo que en Washington me dieron fue de cambiar, por uno nuevo, mi sombrero ajado. Y como eran por mi humilde cuenta los gastos, me hospedé en cuarto de seis a la semana. Los primeros días hice turismo desde el Obelisco a la Biblioteca y el feo Capitolio. Por la noche, en un hotel de lujo, a la mesa del capitán Hopkins, recibía a los periodistas. Era Hopkins un *new englander* ciento por ciento. Entre sus gentes del Maine era obligatorio zambullirse en el pequeño lago de la casa solariega rompiendo el hielo con la cabeza. De talla reglamentaria: *six footer*, robusto aunque algo minado por el *whiskey*, conservaba los gustos errabundos de su casta de armadores y navegantes; así, con frecuencia, abandonaba el bufete de abogado capitalino para trasladarse a Guatemala o a Honduras, donde se había creado clientela. Y a fuerza de hacer y deshacer desde Washington rebeliones y conspiraciones centroamericanas, se había hecho perito en el oficio de manejar la propaganda periodística y asegurar la tolerancia del filibusterismo. Por lo pronto, acababa de salvar a Sánchez Azcona de las maquinaciones del hermano de Calles y de los diplomáticos porfiristas establecidos en Washington.

El doctor Vázquez Gómez me recibió afable, pero no me dio qué hacer. Mantenía aislado, y sólo de cuando en cuando nos invitaba a cenar. Acabó por confiarme el trato con los corresponsales de los diarios. Cumplía esta misión asesorado por Hopkins, a quien ellos estimaban sin explotarlo. Por lo demás, hubiera sido ridículo que pretendiésemos comprar las columnas de publicaciones millonarias como el *Washington Post* o el *Times*. La más grande prensa observaba en aquella época cierta norma liberal en apoyo de todas las protestas de los oprimidos, ya se tratase de México o de los jóvenes turcos, o de las víctimas del zarismo. Hacer publicar, debidamente aderezadas, las noticias que nos trasmitían de la frontera, traducir los mensajes en clave, hablar por los que peleaban y precisar los objetivos sociales del movimiento rebelde, tal era nuestra misión, lo mismo en la charla del bar que en el club o en el diario. Noche a noche me reunía con Hopkins en el *Grill Room*, después de la cena. Una serie de cervezas o de *whiskey and soda*, compartidos con ministros centroamericanos amigos de Hopkins, nos sostenían hasta la medianoche, hora en que se presentan los corresponsales anticipándonos las noticias de la mañana siguiente, recogiendo lo que teníamos que informar. A las dos de la mañana, para contrarrestar el efecto de las libaciones innumerables, mandaba preparar Hopkins su *welch rare-bit*. Al principio buscaba yo en el plato la liebre, porque oía *rabbit*. El capitán entonces mandó traer a la mesa el cazo plateado y fundió el queso con cerveza a la llama de un mechero de alcohol. La necesidad de agasajar de algún modo a los agentes de la prensa, muchachos afables y en muchos casos brillantes, me fue habituando al *whiskey*, que al principio me repugnaba. Mi gran despecho era la falta de compañía femenina en aquellas bacanales de alcohol. El hijo de Hopkins solía presentarnos mujeres portentosas; pero no contaba con dinero bastante ni para una excursión de taxímetro. La pobreza, pues, y no la virtud, me encerraba solo en la casi

sórdida habitación alquilada. Los gastos crecían y mis reservas se agotaban de prisa. A Carlos lo seguía ayudando con pequeñas sumas y lo hice venir un fin de semana a Washington. Visitamos juntos los museos y los lugares famosos. Lo vi esa ocasión más optimista, más resuelto a continuar en su puesto donde ya veía perspectivas halagüeñas; pero me llamó la atención que el domingo en la tarde me había costado trabajo levantarlo de la siesta, para el paseo. Se sentía fatigado del mucho trabajo y también de desvelarse con camaradas y mujeres amigas que a él no le faltaban. Le reñí de verlo fumar sin descanso. Dijo que eran sus últimos cigarros porque, en efecto, sentía que le hacía daño el tabaco. Tenía echado a perder el estómago y, además, un constante catarro. El último invierno había tenido casi neumonía; pero se repuso y ahora pasaría unos días en las playas de verano con unas *girl-friends* y unos compañeros sudamericanos establecidos en Filadelfia. Estaba todavía fuerte y bien musculado.

Mi nuevo oficio me obligaba a acostarme tarde; sin embargo, a eso de las diez estaba ya bañado, afeitado y con un café, medio melón y *hot cakes* adentro. El día era mío hasta el anochecer. El calor iba en aumento; pero todavía era agradable caminar a pie por los parques magníficos. El que rodea el Capitolio me gustaba porque tiene las clasificaciones de los árboles. El de Obelisco es un puro esplendor vegetal. Pero la mayor parte del día la pasaba en la Biblioteca del Congreso. Bajo la bóveda del gran salón de lectura, el tiempo transcurre sereno. Pronto localicé mis *Enneadas*, en la misma edición Bouillet, que consultaba en la Biblioteca Nacional de México. También el Vacherot, y con la ventaja de que podía ahora evacuar todas las citas, disponiendo de un millón de volúmenes. Con unción recibí un día, del empleado, un antiguo ejemplar de Jámblico. También recorrí allí, por primera vez, la portentosa revelación espiritual que se contienen en la *Patrística*. De aquella época data mi devoción por Orígenes.

Con la avidez del apetito contenido, recorría las páginas de aquella sabiduría remota. Todo lo que cita Menéndez Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas*, todo lo que menciona Vacherot, estaba, por fin, a mi alcance y lo revisaba con avidez. Además, para fijar mis ideas, emprendía la traducción de los *Inteligibles*, de Plotino, tomados del Taylor. Todavía no existía, por entonces, la traducción de Inge. Trabajaba una hora y salía a tomar el *lunch* por alguno de los cafés baratos del rumbo. Excepcionalmente subía al restaurante situado en los altos de la Biblioteca, bueno, pero caro. Después del ligero yantar me quedaba cuatro o cinco horas, hasta las seis, que emprendía el regreso despacio, bajando la avenida Pensilvania y a pie hasta mi cuarto de la calle Octava, más allá del Hotel Belle Vue. Llegaba sudoroso y me entonaba con un baño, contestaba la correspondencia y volvía a la calle para cenar. La completa soledad de tantos días y cierto agotamiento ocasionado por el calor y el descanso insuficiente me producían dolor de cerebro casi constante. Como quien cambia interiormente de morada, me salía de Jámblico y de Plotino al oscurecer, para meterme a la maraña de las noticias políticas, las actividades semioficiales de nuestra Legación. Vez hubo, en los últimos días, en que tuve que levantarme a las dos de la mañana para descifrar un cable y contestarlo. Sólo la castidad que en toda esta época logré mantener me ayudó a perdurar en la tarea sin quebranto de la salud.

Cuando se supo que don Francisco I. Madero se acercaba a la frontera por las cercanías de El Paso, y al frente de las huestes rebeldes, don Francisco Vázquez Gómez se dirigió al Sur dejándome de único representante de la rebelión en Washington. Coincidió mi nueva posición con los combates que se libraban por la posesión de Ciudad Juárez. Los agentes de la prensa me enteraban de la cinta telegráfica antes de dar a la imprenta las novedades. A mi vez, yo les trasmitía cuanto me llegaba directamente de nuestra agencia en El Paso. Los asuntos de la revolución ocuparon primera plana en todos los diarios por la repercusión del combate de Juárez,

ocurrido a la vista del público, y mi efigie de representante moral del suceso apareció el mismo día en la prensa de Washington y Nueva York. De los fondos incautados en la Aduana, me remitieron por primera vez algún dinero junto con mi nombramiento telegráfico de agente confidencial. Comí ese día en uno de los restaurantes del centro, cuyos bistecs me habían atraído varias veces desde la vitrina; se acercó un mesero muy cortés que a poco rato, exhibiendo su diario, preguntó:

—*That's you, isn't it?* —señalando mi retrato.

No cabía duda: la fama comenzaba y con el nuevo puesto tendría que atender a ciertos ciudadanos de ropa y porte, y a la maldita corbata, que siempre se me corría de lado. Ya un amigo gringo me había aconsejado que cambiara mi peinado para atrás por uno de raya y que me afeitara el bigote. No hice caso y resulté precursor, porque dos años más tarde Wilson impuso en Washington la melena a lo intelectual en oposición a la pomada del petrimetre. Y en verdad, los sucesos que yo representaba en Washington eran dignos del entusiasmo que despertaban en el mundo. Fuerzas de patriotas al mando de Pascual Orozco, Francisco Villa, Raúl Madero, José Garibaldi, capturaron la plaza de Juárez con todo y guarnición. Atestiguaba la prensa *yanqui* la impotencia de nuestro ejército que los déspotas corrompen adiestrándolo en el fusilamiento de los prisioneros, pero no en la resistencia del combate. Una vez más se comprobaba que jamás fueron valientes los asesinos. El efecto moral de la toma de Juárez fue grande; hacía falta sacarle el provecho que la situación precaria del movimiento exigía. Tan pronto cayó la Aduana en poder de los rebeldes, la diplomacia de Porfirio Díaz gestionó el cierre de la frontera. Nuestra misión en Washington era obtener un reconocimiento de beligerancia con la reanudación del tráfico internacional. Si triunfaba la embajada porfirista, los maderistas que acababan de conquistar a Ciudad Juárez no podrían aprovisionarse de municiones de guerra ni de víveres. Los intereses del comercio fronterizo *yanqui* estaban a nuestro favor. La política de Taft, favorable a Porfirio Díaz, nos condenaba. Eludiendo entonces toda cuestión de reconocimiento de nuestra categoría de Gobierno provisional de hecho, manifesté simplemente que nuestra aduana seguía abierta y que en nuestro territorio el comercio internacional quedaría garantizado. Los dos días que tardó en salir una declaración favorable del Departamento de Estado fueron los más intensos de mi estancia en Washington. La reapertura del puente internacional por el lado *yanqui* implicaba el reconocimiento de nuestro partido.

Entre tanto, en Juárez ocurrían sucesos que rápidamente transformaban la historia patria. Una vieja dictadura caía; pero la nueva situación estaba ya dividida por el antiguo conflicto de nuestra historia: oposición del troglodita y el idealista; perduración de la barbarie autóctona frente a todos los intentos regenerativos. Ostensiblemente, sin embargo, el Quetzalcóatl Madero lograba victorias sin precedente en nuestro ambiente.

Los más significados cabecillas de la reciente campaña exigían su presa. Los federales mataban a los prisioneros capturados después de la batalla. Los villistas no

querían prescindir del mismo postre caníbal: ejecuciones en masa como holocausto de la victoria; pedían la entrega de Navarro, el general vencido, y todos sus oficiales. Madero, naturalmente, se opuso, y así se produjo el primer choque de su alma grande y el medio salvaje. «Los revolucionarios no son asesinos» clamaba Madero. Y los desleales murmuraron: «Se está defraudando la revolución.» Cierto que Navarro era reo de muerte por haber fusilado sin compasión en todas sus campañas; pero no valía la pena consumir una revolución para ponerse a copiar los métodos del ayer. El papel en que Madero gustaba de colocarse era el de reformador moral por encima del político. Y ya desde el Plan de San Luis, conocedor de su pueblo, le recomendaba que renunciase a la crueldad. Gritó la plebe armada reclamando su presa; pero Madero, enardecido, no sólo negó la entrega de los prisioneros, sino que los libertó con escándalo. Deliberadamente preparó la escena, que era un bofetón a la historia de nuestro ejército y un reto al matonismo futuro, ya en acecho. A mediodía se presentó, en carruaje descubierto, a las puertas de la prisión. Mandó sacar al preso, lo sentó a su lado, lo paseó por las calles de Juárez y luego, rápidamente, lo llevó al vado donde ya le tenía dispuesto caballo y escolta para trasladarlo a territorio norteamericano. Y mientras Navarro lloraba de gratitud, el nuevo caudillo, de vuelta a su mesa de trabajo, pensaba: «He liquidado el signo de la maldición que ha estado pesando sobre mi patria.» Aquel perdón riesgoso cerraba el ciclo dominado por el rito azteca que requiere el sacrificio de los prisioneros. Los grandes fusiladores del mañana inmediato, los Victoriano Huerta, los Pancho Villa, los Carranza y los Calles, se inmutaron. Decididamente, no podrían acomodarse a un régimen que así se iniciaba desplegando un manto piadoso.

Y no tardó en producirse el episodio canalla. Para constituir un gobierno, Madero se vio obligado a nombrar Gabinete; pero no habiendo entre nosotros figuras de bastante relieve, o siquiera de edad legal para fungir de ministros, tuvo que echar mano de personas no muy identificadas con el movimiento. Aparte de los Vázquez Gómez, que resultaron miembros del Gabinete por derecho propio y de todos reconocido, decidió Madero nombrar a don Venustiano Carranza, sin duda por méritos de edad, pues era en el grupo el único viejo. Quiso Madero que don Venustiano ocupase la cartera de Fomento; pero el ex senador insistió en que se le diese la cartera de Guerra. En las prisas del caso, Madero accedió y se hicieron públicas las designaciones. Todos los nombramientos fueron recibidos, salvo el de don Venustiano, que provocó la primera sublevación del régimen.

¿Por qué ha de mandarnos éste que no ha peleado? ¿Por qué hemos de obedecer a uno que se suma a la rebelión en la hora del triunfo? Tales comentarios corrían por las filas poco disciplinadas del nuevo ejército. Y aprovechando el descontento en beneficio de sus ambiciones, los dos cabecillas más afamados, Pascual Orozco y Francisco Villa, reunieron sus tropas, pusieron cerco a la Aduana y llegaron con sus escoltas hasta el bufete mismo en que Madero despachaba como Presidente Provisional de México. Asaltándolo por sorpresa creyeron fácil intimidar a su jefe y

le exigían en tono imperioso la revocación del nombramiento de don Venustiano. No contaban los rufianes con el temple del hombre a quien habían jurado lealtad. Se levantó Madero de su asiento, negándose a discutir con sus subordinados, y éstos lo tomaron preso. Al llegar a la puerta de la calle contempló Madero las fuerzas de caballería que rodeaban el edificio. Entonces, con iluminación propia de su genio, adivinó la situación y el recurso salvador. Apostrofó a los soldados exigiéndoles obediencia exclusiva en su carácter de Presidente Provisional; les señaló el peligro que amenazaba a todos si rompían la unidad en el mando, y tomando con una mano el brazo de Villa y con la otra de Orozco, y lanzándolos lejos de sí, exclamó:

—Ahí tenéis a estos traidores; ¡prendedlos!

Apresados por sus propios soldados, fueron a dar a la cárcel los dos futuros caudillos.

La autoridad de Madero creció notoriamente; pero como no era hombre engreído en pequeñeces ni aficionado a cultivar sus caprichos, reconociendo la porción de justicia que movía a los descontentos, se deshizo de don Venustiano decorosamente nombrándolo Gobernador Provisional de Coahuila, el puesto que don Porfirio le había negado, y poco después indultó a Orozco y a Villa. El primero no perdonó; esperó la ocasión del nuevo zarpazo; el segundo se convirtió en fiel de Madero y luchó por su reivindicación póstuma.

Contemplando desde afuera el panorama político de México, se veía muy claro. Las detalladas informaciones de la prensa, las declaraciones gubernamentales, daban una visión que permite deducir el momento que sigue. Era evidente que el ciclo porfirista se acercaba a su término. La rebelión del Sur amenazaba la capital, y en sus calles, después de la toma de Ciudad Juárez, se habían producido manifestaciones tumultosas y sangrientas para exigir la renuncia del Dictador. Enfermó éste, y rodeado de una camarilla inepta, no le quedaba al régimen otro camino que el que adoptó sin demora: el de transacción con los rebeldes. Se discutió mucho acerca de la conveniencia de los llamados arreglos de Ciudad Juárez, desde el punto de vista de los revolucionarios. Es evidente que en unas semanas más de lucha, el porfirismo habría sido barrido sin condiciones y exaltado Madero a la Presidencia. Se hubiera ahorrado así el país todo el inquieto y peligroso periodo del interinato del señor De la Barra. Desde Washington yo aconsejaba tal proceder contrario a los arreglos. Y durante mucho tiempo el elemento más radical de la revolución culpó a Madero de debilidad por haber pactado con el enemigo. Pero es un hecho que así pensábamos los no combatientes. En cambio, los que estaban en el campo se regocijaron, en su mayoría, de la pronta terminación de la lucha armada. Se ha repetido que los tratados de Ciudad Juárez fueron el comienzo de la claudicación revolucionaria. Por mi parte, después de una larga experiencia de los manejos de las revoluciones, he reconocido no sólo la sabiduría del acuerdo, sino que también creo haber adivinado los motivos que determinaron la decisión de Madero. Más aún, creo haber oído al propio Madero explicarla, como se verá en seguida.

En resumen: los pactos determinaban la renuncia inmediata de Porfirio Díaz como Presidente de hecho, y de Madero como Presidente electo. El reconocimiento de la Cámara de Diputados como organismo necesario para la técnica del cambio de régimen y la convocatoria de nuevas elecciones que se verificarían bajo la presidencia de un neutral, elegido de común acuerdo. Al proceder de este modo se retrocedía, reconociendo cierta validez al Gobierno que combatíamos, se aplazaba el cumplimiento del Plan de San Luis, y quedaban pendientes las reformas económicas y políticas prometidas a la Nación.

A Madero le pareció fácil, y lo era, convertir el Plan de San Luis en programa del Partido que ahora lo postularía de nuevo a la Presidencia. De esta suerte, las reformas se consumirían más sólidamente por medio de una evolución jurídica, y ya no por obra de un movimiento armado. Los intereses populares quedaban garantizados y, en cambio, se ganaba una ventaja que, Madero acababa de verlo, no tenía precio: se liquidaba la revolución; libraba a la patria de los revolucionarios. La sublevación abortada de Pancho Villa y Orozco, el trato directo con el sujeto revolucionario, habían convencido a Madero de los peligros que corría no sólo el nuevo régimen, sino todo el porvenir patrio, si crecía el poder de los cabecillas ignorantes, crueles y codiciosos. Con la clarividencia que le era propia, Madero sintió que al consumir los

pactos de Ciudad Juárez moralmente licenciaba a toda la cáfila que ha estado ensangrentado el país, de la muerte de Madero a la fecha. Todo el carrancismo había recibido finiquito anticipado en Ciudad Juárez. Y es curioso advertir cómo los futuros incitadores de la chusma, los carranclanes de mañana, los radicales de la hora del triunfo, los ex reyistas, eran ya los más enconados censores de los convenios de Ciudad Juárez. ¿Para qué tanta pelea y tanto ruido revolucionario si no había botín? ¿Si en los puestos más jugosos iban a quedar, así fuese por seis meses, los porfiristas? En contra, pues, del error de los unos, de la ambición y desenfreno de los otros, Madero opuso su certera visión de patriota. Al firmar él los pactos de Ciudad Juárez, que procuraban contener los bandidajes en que degeneran las revoluciones prolongadas, Madero se libró de la responsabilidad de cuanto ha venido después. La responsabilidad corre entera a cargo de los que mataron y traicionaron a Madero, en primer término, y en seguida, a cuenta de Carranza, que deliberadamente y por ambición de dominio, convirtió una revolución de ideas, en competencia caníbal de politicastos incondicionales y bandidos analfabetos.

Madero, pues, patrióticamente, valientemente, sin importarle si el pueblo le volvería o no al día siguiente la espalda, renunció al poder, y de general victorioso pasó a ciudadano sin fuero y sin mando. El valer de Madero estaba en su propia personalidad egregia. Los que le han seguido no sobreviven una hora al instante en que se les despoja del mando. Porfirio Díaz también, con su renuncia, se hizo acreedor al respeto de sus enemigos. El nivel de la política nacional alcanzó un instante de altura poco común en nuestra oscura y lamentable historia.

En aquellos comienzos todos nos sentíamos generosos, todos renunciábamos con el triunfo en la mano. Se consideraba que los puestos públicos, refugio de mediocres, no eran premio adecuado. Nos bastaba con la gloria, que ya cantaba en torno a nuestros nombres sus estrofas melodiosas. El mismo día en que por obra de los pactos cesó nuestra agencia en Washington, salí yo de la metrópoli *yanqui* sin visitar la Legación mexicana. Regresaba ansioso de volver a mis trabajos profesionales y reconstruir mi posición económica quebrantada. En la ausencia me había nacido una hija. Tenía, pues, que trabajar por alguien más. Por vía de despedida mandé a Carlos un poco de dinero, avisándole que pronto mandaría por él. Uno de los más crueles remordimientos de toda mi conducta de hombre es no habérmelo llevado esa misma ocasión. Juntos debimos regresar; pero ¿qué significaban, no estando yo enterado de que estuviese enfermo, uno o dos meses más? Al contrario, un mal entendido y exigente puritanismo me aconsejó no presentarme con él a la hora del triunfo como si los dos acudiésemos a pedir recompensa. Seguiríamos como estábamos antes, y sólo lentamente aprovecharíamos las ventajas legítimas que da el trabajo dentro de una ocasión favorable lo mismo que en la ocasión adversa. Por otra parte, nos tomó a los dos un extraño optimismo. Me escribió él que no tenía prisa de regresar, que quería terminar cierto curso, pasar el verano en una playa; sabe Dios. Apenas recuerdo los pormenores de aquellos días agitados por la ilusión de un porvenir sin escollos. En

todo caso, y tratándose de Carlos, no eran enfermedades lo que temía, sino uno de esos accidentes con las máquinas que privan al trabajador de una pierna o de un brazo, inutilizándolo en forma peor que matándolo. En fin, mientras el tren resbalaba hacia la frontera, procuraba desechar preocupaciones; tan pronto como yo me instalase mandaría por él. Tan luego como ganara dinero alquilaríamos un rancho, compraríamos un pedazo de tierra. Carlos se pondría a administrarlo. Las sobras de mi despacho se emplearían, así, con fruto. Detrás iba quedando la visión de los parques de Washington, al final de la primavera. Los duraznos en flor y los arroyos de agua clara, las pantorrillas con media de seda de las mujeres sajonas; todo aquel mundo se volvía un sueño. La vida era un vasto, armonioso concierto de alegría y poder.

En San Antonio alcancé a unos cuantos rezagados. Se hacían comentarios adversos a los arreglos de Juárez; todos sentíamos que la parte material del triunfo se nos escurría de las manos. Sólo Madero, imperturbable, cumplía los acuerdos con lealtad; se desprendía de honores y de escoltas, miraba confiado el futuro, abarcaba la significación de su provisional sacrificio. No debería el poder a las armas turbias de un Pancho Villa o de un Orozco, sino a la nueva elección en que el pueblo lo investiría del mando. Sentaba así un precedente. Bastaba ya de jefes que se encumbran sobre la sangre de sus compatriotas; él no entraría a la capital a la cabeza de un ejército que ha matado hermanos, sino aclamado como libertador y reformador de todo un pueblo.

Por invitación bondadosa de don Francisco Vázquez Gómez, regresaba yo a México en el mismo vagón en que él viajaba. No era un vagón especial, sino coche *pullman*, dormitorio ordinario, y cada cual había pagado su cama como cualquier viajero, no obstante que el doctor iba a tomar posesión de un Ministerio. En cambio, qué dulce sabor tenían las aclamaciones que cada población de tránsito nos dedicaba con músicas y cohetes y trompetería. Popularidad ruidosa, emoción agradecida, fervorosa: ¡cuánto dieran por gustarla, una vez siquiera, todos esos que llegan a la fama envuelto el nombre en el miasma de la matanza!

A medianoche nos despertaba el grito de la multitud o ya de retirada nos despedía el eco de las dulces músicas aldeanas. Reconocíamos la caricia de la gloria sin resabios. En los vítores resonaban nombres limpios: Madero, los Vázquez Gómez, Roque Estrada, González Garza, Pascual Orozco, el mío. ¡Ningún asesino amargaba el entusiasmo patrio! Aquello era ya un significativo avance nacional. Ninguno de nosotros abrigaba ideas de venganza. Lo de Ciudad Juárez había sido un abrazo sincero y ahora exigíamos una patria libre y maternal para todos sus hijos. En pijama nos asomábamos a las ventanillas para recibir el saludo de la gente. Los demás viajeros sacaban también las cabezas, curiosos; en la penumbra del sueño interrumpido quedaban los nombres de los recibimientos más calurosos de todo el trayecto: Saltillo, Monterrey, Vanegas. Por debajo de la cama rodante, la estridencia de las carrocerías ensayaba arreglos melódicos en que algún calderón de riel sonoro

hacía de nota dominante. Cerrábanse los párpados pensando: «No cabe duda; así es la gloria, tumultuosa, deleitable.» Además, coronada con una promesa que había visto brillar en los labios de una de las más célebres beldades de la capital, que habiendo subido en alguna ciudad del Norte asomaba el busto elegante para presenciar las manifestaciones. En la cartera traía otra evidencia de mi súbita fama. Por conducto de mi padre, que estaba en una aduana de Sonora, me había llegado una de las postales que cargaban las tropas revolucionarias; contenía el retrato de los caudillos civiles del más civil de los movimientos políticos de toda la historia de México. La que tenía mi retrato reproducía la frase de aquel artículo que me costó los dos meses amargos de mi primer destierro: «Podrán vencernos, podrán humillarnos; pero hay un tesoro que nadie nos puede arrebatar: el porvenir...» También este sabor agridulce de recordar la pena en el triunfo era sabor de gloria... Más tarde, en la capital, me obsequió alguien una colección entera de estas postales revolucionarias del maderismo: los tres Madero: Francisco, Gustavo, Raúl; los dos Vázquez Gómez, don Manuel Bonilla, Maytorena, González Garza y Roque Estrada. Se pasaba la vista sobre todos aquellos rostros sin el menor gesto de repulsión. A la hombría de bien juntaban todos el pensamiento. No se coló entre nosotros ningún patibulario de los que más tarde han convertido la galería de la revolución en un museo de los tipos y variedades de la criminalidad.

En el número uno de la calle de Gante alquilé un despacho con vista a la calle de San Francisco, muy próximo a la iglesia del mismo nombre. Desde allí empecé a contemplar, independiente y dichoso, el desarrollo de los acontecimientos nacionales. Por conducto de Hopkins había conseguido la primera iguala profesional que me permitió instalarme y ponerme al corriente en los gastos. A mi nueva hija la encontré preciosa, gordita y con una mirada inteligente que prometía todo lo que un padre puede soñar. Mi hijo había adelantado también, y a condición de no repetir el pecado de Adán, apechugaba con lo ocurrido aumentando mi destino con la responsabilidad de otros dos. Madero entró a la capital pocos días después, el siete de junio, con apoteosis de un vencedor despojado de ejércitos: ídolo guía de su pueblo. Medio millón de habitantes sistemáticamente vejados por la autoridad saboreó, aquel día estival, el júbilo de ser libre. Tirado por caballos blancos, empujado por el pueblo en delirio, avanzaba el carruaje del libertador. La muchedumbre circulaba y atronaba con vítores. Músicas improvisadas tocaban por todos los rumbos. Paseaban algunos cantando por primera vez, en plena calle, espantando el silencio de los siglos de desconfianza y pavor. Se encontraban los desconocidos y se abrazaban llorando, reconociéndose hermanos, deshecho el gesto de recelo, la envidia que era el clima del despotismo. De los balcones pendían gallardetes con los colores nacionales, y las mujeres, vestidas de claro, jugaban el torneo de las flores y serpentinas. El «Caballito», viejo símbolo de la tiranía antigua, se cubrió de muchachos desde el pedestal hasta los hombros del rey olvidado. Manos infantiles acariciaron el cetro, como si por fin la autoridad se hubiese vuelto servicio humano y no atropello de bandoleros afortunados. Las campanas de la Catedral, las de la Profesa, las de noventa templos repicaron el triunfo del Dios bueno. Por una vez en tanto tiempo, caía destronado Huitzilopochtli, el sanguinario. Tras de la larga condena de todo un siglo de mala historia, una nueva etapa inspirada en el amor cristiano iniciaba su regocijo, prometía bienandanzas. No era ni el cortejo de las tres garantías que aseguró la independencia nacional, pero enturbiándola de traición; ni la entrada de Juárez, que ponía término a una intervención, aunque nos echaba a costas compromisos peores que los del Imperio y perpetuaba la división de los mexicanos en dos bandos irreconciliables: jacobinos y católicos. Por primera vez, la vieja Anáhuac aclamaba a un héroe cuyo signo de victoria era la libertad, y su propósito no la venganza, sino la unión.

Tantas manos fervorosas tuvo que estrechar, tanto sonrió a las multitudes en el prolongado desfile y después en la recepción de Palacio, que al día siguiente se quejaba de tener adolorido el rostro y entumecido el brazo.

Desde antes de su encarcelamiento no nos habíamos visto. Supo que yo vivía a pocos pasos de la casa en que fue a hospedarse en Tacubaya y me mandó invitar para el desayuno, al día siguiente de su llegada. Lo hallé vigoroso y tostado el semblante por los soles fronterizos. Éramos pocos a la mesa y se hablaba del sinnúmero de

felicitaciones que continuaban llegando... «Figúrese usted —observó doña Sara, esposa de Madero—, ¿quién cree usted que también nos ha mandado su enhorabuena...?» Con un ademán benévolo, Madero la contuvo en sus comentarios... «Pues sí creo que haya sido sincero al enviarla —exclamó—; una cosa es haber tenido un desmayo; pero tiene que haberle dado gusto nuestro triunfo...»

Se trataba de Fulgencio, el tráfuga.

Por más que no desempeñaba cargo alguno oficial, no fue posible alejarme del todo de las actividades políticas. A efecto de preparar nuestra intervención en las próximas elecciones y para defender los intereses de la revolución, que con pocas excepciones había quedado fuera del gobierno, designó Madero un Comité al que tocó organizar el partido Constitucional Progresista. Nombrado entre los de la Comisión, más tarde resulté vicepresidente del nuevo Partido. A él empezaron a afiliarse algunos patriotas y otros que sonreían a la nueva situación a efecto de ganar un puesto. También comenzaron a ser el blanco de los irreconciliables los caídos de la pasada administración que, por reconocerse taras irremediables, no veían esperanza de medrar donde gobernásemos nosotros.

Pasaban atareados y dichosos los días. Aumentaba la buena clientela profesional, y con ella, de un modo seguro, sin precipitación ni compromisos, las entradas. Las noches las dedicaba ahora a las conversaciones y las juntas de Partido. Sin proponérselo, y casi sin darnos cuenta de ello, resultábamos figuras nacionales, atento todo el mundo a nuestras ocurrencias y a nuestros yerros. En mi casa había esa paz provisional que establece una prosperidad recién llegada y todavía no muy abundante. Vivíamos unidos y laboriosos; Lola tenía un novio serio; Chole rezaba; Samuel estudiaba, y esperábamos a Carlos. Le había escrito ya, enviándole algún dinero; pero no se daba prisa; contestaba dando plazos por lo demás muy próximos. Una mañana abrí la correspondencia, todavía en cama, y me encontré con la carta de uno de los compañeros de mi hermano ausente. Recomendaba que se mandara por Carlos en seguida: su sacrificio era estéril... él no quería darse cuenta... urgía... Sin imaginarme en concreto qué era lo que pasaba, aquella noticia me fulminó. Algo terrible, irremediable, quedó ya suspendido sobre nuestra quietud. Ese mismo día por cable remití los fondos necesarios para el viaje de Carlos insistiéndole que se apresurara. Respondió en seguida pero advirtiéndome que vendría por mar, porque el médico prohibía el viaje por tierra. Todavía me alegró, sin mucha convicción, la idea de que en esa forma se divertiría a su paso por la Habana. Dos semanas más tarde lo recibimos temprano en la estación de Buenavista por el tren de Veracruz. Me costó trabajo reconocerlo entre la gente que bajaba del vagón. Apenas tuvo fuerzas para corresponder a nuestros abrazos, sonreía con una sonrisa dulce y triste, hablaba ya en tono bajo de enfermo y traía una palidez mortal. Entre sus finos labios, ya sin sangre, se le veían los dientes alargados, amarillentos. Daba la impresión de un fantasma. Nuestro Carlos se había deshecho y llegaba apenas su sombra... Metiéndome entre la gente para ocultar las lágrimas, hubiera querido echar a correr, con esa desesperada, inútil carrera del que huye de sí mismo y de su propio remordimiento y laceración. Reunida la familia a la salida del andén, subimos al auto que nos llevaba a Tacubaya y yo retenía las palabras por miedo de echarme a llorar. En vano buscaba frases de consuelo, promesas, una esperanza.

El enfermo, sin embargo, se mostraba contento. Asomaba la cabeza para mirar las casas nuevas del Paseo, apreciando el crecimiento de la ciudad en el año y medio que llevaba ausente. Sentado a su lado, mi padre conversaba también; mis hermanas reían; por un momento pareció que era una vida más la que había llegado a completarnos y no la muerte a plazo corto. Días antes había logrado, por fin, tras de muchas gestiones y usando para este único caso toda mi influencia, que a mi padre le cambiaran su empleo en Aduanas por otro en la oficina de contribuciones en Hacienda. Antonieta, nuestra madrastra, nos acompañaba; estábamos, pues, todos reunidos, por primera vez desde hacía muchos años... Faltaban las dos hermanas monjas; pero las sabíamos tranquilas. Debió de ser aquélla una mañana de fiesta, y sin embargo, temiendo desengañarnos, eludíamos examinar de cerca al enfermo. Él

hablaba de su salud con cierta desgana. No había venido antes porque no hubiera podido hacer el viaje. Había tenido un catarro muy fuerte; más bien dicho: varios catarros sucesivos, luego una especie de neumonía y ahora le quedaba nada más algo de tos y debilidad; pero se repondría. Estaba contento y hacía preguntas. Consolaba escucharlo.

Le habíamos preparado un desayuno de fiesta: fresas, café, chocolate, cremas, conservas, fruta. Comió apenas. También el estómago, dijo, lo tenía echado a perder; pero era de tanto como antes fumaba. Ahora ya hacía un mes que no fumaba y pronto estaría bien. Se hallaba contento de estar en México en aquellos días. Justamente en Veracruz se había acercado a un mitin improvisado y había oído hablar a Madero.

—Tú ahora vas a estar muy bien —observó dirigiéndose a mí. Nuestra casa de Tacubaya estaba todavía sin concluir; pero reduciéndonos, le habíamos dispuesto un cuarto sólo para él. Por lo pronto, después del desayuno, y como no quiso dormir, lo sentamos en un sillón en el jardín, al sol tibio de la mañana. Era el final de julio del novecientos once.

Con pretexto del trabajo, escapé y en taxi me fui a la casa del médico amigo, Carlos Barajas. De los tiempos del Ateneo databa nuestra amistad. Le producía su consultorio importantes ingresos y vivía holgadamente con su mujer, dos hijos y el padre. Tocando en su gran órgano automático, *Eolian*, temas de Bach y de Haendel, reunía periódicamente a sus amigos, nos obsequiaba vinos deliciosos, como cierto chipre color de rosa, servido caliente y perfumado. Ahora buscaba al médico y también al amigo. Necesitaba desahogarme con persona ajena a la familia. Apenas me sentó en el reservado de su consultorio, me eché a llorar sin poder hablarle. Alarmado, se me acercó, me puso el brazo en el hombro y me animó:

—Diga lo que sea, no importa lo que sea, tiene en mí un amigo.

Apresurado, entrecortado, le rogué:

—Vamos en seguida a verlo; llegó mi hermano, viene muy malo, tiene usted que salvarlo...

Instalado en el taxi con Barajas al lado, me vino una racha de optimismo, una alegría que ahora me daba aplomo. Sin necesidad de fingir, con desesperada convicción repentina, expliqué a Carlos: «El doctor es un amigo y un gran médico; te va a dejar sano en seguida.»

Barajas también bromeaba; parecía no dar importancia al caso. Registró, con todo, minuciosamente al enfermo. Recetó algún calmante para hacerlo dormir, y luego, sin mucha convicción, me dijo:

—Ensayaremos unas inyecciones nuevas alemanas; yo mismo vendré todos los días a ponérselas; además, hay que contar con la ventaja del clima. Veremos...

Pero yo exigía certeza y le forzaba a dar opiniones. Hice que me recomendara tratados recientes de tuberculosis y me puse a leer y a estudiar. En su ironía, la suerte me daba recursos ilimitados para una curación ya imposible, en tanto que un año antes nos había negado lo indispensable para que nunca hubiera ocurrido el riesgo de

contraer aquel mal. Pero no me daba cuenta aún... ¿Acaso no estábamos en la época de la ciencia? ¿No se acababa de aislar el bacilo? Antes de Koch, el peligro hubiera sido grave; ahora, merced a la ciencia, la salud dependía del ingenio humano en la misma medida que un cálculo algebraico.

La mentira de las diez ampolletas milagrosas y el clima benigno de la meseta en verano crearon unas semanas de falsa esperanza. Caminaba el enfermo por su pie, pasaba la mañana al sol, rodeado de algunos familiares; por la tarde se le acentuaba la fiebre, y en la noche tosía. Espiando el efecto del tratamiento, imaginábamos alivios súbitos. Llegaba yo a su sillón, le obsequiaba un billete de banco. Él lo guardaba jubilosamente en su cartera; luego se ponía a hacer planes para gastar el dinero cuando sanara...

Ante el país pasaba yo en esos días por una especie de niño mimado de la fortuna. Rara era la semana en que los diarios no publicaban mi retrato a propósito de declaraciones políticas o de encomiendas públicas honrosas. Con el rubro de «Un amigo del pueblo» había circulado mi retrato en los diarios porque me negué a figurar como subsecretario de Justicia en un plan de reorganización del Gabinete del Gobierno provisional. Para justificar mi renuncia hube de emprender viaje a Tehuacán, donde se hallaba Madero descansando. No quería poder a medias, le expliqué, y en un Gobierno de compromiso. Por otra parte, económicamente no me convenía dejar mi profesión por un cargo gubernamental cuyo salario, por alto que fuese, no se comparaba a mis ingresos independientes. El público veía nada más el menosprecio del poder que hacía en mi negativa y crecía mi fama. Era yo una reserva de un sistema de cosas todavía por venir y de carácter marcadamente revolucionario. En el Partido mi voto solía ser decisivo por lo mismo que no aspiraba a ninguna ventaja inmediata. La atracción segura que ejerce el éxito llevaba a mi despacho nuevas representaciones, asuntos fáciles y honorarios crecidos. Rápidas pasaban las horas ocupadas en productivos afanes; risueño, seguro parecía el porvenir. Engreído retornaba a mi hogar. La misma enfermedad del hermano se presentaba, a ratos, como un accidente transitorio que la medicina no tardaría en resolver.

Sólo un mediodía, al llegar para el almuerzo, me entró en el alma la visión de espectro del enfermo en su sillón. Y sin embargo, al acercarme a él lo vi sonreír. Se quedaba absorto escuchando mis planes. Después los repetía a mis hermanas: luego que se aliviase compraríamos unos caballos y nos iríamos de mañana temprano a excursionar por el campo, bañados de luz y de rocío. Otras veces refería yo casos en voz alta: Fulano, el músico, vino de Europa moribundo y bastaron los aires de la meseta para devolverle la plena salud. Entre tanto, las inyecciones inflamaban no más las carnes ya escasas del incurable. La fiebre no cedía; el apetito no se recobraba.

Afuera, la lucha comenzaba a enconarse. Lucha innoble de ambiciones y envidias. No se resignaban unos a verse definitivamente barridos del poder por el advenimiento de un nuevo régimen. Por otra parte, los nuestros murmuraban porque no se les daba pronto su ración de mando. Víctima de las intrigas que urdían los derrotados, Zapata, un guerrillero del Sur, campesino sin letras, se rebeló contra el Gobierno Provisional. Intervino Madero y no tuvo éxito en el empeño de reducirlo a obediencia. Antiguo caballerango de una finca, Zapata contaba con la adhesión de varios centenares de labriegos. Al principio sólo quería garantías para sus soldados, reconocimiento de su grado y sus servicios. Después se rodeó de leguleyos; se convirtió en el instrumento de los desesperados y comenzó a crearse el zapatismo. Políticos del antiguo régimen inflaron la rebelión; se proclamaban zapatistas, querían reparto agrario inmediato: Madero traicionaba.

A la hora en que los maderistas exponían la vida en el campo o en el complot de la ciudad, la mayor parte de los exaltados se mantuvieron tranquilos bajo la tiranía.

En cambio, ahora aprovechaban la libertad que no conquistaron para presumir de radicales y denunciar a los maderistas como conservadores. Y cundía la calumnia: Madero olvidaba su programa, se reía de sus promesas.

Mi tarea en el Partido consistía en iniciar el ataque contra los porfiristas del Gobierno Provisional que sembraban la discordia con deslealtad. Una frase de uno de mis artículos corrió por todo el país. A De la Barra le llamaban sus aduladores y cómplices, el Presidente blanco. A Madero, en cambio, empezaban a presentarlo como un loco manejado por una familia ambiciosa. Respondí llamando a De la Barra el hombre doble, porque sonreía a Madero y daba el mando de las tropas a sus enemigos; licenciaba a las fuerzas maderistas y se rodeaba de los favoritos y verdugos del porfirismo.

Dentro de nuestras filas también hacía estragos la discordia. Entre los revolucionarios, únicamente los dos Vázquez Gómez ocupaban el poder. En los ministerios de ambos actuaban camarillas hostiles a Madero. Nadie pensó al principio en desligar el nombre del doctor Vázquez Gómez del de Madero en la nueva campaña electoral. El doctor había sido candidato a la Vicepresidencia con Madero y todos conveníamos en proclamarlo de nuevo, a pesar de que en el comienzo de la rebelión había demostrado ciertas vacilaciones que le crearon enemistades. Sin embargo, contra la decisión común, trabajaba el temperamento franco del doctor que no disimulaba su antipatía por el señor Madero. Con desdén ofensivo hablaba del jefe de la revolución a todo el que quería oírle. Y pronto la oficina de don Emilio, su hermano, se hizo cuartel general de los antimaderistas. Se sabía que el Ministerio de Gobernación era de esta suerte usado para socavar el maderismo. Prueba de que no eran éstas fantasías ni murmuraciones, la dio más tarde el Plan de «Las Palomas», cerca de Casas Grandes, en Chihuahua, por el cual se inició una rebelión que abortó; pero la encabezaba don Emilio.

En el Partido Constitucional Progresista cumplimos la tarea ingrata de la lealtad. Defendiendo a Madero defendíamos la injusticia. Sobre nosotros, y para decirlo con más precisión, sobre Gustavo Madero y sobre mí, empezaron a caer los dicterios de condicionales, negociantes y ambiciosos. Nunca tuve un negocio con Gustavo; nunca visitó éste mi despacho ni yo visité el suyo. Nos reuníamos exclusivamente en el Partido y obramos siempre en completo acuerdo. A mí me gustaba su firmeza y a él la mordacidad con que yo hería, denunciando las traiciones grandes y pequeñas. En la cuestión de los Vázquez Gómez, sin embargo, guardé siempre una moderación derivada de mi aprecio y afecto de los dos ilustres correligionarios. Con don Emilio, a quien trataba con familiaridad, hice esfuerzos de reconciliación que a no ser por las camarillas recíprocas quizá habrían triunfado. En el seno del Partido muchas veces desbaraté críticas dirigidas a los Vázquez Gómez por parte de esos advenedizos que adulan al vencedor fingiendo saña contra todo lo que se le opone.

Obligados a hacer frente a la reacción porfirista, por una parte, y a la escisión revolucionaria por la otra, empezábamos a sentirnos aislados en el Constitucional

Progresista. Comprendiéndolo, abrimos las puertas a nuevas inscripciones, deseosos de reclutar entre las personas patriotas y sanas de todo el país. Pero ya se sabe que en estos casos los buenos se abstienen por temor de parecer intrusos y se reducen por lo común las adhesiones a los buscadores de empleos y a las tráfugas de la segunda fila de los partidos derrotados. Recuerdo la aparición en las juntas de nuestro Partido de uno de esos voluntarios de la victoria. Manuel Urquidi lo presentó como un ingeniero de talento. En efecto, supimos que había estado afiliado a un club corralista; pero explicaba que «lo hizo sin convicción íntima» y obligado por la «necesidad de sostener a una familia». En cambio, tenía una gran disposición de servirnos. Dada la temperatura a que nosotros ardíamos, no nos fue nada simpático el sujeto cuando nos lo anunciaron; pero se presentó él tan obsequioso y humilde con sus ojos de humedad femenina y su ademán complaciente, sonrisa que parecía tímida y color cetrino de enfermo, que lo dejamos por allí, en un rincón de la sala, bien distante de nuestros sitiales de la Directiva. Y siguió así durante muchas juntas, siempre atento a Gustavo, siempre dispuesto a mostrar acatamiento a cuanto yo decía. Sus miradas tristes de huérfano político acabaron por ablandar nuestros recelos. Un día pregunté cómo se llamaba. Resultó que era pariente de parientes lejanos míos; lo llamaremos Pansi, así lo calificaron, después por pansista. Sus primeros encargos en el Partido, fueron de amanuense: redactar este documento, copiar este otro. Luego, al terminar la sesión, se nos reunía en la calle. Nos hablaba de sus aventuras femeninas. Aseguraba tener sinnúmero de *amistades galantes*.

Ante la gravedad de las intrigas que urdía el gobierno de De la Barra, discutíamos una noche, en el Partido, las medidas que se podrían tomar. Varias comisiones nuestras habían entrevistado al Presidente Provisional sin obtener otra cosa que promesas incumplidas. Ocurrían y quedaban impunes sucesos como el de Puebla, donde el general Blanquet ametralló una reunión pacífica de maderistas, sin que siquiera se le retirara el mando. Los católicos, soliviantados por De la Barra, hablaban de organizar un partido que reconocería a Madero pero imponiéndole al propio De la Barra como vicepresidente.

Cada cual en el gobierno hacía política para sí, despreocupado de los intereses generales, y todos parecían coludirse contra el único que realmente encarnaba la posibilidad de hacer fecundo aquel momento histórico. Haciendo el recuento de nuestras fuerzas, cada día mermadas, observé: ¿A quién le debemos el triunfo? ¿A tal o cual personaje, cuya influencia nos ampara? Todos los personajes nos ignoraron. ¿Lo debemos a determinada herencia de poder o de fama? Ninguno de nosotros tenía poder ni era conocido al iniciarse el maderismo. Lo debimos todo al interés popular que supimos despertar y a la vasta masa ciudadana que vio en Madero una esperanza. La solución estaba entonces en volver a ese pueblo que nos dio su impulso. Su empuje en filas apretadas se hacía necesario para defender las posiciones conquistadas. Y volvimos al pueblo. Celebramos mítines, organizamos clubes. Procuramos hacer, en grande, lo que antes fue ensayo de conspiradores. Gustavo dio

a la nueva cruzada el apoyo de su entusiasmo y su dinero. Hubo domingo que echamos a la calle una manifestación de quince mil almas. Ya no iban al frente los modestos oradores del primitivo Antirreeleccionista: Roque Estrada, distanciado por pequeñeces; Bordes Mangel, ausente, con alguna comisión; González Garza, en el Gobierno; eran otros, más brillantes, aunque un poco tardíamente decididos, los que encabezaban ahora al pueblo. En una de las glorietas de la Reforma habló Jesús Urueta. El nuevo orden de cosas transformaba al brillante orador académico en un tribuno popular de extraordinaria fuerza y elegancia. Hablaron no sé cuántos más, y la ciudad vivió sus libertades. La amenaza militarista temblaba en el ambiente. Los jovenzuelos del Colegio Militar habían intentado no sé qué descortesía en un banquete ofrecido a Madero. En cambio, se mostraban muy obsequiosos con De la Barra. Nada de eso importaba. Allí estaba alerta el mismo pueblo que castigara a la milicia oficial en Casas Grandes y en Ciudad Juárez y en Guerrero y en Morelos. Entre las medidas que reclamábamos estaba la paz con el zapatismo; el retiro de Victoriano Huerta de aquella campaña del Sur que enconaba los ánimos, aplicando los métodos porfiristas contra los rebeldes.

Y no fue cosa de un día, sino que noche a noche, por distintos barrios de la ciudad, se sucedían las juntas, las procesiones cívicas y los discursos a media plaza. Uno de los ministros de De la Barra, había dicho que la bala que matara a Madero salvaría a la República. Contra él desatamos una manifestación monstruo. El ministro tuvo que retirar la frase. Pero ninguno presentaba la renuncia. Todos debían a Madero sus puestos y todos conspiraban para impedirle el acceso al poder. La tesis vazquista, que Madero era un loco incapaz para el gobierno, fue recogida por los católicos. En su diario, *El País*, donde Sánchez Santos había hecho campañas ilustres en favor de la libertad, se prohijó una torpe y desleal campaña antimaderista.

El talento mordaz de Sánchez Santos nos bautizó con un apodo que hizo fortuna. Despechado por la facilidad con que llevábamos al pueblo a protestar, inclusive debajo de sus balcones, por sus insidias contra Madero, Sánchez Santos declaró que no éramos un partido, sino una partida: la partida de la Porra (de una célebre llamada así en Madrid). Nuestros partidarios y afiliados no eran el pueblo, sino porristas y vagabundos alquilados con el fruto de los enormes negocios que traíamos entre manos. La calumnia, con sus brazos de serpiente, comenzó el estrangulamiento de Gustavo Madero. Los Sánchez Santos y todos los murmuradores malintencionados son tan responsables del injusto fin de Gustavo como sus mismos ejecutores.

A Gustavo le inventaban negocios y no le perdonaban la defensa que hacía de los intereses políticos del hermano. A mí no podían inventarme fortuna que no tenía, ganancias grandes que no existían ni adhesión fundada en otro motivo que en el ideal común. Así es que voluntariamente me puse al tope de aquellos dicterios y amenazas. Cada vez que sucedía algún suceso debatible acudían a mi despacho los periodistas a pedirme opinión. La daba siempre como mía; pero no podía ni quería prescindir de mi carácter de vicepresidente del Partido que mañana sería oficial. Recibía a todos y

me había comprometido a contestar todas las preguntas cualquiera que fuese el asunto o la intención del preguntante. El tono de ataques y respuestas fue subiendo; al principio usé la burla; después, herido también por la calumnia, que empezó a tacharme de negociante y de incondicional de Gustavo, llegué a extremos de virulencia antipática.

—Que si ya leyó lo que Fulano opina de Madero en el libro que acaba de publicar —preguntó un reportero...

—Mire usted —respondí señalando sobre la mesa elegante de mi estudio un ejemplar en pergamino de la *Vita Nuova*—: no he tenido todavía tiempo de leer eso, y voy a ocuparme de idioteces...

—Que si es cierto —preguntaba otro— que ustedes quieren armar a los obreros para enfrentarlos al ejército regular.

—Que si es cierto que ustedes tienen compromisos secretos con Norteamérica.

Preguntaba otro que si el Partido Constitucional Progresista tiene la culpa de la inquietud que prevalece, puesto que hace demagogia.

—Mire usted —respondí—: Ponga atención y no vayan un día a resultar acusándome del parto de sus mujeres.

Se callaban así unos días; pero volvían a la carga. La libertad de prensa, celosamente defendida por Madero, empezaba a tomar el camino del libertinaje. Y es justo advertir que nosotros no sólo no abusábamos de ella, ni siquiera la usábamos; no teníamos periódico propio.

Para poner término a la desorientación causada por la incertidumbre de la candidatura vicepresidencial, acordamos apresurar la Convención del Partido. Al mismo tiempo, para arraigar éste en la conciencia nacional, decidimos dar una amplitud sin precedentes a la reunión pública indicada. Al efecto, convocamos a delegados de cada uno de los distritos electorales del territorio patrio. Según pronto comprobamos, la ponzoñosa campaña de la prensa de la capital no había hecho mella en el ánimo provinciano. De todos los rumbos nos llegaban adhesiones firmes. El Gobernador de Sonora, Maytorena, me había hecho su apoderado; de las aldeas de Coahuila y de Tamaulipas me llegaban representaciones. Cuando acudimos a la Convención del Teatro Hidalgo, mis cuarenta votos reconocidos en un total de no más de quinientas representaciones, me daban fuerza personal como votante, inferior sólo a la de Gustavo que representó una liga de Clubes de Nuevo León y Coahuila, con cerca de ochenta votos.

Desde las primeras sesiones apareció la convención dividida en dos bandos irreconciliables: maderistas y vazquistas. Para la Mesa, por lo tanto, los que teníamos mayoría elegimos algunos neutrales. Nos presidió, si mal no recuerdo, Camilo Arriaga. En general, procuramos hacer sitio de honor para la minoría de los antiguos revolucionarios magonistas. Ellos atestiguarían y en caso necesario mediarían en un conflicto que nos apesadumbraba. Iniciamos la Convención con una mayoría segura, no obstante que no teníamos cargos en el Gobierno, y en cambio los vazquistas contaban con dos ministerios, uno de ellos el de Gobernación.

Versaron las discusiones, en primer lugar, sobre el programa de gobierno. En la cuestión social no hubo mayores discrepancias porque todos estábamos de acuerdo en desarrollar los lineamientos del Plan de San Luis, intensificando una política de defensa de los recursos nacionales; suspensión inmediata del sistema de concesiones a compañías extranjeras y fraccionamiento gradual de la propiedad raíz. Los obreros también estuvieron representados en la asamblea; sus organizaciones crecían rápidamente, preparándose para las luchas del mañana. Por lo demás, había común acuerdo para llevar a la Presidencia al héroe que tenía la responsabilidad de la situación nueva. Se consolidaría de esta suerte el triunfo revolucionario y quedarían asentadas las bases de un desarrollo acelerado. Los zapatistas hicieron oír su voz en la asamblea, no obstante el estado de rebelión de su jefe. Pedían el reparto inmediato de las tierras. Nosotros no queríamos repartos a base de servicios prestados a la revolución, sino una reforma agraria que garantizaran al labrador. No queríamos una nueva casta de propietarios reclutados entre la soldadesca victoriosa, sino una serie de medidas agrarias que, aumentando la producción, destruyeran el latifundio. El plan zapatista de ocupar fincas por la violencia y repartirlas a los soldados era el antecedente del plan de Lucio Blanco en los comienzos del carrancismo y de los apoderamientos de tierra que Carranza no pudo evitar durante su régimen anárquico. El plan de Madero, en cambio, suponía una política de consecuencias progresistas.

De haber triunfado, de haberse impuesto el maderismo, no habrían aparecido jamás los latifundios revolucionarios de los Álvaro Obregón en Cajeme, de Plutarco Elías Calles en el Mante, de Pablo González en Morelos, de Amaro en Durango, etc., etc. Fácil nos fue en la Convención derrotar a los pseudoextremistas que se imaginan avanzados porque practican el método romano de asignar la tierra a quien la conquista.

En la cuestión religiosa nuestro triunfo fue arduo. Se trataba de quebrantar una tradición maldita y no faltaban en nuestras filas los rezagados del seudoliberalismo que reclamaban la aplicación literal de las Leyes de Reforma. A don Porfirio nunca se habían atrevido a exigirle la clausura de los conventos, ilegales conforme a la Constitución. En nuestra lucha por la rehabilitación de las instituciones tampoco contribuyeron los comecuras más o menos apegados al porfirismo. Pero llegado el momento en que se podía actuar con impunidad, ¿cómo iban a faltar sus gritos destemplados? Los derrotamos fácilmente porque no estaba en el ambiente la discordia religiosa. Y aunque a los líderes del maderismo, los católicos en sus diarios nos trataban con injusticia, ninguno de nosotros se dejó llevar de la pasión personal. Todos o casi todos conveníamos en la lealtad del punto de vista de Madero. Creía éste que la política de conciliación, uno de los aciertos de Porfirio Díaz, debería ser elevada a la categoría de ley. Pues si ya se había establecido una práctica que toleraba los conventos, ¿por qué no reconocerlo públicamente? ¿Por qué no derogar, además, las disposiciones ridículas que vedan el uso del hábito eclesiástico y las ceremonias externas del culto? Sonaba la hora de la concordia, y era menester que, como en todos los pueblos civilizados de la Tierra, en México también tuvieran los católicos reconocido el pleno derecho que dimana de sus convicciones.

No había razón, por otra parte, para que instituciones públicas como hospitales, universidades, obras de beneficencia, siguiesen privadas del derecho de poseer y administrar bienes raíces, tal como lo hacen en la próspera nación norteamericana. La doctrina entera de las Leyes de Reforma estaba reclamando la *reforma*. Así lo declaró en su discurso-programa Madero, sin despertar alarmas y, al contrario, aclamado fervorosamente por los católicos. O más bien, por los no católicos, pues los católicos súbitamente ultramontanos no se conformaban y querían más y soñaban con De la Barra Presidente. Andaba éste metido entre curas, pero nunca se había acordado de la Iglesia en sus años de profesor laico de un instituto como la Escuela Nacional Preparatoria. Madero, en cambio, obraba por generosidad y cultura. No se le estimó la intención. El apoyo y el aplauso lo reservaron para el fariseo. Aún no acaban de pagar su yerro los católicos mexicanos.

Un ex profesor de la impía Preparatoria resultaba ahora caudillo de la Iglesia. En cambio, Madero atacaba a la Preparatoria por su materialismo, base de la inmoralidad porfiriana. Toda la sociología evolucionista, con su doctrina de la supremacía de los fuertes, se había derrumbado con la insurrección popular y Madero quería suplirla con normas espirituales, cristianas y libres a lo Tolstoi.

Su preocupación cardinal era cambiar la índole sanguinaria, mezquina, de la tradición nacional, por una disposición más humana, civilizada y espiritual. Tan moderno y tolerante era el ambiente de la asamblea, que bastó con unas cuantas risas para acallar y poner en ridículo la oratoria de 18 de julio, que pedía revivir las medidas de hostilidad contra el clero.

No hubo discrepancias importantes en la cuestión de principios; en cambio, al llegar a la discusión de las personas, la escisión se marcó violenta. Según los vazquistas y por boca de su jefe accidental, Luis Cabrera, los miembros de la asamblea no debían elegir vicepresidente a quien les pareciese, sino que la fórmula Madero-Vázquez Gómez debía subsistir. Con paciencia y buena disposición procuramos demostrar que no había de por medio intriga ni empeño de sacar adelante un candidato. Cualquier fallo de la mayoría nos dejaría satisfechos. Tras de discutir varias candidaturas, por mayoría se aceptó la de Pino Suárez, hombre sin tacha. Hicimos constar que no negábamos los méritos de Vázquez Gómez; pero cedíamos a la necesidad de constituir un Gobierno homogéneo.

En vez de aceptar francamente la realidad de todos conocida, sobre la existencia de desacuerdos graves entre los Vázquez Gómez y Madero, los vazquistas llamaron a éste a la asamblea para preguntarle si se negaba a colaborar con Vázquez Gómez. Madero contestó que acataría cualquier acuerdo de la Convención. Se nos dejó a nosotros toda la responsabilidad del desahucio de Vázquez Gómez. No la rehuíamos, aunque acarreaba impopularidad. No éramos todavía gobierno y ya nos echaban encima el cargo de impositores, o sea, defraudadores del voto público. No ocupábamos ningún puesto y ya Luis Cabrera se vengaba de quienes, como González Garza o como yo, aceptamos los riesgos de la rebelión mientras él se mantuvo a la expectativa. Detrás de Cabrera, otros muchos se declararon campeones del sufragio a la vez que fomentaban suspicacias en torno a nuestros hombres ayer aclamados. Al dar en alta voz mi voto casi decisivo en favor de Pino Suárez, un grito sonó entre los siseos de los vazquistas: «Ya te ganaste el Ministerio.» Tan imbécil injuria me convenció de que la razón estaba de nuestra parte, y a los que quisieron oírme les dije:

—Gano en mi despacho en un mes lo que un ministro en un año.

Por otra parte, no quería cargo público porque no reconocía en la multitud el derecho de juzgarme. Salí triunfante de la Convención, pero asqueado de aquel primer contacto con las ambiciones del poder. Si no era posible aplastar en el juego político a los integrantes, era mejor retirarse a la vida independiente.

La oposición de todos los matices no tardó en difundir la ponzoña inoculada por Luis Cabrera. Desde entonces cargó el maderismo con la imputación de violar el voto público. La revolución, aseguraban, salía dividida del Teatro Hidalgo. En efecto, hubo división porque no aceptaron su derrota algunos vazquistas; pero no mayor de la que ya había. Y que no fue desacertada nuestra decisión lo prueba el hecho de que el mismo Cabrera, acatándolas, se convirtió en consejero íntimo de Pino Suárez,

vicepresidente. No volvió a recordar a los vazquistas vencidos; pero el rumor de su calumnia sirvió a la canalla política para desacreditar al maderismo. A ninguno de nuestros técnicos en política se le ocurrió reconocer que, en la más rigurosa democracia, un partido tiene no sólo el derecho, también la obligación, de no imponer a su jefe un enemigo personal en el puesto de la Vicepresidencia. Una defensa elemental de nuestra unidad era calificada de imposición antes de que las elecciones se consumasen. Y lo más extraño es que la torpe censura nos llegaba envuelta en el encono más implacable. Toda una sociedad podrida parecía resentir nuestro esfuerzo por regenerarla. Y, en efecto, ¿a dónde iban a parar cien años de historia sombría si de repente un Madero, sin hazañas de sangre, levantaba el nivel nacional, iluminaba los bajos fondos de nuestro destino? Todo un pasado de horror exigía que no se removiese más, que no se produjese el contraste de un gobernante talentoso y honrado y la acción cavernaria de sus antecesores. Era necesario acabar con aquel petulante que sin duda era un hipócrita. Desde antes que apareciese la figura patibularia de Victoriano Huerta, cierta opinión clamaba por otro asesino en el mando. ¿Qué era eso de la bondad, la libertad y el talento en el Gobierno? Que se fuera a Suiza con esa canción aquel Madero exótico. ¡Lo que México necesitaba era otro Porfirio Díaz! Torva intención dentro del rostro mudo. Cruel la mano contra quien ose pensar y ser libre. La vieja sensibilidad azteca humillada el siete de junio con las apoteosis de aquel blanco, resuelto a no matar, se removía ofendida anhelando la reaparición de su representativo, el tirano zafio. Y así fue como se propagó el grito infame: «Pino... no; Pino, no.» Lo repetían los ex porfiristas, los próximos huertistas, los futuros carrancistas. Pino era un patriota limpio de sangre.

En tanto las gentes comentaban mi caso como el de un afortunado a quien sonreían los triunfos del talento, el dinero, el poder, dentro de mí se destrozaba un mundo. La curación que me había empeñado en juzgar inmediata no daba señal favorable. Un nuevo médico, además de Barajas, visitaba diariamente al enfermo. En la casa todos sabían la gravedad; sólo yo seguía ciego, confiado en una crisis de salud, en un súbito resurgir de la fuerza juvenil, poseído de incurable obsesión de milagro.

Con las lluvias de septiembre el mal se agravó y ya no pudo mi hermano dejar la cama. Se pasaba las noches acosado por el insomnio y la fiebre. Sus accesos de tos repercutían lúgubrementemente en toda la casa. El golpear del agua en las vidrieras cubiertas de noche aumentaba la sensación de amenaza y desamparo... Había empezado a desgarrar sangre. Turnándose lo velaban mis hermanas; lo atendían también mi esposa y Antonieta. Nuestro padre pasaba con él todas las horas que el trabajo le dejaba libre. Nunca me hizo ningún cargo, pero yo le adivinaba el reproche: ¿Para qué lo dejaste ir? Era tu hermano menor, te estaba confiado.

Entre sueños me acometía un delirio; veía que el enfermo sacudía su mal, se levantaba diciendo «no era nada», y nos íbamos a pasear por el bosque. Era joven y apuesto, las mujeres le sonreían, la vida lo agasajaba. A menudo él también se sentía mejor. Otra caja de inyecciones, y arriba para gozar.

Una de las últimas noches, súbitamente exaltado, proyecté un viaje a Cuernavaca. Era necesario sacarlo de la humedad de México. En el Sur se repondría, respiraría con facilidad. Sólo entonces observó con cierta seriedad mi padre:

—Parece mentira que no te des cuenta de la condición de tu hermano.

Tales palabras me produjeron el efecto de un golpe. Luego ¿era verdad? Se moriría...

Estaba muy distante la época en que acudía al rezo en demanda de alivio para estas aflicciones supremas. Mi experiencia había sido decisiva y amarga cuando pedí y se me negó la vida de mi madre. ¡Dios no se ocupaba de nuestros asuntos! Y el «Hágase tu voluntad» recordado por Tolstoi en la muerte de su hermano (¿en *La guerra y la paz*?) me irritaba. Es muy cómodo cruzarse de brazos cuando no se es el moribundo, pero el moribundo exige la vida y yo imaginaba remover el mundo para dársela. Dios no hacía milagros, pero nos daba la ciencia; mis familiares desconfiaban por no saber de la altura a que ha llegado el poderío científico. La medicina tenía que curarlo. Y así me aturdía con esperanzas necias.

Llegaron implacables, los días de la bolsa de oxígeno que alivia, detiene la asfixia. Por último, amaneció tan mal que no fui al despacho. Pasé la mañana a su lado, y ya por la tarde, viendo que empeoraba, me fui a buscar a Barajas. No estaba en su consultorio, sino en su clase de Medicina. Allí me fui a recogerlo. Faltaban diez minutos para que concluyese la lección. Me mandó recado de que lo esperase en la Secretaría. Preferí quedarme en una de las bancas del patio. En la portería había un teléfono. Lo tomé para avisar que en media hora estaría ya de vuelta con el doctor...

Respondió mi esposa:

—Ven tú, pero ya no traigas al médico; es inútil...

—¿Qué...?

—Ya acabó.

Me dio vuelta el ambiente. Vacilando en el paso me eché sobre la banca más inmediata del corredor. En ese momento salía Barajas; se me acercó. No podía hablarle; me ahogaba el llanto; me enloquecía el espanto. Hice que Barajas hablara de nuevo por teléfono; quizá se tratara de un síncope. Iríamos juntos. Barajas obtuvo informes; volvió junto a mí; abrazándome, dijo:

—A todos nos llega la época en que vivimos no por gusto sino por obligación. Le quedan a usted sus hijos...

Como río en creciente, el dolor me anegaba, me envolvía. Fingí serenidad a efecto de quedarme solo. Me despedí de Barajas, y en un taxímetro, camino de Tacubaya, hundí la frente y el ser en la penumbra del desconsuelo... Lo primero que vi al asomar a la verja de la casa fue el ataúd que la empresa mortuoria remitía, con los blandones.

Llegué a la cama del muerto. Lo habían lavado, cerrado los ojos. Besé su frente, pegué mi cara a su cara. Una ternura capaz de suplir por su dolor a la madre que le faltaba, hizo correr ríos de lágrimas. La enfermedad le había afilado el rostro y a través de sus labios finos, entreabiertos, se veían los dientes largos que la amargura de las últimas semanas puso amarillentos. ¡Nunca he vuelto a sufrir tanto!

En la habitación contigua alternaban los rezos; algunos parientes habían venido a acompañarnos. Los sollozos me acometían periódicamente, incontenibles y desolados. Ahondaban la herida que jamás cicatriza. Ya nunca sería el de antes. Y jamás el recuerdo evocaría de nuevo aquella ocasión sin que otra vez el chorro de lágrimas se soltase.

Repasaba en la imaginación sus primeros alborozos de niño, sus entusiasmos de joven, sus penalidades, y todo era motivo de más viva pena. En sus últimos delirios había repetido un nombre femenino. ¿Alguna novia? ¿Alguna amiga? El párroco de mis hermanas lo había visitado, lo había, quizá, confesado. Y no había querido que lo asustaran con ideas de muerte; pero lo habían hecho ellas por su tranquilidad. Le habían puesto los óleos. ¿Para qué recordar la noche espantosa de espera sin esperanza?

Al otro día asistí a la práctica brutal de echar tierra encima de los que amamos. Cuando clavaron la cruz de madera sobre el túmulo de tierra removida, mientras colocaban las coronas de flores, padecí trivial, pero horrible, la idea: ¡Conque esto es todo! ¿Quién hablará más del pobre joven que no llegó a nada, que no tuvo oportunidad de manifestar si había en él un héroe, si algo suyo merecía el renombre?

Y me puse iracundo contra el destino que troncha vidas jóvenes. Pero ya sobre mis hombros caía el vil descanso que sigue al entierro. El alma seguiría en protesta por toda la eternidad; pero el cuerpo cerduno reclama lo suyo y viene apetito y nos

agota el sueño, y aun ronca la bestia que somos. Algo, sin embargo, vela y afirma su desprecio de la infame celada que es cada vida. ¿En dónde me he metido?, pregunta de pronto el alma, consciente de que está en un estercolero del ser. Y resulta indiferente seguir o no seguir el camino del muerto. Al día siguiente el periódico principal dedicaba unas líneas al suceso. Calificaba a mi hermano de joven inteligente, lleno de promesa. Ya no éramos los oscuros provincianillos cuyas personas a nadie interesan. Un capricho de la fortuna nos convertía en personas notorias. Si, al revés, don Porfirio sofoca la rebelión, mi hermano hubiera muerto en un hospital de Filadelfia sin dar quehacer a tipógrafo alguno. Con asco aparté mi vista del diario.

Yo lo había matado. Este pensamiento estrangulaba mi conciencia. Si no lo hubiera impulsado a lanzarse al extranjero no habría corrido riesgo. Con sólo llamarlo un mes antes, lo habría salvado. La ambición de esperar a tener más, me había contenido. ¿Ahora de qué me servía todo el dinero del mundo? Sobre mi vida había caído una sombra que nadie podría apartar. La visión de mi futuro, días antes limpia y espléndida, se había empañado. Los más ricos manjares me sabrían siempre a hiel. Y en los más vivos amores encontraría la desazón del amor que no supe cuidar. Mi regla dura lo había llevado a quebrarse. ¿Qué derecho hay de imponer a otro faenas arriesgadas con el pretexto de que también nosotros hemos sufrido? La ambición de llevarlo a grandes cosas por el dolor, lo había roto en mis propias manos. Su voluntad, tenaz como la mía, pero inexperta, se fió de mi amor y halló el desastre por la senda que le trazara.

Revisando sus papeles encontré unas fotos de bañistas. Estaba retratado con otro amigo y un par de gringas bien formadas. Sus músculos desnudos se veían tensos; su cara jubilosa denunciaba el placer de las olas avivado con la sensualidad de la compañía femenina. No hacía seis meses de aquel retrato. Bien había calificado Barajas su caso como tisis galopante. También recordaba, con recuerdo lacerante, lo que me había dicho en Washington: recorriendo distintas secciones de la fábrica estuvo en una donde tenía que entrar con una lámpara humeante a revisar o practicar los remaches del interior de la caldera de las locomotoras; este trabajo, sin duda, le hirió el pulmón.

Dentro de uno de sus libros encontré una cinta, distintivo de la Unión Obrera a que se había afiliado: Federación de Mecánicos. Y me lo representé desfilando en primero de mayo por las avenidas de Filadelfia, en muda protesta contra la vida dura del obrero... Era como una de tantas víctimas del Moloch del progreso. Pero lo injusto es que tales sacrificios los determinaba la pobreza. Debieran repartirse los riesgos, según lo predicaba William James, igual que los de la guerra, entre toda la juventud. Una nueva milicia destinada a vencer las fuerzas naturales, más esforzada y gloriosa que los ejércitos de la matanza humana. El servicio en las minas, en los talleres, equivalente moral de la guerra, iría creando una tradición de heroísmo, mucho más elevado que el del militar. No me quedaba sino una manera digna de

honrar el sacrificio de mi hermano. Contribuir, en lo posible, a que casos como el suyo no se repitiesen. Dedicar toda mi acción política a la defensa del obrero, a la protección de los intereses humildes. Sólo así conquistaría de nuevo el derecho a la luz... Propiciando la revolución en toda su generosa universalidad.

Los amigos del Ateneo me nombraron su presidente para el primer año maderista. No por homenaje, sino en provecho de la institución, cuya vida económica precaria yo podría aliviar. Además, podría asegurarle cierta atención del nuevo Gobierno. Y no volví a llevar trabajos a las sesiones, sino que incorporé a casi todos los miembros del Ateneo al nuevo régimen político nacional. Con este objeto se amplió el radio de nuestros trabajos, creándose la primera Universidad Popular. Para fomentarla se unieron a nosotros algunos políticos que así se ligaban al partido gobiernista. Para otros fue la Universidad Popular una ocasión más de acercamiento al medio oficial. Tal el caso de Pansi, que intimó conmigo hasta que logré colocarlo con Pino Suárez. Llegaba este último a la capital, sin conocimiento alguno del medio, y Pansi pudo servirle de auxiliar discreto, dado que se había rozado con el viejo régimen aun cuando fuese desde posición secundaria. Gracias a la generosidad de Pino Suárez y a la escasez de hombres que el régimen padecía, pronto obtuvo Pansi el increíble ascenso a subsecretario. Uno de los más perniciosos efectos de las escisiones en los partidos es la oportunidad que otorgan a los pansistas. Resultaba ahora un Pansi subsecretario de Estado, en tanto que los Vázquez Gómez y otros tantos andaban en situación casi de proscritos.

Las sesiones del Ateneo concluían cada viernes en algún restaurante de lujo. Ya no era el cenáculo de amantes de la cultura, sino el círculo de amigos con vistas a la acción política. Antonio Caso fue quizá el único que no quiso mezclarse en la nueva situación. Se proclamaba, más que nunca, porfirista. Colaboraba, sin embargo, en todo lo que significaba esfuerzo de cultura. Durante este año de mi gestión, recibió el Ateneo a varios conferencistas extranjeros como Pedro González Blanco y José Santos Chocano. Anteriormente la Universidad no invitaba sino a profesores de Norteamérica. Recuerdo un curso de Psicología del célebre Baldwin, al cual asistíamos sólo diez personas porque las explicaciones en inglés no eran comprendidas del alumnado. Nosotros iniciábamos en el Ateneo la rehabilitación del pensamiento de la raza. Madero, por su parte, en el orden diplomático, rompía el precedente porfirista: «Un buen embajador en Washington; el resto del Cuerpo Diplomático sale sobrando.» Madero, después de Alamán, fue el primer gobernante de México que quiso reconocer los intereses morales, si no de comercio, que hay en el Sur. El ministro preferido de la época maderista fue siempre el de Guatemala, a pesar de que ninguna simpatía le inspiraba el sistema de Estrada Cabrera. Pero buscaba hacer patente nuestra solidaridad con la porción hispánica de América. La circunstancia de haberse educado Madero fuera de las fronteras nacionales, en medios como París y San Francisco, donde los hombres de habla española se reconocen como parientes, le dio una visión del problema americano que no suelen poseer los nacionalistas de campanario.

El único fracaso de la nueva política hispanizante lo originó la primera visita de Manuel Ugarte. Desde que desembarcó lo atraparon los descontentos, lo rodearon los

intelectuales del viejo régimen. Le hablaron de la calumnia corriente «Madero había hecho la revolución con dinero *yanqui*». Porfirio Díaz cayó, le aseguraron, porque se negó a dar concesiones de petróleo a los *yanquis*. A nosotros nos era repugnante ponernos a negar o discutir siquiera estas inepticias. Los registros oficiales fehacientes de ambos gobiernos, demuestran a todo el que se toma la pena de consultar, que todas las concesiones petroleras se dieron en la época de Porfirio Díaz. Después de esa época no se dieron más concesiones y Madero, por su parte, no otorgó una sola. De mí, en lo particular, dijeron los diarios que no acudiría a festejar a Ugarte porque representaba a compañías de Norteamérica. Es verdad que nuestras relaciones con los *yanquis* eran hasta ese momento excelentes, por el apoyo moral que en muchos casos nos habían dado. También era cierto que sin provocación no podía México, país vecino, lanzarse a una campaña estruendosa de animadversión. A pesar de eso, fue evidente que Ugarte venía realizando su patriótica campaña sin cortapisas. Desde la costa hasta el interior del país, los teatros, las plazas de toros, se llenaban para escuchar sus discursos sin que nunca una sola autoridad pretendiese ponerle obstáculo. Era natural entonces que la suspicacia de los comentarios de los unos y la grosera calumnia de otros nos irritase y ofendiese. En vano recordábamos al público que Porfirio Díaz no dejó llegar a la capital ni al propio Darío, por temor de que el recuerdo de su *Oda a Roosevelt* provocase un gesto adverso en los Estados Unidos. Aquellos porfiristas que tomaban a Ugarte como bandera contra nosotros, sabían de sobra que su antiguo jefe no le hubiera dejado desembarcar. A pesar de todo esto, firmé y repartí, como presidente del Ateneo y de acuerdo con el personal del mismo, invitaciones para una sesión que habría de celebrarse en honor de Ugarte y de González Blanco. La inclusión de este último no agradó, la sesión hubo de aplazarse. Lo que aprovecharon los diarios para volver a la carga, ahora contra mí... Pretendía deslucir el éxito de Ugarte, porque yo era representante de una compañía norteamericana. Contesté que no era representante de una compañía, sino de diez, y que no siendo funcionario público no tenía que explicar a nadie mi conducta. «De paso —añadí—, desafío a mis enemigos para que publiquen copia de cualquier instancia en que yo haya pedido al Gobierno, del que soy amigo, un solo favor para mí o para mis clientes.» Por unos días, estas declaraciones violentas acallaban el moscardero de las murmuraciones. Pero nunca falta algún nuevo pretexto. Contra Madero y su familia se publicaba cada semana alguna nueva infamia. Escribíanlas políticos despechados como Rábago y el doctor González Martínez; sacaba las copias el amanuense Genaro Estrada, futuro as del callismo. Al abuso de la libertad de prensa contribuían, incluso, aventureros internacionales en busca de chantaje. Pero lo triste, lo terrible, es que el público arrebatava las hojas más viles, y las celebraba y las pagaba. Y si alguien escribía algunas líneas en defensa del Gobierno, inmediatamente se le catalogaba como incondicional y como servil. Una suerte de perversión colectiva se ensañaba contra una administración que no robaba ni dejaba robar; no comprometía los recursos nacionales; no vendía las tierras al extranjero. También

parece que el país echaba de menos esa voluptuosidad masoquista de que después se ha hartado: la de sentirse vejado, infamado por un tiranuelo más respetado cuanto más miserable se le sabe.

No había ambiente para un trabajo sistemático de estadista, y menos puede haberlo para un florecimiento intelectual que hubiese dado al Ateneo un papel en nuestra vida pública, tan necesitada de elevados incentivos.

Todo era lucha sorda y pasión mezquina. Las apetencias sueltas después de la prolongada represión porfirista se volvieron feroces contra quien los libertaba.

—Muerden la mano que les quita el bozal —dijo una vez Gustavo, de ciertos jóvenes oradores brillantes y recién manumisos del porfirismo. Bastaba con que una persona cualquiera tuviese amistad con un maderista o quisiese demostrar adhesión al nuevo orden de cosas, para que en seguida la calumnia y el odio se lanzasen feroces en contra de ella.

Con motivo de estas innobles embestidas de la oposición, me referiré a la mujer que ejerció tanta influencia en cierta época de mi vida. La llamaremos Adriana. Se presentó en mi despacho con tarjeta del propio Madero. Necesitaba abogado, pero no ante los tribunales, sino ante la opinión. Hacía tiempo que la molestaban bajamente sólo porque se había atrevido a inaugurar un servicio de enfermeras neutrales, cuando la Cruz Roja porfirista declaró que no curaría a los rebeldes. El país entero aclamó entonces como heroína a quien supo reclutar mujeres y médicos para acudir al campo rebelde, desatendido del servicio oficial. Pero ahora se volvían contra ella, a veces hasta los mismos que la habían aplaudido. Su fidelidad al Gobierno la arrastraba en la misma ola de fango que a nosotros nos batía. Sin titubeo escribí una serie de artículos apasionados en defensa de la correligionaria y en homenaje de la mujer cuya belleza notoria desde el primer momento me fascinó. Para caracterizar su atractivo desenterré la frase de Eurípides: «Hermosura punzante como la de una rosa...»

Era una Venus elástica, de tipo criollo provocativo y risa voluptuosa. Pronto comprobé que era una de las raras mujeres que no desilusionan en la prueba, sino que avivan el deseo, acrecientan la complacencia más allá de lo que promete la coquetería y lo que exige la ambición.

Para platicar de sus asuntos me visitaba en el bufete cuando concluía la jornada. Algunas veces esperaba mientras atendía a algún cliente de última hora o daba las órdenes para el trabajo del día siguiente. Luego salíamos; tomados del brazo, caminando por las calles más concurridas, olvidados de la gente y de sus acechanzas. Acababa de ascender Madero a la Presidencia. Celebraba la ciudad las «posadas» tradicionales; mi esposa las festejaba con sus amistades de Oaxaca. Los familiares de Adriana también se divertían en su círculo. Ella y yo, los dos solitarios, más bien acompañados del mundo, comprábamos de paso la langosta en el Colón, y champaña, y tomábamos el camino de Tizapán. Vivía allí, en una pequeña quinta que le cediera provisionalmente su padre, modesta de habitaciones, pero con jardín lozano y árboles seculares.

Las palabras de Adriana fluían como las notas de la flauta que hipnotiza a las bestias. Desde hacía años la serpiente de mi sensualidad reclamaba una encantadora. A su lado brotaba de mi corazón la ternura y de mis sentidos el goce. La boca de Adriana, fina y pequeña, perturbaba por un leve bozo incitante. Unos dientes blancos, bien recortados, intactos sobre la encía limpia, iluminaban su sonrisa. La nariz corta y altiva temblaba en las ventanillas voluptuosas, un hoyuelo en cada mejilla le daba gracia, y los ojos negros, sombreados, abismales, contrastaban con la serenidad de una frente casi estrecha y blanca, bajo la negra cabellera abundosa. Decía de ella la fama que no se le podía encontrar un solo defecto físico. Su andar de piernas largas, caderas anchas, cintura angosta y hombros estrechos, hacían volver a la gente a mirarla. Largo el cuello, corto el busto, aguzados los senos, ágilmente musical el talle, suelto el ademán, estremecía dulcemente el aire desalojado por su paso. Bajo la

falda, una pantorrilla gruesa remataba en tobillo airoso, redondo, y empeine arqueado de danzarina. El vientre de Adriana era digno de la esmeralda de Salomé. Deprimido el estómago, adelantado en el pubis. Cuando vestía seda entallada, color de vino, su cutis delicado era nácar y oro. Y bastaba tocarle la mano para sentir la voluptuosidad de los serrallos.

Tan rara perfección del demonio andaba ya por los treinta y no había llegado ni a bailarina famosa ni a reina. De broma solía decirle que era lo mejor del botín revolucionario, por lo que yo me la adjudicaba. La vida anterior de Adriana era un tanto misteriosa; casada y divorciada una vez, viuda otra, conocía el idioma inglés con esa perfección que no se adquiere en los libros. Por el Sur de Estados Unidos vivió una temporada y allí aprendió enfermería. Entre sus ascendientes había un ministro de Juárez y emigrantes vascos establecidos desde antiguo por Veracruz. Era perseguida de pretendientes y de murmuradores. Para dormir a su lado era preciso guardar un ojo en acecho. Especialmente en aquella casa quinta de árboles frondosos y tapias altas, donde caían, ya tarde, dos o tres hermanos celosos.

Uno de los más recientes caprichos de Adriana había sido presentarse en una asamblea de estudiantes de Medicina, donde se hacía censura de su gestión como enfermera en campaña. Al principio, su belleza se impuso; pero se mostró gobiernista en su discurso, y ciertos galanteadores despechados hicieron correr la voz de que era amante de Madero; la heroica asamblea se puso a sisearla. Ocurrió todo esto días antes de que yo la dirigiera. Lo primero que le aconsejé fue la abstención completa de toda presencia en público y el silencio. Que me dejara a mí liquidar esas cuentas; ya llegaría la ocasión.

Se presentó ésta, justamente, con motivo de las manifestaciones antimaderistas que siguieron a la visita de Manuel Ugarte. Los estudiantes, equivocados, se hacían instrumento de los enemigos del nuevo régimen o del sentir de sus familiares heridos en algún interés personal, o simplemente resultaban un reflejo de la pasión acumulada en el ambiente del momento. Lo cierto es que llevaban días de celebrar juntas y pronunciar discursos por plazas y calles. Nos acusaban de falta de patriotismo. El Gobierno despilfarraba, si no es que robaba, los dineros de la reserva acumulada por Porfirio Díaz. La nación estaba en peligro. La juventud debía actuar. Crecidos en sus exigencias, los alumnos de Jurisprudencia echaban de la Dirección a Luis Cabrera. Otro grupo se había ido a buscar profesores del porfirismo para fundar la Escuela Libre de Derecho. Para campeones de la ley buscaban a los antiguos servidores de la tiranía. Sin embargo, todo el mundo observaba y callaba. La prensa toda tomó el partido de la «juventud». Se erguía el fetiche del estudiante.

Tanta confusión de valores me irritaba aun sin estar yo mezclado en ella, pero ahora la amistad con Adriana me encendió. Llamé a un reportero del diario más leído; le entregué unas declaraciones. Recordaba en ellas el envilecimiento de la clase estudiantil durante el porfirismo. Hacía memoria de las mascaradas de adhesión al caudillo encabezadas con los estandartes de las escuelas que tantas veces así

deshonramos. Que no anduvieran ahora hablando de la libre Escuela de Jurisprudencia, porque no había sabido serlo durante la tiranía y ahora abusaba de la libertad. «Que no se ufanaran nada más de ser jóvenes, porque se podía ser joven y servil, como lo fuera la mayoría que no se conmovió con nuestra prédica revolucionaria, que no contribuyó al peligro ni oyó la voz del deber...» El efecto fue inmediato; se juntaron todas las escuelas y decidieron celebrar una manifestación de protesta contra mi persona. Por momentos recibía de los amigos noticias de la marcha de los debates y de los términos del plan aprobado. Los diarios de la tarde publicaron los discursos adversos y el programa de la manifestación hostil. Una palpitación de odio conmovió a la ciudad. A eso de las seis de la tarde desembocaba la columna por Plateros. Varios miles de colegiales venían de sus escuelas del rumbo de San Ildefonso y se dirigían a mi despacho en la calle de San Francisco. Avanzaban por la avenida gritando «muera» y deteniéndose en las esquinas para pronunciar discursos. El público de paseantes, que a esa hora llena la avenida, escuchaba con maledicencia y curiosidad. Por la lengua ingenua de la juventud hablaba el rencor anónimo. Algunos oradores no me conocían, pero se exaltaban adjetivándome. Cuando llegaron casi a la esquina de la *High Life*, cerré mi balcón y bajé a la calle para curiosear. Me situé enfrente por el callejón de los Azulejos. Allí, con la salida franca, escuché la algarabía. No pasó de algún vidrio roto en los bajos. Los manifestantes llegaron ya fatigados, y como mi balcón era alto y lo vieron a oscuras, duraron poco en su labor ofensiva. Se dispersaban ya cuando un grupo me vio, al borde de la acera. La sorpresa de encontrarme a pie, revuelto entre ellos, me dio tiempo para cambiar de calle y perderme de nuevo entre la gente. A la vuelta tomé un taxi. No había querido que uno solo de mis amigos me acompañara en el trance, porque secretamente y en sitio previamente convenido me esperaba Adriana. La encontré excitada, nerviosa, casi dichosa. Ella también había buscado la manifestación y desde un auto la siguió a distancia.

¿Ahora qué haría yo? ¿Qué bien les había dolido el castigo! ¿Y qué más iba yo a decirles? Por lo pronto resolvimos cenar juntos. Después, ¿si los muchachos hubieran podido imaginar mi gratitud! Pocas veces un vencedor fue tan ampliamente recompensado.

La prosperidad pública crecía agigantada con el impulso de las inversiones del capital extranjero, que ya no buscaban privilegios y locas ganancias sino la seguridad de una transformación, casi sin sangre, desde la dictadura porfirista a un régimen de democracia y cultura. Todo prometía una serie de gobernantes, ya no abortos de cuartel ni jefes de banda, sino universitarios y hombres de ideas, lo mismo que en el resto de la América española, ya no digo en Europa y los Estados Unidos. Bien se advertía en mi bufete el efecto de aquella renovada confianza en nuestra nación. Instancias administrativas en gestión de empresas, casi todas nuevas, ocupaban mis horas. La compañía de Luz trabajaba en la prolongación de una línea eléctrica a Puebla, que, según advertía el doctor Pearson, haría uno de los más audaces caminos a través de un panorama espléndido, entre cumbres de volcanes.

Era el doctor Pearson uno de los hombres más extraordinarios de la época. Su obra maestra, la planta eléctrica de Necaxa, era ampliación del proyecto del francés Lefevre. Los comienzos de Pearson fueron humildes. De profesor de Matemáticas en un colegio de Nueva York, saltó a la notoriedad al resolver en concurso un problema de la compañía del *subway* de Manhattan. El premio, de cincuenta mil dólares, que allí ganara lo empleó en la compra de un yate que lo llevó al Sur en busca de reposo y sol. Se detuvo en Río de Janeiro. La naturaleza tropical sedujo su temperamento de poeta de la realidad. Visitando las mesetas próximas a la costa vio la posibilidad de aprovechamiento eléctrico del agua que se derrama hacia la costa y concibió su plan grandioso del alumbrado y fuerza de la más bella bahía del mundo. Consiguió capital, dejó en marcha los trabajos respectivos, y fue a dar a Barcelona, donde concibió otro plan de vasto desarrollo eléctrico. Trasladado a México, creó a Necaxa. Cuando lo conocí distribuía su tiempo entre sus empresas de tres continentes. En su carro de ferrocarril lo acompañaban secretarios, taquígrafos, ingenieros, abogados, un tren de auxiliares que su vasto cerebro activísimo mantenía ocupado. Trabajaba él hasta caer enfermo, para luego, ganado un reposo, volver a empezar.

Me tocó entrevistarme con Pearson con motivo de un asunto enojoso. Uno de esos ingenieros oficinescos oponía reparos a la aprobación de sus planes; se le negaba, además, el privilegio de la confiscación por utilidad pública, dejándole a merced de propietarios que abusaban de la ocasión; no recuerdo exactamente, pero sí que me dijo con su vivacidad acostumbrada: «Disponga de veinticinco mil, de cincuenta mil pesos, para vencer esas resistencias.» Rápidamente también le expliqué lo que significaba el maderismo que a él le presentaban como alzamiento de demagogos y el desastre de nuestras gestiones si pretendíamos apresurarlas con ofrecimientos de dinero. En un instante se dio cuenta, pidió excusas y, complacido, ensanchó sus planes, que ya representarían algo enorme en el desarrollo eléctrico del mundo si no fuese porque cayó Madero y más tarde Carranza se incautó la compañía, la saqueó mientras los ingleses se hallaban distraídos por la guerra con Alemania.

Nunca volví a ver al doctor Pearson, que siempre permanecía poco tiempo en

cada sitio; pero me dejó la impresión de un hombre genial. Le hallaba un vago parecido a Madero, por la rapidez de su concepción y por la franqueza, la claridad de un pensamiento que nada oculta y refulge espontáneo como la reverberación de la luz.

Cuando murió en el torpedeamiento del *Lusitania*, pensé: «Las aguas se tragaron al mago que en la tierra las había domado.»

Por mi despacho desfilaban también no pocos pretendientes políticos. Mi alejamiento de la acción pública precisamente había aumentado la consideración que me guardaban los del Gobierno. Allí fue a dar Pansi cuando lo despidió Pino Suárez. Nunca supe la causa. Llevado de esa manía absurda de simpatizar con el vencido y el débil, aun sin averiguar si es o no justa su derrota, acepté sin examen el punto de vista de Pansi, lo declaré víctima y le conseguí otro alto empleo.

Ocasionalmente volví a ocupar la primera plana de los periódicos. La rebelión de Pascual Orozco en Chihuahua produjo tal alarma, que fue menester consumir acto de presencia en las filas maderistas. Lo hice con decisión y en términos de tener que ocultarme si Orozco llega a posesionarse de la capital. «Si gana Orozco —dije—, se emborrachará; si pierde, se emborrachará.» Venció Madero la rebelión armada, y la intriga volvió a refugiarse en la conspiración y en la prensa. Dentro del Congreso mismo, y abusando de la libertad democrática, gestaban los más peligrosos enemigos del régimen. La formación del Congreso fue uno de los más grandes errores. La inexperiencia de Gustavo y sus auxiliares produjo situaciones irreparables. Dentro del mismo Partido hubo indisciplina y confusión. Interesaba que yo fuese a la Cámara como uno de los apoyos leales del régimen. Pero dejaron que me derrotara en una asamblea de distrito un oscuro político de barrio que se arregló la votación y resultó postulado. No quise gestionar la designación en algún distrito seguro porque pensaba, y con razón, que era el Partido el que debía preocuparse por hacerme diputado, y no yo por serlo. Fue prueba de indisciplina culpable haber permitido que hombres útiles al régimen fuesen suplantados por medianías, precisamente en una época en que hacían falta los significados por la capacidad y el prestigio. Me ofendió el descuido de mis amigos y no quise ya ocuparme de otra candidatura que se lanzó en mi favor en un distrito de Oaxaca. Me salvé de ser diputado de la legislatura que se cubrió de oprobio nombrando Presidente a Victoriano Huerta (con sólo cinco o seis votos en contra). Y también, según opinaron muchos de la época, salvé la vida que no habrían perdonado los huertistas, si en la Cámara hubiera seguido aliado a Gustavo en vez de retirarme a mi despacho. Lo cierto es que me había retirado mi propio Partido, que no supo manejarse. Y fue lo peor que el mismo Gustavo, sin poder para sacar diputados a sus amigos, se desprestigió bastante, aplicando después la guillotina de su mayoría contra hombres de valer como el licenciado Francisco Pascual García, diputado católico, y dejando, en cambio, franca la puerta a los Moheno y comparsa, futuros ministros del cuartelazo de Victoriano Huerta.

La noche en que empezaron a llegar las noticias de las elecciones de diputados,

cené con don Francisco I. Madero en la casa de sus padres, por la colonia Juárez. No se sabía allí una palabra del resultado. Para esperar noticias fuimos después de la cena al teatro, y en el palco presidencial supo Madero el triunfo de muchos amigos suyos y de no pocos enemigos. Y celebramos todos el contraste de un Presidente demócrata que se informa de los nombres de los diputados al mismo tiempo que el público, y el antiguo Presidente que formaba la lista del Congreso meses antes de la elección.

La tentativa fracasada de Orozco logró, sin embargo, alertarnos. Se nos convocó y tuve que dejar la delicia de los atardeceres dedicados a mi Adriana para asistir de nuevo al partido a defender gente que parecía no querer ser defendida. A luchar contra la influencia en el Gobierno de familiares de Madero, muy honorables, pero completamente desorientados en materia política. Muchas veces pedimos el cambio del Ministro de Hacienda, que se sentía muy ufano de mantener la moralidad administrativa del porfirismo y la regularidad de los pagos, pero no comprendía las exigencias de la nueva situación. Lo culpábamos de la rebelión reciente, por no haber distribuido algún dinero entre los coroneles, los capitanes de la revolución que después de sacrificarlo todo en la lucha contra don Porfirio, ahora se veían licenciados, privados de su trabajo antiguo, en tanto seguían en el ejército los mismos que la víspera los persiguieran. ¡Un Gabinete de revolucionarios! Tal era el clamor de la nación. Gustavo lo comprendía; pero en ese punto el presidente Madero se puso sordo. A mí, que le reproché una vez en el seno de la intimidad más afectuosa que emplease a personas de su familia en los altos cargos, me respondió: «Pero es que a éstos los conozco y sé que no van a robar.» La respuesta me desarmó, como me desarmaba siempre que le hacía censuras. Era de todos sabido que los funcionarios maderistas se portaban intachablemente. Pero era mucho fiar del patriotismo de los ex soldados de la revolución cuando se les lanzaba a la miseria con el consuelo nada más de que *ya la patria estaba a salvo*. Un político debió haber visto la urgencia de salvar y complacer a los correligionarios más desamparados.

El peligro de la situación debió verse claro desde que ya no fueron los maderistas, sino los antiguos soldados federales, quienes dieron su sostén militar al régimen. Desde la campaña contra Orozco, la revolución, como potencia armada, había caído en desprestigio. De un lado, Huerta, el federal, despedazando a Pascual Orozco, el héroe de la lucha contra don Porfirio. Del otro, Pancho Villa, auxiliar valioso por causa de su antigua rivalidad con Orozco, sale también de la campaña deshonorado. En efecto, Huerta, que lo temía por leal a Madero, le forjó una intriga y en vísperas del combate decisivo quiso fusilarlo. Pancho Villa lloró implorando gracia. Como buen matón, no era el valor sereno su especialidad. Lo salvó, sin embargo, Emilio Madero, que combatía como general al lado de Huerta. Pero la fama heroica de las huestes rebeldes quedaba deshecha. Y el torvo caudillo de la reacción empezó a tomar proporciones de Napoleón y de Santa Anna.

Asistí a la cena que Gustavo ofreció a los militares triunfantes del orozquismo, y desde esa noche, la fisonomía bestial de caudillejo, la torpeza de su trato, nos hicieron

comprender que no era posible ningún acercamiento sincero con aquel aborto de cuartel.

A mi despacho empezaron a llegar rumores y denuncias. Por regla general desatendía ambos. Era antipático el tono canalla en que se desarrollaba la lucha. El dinero seguía entrando en mi caja por honorarios legítimos, sin cobrar un peso del Gobierno; pero aun esta corriente de oro me entristecía. Mis actividades estaban muy lejos de la meditación para la cual me creía nacido. Poseía ahora muchos libros lujosamente empastados; pero se quedaban de adorno de la biblioteca, pues no tenía tiempo de hojearlos. Ahora que podía comprarlos no llegaba a leerlos.

A veces, algún negocio de escaso rendimiento, pero de apariencia vasta, me sacaba de la rutina, entusiasmándome con perspectivas constructoras. Estuvimos a punto de formalizar una sociedad que hubiera construido una ciudad moderna frente a Tampico, precisamente en los días anteriores al alza de precios provocada por el auge del petróleo. Mi cuenta en efectivo aumentaba en el Banco. Una buena parte se gastaba; otra quedaba en depósito. Bien sabía yo la manera de hacer una fortuna sólida sin riesgos de ningún género. El sistema de Uriarte me era conocido de sobra: comprar una casa de vecindad, repintarla y en seguida subir el precio de los alquileres, segura renta sobre el dolor humano. Cuanto más humildes viviendas, mayor ganancia de los agiotistas; pero el dinero así me daba asco. Era mejor seguirlo ganando y gastando.

Al que ha pasado estreches y le viene de pronto la abundancia, entra comezón de gastos inútiles, desperdicia en convites, en fondas suntuosas, coñacs caros y caviars exóticos. Y con amigos y con Adriana, las noches salían caras en los reservados de lujo. El México de entonces presumía de pequeño París, y abundaba en refinamientos. En autos, champaña, encerronas de dos o tres días en los hoteles campestres cercanos, la vida transcurría dichosa. Un día, al pasar por la Esmeralda, compré unos diamantes en cuatro o cinco mil pesos. Me recordaban unas dormilonas que usaba en el teatro mi madre en los buenos tiempos de Piedras Negras; quizá eran mejores; los obsequié a mi Adriana. Lucían maravillosamente en sus orejas delicadas.

Nunca nos presentábamos en público juntos; pero procurábamos coincidir en los espectáculos.

Había encontrado el amor y no abandonaba la amistad, aunque a menudo la hiciese a un lado urgido de dedicar toda la atención al milagro que estaba viviendo. Adolfo Valles era mi confidente y amigo. Lo había sido desde los días agitados de las conspiraciones contra el porfirismo. Desde Jurisprudencia gozaba fama de lealtad, elegancia y valentía. Alto, flaco, enjuto de rostro, nariz grande, ojos dulces y ademán apuesto, era un tipo de mosquetero criollo del Norte mexicano. Esgrimista y orador, durante muchos años mantuvo plaza de campeón de sable y de presidente de debates del jurado popular. Su talento despejado, su tolerancia y honestidad lo hacían insustituible como juez. La afición a los paseos por el bosque nos había juntado. En la conversación era discreto, lo mismo en temas de filosofía que en asuntos mujeriles y mundanos. Una experiencia prematura y el trato de los buenos libros le habían dado equilibrio y benevolencia. Vivía resignado después de dilapidar en placeres fáciles, primero la herencia del padre, después la de la madre. Escéptico en política, servía los cargos de Gobierno con honradez y alimentaba la bella prole que le crecía cada año. Conocedor de hombres, no se hacía ilusiones sobre la situación de la República. Colaboró en el porfirismo con lealtad, sin desconocer sus yerros y sin cortar amistades que, como la mía, de pronto se le habían vuelto comprometedoras. Casi siempre la razón estuvo de su parte en nuestras discusiones. Por ejemplo: bajábamos una mañana por la calzada de Tacubaya, en vísperas del levantamiento maderista. Pasó don Porfirio en su carruaje, acompañado de dos ayudantes, y saludó, como lo hacía cada vez que encontraba conocidos o amigos. Respondió Valles cortésmente, levantando el sombrero; pero yo tomé la pequeña venganza de dejar sin respuesta el saludo. Lejos de excusarse ante mí, Valles me aleccionó sobre las ventajas sociales de la buena educación, remontándose a la batalla en que se formuló la frase: «Tirad primero, señores ingleses.» Ahora que me veía metido en disputas y controversias públicas, solía preocuparse y decía: «Tome clase de sable, así se libraré usted, a costa de un machetazo o de un rasguño, del más serio peligro de matar o ser muerto en riña.» Y me dejé llevar a una célebre Academia, donde no persistí gran tiempo en la espada; en cambio, practicábamos a menudo el tiro de la pistola y de rifle. Pero fiaba más en mi lema: «Nunca atacar sin razón y menos en los casos en que el motivo personal podía ofuscarme.» Al triunfo del maderismo, Valles se me había eclipsado y tuve que rogarle para que aceptara un alto cargo que, por consejo de varios amigos, le otorgó Madero. Sus antiguas relaciones estaban del lado contrario al nuestro; sin embargo, fue leal con nosotros en los días de prueba.

De mañana temprano, en bicicleta o a caballo, recorríamos él y yo, solos o con algún otro amigo, las hermosas calzadas del Bosque o los caminos luminosos de Mixcoac y San Ángel. En la terraza del célebre hotel restaurante tomábamos un desayuno de frutas, café y mermeladas. Si era domingo el paseo se prolongaba toda la mañana. Otras veces nos juntábamos para el paseo de mediodía por Plateros. Juntos vimos en cierta ocasión la silueta arrebatadora de Adriana. Iba vestida de negro

ajustado, con una sola flor roja en el pecho. Un sombrero de encaje oscuro realzaba su palidez. La mirada altiva, distante, parecía ignorar el murmullo que su paso armonioso despertaba. Desde la acera de enfrente la contemplamos, iluminada por el día, hasta que se perdió entre la gente. Y Valles observó:

—Caramba, compañero; esto está grave; se ha puesto usted pálido de sólo mirarla...

No compartía Valles mis pasiones políticas, exaltadas, pero no dejaba de expresar su opinión franca sobre los hombres que amenazaban el porvenir de la República. Sus juicios serenos y justicieros dejaban una impresión noble y sedante. A lo gran señor arruinado conocía la vida desde todos sus extremos y no guardaba rencor ni al pequeño ni al grande... Una pereza ensoñadora le evitaba aprovechar para algún negocio, para un buen bufete propio, las oportunidades excepcionales que le brindaban el tener amigos en todos los bandos, sin faltar a la decencia de una conducta personal irreprochable. A no ser por sus hijos, que asomaban al balcón media docena de cabecitas rubias gritando: «Papá... papá...», seguramente habría quedado en un sillón, paralizado de la voluntad y gastando en charla amena las horas. De su época brillante le quedaba la afición al buen coñac. Solíamos tomarlo en el restaurante francés de moda, en grandes copas donde luce como un ámbar desleído.

No tenía más de treinta y siete años y ya se sentía en receso. Una ocasión lo encontré más acicalado que de costumbre, flor en el ojal del *jaquet* y fieltro bien planchado. Levantaba éste cada vez que pasaba y repasaba frente a un taller de modas. «Fíjese, compañero; ¿verdad que está bien?» Y una linda empleadita sonreía ya que había pasado. Luego, cuando más tarde se le preguntaba el epílogo de sus devaneos, reflexionaba. «A mí ya sólo me queda, como a los caballos de raza, el arranque.» Y una dulce pereza bondadosa lo envolvía en su halo.

Era yo feliz con dicha de esas que no piensan, no miden ni comparan. Feliz en la carne y en los huesos, como si un cuerpo nuevo y lozano me hubiese nacido por gracia. La visión de sus ojos entrecerrados por el deleite me perseguía a cada instante, me embriagaba. Ahora me servían los sentidos. Por cada poro corría la misma avidez y el deseo satisfecho se renovaba. Antiguamente y en otras aventuras, pronto a la sorpresa placentera sucedía el cansancio, cuando no el asco. Ahora el placer se volvía profundo y recordarla era como arder en llama viva. Beber y beber y sentir que la sed crece dulcemente. Exprimir y juntar los cuerpos sin que se agote el ansia que devora las almas. No alcanza el lenguaje, no expresa ninguna imagen el hondo drama del goce que vibra músicas y el alma que apetece unión. Como quien cava en un abismo, la sensación de infinito crece y el destino se doblega. Todo el universo parece concurrir a una misteriosa consumación.

Arrebatarse una presa y devorarla en paz. En la apetencia de la fiera hay ya algo del que padece amor. Por los siglos de los siglos, y si volviesen a resucitar los cuerpos, una boca buscaría otra boca y los mismos huesos temblarían al recordar la ventura del abrazo infinito. El amor de por sí tomaría a engendrar mundos... Por eso no me gustaba la tesis de la resurrección de la carne: porque toda esta confusión debe volver. Por entonces, en mi periodo insaciable, ninguna consideración me hubiese hecho desistir de mi engreimiento. Y me hubiera roto en pedazos para barrer cualquier obstáculo que impidiese el arrebatarse amoroso. Así, simbólicamente, y también con imprudencia, salté una noche las tapias del jardín, para eludir familiares que la visitaban. Llegó a mí entre los árboles, suelto el cabello y fríos los labios.

Muchos pretendientes habían desistido al saber que pisaban terreno vedado. Además, imprudencias recíprocas habían dado motivo a la murmuración. Su belleza provocativa encendía ilusiones y creaba despechos. La avenida principal se conmovía cuando, ocasionalmente, atravesaba ella en auto abierto. Y viéndola una vez desde mi balcón quise gritar que la amaba. Pronto el escándalo trascendió a mi hogar. No había por allí mucha dicha que defender; pero, desde la muerte de Carlos, una corriente de gratitud me había reconciliado sentimentalmente. Y me dolía que llegase a descubrirse la verdad, precisamente porque me daba cuenta del total e irremediable abandono amoroso en que tenía a mi esposa.

Bastante ha bordado la gran literatura sobre el tema doloroso (*¿Père Goriot?*) del doble domicilio. Ahora sentía la amargura de levantar en los brazos a los hijos pequeños para el beso apasionado en la mejilla y pensar al mismo tiempo en el otro beso acabado de dar con el dolor de una separación obligada. ¡Y me estremecía imaginar lo que hubiera sido la vida en común con la nueva! ¡La Única!

Lo menos que ocurre en estos casos es lo que ya estaba sucediendo: el desacuerdo hasta en el pormenor. Incomodidades menudas desde la manera de tender la cama hasta la diferencia de gustos en la mesa. Todo disimulado ahora con indulgencia de culpabilidad; agravado con un aluvión de gastos inútiles que amenguan el más grueso

caudal, sin ánimo de oponerse al ingreso de huéspedes y parientes. Además, criados aturridos que jamás acertaban a tener caliente el café. Poco a poco había adoptado la costumbre de hacer afuera las principales comidas; pero el día que tenía un invitado no se daba ni con los vinos finos desperdiciados entre la bebida corriente, inapreciados, pero consumidos con el afán de probar y hacer gasto. Si alguna queja apuntaba, en seguida caía terrible el reproche:

—Más gastas con tus queridas.

Como una pesadilla, de madrugada, rascaba diariamente la escoba debajo de la puerta que daba al corredor, a tiempo que el polvo determinaba efectos de asfixia sobre mi exagerada sensibilidad nasal.

—Qué, ¿no pueden barrer a otra hora?

—No; tienen mucho quehacer. Aquí trabajamos todo el día mientras tú te diviertes.

No me divertía de día, me divertía de noche. De día trabajaba duro. Las preocupaciones de la calle aplazaban la realización de mi sueño; vivir solo; pasar una pensión a mi esposa y hacer con mis hijos una de las comidas del día. No deseaba separación más rigurosa porque no la resintieran los pequeños. Tampoco quería que una separación deseada desde antes viniese a ensombrecer el amor nuevo, haciéndolo más culpable. Padecía el remordimiento de ser feliz, locamente dichoso, y de ver, en cambio, en mi casa, la discordia. Para aliviar mis propias responsabilidades soltaba la bolsa, corría inútilmente un dinero que pudo ahorrarse para tiempos adversos.

Acometido de ráfagas de amor, adoraba y acariciaba, oprimía a mis hijos. Entre mis hermanos sólo Chole tenía para mí una constante dulzura. Se había ido quedando soltera y se había hecho beata. No gastaba. Usaba un solo vestido negro, y cuando le regalaba cinco pesos corría a dárselos de limosna al cura que construía una iglesia en el barrio. Se había apegado mucho a mi hijo pequeño; se dedicaba a él. Un día mi esposa se lo quitó para dárselo a cuidar a una de sus parientes. Chole lloró sin quejarse. Impotente, presencié la cruel ocurrencia.

A menudo me tendían la ropa de la cama atravesada, por lucir las colchas. Se me salían los pies, y al reclamar, me contestaban: Yo sabría mucho de las cosas de la calle; en las cosas de la casa no debía meterme. La presencia de mi hijo de tres años reprimía el impulso del asesinato. Además, mi hijita pequeña solía alisar con sus manitas las almohadas. Esto me detenía en el camino de la puerta, libertador y ancho. Pero la idea de la infinita ventura que habría sido vivir con Adriana me punzaba.

Involuntariamente comparaba la risa dichosa de nuestro encuentro, el léxico tierno, el gusto delicado de los guisos que preparaba en la casita que habíamos arreglado exclusivamente para nuestras citas. Lo venturoso que habría sido no salir más de aquella pequeña vivienda. Lo bien que estaban dos que se compenetraban. La perfección que había alcanzado para el amor, imposibilitada para la concepción a consecuencia de un trastorno del primer parto. La amante cabal. Mi vida entera no había tenido mejor propósito que encontrarla. Ni siquiera cruzábamos juramentos de

amor; de los pies a la cabellera me pertenecía y también desde su infancia hasta la muerte. Nuestro acuerdo erótico se hacía intenso en el abandono de las conversaciones. Horas enteras me quedaba pendiente de sus labios. Proyectaba aventuras, adelantábamos sueños, temblaba ella apoyándose en mi dicho, confirmándolo. Por primera vez hallaba una que creía en mí y en mi destino. El corazón me lo había cerrado a la confianza aquel desconfiado, casi agresivo: «No presumas. No te creas. Te crees demasiado...» Ahora había una que me decía: «¡Adelante!», dispuesta a seguirme. Leyendo en nuestro retiro a Shakespeare, la comparaba con Cleopatra; repasando después el *Werther*, me parecía una Carlota cándida, y si luego leíamos de *Thais*, encontraba en ella más que la cortesana, la bacante.

Entre los de mi propia sangre también ocurrió algo raro. De repente Samuel se encerró en su habitación. Se negaba a hablarnos; dejó de estudiar. Mi padre, que le tenía predilección semejante a la que yo había tenido por Carlos, averiguó lo que pasaba y me lo dijo: no estaba contento en la escuela; le parecía mala, muy deficiente el profesorado. Yo estaba en buena posición... ¿Qué me costaba costearle su carrera en París? Después me pagaría lo que se gastara; pero yo era un egoísta, nada más me ocupaba de mí y olvidaba la familia... Tomé primero a broma el caso, pero lo curioso fue que mi padre tomaba el partido de Samuel... Qué ¿no podría yo hacer un esfuerzo...? Después de todo, unos cuantos años. No quise explicarle lo que no hubiera entendido su alma generosa y nada práctica; a saber: que así me sobrara por de pronto dinero, no debía derrocharlo, por lo mismo que eran muchos los que dependían de mí. ¿Quién me aseguraba poderme sostener como estaba? No me había caído lotería ni herencia; ganaba, pero también gastaba y era poco lo que podía ahorrar. Desconté todos los argumentos de dinero y repuse: «¿De manera que le parece mala la escuela? Si es mala la escuela, que se gane en ella todos los premios, y así que lo haga, me comprometo a mandarlo a París para su perfeccionamiento, pero no para intentar allá lo que no puede aquí.» Pero esta resolución costó semanas de rostros adustos y de sentir sobre la cabeza el reproche de avariento y de egoísta. Por demás está decir que mi padre jamás me pidió para sí un solo servicio. Sus lujos eran sus puros de buena vitola y tenía para comprarlos. Con su Antonieta, la francesa, hacía comilonas famosas que acabaron por debilitar su robusta salud. Y su entretenimiento eran los nietos. Tantos apuros económicos pasó él, resolviéndose todo a la postre bien, que sin duda no comprendía que yo no siguiese la tradición de la familia: gastar con matemática exactitud tanto cuanto se gana para vivir al día.

Probablemente toda una casta vivió así en el México de antes, cuya abundancia permitía seguir al pie de la letra la economía alabada en los Evangelios. Pero yo sentía mi destino y por instinto, aun en medio de la prosperidad, contaba con las vicisitudes del ambiente patrio. Por el otro lado, una parentela súbitamente descubierta oía de boca de mi esposa:

—Que les dé mi marido; al fin que él ahora tiene.

El sobrante de mis entradas lo mandaba al Banco. Uno de mis clientes era el mismo Rodríguez Cabo que nos hospedó y ocultó en su hacienda. Se ocupaba entonces de construir unas obras de irrigación para vastos plantíos de arroz. Necesitaba dinero; me pidió un préstamo. Reuní veinte mil pesos y se los di a condición de que el interés fuera un punto menor que el del Banco. Gracias a esta ocurrencia salvé una suma que me sirvió extraordinariamente en los días adversos que siguieron.

Por más que deseaba no ocuparme de la política, los acontecimientos obligaban a la acción. Estaba preso el general Bernardo Reyes, quien, al fracasar en una intentona sediciosa, se rindió sin condiciones. Y ahora sobresaltaba al país la noticia de que Félix Díaz, sin más títulos que el de *sobrino* del Dictador, se declaraba rebelde apoderándose de la plaza de Veracruz, mediante el soborno de un par de regimientos. En grupo, Gustavo, Pino Suárez, González Garza, Urquidi y yo, visitamos a Madero. Llegamos a Chapultepec cuando se recibieron las noticias de la recuperación de la plaza tras de escasa resistencia y la entrega incondicional de los sublevados. Gran parte de la opinión atribuía la frecuencia de los levantamientos a la lenidad del Gobierno. Uno tras otro habían sido perdonados los rebeldes y se sentía la necesidad de un escarmiento. Ninguna oportunidad mejor que la que se presentaba para dejar caer todo el peso de la ley sobre un favorecido de la suerte desde su cuna y que notoriamente obraba por ambición y despecho. Cierta coronel joven, de toda nuestra confianza, se acercó a mí diciendo: «Procure influir en el ánimo del señor Madero; basta con que me encargue el traslado de los presos, en el camino bajo a Félix Díaz y lo fusilo; si no se procede una vez de esta manera, caerá el Gobierno y acabarán por hacer con Madero, inocente, lo que él no quiere hacer con los culpables...» «No cuente conmigo para eso» le dije, sonriendo. Pronto fijó en mí la atención el propio Madero. «Ya tengo premeditada mi venganza —afirmó—. Aquí está el texto del manifiesto de Félix Díaz. Invita a la rebelión y promete una dictadura... Es —agregó— *un manifiesto guatemalteco... una nueva tuxtepecanada... una ofensa al patriotismo de los mexicanos... sus propias palabras lo desprestigian... y lo acaban... ¿Para qué voy yo a mancharme matando a un hombre que así se suicida moralmente? ... Por lo demás —añadió después de un instante de reflexión—, si el país es capaz de aceptar nuevas militaradas de ese género, entonces yo salgo sobrando... prefieroirme, a caer en lo que hemos censurado a nuestros antecesores...»*

Félix Díaz, sano y salvo, ingresó a la cárcel; desde allí siguió conspirando; las consideraciones de honor valían para el Gobierno, pero no para la banda adinerada que había jurado la destrucción del maderismo.

Y unos rieron del candor de Madero y otros se irritaron porque no cometía salvajadas, pero muy pocos reconocieron la intención de sentar un precedente de transformar para siempre el ritmo vergonzoso de nuestra historia. En Madero, «el apóstol» prevalecía sobre «el político», se ha repetido después a menudo. Pero ¿qué vale un político que tiene que igualarse a los rufianes que lo combaten? Sólo un canalla puede adelantar censuras de lo que era alta visión de gobierno. Y lo único lamentable es que ciertos pueblos no sepan sostener hasta el fin la obra de estos escasos verdaderos estadistas que nacen de su seno.

Después de sus victorias resonantes, Madero cobraba nueva fuerza de convicción y se afirmaba su táctica. El éxito continuado acrecentaba su natural confianza hasta extremos peligrosos; pero no había en su temperamento una sombra de jactancia. Le

dolía la humillación de sus enemigos y hubiera deseado abrirles el presidio y también la anchura inmensa de sus pequeños brazos. Por desgracia para la nación, pronto diría una vez más la historia que el sentido de los sucesos no está gobernado por la razón y por la justicia. Fue fácil censurar a Madero a raíz de su caída. Por su ceguera o su culpa se había derrumbado la mejor esperanza de México, afirmaban muchos entre sus propios amigos. Sin embargo, hoy que vemos a mayor distancia su actuación, nos afirmamos en la creencia de que era él quien tenía razón. Pues ahora vemos que no vale la pena perdurar unos cuantos años más de lo que duró Madero, para caer también como han caído Carranza y Obregón, sólo que desprestigiados, no sólo fracasados. Cuánto mejor el fracaso limpio en que se salva un héroe como ejemplo y honra de todo un pueblo, que el fracaso sin gloria de los que perecen después de haber traicionado todos sus principios. Si las circunstancias no obedecieron el impulso redentor que a la patria imprimía Madero, peor para todos nosotros y tanto mayor aparece su gloria. Y todavía cuando México se decida a rectificar sus pavorosos yerros, tendrá que tomar el hilo de la patria-regeneración en el punto en que lo dejó Madero.

No acabaría de contar las pruebas de grandeza moral que don Francisco nos daba. Un día se presentó en mi despacho aquel Fulgencio del primer periodo antirreeleccionista; lo veo con su semblante amarillado de enfermo, cohibido y lamentable. Su situación, la de siempre: falta de trabajo, miseria y muchos hijos... «¿Cree usted —me consultó— que Madero me contestaría una carta si le escribo pidiéndole un empleo...?» Al instante recordé la conversación del desayuno en la casa de Tacubaya, el primer día de Madero en México, y el dolor bondadoso con que había juzgado aquel telegrama de felicitación... «Véalo usted —le dije—; no le escriba; verá que le abre los brazos...»

Una semana más tarde volvió Fulgencio y me tendió una carta con el membrete presidencial. No se había decidido a pedirle audiencia; pero fiado en lo que yo le había dicho, le había escrito. Allí estaba la respuesta. Leí «Querido amigo... Yo de mis amigos recuerdo lo bueno y olvido cuanto pueda constituir un agravio. Venga a verme cuando guste y cuente siempre con el afecto», etc. Fulgencio lloraba al recoger su papel; yo disimulé mi emoción... ¡Aquél era nuestro Madero! Supe más tarde que a Fulgencio le había dado la Dirección de una escuela importante. Lo creían ingeniero.

A distancia conocí también a cierto personaje macabro, tipo acabado de Yago criollo. Se llamaba Mondragón. Bajo el porfirismo se había enriquecido. Le encomendaron una compra de armas, modificó el cierre de los cañones franceses de sesenta y cinco y lo bautizó con su nombre. Al mismo tiempo los vendió al gobierno en forma tan onerosa que le valió un proceso. Estaba abierto todavía éste cuando Madero subió al poder. El perdón no se hizo esperar. Se archivó el proceso. Juró el otro adhesión. Y pronto comenzó a saberse que el director de todas las conspiraciones militares, el confidente de Félix Díaz y el abanderado de futuros cuartelazos era nada

menos que este desprestigiadísimo jefezuelo.

En el University Club y desde su llegada a México, en las postrimerías del porfirismo, me habían presentado a Su Excelencia Henry Lane Wilson. Al triunfo del maderismo, fui yo el indicado para poner en contacto amistoso extraoficial a don Francisco y al embajador. Lo hicimos en una cena que presidió Rafael Hernández, ministro maderista en el Gabinete de De la Barra. Henry Lane era hombre de gustos literarios y estaba muy contento del cambio operado en el país. Le complacía el político culto en contraste con el palurdo ex dictador. Su vanidad sentíase halagada de que se le contara entre los precursores a causa del discurso sobre «la roca de la Constitución». Empezó, pues, el trato de los dos hombres de la manera más prometedor. Es más: Henry Lane se mostraba entusiasta. Con esa franqueza propia del hombre inteligente y del carácter de los *yanquis* de entonces, se acercó a mí después de la cena y me dijo:

—Mi enhorabuena; tienen ustedes un gran hombre; estoy encantado... ¿Se ha fijado usted —añadió— qué hermosos ojos de apóstol, de iluminado?... ¡*Wonderful!*

Amigos comunes de la colonia americana de México me mantenían al corriente del barómetro de la Embajada. Yo no ponía un pie en la Secretaría de Relaciones; pero cuando era necesario acudía ante Madero para informarle. De la cena en el Club hacía ya más de un año y, entre tanto, las circunstancias habían cambiado. Al principio, Henry Lane aparentó suavidad; pero poco a poco se había ido tornando exigente, después impertinente y ahora se hablaba de que ostensiblemente alentaba a los descontentos, recibéndolos en su casa. El periódico norteamericano *Mexican Herald*, obediente a las indicaciones del embajador, desarrollaba una violenta campaña de oposición verdaderamente procaz. En el odio de este diario había un motivo. Su principal propietario había hecho una fortuna a la sombra de Limantour, vendiendo los muebles de todas las oficinas públicas a precios privadamente fijados. Ahora Madero compraba por subasta; no daba preferencias y los nuevos ministros no sólo no tenían socios; no tenían siquiera negocios. Pero esto no explica, nunca se ha explicado, el cambio de frente del embajador, que en los negocios se mostró correcto. Mi propia opinión es que a Henry Lane lo perdió la soberbia. Se creyó que con unas cuantas frases de halago y algún consejo, Madero se rendiría a su experiencia y le consultaría los más delicados negocios del Estado. En vez de esto encontró en Madero un carácter. Donde Porfirio Díaz y sus ministros decían sí a todo lo que pidiera el poderoso, Madero se alzaba sintiéndose Presidente de un pueblo soberano. Las reclamaciones por los desmanes que subsisten esporádicos como epílogo de la revolución, daban pretexto a exigencias cada vez más irritantes. De Washington venían notas perentorias insinuando que, si el Gobierno era incapaz de defender las vidas y las propiedades de los norteamericanos, los Estados Unidos tomarían, por su cuenta, medidas. El tono mesurado, pero firme, de las respuestas de Madero, causaban asombro en una opinión habituada a las complacencias del porfirismo.

«Es muy grave la actitud de la Embajada —me dijo un amigo que a diario

visitaba a Henry Lane—. Debía usted intervenir, todo lo que el embajador quiere es que se le trate con más consideración...» En efecto; aproveché la mejor ocasión para conversar largo con Madero: su paseo matinal por el Bosque. Pretendí hacerle ver la necesidad de una reconciliación y aun quizá la previa disposición de Wilson para lograrla. Pero Madero esta vez se me exaltó. «No se imagina —me dijo— la serie de impertinencias que ya le hemos tolerado; por último, el otro día quiso levantarme la voz y no se lo consentí... Ya se irán dando cuenta de que pasaron los tiempos de don Porfirio. Ahora no manda en el país el embajador... Por lo demás —me dijo Madero confidencial y risueño—, ya le queda poco tiempo... Dentro de unos meses sube a la Presidencia de Estados Unidos Woodrow Wilson, que es amigo mío, y el primer favor que voy a pedirle es que me cambie representante. Este Henry Lane es un alcohólico; todas las noches se duerme con champaña.»

Tan fielmente la suerte se había acomodado a su optimismo, que nos contagiaba de él a todos. No volví a ocuparme del embajador y sí creció mi respeto por el hombre que honraba la Presidencia. Le admiraban sus ayudantes, educados en el Colegio Militar, su resistencia física en los paseos a caballo que hacían los domingos. Lo admiraban por distinto concepto cada uno de los que se le acercaban. Y como efecto de un magnetismo contrario, claramente manifestado, lo odiaban con saña los perversos. Sereno y grande su destino, sin embargo, no coincidió con un momento histórico propicio. Pasado el espectáculo de la lucha, el pueblo había tornado a la apatía. Pequeños errores, como el de ciertos nombramientos, abultados por la incomprensión, daban lugar a reproches iracundos. Los capitalistas extranjeros, despechados por la supresión del sistema de concesiones, subvencionaban la prensa antigubernista. Los revolucionarios tardíos, deseosos ahora en la «Casa del Pueblo» para tronar contra Madero, acusándolo de reaccionario. Entre ellos Díaz Soto, desinteresado en dinero, pero herido en su orgullo; también Luis Morones, de triste fama posterior. Pronto se darían ambos baños de rosa por su adhesión al inconsciente Emiliano Zapata, pero ya estaban de cómplices de Victoriano Huerta, cuya traición sirvieron: el primero, como notario de Tacubaya; el segundo, como agitador obrero sumiso a la reacción huertista. Por su parte, los ex reyistas de la Cámara, con el nombre de «Renovadores» y dirigidos por Cabrera, presentaban exigencias, dificultaban la tarea administrativa, echaban los gérmenes de la plaga carrancista. El propio Carranza, en el Norte, murmuraba y se oponía a rendir cuentas de unos regimientos que sostenía al margen de la ley.

Con todo, el gobierno parecía estable. Tres rebeliones había deshecho con celeridad deslumbradora. La masa de la población estaba contenta y vivía libre por primera vez en su historia. La prosperidad era efectiva. Los ferrocarrileros organizados, los obreros de Orizaba creciendo en poder social y político; los mineros obteniendo de las empresas más seguridades en su trabajo y mejores jornales. Nunca hubiera caído Madero si la traición no lo vence. Contra ella es impotente aun el más fuerte. No se dice que Lincoln fue un inepto porque un loco le pegó un tiro. Así

tampoco es justo acusar a Madero de que cayó *por débil*. Mucho más fuerte que otros que habían perdurado, Madero humilló a sus enemigos en los campos de batalla y en la pugna superior de la moral contra el delito. Acabó con él un cuartelazo que es, como si dijéramos, el retorno de la barbarie. Los manes aztecas tomaron revancha del Quetzalcóatl blanco que abolía los sacrificios humanos. Eso fue todo. Y se reanudó el ciclo de los presidentes y la dinastía de Huichilobos, que son asiduos concurrentes a las corridas de toros. Los héroes del estoque, temerosos de dañar su popularidad, rehuyen la intimidación de estos ejecutivos amenazados por la vindicta pública. Pero entre picadores y novilleros hallan sus íntimos los Victoriano Huerta y los Calles. Madero fue una vez a los toros por ayudar a una «gloria nacional»; fue una vez y no volvió. En cambio, se le veía en su palco cada vez que la Sinfónica tocaba un concierto. Su rostro luminoso se dejaba llevar de la melodía, entregada la frente a pensamientos nobles. Dirigía entonces la Orquesta del Conservatorio el maestro Meneses, y en sus programas figuraba, con la *Sinfonía patética*, la *Marcha 1812*, de Tchaikovski. Cuando alguna vez preguntó el director si deseaba el Presidente que se repitiera algún trozo, Madero pidió la *1812*... Producíale esta obra tumultuosa una impresión muy viva. Él, que era un creyente del pueblo, un enamorado de sus entusiasmos y epopeyas, reconocía en aquella música la gloriosa aventura reciente del pueblo mexicano. Un canto a la Revolución en su etapa generosa, cuando liberta y empieza a construir. Si pretendiésemos caracterizar por una pieza musical una época, tendríamos que reconocer que la afición de Madero era acertada. Buena parte del público también pensaba: «Es la primera vez que un Presidente de México posee calidad humana suficiente para gozar de un concierto sinfónico.» Antes, el Presidente iba a los gallos; ahora disfrutaba la vena melódica plena de emoción generosa. Después, los presidentes irían a los toros... para gustar de la sangre vertida sin riesgo del espectador.

Se operaba en México, a la par que la transformación moral de su índole, un cambio de trascendencia en el régimen de su economía. Desde la época precolombina hubo civilizaciones en la meseta, pero todas ruines, ninguna comparable a lo europeo. El motivo económico de esta inferioridad está en la escasez de combustible. El porfirismo creyó realizado el progreso porque llegaba a México un automóvil, pero en las casas de la ciudad de México se seguía guisando con carbón vegetal, como en los tiempos de Moctezuma. La primera empresa para dotar a la ciudad de gas combustible se organizó durante el maderismo; se construyó parte de la tubería; pero vino Carranza, que arrasaba con todo, y la obra aún hoy sigue suspendida.

El doctor Pearson vio la oportunidad que significaba el aprovechamiento industrial de las numerosas caídas de agua que el terreno provoca. No hacía falta sino añadir un poco de ingenio humano a los dispositivos de la naturaleza. México, sin carbón, era, en cambio, el país de la hulla blanca, predestinado por lo mismo a un desarrollo industrial de tipo ultramoderno. Quizá un futuro emporio cuando las minas de carbón y las reservas de petróleo empezaran a agotarse, o cuando el perfeccionamiento de la maquinaria eléctrica fuese desplazando la hulla o echándola en desuso.

Necaxa era el comienzo de este estupendo plan: la electrificación de la meseta mexicana. Todos los millones que hacían falta empezaban a llegar; hubieran seguido llegando, si Madero consolida su Gobierno, único capaz de dar apoyo a semejante tarea civilizadora. Madero entendió la ocasión, y para significar con más notoriedad su apoyo hizo viaje oficial de visita a las obras. Una de las bellas promesas que la caída de Madero dejó aplazadas, fue la terminación de Necaxa. El primer viaje a las obras lo hice en compañía de un banquero canadiense, representante de los accionistas y del gerente, un norteamericano rubicundo, robusto, bondadoso y brusco: titán constructor de categoría más alta que la de los capitanes de la guerra. En Tulancingo se dejaba el tren ordinario para tomar el de la compañía (un *cork screw railroad* en sacacorchos, por las espirales que describe para bajar a la cuenca). Panorama sereno de cumbres revestidas de pinares, cielo azul, y en la lejanía las nieves perpetuas de los picos más altos. Contrastaba con el aroma silvestre intacto, el perfume de Adriana pegado a mi carne como una reliquia. Toda la noche, con pretexto del viaje, la había pasado a su lado y como quien nada en aguas de placer y de luz. En mis oídos resonaba el timbre de su voz de sirena. Lamentaba que no siguiese pegada a mí para disfrutar el encanto vigoroso y despejado de la naturaleza. ¿Qué valía sin ella el esplendor del sol, el orgullo de los montes? El éxito, el poder y la misma sabiduría se quedaban incompletos y casi inútiles si ella no existiera. ¡Aquel amor de carne y hueso me volvía más profunda el alma!

Con la objetiva precisión del técnico explicaba el gerente sobre el plano y con el terreno a la vista, la extensión de los valles, el curso de las vertientes, la convergencia de chorros que hábilmente engrosados formaban torrentes, surten canales, se

depositan en las grandes presas de cortina pétreas. Allí la caída se regula con las compuertas, se nivela con los vertederos de emergencia. Tras del mapa se nos mostraba el plano con el trazo topográfico y el dibujo mecánico. La copia azul detallaba la maravilla de la turbina, primitivo hallazgo del ingenio humano, extensión de la palanca; perfeccionamiento del molino, hoy se ha apoderado del torrente, lo pasa por aspas y engendra la rotación necesaria al dínamo. El golpe mecánico transformado en corriente eléctrica que produce luz o trabajo, remedio eficaz del *fiat* original que de un ímpetu divino y un golpe de rotación de los sólidos hizo un movimiento y del movimiento derivó la luz, la vida, las almas.

Por la tarde visitamos la planta. En torno a la entraña mecánica, un ambiente de poesía exaltaba el paisaje. Montañas y selvas emergen de la niebla, mojadas a ratos de lluvia y después iluminadas por el sol que sigue el arco iris.

Brumas permeadas con los aromas de la fronda tropical, subían de las zonas bajas, envolvían las casas de la administración. Edificios de madera pintada de blanco, dos pisos y veranda a la inglesa; por dentro; alfombras que apagan los ruidos, limpieza, comodidad y unas camas sólidas, anchas, a propósito para reparar la fatiga del que ha pasado el día perforando montañas. Si bien es cierto que los verdaderos perforadores no tenían camas tan buenas como las reservadas a los mirones del Consejo de Administración y sus visitantes, no se podía decir que la compañía descuidase a sus más humildes obreros. Toda una ciudad nueva se había levantado próxima a las obras y en ella recibía el trabajador más atención que en el resto de las empresas nacionales. Sin mayor remordimiento, pues, nos dedicamos a la cena. De sobremesa se trazó el programa del día siguiente: Primero vista general de la planta a la altura de la presa. En seguida descenso por el túnel de quinientos metros pendiente abajo, hasta la casa de máquinas. Este descenso, que tomaba quince minutos, bastaba para cambiar el panorama de pinares que rodeaba nuestras casas, por uno de palmeras que prevalece en el bajo. Nuestro banquero se alborozaba imaginando la selva tropical en contraste con sus panoramas canadienses. Era un setentón afable, anteojos y barba casi blanca. En la comida rehusó el buen vino francés y sacó de su bolsillo un frasco de *whiskey*; nos lo sirvió con soda al final. Mirando su vaso a contraluz comentaba:

—*Almost champagne...*

En el desayuno, además de los obligados huevos con jamón, nos dieron avena con crema, marca «Quaker». El banquero era algo de la célebre empresa y se puso a relatar la difusión del producto por los mercados del mundo. El robusto, desabrido alimento, me resultaba simbólico del tesón del puritano. Una vida entera de frugalidad, pequeño sacrificio y método tal es también la disciplina del millonario. «Si supiese —pensaba—, la champaña verdadera, los vinos raros y la compañía con que los bebo...» El potentado seguramente compartía su seco *whiskey* con alguna buena dama de anteojos. Le tuve piedad y, sin embargo, me hacía falta dinero, mucho dinero, para correr con Adriana como trofeo. Desde hacía tiempo quería dedicarme a

una especie de profesión estética nueva: el descubrimiento, el goce, la valoración de los panoramas. Recorrer a caballo toda la República, deteniéndome en los sitios más adecuados para la contemplación. Una tienda de campaña sobre un mulo, escasas provisiones, un par de mozos y tres caballos constituían un equipo barato relativamente. En vez de andar solo me haría acompañar de Adriana. Proveería primero a mis hijos. Los monjes budistas, que eran entonces mi modelo, no se iban al retiro de la naturaleza sin antes liquidar sus asuntos familiares. Trabajaba y ahorraba un poco siempre con la mira de reparar el error cometido contra mi libertad y mi espíritu, en la única forma de repararlo, dando a la prole facilidades para que ella, también a su tiempo, cumpla el esfuerzo de libertarse. La vida era una aventura a la que debe expresarse la belleza, el arrobo que contiene. Y no quería reflexionar en que los monjes budistas no acarrear con Adrianas.

Las máquinas me distrajeran el primer día; primero hay en ellas asombro, gratitud cordial; después entristecen, porque al fin y al cabo son como un estómago: trabajan para el bienestar, no para el malestar de la inquietud del espíritu. La mañana del segundo día el viejito banquero se embarcó para la capital y el gerente y yo practicamos la visita de los túneles. Cabalgábamos por una cañada solitaria a la orilla de una corriente cristalina. El rumor del viento se paseaba por los pinares. La serranía, verde en sus flancos, se hace violácea en las masas rugosas de los granitos altos. Una larga subida en zigzag sobre la falda de un gran cerro nos saca de la hondonada. Astutos cortes en la montaña, acercan nuestros pasos al nudo de dos vertientes. En algunas vueltas la ruta desemboca en el abismo... El caballo vacila y el jinete siente primero el vértigo, aprieta después las piernas, se afirma en la montura y deja que la vista vuele gozando el espectáculo sin par de las quebradas y los riscos. La imaginación fatigada se siente corta y la atención salta de asombro en asombro.

Una frase de Adriana me torturaba durante la marcha:

—¿Por qué no nos conocimos antes?

Desde una ciudad del Sur, adonde fue a pasar unos días con familiares suyos, me había escrito semanas atrás: «Estuvimos en la retreta; mi hermana menor se adelantó con su novio; caminaban del brazo y viéndolos pensé que así pudimos comenzar tú y yo...» Una voz entre despechada y altiva quería convencerme: «¿Qué te importa el pasado? Es su presente lo que debes amar; su presente glorioso.» Otra vez había dicho Adriana: «Si un día quiero romper contigo, no me hagas caso; no sería sincera; me obligaría un motivo grave; pero nunca nada podrá separarme en lo profundo...»

¿Qué riesgos extraños, oscuros, presentía? ¿Quién podría quebrantar nuestra voluntad de unión, ni qué circunstancias podrían ocurrir en los comienzos del siglo más adelantado del mundo, cuando ya el azar y el terror de otras épocas estaban vencidos por la cultura? La misma economía pública no era sino cuestión de unos cuantos inventos más, intensificación de cultivos, abaratamiento general de ropa y casa. La pobreza era también flagelo del pasado, pero un juego para el ingenio del hombre moderno. Quedaban la enfermedad y la muerte. Pero por lo menos, la

enfermedad llevaba trazas de ir desapareciendo lentamente.

Y, sin embargo, había dolor en nuestra ternura y una suerte de piedad. ¿De qué nos compadecíamos? Por fortuna, de la pena saltábamos al vértigo dichoso. Parecía que nuestro abrazo creaba un refugio invulnerable. Nuestras desdichas quedaban atrás y el futuro quedaría vencido con sólo mirarlo juntos.

Unas cinco leguas habíamos avanzado, cuando asomó la boca del túnel entre los árboles de un peñasco reverdecido. Los vigilantes nos esperaban; caí casi del caballo a una carretilla eléctrica que nos metió por el interior de la tierra. Pronto no se vieron sino luces de señales y el reflejo de los rieles. Luego nos detuvo una empalizada. Nos apeamos para entrar por una puerta estrecha. La atmósfera pesada y húmeda nos recordó la congoja de aquellos trabajos subterráneos. Cavadores especializados del subterráneo de Nueva York habían sido traídos con triple sueldo para consumir aquellas tareas que demandan pulmones y corazón de vigor extraordinario. Irlandeses sanguíneos o polacos desesperados cobraban por sus trabajos de Hércules, lo suficiente para holgar después uno o dos años. De la antecámara rodeada de empalizadas pasamos a otra forrada de acero. Un chispeo de gas salía de los rincones, empañaba el brillo de las bombillas eléctricas. Cuando el manómetro marcó doce atmósferas, los tímpanos me punzaban. Hice una seña y me sacaron. El gerente siguió adelante; era la cuarta o quinta vez que entraba y lo resentía, no obstante su fuerte contextura. Yo había tenido la impresión de que me reventaban las sienas. No hubiera podido seguir adelante sin un trastorno serio. Me sentí humillado. También el día anterior, cuando ya bajaba por la jaula que una grúa deja caer al lecho del antiguo torrente a cuatrocientos cincuenta metros de profundidad, había padecido escalofríos. Aun para asomarme a un balcón tenía que vencer una contracción de las pantorrillas, un dolor en la tibia. También frente a un manco, un amputado, me coge un estremecimiento doloroso, paralizante, en la pierna o el brazo. ¿No era esto una especie de tara reveladora de feminidad, debilidad vergonzosa?

Hipersensibilidad que ocasiona dolor de estómago a la vista de una inmundicia, náusea sólo de pensar en algo asqueroso. Especialmente en aquella época, con frecuencia padecía una viva sensación de opresión del hombro izquierdo hasta la pierna por todo el brazo, como descarga nerviosa profunda, acompañada de un deslumbramiento gozoso. Le conversé una vez a Adriana este extraño reflejo, y ella me dijo que le ocurría a veces algo semejante pero localizado en su seno. De mi parte no era precisamente erótico el golpe, sino vibratorio, como de campanada penetrante, que me desvanecía un segundo, inclinándome de costado.

Salió el gerente al cabo de una hora, y se puso a describirme el avance de los trabajos en el fango, la canalización de las filtraciones, el golpe de las perforadoras hidráulicas en la roca y el peligro de los derrumbes. Mientras montábamos para emprender el regreso, yo pensaba: «La gloria militar se ha concluido. ¿Quién puede tributar admiración a un héroe de la guerra cuando hoy vive el siglo esta epopeya de la naturaleza?»

Por el costado poniente de la Catedral, frente a la calle del Empedradillo, estaba el Jardín de las Flores. Pasando por las mañanas rumbo al Tribunal, detenía unos instantes el taxi. Los vendedores asaltaban ofreciendo ramos gigantescos de rosas o claveles, alelíos y gardenias, dalias y crisantemos, violetas y lirios, tulipanes y camelias. Es difícil la elección cuando no se lleva un propósito fijo; pero me conquistó una brazada de amapolas, de esas enormes y encendidas que sólo se dan en Xochimilco. Anotadas las señas, el mensajero se alejó bajo el sol como si se llevase las llamas de mi corazón ardido de no verla, desde la tarde anterior. Tanta dicha provocaba remordimiento, así que compré otro ramo más modesto y lo mandé a mi esposa. Siempre he experimentado la necesidad de estar solo una o dos horas al día. Resabios quizá del examen de conciencia que antes de dormir nos imponía mi madre. Al llegar a casa me encerraba en la biblioteca. Después de violentas disputas había logrado que no entrasen allí los criados; ni siquiera mi esposa. Sólo mis hijos circulaban, rompían, deshacían, porque los niños no estorban el pensamiento. Es la mirada astuta, inquisitiva, la que desespera e impide trabajar. De los niños ni el ruido distrae. Me aislaba de nuevo después de la cena ligera. Horas de soledad en que el alma encuentra su día, es como no despertar para el espíritu. Este inconveniente le hubiera encontrado a la vida en común con Adriana: la fatiga del diálogo. A la prueba del mundo venimos solos y para apurarla cada uno en presencia de Dios. Por entonces, sin examen de conciencia, soltaba la imaginación adelantándome a las horas de la dicha: lo que haría con Adriana, lo que el futuro guardaba. Fatigado pasaba a la alcoba. Ya no me perseguían los sueños lúgubres como aquel en que aparecía Carlos, doblegado bajo el peso de una losa, caminando por una cuesta sombría.

Una noche que no pude contener los sollozos, mi esposa había asomado de su habitación próxima; apenas pude decirle: «Carlos... Carlos.» Ahora, con Adriana, sentía menor la amargura. Ella también había sufrido, según me decía, y éramos dos a vengarnos de la suerte, gozando impúdicamente, desenfrenadamente.

De oración sólo una repetía: «Cuida, Señor, de mis hijos, y caiga sobre mí lo que deba caer...»

Chole seguía rezandera y triste; solterona condenada al sino de su nombre: Soledad.

Supimos un día que Concha regresaba a México, después de su noviciado en Chamartín. La destinaban al colegio del Sagrado Corazón, de Guadalajara, y a su paso por la capital la visitamos. Era la primera vez que me asomaba a un convento. La casa de Mascarones abría únicamente el postigo de su ancho zaguán; un jardín lleno de follajes ocultaba el patio; a la izquierda, un pequeño recibimiento de piso encerado y muros blancos; sillas contra la pared. Allí esperamos un instante un poco cohibidos y, por fin, apareció Concha, risueña bajo una cofia blanca, blancas las manos sobre la túnica negra. La cara la tenía sonrosada, limpio el cutis, no obstante algunas pecas... Relataba su vida en Madrid, frío el invierno. Con motivo del viaje había atravesado una sola vez la ciudad; hablaba con tono muy dulce; yo casi no podía responderle: comparaba mi vivir exaltado y la alegría de la mañana en las calles, con su vida truncada, de encierro y monotonía. Una sorda protesta contra la brutal injusticia del destino que así reparte desigualmente la dicha, me minaba el ánimo. Pensaba en lo que nos callaba, en sus horas de duda y de angustia, y luego la conformidad de lo irremediable. Una pena violenta me oprimió la garganta. En la despedida hice un esfuerzo para retener el agua que me sentía en los ojos. Apenas estuvimos afuera, dentro del auto, me eché a sollozar en pleno día, por la amplia avenida luminosa de San Cosme.

Y había algo peor; siquiera Concha estaba agregada a una orden rica y activa, viajaba a menudo y se distraía con las diarias labores de la enseñanza. En cambio, Mela, por humildad había preferido una orden contemplativa, modestísima, encerrada de por vida en un caserón de un barrio de Tacubaya. Tanto me dolía pensar en ella que nunca la había visitado. Le mandaba periódicamente algún obsequio: una barrica de vino francés, un fonógrafo, provisiones, algunas veces dinero; pero temía ver con mis ojos lo que se me aparecía como un tormento insufrible. Cuando supo que había visitado a Concha me mandó instar para que también la viese a ella. Por fin, una tarde hice la caminata cuesta arriba desde nuestro domicilio de Tacubaya a la mansión conventual, ubicada frente al cuartel que quisimos tomar cuando el complot. Esperaba encontrarla deshecha y pálida y me sorprendió presentándose con la misma risa jovial de antes, con un tono más dulce y cierta luz en el semblante. Desde el recibimiento en que estábamos se oía la banda militar.

Irrumpían sonos de estruendosa mundanidad y sin poder evitarlo descuidaba la conversación para imaginar las obras de tormento de quince o veinte jóvenes en clausura perpetua, obligadas a escuchar, dos o tres tardes por semana, los ecos de la dicha fácil del amor y el placer sin trabas. La tentación del goce físico sin duda las obsedía más que la soledad. Sus almas estaban dadas a Dios; pero el apetito primitivo sin duda sacudía la carne reprimida, sedienta. La conversación de ella revelaba despreocupación y, más allá de la conformidad, alegría. Sin embargo, mi demonio interior preguntaba: ¿Cuántas veces un descarado pasodoble había provocado esa

sensualidad que incita a salir a la esquina a ofrecerse...? Bromeando, le dije: «Bueno; ¿todavía no te arrepientes? Recuerda que aún es tiempo... Si te sales, te llevo a un baile en Palacio, te paseo en auto vestida de seda por Plateros.» Pero ya no era la misma; sólo una indulgencia amable recordaba su antigua locuacidad. Lo que más conmovía en ella era cierta efusión entrañable que le salía en la voz y el ademán como de quien mucho sufrió y a la postre logró vencer.

Bajando la calle, de regreso a la casa, las lágrimas me corrían a dos carrillos, mientras reflexionaba: «Qué profundidad de dolor habrá sido necesaria para engendrar alegría tan serena.» Sin duda, torrentes de lágrimas y largas horas de agonía, crecido precio del halo que empezaba a envolverle el semblante.

Nunca prometió Madero imposibles, por más que sus enemigos lo tacharon de demagogo. Desde sus primeros discursos a los obreros de Orizaba, recordó que el secreto de la prosperidad está en el trabajo y no en la engañifa de sistemas que adulan a tal o cual clase de la población. Sin incitar al indio contra el blanco, inició la tarea de despertar a la raza vencida; sin proclamarse de derecha o de izquierda, estuvo siempre atento al mayor bien de los humildes, sin preocuparse de la enconada hostilidad de los explotadores. Más allá de lo económico también vio su atención de estadista. Durante su Gobierno la educación pública recibió el primer gran impulso de difusión. En los mejores tiempos de la administración porfirista, el presupuesto de educación pública no alcanzó más de ocho millones de pesos. Madero elevó el presupuesto de Educación a doce millones, y con el aumento estableció las primeras escuelas rurales sostenidas por la Federación. La Universidad le fue antipática por su positivismo, que él quería sustituir con un espiritualismo libre. Su empeño de difundir la enseñanza respondía al deseo de cimentar la democracia. Desde el principio nuestra sociedad padece la periódica invasión de la barbarie del campo sobre los centros de cultura que se forman en la ciudad. Cada revolución ha sido desencadenamiento salvaje que arrasa el trasplante europeo penosamente cultivado por mestizos y criollos. Así, nuestras ciudades son islotes en un mar de incultura.

Desde la época de las Misiones, la dificultad de penetración en la masa indígena explica el constante peligro de la idea cristiana, diseminada en un ambiente que sigue siendo azteca en su capa profunda. Transformar este aztequismo subyacente es una condición indispensable para que México ocupe sitio entre las naciones civilizadas. Mientras no sean educadas las masas, subsistirá el sistema de sacrificios humanos así se llame Victoriano Huerta o Plutarco Elías Calles el Moctezuma en turno. Todo esto sentía latir Madero bajo la costra de la democracia que implantaba. El viejo instinto que pide sangre no estaba vencido. Para aplastarlo confiaba en su ejemplo y confiaba en la escuela. Con diez años de escuela maderista no hubiera sido ya posible el carrancismo; no habrían vuelto a aparecer en nuestra historia los Orozco y Panchos Villa. Madero liquidaba el facundismo, la supremacía del bruto armado sobre el civilizado constructor. Es decir: cambiaba el sentido de la historia nacional.

Y nunca desperdició ocasión de hacer prevalecer los valores de la mente sobre los impulsos del instinto. Entre los hombres del porfirismo salvó a Justo Sierra, lo hizo Ministro de México en España. Y al ocurrir su muerte honró al educador por encima del guerrero.

En el Paraninfo de la Universidad se celebró una mañana la ceremonia mortuoria. Presidió Madero desde el sitio de la Rectoría. Llenaron el hemiciclo centenares de estudiantes, poetas, artistas, jóvenes, viejos, mujeres, todo lo que en México representa algo en materia de pensamiento. En la plataforma central, el féretro recién desembarcado de ultramar, cubierto de paños negros, era escoltado por guardia de honor, alumbrado con pebeteros de llama azulosa.

Dijo el discurso oficial Urueta. Recordando su protección comparábalo a la de aquel elefante de la India que vigila a los niños cuando juegan y los recoge con la trompa en el instante en que, trasponiendo los linderos del jardín, podrían ser presa de las fieras que vagan en torno. Urueta lloraba al terminar su discurso; el auditorio se conmovió profundamente y Madero secó en público sus lágrimas. Nada le debía a don Justo; pero rubricaba el esfuerzo del patriota que persistió en su tarea no obstante el medio impuro que hubo de tolerar. La gente se sorprendía de ver al Presidente llorando, y no pocos siervos murmuraron: Aquello era contrario a la dignidad del cargo. Echaban de menos las salvajes caras protervas de nuestra galería criminológica presidencial. Otros recordaban al tirano de ayer que lloraba cuando le comunicaban el cumplimiento de sus propias órdenes de fusilamiento. Un buen número de personas, sin embargo, comprendió la trascendental diferencia de las maneras de llanto, y en patriótico voto asoció los nombres de Justo Sierra y Madero.

Desde una cámara lateral, la orquesta del Conservatorio ejecutó los temas lentos, lacerantes, de la *Marcha fúnebre* chopiniana. Hubo otro discurso, y al final, acompañando el cortejo, escuchóse la marcha del *Crepúsculo de los dioses*: dolor esencial inconsolable de cada destino; la ilusión del heroísmo cortada por la brutalidad inexorable de la muerte. Duda de la inmortalidad. Sin embargo, valía la pena una vida de dolor a fin de merecer los lamentos heroicos de la creación wagneriana.

Afuera, bajo una mañana de gloria, se descubría el pueblo alineado en las avenidas por todo el trayecto al Cementerio de Dolores. En el ánimo de los que formábamos la comitiva persistía la sensación del río wagneriano que se derrumbaba en abismos, arrastraba las imágenes y avanzaba disolviendo, liquidando la tarea del mundo. Y como éramos por entonces nietzscheanos, experimentábamos la hueca conformidad del orgullo que se contempla a sí mismo y se engríe, así sea de su propia fealdad...

Oficialmente acababa nuestro héroe como había vivido: atento únicamente al proceso que se palpa y se deshace en la mano del experimentador. Su entierro no pudo tener pompa religiosa. Se quedó en el *Gottamerung* sin llegar al *Parsifal*. En lo privado, sabíamos todos que en cierta visita de Lourdes, la visión sobrenatural había tocado el corazón del poeta y esto contribuyó a que todo México, el catolicismo, la ciencia y el anhelo de libertad, conjugaran su sentimiento, aquel día de duelo, con esplendores de patriótica esperanza.

Faltaban ya pocas semanas para que se consumase en Washington el cambio de Gobierno que habría de librarnos del enconado embajador. Unas sesiones más de esgrima diplomática, y luego, con la salida de Taft cesarían las notas, cambiaría el rumbo internacional. El mismo cálculo se hacía, sin embargo, el embajador y los traidores que visitaban la Embajada extranjera. Con desvergüenza que parece increíble, no sólo concertaron, también firmaron un documento que dieron a la publicidad al triunfar el Pacto de la Ciudadela; trato de canallas, convenio de matricidas; por él se coludieron los conspiradores con el agente de Washington para derrocar al único Gobierno legítimo de toda la historia mexicana.

Estaban presos los principales jefes de la conspiración y, sin embargo, los rumores corrían precisos, se hablaba de fechas y de nombres, de regimientos comprometidos. Por mi parte, tantas veces había visto fracasar a los descontentos, tan vigorosamente había logrado reaccionar el gobierno, que no aceptaba la seriedad del riesgo. Mi contacto frecuente con zonas distintas de diversos estados afirmaba mi optimismo. Por todas partes se pensaba en trabajar al amparo de una administración reconocida como honesta. Y la gente disfrutaba su libertad. Así que partí sin preocupaciones para Tampico al desempeño de una gestión profesional, la autorización para una nueva refinería. Tan ajeno estaba a lo que iba a ocurrir, que por primera vez decidí llevar a Adriana. No es que lo pensara tampoco; se cometen tales imprudencias por imperativo de la pasión. Hay en el amor un instante exaltado en que los amantes subirían a una torre para abrazarse a la vista del mundo. El delirio que los transfigura reclama el estruendo. No fue esta ocasión una torre, sino el reservado del coche dormitorio, donde se abrigó nuestro escándalo. Asomados a la misma ventanilla mirábamos el escenario prodigioso de los montes; escala de gigantes al costado del abismo vegetal. Parecía que ver aquello juntos nos ligaba para la eternidad.

Paramos en el mismo hotel. Saboreamos la intimidad de todos los momentos como quien bebe a copa llena un vino delicioso probado antes sólo a pequeños sorbos. Ni el calor de la costa lograba apartarnos; la piel suda limpio después del baño. Y estar juntos a la mesa y en el sueño, en una misma respiración, compensaba la angustia de las citas en que era forzoso estar atento al reloj. Nos sondeábamos el alma en las pláticas de abandono que siguen al placer compartido.

El abogado y el gerente de la Compañía me quitaban unas horas de la mañana. Luego, pretextando asuntos diversos, escapaba hacia el hotelito de madera pintada, junto al mar. Cada encuentro parecía el primero; cada vez era otro el sabor de sus labios, la impresión de su cuerpo bajo la túnica veraniega, el arrullo de su voz en la ternura.

De noche ensordecía el estrépito del oleaje, nos aislaba, nos trasladaba a un universo sin preocupaciones y sin obstáculos, despejado como la eternidad, armonioso como el océano. La tarea del mundo parecía concluida al retirarse la

marea. Y sólo quedaba dicha inefable. Instantes sin cambio. ¡Ambición de perennidad en el estar, signo de la beatitud! Se es inquieto y revolucionario por no poseer la ventura. Si se padecen mujeres como la de Sócrates, por tal de salir de casa se instala un cenáculo. El dichoso, en cambio, se conforma con un sitio para su engreimiento; pausa breve en el camino de lo absoluto.

Un rancho en la Huasteca para trabajarlo y un rincón en aquella playa para los veranos ardientes, en que ella vendría a visitarme; no le pedía más a la vida y no era mucho pedirle porque la selva y el litoral se hallan aún desiertos. Por allí no hay que disputar el sitio al prójimo; apenas a las alimañas.

Me reía de las ambiciones políticas y aun de las otras, las de la notoriedad y la gloria por la cultura. Nada iguala el ejercicio del alma en la soledad. Dedicaría unos años al trabajo profesional y luego vendría el retiro definitivo y laborioso en el campo y en la naturaleza.

Escribía entonces mi *Mundo como voluntad y representación*, pero al revés; el mundo como amor que unifica las representaciones y transforma la voluntad en beatitud.

Unas cuantas casas desocupadas había en lo que hoy es Balneario de Tampico, y el hotelillo rústico que nos tenía de huéspedes. Una inmersión por la mañana y otra al atardecer nos dejaba penetrados de energía marinera. Una tarde prolongamos el baño hasta el anochecer. Por el lado de tierra se metió el sol. Por el mar avanzaron las sombras; levemente subía, bajaba la superficie de las aguas con ritmos de respiración. La arena fina era un lecho blando. Pronto en el cielo alumbraron las mismas estrellas que contemplaron Eva y Adán desnudos en las noches del Paraíso. Hoy, en su abandono, con mayor afán buscan los cuerpos el consuelo de la posesión y la compañía. Pasó un buen rato sin más preocupación que los dedos que entrelazan las manos, al aire los cuerpos tendidos, extenuados. El frío de la noche nos obligó a levantar el campo.

De cena nos dieron la especialidad de la costa. Sopa de jaibas reparadora, si se toma en la juventud, y entramos en la noche con renovado ahínco de ahondar en la posesión.

Sonó el teléfono horas después de amanecido el día. Únicamente mi colega tampiqueño conocía mi encierro y en él me comunicaba la noticia estupenda: el general Reyes, poco después de ser libertado, había sido muerto en combate. Madero estaba preso en Chapultepec. Tampico estaba en calma, lo mismo que el resto del país.

Rápidamente preparamos el regreso por el primer tren. Caminamos una noche y todo el día siguiente. Apretándonos sobre el asiento del *pullman*, ella comentaba: «Fue mi luna de miel; la primera.» A medida que nos acercábamos al centro del país aumentaban los detalles. La Escuela de Caballería y dos regimientos habían libertado a los fracasados de las dos rebeliones anteriores: Reyes y Díaz. El primero cayó muerto en el ataque a Palacio. El segundo escapó refugiándose en la Ciudadela,

donde se defendía con trescientos o cuatrocientos hombres. No había mayor motivo de alarma. No se concebía que cuatrocientos milicianos desleales pudieran derribar un régimen que contaba con el apoyo expreso de la nación.

Había un punto negro, sin embargo. El general Lauro Villar, comandante de la plaza, había sido herido en el primer encuentro y para sustituirlo se había aprovechado el ofrecimiento que, en ese mismo instante, hizo de su espada el general Victoriano Huerta. De momento se había convertido así en el jefe militar del centro del país.

Nuestro tren llegó casi a medianoche a la estación de Colonia. No había coches; así es que seguidos de cargadores nos trasladamos a pie por la colonia Juárez, donde Adriana tenía su casa. El tráfico había sido prohibido por el centro de la ciudad, pero se transitaba en las zonas de habitación. De pronto, el tiroteo remoto de una ametralladora nos sobrecogió. Tras de mucho comentario dormimos unas horas; apenas hubo sol, me eché a la calle en dirección de mi casa por el Hipódromo, hasta Tacubaya. No había novedad y confirmaban las noticias corrientes. Subiendo a la azotea me mostraron los estragos del cañoneo en las casas del barrio sitiado. No funcionaban ya los teléfonos ni corrían tranvías ni taxis. Desempolvando una bicicleta arrumbada me dirigí a Chapultepec por calles interiores. «No pases por enfrente de la casa de los Mondragón», me recomendaron. Era ya público que dicho milite, tras de sobornar a algunos jefes, se había escondido y participaba en la rebelión. Por el ascensor privado entré al Castillo. Los rosales de la terraza no denunciaban ninguna alarma. En uno de los miradores hallé a Sarita. La rodeaban militares, entre ellos el director del Colegio Militar, situado en el anexo. Al presentarme a los oficiales expresó que eran del Estado Mayor del general Huerta. No nos queríamos los oficiales y los maderistas; sin apretón de manos nos saludamos.

Luego dijo la señora:

—Pancho está en Palacio y desea mucho verlo. No es fácil atravesar la ciudad; pero en este momento salen para allá estos caballeros, y les voy a rogar que lo lleven. ¿Qué noticias trae...?

—Pues —respondí— que el país está en paz, pero angustiado por el rumor de que el señor Madero está preso; me alegro de ver que no es cierto...

Entonces, llamándome aparte, me recomendó:

—Dígale eso mismo a Pancho... No está preso; pero quién sabe... todo el mundo desconfía del general Huerta; váyase pronto a ver a Pancho. Se lo ruego...

Mientras bajábamos por la rampa hasta el sitio en que aguardaba el auto, uno de los oficiales me dijo:

—Está bien, licenciado: nosotros lo llevamos, pero le advertimos que hay riesgo, sobre todo en un auto militar; el otro día nos perforaron a tiros la capota... si usted prefiere ir por su lado...

Era un oficial acicaladito, cintas de oro, reloj de pulsera, tieso como sus colegas; en seguida, sin disimular la intención agresiva repuse, mirándolos:

—No tengan miedo; conmigo van seguros... Soy hombre de suerte.

No me golpearon allí mismo porque tenían atada la voluntad. Todavía no les llegaba la hora de la traición. Se tragaron el sarcasmo y también que tomara el sitio de honor del cochecillo poderoso. Sin incidente atravesamos las calles desiertas y entramos a Palacio. El único peligro serio estuvo en que pudieron tener el capricho de entregarme a los sublevados... En el trayecto hablaban de los riesgos espeluznantes de los días anteriores. Todos habían sacado indemnes sus valiosas personas. En el salón Azul encontré a Madero. Después del abrazo afectuoso le repetí la consigna:

—El país está en paz, sólo que se dice que Huerta le ha quitado a usted el mando y lo ha convertido en un prisionero.

En ese instante asomó, con el andar zigzagueante de fiera cauta, el propio Victoriano Huerta.

Madero reía de mi dicho...

—A ver: oiga usted, general, oiga lo que dice V...

Sin darme la cara, el taimado oyó y calló. Ni un músculo tembló en su faz renegrida. Sus ojos vieron desviado y sus labios no se abrieron... Madero habló:

—Ya ve usted... Aquí está el general, todo lealtad...

Y al pasarle Madero el brazo por el hombro el traidor logró escurrirse.

Paseando sobre la alfombra, Madero me explicaba: «No acaba de emprenderse el asalto de la Ciudadela por temor de causar destrozos en las casas circundantes. El embajador americano amenazaba con practicar un desembarco marino en Veracruz si se causaba perjuicio a uno solo de los *yanquis* que vivían en la zona amenazada. El día anterior todo el cuerpo diplomático, empujado por el embajador, había ido a pedirle que renunciara. Él les contestó despidiéndolos, negándoles el derecho de opinar en cuestiones de política mexicana...»

—Pase por la Secretaría Particular —añadió—, y vuelva a la hora del almuerzo para que lo haga con nosotros. Y no se preocupe; triunfaremos, porque toda la razón está de nuestra parte.

En la Secretaría hallé menos optimismo. En torno a Sánchez Azcona estaban los viejos maderistas. Muchos no pisábamos el Palacio desde hacía meses, alejados más o menos por pequeñas inconsecuencias de los más inmediatos colaboradores de Madero. El peligro nos volvía a juntar. Recuerdo, entre otros, a Bordes Mangel y Urueta. En voz alta se comentaba la pasividad de los ministros, especialmente la incapacidad notoria del encargado de la guerra.

—Lo que debía hacer Madero —exclamaba Chucho Urueta— es mandar a paseo a todo su Gabinete y constituir otro con jóvenes de lealtad reconocida.

Volví a los salones presidenciales momentos antes del almuerzo, y Madero tornó a conversarme:

—Luego que pase esto —afirmó— cambiaré el Gabinete. Son muy honorables todos mis ministros; pero necesito gente más activa. Sobre ustedes los jóvenes caerá ahora la responsabilidad. No me van a decir que no. Verá usted; esto se resuelve en

unos días, y en seguida reharemos el Gobierno; tenemos que triunfar porque representamos el bien. Pobre de México si llegara a imponerse toda esa canalla que nos amenaza. No puede ser. El bien tiene que triunfar...

En el comedor de Palacio se servía una comida sencilla, pero bien aderezada. Un *Barsac* de las viejas reservas llenaba de oro verduoso la transparencia de las copas. La conversación del Presidente era animosa; pero los ministros tenían aire lúgubre.

De cuando en cuando estallaba una granada que se perdía por las azoteas, destrozando algún ladrillo y haciendo temblar ligeramente la cristalería.

—¿Por qué —pregunté, dirigiéndome al Ministro de la Guerra tras uno de esos disparos—, por qué los sublevados tienen tan buena puntería y, en cambio, los nuestros nunca le pegan a la Ciudadela?

La versión de que estaban de acuerdo sublevados y atacantes me acababa de ser confirmada en la Secretaría. El Ministro de la Guerra, sin embargo, no tenía cara de traidor, sino de bembo.

—¿Por qué no asaltan y acaban en dos horas con ese manajo de ratas? —insistí—. Es una vergüenza que cuatrocientos hombres tengan en jaque a toda la Nación que está en paz y apoya al Gobierno.

Sólo entonces contestó el Ministro:

—Eso no me compete; la responsabilidad de la situación la tiene el general Huerta.

También me habían aleccionado para que influyera sobre Madero a fin de que quitara el mando a Huerta y lo diera al general Ángeles, de lealtad insospechable. La víspera había hecho Huerta una infamia que justificaba el consejo de guerra aparte de la destitución. Por una calle estrecha que desemboca a la Ciudadela había metido un regimiento de irregulares maderistas. Los sitiados, sin duda prevenidos, se habían limitado a soltar las ametralladoras. Toda la ciudad vio la carnicería y la traición. «Y Madero no ve», exclamaban todos.

O no vio a tiempo o creyó más oportuno contemporizar, entregándose a lo irremediable: extremando a Huerta la confianza, para desarmarlo, y por lo mismo que ya se sentía en sus manos. Esta hipótesis, sin embargo, parece contraria al carácter decidido de Madero. Su valentía instintiva se hubiera rebelado de transigir con un canalla. Lo más probable es que el destino, al consumir fines tortuosos, ciega a los más lúcidos en el instante en que va a destruirlos. Sobreviene una especie de parálisis la víspera de las derrotas injustas, pero inevitables. La maldición que pesa sobre nuestra patria oscureció la mente del más despejado de sus hijos. Entorpeció la acción del más ágil de sus héroes. A Madero lo envolvió la sombra. ¿Qué gran destino ignora estos eclipses? De la penumbra saldría él, limpio y glorioso, cometa rutilante de la historia patria. Pero la nación caería en abismos que todavía no sobrepasa.

Las versiones populares eran rigurosamente exactas. Victoriano Huerta acudía también a la Embajada para verse de noche con los jefes sublevados, y si la traición no acababa de consumarse, era porque no se lograban acuerdos en la disputa del

poder. Por su parte, el embajador tenía prisa. El 4 de marzo se acababa su representación, y estábamos a mediados de febrero. Del reconocimiento del golpe de Estado por el Gobierno americano dependía el éxito de los sublevados.

Hubo más días de angustia y tedio. Cañoneos intermitentes recordaban a la ciudad que la lucha sangrienta se prolongaba. Por el barrio de Adriana, entre los jardines y chalets de lujo, hubo necesidad de levantar piras de cadáveres para quemar los caídos en las cercanías. Por las mañanas, siempre que había vehículo, me trasladaba a Palacio. Las tardes las pasaba con Adriana, y las noches en mi casa. Corrió el rumor de que quizá se emprendería el ataque con tropas de refuerzo llegadas de los estados. En realidad, el refuerzo consistió en hacer traer el batallón de Blanquet, el mismo que meses antes ametralló en Puebla a los maderistas. El título honorífico de este Blanquet, cofrade de Victoriano Huerta, era haber sido el soldado que dio el tiro de gracia a Maximiliano. Parece que estos servicios de verdugo aseguran consideración permanente en ciertos ejércitos. Las declaraciones que los diarios arrancaban a Blanquet no fueron tranquilizadoras. Aseguraba que su misión era contribuir a la pacificación del país; pero ni una palabra de lealtad que ya se le negaba.

Por fin, un mediodía, Victoriano Huerta puso cátedra digna de los más ilustres matadores de hombres. En nuestra historia del crimen, el sacrificio de Gustavo Madero corre parejas con la emboscada que Carranza puso a Zapata, con la que Obregón y Calles pusieron a Villa. También el envenenamiento de Flores, rival peligroso de Calles; la ejecución de Serrano y Gómez; lo de Topilejo y lo que ha seguido, todo arranca de aquella tarde sombría del encumbramiento de un traidor.

Gustavo se había instalado en Palacio al lado de su hermano. Además, se había demostrado peligroso, rindiendo él en persona a todo un grupo de oficiales cuando el asalto a Palacio por los reyistas. Ya no se burlaban de él; lo temían. Y Victoriano Huerta lo invitó a comer.

—Esta misma tarde —le dijo— tomaré la Ciudadela; pero antes he mandado preparar un almuerzo en el restaurante Gambrinus (el centro de la ciudad), y quiero que usted nos acompañe. Estaremos yo y mis oficiales y algunos íntimos. Dos altos jefes vendrán a buscarlo a mediodía.

Gustavo era un hombre arrojado. No tenía estimación por Huerta, pero le hubiera parecido indigno de su valor mostrarse indeciso en días en que significaba peligro entrar y salir de Palacio. Aceptó.

Félix Díaz desconfiaba de Huerta y le exigía una prueba.

—Entrégame a Gustavo —le dijo—, y así comprenderé que no me tiendes una celada al proponerme la rendición.

El Pacto, además, ya había sido firmado. Los de Félix Díaz reconocerían a Huerta como Presidente si derrocaba a Madero, y recibirían, en cambio, unos puestos en el Gabinete. Exigían unas arras de carne humana. Huitzilopochtli recomenzaba su reino interrumpido por el maderismo.

Dos futuros «generales» recogieron a Gustavo como huésped y lo condujeron al

reservado del Gambrinus. Todo el comercio de las cercanías estaba cerrado; pero fue mandado abrir el restaurante sólo para consumir la fechoría. Se encontró Gustavo con otros oficiales que le rogaron esperarse. A poco llegó Huerta, lo abrazó y empezó la comida. Huerta miraba el reloj y parloteaba semiebrio; por fin, interrumpiéndose, exclamó: «Vuelvo dentro de un instante; no se preocupen por mí.» Escapó, y en seguida los bravos comensales se echaron sobre su huésped, lo amordazaron y lo subieron a un auto previamente dispuesto. En el camino lo golpearon en la cabeza con las pistolas «reglamentarias», para impedir que forcejeara y para acallar sus voces de auxilio.

En la Ciudadela esperaba su presa el caudillo Félix Díaz. Personalmente vejó a Gustavo, ya mal herido. Otros vinieron a picarle el vientre con bayonetas. A tirones lo desnudaron; alguien le mutiló el miembro, que acercó a los labios de la víctima. Luego lo pisotearon. Le dieron quizá el tiro de gracia. Lo cierto es que el cadáver no fue entregado a la familia; no sufrió autopsia; destrozado, lo mandaron enterrar en secreto. Y el ojo de vidrio de Gustavo anduvo de mano en mano como trofeo.

Concluido su rito azteca, el caudillo de la Ciudadela, como oficialmente empezó a titularse al sobrino del Dictador, se fue a sus habitaciones privadas; recibió a su barragana; se bañó, se perfumó. En seguida, montó un hermoso caballo y salió con sus huestes rumbo a Palacio para cumplimentar al nuevo Presidente. No pocas damas de la antigua aristocracia porfirista mojaron sus pañuelos en lágrimas patrióticas y los arrojaron al paso del vencedor, que, «pálido y sonriente», dijeron los diarios al día siguiente, ostentaba un ramo de violetas en el ojal.

Tan pronto como Huerta supo que Gustavo estaba entregado, bebió su aguardiente habitual, se encerró en el cuarto de guardia y desde allí, emboscado, dirigió el asalto. Fuerte escolta al mando de los dos oficiales de su Estado Mayor penetró en la Sala del Consejo. Dirigiéndose a Madero lo declararon preso. En ese instante el ayudante presidencial, Gustavo Garmendia, mató de un tiro en la cabeza al oficial traidor, hirió al otro y puso en fuga a la escolta, pero no sin que antes disparase ésta, matando a uno de los amigos que conversaban con Madero.

Apenas levantados los muertos, reunió Madero a los pocos que estaban con él y se asomó al balcón de Palacio intentado llamar al pueblo en su auxilio. Afuera, las calles totalmente desiertas demostraban el cuidado que había tenido Huerta de aislar a su prisionero. Además, el pueblo no había querido moverse. Uno de los días anteriores, después de imprimir una proclama convocándolo, habíamos recorrido en un auto del gobierno todos los barrios humildes donde antes tuvimos fuerza y amistad. En todas partes se nos acogió con recelo. Y tenían razón, no les dábamos armas; la ciudad ya no era nuestra. El comandante desleal, en ocho días, con pretexto de unificar el mando, había depuesto comisarios, se había apoderado de todos los servicios. Por otra parte, es mucho más fácil llevar a un pueblo a tirar un gobierno que a defenderlo.

Retirándose del balcón, Madero comprendió que no le quedaba otra esperanza

que salir del Palacio, vivo. Afuera encontraría fuerzas que lo ampararan. Forzaría la guardia, intentaría una de aquellas audacias que otras veces le habían dado el triunfo en casos aparentemente perdidos. Bajando por el ascensor privado encontró libre la antesala de abajo... Pero al desembocar al corredor, le atajó el paso nada menos que el general Blanquet, al frente de su batallón de analfabetos. Todavía Madero se encaró con los hombres que apuntaban los rifles, les marcó el alto y exclamó:

—Soy el Presidente de la República; abajo esas armas.

Tuvo un instante de vacilación la tropa; entonces Blanquet templado, avanzó pistola en mano:

—Ríndase —balbuceó.

Sus oficiales se echaron sobre Madero, lo sujetaron, lo registraron buscándole un arma. ¡Sin pistola se había estado imponiendo al centenar de pistoleros! Se apresó también a los ministros que bajaron con Madero. A éste le pusieron centinela de vista en un cuarto interior; después lo juntaron con su gabinete, poniendo escolta a la puerta.

Ahora fue Victoriano Huerta quien salió al balcón. Las campanas de la Catedral, prevenidas por sus secuaces, lanzaron repiques de triunfo, lograron reunir alguna gente que se acercó curiosa y tímida. Huerta, borracho, «discurseó» a la plebe. Se había hecho cargo del poder. Salvaría a la patria. Bajarían los precios del pan y las cebollas (textual). El pueblo estaría contento. En seguida se entrevistó con sus prisioneros; empezó tendiendo la mano a Madero; éste la rechazó, llamándolo traidor. Tendió la mano a los ministros. Todos, a excepción de uno, rehusaron la mano del beodo. Poco después se decretó la libertad de los ministros pero siguieron presos el Presidente y el Vicepresidente.

En la Catedral seguían las campanas a vuelo. La columna «felicista» se acercaba a Palacio. Los que diez días antes corrieron como liebres ante el fuego de unos cuantos leales, avanzaban ahora con insolencia de vencedores. Cada uno de los cuatrocientos traía el blasón de haber ayudado a matar a un solo hombre: el valiente Gustavo. Hubo entre la masa quien aclamó a los asesinos. Corría la voz de la ejecución de «Ojo Parado» —el mote de Gustavo—. Sobre la sangre inocente, derramada con impunidad, todavía la befa de la canalla metropolitana... «Se echaron a “Ojo Parado”... ¡Viva Félix Díaz...!»

Los sucesos de esta última tarde me cogieron en casa de Adriana. Al saberlos, la saqué de su domicilio para llevarla con sus familiares, y luego, en mi bicicleta, me encaminé a Tacubaya. En la esquina de «Hagenbeck» me encontré con el regimiento de gendarmería sublevado en la Ciudadela, con Félix Díaz. Venían por delante unos brutos echando arengas...

—Ahora sí, muchachos... ¡Viva Oaxaca, y mi general Félix Díaz...! ¡Arriba Félix...!

Poca gente, desde la acera, contempló la escena, asombrada. Los jinetes, detrás, guardaban silencio siniestro... Sentí pasar un estremecimiento por toda la espina. Me

pareció que un mal sueño me trasladaba a las épocas lúgubres de los cuartelazos a lo Santa Anna. Bajo el maderismo gozamos la ilusión de pertenecer a un pueblo culto. Ahora el pasado resurgía. Se iniciaba de nuevo el rosario de traiciones, los asesinatos, el cinismo y el robo... México y todos sus hijos volvíamos a entrar en la noche. Todo el mundo sabe lo que más tarde ocurrió. La Cámara de Diputados pudo salvar a México, si resiste la presión de las armas. Pero los jefes de los grupos gobiernistas fallaron en su mayoría. El más significado de todos, Luis Cabrera, se había ausentado de México, semanas antes de los sucesos, advertido quizá por sus viejas amistades reyistas. Gustavo, jefe de la mayoría, acababa de ser suprimido. No más de media docena de diputados votó contra la aceptación de la renuncia de Madero.

Sorprendió a algunos que, dado su temple, Madero consintiese en renunciar. Lo hizo porque se sintió desamparado del pueblo y porque se le dijo que era ésa la manera de salvar la vida de todos sus amigos presos.

Hubo después otra renuncia incalificable: la del Ministro de Relaciones maderista que, por ley, se convertía en Presidente y que renunció al instante, a fin de que la Cámara pudiese nombrar Presidente interino al propio Victoriano Huerta. Se excusaban algunos de estas cobardías, con el pretexto de que rindiéndolo todo al traidor se salvarían, por lo menos, las vidas del Presidente Madero y del Vicepresidente Pino Suárez. Momentáneamente paralizada, la nación contempló todo este derrumbe fascinada por el destino final de los altos funcionarios destituidos.

La mañana siguiente avisaron a mi bufete que Sarita, con el resto de la familia Madero, se había refugiado en la Embajada del Japón. Allí telefoneé para ofrecerme en lo que sirviera y me pidieron que influyese con Hery Lane Wilson. Sólo él podía impedir que don Francisco padeciese la misma suerte que Gustavo. Hacía tiempo que yo había cortado relaciones con Henry Lane. Sin embargo, aun a riesgo de sufrir un desaire, llamé por teléfono a la Embajada. Con la cortesía habitual del funcionario *yankee*, el embajador se puso, en persona, al aparato:

—*Don't worry, my friend.*

Madero sería enviado en tren especial a Veracruz para embarcarlo; eso era lo acordado; no corría peligro alguno...

—Ya les he dicho a estas gentes —*these fellows*— que basta de venganzas y que no deben seguir matando gente. *But you be very carefull. Stay out of it...*

Las seguridades del embajador que había condimentado el infame pastel tranquilizaron, no obstante, a los íntimos, y empezó para mí una curiosa agonía. Me aterraba la suerte de Madero, expulsado del país y, por lo mismo, casi perdonado. ¡Al fin de cuentas iba a resultar que Huerta la haría de héroe por librar al país de un mal gobierno, un gobierno débil! Y quedarían, no sólo impunes, sino alabados, los mismos criminales que acababan de asesinar a Gustavo, los bajos traidores que ya empezaban el saqueo de la nación. Sin duda el embajador los aconsejaba con tino. Perdonar a Madero era salvarlos ante la historia, consolidarlos en el poder.

En cambio, si los salvajes obedecían a su natural instinto, si el drama nacional

profundo de Quetzalcóatl contra Huichilobos se consumase esta vez, ya no sólo con la expulsión de Quetzalcóatl, sino con su sacrificio en el altar que despedazó a Cortés, ¡entonces quizá la misma iniquidad sin nombre provocaría reacción salvadora! Madero perdonado era inútil para sí mismo y para su patria; Madero, hombre, había hablado alguna vez de hacer un viaje a la India para dedicarse al ascetismo y a la filosofía; pero tal no era, sin duda, su destino. Su misma capacidad filosófica quizá no era extraordinaria. En cambio, qué perfecto mito legaría a la historia si con su muerte vilipendiaba a los traidores; si su sacrificio provocaba la vindicta nacional. Madero, asesinado, sería una bandera de la regeneración patria. Hay ocasiones en que el interés de la masa reclama la sangre del justo para limpiarse las pústulas. Cada calvario desnuda la iniquidad del fariseo. Para remover a las multitudes era preciso que se consumase la maldad sin nombre. Lo peor que podía ocurrir era un perdón otorgado por los usurpadores.

Estuvo listo en la estación una mañana el tren que debía conducir a Madero al destierro; pero antes de que llegara el preso se dio contraorden, se declaró cancelado el viaje. No se hizo público el motivo, pero se le ha relacionado con la actitud inesperada de un jefe que tuvo un instante de valentía. El general Velasco, comandante militar de Veracruz y más tarde terror de Pancho Villa, dijo que si Madero llegaba a Veracruz le rendiría honores de Presidente. Su renuncia había sido arrancada bajo presión; lo que ocurría deshonoraba al Ejército... Lo triste es que este Velasco no hubiese sabido mantener hasta el fin su posición; pronto se puso al servicio de Huerta. Por el momento, impidió el embarque de Madero.

Al mismo tiempo, el nuevo gobierno recibía noticias que el público ignoraba. En distintas partes del país ocurrían levantamientos con la bandera maderista. En los Estados Unidos, en diversas ciudades se celebraban manifestaciones de protesta por la manera como el embajador liquidaba la democracia en México. Una creciente inquietud acosaba a los facinerosos, que, al fin, decidieron deshacerse de su presa. Las salas del Palacio Nacional, que en adelante con tanta frecuencia habían de convertirse en conciliábulo de criminales, oyeron altercados que, en forma más o menos alterada, trascendían al público... Que si al proponerse el crimen, De la Barra, el beato, dijo:

—Hágase la voluntad de Dios...

Que si Félix Díaz reclamaba que le entregasen los presos como le habían dado a Gustavo. Lo cierto es que la responsabilidad moral abarca a todos los que entonces y después sirvieron al soldado borracho que se improvisaba Presidente. La manera de la ejecución quedó encomendada a la pericia de los generales. La reliquia del ejército juarista, el del tiro de gracia a Maximiliano, el heroico Blanquet, tomó a su cargo la faena. Se valió de un tal Cárdenas, coronel de los que aplicaban la ley fuga en tiempos de Porfirio Díaz. Se hizo repetir éste las órdenes, del propio Huerta, de Mondragón y de Blanquet, nuevos ministros de Estado, y preparó la fiesta sagrada del militarismo azteca, el sacrificio de los prisioneros en la sombra de la noche del 22 de

febrero de 1913, a la semana del golpe de Estado.

Bandas de felicistas recorrían aquellos días la ciudad, obligaban a los transeúntes a dar vivas a Félix Díaz; asesinaban a capricho. Incendiaron el *Nuera Era*, periódico independiente, y saquearon casas de vencidos. Y donde no quedó piedra sobre piedra fue en la finca de los Madero, por la colonia Juárez. No era propiedad del ex Presidente, sino de sus padres. Y éstos la habían construido con dineros ganados a la industria; nunca uno solo de ellos había disfrutado de cargos gubernamentales. Ni uno solo de los parientes de Madero construyó casa propia durante el periodo de su gobierno. Ningún maderista funcionario se había enriquecido. Pues todo esto irritaba al nuevo orden de cosas. ¿Cómo iban a perdonar a una familia honrada y a un Presidente sin tacha los que más tarde, convertidos en huertistas o carrancistas o en callistas, habían de levantar una colonia nueva en el sitio más costoso de la ciudad? Movida por el instinto que admira al ladrón y desprecia al hombre honesto, la plebe se ensañó en la casa de los Madero. Había que destruir hasta los cimientos de la honradez. Y desapareció el modesto hogar paterno del Presidente honrado. Y siguen dando pingües rentas las casas mal habitadas de los presidentes que han seguido a Madero. Se expulsaba el sistema maderista a la vez que se acababa con el hombre. Se arrasaba lo que tenía de extraño, desusado, aquello de no lucrar con el bien público. La sosa manía de no colgar a los rivales de los árboles de la plaza pública, bien merecía el escarnio. Se acusaba a los Madero de tener sangre judía y se hubiera querido extinguir el clan entero. Eran todos honestos, laboriosos, y sirvieron a la administración sin robarla. Estorbaban los planes de la dinastía sanguinaria y autóctona que tomaba de nuevo posesión de la cosa pública. Madero sigue expulsado de México.

La Iglesia mexicana también se mostró alborozada. Desaparecía, por fin, aquel presidente sospechoso de espiritismo. ¿Qué importaba que ahora viniese un ebrio inmoral, si lo que ella suele perseguir es la heterodoxia, antes que la maldad y aun ateísmo? En el diario de los católicos, *El País*, vimos todos con dolor y sorpresa el cable papal en que se felicitaba a Huerta «por haber restablecido la paz» y le enviaba bendiciones. Señalo este hecho inaudito sin ánimo de agravar los cargos que pesan sobre la iglesia mexicana, y sólo para que se vea uno de los pretextos, no la justificación, de las persecuciones religiosas que se han consumado con posterioridad. Por lo pronto, quienes por convicción nos inclinábamos a un acercamiento del Estado mexicano con la Iglesia experimentamos ira y desconsuelo.

Tras de varios días de zozobra, una mañana publicaron los diarios el boletín oficial de la muerte de Madero. Sin fuerza para leer los detalles, miré fijamente los encabezados. Un dolor no exento de consuelo raro me revelaba caminos incomprensibles del destino de las naciones. En la primera parada me bajé del tranvía y, llorando, caminé por la calzada de Tacubaya.

Anduve cerca de una hora, y al pasar frente a la casa de los Valles, desde el balcón, Adolfo me llamó y me hizo entrar. Allí encontré una situación penosa. Valles

había ya renunciado su cargo; pero algunos familiares de su esposa figuraban en el nuevo régimen. Sin embargo, con bondad sincera y cortesía perfecta, me retuvieron hasta la hora del almuerzo. «Los maderistas —decía Valles—, a pesar de que hoy los persiguen, pasarán a la historia como una aristocracia cívica...» Era comfortable hallar, en el estercolero la perla de un corazón noble. Aquello no podría subsistir sin castigo; era menester levantar al país en armas. El pueblo no había intervenido en aquel drama y salía de él sin caudillo. Ya se inventarían caudillos. Lo que importaba como cuestión de honor, era la venganza.

Al llegar a mi casa me daba vergüenza abrazar a mis hijos, me sentía humillado de legarles una patria envilecida... «¡Nuestro país no se merecía a Madero...!», había dicho Adolfo.

Por la tarde el buen amigo se presentó en mi casa. Había averiguado entre las gentes de la nueva situación sus intenciones respecto de mí. No teniendo yo cargo que pudieran quitarme ni enemistad personal con ninguno de ellos, optaban por no tomarme en cuenta si yo me avenía a quedarme tranquilo. No exigían por ello ningún compromiso.

Ni lo habría contraído. Estaba seguro de que no tardarían en producirse levantamientos. En el Norte, toda nuestra esperanza se cifraba en don Abraham González, Gobernador de Chihuahua, que podía poner en pie de guerra su estado. Pronto se supo que los militares, después de aprehenderlo en Chihuahua, lo habían bajado del tren en una estación desierta, y lo habían asesinado. El ejecutor de la hazaña recibía como premio la banda de general.

Adolfo Valles, inspirado siempre en noble afecto, me aleccionaba: «Déjese ya de buscar revanchas. Han caído ustedes sin deshonor, y eso basta... Lo reconocen así los mismos enemigos... El nuevo Ministro X me ha dicho que lo lleve a usted con él...»

Salí yo de mañana para buscar a los leales; procurábamos comunicarnos con los grupos de los estados... Mientras esperaba por la Reforma, vi acercarse a mi taxi a un sujeto sonriente: era Pansi...

—¡Ingeniero! ¿Usted anda escapando? —pregunté—. ¡Con cargo importante y codiciable...!

—No —repuso Pansi—, no he tenido novedad y todavía no sé si aceptan mi renuncia... Sí; quizá me dejen fuera... Querrán ese cargo para sus íntimos... ¿No le parece? Pues ahora —añadió— lo lógico es que Félix Díaz sea el Presidente...

Veíase tan lamentable aquel rostro inquieto por el puesto que perdía, en acecho ya de perspectivas desesperadas, que volví la cara para no verlo. Me debía servicios; por eso no lo insulté... ¡Era lógico que el vencedor subiese al poder! Sí; pero contra la lógica estaba nuestro despecho; contra la intriga estaba todo un pueblo ofendido en su entraña... Ya verían los lógicos. Cuanta más infamia se fuese acumulando mayor sería el estallido nacional. Oscuramente, tímidamente, se esparcían los rumores. En Guerrero se habían vuelto a levantar en armas los Figueroa. Salieron tropas para Guerrero. En Sonora la Legislatura desconocía al nuevo régimen. De Coahuila

llegaban noticias vagas. Don Venustiano ponía condiciones. No era maderista. Él también había estado a punto de levantarse contra Madero; pero ahora reclamaba que le conservasen el gobierno de Coahuila, y mientras Rodolfo Reyes salía a parlamentar con Carranza, la Legislatura de Coahuila, por voto unánime, impuso el camino de la rebelión.

No todo estaba perdido. Era el momento de conspirar y repartir los fermentos. En mi bufete comencé a despedir clientes; otros me dejaron antes de que los despidiera. Aquello sería centro de conjuraciones hasta que viniese a cerrarlo la policía. El pormenor de estos días pavorosos requiere, por su extensión, el espacio aireado de otro volumen. Ojalá me sea dado escribirlo pronto y deshacerme de tanto recuerdo en favor de la imprenta, pues a semejanza del marinero de Coleridge:

*«till my ghastly tale is told,
this heart within me burns.»^[*]*

AGUSTÍN VERA

AGUSTÍN VERA

(1889-1946)

AGUSTÍN VERA presenta en *La revancha* —dentro de los cambios sociales que produjo la Revolución— vidas y acontecimientos que, a través de los años, ata el hilo de la fatalidad.

Nació el 22 de octubre de 1889 en la ciudad de Acámbaro (Estado de Guanajuato) y fueron sus padres don Valentín E. Vera y doña Dolores Vallejo de Vera. Hizo sus primeros estudios en la ciudad de Puebla, en la escuela del Convictorio Angelopolitano de San Luis Gonzaga, y posteriormente en Aguascalientes —adonde la familia se había trasladado— bajo la dirección del profesor Eugenio Alcalá.

En 1900, cuando Agustín tenía once años, su familia se radicó en la ciudad de San Luis Potosí. Ahí continuó sus estudios con los profesores Bartolo Guardiola (después director de Instrucción primaria del Estado) y Santos Hernández Guevara. Ingresó finalmente al Instituto Católico y Literario, en donde siguió la carrera de Leyes. Se recibió de abogado el año 1914.

Fue compañero de Ramón López Velarde en el Instituto, amigo del poeta y crítico Jesús Zavala y formó parte de la juventud literaria potosina de su tiempo. Escribió versos y artículos y colaboró en los periódicos y las revistas literarias, pero el teatro lo atrajo de un modo especial. Dejó unas diez obras dramáticas, entre ellas *La vida rota*, *El humo de la gloria*, *La culpa de todos*, *Toda una vida* y *La mujer caída* (todas comedias en tres actos), *El nahual* (tragedia en tres tiempos). Como en los cuentos (comedia en dos actos), *La cena de Margot* (cuento en un acto) y *Huelga* (drama de la vida obrera, en un acto).

A pesar de haber nacido en el Estado de Guanajuato puede decirse que Agustín Vera consideraba a San Luis Potosí como su ciudad natal. Celebró, con espíritu de hijo del Estado, las Leyendas y tradiciones potosinas, de las que publicó un volumen (*San Luis Potosí*, 1941) y dejó otro en manuscrito. Escribió también cuentos y novelas; de éstas la obra más importante es sin duda *La revancha*.

Después de recibido ocupó el cargo de juez y llegó a ser magistrado del Tribunal Supremo de Justicia del Estado. En la Universidad de San Luis Potosí fue profesor de Derecho Internacional Privado (En la Escuela de Leyes) y de Literatura y Preceptiva. La ciudad de San Luis Potosí ha premiado el interés que le demostró este distinguido hijo adoptivo suyo dándole su nombre a una de las calles del antiguo barrio de Tequisquiapan.

Agustín Vera murió en la ciudad de San Luis Potosí el 13 de mayo de 1946. (Debo los más importantes datos de la presente nota a mi estimado amigo el

distinguido historiador y arqueólogo Joaquín Meade.)

LA REVANCHA.—En El Mezquital, pequeño lugar del Estado de San Luis Potosí, cerca del cual está la hacienda de La Providencia —que sufre en sus labores por los trastornos revolucionarios—, se ha levantado en armas el grupo del cojo Timoteo para huir de la opresión y combatir las injusticias y los abusos de los hacendados. Llega un momento en que tiene que decidirse por alguno de los caudillos rivales: Villa o Carranza. Lo echan a la suerte y van a engrosar las filas carrancistas. Después de lograr la satisfacción de algunos agravios y de cooperar al triunfo de Carranza, entran en la ciudad de San Luis Potosí.

En esta parte la novela pinta el ambiente de la ciudad ocupada por las fuerzas revolucionarias: los regocijos, los atropellos y las satisfacciones de aquellas hordas. Los cabecillas que pelearon en favor de Carranza se encumbran, suben de nivel social. Aprenden a hablar, a vestirse, a gustar de las comodidades.

El antiguo cabecilla que, en venganza de un agravio, mató al hacendado suele encontrarse, años después, ya en la ciudad de México, con la hija, la mujer o la novia de su víctima. En La revancha el general Guerrero se encuentra con la novia del hacendado sacrificado por él. Ambos ignoran su relación con el pasado y —como ha sucedido en la realidad novelesca de nuestra revolución y de otras revoluciones— llegan a amarse. No descubren quiénes son hasta que una circunstancia fortuita, fatal, les revela su identidad. El amor se transforma en odio y sus destinos —que en la novela de Agustín Vera iban a anudarse en el matrimonio— se rechazan con violencia y el general muere a manos de Lupe, víctima inocente de su antigua venganza, Némesis que agrega un eslabón más a la cadena de represalias.

La novela desarrolla con equilibrado ritmo esas tres fases: el puñado de campesinos que se convierte en un núcleo revolucionario que consolidan y encumbran sus triunfos; la vida en la capital del Estado, donde las fuerzas revolucionarias se organizan y toman contacto con un medio civilizado, y, finalmente, su establecimiento en la capital de la República como parte de los órganos administrativos y de los efectivos militares del gobierno federal.

La realidad ha sido bien insta por Vera, unas veces de cerca y otras de lejos, según lo exigían las perspectivas de la narración. Quien conozca la vida del San Luis Potosí de aquellos tiempos descubrirá que muchas figuras han sido tomadas de la realidad.

La parte más difícil de la novela era sin duda el final, cuando en Lupe — enamorada ya del general Guerrero— comienzan a luchar sus sentimientos y sus recuerdos, sus temores y sus esperanzas, un pasado que la ata y un porvenir que la atrae, hasta que llega el desenlace, en que el recuerdo imborrable del ser amado cambia el signo de su pasión y convierte al amor en odio que se arma y que mata.

Dentro del cuadro sucinto de esta novela no era posible entrar en mayores

detalles psicológicos, y este episodio —cuya realidad abonan varios casos históricos de la revolución— está pintado con un trazo hábil, rápido y sintético que le conserva su plausible carácter de arrebatado al mismo tiempo inexplicable y largamente acariciado.

OBRAS NARRATIVAS DE VERA: En la profunda sombra. *San Luis Potosí.*—La revancha. *San Luis Potosí, 1930.* —Una pasión. *Novelas cortas:* Extraña aventura, El retrato de Chopin, Último amor y La novia de cera.

ANTONIO CASTRO LEAL.

LA REVANCHA

No bien se perdió a lo lejos, en la amplitud de la llanura sin término, el eco del silbato del tren de Laredo que a toda velocidad proseguía su marcha hacia el Norte, cuando en un recodo que conducía de la estación a la hacienda apareció la figura de Apolonio, empequeñecida por la distancia, golpeando despiadadamente con sus talones desnudos los flancos de la escuálida cabalgadura que montaba.

Apolonio era el encargado de recoger diariamente, de la pequeña estación del ferrocarril, la escasa correspondencia que llegaba para los habitantes de *La Providencia*. Y no tanto por las cartas que pudiera haber cuanto por los periódicos que de México y San Luis Potosí le llegaban a don Pedro, el administrador de la hacienda, y que todos devoraban con ansiedad para enterarse de las novedades de la revolución.

A un kilómetro escaso de la vía del ferrocarril que une a la ciudad de México con Laredo, y como a dos horas al norte de San Luis Potosí, encontrábase situada la hacienda de *La Providencia*, finca de no muy gran extensión, de terrenos pobres y arenosos en los que todo cultivo era poco menos que imposible. Cerca de la casa principal o «casco», unas cuantas fanegas de sembradura daban su cosecha de frijol o maíz solo cuando el pequeño estanque, formado en un repliegue del terreno, lograba recoger un poco de agua en la época de lluvias. El resto componíanlo llanuras áridas y pedregosos lomeríos, en los que los chaparros, mezquites, palmas, magueyes y nopales crecían espontáneamente, de trecho en trecho, y donde el único aprovechamiento era el corte de leña para hacer carbón, la talla del ixtle y la penca del maguey para alimentar una minúscula fábrica de vino mezcal, sola industria de aquella región.

Al pie de una de aquellas lomas, cubierta de vegetación enmarañada y terrosa, se levantaba solitaria y hosca, como una fortaleza avanzada en el desierto de las llanuras despobladas, la casa de *La Providencia*, vieja edificación de la época de la Colonia, de gruesos y pesados muros corroídos por el tiempo y calcinados por el inclemente calor de innumerables veranos, en los que ni la más ligera nube empañaba un cielo que llovía fuego, y de puertas y ventanas anchas y chaparras, guardadas éstas por sólidas verjas de hierro enmohecido. La casa servía al mismo tiempo de habitación al dueño y los empleados de la hacienda y de escritorio y administración.

Diez años hacía que era administrador de *La Providencia* don Pedro Martínez, quien, no obstante haber pasado ya de los sesenta, era hombre robusto y de una fortaleza a toda prueba para las pesadas labores de su cargo. Nacido y criado en el campo, a éste había dedicado su vida entera; despreciando los peligros de aquella época —en que la furia revolucionaria asaltaba ranchos, haciendas y poblados, incendiando, robando y dando muerte— no había querido abandonar la hacienda e irse a refugiar a San Luis, como le aconsejaba su patrón. Prefirió quedarse allí y correr los riesgos propios de las circunstancias, trabajando en una forma casi

rudimentaria, con los escasísimos elementos que le habían dejado las partidas revolucionarias que merodeaban por aquellos lugares y que, con más frecuencia de la deseada, lo iban a interrumpir en sus penosos quehaceres.

Con él se había quedado el tenedor de libros, a quien todos llamaban cariñosamente don Juanito, no porque fuera hombre de edad avanzada, sino por su carácter amable y dulce, y quien por no tener familia ni ninguna casa a donde ir a parar en San Luis, había hecho de *La Providencia* su propio hogar. Allí sentíase verdaderamente feliz y sus ratos de ocio, que en aquel entonces eran frecuentes, ocupábalos en escribir versos melancólicos y apasionados a una novia que nadie le conocía y en leer libros sobre socialismo y filosofía, de que hacía buena provisión cada vez que por algún encargo de don Pedro o por el deseo de asistir a una función de teatro o de cine, que eran sus espectáculos predilectos, emprendía un viaje a la capital potosina.

Y con ellos corría la aventura don Rufino, un español llegado un año antes de Cataluña en los momentos precisos en que estalló la chispa revolucionaria, y que habiendo ofrecido a su mujer y a sus pequeños hijos que pronto volvería rico, como había visto regresar de América a tantos compatriotas suyos, se empeñaba en hacer dinero a toda costa y era enemigo de la más insignificante pérdida de tiempo.

Había rentado por su cuenta la fábrica de vino de la hacienda, y por esto no había querido tampoco salir de *La Providencia*, no obstante que sabía el peligro que amenazaba a todos los extranjeros, y muy especialmente a los españoles, que caían en poder de los revolucionarios. Y sentíase defraudado en sus intereses cada vez que por la proximidad de alguna partida se veía obligado a huir al monte en compañía de don Pedro y don Juanito, hasta que pasaba el peligro, y mientras que los revolucionarios devoraban una o dos cabezas de ganado y se embriagaban con el vino de su fábrica.

—¡Mecachis! —rugía entonces rabioso de indignación—. ¡Cada viajecito de estos canallas me cuesta más de trescientos pesos!...

Y entre blasfemias y juramentos afirmaba solemnemente que si él fuera general en ocho días acabaría con aquellos bandidos, los perseguiría sin cuartel y los haría colgar vivos de los postes del telégrafo para que sirvieran de escarmiento a todos sus congéneres.

Aquella mañana luminosa y tibia de principios de noviembre encontrábase don Pedro en el escritorio de la hacienda dictando a don Juanito unas cartas que éste escribía en una antiquísima máquina Olivier de tecloteo cansado y escandaloso, cuando se oyó afuera el ruido de una cabalgadura que, tras de precipitada carrera, se detenía bruscamente.

—Ya está ahí Apolonio —dijo con cierto alborozo don Juanito, mientras se acercaba a la ventana para recibir las cartas y periódicos que aquél iba sacando de entre la blusa de mezclilla azul.

Y dirigiéndose al recién llegado le pidió informes de que por qué el tren había llegado con tanto retraso.

—Es que lo tirotearon en el camino —repuso Apolonio, al mismo tiempo que con una mano se arreglaba un mechón de pelo que le caía sobre la frente sudorosa—. Me dijo un soldado de los de la escolta que adelante de Venado habían desclavado un riel y que por poco se voltea la máquina...

La noticia no causó la menor extrañeza ni en don Pedro ni en don Juanito, que ya estaban acostumbrados a sucesos de tal índole. Raro era el día, desde que la revolución principió, en que el tren llegaba a su hora, y con mucha frecuencia sucedía que por días enteros y aun semanas el tráfico quedaba paralizado por completo. Las partidas revolucionarias que actuaban por aquella región no daban un momento de descanso a los pequeños destacamentos que guarnecían las estaciones y los pueblos. Era cosa común y corriente que los puentes del ferrocarril ardieran o fueran volados con dinamita, arte en el que habían adquirido asombrosa práctica los rebeldes; que grandes tramos de la vía férrea fueran destruidos para impedir el paso de los convoyes, mientras de alguna prominencia o desde los matorrales cercanos tiroteaban despiadadamente a las escoltas que iban a bordo de los trenes. O bien que con una enorme bomba de explosivos construida con cualquier tubo de fierro, hicieran saltar la locomotora y los carros de la tropa, causando numerosas víctimas y sacrificando después, sin compasión, a todo aquel que caía con vida entre sus manos. Al terminar estos asaltos, los cadáveres mutilados y sin ropas, quedaban abandonados entre los escombros de los carros destruidos.

Mientras don Pedro se enteraba de dos cartas llegadas para él —una de don Manuel, el dueño de la hacienda, y otra de Guadalupe, su hija única, que desde San Luis le escribía casi a diario—, don Juanito procedió a desenfajillar los periódicos y, extendiéndolos meticulosamente sobre el escritorio, empezó a leer los encabezados que con grandes caracteres aparecían a todo lo ancho de la primera plana.

No hacía mucho que Apolonio había llegado con el correo cuando don Rufino, que desde la fábrica de vino estaba al pendiente de su arribo, entró en el escritorio, cubierto de polvo y de sudor, limpiándose la frente y la escasa cabellera con un enorme pañuelo de colores chillantes que lo mismo le servía para asearse el rostro y la nariz que para sacudir el polvo de sus toscas botas de cuero amarillo.

—¿Qué cuentan de nuevo esos papelotes, don Juanito? —era su pregunta clásica al trasponer los umbrales de la habitación, al mismo tiempo que daba vueltas en la boca a un puro a medio consumir que casi siempre traía apagado—. ¿Ya mero se acaba esta pelotera?

Se apoderaba de uno de los periódicos de México, que eran los que traían información más amplia, e iba a dejarse caer pesadamente en un vasto sillón forrado de cuero, donde, tras de encender por enésima vez su puro, empezaba a leer a grandes voces los llamativos títulos que aparecían ante sus ojos.

—¡Ora sí que nos llevó el demonio!... ¡Mecachis! ¡El general Villa se sublevó contra Carranza y ha empezado a movilizar sus tropas hacia el Sur!... ¡Esto sí que estuvo bueno, amigos! ¡Bonita se va a poner la cosa!... Se acabaron los federales y

ahora sigue la bola entre ellos mismos... ¡Mecachis!

Don Pedro y don Juanito, de pie tras el sillón donde don Rufino leía lanzando al aire bocanadas del humo pestilente de su puro, seguían con la vista las líneas del periódico que éste tenía abierto entre sus manos.

Las noticias no eran nada halagadoras. La Convención de Aguascalientes había sido un completo fracaso. Los jefes revolucionarios, tras de discutir acaloradamente infinidad de tópicos y de estudiar las numerosas dificultades políticas que habían surgido al triunfo de la revolución, terminaron por echar mano de sus pistolas como argumento supremo y jurar ante una bandera nacional, en la que estamparon sus nombres, la unión de los diversos partidos revolucionarios. A pesar de aquel pacto solemne y no obstante el juramento hecho y las firmas estampadas, el general Villa, el temible y sanguinario Villa, con su poderosa División del Norte, compuesta de más de veinte mil hombres, asumía una actitud rebelde, pero ya no contra Victoriano Huerta, sino contra el Jefe Supremo de la revolución, el propio Venustiano Carranza, que hasta aquel momento había podido conservar el mando de las diversas facciones que lucharon contra la usurpación huertista...

Entre burlón y malhumorado, don Rufino interrogó lanzando un suspiro de desconsuelo:

—¿Cómo la ve ahora, don Pedro? ¿No le parece que esto sí ya no tuvo remedio? Nada que se quieran poner en paz estos hombres... ¿De qué sirvió, entonces, que nombraran Presidente a Eulalio Gutiérrez?

Don Pedro movía pesimista la cabeza y con acento de quien nunca tuvo fe en que todo aquello pudiera terminar bien, se concretaba a responder con frases cortadas.

—Ya me lo temía... ¿Qué cosa buena podía resultar de esa cena de negros en la que cada general, por el simple hecho de haber volado trenes y asesinado a gente indefensa, se cree con derecho para ser Presidente de la República? Ésta sí que es la mera buena, don Rufino... Ahora va usted a ver cómo se agarran unos con otros y ni los huesos les truenan... ¡Qué caray!

De estas simples pláticas originadas por la lectura de los periódicos surgían acaloradas discusiones que se prolongaban horas enteras, más allá del mediodía, en que uno de los mozos de la hacienda iba a avisarles que la comida estaba esperando.

En el calor de la disputa, cada uno tomaba su partido y trataba de imponer sus ideas a sus contrincantes. Don Pedro, encariñado con la época de paz que brindara al país el gobierno del general Díaz, volvía siempre sus recuerdos hacia aquellos tiempos en los que —afirmaba con lisonjero orgullo como si se tratara de cosa propia— la tranquilidad pública era una realidad y cualquiera que intentaba trastornarla era duramente castigado.

Se apoderaba de su espíritu un entusiasmo casi juvenil al recordar aquellos días de su ya lejana mocedad, y subiendo la voz continuaba con tono que casi era oratorio:

—Entonces sí que la propiedad y la vida eran respetadas a carta cabal. Entonces sí que los hombres de bien, los que dedicaban sus energías al trabajo honrado, a ganar el

pan con el sudor de su frente, como lo manda la ley de Dios, engrandeciendo y enriqueciendo a la Patria, gozaban de toda clase de garantías y eran respetados y apoyados por las autoridades... Pero ahora todo es diferente. Desde que el apóstol Madero enarboló la bandera de la rebelión, enardeciendo y soliviantando a las chusmas y deslumbrando con sus palabras de redención a unos cuantos malvados, ningún hombre decente puede vivir en México...

El anciano administrador se detuvo un momento para tomar aliento y dar tres fumadas a su cigarro de hoja, y luego prosiguió:

—No, don Rufino... Esto que usted ve ahora no es México, no es nuestro querido México, en el que hay riquezas para todos los hombres honrados que quieran trabajar... Usted vino por acá en mala época. Si usted hubiera visto lo que era esto hace todavía cuatro años, cuando el gobierno era gobierno de verdad... Los que ahora están arriba lo único que quieren es hacerse de dinero, amontonar millones, y que a los demás se los lleve el diablo.

Con profunda atención escuchaba don Rufino aquellos apasionados discursos que le hacían comprender que México, efectivamente, debió de haber sido en otros tiempos un país próspero y hermoso. Pero a él habíale tocado la mala suerte de desembarcar en Tampico precisamente quince días después de que Madero y Pino Suárez habían sido sacrificados en la capital de la República, tras la espantosa carnicería de la Decena Trágica.

—Lo que yo pregunto —argumentaba el catalán en su deseo de poder trabajar intensamente y de volverse cuanto antes a su patria con una regular fortuna— es qué es lo que quieren ahora. ¿Que Victoriano Huerta era un usurpador? Ya lo derrocaron, y el ejército federal, con todos sus generales, se acabó también... Entonces, ¿por qué pelean ahora? ¿Es que piensan seguir esta lucha, que cuesta ya tantas vidas y tantos millones al país, hasta que el hambre y la peste acaben con los pocos mexicanos que quedan?

—¿Que qué es lo que quieren? —replicaba don Pedro—. Pues lo que han querido siempre, desde que comenzó la pelotera: robar y solo robar... ¿Cree usted que, como dicen en sus periódicos, luchan por ideales, por la defensa de una causa noble? Yo me río de todas esas simplezas. Ya verá usted, don Rufino; ya verá usted. Tan luego como todos esos generales sean ministros y presidentes y tengan las bolsas bien llenas, ni siquiera se vuelven a acordar del miserable pueblo en cuyo nombre han hecho toda esta bola... Ellos serán los primeros en tratar a puntapiés a todos los que les ayudaron a subir, a todos los que regaron con su sangre los campos de batalla.

Dando vueltas de un lado para otro, el tenedor de libros escuchaba aquellas discusiones en las que don Pedro encontraba una brillante oportunidad para descargar su encono hacia la revolución. En muchas ocasiones prefería permanecer callado para evitar que la disputa se agriara y los ánimos se exaltasen más. Él no estaba de acuerdo con las ideas de don Pedro y don Rufino, no porque fuera partidario de la revolución y sus excesos, sino porque había tratado de comprender las causas de todos aquellos

acontecimientos y había llegado a la convicción de que el mal venía de muy lejos, de tiempos y sucesos remotos que generalmente pasaban inadvertidos para quienes no sabían estudiar los antecedentes, origen de un fenómeno de tal naturaleza. Para él, la revolución no era sino el efecto lógico y natural de una serie de males que, durante años y tal vez siglos, se habían venido sumando unos a otros. ¡Mentira que la revolución la hubieran hecho Madero o Carranza! La revolución era porque forzosamente tenía que haber sido: fuerza ciega, bruta, que durante mucho tiempo se había venido acumulando y que el régimen dictatorial de Porfirio Díaz había logrado contener hasta el momento en que aquella fuerza fue superior al dique que la contenía. Roto éste, se desbordó, arremetiendo contra todo lo que se oponía a su paso, como la bestia acorralada cuando salta las vallas de su prisión, como el torrente arrastra árboles, peñas y poblados. Así también las pasiones humanas, largo tiempo dominadas, tienen furores de bestia y de torrente cuando rompen el freno que las ha tenido oprimidas.

—Y usted, amigo don Juanito —dijo de pronto el ibero volviéndose en su sillón para tomar mejor postura—, ¿qué nos dice de esta nueva hazaña de Villa? No me extrañaría que estuviera usted de plácemes, ya que es tan partidario de la revolución...

—Yo no puedo decir aún si el general Villa ha hecho bien o no en sublevarse contra el Primer Jefe. Sus razones debe haber tenido, y mientras no las conozcamos será aventurado decir cualquier cosa —replicó un tanto molesto por la puya el tenedor de libros—. Pero lo que sí puedo asegurarles es que la revolución debe la mayor parte de sus éxitos a Villa, que es el hombre más valiente con que cuenta.

El asombro y la indignación se pintaron en el rostro de don Pedro. ¡Valiente Villa! ¿En qué consistía su valor? ¿En las crueldades y asesinatos con que había marcado su paso por los Estados de Chihuahua, Durango y Zacatecas? ¿En los incendios y saqueos de poblaciones enteras? ¿En los fusilamientos en masa con ametralladoras para ahorrar tiempo? ¿En las violaciones de niñas, de diez y doce años, con que él y sus soldados se complacían cada vez que entraban a los pequeños poblados?

—Eso no es ser valiente —rugía don Pedro—. Eso es ser canalla y miserable. ¡Abusar así de la fuerza, incendiar por destruir, matar nada más porque sí, causar todo el daño posible únicamente por el placer de hacerlo, no enaltece ni da honor a nadie! Eso solo lo hacen los malvados, los perversos, los que llevan en la sangre la ferocidad de las bestias salvajes o de los hombres de las cavernas, que se solazan mirando la sangre que mana de la herida por ellos mismos abierta... ¡Villa es un chacal, una pantera, cualquier cosa, menos hombre!

A esto replicaba don Juanito diciendo que había que recordar que la revolución era una lucha en la que los hombres iban a matarse, a pelear desesperadamente en la forma que mejor podían. Era una guerra sin cuartel, a muerte, en la que el vencido tenía forzosamente que perecer. Si Villa hubiera caído en poder de los federales, ¿acaso le hubieran perdonado la vida? ¡Claro que no! Lo hubieran sacrificado y su

cuerpo hubiera sido arrastrado por las calles para que todo el mundo se diera cuenta de que el famoso bandolero —como lo llamaban— había pagado bien caro sus osadías. La revolución era la revolución..., como decía uno de los consejeros de Carranza. No había que esperar de ella ni piedad ni conmiseración para nadie. El que caía, caía irremediabilmente, para no volverse a levantar jamás...

El español movía negativamente la cabeza, inconforme con aquellas ideas de crueldad y exterminio.

—Estas revoluciones bárbaras solo aquí se ven. Ésta no es una lucha de hombres que defienden un ideal, sino de fieras que se disputan una presa... Mire usted que yo soy catalán y los catalanes somos por naturaleza revolucionarios de ideas y de hechos.

Las protestas de don Rufino hacían sonreír a don Juanito, que intencionalmente no lo interrumpía en su perorata, porque le agradaba ver las gesticulaciones y ademanes exaltados con que acompañaba sus palabras. Pero luego, con una sonrisa entre burlona e irónica que exasperaba a aquél, replicaba:

—La verdad es que ustedes no saben lo que es hacer una revolución ni derrocar a un gobierno. Todo se les va en hablar, en echar discursos y más discursos, en hacer planes y preparativos. Y a la hora de la hora, tres o cuatro son los únicos que tienen el valor suficiente para arrojar unas cuantas bombas, pequeñitas como naranjas, en cualquier calle solitaria. Los demás se esconden o corren tan luego como ven aparecer el primer gendarme. Y mientras se les tenga miedo a los gendarmes no puede haber revolucionarios de verdad...

*

Alrededor del mismo tema prolongábase la discusión indefinidamente. Atacando a veces, defendiendo otras, cada uno exponía sus opiniones y puntos de vista. Don Pedro era el que menos transigía con el tenedor de libros, el cual trataba de hacerles comprender que la revolución era para las clases populares del país tan indispensable como el aire y el agua para todo ser viviente.

—Si no hubiera sido hoy, hubiera sido mañana —afirmaba don Juanito—. A nadie más que al general Díaz se puede culpar de lo que está sucediendo...

—¡Cómo! —interrumpía don Pedro—. ¿Quién se atrevería a culpar al general Díaz del desorden actual? Bastante luchó por acabar con todos esos agitadores y políticos de profesión que viven, como los buitres, de estos estados de anarquía. Decir que el general Díaz fue el culpable... ¡Qué descaro!

Haciendo acopio de calma y de serenidad, don Juanito les explicaba el porqué de su afirmación. Y entraba en detalles: Era cierto, como repetía con frecuencia don Pedro, que durante los treinta años de gobierno del general Díaz el país estuvo en calma. Las industrias crecieron, las ciudades se embellecieron, todo el mundo encontraba dónde trabajar y hasta la gente del campo tenía su cuarterón de maíz y su

vara de manta con que vestir. Pero en aquella aparente felicidad había un desequilibrio enorme, una desigualdad que no podía durar eternamente, una injusticia profunda que en muchos casos rebelaba por lo inhumana y cruel... Las riquezas, todas las riquezas del país, estaban en manos de unos cuantos privilegiados que con el título de amigos del Presidente lo rodeaban y no permitían que nadie se acercara a él para que no lo enterase de lo que ocurría en el país. Aquello era un acaparamiento, un verdadero monopolio de la riqueza y del poder públicos. Nadie, fuera de los amigos del general Díaz, podía aspirar a una concesión nacional, a un puesto público; vamos, ni siquiera a que se les hiciera justicia... Aquellos señorones, enriquecidos gracias a esta jugosa amistad, vivían en la capital como príncipes, como amos y señores, dueños de todo el país, gozando de toda clase de consideraciones y respetos por parte de las autoridades y derrochando el dinero a manos llenas, un dinero que no les costaba ningún trabajo ganar y que les mandaban de las haciendas extensísimas de que eran propietarios. Y por otro lado, la gente trabajadora, los obreros, los campesinos, los jornaleros, que vivían miserablemente, casi como animales, en los pequeños poblados y en los campos, trabajando dieciocho y veinte horas diarias, sin consideración ninguna, como bestias de carga, mal alimentados y mal vestidos, ganando sueldos irrisorios de dos y tres reales al día... Los protegidos del general Díaz sentíanse satisfechos de aquel estado de cosas, pero en cambio el pueblo sufría dolorosamente y se resignaba con su suerte, porque no podía hacer otra cosa. Los jefes políticos estaban continuamente alertas, y tan luego como cualquiera de aquellos infelices oprimidos por el hambre trataba de manifestar su inconformidad, echábanse sobre él y tras largas prisiones los remitían por «cordillera» a engrosar las filas del ejército.

—¿Cómo quieren ustedes —preguntaba don Juanito— que este estado de desigualdad social se prolongara eternamente? Algún día tenía que llegar en que los de abajo tomaran la revancha. Fueron humildes y mansos mientras la mano del dictador fue lo suficientemente fuerte para tenerlos doblegados; pero el día en que se dieron cuenta de que aquella mano temblaba y de que cerca de aquel hombre no había otro que tuviera sus tamaños para empuñar la espada que él dejaba caer, ese día, en un solo instante, animados por una misma fuerza, levantaron la cerviz humillada y dijeron; «¡Hasta aquí!»

Don Pedro y don Rufino, que habían escuchado con atención los razonamientos de aquel hombre pequeño y endeble, que a primera vista tenía el aspecto de un monje consumido por el ayuno, no encontraron de momento qué contestar.

—Es verdad, es verdad —murmuraba el español sacudiendo con el dedo la ceniza del puro, otra vez apagado—. Las medidas extremas siempre producen resultados nefastos. Las dictaduras traen siempre como consecuencia la revolución...

Y don Pedro, por no quedarse callado y aparecer como vencido, se atrevía a argüir:

—Ni tanto, ni tanto... Es cierto algo de todo eso que dice don Juanito; pero no

fueron esas las causas que dieron origen a los primeros levantamientos. Los ambiciosos, señores; los ambiciosos fueron los que empezaron a menear el agua... Hoy aquí, mañana allá, ofreciendo por todos lados dinero y libertad a todo el mundo. ¿Saben ustedes, hablando en plata limpia, cuál ha sido la verdadera causa de la revolución?

—¿Cuál? —interrogaron al mismo tiempo sus interlocutores.

—Pues la que menos se figuran ustedes —y tomando una actitud solemne de quien va a revelar un enorme secreto, prosiguió—: La verdadera causa de nuestras revoluciones, de ésta y de todas las que en México ha habido desde que nos emancipamos de España, no es otra que la enorme, la profunda ignorancia de nuestro pueblo, que se cree lo primero que le dicen. Siempre ha sido lo mismo; un puñado de pícaros, de malvados, que aprovechando la menor oportunidad engañan a los pobres indios, ofreciéndoles dinero a manos llenas y que ya no tendrán que trabajar para vivir. De esta manera los engatusan y se los llevan para que sirvan de carne de cañón.

No bien hubo terminado don Pedro, cuando don Juanito se apresuró a aclarar que aquello que el administrador decía era, precisamente, un nuevo argumento en favor de lo que él sostenía, un nuevo cargo —y tal vez el más tremendo— que había que hacer al general Díaz.

—Porque —argumentaba— no hay razón ni disculpa que valga para explicar el empeño de don Porfirio en mantener al pueblo en la más criminal de las ignorancias. Nada le faltó para haberlo educado en los treinta años de su reinado. Dinero lo tuvo a montones. Tranquilidad pública, la hubo. Entonces, ¿por qué permitió que el indio y el trabajador siguieran en su condición de semianimales, sin darles la luz de la civilización? Hay quienes aseguran que lo hizo intencionalmente, porque sabía que de esta manera le sería más fácil gobernar. Tal vez, porque descendía de raza indígena, decía que no hay peor enemigo que el indio educado. Todos los esfuerzos de su gobierno los concentró en embellecer la ciudad de México, en hacer grandiosos palacios, parques bellísimos, monumentos imponentes; pero el resto del país, las ciudades de provincia, las poblaciones de tercero y cuarto orden no recibieron ninguno de estos beneficios.

En aquella ocasión don Juanito había estado verdaderamente feliz. Había logrado no únicamente confundir, sino impresionar a sus contendientes, y sentíase dueño de la situación. Levantaba el brazo en el aire, en ademán de proseguir su discurso, cuando don Rufino lo detuvo:

—Será tal vez como usted dice, amigo don Juan. Pero lo cierto es que esto ya va cansando la paciencia. ¿Qué tenemos que ver nosotros, hombres de trabajo y que ni siquiera conocimos a don Porfirio, con lo que él y sus amigos hayan hecho? Yo no quiero sino que se pongan en paz, que nombren un Presidente, sea quien sea, y que nos dejen trabajar como Dios manda...

Y como en aquel momento pasara frente a la ventana del escritorio una carreta desvencijada que crujía y chirriaba a cada vuelta de sus ruedas, tirada por una mula

de piel untada a los huesos, el español fue corriendo a la ventana y le gritó al que iba guiando la bestia:

—¡Eh, Pancracio! ¿Por qué vienes hasta ahora y con la carreta vacía? ¿Por qué no trajiste la penca? ¿No ves que sin ella tendremos que parar la fábrica a la tarde?

El interpelado, un mocetón de rostro enjuto y cabellera lacia y sucia de tierra y de sudor, echóse a un lado el sombrero de palma de anchas alas, y rascándose pausadamente la cabeza, replicó:

—Es que me encontré a los *carranclanes* al pasar el arroyo y no me dejaron seguir adelante, mi jefe...

—¿A los *carranclanes*? —exclamó don Rufino abriendo los ojos y la boca, de la que cayó la colilla de puro reblandecida de tanto masticarla—. ¿Y qué te dijeron?

—Pos yo no sé... Qu'isque ya viene Villa... Qu'isque a Carranza se lo va a llevar la tiznada... Pos la mera verdá, pos pa qué le digo... Yo no supe ni lo que dijeron del miedo que traiba...

—¿Y cuántos eran?

—Muchos, mi jefe. Pos serían como tres docenas, pos pa qué l'echo mentiras. Traiban muy güenos caballos y harto parque. Me preguntaron si había vino en la fábrica pa venir a saborearlo...

Una interjección rotunda y canallesca brotó de los labios del catalán. Su rostro, momentos antes rojo y congestionado, tornóse lívido. Y volviéndose a don Pedro y don Juanito, que tras él habían estado atentos al diálogo con el peón, exclamó entre azorado y rabioso:

—¡Recontra! ¿Ya oyeron ustedes? Ahí vienen otra vez esos malditos... Apenas la semana pasada se llevaron una barrica de vino y quién sabe lo que ahora se vayan a robar... ¡Mecachis! ¿Qué hacemos, don Pedro?

Éste, indeciso en la determinación que debían tomar, se rascaba nerviosamente una oreja mientras sus pupilas se perdían en la contemplación de la llanura caldeada y reverberante por el sol.

—Por sí o por no —dijo—, lo mejor será estar preparados. Si fuera el cojo Timoteo, lo esperábamos; al fin que ya nos conoce y con nosotros se ha portado siempre bien. Pero a mí se me hace que éstos no son de por aquí. Eso de que traigan buenos caballos y mucho parque, según dice Pancracio, me da mala espina...

Y asomándose a la ventana llamó a un peón que debajo de un mezquite estaba arreglando uno de sus huaraches:

—Dile a Apolonio que ensille luego los caballos y los tenga listos por si los necesitamos. Y tú súbete a la torre de la troje y mira bien para el arroyo. Si ves venir algunos de a caballo, corre luego a avisarme.

—Ta bien, mi amo —dijo el trabajador, poniéndose el huarache recién compuesto, y cogiendo con ambas manos las anchas alas de su sombrero de palma para que no se lo arrebatase el viento, echó a correr hacia los corrales de la finca.

Don Juanito había recogido ya los libros de la contabilidad y algunos otros

papeles que estaban sobre el escritorio, y, oprimiéndolos con ambas manos contra el pecho, se fue a esconderlos en un viejo arcón olvidado en una de las bodegas interiores. Don Rufino, a su vez, corrió a la fábrica de vino y precipitadamente, sin poder dominar su nerviosidad, daba órdenes a los trabajadores para que ocultasen las cuatro o cinco barricas de vino elaborado y los aleccionaba en las contestaciones que debían dar en caso de que los rebeldes preguntaran por él.

—Díganles que desde ayer me fui para San Luis. Ya sé lo que éstos quieren; tratan de cogermme para ver si me sacan dinero. Pero primero me dejo colgar vivo que darles un solo peso... ¡Recontra!

Ante el peligro de la próxima llegada de los rebeldes, la confusión y el temor se apoderaba de los habitantes de *La Providencia*. Hombres y mujeres corrían en todas direcciones, gesticulando y hablando a grandes voces, como si intempestivamente se hubieran vuelto sordos. Las mujeres cargaban con sus gallinas, cerdos y demás animales domésticos, así como con las tortillas y condimentos que tenían preparados para la comida de aquel día, y los iban a esconder quién sabe dónde. Los hombres, lanzando agudos silbidos y agitando en el aire reatas y lazos, arreaban las pocas bestias de carga y tiro que quedaban en la hacienda, más unas tres vacas de ubres flácidas, para llevarlas entre los matorrales y ponerlas fuera del alcance de la rapacidad de los futuros visitantes.

Mientras se hacían todos estos preparativos con la precipitación que precede a un peligro inminente, el peón que atisbaba desde lo alto de la troje contemplaba con mirada atenta la lejanía de la llanura, en la que allá muy en lontananza y casi confundiéndose con la grisácea verdura de los arbustos requemados por el sol, alcanzaba a distinguir unas pequeñas sombras, diminutas como hormigas, que lentamente, lentamente, empezaban a moverse hacia la hacienda.

Y poniéndose las manos en la boca, a manera de bocina, hizo estremecer el aire con toda la fuerza de sus potentes pulmones:

—¡Ai vienen ya!... ¡Ai vienen ya!...

II

En la soledad de la llanura, envuelta por la nocturna calma, una voz masculina, aguardentosa y destemplada, entonaba con honda melancolía los versos en boga:

Desterrado me fui para el Sur,
desterrado por el gobierno,
y al año volví.
Por aquel cariño inmenso
me fui con el fin
de por allá quedarme...
Sólo el amor de esa mujer
me hizo volver...

La canción seguía hablando de amores y soledad, y la voz, a veces apagada, a veces con agudos que desentonaban, interrumpía el profundo silencio de los campos adormecidos bajo la fresca caricia de la noche.

En una hondonada del terreno el resplandor rojizo de una hoguera hacía resaltar, con perfiles vagamente delineados, peñas de color amarillento, arbustos raquíticos que hundían sus raíces en la dureza del tepetate, unos cuantos pirules y mezquites de armazones contrahechas y retorcidas, y una choza de adobe, con techumbre de zacate y ramas.

Era aquel el rancho de *El Mezquital*, enclavado a la vera de una cañada formada por un pequeño arroyo que solo en la época de lluvias llevaba agua y que por su situación topográfica había sido escogido, desde que estalló la revolución, como campamento o centro de operaciones de un grupo de rebeldes. Por encontrarse alejado de la vía del ferrocarril, y al mismo tiempo bastante próximo a Matehuala y otras poblaciones del norte de San Luis, el cojo Timoteo y los de su partida se habían fijado en él como lugar seguro para descansar de sus correrías, pues las pequeñas alturas que lo rodeaban permitían una vigilancia eficaz.

El cojo Timoteo se había lanzado a la revolución desde que don Venustiano dio el grito de rebeldía en Coahuila. No ostentaba ningún grado ni tenía nombramiento en forma del Primer Jefe; pero sus hombres lo llamaban coronel, con el mismo respeto y subordinación que si efectivamente estuvieran sujetos a una estricta disciplina militar.

Aquel hombre de tez avinagrada, curtida por el sol y la tierra de las llanuras arenosas, había sido uno de los cabecillas que con mayor encono y actividad batieron a los ejércitos de Victoriano Huerta que se aventuraron por aquellos lugares. Inculto, rudo en su trato y sus palabras, brusco en sus modales y sus determinaciones, tenía en los momentos del ataque la ferocidad de un hombre primitivo y la crueldad de quien siente un inmenso placer en vengar un viejo agravio. Siempre había operado separadamente, por su cuenta, pero nunca se negó a cooperar con otros jefes cuando se trataba del asalto a una población o de batir a una columna federal que, entre San Luis y Saltillo, avanzaba penosamente reparando los desperfectos que pocos días antes ellos habían hecho a la vía férrea.

En uno de aquellos combates feroces, trabado cuerpo a cuerpo en las inmediaciones de la ciudad de Charcas, después de dinamitar, un convoy militar, fue gravemente herido. Cinco proyectiles hicieron blanco en su cuerpo, hiriéndolo por todas partes y destrozándole la pierna derecha a la altura del muslo. Del campo de batalla lo recogió uno de sus hombres en calidad de cadáver, y atravesado, como un fardo, sobre el lomo de un caballo, fue llevado en medio de la confusión de la pelea hasta un lugar seguro.

Una mujer que tenía fama de curandera hizo las primeras curaciones al herido, valiéndose de cocimientos de yerbas y cataplasmas de *gobernadora*; varios días después, cuando aún deliraba por la fiebre que le quemaba la sangre, pidió que lo llevaran a *El Mezquital*, pues sólo allí se sentía seguro y podría atender a su restablecimiento.

Fue conducido en una tosca camilla improvisada con varios troncos de árbol y un cobertor, en dos largas caminatas nocturnas, a campo traviesa y haciendo rodeos para evitar un encuentro con las avanzadas federales. Las heridas, con ser tantas, fueron sanando poco a poco gracias a los cuidados de la mujer aquella, que no dejaba de cambiarle a diario las cataplasmas de *gobernadora*. Solo la pierna, destrozada tal vez por una bala expansiva, presentaba cada día peor aspecto. Hinchada y deforme, había tomado un color negruzco, de cosa muerta, y apestaba como si por las grietas que se le iban formando manase podredumbre.

—Esto ya no tiene remedio, don Timoteo —dijo un día la curandera mientras le lavaba la herida—. Se le está engusanando la pierna y se me hace que lo mejor sería que se la mochasen, porque si no...

El herido, que por los continuos dolores que sentía se daba cuenta de la gravedad del caso, opinó también que aquello iba de mal en peor y que había que traer a alguien que supiera medicina para que dijera lo que se le había de hacer.

—Pos lo mejor sería —insinuó la mujer— que trajeran a don Epifanio, el de Charcas, que es retegüeno para eso de la medecina.

La indicación no se hizo repetir. Ordenó Timoteo que tres de sus hombres fueran aquella noche a Charcas y se trajeran, por la buena o por la mala, a don Epifanio, el boticario, con los medicamentos necesarios para su curación.

A la madrugada siguiente el farmacéutico hizo su entrada en *El Mezquital* escoltado por los hombres que fueron en su busca, como si se tratara de un prisionero. En una pequeña bolsa, amarrada a la cabeza de la silla de su cabalgadura, traía algunas medicinas, vendas y algodones.

Tan luego como examinó la pierna herida, movió con pesimismo la cabeza y opinó:

—Esto está muy mal, coronel. La pierna se ha gangrenado y si no se la cortan luego, se morirá usted.

—¡Eso sí que nones, amigo!... —exclamó, atemorizado, el rebelde—. ¿Dice usted que hay que cortar la pata? Pues ándele, a darle luego, porque ya estoy cansado

de tanta dolencia...

El boticario, que nunca había practicado operaciones de tal magnitud, se negó terminantemente a ello. Él sólo sabía curar resfriados, dolores de cabeza y de estómago y una que otra herida pequeña. Pero aquello de amputar una pierna nunca lo había hecho ni sabía a punto fijo cómo se hacía. Además, no contaba con cloroformo ni con las herramientas necesarias para ello.

—A mí no me ande con cosas, amigo —interrumpió violento el cabecilla, sacando de debajo de la almohada la pistola—. Ora mesmo me va a mochar la pata o si no ya sabe pa lo que sirven estas cosas.

Y le mostraba el arma lista para disparar.

—Pero es que de una operación como ésta, practicada así nomás, se puede usted morir —argumentaba Epifanio tratando de evitar el grave compromiso en que se veía metido.

—¡No le aunque!... ¡No le aunque!... —gritó impaciente Timoteo—. Ya sabe que si me muero de las resultas lo mando fusilar... Así es que dese prisa y ya no me esté con tarugadas.

Ante lo decidido de la amenaza, el boticario entregóse a preparar algunos útiles que sirvieran para el caso. Un cuchillo facilitado por uno de los rebeldes fue cuidadosamente afilado en una piedra: unas tijeras rotas y enmohecidas fueron habilitadas hasta donde fue posible, y con un pedazo de hojalata, se improvisó una especie de serrucho que servirla para cortar el hueso astillado.

Una vez que estos útiles y las vendas y desinfectantes que había traído de Charcas estuvieron listos sobre un cajón inmediato al lecho del herido, pidió éste que le dieran un gran vaso de mezcal, no para darse valor, que no le hacía falta —según se empeñaba en afirmar a cada instante— sino para entonar un poco los nervios.

En la operación —si es que así puede llamarse a aquel brutal destazamiento— intervinieron a más del farmacéutico, que sudoroso hacía esfuerzos inauditos por concluir cuanto antes, la vieja curandera y dos o tres hombres que ayudaban a contener la hemorragia introduciendo algodones y trapos entre las carnes separadas por el cuchillo que, en continuos movimientos de vaivén, iba desgarrando los tejidos y abriendo brecha en los músculos hasta llegar al hueso hecho añicos.

El rebelde gritaba y maldecía a cada avance que el burdo bisturí hacía en sus carnes inflamadas, y entre resoplidos y quejas ahogadas por rotundas interjecciones, pedía nuevos vasos de mezcal, que apuraba de una sola vez.

Cuando el miembro quedó totalmente separado y el muñón fue cubierto con algodones y tiras arrancadas a una camisa vieja encontrada a mano, el rebelde se incorporó en su lecho y mirando el miembro amputado que yacía sobre el suelo, exclamó con voz ronca y confusa por el exceso de alcohol ingerido:

—¡Esta pata ya se la llevó la tiznada! ¡Pero con esta otra que me queda he de tener el gusto de... muchos *pelones*!

Y cayendo de espaldas sobre la almohada se quedó dormido, borracho.

Ese mismo día la pierna del coronel fue sepultada al pie de un mezquite con honores militares, mientras los de la partida disparaban al aire sus fusiles en demostración de duelo. Epifanio, el farmacéutico, no fue puesto en libertad hasta tres días después, en que aseguró que la vida del cabecilla estaba a salvo.

Tres semanas más tarde, Timoteo empezó a dar sus primeros pasos de convaleciente, apoyándose en una rama de árbol que le tallaron en forma de muleta.

A la partida del cojo Timoteo se había unido voluntariamente Abundio, un labriego que siempre había prestado decidida ayuda a todos los revolucionarios que llegaban a su rancho *El Tecolote*, situado no muy lejos de la hacienda de *La Providencia*, proveyéndolos de parque y alimentos.

—Y tú, ¿por qué te vienes con nosotros y dejas abandonada tu tierra y tu mujer? —le preguntó el cojo antes de consentir en que se quedara con ellos.

El recién llegado explicó que los federales lo traían entre ojos y trataban de cogerlo para fusilarlo, porque ya se habían enterado de que les estaba ayudando a los rebeldes, y que antes de que eso sucediera prefería pelear por el triunfo de la causa.

Todos aceptaron como buenas aquellas razones y como ya sabían, desde hacia tiempo, que sus ideas iban de acuerdo con las de ellos, celebraron su llegada con gritos, abrazos y libaciones repetidas.

—¡Así me gustan los hombres! —afirmó uno de los de la partida—. Que no les tengan miedo a las balas, que, al fin y al cabo, de algo se tiene uno que morir...

Abundio llevó consigo su caballo, su rifle y dos pistolas, una de las cuales regaló al cabecilla. Como era hombre conocedor de la región y desde antes tenía méritos adquiridos, Timoteo le dio el grado de mayor y pronto lo hizo el hombre de todas sus confianzas. Cada vez que se ofrecía preparar un ataque era con él con quien consultaba la mejor manera de hacerlo.

Astuto y precavido, Abundio les daba a sus compañeros de armas consejos sobre la forma en que se debía pelear.

—No siempre conviene atacar al enemigo de frente —les decía—, sino por sorpresa, cuando esté dormido o descuidado. Así se tiene sobre él la ventaja del miedo que les entra a los soldados cuando oyen los primeros disparos y es más fácil hacerlos huir.

Él fue quien, para hacer creer a los federales que los de la partida eran muchos, ideó la artimaña de amarrar a las colas de los caballos unas ramas de árbol que levantaban gran polvareda y daban la impresión de todo un ejército en marcha. Bajo su dirección, también, se construyó con un grueso tubo de fierro una especie de cañón que producía gran estruendo al disparar, como si se tratara de una poderosa pieza de artillería.

—¿Y esta cosa pa qué sirve? —preguntó Timoteo comprendiendo que aquel tubo no era capaz de dar muerte a un hombre.

—Pa hacer ruido, mi coronel —replicó Abundio—. ¿No mira que de este modo los *pelones* creen que traemos cañones y más pronto se asustan?

Todos rieron de la ocurrencia, pero convencidos de la efectividad de la artimaña, tan luego como hicieron uso de ella, nunca se desprendían de aquella flamante pieza de artillería cada vez que entraban en combate.

Abundio había trabajado por varios años en las minas de La Paz, cerca de Matehuala, y estaba familiarizado con el uso de la dinamita. A su iniciativa se proveyeron de varias cajas de este explosivo en una incursión que hicieron por el mineral de Catorce, y él era quien preparaba y hacía explotar las bombas con que se volcaban los trenes que corrían entre San Luis y Saltillo. Había adquirido una práctica asombrosa en este salvaje arte, y sentía una satisfacción, que se traducía en gritos de júbilo, cada vez que la máquina infernal estallaba precisamente en el sitio del convoy que él quería. Escondido a doscientos metros de la vía, contemplaba cómo la locomotora y los carros blindados saltaban entre una nube de humo y de tierra, y los soldados, como monigotes de trapo, volaban por los aires, abiertos de piernas y brazos, cayendo luego destrozados para no levantarse más.

—¡Ora, *pelones* desgraciados! —rugían los rebeldes disparando sobre el tren destrozada—. ¡Aquí están sus meros padres!... ¡A ver si de veras son tan hombres como dicen!...

De los techos y del interior de los carros cajas en que viajaban los soldados empezaban a disparar sin saber adónde, porque el enemigo permanecía oculto y solo se daban cuenta de él por los proyectiles que recibían. Bajaban los soldados a tierra entre aquella lluvia de balas que causaba muertes al por mayor, y luego trabábase la lucha cuerpo a cuerpo, hasta que algunos de los bandos contendientes, falto de parque o diezmado en sus filas, emprendía la retirada dejando a sus muertos y heridos abandonados en el campo del combate. El vencedor se encargaba de rematar a los heridos, despojándolos previamente de sus ropas y zapatos, y, en ocasiones, cuando había tiempo para ello, mutilaba los cuerpos arrancándoles las orejas o la lengua, colgando después, como trofeos de su gloriosa victoria, tres o cuatro de aquellos despojos humanos en los árboles.

Mas aquellos extremos de crueldad eran inútiles. Ni rebeldes ni federales cedían en su empeño de arremeter contra el enemigo, y siempre que se encontraban frente a frente reanudaban la lucha con mayor coraje, lanzándose unos a otros injurias y maldiciones.

—¡*Pelones* vendidos! ¡No más son valientes cuando andan en montón! ¡Dónde está su general Huerta, que no viene a pelear como los hombres!

Y los federales, a su vez, replicaban:

—¡Muertos de hambre! ¡Robavacas! ¡Tráigannos a su viejo barbón para hacerlo barbacoa! ¡No se escondan si son tan hombres!

Después de aquellos asaltos a los trenes militares y de pasajeros, o a los pequeños poblados inmediatos a la vía férrea, el cojo Timoteo y sus hombres huían para *El*

Mezquital a reponerse de las fatigas de su reciente correría. Largos días pasaban allí entregados a una inercia que mucho les complacía, curándose las heridas, comentando las peripecias del combate y repartiéndose el botín que, en carretas o a lomo de pacientes asnos, habían conducido hasta su refugio.

En esto de repartir los *avances*, como ellos los llamaban, tenía que intervenir a veces el cabecilla, por las disputas y riñas que se suscitaban. Nadie quedaba conforme con su parte y siempre codiciaban algo más. El cojo Timoteo interponía entonces su autoridad y hacía que las discusiones terminasen, aunque sin dejar complacidos del todo a los rijosos.

De esta manera los rebeldes se habilitaban de armas y parque que arrebataban al enemigo en los momentos de la refriega o cuando el campo quedaba de su parte. Y también proveíanse de ropas y calzado que quitaban a los cadáveres abandonados y que se ponían inmediatamente sin que fuera un inconveniente el que les quedasen amplios o estrechos. En cuanto a los víveres y demás objetos de que se apoderaban en sus incursiones por los poblados, eran motivo de un continuo trueque entre ellos mismos, según sus necesidades.

Por medio de un servicio de espionaje que tenían distribuido en las haciendas y puntos inmediatos estaban al corriente de los movimientos del enemigo. Diariamente llegaban a *El Mezquital* hombres y mujeres que, haciéndose pasar por arrieros o por simples labradores, iban a comunicar al cojo Timoteo el avance de tal o cual columna o la evacuación por los federales de algún pequeño pueblo, sobre el que inmediatamente caía por sorpresa el cabecilla con su gente, imponiendo préstamos forzosos y amenazando con fusilamientos inapelables si no se le entregaban las cantidades que él mismo señalaba. Y para que también los «muchachos» de la partida tuvieran su parte, les daba dos horas de «manos libres», en las que las pocas tiendecillas que aún quedaban en el pueblo, así como las casas de los vecinos más pudientes, eran saqueadas sin consideración, rompiendo muebles y cajas de mercancías que en muchas ocasiones quedaban tiradas en mitad del arroyo, sin que fueran de provecho a nadie.

Terminado el saqueo y recogidos los préstamos, los revolucionarios abandonaban a toda prisa la población antes que los federales tuvieran tiempo de atacarlos, complaciéndose en prender fuego a una o dos casas y en ejecutar sumariamente a cualquier vecino pacífico que por haberles puesto resistencia era calificado con el tremendo cargo de *reaccionario*.

En estas entradas a los pueblos tenían buen cuidado de apoderarse de los periódicos de fecha reciente que encontraban a mano y que les servían, más tarde, para enterarse con todo detenimiento de los progresos de la revolución. Abundio, por ser el menos inculto de todos, era quien hacía estas revisiones de la prensa e informaba después al jefe.

—Ora sí, don Timoteo; ya vamos ganando. Los *pelones* ya corrieron de Torreón y Villa les pegó hasta por debajo...

O bien eran noticias de la región, que a ellos les servían para formar sus futuros planes de campaña:

—Los generales Gutiérrez y Carrera van a atacar Matehuala y de San Luis ya mandaron una columna para reforzar la guarnición de la plaza...

—¡Eso sí que está güeno! —exclamaba el cabecilla agitando en el aire el puño cerrado—. En ese ataque sí tomamos parte, muchachos. Tengo muchas ganas de darle una llegadita a Matehuala, porque allí son puros *reaccionarios* huertistas y he de tener el gusto de colgar siquiera una docena de ellos.

Por las noches, a la luz mortecina de la hoguera que había servido para asar un pedazo de carne «avanzado» de alguna de las haciendas inmediatas, los rebeldes formaban pequeños grupos entre los nopales y mezquites, y tirados sobre el suelo, junto a una botella de mezcal que siempre hacía su aparición oportunamente, hacían recuerdos de sus aventuras revolucionarias o cantaban con voces destempladas al son de una guitarra torpemente tocada.

Eran canciones sencillas, dolientes y tristes, inventadas por el bajo pueblo o por ellos mismos, con las que se entretenían largas horas como si en la amargura de sus versos incoherentes y la monotonía de su música de nostalgias y pesares encontrasen un narcótico que, unido al aguardiente del mezcal, los hiciese olvidar una pena muy grande, oculta en sus pechos, desde muchos años atrás, quizá desde las generaciones de sus remotos antecesores...

Y como para salir del ensimismamiento en que los sumergían los acordes monótonos de la guitarra, de pronto hacían vibrar los compases bulliciosos y burlones de *La cucaracha*:

La cucaracha, la cucaracha,
ya no quiere caminar,
porque le falta, porque no tiene
mariguana que chupar.

Esta canción, netamente revolucionaria, nacida y cantada al calor de los combates y de las pasiones desencadenadas, era como un himno guerrero que entonaban los soldados carrancistas a cada momento para alabar a sus hombres o exaltar algún reciente hecho de armas.

A la quarteta anterior, que servía de estribillo, seguían otras improvisadas de acuerdo con las circunstancias:

Ya se van los carrancistas,
ya se van pa Sombrerete,
a quitarles los cañones
a ese Rubio Navarrete...

O bien, refiriéndose a los soldados del gobierno:

Todos los *pelones* tienen
en el pecho una esperanza,
y más abajito llevan

En ocasiones sucedía que por la noche los campamentos enemigos quedaban tan próximos uno del otro que se miraban las fogatas que encendían para calentar sus alimentos. En estas circunstancias, y mientras se preparaba el ataque del día siguiente, los centinelas se entretenían gritándose indirectas y palabras de desafío. Y mientras los carrancistas, entre carcajadas y gritos de burla, cantaban a voz en cuello versos alusivos de *La cucaracha*, los federales entonaban, con voces apagadas por la nostalgia de su hogar, remoto o de una mujer ausente, su canción favorita:

Adiós, adiós, lucero de mis noches,
dijo un soldado al pie de una ventana;
me voy, me voy, no llores, ángel mío,
que volveré mañana...

Ya la luna se oculta tras la selva,
ya en el Oriente se divisa el alba,
y en el cuartel tambores y cornetas
están tocando a diana...

Horas después, cuando la oscura noche
cubrió de luto el campo de batalla,
a la luz de un vivac, pálido y triste,
un joven expiraba...

Al triunfo de las armas revolucionarias los cabecillas dispersos recibieron órdenes de reconcentrarse en las ciudades de importancia, a fin de organizar en debida forma los ejércitos del pueblo.

El cojo Timoteo y sus hombres se presentaron en San Luis, donde el jefe de la plaza le reconoció el grado de coronel. Debido a la aglomeración de tropas, los cuarteles, mesones y corrales estaban totalmente ocupados, y a él y su gente les fue señalada para alojamiento una casa lujosa y ricamente amueblada en la calle de Zaragoza, casi llegando al Jardín de la Merced.

Con manifiesta contrariedad, el rebelde la ocupó. Él hubiera preferido una huerta o establo cercano a tener que vivir en aquella casa donde su burdo zapato claveteado se resbalaba en la tersura de los mosaicos y la madera encerada. Miraba, con asombro y timidez, los ricos muebles dorados estilo Luis XV, los pesados cortinajes de peluche que cubrían puertas y ventanas, los candiles de cristales que deshacían la luz en iris de colores, los amplios lechos, de suave pluma cubiertos por doseles de sedas rameadas de oro y rematados por aristocráticas coronas, como si se tratara de duques o marqueses.

—Diablos de curros *reaccionarios* —comentaba refiriéndose a todas aquellas cosas—. ¿Pa qué les servirán todos estos chismes tan llenos de pretensiones que ni dan ganas de sentarse en ellos?

Llevando hasta el extremo las precauciones de los días de lucha no quiso dormir en las recámaras ni permitió que sus soldados ocuparan las camas que allí había. Se le

figuraba que en aquellas habitaciones o bajo aquellos muebles podía estar escondida alguna bomba preparada para hacer explosión cuando el sueño los venciese.

—Hay que desconfiar de los bandidos *reaccionarios* —aconsejaba—. Pueden haber dejado alguna trampa para matarnos o tal vez echaron veneno en los platos y vasos para que al comer en ellos nos muramos como ratas... Lo que es a mí no me la pegan... En Matehuala un diablo de boticario nos envenenó el agua y por poco reventamos todos.

Y para mayor seguridad se fueron todos a dormir en la cocina y en un amplio bodegón que había cerca del corral, y a la caballada y el bagaje que llevaban consigo lo pusieron en la sala y demás habitaciones.

Al transcurso de los días, y conforme se iba haciendo necesario para calentar los alimentos y otros usos, los ajuares, tapices, alfombras, cortinajes y demás mobiliario fueron destrozados poco a poco para las hogueras que encendían las mujeres que les hacían de comer. El mismo empleo se dio a las puertas y ventanas de nogal y caoba, y pocas semanas después la rica residencia presentaba el aspecto de una casa en ruinas.

Las huesosas cabalgaduras veíanse adornadas con jirones de cortinas y fragmentos de alfombras que les servían de sudaderos. Las mujeres vestían lujosas prendas de seda encontradas en los roperos y armarios, y sus pies terrosos y agrietados calzaban zapatillas de satín o de piel tan suave como un guante. Y por las tardes, cuando se sentaban en las ventanas a mirar lo que sucedía en la calle, se ponían sobre sus cabellos lacios y apelmazados por el polvo y el sudor, lujosos sombreros floreados que les daban un aspecto carnavalesco.

Apenas transcurrido un mes, el cojo Timoteo opinó que no tenía chiste haber ganado la revolución para vivir en una casa tan llena de incomodidades. A él, francamente, no le gustaba nada de aquello. En San Luis había mucha gente y muchos mitotes a cada rato. Los generales entraban y salían y cada quien ordenaba lo que le venía en gana. Él, la mera verdad, no estaba acostumbrado a todas aquellas cosas y le mareaba tanto ruido, tanto ir y venir de automóviles y de tropas. Y puesto que la causa del pueblo ya estaba a salvo, lo mejor era irse otra vez para *El Mezquital* y allí entregarse, en santa paz, a labrar la tierra.

Abundio no estaba de acuerdo con aquella determinación. ¿Cómo había de ser posible que después de exponer sus vidas, después de luchar tantos meses desafiando el peligro a cada instante, ahora que había llegado el triunfo se fueran como habían venido, con las bolsas vacías, sin esperar el momento del reparto?

—¿Del reparto? —inquiría Timoteo—. ¿Cuál reparto es éste?

—¡Cómo cuál reparto! —replicaba Abundio—. El que tienen que hacer del dinero de los ricos. Pos pa eso precisamente fue pa lo que se hizo la revolución. ¿Pos qué, no conoce, mi coronel, lo que dijo don Venustiano en el Plan de Guadalupe?

Y como el cabecilla contestara negativamente, Abundio le explicó que el Primer Jefe había prometido que, en triunfando la rebelión, todos los ricos serían pasados por las armas y su dinero, sus haciendas, sus casas, serían repartidos entre los

revolucionarios.

—Así es que hay que esperar, jefe. ¿No mira que si nos vamos otros serán los que se aprovechen de nuestra parte?

Timoteo no creía mucho en todos aquellos ofrecimientos. Él ya había visto lo que sucedió cuando la revolución de Madero: muchas promesas, muchos ofrecimientos y a la hora de la hora, nada. Palabras y nada más...

—Mira, Abundio. Tú estás muchacho y crees que todo eso que dijo don Venustiano en su Plan es verdad. Pero yo ya vide la otra vez, cuando Madero, que soló los de arriba, los jefes, son los que se arman en estas bolas. Así es que yo no me quedo aquí. Ai, si tú quieres, quédate pa que esperes tu parte. Yo me güelvo pa *El Mezquital*.

Al día siguiente, el cojo Timoteo emprendió el regreso seguido de su gente. Él no quería honores ni grados militares; tampoco quería riqueza. Sus dos grandes anhelos habíalos visto ya cumplidos: el uno, vengar la muerte de su hermano, fusilado por las autoridades huertistas de Matehuala, y el otro, el triunfo de los ideales del pueblo.

Al triunfo de la causa siguieron varios meses de relativa tranquilidad en los que el cojo Timoteo y sus hombres hacían una vida pacífica en *El Mezquital*. Empezaron a sembrar algunos terrenos que había cerca de un ojo de agua del que fluía un insignificante hilillo líquido, y la mayor parte del tiempo dedicábanlo a la talla del ixtle, que llevaban a vender a Matehuala o a Charcas.

Como según el cabecilla ya no había razón para seguir peleando, tomó las necesarias providencias para licenciar su gente.

—Ya se acabó la revolución, muchachos. Ora sí cada quien a trabajar. *El Mezquital* no es mío, ya lo sé: pero ya veré cómo hago pa que me lo vendan e irlo pagando poco a poco. Los que quieran quedarse aquí conmigo, que se queden. Y los que tengan adonde irse, pueden hacerlo desde luego. Les regalo los caballos, pero me dejan las armas y el parque.

Aquel día hubo conciliábulo entre la gente de la partida. ¿Qué harían? ¿Se iban? ¿Se quedaban? Estaban indecisos. No tenían ningún trabajo seguro y como las minas y las industrias estaban paralizadas, era difícil ganarse la vida en cualquier parte. Además, ya estaban acostumbrados a la aventura, a enfrentarse con el peligro, y se les hacía pesado el volver a una existencia tranquila, monótona, sin la incertidumbre de una amenaza continua. Al fin, todos optaron por quedarse en *El Mezquital* con su jefe y correr juntos la misma suerte.

Cuando le manifestaron su determinación, Timoteo objetó:

—¿Y qué hago yo con todos ustedes aquí? Estas tierras son muy áridas pa dar trabajo a todos. No hay agua, no hay ganado. ¿De qué vamos a vivir? Si antes lo podíamos hacer era porque nos ayudábamos con lo que nos «avanzábamos» de las haciendas; pero ora, que la revolución se acabó, ya no va a ser posible eso... En fin, ai ustedes dirán. Ustedes se portaron conmigo como los hombres a la hora de los trancazos y yo no seré quien me haga pa trás ni ora ni nunca. Pos no más se los

aviso...

De esta manera aquel grupo de rebeldes que habían seguido fielmente a su jefe en los momentos de peligro continuó unido, como una pequeña tribu perdida en las llanuras polvorientas y caldeadas, encariñada a aquel insignificante pedazo de tierra cubierto de mezquites y nopales.

Durante el día aquel puñado de hombres desparramábase por los campos y lomas cercanos, ocupados en labores diversas. Al caer la tarde íbanse reconcentrando poco a poco en *El Mezquitil*, donde las mujeres los esperaban con el café de olla, el chile, los frijoles y las gordas para la cena. Luego, sentados en el suelo en torno a la hoguera que encendían frente al jacal del cojo Timoteo, empezaban a cantar sus canciones lentas y preñadas de hondas nostalgias, hasta que al fin, haciendo memoria de los días de lucha, surgía inevitablemente la canción guerrera que les había servido de himno de combate:

La cucaracha, la cucaracha
ya no quiere caminar,
porque le falta, porque no tiene
mariguana que chupar.

—Oye tú, Pancho —decía uno de los del grupo después de dar un trago a la botella de mezcal—. ¿Te acuerdas de cuando entramos a Venado?

—Ya lo creo —replicaba el otro—. Como que allí me di una güena armada de jierros con aquel viejo que colgamos de las patas en un árbol de la plaza...

—¡Ah, si; ya me acuerdo! Diablo de viejo tan miedoso. Creiba que de veras lo íbamos a jusilar y hasta se zurró en los pantalones...

Y los recuerdos de tantos y tantos incidentes ocurridos durante aquella época iban surgiendo unos tras otros, comentados a grandes carcajadas, como si todo aquello fuese algo remoto y no cosas de su propia vida, sucesos en los que habían sido los protagonistas.

—Yo lo que tengo muy presente es la vez aquella que jusilamos a un padrecito... ¡Qué cara puso el probe cuando vio que de veras lo íbamos a tronar! Se puso a llorar como una vieja y de rodillas nos pedía que lo perdonáramos...

—Eso es poco —interrumpía otro— pa lo que nos pasó a nosotros cuando no pudiendo encontrar al cura de... porque las viejas beatas lo escondieron requetebién, formamos en el atrio de la iglesia a todos los santos y luego los juimos jusilando uno a uno, como si de veras fueran gentes... Había algunos de palo tan duro que las balas les rebotaban en las cabezotas.

Todos soltaron la carcajada y la botella de mezcal dio la vuelta de boca en boca. El que tocaba la guitarra seguía arrancando acordes al instrumento, mientras la conversación se animaba con los recuerdos.

—A mí —dijo de pronto otro que se rascaba fuertemente el velludo pecho por entre la camisa abierta, que dejaba ver un escapulario con la Virgen de Guadalupe—, a mí lo que más me agradó fue aquella muchacha que nos trujimos de Matehuala la

primera vez que entramos. ¡Ay, no más, qué retrechula estaba la desgraciada... y que retesabrosa!...

Y acompañaba las palabras con elocuentes ademanes obscenos. Los demás corearon a uno:

—Ya lo creo que estaba linda la maldita... Yo hasta tres veces la saborié. Palabra que si me la encontrara otra vez me la traiba de planta a *El Mezquital*.

—Nos la tráibamos, compañero —reclamó otro—. ¿Pos qué se está usted creyendo que yo soy de hule? A mi también me agradan las güeñas viejas... Pos no más acuérdesese de aquella vez que estuvimos en Charcas. Hasta de a cuatro me truje. Y así y todo, todavía me quedaron ganas...

Luego, dirigiéndose al de la guitarra:

—A ver, compañero músico: échenos una de esas cancioncitas que usted se trae... De éstas que hasta dan ganas de llorar de puritita alegría.

El que pulsaba la guitarra se acomodó bien sobre sus piernas hechas nudo, arrojó con fuerza un sonoro escupitajo y se limpió la boca con el dorso de la mano. Y luego, con voz destemplada, pero que él se empeñaba en hacer como preñada de hondo sentimiento, comenzó:

Te he de querer, te he de adorar,
aunque le pese al mundo;
si se enojan porque te amo
más adrede lo he de hacer...

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —rugió con desesperado entusiasmo el que había pedido la pieza—. ¡Qué linda es ésa! Es mi mera consentida... Sígale, compañero, y no más jálele más juerte al estrumento pa que se oiga mejor.

Te he de querer, te he de adorar,
qué nos puede suceder;
qué admiración les causa
que yo quiera a esa mujer...

En el vasto silencio de las llanuras solitarias los acordes quejumbrosos de la guitarra seguían monótonamente la voz en falsete del cantor improvisado que, entre coros de aplausos y exclamaciones de alegría, iba desgranando las tristezas hechas música de una raza que solo sabía hablar de amor, olvido, traición y muerte...

III

Cuando el cojo Timoteo y sus hombres regresaron a *El Mezquital* después del triunfo de la revolución, Abundio dio en ausentarse frecuentemente del rancho.

Nadie sabía adónde iba, aunque él decía que había estado en su rancho *El Tecolote* preparando las tierras para las siembras. Lo cierto era que desde entonces el carácter le había cambiado. Ya no era alegre y dicharachero, impetuoso y activo, como cuando ingresó a la partida en los días de lucha con los federales. Habíase vuelto callado y meditabundo y por las noches, cuando se reunían en torno de la hoguera a cantar y reír, él permanecía aislado o se iba a dormir en el cuarto inmediato al que ocupaba Timoteo.

En una ocasión en que las copas le trastornaron y el de la guitarra entonaba una canción que hablaba de perfidia y traición, Abundio no pudo contenerse y abrazándose al cojo Timoteo que, sentado sobre una piedra se había quitado la pierna de palo para dejar descansar el muslo adolorido, exclamó:

—La mera verdá, jefe, yo ando que me lleva la tiznada... Quién me había de decir que, mientras yo andaba peleando como los hombres, un jijo del tal me había de pegar a la mala...

Como aquellas palabras no fuesen lo suficientemente claras, el cabecilla inquirió:

—¿Pos qu'es lo que te sucede, Agundio? ¿Quién jue ese que dices que te amoló a la mala?...

Para desahogar la pena que desde hacia tiempo le roía las entrañas, Abundio pidió más mezcal, y poco a poco, con palabras entrecortadas por interjecciones y blasfemias, fue poniendo en antecedentes al cabecilla.

Cuando tuvo que huir de *El Tecolote* porque los federales lo querían coger por darles parque y víveres a los revolucionarios, dejó en el rancho a su mujer para que cuidara del jacal y los animales. A los pocos días se presentó en *El Tecolote* don Manuel, el dueño de *La Providencia*, acompañado de un piquete de federales buscando unos caballos que se habían perdido de la hacienda. Como no encontraran los animales, ni a él tampoco, golpearon a la infeliz mujer para que les dijera dónde estaba, y, como se negaba rotundamente a confesar que Abundio se había robado los caballos, se la llevaron para *La Providencia*, donde la encerraron, golpeándola y amenazándola con matarla. Convencido el hacendado de que no lograría hacerla hablar, quiso castigarla en forma que hiriese en lo más hondo sus sentimientos de mujer, y, tras arrancarle las ropas hasta dejarla desnuda, se la entregó a la soldadesca para que saciara en ella sus ímpetus rezagados. Más de treinta hombres pasaron sobre aquella infeliz que, agotada por la lucha y los dolores, acabó por caer en un desmayo del que no volvió hasta que unas mujeres compasivas fueron en su auxilio. De resultas de aquello tuvo una copiosa hemorragia, luego un aborto y a los tres días murió. Nadie sabía a punto fijo dónde había sido sepultado su cadáver.

—Yo quería con toda mi alma a la chata —continuó Abundio—, pues siempre jue

güeña y querendona conmigo... ¿Cómo había de creer que, aprovechándose de que estaba sola, el hijo de *La Providencia* había de encajarse con ella...? Y no jue que hubiera los tales caballos robaos, sino que a mí me tenía mala volunta porque bien sabía que yo era el que les soplabá a ustedes cuando llegaban soldados a la hacienda. ¡Me lleva la...!

Timoteo, que había oído con atención el relato, no pudo contenerse. Él también había sabido de injusticias hechas a los pobres por los hacendados y las autoridades de los pueblos. Él también sabía de la rabia y desesperación que daba no poder vengar un atropello y sentirse humillado, teniendo que aguantarse con un nudo en la garganta y los ojos preñados de lágrimas.

—Esas son desgraciadeces muy gordas, Agundio. Yo estaba en la creencia de que los de *La Providencia* eran amigos nuestros y por eso nunca quise hacerles daño... Pero ora que me cuentas esto, ya sé quiénes son esos jijos. Ya sabes que aquí estás entre puros hombres y que no hay quien se raje. Todos semos amigos y sabemos jalar parejo. Así es que tú no más nos dices, y, a la hora que quieras, vamos a *La Providencia* y la quemamos...

A Abundio no le satisfacía aquello. Él quería algo más efectivo, más cruel, que afectase directamente a don Manuel, el dueño de la hacienda. Durante todos aquellos días había merodeado la finca, enterándose de si el hacendado estaba en ella; pero éste no había llegado a ir por allá, estaba en San Luis y pocas veces, allá cada mes, iba por uno o dos días solamente.

—Está güeno eso que me dice, jefe —replicó el mayor—. Pero yo quisiera mejor encontrarme a solas con este tizado y matarlo cuerpo a cuerpo, como los hombres, pa que no vayan a decir después que soy un cobarde... Él no tuvo compasión de mi pobre chata y yo tampoco quiero tener compasión de él; pero antes quiero que sepa que soy yo. Agundio, el que tiene que arreglar algo con él, y cuando esté bien enterao, verá usted cómo lo mato como a un perro... ¡Jijo del demonio...!

Los de la partida, que poco a poco se fueron dando cuenta de lo que le había acontecido a su mayor, se acercaron a él y al cabecilla, y con voces aguardentas opinaban en confusión, entre tragos de mezcal, tratando de llevar a la práctica inmediatamente sus planes:

—¡No te dejes, Agundio! ¡Pa eso semos todos purititos hombres! ¡Vamos orita mesmo a *La Providencia* y nos traemos arrastrando de la lengua a ese...! ¡Andele, compañero, que ya tenemos ganas de echar unos tiritos al aire! ¡Pa qué tanto miedo! ¿Crees tú que esos de *La Providencia* nos sirven ni pa comenzar?... ¡No será ésta la primera vez que velamos muertos...!

El cojo Timoteo tuvo que esforzarse para aplacar a la gente. No era el caso de obrar con precipitaciones, porque de esa manera don Manuel podía darse cuenta y huir con anticipación. Había que estar listos y esperar a que les avisasen que el hacendado estaba en la finca. Entonces si procedía caerles a medianoche, cuando todos estuvieran dormidos, para que no se escapara el canalla.

—Ta güeno, jefe, pos usté manda... —dijeron todos, convencidos de las razones del cabecilla—. Pero no más que sea luego, porque hasta la lengua tenemos seca de puritito coraje...

Para tranquilizar sus ánimos hicieron que el compañero de la guitarra les tocara un huapango que dos de ellos, con las revueltas cabelleras al aire y las camisas fuera de los pantalones, se pusieron a bailar golpeando el suelo como si les hubiera acometido un ataque de epilepsia, en tanto que los restantes gritaban y hacían gesticulaciones grotescas.

—¡Jay, jay, jay, jay!... ¡Qué noche tan chula pa matar un hijo de tal...! ¡Jay, jay, jay, jay!...

Y a la luz de la hoguera, en la que las ramas se retorcían devoradas por el fuego, hacían brillar sus pistolas y machetes como si estuvieran en vísperas de un combate sangriento.

*

Como los encargados de vigilar *La Providencia* no llegaban con la noticia del arribo de don Manuel a la hacienda, los hombres del cojo Timoteo fueron volviendo poco a poco a sus diarias ocupaciones y hasta parecían haber olvidado sus amenazas de muerte.

Al caer una tarde llegó intempestivamente a *El Mezquital* Abundio seguido de su asistente. Se veía por sus cabalgaduras sudorosas y cubiertas de polvo que habían corrido mucho. De un salto echó pie a tierra dejando suelta la bestia y fue en busca del cabecilla.

—Malas noticias, mi jefe —dijo al mirar a éste sentado en un tosco banco platicando con varias de las mujeres que se entretenían en remendar los trapos de sus hombres.

El rebelde levantó el rostro con asombro sin comprender de lo que se trataba.

—Acabo de saber que el general Villa se levantó en armas contra de don Venustiano y que ya empezaron otra vez los cocolazos...

Timoteo no creyó, de pronto, que aquello fuera posible; pero ante las reiteradas afirmaciones de Abundio, que daba toda clase de detalles, acabó por convencerse.

—Esto sí que estuvo de la pedrada, Agundio. El general Villa es retevaliente y tiene muchos soldados... La mera verdá es que ora sí se puso fea la cosa...

—Y lo más grave del asunto —agregó Abundio— es que ya andan por aquí algunas partidas de villistas... De seguro que son avanzadas que vienen a pelear con nosotros.

—¡Qué caray, hombre! —exclamó el cojo ante lo inesperado de la amenaza—. ¿Pero de veras es cierto eso que me estás diciendo o no más tratas de tomarme el pelo?

Abundio tuvo que jurar bajo su palabra de honor para que el rebelde lo creyera.

Aquel día, andando cerca de *La Providencia*, divisó a lo lejos, por el camino que va hacia Venegas, un grupo como de cincuenta jinetes que iban al trote hacia el Sur. De pronto creyó que serían carrancistas camino de San Luis; pero después, mirándolos desde un grupo de chaparros donde se escondió, pudo darse cuenta, por los uniformes y la bandera que llevaban, de que era gente del Norte que nunca había andado por allí.

—Qué güenos caballos y qué güenos rifles traiban, jefe. Yo los vide pasar como a unos cien metros. Train las cartucheras llenitas y unos uniformes de caqui, con sombreros de fieltro como esos que usan los gringos en las minas... Además, en la bandera vide claramente que decía «Francisco Villa.»

La noticia causó asombró en *El Mezquital* y conforme fueron llegando los demás hombres y se enteraron de ella, se formaron pequeños grupos para comentarla. En los rostros se dibujó un gesto de asombro y contrariedad, y nadie se atrevía a opinar.

—La verdá es que la cosa es grave —dijo el cojo rascándose la cabeza—. Si hubiera tiempo para ir a San Luis a pedir instrucciones... Pero ya los tenemos encima y es necesario resolver cuanto antes, porque si no cualquier día de éstos nos los encontramos y no sabemos si agarrarnos a los trancazos con ellos o ponernos a sus órdenes...

—Lo mejor será —dijo uno de los del grupo— defendernos aquí, en *El Mezquital*, hasta que sepamos más efectivamente cómo anda la bola. ¿No le parece, jefe?

—Eso sería güeno —contestó Abundio— si realmente pudiéramos defendernos. ¿Pero quién va a pelear con esa gente cuando traen tanto parque y tan güeñas armas y caballos? Nos amuelan, compañero, nos amuelan..., y no salemos con vida ninguno de nosotros...

El cojo Timoteo estaba verdaderamente apesadumbrado. Se sentía cansado de tantas bolas y tantas revoluciones. ¿Pues no que ya habían ganado? ¿No que la revolución había triunfado? Entonces, ¿por qué había que seguir peleando contra los del mismo partido si la causa que defendían era solo una?

Él no quería seguir adelante en aquella vida de peligros. Lo único que deseaba era ponerse a trabajar en aquel pedazo de tierra que tenía la ilusión de que algún día fuera suyo.

—Lo malo, jefe —decía Abundio—, es que cuando se mete uno en estas cosas después no puede salirse, aunque quiera... Ya lo vido: por andarle ayudando a usted tuve que dejar mi tierrita y abandonar a mi chata pa que la mataran esos desgraciados... Y ora, si me hago pa tras, ya sé que también me amuelan, porque de seguro los de *La Providencia* se ponen al habla con los villistas y hacen que me persigan... Pos lo mesmamente todos ustedes, jefe. Todos, cuál más, cuál menos, hicimos nuestras cosas durante la revolución y no faltará quen nos tenga por ai mala volunta... Si no jalamos parejos, si nos hacemos pa tras y nos quedamos solos, alguno de tantos enemigos nos denunciará, y, entonces, ni pa qué les digo... Entonces

sí que nos ajusilan como nosotros hicimos con los *reaccionarios*...

Esta especie de discurso, pronunciado en aquellos momentos de vacilación, tuvo el poder de persuadir a todos los oyentes, los cuales aprobaron con movimientos de cabeza. Era cierto que si la revolución seguía, ellos tendrían que ponerse de parte de alguno de los bandos contendientes, porque de lo contrario los tratarían como enemigos. Así, pues, había que seguir adelante, había que empuñar nuevamente las armas para pelear por quién sabe qué causa que ignoraban, pero que para ellos era de vida o muerte. Había que volver a los días de lucha, de asechanza y matar o resignarse a perecer... Aquello no era la defensa de un ideal, sino el instinto de conservación.

—Pos la mera verdá —dijo al fin el cojo Timoteo después de permanecer largo rato callado como si estuviera en una honda meditación—, la mera verdá es que no sé qué partido tomar... Yo soy carrancista y le tengo güeña volunta al viejo... Pero a los villistas les alzo pelo... Dicen que son muchos, muchos, y que traen hartos cañones y ametralladoras. El general Villa es el mismo demonio y no hay quien se le pare enfrente. Si seguimos defendiendo al viejo, estoy seguro que nos amuelan. Y si chaqueteamos y nos pasamos con Villa, pos la mera verdá es que me remuerde la conciencia, porque es como si juéramos traidores...

—Eso mesmo decimos nosotros, jefe —corroboraron a una varios de los del grupo—. Cierto que los villistas son muchos, como maíz, pero si nos vamos con ellos el viejo dirá que somos traidores, y eso... ¡nuncamente!

Para estudiar el pro y el contra, empezaron a referirse cuanto sabían del general Villa y su hasta entonces invencible ejército. Por los periódicos y por las personas que habían estado en la región dominada por Villa sabían de sus hazañas y de sus crueldades para con los vencidos: después de tomar una plaza ordenaba que todos los prisioneros fueran formados y con ametralladoras disparaban sobre ellos; cuando asaltaban convoyes militares o de pasajeros, no se conformaba con matar por su propia mano a los soldados, sino que a los pasajeros les hacía cortar las orejas; a las mujeres las violaba nada más porque sí y luego las dejaba abandonadas a los lados del camino como si se tratara de animales vencidos por el cansancio. Y no obstante aquellos instintos de bestia sanguinaria, viajaba en lujosos carros *pullman*, servidos por negros, y pletóricos de mujeres hermosas, como si aquello fuera un harén ambulante. Tenía para su resguardo personal una escolta de oficiales seleccionados, fornidos, buenos mozos y tan valientes y aguerridos como su jefe. Era fama que aquellos *dorados*, como se les llamaba, a la hora de asaltar una fortificación lazaban los cañones o las ametralladoras como si se tratase de inofensivos novillos. Además, tenía dinero, mucho dinero, y sus tropas estaban pagadas al día, bien vestidas, bien alimentadas, bien armadas, porque a los trenes militares iban agregados carros-panadería en los que se hacía el pan, talleres mecánicos para reparar el armamento y hasta imprentas ambulantes que trabajaban día y noche imprimiendo billetes que todo el mundo aceptaba porque podían ser cambiados por dólares...

—Pos ya ven ustedes —comentaba Timoteo—, los villistas tienen todo, hasta dinero les sobra... En cambio, nosotros muchas veces nos pasamos semanas enteras sin probar una tortilla ni un pedazo de carne. Acuérdense, muchachos, cuántos días nos los pasamos comiendo puro maíz tostado, y eso cuando bien nos iba. En cuanto a dinero..., ni pa qué mentarlo. Toda la revolución nos la aguantamos sin recibir ni un solo centavo... Solo lo que buenamente caía en nuestras manos cuando entrábamos en algún pueblo...

Aquello era verdad. Las partidas que habían operado en las enormes y áridas llanuras del norte de San Luis habían sufrido grandes privaciones y verdadera miseria durante la campaña revolucionaria. Las haciendas y las rancherías habían quedado, en general, deshabitadas y no era posible encontrar en ellas alimento alguno. Las pequeñas poblaciones carecían de todo aun para sus propios habitantes y frecuentemente éstos tenían que ir a otros lugares en busca de alimentos. Como si esto no fuera suficiente, el agua era tan escasa que a veces, tras una caminata de un día entero bajo un sol de fuego, ni los hombres ni las cabalgaduras llegaban a probarla, y cuando no podían soportar por más tiempo el dolor que se apoderaba de sus gargantas reseca, se conformaban con masticar pencas de nopal, en pequeñas rebanadas, para chuparles el escaso jugo que contenían.

—Pos ai ustedes dicen, muchachos, lo que hemos de hacer —concluía el cabecilla—. La cosa está del demonio y yo no quiero que ustedes digan que por mi culpa les va después mal... Ai ustedes dicen si seguimos al jefe o nos cambiamos con los villistas... La mera verdad es que yo no quisiera ni una cosa ni la otra; pero, como dice Agundio, hay que seguir la bola, porque si no nos amolamos más pronto.

Los hombres quedáronse silenciosos, mirándose unos a otros sin saber qué responder. Luego, como nadie se atreviera a tomar una determinación, Abundio propuso:

—Lo mejor será que echemos un «volao»... Así, lo que la suerte decida... Ya estará de Dios...

La proposición pareció acertada y todos aprobaron con grandes voces:

—¡Eso está güeno!... ¡Un «volao» es lo mejor...! Al fin y al cabo, qué más da... Andenle, pues, echen la suerte, pa ver qu'es lo que decide...

Pero como entre todos ellos no había quien trajera una moneda para jugar el albur, uno zanjó la dificultad:

—Ya hasta se me olvidó cómo son los pesos, mano... Pero no le aunque... Ora verán...

Y quitándose uno de los zapatos claveteados explicó antes de arrojarlo al aire:

—Si apunta pa Matehuala, quiere decir que semos villistas..., y si pa San Luis, pos entonces que seguimos con el viejo...

—¡Ta güeno! ¡Ta güeno! —dijeron todos, riéndose de la ocurrencia.

El zapato voló por el aire dando vueltas y más vueltas, hasta que al fin chocó contra el suelo con ruido de cosa desvencijada. Todos lo contemplaron atentamente

inquiriendo la dirección hacia la cual estaba la punta y al mismo tiempo prorrumpieron:

—¡Pa San Luis! ¡Pa San Luis! Seguimos siendo puritos carrancistas... Güeno; pos a darle, que aquí no hay quen se haga pa tras... ¡Viva Carranza! ¡Muera Pancho Villa!

Y aquella noche el cojo Timoteo, como en los días de campaña, ordenó que se pusieran centinelas avanzados en los lomeríos cercanos.

IV

En *La Providencia* sopló una ráfaga de optimismo al saberse que San Luis, desalojado días antes por los carrancistas, había sido ocupado por las fuerzas del general Villa.

Don Manuel, el propietario, que desde el principio de la rebelión iba pocas veces a la finca, concretándose a dar sus órdenes por escrito desde la capital del Estado, se presentó intempestivamente, más animoso y jovial que de costumbre y con ánimos de emprender nuevamente los trabajos por tanto tiempo suspendidos.

—Ahora sí, don Pedro —le dijo al administrador—, parece que las cosas se van componiendo... Ya se largaron todos esos carrancistas que por poco no nos dejan ni con qué vestirnos, y la gente de Villa, que está ahora en San Luis, nos ha ofrecido toda clase de garantías para trabajar.

Para confirmar sus palabras sacó del bolsillo un oficio que fue mostrando a todos. Era una orden de las autoridades villistas de San Luis para que no se le molestara en las labores de la hacienda y fueran respetados su persona y sus bienes.

Tomó asiento el hacendado en el amplio sillón de cuero que había en la administración, y rodeado del administrador, del tenedor de libros y del español, que cada día se mostraba más impaciente, les fue haciendo una minuciosa descripción de lo que era el ejército villista.

—Ése sí que es ün ejército, un verdadero ejército —decía enfáticamente—. Ni en los buenos tiempos del general Díaz se llegó a ver nada que se le pueda igualar. Cuánta gente, cuántos soldados, cuántos oficiales... Y todos bien vestidos, bien uniformados, con dinero a manos llenas... No crean ustedes que llegan robando o imponiendo préstamos como los carrancistas. Nada de eso. Pagan luego luego al contado y a veces con oro o dólares legítimos. Pueden ustedes estar seguros de que a Carranza se lo llevó el diablo definitivamente. Todo el mundo es partidario de Villa y por todas partes se respira alegría...

El español, masticando nerviosamente su colilla de puro, escuchaba atentamente y en sus ojillos vivarachos e inquietos resplandecía el entusiasmo que aquellas noticias le producían.

—¡Mecachis, don Manuel! ¡Ya era tiempo que hubiera alguien que pusiera en orden todo esto!... La verdad es que, cuando yo supe lo del levantamiento del general Villa, creí que la cosa se iba a poner peor... Todo eso que usted nos cuenta es sorprendente.

—Por cierto que —replicó el hacendado— a todos nos ha sorprendido la rapidez con que los villistas han replegado hacia el Sur a los ejércitos de Carranza... Pero se explica fácilmente: la División del Norte es tan poderosa, tiene tantos jefes valientes, que era imposible que los pobres carrancistas, hambrientos, sin armas y montados en mulas y burros, pudieran hacer frente... Es tanto el miedo que le tienen a Villa, que en ocasiones ha bastado que a la hora de un combate alguien grite: «¡Ahí viene

Villa!», para que todo el mundo eche a correr.

Entusiasmado por el magnífico giro que tomaron los acontecimientos, y con motivo de la llegada del amo, aquel día se sirvió una abundante comida reforzada con las provisiones que éste trajo de San Luis. Como era natural, se siguió hablando de los continuos triunfos de Villa, de la disciplina de sus soldados, de su artillería poderosa, y ya para terminar, a la hora del café, de los planes para dar principio a los trabajos de la hacienda.

Desde el día siguiente se notó un inusitado movimiento entre todos los trabajadores. Saliendo de la inercia a que se habían visto obligados durante tantos meses, iban y venían en todas direcciones, activos, con semblantes halagüeños, transportando costales, herramientas y otras mil cosas más, y reparando las desvencijadas carretas que desde hacía más de un año permanecían abandonadas como si no se les hubiera de necesitar más.

También en la fábrica de vino comenzaron con actividad los trabajos de una reparación general. Don Rufino, de magnífico humor porque ahora sí iba a poder trabajar con entera tranquilidad y en grande escala, dirigía él mismo el arreglo de las máquinas, alambiques y tuberías, y, entre una orden y otra, aseguraba a cada momento a sus peones:

—Ora sí, muchachos, se acabaron los carrancistas y los sustos... El general Villa quiere que todo el mundo se dedique a trabajar para que haya mucho dinero y nadie se muera de hambre. Así es que ya lo saben: hay que darle recio para que la fábrica esté lista y podamos vender harto vino...

Y para estimularlos en sus faenas, sacó de la amplia bolsa del pantalón de caqui un voluminoso rollo de los flamantes billetes expedidos por Villa que don Manuel había llevado en su reciente viaje, y con ademán pródigo fue dando uno de a peso a cada uno de los peones.

—Este sí es dinero del bueno, muchachos, no como aquel mugrero de cartones que nos trajeron los carrancistas... Ahí les regalo eso para que se los lleven a sus viejas. Pero ya saben: hay que trabajar duro para que esto quede terminado cuanto antes.

Don Pedro también disfrutaba de aquel optimismo general y desde muy temprano se iba al campo a vigilar que preparasen las tierras de labor. La estación estaba ya muy avanzada y era difícil que se pudiera lograr una cosecha siquiera. Pero dejándose llevar por el entusiasmo, aseguraba que aún era tiempo de que se viniera una buena temporada de lluvias y, por si acaso, había que tener las tierras acondicionadas.

Accediendo a las continuas súplicas que su hija le hacía en sus frecuentes cartas, le permitió que fuera a pasar unos cuantos días a la hacienda. La región estaba en calma y, según las noticias de los periódicos, los carrancistas, con su jefe, se habían replegado hacia Veracruz.

Desde que Guadalupe llegó, el silencio conventual de los amplios corredores de la casa de *La Providencia* fue interrumpido con alegres risotadas, con voces de mujeres

campesinas que iban a visitar «a la niña Lupe», mientras ésta, sentada a la fresca sombra de una bugambilia que trepaba desde el patio a la azotea, cosía o hacía labor de gancho, y con chillidos de muchachos, hijos de los trabajadores, que iban a jugar un rato con ella y a llevarle algún insignificante presente.

Huérfana de madre desde pequeña, Guadalupe tenía un inmenso cariño por don Pedro y vivía en continua zozobra cuando las circunstancias la obligaban a estar separada de él.

—El pobre ya está muy viejo —decía ella— y cualquier día le puede suceder una desgracia. Y entonces ¿qué haría yo? Es lo único que me queda...

De estatura regular, trigueña pálida, de cabeza y ojos profundamente negros, labios finos y pequeños y una admirable proporción de líneas en su conjunto, aquella mujercita apenas llegaría a los veintidós años. Su genio, alegre y bullicioso, no le permitía estar callada un solo instante. Cuando no había alguien que le hiciera compañía, cantaba a media voz, con acento timbrado y dulce, alguna canción popular de su abundante repertorio:

Y pa qué me dice cosas
si al cabo no me ha de cumplir;
yo no soy como las otras,
que donde quiera se dejan ir.

Usté no más anda jugando
y un día se va a quemar,
porque el que con lumbre juega,
muy pronto le va a pesar...

Cuando su padre y don Manuel encontrábase ausentes, en el campo, le agradaba ir a platicar con don Juanito, que se quedaba en la administración arreglando sus apuntes y papeles. Éste la miraba con respeto y devoción y en su presencia apoderábase de él una especie de timidez que lo hacía decir «sí» a todo lo que ella le preguntaba.

Sabedora de las aficiones poéticas de don Juanito, hacía que le recitara algunas de sus composiciones, que escuchaba entre complacida y compasiva, y cuando el tenedor de libros concluía preguntaba curiosa:

—Están bonitos los versos, don Juanito; están bonitos... Y éstos ¿a quién se los dedicó? ¿Quién es esa dama tan bella que le dio tanta inspiración?

Don Juanito, todo apenado, aseguraba que ninguna dama lo había inspirado y solo por matar el tiempo escribía versos como aquellos.

—Pues está usted lucido, don Juanito —replicaba ella dejando escapar un gracioso suspiro—. Había usted de ir a San Luis para que vea no más qué muchachas tan guapas hay allá... Allí sí que hasta ganas le darían de tener novia.

El tenedor de libros se reía mortificado y aseguraba que él no servía para esas cosas. Y cuando afirmaba ruboroso que él nunca había tenido una novia, Guadalupe decía como para darle tentación:

—¡Hum, don Juanito!... Pues entonces no sabe usted lo que es bueno.

Don Manuel había conocido a Lupe —como la llamaban todos familiarmente— desde que don Pedro se hizo cargo de *La Providencia*. En aquel entonces era una niña flacucha y anémica, que se iba a pasar grandes temporadas al lado de su padre, para disfrutar de los aires del campo y fortalecer su salud quebrantada. El hacendado era también, entonces, un muchachote apenas entrado en la edad viril que, por la intempestiva muerte de su padre, había tenido que asumir la dirección de sus negocios como único heredero que era. Inteligentemente aconsejado por don Pedro había mejorado la finca, aumentaba las cabezas de ganado, que en numerosos rebaños recorrían las llanuras pastando y echando carnes, para ser vendidas a buen precio llegada la época de la matanza. Se hicieron, también, algunas obras de irrigación que convirtieron en laborables algunas tierras hasta entonces inservibles, y montó, además, la fábrica de vino mezcal que en épocas normales era fuente de pingües utilidades. Con esto el capital heredado de su padre se había casi duplicado, y muchos proyectos más hubiera llevado a la práctica si la revolución no hubiese interrumpido el curso de los negocios.

El hacendado y Lupe se tomaron afecto, se trataban con la confianza que la edad juvenil y el vivir en una misma casa hace que se prescinda de todo género de formulismos. Al principio se estimaron como dos buenos amigos; luego, como dos hermanos, ya que ambos eran huérfanos, y en ocasiones pasaban largas horas hablando de todo y de nada, como dos camaradas que se tienen confianza y gustan de platicarse sus impresiones.

Cuando Lupe, en el curso de unos cuantos meses, se transformó de niña desmañada de líneas casi rectas y delgados miembros, en una encantadora mujercita de curvas ligeras e insinuantes, de labios rojos en los que el carmín no era necesario, de mejillas sonrosadas que acusaban una sangre nueva que corría por todo aquel cuerpo que cada día dibujaba más la belleza de sus formas, don Manuel, hecho ya un hombre, se la quedaba mirando largamente sin comprender cómo era posible que aquella mujer tan hermosa y llena de gracia fuera la chiquilla enclenque y tristona que iba a la hacienda en busca de salud.

Entonces fue cuando él se dio cuenta de que su cariño de hermanos o de camaradas, como él decía, había sufrido una transformación. Ya no quería a Lupe con la despreocupación de los años anteriores, ya no era para él una simple amiguita con la que era agradable pasar el rato jugando a la baraja o al dominó, ya no veía en ella a la indiferente chiquilla que, montada en un mal caballo, lo acompañaba a veces en sus correrías por la hacienda inspeccionando las labores. Ahora era algo más, algo que le llegaba al alma misma y que le hacía comprender que la quería con un amor que insensiblemente se había apoderado de su ser y le gritaba imperiosamente reclamando sus derechos.

Tras de mucho reflexionarlo, y luchando consigo mismo, al fin se decidió en una ocasión en que ella, con el libro entreabierto sobre la falda, había interrumpido su lectura a la sombra de la vieja bugambilia en el amplio corredor de bóvedas

conventuales.

—No te extrañe, Lupe, lo que te voy a decir —declaró tomando asiento cerca de ella—. Hace no sé cuántos años que nos conocemos y somos buenos amigos, casi hermanos... Entonces éramos un par de chiquillos y ahora tú eres toda una mujer y yo un hombre. Yo no sé si tú habrás querido a alguien: en cuanto a mi, puedo asegurarte que hasta hoy nunca había encontrado una mujer que me llamara la atención... Pero desde hace tiempo he sentido que mi cariño hacia ti, el cariño que te he profesado siempre, se ha transformado en algo que no puede ser otra cosa que amor. He reflexionado bastante sobre esto, y ahora, que me atrevo a decírtelo, solo quiero saber si estás dispuesta a que nos casemos... No necesitamos pensar mucho, puesto que nos conocemos bastante. Así, pues, tú eres la que tienes que resolver... Si crees quererme como yo te quiero, hablaré hoy mismo con tu papá y lo demás es cuestión de unos cuantos días...

Lupe escuchó con sorpresa, con la mirada fija en las páginas del libro que iba volviendo maquinalmente, y aunque aquellas palabras no eran una novedad para ella, porque ya se había dado cuenta, por las miradas y la manera como la trataba, de los sentimientos de él, no encontró de pronto qué contestar.

—Yo no sé, Manuel... Yo no puedo decirte nada... Es cierto que yo también te he tenido cariño siempre... Pero esto que ahora me dices me coge tan de sorpresa que necesito pensar, hablar con mi padre...

Él siguió insistiendo y sus palabras tenían un tono tal de persuasión, que ella no opuso resistencia cuando él tomó su mano y se la besó febrilmente. Aquella tarde la conversación se prolongó más que en otras ocasiones, hasta que las sombras del anochecer invadieron patios y corredores, y los gorriones acudieron de todas partes a acomodarse en sus nidos y en las ramas de los naranjos y limoneros, rompiendo el aire con sus trinos desordenados.

Pocos días después tuvo lugar una larga conversación entre el hacendado y don Pedro; éste dio su consentimiento y se convino en que la boda se celebraría en la capilla de la hacienda tan luego como terminara la recolección de las cosechas.

Concedida la autorización, Lupe y Manuel se veían con más frecuencia y a veces, como en otros tiempos, ella lo acompañaba por la hacienda montando una hermosa yegua que él había comprado expofeso en una hacienda vecina que se dedicaba a la cría de ganado caballar.

La noticia del noviazgo se esparció rápidamente entre la gente de la hacienda y a todos les pareció admirable.

—Tenía que ser —comentaban las mujeres de los trabajadores—. ¿Quién mejor pal'amo don Manuel que la niña Lupe, que es retechula y güena? Esa pareja sí que parece hasta mandada hacer... No que a lo mejor se hubiera casado con algunas d'esas curras rotas de la ciudad que ni siquiera saben hacer frijoles...

Mientras se hacían los preparativos para la boda, ella y él sentían sus espíritus inundados por una infinita felicidad. Eran dichosos, inmensamente dichosos, y las

largas horas que pasaban en los corredores de la casa o a caballo por los caminos inmediatos ocupábanlas en hacer planes para él porvenir.

Manuel sentíase animoso como nunca. Sus negocios iban viento en popa y si sus proyectos no fracasaban, aquel año, entre ventas de ganado y cosechas, tendría utilidades por cerca de veinte mil pesos. Había pensado, para el nuevo año, cuando ya estuvieran casados, hacer una reforma general a la casa de la hacienda. Había que modernizarla, decorarla e instalar en ella todas las comodidades modernas. No lo había hecho antes porque todo aquello requería un desembolso bastante fuerte, que hasta entonces no había estado en condiciones de hacer. Pero este año había sido magnífico y antes de que se presentaran otros gastos urgentes estaba resuelto a dar principio a las obras de modernización.

Lupe escuchaba aquellos planes de Manuel como si se tratara de cosa propia, y cuando él la consultaba, ella opinaba con la confianza de quien se siente ya formando parte de otra vida.

Intempestivamente todos aquellos proyectos fueron truncados por la noticia de que había estallado la revolución. Las partidas rebeldes empezaron a merodear por las haciendas llevándose ganados y cosechas, y en ocasiones incendiando las casas y los sembrados. A los robos y los saqueos siguieron los asesinatos de hacendados y administradores, y tanto Manuel como Lupe tuvieron que salir huyendo de *La Providencia* en uno de los guayines.

Todos los negocios y utilidades que Manuel tenía en perspectiva para aquel año quedaron en un momento reducidos a nada. Los trabajos agrícolas se paralizaron. Los rebaños que recorrían los campos fueron cazados por los alzados, que en ocasiones se conformaban con quitar la piel a las reses muertas, dejando abandonada la carne que no podían llevarse. La fábrica de vino dejó también de producir y los miles de pesos que el hacendado había invertido en todo aquello, y que tenía esperanzas de quintuplicar, se redujeron a unas cuantas vacas y una fanegas de maíz escapadas milagrosamente de la voracidad de los carrancistas.

A aquel desquiciamiento de todos sus planes de prosperidad siguió para Manuel una época de grandes dificultades económicas que por momentos lo llevaban a la exasperación. Obligado a vivir en San Luis por los continuos asaltos de que eran objeto las haciendas, tenía que conformarse con las insignificantes sumas que de cuando en cuando le enviaba don Pedro, producto de tal o cual pequeño negocio que había logrado hacer. Y así, en una paciente espera de que las cosas cambiasen y se pudiera volver a trabajar, habían pasado los largos años.

Durante todo ese tiempo, Lupe, que también se había refugiado en San Luis en la casa de una familia que desde pequeña la trataba como hija propia, seguía queriendo a Manuel con el mismo cariño de antes. Ella era la que, a la hora de pasear juntos por las calles de la ciudad, que conservaban el remoto sabor de la época colonial, trataba de calmar sus nervios, en continua tensión.

—Hay que tener calma —decíale con voz cariñosa—. Esto no puede durar mucho

tiempo. Algún día volveremos a la hacienda y se podrá trabajar como antes. ¿Qué importa que esperemos un poco más? Tú sabes lo mucho que te quiero y por mí no te preocupes. Te esperaré lo que sea necesario, hasta que los negocios vuelvan a ponerse buenos.

Él tenía una absoluta confianza en el cariño de Lupe, pero le desesperaba que no fuera ya su mujer, que sus vidas no estuvieran íntimamente ligadas para siempre. Si de él dependiera, en cualquier forma la hubiera hecho ya su esposa; pero ante la falta de recursos no le quedaba más que esperar y conformarse con aquellas entrevistas en la casa de ella o por las calles y jardines, como si fueran dos colegiales.

Aquel estado de cosas terminó con la llegada de los villistas a San Luis. Manuel se sintió contagiado del optimismo general, y tan luego como otros hacendados, que estaban en idénticas circunstancias a las suyas, le dijeron que las autoridades militares estaban dando garantías para que volvieran a trabajar las haciendas, se apresuró a recabar una orden por escrito, y sin pérdida de tiempo emprendió el viaje para *La Providencia*.

Semanas después le siguió ella, y ya juntos en la hacienda contemplaban, con ojos de sorpresa y amargura, los destrozos que la revolución había hecho en la finca. Muros derruidos; las pequeñas casas para los trabajadores, incendiadas; los canales de mampostería para regar campos de labor, destruidos por la dinamita; los establos y las caballerizas convertidos en ruinas, sin techos, ni puertas, ni pesebres; la huerta, en la que antes se erguían frondosos nogales y otros árboles frutales, era ahora un enorme corralón árido y seco, sin rastro de vegetación alguna.

Lo que más le apesadumbraba al hacendado era la maldad de los revolucionarios, que había llegado hasta el extremo de destrozar en parte el muro de la presa, aquel muro de grandes bloques de cantera labrada que tantos miles de pesos le había costado levantar y que ahora hacía una falta enorme para dar de nuevo principio a los trabajos.

Mirando todo aquello exclamó con un suspiro ahogado:

—Esto es una ruina, don Pedro. No sé qué mal le habremos hecho a estos hombres para que nos perjudicaran de esta manera. En dos años acabaron con lo que mi padre y yo hicimos en veinte de trabajos continuos. ¡Qué difícil va a ser empezar de nuevo!...

—Y eso que esta hacienda fue de las menos perjudicadas —dijo el administrador como para consolarlo—. Si viera usted lo que ha quedado de otras fincas... En algunas ni siquiera la casa dejaron buena. Quemaban todo, señor, o lo volaban con dinamita. Parece increíble, pero es cierto. Eran unos condenados esos hombres, unos demonios salidos del infierno.

Con los pocos recursos que don Manuel trajo de San Luis se dio principio a la reorganización de los trabajos. Desde el alba hasta bien entrada la noche los hombres estaban ocupados en sus diversas labores, y las carretas, puestas nuevamente en servicio y tiradas por las pocas bestias de carga que habían quedado, cruzaban

continuamente los caminos polvosos ayudando a los peones en sus tareas.

Aquel año ya no había esperanzas de poder hacer algo de provecho; pero, en fin, peor era no hacer nada. El corte de leña y la talla del ixtle era, por de pronto, lo único que producía pequeñas entradas de dinero y daba ocupación a los escasos trabajadores que, soportando privaciones, habían permanecido en la hacienda. Porque los otros habíanse visto en la necesidad de emigrar en busca del sustento necesario para ellos y sus familiares o se habían unido a las partidas de rebeldes que operaban en las inmediaciones.

No obstante la escasez de los elementos de que se podía disponer y las innumerables dificultades con que se tropezaba a cada paso, don Pedro se lanzó animoso y tenaz a aquella tarea de reconstrucción en la que había que luchar día a día, momento tras momento, con un suelo duro arenoso y reseco, que parecía ser indiferente a los esfuerzos del hombre por hacerlo fecundo.

¡Y, sin embargo, había que luchar, había que seguir adelante!

El viejo administrador tenía fe en que algún día *La Providencia* volvería a ser, como antes, pródiga en sus frutos, y que por sus campos, cubiertos de abundante yerba, los ganados pasearían otra vez gordos y bien alimentados, luciendo al sol sus pieles tersas y lustrosas.

Una noche, cuando todos dormían en *La Providencia* con el sueño profundo y reparador que sigue a un día de penoso trabajo, fueron despertados intempestivamente por numerosas detonaciones de armas de fuego y una gritería desordenada y salvaje en las afueras de la casa. Aquello era como una multitud enardecida y furiosa que estuviera clamando venganza.

De pronto nadie comprendió de lo que se trataba. Don Manuel, el administrador, don Juanito y el español salieron casi al mismo tiempo de sus respectivas habitaciones, en camisa, con los zapatos desabrochados y fajándose los pantalones, y se miraban unos a otros con el estupor pintado en los rostros.

—¿Qué sucede? ¿Qué sucede? —se preguntaban todos al mismo tiempo.

Nadie sabía nada. Habían tratado de mirar por las hendeduras de las ventanas que daban hacia afuera, pero la oscuridad era tan densa que no habían podido distinguir nada, como no fuera el fogonazo de los disparos entre las ramas de los mezquites.

En aquellos momentos apareció Apolonio, que, brincando las bardas del corral, había logrado penetrar hasta la casa.

—¿Qué pasa, Apolonio? ¿Quiénes son éstos que gritan y están aventando balazos? —preguntó con marcada inquietud don Pedro.

—Son los revolucionarios, señor; los carrancistas que nos cayeron por sorpresa.

—¡Los carrancistas! ¿Pero cuáles, si por aquí ya no quedaba ninguna partida de ésas?...

—Es la del cojo Timoteo, que se quedó acorralada en la sierra. Yo lo vide bien a él a la hora de saltar la barda... Y si su mercé quiere convencerse no más acérquese un poco a la puerta y verá cómo gritan: «¡Viva Carranza! ¡Viva Timoteo López!»

La fusilería arreciaba por momentos y cada vez se oía más cercana. Aunque la puerta principal estaba sólidamente reforzada con trancas y travesanos de hierro, no por eso el peligro dejaba de ser grande. Al enterarse de que era una partida revolucionaria la que atacaba la casa, don Manuel y los demás hombres que dormían en ella corrieron a sus cuartos en busca de las carabinas.

—¿Qué sucede, papá? ¿Son revolucionarios?

—Si, hija —replicó aquél tratando de dominarse para no asustarla más—. No te muevas de aquí y si oyes que los balazos se prolongan por más de media hora, te sales por los corrales y te vas al monte con Apolonio. Le voy a decir que ensille los caballos...

Y violentamente salió a unirse con los demás, que ya iban subiendo a las azoteas por una escalera de madera que estaba apoyada contra el muro.

—¡Mecachis! —rugía don Rufino mientras se cercioraba de si su carabina estaba al corriente—. Estos bandidos son como la mala yerba, mientras más los matan más crecen... Hay que tirarles duro y a la cabeza, a ver si de una vez acabamos con ellos.

Cuando a los disparos de los asaltantes contestaron otros disparos desde las

azoteas, la gritería aumentó y las descargas se hicieron más nutridas. Los de *La Providencia*, protegidos por el pretil, disparaban únicamente cuando, en la negrura que los envolvía, lograban localizar, por el destello de los fogonazos, el sitio donde estaban escondidos los rebeldes. Solo los gritos amenazadores, las injurias y las maldiciones lanzadas por voces destempladas y aguardentosas, llegaban muy claramente hasta ellos y los hacían comprender que era grande el número de sus enemigos.

—¡Ora, jijos de la...! ¡Defiéndanse si son tan hombres! ¡Ya sabemos que son villistas, desgraciados! ¡Bandidos, *reaccionarios*! ¡Aquí queremos ver a ese terrateniente qu'isque era tan hombre cuando los *pelones*! ¡Y también a ese gachupín güey! ¡Bájense si son tan valientes! ¡No estén escondidos allá arriba como las gallinas!

El tiroteo se había prolongado por más de media hora y no tenía para cuándo terminar. Por una parte como por la otra el fuego se sostenía vigorosamente. Un refuerzo de tres hombres armados con pistolas aumentó el número de los defensores de la hacienda. A veces, a la luz de los disparos, se alcanzaban a distinguir sombras humanas, agazapadas entre los matorrales, que se iban acercando cada vez más.

De pronto, una llamarada y una columna de humo rojizo rasgó la oscuridad a menos de cien metros de la casa. Todos miraron hacia donde aquel resplandor iba tomando mayores proporciones rápidamente e iluminaba con sus destellos un área que llegaba hasta donde se encontraban los combatientes.

—¡Recontra! —gritó desesperadamente el catalán—. ¡Ya quemaron la fábrica esos desgraciados! ¡Mecachis! ¡Ora sí que me llevó la...! ¡Mal rayo los parta! ¡Bandidos, bandidos!

En unos cuantos minutos las llamas alcanzaron gran altura, dando una claridad tan fuerte como si fuera de día. Ya no era un combate en las sombras, ni se disparaba al acaso, sin saber dónde estaban escondidos los revolucionarios. Ahora se les veía perfectamente, entre los chaparros y detrás de las cercas, con las cabezas descubiertas y los rostros descompuestos por el calor de la pelea.

Los de la hacienda podían hacer ahora disparos más efectivos. En ocasiones se daban cuenta de cómo hacían blanco al ver desplomarse los cuerpos de los asaltantes en el sitio en que se encontraban. En cambio los de la hacienda no habían tenido, hasta esos momentos, ni un solo herido. Pero el parque se les iba agotando. Les quedaban unos cuantos cartuchos, y, si con ellos no lograban hacer huir a los rebeldes, podían considerarse perdidos.

Al darse cuenta de esto, don Pedro miró en torno suyo buscando a Apolonio para ordenarle nuevamente que pusiera a salvo a su hija. Pero éste ya no estaba allí. El administrador sintió una calma bienhechora en su espíritu y con toda tranquilidad volvió a ocupar su lugar de combate junto al pretil.

Cuando los rebeldes se dieron cuenta de que el parque empezaba a escasear a los de *La Providencia*, acometieron con mayor empuje y estrecharon el círculo alrededor

de la casa.

—¡Ora sí, muchachos! —gritó una voz que parecía la de Abundio—. ¡Ya ganamos! ¡Ya se les acabaron las balas a estos jijos y ora es la nuestra!...

Como si aquellas palabras hubieran sido una orden para recrudecer el ataque, de entre los magueyes y nopales, los matorrales y las cercas, fueron saliendo grupos de revolucionarios —diez, treinta, cincuenta— que sin dejar de disparar avanzaban hasta ponerse a pocos pasos de los muros de la casa. Eran inútiles las descargas que hacían sobre ellos. Nada los detenía: ni las bajas, ni los heridos, que se agarraban el brazo, el hombro o la pierna sangrantes; ni los cadáveres que con un gesto de postrera blasfemia quedaban en actitudes grotescas con los ojos entreabiertos.

—Si nos descuidamos —dijo alguien de los de la azotea— nos cortan la retirada. A mí ya se me acabaron los cartuchos...

Aquella advertencia los hizo volver a la realidad. Efectivamente, solo unos cuantos cartuchos le sobraban a cada uno y, en cambio, los asaltantes disparaban cada vez mayor número de proyectiles, que rebotaban en las aristas del muro. Aquello no podía durar mucho tiempo. Era cuestión de minutos y había que tomar una resolución inmediata para salvar la vida.

—¡Ya nos fregaron estos bandidos! —exclamó de pronto el hacendado, que veía perdida toda esperanza—. ¡Vámonos antes de que nos asesinen!

A un mismo tiempo bajaron todos precipitadamente de la azotea y corrieron a los corrales, donde los esperaban los caballos ensillados. Montaron y, hundiendo con fuerza los tacones en los flancos de las bestias, salvaron de un salto los morillos que cerraban el corral, emprendiendo veloz carrera por el accidentado camino que iba hacia el monte.

Los animales, guiados por el instinto y perdidos en una nube de polvo que el incendio teñía de rojo, salvaban los obstáculos y, como si se dieran cuenta de la gravedad del peligro que amenazaba a sus dueños, hacían esfuerzos poderosos por alejarse de aquel sitio de muerte.

Diez minutos habría durado aquella vertiginosa carrera cuando a lo lejos se escuchó el trote de varios caballos que iban en la misma dirección. Don Pedro, acostumbrado a reconocer los ruidos del campo, aguzó el oído ayudándose con la mano, que puso en la oreja a manera de tornavoz.

—¡Píquense a los caballos, que nos vienen siguiendo! —gritó para hacerse oír—. ¡Ya dieron con las huellas esos bandidos!

Los caballos aumentaron la velocidad y por un momento pareció que los perseguidores se habían quedado lejos. Pero poco después el trote se dejó oír más próximo, como si habiendo cortado por alguna vereda estuvieran a punto de darles alcance. Luego empezaron a escucharse detonaciones aisladas detrás de ellos y, de vez en cuando, el silbido de las balas que pasaban a corta distancia. Gritos apagados, pero no muy lejanos, se oían opacados por el ruido sordo de los cascos de los animales en la tierra suelta.

Los disparos eran cada vez más frecuentes y las voces se escuchaban ya con claridad.

—¡Párense, jijos de la...! ¡Párense o los matamos a todos! ¡Aquí no se escapan, porque pa eso hemos venido!...

De pronto don Pedro hizo un rápido movimiento con el brazo derecho, lanzando al aire la carabina.

—¡Ya me pegaron esos malditos! —dijo con voz ahogada por la fatiga—. ¡Ya no tuvo remedio la cosa!...

Y como con la mano izquierda se oprimía el hombro derecho del cual pendía el brazo inerte, su caballo empezó a disminuir la velocidad de la carrera.

—¡No se quede, don Pedro, porque lo amuelan! —le decían los otros tratando de continuar adelante—. ¡Aguántese un rato, que ya nos vienen alcanzando!

Fueron inútiles los esfuerzos del administrador por conservarse sobre la silla. Un dolor intenso en el hombro y el brazo derecho lo hacía sufrir horriblemente a cada movimiento del caballo. Algo caliente y viscoso le inundaba la espalda y el pecho, y una enorme debilidad se iba apoderando de su cerebro, como si la oscuridad que envolvía los campos se le fuese metiendo en el cuerpo.

De pronto se inclinó hacia un lado y aunque don Manuel, que iba cerca, trató de detenerlo para que no cayera, se fue ladeando como un cuerpo sin vida hasta que, dando un bote seco, cayó pesadamente al suelo.

Unos cuantos segundos perdidos en auxiliar a don Pedro fueron suficientes para que de las sombras saliera un grupo de unos diez hombres que, lanzando gritos e injurias y con los rifles listos para disparar, rodeó a los fugitivos.

Eran los rebeldes que les habían dado alcance y que, con los rostros descompuestos y las miradas preñadas de odio y de rabia, los miraban tratando inútilmente de reconocerlos en la oscuridad.

—¡Qué tal, jijos del demonio! ¡Aquí están sus meros padres! ¡Ora sí, a ver qué dicen! ¿Por qué están tan callados? ¡Ya teníamos ganas de verles las caras, jijos de...!

De entre aquellas sombras una, que parecía el jefe, se adelantó amenazadora y con voz ronca por la rabia dijo:

—¿Quién es aquí ese infeliz dueño de *La Providencia*? Si es un poco hombre, que salga al frente, porque tengo algo que arreglar con él...

Como nadie contestara, continuó:

—Si no quiere que matemos a todos, que hable ese tal don Manuel, porque no más a eso vine, pa tener el gusto de conocerlo... Se me afigura que no ha de ser tan cobarde que me tenga miedo...

Comprendiendo el hacendado el peligro que amenazaba a sus compañeros si permanecía callado, contestó sin moverse del lugar en que se encontraba:

—Yo soy el dueño de *La Providencia*. ¿Qué desea usted? ¿Quién es usted?

El rebelde acercó su caballo hacia donde estaba don Manuel, y esforzándose por penetrar la oscuridad con sus pupilas acostumbradas a la noche, lo miró fijamente,

con una mirada de odio y venganza, y luego, echándole el aliento en el rostro, dijo pausadamente, como si temiera que sus palabras no fueran bien escuchadas:

—Me alegro de conocerlo, amigo... Hace tiempo que tenía ganas de encontrarlo no más pa decirle que es un jijo... Yo soy Abundio Guerrero, el de *El Tecolote*..., el que usted andaba buscando cuando jue al rancho con los *pelones* desgraciados y se trajo presa a mi mujer. Yo soy el que usted dijo que sé había robado los caballos de la hacienda, pa que me jusilaran. ¿Se acuerda? Pos aquí me tiene ora, a ver pa qué soy güeno...

Y como don Manuel y los del grupo permanecían en silencio, el rebelde prosiguió:

—Usted quería amolarme a la mala, y como no pudo, se conformó con llevarse a mi vieja y, después de golpearla y abusar de ella, la dejó morir como un perro. Así son valientes ustedes con las mujeres indefensas... Pero ora estamos cara a cara y a ver quién es de veras hombre. No quero que digan que lo mato a traición como usted quería hacerlo conmigo. Así que defiéndase, porque aquí a cualquiera de los dos se lo tiene que llevar la...

A la luz de las estrellas relampagueó la pistola del rebelde, que apuntaba hacia el pecho del hacendado; pero como éste no contestara nada ni hiciera intentos de defenderse, aquél lo increpó:

—¡Le digo que se defienda, jijo! ¿O es que cree que porque tiene miedo le voy a perdonar la vida? Pos se equivoca... Lo mismo que usted jue con mi vieja, seré yo con usted. Yo creiba que me iba a encontrar con un hombre de veras, no con un...

Un fogonazo rompió la oscuridad iluminando instantáneamente aquel cuadro de tragedia. El hacendado se inclinó suavemente hacia atrás y cayó a los pies de su cabalgadura.

—A ver, tú —ordenó Abundio a uno de los que lo acompañaban—, bájate y enciende un cerillo pa ver si está bien muerto ese desgraciado...

Uno de los rebeldes echó pie a tierra y alumbró el rostro del hacendado, sucio de tierra y sangre. El proyectil había penetrado por el ojo izquierdo, vaciándolo, y detrás de la oreja había hecho otro agujero por el que la masa encefálica escurría lentamente en trozos blancuzcos y sanguinolentos.

—¡A éste ya se lo llevó la tiznada! Ni pa qué darle el tiro de gracia —exclamó Abundio acompañando sus palabras con una carcajada burlesca.

Y luego, dirigiéndose a los compañeros del hacendado:

—A ustedes les perdonamos la vida, no más porque no queremos que digan que semos asesinos. A éste —apuntando al cuerpo inerte de don Manuel lo maté porque me la debía, porque él tampoco tuvo compasión de mi pobre vieja... Y si ustedes quieren que les pa se lo mismo, no más métanse con los villistas y verán cómo les va. ¡Ya saben que Abundio Guerrero es puro hombre y no le tiene miedo ni al mismo Pancho Villa!

Y lanzando un estentóreo grito de «¡Viva Carranza!», que fue coreado por los

hombres que lo acompañaban, volvieron las riendas de sus caballos y a galope tendido, entre gritos y silbidos, se perdieron entre los matorrales del monte.

Los de *La Providencia* quedaron inmóviles mirándolos ir, sin poder articular palabra. Don Pedro, pie a tierra y repuesto del desmayo, se aferraba fuertemente a la silla de su caballo para no caer, debilitado por la sangre que le salía de la herida. Haciendo un esfuerzo supremo, dijo con voz velada por el agotamiento y la emoción:

—¡Qué remedio! ¡Hoy nos tocó la de perder! A ver cómo hacen para poner a don Manuel sobre el caballo, bien amarrado para que no se caiga... Y vámonos yendo poco a poco mientras amanece...

Entre don Juanito y el español colocaron el cadáver sobre la silla del que fuera su caballo y lo aseguraron fuertemente para que no resbalara. Ayudaron luego a don Pedro a subir a su montura y, lentamente, emprendieron el regreso a la hacienda, silenciosos y agobiados bajo el peso de su pena.

Cuando, a la vuelta de un recodo del camino levantaron la vista buscando, en la pálida claridad del amanecer, la casa de la hacienda, solo vieron una enorme columna de humo rojo que subía hasta perderse en las alturas.

—¡Mecachis! —dijo el español—. ¡También han quemado la casa de la hacienda! ... ¿Qué llevan esos hombres en el alma que nunca tienen piedad para los vencidos?

El fúnebre cortejo se detuvo un momento. Todos permanecieron con los ojos fijos en aquella columna de humo, contemplaron el sitio donde por tantos años habían sacrificado sus vidas, día tras día, en el penoso empeño de hacer producir aquellas tierras áridas.

Don Pedro levantó penosamente el brazo sano y con el dorso de la mano se limpió, en silencio, una lágrima que rodaba entre las arrugas de su rostro quemado por el sol de aquellos campos tantas veces regados con su sudor. Y haciendo un ademán que revelaba la inmensa fatiga que agobiaba su alma, murmuró:

—La desgracia nunca viene sola... Yo ya estoy viejo y no le tengo miedo a la muerte. Pero todo esto que sucede no es justo, no es justo... Vamos, pues, adelante y que sea lo que Dios quiera... Con tal de que a mi hija no le haya pasado nada...

El viejo dobló la cabeza sobre el pecho, oprimido por el peso de un terrible presentimiento.

El grupo reanudó calladamente la marcha y tras él fue quedando, sobre el polvo del camino, un hilillo de sangre que goteaba de la cabeza del hacendado.

VI

De la fábrica solo quedó un montón de ruinas humeantes. En cambio, en la casa de la hacienda el fuego fue impotente para causar un grave daño a los sólidos muros y a las bóvedas de cal y canto. Los muebles, puertas y ventanas, fueron consumidos por las llamas en la parte frontera del edificio, en que el humo dejó su negra huella. Pero las habitaciones interiores y los corredores quedaron intactos, gracias a la oportuna intervención de los trabajadores, que lograron evitar la destrucción del edificio una vez que el combate cesó y que los rebeldes se llevaron sus muertos y heridos y algunos objetos que encontraron a la mano.

Ya bien salido el sol, don Pedro y sus acompañantes llegaron con su fúnebre carga. El cadáver del hacendado fue puesto sobre su cama, en su habitación, donde inmediatamente las mujeres de los peones se reunieron para hacerle compañía, entre llantos y comentarios diversos. Con un pañuelo le fue cubierto el rostro para evitar el triste espectáculo de aquella órbita vacía, donde la pólvora dejó hueco sanguinolento y ahumado.

—¿Por qué le tendrían mala voluntad a'lamo, si era tan güeno? —se preguntaban unas a otras las mujeres—. Dicen que Abundio, el de *El Tecolote*, jue el de todo... Siempre jue un mal hombre y no más vivía de lo que se robaba en las haciendas...

Entre el español y don Juanito hicieron las primeras curaciones al administrador, y al quitarle las ropas pudieron darse cuenta de que la herida había destrozado el hueso, privando al brazo de todo movimiento. El herido se quejaba, además, de una fuerte sofocación que le impedía respirar, por lo que todos opinaron que tal vez había sido interesado el pulmón.

Una vez vendado el hombro y puesto el brazo en cabestrillo, don Pedro, venciendo los agudos dolores que lo hacían sufrir atrozmente, se dedicó a inquirir por su hija. Nadie sabía lo que había sido de ella. En el fragor de la pelea hombres y mujeres habían huido hacia las lomas cercanas esquivando el peligro de los proyectiles, y solo cuando los rebeldes se retiraron fueron volviendo poco a poco para ver lo que había quedado de la casa y de sus miserables jacales.

El administrador pasó momentos de angustia imaginándose que su hija hubiera caído en poder de aquellos malvados. Habría sido, para él, la mayor desgracia que le podía acontecer. Hubiera preferido morir o ser atormentado y sufrir martirios espantosos, como frecuentemente acostumbraban hacerlos los revolucionarios con los prisioneros, a saber que su hija estaba en manos de aquella horda de bandidos, sufriendo vejaciones y atropellos.

De pronto, por uno de los caminos que conducían a la hacienda, se distinguió una diminuta nube de polvo que avanzaba rápidamente. Se fue aproximando y haciendo mayor hasta que se pudieron ver, en la luminosidad de la mañana, las figuras de dos jinetes, un hombre y una mujer, que galopaban.

Eran Lupe y Apolonio, que regresaban, una vez cerciorados de que el peligro

había pasado. De un salto echaron pie a tierra, dejando abandonadas las riendas de sus caballos, que instintivamente siguieron hacia los corrales en busca de agua y pastura, entrando resueltamente en la casa por el enorme portón donde aún humeaban los restos de la pesada puerta de mezquite claveteada de hierro.

—¡Mi padre! ¿Dónde está mi padre? —fue lo primero que ella dijo al encontrar a un peón que en esos momentos salía corriendo.

Éste, apenas deteniéndose un momento, indicó hacia adentro y continuó su camino. Luego, por los callados corredores en que aún parecían cernirse las sombras de la tragedia, llegó ella hasta la habitación del administrador, donde éste, recostado sobre las almohadas del lecho, permanecía inmóvil, con la mirada perdida en el techo, tratando de dominar sus dolores.

Al verla entrar se incorporó con la lentitud que sus debilitadas fuerzas le permitían, y, extendiendo el brazo sano, la estrechó contra su pecho y la besó repetidas veces.

—¡Hija mía! ¡Mi querida hija! ¿No te ha sucedido nada?

Ella explicó en breves palabras que había tenido que dar un rodeo muy largo para esquivar un encuentro con los revolucionarios que, en pequeños grupos, se alejaban en todas direcciones de la hacienda.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Por qué estás vendado? ¿Te hirieron?

El anciano, sorprendiéndose por no alarmar a su hija, aseguraba que no había sido nada: un rozón de bala nada más, pero para evitar que la herida se le fuera a enconar le hablan vendado el brazo.

Luego fue pidiendo Lupe noticias de los demás:

—¿Manuel? ¿Don Rufino? ¿No habían resultado heridos?

Don Pedro quiso, al principio, ocultarle la verdad; pero comprendiendo que no tardaría mucho en conocerla, prefirió írsela diciendo poco a poco.

—Eran muchos los revolucionarios, hija, y tuvimos que pelear hasta que se nos acabó el parque... Luego quisimos huir, pero los malditos nos persiguieron. No sé cómo diablos pudieron seguir nuestras huellas en la oscuridad. Entonces fue cuando una bala perdida me pegó en el brazo... Y luego... después..., quizá para desahogar su furia sobre algunos de nosotros, le dieron un balazo a don Manuel...

—¿También él está herido? ¿Dónde le pegaron, papá? ¿Es una herida grave?

Para no contestar categóricamente profería frases ambiguas, sin dar detalles, tratando de evitar que ella fuera a la habitación donde se encontraba el cadáver del que estuvo a punto de ser su esposo.

—No sabemos aún si era grave o no... Parece que le pegaron en el cuello o en la cabeza. Pero no es conveniente que lo veas ahora, porque se ha quedado dormido y hay que dejarlo descansar...

Impulsada por un extraño presentimiento, Lupe sintió el deseo de ir inmediatamente hacia donde estaba Manuel, y, sin dar tiempo a que su padre la detuviera, salió de la habitación y, atravesando los corredores, penetró en la pieza

donde las mujeres hacían compañía al cadáver.

Un instante bastó para que su cerebro comprendiera todo. Las mujeres, llorosas, cubiertas las cabezas con los rebozos; el catre puesto casi en medio de la estancia, aquel cuerpo que descansaba inerte y con las manos cruzadas sobre el pecho y el pañuelo que le cubría el rostro, en el que una mancha roja delataba la presencia de la muerte, hirieron rápida y brutalmente su imaginación y se dio cuenta de que aquéllos eran tan solo los despojos del único hombre que había amado en su vida.

De un salto se precipitó sobre el lecho y, palpando y abrazando el cadáver por todas partes, profería palabras sueltas, frases incoherentes que resonaban bajo la amplia bóveda como desgarradores lamentos de agonía.

—¡Manuel!... ¡Mi adorado Manuel! ¿Que no oyes? ¡Soy yo!... ¡Te estoy hablando!... ¿Por qué no me contestas? ¡Mira..., mira!... ¡Quiero que me respondas! ¡Quiero saber que no estás muerto!

Y al mismo tiempo, con movimientos desordenados por la desesperación, le cogía las manos yertas y se las besaba apasionadamente como si con sus besos quisiera volverlo a la vida.

Luego arrebató el pañuelo ensangrentado que cubría el rostro, y al contemplar aquellas facciones nobles que todavía el día anterior le habían sonreído con amor, inmobilizadas en una mueca dolorosa, y aquel enorme agujero de la órbita por el que aún seguía manando lentamente un líquido sanguinolento que iba a resumirse en la blancura de la almohada, se levantó bruscamente como si una impresión de horror se hubiera apoderado de su alma.

Y con la mirada fija, clavada en aquel rostro desfigurado por la muerte y por la herida sangrante, gritó con toda la fuerza de su pecho atravesado por intenso dolor:

—¡Bandidos! ¡Bandidos! ¿Por qué me lo mataron si él no les hacía nada? ¡Cobardes! ¡Asesinos!

Después, como reponiéndose del paroxismo de angustia que estrujaba todo su ser, dijo con voz ronca, solemne y animada de infinita desesperación:

—Por las santas cenizas de mi madre, por el inmenso amor que siempre te tuve, juro ante Dios y ante tu cadáver que me está oyendo, que he de vengar tu muerte... ¡Quienquiera que sea el asesino, pagará con su vida este crimen infame!

Un zumbido agudo ensordeció sus oídos. Sintió que todo giraba en torno suyo y que unas luces de colores daban vueltas frente a sus ojos. Y luego tuvo la sensación de que las rodillas se le aflojaban y de que se hundía, se hundía, en un abismo negro sin límites.

Sobre los ladrillos del pavimento el cuerpo de la infeliz mujer cayó pesadamente, como si la hubiera abandonado la vida.

*

Sepultado el cadáver de don Manuel en el humilde cementerio de la hacienda, en la

cripta donde reposaban los restos de sus antecesores, don Pedro y su hija se trasladaron violentamente a San Luis para atender a la curación de aquél, que seguía sufriendo cruelmente de la herida.

Un profundo abatimiento, una intensa postración nerviosa que la hacía desear únicamente la soledad de su habitación, se había apoderado de Lupe. Sentía en todo su ser una lasitud inmensa, una sensación de infinito cansancio, de agotamiento, como si en un solo momento se le hubiera escapado toda la alegría y el entusiasmo de su desbordante juventud. Una especie de paralización de sus facultades mentales hacía que su memoria estuviese fija, girando continuamente en torno de un solo recuerdo, de una visión que a cada momento se presentaba ante los ojos de su espíritu con toda la realidad de detalle con que la había contemplado en aquel momento trágico de su existencia: el cadáver de Manuel horriblemente destrozado por el proyectil homicida.

Como si se tratase de un esposo muerto vistió de riguroso luto, y cuando, obligada por imperiosas necesidades, tenía que salir a la calle, cubría la intensa palidez de su semblante con los pliegues de un negro manto.

¡Qué inmensamente triste parecía, a través de su dolor, aquella ciudad que pocos meses antes había sido testigo de su amor y de sus sueños!... Cómo tomaban ahora, entre sus pupilas fatigadas por el insomnio, un aspecto de soledad e infinita tristeza aquellas calles inundadas de sol, aquellos jardines donde los árboles y las flores ponían su alegre nota de frescura y de vida... Todo estaba lo mismo que cuando, dos meses antes, paseaba por aquellos sitios al lado de él en animada conversación salpicada en proyectos e ilusiones. Y, sin embargo, todo le parecía diferente. La estrechez de las calles, el trepidar de los automóviles que cruzaban en todas direcciones, las risas sonoras y las charlas animadas de los transeúntes, hacían vibrar sus nervios y oprimían su corazón con amargura que hacía subir el llanto a sus ojos.

Tenía la sensación de que todo, en la vida, había terminado para ella. Solo el cariño que tenía por su padre la hacía dominarse y encontrar nuevas fuerzas que por breves momentos infundían serenidad a su espíritu.

Don Pedro, sometido a una laboriosa operación quirúrgica, pareció mejorar de pronto. Pero poco a poco una manifiesta postración de todo su organismo hacía que su cuerpo, hasta entonces robusto y sano, se fuera consumiendo como una débil llama que está a punto de extinguirse.

El médico lo examinaba detenidamente y acababa por asegurar que ningún órgano vital estaba lesionado y que no había explicación para aquel agotamiento. Aquella sofocación, que desde el día siguiente al asalto le dificultaba la respiración, podía ser consecuencia del golpe recibido al caer del caballo, porque el pulmón no había sido tocado por el proyectil.

No obstante estas afirmaciones y los medicamentos prescritos, el mal iba en aumento y no tardó en llegar el día en que el enfermo no tuvo fuerzas para levantarse

de la cama.

El lóbulo de los ojos y las protuberancias del cráneo se dibujaban bajo la piel cetrina, que iba tomando aspecto de pergamino que se contrae. Su mano izquierda, la única visible, porque la otra seguía perdida entre algodones y vendajes, se había vuelto esquelética y se movía con lentitud y temblores de cosa marchita que está próxima a morir. Y su boca, continuamente entreabierta por la fatiga de la respiración, dejaba a veces caer un hilo de baba que mojaba la pechera de su camisa.

En una ocasión en que Lupe se quedó a su lado platicándole para distraerlo, el anciano posó en ella sus ojos semiapagados y, con voz penosa y velada por la sofocación, le dijo:

—Mira, Lupe: bien sé que no tardaré mucho en morir. Cada día me siento más malo y no tengo ya fuerzas ni para hablar... Soy un viejo y la muerte no me espanta; será para mí un descanso. Lo único que me duele es dejarte sola. Te he querido como quise a tu madre, con todo mi cariño. Pero hay cosas que no se pueden remediar... Cuando yo me haya ido, cuando tú te quedes sola, procura ser como tu madre: una mujer buena y honrada... No te dejes engañar por las vanidades del mundo... No te creas de los hombres... Sé buena y honrada como hasta hoy y no tengas miedo a la pobreza. Lucha, trabaja si necesitas trabajar para vivir, pero sé buena hasta el último momento...

Calló el viejo entrecerrando los ojos fatigados por el prolongado esfuerzo. En su rostro cadavérico se dibujó una expresión de completa serenidad, como si al pronunciar aquellas palabras hubiera concluido su misión en este mundo. Y lanzando un profundo suspiro, se quedó dormido.

Lupe, sin responder una palabra, bajó los ojos e inclinó el rostro sobre el pecho, dejando que el llanto corriera por sus lívidas mejillas. Ella también comprendía que no estaba lejano el día en que un nuevo dolor, tan intenso y tan grande como el otro, vendría a agregarse al que ya estrujaba su alma. Se había dado cuenta de que su padre no viviría más que unas cuantas semanas, y con esa especie de resignación que se apodera del espíritu en los momentos supremos, contemplaba los rápidos progresos de la enfermedad. Se sentía débil e impotente ante los golpes que el infortunio descargaba en las fibras más sensibles de su alma, y dispuesta a soportar la nueva desgracia que ya veía llegar, se mostraba serena como una virgen que se ofrece al sacrificio.

No pasaron muchos días sin que el estado de don Pedro se agravara. Por las noches era preciso velarlo ante el temor de un intempestivo desenlace. Ella permanecía a su lado constantemente y solo a instancias y ruegos de la familia en cuya casa había ido a refugiarse accedía a tomar un descanso de breves momentos.

Al fin, una noche, a las altas horas, expiró el viejo administrador. Fue una agonía dulce, sin contracciones ni estertores. Se quedó inmóvil, como si estuviera durmiendo, y la respiración se fue apagando poco a poco entre sus labios blanquecinos y marchitos. En sus pupilas se quedó estereotipada una mirada

indefinible y vaga, de infinita ternura, como si quisiera con los ojos envolver por vez última a su adorada hija en un abrazo tan grande y amoroso como la eternidad en que el espíritu se perdía.

El sepelio fue en extremo humilde. Dos carruajes de alquiler siguieron a la carroza fúnebre por el polvoriento camino que lleva hacia el Saucito. Lupe, acompañada de la familia de la casa y de dos o tres viejos amigos de su padre, fueron las únicas personas que condujeron el cadáver hasta su último refugio.

Agonizaba el día entre los pálidos destellos de un crepúsculo saturado de honda melancolía, cuando el pequeño cortejo emprendió el regreso hacia la ciudad que a lo lejos, envuelta en las primeras sombras del anochecer, iba encendiendo sus iluminaciones eléctricas.

Los carruajes caminaban fatigosamente dando tumbos en los hoyancos del camino. Las estrellas empezaban a parpadear en las alturas. Allá a lo lejos, a la derecha, un reguero de luces brillaba sobre una prominencia: era la fundición de Morales. Más adelante, en medio de un grupo compacto de árboles copudos, entre los que se distinguían varias casas con sus ventanas encendidas, la pequeña estación del ferrocarril «Potosí-Rioverde». Luego, unas miserables casuchas de adobe sin enjalbegar, y varias huertas que a uno y otro lado del camino animaban aquella planicie terrosa con la verdura de sus alfalfares, indicaban que la ciudad estaba próxima, con su barrio de Santiago en primer término.

No obstante el dolor que embargaba su espíritu, Lupe se daba cuenta de todos aquellos detalles y contemplaba con profunda amargura los sitios en los que, en otros tiempos de verdadera felicidad, había paseado en compañía de su padre o de Manuel, sus dos grandes cariños, ahora ya desaparecidos para siempre.

Y por momentos cruzaba involuntariamente por su cerebro una pregunta que la hacía sobrecogerse de espanto ante la interrogación del futuro de su vida. Ahora que estaba sola en el mundo, sin apoyo de nadie y sin recursos, ¿qué iba a ser de ella?

Varias veces, durante aquellos días, había surgido en su espíritu la incertidumbre. ¿Qué sería de ella mañana? ¿A quién volvería su rostro para pedir ayuda en los momentos en que tuviese necesidad de amparo? Ante lo inescrutable de su destino optaba por desechar aquellos pesimismo que la mortificaban y daba un giro menos doloroso a sus pensamientos.

El carruaje rodaba ya por la amplia avenida que conduce de Santiago al centro de la población, donde los focos dejaban caer sobre el pavimento su luz blanquecina. De pronto un coro de voces con acompañamiento de guitarra y un violín desafinado la volvió a la realidad. Era un grupo de músicos ambulantes que, a la puerta de una cantina de infame categoría, entonaba canciones populares para solaz de los libadores:

Enterraron por la tarde
a la hija de Juan Simón
y era Simón en el pueblo
el único enterrador...

El carruaje se encontraba ya un poco distante de los cantores, pero aún pudo oír, aunque atenuada por la distancia y el ruido de las ruedas sobre la tierra suelta, la segunda estrofa:

Él mismo su propia hija
al cementerio llevó,
él mismo cavó la fosa
murmurando una oración...

El reciente recuerdo de su padre que se quedaba atrás, perdido entre miles de sepulturas, cubierto por las sombras de aquella noche tibia y perfumada por ráfagas que traían el aroma de los jardines lejanos e invisibles, volvió a atenacear su espíritu, y tuvo deseos de llorar, de llorar larga y copiosamente, para dar salida a aquella angustia que ponía un nudo en su garganta.

Y cuando ya a solas consigo misma, en el silencio de su habitación, sintió el frío que la rodeaba y más claramente se dio cuenta del inmenso desamparo en que se encontraba, cayó de bruces sobre la cama y hundió el rostro anegado en llanto en la blancura de la almohada que inútilmente la invitaba a un reposo que no habría de llegar.

VII

Pasaron las semanas. Pasaron las mañanas grises del invierno melancólico y frío. Las negras ramazones de los árboles empezaron a cubrirse de nuevos brotes y el cielo volvió a tomar su transparencia azul, en la que las primeras golondrinas tomaron a trazar la línea sinuosa de su vuelo haciendo estremecer el aire con sus trinos.

Una especie de conformidad ante lo irreparable se fue apoderando lentamente del ánimo de Lupe. Aunque cubierta aún de riguroso luto, por prescripción del médico salía frecuentemente a dar breves paseos por distintos rumbos de la ciudad, acompañada de Panchita —una de las señoritas de la familia con la que seguía viviendo— que la quería como a una hermana.

A veces era la Alameda con sus árboles copudos, sus diminutos lagos donde los gansos se limpiaban los plumajes al sol, flotando apaciblemente sobre las verdosas aguas y sus callecillas frescas y enarenadas, la que la atraía. Allí pasaba horas enteras sentada en cualquier rincón de sombra, conversando con Panchita, que gustaba de aquellas pláticas en las que el amor y los gratos recuerdos ponían su nota dulce y sentimental.

De una pequeña bolsa de mano sacaba Panchita una labor de gancho para entretener el tiempo, y mientras el hilo iba pasando entre sus dedos, comentaba curiosa:

—A mí me gusta que me platiques de Manuel, porque sé que también a ti te agrada, y porque como nunca he tenido novio a quien querer de veras, me encanta saber que el amor es tan hermoso como tú lo cuentas...

Lupe dejaba dibujar en sus labios una sonrisa preñada de melancolía, y por refrescar los recuerdos y volver a vivir, aunque fuera mentalmente, aquellos días de felicidad ya muerta, empezaba a hablar de su cariño por Manuel, de las palabras que él le decía, de lo bueno y amante que era y de lo felices que se sentían cuando allá, en los corredores de la hacienda, se pasaban las tardes enteras haciendo proyectos que jamás habrían de realizar.

—Yo no sé si todos los hombres serán lo mismo, Panchita —concluía ella—. Pero Manuel era tan bueno conmigo que lo quería como si fuera un hermano, como si toda la vida hubiéramos vivido juntos.

La charla continuaba cálida, vehemente, salpicada de observaciones y recuerdos que hacían que el rostro aún demacrado de Lupe se coloreara levemente y desapareciera la tristeza que habitualmente empañaba su mirada. Panchita se entusiasmaba también y se posesionaba de tal modo del relato, que en ocasiones no podía contener una exclamación intempestiva que brotaba de sus labios:

—¡Qué bonito es todo eso, Lupe! Con razón eras tan dichosa. Solo así concibo el amor. Si yo encontrara a un hombre que me quisiera como Manuel te quería a ti, haría cualquier cosa por él...

Cuando llegaba la hora de volver a casa, Lupe se detenía de pronto en sus

recuerdos, y dejando escapar un suspiro de amargura, terminaba con voz desmayada:

—Hubiera sido mejor no hablar de todas estas cosas... Si ya pasaron para no volver, ¿qué objeto tiene recordarlas a cada rato? ¿No te parece?

En otras ocasiones prefería hacer aquellos paseos a la hora apacible del crepúsculo, cuando tras el calor del día una agradable frescura llegaba envuelta en acariciadoras ráfagas que pasaban levantando rumores entre el follaje de los árboles.

Para estos momentos de vespertino esparcimiento escogía la tranquila lejanía del Santuario de Guadalupe, por cuya amplia calzada íbanse ella y Panchita, a pasos lentos, conversando de todas aquellas cosas de que les era tan grato hablar. Ni el ruido de los tranvías eléctricos, que a un lado de la ancha calzada pasaban haciendo estremecer el aire con el sordo zumbido de sus motores, ni los grupos de creyentes que iban o venían de visitar el templo de la Virgen Morena, las distraía del ensimismamiento que se apoderaba de sus espíritus. Solo cuando a la altura de los cuarteles y la Penitenciaria las casas empezaban a escasear y la calzada se ensanchaba por ambos lados en dos pequeñas llanuras, era cuando salían de sí mismas para contemplar la lejanía del paisaje que, envuelto en los últimos destellos rojos de un crepúsculo que agonizaba tras las colinas lejanas, ofrecía perspectivas cautivadoras.

Al fondo, las altas y esbeltas torres del Santuario se erguían rectas como dos colosales agujas de piedra que intentaran llegar hasta los cielos. A la izquierda, la barda gris de un viejo camposanto abandonado se prolongaba sobre una estrecha llanura, al final de la cual se miraba pasar, diminuto como un juguete, el tren que va hacia México. Y por la derecha otra llanura, que iba a unirse con las primeras estribaciones de la sierra de San Miguelito, cuyas gibosidades adquirían en aquellos momentos extrañas coloraciones que las hacían aparecer como una manada de paquidermos gigantescos.

Qué agradable sensación de alivio y de consuelo sentía ella cuando, en la dulce tranquilidad del anochecer, penetraba en la amplia nave del templo sumergida en una suave penumbra en la que brillaban, como ojos de fuego, las lámparas votivas. Perdidos en la semioscuridad veíanse grupos de mujeres, con las cabezas cubiertas, orando con voces rumorosas que producían una especie de zumbido lejano que por momentos crecía o se apagaba.

Lupe y Panchita se arrodillaban junto a una de las bancas próximas a la entrada y allí permanecían varios minutos, inmóviles, con la mirada fija en los ojos entrecerrados de la Virgen aparecida en el Tepeyac, rezando y pidiendo consuelo para sus almas adoloridas. Luego, a un mismo tiempo, hacían sobre sus frentes y sus labios el signo de la cruz y en silencio abandonaban el templo.

Afuera era ya de noche. El paisaje había perdido las tonalidades en que lo envolviera el crepúsculo. La sierra de San Miguelito había desaparecido devorada por la oscuridad. Una hilera de pequeños focos incandescentes iluminaba débilmente, a trechos bastante separados, la recta calzada. Sólo allá muy a lo lejos se miraba un reguero de luces que, en la negrura de las sombras, se destacaba como una diadema

de piedras refulgentes coronando a una montaña. A veces, en medio de todas ellas, surgía de pronto una herida roja y reverberante que aumentaba de tamaño en unos cuantos segundos. Era un río de lava ardiente que descendía por el flanco de la montaña hasta congelarse.

Instintivamente contemplaba Lupe aquella corona luminosa y decía:

—Cuando Manuel y yo veníamos al Santuario le gustaba detenerse a ver las luces de Morales. Encontraba un raro encanto en su parpadeo continuo y decía que le daban la impresión de fuegos fatuos.

Cada uno de aquellos árboles añosos, los pequeños cedros que circuían el insignificante jardincillo del atrio, la gran fuente de cantera que en el centro de la plazoleta dejaba caer a veces su chorro rumoroso y, en otras, mostraba su fondo vacío, todo, en fin, hasta el más insignificante detalle, le hablaban de él, de aquellos días cada vez más lejanos en los que a esa misma hora, sintiendo la misma caricia del viento que de las selvas huastecas llegaba oloroso a humedad y a verdura, regresaba al lado de él —como ahora regresaba sola y triste— después de haber pedido a la Virgen por la felicidad de ambos.

Frente a los cuarteles les llamó la atención un grupo de gente aglomerada en torno de varias camillas. Atraídas por la curiosidad se detuvieron y una mujer del pueblo les informó:

—Son unos villistas heridos que acaban de traer del camino de Tampico... Ya han metido muchos. Dicen que ayer hubo un combate con los carrancistas y que resultaron hartos muertos.

Siguieron adelante, pero la impresión dolorosa de aquellas camillas ensangrentadas, el espectáculo de las soldaderas que, cargando el sombrero y la cobija de «su hombre», seguían infatigablemente a los soldados por todas partes, aun en la misma línea de fuego, las hicieron guardar silencio por algunos instantes. En el espíritu de Lupe se reavivaron los recuerdos y volvió a surgir la visión de aquellas escenas de lucha, de odio y de muerte que presencié la noche del asalto a *La Providencia*. Y por una necesaria asociación de ideas, el recuerdo del cadáver ensangrentado de Manuel, con la órbita negruzca y vacía, acudió a su mente haciendo que un estremecimiento de horror recorriera su cuerpo.

*

Don Juanito, que tenía ahora a su cuidado *La Providencia*, venía frecuentemente a San Luis a recibir órdenes de los herederos de don Manuel, que, desde la muerte de éste, se habían hecho cargo de sus bienes, aunque sin ninguna formalidad judicial por estar clausurados los tribunales.

En cada uno de estos viajes nunca se olvidaba de ir a saludar a Lupe, a quien seguía tratando con el respeto y estimación de antes. Ésta, por una curiosidad muy natural cuando se trata de algo que nos ha sido muy querido y que está íntimamente

ligado —por días inolvidables— a nuestra vida, le pedía informes de la hacienda.

—Aquello está abandonado —respondía él—. Desde que ustedes se vinieron, todos los trabajos se paralizaron y la poca gente que aún quedaba ha empezado a irse para otra parte, porque allí no hay ni qué comer.

—¿Y don Rufino? —preguntaba Lupe.

—También se fue ya. Tan luego como se convenció de que la fábrica ya no servía para nada y de que no había de volver a ver ni un solo centavo de lo que tenía metido en ella, lió sus maletas y se fue quién sabe para dónde. Unos me han dicho que para Tampico, otros que para Cuba, donde va a trabajar en un ingenio de azúcar. El pobre se desmoralizó mucho con lo del asalto y la muerte de don Manuel y se convenció de que no era tan fácil hacer dinero como él creía.

A veces acompañaba a Lupe y a Panchita en sus paseos por la Alameda o el Santuario. Una tarde, en que fue con ellas al Saucito a llevar una corona a la tumba de don Pedro, y ya a punto de abandonar el camposanto, dijo de pronto deteniéndose ante un sepulcro de modesta apariencia, rematado por una cruz de mármol blanco:

—Aquí tiene usted, Lupe, la tumba de uno de nuestros grandes poetas, tal vez el más grande de nuestros tiempos.

Y dando a su voz una entonación que dejaba comprender la gran admiración que sentía por el desaparecido, prosiguió:

—¡Manuel José Othón! El autor de *El himno de los bosques*, *La noche rústica de Walpurgis* y el *Salmo del fuego*. ¡Genial, verdaderamente genial! Y, sin embargo, ahí está, casi olvidado... Si no hubiera sido porque varios amigos fieles le levantaron este sencillo monumento, tal vez a estas horas ni siquiera se sabría en qué lugar reposan sus cenizas. Lo mismo sucede con todo lo que vale en nuestra Patria: se le olvida, se le desprecia, para glorificar a imbéciles medianías...

Su rostro se animó con un gesto de rebeldía, y descubriéndose solemnemente, como para saludar al poeta allí yacente, clavó sus pupilas en la lejanía del horizonte, donde el fuego del crepúsculo comenzaba a manchar la claridad celeste, y con acento conmovido recitó:

Augusta ya la noche se avecina,
envuelta en sombras. El fragor lejano
del viento aún estremece la colina
y las espigas del trigal inclina,
que han dispersado por la tierra el grano.

Siento bajo mis pies trepidaciones
del peñascal; entre su quiebra oscura,
revuelto el manantial, ya no murmura;
salta, garrullador, a borbotones.

Son las últimas notas del concierto
de un día tropical. En el abierto
espacio del Poniente un rayo de oro
vacila y tiembla. El valle está desierto
y se envuelve en cendales amarillos

que van palideciendo. Ya el sonoro
acento de la noche se levanta.

Ya empiezan melancólicos los grillos
a preludiar en el solemne coro...
¡Ya es otra voz inmensa la que canta!...

Los admirables versos del bardo potosino, épico cantar de nuestras selvas, nuestros ríos, nuestras montañas y nuestras desoladas praderas, resonaron en aquel sitio como una plegaria a la Santa Madre Naturaleza, recitada con devota veneración.

Cubrió don Juanito su cabeza despeinada por el viento fresco de la tarde, y antes de alejarse de la humilde tumba cortó de uno de los cipreses cercanos una rama que piadosamente depositó sobre el mármol de la lápida.

Ya por el camino, de regreso a la ciudad, entretúvose en explicar a Lupe y a Panchita lo que a su manera de ver constituía la grandeza del poeta muerto.

—Othón —decía— perteneció a ese género de poetas de que solo en el transcurso de muchos años, de siglos tal vez, surge uno... Para él la cuerda sentimental era cosa secundaria. Es cierto que la hizo vibrar, pero fue en su juventud, cuando era estudiante, cuando sus potentes alas empezaban a ensayar los primeros vuelos. Entonces escribió rimas suspirantes a los ojos, los labios, las trenzas y las manos de la amada. Pero cuando su genio creador llegó a la cumbre y brilló en el firmamento como astro de primera magnitud, su lira entonó un perpetuo canto a la naturaleza.

Con voz cálida por el entusiasmo que despertaba en él aquel artista que admiraba tan profundamente, hacía un análisis de su espíritu excepcional. No le faltaba el sentimiento del amor; por el contrario, lo tenía y en grado extremo de refinamiento. Pero su amor, su inmenso amor, se había concentrado en la contemplación de la naturaleza. Era un gran contemplativo. Pasábase mañanas enteras, días enteros, perdido en los bosques de la Huasteca contemplando las maravillosas perspectivas del paisaje, escuchando la armonía infinita del follaje, el arroyo, el torrente, o el atronador parloteo de los guacamayos. Para él nada tenía la grandiosidad de un amanecer tranquilo, de una noche profundamente oscura o intensamente iluminada por la luna, o la hora taciturna del atardecer, cuando los pastores y los rebaños van camino del aprisco. Todo en la naturaleza era admirable para él. Cualquier detalle, cualquier ruido, por insignificante que fuera, tenía su alma propia, era la expresión de algo que en la inmensidad contribuía a cantar la gloria del Creador. Y así, en su *Noche rústica de Walpurgis*, nos habla de todas las cosas de la noche, desde el canto del grillo, las pálidas luces de los fuegos fatuos, el río, las estrellas, el ruiseñor y el bosque; el roer de los gusanos en el hondo silencio de la tumba, el agrio chillido de las brujas que por la noche se convierten en cabras y el canto del gallo que ahuyenta en los hogares el nocturno terror.

—Para sentir tan hondamente el alma de todas estas cosas —continuaba don Juanito—, es necesaria una sensibilidad espiritual de la que sólo el genio es capaz. Poetas románticos, sentimentales, eróticos, los hay en todas partes. Pero poetas de la

talla de Othón, que sientan y canten la grandeza de una cumbre o la imponente majestad de un torrente, son pocos, poquísimos...

A continuación, para completar la figura espiritual del gran vate, narraba algunas de las anécdotas que acerca de él corrían de boca en boca.

—Era tan distraído —decía continuando su vehemente peroración— que, una vez que salió con su esposa a dar un paseo por el campo, la dejó a la sombra de unos árboles preparando la comida mientras él iba a hacer un poco de ejercicio por los alrededores. La dama preparó sobre el césped la rústica mesa y calentó las viandas. Pasó una hora, luego dos y tres y el poeta no volvía. Temerosa de que le hubiera sucedido algo, tuvo la paciencia de esperarlo toda la tarde sin que él apareciera por ninguna parte. Hasta que, cuando empezaba a anochecer, resolvió volver al pueblo para dar aviso de lo ocurrido y que fueran a buscarlo... Cuál no sería su sorpresa al darse cuenta de que Othón estaba tranquilamente sentado, en compañía de varios amigos, en una de las bancas de la plaza principal... Y lo más curioso fue que, al increparlo por su proceder, el poeta juró y perjuró que se le había olvidado por completo que ella lo estaba esperando para comer...

Innumerables y varias eran todas las historias que se contaban acerca de tan extraordinario hombre.

—En otra ocasión —prosiguió don Juanito—, cuando era juez de Santa María del Río, tenía que hacer frecuentes viajes a San Luis, a caballo, porque no había entonces mejores medios de comunicación y porque le agradaban esos paseos, en los que dejaba que la cabalgadura siguiera instintivamente su camino mientras se abstraía en sus meditaciones o en la lectura de algún libro. En uno de estos viajes se vio acometido intempestivamente por dos malhechores armados de machetes que lo obligaron a echar pie a tierra. El poeta, que se encontraba inerme, no opuso resistencia, y sentándose al borde del camino invitó a sus asaltantes a tomar un poco de coñac de una botella que había llevado para mitigar la sed. Aceptaron gustosos el inesperado obsequio que su víctima les ofrecía, y los tres libaron en el mismo recipiente. Una animada charla se entabló y la botella pasó frecuentemente de boca en boca. En aquellos momentos Othón tuvo una inspiración. Empezó a contar una fantástica historia de aparecidos, ahorcados, demonios y almas en pena, tan vivamente narradas, con detalles tan macabros y espantosos, que el espíritu ingenuo de los bandidos se sobrecogió de terror... Complacido el poeta por el giro que iba tomando su narración, acentuaba cada vez más los tintes sombríos de ella. Cuando volvió la mirada para darse cuenta de la impresión de sus oyentes, se encontró solo, absolutamente solo... Los bandidos, víctimas de un pavor espantoso, habían huido sin recoger siquiera sus machetes y sus cobijas.

Lupe y Panchita reían de todas aquellas aventuras que les contaba don Juanito. Habían oído hablar de Othón, pero de una manera vaga, sin conceder a la memoria del poeta potosino mayor importancia que a cualquier otro de nuestros poetas muertos. Apenas si conocían algunos de sus versos, publicados por algún periódico

local en ocasión del aniversario de su muerte.

—Entonces —preguntó una de ellas—: si es tan grande como usted dice, ¿por qué no le han levantado una estatua?

—Pues por lo mismo de siempre —repuso el panegirista—. Porque en México solo sabemos honrar a los libertadores y a los generales que llevan a nuestro pueblo infeliz al matadero... Pero de nuestros hombres de ciencia, de nuestros intelectuales y, en general, de todos los que han sacrificado su vida por un ideal que nos enaltezca..., de esos no hay ni quien se acuerde...

Una sonrisa de escepticismo contrajo los labios del humilde tenedor de libros, y señalando con el índice un poderoso automóvil cargado de oficiales villistas y mujeres alegres que reían a grandes carcajadas y apuraban de varias botellas, que en aquellos momentos pasaba a su lado, dijo sentenciosamente:

—Ahí tienen ustedes a nuestros héroes de mañana... Si su causa triunfa tendrán honores y riquezas, sus nombres serán inmortalizados en calles y plazas públicas, sus figuras quedarán esculpidas en mármol o fundidas en bronce. Y no podrá ser de otra manera: han matado bastantes mexicanos... En cambio, el recuerdo de Othón solo seguirá viviendo en el corazón de unos cuantos que de verdad lo amamos.

El automóvil había dejado atrás al humilde carruaje de alquiler que ellos ocupaban. Las voces y las risas se perdieron en la distancia, y de la densa nube de polvo que el auto dejaba tras sí, partían las notas agudas de las mujeres, que habían empezado a cantar:

Si Adelita se fuera con otro,
la seguiría por tierra y por mar;
si por mar en un buque de guerra,
si por tierra en un tren militar...

VIII

El derramamiento de sangre continuaba.

Tras el primer momento de sorpresa en que los partidarios de Carranza se retiraron hacia el sur sin presentar combate, se operó en ellos una reacción que les dio nuevos ánimos. Lograron reorganizarse y por momentos hasta se atrevían a tomar la ofensiva. Villa y sus principales jefes habían llegado a la capital de la República, y creyendo en el triunfo en que nadie se atrevía a disputárselo, se entregaron en México y otras ciudades de importancia, a una vida de continuas francachelas y desórdenes.

El propio Villa, que cuando se encontraba al frente de sus tropas mantenía una disciplina tan rigurosa, ordenando el fusilamiento de sus oficiales por la más insignificante desobediencia, se dedicaba en la metrópoli a raptar mujeres como si no le bastaran las que, en su tren particular, lo acompañaban como esclavas sumisas. Y al igual que él, los demás jefes parecían haber olvidado los ímpetus desplegados en el norte contra los federales —motivo de sus continuos triunfos— para entregarse también a una vida de placeres y concupiscencias.

En San Luis, el general Urbina, compadre del famoso guerrillero y uno de los más feroces y sanguinarios jefes del villismo, había establecido su cuartel general. Largos trenes con soldados, piezas de artillería, caballada y provisiones de toda especie, entraban en la estación a todas horas del día y de la noche.

La capital potosina estaba convertida, por su situación geográfica y ferrocarrilera, en una importante plaza de reconcentración militar. Las estaciones se encontraban congestionadas de trenes militares que pasaban en todas direcciones, deteniéndose el tiempo indispensable para que los jefes recibieran órdenes telegráficas. Las calles, los hoteles y las casas de huéspedes veíanse invadidos por grupos de oficiales que en traje de campaña iban de un lado para otro precipitadamente. Los cuarteles, mesones, corrales y huertas cercanas a la población estaban pletóricos de soldados, caballos y carros de impedimenta que desaparecían en el transcurso de una noche para dar cabida a nuevos contingentes que llegaban.

Por calles y avenidas veíanse cruzar automóviles conduciendo a altos jefes que, cubiertos por el polvo del camino, se dirigían a tramitar violentamente algún asunto en el Cuartel General, para regresar luego a sus trenes, que los estaban esperando. Y por las calles que van de la Calzada de Guadalupe —donde se encuentran los cuarteles— a la estación del ferrocarril, veíanse frecuentemente largos cordones de tropa en indisciplinada formación, seguidos de piezas de artillería y carros de parque, que entretenía la curiosidad de los transeúntes y hacían presumir la proximidad de nuevos combates.

El puerto de Tampico seguía en poder de los carrancistas, que habían levantado magníficas obras de atrincheramiento en la estación de Ébano, a dos horas escasas de la plaza defendida y sobre la línea del ferrocarril que va a San Luis.

El general Urbina había intentado inútilmente asaltar aquella posición avanzada

del enemigo. Numerosos contingentes de las tres armas habían sido lanzados al ataque; la artillería carrancista inteligentemente emplazada y dirigida, causaba grandes destrozos en las filas villistas, obligándolas a retroceder en cada embestida. Al fuego de los cañones y de las ametralladoras había que agregar el fuego del sol, que en aquella región, cercana a la costa y situada en el corazón de las selvas huastecas, tiene ardores de llama. Los soldados villistas, venidos de las sierras de Chihuahua y de las llanuras del norte del país, no podían soportar aquella temperatura que asfixia y quema. Enfermaban de paludismo o sentían el martirio de la sed, que los hacía caer desmayados en cualquier momento. Y como si esto no fuera suficiente, sucedía que a la hora de los ataques, en lo más crudo de la pelea y cuando los asaltantes parecían tener ya en su poder los reductos del enemigo, éste, usando de un recurso supremo, volcaba sobre ellos un torrente de chapopote inflamado, traído de los pozos petroleros cercanos, que formaba un infranqueable río de fuego ante el cual era preciso retroceder.

A San Luis solo llegaban los rumores de estos rudos combates que, por espacio de semanas enteras, se renovaban continuamente. Los hospitales, tanto el militar como el civil, eran insuficientes para contener los numerosos heridos que diariamente y en largos trenes de carga eran traídos violentamente de la línea de fuego. A veces, cuando ya no había lugar en los hospitales para recibir heridos, se avisaba para que los trenes continuaran su marcha hasta Aguascalientes, Saltillo o Monterrey.

Entretanto, la población neutral, los no combatientes, padecían cruelmente. Todas las actividades se encontraban paralizadas y era verdaderamente difícil, casi imposible, ganarse la vida. Los billetes emitidos por los jefes villistas y que en un principio tenían un valor comercial que los hacía codiciables, habían ido desmereciendo poco a poco, al grado de que se necesitaba un enorme fajo de ellos para obtener un kilo de azúcar o de arroz. Los alimentos de primera necesidad escaseaban y, a fin de obtenerlos en mínimas proporciones, era preciso formar largas colas frente a las tiendas, que cada día, y a veces cada hora, fijaban precios más elevados. El hambre empezaba a exasperar a las gentes, que se amotinaban pidiendo que se les diera algo de comer. Entonces las autoridades sacaban por la fuerza las existencias que los comerciantes tenían escondidas en bodegas ocultas y las repartían entre el pueblo.

Los únicos que podían satisfacer con holgura todas sus necesidades eran los jefes y oficiales villistas que, en las amplias bolsas de sus pantalones de montar, llevaban siempre enormes cantidades de billetes de todos valores, de los que se desprendían con facilidad y esplendor de magnates poseedores de inmensas fortunas. Ellos eran los amos y señores de la situación, los únicos que podían comprar todo lo que encontraban a su paso. El hambre y la miseria, por una parte, y la abundancia, por la otra, hacían que a aquellos hombres que a diario se jugaban el albur de la vida, se les ofreciera todo por precios irrisorios: lo mismo valiosas joyas de familia que por largos años habían permanecido en el fondo de los viejos arcones, que la honra de

mujeres hermosas, que, obligadas por la necesidad, entregaban sus cuerpos y sus caricias al primer postor.

Los préstamos forzosos y los fusilamientos de vecinos pacíficos, sin formación de causa y a título de supuestas complicidades con el enemigo, volvieron a ponerse en uso como en los días de lucha contra Victoriano Huerta. La palabra *reaccionario* con que se calificaba a todo aquel considerado como enemigo de la causa, llegó a adquirir proporciones de tal naturaleza, que todo el mundo la temía como una sentencia de muerte.

En las cantinas, los garitos, los prostíbulos y en todos los centros de placer o de vicio, los oficiales y los jefes villistas imponían su voluntad como dueños exclusivos. Solo ellos mandaban allí y a la menor dificultad desenfundaban sus armas y se batían a tiros como si estuvieran en un combate campal. Los proyectiles cruzaban en todas direcciones destrozando muebles, cristales y espejos, y cuando la reyerta concluía, varios heridos o muertos quedaban sobre el pavimento.

Otras veces por gusto, por el mero placer de demostrar su hombría, cualquier general vaciaba su revólver sobre algún parroquiano que estaba a su vista o sobre una infeliz mujer que, momentos antes, le había brindado sus caricias.

Magníficos tiradores todos ellos, casi nunca erraban la puntería. Para comprobar su pericia en el manejo de las armas, obligaban a que alguien se pusiera sobre la cabeza una botella, que al primer disparo hacían saltar en pedazos.

Sucedió en cierta ocasión que uno de aquellos generales penetró a una cantina, situada frente a la Plaza de Armas, en los momentos en que el establecimiento estaba pletórico de tranquilos parroquianos que se dedicaban a tomar el aperitivo. Intempestivamente, y sin que mediara motivo de ninguna especie, el villista sacó la pistola y dirigiéndose a los allí presentes exclamó:

—¡A ver qué tal son todos ustedes pa bailar el jarabe, amigos!

Y empezó a disparar su arma contra los pies de las personas para hacerlas saltar en una danza desordenada.

—¡Brínquenle, amigos, brínquenle, porque si no, los amuelo!...

A los acordes de la música que tocaba cualquier pieza en boga, siguió haciendo disparos en todas direcciones, festejando con grandes carcajadas las carreras y las contorsiones que hacían todos para esquivar los proyectiles.

Luego, para compensarlos del susto, los invitó a que se tomaran una copa con él.

—Aquí no hay quien diga que no... Todos tienen que tomar algo pa que se les apacigüe la bilis. Conque a ver: vaya pidiendo cada quen lo que quiera.

Y dirigiéndose al director de la orquesta:

—Oiga, maistro músico... Écheme *La Valentina*, qu'es mi mera... Y no más púlase mucho, porque ya sabe que yo pago bien.

Para corroborar sus palabras le mostró al mismo tiempo el gran bulto que debajo del pantalón hacía el fajo de billetes.

Cuando los primeros acordes de la canción popular se dejaron oír, el villista dijo a

todos los que lo rodeaban:

—Ándenle, muchachos; a cantar *La Valentina*... Yo llevo el compás y ustedes me siguen. Cuidadito con que alguien se quede callao, porque ya saben que a mí me gusta mucho ver bailar el jarabe... Vamos a darle todos juntos.

Levantó los brazos en el aire como si fuera a dirigir una orquesta y todos hicieron coro a la voz enronquecida del rebelde que, con las pupilas inyectadas y el rostro congestionado por el alcohol, hacía grandes esfuerzos porque sobresaliera de la de los demás:

Valentina, Valentina,
yo te quisiera decir
que una pasión me domina
y es la que me hizo venir...

Sonrió complacido por lo bien que, a su juicio, había salido aquella primera parte, y haciendo un nuevo ademán con los brazos en alto, continuaron todos:

Valentina, Valentina,
rendido estoy a tus pies;
si me han de matar mañana
que me maten de una vez...

—¡Jay, jay, jay! ¡Esto si que me llega a lo mero jondo! —gritó el general entusiasmado por aquellas palabras de desafío a la muerte.

Cuando el coro terminó de cantar, mandó que sirvieran una nueva tanda de copas para todos. ¡Qué caray! Aquello había salido admirablemente y había que festejar el éxito. El general había enfundado ya la pistola y se bromeaba y reía con todos los que estaban a su alrededor. A todos les hablaba de tú y repartía abrazos por todas partes. Estaba alegre, contento, y sus ímpetus bélicos de los momentos anteriores se habían convertido en frases de amistad que prodigaba frecuentemente.

—A mí me gustan los hombres como ustedes, que saben brincar a las balas... ¡Diablos de curros! Yo creiba que iban a correr como las gallinas. Pa qué tanto miedo a la muerte, si al que le llega su hora, aunque se esconda...

Luego, fijándose en un individuo carirredondo, de complexión robusta, tez morena y voluminoso abdomen que en el extremo opuesto del mostrador bebía a solas una cerveza, preguntó:

—¿Y ese que est'ay quién es? ¿Por qué anda allá tan lejos y no viene a emborracharse con nosotros?

Uno de los del grupo le dijo que era *el Güero*, un tenor a quien todos llamaban así familiarmente, y que sabía cantar canciones muy bonitas.

—¿Conque ése también las puede? Pos échenselo p'acá, que se venga a hacer ronda con nosotros...

Y dirigiéndose en voz alta al desconocido, le ordenó:

—Oiga, amigo: ¿por qué está tan lejos?... Véngase p'acá cerquita que no me lo

he de comer. Aquí yo soy el que pago y nomás yo mando. A ver, vaya diciendo qué toma, o si no, ya sabe...

Y le mostró el enorme revólver pendiente del cinto.

El Güero, sin hacer la menor resistencia, se acercó al grupo que rodeaba al general y con frases amables trató de captarse su buena voluntad. Éste, no comprendiendo el porqué del afectuoso mote, trató de averiguarlo.

—Oiga, amigo: ¿y a usted por qué le dicen *Güero*? A ver, dígame, porque la mera verdá a mí no me parece que usted tenga ni tantito d'eso...

El interpelado no manifestó contrariedad por aquella pregunta. Por el contrario, se reía a grandes carcajadas mostrando la blanca dentadura que asomaba entre sus labios carnosos.

—¡Ah, qué mi general!... Qué preguntas tan ocurrentes tiene. Pos ¿por qué quiere que me digan *Güero*? Pos por lo prieto que soy...

Lo franco de la confesión causó un ataque de hilaridad en el villista que, entre los espasmos convulsivos de las carcajadas, apenas si podía decir:

—Éste sí que me amoló... Lleva usted caballo, amigo. Ándenle, muchachos; hay que tomar la copa a la salud d'este amigo que nos vino a echar la tierra a todos.

De un solo sorbo desaparecieron las copas en las gargantas de los libadores, y como el general tuviera ganas de oír nuevas canciones, dijo volviéndose al *Güero*, a quien tenía puesto un brazo familiarmente sobre el hombro:

—A ver, *Güero*: isque tú eres reteáguila pa eso de la cantada... Échame una de tus canciones pa ver qué tal lo sabes hacer...

El cantante no se hizo de rogar, y dirigiéndose hacia donde estaban los músicos, con quienes cambió algunas palabras para ponerse de acuerdo, empezó a cantar con voz poderosa y bien timbrada:

Estrellita de lejanos cielos,
que sabes mi querer,
que miras mi sufrir;
baja y dime si me quiere un poco,
pues es que yo no puedo
sin ella vivir...

El rebelde, que no esperaba escuchar notas tan dulces y sonoras, exclamó sin poder contenerse:

—¡Bravo, amigo! ¡Síguele, que eso sí está retebonito! Ya voy viendo que de veras las puedes.

Satisfecho el cantante por aquellas palabras de elogio, prosiguió tratando de dar a su voz mayor emoción:

Tú eres, ¡oh estrella!, mi faro de amor,
tú sabes que pronto he de morir...
Baja y dime si me quiere un poco,
pues es que yo no puedo
sin ella vivir...

Al terminar *el Güero* con un agudo y vibrante *do* de pecho, que hizo estremecer el amplio salón de la cantina como si fuera una enorme caja sonora, una estrepitosa ovación y un coro de «¡Bravos!» atronó el aire. El general, fuera de sí por el entusiasmo, fue corriendo hacia el cantante y lo oprimió en un fuerte abrazo, levantándolo en el aire dos o tres veces, no obstante lo enorme de su peso.

—¡Me lleva la China Hilaria! Eso sí qu'es cantar de veras. Eres templao, *Güero*... Quén había de decir que siendo tan retefeo supieras cantar tan tres piedras.

—¡A ver, amigo: sirve otras copas pa todos! ¡Estoy que me lleva la... de puro gusto! Esta copa te la tomas conmigo, *Güero*, no más porque te quero mucho. ¡Qué caray, hombre: palabra que me gusta cómo cantas!

El *Güero* y el general se trataban ya con una confianza que parecían haber sido amigos desde muchos años atrás. Éste no permitía que se separara de su lado y lo abrazaba a cada momento entre palabras de admiración y afecto.

Entre copa y copa *el Güero* cantó nuevas canciones rancheras, en las cuales era una verdadera potencia. Cada una de ellas fue un triunfo para él y provocaba en el rebelde a cada momento exclamaciones de sorpresa y alegría:

—¡Eres morrocotudo, *Güero*! ¡Caramba, qué bien sabes darle la tonada a todas esas «rancheritas» que a mí me gustan tanto!... Palabra que si mi general Villa te oyera te armabas, porque cuando menos te daba el grado de coronel...

En aquellos momentos hizo su aparición por una de las puertas del establecimiento un hombre pequeñito, de hombros contraídos, grandes ojos deslavados tirando a un azul de nebulosa lejana y mirada vaga, perdida en quién sabe qué remotas lontananzas. Como viera al numeroso grupo de libadores que reía y hablaba a grandes voces, trató de huir pasando desapercibido; pero *el Güero*, que ya lo había visto, le gritó:

—Oye, *Mago*: no te vayas... Ven acá para presentarte con el general, que quiere conocerte.

El recién llegado, al verse descubierto por los del grupo, tuvo que acercarse a ellos y con ademanes tímidos y voz suave como suspiro, saludó al general con quien lo presentó *el Güero*.

—Mire, general: aquí le presento al *Mago*, uno de nuestros poetas... Hace versos muy bonitos y recita con mucho sentimiento.

El general, al escuchar aquel extraño nombre, miró con recelo al poeta, temeroso de que fuera un brujo de verdad.

—Ta güeno..., ta güeno... —dijo—. A mí también me gustan los versos... A ver, amigo, qué se toma. Y que le sirvan hartito de una vez pa que se ponga en tono, porque nosotros ya llevamos muchas adentro.

El Mago pidió un coñaquito; pero el cantinero, que había escuchado lo que dijera el general, le sirvió en un gran vaso, que los presentes hicieron que el poeta se bebiera a grandes tragos.

Volvió a cantar *el Güero* la *Estrellita* y después *El desterrado*, y cuando hubo

vuelto a ocupar su lugar en el grupo, el general dijo al poeta:

—A ver: ora usted, señor *Mago*, qué nos recita... A mí me gustan los versos muy desesperados, que hablen de mucho amor y de muerte... Tómese otro trago pa que le llegue juerte la inspiración.

El Mago dio un sorbo más en su vaso y recapacitando un momento, anunció:

—Voy a recitarles unos versos de Amado Nervo que se llaman...

No lo dejaron terminar. —A un mismo tiempo dijeron todos:

—¡No! ¡No! Que recite algo suyo... Que recite *No eras tú la soñada*...

Como el poeta diera muestras de estar cohibido y sus ojos deslavados giraran alrededor de sus párpados, como buscando a alguien que acudiera en su auxilio, el general lo apremió:

—Sí, amigo; échese esa soñada que dicen... A ver si usted también las puede como *el Güero*.

Hizo *el Mago* un gesto de sumisión y con voz pausada y ademán suave, entrecerrando sus ojos de nebulosa como para guarecer el pensamiento bajo las alas de la inspiración, fue recitando los versos que, en momentos de escepticismo y desengaño, escribió a una mujer ingrata:

¡No eres tú la soñada! La soñada tenía,
como ninguna otra, piadoso el corazón;
la soñada era dulce como una melodía
y tú eres implacable como una maldición...

El poeta se iba exaltando a medida que de sus labios brotaban los versos, y ya para terminar, su rostro tomó una expresión de intenso apasionamiento, su voz se volvió vibrante y desesperada y sus grandes ojos, antes entornados, se abrieron en toda su amplitud, con las pupilas fijas en un punto invisible, como si estuvieran absortos en la contemplación de aquella mujer que había correspondido con desdenes a todas sus ansias de amor.

¡Y pensar que te amaba con toda la ternura
de que ha sido tan pródiga mi noble juventud...!
¡Pensar que no he gozado mi parte de ventura
por vivir esperando que me la dieras tú...!

Al terminar, los músculos del poeta se aflojaron como si fuera a caer en un desmayo y la chispa de inspiración, que por un momento brilló en sus pupilas, se apagó, volviendo éstas a su natural nebulosidad. Parecía agotado por la fatiga y su voz tornó a ese acento dulce y murmurador de quien habla en voz baja, casi en secreto.

El general estaba conmovido y abrazó al poeta.

—Esos son los versos que a mí me gustan, porque hacen que se acuerde uno de las malditas viejas... Yo también quise a una que me pagó mal. Pero no le aunque, amigo. Por una de cal hay muchas de arena. Hay que querer a las viejas, aunque mal paguen: ¿no le parece?

Todos opinaron afirmativamente, y para celebrar los versos del *Mago*, levantaron sus copas exclamando:

—¡Por ellas, aunque mal paguen! ¡Por ellas!

El reloj de la catedral sonó las cuatro. Todos opinaron que era tiempo de irse a comer, y, como algunos intentaron marcharse por su lado, el general los detuvo.

—¡Que no se vaya naiden! ¡Aquí yo soy el que mando! Ora todos nos vamos a comer juntos... A ver quién sabe por ai de alguna parte donde haiga barbacoa, chile verde y carnitas de puerco.

El Güero propuso que lo mejor sería ir con Cristóbal, a *La Jalisciense*, donde encontrarían sabrosos platillos nacionales que seguramente agradarían al general.

A todos pareció admirable la idea y riendo alegremente abandonaron la cantina, donde el general, antes de salir, repartió con esplendidez gran número de billetes entre los mozos, músicos y el cantinero.

Afuera, el sol inundaba de lleno la Plaza de Armas, en la que el oscuro follaje de los cedros manchaba el azul del cielo. La rojiza cantera del frontispicio de la catedral reverberaba al sol, salpicada por la nota blanca de sus figuras de mármol, en cuyas cabezas las palomas se acariciaban sus brillantes plumajes.

El poderoso automóvil del general esperaba frente a la cantina, cuidado por el chofer. Apenas los vio salir éste, echó a andar el motor, que arrancó con estrépito de descarga de fusilería, arrojando grandes nubes de humo pestilente.

—Acomódense, que cabemos todos —dijo el villista al mismo tiempo que él y *el Güero* dejaban caer pesadamente sus robustos cuerpos sobre los asientos traseros.

Todos fueron subiendo, y aunque eran más de los que naturalmente podían tomar asiento en el auto, para todos hubo lugar.

—¿Adónde vamos, jefe? —preguntó el chofer con las manos puestas ya sobre el volante.

El general, que a punto fijo no sabía adónde lo llevaban, requirió al *Güero* para que le diera las señas. Pero como el chofer no conocía la ciudad, aquél optó por lo más sencillo:

—Ai sígale de frente hasta que yo le diga que dé vuelta, y, donde encuentre un jardín se para.

El coche empezó a rodar y *el Mago*, que había perdido ya su timidez, reía con gran alborozo, abanicándose el rostro con el sombrero de carrete.

El automóvil se detuvo frente al jardín de San Juan de Dios. Uno tras otro bajaron y fueron entrando por la angosta puerta de *La Jalisciense*. Detrás del brasero construido en la pieza que servía de entrada, la corpulenta figura de Cristóbal, cubierto de blanco mandil y con las mangas subidas hasta el codo, dejando ver sus carnosos brazos morenos, iba saludando familiarmente a cada uno de los recién llegados.

Fue necesario acercar varias mesas para que pudieran tomar asiento todos. *El Güero* sostuvo una larga conferencia con Cristóbal respecto de los platillos que había

de servir. El general hizo destapar una nueva botella de coñac y llenaba los vasos de cada uno, para que hicieran «buen apetito». *El Mago*, con el codo apoyado sobre el mantel y la frente hundida en la palma de la mano, permanecía silencioso, con la mirada perdida en el abismo de los recuerdos.

—Oiga, *Mago* —le dijo el general—: pos ¿por qué clavó el pico tan pronto? Empíñese su coñac pa que se anime, y mientras nos traen de comer, écheme uno de sus versos pa saborearlos más despacio.

El poeta se negaba a recitar. El vino lo había puesto triste y hubiera preferido marcharse; pero al deseo del general se unió el de todos y por salir del paso fue murmurando con voz preñada de infinito desconsuelo:

¡Oh tristeza feroz! Hermana mía,
sólo tú me acompañas por doquiera,
sólo tú me dirás cuando me muera:
«No te vayas, no es tiempo todavía.»

Por ti fulguran todas mis ideas
cuando medito en la nocturna calma;
sólo tú resplandeces en mi alma
con sempiterna luz, ¡bendita seas!

Un succulento platillo de huevos estrellados con salsa picante fue servido por la mesera, y una estruendosa ovación atronó el aire. *El Güero* ocupó su lugar al lado del general. Todos inclinaron los rostros sudorosos y congestionados sobre los platillos humeantes. Se hizo un silencio absoluto, en el que solo se escuchaba el ruido de los cubiertos.

El Mago, cada vez más triste y con las nebulosas pupilas entrecerradas, platicaba en voz baja con su compañero de mesa, de amores desgraciados y de mujeres casi perdidas en la lejanía de los recuerdos. Luego, a manera de comentario final, suspiró melancólicamente, preparándose a tomar su vaso de cerveza:

¡Quién tuviera dieciocho años
y de Aladino la lámpara...!

Terminada la comida, el general dijo que tenía ganas de música y de baile.

—A ver adónde nos llevas, *Güero*, tú que sabes de estas cosas...

—¿De veras tiene ganas de bailar, general? —preguntó el tenor.

—Claro qué sí, y con güenas muchachas...

—Entonces, vamos a la casa de unas amiguitas que yo conozco.

—Ándele, pues; vamos p'allá... Síganme todos y no más jálenle parejo, que así me gustan los hombres.

Volvieron a subir al automóvil, cuyos muelles se aplanaban con tanto peso. El cantante dio las señas al chofer que, como la vez anterior, no conocía las calles.

Y en medio de una densa nube de humo y del ronco trepidar del motor, arrancó el auto balanceándose pesadamente como una débil barca próxima a naufragar.

*

Al día siguiente, nadie volvió a saber del general. Nadie, tampoco, pudo averiguar su nombre.

Era, sin duda, uno de tantos guerrilleros incorporados a las huestes villistas que, en su camino hacia las líneas de fuego, se detenían por breves horas en cualquier población de tránsito para descansar del viaje y proporcionarse unos momentos de placer.

¿Quién podía asegurarle que unas cuantas horas más tarde no sería sino un cadáver destrozado por las balas? ¿Quién podía decirle que aquellos momentos de alegría transcurridos en compañía de amigos encontrados al acaso no serían los últimos de que disfrutaría en su vida?

Sobre las existencias de aquellos hombres se cernía continuamente la muerte. El mañana era algo inseguro, fortuito. Solo el presente, el instante en que vivían, era lo único efectivo, lo único real. Había, pues, que gozarlo, y gozarlo con la mayor intensidad posible.

IX

Una mañana despertó San Luis presa de gran sobresalto por un continuo ir y venir, en todas direcciones, de soldados villistas a caballo, carros cargados con armas y municiones, camiones con monturas y muebles de todas clases, apilados en desorden, y automóviles conduciendo precipitadamente a jefes y oficiales.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? —se preguntaban unos a otros los vecinos de la vieja ciudad colonial, mirando aquella inesperada actividad.

Nadie sabía, a punto fijo, nada. Durante toda la noche se había estado oyendo el continuo y prolongado silbar de numerosas locomotoras. Largos trenes plétóricos de soldados y material de guerra habían estado llegando del sur y por la vía de Tampico. Apenas si se detenían unos cuantos momentos, para continuar luego su precipitada marcha hacia el norte o Aguascalientes.

Algo extraordinario sucedía. En los portales del Obispado, en la Plaza de Armas y en la calle de Hidalgo se fueron formando pequeños grupos de gente que comentaban en voz baja los sucesos y se comunicaban entre sí los diversos rumores que corrían.

Se aseguraba que los carrancistas, reorganizados y provistos de parque en virtud de un entendimiento entre Carranza y el Gobierno de los Estados Unidos, habían infligido una tremenda derrota a las fuerzas de Villa. Tras de mantenerse a la defensiva por largos meses en sus posiciones del Sur y el Oriente, tomaban ahora una actitud de ataque haciendo retroceder a las antes victoriosas huestes villistas. Habían recuperado Puebla y la ciudad de México, y el general Obregón, al mando de un numeroso ejército formado con obreros de Puebla y Veracruz, marchaba temerariamente a enfrentarse con el principal núcleo del villismo, que se había replegado hacia Celaya.

Todo esto se decía desde una semana antes; pero nadie se atrevía a creer que Obregón, con un ejército falto de disciplina, mal vestido, peor alimentado y sin preparación de ninguna especie para soportar las fatigas de la guerra, pudiera hacer frente a los millares de hombres aguerridos, valientes y disciplinados que componían la División del Norte. Además, Villa en persona estaba al frente de sus tropas y era bien conocida de todos la pericia y el arrojo de aquel hombre hasta entonces invencible.

No era de extrañar, pues, que los moradores de San Luis miraran atemorizados aquellos violentos desfiles de soldados y vehículos hacia la estación. El silbar de las locomotoras continuaba escuchándose de tiempo en tiempo y a la partida de cada tren seguía un nutrido tiroteo, producido por los soldados, que disparaban al aire sus armas en señal de despedida.

Las casas que habitaban los jefes villistas fueron violentamente desocupadas. Los muebles, alfombras y cortinajes y todo lo que en ellas habían dejado sus dueños en su fuga hacia la capital o el extranjero, había desaparecido en su totalidad. Casas enteras fueron vaciadas en una mañana, en unas cuantas horas, y embarcadas en los trenes

militares que a cada momento salían con rumbo desconocido. Del lujo que antes decoraba aquellas mansiones señoriales solo quedaban pedazos de alfombras cortados a cuchillo y fuertemente clavados al suelo y uno que otro mueble roto e inservible. Los cristales, artísticamente grabados, que adornaban puertas y ventanas, yacían por el suelo en añicos. En las habitaciones, patios y corrales, veíanse profundas excavaciones que ponían de manifiesto los trabajos a que se habían dedicado aquellos hombres tratando de encontrar tesoros ocultos o joyas valiosas que suponían enterradas por los propietarios de la finca en su intempestiva huida.

Entrada ya la noche, todo el movimiento cesó. Las locomotoras dejaron de silbar. Los cuarteles quedaron vacíos. Las calles desiertas. Solo de cuando en cuando, a la luz azulosa de los focos de arco, veíase cruzar la sombra de algún transeúnte rezagado que regresaba a su hogar.

Al día siguiente se empezó a saber la verdad de lo ocurrido. El combate de Celaya había tenido las proporciones de una verdadera batalla, en la que la artillería de ambas partes estuvo funcionando durante largas horas. Los carrancistas se habían fortificado en la ciudad y sus alrededores, defendiéndose con un denuedo que hacía retroceder a los villistas cada vez que éstos trataban de tomar por asalto la plaza. Villa en persona dirigió el ataque de sus hombres que, ante las órdenes imperiosas y la acometividad de su jefe, hicieron continuos esfuerzos por capturar las posiciones del enemigo, no obstante los innumerables muertos y heridos que en sus filas hacían las ametralladoras carrancistas.

Desesperado por aquella resistencia tan tenaz, el impetuoso guerrillero perdió la serenidad, y poniéndose al frente de un puñado de valientes, acometió con furia tal que de un solo empuje fue a dar hasta las goteras de la población. Si todas sus tropas hubieran atacado al mismo tiempo con igual bravura, los carrancistas se habrían visto en la necesidad de huir en desordenada dispersión. Pero la falta de unidad en el mando y el hecho de que Villa, olvidándose de su carácter de general en jefe de las divisiones asaltantes, empuñara un rifle y como un simple soldado raso se lanzara al ataque de las trincheras, sembró el desorden y la confusión en las filas villistas, con lo que perdieron las ventajas que hasta entonces habían tenido sobre sus contrarios.

Los carrancistas se dieron rápida cuenta de esta circunstancia y acometieron violentamente sobre las posiciones villistas. La artillería intensificó sus fuegos. Las ametralladoras atronaron el aire con su tableteo mortífero, que hacía caer los escuadrones enemigos como espigas tronchadas por el huracán.

En el desorden de la pelea, los villistas empezaron a ceder. Fueron perdiendo, uno a uno, sus atrincheramientos. Los jefes no lograban ponerse de acuerdo y nadie sabía a punto fijo qué había sido del general Villa. La confusión aumentó y en una completa desorganización emprendieron la fuga hacia el norte, tratando de reorganizarse más tarde. Pero sus enemigos los persiguieron tenazmente, sin darles lugar a descanso, y cerca de León, donde intentaron hacer una nueva resistencia, volvieron a sufrir una derrota que los obligó a dispersarse en todas direcciones.

Aquello fue el desastre y el fin de la tan temible y poderosa División del Norte. Los dispersos abandonaron en su huida todos sus elementos de combate: trenes enteros cargados de armamento y millones de cartuchos, piezas de artillería con sus dotaciones de parque, caballos ensillados prisioneros en carros-jaula del ferrocarril...

Los muertos fueron tantos, que los vencedores se vieron en la necesidad de formar grandes hacinamientos de cadáveres y rociarlos con petróleo para prenderles fuego. De trecho en trecho, a lo largo del camino que los fugitivos siguieron hacia el norte, ardían macabramente aquellas hogueras humanas, esparciendo a gran distancia su penetrante olor a carne asada.

Los habitantes de San Luis escuchaban absortos los relatos que sobre aquella tremenda derrota del temible guerrillero duranguense les hacían personas que se decían bien informadas. Su sorpresa era grande y no alcanzaban a comprender cómo era posible que la formidable División del Norte hubiera tenido que retroceder deshecha, aniquilada, destruida, ante aquellos batallones de hombres reclutados al azar en los talleres y en los campos, muchos de los cuales ni siquiera sabían manejar un rifle.

No pasó mucho tiempo —cuestión de horas— desde que el último soldado villista abandonó la capital potosina, hasta el momento en que las avanzadas carrancistas hicieron nuevamente su entrada en ella. Llegaron los nuevos libertadores cubiertos de polvo y con los vestidos sucios y desgarrados. Los cuarteles y los patios del Palacio de Gobierno se vieron pronto invadidos por una compacta multitud, vistiendo estrambóticos uniformes de mezclilla, sombreros de paja y huaraches. Vivían en familiar confusión con los caballos y bestias de tiro, y para descansar de la fatiga de los recientes combates, se acostaban bajo las ruedas de los cañones o de los automóviles cubiertos aún por gruesas capas de barro gris.

Las numerosas ciudades que por tanto tiempo había conservado bajo su dominio Villa, y que fueron teatro de sus sorprendentes triunfos sobre las fuerzas federales, cayeron una tras otra en poder de los carrancistas: Zacatecas, Durango, Torreón, Gómez Palacio, Chihuahua... De la División del Norte no quedaban sino unos cuantos núcleos dispersos que, sintiéndose impotentes para enfrentarse con sus perseguidores, se remontaron a las sierras cercanas en busca de un refugio donde reponerse de los largos días de camino y de hambre. El propio Villa, con un reducido grupo de hombres, se ocultó en las inaccesibles escarpaduras de alguna montaña que le era bien conocida, huyendo de la tremenda persecución de que era objeto y en la que iba de por medio la vida.

*

Con el transcurso de los meses, llegó la convicción de que el villismo era cosa definitivamente muerta. Las vías férreas, que tan graves perjuicios habían sufrido, fueron reparadas. Las comunicaciones telegráficas funcionaron nuevamente. Y la

vida normal de aquellos días, en los que la tranquilidad y la calma eran muy relativas, volvió a seguir su curso en las ciudades y en los pueblos.

Don Venustiano Carranza, que había permanecido en el puerto de Veracruz en espera del desarrollo de los acontecimientos, regresó a la capital de la República con sus ministros y demás empleados que lo habían seguido fielmente. Se hablaba en los círculos políticos de que, dominada la infidencia de Villa, que por un momento había puesto en peligro los principios revolucionarios, pronto se convocaría a un Congreso Constituyente que se encargaría de redactar el nuevo Código Político que habría de regir los destinos del país.

Tan luego como se conoció esta noticia, empezaron a emigrar de los Estados hacia la ciudad de México numerosos individuos que, por el parentesco o amistad con los generales victoriosos o con los ministros del Primer Jefe, consideraban sencillo obtener un puesto de importancia en el régimen que empezaba a establecerse.

El licenciado Prieto fue uno de los primeros que en San Luis se apresuró a emprender aquel viaje a caza de la fortuna. No era él precisamente potosino, pues había nacido en uno de los Estados del sur de la República, pero su permanencia de varios años en aquella ciudad había dado lugar a que muchas personas lo consideraran como nativo de ella.

De mediana estatura, más bien bajo que alto, ligeramente obeso, moreno de cutis, de ojos miopes que ocultaba siempre tras unos anteojos de carey con vidrios ahumados, labios grandes y carnosos, pelo negro peinado en un gran mechón hacia la izquierda para disimular el principio de una calvicie prematura, y con un ligero siseo que le hacía silbar las eses al hablar, era el licenciado Prieto el tipo del indígena puro que, salido de nuestras clases humildes, logra adquirir un título o una posición social gracias a una tenacidad de largos años.

Amable, fino, servicial, dispuesto a trabar amistad con todas las personas que encontraba a su paso, gozaba de una especial popularidad en San Luis. Tenía amigos en todas las clases sociales y bastaban unos cuantos minutos de conversar con él para que se hiciera agradable y simpático. A su amabilidad unía un modo especial de insinuarse que le captaba la confianza de quienes lo trataban por vez primera. Nadie ocurría a él en busca de ayuda o de consejo en momentos difíciles, sin que de sus labios brotasen ofrecimientos y promesas que, las más de las veces, nunca se preocupaba de cumplir.

En su carrera profesional había desempeñado numerosos cargos públicos, algunos de ellos de importancia, en diferentes ciudades del país y bajo distintos regímenes políticos, desde el gobierno de Victoriano Huerta, hasta las efímeras administraciones revolucionarias.

A San Luis había llegado con algún empleo que terminó a los pocos meses, con motivo de los accidentados acontecimientos políticos, y no encontrando, de momento, ninguna nueva orientación, abrió un bufete en espera de que pasara la tormenta. Durante este tiempo, supo atraerse la amistad de todos los jefes

revolucionarios que, en distintos períodos y según los triunfos o reveses que iban sufriendo los partidos contendientes, fueron llegando a la ciudad.

Para todos ellos tuvo frases de elogio y admiración. Para todos ellos organizó comidas campestres entre los amigos y reuniones familiares en su casa, en las que se bailaba, se hacía música y se cenaban deliciosos platillos condimentados por sus hermanas, dos amables señoritas ya entradas en años, que nunca se oponían a los deseos del licenciado.

Aquellas reuniones familiares tenían, en ocasiones, la magnitud de verdaderas fiestas, por la gran cantidad de personas que asistían a ellas y lo heterogéneo de la concurrencia. El licenciado Prieto atendía a todo el mundo con iguales deferencias y se esforzaba porque todos estuvieran contentos. Repartía abrazos y copas por todas partes, señalaba el orden en que se había de desarrollar el programa, que a veces incluía representaciones teatrales. A la hora de la cena, él mismo se encargaba de explicar a los comensales el mérito de tal o cuál platillo exótico, preparado conforme a la usanza de su tierra, en el que sus sufridas hermanas habían puesto su mayor dedicación y esmero.

Todos estos motivos eran suficientes para que el licenciado Prieto fuera grandemente estimado en el numeroso círculo de sus amistades. Y como la generalidad de la gente juzga a los hombres por sus exterioridades, el licenciado Prieto era, para muchos, un hombre de talento, de talento extraordinario, y hacían de él un padre, un confesor, confiándole secretos e intimidades que ni a sus familiares más queridos se atrevían a decir.

Tan luego como supo el inquieto jurisconsulto que Carranza volvía a establecer los poderes en la metrópoli, arregló sus maletas y violentamente se trasladó a aquella ciudad. Había conocido en quién sabe qué época de su azarosa vida, al personaje que en aquellos días desempeñaba el ministerio de Hacienda, y esto le bastó para que considerara aquella amistad como una oportunidad favorable a sus aspiraciones.

A su arribo a la metrópoli, no fue, como otros muchos, en busca de un humilde empleo o de una canonjía que le pudiera producir veinticinco o treinta pesos diarios. Tomó por su cuenta un amplio despacho en la Avenida Madero, que amuebló con ostentación y magnificencia. Hizo circular la versión de su gran influencia con varios de los personajes que dominaban la política en aquellos momentos, y poco a poco su sala de recibir se fue viendo concurrida por infinidad de personas que acudían a poner sus intereses en sus manos.

El licenciado Prieto se hizo en poco tiempo de notoriedad. Los asuntos más difíciles de tramitar en las oficinas del Gobierno, los poderes más importantes de compañías extranjeras que necesitaban defender sus intereses contra los atropellos de los jefes revolucionarios, las reclamaciones más cuantiosas por daños causados por las huestes revolucionarias en grandes fincas de campo que habían quedado convertidas en ruinas, le eran encomendados.

Por su bufete desfilaban, como si se tratara de un ministro que fuera una poderosa

palanca en apoyo a sus ambiciones, militares de todos los rumbos del país, políticos de profesión en espera del momento propicio para desplegar sus actividades, agitadores socialistas que, tras de soliviantar a las masas durante la revolución, iban a México en busca de la recompensa merecida.

Naturalmente, los potosinos eran los que con mayor frecuencia se reunían allí. Aquello era una especie de consulado al que acudían los potosinos que deseaban mejorar su fortuna o encontrar un empleo, en pos de una recomendación del licenciado Prieto, de una carta o de una simple tarjeta que les abriese las puertas de las oficinas públicas y les asegurara el diario sustento.

El abogado seguía siendo amable y complaciente con todo el mundo y para todos tenía palabras de estímulo y esperanza; pero el auxilio esperado de él pocas veces llegaba. No obstante su amistad con el ministro de Hacienda y el general Barragán, jefe del Estado Mayor del Primer Jefe, solo en muy contadas ocasiones lograba obtener un puesto para los innumerables solicitantes que durante todas las horas del día se entretenían leyendo los periódicos, y aun redactando su correspondencia, adormecidos en los muelles sillones de la sala de espera.

—Hoy no me fue posible hablar con el señor ministro —les decía cuando entraba o salía de su despacho—. Hay que tener paciencia. Mañana mismo hablaré del asunto. No tenga usted cuidado...

Así pasaban las semanas, hasta que aquellos infelices, convencidos de lo inútil de su prolongada espera y faltos de recursos para cubrir los gastos de hospedaje, emprendían el regreso a su ciudad de origen. Y aquello no era obstáculo para que al llegar dijeran que el licenciado Prieto era una alta personalidad política y que gozaba de poderosas influencias con los jefes de la revolución.

En San Luis, la fama del licenciado Prieto aparecía nimbada por una aureola de gloria. Se hablaba de él como de un personaje poderoso para quien nada era imposible. Sus amigos le escribían cartas cariñosas felicitándole por sus éxitos y de paso pidiéndole que no les echara al olvido, a las cuales el ilustre letrado contestaba con lacónicas esquelas escritas en fuerte papel pergaminado, timbrado con un membrete realzado en lacre azul, agradeciendo las felicitaciones y ofreciéndose, como siempre, «incondicionalmente a sus órdenes»...

La situación de Lupe era cada día más difícil.

Un año hacía que su padre había muerto y, abandonada a sus propias fuerzas, nada había podido hacer. La serie de acontecimientos revolucionarios que durante aquel tiempo se desarrollaron, el continuo entrar y salir de fuerzas hacia los frentes de combate, los rumores y las versiones que a diario se propalaban anunciando los triunfos o derrotas de los bandos contendientes, habían mantenido su espíritu en un estado de inquietud e incertidumbre que no le permitió tomar resolución alguna.

Cuando la vida le pareció entrar en período de relativa calma —a la derrota de los villistas en Celaya— y se fueron disipando poco a poco los temores de una nueva lucha armada de las proporciones de la que acababa de pasar, empezó ella a pensar

seriamente en lo que había de hacer de su vida.

La familia en cuyo seno se había refugiado durante todo aquel tiempo, la quería y la trataba como a propia hija y le guardaba toda clase de consideraciones. Nada le hacía falta allí, y hasta encontraba, en la tranquilidad de aquel hogar amigo, el calor de afectos que tan necesarios le eran en la soledad de su vida. Las atenciones y finezas de que era objeto por parte de todos, especialmente de Panchita, que seguía siendo para ella como una hermana, contribuyeron a mitigar el dolor que en un principio le produjeron las dos hondas y crueles heridas que por mucho tiempo no dejaron de sangrar.

Al transcurso de los meses y con el poder milagroso que el tiempo tiene para atenuar toda pena, por enorme que sea, una tranquila resignación se fue apoderando de su espíritu. Sintió que una especie de conformidad ante lo irreparable de los hechos consumados le daba nuevas fuerzas para empezar a vivir su nueva vida. Se sentía como si después de una prolongada enfermedad, que la hubiese tenido por largo tiempo postrada en un estado de semiinconsciencia, de pronto recuperara la razón. Aquello era como una convalecencia lenta, tranquila y suave, que poco a poco le permitía recuperar el dominio de su espíritu.

Continuaba haciendo en los atardeceres sus paseos en compañía de Panchita al Santuario, a la Alameda o a Tequisquiapan, donde le gustaba mirar las lucecitas de los automóviles que velozmente se perdían a lo lejos, en las primeras sombras de la noche, rumbo a Morales y la Presa. Aquella era la hora en que su espíritu parecía desplegar sus alas y remontarse en pos de todos sus sueños e ilusiones rotas.

Clavaba sus pupilas oscuras en la infinita bóveda celeste y permanecía largo rato contemplando atentamente cómo la primera estrella empezaba a parpadear allá muy en lo alto, en una especie de tenaz lucha con los últimos resplandores del crepúsculo, de la que salía vencedora.

¡Oh, entonces qué angustia, qué dolor tan hondo, tan callado, se apoderaba de su alma! Su pensamiento iba tras los recuerdos de otros días, de días cada vez más lejanos, y un nudo de amargura le estrangulaba la garganta. Momentos había en que un impulso de rebeldía, de inconformidad con su suerte, la hacía estremecer. Pero, ¿de qué servían todas sus inconformidades y todas sus rebeldías ante lo implacable del Destino, que había segado las vidas de los dos únicos seres que podían haberla hecho feliz, inmensamente feliz?

Entonces, acudía a su memoria el recuerdo de las palabras que, en un momento de locura y desesperación, había pronunciado ante el cadáver ensangrentado del que iba a ser su esposo. Recordaba que había jurado vengar su muerte y que el malvado que de manera tan injusta le había arrebatado la vida, tendría que pagar con la suya la infamia de su crimen.

Y ahora que había pasado el tiempo, ante su enorme debilidad de mujer, comprendía lo inútil de su juramento. ¿Qué podía hacer ella sola, una infeliz mujer, que por momentos no se sentía con fuerzas ni para vivir su propia vida, a fin de

cumplir aquella promesa hecha ante el cadáver del único hombre que la había hecho estremecer de amor? Además, ni siquiera había logrado saber a punto fijo quién era el asesino. Y aunque lo supiera, en el torbellino que durante todo ese tiempo había azotado el país, ¿a dónde habría ido a parar, arrastrado como una débil hoja por furioso vendaval? ¿Quién podría seguir sus huellas a través de tantos acontecimientos? ¿Quién podría dar con él en el supuesto de que no hubiera muerto en uno de tantos combates librados por todas partes y que sus huesos no estuvieran a esa hora calcinándose en cualquier llanura ignorada?

Desechaba, con espanto, todos esos pensamientos que producían en su espíritu una impresión amarga y dolorosa, y terminaba por decirse: «¡Hay que vivir! Eso es lo que importa, hay que vivir...» Y a continuación surgía la pregunta que desde hacía bastante tiempo tenía en suspenso su espíritu: «¿Cómo?»

Si de ella dependiera, continuaría como estaba, en la casa de Panchita, disfrutando de la dulce quietud de aquel hogar, que tan provechosa le había sido. Pero su delicadeza se resistía a seguir abusando de la bondad de aquella familia. Había llegado el momento de tomar alguna determinación, de resolver lo que había de ser su vida, de formar un plan para el futuro.

La única solución posible era trabajar en algo, en cualquier cosa que le permitiera vivir sin ser gravosa para nadie. Esta idea venía dándole vueltas en el cerebro desde hacía varios meses. Su mayor alegría hubiera sido poder encontrar en San Luis un empleo cuya mensualidad compensara los gastos que ella ocasionaba. Pero eran tan malas las condiciones porque atravesaba el comercio, que los sueldos de las empleadas eran verdaderamente insignificantes.

¿Qué hacer? ¿A dónde ir, a quién volver el rostro en busca de ayuda? Estaba decidida a todo, menos a continuar en aquel estado de inercia que tanto la mortificaba. Entonces, como una resolución suprema, tuvo la idea de irse a México, como tantas otras obligadas por las circunstancias, y que a fuerza de luchar, habían logrado abrirse camino. Ella también lo haría, ella también estaba dispuesta a luchar con toda la energía de que era capaz hasta obtener algo que le permitiera vivir de su propio trabajo.

Cuando una tarde comunicó a Panchita sus proyectos, ésta la miró con profundo asombro y no pudo menos de exclamar:

—¡Cómo! ¿Es que piensas irte y dejarnos? ¿Que no estás a gusto con nosotros? ¿No sabes que te queremos mucho, como si fueras de nuestra familia?

Ella sabía eso y muchas cosas más, por las cuales les estaba profundamente agradecida: pero aquello no podía continuar por más tiempo. Bastante había abusado de su generosidad y no quería seguir siendo una carga molesta. Alguna vez había que poner fin a tal estado de cosas y, cuanto antes, mejor...

Panchita no pudo contener el llanto, y arrojándose al cuello de Lupe, la acariciaba y besaba como si en aquellos momentos la fuera a perder para siempre.

—No seas mala. Lupe... ¿Por qué quieres irte cuando todos te queremos tanto?

Mis papas se van a sentir mucho cuando les digas esto, y con seguridad que no te dejarán ir... No seas mala. Lupe, quédate: nada te cuesta.

Lupe se sentía profundamente conmovida ante las súplicas de aquella criatura que había sido hasta entonces su mejor amiga, casi su hermana, y que en los días angustiosos en que su corazón estaba doblegado por el peso del dolor, había sabido tener para ella palabras de cariño que fueron un gran lenitivo para sus penas. Sentía, también, que el llanto estaba a punto de correr por sus mejillas, pero haciendo un esfuerzo para no revelar el sufrimiento que la embargaba, se mostraba serena y tranquila, como si aquella determinación no le afectara gran cosa.

Cuando los padres de Panchita se enteraron de las intenciones de Lupe, se mostraron contrariados e intentaron disuadirla.

—Usted no hará eso, Lupita... Esta casa es como si fuera la suya propia, y mientras haya en ella algo qué comer, aunque sea pobremente, nada le faltará a usted. Nosotros la vemos como si fuera nuestra hija. ¿Qué necesidad tiene usted de irse a aventurar por el mundo, cuando aquí nos tiene a nosotros, que estamos dispuestos a ayudarla siempre?

Lupe se sentía realmente conmovida por la insistencia de aquel par de ancianos que, con voz trémula y ademanes de infinita bondad, le pedían y casi le rogaban que se quedara. Tuvo momentos de vacilación en que el sentimiento se apoderaba de su espíritu, estrujándolo dolorosamente, y estaba a punto de ceder a los ruegos de aquellas buenas gentes: pero la idea de ser una pesada carga para aquella familia, la hizo reaccionar rápidamente y le dio fuerzas para mantenerse firme en su resolución.

Con voz suave, con palabras dulces, para no herir la susceptibilidad de nadie, fue repitiendo lo que ya en otras ocasiones había dicho a Panchita:

—Yo estoy muy agradecida a ustedes... Nunca olvidaré lo buenos que han sido conmigo y no encontraré manera de recompensarles los servicios que me han prestado. Pero me da pena seguir viviendo aquí sin que les pueda ayudar en forma alguna..., sin que tenga manera de contribuir en algo a los gastos de la casa. Bien sé que ustedes también son pobres y que no están en condiciones de echarse encima mayores compromisos de los que ya tienen.

A estas palabras, contestaba don Antonio, el jefe de la familia:

—Eso no, Lupita... Eso que usted dice no está bien. No tiene usted por qué apenarse. Su padre y yo fuimos buenos amigos durante toda nuestra vida: desde que éramos muchachos nos quisimos casi como dos hermanos... Él me ayudó en muchas ocasiones en que me vi en circunstancias difíciles. Yo le debí a Pedro muchos favores. ¿Qué tiene, pues, de extraño que pague esta deuda ayudándole a usted como él tal vez hubiera ayudado a mis hijas si yo hubiera muerto primero?

Todo fue inútil. Las palabras de don Antonio y las lágrimas de su esposa no tuvieron el poder suficiente para hacer que Lupe desistiera de su proyectado viaje a la capital.

Comprendiendo don Antonio que aquella era una determinación firmemente

tomada, se resignó a que las cosas fueran como Lupe deseaba, y un día, tomando paternalmente entre las suyas la pequeña mano de ella, le dijo, a manera de última súplica:

—Está bien, Lupe. Puesto que usted se empeña en irse, no puedo hacer otra cosa que resignarme. Pero quiero que tenga usted siempre presente que en cualquier momento en que quiera volver a esta casa, será bien recibida, y nuestro mayor deseo será entonces que no vuelva a salir de ella.

—Gracias, don Antonio; es usted muy bueno —replicó ella, sintiendo en su mano la presión de aquellas otras rugosas que le recordaban las de su padre—. Le ofrezco que, si no consigo en México lo que deseo, me volveré aquí con ustedes...

Empezó Lupe a hacer los preparativos para el viaje, y como manifestara deseos de llevar una carta de presentación para alguna persona que pudiera ayudarla a conseguir sus propósitos, don Antonio se apresuró a buscar entre sus amigos alguno que le prestara aquel servicio.

Al fin se presentó con el deseado documento:

—Aquí tiene usted, Lupita, esta carta que le va a servir de mucho. Es para el licenciado Prieto, que ahora está muy bien en México. Dicen que es amigo de don Venustiano y de todos los ministros y ha ayudado mucho a todos los potosinos que lo han ido a ver. Ojalá y a usted también quiera ayudarla...

Guardó Lupe en su maleta el sobre que le entregaba don Antonio, y aquella misma tarde emprendió el viaje hacia la lejana ciudad desconocida que, ante los ojos de su espíritu, se le representaba, como un enorme punto de interrogación.

Silbó la locomotora. Partió el tren. Se asomó ella por última vez a la ventanilla del carro para decir adiós con la mano a Panchita, don Antonio y su esposa, que desde los andenes de la estación agitaban en el aire sus pañuelos.

A los pocos minutos, fuera ya de los límites del patio, el tren empezó a aumentar su velocidad. Era un atardecer triste, melancólico, sin resplandores de oro en el ocaso. Las últimas casas de la ciudad se habían quedado muy atrás y ahora la vía se extendía recta por una amplia llanura que a la derecha tenía por fondo las enormes moles azulosas de la sierra de San Miguelito.

Lupe volvió el rostro para mirar hacia atrás y aún alcanzó a ver allá, muy la lo lejos, esfumándose tras una tenue cortina de polvo y de sombras, las enhiestas torres del Santuario de Guadalupe, que en aquellos instantes le produjeron la impresión de los brazos entreabiertos que se alzaban al cielo clamando un poco de piedad para todas las miserias que roían el corazón de los hombres.

Y en la penumbra del anochecer, pudo distinguir un puntito dorado que, como una estrella de fuego, brillaba entre aquellos brazos en perpetua oración.

Después, nada. Solo en su mente quedaba una confusa visión de la ciudad amada, sobre la que la noche extendía ya su piadoso manto de sombras y en la que había dejado, tal vez muertos para siempre, todos sus sueños y todas sus ilusiones.

Cuando el licenciado Prieto, al asomarse a la puerta de su «Privado» para dar alguna orden a uno de sus escribientes, se dio cuenta, a través de los cristales ahumados de sus anteojos de carey, de que en el recibidor había una mujer joven y hermosa que deseaba hablar con él, se apresuró a despedir a la persona con quien desde hacía más de media hora conferenciaba sobre alguno de los múltiples asuntos que le estaban encomendados, para poder recibir, cuanto antes, a la bella desconocida.

Cuando el cliente hubo salido, permaneció aún por breves instantes solo en su despacho. Frente a uno de los libreros, donde las obras, lujosamente encuadernadas, lucían sus lomos dorados, y valiéndose del cristal como de un espejo, enderezó el nudo de su corbata de fina seda, arregló con la palma de la mano el negro mechón que daba vuelta por encima de su frente, limpió con la mascada a colores de moda e intensamente perfumada su rostro recién afeitado, y volviéndose a colocar los anteojos, se dirigió a abrir la puerta.

—Pase usted, señorita —dijo el abogado, esforzándose por dar a su voz la entonación más dulce y amable que le fue posible, al mismo tiempo que dibujaba en sus labios la más atractiva de sus sonrisas.

Con paso lento y tranquilo, que acusaba un completo dominio de sus nervios, la bella desconocida anduvo la distancia que la separaba hasta el «Privado», y cuando la puerta se cerró tras ella, quedó inmóvil en espera de que el licenciado la invitara a hablar.

—Tenga usted la bondad de tomar asiento —dijo el letrado indicándole un amplio sillón de suaves muelles, forrado de piel negra, al mismo tiempo que él lo hacía en otro próximo, desde el cual podía examinar a su gusto la extraña belleza de aquella mujer que, en su porte y en sus ademanes suaves y delicados, demostraba la posesión de un espíritu muy diferente al de todas las mujeres que habitualmente concurrían a su despacho.

Aun cuando todavía entraban por los balcones fuertes destellos del sol poniente, el licenciado Prieto hizo girar la llave de la luz eléctrica para que la estancia estuviera perfectamente iluminada y de esta manera poder admirar detenidamente todos los encantos, todas las líneas, todos los contornos de aquella mujer hermosamente pálida y con un dejo de marcada tristeza que ensombrecía su semblante, a pesar de la leve sonrisa que por momentos apuntaba en sus labios, sin llegar a entreabrirlos.

—Estoy a sus órdenes, señorita... ¿En qué puedo serle útil? —preguntó el abogado, clavando en ella una mirada que casi era una caricia.

La joven sacó de su pequeña bolsa de mano un sobre que extendió al abogado, agregando a la vez:

—Traigo para usted esta carta, señor licenciado... Es de un amigo suyo de San Luis. Tenga la bondad de enterarse de ella.

—¡Ah! ¿Luego es usted de San Luis Potosí, señorita? Celebro mucho saberlo...

Leyó el licenciado Prieto en silencio el contenido de la carta y luego, guardándola nuevamente en el sobre, la dejó sobre una pequeña mesa que estaba al alcance de su mano.

—Muy bien, señorita... Pepe Olivares es uno de mis mejores amigos y siempre estoy dispuesto a servirle en todo lo que me sea posible. Me dice en su carta que usted...

Ella lo interrumpió. Con voz lenta y armoniosa le fue explicando su caso. Ella era sola en el mundo. Su padre, al morir, no le había dejado recursos de ninguna especie y necesitaba trabajar para vivir. Hubiera preferido hacerlo en San Luis, de donde acababa de llegar: pero allí era completamente imposible; todo estaba muerto, en ruina, económicamente hablando, y por eso había decidido trasladarse a la capital, donde había más manera de encontrar algo que valiera la pena...

El licenciado Prieto escuchó atentamente la breve narración que ella le hizo y mientras sus ojos seguían apreciando las líneas onduladas del talle, los hombros y el cuello, que acusaban un cuerpo admirablemente formado, se preguntaba interiormente cómo era posible que aquella mujer tan hermosa, de voz tan dulce, que con solo oírla parecía acariciar, y en cuyo rostro perfecto en todos sus detalles, lucían dos magníficos ojos que, no obstante la negrura de sus pupilas, resplandecían como si emanasen luz propia, estuviese dispuesta a trabajar en cualquier oficina, en cualquier empleo dónde ganar cuatro o cinco pesos diarios.

—¿Y cuánto desearía usted ganar, señorita? —interrogó al fin el abogado, para darse cuenta de las pretensiones que pudiera tener ella.

La joven bajó los ojos en actitud de humildad o de pena ante lo intempestivo de la pregunta.

—Yo no sé, señor licenciado... Lo único que necesito es ganar algo para pagar los gastos del alojamiento en la casa donde estoy viviendo. Como yo no he trabajado nunca, no sé en realidad hacer nada; pero tenga usted la seguridad de que pondré todo lo que esté de mi parte para ponerme al corriente de mi trabajo en unos cuantos días.

La sencillez y el ligero temblor de la voz con que pronunció estas palabras, despertaron en el ánimo del abogado la impresión del enorme desamparo en que se encontraba aquella mujer. Y sintiendo brotar del fondo de su ser un sentimiento de afecto y conmiseración, le dijo con voz afectuosa que casi parecía la de un antiguo amigo que desde largos años la tratara con gran intimidad:

—Puede usted estar tranquila, señorita... Basta que haya venido recomendada por mi amigo Pepe Olivares, para que me preocupe por usted como si se tratara de él mismo. Además, es usted una persona sumamente simpática y estoy dispuesto a ayudarla en todo lo que me sea posible. Le aseguro que antes de muy pocos días tendrá usted lo que desea. Solo le suplico me conceda el tiempo indispensable para pensar en qué parte podría usted quedar mejor colocada...

—Gracias, licenciado... No se imagina usted lo agradecida que le estaré si me presta este servicio —dijo ella envolviéndole en una mirada profunda de gratitud.

Ya de pie para marcharse, preguntó:

—¿Cuándo quiere usted que vuelva para saber si ya me tiene alguna resolución?

El abogado, en su deseo de volver a ver lo más pronto posible a tan encantadora criatura, iba a decir que al día siguiente, pero, comprendiendo lo breve del plazo, replicó:

—Cuando usted guste, señorita... Dos o tres días me bastarán para darme cuenta de las posibilidades que haya de obtener algo para usted...

Ella le extendió su mano suave, en la que todavía no calzaba el guante, en señal de despedida, y él, después de estrechársela levemente, se apresuró a abrirla la puerta, inclinándose cortésmente a su paso.

—Buenas noches —dijo una vez más ella, y atravesó el recibidor con paso lento y tranquilo, en tanto que el abogado permanecía con los ojos fijos, mirándola alejarse.

Aquella noche, al salir de su despacho, el licenciado Prieto sentía su cerebro atenaceado por una continua idea. El recuerdo de aquella mujer, que por breves instantes había acariciado sus oídos con el exquisito timbre de su voz, las líneas ligeramente onduladas que a través de la oscura tela de su traje revelaban las admirables proporciones de su cuerpo, de su manera tan discreta de sonreír con una especie de honda melancolía, sus grandes ojos negros, profundos y soñadores, que denunciaban una pena oculta en el fondo de su alma; todo, en fin, lo que con ella se relacionaba, acudía a su memoria con una fuerza y una precisión que le era imposible esquivar.

A solas consigo mismo y mientras su automóvil se deslizaba suavemente por el Paseo de la Reforma, hacia un restaurante donde estaba citado con unos amigos para cenar, se preguntaba cómo era posible que aquella mujer fuera a convertirse en una simple empleada de cualquier oficina del Gobierno. Además, aquello significaba un grave peligro para ella. Bien sabía él que los empleos de las oficinas públicas estaban sembrados de graves escollos para las pobres muchachas. El público con quien tenían que tratar, los jefes a cuyas órdenes estaban, eran unos continuos enemigos de su honestidad, que a diario las estaban acechando para hincar en ellas sus colmillos de lobos hambrientos.

Ante esta idea de perdición, una especie de escrúpulo se apoderaba de su ánimo. ¿Iba a contribuir él, aunque fuera con la más buena intención, a que aquella mujer en cuya mirada se reflejaba la pureza de su espíritu, fuese a prostituir su alma, y tal vez su cuerpo, a cambio de unos cuantos pesos con que atender a sus necesidades?

Un sentimiento de rebeldía hizo estremecer su espíritu y oyó como una voz lejana que le decía: «¡No; eso no debes de permitirlo nunca!» Pero entonces, ¿qué hacer? Ella, según le había manifestado, carecía por completo de todo medio de subsistencia. Necesitaba forzosamente trabajar para atender a las necesidades más imperiosas de su vida. Estaba sola, completamente sola en el mundo. Vivía en una casa de huéspedes y no tenía siquiera para pagar el importe de la mensualidad... ¿Qué hacer?

Esta pregunta torturaba su cerebro sin encontrar una contestación satisfactoria.

Estaba dispuesto a ayudarla, a tenderle su mano protectora para evitar que fuera a naufragar entre el oleaje impetuoso de aquella enorme ciudad, donde en aquellos momentos de desorganización social, estremecida aún por el tremendo choque de las pasiones desbordadas y de las ambiciones sin límite, la virtud y la belleza eran cosas demasiado frágiles que sucumbían al primer impulso de la ráfaga huracanada.

—¿Qué hacer? —volvía a preguntarse, queriendo encontrar una solución inmediata a la cruel pregunta.

En aquel momento, el automóvil se detuvo y el chofer abrió la portezuela para que bajase.

—Bueno... —se dijo entonces, dejando en suspenso su meditación—. Yo no sé lo que será preciso hacer..., pero lo cierto es que esa muchacha no caerá en poder de los lobos.

De un salto bajó del automóvil y se perdió tras los cristales esmerilados de la puerta del restaurante, en cuyo interior una orquesta tocaba los aires vivos y acompañados de un foxtrot de moda.

*

Cuando Lupe regresó a la casa donde se alojaba, y a la cual había ido a parar por ser de una familia de San Luis, para la cual llevaba una recomendación, le preguntaron cómo le había ido.

—Parece que bien... —replicó ella con acento que revelaba el magnífico estado de su ánimo—. El licenciado es una persona muy simpática y me ofreció muy formalmente ayudarme.

Josefina, la hija de la dueña de la casa, le había tomado afecto a Lupe, no obstante los pocos días que tenía de tratarla. De la misma edad ambas, congeniaron luego en gustos y aficiones. Salían frecuentemente juntas a recorrer la ciudad, a pie o en tranvía, para que Lupe la fuera conociendo. Eran unos paseos lentos, sin precipitaciones, yendo de una calle a otra sin rumbo fijo, viendo los aparadores de las céntricas avenidas que exhibían toda clase de objetos de moda, trajes, pieles, sombreros, abrigos, cada uno de los cuales cautivaba por largo rato la atención de ambas, que permanecían extáticas envolviéndolos en una mirada de deseo, analizándolos en todos sus detalles, en la novedad del corte o en la elegancia de los adornos.

Conforme iban atravesando las amplias avenidas, pletóricas de automóviles que circulaban en todas direcciones atronando el aire con el grito destemplado de sus *claxons*, Josefina le iba mostrando los principales edificios y paseos de la ciudad.

—Mira, éste es San Francisco... Ésta la Profesa... Aquél es el Correo... Allí está el Teatro Nacional... Ésa es la Alameda...

Lupe contemplaba con admiración aquellos enormes edificios de mármol y de piedra, de cuatro o más pisos, que daban a las calles un aspecto de grandiosidad

nunca visto por ella y que solo recordaba haber mirado en las estampas y tarjetas postales de las grandes ciudades europeas o norteamericanas.

—¡Qué bonito, qué hermoso es todo esto, Josefina! —exclamaba en un arrebato de sorpresa al detenerse ante cualquiera de aquellas pesadas moles de acero recubiertas con mármol de coloraciones caprichosas, como un trabajo de bordado en que el artista hubiera ido entretejiendo sedas de diversos colores para dar mayor realce al dibujo ornamental.

Antes de regresar a la casa, entraban a cualquier café de moda, para que Lupe lo conociera, y tomaban una taza de té con pastelillos o unas fresas con crema.

Y ya anochecido, cuando los focos inundaban con su luz dorada el asfalto de las avenidas, gustaban a veces de emprender a pie el viaje de regreso.

Por la Avenida Juárez y un tramo del Paseo de la Reforma, era fácil y agradable el camino hasta la casa, que estaba situada en la calle de las Artes. Los automóviles, con sus faros encendidos, formaban largos cordones de luces que rápida y silenciosamente se deslizaban como enormes gusanos que nunca acaban de pasar.

Cuando Lupe, transcurridos varios días, volvió al despacho a saber si ya había alguna resolución para ella, el abogado la recibió con mayor amabilidad que la vez anterior. La hizo pasar inmediatamente a su «Privado», no obstante que en el recibidor había varias personas, y sentándose cerca de ella en uno de los sillones ministeriales, le dijo con acento de íntima satisfacción:

—Su asunto va muy bien, señorita. He hablado con varios amigos míos de los ministerios y todos han ofrecido ayudarme para que tenga usted pronto una colocación. Pero esto es cuestión de oportunidad, de que haya una vacante, de que se cree una nueva plaza. Esté usted segura de que no pasarán muchos días. Se lo he ofrecido formalmente y se lo cumplo.

Lupe, cohibida, no encontraba palabras con qué expresar su agradecimiento.

—Es usted muy bueno, licenciado. No sé cómo agradecerle que se haya tomado la molestia...

El abogado la interrumpió:

—No vale la pena, señorita. Será para mí un verdadero placer poderla servir, no digo en esto, que carece de importancia, sino en cualquier otra cosa que se le ofrezca.

Ella hizo ademán de levantarse para salir, pero él la detuvo.

—¿Por qué se va usted tan pronto? Deseaba preguntarle alguna cosa referente a San Luis.

Volvió a tomar asiento y dijo por disculparse:

—Es que no quería distraerlo por más tiempo. Seguramente tendrá usted que recibir a todas esas personas que esperan en el recibidor.

El abogado explicó que no había que preocuparse por eso. El recibidor estaba continuamente lleno de personas que iban en solicitud de empleos, de cartas de recomendación para alguna oficina pública, donde suponían que había vacantes.

—Una calamidad, señorita; una verdadera calamidad. Todo el mundo está

necesitado, todo el mundo quiere encontrar algo de qué vivir. No es posible darles gusto a todos. Han convertido mi despacho en una antesala de los ministerios y creen que de mí depende el que encuentren una colocación. En casos excepcionales, está bien; pero no siempre es posible...

Luego, volviendo a su tono amable y dulce, continuó:

—Usted, que acaba de llegar de San Luis, cuénteme algo de esa ciudad noble y bella a la que quiero como si fuera mi propia tierra. Pasé allí años muy hermosos que jamás olvidaré. Tuve muy buenos amigos y, sobre todo, fui verdaderamente feliz. Cuénteme usted...

Ante lo intempestivo de la pregunta, Lupe no encontró qué decir. Habló en términos vagos sobre generalidades de todo el mundo conocidas. San Luis, en su aspecto exterior, seguía siendo tan simpático y agradable como siempre. Los paseos se veían muy poco concurridos por la falta de muchas familias que habían salido huyendo de la revolución; de los bailes y reuniones, no podía decir nada, porque no acostumbraba ir a ellos, ni menos ahora que estaba de luto por la muerte de su padre; en el Teatro de la Paz, pocas veces había algo que valiera la pena, como en otros tiempos en que grandes compañías de ópera o comedia hacían brillantes temporadas de las que se hablaba durante largos meses; todas las diversiones estaban reducidas al cine en los teatro «O’Farril» y «Manuel José Othón», donde, a falta de otra parte a dónde ir, las muchachas pasaban las tardes en compañía de sus novios.

El licenciado Prieto aparentaba escuchar atentamente la descripción que le hacía Lupe de la vida provinciana; pero en realidad, mientras ella hablaba, él se solazaba contemplando su belleza, su gracia tan particular, tan suya, para hablar y mover sus diminutas manos subrayando con ademanes las palabras.

«Realmente —pensaba él—, ésta es una mujer deliciosa, exquisita, encantadora, con la que, indudablemente, se deben pasar ratos muy hermosos conversando..., sobre cualquier cosa. No hay en ella los artificios y coqueterías con que las metropolitanas seducen y atraen a los hombres. En ella todo es natural y parece no darse cuenta del efecto que su belleza produce en las personas que la tratan.»

Entonces, para prolongar aquella conversación en la que encontraba tan íntimo placer, le preguntó por distintas personas con las que había cultivado amistad durante su estancia en la capital potosina. A unas las conocía Lupe, a otras no. Y cuando materialmente fue imposible encontrar nuevos temas sobre qué hablar, el abogado le dijo, reteniendo la mano de ella entre las suyas:

—Le repito a usted que pronto tendré gratas noticias que darle; pero para que no se moleste en venir aquí, yo le mandaré avisar a su casa. Hágame el favor de dejarme su dirección, y yo le escribiré una tarjeta cuando sea necesario.

Apuntó él en una pequeña libreta de piel de Rusia la dirección, y una vez más, al abrir la puerta para que saliera, se inclinó correcto y ceremonioso como lo hubiera hecho ante una princesa.

Cuando la figura esbelta de ella se hubo perdido por la puerta del recibidor, el

abogado aspiró fuertemente el aire donde aún flotaba su tenue perfume, y lanzando un suspiro silencioso, dijo al escribiente, que tras de un pequeño escritorio indicaba el turno de los clientes:

—Que pase la persona que sigue...

Transcurrieron varios días sin que Lupe tuviera ninguna noticia del abogado, y que Josefina y ella emplearon en recorrer los alrededores de la ciudad para que fuera conociendo las bellezas del incomparable Valle de México.

Chapultepec, Coyoacán, San Ángel, Mixcoac, Xochimilco, el Desierto de los Leones y otros muchos sitios en que lucía la belleza de la naturaleza o de edificios de la época colonial, en los que el tiempo había dejado su huella cubriendo las paredes con una pátina que les daba misterio y poesía. Los fueron visitando sucesivamente, en la apacible tranquilidad de los atardeceres que con sus ráfagas de oro predisponían al ensueño y a la recordación.

Una noche, en los momentos en que acababan de cenar, la criada informó que un señor preguntaba por la señorita Lupe, y entregó una pequeña cartulina en la que se leía el nombre del licenciado Prieto.

Gran sorpresa se dibujó en el rostro de Lupe por lo inesperado de aquella visita, y levantándose de su asiento fue casi corriendo a recibir al abogado.

Cuando ambos estuvieron en la sala, dijo él con su voz dulce y silbante:

—Me va usted a perdonar, señorita, que me haya tomado la libertad de venir a su casa, pero quise evitarle la molestia de que fuera usted hasta mi despacho. Vengo a hablarle de su asunto y creo traerle noticias que serán de su agrado.

Continuó explicando que, gracias a sus gestiones, había obtenido para ella un empleo en la secretaría de Gobernación. El sueldo era aceptable y el trabajo relativamente fácil. Además, pasadas algunas semanas, él podría conseguir que la ascendieran. Lo difícil era empezar, que después, poco a poco, iría buscando el trabajo que fuera más de su agrado.

—Ahora usted es la que tiene que decir si está dispuesta a aceptar ese empleo. Ciertamente, no es una gran cosa, pero por de pronto y mientras se encuentra algo mejor...

—¿Qué quiere usted que yo le diga, licenciado?... —replicó ella—. Yo no entiendo de estas cosas. Nunca he trabajado. No sé lo que me pueda convenir. Haré lo que usted me diga. Usted, que ha sido tan bondadoso conmigo, me aconsejará lo que debo hacer, se lo suplico...

Ante aquella incertidumbre de ella, que revelaba el temor que se había apoderado de su espíritu al encontrarse frente a lo desconocido, el abogado sintió una especie de conmiseración, y movido por los pensamientos que le inspiró su primera entrevista, dijo en un momento de resolución suprema:

—Si quiere usted que le sea franco, ya que me pide mi consejo, le diré que ninguno de esos empleos en las oficinas públicas me gustan para usted. No porque sean malos o usted no pueda estar en ellos perfectamente, sino porque una mujer

como usted está allí expuesta a muchas cosas. En cambio, si me lo permite, voy a proponerle una cosa...

Ella permanecía en silencio oyendo al abogado y el aspecto de humildad que aparecía en su rostro la hacía más hermosa.

—Me va usted a contestar con entera franqueza, pues no quiero influir en su ánimo para que se decida por una cosa o la otra...

Ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y él continuó:

—Hace tiempo que necesito en mi bufete una persona de confianza a quien poder confiar el manejo de documentos de importancia que no es posible dejar en manos de simples escribientes... Este cargo solo una persona como usted podría desempeñarlo. ¿Quiere aceptarlo y trabajar conmigo? Sería, no una empleada, sino una colaboradora. Disfrutará de todas las atenciones y consideraciones que se merece.

Quedó Lupe absorta. Jamás había pasado por su imaginación la idea de trabajar en el bufete de un abogado de tanta reputación. Comprendió, desde luego, que nada podía serle tan favorable como estar al lado de una persona que le había demostrado tanta fineza y amabilidad.

—Está bien, licenciado —dijo al fin, resolviéndose—. Si está usted dispuesto a darme trabajo en su despacho, será para mí un verdadero placer aceptarlo. Es usted muy bondadoso y creo que en ninguna parte podré estar mejor.

Sintió el abogado un estremecimiento de alegría y, levantándose para dar por terminada la conferencia, concluyó:

—Puesto que tiene la bondad de aceptar mi proposición, puede usted pasar a tomar posesión de su puesto a la hora que guste.

—Mañana mismo, si lo cree conveniente —afirmó ella.

—Perfectamente. Entonces mañana tendré el gusto de esperarla en mi despacho.

Ella lo acompañó hasta la puerta de la calle. Montó él al lujoso automóvil que lo esperaba y en el momento de arrancar el coche, cuando se quitaba el sombrero para despedirse por última vez, alcanzó a oír una voz que desde el umbral de la puerta le decía dulce y cariñosa:

—¡Hasta mañana!...

El automóvil avanzó rápidamente bajo la claridad de los focos de arco. Suavemente recostado sobre los asientos de peluche, el abogado sonreía con la íntima satisfacción de quien contempla hermosas perspectivas.

Tan luego como los amigos del licenciado Prieto, que a diario se reunían en su despacho a comentar los últimos acontecimientos políticos y ver de coordinarlos con sus impacientes ambiciones, se dieron cuenta de que una mujer de llamativa hermosura entraba en el «Privado» con legajos y documentos, cambiaron miradas de inteligencia, y luego, en voz baja, para no ser oídos por ella, se preguntaron:

—¿De qué se trata? ¿Quién es esta mujer tan guapa que anda arreglando los papeles del abogado como si fuera su empleada?

Como el letrado se encontraba ausente en aquellos momentos, se entretuvieron en hacer toda clase de conjeturas, sin que ninguna de ellas los dejara satisfechos.

De pronto supusieron que era una nueva mecanógrafa que el abogado se había visto en la necesidad de ocupar para atender mejor al despacho de los asuntos, que cada día eran más numerosos. Pero eso no les parecía creíble. Una mujer tan hermosa como aquella no necesitaba trabajar como simple empleada para vivir. Además, sus modales, la distinción de su porte, su aire altivo, a la vez que sencillo, no se parecían en nada a la generalidad de las taquígrafas con que a diario trataban.

Cuando el jurisconsulto llegó y fue a encerrarse en su «Privado» en compañía de los que le esperaban, más otros dos que con él venían de la calle, no faltó quien a los pocos momentos y en tono de broma dijera:

—Caramba, qué buena suerte tienes, Prieto... Ésta sí que es una mujer que vale la pena. ¿De qué medios te valiste para encontrar esa portentosa belleza?

Comprendiendo el abogado a quién se referían y tratando de evitar que la broma siguiera adelante, optó por definir de una vez por todas el punto:

—La señorita —dijo— es una antigua amiga mía y de mi familia. Está recién llegada a México y mientras encuentra algún empleo que le convenga, va a venir al despacho para no estar desocupada. Es una muchacha muy buena a la que tanto mis hermanas como yo tenemos en mucha estimación.

Aquellas lacónicas palabras, pronunciadas con naturalidad y en las que de una manera tan inteligente hacía referencia a sus hermanas, fueron suficientes para acabar con todas las suspicacias y suposiciones malsanas, y de esa manera, también, el abogado puso a cubierto para el futuro la honorabilidad de Lupe, por la que cada día sentía mayor estimación.

Satisfecha la curiosidad, los visitantes echaron en olvido a la nueva empleada, que en una pieza inmediata al recibidor continuaba su tarea de seleccionar cartas y documentos, y la conversación tomó el obligado cauce de la política, que era para todos ellos una obsesión que dominaba todos sus actos y todos sus pensamientos.

Siempre tenían alguna novedad que comunicarse. La tarde anterior, en su diario recorrido, habían podido enterarse de proyectos o de disposiciones que don Venustiano o los directores de la política revolucionaria pensaban llevar a la práctica. Cada uno de ellos trataba de aparecer ante los demás como perfectamente

interiorizado de cuanto se decía o pensaba en las altas esferas oficiales. Nada de extraordinario tenía que en aquellas conversaciones, en las que todos hacían ostentación de sus relaciones reales o ficticias con los revolucionarios más prominentes, se dijese a cada momento: «Mi amigo, el ministro Fulano...»; «el general Zutano, con quien cené anoche, me dijo...», o bien, refiriéndose a don Venustiano —a quien trataban con una familiaridad que hacía suponer lo conocían desde mucho tiempo atrás, cuando ni siquiera habían llegado a cruzar una palabra con él—: «El jefe es muy águila, pero de que se mete una idea en la cabeza no hay quien se la quite...»

Tales pláticas tenían lugar todos los días, a cualquier hora en que se juntaban dos o más individuos de aquéllos, cuya única ocupación en la metrópoli consistía en recorrer los centros en que se hablaba de política, enterándose de todo y logrando a veces ponerse en contacto con generales o personajes influyentes, a los que mareaban con el incienso de los elogios desmedidos, tratando así de captarse su amistad y simpatía para cuando necesitaran su apoyo en la realización de futuros planes.

El licenciado Prieto, con la fineza y tacto que le caracterizaban, tenía para todos frases de amable camaradería y consejos que servían de orientación a aquellos hombres, muchos de los cuales apenas si habían pasado por las aulas escolares y mal sabían escribir su nombre. Todos lo estimaban de verdad y veían en él, a más de un amigo, una especie de mentor que los guiaba entre los intrincados laberintos de aquella situación indefinida aún, en la que a cada momento se imponía como argumento definitivo la fuerza de las carabinas.

Entre los asiduos concurrentes al despacho del licenciado Prieto había también abogados y médicos, así como generales y coroneles llegados de los diferentes rumbos de la República, que a la derrota definitiva de los ejércitos de Villa se habían apresurado a ir a México a ver qué era lo que les tocaba del botín de la victoria.

Cada uno de ellos, según su propio decir, había contribuido valerosamente al éxito de la causa revolucionaria. En sus pueblos o en sus Estados habían expuesto, en más de una ocasión, sus vidas por combatir la infidencia de Villa. Los generales y coroneles —ninguno de ellos era de grado inferior— aseguraban tener bajo sus órdenes centenares de miles de hombres aguerridos y valientes con los que habían sostenido tremendas batallas, primero contra los federales de Victoriano Huerta y, después, contra los villistas, que habían tratado de adueñarse de la región. Ellos, decían, se habían «tallado duro» desde que la revolución comenzó y habían sufrido grandes penalidades. Sus pequeñas propiedades habían sido destruidas o confiscadas por el enemigo y ahora no tenían ni de qué comer. Sus familias habían sufrido hambre, miserias, persecuciones y encarcelamientos. Naturalmente, era justo que ahora que los ideales del pueblo habían triunfado, ellos, que habían sacrificado todo por la santa causa de la revolución, fueran los primeros en recibir la recompensa que les correspondía.

Los civiles, a su vez, alegaban otra clase de motivos para considerarse con

derecho a que se les tomara en consideración: también habían hecho labor revolucionaria; también habían contribuido a la derrota del enemigo común: la Infidencia y la Reacción; también habían sacrificado su tranquilidad personal y la de sus hogares al convertirse en apóstoles de las ideas revolucionarias e ir las propagando por ciudades, pueblos, fábricas y rancherías, restándole de esa manera fuerzas y elementos al enemigo. Muchos de ellos habían estado en inminente peligro de ser fusilados. Estuvieron presos, se les sometió a crueles tormentos para que denunciaran a sus cómplices y revelaran los planes que se proponían desarrollar, y solo por un milagro, por un verdadero milagro, habían logrado escapar con vida... Y terminaban asegurando que en sus Estados natales contaban con infinidad de partidarios, hombres del pueblo y trabajadores de los talleres, que estaban dispuestos a hacer lo que ellos dijeran, a levantarse en un momento en masa y acudir a su llamado. Eran los directores intelectuales de centenares de trabajadores que constituían la médula y el músculo de la Patria y sin los cuales ningún gobierno podría hacer nada, porque «las fuerzas vivas del país» —y repetían con excesiva frecuencia esta frase vibrante— estaban únicamente en las clases laborantes, hasta aquellos momentos víctimas de todo género de explotaciones.

El licenciado Prieto asentía con la cabeza a todo lo que decían aquellos esforzados salvadores de la Patria. A todos los escuchaba con una paciencia sin fin y a todos les concedía la razón.

—Vos no os imagináis, licenciado —le decía Romero, uno de aquellos conductores de hombres—, la enorme trascendencia que tiene para la revolución la labor que hemos venido desempeñando. Si no hubiera sido porque nosotros nos encargamos de preparar a los trabajadores del campo y de la ciudad, el general Obregón jamás hubiera podido reunir, en unos cuantos días, los miles de hombres con que derrotó a Villa. La División del Norte hubiera acabado con el carrancismo y a estas horas Carranza y sus generales hubieran sido fusilados o estarían en el extranjero.

Y los generales y coroneles, tratando de hacer resaltar la importancia de los servicios que habían prestado a la redención del pueblo, alegaban a su vez:

—Es cierto que el general Obregón dio el golpe definitivo; pero ¿qué hubiera sido de él y del Primer Jefe si nosotros no nos hubiéramos enfrentado antes que ellos con las avanzadas villistas, a las que hostilizamos en los barrancos, en las montañas, sobre la vía del ferrocarril, cada vez que trataban de avanzar hacia Veracruz, donde don Venustiano estaba refugiado? De seguro se los hubieran comido vivos con todo y sus ministros, porque lo que es Villa no hubiera dejado títere con cabeza...

Realmente era difícil saber hasta qué punto aquellos hombres tenían razón. Hablaban con tal vehemencia, con tal acento de sinceridad, que, juzgando a primera vista, todos ellos eran ruedecillas pequeñas, pero importantísimas, del enorme engranaje revolucionario. El esfuerzo unido de todos ellos había dado el triunfo a la revolución carrancista. Cada uno, en la ciudad o en las escarpaduras de las montañas,

había colaborado con la palabra que enardece los ánimos o con el rifle que detiene el avance del enemigo, al triunfo del ideal común. Pero —se preguntaba el licenciado Prieto, después de escuchar los autoelogios de aquellos hombres— ¿cuántos de éstos no serán sino unos charlatanes que solo buscan la manera de medrar a la sombra de la revolución triunfante?

Y ante la duda de si estaba tratando con verdaderos héroes ignorados o con simples ambiciosos sin escrúpulos, prefería creer que todos ellos eran hombres de buena fe que, como él, se esforzaban por abrirse un nuevo camino en la vida.

Sucedía a veces que, después de comentar las noticias o los rumores del día, la conversación tomaba giros más altos y trascendentales. Se discutían los problemas sociales o morales que afectaban al país y que los jefes revolucionarios tendrían que resolver al estabilizarse el gobierno. La revolución había triunfado, era un hecho innegable; ¿pero eran justos los procedimientos de que se había valido para tener éxito? ¿Era justo lo que se hacía con infinidad de personas que, sin haber tenido ninguna participación en la lucha armada, se les despojaba de sus bienes únicamente a título de que eran *reaccionarios*?

Las opiniones, como era natural, se dividían acerca de este punto, aunque coincidiendo en el fondo: no importaban los medios, cualesquiera que ellos fueran, para lograr la salvación del pueblo.

—Está bien —decía el licenciado—; hay que reivindicar al pueblo, hay que devolverle lo que se le ha quitado en tantos años de opresión; pero al que ha adquirido legítimamente una fortuna, una casa o una hacienda con su trabajo honrado, ¿por qué se le ha de privar de ella, cuando ninguna culpa tiene de los actos que otros hayan cometido? Esto traerá como consecuencia acabar con una de las aspiraciones más naturales y legítimas del hombre, que es la de convertir sus esfuerzos y sus trabajos en algo palpable que legar a sus hijos.

—¡No importa! ¡No importa! —contestaban los más radicales—. El pueblo ha sufrido durante muchos años para que otros gozaran de riquezas y se dieran buena vida. ¿Por qué solo unos han de ser ricos y los otros han de estar condenados a una eterna miseria? Para eso se hizo la revolución, precisamente, para que los que por tanto tiempo han vivido faltándoles todo, disfruten de la parte de bienestar a que tienen derecho; para que los que han llevado una vida miserable de esclavos sean elevados a la categoría de gentes y sientan que para ellos también brilla la luz del sol. Para que los que han sido víctimas de injusticias y humillaciones puedan levantar airoosamente sus frentes ante sus antiguos opresores y gritarles, sin temor a que los cuelguen de la rama de un árbol, como en los tiempos de la odiosa Dictadura. «¡Yo también soy hombre como tú y tengo derecho a la vida!...»

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —comentaban los del grupo, satisfechos de aquellas frases sonoras e impresionantes que parecían condensar todos los ideales y aspiraciones de la triunfante revolución—. Eso es precisamente por lo que hemos luchado y derramado tanta sangre de hermanos en los campos de batalla. ¡Que el

pueblo sea libre de verdad! ¡Que el infeliz campesino y el obrero, que durante tantos años fueron explotados por los ricos y los reaccionarios como miserables bestias de carga, disfruten de las consideraciones a que tiene derecho! ¡Que el infeliz indio, que hasta hoy ha permanecido olvidado en las selvas y en los montes, sea incorporado a la civilización! Ellos son el pueblo, el verdadero pueblo mexicano, y, sin embargo, solo para ellos no ha habido nunca un lugar en su Patria...

Los ánimos se enardecían y el tono de la voz se elevaba. Generales y civiles se sentían animados de un profundo y grande amor por las clases desvalidas, por los desamparados, por los que hasta entonces habían sido motivo de una continua e inicua explotación por parte de las clases adineradas.

—Hay que terminar de una vez para siempre con este orden de cosas —decía Peredo, un doctor llegado también de la provincia, con amplias cartas de recomendación, firmadas por un general que hacía las veces de gobernador de su Estado—. La revolución ha tenido por origen una profunda desigualdad social creada por treinta años de plutocracia, en los que, mientras unos vivían holgadamente sin trabajar, otros se morían de hambre abriendo surcos todo el día o volviéndose tuberculosos en los talleres inmundos. No hay que permitir que este hermoso y grande esfuerzo reivindicador, que tantas vidas ha costado, se vuelva infecundo como las malas hembras. ¡Que caigan los que tengan que caer; eso no importa! Pero que el pueblo, que siempre ha ofrecido su vida y su sangre en todas nuestras grandes conmociones sociales, sea libre y capaz de forjarse su propio destino.

Estas frases enfáticas y preñadas de elocuente patriotismo, impresionaban vivamente a los militares, que recordaban los amargos días de lucha y privaciones muy recientes aún, y aprobaban, satisfechos, moviendo la cabeza afirmativamente. Les parecía admirablemente dicho todo aquello y en su interior se sentían con nuevos ánimos para lanzarse otra vez a los campos de batalla en defensa de los ideales revolucionarios. Y mentalmente se repetían las palabras del galeno; «No hay que dejar que la revolución se vuelva infecunda como las malas hembras...» ¡No; eso nunca! ¡Antes la muerte a permitir que los ricos y los reaccionarios volvieran a imponer su régimen de explotación de los desamparados!

El socialista Romero, recordando en aquellos momentos la pregunta que antes había hecho el licenciado Prieto, dando origen a tan acalorada discusión, se dejó llevar por la inspiración del momento, e imponiendo silencio a varios de los compañeros que trataban de hablar al mismo tiempo, dijo con tono solemne y profundo, como si fuera a hacer una gran revelación:

—Permitidme que hable... Permitidme que hable... Quiero contestar a la pregunta que al principio nos hizo el licenciado Prieto. Aun en el caso, como él dice, de que en muchas ocasiones se haya despojado de sus propiedades a personas ajenas a toda culpa, esto no es motivo para que la revolución sea tildada de injusta. Aun suponiendo, repito, que esos capitalistas burgueses sean del todo inocentes, cosa que mucho dudo, no sería una injusticia la que se hubiera cometido, porque ellos han

disfrutado bastante tiempo de sus riquezas y ya es hora de que sean otros los que las gocen. ¿Qué, acaso nada más ellos tienen derecho a ser felices? ¿Qué, los miserables y los desvalidos no son también hombres y, en consecuencia, no deben tener su parte de dicha en la vida? Pues si es así, ninguna arbitrariedad se ha cometido. Ya es tiempo de que los ricos cedan su lugar a los otros. ¡No os preocupéis por cosa tan nimia, hombres de buena voluntad! ¡Dejad que los pobres gocen de su rayo de sol!...

Y satisfecho de su argumentación, que había sido escuchada con demostraciones de asombro por los del grupo, el líder acariciaba pausadamente su rizada barba negra que con toda intención había dejado crecer para dar un aspecto más severo a su demacrado rostro, que tenía así una apariencia nazarena. Y con toda intención, también, hacía uso de giros afectados y arcaicos que daban a su lenguaje una solemnidad de profeta bíblico.

Lo aventurado y novedoso de la teoría expuesta por el socialista, sorprendió de pronto a todos; pero conforme se dieron cuenta de la intención de sus palabras, todos las fueron haciendo suyas y encontraron en ellas la más formidable disculpa que se podía haber inventado para justificar los innumerables excesos cometidos por los hombres de la revolución.

—¡Es claro! ¡Es natural! —exclamaron todos, comentando las frases de Romero que, como un haz de rayos luminosos, había iluminado sus cerebros—. ¿Por qué los ricos habían de ser siempre los ricos y los demás habían de estar condenados a una perpetua miseria?

Estas discusiones tenían la virtud de aclarar las inteligencias y de tonificar el espíritu de aquellos hombres. Con ellas contemplaban el panorama de la revolución desde mayor altura y comprendían hechos y cosas que hasta entonces les habían parecido inexplicables.

*

Unos cuantos días bastaron para que Lupe se pusiera al corriente de su trabajo en el despacho del licenciado.

Su inteligencia clara y su carácter amable y discreto hicieron que él depositara en ella toda su confianza, y en vez de dictar sus acuerdos a uno de los taquígrafos, como antes lo hacía, era con Lupe con quien permanecía largo tiempo en el «Privado» enterándose de la correspondencia y diciéndole lo que debía contestar.

Cuando el acuerdo concluía, ella daba instrucciones a los escribientes para que desarrollaran en debida forma lo que el abogado le había ordenado en breves palabras.

De esta manera, mientras Lupe vigilaba y corregía el trabajo que los empleados iban haciendo, el licenciado podía disponer de más tiempo para ir a los ministerios y demás oficinas públicas, o bien para dedicarse al estudio de asuntos delicados que requerían el examen de numerosos documentos.

Por la tarde, aprovechando un momento en que los asiduos concurrentes al despacho salían a la calle en busca de noticias, entraba Lupe al «Privado» con un gran manojito de escritos y cartas que ponía sobre el escritorio del abogado para que éste los firmara. Pasaba él la vista sobre aquellos documentos y luego los firmaba con la rapidez de quien está acostumbrado a estampar su nombre a cada instante, por las necesidades de su profesión.

Aquella hora de «la firma» tenía para él un sabor y un encanto especial, que le hacía desearla con verdadera ilusión. Entre firma y firma, y mientras Lupe secaba con un movimiento ágil de su pequeña mano la tinta, el abogado conversaba sobre distintas cosas.

Lupe, sentada frente al escritorio, escuchaba con agrado aquellas conversaciones fragmentarias, interrumpidas por momentos de silencio en los que él permanecía con la pluma en el aire mientras se enteraba del documento que tenía enfrente. Y una vez que terminaba el rasgo de la rúbrica, el diálogo continuaba en donde había quedado en suspenso.

En aquellas conversaciones, que a veces duraban más tiempo del necesario para la firma, hacían recuerdos de San Luis, la ciudad querida y lejana que había quedado perdida allá en un rincón de la provincia. Él no olvidaba nunca los años pasados en ella y a cada momento venían a su memoria tales o cuales hechos que allí habían acontecido, así como los nombres de los amigos con quienes había compartido aquella inolvidable época tan llena de intranquilidad, sobresaltos y dificultades, pero que él y sus amistades habían sabido endulzar con alguna que otra fiestecita organizada en la casa de cualquiera de ellos y que la mayoría de las veces duraba hasta el amanecer.

—¿Y *el Güero* aún sigue cantando en los *gallos* acompañándose con la guitarra? —preguntaba el abogado dejando que en sus labios mal delineados apuntara una leve sonrisa provocada tal vez por el recuerdo de alguna lejana aventura.

—Sigue tan alegre como siempre, licenciado —replicaba ella sonriendo a su vez por la aparente puerilidad de la pregunta.

Y luego, entusiasmado por los recuerdos, le iba contando los detalles de alguno de aquellos *gallos* en los que había andado en compañía de gentes alegres que, por el placer de desvelarse o por quedar bien con sus novias, iban a las altas horas de la noche por las calles solitarias, acompañados de una orquesta previamente contratada, tocando piezas o cantando romanzas y canciones rancheras frente a las ventanas.

—¡Qué tiempos aquellos, Lupe! —terminaba el abogado lanzando un suspiro de nostalgia—. Lo que entonces nos faltaba de dinero nos sobraba de buen humor. No se me olvidará jamás una noche que llevamos el quinteto de los Carlos para que les tocara a unas muchachas muy guapas que se iban para los Estados Unidos. ¿Se acuerda usted lo hermoso que tocaban aquellos muchachos y el repertorio tan selecto que tenían? Pues esa noche tocaron como nunca, con toda el alma. Éramos más de veinte en la comparsa y habíamos tomado algunas copas. *El Güero* nos entusiasmó

con sus *dos* de pecho y luego *el Mago*, que también andaba con nosotros, recitó *No eras tú la soñada* y otra composición que terminaba así, si no recuerdo mal:

Los poetas que te han visto
me aseguran que te llamas
como la flor de los cuentos:
Caperucita Encarnada,
Blanca Nieves, Rosalinda...
¡Caperucita Encarnada!
¡Quién tuviera dieciocho años
y de Aladino la lámpara!...

Los dos rieron de buena gana al traer a su memoria las figuras simpáticas del *Güero* y del *Mago*, que con su arte llenaban toda una época de la vida bohemia de San Luis.

—A los dos los quise mucho y los dos fueron buenos amigos míos. Lo que me admira es la resistencia de ese par de hombres para las desveladas. No había *gallo* o fiesta nocturna donde no estuvieran ellos. Sobre todo *el Güero*. A cualquiera hora de la noche en que uno salga a la calle, lo más común es oír, a los lejos, perdida entre las sombras, su poderosa voz.

Oscureciendo ya, salían ambos del despacho y en la puerta de la calle hacía él que subiese Lupe al flamante automóvil que lo estaba esperando, para que la fuera a dejar a su casa, o iba él a acompañarla. Raras veces aceptaba ella ocupar el coche, alegando que prefería andar un poco a pie. Entonces el licenciado se iba con ella, lentamente, por la Avenida Juárez, despidiéndose al principiar la calzada de la Reforma.

Aquellos breves paseos producían en el ánimo de él una sensación muy particular, mezcla de satisfacción y de orgullo. Advertía la impresión que la hermosura de Lupe causaba en las personas que encontraba a su paso, que lo hacía sentirse más atraído por ella. A pesar de que en su despacho la miraba cuantas veces quería, en ocasiones la hacía detenerse frente a cualquier aparador para deleitarse con el efecto de las luces en sus mejillas aterciopeladas o en la mata negra de sus cabellos, suavemente ondulados.

A veces, al pasar frente algún restaurante o nevería, el abogado se empeñaba en que pasaran a tomar cualquier cosa, y aunque ella se excusaba alegando algún pretexto, acababa por aceptar. Una simple taza de té o un helado, eran suficiente para que, sentados frente a una pequeña mesa, entablaran una nueva conversación sobre cualquier tema, pues nunca les faltaba de qué hablar.

Así fue enterándose el licenciado del pasado de Lupe, de su vida en San Luis, de sus amores desgraciados con Manuel —a cuya memoria seguía ella rindiendo culto—, de su orfandad, de los largos meses pasados en casa de Panchita, sin recursos y sin saber qué hacer para el futuro, de sus noches de insomnio pensando en encontrar una solución, del enorme esfuerzo que tuvo que hacer para resolverse a decir adiós a aquella familia que tantas demostraciones de cariño le había dado, de su partida para México en aquel atardecer gris y de la emoción que le estranguló la garganta al ver que a lo lejos, entre las primeras sombras del anochecer, se iban quedando atrás las

torres del Santuario, entre las cuales un foquillo de luz brillaba como una lámpara votiva.

—Yo también me fijé en ese detalle —interrumpía él—. Esas torres del Santuario, tan finas y tan rectas, con un foquillo en medio, son algo característico inconfundible, que solo al llegar o salir de San Luis se ve... No creo que haya potosino que al regresar a su ciudad no aguce la mirada buscando ansiosamente en el horizonte las dos agujas de piedra que parecen los mástiles de un buque anclado en su tierra. Y cuando al fin las distingue, involuntariamente brota de sus labios el nombre de la amada ciudad: ¡San Luis Potosí!

En uno de aquellos atardeceres, a la salida del despacho, el abogado se empeñó en que lo acompañara a su casa para presentarla con sus hermanas, que tenían grandes deseos de conocerla por lo mucho que de ella les había hablado.

—Verá usted cómo simpatiza con ellas —le decía—. Las pobres son gente sencilla, al estilo de nuestras mujeres del interior. No crea que se les han pegado las costumbres de la capital. Siguen siendo tan ingenuas como cuando vivíamos en nuestro pueblo... Verá usted cómo van a congeniar.

¿Cómo decir que no? A las muchas atenciones que ya había tenido para con ella, agregaba esa más: presentarla a sus hermanas, llevarla al seno de su familia, dándole así una prueba de que, más que empleada, la consideraba una verdadera amiga.

—Está bien, licenciado —dijo ella—. Nada más que me da pena porque ando con el traje de la oficina y no sé qué irán a pensar.

—No se preocupe usted, Lupe. Mis hermanas no se fijan en esas cosas. Es que usted se las está imaginando como a las señoritas aristocráticas de aquí. ¿No le digo que son enteramente distintas?

Subieron al automóvil, que rodó suavemente por la Avenida Juárez y el Paseo de la Reforma, para perderse luego por el laberinto de calles de la Colonia Roma. De pronto se detuvo frente a un pequeño chalet de ladrillo rojo precedido de un jardincillo resguardado por una verja de hierro.

—Aquí es —dijo el abogado abriendo la portezuela y bajando él primero para ayudarla.

Lupe se sentía cohibida, atemorizada por el recibimiento que las hermanas le pudieran hacer; pero al mismo tiempo le animaba una especie de satisfacción al verse tratada con tanta fineza por aquel hombre tan estimado en los diferentes círculos sociales.

Las hermanas del licenciado, Pepita y Luz, la recibieron con manifiestas demostraciones de alegría.

—Hizo usted muy bien en venir, Lupita. Ya le habíamos dicho muchas veces que nos la trajera. Sabíamos que era usted muy buena y simpática y teníamos verdaderos deseos de conocerla... Además, es potosina, y para nosotros los potosinos, como si fueran nuestros paisanos. Siempre nos estamos acordando de San Luis.

El abogado tenía razón. Unos cuantos minutos de conversación fueron suficientes

para que Lupe y sus hermanas simpatizaran y se tomaran confianza. Para amenizar la reunión y mientras ellas charlaban, él se dedicó a tocar, en una magnífica pianola, varios rollos de ópera: *Bohemia*, *Tosca*, *Sansón* y *Dalila*.

Luego hicieron que ella les cantara alguna de sus canciones predilectas. Lupe había perdido ya toda su timidez y se sentía contenta de haber conocido a la familia de su jefe. Fue al piano, y acompañándose ella misma, cantó con voz dulce y hondo sentimiento, una de las muchas canciones con que, cuando estaba sola, daba expansión a su pena:

No vuelvo amar con tan profundo anhelo
ni a cautivar mi vida en las pasiones:
no vuelvo amar a tan ingratos corazones,
no vuelvo amar jamás, jamás, jamás...

—¡Bien! ¡Muy bien! —dijeron todos cuando ella terminó, entusiasmados por la belleza de su voz—. ¡Canta usted muy hermoso! Es verdaderamente encantadora, Lupe...

Ella reía y se disculpaba satisfecha. En realidad no esperaba conquistar tan fácilmente el cariño de aquellas buenas mujeres, que la contemplaban con una especie de arrobamiento, sin perder el más leve detalle, ni la más insignificante de sus palabras, como si estuvieran en devoto éxtasis ante la imagen sagrada de un altar.

XII

Una amistad íntima unió pronto a Lupe con las hermanas del licenciado. Se visitaban con frecuencia y Lupe iba a comer o a cenar con ellas por lo menos dos veces por semana. Después de la cena hacían un recorrido en auto por las colonias más hermosas de la ciudad, en las que le mostraban a Lupe los aristocráticos palacios que en otros tiempos habían habitado los próceres del porfirismo, muchos de los cuales estaban ahora ocupados por generales o personajes de la revolución, convirtiendo los jardines, antes artísticamente cultivados, en cuarteles donde soldados y caballos hacían vida común.

—Mire —le decían, haciendo que el automóvil se detuviera breves momentos para que ella pudiera admirar las bellezas arquitectónicas del edificio—, ésta era la casa de don Ramón Corral. Dicen que la tenía amueblada con lujo principesco.

O bien, deteniéndose ante una residencia en cuyas escalinatas de mármol los soldados revolucionarios estaban acostados con el sombrero echado sobre los ojos y el fusil abrazado contra el pecho:

—Aquí vive ahora el general N... Dicen que cuando la ocupó, los soldados rompieron los espejos y las pinturas a machetazos y que con las cortinas y las alfombras, traídas de Europa, hicieron sudaderos para los caballos. La biblioteca, que era muy buena y numerosa, la sacaron en carretones que iban regando los libros por la mitad de la calle, para llevarlos a quemar...

—¿Y por qué hacían todo eso? —preguntaba ella no pudiendo comprender que los revolucionarios hubieran tenido que destrozar todas aquellas joyas de arte.

—Por nada. Únicamente porque habían sido de los *científicos*, que era como ellos llamaban a los partidarios de don Porfirio.

Luego, en otra casa situada a un lado del Paseo de la Reforma, le enseñaban un patiecillo sombreado por enredaderas y unos cuantos árboles de escasa altura.

—Allá en el fondo —le decían mostrándole un ángulo del patio— fue donde fusilaron a mucha gente a la entrada de los revolucionarios, en 1914. Todavía se ven en la pared los agujeros hechos por las balas. Dicen que son tantos que, a la altura del pecho de un hombre, el muro está destruido casi hasta la mitad del espesor.

Otras veces, en lugar de ir a dar la vuelta en automóvil, iban a cualquier teatro donde actuara alguna compañía de importancia o a un cine.

El licenciado Prieto, naturalmente, acompañaba a sus hermanas y a Lupe en aquellos paseos nocturnos, olvidándose de las citas que tenía con amigos o de los sitios que acostumbraba frecuentar a tales horas. Tenían para él un encanto especial esas horas pasadas al lado de Lupe en la intimidad de su hogar, platicando amenamente de infinidad de cosas, tocando la pianola y haciéndola cantar para escuchar el timbre amoroso de su voz.

La familiaridad nacida entre ambos hizo que el abogado comprendiera mejor las cualidades que había en aquella mujer sola y desamparada, que tan resueltamente se

había enfrentado con la vida para ganarse su diario sustento. Cuando la veía sentada al piano, acompañándose alguna de las canciones que con tanto sentimiento interpretaba, permanecía silencioso contemplando a través de los cristales ahumados de sus anteojos los contornos de aquel cuerpo hermosamente formado, que remataba en una nuca pálida que resplandecía bajo la negra mata de sus cabellos. Permanecía absorto en aquella contemplación, al mismo tiempo que por su espíritu cruzaban multitud de sentimientos que, unas veces, lo hacían estremecer de gozo, y, otras, lo deprimían bajo el peso de oscuros pensamientos.

Conforme fue penetrando en el alma de Lupe y se enteró de su vida, de sus sufrimientos, de la situación tan particular en que se encontraba, fueron desapareciendo los sentimientos torpes que, en un principio, habían germinado involuntariamente en su cerebro, engendrados tal vez por el natural instinto de todo hombre de poseer a una mujer hermosa. En lugar de ellos, sintió nacer una ternura compasiva para la pobre huérfana, y más tarde la compasión se convirtió en respeto.

«Una mujer como ésta —se decía—, que ha sentido por momentos que la felicidad era suya, que de pronto queda sola en el mundo sin tener a su lado el calor de ningún cariño ni el apoyo de nadie, y que con su belleza le sería fácil solucionar todos sus problemas, merece no solo nuestro afecto, sino nuestro respeto. Cualquiera otra mujer, en las circunstancias de ella, no vacilaría en buscar un medio más fácil para vivir.»

Para él ya no era Lupe la simple oficinista de los primeros días, en la que le seducían la belleza del cuerpo y la gracia de sus modales. Era algo más valioso e íntimo que por momentos le hacía considerarla como una hermana o una persona de su familia a quien tuviera la obligación de ayudar y proteger. No sentía en su presencia esa superioridad que marca un distanciamiento entre jefe y subordinado y que impide todo contacto espiritual. Por el contrario, se complacía en tratarla como a una verdadera amiga cuyo afecto y estimación se desean.

En muchas ocasiones, tratando de sondear el estado de ánimo de ella, le preguntaba:

—¿Está usted contenta, Lupe? ¿Está satisfecha de haber venido a trabajar conmigo en el despacho?

Una oleada de sangre coloreaba levemente sus mejillas y respondía con acento en el que se adivinaba la emoción de una profunda gratitud:

—Cómo no, licenciado... No se imagina usted lo que se lo agradezco. Ahora que sé lo que son los empleos en México, doy gracias a Dios de no haber tenido que ir a trabajar a otra parte...

—Bueno, Lupita —replicaba él—. Me alegro que así sea y ya sabe que yo siempre la ayudaré en todo lo que me sea posible.

Y la envolvía en una mirada de profunda ternura.

Josefina, la amiga de Lupe, que ya sabía de las frecuentes visitas de ésta a la casa del licenciado y de sus nocturnos paseos por teatros y cines en compañía de él y de

sus hermanas, no dejó de encontrar un poco extrañas todas aquellas finezas con que la colmaba.

—Qué se me figura, Lupe —le dijo un día— que el licenciado te anda haciendo el amor.

Lupe la miró con asombro. Tan inesperada era una suposición de tal naturaleza, que la hizo perder el dominio de sí misma. Luego, reponiéndose, dijo con la calma que le era habitual:

—Te equivocas por completo. El licenciado ha sido una persona muy fina conmigo y solo atenciones he recibido de él... No creo que se ocupe de mí; pero aun suponiendo que así fuera, yo no le podría corresponder.

—¿No le corresponderías? ¿Y por qué? Parece una persona magnífica y, además, un hombre formal —objetó Josefina, que ya en su mente había calculado lo ventajoso que sería para Lupe ese matrimonio.

—No digo que no..., pero no sé... Creo que no podría quererlo bastante para casarme con él. Ha sido muy bueno conmigo; pero solo podré quererle como un simple amigo, nada más. No me inspira otra clase de afecto, te lo aseguro. Además, tú sabes que el único hombre a quien quise con todo mi corazón...

Se refería a Manuel, cuyo recuerdo seguía palpitando en su alma con toda la ternura y la intensidad de los primeros meses que siguieron a la dolorosa tragedia. Una sombra de profunda tristeza cubrió el brillo de sus pupilas, que parecieron perderse en la contemplación de algo lejano y vago que le producía amargo dolor.

Tratando de convencerla, Josefina se atrevió a decir:

—Siempre me has dicho que después del cariño tan grande que tuviste a Manuel no crees que nunca podrás querer a otro hombre... Pero reflexiona que Manuel está muerto y que tú tienes necesidad de hacer de tu vida algo útil, algo de provecho para ti misma y para los demás. ¿Qué objeto tiene que la sacrifiques inútilmente a la memoria de un muerto que nada podrá hacer por ti, que en la soledad en que te encuentras no podrá venir a hacerte compañía? Debes tratar de rehacer tu vida, de buscar tu felicidad nuevamente... Una mujer como tú no tiene derecho a consumirse como una planta abandonada por falta de sol...

Lupe sentía, al escuchar aquellas palabras, que una punzada le traspasaba el corazón, y hubiera preferido no hablar de tales cosas; pero puesto que ya había tocado el punto, le dijo a Josefina con voz que revelaba la sinceridad de sus palabras:

—No te digo que no volveré a querer jamás... Si llego a encontrar algún hombre que me inspire afecto, no seré yo quien lo rechace, puesto que, desgraciadamente, lo pasado ya no tiene remedio. Pero por lo que se refiere al licenciado, puedes estar segura de que nunca habrá entre él y yo más que una sincera amistad. Estoy segura de que nunca lo podré querer de otra manera.

Era sincera al hablar de aquel modo. Sentía por el licenciado Prieto una profunda estimación, una gratitud muy grande por las bondades que a diario le prodigaba, un afecto de amigos o de compañeros de trabajo..., pero nada más. Jamás había pasado

por su cerebro la idea de que él la pudiera querer de una manera distinta a como ella lo estimaba. Y en realidad no había motivos para suponer otra cosa. Él no le había dicho nunca una sola palabra que se pudiera interpretar en el sentido de una declaración amorosa. No había tenido, tampoco, ningún ademán, ninguna actitud equívoca que pudiera suponer en él un sentimiento de amor o de deseo. Por el contrario, sus maneras finas y caballerosas ponían de manifiesto a cada instante al amigo leal y desinteresado que se complace en tratar a una mujer, por hermosa que sea, como a una verdadera compañera con quien es agradable conversar de cuando en cuando sobre cosas ajenas a los asuntos de la oficina.

Y no era que ella no se diese cuenta de las grandes ventajas que podría obtener casándose con el abogado. La posición social y económica de que disfrutaba era motivo más que suficiente para halagar y satisfacer la ambición de cualquier mujer. Su educación y su trato agradable y ameno captaban fácilmente la simpatía de las personas. En fin, que ella misma, por mucho que lo pensara, difícilmente podría encontrar algún inconveniente que ponerle. Pero, no obstante todo esto, comprendía muy bien que no podría llegar a sentir por él un afecto distinto del amistoso que ya le profesaba.

A veces tenía momentos de vacilación. Pesaba las razones que en pro y en contra pudieran existir, y comprendiendo lo inútil de aquella lucha espiritual terminaba por decirse:

—¡Qué tonta soy! ¿Qué objeto tiene que me quiebre la cabeza con estas cosas, si bien sé que no ha de ser? A pesar de todas sus bondades, no es el hombre que me inspira amor. Como amigo lo aprecio mucho, pero no lo podré amar jamás. No seré yo la que me case únicamente por el interés de ser su esposa. Eso sería engañarlo...

Y no volvió a pensar más en aquello. Fue como una pequeña nube de tormenta que cruzó por el horizonte de su espíritu y que pronto desapareció sin dejar la menor huella.

Josefina no volvió, tampoco, a decirle una sola palabra sobre tal tema. Pero interiormente seguía haciendo conjeturas acerca de la manera tan particular de comportarse del abogado con Lupe.

*

Una mañana llegó intempestivamente al despacho el socialista Romero. Iba todo sudoroso, y su rostro, más pálido que de costumbre, hacía un fuerte contraste con la negrura de su barba nazarena.

Atravesó a grandes pasos la sala de espera sin saludar a nadie y sin fijarse en las personas que allí estaban y se introdujo en el «Privado», donde el licenciado Prieto conversaba tranquilamente con varios de sus amigos inseparables.

Con un ademán solemne, interrumpió Romero el curso de la conversación y dijo con voz sonora:

—Don Venustiano acaba de firmar el decreto convocando al Constituyente de Querétaro... Ha llegado, pues, el momento de obrar, de que entremos en acción. Esta es la ocasión de que todos los verdaderos revolucionarios nos aprestemos a defender los ideales del pueblo en ese acto de trascendental importancia. Es indispensable que ocupemos el puesto que nos señala el deber para que los postulados de la revolución queden íntegra y fielmente consignados en la nueva Constitución, que será la obra cumbre del esfuerzo revolucionario...

La noticia llenó de estupor tanto al licenciado como a los demás oyentes. ¿Era cierto, era verdad aquello? Les parecía casi increíble lo que Romero acababa de decirles.

Pocos momentos después hizo su entrada el doctor Peredo, golpeándose nerviosamente la pierna del pantalón con el fuste que siempre llevaba en la mano.

—¿Ya saben la novedad? —preguntó—. Ya fue expedido el decreto para el Constituyente. Ahora sí es verdad, se lo puedo asegurar bajo mi palabra de honor. He tenido en mis manos una copia que me enseñó el ministro de...

Lo halagador de la noticia desconcertó a aquellos hombres que durante largos meses habían esperado aquel momento para poner en práctica sus planes. Todos estaban de acuerdo en que había que obrar y moverse rápidamente para evitar que los elementos malsanos les fueran a arrebatarse los puestos a que ellos, únicamente ellos, tenían derecho por ser los verdaderos representantes de miles y miles de hombres que con su esfuerzo y con su sangre habían ayudado al triunfo de la sagrada causa...

Unos opinaban que era necesario regresar inmediatamente a sus Estados, a sus ciudades, a sus pueblos, para preparar el ánimo de sus conciudadanos y asegurar su voto el día de las elecciones. Otros decían que no era indispensable obrar tan precipitadamente: juzgaban preferible esperar a que el decreto fuera promulgado para estudiarlo detenidamente y ver la mejor forma de obtener el triunfo.

El licenciado Prieto, con la previsión que lo caracterizaba, creía que lo más conveniente era principiar desde luego a preparar el terreno para evitar que cualquier ambición se les fuera a adelantar.

—Este es el momento preciso —decía— en que los intelectuales de la Revolución, los hombres de verdadero valer, debemos estar presentes para cumplir la alta misión que nos está encomendada... Nosotros somos los que con nuestro verbo viril debemos defender y hacer que queden consignadas en forma de leyes escritas todas y cada una de las aspiraciones por que el pueblo ha venido luchando desde hace tantos años...

Los circunstantes afirmaban moviendo la cabeza repetidas veces y daban muestras de impaciencia por no tener ya en la mano el flamante decreto que les abría las puertas de un edén largamente codiciado.

El doctor Peredo, que parecía ser el más sereno de todos, opinó a su vez:

—Yo no creo que sea necesario regresar a nuestros Estados para obtener la credencial de diputado...

Todos lo contemplaron con sorpresa, no comprendiendo el significado de sus palabras.

—La cosa es menos difícil de lo que parece —agregó—. Lo que se necesita es tener buenas influencias aquí, en México, con los ministros o con el Primer Jefe. No vayan a creer que porque la revolución ha triunfado se harán verdaderas elecciones. Yo puedo asegurarles que, por lo menos esta vez, solo los que estén bien *parados* con los ministros y los gobernadores serán los que vayan al Congreso... A ustedes les consta que yo soy un revolucionario de corazón; pero no por eso dejo de comprender que nuestro pueblo no está aún apto para ejercitar sus derechos políticos.

Todos se miraron con desconcierto. ¿Cómo era posible que, habiéndose luchado tan cruelmente por dar al pueblo las libertades que nunca quiso concederle la Dictadura, hoy, que se trataba de que nombrara sus representantes para discutir y aprobar la Constitución que había de regir sus destinos, no se le tomara en cuenta, no se consultara siquiera su opinión sobre las personas que deberían defender sus derechos?

—Si quieren hacerme caso —volvió a decir el doctor Peredo—, yo les aconsejo que no vayan a perder su tiempo a los Estados. Es aquí donde hay que moverse, donde hay que trabajar para que lo nombren a uno diputado. El que realmente tenga algún ministro o general que lo ayude, saldrá electo, y el que no, mejor ni pierda su tiempo echando discursos y solicitando el favor de las multitudes.

Romero, que había permanecido largo rato en silencio, acariciando su barba rizada, estalló de pronto:

—Decid, camarada... ¿Cómo es que si sois revolucionario de verdad os expresáis en esos términos? La revolución se ha hecho para que el pueblo sea el que mande, el que gobierne, el que se rija a sí mismo... Se ha luchado sangrientamente durante seis años para acabar de una vez para siempre con los procedimientos ignominiosos de Porfirio Díaz, ¿y vamos a ser ahora nosotros, que estamos íntimamente identificados con las aspiraciones libertarias, quienes volvamos a poner en práctica el chanchullo y la imposición? Recapacitad, camarada... Soy de opinión que debemos ir a nuestros Estados a trabajar honradamente para obtener de nuestros conciudadanos las credenciales respectivas.

Hablaba con la buena fe que lo caracterizaba siempre. Sus palabras medidas y sus ademanes lentos daban cierto aire solemne a su persona, que hacía que siempre se le escuchara con atención. Era, en verdad, un revolucionario convencido, sincero, radical y, en ocasiones, un fanático de sus ideas y que con gusto hubiera ido al sacrificio en defensa de un principio. Incapaz de entrar en componendas con nadie, era en ocasiones de una intransigencia irritante que lo hacía parecer obcecado. Pero quienes lo conocían y trataban sabían bien que aun en sus mayores equivocaciones había un fondo de honradez que lo hacía simpático y estimable.

El doctor no quiso dejar pasar inadvertidas aquellas palabras del socialista que parecían entrañar un reproche, por lo que se apresuró a contestar:

—No he querido decir, compañero Romero, que seamos nosotros los que volvamos al pueblo a la corrupción y al engaño de los tiempos de la Dictadura. ¡No, señor! Lo que quiero decir es que hay que trabajar aquí y no en los Estados... ¿De qué serviría que nosotros, ingenuamente, nos lanzásemos a una campaña de propaganda si en definitiva resultarán electos quienes los generales y los ministros quieran? Perderíamos el tiempo inútilmente y, entre tanto, otros más vivos que nosotros serán los que se sienten en las curules.

El desconcierto se apoderó del ánimo de los oyentes. ¿Qué hacer ante aquellas dos opiniones tan diametralmente opuestas? Una señalaba el camino recto, honrado, la nueva ruta conforme a los ideales democráticos por los que había venido luchando el pueblo mexicano desde hacía un siglo, al emanciparse de la madre España: la otra, la indicada por el doctor Peredo, no era sino una repetición de los procedimientos usados por la Dictadura y todos los gobiernos anteriores, y entrañaba una burla descarada de los derechos del pueblo y de los principios establecidos por las leyes.

Hubo un momento de silencio en que cada uno de los presentes hizo un gran esfuerzo de reconcentración mental tratando de encontrar por sí mismo el camino que sería más conveniente seguir. Al fin, uno de los generales, que hasta entonces había permanecido callado, fue directamente al fondo de la cuestión con rudeza de hombre inculto, pero acostumbrado a ver todas las cosas desde un punto de vista práctico:

—Pos la mera verdá, yo les diré que no hay que andarse por las ramas, sino ir directamente al tronco... ¿De qué se trata? ¿Qué es lo que se quiere? ¿Que nos elijan diputados pa que no nos vayan a ganar la chamba otros más águilas? Pos entonces hay que ir retamente a lo práctico y no andarse con palabras y filosofías. Si aquí en la capital es onde los ministros y los generales van a dar las credenciales, pos a darle luego... ¿Pos pa qué es tanto mitote?... Que nos rubriquen ora mesmo las nuestras y ya estuvo. Lo qu'es a mí no me dejan volando... ¿De qué sirvió, entonces, todo lo que me tallé?

El licenciado Prieto sonrió levemente tras sus anteojos oscuros, mientras el líder Romero se quedó perplejo, con una de las guías del bigote enredada entre los dedos.

Por boca de aquel general, llegado de quién sabe qué rincón del país, había hablado la aspiración de la mayoría de los hombres que había tomado parte en la lucha armada. En aquellas pocas palabras, toscas y mal urdidas, estaba expresado el deseo capital, la ambición suprema de todos aquellos agitadores populares — llamáranse simplemente revolucionarios, generales o líderes— que habían soliviantado las masas y enardecido el espíritu del pueblo para llevarlo ante el fuego de las ametralladoras.

Todos estuvieron conformes con las palabras pronunciadas por el general, que, satisfecho de sí mismo y con una vaga sonrisa estereotipada en su rostro de indígena, se entretenía en torcer un cigarro de hoja mojándolo repetidas veces con saliva.

Sólo Romero, con su habitual solemnidad, dijo a manera de protesta:

—¿Y qué se habrá ganado entonces, después de sacrificar la vida de tantos

hermanos nuestros, si vosotros, que os decís revolucionarios y que estuvisteis en los campos de batalla luchando por la redención del pueblo, sois los primeros que tratáis nuevamente de coartar sus libertades y burlar sus sagrados derechos? Decid, camarada, ¿de qué habrá servido luchar contra el despotismo de los ricos si vosotros pretendéis ahora lo mismo que censuramos en ellos?

El rostro del socialista estaba intensamente pálido y en él se reflejaba una mezcla de tristeza y desesperación. En el fondo de su ser se había operado una especie de derrumbamiento al ver cómo aquellos hombres, que se llamaban a si mismos revolucionarios y que a cada momento hablaban de las miserias y los sufrimientos del pueblo, estaban dispuestos a recurrir a todos los medios reprobables en cuanto se había presentado la primera oportunidad de saciar sus mal disimulados apetitos.

El general, que no había comprendido bien lo dicho por Romero, se apresuró a replicar lanzando al aire una enorme bocanada de humo:

—¿Que pa qué sirvió la revolución? Pos pa eso precisamente: pa tumbar a los de arriba, pa matar a los ricos malditos que nos estuvieron chupando la sangre durante tantos años, pa acabar con todos los que nos tenían oprimidos y esclavizados y ser ora nosotros los que nos pongamos en su lugar. ¡Ésta es nuestra revancha! ¡Ésta es la revancha de los de abajo, de todos los que teníamos hambre, de todos los que con nuestro sudor amasamos la fortuna de los que estaban arriba! ¡Ora semos nosotros los que mandamos!... ¡Ora semos nosotros los de arriba...!

El médico encontró un magnífico argumento en las palabras del general y a manera de corroboración, dijo:

—El general dice bien. Las revoluciones son como una revancha en la que cada quien se paga por su propia mano. Mucho tiempo fuimos de los de abajo... Ahora nos toca ser de los de arriba.

Y considerando agotado el tema, empezaron a desfilar, uno tras otro, los futuros prohombres de la patria.

Sólo Romero permaneció inmóvil en su sillón con un rictus de amargura en el semblante. Fue al balcón que daba sobre la Avenida Madero y, clavando los codos en el barandal, posó sus ojos sobre la multitud que circulaba en todas direcciones.

Desde allí vio salir a los *camaradas*, como él les llamaba, del edificio donde estaba el despacho del licenciado y perderse a los pocos momentos entre la muchedumbre.

Y vio, también, cuando el doctor Peredo, del brazo del general, subía a un lujoso automóvil estacionado a la orilla de la banqueta y le ordenaba al chofer:

—A la Secretaría de Gobernación... ¡Aprisa!

Pasó lentamente el líder la punta de sus dedos afilados sobre los negros rizos de su barba nazarena y sonrió bajo la espesura del bigote con una honda conmiseración, y dijo con voz apenas perceptible:

—¡Hombres de poca fe! ¡Ya vais a vender a la Patria por un plato de lentejas!...

XIII

Precisamente por aquellos días llegó a la capital, procedente de San Luis, el general Guerrero con objeto de tratar con el Primer Jefe y el ministro de la Guerra diversos asuntos relacionados con las tropas que estaban a su mando.

Naturalmente, como potosino que era, fue a dar al poco tiempo al despacho del licenciado Prieto, a donde lo llevó otro paisano.

De porte varonil y sin afectación, el rostro moreno y perfectamente afeitado, luciendo únicamente un pequeño bigote cortado en sus extremidades, que daba a su labio superior cierto aire de voluntariosa autoridad, ojos oscuros de mirar magnético a los que las sombras de las pestañas hacían aparecer más grandes de lo que en realidad eran, y de ademanes atentos que se esforzaban por aparecer correctos, ya que no pulcros, era el general Guerrero el tipo del militar salido de las filas revolucionarias y que, encariñado con su nueva profesión, ponía de su parte todo lo que le era posible para dar a su persona el aspecto y marcialidad que correspondía a su alto cargo.

Nadie que lo hubiera visto portando con tanta naturalidad aquel correcto y bien cortado uniforme de fino paño gris, en el que lucían dos águilas bordadas con hilo de oro; aquellos lustrosos zapatos cafés de una sola pieza, al estilo militar, y aquel magnífico sombrero de fieltro color plomo, de anchas alas y partido por la mitad, hubiera reconocido en él al revolucionario que todavía un año antes operaba en las llanuras del norte de San Luis con el grupo de rebeldes harapientos y mal alimentados que formaban la partida del cojo Timoteo.

Era una transformación radical la que se había operado en el mayor Abundio. Ascendido al grado de general a la muerte del cojo Timoteo en un reñido combate que con los villistas sostuvo sobre la vía de San Luis a Tampico, en el que, como de costumbre, tras de hacer explotar una bomba bajo un tren que conducía refuerzos para Ébano, se había luchado cuerpo a cuerpo hasta que, por la llegada de otro tren que venía atrás, los carrancistas se vieron obligados a ponerse a salvo.

En aquella ocasión, el cojo Timoteo no estuvo tan afortunado como las veces anteriores. Una ráfaga de ametralladora mató su cabalgadura, que hacía esfuerzos inauditos por trepar la empinada cuesta del monte desde donde se había iniciado el ataque, y el rebelde, falto de una pierna, rodó por el declive del terreno sin poderse detener en su fatal descenso.

Los villistas cayeron sobre él como perros de presa y a empujones y culatazos lo llevaron a presencia de su jefe.

Éste, al verlo, se figuró desde luego, por la pierna de palo que le ayudaba a guardar el equilibrio, que se trataba del famoso cabecilla que tanto los había estado hostilizando en los pueblos del norte del Estado.

—¿Tú, quién eres? ¿Cómo te llamas? —le preguntó mirándolo profundamente a los ojos.

El cabecilla nada contestó, pero desafió con energía aquella mirada amenazadora.

—¿Por qué peleas contra nosotros en vez de ayudarnos? ¿Qué, no sabes que Carranza es un viejo ambicioso que lo único que quiere es sentarse en la silla para seguir robando? El general Villa es el único que lucha por la redención del pueblo...

—Yo no entiendo de esas cosas —repuso serenamente el cojo—. Lo único que sé es que Villa y todos ustedes son unos traidores...

El jefe villista y los que lo rodeaban lanzaron una mirada de odio a aquel hombre que se atrevía a insultarlos en su propia cara.

—Los bandidos son ustedes, los carrancistas, hijo de... —rugió colérico el villista—. Te vamos a matar como a un perro, como matamos a todos los que caen en nuestro poder...

El cojo Timoteo ni siquiera pestañeó al escuchar aquellas palabras. Bien sabía desde que se metió a la revolución que si algún día llegaba a caer en manos de sus enemigos, no tendrían ninguna compasión con él. Salía sobrando, pues, cualquier palabra o demostración que hiciera para salvar la vida.

—No le aunque..., no le aunque... —dijo sin perder su actitud de altivez—. Ya sabía yo que tarde o temprano nos tiene que suceder lo mismo a todos los que andamos metidos en la bola...

Y sacando de la bolsa de su pantalón empolvado un enorme paliacate rojo, se limpió el sudor que le corría por la frente.

El villista, ante la impasibilidad de aquel hombre, cambió en voz baja algunas palabras con los otros jefes que lo rodeaban. Luego, dirigiéndose al cojo, le propuso:

—Solo de una manera te perdonamos la vida: que te vengas con toda tu gente con nosotros... Te reconoceremos el grado que tengas y te daremos dinero para que pagues tu tropa. Decide luego.

Ni un instante siquiera tardó el carrancista en considerar el ofrecimiento que le hacían. Guardó tranquilamente el paliacate en el mismo bolsillo de donde lo había sacado, y con gesto de quien tiene tomada una resolución irrevocable, repuso:

—Yo no soy de los que cambian chaqueta ni se venden... Eso solo se queda pa ustedes, los traidores. No tengo miedo a la muerte, y si me han de matar, pos a darle luego... ¿Pa qué son tantos brincos estando el suelo tan parejo?

Comprendió el villista que era inútil insistir. Dio media vuelta para dirigirse al sitio en que había quedado el tren descarrilado, y dirigiéndose a uno de los oficiales del grupo, le ordenó con voz terminante:

—Capitán: coja usted seis soldados y fusile inmediatamente a ese...

El oficial se tocó ligeramente el ala del sombrero tejano con la punta de los dedos y marchó a cumplir la orden.

Cuando el cojo Timoteo, de espaldas al tronco de un pirul, vio formarse ante sí el grupo de soldados que con los rifles ya listos se disponían a echárselos al pecho para disparar, tuvo aún ánimos para encender un cigarro y lanzar al aire puro y luminoso de aquella mañana tropical varias bocanadas de humo que saboreó con obstinada fruición, como si aquel fuera un deleite jamás gustado antes.

—¡Apunten! —gritó el oficial levantando en alto el brazo armado con una pistola escuadra.

Una inmensa palidez cubrió el rostro del cabecilla, quien apenas si tuvo un ligero movimiento oscilatorio sobre su pierna de palo, y quitando de sus labios el cigarro humeante, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva la revolución! ¡Viva Carranza!

El oficial bajó con un movimiento rápido el brazo, al mismo tiempo que la voz de mando se confundía con el estrépito de la descarga que por un instante turbó la paz infinita de los campos, levantando ecos y sonoridades en las crestas y barrancos de las montañas cercanas.

Una violenta contracción estremeció el cuerpo del rebelde y un gesto de dolorosa agonía contrajo su rostro. Osciló pesadamente hacia un lado y otro, como si aún fuera a dar un paso, y luego cayó golpeando el suelo con ruido sordo. Ni un movimiento más, ni una contracción, ni un leve gemido... Nada.

Del pecho perforado por los proyectiles empezaron a manar hilillos de sangre que mancharon la camisa en distintos lugares. En los ojos y la boca entreabierta había quedado estereotipada una mueca que no se sabía si era de dolor o de sarcástico desdén hacia la muerte.

El oficial se acercó y, aproximando la boca de su pistola al rostro del cadáver, disparó por dos veces consecutivas. La cabeza rebotó sobre el suelo al recibir los proyectiles, y por las heridas recién abiertas comenzó a manar una masa parduzca y entreverada de sangre, que lentamente, lentamente, descendió hasta mezclarse con el polvo reseco de la tierra.

Al saber la muerte de su jefe, el mayor Abundio tomó el mando de la partida y con mayor encono se dedicó a batir a las guarniciones que había en los pequeños pueblos y a lo largo de la vía. Como en los tiempos en que se combatía contra los federales, volvió a volar trenes y a quemar puentes para obstruccionar la rápida movilización de fuerzas hacia los puntos de combate. Como el cojo Timoteo, hizo de *El Mezquital* su centro de operaciones, pero frecuentemente emprendía largas expediciones hasta puntos lejanos, donde, en compañía de otras partidas, se lanzaba al asalto de una plaza o atacaba alguna columna enemiga que había quedado aislada del resto de las fuerzas.

Su actividad en los movimientos, su valor a toda prueba, su especial inteligencia para engañar al enemigo y atraerlo a determinado punto en el que previamente había colocado sus hombres para que atacaran por sorpresa, hicieron que bien pronto adquiriera fama en la región y que se le unieran otros núcleos que hasta entonces habían permanecido diseminados.

De medio centenar de hombres con que el cojo Timoteo contaba, Abundio llegó a tener bajo su mando más de doscientos. Sus propios soldados y los cabecillas que a él se unieron, fueron los que empezaron a llamarlo *general*.

—Mi general Guerrero —decían con cierto aire de satisfacción aquellos hombres

al referirse a su jefe, demostrando así el orgullo que sentían por estar bajo sus órdenes.

A la derrota de la División del Norte en Celaya, Abundio se presentó con su gente a los jefes carrancistas que ocupaban San Luis, los cuales rindieron un parte tan satisfactorio de los servicios que había prestado a la causa, que el Primer Jefe no tuvo inconveniente en reconocerle desde luego el grado de general, con el que había venido operando.

Por una especie de autosugestión, o tal vez por el talento natural que había en él y que en aquellos momentos encontró una oportunidad favorable para desarrollarse, tan luego como recibió el despacho de general firmado por el Primer Jefe y se dio cuenta de lo que aquella alta jerarquía significaba en el nuevo ejército que empezaba a organizarse, sus modales, sus palabras y su manera de ser empezaron a sufrir una evolución rápida y notable. Ya no decía *pa*, ni *truje*, ni *vide*. Conforme se puso en contacto con otros altos jefes militares y con personas de más cultura que él, fue asimilando fácilmente, sin gran esfuerzo de su parte, todo lo que le parecía una muestra de educación o de buen gusto. Cambió su antiguo léxico de campaña, lleno de palabras rudas y malsonantes, por otro en el que los términos agradables al oído le parecían más propios para un jefe de su categoría.

Su manera de vestir, su porte antes desgarbado y torpe, cambiaron radicalmente. Mandó hacerse trajes iguales a los que veía que usaban los demás jefes, y pronto adquirió una soltura y una naturalidad en los movimientos que lo hacían aparecer como hombre agradable y simpático.

Del antiguo Abundio, minero de la Paz y dueño de *El Tecolote*, que no se diferenciaba de los otros soldados del cojo Timoteo, nada quedaba. Era un hombre nuevo, nuevo de mentalidad y de costumbres, que por uno de tantos azares del destino había encontrado precisamente el camino que le era más propicio y en el que se sentía plenamente satisfecho.

Cuando se vio vistiendo el traje de general y contempló las águilas doradas que decoraban el cuello de su uniforme, sintió, sin embargo, una pequeña contrariedad que le hizo meditar largamente. Ahora que su vida había cambiado totalmente y que a diario tenía que tratar con personas de significación, no le satisfacía la vulgaridad de su nombre. Abundio era un nombre demasiado corriente, demasiado prosaico, que sólo llevaba la gente del pueblo. Y no era que él renegase de su origen humilde, sino que sonaba mal a su oído aquel nombre que le hacía volver a sentirse un hombre inculto y vulgar. No creía conveniente apropiarse otro cualquiera que hiciera sonreír maliciosamente a los que lo habían conocido antes de la revolución. Tras de pensar varios días, encontró la manera de satisfacer sus deseos sin dar lugar a burlas. Sencillamente antepuso a su nombre un *José* y aquél lo redujo a una simple inicial. De esta manera, en realidad, suprimía el nombre que tanto le molestaba cambiándolo por otro más eufónico y significativo: «José A. Guerrero.» La idea le pareció admirable y desde aquel día en sus cartas y documentos oficiales estampó la nueva

firma que a sus ojos tenía la apariencia de algo trascendental y definitivo.

El licenciado Prieto recibió con muestras de manifiesta cordialidad al nuevo concurrente a su despacho. Al enterarse de que era potosino, se pintó en su rostro una agradable sorpresa y, limpiando con la mascada los cristales ahumados de sus anteojos, tal vez para estudiar mejor a su interlocutor, exclamó con aquel acento dulce que le era peculiar:

—Cuánto me alegro que sea usted de San Luis, general... Siempre que tengo la oportunidad de tratar a algún potosino es para mí un verdadero placer. Tengo recuerdos muy agradables de la capital de ese Estado, en la que pasé años muy felices.

Y volvía a repetir lo que había dicho ya infinidad de veces a todos los potosinos que, por un motivo u otro, iban a verlo a su despacho.

Hablando de los días de la revolución y haciendo recuerdos de San Luis, el licenciado se enteró bien pronto de quién era el general Guerrero. Ciertamente recordaba haber oído hablar, estando aún en San Luis, de la partida del cojo Timoteo, que a cada momento interrumpía las comunicaciones con Laredo y entraba a saco en las poblaciones del norte del Estado. Recordaba, también, haber oído decir que el famoso cabecilla había sido fusilado por los villistas después de un combate cerca de Cerritos, y también tenía presente en su memoria que pocas semanas después de aquel fusilamiento, y cuando se creía que la gente del cojo se había dispersado al faltarle el cabecilla, un grupo más numeroso y temible dio señales de vida entre San Luis y Matehuala, batiendo a todas las columnas que iban en su persecución.

—De manera, general, que usted era el que traía en continuo jaque a los villistas —decía el abogado acentuando su sorpresa para que el militar se diera cuenta de ella—. Francamente le diré: no creía que fuera tan joven. Había oído hablar mucho de usted y me lo imaginaba un hombre maduro, un revolucionario de esos que ya están curtidos por el fuego de muchos combates.

Una ligera sonrisa se dibujó en los labios del general, que se sintió halagado por las frases del abogado. No era aquella la primera vez que su aspecto juvenil había sorprendido a las personas que lo trataban. Y era que, efectivamente, en su rostro moreno no había dejado su huella el sol inclemente de las áridas llanuras potosinas.

El general comúnmente iba al despacho a la hora en que no estaban allí los amigos del abogado. No obstante que había sido presentado con todos ellos, manifestaba claramente, siempre que había oportunidad para ello, lo poco simpáticos que le eran.

Alguna vez se atrevió a insinuar el abogado:

—Parece que no le caen bien, general, los amigos que vienen aquí a pasar el rato...

Éste no contestó de pronto, pero luego dijo:

—Nunca he podido hacer buenas migas con los politicastos. Los detesto, los aborrezco... Son como los zopilotes, que solo se acercan a la hora en que la presa

está bien muerta. Los he estado observando y veo que ya empiezan a hacerse rueda. Esto quiere decir que ya olfatearon la comida.

El abogado rió de buena gana de aquellas figuras rústicas empleadas por el militar. En el fondo tenía razón. Aquellos hombres tenían ciertos puntos de analogía con las aves con que acababa de compararlos. Lo mismo que ellos habían estado «haciendo la rueda» hasta que el manjar que pretendían devorar estuvo al alcance de sus fauces hambrientas.

Y, como para festejar la ocurrencia, repitió el licenciado, festivamente:

—¡Los zopilotes! ¡Los zopilotes! ¡Qué bueno está eso!

El general Guerrero se dio cuenta desde un principio de la presencia de Lupe en el despacho del licenciado y, como les había sucedido a todos, le llamó poderosamente la atención su belleza. La contemplaba silenciosamente, con disimulo, mientras en su interior se hacía numerosas suposiciones acerca de quién podía ser ella.

Hondamente grabada se le quedó en el espíritu su hermosura, la gracia cautivadora de su porte, el timbre dulce y acariciador de su voz. Muchas veces, sin quererlo, cuando caminaba por las calles en espera de que llegara la hora de acudir a alguna cita con el Primer Jefe o con el ministro de la Guerra, el recuerdo de ella acudía a su memoria, y deseoso de contemplarla se llegaba al despacho con cualquier pretexto.

Cuando el licenciado estaba ausente, en lugar de esperar en el «Privado», como lo hacía en un principio, acercaba una silla al escritorio de Lupe y se entretenía platicando con ella. Eran conversaciones sin importancia, sobre cualquier cosa, pero que le proporcionaban la satisfacción de poderla ver de cerca, de admirar las líneas puras de su rostro, la expresión de sus ojos oscuros y de escuchar su voz de inflexiones armoniosas.

—¿Usted también es de San Luis, señorita? Pues entonces somos paisanos...

—Sí, general —respondía ella—. Yo también soy potosina. Casi todos los días vienen al despacho gentes de por allá. ¿Verdad que da gusto saludarlas, aunque no se las haya conocido antes?

El general asentía con la cabeza, dejando ver por entre sus labios ligeramente entreabiertos por una sonrisa, la blancura de sus dientes. Y seguían hablando de la ciudad lejana, cuyo recuerdo estaba hondamente arraigado en sus corazones, hasta que el licenciado llegaba, haciendo que la conversación quedara interrumpida.

No obstante la instintiva repulsión que ella sentía por todos los hombres que habían tomado parte en los recientes acontecimientos revolucionarios, el general Guerrero le producía una impresión enteramente distinta. Encontraba en él algo que lo hacía aparecer diferente a los demás generales y coroneles que a diario iban a conversar con el licenciado. Su figura varonil, su actitud tranquila y respetuosa, su voz que a veces parecía tímida por tratar de ser agradable, sus ojos negros y

profundos en los que ella creía adivinar algo así como una tristeza, cautivaban su espíritu con una rara atracción.

No obstante que aquel hombre le era totalmente desconocido y nada sabía de él ni de su vida, cuando su mirada se posaba sobre su rostro, sentía ella que una especie de llamarada le recorría por todo su cuerpo, de la nuca a los tobillos, y que un ligero temblor se apoderaba de sus miembros.

Aquella sensación tan extraña era algo desconocido para ella. Nunca, ante ningún otro hombre, le había sucedido cosa semejante. Siempre había tenido ante todos ellos un completo dominio de sí misma, una tranquilidad de ánimo que le permitía aparecer serena y dominante. ¿Qué era lo que ahora le pasaba? ¿Por qué aquella turbación, aquella inquietud que a veces la privaba hasta de la facultad de pensar?

Hablando un día con Josefina, a quien hacía todas sus confidencias, le dijo:

—No me explico lo que me pasa cuando estoy frente a él. Siento como si sus palabras me recorrieran todo el cuerpo y me hicieran estremecer. Hay en sus ojos algo que me hace no poder verlos de frente.

Estas cuantas palabras bastaron para que Josefina, de espíritu romántico y soñador, echara la imaginación a volar:

—Lo que creo es que te has enamorado sin darte cuenta. Muchas veces sucede que cuando una encuentra su *tipo*, el corazón lo siente antes de que nosotras lo hayamos advertido. Acuérdate de lo que te digo: vas a acabar por querer a ese hombre...

Lupe soltó una carcajada burlona por la facilidad con que su amiga le predecía a cada momento que acabaría por enamorarse de los pretendientes que le salían al paso.

—¿Pero qué te estás figurando —contestaba ella—, que me voy a enamorar de un hombre nada más porque sí? Para eso se necesitaba, en primer lugar, que yo esté dispuesta a ello. Y tú bien sabes que no deseo querer a nadie...

—Pues aunque tú no lo quieras —insistía sentenciosa Josefina—. Ya verás cómo el día menos pensado te va a llegar el amor tan de repente que ni siquiera vas a tener tiempo de meter las manos.

Volvía a reír ella al escuchar aquellas profecías y repetía lo que siempre había dicho al hablar sobre este punto:

—Cuando se ha querido como yo quise, no es tan fácil encontrar otro cariño que satisfaga.

Y Josefina, convencida a su vez de que por muy grandes y muy hondas que fueran las heridas abiertas en el corazón de Lupe, tendrían que cerrarse, sonreía también de aquella continua negativa, confiada en que alguna vez volverían a brotar las flores de una nueva ilusión en aquella alma que estérilmente se marchitaba prendida a la memoria de un ser que ya tan solo era un fantasma del pasado.

Instintivamente, sin tratar de averiguarlo, el licenciado pronto se dio cuenta de la naciente simpatía entre Lupe y el general. Disimuladamente, y como si en su ánimo no existiera la más leve sospecha, observaba tras los cristales ahumados de sus

anteojos la manera como él le oprimía la mano al saludarla o al despedirse; la animación que se reflejaba en el rostro de ella, de por sí triste y melancólico, cuando conversaba con el general; la frecuencia con que éste iba al despacho y prefería quedarse en el recibidor hablando con Lupe, a entrar directamente al «Privado».

Todos estos pormenores fueron suficientes para que él comprendiera que lo que juzgaba una simple simpatía, estaba a punto de convertirse en algo más, en un cariño, y que Lupe, a la que él también quería, no obstante que por tantos meses había ocultado su amor bajo la apariencia de una simple amistad, estaba a punto de escapársele de las manos.

Hasta entonces pudo darse cuenta de lo grande que era su cariño hacia aquella mujer. Él mismo se sorprendió al sentir clavada en el corazón la garra dolorosa de los celos. Él mismo se admiró de que por tanto tiempo hubiera podido callar su pasión. Y ahora que veía el peligro de perderla, de que otro se la arrebatara, le parecía imposible que, amándola como la amaba, no hubiera tenido nunca el valor de decírselo.

¿Qué motivo podía haber existido para ello? Ninguno, en realidad. Los dos eran libres. Los dos podían disponer de sus vidas a su entera voluntad. Los dos eran lo suficientemente conscientes para tomar una resolución sobre el particular, sin necesidad de pensarlo mucho. Entonces, ¿por qué no lo había hecho? Solo una excusa tenía: el temor de que ella fuera a creer que se valía de su carácter de jefe para hacerle el amor.

Pero, llegado el momento en que las circunstancias mismas lo obligaron a tomar una determinación, se armó de ánimo y permaneció en espera de la primera oportunidad que se presentara.

Fue una tarde al salir del despacho. Ella, como otras veces, manifestó deseos de irse a pie con objeto de hacer un poco de ejercicio. Se ofreció él a acompañarla y juntos se fueron caminando por las calles adyacentes a la Avenida Madero.

Era la hora en que un intenso tráfico de automóviles y peatones dificultaba el tránsito por las céntricas arterias metropolitanas. Los escaparates, inundados de luz, lucían sus joyas y sus novedades. Ellos se detenían de cuando en cuando para mirar alguna cosa que les llamaba la atención, y luego proseguían su camino, esquivando los empujones de las personas que venían en sentido contrario.

Una vez que salieron de las calles de mayor circulación, atravesaron la Avenida Juárez frente al Teatro Nacional y siguieron por una de las calzadas laterales de la Alameda.

El aire era allí fresco y oloroso a humedad, a césped recién mojado. La blanquecina luz de los focos de arco desaparecía por momentos tras el espeso follaje de los árboles que formaban rincones de sombras, en los que se adivinaban parejas entrelazadas que caminaban o permanecían sentadas en algún banco propicio a sus cuitas de amor.

El abogado sentía que el corazón le palpitaba fuertemente dentro del pecho y que

la respiración se le ahogaba en la garganta. Aspiró con fuerza el aire ligeramente tibio que en ráfagas aisladas pasaba levantando suaves murmullos entre el follaje, y haciendo un esfuerzo por dominar sus nervios, se atrevió a decir:

—No quiero que vaya usted a tomar a mal, Lupe, algo que tengo que decirle, pero es absolutamente necesario que le hable de ello... Hace bastante tiempo que he pensado hacerlo, pero no se había presentado, hasta hoy, una oportunidad favorable...

Calló sintiendo que la respiración le faltaba, y ella, sobrecogida por la sorpresa, como presintiendo de lo que se trataba, no halló qué decir. Sus ojos permanecieron ocultos bajo sus párpados entrecerrados y sus manos oprimían nerviosamente la piel de la pequeña bolsa de mano que llevaba.

Al fin él pudo continuar:

—No debo ocultarle por más tiempo, Lupe, que yo la quiero muy sinceramente, muy lealmente, pero en forma distinta a un simple cariño amistoso... Desde que la conocí me he esforzado por ocultar este cariño para que usted no fuera a creer que por el hecho de estar trabajando conmigo yo trataba de enamorarla. ¡No; eso no! Después de meditarlo largamente y de que me he dado cuenta de que es usted una mujer inteligente, que sabrá dar a mis frases la interpretación que se merecen, quiero decirle que la amo y que deseo sea mi esposa...

Las pequeñas manos de ella seguían oprimiendo con fuerza cada vez mayor la bolsa de mano y, como para dominar la emoción que intempestivamente se había apoderado de ella, se mordía, sin darse cuenta, el labio inferior.

Hubo un momento de silencio en el que ambos permanecieron con los ojos fijos hacia adelante, viendo, sin mirar, las luces de un anuncio luminoso que a lo lejos dibujaba, sobre la negrura del firmamento, una figura movible.

—Es usted muy bondadoso, licenciado, y le agradezco mucho lo que me acaba de decir —murmuró ella con acento trémulo—. Nunca creí que me hiciera el honor de ocuparse de mí en forma semejante... No sé como corresponderle a esta prueba de verdadera estimación que me da..., pero...

Él la interrumpió:

—Comprendo lo que me va a decir: que no le es posible resolverme desde luego, que necesita pensarlo y que me dirá después... Perfectamente, Lupe. No quiero que decida inmediatamente. Puede disponer de todo el tiempo que estime conveniente, y cuando tenga tomada una resolución, entonces decidirá usted... Esté segura de que sabré esperar y que en cualquier tiempo será para mí un verdadero placer escuchar de sus labios que acepta mi proposición...

Una intensa palidez, oculta por las sombras del follaje, cubría el rostro de ella y sus piernas le flaqueaban al andar. Se había apoderado de su espíritu, al mismo tiempo que una inmensa gratitud por aquella demostración de noble cariño que él le hacía al ofrecerle su nombre, una sensación de pena por no poder contestar desde luego con una afirmación categórica.

—No, licenciado: no es eso —dijo ella, sintiendo que las palabras se le escapaban

de los labios con una especie de automatismo—. Es que... no sé... Considero que no podría quererlo como se lo merece. Usted ha sido un verdadero amigo para mí. Le agradezco de todo corazón lo que ha hecho en mi favor. Le tengo una estimación muy grande, lo respeto, lo quiero como a un amigo..., pero nada más...

Y siguió hablando con frases breves, entrecortadas por la pena y la emoción. Le dijo lo que ya tantas veces había pensado desde que Josefina le hizo ver la posibilidad de que el abogado se interesara por ella. Hablaba en un tono dulce, suave, tímido, como si temiera que sus palabras pudieran ofender a aquel hombre que tan caballeroso y bueno había sido con ella. Conservaba los ojos entrecerrados y la vista baja, viendo el camino por donde iba, para no mirarle la cara, para no sentir el dolor de leer la impresión que causaba cada una de las palabras que ella pronunciaba.

—A un hombre como usted no se le debe engañar nunca... —proseguía—. Eso sería una infamia y una maldad... Si yo comprendiera que algún día podría llegar a quererlo, se lo diría desde luego. Pero comprendo, estoy segura, de que nunca podré sentir por usted un afecto distinto del de una amistad sincera, únicamente una amistad. Perdóneme, licenciado: pero si le dijera otra cosa mentiría y me sentiría indigna de mí misma. No se ofenda, no se moleste... Quiero que sigamos siendo buenos amigos, como hasta aquí... Yo le aprecio..., le quiero por todo lo bueno que ha sido conmigo...

Quedó él anonadado. Cada una de aquellas palabras las sentía, no obstante su infinita dulzura, como un fuetazo que le pegasen en pleno rostro. Nunca se había imaginado que su proposición, capaz de halagar a cualquiera otra mujer, fuera rechazada por Lupe, cuyo espíritu amoroso y tierno parecía incapaz de oponer la menor resistencia a nada. Y en el torbellino de ideas que agitaba su cerebro, una frase de ella, le daba vueltas iluminando, como si fuera la luz de la verdad, la lucha tremenda que se desarrollaba en su espíritu: «A un hombre como usted no se le debe engañar nunca.» Era cierto, era verdad lo que ella decía. Si no sentía amor por él, ¿por qué le había de decir que sí?

Un silencio angustioso dominó a los dos. Siguieron caminando lentamente por la recta calzada que ya tocaba a su fin y se entretenían en contemplar maquinalmente cómo sus sombras, proyectadas de trecho en trecho por los focos de arco, se iban alargando, alargando lentamente ante ellos, hasta esfumarse a lo lejos entre las sombras que descendían del follaje...

—Siento mucho que haya sucedido todo esto —musitó ella suavemente, como si con la dulzura de su voz quisiera mitigar el dolor que embargaba el corazón de su acompañante—. ¿Por qué le había de mentir a usted? ¿Por qué lo había de engañar...?

—No me diga usted nada, se lo suplico; no me diga usted nada... He cometido una torpeza imperdonable y solo quisiera... Yo soy el que me siento profundamente apenado y no sé cómo podré tener valor para volverla a ver. Es que creí..., pensé... Bueno; para qué molestarla con mis explicaciones... Quiero pedirle que olvide este

momento de extravío, que no lo recuerde más, como si nunca hubiese llegado a suceder, y que, puesto que dice que me aprecia como amigo, no me retire ese afecto... Sigamos siendo buenos amigos como hasta ahora, siga usted teniendo la confianza que siempre ha tenido... ¿Me lo promete?

Levantó ella el rostro, que hasta entonces había tenido inclinado sobre el pecho, y una franca sonrisa de alivio animó todas sus facciones:

—Es usted muy bueno, licenciado... Le ofrezco que no recordaré más este incidente y que mi afecto amistoso no cambiará; en lo absoluto... Es tan dulce, tan hermoso, poder tener un amigo a quien querer como usted...

Él se sentía empequeñecido por la nobleza de aquella mujer. Comprendía toda la grandeza de alma que había en ella, a la vez que la infinita ternura de que era capaz su corazón.

—Sí, Lupe; tiene razón. No siempre es necesario que un hombre y una mujer se amen para gozar de las delicias de un afecto puro. No me guarda usted rencor, ¿verdad?

—¡Por Dios, licenciado! —exclamó ella sonriendo levemente—. Nada ha sucedido entre los dos y seguimos siendo tan buenos amigos como siempre.

Habían caminado ya un trecho por la Avenida Juárez y estaban próximos a llegar al principio del Paseo de la Reforma. No tuvo él fuerzas para seguir adelante. No quiso prolongar por más tiempo aquella entrevista en la que su corazón y su amor propio habían quedado tan hondamente lacerados. Aprovechó aquellos momentos en que el ánimo de los dos parecía haber recuperado el equilibrio perdido, y descubriéndose de pronto, respetuoso como siempre, ofreció su mano para despedirse.

—¿Se va usted ya?

—Sí, Lupe. Tengo que volver al centro para hablar con unos amigos que me están esperando.

—Bueno; entonces hasta mañana, licenciado. Que pase usted buena noche.

Se separaron en direcciones opuestas. Cuando él hubo caminado algún trecho, se detuvo de pronto y miró hacia atrás para buscarla con la vista entre el grupo de gente que llenaba la acera. Aún la alcanzó a distinguir por la cuadra de enfrente en los momentos en que iba a atravesar la calle para tomar el Paseo de la Reforma.

La contempló en silencio largo rato, viéndola ir, como quien se despide con angustia de algo que siéndole muy querido se aleja de pronto para siempre, para no volver jamás. Una contracción nerviosa, de dolor y desencanto, puso un gesto de amargura en sus labios, y bajo los cristales ahumados de sus anteojos de carey, dos lágrimas corrieron lentamente, silenciosamente.

Cuando la silueta de ella se perdió a lo lejos, cuando sus ojos empañados por el llanto ya no pudieron distinguirla entre el grupo de transeúntes y de automóviles que cruzaban en todas direcciones, un suspiro se escapó de las profundidades de su pecho y mentalmente se dijo con desesperada resignación:

—¡Y pensar que la amo con todo el corazón!

Prosiguió rápidamente su camino hacia el centro. Se movía con una especie de sonambulismo que no le permitía darse cuenta de lo que le rodeaba. Dos o tres personas que pasaron a su lado lo saludaron amistosamente, sin que él les contestara.

En la primera cantina que encontró a su paso se metió. Pidió un coñac doble, luego otro y otro más... Sentía que la cabeza le daba vueltas, que el cerebro le quería estallar bajo el cráneo.

Y cada vez que levantaba la copa para dar un sorbo, veía en el fondo de ella unos ojos negros y profundos que lo miraban fijamente, como si quisieran penetrar con su mirada hasta los más recónditos pliegues de su alma.

Por una extraña asociación de ideas fueron surgiendo uno tras otro, de las lejanas nebulosidades de sus recuerdos, unos versos que allá en San Luis había oído, no sabía dónde ni cuándo, pero que en aquellos momentos tenían el mágico poder de expresar lo infinito de su desventura:

¡No eras tú la soñada! La soñada tenía
como ninguna otra piadoso el corazón.
La soñada era dulce como una melodía
y tú eres implacable como una maldición...

Y hundiendo la frente atormentada en la palma de la mano, sintió que dos gotas de fuego seguían resbalando por sus mejillas.

XIV

Una tarde en que Lupe y Josefina andaban de compras por las tiendas, tropezaron de pronto con el general Guerrero en una de las calles de Tacuba.

Se acercó él a saludarlas y Lupe se vio obligada a hacer las presentaciones:

—Una amiguita mía... El señor general Guerrero.

Como hacía varios días que éste no iba al despacho, Lupe se apresuró a decir:

—Creía que ya se había ido para San Luis, general. Hace tantos días que no va usted por el despacho...

Explicó él que había estado sumamente ocupado en la Secretaría de Guerra terminando el asunto que lo había llevado a la capital y que posiblemente saldría de un día a otro para la ciudad potosina.

La tarde era bochornosa y el sol reverberaba sobre el asfalto de las calles arrojando al rostro llamaradas de fuego. El general las invitó a tomar un refresco en alguna de las neverías próximas, y ya sentados frente a una pequeña mesa adornada con un ramo de olorosos claveles, conversaron animadamente mientras saboreaban los helados.

Josefina aprovechó aquella oportunidad para estudiar detenidamente al general y darse cuenta por sí misma de todo lo que Lupe le había dicho sobre él. A los pocos momentos de tratarlo, se convenció de que, efectivamente, había en aquel hombre una especie de fascinación que emanaba de sus ojos profundamente negros, de sus modales respetuosos o de su voz amable y dulce. Ella también, sugestionada por las palabras de Lupe o porque en realidad lo sintiera, notó que una agradable sensación de afecto hacia él se apoderó de su espíritu y le hacía vibrar los nervios en forma inusitada.

Cuando salieron a la calle, todavía las acompañó varias cuadras, hasta la esquina del Correo, donde se detuvo para despedirse.

—Me perdonen que las deje —dijo—. Tengo que regresar a Palacio para hablar con el ministro de la Guerra y ver si de una vez termino mis asuntos.

—Supongo que no se irá usted a San Luis sin avisarme antes —se aventuró a decir Lupe, al mismo tiempo que le tendía la mano.

—Se lo ofrezco muy formalmente, Lupita —repuso el militar—. Y si ustedes me lo permiten, les haré una visita antes de irme.

Ambas accedieron gustosas y le dieron la dirección de la casa.

Cuando ya solas caminaban hacia San Juan de Letrán para tomar el tranvía eléctrico, Josefina no pudo contener su impaciencia y dijo:

—Realmente es un hombre muy simpático. Cuando me hablaste de él creí que era tu imaginación la que te hacía ver todas las cualidades que le atribuías. Pero ahora me he convencido de que, efectivamente, hay en él algo que atrae, que cautiva...

Aquella espontánea confesión de su amiga, hizo que Lupe sintiera una especie de íntima satisfacción que se tradujo en una leve sonrisa. Estaba preocupada. Sentía

como si una tristeza muy tenue y muy dulce se hubiera apoderado de su ánimo.

Josefina, que se dio cuenta de aquel cambio, le preguntó:

—¿Qué tienes? ¿Por qué te has quedado callada?

—No sé... Iba distraída. De esas veces que no sabe una lo que piensa.

Pero la verdad era que, sin quererlo, la noticia de que el general se iría de un día a otro, le produjo un ligero malestar. Daba vueltas en su cerebro a aquella idea, preguntándose qué podía importarle a ella que aquel hombre se fuera o no, sin encontrar una respuesta que la dejara satisfecha. Bien sabía que nada, absolutamente nada, existía entre los dos, y aun tenía la convicción de que si él llegara a declararse, ella no correspondería a su cariño. Sin embargo, le había bastado saber que se iba, que tal vez no lo volvería a ver, para que su espíritu se sintiera turbado, para que una ligera sensación de malestar la hiciera sufrir, aunque fuera pasajeramente.

Días después, cuando el general fue a hacerles la visita ofrecida, tanto Lupe como Josefina pasaron un rato delicioso. Fue una charla en amigable confianza, en la que se rió mucho y hubo bromas discretas. Lupe canto acompañándose ella misma al piano, como era su costumbre, varias de sus canciones sentimentales y una que otra «rancherita».

El general aplaudió sin reserva la hermosa voz de ella y el gusto que tenía para cantar, y en más de una ocasión le suplicó que repitiera las canciones que más le habían agradado. Algunas de ellas le traían a la memoria el recuerdo de su vida de campaña, de las noches pasadas en pleno campo, mirando el cielo inmensamente estrellado y oyendo cantar a los «muchachos», que, sentados alrededor de una fogata, sí mal acompañaban con una guitarra destemplada.

Las canciones eran las mismas, la melodía la misma, pero qué enorme diferencia había entre los acentos ásperos con que los soldados querían dar mayor sentimiento a sus desahogos líricos y aquella voz dulce, amorosa, aterciopelada, que brotaba de los labios frescos y perfumados de ella. Y qué diferencia, también, entre aquellas noches de continuo sobresalto, pasadas en vela esperando de un momento a otro el ataque del enemigo, y esta otra en que muellemente recostado en un sillón confortable, con el ánimo tranquilo y el espíritu optimista, tenía ante sí aquella mujer hermosa y soñadora que provocaba en su alma todo un resurgimiento de esperanzas.

Una criada entró a decir a Josefina que su mamá quería hablar con ella algunas palabras. Se disculpó ésta y salió ofreciendo volver luego.

Cuando Lupe y él se quedaron solos, hubo un momento de silencio en el que ambos trataron de aparentar una tranquilidad que estaba muy lejos de su ánimo. Él hubiera querido dejar que de sus labios brotaran todas las palabras y todos los sentimientos que durante tantos días habían turbado su espíritu. Y ella, con el natural instinto de adivinación que toda mujer tiene, hubiera preferido huir ante un peligro indefinido, pero cierto, que sentía la amenaza.

De pronto él dijo:

—El ministro de la Guerra quiere que me quede aquí al frente de uno de los

departamentos de la Secretaría, pero yo preferiría volver a San Luis, porque allá tengo a mis «muchachos», que tan bien se portaron conmigo. He quedado de resolverle mañana y aún no me ha sido posible tomar ninguna determinación. ¿Qué me aconseja usted que haga?

Vaciló ella sin saber qué responder.

—¿Qué quiere usted que yo le diga, general? Yo no entiendo de esas cosas.

—Pero si yo le preguntara si quiere que me quede o le es indiferente que me vaya, ¿qué me respondería?

Lupe clavó los ojos en los dibujos del tapete y así permaneció oprimiéndose una mano con la otra. Levemente apenas murmuró:

—No sé por qué me pregunta eso, general. Yo no podría contestar a una pregunta de esa naturaleza...

En aquella actitud, con el hermoso rostro ligeramente inclinado y los ojos casi cubiertos por la piel satinada de los párpados que proyectaban la sombra de las pestañas sobre el rubor de las mejillas, tenía un aspecto tal de gracia y seducción, que él sintió de pronto el deseo de lanzarse sobre ella, de estrecharla entre sus brazos y de besarla, besarla con la enorme y poderosa pasión que sentía bullir en todo su ser y que hacía que a las violentas contracciones de su corazón la sangre se le agolpara en el cerebro.

Pudo, sin embargo, dominarse, y poniendo en el timbre de su voz el acento más tierno y amoroso que le fue posible, dijo inclinándose un poco hacia ella, para hablarle al oído:

—Yo la quiero, Lupe. La quiero de verdad, con todo el corazón. Usted es la mujer que siempre he deseado encontrar, la única que puede hacerme feliz. Si usted también me quiere un poco, si corresponde a mi cariño, le juro que seremos felices, inmensamente felices, y que sólo viviré para adorarla. Quiérame, Lupe: quiérame como yo la quiero, con toda el alma...

Ella permaneció clavada en su asiento, inmóvil, pálida, sobrecogida de espanto, sin atreverse a huir, porque sentía que sus piernas estaban flojas como si las hubiera abandonado la vida. Oía sin escuchar aquellas palabras que acababa de pronunciar a su oído el general, cada una de las cuales había penetrado en su ser como una gota de fuego ardiente que le hubiera ido incendiando los nervios. No sabía a punto cierto lo que todo aquello quería decir, pero sí se daba cuenta de que todo su cuerpo, su espíritu mismo, eran una inmensa llama en la que se quemaba.

—Lupe —repetía él con voz cada vez más cálida por la emoción—, dígame que también me quiere, que está dispuesta a aceptar mi cariño, que será mía, solo mía, y que nuestras vidas quedarán unidas para siempre, sin que nada ni nadie las pueda separar jamás... Lupe adorada... Déjeme que la ame con toda la locura de que es capaz mi corazón. Déjeme que la quiera mucho, mucho.

Sintió ella que una nube oscureció su cerebro, que sus labios se entreabrieron para pronunciar unas palabras que ella no pudo oír y que instintivamente sus ojos se

clavaron en los de él, que la envolvían con una mirada amorosa y cálida como una caricia que recorriera su cuerpo todo, haciéndolo estremecer con una palpitación de nueva vida.

—No me diga... No me diga más, por favor... —murmuraron tenuemente sus labios, como pidiendo conmiseración para su debilidad de mujer.

Acercose él donde ella estaba y oprimiéndola contra su robusto pecho la besó apasionadamente, locamente, en los ojos, en la boca, en las mejillas tersas y perfumadas, en las manos pequeñas y suaves, y en el cuello, donde la presión de la sangre, corriendo tumultuosamente, hinchaba levemente una delgada arteria azul...

—¡Hermosa! ¡Divina! ¡Adorada mía! —balbucía él entrecortadamente en el desenfreno de su pasión y sus labios iban a posarse nuevamente en los sitios en que momentos antes había disfrutado en una delicia nunca imaginada.

Ella no se defendía, no hacía el menor esfuerzo por oponerse a aquellas caricias que a un mismo tiempo la hundían en un abismo de sensaciones hasta entonces no sentidas y levantaban su espíritu hacia goces de una nueva vida del alma. Sentía que una fuerza superior a ella la dominaba, la mantenía inerte con ligaduras que fueran cadenas que ataran sus miembros. Y cuando sobre sus labios sentía el fuego de aquellos otros labios que le cortaban el aliento, de las profundidades de su ser, de las fuentes mismas de su vida, le parecía que una voz brotaba convertida en oleada de fuego para convertirse en un grito desesperado e imperioso que decía: «¡Te amo! ¡Te amo! ¡Haz de mí lo que quieras, porque soy tuya... tuya!...»

Cuando el estrecho nudo que los unía se deshizo, cuando los labios dejaron de oprimir los labios y las pupilas extraviadas volvieron a la realidad con la sorpresa de los ojos sonámbulos que ven de nuevo los objetos que los rodean, cubrió ella su rostro con ambas manos trémulas en un arrebato de pudorosa humildad, y sollozando calladamente, como quien no quiere que su pena llegue a los demás, gimió en su desconsuelo:

—¿Por qué ha hecho usted eso? ¿Por qué ha abusado de mi debilidad de mujer si yo no le hice ningún daño?...

Él le pasaba la mano sobre la sedosa cabellera y trataba de consolarla.

—No se arrepienta, Lupe, no me reproche nada... Es usted un ángel y estoy dispuesto a sacrificar mi vida a sus pies. Dígame lo que quiera que haga, ordénemelo. La quiero más que nunca. Mi vida le pertenece.

Lupe no cesaba de llorar y vuelta hacia la pared no escuchaba lo que él le decía. Un tumulto de ideas agitaba su cerebro. En la soledad y en el desamparo en que vivía, aquel hombre era al mismo tiempo una revelación y un abismo que se abría a sus pies. Un solo instante de extravío había bastado para destruir toda una vida de virtud y de esfuerzo hacia el bien. Un solo momento había sido suficiente para destrozar los pétalos de aquella flor alimentada con el recuerdo de un amor casto y puro.

—No quiero que usted sufra, Lupe —dijo al fin él, compadecido de verla llorar de aquel modo—. Le juro que solo el inmenso amor que le tengo me hizo obrar en la

forma en que lo hice. Y por ese mismo amor le juro, también, que estoy dispuesto a casarme con usted a la hora que guste...

Fue hacia ella y por la espalda la besó en la cabeza, doblegada por el dolor. Ella no lo rechazó, pero aquellos besos, tan diferentes de los otros, los sintió caer sobre su espíritu atormentado como un bálsamo piadoso que mitigara en parte el horrible sufrimiento que le laceraba la herida recién abierta...

*

Cuando algunos días más tarde el general y Lupe se volvieron a ver en la Alameda de Santa María, a donde él le suplicó que concurriera, por medio de una carta toda llena de frases de amor, de juramentos y de besos, no hubo de parte de ella ni una queja, ni un reproche, ni una palabra que revelara la desesperación y el sufrimiento que había torturado su alma durante todo aquel tiempo. Solo la huella de una profunda melancolía hacía aparecer su semblante más pálido y bello que de costumbre. Algo así como una resignación ante lo irreparable del acto cometido se había apoderado de su espíritu y hacía que se sintiera toda ella destrozada, aniquilada de cuerpo y de alma y sin fuerzas para pensar en nada, absolutamente en nada, como si su vida, a partir de aquella noche en que él había hecho estremecer su carne bajo la llama de sus besos, hubiese quedado rota para siempre, inútil, inservible, y fuera estéril cualquier esfuerzo que se intentara por salvarla.

Más de media hora hacía que él la estaba esperando, dando vueltas a lo largo de una de las calles de árboles que van a terminar al quiosco y sobre la cual el espeso follaje formaba una bóveda que solo de trecho en trecho dejaba ver pedazos de cielo en el que las estrellas parpadeaban.

Durante aquella breve espera, que a él le parecía demasiado larga, todo un mundo de pensamientos había cruzado por su cerebro. Desde la noche en que su amor había estallado intempestivamente adueñándose de la bella y dulce mujer, una mezcla de arrepentimiento y de vergüenza se había apoderado de su ánimo. Deseaba ardientemente volver a hablar con ella para sincerarse y decirle unas cuantas palabras de excusa y, si era posible, resolver de común acuerdo lo que debían de hacer para el futuro. Quería, también, repetirle con el espíritu sereno lo que el corazón le había estado gritando durante tantos días: que la amaba, que la quería sinceramente y que estaba dispuesto a hacer lo que ella le dijera...

Había llegado al convencimiento de que no había sido únicamente un deseo carnal, un capricho de hombre que se complace en estrechar entre sus brazos a una mujer hermosa, lo que le había obligado a proceder en la forma en que lo hizo. ¡No! Había sido su alma, había sido su corazón atenaceado a toda hora por un anhelo imposible de dominar, el que había ofuscado su cerebro y abolido la conciencia de sus actos.

La amaba, sí; la amaba. Y esta sola convicción era suficiente para disculpar ante

sus ojos la escena humillante de aquella noche que, ya en pleno dominio de sí mismo, hubiera preferido que nunca sucediera. Porque con ella, pensaba, había profanado la virtud de aquella mujer que era toda bondad y ternura.

Conforme pasaban los minutos sin que ella llegara, un sentimiento desalentador se fue apoderando de su ánimo. Tenía casi la seguridad de que ella no concurriría a la cita, de que todas las palabras amorosas y todas las súplicas de su carta no habían logrado conmover su espíritu y que no la volvería a ver nunca más.

Una infinita tristeza lo martirizaba. Tuvo por momentos la sensación de que aquella mujer a la que tanto amaba y por la cual hubiera dado con gusto la vida, estaba definitivamente perdida para él, de que sus labios no le volverían a sonreír, de que sus ojos no le volverían a acariciar con la ternura de sus miradas.

Encendió un cigarro para dominar la nerviosidad y se quedó un momento mirando la infinita quietud del firmamento, en la que el pálido claror de la luna parecía ofrecerle una felicidad que estaba muy lejos de su alcance. Lanzo al aire una, dos, tres bocanadas de humo, que desaparecieron arrebatadas por una ráfaga de viento, y sintiendo la necesidad de decir algo para desahogar su pena, murmuró quedamente:

—Tenía que ser... No quiere verme más. Me odia, me aborrece, estoy seguro.

Iba ya a marcharse cuando oyó tras de sí unos pasos leves. Volvió el rostro para ver quién era, aunque convencido de que no sería ella, y de la penumbra que lo rodeaba vio surgir lentamente una silueta de mujer, toda de negro, que se dirigía hacia donde él estaba. Su corazón reconoció al instante en aquella sombra a la mujer amada.

—¡Lupe! —volvió a decir él—. Cuánto te agradezco que hayas atendido a mis súplicas. Necesito hablar contigo, necesito decirte lo mucho que he sufrido todos estos días...

Fueron a sentarse en una banca cercana, donde la sombra les permitía hablar sin temor de ser reconocidos por los transeúntes. Y cuando estuvieron cerca uno del otro, ella apenas si murmuró con voz tenue que parecía una débil súplica:

—Aquí me tienes ya... ¿Para qué querías que viniera? Tal vez hubiera sido preferible que no nos hubiéramos vuelto a ver. He tenido que luchar tanto conmigo misma para venir a este sitio...

Tenía la cabeza inclinada, sin atreverse a mirarlo a los ojos, como si en aquellos momentos pesara sobre su espíritu toda la amargura y el desencanto que la había martirizado en los días anteriores.

—No me digas eso, Lupe; no me hables así... Tú no puedes imaginar lo que he padecido desde que no te veo, lo que me he reprochado a mí mismo haber obrado en la forma tan torpe de aquella noche...

—Por favor, te lo suplico —interrumpió ella volviendo el rostro hacia otro lado como para ocultar su pena—, no me digas nada de eso, no me lo recuerdes... He venido solo para pedirte que no me juzgues una mujer liviana, una mujer que se

entrega a un hombre sin siquiera tratar de defenderse.

Las facciones de su rostro se contrajeron en un esfuerzo doloroso que era la expresión del enorme sacrificio que hacía para pronunciar aquellas palabras. Hubiera preferido callar, no decir nada, pero la atormentaba la idea de que él la pudiera considerar como una de tantas mujeres que, por placer o por vicio, se entregan en la primera oportunidad que se les presenta. Aun teniendo que sacrificar su amor propio, quería hacer aquella aclaración para no aparecer indigna a los ojos de él.

—Nunca he pensado eso, Lupe; te lo juro. Por el contrario, hoy te quiero más, si es posible, que antes. Yo soy el único culpable de todo. Yo soy el que tengo que arrodillarme a tus pies para pedirte perdón, para que no me consideres como un malvado...

Le tenía cogidas las manos entre las suyas y se las acariciaba amorosamente como si fueran las de un niño.

—No hablemos más de esto, no me digas nada —insistía ella con voz suplicante—. ¿Qué objeto tiene que me hagas sufrir más si hay cosas que, desgraciadamente, no tienen remedio? Déjame que olvide... Solo Dios puede ayudarme a llevar con resignación el remordimiento de mi falta... Ustedes los hombres no saben de estas cosas...

—Lupe. Lupe mía... No es justo que sufras de ese modo. No quiero que tú creas que solo el arrebató de un momento de locura fue el que cegó nuestras voluntades. Te quiero, te quiero de verdad, como nunca había querido, como jamás me será posible querer a otra mujer. Me arrepiento de todo corazón de lo sucedido, pero déjame que repare mi falta...

Se acercó un poco más a ella para que sus palabras no pudieran ser oídas por nadie, y lentamente fue dejando caer todas las promesas y todos los proyectos que durante aquellos días había fraguado en su imaginación.

—Si me quieres un poco —le decía—, si no sientes por mí rencor o aborrecimiento, déjame que te quiera como he pensado, como lo desea mi corazón, que solo vive para ti... Yo sabré hacerte dichosa para que nunca te arrepientas de haber sido mía...

Y con voz dulce e insistente que ella sentía repercutir en su alma, le fue diciendo todos sus anhelos de ventura, todos los sueños de felicidad forjados por la vehemencia de su amor, que solo esperaba una palabra de ella para volar más alto, para convertirse en una palpable realidad.

—Nos casaremos mañana mismo, si lo deseas. Nos iremos a San Luis o nos quedaremos aquí. Tanto tú como yo somos libres y nadie nos impide hacer nuestra felicidad a la hora que queramos. Yo, ciertamente, no tengo riquezas que ofrecerte: pero el sueldo de que disfruto y algunas pequeñas economías que he logrado hacer, están a tu disposición. Todo lo que yo gane será para ti. Tú serás quien mande en mi corazón...

Ella permanecía muda, y en el desamparo de su vida aquellas palabras, llenas de

amor, de un amor tan grande como el que ella siempre había soñado, producían en su alma un bienestar que por momentos le hacía creer que, efectivamente, aún era posible para ella la felicidad.

—Contéstame, Lupe —suplicaba él—. Díme que mis palabras no te ofenden, que estás oyendo cuanto te digo y que mis ilusiones no son una quimera...

Del pecho de ella brotó un suspiro que fue un desahogo de la pena que llevaba aprisionada y recuperado su semblante de la serenidad de otros días, dijo con entera calma:

—Sería inútil que ahora tratara de responder a cuanto me has dicho. No hay en mi espíritu la serenidad suficiente para tomar en estos momentos una resolución. Déjame pensar.

Él estuvo conforme. No quería que ella tomara una determinación instantánea, violenta, de la que más tarde pudiera arrepentirse. Eso, no. Quería, por el contrario, que ella examinase los sentimientos que agitaban su alma, que se preguntase a sí misma si en el fondo había, en realidad, un poco de amor hacia él, y cuando ya hubiera pensado bien en lo que ofrecía, en lo que él estaba dispuesto a hacer, entonces, francamente, sinceramente, le dijera su resolución.

—Yo no quiero, Lupe —advertía él—, que pienses que por la situación especial en que nos encontramos trato de arrancarte un ofrecimiento que tal vez no esté de acuerdo con el afecto que me tengas. Si tú comprendes que no me quieres, que no podrás quererme nunca o que soy indigno de tu cariño, entonces bastará una palabra, una sola, para que no insista más... No quiero forzarte, no quiero obligarte a nada. Estoy dispuesto a aceptar lo que tú buenamente quieras concederme...

Había tal dulzura y humildad en aquellas palabras, que Lupe sintió una especie de conmiseración por aquel hombre. Además, sin darse una completa cuenta de ello, sin que su cerebro se decidiera a aceptarlo como verdad inequívoca, ella sentía que lo amaba, que lo quería verdaderamente, y que por eso no había tenido fuerzas aquella noche para defenderse, para resistir a sus caricias que la envolvieron en su red sutil por breves instantes.

Sus hermosos ojos, hasta entonces ocultos por la sombra de las pestañas, se levantaron de pronto y, a pesar de la oscuridad, parecieron iluminarse como si allá en sus profundidades empezara a despuntar un nuevo día. Se clavaron en los de él con una mirada de infinita ternura y, con mayor elocuencia de la que se hubiera podido esperar, le otorgó noblemente su perdón.

—Si te digo que dejemos para más tarde la resolución que debemos tomar, es solo porque no quiero que creas que las circunstancias me obligan a aceptar tus ofrecimientos —dijo ella sin dejar de mirarlo francamente—. Yo puedo seguir trabajando, sosteniéndome como hasta hoy, sin necesidad de recurrir a nadie. Pero tampoco quiero que pienses que es por falta de cariño, como tú dices. No estoy locamente enamorada de ti, pero te quiero más de lo que podía imaginar que llegaría a querer a un hombre...

—¿De veras, Lupe? ¿Es cierto lo que me dices? —exclamó él, impotente para contener la inmensa alegría que se había apoderado de su corazón—. ¿Es verdad que me quieres un poco, que no me odias ni me guardas rencor? ¡Qué buena, qué santa eres!

Y en la ofuscación de su deslumbramiento se inclinaba para besar agradecido y apasionadamente las pálidas manos de ella, que se entregaban a la caricia.

—¡Qué buena, qué hermosa, qué linda eres! —repetía él no encontrando más palabras con que expresar el desbordamiento de su alma.

Y deseoso de escuchar nuevamente de labios de ella la afirmación de aquel cariño que todavía en aquellos instantes le parecía inalcanzable, pidió:

—Díme otra vez que me quieres. Repítemelo para estar seguro de que he oído bien, de que no me he equivocado...

Sonreía ella ante lo vehemente del ruego, y con voz en la que parecía vibrar toda su alma, confirmó:

—¡Te quiero, sí; te quiero!

Entonces él la oprimió fuertemente contra su corazón y la besó apasionado en los labios trémulos, como si quisiera con aquel beso beber toda la sangre de su cuerpo y todos los estremecimientos de su alma...

Todas las tardes, a las siete, iba el general a esperarla en una de las calles cercanas al despacho.

A los pocos minutos la veía venir abriéndose paso por entre los numerosos transeúntes que a esa hora poblaban las banquetas. Llegaba hasta él un poco nerviosa por el temor de que alguien fuera a darse cuenta de aquellas entrevistas que deseaba guardar en la mayor reserva, y tras un rápido apretón de manos y una leve sonrisa que asomaba a sus labios haciendo desaparecer la sombra de amargura que la tristeza había puesto en su semblante desde hacía tiempo, echaban a andar por las calles menos concurridas para esquivar el peligro de encontrarse con alguna persona conocida.

El general, para no hacerse notable, se despojaba en aquella hora de su uniforme militar y vestía un traje de paisano bajo el que se adivinaba la forma del revólver, del que no se desprendía nunca.

Las primeras veces que fue a esperarla a la salida del despacho se sentía cohibido, como si el que la acompañara en la calle fuera una grave falta; pero a los pocos días se acostumbró y sin ningún sobresalto cruzaban por las calles céntricas rumbo a la casa de ella, caminando a pasos lentos para tener más tiempo de platicar.

La conversación tomaba todos los giros posibles. A veces era alegre, jovial, salpicada de bromas que hacían reír a ambos; en otras hablaban con una seriedad de quienes tratan de resolver un asunto demasiado complicado, y sucedía que en muchas ocasiones pasaban intempestivamente, de la risa a la formalidad, o viceversa, como si en sus espíritus se operaran violentos cambios de la alegría a la tristeza.

Al pasar por algún sitio donde la oscuridad era más densa, la tomaba él levemente del brazo o trataba de cogerle la mano; pero ella esquivaba la caricia con un movimiento rápido que la ponía fuera de su alcance.

—¿Por qué eres así? —reclamaba él—. ¿Qué no comprendes lo mucho que sufro viéndote tan cerca y no poder acariciar siquiera la punta de tus dedos?

—No quiero que alguien nos vaya a ver —replicaba ella—. ¿Qué necesidad hay de eso, cuando así vamos tan a gusto?

Y con una mirada cariñosa, a la que acompañaba una sonrisa, trataba de compensarle el goce que le negaba.

—Tú no sabes lo que es querer como yo te quiero —insistía él— y no poder estrecharte entre mis brazos, no poder besar tus ojos y tu boca como lo he deseado desde hace tanto tiempo... Fíjate: hace más de un mes, desde que nos vimos en la Alameda de Santa María, no he vuelto a saber lo que es un beso tuyo. ¿Por qué eres así? ¿Por qué me haces sufrir?

Era cierto que desde la noche en que por primera vez se vieron en la Alameda de Santa María y que ella, aniquilada por el dolor, se había refugiado en su pecho musitando con voz trémula aquel «te quiero» que había sido para él toda una

revelación, no le había vuelto a permitir que la besara. Y no era que su actitud fuera hija de un falso escrúpulo o de una determinación fríamente preconcebida con objeto de exaltar su sentimiento amoroso, no. Sino que pasado el momento de angustia y desconsuelo que se apoderó de ella, una vez recuperado el dominio de su espíritu, quiso conservar una actitud serena en la que, sin dar intervención a los sentidos, pudieran tanto él como ella darse clara cuenta de la solidez de su cariño. Quería en aquellas entrevistas analizar la naturaleza del sentimiento que había en el corazón de ambos, para poder tomar una resolución que pusiera término a aquella situación ambigua y atormentadora en que se encontraban. Por eso ella se negaba inflexiblemente a permitir cualquier transporte de pasión que pudiera ofuscar su ánimo.

Sin darse él cuenta de los motivos que ella tenía para proceder en tal forma, le reprochaba a veces su frialdad poniendo en duda su cariño.

—Tú no me quieres, Lupe. Solo así puedo explicarme que seas de este modo conmigo. Estás convencida de que sería capaz de hacer por ti cualquier cosa y, sin embargo, tus actos, tus palabras, nunca me demuestran que me tengas un poco de amor...

Le dolía a ella que él dudase de su afecto; pero, al mismo tiempo, no quería que el amor que entre los dos pudiera existir tuviera como única razón el deseo de satisfacer el apetito de los sentidos. Ella quería algo más espiritual, más nacido del alma, que la pusiera a salvo de ser un simple capricho que, una vez satisfecho, ninguna ilusión guardaría para él.

—Sí te quiero —decía ella—. Pero es que deseo que no manchemos nuestro cariño con nada que pueda originar después remordimientos a mi espíritu. Tú pensarás, quizá, que después de lo sucedido entre nosotros nada puede haber que me cause mayor dolor. Pero es que lo de aquella noche fue algo involuntario de mi parte, imprevisto, inesperado, que, aunque me ha ocasionado hondos sufrimientos, nada tengo que reprocharme, porque yo no fui la culpable. Pero si yo siguiera permitiendo que hicieras de mí lo que gustaras, entonces sería yo la primera en considerarme como una mujer cualquiera. Bastante he llorado ya mi desgracia para agregar una nueva vergüenza a mi pena...

Aquellas palabras hacían reaccionar al general, que, comprendiendo lo injusto de su reproche, desistía de sus propósitos para dar cabida en su corazón a un sentimiento de gratitud hacia aquella mujer que había tenido la nobleza de decirle que lo amaba.

Y tratando de borrar la impresión que sus palabras pudieran haber dejado en el ánimo de ella, decía humilde y arrepentido:

—Perdóname, Lupe; perdóname... Es cierto lo que dices, tienes razón. Seré como tú quieras, haré lo que tú me digas.

De pronto exclamaba ella mirando su pequeño reloj de pulsera:

—¡Qué atrocidad! ¡Las ocho y media! ¡Cómo se pasa el tiempo! Ya es hora de que llegue a mi casa.

La acompañaba él hasta la esquina de la calle donde vivía. Allí se detenían aún por breves momentos para hablar unas cuantas cosas más. Le tendía ella graciosamente la mano y él, reteniéndola entre las suyas, le decía con vehemencia:

—Acuérdate de que te quiero mucho, que solo vivo en espera del día en que pueda llamarte mía, para siempre mía...

Se alejaba ella rápidamente y él permanecía en la esquina viéndola ir, hasta que llegaba a su casa. Mientras abría la puerta, volvía ella el rostro y con un ligero movimiento de la mano le decía adiós.

Ya a solas en su habitación se entregaba a meditar detenidamente en las difíciles circunstancias que, en aquellos momentos, atravesaba su vida.

Desde la noche memorable de los acontecimientos entre ella y el general, el sufrimiento se había apoderado de su espíritu y no le concedía un momento de descanso. Sentía que su vida había cambiado totalmente, que era muy distinta de lo que hasta entonces había sido. No quería que nadie se diera cuenta de aquella dolorosa transformación, que nadie llegara a sospechar siquiera que la virtud y la pureza de su alma habían sido aniquiladas.

¡Qué lucha tan tremenda! ¡Qué inmensa tragedia era la que tenía lugar en su alma! ¡Qué dolor tan agudo, qué desencanto de la vida ensombrecía continuamente su pensamiento! ¡Qué deseo tan grande de llorar, de desahogar en alguien que fuera como un hermano o un padre toda la amargura que había en su pecho y que aún en sueños la martirizaba como una obsesión!

Durante aquellos días de tortura en los que no tenía la más remota idea de lo que pudiera ser de ella, guardó en el fondo de su pecho el dolor y la angustia que la mataban. No dejó que nadie adivinara cuál era el motivo de su honda pena. Y sólo por las noches, en el silencio y en las sombras de su habitación, daba expansión a su llanto, hundiendo la cabeza entre las almohadas para que nadie la oyera.

El general no había dejado de insistir de una manera discreta para que ella no creyera que trataba de ejercer presión en su ánimo en que aceptara su ofrecimiento de matrimonio. Según él, esa era la solución más favorable que podía dar a la situación en que ambos se encontraban.

Y lo decía sinceramente, ya que para él la mayor dicha consistiría en saber que la mujer a quien tan intensamente amaba, le pertenecía a título de esposa. El amor, que en un principio sintió por ella, y que tan hondamente turbó su espíritu, se había ido acentuando con los días, por la oportunidad de tratarla a diario en aquellas entrevistas a la salida del despacho, y en las cuales había descubierto nuevos aspectos de su belleza moral.

Lupe, por su parte, no dejaba de comprender que al aceptar la proposición del general terminaban todos los sufrimientos que su vacilación le ocasionaba. Ya no se ocultaba que sentía cariño por aquel hombre, un cariño inexplicable, distinto del que antes había tenido por Manuel, pero que le hacía sentir su vida ligada a él. Tal vez la fuerza misma de las circunstancias era la que había hecho nacer en ella aquella forma

de amor que, insensiblemente, se había ido apoderando de todo su ser.

Por momentos, al recordar las palabras cariñosas de él y sus ofrecimientos, parecía resuelta a jugarse el porvenir entero en una resolución suprema. Pero al recordar que aquel hombre le era totalmente desconocido, que nada o casi nada sabía de su pasado, se detenía sobrecogida por una especie de temor y prefería aplazar para más tarde su resolución con la esperanza de que, tratándolo más, se daría cuenta de sus sentimientos y de su vida anterior. ¿Qué había sido y qué había hecho? Aquella personalidad anterior tan vaga, tan confusa, tan diferente de la actual, era, sin embargo, la base en que descansaba su personalidad actual.

Y mientras en el silencio de la noche oía pasar, una tras otra, la procesión interminable de las horas, su espíritu se perdía en un mar de dudas y vacilaciones.

Por más que se esforzaba en encontrar algún indicio que le sirviera de guía en aquellos momentos de angustiosa zozobra, solo veía en torno suyo una oscuridad profunda e impenetrable como el misterio mismo de la vida.

Y agotada, cerraba los ojos en busca de un poco de descanso para su alma adolorida.

*

Uno de aquellos atardeceres en que el general fue a esperarla a la salida del despacho, logró que ella aceptara subir a su automóvil. Ya en otras ocasiones la había invitado a dar una vuelta a Chapultepec o a cualquier otro lugar, pero ella se había negado terminantemente.

Aquella vez sería porque estaba de buen humor o porque tras el encierro de todo un día de trabajo su espíritu necesitaba un momento de expansión, aceptó, sin largas vacilaciones la invitación del general.

Empuñó él el volante y echó a andar el motor. El poderoso Hudson obedeció dócilmente a la presión que su dueño le hacía sentir en las palancas y de un solo impulso se lanzó rápido por el asfalto de las avenidas, que reflejaba aún los últimos destellos del crepúsculo.

Era un anochecer espléndido de fines del otoño. El viento ligeramente fresco proporcionaba, al acariciar el rostro, una agradable sensación de descanso que calmaba los nervios y despejaba la imaginación.

Por la amplia avenida del Paseo de la Reforma dos negras hileras de automóviles avanzaban en encontradas direcciones, agujereando la penumbra con el cono luminoso de sus faros encendidos. A uno y otro lado, las aristocráticas mansiones, los artísticos palacetes de caprichosas y variadas formas, recortaban sobre la transparencia del cielo la línea quebrada de sus techumbres, salpicadas a veces por el follaje oscuro de un macizo de árboles.

El automóvil del general había pasado ya la columna de la Independencia y a regular velocidad seguía su marcha hacia el Bosque.

A lo lejos, en el fondo, veíase el Castillo de Chapultepec como una fantástica embarcación adornada de terrazas volantes y torreones imponentes, navegando sobre los verdes oleajes que, con su follaje, formaban los ahuehetes seculares. En el ocaso resplandecían los últimos destellos de un crepúsculo que había lucido un colosal deslumbramiento de colores. En la altura empezaban a brillar las primeras estrellas y el disco de la luna se destacaba en toda su plenitud.

Mientras el automóvil rodaba suavemente por las calzadas del Bosque, ya envueltas en sombras, Lupe y el general conversaban animadamente y admiraban los efectos prodigiosos de la luna entre el follaje de los enormes árboles, cuyas ramazones se destacaban sobre la plateada claridad del cielo en vigorosos claroscuros.

Sentíase ella con el ánimo tranquilo. Una ráfaga de optimismo acariciaba su espíritu, como si el aire fresco de aquellos sitios hubiera terminado con todos los pesimismos que comúnmente ensombrecían su cerebro. En aquellos momentos sentía una plena confianza en todo: en ella, en la vida, en el general mismo, y entre bromas y risas decía cosas que a él también lo hacían reír.

Cuando terminaron de recorrer el Bosque, preguntó él:

—Y ahora ¿a dónde vamos? ¿Quieres que nos volvamos o seguimos adelante?

—Sigue adelante —replicó ella con una decisión que al mismo general le llenó de sorpresa—. Mira qué hermosa está la noche. Tengo ganas de respirar el aire fresco del campo. Vamos a alguna parte donde no haya muchas luces para poder ver bien la luna.

Siguió el automóvil de frente por una carretera que se extendía recta a través de la llanura y en la que solo de cuando en cuando se encontraban otros coches que venían en sentido contrario.

Quiso ella aprovechar aquella oportunidad de hablar extensamente con él para saber algo más de su vida, para conocer a fondo su pasado antes de tomar la determinación que tanto deseaba y que él le pedía a cada momento, y con acento que en nada revelaba la intención de sus palabras, dijo:

—Cuéntame algo de tus aventuras en la revolución. Me gusta que me hables de tu vida de campaña, cuando tenías que pelear casi a diario para defenderte del enemigo. Cuando me acuerdo de eso me parece casi increíble que aquel cabecilla tan temible seas tú, que desde que te conocí me cautivaste por lo guapo y por lo atento...

Reía él halagado en su vanidad masculina por aquellas palabras que le acariciaban como si fueran el roce mismo de las manos de ella posándose en su rostro. Y dispuesto a narrarle algunas de las muchas peripecias de su accidentada vida de revolucionario, le preguntó:

—¿Como de qué quieres que te cuente ahora? Ya otras veces he narrado lo que fue aquella lucha que durante años tuvimos que sostener: primero, contra los federales, y luego, contra los villistas en las áridas llanuras entre San Luis y Matehuala, en las que también teníamos que defendernos de la sed, del calor y del

hambre... ¿De qué te hablaré que pueda llamarte la atención?

—De cualquier cosa, de cualquier cosa —dijo ella—. Me has platicado en general de la revolución: pero hoy quiero que me cuentes algo que se refiera a ti, a tus sufrimientos, a los peligros que corriste...

No era la primera vez que ella trataba de escudriñar en su pasado para darse cuenta de lo que había en el fondo de él. Escuchaba atentamente aquellas narraciones pintorescas o crueles y sangrientas, que le hacían recordar los días horribles en que la revolución estaba en su apogeo y no había conmiseración para nadie. De aquellos relatos iba entresacando indicios para reconstruir la personalidad moral de él, que tanto le interesaba conocer.

—Ya que tanto te empeñas —dijo— voy a platicarte de una de las veces que con más gusto hubiera dado mi vida por ver satisfecho mi deseo, como al fin lo vi... Porque en los combates pelea uno a sangre fría, sin que lo ciegue el odio ni el deseo de vengar un agravio particular clavado en el corazón. Pero cuando se tiene enfrente a alguien que nos ha ofendido injustamente, entonces una nube roja se sube a la cabeza y hace que no nos detengamos ante ningún peligro, por grande que él sea, para conseguir lo que deseamos...

Se acomodó para tomar una actitud más descansada y como el revólver le fuera molestando, lo hizo un poco hacia adelante para que quedara apoyado sobre los cojines del asiento. Encendió un cigarro y tras lanzar al aire varias bocanadas de humo, empezó su relato:

—Esto fue al final de la revolución, cuando los villistas llegaron a San Luis y nosotros nos quedamos aislados en *El Mezquital* sin saber qué partido tomar, pues mientras algunos de la partida querían que nos fuéramos con Villa, otros opinaban que siguiéramos con Carranza. Nuestra situación era tan difícil y comprometida, que a veces nos pasábamos semanas enteras sin probar alimento, porque temíamos que al remontar a la sierra nos cogieran los villistas que andaban en nuestra persecución. Entonces se me ocurrió, para aliviar nuestra situación y tener algo que repartir a nuestra gente, que diéramos un asalto a una hacienda que hay por allí y que se llama *La Providencia*, a la que nunca habíamos hecho nada porque nuestro jefe, don Timoteo, decía que el administrador se había portado siempre bien con él.

Una violenta sacudida estremeció el cuerpo de Lupe al escuchar el nombre de aquella finca que de manera tan íntima y dolorosa estaba ligada a su vida. Su corazón dejó de latir un instante y palpitó después desordenadamente. El general, preocupado en seguir las curvas de la carretera, no se dio cuenta de la impresión de asombro que se dibujó en el rostro de ella, y dando una nueva fumada a su cigarro, prosiguió:

—Cuando todos estuvieron de acuerdo en el asalto a *La Providencia*, permanecimos varios días en espera de la oportunidad favorable, pues, además del objeto que acabo de decir, yo perseguía otro completamente personal, que en aquellos momentos veía una ocasión de satisfacer. El dueño de la hacienda, un tal don Manuel, había tratado de cogerme varias veces para que me fusilaran los federales, y como no

lo consiguió, porque ya me había metido a la revolución, se vengó en una pobre muchacha que tenía yo en el rancho y a la que quería porque siempre fue buena conmigo.

Tuvo ella que taparse la boca con el pañuelo, mordiéndolo fuertemente, para que no se le escapara un grito que revelara la intensa emoción que la dominaba. En unos cuantos instantes habían acudido a su memoria todos los recuerdos lacerantes y crueles de aquella tremenda tragedia en la que su novio, casi su esposo, había perdido la vida, y luego la serie de sufrimientos, los días de continuo llanto y de infinita soledad en los que su alma se sentía perdida en un mar de sombras.

Calló él por algunos momentos como para coordinar sus ideas y ella tuvo miedo de que fuera a interrumpir el relato. Pero no; después de hacer varios movimientos en las palancas del coche para cambiar la velocidad, siguió diciendo:

—Al fin supimos un día que el hacendado estaba en *La Providencia* y nos preparamos para el ataque aquella misma noche. Como un favor especial yo le pedí al jefe que me dejara el mando de la gente en aquella ocasión, y a eso de la medianoche, cuando todos estaban durmiendo, les caímos por sorpresa... Francamente no esperaba que la cosa se pusiera tan fea como se puso. Los de la hacienda estaban bien provistos de armas y de parque. Casi una hora duró el combate y a cada momento veía caer a mi lado alguno de los muchachos, atravesado por las balas que sobre nosotros llovían como granizo. Los malditos tenían buena puntería y en más de una ocasión sentí que las balas pasaban rozando mi cabeza. El sombrero que llevaba voló arrebatado por una de ellas; pero era tal mi coraje y tan grandes mis deseos de tener a aquel hombre entre mis manos, que ni siquiera me daba cuenta del peligro que corría. Luego sucedió lo que tenía que suceder: se les fue acabando el parque a los de la hacienda, y entonces, para ver mejor, mandé que quemaran la fábrica de vino. A la luz del incendio nuestros proyectiles hicieron mejor blanco y al verse ellos perdidos, huyeron por los corrales...

La angustia y el sufrimiento paralizaban el cuerpo de Lupe. Conforme el general avanzaba en su narración, sentía ella que un nudo le oprimía la garganta, la vista se le nublaba como si la cubriera intenso llanto y de su cerebro desaparecía la noción de las cosas que la rodeaban, destacándose únicamente, allá en el fondo de sus pupilas, imperiosa y precisa, la visión de aquella noche trágica en la que desde una loma cercana había presenciado el incendio de *La Providencia* y escuchado el estruendo, del tiroteo.

No se atrevía a hablar, no se atrevía a moverse, y sus pupilas clavadas en la claridad lunar que iluminaba el camino nada distinguían, porque ante ellas iba perfilándose poco a poco, como sí lo volviera a tener enfrente, el cadáver ensangrentado de Manuel en la actitud en que lo contempló la mañana aquella en una de las habitaciones de la hacienda, rodeado de humildes mujeres que lloraban y decían plegarias.

—Ya sabía yo —prosiguió él— que aquél era el último recurso de que tendría que

echar mano. Por aquel lado destaqué también gente para que le cortaran la retirada; pero no obstante esto, lograron huir en los caballos que tenían preparados. Cuando me dijeron que se había ido, grité de rabia porque se me figuró que se había perdido la única oportunidad que tenía de verme frente a aquel hombre y hacerle pagar cara su cobardía. Monté rápidamente en mi caballo y, entre la profunda oscuridad de la noche, solo iluminada por los destellos del incendio, me lancé en su persecución. Corrí desesperadamente guiándome solo por el ruido del galope de sus caballos que el viento llevaba hasta mí. Y cuando al fin pude distinguir sus sombras entre la oscuridad, un grito de alegría se me escapó de los labios y empecé a disparar mi pistola al aire para atemorizarlos...

Ella no podía ya más. Las fuerzas le faltaban, el corazón trataba de escapársele del pecho como si no cupiera en él, a la vez que un intenso deseo de llorar le estrujaba la garganta, sin que el llanto subiera a sus ojos. Permanecía inmóvil, dejándose llevar por el automóvil, que seguía rodando por la carretera que atravesaba los campos y las huertas sombreadas de frondosos árboles con dirección quién sabe a dónde.

—Cuando les di alcance, pregunté a los del grupo quién era el hacendado. De pronto nadie contestó, pero al fin una voz medrosa dijo: «Yo soy.» Me encaré con él y le dije quién era yo y lo desafié para que se matara a balazos conmigo. Pero aquel hombre, no obstante que tenía empuñada su pistola, no hizo ningún movimiento, a pesar de los insultos y las injurias que le dirigía para provocarlo. Comprendiendo que era un cobarde, que no tenía el valor suficiente para matarse con un hombre como yo, me ganó el coraje y le vacié la pistola en la cabeza... Ni siquiera se quejó. Cayó pesadamente al suelo desde lo alto de su cabalgadura, y cuando me convencí de que estaba bien muerto, me fui con los muchachos rumbo a *El Mezquital*, satisfecho de haberme vengado por mi propia mano...

Cuando él terminó de hablar, ella quedó muda, sin poder pronunciar una palabra. Una tempestad de recuerdos se agitaba en su cerebro y sentía que el dolor, un dolor tan intenso como el que había destrozado su corazón frente al cadáver de Manuel, le atormentaba. Había perdido el dominio de si misma, de sus actos, y de pronto, al recuerdo de aquel juramento que había hecho de vengar la muerte del hombre amado, un sentimiento de repulsión y de odio se apoderó de ella y la dominó hasta hacerse dueño de su voluntad toda.

Las ideas más encontradas cruzaron por su espíritu con la rapidez de relámpagos en noche tempestuosa. En la milésima parte de un segundo volvió a desarrollarse en su memoria la tremenda tragedia que había conmovido tan profundamente su existencia, haciendo que todas sus ilusiones y todos sus sueños de amor quedaran rotos, destrozados, deshechos para siempre. Y como si todos aquellos recuerdos dolorosos no fueran suficientes, de pronto surgió uno más, como un cruel sarcasmo, que la hirió en la fibra más sensible de su ser y casi arrancó de sus labios un grito de rabia:

—Este hombre —se dijo mentalmente— fue el que asesino a mi adorado Manuel, el que le dio muerte de la manera más cobarde y cruel. Por él he sufrido largos años, he sentido el frío de la soledad y del desamparo y he vivido sin disfrutar de la felicidad a que todos tienen derecho. Por él, solo la tristeza y el dolor han sido mis compañeros desde el día en que Manuel dejó de existir. Y no conforme con haberme causado todos esos males, también estrujó mi cuerpo y mi alma robándome la honra, como si con ello quisiera completar su obra de maldad y de infamia...

Su cerebro, que hasta entonces había funcionado en una especie de automatismo, se oscureció de pronto. Una luz roja brilló ante sus pupilas y sintió que un dolor le taladraba el corazón. Inconsciente, sin saber lo que hacía, sin que su voluntad interviniera para nada en los movimientos que ejecutaba, rápidamente se apoderó del revolver que poco antes había colocado él sobre los cojines del asiento, y disparó..., disparó una, dos, tres veces, sin que el estrépito de las detonaciones llegara a sus oídos...

El automóvil fue a estrellarse en una zanja que bordeaba el camino, deteniéndose de golpe. El general, herido por los proyectiles, se debatía en el rincón del asiento, frente al volante de la dirección en las últimas convulsiones de la muerte, oprimiéndose con ambas manos el pecho destrozado. Y de entre sus labios convulsos, donde el aliento empezaba a faltar, solo brotaban frases entrecortadas y angustiosas que se ahogaban en un gemido:

—¿Por qué hiciste esto, Lupe..., si yo te quería tanto...? ¿Por qué hiciste esto...?

Con el arma empuñada todavía, acerico ella su rostro al de él como para que la pudiera oír mejor, y con voz vibrante, en la que el dolor y el odio ponían un acento de crueldad infinita, le dijo:

—¡Juré por las cenizas de mi madre matar al asesino del único hombre que he amado en la vida! ¡Tú no tuviste piedad de él! ¡Tú hiciste que mi vida, que era todo amor, se convirtiera en un andrajo miserable! ¡Tú mataste mi felicidad para siempre y, no conforme con ello, después me arrebataste la honra burlándote de mi debilidad de mujer! ¡Tú has sido la maldición de mi vida! ¡Por él, que me está oyendo, quiero verte morir como un malvado! ¡Yo también siento la satisfacción de haberme vengado por mi propia mano!...

El moribundo, con la cabeza colgada sobre el respaldo del asiento, abría desmesuradamente los ojos y sus manos se crispaban desesperadamente en el postrer esfuerzo por asirse a los últimos restos de vida que le quedaban. Un ronquido débil, apenas perceptible, se escapaba de su garganta, y por la comisura de los labios escurría un hilillo de sangre que resbalaba por una de sus mejillas.

Resplandecía la luna con intensa claridad. A lo lejos se veía un reguero de luces: era la ciudad tumultuosa y febril que se entregaba a su vida cotidiana de placeres y deleites. Una claridad más intensa que la del cielo coronaba la ciudad como si fuera una llamarada en la que se consumían todas las pasiones, todos los anhelos, todos los ensueños y todos los amores de los millares de seres que allí abajo se agitaban

poseídos del vértigo de la vida.

Cuando todo estuvo terminado, cuando el cuerpo quedó inmóvil con la cabeza y los brazos colgantes y flácidos, miró ella en torno suyo y contempló la llanura solitaria. Dejó caer el arma que aún mantenía nerviosamente en su mano. Tuvo un sentimiento de asco, de repulsión, y con la seda del vestido se limpió las manos como si las tuviera sucias de algo nauseabundo.

Y asustada de su obra, sintiendo gravitar sobre su alma la infinita soledad que la rodeaba, echó a correr por los campos inundados de luna, sin saber hacia dónde, guiándose tan solo por el lejano parpadeo de las luces.

No hacía mucho que el licenciado había llegado a su casa y que, para dar tiempo a que le sirvieran la cena, se entretenía leyendo en la sala los periódicos del día, cuando una criada entró a avisarle que la señorita Lupe deseaba hablar con él urgentemente.

—¿La señorita Lupe? —preguntó sorprendido arrojando sobre un sillón el periódico que tenía en las manos.

Y como la criada le contestara afirmativamente con un movimiento de cabeza, exclamó:

—¡Que pase! ¡Dígale que pase inmediatamente!

Se levantó para recibirla, pero no tuvo tiempo de llegar a la puerta, pues en aquellos momentos apareció Lupe, profundamente pálida, con la mirada extraviada y las manos convulsas, y sin pronunciar una palabra se arrojó sobre su pecho, ocultando su rostro contra el hombro, presa de convulsos sollozos.

—Pero ¿qué tiene usted, Lupe? ¿Qué le ha sucedido? —interrogaba él tratando de averiguar las causas que pudieran haber provocado aquel estado de ánimo.

Inútiles fueron todas las palabras y preguntas del abogado, pues Lupe, presa de un ataque de nervios, cayó sobre el sofá estremeciéndose a impulsos de los sollozos que ahogaban su garganta.

Al rumor de aquel llanto intenso acudieron las hermanas del licenciado que, al darse cuenta de que era Lupe la que lloraba de tan angustiada manera, corrieron a su lado tratando de calmarla con caricias y palabras de consuelo.

—¿Qué le pasa, Lupe? ¿Por qué llora? Díganos en qué podemos ayudarla... Háblenos con franqueza: para eso somos sus amigas y la queremos de verdad...

Comprendiendo que en aquel estado no podría articular palabra, fue una de ellas en busca de alcohol para darle a aspirar, mientras la otra corría a la cocina a preparar alguna infusión calmante.

La fricción de alcohol en la frente y el que le hicieron aspirar en un pañuelo humedecido entonó sus nervios y le despejó el cerebro. Y como despertando de una horrible pesadilla, dijo con voz desmayada y doliente:

—Perdónenme que haya venido a molestarlos, pero es que necesito hablar urgentemente con el licenciado... Tengo que decirle algo muy grave que me acaba de suceder... ¡Estoy desesperada, loca...!

Pepita y Luz comprendieron que deseaba estar a solas con el abogado y se apresuraron a salir de la sala, cerrando las puertas tras de sí.

—Ya estamos solos —dijo él—. Puede usted hablarme con entera confianza. Ya sabe lo sinceramente que la aprecio y que estoy completamente a sus órdenes para ayudarla en todo lo que sea necesario. Cuénteme, dígame lo que le pasa, como se lo diría a un hermano o a un confesor...

Animada por aquellas frases amistosas y consoladoras, Lupe se sintió con el valor suficiente para hacer la confesión de su crimen y, no encontrando cómo empezar, dejó

que brotaran de sus labios las primeras palabras que a ellos acudieron:

—Estoy perdida, licenciado... No sé qué es lo que va a suceder... ¡Acabo de matar al general Guerrero!

—¿Al general Guerrero? —repitió él sin comprender bien lo que aquellas palabras significaban—. ¿Pero cómo? ¡Explíqueme usted! Eso es imposible...

Hizo ella, como le fue posible, entre palabras sueltas, sollozos y frases incoherentes, una breve narración de los acontecimientos. Fue precisando los detalles que sirvieron de antecedente a la tragedia: la simpatía que en un principio sintió por él, la especie de fascinación que ejercía sobre ella y que la hacía sentirse confusa y cohibida cuando estaba en su presencia; la lucha espiritual que sostuvo durante mucho tiempo consigo misma tratando de evitar que aquel cariño se apoderara de su alma; el recuerdo de Manuel, a quien ofreció fidelidad para toda su vida y el juramento hecho ante su cadáver de vengar su muerte; la escena de la noche aquella en que, sin saber cómo, había caído en los brazos del general enloquecida por sus besos y sus palabras de amor; las promesas de él de que se casaría a la hora que ella quisiera; sus entrevistas diarias a la salida del despacho, y, finalmente, aquel paseo en automóvil en el que impensadamente, inesperadamente, él mismo confesó ser el autor de la muerte de Manuel... Después, la ofuscación que se apoderó de ella, el sentimiento de odio hacia aquel hombre que le había arrebatado amor, felicidad y honra, y que la hizo empuñar el arma homicida, y luego su fuga a través de los campos hasta que encontró un automóvil de alquiler que la condujo a la puerta de la casa de él...

Cuando terminó de hablar estaba agotada. Sus nervios, que habían hecho un esfuerzo supremo para mantenerse en tensión durante todo el tiempo que duró el relato, se aflojaron de pronto y quedó recostada sobre el sofá, con el rostro oculto en el brazo que mantenía recargado sobre el respaldo del mueble.

—¡Qué cosa tan horrible, licenciado! ¡No sé cómo pudo haber sido! Yo no me di cuenta de nada. Fue la fatalidad, solo la fatalidad, la que hizo que pasara esta desgracia...

Él estaba consternado. A la sorpresa del primer momento siguió el dolor agudo que laceraba su espíritu al escuchar todas aquellas inesperadas revelaciones que ella le había hecho y cada una de las cuales era una daga punzante que le desgarraba el corazón.

—¿Cómo es posible —se decía— que esta mujer, a la que tanto amo, sea la protagonista de esta tremenda tragedia de amor y de muerte? ¿Cómo es posible que ella, que se negó a ser mi esposa y por quien hubiera hecho cualquier sacrificio, haya podido sentir cariño por un hombre como ése y se haya entregado como una mujer que se entrega a un seductor al sentir cerca de sí la llama del deseo? ¿Cómo es posible que haya estado yo tan ciego, tan obcecado por el cariño, que mientras yo la seguía amando en silencio con la esperanza de que algún día correspondiera a mi afecto, ella se entregaba en cuerpo y alma a otro hombre, a otro hombre que valía

menos que yo?

Tuvo de pronto un arrebato de amor propio y pensó abandonarla a su suerte, dejarla que sufriera las consecuencias de sus propios actos. Pero al verla tan hermosa y tan dócil, doblegada por el dolor y el llanto, tuvo nuevamente compasión de ella y sintió que, a pesar de todo lo sucedido, su amor por aquella criatura era grande, inmenso, y que no podría desampararla jamás.

—Solo porque usted me dice todas esas cosas las puedo creer —dijo al fin—. Es algo verdaderamente grave y serio esto que le ha ocurrido, Lupe, y no sé lo que podrá suceder cuando don Venustiano y el ministro de la Guerra se enteren de la muerte del general. Las cosas pueden complicarse y tal vez sea muy difícil obtener la libertad de usted. En los tiempos actuales la justicia es muy relativa y todo depende de las órdenes de arriba...

Aquellas palabras llevaron a la mente de ella la idea de la cárcel, de una vida en común con otras mujeres vulgares y viciosas, del escándalo que harían los periódicos al lanzar a los cuatro vientos la noticia de la tragedia y mencionar su nombre en grandes letras, seguido de calificativos y palabras denigrantes...

Sintió el escalofrío del miedo. Temió que el licenciado le fuera a decir que nada podía hacer por ella y que dejara que la encerraran en una celda oscura y maloliente, donde pasaría el resto de su vida. Y en un arranque de desesperada rebeldía se lanzó a los pies del licenciado y cogiéndole una de las manos, la oprimía contra su rostro humedecido por el llanto:

—No me abandone, licenciado... No me deje sola... Sólo usted puede salvarme... Por lo que más quiera, se lo suplico. Ayúdeme..., ayúdeme...

No; él no la abandonaría. Estaría a su lado para salvarla, para defenderla ante los tribunales, si fuera necesario, para sacarla de aquel terrible trance en el que la fatalidad la había hundido. Estaba dispuesto a demostrarle que la nobleza de sus sentimientos y la grandeza de su cariño estaban por encima de cualquier pasión ruin, y que, no obstante lo sucedido, la seguía amando intensamente, locamente, como tal vez no volvería a querer nunca a otra mujer...

Pero para que las autoridades no la molestaran con interrogatorios cuando se descubriera el cadáver del general abandonado en la carretera, era preciso obrar con violencia. Si alguien se hubiera dado cuenta de que iba en el automóvil, es natural que sobre ella recaerían todas las sospechas. La prensa, las autoridades, la opinión pública, todo el mundo, la señalaría como responsable del asesinato. Y para evitar esto, solo había un medio: que desapareciera, que se pusiera fuera del alcance de toda pesquisa, que huyera de México, si era posible, en tanto que pasaban las primeras investigaciones y el licenciado encontraba la manera de salvarla.

—Sí, sí, licenciado... Yo haré todo lo que usted me diga... Me iré de México ahora mismo... No volveré nunca, nunca... Solo quiero un rincón donde poder olvidar todo esto, donde nadie se vuelva a acordar de mí...

El abogado, que se había quedado meditando un rato, dijo de pronto:

—Lo que interesa, en primer lugar, es que salga usted de la capital. Mañana a primera hora tomará el tren para San Luis. Allí permanecerá sin salir a la calle, sin que nadie se dé cuenta de su llegada, hasta que yo le diga. Según se vayan presentando aquí las cosas, yo le avisaré lo que es conveniente hacer. Y esta noche la pasará aquí en mi casa para que Josefina y su familia no se den cuenta de lo sucedido.

Ella estaba conforme con todo, a todo decía que sí, y, agotada por el llanto y el sufrimiento, se dejó llevar sumisamente por las hermanas del licenciado a una de las alcobas, donde, casi desfallecida, cayó sobre el lecho.

*

Aquella noche nadie durmió en la casa del licenciado. Las maderas de las puertas y ventanas fueron cuidadosamente cerradas para que no se viera desde afuera que las luces estaban encendidas.

Tras la intensa excitación nerviosa que durante varias horas conmovió a Lupe, ésta cayó en un profundo sopor, del que solo volvía por instantes estremecida por movimientos convulsivos.

El abogado y sus hermanas, en una de las piezas inmediatas a la alcoba donde ella reposaba, comentaban en voz baja, para no despertarla con el rumor de sus voces, los pormenores de la intensa tragedia.

A la mañana siguiente, cuando la pálida claridad del día empezaba apenas a dibujarse tras la línea sinuosa de las techumbres de las casas, el abogado y Lupe subieron al automóvil para dirigirse a una de las estaciones próximas a la capital, donde ella tomaría el tren para San Luis a fin de evitar que los vieran en la Estación de Colonia.

Apenas si hubo unas cuantas frases de despedida entre ella y las hermanas del licenciado.

—¡Adiós, Lupe, adiós! ¡Que le vaya bien!... Ya le escribiremos después...

Y velozmente, perforando las sombras con la intensa luz de los fanales, el automóvil desapareció por las calles de la Colonia Roma, guiado por el abogado en persona, para evitar que el chofer se diera cuenta de aquella partida intempestiva.

En Tlalnepantla tuvieron que esperar aún largos minutos para que el tren llegara. La modesta estación, envuelta en las primeras luces del amanecer, estaba casi desierta. Dos o tres carros cargados con botes de leche de las haciendas cercanas permanecían a la orilla de la vía en espera también del tren que debía recoger su cargamento.

El abogado y Lupe se quedaron dentro del automóvil, un poco distantes de la estación, para no hacerse notables. Fueron aquellos momentos cruelmente dolorosos para ambos, que, con el pensamiento fijo en los acontecimientos recientes, trataban inútilmente de hablar de cualquier cosa.

Una intensa palidez cubría el semblante de ella. Sus ojos, cansados de tanto llorar,

parecían más grandes y profundos por las sombras intensas que los rodeaban. Su voz era débil y quejumbrosa, como si de su garganta quisieran brotar nuevamente los sollozos. Y como si un intenso frío martirizara su cuerpo, un temblor nervioso la agitaba de cuando en cuando, a pesar de que estaba perfectamente envuelta en su abrigo.

Cuando el abogado comprendió que ya faltaba poco para que el tren llegara, se bajó del auto y fue precipitadamente a comprar el boleto para ella. Al regresar, le dijo:

—Ahora sí, Lupe: ya solo faltan unos cuantos minutos. Aquí tiene su boleto hasta San Luis. Haga usted por serenarse. Es indispensable que nadie se dé cuenta del estado en que se encuentra...

—No puedo, licenciado... —decía ella casi suplicante—. No puedo...

—Pues haga un imposible, Lupe. Si el conductor del tren o cualquiera de los pasajeros nota en usted el menor síntoma de nerviosidad, tal vez pueda eso perjudicarla más tarde. Póngase polvos en el rostro y carmín en las mejillas. Está usted muy pálida. Y cuando ya esté en su asiento, envuélvase la cabeza con un velo y recuéstese como si se fuera a dormir. Tiene que obrar con mucha precaución en todo...

Obediente, sacó de su pequeña bolsa de mano el estuche de metal donde llevaba los polvos y el carmín, y haciendo un esfuerzo, cubrió con ellos sus mejillas, dándoles un poco de animación.

A lo lejos silbó la locomotora y momentos después apareció el tren envuelto en una nube de tierra y de humo. Se detuvo casi de golpe entre chirriar de frenos y escapes de aire comprimido.

El abogado sostuvo fuertemente a Lupe por un brazo, para que no fuera a caer, y violentamente la condujo al estribo del *pullman*.

—Suba, suba usted pronto, que aquí no espera casi nada el tren —dijo él empujándola por la cintura para que alcanzara el primer escalón.

Luego subió él también. Y como en aquellos momentos el conductor diera la orden de partida, estrechó precipitadamente la mano de ella y apenas si alcanzó a decirle:

—¡Feliz viaje! ¡No deje de escribirme cuando llegue!

De un salto se arrojó a tierra cuando el tren iba ya en movimiento, y por largo rato quedó inmóvil en el sitio en que había caído, viendo cómo se perdía a lo lejos aquella enorme mole de acero en la que se iba, tal vez para siempre, la mayor ilusión de su vida.

Y cuando solo quedó flotando en la limpia mañana luminosa una débil nube oscura que se iba esfumando poco a poco a impulsos del viento fresco, sus pupilas seguían viéndola a ella, en la actitud en que la contemplaron en el momento último de la despedida: esbelta, grave, envuelta hasta los ojos en el cuello del abrigo, tendiéndole tristemente la mano para decirle adiós y envolviéndolo al mismo tiempo

en una mirada de profundo dolor y desconsuelo, como si con ella quisiera expresarle por última vez su súplica de que no la abandonara, de que no la dejara sola.

*

Cuando el abogado regresó a la ciudad, lo primero que hizo fue comprar los periódicos de la mañana, que ya estaban en circulación.

En grandes caracteres y en la primera página aparecía la noticia de la muerte del general Guerrero. Devoró con avidez las nutridas columnas de letra pequeña y lanzó un suspiro de desahogo al ver que ninguno de ellos mencionaba a Lupe para nada.

El cadáver, según informaban, había sido encontrado en el automóvil, a las altas horas de la noche, en la carretera de San Ángel a Coyoacán. La pistola del general, con tres cartuchos quemados, fue encontrada a sus pies, dentro del carro, y esto hacía suponer que se trataba de un suicidio. En sus ropas no faltaban ni las alhajas ni el dinero que llevaba, lo que descartaba la hipótesis de un asalto para robarlo. Sin embargo, las autoridades ya procedían a hacer una investigación minuciosa del caso para esclarecer los verdaderos motivos de aquella muerte...

Pasaron los días... Cada uno de ellos los periódicos seguían informando del giro que tomaban las investigaciones practicadas. Hubo un momento en que alguno de los detectives quiso demostrar que el general había perdido la vida víctima de un aventura amorosa: pero las pruebas eran bien débiles, las argumentaciones tan poco consistentes, que al poco tiempo se abandonó aquella pista para seguir otra nueva.

El licenciado, de una manera discreta, al platicar con sus amigos, decía claramente que en su concepto se trataba de un suicidio. Y para robustecer su suposición, afirmaba que el general le había manifestado pocos días antes que había tenido una profunda contrariedad y que estaba resuelto a todo, antes que soportarla por mucho tiempo.

—No dijo de qué se trataba —decía para concluir—. Pero me dio a entender que padecía una enfermedad incurable que lo hacía sufrir cruelmente.

Las palabras del licenciado fueron tomando incremento, hasta que un día tuvieron el carácter de verdad legal. Tanto la prensa como la policía estuvieron conformes en que el general Guerrero se había privado de la vida convencido de que su mal no tenía remedio.

Y cuando la palabra definitiva estuvo pronunciada y los periódicos dejaron de hablar de aquel suceso para llenar sus columnas con informaciones de nuevos crímenes y noticias de la revolución, el abogado escribió a Lupe:

«Asunto terminado definitivamente. Olvide usted el pasado y solo piense en que la quiero muy sinceramente.»

Ella comprendió lo que él le quería decir. Pero en su vida, hondamente lacerada por el dolor, una inmensa tristeza impedía el resurgimiento de una nueva ilusión.

En silencio dobló la carta y la volvió a poner en el sobre. Y con la cabeza caída

sobre el pecho, como si los pensamientos la inclinaran, sintió que por sus mejillas resbalaban lentamente, lentamente, dos lágrimas que al llegar a sus labios tuvieron el intenso acre de su infinita desventura.

—¡Nunca más! ¡Nunca más! —se dijo mentalmente, comprendiendo lo inútil de su vida.

Y mientras con la esquina de su pañuelo de luto secaba el llanto de sus ojos, oyó cómo afuera, en la claridad apacible de la mañana otoñal, las campanas del templo de San Agustín sonaban jubilosas llamando a misa.

FIN DE
«LA REVANCHA»

NELLIE CAMPOBELLO

NELLIE CAMPOBELLO

(1913)

EN cuadros de sencilla crueldad, con perspectivas de natural ternura, presenta una visión infantil y dramática de la Revolución Mexicana.

Nace el 7 de noviembre de 1913 en Villa Ocampo, lugar en la sierra al norte del Estado de Durango. «Mis padres —ha dicho— son mexicanos; sus antepasados fueron los fundadores de Villa Ocampo, cuyo nombre original era Las Bocas del Río Florido.» A poco su familia se traslada a Parral (Estado de Chihuahua), en donde su padre y una tía le enseñan las primeras letras. Cinco años después, en agosto de 1919, se establecen en la ciudad de Chihuahua, en donde viven tres años. Al morir su madre, Nellie se encontraba en Laredo, Tejas (E. U. A.).

Llegan a la ciudad de México en 1923. Son seis hermanos (tres mujeres y tres hombres), más otros dos que quedaron en California. Tienen recursos propios y los acompaña una amiga devota de la familia, que hace veces de jefe de la casa. Nellie y su hermana Gloria asisten a la Escuela Inglesa de la calle de Rosales.

Las dos hermanas toman clase de baile como ejercicio y como deporte, y son presentadas al público, con un grupo de chicas de las colonias norteamericana e inglesa, en 1927. Los periódicos hablan de su «gracia y talento» y afirman que son «bellas promesas del arte coreográfico». Continúan sus estudios de baile con diversos maestros y con algunos notables artistas que pasan por México. En 1930 Nellie ingresa al Departamento de Bellas Artes. Tiene una nueva concepción de la enseñanza del baile. En 1932 es profesora de danzas mexicanas de la Universidad Nacional de México y en 1937 directora de la Escuela Nacional de Danza. Convencida de que, «frente a la coreografía teatral y al baile de salón es necesario organizar la riqueza rítmica de las danzas autóctonas», escribe, en colaboración con Gloria, su libro *Ritmos indígenas de México* (1940), resumen de experiencias de coreografía nacional.

La vocación literaria de Nellie es anterior a sus estudios de danza. Conserva todavía los apuntes que redactó, allá cuando tenía unos diez años, con cierta malicia y espíritu humorístico. Es fácil adivinar el poder de esa vocación al conocer a la niña que recogió en su memoria esos perfiles elocuentes, esos chispazos de humanidad que presentan sus libros. Recién llegada a México, colaboró en *El Universal Gráfico* con algunos comentarios breves de noticias curiosas o divertidas.

A los veinte años publica su primer libro: ¡Yo! Es una colección de versos, expresión espontánea de júbilo, vida rebosante y ternuras incipientes, firmada con uno de sus nombres: «Francisca» (se llama Nellie Francisca Ernestina). Algunas de sus composiciones, traducidas al inglés por el poeta norteamericano Langston

Hoghes, fueron recogidas por Dudley Fitts en su Antología de la poesía latinoamericana temporánea (Norfolk, 1942).

Sus libros siguientes fueron la impresionante galería de cuadritos que presenta Cartucho (1931) y el emocionado lienzo de añoranzas que ofrecen Las manos de mamá (1937). Publica después Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa (1940), en los que utiliza testimonios humanos de primera mano, entre ellos el de la propia esposa de Villa.

De las obras en prosa de Nellie Campobello se publican aquí Cartucho y Las manos de mamá, que dan una visión sintética y dramática de las luchas de las facciones revolucionarias en el norte de la República.

CARTUCHO.—Los recuerdos infantiles en muchas narraciones autobiográficas son escenas campestres y paisajes tranquilos alrededor de una mansión familiar, o relaciones con vecinos y movimiento de transeúntes conocidos en alguna bien caracterizada zona urbana, o acaso retratos psicológicos de los miembros, de diversas edades y caracteres, de una solemne familia como las que aparecen en los daguerrotipos. Los recuerdos infantiles que Nellie Campobello ofrece en Cartucho son de tres clases: «Hombres del Norte», «Fusilados» y «En el fuego».

Nellie pasó su niñez en una región de frecuentes y feroces encuentros revolucionarios entre las facciones de Villa y de Carranza. Vivió entre tropas que llegaban y que se iban, asaltos a la ciudad, fusilamientos y ejecuciones, ecos de las batallas a campo raso, concentración de heridos que traían los trenes militares, hospitales de sangre improvisados en los que solía irrumpir el enemigo matando o expulsando a los heridos. Y en los momentos de tranquilidad, entre batalla y batalla, los jefes y los soldados revolucionarios descansaban, enamoraban a las mujeres, se vestían de limpio, bebían o jugaban, contaban sus hazañas o lloraban sus penas. De un momento a otro sonaría la hora del ataque o un inesperado asalto del enemigo sorprendería a los soldados en medio del sueño o del regocijo.

Captados por la certera memoria infantil de Nellie, desfilan hombres buenos y malos, apóstoles espontáneos y jefes sanguinarios, los que quieren gozar de la vida y los que sienten venir la muerte: Bartolo de Santiago, dolido porque su hermana iba con los hombres; el hipócrita Agustín García, que no pudo robarse a Irene; el pobre ulceroso Babis, que quería ser hombre y murió quemado vivo; el pulcro y guapo José Díaz, que murió devorado por la mugre en un callejón del barrio de Guanajuato; Martín López, que enseñaba a todos, llorando, los retratos de su hermano Pablo y a quien los carrancistas desentierran para no tenerle ya miedo; Rafael Galán, el ídolo de las muchachas, que murió sin darse cuenta, y Gándara, y Kirilí, y José Rodríguez, y el Peet, y Taralatas, y Cartucho, que da nombre al libro. Pasan, además, en visiones rápidas, pero ricas en valor psicológico, Francisco Villa, Felipe Ángeles y Tomás Urbina. Y todos los personajes del libro están trazados con rasgos tan esenciales y

sugerentes que bastan para construir toda la figura o para imaginar toda una vida.

La niña cruza por ese mundo de crueldad y violencia como si fuera el espectáculo más natural. No había conocido otro mundo. Ni se sorprende ni se conmueve. Le encanta el color rosado y el brillo húmedo de las tripas del general Sobarzo que, después de embalsamado, llevan a enterrar en una palangana. Desde su ventana contempla a un fusilado exánime, como un espectáculo propio, uno, dos, tres días, hasta que desaparece, y entonces tiene esperanzas de que la suerte le depare, para su entretenimiento, un nuevo cadáver que contemplar. Las personas mayores le cierran la ventana para que no se asome a gozar del tiroteo que ha estallado en la calle. La madre ayuda a curar a los heridos, y la niña le sostiene la bandeja de los algodones, y, cuando aprehenden a su hijo, atraviesa entre la multitud, agitada, para ver al jefe de las armas, y Nellie la acompaña con la encantada curiosidad de quien sale de paseo.

Y esta visión objetiva, natural, impávida, ha pasado a un estilo breve, ceñido, pintoresco, en cuyas frases cortas y a veces lapidarias hay sentido reconcentrado, concisión popular y emoción cristalizada. Cartucho presenta, en una serie de pequeños cuadros sucesivos, escenas y personajes selectos que ilustran la vida revolucionaria en el norte de la República; lo presenta como si un reflector fuera enmarcando en su círculo luminoso, sobre la oscuridad de un inmenso campo de batalla, los momentos más impresionantes, más significativos, más conmovedores.

LAS MANOS DE MAMÁ.—La madre de la narradora, que ya aparece en Cartucho como una mujer decidida, valiente y generosa, llena aquí toda la escena. Su presencia irradia ternura y da a la prosa del relato un tono lírico de ensoñación, de recuerdo repasado en un monólogo interior. Nellie ya no es la niña inocente e insensible que registraba con asombrosa impassibilidad visiones de crueldades y violencias; ahora ha nacido a la sensibilidad, y, como en una cera tibia, la vida va grabando delicadamente en su alma nostalgias, efusiones, ternuras, sentimientos.

Su madre tiene las mejores virtudes de la buena madre mexicana, que se funden en un sacrificio total y gustoso por los hijos. Su bondad crea alrededor de ella una atmósfera de paz y de amor. Los que se acercan a ella algo ganan, olvidan sus odios y sus penas y parecen vislumbrar lo que hubieran podido ser sus vidas sin los desastres y las torturas de la Revolución.

Pero en el fondo del cuadro sigue el drama de la Revolución. Pasan corriendo los hombres que persiguen a Villa; cae Jacinto Hernández en el puente, acribillado por las balas enemigas cuando cree salir a recibir a los suyos; Rafael Galán —visión fugaz de Cartucho— se detiene aquí para impresionarnos con su cortesía, su ternura y su sentimentalismo antes de partir a la cita con la muerte. La madre misma entra en esas escenas; defiende a sus hijos de la justicia o la injusticia que quiere arrancárselos, y los salva, en una noche de pavor, atravesando el puente de Ortiz

sobre el río Conchos, que va crecido, desafiando con heroica resolución el peligro de que un tren pase y los arroje al abismo.

La niña ya ha crecido. Aparecen nuevos ambientes. La Plaza de las Lilas de Jiménez, en uno de cuyos rincones se fusila a los condenados, y, finalmente, la ciudad de Chihuahua. La niña no quiere ir a la escuela, ni confesarse, ni hacer la primera comunión, ni asistir al mes de María. Sobre un caballo brioso pasa como relámpago por la ciudad y luego, para divertirse, aprende a leer y a escribir ayudada por su tía Isabel. Las manos de mamá viene a rematar con una meditación enternecida los cuadros de violencia de Cartucho; son una misma obra, una misma vida que recoge las experiencias más amargas en un jugo de consuelo y de dulzura.

OBRAS NARRATIVAS DE NELLIE CAMPOBELLO: *Cartucho. Jalapa, 1931. —Las manos de mamá, 1937.—Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa, 1940.*

ANTONIO CASTRO LEAL.

CARTUCHO

RELATOS DE LA LUCHA EN EL NORTE

CARTUCHO

A mamá, que me regaló cuentos verdaderos en un país donde se fabrican leyendas y donde la gente vive adormecida de dolor oyéndolas.

I

HOMBRES DEL NORTE

Cartucho no dijo su nombre. No sabía coser ni pegar botones. Un día llevaron sus camisas para la casa. *Cartucho* fue a dar las gracias. «El dinero hace a veces que las gentes sepan reír», dije yo jugando debajo de una mesa. *Cartucho* se quitó un gran sombrero que traía y con los ojos medio cerrados dijo: «Adiós». Cayó simpático, ¡era un cartucho!

Un día cantó algo de amor. Su voz sonaba muy bonito. Le corrieron lágrimas por los cachetes. Dijo que él era un cartucho por causa de una mujer. Jugaba con Gloriecita y la paseaba a caballo. Por toda la calle.

Llegaron unos días en que se dijo que iban a llegar los carrancistas. Los villistas salían a comprar cigarros y llevaban el 30-30 abrazado. *Cartucho* llegaba. Se sentaba en la ventana y clavaba sus ojos en la rendija de una laja lila. A Gloriecita le limpiaba los mocos y con sus pañuelos le improvisaba zapetitas. Una tarde la agarró en brazos. Se fue calle arriba. De pronto se oyeron balazos. *Cartucho* con Gloriecita en brazos hacía fuego al Cerro de la Cruz desde la esquina de don Manuel. Había hecho varias descargas, cuando se la quitaron. Después de esto el fuego se fue haciendo intenso. Cerraron las casas. Nadie supo de *Cartucho*. Se había quedado disparando su rifle en la esquina.

Unos días más. Él no vino. Mamá preguntó. Entonces José Ruiz, de allá de Ballena, le dijo:

—*Cartucho* ya encontró lo que quería.

José Ruiz dijo:

—No hay más que una canción y ésa era la que cantaba *Cartucho*.

José era filósofo. Tenía crenchas doradas untadas de sebo y lacias de frío. Los ojos exactos de un perro amarillo. Hablaba sintéticamente. Pensaba con la Biblia en la punta del rifle.

—El amor lo hizo un cartucho. ¿Nosotros?... Cartuchos.

Dijo en oración filosófica, fajándose una cartuchera.

ELÍAS

Alto, color de canela, pelo castaño, ojos verdes, dos colmillos de oro —se los habían tirado en un combate cuando se estaba riendo—. Gritaba mucho cuando andaba a caballo; siempre se emborrachaba con sotol. «¡Viva Elías Acosta!», gritaban las gentes cuando él pasaba por las calles de la Segunda del Rayo.

Elías era el tipo del hombre bello, usaba mitazas de piel de tigre, una pistola nueva y la cuera de los generales y coroneles. Cuando quería divertirse se ponía a hacer blanco en los sombreros de los hombres que pasaban por la calle. Nunca mató a nadie: era jugando y no se disgustaban con él.

Elías Acosta era famoso por villista, por valiente y por bueno. Nació en el pueblo de Guerrero, del estado de Chihuahua; sabía llorar al recuerdo de su mamá, se reía cuando peleaba y le decían loba. Era bastante elegante, yo creo que miles de muchachas se enamoraban de él.

Un día, muy borracho, pasando por la casa a caballo, se apeó. Se sentó en el borde de una ventana. Pintó muchos monos para regalárnoslos. Luego escribió el nombre de todos y dijo que iba a ser nuestro amigo. Nos regaló a cada uno una bala de su pistola. Tenía el color de la cara muy bonito: parecía un durazno maduro. Su asistente le ayudó a subir a caballo fue cantando ese día él había hecho un blanco.

Kirilí portaba chamarra roja y mitazas de cuero amarillo. Cantaba ostentosamente, porque se decía: «*Kirilí*, ¡qué buena voz tienes!». Usaba un anillo ancho en el dedo chiquito; se lo había quitado a un muerto allá Durango. Enamoraba a Chagua: una señorita que tenía los pies chiquitos. *Kirilí*, siempre que había un combate, daba muchas pasadas por la Segunda del Rayo, para que lo vieran tirar balazos. Caminaba con las piernas abiertas y una sonrisa fácil hecha ojal en su cara.

Siempre que se ponía a contar de los combates, decía que él había matado puros generales, coroneles y mayores. Nunca mataba un soldado. A veces Gándara y *el Peet* le decían que no fuera tan embustero. Doña Magdalena, su mamá, lo quería mucho y lo admiraba.

Se fueron a Nieves. *Kirilí* se estaba bañando en un río: alguien le dijo que venía el enemigo, pero él no lo creyó y no se salió del agua. Llegaron y lo mataron allí mismo, dentro del río.

Chagua se vistió de luto, y poco tiempo después se hizo mujer de la calle.

Doña Magdalena, que ya no tiene dientes y se pone anteojos para leer, lo llora todos los días allá en rincón de su casa, en Chihuahua. Pero *Kirilí* se quedó dentro del agua enfriando su cuerpo y apretando, entre los tejidos de su carne porosa, unas balas que lo quemaron.

Bustillos había nacido en San Pablo de Balleza. Siempre que venía a Parral traía con él dos o tres amigos y llegaban a la casa a ver a mamá. Platicaban de la revolución. Al coronel Bustillos le encantaba ver cómo mamá se ponía enojada cuando decían la menor cosa acerca de Villa. El coronel Bustillos no odiaba al jefe —como él le decía—, pero nunca le gustaba oír que lo elogiaran; él creía que Villa era como cualquiera, y que el día que le tocara morir, moriría igual que los otros.

Bustillos tenía unos bigotes güeros, tan largos que le sobresalían de la cara; siempre traía la punta derecha agarrada con los dedos; andaba lentamente; era blanco, con los ojos azules; su cara parecía la de un conejo escondido... Nunca se reía; sabía hablar mayo. No se vestía de militar; portaba sombrero tejano blanco y vestido azul marino, un cinto apretado de balas y su pistola puesta del lado izquierdo.

Se estaba tres o cuatro días y casi todas las horas se las pasaba en la casa. Le encantaban los palomos. Había uno color de pizarra que aporreaba a todos, era tan bravo que se había hecho el terror de los demás; el coronel Bustillos se reía mucho al verlo. Un día le dijo a mamá: «Este palomo es un Pancho Villa». Mamá no dijo nada, pero cuando se fue Bustillos, todos los días le hacía cariños a su Pancho Villa.

El palomo, después de su fama de Pancho Villa, apareció muerto, le volaron la cabeza de un balazo. Mamá se puso muy enojada; nosotros lo asamos en el corral, en una lumbre de boñigas; el coronel Bustillos nos ayudó a pelarlo. Yo creo que él mismo fue el que le tiró el balazo.

Mamá contó que cierta vez en Parral, en la casa de los Franco, estando ya pacífico, el general le preguntó: «¿Quién mataría a su Pancho Villa?»

Bartolo era de Santiago Papasquiari, Durango. Tenía la boca apretada, los ojos sin brillo y las manos anchas. Mató al hombre con quien se fue su hermana y andaba huyendo, por eso se metió de soldado. *Bartolo* cantaba el «Desterrado me fui». Decía que si su hermana se había huido era porque era piedra suelta. «Le maté al primero para que se busque otro. Rodará, siendo lo que más quise en mi vida».

Se hizo novio de Anita. Ella lo aceptó por miedo, «él era el desterrado, por el gobierno», él lo cantaba con los labios apretados, y cuando le empezaban a salir las lágrimas, se echaba el sombrero, para adelante

No quería encontrarse con su hermana, porque era lo que más quería en su vida. Se sentaba en un pretil frente a la casa de Anita, con las piernas colgando en el vacío; yo lo admiraba porque estaba tan alto, hasta se mecía, me parecía que se iba a caer.

Un día llegó una reina a casa de Anita; parecía pavo real, la cara muy bonita y los dedos llenos de piedras brillantes. La hermana de *Bartolo de Santiago*, dijeron las voces.

—Soy Marina de Santiago, la hermana de *Bartolo* —dijo buscando a Anita—. Deseo ver a Anita, para que ella me diga los lugares donde él estuvo, lo que él quiso, lo que él hacía.

Anita le dio cartas, retratos y le enseñó la piedra grande del zaguán, donde ella platicaba con él. Habló mucho, luego me llamó:

—Cuéntale a la señorita que tú conocías a *Bartolo* —me dijo jalándome de una mano.

—¿Te quería mucho? —dijo la mujer de faldas de olor a flor.

Yo moví la cabeza, no me acuerdo si le dije que sí o no. La agarré de la mano y la llevé al pretil de la tapia de los Hinojos y le enseñé el lugar donde él se ponía a mecer sus piernas:

—Allí cantaba, yo desde esta piedra lo veía.

Anita le contó a mamá:

—Ya mataron a *Bartolo* allá en Chihuahua; estaba tocando la puerta de su casa. Nadie sabe quién, pero lo cosieron a balazos.

La hermana lo quería mucho, era muy bonita, tenía muchos enamorados. *Bartolo* dijo que iba a matarle a todos los hombres que anduvieran con ella.

Agustín García era alto, pálido, de bigotes chiquitos, la cara fina y la mirada dulce; traía cuera y mitasas de piel. Era lento, no parecía general villista. Cuando mamá lo vio por primera vez, dijo: «Este hombre es peligroso». No se sabía reír, hablaba poco, veía mucho; era amigo de Elías Acosta; tomaban café juntos. Elías reía y platicaba, pero Agustín García no decía nada, por eso no eran iguales.

Un día mamá le preguntó cómo había salido la emboscada de Villa a Murguía. Dijo que casi no habían gastado parque. «Los changos eran muchos y los echamos vivos en los tajos». Mamá no le contestó nada. Entre aquellos hombres había muerto un muchacho de allí, de la calle de la Segunda del Rayo.

El general se despidió igual que otras veces.

En la noche se escuchó una serenata y una voz que parecía conocida cantó:

Bonitas fuentes
son las corrientes,
las que dependen
del corazón.

Luego cantó: «Te amo en secreto. Si lo supieras». A mamá la asustó algo, ya no estuvo tranquila. A las dos noches llegó muy apurada. Irene tenía como catorce años, era sobrina de mamá. Se oyó un tropel. Mamá ansiosa le ordenó que se metiera por una chimenea y procurara llegar hasta la azotea y se fuera hasta la casa de doña Rosita —una señora amiga de mamá, que tiene cabellos rojos—.

Ya estaban rodeando la casá. Mamá se puso a cantar alto. Entró un hombre arrastrando las espuelas y otro y otro más: «Tenemos una orden». Se metieron por todos lados. Mamá dijo: «Están en su casa». Fueron y vinieron. Mamá estaba tranquila, torciendo un cigarro. Entró García, alto y arrastrando los pies. Traía cuarta en la mano; todo su aspecto era de flojera; se pegaba con la cuarta en la pierna derecha y veía a mamá con atención.

—Aquí están sus hombres —dijo mamá.

—No son míos, yo acabo de pasar y me sorprendí de ver una caballada aquí, por eso he llegado.

Se sentó, cruzó la pierna y se puso a hacer un cigarro. Los hombres le vieron, no dijeron nada y fueron saliendo poco a poco, sin volver la cara.

—¿No era nada serio? —dijo él riéndose.

—No, realmente —contestó mamá tranquila—, caprichos de los soldados.

El general Agustín García había ido a robarse a Irene y se contentó con la guitarra. Se puso a Cantar: «Prieta orgullosa, no te vuelvo a ver la cara». Y meciendo sus piernas se acabó un cigarro y una taza de café...

Antonio se llamaba, era jefe de la brigada Villa, fue uno de los generales que menos hicieron travesuras; valiente y atravesado, pero jamás dio que decir en Parral, ni en la Segunda. Había nacido en San Antonio del Tule, allá Por Balleza. Era alto prieto; tenía una pierna más corta y usaba un tacón para emparejarse el paso.

Le contaron a mamá que después de la retirada de Celaya, discutiendo en una estación acerca de un caballo, se enojó con otros generales, sacaron sus pistolas y se tiraron a la vida. Murieron varios: Pedro Gutiérrez, como de veinte años, murió junto al general Silva. Debajo del mismo general Silva cayó el general Rodríguez, a quien no le tocó. Así fue como se quedó dormido Antonio Silva, hombre que levantó mucha polvareda entre las gentes del Parral.

«Toda la bulla de Antonio Silva consistió en pegarles cintarazos a los malcriados. Una vez que se acuarteló, allí en la empacadora de Parral, casi todos los días había una cintareada. Los voladores, unos hombres que al caminar lo hacían moviendo los codos —así como si fueran alas—, una mañana le dijeron al general que Alfredo, el volador grande, estaba esperando una cintareada. Silva, que nada en su vida lo hacía gozar tanto como estamparles la espada, pidió que le llevaran al volador, que por ser escandaloso y mitotero iba a hacer un trabajo bien hecho».

Cuentan que le llevaron al prisionero, pálido y haciendo cara de muy bueno. El general pidió pegarle bien. Le bajaron los pantalones y lo recargaron junto a un poste. El general se arqueó y le fue pegando. «¡Ay! Diosito», decía el volador. «Y muy grande, hijo mío». Así rezaba el volador, y así le contestaba el prieto general.

Cuentan que la espada de repente se dobló; Silva entonces dijo al volador: «Ya se me marchitó el cíntaro, anda vete y súbete el pantalón y no vuelvas a andar haciendo esas travesuras porque un día, para que se les quite lo alburucero, les quebro un cíntaro en las nalgas». Silva se paseaba, se paraba, se volvía, movía la cabeza, las manos, habla y habla con sus muchachos, aconsejándoles, pues a él le gustaba el orden; luego le decía, en voz alta, a su asistente: «Limpia el cíntaro y tenlo listo, mis hijos necesitan la cueriadita a nalga pelona y dada por mi santa mano». Seguía yendo y viniendo, esperando a que le vinieran a contar más travesuras de sus hijos.

En la Segunda del Rayo lo querían mucho y cada vez que andaba de ronda le preparaban café. Una vez, un centinela no le pegó el «quién vive», él le dijo: «Oiga, amigo, cuando me mire venir pégueme el quién vive, y si no le contesto écheme una zurra de plomo. ¿No mira que yo sólo soy un general y usted es el centinela?».

Cuando se supo la muerte de Antonio Silva, mamá lloró por él, dijo que se había acabado un hombre.

II

FUSILADOS

Y pasaba todos los días, flaco, mal vestido, era un soldado. Se hizo mi amigo porque un día nuestras sonrisas fueron iguales, Le enseñé mis muñecas, él sonreía, había hambre en su risa, yo pensé que si le regalaba unas gorditas de harina haría muy bien.

Al otro día, cuando él pasaba al cerro, le ofrecí las gordas; su cuerpo flaco sonrió y sus labios pálidos se elasticaron con un «yo me llamo Rafael, soy trompeta del cerro, de La Iguana». Apretó la servilleta contra su estómago helado y se fue; parecía por detrás un espantapájaros; me dio risa y pensé que llevaba los pantalones de muerto.

Hubo un combate de tres días en Parral; se combatía mucho.

—Traen un muerto —dijeron— el único que hubo en el cerro de La Iguana.

En una camilla de ramas de álamo pasó frente a mi casa; lo llevaban cuatro soldados. Me quedé sin voz, con los ojos abiertos abiertos, sufrí tanto, se lo llevaban, tenía unos balazos, vi su pantalón, hoy sí era el de un muerto.

Catarino Acosta se vestía de negro y el tejano echado para atrás; todas las tardes pasaba por la casa, saludaba a mamá ladeándose el sombrero con la mano izquierda y siempre hacía una sonrisita que, debajo de su bigote negro, parecía tímida. Había sido coronel de Tomás Urbina allá en Las Nieves. Hoy estaba retirado y tenía siete hijos, su esposa era Josefita Rubio de Villa Ocampo.

Gudelio Uribe, enemigo personal de Catarino, lo hizo su prisionero, lo montó en una mula y lo paseó en las calles del Parral. Traía las orejas cortadas y, prendidas de un pedacito, le colgaban; Gudelio era especialista en cortar orejas a las gentes. Por muchas heridas en las costillas le chorreaba sangre. En medio de cuatro militares, a caballo, lo llevaban. Cuando querían que corriera la mula, nada más le picaban a Catarino las costillas con el marrazo. Él no decía nada, su cara borrada de gesto, era lejana; mamá lo bendijo y lloró de pena al verlo pasar.

Después de martirizarlo mucho, lo llevaron con el güero Uribe. «Aquí lo tiene, mi General —dijeron los militares—, ya nada más tiene media vida,» Dicen que el güero le recordó ciertas cosas de Durango, tratándolo muy duro.

Entonces dijo: Uribe que no quería gastar ni una bala para hacerlo morir. Le quitaron los zapatos y lo metieron por en medio de la vía, con orden de que corrieran los soldados junto con él y que lo dejaran hasta que cayera muerto. Nadie podía acercarse a él ni usar una bala en su favor; había orden de fusilar al que quisiera hacer esta muestra de simpatía.

Catarino Acosta duró tirado ocho días. Ya estaba comido por los cuervos cuando pudieron levantar sus restos. Cuando Villa llegó, Uribe y demás generales habían salido huyendo de Parral.

Fue un fusilado sin balas.

EPIFANIO

El pelotón sabía que era un reo peligroso. Espiaba todos sus movimientos; vestía un traje verde y sombrero charro. Enfrente de él había un grupo como de veinte o treinta individuos, tipos raros, unos mucho muy jóvenes y otros de barba blanca. Era un hombre delgado, moreno, muy inquieto.

Un fusilamiento raro.

Maclovio Herrera, con su Estado Mayor, después de discutir mucho, dijo al pueblo que Epifanio tenía que morir porque era un traidor, porque engañaba a las gentes quitándoles a sus tíos, a sus padres, en contra de Villa o de Carranza.

Gritó mucho en contra del reo, que ya en el paredón del camposanto, frente al pelotón, se levantó el sombrero, se puso recto, dijo que él moría por una causa que no era la revolución, que él era el amigo del obrero. Algo dijo en palabras raras que nadie recuerda.

De la primera descarga sólo recibió un tiro en una costilla, se abrazó fuerte y, recostándose sobre la pared, decía: «Acábenme de matar, desgraciados». Otra descarga y cayó apretándose el sombrero tan recio que fue imposible quitárselo para darle el tiro de gracia; se lo dieron por encima del sombrero, deshaciéndole un ojo.

Las gentes se retiraron para sus casas; los compañeros de Epifanio llevaban en la mano todos los objetos que el fusilado les había regalado.

Dijo que él era amigo del obrero.

Dos mayos amigos míos, indios de San Pablo de Balleza. No hablaban español y se hacían entender a señas. Eran blancos, con ojos azules, el pelo largo, grandes zapatones que daban la impresión de pesarles diez kilos. Todos los días pasaban frente a la casa, y yo los asustaba echándoles chorros de agua con una jeringa de ésas con que se cura a los caballos. Me daba risa ver cómo se les hacía el pelo cuando corrían. Los zapatos me parecían dos casas arrastradas torpemente.

Una mañana fría fría, me dicen al salir de mi casa: «Oye, ya fusilaron a Zequiél y su hermano; allá están tirados afuera del camposanto, ya no hay nadie en el cuartel».

No me saltó el corazón, ni me asusté, ni me dio curiosidad; por eso corrí. Los encontré uno al lado del otro. Zequiél boca abajo y su hermano mirando al cielo. Tenían los ojos abiertos, muy azules, empañados, parecía como si hubieran llorado. No les pude preguntar nada, les conté los balazos, volteé la cabeza de Zequiél, le limpié la tierra del lado derecho de su cara, me conmoví un poquito y me dije dentro de mi corazón tres y muchas veces: «Pobrecitos, pobrecitos».

La sangre se había helado, la junté y se la metí en la bolsa de su saco azul de borlón. Eran como cristalitos rojos que ya no se volverían hilos calientes de sangre.

Les vi los zapatos, estaban polvosos; ya no me parecían casas; hoy eran unos cueros negros que no me podían decir nada de mis amigos.

Quebré la jeringa.

Estaban en la esquina de la segunda calle de El Rayo, viendo y riéndose con una muchacha. Distraídamente uno de los dos se recargó en el poste; puso toda la mano sobre una circular; los vio un soldado del cuartel de Jesús, los aprehendieron, los cintarearon mucho.

Llegó Miguel Baca Valles y se le ocurrió interrogarlos. «¿De dónde son ustedes?». Eran de Villa Ocampo, Durango, primos entre sí, el chico hijo de José Antonio Arciniega.

—¡Ah!, tú eres hijo de José Antonio. Voy a llevarlos a dar un paseo al camposanto —dijo Vaca Valles, meciendo una sonrisa generosa.

Salieron con ellos y contaron los soldados que los fusilaron, que el chico había muerto muy valiente; que cuando les fueron a hacer la descarga se levantó el sombrero y miró al cielo. Othón murió un poco nervioso; no les pusieron caja, los echaron así nomás.

Se hicieron mil gestiones para conseguir sacarlos y nada se logró; a todos los muebles de la casa de José Antonio se les saltó la cerradura, porque el muchacho se llevó el llavero en la bolsa del chaleco y algunas cosas de valor. Baca Valles, escrupuloso y delicado, no quiso que fueran saqueados los cadáveres de los muchachos de Villa Ocampo.

Junto a Chihuahua, en X estación, un gran campamento villista. Todo está quieto y Nacha llora. Estaba enamorada de un muchacho coronel de apellido Gallardo, de Durango. Ella era coronela y usaba pistola y tenía trenzas. Había estado llorando al recibir consejos de una vieja. Se puso en su tienda a limpiar su pistola, estaba muy entretenida cuando se le salió un tiro.

En otra tienda estaba sentado Gallardo junto a una mesa; platicaba con una mujer; el balazo que se le salió a Nacha en su tienda lo recibió Gallardo en la cabeza y cayó muerto.

—Han matado a Gallardito, mi general.

Villa dijo despavorido:

—Fusílenlo.

—Fue una mujer, general.

—Fusílenla.

—Nacha Ceniceros.

—Fusílenla.

Lloró al amado, se puso los brazos sobre la cara, se le quedaron las trenzas negras colgando y recibió la descarga.

Hacía una bella figura, imborrable para todos los que vieron el fusilamiento.

Hoy existe un hormiguero en donde dicen que está enterrada.

LAS CINCO DE LA TARDE

Los mataron rápido, así como son las cosas desagradables que no deben saberse.

Los hermanos Portillo, jóvenes revolucionarios, ¿por qué los mataban? El camposantero dijo: «Luis Herrera traía ojos colorados, parecía que lloraba sangre». Juanito Amparan no se olvida de ellos. «Parecía que lloraba sangre».

A los muchachos Portillo los llevó al panteón Luis Herrera, una tarde tranquila, borrada en la historia de la revolución: eran las cinco.

Gerardo Ruiz, elegante, nervioso, con sonrisa estudiada, ostentaba catorce heridas que tenía en la caja del cuerpo. Al decirle que lo iban a fusilar, se puso furioso y todo su aspecto londinense se deshizo ante dieciséis cañones de unos rifles veteados y mugrosos.

—A mí no me pueden fusilar por esos papeles —gritaba con toda la fuerza de sus raquíuticos pulmones—, yo soy un caballero y no puedo morir como un ladrón. Desgraciados, bandidos, ¿por qué me mandan matar? ¡Yo no voy! ¡Bestias salvajes, bandidos, bandidos! ¿Entonces para qué soy villista? Yo no voy. Óigalo bien, viejo desgraciado —se refería al general jefe de las armas, Gorgonio Beltrán—, ese dinero a mí no me lo dieron los carrancistas, era mío, mío, mío —y se golpeaba el pecho—; morir yo por unos mugrosos papeles, no, no.

Gritó y vociferó como dos horas. El general villista que lo mandó fusilar oyó todos los insultos sin levantarse ni mover los ojos. Estaba sentado retorciéndose los bigotes.

—Que se lo lleven, ya ha desahogado su cólera, y que lo fusilen —dijo con voz suave y distraída; su atención la tenía puesta en su bigote, que se amasaba con ritmos cadenciosos de viejo distraído.

Como el reo era peligroso, se le dobló la escolta. No quiso ir por media calle, porque dijo que él no era bandido; se fue por la banquetta, iba furioso, insultaba a los soldados y al oficial. Había caminado desde el correo hasta la calle de San Francisco, cuando le arrebató el rifle a uno de los soldados, lo «maromió» y, al querer hacer fuego, el rifle se embaló.

Acto de segundos, llovieron sobre su cuerpo ágil y nervioso como veinte balas, recibiendo nada más dieciséis y quedando con vida. Un 30-30 le dio el tiro de gracia, desprendiéndole una oreja; la sangre era negra negra. Dijeron los soldados que porque había muerto muy enojado. Mucha gente vio este fusilamiento, era el mediodía. Mamá presenció todo.

Un jinete dio vuelta la esquina de la calle de San Francisco, frente al teatro Hidalgo; mecía en su mano trigueña y mugrosa un papel blanco, traía aprisionada la vida de Gerardo Ruiz.

Levantaron el cuerpo, lo pusieron en una camilla infecta, que hería de mugrosa; alguien, con el pie, aventó hacia uno de los soldados un pedacito de carne amoratada. «Allí dejan la oreja» (dijo riéndose de la estupidez de los 30-30). La levantaron y se la pusieron al muerto junto a la cara. El jinete, con la vida en la mano, volvió al cuartel y la puso sobre una mesa.

A mí me parecía maravilloso ver tanto soldado. Hombres a caballo con muchas cartucheras, rifles, ametralladoras; todos buscando la misma cosa: comida. Estaban enfermos de la carne sin sal; iban a perseguir a Villa a la sierra y querían ir comidos de frijoles o de algo que estuviera cocido.

—Vamos a traer la cabeza de Villa —gritaban las parvadas de caballería al ir por las calles.

Una señora salió a la puerta y le gritó a uno de los oficiales:

—Oye, cabrón, tráime un huesito de la rodilla herida de Villa, para hacerme una reliquia.

Hombres que van y vienen, un reborujo de gente. ¡Qué barbaridad, cuánto hombre, pero cuánta gente tiene el mundo!, decía mi mente de niña.

Llegó una tía mía para ver a mamá, y le contó que un soldado yaqui había querido robarle a Luisa, mi prima; mil cosas dijo mi tía. Salieron en un automóvil color gris, y cuando volvieron estaban bastante platicadoras. Contaban detalles que ya no recuerdo, de cómo las había recibido el general Pancho Murguía. Mi tía saltaba de gusto, porque le habían prometido fusilar al soldado y pedía ansiosa una taza de café.

—Qué bien tratan estos changos —le decía a mamá—, ni parecen generales. Al ofrecirme que lo va a matar, es nada más para escarmiento de la tropa —repetía saboreando su café—. El susto que me pegó el malvado hombre, al quererse robar mi muchachita, no lo olvidaré hasta que me muera —aseguró convencida de su sufrimiento.

Al otro día, a la salida de las fuerzas de Murguía, al pasar por el panteón, de X Regimiento sacaron a X soldado, el que nunca había visto a Luisa mi prima; ellos dijeron a la tropa:

—Este hombre muere por haber querido besar a una muchacha.

El hombre era yaqui, no hablaba español; murió por un beso que el oficial galantemente le adjudicó.

Había caído una terrible helada, las gentes muertas de frío dijeron distraídamente:

—Mataron a un chango (adjetivo que los de Chihuahua daban a los yaquis).

El viento contestó: «Uno menos que se come Villa».

Yo creo que mi tía hizo una sonrisa de coquetería para el general de los changos.

EL CORAZÓN DEL CORONEL BUFANDA

Carrancista que mandó matar todo un cuartel que estaba desarmado.

El coronel Bufanda traía la mano tesa de lanzar granadas. Los mesones desarmados eran el de *El Águila* y Las Carolinas. El asalto dejó más de trescientos muertos en el de *El Águila*. El coronel salió con la mano dormida.

En media calle, alguien, nadie supo quién, le tiró un balazo, se lo dieron en la paleta izquierda y le salió por la bolsa del chaquetín, echándole fuera el corazón.

—Bien gastada está la bala expansiva —decían los hombres que pasaban.

Una doctora que vivía a un lado del mesón de *El Águila* metió al muerto en su casa. Ya lo tenía tendido cuando llegaron los de Rosalío Hernández. Lo sacaron arrastrando, lo tiraron a media calle y los pedazos de su cabeza estaban prendidos de las peñas; tenía un gesto de satisfacción.

La bolsa del chaquetín, la bolsa izquierda desgarrada como una rosa, dicen mis ojos orientándose en la voz del cañón.

La mejor sonrisa de Bufanda se las dio a los que levantaron el campo. Todos lo despreciaban, todos le dieron patadas. Él siguió sonriendo.

Babis vendía dulces en la vidriera de una tienda japonesa. *Babis* reía y se le cerraban los ojos. Él era mi amigo. Me regalaba montones de dulces. Me decía que él me quería porque yo podía hacer guerra con los muchachos a pedradas.

Él no podía pelear —no por miedo— pero es que él era ya un hombre grande. «Yo he visto agarrarse muchachos grandotes allá en la calle de Mercaderes, del lado del río». Entonces él me dijo:

—No me gustan las piedras tanto como los balazos. El día que me dé de alta —y se le hundían los ojos echando fuera los dientes—, voy a pelear muy bien.

Y me daba un puño de chiclosos. Todos los días me decía que ya se iba con una tropa y que le gustaban mucho los pantalones verdes. «Yo me compraré unas mitazas con hebillas blancas», entonaba como una canción. Y muy en serio le dije: «Pero te van a matar. Yo sé que te van a matar. Tu cara lo dice». Él se reía y me daba confites grandes. Le conté a mamá lo que *Babis* me dijo. Estaba yo re triste.

Un día encontré solos los dulces. *Babis* estaría vestido con pantalones verdes y botones. Qué ganas tenía de verlo. Sería como un príncipe.

Hacía un mes —un año para mis ojos amarillos— sin ver a *Babis*. Un soldado que llegó de Jiménez buscó la casa. Traía algo que contarle a mamá. Llegó a cualquier hora. «Braulio, el que trabajaba en *El Nuevo Japón* en la calle del Ojito, se había ido con ellos. Era un muchacho miedoso».

Así lo dijo aquel hombre, parado junto al riel, con las manos en las bolsas. (Yo le quise saltar al oír aquello. *Babis* no era miedoso.) Se robaba los dulces para mí.

—En la toma de Jiménez, en los primeros prisioneros que agarraron, le tocó a *Babis*. Quemaron con petróleo a los prisioneros, estaba de moda. Así fue como en el primer combate *Babis* murió.

Yo creo que sin tener sus hebillas blancas. El hombre dijo, meciéndose en un pie, que no se le iban de los oídos los gritos de los quemados vivos. Eran fuertes. Después se fueron apagando poco a poco.

El soldado, con la mano derecha, hizo un ademán raro y se fue calle arriba, por en medio de los rieles del tranvía, meciéndose en sus pies y llevándose los gritos de *Babis* en sus orejas.

Los balazos habían empezado a las cuatro de la mañana, eran las diez. Dijeron que *El Kirilí* y otros eran los que estaban «agarrados» en la esquina del callejón de Tita, con unos carrancistas que se resguardaban en la acera de enfrente.

El caso es que las balas pasaban por la mera puerta, a mí me pareció muy bonito; luego luego quise asomarme para ver cómo peleaba *El Kirilí*. Mamá le dijo a Felipe Reyes, un muchacho de las Cuevas, que nos cuidara y no nos dejara salir. Nosotras, ansiosas, queríamos ver caer a los hombres; nos imaginábamos la calle regada de muertos.

Los balazos seguían ya más sosegados. Felipe se entretuvo jugando con unas herramientas y saltarnos a una ventana mi hermana y yo; abrimos los ojos en interrogación. Buscamos y no había ni un solo muerto, lo sentimos de veras; nos conformamos con ver que de la esquina todavía salía algún balazo, y se veía de vez en cuando que sacaban un sombrero en la punta de un rifle.

De pronto salió de la esquina, donde estaba *Kirilí*, un hombre a caballo; a poquito andar, ya estaba frente a la casa. Le faltaba una pierna y llevaba una muleta atravesada a lo largo de la silla; iba pálido, la cara era muy bonita, su nariz parecía el filo de una espada. Él creía que iba viendo un grupo de hombres grises, que estaban allá arriba de la calle y que le hacían señas. No volteó ni nada, iba como hipnotizado con las figuras. En ese momento no se cruzaban los balazos.

—Mira qué amarillo —dijo mi hermana con un chillido que me hizo recordar a Felipe Reyes.

—Va blanco por el ansia de la muerte —dije yo convencida de mis conocimientos en asuntos de muertos.

Dos segundos y al llegar a la calle del Ojito desapareció. Los hombres comenzaron a disparar sobre la esquina de Tita, más fuerte que nunca; esto pasó en un instante, como si dijera en tres minutos. Fuimos arrastradas de la ventana por Felipe Reyes.

Ya no había balazos; salió toda la gente de sus casas, ansiosa de ver a quiénes les había «tocado»; había pocos conocidos por aquel rumbo, algunos carrancistas de frazadas grises, mugrosos mugrosos y con las barbas crecidas.

El Mochito, con su uniforme cerrado y unos botones amarillos que le brillaban con el sol, estaba tirado muy recto como haciendo un saludo militar. Tenía la bolsa al revés, los ojos entreabiertos, el zapato a un lado de la cara, agujereado por dos balazos. Dicen que cuando ya estuvo caído le dieron dos tiros de gracia, poniéndole el zapato en la cara —él tenía dos manchitas, una junto del medio de las cejas y otra más arriba y no estaba quemado de pólvora—. Dijeron que le habían puesto el zapato para que sus «tontas» —adjetivo que le daban a las novias— no lo vieran feo.

A pesar de todo, aquel fusilado no era un vivo, el hombre mocho que pasó frente a la casa ya estaba muerto.

—José Díaz es el muchacho más bello que conozco, elegante, distinguido, me prometió venir a tomar café —dijo una hermana de papá.

«A Toña le gusta el macuchi, no le da vergüenza que la vean torcer las hojas. El café le gusta a mamá, yo Creo que por eso me gusta; los cigarros de mamá son de cigarrera. Mamá es más bonita que Toña» —decía yo para terminar mis pensamientos profundos y cansados.

El bello José Díaz estaba platicando. Dije tres veces: «Sí, voy a hacerlo novio de *Pitaflorida*, mi muñeca princesa, le haré un vestido azul y le pondré estrellas de *de veras* de las que vende don Luis el varillero». (Me hablé quedito cerrando los ojos). Él usaba espada brillante, botones «oro y plata», decían mis ojos empañados de infancia. José pasaba por la casa, iba, venía. José llevaba «gallos» con la banda en noches de luna y noches oscuras. De José se enamoraron las muchachas de la Segunda del Rayo. Cambiaba de traje todos los días, se paseaba en auto rojo. Un día le contó a Toña que él odiaba el sol, por su cara y sus manos. A ella le parecía muy bien y a mí (que me decían «solera») me pareció mucho muy bien, por *Pitaflorida*; yo nunca hubiera casado a mi princesa con un hombre prieto.

No volvió, pero pasaba en las tardes. Yo sentaba a *Pitaflorida* en la ventana para que lo viera y cuando la vestía le contaba las palabras que él decía. Mi muñeca se estremecía.

Al ruido del automóvil, Toña se ponía en la rendija del zaguán; mi muñeca era la única que no se escondía para verlo. A veces él se reía al ver la casa, Pita, no se reía.

Hubo un combate de siete horas, los villistas dentro. El combate era zumbido; una caballería se fue por el cerro de los Aburridos derecho al rancho Rubio.

Al salir del cerro le dieron al chino Ortiz. Nomás se agarró el ombligo. *El Siete* corrió cuando él se ladeaba del caballo.

—¿De dónde te pegaron, chino?

Contó *el Siete* que apenas pudo decir:

—Del cerro de la Cruz.

El cuartel de Guanajuato era el único que todavía contestaba el fuego; trataban de rendirlo. Los carrancistas se habían metido en las casas de enfrente, en las azoteas. Los soldados de Rosalío Hernández, que un día antes de salir de Parral detuvieron sus trenes a causa de la lluvia, entraron en línea de tiradores hasta llegar al de Guanajuato, arrollando todo, y salvaron el cuartel.

Mamá se fue a buscar a su hijo de trece años. Me pegué a su falda. Junto del puente de Guanajuato estaba un chamaco abrazando a su caballo. «Aquél es —dije corriendo—. *El Siete* quiere mucho a su caballo». Cuando ella lo volteó, vimos que era un muchachito cualquiera, tenía un ojo abierto y las manos engarradas sobre el caballo, yo creo que no tenía mamá.

Nos fuimos. Al llegar a la plaza Juárez, en Guanajuato, vimos unos quemados debajo del kiosco, hechos chicharrón, negros negros; uno tenía la cabeza metida

dentro de las rodillas. Vimos a nuestra izquierda el cuartel valiente, estaba cacarizo de balas. La banqueta regada de muertos carrancistas. Se conocían por la ropa mugrosa, venían de la sierra y no se habían lavado en muchos meses.

Nos fuimos por un callejoncito que sale al mesón de *El Águila*, que olía a orines —es tan angosto que se hace triste a los pies—, pero al ver un bulto pegado a la pared corrimos; estaba boca abajo, el cabello revuelto, sucio, las manos anchas, morenas. Las uñas negras, tenía en la espalda doblado un sarape gris, se veía ahogado de mugre, se me arrugó el corazón. «En este callejón tan feo», dije yo al verle la cara. Me quedé asustada. ¡José Díaz, el del carro rojo, el muchacho de las señoritas de la Segunda del Rayo, por el que Toña lloró!

No, no; él nunca fue el novio de *Pitaflorida*, mi muñeca, que se rompió la cabeza cuando se cayó de la ventana, ella nunca se rió con él.

José Díaz, joven hermoso, murió devorado por la mugre; los balazos que tenía se los dieron para que no odiara al sol.

El mesón de *El Águila* es ancho, chato, sucio afuera y adentro; tiene el aspecto de un animal echado en las patas delanteras y que abre el hocico.

Parte de la brigada Chao, desarmada la noche anterior, dormía. Los hilos de su vida los tenía el centinela dentro de sus ojos. En sus manos mugrosas, tibias de alimento, un rifle con cinco cartuchos mohosos. Estaba parado junto a la piedra grande; norteño, alto, con las mangas del saco cortas, el espíritu en fillos cortando la respiración de la noche, se hacía el fantasma.

No oyó el ruido de los que se arrastraban; los carrancistas estaban a dos pasos; él recibió un balazo en la sien izquierda y murió parado; allí quedó tirado junto a la piedra grande. Muy derecho, ya sin zapatos, la boca entreabierta, los ojos cerrados; tenía un gesto nuevo, era un muerto bonito, le habían cruzado las manos.

Algunos lo miraban con rencor —no dio el aviso—. Dentro del cuartel había trescientos cuerpos regados en el patio, en las caballerizas, en los cuartos; en todos los rincones había grupitos de fusilados, medio sentados, recostados en las puertas, en las orillas de las banquetas. Sus caras, salpicadas de sangre, tenían el aspecto desesperado de los hombres que mueren sorprendidos. (A un muchachito de ocho años, vestido de soldado, Roberto Rendón, le tocó morir en el patio, estaba tirado sobre su lado izquierdo, abiertos los brazos, su cara de perfil sobre la tierra, sus piernas flexionadas parecían estar dando un paso: el primer paso de hombre que dio).

—Más de trescientos hombres fusilados en los mismos momentos, dentro de un cuartel, es mucho muy impresionante —decían las gentes, pero nuestros ojos infantiles lo encontraron bastante natural.

Al salir del caserón volvimos a ver al centinela. Nadie sabía su nombre. Unos decían que había disparado un tiro; otros que no. Yo sé que el joven centinela no murió junto a la piedra grande. Él ya era un fantasma. Tenía cinco cartuchos mohosos en sus manos y un gesto que regaló a nuestros ojos.

Hombre alto, tenía bigotes güeros, hablaba muy fuerte. Había entrado con diez hombres en la casa, insultaba a mamá y le decía:

—¡Diga que no es de la confianza de Villa! ¡Diga que no! Aquí hay armas. Si no nos las da junto con el dinero y el parque, le quemo la casa —hablaba paseándose en frente de ella.

Lauro Ruiz es el nombre de otro que lo acompañaba (este hombre era del pueblo de Balleza). Todos nos daban empujones, nos pisaban, el hombre de los bigotes güeros quería pegarle a mamá; entonces dijo:

—Destripen todo, busquen donde sea.

Picaban todo con las bayonetas, echaron a mis hermanitos hasta donde estaba mamá pero él no nos dejó acercar a mamá. Me rebelé y me puse junto a ella, pero él me dio un empujón y me caí. Mamá no lloraba, dijo que no le tocaran a sus hijos, que hicieran lo que quisieran. Ella, ni con una ametralladora, hubiera podido pelear contra ellos. Los soldados pisaban a mis hermanitos, nos quebraron todo como no encontraron armas, se llevaron lo que quisieron, el hombre güero dijo:

—Si se queja vengo y le quemo la casa.

Los ojos de mamá, hechos grandes de revolución, no lloraban, se habían endurecido recargados en el cañón de un rifle de su recuerdo.

Nunca se me ha borrado mi madre, pegada en la pared hecha un cuadro, con los ojos puestos en la mesa negra, oyendo los insultos. El hombre aquel, güero, se me quedó grabado para toda la vida.

Dos años más tarde nos fuimos a vivir a Chihuahua, lo vi subiendo los escalones del Palacio Federal. Ya tenía el bigote más chico. Ese día todo me salió mal, no pude estudiar, me pasé pensando en ser hombre, tener mi pistola y pegarle cien tiros.

Otra vez estaba con otros en una de las ventanas del Palacio, se reía abriendo la boca y le temblaban los bigotes. No quiero decir lo que le vi hacer ni lo que decía, porque parecerá exagerado. Volví a soñar con una pistola.

Un día aquí, en México, vi una fotografía en un periódico, tenía este pie:

«El general Alfredo Rueda Quijano, en consejo de guerra sumarísimo» (tenía el bigote más chiquito). Y venía a ser el mismo hombre güero de los bigotes. Mamá ya no estaba con nosotros, sin estar enferma cerró los ojos y se quedó dormida allá en Chihuahua —yo sé que mamá estaba cansada de oír los 30-30—. Hoy lo fusilaban aquí, la gente le compadecía, lo admiraba, le habían hecho un gran escenario para que muriera, para que gritara alto, así como le gritó a mamá la noche del asalto.

Los soldados que dispararon sobre él aprisionaban mi pistola de cien tiros.

Toda la noche me estuve diciendo:

«Lo mataron porque ultrajó a mamá, porque fue malo con ella». Los ojos endurecidos de mamá los tenía yo y le repetía a la noche:

«Él fue malo con mamá. Él fue malo con mamá. Por eso lo fusilaron».

Cuando vi sus retratos en la primera plana de los periódicos capitalinos, yo les

mandé una sonrisa de niña a los soldados que tuvieron en sus manos mi pistola de cien tiros, hecha carabina sobre sus hombros.

Como a las tres de la tarde, por la calle de San Francisco, estábamos en la piedra grande. Al bajar el callejón de la Pila de don Cirilo Reyes, vimos venir unos soldados con una bandeja en alto; pasaban junto a nosotras, iban platicando y riéndose. «¿Oigan, qué es eso tan bonito que llevan?». Desde arriba del callejón podíamos ver que dentro del lavamanos había algo color de rosa bastante bonito. Ellos se sonrieron, bajaron la bandeja y nos mostraron aquello. «Son tripas», dijo el más joven clavando sus ojos sobre nosotras a ver si nos asustábamos; al oír, son tripas, nos pusimos junto de ellos y las vimos; estaban enrolladitas como si no tuvieran punta. «¡Tripitas, qué bonitas!, ¿y de quién son?» —dijimos con la curiosidad en el filo de los ojos. «De mi general Sobarzo —dijo el mismo soldado—, las llevamos a enterrar al camposanto». Se alejaron con el mismo pie todos, sin decir nada más. Le contamos a mamá que habíamos visto las tripas de Sobarzo. Ella también las vio por el puente de fierro.

No recuerdo si fueron cinco días los que estuvieron «agarrados», pero los villistas en aquella ocasión no pudieron tomar la plaza. Creo que el jefe de las armas se llamaba Luis Manuel Sobarzo y que lo mataron por el cerro de La Cruz o por la estación. Él era de Sonora, lo embalsamaron y lo echaron en un tren; sus tripas se quedaron en Parral.

El hombre que tenía la mano salida de la ventanilla, amoratada y con las uñas negras —parecía estrangulada—, hablaba tan fuerte que el cigarro de macuchi detrás de la oreja se le movía mucho, parecía que iba a caérsele hasta el suelo; yo tenía ganas de que se le cayera. «Máquinas, la tierra, arados, nada más que maquinarias y más maquinarias», decía abierto de brazos, meciendo sus ideas en el ir del tren. «El Gobierno no sabe, el Gobierno no ve». Nadie le había contestado. Al llegar el hombre de las sodas, todos pidieron una botella, le ofrecieron. «No, yo nunca bebo agua, en toda mi vida, café, sólo café, el agua me sabe mal —dijo sonando la boca—, cuando lleguemos a Camargo tomaré café».

Habló en diez tonos distintos, para pedirle a un fantasma la misma cosa: maquinarias.

Santa Rosalía de Camargo Sandías, todos comían sandías; mi nariz pecosa la hundí en una rebanada que me dio mamá; cuando de pronto, vimos un montón de hombres a caballo junto a un poste de telégrafo, tratando de encaramar una reata; cuando ya la pasaron, le dieron la punta a uno de ellos, picó ijares, el caballo pegó el arranque, en la otra punta estaba el que colgaban. El del caballo estaba a cierta distancia, con la reata tirante, y miraba al poste haciendo un gesto como de uno que lee un anuncio de lejos; fue acercándose poco a poco, hasta dejar al colgado a una altura razonable. Le cortaron el pedazo de reata. Se fueron llevándose la polvareda en las pezuñas de sus caballos. Mamá no dijo nada, pero ya no comió la sandía. El asiento de adelante quedó vacío; el hombre de la mano en la ventanilla estaba ahorcado enfrente del tren, a diez metros de distancia, ya se le había caído el cigarro de macuchi, el colgado parecía buscarlo con la lengua. El tren fue arrancando muy despacito. Dejó balanceándose en un poste al hombre que tomó café toda su vida.

Una ventana de dos metros de altura en una esquina. Dos niñas viendo abajo un grupo de diez hombres con las armas preparadas apuntando a un joven sin rasurar y mugroso, que arrodillado suplicaba desesperado, terriblemente enfermo se retorció de terror, alargaba las manos hacia los soldados, se moría de miedo. El oficial, unto a ellos, va dando las señales con la espada; cuando la elevó como para picar el cielo, salieron de los treinta diez fogonazos que se incrustaron en su cuerpo hinchado de alcohol y cobardía. Un salto terrible al recibir los balazos, luego cayó manándole sangre por muchos agujeros. Sus manos se le quedaron pegadas en la boca. Allí estuvo tirado tres días; se lo llevaron una tarde, quién sabe quién.

Como estuvo tres noches tirado, ya me había acostumbrado a ver el garabato de su cuerpo, caído hacia su izquierda con las manos en la cara, durmiendo allí, junto de mí. Me parecía mío aquel muerto. Había momentos que, temerosa de que se lo hubieran llevado, me levantaba corriendo y me trepaba en la ventana, era mi obsesión en las noches, me gustaba verlo porque me parecía que tenía mucho miedo.

Un día, después de comer, me fui corriendo para contemplarlo desde la ventana; ya no estaba. El muerto tímido había sido robado por alguien, la tierra se quedó dibujada y sola. Me dormí aquel día soñando en que fusilarían otro y deseando que fuera junto a mi casa.

Le contaron a mamá todo lo que había pasado. Ella no lo olvidaba. Aquellos hombres habían sido sus paisanos.

—Fue en Nieves —dijo mamá—, allá en la hacienda de Urbina entraron a balazos los villistas; Isidro estaba allí (*El Kirilí*), los sorprendieron. Ellos eran muy pocos y mataron a los más. A Urbina lo hirieron, luego se lo llevaron preso rumbo a Rosario, no llegaron; Urbina se perdió. La noche era tan oscura que parecía boca de lobo. Contaron que al general Villa le había sorprendido mucho la noticia de la muerte de su compadre Urbina, pero todos supieron que Fierro le dijo que Urbina se andaba volteando y que realmente él había tenido que intervenir a balazos. Mamá decía que todo se debió a una corazonada del Jefe de la División del Norte.

Llegaron las tropas a Parral —decía mamá que todo fue tan espantoso, andaban tan enojados, las caras las tenían desencajadas de coraje—. Por todos lados iban y venían, preguntaban, tenían la esperanza de que apareciera su jefe. No creían que estuviera ya muerto. Nadie lo sabía, más bien lo adivinaron.

Muchos fueron los fusilamientos, todos eran mis paisanos —decía mamá con su voz triste y sus ojos llenos de pena—. Les pedían firmas, tenían que volverse villistas, si no, los mataban, la mayor parte de los oficiales fueron fusilados; todos los generales reconocieron a Villa como jefe, una firma nomás y ya estaban salvados, pero Santos Ruiz no lo hizo; Santos era nativo de mi tierra, muy muchacho, como de unos veinticuatro años, general valiente; la voz de mamá temblaba al decir que aquel hombre, soldado de la revolución, era nativo de su tierra. Mucho interés tuvieron en no fusilarlo. Santos les había dicho que él no quería ser villista. Nadie quería fusilarlo, hasta los más villistas pedían su vida y tenían esperanzas de convencerlo, le dieron de beber y ni con el sotol lograron quitarle una firma. Un día lo metieron a la cárcel a ver si lo hacían entrar en razón, según ellos decían. Después llegaron todos sus familiares; Fidelina, hermana de Santos que lo quería mucho, todos los días iba a la cárcel y le pedía al general Santos Ortiz la vida de su hermano. Una mañana ya no la dejaron entrar, él dio orden de que ya no pasara a verlo. Muchas fueron las cosas que le sucedieron a aquel hombre —decía mamá con el recuerdo entre sus labios—. Cuando ya tenía quince días de estar preso, uno de sus compañeros, que era su amigo íntimo y que también iba a morir junto con él, por su gusto, le dijo: «Te miras triste, parece que estás enfermo, rasúrate, Santos, te hace falta». «Ya me van a matar y quiero terminar esta novela», le contestó el joven general. No sabían cuándo, una hora, días, sólo sabían que los matarían porque ellos mismos se habían sentenciado.

«Les mandé unos libros, tres libros —dijo mamá, muy interesada en contar la tragedia de aquel hombre valiente—. Mirando que podían entretenerse leyendo». Nadie creía que los matarían, pensábamos que ya hasta se habían olvidado de ellos, hasta el día que Fidelina salió corriendo de la casa de Tita. «Me matan a mi hermano —decía—, me matan a mi hermano». Mamá dijo que le dio mucha tristeza; estaba descompuesta, desesperada, lastimaba verla. (Yo creo que su silueta negra

impresionaba, pero como tenía trenzas le volarían por el viento, estarían más resignadas que ella y se verían más bonitas). Volvió a entrar a la casa y luego salió corriendo. Tres descargas sofocadas se escucharon en la cárcel, era como la una de la tarde. Dios guarde la hora, decía mamá llena de dolor. Ningún fusilamiento estaba tan presente en su memoria como éste; por nadie sentía tanta pena. Oí las descargas desde la puerta de la carpintería de Reyes, me puse la mano en el pecho, me dolía la frente, yo también corría, no supe qué hacer, luego, cuando oí los tiros de gracia, ya no di un paso más, me volví llorando. Habían matado a un paisano mío, nada se pudo hacer por él —mamá se secaba las lágrimas, sufría mucho—. (Yo tenía los ojos abiertos, mi espíritu volaba para encontrar imágenes de muertos, de fusilados; me gustaba oír aquellas narraciones de tragedia, me parecía verlo y oírlo todo. Necesitaba tener en mi alma de niña aquellos cuadros llenos de terror, lo único que sentía era que hacían que los ojos de mamá, al contarlo, lloraran. Ella sufrió mucho presenciando estos horrores. Sus gentes queridas fueron cayendo, ella las vio y las lloró). Después trajeron las cajas, las tres cajas, las pusieron en la sala grande, todo querían que pareciera muy elegante. «¿Para qué?», me decía yo dentro de mí, si Santos ya no vive. Las cajas tenían agarraderas como de plata y pusieron candeleros más grandes. Santos quedó en medio, los otros dos murieron por el gusto de ser sus amigos y para que no le tocara a él solo. Yo miraba aquellas cajas —decía su voz—, aquellas velas tan grandes y todavía oía las descargas sofocadas como dentro de un jarro. Me contó Fidelina que dos horas antes de morir se rasuró y les dijo que lo hacía para que su hermana no lo viera feo. «Me verán limpio y mi hermana me perdonará». Al estar frente a los soldados que lo iban a fusilar, les suplicó que no le dieran en la cara y dijo cómo deberían darle el tiro de gracia. Les ordenó que entregaran aquellos libros, y que *Los tres mosqueteros* era lo que más le había gustado. «Pobrecito de Santos Ortiz —exclamaba mamá con las lágrimas en los ojos—; Dios lo tenga en su reino». (Y por aquella vez su voz dejó de oírse, yo creo que para rezar por Santos Ortiz). Otras veces, cuando ella estaba contando algo, de repente se callaba, no podía seguir. Narrar el fin de todas sus gentes era todo lo que le quedaba. Yo la oía sin mover los ojos ni las manos. Muchas veces me acercaba a sus conversaciones sin que ella me sintiera.

Un día me agarró de la mano, me llevó caminando, íbamos a casa de mi madrina, era una señorita muy bonita, de ojos verdes, rubia, y tenía novio. Torcimos allí en San Nicolás y nos fuimos a Las Carolinas, en un llanito se paró, yo no le preguntaba nada, me llevaba de la mano, me dijo: «Le voy a enseñar a mi hija una cosa». Miró bien y seguimos. «Aquí fue —dijo ella deteniéndose en un lugar donde estaba una piedra azul—. Mire me dijo—, aquí en este lugar murió un hombre, era nuestro paisano, José Beltrán; les hizo fuego hasta el último momento; lo cosieron a balazos. Aquí fue; todavía arrodillado, como Dios le dio a entender, les tiraba y cargaba el rifle. Se agarró con muchos, lo habían entregado, lo siguieron hasta aquí. Tenía dieciocho años». No pudo seguir, nos retiramos de la piedra y mamá ya no dijo ni una sola

palabra. Yo volteaba a verle su cara y, sin dejar de seguir sus pasos, mis ojos se detenían en su nariz afiladita. Cuando ya íbamos a llegar con mi madrina, me dijo mamá: «Le adoras la mano a mi comadre; es tu madrina, tu segunda madre».

Ella le contó que venía de ver el lugar donde había muerto José Beltrán; mi madrina le dijo algo. Después estaban platicando y tomando café. Conocí el lugar donde había muerto José Beltrán, no supe por qué, ni cuándo, pero ya nunca se me olvidó.

El Peet dijo que aquella noche todo estaba muy sospechoso; llegaron muchas fuerzas de Chihuahua, se atropellaban en las calles. Parral de noche es un pueblo humilde, sus foquitos parecen botones en camisa de pobre, sus calles, llenas de caballerías villistas, reventaban, nadie tenía sorpresa, los postes eran una interrogación.

¿Por qué parte de la División del Norte andaba con el tejano metido hasta los ojos? Ellos mismos no lo sabían.

El Peet le dijo a mamá: «Ya se fueron todos, acabamos de fusilar al chofer de Fierro, y en el camino nos fue contando bastantes cosas, dijo: “El general Fierro me manda matar porque dio un salto el automóvil y se pegó en la cabeza con uno de los palos del toldo. Me insultó mucho, y me bastó decirle que yo no conocía aquí el pueblo para que ordenara mi fusilamiento. Está bueno, voy a morir, andamos en la bola, sólo les pido que me manden este sobre a Chihuahua, que se sepa siquiera que quedé entre los montones de tierra de este camposanto”».

Dijo *el Peet* que este hombre hablaba con la misma rapidez del que desea terminar cuanto antes con un asunto razonable. «Yo no entiendo, compañeros, por qué no me metió un balazo en el momento del salto». *El Peet* dijo: «Oiga, mamá, ¿se acuerda de ese pico de riel que sale allí luego luego, a la salida de la estación? Pues allí se le *sangolotió* el automóvil, el chofer era la primera vez que venía aquí y no conocía las calles». El reo había muerto bastante conforme. Dijo *el Peet* que no había tenido tiempo de asustarse. Que les había contado que toda aquella gente iba a Las Nieves a ver a Urbina, que Villa iba entre ellos disfrazado, que nadie sabía a qué iban.

«La tristeza que siento es que cuando cayó, todavía calentito, ni se acabaría de morir, cuando los hombres se abalanzaron sobre él y le cortaron los dedos para quitarle dos anillos, y como traía buena ropa, lo encueraron al grado que no le dejaron ni calzoncillos. Si viera qué ladrones son. Siento vergüenza de todo», dijo *el Peet*, afirmándose en un gesto de tristeza.

«Traen a Felipe Ángeles con otros prisioneros. No los matan» —decía la gente—. Yo pensé que sería un general como casi todos los villistas; el periódico traía el retrato de un viejito de cabellos blancos, sin barba, zapatos tenis, vestido con unas hilachas, la cara muy triste. «Le harán Consejo de Guerra», decían los periódicos. Eran tres prisioneros: Trillito, de unos catorce años; Arce, ya un hombre, y Ángeles. Nos fuimos corriendo mi hermanito y yo hasta el Teatro de los Héroes; no supimos ni cómo llegarnos hasta junto al escenario, allí había un círculo de hombres, en el lado derecho una mesa, en el izquierdo otro mueble, no me acuerdo cómo era; junto a él, el agente del Ministerio Público, un abogado de nombre Victores Prieto. En la platea del lado derecho estaba Diéguez. Sentado en el círculo, Escobar. Acá, junto a las candilejas, estaban sentados los prisioneros: Ángeles en medio, Trillito junto a los focos.

Interrogó la mesa grande, dijo algo de Felipe Ángeles. Se levanta el prisionero, con las manos cruzadas por detrás. (Digo exactamente lo que más se me quedó grabado, no acordándome de palabras raras, nombres que yo no comprendí).

«Antes de todo —dijo Ángeles—, deseo dar las gracias al coronel Otero por las atenciones que ha tenido conmigo, este traje (un traje color café, que le nadaba) me lo mandó para que pudiera presentarme ante ustedes». (Se abrió de brazos para que pudieran ver que le quedaba grande). Nadie le contestó. Él siguió: «Sé que me van a matar, *quieren matarme*; éste no es un Consejo de Guerra. Para un Consejo de Guerra se necesita esto y esto, tantos generales, tantos de esto y tanto más para acá», y les contaba con los dedos, palabras difíciles que yo no me acuerdo. «No por mi culpa van a morir —dijo señalando a los otros acusados—, este chiquillo, que su único delito es que me iba a ver para que le curara una pierna, y este otro muchacho; ellos no tienen más culpa que haber estado junto conmigo en el momento que me aprehendieron. Yo andaba con Villa porque era mi amigo; al irme con él para la sierra, fue para aplacarlo, yo le discutía y le pude quitar muchas cosas de la cabeza. En una ocasión discutimos una noche entera, varias veces quiso sacar la pistola, estábamos en X rancho, nos amaneció, todos creían que yo estaba muerto al otro día».

«¿Y llama usted labor pacífica andar saqueando casas y quemando pueblos como lo hicieron en Ciudad Juárez?», dijo el hombre de las polainas, creo que era Escobar. Ángeles negó; el de las polainas, con voz gruesa, gritó: «Yo mismo los combatí».

Hablaron bastante, no recuerdo qué; lo que sí tengo presente fue cuando Ángeles les dijo que estaban reunidos sin ser un Consejo de Guerra. Yo e, yo i, yo, o, y habló de New York, de México, de Francia, del mundo como hablaba de artillería y cañones, yo creí que el nombre de sus cañones era New York, etcétera... el cordón de hombres oía, oía, oía...

Mamá se enojó, dijo: «¿No ven que dicen que Villa puede entrar de un momento a otro hasta el teatro, para librar a Ángeles? La matazón que habrá será terrible». Nos encerraron; ya no pudimos oír hablar al señor del traje café.

Ya lo habían fusilado. Fui con mamá a verlo, no estaba dentro de la caja, tenía un traje negro y unos algodones en las orejas, los ojos bien cerrados, la cara como cansada de haber estado hablando los días que duró el Consejo de Guerra —creo que fueron tres días—. Pepita Chacón estuvo platicando con mamá, no le perdí palabra. Estuvo a verlo la noche anterior, estaba cenando pollo, le dio mucho gusto cuando la vio; se conocían de años. Cuando vio el traje negro dejado en una silla, preguntó: «¿Quién mandó esto?». Alguien le dijo: «La familia Revilla». «Para qué se molestan, ellos están muy mal, a mí me pueden enterrar con éste», y lo decía lentamente tomando su café. Que cuando se despidieron, le dijo: «Oiga, Pepita, ¿y aquella señora que usted me presentó un día en su casa?». «Se murió, general, está en el cielo, allá me la saluda». Pepita aseguró a mamá que Ángeles, con una sonrisita caballerosa, contestó: «Sí, la saludaré con mucho gusto».

Todos comentaban aquel fusilamiento, dijo mamá que hasta lloraban por Pablito; ella no lo vio porque estaba en Parral. Martín se lo contó todo. Lloraba mucho y le dijo «que quería morir como su hermano Pablito, muy valiente, muy hombre».

Pablito López un día mandó fusilar a unos americanos. «No los fusile —le dijeron algunos hombres—. ¿No mira que son americanos?».

Pablito López, el joven general, riéndose como si fuera un niño al que tratan de asustar, les dijo: «Bueno, pues mientras se sabe si son peras o son manzanas, cárguenmelos a mi cuenta».

Y allí se quedaron los americanos muertos.

Un día fueron a Columbus. Pablo y Martín López idearon quemar toda la población. En el asalto salió herido. Se escondió en la sierra. Todas las gentes de Estados Unidos gritaban en su contra, lo odiaban mucho y querían verlo colgado en un árbol.

Francisco del Arco, un coronel carrancista muy elegante, arregló que unos hombres le entregaran al herido. Aparentemente el coronel Del Arco había ido a buscarlo, desafiando peligros; las gentes dicen que mentiras, que ese coronel era un elegante, pero todos felicitaron al muy hermoso.

Pablito, sostenido por una muleta y un bordón, fue traído a Chihuahua. Tenía varias heridas. Lo quisieron curar, él no se dejó; dijo: «¿Que para qué?, que ya no lo necesitaba»; él sabía que lo iban a fusilar. No lloró, no dijo palabras escogidas. No mandó cartas. La mañana de su fusilamiento pidió que le llevaran de almorzar. Al tomar su café, se fumó un cigarro. Le avisaron que lo iban a matar en el centro de la ciudad, frente al pueblo. Él se sonreía. (Así aparece en los retratos). Agarró su muleta, se colgó de ella, bajó los ojos y se miró las piernas heridas, tímidamente levantaría la cara, como preguntando: ¿qué, ya nos vamos?

Lo fusilaron frente al pueblo. (Existen muchos retratos de este acto). Como última voluntad pidió el no morir frente a un americano que estaba entre la multitud. «No quiero morir frente a ése», dijo con energía el tímido y joven general.

Las balas lo bajaron de su muleta y lo tendieron en el suelo. Sus heridas de Columbus ya no le molestaban.

Yo creo que aquel coronel Del Arco se perfumaría el bigote, apretaría su triunfo entre el tubo de sus botas de militar elegante, y seguramente se fue marcando sus pisadas y creyendo en su importancia.

Tomás Ornelas iba de Juárez a Chihuahua, y cerca de Villa Ahumada, en la Estación Laguna, el tren fue asaltado por el general Villa y su gente. Ornelas había sido hombre de su confianza. Tuvo algún tiempo el puesto de Jefe de las Armas de Ciudad Juárez, pero se la entregó a los carrancistas, robándose muchas cosas y traicionándolo. Después de esto tranquilamente se fue a vivir a El Paso.

El general siempre sabía las cosas. Fue así como supo que Ornelas en esa fecha iba en el cabús de un tren, escondido y temeroso de que lo fueran a ver. Pero al oír la voz de Villa que le decía: «Quiúbole, amigo, ¿creía que ya no nos íbamos a ver en este mundo?», se puso lívido, trató de meterse debajo del asiento y se revolvió como fiera en jaula.

—Qué bien vestido anda, mire qué buen sombrero y buena camisa traí con el dinero que se robó. Bájenlo —les dijo a sus hombres—. Cuélenle pa'bajo.

«Unas cuantas balas bien gastadas», le dijo a mamá una voz que se acercó.

La camisa gris cayó junto de la vía del tren y en medio del desierto, los ojos de mamá detienen la imagen del hombre que al ir cayendo de rodillas se abraza su camisa y regala su vida.

Cuentos para mí, que no olvidé. Mamá los tenía en su corazón.

Salvador es de la calle Segunda del Rayo, nació allí, fue de la gente de José Rodríguez. Le contó a mamá algo de Carlos Almeida, algo del combate con Tomás Rivas. (Tomasito Rivas también era de allí, de la Segunda del Rayo). Dijo que a José lo habían matado en una traición y que José para acá y José para allá, dijo muchas cosas; el caso es que José Rodríguez había nacido en Satevó, un día se volvió general villista, valiente, joven, sabía montar a caballo, conocía la sierra, estuvo en muchos combates, y en todas las peleas los hombros fuertes y anchos de José Rodríguez se abrían paso dejando enemigos caídos.

No era peleonero ni hablador. Un día su jefe de Estado Mayor lo traicionó; lo hizo para quitarle el dinero que traía en la silla de su caballo. José Rodríguez se puso muy triste —yo creo que muy enojado—, por eso se dio un balazo en el cuello; nada más que cuando se lo iba a disparar le arrebataron la pistola.

Después lo mandaron a Ciudad Juárez, allá lo iban a curar, pero no llegó vivo, en el camino unos rancheros americanos lo remataron.

Todos en Parral lloraban a José Rodríguez.

Hacía mucho sol, dos cuerpos estaban expuestos al pueblo, toda la gente los veía. «Es Pablo López —decían unos—, es Siáñez», decían otros. Nadie sabía. Aquellos dos muertos eran Manuel Baca Valles y José Rodríguez. El enemigo dijo que eran unos bandidos, por eso los puso a la vista del pueblo; pero ellos mismos no sabían que el fuerte y alto era José Rodríguez, jefe de la caballería villista, brazo derecho de Francisco Villa. Se conformaron con decir: «Son unos bandidos». Eran tontos los carrancistas, no sabían sus asuntos. Podrían haber escrito: Rodríguez, caballería villista..., jefe..., etcétera.

José Rodríguez, riéndose, les diría con voz de amistad: «De todos modos, muchachos, déjenme tomar tantito sol, aquí tirado frente al pueblo». (Pero no se lo dijo, porque José se reía de ellos).

En unas tablas los expusieron para que todo el pueblo de Ciudad Juárez los viera.

Decía su papá: «Mi José, mi hijo José, grandote era y muy fuerte; de edad veinte años, lo mataron. Cuando me trujieron la nueva, al monte me fui a llorar».

Mi tío abuelo lo conoció muy bien. «Son mentiras las que dicen del chapo —dijo mi tío—; el chapo era buen hombre de la revolución. ¡Ni lo conocían estos curros que hoy tratan de colgarle santos!». Y narra, como si fuera un cuento, que el general Tomás Urbina nació en Nieves, Durango, un día 18 de agosto del año de 1877.

Caballerango antes de la revolución, tenía pistola, lazo y caballo. La sierra, el sotol, la acordada hicieron de él un hombre como era.

Su madre, doña Refugio, se desvelaba esperándolo. Rezaba al Santo Niño de Atocha, él se lo cuidaba. Un hombre que atraviesa la sierra necesita ir armado y a veces necesitaba matar. Su panorama fue el mismo de todos. Hombres del campo, temidos de frente y muertos por la espalda.

Urbina portaba su pantalón ajustado de trapo negro, su blusa de vaquero y el sombrero grande. Pocos años en los huesos forrados de piel morena. Sabía montar potros, lazaba bestias y hombres. Tornaba sus tragos de aguardiente de uva, y se adormecía entrelazado en los cabellos negros de alguna señora (composición hecha a escondidas de mi tío).

La revolución y su amistad con Pancho hicieron de él un soldado de la revolución, al que cuidaba el Santo Niño de Atocha.

Llegó a general, porque sabía tratar hombres y tratar bestias. Llegó a general, porque sabía de balazos y sabía pensar con el corazón.

Urbina, general, fracasó ante Urbina hombre.

En esos días él estaba en el Ébano, venía para Celaya. Allá en Nieves pasaron acontecimientos familiares, al saberlos vinieron a descomponer su sonrisa de general.

Margarito, el hermano, sabía todo: *Doña María* y *el jefe* de los talabarteros de la «Brigada Morelos».

Urbina, con la estrella en el sombrero, con sus venas gordas, palpitantes bajo la piel prieta, abriendo los ojos hasta hacer gimnasia, haría un resoplido de general ante aquellas noticias. (Todo esto es una suposición inocente, nacida hoy, acá donde las gentes ignoran al Santo Niño de Atocha y al general Tomás Urbina).

Urbina le dio orden a su hermano de que llegara a Villa Ocampo y que Catarino Acosta corriera a fusilar al talabartero en la puerta de la casa de doña María. Orden que se cumplió. Lo levantó y lo metió en su casa. En el cuarto donde Urbina le tenía permanentemente levantado un altar al Santo Niño de Atocha y velas encendidas, allí mismo tenía una cama donde dormía y rezaba, Nadie entraba en aquel lugar. Doña María tendió allí al fusilado. Lo veló y le hizo su entierro.

Allá en el Ébano, Urbina lo supo y todo él se descompuso. Sus sentimientos salieron en tropel.

Tres personas lo relatan. Pasaron las fuerzas de Rodolfo Fierro rumbo a las Nieves, entre seis de la tarde y diez de la noche. ¿Qué día? ¿Qué mes? ¿Qué año? Todos iban muy apurados y hablaban en voz baja. Acabando de llegar fusilaron al chofer de Fierro, y que al tiempo que lo llevaban al camposanto les había contado que

Villa iba allí disfrazado, que quién sabe a qué iría.

El Kirilí, que estaba con Tomás Urbina en la hacienda, ha dicho que a los primeros balazos ellos comenzaron a poner colchones de lana en las puertas y que entonces a él le habían volado un dedo, seguramente el dedo donde él usaba su anillo de oro, que le quitó a un muerto. *El Kirilí* vio cuando hirieron a Urbina y oyó que dio órdenes de cesar el fuego.

Martínez Espinosa, nacido en Las Nieves y sobrino de Urbina, con la sencillez que tiene el caso, relata lo que él vio:

—Tomás Urbina Reyes tenía la muñeca de la mano izquierda seca. En el momento de los balazos lo hirieron en el brazo derecho, partiéndole completamente el antebrazo. Tenía otro balazo en el costado y, no pudiendo ya disparar, se rindió. Sus heridas no eran de gravedad. Se quedó dentro del cuarto hasta que el general Villa entró, recibéndolo Urbina con estas palabras:

—Yo nunca me esperaba esto de usted, compadre.

A lo que Villa contestó, textualmente:

—Pues ya verá las consecuencias. (Había el antecedente de que doña Refugio, la mamá de Urbina, y el general Villa, se querían entrañablemente, así que cabía la esperanza de que no pasaría nada, a pesar de ciertos tratados que según se decía Urbina tenía con los carrancistas).

Urbina, ya de pie, salió caminando al lado del general Villa y se fueron a la esquina. Allí estuvieron hable y hable. Nadie oyó nada, ni supieron lo que estaban tratando. Aquella conversación de Urbina herido y de Villa duró más de dos horas. Cuando se desprendieron de la esquina, Villa traía a Urbina del brazo y se venían riendo; se veía que estaban contentos.

Nadie se esperaba lo que pasó un minuto después.

Al llegar los compadres junto a Rodolfo Fierro, Villa le dijo:

—Ya me voy. Mi compadre se queda para curarse.

A lo que Fierro contestó, casi dando un brinco:

—Ése no fue el trato que hicimos.

Y volvió el rostro instantáneamente para ver a su caballería, que la había formado casi rodeando la hacienda y lista para disparar.

Villa siguió la mirada y el ademán de Fierro y rápidamente dijo:

—Bueno, mi compadre necesita curarse. Entonces llévelo, pero que primero se cure, porque mi compadre está malo. (Cuentan quienes vieron la escena, que si Villa defiende un poquito a Urbina, allí se habrían muerto los dos, porque toda la tropa era de Fierro; Villa no tenía un soldado, y Urbina unos cuantos que lo acompañaban en la hacienda).

Entonces Rodolfo Fierro mandó que subieran al general Urbina al automóvil, junto con un individuo a quien le decían el doctor. Con ellos subió al coche el mismo Fierro. Iban nada más cuatro personas: ellos tres y el chofer. Al llegar a Villa Ocampo, rodearon el automóvil como sesenta hombres de Urbina, todos montados y

armados y le preguntaron:

—¿Qué pasa, mi general?

—Pos que ya nos llevó... Pero desde este momento yo no doy un solo paso si no me van escoltando ustedes.

Salió el automóvil escoltado, hasta llegar a la cuesta del Berrendo, donde, por culpa misma del camino, el coche pudo dar vuelta a una curva y trepar rápidamente, dejando muy abajo a la caballería. Al estar arriba, se detuvo tantito, y por más que corrieron los montados, ya ni el polvo le vieron, porque se fue casi desbocado hasta llegar a Las Catarinas.

Allí están las tumbas, una de ellas dice: TOMÁS URBINA.

Allá en la Segunda del Rayo eran las diez de la noche, un tropel se acerca. Vienen unas sombras en pedazos y luego hechas una comitiva pasan frente a la puerta.

Llevaban tres reos. Los caballos hacían rendijas de luz sobre sus cuerpos, al abrirse las patas de los animales; sus siluetas parecían las más tristes. Estaban callados, agachados, tal vez sin deseos de saber nada. El tropel se fue alejando paso a paso y al rato se oyeron unas descargas seguidas.

Eran muy conocidos aquellos fusilamientos en la noche; hombres que llegaban de la sierra, anochecían y no amanecían. Esta vez le tocó a Herlindo Rodríguez y a dos más. Habían sido compañeros de Guillermo Baca y amigos de Abelardo Prieto. Murieron y nadie supo por qué los mató una escolta formada por hombres de la Jefatura de la Guarnición. Era jefe de las armas Maclovio Herrera.

La esposa de uno de los fusilados llegó a Parral, mandó sacar los cuerpos, los vio mucho rato, luego ordenó cajas para los tres, monumentos para los tres, y mandó que cerraran las tres tumbas con una reja de hierro.

El camposantero, Juanito Amparán, dijo que aquellos señores habían tenido suerte.

Perfecto Olivas, *el Guachi*, salió de Parral a Santa Bárbara. Adán Galindo mandaba la escolta. Se acomodaron en el tren; al *Guachi* le tocó en cualquier parte; pero el lugar fue exactamente junto al capitán Galindo.

Las gentes conversan en los trenes, se dicen confidencias, parece como si estuvieran más cerca unos de otros. No dijeron nada hasta el momento preciso en que lo tenían que decir. Adán Galindo, el capitán, habló primero. Su voz moduló estas palabras: «Oye, *Guachi*, si eres tan buen tirador, ¿a que no le pegas a aquel viejo que está allí?». Le señaló a un hombre que en aquellos momentos estaba sentado en un basurero. Por toda contestación, Olivas se echó el rifle al hombro y sobre la marcha del tren disparó; como siempre, su bala llegó.

Habló por teléfono Luis Herrera, de Santa Bárbara, y le dijo a Maclovio su hermano que le iba a mandar a Perfecto Olivas en calidad de prisionero, y para que se le juzgara severamente por varios y graves delitos.

Lo fusilaron una tarde fría, de esas tardes en que los pobres recuerdan su desamparo. Le cayó muy bien la cobija de balas que lo durmió para siempre sobre su sarape gris de águilas verdes.

Llegaron las tropas, se formaron frente al panteón. Luego, con paso lento y bien rimado, apareció el reo. Fumaba, vestía de gris y traía la forja metida hasta los ojos. Su aspecto desganado decía a las claras que no le interesaba nada de lo que pasaba.

Llegó Maclovio Herrera montado en un brioso caballo seguido de todo su Estado Mayor. Se paró frente a la gente, en lugar donde pudiera ser mejor visto y oído. Luego, zangoloteando el caballo, dijo: «Este hombre es un bandidoooo... Muere por asesinooooo... Mató a un viejito y se robó a una muchacha».

El Guachi levantó la mano, quiso hablar pero no le hicieron caso. Insistió y fue inútil. Dijo a gritos: «Un hombre que va a morir tiene derecho de hablar», pero no se lo permitieron.

Tiró con fuerza la vieja del cigarro de macuchi, ésta fue a caer sobre el cercado. Extendió su sarape, se levantó la forja, dejó descubierta su frente, parecía como si se fuera a sacar un retrato —las cámaras de los rifles le descompusieron la postura—.

Cayó pesadamente sobre su sarape gris de águilas verdes. La tropa se movió; todos volvieron la cara al bulto gris que se quedaba allí tirado, apretando contra el suelo las palabras que no le dejaron decir.

La vieja del cigarro de hoja, allí junto al cercado, se quedó tirada. «Pobrecito —dijo mamá—, ni su cigarro lo dejaron terminar».

Maclovio, con su Estado Mayor, fue bajando al pueblo por la segunda calle del Rayo. La mujer del muerto aprisionaba, llorando, los últimos centavos que el prisionero le dio; Felipa Madriles dijo que se los iba a comer de pan con sus hijos.

Martín López tenía una colección de tarjetas. En todas las esquinas se ponía a besadas, por eso lloraba y se emborrachaba. Martín López era general villista, tenía los ojos azules y el cuerpo flaco. Se metía en las cantinas, se iba por media calle, se detenía en las puertas, siempre con los retratos en la mano; adormecido de dolor recitaba una historia dorada de balas.

—Mi hermano, aquí está mi hermano, mírelo usted, señora, éste es mi hermano Pablo López, lo acaban de fusilar en Chihuahua, aquí está cuando salió de la Penitenciaría, está vendado de una pierna porque salió herido en Columbus — enseñaba la primera tarjeta temblándole la mano flaca y los ojos azules—; aquí lo tiene frente al paredón, tiene un puro en la boca, véalo, señora, sus muletas parecen quebrarse de un momento a otro. Bala tiznada, pesada como los gringos. Si mi hermano Pablito no hubiera estado herido, no lo hubieran agarrado.

Y se le salían los mocos y las lágrimas, él se limpiaba con la manga mugrosa del chaquetín verde, falto de botones. Seguía enseñando la herencia, así la llamaba él.

—Aquí lo tiene usted con el cigarro en la mano, está hablando a la tropa, mi hermano era muy hombre, ¿no lo ve cómo se ríe? Yo tengo que morir como él, él me ha enseñado cómo deben morir los villistas. En éste ya va a recibir la descarga. ¡Cuánta gente hay viendo morir a mi hermano! Mire usted, señora; mire, aquí ya está muerto. ¿Cuándo me moriré para morir como él? —decía dándose cabezazos contra las paredes—. Mi hermano terminó como los hombres, sin vender las veredas de los jefes allá en la sierra. ¡Viva Pablo López! ¿Sabe lo que hizo? —decía con voz de confidencia—. Pues pidió desayuno; ¡ay qué Pablito! —exclamaba riéndose como un niño—. ¿Sabe otra cosa? Pues mandó retirar a un gringo que estaba entre la multitud, dijo que no quería morir enfrente de un perro. ¡Pablo López! —gritaba Martín calle arriba, dando tropiezos con sus pies dormidos de alcohol—. ¡Pablo López! ¡Pablo López!

Una tarde medio nublada, mamá me dijo que ya venían los carrancistas, ya casi todos los villistas habían evacuado la plaza; de pronto apareció por la esquina un jinete medio doblado en su caballo; muy despacito siguió por la calle en dirección al mesón de Jesús; al pasar frente a la casa lo vi, sus ojos parecían dos charcos de agua sucia, no era feo, tenía la cara del hombre mecido por la suerte; casi cayéndose del caballo se perdió en el fondo de la calle. Mamá dijo: «Martín López, no vayas a caer prisionero, las bendiciones de tu madre te cuidarán».

III
EN EL FUEGO

Dijo que nunca se había visto tan desamparado como en León de los Aldamas. Una mujer del pueblo le enseñó el camino. Contó que las gentes les daban las salidas más seguras y muchos salvaron su vida.

Al *Peet*, desde que entraron al combate de Celaya ya no lo vio. Cheché Barrón le había dicho que estaba herido, le habían dado dos balazos, estaba clareado de las piernas, la bala de la espalda había sido terrible. «Seguro que no encuentras a tu hermano», le dijo Barrón.

El Ratoncito, un caballo adorable, lo acompañaba. Él era un muchachito muy malo y demasiado consentido; no sintió tristeza al saber las heridas del *Peet*; pero al verse solo, la noche de León, sí recordó la casa y a mamá; dice que no lloró; no debe haber llorado; él era malo, pero *el Ratoncito* tenía luz en los ojos, y era un compañero.

El Peet siempre fue mejor, no tenía padres, era su primo. Cuando fue al combate de Celaya, tenía diecisiete años y sólo lo hizo para cuidarlo. Él no era soldado ni quería serlo, éste fue su único combate y salió herido. El joven de los sietes, entre risas graciosas, contó a mamá que, cuando se vio sin compañeros, creyó en Dios. Ya en despoblado, entre unos árboles, se sentó a pensar; estaba tan cansado que se fue quedando dormido sin sentir.

El caballo se lo había amarrado de una mano; dijo que cuando él estaba soñando que *el Ratoncito* tenía alas y volaban juntos, oyó un grito que era la voz de Villa, que decía: «Hijo, levántate». Dice que lo oyó tan bien, que abrió los ojos en el preciso momento que Villa le volvió a decir: «Despierta, hijo, ¿dónde está tu caballo?». Riéndose, Villa, junto con los hombres que le acompañaban, vio cómo el chamaco, rápido, saltó sobre su mano derecha y señaló su caballo. Esto no lo olvida él.

Fue el único momento feliz de su vida, porque oyó la voz del general Villa. «Me recompensó Dios —decía cerrando los ojos—, oí a tata Pancho».

En la falda del cerro de La Cruz, por el lado de la Peña Pobre, está la casa de Emilio Arroyo. Villa la había hecho hospital. Allí estaban los heridos de Torreón, con las barrigas, las piernas, los brazos, clareados. Villa en esos momentos era dueño de Parral; siempre fue dueño de Parral. Tenía muchos heridos, nadie quería curarlos. Mamá habló con las monjitas del Hospital de Jesús y consiguió ir a curar a los más graves; así fueron llegando señoras y señoritas; había muchos salones llenos de heridos, los más acostados en catres que se habían avanzado de los hoteles de Torreón.

Mamá me dijo que le detuviera una bandejita, ya iba a curar. Orita le tocó un muslo; apestaba la herida; la exprimía y le salían ríos de pus; el hombre temblaba y le sudaba la frente.

Mamá dijo que hasta que no le saliera sangre no lo dejaba; salió la sangre y luego le pusieron un algodón mojado en un frasco y lo vendaron.

Vino una cabeza, una quijada, como seis piernas más, y luego un chapo que tenía un balazo en una costilla, este hombre hablaba mucho; un vientre grave de un ex general que no abría los ojos; otro clareado en las asentaderas; curó catorce, yo le detuve la bandeja. Mamá era muy conocida de la gente que sufría.

Un día oímos hablar a los heridos acerca de Luis Herrera: «Ese desgraciado que bien murió; lo tenían acostado en el hotel Iberia de Torreón, llegamos y lo envolvimos en una colchoneta y lo echamos por la ventana, se llevó un costalazo; qué risa nos dio; le dimos un balazo en el mero corazón; después lo colgamos; le pusimos un retrato de Carranza en la bragueta y un puño de billetes carrancistas en la mano. Si hubiera tenido con qué sacarle un retrato —dijo uno alto de ojos verdes—, lo habría puesto en un aparador para que lo vieran sus parientes, que viven aquí. Tenía el desgraciado la cara espavorida, como viendo al diablo. ¡Qué feo estaba!», decían tosiendo de risa.

La noticia del día era que el general le había dado una trompada a Baudelio, porque éste había fusilado a unos que no quería que matara. Cada día se comentaba algo: «Los villistas triunfan. ¿Por qué siguen en Parral y no se mueven? ¿Por qué no pueden avanzar más?».

Esa tarde todos hablaban en secreto. Fue llegando la noche, se movían las gentes con el solo pensamiento de que los carrancistas llegaban, Pancho Murguía y todos los demás. En la mañana, el general ya se había ido; quedaban los soldados que siempre salen a lo último y, eso sí, muchos heridos, a muy pocos se pudieron llevar, quedaban los más graves.

Mamá en persona habló con el Presidente Municipal y pidió, suplicó, imploró; si estas palabras no son bastantes para dar una idea, diré que mamá, llorando por la suerte que les esperaba a los heridos, anduvo personalmente hasta pagando gente para que le ayudaran a salvar a aquellos hombres trasladándolos al Hospital de Jesús, de las monjitas de Parral. El Presidente le dijo a mamá que se metía a salvar unos

bandidos, ella dijo que no sabía quiénes eran. «En este momento no son ni hombres», contestó mamá. Al fin le dieron unas carretillas y se pudieron llevar a los heridos al hospital; en tres horas se hizo el trabajo. Mamá se fue muy cansada a la casa.

Llegaron los carrancistas como al mediodía; luego, luego, comenzaron a entregar gente. A los heridos los sacaron del hospital, furiosos de no haberlos encontrado en la casa de Emilio Arroyo. Con las monjitas no podían matarlos así nomás y los llevaron a la estación, los metieron en un carro de ésos como para caballos, hechos bola; estaban algunos de ellos muy graves. Yo vi cuando un oficial alto, de ojos azules, subió al carro y dijo: «Aquí está el hermano del general —quién sabe cómo lo nombró—, aquí entre éstos», y les daba patadas a los que estaban a la entrada; otros nada más les daban aventones; otros, para poder caminar por en medio de los heridos que estaban tirados, los hacían a un lado con los pies, casi siempre con bastante desprecio.

Decían que aquellos hombres eran unos bandidos; nosotros sabíamos que eran hombres del norte, valientes que no podían moverse porque sus heridas no los dejaban. Yo sentía un orgullo muy adentro porque mamá había salvado a aquellos hombres. Cuando los veía tomar agua que yo les llevaba, me sentía feliz de poder ser útil en algo. Mamá le preguntó al oficial qué iban a hacer con aquellos hombres. «Los quemaremos con chapopote al salir de aquí, y volaremos el carro» —dijo chocantemente el oficial.

Mamá tuvo que ir a la estación, ellos querían saber por qué los había llevado al hospital. Mamá contestó lo de siempre: «Eran heridos, estaban graves y necesitaban cuidados». Contestó que no conocía a nadie, ni al general —sabían que ella estaba mintiendo y la dejaron—.

Los heridos se estuvieron muriendo de hambre y de falta de curaciones. Casi no dejaban ni que se les diera agua. Todas las noches pasaba una linternita y un grupo de hombres que cargaban un muerto por toda la calle se iban; la luz de la linterna hacía un movimiento rítmico de piernas. Silencio, mugre y hambre. Un herido villista, que pasaba meciéndose en la luz de una linterna, que se alargaba y se encogía. Los hombres que los llevaban allí los dejaban tirados afuera del camposanto.

Habían sitiado Parral. Villa defendía la plaza. Regados en los cerros, los soldados resistían el ataque. Los rumores: «Matan. Saquean. Se roban las mujeres. Queman las casas...» El pueblo ayudaba a Villa. Le mandaba cajones de pan a los cerros, café, ropas, vendas, parque, pistolas, rifles de todas marcas. Las gentes con su vida querían evitar que entraran los bandidos.

El ataque se hizo fuerte del lado del camposanto, del Cerro de la Mesa y del Cerro Blanco. Venían del valle de Allende, pueblo que dejaron destrozado. Una tarde bajaron por la calle Segunda del Rayo unos hombres guerreros; eran Villa y sus muchachos. Vestían traje amarillo. Traían la Cara renegrada por la pólvora. Se detuvieron frente a la casa de don Vicente Zepeda; salió Carolina con un rifle (con el que ella tiraba los 16 de septiembre). Se lo entregó a Villa, él se tocó el sombrero. El rifle quedó colgado en la cabeza de la silla, y la comitiva siguió adelante.

A las diez de la noche la balacera fue más fuerte. Pasaron parvadas de villistas gritando: «¡Viva Villa!» Otro rato largo, los enemigos entraban. Parecía que la calle fuera a explotar. Por las banquetas pasaban a caballo, tirando balazos, gritando. Comenzó el saqueo. Mamá contaba que, al oír los culatazos de los rifles pegando en las puertas, les gritó que no tiraran, que ya iba a abrir. Decía que había sentido bastante miedo.

Entraron unos hombres altos, con los tres días de combate pintados en su cara y llevando el rifle en la mano. Ella corrió desesperada a donde estaba Gloriecita, que tenía tres meses. Al verla con su muchachita abrazada, se la quitaron besándola, haciéndole cariños; se quedaron encantados al verla, decían que parecía borlita. Se la pasaban con una mano y la besaban. Los ojitos azules de Gloriecita estaban abiertos y no lloraba. Se le cayó la gorrita, los pañales, quedándose en corpiño, pero parecía que estaba encantada en las manos de aquellos hombres.

Mamá esperó. Uno de ellos, llamado Chon Villescás, levantó una mantilla, se la puso a la niña, y se la entregó. Se fueron saliendo de la casa. Muy contentos se despidieron. Dieron la contra seña para que otros no vinieran a molestar. Iban gritando que muriera Villa y tirando balazos para el cielo.

Lo aprehendieron con mucho misterio. Mamá se fue a hablar con el Jefe de las Armas, que estaba furioso, tan alto y colorado, tenía cara de luna llena. Gritaba con toda su alma, echaba fuego por los ojos, se paseaba de un lado a otro y nada más decía: «Fusílenlos luego, luego; fusílenlos luego luego», y firmaba.

Estaba mandando matar a muchos, muchos, muchos, muchísimos. Mamá se quedó tan asustada que se fue corriendo hasta la estación para hablar con Catarino.

En esos días se habían reconcentrado las tropas en Parral, más bien en la estación era donde estaba la mayor parte de la gente. Aquello era un hormiguero. Mamá buscaba el carro de Catarino; en pedazos se ponía a correr. «Virgen del Socorro, cuidame a mi hijo», decía sudándole la frente.

—¿Me podía decir dónde está el carro de Catarino Acorta? —preguntó ansiosa a un hombre que tenía estrellas en el sombrero.

Él no dijo nada; señaló unos carros que estaban como quien va para el tinaco. Mamá echó a correr, pero ya los habían removido. Luego otros hombres dijeron que estaba entre los carros que iban a salir ya. «Me voy al cuartel general, porque me fusilan a mi hijo. Virgen del Socorro, mi hijo», decía mamá hablando con ella misma.

Corrió en dirección a la sala de espera, que era por donde se podía salir; había tanta gente a caballo, todos con las armas en la mano. Yo iba detrás de ella y a veces podía trotar a su lado, ella no me agarró ni una sola vez de la mano, a veces me agarraba de su falda; pero ella, en su nerviosidad, me aventaba la mano, parecía que yo le atrasaba el paso y ni siquiera volteaba a verme.

Al llegar al patio frente de la sala y tratar de atravesar, un hombre alto, de grandes mitasas, se paseaba gritando mucho. Echándole a un hombre de a caballo que parecía general, estaba rodeado de un Estado Mayor. El de las mitasas altas era el más enojado y también tenía a su lado muchos hombres con los rifles en la mano, que nada más lo oían. No recuerdo exactamente la palabra que dijo, pero instantáneamente los de a caballo sacaron sus pistolas y las devolvieron como diciendo: «No pudimos madrugarles». Los de a pie bajaron sus rifles al suelo; jamás he podido olvidar el sonido que hicieron los rifles al prepararse, la rapidez y las caras temibles de los de a pie, hechas decisión, la expresión de los montados tratando de tirar primero.

Ya estaba mamá hablando con el jefe de las Armas. «Un telegrama al general, ¿lo pongo en el acto?». «¿Cómo sabe usted dónde está Villa?», dijo. «Nadie lo sabe, ni nosotros que somos villistas».

Mamá no lloraba ni había preguntado por qué tenían a mi hermanito. «Su hijo sabe dónde está. Perfecto Ruacho; nosotros necesitamos encontrar a Perfecto Ruacho; su hijo lo ayudó para escaparse. Sí, señora, y lo fue a encaminar hasta. Las Ánimas.»

Mamá pidió ver a su hijo y se puso a platicar con él. Había unas lonas bastante sucias tiradas, que formaban una torre de mugre; allí se puso a hablarle, y cada vez que salía una escolta llevando hombres para fusilar, mamá tapaba con las lonas a su

hijo y se quedaba ingrávida, como haciendo un esfuerzo para contener sus lágrimas. Aquello era un reborujo; entraban y salían, gritaban, hacían, discutían y siempre lo mismo: «Fusílenlos, fusílenlos...»

Mientras Mamá estuvo allí junto de las lonas vimos salir montones de hombres. En eso entró el chapo Marcelino y se escandalizó de ver a Mamá allí. Formó una gritería en preguntas y se metió en el acto a hablar con el jefe. Salió con un papel en la mano y se lo enseñó a mamá y le dijo: «Está seguro, yo mismo lo voy a llevar.»

Entonces fue cuando mamá se puso la mano en los ojos, me buscó con la otra mano y así salió jalándome, yo no sabía nada y no perdía de vista al chapo y a mi hermano. En la calle mamá se limpió los ojos y me dijo con una voz muy dulce: «Ya no van a matar a tu hermano, vamos al templo». Entramos con la Virgen de la Soledad, una iglesia que está en San Juan de Dios.

Ya íbamos casi frente a la *Sonora News*, por la calle de Mercaderes, cuando oímos la marcha de una escolta. Mamá se detuvo para ver a los que llevaban, y 4, 8 y 4, 12, decía mamá ansiosa, 28. «¿Cómo es posible?, pobrecitos muchachos».

—Es el de las mitasas altas, el hombre de la estación allí va adelante —dije con un chillido maravilloso y apuntando exactamente con el índice.

—Si, hija; sí hija —decía Mamá sosegando mis nervios infantiles—. Ya sabía yo que los iban a matar —decía mamá hablando con ella misma, parada en la banqueta —, puros hombres de Durango están muriendo. Paisanos de nosotros.

No quiso ir por las mismas calles por donde llevaban a los paisanos y torcimos por el puente de San Nicolás, pasando por frente al Hospital de Jesús.

Llegamos a la casa, el chapo Marcelino ya había estado allí y se había llevado unas cobijas y unos cojines para mi hermano. Mamá tomó café con aguardiente y corrió a la cárcel. En la noche dijo que apenas había dormido; amaneciendo se fue a la cárcel. «Me parecía que ya no lo encontraba», decía con lágrimas en los ojos.

A los dos días hizo una bolsa de dinero, una reliquia grande, y se fue, para embarcar a su hijo. Volvió sola.

Una vez él volvió. Vino a México con la misma cara que se llevó, exactamente la misma expresión. No dijo nada acerca de mamá. Se puso a mover una baraja que traía en la mano. El siete de espadas, el siete de oros, su obsesión. Ahora, ¿dónde está?

«Nosotros nos hicimos carrancistas esta mañana», dijo Manuel. *El Siete* le contestó que por qué al llegar la gente había gritado todavía en la calle de San Francisco que viviera Villa. «No sé», contestó el capitán Gándara.

Al mediodía llegó el joven soldado, traía la cara más aventurera que nunca; el aspecto de los que comienzan a volverse traviesos y malos. Acababa de llegar de Chihuahua. Manuel tenía unas horas de estar en Parral, estaba parado en medio de un cuarto lleno de luz. *El Siete*, con su cara ancha, tranquila, haciendo una sonrisita sin miedo, que luego era fría, se metió en otro cuarto, se levantó el saco y gritó: «Mira lo que les vamos a llevar a la sierra». Traía forrado el cuerpo de cartucheras, estaba agresivo. Comieron juntos. El muchacho nomás estaba tanteando, no se quitó ni un momento las cartucheras. Traía una pistola que le llegaba hasta las rodillas. Dijo que se la había regalado José Rodríguez. «¿Sabes que le caí gracioso porque me vio que dos veces me tiraron la bandera de la mano, el otro día? Yo iba a agarrarla de nuevo, pero tata Pancho no me dejó».

Hablaba a Manuel con voz descarada y le trataba de incrustar las palabras en el pecho, como si fueran plomo. Manuel jugaba con una tira de papel (siempre hacía barquitos después de comer). «Tenemos mucho parque, ríos de cartuchos para almorzarnoslos a ustedes», le dijo sin haberse quitado el sombrero ni la mano de la cintura.

Demostraba grandes deseos de almorzarse a Manuel. Pero en eso llegó un hombre de cara tostada, se detuvo enfrente, montado en un caballo; no dijo palabra. *El Siete* sacó al suyo ensillado. «Nos vemos o nos tenemos que ver», algo así habló al salir. Manuel se vistió de civil. «Va a venir aquél, le dan mi rifle y mi pistola», dijo desde la puerta, echándole una mirada al barquito de papel caído debajo de la mesa.

En la guerra, los jóvenes no perdonan; tiran a matar y casi siempre hacen blanco. Manuel se rindió sin alardes, su barco de papel también se cayó.

Samuel Tamayo le tenía mucha vergüenza a la gente. No lo hacían comer delante de nadie. Cuando hablaba, se ponía encendido, bajaba los ojos y se miraba los pies y las manos. No hablaba. Cuenta Betita que siempre se iba a comer a la cocina. El general Villa no lograba hacer que se le quitara la timidez.

—Entre hombres no es así —le decía el general a Betita—; si lo vieras, hijita, pelea como un verdadero soldado. Yo quiero tanto a Samuel; cuando andábamos en la sierra, cuando cruzamos, Mapimí, muertos de hambre y de sed, este muchacho, hijita, tan vergonzoso como tú lo miras, venía y me daba pedacitos de tortilla dura que me guardaba en los tientos de su silla. Me cuidaba como si fuera yo su padre. Mucho quiero a Samuel. Por eso te lo encargo.

Un día Samuel, aquel muchacho tímido, se quedó dormido dentro de un automóvil; Villa y Trillo también se quedaron allí, dormidos para siempre. Cosidos a balazos. Samuel iba en el asiento de atrás, ni siquiera cambió de postura. El rifle entre las piernas, el cigarro en la mano, sólo ladeó la cabeza.

Yo creo que a él le dio mucho gusto morir, ya no volvería a tener vergüenza. No sufriría más frente a la gente. Abrazó las balas y las retuvo. Así lo hubiera hecho con una novia. El cigarro siguió encendido entre sus dedos vacíos de vida.

José Borrego era del distrito del Indé. De por ahí de Cerro Gordo. «¡Qué hombre! ¡Qué valiente!», exclama Salvador Barreno, seguro de lo que dice.

—En mi larga vida de soldado entre los villistas, donde se miraban hombres verdaderos y valientes, no vi cosa igual. José Borrego sabía pelear él solo. ¡Ah, qué bárbaro era! Él enseñó a muchos las mañas de la guerra, entre los hombres de a caballo y de a pie. Nos decía: «No saquen la cabeza, muchachos; no se buygan y tiren a la cabeza de los changos. Son las mejores balas. No se duerman, no se cansen; no ven que todo es querer y las cosas suceden. Siempre un hombre puede pelear con muchos, pero acuérdense, a la cabeza hay que tirar».

«¿No miraron cómo me agarré, en las cuevas, con *el Cagarruta* y sus hombres? ¿Me hicieron algo? ¿Por qué? Pos porque yo tiro a la cabeza. Sigo a mis ojos hasta ver el polvito. No me buygo cuando estoy cazando».

Aquel guerrero de la sierra se cansó de dar consejos. Cuenta Salvador que un día le llegó una bala de ésas que rompen las técnicas mejores y entonces José, aquel José admirado y querido, no se movió y siguió a sus ojos —como él decía—, nada más que el polvito le cubrió la cara en esta ocasión, ya no lo pudo ver.

La Virgen del Rayo se estremeció de dolor, las estrellas de su enagua, a casi se desprendieron. Brilló tanto aquel momento, que por eso se ha quedado en la mente de todos.

Julio nos dijo, cuentan sus compañeros:

—Ai donde ven yo no quiero pelear. No por miedo. Miedo no tengo. La guerra, entre nosotros es lo que me da tristeza. ¡Por vida de Dios, mejor quisiera ser chiquito! —exclamó riendo.

Julio Reyes siempre se reía. Era un joven del color del trigo. Sus ojos cafés eran amables, parecían de un hombre bueno. Cuando pasaba por enfrente, platicaba con mamá; allá toda la gente platica y se conoce. «Julio —le decía mamá—, ahí vienen los villistas, córrele, córrele».

Los hombres que estaban arriba de la iglesia del Rayo ya se habían parapetado en espera del enemigo. Los enemigos eran: los primos, los hermanos y amigos. Unos gritaban que viviera un general, y otros decían que viviera el contrario; por eso eran enemigos y se mataban.

Julio creía en la Virgen del Rayo; por eso ella oyó su deseo. «Mejor quisiera volverme chiquito», había dicho él.

Bajaron para comprar cigarros y pan; entre ellos iba Julio; sus rizos rubios despeinados le daban el aspecto de un niño que juega con la tierra en el mero sol.

El combate estaba fuerte, tuvieron que ir agazapándose en las esquinas, parecían papeles que se llevaba el viento. Al volver a la iglesia todos entraron corriendo, Julio fue el último. Apenas pudo llegar; ya iba herido. Se recargó en la puerta por dentro. Cuando lo buscaron, el milagro se había hecho. Julio estaba quemado. Su cuerpo se volvió chiquito. Ahora era ya otra vez un niño.

Él se lo había pedido a la Virgen. Ella le mandó una estrella de las de su vestido. La estrella lo abrazó.

Lo enterraron en una caja chiquita. Los hombres que lo llevaron al camposanto lo iban meciendo al ritmo de sus pasos.

LAS SANDÍAS

Mamá dijo que aquel día empezó el sol a quemar desde temprana hora. Ella iba para Juárez. Los soles del Norte son fuertes, lo dicen las caras curtidas y quebradas de sus hombres. Una columna de jinetes avanzaba por aquellos llanos. Entre Chihuahua y Juárez no había agua; ellos tenían sed, se fueron acercando a la vía.

El tren que viene de México a Juárez carga sandías en Santa Rosalía; el general Villa lo supo y se lo dijo a sus hombres; iban a detenerlo; tenían sed, necesitaban las sandías. Así fue como llegaron hasta la vía y, al grito de «¡Viva Villa!», detuvieron los convoyes. Villa les gritó a sus muchachos: «Bajen hasta la última sandilla, y que se vaya el tren». Todo el pasaje se quedó sorprendido al saber que aquellos hombres no querían otra cosa.

La marcha siguió, yo creo que la cola del tren, con sus pequeños balanceos se hizo un punto en el desierto. Los villistas se quedarían muy contentos, cada uno abrazaba su sandía.

Allá en la calle Segunda, Severo me relata, entre risas, su tragedia:

—Pues verás, Nellie, cómo por causa del general Villa me convertí en panadero. Estábamos otros muchachos y yo platicando en la puerta de la casa de uno de ellos. Hacía unos momentos que el fuego había cesado. Los villistas estaban dentro de la plaza. De repente vimos que se paró un hombre a caballo frente de la puerta, luego nos saludó diciendo: «¿Quihúbole muchachos, aquí es panadería?». Nosotros le contestamos el saludo y le conocimos la voz; al abrir la hoja de la puerta, le dio un rayo de luz sobre la cara y vimos que efectivamente era el general Villa. Estaba enteramente solo en toda la calle del Ojito. Nosotros, que sabíamos que ya no era panadería, no le pudimos decir que no era, porque no pudimos; todo en aquellos momentos era sospechoso. Lo único que había de panadería era el rótulo. Los otros muchachos eran músicos como yo, y sastres. Muy contentos le contestamos que sí, que en qué podíamos servirle. «¿Qué necesitan para hacerme un poco de pan para mis muchachos?»

—Harina y dulce, general.

—Bueno, pues voy a mandársela —dijo desapareciendo al galope.

Nosotros nos quedamos muy apurados. Ahora, ¿qué hacemos? nos decíamos yendo de un lado para otro. ¿Qué hacemos? Pues vamos a llamar a Chema; siquiera él sabe hacer rayadas y entre todos haremos aunque sea rayadas para el general —les dije yo muerto de risa y de miedo.

Trajeron la harina y el dulce. Chema llegó corriendo. Prendimos los hornos abandonados. Nos remangamos y ahí estamos haciéndola de panaderos.

Salieron las primeras rayadas; las habíamos hecho de a medio kilo, las empacamos en unos costales y les dije: «Bueno, vayan al cuartel y llévenselas al general para ver si le gustan como están saliendo.»

Dicen que cuando el general vio los costales se puso contento y agarró una rayada, la olió, y riéndose se la metió en el hueco de la mitaca y dijo: «¡Qué buenas rayadas!, síganlas haciendo así.»

Nunca supo el general que nosotros no éramos panaderos, todos nos sentimos contentos de haberle sido útiles en algo.

Metálica y desparramada. Sus gritos fuertes, claros, a veces parejos y vibrantes. Su voz se podía oír a gran distancia, sus pulmones parecían de acero. Severo me lo dice:

Fue en San Alberto, junto a Parral. Severo había salido en los momentos del combate para ir a ver a su novia; pero como él era civil podían tomarlo por espía; eso lo pensó hasta que llegó a San Alberto, lugar a donde estaba el general Villa acompañado de unos quinientos hombres. Severo se fue a la casa de su novia; para evitar sospechas le dijeron que se pusiera a partir leña en el patio de la casa. Villa se dio cuenta de que aquel joven no era de allí. Lo estuvo viendo, y luego paso a paso se acercó y le dijo: «Oye, hijo, ¿qué dejaste de nuevo en Parral? Tú acabas de llegar». Severo, bastante sorprendido, le contestó rápido: «Sí, general, vengo de Parral y dejé a los villistas agarrados en las zanjas. Yo pasé como pude, y con bastante trabajo, porque el tiroteo era muy fuerte y los muchachos estaban muy apurados».

Los soldados de Villa tenían la orden dada por el general de no acercarse para nada a las puertas de las casas, ni tan siquiera a pedir agua. Casi todos estaban tendidos a lo largo en un cercado, en los llanos próximos, ya habían puesto sus lumbres y charrascaban carne.

Villa, al oír lo que le dijo Severo, instantáneamente le pegó un grito a sus hombres. Un grito de aquellos que él usaba para los combates: vibrantes, claros, que estremecían: «Hay que irnos a auxiliar a los muchachos, están apurados, los changos están sobre ellos. Vámonos».

Dice Severo que aquel hervidero de gente, al oír la voz de su jefe, se paró como un solo hombre, dejando todo abandonado, sin probar bocado; que corrieron derechos a sus caballos, y que en un abrir y cerrar de ojos ya nada más habían dejado la polvareda.

—Los villistas eran un solo hombre. La voz de Villa sabía unir a los pueblos. Un solo grito era bastante para formar su caballería —así dijo Severo, reteniendo en sus oídos la voz del general Villa.

Fue allí, en el cuartel de Jesús, en la primera calle del Rayo. Lo vio mi tío; él se lo contó a Mamá y lo cuenta cada vez que quiere:

—Aquella vez reunió a todos los hombres de Pilar de Conchos. Éstos se habían venido a esconder a Parral. Los concheños estaban temerosos y se miraban como despidiéndose de la vida. Los formaron en el zaguán del cuartel. Entró Villa y, encarándose con ellos, les dijo: «¿Qué les ha hecho Pancho Villa a los concheños para que anden juyéndole? ¿Por qué le corren a Pancho Villa? ¿Por qué le hacen la guerra, si él nunca los ha atacado? ¿Qué temen de él? Aquí está Pancho Villa, acúsenme, pueden hacerlo, pues los juzgo hombres, los concheños son hombres completos».

Nadie se atrevió a hablar. «Digan, muchachos, hablen», les decía Villa. Uno de ellos dijo que le habían dicho que el general venía muy diferente ahora. Que ya no era como antes. Que estaba cambiado con ellos. Villa contestó: «Conchos, no tienen por qué temerle a Villa, allí nunca me han hecho nada, por eso les doy esta oportunidad; vuélvanse a sus tierras, trabajen tranquilos. Ustedes son hombres que labran la tierra y son respetados por mí. Jamás le he hecho nada a Conchos, porque sé que allí se trabaja. Váyanse, no vuelvan a echarle balazos a Villa ni le tengan miedo, aunque les digan lo que sea. Pancho Villa respeta a los concheños porque son hombres y porque son labradores de la tierra.»

Todos quedaron azorados, pues no esperaban aquellas palabras. A Villa se le salieron las lágrimas y salió bajándose la forja hasta los ojos. Los concheños nada más se miraban sin salir de su asombro. Yo sé que mi tío también se admiró, por eso no olvida las palabras del general, y tampoco se olvida de las lágrimas.

Pepita Chacón, entre risas amables, recordó que en su casa cayó una vez nada menos que el general Villa, cuando un grupo de jóvenes estaba allí comiendo. Eran los elegantes del pueblo, sus piernas cruzadas por debajo de la mesa se mecerían rítmicamente, y sus barrigas infladas se entregarían a los horrores digestivos. Nadie supo cuándo ni cómo apareció ante ellos el general; cuando lo vieron ya estaba allí. «Buenas, muchachitos —dijo sonriendo y acercándose a ellos—. ¿Conque comiendo, eh?, miren nomás, muchísimos hermanos de raza ya quisieran tener una gorda de la quebrada, y ustedes, hasta vino tornan y chupan sus buenos cigarritos». Cuentan que nadie le contestó y que había algunos que se pusieron pálidos pálidos. Estaban como piedras; un solo movimiento —pensaban ellos— les hubiera costado la vida. El general buscó una silla y se sentó. Luego se echó atrás y se recargó en la pared.

«¿Cuántos de ustedes se tendrán que morir?» —les dijo fijando en todos sus miradas y buscando entre sus ropas algo. Al fin sacó un cigarro de macuchi, se puso a torcerlo. «Miren nomás —les dijo sin mirarlos—; cuando Huerta el pelón me tuvo encerrado en México, me enseñé a chupar. Yo no era vicioso, pero ya ahora me chupo mis cigarritos», y sin preocuparse seguía tuerce y tuerce su cigarro. De pronto, se les quedó mirando uno a uno y les dijo:

«¿Cuántos de ustedes les habrán echado balazos a mis muchachos? Porque todos ustedes han sido de la Defensa Social, yo lo sé». Lentamente volvió a bajar los ojos a su cigarro.

Hasta ese momento, ninguno de los elegantes, los curritos, como él les decía, había dicho media palabra. Luego, levantando la voz, les dijo: «Los Terrazas no me han querido, quisieran que yo me muriera; pero yo no me muero. Muy por el contrario, me levanto temprano, y ya cuando mis muchachitos tocan diana, yo ando viendo a ver cómo andan y qué les falta. Me bebo mi tacita de atole y mis gorditas. ¡Qué me voy a morir!», exclamó con alegría. Y al mismo momento que encendía su cigarro, se quedó mirando a uno de aquellos hombres. Lentamente le dijo: «Oiga, amigo, ¿usted es aquel que me enseñó un sombrero en la tienda de Guillermo Baca, allá en Parral? —el aludido apenas meneó la cabeza diciendo que sí—. ¿Se acuerda que su patrón no me lo quería enseñar? No creía que yo me lo mercaba. Ese sombrero lo perdí en un agarrón que me di con los de la Acordada. Los malditos rurales, que no me querían, al igual que los curros, pos cuándo me van a poder ver, nomás pueden y me echan balazos. El día que mis muchachos les jurten a las hermanas, entonces sí van a querer a los villistas; pero a mis muchachitos no les gustan las curras», dijo levantándose muy despacio y poco a poco, avanzando en dirección al zagúan, y a la vez que sonriendo, les decía:

—Bueno; pues ya los saludé, ya hablamos, ya nos veremos otra vez. Y cuiden de no andar noche en la calle, porque yo no respondo. —Luego le dijo a Pepita que apagara las luces del corredor y del zagúan para poder salir.

Apenas se fue, y todos adquirieron sus movimientos.

—Hombre, qué buen susto nos ha dado —se decían—, yo creía que buscaba a uno de nosotros, decía alguno. Yo ni lo hubiera imaginado —exclamaba otro. Quién iba a decir que de pronto aparecería aquí. Y así, las voces se sucedían, casi danzaban. Uno de ellos preguntó: «Bueno, oye, ¿y eso del sombrero? Cuéntanos, hombre; ¿qué pasó?» El aludido fue narrando:

—Era el invierno de 1904, entró a la tienda uno de tantos rancheros; se paró frente al mostrador y se quedó mirando un sombrero que estaba colgado acá dentro en lo alto. Después de verlo un buen rato, se dirigió a don Guillermo, que escribía muy entretenido detrás del mostrador, y le dijo: «Quiero que me enseñe ese sombrero». Don Guillermo, sin moverse, le dijo: «No tienes con qué comprarlo», y siguió escribiendo en su máquina sin hacerle caso. El hombre aquel se quedó pensativo un momento y luego le dijo: «Oiga, quiero medirme ese sombrero». Yo, que estaba más cerca del sombrero, se lo descolgué y se lo enseñé. Se lo midió, le quedó muy bien, parecía hecho a su medida. Luego me miró, recuerdo muy bien sus ojos, y dándome dos pesos a cuenta, me dijo que se lo apartara. Días después vino y se lo llevó.

—Qué buena memoria tiene, cómo te reconoció —dijeron los jóvenes elegantes que habían escuchado el relato.

Estos elegantes de panzas infladas y cachetes colgando no olvidan el susto que les dio aquel hombre de guerra.

«Un sombrero fusilado por los rurales es a veces de más interés que las vidas de algunos hombres», dijo Pepita a Mamá, riéndose de los jóvenes elegantes.

Isaías Álvarez dice: Una vez dejó el general a unos de los muchachos de vigías en un punto a orillas de la sierra, mientras él iba a sacar dinero a las Cuevas; al volver, don Carmen Delgado le dijo: «Deje que primero llegue yo solo, mi general, por cualquier cosa que pueda pasar». De este modo se adelantó y llegó hasta el lugar donde se habían quedado los que estaban esperando. Poco a poco fue acercando su caballo y que al llegar se paró frente a la puerta. Estos hombres, seguro destanteados de no ver al general, preguntaron «¿Y el general?» Don Carmen les contestó: «Ai viene atrasito».

Don Carmen contaba que él había observado movimientos raros en aquellos muchachos, y que de pronto sólo se le ocurrió decirles: «Regálenme un jarrito de agua». Al traérsela, el mismo que hacía de jefe y otros dos salieron haciéndose los tontos, y que al ir a tomar el agua lo trataron de tumbar del caballo agarrándose uno de ellos a las bridas de éste. Rápidamente don Carmen les echó la bestia encima y en el mismo momento salieron disparos de dentro de la casa, hiriendo a Delgado y matando a los dos muchachos que lo acompañaban.

Al parar de manos el caballo, don Carmen le dio la vuelta y corrió por el desierto, frente a los que habían preparado la emboscada para matar al general. Le estuvieron haciendo fuego, pero como el caballo era muy bueno, lo llevó haciendo culebrilla hasta desaparecer. Los muchachos que habían quedado allí muertos llevaban en las cantinas algún dinero en oro. Don Carmen traía en las suyas como cien mil pesos en billetes dólares.

Al llegar ante su jefe, lo informó de lo que había pasado y sólo le dijo el general: «¿Pues cómo se las olió usted, don Carmen?».

Pablo Siáñez tenía todos los dientes de oro —se los había tumbado de un balazo Margarito Ortiz—. A Margarito Ortiz le decían *el Chueco*; lo fusilaron en Torreón; por cierto que ya en el paredón pidió que le concedieran darle una fumada a un cigarro que le prestaron; luego, lleno de risa, se puso frente al pelotón diciéndoles: «No quería morir sin antes darle una chupada a un cigarro, nosotros ni cigarros traemos».

Pablito Siáñez había nacido en Cerro Gordo, Durango. Cuentan los que lo trataron que fue un hombre muy valiente. Un día, a la salida del sol, lo ejecutó personalmente el general Villa. Los que vieron la escena dicen que se fue resbalando del caballo para no levantarse más. ¿Por qué lo mataron? Aseguran que se disgustó con el general Villa, que se manoteó con él y que Pablo insultó al general, se hicieron de palabras y, en la discusión, sacaron las pistolas; la más rápida, como hasta entonces —de otro modo no hubiera sido el jefe—, fue la del general Villa.

Pablo Mares murió maromeando su rifle de caballería. Cuentan que detrás de una peña grande, un día que hacía mucho sol.

Su cara era dorada, su frente bien hecha, sus ojos claros, nariz recta y manos cuadradas. Hermoso ejemplar. Sus hijos le habrían agradecido la herencia. Los niños feos y enclenques, pobrecitos, y sus padres también. Los Pablos habrían dado hijos sanos y bien parecidos.

Yo creo que Pablo Mares dejó de maromear su rifle y el cuerpo fuerte, el regalo que hacía a la revolución, cayó poco a poco, resbalándose sobre su lado izquierdo; las manos se fueron acostando sobre la peña y se quedaron quietas junto a la tierra, sus ojos claros no se cerraron. Su cara roja se fue muriendo poco a poco. Sus anchas espaldas reposaron ya tranquilas. Toda la sangre, que corría hecha hilos rojos hervidos sobre la roca, pedía perdón por no haber dado hijos fuertes.

Pablo Mares era de nuestra tierra (jamás imaginó que yo le hiciera este verso sin ritmo). Conozco su retrato y sé su cara de memoria. Me tuvo en sus brazos, yo era chiquita; dijo Mamá que me durmió y me cantó. «Fue como un hermano mío, a todos mis hijos los quería como si fueran suyos», afirmó mamá guardando el retrato de Pablo Mares.

Yo creo que sus brazos se durmieron junto con el rifle después de un canto de balas.

Cuentan que es verdad que se aparecen en la calle...

Estos hombres estaban conformes con su suerte. Su alegría nadie, ni las balas, logró desbaratarla. Ni los desengaños de u amor, ni la muerte han podido alejarlos de una calle a donde vienen en las noches.

—Oye, Gándara —decían las chicas bonitas y risueñas—, y Rafael Galán ¿cómo murió?

Gándara contestaba: «Pues sin darse cuenta. Rafael era así, no se daba cuenta. Era romántico Rafael Galán. Todavía no habíamos llegado a Santa Bárbara, donde fuimos a pelear, cuando cayó con una herida en la frente.» Y luego agregaba como final a su relato: «Estaba tan cansado, su corazón ya no era suyo, lo había dejado aquí en esta calle.»

Las muchachas parecía que se entristecían un poquito. «Pobrecito de Rafael», decían, viéndose unas a las otras.

—No era pobrecito, ¡cómo lo iba a ser! Si lo enterramos muy bien —dijo Gándara, y luego empezó la narración exacta del día que tuvo su capitán Galán.

—Una de las avanzadas enemigas, al vernos ir, nos mandó de saludo un balazo. Rafael, era tan fino y amable, lo recibió en la cabeza y se nos murió luego luego.

—¡Fue tan guapo! —aseguraba la voz de una joven de cabellos rubios.

—Si —dijo el capitán Gándara—; así decían que era; por eso todas las muchachas se enamoraban de él, y a eso se debe que le hiciéramos un entierro tan bonito. Le cruzamos las manos, su cara le quedó más pálida, su pequeño bigote negro, su barba cerrada, su cabello quebrado, su nariz, todo él, estaba mejor de como había sido en vida.

Las jóvenes lloraban. El capitán Gándara siguió narrando:

—Escogimos un campo donde había muchas flores, cavamos la sepultura, lo enredamos en sus cobijas, lo bajamos con cuidado; se nos salieron las lágrimas cuando echamos la tierra.

Las jóvenes sollozaban.

—Cada uno de sus amigos, éramos muchos, le pusimos un ramo de flores sobre su tumba y seguimos hasta Santa Bárbara, tomamos la plaza y murieron otros. Dejamos una guarnición nuestra, y aquí estamos de vuelta. Muy chula muerte tuvo Galán —dijo para finalizar su narración.

«Mataron al *Taralatas*; pobrecita de su mamá —seguían diciendo—. Pero ¿cuál era?»

—Aquel alto, medio colorado, que cuando se emborrachaba casi hacía hablar a su caballo frente a las muchachas.

—Sí, hombre, cómo no; siempre pasaba gritando aquel grito suyo: «Ay, tontas, ya les estoy perdiendo el miedo», y se iba calle arriba.

Lo mataron aquí en Parral, allá por el mesón de *El Águila*. *El Taralatas*, ¿cómo se

llamaba? Lo ignoran los recuerdos. *Taralatas* le decían y así murió.

Mataron al Perico Rojas, a Gómez, a *Chato Estrada*. Fusilaron a los Martínez. Se perdió en el combate *Sosita*, y así pasaban las noticias de boca en boca. Cada uno tenía una canción preferida y las fueron dejando de herencia a los que las quisieron.

Los cantos de aquellos oficiales alegraban la calle, se les veía en las esquinas haciendo una rueda para juntar sus voces, abrazados por los hombros. Desde allí, mandaba cada uno su canción. Muchas señoritas se quedaron solteras porque ellos se morían gritando en los combates. Ernesto Curiel, José Díaz, *el Pagaré*, Rafael Galán, *el Taralatas*, *el Kirilí*, Perico Rojas, Chon Villescas y tantos otros...

Aquella calle tenía muchachas casaderas; los jóvenes oficiales pasaban y pasaban. Miradas amorosas, señas con el pañuelo, y todo el lenguaje que ellos poseían.

Federico Rojas sólo cantaba una canción, la dejó para los pobres:

Cuando el pobre está más
arruinado, ni los de su casa
lo pueden ver.
Es pelado, es plebeyo, es
borracho, trabaja al rendir
y no sabe cumplir.
¡Ah!, qué mancha tan negra
es la pobreza. Cuando el rico
amanece tomando, todita la gente
con gusto el señor.
Para el rico no hay cárcel,
no hay pena, comete una falta,
sale con honor.
¡Ah!, qué mancha tan negra
es la pobreza.
Cuando el pobre las trata
de amores, pelado, atrevido,
es infiel a su amor.
Para el rico no hay cárcel,
no hay pena, comete una falta,
sale con honor.
¡Ah!, qué mancha tan negra
es la pobreza.
Cuando el rico las trata
de amores unas a las otras:
«Me habló este señor».
Le contestan con orgullo ufano:
«Oiga, don Fulano,
es suyo mi amor».
¡Ah!, qué mancha tan negra
es la pobreza.

Las muchachas de la Segunda del Rayo se olvidaron de los oficiales y dieron hijos a otros hombres.

Esta canción era la de todos, la cantaban juntando sus voces y haciendo una rueda, enlazaban sus brazos por los hombros:

Uy, uy, uy,

qué feria tenemos;
como todos lo dirán
son oficiales de veras,
que ya vienen de pelear.
Ay, teniente, capitán,
sotol, aguardiente,
viene mi capitán.
Uy, uy, uy,
ya toca el clarín.
Y nos llama p'al cuartel
ai vienen ya los muchachos,
ai viene mi coronel.
Kirilí, Perico, Rafael, Taralatas
Federico, Federico.
Uy, uy, uy,
qué tontos muchachos,
ya nos vamos a bailar.
ya vienen ya los guilanches
no nos vengán a matar.
Capitán, presente.
Mi pistola, mi reloj.
Mi teniente, uy, uy, uy.
No tienen pistolas,
que nos vamos a acostar,
los muchachitos de Villa.
t'amos listos
pa pelear.

En las noches su canto sigue testereando sobre las puertas; ellos se barajan en la sombra para dejarse ver con la luna; sus cuerpos se alargan, yo creo que quieren parecer fantasmas de cuentos para niños miedosos.

Abelardo nos decía:
«Ni me quisiera entregar;
mejor voy y me presento
a Hidalgo del Parral».

Las gargantas de los soldados, más que cantarlas, gritaban las palabras.

Abelardo Prieto, un joven de veinte años, nacido en la sierra, junto a Ballena, en el mero San Ignacio, perteneciente al valle de Olivos, se había levantado en armas con Guillermo Baca. Fue en el cerro de la Cruz, una mañana de noviembre. Un puño de hombres, con el grito de la revolución y la bandera tricolor, quebraban el silencio del pueblo mandando balazos a todas las rendijas donde estaban los rurales. Parecía que jugaban sobre sus caballos. Corrían por las plazas, iban a los cerros, gritaban y se reían. Los que vieron el levantamiento cuentan que no parecía un levantamiento.

Don Guillermo Baca fue el primer jefe revolucionario del Norte. Protegía a los pobres de Parral. Se acuerdan de él con mucho cariño. Era comerciante, tenía conocimiento con todos los hombres de la sierra y con ellos formó su tropa.

La noche del 20 de noviembre se subieron al cerro, al otro día bajaron haciendo fuego y gritando vivas. Al bajar del cerro les mataron al abanderado. Todos salieron rumbo a la sierra. En Mesa de Sandias combatieron. Desapareció don Guillermo Baca. Su caballo apareció solo, la silla tenía manchas de sangre. Nadie lo encontró. Pasaron días y meses, nadie supo nada. En Parral lloraba la gente.

En una cueva hallaron los puros huesos de don Guillermo. El pueblo se paró frente a Palacio y allí lo velaron. Cuando lo fueron a enterrar, este Abelardo les gritó a todos que los Herrera eran los causantes de la muerte del jefe. Abelardo se fue a la sierra.

Un día el jefe de las armas mandó aprehender a Abelardo.

Háganse rueda, muchachos,
vengan todos a cantar
la tragedia de Abelardo,
yo se la voy a enseñar.

Salió Abelardo y su padre,
el capitán y su gente;
tienen que ser aprehendidos
por orden del Presidente.

Salió Abelardo y su padre,
dispuestos para salir,
de su familia y esposa
se fueron a despedir.

Abelardo nos decía:
«Me avisa mi corazón
que éstos son preparativos
de una terrible traición».

Abelardo les decía:
«Quiero ver su remisión»:
le presentaron la carta
de muy buena condición.

Y en la carta le decían:
«No tienes ni qué temer,
entrega todas tus armas,
no te vamos a ofender».

Su padre le dice:
«Hijo, no tenemos qué temer.
Si no tenemos delito
ora lo vamos a ver».

Los encerraron en Palacio, los querían matar. Los Herrera hicieron todo lo posible para que desapareciera Abelardo. Los soldados de Balleza, capitaneados por Cornelio Meraz, sitiaron Palacio. Todos tenían el rifle en el hombro y un ojo cerrado. Apuntando ordenaron que les fueran entregados los presos. Todo pasó en unos minutos. La tragedia dice:

La gente que traiba Prieto
descogida con despacio,
la prueba ahí se la dieron:
lo sacaron de Palacio.

Abelardo y su gente salieron a la sierra. Allá estaban cuando una noche les cayó de sorpresa, en el momento en que el padre y el hijo estaban descuidados, un hombre nombrado Jesús Yáñez. En el ranchito de San Juan, por el río arriba de Balleza, allí murieron asesinados por Yáñez y su escolta. Cuando sucedieron las descargas, Abelardo se tiró al río y cayó en la orilla dentro del agua; los balazos los tenía en la espalda. A su padre lo fusilaron en la puerta de su casa.

Sábado 15 de julio,
qué triste quedó la plaza.
Abelardo lo mataron
en la puerta de su casa.

Su madre lloraba triste
con el corazón partido:
ya mataron a Abelardo
y a Francisco mi marido.

Yáñez era teniente de la gente de los Herrera.

Abelardo tenía al morir veintiún años, fue maderista desde 1910. Empezó siendo cabecilla de cuatro amigos y terminó teniendo una tropa.

Los cuarteles de la sierra
se quedaron azorados
de ver a Abelardo Prieto,
cómo tumbaba soldados.

Los que todavía recuerdan a Abelardo cantan la tragedia. Son así las deudas entre hombres; se pagan con canciones y balas. Los Herrera no cantan, sus cuerpos cobijaron balas que no iban dirigidas a ellos; sin embargo, Abelardo Prieto está vengado.

Fue el 4, era septiembre; ¿de qué año? A Martín López se le incrustó en el vientre una bala fría. Esto sucedió después de un combate que daban los villistas al ir sobre la capital de Durango. Fue en la hacienda «La Labor» y murió al llegar a Las Cruces. En el acto se supo que había muerto el segundo de Villa.

Los carranzas llegaron unos días después y lo desenterraron. Querían ver si, efectivamente, era Martín López. Le tenían tanto miedo que, cuando lo sacaron de debajo de la tierra, lo vieron incrédulos. Le sacudieron la cara, le limpiaron los ojos, le abrieron la blusa y le vieron el vientre donde tenía alojada la bala. También le despegaron unas hojas todavía verdes que le cubrían la herida.

Hicieron muchas cosas para convencerse de que Martín estaba muerto. Martín López, el hombre que les había hecho tantas derrotas, aquel joven general que no los dejaba ni dormir. Le tenían mucho miedo.

El general Villa lo lloró más que a nadie. Lo quería como un hijo. Desde la edad de doce años, en 1911, Martín López era su asistente.

Pablo, Martín y Vicente López, tres hermanos, murieron siendo villistas, el último fue Martín, llegó a ser su segundo y su hijo. Nadie con más derecho puede llamarse hijo del general Villa. Martín sí se parecía a Villa, era su hijo guerrero. En él el general realizó sus ideas guerreras con exactitud matemática. Nadie pudo haberlo entendido mejor en los momentos de batalla.

El muchacho, delgado y rubio, estaba borrado por la tierra con que le habían tapado los compañeros. Sus manos ágiles para manejar las riendas y repartir las balas ya no existían. Podían quedar contentos los enemigos, podían llorarlo sus compañeros; otro Martín López no volvería a verse por esos rumbos.

Así fraseaba un poeta del pueblo que me narró espontáneamente la muerte del general Martín López:

TRAGEDIA DE MARTÍN

Paloma Real de Durango,
párate allí en el fortín.
Les dices a los carranzas
que aquí se queda Martín.

Martín López les decía:
«Ni miedo les tengo yo»,
y jugando a los balazos,
ninguno se le escapó.

Martín López les decía:
«Cuando atacamos Columbus,
quemamos todas las casas
y nos vamos a otros rumbos».

En la hacienda *La Labor*

una bala lo alcanzó;
dos días luego pasaron
y luego se nos murió.

Martín López nos decía:
«No se vayan a rendir;
mejor se mueren alzados
y así es bonito morir».

Martín López le hace piernas
a su caballo alazán;
en llanos de Catarinas,
fue un diablo para pelear.

De un lado para otro iba,
gritando fuerte y muy claro:
«Aquí les traigo a los changos
sus cosquillas y su rayo».

A caballo y con su lazo,
los rodó allí en Canutillo:
allí toditos murieron,
pos no hubo ningún herido.

En Chihuahua y en Torreón,
y en el bonito Parral,
Martín López fue adelante,
porque sabía pelear.

A Chihuahua se metió,
en su caballo jobero;
los escalones subió
del Palacio del Gobierno.

En Las Cruces se murió
en ese mes de septiembre;
lo enterraron los *dorados*,
los muchachos y su gente.

Paloma Real de Durango,
no te canses de volar;
diles que el Güero Martín
lo acaban ya de enterrar.

Pancho Villa lo lloraba,
lo lloraron los *dorados*,
lo lloró toda la gente,
hasta los más encuerados.

Todos los cerros del Norte
recordarán a Martín
a caballo los subió
sin miedo de irse a morir.

Vuela paloma ceniza,
vete pa aquella humadera,
y diles que Martín López
aquí se quedó en la sierra.

Era febrero, llegaron las fuerzas del general Villa. Dice *Chonita*, contenta de recordarlo:

—Hacía mucho aire, los sombreros nomás se les pandeaban en la cabeza. Bañados de polvo traían la boca seca, los ojos revolcados, pero muy tranquilos miraban las calles. Entraron a caballo, estaban muy contentos. Las gentes que los vieron los recuerdan todavía. «Sí, como no, sí —dicen las señoras—; por allí iba Nicolás Fernández, alto, delgado, con toda la cara llena de tierra del camino real. Muy tranquilo pasó por aquí, después se detuvo frente al Cuartel General y habló con Villa, quebró la rienda y se alejó por aquella esquina de allá». Extienden la mano y señalan, y tornan a rememorar las figuras de los centauros de la sierra de Chihuahua.

»Martín López, aquel muchacho tan muchacho, que parecía un San Miguel en los combates. ¿No se acuerdan cómo nomás le volaba la mascada del cuello, y doblándose sobre el caballo se metía hasta adentro de los balazos revuelto con los enemigos? ¿Quién hubiera podido detenerle? Las balas no le entraban.

»Martín, el que lloraba cuando se acordaba de su hermano Pablito, se fue por allí, por el callejón ése —señalan un callejoncito empinado y lleno de piedras—, iba tendido sobre el caballo. Por la otra calle, el enemigo entraba también corriendo y la sombra de Martín López se miraba brincar por sobre los pretilos, el enemigo no lo miró. San Miguel lo cuidaba.»

Las voces repiten —allá donde la vida se quedó detenida en las imágenes de la revolución— el nombre de Martín. Martín López, el muchacho valiente, por allí se fue. Y una mano vieja, de uñas partidas y dedos gastados por el trabajo, señala el callejón de piedritas. «Por allí se fue —dicen aquellas mujeres—. Iba solo y su alma, nomás miraba a los cerros, pero al oír los balazos se reía con nosotros. Pobrecito, Dios lo tenga en paz».

Y Elías Acosta, el de los ojos verdes y las cejas negras, hombre hermoso, con su color de durazno maduro, venía por ese lado con su asistente y se detuvieron en casa de *Chonita*.

Apenas comenzaron a comer, cuando les gritaron de la calle: «¡Ya vienen por el puente los changos!»

—Madrecita —dijo Elías Acosta—, orita vengo, cuide que no se me enfríe mi caldo.

Su asistente les hizo a los changos el juego. Elías Acosta, escondido en el callejoncito, les hizo fuego; jamás le fallaba la puntería.

Volvieron a la casa de *Chonita* a buscar su caldo y su taza de atole.

Chonita les traía todo, corría, volaba; sabía que aquel hombre adornaba, por última vez, la mesa de su fonda.

—¿Cuánto le debo? —le dijo tímidamente—. Ya nos vamos, madrecita, porque vienen muchos changos.

—Nada, hijo, nada. Vete, que Dios te bendiga.

«Por allí se fueron», decía, levantando su brazo prieto y calloso *Chonita*, la madrecita de Elías Acosta y de tantos otros.

Las voces siguen preguntando: «¿Y Gándara? ¿Y el Chino Ortiz?»

—Sí —contestan aquellas mujeres testigos de las tragedias—, sí, cómo no, allí donde está esa piedra le tumbaron el sombrero y lo fueron a matar hasta allá, frente a aquella casa.

Kirilí, Taralata, cada quien se fue por donde pudo.

Habían entrado, era febrero, hacía aire, los ojos los traían revolcados. Los sombreros se les pandeaban sobre la frente. Las manos rajadas por el viento se mecían sobre la rienda de sus caballos. Solo estuvieron unas cuantas horas y luego se fueron.

Los brazos de las madrecitas de ocasión señalan los lugares.

—No les dieron tiempo de nada, pobrecitos. ¿Volverán en abril? ¿Volverán en mayo? Esta vez se quedó uno, todavía no lo levantan. Lo recogerá el carro de la basura. Nosotros no lo podemos hacer, nos matarían los carranzas.

—«¡Pero ellos volverán en abril o en mayo!», dicen todavía las voces de aquellas buenas e ingenuas mujeres del norte.

Llegaron a Rosario y siguieron más allá. El general Villa supo esto y escogió el lugar apropiado para el encuentro.

Martín López fue comisionado para que con una caballería fuera atrayendo al enemigo. Iría al encuentro de los changos Ismael Máynez, coronel del Estado Mayor de Villa. Iba con Martín. Ismael Máynez vive en el Valle de Allende, allá en el estado de Chihuahua.

—La orden que nos dio el jefe —dice Máynez—, fue ésta: «Mira, Martín, vete y los toreas. No gastes mucho parque; pero date un agarrón y luego te haces el derrotado en sus meras narices. Luego te reconcentras aquí, pero te metes por aquella vereda, allá en donde se miran aquellas ramas de mezquites, y allí aguardas. La contraseña para empezar es el ruido de estas dos señoras que tengo aquí.» Le enseñó dos granadas de mano que tenía listas; él mismo las haría explotar. Nadie se movería, nadie, pasara lo que pasare. «Y que cuando ya estén agarrados —dijo—, tú entras, Martín, con tus muchachos y les tapas aquella salida», y señaló un lado probable de escape. «Los quiero encerrar aquí mismo. Ándale, Martín, vuélenle, muchachos».

—El general Villa ya había extendido a sus hombres. Detrás de las lomititas, allí estaban los muchachos tirados de panza; y muy tranquilos esperaban.

Los ojos azules de Ismael Máynez se entrecierran como para recoger la visión exacta de sus compañeros, tirados boca abajo. Sigue hablando con la tranquilidad que tienen los hombres norteños para exponer sus verdades.

—Nos fuimos a encontrarlos. Martín, que era el vivo retrato del general Villa, hacia las cosas tan exactas que nunca fallaba, cumplía las órdenes como si fuera el mismo Villa. Había bebido hasta el último pensamiento del general y casi podíamos ver que adivinaba lo que el general Villa quería. No le hacía que estuviera lejos o cerca. ¡Ah, qué Martín tan travieso, cómo se burlaba de aquellos malditos changos! Cómo jugaba con ellos, había que verlo. Hacía lo que le daba la gana —dice riéndose Ismael casi a carcajadas—, y cuando se juntaba con Elías Acosta, ¡válgame Dios de mi alma, qué par! A Elías le decíamos *la Loba*. Eran traviesos como solo ellos y capaces de todo. Lo malo fue que a Elías lo mataron muy pronto. Martín, en cada agarrón, creíamos perderlo. No le importaban las balas ni los hombres, se metía; era el vivo diablo.

—A Martín, mandado por el jefe, le debemos las encerronas más grandes que les dimos a los carrancistas.

»Cumpliendo las órdenes recibidas, Martín López, con su caballería, se enfrentó con los changos. Éstos, a su vez, se fueron acercando con mucha desconfianza. La caballería villista, capitaneada por Martín López, no contestaba el fuego. Cuando ya estuvimos casi frente a frente —dice Ismael Máynez—, les tiramos una zurra de plomo y dimos la vuelta sin presentar, combate. Y así, reculando poco a poco y balazo y balazo, pudimos llegar a la vereda que nos había señalado el jefe. Nos fuimos detrás de las peñitas y allí nos desmontamos y nos agazapamos. Los

carrancistas se acercaban más y más. Ya estaban dentro de los llanos. Nosotros no oímos nada, el general no tiraba las granadas. Martín me dijo: “A ver, mira qué ha pasado”. Me subí a un mezquite y desde allí miré. El general seguía en su puesto, los muchachos seguían tirados, nadie se movía. Los changos ya estaban junto a ellos, casi ya habían llegado hasta el pie de las improvisadas trincheras, y nada que nos daba la señal. “¿Qué le habrá pasado al jefe? —dijo Martín muy apurado—. Fíjate bien”. “Sí, allí están”, le decía yo, pero sin entender lo que pasaba. Ya casi brincaban el fortín. Me bajé rápido y le di a Martín el antejo para que él mismo viera lo que pasaba. Todavía ni me agazapaba, cuando sonaron las dos señoras que el general tenía en las manos. Nos montamos corriendo y nos fuimos a cubrimos por el lado que nos había señalado el general. ¡Qué agarrón fue aquél, señor de mi alma! Se dieron una asustada los changos... A eso se debió que dieron media vuelta. Una media vuelta mortal. Martín maniobró que daba gusto verlo. El jefe de frente. Martín casi agarrando todo el flanco izquierdo del enemigo. ¡Qué bonito resultó aquello! En toda nuestra campaña de cinco años, contra Carranza, no volvimos a ver juntos tanto chango muerto. Murieron dos mil ochocientos carrancistas. La cercada aquella fue para Murguía uno de sus más grandes fracasos. Y más si se toma en cuenta que en esos momentos nos tenían como a unos derrotados».

Termina Ismael Máynez dando un trago de café y manda sus ojos hasta allá, al Alto de la Cantera, donde un día se besaron con la muerte.

Mamá decía que aquel triunfo había sido festejado por el pueblo del Parral, y que una mañana que había nevado atravesaban la calle unos bultos oscuros, desgarrados, arrastrando un rifle, y algunos montando un caballo que ya no caminaba; no eran seres humanos, eran bultos envueltos en mugre, tierra, pólvora; verdaderos fantasmas.

Mi tía Fela y mamá los habían visto ir a perseguir a los villistas, habían pasado por la Segunda del Rayo, iban muy contentos y hoy... ¿venían arrastrándose desde Rosario? Los ojos de Mamá tenían una luz muy bonita, yo creo que estaba contenta. Las gentes de nuestros pueblos les habían ganado a los salvajes. Volverían a oírse las pezuñas de los caballos.

Se alegraría otra vez nuestra calle; mamá me agarraría de la mano hasta llegar al templo, donde la Virgen la recibía.

FIN DE
«CARTUCHO»

LAS MANOS DE MAMÁ

LAS MANOS DE MAMÁ

*Mu-Bana-ci ra Maci Reyé
Busa Nará Mapu Be-Cabe
Jipi Cureko Neje Sinaa.^[*]*

ASÍ ERA...

ESBELTA como las flores de la sierra cuando danzan mecidas por el viento.
Su perfume se aspira junto a los madroños vírgenes, allá donde la luz se abre entera.

Su forma se percibe a la caída del sol en la falda de la montaña.

Era como las flores de maíz no cortadas y en el mismo instante en que las besa el sol.

Un himno, un amanecer toda *Ella* era. Los trigales se reflejaban en sus ojos cuando sus manos, en el trabajo, se apretaban sobre las espigas doradas y formaban ramilletes que se volvían tortillas húmedas de lágrimas.

La calle la veo más angosta, más corta, más triste; faltan las sombras de sus cuerpos y las pisadas rítmicas de los caballos.

La tierra es roja, las banquetas desdentadas, los focos cabezas de cerillos.

A las puertas asoman las gentes; son las mismas; no necesito cerrar los ojos para imaginarlo.

Ando en la tierra, mis manos rojas, roja mi cara y el sol y mi calle; todo rojo como el panorama de los niños.

Yo era niña y Mamá estaba en el postigo llamándome.

Juego. ¿Dónde están mis compañeros? Voy por el viento, me ondulo, grito, abro la boca, meco mis piernas; oigo que me grita *Ella*, asomada al postigo de la puerta gris: sus cabellos negros, sus ojos dorados, que en la mañana eran amarillos y verdes, indecisos a las tres de la tarde; después, como por magia, se le volvían de oro. En ese momento los tenía verdes, vistos desde los rieles del tranvía; más cerca danzaban los puntos cafés, amarillos, grises; su piel ocre, su boca dibujada con un ligero respinguito en el lado izquierdo. Salió otro grito, y otro, para su hija que luchaba, envuelta en la tierra, con sus panoramas rojos, y llegaban hasta *usted* con el gesto respetuoso de quien está frente a su ídolo.

Su grito se perdió para hacer que yo viera que tenía vestido largo, chapas postizas, y no existía relación entre esta cara y aquélla, roja de sol. Además *usted* no estaba en el postigo. Si lo hubiera preguntado, las bondadosas personas de la calle Segunda del Rayo me habrían dicho: «Salió seguida por sus pequeños hijos, pasó por el puente de piedra hasta llegar junto al tren. Se fue... No volverá más. Pero *Ella* está allí; por eso tú has venido a buscarla...»

Y estaba allí, la vieron mis ojos, mis ojos míos de niña. *Usted* hizo el milagro y fui derecho: corriendo. Era yo niña, *usted* me quería así. Me arrimé al postigo. *Ella* no está; crujiendo las maderas, y yo, hecha mujer, vestida de blanco y sin rímel en los ojos, grité sobre la puerta: «¡Mamá, mamá, mamá!»

Nació en la sierra. Creció junto a los madroños vírgenes, oyendo relatos fantásticos. Sus antepasados fueron hombres guerreros que habían peleado sin tregua con los bárbaros para defender sus vidas y sus llanuras. Así como jareaban un piel roja, así ponían flechas en el corazón de las fieras salvajes. Manejaban sus hondas, sus arcos, para defender su vida desde los torreones que protegían sus casas.

Así pasaron frente a los ojos de *Ella* escenas salvajes: «Los bárbaros habían hecho, habían, habían...», decía la leyenda. ¿Cuántas cabelleras de aquellos pueblos —hermosas cabelleras largas— habían sido arrancadas para adornar la cintura de aquellos indios a quienes llamaban bárbaros? Las hondas se abrían gallardas a la luz del sol, los arcos pandeaban su fuerza para vomitar flechas ligeras y mortales. Los cantos y danzas de guerra, las heroicas defensas, las mujeres hermosas, las hogueras brillantes —símbolo de la vida de estas gentes—, los odios feudales; todo esto y más le fue relatado. En sus ojos se grabaron las visiones exactas, su corazón se forjó así; nadie podría empequeñecerlo, como nadie puede quebrantar un amanecer.

Las encinas, los madroños dorados hicieron el milagro de que *Ella* naciera allí. Era como son las mujeres cuando todo se doblaba a su paso, no de belleza de virgen y facciones inmaculadas: fue la naturaleza misma.

Su padre: un hombre alto, de pelo recortado hasta el cuello, de ancha capa, tehuas en los pies y mirada de ojos exactos; en su juventud le habían jareado la espalda unos guerreros comanches. De un revés tumbaba a un hombre; vendió una casa por un atado de macuchi y una botella de sotol. Dormía sentado en medio del patio. Al despertar cantaba alabanzas para dar gracias a la aurora. Se murió una mañana, cuando los rifles y ametralladoras vinieron a despertarlo. Dicen que dijo: «Me muero por no poder pelear.»

«Bendito Jehová, mi roca, que enseña mis manos a la batalla y mis dados a la guerra», decía en sus cantos de hombre, en las mañanas perfumadas con el olor de las matas silvestres.

«¡Oh Dios!, a ti cantaré, a ti cantaré canción nueva con salterio, con decacordio, cantaré a ti...»

«Bienaventurado el pueblo que tiene esto.»

«Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es Jehová.»

Cantos de papá.

«Papá Grande» —dijeron—. «Papá Grande», digo y diré.

Lo admiro porque llevaba con él la belleza de las sierras y porque simplificaba el misterio de la vida cantándole a la aurora. No me lo imagino con pechera blanca ni solapas negras, decoración de los hombres estampada en los cuadros de familia. Lo quiero árbol sin flores, con sus grandes brazos abiertos, saludando a la vida. Bajo su sombra pienso en Papá Grande. Él está allí, lo cantan las hojas, lo grita el viento en mis oídos. Me hallo en mi abuelo: él amaba los ríos y las grandes llanuras. Se llevó en sus ojos los panoramas de la naturaleza y se salvó de la elegancia de las tertulias

caseras.

Oh, Papá: cuando lo recuerdo me siento junto, muy junto a usted. Cada día sus consejos y palabras resuelven mis insignificantes problemas. Usted conocía la verdad de todos los rincones del alma y sus gentes. Su alegría en los ojos revelaba sus relaciones con el alba, los ríos y las huertas.

Usted no admitía que les pegaran a los niños. Cuánto nos defendió cuando nos poníamos bajo los pliegues de su capa y usted, con el bastón moviéndolo en el aire, no dejaba que nadie nos tocara. Luego nos regalaba duraznos color de rosa.

¡Su rebeldía ante la opresión, su disgusto cuando alguien no obedecía las leyes de la naturaleza! Su aprobación al ver que su hija predilecta —*Ella*— aceptaba como mandamientos los dictados de su corazón. Cuántas veces levantó su voz para defenderla. ¿Qué hacía? Tregar a un árbol, montar caballos, cantar, reír, jugar como una venadita a quien le dan recreo, y así siempre. Dejar que *Ella* hiciera las cosas cuando quería, sin opresiones nefastas; el contacto de la naturaleza en su propia naturaleza hicieron de ella lo que siempre fue: una flor.

Papá, cuánto lo quiero y su compañía me es tan necesaria; adonde yo vaya va conmigo su retrato. Consulto su cara, le hablo y le pido su consejo. Usted rezaba directamente al cielo y le pedía a Dios y a San Miguel, y yo también les hablo y les digo con sus mismas palabras cómo usted desea que nos protejan. Sé que usted me oye y sé que nadie se atreverá a hacernos daño. Ésta y mil palabras más le diría, pero las gentes que animan el mundo donde vivimos imaginan que son locuras buscar la sonrisa en un Papá Grande muerto. Prefieren la sonrisa de hombres y mujeres desconocidos y no precisamente una sonrisa de alivio espiritual, no; buscan las sonrisas para satisfacer pasiones de tipo social, ficticio, lo que usted tanto evitaba.

De todas maneras, papá, no se olvide de permanecer siempre con nosotros y de darnos su bendición.

El amor.

Los ojos de él no habían llegado.

Los quince años invaden sus ojos y su cuerpo.

Ella no lo conoce.

Él seguía sin aparecer.

¿Que robó sin saberlo el corazón de aquellos que osaron creerse cerca de su vida? ¿Que esos hombres se malograron? ¿Que se partieron aquellas vidas? La naturaleza siempre fue inocente. ¿Tienen acaso culpa los cerros de ser altos y hermosos? ¿Y el agua en los arroyos de la sierra? ¿Y los árboles y las flores?

Mandaba la tradición a las mujeres no casarse con desconocidos o extranjeros.

Al recibir cartas y homenajes de aquellos que la admiraban y le rendían, siempre las entregó a su padre y sus hermanos. Nunca mintió a sus gentes: no tenía secretos para ellos: eran sus mejores amigos.

Como los arroyos de la sierra era limpia, íntegra, cristalina.

Cuando él apareció, sus manos se extendieron hasta tocarle en los hombros.

Brotó nuestra vida. Nos sonreía *Ella* como lo hacen las madres cuando son de sus hijos.

Nos daba sus canciones, sus pies bordaban pasos de danza para nosotros. Toda su belleza y su juventud nos la entregó.

Era esbelta, fina, ágil; sus ojos, vivos y claros, se grabaron en nuestro corazón. Movía sus brazos hasta tener la precisión de los perfiles de la sierra. Pero era nuestra Mamá y su risa nos la regalaba. Jugaba, iba y venía, no parecía mujer; a veces era tan infantil como nosotros. Para hacernos felices se olvidaba de aquella horrible angustia creada por los últimos momentos de nuestra revolución. Volaba sobre sus penas, como las golondrinas que van al lugar sin retorno, y siempre dejaba a lo lejos sus problemas. ¿Nosotros? ¿El hambre? ¿Tortillas de harina, carne asada? Podíamos cerrar los ojos hasta la mañana siguiente.

Mamá: fue usted nuestra artista, supo borrar para siempre de la vida de sus hijos la tristeza y el hambre de pan —pan que a veces no había para nadie, pero no nos hacía falta—. Usted lograba hacernos olvidar lo que para nosotros era casi un imposible.

Hoy, entre las luces de colores de las calles, rodando sobre los rieles sucios del tranvía, extendiendo mi brazo hasta usted. Es el atardecer, igual que entonces, y le digo:

«Mamá, dance para mí, cante, deme su voz. Los panes de los escaparates no existen. Es mentira que los necesitamos. Quiero adorar las puntas de sus dedos. Quiero verla bordar ante mí su danza eterna.

»Mamá, vuelva su cabeza. Sonría como entonces, girando en el viento como amapola roja que se va deshojando.»

AMOR DE NOSOTROS

Las manos de sus hijos se extienden para pedirle pan.

Había guerra, había hambre y todo lo que hay en los pueblos chicos. Nosotros solo teníamos a Mamá. Ella solo tenía nuestras bocas hambrientas, sin razonamientos, sin corazón. Nuestra realidad era una tortilla redonda de harina, una taza ancha de café.

Estaba sola; su compañero vivía en su recuerdo. La fuerza de su amor sostenía su cuerpo esbelto de mujer. Tenía lágrimas el pan que nos daba.

Se levantaba temprano, se iba; caminaba mucho. ¿Qué se diría ella misma al ir oyendo sus pisadas? ¿Qué habría en su corazón para él, que andaba con los rifles? ¡Sueños y esperanzas aprisionados en un espíritu! Sus ojos dorados dejaban cada día caer lágrimas que el viento secaba. Largo trayecto; unas calles desnudas, otras mejores; unas banquetas ingratas, un tramo de llanura, una subida, y luego aquella casa de mi tía donde nos dejó papá y donde nosotros solo vivíamos esperando que volviera ella. Nos asomábamos a un zaguán de lajas azules muy lisas, para ver el puntito negro que formaba, de lejos, su cuerpo. Se abría la gloria cuando lográbamos verla venir: volvía Mamá, estaba con nosotros, tornábamos a la vida. No nos hacía cariños, no nos besaba; con sus manos nos acercaba a su corazón.

Entraba a la casa, se desanudaba el pelo, cantaba, iba y venía; casi sin fijarse nos hacía a un lado. Removía aquí, allá. Encendía un cigarro y a veces se sentaba en la puerta a contemplar el patio y las puertas viejas de aquella casa de orillas del pueblo, triste, triste. Ponía los ojos en su derredor y se quedaba pensativa; a veces hacía girar un anillo que llevaba en la mano, daba fumadas, fumadas, y casi entrecerraba los ojos. Entonces nosotros no le hacíamos ruido.

Oscurecía, nos sentaba a todos en derredor y nos daba lo que sus manos cocinaban para nosotros. No nos decía nada; se estaba allí, callada como una paloma herida, dócil y fina. Parecía una prisionera de nosotros —ahora sé que era nuestra cautiva—. Tomaba su libro y rezaba. No nos decía que rezáramos. Ya acostados veíamos la lumbre de su último cigarro; estrella en sus manos, nos atraía como tortilla de harina en días de hambre.

No nos contaba cuentos de hadas ni de espantos; nos contaba hechos reales: Papá Grande, San Miguel de Bocas, nuestra tierra, los hombres de la revolución, cosas de la guerra que sus ojos habían visto. Así eran sus charlas con sus hijos. Nosotros fuimos felices; ignoramos a los fantasmas. Ella así lo quiso.

Soldados. Rifles. Pan. Sol. Luna. Sus manos. Sus ojos. La lumbre de su cigarro podía ser una tortilla entre sus dedos, pero era la luz que, como nuestra vida, se adhería a sus manos para quitarle su propia luz, así como nosotros.

Las manos rojas de los niños sanos siempre buscan, el contacto con la tierra.

La tierra era nuestra compañera: con ella jugábamos bajo el sol. Aquella tierra roja como la palma de nuestras manos y nuestros talones nos abría sus brazos y nos

protegía hasta que volvía Mamá.

Con las piedras lisitas, los patoles de colores, formábamos pequeños corrales de vacas y toros. Eran nuestros ganados; así decía el mundo interior. Nuestra mente ya podía vivir de lo irreal. Tuvimos desde niños nuestros tesoros. Ahora seguimos teniéndolos en cajas de cartón desgobernadas o en roperos con espejos. Da lo mismo, son nuestros tesoros.

La tribu jugando con tierra roja, haciendo pelotas de zoquete, corralitos, casitas, sacando los relucientes patoles. «Este patol flaco y pinto es una vaquilla; éstos son toros; aquí encerraremos las vacas; éstos son becerros.» Igual que en la vida y no nos traicionaremos; seguiremos viviendo en lo irreal. Cerrando los ojos ahí lo alcanzamos todo. Por eso cerramos los ojos.

Las lentejuelas y las mazorcas de maíz son diferentes. A las lentejuelas les cae agua del cielo y se deshacen. Los granos de maíz se hacen anchos y se ofrecen a los estómagos vacíos.

Todo se acaba; las mesas, las sillas, los olanes de encaje, los pasteles, los colores de los talones de los niños sanos, los manteles, las tazas de té, los anillos, las monedas de plata y de oro, los costales de maíz. Al nacer, nada de estas mentiras traemos. Entonces, ¿por qué sufrir para obtener cosas de mentiras? ¿Por qué no cerrar los ojos y extender la mano? Nos lo enseñó mamá.

Sabemos que ella va a reír al ver que seguimos jugando con la tierra roja: aquí las vaquillas, acá los toros; las vacas en este rincón, las yeguas se meten corriendo por aquí...

Las gentes que viven de mentiras dirán: «¡Pero si esas semillas son frijoles! ¡Nos los comemos en sopa!» Mas como ellos no están en nuestro mundo, nosotros no los oímos. En cambio, percibimos la sonrisa de ella, que nos dice: «Sí, hijos; jueguen; para eso tienen a su madre (así como ella nos lo decía entonces), y si quieren quebrar las tazas, quiébranlas.»

Para ella, valía más una sonrisa que una taza, una mazorca de maíz que una lentejuela.

SU FALDA

Las sombras de las calles son elegantes. Los rieles del tranvía son los brazos de los hombres abiertos no en cruz, sino en paralelas, a los pobres corazones que resbalan sobre ellos.

Fragmentarios son los recuerdos de los niños. No me acuerdo cómo ni cuándo nos cambiamos de casa. Ya estábamos en otra, donde los rieles del tranvía están clavados en el suelo frente a nosotros, brillantes, con reflejos largos en forma de puñales y haciendo una mueca que era una sonrisa despiadada si se la miraba desde la azotea.

Mamá dijo: «Son los rieles»; nosotros dijimos: «Son los rieles.» Decían que del tranvía, pero el tranvía nunca pasó.

Aquí era diferente todo. Mamá ya no se levantaba temprano; ahora estaba más tiempo con nosotros.

El sol no llegaba de lleno, parecía como más elegante; había más sombras. En la sombra la gente no arrugaba tanto la cara para contestar o dar un saludo, o simplemente para decir palabras formales que no son para niños, y de las que algunas veces nos reíamos por el tono fingido —voz de visita, decía mi voz de niña— con que se tratan las gentes que presumen de edad, los hombres de barba y las mujeres de vestido largo.

Esta casa marcó en nuestra vida los días que las gentes llaman desgraciados. Para ella no existía eso; no se quejaba. Nosotros desconocíamos la tristeza. Todo era natural en nuestro mundo, en nuestro juego. La risa, las tortillas de harina, el café sin leche, las caídas y descalabradas, los muertos, las descargas de los rifles, los heridos, los hombres que pasaban corriendo en sus caballos, los gritos de los soldados, las banderas mugrosas, las noches sin estrellas, las lunas o el mediodía; todo, todo era nuestro, porque ésa era nuestra vida. Los cantos de Mamá, sus regaños y su cara preciosa eran también nuestros. Parecíamos viejitos con ojos que se arrugaban para distinguir la vida, la luz, las tazas, las puertas, los panes. Nuestras piernas flaqueaban al tratar de subir o bajar. La falda de ella era el refugio salvador. Podía llover, tronar, caer centellas, soplar huracanes; nosotros estábamos allí, en aquella puerta gris, protegidos por ella. Su esbelta figura, con el caer de los pliegues de su enagua, hacía que nuestros ojos vieran una mamá inolvidable.

Hoy la veo a usted como entonces; pero los pliegues de su falda se mueven muy rápido y se la llevan lejos, lejos, donde la vida no alcanza y donde usted ya no puede protegernos de los relámpagos, ni de las nubes de polvo, ni del agua que azota nuestros ojos.

Una mano fina y blanca, la otra tostada y dura. Son dos manos distintas, pero pueden ser iguales.

Ignorábamos la vida de las capitales, no la conocíamos ni en los libros, porque éramos niños que todavía no podíamos leer. Allí teníamos lo nuestro: Mamá, la sierra, los ríos, los soldados en sus caballos, las banderas danzando en sus manos y Mamá llevando sus cabellos negros a la luz del sol.

Podíamos ignorar las capitales donde las gentes tienen capacidad para nombrar cada acto de la vida; donde hay aparadores llenos de luces, pasteles, calcetines de seda que llevan los niños de labios marchitos y con mamas de caras pintadas y trajes de tul, que sonríen desgánadamente; donde la gente camina más aprisa y no tiene tiempo de conocerse, y sufre por no tener espejos en su casa y vidrios de colores y solo es feliz cuando logra aparentar más que los otros; donde se cree en los salones iluminados y la platea dorada y se adoran las lentejuelas verdes, pero ignoran que allá en el campo se fortalecen los huesos y los ojos y se dora el cuerpo con el frío para no tener esas carnes blancuzcas que parecen vientres de pescados muertos o fetos conservados en alcohol; no viven los niños en ambientes fétidos de *soirées* caseras, donde se fuma, se bebe y las gentes carecen de alientos sanos y frescos.

Estamos agradecidos a ella. Nos hizo ignorar la ciudad justamente en el tiempo que lo necesitábamos y nos dio la vida que nuestros huesos pedían.

Ignorar: palabra justa, exacta, perfecta.

En esta casa fue donde aprendimos el color de las cosas y donde por primera vez vimos que Mamá tenía dos lunares grandes y uno pequeño; que sus colores eran naturales; que lo que comíamos nos lo hacía ella misma; que nos lavaba la cabeza y nos hacía nuestras tunicuitas (los hermanos y hermanas andábamos vestidos iguales; los modelos los ideaba según los pedazos de tela que tenía); que todo, con sus manos, lo hacía ella para nosotros: nosotros, los que no éramos nada. ¡Felices trapitos aquellos, hechos con los cantos que mandaba en la noche al recuerdo de su compañero!

En nuestra casa había macetas, un retrato de Papá Grande, palomas de todos colores, dos perros —el *Céfiro* y la *Nelly*—, una puerta gris con ventanas, los durmientes y los rieles del tranvía, en la calle una tira de sol que no desaparecía ni un solo momento, y las dos manos de Mamá, fuertes y sanas. La luz de sus ojos era nuestra vida. Ojos de mujer joven, capaces de orientarse en la noche sin estrellas. Rescató para nosotros la felicidad que hoy le debemos.

Nuestra vida en aquella puerta gris se hacía cada día más atrayente. En las mañanas, cuando hacía frío, nos poníamos sentados en nuestros cueros de res a recibir los rayos del sol. Reíamos con los soldados. A veces se sentaban con nosotros y podíamos comprenderlos. «Ellos eran más niños y mejores»; daban su vida sonriendo y no pedían nada; nosotros no dábamos nada y lo recibíamos todo.

El ritmo de tomar la leche con camote y nuestro café con semitas, lo vino a quebrar una noticia: «Ya no teníamos papá.» ¿Vinieron quiénes? No sé, imposible recordarlo. ¿A qué hora nos llevaron? ¿Fuimos en tren? ¿Por el viento? Mamá desarmó la máquina en que cosía nuestras tunicuitas, amarró los principales tornillos en un trapo y los guardó.

Ya estábamos en Chihuahua. La casa era bonita, pero no tenía sol ni aire; ése que era nuestro, porque nos lo dio la montaña, que era de ella.

Habían desaparecido los tesoros; ni *Pirala* traía una sola de sus carruchas de

colores. Aquello era, como dicen las personas elegantes, un salón, más bien una sala larga con piso de madera, mal oliente y vieja. Había un biombo negro con garzas bordadas de plata. ¡Qué elegante suena esto! Nuestras camisitas, hechas con los cantos de Mamá, se arrugaban de humedad ante esos imponentes animales de plata. La impresión de los primeros momentos pasó en unas cuantas horas. En concreto, ¿para qué servían aquellos pajarracos estirando el pico? No podíamos utilizarlos. En cambio, en otro rincón había un banco de madera: tenía encima fierros, tomillos, cajitas, ruedas de tornos y unas barbas de ermitaño. «¡Tesoro!», dijeron nuestros ojos, y nos abalanzamos inflando las arrugas de nuestras camisas.

Pirala repartió. Él era mudo, pero nos dominaba. Se quedó con las barbas. Nuestros ojos sangraron de tristeza: queríamos las barbas. Nuestro dictador se imponía con su mirada, su cara tostada le brillaba, apretaba la boca, bajaba las cejas, apoyaba todos los músculos sobre el mentón e imponía su voluntad. Callamos. No podíamos vivir sin él. Nos pusimos en acción. Al meternos en aquel galerón nos habían dicho: «Ahí jueguen.» Es el nombre hecho por las personas serias y con barbas para la vida de los niños. Debieron decirnos: «Vivan.» Nuestros problemas eran serios, grandes, magníficos. La vida de los niños, si nadie los aprisiona, es una película sin cortar.

«Aquí se borra», dice una escena. «Luego aparece una ventana, un zapato.» A veces la vida empieza en una sandalia y se borra ante una puerta de aldabón dorado... Y Mamá, ¿dónde estaba? No la vimos para nada. Llorábamos pidiendo verla y nos dormíamos olvidándola.

Nuestras investigaciones allí en el galerón, donde teníamos el banco del tesoro y el biombo negro, nuestras luchas, el llanto de no ver a Mamá, fue nuestra vida. ¿Comer? No me acuerdo; no consta en ninguna de mis escenas. Yo creo que no nos dieron tortillas de trigo.

Un día ella apareció. Estaba en la puerta del galerón, nos veía. Su cara, expresiva, era imprecisable: ni risa, ni llanto, ni una palabra. No gritamos ni nos abalanzamos; simplemente fuimos acercándonos y nos pusimos bajo el poder de su falda.

Luego dijo ella en alta voz: «Vengo a llevarme a mis hijos.» «No. No. No...», contestaron voces airadas. «Vámonos, hijos», nos gritó, y echó a andar con la seguridad del que no teme y sabe que no hay ley que lo castigue por tomar lo que es suyo. Hablamos dado unos pasos de la puerta del galerón al patio. «¡No te los llevas!», dijeron aquellas voces. Pero nadie pudo detener aquel cuerpo esbelto que nos había dado la vida. Nosotros, rodeándola, nos dejamos llevar poco a poco hasta ver la tierra roja de la calle y quedar con ella dentro del automóvil. ¿Camino de dónde?

Nuestra vida era así. ¿Dónde? ¿Cómo? Solo existía el poder de su falda. Ella, la flor donde como abejas estábamos adheridos nosotros; nosotros, los que bebíamos de ella todo sin dejarle nada.

Yo no había olvidado la noche en que una señora alta, de nariz fina, me llevó de

la mano sin decir nada. Puertas grandes que se abren, sonidos de cerrojos. Mamá, allá en un cuarto alumbrado por un foco opaco, sentada en una banquita dándole de mamar a su hijita. Se saludaron; la cara de ella era dulce y tranquila; la de la hermosa señora estaba triste e insegura. Me senté en el suelo, a los pies de Mamá, viendo a una y a otra. Aquella figura, desconocida para mi, hablaba de pie, paseándose.

«Está todo listo para mañana», dijo, en tono de mucha confianza. «¿Quién es?, decía mi curiosidad. No hay esperanza —siguió diciendo—; todo está en contra tuya, ten fe en Dios; esa gente está muy fuerte y lo que quiere es quitarte a tus hijos.»

«Mis hijos son míos —dijo su limpia voz—; nadie me los quitará.»

Sus voces y sus palabras daban a entender que ella estaba en peligro.

¿Las leyes de los hombres trataban de desbaratar nuestro mundo?

La hermosa mujer salió dejando estas palabras; «Sólo Dios podrá salvarte. Ten fe.»

Me dormí.

Ya estoy en un tren rumbo a Parral. Ella está ahí, seria, sumisa, dándonos con amor unos pedazos de sandía.

La ley de los hombres es buena cuando los débiles se ponen dentro de ella.

Aparecemos en Parral. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Se me borraba todo. ¿Viví? ¿Fui yo? Mi vida era una sobrecama de colores, sin necesidad de ser. Era por lo mismo que para los ojos de los niños las estrellas son.

Aquella tarde la vi encender un cigarro. Fue narrándole a un hombre de ojos claros y cejas negras todo aquello que yo no logré averiguar la noche que la hermosa señora habló con ella, cuando Dios apareció en las manos de Mamá.

«Cuando salió mi prima (dijo Mamá), me dejó pensando. Mi salvación la tenía Dios; entonces comprendí que estaba en mi mano. Me rompí la blusa y una manga. Esperé la mañana y con mi hija en brazos me presenté ante mis jueces. No levanté los ojos a verlos. Oí las voces de mis enemigos. Me acusaban. Todos discutían. Mis ojos, mi corazón, mis manos estaban hechos nudo en el bultito que formábamos mi hija de un año y yo. No me moví. ¿Para qué? Mi defensa la tenía en mis manos. ¿Qué iba a decir? No lo sabía. Apenas me iba reponiendo del susto de todas aquellas palabras extrañas que decían las gentes que vivían en la ciudad. Comprendí que la ley hecha por los hombres iba a ayudarme. Rápidamente me acordé de mi padre, de sus consejos: “No, mi alma; hay que estar dentro de la ley para defenderse. Los tinterillos, los huizacheros, son gente muy técnica” (me había dicho él).

»¿Solo Dios podía salvarme? Ahora lo comprendía. Mi fe estaba en Él; por eso busqué en mí.

»“Son mis hijos”, dije, sin querer lastimar el ambiente elegante de la sala.

»Volvieron las voces a gritar en mi contra.

»Habló la ley.

»“Son mis hijos”, les volví a decir con miedo de sus gritos.

»Siguieron las voces grita y grita.

»“Mis hijos, míos, de mi carne, de mis ojos, de mi alma, solo míos”, repetí sin levantar la voz.

»Las voces se elevaron. Me hacían sufrir.

»Habló la ley.

»Me acordé de Dios, volví mis ojos a mí, mostré mi blusa rota y dije: “Vean aquí; ésta es la prueba.”

»Habló la ley: “Este es el delito”, dijo señalando con una mano prieta y gorda la rotura de mi blusa.

»Las voces ya no eran voces, eran rugidos implacables.

»Habló mi Dios. “La rotura es grande, se puede notar la fuerza con que fue dado el tirón.”

»La ley estaba representada por una cara morena de facciones innobles. Encontró la defensa contra aquellas voces, y dijo: “No hay delito; puede usted retirarse, señora. Sus hijos son suyos.” Yo, dentro de mí, decía: “Cometí delito al ir por mis hijos. ¿La

ley? Sí; la ley bien me ha servido.” Una mentira me hundía, otra mentira me salvaba.»

«Así es la ley —dijo ella al hombre de ojos claros, dando otra y otra fumada—. A veces dice que los hijos nacidos de la propia carne no son nuestros, pero una rotura hecha a tiempo en la blusa desbarata las ochocientas hojas donde lo afirman.»

Señala una ruta: la única.

«El general me dijo: “Tengo que ver por ellos. Se han quedado sin padre por causa de la revolución.”

»“El padre de mis hijos —le dije—, mi compañero, andaba por gusto peleando. Defendía su partido, murió en eso. Lo hemos perdido, nadie nos lo repondrá. Mis hijos son míos y el gusto que le pido es que me los deje. No necesitan que les dé nada por cuenta de la muerte de su padre. Déjemelos”.»

Todo aquello lo había explicado al hombre que fumaba a su lado, sentados en la puerta de la casa, con voz suave. «Yo no quiero nada por la muerte de mi compañero.»

Ella orientaba nuestro futuro. Sus palabras sencillas, dichas con el pudor de las mujeres que solo tienen una clase, hicieron el milagro de no convertirnos en protegidos de un jefe de la revolución.

¿Dónde está usted, señora mía, para adorarle la mano? ¿Está en el cielo, donde mis ojos la ven? ¿Acaso su esbelta figura vaga, mecida por el viento, allá en la gloriosa calle de la Segunda del Rayo?

Sus palabras, transparentes y humildes, crearon nuestra libertad actual. Todo se lo debemos a usted, porque nadie, nadie le ayudó con nosotros. De nadie somos sino de usted.

Ella nos forjó así. Nadie que no nos dé su cariño nos podrá dar nada. Seguiremos siendo dueños de nuestras pisadas.

LOS HOMBRES DEJABAN SUS CUERPOS MUTILADOS EN ESPERA DE LA CARIDAD DE ESTAS
FLORES SENCILLAS

Estas gentes pensaban con el corazón. Júzuelas usted así.

Volvimos a ver el sol del invierno: nuestra misma casa, los rieles, el árbol de saúco, las palomas, el retrato de Papá Grande.

El coronel *Oreja Prieta* llegó a la casa; hizo que su caballo tocara con la manita. Ella salió, apenas fijó los ojos en él y todo lo había adivinado. La familia entera se acababa por la revolución. «¿Quién?», dijo ella en voz queda. Contestó Ruacho: Arnulfo. «Sí; en El Ébano.» «Y en Ojinaga», dijo ella. El coronel, sin bajarse del caballo, lo comentaba así, con expresión no exactamente cínica. Parecía decir, sonriendo; «Nos moriremos todos, todos, todos. Ellos solo han sido los primeros.» Eran sus ideales, que pedían su vida. Se lo dijo *Cartucho* a Mamá y *el Kirilí*. «Se iban a morir todos, todos, todos.»

«Nos vamos a acuartelar —dijo Ruacho, al picar espuelas—. Si no hay novedad, vengo luego.»

La vida era así: una noticia y un hombre picando espuelas.

Poco después las balas desbarataron al coronel *Oreja Prieta*. (Perfecto Ruacho tenía un lunar en la oreja.)

Se dedicaba con verdadero amor a ayudar a los soldados; no importaba de qué gente fueran.

—¿Para qué levantó a esos hombres? ¿No sabía usted que son enemigos?

—Míos no lo son; son mis hermanos.

—Pero son unos salvajes. ¿Usted protege a los que asaltan?

—Para mí ni son hombres siquiera —dijo ella, absolutamente serena—. Son como niños que necesitaron de mí y les presté mi ayuda. Si ustedes se vieran en las mismas condiciones, yo estaría con ustedes.

Insistía en hacerla creer que aquellos hombres eran unas fieras. ¡Como si fueran desconocidos! Eran soldados inmaculados de la revolución. Los bandidos estaban parados allí, gritándole a Mamá, vestidos a la inglesa y con engarces de plata en todo el cuerpo.

Nuestros muchachos, los guerreros altos, de cuerpo dorado, fueron siempre protegidos de ella.

¿Cuántas cosas hizo en bien de ellos?

Dios lo sabe. Ella y ellos lo saben. Los que fueron, son; los que lo ignoran, no eran, y no haber sido es como no ser, porque así son estos negocios que el alma gira: no siendo cuando se debe haber sido, es no ser cuando no hay necesidad de ser.

Era 6 de enero, día de Reyes. Nosotros ignorábamos a los Reyes, pero ese día fue el de Reyes.

Fue al mediodía. Se oyó un balazo grande, retumbó toda la calle, se estremecieron las casas. El brazo de mi hermanito, hecho trizas, apareció arrastrado por un cuerpo ennegrecido; su cara y su ropa destrozadas, renegridas. El plomo se le incrustó en todas partes. Corrió llevando su carne rota ante mamá. Primero caminaron una cuadra: iban a buscar un médico. Luego se devolvieron, porque ya no pudieron seguir; el niño se moría. Ella, enloquecida, iba y venía. Se le moría su hijo. Le gritaba a Dios, le pedía a la Virgen, lloraba.

Se lo llevaron al hospital; no lo vimos hasta ocho días después. Mamá estaba constantemente en su cabecera; parecía como si ella hubiera perdido el brazo.

Había monjas en el hospital y decían que mi hermano, siendo mudo, era para ellas un santito.

Traía un mandil blanco como túnica y siempre se le miraba allí metido en el precioso jardín que las monjas del hospital del Sagrado Corazón de Jesús tenían. Su figura realmente era de un aprendiz de santo; tenía los ojos tristes y miraba las flores como las mira el que ha olido pólvora hasta ahogarse.

En su cabeza rapada, brillante, el sol se detenía en reflejos. Pero ya no tenía más que una mano y los santos siempre tienen dos.

Cuando se alivió, sonreía. No echaba de menos su mano. Nos dijo a señas que ya no volvería a jugar con balines. Ella había juntado los deditos de su hijo y los tenía guardados en un frasco de alcohol, donde nadaban como pececillos contentos, seguramente contentos de no acompañar a mi hermano hasta el fin de su vida.

Nosotros, los combates, los sustos, íbamos matándole su preciosa juventud.

Un día, no sé ni en qué momento, subimos al tren, para ir a Chihuahua, Mamá, Gloriecita y yo.

Aparecimos en un hospital grande, con mucha luz y muchas caras que se despedían del sol. Allí se podía morir más a gusto: nadie llora, no hay velas. Entra el brillo del sol y el aire de las montañas. ¡Qué bien estaba aquello! Olía mucho, para mí era nuevo; después supe que era el olor de todos los hospitales.

Sus pasos se oyeron seguidos y ligeros. Buscó con los ojos el grupo de camas que le habían señalado. Mi hermano de trece años, el mayor de todos, que se fue a la revolución contra los carrancistas, estaba tranquilo y sin ningún remordimiento por el sufrimiento de Mamá.

Ella, con su niña en brazos, le preguntó a su hijo por la herida. «¿Sanaría en dos meses? ¿En tres?»

Gloriecita quería llorar. Para que jugara, el herido de junto le dio un reloj. ¿Jugar? Lo estrelló con su bracito de un año contra el piso de cemento. Todos se rieron. El herido dijo que para eso era, que sólo la vida había que cuidar. Gloriecita —ojitos azules de salvaje— pedía ahora los pedazos. Se los quería comer.

No sé cómo nos vinimos. Se descarriló el tren; muchos carros se subieron sobre la máquina, que quedó intacta, enterrada con toda la tropa debajo de lo que había sido la vía. Los carros se habían desgranado.

—¡Terrible cosa! Mis ojos estaban acostumbrados a ver morir con plomo caliente, hecho pedacitos dentro del cuerpo.

A una mujer la depositaron en sus propias enaguas y la amarraron como un bulto de ropa. A un jovencito lo pusieron cuidadosamente a un lado de la vía. No se veía un solo golpe, estaba pálido, con los ojos abiertos. Yo me pregunté por qué miraría así; parecía vivo. Le echaron un puño de tierra y se le borró la mirada.

Entre aquello nos guiaba ella; nosotros, los pequeños inútiles, su carga constante, íbamos siempre junto a su falda.

Un hombre con una linterna le dijo que para llegar a una estación donde pudiéramos tomar café y dormir había que pasar el puente de Ortiz; que el río venía crecido, que había peligro; que podía venir una máquina a dar auxilio; que él podía acompañarla si ella se decidía a ir.

El puente de Ortiz es largo, largo. Por debajo pasa el río Conchos, que es como un mar. El puente no es para que pase la gente a pie. Los durmientes no están muy juntos, los pasos no deben darse en falso.

Por toda contestación, ella le puso los bultos en los hombros. Aseguraron la mecha de la linterna. Tomó a mi hermanita en sus brazos, me cogió de la mano; entramos por el puente. Ande, ande, ande... La luz de la linterna se balanceaba. Llevaba nuestra vida en su ritmo. La mechita de petróleo se alargaba. El hombre iba en su trabajo, pero su vida era su vida y también se la estaba jugando. Nuestros pies, nuestros ojos, el equilibrio, el corazón, se balanceaban en el abismo. Ahora sé lo grande que era el poder de su falda y el poder de sus manos.

Íbamos a llegar. Allí había casas, tomaríamos café, olvidaríamos los ojos borrados con tierra y la mujer en sus enaguas. ¿Cuánto tiempo estuvimos pasando aquel puente? Fue un siglo de terror hecho nudo en el corazón. El café bajó por nuestros cuerpos y bañó nuestros pies, reprochándoles su miedo. La voz de ella cortó mis insignificantes meditaciones egoístas. «Mi hijo llegará el miércoles —dijo con entonación de tristeza—, la vía estará reparada. Sí; pasará bien...» «Las bendiciones de su madre le han de alcanzar», exclamó dirigiendo una mirada a los largos rieles por donde habíamos conquistado la vida. Ella ignoraba esto; solo conocía su gran cariño por el soldado que se quedó en el hospital sostenido por el amor con que ella lo arropó.

¿El puente? ¿Mi miedo? No le daba importancia. Solo dijo: «Hay que hacer aprisa las cosas. Así no se siente temor.»

Una noche llegó a verla un oficial vestido de blanco, de cara pálida y bigotito negro. Era verano, la luna hablaba con ensoñación, traía los recuerdos y se dejaba besar por ella. Era su costumbre: encantarse y fascinada permanecer horas y horas contemplándola.

«Me llamo Rafael Galán —dijo el oficial, sonriente, con la forja en la mano—. Vengo a platicar con usted. ¿Me lo permite? La luna invita a detenerse aquí, en esta puerta, donde una mujer se adormece con un cigarrillo en los labios. Mire la luna. Piense en su primer novio. Usted ha amado. Todos amamos, aunque sea un imposible.

»En la revolución la vida nos hace amar una niña en cada pueblo. Son de ojos tímidos. A veces las tenemos que destrozar para que no nos destrocen ellas; pero yo amo en la mujer una joven, una madre, una niña.

»Esta noche es de nardos. Se me antoja esa flor. Orita vengo», dijo nervioso y sonriente, y su figura ágil se movió como un reflejo en la oscuridad. Ella lo siguió con la mirada hasta que la calle, angosta y triste, se lo tragó a lo lejos.

Pasó un cigarro, tal vez otro, cuando un tropel de caballos golpeó el suelo. Por en medio de la calle venía el capitán rodeado de sus soldados: Rafael Galán, aquel oficial que sabía echar balazos y ganar barras para su sombrero y corazones para sus recuerdos.

Traía una brazada de nardos, la calle se llenó de perfume: bajó y se los entregó.

«Esta virginal flor fue creada para coronar a la mujer; yo quiero esta noche coronarla a usted —dijo tristemente, quitándose el sombrero—. Vamos a salir hoy. Tenemos que atacar Santa Bárbara; yo quiero esperar la salida aquí platicando. ¿Usted me dejará? Fumaré, admiraré a las mujeres que, como usted, son el orgullo de los hombres como yo, nacidos en estos llanos norteños.»

Ella, la que sufría con sus hijos y soñaba en las noches de luna con el amor por su compañero muerto, lo oía extasiada. Las mujeres se dejan amar y aman a los hombres que son así.

Hablaron de la familia de él, su mamá, que vivía en Santa Bárbara, donde él iba a pelear esa madrugada. Había órdenes de empezar el ataque a las cinco de la mañana.

Rafael Galán, nardos, pedazos de luna, sentado en la puerta gris, ante una mujer, le narra toda su vida y le deja todas las bellezas y delicados perfiles de su yo, el yo que era para las mujeres y que él no utilizaba para echar balazos.

Le habló de sus amores felices. Un hombre así siempre tiene amores felices. Sonreía a la vida como hacen los señores capitanes de los cuentos.

La luna, como las vidas jóvenes de los hombres fuertes, no decaía. Sólo se quebró al desembocar por la gloriosa calle otros hombres a caballo. Llegando a él le dijeron: «Mi capitán, ya es la salida.»

«Si —dijo él—, ya es la salida», y movía la cabeza. No se quería ir. «¡Qué caray! —dijo—; ya me tengo que ir; pero esta luna, esta noche... ¡Qué bonita luna! Tengo

que irme, pero volveré: tengo que volver. No me despido; vengo para decirle adiós por última vez.»

Y se fue, como lo hacen los capitanes jóvenes cuando van a buscar la muerte abrazando su destino.

Había mucho movimiento. Estaban acuartelados los villistas a dos cuadras de ahí. Tropeles por aquí y por allá. Arrendaban caballos, pasaban corriendo. De repente el capitán se detuvo frente a la casa. «Ahora sí, adiós.» Se había bajado del caballo. Le dijo a ella: «Pero antes de que me vaya quiero pedirle un favor: ¿me permite abrazarla?» Ella lo despidió con un abrazo. Él le besó la mano.

Ya iba a montarse cuando rápidamente se devolvió y le besó la punta de su vestido. Se montó ágil y se alejó como solo podía hacerlo Rafael Galán.

A las tres horas el primer balazo de una avanzada alcanzó en la frente a Rafael. Murió al instante.

Así fueron sus últimos momentos. Se había despedido de lo que él más amó. Pero la forma blanca del oficial romántico se quedó allí, en la puerta gris, donde él se despidió de la vida.

Capitán: fue usted un gentilhomme con mi madre. Los nardos y las noches de luna son de usted.

Estaba cantando; siempre que cosía se alegraba. El ruido de la máquina, con su llanto de fierros, era en la noche la única verdad de dos seres: Ella cantando al ritmo de la máquina; la máquina, una niña de acero entre sus manos, dejándose llevar por ella y por sus cantos. Yo estaba a su lado. Si ella no tenía sueño, yo no lo tenía; si cantaba, cantaba yo.

A veces me quedaba viendo su perfil: una nariz fina, media boca, el lado izquierdo de su rostro, su pelo echado atrás, su frente limpia (nunca la vi hacerse un rizo). Perfil de mujer fuerte, sana, cuadraba con los perfiles de la máquina. Sus manos se movían. La máquina nos regalaba bastillas. Nosotros las necesitábamos.

Yo pensaba: «Mamá es muy bonita», y corría mis ojos de la punta de su nariz a su boca y a sus ojos. Sus cejas se movían cuando levantaba la voz para cantar. Yo iba detrás de ella, pero mi voz no llegaba. Entonces me quedaba viéndola, muda de admiración. ¡Se veía tan bien, me parecía tan hermosa, que no la comparaba con vírgenes ni con ángeles: la comparaba con ella misma!

Algunas de estas noches, casi siempre, de un balacito nacían tres, ocho, veinte, quinientos: una lluvia de balas. Comenzaba el combate y al rato seguían las coconas. Cuando funcionaba un cañón grande era un ruido que a mí me parecía como que se abría la boca del cielo del lado del camposanto. Me estremecía de tristeza; las casas me las imaginaba desmoronadas. Mamá dejaba de coser; su cara se ponía en acción de buscar. «¿Quiénes? ¿Quiénes?», decían sus ojos. Mencionaba nombres. «¿Estarán dormidos? ¿Ya habrán oído los balazos? —se decía sola—. Que no los agarren, que no los agarren...»

Algunas veces, ya los balazos entre las casas, salía corriendo a salvar a las gentes queridas. La máquina, muñeca tosca, se quedaba abandonada; las bastillas arrugadas estrangulaban a veces la rueda, brillante como anillo de estrellas. La aguja mordía despiadada las puntas de aquellos pedazos de tela. ¿Qué era el pobre sonido de aquella máquina junto a las voces del cañón? Nada; inútil moverla. Me daba risa oír la junto al canto del cañón. ¡Pobrecita máquina que nos regalaba bastillas mientras el cañón nos regalaba muertos, muchos muertos! Nuestras calles quedaban sembradas con aquellos cuerpos fuertes y jóvenes, tirados en el suelo sobre las bastillas que sus mamás les habían puesto en sus camisas. ¿Para qué les servían? ¿Para qué se las pusieron?

«¿Cuántos kilos de carne harían en total? ¿Cuántos ojos y pensamientos? Y todo estaba muerto en aquellos hombres.» Esto decía mi mente de niña precoz. Si los hombres supieran que inspiran lástima en su última posición, no se dejarían matar. «¿Cuántas lenguas? ¿Cuántos ojos?»

Nuestra máquina lo ignoraba, a pesar de su aspecto brillante. ¿Qué sabía de este espectáculo de mis ojos de niña? Nos daría bastillas, sonaría; volverían las manos de Mamá a moverla y sus cantos a seguir las mordidas de la aguja sobre la manta trigueña. Pero de esto a contemplar el número de ojos, y mejillas, y dedos, estaba

muy lejos. Volvería ella a cantar, volverían los balazos y volvería yo a ver jóvenes muertos de brazos extendidos y extáticos y de bocas abiertas, donde las moscas cantaban. Hombres fuertes tirados allí para regalo de mis ojos, apretando entre los dedos las bastillas que sus mamás les pusieron en la orilla de sus ropas deslavadas. Pero nuestra máquina se quedaría en el rincón sin saber nada de esto y solo regalándonos remiendos. Mis jóvenes muertos eran mejores para mis ojos ágiles.

Quedó solo Parral, y, cuando se quedaban solas las calles, era cuando los perros lloraban a sus dueños. Una desesperación salvaje se apoderaba de ellos. (Los perros pueden aullar en las calles con todo lo que su pulmón les da; son más libres que las gentes, deben ser más felices.) Sus ojos polvosos, lacrimosos, buscan los ojos de las gentes... Preguntan, se relamen el hocico, piden a sus dueños. Su desesperación — falta de razonamientos y limpia— quiere ver las caras queridas.

Volvieron unos cuantos de perseguir a Villa. Venían derrotados. Entonces quedó como jefe de las armas Jacinto Hernández, hermano de Petronilo, y volvía la plaza a quedar casi sola, pues aquél era lo que se dice un puño de hombres.

Estos Hernández eran de Río Florido. Ella los conocía muy bien. Habían sido de la gente de Urbina, pero hoy eran carrancistas. En el puente de Guanajuato estaba tirado *el Güero*; tenía media cabeza arrancada y encogido el cuerpo; casi juntos los brazos, como agarrándose el estómago. Jacinto fue a caer al lado izquierdo del puente, yendo de aquí para allá. Testereando —contaban— había dado sus últimos pasos, como cuando, niño de un año, empezaba a andar. Torpemente alcanzaría un pedazo de tabla, pero un pedazo grande de su cabeza ya lo había dejado atrás, tirado como algo que se abandona porque ya no se necesita y se vuelve un estorbo. Se arrugó blandamente. Había ido soltando sus pensamientos sobre las tablas rojas donde hizo su última danza, y, de pronto, su carne morena, arrugada por los balazos, se extendió de largo a largo. Jacinto se quedó dando un abrazo al cielo.

Estaban jugando a la baraja en una casa, por la estación. La sota y el caballo, el as, los albuces, fueron interrumpidos. Jacinto escuchó unos balazos. «¡Mis muchachos!», dijo, y rápidamente salió. Su segundo se fue acompañándolo. Al llegar al puente de Guanajuato oyeron el quién vive y Jacinto contestó; «Brigada Morelos.» Inmediatamente salieron sobre ellos balazos de los dos lados del puente. Los muchachos villistas le contaron a ella que Jacinto había logrado caminar de un lado a otro del puente.

A Jacinto se le acabó la memoria en los momentos en que el siete de espadas y la sota de copas, o bien el caballo de bastos, estaban dentro de su pequeño horizonte de soldado inculto. Los soldados villistas hicieron blanco entre barajas atravesadas en la cabeza del pobre Jacinto.

Los perros seguían aullando allá donde la vida se descomponía en un grito. A veces, en su carrera loca, con el cuerpo encogido y los ojos rojos por el llanto, encontraban a sus amos, a sus queridos y pequeños dioses, que estaban allí tirados, con el cuerpo lleno de agujeros, por donde manaba sangre, sangre que los canes lamían poco a poco rítmicamente, con esa suavidad, con esa esperanza que ellos ponen en espera de que pronto se moverían los cuerpos y les tocarían su cabecita. En vano esperan, en vano lamen. El carro de basura llega, o el petróleo, o un rico ataúd. Los *Céfiros*, los *Júpiter*, los *Togos*, siguen aullando. Sus pulmones se acaban poco a poco. Sus ojos inocentes también se cierran: no volverán a llorar.

A veces los perros y los niños son iguales. Pero los perros no cambian. La desesperación limpia; el verdadero amor, la adoración, están en sus ojos.

Jacinto Hernández, con su pantalón de charro negro ajustado a sus piernas rectas y fuertes, se quedó abierto de brazos en el puente rojo un día que le pegaron el quién vive y que caminó testereando como niño que da los primeros pasos.

Jiménez es un pueblecito polvoso. Las calles parecen tripas hambrientas. Sus focos hacen un canto triste a los ojos cuando en la noche lacrimosa besan las caras. Caras no tristes, no decididas, sino borradas como en los retratos de las sesiones espiritistas.

Este pueblo tiene en su recuerdo la danza de las tropas que hicieron la Revolución.

Frente a la Plaza de las Lilas, en una casona blanca de paredes encaladas y patio ancho, está ella y tres voces de hombres que se oyen. Canto sentimental en noche oscura, rendijas de luces anémicas, un fuerte perfume que no tiene razón de ser, donde la muerte impera y las vírgenes no quieren oír los ruegos y rezos de quienes presienten su fin. Las irresponsables lilas, colgando de árboles solitarios, cumplen su misión.

Emilio, el prieto y elegante oficial de cara fea, estaba borracho de tristeza. (El romanticismo era otro enemigo, el más peligroso. Generalmente los que preferían el perfume de las flores y los cantos de amor morían con más rapidez que los otros, porque ya estaban envenenados.) «Valentina, Valentina, yo te quisiera decir»; sonaba su voz pegando en las paredes y dejando un eco que ella repetía entre dientes, comiéndose la melodía y fumando un cigarro, puestos los ojos a lo lejos, donde mi pequeña vida no alcanzaba.

Si me han de matar mañana, que me maten de una vez...

Terminaron las notas y la guitarra sonó tres ratitos más. Ella volteó como hipnotizada por el sonido de las cuerdas y se quedó mirando los bultos negros de tres hombres borrachos de sentimiento amoroso. Se fue acercando Emilio. Este hombre tenía el aspecto planchado y lavado. Saludó tristemente, como solo lo hacen los que saben que están enamorados y que no son soldados, los que nacieron para decorar aparadores, pero no para desafiar la muerte.

Y, sin embargo, lo fusilaron, quién sabe por qué, una noche de lluvia, de no sé qué año, ni qué día. La voz de Emilio García Hernández no se volvió a oír. Fue cierta su canción. Su cara prieta se pudría debajo de la tierra un mes después de aquella noche en que su canto no llegó al corazón de Valentina.

Era en la mañana. Jiménez, con su tierra triste y los filos empolvados de sus casas, sus arbolitos, las bancas de su plaza, haría un saludo tímido que los ojos de ella comprenderían sin fijarse en el polvo blancuzco delatado por el sol. No así la Plaza de las Lilas, silenciosa y perfumada, sitio de amor, lugar donde la vida es un beso mal dado y un sueño que no se realiza.

¡Jiménez, pequeño lugar triste! Ella vivió allí y soñó, perfumando sus manos y sus cabellos negros con el rincón de las lilas.

Aquella mañana, con Gloriecita en los brazos, atravesó las calles, chicas y polvosas, y se fue a ver al jefe de las armas. Un hombre muy malo; estaba sentado en una silla. Su cara era dura, angulosa, los ojos vidriosos, la nariz roja, con poros grasos

y abiertos, y el bigote ralo, caído. Cuando estaba sentado así, frente a un escritorio amarillo y elegante, era muy correcto, casi bueno, y se sonreía.

«He venido a llevarme a mi hijo —dijo ella—. Es un niño. No quiero que lo maten tan chico. Esperen a que sea hombre.» Él se rió, le temblaron los bigotes, se meció en la silla y mandó una orden para que el niño le fuera entregado.

Le decían *Mascota*, pero era hijo de Mamá, y Mamá sabía que las flores valen más que los diamantes y quería a su hijo como las mujeres de la sierra quieren a sus flores.

Allí, en la Plaza de las Lilas, entrecerrando los ojos, extendía sus sueños como una niña que tiende sus muñecas para empezar a moverlas. Ella jugaba y sus pensamientos los llevaba en derredor de los árboles, salpicados de sangre en el tronco y cubiertos de flores en la copa.

Lilas de la plaza destrozadas por las granadas enemigas, chorreantes de perfume en sus hojas y de sangre en su tronco, siguen allá, en el pueblo polvoso que se llama Jiménez, perfumando los cabellos de Mamá, que todavía flotan trenzados en sombras caídas al suelo, donde cayó aquel hombre que Maclovio mandó fusilar con las manos amarradas por detrás. ¿Quién era? Solo sé que fue en la Plaza de las Lilas una mañana que Mamá estaba allí, absorta en sus sueños. ¿Las once de la mañana? ¿Las doce? El hombre tenía el cabello negro revuelto, los ojos colorados; todo él estaba polvoso, sus pestañas casi blancas. Lo arrimaron a un rincón donde la humedad hacía sombras en la tierra. Sus ojos vidriosos se movían de un lado a otro. Todo él revelaba dispersión. Pocos segundos después las balas lograrían deshacer eso que él no lograba borrar de su memoria. Cayó ahí, donde ya otros habían caído.

Los sueños de Mamá también cayeron. En la Plaza de las Lilas todo danza en la copa de los árboles y las noches siguen llenas de perfumes y de sueños.

Las calles de Chihuahua, largas y tristes, nos recibieron abiertas de brazos. Brazos fuertes que devoran. Ojos indiferentes que matan, que empequeñecen el espíritu. Los perfiles de la ciudad hostil nos estremecieron. Las estatuas de bronce dijeron: «Irreales, váyanse a la montaña.» Y aquellos monos de fierro extendían su brazo. «¡Váyanse!» Y como son de metal, siguen allí en pie, señalando la montaña.

Una casa fea en una calle ancha, un pedazo de cielo en el patio. Un número que dice 25 y chiflones de aire que azotan el cuerpo y entran hasta los rincones. Afuera las caras de las gentes tienen tristeza, ojos apagados, bocas apretadas. Amarga ciudad, admitida en pesadilla para los que han tenido la desgracia de caer allí. Boba el ímpetu, achica el espíritu, aplasta la potencia cerebral. Lo mejor está afuera, en la sierra, donde las gentes son claras como niños grandes, con sueños transparentes, y sencillas, buenas, libres, bellas, ágiles y fuertes como berrendos que cruzan el desierto y trepan los peñascos balanceando su cuerpo en los relices. Bella raza de las llanuras de Chihuahua; me gustan, los admiro, al igual que los tarahumaras, indios antiguos, pacíficos, sensibles, artistas, exponentes de una vida noble, resignados por naturaleza, aunque sin la civilización de los blancos. Llevan su conformidad hasta ignorar el dinero y solo conocen la sonrisa de las gentes. Es el mes de diciembre. Nuestra tribu al calor de las brasas. Como su mundo está allí, no le importan las caras y las calles feas. Ella tiene en sus brazos un angelote rubio de ojos azules y espaldas fuertes, verdadero ejemplar de una raza de ascendencia guerrera, que hoy, convertida en tribu sentimental, vive en una calle que se llama Veinticinco.

Mis hermanos iban a la escuela, torcían la voz cuando hablaban, chocanteaban las letras aprendidas, hacían garabatos, se mojaban al sacarle la punta al lápiz y hacían mucho ruido con los cristalinos líquidos infantiles. «¡Ah! ¡Chocantes!» (dije en voz alta). Ahí fue donde comencé a separarme de su amistad; dudé de su rebeldía, me habían hecho una gran traición. Mi soledad era absoluta. Las peñas, los cerros, las huertas eran mi refugio. Yo no quería escuela. ¿Por qué había yo de estar frente a gentes regañonas? Allí solo se va a sufrir, a distinguir clases, a aguantar la enfermedad de algunos maestros; una señorita histérica o diabética o un señor enfermo del hígado, de los riñones, de la boca. No, no, no. ¿Estos seres enfermos son los que tienen que formar el espíritu de los niños? No, no. Pero en realidad yo no sabía por qué no me gustaba la escuela. Me defendí para no ir y ella no me obligó. Mis hermanos quisieron escuela, libros, primera comunión, y les fue dado. Indudablemente que todas estas mentiras las sacaban por estar allí, en la escuela, revueltos con muchachos que tienen manías de viejitos.

Vi a muchas niñas que hacían el mes a María. Llevaban velos en la cabeza, en las manos flores, rosario, todo lo que se lleva a la iglesia, y jamás se me ocurrió hacer lo mismo. También tenía miedo a que me llevaran a la iglesia. ¿Confesarme? ¿Hacer mi primera comunión? «No y no», decía moviendo los hombros y apretando los dientes. Tampoco me obligó ella.

Mi carácter necesitaba la libertad y como lo sabía ella, me dejó. Un día doña Isabel, una tía mía, me enseñó a leer. Quise hacerlo y no me costó trabajo. Aprendí a escribir. Supe todo. Mi tía era una dama muy seria, con dientes bonitos y blancos. Todo lo que supe entonces mi tía me lo enseñó.

Ella era feliz al ver los adelantos de sus hijos y también lo fue cuando yo le presentaba mi cara colorada y pecosa y le demostraba mis habilidades sobre el lomo de los caballos. ¡La facilidad con que lo aprendía todo sin estar horas y horas sentada en una banca dura y con la espalda encorvada! A veces, al sentir las pezuñas de un caballo que pasaba corriendo, decía ella: «Esa es la *chirota* de mi hija. Es una comanche verdadera. Si mi padre la viera, estaría orgulloso de ella.»

Los otros hijos leían, hacían números, se amontonaban junto a la luz como verdaderas mariposas. Yo no estaba con ellos. Me hacía reflexiones bien sencillas. Siempre preferí los pies fuertes y las piernas ágiles. ¿Riñones infantiles sacrificados en las fatídicas bancas de la escuela?

Verdad es que el carácter y el cuerpo formados dentro de la vida pura y falta de pasteles me gustan más. Un niño sano y fuerte que no sabe leer es mejor que otro enfermizo y sabio. ¡Es tan fácil cultivar a un niño sano y tan difícil enderezar una espina dorsal torcida!

El angelote crecía. Mamá vela cómo aquellas piernas de nueve meses daban sus primeros pasos. Sus pies se hicieron fuertes, corrían y podían gastar la puntera de las sandalias. Gritaba, articulaba palabras. Se abría de brazos y caía riendo en su regazo.

Con su voz mal hecha todavía pidió pistola, caballo, bicicleta, y decía: «Mató... tola mía... home... cacha... Quieta voy calle. Alla mió... Echa Mamé, Lala mía. Ume coco mene tío Moya... Mamá mía. Mano ucho, ona, mula aga... Mana ten.» Sus medias palabras llenaban los rincones de la casa. La tristeza, la aridez, las penas, todo se esfumaba con su charla. Iba y venía, emborronaba papeles. Manejaba el velocípedo, se ponía su pistola y siempre su voz: diálogo constante llevado por toda la casa y alumbrando nuestras caras, ansiosas de sus pequeños ademanes. Un día, meciéndose en la hoja de una puerta, le dijo a su mamá Lala que él se iba... «Voy... ucho camino... Lala mía, voy.» Tres días más y se fue.

Ella enloqueció... Se nos moría... Sus ojos se secaban... No podía vivir.

En las noches se iba al panteón. Allí se estaba. A las seis de la mañana volvía desconsolada, triste, llorosa. No comía, no dormía y suplicaba morir.

La Virgen de la Soledad, dama vestida de largo, tapada con un manto solemne, sus manos aristocráticamente recogidas para sujetar por la punta un pañuelo de encajes y sobre su cabeza un resplandor que venía a hacerle más doliente el rostro, fue a dar a media calle, en pedazos su cara afligida. La Dama de la Soledad no supo cortar, con su poder infinito, la pulmonía que partió las espaldas fuertes del niño. El reloj fue a estrellarse contra el suelo. Había marcado la hora exacta de la partida.

El angelote rubio se había acabado. Ella no lo quería creer. Pero ¿y su vocécita? ¿Y sus pequeñas pisadas que llevaban y traían las palabras cortadas? Era cierto. No

estaba allí. Pero ella no lo creía y se iba a la tumba las noches oscuras, y allí se estaba velando por el hijo que se había llevado su felicidad.

Pasaron los meses. Viendo que no retornaba, a pesar de que, como dueña que era de nuestras vidas, las ofrecía en montón a cambio de la de aquel niño que borró la alegría de nuestra casa, pidió morir.

Sus manos, en ademán enérgico, rechazaban la vida.

Era septiembre. Cohetes, colorines, gorras, papeles, pólvora, alcohol, gritos...

Ella, como siempre, apresuró el paso para ir junto al que más la necesitara. Su mirada la puso lejos, lejos...

No la cubrieron de flores. Le cruzaron las manos, le alumbraron la cara con ceras.

Su sonrisa de niña tímida, el gesto de su cuerpo, todo en ella parecía pedir perdón a la vida.

Ella se fue...

No le escribo nada que tenga sombras: Usted quiere que vayamos alegremente rimando nuestros pasos hasta el lugar donde usted espera.

Hoy es el día, son las seis de la tarde; él la llamó a usted y fue a un cielo, conocido por los dos.

Quería usted irse, se entiende. ¡Qué extraño parece, pero qué claro! ¡Grandes deseos de irse, Madre, y al ver que la vida se prolongaba en segundos, apagó sus ojos, ansiosa de no sentirla!

Nos heredó sus risas, nos heredó su alegría; por eso hoy, cerrando los ojos, la vemos y reímos con usted como en aquellos momentos de tristeza que usted nos enseñó.

Se la envío al viento, junto al cielo allá donde usted vive y de donde ve cómo esperamos que sus manos se desprendan algún día para adorarla.

Aquí, Mamá:

Comienza un mes de otoño. Usted está allá al pie de la sierra esperando volver al lugar donde estaba su estrella. Al preciso lugar que señaló.

Siguiendo su mano, aquí estamos todavía con los ojos fijos en usted. Los hilos de venas entre las manos se juntan por usted. Las sonrisas claras, verdaderas, son por usted. Y así, todas las cosas que florecen para nosotros, son por usted. La vida le dio el dolor de nosotros quitándole todo, pero hoy tratamos de realizar lo que usted hubiera querido. Y volvemos a cada instante para buscarla. La luz del entendimiento se retarda y surge el dolor, el dolor de lo que se adivina.

Un panteón allá lejos, una sierra azul y gris, una tumba sin flores. Usted allí esperando que las manos de sus hijos lleguen a remover la tierra donde descansaron sus ojos para siempre. La tierra que oprime sus queridos huesos florece y usted viene en dirección a nosotros.

Llega usted y nuestra esperanza se sostiene en su reflejo. La queremos aquí, vuelva.

Mamá:

Si usted volviera, sus últimos zapatos de raso, sus medias, las dos cucharitas que usaron sus labios, su manojito de cartas, las migajitas de pan, todo lo que usted dejó lo encontraría igual; nuestros corazones no han cambiado en nada frente a usted.

Un corazón hecho por su compañero, y que adornó su cuello, aquí está esperando que vengan sus manos a moverlo.

La caja blanca de sus alfileres, donde están sus nardos, sus dalias y horquillas, donde están las últimas sonrisas de sus ojos castaños y sencillos, que hoy, allá lejos, ya serán cenizas, también la esperan.

Recuerdo sus manos, sus valientes manos, las que nacieron para darnos y señalar; sus manos de mujer, sus compañeras, sus mejores camaradas.

Nos inclinamos a rezar:

Son las que nos levantaron y nos enseñaron el camino. El mejor, el que va derecho, a través de la nieve, los cerros, las canteras, el lodo, los ríos azules, las chozas mugrosas y los camposantos.

Son las que nos entregaron a la vida. Son las que trenzaron nuestro cabello, las que lavaron nuestra cara y nos secaron los ojos.

Son las que hicieron la señal de la cruz en nuestra frente y las que hicieron florecer el trigo en racimos de tortillas. Era adorable, dulce el movimiento de sus manos: semejabán la caída de las flores en las aguas que bajan de la montaña. Como las palomas llegando al lugar donde florecieron sus alas, así eran sus manos, lo juro por los cabellos flexibles de su adorable cabeza. Por las nubes que riman frente al movimiento del sol. Por el ir y venir de mi corazón y todos los perfiles e imágenes

sagradas que guardan las gentes de mi pueblo. Tan blanca, tan suave, tan perfecta.
Mamá, vuelva la cara, véanos, sonría, extiende sus manos...

Era esbelta como las flores de la sierra...

Sus ojos, las espigas doradas.

Sus manos, los granos de trigo apretados...

Sus lágrimas...

Su falda en el viento danza, danza...

Allá está el horizonte, sin volver la cara.

Es puesta de sol en el norte... Tarde roja, prolongada en las venas de sus manos, las que rompieron la blusa para encontrar su dios...

FIN DE
«LAS MANOS DE MAMÁ»
Y DEL
TOMO PRIMERO DE
«LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN
MEXICANA»

ÍNDICES

CENSO DE PERSONAJES REALES Y FICTICIOS

EN las novelas de la Revolución Mexicana se mezclan continuamente personajes reales y ficticios. En la lista que va a continuación hemos puesto en versalitas los nombres de los personajes reales, agregando alguna brevísima información biográfica, por ejemplo:

AGUIRRE BENAVIDES, General Eugenio (1884-1915).—Pertenebió a las fuerzas de Villa y tuvo una participación importante en las primeras campanas villistas: fue fusilado por el General Nafarrete: 349, 382, 386, 423, 752.^[*]

En el caso de personajes ficticios, el nombre va en minúsculas, seguido del título de la novela en que aparece: por ejemplo:

Acosta, Elías.—Oficial de las tropas de Villa, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello: 930, 966, 967.

Hemos suprimido la mención de las páginas cuando las referencias a los personajes (tanto históricos como ficticios) son muy abundantes: Porfirio Díaz, Francisco I. Madero, Venustiano Carranza, Francisco Villa y Álvaro Obregón, o bien Demetrio Macías, de *Los de abajo*; el General Ignacio Aguirre, de *La sombra del caudillo*; Guadalupe, de *La revancha*, y algunos otros.

De los autores citados en las diversas narraciones, solo hemos registrado los de nacionalidad mexicana y algunos hispanoamericanos relacionados con la vida cultural o política de México.

En cuanto a los personajes históricos extranjeros, solo incluimos a los de los Estados Unidos de América que tuvieron influencia en algún acontecimiento de la Revolución Mexicana.

ANTONIO CASTRO LEAL.

Abat.—Uno de los agentes especiales del «Caudillo». Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.

ABITIA.—Fotógrafo oficial del constitucionalismo: fue, con el Ing. Toscano, uno de los primeros en tomar escenas de cine de la Revolución.

Abundio (después General Abundio Guerrero).—Labriego que se incorpora a la Partida del cojo Timoteo López, a quien éste le da el grado de Mayor. En el ataque a la hacienda «La Providencia» mata a Manuel, novio de Guadalupe, con quien después tiene relaciones. Al descubrir ésta su identidad, lo mata. Uno de los protagonistas de *La revancha*, de Agustín Vera.

- ACEVEDO, Jesús T. (1892-1918).—Arquitecto y escritor; miembro del Ateneo de la Juventud (1909).
- Acosta, Coronel.—Uno de los instrumentos del «Caudillo». Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Acosta, Catarino.—Coronel de Tomás Urbina, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Acosta, Elías.—Oficial de las tropas de Villa, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- ACOSTA, General Miguel M. (1891-1947).—Se incorporó a la revolución maderista; operó a las órdenes de Obregón; jefe de operaciones en varios Estados; combatió la rebelión de Escobar; fue Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas en los gobiernos de Ortiz Rubio y de Abelardo Rodríguez.
- ACUÑA, Manuel (1849-1873).—Poeta de la época romántica, de gran popularidad; autor del famoso nocturno *A Rosario*.
- Adela Infante.—Empleada de la Secretaria de Hacienda con quien se enredaron todos los del Gobierno. Personaje de la novela *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Adelita.—Madrastra de la madre de José Vasconcelos, mencionada en *Ulises criollo*.
- Adriana.—Amante de José Vasconcelos, personaje de *Ulises criollo*.
- Agapita.—Madre de Camila, personaje de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- AGUILAR Y MAROCHO.—Notario, con quien trabajó José Vasconcelos, mencionado en *Ulises criollo*.
- AGUILAR Y MAROCHO, Ignacio (1813-1844).—Abogado y escritor católico; miembro de la Junta de Notables que fue a Miramar a ofrecer a Maximiliano el trono de México, mencionado en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- Aguirre, General Ignacio.—El general que se atreve a lanzar su candidatura a la Presidencia de la República sin el consentimiento, primero, y después contra la voluntad del «Caudillo», por lo cual es perseguido y acaba por ser fusilado. Protagonista de la novela *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- AGUIRRE BENAVIDES, General Eugenio (1884-1915).—Pertenebió a las fuerzas de Villa y tuvo una participación importante en las primeras campañas villistas; fue fusilado por el General Nafarrete.
- AGUIRRE BENAVIDES, Luis.—Entró a la Revolución con los constitucionalistas y luego se incorporó al villismo; fue secretario particular de Villa.
- Aispuro, General Martín.—Enemigo del General Ignacio Aguirre, nombrado Secretario de la Guerra por el «Caudillo». Personaje de la novela *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- ALAMÁN, Lucas (1792-1853).—Historiador y político conservador; fue Ministro de Relaciones Exteriores en los gobiernos de los presidentes Anastasio Bustamante y Antonio López de Santa Anna.

- Alamino, María.—Viuda de un escribiente. Personaje de *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- ALCALÁ, Eugenio.—Director de la Escuela de Aguascalientes, donde estudió Agustín Vera.
- ALDASORO.—Diputado conservador que asistía a las tertulias de Francisco Pascual García. Mencionado en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- ALESSIO ROBLES, Miguel (1884-1951).—Abogado, escritor y diplomático; fue Secretario Particular de Adolfo de la Huerta y Secretario de Industria y Comercio en el gabinete de Obregón.
- Almeida, Carlos.—Personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- ALTAMIRANO, Ignacio M. (1834-1893).—Poeta, novelista y crítico; maestro de la generación de Justo Sierra.
- ALVARADO, General Salvador (1880-1924).—Antirreeleccionista y maderista; se afilió al movimiento carrancista; gobernador de Yucatán (1920), Secretario de Hacienda en el gobierno de Adolfo de la Huerta; se rebeló contra el gobierno de Obregón y fue muerto en un combate.
- Álvarez, Isaías.—Personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Amado.—Un sacerdote que abusó de una hija de confesión, mencionado en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- AMADOR, Juan Neftalí (m. 1917).—Abogado; se unió a la Revolución y fue Subsecretario de Relaciones Exteriores (1917). Aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- AMARO, General Joaquín (1889-1952).—Se unió a la rebelión maderista; en el constitucionalismo y al lado de Obregón peleó contra Villa; Secretario de la Guerra y Director del Colegio Militar.
- Amparán, Juanito.—Personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- ÁNGELES, General Felipe (1869-1919).—Hizo una brillante carrera militar en México y Europa; gran artillero; en 1913 se unió a la Revolución; Subsecretario de Guerra con Carranza, se alió a Villa cuando el rompimiento entre los dos jefes; fue fusilado por las fuerzas carrancistas.
- Anita.—Novia de *Bartolo de Santiago*, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- ANITÚA, Fanny (n. 1887).—Cantante, mencionada en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- Antonio.—Tocaba en la banda de Juchipila. Personaje de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- Apolonio.—Mozo de la hacienda «La Providencia». Personaje de *La revancha*, de Agustín Vera.
- ARAGÓN, Ingeniero Agustín (1870-1954).—Pensador positivista; director de la *Revista Positiva* (1900-1904); diputado en la época porfirista.
- ARANGO, Doroteo.—Nombre verdadero de Francisco Villa.

- Arce.—Prisionero al mismo tiempo que el General Felipe Ángeles, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Arciniega, José Antonio.—Muchacho de trece años, fusilado por Miguel Baca Valles; personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Arco, Francisco del.—Coronel carrancista, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Arenas, Mayor Canuto.—Compañero de armas del Mayor Manuel Segura, jefe de la escolta del General Protasio Leyva, ejecutor de cualquier orden por más sangrienta que fuera. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Arévalo, Paquita.—Actriz madrileña, una de las queridas del General Ignacio Aguirre. Personaje de la novela *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Arnulfo.—Cuñado de José Vasconcelos, mencionado en *Ulises criollo*.
- ARRIAGA, Ingeniero Camilo.—Antirreeleccionista, miembro prominente del Partido Liberal, con Flores Magón y Juan Sarabia. Mencionado en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- Arroyo, Emilio.—Cuya casa convirtió Villa en hospital, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- ATL, Doctor (n. 1885).—Pintor y escritor; antiguo revolucionario; publicó *Acción Mundial* y colaboró intensamente en el movimiento obrero; en la época de Carranza fue jefe del Departamento de Bellas Artes.
- Aurora.—Profesora de cuarto de Primaria. Personaje de *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- Axkaná González.—Diputado, orador, político hábil, amigo del General Ignacio Aguirre, a quien acompaña en sus luchas políticas y sacrificio final; logra, sin embargo, escapar del fusilamiento común del grupo de fieles. Uno de los protagonistas de la novela *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- AZNAR.—Abogado y profesor del Instituto Campechano, mencionado en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- AZNAR BARBACHANO, Luis (1826-1849).—Poeta yucateco, citado en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- AZUETA, Teniente.—Muerto en la toma del puerto de Veracruz por las fuerzas navales de E. U. A.
- Babis*.—Dulcero que quería ser soldado, en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Baca, Guillermo.—Dueño de una tienda en Parral, que después se levantó en armas, recordado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Baca Valles, Manuel.—Su cadáver expuesto en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Baca Valles, Miguel.—De la gente de Villa, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- BARAJAS, Carlos (m. 1919).—Médico y escritor; autor de *Leyendas y paisajes guanajuatenses*.

- BARANDA, Joaquín (1840-1909).—Gobernador de Campeche, diputado al Congreso de la Unión, senador de la República, Secretario de Justicia e Instrucción Pública durante quince años.
- BARRAGÁN, General Juan (n. 1890).—Jefe del Estado Mayor de Venustiano Carranza, cuando fue primer Jefe del Ejército Constitucionalista; diputado a la 27.º Legislatura.
- BARREDA, Gabino (1824-1881).—Pensador y pedagogo: oyó las conferencias del filósofo francés Augusto Comte en París: fundó la Escuela Nacional Preparatoria y reformó las bases de la educación en México aplicando las ideas positivistas.
- Barrera, Doctor.—Compañero de cacería de José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- Barrera, Elena.—Hermana del Dr. Barrera, belleza de Mixcoac, elogiada por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Barreno, Salvador.—Interlocutor en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Bartolo.—De Santiago Papasquiaro, novio de Anita, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Bauche, Manuel.—Compañero de escuela de José Vasconcelos, mencionado en su *Ulises criollo*.
- BAUCHE ALCALDE, Manuel (m. 1929).—Escritor y periodista; coronel revolucionario; militó a las órdenes del General Pablo González. Lo menciona Martín Luis Guzmán en *La sombra del caudillo*.
- Beckins.—Banquero norteamericano, amigo de José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- BELDEN, Samuel.—Abogado de San Antonio (Texas), simpatizador de la Revolución; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán, y en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- Beltrán, Gorgonio.—General de las fuerzas de Villa, en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Beltrán, José.—Villista recordado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- BERLANGA, David G. (n. 1884).—Profesor y periodista; perteneció a las fuerzas del General Antonio I. Villarreal; teniente coronel constitucionalista; delegado a la Convención de Aguascalientes.
- Bermúdez.—Mozo, personaje de *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- Bernabé, Don.—Hermano mayor de los Del Llano, dueños de la firma «Del Llano Hnos., S. en C.», personaje de *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- Berrueco.—Agente de los villistas en el campo carrancista, personaje de *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Betita.—Personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- BLANCO, General Lucio (m. 1922).—Maderista; peleó unas veces al lado de Carranza y otras al lado de Obregón; fue Secretario de Gobernación en el gobierno convencionista del General Eulalio Gutiérrez.
- BLANQUET, General Aureliano (1848-1918).—Durante la «Decena trágica» capturó al

- Presidente Madero por órdenes de Victoriano Huerta, en cuyo gobierno fue Secretario de Guerra y Marina.
- Bocadillo, Casimiro.—Munícipe, personaje de *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- Bocanegra, Rodolfo.—Abogado de la Facultad de Chamacuero, personaje de *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- BOLAÑOS.—Secretario particular del General José Isabel Robles, cuando éste fue Secretario de la Guerra del Presidente convencionista General Eulalio Gutiérrez; mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- BONILLA, Ingeniero Manuel.—Del Partido Antirreeleccionista; fue Secretario de Comunicaciones en el gabinete del Presidente Madero; partidario de Vasconcelos en la campaña de 1929.
- BORDES MANGEL, Enrique.—Maderista; presidente del Partido Nacional Antirreeleccionista; diputado en varias Legislaturas; secundó la rebelión de Escobar (1929).
- Borrego, Amado.—Munícipe, personaje de *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- Borrego, José.—Villista temerario, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Bracho.—Familia señorial de Durango, mencionada por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- BRECEDA, General Alfredo.—Maderista, secretario particular de Carranza; gobernador del Distrito Federal; diputado al Congreso de la Unión (27.ª Legislatura).
- BRIOSO Y CANDIANI, Manuel (1859-1945).—Abogado y escritor de Oaxaca, autor de un tratado de Lógica.
- BUELNA, General Rafael (1890-1924).—Convencionista; el más joven de todos los generales de la Revolución; en 1920 se levantó en armas contra Carranza; en 1923 se rebeló contra Obregón; murió en el ataque a Morelia.
- Bufanda, Coronel.—Muerto por una bala expansiva, en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- BULNES, Ingeniero Francisco (1847-1924).—Escritor, orador y periodista; diputado y senador de la época porfirista; espíritu cáustico y negativo.
- BUSTAMANTE, General Anastasio (1780-1853).—Héroe de la Independencia; vicepresidente y después Presidente de la República (1837-1841).
- Bustillos, Coronel.—Que mató un palomo de la mamá de Nellie Campobello, en *Cartucho*.
- Cabiedes.—Enviado a Villa, personaje de *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- CABRAL, General Juan G. (n. 1883).—Revolucionario de la época maderista; posteriormente tuvo algunos cargos diplomáticos.
- CABRERA, Luis (1876-1954).—Abogado, escritor; durante la Revolución fue

- partidario de Carranza; agente confidencial en los E. U. A.; Secretario de Hacienda; fue responsable de la política financiera del carrancismo.
- Cachuca*.—Personaje de *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- Cahuama, Mayor Felipe.—Ayudante del Estado Mayor del General Ignacio Aguirre y fusilado con el grupo de fieles del candidato. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- CAHUANTZIN, Coronel Próspero.—Gobernador de Tlaxcala en la época del porfirismo.
- Calderón, Maestro.—Profesor de José Vasconcelos, en su infancia; mencionado en *Ulises criollo*.
- Calderón, Los.—Parientes de José Vasconcelos, aparecen en *Ulises criollo*.
- Calderón, Ingeniero.—Colaborador en la propaganda revolucionaria; mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Calderón, Concha.—Tía de José Vasconcelos, mencionada en *Ulises criollo*.
- Calderón, Esteban.—Abuelo materno de José Vasconcelos, mencionado en *Ulises criollo*. Un tío del mismo nombre.
- CALDERÓN, Mayor Esteban B.—De las fuerzas del General Diéguez, aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Calderón, Luis.—Tío de José Vasconcelos, mencionado en *Ulises criollo*.
- Calderón, María.—Tía de José Vasconcelos, que leía a Spencer, mencionada en *Ulises criollo*.
- Caloca, Coronel.—Jefe del Estado Mayor del General Pérez, personaje de *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- CALLES, General Plutarco Elías (1877-1945).—Entró a la Revolución en 1913; gobernador de Sonora (1918); Secretario de Industria y Comercio en el gobierno de Carranza, se separó de éste y participó en la rebelión que lo derrumbó (1920); Secretario de Guerra en el gobierno de Adolfo de la Huerta, y de Gobernación en el de Obregón; Presidente de la República (1924-1928); su campaña de desfanatización creó el conflicto religioso: fue desterrado por el Presidente Lázaro Cárdenas.
- Camila.—Hija de Agapita, campesina enamorada del curro Cervantes, que éste se roba para ofrecérsela a Demetrio Macías. Personaje de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- Campero, Octavio.—Que abrió a las clases populares el casino porfirista de Culiacán, aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Campos, Teniente.—De las fuerzas federales, personaje de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- Campos.—Poeta jalisciense, que visitaba la casa de José Vasconcelos y fundó con él una revista literaria; mencionado en *Ulises criollo*.
- Canuto.—(Véase Arenas, Mayor Canuto.)
- CAÑEDO, Familia.—Su casa de Culiacán ocupada por los revolucionarios,

- mencionada en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Cañizo.—Del cuerpo de guardaespaldas del General Ignacio Aguirre; es muerto en la Cámara de Diputados por un esbirro del General Hilario Jiménez. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- CARBAJAL, Francisco S. (m. 1932).—Comisionado por Porfirio Díaz para las conferencias de paz con Francisco I. Madero; Secretario de Relaciones Exteriores (1914) y Presidente interino al renunciar Victoriano Huerta.
- CÁRDENAS, Coronel.—Que ejecutó las órdenes de Victoriano Huerta de asesinar a Madero y Pino Suárez; mencionado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- CARMELITA (Romero Rubio de Díaz).—Esposa del General Porfirio Díaz; aparece en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- Carothers.—Cónsul de los E. U. A. en la zona dominada por Villa; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Cartucho*.—Personaje que da título a *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- CARRANZA, Venustiano (1859-1920).—Gobernador de Coahuila al triunfo de la revolución maderista; se levantó en armas contra Victoriano Huerta y proclamó el Plan de Guadalupe (1913); Primer jefe del Ejército Constitucionalista; promulgó la Constitución de 1917; presidente de la República (1917-1920); quiso imponer al Ing. Ignacio Bonillas como su sucesor, provocando la rebelión de los obregonistas.
- Carrasco, La güera*.—Del Estado Mayor del general Juan Carrasco, aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- CARRASCO, General Juan.—Guerrillero sinaloense que celebraba con boato los triunfos revolucionarios, aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Carrasco, General Manuel D.—General en desgracia, partidario del General Ignacio Aguirre, que al fin es fusilado con el grupo de fieles del candidato. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Carrera, General.—Que va a atacar Matehuala, personaje de *La revancha*, de Agustín Vera.
- CARRERA TORRES, General Alberto.—Maderista; se levantó en armas con los Cedillo en la época de Carranza.
- CASASÚS, Joaquín D. (1858-1916).—Abogado, economista y escritor de la época porfirista; embajador en los E. U. A. (1904).
- Casianito.—Personaje de *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- Casimiro, Don.—Jefe de los esbirros del General Ignacio Aguirre en la batalla parlamentaria. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- CASO, Antonio (1885-1946).—Pensador y catedrático universitario; fue uno de los fundadores del Ateneo de la Juventud (1909) y de los maestros que difundieron las nuevas corrientes filosóficas.
- CASTRO, General Cesáreo.—Revolucionario de los tiempos de Madero; perteneció al

- Ejército Constitucionalista; al lado de Obregón combatió el villismo; se unió a los movimientos rebeldes de Adolfo de la Huerta (1923) y del general José Gonzalo Escobar (1929).
- Caudillo, El.—Personaje principal de la novela de Martín Luis Guzmán: *La sombra del caudillo*; es el gobernante que dirige, desde las más altas esferas del poder, la sucesión presidencial de que trata esa novela.
- Ceniceros, Nacha.—Que mata al coronel Gallardo, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Cervantes, Luis.—Estudiante de medicina y periodista, que se une a las tropas de Demetrio y luego se convierte en consejero de éste y lo acompaña a la Convención de Aguascalientes. Uno de los protagonistas de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- Cifuentes N., Francisco.—Uno de los líderes de la candidatura del General Ignacio Aguirre. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Cisneros, Alberto.—Secretario particular del General Ignacio Aguirre, Secretario de la Guerra. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Codorniz, La.—Campesino que se levantó con el grupo de rebeldes de Demetrio Macías. Personaje de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- COLÍN, Eduardo (1880-1945).—Crítico literario, diplomático; perteneció al Ateneo de la Juventud (1909). Lo menciona José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Conde, Las niñas.—Solteronas en cuya casa de huéspedes vivió José Vasconcelos en la ciudad de México, mencionadas en *Ulises criollo*.
- CONTRERAS, Calixto.—Revolucionario con mando de tropas villistas, aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- CONTRERAS, Manuel María (1833-1902).—Ingeniero, profesor y matemático: autor de un texto de geometría que estudió José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- CORTÉS, Hernán.
- CORRAL, Ramón (1854-1912).—Político y periodista: fue Secretario de Gobernación en el Gabinete de Porfirio Díaz; electo vicepresidente, lo derrocó en 1911 la Revolución.
- Correa, Eduardo.—Presidente municipal de la ciudad de México, partidario del General Ignacio Aguirre y al fin fusilado con el grupo de fieles del candidato. Uno de los protagonistas de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- COSÍO ROBELO, General Francisco (n. 1880).—Antirreeleccionista y maderista; se incorporó a las fuerzas de Carranza; fue Inspector general de policía de la ciudad de México (1914). Aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- CRAVIOTO, Alfonso (1883-1955).—Abogado, escritor y diplomático; diputado y senador por Hidalgo; miembro del Ateneo de la Juventud (1909); se afilió al movimiento carrancista y fue Director del Departamento de Educación y Bellas Artes.
- Crispín.—Vendedor de periódicos, en *Los caciques*, de Mariano Azuela.

Cruz, Capitán Adelaido.—Recibió instrucciones de asesinar a Olivier, diputado partidario del general Ignacio Aguirre. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.

CUAUHTÉMOC.

Curiel, Ernesto.—Oficial villista, mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.

Chacón, Pepita.—Amiga del General Felipe Ángeles, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.

Chagua.—Enamorada de Kirilí, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.

Chango, El.—Estudiante de Leyes, guitarrista y poeta, compañero de José Vasconcelos; aparece en *Ulises criollo*.

CHÁVEZ, El juez.—Con quien trabajó en Durango José Vasconcelos; aparece en *Ulises criollo*.

CHÁVEZ, Ezequiel A. (1868-1946).—Psicólogo y escritor; Subsecretario de Educación Pública (1905-1911); Rector de la Universidad Nacional de México.

CHÁVEZ, Francisco.—Jefe de la policía durante el gobierno de Victoriano Huerta, citado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán, y en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.

Chema.—Panadero, mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.

Chonita.—Que tenía una fonda donde acudían los villistas, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.

DARÍO, Rubén (1867-1916).—Gran poeta nicaragüense; Porfirio Díaz no lo dejó llegar a la ciudad de México en 1910, cuando las fiestas del Centenario; mencionado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.

DÁVILA SÁNCHEZ, General Jesús.—Antirreeleccionista, Comandante militar de la Plaza de México (1914); se afilió al constitucionalismo. Lo menciona Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.

Delahuanty, Luis.—De la familia de un funcionario de Aduanas o del Timbre en Piedras Negras, compañero de José Vasconcelos en *Ulises criollo*.

DELGADILLO, Daniel.—Profesor normalista, autor de textos de geografía, mencionado en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.

Delgado, Don Carmen.—Villista que salva a su general de una emboscada, en *Cartucho*, de Nellie Campobello.

Delorme, Beatriz.—Nombre de *la Mora*, pupila de una casa de citas. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.

DÍAZ, Evaristo.—Profesor de Geografía de José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.

DÍAZ, General Félix.—Sobrino del General Porfirio Díaz; se rebeló contra el Presidente Madero en Veracruz (1912) y tomó parte en la asonada de la «Decena trágica»; pero habiéndose adueñado del poder el General Victoriano Huerta, se expatrió.

- Díaz, José.—Joven hermoso que murió devorado por la mugre. Personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- DÍAZ, General Porfirio (1830-1915).—Después de una brillante carrera militar se levantó contra la reelección de Sebastián Lerdo de Tejada (1876), gobernó de 1877 a 1880, y al terminar la presidencia del General Manuel González (1880-1884) subió al poder y se hizo reelegir hasta que lo derrocó la Revolución de Madero (1911). Sus primeros años de gobierno fueron útiles para la pacificación y desarrollo del país; pero su permanencia en el poder creó una dictadura y una oligarquía que perjudicaron la evolución política y social de México.
- DÍAZ DE LA TORRE, Amada.—Hija de Porfirio Díaz y esposa de Ignacio de la Torre; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Díaz González, Ciriaco.—A quien se le impone un préstamo forzoso, en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- DÍAZ LOMBARDO.—Político del grupo opuesto a Carranza; lo menciona Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.
- DÍAZ MIRÓN, Salvador (1853-1928).—Gran poeta; tuvo la debilidad de aceptar la dirección del diario gobiernista *El Imparcial* durante la dictadura de Victoriano Huerta; mencionado por Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.
- DÍAZ RAYÓN.—Jesuita mexicano, mencionado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- DÍAZ SOTO Y GAMA, Antonio (n. 1874).—Antirreeleccionista, afiliado al zapatismo; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán, y en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- DIÉGUEZ, General Manuel M. (m. 1924).—Militar desde la época de Madero; después constitucionalista; se levantó en favor de Adolfo de la Huerta (1923) y fue fusilado; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán, y en el jurado del General Felipe Ángeles, en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Dionisio.—Interventor de fincas rústicas, mencionado en *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- Dolores, Ña.—Comadrona, aparece en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- Doloritas.—Mujer de Timoteo, aparece en *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- Domínguez, General Agustín J.—Gobernador de Jalisco, uno de los jefes del Partido Nacional Radical Progresista, partidario del General Ignacio Aguirre, que muere al fin con el grupo de fieles del candidato. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- DOMÍNGUEZ, Coronel Carlos.—Participó en la Revolución en diversos campos, compañero de misiones especiales y trabajos de Martín Luis Guzmán, aparece en *El águila y la serpiente*.
- Elena de Viñas.—Mujer de don Juan Viñas, personaje de *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- ELÍAS, Arturo M. (1874-1955).—Cónsul en diversos lugares de los E. U. A.; hermano

- del General Plutarco Elías Calles.
- Elizondo, General Julián.—Jefe de operaciones en el Estado de México, partidario del General Ignacio Aguirre, que captura a éste y al grupo de fieles del candidato. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Epifanio Don.—Curandero de Charcas, funcionado en *La revancha*, de Agustín Vera.
- ESCOBAR, General José Gonzalo.—Secundó el Plan de Agua Prieta contra Venustiano Carranza: se levantó en armas (Revolución escobarista) y fue derrotado por el General Plutarco Elías Calles.
- Escobosa.—Dueño de un hotel en Nogales, aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- ESCUADERO.—Político revolucionario del grupo opuesto a Venustiano Carranza, mencionado por Martín Luis Guzmán, en *El águila y la serpiente*.
- Esperanza Viñas.—Hija de don Juan Viñas, una de las protagonistas de *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- ESPINOSA MIRELES, Gustavo (m. 1943).—Se afilió al constitucionalismo y fue Secretario particular de Venustiano Carranza. Primer jefe del Ejército Constitucionalista. Aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Estrada, *El Chato*.—Mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- ESTRADA, Roque (n. 1883).—Antirreeleccionista, acompañó a Madero en su gira política; Secretario de Justicia (1915), diputado a la 26.^a Legislatura y Ministro de la Suprema Corte de Justicia. Mencionado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- FABELA, Isidro (n. 1884).—Abogado, miembro del Ateneo de la Juventud (1909), se afilió desde un principio a la revolución de Madero y ocupó un lugar prominente en el carrancismo; posteriormente fue miembro de la Corte Permanente de Justicia de La Haya y gobernador del Estado de México. Aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Farías, Guillermo.—Uno de los asistentes al Frontón, mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Fela, Tía.—Aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Fentanes, Capitán.—Del grupo de esbirros que van a atacar en la Cámara a los partidarios del General Ignacio Aguirre. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Fernández, Carlos.—Poeta de estilo sentimental; aparece en *Ulises criollo* de José Vasconcelos.
- Fernández, Nicolás.—De la gente de Villa, mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín (1776-1837).—Escritor costumbrista, autor de *El periquillo Sarniento* y *La Quijotita y su prima*.
- Fidelina.—Hermana de Santos Ortiz, aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- FIERRO, General Rodolfo.—Revolucionario: primero constitucionalista y luego uno

de los lugartenientes de Villa; famoso por sanguinario y cruel. Aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán, y en *Cartucho*, de Nellie Campobello.

Figueroa, Los.—Que se levantaron en Guerrero, mencionados en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.

Figueroa, General.—Con mando de fuerzas en Jalisco, partidario del General Ignacio Aguirre; aparece en *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.

Flores.—Rival de Calles, que fue envenenado, mencionado en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.

FLORES MAGÓN, Jesús (1871-1930).—Abogado, revolucionario de la época de Porfirio Díaz, fundador, con su hermano Ricardo (1873-1922), del periódico de oposición *Regeneración*; fue Secretario de Justicia y Gobernación en el gabinete de Madero.

FONTES, Coronel Paulino.—Ferrocarrilero, afiliado al constitucionalismo, acompañó a Obregón en la campaña contra Villa.

Fortunata, Ña.—Personaje de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.

Franco, Los.—Tenían casa en Parral, mencionados en *Cartucho*, de Nellie Campobello.

Frías, Jesús.—Hijo del juez de Distrito de Ciudad Juárez, mencionado en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.

Frías Camacho, Benigno.—Juez de Distrito de Ciudad Juárez, mencionado en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.

Frutos, General.—Que dio una fiesta para celebrar el cumpleaños del «Caudillo», mencionado en *La sombra del Caudillo*, de Martín Luis Guzmán.

Fulgencio.—Director de *El antirreeleccionista*; aparece en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.

Galán, Capitán Rafael.—Villista que regalaba nardos y murió sin darse cuenta, aparece en *Cartucho* y *Las manos de mamá*, de Nellie Campobello.

Galindo, Capitán Adán.—Villista, jefe de la escolta de Parral a Santa Bárbara, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.

GALVÁN, Fernando.—Gerente de *El Monitor*, diario convencionista, mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.

Gallardo, Coronel.—Villista a quien mata Nacha: aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.

Gallardo, Felicitos.—Católico, propuesto para orador; personaje de *Los caciques*, de Mariano Azuela.

GAMA, Ingeniero Valentín (1868-1941).—Astrónomo y matemático, Director del Observatorio Astronómico; profesor y Director de la Escuela de Ingenieros; fue Secretario de Fomento en el gobierno provisional del General Eulalio Gutiérrez.

GAMBOA, Federico (1864-1939).—Importante novelista, iniciador de la escuela

- realista, autor de *Santa*, novela que alcanzó gran popularidad.
- Gándara, Capitán Manuel.—Hombre de Villa que se volvió carrancista; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- García, General Agustín.—Villista, que quiso robarse a Irene; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- GARCÍA, Francisco Pascual (1856-1927).—Abogado, escritor del partido católico a quien visitaba José Vasconcelos; aparece en *Ulises criollo*.
- GARCÍA DE LA CADENA, General (1832-1885).—Participó en la Guerra de Reforma; se levantó contra Porfirio Díaz y fue fusilado.
- García Hernández, Emilio.—Villista, que cantaba *La Valentina* en Jiménez, aparece en *Las manos de mamá*, de Nellie Campobello.
- GARCÍA NARANJO, Nemesio (n. 1883).—Abogado y orador, formó parte del «cuadrilátero», con Lozano, Moheno y Olaguíbel en el Congreso; Secretario de Instrucción Pública en el gobierno de Victoriano Huerta.
- GARIBALDI, José.—Guerrillero, de las fuerzas que capturaron Ciudad Juárez, mencionado por José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- GARMENDIA, Coronel Gustavo.—Ayudante presidencial de Madero; murió en la campaña de Sinaloa, aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán, y *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- GARZA.—Del Estado Mayor de Obregón, citado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- GARZA, Lázaro de la.—Agente financiero de Villa, mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Garza, Marciano de la.—A quien se le impone un préstamo forzoso, aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- GARZA ALDAPE.—Compañero de la clase de esgrima de José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- Gloria, Gloriecita.—Hermana de Nellie Campobello; aparece en *Cartucho*, y en *Las manos de mamá*.
- GÓMEZ, General Arnulfo R. (m. 1927).—Revolucionario desde la época de Madero; jefe de operaciones en varios Estados; candidato a la Presidencia, se levantó en armas y fue fusilado.
- GÓMEZ, General Juan Vicente.—Famoso dictador de Venezuela.
- Gómez, Lino.—Rival en los exámenes escolares de José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- GÓMEZ ROBELO, Ricardo.—Escritor, uno de los fundadores del Ateneo de la Juventud (1909); lo menciona José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- GONZÁLEZ, Abraham. (1865-1913).—Antirreleccionista, jefe de la Revolución maderista en Chihuahua; Secretario de Gobernación en el gabinete de Madero; fusilado por las fuerzas del general Victoriano Huerta.

- GONZÁLEZ, General Pablo (n. 1879).—Ingresó a la Revolución desde 1910; después de la Convención de Aguascalientes fue carrancista; jefe del Cuerpo del Ejército de Oriente; se dice que fue el autor intelectual del asesinato de Zapata.
- GONZÁLEZ BLANCO, Pedro.—Escritor español que vivió durante un tiempo en México, ligado a los escritores y a algunos políticos mexicanos; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán y *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- GONZÁLEZ GARZA, Federico (n. 1876).—Abogado y escritor, revolucionario, Secretario de Gobernación en el gobierno de Madero; aparece en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- GONZÁLEZ GARZA, General Roque (1885).—Acompañó a Madero desde la iniciación de la Revolución; representante de Villa a la Convención de Aguascalientes y Presidente de la misma; fue después encargado del Poder Ejecutivo (1915).
- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Enrique (1881-1952).—Gran poeta, iniciador del movimiento lírico que pone fin al modernismo.
- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos (1885-1955).—Periodista, novelista y crítico; uno de los fundadores del Ateneo de la Juventud (1909).
- Gorey.—Técnico del establo de Catarino Ibáñez, en *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- GRANDE, Arturo.—Arquitecto cubano, mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Guachi, El*.—Que mató a un viejo desde un tren y fue fusilado; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Guadalupe.—Hija de don Pedro Martínez, administrador de la hacienda *La Providencia*, prometida de don Manuel, el dueño de la hacienda, muerto por Abundio. Protagonista de *La revancha*, de Agustín Vera.
- GUARDIOLA, Bartolo.—Profesor de Agustín Vera, autor de *La revancha*.
- Guerrero, General Abundio.—Personaje de *La revancha*, de Agustín Vera. (Véase Abundio.)
- Gutiérrez, General.—Que va a atacar Matehuala, en *La revancha*, de Agustín Vera: 826.
- GUTIÉRREZ, General Eulalio (m. 1940).—Antirreeleccionista, tomó parte activa en la Revolución de 1910; Presidente provisional electo en la Convención de Aguascalientes (1914); Senador de Coahuila, Comandante militar en San Luis Potosí.
- GUTIÉRREZ, Luis.—Hermano del General Eulalio Gutiérrez, que junto con él se lanzó a la Revolución.
- Gutiérrez, Pedro.—Como de veinte años, que murió en Celaya, mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- GUTIÉRREZ DE LARA, Lázaro.—Iniciador del socialismo mexicano, mencionado por

- José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel (1859-1895).—Gran poeta y prosista, uno de los iniciadores del Modernismo en Hispanoamérica.
- Guzmán, Señoritas.—Dos hermanas, chileno-yanquis, mecanógrafas y artistas; las menciona José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Guzmán, Ignacio.—Estudiante de Ingeniería, que convivió con José Vasconcelos; aparece en *Ulises criollo*.
- HAY, Ingeniero Eduardo (1877-1941).—Jefe del Estado Mayor de Madero; llegó al grado de General; diplomático, Secretario de Relaciones Exteriores en el gobierno del General Lázaro Cárdenas.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro.—Humanista dominicano que vivió un tiempo en México, uno de los fundadores del Ateneo de la Juventud (1909), ejerció influencia sobre el desarrollo cultural de Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán y otros.
- Hernández, Coronel.—Colaboró para evitar la supuesta asonada del General Ignacio Aguirre, mencionado en *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Hernández, Jacinto.—Había sido de Urbina y luego se hizo carrancista; aparece en *Las manos de mamá*, de Nellie Campobello.
- Hernández, Petronilo.—Hermano de Jacinto, aparece en *Las manos de mamá*, de Nellie Campobello.
- HERNÁNDEZ, Rafael.—Abogado, maderista, Secretario de Agricultura y Fomento, y también de Gobernación en los gabinetes de De la Barra y de Madero.
- Hernández, Rosalío.—Villista que mandó arrastrar el cadáver del Coronel Bufanda, en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- HERNÁNDEZ GUEVARA, Santos.—Profesor, en San Luis Potosí de Agustín Vera, autor de *La revancha*.
- HERRERA, Luis.—Hermano del General Maclovio Herrera, que mataron en Torreón; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- HERRERA, General Maclovio (1879-1915).—Antirreeleccionista y maderista; combatió contra la sublevación de Pascual Orozco; optó por el carrancismo.
- HIDALGO Y COSTILLA, Miguel.
- HILL, General Benjamín G. (m. 1920).—Maderista, carrancista y después partidario de Obregón; jefe de Operaciones del Valle de México; Jefe del Partido Liberal Constitucionalista.
- HOPKINS.—Amigo de José Vasconcelos, durante su breve etapa de diplomático en Washington, aparece en *Ulises criollo*.
- HUERTA, Adolfo de la (1881-1955).—Siendo Gobernador de Sonora se rebeló contra el Presidente Carranza (1920) y a la caída de éste fue Presidente interino; Secretario de Hacienda en el gabinete de Obregón; candidato a la Presidente en

1923, se lanzó a la rebelión al ver que Obregón apoyaba a Calles; fue derrotado y se expatrió a E. U. A.

HUERTA, General Victoriano (1845-1916).—Del Ejército Federal; derrotó a Pascual Orozco, que se había levantado contra el Presidente Madero; era Comandante de la Plaza cuando la «Decena Trágica»; traicionó a Madero, lo tomó preso y lo hizo fusilar en compañía de Pino Suárez; se adueñó del poder y provocó un sangriento movimiento revolucionario que lo obligó a renunciar (15 de julio de 1914).

HUITZILOPOXTLI.

Ibáñez, General Catarino.—Gobernador del Estado de México que, en apariencia partidario del General Ignacio Aguirre, favorecía la candidatura de Hilario Jiménez. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.

Irene.—Muchacha de catorce años a quien se quería robar el villista Elías Acosta; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.

Isabel, Doña.—Tía de Nellie Campobello, mencionada en *Las manos de mamá*.

ITURBE, General Ramón F. (n. 1889).—Maderista; se afilió al carrancismo desde un principio; gobernador de Sinaloa; leal al Presidente Carranza en 1920; se unió al movimiento escobarista en 1929. Aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.

ITURBIDE, Eduardo.—En tratos con Carranza para entregar la ciudad de México, mencionado por Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.

Izaguirre.—El gobernador que no salía de casa de Matilde; mencionado en *Las moscas*, de Mariano Azuela.

Jáuregui, Coronel.—Colaboró a que no estallara la asonada aguirrista en la capital; aparece en *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.

Jáuregui, Carlos.—Hombre de la confianza de Villa, citado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.

Jeremías, El padre.—Hermano menor de los Del Llano, dueños de la firma «Del Llano Hnos., S. en C.», personaje de *Los caciques*, de Mariano Azuela.

Jiménez, General Hilario.—Candidato a la Presidencia favorecido por el «Caudillo» contra el General Ignacio Aguirre. Uno de los protagonistas de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.

Jimmy.—Compañero de escuela de José Vasconcelos, en Piedras Negras, recordado en *Ulises criollo*.

Josefina.—Hija de un gendarme, novia en perspectiva; aparece en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.

Josefina.—Hija de la dueña de la casa donde vivía Guadalupe en la ciudad de México; personaje de *La revancha*, de Agustín Vera.

Juanito, Don.—Tenedor de libros de la hacienda *La Providencia*, que escribía versos a una novia imaginaria, personaje de *La revancha*, de Agustín Vera.

JUÁREZ, Benito.

Kirilí, El.—Villista, lo mataron bañándose en el río, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello y *Las manos de mamá*.

Lala, Mamá.—Aparece en *Las manos de mamá*, de Nellie Campobello.

Lalanne, Raúl.—Orador jacobino de una manifestación liberal, recordado por José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.

Lara, Ricardito de.—Pelmazo con cara de cirio pascual, mencionado en *Los caciques*, de Mariano Azuela.

Lara Rojas.—Escribiente de la razón social «Del Llano Hnos., S. en C.», personaje de *Los caciques*, de Mariano Azuela.

Laura.—A quien José Vasconcelos pidió un beso, en *Ulises criollo*.

Laveaga.—Que llevó cerveza a Culiacán y fue Senador; mencionado por Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.

Lechuga, Serapio.—Que tiene alhajas por valor de cien mil pesos; mencionado en *Las moscas*, de Mariano Azuela.

LEFEVRE.—Francés que hizo un proyecto de la planta eléctrica de Necaxa.

LEÓN DE LA BARRA, Francisco (1863-1939).—Abogado y diplomático; fue Presidente interino al renunciar Porfirio Díaz. Mencionado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*, y por Mariano Azuela.

LERDO DE TEJADA, Sebastián (1820-1889).—Uno de los campeones de la Reforma; Presidente (1872-1876); durante su gobierno se elevaron a constitucionales las Leyes de Reforma.

Leyva, General Protasio.—Partidario de Hilario Jiménez, nombrado Jefe de las Operaciones en el Valle y comandante de la plaza, para resistir la candidatura del General Ignacio Aguirre. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.

Licon, Mayor.—Uno de los agentes especiales del «Caudillo»; personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.

LIMANTOUR, José Ives (1854-1935).—Abogado, economista, Secretario de Hacienda durante el gobierno de Porfirio Díaz.

LIMÓN, General.—Que se robó los caballos de Pascual Mata, mencionado en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.

Lola.—Amante de José Santos, mencionada en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.

Lola.—Hija de un gendarme, hermana de Josefina; aparece en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.

Lomas.—Uno de los agentes especiales del «Caudillo»; personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.

López, Martín.—Joven general villista, que lloraba enseñando las tarjetas en que aparecía su hermano el general Pablito López; personaje de *Cartucho*, de Nellie

Campobello.

López, Pablito.—Joven general villista, de los que quemaron casas en Columbus; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.

López, Porfirio.—Panadero, presidente del «Club 20 de Noviembre», aparece en *Los caciques*, de Mariano Azuela.

López, Primitivo.—Tenía una tienda en Limón, mencionado en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.

López, Vicente.—Villista, hermano de los generales Martín y Pablito; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.

López de la Garza, General Jacinto.—Jefe del Estado Mayor y consejero intelectual del General Encarnación Reyes, jefe de las Operaciones de Puebla. Uno de los protagonistas de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.

López Nieto.—Líder «campesino» de la Cámara, que favorece a Hilario Jiménez, candidato del «Caudillo»; aparece en *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.

LÓPEZ VELARDE, Ramón (1888-1921).—Gran poeta, que inicia los temas mexicanos en la lírica de la época de la Revolución.

LOZANO, José María (1878-1933).—Abogado, orador: formó parte del «cuadrilátero» (con Querido Moheno, García Naranjo y Olaguíbel) en el Congreso; Secretario de Comunicaciones en el gobierno de Victoriano Huerta.

LUNA PARRA.—Personaje del régimen huertista, mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.

Llano, Bernabé del: (Véase Bernabé, don).

Llano, Ignacio del.—Jefe de la casa «Del Llano Hnos., S. en C.», uno de los protagonistas de *Los caciques*, de Mariano Azuela.

LLANO, Juan José del.—Fundador de la casa «Del Llano e hijos, S. en C.» mencionado en *Los caciques*, de Mariano Azuela.

Llano, Teresa del.—Que usaba medias caladas; aparece en *Los caciques*, de Mariano Azuela.

LLORENTE, Enrique C.—A quien Carranza mandó apresar, compañero de Martín Luis Guzmán, aparece en *El águila y la serpiente*.

LLORENTE, Leopoldo.—Hermano de Enrique C. Llórente, mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.

MACEDO, Miguel (1856-1919).—Abogado, profesor de la Escuela Nacional de Jurisprudencia; autor de varias obras sobre cuestiones jurídicas; citado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.

Macías, Demetrio.—Campesino que se levanta en armas y llega a mandar un contingente que se une a las tropas revolucionarias de Natera que atacan Zacatecas; obtiene el grado de general y es al fin muerto por los carrancistas. Protagonista de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.

- Madariaga.—Hablabla cinco idiomas, autor teatral, corista de ópera; citado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- MADERO, Emilio.—General revolucionario hermano del Presidente Madero; combatió a Pascual Orozco; se incorporó a la División del Norte, de Villa; en 1929 participó en la revolución de Escobar.
- MADERO, Francisco I. (1873-1913).—En 1908 publicó su libro *La sucesión presidencial* contra las reelecciones de Porfirio Díaz; en 1909 hizo propaganda antirreeleccionista en toda la República; el 20 de noviembre de 1910 estalla la Revolución maderista contra una nueva elección de Porfirio Díaz; a la caída de éste es electo Presidente; en febrero de 1913 se levantan los reaccionarios contra él y es asesinado por Victoriano Huerta, con lo cual se desencadena la Revolución que dura hasta 1920.
- MADERO, Gustavo (m. 1913).—Hermano del Presidente Madero, en cuyo gobierno fue Secretario de Hacienda; murió asesinado en La Ciudadela cuando la «Decena trágica».
- MADERO, Raúl (n. 1888).—General, hermano del Presidente Madero; tomó parte en la campaña contra Pascual Orozco; salvó a Villa de ser fusilado cuando lo hizo prisionero Victoriano Huerta.
- Madriles, Felipa.—Mujer del Guachi; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello: 950.
- MAGÓN.—(Véase Flores Magón.)
- Malacara, General.—Que se incorpora al tren del Gobernador; personaje de *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- MALVÁEZ, Luis G. (n. 1888).—Periodista, se unió al constitucionalismo en 1913; estuvo al lado del General Lucio Blanco; en Aguascalientes se incorporó al gobierno convencionista; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Manteca, El*.—Revolucionario del grupo de Demetrio Macías; personaje de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- Manuel, Don.—Dueño de la hacienda *La Providencia* y novio de Guadalupe; uno de los protagonistas de *La revancha*, de Agustín Vera.
- Manuela.—Una de las amigas del General Malacara; aparece en *Las Moscas*, de Mariano Azuela.
- Marañón, General.—Le obsequiaron un anillo de brillantes, mencionado en *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- Marcelina.—Preñada, acaso por los federales; mencionada en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- Marcelino, *El Chapo*.—Que se robó unas cobijas del Hospital de Jesús; mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Mares, Pablo.—Murió maromeando su rifle; mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.

- Margarita, *El güero*.—Amigo de Anastasio Montañés, personaje de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- María.—Hija del Director del Timbre; aparece en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- María Antonia.—La tuerta del rancho, personaje de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- Marina.—Novia de José Vasconcelos; aparece en *Ulises criollo*.
- Marina de Santiago.—Hermana de *Bartolo*, personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Mariquita.—Sirvienta, aparece en *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- Mariscal, General.—Pariente de la familia de la madre de José Vasconcelos, citado en *Ulises criollo*.
- Márquez.—Uno de los agentes especiales del «Caudillo»; personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Marta.—Madre de Matilde, Rosa y Rubén; personaje de *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- Martínez.—Oficial cintareado por el General José Isabel Robles, en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Martínez.—El novio de Lola, estudiante de Medicina; aparece en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- MARTÍNEZ, General.—Que se había enfrentado a Porfirio Díaz; lo menciona José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- MARTÍNEZ, Paulino.—Uno de los delegados de Zapata a la «Convención de Aguascalientes»; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Martínez, Pedro.—Administrador de la hacienda *La Providencia* y padre de Guadalupe; personaje de *La revancha*, de Agustín Vera.
- MARTÍNEZ ALOMÍA, Salvador.—Del círculo de Venustiano Carranza, sobre quien escribió un libro; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Martínez Espinosa.—«Sobrino» de Tomás Urbina, aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- MARTÍNEZ SOBRAL, Enrique.—Profesor de Economía, mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- MARTÍNEZ URRISTRA.—De la Administración de la Penitenciaría, mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- MATA, Filomeno (1842-1911).—Periodista miembro del Centro Antirreeleccionista (1909). Citado por José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- Mata, Capitán Pascual.—A quien le robó unos caballos el General Limón; aparece en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- Matías, Don.—Prestamista, aparece en *Los caciques*, de Mariano Azuela: 129, 130.
- Matilde.—Hija de María, una de las protagonistas de *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- Matilde.—Patrona de la casa de huéspedes donde estuvo José Vasconcelos; aparece

en *Ulises criollo*.

MAURY, Joaquín.—Profesor de Historia en el Instituto Campechano, citado por José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.

MAXIMILIANO DE HABSBURGO (Emperador de México).

Máynez, Coronel Ismael.—De la gente de Villa, que dirige la emboscada del Rosario; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.

MAYTORENA, General José Maña (n. 1867).—Revolucionario desde la época de Madero; gobernador de Sonora; en 1915 se separó de Carranza para unirse a Villa.

MEADE, Joaquín (n. 1896).—Historiador y arqueólogo.

Meco, El.—Revolucionario del grupo de Demetrio Macías; personaje de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.

MEDINA, Juan N.—Jefe del Estado Mayor de Villa, mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.

MEDINA, General Julián.—De las fuerzas de Villa; llegó a ser gobernador de Jalisco; parece haber sido el modelo de Demetrio Macías, protagonista de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.

MEDINA BARRÓN, General Luis (1873-1937).—Perteneció al Ejército federal y después al revolucionario.

MEDINABEITIA, General Manuel (n. 1888).—Estuvo primero con el constitucionalismo y después con Villa, de cuyo Estado Mayor fue jefe; mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.

Mela.—(Véase Vasconcelos, Carmen.)

Mena.—(Véase *Chango Mena, El*.)

MENESES, Carlos J. (1863-1929).—Músico, profesor del Conservatorio Nacional de Música, cuya orquesta fundó y dirigió; citado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.

MENOCAL.—Hermano del Presidente de Cuba; mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.

Meraz, Cornelio.—Con los soldados de Balleza sitió Palacio, mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.

MIER Y TERÁN, General Luis (m. 1894).—Apoyó a Porfirio Díaz, cuando la Revolución de Tuxtepec; fue Gobernador de Veracruz; citado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.

Mijares, Juan Manuel.—Diputado y líder, partidario del General Ignacio Aguirre, que al fin es sacrificado con el grupo de fieles del candidato. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.

Miranda, Renato.—Estudiante de medicina, compañero de vivienda de José Vasconcelos; aparece en *Ulises criollo*.

MOCTEZUMA.

MOHENO, Querido (1874-1933).—Abogado, orador; formó en el Congreso el

- «cuadrilátero», con Lozano, García Naranjo y Olaguíbel; Secretario de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Victoriano Huerta; citado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- MOLINA, Olegario (1843-1925).—Abogado, Gobernador de Yucatán y Secretario de Fomento; citado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- MONDRAGÓN, General Enrique.—Preso en la Penitenciaría; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- MONDRAGÓN, General Manuel (1859-1922).—Hijo del Colegio Militar, tomó parte en la «Decena trágica» contra el Presidente Madero; fue Secretario de Guerra y Marina en el gobierno de Victoriano Huerta; lo menciona José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Mónico, Don.—Cacique de Moyahua, aparece en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- Montañés, Anastasio.—Revolucionario, del grupo de Demetrio Macías, personaje de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- Morales, Señora.—Taquígrafa en jefe del bufete de abogados norteamericanos en que trabajó José Vasconcelos; aparece en *Ulises criollo*.
- Moralitos.—Que se las da de sabelotodo, personaje de *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- MORELOS, José María.
- Moreno, Capitán.—Asistente del General Pérez; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Morones.—Compañero de cuarto de José Vasconcelos, aparece en *Ulises criollo*.
- MORONES, Luis.—Líder obrero, Secretario general de la Confederación Regional Obrera Mexicana; ocupó importantes cargos en los gobiernos de Obregón y Calles; fue diputado varias veces.
- MOYA.—Un viejo liberal que se alzó en Zacatecas, mencionado en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- Moya.—Tenía una brigada, mencionado en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- Mújica, El gaucho.—Mencionado en *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- Mújica, El gaucho.—Que iba a asesinar a Villa; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- MUÑOZ, Capitán Lorenzo.—Uno de los «Capitanes del ensueño», del Estado Mayor de Obregón; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- MURGUÍA, General Francisco (m. 1922).—Revolucionario desde la época maderista; al lado de Obregón combatió a Villa; en 1920 fue leal al gobierno de Carranza, en 1922 se levantó contra Obregón y fue fusilado.
- Muriedas, Ignacio.—Español a quien se impone un préstamo forzoso, en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- NAFARRETE, General Emiliano P. (m. 1918).—Carrancista, fue Jefe Militar de Matamoros, en la frontera con E. U. A.; mencionado en *El águila y la serpiente*, de

Martín Luis Guzmán.

NATERA, General Pánfilo (n. 1882).—Revolucionario desde 1910; se unió a los carrancistas y en 1913 tomó Zacatecas; aparece en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.

NAVARRO, General Juan J. (m. 1936).—Del Ejército federal, fue enviado a combatir la Revolución de Madero; en la batalla de Ciudad Juárez, fue hecho prisionero por los revolucionarios; lo menciona José Vasconcelos en *Ulises criollo*.

Nazario.—Tío de Marcelina la preñada, mencionado en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.

Neftalí.—Estudiante de Leyes lanzado a la Revolución; personaje de *Las moscas*, de Mariano Azuela.

NETZAHUALCÓYOTL.

Nicomedes.—Servidor, que aparece en *Las moscas*, de Mariano Azuela.

Nieves, Señá.—Con cuya muchachilla cargaron los federales, mencionada en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.

Novoa, Guillermo.—Compañero de José Vasconcelos en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, citado en *Ulises criollo*.

OBREGÓN, General Álvaro (1880-1928).—Se levantó en Sonora contra Victoriano Huerta: en la ruptura entre Villa y Carranza, adoptó la causa de éste y formó el ejército que derrotó a Villa en Celaya; Secretario de la Guerra en el gobierno de Carranza; candidato a la Presidencia en 1920, se levantó en armas cuando vio que Carranza quería imponer a Ignacio Bonillas; Presidente de 1920 a 1924; impuso como sucesor al General Calles; quiso reelegirse para el período 1928-1932 y fue asesinado antes de llegar al poder.

Ochoa, La señorita.—Taquígrafa del bufete de Warner, Johnson y Galston, donde trabajaba Vasconcelos; aparece en *Ulises criollo*.

OJEDA, General Pedro (1858-1925).—Pertenece al Ejército federal, citado por Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.

Olagaray, General.—Alto funcionario de la Secretaría de Guerra, interesado en los terrenos de la «May-be»; personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.

Olivares, Pepe.—Recomienda a Guadalupe con el licenciado Prieto, que tiene bufete en la ciudad de México; personaje de *La revancha*, de Agustín Vera.

Olivas, Perfecto.—(Véase *Guachi*, *El*.)

Olivier, Emilio.—Agitador político, líder del Bloque Radical Progresista de la Cámara de Diputados, fundador y jefe de su partido, partidario del General Ignacio Aguirre, que muere con el grupo de fieles del candidato. Uno de los protagonistas de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.

Olvera, Wenceslao.—Alumno de Medicina, camarada estudiantil de José Vasconcelos; aparece en *Ulises criollo*.

- Oreja Prieta*, Coronel.—Desbaratado por las balas; aparece en *Las manos de mamá*, de Nellie Campobello.
- Ornelas, Coronel.—Reveló la técnica de los préstamos forzosos en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- ORNELAS, Tomás.—Hombre de la confianza de Villa, siendo Jefe de las armas en Ciudad Juárez entregó la plaza a los carrancistas; fue fusilado por Villa al encontrarlo escondido en un tren. Aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- OROZCO, Las señoritas.—Oaxaqueñas que tenían una pensión en la ciudad de México; aparecen en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- OROZCO, José Clemente (1883-1949).—Uno de los grandes pintores del siglo xx; pintó diversas escenas de la Revolución mexicana en frescos de México y de E. U. A.
- OROZCO, Pascual (m. 1916).—Revolucionario que ayudó eficazmente al maderismo; tomó Ciudad Juárez (1911) y en 1912 se rebeló contra Madero, quien envió a combatirlo al General Victoriano Huerta.
- Ortiz.—Que podía levantarse en Oaxaca; mencionado en *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Ortiz, El chino.—Lo mataron en el cerro de la Cruz, en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Ortiz, Margarito.—Le decían *el Chueco* y lo fusilaron en Torreón; mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- ORTIZ RODRÍGUEZ, José.—Aprehendido y recluido en la Penitenciaría por anticarrancista; mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- OTHÓN, Manuel José (1858-1906).—Gran poeta de la gran época del modernismo; recordado en *La revancha*, de Agustín Vera.
- Pacheco.—Estudiante, compañero de cuarto de José Vasconcelos; aparece en *Ulises criollo*.
- Pachita.—Vieja chismosa; personaje de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- Palacios.—Compañero de escuela de José Vasconcelos, mencionado en *Ulises criollo*.
- PALAVICINI, Félix F. (1881-1951).—Periodista, escritor, diplomático; maderista; diputado constituyente de Querétaro (1917); encargado de la Secretaría de Instrucción Pública en la primera época del carrancismo.
- PALLARES, Jacinto (1843-1904).—Abogado, profesor de la Escuela Nacional de Jurisprudencia; escribió varios tratados sobre cuestiones jurídicas; lo menciona José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Pancracio.—Mozo de la hacienda *La Providencia*, personaje de *La revancha*, de Agustín Vera.
- Pancracio.—Campesino, uno de los del grupo rebelde de Demetrio Macías; personaje de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.

- Panchita.—Amiga fraternal de Guadalupe, personaje de *La revancha*, de Agustín Vera.
- PANI, Alberto J. (1878-1955).—Ingeniero, se incorporó a la Revolución desde la época maderista; después de haber estado con el carrancismo, fue Secretario de Relaciones Exteriores en el gobierno de Obregón, y de Hacienda en el de Ortiz Rubio; Embajador en España y en Francia. Aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- PANCI.—Nombre con que José Vasconcelos designa en *Ulises criollo* al ingeniero Alberto J. Pani.
- PARRA, Porfirio (1845-1912).—Médico escritor, pensador positivista discípulo de Gabino Barreda, profesor de la Escuela Nacional Preparatoria, para cuya clase de Lógica escribió un texto. Lo menciona José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- PEARSON, Doctor.—Profesor de Matemáticas en Nueva York, empresario y promotor, construyó la planta eléctrica de Necaxa; murió en el barco *Lusitania*; lo menciona José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Pedrito.—Cohetero; aparece en *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- Peet, El.—Estuvo en el combate de Celaya, de diecisiete años; personaje de *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Peña, Nicomedes de la.—Que dejó sus dineros a una persona de buena moralidad; mencionado en *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- Pepa la Malagueña.—Tentación de los del Jockey Club; aparece en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- Peredo, Doctor.—Médico de Provincia, revolucionario, que traía cartas de recomendación de un General; personaje de *La revancha*, de Agustín Vera.
- Pérez, General.—En Puerto México tiene un encuentro con Martín Luis Guzmán, en *El águila y la serpiente*.
- PESQUEIRA, Roberto V. (n. 1882).—Revolucionario desde la época maderista; fue constitucionalista; ha sido agente financiero en Nueva York y diputado de la 27.^a Legislatura; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- PEZA, Juan de Dios (1852-1911).—Poeta popular de la vida familiar, citado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Pifanio.—Peón de rancho que ganaba 16 centavos; aparece en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- PINEDA, Rosendo (1862-1912).—Abogado, diputado, director de la política parlamentaria del porfirismo; mencionado en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- PINO SUÁREZ, José María (1869-1913).—Abogado, poeta y periodista; gobernador de Yucatán; Vicepresidente en el gobierno de Madero (1911-1913); fue asesinado por orden de Victoriano Huerta.
- Pintada, La*.—Mujerzuela que se agrega al grupo revolucionario de Demetrio Macías; tiene amores con éste y acaba por matar a Camila, su rival. Personaje de

- Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- Pírala*.—Niño mudo; aparece en *Las manos de mamá*, de Nellie Campobello.
- PLANK, General Carlos.—Director de la Penitenciaría; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- PLAZA, Antonio (1833-1882).—Poeta muy popular por su filosofía pesimista y su defensa de los infelices y degradados; mencionado en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- POLAVIEJA.—Embajador de España a las fiestas del Centenario (1910), verdugo de Cuba; citado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Pomposo*.—Un abogado presuntuoso que trabajaba en el mismo bufete que José Vasconcelos; aparece en *Ulises criollo*.
- Portillo, Hermanos.—Los fusiló Luis Herrera, mencionados en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Prieto, Licenciado.—Abogado potosino que había abierto bufete en México; corteja a Guadalupe, personaje de *La revancha*, de Agustín Vera.
- Prieto, Abelardo.—Joven de veinte años que se levantó con Guillermo Baca; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Prieto, Pepita y Luz.—Hermanas del Lic. Prieto; personajes de *La revancha*, de Agustín Vera.
- Prieto, Víctores.—Abogado, Agente del Ministerio Público en el juicio del General Ángeles; mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- PUENTE, Doctor Ramón (1879-1939).—Periodista y escritor; antirreeleccionista desde los tiempos de Madero; fue sucesivamente constitucionalista y villista; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Quintana, Cayo Horacio.—Diputado, que apoya al candidato Hilario Jiménez; aparece en *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Quiñones.—Amigo de Rubén, carrancista ferviente; personaje de *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- QUIROZ.—Compañero en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de José Vasconcelos, mencionado en *Ulises criollo*.
- RÁBAGO, Jesús M. (1860-1939).—Abogado y periodista; publicó *El Mañana* contra el Presidente Madero; lo menciona José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- RAMÍREZ, Ignacio (1818-1879).—Escritor, orador, uno de los más importantes reformistas, diputado al Congreso constituyente que elaboró la Constitución de 1857; mencionado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*: 585, 589, 671, 672.
- Raquel.—Profesora de quinto; aparece en *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- RÉBSAMEN, Enrique C. (1857-1904).—Pedagogo, autor de textos escolares; fue director de la Enseñanza Normal en el Distrito Federal, mencionado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.

- Remigia, Seña.—Ofreció a los revolucionarios chile y tortillas; aparece en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- Rendón, Roberto.—Muchacho de ocho años, vestido de soldado; mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- REYES, Alfonso (1889-1959).—Escritor y diplomático; uno de los fundadores del Ateneo de la Juventud (1909).
- REYES, General Bernardo (1850-1913).—Gobernador de Nuevo León, Secretario de Guerra, creador de la Segunda Reserva; candidato a la Presidencia en 1909, no aceptó; se levantó contra Madero en 1911 y fracasó; se levantó cuando la «Decena trágica» y fue muerto en el asalto al Palacio. Lo recuerda José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Reyes, Cirilo.—El del callejón de la Pila, mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Reyes, General Encarnación.—Jefe de las Operaciones Militares en el Estado de Puebla, partidario del General Ignacio Aguirre; personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Reyes, Felipe.—Un muchacho de las Cuevas, que cuidaba a las niñas; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Reyes, Julio.—Que se hizo chiquito por milagro, aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- REYES, Rodolfo (1878-1954).—Abogado, hijo del General Bernardo Reyes; Secretario de Justicia en el gobierno de Victoriano Huerta; a la caída de éste se desterró a España. Lo menciona José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Ribas.—Maestro de raíces griegas en la Escuela Nacional Preparatoria; lo cita José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Ricalde.—Obrerista, cuya porra favorecía al candidato Hilario Jiménez, personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Riddle.—Familia bilingüe de Piedras Negras, recordada por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Ríos, Mayor.—Subordinado del General Diéguez; mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Ríos, Donaciano.—Que tenía corazón de pollo; aparece en *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- Rivas, Tomás.—Era de la Segunda del Rayo, mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- RIVERA, Diego (1885-1957).—Gran pintor, que decoró con frescos sobre la historia de la Revolución de México algunos edificios públicos.
- Riveroll, Ramón.—Uno de los espectadores del Frontón; aparece en *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Riveros, General Felipe.—Del ejército revolucionario; mencionado por Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.

- RÓBINSON, Carlos.—De los «capitanes del ensueño» del Estado Mayor de Obregón; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Robles, Crispín.—Llegaba a los pueblos echando de la cárcel a los presos; mencionado en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- ROBLES, General José Isabel (m. 1917).—Constitucionalista; más tarde se afilió al villismo; fue Secretario de la Guerra en el gobierno convencionista del General Eulalio Gutiérrez; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- ROBLES DOMÍNGUEZ, Alfredo (m. 1928).—Maderista desde 1909, diputado en la 27.^a Legislatura; lo menciona José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Rodolfo Bocanegra.—Abogado de la Facultad de Chamacuero, director de la Beneficencia Pública; personaje de *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- Rodríguez.—Dependiente de *La Continental*, que se opuso al candidato reaccionario a diputado; uno de los protagonistas de *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- Rodríguez, General.—Que murió en la discusión sobre un caballo; mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Rodríguez, Herlindo.—Fusilado de noche con otros dos, en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Rodríguez, José.—Español de Cuba que se cayó del caballo; aparece en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- RODRÍGUEZ CABO, José.—Ministro en el gobierno convencionista del General Eulalio Gutiérrez; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán, y en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- Rojas, Perico.—De los que se morían, mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Romero.—Socialista que defendía la Revolución en el despacho del Lic. Prieto; personaje de *La revancha*, de Agustín Vera.
- Rosario.—Una de las amantes del General Ignacio Aguirre; personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Rosas, Capitán Sebastián.—Ayudante del General Ignacio Aguirre, que al fin es sacrificado con el grupo de fieles del candidato. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Rosita.—Hija de doña Marta, hermana de Matilde y de Rubén; una de las protagonistas de *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- Ruacho, Perfecto.—Tenía un lunar en la oreja; aparece en *Cartucho* y *Las manos de mamá*, de Nellie Campobello.
- Rubalcaba.—Director de escuela, se une al tren de Irapuato; personaje de *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- Rubén.—Hijo de doña Marta, hermano de Matilde; uno de los protagonistas de *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- RUEDA QUIJANO, General Alfredo.—Constitucionalista; se rebeló contra el gobierno de Calles y fue fusilado; mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.

- Rufino.—Español que rentó la fábrica de vino de la hacienda *La Providencia*; personaje de *La revancha*, de Agustín Vera.
- Ruiz, Gerardo.—Villista fusilado por haber recibido dinero de Carranza; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Ruiz, José.—Que tenía crenchas doradas untadas de sebo; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Ruiz, Lauro.—Del pueblo de Balleza; mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Ruiz de Velasco, Guillermo.—Sacrificado con el grupo de fieles del candidato Ignacio Aguirre; mencionado en *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- SÁENZ, Aarón (n. 1891).—Uno de los «Capitanes del ensueño» del Estado Mayor de Obregón; abogado; diputado; senador; Secretario de Relaciones Exteriores; Gobernador de Nuevo León, Jefe del Departamento del Distrito Federal, mencionado por Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.
- Salas Duarte, Pedro.—A quien se le impuso un préstamo forzoso en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Salido, Ingeniero.—Se levantó en armas en Chihuahua; citado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- SALINAS CARRANZA, General Alberto (n. 1892).—Aviador desde muy joven, fundó el Departamento de Aviación; mencionado por Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.
- Sánchez.—Un abogado de Durango, compañero de José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- SÁNCHEZ AZCONA, Juan (1876-1938).—Periodista, político y diplomático; fue secretario particular de Madero, diputado, director de *México Nuevo*, Embajador en diversos países.
- SÁNCHEZ SANTOS, Trinidad (1859-1913).—Periodista católico, director del diario *El País*; en sus editoriales atacó al Presidente Madero y sus colaboradores; mencionado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Sandoval, General Alfonso.—Ex-jefe de Operaciones, ex-Gobernador; partidario del General Ignacio Aguirre y que finalmente es sacrificado con el grupo de fieles del candidato. Personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- SANTA ANNA, Antonio López de (1795-1876).—Presidente varias veces, dictador; por su culpa México perdió Texas.
- Santos, José.—Del último año de Medicina, compañero de José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- SANTOS COY, General Ernesto.—Revolucionario desde la época maderista; se agregó al constitucionalismo; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- SANTOS CHOCANO, José (1875-1934).—Gran poeta, peruano, conferencista en el Ateneo de la Juventud; mencionado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.

- Santos Ortiz.—General de veinticuatro años que lo fusilaron porque no quiso ser villista; recordado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Sarabia, María.—Camarera del café «La Alhambra»; aparece en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- SAUCEDO, General Andrés.—Maderista; perteneció un tiempo a las fuerzas de Lucio Blanco; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Segura, Mayor Manuel.—Testaferro de Hilario Jiménez, encargado de acabar con algunos partidarios de Ignacio Aguirre en la Cámara; personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Serafina.—Joven mixteca que acompañaba a sus hermanos estudiantes; mencionada por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Serapio.—El charamusquero; aparece en *Los de abajo*, de Mariano Azuela: 57, 58.
- SERDÁN, Aquiles (1876-1910).—Maderista; se levantó en Puebla al llamado de Madero y fue muerto por la policía en su casa.
- SERRANO, General Francisco R. (m. 1927).—Jefe de Estado Mayor de Obregón, diputado, Secretario de la Guerra: fusilado con un grupo de sus partidarios por temor de que se levantara en armas.
- SERRATOS, General Abel B.—General villista, que estuvo preso en la Penitenciaría; mencionado por Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.
- SERRATOS, Alfredo.—Uno de los delegados de Zapata a la Convención de Aguascalientes.
- Severo.—Que por causa de Villa se convirtió en panadero; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Siáñez, Pablo.—Villista que creían muerto, mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- SIERRA, Justo (1848-1912).—Abogado, historiador, Secretario de Instrucción Pública en el gobierno de Porfirio Díaz; en 1910 restableció la Universidad de México.
- Silva, General Antonio.—Jefe de la brigada «Villa», que cintareaba a los soldados; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- SILVA, General Federico.—Figuraba en el grupo opuesto a Carranza; mencionado por Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.
- Sinforoso, Don.—Teniente coronel del extinto Ejército federal y Presidente municipal de Turicate; aparece en *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- Siqueiros, Coronel.—Jefe del 19.º, que se va a levantar en Puebla; aparece en *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Sobarzo, General Luis Manuel.—Sus tripas color de rosa aparecen en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Sofía Trueba.—La hija del Rector del Instituto; aparece en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- Solís.—Obrero perseguido por la policía en un intento de levantamiento; recordado

- por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Solís, Capitán Alberto.—De la gente de Pánfilo Natera; aparece en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- Sosa, Coronel.—Jefe del campamento en Guaymas; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Steger, Señoritas.—Que tenían una academia femenina en Campeche; aparecen en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos: (Clarita); (Antonieta, madrastra de Vasconcelos).
- TAFT, William H. (1857-1930).—Presidente de los E. U. A. (1909-1913) cuando comenzó la Revolución; mencionado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- Tamayo, Samuel.—Le tenía mucha vergüenza a la gente; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Tamborrel.—Que murió en Ciudad Juárez; mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Tanilo, Don.—Que iba a echar una cana al aire; aparece en *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- Tarabana, Remigio.—De los amigos predilectos del General Ignacio Aguirre, que muere finalmente con el grupo de fieles del candidato; uno de los protagonistas de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Taralatas, El.—Nadie recordaba su nombre; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Tecolote, El.—Que fabricaba granadas de mano; aparece en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.
- TERRAZAS.—Matemático que no pertenecía a los adeptos de Comte, cuyo texto estudió José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- TERRAZAS, LOS.—Familia acaudalada de Chihuahua que no quisieron a Villa; mencionados en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Thivol, Capitán.—De los esbirros de Canuto Arenas para atacar a los partidarios del General Ignacio Aguirre en la Cámara; personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Timoteo.—Ayudante del Ministro de Instrucción Pública; aparece en *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- Timoteo, Don.—Partidario de la Revolución de Madero; personaje de *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- Timoteo, El cojo.—Revolucionario sin nombramiento, a quien sus hombres llamaban coronel. Personaje de *La revancha*, de Agustín Vera.
- Tinterillo, El.—Compañero del sastre de Zamora; aparece en *Las moscas*, de Mariano Azuela.
- Tlacuache, General.—Compadre del Ministro de Instrucción Pública; mencionado en *Las moscas*, de Mariano Azuela.

- Tocho.—Niño rico y atrevido; aparece en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- TORRE, Ignacio de la.—Rico hacendado, dueño de ingenios de azúcar en el Estado de Morelos, casado con una hija de Porfirio Díaz; mencionado por Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.
- Torrecillas, Ruperta.—Que dejó sus dineros a una persona de buena moralidad; mencionada en *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- Torres, General Carlos.—Jefe de los ayudantes del Presidente de la República; citado en *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- TORRI, Julio (n. 1889).—Escritor, uno de los fundadores del Ateneo de la Juventud (1909); profesor universitario.
- TREVIÑO, General Jacinto B. (n. 1883).—Del Estado Mayor del Presidente Madero y después jefe del Estado Mayor de Carranza; diputado; se levantó contra Carranza (1920) y fue Secretario de Industria y Comercio en el gobierno de Adolfo de la Huerta; citado por Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.
- Trillito.—De catorce años, que fue hecho prisionero con el General Ángeles; mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Trillo.—Que murió en el auto con Villa, mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- TRUEBA, Patricio.—Médico, director del Instituto Campechano; aparece en *Ulises criollo*, de José Vasconcelos.
- Ugalde.—Taquígrafo de Martín Luis Guzmán, en *El águila y la serpiente*.
- UGARTE, Manuel (1874-1951).—Escritor argentino, defensor de una política hispanoamericana; creyó que la Revolución de Madero se había hecho con dinero yanqui; citado por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- URBINA, General Tomás R. (1877-1915).—Primero constitucionalista y después uno de los lugartenientes de Villa, quien lo fusiló en las Nieves (Durango).
- URIARTE, Jesús.—Juez que consiguió para José Vasconcelos un puesto en una notaría y después en su propio Juzgado; en *Ulises criollo*.
- Uribe, Gudelio.—General villista, que martirizó hasta la muerte a Catarino Acosta; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- URQUIDI, Francisco.—Revolucionario que estaba en Nueva York; citado por Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.
- URQUIDI, Juan.—Revolucionario que estaba en Nueva York; citado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- URQUIDI, Ingeniero Manuel.—Que llevó a Madero al despacho de Vasconcelos; en *Ulises criollo*.
- Urrea, Señoritas.—Que tenían una escuela, donde trabajó Concha, hermana de José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- URUETA, Jesús (1868-1920).—Abogado, gran orador y escritor; diputado; se afilió al

carrancismo; murió siendo Ministro en Argentina.

Vaca, Toribio de la.—Munícipe; aparece en *Los caciques*, de Mariano Azuela.

Valderrama.—Que amaba la Revolución; aparece en *Los de abajo*, de Mariano Azuela.

Valdés, Carlos.—Al que se iba a imponer un préstamo forzoso, en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.

Valdés, Vicente.—Hombre pudiente a quien no se le impone un préstamo forzoso; mencionado en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.

VALENZUELA, Delfino.—Gran pedagogo y educador, a quien visita Martín Luis Guzmán en Veracruz; en *El águila y la serpiente*.

VALLES, Adolfo.—Abogado, amigo y confidente de José Vasconcelos desde la Escuela Nacional de Jurisprudencia; en *Ulises criollo*.

Varela, Perfecta.—Una viejita que había hecho un viaje a España; recordada por José Vasconcelos en *Ulises criollo*.

VASCONCELOS, Carlos.—Hermano de José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.

VASCONCELOS, Carmen.—Hermana de José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.

VASCONCELOS, Concha.—Hermana de José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.

VASCONCELOS, Ignacio.—Murió pequeño; hermano de José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.

VASCONCELOS, José (1883-1959).

VASCONCELOS, Lola.—Hermana de José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.

VASCONCELOS, Samuel.—Hermano de José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.

VASCONCELOS, Soledad o Chole.—Hermana de José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.

VÁZQUEZ, Coronel Alfonso.—De las fuerzas del General Villarreal; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.

VÁZQUEZ GÓMEZ, Emilio (1854-1928).—Antirreeleccionista desde antes de Madero; Secretario de Gobernación, representando al maderismo, en el gobierno de Francisco León de la Barra.

VÁZQUEZ GÓMEZ, Francisco (m. 1933).—Médico, antirreeleccionista, acompañó a Madero en su gira política; fue candidato a la vicepresidencia (1909-1911).

VELASCO, General José Refugio (m. 1923).—Del Ejército federal; Comandante militar de Veracruz cuando la rebelión contra Madero permaneció fiel a éste; resistió el ataque de Villa a Torreón; Comandante del Ejército Nacional para pactar con la Revolución; lo cita José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.

Venancio.—Barbero, medio «doctor», que se incorpora a los rebeldes de Demetrio Macías y muere con éste; personaje de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.

VILLA, Francisco (1887-1923).—Famoso guerrillero; general revolucionario, cooperó con Madero y cuando éste fue asesinado formó la División del Norte y tuvo una actuación militar brillante y decisiva; después de la escisión con Carranza fue

- vencido por Obregón en Celaya; descontento porque los E. U. A. habían reconocido a Carranza entro al pueblo de Columbus (Nuevo México) matando algunos militares y civiles e incendiando algunas casas. El general Pershing lo persiguió con la Expedición Punitiva y no pudo aprehenderlo.
- VILLA, Hipólito.—Revolucionario, hermano de Francisco Villa, aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- VILLADA, General José Vicente (m. 1904).—Estuvo en el sitio de Puebla; fue hecho prisionero y se fugó camino a Veracruz; diputado, senador y gobernador del Estado de México; lo menciona Vasconcelos en *Ulises criollo*.
- VILLAR, General Lauro (m. 1923).—Del Ejército federal; defendió el Palacio Nacional en la «Decena trágica»; sus soldados, al rechazar el ataque de los sublevados, dieron muerte al General Bernardo Reyes; lo cita José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- VILLARREAL, General Antonio I. (1879-1944).—Revolucionario y periodista; jefe de operaciones en Nuevo León; secretario de Agricultura y Fomento; se unió a la rebelión delahuertista (1923-1924); aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- Villegas.—Que inunda el mercado con maíz para comprarlo a precio bajo; personaje de *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- Villescas, Chon.—Que murió en un combate; mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Viñas, Elena de: (Véase Elena de Viñas.)
- Viñas, Esperanza: (Véase Esperanza Viñas.)
- Viñas, Juan.—Se asocia con don Ignacio del Llano; personaje de *Los caciques*, de Mariano Azuela.
- WARNER.—Abogado, jefe del bufete en que trabajó José Vasconcelos; en *Ulises criollo*.
- WARREN.—Comisionado de E. U. A. que trató con Pañi sobre la aplicación de las leyes a los extranjeros; mencionado por José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- WIECHERS, Luciano.—Abogado, profesor de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, en donde fue compañero de José Vasconcelos; en *Ulises criollo*, y *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- WILSON.—Uno de los abogados del bufete en el que trabajó José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- WILSON, Henry Lañe.—Embajador de E. U. A.; llegó en 1910 y fue hostil al Presidente Madero; en la «Decena trágica» simpatizó con los rebeldes y no hizo nada para impedir que Madero fuera sacrificado; lo retiró el Presidente Wilson. Mencionado por José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- WILSON, Woodrow (1856-1924).—Presidente de E. U. A. (1913-1921) durante el

- gobierno del General Victoriano Huerta y la Revolución; ordenó la ocupación del puerto de Veracruz para impedir que llegaran armas a Huerta, y la Expedición Punitiva para perseguir a Villa; lo menciona José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- Winter.—Primer secretario de la Embajada de E. U. A.; personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- Yáñez, Jesús.—Que con su escolta mató a Abelardo Prieto y su padre; mencionado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Zafiro.—Un maya que fusilaron con su hermano Zequiél; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Zaldivar, Coronel.—Que plagió a Axkaná a la salida del Frontón; personaje de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- ZAMORA PLOWES, Luis.—Periodista, director del *ABC*, aprehendido entre los desafectos a Carranza; aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- ZAPATA, General Emiliano (1883-1919).—Se rebeló cuando el movimiento maderista y permaneció en armas aun contra el Presidente Madero, pidiendo tierras para los campesinos, de acuerdo con el *Plan de Ayala* (nov. 1911); estuvo representado en la Convención de Aguascalientes, y se unió a Villa para apoyar al gobierno convencionista; fue asesinado por un coronel de las fuerzas de Pablo González.
- ZAPATA, General Eufemio (m. 1917).—Hermano de Emiliano Zapata, firmó el Plan de Ayala y combatió por la causa agraria en Morelos. Aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- ZAVALA, Lorenzo (1788-1836).—Político y escritor; contribuyó a la independencia de Yucatán; diputado a las Cortes españolas; secretario de Hacienda (1829); estando en Texas favoreció la revolución separatista y acabó por perder la nacionalidad mexicana. Lo cita Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.
- Zentella, Aquiles.—Abogado tabasqueño en cuyo bufete trabajó Vasconcelos; en *Ulises criollo*.
- Zepeda, Vicente.—Que tenía casa en Parral, citado en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Zequiél.—Un maya que fusilaron con su hermano Zafiro; aparece en *Cartucho*, de Nellie Campobello.
- Zertuche, José.—Compañero de casa de Vasconcelos, en *Ulises criollo*.
- Zetina, Carlos B.—Uno de los asistentes al Frontón; mencionado en *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán.
- ZUBARAN, Juan.—Representante oficial de la Revolución en Cuba, aparece en *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán.
- ZUBARAN CAMPAN Y, Rafael.—Abogado y escritor; fue maderista y constitucionalista; diputado, agente confidencial del constitucionalismo en Washington; Secretario de Industria y Comercio en el gobierno de Obregón. Aparece en *El águila y la*

serpiente, de Martín Luis Guzmán.

Zubiría y Campa, Luis.—Joven abogado, sobrino del arzobispo amigo de José Vasconcelos, en *Ulises criollo*.

ÍNDICE DE LUGARES

PARA una mejor comprensión de las novelas que contiene este volumen, es conveniente que el lector tenga una idea de la geografía de México y de la ubicación de los principales escenarios de la Revolución. Con este propósito hemos formado este Índice, que da la ficha de cada lugar —ocasionalmente con ciertos datos auxiliares— mencionando el número de habitantes de Estados, municipios, ciudades, villas y pueblos, según el último Censo, el cual puede servir de base para calcular, reduciéndola, en general a una tercera parte, la población de la época de la Revolución.

Frente a un mapa de la República, el lector se dará cuenta de que el territorio mexicano va desde su extensa frontera con los E. U. A., en el Norte, hasta sus límites, muy reducidos, con Guatemala, en el extremo Sur. Al descender desde el Norte, el territorio mexicano se va angostando progresivamente, hasta llegar al cuello del Istmo de Tehuantepec, después del cual se extiende la Península de Yucatán.

La mayor densidad de población, las ciudades más importantes y los centros de mayor actividad cultural están situados en el centro de la República, alrededor de la altiplanicie o Mesa Central, donde se encuentra el espléndido valle de México y la capital de la nación.

Paralelamente al litoral del Golfo de México corre la Sierra Madre Oriental, y, paralelamente al Pacífico, la Sierra Madre Occidental. Al irse angostando el territorio conforme avanza hacia el Sur, esas dos cadenas de montañas se van acercando hasta formar, en su encuentro, a unos 3 000 metros sobre el nivel del mar, el nudo de la altiplanicie, en la que se destacan los dos grandes volcanes de nieves eternas: el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl.

Dos grandes líneas férreas corren desde la ciudad de México hasta la frontera norte: la oriental (que va a Nuevo Laredo, tocando Querétaro, San Luis Potosí y Monterrey) y la occidental (que va a Ciudad Juárez, tocando Guadalajara, Aguascalientes, Zacatecas, Torreón y Chihuahua). Estas dos líneas se cruzan cerca de Celaya (Edo. de Guanajuato).

Al estallar la revolución maderista fijó su centro de acción en Ciudad Juárez, sobre la frontera con E. U. A., y se fue extendiendo hacia el Sur. Durante la rivalidad entre Francisco Villa y Venustiano Carranza, el primero domina la región occidental, desde el Estado de Sonora y Ciudad Juárez hasta Guadalajara, y el segundo, la región oriental desde Nuevo Laredo hasta el puerto de Veracruz. La extensión de estas dos zonas varía según la suerte de los diversos encuentros, pero la lucha va a tener su desenlace, precisamente, en el lugar en que se funden esas dos zonas, punto de cruce de las comunicaciones ferroviarias: Celaya, en donde es derrotado definitivamente Villa.

Es conveniente advertir al lector que frecuentemente el Estado y la ciudad capital

del mismo llevan igual nombre: Aguascalientes, Campeche, Chihuahua, Durango, Guanajuato, Oaxaca, Puebla, San Luis Potosí, Tlaxcala y Zacatecas.

De los lugares geográficos extranjeros solamente se incluyen algunos del sur de E. U. A., que tuvieron relación con la historia de la Revolución.

Abreviaturas.—Edo.: Estado.—D. F.: Distrito Federal.—Pobl.: población.

ANTONIO CASTRO LEAL.

ACÁMBARO.—Municipio del Edo. de Guanajuato, pobl. 71 509.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 26 011.

AGUA PRIETA.—Municipio del Edo. de Sonora, pobl. 17 248.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 15 275.

AGUASCALIENTES.—Estado del centro, pobl. 334 936.—Ciudad capital del mismo, pobl. 126,222.

AJUSCO.—Pueblo de la Delegación de Tlalpan, en el D. F., pobl. 8 326.—Cumbre principal que cierra por el sur el valle de México y se eleva a 1 883 m sobre la ciudad de México.

ALLENDE.—Municipio del Edo. de Chihuahua, pobl. 11 963.—Villa cabecera del mismo, pobl. 3 214.—Municipio del Edo. de Coahuila, pobl. 11743.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 9 938.—Municipio del Edo. de Guanajuato, pobl. 45 614.—Ciudad San Miguel de Allende cabecera del mismo, pobl. 17 840.—Municipio del Edo. de Nuevo León, pobl. 9 590.—Villa cabecera del mismo, pobl. 2 506.

AMOZOC.—Municipio del Edo. de Puebla, pobl. 14 191.—Villa cabecera del mismo, pobl. 6 840.—Cerro de la región a 2 600 m.

ANGOSTURA, LA.—Lugar en el camino de San Luis Potosí a Saltillo, donde tuvo lugar una de las principales batallas en la guerra de 1847 entre México y E. U. A.

ÁNIMAS, LAS.—Nombre de muchas haciendas y rancherías.—Laguna en el cantón de Cosamaloapan, Edo. de Veracruz.—Laguna en el Dto. de Jalpan, Edo. de Querétaro.—Bahía en el Golfo de California.

ANTEQUERA.—Nombre que recibió originalmente la ciudad que ahora se llama Oaxaca (v).

APAM O APAN.—Municipio del Edo. de Hidalgo, pobl. 16 156.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 8 589.—Llanos de Apan: donde se cultivan magueyes que dan un pulque excelente.

APIZACO.—Ciudad del Edo. de Tlaxcala, pobl. 15 622.

ARIZONA.—Edo. del sur de los E. U. A., que colinda con el Edo. de Sonora: en su línea divisoria se encuentran Nogales y Agua Prieta.

ATOYAC.—Atoyac de Álvarez, municipio del Edo. de Guerrero, pobl. 30 420.—

Ciudad cabecera del mismo, pobl. 6 514.—Municipio del Edo. de Jalisco, pobl. 9 143.—Villa cabecera del mismo, pobl. 5 454.—Río del Edo. de Veracruz.—Río del Edo. de Oaxaca, que desemboca en el Pacífico.

AZCAPOTZALCO.—Villa en la Delegación del mismo nombre del D. F., pobl. 50 820.

BAJA CALIFORNIA.—Península que se extiende en el Pacífico frente a la costa de los Edos. de Sonora y Sinaloa; políticamente se divide en el Estado Norte (capital Mexicali, pobl. 390 411) y Territorio Sur (capital La Paz, pobl. 24 480).

BAJÍO, EL.—Planicie principal del Edo. de Guanajuato, compuesta de valles unidos donde están, entre otras, las municipalidades de Celaya, Salvatierra, Salamanca, Irapuato, Silao, Maravatío, Pénjamo.—Importante valle del Edo. de Jalisco, en el cantón de Teocaltiche, al este de San Miguel el Alto.

BOCAS, LAS.—Lugar en el Edo. de Durango, sobre la Sierra Madre Occidental.

BRAVO, RÍO.—También llamado Río Grande del Norte. Sirve de límite entre los E. U. A. y México (en los Edos. de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas). Alcanza un curso de 2 280 km. Desemboca en el Golfo de México.

BROWNSVILLE.—Ciudad norteamericana del Edo. de Texas, que queda en la línea divisoria con el Edo. de Tamaulipas, frente a Matamoros.

BUFA, LA.—Uno de los cerros que limitan la cañada donde se encuentra la ciudad de Zacatecas.

CALIFORNIA.—Edo. del suroeste de los E. U. A., que colinda con el Territorio Norte de la Baja California; sobre la línea divisoria se encuentran Tijuana y Mexicali.

CAMARGO.—Municipio del Edo. de Chihuahua, pobl. 29 185.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 11 945.

CAMPECHE.—Edo., en la península de Yucatán, pobl. 250 391.—Ciudad capital del mismo, pobl. 46 834; puerto sobre el Golfo de México.

CANANEA.—Municipio del Edo. de Sonora, pobl. 24 483.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 20 090.

CAÑITAS.—Ranchos en los Edos. de Michoacán y Zacatecas.—Estación de ferrocarril en el Edo. de Zacatecas.

CASAS GRANDES.—Municipio del Edo. de Chihuahua, pobl. 12 946.—Pueblo cabecera del mismo, pobl. 1 600.

CASTILLO.—Ranchos y haciendas en los Edos. de Guanajuato, Jalisco, Michoacán, Puebla y Veracruz.

CELAYA.—Municipio del Edo. de Guanajuato, pobl. 143 703.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 58 762.

CERRITOS.—Municipio del Edo. de San Luis Potosí, pobl. 20 664.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 9 849.

CERRO GORDO.—Ranchería en el Municipio de Canatlán (Edo. de Durango), pobl.

986.

CIUDAD JUÁREZ.—Ciudad cabecera del municipio de Juárez (Edo. de Chihuahua) pobl. 261 683.—Está en la línea fronteriza con E. U. A. Antes llevaba el nombre de Paso del Norte y también El Paso.

CIUDAD PORFIRIO DÍAZ.—Véase Piedras Negras.

COAHUILA.—Uno de los más extensos e importantes Edos. del norte, que colinda con E. U. A., pobl. 1 140 989.

COATZACOALCOS.—Municipio del Edo. de Veracruz, pobl. 108 818.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 54 425.—Importante puerto sobre el Golfo de México.—Río del Istmo de Tehuantepec, que desemboca en el Golfo de México.

Cocos, Los.—Estación del ferrocarril de Veracruz a la ciudad de México, muy cercana al puerto de Veracruz.

COLIMA.—Estado de la costa del Pacífico, pobl. 240 235.—Ciudad capital del mismo, pobl. 54 860.

COLUMBUS.—Pueblo del Edo. de Nuevo México, de los E. U. A., que se encuentra como a unos cuatro km de la línea divisoria con México.

CRUZ DE PIEDRA.—Hacienda en el Municipio de Guaymas (Edo. de Sonora), pobl. 689.

CUAUTTLÁN.—Municipio del Edo. de México, pobl. 25 714.

CUERNAVACA.—Municipio del Edo. de Morelos, pobl. 139 909.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 56 900.

CULIACÁN.—Municipio del Edo. de Sinaloa, pobl. 358 812.—Ciudad cabecera del mismo y capital del Edo., pobl. 84 902.

CULIACANCITO.—Pueblo del municipio de Culiacán (Edo. de Sinaloa), pobl. 2 780.

CUQUÍO.—Municipio del Edo. de Jalisco, pobl. 14 485.—Villa cabecera del mismo, pobl. 2 480.

CHAMACUERO.—Antiguo nombre de un municipio del Edo. de Guanajuato, actualmente Comonfort, pobl. 29 980.—Ciudad cabecera del mismo (ahora Comonfort), pobl. 9 950.

CHAPALA.—Municipio del Edo. de Jalisco, pobl. 20 363.—Villa cabecera del mismo, pobl. 9 980.—Se encuentra a la orilla del lago del mismo nombre, el mayor y más importante de la República.

CHAPULTEPEC.—Cerro y parque famoso y pintoresco en el D. F. Fue lugar de residencia de los antiguos emperadores aztecas y de algunos Presidentes de la República.—Cuando la guerra con E. U. A. (1847) ocupaba el castillo el Colegio Militar.

CHARCAS.—Municipio del Edo. de San Luis Potosí, pobl. 22 792.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 10 810.

CHIAPAS.—Edo. en el sur, sobre el litoral del Pacífico, colinda con Guatemala, pobl.

1 578 180.

CHIHUAHUA.—Edo. al norte, que colinda con E. U. A., pobl. 1 730 012.—Ciudad capital del mismo, pobl. 165 743.

DOUGLAS.—Población del Edo. de Arizona, en el sur de los E. U. A., que se encuentra en la línea divisoria frente a la población mexicana Agua Prieta.

DURANGO.—Edo. del noroeste, pobl. 919 381.—Ciudad capital del mismo, pobl. 98 000.

EAGLE PASS.—Población del Edo. de Texas, en los E. U. A., que se encuentra en la línea divisoria con el Edo. de Tamaulipas, frente a Piedras Negras.

EL PASO.—Paso del Norte, antiguo nombre de Ciudad Juárez (v).

EMPALME.—Estación de ferrocarril en los Edos. de Sonora y Coahuila.

ERONGARÍCUARO.—Municipio del Edo. de Michoacán, pobl. 10 970.

ESPERANZA.—Estación del ferrocarril de México a Veracruz, en el Edo. de Puebla, a 179 km de la ciudad de México.

FRESNILLO.—Municipio del Edo. de Zacatecas, pobl. 82 295.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 36 919.

GÓMEZ PALACIO.—Municipio del Edo. de Durango, pobl. 135 743.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 61 765.

GRILLO, EL.—Uno de los cerros que limitan la cañada en que se encuentra la ciudad de Zacatecas.

GUADALAJARA.—Una de las principales ciudades de la República, capital del Edo. de Jalisco, pobl. 1 105 830.

GUADALUPE.—Municipio del Edo. de Zacatecas, pobl. 23 576.—Villa cabecera del mismo, pobl. 7 846.

GRANDE, RÍO.—Véase, Bravo, Río.

GUAMÚCHIL.—Pueblo en el municipio de Mocorito (Edo. de Sinaloa), pobl. 8 000.—Muchos ranchos llevan en el Edo. este nombre.

GUANAJUATO.—Estado del centro, pobl. 2 285 249.—Ciudad capital del mismo, pobl. 38 940.

GUAYMAS.—Municipio del Edo. de Sonora, pobl. 53 207.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 38 845.—Puerto sobre la costa del Pacífico.

GUERRERO.—Estado del Sur, sobre la costa del Pacífico, pobl. 1 573 098. Su capital es la ciudad de Chilpancingo, pobl. 20 990.

HERMOSILLO.—Municipio del Edo. de Sonora, pobl. 118 051.—Ciudad cabecera del mismo y capital del Edo., pobl. 96 122.

HIDALGO.—Edo. del centro, pobl. 1 156 177.—Su capital es la ciudad de Pachuca, pobl. 72 072.

HIDALGO DEL PARRAL.—*Véase* Parral.

HOSTOTIPAQUILLO.—Municipio del Edo. de Jalisco, pobl. 8 032.—Pueblo cabecera del mismo, pobl. 2 079.

HUAMÚCHIL.—*Véase*, Guamúchil.

HUASTECA.—Nombre de una región hacia el noroeste de la República, fértil y pintoresca, rica en bosques y de variada flora y fauna, formada por parte de los territorios colindantes de los Edos. de Tamaulipas, San Luis Potosí, Veracruz e Hidalgo.

ICAMOLE.—Hacienda en el municipio de García (Edo. de Nuevo León), pobl. 858.

IGUALA.—Municipio del Edo. de Guerrero, pobl. 39 732.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 30 015.

INDÉ.—Municipio del Edo. de Durango, pobl. 9 752.—Villa cabecera del mismo, pobl. 1 600.

IRAPUATO.—Municipio del Edo. de Guanajuato, pobl. 175 966.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 83 505.

IZTACCÍHUATL.—Hermoso volcán de nieves perpetuas, situado entre los Edos. de México y de Puebla; se destaca desde cualquier lugar del valle de México; se eleva a 5 386 m.

JALAPA.—Municipio del Edo. de Veracruz, pobl. 80 210.—Ciudad cabecera del mismo y capital del Edo., pobl. 70 317.

JALISCO.—Uno de los Edos. más grandes e importantes de la República, tiene costa sobre el Pacífico, pobl. 3 322 750.—Su capital es Guadalajara (v).

JALPA.—Municipio del Edo. de Zacatecas, pobl. 20 990.—Pueblo cabecera del mismo, pobl. 6 340.

JIMÉNEZ.—Municipio del Edo. de Chihuahua, pobl. 24 967.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 14 922.

JUCHIPILA.—Municipio del Edo. de Zacatecas, pobl. 11 161.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 4 920.

JUCHITÁN.—Juchitán de Zaragoza, municipio del Edo. de Oaxaca, pobl. 23 980.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 20 091.

LAGOS DE MORENO.—Municipio del Edo. de Jalisco, pobl. 53 390.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 24 298.

LAREDO.—Población del Edo. de Texas, en los E. U. A., que se encuentra sobre la línea divisoria con el Edo. de Tamaulipas, frente a Nuevo Laredo.

LAREDO.—Nuevo Laredo, municipio del Edo. de Tamaulipas, pobl. 96 943.—Ciudad

- cabecera del mismo, pobl. 93 787.—Está en la línea divisoria con E. U. A., y separada de Laredo (Texas) por el Río Bravo.
- LECHERÍA.—Estación de ferrocarril en el Edo. de México, muy cercana al Distrito Federal.
- LEÓN.—Municipio del Edo. de Guanajuato, pobl. 472 815.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 453 976.—Se le llama también León de los Aldamas.
- LERMA.—Municipio del Edo. de México, pobl. 27 814.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 4 100.—Laguna y río en el mismo Edo.
- LIMÓN, EL.—Rancho del Municipio de Moyahua de Estrada, en el Edo. de Zacatecas; pobl. 379.
- MAGDALENA.—Municipio del Edo. de Sonora, pobl. 12 090.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 9 543.
- MALTRATA.—Municipio del Edo. de Veracruz, pobl. 6 093.—Pueblo cabecera del mismo, pobl. 4 606.—Estación del ferrocarril de México a Veracruz, que ofrece, desde las cumbres de Maltrata, un espléndido paisaje. Una de las montañas más altas del cantón de Orizaba, se eleva a 2 500 m.
- MANZANILLO.—Municipio del Edo. de Colima, pobl. 40 811.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 26 390.—Importante puerto sobre el Pacífico.
- MATAMOROS.—Municipio del Edo. de Coahuila, pobl. 46 631.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 113 572.—Municipio del Edo. de Tamaulipas, pobl. 143 043.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 93 334.
- MATEHUALA.—Municipio del Edo. de San Luis Potosí, pobl. 40 060.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 19 990.
- MAYTORENA.—Estación de ferrocarril en el Municipio de Guaymas, Edo. de Sonora, pobl. 540.
- MAZATLÁN.—Municipio del Edo. de Sinaloa, pobl. 112 619.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 74 934.—Es puerto importante del Pacífico.
- MÉRIDA.—Municipio del Edo. de Yucatán, pobl. 226 425.—Ciudad cabecera del mismo y capital del Edo., pobl. 175 513.
- METLAC.—Congregación del Edo. de Veracruz.—Pintoresca barranca entre Córdoba y Orizaba, salvada por el ferrocarril de México a Veracruz por un puente de 138 m de longitud.
- MÉXICO.—Nombre del país, llamado también República Mexicana y oficialmente Estados Unidos Mexicanos, pobl. 48 000 000.—Ciudad de México, en el Distrito Federal, capital de la República, pobl. 10 000 000.—V. Puerto México.
- MEZQUITAL.—Municipio del Edo. de Durango, pobl. 8 684.—Villa cabecera del mismo, pobl. 1 082.
- MEZQUITAL.—Hay dos ranchos en el Municipio de San Luis Potosí; Mezquital de Bocas, pobl. 580, y Mezquital del Saucito, pobl. 605.

MICHOACÁN.—Uno de los Edos. más grandes e importantes, en la parte central de la República, tiene costa en el Pacífico, pobl. 2 341 556.—Su capital es Morelia, pobl. 110 258.

MITLA.—Municipio del Edo. de Oaxaca, pobl. 5 914.—Villa cabecera del mismo, pobl. 3 861.—En este lugar se encuentran muy importantes ruinas de la cultura zapoteca.

MIXCOAC.—Población de los alrededores de la ciudad de México; actualmente está incorporada a ésta.

MONCLOVA.—Municipio del Edo. de Coahuila, pobl. 45 257.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 43 333.

MONTERREY.—Municipio del Edo. de Nuevo León, pobl. 610 596.—Ciudad cabecera del mismo y capital del Edo., pobl. 601 085.

MORELIA.—Municipio del Edo. de Michoacán, pobl. 195 794.—Ciudad cabecera del mismo y capital del Edo., pobl. 110 258.—Durante la época colonial llevó el nombre de Valladolid, pero después de la Independencia se le cambió en homenaje a uno de los grandes héroes en esa lucha: José María Morelos.

MORELOS.—Estado al sur del Distrito Federal, pobl. 620 392.—Su capital es Cuernavaca, pobl. 56 900.

MOYAHUA.—Municipio del Edo. de Zacatecas, pobl. 13 460.—Pueblo cabecera del mismo, pobl. 3 690.

NAVOJOA.—Municipio del Edo. de Sonora, pobl. 54 412.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 30 762.

NAVOLATO.—Pueblo del municipio de Culiacán, en el Edo. de Sinaloa, pobl. 7 345.

NECAXA.—Pueblo en el Edo. de Puebla.—Río que forma el salto que se precipita desde una altura de más de 160 m y que ha sido aprovechado para una importante planta de producción de energía eléctrica.

NIEVES.—Municipio del Edo. de Zacatecas, pobl. 15 800.—Pueblo cabecera del mismo, pobl. 3 907.

NOGALES.—Municipio del Edo. de Sonora, pobl. 40 012.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 38 755.—Importante población fronteriza con los E. U. A., situada frente a Nogales (Arizona).

NOMBRE DE DIOS.—Municipio del Edo. de Durango, pobl. 16 652.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 3 519.

NUEVO MÉXICO.—Edo. del sur de los E. U. A., que colinda con el Edo. de Chihuahua.

OAXACA.—Uno de los más importantes Edos., al sur, con extensa costa sobre el Pacífico, antiguo asiento de las culturas zapoteca y mixteca. Población 2 011 946.—Ciudad capital del mismo, pobl. 75 313.

ORENDÁIN.—Estación de ferrocarril en el Edo. de Jalisco.

- ORIZABA.—Municipio del Edo. de Veracruz, pobl. 69 672.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 70 792.
- ORTIZ.—Estación de ferrocarril en el Municipio de Guaymas, Edo. de Sonora; pobl. 752.
- PACHUCA.—Municipio del Edo. de Hidalgo, pobl. 72 430.—Ciudad cabecera del mismo y capital del Edo., pobl. 64 564.—Importante centro minero.
- PALMITO.—Ranchos y haciendas en los Edos. de Michoacán, Nuevo León y Tamaulipas.
- PARRAL.—Municipalidad del Edo. de Chihuahua, pobl. 45 080.—Ciudad cabecera de la misma, pobl. 41461.—El nombre oficial es Hidalgo del Parral.
- PÉNJAMO.—Municipio del Edo. de Guanajuato, en la región del Bajío (v), pobl. 85 822.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 12 652.
- PIEDRAS NEGRAS.—Municipio del Edo. de Coahuila, pobl. 48 408.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 42 649.—Está sobre la línea divisoria con los E. U. A., y en un tiempo llevó el nombre de Ciudad Porfirio Díaz.
- PILAR DE CONCHOS.—Mineral en el Municipio de Moris, Edo. de Chihuahua; pobl. 692.
- PLUVIOSILLA.—Nombre que dio a Orizaba (Edo. de Veracruz) el novelista veracruzano Rafael Delgado (1853-1914) por sus constantes brumas y lloviznas.
- POPOCATÉPETL.—Hermoso volcán de nieves perpetuas, a 88 km de la ciudad de México; se destaca desde cualquier lugar del valle de México; su pico mayor se eleva a 5 450 m sobre el nivel del mar.
- PROGRESO.—Municipio del Edo. de Yucatán, pobl. 18 010.—Ciudad cabecera del mismo, puerto de cabotaje y altura, pobl. 14 980.
- PUEBLA.—Uno de los Edos. más populosos e importantes, en el centro, hacia el sudeste de la ciudad de México, pobl. 2 483 770.—Importante ciudad, rica en monumentos coloniales y diversas industrias, capital del mismo, pobl. 307 952.
- PUERTO ÁNGEL.—Puerto de altura sobre la costa del Pacífico (pequeño y solo para buques menores) en el Municipio de Pochutla. Edo. de Oaxaca; pobl. 1 090.
- PUERTO MÉXICO.—Véase Coatzacoalcos.
- QUERÉTARO.—Uno de los Estados del centro, pobl. 464 225.—Importante ciudad por sus monumentos y los acontecimientos históricos que en ella han tenido lugar; capital del Edo., pobl. 67 277.
- RÍO BLANCO.—Fábrica de hilados y tejidos, en el cantón de Orizaba (Edo. de Veracruz): es estación del ferrocarril de México a Veracruz.
- RÍO FLORIDO.—En el Edo. de Chihuahua.—Véase Villa Coronado.
- RÍO GRANDE DEL NORTE.—Véase Bravo. Río.

ROSARIO.—Municipio del Edo. de Sinaloa, pobl. 35 881.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 12 968.

SABINAS.—Municipio del Edo. de Nuevo León, pobl. 15 482.—Villa cabecera del mismo, pobl. 12 558.—El nombre oficial es Sabinas Hidalgo.

SALINA CRUZ.—Municipio del Edo. de Oaxaca, pobl. 15 964 Ciudad cabecera del mismo y puerto de altura, pobl. 14 998.

SALTILLO.—Municipio del Kilo de Coahuila, pobl. 130 772. Ciudad cabecera del mismo y capital del Kilo, pobl. 99 691.

SAN ALBERTO.—Rancho en el Municipio de Hidalgo del Parral, Edo. de Chihuahua, pobl. 80.

SAN ANDRÉS TUXTLA.—Municipio del Edo. de Veracruz, pobl. 49 985 Ciudad cabecera del mismo, pobl. 20 830.

SAN ANTONIO DEL TULE.—Municipalidad en el Edo. de Chihuahua, su pobl. antigua 2 532.

SAN BLAS.—Municipio del Edo. de Nayarit, pobl. 24 987.—Villa cabecera del mismo y puerto de altura, pobl. 2 763.

SAN IGNACIO.—Municipio del Edo. de Sinaloa, pobl. 24 321.—Pueblo cabecera del mismo, pobl. 2 693.

SAN JUAN BAUTISTA TUXTEPEC.—*Véase* Tuxtepec.

SAN JUAN DEL RÍO.—Municipio del Edo. de Querétaro, pobl. 39 945.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 12 917.

SAN LUIS POTOSÍ.—Uno de los más extensos e importantes Edos. del centro, pobl. 1 257 028.—Ciudad capital del mismo, pobl. 175 060.

SAN PABLO BALLEZA.—Villa en el Municipio de Balleza, Edo. de Chihuahua, pobl. 1 087.

SANTA BÁRBARA.—Municipio del Edo. de Chihuahua, pobl. 20 970.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 16 892.

SANTA LUCRECIA.—Lugar en el Edo. de Oaxaca.

SANTA MARÍA DEL RÍO.—Municipio del Edo. de San Luis Potosí, pobl. 28 420.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 5 190.

SANTIAGO PAPASQUIARO.—Municipio del Edo. de Durango, pobl. 39 985.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 5 317.

SANTIAGO TLATELOLCO.—Uno de los antiguos barrios de la ciudad de México en donde está situada una prisión militar que lleva este nombre.

SÁSABE.—Congregación en el Municipio de Sáric, Edo. de Sonora, cerca de la línea divisoria con el Edo. de Arizona (E. U. A.), pobl. 975.

SATEVÓ.—Municipio del Edo. de Chihuahua, pobl. 8 012.—Pueblo cabecera del mismo, pobl. 965.

SILAO.—Municipio del Edo. de Guanajuato, pobl. 54 037.—Ciudad cabecera del

mismo, pobl. 24 138.

SINALOA.—Uno de los Edos. del noroeste tiene extensa costa sobre el Pacífico, pobl. 1 273 228.—Su capital es Culiacán, pobl. 84 902.

SOCONUSCO.—Uno de los departamentos más ricos del Edo. de Chiapas, que incluye diversos pueblos y cuya cabecera es Tapachula.

SONORA.—Uno de los Edos. más extensos e importantes, situado al Norte, colindando con E. U. A.; tiene extensa costa sobre el Golfo de California, pobl. 1 092 458.—Su capital es la ciudad de Hermosillo, pobl. 100 912.

TABASCO.—Uno de los Edos. en el istmo de Tehuantepec, colinda con Guatemala y tiene costa sobre el Golfo de México; pobl. 776 340.—Su capital es Villahermosa, pobl. 53 857.

TACUBA.—Pueblo del D. F., ya incorporado a la capital. Formó parte de un antiguo reino prehispánico.

TACUBAYA.—Pintoresco pueblo de los alrededores de la Capital, que ya ha sido incorporado a ésta.

TAMAULIPAS.—Uno de los más grandes e importantes Edos., colinda con los E. U. A. y tiene una extensa costa sobre el Golfo de México, pobl. 1 438 350.—Su capital es Ciudad Victoria, pobl. 53 718.

TAMPICO.—Municipio del Edo. de Tamaulipas, pobl. 196 147.—Ciudad cabecera del mismo y puerto de altura sobre el Golfo de México, por donde se embarcaba gran parte del petróleo para exportación, pobl. 122 197.

TAPACHULA.—Municipio del Edo. de Chiapas, pobl. 86 094.—Ciudad Cabecera del mismo, pobl. 42 720.

TEHUACÁN.—Municipio del Edo. de Puebla, pobl. 48 836.—Ciudad cabecera del mismo, centro de aguas medicinales, pobl. 24 921.

TEHUANTEPEC.—Municipio del Edo. de Oaxaca, pobl. 16 960.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 14 400.—Istmo de Tehuantepec; zona en que el territorio se angosta; hacia el sur, en los Edos. de Veracruz, Oaxaca, Tabasco y Chiapas. Hay río y lagunas en este istmo que llevan el mismo nombre.

TENOCHTITLAN.—Nombre de la ciudad de México bajo el imperio de los aztecas.

TEOLOYUCAN.—Municipio del Edo. de México, pobl. 10 939.—Pueblo cabecera del mismo, pobl. 2 959.

TEPATITLÁN.—Municipio del Edo. de Jalisco, pobl. 59 600.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 20 097.—El nombre oficial es Tepatitlán de Morelos.

TEPELPAN.—Lugar inmediato a Juchitán en el Edo. de Oaxaca.

TEPIC.—Municipio del Edo. de Nayarit, pobl. 74 576.—Ciudad cabecera del mismo y capital del Edo., pobl. 54 955.—Antes de ser elevado a Edo. el nombre del territorio era Tepic.

TETILLAS.—Dos cerros en el Edo. de Zacatecas, en el Municipio de Nieves.

TIERRA BLANCA.—Municipio del Edo. de Guanajuato, pobl. 6 848.—Pueblo cabecera del mismo, pobl. 1 000.—También se escribe Tierrablanca.

TIZAPÁN.—Pueblo del Municipio de Álvaro Obregón (antiguo San Ángel) en el Distrito Federal, importante por sus industrias; actualmente está incorporado a la ciudad de México.

TLACOLULA.—Municipio del Edo. de Oaxaca, pobl. 9410.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 7 856.—El nombre oficial es Tlacolula de Matamoros.

TLALNEPANTLA.—Municipio del Edo. de México, pobl. 105 447.—Tlalnepantla de Comonfort, ciudad cabecera del mismo, pobl. 23 886.

TLANEPANTLA.—Municipio del Edo. de Puebla, pobl. 1 876.

TLAXCALA.—Uno de los Edos. más pequeños, al oriente de la ciudad de México, pobl. 418 334.—Capital del mismo, ciudad interesante, población 16 914 ciudad interesante, pobl. 8 464.

TLAXIACO.—Municipio del Edo. de Oaxaca, pobl. 16 127.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 10 825.—El nombre oficial es Santa María Asunción Tlaxiaco.

TOLUCA.—Municipio del Edo. de México, pobl. 220 195.—Ciudad cabecera del mismo y capital del Edo., pobl. 200 000.

TOMELLÍN.—Estación del ferrocarril del Sur en el Edo. de Oaxaca.

TOPILEJO.—Pueblo de la delegación de Tlalpan, sobre la carretera de México a Cuernavaca, pobl. 2 586.

TORREÓN.—Municipio del Estado de Coahuila, pobl. 203 153.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 179 955.—Importante centro ferrocarrilero del norte de la República.

TORRES.—Estación de ferrocarril en el Edo. de Sonora.

TULANCLNGO.—Municipio del Edo. de Hidalgo, pobl. 36 692.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 26 663.

TUXPAN.—Municipio del Edo. de Veracruz, pobl. 50 686.—Puerto y ciudad cabecera del mismo, pobl. 24 332.

TUXTEPEC.—Municipio del Edo. de Oaxaca, pobl. 24 965.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 8 631 —El nombre oficial es San Juan Bautista Tuxtepec.

ULÚA.—San Juan de Ulúa: fuerte a la entrada del puerto de Veracruz que, después de servir para la defensa contra las invasiones de los piratas y las fuerzas enemigas, estuvo destinado durante muchos años a lugar de reclusión para reos políticos.

VANEGAS.—Estación de ferrocarril en el Edo. de San Luis Potosí.

VENADO.—Municipio del Edo. de San Luis Potosí, pobl. 13 498.—Pueblo cabecera del mismo, pobl. 3 016.

VERACRUZ.—Uno de los Edos. más importantes por su extensión y su riqueza; se encuentra en la costa oriental y su litoral se extiende en gran parte del Golfo de México; pobl. 3 813 613.—Su capital es Jalapa, población 66 317.—Ciudad del

- Edo. y el puerto más importante sobre el Golfo de México; pobl. 144 232.
- VILLA AHUMADA.—Municipio del Edo. de Chihuahua, pobl. 9 822.—Villa cabecera del mismo, pobl. 5 070.
- VILLA CORONADO.—Antiguamente se llamaba Río Florido. Municipio del Edo. de Chihuahua, pobl. 2 981.—Villa cabecera del mismo, pobl. 1 898.
- VILLA OCAMPO.—En el Edo. de Durango, pobl. 1696; dentro del municipio de Ocampo, pobl. 15 747.
- VILLITA.—Pueblo en el municipio de Poanas, en el Edo. de Durango.
- XOCHIMILCO.—Ciudad cabecera de la delegación del mismo nombre en el D. F., pobl. 30 891.—Lago pintoresco, cuyas márgenes e islotes están cubiertos de vegetación; del antiguo tráfico que se hacía con la ciudad de México queda todavía el comercio de los productos agrícolas de las *chinampas*, que se trasportan en botes de fondo plano (*trajineras*). Lugar de atracción turística.
- YUCATÁN.—Edo. situado en la península del mismo nombre, asiento de la antigua cultura maya; pobl. 774 011.—Su capital es Mérida, pobl. 175513.
- ZAMORA.—Ciudad cabecera del municipio del mismo nombre, Edo. de Michoacán, pobl. 31 991.
- ZIMAPÁN.—Municipio del Edo. de Hidalgo, pobl. 18 543.—Ciudad cabecera del mismo, pobl. 2 694.

VOCABULARIO

SE recogen aquí todos aquellos mexicanismos que, figurando en las novelas incluidas en este volumen, no aparecen en los diccionarios españoles, o que tienen acepciones distintas de las que dan éstos.

Muchos de esos mexicanismos nacieron durante los años de la Revolución (1910-1920). Algunos de ellos han desaparecido ya del habla popular mexicana, fenómeno frecuente con la jerga creada en determinado momento por ciertos acontecimientos nacionales o internacionales de gran trascendencia. Así ha sucedido, por ejemplo, con muchas palabras del *argot* y el *slang* de las dos últimas Guerras Mundiales, en las lenguas francesa e inglesa.

En los casos en que la definición de un mexicanismo falta en los diccionarios especializados, hemos ocurrido —cuando ha sido posible— al propio autor, o bien hemos basado nuestra explicación en el contexto mismo o en otros textos en donde dicho mexicanismo aparece.

Cuando afirmamos que una palabra o una acepción de las registradas en este vocabulario es ignorada por los diccionarios, nos referimos a las siguientes obras, que hemos consultado constantemente.

Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*. Madrid, 1956.

Real Academia Española, *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*.

Joaquín García Icazbalceta, *Vocabulario de mexicanismos*. México, 1898.

Rufino José Cuervo, *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano con frecuente referencia al de los países de Hispanoamérica*. París, 1907.

Rufino José Cuervo, *El castellano en América*. Buenos Aires, 1947.

Juan Mir y Noguera, *Rebusco de voces castizas*. Madrid, 1907.

Francisco Rodríguez Marín, *Dos mil quinientas voces castizas y bien autorizadas que piden lugar en nuestro léxico*. Madrid, 1922.

Darío Rubio, *La anarquía del lenguaje en la América Española*. México, 1925. 2 vols.

José Toribio Medina, *Los americanismos del Diccionario de la Real Academia Española*. Santiago de Chile, 1927.

Pedro Henríquez Ureña, *Para la historia de los indigenismos*. Buenos Aires, 1938.

Francisco Javier Santamaría, *Diccionario general de americanismos*. México, 1942. 3 vols.

Una (v) después de un nombre histórico remite al «Censo de personajes reales y ficticios.»

ANTONIO CASTRO LEAL.

ACHINARSE.—La carne; que se pone *china*; levantarse el vello de emoción (susto o sorpresa).

AGARRAR, SE.—«Estaban *agarrados* en la esquina»; *agarrarse* a golpes: luchar, pelear, entrar en pendencia. Los diccionarios ignoran esta acepción.

AGARRÓN.—Encuentro, pendencia, combate. Los diccionarios ignoran esta acepción.

AGÜERADO.—Tendiendo a *güero*, a rubio.—También mimado.

AGUILITA.—«Darle a alguien su *aguilita*»: ascenderlo a General, que se distinguen por un águila en el uniforme y en el kepi.

AHORITA.—Diminuto de *ahora*, aún más cercano al momento actual que *ahora*. «Hasta ahorita», hasta luego, hasta *lueguito*.

AHUEHUETE.—Arbol de las coníferas (*Taxodium mucronatum*), que crece de preferencia en las orillas de los ríos y alcanza enorme corpulencia.

AI.—Vulgarismo por *ahí*, *allí*.

ALBURUCERO.—«Para que se le quite lo *alburucero*.» ¿Travieso, escandaloso, impertinente, atrevido, enredador? Los diccionarios ignoran la palabra.

APASTE.—Vasija de barro extendida, de poco fondo y de boca ancha.

APASTITO.—Diminutivo de *apaste*, vasija de barro extendida, de poco fondo y de boca ancha.

APERGOLLAR.—Coger con fuerza; en sentido figurado aprehender, hacer caer en una celada y, en general, perjudicar.

APROBAR.—Vulgarismo por *probar*.

ARRISCAR.—El sombrero; levantar, doblar el ala hacia arriba.

ATÉLICO.—Sin finalidad, lo que se hace sin un propósito interesado.

ATOLE.—Bebida de harina de maíz, hervida hasta darle una consistencia espesa; alimento de gente pobre.

ATRAVESADO, DA.—Atrabiliario, que obra en forma desatentada y brutal.

AUNQUE, NO LE.—No le hace, a pesar de todo.

AVANCES.—Robos, sobre todo en guerra o revuelta militar.

BAYARÍN.—Vigas de; una especie de madera. Palabra ignorada por los diccionarios.

BILIMBIQUES.—Nombre despectivo del papel moneda lanzado por las diversas facciones revolucionarias.

BLANQUILLO.—Huevo de ave, especialmente de gallina.

BOLA.—Reunión desordenada y por extensión motín, revolución.

BUIGAS, BUYGAS.—*No te buigas*: no te muevas; de *bullir*, *bullirse*: mover, moverse.

CARÁTULA.—Esfera o cuadrante de un reloj.

CARRANCISTA.—Partidario de Venustiano Carranza (v) y todo lo que a él se refiere.

CARRANCLÁN.—Carrancista, partidario de Venustiano Carranza (v).

CARRANZAS.—«Los carranzas»: los carrancistas.

CATRÍN, NA.—Lechuguino, tipo cuidadoso en el vestir, elegante; por extensión persona de la clase acomodada en oposición con los revolucionarios: los *catrines*.

CÍNTARO.—Espada, porque con ella se *cintarea*. Los diccionarios ignoran la palabra.

COCOL.—Pan en forma de rombo, que no lleva encima ajonjolí, como el *chimizclán*.

COLARSE.—Huir, moverse de prisa, escabullirse. «Cuélenle, muchachos.»

COMEVACA.—Expresión ofensiva con que designaban los federales a los revolucionarios, porque éstos se robaban el ganado para alimentarse.

CONSTITUCIONALISMO.—Movimiento de la facción carrancista dentro de la Revolución, así llamado porque el título que se dio Venustiano Carranza (v) fue «Primer jefe del Ejército Constitucionalista», así como por su afán de volver al orden constitucional.

CONSTITUCIONALISTA.—Carrancista, partidario de Venustiano Carranza, Primer jefe del Ejército Constitucionalista (v) y todo lo que a él se refiere.

CONVENCIONISTA.—Miembro o partidario de la Convención de Aguascalientes (v) o del gobierno creado por ésta y encabezado por el general Eulalio Gutiérrez (v).

COPETÓN.—Copetudo; destacado por su riqueza, alcurnia o importancia.

CRUDO.—Estar crudo. Amodorrado o descompuesto al día siguiente de una borrachera. «Amanecer *crudo*.»

CUACO.—Caballo.

CUARTEROLA.—Arma de fuego, algo menor que la tercerola.

CUATE.—Mellizo. Igual o parecido. Expresión de afecto hacia un amigo o persona de confianza.

CUERA.—Pantalones de cuero.

CUEREADA.—Azotaina, zurra; de *cuerear*, azotar con correa o látigo de cuero.

CUERITO A CUERITO, DE.—Aprender algo de cuerito a cuerito, de una cubierta del libro a la otra, total, integralmente.

CUICO.—Gendarme o gente de policía.

CUISTRE.—Galicismo. En francés significa criado de colegio, y por extensión pedante. En español éste es principalmente su sentido.

CHALE.—Chino, nacional de China.

CHAMACA.—Muchacha, pero también como designación genérica de la mujer, especialmente de la que se codicia o se considera fácil de obtener.

CHAMACO.—Muchacho, niño pequeño.

CHAMPURRADO.—También *champurrao*. Bebida de atole de maíz, revuelto con chocolate.

CHANGO.—«Ser muy chango»: ser muy listo. «Ponerse chango»: prepararse, estar alerta, sacar partido de una empresa o negocio. En Chihuahua: yaqui. «Un chango»: un tipo cualquiera.

CHAPETE.—Chapa de color de la mejilla: y también la mejilla misma.

CHAPO.—Chaparro.

CHAPOPOTE.—Especie de asfalto; suele usarse como designación genérica del alquitrán.

CHARAMUSCA.—Dulce de azúcar común, en forma de tirabuzón.

CHARAMUSQUERO, RA.—El que vende o fabrica charamuscas.

CHILE.—Ají, pimienta.

CHIMIZCLÁN.—Pan en forma de rombo y que va cubierto con ajonjolí, a diferencia del *cocol*. Los diccionarios ignoran la palabra.

CHIRIPERO, RA.—Persona que acierta de casualidad, por *chiripa*.

CHIROTA.—Marimacho, muchacha traviesa y hombruna.

CHOMITE.—Refajo, zagalejo.

CHONGOS.—Dulce de leche cuajada con almíbar y canela. Son famosos los de Morelia: *chongos morelianos*.

DELAHUERTISTA.—Partidario de Adolfo de la Huerta (v) y todo lo que a él se refiere.

DORADOS, LOS.—Soldados de Francisco Villa (v).

EMPRESTAR.—Prestar; la forma anticuada *emprestar* ha quedado en el lenguaje popular.

ENCANIJADO, DA.—Canijo, enclenque, flaco.

ENCARTUCHAR.—Meter cartucho al arma de fuego. Envolver una cosa en un cartucho o cucurucho; en sentido figurado apresar o encerrar.

ENCHILADA.—Tortillas preparadas con chile, cebolla, queso y algún agregado de carne o chorizo.

ENCHOMITADAS.—Mujeres vestidas con *chomite*, de *enchomitar*.

ENTAPALADA.—Mujer tocada o cubierta con el *tápalo*.

ENTRIEGO, GA.—Vulgarismo por *entrego*, *entrega*.

ESCOBARISTA.—Rebelión encabezada por el General José Gonzalo Escobar (v) y todo lo que a ella se refiere.

ESCUELANTE.—Escolar, alumno de escuela.

ESPAVORIDO, DA.—Despavorido, da. La ignoran los diccionarios.

ESTAQUEAR LA ZALEA.—Estirar un cuero con estacas; en sentido figurado *estirarse*, morir.

FAIN, ES.—Pronunciación figurada de la palabra inglesa *fine*, *finis* (bueno, excelente).

FEDERALES.—Los soldados del Ejército Federal, los porfiristas; por oposición a los soldados revolucionarios.

FELICISTA.—Partidario del General Félix Díaz (v) y todo lo que a él se refiere.

FORJA.—En Chihuahua, sombrero. Los diccionarios ignoran esta acepción.

GACHUPÍN.—Expresión despectiva que designa al español que vive en México.

GARROTERO.—Guardafrenos; ferrocarrilero encargado en un tren de aplicar los frenos o sea el *garrote*.

GORDA.—Tortilla gruesa de maíz.

GORRUDO.—Soldado revolucionario que usaba sombrero de palma, de alta copa cónica y de ala inmensa; los *gorrudos*: hordas formadas por soldados así ataviados.

GUAYABA.—Fruta del guayabo. *Hijo o jijo de la guayaba*: exclamación vulgar de protesta, inconformidad o desagrado.

GUAYÍN.—Carruaje ligero de cuatro asientos y cuatro ruedas, que se usa todavía en haciendas y poblaciones menores.

GÜERO, RA.—Rubio, de pelo castaño claro o rubio: se usa también como expresión de cariño, con frecuencia en diminutivo; *güerito, ta*.

GÜILA.—Prostituta, piruja, mujer fácil y ordinaria.

GÜILANCHE.—Despectivo de *güilo*: malvado, enclenque, desgraciado. En el caso de *güila*: prostituta, piruja.

HILACHOS.—Guiñapos, andrajos; ropa pobre y sucia.

HUAPANGO.—Baile y canciones populares de Veracruz.

HUERTISTA.—Partidario del General Victoriano Huerta (v) y todo lo que a él se refiere.

HUIZACHAL.—Sitio poblado de huizaches. Se escribe también *güisachal*.

HUIZACHE.—Una especie de acacia frecuente en la altiplanicie, arbusto espinoso de ramas tortuosas. Se escribe también *güisache*.

IXTLE.—Fibra de los ágaves y otras plantas que pertenecen a la especie.

JACAL.—Chozas de adobe, techada con palma, paja o tejamanil.

JIJO.—Pronunciación vulgar de *hijo*, generalmente con una intención irónica u ofensiva.

JILOTE.—Cabellos de la mazorca de maíz tierno. La mazorca cuando aún no cuaja el grano.

JITOMATE.—Fruto de la tomatara, tomate rojo.

JOBERO, RA.—Caballo de pelo blanco manchado de alazán y bayo.

JOCOQUE.—Leche cortada o agria, espesa como crema.

JORONGO.—Poncho o capote, con una abertura para que entre la cabeza.

JUAN, ES.—Soldado de línea, especialmente los del Ejército federal.

JURTAR.—Vulgarismo por *hurtar*: Lo ignoran los diccionarios.

JUYIR.—Vulgarismo por *huir*. Lo ignoran los diccionarios.

LEBRÓN, NA.—Orgullosa, altanero. También lépero, igualado, malintencionado.

LEVANTADO, DA.—Levantado en armas, revolucionario, rebelde. Ensoberbecido, altivo, altanero.

MACUCHI.—Tabaco, de calidad inferior.

MADERISTA.—Partidario de Francisco I. Madero (v) y todo lo que a él se refiere.

MADREPEÑA.—Animal que se adhiere a las rocas. Palabra formada como *madreperla*, la ignoran los diccionarios.

MALHORA.—Tipo molesto, inclinado a hacer travesuras o maldades. Se escribe también *malora*.

MANO.—Abreviatura vulgar de hermano; compañero, vale, valedor.

MANTA.—Tela ordinaria de algodón con la que el indio acostumbra vestirse de blusa y calzón.

MAROMEAR.—«Maromear un rifle»: hacer el movimiento en el cerrojo para que entre el cartucho en la recámara. Los diccionarios ignoran esta acepción.

MAYOS.—Tribu indígena que, como los yaquis, vive en el Estado de Sonora. No deben confundirse con los *mayas*.

MECHUDO, DA.—Greñudo, con los cabellos en desorden. Los *mechudos*, los soldados revolucionarios.

MERITO, TA.—Diminutivo de *mero, ra*. Expresión que pondera la cercanía o la exactitud de un punto, de un lugar o de una acción. Ya *mérito* llegamos. Le dio un balazo en la *merita* frente. Ya *mérito me moría*.

MERO, RA.—Expresión que pondera la cercanía o la exactitud de un punto o de una acción, o que afirma la calidad de una persona. Ya *mero* llega la hora. Es mi *mero gusto*. Esa es la *mera* patrona.

MESERO, RA.—Persona que sirve o atiende la mesa en los cafés y restaurantes.

METATE.—Piedra cuadrilonga en tres patas que sirve para moler, por deslizamiento de una piedra cilíndrica, el maíz, el cacao y otros granos.

MEZCAL.—Bebida alcohólica que se extrae destilando la penca o la cabeza de algunas especies de maguey.—El maguey de donde se extrae la bebida.

MEZQUITE.—Arbol leguminoso; no alcanza gran altura.

MITAZAS.—Especie de polaina, a veces con hebillas, que suele subir hasta arriba de la rodilla. Los diccionarios ignoran la palabra.

MITOTE.—Danza y fiesta de los indios con motivo de fiestas religiosas o celebraciones de cierta solemnidad. Por extensión: desorden, escándalo.

MOCHO, CHA.—Hipócrita, partidario de la Iglesia católica; expresión peyorativa para

designar en política a los conservadores (los *mochos*), especialmente en sus convicciones religiosas.—Que le falta en el cuerpo algún miembro. Estar *mocho*. El *mocho*.

MULA.—Mercancía invendible.—Estúpido, cerrado, bruto.—El que no es generoso ni está dispuesto a ayudar.

MUSGAS.—¿Musgosas, llenas de musgo? En *Los de abajo* se habla de los soldados que llevaban «frazadas *musgas*». Los diccionarios ignoran la palabra.

NIXTAMAL.—Masa de maíz con que se hacen las tortillas.

NIXTAMALERO.—Expresión peyorativa con que designaban los federales a los soldados revolucionarios por ser éstos en su mayor parte de extracción campesina y humilde.

NOMÁS.—De *no más*. Tiene una serie de matices de ponderación y elipsis en el habla popular. Dígame *nomás*. *Nomás* no se mueva. Ahí *nomás*. *Nomás* ahorita. ¡*Nomás, nomás!*

OBREGONISTA.—Partidario del General Álvaro Obregón (v) y todo lo que a él se refiere.

ORA, ORITA.—Por ahora, ahorita.

OTATE.—Planta gramínea de tallos recios que suelen usarse para golpear en castigo a los muchachos.

PAGO.—«Sacó el pago»: sacar la pistola. Los diccionarios ignoran esta acepción.

PELADO.—Tipo popular de la clase baja. Por extensión, pobre, sin recursos, ordinario.

PELAR, SE.—Huir, escaparse, escabullirse. Se usa también en expresiones como «Pelar gallo» y «Pelarse de casquete.»

PELE.—«Que nadie le *pele* los ojos.» Que nadie lo vea de mal modo.

PELÓN.—El soldado federal porque usaba el pelo a rape.

PEPENAR.—Recoger lo esparcido por el suelo. Por extensión, tomar algo o a alguien. «Por qué me *pepena* de la mano...»

PERRA.—Hacer la perra: hacerse el tonto, simulando que se trabaja.

PETATE.—Esteras tejidas con tiras de hoja de palma.

PETATERO.—El que hace o vende petates. «El mero petatero», expresión familiar que designa al verdadero jefe, al que tiene todo el poder y autoridad.

PICHO.—Pleito o pendencia entre muchachos. «Compañero *picho*» ¿querrá decir compañero de los tiempos de los encuentros y reyertas escolares o infantiles? El adjetivo lo ignoran los diccionarios.

PINCIÓN.—Vulgarismo por *punción*. En sentido figurado lo que *punza* moralmente, como el mal de amor.

PITAYO.—Arbol (*Cereus*) no muy alto; sus ramas forman, en una especie, la figura de

un candelero; da una fruta muy sabrosa.

PLUMOSO.—¿Una forma de nube? En Azuela «cielo cubierto de *plumosos* cárdenos».

Los diccionarios ignoran el sustantivo.

PORFIRISTA.—Partidario de Porfirio Díaz (*v*) y todo lo que a él se refiere.

PRIETO, TA.—Trigueño, moreno; expresión afectuosa para designar a la mujer morena, y a la mujer en general, siempre que no sea rubia.

PULQUE.—Bebida espirituosa de baja graduación alcohólica, blanca, que se obtiene fermentando el aguamiel o jugo de maguey, que se recoge en el centro de la planta recortando algunas pencas. Es la bebida de las clases humildes de México.

PURO DE PERILLA.—Cigarro puro (hecho de tabaco hasta su envoltura) con una extremidad redondeada, que se corta para fumar. Es más fino que el puro cortado.

QUINO.—Un juego de azar parecido a la lotería de cartones.

RAYADA.—Pan hecho con dulce, con dibujo de rayas encima. Aceptación ignorada por los diccionarios.

REBOZO.—Chal o pañolón largo que usan las mujeres para cubrirse; prenda típica mexicana.

REJJO, JA.—Forma que encarece el *jijo*, *ja* (*v*), con sentido ofensivo o irónico.

REVORUJO, JA.—«Un revorujo de gente»; mezcla desordenada.

RUDALES.—Vulgarismo por *rurales* (*v*).

RURAL, ES.—Soldados de las guardias rurales creadas por Porfirio Díaz para mantener el orden en el campo; se conservó aun después de haber sido licenciado el Ejército federal.

SARAPE.—Frazada de lana, generalmente de varios y vistosos colores, que se lleva como capa; cuando tiene bocamanga se llama *jorongo*. Se escribe también *zarape*.

SOLDADERA.—La mujer del soldado que lo acompañaba en sus andanzas y campañas. Por extensión, mujer ordinaria y maleducada.

SOMBRERO DE BOLA.—O de bolita. Sombrero de copa dura en forma de bola o huevo; en España se le llama *hongo*. Los diccionarios ignoran la expresión.

SOTOL.—Bebida embriagante que se obtiene por la fermentación del cogollo de una planta lilácea que lleva el mismo nombre. Es bebida corriente en el norte de México.

SOYATE.—Hoja de la palmera con la que se tejen sombreros y otras cosas. Se escribe también *zoyate*.

TACO.—Bocado hecho enrollando una tortilla, dentro de la cual se coloca alguna vianda o legumbre. Es una forma de alimentación de las clases humildes.

TAMAÑOS.—«No tener suficientes *tamaños* para algo»: no ser capaz, carecer de

facultades o de aptitud para hacer algo.

TEJAMANIL.—Tabla delgada que se usa como tejas en los techos de las casas. La Academia Española registra *tejamaní*.

TEPALCATE.—Barro cocido, material de ollas, jarros y cazuelas; por extensión, estos utensilios y los fragmentos que de ellos quedan al romperse (*tepalcates*). «Voz de tepalcate», voz de jarro.

TEQUILA.—Aguardiente de mezcal, de alta graduación alcohólica, se extrae de algunos ágaves. De los licores, la bebida más popular en México.

TEZONTLE.—Piedra volcánica de color rojo oscuro, porosa y resistente, usada para decorar fachadas.

TIZNAR, TIZNADA.—Disfraza las expresiones indecentes *chingar* y *chingada*.

TORTILLAS.—Disco delgado hecho de masa de maíz, que se cuece a la lumbre en el comal. Es la base de la alimentación, en México, como el pan en Europa.

TORTILLERA.—La mujer que hace o vende tortillas.

TREINTA-TREINTA. (30-30).—Una especie de rifle militar muy generalizado entre los revolucionarios.

TRONAR.—Pasar por las armas, fusilar, matar a tiros.

TRUCS.—Anglicismo: camiones.

TRUENO.—Árbol (*Ligustrum lucidum*) muy usado como planta de ornato en jardines, calles y paseos.

TUMBAR.—Derribar, por extensión, dar muerte a hombres en campaña: «tumbar soldados».

TUSERO.—Nido o agujero de tusas. Los diccionario ignoran la palabra.

ÚJULE.—Interjección de admiración, de ironía o de crítica. Los diccionarios ignoran la expresión.

VEJARRUCO, CA.—Despectivo de *viejo*, *ja*. Palabra formada como *pajarraco*; la ignoran los diccionarios.

VELÍS.—Maleta de mano para viaje. Suele escribirse también *veliz*.

YAQUIS.—Tribu indígena que vive en el Estado de Sonora; muchos de ellos se incorporaron a las tropas revolucionarias.

ZACATE.—Pasto; yerba; rastrojo, y a veces, forraje en general.

ZAPATISTA.—Partidario de Emiliano Zapata (v) y todo lo que a él se refiere.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

LA bibliografía de la novela de la Revolución Mexicana es abundantísima: fácilmente podría formar un volumen. Hemos reunido a continuación las fichas relativas a aquellos libros, estudios y artículos de revista y periódico que consideramos una base útil y bastante informativa para que el lector pueda ampliar su conocimiento sobre determinado autor o sobre la materia en su conjunto.

He registrado en esta bibliografía tanto las obras de carácter general, como historias de la literatura mexicana o historias de la novela en México —que solo parcialmente tratan de la novela de la Revolución—, cuanto los estudios particulares sobre el género y los individuales sobre los autores. Me ha parecido conveniente no incluir ninguna noticia relativa a reseñas y artículos de prensa anónimos.

Cuando no se exprese el lugar de impresión debe de entenderse que es la ciudad de México.

ANTONIO CASTRO LEAL.

- ABREU GÓMEZ, Ermilo.—«*La Luciérnaga*, de Azuela». *El Universal Ilustrado*. Abril 1932.
- «*Tierra*, de López y Puentes». *El Universal Ilustrado*. Noviembre 1932.
- «*Apuntes de un lugareño*, de J. R. Romero.» *Revista de Revistas*. Julio 1932.
- «*Desbandada*, de J. R. Romero.» *El libro y el pueblo*. Julio 1933.
- «*Mi caballo, mi perro y mi rifle*, de J. R. Romero.» *Letras de México*. Enero 1937.
- «Un ensayo sobre José Rubén Romero.» *Letras de México*. Abril 1937.
- «La novela, la historia y la revolución.» *Frente a frente*. Octubre 1937.
- «*Las manos de mamá*, de Nellie Campobello.» *Letras de México*. Febrero 1938.
- «*Las memorias de Pancho Villa*, de M. L. Guzmán.» *Letras de México*. Octubre 1939. N.º 10.—1940, N.º 15.—«Del estilo de M. L. Guzmán.» *Ruta*. 1939, N.º 10.
- «Martín Luis Guzmán, crítica y bibliografía.» *Hispania*. 1952. XXXV, N.º 1.
- ACEVEDO ESCOBEDO, Antonio.—«Martín Luis Guzmán.» *El Universal Ilustrado*. Sept. 1931.
- ANDRENIO (Eduardo Gómez Baquero).—«Una novela de la Revolución Mexicana: *El águila y la serpiente*.» *La Voz*. Madrid, agosto de 1928.
- «*La sombra del caudillo*, de M. L. Guzmán.» *El Sol*. Madrid, 24 nov. 1929.
- ARCE, David N.—*José Rubén Romero: conflicto y logro de un romanticismo*. 1952.
- ARIAS-CAMPOAMOR, J. F.—*Novelistas de Méjico*. Esquema de la historia de la novela mejicana de Lizardi al 1950. Madrid, 1952.
- ARREOLA CORTÉS, Raúl.—«José Rubén Romero: vida y obra.» *Revista Hispánica Moderna*. Año XII. Enero y abril. Nueva York, 1946.

- ARROM, José Juan.—*Estudios de literatura hispanoamericana*. La Habana, 1950.
- AVILES, René.—«Heriberto Frías y la moderna novela mexicana.» *Suma bibliográfica*. Vol. IV, Nos. 11-12, marzo-abril 1948.
- AZUELA, Mariano.—«Azares de mi novela *Los de abafo*.» *Revista Universidad de México*. Vol. I, Nov. 1946.
- BAER, Bárbara.—«Aspectos de la Revolución en la novela contemporánea de México.» *Universidad* (San Francisco Javier). Sucre, Bolivia. Nos. 33-34. Tomo XIV.
- BARRERA FUENTES, Federico.—«Las novelas de la Revolución.» *El Universal*. 10 marzo 1934.
- BEALS, Carleton.—«The noise-makers, the *estridentistas* and other writers of revolutionary Mexico.» *The Bookman*. Nueva York, 1929.
- «Prologue to *The Under Dogs*» (traducción al inglés de «Los de abajo»). Brentano. Nueva York, 1929.
- BERMÚDEZ, María Elvira.—«La Revolución y la novela.» Suplemento dominical *El Nacional*. Febrero 1955.
- CAMPOBELLO, Nellie.—«Martín Luis Guzmán, a propósito de *El hombre y sus armas*.» *Ruta*. 1938.
- CARLETON MILLÁN, Verna.—«*El indio*, de López y Fuentes.» *El Demócrata Sinaloense*. Mazatlán, mayo 1936.
- «Mariano Azuela y la novela de la Revolución.» Artículos en *El Machete*. Noviembre 1937.
- CASSOU, Jean.—«*Ceux d'en bas*, de Azuela.» *Revue Rebdomadaire*. París, febrero 1930.
- CASTRO LEAL, Antonio.—«La obra de José Vasconcelos», estudio al frente de sus *Páginas escogidas*. Botas, 1940.
- «La vida y la obra de José Rubén Romero», en sus *Obras completas*. Ediciones Oasis, 1957.
- COESTER, Alfred.—«*El águila y la serpiente* by M. L. Guzmán.» *Hispania*. Stanford, California, 1929.
- COLÍN, Eduardo.—*Rasgos* (artículo sobre *Los de abafo*, de Azuela). Imp. Manuel Sánchez, 1934.
- «*Los de abafo*, de Azuela.» *El Universal Ilustrado*. Enero 1955.
- CROW, J. A.—«A critical appraisal of the contemporary Spanish-American novel.» *Hispania*. XXXIV, 1951.
- CHABÁS, Juan.—«*El águila y la serpiente*, de M. L. Guzmán.» *Gaceta Literaria*. Madrid, julio 1928.
- DALEVUELTA, Jacobo (Fernando Ramírez de Aguilar).—«Cómo vive y cómo escribe el Dr. Mariano Azuela.» *El Universal Ilustrado*. Enero 1937.
- DÍEZ CAÑEDO, Enrique.—«*Los de abajo*, de Azuela.» *El Sol*. Madrid, septiembre

1926.

- «*El águila y la serpiente*, de M. L. Guzmán.» *La voz Nueva*, 1928. *El Sol*. Madrid, 10 julio 1928.
- Letras de América*. El Colegio de México, 1944. Reproduce los artículos mencionados arriba.
- DISSELHOFF, Hans Dietrich.—«Prólogo a *Die Rotte (Los de abajo)*.» Berlín, 1930.
- ENGLEKIRK, John E.—«Introducción a *Los de abajo*.» Nueva York, 1939.
- ESPINA, Antonio.—«*El águila y la serpiente*, de M. L. Guzmán.» *Revista de Occidente*, XXI. Madrid, 1928.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor.—«*El águila y la serpiente*, de M. L. Guzmán.» *El Debate*. Madrid, 1928.
- FERRETIS, Jorge.—«Mariano Azuela, prototipo.» *Letras*, junio 1938.
- FRANK, Waldo.—«*The Under Dogs* by Azuela.» *The New Republic*. Nueva York, octubre 1930.
- FUENTES, Rafael.—«La literatura mexicana de nuestros días.» *Anales de la Universidad Central*. XLII. Quito, Ecuador, 1929.
- GALLEGOS, Abraham.—*El lenguaje popular en las novelas de Mariano Azuela*. Tesis. Universidad Nacional de México, 1950.
- GAMBOA DE CAMINO, Berta.—«The Novel of the Mexican Revolution.» *Renascent México*. Nueva York, 1935.
- GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto.—«La América Nueva, un gran romance mexicano.» *Gaceta Literaria*. Madrid. Enero 1927.
- GOLDBERG, Isaac.—«*The Under Dogs*».
The New World Monthly. Nueva York, 1929.
- GONZÁLEZ, Manuel Pedro.—*Trayectoria de la novela en México*. Ediciones Botas. 1951.
- GONZÁLEZ DE MENDOZA, J. M.—«Mariano Azuela y lo mexicano.» *Cuadernos Americanos*, N.º 3. 1952.
- GONZÁLEZ y CONTRERAS, Gilberto.—*Rubén Romero, el hombre que supo ver*, La Habana, 1940.
- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos.—*Historia de la literatura mexicana*, 6.ª ed, 1958.
- GRUENING, Ernest.—«*The Under Dogs* by Azuela».
The Nation. Nueva York, diciembre, 1929.
- HANIGHEN, Frank C.—«Literary Revolution in México.» *New York Times Book Review*. 22 mayo 1932.
- HASHIMOTO, Rentaro.—*La trayectoria literaria de Mariano Azuela*. Tesis. Universidad Nacional de México. 1953.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro.—«Notas sobre la literatura mexicana.» *México Moderno*. 1922.
- Literary currents in Hispanic America* (The Charles Eliot Norton Lecturas, 1940-1941). Harvard University Press. Cambridge, 1945.

- Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Traducción de Joaquín Díez-Cañedo, Pondo de Cultura Económica. 1949.
- ICAZA, Xavier.—*La Revolución Mexicana y la literatura*. Conferencia en el Palacio de Bellas Artes. 1934.
- «*Los de abajo*, de Azuela.» *El libro y el pueblo*. Octubre 1932.
- IDUARTE, Andrés.—«José Rubén Romero: retrato.» *Revista Hispánica Moderna*. Nos. 1 y 2. Nueva York, 1946.
- IGUÍNIZ, Juan B.—*Bibliografía de novelistas mexicanos*. Monografías bibliográficas mexicanas. 1926.
- JALOUX, Edmond.—«*Ceux d'en bas*, par Azuela.» *Les Nouvelles Litteraires*. París, abril 1930.
- JAMES, Earle K.—«*El águila y la serpiente* by M. L. Guzmán.» *The New York Times Book Review*. Nueva York. Marzo 1929.
- JIMÉNEZ RUEDA, Julio.—*Antología de la prosa en México*. 2.^a ed. 1938.
- Historia de la literatura mexicana*, 6.^a ed. 1957.
- JÚBILO.—«Rafael Muñoz y sus cuentos de la Revolución.» *El Universal Gráfico*. México, 1926.
- «*Los de abajo*, de Azuela.» *El Universal Gráfico*. México, 1929.
- KOONS, John Frederick.—*Garbo y donaire de Rubén Romero*. 1942.
- KÖRNER, K. W.—«Dos novelas mexicanas (*Los de abajo* y *El águila y la serpiente*).» *La Época*. Asunción, Paraguay. 25 julio 1936.
- LAFARGA, Gastón.—*La evolución literaria de José Rubén Romero*. París, 1936.
- LATORRE, Mariano.—«*Tirano Banderas* y *Los de abajo*: dos novelas sobre la Revolución Mexicana.» *Atenea*. Concepción, Chile. Julio 1928.
- LEONARD, Irving A.—«*The Eagle and the Serpent*, by M. L. Guzmán.» *Hispanic American Historical Review*. Carolina del Norte, 1933.
- LIZASO, Félix.—«Mariano Azuela: *Los de abajo*.» *Revista de Avance*. La Habana (Cuba) 1927.
- MAGDALENO, Mauricio.—«El médico militar: el Dr. Azuela.» *El Nacional*. 1935.
- «El mensaje de Mariano Azuela.» *El Nacional*. Octubre 1937.
- MANCISIDOR, José.—«La novela mexicana y la Revolución» (cinco artículos). *El Nacional*, 1948.
- MARTÍN, R. L.—«México gropes for a national literature.» *New York Times Book Review*. 22 sept. 1935.
- MARTÍNEZ, José Luis.—«La obra de Martín Luis Guzmán.» *Revista Universidad de México*. 1947.
- Literatura mexicana del siglo xx*. Librería Robredo, 1950.
- MELÉNDEZ, Concha.—«*Los de abajo*, de Azuela.» *Summer School Review*. Puerto Rico, julio 1933.
- «*Tierra*, de López y Fuentes.» *Revista Hispánica Moderna*. Instituto de las

- Españas. Nueva York, 1933.
- MONTERDE, Francisco.—«Novelas de Azuela.» *Biblos*. Boletín de la Biblioteca Nacional. Julio 1919.
- «*Las manos de mamá*, de Nellie Campobello.» *Letras de México*. Enero 1938.
- «La etapa de hermetismo del doctor Mariano Azuela.» *Cuadernos Americanos*. N.º 3. 1952.
- Historia de la literatura mexicana*. Porrúa Hnos. 1955.
- MOORE, Ernest.—«The legend of Pancho Villa.» *The Spanish Review*. Nueva York, marzo, 1936.
- «Urquizo», *Romanic Review*, Nueva York, julio 1936.
- «López y Fuentes, novelist of the Mexican Revolution.» *The Spanish Review*. Nueva York. 1938.
- «Influencia de la novela mejicana en la novela americana.» *Letras de México*. 1939.
- «Novelists of the Mexican Revolution: José Rubén Romero.» *Mexican Life*. Octubre, 1940.
- Novelistas de la Revolución Mexicana: José Rubén Romero*. La Habana, 1940.
- «Novelists of the Mexican Revolution: Nellie Campobello.» *Mexican Life*, N.º 1. Vol. XVII. Febrero 1941.
- «José Rubén Romero: bibliografía.» *Revista Hispánica Moderna*. Enero y abril. Nueva York, 1946.
- «Preface to *El águila y la serpiente* by Martín Luis Guzmán.» Nueva York, 1943.
- «The Novel of the Mexican Revolution.» *Mexican Life*. XVI. Julio 1949.
- MORTON, F. Rand.—*La novela de la Revolución Mexicana*. Editorial Cultura. 1949.
- MUÑOZ, Rafael F.—«¿Cuál es la literatura revolucionaria?» *L. E. A. R.* 1936.
- NORIEGA HOPE, Carlos.—«*Los de abajo*, de Azuela.» *El Universal Ilustrado*. Enero 1925.
- «*Mi general*, de López y Fuentes.» *El Universal Ilustrado*. Julio 1934.
- ONIS, Harriet de.—«Prólogo a *The eagle and the serpent*.» Nueva York, 1930.
- ORTIZ DE MONTELLANO, Bernardo.—«Literatura de la Revolución y literatura revolucionaria.» *Contemporáneos*. Abril 1930.
- PENICHE VALLADO, Leopoldo.—«Literatura de la Revolución Mexicana.» *América*. La Habana (Cuba) 1939.
- PETRICONI, Helmuth.—«Spanische-Americanische Romane.» *Romanische Forschungen*, LI, 1-26. Colonia, 1937.
- Spanische - Americanische Romane der Gegenwart*. Hamburgo, 1938.
- RAMOS, Roberto.—*Bibliografía de la Revolución Mexicana*. Monografías bibliográficas mexicanas. Tomo I, 1931. Tomo II, 1935.
- REVUELTAS, José.—«La novela.» *Letras de México*. Octubre 1946.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto.—*Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*.

- Editorial Gredos. Madrid, 1953.
- SELVA, Salmón de la.—«Un gran libro mexicano: *El indio*, de López y Fuentes.» *El Universal*. Octubre 1935.
- SPELL, Jefferson Rea.—*Contemporary Spanish-American Fiction*. The University of North Carolina Press. Chapel Hill, 1944.
- STANTON, R.—«Martín Luis Guzmán's place in modern Mexican literature.» *Hispania*, XXVI. Washington, D. C. 1943.
- TEJA ZABRE, Alfonso.—«Las últimas novelas mexicanas.» *Letras*. 1.º julio 1939.
- TORRES BODET, Jaime.—«Libros de la Revolución Mexicana.» *La Prensa*. Buenos Aires, diciembre 1928.
- «*El águila y la serpiente*, de M. L. Guzmán.» *Contemporáneos*. 1929.
- TORRES-RIOSECO, Arturo.—*La novela en la América Hispana*. University of California Press, Berkeley, 1941.
- Grandes novelistas de la América Hispana*. University of California Press. Berkeley, 1943.
- Bibliografía de la novela mexicana*. Harvard University Press. Cambridge, Mass., 1933.
- URIBE ECHEVARRÍA, Juan.—«La novela de la Revolución Mexicana y la novela hispanoamericana actual.» *Anales de la Universidad de Chile*, IV trimestre. Santiago, 1935.
- VALLE, Rafael Heliodoro.—«Don Mariano Azuela en su casa de cristal.» *Revista de Revistas*. Junio 1935.
- VASCONCELOS, José.—«La nueva generación.» *Atenea*. Concepción, Chile. Junio 1929.
- VELA, Arqueles.—«José Rubén y sus personajes.» *El Nacional*. Marzo 1935.
- VILLASEÑOR, Eduardo.—«Xavier Icaza y sus novelas.» *Revista de Revistas*. Enero 1925.
- VILLAUERRUTIA, Xavier.—«Sobre la novela, el relato y el novelista Mariano Azuela.» *Rueca*, 1942.

NOTAS

[*] «... mientras no concluya mi cruel relato,/ por dentro arderá mi corazón.» <<

[*] *Hai-kai tarakumara*: Tu cara de luz, madre, despierta y llora, como antes, hoy cuando yo te grito. <<

[*] [Para este libro electrónico en este índice se han omitido las páginas en que aparecen los nombres de los personajes listados, pues no se corresponden con las páginas del libro de papel, y los nombres aquí mencionados pueden ser buscados con el buscador del dispositivo electrónico. N. del e. d.] <<